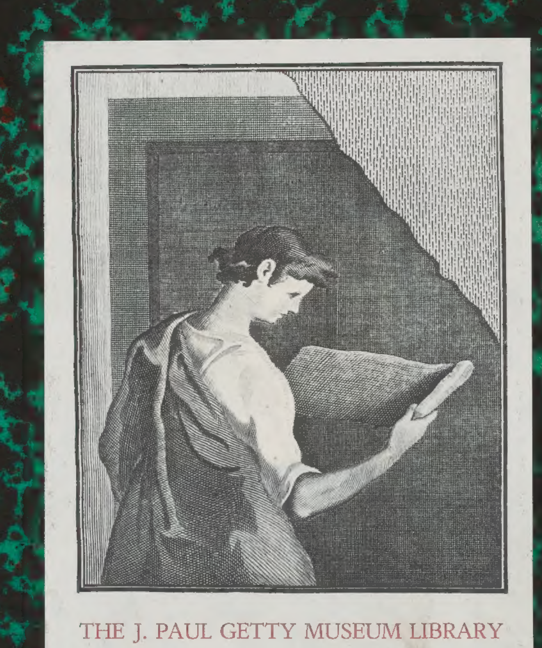
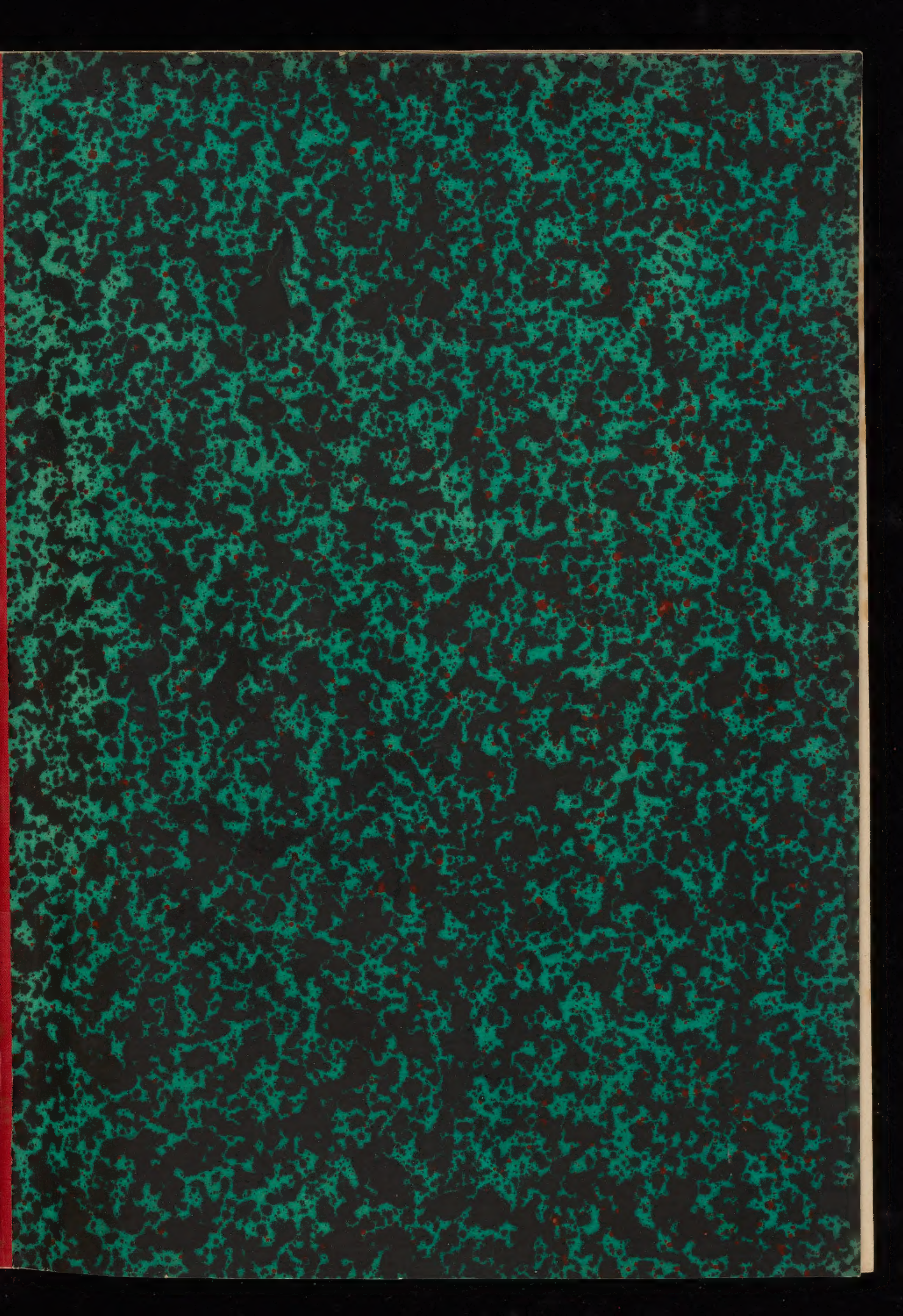
LA ILUSTRACION







LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO XV.—AÑO 1896

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1896

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 1.° de enero de 1896 — Núm. 731

Número Extraordinario

Dedicado A los Jefes de Estado de Europa y América Durante el presente Siglo



SANTA SEDE

Retratos de los Soberanos Pontífices del siglo actual

ADVERTENCIA

Consecuentes en nuestro propósito de dar al primer número de cada año de La Ilustración Artística un carácter original é interesante, concebimos hace tiempo dedicar el correspondiente al de este año á todos los jefes de Estado europeos y americanos que lo han sido en lo que va del presente siglo.

No se nos ocultaron las inmensas dificultades que habríamos de encontrar en la realización de nuestro pensamiento, dificultades que fácilmente comprenderán nuestros lectores al considerar que se trataba nada menos que de obtener centenares de retratos de otros tantos gobernantes supremos en los Estados de Europa y de América. Mas el deseo de ofrecer á nuestros suscriptores un trabajo de verdadera importancia, fué poderoso estímulo para nosotros y nos alentó en la empresa de reunir los materiales necesarios.

Sin perdonar sacrificio alguno, apelamos á cuantos medios tuvimos á nuestro alcance, y además de dirigirnos á cuantas casas y centros extranjeros pudieran facilitarnos lo que necesitábamos, recurrimos para todo lo referente á América, no sólo á nuestros corresponsales, sino que también á distinguidas personalidades residentes en aquellas repúblicas, á los cónsules de éstas en Barcelona, á algunas de sus legaciones en España y en el extranjero y aun á los mismos presidentes de los Estados americanos.

Gracias al concurso de la mayoría de estos elementos, hemos podido reunir casi todos los materiales que necesitábamos, y sólo de unas pocas naciones nos faltan algunos de los respectivos retratos, que hasta ahora no hemos logrado proporcionarnos, á pesar de nuestro decidido empeño.

Esta circunstancia hace que nuestro pensamiento no haya podido recibir forma completa, ya que, aunque muy contados, algunos retratos dejan de figurar en el presente número. Hemos hecho por nuestra parte cuanto nos ha sido posible para evitar esas omisiones; pero nuestros deseos y nuestros sacrificios se han estrellado hasta ahora ante obstáculos no previstos que, no obstante, esperamos vencer, en cual caso durante el presente año iremos publicando los cuadros relativos á los países que no hemos podido incluir en este número.

Hechas estas manifestaciones, réstanos tan sólo enviar desde las columnas de La Ilustración Artística la expresión de nuestra gratitud más profunda á todos cuantos nos han prestado su valiosísima cooperación.

Los Editores

SANTA SEDE

Pío VII. – Obispo de Imola era Gregorio Bernabé Luis Chiaramonti cuando en 14 de marzo de 1800 el conclave reunido en Venecia elevóle al solio pontificio. Apenas elegido introdujo notables reformas en la administración de sus Estados, y en 1811 firmó con Francia un concordato. Proclamado emperador Napoleón Bonaparte en 1804, Pío VII fué, no sin cierta repugnancia, á consagrarle á París. Al poco tiempo Napoleón se apoderaba de todos los Estados de la Iglesia y declaraba á Roma ciudad imperial y libre. El Pontífice excomulgó al emperador, el cual resolvió destituir al Papa, y á este efecto las tropas francesas en julio de 1809 asaltaron el Quirinal y condujeron prisionero á Pío VII á Savona, desde donde fué trasladado en 1812 á Fontainebleau. En 1814 fué restituído á su capital, y recobrados ya sus dominios hizo concordatos con varias naciones, restableció los jesuítas, condenó á los carbonarios y masones y ajustó con Luis XVIII de Francia un concordato que en 1817 rechazaron las Cámaras francesas. Nació en 1742 y murió en 1823.

León XII. – Aníbal de la Genga, que así se llamaba este Papa, fué elegido en 27 de septiembre de 1823: reprimió el latrocinio y la mendicidad, denunció las sociedades secretas, protegió las letras, fomentó la instrucción pública, firmó concordatos con los Países Bajos y los Estados Unidos y aprobó las órdenes dadas por el gobierno francés contra los jesuítas. Nació en 1760 y murió en 1829.

Pío VIII. - Francisco Javier Castiglioni fué elegido Papa en 1829, publicó á raíz de su exaltación una encíclica violentísima contra la tolerancia religiosa, el matrimonio civil y la libertad de la prensa. Negóse á reconocer á D. Miguel como rey de Portugal, y á la muerte de Carlos X de Francia declaró que los obispos franceses podían en conciencia prestar juramento á Luis Felipe. Murió en 1830: había nacido en 1761.

Gregorio XVI. – Tras una elección muy empeñada fué proclamado Papa en 2 de febrero de 1831 Bartolomé Alberto Capellari, quien inauguró su pontificado promulgando sabias leyes de procedimientos; impulsó el comercio y el crédito público, fundó un Jardín Botánico, un Museo Etrusco y una Escuela de Agricultura; protegió á los jesuítas y castigó duramente las insurrecciones de los Reformistas y de la Joven Italia. Murió en 1846 á la edad de 81 años.

Pío IX. – En 16 de junio de 1846 fué elegido para suceder á Gregorio XVI Juan María, conde de Mastai Ferretti. La satisfacción con que fueron acogidas por las potencias europeas sus primeras disposiciones inspiradas en sentimientos liberales, trocáronse muy pronto en suspicacias por parte de algunas de aquéllas, comenzando entonces un período de inestabilidad y de desconfianzas, cuyos principales sucesos fueron la huída del Papa á Gaeta, la disolución de la Cámara, la convocación de una Constituyente, la destitución de Pío IX como soberano temporal y la proclamación de la república en 1849. Protegido por las armas francesas, el Pontífice regresó á Roma en 1850 y en aquel mismo año firmó el Concordato con España. En 1854 reunió un concilio ecuménico que proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción. Desde 1859 la Santa Sede fué perdiendo sus dominios temporales, y aunque Pío IX pudo organizar un ejército, cuyo mando confió al general Lamoricière, todos sus esfuerzos no bastaron á impedir que la monarquía sarda se anexionara la casi totalidad del patrimonio de San Pedro. En 1865 publicó la famosa encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus*, y en 1869 reunió el concilio ecuménico que en 13 de julio de 1870 declaró dogma la infalibilidad del Papa. El día 17 de agosto del propio año las tropas francesas evacuaban á Roma, y el día 20 de septiembre el ejército de Víctor Manuel entraba en la Ciudad Eterna, que desde entonces ha sido capital de Italia. Protestó enérgicamente Pío IX, y retirado en el Vaticano, de donde no volvió á salir más, se negó á reconocer la ley de garantías votada por el Parlamento italiano en 31 de mayo de 1871 y á aceptar la lista civil que en dicha ley se le señalaba. Murió en 2 de febrero de 1878. había nacido en 1792.

León XIII. – Joaquín Vicente Pecci, sucesor de Pío IX, que rige todavía los destinos de la Iglesia y que fué elegido en 20 de febrero de 1878, comenzó su pontificado publicando una encíclica en la que protestaba de la ocupación de Roma por Víctor Manuel. León XIII se ha consagrado principalmente á buscar solución para los graves problemas sociales y políticos de nuestra época. Además ha procurado desde los primeros momentos restablecer las relaciones interrumpidas en las postrimerías del gobierno de su antecesor con los principales Estados de Europa, y hoy á la antigua tirantez ha sucedido la cordialidad entre la Santa Sede y naciones antes poco afectas á ésta, como Rusia, Inglaterra, Alemania y la República Francesa. En 1887 celebró con extraordinaria solemnidad su jubileo sacerdotal, recibiendo con tal motivo no sólo las más calurosas muestras de adhesión de todos los católicos, sino que también los testimonios de las simpatías de todas las naciones del mundo, sin excluir á las protestantes y mahometanas. Lo propio sucedió en 1893 con motivo de su jubileo episcopal. Las fiestas con que en Italia se solemnizó, en 20 de septiembre último, el vigésimoquinto aniversario de la entrada de las tropas de Víctor Manuel en Roma, han dado lugar á una enérgica protesta de León XIII.

ESPAÑA

Hállase situada España en el extremo Suroeste de Europa, y tiene por límites al Norte el mar Cantábrico y Francia; al Este el Mediterráneo; al Sur el Mediterráneo, el estrecho de Gibraltar y el Océano Atlántico, y al Oeste el Océano Atlántico y Portugal. Su mayor longitud de Norte á Sur, desde el cabo Peñas hasta Tarifa, es de 856 kilómetros, y su mayor latitud de Este á Oeste, desde el cabo de Creus al de Falconeiro, de 1.020, siendo su superficie total de 504 516'88 kilómetros cuadrados: esta cifra se eleva á 1.824.000 añadiéndole las correspondientes á las Baleares, Canarias, posesiones ultramarinas y territorios de Africa. Su población, según el último censo de 1887, es de 17.650 234 habitantes de derecho, y contando con la correspondiente á las posesiones de Ultramar y africanas elévase á 25.500.000.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Carlos IV. – Fué proclamado rey en 1789. Los principales sucesos de su reinado fueron: la campaña del Rosellón, que terminó con la Paz de Basilea (1795); el tratado de San Ildefonso (1796), que hizo de España la aliada de los franceses; la guerra de Portugal, á la que puso término la paz de Badajoz (1801); la batalla de Trafalgar (1805), en la que las escuadras francesa y española, mandadas por el almirante francés Villeneuve, fueron derrotadas por la armada inglesa á las órdenes de Nelson; la entrada del ejército francés en España á pretexto de la conquista de Portugal (1808); el motín de Aranjuez (marzo de 1808), que produjo la caída del favorito Godoy y la abdicación de Carlos IV en favor de su hijo Fernando. Esta abdicación á los dos días fué revocada, poniendo Carlos IV su suerte y la de los suyos en manos de Napoleón I y desarrollándose entonces los vergonzosos sucesos de Bayona. Carlos IV murió en 1819 en Nápoles, á los diez y siete días de haber fallecido en Roma su esposa María Luisa.

Fernando VII. – Jurado como príncipe de Asturias en 1789, subió al trono por abdicación de su padre en 19 de marzo de 1808, habiendo dado pocos días antes motivo al escandaloso proceso llamado del Escorial. Amenazado por Napoleón I y por sus padres en Bayona, renunció su corona en favor de Carlos IV, el cual á su vez la cedió al emperador de los franceses, quien la puso en las sienes de su hermano José Bonaparte. En el entretanto había estallado en España la gloriosísima guerra de la Independencia, de la que nada detallaremos porque exigiría mayor espacio del que estos ligeros apuntes consienten, y que terminó en 1814 por el tratado de Valençey, en el cual Napoleón reconocía como rey de España á Fernando VII. Durante la ausencia de éste, la Junta central, reunida en Cádiz, convocó por vez primera á Cortes generales que, reunidas en 1810, declararon nula la renuncia de Fernando y aprobaron la primera Constitución española en 1812. El monarca regresó á España en 1814, mostróse cruel y desagradecido con los que más le defendieran, anuló los decretos de las Cortes de Cádiz y se entregó al más inicuo absolutismo. A consecuencia del levantamiento de Riego, Fernando VII aceptó en 1820 la Constitución de 1812; pero mientras se restablecían las libertades proclamadas en Cádiz y se reunían las Cortes en Madrid, estalló la guerra civil, encendida por los absolutistas. En 1822 cien mil franceses penetraron en España y ayudaron á restablecer el gobierno absoluto en 1823, inaugurándose entonces un período de espantosa reacción. Viudo de su tercera esposa, en 27 de diciembre de 1829 casóse con María Cristina de Nápoles, gracias á cuya influencia abolióse la ley Sálica y se inició un movimiento más liberal en el gobierno, que se paralizó por el temor que despertó en España la revolución de Francia de 1830. En 1832 los ministros, aprovechando la grave enfermedad del rey, hiciéronle restablecer la ley Sálica; pero este decreto no llegó á publicarse porque la reina logró que su esposo lo anulase antes de morir. Durante este reinado perdió España casi todas sus posesiones de América. Fernando VII, «cuyo nombre - ha dicho no ha mucho uno de nuestros más eminentes políticos é historiadores - jamás la historia patria y la conciencia humana maldecirán cual merece,» murió en 29 de septiembre de 1833.

Isabel II. – Nació en 10 de octubre de 1830 y fué proclamada reina en 2 de octubre de 1833, bajo la tutela de su madre María Cristina, que gobernó el reino como regente. Apenas sentada en el trono, el partido absolutista proclamó rey al infante D. Carlos, hermano de Fernando VII, empezando en 1834 la sangrienta guerra civil que no terminó en el Norte hasta agosto de 1839, en que se firmó el convenio de Vergara, y en Cataluña hasta mediados de 1840. La reina gobernadora otorgó en 1834 el Estatuto Real, y dos años después, á consecuencia de la sublevación militar de la Granja, tuvo que aceptar la Constitución de 1812 y reunir Cortes que promulgaron la Constitución de 1837. En 1840 un levantamiento popular, secundado por el ejército, obligó á María Cristina á abdicar la regencia, que las Cortes confiaron al general Espartero, duque de la Victoria, el cual tres años después hubo de huir de España. Constituído un gobierno provisional, presidido por D. Joaquín María López, éste convocó las Cortes que en 1843 declararon mayor de edad á Isabel II. En 1845 el partido moderado reformó la Constitución de 1837; en 1854 subieron al poder los progresistas, y en el período de dos años que duró el gobierno liberal reuniéronse Cortes Constituyentes y se discutió una nueva Constitución que no llegó á regir. Los sucesos más importantes desde 1857 á 1868 fueron el nacimiento del príncipe de Asturias D. Alfonso (1857); la guerra de Africa, que terminó en marzo de 1860; la intentona carlista de San Carlos de la Rápita; la expedición á México, mandada por el general Prim; la guerra con Perú, y la de Chile. En 1868 estalló la revolución llamada de Septiembre, á cuyo frente se pusieron los generales Prim y Serrano y el almirante Topete: el día 29 del citado mes fué destronada Isabel II, después de haber sido derrotadas el 28 en el puente de Alcolea las tropas que la defendían. En 2 de febrero de 1852, Doña Isabel II fué objeto de una tentativa de regicidio realizada por el cura Merino.

D. Francisco Serrano y Domínguez. – A los pocos días de la batalla de Alcolea, el general Serrano, duque de la Torre, se encargaba de la presiden-



ESPAÑA.—Jejes del Estado en el presente siglo

cia del Gobierno provisional, que desempeñó hasta 22 de febrero de 1869, fecha en que resignó ante las Constituyentes los poderes que recibiera de la Junta revolucionaria. Las Cortes le concedieron un voto de confianza, y Serrano continuó al frente del que entonces se llamó poder Ejecutivo. Publicada la Constitución de 1869, el duque de la Torre fué nombrado regente, ocurriendo durante su gobierno varias intentonas republicanas y carlistas, que el general Prim, ministro de la Guerra, sofocó pronto y con mano firme. La regencia del general Serrano terminó en 16 de noviembre por haber sido elegido rey de España el duque de Aosta, hijo segundo del de Italia Víctor Manuel. En 10 de octubre de 1868 estalló la guerra separatista de Cuba iniciada por el manifiesto dado en Yara por Carlos Manuel de Céspedes.

Amadeo I. – Aceptó el príncipe italiano la corona de España, verificando su entrada en Madrid el 2 de enero de 1871 é iniciando un reinado altamente democrático. Quiso el monarca establecer un gobierno de conciliación y ser un rey verdaderamente constitucional; pero sus esfuerzos resultaron siempre vanos ante las luchas intestinas de los partidos, que al fin motivaron su abdicación en 11 de febrero de 1873. Los sucesos más importantes de este breve reinado fueron la tentativa de asesinato en las personas del rey y de su esposa Doña María Victoria, en 18 de julio de 1872; la sublevación federal promovida en el Ferrol por el brigadier Pozas y el capitán de fragata Montejo, que fué fácilmente sofocada, y el levantamiento de los carlistas, que comenzaron la segunda guerra civil.

D. Estanislao Figueras. – Al aceptar la Asamblea en 11 de febrero de 1873 la dimisión de don Amadeo, proclamó la República y puso al frente del Poder Ejecutivo á D. Estanislao Figueras, cuyo gobierno fué de corta duración; pues no considerándose con fuerzas bastantes para encauzar la situación política, cada día más agravada por las discordias de los mismos republicanos, abandonó la presidencia de la República, marchándose á Francia en junio de aquel mismo año. Durante la presidencia de Figueras la Asamblea, en 22 de marzo, abolió la esclavitud en Puerto Rico.

D. Francisco Pi y Margall. – Proclamada la República federal, fué elegido presidente en 7 de junio Don Francisco Pi y Margall. Los días de su gobierno fueron de prueba para él y para el país, pues las sublevaciones cantonales de Málaga, Alcoy y Cartagena por un lado y las guerras carlista y separatista por otro, creaban una situación cuya consecuencia inmediata parecía ser la ruina de la nación española. A pesar de haber sido investido de una especie de poder dictatorial, Pi y Margall no pudo hacer frente á tantas contrariedades y dimitió la presidencia en 18 de julio de 1873.

D. Nicolás Salmerón. – Fué elegido entonces presidente el Sr. Salmerón, durante cuyo gobierno continuó ensangrentando algunas provincias la guerra carlista, en tanto que los cantonales se entregaban á toda suerte de desmanes en Granada, Sevilla y Valencia. No pudiendo vencer tantas complicaciones y no queriendo apelar á procedimientos que pugnaban con las ideas de toda su vida, Salmerón dejó el poder en 7 de septiembre de 1873.

D. Emilio Castelar. – Gravísimas eran las circunstancias por que atravesaba España al ser elegido Castelar presidente de la República á raíz de haber dimitido el Sr. Salmerón. Convencido el nuevo presidente de la imposibilidad de que aquel estado de cosas continuara, dedicóse á restablecer el orden, á poner de nuevo el ejército sobre el pie de la disciplina y la ordenanza, y á organizar y ordenar la administración. Gracias á su energía la nación española pudo salvar la tremenda crisis en que se encontraba, y si no pudo acabar con los carlistas y con los separatistas cubanos, logró por lo menos sofocar completamente la rebelión cantonal y allegar recursos con que hacer frente á los que cada día en mayor número en la península combatían por D. Carlos y á los que en Cuba luchaban por la independencia de aquella Antilla. Castelar abrió las Cámaras en 2 de enero, presentóse en el Congreso exponiendo el gravísimo estado del país, y después de un debate borrascoso, dimitió la presidencia. El golpe de Estado del 3 de enero de 1874, dado por el entonces capitán general de Madrid Sr. Pavía, puso término á aquella sesión y al gobierno de la República.

D. Francisco Serrano. – Formóse inmediatamente un gobierno cuya presidencia se encomendó al general Serrano, el cual, en vista del incremento que tomaban los carlistas en el Norte, púsose al frente del ejército para combatir en persona, consiguiendo levantar el sitio de Bilbao el día 2 de mayo. El gobierno presidido por el duque de la Torre fué derribado por el pronunciamiento de Sagunto, en donde el general Martínez Campos proclamó en 29 de diciembre de 1874 rey de España á Alfonso XII. Habiéndose adherido á este movimiento todo el ejército, quedó restablecida la monarquía de los Borbones.

Alfonso XII. – Inmediatamente después del levantamiento de Sagunto, nombróse por decreto de 31 de diciembre de 1874 el Ministerio-Regencia, á cuyo frente se puso D. Antonio Cánovas del Castillo. Alfonso XII desembarcó en Barcelona en 9 de enero de 1875 y el día 14 hizo su entrada en Madrid, y muy pronto alrededor del nuevo gobierno agrupáronse los principales partidos, atraídos por la política de paz y de concordia emprendida por el nuevo monarca. En 15 de febrero de 1876 abriéronse las primeras Cortes de la Restauración, y al día siguiente Alfonso XII partió de Madrid para ir á ponerse al frente del ejército del Norte, y á los pocos días terminaba la guerra civil. En el entretanto las Cortes discutieron y votaron la Constitución de 1876, que el monarca juró en 30 de junio. En 23 de enero de 1878 D. Alfonso se casó con su prima la infanta doña Mercedes, hija del duque de Montpensier, que falleció en 26 de julio del mismo año; en 25 de octubre fué objeto de una tentativa de regicidio perpetrada por Oliva Moncusí. En enero de 1878 la paz del Zanjón puso término á la guerra de Cuba, y aun cuando al poco tiempo volvieron á alzarse en armas los insurrectos, no tardó en ser sofocado este nuevo levantamiento. En 29 de noviembre de 1879 casó Alfonso XII con la archiduquesa de Austria doña María Cristina, y al mes siguiente Otero atentó contra la vida de los reyes. En 11 de septiembre de 1880 nació la princesa de Asturias doña María de las Mercedes, y en 12 de noviembre de 1882 la infanta doña María Teresa. En 1883 ocurrieron las sublevaciones de Badajoz, Santo Domingo de la Calzada y Seo de Urgel, que fueron fácilmente dominadas, y al poco tiempo D. Alfonso, después de visitar las principales plazas fuertes de la península, emprendió un viaje á las capitales de Austria, Alemania, Bélgica y Francia. En agosto de 1885 los alemanes pretendieron apoderarse de las islas Carolinas, produciéndose con este motivo gran agitación en España: el arbitraje de S. S. León XIII puso término al conflicto. Alfonso XII falleció en el Pardo en 25 de noviembre de 1885.

Doña María Cristina. – A la muerte de D. Alfonso XII encargóse de la regencia su viuda doña María Cristina, que sigue desempeñándola en la actualidad en nombre de su hijo D. Alfonso XIII, habiendo logrado con su política verdaderamente constitucional y con su virtuosa y ejemplar conducta la admiración y la más leal adhesión de los monárquicos y el respeto de republicanos y carlistas.

Alfonso XIII. – Es en la actualidad rey de España, bajo la regencia de su madre, D. Alfonso XIII, hijo póstumo de D. Alfonso XII, nacido en 17 de mayo de 1887. Los principales sucesos de su reinado hasta la fecha han sido: la sublevación del brigadier Villacampa en 19 de septiembre de 1887; el viaje de SS. MM. á Barcelona con motivo de la primera Exposición universal española; la guerra de Melilla (1893), que motivó el tratado de Marrakesh (1894), y la insurrección de Cuba, que comenzó en febrero de 1895.

FRANCIA

La Francia actual es un Estado republicano de la Europa occidental, bañado al Norte por el mar del Norte ó de Alemania, al Noroeste por el canal de la Mancha, al Oeste por el Atlántico y al Sur por el Mediterráneo: confina al Nordeste con Bélgica, Luxemburgo y Alemania; al Este con Alemania, Suiza é Italia, y al Suroeste con España. Su mayor longitud de Norte á Sur, ó sea desde Dunkerque á Prats de Molló, es de 973 kilómetros, y su mayor anchura de Oeste á Este, desde la punta de Corsen á los Vosgos, de 888, siendo su extensión superficial de 528.876 kilómetros cuadrados. El número de sus habitantes, según el censo de 1891, era de 38.343.192, de los cuales 1.130.211 son extranjeros. Los habitantes de sus colonias y protectorados de las otras partes del mundo ascienden á unos 37 millones.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Napoleón I. – Napoleón Bonaparte regía al comenzar este siglo los destinos de Francia en calidad de primer cónsul, dignidad que le fué conferida en 9 de noviembre (18 brumario) de 1789. En la imposibilidad de relatar sus actos anteriores á esta fecha, dadas las condiciones de estos ligerísimos apuntes, nos limitaremos á resumir los hechos por él realizados desde principios de la presente centuria. Las victorias conseguidas sobre los austriacos obligan á éstos á firmar la paz de Luneville (1801), y á las demás naciones coligadas contra Francia (Inglaterra, España y Holanda) á aceptar la paz de Amiens (1802). La Constitución del año X (1802) confiere á Bonaparte el Consulado vitalicio con facultad de elegir sucesor. Inglaterra declara la guerra á Francia y bloquea sus costas. En 18 de mayo de 1804 Bonaparte es proclamado emperador hereditario con el nombre de Napoleón I, y vence en poco tiempo dos coaliciones, obligando á sus enemigos á firmar el tratado de Pressburgo (1805) y la paz de Tilsitt (1807). En 1808 sus tropas entran en Madrid, y en el mismo año Napoleón entrega la corona de España á su hermano José, motivando con ello el levantamiento de los españoles y la gloriosa guerra de la Independencia, que terminó en 1813 con la retirada de los franceses. La paz de Viena (1809) pone fin á la guerra de la quinta coalición. Divórciase Napoleón de su esposa Josefina y se casa en 1810 con la archiduquesa María Luisa de Austria. En 1812 emprende la campaña de Rusia, que termina con la desastrosa retirada de su ejército; fórmase contra él en aquel mismo año una nueva coalición, que también es vencida y que origina el convenio de Plesswitz (1813). En 1814 consigue importantes victorias sobre los prusianos; mas los aliados se unen y atacan á París, que se ve precisada á capitular: en 11 de abril abdica Napoleón I en Fontainebleau y se retira á la isla de Elba; en 1.° de marzo reaparece en Francia, llega el 20 á París, comenzando el reinado llamado de los Cien días; publica el 20 de abril el *Acta adicional*, y en 18 de junio es vencido en Waterloo. En 8 de julio abdica en favor de su hijo, y después de haber proyectado dirigirse á América, confíase al gobierno británico, el cual le envía como prisionero de la coalición á la isla de Santa Elena, en donde murió en 5 de mayo de 1821, á la edad de 51 años.

Luis XVIII. – Este monarca, que había nacido en 1775, era hermano de Luis XVI: fué proclamado en 6 de abril de 1814, y en 4 de junio promulgó la *Carta constitucional*. La víspera de entrar en París Napoleón I á su regreso de la isla de Elba, abandonó París y se refugió en Gante, pero recuperó el trono después de la derrota del emperador en Waterloo. En un principio combatió los excesos de la reacción realista, dictando leyes liberales; pero los progresos de los avanzados espantaron al gobierno, y el asesinato del duque de Berry aseguró el triunfo del antiguo régimen, iniciándose el período del *terror blanco*. En 1823 el ejército francés entró en España para restablecer el gobierno absoluto de Fernando VII, y en 16 de septiembre de 1824 murió Luis XVIII.

Carlos X. – Sucedió á Luis XVIII su hermano Carlos X, que había nacido en 1757 y fué consagrado en Reims en 1825. Quiso acentuar la política reaccionaria iniciada por su antecesor y modificar la *Carta;* pero las ordenanzas de julio de 1830 produjeron un levantamiento en París, y después de un combate de tres días triunfó la revolución, cayendo la dinastía de los Borbones. Carlos X, que en vano abdicó en favor de su nieto, huyó á Inglaterra y murió en Goeritz en 1836. Los sucesos más importantes de su reinado fueron la guerra contra Turquía en favor de los griegos, terminada en 1828 con la expedición á Morea, y la conquista de Argelia, comenzada en 1830.

Luis Felipe I. – Destronado Carlos X, la Cámara en 7 de agosto de 1830 proclamó rey á Luis Felipe, de la familia de los Orleáns. En los primeros años de su reinado restableció el orden interior y gobernó liberalmente; más adelante las disensiones entre los jefes del partido gubernamental trajeron consigo un período de luchas entre la monarquía y el Parlamento; pero no tardó en restablecerse la paz, y los últimos años del gobierno de Luis Felipe fueron de gran prosperidad para Francia. La revolución de 23 de febrero de 1848 puso fin á aquel reinado, cuyos principales acontecimientos fueron: la entrada del ejército francés en Bélgica y consiguiente independencia de este territorio, que se erigió en reino (1832); la expedición á Portugal; la formación de la cuádruple alianza entre Francia, Inglaterra, Portugal y España para asegurar la paz en la península ibérica; las guerras contra México y contra la República Argentina (1838); la fundación de establecimientos en distintos puntos de Africa, y la conquista definitiva de la Argelia. Luis Felipe, á quien se denominó Felipe Igualdad, murió en Claremont (Inglaterra) en 26 de agosto de 1850.

Napoleón III. – Antes que emperador fué Luis Napoleón proclamado presidente de la República en 26 de diciembre de 1848: en 1850 verificóse la expedición á Italia, poniendo los franceses sitio á Roma y apoderándose de ella en 3 de julio, con lo que Pío



FRANCIA.—Jefes del Estado en el presente siglo

IX pudo volver á su capital. A consecuencia del golpe de Estado de 2 de diciembre de 1851, fué elegido Napoleón presidente por diez años. En 14 de enero de 1852 promulgóse una nueva Constitución; en 29 de marzo, el presidente de la República declaróse dictador, siendo proclamado emperador en 2 de diciembre del mismo año. En 1853 casó con la duquesa de Teba, y en el propio año emprendió nuevas expediciones á Argelia; en 1854 Inglaterra y Francia declararon á Rusia la guerra que, después de la campaña de Crimea, afortunada para los aliados, terminó con el tratado de París de 27 de abril de 1856. A los pocos días de firmarse la paz se inauguró en la capital de Francia una Exposición Universal. Al año siguiente ocurrió el atentado Orsini, y en 1859 Napoleón intervino en los asuntos de Italia contra el Austria, y tras las victorias de Magenta y Solferino, entre otras, firmóse en 23 de noviembre el tratado de Zurich. En 1860 el rey de Cerdeña cedió á Francia Niza y Saboya. El período desde 1861 á 1869 fué de reformas liberales, y durante él se terminó la guerra contra el imperio de Anam (1863); se emprendió la expedición á México, cuyo fracaso en 1867 costó la vida al emperador Maximiliano; se verificó en París otra Exposición Universal (1867), y se intentó la intervención en favor de los polacos. Durante este período también realizóse en París la gran reforma urbana y se multiplicaron en toda Francia los caminos de hierro. En 8 de mayo de 1870 quiso robustecerse al imperio decadente con un plebiscito, y en 15 de julio Napoleón declaró la guerra á Prusia: la derrota de Sedán (4 de septiembre de 1870) ocasionó la caída del imperio, Napoleón murió en Chislehurst (Inglaterra) en 2 de enero de 1873.

Luis Adolfo Thiers. – Caído el imperio proclamóse la república y se formó el gobierno de la Defensa Nacional; los alemanes pusieron sitio á París, firmándose el armisticio en 28 de enero de 1871, y la Asamblea reunida en Burdeos eligió en 19 de febrero presidente del Poder Ejecutivo á Thiers. En abril fué vencida la revolución comunista de París, y en 10 de mayo firmóse la paz de Francfort, que puso término á la guerra franco-alemana. En 30 de agosto la Asamblea Nacional dió á Thiers el título de presidente de la República Francesa. Los principales hechos ocurridos durante la presidencia de Thiers fueron el anticipo de la contribución de guerra, la reorganización del ejército y de la administración y el restablecimiento del crédito de Francia. Viendo que le era hostil la Asamblea, Thiers dimitió la presidencia en 24 de mayo de 1873.

Mac-Mahón. – A raíz de la dimisión de Thiers fué elegido presidente el mariscal Mac-Mahón, duque de Magenta. Su gobierno fué marcadamente conservador, y durante el mismo se completó el pago de la indemnización de guerra á los alemanes. En 19 de noviembre de 1873 la Asamblea prorrogó, á petición suya, por siete años el título y los poderes del presidente, y en 25 de febrero de 1875 se aprobó la nueva Constitución, que fué completada por la ley orgánica de 30 de noviembre del propio año. Mac-Mahón se mostró siempre poco inclinado á una política francamente republicana. Derrotado el ministerio del duque de Broglie por la Cámara de diputados, ésta fué disuelta por el presidente de la República; verificadas nuevas elecciones en 14 de octubre de 1887, el triunfo fué para los republicanos. Quiso Mac-Mahón dimitir; mas cediendo á los ruegos de Grevy, desistió de su intento. Después que las elecciones de 5 de enero de 1879 hubieron dado á los republicanos mayoría en el Senado, el mariscal presentó en 30 del citado mes la dimisión.

Julio Grevy. – Aceptada la dimisión de Mac-Mahón, la Asamblea eligió presidente el mismo día á Julio Grevy. Su gobierno fué estrictamente parlamentario, y durante el mismo, Francia tomó parte en las conferencias de Londres para el arreglo de la cuestión egipcia y en la de Berlín sobre colonias y protectorados europeos en el Congo y en el Níger; extendió su poderío colonial en Oceanía y su influencia en el Senegal; adquirió el protectorado de Túnez después de una campaña terminada por el tratado del Bardo (1881), y tomó posesión de los protectorados del Tonkín y de Anam. Terminado el período de su presidencia, fué reelegido en 28 de diciembre de 1885. Su segundo gobierno fué más agitado que el anterior, comenzando en 1887 el movimiento boulangerista. El asunto de la venta de condecoraciones, en el que resultó complicado Wilson, yerno de Grevy, obligó á éste á presentar la dimisión de la presidencia, que le fué aceptada en diciembre de 1887.

Carnot. – Después de varias votaciones previas y merced á la unión de todas las izquierdas y de algunos conservadores, fué elegido presidente de la República en 3 de diciembre de 1887 María Francisco Sadi Carnot, que había desempeñado con gran acierto las carteras de Obras Públicas (1880) y de Hacienda (1886), y que en el ejercicio de su cargo no defraudó las esperanzas que en él se habían cifrado. En 23 de junio de 1894 marchó á Lyón con objeto de visitar la exposición colonial allí inaugurada, y al día siguiente fué asesinado por el anarquista Caserio. Los sucesos más importantes acaecidos durante el gobierno de Carnot fueron: la agitación boulangerista, que pudo darse por terminada con la huída y proceso del general Boulanger; la Exposición Universal celebrada en París en 1889; el tratado con el rey del Dahomey (1890), que fué violado por éste en 1893, originándose con ello una campaña que terminó con la sumisión de Behanzín; el proceso llamado del Panamá (1892); el tratado franco-siamés, que fué un triunfo para la diplomacia francesa, y la Encíclica de León XIII aconsejando á los franceses el respeto á los poderes constituídos.

Juan Casimiro Perier. – En 27 de junio de 1894 la Asamblea reunida en Versalles eligió presidente de la República á Juan Casimiro Perier, que había desempeñado las presidencias de la Cámara y del Consejo de ministros en 1893: su elección, considerada como un triunfo de los conservadores, fué bien acogida en toda Europa. Uno de sus primeros actos presidenciales fué la presentación de un proyecto de ley de represión contra los anarquistas, proyecto que las Cámaras aprobaron, y al poco tiempo Francia declaró la guerra á Madagascar. En 10 de enero de 1895 dimitió la presidencia de la República: su dimisión, fundada en la injuriosa campaña emprendida contra él y en la imposibilidad de vencer las dificultades que sus adversarios oponían á su gobierno, causó general sorpresa.

Félix Faure. – En 17 de enero de 1895 fué elevado Félix Faure á la presidencia de la República, puesto que en la actualidad ocupa. Los sucesos más importantes ocurridos durante el año que lleva de gobierno, son la terminación de la guerra de Madagascar por el tratado de Tananarive, que asegura la completa dominación de aquel territorio por los franceses, y la reciente constitución del ministerio radical Bourgeois, cuyo programa es de tendencias marcadamente socialistas.

PORTUGAL

El reino de Portugal, que ocupa la zona occidental de la península ibérica, está situado al Sudoeste de Europa y confina al Norte y al Este con España y al Sur y al Oeste con el Atlántico. Su mayor longitud, de Norte á Sur, desde el cabo de San Vicente á la frontera de Zamora, es de 558 kilómetros cuadrados, y su mayor anchura, de Este á Oeste, de 220, siendo de 2.238.675 su superficie total, contando las islas Azores y Madera y sus posesiones y colonias de Ultramar. Su población total, posesiones y colonias inclusive, según el último censo de 1881, es de 18.921.178 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Juan VI. – Nació en 1769, y por enfermedad mental de su madre doña María encargóse del gobierno en 1792 y tomó el título de regente en 1799. En 1793 entró en la primera coalición contra Francia, y en 1801 se vió atacado por españoles y franceses, debiendo ceder á los primeros Olivenza y dar á los segundos 15 millones y una parte de la Guyana. En 1807 Napoleón decidió el reparto de Portugal: invadido el territorio portugués por el ejército francés, hubo el regente de huir al Brasil, colonia que él declaró reino en 1815. En 1816 murió doña María, y Juan tomó el título de rey de Portugal, que sin gobierno, estaba entregado á una verdadera anarquía administrativa. En 1821 Juan VI regresó á Europa, erigiéndose entonces el Brasil en reino independiente. Cuando en 1823 triunfó la reacción en España, el monarca portugués fué proclamado, á pesar suyo, rey absoluto. En 1824, después de un golpe de Estado de su hijo Miguel, prometió restablecer la antigua Constitución. Poco después reconoció la independencia del Brasil, y en 1826 falleció.

Pedro IV. – Había nacido en 1798 y era emperador del Brasil desde 1822. Al morir su padre Juan VI se proclamó rey de Portugal, y después de haber dado una Constitución liberal á los portugueses, abdicó en 1826 en favor de su hija doña María de la Gloria, nombrando regente á su hermano D. Miguel. Murió en Lisboa en 1834.

María II. – Había nacido en 1819, y apenas proclamada reina fué desposada con su tío D. Miguel, el cual antes de verificarse el casamiento se apoderó de la corona, proclamándose rey absoluto. Doña María se vió obligada á partir al Brasil, y gracias al auxilio de su padre fué restablecida en el trono de Portugal en 1833. En 1835 casóse con Augusto de Leuchtenberg y en 1836 con Fernando de Sajonia Coburgo. En 1847 quisieron volver á probar fortuna los partidarios de D. Miguel, que se titulaban legitimistas; pero con la intervención de España, que envió al vecino reino un ejército mandado por D. Manuel Gutiérrez de la Concha, fueron vencidos los rebeldes. María II murió en 1853.

Pedro V. – Diez y seis años contaba D. Pedro V, hijo de doña María II y de Fernando de Sajonia Coburgo, cuando en 1853 sucedió á su madre, bajo la tutela de su padre. En 1855, llegado á la mayor edad, encargóse del gobierno, y en 1858 casóse con la princesa Estefanía de Hohenzollern Sigmaringen, la que murió al año siguiente Pedro V promovió la construcción de telégrafos y ferrocarriles; ajustó un tratado con el Japón, muy ventajoso para el comercio portugués, y murió en 1861.

Luis I. – Sucedió á Pedro V su hermano D. Luis I, nacido en 1838: firmó en 1862 el tratado de Tientsin, por el que China cedió á Portugal la península de Macao; dividió el reino en provincias; procuró introducir el orden y la economía en la empeñada hacienda portuguesa, reduciendo espontáneamente la lista civil; opúsose á los programas de organización de una república ibérica cuando en España triunfó la revolución de 1868; negóse á que su nombre figurase como candidato al trono español; abolió la esclavitud en las posesiones portuguesas (1868); reformó el Parlamento; decretó la venta de bienes del clero (1869), y estuvo varias veces en España, la última en 1889 cuando visitó la Exposición universal de Barcelona. Murió en 1889. D. Luis fué muy aficionado á las letras y á las bellas artes, y tradujo la *Iliada* y varias obras de Shakespeare.

Carlos I. – Nació en 1863 y sucedió á su padre en 1889. A poco de ocupar el trono, estalló el conflicto con Inglaterra por la posesión de los territorios litigiosos de Africa. Este conflicto, que produjo gran excitación en Portugal, terminó con un convenio (1890), que por lo depresivo para los portugueses ocasionó la caída del ministerio y graves desórdenes y manifestaciones contra la Gran Bretaña en varias ciudades del reino. El *modus vivendi* firmado poco después fué complemento de aquel convenio. En 1891 estalló una revolución republicana en Oporto, que fué fácilmente dominada. Portugal durante los últimos años ha estado sujeto á continuas y graves crisis políticas y económicas. Recientemente se ha reformado la Constitución en sentido restrictivo y dando al monarca y á sus gobiernos atribuciones que se aproximan al poder personal. A fines de 1895 ha realizado D. Carlos I un viaje á las principales cortes de Europa, durante el cual se ha suscitado un conflicto entre él y el rey de Italia con motivo de su proyectada visita al Vaticano.

ITALIA. – CERDEÑA

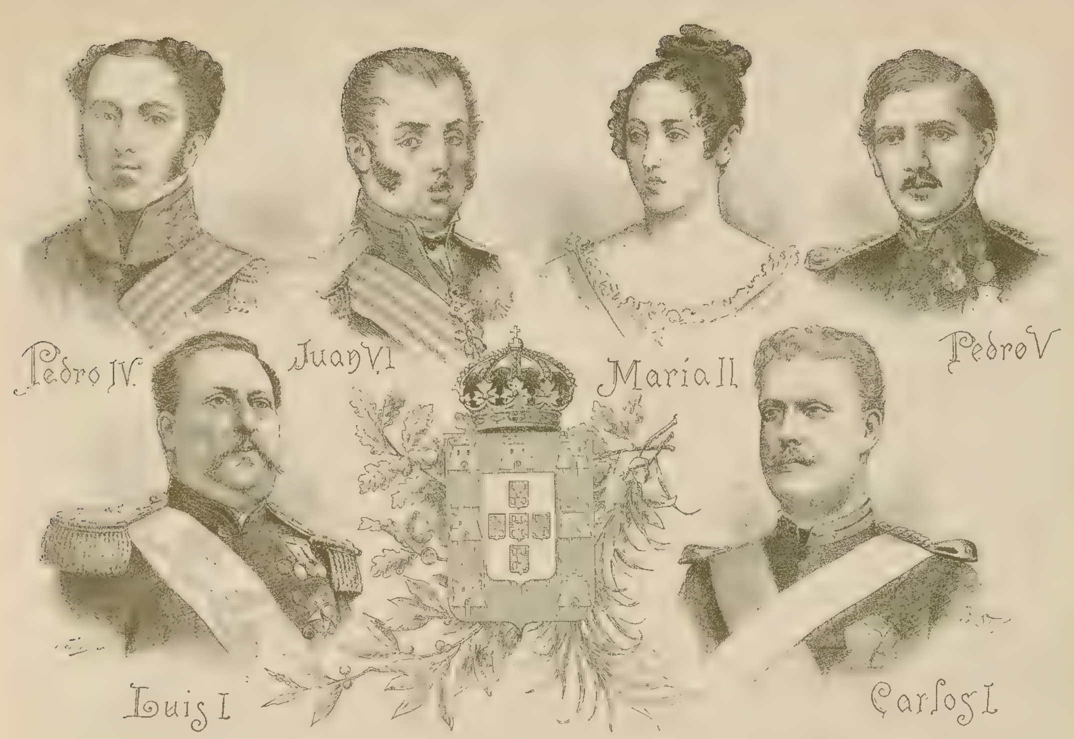
El reino de Italia, situado en el centro meridional de Europa, confina al Norte con Suiza y Austria, al Nordeste con Austria y el mar Adriático, al Este con el canal de Otranto, al Sudeste con el mar Jónico, al Sur con el Mediterráneo, al Sudoeste con el mar Tirreno y al Oeste con Francia. Su superficie total es de 286.589 kilómetros cuadrados, y su población era en 1893 de 30.724.897 habitantes.

La monarquía de Italia está vinculada en la casa de Saboya, soberana que fué del reino de Cerdeña.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Carlos Manuel IV. – Empezó á reinar en Cerdeña en 1796 y quiso seguir una política opuesta á la que tan malos resultados diera á su padre Víctor Amadeo III; así es que en vez de hacer la guerra á Francia alióse con el Directorio. Intentó también contemporizar con las nuevas ideas que se habían introducido en sus Estados, y abolió los derechos y privilegios feudales, estableciendo otras reformas menos importantes. Pero el Directorio le obligó á abandonar el Piamonte, que por un decreto de 1802 fué agregado á Francia y dividido en seis departamentos. Carlos Manuel, que al principio se había refugiado en Cerdeña, pasó luego á Roma, y en 1802 abdicó en su hermano Víctor Manuel, rey de Cerdeña, muriendo en 1819.

Víctor Manuel I. – Nació en 1759, y en un principio sólo reinó en Cerdeña, porque del Piamonte habíase apoderado Francia, hasta que en 1814 logró entrar en Turín. En 1815 agregó á sus Estados Génova y diversos anejos. Su oposición á los principios liberales hizo estallar en 1821 una revolución, á consecuencia de la cual abdicó en favor de su hermano Carlos Félix. Murió en 1824.



PORTUGAL.—Jefes del Estado en el presente siglo



CERDEÑA É ITALIA.—Jefes del Estado en el presente siglo

Carlos Félix. – Había nacido en 1765 y su reinado fué próspero para su reino, puesto que durante el mismo realizáronse varias importantes reformas legislativas y muchas obras de utilidad pública. A él se debieron, entre otras cosas, la adquisición del Museo Egipcio de Turín y la institución de consulados en la costa de Africa y escalas de Levante. La revolución francesa de 1830 no le apartó lo más mínimo de la política reformadora que se había trazado. Murió en 1831, extinguiéndose con él la línea primogénita de la casa de Saboya.

Carlos Alberto. – Había nacido en 1798 y pertenecía á la rama de Saboya-Cariñán. A raíz de la revolución de 1821 y durante el tiempo que medió entre la abdicación de Víctor Manuel I hasta la coronación de Carlos Félix, desempeñó la regencia del reino. Al subir al trono en 1831 su situación era muy difícil, pues en el interior tenía que luchar con las sociedades secretas y en el exterior había de preservarse contra los austriacos Reprimió con rigor varias conspiraciones de revolucionarios y aumentó y reorganizó el ejército: en 1848 cambió de política, promulgando una Constitución, creando una especie de milicia nacional, amnistiando á los emigrados de 1821 y dando libertad á la prensa, y al poco tiempo púsose al frente del movimiento italiano contra los austriacos. A pesar de las primeras victorias, el ejército de Carlos Alberto fué vencido, y después de la derrota de Novara el rey pidió un armisticio y abdicó en 1849 en su hijo Víctor Manuel. Murió en Oporto en 28 de julio de aquel mismo año. Su reinado fué muy beneficioso para la prosperidad moral y material de su país.

Víctor Manuel II. – Nació en 1820, y al encargarse del trono dedicóse á reorganizar su reino, tarea en la que le ayudó poderosamente el conde de Cavour. Desde los comienzos de su reinado aspiró á realizar el ideal nacional de los italianos, cual era la unidad de Italia. En 1859, ayudado por los franceses, rompió las hostilidades contra el Austria, que ejercía decisiva influencia sobre la mayor parte de los Estados de aquella península. Los austriacos, vencidos en Montebello, Magenta y Solferino y combatidos por Garibaldi, hubieron de firmar la paz de Villafranca y el tratado de Zurich, cediendo la Lombardía á Francia, que á su vez la cedió á Víctor Manuel. Estas victorias dieron gran vuelo al sentimiento de la unidad nacional, y Toscana, Parma, Módena y las Romañas pusiéronse bajo la protección del rey del Piamonte, el cual fué sucesivamente reconocido soberano por los demás Estados italianos, siendo proclamado en 17 de marzo de 1861 rey de Italia por el Parlamento. En 1860 Víctor Manuel había cedido á Francia la Saboya y el condado de Niza. La unidad italiana se completó con la cesión del Véneto, que obtuvo Italia por la paz de Viena (1866), y como consecuencia de haberse aliado á Prusia contra el Austria, y con la toma de Roma (septiembre de 1870), que desde entonces es capital del reino de Italia

Humberto I. – El actual rey de Italia, que sucedió á su padre Víctor Manuel I, nació en 1844. La tentativa de regicidio realizada por Passanante en 17 de noviembre de 1878, dió lugar á grandes demostraciones de simpatía hacia el monarca. Durante el reinado de Humberto Italia ha conquistado importantes territorios en Africa, ha aumentado considerablemente su ejército y su marina, ha tomado bajo su protectorado a Abisinia y se ha mantenido dentro de la triple alianza.

GRAN BRETAÑA

El reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda hállase situado en la región Noroeste de Europa y está por todas partes rodeado por el Océano Atlántico. Su superficie, contando todos sus dominios, es de 23.959.991 kilómetros cuadrados, y su población total, según los últimos censos, de 353.649.000 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Jorge III. – Había nacido en 1738, y por muerte de su padre, acaecida en 1751, sucedió á su abuelo Jorge II en 1760: durante su reinado, Inglaterra, gracias á la paz de París, adquirió en 1763 las colonias de Canadá y la Florida; en cambio en 1783 perdió los Estados Unidos de América, que después de nueve años de luchas consiguieron su independencia, y tomó parte activa en las coaliciones contra la República Francesa y contra Napoleón I, desde 1793 á 1815. En este período de trece años, los ingleses vencieron á los franceses en Egipto, se apoderaron de Malta y Mallorca, derrotaron á las escuadras francesa y española en Trafalgar, intervinieron activamente en los sucesos de Portugal y en nuestra guerra de la Independencia y tuvieron parte principalísima en la victoria de Waterloo; en este mismo lapso de tiempo realizó Inglaterra sus expediciones contra Constantinopla, contra Egipto y contra Buenos Aires. En 1798 ocurrió la insurrección de los irlandeses, que terminó al año siguiente con el acta de 1799 que privó á Irlanda de su Parlamento y la despojó de sus libertades Durante este reinado, Inglaterra llegó á ser señora de los mares y del comercio del mundo. En 1810, Jorge III perdió la razón, falleciendo en 1820.

Jorge IV. – Al incapacitarse para reinar Jorge III, fué nombrado regente su hijo Jorge IV, nacido en 1762, que confió el gobierno á los tories y se ocupó muy poco de la cosa política, haciéndose odioso á su pueblo. Subido al trono en 29 de enero de 1820, las iras populares se manifestaron en el proceso de la reina Carolina de Brunswick, de la cual vivía separado Su gobierno, liberal en un principio, fué luego duro y enemigo de toda reforma; más adelante modificóse algo, y en sus últimos tiempos fomentó en alto grado la prosperidad del comercio y de la industria. Durante el ministerio de Wéllington y Roberto Peel decretóse la emancipación de los católicos, disposición que levantó grandes protestas entre los tradicionalistas ingleses. Jorge IV murió en 1830.

Guillermo IV. – Había nacido en 1765, y al su ceder á su padre nombró un ministerio liberal que hizo aprobar en 1832 una nueva ley electoral inspirada en principios avanzados. En 1834 abolió la esclavitud de los negros en todas las colonias inglesas, pagando el Estado 20 millones de libras esterlinas como indemnización á los propietarios, y en el propio año publicó la humanitaria ley llamada de pobres para Inglaterra y el país de Gales. En 1836 sufrió la Gran Bretaña una crisis comercial. En unión de España, Portugal y Francia formó la cuádruple alianza que afirmó en la península ibérica el sistema constitucional. Guillermo IV murió en 1837.

Victoria. – Nació en 1819, y por haber muerto su padre sucedió á su tío Guillermo IV. Confió el poder al partido *whig*, y en 1840 casóse con el príncipe Alberto de Sajonia Coburgo Gotha. En 1846 alióse con Francia y con ella hizo la guerra contra Rusia y luego contra China. En 1876 fué proclamada emperatriz de la India. Reina verdaderamente constitucional, ha visto alternar en sus gobiernos á conservadores y liberales según las tendencias predominantes en el Parlamento. Durante su reinado, Inglaterra ha extendido considerablemente su poderío colonial, habiendo para ello sostenido guerras con China, Birmania, Afghanistán, Abisinia y Egipto.

PRUSIA. – IMPERIO ALEMÁN

El imperio alemán, situado en el centro de Europa, confina al Norte con el mar del Norte, el reino de Dinamarca y el mar Báltico, al Este con Rusia, al Sur con Austria y Suiza, y al Oeste con Francia, Luxemburgo, Bélgica y Holanda. Su extensión superficial es de 540.483 kilómetros cuadrados, y su población, según el último censo (1890), de 49.428.470 habitantes.

El gran reino de Prusia, cuyos monarcas son emperadores de Alemania, está limitado al Este por Rusia; al Sur por Austria, Sajonia, Baviera, Hesse Darmstad, Palatinado bávaro y la Lorena; al Oeste por Luxemburgo, Bélgica y los Países Bajos, y al Norte por el mar del Norte, el Báltico y la Jutlandia. Su superficie es de 348.437 kilómetros cuadrados y su población de 29.957.367 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Federico Guillermo III. – Nació en 1770, y á la muerte de su padre Federico Guillermo II, acaecida en 1797, ocupó el trono de Prusia. No habiendo tomado parte en las primeras luchas contra Napoleón I, aprovechó la paz para fomentar los intereses morales y materiales de su patria. Por haber penetrado un ejército franco-bávaro en el territorio neutral de Anspach, entró en la cuarta coalición contra Francia; pero después de las derrotas de Jena, Auerstadt, Eylau y Friedland, hubo de aceptar la paz de Tilsitt (1807). En 1812 firmó un tratado de alianza ofensiva defensiva con Napoleón, á quien envió un ejército para la campaña de Rusia; mas luego declaró la guerra á Francia y entró con los aliados en París, y más tarde su ejército decidió la batalla de Waterloo. Federico Guillermo III, atento á la prosperidad de sus Estados, inició la liga aduanera ó *Zollverein*, que tanto ha contribuído al desenvolvimiento del comercio y de la industria alemanes. En su obra de regeneración ayudáronle eficazmente ministros como Stein y Hardenberg. Murió en 1840.

Federico Guillermo IV. – Había nacido en 1795 y subió al trono al morir su padre: en los primeros tiempos de su reinado dictó medidas liberales y protegió y fomentó grandemente las bellas artes; pero su conducta posterior, que tendía demasiado al gobierno personal, hizo estallar la revolución de 1848, á consecuencia de lo cual hubo de hacer importantes concesiones. En 1850 se vió obligado á jurar la Constitución, y en 1857, habiéndose debilitado notablemente su inteligencia, nombró regente á su hermano, que le sucedió en el trono á su muerte, acaecida en 1861.

Guillermo I. – Había nacido en 1797. Inauguró su reinado publicando una amnistía; aumentó el ejército y fomentó la marina. Por su política contraria á los liberales indispúsose con la Cámara de diputados, que disolvió en 1862 y 1863. En este último citado año nombró presidente del Consejo de ministros á Bismarck, que fué desde entonces el alma de su política, y que atento al engrandecimiento de Prusia, sustituyó el gobierno personal al parlamentario, luchando desde el primer momento contra las Cámaras, la prensa y las fuerzas liberales de su país. En 1864 estalló la lucha contra Dinamarca por la cuestión del Sleswig Holstein, consiguiendo la victoria con la cooperación del Austria: á ésta declaró en 1866 la guerra, que después de la batalla de Sadova terminó con el tratado de Nikolsburgo, tan desventajoso para los austriacos. Desde 1867 ocupóse Guillermo, ó por mejor decir, su primer ministro en unión del general Moltke, de la reorganización y engrandecimiento del poderío militar de la Confederación germánica del Norte, gracias á lo cual al estallar la guerra de 1870 con Francia, Prusia disponía de fuerzas muy superiores en número y organización á las de Napoleón III. Vencedor Guillermo en esta lucha, pudo agregar á sus Estados la Alsacia y la Lorena é imponer onerosísimas condiciones á los vencidos, y fué proclamado emperador de Alemania en Versalles en 18 de enero de 1871. Bismarck fué entonces nombrado canciller del imperio. En 1872 los jesuítas fueron expulsados del imperio y se adoptaron severas medidas contra el ultramontanismo. Cuando estalló la guerra ruso-turca en 1877, Alemania se mantuvo neutral: en el propio año aprobó el Reichstag una ley que reintegraba en sus derechos al clero católico de Prusia. Las tentativas de regicidio realizadas por Hadel y Nobiling (13 de mayo y 2 de junio de 1878), fueron causa de la aprobación de leyes represivas contra los socialistas. En 1883 sucedió el incidente de las Carolinas; pero Guillermo I, deseando conservar la amistad de España, propuso el arbitraje del Papa León XIII. En los últimos tiempos de su reinado formóse la triple alianza entre Prusia, Austria é Italia. Guillermo I procuró siempre aumentar por todos los medios el poderío militar de Alemania. Murió en 9 de marzo de 1888.

Federico III. – Cincuenta y tres años contaba Federico III cuando en 1888 sucedió á su padre en el trono de Prusia y del imperio. Durante su reinado, que fué de breve duración, publicó dos importantes documentos; un manifiesto al pueblo y un rescripto al canciller Bismarck, en los cuales mostrábase de tendencias eminentemente liberales. Murió en 15 de junio de 1888.

Guillermo II. – Nació en 1859, y desde que subió al trono hánsele atribuído propósitos belicosos que hasta ahora, por fortuna, no se han realizado. Su política es, por decirlo así, continuación de la de su abuelo, y puede resumirse en el deseo de hacer de Alemania la potencia más fuerte del mundo. Los sucesos más importantes de su reinado hasta la fecha han sido la cesión en 1890 de la isla de Heligoland, hecha por la Gran Bretaña á Alemania; la renovación por seis años de la triple alianza en 1891, y la inauguración en 1895 del canal de Kiel que pone en comunicación el mar del Norte con el Báltico. El rompimiento entre el emperador y Bismarck, en 1890, causó asombro á todo el mundo, y aunque posteriormente se ha reanudado la amistad entre ambos, el canciller ha permanecido desde entonces alejado de la política activa. A Bismarck sucedió el general Caprivi y á éste ha sucedido en 1894 el príncipe Hohenlohe, actual canciller de Alemania.

AUSTRIA-HUNGRÍA

El imperio austro-húngaro, situado en el centro de Europa, confina al Norte con la Silesia prusiana, al Nordeste con Rusia, al Sudeste con Rumanía, al Sur con Servia y Turquía, al Sudoeste con el mar Adriático, Italia y Suiza, y al Oeste y Noroeste con Baviera y Sajonia. Su superficie es de 624.045 kilómetros cuadrados, y su población, según el censo de 1890, es de 41.384.956 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

FRANCISCO I. - Había nacido en 1768 y sucedió á su padre Leopoldo II en 1792. De acuerdo con Prusia luchó contra Francia, pero la defección de sus aliados obligóle á firmar la paz de Campo-Formio (1797), por la que perdió Bélgica y Lombardía, ganando en cambio el territorio de Salzburgo y una parte de los Estados venecianos. En 1795 adquirió algunos territorios por el reparto de Polonia. En 1799, aliado con Inglaterra y Rusia, volvió á luchar contra la República Francesa: aquella guerra terminó con la paz de Luneville. En 1804 erigió la monarquía austriaca en imperio hereditario. Vencido por Francia en una tercera coalición, perdió por la paz de Pressburgo los territorios de Italia y del mar Adriático. En 1807 abdicó la corona y el imperio germánicos, y como emperador de Austria solamente tomó el nombre de Francisco I, pues hasta entonces, como soberano de Alemania, había llevado el de Francisco II. Después de algunos años de neutralidad, volvió á declarar la guerra á Francia, pero hubo de firmar la paz de Viena (1809), por la que perdió la parte de Polonia adquirida en 1795 y las provincias ilíricas. En 1810 casó á su hija María Luisa con Napoleón I y se unió entonces con éste contra Rusia; pero en 1813 alióse con Rusia y Prusia contra el emperador francés, y por el tratado de París y la Convención de Austria y Baviera recuperó los territorios que antes había perdido. Terminada aquella lucha, entró en la



GRAN BRETAÑA.—Jefes del Estado en el presente siglo

PRUSIA.—IMPERIO ALEMÁN.—Jefes del Estado en el presente siglo

Santa Alianza y fué el más firme aliado de Rusia para mantener la paz en Europa: sin embargo, cuando la guerra de Turquía de 1828, Austria adoptó una actitud casi hostil frente al imperio ruso, pero la revolución francesa restableció el acuerdo entre los dos emperadores. Francisco I murió en 1835. Desde 1809 fué canciller del imperio el eminente hombre de Estado príncipe de Metternich.

Fernando I. – Nació en 1793, y al suceder á su padre conservó en la cancillería del imperio al príncipe de Metternich. En 1846, con motivo de la insurrección de Galitzia, incorporó al imperio la Cracovia y sus dependencias, y en 1848, á consecuencia de la agitación revolucionaria, admitió la dimisión del canciller, declaró que el nuevo ministerio sería responsable y mandó redactar una Constitución, lo cual no evitó que Viena se sublevara dos veces en aquel mismo año. La segunda rebelión de la capital austriaca le impulsó á abdicar en 2 de diciembre de 1848 en favor de su sobrino Francisco José, pues no tenía hijos. Francisco I murió en Praga en 1875.

Francisco José I. – Diez y ocho años de edad contaba Francisco José I cuando por abdicación de su tío y renuncia de su padre el archiduque Francisco Carlos, subió al trono en 1848. Hungría no quiso reconocerle y se constituyó en república bajo la presidencia de Kossuth (1849); pero ayudado por 100.000 rusos, el emperador venció á los rebeldes, cuyos jefes principales sufrieron la pena de muerte: en el mismo año sus armas habían triunfado en Venecia y en Cerdeña. También en aquel año restableció el poder absoluto sin respetar de todas las reformas más que la de la libertad de los siervos. Intervino eficazmente en los asuntos de Alemania y reanudó la amistad entre Austria y Prusia. En 1851 abolió las aduanas que separaban á sus provincias alemanas de Hungría y del reino Lombardo-Véneto; en 1854 creó con carácter consultivo los estados provinciales, y en 1855 firmó un concordato con el Papa. Su desgraciada campaña en el Piamonte (1859) terminó con la paz de Villafranca y el tratado de Zurich. Las crisis del imperio y las agitaciones de Italia moviéronle en 1860 á otorgar instituciones constitucionales, restableciendo la antigua Constitución húngara. Empeñado en una lucha contra Prusia é Italia, la derrota de Sadowa le hizo aceptar el tratado de Praga, que aminoró su territorio. Entonces, para regenerar el imperio, Francisco José I inició con el ministro Beust primero y desde 1881 con el conde Andrassy una política de paz y francamente liberal, cuyos principales frutos fueron la coronación del monarca como soberano de Hungría (1867) y la autorización por el tratado de Berlín (1878) para ocupar la Bosnia y la Herzegovina. En 1881 formóse la triple alianza de Alemania, Austria é Italia, y en 1882 Austria venció fácilmente una insurrección dálmato herzegovina. En 1889 murió el príncipe imperial Rodolfo, hijo varón único del emperador. En 1891 renovóse la triple alianza. Francisco I ha tenido que luchar con la oposición de los pueblos eslavos de su imperio. Durante su reinado se ha celebrado la Exposición Universal de Viena (1873).

RUSIA

El imperio ruso, que comprende la mitad oriental de Europa, la región septentrional de Asia y la parte occidental del Asia central, confina al Norte con el Océano Glacial Artico; al Este con los mares de Bering, Ojotsk y del Japón; al Sur con la Corea, la China y los países sometidos á ésta, los janatos de Bujara y Jiva, que están bajo el protectorado ruso, el Afghanistán, la Persia, las posesiones turcas del Asia Menor y el mar Negro, y al Oeste con Rumanía, Austria-Hungría, Prusia, el mar Báltico y los reinos unidos de Suecia y Noruega. Su mayor longitud, desde el cabo Oriental hasta el brazo septentrional de la desembocadura del Danubio, es de unos 7.450 kilómetros, y su superficie total de 22.429 998 kilómetros. Su población en 1891, fecha del último censo, era de 119.032.750 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Pablo I. – Nació en 1754, y al morir su madre Catalina II en 1796, subió al trono de Rusia: trastornó completamente la administración interior del imperio; entró en la segunda coalición contra Francia, y envió una escuadra que se apoderó de las islas Jónicas, mientras sus ejércitos eran derrotados en Zurich y en Bergen. Amigo, después, de Bonaparte, expulsó de Rusia á los emigrados y reformó la liga de los neutrales contra Inglaterra. La aristocracia tramó contra él un complot dirigido por Pahlen, y en la noche del 23 al 24 de mayo de 1801 Pablo I fué asesinado.

Alejandro I. – Al suceder en 1801 á su padre contaba Alejandro I veinticuatro años: príncipe ilustrado y dotado de las más nobles intenciones, continuó las sabias reformas iniciadas por su abuela Catalina II. Entró en la tercera coalición contra Bonaparte, de quien antes fuera aliado, pero sus ejércitos fueron vencidos en Austerlitz (1805); formó con Prusia la cuarta coalición, y derrotadas sus tropas en Eylau y Friedland, hubo de firmar la paz de Tilsitt (1807) y de ponerse al lado de Francia. En 1808 apoderóse de Finlandia, y poco después engrandeció sus dominios con una parte de Galizia y con algunos territorios persas y turcos. Firmó luego la paz con Turquía, y aliado con Suecia é Inglaterra declaró la guerra á Napoleón, cuyos ejércitos entraron en Moscou, si bien hubieron de emprender en seguida una desastrosa retirada. Alejandro I entró en París en 1814, reintegró en su trono á los Borbones y en el Congreso de Viena se hizo ceder la Polonia. En 1815 formó parte en la nueva coalición contra Napoleón I, y terminadas las guerras decidióse á proseguir su obra de reformas. En las postrimerías de su reinado persiguió á los liberales y á los polacos, falleciendo en 1825.

Nicolás I. – A la muerte de su hermano Alejandro I y por renuncia de su otro hermano mayor Constantino, subió al trono Nicolás I, que había nacido en 1796. Apenas entronizado, hubo de sofocar una gran sublevación militar; en 1826 venció á los persas, tomándoles algunos territorios; asocióse en 1827 á Francia y á Inglaterra para proteger á los griegos, y después de la batalla de Navarín declaró la guerra á Turquía, y por la paz de Andrinópolis obtuvo el litoral oriental del mar Negro. En 1831 inauguró un régimen de terror en Polonia para castigar á los polacos por haberse sublevado. El tratado de Unkiar-Skelessi dióle la soberanía del Bósforo para su comercio. Hizo firmar en 1840 á Inglaterra, Austria y Prusia el protocolo de Londres, que resolvió la cuestión de Egipto, y en 1841 el convenio de los Estrechos puso de momento término á la cuestión de Oriente, que amenazaba turbar la paz de Europa. Auxilió á Austria en 1848 para sojuzgar á Hungría, y en 1852 reconoció á Napoleón III como emperador de Francia. Sus pretensiones al protectorado de algunas provincias turcas motivaron la guerra contra Francia é Inglaterra y la campaña de Crimea, que Nicolás I no pudo ver terminada, pues murió en 14 de enero de 1855. Este emperador organizó la administración y la justicia y favoreció el comercio, la industria, la instrucción pública y la literatura nacional.

Alejandro II. – Había nacido en 1818, y al suceder á su padre, la situación del imperio era en extremo difícil por la guerra de Oriente, que tan desfavorable fué á los rusos: á pesar de ello, continuó la lucha para obtener la paz honrosa que se convino en el tratado de París de 1856. En 1862 y 1866 reprimió severamente las sublevaciones de los polacos, y habiendo dirigido sus fuerzas contra el Turkestán, apoderóse en 1876 de varios territorios pertenecientes al mismo. En 1877 el apoyo que prestó á los servios contra Turquía fué causa de la sangrienta guerra turco-rusa, á la que puso fin en febrero de 1878 el tratado de San Stéfano, modificado en julio siguiente por el Congreso de Berlín. Alejandro II murió en 1881, víctima de un atentado de los nihilistas. De todos los actos por él realizados, el más importante y el que hará imperecedero su nombre fué la emancipación de los siervos, decretada en 19 de febrero de 1861.

Alejandro III. – A la muerte de su padre subió al trono Alejandro III, nacido en 1845. Adversario de toda reforma liberal, procuró robustecer su poder absoluto y persiguió severamente á los nihilistas; utilizó la influencia rusa en Bulgaria para promover el destronamiento del príncipe Alejandro (1886), y acarició la idea de formar un gran reino servio. Atento á los planes de la triple alianza, hizo construir vías estratégicas en la Rusia occidental y demostró grandes simpatías hacia Francia. Por el tratado secreto de 1888 puso á Corea bajo la protección de Rusia. Comenzó la construcción del ferrocarril transsiberiano, obra colosal que, además de sus ventajas económicas, hará del poder ruso el factor más importante en Asia. A principios de 1894 publicó varios decretos que tendían á la rusificación de las provincias del Báltico. Durante su reinado, Rusia extendió su poderío colonial en Asia, y con la construcción del ferrocarril á Samarcanda vió aumentar considerablemente su poderío en Persia. Murió en 1894.

Nicolás II. – Al subir al trono, á los veintiséis años de edad, publicó un manifiesto dirigido á los finlandeses, prometiéndoles respetar su religión, sus leyes fundamentales y sus derechos y privilegios, y envió una circular á los representantes de Rusia en el extranjero, diciendo que consagraría todas sus fuerzas al desenvolvimiento de Rusia en el interior y al mantenimiento de la paz en el exterior. A los pocos días de ceñir la corona imperial casóse con la princesa Alicia de Herse. En junio de 1895 una diputación búlgara, presidida por el metropolitano Clemente, visitó al tsar. Recientemente Rusia, en unión de Francia é Inglaterra, ha intervenido enérgicamente en la cuestión armenia.

ANHALT

El actual ducado de Anhalt, que forma parte del imperio alemán, se compone de los tres antiguos ducados de Anhalt-Dessau, Anhalt-Bernburg y Anhalt-Koethen: estos dos últimos quedaron unidos al primero, el de Koethen en 1847 y el de Bernburg en 1863. Hállase enclavado en el reino de Prusia; su superficie es de 2.294 kilómetros cuadrados y su población de 271.963 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

LÍNEA DE DESSAU

Leopoldo III Federico Francisco. – Nació en 1740 y sucedió á su padre Leopoldo II Maximiliano en 1751, gobernando hasta 1758 bajo la tutela de su tío el príncipe Dietrich. Protegió las artes y las ciencias, embelleció su capital y atendió á la prosperidad de su país. En 1798 se agregó á su ducado una parte del de Anhalt-Zerbst. Entró en la Confederación del Rhin en 1807 y falleció en 1817.

Leopoldo IV Federico. – Nació en 1794 y sucedió á su abuelo Leopoldo III. Los desórdenes de 1848 obligáronle á dar al país una Constitución que fué derogada en 1849 y restablecida en 1859. En 1847 se hizo cargo del gobierno del ducado de Anhalt-Koethen, y en 1863 del de Anhalt-Bernburg, quedando de esta suerte unidos los tres ducados. Murió en 1871.

Federico Leopoldo Francisco. – El actual duque de Anhalt nació en 1831, se distinguió en la guerra franco-alemana, y sucedió á su padre en 1871.

LÍNEA DE BERNBURG

Alejandro Federico Cristián. – Sucedió en 1786 á Federico Alberto, y los principales sucesos ocurridos durante su gobierno fueron la anexión al suyo de una parte del ducado de Anhalt-Zerbst (1798) y el ingreso de Anhalt-Bernburg en la unión aduanera alemana. Murió en 1834.

Alejandro Carlos. – Nació en 1805, y habiendo dado desde pequeño muestras de gran debilidad de espíritu, su padre le nombró un Consejo para que gobernara por él cuando le sucediera en la soberanía del ducado. En 1834 sucedió á Alejandro Federico Cristián, y en 1855 fué su esposa, la princesa Federica de Holstein-Glucksburg, corregente del reino. Murió en 1863, siendo entonces agregado el ducado de Anhalt-Bernburg al de Anhalt-Dessau.

BELGICA

Está situada al Noroeste de la Europa central y confina por el Noroeste con el mar del Norte, por el Norte y Nordeste con Holanda, por el Este con Alemania y Luxemburgo y por el Sud y Sudoeste con Francia: su superficie es de 29.455 kilómetros cuadrados y su población de 6.069.321 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Leopoldo I. – Cuando en 1830 los belgas se sublevaron proclamándose independientes de Holanda, reino al cual había sido unida Bélgica por los tratados de París de 1814 y 1815, ofrecieron la corona á Luis Felipe de Francia para el duque de Nemours; pero habiendo aquél rehusado el ofrecimiento, fué elegido rey en 1831 Leopoldo I, príncipe de Sajonia-Coburgo-Saalfeld, que contaba cuarenta y un años. Auxiliado por Francia é Inglaterra, rechazó el ataque de los holandeses. Una segunda intervención de los franceses en 1832 libertó definitivamente á Bélgica: desde entonces Leopoldo I se ocupó en desarrollar los intereses materiales de su reino, y en 1859 firmó el tratado que puso fin á las dificultades pendientes con Holanda. Leopoldo I fué muy popular en Bélgica y murió en 1865.

Leopoldo II. – Nació en 1835. Continuó la política liberal de su padre, atendiendo al bienestar y progreso de su país. Mantúvose neutral durante la guerra franco-alemana, y merced á las exploraciones científicas que por su iniciativa se realizaron en 1876, formóse el Estado del Congo, del que es soberano el rey de Bélgica. Leopoldo II se ha mantenido dentro del más correcto constitucionalismo en las luchas entre liberales y católicos.



AUSTRIA-HUNGRÍA.—Jefes del Estado en el presente siglo



RUSIA.—Jefes del Estado en el presente siglo

BAVIERA

El reino de Baviera forma parte del imperio alemán. La Baviera oriental confina al Norte con los ducados de Baden y Hesse-Darmstadt y con Sajonia; al Este y Sur con Austria; al Oeste con el lago de Constanza, Wurtemberg y aquellos ducados, y al Noroeste con Prusia. La Baviera rhenana confina al Nordeste con Hesse-Darmstad, al Este con Baden, al Sur con Alsacia-Lorena y al Oeste y Noroeste con la provincia prusiana del Rhin. La superficie total de las dos Bavieras es de 75.865 kilómetros y su población de 5.594.982 habitantes.



ANHALT.—Jefes del Estado en el presente siglo

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Maximiliano I. – Al ser erigida Baviera en reino, en 1806, tomó el título de rey el elector Maximiliano, que había nacido en 1756: entró en la confederación del Rhin; se unió al Austria en 1813; en 1814, por la paz de París, perdió el Tirol y el Vorarlberg, y en 1816 Salzburgo, obteniendo en cambio el círculo del Rhin y algunos territorios en Franconia. Murió en 1825.

Luis I. – Nació en 1786 y sucedió á su padre en 1825. Introdujo importantes mejoras en la administración; dictó sabias disposiciones económicas; pobló de magníficos museos, edificios y monumentos su capital, Munich; construyó cerca de Ratisbona el Walhalla, templo consagrado á todas las ilustraciones germánicas; fomentó las obras públicas, y sentó los cimientos del Zollverein. Los acontecimientos de 1830 lo empujaron á la reacción, hasta que en 1847 el partido ultramontano perdió su predominio, gracias á la influencia que en el rey ejercía la española Lola Montes, hecha por el monarca condesa de Lansfeldt. Las provocaciones de ésta motivaron en 1848 un tumulto en Munich, á consecuencia del cual Luis I abdicó en su hijo. Murió Luis I en 1868.



BÉLGICA.—Jefes del Estado en el presente siglo

Maximiliano José II. – Nació en 1811. Fué reaccionario en un principio y liberal en sus últimos años, rodeóse de eminencias, protegió la literatura, y en 1863 se alió con el Austria. Murió en 1864 á poco de estallar la guerra con Dinamarca.

Luis II. – Nació en 1845 y sucedió á su padre. Procuró sustraerse á la influencia de Prusia, hizo algunas concesiones á los demócratas y tomó parte en la guerra franco-alemana, entrando en 1870 en la Confederación de la Alemania del Norte para la fundación del imperio alemán. Abandonó luego casi por completo el cuidado de la política interior para consagrarse á las bellas artes, especialmente á la música. Fué gran admirador y protector de Wágner, y en los últimos años de su reinado distinguióse por sus prodigalidades y extravagancias. Declarado loco en 1886, nombróse regente al príncipe Luitpoldo: llevado á los pocos días al castillo de Berg, murió ahogado.

Otón I. – Nació en 1848. Aunque atacado también de locura, sucedió en 1886 á su hermano Luis II, siendo conducido, después de su elevación al trono, al castillo de Furstenried. En la actualidad reina nominalmente bajo la regencia de su tío Luitpoldo.

Luitpoldo. – El actual regente de Baviera es hijo del rey Luis I y nació en 1821. Se distinguió mucho en la guerra de 1866 contra Prusia y en la de 1870-71 contra Francia.

BRUNSWICK

El ducado de Brunswick, que forma parte del imperio alemán, está enclavado en el reino de Prusia. Su superficie es de 3.690 kilómetros cuadrados y su población de 403.773 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Carlos Guillermo Fernando. – Nació en 1735 y en 1780 sucedió á su padre Carlos I. Mandó en 1787 la expedición prusiana contra Holanda; hizo al frente del ejército austro-prusiano la guerra contra Francia, y murió en 1806, después de haber sido gravemente herido en la batalla de Auerstadt y arrojado de Brunswick por los franceses.

Federico Guillermo. – Nació en 1771 y sucedió en 1806 á su padre. Napoleón le arrebató su ducado, agregándolo al reino de Westfalia; pero después de haber luchado heroicamente contra los franceses en la guerra austro francesa, recuperólo en 1813. Murió en 1815.

Carlos Federico Guillermo. – Nació en 1804 y sucedió á su padre en 1815 bajo la tutela del que fué después Jorge IV de Inglaterra. En 1823 encargóse personalmente del poder, gobernando caprichosamente, malversando los caudales públicos y no respetando la Constitución. Su conducta concitó contra él las iras del pueblo, que en 6 de septiembre de 1830 se sublevó, asaltó y saqueó su castillo y le obligó á huir. En 2 de diciembre fué destituído por la Dieta. Murió en 1873.

Guillermo. – Nació en 1806, y al ser destituído su hermano en 1830, hízose provisionalmente cargo del gobierno, que al año siguiente le fué conferido definitivamente. Gobernó de perfecto acuerdo con los Estados, entró en la Confederación de los Estados del Norte, pero no quiso firmar un convenio militar con Prusia. Sus tropas tomaron parte activa en la guerra franco-alemana. Murió en 1885.

Alberto, regente. – Habiendo muerto Guillermo soltero y extinguiéndose con él la rama primogénita de la casa Brunswick-Luneburgo, su sucesión motivó empeñadas cuestiones, iniciadas ya mucho antes de la muerte de aquél, entre el Parlamento de Brunswick y el gobierno imperial. Estas cuestiones fueron al fin resueltas con la elección del actual regente, el príncipe Alberto de Prusia, que nació en mayo de 1837.



BAVIERA. Jefes del Estado en el presente siglo



BRUNSWICK.—Jefes del Estado en el presente siglo

BADEN

El gran ducado de Baden, que forma parte del imperio alemán, está situado en la parte meridional de Alemania, y limitado al Norte por el gran ducado de Hesse-Darmstadt, al Nordeste por Baviera, al Este por Wurtemberg y los principados de Hohenzollern, al Sur por el lago de Constanza y el Rhin, y al Oeste también por el Rhin. Su superficie es de 15.081 kilómetros cuadrados y su población de 1.657.867 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Carlos Federico. - Nació en 1728, y sucedió á su abuelo, el margrave Carlos Guillermo, en 1738. Mejoró la suerte de las clases proletarias; fomentó la agricultura, la industria, el comercio, la enseñanza, las ciencias y la literatura; entró en 1806 en la liga del Rhin, y en el mismo año tomó el título de gran duque. Durante su gobierno, Baden perdió sus posesiones de la izquierda del Rhin (1796), pero en cambio adquirió el Palatinado de la derecha del Rhin (1803) y Breisgau y la ciudad de Constanza (1805). Murió en 1811.

Carlos Luis. – Nació en 1786 y sucedió en 1811 á su abuelo Carlos Federico. Fué aliado de Napoleón hasta 1813, pero después de la batalla de Leipzig entró en la coalición contra Francia En 1818 dió á su pueblo una Constitución, y falleció en el mismo año.

Luis Augusto Guillermo. – Nació en 1763 y sucedió á su sobrino en 1818. Reorganizó y ordenó la hacienda, dedicó su atención á las cuestiones religiosas y demostró especial interés por el ejército. Durante su gobierno comenzaron las luchas constitucionales, resistiéndose Luis Augusto á las exigencias del Parlamento. Murió en 1830. El retrato de este gran duque no figura entre los que en esta página publicamos, porque á pesar de todos nuestros esfuerzos nos ha sido imposible proporcionárnoslo.

Leopoldo. – Nació en 1790 y sucedió en 1830 á su hermanastro por virtud de la ley de familia de 1817, que regulaba la sucesión en el ducado. Emprendió desde luego la senda de las reformas liberales, á pesar de lo cual el movimiento revolucionario le obligó á abandonar el país, si bien regresó á los pocos meses, conduciéndose entonces con gran benignidad y restableciendo la antigua Constitución. Murió en 1852

Federico. – El actual gran duque nació en 1826, y por incapacidad de su hermano primogénito sucedió á su padre en 1852, primero como regente, y, desde 1856 como gran duque. En 1859 y á consecuencia de la lucha religiosa con los prelados católicos firmó un concordato con la Santa Sede, que revocó en 1860 ante las peticiones del Parlamento y del pueblo. En 1866 unióse á los demás Estados del Sur de Alemania contra Prusia, pero en la guerra franco-alemana (1870-71) la ayudó poderosamente y tomó parte principal en la creación del imperio alemán.

BULGARIA

El principado de Bulgaria, creado por el tratado de Berlín de 1878, está situado en la parte Norte y Este de la península de los Balkanes, y confina al Norte con Rumanía, al Este con el mar Negro, al Sur con la Rumelia oriental, al Sudoeste con Turquía y al Oeste con Servia. Su superficie es de 99.872 kilómetros cuadrados, y su población, comprendida la de la Rumelia oriental, de 3.309.816 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Alejandro I. – Nació en 1857, y fué elegido príncipe de Bulgaria en 1879. Comenzó reinando bajo la tutela rusa, que luego sacudió, y á la muerte del tsar Alejandro II aspiró á fundar un nuevo Estado, reuniendo las dos Bulgarias, lo cual fué causa de la guerra con Servia, que terminó con la victoria de los búlgaros. En 1886 logró ser reconocido como gobernador general de Rumelia por cinco años, y en el propio año se firmó en Bucharest la paz con Servia. Una insurrección militar, dirigida por el partido favorable á Rusia, expulsó del país al príncipe, pero éste volvió á ocupar el gobierno por breve tiempo, pues en vista de la actitud del tsar hubo de dimitir en 1886.

Fernando I. – Nació en 1861 y es hijo del duque Augusto Luis Víctor de Sajonia Coburgo y Gotha. Fué elegido por la Asamblea de Tirnova en 1877 con la oposición de Rusia, que no quiso reconocerlo. Durante su gobierno han ocurrido grandes disturbios y conspiraciones militares; la principal de éstas fué la que en 1890 tuvo por jefe al mayor Panitza, que fué condenado á muerte. En 1895 ha sido asesinado Stambuloff, que fué sin disputa el más importante hombre de Estado búlgaro.

DINAMARCA

El reino de Dinamarca está limitado al Oeste por el mar del Norte, al Norte con el Skager Rak, al Este con el Cattegat y el estrecho del Sund, al Sudeste con el Báltico y al Sud con Alemania. Su superficie total (península é islas adyacentes, Islandia y Groenlandia) es de 232.879 kilómetros cuadrados, y su población de 2.299.564 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Cristián VII. – Había nacido en 1749, y en 1766 sucedió á su padre Federico V en el trono de Dinamarca y Noruega. Dictó multitud de medidas útiles y de reformas, y en 1771 el Holstein quedó unido á Dinamarca. En 1772 estalló una conspiración tramada por su madrastra Juliana María de Brunswick, que fué sofocada por el monarca. En 1784, habiéndose incapacitado el rey, fué proclamado regente el príncipe imperial Federico; en 1807 una escuadra inglesa bombardeó Copenhague. Cristián VII murió en 1808.

Federico VI. – Nació en 1768. El período de su regencia ha sido uno de los más gloriosos de la historia danesa, pero la situación floreciente creada por sus sabias disposiciones cesó al subir al trono. Apenas proclamado rey alióse con Napoleón I y tuvo que luchar contra Inglaterra y Suecia, y á consecuencia de aquellas guerras perdió Noruega en 1814 y la isla de Heligoland, recibiendo en cambio la parte sueca de la Pomerania, que luego trocó por el ducado de Lauenburgo. Los últimos veinticinco años del reinado de Federico VI se emplearon en reparar los grandes daños causados al país por aquellas luchas. La revolución de París de 1830 hizo nacer en Dinamarca ideas constitucionales: Federico VI creyó que debía ceder al impulso popular, y en 1834 instituyó los Estados provinciales. Federico VI murió en 1839.

Cristián VIII. – Nació en 1786. Era hermanastro de Cristián VII, y en 1839 sucedió á su sobrino Federico VI, en ocasión en que la situación del reino era muy crítica. Negóse á conceder las medidas liberales que el pueblo pedía, y procuró poner orden en la hacienda y cortar los abusos de la administración. Su carta-patente de 1846, relativa á los ducados de Schleswig y Holstein, en los cuales pretendía introducir la ley de sucesión danesa, originó un conflicto entre aquellos países, apoyados por la Confederación germánica y el rey, el cual cedió al fin en sus pretensiones. Cristián VIII murió en 1848.

Federico VII. – Nació en 1808 y sucedió en 1848 á su padre. Por respeto á éste publicó la Constitución por él preparada, que disgustaba á los dinamarqueses y á los alemanes de la monarquía. Intentó el partido alemán, en 1848, la separación del Holstein y del Schleswig de la corona de Dinamarca, y esto produjo insurrecciones y luchas con Prusia, que terminaron con el protocolo de Londres (1850), el cual aseguraba la integridad de la monarquía dinamarquesa. En 1854 promulgóse una Constitución general. A pesar de las turbulencias de su reinado, Federico VII supo granjearse por completo las simpatías de su pueblo por su espíritu conciliador, su sencillez y su lealtad. Murió en 1863.

Cristián IX. – Nació en 1818, sucedió á su padre en 1863, y tras una guerra con Austria y Prusia perdió por la paz de Viena (1864) los ducados de Holstein, Schleswig y Lauenburgo La tentativa de promulgar en 1866 una Constitución menos liberal que la de 1849 produjo un conflicto entre las dos Cámaras, que se resolvió dictando una Constitución nueva El conflicto entre ambas Cámaras se ha reproducido desde entonces varias veces por diferentes motivos, y especialmente por el aumento de gastos para el ejército.



BADEN.—Jefes del Estado en el presente siglo

DOS SICILIAS

El reino de las Dos Sicilias estaba formado por el antiguo reino de Nápoles y la isla de Sicilia: el primero, limitado al Norte y al Noroeste por los Estados Pontificios, al Este por el Adriático, al Sur por el mar Jónico, al Suroeste por el estrecho de Mesina y al Oeste por el mar Tirreno, tenía una superficie de 83 000 kilómetros cuadrados, y una población, en 1859, de 7 millones de habitantes; la segunda, separada de Italia por el estrecho de Mesina y del Africa por el canal de Malta, tiene una superficie de 29.241 kilómetros cuadrados, y su población era en 1860 de unos 2 millones escasos de habitantes. Desde 1860 el que se llamó reino de las Dos Sicilias forma parte del reino de Italia.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Fernando I. – Nació en 1751, y sucedió á su padre, al ser llamado éste al trono de España (Carlos III) en 1759. Llamóse hasta 1817 Fernando IV de Nápoles. En 1795 luchó contra Francia, con la que firmó la paz en 1796; renovó en 1798 las hostilidades; pero fué vencido y hubo de retirarse á Sicilia, formándose entonces en Nápoles la República Partenopea. En 1799 volvió á Nápoles, castigando cruelmente á los revolucionarios. En 1801 hubo de firmar un tratado con Francia, cuyo yugo quiso sacudir en 1805; mas atacado por los franceses, huyó



BULGARIA.—Jefes del Estado en el presente siglo

DINAMARCA.—Jefes del Estado en el presente siglo



DOS SICILIAS.—Jefes del Estado en el presente siglo

nuevamente á Sicilia, mientras Napoleón adjudicaba á su hermano José el reino de Nápoles y Sicilia (1806). En 1814 Fernando recobró el poder, y en 1817 dió á sus Estados el título de *Reino Unido de las Dos Sicilias* La revolución de 1820 le obligó á ceder el gobierno á su hijo, como *alter-ego*, el cual dió al reino la Constitución española de 1812 que el pueblo pedía. En 1822 un ejército austriaco restableció el gobierno absoluto. Fernando I murió en 1825.

Francisco I. – Nació en 1777, y sucedió á su padre en 1825. Durante su reinado, á consecuencia de sus tendencias absolutistas y de las concusiones de los empleados, hubo varias conspiraciones y revueltas que fueron sofocadas á costa de mucha sangre. Falleció en 1830.

Fernando II. – Nació en 1810, y á la muerte de su padre ocupó el trono. Adquirió popularidad en los comienzos de su reinado, siguiendo una política liberal, disminuyendo los gastos, reorganizando el ejército y visitando las provincias. Más adelante sus tendencias absolutistas hicieron estallar varias sediciones, las principales de las cuales fueron las de Siracusa (1837), Aquila (1841), Cosenza (1844) y Palermo (1848). A consecuencia de esta última el rey dió una Constitución calcada en la Carta francesa de 1830; pero á los pocos meses restablecióse el sistema absolutista llevado á los últimos límites, lo que obligó á las potencias occidentales á intervenir en los asuntos de aquel Estado. Fernando II murió en 1859.

Francisco II. – Nació en 1836, y como su padre, mostróse enemigo de toda idea de libertad. Pudo en un principio reprimir la agitación que en su reino produjo la guerra de la independencia italiana; pero al fin estalló la insurrección en Sicilia, en donde desembarcó Garibaldi, y poco á poco fué perdiendo Francisco II sus dominios, en los cuales en 21 de octubre de 1860 acordó el sufragio universal la anexión de las Dos Sicilias á la monarquía italiana. Francisco II protestó en 1861 contra el título de rey de Italia que tomó Víctor Manuel, y protestó también en 1879 contra la proclamación del rey Humberto I. Francisco II murió en Arco en 27 de diciembre de 1894.

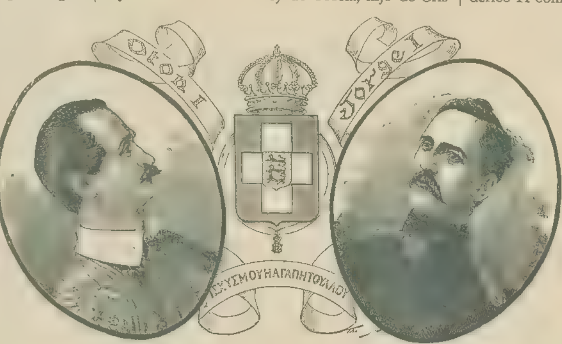
GRECIA

El reino de Grecia está situado en la Europa meridional, y confina al Norte con Turquía, al Este con el Archipiélago, al Sur con el Mediterráneo y al Oeste con el mar Jónico. Su superficie total, comprendidas las islas, es de 65.119 kilómetros cuadrados y su población de 2.217.000 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Otón I. – Cuando después de la guerra de la independencia helénica, comenzada en 1821 y terminada en 1830, y del efímero gobierno de la república, cuyo jefe fué Capo d'Istria, erigióse el nuevo Estado de Grecia en monarquía, ofrecióse la corona á Otón de Baviera, hijo del rey Luis I, que la aceptó, comenzando á reinar en 1832, cuando contaba diez y siete años. Desde 1832 á 1835, por ser el rey menor de edad, confióse la regencia al conde de Armansberg. Otón I dió á su pueblo una Constitución en 1844, persiguió con energía á los bandoleros que infestaban el país y procuró fomentar la instrucción y la agricultura, pero su carácter le enajenó las simpatías de sus súbditos. Durante su reinado Inglaterra bloqueó las costas de Grecia (1850), la Iglesia nacional se apartó de la obediencia del patriarca de Constantinopla, y las tropas anglo-francesas ocuparon el Pireo. En 1862 estalló una revolución que le arrojó del trono. Otón regresó á Baviera, y falleció en 1867.

Jorge I. – El actual rey de Grecia, hijo de Cristián IX, rey de Dinamarca, nació en 1845. La Asamblea nacional griega le proclamó en 1863 rey constitucional de los helenos. Procuró restablecer el orden, gravemente perturbado por varios meses de anarquía; en 1866 la protección dispensada á los insurrectos cretenses provocó hondas diferencias con Turquía, á las que puso término la conferencia de París de 1869. En la guerra ruso-turca guardó Jorge I una actitud de prudente expectación, y el tratado de Berlín le aseguró una importante rectificación de fronteras, y en virtud de este acuerdo y después de largas y empeñadas negociaciones, Grecia obtuvo la anexión de Tesalia y del distrito de Arta en Albania. En 1886 fué revisada y completada la Constitución de 1864.



GRECIA.—Jefes del Estado en el presente siglo

HESSE-CASSEL

Hesse-Cassel, que hoy forma parte del reino de Prusia, fué hasta 1866 un estado con el título de Electorado en la Confederación germánica. Confinaba al Norte con Prusia y Waldeck; al Nordeste y Este con Hannóver y Sajonia; al Sur con Baviera, y al Oeste con Francfort, el principado de Nassau y el Hesse Darmstadt. Su superficie es de 9581 kilómetros cuadrados y su población era en la fecha citada de 745.063 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Guillermo I. – Nació en 1743 y fué creado elector en 1803: en 1785 había sucedido á su padre Federico II como landgrave. Gobernó sabiamente aunque siguiendo tendencias reaccionarias. En 1806 hubo de huir de su país que ocuparon los franceses y que por la paz de Tilsitt fué agregado al reino de Westfalia, regresando á él en 1813 y echando abajo cuanto allí se había hecho durante su destierro. Prometió una Constitución que no llegó á dar, y en 1817 publicó una ley de familia. Murió en 1821.

Guillermo II. – Nació en 1777 y sucedió á su padre en 1821. Introdujo varias reformas administrativas, pero se negó á dar la Constitución que el país pedía, hasta que en 1831 y á consecuencia de una revolución hubo de otorgarla. En el propio año se ausentó de su capital, viviendo desde entonces en Hanau, Baden y Francfort y confiando el gobierno á la regencia de su hijo Federico Guillermo. Murió en 1847.

Federico Guillermo. – Nació en 1802, y en 1847 sucedió á su padre. Mostróse enemigo de la Constitución de 1831, y después de empeñadas contiendas con los Estados y con el pueblo la abolió en 1850, otorgando otra en 1852 y una tercera en 1860, en pugna siempre con los deseos del país y desoyendo las exhortaciones de Prusia, la cual hubo de interve-

nir con sus ejércitos, que en 1862 vencieron á Federico Guillermo, obligándole á restablecer la Constitución de 1831. En las luchas entre Prusia y Austria púsose al lado de ésta: en 1866 las tropas prusianas ocuparon Cassel, siendo anexionado el electorado al reino de Prusia en virtud de la paz de Praga, y Federico Guillermo se retiró á sus posesiones de Bohemia, falleciendo allí en 1875.

HESSE DARMSTADT

El gran ducado de Hesse-Darmstadt, que forma parte del imperio germánico, consta de dos porciones separadas por una estrecha zona de territorio prusiano: la primera, la del Norte, está enclavada en el reino de Prusia; y la segunda, la del Sur, confina al Norte con Prusia, al Este con Prusia y Baviera, al Sur con Baden, al Sudoeste con el Palatinado del Rhin y al Oeste con Prusia. Su superficie es de 7.682 kilómetros cuadrados y su población de 992.883 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

LUIS I. – Nació en 1753 y sucedió en el landgraviato á su padre Luis IX en 1790. A consecuencia de las guerras de la revolución, durante las cuales se alió con Prusia y Austria contra Francia, abandonó sus territorios en 1793, hasta que en 1799 firmó la paz con ésta En 1806 entró en la Confederación del Rhin, y recibió el título de gran duque. En 1813 se unió á los aliados, en 1820 dió una Constitución á su país y entró en 1828 en el *Zollverein*. Murió en 1830

LUIS II. – Nació en 1777 y sucedió á su padre en 1830. Sus tendencias reaccionarias y su pretensión de que el Estado se hiciera cargo de sus deudas originaron constantes conflictos entre él y los estados. En 1848 confió el gobierno á su hijo con el título de corregente, falleciendo en aquel mismo año.



HESSE-CASSEL. -Jefes del Estado en el presente siglo

LUIS III. – Nació en 1806 y en 1848 sucedió á su padre. Al principio mostróse liberal, pero en 1852 inclinóse resueltamente á la reacción. En 1866 tomó parte en la guerra contra Prusia; pero las victorias de ésta obligáronle á abandonar sus estados, que á pesar de todo pudo recobrar, gracias al emperador de Rusia, con quien estaba emparentado. En 1870 entró en el imperio germánico. Murió en 877.

LUIS IV. Nació en 1837 y sucedió á su tío en 1877. Gobernó liberalmente, arregló en 1878 la difícil cuestión de las deudas de la casa gran ducal, y reorganizó la hacienda Murió en 1892.

ERNESTO LUIS – El actual gran duque nació en 1868 y sucedió en 1892 á su padre

HANNÓVER

El antiguo reino de Hannóver, que hoy es provincia prusiana, se dividía en tres partes: las dos primeras, oriental y occidental, confinaban al Norte con el mar del Norte, Oldemburgo, Ritzebutel, Holstein, Lauemburgo, Hamburgo y Mecklemburgo Schwerin; al Este con Prusia y Brunswick; al Sur con Brunswick, Hesse, Lippe, Waldeck, Pyrmont y Prusia, y al Oeste con Holanda. La tercera, la meridional, confinaba con Hesse-Cassel, Brunswick y Prusia. La superficie de la actual provincia de Hannóver es de 38.474 kilómetros cuadrados y su población de 2.278.361 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

JORGE III. – Nació en 1738, y en 1760 ocupó el trono de Hannóver y el de Inglaterra por muerte de su abuelo Jorge II. (Véase Jorge III de la Gran Bretaña.)

JORGE IV. – (Véase Jorge IV de la Gran Bretaña.)

GUILLERMO IV. - (Véase Guillermo IV de la Gran Bretaña.)

ERNESTO I. – Nació en 1771. Al morir Guillermo IV separáronse las coronas de Inglaterra y Hannóver, ciñendo esta última Ernesto, hijo de Guillermo III, quien abolió la Constitución de 1833 y dictó otras medidas impopulares, que produjeron gran excitación en el país. En 1849 formó con Prusia y Sajonia la alianza de los tres reyes, de la que se separó á los pocos meses, inclinándose cada vez más al Austria. Murió en 851.

LUIS I
LUIS II
LUIS III
LUIS IV
ERNESTO LUIS

HESSE-DARMSTADT.—Jefes del Estado en el presente siglo



HANNOVER.—Jefes del Estado en el presente siglo

JORGE V. – Nació en 1819 y sucedió en 1851 á su padre. En 1855 derogó la Constitución de 1848, y en la guerra entre Prusia y Austria estuvo al lado de ésta. Vencidos los austriacos, Prusia se apoderó de Hannóver, haciendo de él una provincia prusiana (1866). Jorge V murió en 1878.

LIECHTENSTEIN

Este principado soberano, que forma parte del imperio alemán, hállase situado en la Alemania meridional, y confina al Norte y al Este con Austria, y al Sur y al Oeste con Suiza. Su superficie es de 159 kilómetros cuadrados y su población de 9.434 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

ALOYS JOSÉ. – Sucedió á Francisco José en 1781 y murió en 1805.

JUAN JOSÉ. – Nació en 1760 y sucedió á Aloys José en 1805. Fué general austriaco, distinguiéndose en la guerra contra los turcos (1788-90), en la de los Países Bajos y en las campañas contra Francia. En 1818 dió una Constitución á su principado y en 1836 falleció.

ALOYS. – Nació en 1786, sucedió á su padre en 1836 y falleció en 1858.

JUAN II. – El príncipe en la actualidad reinante nació en 1840, y en 1858 sucedió á su padre Aloys. En 1862 promulgó una Constitución que, algo reformada en 1878, es la que actualmente rige.

Los retratos de Juan José y de Juan II están incluídos en la lámina de la página 21. Los de Aloys no hemos podido obtenerlos, á pesar de nuestros esfuerzos por conseguirlos.

LIPPE-DETMOLD

El principado de Lippe-Detmold, que forma parte del imperio alemán, está enclavado en el reino de Prusia. Su superficie es de 1.215 kilómetros cuadrados y su población de 128.495 habitantes.

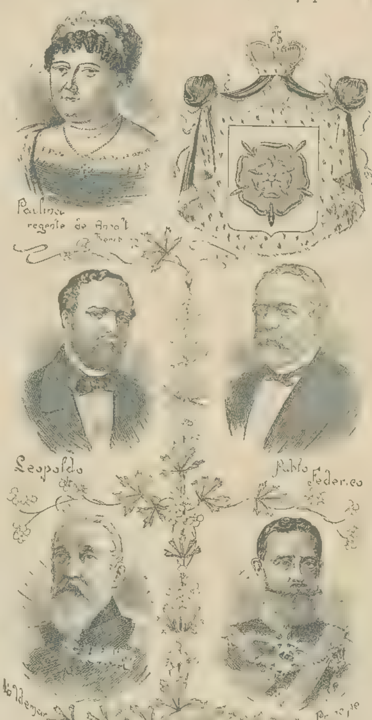
JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

PAULINA, regente. – Al morir Guillermo Leopoldo en 1802, hízose cargo del gobierno su viuda Paulina de Anhalt Bernburg en nombre de su hijo Leopoldo, menor de edad. Su regencia constituye uno de los períodos más prósperos del principado, que fué declarado soberano en 1807, al entrar en la Confederación del Rhin. En 1813 entró en la Confederación germánica. En 1819 Paulina promulgó una Constitución. Terminó su regencia en 1820.

LEOPOLDO. – Nació en 1796 y se hizo cargo del gobierno en 1820; en 1836 dió á su pueblo una nueva Constitución y en 1842 entró en el *Zollverein*. A consecuencia del movimiento revolucionario alemán de 1848, promulgó algunas reformas constitucionales en 1849. Murió en 1851.

PABLO FEDERICO EMILIO. – Nació en 1821 y sucedió en 1851 á su padre. Mostróse reaccionario, restableciendo en 1853 la Constitución de 1836. En la guerra austro-prusiana de 1866 estuvo al lado de Prusia. Murió en 1875.

WOLDEMAR. – Nació en 1824 y sucedió en 1875 á su hermano Pablo Federico Emilio. En 1876 promulgó una Constitución, que es la que rige actualmente. Falleció en 1895.



LIPPE-DETMOLD
Jefes del Estado en el presente siglo

ADOLFO, regente. – A la muerte de Woldemar sin descendientes directos ha surgido una contienda entre el príncipe Alejandro de Schaumburgo-Lippe y el conde Ernesto de Lippe-Biesterfeld, acerca de cuál tiene mejor derecho para suceder á aquél en la soberanía del principado. Pero por disposición testamentaria de Woldemar ha sido nombrado regente el príncipe Adolfo de Schaumburgo-Lippe, hijo del príncipe Adolfo Jorge, que nació en 1858.

LUCA

El antiguo gran ducado de Luca, que en 1847 fué agregado al de Toscana y hoy forma parte del reino de Italia, estaba situado entre el ducado de Módena al Noroeste, el gran ducado de Toscana al Este y al Sur, y el golfo de Génova al Oeste. Su superficie era de 1.028 kilómetros cuadrados y su población de 170.000 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

MARÍA LUISA. – El Congreso de Viena hizo de Luca, que hasta entonces (1815) rigiera Elisa, hermana de Napoleón I, ducado soberano, cediéndolo al hijo de la ex reina de Etruria María Luisa, hija de Carlos IV de España. Ésta empezó á gobernar en 1818 y cesó en el gobierno al año siguiente por haber llegado a la mayor edad su hijo Carlos II. María Luisa nació en 1782 y murió en 1824.

CARLOS II. – Nació en 1799 y empezó á gobernar en 1819. En 1847 el pueblo pidió tumultuosamente una Constitución, viéndose Carlos II obligado á huir a Massa, y en el propio año el ducado de Luca fué anexionado al de Toscana. Carlos II, cuyo retrato figura entre los de los soberanos de Parma, murió en 1883.

LUXEMBURGO

El gran ducado de Luxemburgo, que desde 1815 á 1866 formó parte de la Confederación germánica y desde 1866 constituye un gran ducado independiente, confina por el Este con Prusia, por el Sur con la Lorena alemana y Francia y por el Oeste y el Norte con la provincia belga de Luxemburgo. Su superficie es de 2.587 kilómetros cuadrados y su población de 211.088 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Lo fueron desde 1815 á 1890 los reyes de los Países Bajos, bajo cuya soberanía estaba puesto el gran ducado. (Véase Países Bajos.) Durante el reinado de Guillermo III recibió una nueva Constitución (1856), guardó neutralidad durante la guerra austro-prusiana de 1866, y consiguió por el tratado de Londres de 1867 que Prusia evacuase la plaza fuerte de Luxemburgo y demoliese las fortificaciones. Al morir en 1890, el gran ducado de Luxemburgo pasó á Adolfo de Nassau.

Los retratos de los soberanos de Luxemburgo desde 1815 á 1890 (Guillermo I, Guillermo II y Guillermo III) están en la lámina referente á los Países Bajos, y el del actual, Adolfo, entre los duques de Nassau en la lámina de la página 21.



MECKLEMBURGO-SCHWERIN.—Jefes del Estado en el presente siglo

MECKLEMBURGO-STRELITZ.—Jefes del Estado en el presente siglo

MECKLEMBURGO-SCHWERIN

El gran ducado de Mecklemburgo-Schwerin, que forma parte del imperio alemán, está situado en la Alemania septentrional y limitado por todos lados por territorios prusianos, excepto por el Noroeste, en donde confina con el Báltico. Su superficie es de 13.162 kilómetros cuadrados y su población de 578.342 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

FEDERICO FRANCISCO I. – Nació en 1756 y en 1785 sucedió á su tío el duque Federico. En 1806 los franceses ocuparon su territorio, pero lo recobró después de la paz de Tilsitt. En 1808 entró en la Confederación del Rhin y en 1815 en la germánica, obteniendo el título de gran duque. Murió en 1837.

PABLO FEDERICO. – Sucedió á su abuelo en 1837 y falleció en 1842.

FEDERICO FRANCISCO II. – Nació en 1823 y sucedió en 1842 á su padre. Hizo en 1864 la guerra contra Dinamarca; en 1866 ayudó á Prusia contra el Austria, y en la guerra franco-alemana distinguióse notablemente. Murió en 1883.

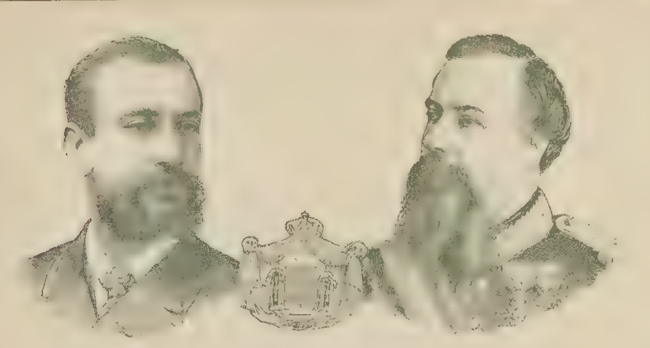
FEDERICO FRANCISCO III. – El actual gran duque reinante, que sucedió á su padre en 1883, nació en 1851.

MECKLEMBURGO-STRELITZ

El gran ducado de Mecklemburgo-Strelitz, que forma parte del imperio alemán, está situado en la Alemania septentrional, y confina con el Mecklemburgo-Schwerin por el Noroeste y Oeste, y con territorios prusianos por los demás lados. Su superficie es de 2.929 kilómetros cuadrados y su población de 97.978 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

CARLOS. – Nació en 1741 y sucedió á su hermano Adolfo Federico IV en 1794. En 1813 sus tropas

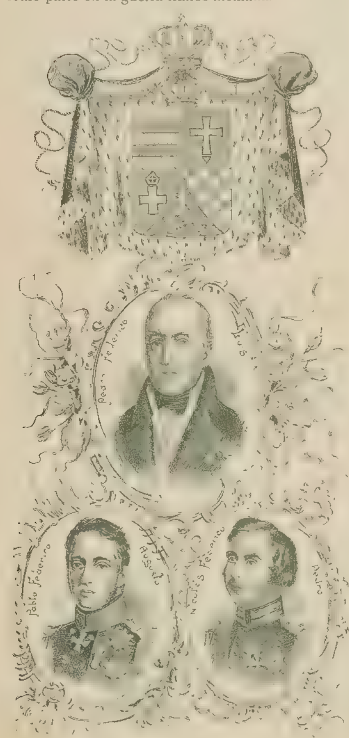


MÓNACO.—Jefes del Estado en el presente siglo

combatieron á los franceses, unidas al ejército silesiano. En 1815 entró en la Confederación germánica y tomó el título de gran duque, y murió en 1816.

JORGE. – Nació en 1779 y sucedió á su padre en 1816. Abolió la servidumbre, fomentó la enseñanza y embelleció su capital. Murió en 1860.

FEDERICO GUILLERMO. – El actual gran duque de Mecklemburgo-Strelitz, hijo del anterior, nació en 1819, apoyó á Prusia en la guerra de 1866, y en 1870 tomó parte en la guerra franco alemana.



OLDEMBURGO
Jefes del Estado en el presente siglo

MÓDENA

El ducado de Módena, que hoy forma parte del reino de Italia, estaba situado entre el reino Lombardo Véneto y el ducado de Guastalla al Norte, el ducado de Parma al Oeste y el de Luca, el de Toscana, y los Estados de la Iglesia al Sur y al Este. Su superficie era de 6.132 kilómetros cuadrados y su población de más de 600.000 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

FRANCISCO IV. – Nació en 1779 y en 1815 recobró el ducado que perdiera su padre Fernando en 1797, y que desde entonces habían poseído los franceses. Enemigo de los principios de la revolución, gobernó despóticamente: en 1830 apoyó al pretendiente del trono de España Don Carlos, y ofreció asilo en sus estados á don Miguel de Portugal. Sofocó sangrientamente varias sediciones y murió en 1846.

FRANCISCO V. – Nació en 1819 y continuó el gobierno despótico de su padre. En 1848 una revolución le arrojó de Módena, pero á los pocos meses recobró el trono. Alióse con Austria, y después de la batalla de Magenta hubo de abandonar nuevamente su país. Napoleón III, cediendo á la voluntad del pueblo de Módena, anexionó este territorio al reino de Cerdeña. Francisco V murió en 1875.

MONACO

El principado de Mónaco está situado en la Europa meridional y confina por tres de sus lados con el departamento francés de los Alpes Marítimos y por el otro con el Mediterráneo. Su superficie es de 21 kilómetros cuadrados y su población de 3.292 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

HONORATO V. – Nació en 1778, y en 1814, en virtud del tratado de París, recobró el principado que en 1793 había sido unido á la República Francesa. En 1815 Monaco fué puesto bajo la protección de Cerdeña, y en 1817 el rey Manuel I reconoció la soberanía de Honorato V, quien murió en 1841.

FLORESTÁN I. – Nació en 1785 y sucedió en 1841 á su hermano. En 1848 dió una Constitución, y en el mismo año las ciudades de Mentón y Roquebrune se separaron del principado y se unieron á Cerdeña, hecho del cual protestó el príncipe ante las potencias signatarias de los tratados de 1815. Florestán I murió en 1856.

CARLOS III. – Nació en 1818. En 1853 intentó destronar á su padre Florestan, siendo reducido á prisión, aunque muy luego fué puesto en libertad. Subió al trono en 1856 y en 1861 renunció á todos sus derechos sobre Roquebrune y Mentón á favor de Francia, á cambio de 4 millones de francos. En 1869 abolió todos los impuestos y murió en 1889.

CARLOS ALBERTO. – El actual príncipe reinante, hijo del anterior, nació en 1848. Muy aficionado al estudio, pasa la mayor parte del año haciendo viajes científicos y cultivando las ciencias naturales.

MONTENEGRO

El principado independiente de Montenegro está situado en la parte más occidental de la península balcánica y enclavado entre Dalmacia, Bosnia y Herzegovina y Turquía, comunicando con el mar por una pequeña faja de tierra. Su superficie es de 8.433 kilómetros cuadrados y su población de 200.000 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

PEDRO II. – Nació en 1760, sucedió en 1782 á su tío el príncipe obispo Sava, y en 1787 proclamó la independencia de su país. Alióse á Rusia y Austria para guerrear contra Turquía, ayudó á Rusia contra Francia en 1805, y hasta su muerte, ocurrida en 1830, peleó casi incesantemente contra los turcos.

PEDRO III. – Nació en 1812 y sucedió á su tío el príncipe obispo Pedro II. Estableció un gobierno regular, y peleó en 1832 contra los turcos. Desde 1838 á 1840 estuvo en guerra con Austria y casi siempre hasta su muerte con Turquía. Falleció en 1851.

DANILO I. – Nació en 1826 y sucedió á su tío Pedro III. En 1852 consiguió que Austria y Rusia le reconocieran el título de príncipe. Organizó el principado según el principio hereditario, destruyó el antiguo sistema de los pequeños tiranos, reformó la tributación y fomentó la enseñanza. Luchó contra los turcos y murió asesinado en 1860.

NICOLÁS I. – Nació en 1841, y sucedió á su tío, que le había adoptado. En 1862 comenzó una guerra contra los turcos, que terminó con una paz humillante para él, cuyas condiciones pudo eludir, gracias al apoyo de las grandes potencias. Aliado con Rusia y en amistosas relaciones con Servia y Rumanía, declaró en 1877 de nuevo la guerra á Turquía: el tratado de Berlín reconoció la completa independencia de Montenegro y aumentó considerablemente su territorio. En 1879 dió á su pueblo una Constitución



MÓDENA.—Jefes del Estado en el presente siglo

NASSAU

El antiguo ducado de Nassau, que hoy forma parte del reino de Prusia, confinaba al Norte con la Prusia rhenana y la Westfalia; al Este con el Hesse-Darmstadt, la Prusia rhenana, el Hesse-Hamburgo, el Hesse-Electoral y el territorio de Francfort; al Sur con este último y el Hesse-Darmstadt, y al Oeste con la Prusia rhenana. Su superficie era de 4.752 kilómetros cuadrados y su población de 468.311 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

FEDERICO AUGUSTO. – Nació en 1738 y en 1803 sucedió á su hermano Carlos Guillermo. En 1806 entró en la Confederación del Rhin. Murió en 1816.

GUILLERMO. – Nació en 1792 y sucedió en 1816 á su tío, uniendo el ducado de Nassau-Usingen con el de Nassau-Weilburg que heredó de su padre. Murió en 1839



MONTENEGRO
Jefes del Estado en el presente siglo

ADOLFO. – Nació en 1817 y sucedió á su padre. Fué poco amigo de las ideas liberales; dejóse influir por la política austriaca, y en 1849 tomó parte en la guerra contra Dinamarca. En la guerra de 1866 estuvo al lado de Austria, y vencida ésta, el ducado fué



Soberanos que han reinado durante el presente siglo

EN LOS ESTADOS DE WALDECK, REUSS-GREITZ, REUSS-SCHLEIZ-GERA, SCHWARZBURGO RUDOLSTADT, LIECHTENSTEIN, NASSAU, LUXEMBURGO Y SCHAUMBURG-LIPPE

(A pesar de nuestros esfuerzos no nos ha sido posible proporcionarnos algunos de los retratos de estos Estados, según hacemos notar en las respectivas descripciones.)

anexionado á Prusia en aquel mismo año. Como compensación recibió, en virtud del tratado de 1867 con Prusia, la suma de 15 millones de florines y la promesa de la soberanía del gran ducado de Luxemburgo cuando se extinguiera la línea masculina de la casa de Orange, lo cual sucedió en 1890.

Los retratos de estos soberanos están incluídos en la lámina de la página 21, excepto el de Federico Augusto, que no hemos podido obtener.

OLDEMBURGO

El gran ducado de Oldemburgo, que forma parte del imperio alemán, se compone de tres partes, el ducado de Oldemburgo y los principados de Lubeck y Birkenfeld. El ducado confina por el Norte con el mar del Norte y por los demás lados con el reino de Prusia. El principado de Lubeck está en la provincia prusiana de Schleswig y el de Birkenfeld en la provincia prusiana rhenana. Su superficie total es de 6.423 kilómetros cuadrados y su población de 354.968 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

PEDRO FEDERICO GUILLERMO. – Sucedió en 1785 á su padre Federico Augusto, y por enfermedad intelectual se le nombró coadjutor á su sobrino, el que después fué príncipe obispo de Lubeck, Pedro Federico Luis, quien extinguió la deuda del Estado, perdió en 1803 algunos territorios, recibiendo en compensación y á título de principado hereditario el obispado de Lubeck y entró en 1808 en la Confederación del Rhin. En 1810 el gran ducado fué ocupado por Napoleón I, pero fué recobrado después de la paz de Viena. Pedro Federico Guillermo murió en 1823.

PEDRO FEDERICO LUIS. – Sucedió á su tío en 1823 y murió en 1829.

PABLO FEDERICO AUGUSTO. – Nació en 1783 y en 1829 sucedió á su padre. En 1831 dió una ordenación como base de una Constitución, pero ésta no fué publicada hasta 1849 y luego revisada en 1852. Murió en 1853.

NICOLÁS FEDERICO PEDRO. – El actual gran duque nació en 1827 y sucedió á su padre en 1853. En 1866 se puso al lado de Prusia contra Austria y entró en la Confederación de la Alemania del Norte.

PAÍSES BAJOS

El reino de los Países Bajos ó de Holanda está situado en el Noroeste de Europa y confina al Norte y al Oeste con el mar del Norte, al Este con el imperio alemán y al Sur con Bélgica. Su superficie es de 33.000 kilómetros cuadrados y su población de 4.732.911 habitantes. Sus colonias tienen una superficie de 2.108.992 kilómetros cuadrados y su población es de 32.784.400 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

LUIS BONAPARTE. – En 1806 Napoleón creó para su hermano Luis el reino de Holanda, que se rigió por la legislación francesa y hubo de ayudar con sus tropas á Francia en todas sus guerras. En 18.0, no queriendo sacrificar su reino á los intereses franceses, abdicó Luis Bonaparte, siendo entonces unido el reino de Holanda á Francia hasta 1813.

GUILLERMO I. – Declarada de nuevo la independencia de Holanda, fué proclamado rey Guillermo I, hijo del estatúder Guillermo V, que en 1795 fué arrojado de los Países Bajos por los franceses. Guillermo I nació en 1772. En 1814 el Congreso de Viena decretó la unión de Bélgica á Holanda, que sólo duró hasta 1830, en que los belgas se sublevaron y proclamaron independientes y en 1839 firmóse la paz definitiva con Bélgica. Guillermo I hubo de abdicar en 1840 en favor de su hijo.

GUILLERMO II. – Nació en 1792, procuró con medios enérgicos mejorar la situación financiera del país, y negóse á introducir las reformas políticas que el pueblo pedía, hasta que el movimiento revolucionario europeo de 1848 le obligó á dar una Constitución liberal. Murió en 1849.

GUILLERMO III. – Nació en 1817 y sucedió á su padre. Ajustó siempre sus actos á los principios constitucionales, mejoró el estado de la hacienda, hizo rebajar su lista civil y fomentó la prosperidad de las colonias. Murió en 1890.

GUILLERMINA. – Nació en 1880 y sucedió á su padre. Por ser menor de edad gobierna en su nombre y como regente su madre EMMA, princesa de Valdeck, que nació en 1858 y se casó con Guillermo III en 1879.

PARMA

El ducado de Parma, que hoy forma parte del reino de Italia, lo constituían los ducados de Parma y Plasencia y estaba situado en la Italia septentrional. Confinaba al Norte con el reino Lombardo Véneto, al Este con el ducado de Módena, al Sur con el gran ducado de Toscana y al Oeste con los estados sardos. Su superficie era de 6.158 kilómetros cuadrados y su población de 502.247 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

FERNANDO. – Nació en 1751, y en 1765 sucedió á su padre el infante de España D. Felipe. Quiso introducir algunas reformas, por lo que se indispuso con la Santa Sede. Expulsó á los jesuítas y abolió la Inquisición. En 1801 hubo de ceder el ducado á Francia, recibiendo en cambio la Toscana, convertida en reino de Etruria. Murió en 1802.

MARÍA LUISA. – Por virtud de la paz de París (1814) y del Congreso de Viena (1815), el ducado de Parma fué cedido á María Luisa, hasta entonces emperatriz de Francia, con la condición de que á su muerte pasaría aquél á los descendientes del rey Luis de Etruria. María Luisa, que había nacido en 1791 y que en 1822 se casó morganáticamente con el conde Neipperg, murió en 1847.

CARLOS LUIS II. – En cumplimiento de lo acordado en el Congreso de Viena, sucedió á María Luisa Carlos Luis II de Borbón, hijo del rey Luis de Etruria y de la infanta de España María Luisa. Nació en 1799, gobernó el ducado despóticamente y hubo de abandonarlo en 1848. En 1849 abdicó en favor de su hijo Carlos, y murió en 1883.

CARLOS III. – Nació en 1823 y sucedió á su padre en 1849. Mostróse en el gobierno reaccionario y cruel y fué asesinado en 1854.

ROBERTO I. – Nació en 1848 y sucedió á su padre bajo la regencia de su madre LUISA M.ª TERESA DE BORBÓN. Al estallar el movimiento italiano de 1859, no quiso la regente unirse á Cerdeña y abandonó con su hijo el país, y si bien volvió allí al poco tiempo, no pudo evitar que aquella unión se realizara y que en 1860 el ducado de Parma entrara á formar parte del reino de Italia. Luisa M.ª Teresa murió en 1864.

REUSS-GREITZ

Este principado, que forma parte del imperio alemán, confina con el reino de Sajonia y con los ducados de Sajonia Weimar y Sajonia Altemburgo. Su superficie es de 316 kilómetros cuadrados y su población de 62.754 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

ENRIQUE XIII. – Sucedió en 1800 á su padre Enrique XI; en 1807 entró en la Confederación del Rhin y en 1815 en la germánica. Murió en 1817.

ENRIQUE XIX. – Sucedió á su padre en 1817 y murió en 1836.

ENRIQUE XX. – Sucedió en 1836 á su hermano; dió en 1848 una Constitución, y murió en 1859.

ENRIQUE XXII. – Nació en 1846; sucedió á su padre en 1859, bajo la tutela de su madre, y en 1866 púsose al lado de Austria contra Prusia, y en el propio año entró en la Confederación de la Alemania del Norte. En 1867 Enrique XXII dió á su pueblo la Constitución hoy vigente.

En la lámina de la página 21 incluímos el retrato de Enrique XXII, el actual príncipe reinante.

REUSS SCHLEIZ GERA

Este principado, que forma parte del imperio alemán, está constituído por los principados de Reuss-Schleiz y Reuss-Gera, que se unieron en 1848. El de Reuss-Gera confinaba con el reino de Prusia y con los ducados de Sajonia Weimar y de Sajonia Altemburgo, y el de Reuss-Schleiz con los reinos de Sajonia y Baviera, con el ducado de Sajonia Weimar y el principado de Schwarzburgo-Rudolstadt. La superficie del principado de Reuss-Schleiz-Gera es de 826 kilómetros cuadrados y su población de 119.811 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

REUSS-GERA

ENRIQUE XXXV. – Empezó á reinar en 1790 y murió en 1805.

ENRIQUE LIV. – Por haber muerto Enrique XXXV sin sucesión, el principado pasó á la línea de Selbitz en la persona de Enrique LIV: éste entró en 1807 en la Confederación del Rhin y en 1815 en la Confederación germánica. Murió en 1824, extinguiéndose con él la casa Lobenstein-Selbitz.

ENRIQUE LXXII. – Este príncipe, de la línea de Ebersdorf, sucedió en 1824 á Enrique LIV y abdicó en 1848, uniéndose entonces el principado de Reuss-Gera con el de Reuss-Schleiz.

REUSS-SCHLEIZ

ENRIQUE XLII. – Fué elevado á la dignidad de príncipe en 1806, entró en la Confederación del Rhin en 1807 y en la Confederación germánica en 1815 y murió en 1818.

ENRIQUE LXII. – Sucedió á su padre en 1818, y durante su reinado, en 1848, unióse, como hemos visto, á su principado él de Reuss-Gera. Revisó la Constitución en 1852 y murió en 1854.

ENRIQUE LXVII. – Sucedió á su hermano en 1854 y en 1856 reformó la Constitución en sentido reaccionario. Mantúvose neutral en la guerra austro-prusiana de 1866 y en el propio año entró en la Confederación germánica. Murió en 1867.

ENRIQUE XIV. – El actual príncipe reinante nació en 1832 y sucedió á su hermano en 1867.

RUMANÍA

El reino de Rumanía está situado en la Europa meridional y confina al Norte con Hungría, al Este con Rusia y el mar Negro, al Sur con Bulgaria y al Oeste con Servia. Su superficie es de 131.020 kilómetros cuadrados y su poblacion de 5.038.342 habitantes.

JEFE DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

CARLOS I. – Nació en 1839, y en 1866 fué elegido príncipe de Rumanía. Gracias á su prudente y sabio gobierno y á pesar de los obstáculos que se opusieron á su obra, pudo mejorar la hacienda, poner orden en la administracion, fomentar la enseñanza y formar un excelente ejército. Durante la guerra turco-rusa (1877) distinguióse notablemente al frente de sus tropas, asistiendo al sitio de Plewna. En 1878 fué reconocido por el Congreso de Berlín como príncipe soberano y en 1881 proclamado rey. En 1884 modificó la Constitucion de 1866.



Carlos I

SAJONIA

El reino de Sajonia, que forma parte del imperio alemán, confina al Este y al Norte con el reino de Prusia, al Oeste con los ducados de Sajonia Altemburgo y Sajonia Weimar, al Suroeste con Baviera y Bohemia, y al Sur y al Sureste con esta última. Su superficie es de 14.993 kilómetros cuadrados y su población de 3.502.684 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

FEDERICO AUGUSTO I. – Nació en 1750, y en 1763 sucedió en el electorado á su padre Francisco Cristián. En 1806 fué reconocido rey y entró en la Confederación del Rhin, siendo desde entonces uno de los más fieles aliados de Napoleón: después de vencido éste, Federico Augusto fué llevado prisionero á Berlín hasta que en 1815 firmó el tratado de paz con Prusia, regresando á su reino. Murió en 1827.

ANTÓN. – Nació en 1755 y sucedió en 1827 á su hermano. Como éste, negóse á toda reforma, lo cual



HOLANDA.—Jefes del Estado en el presente siglo

unido al favor dispensado á los católicos fué causa de graves desórdenes en 1830: á consecuencia de ellos nombró corregente á su sobrino Federico Augusto, apartándose él de los negocios. Murió en 1836.

FEDERICO AUGUSTO II. – Nació en 1797 y sucedió á su tío por renuncia de su padre Maximiliano. Restableció el orden, modificó en 1844 la Constitución que había dado en 1831, y murió en 1854.

JUAN. – Nació en 1801 y sucedió á su hermano. Su gobierno fué altamente beneficioso para Sajonia, pues protegió las ciencias y fomentó las obras públicas. En la guerra de 1866 púsose al lado de Austria, y vencida ésta, entró en la Confederación del Norte. Murió en 1873.

ALBERTO. – Nació en 1828 y sucedió á su padre, habiéndose dedicado desde que ocupa el trono á fomentar los intereses morales y materiales de su reino. En 1892 modificó la Constitución.

SAJONIA ALTEMBURGO

El ducado de Sajonia Altemburgo, que forma parte del imperio alemán, consta de dos partes: el círculo de Altemburgo, limitado por los reinos de Sajonia y Prusia y por el principado de Reuss-Gera; y el de Eisenberg, que confina al Suroeste con Schwarzburgo-Rudolstadt y Sajonia-Meiningen, al Sur con Sajonia-Weimar, al Este con Reuss-Gera, al Norte con Prusia y al Oeste con Sajonia-Weimar. Su superficie es de 1.324 kilómetros cuadrados y su población de 170.864 habitantes.

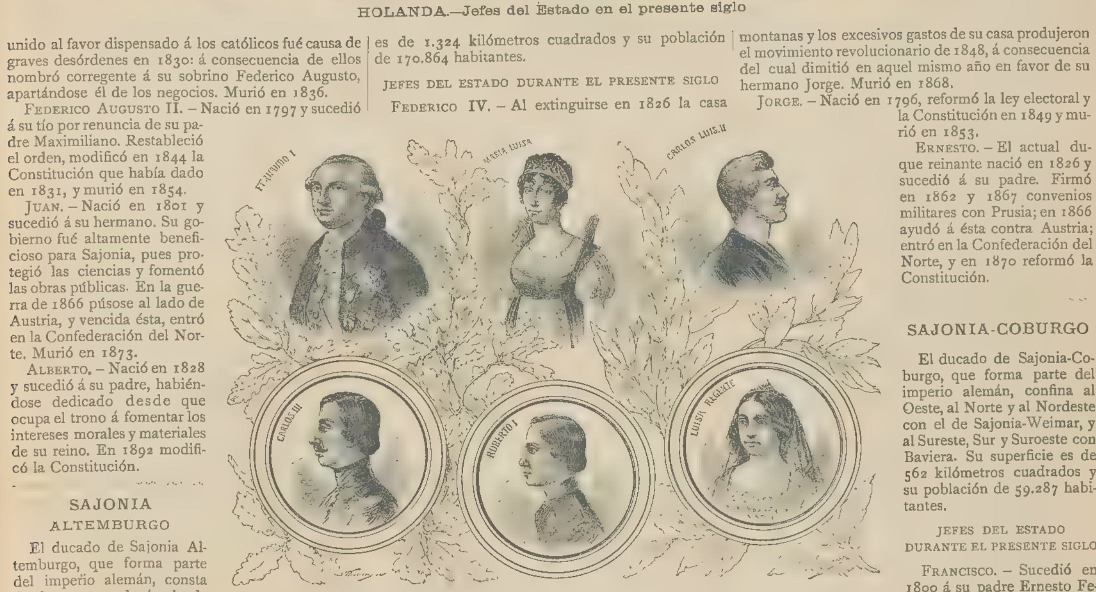
JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

FEDERICO IV. – Al extinguirse en 1826 la casa de Gotha-Altemburgo, entró en posesión del ducado de Sajonia Altemburgo Federico de Hildburghausen, quien dió en 1831 una Constitución y murió en 1834

JOSÉ. – Nació en 1789 y sucedió á su padre. Aunque decretó algunas reformas, sus tendencias ultramontanas y los excesivos gastos de su casa produjeron el movimiento revolucionario de 1848, á consecuencia del cual dimitió en aquel mismo año en favor de su hermano Jorge. Murió en 1868.

JORGE. – Nació en 1796, reformó la ley electoral y la Constitución en 1849 y murió en 1853.

ERNESTO. – El actual duque reinante nació en 1826 y sucedió á su padre. Firmó en 1862 y 1867 convenios militares con Prusia; en 1866 ayudó á ésta contra Austria; entró en la Confederación del Norte, y en 1870 reformó la Constitución.



PARMA.—Jefes del Estado en el presente siglo

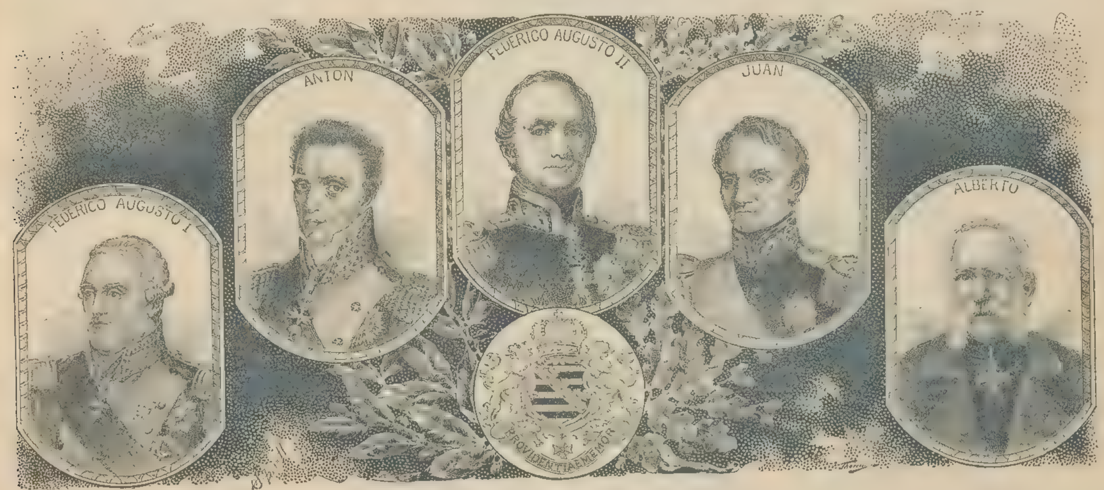
SAJONIA-COBURGO

El ducado de Sajonia-Coburgo, que forma parte del imperio alemán, confina al Oeste, al Norte y al Nordeste con el de Sajonia-Weimar, y al Sureste, Sur y Suroeste con Baviera. Su superficie es de 562 kilómetros cuadrados y su población de 59.287 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

FRANCISCO. – Sucedió en 1800 á su padre Ernesto Federico, y aunque quiso mejorar el deplorable estado de la hacienda no lo consiguió. Murió en 1806.

ERNESTO I. – Nació en 1784 y sucedió á su padre. Napoleón ocupó el ducado; para recuperarlo Ernesto hubo de entrar en la Confederación del Rhin. En 181 unióse á los aliados, guerreó contra Francia y en e



SAJONIA.—Jefes del Estado en el presente siglo

Congreso de Viena recibió el principado de Lichtemberg, que en 1834 vendió á Prusia: en 1826 obtuvo de Meiningen, á cambio del principado de Saalfeld, el ducado de Sajonia Gotha. Murió en 1844.

Ernesto II. – Nació en 1818 y sucedió á su padre unióse á Prusia en la guerra de 1866, entró en la Confederación del Norte y publicó en 1874 una ley para la unión de los dos ducados. Murió en 1893.

Alfredo. – El actual duque reinante es hijo segundo de la reina Victoria de Inglaterra. Nació en 1844 y sucedió á su tío en 1893.

SAJONIA GOTHA

El ducado de Sajonia-Gotha, que unido desde 1826 al de Sajonia-Coburgo forma parte del imperio alemán, confina al Norte y al Este con Prusia, al Sureste con el ducado de Schwarzburgo-Sondershausen, al Sur y al Suroeste con Prusia y Sajonia-Meiningen y al Oeste con Sajonia Weimar. Su superficie es de 1.396 kilómetros cuadrados y su población de 147.226 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Ernesto II. – Nació en 1745 y en 1772 sucedió á su padre Federico III. Restableció la hacienda, y gobernó sabiamente. Murió en 1804.

Emilio Leopoldo Augusto. – Nació en 1772 y sucedió á su padre. Su gobierno fué beneficioso al ducado y evitó su ocupación por Napoleón I. Murió en 1822.

Federico IV. – Sucedió á Emilio Leopoldo en 1822, y á su muerte, acaecida en 1825, quedó extinguida la línea de Gotha-Altemburgo, y después de una larga contienda firmóse en 1826 el tratado de división, por el cual Altemburgo fué unido á Sajonia-Hilburghausen y Gotha á Sajonia-Coburgo.

SAJONIA-MEININGEN

El ducado de Sajonia-Meiningen, que forma parte del imperio alemán, confina al Norte con territorio de Weimar, el ducado de Gotha, el reino de Prusia, los principados de Schwarzburgo y el ducado de Altemburgo; al Este con territorios de Weimar, Prusia, Schwarzburgo-Rudolstadt, Reuss y Baviera; al Sur con el ducado de Coburgo y el reino de Baviera, y al Oeste con el principado weimarés de Eisenach. Su superficie es de 2.468 kilómetros cuadrados y su población de 223.832 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Bernardo. – Nació en 1800 y sucedió á su padre Jorge I en 1806 bajo la tutela de su madre hasta 1821. Entró en 1807 en la Confederación del Rhin, unióse á los aliados en 1813, y en 1815 ingresó en la Confederación germánica. En la guerra de 1866 unióse á Austria, por lo que los prusianos ocuparon su territorio, viéndose obligado á abdicar. Murió en 1882.

Jorge II. – Nació en 1826 y sucedió á su padre en 1866. Hizo la paz con Prusia, entró en 1866 en la Confederación del Norte y en 1867 firmó con Prusia un convenio militar.



SAJONIA-ALTEMBURGO
Jefes del Estado en el presente siglo

SAJONIA-WEIMAR

El gran ducado de Sajonia-Weimar, que forma parte del imperio alemán, confina al Norte con el reino de Prusia; al Este con el reino de Sajonia, el ducado de Sajonia-Altemburgo y los principados de Reuss; al Sur con Baviera, y al Oeste con Schwarzburgo, Sajonia-Meiningen y Sajonia-Gotha. Su superficie es de 3.595 kilómetros cuadrados y su población de 326.091 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Carlos Augusto. – Nació en 1757 y sucedió á su padre Ernesto Augusto en 1758 bajo la tutela de su abuelo el duque Carlos de Brunswick-Luneburgo. Encargóse personalmente del gobierno en 1775, hizo en el ejército prusiano las campañas contra Francia de 1792 y 1793. En el Congreso de Viena obtuvo varios territorios y el título de gran duque. Fué un príncipe liberal y gran protector de las letras. Murió en 1828.

Carlos Federico. – Nació en 1783 y sucedió á su padre. Gobernó siguiendo las mismas tendencias de éste. Publicó en 1848 una ley electoral que fué reformada en 1852 y dió en 1850 una Constitución. Murió en 1853.

Carlos Alejandro. – El actual gran duque Nació en 1818 y sucedió á su padre: ha sido un príncipe liberal y ha fomentado durante su gobierno las ciencias y las artes.

SERVIA

El reino de Servia está situado en la Europa meridional y confina al Norte con Austria-Hungría, al Este con Rumanía y Bulgaria y al Sur y al Oeste con Bulgaria y Bosnia. Su superficie es de 48.589 kilómetros cuadrados y su población de 2.250.712 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Milano. – Después de la guerra turco-rusa y en virtud del tratado de San Estéfano reconocióse en 1878 la independencia del principado, que antes estaba bajo la soberanía turca. Milano, entonces príncipe, nacido en 1854, fué proclamado rey hereditario en 1882: en 1885 declaró la guerra á Bulgaria, siendo vencido. En 1888 hizo declarar su divorcio y en el mismo año promulgó una Constitución liberal. En 1889 abdicó en favor de su hijo.

Alejandro I. – Nació en 1876 y sucedió á su padre sometido á una regencia, hasta que en 1893 se ha proclamado mayor de edad: en el propio Milano renunció á todos sus derechos y se reconcilió con su esposa la reina Natalia.



SAJONIA-COBURGO. – Jefes del Estado en el presente siglo



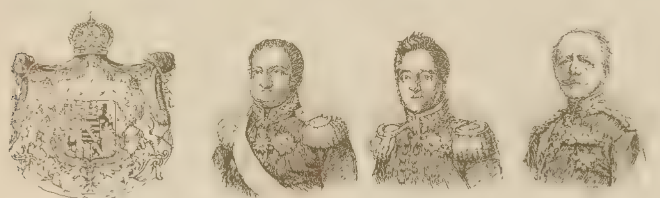
SAJONIA-GOTHA.—Jefes del Estado en el presente siglo

SCHAUMBURG-LIPPE

El principado de Schaumburg-Lippe, que forma parte del imperio alemán, está enclavado en el reino de Prusia: su superficie es de 340 kilómetros cuadrados y su población de 39.163 habitantes.

SCHWARZBURGO-SONDERSHAUSEN

Este principado, que forma parte del imperio alemán, está enclavado en el reino de Prusia. Su superficie es de 862 kilómetros cuadrados y su población de 75.510 habitantes.



SAJONIA-WEIMAR.—Jefes del Estado en el presente siglo

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Jorge Guillermo. – Nació en 1784 y sucedió á su padre en 1787 bajo la tutela de su madre. En 1807 entró en la Confederación del Rhin, recibiendo el título de príncipe Dictó sabias leyes, entre ellas, la de supresión de la servidumbre. En 1854 entró en el *Zollverein* y murió en 1860.

Adolfo Jorge. – Nació en 1817 y sucedió á su padre: entró en 1866 en la Confederación de los Estados del Norte, firmó en 1867 un convenio militar con Prusia y en 1868 dió á su país una Constitución. Murió en 1893.

Esteban Adolfo Jorge. – Nació en 1846 y sucedió á su padre Adolfo Jorge.

Los retratos de estos príncipes, excepto el de Esteban Adolfo Jorge que no hemos podido proporcionarnos, están en la lámina de la página 21.

SCHWARZBURGO-RUDOLSTADT

El territorio de este principado, que forma parte del imperio alemán, se divide en dos partes, una comprendida entre Sajonia-Weimar, Sajonia Meiningen, Schwarzburgo-Sondershausen y Sajonia-Gotha, y otra enclavada en el reino de Prusia. Su superficie es de 940 kilómetros y su población de 85.863 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Luis Federico. - Entró á reinar en 1793 y falleció en 1807, después de haber ingresado en la Confederación del Rhin.

Federico Guntero. – Sucedió á su padre en 1807 bajo la regencia de su madre. En 1814 encargóse del gobierno y entró en la Confederación germánica. En 1848 ocurrieron algunos disturbios en el principado, y en 1854 promulgó una nueva Constitución. Tomó parte en la guerra austro-prusiana de 1866 en favor de Prusia y falleció en 1867.

Alberto. – Nació en 1798, sucedió á su hermano en 1867 y murió en 1869.

Jorge. – Nació en 1838 y sucedió á su padre. Tomó parte en la guerra de 1866 en favor de Prusia y en la franco-alemana. En 1870 reformó la Constitución y murió en 1890.

Guntero Víctor. – El actual príncipe reinante desde 1890 nació en 1852 y sucedió á su primo Jorge.

Los retratos de estos príncipes están incluídos en la lámina de la página 21, excepto los de Luis Federico y Alberto, que no hemos podido conseguir.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Guntero Federico Carlos I. – Nació en 1760 y en 1794 sucedió á su padre Cristián Guntero III. En 1815 entró en la Confederación germánica, dió en 1830 una Constitución que fué revocada en 1831 y abdicó en 1835. Murió en 1837.

Guntero Federico Carlos II. – Nació en 1801 y se encargó del gobierno al dimitir su padre en 1835. En 1841 dió una Constitución, á pesar de la cual y de las reformas que decretó ocurrieron en 1848 disturbios que motivaron la ocupación del principado por tropas sajonas y prusianas. En 1849 promulgó una Constitución liberal que fué reformada en 1857. En 1866 entró en la Confederación germánica. Abdicó en 1880 y murió en 1889.

Carlos Guntero. – Nació en 1830 y sucedió á su padre por abdicación de éste.

SUECIA Y NORUEGA

El reino de Suecia y Noruega está situado en la Europa septentrional, y confina al Norte con el Océano Glacial, al Oeste con el Atlántico, al Sur con el Skager-Rak y al Este con el Báltico y Rusia. Desde 1450 hasta 1814 fueron soberanos de Noruega los de Dinamarca, y desde 1814 los de Suecia: á pesar de ello, tiene una administración independiente. La superficie de Suecia es de 450.574 kilómetros cuadrados: la de Noruega, de 322.304, y sus respectivas poblaciones son de 4.824.150 y 1.998.674 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Gustavo Adolfo IV. – Nació en 1778 y sucedió á su padre Gustavo III en 1792, bajo la regencia de su tío Carlos. Al ser declarado mayor de edad, gobernó violentamente y se enemistó con la mayoría de los soberanos de Europa. Entró en la tercera coalición contra Francia y perdió varios territorios; en 1808 perdió también la Finlandia. A consecuencia de una conspiración militar hubo de abdicar en 1809. Murió en 1837.



TOSCANA.—Jefes del Estado en el presente siglo



SAJONIA-MEININGEN.—Jefes del Estado en el presente siglo

Carlos XIII. – Nació en 1748 y por proclamación de la Dieta sucedió á su sobrino en 1809 y en el propio año firmó la paz con Rusia, dedicándose á remediar la triste situación del reino. En 1812 púsose al lado de Rusia contra Francia, lo cual le valió en 1814 la adquisición de Noruega. Carlos murió en 1818.

Carlos XIV. – Sucedió á Carlos XIII el mariscal francés Bernadotte, que tomó el nombre de Carlos XIV. Su reinado fué beneficioso para la nación. Extinguió la deuda de Suecia y gran parte de la de Noruega. Murió en 1814.

Oscar I. – Nació en 1799 y sucedió á su padre. Gobernó prudentemente y procuró vivir en paz con las demás naciones. Murió en 1859.

Carlos XV. – Nació en 1826, y en 1859 sucedió á su padre. Reorganizó la Dieta en sentido liberal, reformó en 1864 la administración municipal, amplió en 1869 el derecho de sufragio y dió nueva organización al ejército. Murió en 1872.

Oscar II. – El actual soberano nació en 1829 y sucedió á su hermano Carlos XV. Atento á fomentar los intereses morales y materiales de su país y á gobernar conforme á la voluntad de su pueblo, su reinado ha sido fuente de prosperidad para su estado. Oscar II cultiva con brillantes resultados las letras y es tenido por uno de los más ilustrados monarcas europeos.

TOSCANA

El gran ducado de Toscana, que hoy es provincia italiana, estaba situado en la Italia central, confinaba al Norte con el antiguo ducado de Módena, al Oeste con el mar Tirreno y al Sur y al Este con los Estados Pontificios. Su superficie era de 23.308 kilómetros cuadrados y su población en 1859 de 1.806.940 habitantes.



SERVIA. Jefes del Estado en el presente siglo

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Fernando III. – Nació en 1769 y sucedió á su padre Leopoldo en 1790 al ser éste proclamado emperador de Alemania. En 1801 sus Estados formaron el reino de Etruria, adjudicado á Luis de Parma. Fernando III recobró el ducado en 1814.

Luis I. – Nació en 1773, y al crearse en 1801 el reino de Etruria ocupó aquel trono. Era hijo de Fernando, duque de Parma, y murió en 1803.

Luis II. – Nació en 1799 y sucedió á su padre. Napoleón lo destituyó en 1807, anexionando la Toscana á Francia.

Elisa Bonaparte. – Nació en 1777 y en 1089 recibió de su hermano Napoleón el gran ducado de Toscana. Protegió las artes, las letras y la agricultura y gobernó con espíritu liberal. En 1814 fué destronada y murió en 1820.

Fernando III. – Recobró, como hemos dicho, el ducado en 1814 y con él el Estado degli Presidi, la isla de Elba y la perspectiva de la sucesión en el ducado de Luca. Fernando murió en 1824.

Leopoldo II. Nació en 1797 y sucedió á su padre en 1824. Fomentó en alto grado los intereses morales y materiales del país, dió á su pueblo en 1848 una Constitución que no satisfizo y hubo de salir de Toscana en 1849, formándose entonces un gobierno provisional que fué derribado en el mismo año. Leopoldo regresó á sus dominios y derogó la Constitución de 1848. Una sublevación popular quiso obligarle á unirse á Cerdeña en la guerra de ésta contra Austria, por lo que hubo de abandonar de nuevo en 1850 sus Estados, dimitiendo al poco tiempo. Murió en 1870.

Fernando IV. – Nació en 1835 y sucedió á su padre en 1859, pero la Asamblea decretó su destitución y la unión del gran ducado de Toscana al reino de Cerdeña, hecho que se realizó en 1860.



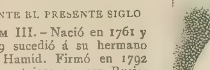
WURTTEMBERG.—Jefes del Estado en el presente siglo



TURQUÍA.—Jefes del Estado en el presente siglo

TURQUÍA

El imperio turco, que comprende varios territorios de Europa, Asia y Africa, de posesión inmediata unos, tributarios y sometidos á su protectorado otros, tiene una superficie de 2.895.300 kilómetros cuadrados y una población de 33.525.000 habitantes.



JEFES DEL ESTADO
DURANTE EL PRESENTE SIGLO

SELIM III. – Nació en 1761 y en 1789 sucedió á su hermano Abdul Hamid. Firmó en 1792 una desventajosa paz con Rusia; guerreó contra Francia en 1798, firmando la paz en 1802, y realizó grandes reformas militares que produjeron la rebelión de los genízaros y su destitución en 1807, siendo encarcelado y en 1808 asesinado.

MUSTAFÁ IV. – Nació en 1779 y sucedió á su tío Selim III. Derogó las reformas introducidas por éste y estuvo en guerra con Rusia y con Inglaterra. Durante su reinado hubo graves desórdenes en Constantinopla, siendo en uno de ellos, en 1808, asesinado Mustafá.

MOHAMED II. – Nació en 1785 y sucedió á su hermano Mustafá. Luchó contra Rusia hasta 1812 en que firmó la paz de Bukarest, sometió á Servia en 1814 y hubo de sofocar varias sublevaciones de sus súbditos. Durante su reinado Grecia fué declarada reino independiente. Murió en 1839.

ABDUL MEDGIK. – Nació en 1823 y sucedió á su padre Mohamed II. Prosiguió las reformas iniciadas por éste, vióse envuelto en la guerra de Crimea, reorganizó el Estado á la europea por la ley de 1856, y en el mismo año fué admitida Turquía en el concierto de las potencias europeas. Murió en 1861.

ABDUL AZÍS. – Nació en 1830 y sucedió á su hermano. Continuó las reformas emprendidas por sus antecesores y hubo de sofocar la insurrección de Creta (1866-1868). En 1875 estalló la insurrección de la Herzegovina y en 1876 Abdul Azís fué destronado y asesinado á los pocos días.

AMURATES V. – Nació en 1840, en 1876 sucedió á su tío y en el propio año fué destituído á poco de estallar la rebelión servia.

ABDUL HAMID. – Nació en 1842 y sucedió á su hermano Amurates V, promulgando acto seguido una Constitución. El principal suceso de su reinado ha sido la guerra ruso-turca, que comenzó en 1877 y terminó en 1878 por el tratado de San Estéfano, en virtud del cual hubo de reconocer la independencia de Rumanía y Servia, de consentir que las provincias búlgaras se constituyeran en principado autónomo y de ceder varios territorios á Rusia, Servia y Montenegro. Por el tratado de Berlín del mismo año 1878 vióse obligado á hacer nuevas concesiones. Recientemente la cuestión armenia ha originado graves desórdenes en Turquía.

WALDECK

El principado de Waldeck, que forma parte del imperio alemán, está situado en el Noroeste de Alemania y enclavado en el reino de Prusia. Su superficie es de 1.121 kilómetros cuadrados y su población de 57.281 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DURANTE EL PRESENTE SIGLO

FEDERICO. – Sucedió á su padre Carlos Augusto Federico en 1763, entró en la Confederación del Rhin en 1807 y murió en 1812.

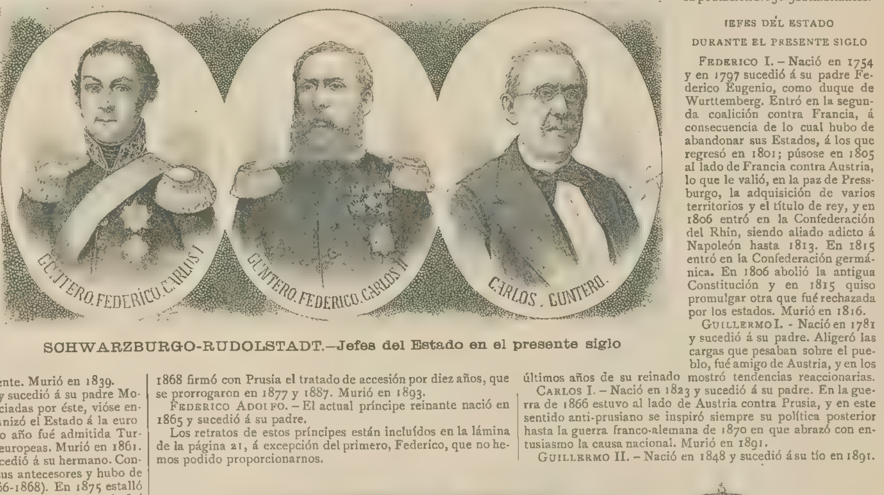
JORGE. – Sucedió á su hermano y durante su reinado uniéronse los principados de Waldeck y Prymont. Murió en 1813.

JORGE FEDERICO ENRIQUE. – Nació en 1789 y sucedió á su padre. En 1814 dió una Constitución que reformó en 1816, en 1815 entró en la Confederación germánica y en 1832 en el *Zollverein*. Murió en 1845.

JORGE VÍCTOR. – Nació en 1831 y sucedió á su padre bajo la regencia de su madre, la princesa Emma, la cual en 1849 promulgó una nueva Constitución liberal, que fué sustituída por otra más reaccionaria en 1852 al encargarse Jorge Víctor personalmente del gobierno. En 1866 púsose éste al lado de Prusia contra Austria y entró en la Confederación del Norte. En 1868 firmó con Prusia el tratado de accesión por diez años, que se prorrogaron en 1877 y 1887. Murió en 1893.

FEDERICO ADOLFO. – El actual príncipe reinante nació en 1865 y sucedió á su padre.

Los retratos de estos príncipes están incluídos en la lámina de la página 21, á excepción del primero, Federico, que no hemos podido proporcionarnos.



SCHWARZBURGO-RUDOLSTADT.—Jefes del Estado en el presente siglo

WURTTEMBERG

El reino de Wurttemberg, que forma parte del imperio alemán, está situado en la Alemania meridional y confina al Norte con Baviera y Baden, al Oeste y al Sur con los mismos Estados y el lago de Constanza y al Este con Baviera. Su superficie es de 19.504 kilómetros cuadrados y su población 2.036.522 habitantes.

JEFES DEL ESTADO
DURANTE EL PRESENTE SIGLO

FEDERICO I. – Nació en 1754 y en 1797 sucedió á su padre Federico Eugenio, como duque de Wurttemberg. Entró en la segunda coalición contra Francia, á consecuencia de lo cual hubo de abandonar sus Estados, á los que regresó en 1801; púsose en 1805 al lado de Francia contra Austria, lo que le valió, en la paz de Pressburgo, la adquisición de varios territorios y el título de rey, y en 1806 entró en la Confederación del Rhin, siendo aliado adicto á Napoleón hasta 1813. En 1815 entró en la Confederación germánica. En 1806 abolió la antigua Constitución y en 1815 quiso promulgar otra que fué rechazada por los estados. Murió en 1816.

GUILLERMO I. - Nació en 1781 y sucedió á su padre. Aligeró las cargas que pesaban sobre el pueblo, fué amigo de Austria, y en los últimos años de su reinado mostró tendencias reaccionarias.

CARLOS I. – Nació en 1823 y sucedió á su padre. En la guerra de 1866 estuvo al lado de Austria contra Prusia, y en este sentido anti-prusiano se inspiró siempre su política posterior hasta la guerra franco-alemana de 1870 en que abrazó con entusiasmo la causa nacional. Murió en 1891.

GUILLERMO II. – Nació en 1848 y sucedió á su tío en 1891.



SUECIA Y NORUEGA.—Jefes del Estado en el presente siglo

AMERICA

ESTADOS UNIDOS

DE LA AMÉRICA DEL NORTE

República federal compuesta de cuarenta y cinco Estados y cinco territorios Confina al Norte con el Dominio del Canadá, al Este con el Océano Atlántico, al Sur con México y al Oeste con el Océano Atlántico Los cuarenta y cinco Estados federales son los siguientes: Alabama, Arkansas, California, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Colorado, Connecticut, Dakota del Norte, Dakota del Sur, Delaware, Florida, Georgia, Idaho, Illinois, Indiana, Iowa, Kansas, Kentucky, Luisiana, Maine, Maryland, Massachusetts, Michigán, Minnesota, Mississipí, Missouri, Montana, Nebraska, Nevada, New-Hampshire, New-Jersey, New-York, Ohío, Oregón, Pensilvania, Rhode Island, Tennessee, Texas, Utah, Vermont, Virginia, Virginia occidental, Wáshington, Wisconsin, Wyoming. Los territorios son: Arizona, Nuevo México, Oklahoma, Indio y Alaska, y además el distrito federal de Colombia. La República ocupa una extensión de 9.212 300 kilómetros cuadrados, y según el censo de 1890 tiene 63 millones de habitantes, de ellos 6.337.980 negros y 1.132,000 mulatos.

PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTE-AMÉRICA

Jorge Wáshington. – Nació en Bridge (Virginia) el 22 de febrero de 1732. Ejerció primeramente la profesión de agrimensor; en 1751 fué nombrado mayor de las milicias cívicas de su país natal y luchó contra los franceses en el Canadá Cuando comenzaron las hostilidades entre las colonias y la metrópoli, Wáshington fué nombrado diputado al Congreso general de las colonias unidas, y al poco tiempo general en jefe del ejército creado en 1775. En este puesto supo triunfar con habilidad y perseverancia de la escasez de recursos y falta de organización de las tropas puestas á sus órdenes, y derrotar sucesivamente á Howe, Clinton, Bourgoyne y Cornwallis. En 1783 se firmó la paz de Versalles y el reconocimiento por Inglaterra de la independencia americana. A pesar de su brillante triunfo, Wáshington se retiró con la mayor sencillez y modestia á Mount Vernon, donde se dedicó á las faenas agrícolas; pero en 1787 fué elegido presidente de la Asamblea, y dos años después de la República. Reelegido en 1793, iba á serlo también en 1797; pero considerando afirmada la existencia de la República rehusó la tercera presidencia, y se retiró otra vez á sus posesiones, donde falleció el 14 de diciembre de 1799, dejando un nombre glorioso, honrado é intachable.

Juan Adams. – Nació en Braintrie (Massachusetts) el 19 de octubre de 1735. Su fama de entendido jurisconsulto le valió ser elegido diputado. Durante la guerra con los ingleses viajó por varias cortes de Europa para influir en favor de los intereses americanos. De regreso en los Estados Unidos logró ser elegido presidente de la República en 1797. Falleció en su posesión de Quincey el 4 de julio de 1826.

Tomás Jefferson. - Nació en Shadwell (Virginia) el 2 de abril de 1743. Jurisconsulto notable, fué elegido diputado al Congreso de Filadelfia, y de su pluma salió la declaración de la independencia. En 1779 se le nombró gobernador de Virginia y fué luego secretario de Estado, vicepresidente de la República y en 1801 presidente, habiendo sido reelegido en 1805. Murió el 4 de julio de 1826.

Jacobo Mádison. - Nació el 16 de marzo de 1751 en una hacienda cerca de Port-Royal (Virginia), y se consagró desde muy joven á la carrera del foro. En 1780 fué diputado, y bajo la administración de Jefferson secretario de Estado. Elegido presidente de la República en 1809 y reelegido en 1813, durante su administración se suscitó la guerra con Inglaterra. Obligados los ingleses á firmar la paz, el 1.° de marzo de 1817 el presidente Mádison ratificaba el acta de navegación y tres días después renunciaba su elevado puesto. Murió siendo juez en Virginia el 28 de junio de 1836.

Jacobo Monroe. – Nació en el condado de Westmoreland (Virginia) el 2 de abril de 1759. Fué varias veces diputado y senador federal. Enviado á Francia por el presidente Jefferson, obtuvo la cesión de la Luisiana, y de regreso en su patria le confió en 1811 la secretaría de Estado y la cartera de Guerra. Ocupaba el primero de dichos puestos en 1817 cuando fué elegido presidente de la República y reelegido en 1821. Negoció el tratado que aseguró á los Estados Unidos la posesión de la Florida. Terminando en 1825 su segundo período presidencial, se retiró á Virginia, donde aceptó el cargo de juez de paz, y en 1830 se trasladó á Nueva York, muriendo allí el 4 de julio del año siguiente.

Juan Quincy Adams. – Hijo mayor del presidente del mismo apellido, nació en Massachusetts el 11 de junio de 1767. En 1825 fué elegido presidente de la República, y durante su administración no ocurrieron sucesos de gran transcendencia. Murió en Wáshington el 17 de febrero de 1848.

Andrés Jackson. - Nació en la Carolina del Norte el 15 de marzo de 1767. Trece años tenía solamente cuando se alistó como soldado durante la guerra de la independencia, terminada la cual dedicóse al estudio de las leyes. Fué elegido en 1828 presidente de la República y reelegido cuatro años después. Falleció el 8 de junio de 1845 en su posesión de Nashville.

Martín Van Buren. – Nació en Kinderhood el 5 de diciembre de 1782. Siguió la carrera del foro, y elegido presidente de la República, tomó posesión de este puesto el 4 de marzo de 1837. Cesó en 1841 y falleció en 1862.

Guillermo Enrique Harrison. – Nació en el Estado de Virginia el 9 de febrero de 1775 En 1797 fué elegido diputado al Congreso del Ohío y en 1801 gobernador del territorio de Indiana. En 1811 se le dió el mando en jefe de las tropas destinadas á sujetar á los indios, á los que derrotó. En 1841 obtuvo la presidencia de la República, que sólo ocupó un mes, pues falleció el 4 de abril.

Juan Tyler. - Nació en Charles city (Virginia) el 29 de marzo de 1790 Siguió la carrera de abogado y desde 1811 á 1836 desempeñó cargos importantes en la administración y en las cámaras, y en 1840 eligiósele para la vicepresidencia de la República, pasando al cabo de un mes á ocupar el sillón presidencial por fallecimiento de Harrison. Cesó en sus funciones en 1845 y murió en Richmond el 18 de enero de 1862.

Jacobo Polk. - Nació el 2 de noviembre de 1795 en el condado de Mecklemburgo (Carolina del Norte). Ejerció la profesión de abogado y comenzó su carrera política en 1820 como diputado en la legislatura del Tennessee En 1844 fué elegido presidente de la República. Durante su administración ocurrió la guerra con México, la anexión de Texas, Nuevo Méjico y California y el descubrimiento de las famosas minas de oro de este país. Polk murió á fines de 1849.

Zacarías Taylor. – Nació el 24 de septiembre de 1784 en el condado de Orange (Virginia). Siguió la carrera militar y distinguióse en las guerras con los indios, en la conquista de Texas y en la expedición á México. Terminada la guerra, retiróse á su posesión de Luisiana, y elegido presidente, tomó posesión de su cargo el 5 de marzo de 1849. Había transcurrido poco más de un año de su elevación al poder, cuando falleció casi repentinamente el 9 de julio de 1850.

Millard Fillmore. – Nació el 7 de enero de 1800 en Summer-Hill (Nueva York), y á causa de la escasez de recursos de su familia, tuvo que aprender el oficio de tejedor. Diez y nueve años tenía cuando un juez le protegió y le pagó sus estudios de abogado. En 1832 y 1837 fué elegido individuo del Congreso federal y en 1848 vicepresidente de la República. Por muerte de Taylor se encargó en 1849 de la presidencia, que desempeñó tres años Falleció en Búffalo en 1874

Flanklin Pierce. – Nació en Hilleborough (New-Hampshire) el 23 de noviembre de 1804 y siguió la carrera de abogado En 1829 fué elegido diputado á la asamblea de su Estado natal, de la que llegó á ser presidente en 1831. En 1852 fué elegido presidente de la República: la cuestión de la esclavitud fué el acontecimiento mas saliente de la administración de Pierce. Dejó el mando en 1857 sin haber logrado satisfacer las aspiraciones del país. Murió en Concord el 8 de octubre de 1869

Jacobo Buchanan. – Nació en Pensilvania el 23 de abril de 1791. Siguió la carrera de abogado, y en 1821 fué elegido miembro de la Cámara de representantes y ocupó este puesto hasta 1831, año en que el presidente Jackson le nombró embajador en Rusia. Elegido presidente de la República, tomó posesión el 4 de marzo de 1857, y durante su administración arreció la rivalidad entre el Norte y el Sur con motivo de la esclavitud, de la que Buchanan era partidario. Cesó en 1861 y se retiró á la vida privada, habiendo fallecido en 1868.

Abraham Lincoln. – Nació en el condado de Harding (Kentucky) el 12 de febrero de 1809. Hijo de una humildísima familia, su infancia fué ruda y laboriosa, teniendo que dedicarse á las faenas agrícolas. En 1832 se alistó como voluntario para combatir á los indios. Terminada la guerra, resolvió estudiar leyes, para lo cual pedía prestados á un abogado amigo libros que leía de noche, mientras de día se dedicaba á varias ocupaciones para ganarse la subsistencia. En 1834, 1836 y 1840 fué elegido miembro de la legislatura del Illinois, y en el segundo de dichos años obtuvo el título de abogado. En 1846 se le eligió diputado al Congreso federal; en 1858 senador de los Estados Unidos y en el ejercicio de este cargo pronunció su memorable declaración sobre la abolición de la esclavitud. La Convención nacional de Chicago lo propuso para candidato a la presidencia; logrado el triunfo, se encargó de ella en 1861 y casi al mismo tiempo algunos Estados del Sur levantaron la bandera de la separación. La guerra civil que se siguió fué sangrienta. Durante ella el presidente Lincoln se mostró á la altura de las críticas circunstancias por que el país pasaba, y por ello mereció el apoyo y la confianza de los pueblos y el honor de ser reelegido en 1865. A los pocos días, el 14 de abril, fué asesinado de un pistoletazo que le disparó un joven llamado Booth, mientras asistía en un palco á una función teatral. Entre los grandes actos llevados á cabo por Lincoln durante su administración, el más importante fué la abolición de la esclavitud, decretada el 1.° de enero de 1863.

Andrés Johnson. – Nació en Raleigh (Carolina del Norte) el 29 de diciembre de 1808. Huérfano de padre en su infancia, tuvo que entrar á los diez años de aprendiz en una sastrería, sin haber podido adquirir antes la más elemental instrucción; pero ávido de saber, pudo proporcionársela bastante sólida merced á sus solos esfuerzos, y á los veintisiete años logró ocupar un puesto en la legislatura del Tennessee y ocho años después en el Congreso de los Estados Unidos. Elegido vicepresidente de la Confederación en marzo de 1864, pasó á ocupar la presidencia al año siguiente por muerte de Lincoln. Su administración terminó en marzo de 1869. Johnson murió el 31 de julio de 1875.

Ulises Grant. – Nació en Galena (Ohío) el 27 de abril de 1822. Estudió en la Academia militar de West-Point é hizo toda la campaña de México, y al estallar la guerra separatista ofreció sus servicios al gobierno federal. Nombrado general en jefe, logró la sumisión de los separatistas y la captura de su presidente Jefferson Davis. La popularidad que alcanzó le valió ser elegido presidente de la República en 1869 y reelegido en 1873. Murió el 22 de julio de 1885.

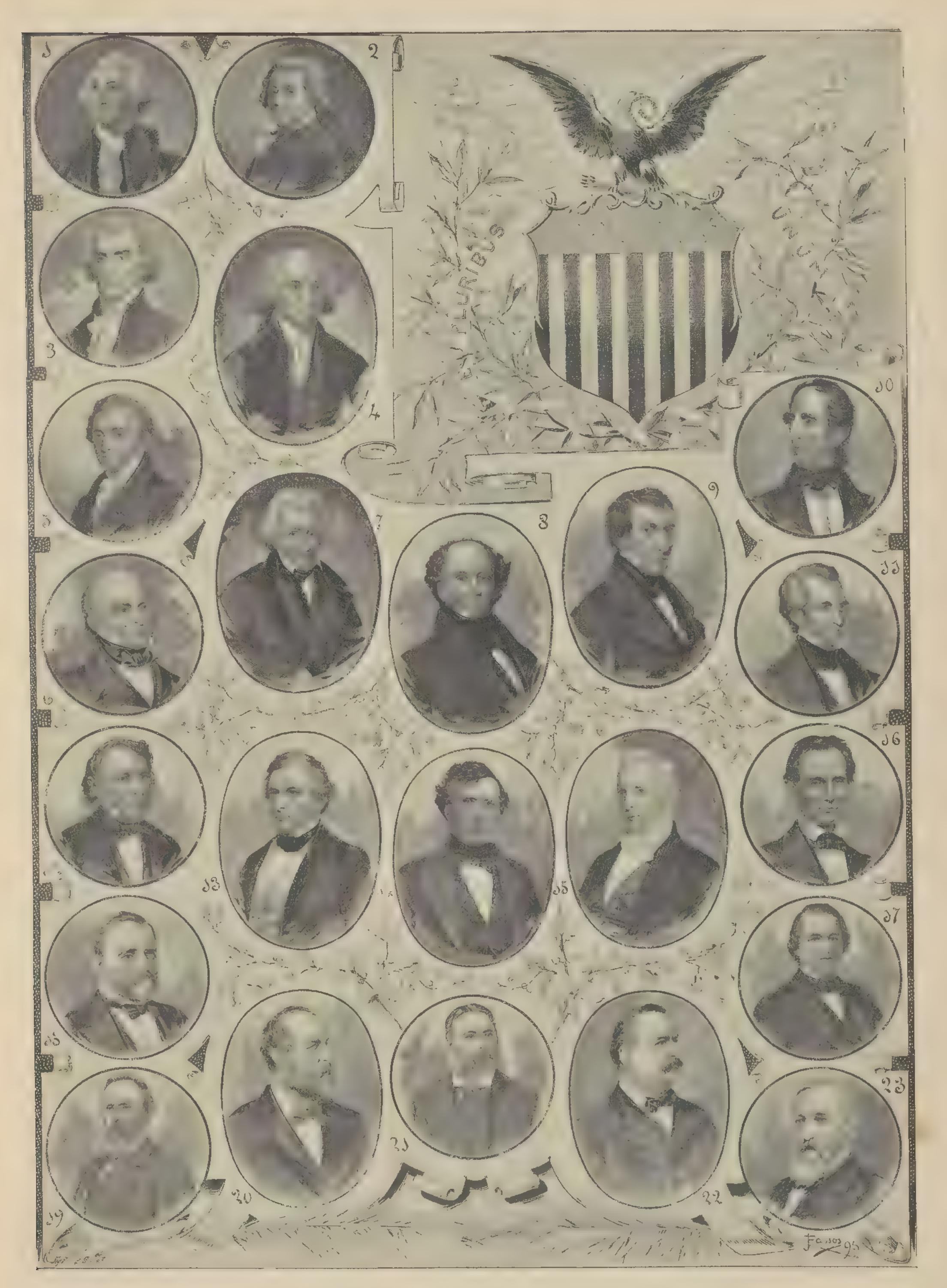
Rutherford Hayes. – Nació en Delaware (Ohío) el 4 de octubre de 1822. Siguió la carrera de abogado, y cuando estalló la guerra civil se alistó en el regimiento de voluntarios del Ohío é hizo toda la campaña. Fué elegido diputado al Congreso general, y en 1866 desempeñó el cargo de gobernador del Ohío, y á la influencia adquirida entonces debió su elevación á la presidencia de la República en 1877. Su administración no ofreció nada de notable.

Jacobo Abraham Garfield. – Nació en noviembre de 1831 en Orange (Ohío) de una familia pobre, tanto que para ganarse la subsistencia se dedicó á los oficios más humildes, sin dejar de aprovechar cuantas horas le quedaban libres para consagrarse al estudio Tanta fué su aplicación, que en 1857 era ya tan notable político como distinguido abogado. En 1862 fué elegido senador por el Ohío y jefe del partido republicano, el cual lo elevó á la presidencia de la República en 1881; pero víctima de una venganza particular, pereció asesinado el 2 de julio.

Chester Arthur. – Nació en Albania (Nueva York) el 5 de octubre de 1831. Siguió la carrera de abogado y durante la guerra separatista desempeñó varias funciones administrativas en el ejército. En 1872 Grant le nombró recaudador general del puerto de Nueva York; pero Hayes le separó de este puesto, y entonces pasó á ocupar el de jefe de una de las más acreditadas casas comerciales de aquella ciudad. En las elecciones generales de 1880 fué nombrado vicepresidente de la República y por muerte de Garfield se encargó en 1881 de la presidencia. Terminó su administración en 1885, sin que durante ella ocurriese nada notable.

Grover Cleveland. – Hijo de un pastor protestante de un pueblo rural, nació en Nueva Jersey en 1837 Su padre le colocó en un almacén, del que salió para ocupar una plaza de pasante en un asilo de ciegos, y trasladado en 1857 á Cleveland en el Ohío, entró de escribiente en casa de un abogado. En 1881 era alcalde de Búffalo, luego gobernador del Estado de Nueva York, y en 1885 presidente de la República, cargo para el que fué reelegido en 1893 y que ocupa en la actualidad.

Benjamín Harrison. – Nació en el Estado de Indiana en 1835. Peleando en las filas federales durante la guerra de secesión, ascendió al empleo de general; terminada ésta abrió su bufete de abogado. Intervino luego en la política de su país, fué seis años senador de los Estados Unidos, y en 1889 presidente de la República, cargo en el que cesó en 1853. La celebración del centenario de Wáshington y la aprobación del bill proteccionista de Mackinley fueron los hechos más culminantes de su administración.



PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS DE LA AMÉRICA DEL NORTE

MEXICO

República federal americana, compuesta de veintisiete Estados, un distrito federal y dos territorios. Confina al Norte con los Estados Unidos norteamericanos, al Este con el Océano Atlántico, al Sur con este mar y Guatemala y al Oeste con el Océano Pacífico. Ocupa una superficie de 1.946.523 kilómetros cuadrados y tiene 12 millones de habitantes. Los Estados son: Aguas Calientes, Campeche, Chiapas, Chihuahua, Coahuila, Colima, Durango, Guanajuato, Guerrero, Hidalgo, Jalisco, México, Michoacan, Morelos, Nuevo León, Oajaca, Puebla, Querétaro, San Luis Potosí, Sinaloa, Sonora, Tabasco, Tamanlipas, Tlaxcala, Veracruz, Yucatán y Zacatecas. Los territorios son los de Baja California y Tepic. México, la capital federal, tiene 330.000 habitantes.

GOBERNANTES Y PRINCIPALES SUCESOS DE ESTE SIGLO

La actual República de los Estados Unidos mexicanos formaba á principios del siglo la mayor parte del antiguo virreinato de Nueva España y gozaba de relativa tranquilidad, pues aunque desde 1798 se habían notado síntomas de emancipación, estos síntomas no llegaron á perturbar hondamente el sosiego público. Pero al recibirse la noticia de la invasión francesa en España, la del destronamiento de Fernando VII y el establecimiento de la Junta central, la agitación tomó creces en esta como en las demás colonias, y el 16 de septiembre de 1810, siendo virrey el general D. Francisco Javier Venegas, el cura del pequeño pueblo de Dolores, D. Miguel Hidalgo, proclamó la independencia, secundado por la mayoría de sus feligreses, salió al campo, aumentó en muy poco tiempo sus huestes hasta reunir un ejército de más de 80.000 hombres, y dió principio á la guerra de emancipación. El virrey aprestó cuantas tropas le fué posible, y después de varios encuentros el cura Hidalgo fué aprehendido y fusilado. Otro eclesiástico, D. José María Morelos, púsose al frente de los sublevados, subdividiéronse éstos formando varias columnas al mando de jefes que adquirieron muy luego notoriedad y fama, instalóse en Zitacuano una junta encargada del mando político y de la dirección de las operaciones militares, y la lucha continuó, habiendo también caído durante ella Morelos prisionero, y sufrido la misma suerte que su antecesor. No por esto cesó la contienda; pues aunque á fines de 1819 parecían aniquilados los patriotas, uno de sus caudillos, Vicente Guerrero, sostuvo con tesón la campaña; el virrey Ruiz de Apodaca envió contra él al coronel D. Miguel Itúrbide; pero este jefe se puso de acuerdo con Guerrero, y el 24 de febrero de 1821 proclamó la independencia, publicando el llamado plan de Iguala.

El ejército independiente entró á los pocos meses en México, cuya guarnición había depuesto en julio del citado año al virrey Apodaca, á quien sustituyó el general O'Donojú, y de acuerdo este virrey con Itúrbide, firmaron ambos el convenio de Córdoba, que venía á ser una modificación del plan de Iguala, y en virtud del cual Méjico debía constituirse en imperio independiente, y nombrarse un Congreso que eligiese el soberano, bien de la familia real de España ó de alguna otra extranjera. Instalóse una junta provisional gubernativa, compuesta de 38 individuos nombrados por Itúrbide, la cual eligió el 28 de septiembre de 1821 la regencia, encargada del gobierno superior, constituída por Itúrbide, en calidad de presidente, y D. Miguel de la Bárcena, D. Antonio Joaquín Pérez, obispo de la Puebla, y el conde de Casa Heras, junta que sufrió algunas modificaciones en sus miembros.

Los partidarios de Itúrbide lograron que el Congreso le eligiera emperador el 19 de mayo de 1822; pero poco tiempo duró el imperio, pues al año siguiente un movimiento revolucionario acaudillado por el general Santa Anna proclamó la forma republicana, é Itúrbide, abandonado de los suyos, abdicó el 19 de marzo de 1823 y salió para Europa; habiendo querido empuñar otra vez el cetro, regresó á su patria á los pocos meses; mas fué aprehendido al desembarcar y fusilado el 19 de julio de 1824.

Al renunciar Itúrbide, el Congreso nombró un gobierno provisional con el título de «Poder ejecutivo,» compuesto de tres individuos, que fueron: D. Nicolás Bravo, D. Guadalupe Victoria y D. Pedro Celestino Negrete; mas por ausencia de los dos primeros designóse á D. José Mariano de Michelena y D. José Miguel Domínguez. Al regresar Bravo á México, quedó el Poder ejecutivo formado por él, Negrete y Michelena; pero al poco tiempo hubo de ser modificado, componiéndolo Guerrero, Bravo y Domínguez.

La actitud del ejército y la de gran parte del pueblo hizo que el Congreso proclamara el 10 de octubre de 1824 como forma de gobierno la república federativa, habiendo sido nombrado presidente el general D. Guadalupe Victoria, que ejerció el cargo hasta principios de 1829, durante el cual se rindió la fortaleza de Ulúa, último baluarte de los españoles en México, y se hizo efectiva la abolición de la esclavitud.

A Victoria sustituyó el general D. Vicente Guerrero, quien tomó posesión de la presidencia el 1.° de abril de 1829; á consecuencia de una revolución iniciada en Jalapa por Bustamante, tuvo que salir á ponerse al frente del ejército, quedando encargado del poder durante su ausencia el diputado D José M.ª Bocanegra, elegido al efecto por el Congreso; pero abandonado Guerrero por los suyos, tuvo que huir al Sur, y los revolucionarios, posesionados de la capital, confiaron el Poder ejecutivo á un gobierno provisional de tres individuos, que fueron D. Pedro Vélez, D. Luis Quintanar y D. Lucas Alamán. Guerrero fué fusilado en 1831, y D. Anastasio Bustamante, que era vicepresidente de la República, sustituyó á aquella junta, encargándose de la presidencia á principios de 1830; pero otra sublevación encabezada en los comienzos de 1832 por el general Santa Anna, le obligó á salir de la capital para tomar el mando del ejército, dejando como presidente interino, nombrado por el Congreso, al general D. Melchor Muzquiz, que ocupó este puesto desde el 7 de agosto hasta el 27 de diciembre de aquel año. Bustamante, aunque victorioso, se creyó en el caso de renunciar la presidencia y salió de la República.

Sustituyóle el 27 de diciembre de 1832 D. Manuel Gómez Pedraza, que ejerció muy poco tiempo el mando supremo, pues el 1.° de abril de 1833 lo entregó al vicepresidente D. Valentín Gómez Farias, quien permaneció en su puesto cerca de un año, y á su vez fué sustituído el 16 de mayo por el general D. Antonio López de Santa Anna, que tantas veces iba á ser árbitro de los destinos de su patria. Por algunas contrariedades que le disgustaron, retiróse Santa Anna temporalmente á su hacienda de Manga de Clavo, y el Congreso procedió á nombrar presidente interino al general D. Miguel Barragán, quien se encargó del poder el 28 de enero de 1835 y falleció el 1.° de marzo del año siguiente Santa Anna tuvo que salir mientras tanto dos veces de su retiro, una para sofocar la sublevación de Zacatecas y otra para reprimir la de Texas; pero fué hecho prisionero por el general texano Austín, y cuando recobró la libertad, se retiró de nuevo á su hacienda.

La muerte de Barragán y la prisión de Santa Anna fueron causa de que el Congreso encargara interinamente de la presidencia al diputado D. Juan Justo Corro, el cual la ejerció desde el 27 de febrero de 1836 hasta el 19 de abril del año siguiente, en que lo sustituyó el general D. Anastasio Bustamante, que por segunda vez ocupaba el puesto de jefe de la nación.

Durante las ausencias que hubo de hacer para sofocar varias sublevaciones, quedaron encargados interinamente de la presidencia el ministro de Relaciones exteriores D. Javier Echeverría, el general Santa Anna y el general D. Nicolás Bravo. A fines de 1841 renunció su alto puesto y le reemplazó interinamente el mismo general Santa Anna, que ocupaba la presidencia por tercera vez El 2 de diciembre de 1843 la confió al general D. Valentín Canalizo, quien la ejerció hasta el 2 de enero de 1844, en que las Cámaras declararon constitucionalmente al general Santa Anna presidente de la República.

Siguiendo su costumbre, Santa Anna se retiró el 7 de septiembre á su hacienda, dejando encargado otra vez del mando al general Canalizo; pero la sublevación estallada en Jalisco el 1.° de noviembre le hizo salir de su retiro para sofocarla; vencido y hecho prisionero, se le obligó á salir del país.

El 14 de septiembre de 1845 la Cámara declaró presidente constitucional de la República á D. José Joaquín de Herrera, el cual fué derribado del poder por el general D. Mariano Paredes y Arrillaga, durante cuyo mando comenzó la guerra con los Estados Unidos. Puesto este general al frente del ejército mexicano, quedó encargado del poder ejecutivo D. Nicolás Bravo. Uno y otro cesaron el 29 de julio de 1846, en que asumió el mando el general D. Mariano Salas, para entregarlo al general Santa Anna que, de regreso en México, se puso al frente de las tropas para luchar con los norteamericanos. Durante su ausencia, encargóse de la dirección de los asuntos el vicepresidente Gómez Farias, hasta el mes de marzo de 1847, en que lo sustituyó el general D. Pedro M.ª Anaya, elegido presidente sustituto por el Congreso.

El mal éxito de la guerra con los Estados Unidos, que ocasionó la salida de Santa Anna, fué causa de que las autoridades mexicanas establecieran el gobierno en Querétaro y que se nombrara para ejercerlo á D. Manuel de la Peña y Peña, presidente del Supremo tribunal de Justicia, el cual firmó la paz. El 3 de junio de 1848 sustituyóle el general Herrera, quien gobernó hasta el 8 de enero de 1851, en que tomó posesión de la presidencia el general D. Mariano Arista, el cual renunció el 5 de enero de 1853. En calidad de presidente interino eligió la Cámara á don Juan Bautista Ceballos, á quien derribó una revolución que encargó interinamente del poder el 7 de febrero siguiente al general D. Manuel María Lombardini, ínterin llegaba á México el general Santa Anna, á quien se había llamado de nuevo. Este general se encargó del mando el 20 de abril, y durante su administración, que fué la sexta y última, ejerció una dictadura que dió origen en 1855 á la revolución de Ayutla, á consecuencia de la cual tuvo que emigrar de nuevo y falleció en 1877.

Una junta constituída en México nombró presidente interino de la República al general D. Martín Carrera, á quien reemplazó el general D. Juan Alvarez, elegido con la misma calidad de interino por otra junta de representantes de los Estados y que tomó posesión á principios de octubre de 1855; por las maquinaciones de Doblado y de Comonfort le hicieron renunciar á los dos meses este puesto. El 9 de diciembre fué nombrado presidente sustituto este último general y el 1.° de diciembre de 1857 elegido presidente por la Cámara constitucional de la República; mas á consecuencia de un golpe de Estado que dió el 19, suscitó una revolución que le derribó del poder el 22 de enero de 1858. Le reemplazó á los dos días el general D. Felix Zuloaga, nombrado por una junta de representantes; pero D. Benito Juárez, como vicepresidente de la República elegido el año anterior constitucionalmente por el Congreso, asumió á su vez el mando y estableció su gobierno en Guanajuato y luego en Guadalajara y en Veracruz.

En tanto en la capital se sucedían los presidentes y jefes revolucionarios, sustituyendo á Zuloaga don Manuel Robles Pezuela, á éste D. José Ignacio Pavón, á éste el general D. Miguel Miramón, sustituído por Zuloaga, reemplazado á su vez por el mismo Miramón. Estos presidentes gobernaron sobre una parte de la nación de 1858 á 1861.

Por esta época tuvo efecto la intervención extranjera motivada por una ley expedida por el Congreso de la República suspendiendo los pagos de la Deuda exterior, y á consecuencia de la cual los gobiernos de Madrid, París y Londres convinieron en obrar mancomunadamente para exigir aquel pago á viva fuerza. Las tropas de las tres naciones desembarcaron en México, mas al poco tiempo hubieron de retirarse las de España é Inglaterra, por comprender que el gobierno francés tenía muy distintas miras.

Mientras tanto Juárez entró vencedor en la capital el 11 de enero de 1861, y se sostuvo en ella hasta el 31 de mayo de 1863, en que á causa de la invasión francesa tuvo que trasladar su gobierno á San Luis Potosí y sucesivamente á otros puntos y que sostener una guerra constante contra el extranjero. Al posesionarse el general francés de la capital, nombró una regencia ó junta superior de gobierno, compuesta del general D. Juan Nepomuceno Almonte, del general D. Mariano Salas y del obispo de Puebla D. Pelagio Antonio de Labastida, á los que se agregaron como suplentes D. Juan B. de Ormaechea, obispo electo de Tulemcingo, y D. José Ignacio Pavón. Una asamblea de notables reunida en México decidió el 10 de julio que la nación mexicana adoptaba la monarquía hereditaria como forma de gobierno, y ofreció la corona imperial al príncipe Maximiliano, archiduque de Austria. Aceptó este príncipe, y el 12 de julio de 1864 sentóse en el trono mexicano. Merced á la ocupación francesa pudo sostenerse el imperio; pero cuando á principios de 1867 las tropas de Napoleón III salieron del país, la oposición contra Maximiliano tomó creces, el ejército de Juárez se acercó á la capital, de la que tuvo que salir el emperador para refugiarse en Querétaro, y hecho allí prisionero por los republicanos, fué fusilado el 19 de junio de dicho año.

Con él cayó la monarquía, y Juárez volvió á ejercer el poder en todo el país hasta su muerte, ocurrida el 18 de julio de 1872. D. Sebastián Lerdo de Tejada fué su sucesor inmediato, y ocupó la presidencia hasta fines de 1876, en que le derribó la revolución de Tuxtepec, acaudillada por el general D. Porfirio Díaz, quien fué elegido presidente constitucional en mayo de 1877. Cesó en 30 de noviembre de 1880, siendo sustituído por el general D. Manuel González. Nuevamente elegido Porfirio Díaz en 1.° de diciembre de 1884, viene desde entonces desempeñando la presidencia por sucesivas reelecciones, proporcionando á su patria con su enérgica é ilustrada administración un sosiego y una prosperidad que le han permitido alcanzar gran desarrollo.



MÉXICO.—Jefes del Estado en el presente siglo

REPÚBLICA ARGENTINA

República federal compuesta de los catorce estados ó provincias de Buenos Aires, Catamarca, Córdoba, Corrientes, Entrerríos, Jujuy, Mendoza, Rioja, Salta, San Juan, San Luis, Santiago, Santafé, y Tucumán, y las gobernaciones del Chaco, Chubut, Formosa, Misiones, Neuquén, Pampa, Río Negro, Santa Cruz y Tierra del Fuego Confina al Norte con Bolivia, Paraguay y el Brasil; al Este con esta última República y la del Uruguay, y al Sur y Oeste con la de Chile, ocupando, según el geógrafo Latzina, una extensión total de 2.894.257 kilometros cuadrados con 4.250.000 habitantes Las principales ciudades son Buenos Aires, que tiene cerca de 600.000 habitantes; La Plata, 65.000; Córdoba, 67.000, y Tucumán, 25.000. La población de esta República aumenta progresivamente á causa de la numerosa inmigración de europeos, la cual fué en 1893, fecha de los últimos datos, de 84.500 personas, figurando por su mayor cantidad los italianos y los españoles.

GOBERNANTES DE LA REPÚBLICA ARGENTINA DURANTE EL SIGLO ACTUAL

Como quiera que en el grabado que contiene los retratos de estos gobernantes se indican las fechas en que tomaron posesión y cesaron en sus cargos los individuos de la primera junta, los triunviros y los directores supremos, cuya duración en el mando fué tan efímera, nos limitamos á apuntar solamente ligeros datos biograficos de los personajes que reconocieron como presidentes todas las provincias en que quedó dividido el antiguo virreinato del Río de la Plata, y que constituyeron, primero la República unitaria y después la federal Argentina.

Bernardino Rivadavia. – Nació en Buenos Aires en 1780, y aunque tomó alguna parte en la sublevación de 1810, no figuró decididamente en política hasta un año después, en que fué nombrado secretario de Guerra del primer triunvirato: en este puesto reprimió algunas sublevaciones é hizo decretar la abolición del comercio de esclavos. De 1814 á 1820 ejerció cargos diplomáticos en Europa, y al regresar á su país fué secretario del gobierno de Buenos Aires, en cuyo empleo trabajó por dotar al país de ventajosas reformas, especialmente en las relativas á la instrucción pública. En 1826 fué elegido presidente de la República, cargo que desempeñó con notable acierto; pero atacado por los federalistas, lo dejó en 7 julio de 1827, retirándose á la vida privada. Murió en Cádiz el 2 de septiembre de 1845.

Vicente López. – Nació en Buenos Aires en 1784. Escritor y poeta aventajado, fué el autor de la letra del himno nacional argentino. Tomó parte en la revolución de 1810, fué secretario del primer triunvirato, diputado y secretario del director Pueyrredón. Por renuncia de Rivadavia pasó en 1827 á ocupar la presidencia de la República, cargo que ocupó poco tiempo. En 1828 fué ministro de Hacienda y presidente del Tribunal superior de Justicia hasta la caída de Rosas en 1852. Murió en 1856.

Justo José de Urquiza. – Nació en la provincia de Entrerríos en 1800. En la guerra civil entre unitarios y federales, combatió con valor en el ejército de Rosas, y llegó á alcanzar el grado de general Nombrado en 1842 gobernador de Entrerríos, invadió el Uruguay y derrotó al general unitario Ribera Siguió Urquiza prestando sus servicios á Rosas; pero cansado ya de la terrible dictadura de éste, alióse con los gobiernos del Brasil y del Uruguay, y en la batalla de Santos Lugares derrotó al dictador, y en un Congreso fué elegido presidente de la federación de las provincias en 5 de marzo de 1854, excepto de la de Buenos Aires, que se negó á formar parte de ella, y desempeñó aquel cargo hasta 5 de marzo de 1860, siendo después nombrado otra vez gobernador de Entrerríos. En este puesto pereció asesinado á principios de 1872.

Santiago Derqui. – Nació en Córdoba á principios del siglo, y desde su juventud se afilió al partido unitario. Durante la dictadura de Rosas emigró del país; pero derribado éste, fué nombrado en 1853 diputado del Congreso constituyente. Elegido presidente Urquiza, formó parte del ministerio, y al dimitir aquel general le sustituyó en la presidencia; pero en septiembre de 1861 fué derrotado en los campos de Pavón el ejército que le sostenía, por las tropas de Buenos Aires, mandadas por Mitre. Desde esta época se retiró á la vida privada y murió poco después en Corrientes

Bartolomé Mitre. – Nació en Buenos Aires en 1821, comenzó su carrera militar en 1838, en el sitio de Montevideo, y por su valor y sus méritos ciñó, joven aún, la faja de general. En 1852 contribuyó á derribar al dictador Rosas, en 1853 desempeñó la cartera de Guerra y en 1860 el gobierno de aquella provincia. Un año después se puso al frente del movimiento que ocasionó la caída del presidente Derqui, y restablecida la unidad nacional con la reincorporación de la provincia de Buenos Aires á la federación, fué elegido presidente de la República el 7 de octubre de 1862, cuyo cargo desempeñó hasta 1868. El general Mitre impulsó la industria, hizo levantar el primer censo general del país, aumentó los ferrocarriles y telégrafos y fomentó grandemente la instrucción pública. Además de militar y político, es un notable escritor, y sus *Historias de Belgrano* y de *San Martín*, así como otros trabajos literarios, le han dado merecido renombre.

Domingo Sarmiento. – Nació en la provincia de San Juan y en su juventud se dedicó á la enseñanza en Chile y en su patria. Redactor después de varios periódicos, contribuyó á la caída de Rosas y ocupó un puesto en el Senado. En 1861 fué ministro de Estado, en 1865 desempeñó cargos diplomáticos en el Perú, Chile y en los Estados Unidos, y en 1868 fué elegido presidente de la República, puesto que ocupó pacíficamente hasta 1874.

Nicolás Avellaneda. – Nació en Tucumán en 1837. Dióse á conocer en la prensa como redactor de varios periódicos y adquirió alguna celebridad como abogado En 1868 fué nombrado ministro de Instrucción pública, y elegido presidente de la República, entró á ejercer en 1874 y cesó en 1880, habiendo sido su administración muy beneficiosa para su patria.

Julio A. Roca. – Nació en 1843 en la provincia de Tucumán é hizo sus estudios de ingeniero en Inglaterra. En 1874, siendo coronel, venció en la batalla de Santa Rosa á una parte del ejército que se había sublevado en favor de la candidatura del general Mitre á la presidencia, y poco después se le confió la misión de someter á los indios de la Pampa, siempre rebeldes, empresa que terminó con feliz éxito en 1879. En 1880 fué elegido presidente, y poco antes de tomar posesión de este cargo hubo de sostener una corta campaña contra el gobernador de la provincia de Buenos Aires, que quería segregar la ciudad capital de esta provincia para erigirla en distrito federal: Roca venció al gobernador y restableció el gobierno general. Gobernó hasta 1886, y en su época alcanzó el país su mayor grado de prosperidad. Por renuncia del presidente Uriburu ha sido nuevamente elegido hace pocos meses.

Miguel Juárez Celmán. - Nació en Córdoba (Tucumán) en 1847. Siguió la carrera de Jurisprudencia, y como abogado adquirió gran influencia y consideración. En 1880 fué gobernador de su provincia natal, posteriormente senador por la misma, y en 1886, después de una elección pacífica, presidente constitucional de la República. La crisis económica que por entonces se hizo sentir y que no acertó á remediar, le hizo perder toda su popularidad; una sublevación, organizada por la *Unión cívica*, que ensangrentó las calles de Buenos Aires y que fué sofocada al pronto, produjo por último la caída de Juárez Celmán, que dimitió en agosto de 1890.

Carlos Pellegrini. – De origen italiano, nació en Buenos Aires en 1848, y en su juventud tomó parte en la guerra del Paraguay Luego practicó la abogacía, fué elegido diputado y en 1880 obtuvo la cartera de Guerra. Elegido vicepresidente de la República en 1886, sustituyó como tal en la presidencia á Juárez Celmán. Aunque gobernante de bastante popularidad, tuvo que luchar con las disidencias de los partidos, que sofocar varias insurrecciones y que atender á la gravedad de la situación económica. Las frecuentes crisis ministeriales le disgustaron del poder y presentó la dimisión, pero á ruegos de sus ministros la retiró y permaneció en la presidencia hasta la elección de Sáenz Peña en 1892.

Luis Sáenz Peña. – Nació en Buenos Aires en 1822. Abogado desde 1845, diputado varias veces, presidente de la Suprema Corte de Justicia, vivía retirado de la política cuando en junio de 1892 fué elegido casi por unanimidad presidente de la República Sus principales esfuerzos se consagraron á aunar los partidos y á reorganizar el ejército y la marina A causa de un cambio de ministerio, el partido radical apeló á las armas, y el presidente trató de combatir la insurrección, pero no pudo evitar que los insurrectos cometieran desmanes. Acordada por el Congreso una amnistía por delitos políticos, á la que Sáenz se oponía, éste presentó su dimisión fundándose en que la amnistía era una excitación á la anarquía militar. Abandonó su cargo en enero de 1895.

José Evaristo Uriburu. – Como vicepresidente de la República, sucedió constitucionalmente en la presidencia al dimitente Sáenz Peña. Nació en Salta en 1835 y comenzó su vida política en 1862 como diputado, habiendo sido posteriormente presidente de la Cámara de diputados.

PERÚ

República unitaria de la América meridional, limitada al Norte por las del Ecuador y Colombia, al Este por ésta y la del Brasil, al Suroeste por la de Bolivia, al Sur por la de Chile y al Oeste por el Océano Pacífico Ocupa una extensión superficial de 1.137.000 kilómetros, y su población se calcula en 2.980 000 habitantes, de ellos unos 350.000 indios. Administrativamente se divide en 19 departamentos, que son: Loreto, Amazonas, Piura, Cajamarca, Lambayeque, Libertad, Ancachs, Huánuco, Junín, Callao, Huancavelica, Ica, Ayacucho, Apurimac, Cuzco, Puno, Arequipa, Moquegua y Tacna, y además la provincia litoral de Lima. Los departamentos se dividen en provincias y éstas en distritos La capital de la República, Lima, tiene 104.000 habitantes.

GOBERNANTES DEL PERÚ

José de San Martín. - Nació en 25 de febrero de 1778 en Yapeyú (virreinato de Buenos Aires), y en 1820 fué el jefe de la expedición que, después de alcanzar la independencia de Chile, pasó al Perú y contribuyó á conquistar la de este país. El 3 de agosto de 1821 asumió el título de Protector, y organizó el gobierno del Perú constituído en República Al año siguiente renunció el mando, y poco después pasó á Europa y murió en Boulogne en 17 de agosto de 1850 con el sentimiento de ver que se hubieran pagado sus grandes servicios con la mayor ingratitud.

José de la Riva Agüero. – Nació en Lima el 3 de mayo de 1783 Tomo parte en la lucha por la independencia, y siendo coronel eligióle el Congreso el 28 de Marzo de 1823 presidente de la República, cargo que ejercio hasta el 25 de septiembre, en que una revolución le derribó. Murió en Lima el 21 de mayo de 1858.

José Bernardo de Tagle. – Nació en Lima en 21 de marzo de 1779. Combatió por la emancipación de su patria, y elegido presidente de la República en 1823, fué depuesto por el Congreso en 10 de febrero de 1824 para conferir el poder al Libertador Bolívar. Perseguido y refugiado en el Callao, murió en esta plaza el 26 de septiembre de 1825, víctima del escorbuto.

Simón Bolívar. (Véase Colombia y Bolivia.) – El Congreso del Perú nombróle dictador en sustitución del Presidente Tagle, y ejerció el poder con algunas intermitencias, retirándose á Colombia el 3 de septiembre de 1826.
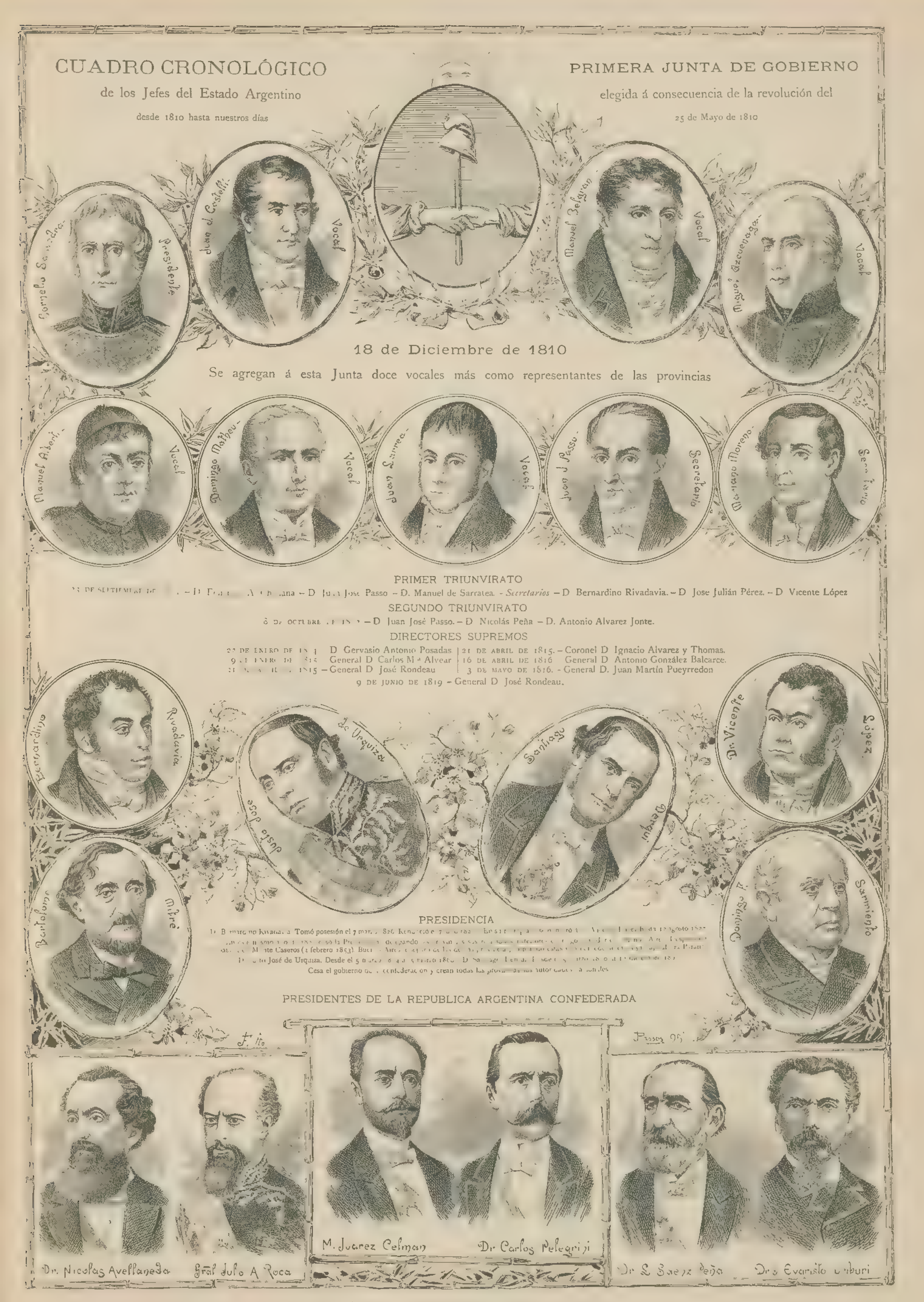
Andrés Santa Cruz (Véase Bolivia.) – Llamado por Bolívar en 1826 para que se hiciera cargo de la presidencia del Consejo de gobierno, ejerció el mando con general aceptación hasta el 10 de junio de 1827. Volvió á asumirlo en 1837 como Protector de la Confederación peru-boliviana; pero derrotado dos anos después por un ejército chileno, tuvo que expatriarse.

José de La Mar. – Nació en Cuenca en 1778. Tomó una parte muy eficaz en la batalla de Ayacucho, y en 1827 fué nombrado presidente de la República. Dos años después invadió á Colombia; pero derrotado por el general Sucre, el Congreso lo depuso y emigró á San José de Costa Rica, donde murió el 11 de octubre de 1830.

Antonio Gutiérrez de la Fuente. – Nació en Huantajaya el 8 de septiembre de 1796. Abrazó la causa revolucionaria, y ascendido á general fué elegido en 1829 vicepresidente de la República. En calidad de tal ejerció varias veces el mando por ausencias del presidente Gamarra, y cuando en 1837 un ejército chileno invadió el país para destruir la Confederación peru-boliviana, fué investido en Arequipa por una junta del pueblo con el título de Jefe supremo de la República, cargo que sólo ejerció nominalmente. Murió en Tarapacá el 14 de marzo de 1878.

Agustín Gamarra. Nació en el Cuzco el 27 de agosto de 1785. En Ayacucho fué ascendido á general de división, y en 1829 elegido presidente de la República, cargo que ejerció cuatro años, habiendo tenido que sofocar catorce revoluciones Después de la disolución de la Confederación peru-boliviana, debida á Gamarra en gran parte, fué nombrado segunda vez presidente, cesando el 10 de julio de 1841, no sin haber tenido que sofocar nuevas revoluciones. Murió el 18 de noviembre siguiente en la batalla de Ingavi dada contra el ejército boliviano.

Luis José Orbegoso. – Nació el 25 de agosto de 1795, y fué elegido presidente de la República en 1833; pero comprometido á apoyar la Confederación peru-boliviana, al disolverse ésta tuvo que dejar el poder en 1839 y salió desterrado. Algunos años después volvió á su país, y murió en Trujillo el 5 de febrero de 1847.



REPÚBLICA ARGENTINA.—Jefes del Estado

Pedro Bermúdez. – Nació en Tarma el 27 de junio de 1793. Siendo ministro de la Guerra, por renuncia de Gamarra en 1834, se proclamó Jefe supremo del Perú; pero su mando fué efímero, pues derrotado por Orbegoso, tuvo que resignarlo el 24 de abril. Bermúdez murió en Lima el 30 de marzo de 1852.

Felipe Santiago Salaverry. – Nació en Lima el 6 de mayo de 1806. En 1835 era general, y se puso al frente de una revolución; vencedor, se proclamó Jefe supremo del Estado el 25 de febrero. Poco tiempo ejerció el mando, pues derrotado un año después por el general boliviano Santacruz en Socabaya, fué hecho prisionero y fusilado en Arequipa el 18 de febrero de 1836.

Manuel Menéndez. – Nació en 1793 en Lima. En 1835 empezó á desempeñar cargos públicos, y en 1839 fué elegido por el Congreso presidente del Consejo de Estado. En calidad de tal se encargó del poder ejecutivo desde la salida del presidente Gamarra para Bolivia en 13 de julio de 1840, y lo desempeñó en tres períodos distintos hasta agosto de 1842. Murió en Lima en 1847.

Juan Crisóstomo Torrico. – Nació en Lima el 21 de enero de 1808. Combatió con decisión la Confederación peruboliviana, y en 1842 sublevóse con su división del ejército del Norte, derribó al presidente Menéndez y se proclamó Jefe de la Nación el 16 de agosto de 1842; pero el 17 de octubre del mismo año, derrotado por Vidal, jefe del ejército del Sur, tuvo que emigrar al extranjero. Regresó en 1845, en 1864 se trasladó á Francia y murió en París el 27 de marzo de 1875.

Francisco de Vidal. – Nació en Supe en 1801. El 28 de julio de 1842, siendo segundo vicepresidente del Consejo, le encargó Menéndez del poder ejecutivo; y en agosto siguiente, como jefe del ejército del Sur, venció á Torrico, se posesionó de Lima y se proclamó Jefe supremo, pero á los pocos días abandonó el poder. Murió en Lima el 23 de septiembre de 1863.

Manuel Ignacio de Vivanco. – Nació en Lima en 1806. Las simpatías de que gozaba en el ejército fueron causa de que se le proclamara en Arequipa supremo director de la República el 28 de enero de 1843, cargo que ejerció hasta 17 de julio de 1844, en que derribado por Castilla, emigró al Ecuador. Una nueva revolución le elevó al poder en 1856, pero otra vez cayó el 7 de marzo de 1858. Murió en Valparaíso en septiembre de 1873. Vivanco fué individuo correspondiente de la Real Academia Española.

Domingo Elías. – Nació en Ica el 19 de diciembre de 1805. Era prefecto del departamento de Lima, cuando delegado por el supremo director se encargó del poder ejecutivo á fines de 1843; gobernó en virtud de esta delegación hasta el 17 de junio de 1844 en que se declaró investido del mando supremo y lo ejerció hasta agosto del mismo año. Murió en Lima el 3 de diciembre de 1867.

Ramón Castilla. – Nació en Tarapacá el 30 de agosto de 1799. En 1834 se le nombró general y en 1845 se le eligió presidente de la República, cargo que ejerció en paz por espacio de seis años. En 1855 se puso al frente de una revolución que derribó al presidente Echenique, y Castilla fué elegido de nuevo presidente el 14 de julio de 1858, habiendo ocupado este puesto hasta 1862. Desterrado en 1865 por el presidente Pezet, volvió á Lima al año siguiente y encabezó una revolución, pero falleció durante ella el 30 de mayo de 1867.

José Rufino Echenique. – Nació en Puno el 16 de noviembre de 1808. Durante la primera administración del general Castilla fué nombrado vicepresidente de la República, y presidente en 20 de abril de 1851. Una revolución dirigida por Elías y Castilla lo derrocó en 5 de enero de 1855. Murió el 16 de junio de 1887.

Miguel San Román. – Nació en Puno el 17 de mayo de 1802. Presidente del Consejo de ministros en 1858, ejerció por algún tiempo la presidencia, y en 1862 fué elegido constitucionalmente, pero no concluyó su período, porque falleció en Chorrillos el 3 de Abril de 1863.

Juan Antonio Pezet. – Nació en Lima el 13 de julio de 1810. Al llegar al Perú el ejército libertador del general San Martín, se alistó en él como cadete é hizo toda la campaña, llegando á coronel. General en 1842, ministro de la Guerra en 1850 y vicepresidente de la República en 1862, se encargó de la presidencia, al año siguiente, por muerte de San Román, hasta noviembre de 1865 en que fué derribado de ella por el general Prado, quien tomó por pretexto para sublevarse la firma del tratado de paz con España. Murió en Chorrillos el 24 de marzo de 1879.

Mariano Ignacio Prado. – Nació en Huánuco el 18 de diciembre de 1826. Era general en 1865, y juzgando deshonroso el tratado firmado con el almirante español Pareja, se sublevó contra el presidente Pezet, se apoderó de Lima y asumió la dictadura hasta 1867. Reunió un Congreso que lo nombró presidente de la República, y gobernó hasta enero de 1868 en que tuvo que renunciar y retirarse á Chile. Elegido otra vez en 1876, ejerció hasta 1879.

Pedro Díez Canseco. – Nació en Arequipa el 31 de enero de 1815. Siendo vicepresidente de la República, ejerció interinamente el mando desde el 10 de abril hasta el 2 de agosto de 1863; volvió á ejercerlo, también interinamente, del 24 de junio de 1865 al 26 de noviembre del mismo año, y por tercera vez, con la misma calidad de interino, desde el 20 de enero al 2 de agosto de 1868.

José Balta. – Nació en Lima en 1816. Abrazó la carrera de las armas, llegó á coronel, á ministro de la Guerra en 1865, y en julio de 1868 fué elegido presidente de la República. Pocos días antes de terminar su período, una revolución acaudillada por el general Gutiérrez lo derribó y pereció asesinado el 26 de julio de 1872.

Mariano Herencia. – Nació en el Cuzco en 1820. Era vicepresidente de la República cuando ocurrió la muerte del presidente Balta, por lo cual se encargó del mando el 26 de julio y lo ejerció hasta el 2 de agosto en que lo entregó á Pardo. Habiéndole relegado éste á las fronteras del Perú, los soldados que le custodiaban le dieron muerte el 2 de febrero de 1873.

Manuel Pardo. – Nació en Lima en 1834. En 1865 fué nombrado ministro de Hacienda, y elegido en 1871 presidente de la República, puesto que ocupó hasta 1876 y en el cual mejoró mucho los ramos de la administración.

Luis La Puerta. – Nació en 1811. General, ministro de Relaciones exteriores, presidente del Consejo de ministros y vicepresidente de la República, desempeñó la presidencia accidentalmente por espacio de algunos meses en 1879.

Nicolás Piérola. – Ilustre peruano contemporáneo. Nació en Cumaná en 1839. Dedicóse al estudio de las letras y fué profesor en el seminario de Lima, periodista distinguido y profundo conocedor de los asuntos de Hacienda. Nombrado ministro de este ramo por el presidente Balta, normalizó el estado financiero del país, y entre otros recursos fomentó el comercio de los famosos depósitos de guano. En 1879, cuando estalló la guerra entre el Perú y Chile, combatió esforzadamente en favor de su país, y asumió el supremo poder, por defección de Prado, hasta 1881, en que los chilenos ocuparon el territorio. Piérola se retiró á Francia, de donde regresó tres años después, y se consagró á la formación de un partido político verdaderamente constitucional, sufriendo una activa persecución por parte de los presidentes Cáceres y Morales, que le tuvieron preso seis meses. Fugado de su prisión en octubre de 1890, volvió á París, pasó allí cuatro años y regresó al Perú, encabezando entonces la revolución que derribó á Cáceres después de varios combates y de una sangrienta lucha de dos días en las calles de Lima. En septiembre del año último ha sido elegido Piérola presidente de la República, y su elevación al poder fué celebrada con grandes festejos y alegría, en prueba de la popularidad y simpatías que en el país goza este ilustre hombre político.

Francisco García Calderón. – Nació en Arequipa en 1834. Diputado y ministro de Hacienda en 1868, los chilenos que ocuparon el Perú en 1881 lo nombraron Jefe del poder ejecutivo, pero desempeñó pocos días este cargo.

Lisardo Montero. – Nació en Ayabaca (Piura) el 27 de mayo de 1832. Ingresó en la marina de su patria y en 1866 tomó parte activa en el combate del Callao contra la escuadra española. Ascendido en 1874 á contraalmirante, distinguióse en la guerra con Chile, fué elegido vicepresidente de la República, y asumió el mando supremo el 15 de noviembre de 1881 al cesar García Calderón, habiéndole ejercido poco tiempo.

Miguel Iglesias. – Ministro de la Guerra durante la dictadura de Piérola, luchó valerosamente en la guerra con Chile; y en 1883, nombrado presidente de la República, ajustó el tratado de Ancón, en el que como jefe de la resistencia peruana hizo la paz con aquel Estado. Su administración fué combatida por Cáceres, quien al fin triunfó, ocupando á Lima á fines de 1885 y derribando del poder á Iglesias.

Antonio Arenas. – Nació en Lima en 1809. Distinguido jurisconsulto, ocupó los más importantes puestos de la administración de su patria, entre ellos los de ministro y presidente de la Cámara de Diputados. En 1872 fué proclamado candidato á la presidencia de la República; pero aunque obtuvo gran número de votos, no fué elegido. Como presidente del Consejo de ministros y del gobierno provisional establecido á la caída del general Iglesias, ejerció algún tiempo el poder ejecutivo.

Andrés Avelino Cáceres. – Nació en Ayacucho. En 1885 se puso al frente de la revolución que derrocó al presidente Miguel Iglesias. Elegido en lugar de éste en mayo de 1886, gobernó hasta 1890. Cuatro años después consiguió su reelección; pero habiéndose hecho impopular, fué derribado después de cruentos combates por el ex dictador Piérola, que actualmente rige los destinos del Perú.

Remigio Morales Bermúdez. – Era coronel en 1890 cuando merced á la protección del general Cáceres fué elegido presidente de la República en su sustitución, y ejerció el mando hasta 1894.

Justiniano Borgoño. – Nació en Trujillo. General en 1890, como vicepresidente ejerció el poder poco tiempo al ocurrir el fallecimiento del presidente anterior.

Manuel Candamo. – Banquero peruano. Presidente del Consejo de ministros, ministro de Relaciones exteriores, quedó al frente de la Junta de gobierno nombrada en 1895 al ser derrocado por Piérola el presidente Cáceres.

COLOMBIA

República sudamericana, que cambió en 1861 por su nombre actual el de «Nueva Granada,» que antes llevaba. Por la Constitución de 1886 ha pasado á ser república unitaria, de federal que antes era. Confina al Norte con el Océano Atlántico, al Noroeste con la República de Costa Rica, al Oeste con el Océano Pacífico, al Sur con el Ecuador y el Brasil, y al Este con el Brasil y Venezuela. Ocupa una extensión superficial de 1.334.000 kilómetros cuadrados y su población es de 3.320.530 habitantes, siendo las principales ciudades Bogotá, que cuenta cerca de 100.000; Medellín, 37.500, y Panamá, 25.000. Divídese en nueve departamentos, que son: Antioquía, Bolívar, Boyacá, Cauca, Cundinamarca, Magdalena, Panamá, Santander y Tolima.

GOBERNANTES DE COLOMBIA

José Fernández Madrid. – Nació en Cartagena en 1789. En 1814 fué individuo del triunvirato que dirigió los asuntos de la República, y en 1816 elegido presidente, cesando en este cargo por haber caído prisionero de los españoles, que lo enviaron á la Habana, donde permaneció nueve años. Murió en 1830 en Inglaterra, donde desempeñaba el cargo de ministro plenipotenciario en representación de su país.

José Castillo Rada. – Nació en Cartagena en 1776. Fué individuo del triunvirato en 1814, y falleció en 1835.

Camilo Torres. – Nació en Popayán en 1766. En octubre de 1812 ocupó la presidencia de Cundinamarca hasta 1814, y reelegido en 1815 volvió á desempeñarla hasta marzo de 1816. Capturado por los españoles, fué fusilado en Bogotá el 5 de octubre de este último año.

Simón Bolívar. – En 1821 el Congreso de Cúcuta le nombró presidente de la República. En diciembre del mismo año pasó á libertar el Ecuador y el Perú, y en 1827 se hizo cargo de la presidencia. Víctima de la calumnia, murió el 17 de diciembre de 1830.

Francisco de Paula Santander. – Nació en Cúcuta en 1792. Por ausencias de Bolívar se encargó del poder ejecutivo desde 1821 hasta el 14 de noviembre de 1826 y algunos meses de 1828. Elegido presidente interino en 1832, ejerció el mando hasta 1837. Falleció el 6 de mayo de 1840.

Domingo Caicedo. – Nació en Bogotá el 4 de agosto de 1783. En 1830, como vicepresidente y en ausencia del presidente, se encargó del poder ejecutivo de marzo á junio. Con el mismo carácter volvió á ejercerlo en abril de 1831, y el 7 de mayo convocó la Convención que declaró que las provincias del centro de Colombia formarían un Estado con el nombre de *Nueva Granada*. Renunció su puesto el 21 de noviembre del mismo año, y falleció en Bogotá el 1.º de julio de 1843.

Joaquín Mosquera. – Nació en Popayán en 1787. En 1830 fué nombrado presidente de la República, puesto que renunció el 4 de agosto á causa de un motín militar. Falleció en 1877.

Rafael Urdaneta. – Nació en Maracaibo en 24 de octubre de 1789. El partido vencedor en la revolución de 1830 le llamó al poder; asumió la dictadura el 5 de septiembre, convocó el Congreso y entregó el mando el 3 de mayo de 1831 al presidente elegido por éste. Murió en Francia el 23 de agosto de 1845.



REPÚBLICA DEL PERÚ.–Jefes del Estado

José María Obando. – Nació cerca de Popayán en 1797. Siendo vicepresidente de la República, ocupó la presidencia por renuncia de Caicedo desde el 21 de noviembre de 1831 hasta el 9 de marzo de 1837. Elegido presidente en 1853, la sublevación dirigida por el general Melo le derribó del poder el 4 de diciembre de 1854. Murió el 29 de abril de 1861.

José Ignacio de Márquez. – Nació en Ranivirqui (Boyacá) el 3 de septiembre de 1793. En 1832 ejerció el poder ejecutivo desde el 10 de marzo hasta el 6 de octubre; en 1837 fué elegido presidente de la República, renunció el 4 de octubre de 1840, el 25 de noviembre volvió á ocupar este puesto hasta terminar su período. Murió el 21de marzo de 1880.

Pedro Alcántara Herrán. – Nació en Bogotá el 19 de noviembre de 1780. En 1841 fué nombrado presidente, dejó unos meses este puesto, y volvió á encargarse de él hasta 1845. Murió en Bogotá en 1872.

Juan de Dios Aranzazu. – Nació en Antioquía. Como presidente del Consejo de Estado, ejerció interinamente el poder ejecutivo desde 5 de julio hasta 19 de octubre de 1841. Murió en 1845.

Tomás Cipriano de Mosquera. - Nació en Popayán el 20 de septiembre de 1798. En 1845 fué elegido popularmente presidente de la República, puesto que desempeñó hasta el 14 de agosto; volvió á ocuparlo el 15 de diciembre de 1847 y cesó á los dos años. Al estallar en 1859 la guerra civil, asumió el mando hasta 1863, y elegido este año presidente, gobernó hasta el 10 de abril de 1864. Reelegido en 1866, una revolución lo derribó el 23 de mayo. Murió en Popayán el 7 de octubre de 1878.

Rufino Cuervo. – Nació en Tibirita (Cundinamarca) en 1802. En 1846, como vicepresidente, ejerció la presidencia de la República desde el 14 de agosto hasta el 15 de diciembre. Murió en Bogotá el 2 de noviembre de 1853.

José Hilario López. – Nació en Popayán el 18 de febrero de 1798. En 1849 fué elegido presidente de la República, renunció el 14 de octubre de 1851, volvió á encargarse del mando el 31 de enero de 1852 y concluyó su período en 1853. Murió en Neiva el 27 de noviembre de 1869.

José de Obaldía. – Nació en Panamá. Vicepresidente en 1850, sustituyó al presidente desde el 14 de octubre de 1851 hasta el 21 de enero de 1852. En 1854 asumió el mando, y lo ejerció desde 5 de agosto hasta 31 de marzo de 1855. Falleció en Panamá.

Tomás Herrera. – Nació en Panamá en 1800. Designado en 1854 para ejercer el poder ejecutivo, lo renunció el 5 de agosto, y murió en la toma de Bogotá el 4 de diciembre del mismo año.

Manuel M. Mallarino. – Nació en Nóvita (Cauca) el 18 de junio de 1808. Fué elegido vicepresidente de la República y con este carácter se encargó del poder ejecutivo desde el 1.° de abril de 1855 hasta el 30 de marzo de 1857. Murió en Bogotá el 6 de enero de 1872.

Mariano Ospina. – Nació en Guasca el 9 de octubre de 1805. En 1857 fué elegido presidente de la República y ocupó cuatro años este puesto. Murió el 11 de enero de 1885.

Bartolomé Calvo. – Nació en Cartagena. Al renunciar Ospina la presidencia el 1.° de abril de 1861, se encargó de ella, pero la revolución le derribó el 18 de julio.

Juan Agustín Uricoechea. – Nació en Bogotá el 28 de agosto de 1824. Siendo procurador general en 1864, se encargó de la presidencia por ausencia de Mosquera desde el 29 de enero hasta el 29 de febrero. Murió en Bogotá en septiembre de 1883.

Manuel Murillo. – Nació en el Chaparral (Tolima) en 1.° de enero de 1816. En 1864 fué elegido popularmente presidente de la República y reelegido en 1872. Murió en Bogotá el 26 de diciembre de 1880.

Juan María Rojas Garrido. – Nació en el Agrado (Tolima) en 1824. Por ausencia del presidente ejerció el poder ejecutivo desde el 1.° de abril hasta el 20 de mayo de 1866. Murió en Bogotá el 13 de septiembre de 1883.

Santos Acosta. – Nació en Miraflores (Boyacá). Por destitución de Mosquera asumió la dirección de los negocios públicos desde el 23 de mayo de 1867 hasta el 1.° de abril de 1868.

Santos Gutiérrez. – Nació el 24 de octubre de 1820 en Cocuy (Boyacá). En 1868 fué elegido presidente de la República y ejerció dos años este cargo. Murió el 6 de febrero de 1872.

Salvador Camacho Roldán. – Nació en Casanare en 1827. Desempeñó interinamente la presidencia desde el 20 de diciembre de 1868 hasta el 2 de enero de 1869.

Eustorgio Salgar. – Nació en Bogotá en noviembre de 1831. Desde 1.° de abril de 1870 hasta 31 de marzo de 1872 fué presidente de la República. Falleció el 26 de noviembre de 1885.

Santiago Pérez. – Nació en Zipaquirá (Cundinamarca) en 1830. Ocupó la presidencia desde 1.° de abril de 1874 hasta 31 de marzo de 1876.

Aquileo Parra. – Nació en Barichara (Santander) en mayo de 1825. Desempeñó el cargo de presidente, con algunas intermitencias, desde 1.° de abril de 1876 hasta 31 de marzo de 1878.

Sergio Camargo. – Nació en Iza (Boyacá) en 1832. Como primer Designado, ejerció la presidencia, por ausencia del presidente, desde el 19 de mayo hasta el 14 de agosto de 1877.

Julián Trujillo. – Nació en Popayán el 28 de enero de 1828. Presidente de la República de 1878 á 1880, murió en Bogotá el 24 de julio de 1883.

Rafael Núñez. – Nació en Cartagena en 28 de septiembre de 1825. Fué presidente desde 1.° de abril de 1880 hasta 31 de marzo de 1881, y elegido nuevamente en 1884, ejerció el cargo hasta 1892. Reelegido este año, no quiso aceptar.

Francisco J. Zaldúa. – Nació en Bogotá el 3 de diciembre de 1811. Elegido en 1882 presidente de la República, falleció en el ejercicio de su cargo el 21 de diciembre del mismo año.

José Eusebio Otálora. – Nació en Fórnega (Cundinamarca) en 1828. Como Designado, se encargó del poder ejecutivo, por muerte de Zaldúa, desde el 22 de diciembre de 1882 hasta el 31 de marzo de 1884. Murió en Tocaina el 8 de mayo del mismo año.

Ezequiel Hurtado. – Nació en Silvia (Cauca) en 1828. Como Designado, se encargó de la presidencia por ausencia de Núñez desde abril hasta junio de 1884.

José María Campo Serrano. – Nació en Santa Marta en 1836. Como Designado, se encargó de la presidencia, por ausencia de Núñez, desde agosto de 1886 hasta junio de 1887, año en que murió.

Eliseo Payán. – Nació en Calí en 1.° de agosto de 1825. Por ausencia del presidente propietario, se encargó de la presidencia, en su calidad de vicepresidente, desde el 6 de enero hasta el 4 de junio de 1888.

Carlos Holguín. – Ejerció interinamente la presidencia algunos meses de 1892.

Miguel Antonio Caro. – Nació en Bogotá el 10 de noviembre de 1843. Por renuncia de Núñez y como vicepresidente se encargó de la presidencia en 1892, y la desempeña en la actualidad.

CHILE

República unitaria de la América del Sur, que confina al Norte con el Perú, al Este con Bolivia y la República Argentina y al Sur y Oeste con el Océano Pacífico. Está dividida en las veintitrés provincias siguientes: Aconcagua, Antofagasta, Arauco, Atacama, Biobío, Cantín, Chiloé, Colchagua, Concepción, Coquimbo, Curicó, Linares, Llanquihue, Malleco, Maule, Ñuble, O'Higgins, Santiago, Tacna, Talca, Tarapacá, Valdivia y Valparaíso, y además el territorio de Magallanes. Ocupa una superficie de 753.000 kilómetros cuadrados y cuenta una población de 3.400.000 habitantes, de éstos unos 50.000 indios.

GOBERNANTES DE CHILE

Bernardo O'Higgins. – Ilustre chileno, hijo de D. Ambrosio, capitán general que había sido de Chile y después virrey del Perú, nació en Chillán el 20 de agosto de 1776, hizo sus estudios en Inglaterra, estuvo en España, y al regresar á su patria, poco después de estallada la guerra de la independencia, abrazó la causa de la revolución, á la que sirvió con denuedo. Por sus servicios fué nombrado en 1814 jefe del ejército patriota; batióse con arrojo en Rancagua, y unido luego á la expedición organizada por San Martín para invadir á Chile, ganó la batalla de Chacabuco. Nombrado director supremo en 16 de febrero de 1817, perdió la batalla de Cancharrayada, pero en compañía de San Martín triunfó en la de Maipó, que decidió la independencia de Chile. El 28 de enero de 1823, ante la presión del pueblo, que exigía la desaparición de un gobierno militar, resignó el mando que había ejercido por espacio de seis años, y se retiró al Perú, donde murió el 24 de octubre de 1842.

Ramón Freire. – Segundo director supremo de Chile. Nació en Santiago á fines del siglo pasado, y tomó parte muy activa en todas las operaciones que condujeron á la independencia de Chile. Ya general, disgustado en 1823 con el director O'Higgins, declaróse adversario suyo, y habiendo dejado aquél el puesto, fué nombrado director supremo en su reemplazo. Consiguió arrojar de Chiloé á los últimos restos del ejército español, y poco después dimitió el mando; reelegido de nuevo en 1826, renunció otra vez su puesto en mayo de 1827. Más adelante tomó parte en los disturbios políticos que agitaron á Chile en 1830, y el gobierno constituído le nombró jefe del ejército; pero derrotado en Lircay por el general Prieto, se alejó de su patria, á la que regresó en 1842, retiróse á la vida privada y falleció el 9 de diciembre de 1851.

Manuel Blanco Encalada. – Nació en Buenos Aires en 21 de abril de 1790. A la edad de once años sus padres le enviaron á España para que siguiera la carrera de marino; estudió en San Fernando, y al salir de la Academia prestó buenos servicios en la guerra entre España y Francia, alcanzando por ellos el grado de alférez de fragata. Enviado al Perú en los momentos en que principiaban en América los movimientos revolucionarios, hízose sospechoso á sus jefes, que lo enviaron á España; pero en 1812, llegado de nuevo á Montevideo á bordo de un buque español, ofreció sus servicios á los revolucionarios; necesitando ir á Chile por asuntos de familia, allí fué donde ocupó definitivamente un puesto entre los defensores de la independencia, alcanzando en poco tiempo el grado de teniente coronel de artillería. Prisionero de los españoles en Rancagua, fué deportado á la isla de Juan Fernández, en la que permaneció preso hasta después de la batalla de Chacabuco. Peleó en Maipó, y se le nombró jefe de una escuadra, con la que apresó varias naves españolas, por lo cual obtuvo el ascenso á contraalmirante. El 8 de julio de 1826 fué elegido presidente de la República por renuncia de Freire, pero dimitió el 10 de septiembre del mismo año. En 1837 se le confió el mando del ejército destinado á combatir al general boliviano Santa Cruz, y fué destituído por haber firmado con dicho general un tratado que desaprobó Chile. Nombrado en 1852 ministro plenipotenciario en Francia, después de desempeñada su misión se retiró á la vida privada y murió en Santiago de Chile el 5 de abril de 1876.

Agustín Eyzaguirre. – Nació en Santiago en 1766. Formó parte del ayuntamiento en el primer año de la revolución, del Congreso elegido en 1811 y de la junta nombrada por el Senado para ejercer el poder ejecutivo en 1813. Después del sitio de Rancagua fué deportado á la isla de Juan Fernández, donde estuvo hasta la victoria de Chacabuco. En su calidad de vicepresidente, sustituyó á Blanco Encalada en la presidencia, de la que hizo dimisión el 26 de enero de 1827 á consecuencia de un motín militar. Murió en Santiago el 19 de julio de 1837.

Francisco A. Pinto. – Nació en Santiago en 1786. Ejercía la profesión de abogado cuando estalló en 1810 la revolución, á cuya causa sirvió con entusiasmo. En 1811 pasó á Buenos Aires como agente diplomático y en 1813 á Londres con igual comisión. Militó en la República Argentina á las órdenes de Belgrano y en el Perú á las de San Martín. En 1827 fué nombrado vicepresidente de la República chilena, y por renuncia de Freire se encargó de la presidencia, que resignó el 14 de julio de 1829. Elegido otra vez presidente, se negó á aceptar este cargo, y sólo algunos años más tarde ejerció los de senador y consejero de Estado. Murió el 18 de julio de 1858.

Francisco R. Vicuña. – Nació en 1775. En 1811 fué elegido individuo del primer Congreso chileno, y acusado de conspirar contra Carrera, fué preso y desterrado. Después de la victoria de Chacabuco volvió á Santiago, ejerció algunas comisiones importantes que le confió O'Higgins, y sirvió como coronel de milicias á las órdenes de San Martín. En 1823 fué elegido miembro del Congreso, y algo después presidente del Senado. En calidad de tal se encargó el 14 de julio de 1829 del poder ejecutivo por renuncia de Pinto, y volvió á desempeñar este cargo desde el 2 de noviembre al 22 de diciembre del mismo año, en que tuvo que dejar el puesto á consecuencia de una sublevación militar, siendo reemplazado por una junta. Retiróse á la vida privada y falleció en Santiago el 13 de enero de 1839.

José Tomás Ovalle. – Nació en Santiago en 1788. Siguió la carrera de abogado y fué presidente de la junta gubernativa instalada en su ciudad natal. Elegido en 1828 vicepresidente de la República, sustituyó á Ruiz Tagle en la presidencia y murió el 21 de marzo de 1831.

Joaquín Prieto. – Nació en Concepción el 20 de agosto de 1786. Siguió la carrera de las armas; en 1811 como capitán de dragones formó parte de la expedición que marchó á auxiliar á los revolucionarios de Buenos Aires, y á su regreso se halló en casi todos los combates que sostuvo Chile por su independencia. Los resultados del sitio de Rancagua le obligaron á refugiarse al otro lado de los Andes, y unido á la expedición mandada por San Martín se batió en Chacabuco. En 1829 fué uno de los jefes



REPUBLICA DE COLOMBIA.—Jefes del Estado

más importantes de la guerra civil. El Congreso lo eligió presidente de la República en 18 de septiembre de 1831 y fué reelegido en 1836. Terminados los diez años de su presidencia, desempeñó varios cargos en el Senado y en el ejército. Murió el 22 de noviembre de 1854.

MANUEL BULNES. – Nació en Concepción el 25 de Diciembre de 1799. Afilióse á la causa de la revolución, se batió en las jornadas de Cancharrayada y del Maipó, sometió á los araucanos sublevados, y en 1831, siendo general de brigada, se le confió el mando de 5.000 hombres para deshacer la Confederación peruboliviana y llevó victoriosamente las armas chilenas hasta la capital del Perú. En 1841 fué elegido presidente de la República y reelegido en 1846. Al terminar su segundo período en 1851, se retiró á la vida privada y murió en 1866.

MANUEL MONTT. – Nació en Petorca en 5 de septiembre de 1809. Siendo aún muy joven, fué nombrado director del Instituto nacional; ejerció luego otros importantes cargos públicos, entre ellos los de presidente de la Cámara, el ministerio de lo Interior, el de Relaciones exteriores y el de Justicia, y en 1851 fué elegido presidente de la República y reelegido en 1856, habiendo dado notable impulso á todos los ramos de la administración y dotado á su país de muchas mejoras materiales. Después de dejar el poder fué nombrado presidente de la Corte suprema de Justicia, cargo que desempeñó hasta su muerte, ocurrida en 1880.

JOSÉ JOAQUÍN PÉREZ. – Nació en Santiago en 1800. Empezó su carrera política cuando tenía 29 años, siendo nombrado Encargado de negocios en Francia; pasó en 1836 con igual cargo á la Argentina, y fué secretario de la legación chilena en los Estados Unidos. En 1845 desempeñó la cartera de Hacienda, cuatro años después la de lo Interior y de Relaciones exteriores. Fué elegido presidente de la República en 1861 y reelegido en 1866; durante los diez años de su mando, quedó sometido completamente el territorio de Arauco y zanjadas las dificultades que en 1865 ocasionaron la guerra con España. Terminados sus diez años de presidente, siguió sirviendo á su patria, unas veces como consejero de Estado y otras como senador.

FEDERICO ERRÁZURIZ. – Ilustre hombre de estado y escritor. Nació en Santiago en 1825. Era miembro de una gloriosa familia de patricios. La enseñanza común alcanzó grandes ventajas en su gobierno. Siendo ministro de Guerra y Marina arbitró todos los medios posibles para aumentar el poder naval del país. En 1871 fué elegido presidente de la República. Llevó á cabo la reforma constitucional y el mejoramiento industrial y moral de las instituciones democráticas. Pero sus títulos de honor y gloria son la diminución á cinco años del período gubernativo de la República y la dotación á la escuadra de dos grandes blindados. Su recuerdo será eterno en la memoria de los chilenos y en las páginas de la historia nacional. Falleció en 1876.

ANÍBAL PINTO. – Hijo del ilustre general D. Francisco Antonio Pinto. Fué electo diputado al Congreso en varias legislaturas. En 1875 se le eligió presidente de la República. Sostuvo la guerra con el Perú y Bolivia (1879-1881), venciendo á los dos países. Falleció en Valparaíso en 1884. Magistrado probo y honrado á quien Chile recordará con respeto y orgullo.

DOMINGO SANTA MARÍA. – Nació en Santiago el 4 de agosto de 1825. Se educó en el Instituto Nacional. Su precoz talento y el brillo con que demostraba su saber á la edad de 20 años, le hicieron ascender en la escala de los honores y de los puestos públicos. En 1881 fué elevado al puesto de presidente de la República. Su gobierno fué el más combatido por la opinión independiente.

JOSÉ MANUEL BALMACEDA. – Nació en Santiago en 1842. Se educó en el seminario. Se estrenó en la vida pública y militante pronunciando arengas patrióticas en el Club de la Reforma. Diputado en 1870 sirvió quince años en ese puesto al pueblo de Carchnapu; las legislaturas de 1873, 74 y 75 son memorables para su prestigio de servidor al país. En 1878 fué enviado al Plata como ministro Plenipotenciario á arreglar las cuestiones de límites, pendientes desde largos años, con la República Argentina. En 1881, siendo ministro de Relaciones Exteriores, desbarató el Congreso de Panamá y afianzó las relaciones con los Estados Unidos. Fué elegido presidente de la República en 1886. Durante este período fundó innumerables y vastos edificios para la educación, impulsándolos con nuevos textos de enseñanza; prolongó los ferrocarriles y demás trabajos para las industrias que hacen honor á Chile. Próximo á terminar su período presidencial, declaróse en abierta lucha con el Congreso nacional. Su gobierno violó el 1.º de enero la Constitución del Estado, y se decidió á gobernar sin presupuestos, dictando un decreto que destruía las leyes y el régimen parlamentario; mas el Congreso le declaró depuesto, y apoyado por la escuadra, que se sublevó en su favor, derribó á Balmaceda después de una guerra civil que desgraciadamente costó mucha sangre. Dióse muerte el 19 de septiembre de 1891 en la legación argentina, en donde se encontraba asilado.

JORGE MONTT. – Nació en 1846. Habiendo ingresado en la marina de guerra de su patria, tomó brillante parte en la guerra sostenida por su país contra Bolivia y el Perú. Era capitán de navío cuando en 1891 estalló la guerra civil entre el Congreso y el presidente Balmaceda, iniciada por la escuadra, cuyo mando asumió. Los sublevados ocuparon varias provincias, y organizado por ellos un gobierno provisional, dieron la presidencia á Montt. Vencido Balmaceda, Montt fué elegido presidente de la República el 6 de noviembre de 1891, cargo que hoy ocupa.

BRASIL

República federal sudamericana, que confina al Norte con las Guayanas y Venezuela, al Este con el Océano Atlántico, al Sur con el Uruguay, y al Oeste con la República Argentina, Paraguay, Bolivia, Perú, Ecuador y Colombia. Se compone de veinte Estados, que son: Alagoas, Amazonas, Bahía, Ceará, Espírito Santo, Goyaz, Maranhao, Matto Grosso, Minas Geraes, Pará, Parahyba, Paraná, Pernambuco, Piauhy, Río de Janeiro, Río Grande do Norte, Río Grande do Sul, Sao Paulo, Santa Catharina y Sergipe. Comprende una extensión de 8.337.218 kilómetros cuadrados y tiene 14.354.217 habitantes. Calcúlase en 600.000 el número de los indios salvajes.

GOBERNANTES DEL BRASIL

PEDRO I. – Nació en 1.º de octubre de 1798 y era hijo de Juan VI de Portugal. Este monarca hubo de pasar á su colonia del Brasil cuando la invasión francesa de 1808, y al regresar á Portugal en 1821, dejó en dicha colonia como regente á su hijo D. Pedro, el cual, obligado por los brasileños, proclamó en 12 de octubre de 1822 la separación de la colonia de la madre patria, constituyéndola en imperio independiente. Los sucesos políticos le obligaron en 1831 á abdicar en favor de su hijo; se trasladó á Portugal, donde hizo infructuosos esfuerzos para reintegrar á su hija doña María en sus derechos, que le había usurpado el infante regente D. Miguel, y murió en Lisboa el 24 de septiembre de 1834.

PEDRO II. – Nació en Río Janeiro á 2 de diciembre de 1825. Por abdicación de su padre Pedro I heredó la corona imperial en 7 de abril de 1831, aunque por ser entonces menor de edad, gobernó en su nombre una regencia. Declarada su mayoría en 1840, empuñó solemnemente el cetro el 18 de julio de 1841, cuando ya sus primeros actos habían confirmado la buena reputación de que gozaba. Dos años después estalló en el Brasil una revolución en sentido republicano, que fué sofocada por el general Caxias. Aunque el gobierno de D. Pedro II fué ilustrado, popular é introdujo beneficiosas reformas en el Brasil, entre ellas la abolición de la esclavitud, otra revolución iniciada por el ejército en 15 de noviembre de 1889 derribó la monarquía, estableció la República federativa, y obligó á salir del Brasil al emperador con toda su familia. D. Pedro II falleció en París el 5 de diciembre de 1891.

DIODORO DE FONSECA. – Nació en el Brasil en 1840. Siguió la carrera militar, y era mariscal cuando en noviembre de 1889 se puso al frente de la revolución que derribó la monarquía y estableció el gobierno federal. Nombrado presidente de la República por el Congreso elegido con motivo de estos sucesos, ejerció este cargo hasta el 23 de noviembre de 1891, en que lo renunció.

FLORIANO PEIXOTO. – Nació en 1840. Era mayor general del ejército brasileño cuando secundó la revolución que transformó el gobierno monárquico en federal; obtuvo la cartera de Guerra, y en febrero de 1891 fué elegido por el Congreso vicepresidente de la República. En calidad de tal se encargó el 23 de noviembre de la presidencia por renuncia de Fonseca, y durante su mando tuvo que reprimir la sublevacion iniciada por el almirante Mello y que combatir la de Río Grande. Cesó en noviembre de 1894.

PRUDENTE J. DE MORAES BARROS. – Siguió la carrera del foro y se dió á conocer como político en 1884, abogando en las Cámaras por la abolición gradual de la esclavitud. En 1889 tomó parte activa en la revolución republicana, y en 15 de noviembre de 1894 ha sido nombrado presidente de la República, cargo que ejerce en la actualidad.

BOLIVIA

República unitaria de América, que confina al Norte con el Perú y el Brasil, al Este con el Brasil y el Paraguay, al Sur con la República Argentina y Chile y al Oeste con aquella República y el Perú. Está dividida en ocho departamentos, que son: Beni, Chuquisaca, Cochabamba, La Paz, Oruro, Potosí, Santa Cruz y Tarija, ocupando una extensión de 1.334.200 kilómetros cuadrados con poco más de dos millones de habitantes: los indios salvajes se calculan en unos 250.000.

PRESIDENTES DE BOLIVIA

SIMÓN BOLÍVAR. – Nació en Caracas en 24 de julio de 1783. En 1806 se puso á trabajar en favor de la libertad de su patria, y en Colombia, Venezuela, Ecuador y Perú alcanzó triunfos que aseguraron la independencia de estas colonias. Por lo que respecta á Bolivia le debe su fundación á consecuencia de la victoria de Ayacucho, alcanzada por su lugarteniente Sucre. Con fecha 16 de mayo de 1825 expidió un decreto creando dicho Estado con el nombre de República del Alto Perú, nombre que el Congreso cambió en el de República de Bolívar en honor de su libertador, y posteriormente en el de Bolivia, por indicación de éste. Fué su primer presidente desde el 20 de junio del citado año hasta 31 de octubre del siguiente, en que partió para Lima, dejando un proyecto de Constitución que fué aprobado por el Congreso.

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE. – Nació en 1793 y entró á servir en el ejército republicano en 1811, habiendo alcanzado todos sus ascensos hasta el de general por su valor y merecimientos. Sucedió á Bolívar en la presidencia de la nueva República de Bolivia. Disgustado al ver la ingratitud con que se pagaban sus eminentes servicios y su acrisolada honradez, renunció la presidencia el 4 de mayo de 1828 y marchó á Colombia. Dos años después, llamado á ejercer la presidencia del Ecuador, se puso en camino y fué alevosamente asesinado en la montaña de Berruecos, Estado del Cauca, el 4 de julio.

PEDRO BLANCO. – Nació en Cochabamba el 19 de octubre de 1795 y á los 19 años entró á servir en el ejército republicano. El Congreso boliviano le nombró general y presidente de la República en 1828, pero un motín militar le redujo á prisión el 31 de diciembre, y habiendo intentado el pueblo de Chuquisaca devolverle la libertad, los sublevados lo fusilaron al siguiente día.

ANDRÉS SANTA CRUZ. – Nació en la Paz y comenzó su carrera política en 1820. Bolívar le hizo general en 1826, y al partir para Colombia le dejó encargado interinamente de la presidencia del Perú. En aquella época concibió la idea de fundar una Confederación peruboliviana. Hallábase en Chile en 1829 desempeñando un puesto diplomático, cuando fué elegido presidente de Bolivia. Las revueltas intestinas del Perú le depararon ocasión para dar cuerpo á su plan de Confederación; en 1835 invadió aquel país á la cabeza de un ejército boliviano y derrotó al presidente peruano Gamarra. Sucediéronse otros triunfos, y por fin la Confederación quedó establecida, siendo elegido Santa Cruz presidente de ella con el título de protector. Sus ambiciosas miras alarmaron á Chile, que en 1839 le declaró la guerra, y la victoria de Yungai alcanzada por los chilenos dió al traste con la Confederación, al propio tiempo que una sublevación ocurrida en Bolivia ocasionaba la caída de Santa Cruz, el cual se refugió en Guayaquil. Algunos años después pasó á Francia, donde murió en 1865.

JOSÉ MIGUEL VELASCO. – Desde muy joven combatió por la independencia de su patria, y después de la dimisión de Sucre fué nombrado vicepresidente. En 1839 inició la sublevación que ocasionó la caída de Santa Cruz, y al año siguiente fué elegido por el Congreso presidente de la República, cargo que ejerció por espacio de dos años. Otra revolución derrocó al presidente Ballivián en 1847, y Velasco volvió á la presidencia, pero el general Belzú lo destituyó en 1848 y le desterró: de regreso en su patria murió en 1859.

JOSÉ BALLIVIÁN. – Nació en la Paz el 5 de mayo de 1805. Muy joven aún, abrazó la carrera de las armas, y alcanzó las charreteras de general durante la guerra entre Bolivia y el Perú. Invadido su país por los peruanos en 1841, los derrotó y fué proclamado presidente interino de la República, cargo que se le volvió á conferir en propiedad en 1844, habiéndolo renunciado á los tres años, cansado de tener que reprimir continuos motines. Murió en Río Janeiro el 15 de octubre de 1852.

MANUEL ISIDORO BELZÚ. – Nació en la Paz en 1808. Dedicado desde joven á la carrera de las armas, era coronel en 1847, año en el que hizo una revolución que derribó á Ballivián y colocó en su lugar á



REPÚBLICA DE CHILE.-Jefes del Estado

Velasco; pero su carácter naturalmente revoltoso y la ambición de mando, le sublevaron contra Velasco, que vencido, se retiró y Belzú asumió la presidencia. Durante el tiempo de su gobierno, ó sea en siete años, tuvo que reprimir más de cuarenta revoluciones. En 1855 dejó legalmente el mando y viajó algunos años por Europa; pero en 1865 despertóse de nuevo su ambición, regresó á su patria é inició contra Melgarejo una revolución, en la que perdió la vida á manos de este presidente.

Jorge Córdova. – Nació en la Paz en 1822. Cuando Belzú dejó el poder en 1855, fué elegido presidente y gobernó dos años. Vencido en una revolución encabezada por Linares, se retiró al Perú, de donde volvió en 1864; y reducido á prisión por sospechas de conspiración, fué asesinado en su encierro en octubre del mismo año.

José María Linares. – Nació en Potosí el 10 de julio de 1810. Desempeñó varios cargos importantes, entre ellos el de ministro plenipotenciario de Bolivia en España, con cuyo gobierno ajustó el tratado que reconoció la independencia de su patria. Derribado Córdova en 1857, se hizo proclamar presidente de la República, pero el 14 de enero de 1861 una revolución le derribó y se expatrió á Chile. Linares murió en el mismo año en Valparaíso.

José María Achá. – Nació en Cochabamba. En 1857 desempeñaba la cartera de la Guerra, y fué uno de los ministros que conspiraron contra Linares y le derribaron. En 1861 reunió un Congreso que le nombró presidente de la República, y estando para terminar el período de su gobierno, el general Melgarejo inició una sublevación que le obligó á dejarlo, y Achá se retiró á su ciudad natal, en la que murió en 1868.

Mariano Melgarejo. – Nació en Cochabamba en 1818. En 1864 derrocó á Achá y se proclamó presidente de la República Dominado por toda clase de vicios, su gobierno, que duró seis años, fué una conti nua orgía, hasta que el coronel Morales, al frente de los paceños, le venció en 1871, y tuvo que huir á Lima, donde el 23 de noviembre fué asesinado por su propio yerno.

Agustín Morales. – Nació en la Paz en 1810. En 1871 derribó á Malgarejo y fué inmediatamente proclamado presidente. A los pocos días, no estando de acuerdo con las cámaras, se erigió en dictador. Al año siguiente siguió la suerte de la mayoría de los presidentes de Bolivia, pues una revolución ocasionó su caída y pereció á manos de su sobrino Lafayé.

Adolfo Ballivián. – Nació en la Paz el 15 de noviembre de 1831. Era hijo del ex presidente José, y en 1873 fué elegido presidente, pero ejerció este cargo poco tiempo á causa de su precaria salud y falleció en 31 de enero de 1874.

Tomás Frías. - Nació en la ciudad de Potosí en 1802. Diputado varias veces, y encargado otras de misiones diplomáticas, era presidente del Consejo de Estado cuando ocurrió la muerte trágica de Morales, y en calidad de tal asumió la presidencia de la República. En 1874, después de la muerte de Ballivián, fué elegido presidente, y confió la cartera de Guerra al general Daza, quien abusando del prestigio que le daba su cargo, le derribó el 4 de mayo de 1876, y expulsado Frías del país, murió en el destierro.

Hilarión Daza – Nació en Sucre en 1840. Nombrado en 1874 ministro de la Guerra, aprovechóse de este alto puesto para derribar al presidente Frías en 1876, asumiendo el mando supremo, y en su desempeño se portó indignamente. Después de envolver á su país en una desastrosa guerra con Chile, durante la cual entregóse más bien que á la dirección de la campaña, á la satisfacción de sus pasiones, llegó á cansar de tal suerte al ejército, que éste pronunció unánimemente la destitución de Daza el 27 de diciembre de 1879.

Narciso Campero. – Nació en 1815 en Tojo (República Argentina). Sus servicios en los puestos civiles y militares que desempeñó le hicieron acreedor á ser nombrado presidente en los momentos más críticos para Bolivia, cuando la guerra con Chile tomaba mayores y peores proporciones. Asumió el mando en 1880 y lo ejerció hasta 1884, habiendo firmado la paz con aquel Estado.

Gregorio Pacheco. – Natural del Perú, uno de los más ricos hacendados de este país y notable estadista. En 1884 fué elegido presidente, puesto que ocupó todo el período legal de cuatro años, durante el cual hizo esfuerzos para reanimar el comercio y la industria, abatidos á causa de la guerra con Chile.

Aniceto Arce. – En 1888 fué elegido presidente de Bolivia, cargo que desempeñó hasta 1.º de agosto de 1892.

Mariano Baptista. – Siguió con aprovechamiento la carrera del foro. Bajo la presidencia de Pacheco ocupó el puesto de vicepresidente. En 1891 ajustó el tratado de límites entre su patria y la República Argentina, y al año siguiente, al cesar Arce en la presidencia, fué elegido en su reemplazo, ocupándola en la actualidad.

SALVADOR

República de la América Central, que confina al Norte con Guatemala, al Este con Honduras, al Sur con Nicaragua y al Oeste con el Océano Pacífico. Ocupa una extensión de 21.000 kilómetros cuadrados y tiene 780.500 habitantes. La capital, San Salvador, cuenta 20.000. Está dividida en catorce departamentos, que son: Santa Ana, San Salvador, Cuscatlán, San Miguel, Chalatenango, La Libertad, Usulután, San Vicente, Sonsonate, La Paz, Ahuachapán, La Unión, Cabañas y Gotera ó Morazán.

JEFES DEL ESTADO DE LA REPÚBLICA DEL SALVADOR

No habiéndonos sido posible, á pesar de todas nuestras diligencias y solicitud, reunir los retratos de todos los presidentes de la República del Salvador desde la declaración de la independencia en 1821, publicamos los de aquellos cuyos retratos hemos podido conseguir.

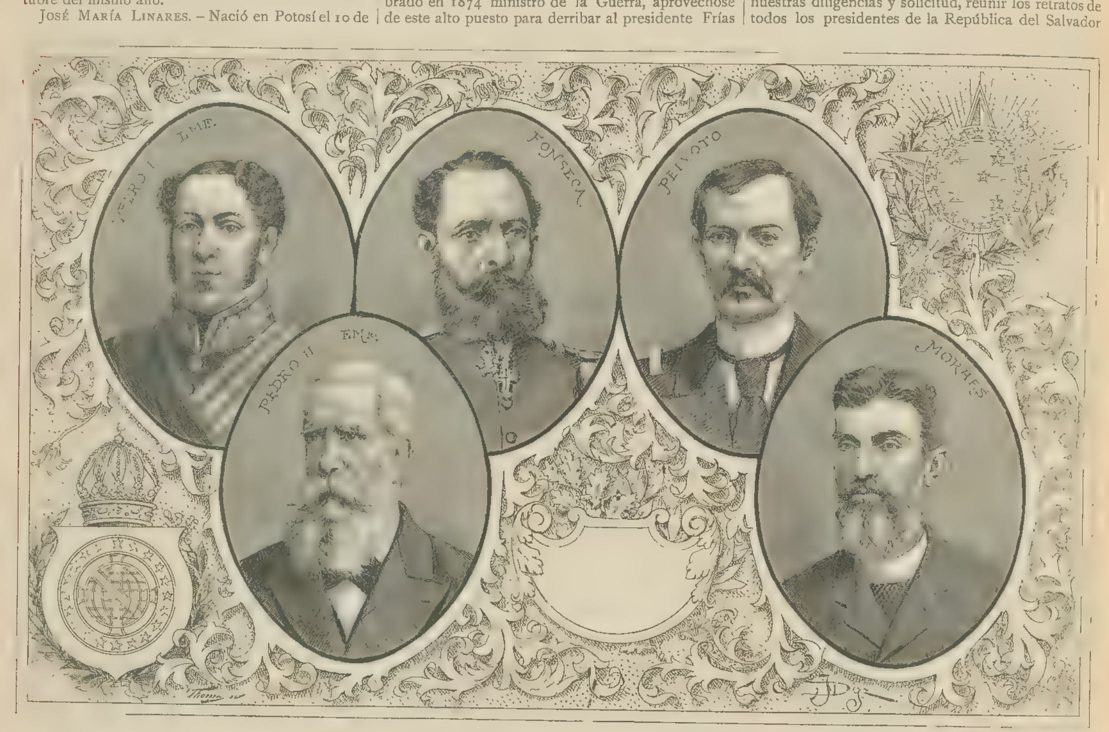
José Manuel Arce. – Fué primer presidente de Centro América, elegido en 1825 y jefe del Estado del Salvador por haberse retirado del mando de este Estado D. Juan Vicente Villatorra Fué derribado del poder en 1829 por el general Morazán.

José M.ª Cornejo. – En enero de 1829 fué elegido presidente del Salvador, y ejerció este cargo hasta el 27 de marzo de 1832, en que el general Morazán le venció y redujo á prisión por haber apoyado la invasión de Arce.

Diego Vigil. – En noviembre de 1835 sustituyó á D. Nicolás Espinosa como jefe del Estado, y cesó en 1839 para ocupar el cargo de vicepresidente de la República federal de Centro América.

Antonio José Cañas. – Al cesar Vigil, asumió como consejero de Estado el poder ejecutivo en el Salvador en 1840, y el 21 de septiembre del mismo año le derribó una revolución: más adelante, el 17 de marzo de 1842, la Convención de Chinandega le colocó al frente del Gobierno nacional provisorio.

Francisco Morazán. – Este ilustre caudillo centro-americano ejerció en varias ocasiones el poder ejecutivo en el Salvador. Fué la primera en 1832 al derrocar al presidente Cornejo; la segunda en 1836 cuando el Salvador quedó bajo la inmediata dependencia del presidente de la República federal de Centro América, que lo era el general Morazán, y la tercera de 1839 á 1840 en que hubo de expatriarse. Al regresar en 1842 iniciando una revolución para



REPÚBLICA DEL BRASIL.–Jefes del Estado



REPÚBLICA DE BOLIVIA.—Jefes del Estado

arrojar del poder al partido servil, fué hecho prisionero y fusilado en Costa Rica el 15 de septiembre de 1842.

Juan Lindo. – En 7 de enero de 1841 fué elegido por la Asamblea jefe del Estado, cargo que renunció el 6 de febrero de 1842. Posteriormente fué nombrado presidente de Honduras.

Joaquín Eufrasio Guzmán. – Era vicepresidente del Estado del Salvador, cuando por ausencia del presidente Malespín fué llamado el 25 de octubre de 1844 al ejercicio del poder ejecutivo. Arrojado del poder Malespín en 1845, quedó Guzmán de presidente efectivo y desempeñó este cargo hasta 1.º de febrero del año siguiente.

Eugenio Aguilar. – Las Cámaras salvadoreñas le eligieron presidente del Estado en febrero de 1846, y aunque renunció por no aspirar al mando, se le indujo á aceptar. Ejerció el cargo hasta terminar su período en enero de 1848.

Doroteo Vasconcelos. – Elevado á la presidencia del Salvador por elección popular, tomó posesión de ella el 7 de febrero de 1848, fué reelegido en enero de 1850 y dejó el mando en febrero del año siguiente.

Francisco Dueñas. – Encargado interinamente del poder ejecutivo del Salvador al cesar Vasconcelos en 1851, fué confirmado en él por elección de las Cámaras el 29 de enero de 1852, habiendo cesado en febrero de 1854. En 1857 la desempeñó algún tiempo interinamente, como vicepresidente, por ausencia del propietario Rafael Campo. Como político, fué Dueñas uno de los hombres más notables de Centro-América, y aparte su desapoderada ambición, se hizo allí apreciable por sus servicios, especialmente entre el partido reaccionario. Sometido á su caída del poder á un proceso en el que figuraron más de doscientos testigos, el tribunal le declaró absuelto y le hizo salir de la prisión en que había estado encerrado más de quince meses.

José M.ª San Martín. – Fué elegido por el Cuerpo legislativo presidente de la República el 11 de febrero de 1854, y gobernó con tranquilidad los dos años correspondientes á su período constitucional.

Rafael Campo. – Elevado á la presidencia el 11 de febrero de 1856, la desempeñó con gran acierto hasta 1858, habiendo ocurrido durante su mando la guerra contra el filibustero americano Walker.

– En el período que medió entre el citado año de 1858 y el de 1876 desempeñaron, entre otros, la presidencia del Salvador los Sres. D. Miguel Santín del Castillo, D. Andrés Valle y D. Angel Guerola, cuyos retratos figuran entre los de los demás presidentes; pero si bien hemos logrado adquirirlos, no hemos sido tan afortunados por lo que respecta á sus datos biográficos, á pesar de cuantas diligencias se han practicado para conseguirlos.

Rafael Zaldívar. – Después de desempeñar altos cargos en su patria, fué elegido presidente en 1876, reelegido en 1880 y elegido por tercera vez en 1884, habiendo cesado en junio de 1885. Escritor distinguido y hombre de ciencia, la Real Academia Española así como la de Medicina de Madrid, la Económica matritense, el Ateneo y otras corporaciones españolas le han admitido en su seno. Zaldívar posee la gran cruz de Carlos III.

Francisco Menéndez. – Encargóse interinamente de la presidencia al cesar el anterior en 19 de junio de 1885, y ejercióla luego en propiedad hasta el 22 de junio de 1890 en que pereció durante una revolución, promovida á causa de sus intentos de imponer al país un nuevo presidente rechazado por la opinión pública, y á cuya cabeza se puso el general Ezeta.

Carlos Ezeta. – Proclamado por el ejército presidente el 22 de junio de 1890, fué elegido en propiedad para este puesto el 1.º de marzo de 1891, habiéndolo desempeñado hasta abril de 1894.

Rafael A. Gutiérrez. – Fué nombrado presidente interino el 28 de abril de 1894 y actualmente ejerce el cargo en propiedad.



REPÚBLICA DEL SALVADOR. – Jefes del Estado

ECUADOR

República unitaria sudamericana, situada entre las de Colombia al Norte, la del Brasil al Este, la del Perú al Sur y el Océano Pacífico al Oeste. Tiene una extensión superficial de 30.000 kilómetros cuadrados y una población de 1.204.300 habitantes. Está dividida en 17 provincias, que son: Azuay, Bolívar, Cañar, Carchi, Chimborazo, Esmeraldas, Islas Galápagos, Guayas, Imbabura, León, Loja, Manabi, Oriente, Oro, Pichincha, Los Ríos y Tanguragua. La capital, Quito, tiene 80.000 habitantes.

GOBERNANTES DE LA REPÚBLICA DEL ECUADOR

Juan J. Flores. – Nació en 1800 en Puerto Cabello, y en virtud de los eminentes servicios que prestó en la lucha por la independencia de su patria, alcanzó gran popularidad y fué elegido en 1830 presidente de la República del Ecuador, siendo reelegido en 1839 y 1843. La revolución de 1845 le obligó á dejar el poder, y murió en Puna en 1863.

Vicente Rocafuerte. – Nació en Guayaquil el 3 de mayo de 1783. Hizo toda la guerra de la independencia, y de 1835 á 1839 desempeñó la presidencia del Ecuador. Ejerció luego algunas misiones diplomáticas y falleció en Lima el 16 de mayo de 1847.

Vicente Ramón Roca. – Nació en Guayaquil, y tomó parte en la política al proclamarse en 1820 la independencia de su patria. En 7 de diciembre de 1845 fué elegido presidente de la República y cesó en 1849. Al año siguiente murió en Guayaquil.

Diego Novoa. – Nació en dicha ciudad en 1789, y tomó parte principal en la guerra de independencia. Al estallar la revolución de 6 de marzo de 1845 se le nombró presidente provisional de la República, cargo en que fué confirmado por la Convención de Quito en 1850; pero al año siguiente le derribó del poder una revolución, encabezada por el general Urbina. Falleció en Guayaquil el 3 de diciembre de 1870.



REPÚBLICA DEL ECUADOR.-Jefes del Estado

José María Urbina. – Nació en Ambato; siguió la carrera de las armas, llegando á general, y el 17 de noviembre de 1851 promovió la sublevación militar que derrocó á Novoa; asumió el mando, y al año siguiente fué elegido por una Convención presidente de la República, cesando en este cargo en 1856. Falleció en 1876.

Francisco Robles. – Nació en el Ecuador, siguió la carrera de las armas, y prestó grandes servicios al partido democrático, que en 1856 le eligió presidente; pero una revolución le derribó en 1858. Otra vez consiguió hacerse nombrar jefe supremo del Estado; pero vencido en 1860 por el general García Moreno, tuvo que salir del país.

Gabriel García Moreno. – Nació en Guayaquil en 1821. En 1859 se pronunció contra Robles y se proclamó jefe supremo de la nación. La convención de Quito le eligió interinamente presidente de la República y después en propiedad hasta 1865. En 1869 volvió á ejercer la presidencia hasta el 6 de agosto de 1875, día en que fué asesinado en Quito.

Jerónimo Carrión. – La protección de García Moreno le valió para ser nombrado presidente del Ecuador en 1865; pero renunció al poco tiempo, habiendo quedado al frente del gobierno el vicepresidente Asteta hasta 1868.

Javier Espinosa. – Nació en Quito en 1815. En 1868 entró á ejercer la presidencia de la República; pero al año siguiente le derribó una revolución, acaudillada por García Moreno. Murió en 1870.

Antonio Borrero. – Nació en Cuenca. A la muerte de García Moreno el partido liberal le eligió para sustituirle, y tomó posesión de la presidencia el 13 de diciembre de 1875. Una revolución iniciada por el general Veintimilla le obligó á abandonar su puesto á fines de 1876, y Borrero tuvo que refugiarse en Chile.

Ignacio de Veintimilla. – Nació en el Ecuador, siguió la carrera de las armas, llegó á general, y en septiembre de 1876 se puso al frente de la revolución que derribó al presidente Borrero Aclamado jefe supremo de la nación, la convención de Ambato le confirmó en la presidencia en 1878; pero en 1883 fué derribado á su vez por otra revolución y tuvo que expatriarse.

José María Plácido Caamaño. – Nació en Guayaquil en 1838. Tomó parte principal en la sublevación que derrocó al anterior presidente, y la Convención le eligió en su reemplazo el 7 de febrero de 1884, habiendo ejercido la presidencia hasta 1888.

Antonio Flores. – Hijo del primer presidente del Ecuador, nació en Quito en 1833. Fué representante en varias cortes, entre ellas Madrid, donde ajustó en 1885 el tratado de paz y amistad entre España y el Ecuador, y en 1888 se le eligió presidente de la República, cargo que desempeñó hasta 1892.

Luis Cordero. – Nació en Cañar el 6 de abril de 1833. En 1883 fué uno de los cinco ciudadanos á quienes se confió el gobierno al ser derribado el presidente Veintimilla, y que lo entregaron al elegido constitucionalmente en febrero de 1884. El 1.° de julio de 1892 el Congreso del Ecuador le elevó á la presidencia, puesto que ocupa en la actualidad.

VENEZUELA

República federal sudamericana, situada entre el mar de las Antillas al Norte, este mar y la Guayana inglesa al Este, el Brasil al Sur y Colombia al Oeste. Tiene una superficie de 1.043.900 kilómetros cuadrados y 2.323.500 habitantes. Divídese en nueve Estados, un distrito federal, un territorio y dos colonias. Los Estados son: Bermúdez, Bolívar, Carabobo, Falcón, Lara, Los Andes, Miranda, Zamora y Zulia, el territorio el de Amazonas, y las colonias las de Delta y Goajira. Caracas, la capital, tiene 73.000 almas.

PRESIDENTES CONSTITUCIONALES DE ESTA REPÚBLICA

(Tomado del periódico *El Cojo Ilustrado*, de Caracas)

General José Antonio Páez. – Ha sido el primero y el tercer presidente constitucional de Venezuela. La primera vez fué elegido el 26 de marzo de 1831; la segunda el 10 de febrero de 1839. Fué también Dictador, y como tal entró á ejercer el poder el 29 de agosto de 1861 hasta mayo de 1863.

Doctor José Vargas. – Segundo presidente de la República, nombrado el 9 de febrero de 1835. Renunció en abril de 1836.

General Carlos Soublette. – Cuarto presidente, elegido el 28 de enero de 1843 y ejerció hasta 1847. Siendo vicepresidente de la República en 1837, fué encargado del poder ejecutivo al regresar de España el 11 de mayo y cesó en 1839.

General José Tadeo Monagas. – Fué el quinto y séptimo presidente de Venezuela por elecciones del 1.° de marzo de 1847 y 31 de enero de 1855. Fué también el jefe de la revolución que ocupó á Caracas el 27 de junio de 1868.

General José Gregorio Monagas. – Sexto presidente, nombrado el 18 de febrero de 1851. Ejerció hasta 1854.

Manuel Felipe de Tovar. – Octavo presidente, elegido el 12 de abril de 1860. También ejerció el poder ejecutivo siendo vicepresidente en 1859.

General Juan Crisóstomo Falcón. – Noveno presidente de la República y el primero de la federación, elegido en marzo de 1865. La asamblea de la Victoria le había nombrado en junio de 1863 presidente provisional.

General Antonio Guzmán Blanco. – Ha sido el décimo, duodécimo, décimotercero y décimoquinto presidente de Venezuela, nombrado sucesivamente el 15 de abril de 1873, 17 de marzo de 1880, 17 de marzo de 1882 y 27 de marzo de 1886. También ejerció el poder ejecutivo como vicepresidente en 1863 y durante la ausencia del general Falcón en 1867. El 27 de abril de 1870 entró en Caracas, tomándola á viva fuerza; un Congreso de plenipotenciarios le nombró presidente provisional, y como tal reasumió el mando el 22 de julio de 1870. También entró á ejercerlo el 25 de febrero de 1879 como jefe de la revolución reivindicadora, y como presidente provisional se encargó asimismo del poder ejecutivo al regresar de Europa el 1.° de diciembre de 1879.

General Francisco Linares Alcántara. – Undécimo presidente de Venezuela y tercero de la federación, elegido el 2 de marzo de 1877. Como Designado ejerció también unos días el poder ejecutivo en 1874.

General Joaquín Crespo. – Décimocuarto y décimooctavo presidente de la República por elecciones del 27 de abril de 1884 y 5 de marzo de 1894. Siendo ministro de Guerra y Marina en 1876 y en 1877 ejerció también el poder ejecutivo de Venezuela Como jefe de la revolución legalista, asumió el mando al entrar en el ejército en Caracas el 8 de octubre de 1892.

Doctor Juan Pablo Rojas Paúl. – Ha sido el décimosexto presidente por elección del Consejo federal el 5 de julio de 1888.

Doctor Raimundo Andueza Palacio. – Décimoséptimo presidente de Venezuela, nombrado el 7 de marzo de 1890. También ejerció el poder en 1877, siendo ministro de Relaciones exteriores.

HAITI

Las sucesivas luchas de Louverture contra ingleses, españoles, mulatos y franceses, y sus empeñadas porfías para alcanzar el progreso de su raza y la autonomía de su patria, dieron por resultado la independencia de Santo Domingo y la proclamación de la República de Haiti en 1.° de enero de 1804.

Su primer gobernador, Dessalines, declaróse emperador el 8 de octubre, con el nombre de Jaime I, entregándose á todos los excesos de la tiranía, en venganza de los cometidos por los franceses durante la guerra de la independencia. Muerto en 17 de octubre de 1806, fué restablecida la República, bajo la presidencia del general Christophe, quien tuvo que resistir á la gente de color dirigida por Pétion; dividiéndose el territorio en dos gobiernos rivales, el del Sud y Oeste, presidido por el jefe de color que, reelegido dos veces, administró con suma sagacidad y acierto hasta 1818; y el del Norte, á cargo de Christophe hasta 1818, año de su proclamación como rey de Haiti, con el nombre de Enrique I, dignidad que conservó hasta su muerte en 1820, rodeado de una corte, á imitación de las antiguas monarquías europeas, con todo el esplendor y pompa compatibles con el progreso moral y material del naciente Estado.

Christophe, con sus medidas de crueldad, á veces realmente exageradas, logró expulsar del territorio á los franceses y organizó el cultivo bajo el sistema de feudos, con lo cual las grandes plantaciones pronto renacieron de sus ruinas. En diciembre de 1806 fué promulgada la primera Constitución de la República.

A Pétion le sucedió Boyer, que reprime la rebelión de Gomán en la Grande Ause, y aprovechando una insurrección de las tropas del Norte contra Christophe, que ocasionó la muerte de éste en octubre de 1820, es reconocido por aquella región, reuniendo toda la antigua colonia francesa bajo su mando.

Poco tiempo después, en 1821, los dominicanos, á las órdenes de José Núñez de Cáceres, se levantan contra los españoles y se incorporan á Haiti, cuyo presidente gobierna la isla entera durante veintidós años. Boyer empleó sus veinticinco años de administración en impulsar las producciones mediante un código rural, que no fué generalmente observado; las costumbres se suavizaron, renació la tranquilidad pública y se fusionaron las razas, preparando la regeneración del pueblo.

En enero de 1843 estalla una soblevación en Cayes, promovida por el general Hérard Rivière. El presidente Boyer dimite, organizándose un gobierno provisional, y la Asamblea constituyente vota una nueva Constitución y aclama presidente á Rivière. El Norte se separa de su autoridad y reconoce por general en jefe á Pierrot; el general Guerrier es nombrado presidente por la región del Oeste: Salomón se subleva en el Sud y Dalzón en Port-au-Prince; por último, el partido ultra-negro organiza numerosas bandas á las órdenes de Acaau. En medio de tantas calamidades, el buen sentido y el espíritu de conservación se imponen, y el general Guerrier, dotado de gran experiencia y honradez, queda reconocido el 9 de mayo de 1844, pero gobierna solamente un año, falleciendo á los 85 de su edad.

El Consejo de Estado llama á Luis Pierrot, cuyo gobierno se distingue por su prevención contra los extranjeros y por las diferencias que sostuvo con el representante francés. Negros y mulatos unidos le deponen y le sustituyen por otro general, Riché, hombre ilustrado y de ideas patrióticas, que llevaba como uno de sus principales proyectos el de la reforma agraria, que no pudo ver realizado por haber muerto al año escaso de ocupar la primera magistratura, después de reprimir la rebelión de Acaau y de dejar al Sud completamente pacificado.

Su sucesor Soulouque, nombrado el 1.° de marzo de 1847, desempeñó por dos años la presidencia, y luego se proclamó emperador con el nombre de Faustino I, conservando esta dignidad durante diez años. Con el concurso de excelentes ministros y gracias al sistema absoluto de gobierno que adoptara, Haiti conservó la tranquilidad y una política exterior generalmente pacífica, viendo organizada la renta de aduanas con arreglo á la ley y al arancel todavía vigentes. En Francia se escribió mucho en libros y periódicos ridiculizando á Soulouque y á su improvisada aristocracia; pero hay que convenir en la extremada exageración de aquellos relatos. Soulouque declaró la guerra á la Dominicana, avanzando hasta las puertas de la capital; pero la repentina presencia del General Santana levantó el ánimo de sus compatriotas, que rechazaron con grandes pérdidas á los invasores – Abril de 1849. – En 1858 se inicia en Gonaives una insurrección contra Soulouque, y el comité departamental restablece la República y proclama presidente al general Fabre Geffrard; las tropas del gobierno son deshechas y Soulouque se refugia en la Jamaica.

Inauguró Geffrard su presidencia el 15 de enero de 1859, proponiéndose normalizar la hacienda con la reducción de los cuadros del ejército y la represión de muchos abusos y desórdenes de la administración; reorganizó el clero y la enseñanza, celebró un Concordato con la Santa Sede y condujo bajo criterio conciliador é ilustrado negociaciones diplomáticas con España, con motivo de la anexión de Santo Domingo, en mayo de 1861. A pesar de sus protestas ante las potencias, no pudo sustraerse Geffrard á reconocer una indemnización al gobierno de Madrid, acto que descontentó á los exaltados patriotas haitianos. El general Legros se puso á su frente en la cuenca del Artibonita, pero fué derrotado y pasado por las armas. En junio de 1864 el general Longuepasse se subleva en el Norte, y su aliado Salnave se apodera del Cabo, de donde es arrojado en noviembre de 1865 por Geffrard, apoyado por la escuadra inglesa. Longuepasse fué fusilado; pero Salnave volvió á sublevarse en julio del año inmediato contra el absorbente poder de Geffrard, quien, no obstante haber suscrito algunas concesiones en sentido liberal, vióse abandonado de sus partidarios y obligado á expatriarse, mientras el pueblo de Port-au-Prince aclamaba á Salnave en 22 de febrero de 1867.

La asamblea constituyente promulgó nueva Constitución más democrática, reduciendo el período presidencial á cuatro años, que inició Salnave con propósitos asaz tranquilizadores para el país; pero pronto tiene que recurrir á la dictadura para oponerse á la guerra civil, encendida por los partidarios del régimen caído, sobre los cuales adquiere al principio algunas ventajas, viéndose obligado á bombardear la capital, que había hecho causa común con los rebeldes. El general Nissage Saget le vence y obliga á replegarse hacia Santo Domingo; pero hecho prisionero en la frontera, se le juzga sumariamente y fusila en Port-au-Prince el 15 de enero de 1870. Los partidarios de Salnave sostuviéronse algún tiempo en el Sud, amenazando al gobierno provisional presidido por Saget; pero este general fué elegido por la asamblea y se



REPÚBLICA DE VENEZUELA.–Presidentes constitucionales desde 1831

General José Antonio Páez. – 2. Dr. José M.ª Vargas. – 3. General Carlos Soublette. – 4. General José Tadeo Monagas. – 5. General José Gregorio Monagas. – 6. Manuel Felipe de Tovar. – 7. Mariscal Juan Crisóstomo Falcón. – 8. General Antonio Guzmán Blanco. – 9. General Francisco Linares Alcántara. – 10. General Joaquín Crespo. 11. Dr. Juan Pablo Rojas Paúl. – 12. Dr. Raimundo Andueza Palacio

sostuvo tranquilamente durante los cuatro años del mandato constitucional, pasando la presidencia á Miguel Domingue, proclamado el 11 de junio de 1874, quien contrató dos empréstitos en Europa, que dieron origen á su impopularidad. Promulgada la Constitución de 1874 (6 agosto), el general Tanis se levanta en armas contra Domingue, quien envía á su encuentro al general Loriquet con fuertes tropas; mas confundidas éstas con las rebeldes, dan muerte á Loriquet y el presidente logra ponerse á salvo á bordo de un buque extranjero.

El general Boisrond Canal le sustituye en 19 de julio de 1876 y deja abandonados á sus ministros los cuidados del gobierno y de la administración. Al igual de sus antecesores, vióse molestado por la ambición de rivales y por la oposición del partido liberal, que promovió violentas escenas en la Cámara. Los generales Boyer Bazelais y Montmorency Benjamín alentaron disturbios en la capital y en el Norte, con los cuales provocaron la dimisión y fuga del jefe del Estado en 17 de julio de 1879.

Instalado el gobierno provisional con la misión de preparar las elecciones presidenciales, se presentan como candidatos Bazelais, Benjamín y Salomón. No aviniéndose éste con esperar el resultado del sufragio, derriba en 3 de octubre al gobierno provisional y lo sustituye con otro encargado de asegurar su proclamación, que en efecto obtuvo buen éxito, á pesar de la oposición de los liberales. La asamblea adopta una nueva Constitución en diciembre, que amplía á siete años el período presidencial, garantía que estimuló á Salomón á ocuparse en realzar el crédito público, fundar el Banco nacional, arreglar los sistemas fiscal, postal y monetario, celebrar una exposición general de productos del país, tender el telégrafo submarino é impulsar las corrientes comerciales y la participación del capital en obras públicas, gracias á la confianza inspirada por el puntual servicio de los intereses de la deuda. Preocupado seriamente del desarrollo de la producción, procuró fomentar el cultivo del café, principal fuente de la riqueza agrícola, estimulando la creación de fábricas tan grandiosas como las centrales de Petit Gôave para el lavado y preparación del grano. El ejercicio de 1887-88 arroja á la exportación 85 millones de libras de café, cosecha la más abundante del presente siglo.

En medio de tan fructuosas tareas sorprenden á Salomón disturbios internos y dificultades internacionales, sorteadas con singular sagacidad y acierto. En mayo de 1882 reprime una insurrección en el Cabo. Boyer Bazelais se levanta en Miragoana, donde resiste tres asaltos consecutivos; extiéndese la revuelta á Jacmel y Jérémie, y el motín estalla en Port-au-Prince, cogiendo de improviso al presidente enfermo, quien emplea toda su energía hasta lograr dominar la situación, apoderándose de aquellas plazas, castigando á los revoltosos, indemnizando á los extranjeros perjudicados y afirmando su prestigio con tanta solidez que las Cámaras lo reeligen en junio de 1886. El 4 del mes siguiente se subleva con las tropas del Norte el general Seide Thélémaque y proclama á Boisrond Canal presidente del gobierno provisional, obligando á Salomón á dejar el poder y salir del territorio para establecerse en París, donde murió al poco tiempo. Thélémaque intenta apoderarse, por la fuerza de las armas, de la presidencia de la República; pero las tropas de Canal le dan muerte, renaciendo con este motivo los antiguos odios entre el Norte y el Sud. Las fuerzas del Norte á las órdenes de Hyppolite marchan sobre la capital, dispuestas á vengar la pérdida de su jefe; Léjitime, general del Sud, se apodera de la capital y del poder supremo y bloquea los puertos del Norte, enconándose la lucha entre ambos generales hasta que el ejército de Léjitime es destrozado completamente é Hyppolite elegido el 9 de octubre de 1889 por la Asamblea constituyente reunida en Gonaives, que procedió al mismo tiempo á elaborar una nueva Constitución.

Seis años lleva ya actualmente el general Hyppolite al frente de los destinos de su país, y por encima de los muchos y relevantes servicios que le tiene prestados, descuella como el más eminente la conservación de la tranquilidad pública, conseguida á costa de toda suerte de sacrificios durante período que resulta bastante dilatado para una nación tan propensa á las luchas intestinas como es la República de Haiti.

Cierto que no le han faltado peligros en el interior, merced á los manejos de Léjitime y de Manigat, refugiados en Jamaica y dispuestos á desembarcar en momento imprevisto sobre la costa; ni en el exterior, con motivo de las pretensiones de los Estados Unidos á la adquisición del Môle Saint Nicolás; empero, mediante una vigilancia exquisita consigue contener los manejos de los primeros, y colocándose en actitud de enérgica oposición contra toda desmembración territorial, hace desistir de sus intentos al gobierno de Wáshington y retirar la escuadra del almirante Gherardi de las aguas de Port-au-Prince, después de dirigirle un violento *ultimátum*. El actual presidente mira asimismo con especial preferencia al progreso de la instrucción pública, confiada á varias congregaciones religiosas y particulares subvencionadas por el gobierno, al par que estimula á la juventud en la senda de la ilustración y del progreso. Muchos jóvenes haitianos pertenecientes á distinguidas familias siguen sus estudios en los principales institutos docentes de Europa, brillando después en las legaciones, en el Parlamento, en la administración y en el cultivo de las letras, las ciencias y las artes. El Papa León XIII ha recompensado sus esfuerzos, mancomunados con los del legado apostólico, para la organización de los obispados y del clero. Dos veces ha recorrido todo el país, estudiando sus necesidades y enterándose de las aspiraciones del pueblo, de las mejoras convenientes á la agricultura y de las obras públicas de más urgente realización, habiendo mandado construir un mercado central, el más vasto y apropiado de las Antillas, concluído otros mercados y muelles, introducido la electricidad y los teléfonos, abierto caminos, levantado puentes, concedido ferrocarriles y estimulado todos los gérmenes de actividad antes amortiguados ó vacilantes. La marina de guerra le debe dos hermosos cañoneros, el «Petion» y el «Capois la mort.» El crédito público se ha reanimado gracias al pago puntual de los intereses y de la amortización de la deuda y á la reciente acuñación de moneda en París.

Imposible detenernos en reseñar la presente situación moral, política y económica y las condiciones geográficas, agrícolas y administrativas de Haiti; permítasenos, no obstante, recomendar á los lectores la interesante obra de los Sres. Gentil y Chauvet, publicada con motivo de la participación de la República en la Exposición de Chicago, y las estadísticas anualmente impresas por el Banco nacional, en cuyas páginas se desarrollan con exactitud y abundancia de detalles aquellas materias.

HONDURAS

República unitaria de la América Central, situada entre Guatemala al Noroeste, el Salvador y el Océano Pacífico al Suroeste, Nicaragua al Sur y el golfo de Honduras al Norte. Ocupa una extensión de 120.000 kilómetros cuadrados y tiene cerca de 400.000 habitantes. Divídese en trece departamentos, que son: Tegucigalpa. El Paraíso, Choluteca, Comayagua, La Paz, Intibucá, Gracias, Copán, Santa Bárbara, Yoro, Islas de la Bahía, Colón y Olancho. Su capital es Tegucigalpa con 13.000 habitantes.

Jefes del Estado de la República de Honduras

Dionisio Herrera. – Nació en Nicaragua y fué el primer presidente de la República de Honduras, elegido en septiembre de 1824. Al año siguiente (11 diciembre de 1825), decretó la Constitución particular que dicha República había querido darse. En abril de 1827 se rebelaron contra su mando algunos departamentos que proclamaron su unión al gobierno general de la República centro-americana, el cual decretó la cesación de Herrera; pero éste supo eludir el cumplimiento del decreto, y continuó al frente del poder ejecutivo, que ejerció algún tiempo como soberano absoluto. Enemistado con el clero, suscitó una sublevación que hizo necesaria la intervención de las tropas federales, las cuales sitiaron á Comayagua, poniendo al presidente en tal aprieto, que entregó esta plaza después de un mes de asedio y fué enviado á Guatemala fuertemente custodiado. Cuando al gobierno de los aristócratas en Centro-América sucedió el de los liberales en 1829, Herrera fué elegido jefe del Estado de Nicaragua, cuyo país gobernó con su acostumbrada energía. La oposición que los partidos le hicieron le indujo á presentar la dimisión de su cargo el 1.° de marzo de 1833; pero la Asamblea nicaragüense, reconociendo las altas dotes de mando de Herrera, le confirmó en él, y continuó desempeñándolo, no sin tener que reprimir otra rebelión, hasta enero de 1835. Elegido entonces jefe del Estado del Salvador, no quiso aceptar este puesto. No registra la historia de Centro-América el nombre de otro ciudadano que haya logrado ser elegido popularmente jefe de tres Estados. Herrera pasó obscuramente el resto de su vida.

Francisco Morazán. – Nació en Honduras en 1799. Al triunfar los liberales, á cuyo partido pertenecía, en 1827, se puso al frente de una corta división y con ella derrotó al coronel Milla, que á la sazón mandaba en Honduras. Entonces fué nombrado consejero, y como el Estado carecía de jefe y de vicejefe, se encargó del poder ejecutivo. El brillante triunfo de Gualcho, gracias al cual sometió por completo al partido servil ó conservador, le abrió á fines de 1828 las puertas de Guatemala, capital de la Confederación, donde restableció las autoridades liberales. En 1830 fué elegido presidente de esta Confederación, cargo que ejerció hasta 1840, en que triunfante de nuevo el partido conservador hubo de expatriarse.

Diego Vigil. – Como vicejefe del Estado, y por ausencia del general Morazán, ejerció interinamente el mando por espacio de algunos meses en 1829. Durante él tuvo que sofocar la sublevación que algunos desterrados de Honduras y de otros Estados de Centro-América promovieron en el departamento de Olancho en sentido reaccionario; y aunque después de vencidos los revoltosos se les concedió una amnistía, hubo de revocarse ésta porque aquéllos suscitaron un nuevo levantamiento en Opoteca. Vigil cesó poco después en el mando. (Véase el retrato de este personaje entre los de los presidentes del Salvador.)

Juan Lindo. – Nació en Honduras. Abogado distinguido, representó en la Asamblea de la América Central á su Estado natal, y en 1830, apoyado por los conservadores victoriosos, logró ser elegido ministro de Estado y de Gobernación del Salvador y en 7 de enero de 1841 jefe de este Estado. (Véase su retrato entre los de sus presidentes.) Cuando cesó en este cargo, procuró adquirir influencia en Honduras, donde aspiró á la presidencia del Estado, y como ninguno de los candidatos obtuvo en las elecciones para el período de 1847 y 1848 suficiente número de votos para ser candidato con arreglo á la ley, la Cámara de Representantes, eligiendo entre los que más habían obtenido, elevó á la presidencia á Francisco Herrera, y por renuncia de éste, nombró por unanimidad presidente de Honduras á Juan Lindo en 13 de enero de 1847. Uno de los principales sucesos ocurridos durante su administración, fué la parte indirecta que tomó cuando la guerra entre Méjico y la República norteamericana. Con motivo de ésta, Lindo, sin estar autorizado por la Asamblea, publicó una proclama, verdadera declaración de guerra á los Estados Unidos, en la que ofrecía su concurso á los mejicanos. Otro de sus intentos fué reformar la Constitución de Honduras, para hacerse bienquisto de los conservadores. Terminó su período presidencial en 1852.

Trinidad Cabañas – Como militar arrojado y animoso se había distinguido por sus brillantes hechos de armas en las guerras civiles de Centro-América, y sus servicios á la causa liberal le dieron tal popularidad, que en 1852 fué elegido presidente del Estado de Honduras en sustitución de Lindo. Cabañas se esforzó por verificar mejoras materiales y morales de reconocida utilidad y sobre todo fomentar la instrucción pública. El gobierno Carreras, presidente de Guatemala, so pretexto de buscar rebeldes en la frontera, invadió á Honduras con el fin de hacer la guerra al general Cabañas. Éste reunió tropas y salió á rechazar la invasión, pero solo, y atacado por aquella República y por las del Salvador y Nicaragua, hubo de sucumbir en 1855 y fué expulsado del territorio de su patria.

Santos Guardiola. – Los reaccionarios triunfantes en Honduras eligieron presidente en 1856 á este general, que afiliado á su partido había prestado excelentes servicios en las luchas sostenidas por él. Al ocupar la presidencia había ocurrido la famosa invasión del filibustero Walker en Centro-América, y aunque en un principio no se manifestó hostil al invasor, las excitaciones de los demás gobiernos centro americanos le obligaron por fin á declararse contra él.

– En el período que media entre el año 1858 y el de 1877 fueron elegidos presidentes, entre otros, don Francisco Montes, D. Céleo Arias, y D. Domingo Vázquez, cuyos retratos publicamos, por haberlos recibido de Honduras; pero no nos ha sido posible recabar, á pesar de haber apelado á cuantos medios nos ha sugerido nuestro buen deseo, ni aun de las fuentes más autorizadas, ningún dato biográfico relativo á dichos hombres políticos.

Marco Aurelio Soto. – Escritor y político distinguido, fué elegido presidente de Honduras el 29 de mayo de 1877, y ejerció el cargo, sin que ocurrieran acontecimientos notables hasta noviembre de 1881.

Luis Bogran. – General muy popular en su patria, fué nombrado jefe del Estado en 27 de noviembre de 1883; reelegido el 19 del propio mes de 1887, cesó en noviembre de 1891.

Ponciano Leiva. – Elegido presidente en 30 de noviembre de 1891, cesó en diciembre de 1893.

Policarpo Bonilla. – Elevado á la presidencia desde el 24 de diciembre de 1893, la desempeña en la actualidad.



REPÚBLICA DE HAITI.—Jefes del Estado



REPÚBLICA DE HONDURAS.—Jefes del Estado



Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XV — Barcelona 6 de enero de 1896 — Núm. 732



LAS PRIMERAS NIEVES, dibujo de Hal Hurst

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR (1)

Primera Pascua de Navidad en el Nuevo Mundo. – Nochebuena de Colón en diciembre del 92. – Mala noche. – Revelaciones de nuestra civilización á la gente isleña y consecuencias connaturales á ellas. – Los indios y los españoles. – Posesión de aquellos mares é islas. – Consideraciones. – Conclusión.

Había llegado Colón en fines de diciembre de 1492 á Santo Domingo desde Cuba, y encontrádose allí un cacique muy benévolo, llamado Guacanagarí, circuído de gente muy entusiasta. En vista de tal entusiasmo, expidió una embajada formal Colón á Guacanagarí el indio, y en vista de los informes por los embajadores traídos, resolvió levar anclas é irse, aunque con viento terral, á los dominios de su aliado, distantes cosa de unas cinco leguas. Era el día 24 de diciembre de 1492, y salió por la hora del alba. Navegaron todo el día, pero anduvieron poco. Llegó la noche, la Nochebuena, y quiso Colón celebrarla con lo más cumplidero á la salud suya y con lo mejor para los marinos, con un buen sueño. Acostóse, pues, rendido por las vigilias y desvelos de tres noches subsiguientes á tres días de trabajos hercúleos. Sueño dulcísimo debió sobrevenirle. Aquella invención del Nuevo Mundo, negada por todos; aquella tranquilidad profundísima de mares vírgenes desflorados por las quillas de carabelas españolas; aquella interminable aparición de islas muy semejantes á edenes; aquellos hombres inocentísimos, enlazados á la naturaleza por tan misteriosas relaciones y prontos á entrar en la civilización y en el cristianismo, debían sugerirle de seguro ensueños benéficos y faustos, propios de la primer Nochebuena tranquila que pasara tras unos seis lustros de titánicas guerras, mantenidas con todo el mundo en general, y á veces hasta consigo mismo. Era la hora de media noche, la más propia para oir espiritualmente y dormido el eco de las fiestas infantiles en las lontananzas sonrosadas del tiempo pasado. Todo en el cielo sonreía y todo en el mar era bonanza. Los marineros dormían á pierna suelta, conocedores del espacio aquel y de sus bajíos por haberles precedido la flotilla de barquichuelos y canoas enviados por Colón al monarca indio. Un grumetillo velaba sobre aquel timón, ¡tanta seguridad tenían todos en el bonancible tiempo y en la próspera navegación!, cuando encalla de pronto en unos bajíos la nao capitana. Su temperamento nervioso avisó á Colón del peligro, y este aviso le transportó, como con alas, á cubierta. Rápido cual el rayo, dió las órdenes convenientes para cortar el mástil y echar el cargamento. ¡Inútil remedio! Aquel accidente no fué avería; fué naufragio. Desertora la *Pinta*, encallada la *Santa María*, de las tres carabelas que desde Palos al Nuevo Mundo zarparon, únicamente restaba la más pequeña y frágil. A ella se trasladó, y desde allí expidió á Guacanagarí nueva embajada contándole su adverso caso mientras barloventaba él hasta que fuese de día. No bien supo el monarca indio la desgracia, procuró con todos sus medios aliviarla, sin ahorrar ningún recurso, ni perdonar ningún sacrificio. Desastradísimo caso tener que presentarse delante de tribus muy supersticiosas y muy creídas de que la próspera fortuna siempre va en compañía de lo superior y de lo sobrenatural con las menguas consiguientes á un verdadero naufragio, demostrativas de cómo el mal se dilata por todo lo criado y cómo de su poder y de su imperio seremos todos siempre tributarios igualmente. Mas el afecto de amistosa hospitalidad sobrepujó á todo en aquella confiada tribu y en aquel efusivo monarca. El socorro necesario en la hora nefasta y todo el aviamiento precavedor de lo futuro llegaron como providenciales beneficios á los atribulados con un orden y un método admirables. Pusiéronse los despojos de aquel golpe cruelísimo en montón, y los guardaron más que si fueran cosa propia la gente aquella, cumpliendo así las órdenes de su caudillo. Descargaron todo el cargamento con prontitud increíble, y lo pusieron á buen recaudo, sin que marrase ningún asomo de auxilio, ni se perdiese la punta de un alfiler. El día 26 de diciembre, segundo de Navidad, visitó Guacanagarí á Colón, y encontrándolo muy compungido, reiteróle toda su amistad y brindóle con todo su concurso para en adelante. Agradecióle mucho el descubridor, y se propuso aprovechar tales afectos en pro y en servicio de su descubrimiento. Y como no hay mal que no venga por bien, la detención esta prosperó mucho los planes del descubridor, dándole seguros indicios de futuras exploraciones y prácticos medios de aunar amistades con los naturales. En efecto, á poco de irse muy apenado el caudillo, presentáronse otros indios en canoa y trajeron al descubridor oro en mutuo cambio de cascabeles. Hombres aquellos muy cercanos á la naturaleza, prendábanse de todo cuanto á los sentidos se dirigía, y gustaban de los cascabeles por el son alegre suyo, acostumbrados como estaban al ronco fragor de las guijas, encerradas en troncos huecos y muy análogas en sus ruidos con las matracas groserísimas usuales desde tiempo inmemorial entre nosotros, bien diversas de las sonoras campanas.

Los historiadores próximos á los días del suceso refieren las mezclas que hacían los indios de nuestras recién oídas palabras con su idioma nativo, tan curiosas como los primeros píos de las avecillas anidadas en los árboles bajo las dos alas de sus madres, ó como los balidos del recental que pide la ubérrima teta. «Chuca, chuca cascabeles,» exclamaban pidiendo las bujerías aquellas, tan ruidosas como inútiles, con insistencia de todo punto infantil. Así acontecíó que algunos, portadores de un pedazo de oro para cambiarlo por un cascabel, soltaban el objeto riquísimo pronto, como quien de cosa baladí se desprende, y tomaban las chucherías europeas de prisa, echando á correr con precipitación y volviendo á cada instante la cabeza con cuidado para ver si el cambiante se arrepentía de su oneroso cambio. Buenas gentes y envidiables que creían haber engañado á los españoles dándoles oro por cascabeles en aquella dichosa edad, que bien merecía compararse con la tradicional poética señalada por el desprecio de las riquezas y el contento con un puñado de bellotas en mano y una bebida de agua en manantial. Parece imposible pueda encontrarse tan cercana de nuestra positiva edad la edad aquella, en que los indios creían engañar á sus huéspedes trocando su oro por nuestros cascabeles. «Destos engaños – dice un escritor monje, cuatro lustros después, – destos engaños quisieran muchos cada día los españoles de aquel tiempo, y aun creo que los de este no los rehusarían.» Todos los objetos de latón privaban con prioridad en su candoroso ánimo. El sonido y lustre de tal materia, juntos con su flexibilidad, encantábanlos en términos que la buscaban codiciosos y la retenían avarientos. Llamábanlo «turey,» lo que significaba en su lenguaje primitivo, tanto como celestial. Y se proponían trocarlo por su oro. Inútil añadir cómo, estimado por Colón el precioso metal objeto primero de sus afanes y resultado primero de sus descubrimientos, holgaríase con la disposición de los indios á entregarle tanta riqueza en cambio de tan pobres baratijas, y cómo concluiría en su psiquis mística la desventura del naufragio en ventura dispuesta por el cielo. Unióse con todo esto la generosa invitación del cacique á visitar sus tierras y las noticias de áureos provechos, tan aceptas al espíritu del descubridor y tan enlazadas con todos los fines de su épico viaje. Después de haber comido Guacanagarí en la carabela *Niña* con el almirante, comió el almirante con Guacanagarí en el Bohío, lugar de este último. En tales entrevistas le dijeron que había un punto llamado Cibao, donde se cogía el oro á flor de tierra y se daba de grado á todos por no tenerlo aquellos habitantes en estima ninguna. Cuando el nombre de Cibao resonó en los oídos del almirante, creyó habérselas con Cipango, y comenzó á levantar castillos en el aire y á creerse ya metido en el deseado imperio indio. Y conversando sobre la población y sobre la tierra de aquellas regiones con naturales tan francos de suyo, entendió en las confusas interpretaciones de cuanto le decían, quejas relativas al trato que les daban los vecinos caribes é hipérboles terribles respecto de la voracidad connatural á éstos. Así, ayudado en parte por las pésimas traducciones que hacía él de todo cuanto le contaban y en parte por los fantaseos propios de su imaginación creadora, creyó haber oído que le hablaban de una raza perversa en su naturaleza moral, y en su naturaleza física deforme, la cual raza, con un solo ojo en la frente, como los cíclopes de la fábula, y una cabeza de perro en los hombros, y un rabo de mucha longitud en la espalda, manteníase con carne humana y bebía humana sangre arreo. Colón, en agradecimiento á las noticias recibidas de la soñada Cipango, les prometió auxilio de sus poderosos reyes contra los caribes y toda clase de gracias y de beneficios á ellos por su oro. Y comenzó tras esta conversación á ponerles ante sus ojos las ventajas todas de una civilización como la civilización hispánica, y el incremento que tomarían sus intereses con aceptarla; y al objeto de mostrarles el fundamento de lo dicho, puso al desnudo cuerpo de su salvaje amigo una camisa y le metió las dos manos callosas en sendos finos guantes. Obsérvase cómo las costumbres adaptan el traje á la figura, en cuanto vemos cualquier individuo ceñido con uno que no le cuadra, pues en ridículo cae sin remedio así que tal disfraz inadaptable á su cuerpo se viste. Cosa de risa y sainete la figura del cacique, modelada por aire y luz en libertad y adherida por sus costumbres naturales al suelo, como un vegetal, ó moviéndose con movimientos casi animales, vestida de los arreos propios á la más alta civilización y cultura, los cuales reñían á una con todo cuanto él era. Por lo que os parece un mono vestido de hombre, podéis deducir lo que os parecería un indio vestido de español, un indio enguantado. Se comprenden las costumbres de aquellos salvajes en cuanto se sabe que no conocían armas de ningún género, si debemos prestar crédito á lo trazado en su *Diario* por el almirante para información de los reyes. Contradice un poco esto lo aseverado en otro lugar por el mismo almirante acerca de las continuas guerras mantenidas entre los indios haitianos y los indios caribes; pero como sea Colón el singular testigo de todos estos hechos y su testimonio el único alegable, á él y á lo por él dicho necesitamos atenernos. Así añade que para más sorprenderlos y maravillarlos, envió á la carabela por un arco turquesco y unas flechas de castillo, y como un tripulante las ensayara, pareciéronles á los hijos aquellos de la pura naturaleza verdaderamente milagrosos. Pero cuando su asombro llegó hasta el terror fué al oir el estruendo de cañones y fusiles, disparados en salvas de regocijo, oídas por sus orejas, ignorantes de tal fragor, como nubes tempestuosas y horribles.

El fogonazo, el estampido, el humo dados por aquellas materias inflamables con tanta facilidad y resonantes con tal estruendo, los efectos suyos de verdadero estrago y exterminio, asombraron de modo tal á los indios, que todos cayeron por el suelo, lanzando alaridos de miedo y haciendo gestos de terror, cual si hubiesen visto llegarse á ellos la muerte. Así no debe maravillarnos la inmediata inducción hecha de todo cuanto veían y les circundaba respecto á la naturaleza divina de quien así podía manejar elementos parecidos á los que avivan el relámpago, retumban en el trueno y con el rayo caen desde las inaccesibles alturas sobre la honda tierra y sus misérrimos engendros. La color blanca, la mirada imperiosa, la reluciente armadura, la viril barba, el acero chispeante, la carabina mortífera, bastaban á una con la superioridad evidentísima suya sobre los utensilios y los rostros indios para revestir de caracteres sobrenaturales y divinos los huéspedes abortados por un océano parecido al cielo y hasta entonces en solemne soledad. Así los haitianos se postraron de hinojos ante los españoles y les reconocieron autoridad de naturales dominadores. Todo huésped les parecía santísimo, cuanto más aquellos huéspedes singulares y sobrehumanos. Colón por ende creyó la conquista moral de aquellos indios concluída y perfecta. Nada más natural que sellarla con alguna marca exterior de verdadera importancia, un castillo, por ejemplo, un fuerte improvisado, signos materiales y tangibles de soberanía efectiva en la Europa feudal y monárquica. Los restos de la embarcación á su fábrica sirvieron, y el auxilio de los indios cooperó al pensamiento de los españoles con tal diligencia, que bien de prisa el fuerte se levantó á los ojos de aquellas tribus tan dóciles y en el seno de aquella comarca tan virgen, tomando el nombre de Fuerte de la Natividad, puesto por Colón en memoria de su naufragio. Aquella toma de posesión, lejos de asustar á los poseídos, empeñóles más y más en su obediencia y acatamiento al poseedor, mientras á Colón sirvióle para comenzar la conquista y descargarse de gente á su regreso, embarazosa cuando sólo disponía de la más diminuta entre sus carabelas, y captar voluntades en España, voluntades útiles, para ir de grado adonde tan de grado se quedaran los recién idos. Así pasó la primera pascua de nuestra Navidad en el Nuevo Mundo, y de tan humildes raíces brotó el árbol de la civilización cristiana que hoy lo cobija desde uno á otro polo para el progreso y para la libertad.

Madrid, 21 de diciembre de 1895.

(1) La publicación del número extraordinario de primero de año nos impidió insertar á su debido tiempo este artículo y el de doña Emilia Pardo Bazán que va en la página 54; mas como tratándose de tan insignes escritores, sus trabajos tienen siempre gran interés, creemos que nuestros lectores han de agradecernos que los publiquemos aun después de pasada la oportunidad de momento.

6 de Enero

BERRUGUETE

MDXXXIX



La Transfiguración. Coronamiento del templete de la silla del arzobispo en la catedral de Toledo

A los lectores de "La Ilustración Artística"

Encargado por los editores de este periódico de escribir una *efeméride artística* para cada uno de los números que han de ver la luz durante el año de 1896, puse manos á la labor, seguro de las dificultades con que había de tropezar para llevarla á cabo, tal y como LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA lo requiere. Halagábame la idea de ofrecer á mis constantes lectores una ligerísima síntesis – que á más no alcanza mi saber – de la historia de las principales y más famosas obras de arte que en la pintura y en la escultura se produjeron desde los tiempos de Grecia á los actuales, y tomé con doble empeño el salir airoso de tanto trabajo como significa rebuscar fechas, consultar biografías, monografías, diccionarios, libros de historia del arte, etc. Pero sinceramente declaro como aquellas dificultades de las cuales hablo más arriba, hiciéronse tan insuperables algunas durante mi trabajo, que á punto me llevaron, más de una vez, de rescindir el compromiso contraído.

No crean mis lectores que voy á contarles mis angustias y desfallecimientos; son tales relatos algo que pertenece á la vida íntima del escritor y que tan sólo en el seno de la confianza ó en momentos de victoria pueden ser contados y aun soportados por quienes los lean ó escuchen; pero sí creo pertinente decir algo en descargo de mi conciencia, harto más conturbada en estos instantes en que veo el ingente montón de cuartillas en las cuales he estampado cuanto he podido acopiar en breves meses, que si hubiese cometido un delito; aun cuando delito es no cumplir (sea por la causa que quiera), como merecen los lectores de este periódico, lo demandado y ofrecido. Mas á pesar de eso, y acaso por eso mismo, debo una explicación, y ahí va.

Dado el número de Diccionarios, ya biográficos puramente, ya enciclopédicos, que existe, las varias y completas historias del arte, monografías, biografías críticas de artistas célebres y otra serie de documentos de esta índole que continuamente están saliendo de las imprentas (en sus cuatro quintas partes, extranjeras), no es trabajo muy difícil reunir cincuenta y dos *efemérides* de artistas ilustres; no así número igual de fechas que conmemoren, bien el comienzo de una obra maestra de la pintura ó de la escultura, bien el día que se terminó ó descubrió, como acontece con las famosas estatuas griegas la *Venus de Milo* y la *Victoria de Samotracia*. Limítanse los datos históricos, en la mayoría de las veces, á decir el año, cuando más, la época del año en que ó se comenzaron las obras de arte de que hago mención ó se expusieron á la admiración pública; muy rara vez el historiador ó el biógrafo fijan el día; pues aun el mismo Vasari, biógrafo y contemporáneo de los más grandes artistas que contó el Renacimiento en Italia, suele muy á menudo pasar por alto el dato de la fecha, ó la equivoca, como se ha podido hacer constar no ha mucho tiempo.

No pretendo, pues, por lo dicho, que absolutamente todas las *efemérides* que ofrezco en estas columnas sean irrecusables en cuanto á la fecha que les asigno; algunas verán cuantos las leyeren, que al lado de la fecha llevan el signo interrogante, como, por ejemplo, acontece con la efeméride del célebre cuadro de Rafael *El Pasmo de Sicilia*. Tales interrogantes son para indicar que solamente del mes y año se tiene conocimiento, mas no del día. Podía haber hecho otra página histórica respecto de la cual no hubiese duda; pero el valor artístico de la obra me obligó más de una vez, y cuando ya tenía escrito el artículo, á romper las cuartillas; pues solamente como muy secundaria ocupa un lugar en los anales del Arte la obra historiada.

Y aquí termino este prólogo ó advertencia, escrito para descargo de mis escrúpulos de escritor verídico, mejor que para señalar á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA aquellos defectos, dudas y omisiones que puedan advertir en mi labor; pues sería ofender su cultura, cuando he menester tanto de su benevolencia para que estas *efemérides* sean miradas por ellos con la buena voluntad con que siempre han sabido leer mis trabajos.

R. BALSA DE LA VEGA

LA TRANSFIGURACIÓN

Día 2 de enero de 1539

Comiénzase la célebre sillería de la catedral de Toledo

El maestro Rodrigo ejecutara en 1495 la sillería *baja* dispuesta sobre la grada inferior del coro. Inspirárase el artista en los entusiasmos bélicos que enardecían entonces los ánimos; y la reconquista de Granada, acaecida tres años antes; las proezas realizadas por los guerreros cristianos; el aliento que hizo llevar nuestras armas vencedoras hasta Italia, proporcionaron al tallista escultor de la sillería *baja* de la catedral toledana asunto de carácter heroico para inmortalizar la epopeya de los últimos tiempos de la Reconquista, esculpiendo combates, asaltos de ciudades y castillos en los respaldos de aquellas sillas.

A cincuenta y cuatro alcanza el número de sillas en que esculpió el maestro Rodrigo los principales episodios de la llamada guerra de Granada; y para que no quedase duda alguna de que á los citados hechos de armas aludía en aquellos bajos relieves, grabó en cada tablero el nombre del castillo, ciudad, villa, batalla, combate que antecediera á la toma de la ciudad de Boabdil.

Cuarenta y un años después que terminara el maestro Rodrigo (empleó tres años en su obra) la citada sillería *baja*, Alonso de Berruguete y Felipe de Borgoña comenzaron, «partiendo – dice un elegante escritor é historiógrafo de arte español – el campo como buenos justadores,» la obra magna de terminar la sillería. El de Borgoña esculpió las sillas del lado izquierdo, y las del derecho Berruguete. No intentaré aquí una descripción de esta obra de arte, verdadera maravilla del Renacimiento; tarea es esta que ocuparía gran espacio y que además no encaja por entero en el motivo de esta *efeméride*. Solamente haré constar que mientras el citado maestro Rodrigo esculpía escenas bélicas, Berruguete y Borgoña buscaron en el Antiguo y en el Nuevo Testamento los motivos de sus hermosas obras, tallando en el mármol profetas, santos, apóstoles y escenas de la vida de Jesús.

Murió Felipe de Borgoña en los últimos días del año 1543, cuando ya terminara, ó estaba en punto de ello, las sillas que le correspondiera esculpir; quedóse, pues, solo Berruguete y hubo de trazar y realizar la magna obra de la silla del arzobispo que debiera esculpir su rival.

En el coronamiento del templete, bajo el cual está la silla, el insigne discípulo de Miguel Angel desplegó todas las energías de su genio y la grandiosidad de su estilo. Es tal coronamiento el grupo de *La Transfiguración*, que recuerda el célebre cuadro de Rafael Sanzio, y que, como él, se ajusta al texto del Evangelio de San Mateo, que dice:

«Y después de seis días, toma Jesús consigo á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva aparte á un monte alto:»

«Y se transfiguró delante de ellos. Y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve.»

«Y he aquí, les aparecieron Moysés y Elías hablando con él.»

«Y tomando Pedro la palabra, dixo á Jesús: Señor, bueno es que nos estemos aquí: si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para ti, otra para Moysés, y otra para Elías.»

«Él estaba aún hablando, cuando vino una nube luminosa que los cubrió. Y he aquí una voz de la nube diciendo: Este es mi hijo el amado; en quien yo mucho me he complacido: á él escuchad.»

«Y cuando lo oyeron los discípulos, cayeron sobre sus rostros y tuvieron grande miedo,» etc. (San Mateo, cap. XVII.)

Talló Alonso de Berruguete el magnífico grupo de *La Transfiguración* en una pieza de mármol extraído de las canteras de Cogolludo en la provincia de Guadalajara. Seis son las figuras que aparecen en la composición. La de Cristo, llena de majestad; la de Moisés, enérgica é imponente, y no menos enérgica la apocalíptica de Elías. La silla y este grupo lo realizó todo Berruguete en el espacio de cinco años y percibió la suma de 43.892 reales.

Reconócese inmediatamente la mano del insigne maestro en *La Transfiguración*, y sin necesidad de un examen muy detenido, en todas las demás figuras y sillas por él esculpidas. Mas con especialidad en el grupo dicho y en las efigies de los apóstoles de la izquierda del frente del coro, la energía del modelado, la traza vigorosa y sobria, la grandeza con que concebía el tipo y la clásica majestad de la decoración, distinguen fuertemente su obra de la de su contrincante, el famoso Felipe de Borgoña, en quien, por el contrario, la nota dominante de su estilo era la gracia y la morbidez (á menudo confundida con la suavidad). Si en las figuras por éste esculpidas, las redondeces de forma, la elegancia gentil de los movimientos, la riqueza en el detalle de la indumentaria son cualidades que las distinguen, las de Berruguete, comenzando por el rigorismo histórico de las vestiduras y concluyendo por lo atrevido de las actitudes y el acuse de poderosa musculatura, traen á la memoria la escuela florentina, á cuya cabeza se pusiera el gran coloso de la escultura del renacimiento italiano, el autor de las pinturas de la Sixtina.

Precisamente esas energías de línea, de actitudes, de expresión, de concepto, se ven determinadas de un modo claro en el grupo *La Transfiguración*. Quien conozca un poco estilos y escuelas, no puede

sustraerse al recuerdo de la influencia de Miguel Angel, como hombre y como artista, en el temperamento de Berruguete. Copiárale largos años, pintara y modelara bajo la dirección del grande amigo de Julio y de León, bebiera en las fuentes mismas del Renacimiento, y aportó á toda su obra, aun á la que hubo de realizar en los últimos años de su existencia, el gusto avasallador del arte italiano, mejor dicho, del de Florencia.

Las atrileras que sobre columnas estriadas se ven á los lados de la silla arzobispal, no son de mano de Berruguete, como tampoco el grupo de niños con que rematan. Mas no por eso son menos dignas de encomio, así como los bajos relieves en bronce que las avaloran. Ejecutáronse veintiséis años después de terminada la silla, y los artistas fueron los Vergaras, padre é hijo, quienes cobraron por su trabajo, después de muchos dimes y diretes, 72.722 reales.

No he de terminar esta efeméride sin hacer constar que la obra de la sillería se realizó bajo el reinado de Carlos V, y siendo arzobispo el célebre Tavera, que había de inmortalizarse tanto ó más que por sus hechos por haber encargado á Berruguete su propia efigie en mármol para su sepulcro. El cabildo catedral regido por Tavera fué quien mandó poner en ambos lados del coro la siguiente inscripción: *Anno sal. MDXLIII sant. dom. nost. Paulo III pont. max. imp. Carolo V augusto rege. illus. card. Joan Tavera ven. antist. subselliis suprema manus imposita. Didaco. Lup Ajala vic. præf. fabricæ – Signa, tunc marmorea tunc lignea, cœlavere hinc Filipus Burgundio ex adversum Berruguetus hispanus; certaverunt tunc artificum ingenia, certabunt semper espectatorum judicia.* A las encomiásticas afirmaciones de esta inscripción puede añadirse lo que uno de los más ilustres críticos franceses dice de Berruguete con motivo del grupo *La Transfiguración*: «Brillan – dice – en esta obra, como en las principales de escultura del gran artista, la grandeza de la forma, la nobleza de los caracteres, la ciencia anatómica y el vigor del modelado, digno de tan insigne discípulo de Miguel Angel. La corrección del dibujo es en Berruguete irreprochable.» Teófilo Gautier, al contemplar *La Transfiguración*, las efigies de los apóstoles y el sepulcro del cardenal Tavera, exclama: «La tierra cocida más blanda y fácil de modelar no la maneja ningún escultor con más libertad que Berruguete este mármol. ¡Parece barro petrificado!»

R. Balsa de la Vega

Silla arzobispal en el coro de la catedral de Toledo, obra de Berruguete. (Véase la *efeméride artística*)

LAS MAÑANAS DE MADRID

EL CAFETERO AMBULANTE

Algunos puñados de café anónimo, que ya dejó cuanto tenía de tal en las estañadas vasijas de Fornos ó del Suizo; una docena de mendrugos de pan quemados sobre las áscuas y triturados luego con el almirez; medio kilogramo de higos secos, de los más baratos que se venden en la plaza de la Cebada y un buen puchero de agua hirviendo, y ya tiene el *Pachín* su cafetera lista.

Terminada esta grandiosa y delicada operación química y puesta la lumbre correspondiente en la parte inferior del receptáculo, el buen asturiano echa una ojeada al exterior por la estrecha ventana de su buhardilla, cerciorándose de que hace un frío de padre y señor mío, amenizado por húmeda y pegajosa neblina y por un vientecillo del Guadarrama que hace chuparse los dedos de gusto al transeunte madrugador, en vista de lo cual determina ponerse su abrigo, consistente en un pingajo de bufanda con el que se da unas cuantas vueltas al cuello. Al observar esta precaución que indica gran descenso en la temperatura, la *señá* Bernarda, digna consorte de *Pachín*, acreditada *churrera* de la plaza del Progreso, descuelga de un clavo un pedazo de manta que se echa sobre los hombros, sujetándola en torno de la cintura con un delicado trozo de cordel, y hete aquí á los dos industriales dispuestos á la lucha por la existencia, como diría un darvinista, ó á ganar la puchera, como ellos dicen sin meterse en filosofías.

Una copita de aguardiente del peor que se falsifica en España sirve á los esposos para *tomar la mañana* y *quitar las telarañas del sentío*, según afirma *Pachín*, y pocos minutos después el cafetero y la churrera bajan la empinada escalerilla de su morada de la calle de la Pasión y se pierden en el dédalo de callejas de los barrios bajos.

Media hora más tarde el activo astur se encuentra en las inmediaciones del Congreso. Al oir la conocida voz de *Pachín* que pregona su mercancía, dos mirones que pasean por las aceras del Palacio de la representación nacional dando fuertes patadas en las losas para combatir el frío, lanzan un grito de satisfacción y se adelantan al encuentro del cafetero.

– Anda, hombre, dice uno de ellos, procedente de la ilustre villa de Pravia, que hoy bien se te *pegarun* las sábanas. Ya *dierun* las seis y media...

– Es que habrá tenido que ir al Palacio Real á servir el café, añade el otro, que se las echa de gracioso.

– *Salú*, caballeros, contesta *Pachín*. ¿Quién quiere?.. ¿Quién lo bebeee? ¡Que viene quemandoooo!..

– *Buenu, buenu; menus gritus* y más *esaztituz;* echa una taza.

– Allá van en seguidita, señores.

Y abierta la espita del artefacto, sale el humeante líquido, que absorben con delectación los aurigas en desportillados vasos de vidrio, mientras el expendedor, haciéndose el distraído, finge contar los buñuelos que contiene un canasto, compañero inseparable de la cafetera, con el santo fin de animar á los parroquianos á gastar dos céntimos más en uno de aquellos productos de la repostería popular.

– Oye, Toribio, dice entonces el cochero humorista, dirigiéndose á su compañero: ¿cuántos te comerías?

– ¡Oh, *nun* se puede asegurar! Me *creu* que *lu menus cuatru ducenas.*

– ¿Nada más? ¡Qué desganado estás, hombre!

– Eso es una miseria, observa *Pachín*. Tengo yo un parroquiano en la calle de la Cabeza, que el día de San Isidro se comió ciento ochenta y dos, ni uno más, ni uno menos.

– ¡Eso ya es una cosa decente!; pero cuatro docenas..., ¡quita, hombre, no sé cómo no se te cae la cara de vergüenza! ¡Mal gallego!

– Mira, dice entonces el cafetero. Me quedan treinta y tres, podías probar á ver qué tal te portabas.

Toribio, avergonzado por los justos reproches de su compañero, mira el canasto con aire de tragarse, no sólo el contenido, sino hasta el continente, con tal de dejar bien sentado el pabellón de la terriña.

– No tiene éste arranque. Es de Pravia. Estoy seguro que si estuviera aquí *Jeromo* el de *Piloña* ya no quedaba un buñuelo.

– Claro, es lo regular.

– Andar y que *sus* lleve el *enemigu*. *Nun tengu* más que un *perru* grandón y quieren que me coma treinta y tres *buñuelus* que á dos *sentimitus* son...

– Sesenta y seis céntimos, compañero.

– ¿*E* tú *lus* pagas?.. ¿No? Pues entonces *nun fales* más. *Pagandu otru* me *comu* yo siempre una *ducena* más que *Jeromu* el de *Piloña ú nun* me *llamu Toribiu.*

Pachín comprende que todo aquello no pasará de conversación, y recogiendo sus vasos y los diez céntimos que le dan los simones abandona su grata compañía y se dirige en busca de un grupo de traperos, barrenderos y otras gentes *ejusdem furfuris*, situado en una bocacalle próxima. Allí la misteriosa pócima obtiene gran despacho y en torno del cafetero se establece la más animada tertulia.

– ¡Huy!, exclama Juanita, doméstica de poco pelo á quien su ama envía muy tempranito á la plaza de los Mostenses. ¡Y qué poco azúcar tiene hoy esto, tío *Pachín*!

– Es que los higos están caros, responde sentenciosamente Nemesio, individuo distinguido del gremio de albañiles.

– ¿Cómo higos?, responde el cafetero; azúcar y del bueno es lo que pongo, del mismo precio del que gastan en el Oriental. ¡Ande, ande el movimiento, quién quiere otro! Chiquilla, toma un buñuelito y verás qué cosa más rica mojadito en el café.

Juanita vacila ante la tentadora oferta; pero duda pensando de dónde saldrá el extraordinario en cuestión, pues la compra es escasa y su dueña le ajusta las cuentas mejor que el más experto contador del Tribunal del ramo.

– No se puede, tío *Pachín*, están las cosas muy apuradas.

– Porque eres tonta, dice Nemesio. Yo si fuera que tú me tomaría lo que me diera la gana. ¿*Pa* qué están los burgueses mayormente? *Pa* pagar lo que se *ofrezga*. Peseta arriba *ú* abajo. ¿Digo algo?

– Si usted estuviera sirviendo en la casa donde yo estoy, no diría eso; hay día que aún tengo que poner dinero de mi bolsillo.

– Puede.



LAS MAÑANAS DE MADRID.-EL CAFETERO AMBULANTE, dibujo de Méndez Bringa

(Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero)

– Vaya. En una compra de cinco reales no hay escape.

– Pues hija, dice *Pachín*, ¿dónde estás?, ¿en casa de la duquesa de Medinaceli?

– Casi. Ahí en el 7, cuarto quinto de la derecha, interior; una señora sola que tiene dos pupilos que...

– Veas á ver si quiere admitir también á este cura, interrumpe Nemesio

– ¿Y la Gervasia?, ¿qué vas á hacer de ella?, pregunta una trapera que se ha acercado á tomar su café.

– ¿La Gervasia?.. Ya me tiene más frita la sangre... Si no fuera por el clero, estaría uno como el pez en el aire, pongo por caso. Pero así, calla, chica, que desde el punto y hora en que se ha *metío* á eclesiástica, no se *pue* vivir. Que si hoy es domingo, y tú y yo y el otro lo que queremos es tomarnos unas tintas *ú* comernos unos callos; pues *na*, comienza ella: «Que tienes que ir á ver un pedazo de misa,» y dale machaca hasta que te hace ir á la iglesia; y claro, ya sales *disgustao* y se te quita el humor *pa too* el día; cuanto que si por la mañana tempranito te tomas una cuartilla de lo tinto y una lata de sardinas, ya estás *animao pa* un sin fin de horas.

– Hombre, para todo hay tiempo, observa un viejo barrendero, y un sermón es un sermón, y una copa es una copa.

– Mira qué otro presbítero, exclama el albañil; tú, como ya vas *pa* Villavieja, hablas así; pero lee el almanaque de *Las Dominicales* y te desengañarás del fanatismo, que nos tiene *perdíos*. También la Gervasia quería que entrara yo en una cofradía de no sé qué, y yo le dije, digo: ¿Qué beben esos? *Na*, pues no me da la gana. Así, clarito; el hombre ha de tener carácter.

– Vaya, vaya, interrumpe el cafetero, á tomar otro vaso. Anda, tú, arrima la escoba y toma canela fina.

– No me lo consiente el cuerpo, *Pachín*; tengo irritación en la vista.

– Pues esto te la aclara mejor que todas las porquerías de la botica.

– ¡Ca! Si el curandero de las Peñuelas dice que me pone bueno en menos de una semana, sin más que llevar en el bolsillo tres garbanzos envueltos en un papel en que él escribe unas oraciones. Lo que tiene es que ya he *empezao un* porción de veces y siempre se me pierde el papel ó algún garbanzo.

– *Ustez* era bueno para servir á mi ama, dice la Juanita, que sabe cuántos garbanzos entran en medio *kilo* y los cuenta cuando los llevo, y si no están cabales se arma la gorda.

– Pues tú en venganza te tomas hoy dos buñuelos, dice Nemesio.

– No me decido. Convídeme usted.

– Con mucho gusto, lucero matutino. *Pachín*, sírvele á la señora.

La señora no se hace de rogar por aquello de que cuando pasan rábanos comprarlos, tras de lo cual emprende su caminata hacia el mercado de los Mostenses, acompañada largo trecho por el albañil, que con tal motivo llega tarde á la obra, mereciendo una reprimienda del encargado, al que Nemesio indignado califica de «presbítero,» epíteto muy merecido por la inicua pretensión de querer que todo el mundo esté en su puesto á la hora señalada.

Entretanto *Pachín* ha recorrido medio Madrid; ha vaciado la cafetera y el canasto, llenando en cambio el bolsillo de calderilla, y endereza el rumbo hacia la calle de la Pasión. Antes, sin embargo, hace alto en la plaza del Progreso, junto al puesto de churros de su cara mitad, donde sirve el último vaso al Sr. Matías, su vecino y guardia municipal del Excmo. Ayuntamiento, que se desayuna todos los días gratuitamente, zampándose con majestuosa *diznidad*, como él dice, el café mistificado de *Pachín* y unos cuantos churros de la Bernarda, á cambio de lo cual dispensa al industrioso matrimonio la más decidida protección permitiéndole ciertos excesillos penados en las Ordenanzas de la villa y corte.

– Ahora, dice el Sr. Matías liando un cigarrillo que sirve de epílogo á su *lunch* matinal, á quitar el puesto y retirar los trebejos, que ya es tarde y pudiera darle la gana al Inspector de meterse en lo que no le importa.

Y luego, dirigiéndose á *Pachín*, añade con aire entre severo y cariñoso:

– Hoy, por lo que veo, te has escapado de tomar la papeleta. Vaya, hombre, todo sea por Dios. Has defraudado quince céntimos al Municipio, grandísimo tuno. Bien, bien; así me gusta, que se ahorre uno lo que se pueda. Conque á ver si cuando yo llego á la esquina de Relatores está el puesto en marcha. Hasta mañana y mucha economía.

Los esposos saludan cariñosamente al guardia, recogen el puesto cuando les da la gana, mejor dicho, cuando se acaba la venta, depositando luego los trastos en una taberna inmediata, en donde almuerzan un buen plato de *gallineja* sazonada con sendos tragos de peleón, sin acordarse para nada del café confeccionado por ellos, porque como dice *Pachín* confidencialmente á su querida parienta:

– Eso no es más que un lavatorio de tripas y un despertador del hambre...

A. Danvila Jaldero

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

NOCHEBUENA

Mediana habrá sido para muchos este año. Las tristezas de la ausencia, los sobresaltos del miedo y la incertidumbre, lo caliginoso del horizonte, apagan casi las lucecillas misteriosas del pesebre y los resplandores de la estrella de Belén. Los hogares donde falta el padre, el esposo, el hijo, ¡cómo han de estar de fiesta!

No sé si á causa de la gran calamidad de la guerra ó porque llovía, Madrid no ofreció en estos típicos días su animado aspecto de otros años. Hubo menos puestos de comestibles; la incitante exhibición de las confiterías y tiendas de ultramarinos se diría que ha disminuído también, aun cuando alegran la vista los empingorotados ramilletes y los colores de oro y rubí de las botellas; por la calle apenas se oyeron sonajas, ni zambombas, ni guitarreo, ni cantares; la gente no anda en estas fiestas, como solía, de prisa y expansivamente, codeándose, saludándose entre risas, sino que desfila grave, preocupada, carilarga, como si acabase de recibir algún notición funesto. «¡Qué añito!,» murmuran, meneando la cabeza, hasta los que parecen, á primera vista, favorecidos de la fortuna. Y es que todos sienten cruzar por su sien el hálito glacial del temor. El bolsista piensa en la baja; la niña, en el novio que se fué á Cuba y no escribe; el comerciante, en los malos negocios, en la suspensión de pagos; el artesano, en que no se trabaja; el empresario, en que va á principiar la escabrosa, la dura la larga *cuesta de Enero*..., y las sonajitas del villancico, que tan jubilosas repicaban en los hogares, permanecen mudas, y el Niño Dios, al bajar á este mundo, lo encuentra más mísero, más dolorido, más amargado que hace mil ochocientos y pico de años...

Lo único que persevera en España; la única firme y durable de nuestras instituciones, es la lotería. Como sobre todo y contra todo se puede escribir, y las opiniones son libres, la lotería ha padecido y padece igual oposición que los toros Según dictamen de ciertos moralistas enfáticos y comineros, España demuestra poco amor al trabajo, porque la lotería, embobando y meciendo con quiméricas ilusiones á los españoles, les roba la energía necesaria para emprender y cumplir la cotidiana tarea. Desde que el español tiene en el bolsillo el pedazo de papel en que fía para atrapar á la fortuna, deserta del taller si es obrero, suelta la azada si es jornalero, clava en el acerico la aguja si es costurera, y si es hortera cesa de medir y de doblar varas de tela, y se pasa el día tumbado y la noche entre sueños de oro, para recibir, al celebrarse el sorteo, la cruel decepción, compensada por las ilusiones nuevas del sorteo próximo. Y si tales son los perniciosos efectos de la lotería sobre las energías del pueblo que trabaja, sus efectos morales también pueden calificarse de desastrosos, toda vez que por la lotería los españoles son una nación de jugadores y timberos, presidida por el banquero ó *groupier*, que es el Estado.

Cuando se oyen ó leen estas cosas, hay que realizar un esfuerzo crítico y acordarse de que nada extravía tanto el juicio como el afán de moralizar á troche y moche y la manía de atribuir á mínimas causas grandes efectos. Entrad en cualquier taller, en cualquier fábrica – por ejemplo, la de tabacos de mi pueblo – y mirad con qué silencioso ardor, con qué actividad infatigable avanzan las obreras en su labor monótona. Diríase que no piensan más que en enrollar el pitillo ó en liar el puro. Pues estad ciertos de que cada una de esas mujeres archiva en la faltriquera el número del décimo en que lleva participación, y que ese número, grabado en letras de fuego en las casillas de su cerebro, brillando como un faro, la anima, la consuela, la ayuda á soportar el peso de una existencia de afanes y de trabajo continuo.

Básase la lotería en un concepto profundamente filosófico: el mortal necesita la esperanza, más aún que la felicidad misma. «Sólo con el cebo de la esperanza se traga el anzuelo de la vida,» dijo el poeta. Y ¿qué esperanza habrá que más barata se compre y que más divierta y regocije que la de la lotería, en especial la de Navidad? El que ve próximo á terminarse un año, con todo su acompañamiento de cuidados, penas y fatigas, sueña muy á gusto que el Niño va á traerle en sus manecitas inocentes un rayo de dicha, el bienestar y el descanso para el año venidero. El júbilo de la Navidad anuncia el júbilo del *premio*... Y apenas el desengaño ha tendido su cendal gris sobre el alma, vuelve la esperanza, invisible tejedora, eterna sirena de melodioso canto, á entrelazar sus hilitos de oro y á murmurar dulcemente: «El año que viene será.»

Ni es la de la lotería una esperanza de esas que engañan por engañar. Es una realidad que para los corazones generosos y altruistas compensa el chasco propio con la fortuna ajena. Contribuímos con un óbolo para que otro recoja un tesoro. Nuestro sacrificio es chico, y la obra de caridad que resulta es grande. Todos conocemos gentes á quienes la lotería hizo dichosas. ¡Excelente contribución indirecta, ideal de las contribuciones, que el contribuyente paga tan á placer! Merece notarse que el Estado, nuestro constante enemigo, que se pasa la vida dándonos desazones, sólo ha conseguido poner de acuerdo su interés y nuestro recreo en esta bendita máquina de la lotería. Sin coacciones, sin vejámenes, sin expedientes, sin moratorias, pagamos nosotros y paga él, todo á tocateja, todo de buena voluntad, todo sencillo, todo fácil. De la legalidad del sorteo, nadie duda. Este año Portugal nos arrebata doce millones, y se los mandaremos tan campantes, como si no tuviésemos otra cosa de más prisa y se nos estuviesen pudriendo en el bolsillo esas pesetas.

Uno de los síntomas de nuestro abatimiento en la hora presente, es que se habló poco de *cenas*; la gozosa solemnidad de otros años pareció desterrada de los salones de Madrid. Cierto que las cenas con misa del Gallo no están en olor de santidad ni mucho menos. Aún parece que vibran en el aire los anatemas que lanzó sobre esa mezcla de lo religioso y lo profano y gastronómico el muy reverendo cardenal arzobispo de Toledo D. Antolín Monescillo. Aunque la misa del Gallo es ceremonia de suyo alborozada, debe guardar aquel decoro que sienta bien á todos los actos de devoción y reverencia. San Francisco de Sales, en una obra primorosa, la *Vida de la Virgen María*, extraída de sus escritos por el jesuíta padre Clair, nos pone de manifiesto que el Nacimiento no es solamente alegría, sino que encierra muy graves enseñanzas, casi tanto como la Pasión. «Nuestro Señor – escribe el Santo – vivió siempre en entera abnegación de todo placer sensual. Desde su entrada en el mundo privóse del recreo de los sentidos, y al nacer lo primero que sintió fué un frío riguroso: esto en cuanto al tacto. Para el olfato, ¿qué suavidad y qué aromas ha de haber en un establo? Para el oído, ¿qué música teniendo al lado un asnillo y un buey? El único recreo del Niño fué la celeste leche que fluía de los puros senos de la Virgen, y es preciso confesar que vencía en buen sabor al vino más delicioso.» Con la pobreza y la humildad de este cuadro, realmente forma contraste violento el espectáculo de una misa del Gallo «con cena.»

Profusamente iluminado el salón, donde los convidados aguardan, las conversaciones son bien ligeras, bien mundanas, bien ajenas á los inefables recuerdos que evoca esta noche en que comenzó la redención de la humanidad. Háblase de política, de lances de amor y fortuna, de naderías, y del Misterio no se acuerda nadie. Las damas lucen brocados y sedas, terciopelos y encajes, y sobre sus gargantas de marfil y entre las ondas de su bien peinada cabellera los diamantes irradian luces. Al brazo llevan el pedazo de blonda, la mantilla blanca ó negra que han de echar por su cabeza y sus hombros, para obedecer á la costumbre, cuando se abran las puertas del oratorio y sea preciso adoptar el respetuoso continente que las circunstancias imponen. La atmósfera es tibia, y en ella flotan aromas leves, penetrantes, el olor de las flores que se esponjan en los jarrones, de las gardenias que marchita el calor de los pechos donde se lucen, de las aguas de tocador y de las brillantinas y aceites con que el peluquero ha lustrado los cabellos y las barbas de los hombres. Otros años, la gente joven confesaba una gran preocupación: ¿se bailará ó no se bailará después de la cena? Este año ni aun se formuló tal pregunta, pues la guerra en la gran Antilla ha suprimido, por una especie de tácito convenio en que el patriotismo y la desanimación se confunden, el baile. No se bailará, pero se cenará con tanta mayor expansión, cuanto más acongojado estuviese el ánimo antes del festín; se olvidarán por un instante todas las ansias, todas las amenazas de este negro año y del que se acerca, y que no ha de ser color de rosa; el vino espumoso que lleva en sus dorados cristales la luz del placer rebosará en la finísima *mousseline*, y el néctar del ingenio se desbordará de los labios, con la agradable cháchara, quizás despellejadora y á veces elogiosa – pues es un lugar común el asegurar que en los salones se murmura siempre. – Ni son estas pláticas mundanas (haciendo abstracción de si cuadran ó no cuadran con la fiesta de Navidad)

tan vacías y tan insulsas como algunos creen. A veces son el buen sentido en chispazos, el talento y el juicio en calderilla, la gracia en confites y la cordialidad en su más amena forma.

Una cena donde se charla, es una conquista de la sociabilidad humana; pues los griegos, el pueblo de la cultura, empezó por comer sin despegar los labios: una flautista reemplazaba el ruido de las conversaciones. Separados los hombres de las mujeres, engullían y callaban. Un convidado, que debió de pasar entonces por atrevidísimo innovador, propuso una noche hablar *sobre algo*. Cayó bien la novedad y fué elegido para tema de la disertación el *elogio del amor*. Fedro, Pausanias, Erixímaco, Aristófanes, disertan por turno sobre tan sugestivo asunto; y Sócrates mismo, que se cuenta entre los convidados de aquella noche, toma la palabra antes de que Alcibiades, coronado de hiedra y violetas, ebrio, titubeando, venga á caer al lado de su amigo, y le suceda en la tarea de hacer el panegírico del amor, mientras deshoja su corona en la copa de vino de Chipre...



BEH SHERBRO DE YONNI, un jefe del Africa occidental, entre dos subjefes

Desde la especie de academia del convite griego á la conversación alada y motejada de nuestros salones, todavía hay gran trecho; hoy lo que más se detesta es la pedantería y los temas señalados de antemano: se habla de lo que salta, de lo actual, y se ríe á expensas de lo que se olvidará antes de haber transcurrido veinticuatro horas.

¿Y qué harán en estos días solemnes de Navidad y principio de año, en esta noche que no se parece á ninguna otra, los que la patria envió á defenderla en el otro hemisferio, los que aún sienten tal vez en las mejillas el beso de la madre y aún creen ver la llama de sus lares calentando la familiar olla? Por grato que sea el lucir de las constelaciones que tachonan el espléndido firmamento de Cuba; por rica que sea la vegetación de la manigua y por templado que corra el aire, ¡cuánto echarán de menos la nieve, el aguacero, la ventisca, el frío riguroso, la desolación del paisaje, la soledad de los campos castellanos ó aragoneses, y la misa del Gallo en la pobre iglesuela de aldea, y el regreso á la luz de los faroles vacilantes, para encontrar ya hirviendo en casa la sopa de almendra y colmado el jarro de mosto!

EMILIA PARDO BAZÁN

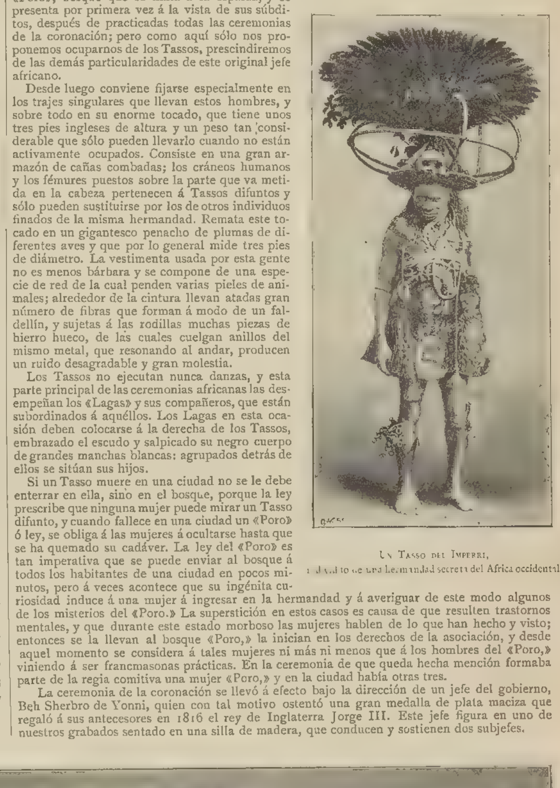
NUESTROS GRABADOS

Los «Tassos» del Africa occidental. – En la reciente coronación del Sherbro, como Sokong ó jefe supremo del país de Imperri, en la colonia de Sierra Leona (Africa occidental), se ha observado una curiosa costumbre indígena, que á muy contados europeos les había sido dado presenciar hasta ahora, por no ser frecuente y hacer ya muchos años que no se había practicado. Esta costumbre consiste en la comparecencia de ciertos individuos de una sociedad secreta conocida con el nombre de «Tasso», sociedad en gran parte misteriosa y que constituye una hermandad tan venerada como temida de los pueblos del Imperri. El poder que entre éstos tienen dichos sectarios es inmenso, y les da una completa preeminencia sobre el Sokong y hasta pueden oponer una especie de veto, si así les parece, á las leyes y disposiciones propuestas por este jefe.

Estos hombres aparecen en nuestro grabado, con sus trajes extraños y bárbaros, á ambos lados del nuevo Sokong y de su primer ministro, los cuales están sentados en el centro del grupo: aquél lleva en la cabeza un sombrero europeo de copa alta encajado sobre un blanco turbante, y en el momento en que está retratado acaba de salir de la sagrada espesura del «Poro», bosque que se halla á la espalda, y se presenta por primera vez á la vista de sus súbditos, después de practicadas todas las ceremonias de la coronación; pero como aquí sólo nos proponemos ocuparnos de los Tassos, prescindiremos de las demás particularidades de este original jefe africano.

Desde luego conviene fijarse especialmente en los trajes singulares que llevan estos hombres, y sobre todo en su enorme tocado, que tiene unos tres pies ingleses de altura y un peso tan considerable que sólo pueden llevarlo cuando no están activamente ocupados. Consiste en una gran armazón de cañas combadas; los cráneos humanos y los fémures puestos sobre la parte que va metida en la cabeza pertenecen á Tassos difuntos y sólo pueden sustituirse por los de otros individuos finados de la misma hermandad. Remata este tocado en un gigantesco penacho de plumas de diferentes aves y que por lo general mide tres pies de diámetro. La vestimenta usada por esta gente no es menos bárbara y se compone de una especie de red de la cual penden varias pieles de animales; alrededor de la cintura llevan atadas gran número de fibras que forman á modo de un faldellín, y sujetas á las rodillas muchas piezas de hierro hueco, de las cuales cuelgan anillos del mismo metal, que resonando al andar, producen un ruido desagradable y gran molestia.

Los Tassos no ejecutan nunca danzas, y esta parte principal de las ceremonias africanas las desempeñan los «Lagas» y sus compañeros, que están subordinados á aquéllos. Los Lagas en esta ocasión deben colocarse á la derecha de los Tassos, embrazado el escudo y salpicado su negro cuerpo de grandes manchas blancas: agrupados detrás de ellos se sitúan sus hijos.



UN TASSO DEL IMPERRI, individuo de una hermandad secreta del Africa occidental

Si un Tasso muere en una ciudad no se le debe enterrar en ella, sino en el bosque, porque la ley prescribe que ninguna mujer puede mirar un Tasso difunto, y cuando fallece en una ciudad un «Poro» ó ley, se obliga á las mujeres á ocultarse hasta que se ha quemado su cadáver. La ley del «Poro» es tan imperativa que se puede enviar al bosque á todos los habitantes de una ciudad en pocos minutos, pero á veces acontece que su ingénita curiosidad induce á una mujer á ingresar en la hermandad y á averiguar de este modo algunos de los misterios del «Poro.» La superstición en estos casos es causa de que resulten trastornos mentales, y que durante este estado morboso las mujeres hablen de lo que han hecho y visto; entonces se la llevan al bosque «Poro,» la inician en los derechos de la asociación, y desde aquel momento se considera á tales mujeres ni más ni menos que á los hombres del «Poro,» viniendo á ser francmasonas prácticas. En la ceremonia de que queda hecha mención formaba parte de la regia comitiva una mujer «Poro,» y en la ciudad había otras tres.

La ceremonia de la coronación se llevó á efecto bajo la dirección de un jefe del gobierno, Beh Sherbro de Yonni, quien con tal motivo ostentó una gran medalla de plata maciza que regaló á sus antecesores en 1816 el rey de Inglaterra Jorge III. Este jefe figura en uno de nuestros grabados sentado en una silla de madera, que conducen y sostienen dos subjefes.

LA CORONACIÓN DEL SOKONG DEL PAÍS DE IMPERRI, AFRICA OCCIDENTAL



PARÁBOLA DE LA VIDA. – ¡Cuán veloces las horas de alegría



PARÁBOLA DE LA VIDA. – ¡Cuán lentos los minutos de dolor!, cuadro de César Laurenti

Los italianos en Abisinia. – La expansión colonial de los italianos en Africa ha sufrido recientemente un tremendo golpe con la derrota sufrida en Amba-Alagi, en la que una columna italiana mandada por el mayor Toselli y compuesta de 1.200 hombres fué atacada y poco menos que destrozada por el ejército choa, fuerte de 20.000 combatientes, capitaneados por cinco rases principales, Maconnen, Mangascia, Mikael, Alula y Olié.

MENELIK, negus de Abisinia

La reina de Abisinia

El 7 de diciembre último el mayor Toselli se encontraba en Amba-Alagi con su columna, formada principalmente por fuerzas indígenas, cuando de pronto se vió sorprendido por el enemigo: la defensa fué heroica, pero en ella no pudo evitarse la derrota. El general italiano, comprendiendo la gravedad de la situación, dirigió todos sus esfuerzos á lograr que los daños fuesen los menos posibles, dando hasta el último momento pruebas de un valor y de una serenidad admirables. Acompañado de un corto número de oficiales, se fué batiendo en retirada, hasta que al llegar al camino de Antalo ordenó á uno de aquéllos que recogiese el resto de las fuerzas y las condujese hacia Makallé, mientras él rodeado de un puñado de valientes contenía á los vencedores, trabando con éstos terrible lucha, en la que él y todos los suyos perdieron la vida.

El mayor Toselli había nacido en Peveragno en 1857 y salido en 1878 de la Academia Militar con el grado de subteniente. Siguió como teniente el curso de la Escuela superior de guerra, consiguiendo uno de los primeros números en la promoción; fué nombrado capitán de artillería en 1886; entró al poco tiempo en el estado mayor, y en 1888 fué destinado á Africa, en donde conquistóse la confianza de los generales Baldissera y Otero; desempeñó importantes comisiones, y se distinguió notablemente en una difícil campaña contra las hordas de Ras Alula. En 1890 se le llamó al ministerio de la Guerra, y en 1893 fué agregado al de Negocios Extranjeros. Promovido á mayor en 1894, diósele el mando de un batallón indígena en Africa, al frente del cual sofocó rápida y enérgicamente á fines de aquel año la rebelión promovida por Batá-Agos. Su heroica muerte ha sido la gloriosa coronación de una carrera militar brillantísima.

La batalla de Amba-Alagi es, según parece, el preludio de una campaña en regla emprendida contra los italianos por el rey Menelik, durante mucho tiempo aliado leal del rey Humberto. El cambio de conducta del monarca africano se atribuye á los consejos de su mujer, la reina Tauti, que, dotada de gran inteligencia y de un carácter enérgico, ha hecho comprender á su esposo que el tratado de Ucciali, obtenido de él por el conde de Antonelli, establecía sobre su reino un verdadero protectorado y le convertía á él en vasallo del soberano de Italia.



EL MAYOR PEDRO TOSELLI,
muerto gloriosamente en la acción de Amba-Alagi
contra los abisinios

Con los retratos del mayor Toselli y de los reyes abisinios publicamos también el de tres de los principales rases, que vienen á ser grandes vasallos del rey Menelik, pues en Abisinia impera una especie de régimen feudal muy parecido al que existió en muchos pueblos de Europa durante la Edad media. Estos tres rases, que, como hemos dicho, tomaron parte en el combate de Amba-Alagi, se han mostrado muy humanitarios con los prisioneros hechos en aquella acción y han tributado á los muertos honores fúnebres excepcionales, concediéndoles en sus funerales honores militares y dándoles honrosa sepultura. Ras Maconnen, que gobierna en el territorio de Harrar, cuya ocupación tanto ambicionan los italianos, es el mismo que en 1889 fué á Italia al frente de la embajada etíope encargada de ofrecer varios regalos al rey Humberto y de concertar un tratado italo-abisinio. Ras Mangascia se ha fingido hasta hace poco amigo de los italianos, pero ahora está francamente al lado de Menelik. Ras Mikael habíase mantenido neutral en esa guerra hasta que el rey abisinio le ha obligado, como vasallo suyo, á entrar en campaña.

La columna italiana derrotada en Amba-Alagi componíase principalmente de soldados indígenas, á los que se da el nombre de *askares:* éstos forman excelentes contingentes coloniales que se distinguen por su valor y su fidelidad. El campamento de cada compañía es una aldea ó *zerriba* rodeada de una valla, en la que se levantan las tiendas habitadas por los soldados: los oficiales de estos contingentes son italianos; los sargentos son italianos unos é indígenas otros.

***

Las primeras nieves, dibujo de Hal Hurst. – Ha llegado el invierno con todas sus tristezas; la nieve cubre el paisaje y los árboles desprovistos de sus hojas destacan sobre el fondo blanco sus duros contornos. Pero en medio de aquel cuadro de desolación surgen dos figuras llenas de vida, en toda la fuerza de su juventud, que contrastan con la naturaleza aparentemente muerta que las rodea. La obra del dibujante inglés Hal Hurst, hondamente sentida, recomiéndase también en alto grado por su acabada ejecución.

***

Parábola de la vida, cuadros de César Laurenti. – El afamado pintor italiano autor de estas obras ha conseguido realizar un ideal artístico casi perfecto, la justa compenetración del símbolo con la verdad. Mientras la vista se recrea en la contemplación de la maestría técnica, el espíritu se goza en la impresión interna de los sentimientos que aquellos lienzos despiertan. En ellos cada figura tiene un significado especial, y todas juntas forman, por decirlo así, la escala de la vida. El primero de esos cuadros representa la primavera de la existencia, que comienza en la infancia: en el rellano de aquella escalera simbólica, es decir, en la mitad de la vida, una figura de mujer, que representa la cordura, contempla tranquila é imperturbable aquel movimiento y escucha aquellas risas juveniles que se escapan de corazones no heridos todavía por un dolor intenso. Todo es en él alegría: la juventud y el amor júntanse y se sonríen; y un suave pensamiento amoroso termina esta primera parte allí donde la gentil doncella tiende sus sonrosados labios para que en ellos deposite el primer beso el prometido que la estrecha entre sus brazos. En la segunda parte la vida declina, ya no ilumina la escena el espléndido sol primaveral, sino la luz apagada del otoño, preludio de las tristezas del invierno y del sepulcro. El infortunio parece haber tomado el desquite: el lento descenso de todos aquellos infelices agobiados por el peso de algún cuidado grave ó de una pena profunda, significa la ruina terrible é incesante. Los rostros pálidos y descarnados, los ojos hundidos, los cuerpos encorvados, el andar incierto, la tristeza de aquella escena, hablan de desventura y de muerte. ¿Dónde está la juvenil sonrisa, dónde la esperanza, dónde las inefables delicias del amor? También aquí la cordura contempla imperturbable los estragos del dolor y de los años.

Por su pensamiento y por su ejecución espontánea y verdadera estos cuadros han conquistado á su autor uno de los primeros puestos entre los pintores de la escuela veneciana.



RAS MIKAEL — RAS MACONNEN — RAS MANGASCIA

caudillos del ejército abisinio (de fotografías)

***

La guerra de Cuba. – Torreón núm. 11 en Bayamo. – Defensa de un tren atacado por los insurrectos. – Los grabados que publicamos en la página 62 no necesitan explicación: la guerra de Cuba preocupa tanto los ánimos, que los periódicos diarios, así españoles como extranjeros, consagran atención preferente á esa lucha y dan de ella hasta los menores detalles. Así sabemos lo que son esos fortines ó torreones, como el que reproduce nuestro grabado, en donde un puñado de valientes tantas veces ha rechazado fuerzas muy superiores de los insurrectos; así también conocemos el sistema de éstos de atacar los trenes, para lo cual levantan algunos rieles, ó hacen saltar un puente por medio de la dinamita (cuando no lanzan este explosivo contra el tren mismo) y convenientemente apostados atacan el convoy. Si éste, como casi siempre sucede, lleva algunas fuerzas, nuestros soldados contestan á la agresión, trabándose entonces un combate generalmente poco duradero, pues los de la partida, logrado su objeto de destrucción, no tienen el menor empeño en prolongar una lucha de la que no han de sacar ya provecho alguno y que en cambio puede ocasionarles daños no despreciables, si acude en auxilio de los agredidos alguna de las muchas columnas volantes que incesantemente recorren las inmediaciones de las líneas férreas.

***

París. – Un rincón del mercado del Temple, cuadro de Luis Jiménez Aranda. – Decidido campeón del arte moderno, inspírase Luis Jiménez en los ideales artísticos de este siglo, convencido de que al pintar la sociedad actual, los dramas vivos, internos, que en ella se desenvuelven, escribe con el pincel la historia de su tiempo. Ha largo tiempo que penetrado del alcance de la evolución operada en el arte, ajusta sus producciones al resultado de sus estudios. De ahí sus cuadros: *Le fumier, Un almuerzo de trabajadores, Campesinas picardas, Bretonas en la iglesia, Premier mot d'amour, La madre* y *La visita en una sala del hospital*, composiciones todas que revelan un estudio psicológico profundo, un conocimiento práctico de la vida.

A estos lienzos, verdaderamente notables, hay que agregar el que representa *Un rincón del mercado del Temple*, inspirado en una escena de la vida parisiense, tan vivo y tan real, que si no se admirara el ingenio y la habilidad del artista, podría suponerse como un triunfo de la máquina fotográfica, tal es el sello de verdad y naturalismo que en él descuella.

***

El túnel de Blackwall. – En estos momentos se está terminando la perforación de un nuevo túnel bajo el Támesis, en Blackwall, obra realizada con objeto de unir á Poplan con Grenwich en los alrededores de Londres, sin necesidad de cruzar el río. Como está ya abierta la parte que presentaba más dificultades, ó sea la que yace inmediatamente debajo del lecho del Támesis, los contratistas S. Pearson é hijo invitaron días pasados á un gran número de personas á visitar los trabajos.

Este túnel tiene en su conjunto 1.600 metros de largo, de los cuales 1.100 debajo de tierra y los restantes, ó sea la parte correspondiente á la salida por ambas orillas, á cielo descubierto. En estas dos secciones, los muros de sostenimiento están revestidos de ladrillos esmaltados blancos, lo propio que las paredes interiores del túnel. Este es el de mayor anchura de cuantos se han construído hasta el presente, pues mide hasta 8m,22 de diámetro. Los trabajos de perforación comenzaron en marzo de 1892, donde el terreno era más favorable; en septiembre de 1894 el túnel atravesaba ya el río.

El escudo empleado para dicha perforación, de un peso de 250 toneladas, se iba corriendo por debajo del lecho del río mediante una poderosa prensa hidráulica, necesitándose á veces una presión de 4.800 toneladas para moverlo. Cuando quedaba perforada una distancia de dos pies se empotraban en el espacio abierto cierto número de segmentos de hierro de una tonelada de peso (habiéndose llegado á emplear 20.000 toneladas) y se ensamblaban unos á otros hasta formar un anillo, el cual se ensamblaba á su vez con el anillo precedente. Entre los huecos se introducía una masa de cemento líquido para que al solidificarse y endurecerse formase una sólida capa de piedra entre el tubo de hierro y el lecho del río. Las obras se han efectuado por medio del aire comprimido, siendo el máximum de compresión de 35 libras inglesas por pulgada cuadrada además de la presión atmosférica.

El escudo llevaba un andamiaje (como se ve en nuestro grabado), que evitaba la construcción de otros, y dejaba suficiente espacio despejado para el caso de un percance; afortunadamente no ha ocurrido ninguno de importancia. Durante los primeros 200 metros los trabajos se efectuaron sin dificultad: el avance mensual era de 45 metros; pero en breve se llegó á un punto en que el escudo susodicho no quedó separado del lecho del río sino por una capa de grava de 1m,80 á 2 metros, y á pesar de la precaución de echar enormes cantidades de arcilla en el punto correspondiente del río, las obras sufrieron algún entorpecimiento y el avance no pudo ser más que de 7 á 8 metros mensuales.

Al principio del túnel por ambas orillas hay unas escaleras de caracol por las que pueden bajar los viandantes; los carruajes tienen la entrada algo más allá. Este túnel sólo se ha abierto para peatones y vehículos; habiéndose dejado en su interior para éstos una vía empedrada de granito de 16 pies de ancho, y para aquéllos, otras de 3 pies á ambos lados. Créese que podrá abrirse á la circulación hacia la primavera de 1897.

En la página 63 publicamos la vista interior del túnel durante los trabajos y la sección transversal del mismo.



El Sr. Macready era buen jinete

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA DE JUANA MAIRET. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

I

La costa occidental de los Estados Unidos no era veinte años hace lo que después ha llegado á ser, y sobre todo lo que será, el jardín maravilloso, el verdadero Eldorado de los americanos. Quien decía California referíase en particular á San Francisco, ó bien á las escarpadas y magníficas montañas, á las minas fabulosas, á la vida aventurera, ruda y terrible de los buscadores de oro.

Sin embargo, al Sud de San Francisco, allí donde se deprime la arista monstruosa del continente, donde sus estribaciones toman nombres de suaves vocales, donde la montaña es verde casi hasta la cima, y donde las mismas rocas, peladas y rojizas, se agrupan como para alegrar los ojos; en todo ese delicioso país, en fin, bañado por el Océano Pacífico, la vida comenzaba á despertarse. Los enormes espacios desiertos se poblaban poco á poco, y las antiguas pequeñas ciudades mexicanas, adormecidas y como muertas desde la anexión, sentían renacer en sí la nueva savia, como esos viejos troncos que se creen muertos, y que en la primavera todavía retoñan, presentando acá y allá algunas hojas verdes y tiernas.

Hacía ya largo tiempo que varios colonos llegados del antiguo país, es decir, de los Estados del Este, habían tomado posesión de la muy fértil llanura que franquea las aguas desde San Francisco hasta los alrededores de Los Angeles, y allí cultivaban esos frutos extraordinarios, esas legumbres fantásticas que maravillan á los bodoques en todas las Exposiciones universales. También tenían numerosos rebaños, cuyos animales, casi salvajes y marcados tan sólo con una cifra, vagaban á su capricho en la vertiente de la montaña, multiplicábanse y morían, sembrando el vasto desierto de sus huesos blanqueados. El dueño

cogía á lazo los que necesitaba y no se cuidaba de los demás. ¡Tenía tantos!

Los hombres reflexivos se decían que allí, en aquel suelo virgen aún y bajo un clima delicioso, se hallaba la verdadera riqueza del país, más aún que en las entrañas de la tierra. Varios especuladores de Nueva York ó de Boston habían comprado vastos terrenos desnudos, haciendo llegar á ellos el agua – muy rara en aquellas regiones – y comenzaban á convertir el desierto en magníficos bosques de limoneros y de naranjos, sin olvidar los olivos, y sobre todo las legumbres de toda especie. Aquella nueva vida del país californiano, que ahora florece en toda su maravillosa belleza, no hacía más que despertarse hace veinte años, pero al fin se despertaba.

Uno de los más antiguos colonos de la costa, Silas Harcourt, que había llegado, siendo aún muy joven, procedente del escabroso país de New Hampshire, tenía fama de ser, en las regiones que rodeaban á Santa Bárbara, el labrador más entendido, el más experto en negocios, el más perspicaz, el más *shrew*, como allí se dice, de todos los que en aquellas regiones había. Su casa, gran construcción irregular, formada con gruesos troncos de árboles, comenzó por ser una simple cabaña, un *log cabin*, hecha por él mismo, cuando no era más que un joven aventurero, casi imberbe. Casado con una muchacha de Santa Bárbara, tuvo de ella muchos hijos, varios de los cuales habíanse establecido en distintos puntos, quedando en la casa sólo tres. Más tarde enviudó, y entonces envió á buscar á una hermana suya, viuda también y sin hijos, la señora Fletcher, para educar á una niña, su sobrina, recogida por caridad. Un hermano menor se había casado con una mexicana del país vecino, y los padres murieron, dejando sin recursos á una niña mimada y caprichosa, de grandes ojos negros, que hablaba medio español y medio inglés, y cuyo nombre era Milagro, si bien sus parientes acostumbraban á suprimir la última sílaba para abreviar, llamándola simplemente Mila.

La primitiva casa del colono, aquella vivienda angulosa que desesperaba á la señora Fletcher, ó á la tía Deborah, como todos la llamaban, hallábase situada en la otra vertiente de la montaña; desde allí no se veía ya el Océano; pero divisábanse á lo lejos el río y el valle de Santa Inés, mientras que la granja estaba situada en un parque natural de extraordinaria belleza. Por el lado de Santa Bárbara, la soberbia montaña está erizada, hacia su cumbre, de rocas peladas y salvajes; mas apenas se ha franqueado el desfiladero para volver á bajar á la llanura, aquéllas desaparecen, y entonces se ve la tierra alfombrada de una hierba corta y suave, sobre la cual admirables encinas verdes y sicomoros gigantescos ostentan sus enormes troncos y su alto ramaje. Creeríase estar en un parque inglés admirablemente dibujado. El murmullo del agua corriente, cosa muy rara allí, produce acá y allá como una música que encanta el oído.

Un viajero, extraño al país seguramente, avanzaba entre los árboles, mirando á su alrededor con curiosidad y agradablemente sorprendido al parecer; acababa de apearse del coche público en el desfiladero, y había preguntado cuál era el camino que conducía al rancho de Harcourt. A decir verdad, apenas existía camino alguno, y el viajero se orientaba principalmente por las sombras que los magníficos árboles proyectaban sobre la hierba. No debía pensarse en hallar, en aquella soledad absoluta, alguna persona á quien dirigir la palabra; mas el viajero disfrutaba tanto del silencio delicioso, de la belleza de los grandes árboles y de la rara frescura de los arroyos, que no deseaba llegar demasiado pronto al término de su paseo.

Hugo Macready, así se llamaba el viajero, era hombre de unos cincuenta años. El rostro, de facciones finas y regulares, con grandes ojos de expresión melancólica, parecía demasiado joven á pesar de una fatiga visible y de la palidez del color, comparado con el cabello y la barba, que blanqueaban ya. Sumamente esmerado en su traje, bien ceñidos los guantes y perfectamente calzado, parecía el tipo más puro del verdadero *gentleman* americano. Por más que se piense lo contrario en Europa, este tipo se encuentra en los Estados de la Unión. El hombre realmente distinguido parece allí, tal vez por un efecto de contraste, más fino, más cortés, más amante de las buenas cosas y más franco que sus iguales de Londres ó de París.

¿A qué iba semejante hombre á la rústica morada de Silas Harcourt?

Una carcajada, tan fresca, tan argentina y melodiosa que sorprendió al Sr. Macready, interrumpió de improviso el silencio de aquella soledad; oyéronse el galopar de caballos y varios relinchos, y casi al mismo tiempo el viajero se detuvo para dejar el paso libre á dos jinetes que iban á escape. Entonces notó que uno de ellos era una amazona, y tuvo la rápida visión de un cabello negro y rizado bajo un sombrero mexicano, de una falda flotante y de un talle esbelto y gracioso que parecía mecerse por el galope del caballo. El extranjero seguía con los ojos aquella seductora aparición, cuando echó de ver que la amazona y su compañero, reteniendo sus monturas, comenzaban á retroceder. El joven fué quien tomó la palabra: era un gallardo mancebo de veinte años, poco más ó menos, y vestía un ligero traje, compuesto de camiseta de franela, pantalón sujeto por un ancho cinturón de cuero estampado y sombrero como el de la amazona, adornado igualmente de una cinta de piel trabajada al estilo del país. La joven, de una belleza salvaje, aunque no del todo perfecta, permanecía silenciosa, limitándose á mirar al desconocido con atrevida curiosidad.

– ¿No va usted, señor extranjero, preguntó el mancebo, en busca de Silas Harcourt?

– Sí, contestó el otro, yo soy el Sr. Macready y necesito verle.

El viajero era hombre de carácter bastante delicado, y el apelativo *extranjero*, muy usado en el país, no le agradaba. El joven sonrió ligeramente y apeóse de un salto.

– Pues bien, Sr. Macready, repuso, debe usted estar cansado; tome mi caballo, y mi prima Mila le conducirá hasta la casa. Aún falta bastante para llegar á ella, y mientras ustedes van por este camino, yo tomaré el atajo, y cuando ustedes lleguen, yo estaré ya allí para recibirles.

El Sr. Macready se hizo de rogar un poco, aunque sólo por pura fórmula, pues le seducía cabalgar al lado de la atrevida amazona. Sin embargo, al mirarla más de cerca, preguntóse si no sería una niña, pues tenía las facciones muy frescas y lozanas aún y las formas no desarrolladas del todo. Por fortuna, el señor Macready era buen jinete, pues á no ser así, los negros ojos de Mila le habrían mirado con soberano desdén; y si tenía el cabello blanco, quería demostrar que aún conservaba agilidad.

– Señorita, dijo, cuando la joven, sin pronunciar una palabra, dió la señal de marcha; temo haber interrumpido su paseo, y me remuerde la conciencia.

– ¡Oh! No hay motivo para ello, pues mi primo y yo regresábamos ya. Hemos ido á ver el ganado á la pradera grande. Mi compañero sostenía que las mujeres no saben servirse del lazo, y yo le he demostrado que se engañaba.

Al decir esto, Mila señaló, sonriendo, la larga cuerda arrollada en el pomo de la silla. El Sr. Macready saludó, como para aprobar tales proezas.

Pero lo que él escuchaba sobre todo era el sonido de la voz de su compañera; su risa le había encantado más; el timbre de aquélla, cuando la joven hablaba, era tan puro, tan grave, y á la vez tan argentino, que deseaba oirlo de nuevo, pues parecíale una música divina. A una mujer dotada de semejante órgano vocal no se podía menos de escucharla con delicia aunque hablara de todas las frivolidades posibles; pero el Sr. Macready estaba persuadido de que Mila, por más que dijera cuanto le pasaba por la cabeza, no diría necedades. Sin embargo, inútilmente trató de hacerla pronunciar algunas palabras, pues tan sólo obtuvo algunas respuestas monosilábicas; la joven no tenía ganas de hablar y persistía en su silencio.

– ¿Quiere usted que galopemos un poco?, preguntó de improviso. A mí me impacienta ir al paso.

Y sin esperar contestación, dió riendas á su caballo, que partió á escape. El Sr. Macready, por su parte, se condujo tan bien, que los dos llegaron al rancho al mismo tiempo. Mila concedió una sonrisa protectora á su caballero, pues para ser hijo de las ciudades no montaba muy mal.

A pesar de su promesa, Bob Harcourt no se halló á la puerta para recibir al visitante; el galope de los caballos había sido rápido.

El Sr. Macready, ofreciendo la mano á Mila, que se apeó ligeramente sin aceptarla, miraba al mismo tiempo á su alrededor, no sin cierto asombro. Estaba acostumbrado á los contrastes prodigiosos de la vida americana, y sobre todo la del *Far-West* (Extremo Oeste); pero allí quedaba desorientado. Mila, á pesar de su vestido de gruesa lana gris, su pequeño corpiño de batista y su extraño sombrero, no dejaba de tener cierto aire de gran señora, y á nadie le hubiera ocurrido tratarla como campesina; era toda una *lady*, desde la cabeza, con su cabello rizado, hasta las puntas de los pies, largos y muy estrechos.

Las construcciones del *rancho* eran detestables; los diversos cuerpos de edificio, sobrepuestos sin orden ni concierto, sin tener en cuenta el efecto que debían producir, no estaban revestidos siquiera de una capa de pintura ó blanqueados con cal. Los troncos de árboles, sin desbastar, estaban puestos uno junto á otro y los huecos se habían rellenado con yeso. En la fachada veíanse acá y allá algunas ventanitas con vidrios ordinarios, dispuestas muy irregularmente, y en varias de ellas ostentábanse macetas en flor. La puerta de entrada, abierta de par en par, permitía ver una vasta cocina, con el suelo sin embaldosar, y una vid cubría en parte las paredes de aquella extraña mansión. Las dependencias, establos, cuadras y cobertizos se hallaban diseminados en los alrededores; el patio de la granja, ó lo que hacía las veces de tal (no había la menor señal de cercas), estaba muy descuidado, y un montón de estiércol, demasiado próximo á la habitación, llenaba el aire de emanaciones acres. Varias gallinas, patos y cerdos iban y venían á su antojo, y algunos de aquellos animales habían franqueado ya el umbral de la cocina.

De repente oyóse el preludio de una sonata de Beethoven.

– Es la tía Deborah que estudia, dijo Mila; sabe mucho de música, y me da lecciones. Por lo demás, ella es quien ha cuidado de mi educación.

Mila decía «mi educación» muy sencillamente, creyendo sin duda haber aprendido todo cuanto era necesario saber; mas al notar que el «señor del Este» parecía perplejo, añadió con mucha cortesía:

– ¿Quiere usted entrar, caballero? Dudo que mi tío esté en casa; pero voy á verlo. De todos modos, ya sabemos que mi tía se halla aquí.

Y entregando las riendas de su caballo á un mozo de cuadra, Mila entró, seguida del visitante. Cruzaron por la cocina, donde vieron además de los cerdos y las gallinas una criada rechoncha con las mangas remangadas hasta los codos, y la joven abrió la puerta del salón, ó lo que servía de tal, diciendo:

– Tía Deborah, aquí viene un caballero que desea ver á mi tío. Es el Sr. Macready: ya recordará usted que escribió á propósito de la *Granja del Valle*.

Una mujer de cincuenta á sesenta años, delgada, enjuta y muy derecha, se levantó al punto como un autómata movido por un resorte, saludó ligeramente al extranjero, y le señaló una mecedora con asiento de crin cubierto de tela. Este mueble y el piano, de forma cuadrada, como los que todavía se encuentran en algunos rincones de los Estados, representaban en el rancho Harcourt el refinamiento de la civilización, el lujo más desenfrenado.

Cumplido su deber, Mila desapareció, y aunque el Sr. Macready lo sintiera, dispúsose á ser amable y cortés, según su costumbre con todas las damas, sin exceptuar las de edad madura, secas y austeras.

La señora Fletcher le miraba con un asombro que no trató de disimular, é interrumpiendo sin reparo las frases corteses del Sr. Macready, le preguntó:

– ¿Cómo ha tenido usted la ocurrencia de venir á establecerse en semejante país?

– Por lo pronto, señora, si tengo algún empeño en comprar la granja del Sr. Harcourt, no es para vivir yo en ella, sino para un hijo que está ligeramente atacado del pecho. Los médicos me han asegurado que una permanencia prolongada en esta región, bajo un cielo muy puro y donde se disfruta, según dicen, de una primavera eterna, le salvaría tal vez; pero con una condición: vivir fuera, trabajar con sus propias manos y ser cultivador, labrador, ganadero ó lo que él guste. En resumen, busco un rancho para mi hijo, y ya ve usted que es cosa bien sencilla.

– En efecto, comprendo que se trate de conservar la vida á los demás...

– Pero usted misma, señora...

– ¡Oh! Es muy diferente; yo obro por abnegación, y todo cuanto yo hago es para cumplir con mi deber. No le extrañe á usted que me permita esta confidencia... ¡Tengo tan raras ocasiones de ver á una persona civilizada! No sentía yo la menor vocación al matrimonio ni á la maternidad; mas apesar de esto, me casé. Me regocijaba de no haber tenido nunca hijos, y he aquí que un día me escribe mi hermano Silas, rogándome que venga á educar á una sobrinita suya, á la que nadie necesitaba y que había recogido en su casa. Ya comprenderá usted qué poco agradable era para mí abandonar mi pueblo de New-Hampshire, atravesar las praderas y venir á este desierto para encargarme de educar á una pequeña salvaje, traviesa como un muchacho, que además es papista como su madre... ¡Yo, que había soñado siempre una vida tranquila de solterona, entre un sacerdote que supiera predicar bien, una sociedad armónica en la cual podía ser autoridad, y círculos de costureras, donde se confeccionan camisas para los pobres, que generalmente las rehusan por no ser bastante finas! ¡Confiese usted, caballero, que esto es ser desgraciada!

El Sr. Macready tomó el partido de reirse. La tía Deborah hablaba con voz un poco alta, áspera y monótona; pero en sus ojillos grises, brillantes é inteligentes notábase una expresión alegre que desmentía las palabras pronunciadas por la boca, de labios delgados y pálidos. La señora Fletcher, así como su ha-

bitación, era un conjunto de contrastes: llevaba un vestido negro, muy recto, y una fina blonda adornaba su abundante cabello gris; tenía las manos huesosas, aunque sumamente cuidadas; y hablaba en inglés, no tan sólo correctamente, sino con palabras muy escogidas y la mejor construcción en las frases. La tía Deborah no debía ser tampoco trivial, como no lo era su discípula.

– En todo caso, señora, repuso el visitante, no se puede negar que ha obtenido usted admirable resultado en la educación de su sobrina. La señorita Mila es encantadora.

– ¿Le parece á usted que pueda serlo con esa cabellera indómita, imposible de alisar? Por otra parte, la niña es papista..., y como yo tengo la conciencia muy escrupulosa, me veo obligada á reprimirme cuando le hablo de la Reforma y de las abominaciones de Roma. Esto me ocasiona una indisposición; pero lo hago porque soy esclava de la palabra dada, pues Silas prometió á la madre moribunda no permitir que la niña fuese protestante. No tiene más que una cosa buena, y es la voz; pero en cambio no sabe trabajar, y agrádale tan sólo correr por la montaña con sus primos. Esto es terrible. Pero oigo que mi hermano entra; voy á dejarle á usted solo con él, y entretanto iré á ver si hay medio de agregar á la comida, que supongo aceptará usted de nosotros, algún plato posible. ¡Ya podrá usted formar opinión de la cocina de salvajes con que se contentan aquí.

En aquel momento entró Silas Harcourt.

Era hombre de unos sesenta años bien cumplidos, de aspecto rudo, con la piel curtida y rugosa; el cabello y el pelo de barba eran casi blancos; pero un tinte rojizo amarillento recordaba aún la juventud. Vestía un chaquetón tan usado, que se veía la trama de la tela, y un pantalón viejo, sujeto, como el de su hijo, por un cinturón de cuero; mas á pesar de este pobre atavío, el aspecto de aquel hombre revelaba la fuerza tranquila, la agilidad de un joven en sus movimientos de guerrero indio. Tenía las facciones regulares y muy marcadas, y los ojos rasgados, de un color azul muy puro. No se necesitaba oirle hablar para comprender que semejante hombre era muy propio para dominar la naturaleza, y que estaba dotado de ese valor que se manifiesta sin frases, que jamás flaquea. Adivinábase también que era inteligente, que estaba seguro de sí mismo y que no debía haber conocido nunca en su vida las vacilaciones, los remordimientos, ni ese sentimentalismo que atormenta á los seres refinados. Silas Harcourt era un hombre sencillo y fuerte á la vez.

Sin el menor preámbulo, y después de estrechar vigorosamente la mano de su visitante, el dueño del rancho rellenó su pipa, ofreció tabaco al Sr. Macready, que le rehusó, llenó dos vasos de *whisky* y dió principio á la conversación sobre el asunto de su granja del valle.

El Sr. Macready, que por correspondencia había puesto á Silas Harcourt al corriente de sus intenciones, dejó hablar á su interlocutor, observándole entretanto con curiosidad. El labrador creía sin duda fácil convencer al hijo de la ciudad, con su esmerado y pulcro traje; pero el Sr. Macready interrumpía de vez en cuando á su interlocutor con una sonrisa para dar á entender que le parecían muy exageradas sus pretensiones. Después el dueño del rancho continuaba con más animación que nunca, demostrando un conocimiento de los negocios, una penetración y una inteligencia verdaderamente notables.

A la una se sirvió la comida, á la que la señora Fletcher había convidado á su huésped, en la misma sala donde los dos hombres discutían. En medio de la habitación habíase colocado una gran mesa sin mantel, sobrecargada de los manjares más heterogéneos, y muy pronto llegó la familia, al toque de un *gongo* chino. La señora Fletcher, que había cambiado su vestido de lana por uno negro de seda, fuera de moda y algo lustroso en las costuras, pero muy limpio aún, invitó al Sr. Macready á sentarse á su lado. Después entraron uno tras otro Bob y sus dos hermanos, algo mayores que él, sin saludar apenas, y comenzaron á servirse desde luego de los diversos platos, llenando los suyos á veces de diferentes viandas.

Mila entró la última; su vestido gris de amazona había sido reemplazado por uno de batista rosa, y su cabello negro, siempre rebelde, estaba más enredado que antes. Concedió una sonrisa algo distraída al extranjero, y fué á sentarse en el sitio de costumbre, junto á su tío, que cortando un enorme jamón, seguía discutiendo con el Sr. Macready.

– Ya sabes, hermano, observó la señora Fletcher, con su voz alta y aguda, que no es bueno hablar de negocios mientras se come; y además, si esto te divierte, porque tienes interés en ello, á mí me molesta. Tendrás al Sr. Macready á tu disposición el resto del día, y toda la noche si os conviene á los dos, porque este caballero no podrá marchar antes de mañana; pero durante la comida, les ruego que hablen de otra cosa.

– Tiene usted muchísima razón, señora, repuso el Sr. Macready sonriendo, y por mi parte, la ruego que me dispense.

– ¡Ah! No es la culpa de usted. Permítame servirle un poco de este lomo con habas; es un plato de mi país y lo único que aquí se puede comer. La vaca es detestable. . Es imposible enseñar á una cocinera en este país perdido; he tratado de hacerlo y me ha sido forzoso renunciar á ello. Contra lo imposible no hay lucha.

– Mi pobre hermana, dijo el viejo Silas, se queja de estar en un destierro en nuestras montañas; pero la verdad es que se acostumbra muy bien á esta vida, y sería ingrata si echase de menos el áspero y riguroso clima de New Hampshire en este país, donde no se siente nunca demasiado frío ni excesivo calor, donde el aire es delicioso y donde la tierra da tres cosechas por cada media que se recoge en Nueva Inglaterra.

– Pues en eso te engañas, Silas, replicó la señora Fletcher. Prefiero mis nieves, mi viento del Este y todos nuestros horrores, como tú los llamas, á este país, donde no se sabe nunca si es invierno ó verano. Yo le comparo con esas personas bonachonas que «no tienen ángulos» ni carácter propio. Créame usted, Sr. Macready, los ángulos son los que constituyen la fuerza de las naciones, así como también de los individuos.

– Pues no nos faltan á nosotros los americanos, y aun á riesgo de que usted me desprecie, señora, le confesaré que en mi concepto tenemos casi demasiados. Por mi parte, esta es la excusa que me doy cuando advierto que he llegado á ser cosmopolita más bien que americano. He pasado la mitad de mi vida en Europa.

Estas palabras hicieron cesar súbitamente el movimiento de los tenedores, y todos miraron con curiosidad algo malévola al visitante semiamericano. ¡Se halla tan lejos Europa de aquella costa del Pacífico! Mila salió de su mutismo y sus ojos brillaron.

– ¿Cómo es Europa?, dijo.

– He aquí una pregunta, repuso el Sr. Macready, que exigiría varios volúmenes para contestar á ella, sobre todo si en cuestión de ciudades no conoce usted más que Santa Bárbara.

– He ido una vez á San Francisco; pero entonces era muy niña, y apenas me acuerdo.

– Tanto vale hablar de la tierra á los habitantes de la luna, interrumpió bruscamente la señora Fletcher. Le dispenso á usted de la explicación sobre Europa; pero ¿qué le parece Boston? Dudo que haya en el mundo una ciudad comparable con esa, y todo el mundo sabe, por lo menos, que no hay en ninguna parte otra más *intelectual*.

– ¡Todo el mundo!.. Evidentemente... y en particular todo el mundo de Boston. Yo he nacido en Nueva York.

– ¡Ah!..

Este «¡ah!» indefinible expresaba toda la compasión, un poco desdeñosa, que á la hija de Nueva Inglaterra inspiraba aquella ciudad frívola y sus habitantes.

– No es culpa mía, añadió el Sr. Macready, con un aire tan cómicamente contrito que todos los presentes soltaron la carcajada.

Después, como la conversación se generalizase más, el Sr. Macready llevó poco á poco á Silas Harcourt á referir su vida y explicar su llegada á un país tan salvaje, que el descubrimiento del oro no había señalado aún la atención del mundo.

– ¿Cómo me ocurrió la idea de emigrar?, comenzó á decir. Apenas lo sé yo mismo. Eramos muchos en la granja, y todos pobres; de modo que cada cual debía salir del paso como pudiese. Siendo niño todavía, trabé relaciones con un cazador, ó más bien traficante en pieles, un aventurero, si queréis, á quien ahogaba la atmósfera de las ciudades, que me hablaba de su vida entre los indios, de los cuales había aprendido varias lenguas, y en medio de la ruda población de las fronteras, más temible aún que aquéllos, la cual se agolpaba alrededor de los puestos militares y de los fuertes. Todos aquellos relatos me daban mucho en que pensar. Con mis primeros ahorros compré una carreta grande, víveres, simientes y ganado, y el cazador y yo emprendimos la marcha á la buena ventura. Seis meses empleamos para cruzar el continente; mi compañero murió al llegar al término de nuestro viaje, y yo heredé su carabina, que era todo cuanto poseía. Le aseguro á usted que atravesar las praderas en aquel tiempo no era cosa tan fácil como el viaje que usted acaba de hacer. Entonces no se pensaba en las botinas de charol ni en las camisas finas; aquello era una lucha sin tregua ni reposo; y á no ser por algunos bisontes que de vez en cuando encontrábamos, habríamos muerto de hambre. Más duro era aún atravesar el «desierto,» pues allí no había una brizna de hierba ni una gota de agua para los animales. Nosotros llevábamos cuanto podíamos para atender á nuestras más apremiantes necesidades y las suyas; pero nada más que lo precisamente necesario para no morir de sed en el camino...

Silas interrumpió su relato haciendo una breve pausa, y después prosiguió:

Silas Harcourt

(Continuará)

MISCELANEA

Bellas Artes. – BERLÍN. – En el Salón Schulte se han celebrado simultáneamente varias exposiciones colectivas de obras de A. Kampf, de Dusseldorf; W. Leistikow, de Berlín, y F. M. Bredt y W. Volz, de Munich. Las que más han llamado la atención han sido las de este último, que forman una colección de 14 cuadros llenos de poesía y admirablemente pintados, entre los cuales sobresale el de grandes dimensiones *Musas cantoras*.

– La Exposición internacional de Bellas Artes celebrada durante el verano último ha dejado un sobrante de más de 125.000 pesetas, de modo que, conforme á los estatutos de la sociedad, el año que viene se destinarán 62.500 á la compra de obras de arte

– En el salón Gurlitt se ha inaugurado una exposición internacional de obras de artistas femeninas, á la cual han concurrido cuarenta de éstas, de varios países, con unos cien trabajos, entre los que llaman la atención los de las señoras Parlaghi, Roosenboom, Demont-Breton y Riva-Muñoz.

VIENA. – En la Exposición internacional de Bellas Artes recientemente cerrada se recaudaron 240.000 pesetas en concepto de entradas, y se vendió casi la tercera parte de los trabajos expuestos por valor de 340.000 pesetas.

MUNICH. – En la Exposición internacional de Bellas Artes últimamente celebrada en el Palacio de Cristal se han vendido obras por valor de 500.000 pesetas.

PARÍS. – En la plaza de los Estados Unidos se ha inaugurado el monumento dedicado á Lafayette y Wáshington, obra de Bartholdi, que ha regalado á la ciudad de París el propietario del importantísimo diario neoyorkino *World*, Mr. Pulitzer.

– Alejandro Dumas ha legado en testamento al Museo del Louvre su retrato pintado por Meissonnier.

ROMA. – Recientes investigaciones practicadas en el Panteón han puesto de manifiesto que las marcas de los ladrillos llevan la fecha del emperador Adriano, lo cual demuestra que aquel monumento fué construído durante el reinado de este emperador y no en el de Agripa, según aseguraban antiguas fuentes históricas. Sin embargo, debajo del actual piso de mármol se han encontrado los cimientos de un edificio cuadrangular que, según parece, son los restos de la primitiva fábrica construída por Agripa.

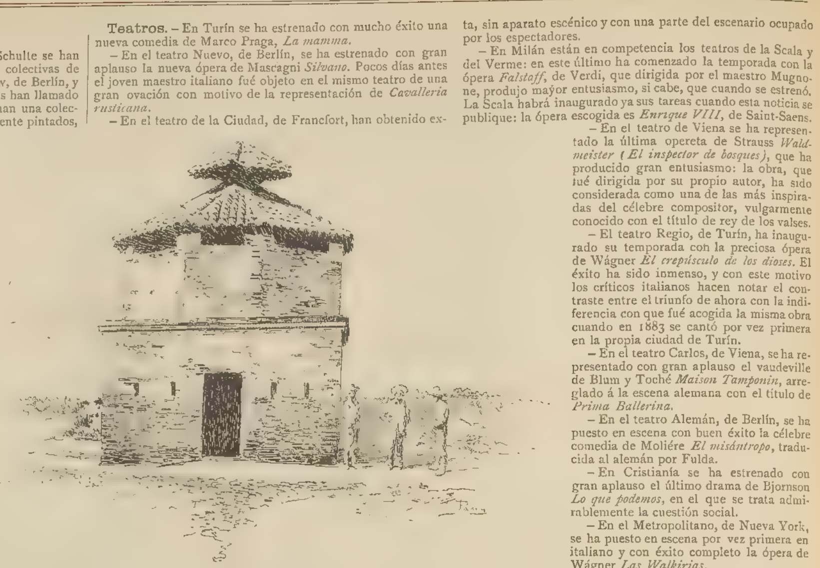
MILÁN. – En la venta de la galería Scarpa el aficionado parisiense conde de Chevigné ha adquirido por 135.000 liras el retrato del poeta Antonio Tebaldeo, que se atribuye á Rafael y que antiguamente figuraba en la galería ducal de Módena.

BUDAPEST. – El célebre pintor húngaro Munkacsy, que durante tantos años ha residido en París, irá en breve á establecerse en Budapest, en donde están construyendo ya su taller. El afamado artista ha sido nombrado miembro de la Cámara de los Magnates é inspector de Bellas Artes con el sueldo anual de 12.000 florines (30.000 pesetas), igual al de un ministro de aquel país.

Teatros. – En Turín se ha estrenado con mucho éxito una nueva comedia de Marco Praga, *La mamma*.

– En el teatro Nuevo, de Berlín, se ha estrenado con gran aplauso la nueva ópera de Mascagni *Silvano*. Pocos días antes el joven maestro italiano fué objeto en el mismo teatro de una gran ovación con motivo de la representación de *Cavalleria rusticana*.

– En el teatro de la Ciudad, de Francfort, han obtenido extraordinario éxito las óperas *Silvano*, de Mascagni, que dirigió el autor, y *Festa a marina*, de Coronaro.



LA GUERRA DE CUBA. – Torreón núm. 11 en Bayamo, donde el doctor Rubin le amputó un brazo al teniente Muñoz, herido en la acción de los Negros

– En el teatro de la Corte, de Stuttgart, se ha cantado por primera vez en alemán la ópera de Mascagni *Guillermo Ratcliff*, habiendo obtenido un éxito extraordinario.

– En el teatro de la Corte, de Dresde, se ha representado con gran aplauso el drama de Coppée *Pour la couronne*, traducido al alemán.

– En Viena se ha estrenado con buen éxito el último drama de Sudermann *La felicidad en un rincón*.

– En el Burgtheater, de Viena, ha sido muy aplaudida una traducción alemana de la graciosa comedia de Bisson y Carré *El consejero ministerial*.



LA GUERRA DE CUBA. DEFENSA DE UN TREN ATACADO POR LOS INSURRECTOS. (Dibujo tomado de una fotografía)

– En el teatro Nacional Bohemio, de Praga, se ha estrenado con gran éxito el drama de Sudermann *Seres solitarios*.

– En el teatro de la Moneda, de Bruselas, se ha reproducido la antigua ópera de Donizetti *Don Pascuale*, que el público ha acogido con gran aplauso.

– Sardou ha terminado el nuevo drama que con el título de *La Bruja* ha escrito expresamente para Sarah Bernhardt.

– En Londres se representarán en breve todos los dramas de Shakespeare en un teatro construído expresamente para ello, y tal como se pusieron en escena en tiempo del gran poeta, sin aparato escénico y con una parte del escenario ocupado por los espectadores.

– En Milán están en competencia los teatros de la Scala y del Verme: en este último ha comenzado la temporada con la ópera *Falstaff*, de Verdi, que dirigida por el maestro Mugnone, produjo mayor entusiasmo, si cabe, que cuando se estrenó. La Scala habrá inaugurado ya sus tareas cuando esta noticia se publique: la ópera escogida es *Enrique VIII*, de Saint-Saens.

– En el teatro de Viena se ha representado la última opereta de Strauss *Waldmeister (El inspector de bosques)*, que ha producido gran entusiasmo: la obra, que fué dirigida por su propio autor, ha sido considerada como una de las más inspiradas del célebre compositor, vulgarmente conocido con el título de rey de los valses.

– El teatro Regio, de Turín, ha inaugurado su temporada con la preciosa ópera de Wágner *El crepúsculo de los dioses*. El éxito ha sido inmenso, y con este motivo los críticos italianos hacen notar el contraste entre el triunfo de ahora con la indiferencia con que fué acogida la misma obra cuando en 1883 se cantó por vez primera en la propia ciudad de Turín.

– En el teatro Carlos, de Viena, se ha representado con gran aplauso el vaudeville de Blum y Toché *Maison Tamponin*, arreglado á la escena alemana con el título de *Prima Ballerina*.

– En el teatro Alemán, de Berlín, se ha puesto en escena con buen éxito la célebre comedia de Moliére *El misántropo*, traducida al alemán por Fulda.

– En Cristianía se ha estrenado con gran aplauso el último drama de Bjornson *Lo que podemos*, en el que se trata admirablemente la cuestión social.

– En el Metropolitano, de Nueva York, se ha puesto en escena por vez primera en italiano y con éxito completo la ópera de Wágner *Las Walkirias*.

París. – En la Opera se ha estrenado con mediano éxito *Fredegonde*, ópera en cinco actos que dejó incompleta el malogrado compositor Ernesto Guiraud y que ha terminado Saint-Saens, de quien son los bailables del acto tercero y los dos últimos actos: ha intervenido además en la terminación de esta obra, según se dice, un joven autor, M. Dukas, que ha instrumentado los fragmentos del manuscrito dejado por Guiraud. Las piezas más aplaudidas de *Fredegonde* son un madrigal y una pintoresca pantomima del acto primero, un dúo de elegante corte del segundo, los bailables del tercero, un hermoso dúo del cuarto y la grandiosa escena final del quinto. A propósito de *Fredegonde*, los críticos franceses censuran con razón la costumbre de querer terminar obras apenas esbozadas por su autor, pues aparte de la imposibilidad de identificarse con el pensamiento de éste, casi siempre resulta que las piezas aplaudidas se las atribuyen, con más ó menos derecho, los continuadores de la obra póstuma, quedando sólo para el pobre compositor muerto lo que menos ha gustado al público. Otro de los graves inconvenientes que tiene este procedimiento es que si la ópera fracasa, el autor no puede tomar el desquite de la derrota que quizás obscurecerá para siempre una reputación sólidamente fundada. Se han estrenado además, con buen éxito, en el teatro de la República *La Belle Grelée*, interesante drama en cinco actos y siete cuadros de L. Pericaud y E. Lemonnier, tomado de la novela del mismo título de Alejo Bouvier;

en el teatro Libre *Le Cuivre*, comedia en tres actos de P. Adam y A. Picard, de gran sentido filosófico, inspirada en las ideas más puras y elevadas; en el Ambigu-Comique *La mendiante de Saint-Sulpice*, interesante drama en cinco actos y diez cuadros de Javier de Montepin y J. Dornay; y en el Gymnase *Marcelle*, bellísima comedia de Sardou, que se estrenó hace algún tiempo en América.

Madrid. – La empresa del teatro Real, no pudiendo cumplir los compromisos contraídos, se ha visto obligada á pedir al gobierno la rescisión del contrato de arrendamiento del regio coliseo, habiéndose con este motivo suspendido las representaciones de ópera. Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *Voluntad*, drama en tres actos de Pérez Galdós, y *El libre cambio*, graciosísima comedia en tres actos, arreglo de un vaudeville francés, por D. Emilio Mario (hijo), y en Lara *Doña Juanita*, comedia en dos actos de los Sres. Flores García y Abati, muy bien escrita y abundante en chistes y escenas cómicas.

Barcelona. – En el Liceo se han cantado *Dinorah*, que ha valido grandes ovaciones á la señorita Pinkert y al maestro Vanzo, y *Los amante: de Teruel*, de Bretón, cuya ejecución ha dejado bastante que desear. En el Principal la compañía del Sr. Cepillo, de la que forma parte la señorita Cobeña, sigue poniendo en escena las mejores obras dramáticas del teatro moderno. En el Tívoli se anuncia el próximo estreno de la nueva ópera *Aurora*, del maestro Espí.

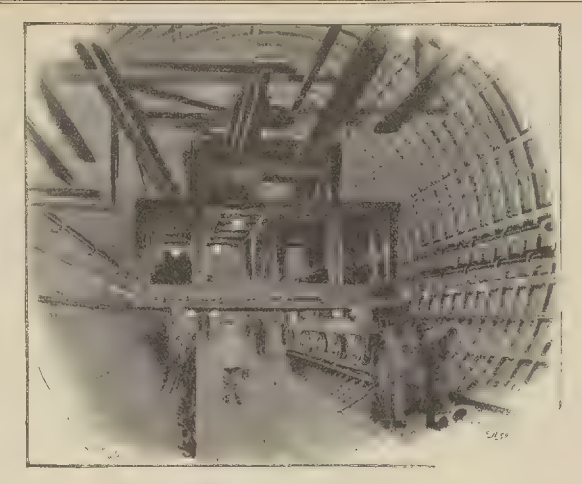
Necrología. – Han fallecido:

Gustavo Droz, celebrado novelista francés.

Adolfo Stademann, notable paisajista muniquense.

C. F. Aagard, paisajista y pintor escenógrafo dinamarqués.

Carlos Brioschi, pintor escenógrafo de origen italiano, establecido en Viena, de cuya Academia era miembro.



El túnel de Blackwall (condado de Middlesex, Inglaterra) construído debajo del Támesis.
Vista del túnel durante los trabajos de perforación.
Sección transversal del túnel

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

ALMANAQUE KNEIPP. – La buena acogida que el público ha dispensado á este almanaque en los dos últimos años ha movido á su autor á publicar el de este año, que como los anteriores puede calificarse de excelente consejero para los individuos y las familias dentro del sistema curativo del famoso cura de Woerishofen, pues en él se contienen interesantes consideraciones respecto de diferentes enfermedades, y se exponen útiles principios para la vida cotidiana. El almanaque es, además, de muy amena lectura por la variedad de trabajos que en él se insertan. Véndese en las principales librerías á una peseta.

FORNOS, *poema por Salvador Rueda.* – El nombre del más popular de los cafés madrileños ha servido á Salvador Rueda de título para su última obra, un precioso poema cuya forma sirve de bellísimo ropaje á un pensamiento elevado y noble que se desenvuelve en una acción sencilla é interesante. La idea en que está inspirado *Fornos* es la abominación de la vida de vicio de la corte; y si bien algunos pasajes del poema resultan un poco extremados, ya advierte el autor que lo hace con toda conciencia, pues aun cuando está convencido de que en Madrid hay grandes centros de ilustración, de virtud y de caridad, ha creído necesario dar más sombra que luz á esta producción para que el grito de alarma sea mayor. Es digno por consiguiente de toda suerte de plácemes el moralista: en cuanto al poeta ya hemos dicho el concepto que nos merece la forma del poema, en el que, como en todas las obras de Rueda, admíranse la armonía del verso, los brillantes colores de las descripciones, la profundidad de los pensamientos y la oportunidad y justeza de las imágenes. *Fornos* se vende en las principales librerías á una peseta.



PARÍS.—Un rincón del mercado del Temple, cuadro de Luis Jiménez Aranda

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XV — Barcelona 13 de enero de 1896 — Núm. 733

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

En el próximo número publicaremos las principales obras del gran pintor alemán Adolfo Ménzel, cuyo octogésimo cumpleaños acaba de celebrarse en toda Alemania con grandes fiestas en honor del eminente artista universalmente conocido por sus admirables creaciones y considerado en su país como el representante genuino del arte nacional germánico. Consecuentes en nuestros propósitos de rendir homenaje al genio, sea cual fuere su patria, hemos creído que La Ilustración Artística debía este tributo de admiración y de respeto al que con razón se reputa como uno de los primeros maestros de de este siglo.

SUMARIO



PRESIDENCIA DE HONOR EN UNA CORRIDA DE BENEFICENCIA,

composición alegórica original de los Sres. A. y E. Fernández (Napoleón), de Barcelona

(fotografía de los mismos)

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Las grandes cuestiones internacionales. – Su extensión desde la desembocadura del Orinoco hasta la desembocadura del Amarillo, y desde la desembocadura del Amarillo hasta el Cabo, y desde el Cabo hasta el Nilo, y desde el Nilo hasta el Bósforo. – Los boers y los uitlanderes. – Orígenes y caracteres sendos de ambos. – Conflictos entre unos y otros. El presidente Kruger y el doctor Jameson. – Irrupciones y combates. – Papel representado por Inglaterra en estos sucesos. – Temores y recelos. – Muerte de Frere Orban. – Sus servicios. – Su inflexibilidad. – Reflexiones. – Conclusión.

«Eramos pocos y parió mi abuela,» dice con gracia cierto refrán español para significar el crecimiento de numerosa familia. Eran pocas las dificultades internacionales y ahora surge una de primera magnitud en Africa. Precisa enumerarlas mil veces para sentirlas en toda su acerbidad y comprenderlas en toda su extensión. Hay gravísima dificultad de los Estados Unidos con Inglaterra por los límites entre la Guayana inglesa y el Estado de Venezuela; dificultad gravísima de Inglaterra con Rusia por los proyectos de esta última potencia sobre Mandchuria, colindante de la Siberia moscovita; dificultad de Inglaterra y los primeros imperios y gobiernos europeos con Turquía por la cuestión de Armenia; todas ellas dificultades múltiples de grandísima exacerbación; y cuando parecía que la medida se colmaba y ningún accidente nuevo podía sorprendernos y sobrevenirnos, el cielo se nubla y el rayo estalla por donde menos podíamos temerlo, por el Cabo de Buena Esperanza, hoy sumido en guerra, y por tanto sugiriéndonos á los amigos de la paz una desesperación verdadera. Aunque los portugueses descubrieron el Cabo, la suerte ha querido que pasase á poder aquel espacio de bátavos é ingleses, quienes hoy se dividen su dominación absoluta, no sin porfías y competencias entre sí mismos, amparadas por los horrores del ambiente clima y la bravura de los naturales históricos. Hay allí una colonia inglesa que se llama del Cabo, dirigida por el gran político Rhodes; otra, vecina de ésta, holandesa, pero con la cual nada tiene que ver su patria, dirigida por el presidente Kruger, colonia llamada República del Transvaal; otra lusitana, Lorenzo Marqués, mandada todavía directamente por Lusitania, pero siempre requerida de proteccion por Inglaterra, que cuenta muchos intereses allí, ó por Alemania, que desea, mejor dicho, codicia contarlos. Con el horror á la uniformidad, verdaderamente distintivo de los ingleses, y el acomodo á las circunstancias en ellos consuetudinario, donde pueden, se alzan siempre con el dominio directo, y donde no pueden hacer esto, apechugan siempre con tutela más ó menos franca, que les permita explotar las ventajas mercantiles é industriales sin los cuidados y los desvelos políticos. De tal especie son las colonias del Cabo y del Transvaal, más dominada la primera, esencialmente británica, y menos la segunda, compuesta de holandeses, quienes admiten á una tanta protección de la gran potencia, cuanta necesitan para tener á raya los oborígenes, en guerra siempre, cual todos los salvajes. El Transvaal se halla compuesto de dos partidos que realmente son dos clases, ó mejor, dos gentes. Llámanse unos los boers y otros los uitlanderes. Los boers son los holandeses y los uitlanderes aquellos extraños, especialmente ingleses, que van allí tras el ejercicio de una industria y forman rancho aparte por las leyes del país, nada hospitalarias. Cuaqueros, liberales, industriosos, económicos, republicanos de abolengo, muy apegados al gobierno de sí mismos y muy contrarios á compartir este gobierno con los demás, constituyendo un patriciado ilustre sumergido en espacios adversos á su naturaleza y á su historia, encastíllanse dentro del propio poder, y repugnan todos compartir este grande privilegio con aquellos que sólo han ido allí aguijoneados por un afecto tan bajo como el deseo de lucro y no pueden querer á un país que sólo desean explotar. Así los derechos políticos, sobre todo el derecho de sufragio gozado por los boers, no quieren transmitirlo éstos á los uitlanderes.

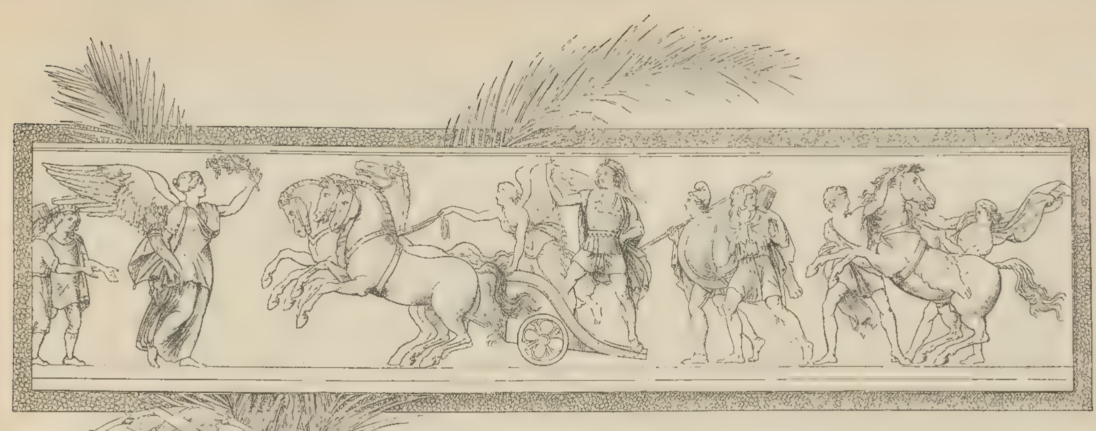
Los uitlanderes van desde la colonia del Cabo á la colonia del Transvaal. Guíalos allí la sed hidrópica de oro y mantiénelos allí la industria minera consiguiente al deseo que los guía. Pero si pueden ejercer á su sabor industria y comercio, no pueden ejercer los derechos de ciudadanos. Las leyes no los admiten al comicio y menos por tanto pueden admitirlos al gobierno. Así han armado una grande agitación en demanda de garantías, que creen les tocan en estricta justicia. Mas los boers saben perfectamente que, magüer gobiernen ellos, no constituyen la mayoría del pueblo cristiano, la constituyen los extranjeros, los ingleses, los uitlanderes; y se niegan por modo resuelto á toda entrada de éstos en el comicio y menos en el gobierno. Los peticionarios están apoyados por Inglaterra, la cual se funda para ello en dos razones: primera, en el espíritu liberal suyo que la hace protectora nata de todos cuantos mantienen amplitudes justas de los derechos políticos; y segunda, en el origen y carácter inglés de los peticionarios. Pero Inglaterra, que quizás tuviese razón en el fondo de sus preferencias, hala perdido en absoluto por los procedimientos de defenderlas. Y hala perdido porque ha dejado, no solamente organizarse á sus anchas una conspiración dentro de la colonia del Cabo contra la colonia del Transvaal, sino que ha permitido ataques á mano armada, en los cuales toda razón se pierde y todo derecho se vulnera. ¿Quién ha dirigido una irrupción de mil soldados contra el gobierno vecino? El doctor Jameson. ¿Y quién es el doctor Jameson? Pues un médico, que después de haber curado al presidente Kruger de una enfermedad mortal, hale inferido esta enfermedad política de muerte, la invasión armada, peor que las invasiones del cólera. Y lo más malo del caso estriba en que Jameson es un segundo de Rodhes, y Rodhes una representación viva, en el Cabo, de Inglaterra. Nada más natural, pues, que todo cuanto acaba de suceder en esta ocasión y con este motivo. Acaba de suceder que los boers, y en su nombre y representación el gobierno, se ha dirigido á Inglaterra quejándose del proceder de los ingleses en el Cabo. Y ha tenido Inglaterra que desautorizarlos y condenar su acto, bien desgraciado por cierto, pues de los mil irruptores comandados por el médico inglés, han muerto cerca de cien, han quedado prisioneros más de quinientos; el resto, roto y desesperado, ya se dispersa en todas direcciones, ya se rinde á discreción, y demanda, como única merced, no ciertamente la libertad, no, la vida. Pero aún hay cosas peores tras tantas nefastísimas. Aún hay que Guillermo II de Alemania se cree con derechos, en virtud de sus intereses más ó menos fantásticos, sobre los espacios de la horrible Africa meridional. Y reunió consejo, en cuanto supo lo allí sucedido, para disponer nada menos que una escuadra; y en esa escuadra equipar soldados de todas armas que desembarcasen allí, en la colonia de Lorenzo Marqués, y corrieran á defender el Transvaal. Mas habiendo sido la victoria de esta república, en tan inminente daño puesta por sus congéneres, tan pronta, se ha limitado el emperador á enviarle una felicitación, la cual resuena como una gran bofetada en las mejillas de Inglaterra Y así han aparecido un cambio de artículos entre periódicos ingleses y alemanes tan terribles los unos contra los otros y tan henchidos de mutuas ofensas, que parece ya sonar la hora de romper una guerra entre la mayor potencia continental de los germanos y la mayor marítima. El pueblo inglés ha mostrado suma extrañeza de que un legítimo y amado nieto de su reina Victoria sea osado á tamaños atrevimientos contra el imperio de su abuela, como si el mundo se rigiese por intereses dinásticos, cual en los tiempos del pacto de familia, y no por lo que todo arriba lo dirige, la idea, y por lo que todo lo dirige abajo, el interés.

Tan congruentes las guerras con las desgracias aparecen siempre á nuestros ojos, que sólo es propio del ánimo en muertes y en muertos ocuparse. Una colectiva necrología se impone á todos los periódicos liberales del mundo, la necrología de Frere Orban. Hijo de un conserje, se levantó por esfuerzos de la voluntad soberanos y por títulos de mérito indiscutibles á primer ministro del rey de Bélgica y á jefe de aquel partido liberal. Diez y ocho años consecutivos desempeñó la cartera de Hacienda, y en estos diez y ocho años abolió la capitación y los consumos, que gravaban mucho al pobre pueblo en los tiempos anteriores á su gobierno, tan próvido y fecundo. Ministro de Obras públicas largo tiempo también, extendió muchas de las redes férreas que facilitan las comunicaciones en el industrial país belga, y no contento con extenderlas acertó á salvarlas del tercer Napoleón, quien, soñando siempre con engrandecimientos y conquistas, quería enredar Bélgica entre sus dedos. Tres grandes inclinaciones distinguieron al glorioso difunto: la inclinación al derecho sacratísimo del espíritu y del pensamiento humano, la inclinación al gobierno parlamentario moderno, la inclinación al principio individualista de la Economía política. Con estas tres grandes inclinaciones prestó servicios valiosos á Bélgica y á su libertad. Era un estadista bastante conservador para constituir en los Parlamentos una derecha liberal, y bastante progresista para constituir una izquierda conservadora. Pero en sus tendencias á la derecha y en sus tendencias á la izquierda exageró algunos principios, que le suscitaron sumas dificultades y que cedieron al cabo en deservicio de su propia causa. Llevó á sangre y fuego sus relaciones con la Iglesia de su país, con la Iglesia católica, trayéndose así odios que dieron á la natural emulación entre reaccionarios y liberales carácter de guerra litúrgica y religiosa. Exageró su liberalismo tradicional enfrente de la Iglesia católica. Y enfrente del sufragio universal aún se mostró más exagerado, petrificándose dentro del dogma de los privilegios burgueses con sus capacidades sumadas á sus censos y resistiéndose á reconocer el advenimiento de la democracia moderna. Así cosechó el fruto de ambos errores. La eterna contradicción implacable con la Iglesia le quitó el poder para dárselo á una fracción católica, no tan verdaderamente conservadora como su partido; y la eterna contradicción implacable con la democracia le quitó la diputación para dársela por mal de todos á un socialista, no tan liberal y tan amante del progreso como él, á quien expulsaron de la política los votos del pueblo. Mas, orador afluente, político experto, cristiano viejo aunque no católico, economista eminentísimo, administrador de primer orden, un ministro de Hacienda sin rival en su patria, argumentador incisivo, no llamándose idólatra del pueblo como los comunistas y demás sectas del socialismo, ha descargado de gravámenes horribles el pan con que los pobres se alimentan y ha mejorado su condición social con reformas prácticas y tangibles, muy superiores á las leyendas y fantasías de todos los videntes que pululan en el mundo. No lo olvidará la historia.

Madrid, 7 de enero de 1896.



FANTASÍA ARTÍSTICA, dibujo á la pluma de A. Kampf



Fragmento de *El triunfo de Alejandro,* bajo relieve de Thorwaldsen

13 de Enero de 1812 Torwaldsen

EL TRIUNFO DE ALEJANDRO

13 de enero de 1812

Célebre bajo relieve decorativo, ejecutado por Thorwaldsen y destinado á una de las salas del Palacio del Quirinal

Cuarenta y dos años de edad contaba el célebre escultor danés cuando dió comienzo á la serie de bajos relieves representando la entrada triunfal del hijo de Filipo en Babilonia, que debían decorar, como friso, una de las suntuosas salas del Palacio del Quirinal, entonces perteneciente á los Papas, hoy residencia de los reyes de Italia.

Es quizá en esta obra, de treinta metros de longitud, donde mejor se estudia la personalidad artística de Thorwaldsen. Nacido en plena época del dominio de la escuela clásica, á la cabeza de la cual figuraba Canova, ya caduco, su ideal fué resucitar el amor al arte de la Grecia pagana, el respeto á las tradiciones que de Fidias, Praxiteles y Scopas llegaran hasta él; oponiendo así un dique á los realismos de algunos escultores que, como David d'Angers, iniciaban en la escultura la revolución romántico-realista.

El triunfo de Alejandro, ejecutado en muy pocos meses, porque las impaciencias de Bonaparte, quien á la sazón del encargo residía en el Quirinal, no le permitieron detenerse en la corrección de tan gigantesca obra, adolece de simplicidad en los detalles y aun en muchas partes se observa deficiencia en la labor, pues solamente pudo el artista esbozar las figuras. Vaciado en yeso el famoso bajo relieve, se colocó en el lugar para el cual se destinara. Napoleón encarga entonces al escultor que reproduzca la obra en mármol, para un monumento que se estaba construyendo en París; era éste el templo de la Gloria, hoy iglesia de la Magdalena. Al reproducir Thorwaldsen su bajo relieve introdujo algunas variantes en la composición general; y en figuras tan importantes como la de Alejandro, la de la Victoria y la de la Paz las variantes fueron tales que las caracterizó y dispuso de un modo completamente distinto á como lo hiciera en el original. Estos mármoles no llegaron á emplazarse en el templo de la Gloria y pasaron á decorar en 1830 la *villa Sonmariva,* situada al Mediodía del lago de Como y en una de sus hermosas orillas. El original en yeso existe todavía en el Quirinal.

Thorwaldsen hizo gala en *El triunfo de Alejandro* de sus conocimientos de la historia de Grecia y muy especialmente de cuanto Arriano relata de las guerras del rey macedonio. No se limitó el insigne autor de *La Noche y la Muerte,* relieve admirable por todos conceptos, á presentar la entrada en Babilonia del vencedor de Darío, sino que dando suelta á su imaginación y á su sentimiento, perfectamente de acuerdo con la tendencia simbolista del arte de entonces, crea y dispone en la grandiosa escena grupos y figuras alegóricas que recuerdan de un modo indudable aquellas victorias y divinidades protectoras de los guerreros, que aún alcanzamos á ver en los desmenuzados bajos relieves que, repartidos por los principales museos de Europa, podemos admirar y que el arte heleno produjo.

Pero en esta parte que corresponde á la idea, es donde únicamente Thorwaldsen aparece fiel á su amor al arte de los griegos, pues acaso por la rapidez con que hubo de ejecutar la obra de que hablo, no pudo, y así aparece, imprimir á las figuras ese carácter severo y grandioso de la forma con que á costa de lo espiritual y á las veces (y perdónenme la *herejía* los sabios en estas materias) de la verdad, modelaban ó esculpían los artistas de la patria de Aristóteles y Platón. En *El triunfo de Alejandro* el insigne escultor se muestra con manera propia. El dibujo es en general enérgico, de líneas acusadas vigorosamente, y el movimiento de las figuras menos reposado que el que conviene á la obra de quien pretende continuar las tradiciones del arte clásico. Quizá pueda apuntarse también falta de unidad al total de la composición, pues que presentó Thorwaldsen escenas como la de la familia de Darío y algunas otras que recuerdan los culminantes hechos del vencedor del Gránico. Por lo demás, el asunto ó los asuntos del famoso bajo relieve son los siguientes, según el relato histórico.

Algunos historiadores refieren – nos enseña Arriano – que hallándose Alejandro, después de la derrota de Darío en las orillas del río Pinaros, en la tienda que abandonara el rey de los persas, llegaron hasta él llantos y lamentos femeninos. Preguntó quiénes eran aquellas mujeres que así lloraban, y le contestaron que la madre de Darío, la reina su esposa y sus hijos, quienes sabedores de que estaban en poder del vencedor el manto y las armas del rey, no dudaban de que éste hubiese muerto. Alejandro envió en seguida á uno de sus oficiales á decir á la atribulada familia que Darío vivía y que él no poseía más que los despojos del fugitivo, los cuales éste dejara abandonados en su carro, y aun añadió que les dijesen que el vencedor les conservaba en todos sus honores, en el estado y nombre de reinas, pues que la guerra no la hacía en odio personal á Darío, sino por conquistar el imperio de Asia. Al día siguiente (y este es uno de los motivos que inspiraron á Thorwaldsen para trazar la figura de Alejandro) fué el macedonio á la cámara de las mujeres de Darío, acompañado de uno de sus capitanes, llamado Efestión, á quien, confundiéndolo con Alejandro por su porte majestuoso, la madre del rey fugitivo le imploró, echándose á sus plantas. Deshecho el engaño y confusa la acongojada madre, el hijo de Filipo le dice: «No os habéis equivocado, porque también éste es Alejandro.»

Después de largas excursiones por el interior del Asia, de la muerte de Darío, de la batalla de Arbelas, de la derrota de Posus, etc., las tropas de Alejandro «maltratadas por tempestades y continuas lluvias, que duraron sesenta días, harapientas, con las armas ya gastadas por el uso, temieron aventurarse en las nuevas empresas que su jefe quería acometer.» Pronunciósles Alejandro un discurso esperando animarlos, mas no consiguió su objeto, antes por el contrario, las huestes aplaudieron el discurso de uno de los oficiales veteranos que habló en sentido de regresar á Macedonia, donde «encontraría una juventud ávida de gloria y dispuesta á reemplazar á los soldados viejos.» No se rindió Alejandro á esta palpable demostración de sus tropas; pero al hacer los acostumbrados sacrificios para que el nuevo viaje fuese favorable, los auspicios resultan contrarios y el hijo de Filipo ordena el regreso. Celebróse la orden con juegos gímnicos y ecuestres, con sacrificios y otras fiestas. Y este es el punto del cual parece arrancar la composición del bajo relieve de Thorwaldsen. Dura el regreso de Alejandro desde noviembre del año 326 antes de Jesucristo hasta la primavera del 323, en que hizo su triunfal entrada en Babilonia.

De todos los países sometidos figuraban en el cortejo de Alejandro tropas, presentes riquísimos, animales diversos, etc. Esperábanle en la ciudad fundada por Nino embajadores de todas las partes del mundo conocido, y juntamente con el pueblo salieron á recibirle. «Habían acudido embajadores de Italia, bractanios, lucanios y etruscos; de Africa, etíopes, cartagineses y libios; de otros pueblos de Europa, escitas que se encontraron con celtas é iberos. Acompañaban á Alejandro huestes macedonias y de distintas partes de Grecia, persas, así de las orillas del Indo como del Tigris, elefantes, camellos, caballos, etc. Tales son los elementos de que Thorwaldsen echó mano para componer la grande representación escultórica del *Triunfo de Alejandro.*

Además de todo esto, el artista danés, como he dicho más arriba, recurrió á las fuentes históricas del pueblo griego para presentar una parte, la principal de la composición, en la forma ceremonial que los helenos empleaban para sus grandes fiestas triunfales, bien distintas ciertamente de las romanas. Y recurrió, no tan sólo para distribuir con arreglo al clásico rito grupos y figuras, debiendo tener á la vista, como puede observarse, aquellos relieves de análogos acontecimientos que de entonces se conservan, sino que remontándose á las alturas del simbolismo mitológico introdujo en la composición figuras completamente ideales, pertenecientes á la poesía ó á la teogonía griegas.

Tiene, en fin, *El triunfo de Alejandro* un carácter perfectamente arbitrario, en cuanto al extremo del rigorismo histórico, no en lo que pertenece á los hechos aislados que representa y aun á la misma indumentaria, sino en su totalidad, pues hay detalles que no fueron puestos en práctica por los griegos en ese género de acontecimientos y sí por los romanos, ya bien avanzada la república, á la cual siguió el imperio.

* * *

De este bajo relieve aún hizo Thorwaldsen otra reproducción en mármol, en la cual introdujo más reformas que en el existente en la citada *villa Sonmariva.* Esta segunda copia decora hoy el palacio de Christiamborg en la capital de Dinamarca y le fué encargada por el rey.

Puede decirse que *Triunfo de Alejandro* es la última gran obra de aquel que se iniciara en los años medios del pasado siglo; pues aun cuando al célebre escultor danés sucedió algún otro (y alemán por más señas), digno de la fama que extendió su nombre por todo el mundo, sin embargo, más puede juzgársele como inspirado en la obra de los grandes maestros de su escuela y en su propia ciencia, que en la verdad que palpita en las formas de las Venus, Psiquis y Apolos del arte griego.

R. Balsa de la Vega

CRÓNICA PARISIENSE

LOS CAFÉS DEL BOULEVARD

Ya hemos dicho en una de nuestras crónicas anteriores lo que era el Boulevard considerado como vía de comunicación bajo sus múltiples aspectos y á diferentes horas del día y de la noche. Para completar su curiosísimo estudio, sería preciso describir los innumerables comercios é industrias que en él se ejercen y la inmensa diversidad de tipos que le dan vida y carácter propios. Pero ni aspiramos á tanto, ni fuera posible encerrar tan vasta materia en el reducido espacio de un artículo. Nos limitaremos hoy á glosar la sección de esa incomparable vía que con suma delicadeza, y sobre todo con una verdad sorprendente, ha copiado del natural el lápiz de Salvador Azpiazu en los dibujos que constituyen el complemento de esta crónica.

No en vano cambia de nombre, de trecho en trecho, esa grande arteria por donde circula, entre la Magdalena y la Bastilla, el elemento más vital de París. El boulevard de Beaumarchais no dista sólo topográficamente del de Capuchinas, y entre el de los Italianos y el de San Dionisio hay tanta diferencia como entre la aristocracia y la bohemia del arte.

Durante el segundo Imperio, la vida del Boulevard estuvo concentrada en el corto espacio que media entre el Faubourg Montmartre y la calle de Taitbout. El restaurant famosísimo de Brébant y el café no menos famoso de Tortoni eran los dos puntos extremos de este pedazo de vía, equidistantes del teatro de la Opera, situado entonces casi á la entrada de la calle de Le Pelletier. El oro de las cuatro partes del mundo afluía á este brillante y animado centro de la vida parisiense, donde una infinidad de calaveras cosmopolitas, ávidos de placeres, derrochaban enormes sumas con las *cocottes* y con las artistas en boga, en tanto que las grandes damas imitaban con las celebridades de la banca, de las artes y de la política la vida alegre de las mujeres galantes. El café Inglés reunía la clientela más seria y acaudalada. Noel Peters, aunque instalado en el pasaje de los Príncipes, no tenía á cenar más que duquesas, de cuya autenticidad no siempre era fácil responder. La Maison Dorée era la Cosmópolis de los restaurants.

Pero se incendió la Opera; cayó el Imperio; la Commune ahuyentó á los Nababs del Boulevard, y esta vía atravesó una larga crisis que comprometió su crédito, su esplendor y su carácter. Vuelta la paz, y con ella la prosperidad de la Francia, la capital de la República volvió á brindar seguro asilo á los príncipes proscritos y refinados placeres á los vividores del universo; y el Boulevard recobró su animación antigua. Pero la Nueva Opera había atraído en torno de ella los principales elementos de la vida mundana; y mientras el Gran Café, el café de la Paix, el Americano, los de Sylvain y Jullien hacían fortuna, sus congéneres de más renombre se arruinaban. La Exposición Universal de 1878 fué un paréntesis de relativa prosperidad para ellos. Soportaron diez años de pérdidas con la esperanza de resarcirse en grande durante la Exposición de 1889. Nueva época de prosperidad efímera, después de la cual ha venido el marasmo, la transformación ó la quiebra de tan célebres establecimientos. El clásico restaurant Brébant, transformado en café á la moderna. El de Bignon, desaparecido después de probar inútilmente fortuna en la avenida de la Opera. ¡Y el café Tortoni, donde los príncipes de la sangre se codeaban con los príncipes de la literatura, convertido al fin en una zapatería!

Subsistía con vida lánguida el café Riche en una de las esquinas de la calle Le Pelletier, cuando Pousset le dió el golpe de gracia fundando en la esquina opuesta una lujosa taberna al estilo flamenco. Este industrial había hecho fortuna explotando el primer establecimiento de este género que se fundó en París. Al principio se conformó vendiendo cerveza bávara en su taberna, artísticamente instalada en la calle del Faubourg Montmartre; después se hizo fabricante, y hoy surte de cerveza á centenares de cafés.

EL CAFÉ RICHE, dibujo de Salvador Azpiazu

Para evitar su ruina, el café Riche se transformó en lujosísima taberna, y aunque no ha quitado clientela á la de Pousset, ha logrado verse nuevamente favorecido por el público, que le había vuelto las espaldas. Estos dos establecimientos son los que reproduce Azpiazu en dos de sus preciosos dibujos. Han invadido la acera con sus anchas terrazas y pueden considerarse como el trozo más típico del Boulevard.

Hay quien afirma que estas tabernas son tumba de inteligencias y de talentos, porque en ellas muere toda originalidad, toda fuerza y todo trabajo. Yo creo que muchos de esos detractores han encontrado en ellas su inspiración, si no han escrito sobre sus mesas las mejores páginas que han producido.

El café vulgar, donde se encierran los desocupados y los perezosos para matar el tiempo hablando de cosas inútiles ó jugando al dominó, será, efectivamente, tumba de fuerza y de ingenio; pero el del Boulevard, con su movimiento incesante, con su exuberancia de vida, con sus terrazas, verdaderos observatorios de tipos y costumbres, es un inspirador poderoso, que enardece y despierta ambiciones que hacen acometer toda clase de empresas.

Muchos escritores y artistas hacen cotidianamente su aparición en el café del Boulevard á la caída de la tarde, después de haber empleado el día en la activa labor que ha de aumentar su fortuna y su renombre. Para éstos es la hora del descanso, como para otros es la hora de la observación, que es como la gestación de los partos del ingenio.

El café del Boulevard no es ningún club de desocupados, de esos que se entretienen viendo pasar botitos y enaguas con un ojo puesto en el asfalto y el otro en el chorro de agua que filtrándose por un terrón de azúcar puesto en parrillas sobre la copa, hace tomar reflejos y matices de ópalo al verde ajenjo. La mayor parte de los que allí se reunen, en la intimidad de viejas amistades, han dado su crónica al periódico, su capítulo ó su romanza al editor, su dibujo á la litografía, su escena al teatro, su pincelada decisiva á la obra pictórica.

En la fiebre, en el estímulo, en el movimiento, en el choque de ideas y de sensaciones que se resumen en estos centros de la vida parisiense, el trabajo adquiere amplitud, fuerza y calor, tonos precisos, color de ambiente y temperamento de actualidad.

Sin embargo, muchos de los parroquianos de Pousset y del café Riche maldicen estos sitios que tanto les envidia el mundo, porque sueñan constantemente con aire puro, ancho espacio, verdes campiñas y dilatados horizontes. Anhelan tomar baños de poesía en campos llenos de espigas y de flores que columpia la brisa; confundir por un momento su existencia de hombres de mundo estragados con la de los campesinos robustos, sanos, libres y alegres; trocar el Boulevard, invadido á todas horas por los que ellos apellidan los Bárbaros de la civilización, por el solitario camino que convida á sosegados paseos y largos soliloquios; ensanchar los pulmones, el corazón y el espíritu, y producir tranquilamente su obra maestra en medio de los goces modestos y dulces del florido campo...

Pero ¡ah! sacadlos de esa atmósfera parisiense; apartadlos de la influencia de esos estímulos y de esa fiebre del Boulevard; llevadlos á ese campo florido, y el aire libre les producirá una embriaguez enervante que paralizará sus fuerzas, y sus sueños de artística producción se convertirán en impotencia ó marasmo.

Los que viven en medio de margaritas y amapolas, no las cantan. Los poetas bucólicos viven en estrechas buhardillas y componen sus idilios en el torbellino de la vida babilónica.

Cuando el escritor ó el artista identificado con esa vida cree haber huído del enemigo que envenena y mata; cuando se dispone á trabajar lejos de ese Boulevard que tanto aborrece, siente que le falta la palanca que ordinariamente eleva su espíritu á las regiones de la inspiración. En vano busca la ironía del escepticismo que mortifica, pero que es una preciosa salvaguardia de la distinción y de la belleza artísticas, como busca inútilmente el entusiasmo que aturde, pero que también sostiene y estimula. Para ese escritor, para ese artista, el campo no es sitio de reposada labor; es lugar de pereza y de letargo.

Conozco á muchos escritores que viven en los alrededores de París. Allí tienen tranquilidad, aire puro, ancho espacio para trabajar. ¿Creéis que utilizan nada de todo eso? Cuando tienen que escribir su crónica, su artículo de Revista y aun su capítulo de novela, toman el tren, se vienen á respirar el aire *deletéreo* de la ciudad y se instalan en cualquiera de los cafés que le brindan movimiento y fiebre entre la plaza de la Opera y la calle de Drouot. Tan pronto como pisan el asfalto, vuelven á hallarse en posesión de sí mismos; respiran á sus anchas – mejor que en el campo; – los hombres y las cosas tienen para ellos otro aspecto y su juicio adquiere precisión y claridad.

El Boulevard tiene su poesía. Los *dilettanti* del concierto parisiense proclaman que nada supera al ambiente de esa vía incomparable, por cuyas aceras pululan, entre elegancias y celebridades universales, los tipos más singulares y curiosos.

El *chasseur* del restaurant de lujo, de gran librea de paño fino y de modales tan finos como el paño de su severo uniforme; siempre atento á la clientela de



pitán á bordo. Si halla sitio en alguna de las mesas de última fila, el parisiense no se hace servir jamás en las inmediatas á la acera, que abandona á los provincianos y á los extranjeros incautos, quienes, apenas instalados, sufren el asedio de una turba de vendedores ambulantes. El que se dice inventor del *juguete del día*, le ofrece por cincuenta céntimos un prodigio de ingeniosidad. El expendedor de saldos de librería le invita á comprar por la quinta parte de su precio periódicos ilustrados que han muerto al primer número, almanaques de años anteriores, álbums artísticos que no han tenido éxito, catálogos de Exposiciones de pinturas con la reproducción de los cuadros más notables, el retrato en cromolitografía del jefe del Estado, el mapa del lejano país con que la nación está en guerra. Le molestan con su oferta pertinaz el que expende espejos de bolsillo, botonaduras de camisa, cadenas de seguridad para el reloj, jemelos de teatro ó petacas automáticas; el que vende por un *perro chico* el *Arte de tratar á las mujeres como se merecen*, el *Journal des Cocottes* ó la canción del día con el retrato de la artista que la ha popularizado; el que clandestinamente ofrece libritos pornográficos, barajas transparentes ó fotografías obscenas; el sordomudo que pide limosna por medio de un memorial impreso; la ramilletera, que lleva su insistencia al extremo de prender una flor ó un ramo diminuto en el ojal; el que distribuye prospectos, el vendedor de periódicos y cuantos ejercen en la vía pública esos comercios extraños cuya ganancia parece un mito.

A estos tipos del Boulevard hay que añadir la falsa modista, que con una caja de cartón en la mano, sale de paseo á las horas de almorzar y de comer; el agente de policía disfrazado de *camelot;* la *cocotte* disfrazada de viuda dolorosa; el *rastaquouère* que se pavonea cos sus dijes, pretendiendo imponer las exageraciones ridículas de la moda; los inventores de sistemas destinados á transformar la faz del mundo, quienes van siempre en busca de capitalistas dispuestos á examinar la documentación que llevan en un enorme cartapacio; el colillero, que lleva un anzuelo en el bastón y dos alforjas en la blusa; el hombre-anuncio, que se llama hombre-sandwich cuando lleva reclamos por la espalda y el pecho, y hombre-esquina si sólo los lleva á la espalda.

la casa, adivina las intenciones y los deseos; no le coge desprevenido la llegada á pie ni en coche de ningún parroquiano; antes de que pare el vehículo, abre ya la portezuela y se descubre con respetuosa amabilidad. Si el que se apea es caballero, lo desembaraza de cuanto pueda molestarle; si es señora, le presenta, además, para que en ella se apoye, su mano revestida de irreprochable guante blanco. Cuando llueve, protege con un paraguas el paso del coche á la marquesina del restaurant, ó viceversa, cuando se trata de tener iguales atenciones con los parroquianos que salen. Comparten con él estas delicadas funciones los *grooms* del establecimiento. Pero éstos constituyen una guardia móvil que presta múltiples servicios. El *groom* es el correo activísimo de Mercurio y el mercurio ordinario de Su Majestad el Amor.

Entre las mesas del café circulan con dificultad los mozos cargados de copas y botellas, uniformados con su chaquetilla abierta en forma de frac sin faldones, su chaleco descotado y su pantalón de paño negro, corbata blanca y pechera limpia, blanco delantal que baja hasta los pies y servilleta al brazo. Al mozo le está terminantemente prohibido usar bigote. Algunos ostentan pobladas patillas, pero casi todos llevan la cara afeitada. Los que sirven en los cafés del Boulevard son maestros en el oficio. Tienen un golpe de vista rápido y certero; á la menor seña comprenden lo que el parroquiano desea, y trabajan con febril actividad bajo el ojo vigilante del inspector que, vestido de frac y corbata negra, recibe y transmite órdenes y ejerce el mando sobre todo el personal del establecimiento como un ca-

Para el *boulevardier pur sang*, la poesía del Boulevard es de lo más pintoresco, exquisito y penetrante; satisface la necesidad de tener un buen punto de observación y un buen motivo de charla, un paisaje con muchas casas y muchos ómnibus y un centro donde la originalidad corra parejas con el ingenio.

Por esto el Boulevard triunfa, con su variedad, con sus sorpresas, con su ambiente, con sus derrochadores de frases y de ideas, con sus buscadores de oro, con su estímulo, del que nacen diariamente cien empresas, muchas de las cuales redundan en comodidad y en bien del público, sin que falten las que honran á una nación entera, ni las que cambian de pronto los destinos de la humanidad.

Pasó el tiempo de la bohemia literaria y artística que vegetaba en los cafés. El parisiense se burla sin piedad de los tipos románticos que copian á los personajes de Murger. El vividor estúpido es entregado al más soberano desdén. La estimación, el apoyo, el estímulo de la masa inteligente son para el que trabaja y produce. El gomoso, que antes triunfaba, es hoy objeto de burla. El corte del gabán ó la forma del sombrero ya no preocupan tanto como la promesa de un talento, el ejemplo de una honrada laboriosidad ó el anuncio de una obra original.



En la taberna Pousset, dibujo de S. Azpiazu

La parroquia de estos cafés tiene puesta su atención en el escritor que despunta, en el artista que se ha revelado con alguna creación notable, y no ya en los que derrochan la fortuna paterna, laboriosamente adquirida en el comercio de ultramarinos ó en la fabricación de botones de hueso. Sabe dónde se cimenta el porvenir, y se interesa por los que lo preparan. Mira desfilar á los inútiles con desprecio, y se convierte en apoyo y providencia de todos los que luchan por la vida y viven para la patria ó para la humanidad, que tarde ó temprano los bendice y glorifica.

Juan B. Enseñat

LA REPÚBLICA SUDAFRICANA
ó del Transvaal

El pánico producido hace poco tiempo en la bolsa de París por los agiotistas de las minas de oro del Transvaal y la reciente intentona del doctor Jameson, que al frente de mil hombres ha invadido las fronteras de la pequeña república con éxito por cierto bien desgraciado, han atraído la atención de todo el mundo sobre la República Sudafricana. De aquí que creamos interesante publicar algunas noticias acerca del país y de sus pobladores indígenas, los boers.



S. J. Pablo Kruger, presidente de la República Sudafricana ó del Transvaal

Este Estado, que en 1852 fundaron los boers y que desde 1877 á 1881 se denominó del Transvaal, ocupa una superficie de 308.560 kilómetros cuadrados y hállase situado en el Africa meridional entre el Betchuanaland inglés al Norte y al Oeste, las posesiones portuguesas del Africa oriental y el Swaziland al Este, y la Nueva República, Natal y la República de Orange al Sur. Su población se compone, según el último censo (1895), de 119.128 blancos y 653.662 negros.

Ya hemos dicho que los fundadores de la República Sudafricana fueron los boers, este pueblo curioso y en extremo interesante que desde hace casi un siglo lucha tenazmente contra la invasión inglesa en el Africa meridional, y que es producto de un cruzamiento secular entre los primeros colonos holandeses del Cabo y algunos hugonotes franceses que emigraron á aquellas regiones después de la revocación del edicto de Nantes. Estos últimos fundiéronse por completo con los primeros, más numerosos, y adoptaron su idioma.

Establecidos los boers en el Cabo, permanecieron allí durante los primeros tiempos de la conquista inglesa, viviendo al lado de los nuevos señores del país, aunque sin confundirse con ellos, cultivando sus campos, vigilando sus rebaños y dedicándose á la caza de animales fieros.

La orden del consejo de la Corona británica, que en 1835 abolió de repente la esclavitud sin compensación alguna para los propietarios, los arruinó, y entonces abandonaron el Cabo y dirigiéronse hacia el interior en busca de nuevas residencias: unos se establecieron en Natal, otros en los territorios de allende el Vaal y del Orange, que estaban en poder de los zulús, tribus guerreras que les disputaron el terreno palmo á palmo. Los nuevos colonos, atacados de continuo por las vecinas hordas salvajes, hubieron de sostener sangrientos combates, entre ellos el de 16 de diciembre de 1838, en el que 450 boers vencieron á 12.000 zulús, haciéndoles 3.000 muertos. Por fin quedaron dueños del territorio, y los jefes indígenas que habitaban en éste antes de su llegada, fueron á establecerse al otro lado del Limpopo.

Fundadas las Repúblicas del Transvaal y del Estado libre de Orange, los ingleses reconocieron solemnemente su independencia por medio de un tratado firmado en 1884, que sólo contiene una reserva respecto del derecho de tratar con las potencias extranjeras. Hay que notar que este tratado se firmó después que los boers derrotaron á los ingleses en distintas ocasiones, especialmente en Majuta, en donde 150 de aquéllos vencieron á 400 soldados de la reina Victoria, matándoles el general 6 oficiales y 90 soldados.

El boer es un guerrero intrépido: desde su infancia aprende á manejar el fusil y á no temer ningún peligro; adolescente sale á caza de fieras, no arriesgándose á ella hasta estar bien seguro de su puntería, pues harto sabe que el elefante ó el león que escapen de su disparo harán irremisiblemente presa en el torpe cazador.

Así se pasa toda la vida, de caza ó en la granja, donde vigila el cultivo de sus campos y la cría de sus rebaños. Gústale la vida al aire libre, en el campo, y se encuentra mal en las ciudades; desprecia á los buscadores de oro que han ido á aquel país con el único afán de enriquecerse pronto y marcharse en seguida, y siente apasionado amor por la tierra que ha conquistado y que está dispuesto á defender. Muy sobrio, de un vigor y de una resistencia á toda prueba, ha conservado de su origen la paciencia, la calma y la lentitud; la fiebre del oro no ha hecho presa en él y casi ignora que haya bancos y cajas en Johannesburg. Desconfía por naturaleza de los extranjeros, pero se afecciona y se muestra muy hospitalario con todo el que ha logrado conquistar su confianza. No habla más que holandés y se mantiene holandés en el sentido más estricto de la palabra, á pesar de los 250 años transcurridos desde que emigró de Europa. Excelente padre de familia, sólo estima á los hombres casados y con hijos; su esposa es modelo de fidelidad y abnegación, de valor y de energía, y cuando llega el caso sabe coger un fusil y utilizarlo como el hombre más bravo.

Con todas estas cualidades el boer tiene un defecto, el de ser irreductible á las exigencias de la civilización moderna: el verdadero boer no aceptará nunca la dominación inglesa. Desde que la explotación de las minas de oro ha atraído á tantos extranjeros al Transvaal, varios grupos de boers, previendo el momento en que serían arrollados por la superioridad numérica de esos elementos extraños, han partido en busca de una nueva patria africana, porque ninguno piensa en volver á Europa, y se han internado en el continente negro que sus padres colonizaron y en el cual quieren continuar viviendo como ciudadanos libres é independientes.

La riqueza aurífera del Transvaal es enorme, superando en mucho á la de Australia y California, como lo demuestran los siguientes datos: la extracción regular del precioso mineral no comenzó hasta 1887, y hasta el presente la producción de aquellas minas se ha elevado á cerca de 10 millones de onzas, cuyo valor puede calcularse en más de 900 millones de francos.

Varias personas se disputan la gloria de haber descubierto el oro en el Witwatersrand, el distrito aurífero de más importancia del Transvaal: el primer descubridor parace haber sido un holandés llamado Juan Marais, que en 1854 encontró una pequeña cantidad de ese metal; pero la noticia no se propagó y no se volvió á hablar de ello hasta que en 1884 un tal Struben, que había descubierto una rica bolsa aurífera, compró allí una gran extensión de terreno y se dedicó á pacientes excavaciones hasta que dió con el primer filón de conglomerados, el *main reef* ó filón principal, que no pudo explotar en debida forma porque para ello necesitaba recursos, de los que no disponía y que no quisieron facilitarle aquellos á quienes comunicó su hallazgo y que se burlaron de él.

En 1885 Mr. J. Bantjes, aconsejado por Struben, comenzó á explorar seriamente el país, y aunque los rerultados no fueron al principio más que medianos, prosiguió sus investigaciones hasta que halló un lecho de conglomerados que contenía una incalculable riqueza en oro. Pronto cundió la noticia de aquellos descubrimientos, y no tardaron en trasladarse al Transvaal y adquirir terrenos acaudalados capita-



Barberías al aire libre en Constantinopla, [illegible]

San Antonio abad y San Pablo el ermitaño, [illegible]



PASO Á DOS, CUADRO DE CA…



. Herpfer, grabado por E. Krell

listas que practicaron la explotación en grande escala, surgiendo en pocos días en aquellos territorios antes desiertos una numerosa población minera. El 20 de septiembre de 1886 el gobierno transvaaliense proclamó campo de oro nueve fincas del Witwatersrand, cuyos nombres se han hecho célebres en el mundo de los negocios, y designó el sitio donde debía levantarse una ciudad. Esta, que tomó el nombre de Johannesburg, se desarrolló con una rapidez extraordinaria: á fines de 1886 sólo había en ella una calle, al año siguiente levantábanse multitud de edificios á lo largo de tres vías principales que atravesaban de extremo á extremo la población, entre ellos dos fondas, dos bancos, un teatro y un café concierto; á mediados de 1887 el número de habitantes se elevaba á 14.000, inaugurábanse una Bolsa y un Club y se consagraban al culto cuatro iglesias. En suma, y para no fatigar la atención de nuestros lectores: Johannesburg cuenta hoy cerca de 50.000 habitantes y tiene todo el aspecto de una gran ciudad moderna, con sus anchas calles, sus tranvías eléctricos, sus teatros, casinos, cafés, bancos, casas de comercio y cuanto puede desearse en una población inmensamente rica y muy dada á los placeres. Johannesburg está enlazada con el Cabo por medio de un ferrocarril de 1.674 kilómetros y con la bahía de Delagoa por otro de 650.

Los robos y los asesinatos son raros en esa ciudad, lo cual se explica porque además de los ejemplares escarmientos que en un principio se hicieron con los criminales que quisieron hacer de aquel país teatro de sus hazañas, todos los que viven en ella ganan con exceso para satisfacer sus necesidades. Por otra parte, los robos serían difíciles porque nadie tiene dinero en su casa: todo está en los bancos, y hasta los pagos más insignificantes se realizan por medio de cheques.

Al frente de la República Sudafricana está Mr. Kruger, cuyo retrato publicamos, y que en 1893 fué reelegido por tercera vez para el quinquenio de 1893 á 1898.

Recientemente han venido á alterar la tranquilidad de aquel estado los sucesos de todos conocidos: en los últimos días del año pasado el doctor Jameson, representante de la Compañía Sudafricana, salió del Cabo al frente de un pequeño ejército perfectamente armado y municionado, y atravesando el territorio de Natal invadió el Transvaal y atacó á Johannesburg. Ya hemos dicho al principio que esta tentativa ha fracasado por completo: los transvaalienses han derrotado á los invasores, causándoles numerosas bajas y haciéndoles muchos prisioneros, entre ellos el jefe del movimiento que á los pocos días ha sido puesto en libertad.

Por aquí puede venir un conflicto internacional europeo, pues Inglaterra, que aunque desautorizó el acto del doctor Jameson no es, según se sospecha, completamente ajena á aquel atentado, no está muy satisfecha de las muestras de simpatías con que varias naciones de Europa, en primer término Alemania, han visto el triunfo de los boers y el interés que tienen en que la República Sudafricana se mantenga independiente y libre de toda tutela de la nación británica. — X.



EL CENOTAFIO DE RAMÓN BERENGUER IV EN LA RESTAURADA BASÍLICA DE SANTA MARÍA DE RIPOLL, obra de D. Francisco Rogent

NUESTROS GRABADOS

Presidencia de honor en una corrida de beneficencia, composición alegórica de los Sres. A. y E. Fernández (Napoleón). — Tomando por asunto el bellísimo aspecto que presentaba el palco presidencial en la tarde de la corrida de beneficencia organizada en nuestra plaza de toros por el Círculo Ecuestre, los reputados fotógrafos barceloneses señores A. y E. Fernández (Napoleón) han hecho la bonita composición alegórica que publicamos y que es una nueva prueba de la perfección y del gusto exquisito que preside en todos los trabajos salidos de sus acreditados talleres.

Fantasía artística, dibujo á la pluma de A. Kampf. De verdadero capricho puede calificarse este dibujo del celebrado artista alemán: aquellos sátiros que desde lo alto del árbol contemplan asombrados la obra que va produciendo el pintor que está debajo de ellos, son realmente una fantasía artística, que ha servido á Arturo Kampf para hacer gala de su maestría en el manejo de la pluma.

Barberías al aire libre en Constantinopla, cuadro de F. Zonaro. — Los sucesos que se desarrollan en Oriente y que tienen en parte muy principal fija la atención de Europa en aquellos países, dan carácter de actualidad á cuanto con ellos se relacione. Por esto reproducimos hoy el cuadro de costumbres populares turcas que lleva el citado título, trazado por la experta mano del pintor paduano Fausto Zonaro, que hace algunos años reside en Constantinopla, y que representa esas típicas barberías al aire libre que se encuentran á cada paso en la capital turca. Este cuadro es uno de los más recientes y curiosos del fecundo y simpático artista.

San Antonio abad y San Pablo el ermitaño, cuadro de Andrés Surand. — Cuentan las crónicas religiosas que el santo abad, obedeciendo una orden de Dios, se trasladó al desierto en busca de Pablo el ermitaño, que á la sazón tenía 113 años de edad. Conociendo éste que le quedaban pocos días de vida, suplicó á San Antonio que le trajera el manto de San Atanasio, en el cual deseaba que se envolviese su cadáver. El abad fué por él, y cuando regresó, encontró á San Pablo ya difunto y quiso darle sepultura; pero como carecía de herramientas para abrir la huesa, el Señor, á quien invocó en tal apuro, dispuso que acudiesen en su auxilio dos leones, los cuales con sus garras practicaron un hoyo bastante profundo para que San Antonio pudiera llevar á cabo su caritativa misión. Tal es el asunto del cuadro de Surand, que llamó con justicia la atención en la última Exposición ó Salón de los Campos Elíseos de París.



El nuevo poeta laureado inglés Mr. Alfredo Austin

Mr. Alfredo Austin, el nuevo poeta laureado inglés. — Entre las gracias concedidas por la reina Victoria de Inglaterra con motivo del Año Nuevo, figura el nombramiento de poeta de la corte, ó poeta laureado, como en la Gran Bretaña se le llama, en favor de Mr. Alfredo Austin. Este nombramiento ha sido allí aplaudido, pues á la verdad, nadie como el agraciado es hoy el más genuino representante de la poesía inglesa, ni por tanto el más indicado para ocupar el puesto en que tanto brillaron Wordsworth y Tennyson, y no porque allí falten grandes poetas, sino porque ninguno puede calificarse tan propiamente como Austin de popular cantor de las glorias nacionales.

Alfredo Austin nació en Headingley, cerca de Leeds, en 1835. Hijo de un comerciante de esta ciudad, apenas terminados sus estudios generales dedicóse con entusiasmo á la literatura, y á la edad de diez y ocho años publicó su primer poema, titulado *Randolfo*. Su primer volumen de versos, *La estación*, apareció en 1861. *La tragedia humana*, *Savonarola* y los *Líricos ingleses* son sus obras en verso más conocidas, de las cuales se ha publicado una colección en seis tomos en 1892. Tanto como poeta ha sido fecundo escritor en prosa y colaborado asiduamente en *The Standard*, *The Quarterly Review* y en *The National Review*, de la que fué editor.

El cenotafio del conde Ramón Berenguer IV. — El antiguo cenobio de Ripoll fué el Escorial de los condes soberanos de Barcelona, guardando sus restos mortales desde el primer conde independiente Wifredo el Velloso, hasta Ramón Berenguer IV, quien por su enlace con Doña Petronila de Aragón, fué el fundador de esa gloriosa estirpe de condes-reyes de la monarquía aragonesa, cuyo lugar de descanso estuvo entonces en el derruído monasterio de Poblet.

Berenguer IV, llamado el Santo por sus virtudes, como debiera llamarse el Conquistador por sus victorias, descansó en paz en el templo de Ripoll hasta la invasión francesa de 1794, en que fué profanado su sepulcro: en 1835 fué devorado por las llamas en el incendio del monasterio.

Restaurada la basílica, no podía caer en olvido tan insigne soberano, y su memoria debía ser perpetuada en el mismo lugar donde fueron repuestos los restos mortales de los condes antepasados; por lo cual los caballeros del capítulo de Cataluña, Lengua de Aragón de la militar orden del Santo Sepulcro, creyeron de su deber, como catalanes y caballeros de la orden, costear un cenotafio recordatorio del conde soberano de Cataluña, que fué también caballero de dicha orden militar, como lo había sido de la del Temple su padre Berenguer III.

Realizada la obra por el inteligente y distinguido arquitecto D. Francisco Rogent, quien supo dar á una lápida conmemorativa las elegantes proporciones de un verdadero sarcófago, al cual sólo falta la cineraria urna, hábilmente suplida por el simulado y esculpido tapiz policromado en el que se enlazan los escudos de Cataluña y de la orden, y aprobados por la Real Academia de la Historia los hechos fundamentales de la inscripción, fué solemnemente inaugurado el monumento en 15 del último septiembre.

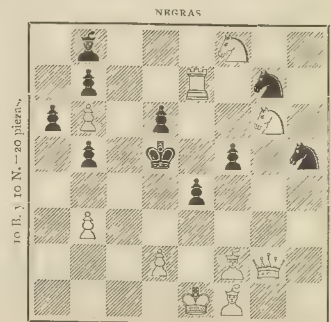
Paso á dos, cuadro de C. Herpfer. — Las danzas á que con predilección se entregaban nuestros abuelos, caracterizábanse por la gravedad ceremoniosa: el minué, la pavana, el paso á dos, eran bailes que, juzgados con el criterio moderno, parecen impropios de gente moza, á cuyas aficiones se adaptan mejor la bulliciosa polca ó el vertiginoso vals; y sin embargo, dadas las costumbres y aun la indumentaria de aquellos tiempos, apenas se concibe que pudieran bailarse otros. Basta contemplar el hermoso cuadro de C. Herpfer para convencerse de que á aquellas gentes sólo les sienta bien el baile que consiste en pasos cadenciosos y graves y en profundas reverencias, y en el cual no había entre las parejas más contacto que la ligera y mutua presión de los dedos.

El Arte, escultura de Hugo Kaufmann. — Esta escultura del celebrado artista alemán es, como el arte clásico que personifica, severa, sobria y de una pureza de líneas irreprochable. Los contornos de la figura dibújanse con sin igual elegancia; las morbosidades del cuerpo están delicadamente acentuadas, y en el plegado del ropaje, debajo del cual se revelan suavemente las carnes, y en la reposada actitud de la estatua adviértese un conocimiento perfecto de los grandes maestros, un estudio profundo de sus mejores obras y un dominio absoluto de los recursos del arte escultórico.

AJEDREZ

En el presente número inauguramos esta sección de problemas de ajedrez que no dudamos será del agrado de muchos de nuestros suscriptores, entre los cuales habrá sin duda no pocos aficionados al noble juego que con tanto interés se practica en todo el mundo.

PROBLEMA NÚMERO 1, POR VALENTÍN MARÍN
(Primer premio del concurso de Würzburg)



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

(La solución en el número siguiente)



¿Conque .. á pesar de todo estás algo afligida?

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA DE JUANA MAIRET. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

– Así es que cuando los pobres caballos olfateaban el agua desde muy lejos, era imposible contenerlos; comenzaban á galopar y se encabritaban, sin que su instinto les engañase jamás. Una vez llegados al río ó al arroyo, precipitábanse sobre la corriente, se revolcaban, y bebían una y otra vez con ansia, como si temiesen que el agua se agotase. La sed es lo que más sufrimientos ocasiona. Cuando llegué al Pacífico, hice como mis caballos, corriendo ante todo hacia las aguas vivas. Hubiera podido tomar posesión como poblador del valle inmediato á Santa Bárbara, pero preferí esta vertiente de la montaña porque hay manantiales y porque el río Santa Inés corre por allá abajo, pasando por delante de esa granja que usted desea comprarme. Como la gente del Este se dirige hoy á Santa Bárbara, y se habla de plantar naranjos y limoneros, yo hubiera podido hacer fortuna; pero no me lamento de nada. La música más hermosa para mí – dicho sea sin ofender á Deborah y á su querido Beethoven – es aún el murmullo de un manantial que se desborda sobre el césped.

– Tanto más, repuso el Sr. Macready, cuanto que, á juzgar por nuestras discusiones de hace poco, parecería que la fortuna le ha sonreído á usted lo mismo, y que el poblador de hace cuarenta años ha llegado á ser gran propietario.

– La verdad es que no puedo quejarme mucho

contestó Silas Harcourt con una de esas sonrisas que sus compatriotas llaman *seca*.

Terminada la copiosa comida, resultó que el labrador no podía acompañar al Sr. Macready á la granja del valle, y por lo tanto, la visita se aplazó hasta la mañana siguiente. El extranjero no deseaba otra cosa que dar un largo paseo por la montaña con tal que la señorita Mila quisiera servirle de guía; la joven accedió bondadosamente, y habiéndose ensillado los caballos de nuevo, rompió la marcha, tomando la delantera

– ¿Quiere usted ir á mi sitio favorito?, preguntó Mila. Le enseñaré á usted Santa Bárbara y el Océano.

– Esto será muy bueno, señorita.

– Pero le prevengo á usted, añadió la joven, que el camino es muy escabroso; es el antiguo sendero de los indios, que se abandonó hace largo tiempo, olvidándose después; yo le encontré por casualidad, y desde entonces no voy nunca por el camino, porque me parece cosa demasiado civilizada

El Sr. Macready, que recordaba las formidables sacudidas que sufrió en aquel camino «demasiado civilizado,» experimentó cierta inquietud; mas por nada del mundo lo hubiera dado á conocer; y puso valerosamente su montura al paso con la de Mila.

¡Escabroso era, en efecto, aquel paso! Se necesitaba seguramente que los caballos de la montaña fuesen de una especie particular, con corvejones de acero, para resistir semejante ascensión. En realidad, ya no había verdadera senda y tan sólo en medio de la maleza y los fragmentos de roca, de matices rojizos aquí y de un gris azulado allá, adivinábase que en otro tiempo, cien años antes tal vez los indios, ágiles y silenciosos, se habían deslizado por aquel sitio, seguros de poder alcanzar la cima, para bajar después hacia el Océano.

Durante aquel paso no podía pensarse en hablar; pero de vez en cuando era preciso conceder algún reposo á los animales fatigados. Entonces Mila hacía observar al extranjero cómo cambiaba el aspecto del país. En vez de los magníficos árboles no se veía ya más que pinos achaparrados y manzanitas nudosas y retorcidas, que por su posición parecían sufrir algún suplicio; el césped no crecía apenas entre las piedras y todo era desolado y salvaje. Sin embargo, á lo lejos veíase el valle inundado de sol, y el río que por él cruzaba, cegado en parte por la arena, pero majestuoso y tranquilo

Mila no era insensible á las bellezas del paisaje, como suelen serlo las campesinas. Muy por el contrario, al fijarse sus ojos en el lejano valle, tomaba una expresión vaga y meditabunda, ó brillaban de pronto cuando el Sr. Macready expresaba su admiración ante aquel maravilloso panorama.

– Eso no es nada aún, dijo Mila; ya verá usted cosa mejor, porque nos hallamos ahora cerca de la cumbre.

En efecto, la cima pelada y austera se elevaba ante ellos; un esfuerzo más y los caballos podrían alcanzar una especie de pequeña meseta, casi uniforme, donde sólo surgían algunas rocas, formando como asientos naturales. La meseta tenía la forma de un pequeño circo. Mila se apeó y su compañero siguió el ejemplo.

– Es inútil atar los caballos, dijo la joven, porque ya están acostumbrados á esperarme. Venga usted por aquí.

Mila condujo al extranjero hacia la otra vertiente, y detúvose á la orilla de un verdadero precipicio.

A la simple vista, el cambio era grandioso, y durante largo tiempo el Sr. Macready miró sin pronunciar una palabra. Había visto muchos países y admirado no pocas maravillas, y aquella mañana misma el panorama le encantó; mas ahora parecíale muy distinto. Jamás en su vida le había impresionado tanto como en aquel momento la majestad solemne de la naturaleza. La montaña parecía ensancharse bajo sus pies; enormes rocas de formas fantásticas, formando aquí un verdadero caos y allá grupos aislados, atraían por sí solas la mirada; después seguía el bosque, con sus tonos de un color verde sombrío; más lejos extendíase la hermosa llanura, cortada por arboledas, entre las cuales sobresalían puntos blancos que eran otras tantas casas, y por último, la pequeña ciudad de Santa Bárbara, medio escondida entre la verdura, presentaba la línea recta de su calle principal, corriéndose por la orilla misma del Océano, pero no un Océano triste, sino de un azul obscuro donde se reflejaba la luz del cielo, risueño y alegre como un Mediterráneo sin límites, y adornado con sus joyas, es decir, con sus graciosas islas. Aquel mar era tan majestuoso y magnífico, que instintivamente y como si se hallara ante una manifestación de la divinidad, el Sr. Macready se descubrió, poseído de una emoción casi religiosa.

Lo que comunicaba al incomparable paisaje un carácter particular, era la brillantez del sol, la pureza extraordinaria de la atmósfera, la claridad de las líneas y contornos de todos los objetos, la exquisita finura de los tonos y la ligereza de las sombras, azuladas ó violáceas, pero nunca negras. Aquella atmósfera impresionaba los sentidos, comunicando alegría; la luz dorada llenaba los ojos; sentíase una especie de voluptuosidad ligera y suave, y se vivía dos veces al ver tales cosas y respirar semejante aire.

– ¿Qué tal?, preguntó al fin Mila, algo inquieta al notar el silencio de su compañero.

– ¿Qué quiere usted que le diga? Esto es casi demasiado hermoso, y la palabra no podría expresar lo que siento. Se necesitaría la música. No hable usted más, y mejor es que cante alguna cosa, porque estoy seguro que su voz se armonizaría con el aire de la montaña, con el sol, con ese paisaje único en el mundo.

Mila miró al extranjero con asombro. No estaba acostumbrada á ver entre las personas que vivían á su lado una exaltación por el estilo. El caballero tan correcto del Este había cambiado completamente, y notaba en él como un estremecimiento contenido de artista y de adorador de lo bello bajo todas sus formas. La joven se sonrió.

– Es muy extraño, dijo; cada vez que vengo aquí estoy tan contenta en esta soledad, que comienzo á cantar, y entonces me parece que mi voz despierta á la montaña. Me alegro que haya usted tenido la misma idea; pero debo advertirle que yo no sé bonitas canciones. Mi tía tiene música para el piano, no para la voz.

Sin hacerse de rogar, sin embargo, Mila entonó una canción popular, algo sentimental, conocida en casi todos los rincones de los Estados Unidos y titulada *Annie Laurie*.

Al comenzar, la voz, muy dulce, no se elevó apenas, y el Sr. Macready, amante apasionado de la música, escuchaba reteniendo casi la respiración. El sonido era de una pureza ideal, y la voz, alegre y libre, vibró más potente; las notas se sucedían rápidamente, elevándose sin arte, sin método, con faltas de buen gusto, exageraciones y sonidos arrastrados, pero con una afinación que nunca se alteró. Las notas, muy altas ó bajas, eran igualmente redondas, llenas y sonoras; la transición de los registros se hacía mal, pero ¿qué importaba todo esto? No era posible engañarse; la joven salvaje poseía uno de esos órganos vocales raros y extraordinarios que vienen á seducir y subyugar á la humanidad una ó dos veces por siglo cuando más.

Sin embargo, el Sr. Macready no manifestó toda la admiración que experimentaba Era uno de los rasgos de su carácter dominarse después de un momento de entusiasmo, como el que había producido en él la vista magnífica de Santa Bárbara, y desconfiar de sí mismo y de los demás; así es que se limitó á decir simplemente:

– Tiene usted una voz hermosa, señorita, pero no sabe usted cantar. ¿Me permitirá enseñarle una canción de otro género, que no se parece en nada á su trivial *Annie Laurie*?

– Con mucho gusto.

– ¿Conoce usted un poco el francés?

– Sí, mi tía fué maestra de escuela en su juventud, y me ha enseñado todo cuanto sabía; pero estoy muy segura de que pronuncia mal. Yo soy más española que americana, y creo que podría aprender á hablar ese idioma con más facilidad. Oigamos su canción francesa; ya verá usted cómo escuchándole sabré imitarle bien.

– Yo no tengo voz, dijo el Sr. Macready; pero he aprendido á cantar. Sepa usted que soy melómano.

El Sr. Macready, en efecto, sabía cantar; su voz ligera de tenor, admirablemente amaestrada, suspiraba los sonidos; daba su valor á cada nota y á cada palabra; y aunque extranjero, pronunciaba el francés con rara pureza La romanza que cantó á *mezza voce* era singularmente curiosa, muy moderna, con entonaciones extrañas é intervalos difíciles, y después del principio, claro y alegre como las palabras del poeta, los sonidos cromáticos parecían un gemido al fin de cada *stanza*. La alegría y la tristeza se respondían así, como se responden de hecho en nuestra vida.

Mila, con su cabeza inclinada, fruncido el ceño y la boca entreabierta, escuchaba sin comprender, esforzando su inteligencia, pero en vano.

La letra de la canción decía así:

Mientras dura este mes hermoso, vámonos, amiga mía, á tendernos sobre la hierba; no dejemos perder el tiempo en vano. La edad, que se desliza sin detenerse, huye lo mismo que la primavera Por esto mientras nos convidan nuestra vida y el tiempo de amarnos, amémonos, demos satisfacción á nuestros deseos, consagrémonos al amor, que no tardará la muerte próxima á interrumpir nuestros placeres.

– ¡Más, más, exclamó Mila, cante usted más! Yo no comprendo, ni he oído jamás semejante música. ¿Qué quiere decir eso? Es como el viento que sopla entre los árboles... ¿Y la letra?... ¡Ah! ¡No comprendo nada..., nada!

Y despechada, como una niña colérica, golpeó el suelo con el pie. Todo había sido fácil para ella hasta entonces; las lecciones de su tía eran un juego para su viva inteligencia, y he aquí que de pronto se encontraba ante un desconocido, un extraño, que la exasperaba, atrayéndola al mismo tiempo.

Divertido por aquella cólera, el Sr. Macready explicó con mucha dulzura á la joven el sentido de aquellas palabras.

– Es francés antiguo, dijo, y nada tiene de particular que no haya usted comprendido nada; el poeta que ha escrito esos lindos versos se llamaba Ronsard.

– Jamás he oído pronunciar ese nombre. No comprendo sus versos, ni me agradan tampoco. ¿Por qué pensar en la muerte? Está tan lejos...

– Pero se llega á ella, sin embargo.

La joven, orgullosa de su vigor, de sus diez y siete años y de su belleza, fijó una mirada inquieta en aquel hombre cuyos cabellos blanqueaban, y se estremeció ligeramente. Bien es verdad, sin embargo, que el camino de la vida conducía á la muerte, lo mismo para ella que para los demás.

– Quiero aprender esa canción, dijo Mila; cuando la sepa, tal vez me agradará.

Los dos fueron á sentarse en una roca plana, y con los ojos perdidos en el espacio, mirando el lejano mar, el Sr. Macready dió á la joven su primera lección formal. A pesar de una rara facultad para imitar y de un esfuerzo extremado de su voluntad, Mila desesperó más de una vez de aprender aquella pequeña romanza, en la cual todo la desconcertaba. La memoria, muy buena, se asimiló pronto las palabras, y la joven imitaba el acento de su profesor improvisado de una manera casi cómica; pero ¿y la música? ¡Aquellos sonidos cromáticos, que era preciso suspirar más bien que cantar!.. Mila estuvo á punto de llorar de despecho; pero la paciencia del Sr. Macready, que por cierto tenía muy poca, no se desmintió un instante. Se apasionó en su tarea, resuelto á vencer las dificultades, dominando aquella voz que trataba de escapar á cada instante, llenando el aire puro con sus juveniles y vigorosas notas. Por fin Mila, radiante de alegría y segura de haber vencido las dificultades de la ejecución, se levantó, é inmóvil, con las manos cruzadas y los ojos brillantes, suspiró las primeras notas, dando después libre curso á su voz maravillosa. Al fin comprendía el sentido de las palabras, y comunicó á su canto tal pasión, tanta alegría y después tan infinita tristeza, que el «melómano,» según se titulaba á sí propio, se estremeció hasta lo más profundo del alma

No podía engañarse; tenía ante sí no tan sólo un órgano vocal superior, sino una verdadera naturaleza de artista, ardiente y apasionada.

Y esta artista rara debería vivir como los semisalvajes que la rodeaban, para casarse después con un Bob Harcourt cualquiera, andar entre las vacas y los cerdos, y acabar al fin por ser una labradora del Farn West, dueña de un rancho... ¡Jamás podría consentir esto' ¡Sería un crimen!

Sin embargo, ante el mutismo del Sr. Macready, Mila, inquieta, sintió cierta confusión.

– ¿No está bien?, preguntó. Hubiera debido extender mi voz, como usted, y no cantar casi, ya lo sé; pero ¡me causa tanta alegría hacer vibrar el aire, cantar alto y fuerte! No lo haré más si así lo desea usted. ¿Quiere usted que repita la canción?

– No, venga usted á sentarse junto á mí; la noche se acercará pronto; será preciso ponernos en marcha, y necesito decirle muchas cosas antes.

– ¿De veras? ¿No está usted descontento de su discípula?

– Todo lo contrario; estoy muy satisfecho.

– Pues entonces, dígame usted quién ha compuesto la música de esa canción. ¿Ha muerto, como Beethoven?

– No, y es muy joven todavía; es un francés, llamado Francisco Villeroy. No olvide usted este nombre, porque espero que llegará á ser célebre.

– Francisco Villeroy, no lo olvidaré, ni tampoco su composición. La cantaré todos los días; pero debe haber un acompañamiento. ¿Quiere usted enviarme la música?

No ha sido impresa nunca Esa romanza fué escrita para mí y sólo para mí, y si yo se la he enseñado es porque me agrada su voz Usted y yo seremos los únicos que la conozcan. ¿Le asombra esto?.. ¿Es usted aficionada á las historias?

– ¡Las adoro!

– ¡Pues bien, escuche usted esta! Ya le he dicho que he vivido largo tiempo en Europa, y sobre todo

en París. Cierta noche, hallábame en casa de una dama muy rica, donde se bailaba al son del piano; era una de sus pequeñas recepciones, que por lo regular duraban casi hasta el amanecer. Yo había fijado la atención en el pianista, muy joven, y sobre todo muy pálido; tocaba sus valses como sólo puede hacerlo un artista; algunas veces dejábase llevar de su capricho, y yo comprendo que improvisaba para distraerse á sí propio. Los que bailaban al compás de su música cuidábanse únicamente del compás, siempre bien marcado, mostrándose indiferentes, como personas que se divierten, y yo veía á mi desgraciado pianista próximo á desfallecer. Le obligué á levantarse, y ocupé su lugar. Ya he dicho á usted que yo era músico de bastante buena escuela, y mientras tocaba, le dije:

– ¿Por qué se dedica usted á esta profesión?

– Para no morirme de hambre, caballero, contestó. Me preparo para asistir al concurso de Roma; pero carezco absolutamente de medios, y aún no se ha inventado el arte de vivir sin comer, lo cual es muy sensible.

Aquel joven me interesaba; le acompañé después de terminarse la reunión, é hícele prometerme que me daría lecciones. Sin embargo, era un profesor detestable, pues apenas sentado ante el piano, olvidábase de todo, preludiaba, buscaba, improvisaba, sin cuidarse en manera alguna de su discípulo; pero yo no me quejé. Creo que jamás en mi vida conocí un hombre más distraído Sin embargo, me cobró afecto, y yo se lo agradecí, pues lo mismo hubiera podido olvidarme. Aseguraba que si había llegado á Roma..., dispense usted, pues no comprenderá lo que quiero decir, y será necesario explicárselo otro día .., que si había alcanzado su objeto, era gracias á la mano protectora que le tendí precisamente en el momento crítico, mano de amigo, y más aún de admirador. Me preguntó cómo podría manifestarme su agradecimiento, y yo, mostrándole la *Odelette* de Ronsard, le con testé: «Escríbame usted la música de esos versos; hágalo pensando en mí y en nuestras largas conversaciones, en las cuales me trataba de pesimista, y prométame usted después no publicar mi *Odelette*, pues quiero que sea para mí solo.» Me parece que con esto quedamos pagados los dos, ó más bien, yo soy aún deudor suyo, puesto que me ha proporcionado una de las grandes emociones musicales de mi vida. Usted, señorita, acaba de producirme otra de distinto género; y acuérdese usted que si en lo futuro puedo servirle de algo, siempre seré yo el que estará más agradecido.

– ¿De veras?..

Mila fijó en Macready sus grandes ojos con expresión de asombro, tan cándidamente que su interlocutor no pudo menos de sonreir.

– Escúcheme usted, hija mía..., dijo el Sr. Macready; usted debe haber pensado un poco en el porvenir, por más que sea todavía muy joven.

– No hago más que pensar en esto, caballero. Sé muy bien que aquí no soy más que una intrusa; me tratan bien y no tengo motivo de queja; pero mi tío me deja permanecer en su hogar como permitiría á un perro vagabundo calentarse al fuego de su cocina. Jamás me adoptó realmente, y no ve en mí más que á la hija de la mexicana, de una raza que desprecia, raza católica y papista. Me ha dicho terminantemente que cuando mi tía me haya preparado para ganarme la vida será preciso que me marche; que sus hijos podrían enamorarse de mí, y que no quería casamiento entre primos, ni papista por ahijada. Creo que tiene razón, y á mi tía le parece lo mismo, aunque me quiere bastante á su manera. Por eso hablamos del trabajo que yo podré hacer; ella me induce á encargarme de una escuela en Santa Bárbara ó en uno de los pueblos de la costa; pero esto no me seduce. Creo que me prepararé para ser enfermera con título, porque es una buena profesión y se paga bien.

El Sr. Macready sonrió de nuevo, contemplando el lindo rostro de la joven, meditabunda en aquel instante, su rizado cabello negro y su esbelto talle. ¡Ella enfermera, ella encerrada en una triste habitación para presenciar los padecimientos y la muerte! ¡Aquella ave canora, aquel tipo de elegancia y de belleza batir con sus pobres los hierros de una sórdida jaula! ¡Vamos, no podía ser!

Al ver que el Sr. Macready no decía nada, Mila continuó:

– Es cosa extraña; mi tía se opone, y no adivinaría usted nunca por qué. Nació en una pobre granja, y hubo de pasar una vida muy dura, trabajando con sus propias manos para poder continuar sus estudios de noche á fin de ser maestra de escuela, lo cual no rebaja á ninguna persona de buena familia. En el cementerio antiguo de Scaport está la tumba del que fué en vida el caballero Juan Harcourt, llegado de Inglaterra en 1690, y que murió pobre y emigrado, dejando hijos aldeanos; pero nosotros somos de buena cuna, y una Harcourt no podría ser una especie de criada superior.

– Esto es muy divertido, á decir verdad, repuso Macready. Su señora tía ignora tal vez que ese Harcourt de quien se muestra tan orgullosa debía pertenecer á una antigua familia francesa que sin duda emigró á Inglaterra después de la conquista normanda. Y por puritana que la señora Fletcher sea, tiene, sin saberlo, primos que habitan en la moderna Babilonia, y que además son papistas, siendo su nombre el mismo de usted, si bien pronunciado de otro modo.

Mila palmoteó alegremente como una niña al oir aquella nueva, que pensaba comunicar á su tía apenas volviese á casa.

– ¿Quiere usted, preguntó bruscamente el extranjero, volver á su país de origen? Tiene usted una voz magnífica, y trabajando, pero mucho, podría utilizarla para ganar su pan, ya que le es preciso ganárselo

Mila, sobrecogida, con los ojos dilatados, ruborizándose mucho al pronto y palideciendo después, miraba á su interlocutor sin poder articular una palabra.

– Hubiera debido tomar precauciones, añadió el Sr. Macready; pero no nos queda tiempo. Yo no tengo más pasión que la música; la voz de usted, realmente magnífica, promete ser maravillosa, y yo no quisiera que se perdiese ese don del cielo. Sin embargo, no será todo de color de rosa en la vida de usted, si consiente en lo que yo le propongo. Está usted acostumbrada á una libertad absoluta, y sería preciso resignarse á una vida casi claustral. Yo tengo ya mi plan, y conozco á una familia que admite á las jóvenes para encargarse de su educación...

– Pero ya le he dicho á usted, interrumpió Mila, saliendo al fin de su estupor y dispuesta á combatir, que mi educación ha terminado.

– Hija mía, no sabe usted nada.

– ¿Quiere usted que le cite los nombres de todos los presidentes desde Wáshington? ¿Quiere usted que le refiera los pormenores de la batalla de Bunker-Hill? ¿Quiere usted que le diga los nombres de todos los ríos de América?

El Sr. Macready comenzó á reir de la mejor gana; las cóleras de Mila le divertían mucho.

– Los ríos de América, contestó, no le servirían á usted de mucho allí, y necesitaría por lo menos tres años de asiduo trabajo Una mujer de genio, á quien yo recomendaría á usted, la prepararía para el teatro; y antes de presentarse en escena, nadie debería oirla cantar. Sería preciso vivir ignorada, perdida en su retiro, trabajando sin tregua y sin vacaciones, á menos que su salud lo exigiera. Sería menester que procurase corregir su acento y que aprendiese el francés, no como una francesa, á lo cual no llegaría usted probablemente nunca, sino de modo que se le comprendiera bien. También sería preciso cultivar su talento, pues quisiera que cantase usted como artista, no como un pájaro mecánico, y para esto es indispensable comprender, saber, sentir. Está bien que conozca usted la lista de los presidentes; pero esto no basta como cultura intelectual. ¿Se resignará usted á semejante prueba?

Mila suspiró profundamente, y volviendo la cabeza, contempló el magnífico paisaje, el mar azul y el bosque, y presintió que al dejar su país dejaría también su libertad, su tranquila indiferencia y la alegría de sus diez y siete años. Sin embargo, volvióse al fin, puso sus manos en las del extranjero, con toda la noble confianza, con la inocencia absoluta de su naturaleza muy pura y cándida, y dijo con una sonrisa, aunque llenos los ojos de lágrimas:

– Sí, estoy dispuesta; lléveme usted consigo mañana.

– No, Mila, repuso el extranjero, no vendrá usted conmigo. Nadie debe saber que gracias á mí llegará usted á ser una gran cantante. Es preciso que yo desaparezca. La que obrará en mi lugar será una mujer.

– ¿Por qué?

Por dueño que fuera de sí para ocultar sus emociones, el Sr. Macready se sonrojó un poco; pero limitóse á contestar sencilla y gravemente:

– Porque usted es una joven...

– ¿Y usted un hombre? ¿Qué puede importar esto? Si usted fuera joven, como mi primo Bob, por ejemplo, comprendería ese rigor; pero...

Mila no completó la frase, presintiendo que su franqueza podría desagradar.

– Pero aunque yo sea un «señor viejo,» cuyos cabellos blanquean, el mundo, que es maligno, sépalo usted, bella inocente, tendría demasiado que criticar, y es preciso evitar esto.

– ¿Y no debo verle ya? ¿Me dejará usted sola en un mundo extraño y temible? . ¡Yo, que me veía ya amándole como una hija!

– La serviré de padre, no tenga usted cuidado; pero desde lejos. No la veré más que una ó dos veces al año, y crea usted que vale más así

– Lo que usted haga, caballero, estará bien hecho. Yo le obedeceré siempre y con alegría.

Al decir esto, Mila ofreció de nuevo su mano, y el pacto quedó sellado.

II

Mila madrugaba mucho, y habiendo dormido poco, se levantó al día siguiente al amanecer. Aún corría el mes de marzo, y el tiempo era benigno y agradable como en junio en nuestro país. En la montaña, las flores abundan menos que en el valle, donde alfombran alegremente las praderas, trepan á lo largo de las cercas, y cubren parcialmente las casas. Sin embargo, hasta en la montaña se veía la hierba estrellada de florecillas, y la *escholtzia* se ostentaba en toda su magnificencia, con su color amarillo leonado: es la flor de California, y hasta podría decirse que su símbolo.

Después de haber consentido en abandonar su país, para lanzarse en una nueva vida, extraña y temible, Mila se sintió sobrecogida de miedo. Sin embargo, era valerosa, atrevida y hasta ansiaba las emociones fuertes; pero temblaba y desfallecía casi.

De vuelta á la casa, después de su paseo con el señor Macready, había anunciado su resolución lacónicamente y con sequedad. No pedía consejos, ni aun á su tía; deseaba ganar la subsistencia sin depender de nadie, y aceptaba el medio que se le ofrecía. No se pensó siquiera en disuadirla de su resolución, por extraordinaria que fuese, porque el respeto á la libertad individual era allí demasiado absoluto para que se procediera de otro modo. La familia Harcourt era muy sobria de palabras, y el tío Silas se contentó con desear la mejor suerte á su sobrina. De este modo, por lo menos, el continente americano y el Océano Atlántico separarían á la joven, que era ya demasiado linda hacía algún tiempo, de su hijo Bob, visiblemente enamorado de su prima.

La tía Deborah, no obstante, más al corriente que su hermano de las cosas mundanas, no pudo menos de protestar enérgicamente. «¡Su sobrina, una Harcourt, corriendo aventuras por el mundo, presentándose en las tablas de un teatro para divertir á los bodoques y convertida en cómica!,» según decía ella en su lenguaje de puritana fanática. Esta perspectiva la sublevaba y espantaba, y amonestó á la joven, tratando de atemorizarla; pero todo fué en vano. La tía Deborah hubiera preferido que adoptase la profesión de enfermera, puesto que debía ganarse la vida de una manera ú otra, y no se calmó hasta que el señor Macready le hubo explicado que una gran artista – y él aseguraba que Mila llegaría á serlo – no está sometida á las humillaciones. Prometió además que el día en que la joven apareciese en escena, tomaría un nombre supuesto, cualquiera que fuese.

Los primos de Mila no dijeron nada al saber la gran noticia; solamente Bob se había levantado pocos momentos después, y no se le había vuelto á ver.

Mila iba meditabunda y triste por entre las verdes encinas, magníficas y llenas de follaje. Cuando la casa rústica quedaba oculta detrás de los árboles, nada igualaba á la belleza tranquila y majestuosa de aquel bosque; el silencio era absoluto; solamente le perturbaban algunos estremecimientos de alas; pero pocas aves canoras anidaban en los árboles.

Mila se detuvo al fin y sentóse al pie de una enorme encina. Muy impresionable, parecíale que el silencio solemne del bosque la reprendía por su deserción. ¿Dónde encontraría ella jamás una patria tan bella y libre como la suya? ¿Dónde una vida más feliz? Mila, enterneciéndose de pronto, comenzó á llorar.

– ¿Conque... á pesar de todo estás algo afligida?

Bob Harcourt era quien acababa de pronunciar estas palabras, y al ver fijarse en él los ojos de su prima llenos de lágrimas, sintió en la garganta algo como un sollozo ahogado. Pero como no hubiera sido varonil manifestar su emoción, Bob tomó un aire más bien burlón, y apoyóse en el tronco del árbol cerca de su prima.

– Estoy muy contristada, Bob, dijo Mila.

– Pues entonces, ¿por qué esa marcha?, ¿por qué abandonarnos? ¿Qué será nuestro hogar sin ti?

– Ya sabes que siempre se ha convenido en que al llegar á cierta edad me sería preciso ganar la subsistencia.

– Esto parecía justo cuando éramos pobres; pero desde ayer, y después de las discusiones de mi padre sobre la granja de allá abajo, sé que somos más bien ricos Si este rincón del rancho vale unos cincuenta mil duros, toda la propiedad representa una considerable fortuna.

(Continuará)

LOS DESCUBRIMIENTOS EN EL LAGO DE NEMI

En el número 730 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA reprodujimos la reconstrucción ideal, según el arquitecto Raniero Arcaini, de la por algunos llamada nave de Trajano ó de Calígula que se supone sumergida en el Nemi, y á propósito de la misma dijimos algo acerca de este lago que tantos encantos ofrece á los artistas y á los amantes de la naturaleza.



Cabeza de lobo descubierta recientemente en el lago de Nemi

Hoy con motivo de nuevos descubrimientos ampliaremos las noticias que entonces consignamos con algunos datos acerca de la nave, del lago y de las recientes exploraciones.

Uno de los sitios más deliciosos de los alrededores de Roma es indudablemente el pequeño lago de Nemi, profundamente encajonado en medio de espesos bosques que entre Albano y Genzano forman alrededor de su circuito, que es de ocho á nueve kilómetros, un marco de verdura que se extiende en suave gradación de tintas desde la orilla hasta las cimas de los vecinos montes.

La apacible temperatura y la profunda calma que en aquel lugar reinan decidieron al emperador Augusto á ir á pasar en él de cuando en cuando los días más calurosos del verano; pero en vez de mandarse edificar un palacio en sus orillas, tuvo la idea original de hacerse construir una especie de *villa* flotante, una balsa ó pontón *(gallegiante)* cuya forma primitiva no ha podido todavía reconstruirse sobre bases exactas, pero que debió ser como un «jardín de flores» resguardado de los rayos del sol por un magnífico *velum* de púrpura y dispuesto con todo el lujo



Cabeza de león descubierta recientemente en el lago de Nemi

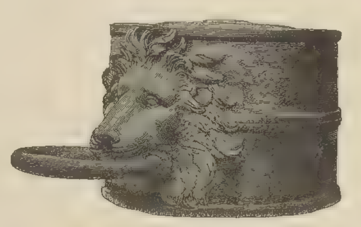
y el alto gusto artístico que caracterizaron á aquella época. Varias embarcaciones tripuladas por esclavos remolcaban lentamente alrededor del lago el pontón imperial en donde se alojaban el césar y su séquito.

Así por lo menos puede conjeturarse después del reciente descubrimiento, á 30 metros de profundidad y á igual distancia de la orilla, de un trozo de barco de 25 metros de largo por nueve de ancho y de varios objetos de gran valor arqueológico procedentes del sumergido *gallegiante*.

La leyenda pretende que esta nave fué una trirreme botada en el lago por Tiberio. El cardenal Colonna, en el siglo XVI, mandó practicar, aunque sin resultado, varias exploraciones con objeto de descubrir los restos de aquella embarcación y las riquezas que con ellos se suponían sepultadas. Trescientos años después, ó sea á principios de este siglo, hiciéronse nuevas investigaciones con mejor fortuna, puesto que se pudieron encontrar algunos objetos y se logró determinar exactamente el sitio en que yacía la pretendida trirreme. Entonces fué cuando el historiador Nebby demostró que la nave sepultada no podía ser una verdadera trirreme romana.

Finalmente un acaudalado inglés, seducido por los atractivos del misterio arqueológico que aún duerme en el fondo de aquel antiguo cráter transformado en lago y alentado por un anticuario de Roma, ha emprendido por puro amor al arte y á sus costas, previa la autorización del príncipe Orsini, propietario del lago en cuya orilla se levanta su deliciosa quinta y cuyas aguas ocultan los preciosos restos, una exploración tan completa como lo permiten los recursos de que dispone la industria moderna y que desconocían los primeros investigadores, no vacilando ante un gasto de 100 francos diarios, 60 de los cuales son para un buzo expresamente llamado de Civita-Vecchia que trabaja diariamente siete horas dentro del agua.

Entre los objetos encontrados por este buzo, los más notables, bajo todos conceptos, son seguramente cinco cabezas de animales y una de Medusa, todas de bronce, de un trabajo artístico sorprendente y en un estado de conservación verdaderamente asombroso si se tiene en cuenta el número de siglos que han permanecido sepultados en el lago. Las cinco cabezas de animales son tres de león y dos de lobo y todas ellas sostienen entre sus dientes sendas argollas grandes de bronce: una de ellas está esculpida en una pieza circular y sostiene la argolla horizontalmente,



Cabeza de león descubierta recientemente en el lago de Nemi

al paso que en las demás, excepto la de Medusa, que no tiene argolla, el anillo es vertical y movible. Es probable que la primera estuviese fija al extremo de una estaca clavada en la orilla que sirviera para amarrar el pontón imperial y las demás embarcaciones. Tal vez las sucesivas exploraciones harán descubrir otros amarres análogos.

Las otras cabezas, esculpidas sobre piezas cuadradas que servían de coronamiento á varias vigas dispuestas horizontalmente, debieron estar colocadas simétricamente á ambos lados de la nave y se utilizaron sin duda para amarrar á ésta las embarcaciones de remeros que la remolcaban sobre la tranquila superficie del lago. Es poco probable que estas cabezas, que con sus argollas parecen enormes aldabas, fuesen simples adornos. La simetría está claramente indicada por la mucha semejanza, aunque no identidad, de las dos testas de león y de las dos de lobo.

En cuanto á la cabeza de Medusa, que es de una belleza verdaderamente escultural, de una expresión extraordinariamente típica, sobre todo en la mirada, y de una labor acabada, debía sin duda alguna adornar la proa del *gallegiante*.

Todos estos objetos, como puede observarse por las reproducciones fotográficas de cinco de ellos que publicamos en esta página, están admirablemente conservados, lo cual es debido, á lo que parece, á la formación de una especie de barniz natural producido por una oxidación que ha comunicado al bronce el bonito color verde botella que en la actualidad tiene.

Además de estos notabilísimos ejemplares de escultura antigua, se han extraído del agua multitud de clavos de bronce, una verja labrada del mismo metal, fragmentos de embaldosado con esmalte, trozos de madera bien conservados, etc.

Sin embargo, el buzo, en su prisa por extraer cuanto antes los más preciosos objetos del botín, parece que se ha servido de pico y de sierra, estropeando con ello el cuerpo de la embarcación, en vista de lo cual el ministro de Instrucción pública de Italia, el doctor Guido Baccelli, que, como es sabido, se interesa en alto grado por todo cuanto con la arqueología se relaciona y que se propone extraer de una



Cabeza de lobo descubierta recientemente en el lago de Nemi

sola vez toda la masa de lo que resta de nave, ha enviado al lago de Nemi un inspector con encargo de impedir que el buzo al introducirse en el agua lleve consigo instrumentos ó útiles que puedan causar daño á la archisecular embarcación imperial.

Como se ve, el gobierno italiano se preocupa de este descubrimiento, y bien lo demuestra, además del envío del inspector, la contestación que el citado ministro dió en la sesión de la Cámara de diputados del 18 de diciembre último al diputado Sr. Beltram que le interrogó sobre este asunto. He aquí las manifestaciones que hizo el Sr. Baccelli, según la *Gazetta Ufficiale:*

«Desde que se comenzó á hablar nuevamente de una nave romana sumergida hace siglos en el lago de Nemi, ordenó que se coleccionasen todos los estudios hechos hasta ahora y se redactase en vista de ellos una memoria que se enviaría á la *Academia dei Lincei*, porque el asunto interesaba no sólo á Italia sino al mundo entero.

»Recientemente se han hecho nuevas tentativas para descubrir los restos de la nave, tentativas que el ministro siguió con gran interés. Los primeros descubrimientos, sin embargo, no fueron muy satisfactorios, pues si bien se encontraban objetos realmente preciosos, éstos eran arrancados del cuerpo de la nave sin método alguno, quedando siempre la duda de si se trataba de un barco en regla ó de una simple balsa.

»Ahora parece que la duda se ha disipado, y por esta razón se ordenó al buzo que atase á los bordes de la nave cuerdas provistas de flotadores á fin de que en la superficie del agua se dibujase el perímetro de la embarcación, gracias á lo cual se ha marcado clara y distintamente la configuración de ésta.

»Interpretando el pensamiento de la Cámara y de cuantos se interesan por los recuerdos históricos de



Cabeza de león descubierta recientemente en el lago de Nemi

Italia, procuró que los trabajos continuaran de una manera racional y que se reconociese la importancia de la nave, pidiendo á este efecto al ministro de Marina un buzo experto y un ingeniero.

»No se podía, sin embargo, impedir la extracción de objetos, porque el lago de Nemi no es propiedad del Estado, sino de la casa Orsini, pero se han tomado las oportunas medidas para lo que afecta á las investigaciones históricas y arqueológicas. En cuanto á poner á flote la nave sumergida, adoptará disposiciones que demostrarán que los trabajos han de llevarse á cabo con inteligencia y cariño

»Las últimas exploraciones realizadas en el lago hacen suponer que no se trata de una sino de dos naves.

»Es, pues, de esperar que, gracias á los cuidados del gobierno, se podrá poner en descubierto, no sólo una buena parte de los ornamentos, sino que también la embarcación entera.»

Estas explicaciones del ministro fueron acogidas con muestras de aprobación por todos los diputados.

Las exploraciones hechas á principios de este siglo de que antes hemos hablado, fueron realizadas por Ernesio Fuscán, el cual en 1827 mandó construir un gran aparato de maderaje y hierro con el que, por medio de garfios, pudo extraer del fondo del lago ladrillos, maderos, clavos y otros objetos que fueron depositados en el Museo Vaticano. El aparato, sin embargo, se estropeó y Fuscán renunció á proseguir sus investigaciones.

Ahora, según parece, se trata de extraer la nave entera y reconstruir la que ha diez y ocho siglos y medio fué *villa* flotante de un emperador romano, que unos dicen ser Trajano y otros Calígula, cuyo nombre se encontró en varios tubos de plomo extraídos del lago Nemi.



EL ARTE, escultura de Hugo Kaufmann

Este proyecto hace realmente honor al ministro de Instrucción pública de Italia; pero en caso de que el éxito corone la tentativa, ¿qué se hará con la famosa nave? Seguramente se dejará en el mismo lago, lo cual prestará un atractivo más á aquel lugar dotado por la naturaleza de tan admirables encantos. Y no será de extrañar que junto á las ruinas del antiguo templo de Diana se levanten algunos hoteles donde vayan á reparar sus fuerzas los turistas que deseen visitar la imperial embarcación, con lo que la industria moderna sacará provecho de la curiosidad despertada por aquella obra del arte antiguo. – D.

MISCELANEA

Bellas Artes. – MUNICH. En la capital de Baviera se ha abierto un concurso entre los artistas allí residentes para un momumento á la paz que ha de levantarse en aquella ciudad y cuyo coste será 20.000 marcos (150.000 pesetas). Se concederán tres premios de 2.000, 1.500 y 1.000 marcos.

PARÍS. – El escultor Jacobo Froment Meurice está terminando el monumento á Chopin, que ha de levantarse en el parque Monceau y en el cual el célebre compositor está sentado al piano.

DUSSELDORF. – El club de San Lucas ha inaugurado la exposición correspondiente á este año; entre los artistas que á ella han concurrido merecen especial mención Willi Spatz, quien ademas de varios cuadros en que trata su asunto favorito, la maternidad, expone una *Anunciación* que tiene muchos puntos de semejanza con las obras de los prerrafaelistas ingleses; A. Frenz, que presenta un cuadro al óleo y varias litografías tan bellas como originales; Olaf Jernberg, que ha llevado al certamen algunos preciosos paisajes, y Gerardo Janssen, que expone varias escenas de café y de taberna y otras de la vida diaria.

Teatros. – En el teatro Nuevo, de Leipzig, se ha representado con gran éxito el drama de Lope de Vega *El mayor imposible*, vertido al alemán por E. Zabel.

– En Nueva York se ha cantado con gran aplauso la ópera de Wágner *Tristán é Isolda*.

Barcelona. – En el Liceo se ha estrenado con muy buen éxito una ópera en un acto y dos cuadros de Isaac Albéniz, titulada *Pepita Jiménez*, cuyo libreto está tomado de la preciosa novela del mismo nombre de Juan Valera. Las principales piezas de la nueva obra del eminente pianista y compositor son el dúo final del primer cuadro y el preludio que precede al segundo, que todas las noches se aplauden con entusiasmo.

Necrología. – Han fallecido:

Federico Ebel, notable paisajista alemán.

Fernando Piloty, pintor de historia muniquense.

Jorge Dawson, ilustre geólogo y naturalista norteamericano, célebre por sus exploraciones geológicas en las provincias candenses del Noroeste y en la Colombia británica.

A. Naumow, notable pintor ruso.

Alejandro Zarzycki, ex director del Conservatorio de música de Varsovia.

Luis Pennazzi, ilustre africanista y escritor italiano.

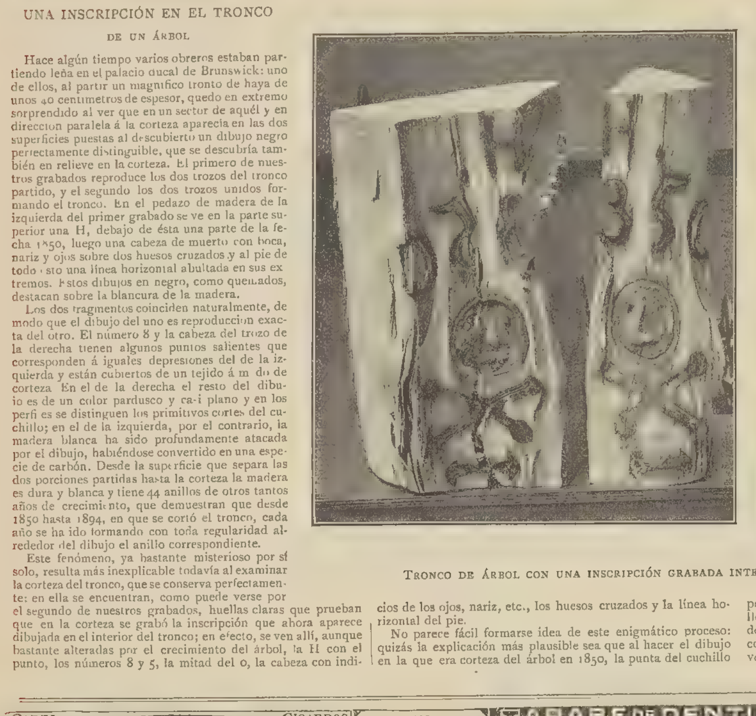
UNA INSCRIPCIÓN EN EL TRONCO DE UN ÁRBOL

Hace algún tiempo varios obreros estaban partiendo leña en el palacio ducal de Brunswick: uno de ellos, al partir un magnífico tronco de haya de unos 40 centímetros de espesor, quedó en extremo sorprendido al ver que en un sector de aquél y en dirección paralela á la corteza aparecía en las dos superficies puestas al descubierto un dibujo negro perfectamente distinguible, que se descubría también en relieve en la corteza. El primero de nuestros grabados reproduce los dos trozos del tronco partido, y el segundo los dos trozos unidos formando el tronco. En el pedazo de madera de la izquierda del primer grabado se ve en la parte superior una H, debajo de ésta una parte de la fecha 1850, luego una cabeza de muerto con boca, nariz y ojos sobre dos huesos cruzados y al pie de todo esto una línea horizontal abultada en sus extremos. Estos dibujos en negro, como quemados, destacan sobre la blancura de la madera.

Los dos fragmentos coinciden naturalmente, de modo que el dibujo del uno es reproducción exacta del otro. El número 8 y la cabeza del trozo de la derecha tienen algunos puntos salientes que corresponden á iguales depresiones del de la izquierda y están cubiertos de un tejido á modo de corteza. En el de la derecha el resto del dibujo es de un color pardusco y casi plano y en los perfiles se distinguen los primitivos cortes del cuchillo; en el de la izquierda, por el contrario, la madera blanca ha sido profundamente atacada por el dibujo, habiéndose convertido en una especie de carbón. Desde la superficie que separa las dos porciones partidas hasta la corteza la madera es dura y blanca y tiene 44 anillos de otros tantos años de crecimiento, que demuestran que desde 1850 hasta 1894, en que se cortó el tronco, cada año se ha ido formando con toda regularidad alrededor del dibujo el anillo correspondiente.

Este fenómeno, ya bastante misterioso por sí solo, resulta más inexplicable todavía al examinar la corteza del tronco, que se conserva perfectamente: en ella se encuentran, como puede verse por el segundo de nuestros grabados, huellas claras que prueban que en la corteza se grabó la inscripción que ahora aparece dibujada en el interior del tronco; en efecto, se ven allí, aunque bastante alteradas por el crecimiento del árbol, la H con el punto, los números 8 y 5, la mitad del 0, la cabeza con indicios de los ojos, nariz, etc., los huesos cruzados y la línea horizontal del pie.

No parece fácil formarse idea de este enigmático proceso: quizás la explicación más plausible sea que al hacer el dibujo en la que era corteza del árbol en 1850, la punta del cuchillo penetró en la madera, habiéndose formado luego nuevos anillos de crecimiento, mientras la madera herida fué enrojeciéndose en las partes dibujadas y con algunas partículas de la corteza ya cicatrizada se formó el dibujo obscuro que hoy se ve en aquel tronco partido. —(Del *Prometheus*)





Tronco de árbol con una inscripción grabada interior y exteriormente (de fotografías)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

AÑO XV — Barcelona 20 de enero de 1896 — Núm. 734

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CAÍN, busto en yeso de José Magr

SUMARIO



CARIDAD, estatua de José Alcoverro

Bella y sentida representación de la más grande de las cristianas virtudes es el grupo escultórico modelado por el discreto artista Sr. Alcoverro.

La nueva obra de este celebrado escultor ha de considerarse como otra manifestación más de sus brillantes aptitudes.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CLAUSURA

De seguro no tiene nada que ver que el Real haya cerrado sus puertas con las malas noticias que de Cuba se reciben; y sin embargo, la falta de ese espectáculo familiar, no sólo para las altas clases, sino para la modesta burguesía madrileña, parece un síntoma de la situación congojosa y triste que estamos atravesando, y contribuye á deprimir los ánimos, esparciendo nuevas sombras en el ya enlutado horizonte.

En el Real no se divertía tan sólo la aristocracia de la sangre ó del dinero. Estoy por creer que los que más jugo sacaban á la diversión eran los aguiluchos de la entrada pesetera, y las familias sin pretensiones, contentas en el palco por asientos y en la delantera de paraíso. El mozo estudiante, comprando su entrada y vistiendo su cepilladito y atrasado frac, disfrutaba ración de vista admirando bellezas en los palcos, ó ración de palique charlando con las de butacas durante los entreactos, – muchas de éstas aseguran que por los entreactos valía el Real lo que valía. – La familia obscura y alejada del bullicio, desde sus asientos de palco, allá en las nubes, entre un hormiguero de cabezas, se recreaba en conocer, analizar y comentar las caras, los trajes, la vida y milagros de las señoronas, llevando cuenta de las joyas y de los moños y adivinando casi las conversaciones, y no hay que decir si sorprendiendo las intrigas, estudio de interés muy superior al del drama lírico que en la escena se desenvuelve. ¡Y con qué incansable atención observan *las de arriba* á *las de abajo!* Es un fenómeno constante y que se explica bien si recordamos las leyes de la psicología femenil. *Las de arriba*, sin tratar á nadie, conocen á todo el mundo, y saben de memoria – algunas veces con exactitud – los hábitos, los gustos, hasta los diminutivos del nombre de pila de *las de abajo;* y por ese diminutivo, y no por el título nobiliario, las designan siempre, con alarde confianzudo. Cosa curiosa y muy española: aquí mientras á los grandes escritores ó grandes políticos nunca se les suprime el respetuoso *don*, y sólo hay clásicamente un *D. Benito*, un *D. Emilio*, un *D. Antonio*..., á los duques, á las duquesas, se les trata con llaneza encantadora, y quien haya tenido el capricho de colarse en el paraíso del Real, infaliblemente habrá oído á alguna señorita de la clase de *Miaus* exclamar con desenfado: «Ya llega Pepe Tamames.»

De aquí conviene deducir que las altas clases, lejos de usufructuar el espectáculo, en realidad formaban parte de él, y algún derecho tendrían á que el empresario ofreciese, ya que no parte en las *ganancias*, siquiera un delicado obsequio, un cacharro con flores ó un cartucho de dulces por palco, en Navidades ó en Pascua de Resurrección.

No era solamente la curiosidad, el afán de contemplar de lejos á la *high life*, lo que poblaba las altas regiones del gran coliseo. Algo hemos de conceder á la afición á la música, afición cada día más generalizada. No sólo hemos de concederle algo á esta afición, sino que es preciso confesar que los grandes llenos del Real se debieron á las gargantas mágicas de los Gayarres, de los Massini, de la Patti, de algunas otras estrellas... extinguidas ¡ay! casi todas. Desde que las medianías líricas, las alumnas del Conservatorio y los tenores de sesenta años invadieron ese escenario que oyó resonar el divino acento del cisne roncalés, el público se enfrió y los inteligentes de las alturas perdieron la costumbre de oir con los ojos cerrados, saboreando cada nota.

Puede la crítica buscar razones satisfactorias que expliquen la decadencia de la poesía, sobre todo de la musa romántica; mas ¿cómo explicaríamos la decadencia de las laringes? ¿Por qué no surgen hoy esos cantantes que en otro tiempo, treinta ó cuarenta años ha, electrizaban al auditorio y le transportaban fuera del mundo real con la dulzura de sus gorgoritos? No será porque las voces se coticen hogaño á menos precio que antaño. Un gran tenor, una *diva* refulgente, se harían de oro en poco tiempo; y los medianitos con que nos vamos conformando, no lo son ciertamente en cobrar. La buena voz es lo más caro y lo más raro que existe.

Estos últimos tiempos del Real han sido de abatimiento, en lo que respecta al mérito de los artistas; y cuantos tiempos recuerdo fueron fatales en lo tocante al aparato, vestuario, decoraciones y *mise en scène*. Jamás he comprendido por qué el Real había de tener el privilegio y el fuero de exhibir, sin que nadie protestase, las impropiedades más chocantes, los disparates más estupendos y las mayores ridiculeces. En el *Orfeo*, de Glück, he visto á Orfeo buscando á Eurídice por una selva de cocoteros, palmeras y lianas tropicales. En *Lucía di Lammermoor* la tiple saca botas de raso y vestido de cola, para esperar á Edgardo en el parque. La banda de música que entona en el escenario la marcha de *Aida*, sopla el Triunfo de Radamés en instrumentos de fines del siglo XIX. *Norma* se pasea con zapatitos Luis XV, al pie del roble de Irminsul. Los coristas no se afeitan; parecen bandidos cuando hacen de *caballeros*, y parecen unos honrados cesantes cuando hacen de bandidos; lucen medias de algodón y botas de elástico en la conjura de *Hernani*, por debajo de las amplias capas, y en *Gioconda*, donde les cumplían trajes venecianos, se presentan con una especie de birretes amelonados y unas trusas, á lo Tenorio en provincia.

Diríase que son inconciliables la propiedad y verosimilitud y el drama lírico. Jamás comprenderé por qué en *Traviata*, verbigracia, las mujeres visten á la última moda, y los hombres con casacón y peluca; ni por qué en el *Barbero de Sevilla* D. Bartolo lleva el atavío de los personajes de Molière. Estas inexactitudes serían fáciles de evitar, y contra ellas se ha clamado mil veces sin conseguir modificar la rutina.

Volviendo al Real, es evidente que lo de menos en él para casi todos los espectadores, era lo de telón adentro. La admirable orquesta compensaba las deficiencias de *atrezzo* y guardarropía, y hasta cubría los deslices de los cantantes en lid mortal con afonías y catarros. Los aplausos, los *bravos* más sinceros y ardientes que he oído resonar en el teatro los mereció algún solo de violines, algún preludio, alguna sinfonía – la orquesta en fin. – De la orquesta se puede afirmar que cumplió siempre bien, y en muchas ocasiones se excedió á sí misma. Debe de ser una de las mejores orquestas, si no la mejor, en Europa. Las que oí en Londres, Viena y París no me satisficieron tanto.

Al cerrarse el Real, quién sabe hasta cuando (pues su reapertura encierra problemas muy graves, y sólo el imprevisto giro que aquí suelen tomar los asuntos podría hacer que al imprimirse estas líneas el Real funcione de nuevo), se aislan, se disgregan, se distancian más y más las clases sociales de Madrid. Esa valla invisible, y á veces recia como el acero, que separa á los que no tienen las mismas costumbres, ni concurren á los mismos sitios, se refuerza con la falta del Real. Era el Real la única sociedad, la única reunión abierta á todo el que pudiese pagar la entrada. No falta quien lo celebre; hay quien se regocija de que sucumba el enemigo de *nuestra Talía*, el rival venturoso de los dramas y las comedias. Ahora se verá si tenía fundamento la afirmación de que era el Real el que mataba aquí el arte dramático. Antonio Vico, que ha deplorado tanto la competencia afortunada que hacían los *fioriture* á los parlamentos de Calderón, va á cerciorarse de si sus quejas eran justas. El Real ha muerto. ¿Resucitará?

De este golpe, por lo pronto, ha de quedar siempre muy dolorido. Si no me engaño, es la primera vez que sufre tal eclipse, y la primera que los abonados, hechos á tomar el Real por casa propia, identificados, digámoslo así, con el asiento que ya se amoldó al cuerpo, se ven en mitad del invierno echados á la calle, y algunos, los que no adoptaron esas minuciosas precauciones que la buena fe descuida, sangrados del bolsillo y sin esperanzas de recobrar su dinero. Ha de persistir en el ánimo y en la memoria una levadura de descontento y enojo, que en lo sucesivo servirá hasta de pretexto á la economía. Es probable que la edad de oro del Real no reflorezca nunca. Otros se felicitan de la clausura del Real, porque armoniza bien con las circunstancias críticas y con el duelo de la nación por sus hijos ausentes y por los que se ausentarán muy pronto, pues estamos próximos á ofrecer nuevo contingente al endriago que nos devora. Sobre la conducta que debe seguirse en ocasiones como la presente, hay juicios contradictorios: unos están por las gaditanas, que bailaban y cantaban bajo las bombas francesas, y otros por las mujeres de Israel, que se desgreñaban y se cubrían la cabeza de ceniza cuando sus maridos é hijos tenían que combatir á los moabitas ó á la gente de Amalec. Si supiésemos de fijo que la clausura del Real contenía á los insurrectos en su marcha sobre la provincia de la Habana, ¡vaya si lo cerraríamos! A piedra y lodo y con nuestras manos propias. Por desgracia, cerrando el Real no cerramos las horribles puertas de bronce del templo de Jano.

Al pensar en que el Real permanece mudo y vacío, pienso también en la más apasionada melómana de toda España, la infanta Isabel Francisca, que escuchaba religiosamente desde la primera nota hasta la última. Mientras duraba levantada la cortina, la infanta no pestañeaba siquiera. En los entreactos manejaba los gemelos y se enteraba de la concurrencia. Tan saludable ejemplo no surtía efecto alguno. Excepto en el palco regio, se charlaba en todos durante la representación. El paraíso solía impacientarse y sisear á los que alzaban el diapasón ó reían fuerte. «Aquí se viene á oir,» gruñían los impenitentes *dilettanti*. «Para meter bulla, que se vayan á sus casas.» Sin embargo, la cháchara no se interrumpía. A lo sumo se velaba, poniendo sordina á las voces...

. . . .

Estos puntos suspensivos que acabo de trazar, significan, oh lector, que *jam habemus*... teatro. Ha aparecido ese ser providencial y benéfico, el empresario. Corto ha sido realmente el interregno, que sirvió de descanso hasta á los músicos, ahitos de soplar en sus flautas y cornetines, y á los cantantes, que se habrán puesto á régimen de huevos crudos y pastillas de malvavisco para mondar, limpiar, pulir y refrescar las cuerdas y senos de la garganta. Organice como quiera su *troupe* el empresario, mande cantar aunque sea el *Nabuco*, la *Matilde di Sabrán* ó novedades del mismo jaez, y no tema que el público muestre descontento. Se me figura que habrá epidemia de tolerancia y peste de benignidad. Los *gallos* podrán pasearse libremente por las tablas, sin que se les retuerza el pescuezo con indignación artística.

No desaprovechen la ocasión los primerizos, los que sueñan con pisar ese escenario que holló la planta de Gayarre y donde todavía parece que va á surgir, produciendo corrientes y escalofríos de entusiasmo, el sin igual *pescador de perlas*. ¡Ay, y qué pocas perlas van quedando en la atmósfera; qué pocas notitas filadas, suaves, estremecedoras, caídas del collar de los ángeles; aquellas notitas que sacaban del alma el llanto y lo traían á los ojos, y de tal manera deleitaban que hacían daño casi!

EMILIA PARDO BAZÁN



PRIMERA ACADEMIA DE BELLAS ARTES EN ESPAÑA

11 y 18 de enero de 1660. – Enero de 1674

Funda Bartolomé Esteban Murillo la primera Academia pública de Bellas Artes de España en Sevilla. – Comienza el célebre cuadro que representa á la reina de Portugal Santa Isabel curando á los leprosos.

A pesar de la influencia inmensa que en la mayoría de los artistas españoles venían ejerciendo los grandes pintores y escultores italianos y aun los alemanes y holandeses, en lo que á la parte técnica de las artes de la escultura y pintura corresponde; á pesar de que, con escasísimas excepciones, el modo de sentir la belleza de nuestros Rivaltas, Leales y Herreras era perfectamente realista, ó como observó con gran tino el desdeñado Mengs, naturalista; sin embargo de que los motivos de casi todos los cuadros y esculturas que en España se venían produciendo desde que las artes plásticas alcanzaran vida propia, por su mismo carácter ascético lindaban con el naturalismo; á despecho, en fin, de artistas que, como Berruguete, Villegas, Vargas y Moya y tantos más, unos discípulos de los maestros florentinos, otros de los flamencos y holandeses, habían aprendido sirviéndose del natural y del modelo vivo, es lo cierto que, á excepción de las figuras vestidas, cuantas debían representarse desnudas las trazaban de memoria, con gran disgusto suyo, nuestros incomparables pintores y escultores.

Hijo Bartolomé Esteban Murillo de una tierra cuya característica altamente sensual (entiéndase en su sentido puramente plástico) le obligaba á sentir con gran apasionamiento el color y la forma; educado en el sentir y en la manera realista de Velázquez; altamente influído por las voluptuosidades de color y las plasticidades de línea de los Ticianos, Tintoretos, Rubens y Van-Dyck, de quienes estudiara sus obras en el Escorial y en el palacio de los reyes, veíase muy á menudo detenido en sus inspiraciones por la dificultad insuperable que la preocupación de aquellos tiempos le oponía de pintar el desnudo, copiándolo directamente del modelo vivo. Pero ya alcanzada fama imperecedera y con ella el respeto y la consideración á que por sus virtudes se hizo acreedor, comenzó Murillo á llevar á su taller hombres del pueblo, cuyas formas obligaba á estudiar á sus discípulos. Me apresuro á hacer constar cómo por uno de esos desequilibrios extraños de su temperamento de artista, y especialmente por la intransigencia con que cuanto pareciese afectar de algún modo á la moral se miraba entonces (signo este el más determinante de una perturbación del sentido de la moral verdadera), el insigne pintor de las *Concepciones* jamás, al decir de sus biógrafos, pensó en copiar ni en representar desnudez femenina alguna. Hecha esta salvedad, prosigo.

Dolíase Murillo de los amaneramientos y de la anarquía que en la juventud artística de Sevilla reinaba, por falta de base sólida para sus conocimientos técnicos; y concibió la idea, él, que no atravesara las fronteras de nación alguna, que desconocía las grandezas del arte pagano y del cuasi pagano del Renacimiento, de crear un *Instituto* para la enseñanza del dibujo del desnudo especialmente, además, claro está, de las de colorido y anatomía. Para lograr la realización de este pensamiento acudió el egregio pintor á la autoridad de los caballeros *Veinticuatros*, á la del prior, grande amigo suyo, del convento y hospital de la Caridad, y como indican algunos biógrafos suyos é historiógrafos del arte español (por cierto que Lefort no dice de esto una palabra en su *Historia de la Pintura española)*, dando una prueba de la bondad de su alma, redujo en fuerza de súplicas á enemigos suyos como el impetuoso Valdés Leal, á Vargas, á Moya y otros artistas de mérito á concurrir al sostenimiento del Instituto, prestándole la ayuda de sus luces como maestros.

Designóse por el cabildo sevillano la actual *Casa Lonja*, obra del adusto arquitecto Herrera, para que en una de sus cuadras se instalase la proyectada Academia ó Instituto, celebrándose en efecto la primera reunión, en la cual se acordaron los detalles del gobierno y régimen del nuevo establecimiento el día 11 de enero de 1660. Días después, Murillo, encargado de dirigir la fundación, disponía la primera figura desnuda que se colocó para el estudio del dibujo en academia pública en nuestra patria. A la par, relegándose el maniquí, se copiaban los paños sobre el modelo vivo y se enseñaba la anatomía, obligando á los discípulos á ir al hospital de la Caridad. Para terminar esta efeméride: el desnudo de mujer no se copió en España hasta bien adelantada la segunda mitad del siglo actual.

* * *

Determináronse de un modo claro y preciso en Murillo sus aficiones por la verdad en la forma, principalmente en el último tercio de su existencia. Y tras de la forma, el *sujeto* requiere á su vez de la vida real sus elementos, como puede observarse en las ocho grandes pinturas que para el citado hospital de la Caridad de Sevilla pintó en los cuatro años primeros de la década de 1670 á 1680. Representa, mejor que simbolizar, dos de las obras de Misericordia con hechos históricos, el de San Juan de Dios salvando á los enfermos del hospital de Granada de perecer en un incendio, y el de la santa reina de Portugal, hija de Pedro III de Aragón, curando á los leprosos.

Fué este cuadro verdadera obra maestra de la pintura española, ejecutado en muy pocos meses. Co-

SANTA ISABEL CURANDO Á LOS LEPROSOS, cuadro de Bartolomé Esteban Murillo existente en la Real Academia de San Fernando

menzóse en la primera quincena de enero de 1674 y se terminaba muy pocos días antes del de la festividad de la Santa. Ya entonces diputóse este lienzo como obra hermosísima, y de ella hacen elogios por entonces Pacheco y Palomino, además de varios poetas. El desnudo tiene, como podrán observar los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, importancia capital en el cuadro. Aquellos viejos, sobre todo el que destaca sobre el fondo negro que le ofrece el traje de la reina, son admirables estudios de un naturalismo terrible. No menor impresión causan las desnudeces de aquellos niños, casi adolescentes, cuyas cabezas raídas por la tiña ofrecen todas las apariencias de la asquerosa enfermedad y producen en el espectador análogo movimiento de asco que producir pudiera la realidad misma.

esponja, y con delicadeza extrema, la cabeza impura que un jovencillo, cubierto de usagre, extiende sobre una vasija de plata. Las blancas manos de la reina parecen rebelarse contra la obra que el corazón le ordena; la boca, contraída por el asco y el horror, contrasta con los ojos que se llenan de piadosas lágrimas.»

La composición de este cuadro, la disposición total, así de las figuras como de las acciones, es lo más completo y acertado que produjo el insigne pintor sevillano. Viardot en su obra *Noticias acerca de los principales pintores de España* estudia esta condición del modo siguiente: «Yo creo que es una de sus mejores composiciones por la elevación del estilo (?), la armonía del conjunto, la distribución de la escena; yo diría que me parece la más italiana de las composiciones de Murillo, la mejor y más apropiada para ser reproducida por medio del grabado sin que pierda nada de su belleza.»

de la escuela sevillana duró hasta bien entrado el último tercio de este siglo; y del siglo pasado he visto pinturas que recuerdan fuertemente la manera del maestro.

Para terminar. Un siglo después de la fundación de la Academia ó *Instituto* (que este fué su verdadero nombre) de Sevilla, intentaron Carvajal y Lancáster, bajo el patrocinio de Carlos III, crear en la *Academia de nobles artes de San Fernando* la clase de la enseñanza del dibujo copiado del desnudo; pero no pudo pasar de la intención, pues opusiéronse terminantemente á la realización de la idea desde el Santo Oficio hasta los individuos clérigos (y algunos seglares) de la citada *Real Academia*.

R. BALSA DE LA VEGA



MARTIRIO DEL APÓSTOL SAN ANDRÉS, cuadro de Bartolomé Esteban Murillo (Museo del Prado)

Sirvióse Murillo – supone un ilustrado crítico de arte, ya fallecido, – para representar tan fielmente el horror de tanta miseria, de los modelos que en abundancia le ofrecían las salas del hospital regido por los franciscanos, así como para la figura augusta de Santa Isabel de una ilustre dama de la nobleza andaluza, cuyo nombre era doña Leonor. Ni una sola de las figuras del hermoso cuadro está pintada de memoria, ni un solo detalle deja de ser trasunto de la verdad. Lo que pertenece de hecho y de derecho á la inspiración del artista, aparte de la disposición de la escena y de las demás condiciones plásticas, es la humilde actitud de la Santa, la espiritual aureola de sublime misticismo que la rodea, que ilumina su rostro y que le hace sin igual. El contraste que ofrece el grupo de las delicadas figuras de las damas, en quienes se revela el esfuerzo inaudito á que se ven obligadas para cumplir la repugnante y á la par misericordiosa obra de curar y socorrer á los enfermos menesterosos, y éstos, andrajosos, llenos de miseria y lacerias, es inmenso, como el acto de caridad que representa el cuadro. Un crítico francés dice así, describiendo la magistral figura de la santa reina portuguesa: «Una mujer joven y hermosa, que lleva sobre el monacal velo la corona de la realeza, refresca y lava con una

* * *

Quedó la *Santa Isabel curando á los leprosos;* mas la enseñanza del desnudo que Murillo implantara en la *Casa Lonja*, esa apenas duró unos cuantos lustros. Al desaparecer el prodigioso artista sucediéronle varios pintores en la dirección del *Instituto;* pero sucediéronse con rapidez y la organización de las enseñanzas hubo de sufrir un cambio casi total. Volvió el maniquí, al imperar la intransigencia religiosa del reinado del imbécil Carlos II, y al sentirse la influencia de aquel tan amanerado como prestigioso pintor italiano, causa de la muerte de nuestro Coello, llamado el último de los buenos pintores españoles. Lo que sí quedó de la obra educativa de Bartolomé Esteban Murillo fué su paleta y con su paleta su manera, mas como quedan las imitaciones que de los genios hacen sus adeptos, desconyuntadas al traducirlas é interpretarlas cada cual con arreglo á su sentir y á sus condiciones. Sin embargo, el sello *murillesco*

ADOLFO MENZEL

Alemania acaba de conmemorar el octogésimo cumpleaños del gran pintor que allí se considera como gloria nacional y que merece no sólo este título sino que también el de gloria universal en el mundo del arte.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al reproducir hoy algunas de sus principales obras, rinde un tributo de admiración al eminente maestro, cuyo genio, resistiendo al peso de los años, muéstrase aún con todas las energías de la juventud, y cuyas obras han sido asombro de las generaciones de este siglo y serán igualmente admiradas por las de los siglos venideros.

Adolfo Ménzel nació en Breslau en 1815 y desde niño ayudó á su padre en los trabajos de litografía á que éste se dedicaba. En 1830 trasladóse á Berlín, en donde al poco tiempo intentó perfeccionar sus aptitudes artísticas; pero la enseñanza académica no le sirvió de nada; el dibujo aprendido con modelos de yeso no satisfacía á aquella inteligencia que se ahogaba dentro de los estrechos moldes tradicionales. Esto y la necesidad de proveer al sustento de su familia, que al morir su padre en 1832 se encontró

sin más amparo que el suyo, hízole dar de mano á aquellos estudios y lanzarse al ejercicio del arte por su propia cuenta, publicando una colección de litografías que causaron admiración en los círculos artísticos.

El éxito que sus primeros trabajos obtuvieron animóle para mayores empresas, y en 1836 dió al público doce láminas sobre algunos hechos memorables de la historia de Brandeburgo, en las cuales revelábanse ya las excepcionales dotes del que más tarde había de alcanzar fama imperecedera con sus ilustraciones de la vida de Federico el Grande.

Quiso entonces pintar al óleo, y sin recibir lecciones de ningún maestro adquirió muy pronto un completo dominio de la paleta, hasta el punto de que apenas transcurrido un año desde sus primeros ensayos terminaba su hermoso cuadro *La consulta en casa del abogado*, que fué unánimemente admirado, no sólo por el vigor de su colorido, sino que también porque con él abríanse nuevos horizontes á la pintura, volviendo por los fueros del arte, que para ser tal necesita ser expresión de lo bello sí, pero también de lo verdadero.

Veinticuatro años tenía Ménzel cuando comenzó la que bien puede calificarse en términos absolutos *su obra*, pues ninguna como ella puede dar idea de su incomparable genio: los 400 grabados con que ilustró la *Historia de Federico el Grande*, de Kugler, son otros tantos títulos que le conquistaron la inmortalidad. Para trazar estos dibujos consultó en libros y láminas, visitó archivos y colecciones, estudió edificios y uniformes, y en suma consagróse á un examen profundo y detenido de cuantos restos existían del reinado de aquel gran soberano, identificándose con el espíritu de aquella época y reconstruyendo todo lo que pudiera dar cabal idea de aquellos soldados que asombraron al mundo con sus hazañas.



MÉNZEL, INVITADO POR EL EMPERADOR, ENTRANDO EN EL PALACIO DE SANSOUCI, dibujo de G. Schobel

A esta obra, que quedó terminada en 1842, siguieron otras sobre el mismo tema: 200 dibujos para una edición de lujo de *Federico el Grande*, una colección de 450 litografías en colores sobre *El ejército de Federico el Grande*, otra de 32 láminas sobre *Los soldados de Federico el Grande* y aquella serie de cuadros como *La mesa redonda en Sansouci*, *El concierto de flauta*, *Coloquio con el anciano mariscal Fouqué*, *Federico el Grande de viaje*, *Encuentro con José II en Neisse* y cien más que le han acreditado como maestro incomparable en el género histórico.

Pero Adolfo Ménzel no ha sido sólo el pintor de Federico el Grande; lo ha sido también de los tiempos presentes, reproduciendo en maravillosos cuadros lo que á sus ojos ofrecen la naturaleza y la vida contemporánea, de tal suerte que así como ha hecho revivir ante nosotros el pasado, las generaciones futuras aprenderán á conocer en sus obras los rasgos que caracterizan á la sociedad moderna y en especial á la corte y á la capital alemanas de nuestros días. En este género podemos citar: *Un baile*, *Descanso durante el baile*, *Causerie*, recuerdos de otras tantas fiestas dadas en su palacio de Berlín por Guillermo I; *Idilio de verano en Kosen*, *Una misa de misiones en el bosque*, *Una procesión en Gastein*, lienzos inspirados en sus impresiones de viajes; *Un domingo en las Tullerías*, *Un día de trabajo en París*, *Los elefantes del Jardín de Plantas*, reproducción de animadas escenas de la vida parisiense, y sobre todo su *Fundición de hierro*, esa composición magistral en la que vemos representada la dura labor de esos obreros á quienes con razón se ha llamado los modernos cíclopes.

Larga y pesada sería la tarea de enumerar las muchísimas producciones, no menos importantes que las citadas, del fecundo é infatigable pintor: renunciamos, pues, á ella, y dejando á un lado sus obras, terminaremos estos ligeros apuntes con algunas consideraciones acerca del artista.

Ménzel como pintor de historia diferénciase esencialmente de sus predecesores en este género: antes de ilustrar la época de Federico el Grande identificóse con ella en sus menores detalles, y así, por ejemplo, no dibujó un uniforme hasta que fué un verdadero erudito en materias de indumentaria de aquellos tiempos. La historia tratada por él fué una verdad, porque la describió en sus intimidades; los hombres de sus cuadros viven porque no quieren significar otra cosa que seres con existencia y energías reales; los hechos tienen relieve porque el artista no se preocupó de hacerlos punto de partida de consideraciones filosóficas.

Y una vez Ménzel hubo comprendido que la base de sus composiciones históricas eran el exacto conocimiento de la realidad y la reproducción de ésta de una manera pintoresca, la pintura de género, la exposición de tipos, escenas y costumbres de la vida diaria moderna, fué para él cosa sencillísima; que el que tan admirablemente supo resucitar á fuerza de estudio hombres y cosas que fueron, con mucha más facilidad había de copiar los hombres y cosas que á su observación directamente se ofrecían.

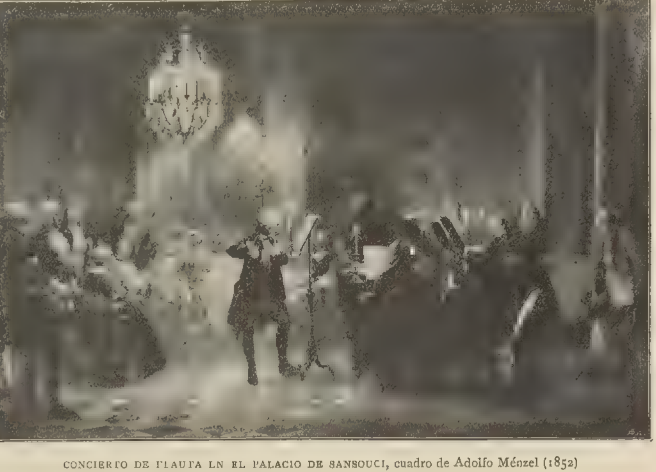


EL CONDE DE SCHAUMBURG-LIPPE, dibujo de Adolfo Ménzel (1849)

DESAYUNO EN EL JARDÍN, cuadro de Adolfo Ménzel (1890)

Ménzel pinta las cosas tal como las ve, y las ve de un modo diferente de los demás: puesto delante de lo que á su observación se ofrece, obliga á su espíritu á formarse una idea de ello, sin preocuparse de cómo otros pueden apreciar aquello mismo; así sus obras son reflejo exacto de su personalidad. Concibe la naturaleza en su conjunto y la reproduce tal cual es, sin pretender embellecerla; y á la manera del investigador científico, analiza minuciosamente lo que es objeto de su atención y no descansa hasta que sus manos – porque Ménzel dibuja y pinta indistintamente con la derecha y con la izquierda – han producido un nuevo documento artístico.

Tal es, á grandes rasgos descrito, el ilustre maestro á quien sus compatriotas llaman fundador del realismo moderno y de quien dijo otro maestro también ilustre, el profesor Lindenschmit, que «marchaba treinta años delante de los demás pintores.» Dos generaciones han desaparecido desde que surgió el hoy octogenario artista, y la actual, rindiendo parias á nuevos ideales, esfuérzase por encontrar objetivos nuevos, y la lucha de opiniones acerca de lo que es justo y verdadero es cada día más reñida cuanto más vigor adquiere la vida artística; pero por encima de todas esas dudas y contradicciones yérguese inconmovible, porque está sólidamente cimentada, la grandiosa figura de Adolfo Ménzel, á quien la posteridad admirará y venerará como nuestro siglo ha venerado y admirado.



CONCIERTO DE FLAUTA EN EL PALACIO DE SANSOUCI, cuadro de Adolfo Ménzel (1852)

Dinero, gloria, honores de toda clase han sido la recompensa de la brillante carrera de Ménzel: el actual emperador de Alemania le distingue con su amistad, y en el último verano quiso colocar por sí mismo, en unión de su imperial esposa, el famoso cuadro *Concierto de flauta en Sansouci* en el histórico palacio en donde tiene lugar la escena que el lienzo representa, invitando á este acto al genial pintor, que fué recibido por los granaderos y ante el cual hizo el ejercicio la guardia de corps imperial.

Nuestros grabados de las páginas 85 y 96 reproducen á Ménzel á la puerta del palacio de Sansouci y en el momento de ser recibido por el emperador. – X.



EL POETA Y LA PASTORA

CUENTO

I

Tenía diez y ocho años, se llamaba Alonso, y bien lo merecía, porque era el Quijote de la poesía clásica. ¡Un poeta clásico á fin de siglo! ¿Hase visto cosa igual? Alonso aún no había roto á hacer versos, pero era poeta que pensaba y sentía arcáisticamente. En su colegio de Sigüenza había devorado á todos los autores antiguos y modernos, desde Homero hasta Carulla; y ¿lo creerán ustedes?, sólo habíanle satisfecho tres: Virgilio, en las *Eglogas;* Cervantes, en la *Galatea*, y Florián.

Porque tenía la manía de los pastores y especialmente de las pastoras: no comprendía la vida sino en la apacibilidad del campo. Despreciaba á los reyes, á los héroes y á los sabios. Soñaba, naturalmente, con la mujer, pero con sombrero de paja y cayado. Su padre era rico y viudo hacía años y retrajo á Alonso en el colegio de Sigüenza. El colegial estudió poco y leyó muchas cosas fantásticas. No se inclinó á seguir ninguna carrera, lo cual no preocupó á su padre, pues siendo rico, su hijo único no la necesitaba. Sacó á éste del colegio al cumplir los diez y siete años, y se le trajo á Madrid para que se formara, siendo así que las grandes poblaciones sólo sirven para deformar. Alonso no sufrió esta contingencia: Madrid parecióle feísimo y sus moradores insoportables. Se ahogaba en la Carrera de San Jerónimo, en aquel paseo vespertino y estúpido, entre tenorios, y damiselas con sombreros extravagantes y *antucás*. Estaba triste y retraído: no encontraba allí la realización de sus sueños.



REUNIÓN ÍNTIMA EN EL PALACIO DEL EMPERADOR GUILLERMO I cuadro de Adolfo Ménzel (1879)

Su padre murió de una pulmonía prematura, que cogió por octubre, precisamente en el susodicho paseo de la Carrera de San Jerónimo; y á consecuencia Alonso hízose aún más retraído. Quedó bajo la tutela de un tío segundo, y éste le dijo cuando iba á terminar el luto que ambos llevaban:

– Mira, chiquito, tu padre al morir me encargó que te dejara hacer tu voluntad, si ésta no era pecaminosa. ¿Vives contento en Madrid? ¿Quieres ir á otra parte ó viajar? Eres rico, y puedo pasarte suficientes asistencias

– Justamente, tío, iba yo á hablar á usted de esto, contestó Alonso. ¿No dice usted que tenemos una casa de campo, con hacienda, cerca de Madrid?

– Sí, en Morata de Tajuña.

– ¿Y está aislada?

– En el campo, á dos tiros de bala del pueblo.

– Pues bueno, quiero irme allí.

Este deseo de aislarse á los diez y ocho años de edad, no sorprendió al tutor; pues harto observaba que su sobrino estaba algo *chiflado;* y además como el deseo no era pecaminoso, accedió á la pretensión de su pupilo.

Y ya tenemos á Alonso instalado en la casa del campo de Morata, buscando en la naturaleza pastores y pastoras. Su bello ideal era encontrar una pastora aceptable, casarse con ella para que nadie tuviera que decir, y andarse con ella por las campiñas pastorando rebaños de ovejas y corderos, con el blanco vellón entrelazado con cintas y flores.

¿Quién puede ni siquiera imaginar las innumerables fases de la locura?

Pero Alonso sólo encontró algunas pastoras imposibles, una pavera y una cabrera viejas, que parecían la estampa de la herejía.

¡Qué desencanto! El mundo de Virgilio, de Cervantes y de Florián habíase transformado.

Una tarde Alonso hizo una excursión lejana, atravesó el Tajuña, vió un monte en lontananza y se dirigió hacia él. Había muchas nubes y el sol jugaba al escondite. Sobre el monte distinguió el joven poeta un pequeño bulto que se movía: sería algún buitre posado, de los que por allí abundan. Siguió aquél avanzando, y ya próximo á la eminencia, quedóse parado de sorpresa y emoción.

Sí, no cabía duda, era una mujer, joven á juzgar por la rapidez y gracia de sus movimientos al golpear en el aire con una rama de árbol, como si cazara mariposas. Destacábase su esbelto perfil, y ¡oh ventura!, llevaba sombrero de paja: era una pastora.

Alonso corrió hacia el monte, envuelto en un chaparrón súbito que comenzó á caer: la pastora desapareció por el lado opuesto, el poeta ya en la cumbre registró con la vista todo el campo, vió una manada de cerdos que se dispersaban; pero «¿dónde está la pastora?»

Alonso pasó tres días en cama, con calentura. Apenas convaleciente, volvió á pasar el río, buscó el monte, y se encaminó hacia él, aunque con desaliento, pues nada distinguía en la cumbre.

Pero ¡oh dicha!: súbito, de entre un grupo de árboles que había á un lado de la eminencia, vió destacarse un bulto... Sí, era ella: la pastora del sombrero de paja, la figura graciosa y esbelta.

El poeta subió al monte de una carrera, acercóse á la pastora, sorprendida, pero no asustada, y le dijo á quemarropa:

II

–¡Oh pastora de este monte, por fin te encuentro! Porque mi corazón me ha traído á ti. Antes vagaba por estos campos con la inseguridad del espíritu abstraído; hoy me ha guiado la eterna estrella que brilla en los cielos de la fe y en los cielos del amor.

– Pero, señor, ¡una estrella á las cuatro de la tarde!.. ¿Dónde está? Yo no la veo.

– No la ves porque todavía no me amas, porque todavía no ha llegado la conjunción de nuestras almas, que más tarde se fundirán en un ángel-astro. Te veo de cerca por primera vez, pero ya te conocía. Cuando atravesé ese vallado, cuando me acercaba á ti, así que fijé en ti mi ansiosa mirada, mi corazón me dijo: «Esa es.»

– Pues miste que es raro. Yo no estoy en el pueblo más que acostá y dende


LA GUARDIA DE PALACIO, dibujo de Adolfo Ménzel (1844)

por la mañana hasta por la noche ando por estos vericuetos. ¿Dónde ma visto usté?

– Te vi el otro día coronando este montículo. Corrí á ti desalado y desapareciste como si te hubieses evaporado en el éter.

– Llovería y me refugiaría en la cueva que hay al pie del monte.

– Además, ¡oh candor inmaculado de la naturaleza!, ¿que dónde te he visto? En los obscuros limbos de mi alma, iluminándolos con la enunciación de tu presencia. Tú eres la mujer prometida, la eterna Eva.

– Oiga usté, señor, aunque ruda no soy tan inorante. No me llamo Eva, ni soy casá, ni he dao á naide manzanas podrías.

– ¿Reposas en esta eminencia mientras tu ganado pace allá abajo *florentem citisum*? Así se posa el alción en su nido. ¡Qué hermosos me parecen hoy estos grandes árboles que te dan sombra!

– ¿Sí? ¡Pues buenos están! No tienen más que castañas más chicas que aceitunas y más duras que peernales.

– El tibio rayo del sol poniente, atravesando la fronda, te acaricia. En esa actitud, sentada bajo la copa, te asemejas á la esposa del *Cantar de los cantares*...

– ¡Otra vez! Le he dicho á usté que soy soltera. No tengo ni siquiá novio. Aunque he cumplido los diez y ocho años, naide ma dicho buenos ojos tienes.

– Tus ojos son dos Océanos azules recién brotados, tu frente es tersa como la urna de donde nacen los ríos, tus cabellos son el monte de oro que Omar veía en sus sueños; gallarda es tu cintura como la palma de Cedar, y tus mejillas se asemejan á dos amapolas en el campo de trigo... Pero ¿qué es esto? ¡El sol oculta sus rayos!

– ¡Ca de ser! Que viene cerrazón por allá abajo. Milagro será que no me ponga como una sopa antes de volver al pueblo.

– ¡Ah, sí, las nubes! Ya las veo. Parecen ninfas fugitivas. Son las mensajeras de mi dicha. Van á anunciar á esas regiones donde se elaboran las emociones humanas, que he realizado mi ideal de poeta: el amor en la naturaleza.

– Pero ¡qué cosas dice usté, señor! Paece usté al señor cura cuando pedrica. Pero entoavía le entiendo á usté menos.

– Es que tu alma duerme. Es que eres la *Hada de los gérmenes del amor de la balada*...

– ¡Dormir! ¡Pardiobre! Estoy bien dispierta. Enantes me quedé traspuesta y los abejorros man despertao. No duermo ni en el camastro; hogaño hay muchos mosquitos.

– ¡Ah! ¿Te disfrazas de rústica? ¿Es ese tu encanto? Pues bien: voy á hacerle cesar. Los gérmenes van á brotar, las moléculas divinas del amor van á unirse, el alo va á reconcentrarse en la estrella de donde dimana...

– ¿Otra vez la estrella?

– Dame tu mano.

– ¿La mano? ¿Pa qué? ¿Va usté á dicirme la buenaventura? Too eso son chirigotas. Por Carnaval pasaron por aquí unas gitanas y me vieron y tocaron las rayas de la palmeta, y me ijeron que pasaría el mar con un jovencito rubio como unas candelas, y que tendría dos hijos, uno abogao y otro fiel de fechos, y ¡qué sé yo cuántas cosas más! Too mentira. Las dí un pan de centeno y real y medio, y na. Sigo lo mismo que siempre, sin que naide, ni rubios ni bermejos sacuerden de mí.

– Tú no necesitas mentidos oráculos para realizar tus destinos. Tú debes cumplir los de los demás. Mujer, joven y hermosa, eres la pitonisa inconsciente del amor, una de las ideas madres de Goëthe. No recibes la dicha; la das. Cuando la flor que está oculta en tu corazón como la inca filamentosa en el centro de la tierra, se desparza, habrás cumplido la ley de los seres unidos unos á otros por misteriosa concatenación. Pero ¿qué digo? Te he llamado mujer; no, no lo eres...



SALIDA DEL RESTAURANT, cuadro de Adolfo Ménzel (1892)

– ¿Pus qué soy?, ¿hombre ú alguna bestia?

– Hay en ti algo superior á la naturaleza humana. Te veo envuelta en un limbo desconocido que rechaza el análisis. Me haces creer en las ficciones de la mitología y en los espíritus elementales.

– ¡A que va usté á icir que bebo aguardiente, como la tía Guiñeta, que está siempre peneca! ¡No faltaba más!..

– Por eso te pido la mano, para convencerme de la realidad de tu ser. A veces temo que te disuelvas en el aire, que te desvanezcas entre los átomos de ese rayo de sol. Te he buscado tanto tiempo en vano, que estoy receloso de perderte. ¡Oh! Dame tu mano.

– ¡Miste que es tema! Usté está lila, señor. ¡Mi mano! ¿Pa qué la quie usté? Mejor le vendría una mano de almodrote de vaca, como dicen en la comedia que vi por la Pascua; porque tiene usté cara de necesitao.

– Deja que selle el homenaje del amor, el culto á la mujer, si lo eres, ó la unión del ángel con el hombre. Dios, bajo la forma de las co-


FEDERICO EL GRANDE DE VIAJE, cuadro de Adolfo Ménzel (1854)



Obras notables de Adolfo Ménzel

Reproducción de los principales cuadros y dibujos de este eminente artista



EL DESAYUNO EN LOS BAÑOS DE KISSINGEN, celebrada composición de Adolfo Ménzel

sas finitas te ha hecho arquetipo de las infinitas. Tú eres la misteriosa escala de Jacob que une el cielo á la tierra. Aquí sopla algo de lo alto...

– Ya lo creo. Como que sa levantao el aire de Toledo, que siempre trae agua. Bien lo icía yo.

– ¡Ah! ¿No quieres darme la mano? ¿Te crees merecedora de mayor rendimiento? Es verdad. La mujer inmaculada es imagen de la divinidad, y como á ésta, se la debe adorar de rodillas: heme aquí á tus pies.

– Pero ¿cace usté, señor? Levántese presto. ¡Pus bueno fuera que pasara por aquí el guarda del coto!.. Creería que estaba usté loco ó borracho.

– Deja que bese tus pies.

– ¿Mis pies? ¡Pus estarán buenos! Hace dos meses que no me los he lavao.

– ¡Ah! ¿Qué haces? ¿Vas á darme una flor, una cinta, un talismán quizá, que me consuele de tu ausencia? ¿Qué es eso?

– El cuerno.

– ¡Silbas! ¿A quién llamas? ¿A quién evocas?

– A los cochinos.

Y con efecto, el cerdoso ganado acude con su impetuosidad acostumbrada, y atropella al pobre Alonso, que estaba de rodillas, haciéndole caer de bruces al suelo.

¡Siempre lo mismo! ¡Siempre la materia sobreponiéndose al espíritu! ¡Siempre la poesía arrollada y maltrecha por la prosa!

F. MORENO GODINO

NUESTROS GRABADOS

M. Frere-Orban. – La muerte de Frere-Orban ha sido un duelo nacional para Bélgica, pues el eminente ministro de Estado belga, que desempeñó en distintas ocasiones las carteras de Obras Públicas, Hacienda y Negocios extranjeros, era igualmente querido y respetado por sus amigos que por sus enemigos políticos. Como nuestro ilustre colaborador Sr. Castelar trazó en su última revista, inserta en el número 733 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, los principales rasgos característicos de Frere-Orban, hoy nos limitaremos á consignar algunos datos biográficos acerca de este importante personaje. La carrera política de Frere-Orban comenzó en 1840, en que fué elegido consejero municipal de Lieja; en 1847 sentóse por vez primera en la Cámara de representantes, y desde entonces ha sido reelegido sin interrupción hasta en las últimas elecciones de octubre de 1894. Fué ministro de Obras Públicas desde 12 de agosto de 1847 á 18 de julio de 1848; de Hacienda desde esta última fecha hasta 17 de septiembre de 1852 y de 9 de noviembre de 1857 á 2 de julio de 1870, y de Negocios extranjeros desde 19 de junio de 1878 á 16 de junio de 1884. Era ministro de Estado desde 3 de junio de 1861. M. Frere-Orban no era siquiera caballero de la orden de Leopoldo cuando en 1861 fué promovido al grado más alto de la misma, el de gran cordón: además poseía el gran cordón de la Legión de Honor, las grandes cruces de las órdenes del Aguila Roja, del León de Holanda, de Leopoldo de Austria, de Carlos III de España y del Cristo de Portugal, el gran cordón de la orden de los Guelfos y de la de los Santos Mauricio y Lázaro, las grandes cruces de las órdenes de la Estrella de Rumanía, del Sol Levante del Japón, de San Esteban, de San Alejandro Newsky y del León de Oro de la casa de Nassau, y las cruces de primera clase de las órdenes del Osmamé y del Medjidié.



M. FRERE-ORBAN,
fallecido el 3 de enero de 1896

Caín, busto en yeso de José Magr. – Aunque el artista sólo nos presenta la personalidad de Caín en forma de busto, ha sabido encarnar dentro de tan estrechos límites los rasgos satánicos del primer fratricida, modelando una cabeza en cuya expresión se refleja la indómita rebeldía del malvado contra la voluntad de un Ser Supremo. Al contemplar esta obra nos hacemos perfectamente cargo de la situación representada por el artista y nos parece oir cómo aquellos labios pronuncian las arrogantes palabras «¿Acaso soy yo el guardador de mi hermano?» La escultura de Magr, inspirada en el más puro realismo, es, además, de las que impresionan por la maestría con que está ejecutada, admirándose en todas sus líneas ese vigor que caracteriza á las producciones de los grandes maestros.

M. Max Lebaudy. – La muerte del desdichado Max Lebaudy, el tantas veces millonario *petit sucrier*, acaecida en el hospital militar de Amelie les-Bains, ha dado mucho que hablar en Francia y ha puesto de manifiesto una serie de abusos que parecen inconcebibles en un pueblo que se precia de humanitario y civilizado. Max Lebaudy nació en 19 de enero de 1873: su padre M. Julio Lebaudy había dejado al morir una fortuna de unos 250 millones de francos, de los cuales cada uno de sus cuatro hijos recibió 27, además de una renta inalienable de varios cientos de miles de francos al año. El uso que de su fortuna hizo el joven Max le dió una celebridad poco envidiable, y si bien por su menor edad no pudo disponer libremente de ella, no faltaron usureros que le facilitaron cuanto necesitar pudiera, haciéndole los préstamos, como es de suponer, á un interés exorbitante. A la edad de diez y ocho años consiguió el *petit sucrier* ser declarado mayor de edad, después de un proceso célebre en que el eminente abogado y hombre público M. Waldeck Rousseau defendió la singular teoría de la utilidad de los pródigos y usureros y de que al firmar el joven Lebaudy los pagarés no hacía más que devolver á la circulación los millones acumulados por su padre. En 1894 entró en quintas, y aunque los médicos hubieron de reconocer al poco tiempo que estaba tuberculoso y que era por lo tanto inútil para el servicio de las armas, fué tan despiadada la campaña que hizo una parte de la prensa pretendiendo que se fingía la enfermedad para salvar del servicio al millonario, que el ramo de guerra no se atrevió á licenciarle. La enfermedad se agravó, y de hospital en hospital fué el joven Max hasta que habiendo tomado su dolencia un carácter tífico murió en 24 de diciembre último. Después de su muerte se ha revelado, como al principio decimos, una serie de abominables abusos cometidos por medio del *chantage*, habiéndose demostrado que los periodistas que con más saña combatieron al pobre Lebaudy, algunos de ellos de verdadera celebridad en la prensa parisiense, habían obrado tan sólo á impulsos de las más bajas pasiones, desesperados por no haber podido explotar como se proponían al *petit sucrier*.



MAX LEBAUDY, *le petit sucrier*

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – COLONIA. – Un acaudalado comerciante, el Sr. Andreae, ha regalado á la ciudad la suma de 400.000 marcos (500.000 pesetas) para la construcción de un museo de Industrias Artísticas, con la condición de que las obras empiecen antes de un año y estén terminadas antes de tres. El municipio ha señalado ya el sitio en que debe levantarse el edificio y suplirá los fondos que sobre aquella cantidad se necesiten para su construcción.

BERLIN. – El emperador Guillermo ha encargado al famoso escultor Reinhold Begas el proyecto para embellecer la avenida de la Victoria del Jardín Zoológico que ha de comprender 30 estatuas de mármol de otros tantos soberanos brandeburgo-prusianos y varios relieves representando hombres ilustres de la época de cada uno de aquéllos.

BUDAPEST. – La exposición de invierno recientemente inaugurada en la capital de Hungría es indudablemente una de las más importantes de las celebradas en aquella ciudad de mucho tiempo á esta parte. Consta de 321 obras y puede decirse que son muy contadas las medianías, siendo en cambio en gran número las que merecen ser calificadas de primer orden. La mayoría de estas últimas son extranjeras, pues los artistas nacionales parece que se reservan para el gran certamen del Milenario. El cuadro mejor de los expuestos es sin duda alguna el del pintor ruso Ilja Jesimowitch Repin, titulado *La contestación de los cosacos libres al ultimátum del sultán*, que por su originalidad, por su vigor y por la hábil agrupación de las figuras da una elevada idea de la escuela rusa: este cuadro ha sido adquirido por el tsar de Rusia. Siguen en importancia á éste los lienzos de los españoles Viniegra y Benlliure: *Antes de la corrida*, del primero, es una odra maestra por la brillantez del colorido; *Una procesión en Assisi*, del segundo, es objeto de admiración general por lo pintoresco del asunto y por las bellezas de dibujo y de color que lo avaloran. Lenbach ha expuesto dos retratos admirables como todos los suyos; el americano Harrison tres paisajes, y Loempoels una composición rapsódica, *El destino y la humanidad:* completan la primera sala una *Aldea abandonada*, de Silvio Rottas, en que predominan las tintas grises, unas hermosas *Terneras*, de Brown, y unos *Camaradas de pesca*, de Verbas, verdaderamente arrancados de la realidad. En la segunda sala figuran obras de inapreciable valor de artistas tan famosos como Tadema, Bocklein, Fleury, Harrison y Verstraete. Defregger, Mackensen, Firle, Munthe y Roubaud son otros tantos representantes del arte extranjero unánimemente celebrados. Entre los pintores nacionales sobresalen Kalovzky, con dos retratos, que son de lo mejor que se ve en la exposición, Luis Mark y Andor Dudst, con un cuadro histórico de gran efecto pintado por encargo del municipio de Fiume. Merecen también especial mención los paisajes de Bela, Spanyi, Tolgyessi, Nadler, Grunwald y Manheim, los retratos de Korokyai, Laszlo, Ballo, Lotz, Vastagh y Ferrari y los cuadros de género de Skutezky, Halmi, Tornay, Jendrassik, Veress y Pallik. En la sección de escultura figuran en primera línea Strobl y Wostry.

PARIS. – La Academia de Bellas Artes ha nombrado socios correspondientes en Alemania á Adolfo Ménzel y al célebre escultor Reinhold Begas.

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica *La Jacquerie*, drama lírico en cuatro actos, letra de Eduardo Blou y de Mme. Simond Arnaud y música del malogrado Lalo y de Arturo Coquard: Lalo dejó escrito el primer acto y Coquard ha escrito los otros tres, identificándose por completo con el pensamiento de aquél y acreditándose en esta obra, abundante en bellezas, de excelente compositor; en Folies Dramatiques *Le barón Tzigane*, bellísima opereta en tres actos y cuatro cuadros de Juan Strauss, cuya letra ha sido arreglada al francés por Armando Lafrique; en el Cercle des Echoliers, precursor del Teatro Libre, *Entre mufles*, comedia en cinco actos de Mauricio Talmeyr, interesante y bien concebida y escrita, pero de argumento sumamente escabroso; en L'Oeuvre *Une mere*, drama en tres actos de Ellin Ameen, primera producción de este autor sueco que se representa en París, traducida por el conde Prozor, que es de un gran efecto dramático en medio de la sobriedad con que está desarrollada; *Broceliande*, cuento en un acto, escrito en delicados versos por Juan Lorrain, y *¡Des mots! ¡Des mots!*, graciosa sátira social en un acto y en verso de Carlos Quinel y René Drubeuil; y en el Teatro Nuevo *Les Dessous de l'année*, revista de gran espectáculo en tres actos y ocho cuadros de Clairville, Vely y Vallin.

Madrid. – En el Circo de Parish se ha reproducido la ópera de Bretón *La Dolores* con el mismo éxito entusiasta que cuando se estrenó el año pasado en la Zarzuela. En Romea se ha estrenado con aplauso *El príncipe heredero*, zarzuela en dos actos, letra de los señores Lucio y Arniches y música de los maestros Nieto, Brull y Torregrosa.

Barcelona. – En el Tívoli se ha estrenado con gran éxito la ópera española en tres actos y cinco cuadros *Aurora*, letra del Sr. Ocaña y música del maestro Espí: pertenece al género genuinamente español, habiéndose aplaudido con entusiasmo, entre otras piezas, la sinfonía, un brindis y un concertante del primer acto; una romanza de tiple, una serenata, un dúo y un terceto final del segundo, y una romanza de tenor, un *intermezzo*, la marcha y los bailables del tercero. En su ejecución se distinguieron la señorita Montilla y los Sres. Constanti, Sigler y Visconti, con quienes compartió los aplausos el maestro Pérez Cabrero, que dirigió la obra admirablemente. En Romea se ha estrenado con buen éxito una graciosa comedia en tres actos titulada *Trampas*, original de D. Manuel Rovira y Serra.

Necrología. – Han fallecido:

J. G. Christaller, misionero alemán muy conocido por sus profundos estudios sobre varios idiomas africanos.

Roberto Brown, explorador inglés de las regiones polares.

Enrique Jaeger, notable escritor noruegó.

José Marastoni, distinguido pintor retratista y litógrafo austriaco.

Carlos M. Webb, pintor de género de origen holandés establecido en Dusseldorf.

Alejandro Grabié, paisajista alemán.

Monseñor Persico, miembro del Sacro Colegio de cardenales.

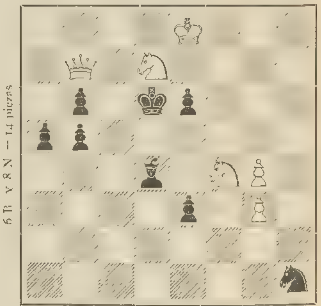
Juan Jatta, notable arqueólogo italiano, dueño de una magnífica colección de antigüedades y especialmente de ánforas y vasos apulios.

Eduardo Muller, escultor alemán residente en Roma, individuo de las academias de San Lucas de Roma, de la de Berlín y de la de Madrid.

AJEDREZ

PROBLEMA N.º 2, POR JOSÉ TOLOSA Y CARRERAS
(Dedicado á E. Orsini)

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 1, POR VALENTÍN MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D 3 A R	1. P toma D (*)
2. T 2 R	2. P toma T ú otra jugada.
3. A 2 C R ó C 7 R mate.	

(*) Si las negras juegan 1. R 3 A D ó 1. C de 2 C R á cualquier casilla, las blancas continúan con 2. T 6 R y dan mate á la siguiente; – si 1. A negro juega ó P4TD, 2. D3D jaque, etc; – si 1. C de 4 T R juega, 2. C4AR jaque, etc.; – si 1. P5CD, 2. D3D jaque ó D2R, etc., – y si 1 P5AR, 2. D toma PR mate.



Dió algunos pasos por la galería

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA DE JUANA MAIRET. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

– Yo no tengo nada que ver con la fortuna de tu padre, sea cual fuere. Nunca he sido para él más que una intrusa, y tú lo sabes muy bien, Bob.

El joven era demasiado franco para contradecir á su prima; acercóse más á ella y le dijo casi en voz baja:

– Pero ¿y yo, querida Mila?.. Yo...

– Tú, amigo mío, siempre fuiste bueno para mí, y te amo de todo corazón; pero ya te lo he dicho cien veces, nunca será más que como una hermana. ¡Nunca!

Al pronunciar estas palabras frunció el ceño. Hacía ya algunos meses sabía que Bob la amaba, que esperaba, á pesar de la oposición de su padre, obtener algún día su mano de esposa; pero ella le rechazaba, tan pronto con dulzura como con arrebatos de niña colérica, aunque persistiendo en su negativa.

– ¡Pardiez!, sin duda te parezco hombre ordinario, que viste mal y es un patán, sobre todo desde que este galante caballero, prendido con siete alfileres, se ocupa de ti. Aborrezco á ese Sr. Macready, y desconfío de él. ¿Se sabe por lo menos quién es esa mujer á quien ha de confiarte?

– Simplemente su hermana, la señora Price, que debe ir á pasar el invierno en París con sus hijos y que me llevará con ellos.

Bob no contestó: todo se hacía lo más correctamente del mundo, el Sr. Macready desaparecía, siendo tan sólo el bienhechor anónimo, que no pedía ni siquiera las gracias. Esto no pasaba de ser un capricho de *melómano* archimillonario.

– ¿Y vas á trabajar durante tres años?, preguntó Bob, después de una pausa.

– Sí, ya seré vieja cuando mi voz se haya suavizado; ya tendré veinte años, Bob; toda mi juventud se queda aquí.

El joven no pudo menos de sonreir.

– Una mujer no es vieja á los veinte años, Mila, repuso, y aún serás una niña. Yo he reflexionado mucho esta noche pasada. Puesto que no somos unos pobres diablos, no quiero ya dedicarme á labrador. A mí me agrada la lectura, y deseo completar la ligera instrucción que recibí en San Francisco. Todavía no he cumplido veintiún años, y á esta edad se aprende aún fácilmente; y si mi padre no quiere ayudarme, ya saldré yo del paso como pueda. A mí no me arre-

dra el trabajo manual, y haré como la tía Deborah cuando era joven. Ganaré durante el día lo necesario para comprarme libros y estudiaré por la noche. Quiero ser un *gentleman*, un caballero, ¿me entiendes, Mila? Entonces iré á buscarte dondequiera que te halles, y te diré lo que te digo hoy: «Te amo, Mila con toda la fuerza de mi alma, y te deseo por esposa..»

Había tal fogosidad en el acento vibrante del joven, que Mila se conmovió.

– Olvidas, contestó, que soy papista. He jurado á los Padres de la Misión de Santa Bárbara, que me prepararon para mi primera comunión, no renegar jamás de mi fe, y no me casaré nunca con un protestante.

– Pues entonces yo me convertiré al catolicismo y nos casaremos.

Bob dijo esto ligeramente. Los hombres de la familia eran bastante librepensadores; pero la tía Deborah, por el contrario, era muy ortodoxa, y hasta rígida en el ejercicio de sus devociones.

– No es cosa de chancearse sobre semejante asunto, Bob, dijo la joven con expresión severa. Tú sabes muy bien que no adoptarás jamás la fe católica, y que á tu padre le causa horror, no solamente el papismo, sino también el casamiento entre primos hermanos; sabes también que Mila Harcourt no ingresará nunca por fuerza en una familia que no la quiere. He dicho.

Y Mila se levantó de un salto; volvióse, olvidando su severidad; sonrió al joven, y ofrecióle la mano.

– Lo cual no impide, añadió, que te ame mucho, pues sin ti mi juventud hubiera sido triste; que no te olvide nunca, querido Bob, y que te desee mejor mujer que la fantástica Mila.

– No quiero otra, replicó Bob; pero con justa razón te calificas tú misma de fantástica. Un momento dura y fría, y después deliciosa y dulce. ¡Ah, Mila, Mila, mujer al fin!

– De ello me precio, contestó la joven sonriendo.

– ¿Y te marcharás realmente?

– Sí, con seguridad.

Los dos jóvenes se dirigieron muy despacio hacia la casa, tristes y silenciosos, comprendiendo cada cual que un capítulo de su vida había concluído y que iba á comenzar otro. ¿Qué contendría?

El Sr. Macready y el dueño del rancho no se pusieron de acuerdo hasta después de muchas discusiones sobre el precio de la granja. Silas Harcourt había cambiado de opinión respecto al señor de las ciudades, preocupándose de su persona, de su traje y de su lengua, como pudiera hacerlo una mujer; pero debió persuadirse de que no había nada de afeminado en la clara inteligencia y en la firme decisión de aquel ciudadano que hablaba con tanta dulzura. Los dos hombres visitaron el delicioso rincón, cubierto de sombra y florido, que se llamaba la granja del Valle. El Sr. Macready reconoció que era, en efecto, el lugar que él había soñado para su hijo enfermo; pero que no daría ni un duro más de lo ofrecido. Por fin de cuentas, el labrador fué quien cedió, quedando tan admirado, que dispensó todo su aprecio á su vencedor.

En estas negociaciones se ocupó toda la mañana; pero el Sr. Macready no debía abandonar el rancho hasta después de comer. Se ocupó sobre todo de la tía Deborah, dirigiendo apenas la palabra á su protegida, que le miraba desconcertada, sin explicarse su conducta. No le parecía ya que aquel hombre fuese su compañero de la víspera; y en un momento dado se dijo que todos los hermosos proyectos de viaje, de estudio, de gloria futura habían sido para él la diversión de un instante y que ya no pensaba en ello. La opresión que sintió entonces hízole comprender que ahora sería muy duro para ella renunciar á semejante sueño, y que la sublevaría vivir como campesina, ó ganar la subsistencia con algún oficio humilde y prosaico.

Sólo cuando llegó el momento de la marcha el señor Macready recordó al parecer sus promesas, pues volvióse hacia la joven y le dijo:

– Acérquese usted y le daré mi segunda lección antes de marcharme.

Y sentándose al piano, preludió algunos acordes muy suaves, en tono menor, después de lo cual tocó los primeros compases de la romanza francesa. Mila, intimidada, apenas elevó la voz, algo vacilante, porque había olvidado ya la letra; pero el Sr. Macready, mostrándose de nuevo paciente y bondadoso, la ayudó, y muy pronto la voz, firme y segura, resonó en el triste y desnudo salón de la granja.

Todos escuchaban absortos á pesar de su rudeza natural, y á pesar también de la poca simpatía que á los más inspiraban el maestro ó la discípula La tía, no obstante, era bastante inteligente en música para comprender que el extranjero tenía razón, y que no podía pensarse en dejar que se perdiera una voz tan hermosa como la de su sobrina. Sin embargo, se rebelaba, y al resonar el último acorde, exclamó:

– Eso es música profana.

– Tal vez, señora, repuso el extranjero con sequedad; pero en todo caso es verdadera música.

Después dió á Mila varias instrucciones, mas bien órdenes. También él había reflexionado; tenía ya trazado su plan, y bastaba que la joven se atuviese á él. Tal día, es decir, dos después del en que estaban, debía marchar á San Francisco, donde encontraría una familia que marchaba á Nueva York y que se encargaría de ella. No era necesario que se cuidara de sus trajes, pues en París se vestiría según su nueva situación, lo más sencillamente que fuera posible. Debía entenderse que si ella iba á trabajar á Europa y á prepararse para ser cantatriz, era merced á una suscripción de amigos, y que el nombre del extranjero no había de sonar para nada.

Al terminar, el Sr. Macready abrió su cartera para sacar billetes de banco, pero el viejo Silas le puso la mano sobre el brazo.

– Dispense usted, caballero, dijo, los gastos de viaje de mi sobrina me conciernen. Usted tiene á bien ocuparse de su educación, y yo se lo agradezco, puesto que á ella le gusta; pero la señorita Harcourt no saldrá de mi casa como mendiga.

– Como usted guste, contestó el Sr. Macready cerrando su cartera.

Y ya iba á montar á caballo, acompañado del hijo mayor de Harcourt, cuando Mila, que estaba á punto de llorar, dijo:

– Puesto que me trata usted como hija suya, caballero, ¿me será permitido abrazarle para expresarle todo mi agradecimiento?

El Sr. Macready vaciló un instante; después sus facciones se iluminaron; la dureza de su mirada desapareció, y besó en la frente á su nueva pupila.

– No debe usted agradecerme nada, hija mía, dijo; pero voy á darle un consejo. Guárdese usted del sentimentalismo como de la peste, si quiere evitar muchos sufrimientos en este mundo; aunque bien mirado, á las mujeres les agrada sufrir. ¿No es verdad, señora Fletcher?

Así diciendo, partió alegremente al galope.

– ¡He ahí un hombre verdaderamente original!

Después de esto, hubo tanto que hacer á fin de prepararse para el largo viaje, que Mila conservó de aquellos dos días un recuerdo vago y confuso, algo penoso. Su tía Deborah la ayudaba; pero la joven comprendía que le era hostil. El corazón de la niña sufría; tenía tal necesidad de amar y de ser amada, que la frialdad de sus parientes, su silencio y su falta de ternura la martirizaban, dejándola por la noche con deseos de llorar, ó poseída de cóleras sordas, según el capricho del momento. Entonces las miradas tristes de Bob eran para ella un consuelo, y se mostró tan bondadosa con él, que el pobre joven comenzó á esperar.

Mila debía hacer el viaje hasta San Francisco sola, cosa muy natural en aquel país de independencia.

A punto de marchar y cerrada ya su maleta, la joven dijo á la señora Fletcher:

– Dentro de pocos minutos ya estaré lejos y habré desaparecido de su vista, tía Deborah; mas á pesar de esto, todo lo que le ocurre á usted decirme se reduce á que cuide de mis paquetes y no pierda mi bolsa. ¡Usted me ha educado, y no me ama!

La señora Fletcher no contestó al punto; pero después repuso con mucha calma:

– Te engañas, hija mía, pues te amo á pesar de todo.

– ¿A pesar de qué?

– A pesar de la poca conformidad de nuestro carácter. Te he educado, pero no dirigido á mi modo, y no sé si es por culpa mía ó por causa de tu sangre extranjera. Has crecido como una planta que rompe lazos demasiado débiles, y te has desarrollado al aire libre y al sol, según se te antojó. Jamás he podido enseñarte á dominar tus sentimientos y á contentarte con una benevolencia tranquila, única que conviene realmente á seres razonables. Muy pequeña aún, llorabas porque tus gatitos tenían la madre para acariciarlos, mientras que á ti te faltaba la tuya Yo sabía vestirte, hacerte trabajar, reñirte ó recompensarte, pero no prodigarte caricias, prescindiendo de que una religión ilustrada recomienda poco los mimos. He tratado de hacértelo comprender así; mas no lo he conseguido nunca, y ahora que vas á entrar en una vida llena de peligros, á residir en un país donde el Papa está en favor y donde la sensibilidad exagerada no se considera como una debilidad, confieso que tiemblo por el porvenir.

– Pues no tiemble usted, tía, pues á falta de su famoso dominio propio, que siempre me faltó, confieso que tengo orgullo.

– Es insuficiente.

– Pues bien, tía Deborah, ya vendrá usted en mi auxilio cuando yo sea prima dona; se reunirá conmigo y velará sobre mí.

– En cuanto á eso, hija mía, no cuentes con ello. He pasado mi vida consagrándome á los demás, haciendo cosas que eran contrarias á mi carácter; pero todo tiene sus límites. Recorrer la Europa con una actriz, con una cómica... ¡Ah, esto jamás! ¡No faltaría otra cosa! Volveré á Seaport cuando haya convencido á mi hermano de que ya no me necesita, y allí descansaré durante el resto de mi vida.

– Vamos, dijo Mila, llega el momento de marchar; abráceme usted bien, querida tía Deborah, antes que me despida de los demás. Si me ama usted un poco, yo la amo mucho, y le aseguro que si ha tenido una discípula rebelde, no ha tratado con una ingrata

Y antes de que su tía pudiera impedirlo, la joven la cogió entre sus brazos flexibles y robustos, y besóla llorando.

– Bueno, bueno, está bien, dijo la señora Fletcher.

Mas no era posible guardar reserva ante aquella explosión de cariño sincero y espontáneo. La tía Deborah abrazó á Mila á su vez y por sus flacas mejillas se deslizaron dos lágrimas. Mila, por uno de esos bruscos cambios que le eran habituales, sonrió y palmoteó alegremente, exclamando:

– ¡Qué contenta estoy, qué contenta! Ya ve usted que me ama, puesto que llora. ¡Querida tía, vendrá usted á reunirse conmigo, yo se lo aseguro!

Después, terminadas las despedidas casi enojosas, y habiendo pronunciado al oído de su primo las palabras «Marcho á Cambridge, es cosa convenida,» palabras á que Bob contestó con una mirada de esperanza, Mila se encontró sola, y su vida libre y su primera juventud no fueron ya más que cosas del pasado.

Durante el largo viaje, las nuevas relaciones, la conmoción nerviosa producida por la serie de nuevas imágenes al parecer ilusorias, por la vista de las grandes ciudades y después del mar, y por último, el sonido extraño del francés que hablaban los niños y la gente del pueblo; todo esto se conservó vago y confuso en los recuerdos de Mila. Fué tratada con mucha benevolencia por los que debían encargarse de ella; las dificultades se habían allanado á su paso, y notó cierta admiración en las personas con quienes alternaba; pero esto no hizo mella en su espíritu. Permanecía silenciosa y como embotada por la novedad de la escena y lo imprevisto de las cosas, y habíale abandonado ya su feliz confianza. Comparábase con una hoja levantada por la tempestad, arrastrada por el viento acá y allá sin que le fuese posible oponer resistencia. Buscaba un punto de apoyo sin encontrarle; su protector había desaparecido, según lo anunció, y tan completamente que no le vió ni una sola vez. En cuanto á su hermana, apenas le habló de él.

Poseída aún de este aturdimiento, la joven salvaje se vió encerrada en una casa solitaria y recogida en medio de su gran jardín, donde fué confiada á la señora Desroseaux, anciana solterona, mujer distinguida, grave y bondadosa. Entonces comenzó su nueva vida, vida feliz en suma, pero muy monótona.

III

Una casita en parte cubierta por un rosal trepador sobrecargado de flores de matices blancos y sonrosados, gracioso nido bien oculto en el centro de un vergel normando, lejos del camino, á un kilómetro de Villers, pero situado á suficiente altura para dominar una vasta extensión del mar; tal era el retiro elegido por la señorita del Paso, la cantatriz de que París comenzaba á ocuparse. Decíase que era hermosa, pero de una belleza algo extraña y exótica; que era además joven y que poseía una voz singularmente extensa, una magnífica voz de soprano, pero cuyo registro comprendía notas bajas de raro vigor. Una extranjera más, como decía un periódico, cuyos *debuts*, en Italia primero y después en Bélgica, habían pasado aún inadvertidos. Después, un compositor, cuya obra magistral había visto la luz en Bruselas, como ha sucedido con las de más de uno de nuestros maestros, había fijado la atención en aquella joven, encargada de un papel secundario, comprendiendo todo el partido que podía sacar de un órgano vocal tan maravilloso; y al pasar su obra de Bruselas á París, había solicitado y obtenido que la joven desconocida se encargase del papel principal, pues respondía de ella.

Esperando su verdadero *debut* en París, Mila descansaba, sabiendo que para cantar bien es preciso cuidarse mucho. Por eso había tomado la costumbre de bañarse en una pequeña playa, casi desierta, no lejos de su morada. Apenas iba á Villers; no veía á nadie, y vivía del todo ignorada. Los

pocos aldeanos que de vez en cuando oían sus trinos fijaban tan poco en ellos la atención como en las vacas que pastaban en el huerto. La casita era una antigua cabaña de campesinos, arreglada más ó menos bien, y que rara vez se podía alquilar, por hallarse demasiado aislada y lejos de Villers para los parisienses que van de veraneo.

—¡Tía Deborah, tía Deborah!.., gritó la joven alegremente.

—¿Qué más ocurre?, contestó la señora Fletcher con una voz que parecía un gemido.

—Venga usted á sentarse debajo de los manzanos; se está muy bien, y hoy el mar tiene un color gris perla de exquisita suavidad. Quisiera encontrar una modista que me hiciera un traje del mismo matiz.

—¿Y por qué no un vestido de «color de tiempo?» Si se pudiese hacer un traje tan cambiante como tu capricho, tendría verdadero éxito.

—¿Le parece á usted así? No deja de tener gracia que esté usted conmigo, usted que juró...

—No me hables más de eso. Era mi estrella, caprichosa como tú misma; y no desespero de presentarme en las tablas á tu lado, y hasta de ocupar el puesto de primera bailarina. Nada me parece ya imposible, ahora que me encuentro en Francia, sentada á la sombra de un manzano normando y al lado de mi sobrina, que es cantante de profesión.

Mila soltó la risa, aquella risa tan alegre y musical que cerca de cinco años antes había llamado la atención del Sr. Macready. Durante ese tiempo, la pequeña salvaje había cambiado mucho; su talle flexible y gracioso no era ya tan delgado; tenía las facciones más pronunciadas; la tez brillante y fresca, de un color blanco mate, y las mejillas poco sonrosadas. El cabello seguía siendo rebelde, pero magnífico, con sus gruesas trenzas en la parte superior de la cabeza, y sus rizos sueltos en la frente y en la nuca. Era verdaderamente una joven hermosa, bien formada, de movimientos ágiles y de airoso andar, como el de ciertas montañesas italianas. De carácter alegre, parecía muy satisfecha de verse bañada por el sol, por decirlo así. Todo le había sido fácil; la vida le sonreía y ella sonreía á la vida.

—¡Mal corazón!, exclamó. ¡Cuántas cartas desesperadas no he debido escribirle para que se decidiera á reunirse conmigo! Solamente la idea de los terribles peligros que me rodeaban y de los galantes caballeros que me hacían la corte ha podido inducirla á usted á venir; pero sepa usted que todo esto no era más que un ardid, pues me burlo de esos señores, y mi corazón está libre, á Dios gracias. Mi arte y usted, tía Deborah, es todo cuanto amo. ¡Ah! Inútil es que se esquive, porque la abrazaré, pues ya no me atemoriza con su teoría del dominio propio. ¿No habré sufrido lo bastante en la granja por no poder consagrar mi cariño como yo deseaba á todos los de mi familia? Tan sólo puedo exceptuar á Bob. Este quería profesarme demasiado afecto, pero era otra cosa. ¿Le parece á usted de veras que Bob tenía buena presencia? En las dos semanas transcurridas desde que la tengo á mi lado, me veo obligada á sonsacar de usted para conocer todos los pequeños detalles.

—No tengo mucho que decir. Bob tiene buen bigote, una estatura conveniente; y ahora se está preparando para la abogacía, tanto que ya ejercitaba conmigo su elocuencia hablándome de ti. Ahora, cuando la sucesión de mi pobre hermano esté arreglada del todo, no estoy muy segura de que Bob persista seriamente en ser abogado. Los terrenos han adquirido un valor tal, que todos los hijos serán ricos, según parece. Ben y su joven y encantadora esposa conservarán la antigua casa; pero los otros vacilan un poco sobre el porvenir. Tomás, sin embargo, piensa comprar de nuevo la granja del Valle, donde el joven Macready había comenzado á plantar naranjos y donde al fin ha muerto. Gracias al clima, ha disfrutado de algunos años de vida bastante dulce; mas no ha podido salvarse.

—¡Pobre padre!..

—Yo no sé si se deberá compadecerle, pues no le agrada la piedad en los otros. El Sr. Macready es extraño en todo cuanto hace; pero no puede negarse que se ha conducido bien contigo. Su generosidad no se ha desmentido un instante.

—Era más pródigo de su dinero que de sus visitas. Solamente le he visto cuatro veces en cerca de cinco años.



Y sentándose al piano preludió algunos acordes

—En esto ha hecho bien... ¿Amaba á su hijo? ¿Le ha llorado? Lo ignoro. Tan sólo sé que el joven Macready y su padre no parecían hallarse á su gusto cuando estaban juntos, y que por otra parte con la separación se sentían desgraciados. En nada se entendían. Al Sr. Macready no le agrada más que una cosa, la música; emprendería el viaje á través del Océano para oir una ópera de Wágner bien cantada; pero el hijo no entendía nada de corcheas y semicorcheas y tenía la voz de falsete. Además de esto, era muy patriota, é indignábale que su padre hubiese pasado la mayor parte de su vida fuera de su país, conservando un penoso recuerdo de sus años de colegio en Francia. Si aquel joven disfrutó un poco de felicidad, fué cuando plantaba sus naranjos en Santa Inés.. Nadie me quitará de la cabeza que ha ocurrido alguna tragedia en la vida del Sr. Macready. ¿Quién era su esposa? ¿Es viudo?..

—No me encargaré yo de preguntárselo, dijo Mila sonriendo; nunca puedo dejar de experimentar un sentimiento de temor cuando estoy en presencia del Sr. Macready, y eso que no peco de tímida.

La tía Deborah no contestó, porque reflexionaba sobre otra cosa. Parecíale ver de nuevo la granja de la montaña; pensaba en los tranquilos años pasados junto á su hermano mayor y en medio de sus sobrinos, y con estos recuerdos mezclábase un poco de tristeza.

—El pobre Silas, dijo, me ha recompensado bien los años que le consagré, pues ahora tengo con qué vivir, y hasta para pagar tus deudas de vez en cuando. Las actrices tienen siempre deudas, y puesto que nada te dejó mi hermano...

—No debía hacerlo, interrumpió Mila bruscamente, y yo hubiera rehusado su dinero. Jamás me amó, ni me comprendía tampoco, pero dió prueba de bondad al educarme. En cuanto á mis deudas, tía Deborah, sepa usted que no las contraigo nunca, porque soy un modelo de orden y de economía. He vivido en Nápoles en una reducida habitación que me costaba cuarenta *liras* al mes, y yo misma me remendaba las medias. Si esto no es virtud, no sé cómo llamarlo. Ahora voy á tener ingresos de importancia, y me haré vestidos. . del color de mi capricho, como usted dice tan bien, tía Deborah. La vida me parece hermosa y buena, y ahora siento deseos de cantar... ¡Conque hasta luego!

Mila corrió hacia la casa, y muy pronto los acordes del piano resonaron en el aire suave y tranquilo en aquella tarde de julio. La tía Deborah, á quien no gustaba perder el tiempo, se encogió de hombros y fué á buscar su calceta.

Muy pronto cesaron los preludios. Mila, muy alegre, pero de una alegría un tanto externa, prefería sobre todo la música apasionada ó triste; no había olvidado jamás la primera lección formal que recibió, y á menudo acudíale á la memoria la *Odelette* de Ronsard. Sin embargo, no la cantaba nunca en público; guardábala para sus horas de intimidad, y queríala como una cosa suya, como un fragmento de su pasado.

En el solitario camino un transeunte se detuvo de pronto: era un hombre de treinta á treinta y cinco años.

Llevaba el traje cubierto de polvo, el morral sujeto con correas en la espalda y su mano empuñaba un grueso bastón. Sería algún viajero, pero tenía casi el aspecto de vagabundo, aunque no por la cabeza, verdaderamente magnífica, por mas que las facciones fuesen irregulares; la barba, un poco escasa, y la boca, demasiado grande, no tenían nada de lo que se ha convenido en llamar bello; pero los ojos, de un azul obscuro, muy grandes, de dulce mirada y como velados, llamaban la atención desde luego. Cuando se quitó su gran sombrero de paja hubiérase podido ver que la frente, un poco desnuda ya, presentaba mucho desarrollo y era muy blanca, en comparación con las facciones, curtidas por el sol y por el viento.

El rostro del viajero tenía una expresión de asombro que rayaba en estupor. Apoyado contra la cerca del huerto, escuchaba inmóvil, mientras que la voz maravillosa de Mila comunicaba una tristeza vaga y dulce á las últimas palabras de la *Odelette*.

En un abrir y cerrar de ojos el extranjero franqueó el jardín; buscó maquinalmente la campanilla, y no encontrándola detrás de la puerta de la casa, abierta de par en par, dió algunos pasos por la galería; entonces, al ver que la gran puerta ventana del salón estaba abierta también, introdújose dentro y depositó tranquilamente su morral y su palo en un rincón. La joven, demasiado atemorizada para gritar, habíase levantado de un salto.

—Nada tema usted, señora, dijo con dulzura; solamente deseo decirle que la exquisita sencillez de las palabras ha sido un tanto falseada por la interpretación de usted; lleva usted el compás con demasiada lentitud.

Y sentándose al piano, el extranjero añadió, preludiando los primeros acordes:

—¿Quiere usted comenzar de nuevo?

Mila, repuesta de su temor, miraba al intruso con un asombro en que comenzaba á mezclarse un sentimiento muy vivo por la parte cómica de la aventura; y como vacilase en obedecer, el viajero se volvió á medias, dirigiéndole una mirada suplicante y llena de pasión.

—Cante usted, dijo, yo se lo ruego, usted cuya voz hace vibrar el corazón...

(Continuará)

LOS SUCESOS DEL TRANSVAAL

Aunque en el número último de La Ilustración Artística dedicamos un artículo á los asuntos del Transvaal, además de las elevadas consideraciones



El doctor Jameson, jefe de la expedición contra la República Sudafricana

que al eminente hombre público, nuestro querido colaborador Sr. Castelar, ha sugerido la situación recientemente creada en aquella república por el acto realizado por el doctor Jameson, creemos que nuestros lectores han de ver con interés algunos detalles que amplíen lo que entonces dijimos acerca de esta cuestión de actualidad y varios datos biográficos de los principales personajes que en esos acontecimientos han intervenido.

Mal hallados los extranjeros, ingleses en su casi totalidad, en la República Sudafricana residentes, con el estado de cosas que allí impera, y por virtud del cual ellos, los uitlanders, con ser los más se hallan en condiciones de gran inferioridad respecto de los boers, ó indígenas, en punto á derechos políticos, dirigieron á mediados de diciembre último un manifiesto á los colonos exigiendo una completa igualdad con los boers, y enviaron una carta al doctor Jameson pidiéndole acudiera en su ayuda y les librara de las persecuciones de que, según decían, eran objeto.

El doctor Jameson, administrador del Betschuanaland inglés, armó 700 hombres de la Compañía Chartered, y con ellos y seis cañones Maxim púsose en marcha hacia el Transvaal, confiando en que una vez allí sus compatriotas de Johannesburg no dejarían de prestarle auxilio, poniendo de este modo en grave aprieto á las tropas transvaalienses. Salió en efecto de Bulawayo, su residencia, el día 29 de diciembre, y después de haber recorrido 160 millas en dos días y de haber visto engrosar su pequeño ejército con 300 soldados que por el camino se le unieron, llegó el día 31 al sitio llamado Krugersdorp, situado á unas treinta y cuatro millas de Johannesburg, en donde se alza un monumento erigido á la memoria de los boers muertos en defensa de su país.

Los invasores viéronse allí detenidos por las fuerzas de los boers mandadas por el general Joubert que, avisadas oportunamente de aquella invasión, ocupaban excelentes posiciones. El doctor Jameson y el coronel Willoughby, que mandaba el ejército inglés, resolvieron, en vista de ello, aplazar el ataque hasta el día siguiente.

El día 1.° de enero trabóse la batalla, que fué encarnizada por ambas partes: los boers formaban un ángulo cuyo vértice apoyábase en la cumbre de una colina, y los invasores hubieron de introducirse en él necesariamente á pecho descubierto, mientras aquéllos, echados al suelo y bien parapetados, les hacían un fuego horrible. Después de tres ataques que fueron rechazados con grandes pérdidas, el doctor Jameson, al ver que se acercaba la noche sin poder conseguir su intento, abandonó Krugersdorp y emprendió la retirada hacia el Sur, dirigiéndose por Randfontain á Dornkop. Desde este poblado, al día siguiente retrocedió nuevamente hacia el Norte y encaminóse á Roodepoort, aldea situada á 10 millas de Krugersdorp y 16 de Johannesburg; pero al llegar á Vlakfontain encontróse otra vez con los boers que, con algunas piezas de artillería, tenían ocupadas posiciones aún más formidables que en la anterior jornada. A pesar de ello, los ingleses les atacaron con gran denuedo luchando desesperadamente hasta cerca del mediodía; mas todo fué en vano. Agotadas las municiones, rendidos de cansancio los soldados y los caballos, no hubo posibilidad de emprender la retirada, y el doctor Jameson no tuvo más remedio que rendirse con 550 de sus hombres, después de haber perdido en aquellos combates 80 muertos y 36 heridos. El resto de su ejército pudo escapar con no pocas dificultades.

Los prisioneros, entre los cuales figuraban, además del doctor Jameson, el coronel Willoughby y muchos oficiales, fueron conducidos á Pretoria, capital de la república, siendo aquél entregado pocos días después á las autoridades inglesas para que lo castigasen conforme á sus leyes.

El doctor Jameson nació en Escocia en 1830, educóse en la Godolphin School y estudió con gran provecho medicina en Londres. Terminados sus estudios, después de haber obtenido todos los grados de su carrera, marchóse al Africa del Sur, en donde ejerció su profesión en Kimberley. Allí le conoció Mr. Rhodes, á quien curó de una grave enfermedad, durante la cual cuidóle con gran solicitud, pudiendo decirse que gracias á él conservó aquél la vida: agradecido Mr. Rhodes, le hizo el hombre de toda su confianza y le dispensó en todas ocasiones su protección.

Hace algunos años la Compañía Chartered vióse amenazada por el caudillo africano Lobengula, y el doctor Jameson encargóse de la difícil misión de ir á avistarse con este temible jefe indígena: hizo la casualidad que á la llegada del emisario inglés, Lobengula estuviera enfermo; el doctor Jameson lo curó, y aquél, en prueba de agradecimiento, otorgóle todas las concesiones que deseaba y dióle permiso para que sus gentes pudiesen atravesar el Mashonaland, de donde Jameson había sido nombrado administrador. Púsose éste en marcha en 4 de mayo de 1893, y al poco tiempo anunció el descubrimiento de nuevos campos de oro no lejos del fuerte Salisbury.

Algunos meses después la comarca por él ocupada fué invadida por un ejército matabele, enviado por Lobengula para castigar á un jefe mashona; pero la lucha, que sólo debía entablarse con éste, generalizóse con los nuevos colonos de la Compañía Chartered, los cuales en vista de ello marcharon contra Lobengula, á quien hizo prisionero Jameson, no sin antes haberse apoderado con sus 2.000 hombres de la importante plaza de Bulawayo, que los ingleses han convertido en ciudad rica y floreciente. Bulawayo ha sido en estos últimos tiempos la residencia del doctor Jameson, y de ella ha salido la desdichada expedición por éste organizada para intervenir en los asuntos del Transvaal.

Del estado mayor del Dr. Jameson formaban parte varios distinguidos oficiales, de algunos de los cuales publicamos los retratos en esta página.

Carlos Coventry, hijo del duque de Coventry, nació en 1867; fué capitán de milicias en el regimiento de Worcesteshire, y después de haber ingresado en el ejército regular pasó al Africa del Sur como oficial de policía del Betschuanaland: últimamente entró al servicio de la Compañía Inglesa Sudafricana. Fué gravemente herido en la espalda en la acción de 1.° de enero, en Krugersdorp, y hecho prisionero al día siguiente con el mayor Jameson, falleciendo á consecuencia de su herida mientras era conducido á Pretoria.



El mayor Carlos Coventry



El mayor Raleigh Grey



El general Sir John Willoughby

oficiales ingleses que tomaron parte en la expedición del doctor Jameson

El coronel Willoughby es comandante en jefe de las fuerzas de la Compañía Chartered: tomó parte como oficial de caballería de Houschold en la campaña de Egipto de 1882 y en la expedición al Nilo de 1884 y 1885. Ha publicado con el título de *East Africa and its Big Game* un libro interesante, en el que consigna los sucesos africanos en que ha sido actor ó que ha presenciado como testigo. Asociado con el Dr. Jameson adquirió gran influencia en la Compañía Chartered, pero su situación ha quedado gravemente comprometida después de haber figurado en la fracasada expedición contra la república de los boers.

El mayor Raleigh Grey es otro de los oficiales distinguidos que los ingleses tienen en el Africa meridional: acompañó al Dr. Jameson y fué hecho prisionero con sus compañeros de estado mayor.

La intentona contra el Transvaal ha sido sin duda alguna favorecida por las autoridades que en aquellos territorios representan la soberanía de la Gran Bretaña, especialmente por el gobernador del Cabo, sir Cecil Rhodes, el amigo íntimo y protector de Jameson, como antes hemos dicho, el cual después del fracaso de aquélla, se ha visto obligado á dimitir su cargo.

Sir Cecil Rhodes es una de las personalidades más salientes de Inglaterra: aunque sólo cuenta cuarenta y tres años goza de grande influencia desde la ciudad del Cabo hasta el lago Tanganika y desde el Atlán-



Sir Cecil Rhodes, gobernador dimisionario del Cabo



Sir John Gordon Sprigg, nuevo gobernador del Cabo



Sir Hércules Robinson, comisario supremo del Africa meridional

tico hasta el Océano Indico. Es hijo de un pastor protestante de Stortford; y como presentara desde su infancia síntomas de tuberculosis, se le recomendó para su curación el benigno clima del Cabo. En 1870 tomó parte en los primeros trabajos que siguieron al descubrimiento de las minas de diamantes en el Grigualand, y allí comenzó su fortuna: después de ocuparse activamente en labrarla, se consagró á la política, y en 1881 fué elegido diputado al Parlamento del Cabo, en 1884 tesorero de la colonia y en 1890 gobernador. Individuo de varias compañías formadas para el desarrollo del Africa meridional, aumentó, aun sin ser especulador, considerablemente sus riquezas. Ha encaminado todos sus esfuerzos á fundir todas las razas que pueblan las regiones sudafricanas en una gran nacionalidad colonial, y á este objetivo se debe la fundación en 1889 de la Compañía Británica Sudafricana. Gran amigo de Parnell, hizo en 1891 un donativo de 10.000 libras á los irlandeses partidarios del *Home rule*. Su política en el Cabo ha sido más bien absoluta que democrática.

Sir John Gordon Sprigg, que ha sucedido á Rhodes en el gobierno de aquella colonia, es también hijo de un pastor protestante y nació en 1830: intervino en los disturbios que en 1858 hubo en el Cabo, estableciéndose luego como colono en Cafrería, en donde se casó. En 1869 fué elegido individuo del Parlamento del Cabo y en 1878 era gobernador y secretario de la colonia, cargo que dimitió en 1881 al ocurrir la rebelión de los basutos. En 1884 fué nombrado tesorero y gobernador, pero volvió á dimitir á los dos años por haber rechazado el Parlamento un proyecto de ferrocarriles presentado por él. Al año siguiente sir Cecil Rhodes le indujo á entrar en el ministerio como tesorero, cargo que ha desempeñado hasta que últimamente ha sido nombrado por tercera vez gobernador.

Sir Hércules Robinson ocupa el alto puesto de representante de la reina ó comisario supremo del Africa austral, y en apariencia por lo menos, desautorizó públicamente desde un principio la empresa del Dr. Jameson y envió á éste urgentes despachos para que abandonando su impremeditado proyecto volviera sobre sus pasos.

Digamos algo para terminar acerca de los principales personajes de la República Sudafricana.

El general Joubert es general en jefe de las fuerzas transvaalienses y superintendente para los asuntos indígenas, y es el mismo que al frente de los boers derrotó en 28 de diciembre de 1881 á los ingleses mandados por el general Jorge Colley en Majuba-Hill, en la frontera de Natal. El ejército permanente del Transvaal se compone únicamente de 100 hombres, pero en caso de guerra son llamados á las armas todos los hombres aptos para el servicio.

El doctor Leyds es el verdadero diplomático de la república: cuando ocurrieron los sucesos descritos hallábase en Berlín, no siendo quizás extraña su presencia en la corte alemana á la conducta seguida en esta cuestión por el emperador Guillermo.

Mr. J. M. A. Wolmarans y el general N. J. Smidt desempeñan respectivamente la presidencia y la vicepresidencia del primer Volksraad, cuyos miembros, en número de 24, son elegidos por sufragio directo y han de ser hijos del país. En el primer Volksraad y en el Consejo ejecutivo reside el verdadero poder de la república. El segundo Volksraad se compone de 24 individuos elegidos por el pueblo entre los que llevan cuatro años de residencia en el país. Son electores para el primer Volksraad los ciudadanos domiciliados desde catorce años en la república, y para el segundo los domiciliados desde dos años. – X.



EL GENERAL JOUBERT, general en jefe del ejército boer



DR. J. W. LEYDS, secretario de Estado de la República



MR. J. M. A. WOLMARANS, presidente del primer Volksraad



EL GENERAL N. J. SMIDT, vicepresidente del primer Volksraad

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

POESÍAS, por *Carlos Walker Martínez*. – Es este tomo el primero que se ha publicado en Santiago de Chile de una serie en que se incluirán todas las obras poéticas del notable estadista y reputado vate chileno Sr. Walker Martínez, y comprende multitud de composiciones de diversa índole y escritas en diversidad de metros, admirablemente sentidas é inspiradas. Desde los primeros versos que escribió su autor en 1863 hasta los de fecha más reciente, todas las poesías descubren al hombre de sentimientos elevados, al creyente fervoroso y al idólatra de su patria, y todas respiran esa espontaneidad que es una de las primeras condiciones del poeta. El libro ha sido editado é impreso en Santiago de Chile en la imprenta Roma (Bandera, 19).

* * *

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. – La Dirección de Estadística general de la República del Uruguay ha publicado el Anuario correspondiente al año 1894 con algunos datos de meses de 1895: es el undécimo de esta importante publicación que honra altamente al gobierno uruguayo y al director D. Honoré Ronstan, y forma un voluminoso tomo repleto de datos interesantísimos y perfectamente clasificados acerca de las siguientes materias: territorio, población, agricultura, comercio, navegación, hacienda, riqueza pública, repartición de la propiedad, ganadería, transmisiones de dominio, cotizaciones de bolsa, fletes, precios de los principales frutos del país, instrucción pública, beneficencia pública, justicia, cárceles, policía, ferrocarriles, tranvías, correos, telégrafos, teléfonos, legislación y administración. Contiene además el Anuario multitud de excelentes fotografías que reproducen los principales edificios y calles de algunas ciudades de la República, y vistas de la Exposición nacional de Ganadería y Agricultura que se celebró en Montevideo en 1895. Esta publicación por lo completa y bien ordenada merece incondicionalmente elogios, y no es aventurado afirmar que puede servir de modelo para esta clase de trabajos, cuya importancia y beneficiosos resultados para un Estado son indiscutibles.



MÉNZEL Y EL EMPERADOR GUILLERMO II, dibujo de G. Schobel

JUEGOS INFANTILES, por *Julián Bastinos*. – Este libro, que forma parte de la *Biblioteca Aurora*, editada en esta ciudad por D. Antonio J. Bastinos, contiene perfectamente explicadas las descripciones de todos los juegos á que pueden dedicarse los niños y aun los adultos, así de los que sirven para el desarrollo del cuerpo como de los que aguzan el ingenio y despiertan la afición por los estudios científicos, artísticos y literarios, ilustradas con profusión de grabados. Es una obra escrita en forma amena y con la claridad que requieren las inteligencias infantiles, que no vacilamos en recomendar á cuantos quieran proporcionar á sus hijos muchos ratos de agradable y útil entretenimiento.

* * *

BROWN-SEQUARD. SU MÉTODO. OBSERVACIONES CLÍNICAS, por el *Dr. Leopoldo Murga*. – En la imposibilidad de ocuparnos de este libro con la detención que merece, diremos únicamente que el reputado médico sevillano Sr. Murga, director propietario del Laboratorio Histo-Químico de Higiene y jefe del Laboratorio de Medicina legal de la Audiencia de Sevilla, hace en él un estudio completo del sistema del eminente fisiólogo francés, ó sea el empleo de los extractos líquidos obtenidos de las glándulas y otras partes del organismo en inyecciones subcutáneas como medio terapéutico, completando sus consideraciones científicas con multitud de observaciones prácticas en comprobación de la bondad del método Brown-Sequard. La obra del Sr. Murga tiene verdadera importancia científica y debe ser leída por cuantos se preocupan del adelanto de las ciencias médicas: ha sido editada en Sevilla y se vende en casa del autor (Zaragoza, 9), y en la librería de D. Tomás Sanz (Sierpes, 92).

* * *

ALMANAQUE DEL «DIARIO DEL COMERCIO». – Contiene el almanaque editado por el acreditado diario barcelonés gran número de trabajos de nuestros primeros escritores y de dibujos de reputados artistas: los nombres de Pérez Nieva, Larrubiera, Chaves, Grilo, Sánchez Pérez, Urrecha, Pi y Margall, Núñez de Arce, Royo y Villanova, Manuel del Palacio, Palau, Melitón González, Liern, Cilla, Campoamor, Balaguer y Catarineu que en el almanaque figuran, constituyen el mejor elogio del mismo.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XV — Barcelona 27 de enero de 1896 — Núm. 735



EN EL CAFÉ DE VIENA, cuadro de Pedro Sáenz

premiado en la última Exposición de Bellas Artes de Madrid, y adquirido por el conde Harmans, de Bruselas

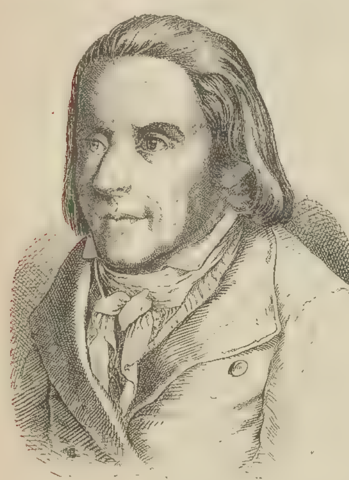
SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Dos aniversarios. – Un maestro de escuela en Suiza y un César conquistador en Alemania. – Muerte de Floquet. – Recuerdos de un poeta lírico en Lisboa y de otro poeta lírico en París. – Conclusión.

Suiza en estos días ha celebrado el centenario de una verdadera ilustración suya, de Pestalozzi. ¿Quién era este hombre? Un maestro de escuela. Venerémoslo como deben todos los bienhechores de la humanidad ser venerados. Italiano de raza, tenía su alma los contrastes del suelo italiano en los Alpes, donde



JUAN PESTALOZZI

el Norte, con sus helechos, se mezcla con los azahares del Mediodía; donde florece el almendro á vista de la nieve; alemán por su lengua, por su cultura intelectual, por la ciudad donde se había criado, Zurich, esencialmente alemana; republicano por su nacimiento y por sus convicciones; reformador, siempre en guerra con los privilegios de las aristocracias y en adoración siempre ante el humano principio de la igualdad; criado por una madre amorosísima que le guardaba durante toda la infancia á su lado, y que le infundía parte de su alma de mujer con todas sus delicadezas; casado en edad temprana con una heredera á quien arruinó en obras de caridad y beneficencia; sostenido algún tiempo en sus apuros por dos viejas criadas de la casa paterna que le profesaban afecto maternal, íbase aquel redentor de pueblo en pueblo, buscando á los ignorantes y á los pobres para ilustrarlos y para mantenerlos; adoptando á los huérfanos; tendiendo la mano, si era necesario, para pedir limosna con que satisfacer á los hambrientos; filósofo en acción, poeta de la vida, tribuno de la infancia, hijo divino de la naturaleza. Su libro estaba escrito en el universo: ninguna letra de imprenta se puede comparar con una estrella de oro; ningún poema, muerto en el sudario de sus hojas de papel, puede competir con el poema de los Alpes, cuando los dora en sus plateadas cumbres la luz del alba y el rosáceo arrebol del vespertino crepúsculo; ningún libro, ninguno, hay tan grande ni tan profundo como la conciencia humana: ninguna poesía es tan bella y tan tierna como la poesía del corazón en sus efusiones por los desgraciados, por los doloridos, por los que padecen, por los que lloran. Reunirlos en una escuela que sea amorosa como la madre, próvida como la Providencia, santa como la Iglesia; separarlos de toda artificiosa revelación que no provenga, primero de la conciencia, después del universo; matar en ellos los sentimientos de privilegio, las ideas de desigualdad, las tradiciones de casta; abrir ancho espacio á cada vocación individual, para que realice libremente su destino; constreñir á los unos á que sean maestros de los otros, y á todos á que mutuamente se envíen sus ideas, como los astros se envían mutuamente á través de la inmensidad sus rayos de luz; obligarlos en la primavera y en el estío á que trabajen los campos, á que cultiven las plantas, á que siembren las flores, á que cosechen los frutos, y en el invierno á que entren dentro del taller y abracen y practiquen el trabajo manual, para que de esta suerte sean artesanos y labradores, y comprendan todas las asperezas y todas las satisfacciones del trabajo; formarlos en coro, para que canten juntos en himnos poéticos su agradecimiento al Creador, su culto á la libertad y á la patria; convocarlos, para que con el barro del jardín ó con las tablitas recortadas en sus juegos, formen á una en relieves, primero la escuela, después la aldea, después el cantón, y luego la patria, la Europa, el mundo; darles noción del número, de las denominaciones, todo por símbolos, todo por cuentos, hasta que las almas en su madurez puedan definir y clasificar las ideas; recordarles que viven dentro de la naturaleza para hermosearla, dentro de la sociedad para servirla, y so la mano de Dios para repetirlo en sus obras; intentar todo esto, hacer todo esto, sin más móvil que el bien, ni más fin que la justicia, ni más esperanza que la santísima satisfacción de la conciencia, y acaso una palabra en la historia; transfigurarse de esta suerte, y transfigurar á cuantos les rodeaban, era crear con la palabra el germen de un nuevo mundo social, que bien merece un recuerdo eterno y un eterno aplauso de la humanidad agradecida.

Como todos los hombres extraordinarios, fué Pestalozzi víctima también de extraordinarias desgracias. Los católicos le perseguían en sus cantones por su origen protestante; los protestantes le achacaban olvido de todo culto; los hombres ilustres desconocían toda la verdad de aquella ciencia sencilla; sus mismos discípulos, como á Jesús, le fueron ingratos; la reacción piadosa, que bajo el imperio y en los comienzos de este extraño siglo décimonono se inaugura, le cerca, le asedia, lo asfixia. El gran Michelet ha contado en su estilo inimitable los últimos días de tal genio. No pudiendo ya soportar las tiranías de lo artificioso, las combinaciones de infame reacción, la envidia de una cruel hipocresía, se fué de su último establecimiento de Iverdun á las montañas del Jura, para vivir en la inmensidad, solo con su conciencia, con Dios y con la naturaleza, con esta trinidad infalible, á la cual había ofrecido el holocausto de todo su ser. Un día, teniendo más de ochenta años, bajó á una escuela, fundada según su ideal y su método; los niños de ambos sexos, que debían un alma nueva á la idea de este varón justo, salieron á recibirle cantando melodiosísimos coros y pidiéndole su santa bendición. Uno de ellos se adelantó á ofrecerle sencilla corona de roble: «Para mí no – dijo, – coronad con ella la inocencia, lo único que hay santo sobre la tierra.» No, no es verdad. Hay algo más santo que la inocencia, como hay algo más hermoso que el Paraíso en la tierra. Es más santo el varón que ha conocido todas las seducciones de la vida y las ha despreciado para consagrarse al cultivo de la humanidad; que ha hecho de la idea su religión, de la caridad su amor, de la justicia su esposa inseparable, de los desvalidos y de los desgraciados y de los opresores el objeto único de sus pensamientos y de sus afanes. Eso es lo santo, eso es lo eterno, eso es lo divino en la historia. Los hombres que proceden así padecerán en la vida, padecerán en la muerte; pero padecerán porque la Providencia quiere que se asemejen á sus genios hermanos en la sucesión de los siglos, que se asemejen á los mártires y á los redentores en el dolor, en la santidad y en la gloria.

¡Cuál diferencia entre los dos aniversarios estos días celebrados en Alemania y en Suiza, pues mientras la República veneraba un maestro de escuela, el Imperio veneraba un emperador de combate! ¡Cuánto más meritorio crear que destruir! ¡Cuánto más glorioso esclarecer un alma, que bombardear un pueblo! Entre la gloria de Benjamín Franklin arrancando el rayo al cielo, y la gloria de Guillermo Brandeburgo arrancando á Francia su Lorena y su Alsacia, no es la elección dudosa. El maestro Pestalozzi, rodeado de niños en aquellas montañas divinas, se parece mucho á Cristo; mientras el vencedor Guillermo, ciñéndose la diadema imperial en Versalles entre matanzas é incendios, se parece mucho á César. Y notad como no podría el mundo pasar sin maestros de escuela, cual no podría pasar sin redentores sublimes, y podría pasar sin césares imperiosos y combatientes como pasan muchos pueblos y todo un continente. Así, mientras el puñal de los Casios y de los Brutos mató á César para siempre, no pudieron los sayones de Tiberio matar á Cristo en la cruz: al tercer día de consumado el suplicio suyo resucitó de entre los muertos. ¡Cuán envidiables las gozosas aldeas helvecias á la falda de los Alpes coronados por nieves eternas y á la vera de los lagos, repitiendo en sus cristales el cielo, aldeas en que solamente se ven hombres libres y ciudadanos iguales en dignidad y en derechos! ¡Cuán aborrecibles ceremonias como las de Versalles, aquel jardín baldío de los déspotas, erigido por turbas de siervos para santuario de un dios implacable como Luis XIV, cuyos últimos representantes y sucesores en el trono francés provocan y hasta justifican la invasión extranjera. Cuando uno recuerda la ceremonia de Versalles el año setenta y uno, en que fué coronado el vencedor, Guillermo I, monarca de monarcas entre reyes feudatarios, que llevan en sus manos por timbres las señales del combate y de la conquista y en sus espaldas la roja púrpura teñida con la sangre derramada entre los rojos reflejos del incendio y las desolaciones del saqueo y de la matanza, no puede menos que preguntar al cielo cuándo se acabarán los conquistadores; y si compara tal espectáculo con un comicio helvecio, con una peregrinación á la capilla de Guillermo Tell cantado por Schiller y por Rossini, ¡ah! no puede menos de decir: sólo es digno del hombre vivir en los senos de un pueblo libre.

No ha menester la muerte de cooperadores como los césares; harto vuela con sus alas de murciélago y hartas vidas siega con su guadaña de aniquilamiento y exterminio. Hace poco hemos llorado á un sabio como Pasteur y á un literato como Dumas; lloramos hoy á Floquet. Presidente de la Cámara en Francia, Presidente del Consejo, tribuno de la plebe republicana bajo Napoleón III, primate radical en la República, su enfática elocuencia, un poco solemne y algo artificiosa, jamás adoleció de doblez, pues tenía la sinceridad entre sus primeras condiciones y cualidades tal hombre de bien. Esta sinceridad lo perdió. Acusado por la malicia pública en la tribuna francesa de haber distribuído entre los publicistas republicanos acciones del Panamá, como no tenía una sombra en su mente, ni una mancha en sus manos, ni en su peculio un céntimo que no fuera suyo y de los suyos, tomó por lo más natural y justo del mundo tales secretas dádivas, que podrán hacerse por las necesidades ineludibles del gobierno, pero que no pueden justificarse ante la opinión pública y menos ante la conciencia universal. De aquí el descenso de su popularidad en las muchedumbres y de su crédito en las Asambleas. Pero ya deslizara el nombre de Polonia en los oídos del czar cuando la Exposición del sesenta y siete; ya defendiera en el Tribunal de Tours contra la familia de Pedro Bonaparte á la familia de Víctor Noir en las postrimerías del Imperio; ya declamase ante las reuniones públicas por la democracia y por la libertad en las luchas generadoras de la revolución del 4 de septiembre; ya dirigiera sus invectivas ciceronianas á Boulanger en discursos que parecían ecos de las frases dichas por Marco Tulio contra Marco Antonio; ya cruzara su fino guante de abogado con el guantelete férreo de tal competidor; ya propusiera revisiones constitucionales absurdas y divorcios entre la Iglesia y el Estado imposibles, no puede dudarse que á sus aciertos como á sus errores presidió siempre un móvil desinteresado, proveniente, ya de una sensibilidad harto exaltada, ó ya de una doctrina muy errónea, pero nunca de personales intereses y menos de bajas pasiones. Republicano gubernamental yo y él republicano radicalísimo, estuvieron en discordia nuestras inteligencias, pero en concordia nuestros corazones, pues le debí una continua é inalterable amistad. Dios le haya recibido en su gloria. Dos muertes de poetas célebres en Portugal y en Francia. El poeta portugués, cuya muerte nos apena hoy, cantó el amor en todas sus exaltaciones, y sin embargo, supo consagrarse á la enseñanza en todos sus ramos; el poeta francés, cuya muerte nos apena también, cantó los deliquios de la religión, amén de las voluptuosidades y goces del sentido. Cuando lo que hay de animal en el hombre tiraba de él hacia los abismos de abajo, revolcábase como un hipopótamo en el estercolero inmenso de todas las inmundicias; pero cuando todo lo que hay en el hombre de ángel impelíale á los abismos de arriba, nadaba en el éter de la primera luz y oía el concierto de las esferas como los mensajeros hieráticos del criador en los primeros días de la creación. Contradicciones tales hállanse á cada paso en el universo material, en el espíritu infinito, en la sociedad, en la historia. Pero la muerte lo pacífica todo, y la inmortalidad sólo se concede á las obras buenas y hermosas en el mundo.

Madrid, 20 de enero de 1896.



A las diez de la noche del 24 de noviembre de 1870 salimos de Madrid para Cartagena, donde nos esperaba la escuadra española del Mediterráneo que debía conducirnos á Italia para dar cumplimiento á nuestra misión.

Rebosaba en gente la estación de Madrid al partir el tren. A más de los ministros, autoridades y todo el elemento oficial, allí estaban en compacta y patriótica multitud nuestros amigos de Madrid y muchos que vinieron de provincias; allí las compañías de ejército y milicia para los honores de ordenanza; allí el pueblo en gran muchedumbre, y todo fué gala, fiesta y música, vivas atronadores, aplausos y expansiones de júbilo y entusiasmo. La revolución de Septiembre había triunfado con la proclamación de rey, y partíamos con el alma abierta á toda esperanza.

JUAN PRIM (1)

I

No es una biografía lo que voy á escribir. Es una semblanza.

No, no es tampoco una semblanza. Es un recuerdo.

Se lo debo á la memoria de aquel caudillo ilustre y patricio insigne, que dió tantos días de gloria á la patria. Me lo debo á mí mismo.

Ya hoy, por fortuna, nos encontramos unidos en este sentimiento de amor á su memoria, los que fuimos sus amigos constantes y los que fueron sus enemigos crueles.

Pocos quedamos ya de unos y otros; pero ya los que han quedado, allá hemos ido juntos á visitar su tumba, y juntos á saludar su estatua que en Reus le alzó su patria, con él más reconocida en muerte de lo que hubo de serle en vida.

¡La posteridad llegó! Ya para Prim habló la historia, y hoy se rinde justicia al hombre, y se respeta el nombre que no siempre fué de todos respetado.

Es que hoy Prim pertenece á la patria y se le considera por todos como una gloria nacional.

Allá, en tiempos, en 1860, hube de escribir unas notas biográficas de Prim, cuando volvía victorioso de la guerra de Africa y Barcelona se engalanaba, levantándole arcos de triunfo, y ardían en fiestas y regocijos sus Ramblas.

Terminaba aquellos apuntes con esta pregunta:

«Tal es Prim. ¿Qué reserva á ese hombre el porvenir?»

Ya hoy se ha visto, y sabemos lo que el porvenir le reservaba.

El triunfo, el martirio, la glorificación, la apoteosis.

Sólo diez años transcurrieron desde mi pregunta. Cuando había ya llegado, cuando estaba en la cumbre, miserables asesinos, amadrigados en la sombra y al revolver de una esquina, acabaron con el hombre á quien habían respetado las balas enemigas y en quien, entonces más que nunca, esperaba la patria española, cuyos destinos hubieran sido muy distintos de seguro, á conservar la Providencia por algún tiempo más la vida de un caudillo que tenía condiciones extraordinarias y, en aquel momento precisamente, firmes y levantados propósitos de regeneración y gloria para la patria.

Porque es así. Y justamente para aclaración de este punto tomé esta vez la pluma.

Recordaré siempre, grabadas están en mi alma, las últimas palabras que le oí. Ya á ellas hice referencia en *Mis recuerdos de Italia*, al trasladar lo que llamé *Páginas de mi diario.* Cuento allí y comento el viaje de los que, en representación de las Cortes españolas, fuimos á Italia para ofrecer al señor duque de Aosta la corona de España.

(1) Publicamos esta semblanza y el retrato del general Prim, en conmemoración del aniversario de la batalla de Tetuán (4 de febrero de 1860).

Antes de subir al tren y al coche que me fué destinado, en grata y afortunada compañía de Juan Valera, del marqués de Sardoal y de Gabriel Rodríguez, me acerqué al general Prim, sin embargo de haber ya conferenciado largamente con él aquellos días, para recoger sus últimas impresiones.

Bien lejos estaba yo de pensar que, en efecto, iban á ser las últimas, y que le veía por vez postrera, cuando la fortuna le sonreía, cuando la patria toda le aclamaba, cuando todos confiaban en él viéndole tan acertado en el Consejo, tan discreto en las Cortes, tan dueño de su voluntad, tan diestro y certero en el difícil arte de gobernar, tan alto y cabal en todo.

Prim y yo hablábamos siempre en catalán al encontrarnos á solas.

– Y bien, D. Juan...

En Cataluña nadie llamaba á Prim mi general, ni apenas se le citaba por su apellido. Todos decían D. Juan.

– Y bien, D. Juan, le dije en nuestro idioma. Nos vamos ya. ¿Cuál es la última?

– La última es, me contestó, y al contestarme sus ojos relampagueaban, la última es que traigan ustedes al rey, y lo traigan pronto. Debe venir con ustedes. Zorrilla puede volverse con los de la mesa, pero ha de permanecer una comisión al lado del duque de Aosta para acompañarle y apresurar su viaje. Usted debe ser uno de los que se queden. En cuanto él venga, se acabó toda esa chillería. Al que no grite viva el rey, *l' esbotzino* (es decir, le hago pedazos, le trucido). ¡Viva el rey! y... ¡viva el rey!

Y estas últimas palabras las dijo estrechándome fuertemente la mano, animado y con aquella entonación vigorosa que sólo acostumbraba en sus momentos más solemnes.

Subíme al tren. Ya nunca más debía ver al general.

Mucho pensé en aquellas sus últimas palabras. Mucho las medité, y mucho las he recordado en distintas ocasiones de mi vida. Eran una revelación de lo que iba á ocurrir á la llegada del rey, y eran una manifestación viva de lo que Prim pensaba y se proponía para acabar de una vez con el desconcierto que entonces reinaba.

¡Qué otros, qué otros hubieran sido los destinos de la revolución de Septiembre si Prim no hubiese muerto!

II

Ya en vida fué Prim un héroe legendario.

Y lo será, lo será mientras exista España.

Ya en vida, la musa popular cantó sus hazañas. Como ciertos héroes de la antigüedad, dió origen con sus hechos á romances populares en que ese gran poeta, que vive ignorado entre el pueblo, canta las gestas del hombre que impresiona á la muchedumbre.

Su vida fué una tempestad, algo como un huracán, como un torbellino.

Fué almogávar y caudillo, soldado y general, embajador y proscrito, orador y diplomático, revolucionario y ministro, conspirador y hombre de Estado, aventurero temerario y político sagaz, el primero con sus alientos en la barricada, el primero con su espada en la batalla, el primero con su voto en los consejos.

El silbar de las balas y el bregar de los combates eran su encanto. Iba á una batalla como se va á unas bodas y al peligro como se va á unas cañas.

Medió en todos los sucesos que se desarrollaron en su tiempo, y así fué soldado, capitán y coronel en la primera y más terrible de nuestras guerras civiles, brigadier y general en las luchas con los centralistas de Barcelona, gobernador en Puerto Rico, caudillo en Africa, plenipotenciario en Méjico, representante en Oriente, orador en los Parlamentos, abanderizador en el destierro, apóstol en la conspiración, victorioso en las contiendas, triunviro en el Capitolio, imperante en los consejos, glorificador en el apogeo, soberano sin trono, omnipotente en las alturas, mártir y víctima en el derrumbe funesto de su torturada vida.

En Africa peleó como un bravo, y en Méjico se retiró como un valiente, que más valor necesitó Prim para retroceder en Méjico, que alientos hubo de menester para avanzar en Castillejos.

No es, pues, de extrañar que, ante héroe de tan acumulados sucesos y ante existencia tan vibrante y de tan varios destinos, la figura de Prim se agiganta-se, tomando toda suerte de fantásticas visualidades, y se contaran de él casos extraordinarios y cosas singulares, entre historias y leyendas, fábulas y veras, allá en las noches de invierno cuando las familias se reunen junto al hogar, al amor de la lumbre, en el vivaque, en el cuarto de banderas, en la tienda de campaña, en las granjas y masías perdidas por el fondo de las montañas, á bordo de las naves que son el hogar del marino, en la choza de los labriegos, en la opulenta morada de los próceres, en todas partes.

Decían unos que el general era invulnerable en las batallas porque llevaba un talismán, y que cuantas veces se olvidó de colgar á su cuello otras tantas fué herido como en castigo de su descuido.

Decían otros - y esto se lo oí yo mismo á unas mujeres de Bourg-Madame, en cierta ocasión en que andábamos ocultos y á salto de mata por la frontera, – decían otros, repito, que Prim llevaba una espada maravillosa, templada una noche de luna en las aguas del estanque de Lanós por las mujeres *encantadas* que allí residen, según tradición de los Pirineos muy corriente en aquellas comarcas.

Algunos no se explicaban ni daban cuenta de cómo aquella mano del general, que parecía mano de dama por lo delgada y fina, propia sólo para calzar guante de salón, podía tener fuerza para derribar á un hombre de una cuchillada, según aconteció varias veces.

En la guerra de Africa, los soldados, al oir el clarín llamando á ataque, decían: «Ya tocan la polca del general Prim.»

Se contaba de él, y era verdad, que hallándose de capitán en el sitio de Solsona mandando fuerzas avanzadas, recibió un parte en el preciso momento de ir á sentarse á la mesa con sus camaradas. Decíanle en él que se preparase para el asalto. En el acto se acercó á la mesa, y cogiendo en sus manos la humeante cazuela, que arrebató al apetito vehemente de sus comensales, la estrelló contra unas piedras, diciendo: «Señores, hoy vamos á cenar dentro.» Y así fué. Y á los pocos instantes Prim subía al asalto en atreviente acometida, apoderándose con arrojo temerario de una puerta de Solsona, por la que entraron las tropas liberales.

Otra vez, en Barcelona, en época en que más hervían las pasiones y más enconados estaban los ánimos contra Prim, éste apareció de repente en la ciudad. Al circular la noticia de su llegada, alboro-

tóse el pueblo y ardió en iras, arrojándose la multitud á la Rambla en busca del general y á los gritos repetidos de *¡Muera Prim!* Se hallaba éste tranquilamente en una casa de la contigua calle del Conde del Asalto, rodeado de amigos que le instaban á que se ocultase y desapareciese; pero él, todo lo contrario, tomando en su mano un cimbreante junco para que le sirviera, no de bastón, sino de juguete, se salió á la calle y se fué á pasear solo por la Rambla. Al verle así, en reposo y calma, sin alarde alguno ni jactancia, tranquilo y sosegado como quien va de paseo ignorante de cuanto ocurre, se operó repentinamente una reacción. Cesaron los gritos, se apaciguaron los ánimos, se extinguió el incendio, y, de furiente y tempestuosa, se trocó la muchedumbre en pacífica y asombrada, retirándose poco á poco y respetando al general en su paseo.

En la jornada de Castillejos, cuando iba á empuñar la bandera en lo más crítico del combate, cuando las balas llovían á granel á su lado, atorbellinándole entre una tempestad de fuego y de plomo, cuando, jinete en su caballo, era blanco seguro para el enemigo, los mismos soldados le instaban á retirarse por temor de que pudiese ser herido y perderse la batalla al caer el caudillo; pero Prim contestaba: «No, no hay cuidado. Todas las balas llevan sobre, y ninguna de ellas lo trae para mí.»

También en Africa, víspera de una batalla, llegaban al campamento los voluntarios que á sus costas enviaba Cataluña. Era entonces Prim general comandante del segundo cuerpo de ejército, y encargado de recibir á los voluntarios, dirigióles en catalán una arenga que electrizó á cuantos la oyeron. O'Donnell, el general en jefe, advirtió que aquellos voluntarios parecían faltos de instrucción. «Mi general, le contestó Prim, mañana se instruirán en el combate.» Anochecía, y los oficiales catalanes se acercaron á D. Juan para decirle que no tenían tiendas donde dormir. «¿Tiendas?, dijo el general. ¡Tiendas! Las tiendas están allí, – añadió, señalando al campamento de los moros, – y hay que ir á recogerlas: mañana, cuando las hayáis tomado, dormiréis en ellas.» Y así ocurrió al día siguiente, que fué el de la célebre batalla en que Prim penetró en el campamento enemigo, entrando á caballo por una tronera.

Y así, por el estilo, todo linaje de cosas. Y así, contando sucesos del general, refiriendo hechos de su vida, pasajes de su historia, revuelto todo á veces con fábulas y consejas por lo dado que es el vulgo á lo desconocido y maravilloso, así es como llegó á convertírsele en un tipo ideal, gozando de una prerrogativa que pocos mortales alcanzaron y ninguno como él en este nuestro siglo tan positivista y práctico.

Así llegó Prim á ser héroe de leyenda en vida.

III

He dicho ¿no es verdad? que su vida fué una tempestad.

A la muerte de Fernando VII estalló la guerra civil. Dos grandes partidos se lanzaron al campo con las armas en la mano, liberales y absolutistas

Juan Prim, que sólo contaba entonces diez y nueve años, sentó plaza como soldado distinguido en el batallón de cuerpos francos llamado de *Tiradores de Isabel II*, pasando á los dos meses á ocupar la de cadete como hijo de padres nobles.

Cadete, pues, en 1834, en 1836 era ya teniente, en 1837 capitán, en 1838 segundo comandante, en 1839 mayor de batallón y comandante primero, y en 1840, al terminar la guerra civil con la rendición de Berga, coronel. Apenas si tenía entonces veintiséis años, había tomado parte en treinta y cinco acciones de guerra, había recibido ocho heridas y estaba condecorado con la cruz de los valientes, la cruz de San Fernando.

Después del torbellino de la guerra civil, vino el de la política. Afiliado Prim al partido progresista, que era el que más imperiosamente hablaba á los sentimientos del ciudadano y á los arrestos del soldado, fué á las Cortes como diputado de Reus, su villa natal.

Tomó parte muy activa y señalada en todos los grandes sucesos que vinieron entonces á conmover á España, especialmente á Cataluña, donde contaba con un núcleo de hombres valerosos y patriotas decididos, á él personalmente adictos, y que formaron la base del grupo político que tomó el nombre de *primista*.

Ya la historia refiere y ha juzgado aquellos sucesos, en cuya narración y comento no he de entrar aquí.

Vino luego el triunfo del que se llamó partido de *Unión liberal*, O'Donnell fué invitado á regir los destinos de la nación, y el conde de Reus nombrado senador del reino.

Después, después..., la guerra de Africa, aquella expedición gloriosa que despertó tantos entusiasmos, que unió tantas voluntades, que alcanzó tantos lauros.

En los campos de Africa, donde sirvió á las órdenes del general en jefe O'Donnell, primero como comandante de la división de reserva, y luego, al enfermar el general Zavala, como general comandante de la segunda división, fué donde Prim conquistó su título de marqués de los Castillejos con la grandeza de España, que le dió la reina, y su otro título de *bravo entre los bravos*, que le dieron el ejército y el pueblo.

La campaña de Africa coronó su popularidad en España y fuera de ella. El conde de Reus dejó de ser en aquella ocasión el hombre de partido para el pueblo español, que le aclamó y exaltó como una gloria nacional.

La verdad es que Prim apareció en aquellas circunstancias y se ofreció á los ojos de todos circundado por una aureola espléndida de luz, como encarnación genuina del tipo español, con todas aquellas hidalgas bravuras y con todos aquellos romanticismos épicos que han hecho de España la nación por excelencia poética y caballeresca

Pero todavía, todavía estaban para venir sucesos que habían de encumbrar á Prim y alzarle á más elevadas cumbres.

¿He de recordar lo de la campaña de Méjico?

Fué allí donde el conde de Reus asombró á España, á Francia (á Francia principalmente), á Inglaterra, al mundo entero, con la virilidad y energía de su carácter, con el tacto y la política de su conducta, con el sereno valor que tuvo – y necesitaba tenerlo muy sereno – para recoger la tremenda responsabilidad de retirar las tropas españolas.

Desde aquel día Prim se ganó la voluntad de las naciones y á todas mereció el concepto de ser uno de los políticos más eminentes de Europa.

El héroe de leyenda se había convertido en hombre de Estado.

IV

No hay que decir cómo ni por qué volvió á entronizarse la reacción.

Cosa es bien sabida de todos... y de algunos bien deplorada.

El general conde de Reus estaba en la emigración. Echando el cuerpo avante como solía, y con valor heroico, se pronunció poniéndose al frente de un movimiento militar, que fracasó por desgracia, y con las tropas pronunciadas hubo de refugiarse en Portugal, desde donde lejos de hallar protección y apoyo, cosechó sólo persecuciones y tristezas. En Bélgica es donde pudo hallar más tarde tranquilidad y reposo, pero el reposo de Prim era el del romance *(Mi descanso son las armas...)* Su cerebro en ebullición y su actividad pasmosa no le abandonaban un momento. Su idea fija era la de la libertad en España.

Los que hoy viven y pululan, moviéndose en todos los órdenes, más quizá que para proclamar ideales, para satisfacer revoltosos apetitos y pasiones alborotadas, no saben ni figurarse pueden lo que era entonces el culto que en España se rendía á la libertad, y de qué modo, con qué entusiasmos y cuánta fe, corriendo los mayores peligros y jugándose la cabeza, se trabajaba por la santa causa

¡Ah! ¡La libertad! ¡La causa santa! Esto hace reir, ya lo sé, á la gente del día y á esa runfla de juventud flamenquista y churrullera que hoy nos invade. En aquel tiempo, el pronunciar sólo aquellas palabras, por las cuales tantos hombres fueron á las barricadas y tantos al patíbulo, hacía llorar... y llorar lágrimas de sangre.

Tiempo por tiempo, yo estoy por aquel todavía. Como cada uno tiene sus gustos, y de gustos no hay nada escrito, me va mejor aquel de los idealismos, donde al menos había corazón, que este de los modernismos, donde todo es faramalla y zurriburri.

Desde su ostracismo, Prim organizó movimientos y sublevaciones, de acuerdo con sus juntas revolucionarias secretas que se establecieron en varios puntos. El centro de estas juntas radicaba naturalmente en Madrid, pero había otras que, de acuerdo con la central, contribuían poderosamente á los trabajos revolucionarios, y era entre ellas la más importante la de Barcelona, de que yo formaba parte como secretario, siendo por esta circunstancia uno de los que más íntimas y secretas relaciones tuvieron con el general.

Todo cuanto intentamos fracasó, y esto que más de una vez el general, arrostrando riesgos y comprometiendo su vida, aparecía secretamente, en los puntos designados, para ponerse al frente del movimiento.

Sólo conseguimos por el pronto aumentar el número de emigrados y proscritos, quienes fueron arrojados al extranjero por el fracaso de la empresa, la tiranía de los gobernantes y las persecuciones implacables que contra ellos se llevaban á cabo.

Llegó un momento en que toda la España liberal se encontró proscrita ó poco menos. Los jefes más eminentes del progresismo estaban emigrados ó fugitivos, los generales de la Unión Liberal desterrados, los hombres de acción ocultos trabajando en el secreto de las sombras y del misterio, la prensa muda, la tribuna silenciosa, la libertad amordazada.

También á mí me alcanzó su vez.

Se nos torció la empresa que proyectábamos en Barcelona con un regimiento que en cierto día y sin hora determinada debía sublevarse en el cuartel del Buen Suceso al grito de libertad. Muchas veces las esperanzas se malogran por adelantarlas.

El caso es que los que estábamos comprometidos tuvimos que salir pitando para la frontera, adonde pudimos llegar por milagro y no sin riesgo.

Triunfó por fin la revolución.

Cayó el gobierno y con él la dinastía, ó al revés, para decirlo más propiamente; cayó la dinastía y con ella el gobierno.

La llegada de Prim á Barcelona fué un delirio; su entrada en Madrid un arrebato.

Prim fué ministro de la Guerra del gobierno provisional y presidente del Consejo de ministros luego, cuando, reunidas las Constituyentes, elevaron éstas á regente del reino al duque de La Torre.

No es posible explicar lo que fué la vida del conde de Reus, y con la suya la de todos nosotros, durante aquel período constituyente de fiebre política, de agitación, de lucha, de zozobra, de responsabilidades, de eventos y de emociones.

Era Prim la figura más descollante de la revolución. Fijábanse en él las miradas de todos. Era el punto de mira de Europa y del mundo. De él la gloria, pero sobre él la pesadumbre de los sucesos y la responsabilidad del porvenir.

¡Cómo se engañaron muchos creyéndole un ambicioso vulgar!

Y no sólo en España, en el extranjero, en Francia, en Italia, en Alemania, en todas partes, muchos pensaban que Prim jugaba con cartas dobles. Se creía que aspiraba personalmente al trono de España, y que las negociaciones, tan sigilosamente llevadas para encontrar un monarca, eran sólo un pretexto para mejor encubrir sus deseos personales y mejor disfrazar su ambición.

Es verdad que algo había en la atmósfera. No faltó, de ello soy yo buen testigo, no faltó quien le propuso un día que se hiciera dictador para luego convertirse en césar; pero recuerdo perfectamente las palabras airadas con que rechazó semejante propuesta.

Hubiera podido intentarlo, ya hoy puede decirse, y hubiera tenido á muchos á su lado; pero yo, que creía conocerle á fondo, dije siempre y sostuve que en su alma nobilísima y en su gran corazón no cabían pasiones bastardas.

Cuando los diputados constituyentes de su intimidad fuimos llamados por él un día y consultados confidencialmente, todos indicamos para el trono vacante la candidatura de D. Fernando de Portugal. Este era el candidato de Prim, y este también el ideal de la revolución de septiembre

D. Fernando no fué rey de España porque no quiso.

Descontado D. Fernando, volvieron á comenzar las negociaciones, seguidas por el conde de Reus con gran empeño, y acabaron por fijarse en el duque de Aosta.

Fué en aquellos momentos que España se erizaba y hervía en pasiones, en tumultos, en delirios, en clubs, en amenazas, en gritos, en algaradas, en bullaje de gente por las asambleas, en perturbación de orden por campos y ciudades, en alteración de ánimos por todas partes. Más que nunca se agitaron entonces las segundas filas del partido republicano, movidas principalmente por aquel su famoso periódico titulado *El combate*, que era su triste Evangelio.

Todos los hombres de orden, todos los espíritus serenos, acudían á Prim y á él iban los votos de todos. Pedíanle que pusiese término á aquel estado de verdadera anarquía y le empujaban á la dictadura.

– No y cien veces no, contestaba el general. No es un dictador lo que hace falta, es un rey. Por el camino de la dictadura sólo se va á la tiranía, y yo que me levanté contra la tiranía de arriba, soy más enemigo aún de la tiranía de abajo. Lo que debe hacerse es votar al rey y traerle. Cuando venga se acabará todo. Aquí no habrá más grito que el de ¡Viva el rey! Ya haremos entrar en caja á todos esos insensatos que sueñan en planes liberticidas, confundiendo el progreso con el desorden y la libertad con la licencia.

Esto le oí decir muchas y repetidas veces, como sentimiento profundo de su conciencia, y semejantes, más pronunciadas todavía, fueron las palabras ya referidas, que me dirigió en la estación de Madrid al despedirme para Italia.



D. JUAN PRIM Y PRATS,

copia de una fotografía hecha en el año 1869

Allá fuimos; de allí trajimos al rey.

Cuando llegamos con éste, Prim ya no existía, víctima de asesinos ignorados y cobardes que mataron en la sombra y huyeron con ella.

Y ya no digo más en estos apuntes. Verdad, sí, que algo más pudiera decir, pero supongo que se dirá con el tiempo.

También hay voces de ultratumba.

Lo que sostengo, para terminar estas líneas, es que Prim no pensó nunca en ser dictador ni césar

No debiera haber hombres necesarios..., ya lo sé; pero los hay. Los hacen las circunstancias.



DOÑA JUANA LA LOCA, celebrado cuadro de Pradilla. (Véase la *efeméride artística*)

Prim lo fué, lo era en aquellos instantes supremos para España.

¡Ah! Tan mal empleada está la muerte en aquel de quien todo lo espera un pueblo, como la vida en aquel de quien nadie espera nada.

VÍCTOR BALAGUER

LOS RECUERDOS DE UN CURIAL

¡ABSUELTOS!

I

Aquella mujer, casi una niña, de plácido semblante y serena mirada, había cometido un crimen terrible, según se desprendía del voluminoso rollo, de amarillentas hojas y emborronada letra.

Luisa había amado á su esposo con toda la fuerza de que es capaz una mujer cuando ama por vez primera. Se unió á aquel hombre por propio impulso siendo aún una chiquilla; la crisálida convertida ya en mariposa extendió sus alas, quiso beber el cáliz del amor legítimo, de aquel sentimiento á que ella se creía tener derechos indudables, y encontró que Juan no era el marido que ella había soñado en las tranquilas horas de su candidez.

Era un hombre vicioso, informal, trasnochador, pendenciero; peor que todo eso, era un ingrato que respondía al cariño de Luisa con las esquiveces del hastiado.

En el alma de aquella mujer nacieron los celos, celos terribles, inexplicables.

Una noche, noche horrible para la joven, adquirió ésta la seguridad de que el corazón de su marido se lo repartían otras mujeres, como hubieran podido repartirse unas monedas. Luisa sintió primero repugnancia, más tarde miedo, por último odio hacia el marido.

Ignórase lo que una tarde pasó en aquel hogar; acaso el marido hizo á su esposa alguna proposición indigna, ó llegó á maltratarla; ello fué que Luisa, la muchacha angelical, todo dulzura y delicadeza, se transformó en matrona irritada y vengativa, y con un arma de su propio marido disparó sobre él, dejándole muerto instantáneamente.

¡Qué de relatos en los diarios! ¡Qué de novelas en las comadres de la vecindad y qué martirio el de la parricida!

Luisa no tuvo ni el consuelo del suicidio, y resuelta á sufrir hasta el final, cayó en un estado de indiferencia que estuvo á punto de llevar á aquel cerebro la obscuridad sin fin, la imbecilidad eterna, peor mil veces que la muerte, porque es la muerte del alma.

II

Este fué el asunto criminal en que tuvo que intervenir como defensor de la procesada López, un abogadito recién salido de las aulas, que tenía llena la cabeza de leyes y sentencias y henchida el alma de ilusiones y de confianzas.

López no tuvo paciencia para leer del todo el pesado mamotreto de la causa. Visitó en la cárcel á Luisa: ¡era tan hermosa!..

López trató de analizar aquel carácter de mujer, pero la empresa era superior á sus pocos años.

Siguió visitando á la reclusa; dos días antes de la vista del proceso, López quiso hablar con su defendida en la sala de declaraciones de la cárcel.

A la entrevista, que fué breve, puso fin la reclusa dando un portazo á la mampara y diciendo de modo que lo oyó la celadora:

—No recuso mi defensa, ¡pero la desprecio!

III

Aquella misma noche, López trabajó hasta la madrugada en su despacho, que aún no tenía asomos de bufete.

Llegó la vista. Luisa, en el banquillo, contestó llorosa á cuanto le interrogó el presidente, que era un señor inflexible y duro en estrados y un alma de Dios fuera de la Audiencia.

La acusada no dirigió mirada alguna á su letrado. Este tuvo miedo de mirar cara á cara á su defendida, y con la cabeza baja, observando los garrapatos en que apuntaba las incidencias del juicio, principió el informe de defensa arremetiendo contra el fiscal.

La acometida fué terrible. El viejecillo del sitial movió la campanilla y con voz gangosa llamó al orden á la defensa.

Esta se revolvió contra los interruptores y siguió su discurso hasta el final.

Los jurados retiráronse á deliberar, dictando un veredicto absolutorio.

El fiscal pidió la revisión de la causa ante nuevo jurado. López, trémulo y descompuesto, quiso hablar; pero el presidente, mirando al defensor y con el mismo tono con que hubiera podido darle la enhorabuena, le dijo sonriendo:

«La sala acuerda no acceder á la petición del ministerio público.»

IV

Luisa, puesta en libertad, se disponía á abandonar la Audiencia sin dar las gracias á López, cuando se encontró con éste en el pasillo.

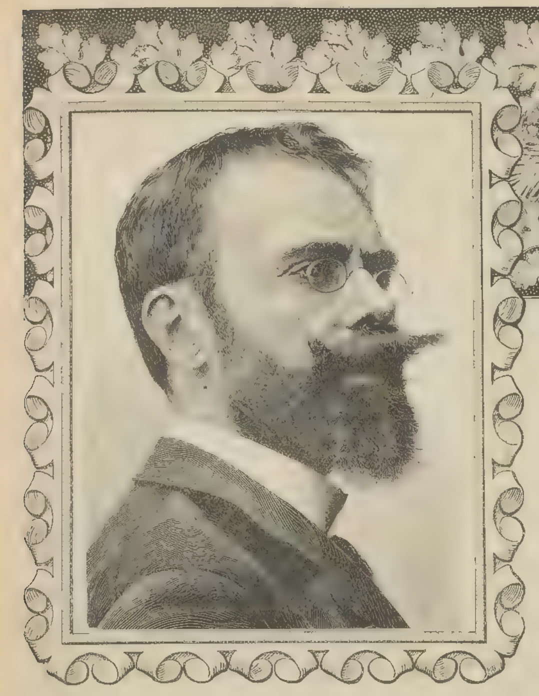
—La han absuelto á usted, le dijo López al oído.

Luisa, radiante de hermosura, llorosa y pálida, se limitó á contestar fríamente:

—¡También yo le absuelvo á usted..., y le perdono!..

Hoy López, que es un abogado de fama, no oculta á nadie que su mayor triunfo ha sido la *absolución de Luisa.*

P. GÓMEZ CANDELA



«En seguida le hizo colocar sobre un magnífico féretro en un carro tirado por cuatro caballos, y se emprendió la marcha fúnebre. Componían la comitiva multitud de prelados, eclesiásticos, nobles y caballeros: la reina llevaba un largo velo en forma de manto que la cubría de la cabeza á los pies, sobrepuesto además por la cabeza y los hombros un grueso paño negro: seguía una larga procesión de gentes de á pie y de á caballo, con hachas encendidas. Andábase solamente de noche, *porque una mujer honesta*, decía ella, *después de haber perdido á su marido, que es un sol, debe huir la luz del día...*» «Refiérese que en una de estas jornadas, caminando de Torquemada á Hornillos, mandó la reina colocar el féretro en un convento que creyó ser de frailes; mas como luego supiese que era de monjas, se mostró horrorizada y al punto ordenó que lo sacaran de allí y le llevaran al campo. Allí hizo permanecer á toda la comitiva á la intemperie, sufriendo el riguroso frío de la estación (diciembre del citado año de 1506) y apagando el viento las luces.»

DOÑA JUANA LA LOCA

27 de enero de 1878

Célebre cuadro pintado por Francisco Pradilla

Desde que Rosales exhibiera en 1864 *El testamento de Isabel la Católica* y en 1871 *La muerte de Lucrecia* (lienzo que tan amargas horas proporcionó al insigne artista), ningún otro cuadro del género llamado *histórico*, género que en España sustituyó al religioso, y que hasta 1887 vino caracterizando á nuestra escuela, había vuelto á obtener un éxito grande.

Realmente, tres fueron los cuadros del género dicho que durante la segunda mitad de este siglo lograron determinar de un modo claro y preciso las evoluciones que se han verificado en la pintura española contemporánea, así desde el punto de vista de la paleta como del concepto: *Los Comuneros*, el primero de los citados de Rosales y el de Pradilla *Doña Juana la Loca*. Estos lienzos sintetizan tres estados de ambiente social, político y estético. *Los Comuneros* responde á un movimiento político de la opinión, como respondieran los caballerescos episodios de *Los Girones* y el de *Guzmán el Bueno* y el romántico de los hermanos Carvajales. *El testamento de Isabel la Católica* significa el triunfo del senso realista del arte español, sujeto de largos años á la influencia de las escuelas francesa é italiana, con el de la evolución hacia el estudio psicológico. *Doña Juana la Loca* sintetiza la tendencia de la paleta á desligarse por completo de todos los dogmatismos técnicos que en lo que á la luz se refiere existían todavía entre nosotros y á continuar en la representación de los afectos y expresión de ellos.

Como nadie ignorará seguramente, el cuadro de Pradilla representa un episodio acaecido á consecuencia de un acceso de celos de la infortunada hija de los Reyes Católicos en la ocasión de seguir al cortejo fúnebre que acompañaba los restos de Felipe *el Hermoso*. El insigne artista aragonés se inspiró, para trazar la patética é interesante escena de su cuadro, en el siguiente relato, que tomado del cronista Pedro Mártir de Anglería, reproduce Lafuente en su *Historia de España*.

«Del lastimoso estado intelectual en que, á pesar de algunos breves períodos de lucidez, se encontraba la reina doña Juana, se vió á fines de diciembre de aquel mismo año (1506) una prueba pública y solemne. Su marido la había dejado en disposición de dar nueva sucesión á Castilla, y cuando se hallaba ya próxima á ser otra vez madre, empeñóse en trasladar y acompañar el cadáver de su esposo á Granada» (hallábase éste en la cartuja de Miraflores, Burgos)...

* * *

Vinieron sucediéndose desde la Exposición nacional de Bellas Artes de 1871 varias otras, en las cuales solamente imperaban las exageraciones de los *rosalistas* y *fortunyistas*. Las de aquéllos, imitando el estilo, la factura, el color y el dibujo de Rosales; los segundos haciendo lo mismo de Fortuny. Mas no tan sólo era en la plástica la imitación, sino también en los asuntos; así que el barracón de Indo, habilitado para que pudiesen exhibirse oficialmente nuestras obras maestras de la pintura, de la escultura y de la arquitectura, convertíase durante los meses en que se celebraban los certámenes nacionales en palenque de campeones de las escuelas de Rosales y Fortuny, en donde las Blancas de Navarra y las damas y caballeros de los siglos XIV y XV, pintados como figuras de telón, dibujados por un ribete negro y careciendo muchos de dedos en las manos y de otros importantes miembros, parecían mirar estupefactos la caterva de moros que, en cuclillas unos, otros en pie examinando armas, otros tumbados entre almohadones, les hacían la competencia, rodeados de pipas, chocolateras, platos y sin fin de chirimbolos morunos (ó que por tal los pintaban los autores de tales maravillas pictóricas).

Tal estado de cosas no podía sostenerse, y en la Exposición de 1876 no llegaron á exhibirse más de unas cuatrocientas ó quinientas obras, en su casi totalidad deplorables. En este período decadente fué cuando Pradilla acertó á pintar *Doña Juana la Loca*; y preciso es confesarlo, á pesar de que junto á este lienzo figuraban el de Plasencia *Orígenes de la república romana* y el *Entierro de San Sebastián* de Ferrant, con otros de bastante mérito, la opinión del público inteligente y de la crítica estuvo unánime en concederle extraordinario mérito. Venía el lienzo de Pradilla á protestar contra los desafueros de unos y de otros, recabando para el cuadro de historia la conquista de la luz abierta; para el asunto, el valor de un sentimiento, si romántico, altamente conmovedor; para la composición, la libertad más absoluta; para la línea y la forma en general, el respeto debido.

Fué en este cuadro cuando por vez primera se le concedió al fondo, es decir, al lugar de la escena, importancia decisiva, así desde el punto de vista del dibujo y del color como desde el sujetivo; pues si bien es cierto que los fortunyistas y por su parte el mismo Rosales venían dando á los escenarios en que colocaban las figuras de sus cuadros importancia grande, en los primeros esa importancia rebasaba los límites de lo justo, y el segundo solía preocuparse siempre demasiado poco de ellos; pero de un modo ó de otro, en el cuadro de historia el fondo seguía siendo detalle insignificante, hasta que Pradilla demostró con el paisaje en que se desarrolla la escena de su cuadro cómo la impresión realísima de aquella campiña triste y nebulosa, en la cual se adivina la tierra castellana en la época invernal, concurría de un modo terminante á producir la emoción estética con arreglo á la verdad histórica.

Fué el citado lienzo *Doña Juana la Loca*, juntamente con el de Plasencia, el primer fruto, opimo ciertamente, que produjo la Academia de Bellas Artes de España en Roma, fundada por Emilio Castelar; y fué también la revelación de un talento artístico de primera magnitud, no adivinado cuando por aquí, con inquebrantable fe, trabajaba sin dar entrada en su espíritu al desaliento. La crítica por boca de Picón dijo entonces lo siguiente de la obra de Pradilla: «El lienzo del Sr. Pradilla *Doña Juana la Loca* es sin duda alguna, no solamente la obra más notable de las que figuran en la actual Exposición, sino también la mejor concebida por un artista español *desde la muerte de Rosales*.» Hace el crítico, entreverando los elogios, la descripción del cuadro y termina: «En resumen, el cuadro *Doña Juana la Loca* es un cuadro de mérito sobresaliente, y si los compatriotas del autor no lo reconocen así, otros pueblos lo proclamarán tan alto como proclamaron que *El testamento de Isabel la Católica* era la obra de uno de esos maestros que nacen de tarde en tarde para gloria suya y honra de su patria; y cuenta que no queremos comparar dos lienzos que, empezando por ser uno de luz abierta y otro de luz cerrada, reunen diversas condiciones y exigen diverso desarrollo; aquél es un cuadro del más vigoroso romanticismo, y la obra de Rosales es clásica...»

Meses después de haber alcanzado la medalla de honor, primera que en España se concedía á la pintura, en la Exposición universal de París le otorgaba el Jurado análoga recompensa, cumpliéndose de este modo la profecía del crítico español; y á propuesta del ministro de Fomento, las Cortes votaron un crédito extraordinario para adquirir el cuadro *Doña Juana la Loca*, cuadro que yo considero como la última de las obras maestras de la pintura de historia de la escuela española contemporánea.

R. BALSA DE LA VEGA

NUESTROS GRABADOS

En el café de Viena, cuadro de Pedro Sáenz. – El elegante café y repostería que con el nombre de *Viena* se abrió hace algunos años en la calle de Alcalá fué durante bastante tiempo punto de reunión de lo más escogido de la corte. Allí acudían las personalidades más importantes de la política y de la literatura madrileñas, que se pasaban las horas en interesantes discusiones de los problemas de la cosa pública los unos, y los otros de asuntos literarios, del último estreno, de la novela recién salida, del drama próximo á ponerse en escena, del poema que en breve se publicaría; delante de sus puertas deteníanse, al regreso de la Castellana ó del Retiro, los más lujosos trenes, de donde descendían las damas que en Madrid más se distinguían por su elegancia ó por su belleza para tomar el hirviente aromático te en invierno ó el exquisito sorbete en verano; sus mesas se poblaban á la salida de los teatros de esos elementos que por lo mismo que empiezan á vivir cuando el sol se pone se encuentran con que la media noche es para ellos lo que para nosotros es mediodía: en suma, la concurrencia variaba según las horas, pero siempre era numerosa y selecta, selecta, entiéndase bien, en todos aun en los más opuestos órdenes de la sociedad. Algo ha perdido *Viena* de su esplendor antiguo; pero como quien tuvo retuvo, aún conserva ese sello es-



CASANDRA, escultura de Max Klinger



EN ÉXTASIS, cuadro de Max Levis

pecial que, como á las personas bien nacidas, acompaña hasta en los períodos de desgracia á todo lo que en época de prosperidad fué admirado por su distinción: todavía se congregan en aquel local políticos y literatos célebres, mujeres hermosas, pollos de la *hig life*. Nuestro querido colaborador D. Pedro Sáenz, varias de cuyas obras, como *La tentación de San Antonio*, *En el palco*, *Coquetería* y *Desengaño*, han podido admirar nuestros lectores en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, ha tomado



El general de división Sr. García Navarro, recientemente ascendido por sus brillantes hechos de armas en la campaña de Cuba

por asunto del cuadro que hoy reproducimos á una de esas bellezas femeninas concurrentes á *Viena*, sintetizando, por decirlo así, en este tipo la sociedad que frecuenta aquel acreditado establecimiento. En su obra, el Sr. Sáenz confirma las excepcionales aptitudes artísticas de que buenas pruebas había dado en sus anteriores producciones y que se traducen en una corrección de líneas, en una finura de tonos y en una naturalidad que le acreditan de hábil dibujante, de colorista de buena cepa y de perfecto observador. *En Viena*, que figuró en la última Exposición general de Bellas Artes en Madrid y que mereció elogios de la crítica madrileña, fué premiado con medalla de tercera clase.

El general García Navarro. – Procede este bizarro cuanto entendido militar del cuerpo de Estado Mayor y cuenta cincuenta años: hizo la anterior campaña de Cuba, distinguiéndose por su talento, actividad y valor; en 1878, siendo comandante de Estado Mayor, ascendió á coronel de ejército, y poco después fué condecorado con la cruz de tercera clase del Mérito Militar roja por haber derrotado cerca de Remedios las partidas de Pancho Carrillo. Cuando los sucesos de Melilla fué destinado á Marruecos, ascendiendo en 1893 á teniente coronel del cuerpo y al poco tiempo á general de brigada. Después de larga permanencia en Africa regresó á España; pero á los pocos días de su llegada á Barcelona, residencia de su familia, fué llamado á Cuba por el general Martínez Campos, quien le confió el mando de una brigada en el departamento Oriental. Desde entonces el nombre del general Navarro ha venido figurando siempre entre los que más activa é infatigablemente han perseguido á los insurrectos, combatiendo contra ellos sin descanso en Las Villas, Matanzas y la Habana, y derrotando últimamente á las fuerzas de Maceo y Máximo Gómez en la memorable acción de Seiba del Agua, por la cual ha sido ascendido á general de división, justa recompensa á sus grandes merecimientos. El general García Navarro es muy conocido y estimado en Barcelona, en donde ha residido muchos años y en donde con motivo de las huelgas en 1890 dió muestras, no sólo de su tacto y decisión al frente de los batallones de Luchana y San Quintín, sino que también de su ilustración y perspicacia en la información que por encargo del general Blanco llevó á cabo en la cuenca del Llobregat, estudiando las causas de las huelgas y proponiendo los medios para evitarlas en lo sucesivo.

Casandra, escultura de Max Klinger. – El celebrado escultor alemán Max Klinger ha representado en esta obra á la infeliz *Casandra*, que recibió del por ella desdeñado Apolo el don de predecir lo futuro sin que nadie prestase fe á sus predicciones. La profetisa prevé los males que amenazan á su patria; su alma llénase de desconsuelo al pensar en la próxima destrucción de Troya, y su mirada vaga húndese en el porvenir, que aparece claro ante sus ojos. A estos sentimientos responde la forma de la hermosa obra de Klinger: el cuerpo está algo inclinado hacia adelante cual si quisiera acercarse más á la verdad que prevé y sus manos se cruzan algo crispadas al considerar el porvenir que se aproxima. Esta escultura, como la mayor parte de las que modela su autor, ha sido hecha con materiales de distintos colores y pintada en algunos sitios: las partes del cuerpo que aparecen al descubierto son de mármol de color de carne, el manto de alabastro rojizo y los ojos de azabache: los labios están pintados de encarnado, el cabello de color castaño, y de verde y blanco la cinta que oprime la cabellera encima de la frente. *Casandra* ha sido adquirida por el Museo Municipal de Leipzig.

En éxtasis, cuadro de Max Levis. – No hemos de discutir cuáles artistas responden mejor á los fines del arte, si aquellos que representan lo que ven sus ojos ó los que trasladan al lienzo impresiones que recibe su espíritu excitado en determinados sentidos: entendemos que unos y otros pueden despertar en nosotros la emoción estética, y creemos, por lo tanto, que unos y otros, aun con tan diversas tendencias, cumplen el objetivo artístico si sus obras nos hacen sentir lo que ellos se propusieron. La pintura de Max Levis pertenece á una escuela que algunos desdeñan en absoluto, con sobrada injusticia y manifiesta exageración; y aunque la hermosa expresión de esa joven en éxtasis no pudo ser tomada de la vida real y hubo de ser producto del sentimiento del pintor, hay tanta belleza en aquel rostro, tanta vida y tanta poesía en aquellos ojos fijos en un más allá sólo por el alma entrevisto, que negar el dictado de admirable á esta obra, mirarla con desdén porque no se ajusta á los cánones que el moderno realismo pretende imponer, equivaldría á renegar de uno de los géneros pictóricos que más maravillas nos ha legado y á matar en el alma del artista esos impulsos que obran en él con tanta intensidad como las mismas percepciones puramente externas que impresionan sus sentidos.

El trapero, cuadro de Juan Luna. – Bien conocido es en el mundo del arte el ilustre pintor Sr. Luna y no hemos por consiguiente de insistir sobre los méritos de sus obras, máxime cuando en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se han publicado varias de ellas y con este motivo nos hemos ocupado de las excepcionales cualidades que adornan á tan apreciado artista. El grabado, copia de un cuadro suyo, que reproducimos representa el tipo de uno de esos infelices que en todas partes se ganan la vida revolviendo montones de basura y entresacando de ellos los mil objetos que allí arrojaron por inútiles sus dueños y que el pobre trapero aprovechará para su miserable industria. Hay en esta composición, con ser tan sencilla, elementos suficientes para comprender cuáles son las cualidades características de su autor, entre las que sobresale indudablemente el vigor del dibujo y de la pincelada, que revela un temperamento ardiente y una imaginación viva, á impulsos de la cual muévese la mano con energía y seguridad admirables.

Pablo Verlaine. – A la edad de cincuenta y dos años ha muerto Verlaine, el príncipe de los poetas, como algunos le llamaban: enfermo desde hace muchos años, pasábase largas temporadas en el hospital Broussais, al que él denominaba su palacio de invierno. Bohemio empedernido, sus admirables composiciones son reflejo del desequilibrio que en su organismo produjo una vida de desórdenes y de excesos, y la mayor parte de sus armoniosos versos fueron escritos sobre la mesa de un café y entre sorbo y sorbo de ajenjo. En estos últimos años ha-



El ilustre poeta francés Pablo Verlaine, muerto en 8 de enero de 1896

bíanse modificado notablemente sus costumbres. El autor de los *Poemes Saturniens*, de los *Poemes Maudits*, de las *Fêtes Galantes*, de *Romances*, de *Sagesse* y de tantas otras joyas de la moderna poesía francesa fué siempre sencillo, ingenuo, bueno para el prójimo y en el fondo sincero creyente.

D. Camilo Vidal. – Entre los españoles residentes en América que mayores pruebas han dado de su acendrado patriotismo, distínguese el Sr. Vidal, establecido desde hace algunos años en Montevideo, en donde en la actualidad dirige el acreditado diario *La España*: él fué el iniciador y el alma de la organización de las expediciones que del Río de la Plata marcharon á Cuba en los vapores *San Francisco* y *San Fernando*, llevando á nuestros soldados de la gran Antilla un refuerzo de dos mil voluntarios á quienes sus compatriotas del Uruguay y de la Argentina socorrieron abundantemente con ropas y dinero. Por sus iniciativas ha sido agraciado el Sr. Vidal por el gobierno español con la gran cruz del Mérito Naval de segunda clase. D. Camilo Vidal nació en Bilbao, y durante la última guerra carlista defendió con tanto entusiasmo como valor la causa de la libertad: ha sido redactor del *Irurac bat* y director de *El Guipuzcoano*, y se halla en posesión, además de la antes citada, de la encomienda de Isabel la Católica, de la Cruz roja de primera clase del Mérito Militar, de la cruz de Amadeo y de la medalla de Alfonso XII. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA al honrarse hoy con la publicación de su retrato, que debemos á la galantería de D. N. Ruiz de Saavedra, saluda con entusiasmo al compatriota insigne que tantos títulos se ha conquistado al agradecimiento de España.

MISCELÁNEA

Teatros. – *Madrid.* – Una nueva empresa se ha hecho encargo del Teatro Real, que en estos días abrirá nuevamente sus puertas con una notable compañía de ópera, en la cual figuran artistas de gran mérito, ya aplaudidos por el público madrileño muchos de ellos. Se han estrenado con buen éxito: en Lara *La cantina*, sainete de costumbres militares en un acto, original de D. Pablo Parellada (Melitón González), que aunque inferior á *Los asistentes*, del propio autor, abunda en chistes y escenas de mucha vis cómica; y en la Zarzuela *La rueda de la fortuna*, zarzuela en un acto de los Sres. Larra y Gullón, con preciosa música del maestro Caballero.

Barcelona. – En el Liceo se ha cantado con muy buen éxito la ópera del maestro Ponchielli *Gioconda*, en cuyo desempeño han conseguido muchos aplausos la señora Borelli, el Sr. Cardinali y el director Sr. Vanzo. Los beneficios de la señorita Pinkert y del Sr. Cardinali, que escogieron la primera la bellí-



D. Camilo Vidal, director de *La España*, de Montevideo, é iniciador y organizador de las expediciones de voluntarios á Cuba desde el Río de la Plata.

sima ópera de Meyerbeer *Dinorah* y el segundo la aplaudida obra de Verdi *Otelo*, valieron sendas ovaciones á los beneficiados. En Novedades se ha representado con gran éxito la conocida comedia de magia *Urganda la desconocida*, que ha sido puesta en escena con gran lujo, habiendo pintado varias hermosas decoraciones los conocidos escenógrafos Sres. Carreras, Moragas y Chía y habiéndose confeccionado más de quinientos trajes según los figurines del reputado dibujante señor Labarta.

Necrología. – Han fallecido:

Mistress Stirling, célebre actriz inglesa.

Jorge H. Kidd, eminente cirujano irlandés, presidente del Real Colegio de Cirujanos y de la Real Academia de Medicina de Irlanda.

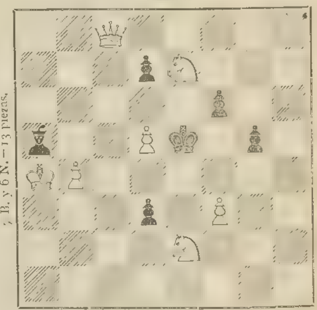
Luciano Doucet, notable pintor francés.

José M.ª Graniello, miembro del Sacro Colegio de Cardenales.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 3, POR JUAN CARBÓ

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 2, POR JOSÉ TOLOSA

Blancas.	Negras.
1. C 5 D	1. P toma C (*)
2. C 5 R	2. Cualquiera.
3. D mate.	

(*) Si las negras juegan 1. A 3 A R, las blancas contestan 2. C de 5 D toma A y 3. D mate, – y si 1. P 4 R ú otra jugada cualquiera, 2. C 7 R, etc.

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA DE JUANA MAIRET. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Y Mila cantó, subyugada, modificando su interpretación, comprendiendo con su instinto de artista hasta en las notas más finas y ligeras los cambios que se le pedían.

Cuando hubo concluído, el viajero se levantó.

– Gracias, dijo, me ha proporcionado usted una de las grandes alegrías en mi vida de músico.

Y luego, como si por primera vez se diese cuenta de lo que había hecho, paseó una mirada inquieta y de asombro á la vez por el pequeño salón, tan sencillo y trivial; miró á la mujer radiante de hermosura, poseída aún de la emoción artística; contempló después su propio traje y el saco cubierto de polvo que estaba en el rincón, y sonrojóse, balbuceando:

– No sé verdaderamente cómo excusarme, señora...

Mila soltó una carcajada, tan franca, tan sonora y alegre, que muy pronto el viajero, dejándose llevar de aquella alegría, comenzó á reir también, y su confusión desapareció.

– A decir verdad, observó Mila, nuestra primera entrevista no está nada conforme con las conveniencias sociales; pero esté usted seguro que no me resentiré por esto, Sr. Francisco Villeroy...

– ¿Cómo sabe usted mi nombre?

– Solamente el autor de esa deliciosa música hubiera podido penetrar tan bruscamente en mi salón con la esperanza de que se le perdonase.

– ¿Quién le enseñó á usted esa música? No puede ser más que una persona en el mundo...

– Pues esa persona es, el Sr. Hugo Macready, que cierto día, en lo alto de una montaña, mirando el Océano Pacífico y el sublime país que se extiende en sus orillas, me enseñó á cantar la *Odelette*. Yo no era entonces más que una salvaje; pero á él le pareció que era preciso cultivar mi voz; y gracias á él, aunque me ha prohibido decirlo, debo *debutar* en el teatro de la Opera dentro de pocos meses.

– ¿Entonces será usted...?

– Me llamo Mila Harcourt; pero el nombre que figura en los carteles es Mila del Paso. Mi madre nació en este lugar, en el límite de México y de Tejas; mi padre era americano, y yo he tomado el nombre que más me relaciona con mi madre, á la que jamás conocí.

Francisco Villeroy, súbitamente confuso, no sabía si debía saludar y marcharse ó permanecer allí, como era su deseo.

– Siéntese usted al piano, caballero, yo se lo suplico, dijo Mila. No debemos tratarnos como extraños, puesto que el Sr. Macready ha sido bueno para usted, como lo fué para mí también. Conozco una parte de la historia de usted.

– ¡Ah!..

Villeroy no dijo más; fué á sentarse al piano, y comenzó á improvisar á la sordina, modulando extraños acordes, vagos como la brisa de la noche en el bosque; y mientras tocaba, con la vista perdida en el espacio, proseguía la conversación. Cuando estaba así al piano, no había entorpecimiento para él; todo lo decía fácilmente; y hasta las cosas más extraordinarias, que no extrañaban ya, iban acompañadas de su música soñadora. En efecto, Mila no pensó un instante en escandalizarse.

– Es un hombre muy extraño ese Macready, dijo Villeroy. ¿Dónde está?

– No lo sé; apenas le he visto hace dos años. Cuando terminaron mis estudios y hube obtenido una contrata muy modesta, rehusé aceptar por más tiempo sus beneficios, y á causa de esto se incomodó, jurando que no se interesaría más por mí, puesto que me



Y tomando una silla, el Sr. Macready se sentó á horcajadas

creía bastante fuerte para volar con mis propias alas. Sin embargo, una noche cuando cantaba en Bruselas le vi en un palco; pero antes de terminar la representación había desaparecido.

– Seguramente está enamorado de usted.

– ¿Enamorado de mí?.. ¡Pero si podría ser mi padre!

– ¿Cree usted que eso importa? ¿Cómo puede usted imaginar que un hombre descubra una maravilla, maravilla de juventud, de belleza y de talento..., pues en usted se halla todo esto .., y que se muestre insensible á la vista de semejante portento?

– ¡Pero caballero!

– No se enoje usted, y déjeme hablar, pensar en alta voz... O si usted lo prefiere, cerraré el piano, volveré vestido como cualquier caballero, seré muy cumplido y fastidioso, le daré mis excusas y me iré. ¿Lo quiere usted así?

– No, quédese usted; mas por favor no imite usted á la mayoría de los franceses, que hacen novela allí donde no existe, pues de lo contrario reñiríamos..., á pesar de la música. El Sr. Macready es un entusiasta del arte, y en la investigación de lo bello emplea esa energía, esa perseverancia de que hacen gala sus compatriotas para ganar dinero ó inventar nuevas máquinas. Todo es algo excesivo en nuestro país; los frutos son más sabrosos y las flores tienen más perfume que en Europa, mientras que en los seres humanos la savia bulle con mayor violencia. La pasión domina en todos los actos, en la lucha por la existencia, en el afán desenfrenado de ganar dinero, ó en la presunción de un ideal cualquiera; pero no se tiene tiempo para detenerse ni un momento en el camino á fin de cantar amores á una dama.

– ¿Y por qué no se tendría el mismo ardimiento en perseguir á una mujer que en el propósito de obtener un talego de duros? Créame usted, el Sr. Macready sabe amar.

– Tal vez; pero dejemos al Sr. Macready y hábleme usted de sí propio. Creo que el principio de su carrera en la vida ha sido penoso...

– ¿Le ha dicho él á usted eso? Sí, he desempeñado muchos oficios; he dado lecciones á señoritas, á porteras, y he debido tocar el piano para que bailasen las damas del gran mundo. No encontré á menudo personas bondadosas que me sustituyeran cuando yo estaba rendido de cansancio..., y sepa usted que una vez, cuando fuí á cobrar al día siguiente, la dueña de la casa, mujer cinco veces millonaria, me descontó tres francos porque uno de los concurrentes había hecho parte de mi trabajo.

– ¡Eso no es posible!

– No parece verosímil; pero es verdad.

– Sin embargo, después todo ha debido serle fácil. Ha obtenido usted un premio en Roma...

Francisco Villeroy, que seguía tocando, se interrumpió bruscamente, volviéndose hacia la joven; después, sin expresar lo que iba á decir, permaneció algunos instantes silencioso, y luego continuó arrancando de las cuerdas del piano notas tan tristes que parecían verdaderos gemidos.

– Sí, he estado en Roma, dijo al fin, y el recuerdo de aquellos años es para mí inolvidable. Todo canta bajo aquel hermoso cielo. Teníamos un bosquecillo lleno de ruiseñores, y he pasado noches ideales. Todos éramos jóvenes y felices; los rumores del mundo, la lucha por la vida, las livianas pasiones, todo esto llegaba hasta nosotros como un eco sordo, como podría llegar hasta el fondo de este retiro el ruido de las olas de un mar borrascoso, y no fijábamos en ello la atención. El trabajo pacífico bajo un cielo puro, ¡qué sueño! Pero los sueños duran poco; después...

Villeroy se interrumpió, terminando la frase con su música, en aquel momento de acordes bruscos y casi brutales.

– ¿Después?.., preguntó Mila con dulzura.

– ¿Qué quiere usted que le diga, señorita? Mi historia es trivial en fuerza de ser verdadera, es la de nueve músicos de cada diez. En nuestra clase no basta tener algo que decir; se necesita encontrar quien nos escuche. El saber no es suficiente; se ha de tener maña. De vez en cuando un nombre llega á ser conocido y hasta célebre; una ópera nueva se mantiene en los carteles, y todos se informan ¿Quién es ese *joven* que triunfa? Algunas veces, el tal *joven* tiene ya sesenta años, y la ópera que ha obtenido éxito ha estado veinte ó treinta en cartera. El nom-

bre del autor, conocido tan sólo en un limitado círculo de amigos, ha figurado en algunos conciertos ó en el extranjero; cuando París le aclama, es ya un viejo achacoso, triste, y su triunfo le importa poco, porque está próxima la hora de su muerte. A menudo sucede que cuando ha dejado de existir es cuando su nombre adquiere celebridad. Sin embargo, como era necesario vivir durante esos largos años de espera, el compositor de grandes ambiciones, escaso de recursos, se gasta en trabajos indignos de él, sobre todo si el desgraciado tiene mucha familia, mujer é hijos... Entonces su valor se debilita, en fuerza de las miserias de cada día; sería necesario un gran talento, una rara energía, para resistir á tantas contrariedades, y generalmente se sucumbe. ¡Sobre cuántos vivos se podrían escribir las palabras!: «¡Aquí yace un genio muerto!»

– El verdadero genio no sucumbe, dijo orgullosamente Mila.

– Usted cree eso, señorita, porque es joven y porque no ha conocido aún los terrores de la miseria. Á Dios gracias, siempre ha ignorado usted la angustia del día siguiente. Sin embargo, hay mujeres que han debido sobrellevar, como nosotros, los peligros de la miseria, y para ellas, cuando son hermosas...

Villeroy se interrumpió, y después de algunos instantes de silencio, dijo de pronto:

– Ahora cánteme usted alguna cosa, para llevar conmigo el sonido de su voz, que me dará alegría, inspirándome valor. Cante usted algo de Mozart, de esa música de un espíritu sano de la cual se desborda la vida como de usted misma.

– Cantaré lo que usted guste, y tanto cuanto quiera. Deseo que ame mi voz, pues algún día, más tarde, cuando usted haya hecho alguna obra maestra, yo seré su intérprete. Para aquel día le prometo obtener buen éxito.

Francisco Villeroy, como extraviado y sin darse cuenta absolutamente de lo que hacía, volvió hacia la cantante, y tomando su mano, la besó como un devoto besaría una santa reliquia Estaba tan lejos de las cosas reales, obrando como en un sueño, que Mila no se escandalizó; no era á ella á quien rendía culto, sino á la música, al porvenir que representaba.

Después, recobrando súbitamente su carácter de músico, y hasta de profesor, hizo cantar á Mila el delicioso *Non so più cosa dir*...

La tía Deborah entró de repente como un huracán; pero detúvose bruscamente, estupefacta, al ver al desconocido sentado familiarmente al piano de su sobrina.

– Tía, dijo Mila sonriendo, presento á usted al señor Francisco Villeroy, autor de *Odelette*, de esa *música profana*. Aquí tiene usted al profano. Ha entrado por la ventana, cosa más original tal vez que regular, y aunque no hemos sido «presentados» nunca uno á otro, ya somos los mejores amigos del mundo. ¿No es verdad, caballero? Recíbale usted bien, tía Deborah.

La señora Fletcher, no comprendiendo bien aquella broma, apenas hizo un ligero saludo, y Villeroy, entorpecido de nuevo por aquella interrupción, no supo qué decir. Roto el encanto, dirigió una mirada hacia su morral y su bastón y después á la puerta; deseaba irse y no sabía cómo arreglarse.

– Dispense usted, caballero, dijo la señora Fletcher: como extranjera, no estoy al corriente de las ideas modernas y de la música de hoy día. Me he conservado fiel á Beethoven, y no me va mal.

La tía Deborah no hablaba bien el francés; pero sabía hacerse comprender y decir claramente lo que deseaba expresar.

– Guarde usted su fe en Beethoven, señora, dijo Villeroy; no perderá nada en ello.

Y comenzó á ponerse el morral para irse.

– No, no, caballero, dijo alegremente Mila; deseo demasiado oir algunas de sus composiciones para permitirle que se marche así. Mi tía y yo invitamos á usted á comer con nosotras.

– No, no podría..., aún debo recorrer dos leguas antes de la noche. Gracias, añadió, tomando la mano de la joven, gracias y adiós.

Villeroy estaba ya en la galería.

– Hasta la vista, querrá usted decir, repuso Mila.

– ¡Quién sabe!..

Estas dos palabras se oyeron ya lejos. Muy pronto la delgada silueta del músico desapareció detrás de una arboleda.

– ¡Cómo!, exclamó la tía Deborah. ¿Ahora recibes á los vagabundos y á los locos que pasan por el camino? Debías avisarme.

– Los verdaderos genios son todos un poco locos, según dicen, y el Sr. Villeroy es un genio, replicó Mila.

– Pues yo prefiero entonces el talento al genio, dijo la tía, y también las personas que llaman á la puerta á las que entran por la ventana. ¡Convidarle á comer!.. ¡No hubiera faltado más que eso!. Bien hice en salir de Seaport para venir á velar sobre ti.

Mila se contentó con sonreirse; después se asomó al balcón, y apoyada de codos en la barandilla, con expresión meditabunda, siguió con los ojos á las golondrinas, que cruzaban el aire, lanzando su agudo grito, y comenzó á cantar con mucha dulzura una de las estrofas de *Odelette*, terminada la cual se puso á meditar.

Vivir como ella vivía, no pensar más que en su arte, no soñar más que en sus triunfos de artista, cerrar resueltamente su corazón á los sentimientos humanos, comprendiéndolos en los demás y no queriéndolos para sí, ¿no era esto perder en vano el tiempo?..

También pensaba confusamente que no sería una artista completa hasta que fuera verdadera mujer. Había aprendido de su arte todo cuanto se le podía enseñar, y su maravillosa voz, bien suavizada, era propia para emitir todas las notas posibles. Cuando tuvo ocasión de dar á conocer los recursos de aquella voz, habíanla aplaudido; el gran maestro francés debió admirarla sinceramente, puesto que sacó á la artista de su obscuridad; y sin embargo.. no se le ocultaba que los aplausos se dirigían sobre todo á la mujer de talento, que cantaba como discípula á quien se ha enseñado perfectamente; pero que jamás conmovió á las multitudes como lo hacen las verdaderas y grandes artistas. ¿Por qué?

Entonces se dijo que en toda su carrera, comenzada dos años antes, nunca había cantado como acababa de hacerlo para Francisco Villeroy. Este ejercía sobre ella una influencia extraña, que no era sin embargo únicamente la del maestro, la del músico, sino otra cosa. Toda su naturaleza vibraba bajo el encanto de su música, y de su mirada también. Mila apoyó su mejilla en la mano que él había besado, y sintió una impresión de exquisita dulzura, pero al mismo tiempo una tristeza profunda, ella, que era de carácter tan alegre; pero una tristeza sin amargura, á la cual se abandonaba, pareciéndole que volvía á ser niña, pequeña y humilde.

IV

Francisco Villeroy habitaba en Passy, en una calle tranquila, una modesta casa muy alta. Su habitación, medio ocupada por el piano, tenía un balcón muy grande, casi un terrado.

Cansado de trabajar, el músico asomóse al balcón fumando uno de esos cigarrillos que se han de encender de continuo y se apagan casi al punto, y cuyas espirales de humo blanco agradábale seguir perezosamente con la vista cuando se elevaban por el aire.

Era uno de esos días claros, fríos y de mucho sol propios del mes de octubre. Una parra trepaba á lo largo del balcón, dejando caer lentamente sus hojas de un color rojizo de sangre. El Bosque de Bolonia, muy hermoso en aquel momento, se extendía casi á sus pies, y el Monte Valeriano se destacaba claramente bajo un cielo puro y hermoso. Un bienestar indecible suavizaba los nervios de Villeroy, y disfrutaba de esa felicidad tan dulce que nos proporcionan el sol, la tierra que ostenta sus galas y el aire fresco y puro. En su cerebro calmado cantaba aún el ritmo melódico que le había perseguido toda la mañana y de que al fin era dueño. La alegría del artista, satisfecho de su obra – satisfecho por el pronto, sin perjuicio de inutilizar después lo que un momento antes le había encantado, – se mezclaba deliciosamente con la que comunicaba un sol esplendoroso.

– ¡Buenos días!, dijo á su oído una voz clara, de acento ligeramente extranjero.

Francisco se volvió vivamente, arrancado de su meditación tan de improviso: el Sr. Macready estaba á su lado, ofreciéndole la mano y sonriendo. Iba vestido, como siempre, con un esmero extremado, y estaba tranquilo y sereno. Hubiérase dicho que se había separado del músico la noche anterior, y que se disponía á continuar una conversación interrumpida; pero hacía ya tres años que aquellos dos hombres no se habían visto.

– ¿Le sorprende á usted verme?, dijo el Sr. Macready. Es muy extraño. A mí no me sorprende nada. La anciana Teresa me ha reconocido y dejado entrar, aunque guarda bien la puerta de usted, y heme aquí.

– Sí, estoy sorprendido, y sobre todo contento. La verdad es que me parecía presentir una dicha próxima en el aire que aspiraba con alegría.

– Exageración, siempre y en todo. Eso es cosa de nervios; hace buen tiempo, y usted siente su influencia, siendo, como es, un barómetro vivo

Y tomando una silla, el Sr. Macready se sentó á horcajadas, apoyando los brazos en el respaldo, y comenzó á fumar un gran cigarro muy fuerte.

– ¿Sabe usted que hace tres años que no da señales de vida?, dijo Villeroy.

– Ya lo sé. ¿Qué más?

– Le he escrito á usted y no me ha contestado.

El Sr. Macready se encogió de hombros, sonriendo de nuevo.

– Nada tenía que decir á usted, ó tal vez demasiado, como le plazca; y por otra parte, las cosas escritas adquieren una importancia que me asusta. Cuando uno ve su propio pensamiento en blanco y en negro, este pensamiento cambia de carácter y se acentúa; y extráñase haber sufrido, ó disfrutado de las cosas de la vida con una intensidad muy poco conforme con la mediocridad de su verdadera naturaleza. Quiérase ó no, siempre se hace literatura cuando se tiene la pluma en la mano, y la literatura personal es la que más aborrezco en el mundo. Hasta para las lágrimas verdaderamente sinceras se tiene la preocupación de hacerlas caer por las mejillas y no por la nariz, lo cual sería ridículo

– Y usted ha sufrido... Dispénseme...

– Nada tengo que dispensarle. Yo no he venido á verle sino cuando me ha parecido que me agradaría hablar de mi persona. Es un género de satisfacción que me permito un poco más raramente que la mayoría de los hombres, á quienes complace mucho detallar sus enfermedades morales ó físicas – sobre todo físicas; – pero en fin, esa satisfacción la busco algunas veces. Con usted pienso en voz alta, lo cual no importa mucho, pues de ordinario no me escucha, ó en todo caso olvida al punto lo que le refiero.

– Pues hoy, por extraordinario, contestó Francisco, sonriendo á su vez, estoy lúcido. Escucharé y recordaré.

– Pues no es lo mejor que usted podría hacer. Sí, he sufrido; tenía un hijo único, y ha muerto.

El Sr. Macready levantó la cabeza con ademán un poco altivo; no quería la compasión de los otros, ni aun la de Villeroy.

Pasados algunos instantes, continuó:

– No se me ocultaba que no viviría, y desde su infancia observé el mal que le ha minado lentamente. También sabía que era muy conveniente que muriese antes de haber transmitido una herencia implacablemente fatal; mas á pesar de esto, no dejé de hacer cuanto he podido para salvarle. Durante largos meses he vivido junto á él en una soledad absoluta, bajo un cielo singularmente benigno, y ha sido feliz á pesar de mi presencia. Era un joven muy sencillo, de carácter cariñoso como el de una mujer; pero yo le inquietaba y molestaba, y sin duda por eso repugnábale todo en mí, aunque al mismo tiempo le atraía. En cambio, todo en él me irritaba hasta el punto de exasperar mis nervios de hombre demasiado civilizado; mas á pesar de esto, le amaba. ¿Qué me impulsaba á martirizarle? No lo sé. Algunas veces adivinaba en él una ternura que se desbordaba, un impulso infantil, pero encantador, y otras hubiera dado mi fortuna, cinco años de lo que me queda de vida, para oir de su boca una palabra tierna y cariñosa; pero siempre permanecía silencioso, paralizado por el temor que yo le causaba No comprendía mis atenciones; pero aunque las hubiese apreciado en su valor, dudo que hubiera sido capaz de corresponder á ellas, porque su facultad de amar era superficial, como sus tristezas y sus alegrías. Sin embargo, repito que era un joven encantador, de carácter débil; pero que se hacía simpático á todos por este defecto mismo.

– Sin duda se parecería á su madre, dijo Villeroy un poco aturdidamente.

El Sr Macready permaneció impasible; pero su rostro, siempre pálido, tomó un color lívido. Sin embargo, pasado un instante, repuso con acento tranquilo:

– Tiene usted razón; era el retrato de su madre, sobre todo cuando, frío y rígido, reposaba en su lecho cubierto de flores. ¡La muerte ha sido clemente para él, á Dios gracias! Sus últimas palabras fueron: «¡Padre, déme usted un beso!» Así lo hice, y por primera vez desde su infancia ¿Por qué los seres humanos, que deberían ayudarse á soportar este cruel enigma de la vida, parecen empeñarse en hacerle más cruel aún? Si yo he sufrido algunas veces, también he hecho sufrir. Es una fortuna que mi hijo haya muerto, porque en su tumba por lo menos no le martirizaré más. Sin embargo, no soy malo; puedo tener pensamientos generosos; y también le diré, con toda sinceridad, que con frecuencia me ha ocurrido la idea de suicidarme, para librar al mundo de un ser tan inquieto, tan receloso y tan perjudicial como yo. Me parece que no lo he hecho por cobardía, por un vago temor á ese más allá, en el cual no creo mucho y que sin embargo tal vez existe.

El Sr. Macready dejó de hablar. Según decía muy

bien, delante de Villeroy pensaba en alta voz. El joven músico no se atrevió á interrumpir la meditación sombría en que estaba sumido el americano, y éste fué quien, volviendo en sí bruscamente, dijo con una voz muy distinta de la que le era peculiar:

—¿Y usted, amigo mío? No crea que he venido simplemente á utilizarle como confidente de tragedia. Aunque parezca que le olvido, no es así. Ya sé que el invierno último se estrenó una composición sinfónica de usted, de la que hasta los críticos más severos han hecho algunos elogios, lo cual prueba que la creían merecedora de mucho más. ¿Ha quedado usted satisfecho de la ejecución?

—Muy satisfecho, y hasta he creído un instante que, gracias á ese ligero éxito, iba á salir de mi obscuridad. ¡Ver su nombre impreso en grandes caracteres en un programa de concierto, qué alegría! ¡Bah! Algunas semanas después volvía á ser esa cosa algo vaga, ese «premiado en Roma,» cuyo nombre se conoce, pero que continúa en la obscuridad, esperando una suerte extraordinaria: la representación de una ópera que, en vez de conservarse olvidada en una vieja cartera, se dé á conocer y obtenga buen éxito. Creo que esperaré mucho tiempo

—¿Y siempre anda usted apurado para vivir, mi pobre Villeroy?

El músico, alegremente, con la expresión de un niño feliz, que le transfiguró en aquel instante, contestó:

—¡Nada de eso! Soy rico; tengo tres mil francos de renta. ¿Me entiende usted bien?.. *Tres mil.*

Y recalcó estas palabras mágicas con la alegría del pillete que ha robado la más hermosa manzana en el jardín del vecino.

—¡Qué fortuna!, exclamó el archimillonario. Y ¿cuál es el origen de ese Pactolo?

—Muy sencillo. Mi abuelo materno, viejo campesino avaro y rapaz, que no había querido nunca tender la mano á su desgraciada hija, murió hace un año sin dejar testamento. Ha resultado que era muy rico, y así es que mi parte de la sucesión me da, según he dicho, tres hermosos billetes de mil, es decir, la independencia, el derecho de trabajar para mí, para tener la alegría de producir sin pensar en el dinero. ¡Esto es la felicidad!

—¿Y sus tres mil francos le bastan?

—¡Cómo si me bastan! A mí se me figura que soy un Creso, y estoy como confuso delante de mis compañeros, pareciéndome que nunca me piden prestado todo lo que considero que podrían pedirme.

—Le debe consolar á usted que no se lo devuelvan nunca.

—¡Pardiez! ¿De qué les serviría devolverlo?

Y Francisco soltó una alegre carcajada, risa de niño, curiosa de oir en aquel trabajador inquieto, en aquel artista, cuyas tristezas se expresaban en sabias armonías. ¡Tan cierto es que la alegría se reduce comúnmente á una cosa exterior, como el centelleo de la cresta de las olas iluminadas por el sol, mientras que las formidables masas de agua conservan su color sombrío!

Después de haber dejado pasar aquel acceso de alegría, el Sr. Macready continuó su interrogatorio.

—¿Y qué hace usted ahora?

Villeroy se acercó á su antiguo amigo, llenos los ojos de una misteriosa alegría, y le puso la mano sobre el brazo, como para solicitar una atención profunda

—Trabajo, dijo, como nunca he trabajado. Escribo una ópera, una gran ópera.

—¿Y ha encontrado usted un libreto que no sea insulso?

—Escuche usted, es adorable. ¿Recuerda usted aquel delicioso cuento de Andersen, titulado *La Pequeña Sirena?*

—Vagamente. Algo floja me parece la tal Sirena para una gran ópera.

—No, tal como lo entendemos mi poeta y yo. Mi pobre Simonet vive tan obscuro como su músico; mas puedo asegurar á usted que es un verdadero vate. Nos encontramos por casualidad, y dos días después éramos antiguos amigos. ¡Ah, tiene una paciencia de ángel! Trabajamos juntos; él alarga ó acorta, toma mis ideas, y hace de ellas cosas tan lindas, que no las reconozco. Siempre soñé con un asunto fantástico, que fuera, no obstante, un verdadero drama, la alegría para los ojos, y al mismo tiempo una historia humana que pueda interesar, apasionar, donde haya fondo, como dicen los críticos en su jerga.

—¿Nada más que todo eso, y contenido en una historia de niño? Me hace usted cavilar.

—Una historia de niño, pero con más desarrollo, transfigurada, y que sea la historia eterna de la humanidad, enamorada de lo ideal, buscándole, desesperándose porque no le halla, volviendo á buscarle de nuevo y siempre, para no encontrar al fin más que una imagen de él, debilitada sí, pero divina, puesto que se lo recuerda vagamente... Ya recordará usted..., la pequeña sirena tiene quince años; le ha sido dado subir á la superficie del agua; allí ve un joven mortal, y ella, que no debe amar, le ama. Entonces canta, rodeada de sus compañeras, tan hermosas como ella; las olas se estrellan en medio de las escarpadas rocas, y el canto divino se eleva sobre el mugido del mar. Entre bastidores se oirá en lontananza otro muy alegre, que es el de los marineros; luego estalla la tempestad desencadenada, y siempre la voz de la sirena domina el estrépito de la tormenta, que no puede alcanzarla. El coro de los marineros, locos de terror ahora, se acerca más, su barco zozobra y la tempestad se calma. Muy pronto aparece un joven, cogido á un resto del naufragio; agotadas sus fuerzas, pide socorro; se desmaya; las sirenas le conducen hasta las rocas, y la más joven de ellas entona su canto divino, que el joven oye como en un sueño. Pero este canto se convierte luego en un grito de desesperación, porque la sirena quiere ser mujer á fin de amar. . Llama á la hechicera de los abismos, la cual se presenta de improviso y le dice que será mujer y amará, para que le sirva de castigo. Como precio de sus filtros, la maga pide á la sirena el don de su voz maravillosa, que no le será devuelto hasta la noche y el momento de su muerte, pues ha de morir; la sirena consiente; sale de las olas, ya mujer, y sus compañeras se lamentan á coro. Para conquistar al hombre á quien ama no tendrá más que su belleza, el encanto de sus ojos y la gracia de sus movimientos. Y el joven, volviendo á la vida, oye aún el canto que le sedujo, y persistirá en su sueño, pidiendo al destino que le dé á conocer la mujer de la voz divina. La sirena no es más que una mujer muda, encontrada junto á las olas; una náufraga como él, sin duda; un regalo precioso del mar enfurecido, que el joven ama como se puede amar á una niña adorable y fantástica; mas al despertar, no es ella la primera que ha visto. Una hija de la tierra, una princesa rodeada de su corte, ve al joven desvanecido, y éste se complace en creer que la voz que oyó es la de ella. ¿Cómo adivinar que la pequeña muda ha cantado?.. Y no obstante, á través de las peripecias del drama, el náufrago se muestra inquieto y busca. Una noche oye de nuevo aquel canto—que será el principal motivo de mi obra,—ese canto que parece implorar y gemir; y loco de amor, el joven trata de coger entre sus brazos á la que le entona. Pero la hija de la tierra ha oído también aquella música adorable; retiene algunos fragmentos de ella y los murmura al oído del príncipe; y éste, como sucede á muchos, pasa junto á la felicidad sin sospecharla nunca... El reflejo de la perfección es ya cosa maravillosa; el príncipe ve en aquella joven un recuerdo, un ideal, y cree no amar más que á ella... Su pueblo quiere ver una reina junto al soberano, y la princesa, bella y seductora, es aclamada. La fiesta de bodas dura hasta la noche. Desde un terrado que domina el mar la sirena ve pasar por el salón de baile las parejas que giran rápidamente; mientras que la música triunfante produce sus armonías. La sirena recobra su voz, porque ha llegado la noche y debe morir; sus hermanas la llaman desde lejos, y una vez más se eleva su canto maravilloso, magnífico y puro, cerniéndose sobre sus pesares de ser mortal, como en la primera escena, y dominando el rumor de las olas. El príncipe, fuera de sí, precipítase hacia ella y reconoce á la pequeña muda; pero su belleza es tan sobrenatural como su canto, y la implora de rodillas. Entonces ella le revela su secreto, porque sabe que se acerca el momento de su muerte; y gracias á su poder de sirena, hará de modo que el príncipe no conserve de aquella escena de amor más que un dulce y vago recuerdo. Imagine usted lo que será ese dúo de amor puro, ideal y extraño, que ha de tener por término la muerte... Después de su confesión, después de un solo beso, la sirena abre sus brazos, llama á sus hermanas, y se deja caer al mar, puesto que para obtener aquel instante de dicha fué convertida en mortal... Cuando la esposa del príncipe encuentra á éste solo en el terrado, mira al mar, que fosforece bajo la claridad blanca de la luna, y el príncipe repite, atrayendo á sí á su joven esposa: «¿Con que no era más que un sueño?..»

—Podría oponer objeciones á ese libreto, amigo mío, dijo el Sr. Macready.

—¡Oh, sí! Siempre hay objeciones; pero todo desaparecerá ante la magia de los versos y de la música. Ya verá usted; será un asunto palpitante de pasión, de poesía y de vida. Oigo el canto de la sirena en mis sueños y despierto; un poco más, y viviré realmente. Necesito como acompañamiento el rumor de las olas. Durante este verano he seguido la orilla del mar por espacio de algunas semanas, escuchando el dulce ruido que produce el agua al deslizarse sobre las finas arenas, y el rumor de las olas que van á chocar contra las rocas, ó que al retirarse hacen rodar los guijarros. He seguido la costa, avanzando siempre, sin saber dónde me detendría, anotando cada sonido y penetrándome de esa monotonía infinitamente variada, que en Bretaña es más majestuosa. Allí escuché la tempestad en Belle-ile; y echado de bruces sobre la arena durante largas horas, oí el ruido formidable del Maumusson al otro lado de la isla de Oleron, en la gran soledad desolada de las dunas y á la sombra de los pinos, únicos árboles que crecen en aquel terreno arenoso. Allí la sirena me ha dejado oir su divina canción, y no soy yo quien la ha compuesto, pues le aseguro á usted que la he oído. Creo que la alegría me trastornó un poco, porque volví á mi posada como embriagado, y aquella misma noche quedó bosquejada la gran escena de mi ópera.

—Cántemela usted.

—¡Es tan poca cosa en el piano! Es necesario representarse la gran orquesta de la Opera: primeramente los efectos de arpa, una frase de flauta y sonidos infinitamente dulces y extraños; después los violines prosiguen el tema, desarrollándole en mayor extensión á lo infinito, hasta el momento en que, des de el fondo de los espacios, llega la tempestad, que amenaza primero y estalla al fin. Se debe adivinar el sol velado por las nubes que corren, el viento que encrespa las olas, y que desencadenado después, las acumula, las hace chocar y las rompe. Entonces, toda la orquesta resuena, formidable, furiosa, espléndida..., y no se apaciguará sino para dejar oir esa voz divina que, dominando la borrasca, sin temerla, se eleva y baja, siguiendo en sus modulaciones el vaivén de las olas Es preciso que en el canto se note la calma de las cosas sobrenaturales. El tumulto de las olas estará en la orquesta; la belleza eterna que le domina es risueña, porque es eterna también.

El músico, poseído de su sueño, fué á sentarse al piano, y sacó del ingrato instrumento sonidos de una dulzura exquisita. Sí, Villeroy había escuchado seguramente la voz de las olas, pues el Sr. Macready creyó ver de nuevo tranquilas playas, de finas arenas, y después otras orillas inhospitalarias de peligrosas rompientes. Con su voz muy velada y fina, maravillosamente suavizada y dirigida con mucho acierto, Villeroy cantó, y su sueño de poeta produjo honda impresión en el oyente Rara vez música humana había franqueado así los límites que separan lo real de lo ultramundano, lo finito de lo infinito. Allí había ternura humana, ternura de mujer amante; pero sobre todo aspiraciones hacia un mundo distinto, donde la alegría será dulce y la tristeza feliz, donde no se contará el tiempo, y donde el alma, meciéndose en lo divino, se confundirá en la eternidad bendita.

El Sr. Macready, impresionado desde las primeras notas, apenas respiraba, porque su única felicidad, su única pasión era un amor profundo á la música. Escuchándola, hasta olvidaba su inquietud y sus enojos, él, que era el hombre desgraciado é inquieto por excelencia. Y escuchando, veía la escena, y parecíale oir una voz rara, una voz llena de seducciones, voz de sirena, en efecto, que cierto día de sol escuchó en lo alto de una montaña á la vista de las azuladas olas del Pacífico.

—Es una maravilla ese canto de sirena, amigo mío, dijo el Sr. Macready; es una obra maestra.

Villeroy no contestó; no hizo más que mover la cabeza, y con la vista vaga y excitado, siguió modulando frases lánguidas, llenas de armonía.

—Pero ¿dónde encontrará usted una mujer capaz de expresar lo que usted ha soñado?

—Ya la encontré, contestó Villeroy con voz de sonámbulo.

—¡Ah!.. ¿Y se llama?

—Mila del Paso, y debe debutar la semana próxima en el *Talismán* de Surgeres.

Al oir esto, el Sr. Macready, saliendo de su calma habitual, hizo un brusco movimiento.

—¡Cómo!.., exclamó. Vamos, amigo Villeroy, vuelva usted á la vida real, y dígame cómo ha conocido á la señorita del Paso

Villeroy tomó asiento en un taburete, enfrente del americano, y sonrió

—Es muy sencillo, dijo. En mi viaje para buscar el canto de la sirena, y al pasar por delante de una casita situada en medio de un vergel normando, oí una voz de mujer que cantaba la *Odelette*, compuesta para usted, y sólo para usted. Aquella mujer tenía una voz exquisita, pero no avivaba bastante el movimiento. Salté por el jardín, franqueé después la ventana y me senté al piano antes de que la joven que cantaba tuviera tiempo de gritar. Por lo demás, aquella señorita se repuso muy pronto de su temor, y cantó la *Odelette* como yo quería que la cantase.

(Continuará)



El trapero, cuadro de Juan Luna y Novicio

PRETORIA Y PORT ELIZABETH

Las guerras, á través de sus muchas desventajas y calamidades, tienen siquiera una ventaja que no deja de ser atendible: la de dar á conocer más ó menos detalladamente los puntos en que sus principales peripecias se desarrollan, despertando, desde el punto de vista geográfico, una curiosidad en muchos casos útil por lo que contribuye á difundir entre la masa del público unos conocimientos que hasta entonces le tenían perfectamente indiferente, siempre que no afectaran sus intereses.

Algo de esto sucede hoy con la región meridional de Africa, en donde con motivo de la aventura del doctor Jameson invadiendo á mano armada el Transvaal, se ha fijado con alguna particularidad la atención de Europa, atención doblemente excitada por las noticias y grabados que vienen publicando las revistas especiales.

¿Quién se ocupaba hacía poco tiempo de dicha República ni de las principales poblaciones del Mediodía africano? ¿Quién se cuidaba de si había allí puertos, ni capitales como las que sirven de epígrafe á estos párrafos? Pero ha estallado allí la guerra, y aquellos nombres, conocidos, es verdad, de los que habían estudiado geografía, pero poco menos que olvidados después, han vuelto á la memoria, y se buscan acerca de ellas los detalles descuidados y se desea averiguar sus condiciones y modo de ser, resultando de aquí, como al principio decimos, una ventaja para la difusión de los conocimientos geográficos.

A satisfacer esta curiosidad, en nuestra modesta esfera, van encaminadas estas líneas, en las que se indica algo de lo que son las mencionadas ciudades.

Pretoria, capital de la República Sudafricana ó del Transvaal, está situada á 378 kilómetros ONO. de Lourenço Marqués y de la bahía de Delagoa, esa posesión portuguesa de las playas africanas del mar Indico en la que tienen puestas sus codiciosas miradas los ingleses, en la región de las fuentes del río Limpopo, tributario de dicho mar, junto á la orilla izquierda del río Apies, afluente del Limpopo superior, que fertiliza su término, y á 1.356 metros de altitud sobre el nivel del mar. Su población es de 8.000 habitantes, inferior en esto á la ciudad de Johannesburg de la misma República, que hoy cuenta más de 40.000.

Pretoria fué así llamada en honor de Pretorius, el jefe de los boers fugitivo de la República de Orange en 1848, cuya cabeza fué puesta á precio por los ingleses, y que fué el primer presidente de la República Sudafricana. En 1855 se la designó para capital. Situada en un llano suavemente inclinado, ceñido al Norte por los Montes Magalies, ocupa una extensión de terreno bastante considerable, porque cada familia habita una casa entera. Está construída con bastante regularidad; pero no se parece en nada á las ciudades europeas. Sus calles son muy anchas y cortadas en ángulo recto; á ambos lados de ellas corre un arroyo cuyas aguas se utilizan para regar los jardines y huertas que hay alrededor de las casas. El agua sobrante va á parar al estrecho cauce del río Apies, que dirigiéndose al Norte, al través de una brecha de los Montes Magalies ó del «Rinoceronte negro,» se reune, según queda indicado, con el Limpopo.

Las plazas públicas de Pretoria son tan grandes, que en ellas se apacientan los ganados de la ciudad y sirven además de lugar de campamento á las muchas familias que á ella afluyen del campo cuando se celebran las principales fiestas religiosas. Con frecuencia se las ve llenas de tiendas de campaña y de vagones en los que se albergan los numerosos huéspedes que llegan de todos los puntos del país.

Sin embargo, Pretoria propende cada vez más á perder su aspecto campestre, para adquirir la fisonomía de las poblaciones europeas. Desde que se ha convertido en un lugar de tránsito para los innumerables extranjeros á quienes la sed de oro conduce hacia el Norte, á los yacimientos auríferos ha pocos años descubiertos y que comunican á aquella región el aspecto que tiempo atrás presentaron California y Australia, Pretoria ha adquirido más animación, y al silencio de sus calles sucede el bullicioso movimiento cosmopolita; va aumentando el número de casas en el barrio central y á los mercados acuden muchedumbres considerables. Este movimiento se acentuará más cuando esté terminado el ferrocarril en construcción que debe enlazar á la capital con el Océano Indico, y crecerá grandemente cuando se construya otra vía férrea de Pretoria á Kimberley, vía de 522 kilómetros de longitud que la unirá con la red de ferrocarriles de la Colonia del Cabo; entonces la importancia comercial de esta ciudad, cuyas producciones no tienen hoy toda la fácil salida que sería de desear, excederá con mucho á la que hoy pueda tener como residencia del gobierno de la República Sudafricana.

La segunda de las ciudades á que hemos aludido, Port Elizabeth ó Puerto Isabel, puerto de la Colonia del Cabo, es cabeza del distrito del mismo nombre en la provincia del Sudeste, situada á 663 kilómetros al Este de la Ciudad del Cabo en la bahía de Algoa, tiene 18.000 habitantes y fué fundada en 1820; desde entonces ha adquirido tan considerable desarrollo que hoy se considera como el puerto más animado de toda el Africa meridional y excede en importancia comercial á la misma Ciudad del Cabo, tanto que hay líneas de vapores que van á Port Elizabeth sin tocar en el Cabo. La ciudad está construída en el suave declive de una colina; su calle principal tiene una longitud de cuatro kilómetros paralelamente á la playa, y sus arrabales cuyo caserío aumenta de día en día se extienden á lo largo de los caminos del interior. Los indígenas, cafres en su mayoría, se agrupan en tiendas fuera de la ciudad, á la que acuden para ganarse la vida en las obras del puerto. Un acueducto de cincuenta kilómetros lleva á ésta el agua necesaria para el consumo y para el riego de su magnífico jardín botánico y de los muchos particulares que rodean las casas. – S.



EL PALACIO DEL GOBIERNO EN PRETORIA, CAPITAL DE LA REPÚBLICA SUDAFRICANA Ó DEL TRANSVAAL (de fotografía)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

Sevilla intelectual, por *D. José Cascales y Muñoz*. – Bajo este título ha publicado en Madrid el conocido escritor sevillano Sr. Cascales un abultado volumen, que resume, en cierto modo, el movimiento intelectual contemporáneo de la poética ciudad del Guadalquivir. Setenta y cinco biografías de todos aquellos ingenios hispalenses que más se han distinguido en el cultivo de las letras y las artes componen el libro, galantemente escritas, con gran copia de datos y observaciones personales que dan á conocer el carácter y condiciones de cada biografiado.

Es una obra digna de ser conocida y destinada á prestar utilísimos servicios por el gran caudal de antecedentes que contiene, singularmente en el apéndice. Va precedida de una carta de Menéndez Pelayo.

Véndese en la librería de D. Victoriano Suárez, calle de Preciados, 48, Madrid, al precio de 5 pesetas cada ejemplar.

La España Moderna. – El último número de esta notable revista es muy importante. Entre los muchos estudios de gran interés que contiene, sobresale uno inédito de Doña Concepción Arenal acerca del estado actual de la mujer en España, y los Recuerdos de Echegaray, en los cuales nos refiere el ilustre dramaturgo sus memorias íntimas.



La calle principal de Port-Elizabeth, el puerto más importante de la colonia inglesa del Cabo (de una fotografía)

Villanueva y Geltrú y su Instituto Balaguer, por *Francisco Gras y Elías*. – El celebrado escritor Sr. Gras y Elías ha reunido en un folleto de cerca de cien páginas sus recuerdos de una excursión á Villanueva y Geltrú, consagrando especial atención al Museo-Biblioteca Balaguer, esta institución hermosa, timbre de gloria para uno de los hijos predilectos de nuestra amada tierra catalana. El Sr. Gras y Elías con la galanura de estilo que en él es característica describe de una manera tan poética como exacta las poblaciones de Sitjes y Villanueva y dedica varios capítulos al Museo, estudiando detenidamente la fundación del Sr. Balaguer y alternando con la nota erudita la noticia curiosa, el episodio entretenido, el detalle interesante. La obra del Sr. Gras ha sido impresa en Madrid en la imprenta de R. Anglés.

Revista política ibero-americana. – En esta revista, que se ha comenzado á publicar hace poco, se ha refundido la titulada *Pro patria*. Los dos números de la misma que hemos recibido son de verdadera importancia, así por lo notable y variado de los trabajos en ellos contenidos como por la valía de los nombres que al pie de éstos figuran. En prueba de lo que decimos, citaremos entre otros los artículos siguientes: *La mujer y el niño en la crisis obrera*, por D. José Canalejas y Méndez; *Las islas Filipinas* (fragmento de un libro), por D. Víctor Balaguer; *Recursos y vida de la América latina*, por don Ricardo Becerro de Bengoa; *La disolución del Parlamento*, por D. Segismundo Moret y Prendergast; *El problema de la soberanía en la Constitución española*, por D. Antonio Royo y Villanova; *Teoría del caciquismo*, por D. Rafael Salillas; *Platón* (boceto), por U. González Serrano. Contiene además cada número una Crónica de política interior, por D. Emilio Castelar y otra de política exterior, por D. Gumersindo de Azcárate, varias revistas y otra multitud de interesantes trabajos. Con la *Revista política ibero-americana* se reparten boletines semanales de sesiones de Cortes, proposiciones y proyectos de ley, reunión de Comisiones, interpelaciones y cuanto se refiere á la vida parlamentaria. Suscríbese en Madrid, calle de la Bola, 8, pral.

Almanach de la Campana de Gracia. – Cuando una publicación ha logrado conquistarse el favor incondicional del público y conservarlo por espacio de veinte años, como acontece con este almanaque, huelgan todas las alabanzas. Por esto diremos tan sólo que el de 1896 contiene gran número de dibujos, debidos á artistas tan conocidos como Apeles Mestres, Miró, Foix, Pellicer, Cuchy, Vázquez, Gómez Soler, Labarta y otros no menos reputados, y trabajos literarios de los mas notables escritores catalanes; que se ha publicado en forma de tomo igual á los de la *Biblioteca Diamante*, que edita la misma casa de López, y que se vende á dos reales.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XV — Barcelona 3 de febrero de 1896 — Núm. 739



ESTATUA DE SHAKESPEARE,
obra de Mac-Monnies, destinada á la Biblioteca Nacional de Wáshington

SUMARIO



El famoso pintor inglés Federico Leighton, fallecido en 25 de enero de 1896

A las pocas semanas de haberle elevado el gobierno británico á la dignidad de par de Inglaterra, ha fallecido en Londres sir Federico Leighton, el pintor de universal renombre, la figura más grande del arte inglés contemporáneo. Aquel nombramiento, hecho á fines de 1895, coincidió con el jubileo del artista, es decir, con el quincuagésimo aniversario del comienzo de la carrera en que tan brillantes triunfos ha conseguido.

Leighton, descendiente de una noble familia, nació en diciembre de 1830, y á los quince años, hallándose en Francia, resolvió dedicarse á la pintura. En 1855, después de haber estudiado en Roma, Berlín, Francfort, Florencia, Bruselas y Viena, presentóse por vez primera en público exponiendo su lienzo *La procesión de la Madona de Cimabile recorriendo las calles de Florencia*, que fué muy admirado y que adquirió la reina Victoria. En 1864 fué elegido asociado de la Real Academia de Londres, en 1869 miembro de número y presidente en 1878.

Leighton era además excelente escultor, admirándose en todas sus obras escultóricas la maestría con que supo unir los conceptos de verdad y de belleza. Poseía multitud de idiomas, era orador de fácil y elocuente palabra y su caballerosidad y amable trato conquistábanle en seguida las simpatías de cuantos le hablaban.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SPORTMAN, SPORTMEN Y «SPORMENT»

Aun cuando no falta quien todavía ande renegando de los estilos franceses, la verdad es que si del Oriente vino la luz, de las regiones semipolares viene la moda ahorita mismo. Ha empezado lo británico por la chiquillería (los *babies*, para decirlo en frase ortodoxa) y ha ido subiendo hasta los hombres hechos, derechos y bien barbudos. Las señoras son las que más se defienden de la invasión. Guardan el culto de Francia, permanecen fieles al trapo gracioso, á la instalación ingeniosa, á los hábitos finos, á la molicie, á inmaterialidad de la mujer latina: luchan contra el *beefsteak* sanguinolento, contra el zapato duro, contra el paño recio, contra la polaina, contra el sombrero gacho, contra la equitación y la caza y la bicicleta y el patinaje; en suma, contra todo lo que constituye esa manera de ser á la vez hombruna é insípida que se llama *sport*.

La insipidez del *sport* consiste en que propende á fomentar y desarrollar la vida física amortiguando la actividad del cerebro. Yo no censuro el ejercicio, antes soy su decidida partidaria: sólo que lo estimo como *medio*, jamás como *fin*. Esta existencia que hemos recibido de Dios las pobres *cañas pensadoras*, según frase de Pascal, debe de tener algún objeto superior al de que *Bob* (anglonormando puro) adelante en la pista á *Giaour* (mixto de árabe), ó al de que el *yacht Nightingale* gane unas cuantas brazas de ventaja al *yacht Dove*. No es reprobable (¿qué ha de ser?) todo ese traqueteo y esos afanes que siempre paran en ir más aprisa, más aprisa, como si la corriente del tiempo no nos empujase con harta velocidad al obscuro abismo de la muerte. Sin embargo, que un hombre de bien no llene más fin trascendental que *batir el record* (manes de Cervantes, huíd despavoridos), paréceme algo humillante para el rey de la creación.

Leemos en muy respetables autores y encontramos en el archirrespetable *Génesis* que las especies animales han sido criadas por el Autor del universo, con el encargo de servir al hombre. En nuestra época hemos variado de estilo, y animales vemos por ahí que son servidos, regalados y mimados y hasta tiernamente besados por sus dueños, en premio de que, teniendo cuatro patas, hicieron la gracia y el milagro de moverlas. Nuestra época, que posee la sal de Dios para inventar nombres, ha discurrido este, delicioso: *hombres de caballo*, que son los que se pasan lo más florido de la mocedad y lo más achacoso de la vejez pendientes del rabo de un *poney* ó pensando en suprimir dos centímetros de cuero en las guarniciones del *tandem* que guían...

Ningún escritor pedagógico, es cierto, ha dejado de recomendar los viriles juegos que por *sport* se conocen. ¡Es bueno, es excelente, montar, cochear, cazar, *alpinistear*, correr, remar y hasta bailar la mazurca!, con tal que no se haga una religión de estas habilidades. Conviene tener músculos, y también seso; conviene andar, y no conviene menos pensar y discurrir. Una cosa debe decirse en detrimento del *sport* tal cual hoy se practica en España: y es que no da frutos (ó no los vemos). Ni robustece los cuerpos – pues pone grima contemplar á esos consabidos *sportmen*, – ni las voluntades – pues no salen por ahí varones de gran resolución ó iniciativa, ni que en las calzas prietas, verbigracia, de un duelo sepan quedar con lustre, – ni engendra virtudes patrióticas – pues á fe que en Cuba no pululan los voluntarios del *sport*.

Debe reconocerse que esta moda, lo mismo que otras muchas, está prendida con alfileres. No constituye entre nosotros una pasión nacional; no viene de la entraña de nuestro ser. Excepto la bicicleta, el más barato, el democrático, bien podemos decir que los demás *sports* no arraigan: me refiero á los modernos, á los importados. Claro está que el español no necesitó las auras del Támesis para montar soberbios potros, cazar, correr liebres, tirar á la barra, jugar á la pelota y á los bolos, y nadar como un pez en los puertos y en los ríos. Guiar ya no era tan común, y se solía dejar á los cocheros este cargo; el *yachting* y la boga fueron patrimonio de la gente de mar, y no obstante, señoreamos el Océano cuando nuestros magnates no tenían *yachts*, pero sí flotas para el servicio de la patria; el alpinismo se ignoraba, pero ¡flojas marchas las de nuestros tercios, y apenas si les sobraba coraje á los soldados españoles para desalojar de sus posiciones al enemigo, gateando monte arriba, aunque fuese por el filo de un cuchillo ó por las mismas nubes!

En suma, el *sport* es una moda á que sólo rinden tributo los muy desocupados, los millonarios, ó los que viven como si lo fuesen. Cuando se verifiquen en Madrid carreras de caballos, trataré de describir el frío, el aburrimiento que en ellas se respira. Será un cuadro de tintas grises, donde sólo se destaquen los colores crudos del traje de los *jockeys*. No he visto diversión que menos divierta, ni que le sea más indiferente á la multitud. Todo el regocijo de los toros es en las carreras incuria y caimiento. España no se ha enterado del *sport* hípico. En cuanto al alpinismo, los que subimos á las montañas no más que por el gusto de subir y de respirar aire purísimo, constituímos una excepción algo tildada de extravagancia. Por lo que hace al *tennis* y al *foot ball*, quien los ha visto jugar en Inglaterra no los conocerá en España. Se diferencian como un vals de un *minuet* empolvado y encasaconado, ó como un fandango de un entierro. Aquí falta el *entraînement*.

¿Qué se deduce de lo expuesto? Que en España no hay *sportmen* al estilo inglés, ó por lo menos sigue habiendo los que hubo desde el año de la nanita; los buenos acosadores de osos, los corredores de liebres, los jinetes gallardos, los diestros y firmes honderos, de quienes procede el *pelotari*... La exactitud de mi afirmación se demuestra con sólo reparar cómo y á quiénes dan los diarios ese nombre de *sportmen*, que muchas veces desfiguran grotescamente y usan en plural cuando debe ser en singular, de suerte que leemos párrafos del tenor siguiente: «Ayer han contraído matrimonio en la capilla del Desengaño la bellísima señorita de Anguílez y el conocido «*sporment*» vizconde de la Riendalarga. Deseámosles una eterna luna...» y lo que sigue ¡El nombre es tan peregrino aquí como la entidad á que se aplica! Crean ustedes, apenas hayan fijado los ojos en el párrafo relativo al consabido desposorio, que ni el novio es *sportman* ni es cosa alguna, y que por no saber qué calificativo soltarle le han soltado ese.

Sí; por regla general, de cien casos en noventa y nueve, cuando hay que llamarle *sportman* á un hombre, es que no se le puede llamar ninguna otra cosa de este mundo. Si yo perteneciese al sexo que desempeña todos los cargos, puestos y oficios, me enfurecería con quien me dijese *sportman*, que sería tanto como decirme en buenas palabras ocioso, vago de real orden, socio honorario del Inútil Club, y excrecencia ó berruga social. Al poner á alguno de *sportman*, en la mente del periodista se ha enlazado esta serie de razonamientos: «Tenemos á un *punto* que ni lee, ni escribe, ni esculpe, ni labra la tierra, ni lleva la contabilidad de una casa, ni siquiera tornea de afición... ¿Qué diablos le pondré? El *acaudalado*... No, porque consta que no tiene un real partido por medio. El *inteligente*... No, porque se reirían hasta los guardacantones. El *simpático*... Suena mal la palabreja. ¡Idea salvadora! Creo haberle visto una vez en las carreras de caballos y otra en la contrabarrera de la Plaza... Además lleva las levitas bien cortadas y á la última... Hágote *sportman*.»

Este raciocinio por exclusión es sin género de duda el que dió origen á que aparezca entre nosotros la casta nueva de los *esportmen*, que podrá, vista de muy lejos, desde Inglaterra, pongo por caso, hacer cierta ilusión, y figurar que el britanismo ha cundido y puesto su silla en España.

A pesar de que creo que el *sportman*, hoy por hoy, es algo como un ente de razón entre nosotros, no he de negar que existen, en corto número, eso sí, los *hombres de caballo* y hasta los *hombres de cuadra*. Hay en Madrid quien no vive ni respira sino para sus coches, troncos, caballerizas y guadarnés. El año se les va á estos pocos en meditar cómo sacarán, en las próximas carreras, el más lucido tren, el *mail* más nuevo, las libreas más genuinas. Todo cuanto se oye por ahí de lo que varían sus atavíos las mujeres, es flor de cantueso para lo inconstante de la moda en caballos y coches. Una hebilla diferente, un botón plano ó redondo, un resorte más ó menos, son delitos de lesa moda en esto de carrocería. Trenes que á primera vista nos parecen magníficos á los profanos, están para los inteligentes muy anticuados y feos, y reconozco con humildad que me puse colorada de haber elogiado una (á mi entender) preciosa carretela á la gran Daumont, con sus bonitas libreas de raso y sus blancos peluquines, cuando vi la suma de solecismos y de errores que había en la tal carretela, según el parecer de los peritos y maestros en tan arduo asunto.

¡Guarte sobre todo, si no sois profesores, con alabar á los caballos! Un caballo de lujo es como una mujer hermosa: que por hermosa que la supongáis, ha de tener, á la fuerza, alguna falta, sobra, maca ó tacha esencial, si ya no es que tiene una docena. Si se os ocurre decir primores de un caballo y no añadir que hay este pero y aquella manzana, ya os habéis caído del pedestal. Además, un caballo de lujo es (también como una mujer extremadamente bella) objeto delicado, frágil, que demanda cuidados exquisitos. El dueño de un tronco de mérito y precio no puede usarlo sino para ir por ciertas calles, siempre las mismas, con un itinerario fijo como el de la procesión del Corpus, sorteando ciertas cuestas, evitando la mayor parte de las calles, observando de qué lado sopla más fuerte el Guadarrama, para que los nobles animales no expongan á él su pecho húmedo de sudor. Para los usos y necesidades de la vida, las tiendas, el club, las casas de los amigos, el teatro, etc., hay otros troncos, de resistencia y utilidad. Estos tan estimados sólo son de aparato y respeto, como las camas de *parade*, pues se les mira lo mismo que si fuesen los bridones que Júpiter uncía á su carro, y

...cuyas crines
oro resplandeciente parecían,
y duro bronce el casco sonoroso;

ó más bien aquellos otros por siempre memorables, que guiaba Automedonte, cochero de Aquiles,

...Janto y Balío
que en correr á los vientos igualaban,
del Zéfiro nacidos y la Harpía
Podarga, que del mar en la ribera
pacía descuidada, cuando vista
por el Zéfiro fué...

¡Ah! Los sacros caballos de la *Iliada* servían para ganar batallas...

De plata y diamantes herraríamos ahora á los bridones que nos prestasen igual servicio, en vez de lucirse dando un paseíto por determinada acera de determinada calle de Madrid.

EMILIA PARDO BAZÁN





LA VENUS DE MILO

3 de febrero de 1820

Célebre estatua de la mejor época de la escultura griega, atribuída por algunos críticos á Fidias

Llámase de Milo por haber sido encontrada en la isla de este nombre, perteneciente al archipiélago de las Cíclades.

Todavía, dice un viajero, las mujeres de esta isla recuerdan fuertemente los rasgos principales del tipo de belleza que inmortalizó en el mármol el cincel griego. De líneas puras y enérgicas, de grandes y rasgados ojos, poseedoras de hermosa y espléndida cabellera dispuesta en derredor de la frente como elegante corona, las jóvenes de Milo son dignas de ser admiradas. Mas no dura mucho tiempo la admiración que su belleza causa en el ánimo del extranjero que por vez primera las contempla; sujetas á la esclavitud en que vive la mujer en Oriente, tan pronto como observan que se las contempla, se levantan del lugar donde se hallen sentadas (comúnmente lo están en la puerta de sus viviendas) y desaparecen en el interior de la casa. De otro modo sufrirían cruel castigo por parte de sus padres, hermanos ó esposos.

Como las hijas de Caria, las de Milo, por vicisitudes de las contiendas perennes que mantenía la lucha del predominio sobre la Grecia Antigua entre Atenas y Esparta, hubieron de participar del terrible castigo impuesto á ambas islas por los atenienses en distintas épocas. Además de arrasadas sus poblaciones y de sumidos sus habitantes en la mísera condición de esclavos, ordenóse que las jóvenes no pudieran negarse á servir en los talleres de los Fidias, Alcamenes y Praxiteles para el oficio de modelos. Así pues, á tal ley, que si tenemos en cuenta el amor religioso con que el griego adoraba el arte, no tenía nada de particular, como imposición hoy y siempre ha de considerarse humillante, débese poder admirar aquellas hermosas estatuas del pórtico del *Erecteon* denominadas *cariátides* y la famosa *Venus de Milo*.

Este hermosísimo trozo escultórico, declarado sin igual por artistas y críticos, fué descubierto el día 3 de febrero de 1820 en la isla de Milo. Descubriólo un labriego que araba un campo de su propiedad, situado á medio kilómetro de las ruinas del teatro. A la sazón del hallazgo, viajaba por el archipiélago el teniente de navío de la marina de guerra francesa M. Dumont-d'Urville, quien enterado de la nueva por las autoridades turcas, fué á ver la estatua. De su visita é impresión hizo una *memoria* que, leída por el embajador de Francia en Constantinopla marqués de Riviere, hizo que éste dispusiera que el secretario de la embajada intentase los medios posibles para adquirirla.

Las autoridades de la isla se opusieron tenazmente á que la Venus pasara á poder de extranjeros; sin embargo, en fuerza de constancia, de recurrir á toda clase de artes diplomáticas y últimamente hasta á las amenazas, el dicho secretario obtuvo la cesión. Pero en el día mismo que M. de Marcellus llegaba en busca del preciado tesoro, éste lo embarcaban en un barco turco por orden del príncipe Morosini, intérprete de la Sublime Puerta. Ya en Constantinopla, las negociaciones del diplomático francés fueron más rápidas y decisivas, y Francia obtuvo mediante una fuerte suma la estatua, que hoy guarda en el museo del Louvre.

***

Creo innecesario describir esa obra sublime del arte griego. La reproducción que ilustra esta efeméride da una imagen exacta de la celebrada Venus; mas juzgo de interés ofrecer aquí un extracto de cuanto se ha dicho y supuesto respecto de lo que representaba.

Fundándose en el movimiento de los muñones de los brazos, que indica que el derecho estaba bajado y el otro tendido, algunos críticos y anticuarios dicen que debía formar parte de un grupo parecido al de *Venus y Marte* que, grandemente mutilado, se conserva en el Museo de Florencia. En este grupo, la diosa, á la que envuelve un paño en parecida disposición al de la *Venus de Milo*, apoya el brazo derecho en la espalda de Marte y con la mano trata de apoderarse de la correa de la cual lleva suspendida la espada el dios de la Guerra. Otros investigadores suponen, por la dirección de la mirada, que la dirigía á otra figura emplazada delante de ella y á alguna distancia; por último, otros creen que la *Venus de Milo* no fué nunca más que una sola estatua.

Aceptada esta última suposición, falta saber el objeto que tenía, lo que representaba. Sabidas son las infinitas *advocaciones* que la Astarté Fenicia tuvo en Grecia. Desde el primitivo símbolo, una piedra cónica, hasta la Venus de Gnido, *summum* de la belleza femenina puramente sensual, el mito de Venus obtuvo representaciones plásticas y religiosas sin cuento. Así pues, cuéntanse *Venus afrodita* (de los helenos), *Venus generatriz*, *Venus victoriosa*, *Venus marina*, *Venus* Πόρνη (lo dejaremos en griego por razones de moralidad), *Venus celeste* y otras más que de apuntarlas aquí formarían nomenclatura larguísima. A ninguna de esas representaciones cuadra la figura *Venus de Milo*. La gravedad y majestad de su semblante, la casta línea de su torso, el reposo de la actitud, la mirada dirigida á lo lejos, todos estos detalles y condiciones plásticas de la figura, como asimismo la indumentaria de ella, son bastantes á sumir en un mar de confusiones á cuantos peritos en estas materias arqueológicas han pretendido asignarle una representación definida.

Quizá algún día pueda llegarse á encontrar la solución de este enigma artístico-arqueológico, el cual todavía preocupa á una porción de sabios; pero mientras tanto siguen las conjeturas; y por ahora parecen más cercanas á la verdad las de aquellos que creen que la Venus formaba parte de un grupo. Fúndanse en que, además de lo ya expuesto arriba, la corrección del modelado y la misma ejecución, aparece fatigosa ésta, y aquélla menos correcta por la parte del torso, que corresponde al brazo levantado, que al otro. Y sabido es de los que entienden de achaques de escultura, que nunca se atilda y apura la labor en una estatua por la parte que haya de ocultarse á la vista del que la contempla, ó por lo menos de hacerse menos visible, bien la oculte un objeto decorativo, bien otra figura, que por aquellos otros puntos de vista completamente descubiertos.

Por la sencillez y elegante severidad de los paños, como por la fineza y al propio tiempo enérgica corrección de la línea, y muy especialmente por el tipo fisonómico, amén de lo exquisito de las proporciones totales de la estatua, puede afirmarse que pertenece á la época de Pericles, y por lo tanto, á mano que recibiera muy de cerca las enseñanzas de Fidias, si no al mismo Fidias, como supone Gauthier. Algunas veces al contemplar la hermosa reproducción que de la Venus poseemos en nuestro museo de la calle de Alfonso XII de esta corte, viénese á mi memoria el busto de Aspasia esculpido por el gran escultor de los frisos del Parthenón. Recordad el óvalo del rostro de la cortesana griega, y sobre todo, la parte que comprende la frente y los ojos; recordad la línea de la nariz, y veréis el parecido grande que existe entre la diosa y la que fué mujer de Pericles; y si ahondamos en nuestro estudio de comparación y análisis, podemos advertir también el parecido en la expresión. Y si efectivamente la *Venus de Milo* formó parte de un grupo y este grupo era análogo al del Museo de Florencia, ¿sería inverosímil la hipótesis de que bajo las representaciones de *Venus* y *Marte* hubiese esculpido Fidias á Pericles y á la que primero fué su amante y después su esposa? Mas sea lo que quiera y represente lo que represente, digamos con Gauthier: «La grandeza de los planos, la nobleza sin exageración, la mezcla de ideal y de realidad encarnada en aquellas proporciones las más hermosas, la delicadeza de las líneas que en nada disminuye la firmeza de ellas, los íntimos detalles del natural que revelan á la mujer en la diosa, el grano de la epidermis que conserva todavía el mármol, la flor de la vida que á través de tantos siglos transcurridos aparece fresca y lozana, declara todo esto que la *Venus de Milo* pertenece á los mejores tiempos de Fidias, si no á Fidias mismo...» «Los más grandes é ilustres escultores contemporáneos se detienen con reverencia ante esta obra sublime, que siempre les enseña algo nuevo.»

«Al lado de la *Venus de Milo* – dice Planche, – la de *Médicis* y la de *Capua* no son más que figuras de mérito secundario.»

R. Balsa de la Vega

A CUBA

(APUNTES DE UN RESERVISTA)

Alea jacta est..., como dice el maestro de escuela de mi pueblo; el mismo que quería hacer de mí todo un hombre, asegurándome que con la instrucción que me iba dando llegaría yo á ir muy lejos.

Y no se engañaba en sus pronósticos el bueno del Sr. Pérez García: muy lejos estoy en camino de ir: á Cuba nada menos. Eso sin perjuicio de que una vez me envíen aquellos condenados mambises – y si no son los mambises, el vómito ó las fiebres – mucho más lejos todavía.

En fin... ¡Qué le hemos de hacer!.. Parece que la patria necesita de mí, y no es cosa de negarse. Las cosas toman muy mal cariz por allá, y por lo visto yo puedo contribuir un poquito á arreglarlas. Así me lo ha indicado ha un momento un caballero muy gordo y bien trajeado, tan reluciente de cara como de chistera, que nos ha echado un discursito y nos ha repartido unos pitillos.

Su charla se me ha antojado que era buena: será hablador de profesión; en cambio su tabaco, el que nos ha dado, era muy malo. Sea dicho sin querer ofender á nadie. No importa: Dios le pague al tío ese sus bondadosas intenciones.

Acaban de repartirnos el socorro.

Desde unos días acá nadamos en la plata. Además del dinero que nos da el gobierno en pago de nuestras virtudes cívicas y militares, hay almas caritativas que nos abruman con sus donativos.

Desde que me puse en camino, saliendo de mi pueblo, hasta este momento en que voy á embarcarme, he realizado, gracias á esas distribuciones particulares, siete pesetas y media, que con las diez que de sus pobres ahorros me regaló el buen Pérez García - un maestro á quien por raro fenómeno casi llegan á pagarle sus haberes - suman tres duros y medio justos y cabales.

Con menos se embarcaron otros para la Habana. Si concluye la guerra en bien, como así confío, me quedo en aquellas tierras, y con mis economías y mis *pluses* me compro un ingenio.

Irán esos, es decir, los ingenios, poco menos que regalados, después de un zafarrancho como el que ahora hay, y si no me machetean podré todavía acabar mis días tranquilamente en una finca de mi pertenencia con cañaverales, plátanos, cafetales, brevas y negritas que me llamarán *su mercé*.

¡Qué día más hermoso, qué sol más radiante y qué mar tan rica!

¡Oh! ¡Esa mar!.. Esa mar sobre cuyas ondas vamos á salvar centenares de leguas, ¡qué encantadora y qué bella se presenta ante mis ojos!

Azul como el cielo, y como éste inmensa y tranquila; llena de reflejos de oro, plata y diamantes; semejante mejor á un lago de inalterable quietud que á un océano preñado de amenazas y perfidias; esa mar sobre cuya resplandeciente superficie se mece con tal perezosa suavidad el buque que ha de conducirnos, parece ahora que nos sonríe halagadora y grata... ¡Quién sabe lo que hará dentro de algunos días, quizás dentro de algunas horas!..

¡Bah! No tratemos de escrutar lo que el día de mañana puede depararnos. Así como así, no sirve para maldita la cosa.

Sin embargo, en ciertos momentos no puede uno abstenerse de reflexionar, aunque las reflexiones hagan el mismo efecto en el alma que una compresa de vinagre sobre una llaga.

¡Pensar que cumple ahora un año justo y cabal que me encontraba en mi tierruca, al lado del señor Pérez y de su sobrina, esperando la llegada de aquella bendita credencial que había de permitirnos el casorio á Paca y á mí! Una vez empleados y casados - las dos cosas tenían que ser simultáneas, - nos habríamos trasladado á la ciudad, ¡y tan felices!

Hablando de nuestros proyectos pasamos las Navidades, mirándome yo en los ojos de ella y ella en los míos, aunque me esté mal el decirlo. ¡Y qué poco nos acordábamos Paca y yo de la perla de nuestras Antillas, de esa Cuba tan preciada, por la cual me van quizás á reventar uno de esos días!..

Hablando de nuestro cariño y de nuestros proyectos se nos pasaban las semanas, esperando el nombramiento y tomando paciencia. Pero si la credencial no vino, vino en cambio la insurrección y vinieron pronto las alarmas y los temores. «Oye, Antonio - me decía mi futuro tío, - eso se pone negro, negrísimo: la guerra no se acaba en tres ni en cuatro tirones; el gobierno llama á los reservistas, y el día menos pensado te envían el nombramiento: no el que esperabas, sino otro; en lugar de empleado civil, serás empleado militar; en vez de pluma, te darán Mauser. De todas maneras, comerás del presupuesto, que es á lo que aspirabas. Pero en casarse no hay que pensar..., sería un disparate, un absurdo. Si te han de matar allá, al menos que no dejes aquí una viuda; y si tienes que volver, vale más que te espere una novia que una esposa.»

Hablaba en plata, preciso es confesarlo, el bueno del dómine. Paca y yo nos hicimos cuenta de que le sobraba la razón; y cuando los presentimientos que á los tres nos martirizaban fueron cumpliéndose y vino la orden de reincorporación y embarque, cambiamos mi novia y yo cuatro lágrimas, cuatro juramentos y hasta un par de ósculos, si mal no recuerdo; después... eché á andar, y aquí me tienen España y el general Martínez Campos para lo que gusten mandar.

Sí, realmente tenía razón el digno Pérez García: vale más dejar en tierra á una novia que á una esposa.

Entre los reservistas que van conmigo hay algunos que son casados y á quienes les duele hasta las entretelas el hacer rumbo al Nuevo Mundo mientras sus *cuyas* legítimas se quedan en el viejo. ¡Y no es poca la diferencia que va, en actitud y marcialidad, de ellos á nosotros, los solteros!..



Grupo de reservistas expedicionarios



Distribución de socorros

Echo una mirada en torno mío, sobre los grupos de los expedicionarios, y á primera vista conozco yo á los que además de la mochila y del fusil llevan la cruz del matrimonio. ¡Pues no se conoce en seguidita el fenómeno!

Ahí á mi derecha tengo un cuarteto de casados. ¡Qué mustios están, aunque se empeñen en sacar fuerzas de flaqueza!.. No veo entre los cuatro más que á uno que esté verdaderamente tranquilo, y es ese Nicomedes que nos hizo reir tanto la otra noche en el cuartel, y que jura que prefiere habérselas con los dos Maceos que con el demonio de su suegra.

A la izquierda, otro cuarteto: todos soldados solteros que tendrán madre y padre y hermanos, pero que no dejan mujer ni hijos. Y por ley natural duele más al corazón separarse de éstos que de aquéllos. Los cuatro soldaditos parecen completamente serenos, hablan y hasta ríen...

Yo, la verdad, no río: malditas las ganas... No tengo sin embargo padres, hermanos ni hermanas que puedan llorar, hoy mi partida, mañana quizás mi muerte. Estoy solo en el mundo: si mis huesos tienen que quedarse allá en la manigua, no habrá aquí en España quien se entere tan sólo de un detalle.

Digo mal: la pobre Paca se echará la cuenta de que ha perdido á su novio y seguramente me dedicará algunas lágrimas y algunas oraciones. Después se consolará, pues no hay novia que no se consuele; y si se le sale - que ya le saldrá - quien le diga «¡qué bonitos ojos tienes!,» se casará con él y *pax vobis*.



A bordo del transatlántico



Aspecto de la cubierta poco después de zarpar el buque



UN VIAJERO MOLESTO dibujo de S. Begg

¿Es ese pensamiento el que me da tanta murria de vez en cuando, lo que me quita toda gana de reir? Puede que sí; que algo influya al menos. Pero hay algo más: algo que no es ni el miedo al combate, ni el temor á la muerte, ni la falta de patriotismo... En una palabra, me carga el tener que irme allá tan lejos, para batirme con gentes que, según oí decir siempre, son nuestros hermanos, de nuestra misma sangre, hijos de un pedazo de tierra española y que ahora no quieren ser españoles.

¿Por qué no quieren serlo ya?.. ¿Por inconstancia suya ó por faltas nuestras?.. ¿Tienen ellos toda la culpa, ó nos toca buena parte á nosotros?

¡Ea! Á un lado las cavilaciones inútiles y los discursos mentales. Ha llegado el momento de embarcarse: de decir «¡hasta la vuelta!» á esta tierra querida que muchos de los que se van no volverán ya á ver.

La banda se arranca con un paso doble de lo más marcial que se estila en estos casos, y á sus acordes vamos dejando la playa para irnos, montados en las golondrinas, hacia el buque que nos espera echando por sus chimeneas grandes bocanadas de humo.

¡Qué muchedumbre en esos muelles y en esas embarcaciones ancladas y en esos botes que nos escoltan!.. ¡Qué danza de sombreros agitados al aire y de pañuelos ondeando frenéticamente! ¡Y qué gritería! «¡Viva España!..» «¡Viva el ejército!..» «¡Vivaaa!»

Bueno..., bueno... Se agradece: hasta la vuelta, si Dios quiere.

La golondrina marinera en que me han colocado se aparta del muelle y se desliza suavemente, con imperceptible cabeceo, sobre la brillante superficie del mar, dejando tras sí una estela que chispea bajo los rayos del sol. ¡Qué bello espectáculo el que nos rodea!.. Ese cielo purísimo respirando inmensa paz; ese ambiente saturado de calor y de vida; ese puerto surcado de naves, símbolo del trabajo y de la prosperidad, con anchas y líquidas avenidas de azuladas ondas...; todo esto ¡qué hermoso me parece en estos momentos!

Aparto los ojos de este espectáculo para volverlos hacia mis compañeros. Todos están graves y meditabundos: uno de ellos, un muchachito, un niño casi, cuyo rostro pálido surcan dos regueros de lágrimas, no separa sus miradas de un punto del muelle en el cual distingo durante el espacio de un segundo la faz desencajada, lívida de una mujer: pobre *mater dolorosa* que se queda con el cuerpo inmóvil y el alma yerta contemplando cómo se aleja el buque. En tanto que el soldado, oprimiendo el cañón de su fusil, murmura maquinalmente, entre sus labios descoloridos: *Mamá*...

Ya estamos á bordo: sobre el puente del vapor que debe echarnos en las playas de Cuba.

Si no estuviera tan directamente interesado en el asunto; si no fuera, vamos al decir, un pasajero forzoso ó forzado, llamaríame en extremo la atención el aspecto que ofrece en tales instantes esta enorme casa flotante de hierro y madera en que hemos de efectuar la travesía.

¡Qué modo de subir soldados y más soldados y qué manera de tragar gente la que tiene un barco de esas circunstancias! Parece imposible que podamos caber ahí dentro todos los que vamos trepando y saltando por la escalera á cubierta.

Pero cabremos todos. Así nos lo asegura un viejo marinero que nos mira subir con aire grave y algo melancólico y con el cual traban ya desde luego conversación algunos de mis camaradas.

Conversación que dura poco. El sargento Morales, que anda mustio y malhumorado, pues ha tenido también que plantar á su mujer, que anda, por más señas, por el séptimo mes, pasa rápidamente junto á nosotros imponiéndonos silencio.

En un abrir y cerrar de ojos reina sobre el puente un mutismo completo: parece que vamos á tener sermón; el último, el de despedida. Entonces volvemos todos los ojos hacia el mismo sitio. En el púlpito, como dice á media voz un compañero, se endereza la silueta de un jefe: de un general de facciones enérgicas, que extiende el brazo con un gesto rápido, seco y rompe á hablar.

Su voz, breve, imperiosa, vibra muy clara en aquel ambiente impregnado de calma y de quietud. El mar produce un ligero susurro al besar los costados del buque, y las cadenas de las áncoras murmuran á compás con tenues chirridos, en tanto que de abajo, de las máquinas, sube hasta nosotros la potente respiración de las calderas.

El sol nos envuelve con sus cálidos efluvios: una tibia brisa, saturada de marítimas emanaciones, nos acaricia suavemente el rostro, y el balanceo apenas perceptible de la nave en reposo hace subir hasta el cerebro una sensación vaga, indefinida. ¿Son estas impresiones las que obrando activamente en nuestro espíritu sacuden aquella indefinible tristeza que hace unos minutos, estando todavía en tierra firme y á punto de abandonarla, nos embargaba?.. ¿Es que la santa idea de la patria, en el momento que algunas varas de agua nos separan ya de su suelo, se nos presenta con su sublime grandeza?.. No sé; pero sí conozco que sentimos todos algo nuevo en el alma, y la arenga del general, sus frases vibrantes, la invocación que dirige á nuestros sentimientos, á nuestro patriotismo, encuentra un eco poderoso en las fibras más íntimas de nuestro ser. En fin, que nos vamos entusiasmando, y cuando el veterano que nos sermonea da punto á su plática y con otro gesto de su brazo, que parece querer abarcar todo el espacio, grita con voz estentórea: «¡Soldados, viva España!,» la misma exclamación formidable retiembla en los aires.

La música rompe nuevamente; luego..., luego me quedo en contemplación fijando mis miradas en esa tierra, en ese agrupamiento de edificios cuya masa blanquecina reluce alegremente bañada por el sol y que pronto, muy pronto, irá disminuyendo hasta parecer un punto confuso, pequeño, diminuto, hasta perderse luego en la inmensidad de los interminables horizontes.

Por copia conforme
Juan Buscón

CRÓNICA DE ARTE

También el invierno tiene líneas bellas y colores delicados y alegrías y encantos. No ha de ser patrimonio de la primavera, que viste de verde los campos; ni del verano, que torna de oro las espigas; ni del otoño, que vela con las gasas de sus brumas las montañas, exaltar la fantasía del poeta, inspirar al pintor, producir voluptuosas sensaciones, excitar el goce de la vida.

El invierno con sus hielos, que convierten en cristales durísimos las aguas; con sus nieves, que pintan de blanco los árboles y los montes y los pueblos; con sus nubes grises, que imprimen á la luz del día melancolías del Septentrión; con sus noches claras, en las cuales el parpadeo de las estrellas es más perceptible, más brillante; con sus ráfagas de aire helado, que se debaten contra las ventanas y sacuden las desnudas ramas y abrasan las plantas como el sol del estío, es vida, es belleza. Y las formas en que se revelan esa belleza, esa vida, son más delicadas, más finas, más exquisitas, porque han de ser apreciadas desde un punto de vista más artificial que en las demás épocas del año, en las que el arte no puede sustraerse á la luz de los colores brillantes, á la exuberancia en fin de la naturaleza. Y aquel aspecto primero tienen al presente las exposiciones de Bellas Artes que en Madrid y en París y en Londres se celebran en la actualidad; en todas hay más arte, más técnica mejor dicho, pero menos verdad.

Sí; es distinto el ambiente en que se produce y se exhibe el arte ahora en pleno invierno, que en las demás estaciones del año. Ahora la nota gris, las líneas del cuerpo humano apenas «adivinadas» bajo las pesadas ropas, préstanse á maravilla para que el pincel esboce sin grandes respetos á los rigorismos del contorno y á las múltiples vibraciones de las tonalidades que arranca á los objetos, á las cosas, la luz franca y brillante de la primavera ó del estío; mas, en cambio de los desacatos que en este sentido pueda cometer con la verdad el artista, la imaginación se exhibe con más libertad; los tipos que aquél crea tienen más de ensueños de la fantasía que de inspiraciones de la vida real; las escenas participan asimismo de ese voluptuoso vagar de la imaginación, que en estos días grises, silenciosos, es más potente por lo mismo que la naturaleza parece invitar al recogimiento, á una suerte de misticismo panteísta, pues que ella es la que llena el alma con sus recuerdos.

Algo y aun bastante de lo que aquí digo me lo ha sugerido la visita que recientemente hice al *Salón Hernández*, donde la *Sociedad de Acuarelistas de Madrid* celebra este año su octava exposición. Entre las 209 obras catalogadas hay muchas que participan de esa vaguedad de que vengo hablando y á las que yo llamaría *fantasías sobre motivos reales*. Entre las que ahora recuerdo, hállase una acuarela de Ferrant que representa á una mujer del campo de Galicia, envuelta en su *mantelo* de picote y defendiéndose de la lluvia con enorme paraguas encarnado. El motivo, como puede apreciarse por la descripción, no puede ser más vulgar ni más sencillo; mas á pesar de esto, hay tanta melancolía, tal indecisión (altamente estética) en el tipo, en la silueta en general, en el fondo, que mirando esta acuarela, más que ver se sueña con una de aquellas mozas de formas arrogantes, de grandes ojos garzos, de andar majestuoso, de hablar lleno de inflexiones, de voz tierna y apasionada; más que *ver* digo, y esta es la verdad: acercaos, si no, á la obra del insigne pintor, y apenas veréis más que la mancha, el tono, la *caja* de la figura.

Y esta observación que vengo ha tiempo haciendo del arte de invierno realizado en el «estudio,» es patrimonio generalmente de artistas que han llegado á dominar por completo el tecnicismo; y este dominio les permite marchar con cierta facilidad de acuerdo con esas inspiraciones que en momentos determinados, por influencia de un estado del ánimo que la vida artificial, íntima del invierno, provoca en ellos. Del malogrado Plasencia hay un dibujo en la Exposición de que me ocupo, que también es una *fantasía;* yo se le vi hacer una tarde, al amor de la templada atmósfera del taller, mientras que en la calle apenas transitaba nadie, bajo lluvia frísima. Hablábamos de las brillanteces del teatro Real; del aspecto que ofrecían los palcos, repletos de hermosas mujeres, cuyos hombros desnudos apenas velaban riquísimos encajes. Reíase Plasencia de la imaginación del revistero que en el periódico nos relataba la *toilette* de la hermosísima señorita X, de la espléndida señora de H; y sin embargo de su burlona risa, el maestro confesaba que en aquellos palcos se respiraba voluptuosidad, arte, elegancia, aun cuando, aisladamente, cada una de las damas y señoritas que en ellos lucían no pudiera tomarse como modelo de elegancia ni de belleza. «Hay que mirar á esos grupos de encajes – decía Plasencia, – de notas de colores delicados, de gargantas y brazos desnudos que aparecen y desaparecen rápidamente tras el movimiento de los abanicos, entre los pliegues de las colgaduras, en la penumbra de los palcos, sin aplicar los gemelos que determinan brutalmente líneas, colores, afeites; es menester que á la imaginación no lleguen las impresiones concretas de la verdad. Algo así – concluyó – como esto que ahora veo yo *in mente* » Y Plasencia hizo que se sentase la modelo en un sillón, y arrojando sobre la muchacha, que tenía el busto y los brazos desnudos, unas telas ligerísimas y los encajes de una mantilla blanca, trazó rápidamente sobre un papel *Ingre* de ligero color azulado la silueta que la modelo, jovencilla de unos diez y seis años y de formas espléndidas, ofrecía envuelta en aquellas telas. Acentuaba el maestro las curvas deliciosas de los brazos, y velaba con la sombra que los encajes proyectaban aquellas otras líneas que no encontraba tan bellas; y así, medio determinando un brazo desnudo, medio esfumando la clavícula entre los ricos encajes, trazando con elegante línea la menudita cabeza de la chica y el óvalo del rostro, dejando en vaga sombra los ojos, terminó Plasencia una figura ideal; mezcla deliciosa de sueño y de realidad. Este hermoso dibujo al carbón figura hoy en el Salón Hernández con otros dibujos y acuarelas de Pradilla, de Mejía, de Mariano Benlliure, de Asís López, de Cutanda, del general Cuenca, de Domingo Marqués, de Galofre (Baldomero), de García Mencía, de Jiménez Aranda, de Iniesta, de Manresa, de Moreno Carbonero, de Pallarés, de Sala, de Ricardo de los Ríos, de Sorolla, de Viniegra, del francés Worms y de otros muchos artistas de renombre. Por cierto que al dar cuenta en otra parte de la inauguración de esta Exposición, donde tantas firmas de nombre europeo se ven, decía poco más ó menos: «Encontré en el local viejos artistas, de aquellos mismos que hace una veintena de años fundaron en esta corte la *Sociedad de Acuarelistas*, la primera de España; y al volver á verlos, y al recordar tiempos que fueron, en los cuales la acuarela y el dibujo á la pluma eran apreciados por el público y por los aficionados y la crítica, en la medida que deben ser estas manifestaciones del arte, el frío que en la calle se sentía se nos entró de rondón en el alma, al mirar cómo ahora, aficionados, críticos y público, volviendo las espaldas á estas manifestaciones de la más alta expresión de la cultura de un pueblo, van, faltos de toda fe, faltos de todo sentimiento positivo, en busca de otras emociones espirituales, tras de la moda, tras de las sensaciones que el drama, el escándalo, lo erótico pueden proporcionarles.»

Cutanda está terminando un cuadro, como todos los suyos, altamente social, inspirado en la vida de los grandes talleres. Destínalo á la exposición que se celebrará en Berlín en el próximo mes de abril. Tiene dicho cuadro una actualidad terrible. Titúlase *Fuera de combate*, y es un obrero que ha sufrido un accidente y á quien conducen entre otros dos compañeros á la enfermería. Precisamente en el mismo día en que yo visitaba el taller de mi amigo se recibía en Madrid la noticia de la explosión ocurrida en la fábrica *La Vizcaya*, de la cual tomó Cutanda durante el verano último los apuntes para el fondo de su cuadro.

La nueva obra del autor de *Una huelga de obreros en Vizcaya* tiene bellezas grandes. La composición es sencillísima, el color es de una verdad grande. No describo el cuadro, porque los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA podrán apreciarlo bien pronto, reproducido en las páginas de este semanario.

De otra obra digna de gran encomio debo dar noticia á mis lectores; me refiero á la estatua (proyecto) de Legazpi, que habrá de alzarse en San Sebastián. El autor de ese proyecto figura, por derecho propio, en el segundo lugar entre los escultores españoles. Marinas, que éste es el escultor á quien aludo, ha producido una obra excelente desde el punto de vista de la técnica y desde el histórico. Presenta al insigne conquistador de las Islas Filipinas y fundador de Manila en reposada actitud, envuelto en grueso tabardo, con el sombrero de plumas, calzadas altas botas, ligeramente movida la cabeza, de enérgica expresión y en cuyas facciones se advierten las vigorosas líneas de la raza vasca. El tipo moral de Miguel de Legazpi está perfectamente ajustado al relato histórico de sus actos, único modo de estudiar al hombre que fué y que ha tenido una importancia indiscutible en un momento de la historia.

Tres son los proyectos que se presentan para esta estatua, los cuales han sido expuestos en el palacio de la Diputación de San Sebastián; esos proyectos vendrán á Madrid para que la Academia de Bellas Artes de San Fernando emita dictamen.

El célebre crítico francés Geffroy viene ocupándose hace algunos días, en largos artículos, de la importantísima cuestión de la aplicación del arte á las industriales y á las artísticas, especialmente á las decorativas. No es únicamente el celebrado crítico el que,



EXCMO. SR. D. VALERIANO WEYLER,
marqués de Tenerife, teniente general de ejército, nombrado capitán general de la isla de Cuba
(De fotografía de Martí, Barcelona)

en las columnas de los diarios de mayor circulación de París, estudia asunto de tamaña importancia; mas como la autoridad de aquél es indiscutible, á título de vulgarización de ideas que deben ser acogidas con respeto y meditadas con detenimiento, principalmente en Barcelona, donde va á celebrarse una exposición de Artes industriales, traslado á estas páginas, como *mot de la fin* de esta Crónica, algunos de los párrafos más interesantes del último trabajo que el dicho Geffroy acaba de publicar en *Le Journal*. «Generalmente cuando juzgamos una obra decorativa, separamos el detalle de la totalidad. El espíritu concibe, por ejemplo, un mueble, del cual el plan y la construcción revelan á un artista, y asimismo toda la parte de escultura ornamental revela á otro artista, el cual no tiene casi nunca en cuenta la concepción del primero. Y aun concebimos más, y es que sea un mismo artista el que ha concebido y ejecutado el mueble y su decorativa; mas á pesar de eso, seguimos juzgando la obra separando la ornamentación de la traza en general.

»Y admitido esto, no es difícil comprender por qué falta siempre unidad en este género de obras. Hay, pues, que buscar el remedio. Y á fe que no es difícil encontrarlo, pues consiste en exigir al artista que concibe el mueble que le conciba como unidad, y que lo ejecute, por así decirlo, de un solo golpe *(d'un seul coup)*.. Debe no olvidarse que una forma general puede y debe constituir por sí sola un motivo ornamental... Yo creo – termina diciendo Geffroy – que no es inútil repetir que se pongan en guardia los artistas ingeniosos, de buena voluntad, que pueden dejarse ganar por las bellezas del detalle, por la aplicación de vanos arabescos, y que olvidan con esta decorativa ilusoria lo esencial, que es la totalidad de la forma.»



GUERRA DE CUBA. – TROPAS ESPAÑOLAS EN EL MOMENTO DE PASAR LISTA EN COLÓN

(Dibujo tomado de una fotografía)



NODRIZA CARIÑOSA, cuadro de A. Waterlow



CREPÚSCULO VESPERTINO cuadro de Luis Apol

Telegramas recibidos en esta corte dan cuenta de haberse verificado en Copenhague con toda solemnidad la apertura de la Exposición de Bellas Artes, así como del triunfo alcanzado por la sección española, en la cual figuran Villegas, Moreno Carbonero, Viniegra, Benlliure, Oliva, Saint-Aubín y otros ilustres artistas de España.

R. BALSA DE LA VEGA

NUESTROS GRABADOS

El teniente general marqués de Ahumada. – Con el general Weyler y como segundo cabo de la capitanía general de la isla de Cuba se ha embarcado para aquella Antilla el ilustre militar cuyo retrato publicamos Sus actos du-



El teniente general Excmo. Sr. Marqués de Ahumada, nombrado segundo cabo de la Capitanía gral. de la isla de Cuba (de fotografía de Ojeda, de las Palmas)

rante la guerra carlista y en la pasada guerra cubana demuestran el acierto con que ha procedido el gobierno al nombrarle para aquel difícil cargo, y la entusiasta despedida que le ha hecho el pueblo zaragozano es la más elocuente manifestación de las universales simpatías que por su caballerosidad, por sus dotes de mando y su nobilísimo proceder se ha conquistado en aquella capital el marqués de Ahumada como jefe del quinto cuerpo de ejército.

Estatua de Shakespeare, por Mac-Monnies. – Tanto cuanto la guerra y la política separan á los pueblos, el arte y la literatura los unen. Los Estados Unidos de América, que no perdonan medio de molestar á la que un día fué señora de la hoy floreciente República y que en la actualidad tratan de entorpecer su acción en el conflicto con Venezuela, no pueden menos que rendir tributo á las letras inglesas, y mientras la diplomacia *yankee* trabaja en contra de Inglaterra, la Biblioteca nacional de Wáshington erige al gran poeta inglés la hermosa estatua que reproducimos, modelada por el escultor americano Mac-Monnies. Para llevar á cabo su obra el artista ha tomado por modelo una estampa de Droeshent, impresa en 1623, es decir, muy pocos años después de la muerte del inmortal autor de *Hámlet*, lo cual es en cierto modo una garantía de la exactitud del parecido. En cuanto á la ejecución, llena esta escultura todas las condiciones que para estas obras monumentales se requieren, y así en la actitud de la figura, como en la expresión del rostro, como en el modelado de las ropas adviértese un dominio completo de la técnica del arte.

Un viajero molesto, dibujo de S. Begg. – ¿Quién que haya viajado en ferrocarril no ha sufrido alguna vez las impertinencias de uno de estos viajeros que entran en el vagón como en país conquistado, y atendiendo sólo á su comodidad no reparan en fastidiar á sus compañeros? Pues todo el que haya padecido bajo el poder del egoísmo y mala crianza de uno de estos prójimos, comprenderá el mérito de la composición de Begg, que, aparte de la perfección con que está dibujada, es un portento de naturalidad, y cada una de cuyas figuras está arrancada de la realidad misma.

Excmo. Sr. D. Valeriano Weyler, capitán general de la isla de Cuba. – El entusiasmo con que el país ha acogido el nombramiento del general Weyler para el mando superior de Cuba, demuestra las esperanzas que se cifran en el talento y energía de que en diversas ocasiones ha dado elocuentes pruebas el insigne marqués de Tenerife. No hemos de trazar la biografía de éste, pues de hacerla detalladamente necesitaríamos un espacio de que no disponemos; por otra parte, harto conocidos son sus méritos contraídos en Santo Domingo, en Cuba, en el Centro y en Cataluña contra los carlistas y sobre todo en Filipinas, para que necesitemos recordarlos á nuestros lectores. Nos limitaremos, pues, á consignar que nació en Palma de Mallorca en 1838, que procede del cuerpo de Estado Mayor, que casi todos sus grados y empleos le han sido concedidos por hechos de guerra y que ha desempeñado con gran acierto los mandos de las Baleares, de Canarias, de Filipinas y Cataluña, conquistándose en todas partes grandes simpatías. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que hoy se honra publicando su retrato, hace fervientes votos para que la suerte acompañe al general Weyler y pueda éste regresar pronto á la península ciñendo una vez más los laureles de la victoria.

Guerra de Cuba. Tropas españolas en el momento de pasar lista en Colón. – Escenas como la que reproduce nuestro grabado se repiten cien veces todos los días en las villas, poblados y campamentos de nuestras valientes tropas, de quienes con razón puede decirse que «su descanso es pelear,» pues el sistema de lucha que allí imponen las circunstancias les obliga á perseguir incesantemente al enemigo, sin saber cuándo ni dónde podrán reparar sus fuerzas con el alimento y el reposo necesarios.

M. Carlos Floquet. – El eminente hombre público que ha fallecido recientemente en París había nacido en Saint-Jean-Pied-de-Port (Bajos Pirineos) en 1828; estudió en la capital de Francia la carrera de abogado, fué periodista y consiguió muy pronto tantos triunfos en el foro como en la prensa. En política defendió siempre los principios republicanos y llegó á los más altos puestos, habiendo sido diputado, prefecto del Sena, senador y presidente de la Cámara de diputados. Durante su vida política dió en muchas ocasiones muestras de su energía en la defensa de sus ideales: en 1848, en la memorable fecha del 2 de diciembre, cuando el famoso *proceso de los trece*, y en 1870 probó con sus actos que no sólo consagraba á la defensa de la democracia y de la república su talento sino que también su valor personal. El desafío con Boulanger en 1888 aumentó considerablemente su popularidad, ya muy grande, y el apóstrofe dirigido al tsar Alejandro II durante la Exposición de 1867, cuando encarándose con él en el Palacio de Justicia le dijo: «Caballero, ¡viva Polonia!,» le acreditó de hombre independiente y de liberal convencido. Después de la dimisión de Grevy fué candidato á la presidencia de la República, habiendo obtenido en el primer escrutinio mayoría relativa de sufragios.

Nodriza cariñosa, cuadro de A. Waterlow. – Cuanto se diga en elogio de este bellísimo cuadro nos parece poco: hay en él una frescura, un ambiente de poesía y un fondo de sentimientos tales que su contemplación produce una de esas emociones dulces que constituyen el mejor aplauso para un artista. El paisaje engalanado con los encantos primaverales, la campesina que solícita hace para los tiernos corderillos las veces de madre, el grupo de los tres animalitos chupando el uno con deleite el líquido alimenticio, mientras los otros dos esperan que les llegue su turno, y la niña de angelical sonrisa que presencia la escena, todo es delicado, todo sentido, todo llega al alma.

Crepúsculo vespertino, cuadro de Luis Apol. – Nuestro querido colaborador Sr. Balsa de la Vega consagra los primeros párrafos de la Crónica de Arte que en este número insertamos á describir las bellezas del invierno: muchos de los conceptos que allí vierte pueden aplicarse al cuadro de Apol, quien ha sabido con gran maestría reproducir en su lienzo uno de esos paisajes melancólicos, cubierto de nieve, poblado de árboles sin hojas é iluminado por la indecisa luz del crepúsculo vespertino que también «exaltan la fantasía del poeta, inspiran al pintor y producen voluptuosas sensaciones.»

MISCELÁNEA

SALÓN PARÉS

XIII EXPOSICIÓN EXTRAORDINARIA

Después de la Exposición organizada recientemente en este mismo salón por el Círculo de Bellas Artes de esta ciudad, de las que con carácter oficial se han verificado en el transcurso de pocos meses en Madrid, París, Burdeos, etc., en que han tomado activa parte nuestros artistas, y de las que han de inaugurarse en Abril próximo en Barcelona y Berlín, sorprende que los pintores y escultores hallen todavía medio y tengan aliento para disponer una nueva exhibición de sus producciones, discreta y asaz interesante, con sobra de méritos para llamar la atención de los aficionados é inteligentes. No figuran en ella obras que revelen extraordinario esfuerzo ni concepción ó genialidad excepcional; pero aun así, considerándola como elemento utilizado por los artistas para dar fe de vida, resulta armónica, interesante.

De su general examen dedúcese la determinación de las tendencias que dominan, de los exclusivismos que imperan y de las escuelas que militan. Nótase en la mayoría la subordinación absoluta del procedimiento á la idea, el pueril empeño de acentuar determinadas tonalidades, olvidando con ello los verdaderos destinos del arte y del concepto moderno. El color es la preocupación constante de nuestros artistas. Producir con todos ó con limitados recursos, con todas las gradaciones ó con la mayor simplicidad posible de tonos. Austeros á modo de ascetas ó fastuosos como los magnates de los tiempos medios, amantes de la luz ó aborreciéndola, luminosos ó fotofóbicos, he ahí la síntesis de la pintura artística contemporánea. Bien quisiéramos, en bien del arte patrio, que se proscribiera lo secundario por lo principal, y que el genio buscase el amplio campo en que debe manifestarse, relegando las minucias ante la concepción. El procedimiento ha de ser siempre una consecuencia, y no ha de importar un ardite el que se haya adoptado, cuando la obra exprese, represente ó reproduzca con la exactitud de la realidad la genial concepción del artista. Bueno es, sin embargo, tener en cuenta que por las causas que apuntamos al comienzo de esta revista, no se propusieron los artistas al ejecutar las obras destinadas á esta exhibición dar muestra de su valía, ya que sólo trataron de no interrumpir la serie de las Exposiciones anuales, con laudable acierto iniciadas por el Sr. Parés, en su concurrido Salón. Cierto es que cada obra revela las cualidades de su autor, y que algunas, siendo meros estudios, se imponen á las demás; pero no lo es menos que el exceso de la producción no puede hallarse nunca en relación directa con su mérito y valía.

Someramente trataremos de emitir el juicio que nos ha merecido el rápido examen de las obras expuestas. En primer lugar colocamos las preciosas cabezas de estudio de Manuel Feliu, trasunto fiel del natural, vigorosa y sobriamente ejecutadas, recordando alguna de ellas la admirable gama de la escuela sevillana, que con tanto aprovechamiento estudia este joven pintor en sus obras más ejemplares. Mención especialísima merecen los dos paisajes del sevillano García Rodríguez, bellamente sentidos y ejecutados con admirable acierto, al igual que los de José Masriera, Urgell y Galwey, que reproducen las severas tonalidades de la región catalana y significan otras tendencias y el dominio de otros cánones. Junto á ellos figuran dignamente los frescos y jugosos paisajes de Marqués, que recuerdan méritos adquiridos en otra época como discreto paisajista; las soñadoras cabecitas de Brull; la bella galante joven de Ribera, de líneas distinguidas y suaves tonos; la mascarita, de Francisco Masriera, engalanada con sedas y tules; los soldados de Cusachs, desfilando en orden de secciones al trote de sus caballos; las flores de Aurelio Tolosa; los acabados estudios de Pedro Borrell y de su hijo y discípulo Julio; la sentida figura de Tamburini; los paisajes de Vancells, Baixas y Brugada, y las jiras y escenas de *sport* de Francisco Miralles, que hace siempre gala de su simpática gama, así como las hermosas notas de Meifren el distinguido marinista.

Dionisio Baixeras presenta dos cuadros de gente de mar. Dignos son de su pincel y de su nombre. Todo en ellos está estudiado con acierto y firmeza; todo es copia, trasunto del natural, observado con inteligencia y reproducido con singular habilidad. Graner, cuya producción pasma y sorprende, está, como siempre, ajustadísimo en sus estudios de penumbras y en las representaciones de tipos de baja estofa. Baldomero Galofre, brillante en su playa napolitana, que no por su viveza deja de recordar las azuladas aguas del mar latino Garnelo, parco y elegante en su hermosa Carmen; Marín, descollando torrentes de luz y de color en sus calles granadinas, cuya potencia luminosa retratan también en las pintadas por Mas y Fontdevila y Roig y Soler.

Casas ha acentuado su nota en sus dos chulapas, que se ven á través de un velo. Nonell derrama sobre un paisaje herido por los vivísimos rayos del sol un caudal de amarillenta greda, y Pichot sigue la marcha trazada por su meritísimo maestro.

Montserrat, Matilla, Galofre Oller y la señora Ubach cierran el grupo de la pintura, completándose la exposición con



El eminente hombre público M. Carlos Floquet, Presidente de la Cámara de Diputados francesa, recientemente fallecido

las producciones escultóricas de Anglés, Campeny, Massó, Sagá y Vallmitjana Abarca, entre las que descuella gallardamente la cabeza de estudio presentada por Reynés, modelada con extraordinario vigor y suma precisión.

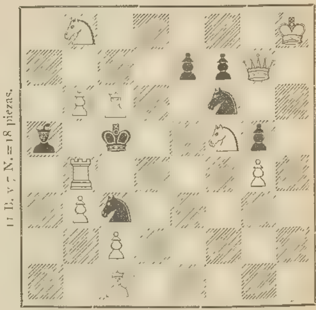
Cábenos esperar que en la próxima Exposición oficial que se inaugurará en nuestra ciudad en abril próximo, se presentarán nuestros artistas de manera tan cumplida cual corresponde á sus méritos ya reconocidos y al abolengo artístico de Barcelona.

A. GARCÍA LLANSÓ.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 4, POR PEDRO RIERA Y RIQUÉ

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas

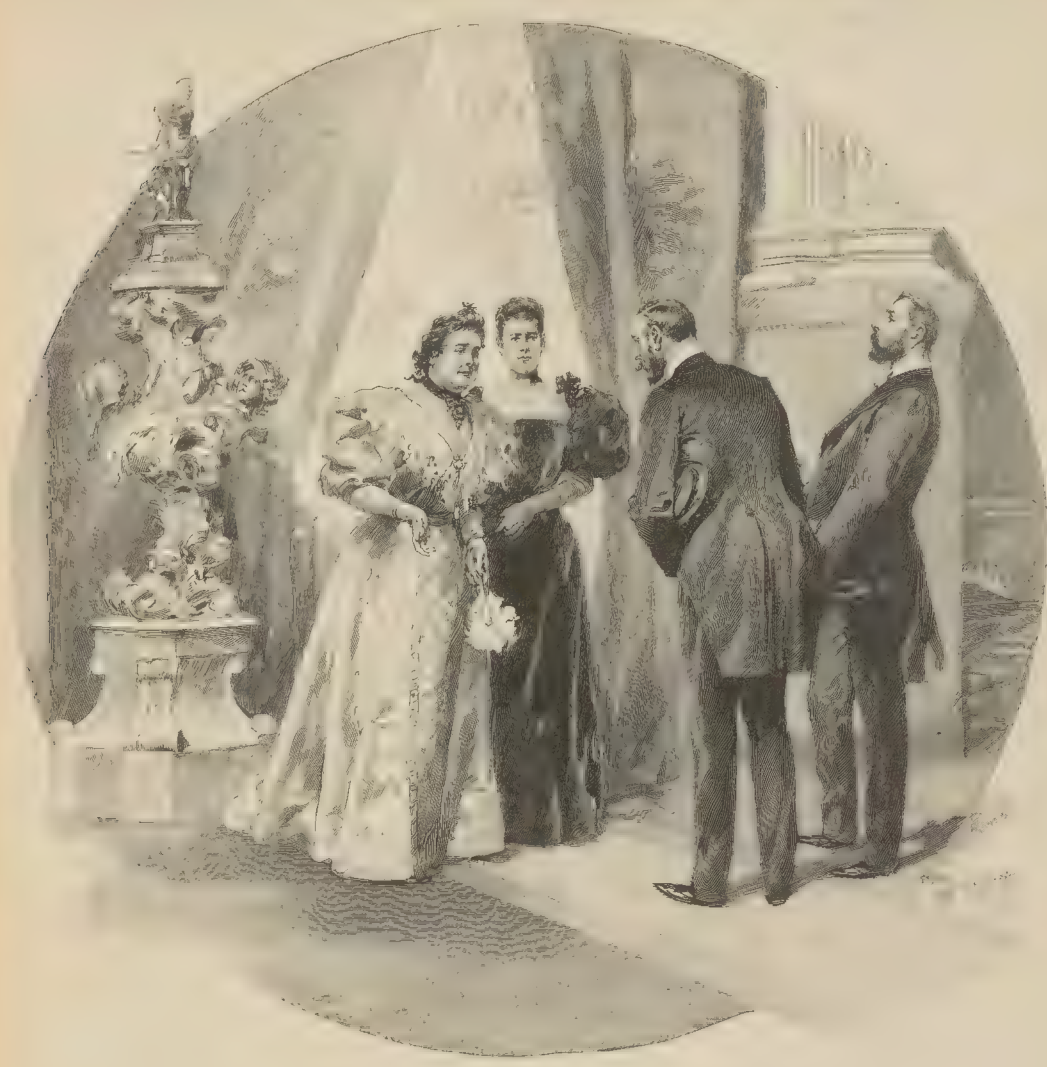
SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 3, POR JUAN CARBÓ

Blancas.	Negras.
1. C5AR	1. R toma P (*)
2. D4AD jaque	2. R toma D ó R4R
3. C3R ó D mate.	

(*) Si las negras juegan 1. R toma C, las blancas continúan con 2. D8R y 3. D mate, – y si 1. P toma C ú otra jugada, 2. D8R jaque ó 2. D4AD, según los casos, y 3. D mate.

CORRESPONDENCIA

C. M. C. VALLS. – La solución al prob.ª n.º 2 (1. C3D, 2. C toma P y 3. D mate) que usted indica, está contrarrestada por las siguientes jugadas de las negras: 1. C7AR y 2. C toma C.



Señora, dijo Macready muy ceremoniosamente, presento á usted á este amigo

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA ORIGINAL DE JUANA MAIRET. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

El Sr. Macready soltó la carcajada.

– Confiese usted, dijo, que para un hombre civilizado, ese modo de entrar en materia es bastante original.

– ¿Civilizado? ¡Oh, qué poco! La protegida de usted es encantadora y de una belleza ideal. Desde que la vi, todo cuanto escribo lo compongo pensando en su voz y en su ademán. Ella cantará mi ópera. ¿Cuándo? No lo sé; pero la cantará.

– ¿Ha tratado usted de volver á verla? ¿Ha ido usted á su casa?

– ¿Yo? ¡Oh, no! Mi trabajo no está concluído, y por lo tanto, de nada serviría que la viera.

– Es verdad. Además en París no se entra en el salón de una señora por la ventana; y llamar á la puerta es cosa muy prosaica, que carece de originalidad. Pero ¿no se ha dicho usted nunca que Mila esperaría de parte de usted una visita de excusas, ó por lo menos de cortesía?

– No, jamás. ¿Cree usted que?..

Villeroy miraba al Sr. Macready con la expresión de un niño vacilante á quien se riñe.

– Tiene usted razón, repuso el americano; Mila era, y aún es sin duda, una joven medio salvaje. Las conveniencias no le importaban mucho más que á usted mismo, y diríase que usted y ella han nacido para entenderse...

Y de improviso, una mirada recelosa, casi malévola, hizo brillar los ojos del Sr. Macready, que jugando con una plegadera, dijo con tono indiferente:

– Es preciso que Mila no se case.

– ¡Ya lo creo!, contestó el músico con una franqueza tan espontánea que su interlocutor se tranquilizó. La señorita del Paso es artista, nada más que artista, y una mujer semejante no viene á este mundo para pensar en las cuentas de fin de mes, cuidar de los chiquillos y del esposo. ¡Vamos, no podría ser! Le prohibo casarse, ó por lo menos que espere hasta que haya creado mi sirena. Entonces..., añadió Villeroy con súbito desaliento, entonces tendrá sin duda el cabello blanco.

– ¿No desea usted, pues, volver á verla?

Villeroy vaciló un momento.

– Yo bien quisiera hacerla cantar de nuevo, porque su voz era la que oía mezclada con los mugidos del mar, y me inspiraba poniéndome fuera de mí.

– Pues debe cantar esta noche en un salón, y yo le presentaré á usted á la dueña de la casa, que es americana y amiga mía.

– Es que presentarme en sociedad no es cosa que me convenga mucho.

– Pues hace usted mal, amigo mío. Un músico necesita dejarse ver y oir. Acompañará usted á Mila, y hasta le permitiré que cante la *Odelette*, que ha guardado religiosamente para sí, según se lo recomendé.

– ¿Quién es esa americana? ¿Qué clase de sociedad recibe?

– Esa americana es una mujer de sesenta primaveras, perteneciente á nuestra colonia, pero que recibe sobre todo franceses, de los más distinguidos, y con preferencia á los que poseen algún título. En cuanto á sus compatriotas, tan sólo admite á los de la alta aristocracia, á los fabulosamente ricos, ó á los que pertenecen á los famosos *cuatrocientos*, como decimos en Nueva York, ó se distinguen por una reputación excepcional. No sé á qué categoría de esas pertenezco yo; pero la señora de que hablo me teme un poco, y así es que mis palabras tienen tanto alcance como las de un oráculo. ¿Necesitaré añadir que es muy rica, puesto que ha casado á sus dos hijas con nobles? La una es princesa, y la otra simplemente condesa, pero lleva un nombre histórico; la princesa, á decir verdad, ha sido muy desgraciada, y vive separada del esposo, en compañía de su madre. Como yo la compadeciese, esta señora me contestó con una frase admirable. «Sí, pobre niña, dijo; esto es terrible. Figúrese usted que la ha maltratado; pero esto no impide que siga siendo princesa.» Y la buena señora se consolaba así de los golpes recibidos.

– ¡Esa mujer es un monstruo!

– Nada de eso; muy por el contrario, es buena, generosa y hospitalaria, y hasta tiene un gusto bastante raro para las cosas buenas. Una vez segura de no equivocarse, su entusiasmo no reconoce límites. En París existe toda una legión de jóvenes pintores americanos, imitadores de los franceses, que teniendo talento se creen más superiores de lo que son, forman grupo aparte, muéstranse desapiadados con los que no pertenecen á su círculo, y en caso necesario dan pruebas de una crueldad feroz, haciendo uso de toda su energía y de la habilidad de su nación para su propio éxito y contra el de los demás. La señora Milner los recibe apenas son reconocidos como grandes pintores por algún crítico francés autorizado, no antes, y ellos la explotan á cual más. Es muy divertido observar eso un poco de cerca.

– Yo no soy nada observador, contestó Villeroy, y cuando veo jóvenes de carácter tan áspero como los americanos de usted, me entristezco y me desanimo. Nosotros también tenemos la lucha por la existencia, como todos la tienen; pero me parece que esto no impide que sigamos siendo humanos y accesibles á la piedad.

– Eso será según y cómo. En fin, ¿puedo contar con usted?

– No sé...

– Pues yo resolveré en su lugar, porque tomar una decisión es cosa que siempre le cuesta mucho. Vístase usted á eso de las siete; comeremos en el restaurant, hablaremos un rato fumando, y si hace buen tiempo, después de dar una vuelta por el boulevard iremos á casa de la señora Milner.

– Como usted guste...

V

A la señora Milner conocíasela en el mundo parisiense con el nombre de la «dama de las joyas.» Cierto collar de diamantes, sobre todo, digno de una emperatriz, era lo que producía sensación todas las noches de ópera cuando aquélla se presentaba en su palco de columnas. Sus perlas, sus esmeraldas y zafiros eran la admiración de los inteligentes; la americana millonaria los coleccionaba, como otros coleccionan cuadros de maestros, abanicos del siglo XVIII, blondas de Venecia ó sellos de correos. Gozaba tanto poseyendo aquellas piedras preciosas como poniéndoselas para que la gente las admirara.

Cuando el Sr. Macready, tal vez el único de sus amigos que le hablaba con franqueza, se burló una vez de aquella manía, la dama contestó con esa candidez un poco burlesca que constituía la originalidad de su carácter:

– Reflexione usted, amigo mío, que durante muchos años no he tenido más que una joya, mi alianza; este anillo ha sido muy pesado de llevar, y ahora procuro resarcirme.

Y con una sonrisa que arrugaba su rostro mofletudo y blando, añadió:

– No todos mis amigos son tan meticulosos como usted, Macready, y les parece que estoy muy bien tal como soy.

– Yo no trato de explotarla ni de casarme con usted. Parece que á su alrededor hay personas de estas dos categorías.

El Sr Macready contemplaba á su interlocutora, ya de edad avanzada, con una especie de alegre ironía, como un sabio que tiene á la vista alguna muestra rara y curiosa de alguna especie extraordinaria. La señora Milner sostuvo su mirada con aire bonachón, y replicó:

– Qué, ¿no cree usted que haya más de un pretendiente?..

La dama, sin concluir la frase, abrió el cajón secreto de un pequeño y precioso mueble, hecho para contener verdaderas cartas de amor, y cogió un puñado de papeles tirados allí en desorden.

– Lea usted. ¡Oh! Esto le divertirá; y sobre todo, fíjese en las firmas. No hay solamente caballeros de industria, sino que varios de esos señores pertenecen á familias muy distinguidas. .

El Sr. Macready rechazó las cartas con ademán de disgusto.

– Y advierta usted, amigo, añadió la señora Milner, que aún habría más aquí si yo contara setenta años en vez de sesenta. Cuando se tienen muchas deudas, el amor al bienestar, el horror al trabajo y el cebo de dos millones de renta inducen á hacer muchas cosas; pero tranquilícese usted; yo disfruto de la nobleza... por procuración; mis yernos me bastan.

– ¡Comprendo eso!

El palacio de la señora Milner estaba situado en la calle Tilsitt, y cuando el Sr. Macready y su amigo llegaron, los coches, avanzando al paso, formaban una fila interminable. Los dos hombres se apearon del suyo y recorrieron á pie el resto del camino. Lacayos con calzón blanco de seda y casaca de color rojo vivo poblaban el vestíbulo y el recibimiento; la luz eléctrica comunicaba á todo la alegría con su blanco brillo; y una escalera prodigiosamente adornada, llena de flores de raras especies, con paredes cuyas pinturas llevaban la firma de artistas famosos, conducía á los salones de recepción, llenos ya de invitados de ambos mundos.

Villeroy, poco acostumbrado á semejante ostentación de riqueza, miraba con asombro aquella serie de salas magníficas, donde había un poco demasiado de todo: excesivo número de cuadros en las paredes, exagerada profusión de colores vistosos; un gusto pronunciado por la pintura ultramoderna; sobrados muebles raros de épocas algo heteróclitas, y demasiados tapices japoneses con maravillosos bordados de oro y plata Lo que notó en particular, con su fino oído de músico, fué el sonido de las voces, á veces demasiado altas, que resonaban claras y alegres, aunque también un poco ásperas, en medio del ruidoso rumor de las conversaciones que se cruzaban.

En la puerta del salón principal hallábase la dueña de la casa, amable, risueña, con una sonrisa de ídolo ó de reina, la cual hacía fijar más la atención en los hábiles afeites que le comunicaban un aspecto de falsa juventud poco agradable. Lucía un vestido de seda de color blanco crema, cubierto de bordados de oro; y sus fabulosos diamantes despedían rayos de luz que se cruzaban á cada uno de los movimientos de la dama.

A su lado estaba su hija mayor, la desgraciada princesa, tan flaca como gorda era su madre, y fea, aunque simpática; los perfiles de su boca eran duros; pero los ojos tenían una expresión dulce y triste. Vestía con una sencillez que contrastaba singularmente con el lujo de su madre. Su traje de terciopelo negro era completamente liso; llevaba el cabello peinado como una colegiala, y lucía bien pocas joyas y ninguna flor, ningún encaje. No había hecho uso de los afeites, y ni siquiera se veían en su rosto señales del polvo de arroz.

– Señora, dijo Macready muy ceremoniosamente, presentó á usted á un amigo, y le ruego que le atienda mucho. Es el Sr. Francisco Villeroy, músico de raro talento.

– El Sr. Macready, contestó la dama, me ha hablado ya de usted, caballero..., celebro mucho, celebro...

La señora Milner hablaba el francés con una volubilidad que desconcertaba y con un acento detestable, sin que ello le inquietara lo más mínimo. Dió la mano al Sr. Villeroy con su afabilidad acostumbrada; pero como otros convidados más importantes reclamaron su atención, olvidó completamente al «músico de raro talento,» cuyo nombre no le decía nada, puesto que no figuraba aún en los carteles de la Opera.

Cuando Villeroy fué presentado á la princesa por el antiguo amigo de la casa, la dama no dió su mano á Villeroy, pero le miró un instante con una especie de interés Amaba mucho al Sr. Macready, que sin duda le había hablado ya del joven.

– Soy una profana en cuestión de música, caballero, dijo, hablando el francés como si fuera pasisiense de nacimiento; pero me agrada oirla. Espero que el Sr. Macready le enseñará el camino de nuestra casa algún día en que haya menos gente que esta noche.

Y con un ademán de cabeza despidió á los dos hombres, porque también debía recibir á los demás numerosos invitados que iban llegando.

– Tiene aire de gran dama, dijo Villeroy á su protector.

– ¿Quién, la madre ó la hija?

– La hija; es fea, pero muy simpática.

El músico buscaba con la vista á Mila, y al fin la divisó; pero rodeábanla muchas personas, y no queriendo acercarse, contentóse con mirarla.

Y á decir verdad, merecía ser contemplada. De la pequeña salvaje de Santa Bárbara no quedaba ya más que el brillo prodigioso de sus ojos, la aureola de sus cabellos rizados, la soltura y la gracia de todos sus movimientos; pero la civilización habíala marcado con su sello. Ninguna mujer llevaba tan fácilmente su traje, ni manejaba mejor el abanico, ni contestaba con tan perfecto desembarazo á los cumplidos que se le dirigían.

El nombre de la señorita del Paso, que desde hacía algún tiempo se leía en los diarios, despertaba la curiosidad; y sobre aquella extranjera circulaban entre el público versiones muy diferentes y todas falsas. Según unos, era una niña abandonada, recogida por indios, que había pasado toda su primera juventud en el campamento de algún caudillo; según los otros, era una española, como lo indicaba su nombre, que había venido á Francia con la determinada intención de buscar por esposo algún gran señor, y que por cálculo se conducía juiciosamente. El hecho de ser recibida por la señora Milner, no tan sólo como artista, sino como amiga, probaba su buena conducta que tanto extrañaba la gente, ó por lo menos demostraba que la calumnia no había conseguido aún asociar con su nombre el de hombre alguno.

Mila fué la que desde lejos vió al Sr. Macready y al músico. Dejando escapar una exclamación de alegría, levantóse, abandonó sin ceremonia el grupo de admiradores que la rodeaban, y salió al encuentro del americano con ambas manos tendidas, lo cual produjo un pequeño incidente. Estaba tan linda con su rostro alegre, que todos se volvían para mirarla; y por otra parte, la desenvoltura con que se abría paso entre la gente escandalizaba á más de una viuda. «¡Vamos..., decían, que haga eso una joven!» La sonoridad de la voz con que habló en inglés á su protector hizo cesar las conversaciones durante algunos segundos, y los dos hombres fueron observados á su vez con cierta malevolencia.

– ¡Ah, Sr. Macready!, exclamó, ¿quién habría dicho que era necesario que me hallara en esta baraúnda para volver á encontrarle? ¿Me ha olvidado usted, pues, del todo? ¿No le complace que Mila del Paso sea obra de usted y le deba todo cuanto es?

– A usted misma debe su triunfo, contestó el americano, porque es seguro que triunfará, y también á su voz y á su belleza. El pescador que retira del mar una perla rara no tiene nada que ver con la perfección de ésta; ha tenido buena suerte, y nada más. Supongamos que yo soy un pescador feliz...

– ¡Pero que se cuida poco de su hallazgo, confiéselo usted!

El Sr. Macready no contestó, y volvióse hacia Villeroy como para presentarle.

– En rigor, dijo, una presentación trivial sería verdaderamente ociosa y carecería de chiste.

– En efecto, replicó la joven con una sonrisa, dando la mano al músico, el Sr. Villeroy se presentó él mismo. Adivinó que yo me cuidaba tan poco de las conveniencias sociales como él, y ha hecho bien; pero después huyó, sin que le hayamos vuelto á ver, y en esto obró mal.

– Sin embargo, repuso Villeroy, la imagen de usted no se ha separado de mí nunca, y su voz era la que oía cuando escuchaba el canto de las olas.

– Y esto era para usted suficiente. La artista queda más halagada que la mujer .. He aquí un rincón donde podremos hablar, añadió, levantando la cortina de tapicería de un gabinete

Y como Villeroy hiciese ademán de retirarse discretamente, Mila dijo con viveza:

– No, caballero, no se me escapará usted ahora. Por lo demás, la primera vez que hablamos el señor Macready y yo tratamos mucho de usted. Yo no separo á los dos amigos en mi recuerdo, ni tampoco en mi agradecimiento. La *Odelette* de usted me ha revelado la música.

Mila y sus acompañantes se hallaban solos en aquel reducido y elegante aposento, como personas de confianza.

– Veo que usted es de la casa, dijo el Sr. Macready con expresión un poco burlona.

– Ahora sí, contestó Mila. Un año hace necesité ganar algún dinero y pedí una recomendación para la señora Milner, y he cantado para ella, no muy mal. Me interrogó, y cuando supo que yo no tenía ninguna contrata en París, me dijo que en sus fiestas la voz valía algo seguramente; pero que el nombre importaba más aún; y me despidió, aunque ofreciéndome un auxilio, el cual rehusé.

– Y cuando volvió á ver á usted, ¿no le molestaba ese recuerdo?

— De ningún modo. No se acuerda más que de lo que quiere. Me da mil francos por cantar esta noche, para tener las primicias de mi voz, pues pasado mañana se verificará mi *debut*. Mi director quería rehusarme el permiso; pero yo fuí tenaz y cedió al fin. Si yo escuchase á mi nueva protectora, pasaría la mitad de mi tiempo en su casa. Me recibe á todas horas y nada me obliga á pasar por las manos de su «dama de compañía» y de sus doncellas, ni á ver al secretario. Por poco más me admitiría en su tocador cuando se aplica los afeites. Esto me compensa mis años de pobreza y de obscuro trabajo; pero observo en mí muchos malos instintos. Ya no me gustan en modo alguno los muebles de madera blanca y adoro el lujo.

— Y ¿por qué se condenó usted á esos muebles de madera blanca?, exclamó el americano.

— Porque más aún que el lujo, amigo mío, prefiero mi independencia. Y además..., añadió la joven con tranquila osadía, aunque no sin ruborizarse un poco, yo no he vivido en París, ni me he codeado con actores y actrices, sin perder algunas de mis candideces y de mis ilusiones de niña. Mis compañeras sabían lo que yo ganaba en Nápoles ó en Bruselas; y mis honorarios exigían la madera blanca; pero si la hubiera cubierto, aunque sólo hubiese sido con cretona, se habría dicho: «¿Quién paga la cretona?» ¿Lo comprende usted ahora?

— Tiene usted razón, hija mía..., dijo el Sr. Macready, tomando afectuosamente la mano de la joven. Pero ahora cuénteme usted, ó más bien, cuéntenos lo que ha hecho después de su salida del colegio.

— Pronto estará dicho. Le aseguro á usted que trabajé mucho durante mis tres años de pensión, no sólo como cantante, sino como discípula de francés. No veía á nadie, no tenía vacaciones como las otras, y en suma era muy feliz. Vivía en una especie de sueño, no tenía cuidados materiales, y estaba segura de poder ganar más tarde mi subsistencia. Mi adorable profesora, la señora Liardow, fué quien me proporcionó mi primera contrata. De la vida de Nápoles no he visto mucho más de lo que había conocido de la de París. Una vez en la escena, comprendí lo que me faltaba, y he trabajado cuanto era posible. Fuera de las representaciones y de los ensayos, veía poco á mis compañeras, y por eso me tachaban de orgullosa, aunque sin mostrarse muy resentidas conmigo. Leí mucho durante aquel año, y pude perfeccionarme en el italiano, preparándome así para mis verdaderos *debuts*, pues comprendía que antes de trabajar en París nada tendría para mí verdadero valor. Tal vez soy poco modesta; pero bien puedo decírselo á ustedes dos: jamás he dudado de mi buen éxito, y cuando el Sr. Surgeres me solicitó para crear el papel de su heroína en París, quedé muy complacida, pero sin sorprenderme. Entonces fué cuando mi tía consintió en reunirse conmigo, y ahora las dos podremos disfrutar de una vida holgada y feliz. Quiero recibir á mis amigos, hacer música en mi casa, ser mujer de mundo á la vez que artista, y para esto, señor Macready, necesito su apoyo y sus consejos.

— No le faltarán á usted, querida Mila.

— ¿Y no se burlará usted de mí?

— Yo no lo sé. Usted me interesa siempre, pero soy un hombre excéntrico, y con fre uencia huyo de aquellos á quienes amo. Pregúnteselo usted á Villeroy: pienso en él, deseo que sea feliz, que se le aprecie, le quiero como si fuera de mi familia.., y he dejado pasar tres años sin darle la menor noticia de mi persona Juzgue usted por esto.

— ¡Qué extraño me parece, repuso la joven, fijando en el americano la mirada de sus hermosos ojos con expresión de curiosidad, que se tenga todo lo necesario para vivir dichoso y se ingenie uno para sufrir! Es usted un verdadero artista en este género, Sr. Macready. Bien vale la pena amar tanto á Ronsard; pero me parece que este profano profesaba una filosofía diferente de la de usted.

— Esté usted segura, Mila, de que Ronsard tenía momentos de espantosa tristeza. No se ve uno acosado hasta este punto por la idea de la muerte cuando se siguen al pie de la letra los consejos que da á los demás.

En aquel momento alguien levantó el tapiz, y entró la princesa Pignacci.

— Esperan á usted, señorita, dijo.

Mila se levantó al punto.



¿No le complace que Mila del Paso sea obra de usted y le deba todo cuanto es?

— Olvidaba, contestó, que no soy aquí Mila Harcourt; ya sigo á usted, señora, y dispénseme por haberla molestado...

— No me ha costado mucho encontrar á usted, pues ya conozco sus rincones predilectos, y no ignoraba que el Sr. Macready tendría mil cosas que decirle. Aceptará usted su brazo para cruzar por los salones, y yo reclamo el de este caballero, añadió volviéndose hacia el músico.

En aquel momento la fiesta estaba muy animada, y había una compacta multitud, en la cual cesaron en parte las conversaciones. Todos miraban á Mila con marcada admiración, y su juventud y belleza ostentábanse alegremente en aquel centro de lujo. Adivinábase que había nacido para brillar, para reinar y triunfar siempre La princesa, triste, pálida y tan flaca que daba miedo, era el antagonismo de la encantadora artista. También la gente fijó la atención en aquel desconocido á quien la hija de la casa dirigía algunas palabras, y que al parecer era torpe, no sabiendo apenas contestar.

En el inmenso salón de baile el concierto iba á comenzar; en un estrado veíanse un arpa, un violoncelo y varios violines, así como el piano de cola. Con la cabeza alta y la sonrisa en los labios, Mila se adelantó, molestando, sin cuidarse de ello, á más de una dama, é indiferente á los murmullos que sus modales provocaban. No era nada tímida la señorita del Paso; tenía los defectos y las cualidades de su país natal; pero su sonrisa alegre y la mirada de sus ojos corregían en gran parte, aunque no para todos, lo que había de atrevido en sus movimientos libres. La impresión que produjo antes de cantar no fué más que medio buena. La princesa, que tenía detrás de su asiento á Villeroy, lo notó, y volviéndose á éste le dijo:

— La señorita del Paso es muy joven; se reconoce esto por el desdén con que mira la opinión pública; pero siempre es malo, y sobre todo inútil, crearse enemigos.

— Cuando cante, señora, todos quedarán subyugados.

— Tal vez sí. ¿Conoce usted su voz?

— La he oído una sola vez

Para el *debut* de su protegida, la señora Milner había elegido la escena de los diamantes del *Fausto*, en primer lugar porque en un salón, á su modo de ver, no se debe desorientar á los convidados, y en segundo porque una música muy conocida, aceptada por ambos mundos y en la cual se sabe bien dónde se debe aplaudir y dónde debe dejarse oir ese ligero murmullo de aprobación de los *diletanti*, es la más propia para el caso. Por otra parte, Margarita parecía estar deslumbrada por el brillo de las pedrerías: la señora Milner profesaba una secreta simpatía hacia esta debilidad de mujer.

Desde las primeras notas la atención vacilante se fijó. La leyenda sobre el origen indio de la joven artista y la manía del gran compositor francés, que impuso aquella extranjera á su director, no debilitaron seguramente la admiración, y ésta fué realmente sincera. La voz de Mila había alcanzado, si no la perfección, por lo menos una soltura, una amplitud y una riqueza de tono bastante raras. Cada nota era dulce y suave, sin el menor esfuerzo; y la joven cantaba con alegría, llenando el espacio con magnífica sonoridad. La señora Milner estaba contenta; aquel canto valía bien los mil francos.

Villeroy escuchaba como encantado, aunque no del todo satisfecho El mecanismo era admirable, y la calidad del sonido exquisita; pero allí faltaba un poco el alma.

Sin embargo, la debutante obtuvo un éxito extraordinario, y no fueron solamente aplausos de cumplido los que resonaron; todos aquellos hombres de mundo sintieron una impresión profunda, hallábanse subyugados; y sin pensar ya en criticar á la mujer, aclamaron á la cantante.

Mila, satisfecha y feliz en cuanto era posible, saludaba y sonreía, buscando al Sr. Macready con los ojos como para hacerle partícipe de su triunfo. De pronto vió á Francisco que, lejos de aplaudir, mostrábase un poco frío, y entonces, en medio de su alegría, experimentó una ligera sensación aguda muy desagradable; pero fué pasajera, porque todos la rodearon para felicitarla

La princesa también había notado la actitud de Villeroy, y algo sorprendida le dijo:

— Tenía usted razón, caballero, la señorita del Paso ha conquistado ese público tan difícil de subyugar como lo es el de los salones; mas al parecer no le ha satisfecho. ¿Qué le falta?

— ¡Lo que le falta, señora, contestó bruscamente el músico, es haber llorado!

La princesa miró de nuevo al músico, y contestó muy sencillamente:

— ¡Pues entonces mas vale que sea siempre una artista incompleta!

Villeroy recordó de pronto la historia de aquella mujer reservada y fría, y arrepintióse de sus palabras; pero una vez dichas, ya no podía recogerlas.

Otros artistas ocuparon después el puesto de Mila, y luego la señora Milner, muy satisfecha de su protegida, le rogó que cantase de nuevo alguna otra pieza, pero no demasiado larga, porque los jóvenes querían bailar después del concierto.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL SUERO EQUINO FISIOLÓGICO

EN EL HOSPITAL DE NIÑOS POBRES DE BARCELONA

Cuando en diciembre de 1894 el Dr. Vidal Solares inició la idea de crear en el Hospital de Niños



EL DOCTOR VIDAL SOLARES,
director del Hospital de Niños Pobres de Barcelona

Pobres de Barcelona, por él fundado y dirigido, un laboratorio microbiológico de análisis químico, no fueron pocos los que creyeron que tal proyecto fracasaría, teniendo en cuenta lo difícil que es la instalación de un gabinete de esta clase provisto de todos los aparatos necesarios y la escasez de recursos con que aquí desgraciadamente han de luchar estas fundaciones poco ó nada protegidas por los elementos oficiales.

No obstante, aceptado el pensamiento por la Junta directora del mencionado hospital, quiso ésta dar un ejemplo palpable de su amor á la humanidad, abriendo entre los individuos de la misma una suscripción que alcanzó la suma de 3.000 pesetas y que hecha pública elevóse á 11.652 pesetas. Con este pequeño capital adquirióse un excelente microscopio y cuantos aparatos eran necesarios para la buena marcha del laboratorio, en cuya creación é instalación han tomado parte principalísima el eminente microbiólogo D. Inocente Pauli, D. Gil Saltor y D. Pedro Pich, habiendo sido posteriormente agregados á este gabinete los facultativos Sres. Meseguer y Solo.

Es indudable que sin el entusiasmo humanitario de que tantas muestras tiene dadas el Sr. Vidal Solares, el laboratorio hubiera quedado, por decirlo así, en mantillas; pero gracias á los esfuerzos del director del hospital ha ido aquél aumentando progresivamente hasta el punto de que en la actualidad y aparte de los numerosos exámenes de falsas membranas, esputos, orina, leches, etc., se ha obtenido en él el suero antitóxico para combatir la difteria.

Pero no han parado aquí los servicios de tan beneficiosa instalación.

En atención á lo mucho que se propina el suero artificial, según fórmula del Dr. Cheron, para combatir la anemia grave, la gastro-enteritis y otras temibles enfermedades; teniendo en cuenta la semejanza de composición entre el suero artificial y el fisiológico y en vista de los satisfactorios resultados obtenidos con el uso del suero equino antitóxico, con el que por un lado se neutraliza la acción de los bacilos diftéricos mientras por otro se reconstituye, merced á los elementos constitutivos de aquél, el organismo de la criatura, ocurriósele al Dr. Vidal Solares utilizar el suero fisiológico del caballo, convenientemente esterilizado, para combatir los casos de atrepsia, entero-colitis, diarreas coleriformes de los niños, baile de San Vito, etc., etc., así como para ayudar las convalecencias de fiebres tifoideas y de otras graves enfermedades.

Los resultados de esta aplicación del suero fisiológico han sido admirables, y entre los varios casos ocurridos citaremos el del niño Andrés Duque, que á los trece meses de edad pesaba sólo cuatro kilogramos, ofrecía el aspecto de un esqueleto y padecía vómitos y diarrea que le habían llevado á un grado de postración extrema.

El Dr. Vidal Solares, después de haber acudido sin éxito á diversas fórmulas ordinarias, apeló, como medio en su concepto único para intentar la salvación del enfermito, á las inyecciones hipodérmicas del suero equino fisiológico: el resultado fué tan prodigioso, que á las diez inyecciones el niño estaba salvado, y su peso, á la edad de 16 meses, era de 11 kilogramos. Del aspecto de esta criatura después del empleo del suero fisiológico pueden juzgar nuestros lectores por el grabado de la siguiente página, tomado de una fotografía que reproducimos con la misma dedicatoria del agradecido padre al salvador de su hijo.

Para la obtención del suero en el Hospital de Niños Pobres se siguen con escrupulosa minuciosidad los principios que la ciencia impone y se adoptan las más minuciosas precauciones que la experimentación aconseja, porque aquel elemento, reconstituyente en grado sumo, es también tóxico, toxicidad que varía en cada especie, en cada individuo y en uno mismo según las condiciones de edad, sexo, salud, medio, alimentación, trabajo, época del año, número y fecha de las sangrías anteriores, etc. De ahí que precise en primer término elegir la especie de animal cuyo suero sea menos tóxico, y en segundo colocar al individuo en situación tal que determine las menores variantes posibles en su organismo. La primera condición se cumple escogiendo un animal como el caballo, que sin menoscabo del poder reconstituyente proporciona un suero de toxicidad mucho menor que otras especies zoológicas, á la vez que permite obtenerlo en la cantidad necesaria al fin que se le destina. La condición segunda se satisface utilizando un caballo adulto, sanguíneo, que se halle en el estado fisiológico mejor posible, y colocándolo antes y después de la sangría en buenas é invariables condiciones de higiene y régimen á fin de que la constitución químico-



El suero equino fisiológico

Extracción de la sangre de un caballo para la preparación de este suero, por los Sres. Pich, Pauli y Meseguer en el Hospital de Niños Pobres

biológica del suero tenga toda la igualdad que permiten los conocimientos y medios que posee la ciencia.

Así procedió el Hospital de Niños Pobres de Barcelona escogiendo de entre los caballos que posee el denominado *Recogido*, de raza andaluza, de cerca de siete años de edad, entero, sanguíneo, de excelente estado de salud y desarrollo y con un peso de 457 kilogramos, caballo donado al hospital por el Excmo. Sr. marqués de Marianao, vocal de la Junta directiva del mismo. Este caballo es el que aparece en el grabado de la página anterior, que representa al profesor veterinario Sr. Pich, al médico Sr. Meseguer y al microbiólogo Sr. Pauli en el acto de extraer del animal la sangre necesaria para la preparación del suero fisiológico.

Digamos ahora algo del director del hospital. El Dr. Vidal Solares nació en Cárdenas, á los diez y nueve años recibió el título de Licenciado en Medicina y Cirugía y al año siguiente el de doctor, ambos con la nota de sobresaliente En 1874 trasladóse á París, ingresando en el Hospital de las Clínicas, donde tuvo por maestro á M. Depaul, y al poco tiempo ganó entre 200 opositores una plaza en el Hospital de Niños Enfermos: entonces escribió un *Estudio sobre la difteria*, que premiaron con el título de académico la Sociedad francesa de Higiene, la Sociedad Anatómica de París y la Academia Médico-Quirúrgica jerezana, la cual le otorgó, además, una medalla de oro. Pocos meses después logró un nuevo triunfo, ganando en pública oposición el cargo de interno en el Hospital de Piedad, y en 1879 recibió la investidura de doctor en la facultad de Medicina de París: contaba en aquella sazón veinticinco años. Trasladóse luego á Barcelona, y aquí fundó en 1890 un Dispensario gratuito para niños pobres, que á los dos años y merced á su infatigable energía y á su constancia en solicitar de cuantos pueden y valen el apoyo y el concurso moral y material para su obra, amplióse con un hospital que, como ha dicho muy bien un biógrafo del señor Vidal Solares, se sostiene exclusivamente por la caridad de muchos y el esfuerzo, abnegación y desinterés de uno solo.



Retrato de un niño después de sometido á las inyecciones del suero fisiológico

Así nació el Hospital de Niños Pobres de Barcelona, en donde actualmente prestan sus servicios, además del director, especialistas tan reputados como los señores Martínez Vargas, Altabás, Borrás, Roca, Salvador, Berini, Meseguer, Saltor, Pauli, Brillas, Serrallach y otros, encargados de las enfermedades ordinarias de los niños, enfermedades especiales de los ojos, del oído, de la garganta y de la nariz, operaciones quirúrgicas y vacunaciones, aplicaciones de hidroterapia y electroterapia, etc., etc.

El hospital tiene también un *Instituto sueroterápico*, en donde se prepara el suero antidiftérico. Apenas se hizo público el descubrimiento del Dr. Roux, la Junta del hospital comisionó á los doctores Saltor, catedrático de Histología de la Facultad de Barcelona, y Comenge, director del Instituto de Higiene, para estudiar todas las cuestiones relativas al método sueroterápico, siendo resultado de aquella excursión la instalación del Instituto que tantos beneficios dispensa á los infelices niños atacados de la terrible enfermedad.

En el hospital se dan anualmente millares de asistencias facultativas y se facilitan gratis medicamentos y alimentos por una suma importantísima: este es el mejor elogio que puede hacerse de la institución fundada y sostenida por el Sr. Vidal Solares, quien con ella ha prestado un gran servicio á la humanidad y se ha conquistado con el aplauso de todos cuantos la conocen las bendiciones de los miles de infelices en ella socorridos. – X.



Habitantes del Transvaal en marcha hacia las minas de oro

El interés que han despertado en Europa los recientes acontecimientos de la República Sudafricana nos induce á añadir á los grabados ya publicados el anterior, que representa una expedición de mineros encaminándose hacia las ya famosas minas auríferas. El camino que va de Johannesburg á Charlestown, término del ferrocarril de Natal, ofrece en la actualidad la mayor actividad y movimiento. Como la vía férrea no está aún concluída, los pasajeros y sus equipajes han de terminar su viaje en carros como el representado. La parte posterior de este vehículo se deja para los blancos, y la central y la anterior para los negros y cafres. Cuando llega la noche, se desenganchan las mulas, y los viajeros toman en medio del campo algún refrigerio, mientras los cafres, hombres por lo general de buen humor, comen á su vez, cantan, bailan ó se entretienen contando cuentos.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XV — Barcelona 10 de febrero de 1896 — Núm. 737



SUICIDIO DE NERÓN, boceto de Rafael Atché

(Salón Parés)

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Movimiento literario en España. – Nuevos dramas estrenados en los teatros últimamente. – *La mujer de Loth.* – Los matrimonios desiguales y las supersticiones aristocráticas. – *Doña Perfecta.* – La cacique neocatólica. – Desarrollo del drama. – Los curas en la escena. – Combate de pasiones. – Catástrofe. – Una recepción académica. – Discurso del señor León y Castillo. – Discurso del señor marqués de la Vega de Armijo. – Reflexiones. – Conclusión.

Los torrentes de luz, las irradiaciones de magnetismo y electricidad, el cruce de rayos etéreos, el río de astros ó vía láctea, los vuelos de aerolitos en deslumbradores enjambres, el espacio donde los seres se dilatan y que nos presta sus fluidos, todas las grandezas cósmicas no pueden acercarse, á pesar de sus resplandores, á las ideas, porque donde comienza el pensar, comienza también lo espiritual, es decir, algo de divino, algo superior á la realidad y á la naturaleza. Un latido del corazón humano tiene más valor que pueda tener un movimiento de los orbes, tan fatal como las oscilaciones del péndulo, ciegas, necesarias, obedientes á fuerzas superiores é incontrastables. Una inspiración resplandece más que los crepúsculos y que las fosforescencias y que el calor, á cuyos esplendores y llamas la vida universal arde. No vemos el pensamiento, no lo tocamos, aunque lo sentimos y conocemos; pero el espacio todo es puro pensamiento, y en el pensamiento y por el pensamiento los eternos tiempos transcurren. ¿Qué son la cuenta del tiempo y qué la medida del espacio sino puras ideas matemáticas? Así creciendo las ciencias, que se hallan en la razón, y creciendo las artes con las letras, que se hallan en el sentimiento, y que aparecen unas y otras como núcleos y condensaciones del ideal, á manera que los soles aparecen como núcleos y condensaciones del éter, aumenta nuestro espíritu; y al aumento del espíritu aumenta el universo, y al aumento del universo las ideas y los objetos, las criaturas y el Criador se identifican en lo eterno del tiempo esclarecido por luminosas inspiraciones y en lo infinito del espacio animado por la llama de lo ideal. Comprendamos que cada grande obra de arte ó ciencia ó poesía es una buena obra, como las mayores benéficas ó morales, y parémonos á contemplar cuanto de artístico y científico aparezca por cualquier minuto del tiempo y rincón del espacio, en la seguridad completa de que todas las espirituales creaciones cooperan y sirven al progreso y bienestar de nuestra especie.

Dos estrenos de obras dramáticas y dos discursos de recepción en Academia hemos contado durante las semanas últimas, dignos de despertar el público interés y merecer la crítica literaria. Los dramas son el muy esperado de Sellés, que nos ha puesto en escena *La mujer de Loth*, y el más conocido, por su argumento, de Galdós, *Doña Perfecta*, interesantes uno y otro á causa del renombre y fama de sus sendos autores: son los discursos el admirablemente compuesto del Sr. León y Castillo sobre necesidad de la intervención real en los pueblos de comicios falseados, y la reflexiva respuesta del señor marqués de la Vega de Armijo, escuchados ambos con grande satisfacción por selecto público en el salón de solemnidades y ceremonias del célebre Palacio de los Lujanes, que ocupan los académicos de Ciencias Políticas en Madrid. Sellés no ha menester presentaciones de nadie y menos loas, pues todo el mundo lo conoce y alaba. Pensador en armonía y consonancia con el espíritu y el carácter de su tiempo, encierra las ideas de progreso en habla clásica, base firme de un estilo, esmaltado á la manera conceptuosa y concisa de los mayores publicistas y literatos del siglo décimoséptimo. Así las obras suyas no se reducen á recrear enseñando, trascienden á más altas empresas y se proponen fines más universales y más útiles. De aquí una idea muy feliz, la idea de presentar el número de tropiezos en que caen y las enormes catástrofes á que se arriesgan los empeñados en mirar atrás de continuo, desconociendo los derechos que sobre la vida y sobre la idea tienen lo porvenir y lo presente. Las bibliotecas y archivos por habitación, las antigüedades por adorno, los pergaminos por títulos, el retrato de los muertos por compañía, las panoplias llenas de armas enmohecidas por timbres, el sepulcro de los antepasados por única raíz de los vivos, prestan á ciertas familias nobles el aspecto de los edificios ruinosos y de los monumentos destrozados, cuyas piedras ofrecen humedad á la cicuta y asilo al buho. Sellés ha presentado tales familias al público en el magnífico primer acto de su drama con un relieve y una verdad incontestables. El capellán, el general, aquella gran dama viuda, los pleitos por mayorazgos viejos, los entroncamientos de nobiliarios árboles entrelazados con las genealogías del rey que rabió, ofrecen todo el aire de las momias y de las petrificaciones, mientras los niños dejan el albergue de la cuna y requieren gorjeando el alba de nuevos días, ó los jóvenes se enamoran en la santa igualdad propia del amor que acorta todas las distancias sociales y burla todos los heredados blasones. El joven aristócrata debe casarse con una prima, joven también como él y también aristócrata, por conveniencias de familia y arreglos de pleitos. Pero el noble se ha enamorado de una institutriz y la joven de un pintor, uno y otra pobres y plebeyos. He aquí el combate dramático: los aristócratas puestos en la cruel alternativa de faltar á sus rancias supersticiones ó malherir para toda su vida el corazón de los hijos, á su vez puestos en la cruel alternativa de faltar á su familia ó faltar á su corazón. Imposible idear nada más dramático, ni ofrecerlo con mayor movimiento é interés en el primer acto. Yo sé decir de mí que me quedé como enajenado por completo de mi propia persona en todo el transcurso de tal acto y como absorbido en los personajes: resultado sólo asequible por un sumo arte dramático. Si mantuviera Sellés á semejante altura los dos actos consecutivos, colocara *La mujer de Loth* sobre pedestal tan eminente de suyo en el teatro español como el que hoy ocupa su *Nudo Gordiano*. ¿A qué debemos atribuir el descenso de interés en los dos actos consecutivos? Primeramente á que llega el desenlace de todo aquel dramático enredo al primer acto, cuando los jóvenes aristócratas aceptan casi las nupcias entre sí mismos y no aquellas otras nupcias con que habían soñado. Vencida esta dificultad, apenas hay combate ya, y por ende apenas hay drama. Seguidamente aparecen varios protagonistas en la obra que desmenuzan el interés único. No es mujer de Loth allí tan sólo aquella noble que repugna y maldice los matrimonios desiguales y la mezcla de sangre azul con otra sangre de color menos patricio; es mujer de Loth la institutriz mirando siempre á su madre; mujer de Loth la madre de esta institutriz refiriéndose á las desgracias y deslices de su juventud sin descanso; mujeres de Loth cuantas atraviesan el escenario y componen el drama. Luego, mientras desde los primeros momentos la general atención se concentra y fija en el mayorazgo de la casa y en la institutriz, los dos enamorados, quedando los otros dos novios, la joven aristocrática y el pintor, en segundo término; al acto final, quedan en segundo término los antes verdaderos protagonistas y ocupan el primer lugar los segundos, incapacitados por completo de mantener sobre sí la general atención, que se va por misteriosa incontrastable fuerza con los otros. He aquí las principales equivocaciones del autor ilustre, que no empecen al brillo y resalte de los aciertos, consistentes en la copia de ideas y en la hermosura de frases y en el esmero literario, prometiéndonos todo ello, aplaudido por los espectadores con entusiasmo, una obra futura vaciada en tan preciosos moldes.

El drama de Sellés ofrece muchísimos puntos de relación y de congruencia con el drama de Galdós. Parécense las mujeres que atrás convierten los ojos y las caciconas absolutistas que truecan la población donde imperan en monasterio, su término y cercanías en mayorazgo, sus autoridades en cortejo propio, sus habitantes en monjas y frailes defendidos por guerrilleros y trabucaires, para que tamaño poder, espiritual y temporal á un tiempo, disponga también de su ejército correspondiente, que mantenga con el esfuerzo coercitivo de sus brazos las creencias más supersticiosas dentro de almas, las cuales anidan en las tinieblas de los panteones y viven de las podredumbres de los sepulcros. No se puede por modo más inspirado y por desempeño más sabio presentar en las tablas tamaño prototipo de reacción, que abunda por España. Este drama nos ha mostrado en lo rápido y fácil de su natural acción, en lo pensado y lógico de sus socorridos recursos, en lo bien aparejado y apercibido de las situaciones supremas, en el movimiento é impulso dado á sus personajes, como puede llegar Pérez Galdós con el transcurso de sus nuevos ejercicios literarios y con las experiencias adquiridas en sus tenacísimos combates á ocupar dentro del teatro contemporáneo un sitio tan alto como el que ocupa dentro de la novela, donde ha ligado su personalidad y su nombre al esplendor y gloria de la literatura moderna. Una dificultad ha vencido, vadeándola con suma destreza: la presencia en escena del director espiritual de Doña Perfecta. No corren aquellos aires que avivaban indignaciones como las promovidas por el fraile Froilán en Carlos II el Hechizado. La democracia se ha unido en tales términos con la Iglesia, que reconoce y proclama el derecho en las almas henchidas por un verdadero misticismo de consagrarse á la oración y á la penitencia. Ahora no se persigue á los frailes; se reedifican los conventos. Presentar al confesor de Doña Perfecta con relieves de muchísimo bulto y colores de grande crudeza, hubiera tenido estos dos inconvenientes insuperables: primero, indisponer al público todo con la obra; y segundo, eclipsar tras el motor verdadero y único de las acciones aquellas á la protagonista, que debía ocupar el foco de la elipse del drama y atraer á sí la general atención y la viva curiosidad. El único lunar encontrado por mí en obra tan acabada y preciosa se halla en que, por acelerar el desenlace, cuando el magistral tercer acto nos ofrece conjura tan bien desarrollada, en vez de parir esta formidable maniobra una guerra civil, aborte un vulgar asesinato. Mas no hay que dudarlo: el drama, como la novela de Galdós, es una obra maestra.

Festividad ciertamente de otro género, mas no de inferior importancia, nos ha ofrecido la corporación oficial conocida con el nombre de Academia de Ciencias Morales y Políticas. Entraba en ella orador de tanto fuste como León y Castillo, contestándole prócer de ideas tan liberales como el marqués de la Vega de Armijo. Estas circunstancias, sumadas con el recreo que procura siempre al ánimo y al espíritu una festividad literaria ó científica, debieron ser parte para que asistiese al acto crecida concurrencia de académicos. No fué así: ni en el salón ni en el estrado correspondía el público á la importancia de aquella recepción y al mérito de aquellos oradores. Cuando yo recuerdo una festividad literaria del Instituto de Francia y la comparo con cualquier festividad, la más concurrida y celebrada de nuestras academias, no puedo dejar de lamentarme del estado de indiferencia en que nos cogen ahora las manifestaciones del pensamiento contemporáneo, por cuya libérrima expresión mantuviéramos cien combates y consumáramos innumerables sacrificios. ¡Cuidado que interesaba oir en el seno de la ciencia, tranquilo y luminoso, á un orador tan varonil, tan enérgico, tan de combate como el Sr. León y Castillo! Su tesis porfiaba en importancia con el mantenedor. Como de todo cuanto se usa, también se abusa, y como todo cuanto se ejercita en este mundo, también se gasta, el régimen parlamentario pasa por un período triste de patente descrédito, el cual período no puede mucho durar, porque nunca encontrarán los hombres medio mejor de gobernarse á sí mismos dentro del propio natural suyo y del natural correspondiente que prestan ellos á las humanas sociedades. Para corregir los muchos males de que tal régimen adolece hoy entre nosotros, propone León y Castillo un aumento de intervención regia en los negocios públicos y propone Vega de Armijo un ensayo de apelación al *Referendum*, es decir, al voto y veto directísimo del pueblo, sancionando las leyes ó rechazándolas. Declaro que no estoy ni por tanto rey como nos receta el señor León y Castillo, ni por tanto pueblo como nos receta el señor marqués de la Vega de Armijo. Ni hemos tomado tantas precauciones contra el instituto de casta y privilegio llamado Monarquía, para devolverle viejas influencias, so pretexto de que se hallan las elecciones corrompidas, en remedio de lo cual nada podrá el rey hacer, mientras lo podrán todo las costumbres; ni la democracia se halla en la madurez indispensable para del régimen representativo y de pura delegación ascender al gobierno directo. Así rechazamos uno y otro remedio por improcedentes. Con el remedio propuesto por León y Castillo retrocederíamos al período realista; y con el remedio propuesto por Vega de Armijo caeríamos en el plebiscito cantonal y comunero. No asiento, pues, ni á uno ni á otro remedio. Pero mi disentimiento de los oradores no empece á la estimación de los discursos. El estilo sobrio y enérgico, la entonación robusta, el pensamiento concreto, la observación profunda, el toque pronto y acertado avaloran la muy aplaudida lectura del discurso de León y Castillo, mientras una sabia experiencia, un sano consejo, un estudio prolijo, una verdadera nitidez de frase y de idea resaltan en la obra del señor marqués de la Vega de Armijo. Reciban uno y otro mi cordial enhorabuena.

Madrid, 3 de febrero de 1896.



EL APOSTOLADO

EL RETABLO DE EL ESPINAR

10 (?) *de febrero de* 1637. – 12 *de febrero de* 1574

Celebradas figuras de José Ribera el *Spagnoleto*. – Notabilísimas pinturas de Sánchez Coello

Cuéntanse más de cinco «Apostolados,» todos verdaderas obras maestras, de mano de Ribera. Para la iglesia de la cartuja napolitana de San Martín (hoy desaparecida) pintó la *Sagrada Cena;* para el mismo convento ejecutó las figuras sueltas de los doce discípulos de Jesús; para otro monasterio de Italia volvió á pintar las mismas figuras; y por último, para distintos palacios é iglesias hizo numerosos *retratos* – como dice con gran inocencia un crítico italiano – de los apóstoles, especialmente de San Pedro, San Pablo, San Mateo y San Juan.

El Museo nacional de Madrid posee doce lienzos con las efigies de los apóstoles; de éstos los más notables son San Pablo y San Pedro. Pero existe una duda respecto de la fecha precisa en que Ribera ejecutó el primer *Apostolado.* Sabido es que las *maneras* ó estilos del *Spagnoleto* son dos; una, que le distingue en las obras que produjo hasta los veinticuatro ó veintiséis años; la segunda, que murió con él. Mas á pesar de reconocerse esos dos estilos en la obra de Ribera, solamente por la firmeza del dibujo, por el dominio del natural, que se advierte en sus cuadros de la edad madura, puede venirse, las más de las veces, en conocimiento, no del año, sí de la época en que ejecutó las numerosas pinturas que de su mano se conservan repartidas por Europa. Pues confieso ingenuamente como no sé distinguir, por sólo el examen del color y de la factura, el primero del segundo ó definitivo estilo del gran artista valenciano.

Ni creo que sea fácil establecer esa distinción ateniéndose solamente al color. El carácter de Ribera, impetuoso, fiero, aun cuando no *odioso,* como nos cuenta más de un crítico francés; amigo de la verdad, especialmente cuando ésta da vida á escenas de terror y de muerte, encuentra en la manera del Caravaggio la fórmula plástica que más concuerda con su modo de sentir el arte. Y cuenta que estudió al Caravaggio hasta la edad de veintiún años. Muerto el maestro, la miseria, el infortunio en todos sus aspectos, hizo más sombrío de lo que era el carácter del *Spagnoleto* y se acentuó por lo tanto su estilo fiero y brutal, que no dulcificó jamás.

Doy todas estas explicaciones antes de exponer cómo he podido averiguar la fecha del primer *Apostolado* que de Ribera se tiene noticia, porque entiendo que son precisas para determinar con claridad el temperamento artístico y el valor de la obra toda del célebre maestro.

* * *

Comenzó Ribera á pintar por *encargo* á poco tiempo de haberse casado con la hija de un mercader de cuadros, napolitano; mas de entonces no se tiene noticia que hubiese pintado otra cosa que figuras sueltas de imágenes y alguna que otra composición, hasta que el virrey de Nápoles D. Pedro Girón lo hizo su pintor. Esto acontecía por los años 1626 á 1630. Durante dicha época decoró la cartuja citada de San Martín y la catedral, y hasta que terminó tales obras no se sabe que pintase más que grandes composiciones como la de la *Deposición de Cristo,* obra maestra admirable. Lo dicho en cuenta, es de creer que el primer *Apostolado* que Ribera trazó es aquel al cual pertenecen las dos figuras de San Pablo y San Pedro que posee, juntamente con un hermosísimo *Cristo en la cruz,* la Diputación provincial de Vitoria.

En el lienzo que representa al apóstol romano se lee lo siguiente: *Josef Ribera, valentiano, febrero de* 1637.

Deben pertenecer esas dos efigies al *Apostolado* que para los lunetos de una iglesia de Nápoles pintara el insigne hijo de Játiva, pues representaba de cuerpo entero á los discípulos de Jesús, y como aquéllos, estas figuras de la Diputación provincial de Vitoria aparecen completas, distinguiéndose cada uno de los apóstoles por los atributos que les son característicos. Así pues, el San Pablo apoya las manos sobre una espada y San Pedro tiene las consabidas llaves.

* * *

Realmente las diferencias técnicas entre estas figuras y las de casi todos los apóstoles que pintó Ribera son bien pequeñas. En unas y otras se mira el mismo estudio, más que estudio, análisis del natural; los mismos tipos más ó menos dulcificados en la expresión, el mismo modo de distribuir la luz y de entender el clarobscuro, la misma energía en la pincelada, causan la misma impresión de grandeza, de majestad y al propio tiempo de respeto rayano con el terror, que causan, no ya todas las representaciones que el gran artista hizo de los apóstoles, sino cuantas figuras produjo su pincel. Porque debemos tener en cuenta que el *Spagnoleto* tuvo predilección por los asuntos dramáticos, como lo prueba el haber pintado diez ó doce veces el martirio de San Bartolomé, buscando siempre aquellas notas más naturalistas y horripilantes á que se presta el horroroso cuadro de un hombre á quien desuellan vivo.

* * *

Cómo han venido á poder de la Diputación de Vitoria los lienzos citados es cosa que ignoro. Supongo (y para suponer esto no tengo otra razón que la que voy á dar) que así como durante nuestro dominio en Italia, los virreyes y magnates españoles que allá iban, bien por encargo de los reyes, cual aconteció para la adquisición de *El pasmo de Sicilia,* bien *motu proprio* compraban, y cuando no, se apoderaban, que para el caso es lo mismo, de aquellas obras de arte que más les placían, y las traían con su equipaje para decorar aquí sus palacios ó regalar á sus conventos favoritos, así estos lienzos pueden haber venido á España, yendo á parar, de algún monasterio en época no muy lejana, á poder de la Diputación, como á poder de otras Diputaciones y al del gobierno fueron tantas riquezas artísticas como atesorara en un tiempo la Iglesia española y que hoy figuran en los museos.

* * *

Un crítico é historiador francés hace constar, á propósito de la pintura que para la cartuja napolitana ejecutaba Ribera, que éste, disgustado porque al Dominiquino también le encargaran de una parte de la decoración dicha y debía por lo tanto pintar una parte del *Apostolado,* se deshizo de su colega por medio del veneno, como se deshiciera de otros por medio de la espada y del puñal (?).

Una de las obras más acabadas de la escuela castellana, al decir de Ponz y de Ceán, de Viardot y de otros críticos nacionales y extranjeros, es la de los entrepaños, que el pintor favorito de Felipe II Sánchez Coello pintó para el célebre retablo esculpido y trazado por Francisco Giralte, con destino á la parroquial de San Eutropio, de la villa de El Espinar (Segovia).

Son tales pinturas, con estar encerradas en pueblo apenas visitado y en las fragosidades de los montes de Riofrío, conocidas de cuantos han estudiado nuestra pintura y encomiadas grandemente, llegando alguien al extremo de darlas como la primera de las obras maestras del insigne artista.

Diez son los lienzos á que me refiero, y representan los asuntos siguientes: En los pedestales del primer cuerpo aparecen los cuatro doctores de la Iglesia San Gregorio, San Jerónimo, San Agustín y San Ambrosio, los cuatro en dos lienzos; en los tableros de los intercolumnios del primer cuerpo aparecen *La Adoración de los pastores* y la de los *Reyes Magos;* en los del segundo *La Purificación* y la *Resurrección;* en los del tercero la *Ascensión* y la *Venida del Espíritu Santo;* en los del cuarto los cuatro evangelistas que, como los doctores, simulan cuatro lienzos y son dos.

Todas estas composiciones están desarrolladas con aquella firmeza de dibujo y colorido sobrio y castizo que son la nota saliente de Coello. Como de la escuela castellana, las figuras son hondamente místicas, pero también realistas. La escrupulosidad en los detalles es tanta, que ajustada la obra en 3.350 ducados, los peritos que nombraron el pueblo y la fábrica de la iglesia para que, como era costumbre á pesar del ajuste, tasaran la obra, dijeron que valía 7.000, pues el maestro pusiera en su labor tanto saber que era maravilla.

Firmóse la escritura de esta obra de arte en el pueblo dicho de El Espinar el día 12 de febrero de 1574. Al otro día, dice Ceán Bermúdez, juntáronse los alcaldes, regidores, procurador del consejo, el vicario y cura, con el beneficiado, mayordomo mayor de la fábrica y otros vecinos del pueblo, en la parroquia de San Eutropio, para escoger los asuntos que debían pintarse.

Allí mismo el artista comenzó la obra, trazando un ligero plan del reparto de ella.

Sánchez Coello dió fin á su encargo en poco más de dos años.

R. BALSA DE LA VEGA

CUENTO DEL PARAÍSO

San Pedro miró á lo lejos, formando con su ancha mano á modo de una pantalla delante de sus ojos, y no viendo á nadie por el camino, entró en el Paraíso, cuya puerta de oro cerró con cuidado. En seguida se acostó en el césped santo, impregnado de los gratos olores de Dios, y se durmió.

Soñó que estaba pescando, como en otro tiempo á orillas del lago de Genezareth, y se arremangaba ya las mangas para sacar las redes, cuando le despertaron unos sonidos armoniosos semejantes á los que despide una copa de puro cristal al rozarla al paso las alas de un insecto.

– Me parece que han llamado á la puerta del Paraíso, dijo San Pedro restregándose los ojos. ¿Quién anda ahí?

– Soy yo, soy yo; Magdalenita.

– Magdalenita... ¿Es un jilguero el que gorjea de ese modo?

– No; es una niña.

– Pues bien, hija mía, hay que llamar á las puertas, y no arañarlas como un ratoncito.

– El aldabón está muy alto y no llego.

– Tiene razón, pensó el santo; el aldabón está demasiado alto para los niños. Mañana pondré un taburete junto á la puerta para que puedan llamar sin trabajo.

Y abrió la puerta.

La niña entró haciendo una bonita reverencia, y presentó su boquita de rosa al pescador para que la besara. Estaba en camisa; era pequeñita y vivaracha; sus ojos brillaban entre los mechones de cabellos que le caían por la cara, y mientras sujetaba su muñeca entre sus dos brazos, procuraba levantar el borde de la camisa que la privaba de andar. De suerte que tenía esos movimientos algo torpes del patito recién salido del cascarón y al que el viento ciega y hace que se tambalee.

– ¿Cuántos años tienes, angel mío?

– No lo sé, San Pedro; no me lo han dicho.

El santo la levantó sonriendo, la cobijó bajo su larga túnica azulada, y cogiéndole los piececitos descalzos:

– ¡Si los tienes helados!, dijo. Aguarda un poco y te los calentaré.

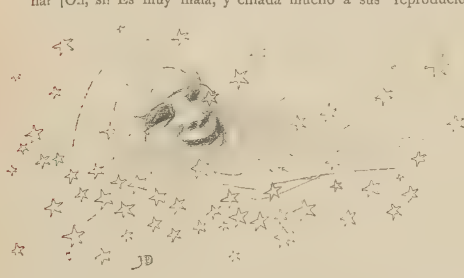
Y se puso á besar aquellos pies diminutos, y acariciaba á la pequeñuela, que gesticulaba y reía á carcajadas, porque tenía muchas cosquillas y la gran barba blanca del santo se las hacía en el rostro.

Este, al verla de tan buen humor, se echó también á reir de un modo tan ruidoso que hizo resonar la puerta de oro, de suerte que al poco rato ambos lloraban de risa. Así suele suceder cuando un abuelo juega con sus nietos.

Cuando el santo volvió á cobrar su seriedad, dijo:

– ¿No sabes, hija mía, que las muñecas no entran en el Paraíso?

– Es que ésta no es una muñeca; es mi hija Dime, San Pedro, ¿no puede entrar porque no ha sido buena? ¡Oh, sí! Es muy mala, y enfada mucho á sus



papás; pero ¿podrá entrar cuando la hayan dado una buena azotaina?

– ¿Según eso, ha cometido pecados muy gordos?

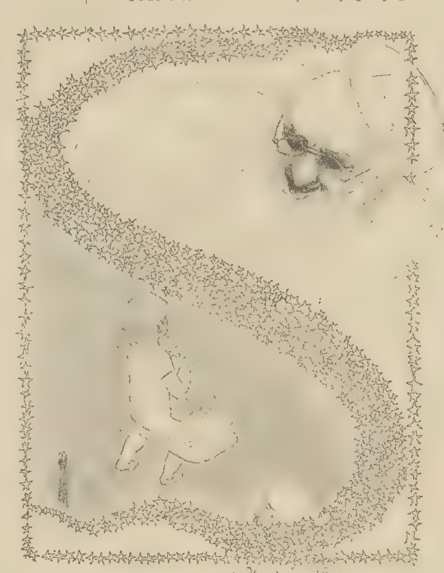
Magdalena contestó que sí con la cabeza, poniéndose muy seria, y empinándose hasta llegar á la oreja del patriarca, dijo muy bajito y con gran misterio:

– Se hace todos los días pipí en la cama... Y añadió con animación: Vamos á darle una mano de azotes. ¿Quieres sostener á esta pícara mientras voy á buscar una vara? Mira, mira cómo llora. ¿Quiere usted callarse, señorita? Pero San Pedro, ¿no ves que la tienes cabeza abajo y le haces pupa con ese pulgar tan gordo?

– Ya calla..., ya calla...

Pero por el tono con que San Pedro dijo esto, conoció Magdalena que no estaba contento y que iba á azotar con toda su fuerza. Entonces, se detuvo, bajó los ojos, y poniéndose muy colorada, dijo:

– Todo esto ha sido broma; no hay que pegar á la



muñeca, porque no ha sido mala nunca. No puede serlo, porque es de madera, y además la mala he sido yo; yo he sido la que ha hecho...

– ¿En la cama?

– Sí.

– ¿Muy á menudo?

– Sí.

– ¿Pero no volverás á hacerlo?

– Quizás no; yo bien quisiera.

– ¡Pobre Magdalenita! ¿Qué harás ahora cuando lleguemos á presencia de la Virgen María y ésta diga á todo el mundo: «Sé que por aquí hay una niña que no es buena; una niña que hace..» ¡Hum!, ¡hum!

– Pues bien, San Pedro, di que has sido tú.

Gustavo Droz

ALGUNAS ANÉCDOTAS DE CHOPIN

M. Mathias, el eminente profesor del Conservatorio de París, discípulo de Chopin, ha referido recientemente á un cronista parisiense algunas anécdotas del gran maestro polaco que creemos dignas de ser reproducidas á continuación.

«Una noche – dice M. Mathias – había gran recepción en casa de la condesa X... Al entrar, vi en el salón á un joven de porte distinguido y á quien los concurrentes prodigaban toda suerte de atenciones: era Thalberg, el famoso pianista que gozaba de reputación europea. «Sr. Thalberg, toque usted algo.» «Sr. Thalberg, acceda usted á nuestros ruegos.» Thalberg accedió á tales peticiones y se disponía á pulsar las teclas de un magnífico Erard, cuando un criado anunció: «Madame Jorge Sand, M. Chopin.» Todas las miradas se volvieron hacia los que entraban en aquel momento. En cambio yo tenía los ojos fijos en Thalberg y por la expresión de su rostro comprendí que se sentía vivamente contrariado: fácil era comprender porqué. Thalberg era el polo opuesto de Chopin; las piezas que tocaba carecían de sentimiento y sólo estaban compuestas para poner de manifiesto la admirable perfección de su mecanismo. Como Thalberg no ignoraba lo poco que estimaba Chopin esta clase de obras, no le gustaba afrontar la crítica de aquel músico, más grande que él y cuyo desdén adivinaba al través de su exquisita cortesía; por esta razón hubiera querido levantarse del piano, pero se lo vedaba su pundonor, y no tuvo más remedio que tocar, ejecutando su fantasía sobre motivos de *Don Juan* con cierta coquetería y con una limpieza y brío incomparables. Chopin – aún me parece estarle viendo – escuchábale apoyado en la chimenea. Cuando Thalberg hubo terminado, Chopin, en medio de una tempestad de aplausos, adelantóse hacia el pianista y le dirigió algunas frases laudatorias: Thalberg estrechó su mano, púsose extraordinariamente serio, bajó los ojos y se inclinó sin pronunciar una palabra. Aquel silencio traducía el pensamiento de Thalberg y quería decir: «Me avergüenzo de que me aclamen á mí que no soy sino un *virtuose* delante de vos que sois un artista de genio...»

«Chopin – añade M. Mathias – era sensible, excesivamente impresionable, dotado, como les sucede á muchos grandes artistas, de una inteligencia profesional que se concentraba sobre un objeto único y se manifestaba poco al exterior.

»Desde el punto de vista sentimental, Chopin era sumamente celoso, de carácter arrebatado y muy exclusivo en sus afectos: ningún capricho le distrajo de su amor enfermizo á Jorge Sand, y mientras duraron sus relaciones le guardó fidelidad absoluta.

»Daba lecciones por necesidad, y no pocas veces por el gusto sólo de enseñar. Los editores de música le ofrecían por sus mejores piezas una retribución mezquina que raras veces excedía de 500 francos. Su genio estaba en pugna con las costumbres del vulgo, que adoraba la música italiana y que no admitía otra cosa en materia de arte musical: las gentes veían en él á un excéntrico y se burlaban de él como más tarde se han burlado de Berlioz, de Wagner, de César Frank y en una palabra de todos los innovadores. De estas burlas consolábale la admiración de algunos que le hicieron objeto de un culto apasionado: mientras en todas partes reinaban los favoritos de la moda, los ejecutantes maravillosos como Thalberg y Stannaty, Chopin fué el rey y casi pudiera decirse el dios de unas pocas damas del gran mundo, en cuyos salones sentíase aliviado del dolor que le causaba ver en los demás desconocido su talento. El mismo Liszt le hacía sombra, y Chopin, aunque le profesaba un cariño verdaderamente fraternal, no podía menos que entristecerse comparando los triunfos que obtenían las obras de aquél con el mediano éxito que lograban las suyas. Sus rivales, sin embargo, reconocían lo mucho que valía y rendían tributo á su superioridad.»

Una notable escritora francesa, Mme Girardin, describe en los siguientes términos la última audición que Chopin dió de sus obras en París, con ocasión de un concierto en que tomó parte Mlle. O'Meara, discípula suya:

«Chopin estaba allí asistiendo al triunfo de su discípula, y todo el mundo se preguntaba: ¿Le oiremos? El hecho es que para sus admiradores apasionados, ver á Chopin toda la noche alrededor de un piano y no oirle tocar era el suplicio de Tántalo La dueña de la casa tuvo compasión de nosotros; fué indiscreta, y Chopin tocó y cantó sus más deliciosas melodías, cuyos caprichos seguíamos con nuestro pensamiento y á cuyas notas poníamos las palabras que nos parecían más ajustadas al canto. Éramos una veintena de aficionados sinceros, de verdaderos creyentes, y no perdíamos ni una nota ni dejábamos de apreciar la más insignificante expresión de una frase: era aquel un concierto íntimo, serio, tal como nos gusta: no se trataba del músico que ejecuta las piezas contratadas y desaparece, sino de un talento hermoso, acaparado, acosado, atormentado sin escrúpulos ni miramientos, á quien se pedía que repitiese los trozos preferidos, y que lleno de gracia y de caridad repetía la frase predilecta para que todos pudiésemos fijarla clara y precisa en nuestra memoria y acariciar su recuerdo mucho tiempo. Una señora le decía: «Por favor, toque usted ese hermoso nocturno dedicado á la señorita Stirling, al que hemos dado el nombre de peligroso,» y Chopin sonreía y tocaba el nocturno fatal. «Yo – exclamaba otra – quisiera oir una sola vez, tocada por usted aquella mazurca tan triste y tan encantadora,» y el maestro sonreía y tocaba la deliciosa mazurca. Las más astutas daban un rodeo para llegar al fin que se proponían: «Estoy estudiando la gran sonata que empieza por esa hermosa marcha fúnebre, y quisiera saber á qué compás he de tocar el final,» y el gran pianista sonreía maliciosamente y tocaba el final de la maravillosa sonata, una de sus más grandiosas composiciones.

El piano en que toca Chopin se metamorfosea; los sonidos que de él se escapan son acordes desconocidos, notas que quizás se han soñado, pero que no se han oído nunca; sólo hay una voz en la naturaleza que las recuerda: la nota triste del ruiseñor que en el silencio de la noche exhala una y otra vez su melodiosa queja.» – X.



UN IDILIO, cuadro de A ma-Tad ma

[illegible]



EL DIABLO Y YO

FANTASÍA CARNAVALESCA

Y sucedió una noche...

Una noche de martes de Carnaval por más señas, en que yo andaba aburrido por las calles de la ciudad llenas de jolgorio, balumba, gritos y escándalo; sucedió, repito, que se me acercó un mascarón vestido de *Mefistófeles* de taberna, el cual sin más ceremonia pasó su brazo por debajo del mío, mientras que con acento irónico me decía:

– Juraría, amigo, por los cuernos de mi dignísimo principal, maestro y jefe, el señor de Lucifer, que te fastidias soberanamente.

– Mira, repliqué amoscado, déjate de familiaridades y prosigue tu camino.

– ¡Ea! No te sulfures: con el diablo conviene estar bien; no seas tan desabrido y vente á pasar la noche conmigo, que no te ha de pesar.

– Gracias: es una proposición que no me seduce en modo alguno.

– ¡Ingratón!.. ¡Desdeñar de esta manera tan incivil á un príncipe de los infiernos que te distingue con su franqueza y casi me atreveré á decir con su amistad!..

Mientras seguía hablando aquel adefesio, seguía yo haciendo esfuerzos para librarme del brazo con que sujetaba el mío; pero ¡que si quieres!, sentíame oprimido como por unas tenazas de hierro, y llegó el momento en que creí de veras que me las había con un espíritu maligno, en carne y huesos, si es que los huesos y la carne pueden servir de envoltura á un espíritu de las tinieblas.

– ¡Vaya!.. ¿Me sueltas al fin?

– Que no, hombre, que no te suelto...

– ¡Impertinente!.., ¡majadero!, ¡hortera!

– No me faltes: á las potestades del Averno se les debe consideración y respeto. Yo soy Asmodeo, el ingenioso y simpático diablillo de quien habrás oído mil veces hablar, y como te he visto vagar por ahí, cecijunto y melancólico, con cara de vinagre en medio de la alegría de la turbamulta, me he compadecido de ti y he resuelto distraerte, aunque no fuera más que en premio de cierto artículo en que me trataste con mucha galantería. Sí, chico, yo soy el diablo en persona, y si dudas de mi identidad de ángel caído, te diré para convencerte que tu aburrimiento y tu murria nacen de dos razones que vosotros los míseros humanos consideráis como calamitosas. ¿Negarás, infeliz criatura, que la mujer á quien amas te ha dado hoy el pasaporte, y que esta resolución, que te hiere más en tu amor propio que en tu corazón de amante, nace del gravísimo delito de no tener ya un peso duro en tu bolsillo, aniquilado á fuerza de exigencias y de sacrificios?

– Verdad es..., repliqué mohino.

Y arrepentido al punto de mi involuntaria confesión, añadí colérico:

– Pero á ti ¿quién te mete en lo que nada te importa?

– No te sulfures, querido, y vente conmigo. Pasaremos una noche divertidísima y... cenarás conmigo: yo pago. Mira: precisamente nos encontramos enfrente del *Casino Troglodita*, el más aristocrático de la ciudad, en donde hay baile de máscaras. Entremos.

– ¿Ataviados como estamos?.., pregunté con acento irónico. Yo voy de americana y hongo: en cuanto á ti, tienes todo el aspecto de un diablo, pero... de un pobre diablo.

– ¡Bah!.. Por eso no quede, repuso muy tranquilamente el quídam, sin parecer ofendido en lo más mínimo por mi observación. ¿Me encuentras más majo ahora?.. ¿Y tú no tienes también mejor catadura?

Entonces sí que me convencí de que estaba real y efectivamente delante del mismísimo demonio: sin darme cuenta del modo como se acababa de operar en un abrir y cerrar de ojos el milagro, ó mejor dicho, el satánico maleficio, lo cierto es que me contemplé á mí mismo vestido de irreprochable etiqueta, con una corrección y una elegancia que me dejaron asombrado y encantado de mí mismo. Y mi infernal compañero quedó también transformado en perfecto *gentleman*, hecho un astro, un verdadero figurín de sastre.



– Entremos, repitió.

Y antes que tuviera tiempo de volver de mi estupefacción me arrastró consigo; pero en el dintel se detuvo un instante para señalarme con ademán sarcástico á una pareja que descendía de un simón.

– ¿Les conoces?, me preguntó.

Y vi entonces que la dama que bajaba del coche era la de mis pensamientos: la que una hora antes me había dicho que por razones de recato y de conveniencia no era prudente que continuasen nuestras relaciones. Cuanto al hombre que, sonriendo, le tendía la mano para ayudarla á bajar, era Nemesio.

Y Nemesio era mi mejor amigo.

El baile del casino estaba, cuando nosotros entramos, en todo su apogeo.

Los vastos salones hechos una ascua de oro: una iluminación espléndida; un derroche de flores, de plantas y de adornos; una atmósfera cálida, saturada de perfumes; lirios, rosas, ylan-ylang, piel de España, y efluvios humanos producidos por la excitación de los poros sudoríficos.

Había allí un derroche de mujeres jóvenes, hermosas, radiantes, engalanadas, y en torno de ellas giraban como mariposas en torno de la llama caballeros y galanes, con atavíos contemporáneos unos, de frac negro, corbata y guantes blancos; otros luciendo trajes de cien épocas y países distintos.



– Es un cuadro bonito, ¿verdad?, preguntó mi acompañante. Me parece que esta noche realizaré algunas operaciones fructuosas.

– Si tiene usted que trabajar, que no sea yo un estorbo, indiqué con toda la deferencia que se merecían el personaje y sus altos deberes.

– ¡Ca!.. ¡Nada de eso!.. El trabajo se hace por sí solo y sin más que dar una mirada de cuando en cuando. Además, que mi sola presencia es suficiente para caldear la atmósfera y encender los malos deseos. Pero te he prometido hacerte agradable el rato y quiero cumplir mi promesa.

– Es usted muy amable.

– Puedes tutearme: no tengo pizca de vanidad; soy muy llanote y les tengo además cariño á los periodistas. Y como vuestro flaco son la curiosidad y la indiscreción, voy á revelarte detalles de que podrás aprovecharte, si así te conviene, acerca de las personas que aquí se encuentran.

– Pues ya estás hablando: empieza.

– ¿Ves esas dos guapísimas ninfas que acribillan á ramilletazos al máscara ese de la nariz postiza?.. La una es una bailarina, cuyo mérito artístico está aún por descubrir; pero tiene tanto gancho, como decís en vuestra jerga humana, que ha conseguido ya comerse tres ó cuatro fortunas, pertenecientes á otros tantos imbéciles. La que está con ella es una baronesa, y una baronesa auténtica, de limpio escudo nobiliario, cuyos tatarabuelos sirvieron en las cocinas del rey don Enrique el Doliente, por cual motivo se les ennobleció poco á poco. Y esas dos señoras se disputan ahora el corazón y los caudales del de la nariz: el cual no es otro que un machucho banquero y rico especulador á quien debo tres suicidios y muchos desastres. Es un excelente proveedor, sin entrañas ni conciencia, al cual aprecio mucho y cuyos méritos pienso recompensar entregándole á manos de esas dos lindas criaturas.

– Así paga el diablo á quien bien le sirve, observé juiciosamente. Pero no importa; aplaudo tu criterio verdaderamente equitativo; y ahora dime: ¿cómo se llama este dignísimo bribón?

– D. Policarpo de la Pantera.

– ¡Imposible!..

– ¿Por qué?

– ¡Un hombre que goza de una reputación inmaculada de honradez, de austeridad, de puritanismo!..

– Pues ahí está la gracia..., hacerse una reputación sólida de puertas afuera y ser todo lo contrario de puertas adentro. ¡Y sois tantos los que os halláis en este caso!

– ¿Qué te parece de estas dos parejas?

Y Asmodeo me señalaba á dos caballeros, vestidos el uno á la Luis XV y el otro á la Enrique IV. Danzaban con mucho garbo y gentileza un *pas á quatre* con una marquesita Pompadour graciosísima y con una bayadera, cuyos esculturales encantos dejaban entrever las ricas galas de estilo oriental que las cubrían.

– El bailarín de la peluca empolvada es un mozalbete perteneciente á la alta sociedad y con tres millones de caudal que le legó su padre, usurero muy famoso en tierras de Aragón. Tenemos, allá abajo, un alma gimiendo y llorando, en

perpetuo tormento: en tanto el hijo se divierte en grande, y maldito si se acuerda un solo instante de aquel que para dejarle un fortunón se mostró duro, implacable, sin piedad con sus míseros deudores. El del traje de terciopelo negro es un título de Castilla, descendiente y único representante de una raza ilustre, así por su abolengo como por una lealtad y una hombría de bien que nunca sufrió una mácula ni una sospecha.

–¿Y él continúa siendo digno de esa noble fama?

–¡Pchs!.. Esta tarde ha falsificado una firma

–¿Por qué?

–Para sacar de un compromiso urgente á su pareja, á esa marquesita Pompadour que le sonríe amorosamente y que le había amenazado con una ruptura definitiva, si esta noche no tenía en su poder una suma de tres mil duros que necesitaba con mucha urgencia.

–¿Y quién es esa mujer?

–La esposa prófuga, la viuda de un pobre barítono de zarzuela, que se pegó



un tiro al verse abandonado por su costilla. Ahora se hace pasar por la viuda de un general chileno, y recibe á la mejor sociedad en sus salones.

–¿Y la bayadera?

–Una celosa madre de familia, mujer de un comerciante y con cinco hijos menores. Tiene dos enfermos del sarampión; pero no se ha atrevido á burlar el compromiso que tenía contraído de venir al baile, y ha dejado á los chiquillos al cuidado de su marido. Es muy probable que cuando llegue esta madrugada á su casa, encuentre la infeliz á uno de sus hijitos en la agonía.

–Ofréceme algo más divertido.., murmuré con disgusto.

–Qué.., ¿no te divierten esos aspectos del alma humana? Pero sea como tú quieras. Variemos un poco el panorama: mira esa linda moza que con andaluza gracia se abanica y ostenta unos bajos más descubiertos de lo que el recato femenil tendría derecho á exigir. ¿Sabes quién es?

–¡Qué sé yo!.. Una cualquiera...

–Te engañas.

–¿Es acaso una Lucrecia?, ¿una virtud austera?, pregunté zumbándome.

–Sin duda: es una virtud, pero una virtud que tiene hambre. Una huérfana desamparada, que lucha con la miseria, que no encuentra trabajo y que después de haber batallado valientemente con la desventura, se siente ya sin más fuerzas para sostener el combate. Esta noche se decidió por pedir prestadas esas galas que la cubren á una amiga, y ahí la tienes fingiendo un descoco que no tiene, una sonrisa que pugna por huir de sus labios y un aplomo que se desvanecería á las primeras frases que escuchan sus oídos, si no fuera por ese pedazo de terciopelo que le tapa la mitad del rostro. Para sentirse valiente no hay como ponerse una careta...

–¡Pobre chica!, murmuré compadecido.

–Sí: muy pobre... Ha venido resuelta á dar un mal paso y concluirá por lograrlo.

–Sobre todo, si tú la empujas.

–¿Yo?.. ¿Para que? Habiendo por en medio hombres, no tengo necesidad de intervenir. Contempla á esos tres tipos que mariposean ó culebrean, para hablar con más propiedad, en torno de la muchacha. El pierrot es un adolescente huérfano, con mucho dinero y muchas ganas de gozar: algo inocentón todavía, pero ya se le irá pasando el defecto. El caballero del chambergo es un intrépido comandante de húsares que ha conquistado multitud de fortalezas en las guerras de salón y de *boudoir*.

–¿Y el tercero?.. ¿el de frac negro y nariz postiza?..

–¡Ah! Ese es una personalidad muy respetable: es D. Sabiniano de la Roldaña, diputado gubernamental, escritor moralista y presidente de la «Liga de la regeneración de la mujer fin de siglo.»

–Oye, Asmodeo..., vámonos á cenar, ya que me convidaste: será más divertido que presenciar estos puntos de vista de la humanidad.

Accedió el diablo á mi deseo, y nos instalamos en el restaurant ante una mesa opíparamente servida. Asmodeo encargó un *menú* suculento, y mientras yantábamos, continuaba mi guía haciéndome sus inagotables y curiosas revelaciones sobre cuantos individuos é individuas iban entrando ó saliendo del refectorio.

–¿Ves?, decía, ¿ves á ese egipcio que cena tan alegremente con esa manola y las dos princesas indias, que por cierto son hija y sobrina de aquélla?.. Pues bien: figúrate que en casa de este Faraón no hay un cuarto; que han agotado el crédito y no encuentran quien les fíe por el valor de un pimiento riojano; que su mujer y las niñas se han acostado hoy sin cenar y que mañana tendrán que desayunarse con agua fresca.

–Pero si en su casa no hay una peseta, ¿de dónde saca el dinero que le cuesta este banquete?

–Esta tarde pudo dar un sablazo de veinte duros, y así ha logrado cumplir el compromiso de honor que tenía contraído con la manola y las princesas.

Soltó de pronto mi anfitrión una sonora carcajada.



–¿Qué te pasa?, le pregunté admirado.

–Mira este camarero...

Y entre aquellos mozos de restaurant esclavos del placer ajeno, que pasaban y volvían á pasar atareados, azorados, esforzándose en responder diligentes á todas las reclamaciones que saltaban acá y acullá en medio de un barullo espantoso, me señaló el diablo á un hombre entrado ya en años, que levantando en el aire una sopera llena de humeante potaje se precipitaba solícito hacia una mesa en torno de la cual se disponían á cenar cinco ó seis alegres máscaras.

–¿Qué tiene de particular ese camarero?, dije.

–Vas á ver. En su juventud fué soldado: se batió con bravura ganándose dos heridas graves y un par de cruces y una colección reumática de primera clase. Hoy sirve en la cocina, y ¿á que no adivinas á quiénes va á servir este potaje que humea entre sus manos.

–¡Yo qué sé!

–¡A sus propias hijas!.. La odalisca del turbante rojo y la gitanilla del mantón de Manila, á quienes obsequian tan amables y rendidos el condesito de la Peñagris y el general Ricote, son las hijas del valiente veterano.

El baile había concluído. Los concurrentes salían del casino, envolviendo en abrigos de modernísima confección sus multicolores y carnavalescos disfraces de todas épocas y de todas formas.

Una mañana gris, húmeda y helada, esperaba con su carácter triste, triste como una desilusión y un desengaño, á los que iban abandonando con rostro empalidecido y expresión mustia aquellos lugares en donde habían pasado una noche alegre, feliz tal vez.

Y sujetándome siempre por el brazo, de pie bajo la marquesina de la entrada, Asmodeo seguía mofándose con su inagotable malignidad de los que parecían huir aburridos más bien que satisfechos.

De pronto me dió un pellizco, y señalándome á una de las últimas parejas que salían del casino, me preguntó, como me había preguntado tres horas antes:

–¿Les conoces?

Eran mi mejor amigo y... *¡ella!*

Él hacía señales desesperadas con el sombrero á un auriga que pasaba á lo lejos. Ella, muy agarradita á su brazo, parecía tiritar de frío bajo las caricias del helado cierzo matinal. Experimenté un impulso de rabia y... de asco.



–¡Tonto!, me dijo Asmodeo, no le tengas envidia á ese..., dale solamente las gracias cuando le veas, dentro de algunos meses: ¿no sabes que se casará con ella, y que este casamiento será la mejor venganza que podrías sacar de la perfidia del uno y de la traición de la otra?

JUAN BUSCÓN



PIERRETTE, cuadro de Francisco Masriera



DISPONIÉNDOSE PARA LA EXCURSIÓN, cuadro de Ramiro Lorenzale (Sal n París)

NUESTROS GRABADOS

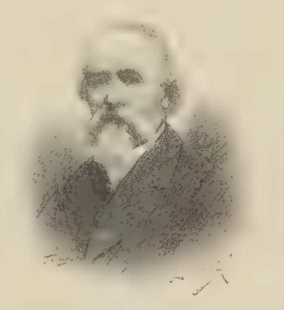
Excmo. Sr. D. José Gamir. – Procedente de la Academia de Estado Mayor hizo el Sr. Gamir sus primeras armas en la guerra de Africa, ganando allí por sus brillantes servicios el empleo de capitán y los grados de comandante y teniente coronel y la cruz de San Fernando. Durante la guerra carlista combatió en el Norte, en el Centro y en Cataluña, ascendiendo á brigadier. A su regreso de Africa fué destinado á la comisión encargada de la formación del plano de Barcelona, y después de la lucha civil, desempeñó los cargos de jefe de la sección de Campaña y de subsecretario en el ministerio de la Guerra. En 1877 fué nombrado segundo cabo de Puerto Rico, cuyos gobierno y capitanía general regentó interinamente en 1878, en 1881 gobernador militar de Málaga y en 1885 comandante general del campo de Gibraltar, después de haber sido ascendido á mariscal de campo. Teniente general en 1892, estuvo al frente de las capitanías generales de las Baleares y de las Vascongadas, fué presidente de la Junta Consultiva de Guerra, y en mayo de 1895 el gobierno le nombró capitán general de Puerto Rico, en donde falleció en 18 de enero último, á la edad de sesenta años. Estaba condecorado con muchas placas y medallas de campaña y con las grandes cruces del Mérito Militar roja y de San Hermenegildo.



EXCMO. SR. D. JOSÉ GAMIR Y MALADEÑ, capitán general de Puerto Rico, fallecido en aquella isla el 18 de enero último

Excmo. Sr. D. Juan Francisco Camacho. – A la edad de ochenta y dos años ha fallecido este ilustre hombre público, que durante su larga existencia habíase dedicado constantemente al estudio de las ciencias económicas y en especial de la Hacienda pública, adquiriendo vastos y sólidos conocimientos que le permitieron desarrollar planes nuevos y grandiosamente concebidos en los elevados cargos que desempeñó en su vida política. Hombre de rectitud y entereza extraordinarias, su nombre figura entre los de los más eminentes hacendistas españoles. Hace poco regaló á la Universidad central su magnífica biblioteca, rasgo que consagró pocos días antes de su muerte aquel establecimiento docente colocando una laudatoria lápida conmemorativa.

EXCMO. SR. D. JUAN FRANCISCO CAMACHO fallecido el 23 de enero último



EL ILUSTRE PINTOR D. VICENTE PALMAROLI, fallecido el 26 de enero último

El ilustre pintor D. Vicente Palmaroli. – Nació Palmaroli en Zarzalejo, provincia de Madrid, en 5 de septiembre de 1834 y fué discípulo de su padre D. Cayetano, de don Federico Madrazo y de la Escuela Superior de Madrid. Pensionado por la reina Doña Isabel, permaneció en Italia desde 1858 á 1862, y á su regreso á Madrid presentó en la Exposición Nacional de aquel año el cuadro de encargo *Santiago, Santa Isabel, San Francisco y San Pío, patrones de España, de los reyes y del Pontífice, intercediendo con San Ildefonso, santo tutelar del príncipe de Asturias, para que le proteja y le guíe,* que fué premiado con medalla de segunda clase: su *Campesina de las inmediaciones de Nápoles* le valió una medalla de primera. Nuevamente se trasladó á Italia, y al volver á Madrid en 1866 expuso su famoso lienzo *La capilla Sixtina durante una función solemne*, por el que obtuvo otra primera medalla en la Exposición de aquel año y una de oro en la Universal de París de 1867. En la Nacional de 1871 ganó una nueva primera medalla por *Los enterramientos en la Moncloa en 3 de mayo de* 1808, adquirido por el rey Amadeo. Referir los triunfos que desde entonces consiguió y enumerar las obras que de su pincel han salido exigiría mayor espacio del de que podemos disponer; por otra parte resulta innecesario este trabajo, porque sobradamente conocido es el nombre de artista tan ilustre. En 1872 ingresó Palmaroli en la Academia de San Fernando, en 1882 fué nombrado director de la Academia Española de Bellas Artes en Roma y en 1894 sucedió á D. Federico Madrazo en la dirección del Museo de Pinturas de Madrid.

Suicidio de Nerón, boceto de Rafael Atché (Salón Parés). – Varias y repetidas veces nos hemos complacido en consignar los méritos que concurren en el distinguido escultor catalán; mas ello no puede servir de óbice para que en cada una de las obras que crea su genial concepción emitamos el juicio que nos merece. En este caso hállase el boceto de Nerón, que figura reproducido en la primera página de esta Revista, representado en el momento en que se hunde el puñal en la garganta, al tener noticia de que los pretorianos, secundando el movimiento del Senado y del pueblo, proclaman á Galba y se disponen á apoderarse de él para juzgarlo como traidor á la patria.

La figura del tirano emperador expresa con gallardía su trágica situación, resultando un acabado estudio anatómico. El Sr. Atché ha logrado ejecutar una obra verdaderamente de estudio, transmitiéndole algo del genial esfuerzo que le caracteriza como artista y al que se debe la nota que se admira siempre en todas sus producciones.

Quien contemple el boceto, ha de recordar la situación del parricida emperador á quien los dioses castigaron permitiendo que muriese en «tristísima ergástula sobre los jergones de un esclavo» (1).

Pierrette, cuadro de Francisco Masriera. – Digna compañera y legítima descendiente de las bellísimas producciones de este artista que hemos dado á conocer á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA es la preciosa Pierrete que hoy reproducimos, constituyendo un nuevo triunfo á los ya alcanzados por tan distinguido pintor, en cuya artística ejecutoria se acredita su especial conocimiento de la técnica del arte y exquisito gusto.

En la nueva obra á que nos referimos como en todas las que produce obsérvanse pormenores estudiados con recomendable prolijidad y efectos casi inimitables en las carnes, que adquieren morbidez y extraordinaria finura, gracias á la prodigiosa habilidad de este artista, cuyo ingenio es parejo de su maestría en la ejecución.

Disponiéndose para la excursión, cuadro de Ramiro Lorenzale (Salón Parés). – El espacioso patio de una alquería ha sido escogido por el artista como fondo de su bella composición. Gentil pareja dispónese á cabalgar en robustas mulas para emprender agradable excursión al vecino pueblo, á la próxima ermita do se venera milagrosa imagen ó bien á la inmediata hacienda. El asunto es muy trivial, mas no por ello quita mérito á la obra. El Sr. Lorenzale no se ha propuesto seguramente ejecutar una obra que resuelva ó represente problema alguno social ó que exprese determinado concepto. Trátase sólo de una producción pictórica, en la que se revelan las cualidades que posee su autor y donde nos da á conocer una vez más el buen gusto y la habilidad del artista.

(1) *Nerón*, por Emilio Castelar.

Alegoría de la Música, techo pintado por Ramón y Julio Borrell. – La pintura alegórica ofrece, por ser principalmente imaginativa, no pequeñas dificultades, y éstas suben de punto para los artistas que, educados dentro de las modernas tendencias, acostúmbranse á trasladar al lienzo lo que sus ojos observan con preferencia á lo que sueña su fantasía. A pesar de ello, los jóvenes y ya ventajosamente conocidos pintores Ramón y Julio Borrell han demostrado con el techo que reproducimos su talento para el cultivo de este género pictórico, pues su composición está perfectamente concebida y ejecutada con acierto y tiene el aspecto decorativo que caracteriza á esta clase de obras. Nuestro aplauso á los Sres. Borrell, dignos discípulos de su padre, del maestro que es honra del arte catalán.

Excmo Sr. D. Federico Ochando. – Entre los tenientes generales que con el general Weyler han marchado á Cuba está D. Federico Ochando, el más joven de los militares que ostentan en su bocamanga los dos entorchados. Va á Cuba como jefe de Estado Mayor, y su historia militar es garantía del acierto con que ha de desempeñar tan importante destino. El Sr. Ochando representa en el Congreso á la provincia de Albacete.

MISCELÁNEA

Teatros. – *Barcelona.* – En el Liceo se ha cantado *Garín*, que ha valido grandes aplausos á la Sra. Tetrazzini y al señor Cardinali, así como al maestro Bretón y al director Sr. Vanzo. En el Eldorado se han estrenado con muy buen éxito *El bajo de arriba*, zarzuela en un acto de Sánchez Pastor, música del maestro Chapí, y *El Domingo de Ramos*, zarzuela en un acto y cuatro cuadros de D. Miguel Echegaray, con música, muy superior á la letra, del maestro Bretón.



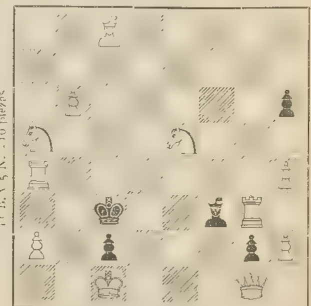
EL TENIENTE GENERAL D. FEDERICO OCHANDO, recientemente nombrado jefe de Estado Mayor del ejército de Cuba

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *Doña Perfecta*, drama en cuatro actos de Pérez Galdós, tomado de su novela del mismo nombre, habiendo sido el ilustre novelista objeto de grandes ovaciones, especialmente en los dos primeros actos; en Lara *Magda*, juguete en un acto de D. Miguel Echegaray, y en Eslava *Pepito Melaza*, bonita zarzuela en un acto de D. Federico Urrecha, música del maestro Soriano. La nueva producción de D. Eugenio Sellés, *La mujer de Loth*, estrenada en el Español, ha obtenido regular éxito.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 5, POR FÉLIX ESCUTÉ

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y se hacen dar mate en cinco jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 4, POR PEDRO RIERA

Blancas.	Negras.
1. D 6 T R	1. Cualquiera.
2. C, A, T ó D mate.	



Durante un entreacto Macready fué á felicitar á la artista en su cuarto

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA ORIGINAL DE JUANA MAIRET. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

– Sr. Villeroy, dijo Mila en voz alta, interpelando al músico con su tranquila seguridad. El Sr. Macready nos ha permitido cantar su *Odelette;* tenga usted la bondad de acompañarme, y ya verá usted que la canto á su verdadero compás. Soy una discípula dócil, y no una cumplida artista todavía.

En estas últimas palabras había algo de despecho; pero Villeroy no fijó apenas la atención en ello; él, tan torpe y tan mal avenido con las gentes de la alta sociedad, no era tímido cuando se trataba de música, y subió al estrado, donde el anterior acompañante le cedió su lugar.

Entonces hubo ligeros cuchicheos en la sala: «¿Quién es ese? – La artista cantará algo inédito. – Parece que el compositor es otro genio descubierto por la señora Milner...» Así se cruzaban los pareceres, pero muy pronto reinó otra vez el silencio.

Mila se recogió, pues quería excitar la admiración del músico. En aquel instante, parecióle ver de nuevo su pequeño salón en la casita de la costa normanda, el viajero cubierto de polvo, el morral arrojado en un rincón, y de nuevo experimentó la sensación de un temor que nada tenía de penoso, tanto que su voz tembló ligeramente al comenzar. Villeroy, admirado, la miró sonriendo, pues agradábale singularmente que manifestase timidez la joven valerosa por excelencia. Sin embargo, muy pronto dejó de temblar; y si la actriz había cantado la gran aria de Gounod, la artista fué la que cantó la *Odelette*. En Mila no estaba aún bien despierta el alma; pero ésta existía, y además, Villeroy, con su acompañamiento, sostenía á la joven, comunicándole su propia inspiración.

El auditorio quedó completamente desorientado. La señora Milner no se engañaba al reclamar para su público música bien conocida. Se aplaudió porque ciertos inteligentes manifestaron un verdadero entusiasmo; mas eran aplausos sin convicción; y por otra parte, la sesión de la música había durado mucho y era preciso comenzar el baile.

– ¿Está usted contento de mí, caballero?

Mila se había separado de los admiradores que la

rodeaban para acercarse á Villeroy, y hablábale casi con timidez.

– Muy contento, señorita, contestó el músico.

– Pues entonces..., ¿no vendrá usted á verme? ¿Me dará usted consejos? Sé tan bien como usted que los necesito.

Villeroy sonrió, y después de vacilar un poco, contestó al fin:

– Sí, iré á ver á usted.

Mila dejó al músico, feliz como una niña á quien se ha prometido un premio, y bailó con la mayor alegría. Como buena americana, lo mismo en esto que en todo cuanto hacía, dejábase dominar por su pasión, y se esforzaba para distinguirse. Los mejores bailarines quisieron ser presentados á Mila, y el más asiduo de todos fué el joven pintor americano Wilbur Nevin.

VI

La ópera de Surgeres, oída ya en Bruselas, no era ni mucho menos una novedad; quince años antes se había tratado de darla á conocer en París; mas el compositor, hombre de carácter bastante irascible, cansado de esperar, habíala retirado. Ahora volvía á París triunfante, y todo marchó á pedir de boca.

Los directores se mostraron muy solícitos con el músico; sus intérpretes rivalizaban en celo, y la *mise en scène*, maravillosa por la exactitud, deslumbraba por el lujo.

No hay nada tan curioso como ese público parisiense, que se precia de dar el tono al mundo entero, cuyos aplausos resuenan allende los mares y que se muestra tímido y desconfiado ante una novedad cualquiera, gustándole que sus obras maestras lleguen hasta él de muy lejos, del mismo modo que prefiere beber su vino bonificado por un largo viaje.

Aquella vez, la partida estaba ganada de antemano: la música, muy buena, algo complicada quizás, falta de lozanía y de inspiración, era sin embargo agradable y tenía sus bellezas; y la nueva *prima donna* contribuyó en parte al éxito de la «primera representación.» Un poco intimidada al principio, á pesar de su natural desparpajo, su temor produjo buen efecto y el público la animó con sus aplausos: entonces su voz se elevó, resonando extensa y magnífica en aquella terrible sala de la Opera La belleza de Mila, aunque algo extraña y exótica, armonizábase con los trajes de vivos colores, y en París, la belleza de la mujer influye siempre en el éxito de la artista. Hacia el fin de la ópera se produjo el entusiasmo; Mila fué llamada una y otra vez á la escena, y estuvo radiante por sus encantos.

En el palco de la señora Milner, medio oculto en la penumbra detrás de las damas, el Sr. Macready se regocijaba con delicia de aquel triunfo. Cuando en la montaña le había cantado la joven su pobre canción popular, el americano entrevió mentalmente aquella escena, que ahora era una realidad, presintiendo los aplausos que en aquel momento resonaban en el teatro; pero en medio de su verdadera alegría de «melómano,» deslizóse un sentimiento de inquietud, casi de envidia. Habíase mantenido lejos de su protegida resueltamente, á fin de evitar que la menor sospecha perjudicase á su reputación, y deseoso también de ver cómo se conduciría una vez abandonada á sí propia; pero aunque así separado de los demás, pensaba en Mila como en su obra, como si fuese un bien suyo, algo por el estilo de la *Odelette*, escrita para él solo y que le agradaba cantar en la soledad. Ahora Mila entraba en la vida, con la cabeza alta, sin tener necesidad de auxilio ni protección; la misión de él había terminado; y como ante todo aquello que concluye, formando parte de ese pasado que se ha extinguido para no volver más, Macready sintió una tristeza profunda. La sensación producida por la desaparición de las cosas le oprimió dolorosamente, y reconocióse viejo y gastado al mirar á aquella joven tan hermosa, tan palpitante de vida y alegría.

La señora Fletcher se había sentado entre la señora Milner y la princesa Pignacci, y estaba muy tranquila, por lo menos al parecer. Cuando se tiene el gran honor de haber nacido en New-Hampshire es preciso mostrarse digna, no manifestando asombro ni admiración. La tía Deborah hubiera podido decir también que lo más extraño para ella era encontrarse allí, sentada en un palco del teatro de la Opera, escuchando á su sobrina, por cuyas venas circulaba la sangre de los Harcourt, y que cantaba con todo su vigor para deleitar á personas desconocidas, á franceses, naturalmente todos libertinos. Se arrepintió, como de una debilidad, de la ligera emoción que había sentido y de la secreta alegría, reprimida muy pronto, que acababan de probarle que no desdeñaba tanto como debiera un triunfo reprobado por su religión.

La tía Deborah era una diversión para la señora Milner, á quien no faltaba seguramente cierto sentimiento irónico respecto á las cosas de la vida. No había conseguido deslumbrar á aquella mujer austera y sencilla, la cual se mostraba indiferente á los millones, pareciéndole que las alhajas eran simplemente dijes indignos de una americana sensata. Había rehusado asistir á la reunión de su rica compatriota, y hubiera preferido asistir al *debut* de Mila en una obscura galería; pero cedió á las instancias de su sobrina, así como consintió antes en que le hicieran un vestido de terciopelo negro para aquella ocasión. En su cuerpo flaco y huesoso, el terciopelo formaba pliegues muy tristes y de mal efecto; pero la fría dignidad en los modales de aquella mujer compensaba, por lo menos á sus propios ojos, lo que su persona y su tocado pudieran tener de seco y austero.

– ¿Siente usted aún, señora, dijo el Sr. Macready, durante un entreacto, no haber dedicado á su sobrina á maestra de niñas?

– Ciertamente que sí lo siento. La enseñanza es una cosa noble; y á no ser por Mila, no me hallaría en París haciendo las veces de madre de una cantante. Como tuve el honor de manifestarle en nuestra primera entrevista, mi vida, desde la juventud, ha sido una contrariedad, y siempre hice lo que era contrario á mi naturaleza y á mi carácter.

– Al fin y al cabo todo se arregla, repuso Macready sonriendo

– Sí, todo se arregla, puesto que todo pasa. No negaré que el triunfo de Mila lisonjea lo que hay más débil en mi naturaleza; pero al menos tengo conciencia para ruborizarme de mi propia satisfacción.

– No hay en verdad motivo para ello. ¿No es cierto, señora Milner?

– Yo estoy completamente encantada, contestó la dama, y hasta me parece, amigo Macready, que el triunfo de nuestra protegida se refleja en nosotros. Esto me enorgullece mucho.

El americano sonrió, pensando que la señora Milner había esperado aquel éxito, ó más bien el crepúsculo de aquel triunfo, para declararse protectora de la joven.

Durante un entreacto, Macready fué á felicitar á la artista en su cuarto; rodeábanla muchas personas, y se contentó con estrechar su mano, diciendo:

– Partida ganada, hija mía.

– ¿No es verdad que sí? ¡Oh! ¡Si supiera usted qué contenta estoy! Sueño en hacer por el Sr. Villeroy lo que he hecho por el Sr. Surgeres. ¿Dónde está su amigo? ¿Por qué no le he visto?

– Pues se halla en la platea; yo le he visto; y también he notado que Surgeres hacía mucho caso de él...

La alegría de Mila se turbó durante algunos momentos. ¡Villeroy en el teatro, y ni siquiera había tratado de acercarse á ella! Tal vez no habría quedado satisfecho de la ejecución...

En medio de su triunfo faltábale algo.

Transcurrieron después los días, y Mila recibió muchas visitas; pero el músico no se presentó, aunque había prometido ir á verla.

La señora Fletcher y su sobrina se habían instalado en el barrio americano de los Campos Elíseos. Su casa, muy alegre, llena de sol, con ligeras colgaduras que permitían la entrada del aire y de la luz con toda libertad, era esencialmente femenina: muchas mesitas, sillas bajas, pantallas de vivos colores, biombos japoneses; todo esto, algo incongruente tal vez, pero grato á la vista y sobre todo muy alegre. A la señora Fletcher le parecía aquel interior un poco indecoroso; mas se acostumbró á él, y hasta admiróle después pensar que la vida con su sobrina era agradable y dulce.

Pero la señora Fletcher se quejaba de los numerosos visitantes que llenaban la pequeña casa, tan alegre y hospitalaria, porque el cargo de rodrigón en tales condiciones no era una canonjía. A Mila le agradaba recibir á sus amigos y conocidos, y la presencia de su tía le autorizaba para ello. En la colonia americana, fácil de entusiasmarse, fué muy solicitada; también visitaba algunas veces la sociedad francesa de la señora Liardow, que orgullosa de su discípula, complacíase en presentarla. Sin embargo, no estaba allí tan á gusto como entre sus compatriotas. Todos los rasgos de su nación acentuábanse á medida que los años pasaban, y con su nombre español parecía más americana de lo que fué en el rancho de su tío.

Cierto día le anunciaron una visita, pero sin darle tarjeta alguna, y de pronto vió ante sí á un joven alto, de espeso bigote; miróle un instante indecisa, y después, como le viera sonreir, abrazóle con alegría.

– ¡Bob, mi querido Bob, exclamó, cómo me alegra volver á verte! ¿Pero por qué no anunciarme tu llegada?

– Quería sorprenderte en tu nueva vida, y me dije: «Si ha cambiado, si me han echado á perder á mi prima Mila, me marcharé para no volver á verla más.» He atravesado el Atlántico solamente para averiguar esto.

– ¿Y volverás á marcharte?, preguntó Mila con aire burlón.

– Me quedaré si lo quieres así; pero no estaba muy tranquilo. Nuestros diarios hablaban mucho de los triunfos de la señorita del Paso, y ya comprenderás que en vista de esto me consideré un pobre personaje, comparado con la *prima donna* de moda.

Mila soltó la carcajada.

– Sin embargo, dijo, la excesiva modestia no fué nunca tu defecto, y ahora que Harvard y los cursos de Derecho han contribuído á realzar más tu natural talento, esa modestia debe haber disminuído más aún.

– Pues en esto te engañas, Mila. Son presumidos precisamente los que no saben nada. Yo me persuadí de que al fin no sería más que un pobre abogado, y dejé mis libros de leyes en Nueva York.

– ¿Y qué harás ahora?

– Viajar, estudiar las lenguas vivas, leer mucho y observar tanto como pueda.

– En fin, ser un *dilettante*. Es la manera de gastar agradablemente una fortuna, no de ganarla.

– No necesito adquirirla. Tengo con que vivir á mi manera...

– Es decir, como hombre inútil, concluyó Mila vivamente.

El joven se sonrojó, pero limitóse á contestar:

– Espero que no, Mila. El estudio de las leyes no tiene atractivo para mí, y no veo por qué me he de consagrar á él. Por otra parte, un abogado que tiene ocupaciones, apenas podría atravesar el Océano para venir á dar los buenos días á su prima...

– Sería muy poco amable si te riñese, Bob, repuso la joven, y así lo dejaremos para más tarde. En cuanto á mí, me apasiono de tal manera por el trabajo y lo hago todo con tanta alegría, que no comprendo á los que se contentan con ver á los demás vivir y afanarse, sobre todo si tienen el honor de ser americanos... ¡Ah! Mi tía Deborah se resentirá porque no la he llamado en seguida.

– ¿Cómo se ha resignado nuestra buena tía á salir de Seaport?

– Para protegerme y librarme del peligro. Se representaba á su sobrina como una pobre oveja rodeada de lobos voraces.

– ¿Y no tenía miedo la oveja?

– De ningún modo, Bob, te lo aseguro...

El asombro de la tía Deborah al ver á su sobrino sentado en el salón, hizo reir al joven, que correspondió lo mejor que pudo al abrazo obligatorio.

Roberto Harcourt no era ya el Bob de la granja, el que cuidaba las vacas de su padre, el atrevido jinete que tan bien manejaba el lazo. De su vida al aire libre no conservaba más que la desenvoltura y ligereza en los movimientos y una naturalidad extremada en todo cuanto decía ó hacía. La señora Fletcher acostumbraba á decir de él: *Bob is breezy*, queriendo indicar con esto que los vientos frescos y puros de la montaña parecían soplar aún entre su cabello, comunicando frescura á sus mejillas y una extremada limpidez á sus ojos de color azul claro. Roberto era un joven muy agraciado, con su espeso bigote rubio, algo rojizo, y su cabello más obscuro, de visos dorados.

En sus largas conversaciones con Mila dábale á entender que si había deseado llegar á ser hombre distinguido, un verdadero *gentleman*, en el sentido más elevado de la palabra, fué para igualarse más á ella y merecer su aprobación. Como en la mayor parte de las declaraciones masculinas de este género, había un poco de verdad y mucho de imaginación: á los veinte años, Roberto amaba apasionadamente á su linda prima; más tarde, el recuerdo de Mila no le abandonó nunca del todo; pero no se escribían, y vivían lejos uno de otro. De vez en cuando, Roberto se enamoricó y su fidelidad al recuerdo de Mila tuvo intermitencias, cosa que se guardó de confesar. Después, cuando la obscura trabajadora llegó á ser una cantante de quien se ocupaban los diarios, celebrando su belleza y su talento, el amor un poco adormecido del joven se despertó de repente; y cuando se persuadía de no haber amado más que á Mila, casi lo pensaba de buena fe.

Roberto llegó á ser el familiar de la casa, pues su próximo parentesco se lo permitía, y Mila le utilizaba sin el menor escrúpulo, con una verdadera desenvoltura de joven americana.

El Sr. Macready se encontró, naturalmente, con el primo de Mila. Los dos hombres se dieron la mano, y cambiaron algunas palabras corteses, pero sintiendo una mutua antipatía.

Al ver la intimidad de Mila y de su primo, el se-

ñor Macready hizo más de tarde en tarde sus visitas; pero la joven cantatriz, arrebatada en el torbellino mundano, que la divertía por su novedad, y muy ocupada con su trabajo, no hizo al pronto aprecio de aquella defección.

Lo que observó, no obstante, fué que la prometida visita de Villeroy no se cumplía, y esto la irritó singularmente. Acostumbrábase pronto á los elogios y obsequios de los hombres que la buscaban, aceptándolos como si le fueran debidos; un poco enorgullecida por su rápido triunfo, sentía un deseo irritante, que llegaba casi hasta la obcecación, de que le fueran tributados por Villeroy. Todas las noches se decía: «Será mañana,» y el día siguiente pasaba sin que el músico diera señales de vida. Demasiado altiva para quejarse, Mila, no obstante, hacía de modo que el Sr. Macready le dijese, sin dar al parecer importancia á lo que preguntaba, todo cuanto hacía Villeroy. Se había encerrado, no veía á nadie, trabajaba tanto, que se exponía á enfermar, y era feliz como un dios... Si no buscaba á Mila, tampoco iba en pos de otras, y la joven debió contentarse con esta media satisfacción.

Seguramente que si Villeroy hubiera querido, por cálculo de coquetería, obligar á Mila á ocuparse de él, no habría hallado mejor medio; pero el músico era absolutamente incapaz de ningún cálculo, fuera cual fuese.

Solamente por casualidad llegaron á encontrarse al fin un día.

Mila había experimentado siempre la necesidad de andar mucho y de hacer ejercicio, así es que por la mañana muy temprano se iba al bosque de Bolonia sola y paseaba rápidamente, hiciese bueno ó mal tiempo. Así hacía buena provisión de aire fresco antes de comenzar su trabajo. Los baños fríos y mucho ejercicio conservaban su frescura, hasta en medio de una vida muy fatigosa y enervante.

Cierta mañana de diciembre, con un tiempo frío y seco, andaba ligeramente, abrigada con su chaquetilla de piel de nutria y cubierta la cabeza con un sombrerito del mismo género; aspiraba con alegría el aire helado, y hacía resonar sus tacones en la tierra endurecida De pronto se encontró frente á frente del músico al doblar una alameda, y detúvose, comprendiendo que se ruborizaba, tanto de placer cuanto de cólera. A no ser por aquella súbita detención, Villeroy hubiera pasado de largo sin verla; pero la saludó, iluminados sus ojos por una expresión de alegría, y sin pedir permiso, siguió andando junto á la joven.

– En usted pensaba, señorita, en este mismo instante, dijo. Yo creo en las simpatías, á las cuales se debe que de improviso se vea á las personas en quienes siempre se piensa, ó que las cartas se crucen, ó que en una conversación indiferente se pronuncie un nombre querido sin saber por qué...

– Pues yo, caballero, creo mucho más en las simpatías activas que, por ejemplo, obligan á cumplir una promesa cuando se ha dado...

– ¿Estaría usted resentida tal vez? ¿Por qué?

Francisco Villeroy miró á la joven con extrañeza; el sonido de la voz, cosa en extremo sensible para su oído, le había llamado la atención por su aspereza vibrante. Mila se detuvo y le miró á su vez; pero había en él algo tan ingenuo y casi infantil, y su mirada imploraba tan bien una explicación, que la joven sonrió á pesar suyo.

– Así me gusta, dijo Villeroy, ya no me riñe usted. Francamente..., no comprendo que nadie me tenga mala voluntad, y sobre todo usted.

– ¡Cómo!.. ¿Que no comprende? ¡Después de hacer yo cuanto podía para complacerle, para cantar su música como se le antojaba, y cuando ve usted en mí á su futura intérprete, desaparece usted de pronto como por escotillón! En la noche de mi *debut*, todos mis amigos y todos los indiferentes también, cuyos cumplidos me dejaban fría, fueron á saludarme; solamente usted dejó de presentarse en mi cuarto, á pesar de que estaba en el teatro, me consta. Tenía empeño en contentar á usted, y una palabra de sus labios me hubiera enorgullecido y hecho feliz; pero esa palabra, aún no me la ha dicho usted. Después pensé que no querría confundirse entre la multitud, y que le vería en mi casa, según me prometió; pero han transcurrido más de dos meses desde que *debuté*, y usted no ha venido. ¿Cómo puede esperar, pues, que al encontrarnos casualmente le ponga buena cara, y que me parezca natural ser estimulada ú olvidada por usted, según el capricho del momento? ¡Ah, no, esto sería demasiado! Estoy resentida con usted, y se lo digo claramente; si alguna virtud tengo, es la franqueza, y tanto peor para usted si esto le molesta.


De pronto se encontró frente á frente del músico al doblar una alameda

Villeroy escuchaba con la misma atención de siempre la vibración exquisita de aquella voz, más aún que las palabras; pero estas últimas le produjeron una especie de gozo que no había experimentado jamás. Por eso no se apresuró á contestar, saboreando aquella alegría velada, mientras contemplaba el lindo rostro, sonrosado por la emoción, más bien que por el frío. Después murmuró, como si hablara consigo mismo:

– ¡Resentida conmigo..., resentida conmigo..., bueno es eso!

Mila se estremeció ligeramente, é imaginando la interpretación posible que se daba á su cólera, se irguió con altivez.

– Comprenderá usted, Sr Villeroy, dijo, que una artista no podría mostrarse indiferente con el compositor de quien espera una partitura.

– No vuelva usted á ser una mujer como todas las demás, ni trate de ocultar lo que siente. ¿Por qué no hemos de ser francos, así usted como yo? Desde el día en que yendo por el camino oí su voz, tan hermosa, tan dulce y vibrante, no he pensado más que en usted, ni he trabajado más que para usted, porque es la intérprete soñada, y la mujer ideal también ¿Qué importa que sea el músico quien la comprendió y la adoró, si usted ha de haber sentido que mi alma iba en busca de la suya? Todas las conveniencias del mundo se quebrarían como frágil vidrio si usted tratase de oponerlas entre nosotros. Ya verá cómo mi música, en todas cuyas notas palpita el recuerdo de usted, hablará por mí. ¿Esperaba una visita de cortesía?.. ¡Oh! Ya sabe usted que yo soy una especie de salvaje, y que es preciso tomarme así. Trabajo hasta perder casi el juicio, cosa para mí deliciosa, y he salido ahora como un loco después de una noche insensata. Imaginábame que usted me cantaba mi gran escena final, con una pasión y una desesperación infinitas; y entonces la he visto de repente, y el rumor de la hojarasca bajo sus diminutos pies ha sido para mí otra música. Todo es música en usted y alrededor de usted, y no sé si son todas esas armonías las que me transportan, ó si es el brillo de sus ojos ó la belleza encantadora de su persona. No..., le ruego á usted... no me hable ni me riña, y permítame correr á mi trabajo mientras me estremezco todavía con la impresión de su presencia. Muy pronto estará terminada mi ópera; se la llevaré, la tocaré en el piano para que usted la cante, y esta será una dicha sin igual.

Dicho esto, desapareció Villeroy, dejando á la joven aturdida, sin saber si debía enojarse ó perdonar al músico.

Después, cuando Mila se encontró sola, un sentimiento exquisito hizo desbordar su corazón; comprendió que había amado á Villeroy y desde un principio; sabía que le amaba, y sintióse feliz.

VII

El pequeño salón de la diva americana rebosaba de gente, porque era el día de su santo; Mila estaba de moda; la enorgullecía también haber conservado su reputación intacta, y agradábale rodearse de mujeres, sobre todo de jóvenes, de las cuales era adorada.

Después de la señora Milner, otras damas de la colonia trataron de apoderarse de la cantatriz para presentarla á sus convidados y hasta admitirla en su intimidad. Mila las dejaba hacer cuanto querían, regocijándose de vivir así, joven y rebosando salud, un poco embriagada por su doble triunfo de artista y de mujer, pero conservando á pesar de todo la sencillez y naturalidad que le eran características.

Aquel miércoles, hacia fines de diciembre, las lámparas se encendieron temprano, y su luz suave, tamizada por las enormes pantallas de color de rosa ó amarillas, de moda entonces, comunicaba un aspecto más gracioso y lozano á las jóvenes agrupadas alrededor de Mila. Dos hermanas, lindas como amores, servían el te; enormes macetas de lilas y ramos de rosas exhalaban su perfume en los jarrones; mientras una graciosa espesura de plantas verdes, las elegantes tapicerías y los dijes y adornos exóticos formaban un conjunto muy agradable á la vista.

Algunos hombres llegaron á última hora. El señor Macready fué á sentarse en un rincón junto á la señora Fletcher, y allí escuchaba lo que ésta le decía, contestando con indiferencia, mientras seguía con los ojos á su ex pupila.

Mila ostentaba un gracioso vestido de lana muy sencillo, de color gris, casi blanco, que realzaba su delicado talle, la anchura de sus hombros y sus airosos movimientos.

Otros hombres la miraban, como el Sr. Macready, con alegría, entre ellos su primo Roberto Harcourt y el pintor Wilbur Nevin, y éste con más insistencia tal vez que el mismo Bob.

Nevin no se limitaba á contemplarla, sino que la estudiaba en detalle con singular complacencia, notando el color vagamente sonrosado de las mejillas, el mate tan fino y delicado de su cutis moreno y la caprichosa forma del cabello negro, que formaba ligeros rizos como una seda muy suave.

Wilbur Nevin no era hombre sentimental, y aunque muy capaz de tener un capricho violento y apasionado, la verdad es que á nadie había querido en realidad más que á sí propio; pero este afecto era tan profundo, que llenaba todo su ser. De origen bastante humilde, había conocido la pobreza lo suficiente para odiarla. Todo le había parecido bueno para elevarse, y al fin lo consiguió.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA FOTOGRAFÍA AL TRAVÉS DE LOS CUERPOS OPACOS

El profesor de Física de Wurzburgo, el doctor Roentgen, ha realizado á fines del año último un importante descubrimiento físico: en efecto, en sus experimentos ha encontrado una clase de rayos que tienen propiedades hasta ahora desconocidas. Este descubrimiento, de grande importancia teórica y



El profesor Guillermo Conrado Roentgen

que será causa, según todas las probabilidades, de notables progresos desde el punto de vista práctico, se enlaza con un fenómeno lumínico observado hace algunos años, el de los rayos catódicos. Guillermo Hittorf, profesor de Física de la Academia de Munster, fué el primero que llamó la atención sobre este fenómeno, habiendo trabajado mucho para llegar al conocimiento exacto del mismo. Después de él, el profesor doctor Goldstein, físico del Observatorio Astronómico de Berlín, se ocupó especialmente en investigar las propiedades de los rayos catódicos, y en estos últimos años Enrique Hertz y Schopfer, prematuramente muerto, estudiaron la teoría lumínica de la electricidad, y el discípulo y continuador del último citado, Felipe Lenard, actualmente profesor en Aquisgrán, ha investigado algo nuevo acerca de aquellos rayos. Independientemente de Hittorf y mucho después que éste el físico y químico inglés Crookes realizó estudios análogos á los suyos.

Para la mejor inteligencia de las tentativas fundamentales de Hittorf hay que tener previamente en

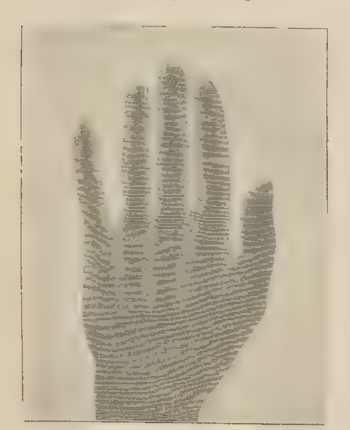


Fig. 1. – Mano fotografiada con los rayos Roentgen

cuenta varias consideraciones. Estudiando los fenómenos de inducción llegaron los químicos á estudiar la descarga eléctrica en el aire enrarecido y en los gases: para facilitar este estudio, el mecánico de Bonn, Geissler, construyó unos tubos especiales que llevan su nombre, tubos de cristal y llenos de gas muy enrarecido, á cuyos extremos van soldados unos alambres de platino, electrodos: si se ponen estos alambres en contacto con los polos de un caudal eléctrico de muy alta tensión, la electricidad atraviesa el gas, observándose que el gas, del tubo permanece completamente obscuro y sólo frente al electrodo negativo aparece una mancha brillante de luz amarilla, verde ó azulada, mancha que se llama de fluorescencia. A estos rayos que salen del catodo y se denominan por esta razón rayos catódicos, les señaló Hittorf, entre otras, dos propiedades esencialísimas, á saber: que únicamente se mueven en línea recta, y que si bien no brillan por sí mismos, producen en las paredes del tubo fenómenos de fluorescencia. Crookes explicó el fenómeno, diciendo que del catodo, al ser atravesado por la corriente, se desprendían pequeñas partículas, estableciendo de este modo su *teoría de emanación*, enfrente de la cual opuso Eilhardo Wiedemann la de que el fenómeno observado en el tubo Geissler-Hittorf era producido por un movimiento ondulatorio.

Con ocasión del estudio de estos notables rayos catódicos ha realizado Roentgen su maravilloso descubrimiento: el ilustre físico encerró un tubo Hittorf en una caja de cartón negro, tan grueso que al través del mismo no pasaba el menor átomo de luz solar; cerca del tubo había un trozo de papel cubierto de platino cianuro de bario, substancia que tiene la propiedad de iluminarse con una luz blanca cuando la hieren los rayos lumínicos ó catódicos. Así dispuestas las cosas, Roentgen envió una fuerte corriente de inducción al tubo Hittorf, encerrado como queda dicho, y observó que cada vez que la electricidad pasaba por el tubo brillaba el trozo de papel fluorescente. Era, pues, evidente que los rayos que producían este fenómeno, invisibles al ojo humano, atravesaban la caja de cartón negro. Roentgen comprobó que estos rayos no partían de todos los puntos del tubo Hittorf, sino solamente del sitio atacado por los rayos catódicos, y observó que colocando entre este sitio y el papel fluorescente un cuerpo cualquiera, un libro, una plancha de metal ó de madera, aparecía en el papel una sombra clara, aunque no completamente obscura del objeto interpuesto. De suerte que los rayos Roentgen atraviesan los cuerpos, aun aquellos que son impenetrables á los rayos lumínicos hasta ahora conocidos, pero al atravesarlos son absorbidos por ellos en distinta proporción, según la naturaleza de los mismos.

Los rayos de Roentgen tienen además una propiedad especial de gran importancia para su estudio y para su aplicación práctica, y es la de obrar sobre las placas secas de gelatina utilizadas por la fotografía, de la misma manera que sobre ellas obran los rayos lumínicos ordinarios; de suerte que las imágenes producidas por los rayos Roentgen, tales como éste las vió en el papel fluorescente, pueden ser fijadas en una placa fotográfica, con la particularidad de que no hay que abrir, como antes sucedía, la cajita de madera que contiene las placas sensibles, pues los referidos rayos atraviesan perfectamente aquella materia. En virtud de esta propiedad pueden sacarse imágenes, y esto es precisamente lo que mayor admiración ha causado, de objetos completamente envueltos en una substancia opaca. Así Roentgen pudo fotografiar una colección de pesas de latón y otros objetos encerrados en cajas de madera; pero lo que más sensación ha producido ha sido la fotografía de una mano en la que se distingue claramente el esqueleto de ésta, como puede verse en la figura 1, con lo cual se demuestra que la envoltura, bien sea la madera de las cajas, bien los músculos y la piel que cubren los huesos de la mano, es fácilmente penetrable por los rayos de Roentgen: sin embargo, los metales no lo son, y los huesos lo son mucho menos que los músculos. En un folleto publicado por Roentgen anuncia la hipótesis de que los nuevos rayos deben ser atribuídos á las vibraciones longitudinales del éter: esta suposición, en la que se afirmó más y más en el curso de sus experimentos, necesita sin embargo mayor fundamento.

Guillermo Conrado Roentgen, nacido en 1845, dedicóse á la física bajo la dirección de Augusto Kundt y se dió á conocer en 1870 con su trabajo sobre *determinación de la relación del calor específico del aire*, que escribió estando en el laboratorio físico de la universidad de Zurich, en la cual había recibido un año antes el grado de doctor. Cuando en 1870 Kundt fué llamado á Wurzburgo, siguióle Roentgen en calidad de ayudante: en 1872 uno y otro se trasladaron á la universidad del Emperador Guillermo de Estrasburgo recientemente fundada. Allí empezó en 1874, como agregado en la facultad, su actividad profesoral. En 1875 fué nombrado profesor de Física y Matemáticas en la Academia de Hohenheim; al año siguiente volvió, como profesor numerario, á la Universidad de Estrasburgo; en 1879 fué nombrado profesor

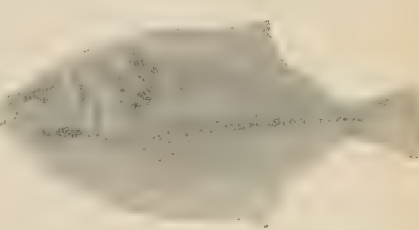


Fig. 2. – Pescado fotografiado con los rayos Roentgen

y director del Instituto Universitario Físico de Giessen y en 1888 lo fué con igual cargo para la de Wurzburgo. Las investigaciones científicas de Roentgen se refieren á la teoría del calor específico y de la difusión del calórico, á la de las descargas de baterías, á la rotación electro-magnética del plano de polarización, á la absorción de los rayos calóricos, á la teoría de la densidad, compresibilidad y expansión superficial de los líquidos, etc., etc.

Apenas conocidos los experimentos del doctor Roentgen, los sabios de todo el mundo se han consagrado á la tarea de repetirlos en sus laboratorios.



Fig. 3. Rana fotografiada con los rayos Roentgen

En París, M. Perrin, preparador del laboratorio de física de la Escuela Normal Superior, ha obtenido, entre otras pruebas, las dos que reproducimos en esta página (figs. 2 y 3) y que representan un pescado y una rana. Estos dos animales habían sido colocados sobre un chassis de madera negra que contenía una placa fotográfica y debajo del cual funcionaba un tubo de Crookes. Los rayos Roentgen, á pesar del chassis hermético que la luz más intensa no hubiera podido atravesar, impresionaron la placa; pero el cuerpo de la rana y el del pescado, aunque permeables también á esos rayos misteriosos é invisibles, les han opuesto una resistencia que se ha traducido por un menor ennegrecimiento local. Este menor ennegrecimiento ha constituído el clisé: los diminutos huesos de la rana, las espinas y los cartílagos del pescado, más impenetrables para los rayos Roentgen que los tejidos blandos que los rodean, se han afirmado en claro sobre el clisé y por ende en negro sobre la prueba.

Con un dispositivo análogo el doctor Oudin ha obtenido la curiosa imagen del brazo de un niño muerto en el sexto mes de su gestación: los huesos, no completamente formados todavía y separados unos de otros, destacan en la fotografía por su color negro sobre la translucidez de las partes blancas. De esta manera quedará considerablemente simplificado el estudio del proceso de la osificación, que tan difícil y largo resultaba, hecho por los procedimientos anatómicos ordinarios.

Por otra parte, M. Lanelongue, de la Academia de Ciencias de París, ha empezado ya una serie de experimentos con objeto de comprobar la posibilidad de utilizar para el diagnóstico y la terapéutica de las enfermedades internas el procedimiento fotográfico

de Roentgen, y á pesar de la imperfección de los aparatos y de las deficiencias inherentes á todos los experimentos nuevos y en extremo delicados, ha podido obtener con el concurso de los profesores Oudin y Barthelemy resultados de gran importancia. Sus primeras investigaciones se han dirigido á la observación de un fémur atacado de osteomielitis, habiendo la fotografía revelado un vaciamiento interior del hueso, hecho que corrobora las ideas hace quince años emitidas por M. Lanelongue acerca del desenvolvimiento de esta lesión; es decir, que la enfermedad reside en el canal central del hueso, y la destrucción del tejido óseo se opera del centro á la periferia. El segundo órgano examinado ha sido una mano de un niño de once años, atacada de tubérculo en el dedo medio. La fotografía ha mostrado la segunda falange engrosada por la hinchazón inflamatoria; la segunda falange aparece más pálida y el tejido óseo está rarificado, conjeturándose la existencia de pequeños canales por los cuales las partes blandas son invadidas por las

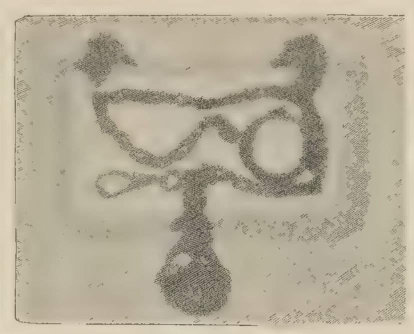


Fig. 4. – Fotografía de una leontina encerrada en su estuche

fungosidades del interior del hueso. Por último, una mano puesta largo tiempo en maceración en alcohol cargado de ácido arsénico, ha dado una fotografía que deja ver todavía el sitio interno de la lesión.

Si se tiene en cuenta que estos resultados son en cierto modo provisionales, concíbese que es permitido esperar con M. Lanelongue que el método Roentgen es susceptible de proporcionar datos de mucha mayor importancia particularmente para todo lo que se refiera al diagnóstico de determinadas lesiones.

Los experimentos que se han hecho en Viena por el doctor Moretig, no sólo han sido felicísimos, sino que se han aplicado posteriormente en las clínicas.

En Italia son varios los profesores que con excelentes resultados han llevado á cabo estos experimentos, mereciendo especial mención entre ellos los profesores Vicentini, de la Universidad de Padua; Murani y Batelli, de Milán; Garbasso, de Pisa, y Righi, de Bolonia. – X.



Alegoría de la Música, techo pintado por Ramón y Julio Borrell

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 17 de febrero de 1896 — Núm. 738



CARNAVAL, dibujo alegórico de Mariano Barbasán

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EX MOMO

De todos los dioses para quienes ha llegado la hora del crepúsculo, el más decaído, el más envuelto en sombras y cendales de melancolía es precisamente el que, según la opinión vulgar, representa el regocijo frenético y desatado: ese pobrete de Momo, patrono de los Carnavales.

Y digo «según la opinión vulgar» porque si apuramos la materia, Momo no fué un numen carnavalesco hasta que falseando su carácter y colgándole milagros que nunca realizó, poniéndole en las manos atributos que la antigüedad desconocía (como la cabecita de muñeco rodeada de cascabeles é hincada en un palo) la Edad Media, que fué la época más carnavalesca que ha existido, hizo de Momo un diablillo burlón, reidor y travieso. ¡De Momo, que no tenía nada de alegre, expansivo y bullidor, sino mucho de irónico y amargo! ¡De Momo, autor de aquella frase terrible acerca de la ventanilla que debieran llevar en el pecho los hombres, para que se viese lo que guardan en su corazón!

Ni aun por su abolengo pudo ser Momo patrón del Carnaval. A pesar de la copla del villancico, que hace sinónimo de vigilia la Nochebuena, el Carnaval es el tiempo en que menos y peor se suele dormir, y Momo, que nació de la amorosa unión del Sueño y de la Noche, vendría á ser, si patrocinase las Carnestolendas, el dios del desvelo y de los trasnochadores incorregibles.

Bien interpretado, Momo es el dios de la crítica, del análisis y del desengaño triste, por consecuencia. Los pueblos donde cada año, el jueves antes de Carnestolendas se sale con gran aparato de mojiganga á recibir á Momo, confunden las especies; pero están en lo cierto al festejar la venida de unas cuantas horas de goce y alboroto; de olvido de este vivir que, según Shakespeare, no es más que «un cuento sin sentido, narrado por un idiota.»

Ya sé que me aparto de la opinión común al deplorar que el barullo carnavalesco disminuya constantemente, hasta el punto de haber llegado á no notarse; de que los tres días de *Antruejo* sean idénticos ó punto menos á los otros trescientos sesenta y dos del año. La opinión general es desfavorable á esta costumbre, «residuo de las bacanales y saturnales,» como dice severamente alguno de sus acérrimos impugnadores. A mí todas las costumbres tradicionales me gustan, en el hecho de serlo. Dan variedad al año; cortan la monótona sucesión de las semanas y los meses; señalan fecha; esmaltan y varían los recuerdos. Hasta las golosinas clásicas del Carnaval echo de menos, porque aun cuando no regalan el paladar más de lo que lo regalaría cualquier otro manjar *sin día fijo*, ¡hay tantas reminiscencias en cada uno de esos frutos de sartén!.. Los mismos hierros y moldes con que se confeccionaban y preparaban las *orejas de fraile*, las rosas, los pestiños, las estrellas y otras chucherías agradables, tienen en su aspecto algo que habla de alegrías desvanecidas, de expansiones juveniles, del tiempo en que, confundidos entre la multitud gozosa y desocupada, también nosotros salíamos á ver la comitiva de S. M. el rey Momo, las altas carrozas tiradas por fogosos caballos ó por bueyes pacienzudos, cuyos testuces coronaban guirnaldas de hiedra y floripones de papel de plata...

Este climatérico año tienen un arma nueva los que combaten al Carnaval: la guerra, el malestar, la alarma, las tribulaciones de toda especie que cargan sobre nosotros. Hay muchos votos á favor de la supresión completa del Carnaval, de la prohibición de toda máscara, sea alegre ó pensativa (que también de esta clase existen, y no pocas). ¿Qué más? El gobierno ha reprimido, desde los primeros instantes, una de las inocentes expansiones de la malicia y de la sátira popular. En los barrios bajos, las mujeres, con esa viveza y esa espontaneidad que parecen vinculadas al pueblo madrileño, habían armado su pelele de cara negra, su mulato Maceo, para mantearlo. ¿Habrá quien extrañe esta vindicta?, ¿habrá quien censure á las mujeres de Madrid por querer mantear en efigie á Maceo? Juego á la vez más infantil y más patriótico dudo que se le ocurriese á ninguna española castiza, desde los tiempos en que las gaditanas hacían tirabuzones con las bombas francesas. Alguna de esas mujeres que se disponían á hacer brincar en la manta al feroz mulato, tal vez tenga en Cuba al hijo de su alma, al hermano querido, al dulce novio, al compadre, al amigote... ¿Cuándo pudo ella imaginarse que la ley, que el orden público - respetables entidades que no se oponen á que diariamente se nos satirice á tantos que no hemos declarado la guerra á España - tuviesen algo que objetar á que en un día de Carnestolendas salte por los aires un pelele con un trapo negro por la cara, dando á los madrileños el gustazo de ser, ellos también, por media hora, salvadores de la patria y azote de sus enemigos?

Esta diversión y farándula del *pelele* es lo más neto de nuestras costumbres carnavalescas. Ha inspirado á Goya uno de sus primorosos cartones de tapiz. Trae á la memoria, sin que para ello se necesite echar mano de gran dosis de erudición, aquellas donosas escenas de la venta, en el *Quijote*, y vemos á Sancho por los aires, mientras su señor le mira compadecido desde las bardas del corral. Madrid ha manteado siempre á los enemigos de la patria, y José Napoleón, con su fantástico ojo tuerto, saltó lo mismo que una pelota en la pradera matritense, empujado por las manos callosas de las alegres comadres de los barrios. No atino por qué no las dejan ahora desahogar su enojo contra el mulato en esa humorística forma. Hay prohibiciones que no se explican. Si en otro muñeco de los que confeccionaron para su solaz las de los barrios bajos se creyó ver una figura respetable, en caricatura también y también destinada á sufrir la manteadura, ¿por qué no *distinguieron* los agentes del orden?

No faltan doctores á quienes preocupa la mortal enfermedad de Momo. Se desea restaurar el Carnaval; pero un Carnaval decentito, gracioso, cortesano - un Carnaval á *l'usage des demoiselles*. - Se quiere que, en días señalados de antemano por el ayuntamiento, y previo el pago de impuestos que el mismo ayuntamiento señale y recoja y que se destinen á obras caritativas, la gente, disfrazada con elegancia y en bien adornadas carrozas ó en caballos de linda estampa, baje al Retiro, provista de *bouquets*, de violetas y cucuruchitos de finos confites, para arrojarlos, sin quitarse los guantes, á los conocidos y á los contertulios. Afuera los mascarones del polvo, los zaparrastrosos que se envuelven en una colcha de percal rameado desteñida por el uso ó en una zalea de piel de oveja tiñosa; afuera las alusiones políticas demasiado agudas, las caretas ministeriales, las comparsas donde se representa el triste estado del ejército español al través de la salvaje manigua... Un Carnaval correcto es el ideal que persigue el ayuntamiento de Madrid.

¡Ideal inasequible! Porque un Carnaval de ese género no sería Carnaval, sino Cuaresma. El Carnaval es, por su esencia misma, insensatez, desorden y voluntaria infracción de todas las reglas sociales... Es el momento en que el capricho, la espontaneidad, la mofa, la ironía despreciadora de etiquetas y formulismos, se abren paso, rompiendo la valla que les oponen, durante el resto del año, las conveniencias y los miramientos. Carnaval sin locura, no se concibe. Tampoco cae bien un Carnaval aristocrático solo: el Carnaval es una institución democrática. Hay países en que mientras dura el Carnaval, los amos son criados, los criados amos. La misma dura esclavitud romana se ablandaba y se quebrantaban sus hierros en las fiestas saturnales. El mascarón asqueroso y trapajiento tiene el mismo derecho á la vida que el pulcrísimo *incroyable* de calzón de seda verde y dijes de diamantes colgando del chaleco amarillo bordado con plata... Digo más. La alegría carnavalesca, la desatada alegría de los secuaces de Momo, no es compatible con la rigurosa separación de clases que hoy se pretende. Recuérdanme estos conatos de clasificación jerárquica en la calle, el famoso cuento del rey á quien sus nobles pidieron que les acotase un paseo público á fin de que no pudiese mezclarse con ellos el pueblo. «Así lo haré - respondió el soberano: - sólo siento que, establecido el sistema de que cada cual pasee con sus iguales, voy á aburrirme de muerte, pues tendré que andar siempre solo.»

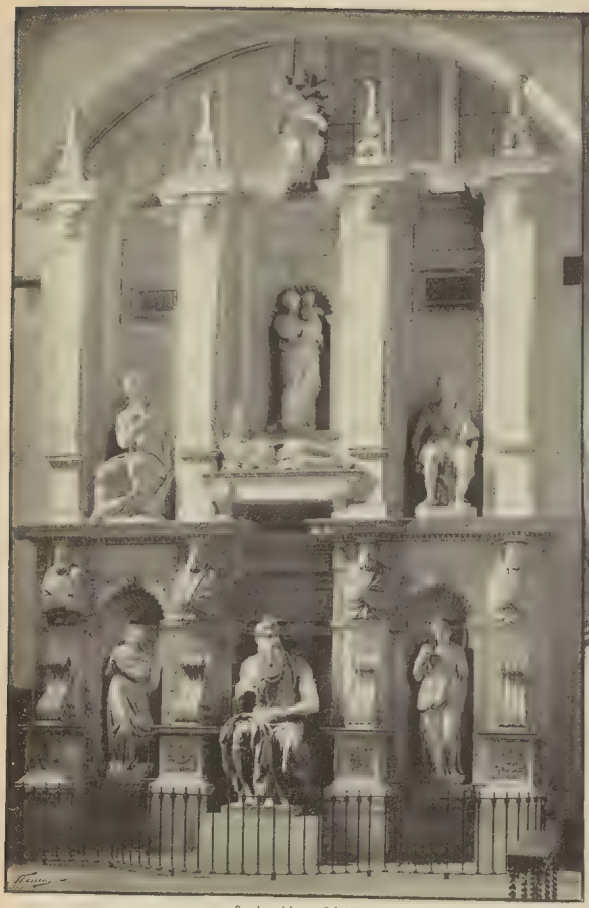
Venecia, el Estado más aristocrático entre cuantos la historia registra, era la ciudad de más bullicioso Carnaval, porque justamente en esos días de delirio fraternizaban las clases. En Madrid, si hoy se quieren implantar las modas de las batallas de flores y de la lluvia de *confetti*, sería preciso traerse también el incomparable clima de ciertas regiones italianas. Venecia, en febrero, goza una primavera esplendorosa. Niza, en enero, se aduerme á la luz de la luna, al tibio soplo del aire, entre las olas azules del Mediterráneo. Hay espectáculos, hay festejos que son condicionados por el clima, y en que el gasto principal lo hacen el sol y la naturaleza próvidas. Madrid, que es frío hasta primeros de mayo, y que ahora ha dado en la gracia de ser lluvioso cuando menos se piensa, no sirve para cierta clase de festejos, que además no están asimilados á nuestras costumbres. El año pasado, el conde de Romanones lidió como un héroe para que el Carnaval en el Retiro fuese escogido y animado, sin espantajos ni carátulas horribles, ni mugre, ni hedor de vinazo tabernario. Una selección carnavalesca á toda ley. Pero el conde se olvidó de la meteorología. El cielo, radiante y puro la semana anterior, empezó á obscurecerse, y precisamente el día señalado para la función, cuando ya estaban engalanadas las carrozas, festoneados de flores los paramentos de los caballos y las máscaras de la *high life* femenina abrochándose el último botón del guante claro y apretando los cordones del inmenso *ridículo* atestado de golosinas y de grajeas, empezaron á gotear las nubes y el suelo á convertirse en barro... La gente salió: ¿no había de salir? Comprado ya el permiso para andar por el centro del paseo; hecho todo el gasto y sufrido todo el trabajo; atadas las gomas de la careta..., ¿quién se queda en casa? Pero os aseguro que valor más alto no lo han conocido los siglos. Es increíble que no atrapasen la reina de las pulmonías. Desde un balcón, al abrigo, cerca de la chimenea y no lejos de la bienhechora taza de te, cuyo calorcillo nos ha de volver al cuerpo el alma, vi pasar á los náufragos - no otra cosa parecían. - En una carroza vestida de percalina rosa, iban unas cuantas señoras, de lo más *cremoso*, según fama. Sus trajes, gentil capricho, de percalina rosa también, con enormes capotas directorio, hubieran sido una delicia al sol, al picante sol madrileño, el de los días apacibles, el *bermejazo platero de las cumbres.* Pero empapados en agua, salpicados de cieno, hechos un pingo húmedo, daban lástima y despertaban la idea de muchos catarros, infinitas fluxiones y variedad de reumatismos articulares.

Otra decadencia de Momo son los bailes de máscaras. También en esto han entrado juntas la selección y la desanimación. Hace diez ó doce años, á los bailes del Real concurrían, de tapadillo, damas distinguidas. Se envolvían en el negro capuchón ó se arrebozaban en el rico pañuelo de Manila; pedían el brazo á un caballero de su familia ó de su intimidad, daban una vuelta por el salón ó se refugiaban en el palco; á las dos cenaban, deleitándose en la novedad del caso y en el picantillo del tapujo, y á las tres y media, su coche las llevaba á casa otra vez. Hoy las mujeres que asisten á los bailes de máscara son de lo más ínfimo, socialmente hablando. Entre la misma clase media se ha perdido la costumbre de *dar una vuelta* y *embromar*. El baile de Escritores y Artistas ha sido desbancado por el del Círculo de Bellas Artes, que atrae con el señuelo de las panderetas y los abanicos, donde ponen su firma grandes pintores; así y todo, creo que del baile del Círculo se puede asegurar lo que de los restantes; el mujerío es fatal.

Y los hombres, al convencerse de esta fatalidad, desertan. La única esperanza que no deben perder los empresarios, es que los hombres no se convencen nunca. Su ilusión es tenaz; es una planta que se arranca y renace. Aunque en conversación reconocen que ya no concurren á los bailes del Real mujeres que merezcan la pena de vestirse un frac para ir á verlas, en el fondo del alma acarician el sueño de que irá *alguna*, una señora honrada, guapa y curiosa, que perdida en aquel maremágnum y buscando quien la ampare, se tropezará precisamente con *él* y de aquí resultará una aventura tan deliciosa como poética, un idilio novelesco, sazonado con Champagne y Manzanilla. Si los hombres creyesen sinceramente que al baile sólo van mujeres de esas que se las pueden encontrar con la cara descubierta todos los días, y de las cuales escapan haciendo la cruz; si viviesen persuadidos de que la suerte que les puede caer es llevar del brazo á su planchadora, ó á la mujer de su ayuda de cámara, ¡del diablo si iban al Real en tales noches! Preguntadles al día siguiente por las mascaritas que les dieron cordelejo y cenaron á su cuenta, y veréis cómo tratan de dejar asentado que eran todas unas señoras y que no olían á ajo ni á chotuno, sino á lila blanca y *new mown hay*...

Decidles entonces que si de acercarse á mujeres finas se trata, esas mujeres finas se encuentran en otros salones á docenas, no habiendo para qué darles caza en el Real, entre dominós y bullanga. Y veréis cómo el sencillo remedio no les gusta, porque... el intríngulis consiste en el misterio, en la caza, en los ardides de guerra .. El caso es buscar, como diría Cervantes, cotufas en el golfo.

EMILIA PARDO BAZÁN



Sepulcro del papa Julio II

17 de Febrero 1505

MIGVEL ANGEL

EL «MOISÉS» – JULIO II

17 de febrero de 1505 – 20 (?) *de febrero de* 1508

Célebres estatuas ejecutadas por Miguel Angel

Treinta años contaba Miguel Angel cuando Julio II le llamó á Roma para que le trazase el proyecto de su sepulcro, «tal – dice Vasari – como no se hubiera erigido ni siquiera proyectado hasta entonces.» Hecho el proyecto, en el que figuraban cuarenta y cinco estatuas, una de ellas la famosísima de *Moisés*, el gran escultor florentino comenzó su trabajo directamente en el mármol.

Pronto (relata uno de los biógrafos de Miguel Angel) se vió el taller donde éste trabajaba, é inmediato á la residencia papal, lleno de estatuas, á medio concluir muchas, otras solamente indicadas y algunas terminadas completamente, como por ejemplo, las conocidas por *los cautivos*. Comenzó la de *Moisés*, la cual debía emplazarse entre todas y á siete metros de altura, á mediados de febrero; más que por su voluntad, pues deseaba ir terminando las que tenía en obra, por obedecer á las impaciencias del papa, cuyo carácter vehemente y voluntarioso tantos disgustos debía proporcionarle. Julio II, á quien ya los años le comenzaban á pesar, así para tener acceso fácil al taller del escultor como para huir los rigores de la estación, mandó construir un camino cubierto; «de este modo podía ver por instantes cómo surgía del *bloc* de Carrara la figura del gran legislador del pueblo judío.»

Dejara Miguel Angel en suspenso su trabajo durante el verano de 1506, para trasladarse á Florencia. A su vuelta encontró al papa arrepentido de haber comenzado á labrar su tumba, pues según dicen Condivi y Vasari, Bramante, el célebre arquitecto, celoso de la fortuna del escultor, hizo creer al pontífice que era de mal augurio la obra. Algo más debió añadir Bramante, pues Julio II se negó á recibir á Miguel Angel y á abonarle los desembolsos que hiciera para el transporte de la enorme cantidad de mármoles que trajera para el mausoleo. El gran artista, despedido violentamente por los criados del papa, se creyó víctima de las iras de éste, y saliendo furtivamente de Roma, durante la noche, no paró hasta dar en Florencia.

Sabida es la serie de medios que Julio II puso en juego para que Florencia le entregase al fugitivo, y el de que se valió el confaloniero Pedro Soderini para que Miguel Angel fuese á ver al papa á Bolonia, donde á la sazón se encontraba. Efectivamente, Julio otorgó su bendición al insigne escultor y le encargó que le hiciese una estatua suya en bronce para erigirla en aquella ciudad.

Diez y seis meses empleó el insigne artista en la obra, y el día 20 (?) de febrero de 1508 se inauguró. De esta estatua no se conserva más que la descripción que Condivi hizo de ella, y á juzgar por dicha descripción debió ser una obra en la cual se admiraban todas las grandes condiciones que Miguel Angel poseía.

Cuenta Vasari que el papa, viendo que Miguel Angel dudaba si poner ó no un libro en la mano izquierda de la citada estatua, le increpó diciendo:

– ¿Qué es eso? ¡Un libro! ¡Pero yo no soy hombre de letras!.

Y mirando lo arrogante del movimiento del brazo derecho, cuya mano se veía en actitud de bendecir, exclamó sonriendo:

– ¿Pero tu estatua bendice ó maldice?

– Amenaza al pueblo si no obra bien, respondió Miguel Angel.

***

La efigie de Julio II fué hecha pedazos tres años más tarde (1511) en una de las frecuentes revueltas por que atravesó Italia en aquella época de los Médicis, de los Savonarola, de las repúblicas. El duque Alfonso de Ferrara mandó fundir con los pedazos un cañón; únicamente conservó la cabeza de la estatua, la cual pesaba más de 600 libras y que estimaba como obra portentosa.

Vuelto á Roma Miguel Angel, no pudo continuar el mausoleo. El papa se empeñó en que pintase la capilla Sixtina. (De esta portentosa obra me ocuparé en efemérides correspondientes á los meses de noviembre y diciembre). Quedó, pues, aplazada la prosecución del sepulcro. Julio II dejó de existir un año antes de que se terminara por completo la decoración de la capilla. Todavía en 1546 esculpió Miguel Angel algunas de las estatuas que comenzara para el enterramiento del papa y dió por terminada la de *Moisés*. Mas el plan del mausoleo había sido cambiado por completo, y las esculturas fueron remitidas á distintos sitios y adquiridas unas y regaladas otras á príncipes y reyes. Tan sólo la estatua de *Moisés* fué á decorar la tumba de Julio II.

Y sobre la tumba del famoso papa se admira hoy la gigantesca estatua, colocada á muy poca altura, razón por la cual no se aprecia cual debiera, pues el artista la había esculpido para que fuese vista á conveniente altura y entre otras muchas, bastantes más de las que actualmente la rodean. Así, por ejemplo, la parte baja de la figura y muchos de los accesorios de la indumentaria apenas si están más que desbastados. Mas no por eso deja de producir asombro aquella soberana obra del genio: tal es la arrogancia de la actitud, la fiereza de la expresión, la energía de la línea, la vida, la impetuosa vida que se advierte en ella desde el primer momento en que se la contempla.

***

Cuéntase que Julio II, una mañana, al entrar en el estudio de su escultor favorito y al verle cincel en mano, haciendo saltar, á impulso de la vehemente firmeza con que lo manejaba, grandes trozos de mármol del enorme *bloc* del cual debía surgir la figura de *Moisés*, le dijo:

– Creo que mañana veré la cara de esa figura.

– Esta tarde misma, respondió el artista.

Aseguran también algunos eruditos que la posición de la mano derecha acariciando las largas guedejas de la barba, obedece á que Miguel Angel se encontró con que el mármol presentaba una mancha, y este contratiempo le impedía disponer el brazo en la forma que deseaba.

Sean ó no exactas estas afirmaciones que aquí recojo á guisa de curiosidad, recuérdanme otro caso análogo que dicen acontecido á Berruguete, que como es sabido, fuera discípulo del inmortal florentino. Esculpía Berruguete el sepulcro del cardenal Tavera, y en los ángulos del citado sepulcro colocó las cuatro virtudes teologales; mas hubo de encontrarse con que al desbastar una de las cabezas de aquéllas, se partió

el trozo de mármol. El contratiempo era grande y resolvió el escultor español tallar las cuatro cabezas en alto relieve, como así se ven hoy.

Vasari dice hablando del *Moisés*: «Solamente así representado debía ser el amigo del Dios del Sinaí, quien parece como si hubiera querido conceder á Miguel Angel la gloria de resucitar ó de preparar la resurrección del legislador del pueblo hebreo.»

El gran artista puso especial empeño en exhibir en esta estatua colosal las distintas maneras de su saber técnico. Si, como he dicho, una parte de la figura aparece apenas esbozada, en cambio la cabeza y sobre todo las manos son de una delicadeza de hechura como Miguel Angel no tenía por costumbre acabar. Mas á pesar de esto, ó quizá por esto mismo, como advierte M. Clement, la estatua de *Moisés* representa la más alta manifestación de la escultura moderna. En qué consiste que la impresión que causa en el ánimo la vista de esta estatua sea tan honda, es cosa tan obscura para definir, como definir en qué consiste la inspiración misma. Menos divina que humana, parece adivinarse cómo bajo aquel cráneo vigorosamente modelado y á través de aquellas facciones enérgicas, de un dibujo irreprochable, se agita un mundo de ideas y de sentimientos que determinan claramente la doble personalidad del hombre, cosa que no alcanzaron á interpretar, sino de un modo vago, los grandes escultores griegos. He aquí el gran secreto de Miguel Angel, el sello distintivo de su genio, advertido en cuantas producciones suyas han llegado hasta nosotros. Recordemos, si no, la figura la *Noche*, una de las que exornan el sepulcro de Lorenzo de Médicis, en el cual está emplazada la efigie sedente del príncipe, conocida por *El Pensieroso*. Es tanta la vida moral de la citada *Noche*, que gran número de poetas le dedicaron sendas composiciones; una de las cuales, atribuída á Strozzi, contemporáneo de Miguel Angel, dice así, traducida al castellano: «Esta Noche que ves durmiendo en tan dulce abandono, fué esculpida por un ángel. Está viva, pues duerme; y si dudas, despiértala, que ella te hablará.» Sabido es el célebre cuarteto con que el gran artista, escultor, arquitecto, ingeniero, pintor y poeta contestó al de Strozzi: lo dejo en italiano, pues considero herejía grande traducirlo:

«Grato mi è il sonno, è più d'esser di sasso;
Mentre che il danno è la vergogna dura,
Non veder, non sentir, m' è gran ventura;
Pero non mi destar; deh, ¡parla basso!»

He aquí, sintetizado en estos versos, el sentir de Miguel Angel. Viviendo en época luctuosa, agitada por encontradas ideas, minada por el racionalismo, por las doctrinas más heterogéneas, así filosóficas, como religiosas y políticas, el genio poderoso del gran florentino esculpió sus propios sentimientos, dió forma con el cincel, el pincel y la pluma á sus dolores y tristezas, á sus ansias de regeneración social, no poniendo jamás su pensamiento en nada que no respondiera á la realidad. Por eso en la estatua de *Moisés* no se ve al hombre iluminado; se ve al pensador profundo, al dictador de un código puramente moral, pero hondamente positivo. Por entonces, por los días en que terminaba la estatua, escribía Miguel Angel aquella célebre *stanzie* que dice: «Entre Dios y yo se ha extendido una cortina de hielo.»

R. BALSA DE LA VEGA

TENÍA RAZÓN

Sí, señores: tenía razón, muchísima razón Alejandro Dumas hijo (q. e. p. d.), cuando exclamaba: «¡Pensar que Juana de Arco no hubiera podido ir á la alcaldía á testificar de un nacimiento, ni votar á los concejales de Domremy en esta Francia, que le debe su salvación!

»Hablamos con orgullo de escritoras ilustres como Mad. de Sevigné, Stael, Sand, y no les concedemos los mismos derechos políticos que á sus cocheros.»



PATINADORES, dibujo de A. Marold

Dumas, como francés, mencionaba solamente nombres de escritoras francesas; yo, á fuer de español, aceptando y dando como buenas las citas del ilustre dramaturgo, pudiera agregar á ellas, sin incurrir en pecado de patriotería, las de no menos ilustres escritoras castellanas.

A bien que no se ventilan en este litigio intereses puramente literarios, sino toda clase de intereses.

Dumas quería, y á mi juicio tenía muchísima razón, que los derechos civiles y los derechos políticos de las mujeres fuesen exactamente iguales á los derechos civiles y á los derechos políticos de los hombres. Y esta doctrina (cursi para algunos) que he predicado con insistencia hace ya muchos años, viene á reforzarla con su valioso voto en una carta póstuma, que han publicado recientemente los periódicos, el insigne autor de *M. Alphonse*, *La femme de Claude* y *Demi-Monde*.

Aun sin este poderoso refuerzo, ya peleaba yo en muy buena compañía: pensadores ilustres como Stuart Mill, eminentes jurisconsultos, generales famosos á quienes se ha pedido parecer sobre la materia, han coincidido, punto por punto, con las opiniones de Dumas hijo.

Y no es maravilla ciertamente, porque la cosa, admitiendo la locución vulgar, se cae de su peso. Y, como había de suceder, precisa, inevitablemente, no bien ha sido puesto á discusión el movimiento *feminista*, como lo llaman algunos aficionados á poner apodos á las cosas, ha adquirido prodigiosos vuelos.

Tengo á la vista curiosos datos estadísticos publicados, no ha mucho, por el gobierno de los Estados Unidos norteamericanos, y de esos datos oficiales resulta que en aquel país existían por los años de 1870 unas *diez y seis mil* mujeres dedicadas á profesiones monopolizadas en la vieja Europa por el sexo fuerte; y que en 1890, esto es, en el transcurso de veinte años, el número de hembras dedicadas á esas profesiones ascendía á muy cerca de *doscientas mil*.

Compulsando esas cifras y comparando esos datos, decía muy tristemente un jurisconsulto anglo-americano: «Las mujeres van á concluir por quitarnos el pan de la boca. Hoy nos hacen ya competencia muy temible; dentro de pocos años habrán obtenido sobre nosotros completa y decisiva victoria»

No estaban esos temores destituídos de fundamento; cuando el jurisconsulto aludido los exponía leal y sinceramente – descorriendo con valentía el velo de meticulosidades hipócritas y de embusteros romanticismos, detrás del cual se ocultaba la causa verdadera de ese horror santo á la emancipación de la mujer; – cuando el jurisconsulto aludido los exponía, vuelvo á decir, se contaban en la gran república de Norte-América: *veinte* arquitectas, *doscientas* ingenieras, *mil* periodistas, *cuatro mil* médicas, *cinco mil* funcionarias públicas, *veintitrés mil* tenedoras de libros, *sesenta y cinco mil escribientas*., etc., etc.

He copiado solamente una parte, la más insignificante de la lista, y no he puesto las cifras exactas, sino las más aproximadas en *números redondos*, para ser más breve y porque basta eso á mi propósito.

Para el cual no considero impertinente reproducir ahora lo que sobre este punto decía un periodista de aquella república: «Todas las mujeres que se dedican á la medicina consiguen, sin grandes esfuerzos y en poco tiempo, hacerse con una clientela muy productiva, en tanto que son numerosísimos los facultativos que no logran tomar el pulso á un solo enfermo. Fácil nos sería mencionar ejemplos numerosos de médicos y de cirujanos que se han visto en la triste necesidad de renunciar al ejercicio de su profesión por absoluta falta de clientela, mientras que varias señoras ganan espléndidos honorarios, ya en su clínica particular, ya también, y no pocas veces, en clínicas oficiales»

Y aquí encaja perfectamente la consabida frase de los juguetes cómicos de hace veinte años: *Ahora lo comprendo todo.*

Ahora comprendo – es decir, ya lo comprendí hace mucho tiempo, – ahora comprendo la sistemática y perseverante y obstinada oposición á reconocer en las señoras aptitudes idénticas á las del hombre para cultivar las artes y las ciencias y á garantizar en las leyes – que los hombres hacemos – los derechos civiles y políticos de la mujer.



VENDEDOR DE CARETAS, dibujo de N. Méndez Bringa

Algunos años han pasado ya desde que, discutiendo sobre este mismo tema (séame lícito y séame perdonado por una sola vez este alarde de vanidad), dije: «Nada, la canción de siempre: que la mujer se ha de limitar á ser ama de casa (¡como si todas tuviesen casa en que ser amas!), y madre de familia (¡como si tuviesen todas familia de que ser madres); á coser, á guisar, á planchar y á desempeñar otros menesteres humildes, siempre en servicio del hombre. Que es así él, de suyo: muy atento, muy fino, muy bien educado, galante hasta la exageración; pero que, en el fondo, tiene mucha envidia á la mujer que sirve para algo más que para zurcirle los calcetines.

»Porque, no lo duden ustedes, en el fondo, allá muy en el fondo, de esa inquina á la mujer que no cose y que estudia, hay una gran dosis de envidia y otra no menor de recelo. Es esto á modo de un germen de lucha por la existencia, una alarma por la posible concurrencia del sexo débil en ocupaciones que, por ahora, monopoliza el fuerte.»

Ya ven ustedes cómo no me había equivocado; mis sospechas se ven ahora justificadas por los hechos.

En los Estados Unidos, que nos preceden en cuanto á progreso y mejoramiento, la competencia formidable de la mujer ha llegado á producir alarma en las filas de los hombres, que se han quitado ya la máscara y dicen con lisura cómo lo que en Europa quieren hacer cuestión de galantería y de consideración hacia el bello sexo, es ni mas ni menos un problema económico social; un aspecto de la lucha por la existencia, lucha en que la mujer pide sitio y toma, aunque no quieran dárselas, posiciones.

Sea como fuere, y cualesquiera que puedan ser las consecuencias de esa lucha, preciso es no poner en olvido el famoso *fiat justitia et ruat cœlum;* en este particular la justicia impone que á la mujer, ser que siente y que piensa, y que quiere como el hombre; ser al que la sociedad impone deberes, cuyo cumplimiento es exigible por las leyes, le sean reconocidos y garantizados los derechos que á esos deberes corresponden.

«Locos de remate son aquellos (dice Dumas) que, habiendo querido la libertad para el hombre, no han previsto que sería preciso concedérsela también á la mujer.»

En lo cual opino casi lo mismo que el dramaturgo insigne, y digo *casi* porque no acepto, para el caso, el verbo *conceder*, que no me parece propio; sino la palabra *reconocer*, porque la ciudadana tiene, sin que nadie se los conceda, los mismos derechos que el ciudadano, y nadie posee atribuciones para conceder á un ser inteligente y libre, como es la mujer, derechos que son ya de ésta en el mero hecho de vivir ella en una sociedad organizada y culta.

Los poetas románticos afirman, en sentidas endechas, que la mujer pierde muchos de sus encantos en el ejercicio de esos derechos.

No discuto eso; ni he de entrar ahora en tales averiguaciones, que no nos interesan, ni vienen á cuento.

Si perderá ó ganará encantos la mujer ejercitando sus derechos es, como dice el vulgo, harina de otro costal y cosa exclusivamente suya. Ella tiene esos derechos; debe tener la libertad de ejercitarlos si así le place. Si entiende que esto puede disminuir sus atractivos, dueña es de renunciar á esos ejercicios; lo mismo que es hoy dueña de aceptar ó no aceptar tocados ó prendidos, según que, á su juicio, la hermoseen ó no la hermoseen.

¡Bueno fuera que algún legislador pretendiese privar al ciudadano de su derecho al sufragio, so pretexto de que el ir á votar perjudicaba al elector en sus intereses, privándole de dedicarse á «¡otras ocupaciones!»

Ahora, que yo no me habría casado por nada del mundo con una ingeniera, lo confieso; pero eso no tiene que ver nada con lo que llevo dicho; ni quita ni pone en lo que hay de justo y de equitativo en reconocer que nuestras compañeras tienen iguales derechos que nosotros.

Después de todo, una médica acreditada, una abogada elocuente ó una ingeniera distinguida no habrían perdido absolutamente nada no casándose con este defensor platónico y desinteresado de sus derechos *(los de ellas)*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

LA TRAGEDIA DEL PINAR

El pinar de Lonsada está á corta distancia del pueblo, y desde que en él apareció el *hombre muerto*, ó sea el cadáver de un desdichado suicida, al pasar, apenas puesto el sol, por frente á aquella extensión en la que se yerguen los altos pinos, agitando sus obscuras copas que al moverse producen sonidos que imitan lamentos angustiosos, no hay habitante de la comarca que no sienta el corazón oprimido por vagos terrores: los timoratos se santiguan; los cobardes dan un rodeo para evitarse el miedo, y los que pasan por valentones, los que en ferias y romerías dan que hacer á la benemérita, aprietan el paso.

No falta quien jure y perjure que al anochecer de tal ó cual día vió, por sus propios ojos, vagar sombras ó fantasmas que se ocultaban tras los troncos de los árboles para reaparecer al momento y volver á ocultarse de nuevo; y alguno asegura que á sus oídos llegaron, clara y distintamente, ayes y quejidos de persona *humana*, según la propia frase de los convencidos narradores; y aunque muchos – quizá disimulando el miedo – se ríen y burlan de lo que califican de patrañas, es lo cierto que de muchos años á la época de mi historia, nadie se aventuró, después del *Angelus*, á pasar por las veredas del pinar, cuya siniestra fama nadie ignoraba en algunas leguas á la redonda.

Si á cualquiera de aquellas gentes se le dijera que tal punto era el elegido por dos amantes para sus cariñosas entrevistas, ni sorpresa experimentaría; negaría en redondo el hecho por inadmisible, por absurdo. Y, sin embargo, era cierto.

Juana, la más linda, la más graciosa muchacha del pueblo de Lonsada, avistábase en el pinar con su amante, vecino del lugar inmediato; y ¡á qué horas, Dios Santo! A las que elige el criminal para realizar sus planes.

Iniciados apenas aquellos amores, los padres de la joven mostraron ruda oposición, significada por constantes riñas, que pronto se convirtieron en frecuentes palizas.

Los amantes hubieron de simular entonces un rompimiento para despistar á los que por tales medios se oponían á que ellos realizasen su dicha, y comenzaron las citas nocturnas, á salto de mata, con todo género de precauciones, siempre en continua zozobra, con el alma en un hilo, temiendo de un momento á otro una sorpresa de las peores consecuencias.

Tal situación era insostenible, y no poco hubo de trabajar Antonio en el ánimo de su amada para convencerla de que el único medio y el único punto para verse era el pinar de Lonsada, aquel pinar que tanto terror inspiraba y que por esto mismo era lugar seguro, porque allí nadie se atrevería á llegar; ni aun Ramón, aquel tenaz pretendiente que en todas partes y á todos los momentos la asediaba, ofreciéndole un cariño que ella jamás pensara en estimar.

Juana participaba, como era natural, de los terrores de sus convecinos, y sentía con la energía que ellos le daban las exigencias de su amor; pero Antonio, cansado ya de aquel continuado sobresalto, anhelaba poder disfrutar tranquilamente de las delicias de aquella pasión á que como ella se entregara por completo. Por eso ante la tenaz negativa de la joven amenazó con no volver á verla, y ante la posibilidad de que esta amenaza se realizara siquiera por pocos días, Juana, entre lágrimas y besos, tuvo que acceder; y desde aquella noche, todas, apenas el pueblecillo estaba sumido en absoluta tranquilidad, cuando sus padres descansaban en profundo sueño de las fatigas que traen consigo las rudas faenas del campo, la joven abandonaba su hogar para reunirse con el que la esperaba anhelante y cariñoso.

Esto no obstante, aquella tranquilidad que Antonio deseaba y que se propusiera alcanzar de tal modo era una ilusión. Juana llegaba siempre á su lado agitada, temblorosa; andaba rápidamente el camino, mirando á todas partes con temor, creyendo fantasmas las movibles sombras de las tapias y árboles del camino, figurándose á veces que el ruido de la caída de una hoja era el rumor de pasos de alguien que la seguía.

Y ya allí, junto á él, acariciada con ternura, la intranquilidad seguía; la obscuridad que daban al lugar las copas de los pinos la amedrentaba; el rumor solemne que hacían al moverse la estremecía, y su pensamiento se veía de continuo asediado por ideas terribles, por augurios espantosos, y al fin se fijaba en el recuerdo del *hombre muerto*, cuyo blanco fantasma semejaba algunas veces, haciéndola prorrumpir en ahogados gritos y obligándola á apretarse contra su Antonio, el rayo de la luna filtrándose á través de la verde bóveda.

Estos terrores no la abandonaban ni un momento, y al regresar á su casa, acompañada por él hasta muy corta distancia, y aun en los primeros momentos después en el lecho, murmuraba maquinalmente: «Esto ha de acabar mal.»

Así pasaban los días y el secreto de aquellos amores permanecía oculto: las ausencias nocturnas de Juana no eran por nadie sospechadas; mas á pesar de esto, los amantes no eran tampoco más felices. Ella no estaba tranquila, y mientras esto no sucediera Antonio no podía verse satisfecho.

Cuando más al abrigo se creían ambos de todo recelo, cuando más ignorados suponían sus amores, Ramón, el amante desdeñado, conoció el secreto de las entrevistas: la amargura de los muchos desdenes sufridos, la mortificación de su amor propio, el pesar del bien ajeno fermentaron en su corazón, produjeron el odio, hicieron brotar el deseo de la venganza contra aquel rival afortunado.

Puesta su imaginación en juego, comenzó á pensar para escoger el más seguro, el más eficaz medio de realizar sus propósitos; pero al mismo tiempo Ramón encontraba dos inconvenientes: era cobarde y no podía ejecutar el plan por sí mismo; estaba verdaderamente enamorado de Juana, y meditaba una venganza que, alejando al amante venturoso, no le descubriese á él, y le dejara en condiciones de ser, más adelante, dueño de la joven.

¿Cómo hacer? Por fin, ocurriósele una idea, una idea que satisfacía todo su deseo. Sería vengado, pero sin comprometerse: otro lo haría en beneficio de él. Aquella noche, como siempre, Juana salió al pinar, y Antonio la encontró más angustiada que de ordinario. La joven tenía un triste presentimiento: había oído *cantar el mochuelo* tres veces seguidas, y esto era anuncio seguro de una próxima é irremediable desgracia, idea de que no pudieron disuadirla todos los razonamientos de su amante.

Llegó el momento de la separación, y ambos se dirigieron juntos, cual acostumbraban, por el sendero que desembocaba en el camino, y al llegar á la linde del pinar vieron un hombre allí apostado. Para retroceder era tarde: el que esperaba avanzó hacia ellos.

Antonio hizo separar á Juana y se adelantó también, sacando un arma del bolsillo: entonces la joven, ante la inminencia de un peligro para el hombre que amaba, se abrazó á él gritando con toda su alma:

– ¡No vayas, que te matará!

El desconocido se había detenido, y cuando ella se arrojaba hacia Antonio se oyó un disparo: el joven, sintiéndose herido, lanzó un grito y disparó á su vez. El hombre aquel vaciló unos momentos, y cayó pesadamente.

Hubo un instante de silencio: Juana, abrazada á su amante, ni siquiera respiraba: él no se atrevía á moverse.

¡Un hombre muerto! La joven había tenido razón: ¡cantara el mochuelo tres veces!

Casi sin hablar palabra se pusieron los dos en camino, rodeando gran trecho por no pasar cerca del cuerpo en tierra: separáronse tristes, como agobiados por el remordimiento, sin decirse el acostumbrado *¡hasta mañana!*

Juana llegó á su casa sin darse cuenta clara de lo ocurrido: había pasado algo grave, muy grave, sí; pero ella no tenía conciencia perfecta de los hechos. Viera caer un hombre: ¿Quién sería? ¿Estaría muerto? Al abrir sigilosamente la puerta para entrar experimentó una nueva sorpresa: su madre la esperaba.

– ¿Y tu padre?, le dijo:

– ¿Mi padre?, preguntó Juana con espanto.

– Sí, mala hija, sí; ha ido á buscarte al pinar.

Entonces la muchacha vió claro todo lo sucedido; comprendió el horror del hecho, y no pudiendo soportar aquella violentísima y cruel impresión, abrió mucho los ojos, extendió los brazos, y gritando con voz enronquecida *¡Mi padre!*, rodó inanimada por el zaguán.

A. J. PEREIRA

NUESTROS GRABADOS

Carnaval, dibujo alegórico de Mariano Barbasán. – Varias veces hemos ofrecido ocasión á nuestros lectores para apreciar el mérito de las obras del distinguido pintor Sr. Barbasán. Hoy reproducimos una composición, de género completamente distinto, que atestigua una vez más sus indiscutibles cualidades y aptitudes. La alegórica representación del Carnaval, tal como se representa en el dibujo, bella y elegante en su realidad y sin recurrir á los sobados recursos de la guardarropía, revela el ingenio y el buen gusto del artista.

Aplausos merece quien de tal modo interpreta el arte, y nosotros no se los escaseamos, ya que ha logrado producir una de sus más bellísimas obras, dedicada expresamente para nuestra publicación.

Patinadores, dibujo de A. Marold. – El lápiz del conocido dibujante parisiense A. Marold se distingue por el sello de elegancia que llevan todas sus producciones: los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA han podido comprobar nuestro aserto en las distintas ocasiones en que hemos publicado trabajos del celebrado artista, cuya firma se disputan las más notables ilustraciones extranjeras. El que hoy reproducimos, inspirado en el espectáculo que ofrecen los patinadores en el Bosque de Bolonia de París, es digno compañero de los que otras veces hemos publicado.

La guerra de Cuba. – La vista de los dos grabados que publicamos en esta pagina da á comprender claramente la desigualdad de la lucha que en la isla de Cuba sostienen nuestros soldados: en las tropas españolas imperan el orden, la subordinación, la disciplina, que les obligan á atacar y á defenderse sin mirar ni el número de los enemigos ni las condiciones en que han de trabar combate; las fuerzas rebeldes, en cambio, compuestas de elementos heterogéneos no unidos por los estrechos lazos que crean las severas ordenanzas, luchan si les parece que la ventaja está de su parte, atacan cuando están seguros de la inferioridad del adversario, y se dispersan y desbandan para volver á reunirse en puntos de antemano convenidos en cuanto los nuestros se lanzan sobre ellos. Una guerra en estas condiciones ha de ser forzosamente larga y difícil, y así no es de extrañar que, á pesar de los esfuerzos gigantescos que está haciendo España y de las continuas pruebas de resistencia y valor heroicos que dan nuestras columnas, la insurrección no haya podido sufrir uno de esos golpes que deciden de la suerte de una campaña. Sin embargo, dignas son de admiración las tropas leales por sus continuados y gloriosos triunfos.



LA GUERRA DE CUBA. – Tropas esperando en la Habana la llegada de fuerzas expedicionarias

(de fotografía)

Vendedor de caretas, dibujo de N. Méndez Bringa. – Los distintos dibujos que de nuestro querido colaborador señor Méndez Bringa han aparecido en las páginas de La Ilustración Artística demuestran, al par de su habilidad técnica, el concienzudo estudio que el distinguido artista ha hecho de los tipos y costumbres madrileños Cada una de sus obras constituye un documento interesante para la historia de la sociedad actual en sus distintos aspectos, ya que abarcan desde la aristocrática dama y el frívolo gomoso hasta la pobre trapera y el modesto vendedor ambulante, y reproducen, así la parte brillante y alegre de la existencia, como esas múltiples miserias que ora se presentan en toda su desnudez, ora aparecen disimuladas bajo falsas apariencias. Méndez Bringa busca sus asuntos en lo serio y en lo cómico, entre las altas clases y en el pueblo, y con tan infinita variedad de modelos es natural que su producción sea varia en alto grado y en extremo abundante, porque *otra* de las buenas cualidades de este artista es su laboriosidad. Y decimos *otra*, porque en nuestro concepto las cualidades que más le caracterizan son el buen gusto, la finura y la elegancia que imprime en sus composiciones.

LA GUERRA DE CUBA. – Partida insurrecta preparando la comida en su campamento

(copia fotográfica publicada en *Illustrated London News*)



VENDEDOR DE PÁJAROS, cuadro de Angel Dal Bianca



DESCANSO cuadro de Ignacio Diaz Olano [illegible]

Excmo. Sr. D. Eulogio Despujol. – El apellido del nuevo capitán general de Cataluña figura entre los más ilustres y antiguos de la nobleza catalana, y su historia militar está llena de hechos tan gloriosos, como gloriosos son los tim-



EXCMO. SR. D. EULOGIO DESPUJOL Y DUSAY, conde de Caspe, recientemente nombrado Jefe del cuarto cuerpo de ejército (de fotografía de Napoleón)

bres nobiliarios que ostenta el escudo de su familia. Hijo de los marqueses de Palmerola y condes de Fonollar y nieto del brigadier D. Ramón Despujol, que tan heroicamente luchó en Gerona, Tarragona, Zaragoza y Tortosa contra los franceses cuando la guerra de la Independencia, educóse D. Eulogio en Francia, adonde había tenido que emigrar su familia, y en Suiza. En 1852 ingresó en la Academia especial de Estado Mayor, ascendiendo en 1855 á subteniente y encontrándose en 1856 en los sucesos ocurridos en julio en Madrid; en 1857 fué promovido á teniente y dos años después á capitán del cuerpo por rigurosa antigüedad. Tomó parte en la guerra de Africa, distinguiéndose en los combates de Lama y de la Vega de Tetuán, en el asalto del aduar y torre de Kiel-le-ly y en las batallas de Tetuán y Wad-Ras, y ganando el grado de comandante y la cruz de San Fernando de primera clase. En 1862 pasó á Cuba y al año siguiente á Santo Domingo, concurriendo á las acciones de San Cristóbal, Bondillo, Mono-guayabo y paso del monte Fundación, que le valieron el ascenso á teniente coronel. De regreso á Cuba, terminada aquella campaña, encargóse de la jefatura de Estado Mayor del departamento oriental. Durante la guerra carlista mandó primero una columna en Aragón, siendo por su brillante comportamiento ascendido á brigadier en febrero de 1874 y á mariscal de campo en noviembre del mismo año. Un año después era nombrado teniente general y puesto al frente de la capitanía general de Castilla la Nueva, de la que pasó en 1877 á la de Valencia, en donde hizo fracasar una vasta conspiración republicana, dirigida por el brigadier Villacampa. En 1878 se le nombró capitán general de Puerto



EL PRÍNCIPE HEREDERO DE BULGARIA, BORIS

Rico y conde de Caspe, y se le confirió la gran cruz de Carlos III; en 1882 se hizo cargo de la Dirección general de Instrucción militar y en octubre de 1892 gobernador general de las islas Filipinas, cargo que desempeñó cerca de dos años. A su vuelta á España nombrósele comandante del cuarto militar de la reina, elevado puesto en que ha permanecido hasta su reciente nombramiento de jefe del cuarto cuerpo de ejército, nombramiento que ha sido muy bien acogido en Cataluña y especialmente en Barcelona, en donde el general Despujol cuenta con muchas amistades y simpatías. Las dotes de excelente gobernante que ha demostrado en sus anteriores importantísimos mandos, son garantía de que los catalanes no tendrán más que motivos para felicitarse de que al frente de este distrito militar figure su ilustre paisano que en tantas ocasiones ha probado su amor á la tierra que le vió nacer.

El príncipe heredero de Bulgaria, Boris. – «Estamos convencidos de que Bulgaria tendrá en lo sucesivo una dinastía ortodoxa:» así dijo el metropolitano Clemente al regresar el verano último de San Petersburgo, adonde había ido presidiendo la diputación conciliadora que la nación búlgara envió oficialmente al tsar con asentimiento del príncipe Fernando. De suerte que ya entonces fué cosa resuelta el ingreso en la iglesia cismática griega del príncipe heredero Boris, nacido en 30 de enero de 1894, y el presidente del Consejo de ministros búlgaro aseguró en 24 de enero último, en el Club del Partido Nacional, que la ceremonia de la abjuración se celebraría durante la primera legislatura de la Sobranié. Natural era que la Curia romana se apercibiera á oponerse con todas sus fuerzas al acto que se proyectaba, y el príncipe Fernando, para vencer esta resistencia, emprendió un viaje á Roma y celebró con el Papa en 27 del mes pasado una entrevista que no dió resultado alguno para el objeto que aquél se proponía. A pesar de esto, la conversión es cosa resuelta y la ceremonia del



EL CORONEL GALIANO, jefe de las fuerzas italianas que defendieron heroicamente la plaza de Makalleh contra los ataques de los abisinios

bautizo del niño Boris se verificará en breve, si no se ha verificado ya cuando este número llegue á manos de nuestros lectores. La princesa María Luisa de Parma, esposa del príncipe Fernando, no ha querido autorizar con su presencia el acto de la abjuración, y ha salido de Bulgaria llevándose consigo su segundo hijo, el príncipe Cirilo, estando, según se dice, resuelta á convertir en definitiva esta separación temporal de su marido. Apadrinará al príncipe Boris el tsar Nicolás II, y con este motivo se recuerda que en el año 864 otro tsar, Miguel III, apadrinó á otro príncipe Boris, que con todo su pueblo abrazó también la religión griega, siendo el primer rey cristiano de Bulgaria.

El coronel Galiano. – La heroica defensa de Makalleh ha hecho célebre estos días el nombre del coronel Galiano, que con sólo 1.330 hombres resistió por espacio de dos semanas los continuos asaltos de los abisinios que en número de 70.000 y mandados por los más importantes rases pusieron sitio á la plaza ocupada por los italianos. Estos, consumidos ya el agua, los víveres y las municiones, hubieron al fin de capitular el día 21 de enero último, saliendo de la ciudad con todos los honores, conservando las armas, y recibiendo de sus propios enemigos provisiones de boca y acémilas para el transporte de heridos y bagajes y siendo escoltados por el ras Makonnen, representante del Negus, hasta el campamento del general Baratieri. El coronel Galiano nació en 1846, tomó parte en la expedición africana de 1887 y se distinguió notablemente en la batalla de Agordat, en 1893.

Vendedor de pájaros, cuadro de Angel Dal Bianca. – A juzgar por las caras de las tres muchachas, no son los dos feos mochuelos los que atraen su atención y hacen asomar á sus labios las graciosas sonrisas que animan sus rostros, sino el gentil vendedor de los pajarracos, que á su vez las contempla regocijado y un tanto indeciso, como si no supiese por cuál de las tres decidirse; ya que bien se le alcanza que por aquella vez no ha de despachar su mercancía y que por lo tanto si algún provecho ha de sacar de la conversación, más ha de ser como enamorado que como comerciante. El grupo tan admirablemente pintado por el conocido artista italiano Dal Bianca, resulta interesante y alegre, y el mismo contraste entre la seriedad de las poco simpáticas aves y el regocijo de las tres jóvenes y del vendedor contribuye al mayor efecto de la pintura.

Descanso, cuadro de Ignacio Díaz Olano. (Exposición de Bellas Artes de Roma de 1895). – Dos campesinos italianos dando tregua por unos momentos á su ruda faena, apoyados en los instrumentos de trabajo, han servido al discreto pintor Sr. Díaz Olano para producir una de sus más notables obras, aplaudida y admirada por los inteligentes en la última exposición celebrada en Roma. Sepárase este lienzo del género hasta ha poco cultivado por aquel artista; mas no place consignar que hallamos en su última producción tales bellezas, que no titubeamos en considerarlo como el más importante de cuantos ha producido. Es un cuadro de la vida real, estudiado con singular acierto é interpretado con maestría.

Fuera de combate, cuadro de Vicente Cutanda. – En las grandes herrerías y altos hornos que funcionan en las ricas provincias del Norte de la península ha hallado el distinguido pintor Vicente Cutanda asuntos verdaderamente sensacionales para sus más celebradas producciones. Los tipos varoniles de los obreros, la índole ruda y violenta del trabajo á que se dedican y el fantástico efecto que producen los lugares en donde se domeña el metal son medios para sugestionar al artista, ansioso siempre de reproducir ó representar la acción, la vida y la lucha entre las energías del hombre y las de la naturaleza. *Fuera de combate* es una nueva página, gallarda y bellamente pintada, que ha de llamar la atención de los inteligentes en la próxima Exposición de Berlín, donde en breve será admirado.

D. José de Castro y Serrano. – A la edad de sesenta y seis años ha fallecido en Madrid el día 1.° de este mes el Sr. Castro y Serrano, una de las más legítimas glorias de nuestra literatura contemporánea, el escritor culto y castizo cuyas obras son de deleitosa lectura, tan gratas por lo castizas cuan provechosas por la moral sana en que todas se inspiran. Nacido en Granada, estudió la carrera de medicina, ganando por oposición todos los cursos hasta la licenciatura: médico á los diez y ocho años, trasladóse á Madrid para esperar la época de obtener reglamentariamente su título, que no podía alcanzar hasta cumplir los veintiuno, según la legislación entonces vigente. Su afición á las letras, hízole dedicarse al estudio de la literatura, para matar, por decirlo así, el tiempo, y lo que en un principio fué poco menos que entretenimiento, acabó por ser la profesión en que tantos lauros había de conseguir el joven granadino, quien esgrimió sus primeras armas literarias en varios periódicos. En 1861 dió al público su primer libro, *Cartas trascendentales*, que fué acogido con especial entusiasmo, y que todavía figura y figurará siempre entre las obras con más gusto leídas. De otro género, aunque no menos interesantes, fueron *España en Londres* y *España en París*, resultado de sus visitas á las exposiciones que se celebraron en las capitales de Inglaterra en 1862 y de Francia en 1868, y á las cuales asistió designado por el gobierno en la primera y por iniciativa particular en la segunda. También concurrió á la de Viena de 1873, escribiendo desde allí notables correspondencias. Pero su obra más importante en este género fué la colección de artículos que hoy se conoce con el nombre de *La Novela de Egipto*, y que se publicó cuando la apertura del Istmo de Suez: Castro y Serrano escribía y se insertaban en *La Epoca* correspondencias dando cuenta de aquel hecho en sus menores detalles; y tanta apariencia de verdad había en ellas, tan exacto conocimiento revelaban de los lugares y sucesos, que nadie supo, á excepción del propietario del periódico, que estaban escritas en Madrid, pues nadie podía sospechar que aquellas descripciones vívidas, aquellos cuadros de una realidad asombrosa pudieran ser hijos de la potencia imaginativa y de la simple erudición de un literato. Aquella verdadera creación de Castro y Serrano se extendió rápidamente, no sólo por España, sino que también por el extranjero, y el corresponsal fingido de *La Epoca* tuvo la satisfacción de oir proclamar en todas partes que su obra *inventada* era la mejor de cuantas sobre aquel gran acon-



EL ILUSTRE ESCRITOR D. J. CASTRO Y SERRANO, fallecido en Madrid el día 1.° de febrero de 1896

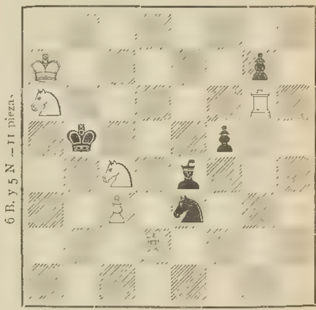
tecimiento habían escrito los más avisados corresponsales auténticos. Aparte de estos, ha escrito multitud de trabajos y artículos, entre los cuales sobresalen las novelitas cortas que su autor titulaba *Historias vulgares*. D. José de Castro y Serrano era académico de la Lengua desde 1883.

AJEDREZ

PROBLEMA N.° 6, POR VICTORIANO AOIZ Y DEL FRAGO

(La posición tiene la figura de la letra V.)

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.° 5, POR FÉLIX ESCUTÉ

Blancas.	Negras.
1. A3TR	1. P4TR
2. T4CR	2. P toma T
3. C de 5 T á 6 A D	3. P toma A
4. D2AR	4. P8CR pide C (*)
5. D2R	5. C toma D mate.

(*) Si 4. P8CR pide D ó T jaque, la solución sigue así: 5. DcR jaque, 5. D ó T toma D mate, – y si 4. P8CR pide A; 5. D3R jaque, 5. A toma D mate.



Aquel día el joven pintor no hizo más que un croquis de su modelo

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA ORIGINAL DE JUANA MAIRET. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

La señora Milner compró al joven pintor Nevin su primer gran cuadro, *Disputa en una taberna de Madrid*, pintura muy discutida y cruda, tan violenta como su asunto, en que el modelado de las cabezas se había sustituído por manchas brutales de color, y en que las manos apenas se indicaban algunas veces, sin que el efecto del cuadro dejara de ser muy poderoso. La señora Milner, que no entendía nada de este arte, pasaba, sin embargo, por ser autoridad en la materia; así es que después de haber ella adquirido el cuadro, recibió Nevin muchos encargos de importancia, con lo cual entró en carrera, encargándose él entonces de elevarse más.

Todo parecía ser contradictorio en Nevin. Aquel pintor de obscuro linaje, imitador de Goya, era pequeño, delgado, muy bien parecido; cuidaba mucho de su persona, y estaba orgulloso de sus manos finas y de sus pies de mujer. Su voz era dulce y cariñosa; hubiérase dicho que siempre estaba enamorado, y tenía una manera de inclinarse hacia una mujer al hallar con ella, que la comprometía. En rigor, mostrábase desdeñoso con el bello sexo y despreciábalo cuando no podía servirle en su arte para adelantar en su carrera social. Había nacido con todos los instintos de la fiera; y para conseguir su objeto no hubiera vacilado en destrozar el corazón de una mujer, engañar á un amigo, ó en hacer suya la gloria de un maestro, aunque hubiese sido el suyo propio.

Pero hacía todo esto con tal suavidad, tan políticamente, sin elevar nunca la voz ni permitirse un ademán brusco, que muchos le tomaban por lo que parecía, es decir, un joven muy bien educado, de carácter dulce, de agradable presencia y seductor.

Nevin se acercó al grupo de jóvenes reunidas alrededor de la mesa del te, y que en aquel instante hablaban animadamente, contando chascarrillos. Mila, de mayor edad que cualquiera de sus amigas, parecía naturalmente su reina; todas hablaban á la vez, y formaban así un conjunto muy alegre. Una de las dos hermanas, Dora Mathews, á la cual se suponía enamorada del pintor á la moda, exclamó:

– ¡Oh, Sr. Macready, venga usted á reunirse con nosotras! El Sr. Nevin quiere hacer el retrato de Mila para la próxima Exposición, y mi amiga se niega á ello porque no quiere servir de modelo. Dígale que hace mal, porque el Sr. Nevin presentaría una obra maestra con tan admirable original.

El Sr. Macready se levantó.

– Mila teme tal vez, contestó el americano, aparecer ante el público con cabellos azules, y manchas de color de naranja, verdes ó violáceas en el rostro.

No todo el mundo tiene como usted, señorita, tanto amor á la pintura... del porvenir, á la pintura adelantada, por no decir amanerada..

El pintor se irguió al oir esto, y su voz, muy suave, tomó un tono de aspereza.

– Es usted muy severo, dijo.

– ¿Yo?, repuso Macready. Nada de eso; pero soy un inteligente «algo antiguo,» y agrádame la pintura que me representa lo que veo y no lo que podría ver en una pesadilla. Escuche usted..., yo poseo un estudio, obra de usted, de hace unos ocho años; entonces no se le conocía aún como artista, y no me costó cara. Representa una mujer sentada, de la cual no se ve más que la espalda, un perfil perdido, y una especie de ropaje sonrosado que cubre la parte inferior del cuerpo. La obra es en realidad excelente, rica en colorido y de una delicadeza de tonos muy rara. Le juro á usted que esa no es la pintura con reflejos de fuego de Bengala que ha labrado su reputación y que á mí no me gusta. Ya ve usted que soy franco; y no sé por qué diablos se habrá desviado del camino que le ofrecía una brillante perspectiva.

– ¿Por qué? Pues la respuesta, caballero, está en lo mismo que usted ha dicho ahora. Usted compró por un pedazo de pan la mujer vista de espaldas, y correspondiendo á su franqueza con otra, le diré que á mí no me gusta el pan seco. A fin de ponerle manteca, y abundante, que es como me agrada comerle, me ha sido necesario llamar la atención del público. En las ferias se toca el bombo; y en la exposición de pinturas se presentan las que usted ha llamado de fuegos de Bengala.

– Dispense usted. Algunas veces veo cuadros sencillos de hermosa ejecución, que se recuerdan después de haberlos mirado.

– ¿Qué edad tienen los pintores? ¿Cuántos años necesitaron para imponer sus obras «sencillas y elevadas?» Yo tengo menos de treinta años, y vendo mis lienzos á subido precio. Pertenezco á una nación impaciente, y no tengo tiempo de esperar.

– ¡Muy bien! Por lo menos es usted tan franco como yo. Pero si ha de hacer el retrato de la señorita del Paso, créame, olvide un poco su extraordinaria habilidad de mano, y proceda en su obra con mucha sencillez, si puede hacerlo. Sea respetuoso con la naturaleza, imite su escuela, y no busque – dispense usted esta trivialidad – el asombro de las gentes sencillas que se dejan fascinar fácilmente.

– Si yo sigo los consejos de usted, á lo cual me siento muy inclinado, ¿me promete usted servirse de su influencia con la señorita del Paso?

El Sr. Macready vaciló un instante, pues á pesar de su severa crítica, sabía que el pintor americano tenía en realidad talento; pero si apreciaba al artista, desconfiaba del hombre.

– No es usted el único, dijo, que desea retratar á nuestra diva; pero siempre ha rehusado servir de modelo...

– ¡Es tan enojoso, contestó Mila, y tengo tanto que hacer!

– A veces se concede á un compatriota, observó Nevin, lo que se rehusa á un extranjero.

– Pues bien, entonces mi primo me entretendrá durante las sesiones. ¿No es verdad, Bob? Y nuestras amiguitas vendrán á tomar el te al taller, porque usted nos obsequiará. ¡Bien me lo habré ganado!

Y la cosa se arregló al punto.

Otras personas entraron, entre ellas la señora Milner, acompañada de su hija la princesa Pignacci, y esto hizo cambiar el rumbo de la conversación. Por dondequiera que iba, la señora Milner ocupaba siempre el primer lugar; y su manera especial de no reconocer nunca á las personas á quienes no quería admitir en su casa hacía mucha gracia al Sr. Macready. Su miopía le servía para esto maravillosamente, y la perseverancia de aquéllas para hacerse presentar de nuevo divertíala mucho. No dejaba por eso de ser una buena persona; solamente los amigos íntimos comprendían sus burlas, y hablaba gustosa con sus víctimas sirviéndose de un inglés algo dudoso, ó de un francés que no lo era nunca.

Por más que se indignen los moralistas, en este mundo el dinero, cuando se tiene en cantidad fabulosa, será siempre una de las grandes potencias, tal vez la mayor de todas.

Cuando la señora Milner supo el proyecto del retrato, se alegró mucho. De todos los jóvenes pintores á quienes protegía, Nevin era el que la honraba más; este «pequeño arisco» era de su agrado, porque siempre parecía que acababa de bañarse, y porque vestía con suma pulcritud: á la señora Milner le agradaba mucho el aseo.

En rigor.. ¿por qué Nevin y Mila, hermosos ambos y ya célebres, no se agradarían recíprocamente? La dama creía ver ya el matrimonio concertado bajo sus auspicios. ¡Qué agradable fiesta!.. En aquella mujer autoritaria, á pesar de su aire bonachón, un proyecto vago convertíase muy pronto en cosa resuelta en su mente; lo que ella entreveía, queríalo muy pronto, y contra aquella voluntad todo se estrellaba. La princesa Pignacci hubiera podido contar mucho sobre el particular.

Hacíase tarde ya, y toda aquella gente se divertía tanto en casa de Mila, que nadie pensaba en marcharse.

La puerta del salón se abrió una vez más, y Francisco Villeroy, con un grueso paquete debajo del brazo, se detuvo en el umbral, poseído de asombro, desorientado, trastornado por el rumor de las voces, femeninas las más, deslumbrado por el brillo de las luces y como aturdido en aquella atmósfera demasiado cálida, sobrecargada del aroma de las flores y también de los perfumes más penetrantes.

Llegaba presuroso porque su trabajo estaba terminado. Muy absorto, pensando en la alegría de oir de nuevo la voz que le acosaba y de volver á contemplar aquel rostro de mujer, único en el mundo, en su opinión, había venido muy de prisa, y franqueando después los escalones de cuatro en cuatro, acababa de entrar, dominado por su idea fija hasta el punto de no oir siquiera los rumores que llegaban del salón. Y allí permanecía inmóvil, con esa especie de cólera bien conocida de aquellos que han soñado algo delicioso, y á quienes la realidad aleja mucho de aquel sueño con la brutalidad de los contratiempos de la vida.

Mila le vió al punto; dirigióse hacia él, presentándole su mano, y casi todas las conversaciones cesaron. Dora Mathews notó que el sombrero del recién venido estaba cepillado á contrapelo, y Wilbur Nevin le miró de pies á cabeza con instintiva aversión; pero sus ojos de pintor observaron desde luego la belleza de la frente bien desarrollada, la mirada expresiva y la boca de correcto perfil.

– He aquí una visita largo tiempo esperada, señor Villeroy, dijo Mila.

– Y bien inoportuna, murmuró el músico. ¡Despache usted á todos esos inútiles y habladores, porque aquí traigo mi *Sirena!* Si usted supiera qué hambre y sed tengo de su voz...

Mila no pudo menos de sonreir.

– Un poco de paciencia, contestó, yo se lo ruego. En pleno salón de París no se despide, ni aun á los indiferentes, para complacer á un amigo; pero ya es tarde, y todos se marcharán muy pronto. Vaya usted á conversar un poco con mi tía; cuando los demás se vayan, se quedará usted con nosotras y entonces nos dedicaremos á la música. ¡Qué deliciosa velada!

Villeroy, repuesto de su primera impresión de disgusto, sonrió también. Sabía perfectamente amoldarse á las costumbres sociales, cuando quería tomarse la molestia de hacerlo; y por otra parte, el Sr. Macready llegó en su auxilio. Los dos se acercaron luego á la princesa, quien dispensó tan halagüeña acogida al músico, que hasta las hermanas Mathews, olvidando el malhadado sombrero, observaron que el recién llegado tenía un aire... muy distinguido.

Cuando la señora Fletcher comprendió que Villeroy debía pasar allí la velada y cenar después, tomó una expresión resignada, pero entristecida.

Mila quiso que el Sr. Macready se quedase también; pero éste, después de vacilar un instante, miró á Villeroy y rehusó algo bruscamente: después se marchó furioso por no haber aceptado.

En aquel músico, siempre inquieto y de talento vivaz, había un fondo de candidez y de juventud del todo extraño é imprevisto. Cuando se creía dichoso – y aquella noche fué una de las más felices que jamás conociera – su dicha se revelaba por una alegría infantil, y sentía la necesidad de mostrarse tal como era realmente, de confesarse, por decirlo así, y pedía confidencia por confidencia. Había vivido casi siempre sin conocer apenas las dulzuras de la familia y rehuyendo con una especie de repugnancia instintiva las relaciones fáciles. Ahora su corazón se explayaba naturalmente, y producíanle una dulce impresión hasta las cosas exteriores. Muy indiferente al fausto y á la riqueza y contentándose sin dificultad con una vida de estudiante pobre, el lujo de aquella habitación, el perfume de las flores y el aspecto de la mesa, muy bien servida, causábanle una sensación alegre y dulce. Todo cuanto era bonito y gracioso parecía formar parte del encanto de Mila, de su radiante juventud y de su belleza; y he aquí por qué aquel lujo discreto le agradaba, influía en su imaginación y proporcionábale un sentimiento de bienestar, algo sensual, que le complacía mucho.

Y por encima de todo, en medio de las incesantes conversaciones, no le abandonaba un pensamiento que hacía latir su corazón: «Ella encarnará mi obra; será una obra de los dos, y por esto mismo llegará á ser mía..., me amará, y yo la adoraré...»

Mila, por su parte, miraba al joven con una especie de asombro, preguntándose cómo había podido ella creer que fuese torpe y rudo. Se hallaba allí tan á su gusto, y mostrábase tan atento con su tía y con ella, que parecía haberlas conocido toda la vida.

Sin duda su mirada manifestó un poco de esta sorpresa: Villeroy no necesitaba que Mila hablase para adivinar sus pensamientos.

– ¿No es verdad?.., preguntó. ¿Pero por qué admirarse? A mí me parece haberla visto cuando aún era niña; he adivinado su infancia, y nada de usted es extraño para mí. Tal vez nos hayamos conocido en una vida anterior. Ya verá usted cómo mi canto de sirena le parecerá familiar...

– Eso les sucede á muchos músicos, dijo la señora Fletcher con acento burlón, y no siempre vienen los recuerdos de una vida anterior, como usted dice.

Su tono indefinible daba una expresión irónica á todas sus palabras, pronunciadas lentamente.

– Ya la convertiré á usted, señora, dijo Villeroy, y entonces no me dirá más cosas crueles.

– Yo soy quien debería convertirle á usted, porque es un idólatra.

– ¡Nada de eso! Muy al contrario, soy sumamente religioso, á mi manera, tal vez no bastante ortodoxa, pero que no por eso es despreciable. Cuando soy feliz, como esta noche, siento la necesidad de rezar y de dar gracias á Dios; y si sufro, mis lágrimas son también una oración. La vista del mar, de un bosque ó de una hermosa montaña, la mirada pura de una mujer; todo esto me induce á prosternarme, en espíritu, y adorar... no sé si á Dios ó á la santa naturaleza; pero la adoración me llena de celestial alegría. Ya ve usted que no soy tan idólatra como dice

La señora Fletcher contestó con un «¡hum!» lleno de indignación protestante respecto á una fe tan poco conforme con las reglas; pero no se dignó pronunciar una palabra.

– Eso es lo que yo experimentaba también, dijo Mila, cuando me hallaba en la cumbre de mi hermosa montaña, cuando veía el Océano azul, el Océano alegre de mi país, y mis pobres cantos, que el viento se llevaba, eran también oraciones en cierto modo. Pero, añadió Mila apresuradamente, yo soy además buena católica, y la magnífica música de las iglesias me induce á prosternarme, no tan sólo con el espíritu, sino también en realidad.

– Lo cual equivale á decir, señorita Mila, observó Villeroy, que lo que es absolutamente bello es también absolutamente religioso.

Levantáronse de la mesa, y muy pronto Villeroy fué á sentarse al piano. La especie de alegre sobrexcitación que había experimentado durante aquella agradable escena, en que solamente los tres tomaron parte, cesó al punto; y desde las primeras notas, el músico se sintió poseído de otra embriaguez, la que le proporcionaba su obra. Según había dicho al Sr. Macready, no le parecía componer ni arreglar, sino más bien escuchar un canto interior, que él transcribía bien ó mal.

Mila escuchaba, tratando de comprender, y seguía la música manuscrita, difícil de descifrar. Villeroy, pianista de primer orden, llegó á dar una idea bastante clara de la sabia instrumentación; pero la joven quedó completamente desorientada al principio. Entonces el compositor se detuvo para darle algunas explicaciones y hacerle seguir el desarrollo de la fábula, en medio de la música, más armónica que melódica, desde las primeras escenas. Después llegó á ese primer canto de la sirena, compuesto durante su larga excursión por la orilla del mar, y que escribió pensando en Mila, en su deliciosa voz, tan grave en el registro inferior, como cristalina y vibrante en las notas de sobrano puro.

Entonces Mila comprendió, y despertóse en ella todo el genio de la artista. Hizo repetir el canto, escuchando atenta, asimilándosele y adivinándole, con noble orgullo al pensar que sin ella la obra sería incompleta.

Después, un poco temblorosa, comenzó á ensayarse, sin atreverse aún á cantar á toda voz, murmurando más bien y enardeciéndose poco á poco, mientras Villeroy la guiaba y estimulaba con infinita paciencia. En aquel momento, olvidábalo todo, el lugar donde se hallaba, la presencia de la señora Fletcher, que poco divertida con todos aquellos ensayos casi dormitaba haciendo calceta, y hasta la belleza de Mila. Esta era la artista, su intérprete, y por lo tanto debía comprender lo que expresaba, lo que él había soñado. Fuera de esto, nada existía en aquel instante para el músico.

Por fin Mila se soltó, sin tener ya miedo, pues también ella no era más que una artista. Se identificaba con la sirena, con ese pobre ser, ni mujer ni diosa, cuyo corazón, de una ternura exquisita y extraña, pedía amor, solamente amor. El acompañamiento le

hacía sentir bien la impresión del mar; parecíale volver á verle, como tantas veces le había visto, con sus olas que iban á morir en la arena ó á estrellarse contra las rocas, nunca tranquilas, atormentadas eternamente, como lo están nuestras pobres almas enamoradas de lo ideal. Por eso expresó en su canto infinita pasión, deseos rechazados, aspiraciones desesperadas, é hizo también un llamamiento ansioso al amor, á la alegría y á la vida.

¡Ah! Aquello era realmente lo que Villeroy había oído con tanta frecuencia á lo largo de las orillas del mar, ó durante las horas de su hermoso trabajo; y entonces experimentó una de esas alegrías profundas, casi sobrehumanas, que hacen olvidar todas las miserias de la vida, las prolongadas esperas, los sinsabores y las crueldades de una carrera tan terrible como la suya. ¿Qué le importaba todo lo demás? Había hecho una obra noble y hermosa, y esta obra tenía en aquella mujer, en aquella joven que se conservaba deliciosamente cándida y pura, una intérprete sin igual, tan ideal por el talento como por la belleza.

Y Villeroy la amaba... En aquel momento no se preguntó si era la mujer ó la artista la que le inspiraba el amor, ni aquello le importaba. No le daban que pensar tampoco las cosas de la vida, el matrimonio, que no había querido nunca para sí y cuya sola idea le daba miedo aun para la misma Mila. Amaba, y esto era suficiente. Aquella nueva embriaguez mezclábase con la de la música, procedía tal vez de ella, y comunicábale un carácter ideal y noble que la elevaba sobre las cosas de la tierra. Villeroy era dichoso, por esa felicidad divina que á pocos mortales les ha sido dado saborear como él la saboreaba.

El encanto era tal, que no hubiera querido expresarle nunca con palabras; la música debía bastar, porque la música y la mirada penetran en el corazón del ser adorado.

Villeroy dejó caer sus manos, permaneciendo silencioso, y Mila, poseída nuevamente por el temor, preguntó en voz muy baja:

–¿No es eso? ¿No está usted satisfecho?

Aquella humildad le conmovió como una cosa rara y exquisita, volvióse y miró á la joven sin despegar los labios; pero en aquella mirada estaba toda su respuesta. Mila, muy conmovida, comenzó á temblar, pareciéndole que lo que acababa de pasar entre ellos era irrevocable, que pertenecía á aquel hombre, y que era su bien, su propiedad. Sintióse como aniquilada, y no supo si era infinitamente feliz, ó si tenía dolorosamente lacerado el corazón.

Villeroy tomó su mano con dulzura, como lo había hecho ya una vez, y acercóla á sus labios.

–¡Ah!, exclamó la señora Fletcher, despertándose de pronto. ¿Sabe usted, señor músico, que no falta mucho para media noche? ¡A mí, que me agrada tanto acostarme á las nueve!.. ¡He aquí otro de mis gustos que no puedo darme sino rara vez!

VIII

La primera sesión prometida á Wilbur Nevin se había fijado para el día siguiente, y Mila fué al taller, acompañada de su tía. Estaba muy absorta, habló poco y apenas escuchó. Seguía su sueño; parecíale cantar aún la obra de Villeroy, y sobre todo, ver de nuevo la mirada profunda del músico.

Aquel día el joven pintor no hizo más que un croquis de su modelo; pero resultó ser una joya, y el señor Macready, que llegó al fin de la sesión, rogó al artista que no lo retocase. Al mirar aquel bosquejo, Mila se ruborizó un poco. Nevin no había dibujado más que la cabeza, y ni aun este trabajo estaba concluído; pero la expresión de los ojos y la ligera sonrisa en los labios revelaban su secreto, dándolo á conocer á todo el mundo, ó por lo menos así lo creyó Mila.

Entonces experimentó como un sentimiento de pudor ofendido, como si delante de todos hubiera quedado en descubierto el fondo de su alma y miró con timidez á los dos hombres y después á su tía. No, lo que les seducía era la semejanza admirable, lo atrevido de aquel dibujo, en el que cada toque del lápiz tenía su expresión. El mismo artista, estudiando aquel rostro encantador, no había adivinado nada, pero deleitábale trabajar con semejante modelo.

Muy pronto llegaron Roberto Harcourt con las hermanas Mathews, y Dora palmoteó al ver aquel delicioso trabajo. Bien había dicho ella que Nevin haría una obra maestra. Si el retrato era lo que prometía aquel bosquejo, sería el triunfo en la próxima Exposición. Roberto no dijo nada. ¡Ah, qué no hubiera dado él por ser también pintor! Estaba envidioso de Nevin. Un hombre que, por su profesión, tenía derecho para estudiar así el rostro de una mujer, le aventajaba á él por mucho, y los celos le hicieron ser un poco más perspicaz que los otros; pero se equivocaba en cuanto á las personas.

Mientras Nevin terminaba su dibujo, indicando la parte superior del busto, sin tocar el rostro, Roberto exclamó:

–¡Cuánto daría yo por saber en qué pensaba mi linda prima durante la sesión!

Mila se estremeció ligeramente; pero había vuelto á ser dueña de sí, y supo contestar alegremente:

–¡Pensar, pensar!.. ¡Qué de prisa vas, Bob! Voy á confesarme. Siempre admiré el encadenamiento de las ideas de los verdaderos pensadores, según la fórmula que nos dan algunos hermosos libros; pero lo admiro sin creer en él en absoluto; bien es verdad que en mi pobre cerebro de mujer no cabe gran cosa. Imagina un espejo roto en muchos pedazos; cada uno de éstos refleja alguna cosa, pero no reproducen sino pequeños fragmentos de ella, jamás un conjunto hermoso, un cuadro bien ordenado. Supongamos ahora que yo comienzo por una meditación sobre la inmortalidad del alma..., no te rías, pues á veces reflexiono en las cosas serias. Me pregunto si creo, y como es natural, me contesto afirmativamente. Después, por delante de uno de los pedacitos del espejo pasa la imagen de un gran filósofo, que un día cree en la inmortalidad y al siguiente deja de creer en ella. La imagen representa un caballero, de figura poco agradable, muy grueso y pesado, y esto me lleva á reflexionar sobre la obesidad, que temo mucho, pues un día seré probablemente muy robusta y mis ropas tendrán una tirantez enojosa. En tal caso me dirigiré á... Aquí otro pedacito del espejo me representa una gran costurera, á quien á veces hago algunos encargos, aunque no muchos, porque es muy cara... Y he aquí cómo la meditación sobre la inmortalidad del alma me conduce al salón de pruebas de Laferriere. ¡Confiesa que esto es humillante! Además, en mí, los «pensamientos,» como tú dices, querido Bob, van acompañados de un *aria*, casi siempre la misma, que vuelve á comenzar cuando ha terminado, y cuyo compás llevo con un movimiento de los dedos. ¿Crees que los filósofos de profesión oyen cantar dentro de sí *Mi amigo Pierrot* ó *Mambrú se fué á la guerra*, mientras se penetran de una idea profunda y generalmente desconsoladora? En cuanto á mí, no creas que esto me extrañase mucho.

Mila había vuelto á ser lo que era siempre, una niña alegre y buena; y nadie pensó ya en preguntar qué significaría la expresión vagamente extasiada, cogida al vuelo, por decirlo así, y estampada por el lápiz del pintor.

Nevin no trabajaba muy de prisa, y además de esto, descontento á menudo de lo que acababa de hacer, borrábalo en gran parte. Aunque algunas veces fuera capaz de faltar á las buenas reglas, como le decía el Sr. Macready, tratando de llamar la atención del público por medios indignos de un verdadero artista, no por eso le faltaba la pasión de su arte. Suplicó á Mila que prolongase las sesiones todo lo posible, y sobre todo, que fuese al taller por la mañana.

–No puede ser, Sr. Nevin, contestó la joven; destino las mañanas á mi trabajo, y esto es cosa muy sagrada.

–Sin embargo, dominando como domina usted su voz, sabiendo como sabe todos sus papeles...

–Ahora estudio uno nuevo.

No quiso decir más, y no fué nunca al taller por la mañana. Entonces la puerta de su casa permanecía severamente cerrada para todo el mundo; y hasta el mismo Bob, que había tomado la dulce costumbre de subir á casa de su prima cuando se le antojaba, es decir, muy á menudo y á cualquiera hora, se vió excluído también, con gran despecho suyo.

Villeroy hacía trabajar todas las mañanas á Mila, y la señora Fletcher no tenía nada que decir contra esta nueva costumbre, que tomaba la regularidad y también la austeridad de una lección. Muy rara vez consentía Villeroy en quedarse á almorzar con su discípula; y cuando se dejaba seducir, volvía á mostrarse, como en la cena de la primera noche, muy alegre y hasta un poco travieso. Mila, en cambio, permanecía absorta, con los ojos un poco cerrados y la voz como velada.

Parecíale vivir en una especie de sueño, del que no deseaba en modo alguno despertar. Villeroy no le hablaba ya nunca de su amor, ni besaba su mano; cuando llegaba dirigía algunas breves palabras á Mila, sentábase al piano, y la discípula cantaba. Los progresos eran más sensibles cada día, y cuando la joven supiera bien su papel, entonces...

Ni él ni ella querían pensar en lo que sucedería forzosamente después: ó el rompimiento terminante, que resultaría del abandono de la costumbre, ó bien esta última, cambiando insensiblemente de carácter, se convertiría en la intimidad absoluta y deliciosa de todos los momentos.

¿Sería posible separarse?

Después de cada hora pasada así en la comunión divina de la música, en la que las palabras eran inútiles, puesto que aquélla las reemplazaba tan bien, Mila quedaba absorta y como aniquilada, y entonces era necesaria una palabra viva y seca de la tía para sacarla de su dulce entorpecimiento.

–¿Duermes, Mila? Te he dirigido la palabra tres veces sin obtener contestación.

–Dispense usted, tía, y no haga caso de mi distracción. Siempre me sucede lo mismo cuando aprendo un papel nuevo. Apenas lo sepa del todo, esto pasará y volveré á ser la misma.

–No se perderá nada en ello, pues la meditación no se aviene con tu belleza, hija mía, y debo advertirte que ya se comienza á charlar de tu modo de ser. «¿Qué tiene su sobrina, querida señora? –Trabaja demasiado; esto le ataca los nervios, y también los míos. –Vamos, ¿y para quién trabaja así? ¿Ha de representar algún nuevo papel en la Opera? –Puede usted preguntárselo, pues á fe mía que no me encargaré yo de ello.» La señora Milner es la que ha dado más en lo justo; tú no haces caso de ella y está resentida de esto. Ayer me dijo: «Querida amiga, no es la música lo que absorbe hasta ese punto á nuestra diva; es el músico. Roberto Harcourt me ha declarado que si Mila le cerraba la puerta era porque detrás de ella estaba Villeroy, haciéndole cantar una ópera suya, que por lo demás no se representará nunca...»

–¿Y qué ha contestado usted?

–Pues nada, ó poco menos. ¿Qué podía yo decir? «Sí, querida amiga, repuse, mi sobrina está loca de atar. Ella, tan orgullosa de su independencia, y que juraba y perjuraba que no se casaría nunca...»

–No concluya usted, querida tía, interrumpió la joven, pues aún no sé si amo á Francisco Villeroy. Lo que puedo asegurarle es que no ha solicitado mi mano; pero en fin, hablemos ahora de otra cosa. Todos esos chismes se desvanecerán con la misma facilidad con que se han formado. ¿Por qué no me casan con el Sr. Nevin? ¿No le veo acaso con tanta frecuencia casi como al Sr. Villeroy?

–¡Hum! No falta quien hable de ello también, pero sin dar á esa sospecha gran crédito. En cuanto á mí, ya lo sabes..., opto por Nevin, porque éste habla inglés por lo menos y gana dinero.

Mila no contestó. Repugnábale singularmente pensar que sus más íntimos sentimientos se analizaran así y que sirvieran de asunto á las conversaciones de los ociosos. Sin embargo, aquel agradable crepúsculo del amor; aquel estado vago y delicioso en que uno se siente mecido, impulsado por una ola muy dulce, pero irresistible; aquella situación no podía durar mucho tiempo, y era una lástima.

Sin embargo, como las semanas pasaban sin producirse cambio alguno en la situación de Mila, los chismes cesaron insensiblemente. Rara vez se pronunciaba el nombre de Villeroy, á quien no se veía, y la mayor parte de los concurrentes asiduos al gran mundo olvidaron hasta su existencia, tanto más, cuanto que Mila había vuelto en gran parte á sus costumbres de siempre. En cambio, los ociosos se entretuvieron en pronosticar el casamiento de la diva con su pintor, matrimonio en el cual, como era sabido, se interesaba mucho la señora Milner.

Tal vez pensaba en ello el mismo Nevin, aunque se hubiese jurado no contraer en la vida responsabilidades de ninguna especie. Admiraba mucho á la cantante, sobre todo porque estaba de moda; pero adoraba también su género de hermosura; la forma de la cabeza y el torneado aunque algo robusto cuello que la sostenía eran para él cosas más sensibles aún que la regularidad de las facciones y hasta el brillo de los ojos. Admirablemente formada, de cuerpo flexible y anchos hombros, era un modelo muy diferente de la mayor parte de las mujeres cuyo retrato hacía, y cuyo golpe de vista de pintor, brutal y penetrante, desnudaba despiadadamente. Nevin había representado á Mila de pie, vestida de negro, escotada, con un papel de música en la mano y como disponiéndose á cantar. La postura era muy sencilla y natural, y en el movimiento de la cabeza tan sólo adivinábase la artista feliz, satisfecha y segura de su triunfo.

Mucho antes de terminarse el retrato, Nevin, si no amaba á Mila, por lo menos pensaba en ella sin cesar. La absoluta indiferencia de la joven, que se traslucía á través de la especie de compañerismo aceptado por ella de la mejor voluntad respecto á los artistas, irritaba al americano, exasperando su amor propio hasta el punto de hacerle creer casi en el amor. Parecíale imposible que una mujer pudiera mantenerse tan fría bajo sus miradas.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS METEORITOS

La explosión del bólido que estos días ha dado tanto que hablar y que tanta alarma produjo por unos momentos en Madrid, que es en donde el fenómeno pudo apreciarse en mayores proporciones, nos mueven á reproducir en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA algunos de los párrafos que á aquellos meteoros dedica en la importante obra *El Telescopio Moderno* el conocido y reputado astrónomo español Augusto T. Arcimis, y que creemos han de leer con gusto nuestros suscriptores.

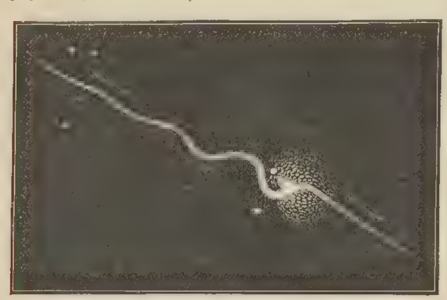


Fig. 1. – Explosión de un bólido de rastro sinuoso observado el 11 de noviembre de 1869

Después de consignar que la opinión más extendida entre los hombres de ciencia es la de que los aerolitos, bólidos y estrellas fugaces son manifestaciones distintas de un mismo fenómeno é idénticas, por ende, en cuanto á su origen, expone la

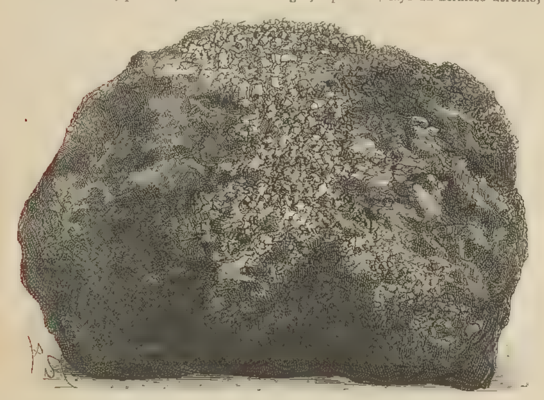


Fig. 2. – Uranolito encontrado en Siberia por el Dr. Pallas en 1776. Peso 700 kilogramos

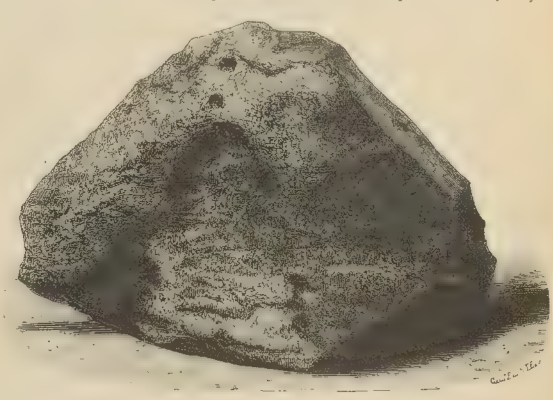


Fig. 3. – Masa de hierro meteórico encontrada por Brard en 1828 en Francia

teoría universalmente aceptada para explicarlo en los siguientes términos:

«Se supone y se acepta por la generalidad de los sabios que los meteoros son cuerpos planetarios que circulan alrededor del sol en órbitas cuyas formas vamos á discutir en seguida; que estas órbitas cortan á la de la tierra en el curso anuo de nuestro globo; que cuando nuestro planeta pasa por el punto de intersección al mismo tiempo que los meteoros, se encuentran éstos con el globo terrestre y caen directamente en su superficie, ó atraviesan su atmósfera, y disminuyendo su velocidad por la resistencia de este fluido, obra la gravedad del globo y caen también en la superficie; que los meteoros llamados estrellas fugaces y bólidos se hacen incandescentes al entrar en la atmósfera de la tierra, pero se consumen antes de llegar al suelo, mientras que los aerolitos atraviesan toda la atmósfera y llegan á la superficie terrestre de tamaño y con masa apreciable.»

Hablando luego más especialmente de los bólidos dice:

«Por lo común la forma de estos cuerpos es circular ó ligeramente ovalada y de magnitud apreciable; casi siempre dejan en el cielo una luminosa estela de chispas que dura en ocasiones muchos minutos y hasta una hora; también ocurre que el cuerpo estalla y que completo ó en fragmentos cae en la superficie de la tierra. Sus colores son también muy variados; los más son blancos, otros verdes, azules, rojos y aun se dan casos de que un mismo bólido pase por todos los colores del arco iris. El P. Secchi observó uno de estos cuerpos, cuya cola ó rastro permaneció suspendida en el aire como una gota inmensa, roja en la parte inferior y tornasolada en el resto. La sucesión de colores observada en este bólido manifiesta sin duda la serie de fases por que pasó el fenómeno de la combustión y también la variedad de composición química de las substancias que formaban el meteoro.

»El origen extraterrestre de las estrellas fugaces y de los bólidos se demuestra por la gran altura á que aparecen en la atmósfera. Brandes y Benzenberg fueron los primeros que trataron en 1798 de determinar la distancia á que se hallan del suelo los meteoros, cuando se inflaman, y al apagarse; de sus estudios dedujeron que la altura de estas estrellas, en particular en el instante de su aparición, varía de 13 á 42 leguas; dos estrellas fugaces, cuyas alturas iniciales y finales se midieron también, empezaron á mostrarse á 29 y 32 leguas, y se apagaron á 18 y 21 leguas.

»Posteriormente se han llevado á cabo varias observaciones de este género que han confirmado la exactitud de las primeras medidas.

»La velocidad media de los bólidos, según cálculos de Herschel basados en 66 observaciones, es de 14 leguas por segundo. Debemos de hacer notar aquí que la velocidad de cualquier punto del ecuador terrestre, velocidad que se debe á la rotación del eje de la tierra, es de 462 metros por segundo, poco más ó menos, y que el movimiento de la tierra en su órbita es de 7,3 leguas por segundo. Vemos, por lo tanto, que la velocidad de estos bólidos es mayor que la de los planetas, y también es digno de llevarse en cuenta que la dirección general de sus movimientos es contraria á la de la Tierra.»

Dedica por último un capítulo á los uranolitos, estudiando su aspecto y composición y relatando las caídas de algunos de ellos, verdaderamente notables, capítulo del cual tomamos los siguientes párrafos:

«La denominación de *uranolito:* se debe al P. Secchi, quien quería que por este nombre se conociesen los aerolitos, meteoritos ó piedras caídas del cielo, cuya existencia por tanto tiempo negaron los astrónomos. A pesar de esta incredulidad, registra la historia la aparición de estos fenómenos, de un modo más ó menos auténtico, hace más de 3.000 años. En los famosos mármoles de Paros, grabados en esta isla por los años 264 antes de nuestra era, y que constituyen una crónica interesante de la historia griega, hallamos que en el año 1478 antes de J. C. cayó un uranolito en la isla de Creta.

»Según el antiguo historiador Pausanias, se conservaban en Orcomenos, ciudad de la Beocia, varias piedras que cayeron del cielo el año 1200 antes de J. C. La línea veintidós de las crónicas de Paros nos dice también que en el año 1168 antes de J. C. se vió caer una masa metálica en el monte Ida, en la isla de Creta.

»Es casi imposible asignar una fecha á la caída meteórica á que alude claramente Herodoto, el padre de la Historia, en los libros IV y VII; la traducción castellana de este famoso pasaje dice que el escita Targitas y sus tres hijos vieron un día que cayó un hermoso aerolito; aproximóse al prodigio el mayor, pero estaba tan caliente que no lo pudo tocar. Siguió el segundo y también se quemó los dedos; finalmente, al cabo de algún tiempo, el hijo más joven, Colaxais, se dirigió al uranolito, que ya se había enfriado, y lo pudo transportar. Comprendiendo sus dos hermanos lo que quería decir este prodigio, entregaron el reino al menor. Se supone que Herodoto nació por los años 484 antes de J. C., pero es imposible fijar la fecha de esta anécdota relativa al origen del pueblo escita.

»La madre de los dioses era adorada en Pessino, en Galatia, bajo la forma de una piedra que se decía que había caído del cielo, la cual, á consecuencia del tratado de paz con Atalo, rey de Pérgamo, fué transportada solemnemente á Roma por Publio Escipión Nasica, el año 204 antes de J. C., y colocada en el templo de Cibeles. En Emira, en la Siria, se adoraba el Sol bajo la forma de una gran piedra negra cónica que cayó en la Tierra. Herodiano, el historiador, dice que en tiempo de Eliogábalo fué trasladada á Roma con gran pompa.

»El Dr. Pallas, en sus viajes científicos por Siberia, descubrió una masa de hierro meteórico en una montaña pizarrosa, cerca del río Ienisei; según una tradición tártara, se vió caer la piedra desde los cielos, siendo objeto de veneración para aquel atrasado pueblo. En 1779 fué transportada á la ciudad de Krasnojarks y pesaba 700 kilogramos; su forma era irregular y su contextura como esponjosa. El Sr. Rubin de Celis descubrió otra masa metálica análoga encontrada en Buenos Aires y cuyo peso pasaba de trece toneladas.

»Los uranolitos observados en este siglo son tan numerosos, que á pesar nuestro hemos de reseñar tan sólo los más interesantes.

»Desde el punto de vista histórico, el que presenta mayor importancia, por ser el primero que llamó la atención de los astrónomos franceses sobre estos fenómenos, fué el que se vió en Normandía el 26 de abril de 1803; apareció poco después de la una de la tarde, con cielo claro y despejado, distinguiéndose desde muchos pueblos distantes; su movimiento era rápido de Sudeste á Noroeste, y en el pueblo de Laigle se oyeron en este momento fuertes detonaciones que duraron cinco ó seis minutos y que se asemejaban al ruido de los cañonazos, terminando con un redoble como de cientos de tambores. El meteoro que produjo el ruido no se parecía á un globo de fuego, sino á una nube pequeña de forma rectangular, que durante el fenómeno permaneció casi estacionada, si bien á cada explosión sucesiva lanzaba en todas direcciones pedazos de materia ó vapores. En un espacio de dos leguas y media de largo por una de ancho se recogieron cerca de 2.000 piedras que pesaron desde algunos gramos hasta 8 y 10 kilogramos.

»El 5 de julio de 1825 presenciaron los habitantes de Torrecilla del Campo una gran lluvia de piedras que cayeron á eso de las dos de la tarde; pesaban desde veinte gramos hasta 500. La relación de los daños causados por estos uranolitos puede leerse en la *Gaceta de Madrid* del 18 de julio de 1825.

»El 31 de enero de 1836, á eso de la una de la tarde, se encontraban de caza en Correze (Francia) los Sres. Ferrion y Soularue, cuando cayó una piedra á unos quince ó veinte metros del punto que ocupaban. A la caída precedieron dos detonaciones comparables á un lejano trueno, y en seguida se oyó un silbido hacia la parte del Norte; el tiempo era lluvioso y no se observó ninguna aparición luminosa. Tan pronto como los cazadores se repusieron de la sorpresa que les causó el fenómeno, se apresuraron á desenterrar la piedra, la cual se encontraba á sesenta y cinco centímetros de profundidad; estaba ya fría: su tamaño sería como de una naranja y su peso de un kilogramo.

»En 1851, el 5 de noviembre, cayeron varios uranolitos en Nules, Castellón. El profesor Joaquín Balcells, de Barcelona, publicó varias noticias acerca de la lluvia meteórica que tuvo lugar el 14 de mayo de 1861 en Cañellas, cerca de Vilanova; muchos de estos aerolitos penetraron tan profundamente en la tierra, que no fué posible encontrarlos, y sólo se recogieron los que cayeron en las rocas ó terrenos más duros. El más grande de todos y que se encuentra en el Museo de Madrid pesa poco más de un kilogramo. Gran trabajo costó adquirir este ejemplar, pues los ignorantes campesinos no querían deshacerse de unas piedras que, por venir del cielo, habían de traerles buena fortuna.»

Como ejemplo notable de aerolitos cita el Sr. Arcimis el que descubrió el célebre explorador sueco Nordenskjold en la isla de Disco de Groenlandia: el peso de esta masa meteórica es de 20.000 kilogramos: pertenece al grupo de los uranolitos carbonosos, y según opinión de los sabios que lo han analizado, es de origen cósmico, si bien en este punto hay algunas dudas.

Finalmente, al ocuparse el Sr. Arcimis de la composición de los uranolitos, dice:

«Es en verdad muy curioso el hecho de que el *hierro metálico*, que diariamente manejan tantos millones de hombres, sea un producto natural rarísimo. Las piedras de hierro, ó mejor dicho, el mineral de hierro (óxido férrico, carbonato férrico), es muy abundante, y á él debemos las maravillas de la industria y una gran parte del progreso moderno; pero el *hierro nativo*, el hierro en estado metálico, es una de las mayores rarezas del mundo mineral. Cierto es que se le encuentra á veces en los productos de la combustión del carbón, en algunas rocas micáceas, y en granos microscópicos, en algunos basaltos, etc.; pero esto mismo prueba su escasez. Ahora bien, el hierro metálico se encuentra siempre en los uranolitos en cantidades que varían de 95 por 100 á un décimo por ciento; el hierro meteórico no es puro, y contiene siempre cierta porción de níkel, por lo general, 8 ó 10 por 100, con pequeñas cantidades de cobalto, cobre, estaño y cromo. Las grandes masas de hierro metálico que de vez en cuando se encuentran en la superficie

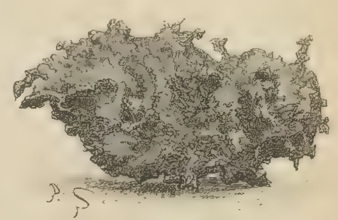


Fig. 4. – Fragmento de hierro meteórico del Dr. Pallas

de la Tierra, presentan esta composición, que no se halla en ninguna otra substancia conocida.

»Los demás componentes de los uranolitos son ciertas substancias minerales llamadas silicatos, que también se encuentran en nuestras rocas volcánicas; la principal, y que siempre existe, es la *olivina*, y aquí haremos notar la particularidad de que esta substancia, que jamás falta en los uranolitos, aun en los de carácter metálico, es un mineral característico de las rocas

volcánicas; se le encuentra en abundancia en las lavas y basaltos antiguos nada más, y falta en todas las demás rocas que forman la corteza sólida de nuestro globo. Sigue luego la *shreibersita*, compuesto de fósforo, hierro y níkel; las piritas magnéticas; el *hierro cromado* en cantidades pequeñas; el carbón y los *hidrocarburos* y el *óxido de hierro magnético.*

»Estas son todas las substancias que se encuentran en los uranolitos, por cierto no son muy numerosas y que por lo demás siempre manifiestan. De modo que, químicamente considerados, presentan los uranolitos una misma y única composición, variando tan sólo su estructura y el predominio de esta ó la otra substancia, según la variedad á que pertenezca el ejemplar que se considere.

»Del examen de una tabla formada por Arago y que comprende 206 observaciones, resulta que el promedio mensual de diciembre á junio (16), es menor que el de julio á noviembre (18), y que por lo tanto los meses de marzo, mayo, julio y noviembre, presentan un número máximo, y también parece resultar que la Tierra, en su curso ánuo alrededor del Sol, encuentra un número más crecido de uranolitos al pasar del afelio al perihelio, ó entre julio y enero, que al ir del perihelio al afelio, ó entre enero y julio. Pero las observaciones no son bastante numerosas para que puedan acogerse estos resultados con toda confianza; otro tanto ocurre si se agrupan las observaciones por horas del día ó de la noche. De 126 meteoros, han caído 86 de la seis de la mañana á la seis de la tarde, y 40 tan sólo de las seis de la tarde á la seis de la mañana. «De 72 meteoros cuyo caída conocemos con toda exactitud, dice Herschel, el mayor número, 58, cayeron después del mediodía, desde las doce á las nueve de la noche.» De los 126 meteoros referidos antes, cayeron 66 de las doce á las nueve de la noche, esto es, poco más de la mitad. Finalmente, han caído 53 de media noche á mediodía y 73 de mediodía á media noche. Se comprende, sin mayor esfuerzo, que el predominio de las caídas durante el día puede provenir de que en esta ocasión es mayor el número de los testigos. En cuanto á la distribución, según los lugares, se notan diferencias curiosas, pareciendo notablemente favorecidos unos países más que otros, como la Francia meridional, Cataluña, la Cerdeña y Lombardía, y la India inglesa.

También se ha averiguado, y se enseña como regla general, que el área en que descarga una *invisible* nube de uranolitos es ovalada y mide de 7 á 16 kilometros de largo por uno ó dos de ancho, y que las piedras mayores se encuentran en uno de los extremos del óvalo.»

Los grabados que publicamos, reproducción de los bólidos mas notables que se conocen, permitirán á nuestros lectores formarse una idea exacta de lo que son estos fenómenos meteóricos, así como del aspecto que ofrece el rastro luminoso que dejan en el firmamento.



Fig. 5. – Bloque de hierro meteórico descubierto por el Dr. Nordenskjold en la isla de Disco (Groenlandia). Peso 20.000 kilogramos



Fuera de combate, cuadro de Vicente Cutanda

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

FÁBULAS, por *José Estremera*. – NOVELAS CORTAS, por *Emilia Pardo Bazán*. – Forman estos dos libros los tomos 35 y 36 de la Colección Diamante que con tanto éxito publica en esta ciudad el conocido editor Sr. López. Contiene el primero un gran número de fábulas en verso, muy bien escritas y llenas de gracia y de intención, de las que se desprenden utilísimas moralejas; el segundo lo componen dos preciosas novelitas tituladas *Un drama* y *Bucólica*. Tratándose de dos autores tan reputados como la eximia escritora gallega y el popular y malogrado poeta madrileño que falleció á principios del año último, creemos inútil hacer mayores elogios de estas obras, que como todas las de la citada Biblioteca, se venden á dos reales una.

LA LLENGUA CATALANA, por *D. Angel Guimerá*. – Deseando rendir un tributo de admiración al ilustre poeta, honra de la literatura catalana, trescientos diez y seis socios del Ateneo Barcelonés han costeado una edición de 20.000 ejemplares del hermoso discurso que el Sr. Guimerá, como presidente de aquella sociedad, leyó en la sesión inaugural celebrada en la misma el día 30 de noviembre último. Conocidos el entusiasmo que el autor de *Mar y Cel* siente hacia Cataluña y su idioma y sus maravillosas dotes de poeta y escritor, no hay que decir que el trabajo que nos ocupa es una obra maestra en su género, tan sabiamente concebido como admirablemente escrito en catalán.

CUENTOS, por *Alejandro Larrubiera*. – Con este tomo se ha inaugurado en Madrid la *Biblioteca Española*, cuyo editor, D. Enrique de la Riva, se propone con ella vulgarizar las mejores obras de nuestra literatura clásica y contemporánea, publicando mensualmente y en edición diamante un tomo de 200 páginas. Mucho nos complace que esta biblioteca haya comenzado por una colección de cuentos de nuestro antiguo y querido colaborador Sr. Larrubiera, cuyos méritos literarios son bien conocidos de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, por lo cual no nos detendremos en detallar las bellezas que contienen los quince cuentos que forman el primer tomo de la *Biblioteca Española*, y nos limitaremos á recomendar la adquisición del libro, que impreso en forma elegante y en buen papel se vende en las principales librerías á una peseta.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XV — Barcelona 24 de febrero de 1896 — Núm. 739

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros suscriptores que próximamente publicaremos, en la Biblioteca Universal, la preciosa novela alemana de Eugenia Marlitt «La princesita de los brezos,» cuyo derecho de traducción exclusivo para España hemos adquirido, y que daremos profusamente ilustrada



UNA CONSULTA, cuadro de Jiménez Prieto

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

El cielo. – Dios. – Afinidades químicas. – Atracciones mecánicas. – Cuerpos celestes. – Bólidos y aerolitos. – Lluvia de estrellas. – Los planetas. – El bólido reciente. – Particularidades y circunstancias. – Interrupción del eterno silencio en los callados espacios infinitos. – El relámpago y el estallido. – Efectos súbitos de uno y otro en las gentes. – Unidad de la materia y de la fuerza. – Conclusión.

Todos los átomos se mueven. Este movimiento hace vibrar sus moléculas. Esta vibración engendra el calor. *Motus est causa caloris.* Este calor enciende la luz. Pues como la luz presupone calor, y el calor presupone movimiento, el movimiento presupone motor. Este motor es Dios. La creación química y la creación mecánica presuponen la existencia del Criador. Ni se ha demostrado la generación espontánea, ni se demostrará el movimiento espontáneo. La generación supone un generador supremo de la vida, y el movimiento supone aquel motor inmóvil de que nos habló Aristóteles. No podéis dar un paso en el espacio y en el tiempo sin encontraros por todas partes, no á la verdad oculto, patente y manifiesto, á Dios. El amor entre los átomos próximos, afinidad, produjo la cohesión química; el amor entre los átomos lejanos, atracción, produjo la gravedad mecánica. A la luz difusa en el espacio se le llama éter. Por unas y otras fuerzas el éter se condensó en torno de núcleos, y estas condensaciones del éter en torno de núcleos produjeron los soles. De los soles se desprendieron, como de una cabellera los cabellos, como de una flor los pétalos y los pólenes, esos orbes llamados planetas, que todos tienen una forma esférica, más ó menos perfecta. Éstos se apartan del sol por un impulso, al cual podríamos llamar de odio y alejamiento, que les constriñe á precipitarse en los abismos del espacio, hasta que otro impulso de amor y unión les detiene, próvido en su caída, y los llama con suave reclamo á revolar de nuevo y subir trazando elipses, como la nave luminosas estelas por los mares electrizados, por los espacios inmensos, en derredor de su etéreo y divino foco. Además de todos estos grandes cuerpos, hay diseminados por el espacio, á modo que los insectos alados, las mariposas y las abejas; á modo que los insectos luminosos, las luciérnagas y las ludiolas, asteroides, bólidos, planetillas semejantes á cuerpecillos, cuyos elementos resultan idénticos á los elementos terrestres, y que, diseminados en la inmensidad, si entran en el radio de atracción propia que tiene la tierra, penetran en su atmósfera, y al contacto suyo se animan en calor y encienden á una en vívida luz. Muchas veces el número de tales astros es tan considerable, que le llaman á su presencia lluvia de estrellas, por asemejarse mucho á una granizada de luz, á un maravilloso nevasco de éter. En mis largos viajes por Italia he visto esas luciérnagas aladas volar en grandes enjambres sobre la superficie bituminosa de las lagunas Pontinas, por las laderas verdes del monte Mario, y hame parecido asistir á una lluvia copiosa de misteriosísimos asteroides. Entre los planetas, cuatro, los menores, están más cerca del sol, y el mayor de los menores, al decir de los astrónomos, resulta la tierra; y cuatro, los mayores, más lejos del sol, y el mayor de los mayores resulta Júpiter. Los asteroides ó planetillas no pueden calcularse, pues aparecen como innumerables en la inmensidad, y como cuerpos opacos sólo se ven cuando penetran en atmósferas que puedan facilitar en ellos una combustión más ó menos viva y encenderlos. Además del calor solar, poseen el calor central todos los planetas; pero ninguno puede poseer las condiciones vitales de nuestra tierra; los unos, como la luna, por carecer de aire y agua; los otros, como Marte y Venus, por hallarse demasiado cerca del sol; los otros, como Júpiter y Neptuno, por hallarse demasiado lejos. Además del sol, de los planetas, de los satélites, como nuestra luna y como el anillo en Saturno, de los asteroides, hay las estrellas, alejadísimas de nuestro sistema solar, y á las cuales creemos encendidos soles, que tendrán quizás en torno suyo, también obscuros y por tanto invisibles, pero grandes y numerosos planetas, si hemos de inducir por analogía y hemos de dar algún valor á las probabilidades. La estrella más vecina de la tierra es Pitágoras, ó sea el alfa del segmento de cielo á que damos el fantástico é impropio nombre de Centauro. Desde tal astro á nosotros hay doscientas mil veces la distancia que de nosotros al sol, y del sol distamos, como sabe hoy todo el mundo, en la mayor separación, unos ciento cincuenta millones de kilómetros. ¡Cuán bello y revelador es el cielo por la noche serena!

***

El carro marcha majestuosamente, no lejos de la estrella Norte, adonde miran las puntas de nuestras brújulas y las retinas de nuestros ojos para orientarnos en los mismos espacios terrestres. La gran estrella de Orión, la estrella Sirio, reluce con tal brillo, que si pudiésemos acercarnos á ella, nuestro sol palidecería de seguro entre sus rayos, como palidecen las míseras luciérnagas ante los rayos del sol. No temblemos por los cometas que vuelan arrastrados en una vertiginosa carrera y parecidos á plumas caídas de las alas esplendentes de un ángel invisible. No creamos gasas de materia cósmica, suspensas en los límites del universo visible, las vías lácteas que se hallan compuestas por polvo de soles y forman como arenales de divino éter. Aunque á los ojos de la poesía todos esos mundos aparezcan en visiones místicas cual áureos vasos consagrados al templo de Dios, escalas de diamantes y topacios por donde bajan los ángeles, místicas lámparas colgadas del firmamento, ó signos que trazan cabalísticamente los horóscopos de los mortales en sus astrológicas figuras, á los ojos de la ciencia resultan como gigantes hornos donde los metales aquí más fríos se hallan como volatilizados, merced á las aglomeraciones de oxígeno en combustión, semejante á la producida por incendios inenarrables, tormentas tonantes, volcanes en erupciones capaces de acalorar y enrojecer espacios inmensos con su terrible irradiación ígnea. Esta tierra fué parte integrante del sol. Desprendida un día de su masa, fué durante mucho tiempo sol de ella misma, luciendo con luz propia, irradiando calor á causa del fuego voraz en que se abrasaba. Si hubiéramos podido volar á ella desde un orbe cercano en aquel entonces, nos consumiéramos en sus llamas, como se consume la mariposilla en el resplandor de la luz esplendente á que ciega se aproxima. La tierra fué sol á su vez, pequeño sol, pero ardió y lució como los grandes soles y en competencia con ellos por su vivo fuego. Hoy mismo este fuego, llamado central, se halla de su corteza fría tan próximo como los granillos de la película que rodea y envuelve las entrañas de las uvas. El espesor medio de nuestro suelo no puede pasar, según sabios cálculos, de cuarenta y cuatro kilómetros. Por consecuencia, si pudiéramos abrirla como abrimos la naranja, encontraríamos dentro de su cáscara un sol ardiente que, á cierta distancia colocado, podría llamar otros planetas con su atracción, esclarecerlos con su luz, avivarlos con su calor y parecer en la noche de otros mundos una hermosa estrella, inspirando suaves y estéticas tristezas en música y poesía.

***

Pero ¿adónde vamos con todas estas reflexiones? Pues vamos á contar el suceso europeo por excelencia de los últimos días, vamos á contar los estallidos fragorosos del terrible bólido que aterró á Madrid, sacudiéndolo como á una epilepsia colectiva, pues nos hizo temer su explosión suerte pareja para la capital de nuestra península, colocada en las cercanías de su cordillera nevada, con la sufrida el siglo primero por Pompeya y Herculano, colocadas al pie de su ígneo recién animado Vesubio. El espacio nos comunica por medio de rayos y magnetismos y auroras boreales con lo infinito; pero no dice una sola palabra, ni nos envía sonido alguno. Las tonantes nubes eléctricas y los ruidosos huracanes se forman en capas inferiores del aire, como necesitados unas y otros ó de grande humedad y de una grande agitación, imposibles allá en las rarificadas atmósferas altísimas donde reinan, como en los hondos senos del Océano, la soledad y el silencio. Nada nos aterra pues tanto, ni tanto nos mueve á meditación acerca de los misterios sobrenaturales ó naturales, como el enmudecimiento de lo infinito, no menos callado que la muerte. Así cualquier estallido, al interrumpir tal silencio eternal, os presta un escalofrío en el cuerpo y en el alma un terror de bien difícil expresión, porque su rareza no puede sugerirnos la definición que pide generalizaciones comprensibles de muchos fenómenos y explicativas, si no de su propia naturaleza, de su impresión sobre nuestro entendimiento y de su influencia sobre nuestros nervios. ¡Cuán hermosa la mañana del diez de febrero corriente, cuán hermosa! Lucía el cielo con ese azul que presta lo alto de esta planicie y lo ligero de este aire al horizonte madrileño, donde los desnudos árboles resaltan ahora como si un dibujante los hubiera trazado á perfección y toman los altos picos las facetas y las aristas de preciosas piedras. Subía el sol á su cenit del color de una viva turquesa, y mandaba esos rayos, á los cuales se tornan las vistas de los paisajes en cuadros, las voces de los pajarillos en coros, los átomos que discurren por las venas en partículas etéreas y celestes, los corazones palpitantes en rendidos amadores de todo lo creado.

***

Nada más ajeno á tan universal regocijo como el estruendo armado de súbito en las alturas, ni más aterrador para el común de las gentes, quienes podían esperarlo y temerlo todo, menos que retumbasen truenos y se fulminaran rayos en aquella celeste serenidad imperturbable. Un relámpago, luciendo en el claro día, deslumbró los ojos como pudiera vivo rayo del sol reflejo, que rebotara sobre las retinas del foco de un espejo ustorio. Al relámpago, con un intervalo relativamente duradero, sucedió un trueno seco, parecido á un golpe rudo de la electricidad sobre nuestro aire, y á este trueno seco sucedió una descarga como de artillería y de fusilería reunidas y puestas en alta muralla, que tuvieran solfataras por fusiles y por cañones volcanes. Los efectos de tal estruendo sobre las zonas de nuestro aire, y de estas zonas, estremecidas por la erupción, sobre los edificios de nuestro suelo, no pueden describirse. Diríase que los monumentos más sólidos habían pasado de la tierra firme al líquido mar y que trepidaban como si les arrancasen las bases inconmovibles del continente y cabecearan á los hervideros y encrespamientos del oleaje. Nada os aturde como sentir que vacila el fundamento de vuestros pies. En seguida perdéis á tal variación, en vértigos y en mareos, cuando no en arrebatos de súbita demencia, la cabeza. «Me faltó la tierra,» decimos cuando queremos expresar una emoción adversa, muy honda é intensísima. Con la tierra os falta el sentido, y con el sentido los resplandores de la diurna luz, y con los resplandores de la luz diurna el aire atmosférico, y con el aire atmosférico la posesión de vuestro ser, y con la posesión de vuestro ser parece que se os ha ido la vida.

***

Estas emociones de cada cual se juntaron en la triste aterradora común emoción, á que llamamos pánico. Las gentes, no creyendo tener tiempo de salvarse, corrían á la calle y arrastraban las personas de su predilección tras sí; los enfermos y los acostados huían de sus lechos y semejaban, ceñidos de sus sábanas, como difuntos resucitados envueltos en sus sudarios; los devotos levantaban los brazos al cielo imaginando que iban á enrollarse para dejar paso á los momentos supremos del juicio final; hasta los más valientes y los menos supersticiosos creían en una gigantesca explosión de dinamita inflamada por los locos furiosos del anarquismo y repetición de catástrofes como las del ensangrentado Liceo; y así de la suma de todos los dichos formábanse aquellas palabras imputadas por la tradición á los coetáneos de Cristo, cuando el suelo palpitó y el aire tronó á la tragedia del Gólgota, «ó se acaba el planeta ó se muere Dios.» Pues no sucedía nada de todo esto; sucedía que uno de los innumerables cuerpos esparcidos por el vacío y volanderos en su inmensidad, fragmentos quizás de un planeta extinto ya, ó semilla de futuros orbes, ya residuos y restos de algún anillo como los que rodean hoy mismo á Saturno, ya germen de vida; un cuerpo, frío y sólido y opaco, entraba, cargado de materias combustibles, en el radio de nuestra tierra, y al tocar con su carbono y su hierro el oxígeno de nuestro aire vital, ardió y estalló, probando con los fragmentos que ha esparcido de Jerez á Burdeos la unidad de fuerzas y de materias en el eterno é infinito Cosmos, uno como Dios.

Madrid, 17 febrero 1896









HELIODORO ARROJADO DEL TEMPLO

24 (?) *de febrero de* 1513

Célebre fresco pintado en la segunda de las *stanzie* del Vaticano por Rafael Sanzio de Urbino

Después de los frescos *La Escuela de Atenas* y *La disputa del sacramento*, es el que representa á *Heliodoro arrojado del templo* el más grandioso y mejor pintado de cuantos el divino discípulo del Perugino trazó en las salas de la residencia de los papas.

El asunto de esa pintura mural está inspirado en el episodio siguiente, que relata el segundo libro de los *Macabeos:* «Heliodoro, general y primer ministro del rey de Siria, llamado en el sagrado texto «Filopátor» y en la Historia Seleucus IV, hijo de Antíoco, intentó apoderarse de las riquezas que guardaba el Templo de Salomón.»

«La enorme contribución de guerra que impusieran los romanos á los asirios, después de la batalla de Magnesia, había sumido á los súbditos de Seleucus en la más apurada de las situaciones. Agotados los recursos todos, así del tesoro real como del tesoro público, el rey pensó en apoderarse de las inmensas riquezas acumuladas en el Templo de Jerusalén. Para realizar esta idea, encargó á su ministro Heliodoro que marchase á la ciudad de David, al frente de una tropa de soldados. Llegado que fué á Jerusalén, el ministro, á pesar de los ruegos del sumo sacerdote Onías y de las lamentaciones de los levitas, penetra en el recinto sagrado y se dispone á realizar el saqueo del tesoro santo. Pero en el instante mismo en que tal hacía, ve aparecer de repente un caballero, cubierto con una armadura de oro, quien de un solo tajo de su espada lo derriba á los pies del caballo que montaba; ya tendido en tierra, dos jóvenes vigorosísimos y de una gran belleza le golpean fuertemente.

»Heliodoro, maltrecho y creyéndose en trance de morir, falto de fuerzas y casi expirante, vuelve á la vida y se ve libre de sus enemigos, gracias á que el sumo sacerdote intercede por él; y bajo la promesa hecha á los ángeles de ofrecer á Dios un sacrificio expiatorio y la de abandonar inmediatamente la ciudad, pudo salir de Jerusalén, como lo hizo precipitadamente con sus soldados.»

Tal es la leyenda que sirvió á Rafael para trazar la composición de que me ocupo. Sin embargo, una de las partes más importantes de esta pintura mural nada tiene que ver, ni con el ministro de Filopátor ni con Filopátor, ni con los levitas, ni con nada de cuanto nos mencionan la Biblia y la Historia, como puede apreciarse en la reproducción que ilustra esta *efeméride*. Rafael pintó á Heliodoro caído á los pies del caballo que montaba el celeste guerrero, quien parece todavía dispuesto á secundar el golpe. Dos ángeles desnudos y de bella traza, en ademán de correr hacia el caído, levantan flamígeras espadas, y golpean con ellas al temerario general de Seleuco. Al fondo del cuadro se ve á Onías y á los levitas arrodillados al pie del Tabernáculo; en el lado izquierdo de la composición aparecen admirablemente agrupadas una porción de figuras de gentes del pueblo, y en primer término el papa Julio II en la *silla gestatoria* que sostienen cuatro servidores. Todos contemplan la escena que se desarrolla entre los ángeles y el ministro sirio, quiénes con curiosa admiración, quiénes con el reposo de personas que asisten á la ejecución de una justicia.

En el primer boceto que de esta pintura trazó Rafael no figuraban el papa ni sus servidores; y según algunos biógrafos del gran artista, éste se vió obligado á introducir dicha modificación á instancias de Julio II, quien pretendía dar al episodio bíblico un carácter de actualidad, aludiendo á la expulsión que él realizara de todos cuantos habían venido medrando á costa del patrimonio de San Pedro Si esto que del papa se afirma es exacto, se comprende perfectamente que Rafael no tuviera medio alguno de evitar el anacronismo que resulta de hacer figurar personajes del siglo XVI en un episodio acaecido, según el relato de la Biblia, siglo y pico antes de Jesucristo. Bien sabido es el carácter imperioso de Julio II.

Pero ya que el anacronismo no haya podido evitarlo el insigne hijo de la Umbría, en cambio, gracias al capricho papal, podemos conocer á algunos de los hombres más ilustres de la corte pontificia. Por ejemplo, en el primero de los cuatro que sostienen la *silla gestatoria* se reconoce al célebre grabador de los dibujos de Rafael, Marco Antonio Raimondi. El que está más en primer término é inmediato al grabador es el secretario de *Memoriales* de la corte, Pedro Foliari. El que con Raimondi sostiene la *silla* por la parte de delante, es el discípulo favorito del de Urbino, Julio Romano; el de Julio II, es uno de los mejores retratos que del célebre papa



HELIODORO ARROJADO DEL TEMPLO, célebre fresco de Rafael, pintado en la segunda de las *stanzie* del Vaticano

se conservan. Afirman también algunos historiadores, críticos y biógrafos de Rafael, que la *Fornarina*, querida del gran artista, sirvió por vez primera en esta pintura de modelo á su amante, quien la copió en una de las mujeres desnudas del primer término y en el ángel del segundo que acompaña al celeste guerrero.

* * *

La composición de esta hermosísima pintura mural es por sí sola una obra insuperable. Distribuída la escena en tres agrupaciones perfectamente determinadas, sin embargo se relacionan de tal modo que no podría cada una de ellas aisladamente expresar nada. Si de la composición se pasa al examen del dibujo, así en los desnudos como en las demás figuras, no se sabe qué admirar más, si la naturalidad de los movimientos y la energía y el fuego de éstos en unas, el sereno reposo en otras, ó la corrección de las líneas y la proporción de todas. Respecto del color, pretenden, entre varios Passavant y Pitti, que este fresco es el más hermoso de todos los que en el Vaticano pintó Rafael.

Tenía el gran artista, cuando terminó la pintura de que hablo, *La misa de Bolsena*, *La liberación de San Pedro*, que con *Atila* forman la decorativa de la segunda de las famosas *loggie*, veintinueve años y diez meses de edad. Comenzara la obra magna de la decoración del Vaticano á los veinticinco, y en un año escaso realizó, además de los citados frescos *La misa* y *Heliodoro*, número grande de cuadros y retratos. Al propio tiempo diseñaba para la Farnesina las pinturas decorativas que debían hacer célebre aquel palacio de Agustín Chigi. Por cierto que éste tuvo que adoptar el partido de instalar en el palacio á la *Fornarina* para obligar á Rafael á terminar *El triunfo de Galatea*, pintura que hacía varios años que comenzara á ejecutar el gran artista, pero que abandonaba á los pocos instantes para correr á casa de su amada.

Terminaré esta *efeméride* relatando el asunto desarrollado en el fresco *La misa de Bolsena* que con el de *Heliodoro* ejecutó el de Urbino en un mismo espacio de tiempo.

En 1263 existía en la villa de Bolsena, situada á corta distancia de Viterbo, un clérigo que dudaba de que estuviese Cristo en esencia y presencia en la hostia; mas un día diciendo misa, al alzar la sagrada forma, ésta comenzó á destilar sangre. Recogida, se enseña todavía en una capillita de la iglesia en que se realizó el prodigio.

Tal es el motivo que sirvió á Rafael para desarrollar el célebre fresco, titulado *La misa de Bolsena*, del cual la crítica se deshace en elogios, como puede verse por los que le prodigan Viardot, Passavant y otros, diciendo del color que parece pintada por uno de los más grandes maestros de la escuela veneciana. Especialmente la parte del altar y las figuras inmediatas son en verdad maravilloso esfuerzo de la paleta del de Urbino, quien con esta obra probó que si la inmensa cantidad de trabajos que siempre tenía entre manos, le hubiese concedido espacio para pintar por sí mismo todos sus cuadros, hubiera figurado entre los buenos coloristas italianos.

R. Balsa de la Vega

JEFES DEL ESTADO DE LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY

DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Cumpliendo lo que ofrecimos en nuestro número de primero de año, de completar la colección de retratos y biografías en el mismo publicada á medida que fuéramos recibiendo los datos de los Estados que en él no fueron incluídos, damos hoy los referentes á la República del Paraguay.

Los retratos que forman la lámina de la página siguiente nos han sido remitidos por D. Marcos Gómez, y muchos de ellos son realmente interesantes y curiosos por ser reproducidos directamente de originales que son verdaderos recuerdos de familia y que sólo por especial favor nos han facilitado sus actuales poseedores.

Damos las gracias más expresivas á éstos, así como al Sr. Gómez, y aprovechamos esta ocasión para suplicar á todas aquellas personas que puedan facilitarnos los retratos de los jefes de los Estados que no hemos publicado todavía, que nos los remitan á fin de que podamos realizar de un modo completo la idea que nos movió á dar á luz el número con que inauguramos la serie del año 1896.

La República del Paraguay está situada en el interior de la América meridional, y confina al Norte con Bolivia y Brasil, al Este con el Brasil y la República Argentina y al Sur y al Oeste con esta última. Su superficie es de 253.100 kilómetros cuadrados y su población de 330.000 habitantes.

Dado el grito de independencia en 14 de mayo de 1811 y consumada la revolución sin derramamiento de sangre por haberse adherido á ella el gobernador español D. Bernardo de Velasco, instituyóse una junta de Gobierno y reunióse un Congreso que proclamó la independencia del Paraguay, cuyo primer gobernante único fué el doctor Francia.

José Gaspar de Francia. – Hijo de padres brasileños, nació en el Paraguay en 1770: educóse en España en la universidad de Córdoba, y de regreso á su país se dedicó á estudiar jurisprudencia y adquirió fama como abogado. Agregado á la junta de Gobierno que se constituyó en 1811, muy pronto se sobrepuso á sus compañeros, y en 12 de octubre del mismo año celebró con Buenos Aires un tratado en que hizo reconocer al Paraguay como nación autónoma. En 1813 reunió un nuevo Congreso y consiguió que se confiriera el poder absoluto á dos cónsules; en 1815 influyó con su poder para que estos dos cargos se redujesen á uno solo y se hizo elegir por tres años, y en 1817 fué nombrado dictador vitalicio, fijando entonces su residencia en el palacio que habían ocupado los gobernadores españoles. Inició Francia un régimen de despotismo que redujo al país á la mayor miseria; infundió el terror fusilando á multitud de ciudadanos; cerró todos los puertos y prohibió toda clase de comercio, negándose á expedir pasaportes á nacionales y extranjeros; monopolizó las maderas, que sólo cambiaba por armas y municiones, y nombró cabildos á su gusto. Unicamente pensaba en el ejército, pero suprimió los grados y solamente dejó un jefe, nombrado por él, que gobernaba temporalmente. Hizo sembrar algodón y tejerlo, mas no pagaba los salarios, y en cambio castigaba con pena de muerte al que se le resistía. Cada vez que salía á la calle, todas las puertas y ventanas se cerraban, y escoltado por dos esbirros hacía retroceder á sablazos á los que encontraba á su paso. «Generalmente – dice un historiador – tenía presa en inmundos calabozos á la décimaquinta parte de la población» Cuando comprendió que se aproximaba su última hora, hizo quemar sus papeles y mandó encarcelar á todos los extranjeros, á muchos de los cuales fusiló. El doctor Francia falleció en 1840.

Carlos Antonio López. – Nació en el Paraguay en 1801. Comenzó la carrera eclesiástica y cursó teología y cánones, pero varió de propósito y siguió la carrera de abogado. En 1840, á la muerte de Francia, Patiño, hombre obscuro y hechura de aquél, se apoderó del gobierno; pero el sargento Duré con su compañía se fué á palacio y prendió á Patiño, quien de miedo se ahorcó. Aquel sargento tuvo la nobleza de no apoderarse del gobierno, haciendo, por el contrario, elegir dos cónsules para que rigieran el país. La elección recayó en Carlos Antonio López y Martín Roque Alonso: el primero, que era desconfiado, suspicaz y ambicioso, se sobrepuso al segundo y consiguió que se promulgara una Constitución y que se le confiriera en 1841 la presidencia del que se llamó poder ejecutivo permanente. Comenzó su cargo bajo los mejores auspicios, pues la independencia del Paraguay fué reconocida por las naciones europeas y americanas; pero empañó los éxitos conseguidos y que había de conseguir durante su larga gestión, con el fusilamiento del bravo sargento Duré. Levantó edificios públicos, abrió caminos carreteros, fundó escuelas primarias, organizó una marina nacional y estableció la navegación de vapor en el río del cual tomó el nombre la república. Reelegido en 1849, celebró tratados de amistad y comercio con Francia, Inglaterra y Estados Unidos, y logró ver reconocida en 1853 la independencia de su país por la República Argentina. El Congreso de 1854 eligióle nuevamente por diez años, pero López sólo aceptó por tres, durante los cuales firmó el tratado de comercio con el Brasil (1855); en 1857 fué reelegido por cuarta vez, por 10 años; pero no pudo llegar al término de su presidencia, pues falleció en 1862. Usando del derecho que la Constitución le otorgaba para nombrar sucesor que ejerciera hasta la reunión del Congreso, designó á su hijo Francisco Solano López.

El retrato del presidente D. Carlos Antonio López no nos ha sido posible obtenerlo, siendo el único que no figura en la lámina.

Francisco Solano López. – Nació en la Asunción en 1827 y recibió en su país una educación conveniente que perfeccionó en Europa. De regreso á su patria, tuvo gran intervención en los negocios públicos: en 1853 fué enviado á Europa para ratificar los tratados con Francia, Inglaterra y Cerdeña. Ocupaba la secretaría de guerra y había sido nombrado brigadier general del ejército cuando ocurrió la muerte de su padre, pasando entonces á ejercer la presidencia, no sólo por la designación hecha por aquél en su testamento, sino que también por aclamación de la mayoría del Congreso. Su administración no fué más que una dictadura despótica. En 1865, á consecuencia de algunas diferencias con el Brasil y la República Argentina, declaró la guerra á estos dos países, á quienes se alió el Uruguay, y al frente de solos 70.000 hombres, unos pocos batallones de mujeres que armó y nueve vapores, resistió heroicamente á las fuerzas muy superiores de sus enemigos: apoderóse de la ciudad de Corrientes, formando allí un gobierno provincial, pero hubo de evacuarla á los pocos meses, después de los descalabros sufridos por sus generales Robles y Estigarrabia; ganó contra los aliados las famosas batallas de Curupaytí y de Tuyutí; mas al fin hubo de sucumbir ante la superioridad del adversario y ante el descontento del país, que estaba cansado de sus tiranías, y murió defendiéndose en su última trinchera de Cerro Corá en 1.° de marzo de 1870.

A la muerte de Solano López, nombróse un triunvirato que fué proclamado y aceptado por el pueblo el día 15 de agosto de aquel mismo año, aniversario de la fundación de Asunción, y que firmó un tratado de paz con los aliados.

Cirilo Antonio Rivarola. – Sancionada definitivamente la Constitución del país en 24 de noviembre, el mismo día fué nombrado por la Asamblea primer presidente constitucional de la República Cirilo Antonio Rivarola, que había ejercido hasta aquella fecha algunos cargos políticos secundarios. En 18 de diciembre de 1871, en vista de la oposición que le hacía el Congreso, renunció á la presidencia, entregando el mando al vicepresidente.

Salvador Jovellanos. – Nació en la Asunción en 1833 y fué educado en su país, pero desde muy joven se vió obligado á salir de él y establecerse en la República Argentina. Cuando estalló la guerra con Brasil, la Argentina y el Uruguay, Jovellanos se incorporó al ejército aliado; después de la guerra, y durante el gobierno provisorio, desempeñó la tesorería general, distinguiéndose por su laboriosidad y honradez. En 1870 fué nombrado secretario de Hacienda y en 1871 elegido presidente de la República, logrando con su sabio gobierno que renaciese la prosperidad del Paraguay, organizando de nuevo el régimen constitucional, creando tribunales y adoptando los códigos argentinos. En 25 de noviembre de 1874, terminado el período de tres años por el que había sido elegido, se retiró de la presidencia muy estimado de sus compatriotas.

Juan Bautista Gil. – Paraguayo de nacimiento, de sólida instrucción y hombre de muy clara inteligencia, fué nombrado presidente en 25 de noviembre de 1874. Durante su gobierno realizáronse en el Paraguay grandes mejoras materiales. Juan Bautista Gil fué asesinado en la calle de Villa Rica en la mañana del 12 de abril de 1877, cuando se dirigía desde su casa al palacio.

Higinio Uriarte. – Era vicepresidente de la República cuando murió Gil, y se hizo inmediatamente cargo del mando, que desempeñó hasta 25 de noviembre de 1878.

Cándido Barreiro. – Era natural del Paraguay y gozaba fama de notable estadista. Fué secretario general en 1870, y las excepcionales dotes que demostró en el desempeño de este cargo hicieron que al terminar el gobierno de Uriarte fuese elegido presidente de la República. Mejoró todos los ramos de la administración y falleció en septiembre de 1880.

Bernardino Caballero. – Por renuncia del vicepresidente Adolfo Saguier, eligióse, á la muerte de Barreiro, presidente provisional de la República á Bernardino Caballero, distinguido hombre de letras que había ejercido importantes cargos públicos. Después de completar el período constitucional de su antecesor, fué elegido presidente efectivo en 25 de noviembre de 1882 por cuatro años. Hombre de inteligencia y de orden, condujo al país por la senda del progreso é impulsó especialmente la instrucción pública.

Patricio Escobar. – Elegido presidente al finalizar el gobierno de Caballero, ejerció su cargo durante todo el período constitucional, ó sea hasta 25 de noviembre de 1890.

Juan G. González. – Elevado á la presidencia al cesar Escobar, no pudo terminar el período constitucional, pues en 9 de junio de 1890 fué destituído á consecuencia de una sublevación del ejército.

Marcos Morinigo. – Como vicepresidente que era al ser derribado González, terminó el período constitucional que á éste correspondía.

Juan B. Egúsquiza. – Fué elegido en 25 de noviembre de 1894 y desempeña actualmente la presidencia de la República paraguaya. – X.



Jefes del Estado de la República del Paraguay durante el presente siglo

LAS NOCHES MADRILEÑAS

LA FLORISTA DE TEATRO

(Véase el grabado que publicamos en la página 168)

Según afirma la prensa, el *debut* de la hermosa Jenny Carrasperoff, ilustre *prima donna* procedente del teatro imperial de San Petersburgo, promete ser un acontecimiento musical, pues *La Africana* cantada por ella y por Tonini, Pepini y Melonini resultará indudablemente una cosa nunca vista ni oída por los *diletantis* de la villa y corte. Algo y aun algos habrá luego que rebajar de tan lisonjeros pronósticos, pero por lo pronto la empresa ha hecho su agosto, y los revendedores tratan con olímpico desprecio á los pobretes que ofrecen tres duros por una butaca.

–¡Hoy está el papel caro!, dice el Pelma, honorable jefe de la partida de explotadores al por menor del distinguido coliseo, contendiendo con un aspirante á espectador. El que quiera música tiene que aflojar la mosca.

–Pero hombre, veinticinco pesetas por una butaca de la fila diez es una atrocidad. Creo que con cuatro duros estaría bien...

–Pues dejarlo, otro las dará. No quedarán arriba de dos docenas, y en la media hora que falta para subir el telón, ya verá usted cómo se vende todo y más que hubiera. ¡Butacas!.. ¿Quién las quiere de la fila diez?..

El comprador vacila; por debajo del *macferlán* se nota que registra los bolsillos del chaleco, cerciorándose por el tacto de la cantidad de numerario que atesoran. El resultado del arqueo no parece corresponder á sus planes, pues en su fisonomía se dibuja un gesto de contrariedad

–¡Maldita sota!, murmura entre dientes. ¡Quién me mandaba apuntar las cien pesetas, que ahora me vendrían al pelo!.. Y si esta noche no me ve Elena en las butacas, me he caído. Ya anda bastante escamada la familia...

El revendedor comprende la situación financiera del prójimo del *macferlán*, y dando media vuelta le abandona como á cosa perdida, dirigiéndose hacia unos sujetos que bajan de un coche, á los que grita desde lejos:

–¡Butacas, buenas butacas de la fila diez!

Viéndose desahuciado el *amatore* incógnito, comienza á pasearse con rumbo incierto entre los grupos de gentes que afluyen al teatro, espiando con ansiedad á los que revenden localidades, con la esperanza de que alguno de aquellos sátrapas rebajará el exorbitante precio; pero es en vano; los satélites del Pelma tienen su consigna, conocen al público y hasta hay alguno que se atreve á pedir algo más de los cinco duros consabidos.

–¡Vaya, voy viendo que hoy hago la gran plancha, dice el pobre hombre, y eso después de haberles dicho á aquellas señoras que nos veríamos aquí! ¡Caracoles! ¿No habrá nadie por ahí que le preste un par de duros á un *sportman* como yo?

En aquel momento Hortensia, la agraciada y desenvuelta florista de los estrenos y de las noches de moda, con un elegante vestido negro y su delantal de nítida blancura, se aproxima al comprometido caballero, y presentándole el canastillo repleto de flores le dice:

–Buenas noches, D. Ricardo, ¿quiere usted algo?

–¡Calle, tú por aquí!..

–Tome usted una gardenia.

–No, chica; si no voy al teatro.

–¡Cómo! ¿No va usted y se ha puesto el fracolín? Entonces irá usted de reunión. Me es igual. Lleve usted un ramillete de violetas de Parma. Son de las que á usted le gustan. ¡Y huelen tan bien!..

–Déjame á mí de violetas. Lo que yo quisiera es...

–¿Qué?

–Nada.

–Pues hijo, el que nada no se ahoga.

–Pero ¿has visto qué caras están las butacas esta noche?, dice Ricardo, no pudiendo contener este lamento dolorido de su bolsillo.

–¡Ah, vamos, ya!, responde la ramilletera soltando una sonora carcajada. Hoy le han pelado á usted en el Casino, como si lo viera; yo no he tenido tiempo de ir por allí, pero me lo figuro. Habrá estado usted con Frasquito, el conde y todos esos...

–Sí, chica; me han dejado con cuatro duros.

–Y las butacas á cinco, comprendido.

–Eso es justamente: ya veo que como siempre eres una chica lista muy guapa, ó una chica guapa muy lista Como más te guste.

–Cállese usted, D. Ricardo, y déjese de tonterías. A usted lo que le hace ahora al caso es una butaca y la va usted á tener. Oye, tú, Pelma, dale una butaca buena aquí á D. Ricardo.

–Mira, niña, que están á cinco duretes, contesta el revendedor.

–¿Y qué? Aun cuando costaran diez; dale el billete al señor.

–Pero, Hortensia, si ya sabes..., exclama Ricardo.

–Nada, no sé nada. Tómela usted y á callar. Mira, Pelma, ya me dirás lo que te debo.

–Pues *salú* y que usted se divierta, caballero. Aquí tiene usted: fila diez, número doce.

–Gracias, Hortensia.

–Ahora tome usted una gardenia y adentro, y si hay necesidad de algun *bouquet*, ya me lo dirá usted en el entreacto.

–Chiquilla, responde alegremente Ricardo, eres el *non plus* de las floristas. Te debo...

–Ya, ya lo pagará usted. Adiós, hasta luego.

–Hasta después, hermosa.

Y Ricardo, con la cabeza erguida, el continente altivo y el paso arrogante, penetra en el teatro, mientras la ramilletera le dice confidencialmente al Pelma, que la reconviene por su generosidad:

–Es un chico que ha de heredar muchos millones, y aun cuando así no fuera, es un punto que tiene la gran suerte; la mayor parte de los días se saca del Casino ó del Veloz un fajo de billetes de Banco. Él pagará y con intereses ¡Ha habido días que por un ramito me ha dado cincuenta pesetas!

Hortensia no puede proseguir la biografía de Ricardo, porque una hermosa dama, vestida de blanco y envuelta en un precioso abrigo guarnecido de Mongolia, cruza por delante de ella, cogida del brazo de un caballero barbudo de aspecto vulgarote. La florista se interpone y saluda cariñosamente á la pareja.

–¡Doña Clotilde, cuánto tiempo sin verla!

–Hortensia, ¿usted por aquí?

–Sí, señorita, ganando el panecillo.

–Ramón, dice entonces la dama á su acompañante, acércate al cartel y veas quién hace de Nelusco.

El caballero barbudo obedece inmediatamente la orden, y entonces Clotilde dice rápidamente y en voz baja á la florista:

–Mañana, á las dos, sin falta en casa. Tengo un aderezo de brillantes riquísimo y me convendría darle salida sin que mi marido se entere.

–Iré sin falta.

–Le dice usted á la doncella que es la modista

–Entendido, justamente tengo un encargo que...

–Melonini, chica, dice Ramón. Vamos, no te entretengas...

–Lléveme usted un ramito, señor, insinúa la florista.

–Clotilde, toma el que quieras, monina.

La dama coge un *bouquet* diminuto del canastillo de Hortensia.

–¿Cuánto es?, pregunta el generoso acompañante.

–Por ser para la señorita una peseta. Es lo que me cuesta.

Ramón entrega la cantidad pedida á la ramilletera y ofrece el brazo á su mujer, que se despide de Hortensia saludándola cariñosamente.

–Vamos, no se presenta mal la noche, murmuró la joven. D. Ramón es un *panoli*, y ella con tal de lucir y gastar moños es capaz de vender el alma al diablo.

Un pollo gomoso, enclenque y con el monóculo en el ojo izquierdo, interrumpe las reflexiones filosóficas de la florista, diciéndole:

–Preciosa, ¿ya no se saluda á los amigos?

–No le había visto á usted, D. Alfonsito de mis pecados.

–Pues yo he venido esta noche al teatro exclusivamente por ti. ¡Ingratona!

–¡Ja, ja! Algo menos será.

–Cada día estás más guapa y más seductora.

–Y usted cada día más *chiflao*.

–Por ti muchísimo.

–Pues cómpreme usted dulces.

–Dulces y todo lo que se te ocurra te compraré yo si tú quieres.

–¡Jesús, D. Alfonsito, y qué generoso está hoy el tiempo! Vaya, pues tome usted una gardenia.

–Si ya llevo otra.

–¿Y quién se la ha dado á usted?

–Mi futura.

–Ya, la *escuchimizá* aquella á la que me envió usted con el ramo de camelias.

–La misma.

–Y qué mal gusto tiene usted, D. Alfonsito.

–Sí que es feílla la pobre, pero heredará medio millón de duros.

–¡Caramba! Comprendo que esté usted tan enamorado... Vamos, pues si no quiere usted que perdamos las amistades, déme usted la gardenia esa y tome usted esta otra.

–Si tienes empeño, por complacerte...

Hortensia arranca la gardenia del ojal del frac del pollo y la echa al cestillo, diciendo:

–¡Jesús, qué flor tan pocha y tan fea! Esta que le voy á poner sí que es bonita.

–¡Ay, si Artemisa lo supiera!, dice Alfonsito.

–Pero como no lo sabrá, en paz y jugando. Oiga usted, ¿viene aquí esta noche su futura?

–Sí, pero tarde. Ya te avisaré para que le lleves flores. Pero no seas pizpireta y haz como si no me conocieras.

–¡Y luego dice usted que me quiere tanto y que está perdido por mí!.. Bueno es saberlo.

–Pero Hortensia, una cosa es que yo esté enamorado de ti, y otra...

–Sí, otra cosa es el negocio. *¿Verdaz, usted?*

–Pero, hija...

–Pero, papá ..

–En fin, no te amosques. Te convido luego á cenar en Fornos.

–Eso quisiera usted. ¡Pues no se reiría usted poco!

–Y tú también te reirías, me parece.

–Pues límpiese usted, que está de huevo.

–Vamos, hay celitos.

–Hombre, no sea *gili*. ¿Celos, por qué, ni de quién? ¡Ay qué gracia! Si yo ya tengo quien me quiera con buen fin, por el camino de la Vicaría. Vaya, D. Alfonsito, tengo prisa, que la función va á comenzar y ahora es cuando hay que hacer la venta.

–Que tengas preparado un buen ramo para el segundo entreacto.

–Pierda usted cuidado, que no faltará.

–¿Qué te debo?

–Nada, ya me lo cobraré en el ramo.

–Pues hasta luego, y ya sabes que se te quiere.

–Estimando, D. Alfonsito, y vamos cada cual á nuestro negocio, que es tarde y va á llover.

Y dicho esto, Hortensia da media vuelta y llama á un pillete de boina que vende *La Correspondencia*.

–Miguel, ¡ven acá, condenado!

–¿Qué quieres?

–¿Te quedan muchas?

–Seis

–Pues anda, y dile á madre que haga un ramo fino de tres pesetas con papel y te lo traes en seguida volandito.

–*¡Mia* tú que ir ahora tan lejos!, refunfuña el muchacho. ¡Y aún me quedan seis!

–Por el camino vas voceando. Ya estás de vuelta, mira que si no vienes pronto te doy una de mojicones que te vas á chupar los dedos.

–Ya voy, mujer, ya voy. Pero está muy lejos y aún me quedan seis...

–¡Seis mil demonios que te lleven! Menos conversación y al avío.

El chiquillo sale disparado gritando: *¡La Correspondenciaaa!*, y Hortensia se dirige hacia la entrada del *foyer*, diciéndole al pasar al Pelma con picaresca entonación:

–¿Quiere usted un ramito, caballero?

–Si fuera una chuleta, responde el revendedor.

–Pues mira, si te esperas á que luego venga mi tío Isidro por mí, verás qué ricas nos las comemos en Barrionuevo á la salud de los tontos que compran florecitas...

A. Danvila Jaldero

NUESTROS GRABADOS

Una consulta, cuadro de Jiménez Prieto.– Las costumbres españolas de principios de este siglo han interesado á no pocos artistas, que se han prendado de aquellas escenas y tipos que tan magistralmente describieron Mesonero Romanos y Antonio Flores. Pero si son muchos los que se han dedicado á pintar casacones y pelúquines, no son tantos los que han acertado á interpretar el espíritu de la época, como lo hizo un día Fortuny y como lo hace hoy Jiménez Aranda. Entre estos pocos bien merece ser colocado el autor de *Una consulta*, Jiménez Prieto, cuyo cuadro tiene todo el carácter de aquellos tiempos que le comunican no sólo la indumentaria, los muebles y los adornos, sino el ambiente que en la estancia se respira, y la expresión de cada una de las figuras y la misma manera de presentar el asunto del enfermo consultando á los doctores.

Busto de mujer, cuadro de E. J. Poynter.– Nada diremos en elogio del autor de esta pintura, porque su nombre es bastante conocido en el mundo del arte y aun entre los simples aficionados. Miembro de la Real Academia de Londres, este solo título es suficiente para merecerle el respeto y la admiración de cuantos saben que sólo los verdaderos maestros logran ingresar en aquella corporación inglesa. El cuadro suyo que hoy reproducimos pertenece á la escuela, hoy muy en boga en Inglaterra, que se inspira en los antiguos clásicos y busca en la corrección de líneas y en la finura y delicadeza de tonos el efecto que otros logran con los trazos vigorosos y el colorido enérgico, produciendo con estos medios sencillos una emoción suave, pero no por esto menos agradable y duradera en el ánimo de cuantos contemplan los lienzos por tal procedimiento pintados.

Modestia, cuadro de Harriet Staite.– La expresión de un sentimiento es sin disputa de lo más difícil de obte-



BUSTO DE MUJER, cuadro de E. J. Poynter



MODESTIA, cuadro de Harriet Staite



D. Enrique Vera — D. José Gutiérez — D. Miguel Espinosa — D. José Pitahiga — D. Jacobo Domínguez — D. Alfredo Martín Morales

D. José E. Triay — D. Victoriano Otero — D. Prudencio Rabell — D. Nicolás Rivero — D Francisco de Armas y Céspedes

PROPIETARIO, REDACTORES Y ADMINISTRADOR DEL IMPORTANTE PERIÓDICO POLÍTICO DE LA HABANA «DIARIO DE LA MARINA»

(de fotografía de los Sres. Otero y Colominas)



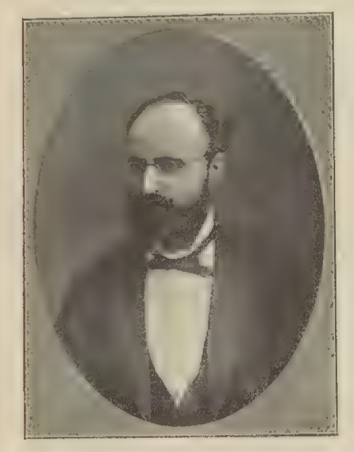
LAS NOCHES MADRILEÑAS.-La florista de teatro, dibujo de N. Méndez Bringa

(Véase el artículo de A. Danvila Jaldero)



MÚSICOS CALLEJEROS EN UNA ALDEA DE ITALIA, cuadro de Mariano Barbasán

ner en pintura, porque no se trata de copiar contornos y matices, sino de infundir un alma, por decirlo así, en el inanimado lienzo. Por esto cuando un artista logra, como el autor de *Modestia*, producir una obra tan acabada como la que publicamos y que llamó mucho la atención en una exposición celebrada recientemente por el Real Instituto de pintores al óleo de Londres, bien puede decirse que ha alcanzado un alto grado de perfección en el arte que cultiva.



D. ENRIQUE CLAUDIO GIRBAL, cronista de Gerona, fallecido en 16 de enero último (de fotografía de Amis Unal, de Gerona)

Enrique Claudio Girbal, cronista de Gerona, fallecido en aquella ciudad el 16 de enero último. - Nacido en 1837, alcanzóle de lleno en sus juveniles años el renacimiento literario de nuestra región, publicando bajo el seudónimo de *El Trovador del Onyar* un tomo de poesías catalanas, titulado *Follias*, y otro de composiciones castellanas con el epígrafe de *Espumas y Rasgueos*. A pesar de sus estimables aptitudes para el cultivo de la poesía, distinguióse especialmente Girbal por la valía de sus trabajos históricos, mereciendo citarse entre ellos los siguientes: *Bañolas*, noticias históricas de esta villa; *Guía cicerone de la inmortal Gerona; El Príncipe de Gerona*, historia de este antiguo título y personajes que lo usaron; *Escritores gerundenses*, apuntes biográficos; *Los judíos en Gerona; Album monumental de Gerona; El sitio de Gerona en 1284; Catálogo razonado de los cuadros del Museo provincial de Gerona; El santuario de Sant Gran; Tossa*, noticias históricas de esta villa; *El castillo de Brunyola; Biografía del cardenal gerundense D. Fray Benito de Sula y Caramany; Epistolario* del citado cardenal; *Una obra en prosa del Doctor Vicens García, Rector de Vallfogona; Estudio histórico-artístico acerca de los llamados baños árabes de Gerona*, etc., etc Contribuyó poderosamente á sostener la importancia del núcleo literario gerundense, caracterizado, dentro de nuestro movimiento, por los notables estudios históricos; procurando, en unión de sus entusiastas compañeros Grahit, Alsina y Botet y Sisó, sacar del olvido los hechos del pasado.



EXCMO. SR. D. JUAN AROLAS Y ESPLUGUES, general de brigada en el ejército de operaciones en Cuba

Desempeñaba Girbal, entre otros, los cargos de cronista de la ciudad de Gerona, inspector de antigüedades, individuo correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando y de la de Buenas Letras de Barcelona, y el de vocal secretario de la comisión provincial de monumentos históricos y artísticos de Gerona.

Su temprana muerte ha sido sentida por todos cuantos pudieron apreciar sus excelentes cualidades y por los que sin conocerle tuvimos ocasión de apreciar la valía de sus trabajos. Por nuestra parte publicamos su retrato, como justo homenaje al que tanto honró á su patria y le dedicó siempre las producciones de su ingenio y el resultado de sus estudios.

El general Arolas. - El bizarro militar recientemente destinado al ejército de Cuba procede del arma de infantería; su nombre ha figurado en todas las campañas que ha debido sostener nuestro ejército desde la memorable guerra de Africa, y en todas se ha batido valerosamente. Durante su mando en Joló demostró ser tan enérgico y sabio gobernante como valiente soldado, conteniendo y dominando á los levantiscos habitantes de aquel archipiélago filipino y organizando el dominio español en aquellas islas sobre fuertes cimientos. Cuando la guerra de Melilla fué por poco tiempo gobernador de aquella plaza. Recientemente, algunas declaraciones suyas, que el gobierno estimó contrarias al régimen existente y por tanto poco en armonía con la disciplina militar, le valieron algunas semanas de reclusión en un castillo. El general Arolas es conocido por sus ideas republicanas; pero para él antes que la república y antes que toda forma política está la patria, por la cual está dispuesto á luchar y á morir: de aquí su designación para un mando en el ejército de Cuba, en donde no tardará de seguro en añadir nuevos lauros á los muchos conquistados en su brillante carrera.

La Redacción del «Diario de la Marina» de la Habana. — Es el *Diario de la Marina* el más antiguo y uno de los más importantes de cuantos periódicos españoles se publican en América: fué fundado en 1840 por D. Isidoro Araújo de Lira, á quien mató en desafío, veintiún años más tarde, don Benjamín Fernández Vallín, y de su dirección han estado encargados hombres ilustres en todas las carreras. El *Diario de la Marina* pertenece á una sociedad anónima, al frente de cuyo consejo de administración figura el acaudalado industrial catalán D. Prudencio Rabell, dueño de *La Legitimidad* y de otras importantes fábricas de tabacos de la isla de Cuba. El actual director del periódico, D. Nicolás Rivero, peleó en las filas carlistas durante la última guerra, terminada la cual se trasladó á Cuba, en donde había estado ya otra vez como deportado por sus ideas políticas y en donde fundó *El Rayo, El Español* y *El Eco de Covadonga*. Dirigía *El Español* cuando fué llamado á la redacción del que hoy dirige y en el cual ha introducido grandes reformas: en la actualidad es vicepresidente de la Diputación Provincial de la Habana. D. José E. Triay, redactor en jefe del *Diario de la Marina*, es el decano de los periodistas españoles en Cuba: de cajista de *La Aurora* pasó á gacetillero; dirigió luego el *Boletín Mercantil de Cárdenas*, fundó *La Voz de Cuba* y figuró en la redacción y dirección de otros varios periódicos literarios y políticos. Forman parte de la redacción del *Diario* D Francisco de Armas y Céspedes, diputado á Cortes en varias legislaturas y consejero de Estado, notable escritor y hombre versadísimo en la ciencia del derecho y en la administración; D. Alfredo Martín Morales, abogado, orador elocuente y castizo periodista; D. Miguel Espinosa, el más joven de los redactores del periódico; D. Enrique de Vera y González, que ha dirigido varios periódicos en Madrid; D. José Pitahiga y Gasturde, á quien se considera como el primer reporter de los diarios habaneros; D. Jacobo Domínguez Santi, poeta festivo, que está encargado de la gacetilla y que hace más de treinta años viene figurando en la prensa de Cuba, y D. Miguel Gutiérrez, que al hacerse el grupo de los redactores del *Diario* era traductor del mismo, habiendo sido luego reemplazado por el notable poliglota y reputado periodista cubano D. Guillermo Schawer. El *Diario* cuenta además entre sus redactores á D. Luis S. Solís, D. Ramón S. Mendoza, D. Julián de Ayala, D. Teófilo Pérez y D. José Fernández, que se hallan en campaña encargados de transmitir noticias de la guerra, razón por la cual sus retratos no figuran en el grupo. Administra el *Diario de la Marina* D. Victoriano Otero, que ha desempeñado dos veces interinamente la dirección del mismo y que domina los asuntos comerciales y cuantas materias se relacionan con la economía política.

El grupo que reproducimos está tomado de una fotografía que han tenido la amabilidad de enviarnos nuestros corresponsales los Sres Otero y Colominas, reputados fotógrafos de la Habana, á quienes damos las más expresivas gracias.

Músicos callejeros en una aldea de Italia, cuadro de Mariano Barbasán. - En el último número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos una obra alegórica de nuestro distinguido colaborador Sr. Barbasán, que nos dió pie para repetir los elogios que en distintas ocasiones hemos dedicado á las obras del notable artista español. El cuadro que en el presente reproducimos es de un género completamente distinto; nada hay en él producto de la fantasía, todo está tomado de la realidad, observada por un espíritu atento que se asimila el espectáculo bellísimo que á sus ojos se ofrece y lo traslada al lienzo sin que pierda un ápice la verdad, ni en su conjunto ni en sus detalles. Con este cuadro nos transporta Barbasán á una de esas poéticas aldeas de Italia que una vez vistas difícilmente se olvidan, y contemplándolo nos parece que el sol de aquella hermosa tierra alumbra el paisaje y caldea la atmósfera, que á la sombra de los árboles del fondo aspirase el aire con delicia, que los toscos instrumentos emiten suaves sonidos y que toda aquella gente muévese y se agita, animada por el soplo mágico del genio del artista. No es fácil expresar con más verdad y al par más poéticamente aquella escena y aquellas figuras y aquella casa, arrancados del natural y pintados por un verdadero maestro.

Federico Barbarroja proclamado emperador de Alemania, alto relieve de Clemente Buscher. - Tiene este alto relieve hermosa perspectiva, y las numerosas figuras que lo componen están hábilmente agrupadas de modo que la atención se concentre con preferencia en las principales, el emperador y el prelado que le bendice y consagra. A pesar de la multitud de aquéllas, no presenta la obra la menor confusión, gracias al acierto con que el artista ha dispuesto los términos, dando á cada uno el valor que le corresponde. En cuanto á los méritos de detalle, saltan demasiado á la vista para que nos detengamos á enumerarlos, pues hasta en los pormenores más insignificantes manifiéstase la mano del artista concienzudo que no se limita á apuntarlos, sino que los desarrolla con laudable minuciosidad.

¡Mira, allá!, escultura de Ricardo Jakic. - Obsérvanse en esta obra las buenas cualidades que en materia de escultura pueden exigirse: hay en ella naturalidad en las actitudes, movimiento en los cuerpos, expresión en los rostros y acertada combinación en las líneas, resultando una composición notable bajo todos conceptos.

Ambrosio Thomás. - El decano de los músicos franceses Carlos Luis Ambrosio Thomás, gran cruz de la Legión de Honor, miembro del Instituto de Francia y director del Conservatorio Nacional de Música, acaba de fallecer á los ochenta y cinco años de edad. Nacido en Metz en 5 de agosto de 1811, entró á los diez y seis años en el Conservatorio, y á los cuatro de brillantes estudios partió para Roma, después de haber alcanzado los primeros premios de piano, armonía y composición. A su regreso de la ciudad eterna, debutó modestamente con una ópera cómica en un acto, *La double echelle;* luego, durante un período de treinta años, dió una larga serie de obras demasiado numerosas para ser citadas en esta ligera noticia, y en 1866 y en 1868 coronó su carrera artística con dos óperas como *Mignón* y *Hámlet*, que revelan al músico inspirado y al gran compositor. Ambrosio Thomás sucedió á Auter como director del Conservatorio en julio de 1871.

MISCELÁNEA

Teatros. - *Madrid.* - Se han estrenado con buen éxito: en Eslava *El cortejo de la Irene*, zarzuela en un acto y cinco cuadros, letra del Sr. Fernández Shaw y música del maestro Chapí; en la Zarzuela *El rompeolas*, juguete lírico en un acto, letra de los Sres. Cantó y Arambillet y música del maestro Santamaría; en Lara *La praviana*, bonita pieza en un acto de Vital Aza; en la Comedia *Altezas del honor*, interesante y muy bien escrito drama en tres actos del Sr. Novo y Colson, y en Romea *El Heraldo de Madrid*, graciosa revista en un acto de Angel Caamaño con música del maestro Calleja. El estreno en el Español de *María del Carmen*, de Feliu y Codina, ha sido un verdadero acontecimiento; el público con sus entusiastas aplausos y la crítica con sus alabanzas han coincidido en apreciar la última obra del ilustre escritor catalán como una joya del teatro español contemporáneo.

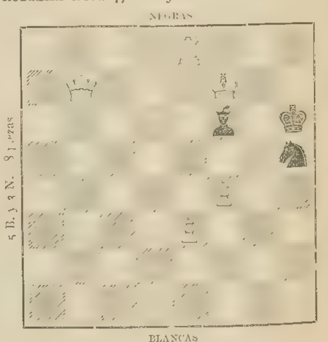


EL CÉLEBRE COMPOSITOR AMBROSIO THOMÁS fallecido el día 12 del presente mes

Barcelona. - El Liceo ha cerrado sus puertas, habiendo sido una de las últimas funciones el beneficio del maestro Vanzo, á quien el público barcelonés reiteró en aquella noche las muestras de simpatía y de entusiasmo que tan justamente le ha prodigado durante toda la temporada. En Romea se ha estrenado con gran éxito *Lo general No importa*, drama en tres actos de Teodoro Baró, de argumento interesante y muy bien escrito, que ha venido á recordar los buenos tiempos del teatro catalán. En el Eldorado se ha puesto en escena con aplauso *La maja*, zarzuela en un acto de los Sres. Perrín y Palacios con música del maestro Nieto.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 7, POR JOSÉ BELTRÁN INFANZÓN



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 6, POR VICTORIANO AOIZ

Blancas.	Negras.
1. C 2 C D	1. A 3 A D (*)
2. C 7 A D jaque	2. R juega
3. P 4 A D ó A toma C mate.	

(*) Si las negras juegan 1. C 5 A D, las blancas continúan así: 2. C 7 A D jaque y 3. T ó C mate; - si 1. P 5 A R; 2. T 6 C D jaque y 3. P 4 A D mate, - y si 1. A negro juega á otra casilla distinta de 3 A D; 2. T ó C jaque, etc.

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA ORIGINAL DE JUANA MAIRET. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Mila y algunos de sus amigos habían tomado por costumbre reunirse en el taller durante la sesión de cada día ó después de ella; el Sr. Macready asistía casi de continuo, y la deferencia que Wilbur Nevin le manifestaba no le era indiferente. Si en la pintura de aquel retrato se notaba todavía un poco de crudeza, era, no obstante, una obra perfecta y vigorosa, que debía honrar mucho al artista, y el Sr. Macready acabó por interesarse en ella apasionadamente.

El taller era un terreno neutral; á no ser así, por nada del mundo hubiera hecho á la señorita del Paso las numerosas visitas que se creía autorizado á hacer al pintor; pero ocupábase en estudiar el modelo más bien que el retrato, y este estudio le agradaba singularmente.

Los días de invierno son cortos, y forzoso era dejar muy temprano los pinceles á un lado, lo cual irritaba al artista; pero á veces se quedaban todos largo tiempo, conversando á la luz de las lámparas, mientras bebían el te, preparado por las señoritas Mathews ú otras jóvenes amigas de Mila.

Cierto día, estando ya casi concluído el retrato, la princesa Pignacci, que había llegado sola, invitó á Mila á dar un paseo en coche por el Bosque de Bolonia. Después de un período de frío bastante riguroso, hacía un tiempo magnífico, y en el aire presentíase la primavera; era en los primeros días de febrero, y todo parecía renacer en la naturaleza. Había algo alegre en el aire puro; las nubes blancas corrían por un cielo de color pálido y parecían perseguirse como niños un poco traviesos. Mila, muy sensible á las influencias del tiempo, sonreía de placer, feliz ante aquella alegría de la naturaleza.

– ¡Qué bueno es vivir!, exclamó, aspirando el aire con delicia.

La princesa miró á la joven, sonriendo tristemente. Cuando se hallaba en presencia de esta desgraciada mujer, Mila solía hablar muy poco, y hasta experimentaba cierto malestar; pero aquel día estaba alegre y no trató de ocultarlo.

– Disfrute usted de esta felicidad mientras pueda, señorita, dijo la princesa; pues día llegará, bien pronto, en que le será indiferente ver la nieve ó la verdura, sentir un rayo de sol ó una brisa helada.

Casi todos llamaban á la joven por su nombre de pila; pero la princesa hacía excepción, mostrándose siempre un poco ceremoniosa en su benevolencia.

– No creo que ese día llegue nunca, señora, contestó la joven. Sé muy bien que la felicidad es cosa poco duradera; que la suerte no será más favorable para mí que para cualquiera otra; y por eso trato de prepararme para los pesares inevitables de la vida, concentrando mis fuerzas. Pero suceda lo que quiera, pienso que siempre sabré dar gracias á Dios por el sol que nos envía y que luce para todos, así como podré siempre estremecerme de placer al cantar alguna música hermosa.

– Tiene usted razón; yo soy la que está en un error. Bien mirado, tal vez sea cuestión de temperamento mirar la vida de estas dos maneras. Hay naturalezas cuyo muelle, por decirlo así, no está quebrantado ni por las penas ni por la injusticia, y yo las envidio desde muy lejos. En todo caso, hija mía, puedo apreciar lo que apenas sé poner en práctica. Tal vez no imagine usted con qué simpatía he seguido los pasos de su carrera triunfal.

– Lo agradezco mucho, señora, créalo usted.

– ¡Oh! No me ha de dar gracias por eso. Lo que usted siente al contacto de un rayo de sol, yo lo siento al mirar un rostro en que no se ve ninguna nube. Adoro la felicidad en los otros, y acecho celosamente todo lo que podría perturbarla; siento el deseo de resguardarla con precauciones y ternuras de madre, y por eso...

La princesa se interrumpió bruscamente; y algo extraño en su manera de pronunciar estas palabras llamó la atención de Mila. Adivinaba poco más ó menos lo que iba á seguir, pero repuso con calma:

– ¿Y por eso?..

– Por eso, señorita, le dijo, mucho cuidado, porque está usted á punto de aventurar esa felicidad y de perderla tal vez. Hasta ahora todo le ha sido fácil; no ha conocido jamás las dificultades, la gloria ha venido á buscarla, y por una rara casualidad no se la han hecho pagar á usted. No da usted motivo á ser objeto de murmuración; hasta sus mismas rivales, aun aborreciéndola, se callan, como es muy natural, porque no encuentran nada que decir. En nuestra sociedad usted es la niña mimada por excelencia; conténtese con estas felicidades, y sobre todo con ser una verdadera artista; viva para su arte y tan sólo para él. Me parece que esto debería bastar para la alegría de una vida. ¡Cuántas se darían por satisfechas!

– ¿Y quién la dice á usted, princesa, que el arte no me baste ya?

– Todo. Los demás adivinan poco más ó menos después dudan y olvidan; pero yo sé. Usted ama al Sr. Francisco Villeroy y es correspondida por él.

– ¿Me será permitido preguntar á usted qué la hace más perspicaz que yo misma?

La voz de Mila tomaba cierta aspereza.

– No, hija mía, no es lo que usted piensa. En mi intervención no hay ningún sentimiento de celos de mujer que no se pueda confesar. Desde la primera vez que vi á ustedes dos juntos adiviné lo que seguiría, y desde que leí en los ojos de usted, me afirmé en mi suposición. El Sr. Villeroy me interesa porque sé que es altivo, de carácter noble y hombre de genio, en mi concepto; pero usted me interesa más aún, porque encuentro en su persona algo de mi propia naturaleza cuando era muy joven. ¿La extraña esto? Ya sé que siempre fuí fea; pero no siempre me lo dieron á entender. Creíame digna de ser amada, así como sabía que era capaz de amar; tenía audacia, como usted, ante lo desconocido, y parecíame que la felicidad me era debida. ¡Ay de mí!..

Mila tenía el corazón entusiasta y generoso, y olvidando su cólera de un momento, estrechó la mano de la princesa.

Esta última sonrió, y su sonrisa era tan benévola, que su rostro, aunque feo, pareció embellecerse.

– ¿Cómo es posible que no la hayan amado á usted?, exclamó la joven

– Voy á decírselo á usted; y aunque rara vez hablo del pasado, quiero hacerlo ahora. ¿No es verdad que parezco vieja? Pues no cuento más de treinta años, y no había cumplido aún diez y ocho cuando me casé. Acataba la voluntad de mi madre cuando me uní con el príncipe, porque también era la mía. Muy ingenuamente, dejándome llevar de mi naturaleza entusiasta, comencé por adorar á mi esposo, y bien poco hubiera bastado para hacerme feliz, ó por lo menos para que estuviese contenta con mi suerte; pero hasta ese poco me fué rehusado. ¿Sabe usted cuál era la queja principal contra mí? Pues tan sólo que yo pertenecía á otra raza; que hablaba, que pensaba y respiraba como americana; mi fealdad y mi humilde cuna no suponían nada en comparación con mi nacionalidad. El príncipe, reconociéndome superior á él – bien puedo decirlo ahora – por mi educación y mi elevado carácter, experimentó una especie de envidia feroz respecto á mí. Gran señor y de arrogante figura, había despreciado los libros así como á los que leen, siguiendo el ejemplo de tantos italianos de su clase. Su ignorancia era fenomenal, pero disfrazábala hábilmente, aparentando tomarlo todo á broma, aunque en la intimidad este disfraz se descubría bien pronto. Entonces resultaba que todos nuestros instintos, aunque no diferentes, se hallaban en contradicción absoluta. Yo hubiera querido, por amor y por esa especie de humildad que del amor proviene, rebajarme á su nivel; pero cuanto más me esforzaba para hacerlo, más americana era. El antagonismo de raza, más aún que el de casta, exasperábase de año en año, casi de día en día; y yo, que he recibido mi educación en Francia, llegué á hablar el francés ó el italiano con un acento muy pronunciado. Crea usted que una mujer arriesga mucho cuando se casa con un extranjero.

– Sin embargo, repuso Mila, hemos visto tales matrimonios con muy buenos resultados por todos estilos.

– Sí, pero era porque el amor predominaba en ellos, y entonces todo es fácil, todo divino. ¿La ama Villeroy á usted así? ¿Le ama usted á su vez más que á su arte y más que á la gloria? En tal caso, únase usted á él sin temor; pero si vacila en contestar, debe temer que más tarde se acentúen las desemejanzas de los dos caracteres. Usted no es más que una niña, á pesar de sus veintidós años y de sus triunfos como cantante; usted adelanta en su carrera, risueña y confiada, disfrutando de la felicidad más ó menos completa, y esto es lo que la encanta. Mira usted las cosas con su sencillez y su rectitud naturales, dejan-



La princesa Pignacci invitó á Mila á dar un paseo en coche por el Bosque de Bolonia

do á un lado los problemas perturbadores en vez de tratar de resolverlos; y para ser dichosa necesita el sol, así como el triunfo, los aplausos, los elogios y el ruido del mundo como el de la escena No tiene usted un carácter inquieto y raro; es usted una verdadera americana, con mucha rectitud y franqueza, y muy... exigente al mismo tiempo. ¿No es verdad?

– Sí, en un todo.

– ¿Y él? Lo que á usted la encanta le sería odioso. Es todo un hombre del antiguo mundo y siente sus inquietudes y sus angustias; y hasta diríase que los pesares y las fatigosas luchas del pasado pesan sobre él, comunicando un carácter de tristeza á todo cuanto concibe. No conoce la alegría sana y fresca, un poco infantil...

– ¡Ah, en eso se engaña usted, princesa! A veces parece un niño, y entonces se muestra mucho más alegre que yo.

– Eso es cuestión de nervios; es una forma de embriaguez artística. Si penetra usted en el fondo, verá que siempre busca, y busca sin encontrar jamás. Esto es lo que me ha dicho de él lo poco que conozco de su música, y esto es también lo que me dice la expresión de sus ojos.

– ¡Cómo le ha estudiado usted!.., murmuró Mila, volviendo á sus dudas.

– Sí, porque me agrada su música inquieta y perturbadora; y hasta diré más: si en mi juventud hubiese encontrado semejante hombre, creo que hubiera podido amarle lo suficiente para no temer cosa alguna, ni las diferencias de raza, ni la de posición en el mundo. Ya ve usted que soy franca; y es que me reconozco muy vieja, lo bastante para tener sentimientos maternales; porque mi vida está quebrantada y ha concluído, y porque quisiera disfrutar un poco de la felicidad de los otros. Si la he invitado á usted á pasear por el bosque, era para decirle esto, y también para manifestarle que, suceda lo que quiera, deseo seguir siendo su amiga. Si se casa usted con el Sr. Villeroy, la sociedad no le sonreirá ya á usted como ahora le sonríe; por lo mismo que usted es útil al mundo, éste la acaricia ahora; pero si deja de serlo y si se absorbe en un sentimiento demasiado profundo, con el que nada tenga que ver, la criticará á usted, y lo que es más, tal vez la calumnie, si halla medios para ello. Mi madre representa el mundo para usted en este momento, y desea unirla con el Sr. Nevin, porque el enlace de dos protegidos sería para ella un pequeño triunfo de amor propio. Tratándose de franceses, no le agradan más que los del arrabal de San Germán, y no admite á las personas vulgares. Tal vez cerraría su puerta al Sr. Villeroy y á su esposa, y en el caso de recibir á esta última, cuyo verdadero nombre seguiría siendo para ella el de Mila del Paso, dejaría al marido en la antecámara, en el sentido figurado, por supuesto. Si tal sucediese, amiga mía, una palabra de usted, no importa cuándo, fechada en cualquier parte que sea, bastaría para que me tuviese usted á su lado al punto. Recuérdelo bien.

Había tanta bondad, tanta nobleza en todo cuanto aquella mujer decía, que Mila se conmovió profundamente; pero repuso con una ligera sonrisa:

– Usted es buena, muy buena, princesa; pero... en esta ocasión su bondad resulta un tanto inútil. Sepa usted que el Sr. Villeroy no se me ha declarado.

– ¿Qué importa, si ustedes se entienden sin eso? De todos modos, reflexione usted, yo se lo ruego.

Después, habiendo dicho cuanto tenía que decir, la princesa Pignacci cambió de conversación, y muy pronto condujo á la joven á su casa.

Andando el tiempo, Mila no dió jamás aquel paseo por el bosque, á la hora de ponerse el sol, ni entró nunca por la gran alameda, en medio de la multitud y de la compacta fila de coches, que corrían rápidos y ligeros, sin parecerle que oía de nuevo la voz grave y bien timbrada de la princesa y sin que resonasen en su oído las palabras «reflexione usted »

IX

– ¡Todo acabó ya!

Villeroy se volvió en su taburete; acababa de tocar los últimos acordes de la escena final, que Mila había cantado magistralmente, y paseó una mirada por el salón, donde había disfrutado de tantas horas deliciosas. El fuego chisporroteaba alegremente; un sol radiante penetraba á raudales por las grandes ventanas, y todo tenía un aspecto familiar y encantador. Villeroy estaba solo con su discípula, que iba á dejar de serlo, y al mirarla sintió en su interior una indecible angustia. ¿Era posible separarse de ella, y no volver á verla más sino al paso, casi como una persona extraña? Mila no contestó; permanecía de pie junto al piano, vibrante aún por aquella música que amaba, y rehuía la mirada del músico, sintiéndose poco segura de sí misma.

Villeroy se levantó algo bruscamente y cogió entrambas manos de la joven.

– ¡Pero míreme usted!, dijo.

Mila levantó los ojos lentamente, y sus miradas hablaron por ellos; la artista comenzó á temblar un poco; y sin embargo, ella fué la que dijo valerosamente:

– No, no acabó todo..., puesto que...

– ¡Puesto que nos amamos!, murmuró Villeroy en voz muy baja.

– Sí..., y cuando dos se aman... deben casarse, naturalmente...

El músico besó una tras otra las dos manos que aún tenía entre las suyas.

– ¡Usted... mi esposa! ¿Es posible?.. ¿Ha reflexionado usted, Mila? Piense en lo que es, y un poco en lo que yo soy.

– Creo en usted, en su genio, y yo no puedo ser más que la manifestación exterior de ese genio..., el instrumento. No pido más felicidad que esta, y con orgullo me digo: «Villeroy me necesita; yo le soy indispensable, y tal vez sin mí esperaría aún largos años antes de ser reconocido por lo que es, por el genio más original de nuestros días.» Sí..., he reflexionado, y desde hace largo tiempo sé que le amo. Este dulce afecto ha despertado en mí el alma que me faltaba para ser una artista menos imperfecta; y si alguna vez llego á tener un verdadero talento, á usted se lo deberé. Para mí será una alegría deberle esto, debérselo todo ..

Y de este modo se desposaron, muy sencilla y sobriamente, hablando poco y permaneciendo uno junto á otro con las manos cogidas; hasta la turbación había desaparecido, y eran infinitamente felices; pero su felicidad tenía mucho de religiosa.

Esta solución les parecía tan natural, que los dos olvidaron por completo, ella su resolución de no casarse nunca, para consagrarse del todo á su arte; y él su deseo de vivir libre de todo lazo.

Villeroy se retiró como de costumbre; el que los hubiera visto no habría adivinado nada, á no ser tal vez que hubiese interrogado los ojos de uno y otro.

Mila no se daba prisa para comunicar á los demás aquel suceso, y á las preguntas algo impacientes de la tía Deborah contestó que ya tenía aprendido su papel, y que las lecciones habían terminado. Pensaba decirle más tarde toda la verdad, y entretanto quería saborear tranquilamente su satisfacción, conociendo ya todas las objeciones que le sería preciso rechazar y todas las escenas que se producirían. En efecto, ¿cómo persuadir á la señora Fletcher, mujer positivista y de poca reflexión, que ella, Mila, era la que debía regocijarse, y que el amor de un músico tal como Villeroy bastaba para hacer feliz á cualquiera mujer y enorgullecerla? La tía Deborah, siempre recelosa, miró á su sobrina un poco de reojo; mas no pudo averiguar nada. Mila rehusó acompañarla para hacer una serie de visitas; y como la señora Fletcher encontrase en la escalera al Sr. Macready, le comunicó sus sospechas.

Cuando Mila le vió entrar, se ruborizó un poco. La mirada del americano, mirada dura, penetrante é imperiosa, la perturbó, pues comprendió que sería necesario decírselo todo, sin rodeos é inmediatamente.

Sin embargo, el Sr. Macready, después de tomar asiento, habló de cosas indiferentes, mientras revolvía los tizones en la chimenea, lo cual era en él una manía; pero Mila observó un ligero temblor en la mano que en esto se ocupaba.

La joven recobró su valor y esperó.

– Creo que mañana tendrá usted la última sesión con Nevin, dijo el Sr. Macready.

– Sí; después quiere enseñar el retrato á varios pintores franceses.

– Quedarán satisfechos, seguro estoy de ello. Tal vez sea la mejor obra de Nevin, porque en ella ha sido discreto, sin permitirse ninguna excentricidad.

– A usted le debe eso, Sr. Macready.

– Y á su modelo, que le ha inspirado... ¿No ha pensado usted alguna vez en ser la señora de Nevin?

– ¡Oh! No, como él tampoco habrá pensado nunca seriamente en solicitar que tome su nombre.

– Tiene usted razón; no le conviene á usted casarse.

Siguióse un breve intervalo de silencio, y después Mila repuso valerosamente:

– Sin embargo, voy á contraer matrimonio; voy á casarme con Francisco Villeroy. Los dos protegidos de usted se dan la mano; á usted corresponde bendecirlos, y...

La frase expiró en los labios de la joven, sin que acabara de expresar su inocente broma, y toda su desenvoltura se desvaneció de pronto. Sin embargo, el Sr. Macready no dijo una palabra; levantóse, y apoyándose en la chimenea, fijó en Mila una mirada fría, casi cruel. La joven se levantó también, y en pie delante de él, con las manos juntas, balbuceó sin saber apenas qué decía:

– Yo le ruego á usted..., yo le ruego...

– ¿Por qué suplicarme?, interrumpió el Sr. Macready. Usted es muy dueña de hacer cuantas necedades se le antojen; yo no soy su padre, ni tengo la menor autoridad sobre usted...

– Bien sabe usted que no es verdad, pues se lo debo todo.

– ¡Oh!.. ¿El agradecimiento? No le quiero. Tan sólo una cosa podía serme agradable – usted lo sabe muy bien, puesto que tiembla delante de mí, – y esa cosa no ha querido hacerla. Yo me había propuesto consagrar á usted al arte, deseaba que la música fuese su única pasión, y soñaba en hacer de usted la vestal de ese fuego sagrado. No es digna de ello, y por lo tanto, no hablemos más.

– Y sin embargo, el amor, esa cosa extraña y perturbadora, me transformará en la artista soñada por usted.

– Ame usted, pues; pero sin casarse. ¿Por qué arrepentirse? Usted no es ya una niña, y bien debe conocer el mundo, puesto que ha estado entre bastidores. Pero usted quiere ser mujer; en usted se despierta el ser inferior y despreciable..., era necesario preverlo. ¡Todas son iguales, y todas también poetizan ese instinto! Usted cree cándidamente en las frases lisonjeras, en la música que embriaga y seduce, y se deja mecer hasta el momento en que la verdad brutal se revela...

– Yo no me creo de ningún modo envilecida por mi amor, Sr. Macready, y muy por el contrario, estoy orgullosa de él. Usted ha adquirido derecho para decírmelo todo; mas yo le suplico que no abuse de su autoridad.

– ¡Un esposo, tendrá usted un esposo!.. Con otras podría dudar, negar en caso necesario, mentirme á mí mismo... ¡Ah! La conjuro á usted, Mila, si tiene algún sentimiento compasivo, á que no se case con Villeroy, ni con nadie.

– Le he dado mi palabra; seré su esposa ante Dios y ante los hombres.

El Sr. Macready no contestó; toda su cólera cedió de pronto. Considerábase como el más desgraciado de los hombres.

– Dispénseme usted, dijo al cabo de un momento sentándose junto á Mila y tomándole la mano, me arrepiento de haberle hablado tan brutalmente; pero sufro demasiado, y por eso...

– ¿Sufre usted por causa mía? Pues entonces, ¿por qué no haberme dicho que me amaba? ¿Por qué se alejó usted de mí? Yo le profesaba un verdadero culto, y este culto se hubiera convertido muy pronto en amor si usted hubiese querido. Para mí no era usted viejo; le consideraba como un ser aislado, muy superior, un poco temible tal vez; pero admirable con pasión. Si usted me hubiese dicho entonces: «Amiga mía, usted es mi obra, y ya la he modelado á mi manera para tomarla por esposa,» esto hubiera bastado. Ahora es demasiado tarde.

– ¿Mi esposa? ¡Pero si yo no soy libre, si soy casado! Si huía de usted era porque entre los dos se elevaba una barrera, una desgraciada loca. Escúcheme usted, única persona á quien habré revelado la triste historia de mi vida. Yo me casé con una joven, casi una niña, y también soñaba en la felicidad; pero ésta no se hallaba en mí, y jamás pude dársela á nadie Mi esposa tenía miedo de mí, y mi presencia era suficiente para dejarla fría. No obstante, yo hubiera querido hacerme amar, y tenía una sed de ternura de la que casi me avergonzaba; pero mis palabras eran siempre sarcasmos, cuando no me dejaba llevar de violencias, que espantaban á la pobre niña más aún que aquéllos. Así sucedió lo que debía suceder: no pudiendo amarme á mí, amó á otro y yo lo supe; mas como era muy orgulloso, procuré evitar todo escándalo. Nada cambió aparentemente en nuestro interior; pero la vida de aquella desgraciada llegó á ser insufrible. En mis ojos leía el furor que yo ahogaba, después de una única horrible escena promovida por los celos, y comprendíale también por mi silencio y mi presencia, que yo le imponía como castigo, aunque el tormento fuese para mí tan atroz como para ella. Al nacer su hijo, sufrió un acceso de locura; y aunque los médicos me aseguraron que la curación no era imposible, el caso es que la razón no volvió nunca completamente Después de algunos períodos de lucidez, el cerebro se trastornó del todo; mientras que la salud física, por el contrario, se restableció. Su locura era dulce; los accesos furiosos no se producían sino cuando yo iba á verla; y hace años que no he vuelto al asilo donde la cuidan; pero aún vive..

– ¡Desgraciada!, murmuró Mila.

—Sí y desgraciado yo también, podría usted añadir. Yo había pasado largos años en Europa; trataba de aturdirme, fuera como fuese, y casi lo conseguí. Entonces fué cuando la encontré á usted, y esto me proporcionó de nuevo alguna dulzura en la vida. ¿La amaba á usted? Lo ignoro; mas creo que entonces, lo mismo que ahora todavía, era incapaz de experimentar una nueva pasión. Lo que yo adoraba en usted era su voz, su juventud, tan pura, tan cándida y tan deliciosamente exenta de todo amaneramiento. Lo que me interesaba era ver á usted en lucha con los contratiempos de la vida; y si usted hubiera sucumbido, como tantas otras, me habría alejado de usted con la más completa indiferencia. Pero usted pasó en medio de inevitables peligros con la misma intrépida calma con que corría al galope de su caballo en medio de los rebaños de la pradera; y yo admiro en usted su valor y su maravilloso talento. También adoro su belleza ¡ay de mí!, y la idea de que ésta pertenecerá á otro me hace perder el juicio. ¿Será que amo á usted? No estoy seguro de ello; pero sé que me despreciaría á mí propio si le hubiera pedido más que la ternura de una hija para su padre. También sé que todo mi afecto á Villeroy se convierte en odio, celoso, y que le aborrezco de muerte por haberla conquistado... y con tanta facilidad... Es joven; sus cabellos no han blanqueado aún, y tiene genio. No creo profesar á usted un verdadero amor, pero usted es mi bien, y no quiero que nadie la toque..., no quiero. ¡Renuncie usted á ese matrimonio, que no le proporcionará la dicha!

—Tal vez ese matrimonio no me proporcione la dicha, Sr. Macready; pero se ha de efectuar, porque amo á Francisco Villeroy y éste me corresponde.

El Sr. Macready no contestó; pero miró á la joven largo tiempo con tal expresión de profunda tristeza, que Mila, conmovida hasta el punto de llorar, presentóle sus dos manos.

—Yo quisiera, no obstante, dijo, hacerle comprender que no soy ingrata.

El americano, volviendo á ser paternal, atrajo hacia sí á su protegida, y la besó en la frente, murmurando:

—¡Adiós, Mila!

—¿Se marcha usted? ¿No volverá más?

—¿Quién sabe? En todo caso, iré muy lejos, porque París ha llegado á ser para mí odioso.

Al separarse de Mila, no volvió la cabeza; no quería ver más á la novia de Villeroy.

El gran triunfo del músico fué su manera de convencer á la tía Deborah. Al saber esta última la noticia, y por más que la presintiese, sufrió una crisis de lágrimas, ella, que no lloraba nunca, y acto continuo comenzó á preparar sus paquetes para marcharse. Estaba resuelta á volver á Seaport, aunque esta no era ya la ciudad ideal de su juventud. Permaneció sorda á todas las súplicas de Mila, y en medio de la agitada escena que se promovió, presentóse Villeroy. La tía Deborah le rehusó su mano, volviéndole la espalda; pero el músico no tomó la cosa bajo el aspecto trágico, y conduciendo casi por fuerza á la buena señora á su sillón predilecto, sentóse á su lado y hablóle largo tiempo alegremente, sin obtener la menor respuesta.

—Es inútil, caballero, dijo al fin la señora Fletcher; le aborrezco á usted, en primer lugar porque es francés y desconfío de su país, y en segundo porque me arrebata á mi sobrina. Bien podía usted haber hecho eso antes de mi viaje, y así me hubiera evitado muchos gastos de bolsillo y de afecto, pues aunque soy una tonta he tomado mucho cariño á esa niña...

—¡Qué más hubiera yo deseado, querida tía! — de buena ó de mala gana lo ha de ser usted. — Solamente una cosa me lo impidió, y es que no conocía aún á mi adorable Mila. En cuanto á los gastos de afecto, los tomo por mi cuenta; además, me amará usted y los dos tocaremos á cuatro manos las armonías de Beethoven

—Usted no le conoce casi.

—En esto se engaña usted, pues le he estudiado apasionadamente. Es el maestro de los maestros. Póngame usted á prueba.

—Ustedes, los jóvenes, creen haber descubierto la música descriptiva, y yo le preguntaré si en la *Sinfonía pastoral*, por ejemplo...

—Querida señora, predica usted á un convertido. Jamás se comprendió tan bien lo hermoso de la naturaleza... Vea usted si no...

Y Villeroy, sentándose al piano, tocó los primeros compases de la *Escena á orillas del arroyo*.

—Yo, dijo Villeroy, no solamente veo la escena, sino que aspiro la brisa que doblega las espigas maduras, y el suave olor de la tierra. ¡La música descriptiva!.. ¡Oh! ¡La de Beethoven será el modelo eternamente hermoso, elevado, magnífico! He aquí un arreglo de esa pieza á cuatro manos; venga usted en mi auxilio, querida tía Deborah...

Entre risueña y enojada aún, la anciana señora, ajustándose sus lentes, tomó asiento junto al enemigo; y si desde el principio hubiera hecho Villeroy más completa justicia á su talento como ejecutante, habría quedado conquistada desde luego.

La tía Deborah dejó de hacer sus preparativos de viaje, y se quedó, aunque gruñendo siempre, avergonzada de haberse dejado persuadir con tanta facilidad; pero al fin se acostumbró á soportar la presencia de su futuro sobrino, y no fué insensible á sus atenciones. Bien mirado, por más que fuese francés, era hombre de buen gusto, y la tía Deborah llegó hasta el punto de tomar su defensa ante la señora Milner, que manifestó tanta irritación como asombro porque sus planes no habían tenido buen resultado. La señora Fletcher acabó por declarar que su sobrina había hecho perfectamente en elegir esposo según los sentimientos de su corazón.

—¿Y hará usted las veces de suegra enternecida y dulce?, dijo la señora Milner. Debe usted saber, querida amiga, que las suegras adustas han pasado ya de moda y que están relegadas en el almacén de accesorios. Ya no veo más que suegras que adoran á sus yernos. Bendecirá usted esos jóvenes amores y remendará las medias.

—¡Ah! No tenga usted cuidado. Yo no viviré con ellos; pero tampoco me mofaré, porque esto sería tirar piedras á mi tejado y ser necia por demás. Ya me arreglaré yo sola.

Bob quedó aterrado por la noticia, y sus manifestaciones de pesar fueron tan ingenuas, que contristaron á Mila.

—Mi pobre Bob, le dijo la joven, en todo tiempo te manifesté que no podría jamás ser tu esposa, bien lo sabes.

—¡Ya lo creo que lo sé, y también sé que yo no soy sino un buen chico muy franco, poco instruído tal vez, y sin la menor pretensión de ser un genio ni de asombrar al mundo; pero yo te habría hecho feliz; mientras que tu músico...

—Me hará dichosa también, segura estoy de ello. ¡Vamos, no digas mal de mi novio, Bob!

—No me serviría tampoco de gran cosa; lo mejor fuera marcharme, como el Sr. Macready. Es un consuelo pensar que también él se ha contristado; pero yo soy tan cobarde, que no me iré. ¡Necesito tanto verte, oirte y saber que eres tan admirada de los otros como de mí!

—¡Confiesa, Bob, que si yo no hubiese alcanzado buen éxito, tu amor se habría extinguido. No es tan profundo que no pueda convertirse en buen afecto fraternal, en compañerismo un poco tierno tal vez, pero susceptible de existir entre un joven honrado, como tú, y una mujer honrada, como la señora Villeroy. No pongas, pues, mala cara, pobre amigo mío.

—¡Si crees que esto es agradable de oir!.. En fin, á falta de cosa mejor, consentiré en seguir siendo el amigo, el compañero á quien se concede un poco de benevolencia, como se da una limosna á un pobre...

Se acordó celebrar el matrimonio en los primeros días de abril. Villeroy solicitó y obtuvo por el pronto que se efectuase en la intimidad, sin hacer invitaciones, con los testigos obligatorios y una docena de amigos; mas ante la oposición apasionada que Mila encontró en todas partes, rehusó en absoluto casarse «á escondidas,» como ella decía. Estaba orgullosa de su elección, é indignábale la actitud, no solamente de sus amigos íntimos, sino también de los indiferentes. Al parecer, todos veían en Villeroy, no al hombre de genio que al unirse con una cantatriz le honraba mucho, sino un pobre petate que por su casamiento hacía un negocio excelente

Villeroy cedió, aunque no sin disgusto. Vivía siempre entregado á sus sueños, viendo muy poca gente; trabajaba en su rincón solitario, cuando no estaba junto á su prometida, y no sospechaba en manera alguna el ruido que se promovía por su matrimonio, el cual había llegado á ser insensiblemente el gran acontecimiento artístico de aquel año. Mila había adquirido muy pronto una posición excepcional. Todos los críticos estaban de acuerdo en decir que sus progresos eran maravillosos, y no dudaban que los consejos de Villeroy habían contribuído á ello por mucho.

Las compañeras de Mila consideraron como un honor cantar en la misa de casamiento, pues era muy apreciada en la Opera, aunque no estuviese en relaciones de intimidad con las otras artistas, á quienes apenas veía fuera del teatro. El maestro Surgeres, individuo del Instituto, hombre muy respetado y algo temido también, fué uno de los testigos de la novia. Villeroy era uno de los raros músicos para quien el gran hombre tenía más palabras amables que censuras; verdad es que entonces no le consideraba como rival.

La iglesia resultó ser demasiado pequeña para los invitados, que se estrujaban y que representaban diversas clases de la sociedad. Si la señora Milner se abstuvo de asistir, contentándose con enviar una hermosa joya á la señorita del Paso, la princesa Pignacci se presentó en su lugar; pero los más de los concurrentes pertenecían á la sociedad francesa, y en particular al mundo de las artes. Todos los compañeros que Villeroy tuvo en Roma, y que por lo menos adivinaban lo que éste valía, se agrupaban á su alrededor.

Villeroy se alegró mucho, manifestando un poco de asombro, porque se creía ya casi olvidado. La señora Liardow, muy orgullosa de su discípula; muchos admiradores apasionados de la *prima donna;* letrados, artistas y músicos, en particular, todos convenían en hablar bien de Mila; pero con sus elogios mezclábanse estas palabras á manera de queja: «¿Por qué casarse, por qué ponerse al nivel de las demás mujeres?»

Todo pasó como una especie de sueño confuso y penoso para Villeroy; el desfile en la sacristía fué para el novio un suplicio; las caras de tantas personas desconocidas sucediendo rápidamente, los apretones de manos, las palabras triviales; todo esto le fatigaba.

Mila, por el contrario, estaba radiante de gozo; no parecía cansada ni agobiada, y siempre tenía una palabra amable para cada uno.

De todas aquellas caras, la que se grabó en la memoria de Villeroy con una claridad muy enojosa fué la del pintor americano Wilbur Nevin. Había ido una vez á su taller para ver el retrato de Mila, que no le gustó sino á medias; mientras que el pintor le pareció sumamente antipático. La expresión dura de los ojos claros de Nevin y su ligera sonrisa irónica impresionaron penosamente al recién casado, sobre todo al oir su voz seca cuando dijo: «hasta la vista, señora,» con una entonación que parecía una amenaza. Pero todo esto fué cosa de un instante; Mila, al parecer, no había oído aquella frase, y toda su atención se fijó en la persona que seguía al artista y que resultó ser la princesa.

Por fin terminó todo, y los casados se marcharon inmediatamente después de la ceremonia. Habían tenido el capricho de ir á pasar la luna de miel en la casita situada cerca de Villers; la idea fué de Mila y á Villeroy le pareció excelente. El mes de abril, con frecuencia tan frío y desagradable, fué aquel año delicioso, verdaderamente la primavera de los poetas.

Encontraron los árboles llenos de flores; los manzanos, sin hojas casi, parecían grandes ramos de novia; el césped estaba esmaltado de margaritas y de violetas que embalsamaban el aire suave y puro; y el mar, de un hermoso azul, sin olas apenas, dormía acariciado por los últimos rayos del sol poniente; mientras á lo lejos se destacaba bajo un cielo de color rojizo la línea del Havre. Todo estaba silencioso y tranquilo.

Después de su ligera comida, la primera en que tomaban parte solos, permanecieron largo tiempo en la galería, cogidas las manos y mirando cómo salía la luna, que muy pronto inundó toda la naturaleza con su blanca y melancólica luz. Una inmensa línea fosforescente en el mar extendíase como un camino trazado hacia lo infinito, hacia el más allá. Los árboles en flor ostentaban su blancura sonrosada en la luz más blanca aún; mientras que en el césped, las sombras muy negras tenían un no sé qué de inquietante y de profundo. Más allá del jardín, el camino se prolongaba, blanco también, flanqueado de grandes árboles negros.

—¿Te acuerdas, amada mía?, dijo Villeroy. El viajero, cansado por su larga caminata, se apoyó allá abajo, escuchando una voz divina.

—Precisamente porque me acuerdo he querido volver aquí contigo, con mi esposo.

—¿Es verdad? ¿Es posible? ¿No sueño? ¿Eres mía, bien mía?

—No, no es un sueño; pero escúchame, Francisco... Siempre vas en busca de lo ideal, y lo ideal no es de este mundo La mujer que se apoya en ti y que tú estrechas entre tus brazos, no es más que una mujer con las debilidades y los defectos de tal. No veas en mí un ser soñado y perfecto; no es la sirena que entona su canto divino; es la hija de la tierra que balbucea algunos fragmentos muy incompletos: no lo olvides. Quiero que me conozcas por lo que soy, y que me ames como tal. Soy débil y vana; necesito ligeras dichas, junto con la felicidad infinita de amarte; el rumor de los aplausos me halaga, así como también los elogios, por vanos que sean, y las palabras dulces. Ya ves hasta qué punto soy imperfecta...

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

PANORAMAS FOTOGRÁFICOS

EL CICLORAMA ELÉCTRICO DE M. CHASE

A pesar de su valor artístico y del talento empleado en su edificación, los más hermosos panoramas

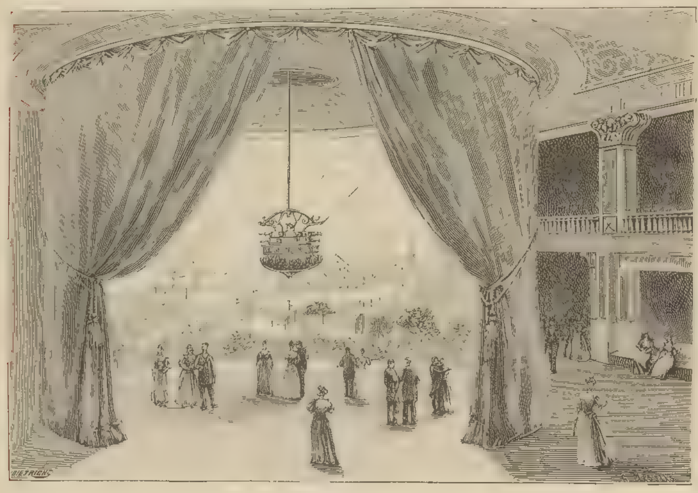


Fig. 1. – Vista en conjunto del panorama fotográfico ó *ciclorama* de M. Chase

han acabado por cansar al público, y cediendo á los gustos del día, el uno se ha convertido en circo, el otro en pista de patinaje, un tercero en pista velocipédica, etc.

El invento que á grandes rasgos vamos á describir parece llamado, si la realidad corresponde á las esperanzas del inventor, á volver á poner de moda los panoramas y asegurarles en lo porvenir nuevos éxitos y una existencia más duradera y menos efímera.

La idea de M. Chase, americano de Chicago que hace muchos años trabaja para perfeccionar sus aparatos, pone á contribución los progresos y descubrimientos más recientes en materia de fotografía panorámica, de aparatos de proyección, de alumbrado eléctrico, de kinetoscopios, de cinematógrafos y de todos los demás sistemas que permiten representar

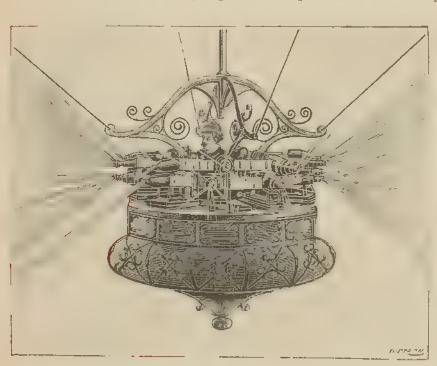


Fig. 2. – Aparato de proyección completo

fielmente los fenómenos del movimiento y de la vida, lo mismo que las vistas y los paisajes inanimados.

La posibilidad de hacer desfilar delante del público un gran número de vistas en un período de tiempo muy limitado y de animarlas á voluntad, comunica al ciclorama una animación verdadera y una variedad notable que no ofrecen los diversos panoramas ordinarios.

Digamos, sin embargo, en honor de la verdad que la invención de los panoramas fotográficos es esencialmente francesa; y acerca de ella dió una conferencia magistral en 13 de marzo de 1892 en el Conservatorio de Artes y Oficios de París el coronel Moessard, agregado al estado mayor del ejército; el cual describió todos los aparatos panorámicos, así desde el punto de vista de la producción de las pruebas como de las numerosas aplicaciones que pueden tener estos aparatos, tales como vistas instantáneas, vistas múltiples, vistas verticales ó inclinadas, vistas topográficas y finalmente proyecciones panorámicas sobre una pantalla semicircular. He aquí un fragmento de la conferencia que merece ser reproducido:

«Con objetivos de proyección de 25 centímetros de foco, prodúcense en una pantalla de siete metros de radio imágenes de 8'50 metros de longitud por 2'10 de altura, que representan aproximadamente la mitad del panorama completo. Los radios que van hasta los dos extremos de la vista forman entre sí un ángulo de solos 67°, en vez de uno de 170 que forman sus correspondientes en la naturaleza. Este dispositivo no realiza, pues, exactamente la concepción teórica de la proyección panorámica, y se impone por la necesidad de mostrar la vista á un numeroso concurso al que no puede suponerse concentrado todo él en el centro del cilindro.

»Cabe esperar que en lo porvenir esto se perfeccionará y que algún día se podrá proyectar panoramas completos en salas especiales análogas á las que se destinan á los panoramas históricos, y el problema quedará enteramente resuelto cuando á la verdad de la reproducción que da la fotografía podrá añadirse la magia de los colores, es decir, cuando habrá dado todos sus frutos el hermoso descubrimiento de M. Lippmann.»

Estas palabras proféticas son hoy un hecho, superior aún á lo que en ellas se predecía, si no desde el punto de vista del color, por lo menos desde el del movimiento, ya que desde 1892 los kinetoscopios, los cinematógrafos y los cronofotógrafos son de uso corriente en la práctica y permiten animar un panorama fotográfico circular completo, tal como en aquella fecha lo concebía el coronel Moessard.

M. Chase utiliza un panorama ordinario, pero en el cual los espectadores están al mismo nivel del suelo del cilindro hueco de 30 metros de diámetro y 10 de altura sobre el cual son proyectadas las fotografías colocadas en un aparato de proyección suspendido en el centro de la sala como una lámpara.

La figura 1 representa una vista en conjunto del panorama tal como lo concibe el inventor y tal como lo ha realizado ya en más pequeña escala en 1894 con aparatos de ensayo en el *Chicago Fire Cyclorama* de Chicago. La figura 2 reproduce el aspecto del aparato de proyección completo; la figura 3 indica el modo de construcción de la plataforma suspendida sobre la cual están colocados el operador, los aparatos de proyección, sus carretones y las lámparas eléctricas que iluminan estos aparatos. El diagrama de la figura 4 da una idea general del principio del sistema.

Ya se comprenderá cuán fácil es transformar un panorama ordinario en ciclorama eléctrico: basta para ello pintar de blanco la tela del fondo y suspender en el centro de la sala el aparato de proyección combinado por M. Chase.

El aparato suspendido en medio del panorama por medio de un tubo de acero y de cables de alambres de acero (figuras 3 y 4) tiene 2'50 metros de diámetro y tres de altura: el operador está colocado en el centro de una plataforma circular y rodeado de una mesa anular sobre la cual hay ocho carretones en los que van montados los proyectores, las lámparas, los kinetoscopios, los cinematógrafos y todos los dispositivos necesarios para animar la escena y producir las transformaciones.

Cada proyector está alimentado por una lámpara eléctrica especial, y los hilos conductores que llevan la corriente atraviesan el tubo de suspensión. En la mesa anular hay los conmutadores y los reostatos por medio de los cuales se regula la luz según los efectos que se hayan de producir.

Los proyectores van provistos de diafragmas iris que permiten obtener efectos de desvanecimiento y desaparición gradual, efectos de noche, de aurora ó de crepúsculo. Estos proyectores, en número de ocho, son dobles, gracias á lo cual puede prepararse una vista y ponerla á punto mientras los espectadores miran otra, y la transformación de un cuadro en el que ha de sucederle no se verifica sino cuando está perfectamente arreglado.

Los mecanismos de gran precisión de que están provistos los carretones que sostienen los proyectores permiten ajustar perfectamente las vistas y ponerlas á punto para obtener la continuidad necesaria á la ilusión. Las ocho vistas fotográficas positivas que producen un panorama de 90 metros de circunferencia y de 10'50 de altura tienen en junto una longitud de 2'10 metros y una altura de 20 centímetros.

Los rayos que emanan de cada uno de los ocho aparatos de proyección se cubrirían unos á otros y se cruzarían entre sí, si varias guías fijadas en las lentes y cuidadosamente reguladas una vez por todas y para cada vista no suprimieran las partes de las vistas que sin esta precaución resultarían unas encima de otras.

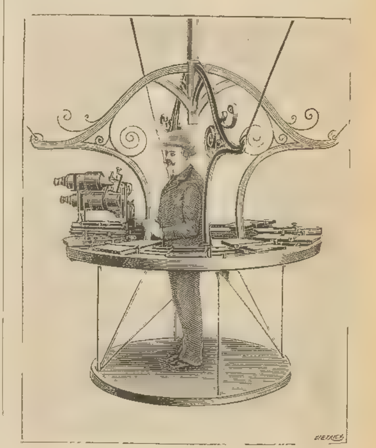


Fig. 3. – Plataforma del operador y de los aparatos de proyección suspendidos en el centro de la sala

Cuando el panorama inmóvil está bien preparado se puede animar á voluntad tal ó cual parte del mismo, proyectando sobre ellas, por los procedimientos aplicados ya en otras circunstancias, nubes movibles, efectos de luna, proyectores, barcos, batallas navales, etc.

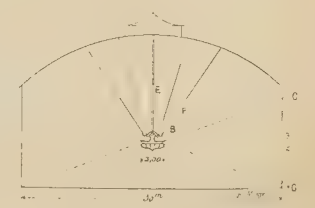


Fig. 4. – Principio del panorama fotográfico. – B. Aparato de proyección. – E. Barra de suspensión. – F. Cables. – G G. Pared circular que forma pantalla de proyecciones.

Si se combina este aparato con el kinetoscopio de Edisson ó con el cinematógrafo de Lumiere, se podrá, como indicamos al principio de este artículo, animar una calle proyectando en ella una procesión, un regimiento, una manifestación política ó cualquier vista de un suceso de actualidad, al cual servirá de marco el fondo fijo del panorama.

M. Chase hizo sus primeros ensayos, como hemos dicho, en el *Chicago Fire Cyclorama*, en agosto de 1894. Una fotografía panorámica de 10 centímetros de altura y 80 de desarrollo total fué proyectada cicloránicamente sobre una pantalla circular de 48 metros de circunferencia y 4'50 de altura.

Según el periódico profesional de Chicago *The Western Electrician*, aquel experimento preliminar, aunque algo tosco y hecho en proporciones insuficientes, causó gran sorpresa é interesó sobre manera á los privilegiados invitados á asistir á aquella sesión, que M. Chase se dispone á repetir.

La idea del inventor americano es ingeniosísima y es de desear que el éxito corone los nuevos experimentos llevados á cabo con aparatos de proporciones más en relación con el efecto que ha de producirse. Dados los rápidos progresos de la electricidad, de la óptica y de la fotografía, es casi seguro que el ciclorama alcanzará en breve su grado de perfección.

X..., *ingeniero*

(De *La Nature*)

FEDERICO BARBARROJA, proclamado emperador de Alemania en Francfort, en 1152, alto relieve de Clemente Buscher

LA FUERZA DE LAS MANDÍBULAS

Un dentista de Jacksonville, el doctor Black, ha determinado experimentalmente la fuerza ejercitada por las mandíbulas humanas masticando el alimento y la fuerza máxima que pueden desarrollar. He aquí los resultados de los experimentos realizados por medio de un dinamómetro especial en ciento cincuenta personas de todas edades, sexos y constituciones: la fuerza más debil ha sido en una niña de siete años que desarrolló 13'6 kilógramos con los incisivos y 30 con los molares, y la mayor la ha desarrollado un médico de treinta y cinco años que ha llegado al máximo del dinamómetro, 122 kilogramos, sin haber desarrollado el máximo de su fuerza. La mayor parte de los pacientes no han podido ejercitar normalmente más que una fuerza de 45 kilogramos con los molares y 90 con los incisivos: el esfuerzo no depende del desarrollo muscular, sino del estado de las membranas peridentales, y Mr. Black asegura que masticando los alimentos, hacemos esfuerzos mayores de los que para esta operación se necesitan.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

LA LEYENDA DEL REY BERMEJO, por *Rodrigo Amador de los Ríos*. – Inspirándose en una de las más bellas tradiciones granadinas, escribió el Sr. Amador de los Ríos el libro que nos ocupa y que forma parte de la reputada biblioteca de Arte y Letras. Al interés del asunto júntase en él la belleza del estilo que se admira en todas y cada una de las páginas de la obra, llenas de esa encantadora poesía que respiran las orientales leyendas que nos han legado los que un día fueron señores de nuestra patria. *La leyenda del rey Bermejo* está profusamente ilustrada con bonitos dibujos de Isidro Gil y forma un tomo de más de 400 páginas que se vende en la librería de Arturo Simón (Rambla de Canaletas, 5, Barcelona) al precio de 1'50 peseta en rústica y á 3 pesetas lujosamente encuadernado con elegantes tapas de colores.

* * *

VERSOS, por *Josefa Codina Umbert*. – Colección de poesías de diversos géneros, en todas las cuales se nota como cualidad principal una delicadeza de sentimientos reveladora de un alma enamorada de los verdaderos ideales poéticos. Véndese á dos pesetas.



¡MIRA, ALLÁ!, grupo escultórico de Ricardo Jakic

HISTORIA DE MARÍA ANTONIETA, REINA DE FRANCIA, por *Edmundo* y *Julio de Goncourt*. – Es uno de los libros más encantadores que pueden caer en manos del lector. Los hermanos Goncourt, sólo conocidos hasta hoy en España por sus novelas, son historiadores admirables por la escrupulosidad de sus relatos y por la amenidad que como grandes artistas dan á las tétricas escenas de la Revolución Francesa. Los autores estudian en este libro la educación de la reina, su matrimonio, sus lujos, las intrigas de la corte; la causa del famoso collar, la prisión de la real familia, los suplicios en el Temple y todos los sucesos de la Revolución hasta que Luis XVI y María Antonieta sucumben en la guillotina. Ha sido editado por *La España Moderna* y se vende en las principales librerías á 7 pesetas.

* * *

ANALES DE LA SOCIEDAD FILATÉLICA «SANTIAGO.» – Publicación interesantísima para los aficionados á coleccionar sellos, dedicada á los coleccionistas que hablan español y especialmente á los hispano-americanos. El número 2 que tenemos á la vista contiene muchos y muy curiosos datos sobre los sellos, tarjetas, etc., chilenos, que permiten conocer de una manera completa las más insignificantes variedades de los mismos. Publícase en Santiago de Chile, imprenta Barcelona.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 2 de marzo de 1896 — Núm. 740



EN EL CAMERINO DE LA PRIMERA, dibujo de N. Mendez Bringa

(Véase el artículo de A. Danvila Jaldero)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿EXISTE LA CUARESMA?

Podrá parecer caprichosa la pregunta, y no faltará quien se extrañe al leerla. Prosigan la lectura, y la extrañeza cesará. Yo no pregunto (se comprende) si hay ó no hay cuarenta días del año oficialmente destinados al recogimiento, á la represión de los apetitos y á la observancia especial de ciertos preceptos de la Iglesia. Esos días se encuentran consignados en el calendario; pero esos días son una de tantas *letras muertas* como podríamos descubrir en nuestras costumbres y en nuestro modo de ser moral. Acaso en provincia la Cuaresma existe aún. En Madrid no la veo, no la siento.

Empecemos por el principio, y consignemos lo que es en la corte el austero Miércoles de Ceniza. Un día idéntico al Domingo, Lunes y Martes de Carnestolendas. Digo mal: en las clases populares, mejor se jalea con meriendas, borracheras y juerga tendida el miércoles, que los días anteriores. Ahí están la pradera del Canal y el clásico entierro de la sardina, que no me dejarán mentir. Antaño, las clases acomodadas y pudientes guardaban el miércoles con sumo respeto. La noche del martes ya no se consideraba válida para fiestas ni saraos, porque desde que el reloj marcaba las doce era obligación estricta (y sigue siéndolo, por supuesto) el ayuno. Hoy el martes se aprovecha, estrujando hasta la última gota el vacío limón del placer, y el miércoles permanece la afluencia de máscaras que bajan al Prado y á Recoletos, la de coches que forman la fila, la de trenes que circulan por el centro del paseo provistos de la costosa licencia municipal ó autorizados por los galones oficiales de cocheros ó lacayos. Aturde el miércoles las calles de la villa la carnavalesca algarabía de voces contrahechas; cae al arroyo la misma lluvia multicolor de *confetti*; rasgan el aire las espirales azules, coloradas, amarillas; la multitud circula con alborozo, tomando el sol, en vez de la ceniza que nos recuerda la vanidad de las cosas humanas y la hora inevitable, ignorada y terrible...

Empieza, pues, la Cuaresma á ser burlada y desdeñada en su origen y fuente, que es el día del *memento* y de la reflexión, preparadora de la contrición y la penitencia. Pasado el miércoles, creeríais tal vez que recobra sus fueros la meditación y el arrepentimiento de los pecados, si no vieseis anunciados por todas partes los bailes de Piñata del primer domingo cuaresmal. Observad como los fieles tienen en tan poco los mandatos de la Iglesia, que ni aun se verifican los bailes de Piñata en la noche del sábado, lo cual ahorraría la infracción del ayuno, pues cuando se pasase al *buffet* ya sería domingo, sino el domingo mismo, que viene á ser el lunes. También en este día de la Piñata veréis las calles animadas por el bullicio de las máscaras; volverá el antifaz á cubrir los rostros, correrá el champagne en las cenas, y la pálida Cuaresma se velará la faz con los crespones de su eterna melancolía.

¡El ayuno! El ayuno es, de todos los preceptos, el más desatendido, si bien no le va en zaga la vigilia con abstinencia. Fijad los ojos en cualquier periódico y reparad cómo combinan sus *menus* las fondas y casas de comer, presentando á las ostras estrechamente enlazadas con las perdices y á las langostas dando el brazo á los capones. Entrad en las casas y sorprended las intimidades de la vida de familia: hallaréis que el viernes perseveran las chuletas y el cocido: apenas si los días más señalados de la Semana Santa se come de vigilia. Recorred las pequeñas *soirées* escogidas, y en muchas encontraréis la tetera y la *bouillotte* flanqueadas por los lindos platos de Sajonia cargados de pastas, de emparedados y de tostaditas. Preguntad á la gente por qué no ayuna, y aunque pocos españoles y ninguna española os responderán que porque no les da la gana, cada cual alegará su pretexto y su disculpa. El uno por joven, por viejo el otro; ésta por anémica, aquélla por nerviosa, la de más allá porque sufrió la *gripe* el año pasado..., ello es que los ayunadores escasean más que los zahoríes. Y qué, si sacásemos á relucir los secretos de las grandes cocinas, y se divulgase que los cocineros echan substancia de carne y medula de buey á las sopas de vigilia, y picadillo finísimo de jamón á los pasteles de anchoas, logrando así que los convidados salgan bendiciéndole y repitiendo con el más delicioso candor: «¿Ha visto usted qué comida de pescado? Mantiene lo mismo que una de carne. ¡Lo que pueden la habilidad y la ciencia de un buen *cordon bleu!*»

No sólo no se ayuna, sino que casi nadie sabe en qué consiste el ayuno y cómo se guarda.

Consultad la estadística y ella os enterará de que se expenden cada año menos bulas de la Santa Cruzada y de carne. Este dato será doloroso, pero es exactísimo, y prueba que la Cuaresma, como dije, se evapora, se disipa, desaparece de las costumbres de este país tan católico y también ¡ay! tan mal hablado, tan horriblemente blasfemo.

No se tome á paradoja: la Cuaresma decae..., por lo mismo que decayó el Carnaval. Los dos eternos enemigos, los irreconciliables, los antagonistas, se han atravesado mutuamente y agonizan juntos. La indiferencia hacia las tradiciones, que es como el olvido de la personalidad, como la pérdida de la fisonomía, como la sumersión en el mar de la indiferencia, cuyas olas se lo tragan todo y borran hasta los vestigios de lo que fué: he aquí el mal que consume á la Cuaresma. Vamos caminando á que el año sea todo igual, monótono, sin esas graciosas interrupciones que tienen en el fondo alto sentido, que son filosofía simbolizada en prácticas populares. Cada fiesta, cada conmemoración de la Iglesia encierra enseñanzas, y el año litúrgico, bien seguido, bien estudiado, sería como una historia del alma humana y de su redención y glorificación.

Ahora se acerca el período en que la Iglesia despliega más grandeza en sus ceremonias y en sus solemnidades. La bendición de los santos óleos; la reconciliación de los penitentes; el Lavatorio, que hace la apoteosis de la suprema humildad; el pavoroso oficio de Tinieblas, que sobrecoge el ánimo; la tierna y reverente Adoración de la Cruz; los sublimes Improperios; la bendición del fuego nuevo y del incienso; el cirio Pascual; la bendición del agua bautismal, son otras tantas estrofas del largo himno de dolor y esperanza que empieza en la imposición de la Ceniza y concluye con el *Aleluya* victorioso de Sábado Santo. Nunca la devoción y la oración parecen más fáciles y gratas que en este tiempo en que el invierno se despide y aún no se atreve á desplegar sus galas la primavera. Nunca está más cerca de nosotros el Salvador, el Héroe cuya gesta divina refieren esas conmovedoras páginas litúrgicas. Sin embargo, ¡cómo se le olvida! ¡Qué lejos del corazón se le lleva!

No negaré que aún quedan casas donde se observa al pie de la letra la disciplina cuadragesimal. En provincia, sobre todo, se ayuna y se guardan las vigilias estrictamente. Si evoco las memorias de mi niñez, recuerdo que el ver infringidos los preceptos de la vigilia y del ayuno era caso punto menos que inaudito en aquel medio ambiente sosegado de capital provinciana. A este propósito referiré un sucedido que demuestra hasta qué punto parecían inverosímiles las infracciones. Existía en mi pueblo natal una Asociación benéfica de damas, fundada y presidida por la condesa de Espoz y Mina y de que formaba parte mi madre. El día de Jueves Santo, durante los Oficios, dos señoras ricamente vestidas de negro pedían para los pobres en la iglesia, teniendo á uno y otro lado á dos niñas asiladas, de las que amparaba la Asociación; y era inveterada costumbre que al salir del petitorio, las niñas se quedasen á almorzar en casa de una de las señoras, antes de retirarse al asilo. Cuando nos tocó el turno de convidar á las niñas, sirvióse en la mesa lamprea, ese admirable pez-sierpe de nuestros mares del Norte, que debe de vencer en sabor y en firmeza á sus celebrados congéneres del lago Fúsaro. Las criaturas – á las cuales me parece estar viendo con su traje de indiana azul y su mantillita blanca de tieso lino – encontraron exquisita la lamprea, y se les dió, para la merienda, en un cesto, lo que había sobrado, con muchos dulces y golosinas. De vuelta al Asilo, alabaron la sabrosa comida, y al preguntarles las Hermanas de la Caridad en qué había consistido, dijeron que, sobre todo, en un gustosísimo plato de carne. ¡Hermanas que tal oyeron! ¡Carne en Jueves Santo! Dejo á la consideración del lector los extremos de asombro y de reprobación que hicieron, el pasmo de unas, la incredulidad de otras; y el caso no era para menos. Por último, una de las niñas debió de añadir: «Y ahí traemos las sobras, madre.» Corrieron al cesto las buenas Hermanas, y no sin gran consuelo descubrieron el cuerpo del delito, la lamprea... que sirvió en tal ocasión para vindicar á mi familia de una nota infamante. El magnífico pez es de tan recia y poderosa comida, que se explica el error de las pobrecillas, las cuales no lo habían probado jamás, ni sabían que existiese.

En Madrid no he visto lampreas. Es preciso reconocer que los rigores de este tiempo penitente son más llevaderos en mis costas que por acá. La lista de una comida de vigilia, no sólo es fácil, sino golosa, en esas tierras del Noroeste, donde el mar cría y sazona tan delicados manjares. En el país gallego, el marisco ofrece variedad increíble, y son tan numerosos los géneros de pescado blanco y azul, que se considera habilidad en una buena ama de casa el conocerlos por sus nombres y saber escogerlos y diferenciarlos. Aunque sólo existiese la sardina, con el gusto que tiene al salir de las olas, sería llevadera la Cuaresma. La sardina no es viajera: quiere, según el dicho popular, que se oiga desde el puerto donde la redaron el chirrido de la sartén en que la fríen; á la corte llega la sardina denegrida, acardenalada, sin la gentil curvatura que guarda su plateado cuerpo mientras está fresca y sólida la carne; y los madrileños ignorarán siempre lo que es una sardina, si no van á catarla á las orillas del Cantábrico. Las reciben en descomposición. Al paladar de los que hemos nacido en la playa no cabe que se le engañe ni con sardinas de tres días, ni con ostras de cuatro ó seis.

En Madrid, el seco bacalao, las ascéticas lentejas y el garbanzo disfrazado con verde capuchón de perejil en potaje son los recursos de la inmensa mayoría de los que aún acatan los preceptos. Las colaciones constituyen un problema de economía doméstica. Patatas, alcachofas, berenjenas, judías, se empeñan en remedar á otros manjares más nutritivos, y se rebozan y se rellenan para fingir que no son vegetales, algo semejante á lo que manducaban los primitivos anacoretas, á quienes debemos recordar para no sentir tanto las leves mortificaciones del estómago. No deja de haber poesía en lo que se refiere de San Pablo, el eremita, que vivió sesenta años en una gruta que tenía á la entrada una fuente y una palmera, con cuyos dátiles se mantuvo el santo todo ese tiempo, y lo que consta de San Macario, que más sobrio todavía, se contentaba con tomar para su sustento, los domingos, alguna hoja de legumbre cruda. Hay un rasgo encantador, referido en la *Vida de Santa Paula*, y que él solo pinta la rigurosa penitencia de aquellos ascetas. Pasó por el desierto un viajero compasivo, y dejó á San Macario, en ofrenda, un tentador racimo de uvas tempranas. Aunque atormentado el santo por el hambre y por la sed, desecada la lengua en la ardorosa boca, ofreció el racimo al solitario de la celda más cercana. Éste lo llevó al inmediato, y así sucesivamente el racimo fué dando vuelta á las celdas, que pasaban de ciento, y volvió intacto á San Macario, quien lo gustó por fin bendiciendo á Dios.

¿No es cierto que la anécdota trasciende como una violeta silvestre, y convida á reprimir los ímpetus de la gula, que de tal manera avasallan al siglo en sus postrimerías? Esta excesiva preponderancia de la materia en los últimos años del siglo, si la consideramos bien, produce impresión de fatiga y repugnancia. El precepto del ayuno, cuya utilidad higiénica nadie desconoce, pues está de acuerdo con lo que sabemos del influjo de la estación germinal en el organismo, es también higiénico para el alma. Aprender á privarse de un goce ó de un capricho sin interés egoísta, sin que á ello incite el consejo del médico, sino el recuerdo de que allá hace cerca de dos mil años, en Palestina, el Nazareno pasó cuarenta días sin probar alimentos, en la cima de una montaña, es un rasgo de espiritualidad, de finura, que no exige valor heroico, que sólo pide cierto dominio (muy conveniente) de la voluntad sobre este regalón Sancho Panza que se llama el cuerpo.

Por eso duele ver cómo se evapora la Cuaresma; por eso aflige el que desaparezcan también, al par de las costumbres que, como el Carnaval, son sospechosas de paganismo, las que proceden esencialmente del Cristianismo y encierran, bajo la corteza de un precepto escueto y categórico, la pulpa de una lección. En esta época del año en que el culto ofrece tan tiernos y dramáticos detalles, todo es misterio, todo expresa cosas inefables, enlazadas con el momento más glorioso de la Redención. Si no imitamos á los cristianos de Oriente, que no comen en tres días, no queramos tampoco parecernos á los irracionales, que no son capaces de ayunar.

EMILIA PARDO BAZÁN



El Pasmo de Sicilia, fragmento del cuadro de Rafael

EL PASMO DE SICILIA

2 (?) *de marzo de* 1517

Célebre cuadro de Rafael Sanzio,
existente en el Museo Nacional del Prado en Madrid

La historia de esta maravillosa pintura hállase envuelta en los velos de una leyenda cuasi extraordinaria y con puntas y ribetes de milagrosa, además de que, en la parte real de la dicha historia, las omisiones de fechas y datos importantes para determinar exactamente el día en que dió por concluída la obra maestra el pintor favorito de León X, han sido subsanadas por Condivi, Vasari y otros, como Passavant, etc., de modo tal, que no puede sacarse en limpio nada más que lo siguiente; y aun esto, *suponiendo*, en vez de certificar, el hecho.

Comencemos por que el cuadro no debe su título actual *El Pasmo de Sicilia* á lo que la leyenda refiere, de haber producido en el pueblo su contemplación un asombro y un entusiasmo tales, que se viese precisado el gobernador de Sicilia á enviar fuerzas al lugar donde se expusiera la obra del insigne maestro de la Umbría. Lo que refiere Vasari es otra cosa distinta y que á su tiempo diré. El cuadro fué encargado á Rafael por los padres franciscos del convento de Santa María *dello Spasimo* de la ciudad de Palermo. Pretendían los citados frailes tener la obra, que debía decorar el centro del altar mayor, en las fiestas de la Semana Santa de 1517. Según Vasari, debió comenzar el cuadro el de Urbino en los últimos meses de 1516, para terminarlo en tiempo oportuno, como en efecto así debió suceder, cuando fué embarcada la pintura en Ostia días antes del equinoccio de la primavera del citado 1517. En los primeros de marzo de 1517, hecha á la mar la nave que conducía el cuadro, se vió sorprendida en el golfo de Génova por tempestad terrible, en la cual perecieron tripulantes y pasajeros en los bajos de la costa. Unos pescadores de un puertecillo inmediato á Génova encontraron, varada entre unas peñas cerca del lugar del naufragio, la caja que guardaba la pintura. Transportada á Génova, causó admiración inmensa ver intacta la tabla, sin que se apreciase el menor daño en las figuras ni en los más insignificantes detalles. Esto, unido á la belleza inmensa de la obra, hizo que el pueblo de Génova, con las autoridades á la cabeza, tuviese como milagroso lo acontecido y se negase terminantemente á acceder á las reclamaciones de los padres del convento de Palermo, para quienes Rafael pintara el cuadro.

En vano reclamaron durante largos meses los citados frailes la devolución del cuadro. Génova se negó de un modo absoluto á entregar lo que creía haber recibido por disposición divina. Impotentes los reclamantes, acudieron á Rafael para que éste intercediese á un tiempo con la ciudad de Génova y con el papa. Tomó León X por su cuenta las negociaciones, y hubo de amenazar á los genoveses para que devolviesen el cuadro. Por fin, después de muchas dilaciones, durante las cuales transcurrieron más de cuatro años, la obra maestra que hoy guarda nuestro riquísimo Museo Nacional fué entregada á sus legítimos dueños.

Siglo y medio después, en 1661, según dice D. Pedro Madrazo, Felipe IV adquirió la tabla. Afirman algunos escritores eruditos que el de Austria se ofreció á pagar por la pintura 1.000 ducados de oro de renta cada año al convento de Palermo, aun cuando, según la cédula expedida en 2 de octubre del citado año de 1661, pueda creerse que fué graciosa donación del protector de la orden de franciscanos cardenal Jaqueneti, quien encargó de transportar á España la preciada joya pictórica al abad Staròpolo.

Por segunda vez estuvo á punto de perecer la pintura famosa. Salvárase de la destrucción á que parecía haberla condenado la Providencia, cuando el naufragio, y salvóse casi milagrosamente también en 1734 de ser reducida á cenizas, al abrasarse el alcázar de los reyes de España. No termina aquí la accidentada historia de *El Pasmo de Sicilia*. Cuando la invasión francesa fué llevado á París, en unión de otras obras maestras, para enriquecer el Museo del Louvre. El pintor de cámara de José Bonaparte, nuestro insigne Goya, embaló por su propia mano la tabla, pues comenzaba á desprenderse la pintura, y quería que aun cuando en extranjero suelo, la prodigiosa obra se conservase para el mundo artístico. Verdaderamente que si desde el punto de vista del patriotismo, lo hecho por el célebre autor de los *Caprichos*, el genial hijo de Fuendetodos, puede censurarse, desde los del respeto al arte y del conocimiento de nuestra desidia y abandono merece sinceros plácemes, pues al acto de violencia cometido por la fuerza, despojándonos los invasores de cuanto valía, significaba y representaba nuestras glorias patrias y nuestra historia, débese la conservación de la célebre pintura. Bajo la dirección de M. Bonnemaison y en el espacio de cerca de un año se llevó á cabo la dificilísima obra de pasar al lienzo la pintura que amenazaba desprenderse por completo de la tabla sobre la cual la pintara Rafael.

* * *

El título verdadero de este cuadro es *Cristo llevando la cruz á cuestas*; el de *El Pasmo de Sicilia* proviene de haber sido pintado para el susodicho convento del *Pasmo (Spasimo)* de Palermo en Sicilia. Olvidóse en España, al menos por el vulgo, la procedencia del cuadro, y se tomó, como acontece generalmente con todo lo que reviste caracteres excepcionales, lo de la admiración de los genoveses como subtítulo. Mas como puede advertirse, la escena representada por el de Urbino es digna de causar pasmo en todas las generaciones.

El momento elegido por el excelso artista italiano es aquel en que, habiendo caído Jesús por vez primera en la calle de la Amargura, rendido al cansancio y á los horribles dolores de su martirizado cuerpo, oye llorar á las mujeres que en compañía de su Santa Madre y de su discípulo amado le siguen, y volviendo hacia ellas el divino rostro les dice, profetizando así la ruina de Jerusalén: «No lloréis sobre mí; llorad sobre vosotras y sobre vuestros hijos: porque días llegarán en que bendigáis los vientres que no engendraron y los pechos que no dieron de mamar.»

¿Para qué intentar describir aquí tan hermoso y patético cuadro? La composición es sublime; nunca la inspiración del más genial de los artistas ha trazado, ni trazó, ni trazará escena tan completa en la disposición de las figuras y de los accesorios. Gentes de á pie, gentes de á caballo, el grupo sin igual que forman las Marías con San Juan, el de Jesús caído, con el Cirineo y el sayón que tira violentamente de la cuerda atada á la cintura del Redentor, todas estas figuras son maravillosas de dibujo y de sentimiento. Pero yo creo firmemente que con todo esto y sobre todo esto están las cabezas de Cristo y de su madre. Ante aquella Faz del Mártir, ante la sublime expresión de aquel rostro en el cual se funden de un modo inenarrable el dolor humano y la grandeza divina, lo ideal y lo real, la esencia del espíritu inmortal revelada en la expresión de bondad de aquellos ojos incomparables, de aquella boca correctísima, y la naturaleza frágil del hombre, que desfallece, que sufre horrorosas angustias, cuya agonía se dibuja en las desencajadas facciones; ante ese conjunto, ante esa feliz, más que feliz, inspirada fusión de la doble personalidad de Cristo, cuanto ha producido el arte cristiano palidece; pues como dice Viardot en un momento, en uno de los escasos momentos en que su pluma expresa lo que su corazón siente, «tal obra es el grado máximo á que llegó el idealismo.» Yo conozco artista de gran mérito que pretendió varias veces copiar la cabeza del Cristo de *El Pasmo*. El talento del copista llegaba hasta copiar matemáticamente aquellas líneas correctísimas, aquellas facciones dulces y enérgicas á la par; mas dejaba siempre inconclusa la copia, pues le mancaban esas otras líneas imprecisables, que encierran toda la personalidad divina de Cristo, en la prodigiosa faz que Rafael acertó á pintar.

No menos admirable es la expresión del rostro de la Virgen; más humano sin embargo que el de su Hijo, la inmensa amargura que en él se admira, la angustia infinita que desencaja las facciones de aquella cara de clásica traza, el desfallecimiento que aniquila aquel cuerpo soberano, tienen en la humana naturaleza expresión definida; mas lo que causa asombro es la actitud de la Virgen. Si alguna figura se ha pintado que exprese el dolor moral en su período más agudo, la pintó Rafael, y la pintó al representar la Madre del Verbo en *El Pasmo de Sicilia*.

* * *

Como en la *Virgen del Pez* que de mano del de Urbino guarda el Museo del Prado, como en otros cuadros del famoso pintor, puede mirarse en este de que hablo la voluptuosa figura de la *Fornarina*, representando á la no menos bella María Magdalena. Contraste grande ofrece esta figura, cuyas redondas formas se dibujan bajo los pliegues de la túnica que las cubre, con la sublime de la Virgen, que en toda ella se muestra el dolor, el ansia de una angustia mortal. Los distintos afectos que en la madre y en la arrepentida pecadora produce la vista del Redentor, revélanse de un modo maravilloso; y así, el contraste psicológico de aquellos dos cariños, ofrecido al espectador en los primeros términos del cuadro, lleva á pensar con un crítico francés en que «como milagro» puede considerarse esta obra portentosa.

En la actualidad *El Pasmo de Sicilia* hállase emplazado en la gran galería del Museo del Prado, frente de aquel lienzo de Velázquez, del cual dijo Lucas Jordán que era la *Teología del Arte*.

La obra de Rafael, toda sentimiento, toda idealismo cristiano, pero, justo es apuntarlo, la menos buena de color del insigne artista, hace *vis-à vis* al más prodigioso acierto que de la realidad ha tenido pintor alguno

Terminaré con una afirmación de la crítica: *El Pasmo* está pintado por entero por Rafael.

R. Balsa de la Vega

EN EL CAMERINO DE LA PRIMERA

(Véase el dibujo de Méndez Bringa)

Los carteles del regio coliseo la designan por el nombre de Angélica Fiorini, pero yo sé de buena tinta que en Nápoles, su país natal, se llamaba Francesca Pimentoni, cuando no era más que una chicuela andrajosa y vendía el *Secolo* y el *Fanfulla* á la puerta del teatro de San Carlos. Cómo y de qué manera la rapaza dejó la venta de los periódicos, ingresó como figuranta en un circo, distinguióse más tarde en la Academia coreográfica dirigida por el ilustre Tromboni, llamó la atención del público napolitano por las excepcionales dotes que demostró para el baile, y por último alcanzó pingües contratas en el teatro imperial de San Petersburgo, en el Covent Garden de Londres y la Gran Opera de París, marchando desde entonces de triunfo en triunfo y de ovación en ovación, son cosas que no interesan mucho al lector y que por otra parte me serían difíciles de detallar, pues Angélica es bastante reservada en este punto y la *signora* Cordelia, su madre, dama de compañía, camarera, confidente, cocinera ó lo que sea, pues todos estos cargos parece desempeñar, es un arca cerrada que sólo se abre para que el curioso se entere de los grandes regalos que los monarcas y personajes más célebres del mundo han hecho á su Angélica con diversos motivos.

Ello es que la Fiorini ha llegado á ser estrella de primera magnitud en el cielo de las piruetas, que el público paga muy buenos cuartos por admirar sus encantos y que el empresario del teatro se frota las manos de gusto pensando en el *Ballet* de gran espectáculo que Angélica estrenará la noche de su beneficio, y que seguramente se repetirá muchas noches sucesivas con gran satisfacción de la Contaduría, harto castigada por las enormes cantidades que ha de satisfacer quincenalmente al representante de la hermosa napolitana y á los de otros artistas que aun cuando no son hermosos ni napolitanos, cargan la mano de veras cuando se trata de recoger los cuartos del público madrileño.

Así pues, el maestro D. Teobaldo Canelo, músico viejo muy experto en materias bailables y en farsas teatrales, ha recibido de la empresa el encargo de ponerse incondicionalmente á las órdenes de la Fiorini y de acuerdo con ella inventar una cosa nunca vista. En su consecuencia, ha días que el compositor y la bailarina andan forjando un argumento fundado en no sé qué pasaje de una tradición alemana, y con tal motivo menudean las conferencias y consultas en el espacioso y elegante *camerino de la primera*, lujosamente decorado según sus deseos é indicaciones.

Por el motivo expuesto, el maestro Canelo, aprovechando el instante en que Angélica abandona su cabellera á la *signora* Cordelia, su peinadora, durante cuyo espacio de tiempo queda prohibida terminantemente la entrada en el santuario á los que no son *de la casa*, penetra en el *camerino* y tras un profundo saludo dice con alborozado semblante:

—Señorita, estamos de enhorabuena. He encontrado un final despampanante...

—¿*Cóme* dice usted, carísimo maestro?, responde Angélica en su jerga hispano-franco-italiana.

—Despampanante, *signorina*, despampanante.

—*Non capisco, sarà* alguna cosa *terribile*.



RETRATO DE MME. VIGÉE-LEBRUN, pintado por ella misma, que se conserva en el Museo de Versailles

—No, nada de terrible, sino muy bonito y de gran efecto escénico.

—*Vediamo, vediamo, signor Caneli.*

—Pues bien: quedábamos esta mañana en que Oscar en el último momento, engatusado por las náyades, arroja al mar el reliquiario, y loco de pasión cae en los brazos de la Reina de las aguas, mientras Betina levanta las manos al cielo pidiendo misericordia.

—*Ma questo* es un disparate, *per che io que son* Betina, resto con una *gamba* levantada, *et ça ne finit pas bien*. Es preciso que *io* triunfe de *tutti cuanti ostacoli* se presenten, bailando un *dolcísimo* paso con el *mio* novio Oscar.

—Conforme, sí, señora, usted debe reconquistar á su amante y la Reina de las aguas quedarse con tres palmos de narices.

—*Bravo, bravo, m'avete compreso.*

—Pues bien: todo es cuestión de introducir un *pizzicato* de arpa en el momento crítico. Haré una melodía religiosa, que será de un efecto sublime contrastando con la tarantela de las náyades. Al oirla Oscar se detiene inquieto y vacila, pues surge en su mente el recuerdo de las oraciones de su madre, á cuyo tiempo Betina aparece bailando lo que á usted le dé la gana. Las náyades, como son espíritus impuros (y esto ya lo advertiré por nota en el libreto), se asustan de la melodía religiosa y huyen, con lo cual, ya sólo es cuestión de que usted convenza á Oscar por medio de un paso mímico á que se vaya con usted y abandone á la Reina de las aguas, que se precipita bailando en el abismo. Eh, ¿qué tal?

—¿*Che ti pare*, Cordelia?, pregunta Angélica á su gruesa mamá, que, ¡oh misterios teatrales!, sólo habla francés á pesar de ser napolitana.

—*Ça me plait parce que tout est bien qui finit bien.*

—Eh, bien, *signor Caneli en avant toujours. Voi siete* un *garçon* inteligente. *Avete* cuidado de que *io* termine el *ballo* con un solo *bruyant e molto* expresivo, *perche io sono* la *premiera* y *le altre*...

—Sí, á las demás que las parta un rayo, ¿no es eso?

—*Avete molto* talento, maestro *Caneli*.

En aquel momento suenan dos golpes en la puerta del camerino.

—*On ne peut pas entrer*, responde Cordelia.

—Soy yo, señora, responde una voz atiplada. Soy Jazmín.

—¡Oh, Jazmín!, exclaman á una Angélica y Canelo. ¡El crítico!..

—La *bête noire*, añade riendo Cordelia.

—¿Abro?, pregunta el compositor.

—Sí, la *toilette e finita. En avant la critique.*

Canelo se precipita hacia la puerta, mientras Cordelia recoge algunos chismes, saliendo del camerino á tiempo que dos jóvenes vestidos elegantemente de frac y corbata blanca penetran en la estancia, recibiendo sendos apretones de manos y reverentes saludos de Canelo, que emprende también la retirada.

Angélica en tanto se coloca ante el espejo de gran tamaño que ocupa el testero de la habitación, se ahueca las gasas que forman su aérea vestidura y ensaya la elasticidad de sus músculos, dando unos pasos sobre la punta de los pies, tras de lo cual da una rápida vuelta y avanza hacia los recién venidos sonriente y graciosa.

Los gomosos se inclinan ceremoniosamente, cual lo harían ante una princesa, y uno de ellos, de retorcidos bigotes y que ostenta una gardenia de gran tamaño en el ojal del frac, dice á la bailarina, señalando á su amigo, hombre maduro, picado de viruelas, del feo más subido y que ostenta unos magníficos brillantes en la pechera de la camisa:

—Angélica encantadora, tengo el gusto de presentar á usted al marqués de Casa-Lata, gran admirador de sus encantos.

Sigue á esto un chaparrón de saludos, elogios exageradísimos, cumplidos y galanterías, que se cruzan como un fuego graneado, tras de lo cual la Fiorini, indicando un diván á los visitantes, les pide un momento para colocarse unas flores en el pecho.



ROMEO Y JULIETA cuadro de Constantino Makowski

– Flores sobre flores, un verdadero ramillete entonces, contesta Jazmín con afectación.

– Ahí tiene usted una bonita frase para una revista, observa Casa-Lata.

– Psch, responde Jazmín, se me ocurren tantas cosas bonitas, que si fuera uno á recordar...

– *Queste sono fiori per la tomba*, dice Angélica sonriendo con coquetería.

– ¡Cómo para la tumba!, exclama el marqués alarmado ¿Ha oído usted, Jazmín?

– ¿Qué ha dicho usted, criatura?, pregunta el crítico. ¿Trata usted de suicidarse?

– *Sí, mio caro. Je vais finir tout à l' heure.*

– ¡Caracoles, eso no será verdad!, exclama el marqués.

Angélica suelta una carcajada y responde:

– *Ma non avete paura. Resucitaró tout de suite.*

– ¡Pues y eso!.. Explíquese usted, hermosa.

– *Resucitaró per* enamorar á Roberto.



LA GUERRA DE CUBA – Grupo de insurrectos, copia fotográfica publicada en *The Illustrated London News*

– ¡Ah, vamos!, dice Jazmín. Es usted tan espiritual como hermosa, y contemplando sus encantos nos habíamos olvidado de que están cantando *Roberto il diavolo* y que se aproxima el momento del baile de las tumbas. Nada, que nos ha tomado usted el pelo.

– Lo cual tiene muchísima gracia, añade el marqués, al que como de costumbre no se le ocurre nada que decir.

– Angélica, dice entonces el crítico, tenemos que pedir á usted un favor y esperamos que no nos desairará.

– *Per Dio, voi direte.*

– Pues bien: el marqués es millonario, es viudo y además tiene un magnífico hotel en la Castellana.

La bailarina hace á Casa-Lata una graciosa reverencia.

Jazmín prosigue diciendo:

– Esta noche reune á cenar á la salida del Real á varios amigos, todos gente *comm' il faut*, entre ellos al ministro de Marina, y desearía, mejor dicho, desearíamos que usted nos hiciera el honor de presidir la mesa.

Angélica se queda un momento como indecisa, y luego dice:

– *¡Corpo di Baco! Ma non so...*

– No lo piense usted tanto, insinúa el marqués. Mi coche esperará á usted á la salida y luego la devolverá á la fonda.

– Y yo, añade riendo Jazmín, le dedicaré á usted un elogio de dos columnas, sin decir nada de la escena.

La Fiorini va á contestar, cuando la puerta del camerino se abre, y un caballero anciano, pero aún fuerte y arrogante, con blancas patillas á lo yankee, penetra en la estancia, saluda cortésmente al crítico y al marqués y estrecha con afectuosidad la mano de Angélica, yendo luego á sentarse en un sillón próximo al tocador. La italiana frunce ligeramente el entrecejo y se aleja de los dos amigos, diciéndoles rápidamente y en voz baja:

– *Aspettate* á Cordelia *e combinate* la cosa.

Siéntase luego, en la actitud propia de las bailarinas, en una butaca colocada ante el espejo del tocador, y adoptando una postura indolente, entabla en voz baja un vivo diálogo con el recién llegado, á quien unas veces da el título de duque y otras el de *petit polisson*. El señor duque no parece estar muy contento de la joven, á quien trata de «chiquilla, coqueta, informal,» etc., etc.; pero la Firioni se ríe y contesta mil ingeniosidades, ora en francés, ora en italiano, acompañadas de alegres risas y cómicos ademanes.

En tanto, los otros dos prójimos, sentados en el diván, charlan también, afectando la mayor indiferencia, pero sin perder detalle de la escena, que comentan haciendo expresivos gestos de burla.



LA GUERRA DE CUBA. – Una calle de Bayamo, copia fotográfica publicada en *The Illustrated London News*

La entrada del avisador, que viene á prevenir á la bailarina para salir á escena, pone fin á los diálogos. La *signora* Cordelia aparece también con un espléndido abrigo de pieles, que echa sobre su ama para preservarla del frío del corredor, en cuyo momento Angélica le dice algunas palabras al oído. Luego la Fiorini, con el abrigo puesto, da un par de saltos por el camerino, gira sobre la punta del pie varias veces y por último estrecha las enguantadas manos del marqués y de Jazmín, indicándoles con rápido gesto á Cordelia, y después dirigiéndose al duque le dice:

– *Addio, mio caro. A rivederci; ricordate que sono vostra.*

Y sale disparada como una flecha hacia el escenario, mientras el vetusto personaje se dirige á su palco y los dos compinches sueltan la carcajada, haciéndoles coro la *signora* Cordelia, á quien la perspectiva de una espléndida cena con champagne á todo pasto ha elevado al séptimo cielo, poniéndola del mejor humor del mundo.

A. Danvila Jaldero

NUESTROS GRABADOS

Retrato de Mme. Vigée-Lebrun, pintado por ella misma. – Floreció esta famosa artista francesa á fines del pasado siglo y durante la primera mitad del presente; hija de un pintor notable, aprendió en el taller de su padre las primeras nociones del arte que luego perfeccionó con los consejos de algunos maestros eminentes y con el estudio de los grandes modelos del museo del Louvre. Fué amiga de la familia real y pintó multitud de retratos de todos los individuos de la misma y en especial de María Antonieta Durante la revolución salió de Francia y viajo por Italia, Alemania, Austria, Rusia é Inglaterra, siendo en todas partes acogida con gran entusiasmo. Volvió á París en 1801, y fué recibida con júbilo por la corte de Napoleón; después de la restauración, Luis XVIII le otorgó el mismo favor de que había gozado en la antigua monarquía y que conservó hasta su muerte, acaecida en 1842, cuando contaba ochenta y siete años. Sus obras son 662 retratos, 200 paisajes y 15 cuadros de diversos asuntos, y se guardan como preciadas joyas en los mejores museos y colecciones: en el de Versailles se conserva el retrato pintado por ella misma que reproducimos y por el cual puede apreciarse la distinción que en sus lienzos imprimía la célebre artista, tan justamente elogiada por su talento como admirada por su belleza y virtud.

Romeo y Julieta, cuadro de Constantino Makowski. – ¿Quién no conoce la conmovedora historia de los amantes de Verona? ¿Quién no recuerda las hermosas escenas de sus amores, trazadas por el gran trágico inglés? Romeo y Julieta surgen en nuestra memoria en un ambiente de ternura y de poesía, y cualquier artista que traslade al lienzo esas dos figuras, si quiere dar forma á la idea que todos nos hemos forjado de aquéllos, habrá necesariamente de renunciar á los temperamentos modernistas y buscar hasta cierto punto su inspiración en el romanticismo, porque casi no concebimos los coloquios de amor de aquellas pobres víctimas de los odios de sus familias, sin el rayo de luna que, penetrando por el amplio ventanal que encuadran trepadoras plantas, envuelva en misteriosa luz sus cuerpos unidos en apasionado abrazo. Así lo ha comprendido el pintor ruso Makowski en el cuadro que publicamos, y que por su concepción eminentemente poética, avalorada por una ejecución intachable, llega directamente al alma de cuantos lo contemplan.

La guerra de Cuba. - Grupo de insurrectos. Una calle de Bayamo. – Consecuentes en nuesto empeño de ofrecer á nuestros lectores notas características y auténticas del teatro de la guerra, publicamos las dos fotografías tomadas del natural que reproducen un grupo de insurrectos en su campamento y una calle de la ciudad de Bayamo, importante población de la provincia de Santiago de Cuba, en donde se han desarrollado interesantes sucesos durante la actual campaña.

Los príncipes de Bulgaria. Ceremonia del bautizo del príncipe Boris. – La conversión del príncipe Boris, que tanto ha dado que hacer á una parte de la diplomacia europea, presta carácter de actualidad á estos dos retratos que reproducimos. El príncipe Fernando, hijo menor del príncipe de Sajonia Coburgo y de la princesa Clementina de Orleáns, cuenta treinta y cinco años de edad y ha sido educado católicamente. En agosto de 1887 fué elegido príncipe de Bulgaria por la Sobranje ó Asamblea Nacional, en sustitución de



La princesa María de Parma, madre del príncipe Boris de Bulgaria (de fotografía de Utlehuth, de Coburgo)



El príncipe Fernando de Bulgaria, padre del príncipe Boris (de fotografía de Utlehuth, de Coburgo)



Ceremonia del bautizo del príncipe Boris de Bulgaria celebrado según el rito griego en la catedral de Sofía

El general conde Golenitscheff-Kutuzoff (representante del tsar) — Institutriz — El príncipe Boris — El príncipe Fernando — El exarca búlgaro — Muzafa-bajá (representante del sultán) — M. Stoiloff, presidente del Consejo de Ministros búlgaro



VISITA DE

COPIA DE LA ACUARELA DE AUGUSTO CORELLI .DE



A MADRE

TOGRAFÍA DE LA SOCIEDAD FOTOGRÁFICA DE BERLÍN

Alejandro de Battenberg, que dimitió en 1866, elección que produjo cierta tirantez de relaciones entre Rusia y Austria. Según las cláusulas del tratado de Berlín de 1878, el sultán no podía reconocer formalmente al nuevo soberano hasta que la elección fuese aprobada por todas las grandes potencias europeas. Para congraciarse con Rusia, que se negaba á este reconocimiento, y para dar satisfacción al país, que perteneciendo en su casi totalidad á la iglesia griega quería que su príncipe tuviese la religión oficial, Fernando ha consentido al fin en la conversión de su hijo Boris, arrostrando el disgusto que su determinación produjo en Austria y en Roma, y sobre todo el que causó á su esposa la princesa María Luisa de Parma. Esta, ferviente católica, casóse con el príncipe con la condición de que sus hijos serían católicos también, siendo por consiguiente natural el sentimiento que le ha producido el ver que por razón de Estado se infería tamaño agravio á sus arraigadas creencias. La princesa, según dijimos en otra ocasión, ha salido de Bulgaria y se ha ido con su hijo segundo á juntarse con su familia, no faltando quien crea que esta separación temporal del matrimonio no tardará en convertirse en definitiva. La ceremonia del bautizo del príncipe Boris según el rito griego, que nuestro grabado reproduce, verificóse el día 14 de febrero último en el templo ortodoxo de Sofía, habiendo asistido á ella representantes del tsar y del sultán.



FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, grupo en bronce que corona el monumento próximo á inaugurarse en Guatemala, obra de Tomás Mur, fundido en los talleres de Federico Masriera, de Barcelona.

Fray Bartolomé de las Casas, grupo en bronce de Tomas Mur. – Grande, evangélica y sentidamente cristiana es la figura del padre Las Casas, el decidido campeón de la causa de los indios durante el luctuoso período de la conquista del Nuevo Mundo. Digna de respeto es la memoria del insigne varón que ocupó la silla episcopal de Chiapa, y reconocimiento debe América á aquel que no perdonó esfuerzos ni sacrificios para mitigar la suerte de los pueblos conquistados y elevarlos á la condición de hombres libres. En este concepto estimamos merecen aplauso los que iniciaron el proyecto de erigir un monumento en Guatemala, en donde precisamente residió el padre Las Casas, que perpetúe el recuerdo de las virtudes de aquel santo varón y de la nobleza del pueblo guatamalteco.

El grupo que reproducimos ha sido modelado con singular acierto por el escultor español D. Tomás Mur, quien ha logrado expresar por medio de las figuras del religioso y del indio la idea que se sublima, cual es la caridad evangélica.

La visita de la madre, acuarela de Augusto Corelli. – El autor de esta obra nació en Roma en 1855 y estudió en la Academia de San Lucas bajo la dirección de Aquiles Guerra: como su maestro, ha cultivado todos los géneros artísticos, la figura, el paisaje, el cuadro de género, el histórico, los asuntos orientales, los puramente imaginativos, pero su especialidad son las escenas de la vida popular italiana. Aunque pinta admirablemente al óleo, dedícase con preferencia á la acuarela, cuya técnica domina como pocos: muy celebrado en su patria, goza asimismo de gran reputación en el extranjero, en donde ha obtenido grandes triunfos, entre ellos la gran medalla de oro que le fué concedida en la Exposición internacional de Bellas Artes en Berlín, en 1886, por su magnífico lienzo *¡Mi pobre María!* El que hoy reproducimos es una nueva obra maestra: la joven y elegante dama que abandona por unos momentos los placeres del mundo en que vive para visitar al hijo á quien cuidan gentes extrañas y que aun estando de espaldas deja adivinar la expresión de alegría de su rostro, es una figura admirablemente concebida y ejecutada; las restantes, así la de la nodriza, satisfecha de la visita, como las de los demás personajes, dominados unos por la curiosidad y otros por la malicia propia de los campesinos, no tienen menos valor artístico que la principal; y en cuanto al lugar en que la escena se desenvuelve, harto se ve que está cuidadosamente estudiado y reproducido con fidelidad en pinceladas que revelan la mano de un consumado maestro.

Sin pareja, cuadro de Ethel Porter. – El principal mérito de este cuadro puede decirse que está en la sencillez, así del asunto como de la ejecución: su autor no ha pretendido otra cosa que ofrecernos una nota arrancada de la vida real, que le ha servido para trazar dos figuras de naturalidad admirable que expresan perfectamente la situación escogida por el artista.

Estatua del marqués de Amboaje, obra de Eugenio Duque. – El primer marqués de Amboaje, don Ramon Pla y Monge, natural del Ferrol, dispuso en su testamento que del tercio de sus bienes, descontando algunas mandas y gastos de enfermedad, de entierro y cualesquiera otros imputables al dicho tercio, se constituyera una institución de carácter privado con el nombre de *Fundación Benéfica de Ramón Pla*, cuyo objeto fuese redimir: primero, á todos los mozos que hubieran nacido en el Ferrol; segundo, á falta de éstos, ó en el caso de que la existencia de los fondos lo consintiera, á los que hubieran nacido en la jurisdicción de dicha ciudad; tercero, en defecto de éstos ó por sobra de fondos, á los que hubieran nacido en la ciudad de la Coruña; y cuarto, en último término y en las circunstancias expresadas, á los que hubieran nacido en la jurisdicción de la misma ciudad de la Coruña. Para gozar de estos beneficios los mozos deben acreditar en sus solicitudes buena conducta. La suma con que se fundó esta benéfica fundación asciende á un capital de 7.273.257 pesetas 50 céntimos.

El Ayuntamiento del Ferrol, agradecido á tan espléndido donativo, erige á su bienhechor un monumento, proyectado y ejecutado por el escultor D. Eugenio Duque, que se emplazará en una de las principales plazas del Ferrol, que se denomina ya del Marqués de Amboaje. De dicho monumento forma parte la bien modelada estatua que reproducimos, obra del citado escultor, cuya altura es de dos metros y medio y que será fundida en bronce. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se complace en publicarla, como tributo de admiración y respeto al ilustre filántropo que tan admirable uso ha hecho de su fortuna y cuya memoria será eternamente bendecida y venerada por los ferrolanos.

Pilluelo, busto en barro cocido de José Berga y Boada. – Ventajosamente conocido este joven artista por sus recomendables obras, que dan muestra de sus aptitudes y laboriosidad, nos complacemos en reproducir la preciosa cabecita del *pilluelo*, picaresca y maliciosa, acertadamente estudiada y modelada con singular soltura.

Bella en su realismo aparece la representación del granujilla, sin que en su expresiva fisonomía pueda censurarse el menor rasgo que destruya el armónico conjunto de la obra.

El joven escultor Sr. Berga y Boada forma parte del interesante grupo de artistas olotenses, que agrupados en derredor del malogrado Vayreda, su maestro y amigo, han logrado constituir en Olot, en la alta región montañosa catalana, un centro artístico, que se ha significado por haber formado escuela y por sus señalados triunfos.



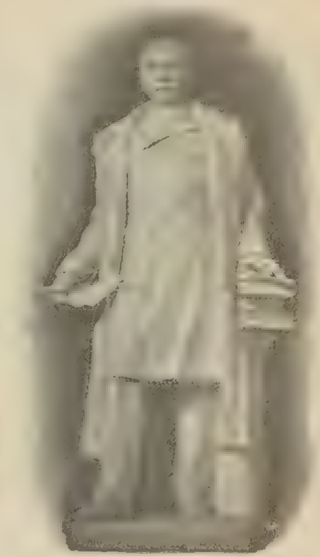
PILLUELO,
busto en barro cocido de José Berga y Boada

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – PARÍS. – El escultor Verlet ha terminado el monumento original que ha de erigirse en el parque Monceau á la memoria de Guy de Maupassant: consiste en un busto del novelista, colocado sobre una columna, á los pies de la cual y sentada sobre unos almohadones hay una graciosa figura de mujer, vestida á la moderna y tomada de una de las novelas del malogrado escritor.

– El Museo del Louvre ha adquirido recientemente por 150.000 francos un *San Sebastián* de los mejores tiempos del Perugino, procedente de la galería Sciarra; por 75.000 el doble retrato del coleccionista londinense Angerstein y de su esposa, obra del célebre retratista inglés Lawrence, y por 25.000 un retablo de marfil esculpido, que representa el *Sepelio de Jesucristo* y que es un hermoso ejemplar de labor francesa de principios del siglo XV.

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Le Modèle*, drama en tres actos de Enrique Fouquier y Jorge Bertal; en Folies Marigny *Le dernier des Marigny*, revista en cuatro actos y cinco cuadros de Carrier y Colias con bonita música de Edmundo Missa; en Varietés *Une sémaine á Paris*, revista de gran espectáculo en tres actos y doce cuadros de Montreal y Blondeau, puesta en escena con maravilloso lujo; en Cluny *Le voyage de Corbillon*, gracioso vaudeville-opereta en cuatro actos de Antony Mars, música de Víctor Roger; en Vaudeville *La bonne Helène*, bonita comedia en dos actos y en verso de Julio Lemaître; en Nouveautés *Innocent*, divertido vaudeville en tres actos de Capus y Allais; en el Palais Royal *Le dindon*, graciosa comedia en tres actos de Jorge Feydeau; en el teatro Libre *L'ame invisible*, estudio psicológico en tres actos de Berton, y *Mademoiselle Fifi*, drama patriótico en un acto de Metenier, tomado de la novela del mismo nombre de Guy de Maupassant; en L'Oeuvre *Raphael*, comedia en tres actos de Coolus, de argumento un tanto libre, y *Salome* pieza en un acto, adaptación poética del episodio de la Sagrada Escritura, escrita en francés por el reputado dramaturgo inglés Oscar Wilde; en la Comedia Francesa *Grosse Fortune*, comedia en cuatro actos de Enrique Meilhac; en el teatro de la República *¡Pauvre Jeannet*, interesante melodrama en cinco actos y nueve cuadros de Morel, y en Folies Dramatiques *La fiancée en loterie*, opereta en tres actos de costumbres españolas (?) de Roddey y Douane con bellísima música de Message.



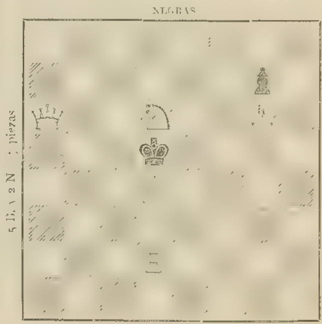
ESTATUA DEL MARQUÉS DE AMBOAJE,
destinada al monumento que á su memoria erige el Ferrol,
obra de Eugenio Duque

Barcelona. – Se ha estrenado con extraordinario éxito en el Eldorado *Las zapatillas*, cuento cómico lírico en un acto y cuatro cuadros de Jackson Veyan, con preciosa música de Chueca. En el Tívoli, la compañía infantil que dirige el Sr. Bosch cosecha muchos aplausos en el desempeño de las zarzuelas del repertorio moderno.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 8, POR ESTEBAN ESTORCH

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 7, POR JOSÉ BELTRÁN

Blancas.	Negras.
1. D 5 D	1. A 4 R (*)
2. D 6 R jaque	2. C ó A cubre, ó R juega
3. T ó D mate.	

(*) Si las negras juegan 1. C toma P, las blancas continúan con 2. P toma C y 3. T ó D mate; – si 1. C 6 C R ó A 2 C R; 2. D 5 C R jaque, etc. Esta última variante es la amenaza.



El desfile en la sacristía fué para el novio un suplicio (véase pág. 173)

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA ORIGINAL DE JUANA MAIRET. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

– ¿Y crees que soy un ser distinto de los demás?.. Sí, querida Mila, somos seres imperfectos, y tal vez no nos mostraremos siempre heroicos ante las dificultades inevitables de la vida; pero de nuestras dos imperfecciones juntas sabremos hacer una cosa rara y divina, cual es la unión absoluta de dos mortales que se aman. Y créeme, solamente eso es verdaderamente bueno y hermoso en este mundo.

Y Villeroy murmuró, inclinándose hacia Mila, una de las frases de la *Odelette*.

Mila continuó, haciendo resonar en el aire tranquilo su voz magnífica, más extensa y vibrante aún que en el tiempo pasado. Al escucharla, Villeroy se estremeció de alegría; mas al llegar á las últimas palabras de la canción, aquellas en que se llama á la muerte, Mila exclamo:

– ¡No, no, no quiero cantar más..., no es eso, no es eso!.. ¿Por qué cuando se es feliz, cuando se quisiera creer en la eternidad de esta dicha, se ha de levantar siempre ante nosotros esa imagen para helarnos de espanto?

– ¡No tiembles así, niña; cálmate, mujer adorada! ¿Quiénes somos nosotros para constituir excepción en el orden universal de las cosas? Esas flores blancas se marchitarán, ese verde césped se agostará y tu belleza se empañará también; pero ¿qué importa? Somos convidados en el festín de la vida, y este festín es delicioso. Cuando llegue la hora de abandonar nuestro sitio para cederle á otros, levantémonos dando gracias, y emprendamos la marcha sin resistencia y sin vanas imprecaciones. Habremos disfrutado de nuestra parte de felicidad, y de consiguiente ¿de qué podríamos quejarnos?..

X

Hacía buen tiempo para pasearse por los *boulevards*: la primavera se acercaba, y el aire, aunque algo fresco, era agradable; hubiérase dicho que un sol muy nuevecito y muy joven jugaba al escondite con las nubecillas blancas que corrían rápidamente, impelidas por un viento caprichoso.

El Sr. Macready, detenido ante los carteles multicolores de una columna Morris, parecía estudiarlos, fijándose especialmente en un anuncio de un concierto del Chatelet. Al día siguiente, domingo, se debía dar la primera audición de una sinfonía lírica, titulada *Lucifer*, de Francisco Villeroy, y en letras muy grandes el nombre de la *prima donna* adorada del público parisiense, la señora Villeroy del Paso.

Cerca de dos años habían transcurrido desde su última entrevista, y el Sr. Macready se sonrojaba al pensar en ella. Desde entonces había desaparecido; mas esto no era de extrañar en aquel hombre inquieto, que en ninguna parte se hallaba bien. Había dado la vuelta al mundo, y el mundo le parecía ridículamente pequeño. Sin dar ni pedir noticias, quería olvidar á París y sus habitantes, y á veces conseguíalo á medias, pero nunca por completo. Después había vuelto, y al hallarse en la gran capital, ésta le pareció hermosa y más llena de atractivos que nunca.

Al volverse, el Sr. Macready echó de ver que no era él solo quien leía el cartel del concierto; á su lado se hallaba un joven.

– ¡Hola!.. Veo que eso le interesa á usted tanto como á mí, Sr. Harcourt.

Bob, que no había fijado la atención en el americano, hizo un movimiento como para retroceder, y su antigua antipatía se despertó al punto; pero como el Sr. Macready le ofreciese la mano, apresuróse á estrecharla. Entonces recordó que él también había sufrido un disgusto por el casamiento de Mila, y su aversión se desvaneció de pronto, pues no se puede odiar á un compañero de infortunio.

A decir verdad, el Sr. Macready no inspiraba compasión en manera alguna, y muy por el contrario, su largo viaje le había mejorado evidentemente mucho. Tenía los ojos muy animados y el color sano. Diez años antes se le hubiera supuesto mucha más edad de la que tenía, y ahora aparentaba menos. De este modo tenía tal aspecto de «gran señor,» que Bob se consideraba muy pequeño á su lado.

– Supongo, dijo el americano, que ya debe ser tarde para obtener una buena localidad.

– Temo que sí. Yo tengo mi butaca hace una semana; hace poco he recibido una esquela de la señora Milner ofreciéndome un sitio en su palco, y ahora iba á su casa á excusarme, pues prefiero mi butaca. Para oir música, y sobre todo para oir cantar á mi prima, me gusta estar solo.

– Lo comprendo Si usted quiere, iremos juntos á casa de la señora Milner, á quien no he visto aún, y haré que me inviten á mí en lugar de usted. Por el camino me dará usted noticias de nuestros paisanos, de nuestra aldea en la gran capital. Hace poco que he llegado y no sé nada.

– ¿No le ha escrito á usted Mila?

– No. Cuando viajo llevo poco equipaje y suspendo mi correspondencia.

– Pero los diarios le habrán tenido á usted un poco al corriente.

– Muy poco.

– En suma, no tengo gran cosa que referir á usted. Hace ya dos años, Mila era muy apreciada; pero hallábase aún en la misma categoría que otras varias cantantes, y ahora las ha dejado atrás. ¡Cómo canta hoy, cómo canta! ¡Su voz parece penetrar en el corazón, llenando el alma, y hace soñar cosas heroicas, magníficas, imposibles! No diré que esa voz sea otra, por más que se ha desarrollado más; pero produce un efecto distinto; hay en ella tal vida y tal pasión, que... es para volver loco á un pobre diablo como yo, que la ha amado toda su vida, ó poco menos.

Roberto tenía tanta necesidad de expansión, que se confiaba al mismo americano.

– Mal ha hecho en no casarse con usted, repuso el Sr. Macready, pues usted era en un todo el esposo más conveniente para ella, ya que no ha sabido permanecer soltera.

– Pues bien: si he de hablar francamente, dijo Roberto, creo que si se hubiera unido conmigo en vez de casarse con Francisco Villeroy, jamás hubiera cantado como canta. Esto es humillante, pero hay que reconocerlo así.

– ¿Cree usted, pues, que el genio de Villeroy penetra en su voz? Es posible. ¿Entonces será feliz?

– Ya lo verá usted, y juzgará mejor que yo. Lo cierto es que Mila adora á su esposo.

– ¡Ah! . ¿Y él?

– También adora á su mujer, ó por lo menos lo creo así. Se le ve poco; diríase que está soñando, y que sólo piensa vagamente en las cosas reales y tangibles. Durante largo tiempo han vivido como verdaderos ermitaños; pero admitían á la tía Deborah en su intimidad y á mí también de vez en cuando. Muy raramente, algunos antiguos compañeros de Villeroy comían con éste y su señora. Al cabo de cierto tiempo, Mila comenzó á recibir á sus amigas, en día señalado, y entonces su esposo huía de la casa. Nuestro idioma le ataca los nervios, y le parece que las amiguitas de mi prima son demasiado elegantes y aficionadas al gran mundo Solamente la princesa Pignacci ha sabido amansarle, y aun á duras penas. Lo que más me extraña, por ejemplo, es que haya consentido en la gran excursión americana que nuestra diva debe emprender en el otoño. Su contrata en la Opera termina, y el empresario que le ha hecho proposiciones para América le ha puesto por delante tal montón de oro, que no había realmente medio de rechazar sus ofertas. Mila ha estipulado además que cantaría la música de Villeroy en todos los conciertos en que tome parte, pues se ha convenido en alternar éstos con las óperas. Tal vez eso ha decidido á nuestro gran hombre.

– ¡Al fin comienza á darse á conocer nuestro gran hombre!, como usted dice. Sin ir más allá, ayer leí un artículo consagrado á Villeroy en que el crítico indicaba que la *Sirena* se podría representar muy bien dentro de poco tiempo en el teatro de la Opera.

– Sí, seguramente el verdadero talento acaba por imponerse siempre; y el ruido que se hace sobre *Lucifer* es una prueba de ello. Sin embargo, á pesar de todo, fuera de un reducido círculo de inteligentes ó de personas que pasan por tales, el nombre de Villeroy no es más que vagamente familiar, y nada dice, en suma, á la gran mayoría del público. Sería necesario penetrar en ella; fuera de esto no habrá nada positivo, y yo creo que Villeroy es muy torpe.

– O muy altivo por lo menos.

– ¡Oh! Cualquiera puede ser altivo sin perjudicarse á sí propio. Otros se ayudan cuanto pueden para alcanzar su triunfo, y tienen muchísima razón; mas él pretende conseguir la celebridad sin buscarla nunca. ¿Sabe usted cuál es su principio? «Yo no seré nunca, dice, como tantos otros..., aquí cita nombres..., el agente encargado de negociar para obtener mi gloria.» El orgullo es muy hermoso, pero no sirve para poner la olla al fuego; y en resumen, me parece que habría otra manera de ser orgulloso, y sería el afán de no deberlo todo á su mujer.

– ¡Alto ahí, Sr Harcourt! Me parece que Villeroy paga su parte en gloria; yo le aseguro que su nombre tendrá algún día celebridad, y que Mila tiene motivo para enorgullecerse de llevarle, considerándose feliz por ello.

Roberto miró á su interlocutor un poco de reojo. El Sr Macready tenía de tal modo la manía de contradecir, que á falta de otro adversario, seguramente se hubiera contradicho á sí mismo. En aquel momento tomaba calurosamente la defensa del hombre á quien más rencor debía guardar; pero bien mirado, el Sr. Macready había dejado tal vez en el camino durante su largo viaje todos los resentimientos, olvidando la cólera de un día. Como quiera que sea, parecía estar muy tranquilo y dueño de sí; Roberto no contestó, y la conversación tomó otro giro.

– ¿Y qué ha hecho usted durante estos dos años, Sr. Harcourt?, preguntó el americano. ¿Le agrada á usted la vida europea?

– Bien poca cosa he hecho, y Mila tiene mucha razón cuando me acusa de no ser más que un diletante, un hombre inútil. Es terrible para nosotros los americanos no tener mucho que hacer, pues entonces no trabajamos absolutamente nada. Leo mucho; pero alguien ha dicho ya antes que yo que la lectura es el trabajo de los perezosos. Me reprendo repetidas veces, aunque con suavidad; hago lo que supongo que hacen ciertos devotos que se disciplinan, azotarse con poca fuerza. Es tristemente fácil, y agradable también, ser un inútil. He resbalado por una pendiente, por la cual sigo deslizándome siempre, y aparte de los remordimientos, me encuentro bien.

Al Sr. Macready no le hizo sonreir esta broma; permaneció absorto durante algunos momentos, y dijo después con mucha gravedad:

– Usted es joven, aún puede corregirse, y yo le aconsejo que lo haga; créame usted. Es delicioso ser diletante cuando no se ha llegado á los treinta y cinco años; pero muy triste cuando uno se acerca á los sesenta, y al mirar su vida pasada se ve obligado á confesar que ha malgastado su juventud sin ser bueno para sí propio ni para los demás. Cásese usted y vuelva á América á trabajar para sus hijos, á fin de que éstos aprendan á imitarle. No hay fortuna que resista, amigo mío, y tiempo llegará, tal vez no muy lejano, en que todo hombre que no sepa ganar la subsistencia será destrozado inevitablemente por esa máquina muy perfeccionada que llamamos el socialismo de mañana. Pero ya llegamos á la calle de Tilsitt, y el asunto de nuestra conversación no es propio para la hora de recepción de la señora Milner.

Los dos hombres encontraron á la dama rodeada de su corte habitual. Según costumbre, el francés era la lengua que se hablaba principalmente en sus salones, y la señora Milner prodigaba imperturbable las frases rápidas, esmaltadas de faltas enormes; su acento no había cambiado apenas en dos años; pero su aplomo era mayor que antes.

Al pronunciar los nombres americanos de los dos visitantes, el lacayo anunció también á una duquesa de las más auténticas. La señora Milner estrechó distraídamente la mano de la dama, y dió algunos pasos hacia el Sr. Macready, muy contenta de verle. Sin hacer mucho aprecio de las demás visitas, hizo numerosas preguntas en inglés á su antiguo amigo, á quien molestó algo aquella recepción entusiasta, pero muy pronto restableció la conversación en francés, tratando de generalizarla.

– Vengo á ver á usted, querida señora, dijo, como mendigante.

– ¿Usted también, Sr. Macready?, contestó la dama sonriendo y paseando una mirada irónica á su alrededor.

– ¡Da usted con tanta gracia, murmuró la duquesa ruborizándose, y nuestros pobres la conocen tan bien! .

– Pues no es eso lo que decía el diario devoto de usted, repuso la señora Milner. Figúrese usted, Macready, que en un artículo titulado *La insolencia de los dollars*, me han puesto como un trapo la semana última. Comencé por incomodarme, pero concluí por reirme, pues á decir verdad, la cosa en el fondo es muy singular; porque ¿qué sería sin nuestros dollars el París que se divierte y el París que mendiga? Pregunten también á los sastres y modistas cuándo es para ellos la mala temporada. Todos le contestarán invariablemente: «Cuando la América se queda en su casa »

– Pero ¡se queda tan poco!, dijo Macready.

– Hable usted por usted y por mí, si quiere, pues nosotros somos una excepción, personas pervertidas por la demasiada abundancia de dinero. La nación misma es fuerte y sana, y ésta permanece siempre en sus hogares. En cuanto á París, se venga mordiendo la mano que da.

– Henos aquí muy lejos del asunto que me ha traído, dijo Macready sonriendo.

– En fin, ¿qué puedo hacer por usted, querido amigo? ¿Tiene usted alguna obra que recomendarme?

– Sí, una obra que no conozco aún, una obra de arte y no de caridad: es el *Lucifer* de Villeroy. Y mi solicitud se reduce á rogar á usted que me conceda un rincón en su palco, el que usted reservaba para el Sr. Harcourt; él tiene su butaca, y yo no encontraría ya ninguna.

– Con mucho gusto, amigo mío; así me ayudará usted á soportar el aburrimiento de oir esa *Sinfonía lírica*. El *Paraíso perdido* de Milton es ya de por sí bastante árido como lectura; le aseguro á usted que nunca he podido llegar hasta el fin; y Milton asociado con Villeroy debe ser.. austero. Mi hija ha tenido empeño en manifestar toda su simpatía á esa ingrata Mila.

– Veamos, mamá, dijo la princesa, en qué puede haberle faltado su protegida. Al casarse hacía uso de su legítimo derecho, y yo creo que usted la censura sobre todo porque es idealmente feliz.

– Eso no durará, eso no puede durar, Macready, dijo la señora Milner; un ser imposible como su amigo Villeroy acabará por hacer desgraciada á Mila.

– ¿Por qué «imposible,» amiga mía? ¿Qué ha hecho, pues, mi pobre Villeroy?

– ¿Qué ha hecho? Nada; pero secuestra á su mujer; esta es la verdad, y opino que en el fondo debe ser horriblemente celoso. Esa tonta de Mila no nos sirve ya de nada; como mujer de mundo ha dejado ya de existir, y el mundo está resentido con ella. Además, si cree que la popularidad de que goza en este momento es cosa duradera, se engaña. En París conocemos esa clase de ídolos, adulados, ensalzados hasta las nubes y que podían permitirse todos sus caprichos de niñas mimadas, pero que en un instante fueron vilipendiados y hollados bajo los pies.

– Eso es la vergüenza de París, repuso el Sr. Macready; pero no le sucederá nada de esto á Mila, porque no es una niña mimada y caprichosa y además tiene el genio de su esposo

– Genio tal vez, y aun debería probar si lo tiene, pero ¡qué avestruz! Su gran amigo Surgeres quedará sin duda eclipsado por él. Usted le pronostica la gloria; pero yo creo que en todo caso no será más que una gloria póstuma.

Otras visitas interrumpieron aquel ataque á fondo, y el Sr. Macready aprovechó la ocasión para hablar con la princesa Pignacci, á quien quería mucho, él, que tan difícilmente podía querer. Tenía mejor aspecto, y al parecer no había en ella tanta amargura como la que el americano observó siempre en la dama desde su desgraciado matrimonio. Andando el tiempo, habíase resignado al fin, ó por lo menos estaba tranquila. Todo concluye en este mundo, hasta el dolor.

– ¿Qué hay de fundado en todas las críticas de su mamá de usted, querida amiga?, preguntó.

– No mucho, aunque sí un poco. Ser torpe es cosa permitida; pero el Sr. Villeroy abusa de su derecho. Le contrista que no se le conozca, sabiendo cuanto vale; pero consideraría la menor concesión al gusto del público ó á las conveniencias mundanas como una vileza. Mila, mucho más al corriente que su marido de las cosas de la vida, comienza á resentirse de la especie de ostracismo en que viven, y Villeroy no echa de ver que su mujer sufre. Esto no es nada aún; pero una nubecilla puede contener un huracán en germen.

– ¿Los ve usted mucho?

– Algunas veces. ¡Me agrada tanto la felicidad de los demás! Con ella me reanimo, como esos lagartos de Roma que mirábamos juntos cuando se calentaban al sol... ¿Se acuerda usted? Conmigo hablan los dos con la mayor franqueza; en esta vida estoy destinada á servir de confidente, y como soy filósofa á

mi manera, creo que esta misión tiene algo bueno.

– La señora Milner afirma que Villeroy sería fácilmente celoso; sin embargo, el que tiene propensión á serlo no debería unirse con una cantante.

– Esa es una insinuación de su favorito Wilbur Nevin. No sé por qué, pero es lo cierto que este artista ha concebido una ligera aversión, pérfida y rencorosa, hacia los Villeroy, una especie de odio de enamorado, al parecer, que ha recibido un desaire. Ahora bien: yo estoy persuadido de que Nevin no amó jamás á Mila; y lo único que le indigna es no haberle inspirado más que una profunda indiferencia. Las heridas de amor propio, según se ve, escuecen más aún que las inferidas por el amor. El Sr. Villeroy no ha pensado nunca en ser celoso, y hasta ahora lo que ha visto en su mujer ante todo es la artista admirable que comunica vida y pasión á sus obras. Su trabajo de *Lucifer* ha sido para él una obra feliz, de elevada y fecunda inspiración, y el entusiasmo que á Mila inspiró produjo en el músico alegrías de niño, pues ese hombre tan adusto á veces puede ser un joven deliciosamente cándido.

– Ya lo sé; le conozco bajo todos sus aspectos.

– Hace ya largos meses que trabajaba muy contento, y esto no impide que manifieste de vez en cuando una inclinación á la soledad y al silencio que desconcierta á su mujer. Ha tenido el capricho de conservar su habitación de soltero, y de encerrarse allí durante horas enteras para trabajar, á pesar de que Mila le había arreglado un despacho magnífico. Diríase que á veces sufre la nostalgia de la pobreza y que el lujo es una carga para él. Jamás interviene en las cuestiones pecuniarias, de las cuales se encarga su esposa, y personalmente apenas gasta más que cuando era pobre. No comprende que la situación de Mila exige cierta ostentación ó aparato escénico, tocados á la moda y un cupé para ir al teatro. Villeroy se codea con el lujo y no se sirve nunca de él. Estoy segura de que ama á su mujer apasionadamente, y sin embargo, á veces se muestra rebacio y sombrío, como un caballo de pura sangre mal domado. Entonces tiene momentos de violencia y arrebato que desorientan á Mila, cuya naturaleza es menos compleja que la de su marido. Cuando desea una cosa, la quiere con un frenesí inmoderado, infantil, y entonces ella cede, consintiendo en todo para no verle contristado é inquieto.

– Según usted, en el fondo, la que verdaderamente ama es ella...

– No sería justo decirlo así, amigo mío. Villeroy ama á su esposa, y creo que con más violencia que ella á él; pero en el marido, la pasión es más bien tal vez por la artista que por la mujer; mientras que ella ama en él más bien al hombre que al genio, y su amor es elevado, grande y profundo, como su hermosa voz.

– Veo que los ha estudiado usted bien.

– Sí, los amo mucho y me interesan.

– ¿No se ha mostrado nunca Mila celosa de usted?

La princesa se sonrojó un poco. Permitía siempre todas las franquezas al antiguo amigo que la había sostenido y reanimado en los momentos más dolorosos de su vida; pero le resintió un poco aquella pregunta, aunque se limitó á contestar:

– Pero míreme usted bien, amigo mío. Una mujer como Mila no puede estar celosa de una mujer como yo. ¿No le he dicho á usted que los amaba á los dos?

– Dispénseme usted, hija mía, repuso el Sr. Macready. Yo soy una especialidad para ofender á los que más quiero; y por otra parte, ¡comprendería tan bien que se la amase á usted! Usted es la única mujer absolutamente buena, fiel é indiferente para sí, que yo he conocido en toda mi vida.

– Preciso es tener alguna cosa propia, querido amigo, replicó la princesa sonriendo. Esto me vale por lo menos ser elogiada mucho más de lo que merezco por un caballero tan difícil de contentar como usted. Me enorgullezco mucho de ello, créalo así. Pero hablemos ahora de otra cosa; cuénteme algo de su viaje, y sepamos por qué no me ha dado noticias de su persona.



El Sr. Macready, parado delante de los carteles de una columna Morris...

– Era muy desgraciado, y no quería imponer mi mal humor á nadie; pero no hablemos de mí, porque este asunto me interesa muy poco.

Al día siguiente el Sr. Macready esperaba impaciente en el fondo del palco la salida de Mila. Tenía curiosidad por saber qué impresión produciría en él, y habíase guardado muy bien de ir á verla, queriendo estudiarla antes desde lejos, detenidamente, y estudiarse sobre todo á sí propio.

¿La habría amado alguna vez? Con frecuencia lo dudaba, y cuando volvía á su memoria el recuerdo de su cólera celosa, sentíase profundamente humillado, contaba los años que separaban su edad de la de Mila, miraba su cabello blanco, y se decía las verdades más amargas. Ahora podía pensar, sin sentimiento casi, en el enlace de su protegida, y en su corazón renacía el afecto á Villeroy. ¿Estaba, pues, bien curado? De esto deseaba asegurarse.

Los espectadores parecían estar muy bien dispuestos. El director de orquesta, bastante apreciado del público parisiense, fué recibido con aplausos. Aquella audición había tomado proporciones inesperadas, y preparábase una verdadera ovación en favor de la música nacional, ó principalmente tal vez contra la música de allende el Rhin. La obra del músico francés, admirador apasionado de Berlioz y discípulo de éste, sin ser su imitador, había sido objeto de una curiosidad muy simpática.

La primera parte desorientó un poco, pues solamente se componía de una serie de fragmentos orquestrales; los coros y los solos llenaban la segunda parte.

La señora Milner no reprimió sus bostezos, porque aquella música, demasiado complicada tal vez, pero singularmente poderosa, no le representaba en modo alguno lo que indicaba el pequeño programa. Quejábase sobre todo del ruido de la orquesta, cuyos instrumentos de viento resonaban soberbiamente. La primera parte, sin embargo, expresaba muy bien la lucha impía del ángel caído contra el cielo, y hubiérase creído oir sus imprecaciones, adivinar su rabia, su sed de venganza, su reto lanzado al Eterno. Después venían la creación del mundo, la alegría del Paraíso, y el orden y la vida surgían del caos. No obstante, ni siquiera el exquisito fragmento, después célebre, cuyo asunto era el despertar de Eva, conmovió á la señora Milner.

– ¿Le divierte á usted ese ruido, Macready?, preguntó.

– De todos modos, me hace sentir, apreciable señora, y me enorgullece pensar que el hombre que ha concebido semejante obra es amigo mío. Aseguro á usted que *Lucifer* llegará á ser tan clásico como la *Condenación de Fausto*.

– Me alegro que así sea. Por lo demás, ya sabe usted... que á la *Condenación de Fausto*.. yo prefiero el otro *Fausto*, del que pienso que no hablará usted mal. Dicho sea entre nosotros, me parece que el público es de mi opinión más bien que de la de usted. Se muestra rebelde á esas sublimidades...

Y era verdad. Los aplausos resonaban, pero algo flojos, y veíase que faltaba el entusiasmo. Durante el entreacto que dividía las dos partes, los comentarios en los pasillos no fueron nada favorables, y por la irritación que el Sr. Macready experimentaba en aquel momento, comprendió que toda su amistad á Villeroy renacía en él, tanto que en aquel instante pensaba más en el músico que en Mila.

Para la segunda parte, numerosos coristas se agruparon en las banquetas, y alrededor del director de orquesta se colocaron cuatro sillas para los solistas. El público se reanimó, pues en el fondo, lo que le gustará siempre, antes que todos los instrumentos, es la voz humana, esa cosa viva y vibrante que llega al corazón de los que la oyen.

La entrada de Mila fué motivo para producir una verdadera ovación. ¡Ah, sí, bien conquistado tenía á su público la pequeña salvaje de Santa Bárbara! El Sr. Macready cerró los ojos, saboreando la alegría de aquel triunfo, que de derecho le pertenecía y aun no osaba mirar á la joven cantante.

Cuando al fin se atrevió á ello, su corazón latió con mucha fuerza. Sí, aquella era Mila; pero no la misma de antes. Entonces se hallaba en todo el esplendor de su belleza, y aunque algo más gruesa, aún era esbelta y parecía la encarnación del genio feliz y triunfante. Todo brillaba en ella, su sonrisa encantadora, sus hermosos ojos y su tez ligeramente sonrosada por el placer que le producía aquella entusiasta recepción. Una mirada bastó para hacer comprender al hombre que desde lejos la estudiaba, espiando todos sus ademanes y sonrisas, que Mila era completamente feliz en medio de su triunfo.

Macready continuó mirándola, mientras la joven esperaba tranquila su turno para cantar. Un solo de barítono, las *Imprecaciones de Lucifer*, de un carácter grandioso y trágico, conmovió al público, el cual ya no vaciló; desapareció su frialdad, y manifestóse dispuesto á dejarse conquistar.

Cuando Mila se levantó á su vez, prodújose un ligero murmullo de expectación; la joven estaba algo conmovida porque en la partida en que estaba empeñada jugábase el nombre de aquel á quien tanto amaba.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EXPEDICIÓN DEL DOCTOR NANSEN AL POLO NORTE

Hace algunos días los periódicos publicaron la noticia de que el Dr. Nansen había llegado al Polo Norte, descubierto allí nuevas tierras y emprendido su viaje de regreso; y aunque tales noticias no se han confirmado con todos los detalles que son de desear



EL DOCTOR FRIDTJOF NANSEN, célebre explorador del Polo Norte

tratándose de cosa de tanta magnitud, creemos interesante reproducir el retrato del célebre explorador noruego y el barco en que ha realizado su viaje á las regiones polares.

El Dr. Nansen partió de Cristianía el día 24 de junio de 1893 embarcado en el *Fram (Adelante)*, goleta de tres palos de 800 toneladas de desplazamiento y con una máquina de 160 caballos de fuerza: el casco del buque es casi esférico, de modo que en caso de ser cogido entre los hielos, el barco no podía ser aplastado y sí sólo elevado progresivamente hasta la superficie del banco. Las últimas noticias recibidas databan de 2 de agosto de 1893: la carta estaba fechada en el estrecho de Jougor, que separa el continente ruso de la isla de Vaigatz, al Sur de Nueva Zembla, y en ella anunciaba el viajero que se disponía á penetrar en el mar de Kara. Aunque posteriormente, en julio del año pasado, se dijo que los esquimales habían encontrado aprisionado entre hielos un barco parecido por las señas al *Fram*, no pudo precisarse que fuese realmente el del doctor Nansen.

Para organizar su expedición y al trazar el programa de la misma, inspiróse el Dr. Nansen en ideas



El barco *Fram* á bordo del cual ha realizado el DR. NANSEN su expedición al Polo Norte

teóricas basadas en una serie de observaciones. En 1876, el capitán Markham con su buque *Alerte* avanzó por el mar de Baffin y por el estrecho de Smith, entre la tierra de Grinnell y la Groenlandia hasta los 80° 20' de latitud Norte, es decir, hasta unos 500 kilómetros aproximadamente del polo, y pudo observar que los bancos de hielo movíanse hacia el Sur, observación que ya en 1827 había hecho Parry al Norte de Spitzberg. Por otra parte la expedición austriaca de 1872 estudió entre Nueva Zembla y la costa oriental de Spitzberg un movimiento de los hielos hacia el Norte y el Nordeste. Finalmente en 1881 los náufragos de la *Jeannette* que entraron en el Océano Glacial Artico por el estrecho de Behring, arrastrados por el campo de hielo hacia el Norte, sólo á costa de inmensos esfuerzos pudieron volver al Sur, y cincuenta y ocho objetos reconocidos como de pertenencia de los mismos fueron hallados en la costa de Groenlandia.

Fundado en la concordancia de todos estos testimonios, M. Mohm, director del Observatorio de Cristianía, estableció su teoría de la existencia de corrientes en el centro de la cuenca polar que, en su concepto, nacen á lo largo de la costa septentrional de Siberia, atraviesan por debajo del hielo el mar paleocrístico, pasan por las inmediaciones del polo matemático y descienden á lo largo de las costas de Groenlandia. Según M. Mohm, esta circulación polar es debida á una diferencia del grado de salobridad de las aguas del Océano Glacial Artico, á consecuencia de la gran cantidad de agua dulce que conducen los ríos de Siberia, y á una diferencia de temperatura ocasionada por el flujo de las aguas relativamente tibias del Gulf-Stream.

Nansen entusiasmóse por esta teoría y resolvió comprobarla: su plan consistía en navegar costeando la Siberia hasta las islas de Nueva Siberia, es decir, repitiendo el itinerario de Nordenskjold, y dejarse luego arrastrar deliberadamente por los hielos flotantes hacia el Norte, esperando que las corrientes le conducirían nuevamente al mar de Groenlandia ó al de Baffin.

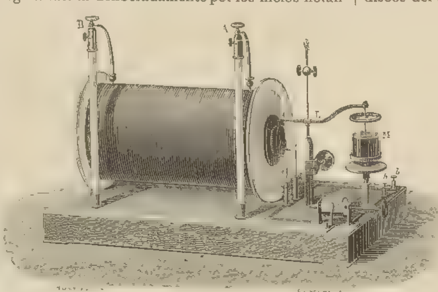


Fig. 1. – Máquina Ruhmkorff que se utiliza en los experimentos sobre los rayos Roentgen

Nansen estaba suficientemente preparado para tan peligrosa expedición: aunque sólo contaba en aquella época treinta y cinco años, había ya explorado el Spitzberg en 1882 (tenía entonces veintiuno) y en 1889 fué el primero que recorrió en toda su longitud, de Oeste á Este, el Inlansi, un glaciar de 100 kilómetros.

***

LOS RAYOS ROENTGEN

En el número 737 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos extensamente del maravilloso descubrimiento del ilustre profesor de Wurzburgo y reprodujimos algunas pruebas obtenidas de objetos fotografiados al través de cuerpos opacos merced á los rayos que Roentgen llamó modestamente rayos X y que actualmente en todo el mundo científico son conocidos con el nombre de su inventor.

Completando lo que entonces expusimos, hoy publicamos tres grabados que representan la disposición de los aparatos tales como se utilizan para verificar los experimentos y los dos elementos esenciales que en éstos se emplean.

La figura 2 reproduce el dispositivo de los aparatos en conjunto: el tubo luminoso B, puesto en acción por un gran carrete Ruhmkorff A, emite los rayos en cuestión, que pasando al través de los objetos que se trata de fotografiar impresionan la placa C, encerrada en el chassis, que no se abre porque aquellos rayos atraviesan fácilmente la madera y el cartón.

La máquina Ruhmkorff (fig. 1) fué inventada en 1851: el ilustre físico de aquel nombre construyó unos carretes de dos alambres y muy grandes dimensiones, por medio de los cuales y seis ú ocho elementos de Bunsen se puede hacer que las corrientes de inducción produzcan ciertos efectos físicos, químicos y fisiológicos equivalentes y aun superiores á los que se obtienen con las máquinas eléctricas y las más potentes baterías. La máquina Ruhmkorff se compone de dos carretes, uno interior, que es el inductor, cuyo hélice consiste en un alambre de regular diámetro (de dos ó tres milímetros), pero de escasa longitud (por ejemplo, 50 ó 60 metros): los dos extremos de este alambre se ven en *f* y *f'* sujetos á dos columnitas de latón. El carrete inducido está enrollado sobre el primero, el cual va metido concéntricamente en su cavidad interior; su hélice se compone de un alambre sumamente fino (un cuarto de milímetro) y de longitud tal, que puede llegar hasta 120 kilómetros. Los dos extremos del alambre inducido van á unirse exteriormente con dos tuercas metálicas A y B en las que rematan dos columnas aisladoras de vidrio. Por último, en el interior del carrete inductor hay un haz cilíndrico de alambres gruesos de hierro dulce, reunidos en sus extremos por dos discos del mismo metal.

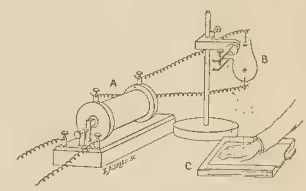


Fig. 2. Dispositivo de los aparatos en los experimentos sobre los rayos Roentgen

Siempre que la corriente de un electro-motor, por ejemplo, la de una pila, pasa por el alambre inductor entrando por *f* y saliendo por *f'* nacerá una corriente inducida en el alambre del carrete exterior por efecto de la influencia de la hélice inductora y de la imanación del haz de hierro dulce; y cuando se interrumpa la corriente inductora, nacerá en la hélice inducida otra corriente de sentido opuesto á la primera. Multiplicando el número de pasos de la corriente y el de sus interrupciones, resultará una serie de corrientes instantáneas tan seguidas y tan intensas, que su efecto será superior al de las baterías más poderosas.

La figura 3 es reproducción de un tubo de Geissler: acerca de él, así como de su aplicación en los experimentos sobre los rayos Roentgen, nos referimos á lo que dijimos en el antes citado número 737 de este periódico.

Apenas descubiertos los rayos Roentgen, hanse hecho sobre ellos interesantes estudios que han permitido observar en los mismos propiedades interesantísimas: una de ellas es de tal naturaleza, que en lo sucesivo será cosa muy fácil reconocer rápidamente la presencia de dichos rayos. Esta propiedad es la de descargar los cuerpos electrizados. Bien conocido entre los hombres de ciencia es el instrumento denominado electrómetro de hojas de oro: cuando éste está electrizado, dos hojas de oro divergen y se elevan, volviendo á caer y á quedar en su posición normal en cuanto se descarga el aparato.



Fig. 3. – Tubo de Geissler que se utiliza en los experimentos sobre los rayos Roentgen

Pues bien: un electrómetro cargado desde hacía muchos meses se ha descargado casi repentinamente al choque de los rayos Roentgen. El experimento se ha repetido muchas veces con satisfactorio éxito, habiéndose observado que el resultado es completo cuando el aparato se halla colocado en una caja de aluminio. En cambio, puesto el instrumento en una caja de latón los rayos Roentgen no producen en él impresión alguna, conservando el electrómetro su carga, pues sin duda aquel metal opone al paso de aquéllos un obstáculo que no encuentran en el aluminio.

***

BICICLETA SOCIABLE

Si la bicicleta parece haber alcanzado la perfección y una forma casi definitiva, no sucede lo mismo con los ciclos para dos personas; y hasta ahora, de

todos los muchos modelos presentados en las distintas exposiciones ciclistas, el único que ha obtenido un éxito justo es el *tandem*. Pero éste tiene el inconveniente de que yendo los dos viajeros colocados uno delante de otro, el de delante priva la vista al de atrás y éste difícilmente puede oir lo que le habla su compañero.

Para remediar este inconveniente se han inventado gran número de *sociables*, los cuales resultan poco cómodos porque son de tres ruedas y pesados y no tienen el principal de los alicientes de la bicicleta ó del *tandem*, que es la conservación del equilibrio sobre las dos ruedas.

Una fábrica de Rochester, la *Punnett Cycle Manufacturing C.°*, ha tratado de resolver el problema de una *bicicleta sociable* creando el modelo que reproducimos, según grabado publicado en el *Scientific American:* este aparato, cuyas disposiciones se comprenden á primera vista, no es sino una bicicleta de dos asientos paralelos, en la que cada ciclista acciona la rueda trasera por una cadena distinta. A este efecto dicha rueda va montada sobre un largo eje en cuyos extremos están dispuestos los dos piñones; el cuadro, abierto como el de una máquina para señora, es doble y descansa sobre este eje y sobre la horquilla de la rueda delantera, gobernada por un doble manillar. De manera que las dos ruedas se encuentran cargadas al modo de una albarda; pero, según parece, no es necesario que los dos viajeros tengan el mismo peso para mantener el equilibrio, pues una ligera inclinación de la máquina en marcha basta para compensar la diferencia.



Bicicleta sociable,
construída por la «Punnet Cycle Manufacturing C.°»

Basta también que uno solo de los ciclistas sepa montar para que pueda viajar una pareja con toda seguridad.

La manera de montar en la máquina es muy especial: la bicicleta se coloca primeramente inclinada para que el primer viajero pueda instalarse cómodamente en ella, hecho lo cual se vuelve á poner la máquina en posición vertical y el segundo viajero la pone en movimiento montando por el pedal. El descenso se verifica del mismo modo, aunque invirtiendo naturalmente las maniobras.

En nuestro grabado se observará que los dos vástagos de los dos cuadros que sostienen las sillas están unidos entre sí por una barra vertical, cuyo centro lleva una vaina en donde puede colocarse también un vástago de silla: este dispositivo tiene por objeto permitir colocar una de las sillas en el centro de la máquina cuando ésta sea eventualmente conducida por una sola persona, la cual entonces acciona sobre las pedivelas extremas y dirige con los puños extremos del manillar. Esta posición es poco elegante y con ella el ciclista se encuentra colocado en malas condiciones de trabajo, pero cuando menos puede conducir la máquina durante algún tiempo para ir á buscar á su compañero de bicicleta, volver el aparato al depósito, etc.

No sabemos qué acogida dispensará el público á la bicicleta sociable, pero nos ha parecido suficientemente interesante y bastante original para darla á conocer á nuestros lectores, tanto más cuanto que se trata de un aparato que ha recibido ya buen número de aplicaciones en América. – X.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

CUENTOS DEL OTRO JUEVES, por *Carlos Ossorio y Gallardo*. – Sobrado conocido es el nombre del distinguido publicista Sr. Ossorio, para que nadie ponga en duda la valía de los cuentos contenidos en el tomo que acaba de publicar: son éstos en número de quince y en todos se advierten una observación y un estudio perfectos del natural, una gran vis cómica en la manera de reproducir lo observado, y en el fondo de muchos de ellos ciertos toques que acreditan al moralista intencionado que entre bromas y veras fustiga á quien lo merece y hace del ridículo la mejor arma para corregir ciertos males. Los *Cuentos del otro jueves* están ilustrados con bonitos dibujos de Xandaró y se venden á dos pesetas.

***

NOTAS SUELTAR SOBRE LA PENA DE MUERTE, por *Q. Newman*. – En esta misma sección nos hemos ocupado distintas veces de los trabajos científicos que en Santiago de Chile viene realizando el Sr. Newman: la obra que hoy motiva estas líneas pertenece á muy distinto género, y demuestra, por ende, la diversidad de aptitudes de su autor, quien además ocúpase con asiduidad de cuestiones filológicas, siendo uno de los apóstoles más fervientes de la llamada ortografía nacional chilena. Sus *Notas sueltas sobre la pena de muerte* son un concienzudo estudio antropológico y sociológico: en él se examinan y comentan las principales teorías, así antiguas como modernas, sobre el delito y la pena, y como resultado de ello declárase el autor partidario del terrible castigo, defendiendo su opinión con abundancia de razonamientos, tomados unos de la ciencia é inspirados otros en el sentimiento. El libro del Sr. Newman lleva como apéndice el notable trabajo del criminalista inglés F. H. Brayley, titulado *Algunas reflexiones sobre el castigo*, y ha sido impreso en Santiago de Chile, imprenta Barcelona (Moneda, 25 – G á M).



SIN PAREJA, cuadro de Ekel Porter

ANUARIO DE LA PRENSA ECUATORIANA. – Este solo título demuestra cuan interesante es la publicación llevada á cabo por la Biblioteca Nacional de Guayaquil, y en la cual se contienen curiosos detalles de todas las publicaciones que han visto la luz en el Ecuador durante el año 1894. Por ella, comparandola con las de los años anteriores, se forma cabal idea de la creciente importancia de la prensa ecuatoriana, que va en aumento progresivo. El *Anuario* es un trabajo que honra a su autor, D. César D Villavicencio, y que debiera ser imitado especialmente por todos los países americanos, cuya labor literaria, poco conocida en Europa, sería de este modo debidamente apreciada por los pueblos del viejo continente. Según dice en su prólogo el Sr. Villavicencio, por falta de apoyo de quienes debieran prestarlo, las ediciones del *Anuario* tienen que suspenderse, lo cual es verdaderamente de sentir por las razones indicadas, siendo de desear que pronto puedan ser reanudadas.

***

EN DEFENSA DE MOSÉN JACINTO VERDAGUER. – No hemos de tratar el fondo de la cuestión que ha motivado la publicación de este folleto. Conocidos son los ataques de que ha sido objeto el ilustre autor de *La Atlántida*, explicados por él mismo en interesantes cartas publicadas en varios periódicos de esta ciudad, y conocidas son también las réplicas de los que Mosén Verdaguer supone sus perseguidores. Planteado el asunto en el terreno científico por lo que se refería a la pretendida perturbación mental del gran poeta, fué éste sometido á un examen médico por los más eminentes alienistas barceloneses, como los doctores Giné, Rodríguez Méndez, Valentí, Galcerán y otros, los cuales en un razonado y extenso dictamen emiten las conclusiones de que en Mosén Jacinto Verdaguer la inteligencia funciona con cabal integridad y que no se advierte en su mente indicio alguno frenopático. Este dictamen, junto con tres artículos publicados por D. Ramón Turró en *La Publicidad* y un mensaje protesta de los felibres de Montpellier, forman el folleto que nos ocupa y que han dado á la estampa varios amigos del Sr. Verdaguer.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 9 de marzo de 1896 — Núm. 741



LA DOLORES, estatua en barro cocido de Rafael Atché

(Salón Parés)

ADVERTENCIAS

Con el próximo número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA repartiremos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de los correspondientes á la serie de 1896. Será éste la preciosa novela alemana de la célebre escritora Eugenia Marlitt *La princesita de los brezos*, en elogio de la cual sólo diremos que ha sido traducida á los principales idiomas y que en Alemania se considera como una de las mejores de la ilustre popular novelista. Hemos adquirido el derecho exclusivo de traducción para España de tan interesante libro, que publicaremos ilustrado con multitud de grabados intercalados en el texto y con algunos cromos.

Llamamos la atención de nuestros suscriptores sobre el cuento original del eminente novelista Emilio Zola *La muerte del aldeano*, que publicamos en las páginas 206 y 207.

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Cuestiones coloniales. – El eje de la política universal. – Necesarios anatemas á la guerra. – Fenómeno político. – La supremacía de Rusia en el planeta. – Preocupaciones de Inglaterra por esta supremacía y sus medios de defensa. – Rhodes y Kruger. – Llegada de Jameson el filibustero á Londres. – Protesta contra el senado yankee. – Conclusión.

No hay más que cuestiones coloniales en el mundo: los franceses tienen la cuestión de Madagascar, los italianos la cuestión de Eritrea, los alemanes la cuestión del telegrama de su emperador al presidente Kruger, los ingleses las cuestiones del Transvaal y del Cabo, los españoles la cuestión de Cuba, los rusos la cuestión de Corea, como si el eje de la política se hubiera separado de nuestra Europa y quedaran sus dos polos en el Oriente y en el Occidente extremos, pasando todo él por los mares, y no como antaño, por el continente nuestro, que ha ejercido una soberana hegemonía en el planeta por espacio de siglos y más siglos. ¡Cuántas consecuencias intrincadas traen tales gravísimos hechos, y cómo anda uno sobre todos ellos con el temor de que alguno estalle y abra volcanes asoladores en el suelo é incendie los aires con apocalípticas tempestades! Nada me repugna y me subleva en el mundo como la guerra, necesitada de organizar sus fuerzas en un verdadero despotismo; esgrimida siempre con violencia y siendo esencialmente un mal, aunque vuelva por el bien; olvidada por completo de todas aquellas nociones del derecho humano sin las cuales no tienen precio alguno la vida y vuelven las sociedades al período de los caníbales, como si reinaran aún sobre nosotros los dioses del odio, los dioses antropófagos, cuyas narices se abrían como las narices de los tigres al hedor de la sangre, y cuyo exterminador espíritu, encerrado en cielos de tinieblas, se gozaba con los holocaustos cruentos y los sacrificios humanos.

* * *

Está pasando un fenómeno que pocos advierten, y que influye con influencia soberana sobre todos: el aumento de la prepotencia moscovita en el mundo. Llámase al predominio de un territorio sobre los demás de cualquiera región hegemonía, desde las edades en que hubo la guerra del Peloponeso por la superioridad política ó moral disputada entre Atenas y Esparta sobre toda Grecia. Pues Rusia no ejerce hoy hegemonía sólo sobre nuestra Europa; la ejerce desde los muros de China hasta los mares de Cádiz; la ejerce indisputablemente sobre todo el viejo mundo, mayor, mucho mayor, que la ejercida por los Estados Unidos sobre todo el Nuevo. Que Francia dispuso de Europa desde los días primeros de la centuria expirante hasta el año catorce por medio de Napoleón; que dispusieron los reyes y emperadores del Norte desde la batalla de Waterloo en el año quince hasta la cuádruple alianza en el año treinta y cuatro; que desde la cuádruple alianza entre Inglaterra y Francia y Portugal y España, hasta la terrible catástrofe de Sedán, dispusieron franceses é ingleses, según lo demuestran, así la guerra de Crimea como la guerra de Italia, y así la guerra de Italia como la guerra de China; que desde la catástrofe de Sedán hasta la retirada de Bismarck, dispuso Alemania de todos nosotros á su guisa, no cabe duda de ningún género, pues son fases del tiempo las así caracterizadas que se hallan reconocidas por todos cuantos estudian y conocen la historia contemporánea. Pero como lo más difícil va siendo el conocimiento de los hechos diarios, apenas enlazables unos con otros en la viveza y multiplicidad de nuestras emociones personales, impeditivas de toda sistematización regular, nadie nota cómo anda Rusia, cual no se nota casi cómo anda el tiempo y no se nota nada cómo anda el planeta. Mas, miradlo, un veto suyo ha detenido los japoneses en su marcha triunfal, y los ha sacado, no obstante, victoriosos, de la Mandchuria vencida; otro veto suyo ha destruído la influencia de Austria en los Balkanes y logrado que príncipes tan católicos como el hijo de una Orleáns y la hija de una Parma bauticen al primogénito de sus amores en la religión oriental más ó menos ortodoxa búlgara, feudo religioso y político ya de la santa Rusia; otro veto suyo ha hecho que Inglaterra desistiera de sus pretensiones acerca del régimen favorable á la infeliz Armenia, y ha repuesto el sultán sobre su trono despótico cuando parecía casi depuesto; una maniobra suya se ha incautado del gobierno de Corea, constituyendo esta península misteriosísima so el protectorado ruso indirecto, contra todos los esfuerzos y maniobras del Japón; demostrando así que aumenta y crece hasta posesionarse de dos continentes la realización de aquella profecía del emperador Napoleón, que anunciaba, en las previsiones del mirar suyo de águila, como, para la próxima centuria, Europa sería ó republicana ó cosaca.

* * *

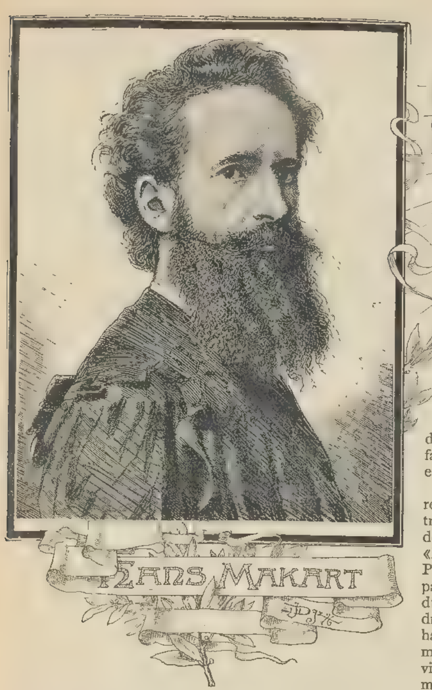
Así comprendo yo que Inglaterra se halle muy embargada por estos terribles síntomas del avance ruso, y se aperciba con todos los medios posibles á procurarse un seguro venidero y una defensa enorme. Bien lo necesita, pues Rusia, que le iba cerrando antes por tierra desde las mesetas centrales del Asia tártara todos los caminos terrestres á Persia y á China y á India, se le cuela de rondón ahora en el mar y en el río amarillos, disputándole con su largo cetro territorial el poderoso tridente oceánico. Mas no se duerme Inglaterra en las pajas. Fortalecida por el más potente factor de influencia que puede imaginarse, por su oro, y teniendo á su disposición aquella fuerza de que no pueden disponer ya los Estados ni en Europa, ni en América, un presupuesto con superávit, no solamente ve crecer sus escuadras, sino aparejarse y moverse con una grandeza y una rapidez inexplicables. Tanto su ministro de las Colonias, Chamberlain, como su ministro de la marina, Gorchen, aseguran, y no mienten, haber llegado en el poder colonial y el poder marítimo de la Gran Bretaña en el mundo á términos que parecen soñados. Pero esta grandeza le suscita dificultades y conflictos no envidiables en las cinco partes del globo, muy propios para quitar el sueño á sus estadistas con frecuencia. Cola de cometa siniestro extiende la cuestión del Transvaal desde las riberas del Cabo hasta la desembocadura del Nilo y desde la desembocadura del Nilo hasta las orillas del Támesis. El grande africano Rhodes, una especie de Yugurta europeo, reinando so el regio manto y la imperial corona de Victoria, su reina, entre republicanas denominaciones y enseñas, no se contenta y satisface, tras haber tendido á los pies de su ilustre soberana dominios innumerables y mágicos, que parecen como inscritos en los fantaseos de las *Mil y una noches*; no se contenta y satisface con esta obra fantástica, la cual cree pobre y pequeña en comparación de la intentada para lo futuro, y pretende acrecentarla, siquiera en este acrecentamiento alguna vez tropiece con obstáculos invencibles y haga correr á la metrópoli, con su emperatriz y todo, riesgos ó daños gravísimos. Los que conocen á este hombre, muy extraordinario, le atribuyen al par de una codicia por el oro sin límites, una tan grande ambición que le suponen capaz de arrancar la corona cedida por necesidad á la reina, y coronarse ó César de un Imperio negro inacabable ó Cronwell de una República. Pero las gentes británicas, muy satisfechas del magno esfuerzo que supone todo esto en su patria y gente, recelan dos cosas: bien un escándalo colosal, en cuya comparación quede lo del Panamá cosa baladí, bien una sirte de complicaciones intercontinentales como la surgida últimamente con el emperador alemán, en las que recaiga sobre la cabeza de su patria una responsabilidad tan enorme como la de haber encendido en el planeta la guerra universal, cuyos estragos pueden dar al traste con todas las grandezas de nuestra ilustre civilización y con todos los productos del trabajo universal. Y hay para temerlo, y mucho, visto lo visto, visto lo que ahora mismo está sucediendo entre Inglaterra y el Transvaal.

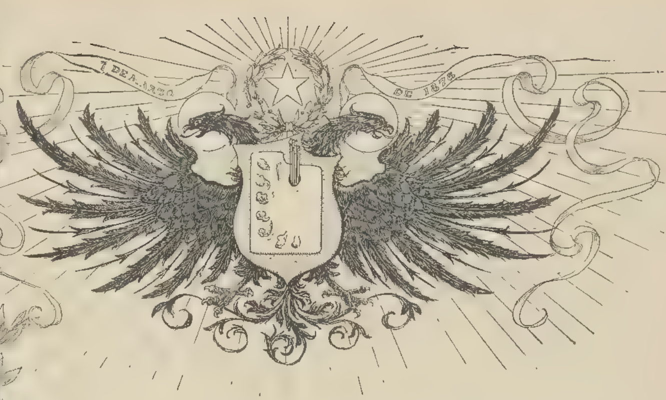
* * *

Las peregrinaciones emprendidas por los jefes de las colonias del Cabo y al Cabo próximas encierran tal número de instructivas enseñanzas, que no debemos ni desatenderlas, ni descuidarlas, si deseamos estar enterados del complicadísimo asunto. Desde luego el explorador y gobernante á quien los ingleses idolatran, este célebre Rhodes, cuyo nombre no podemos elidir un minuto por sus obsesiones al gobierno y al pueblo de Inglaterra, se había partido de sus Estados como reo, por causante de la última perturbación, y vuelve á sus Estados, cuando no ha podido aducir excusa de ningún género, como vencedor. Después de haber sido el general y jefe supremo en la triste aventura del médico Jameson; después de haber tirado la piedra esconde la mano, y se reduce todo el castigo que le han impuesto á un viaje más ó menos cómodo por aguas y arenales más ó menos extensos, y á una conversación larga con el superior jerárquico más ó menos embarazosa. En cambio el instrumento de sus maniobras, el verdugo cumplidor de sus sentencias, el cabecilla de sus irrupciones, Jameson, va preso desde el Transvaal á Inglaterra como reo de lesa nación, y lleva consigo presos también y sometidos á la justicia histórica los que componen el ejército roto que tantas pesadumbres acaba de dar á Inglaterra y tantos males ha podido inferirle. Y se ha dado el rarísimo ejemplo de que mientras la policía los vigilaba, y las cárceles se abrían á su paso para recibirlos y por ende penarlos, el pueblo les ofrecía palmas con laureles y les atronaba los oídos con fragorosos vítores. Vestían los insurrectos vestimentas ceñidas á su cuerpo en Africa y ostentaban las pruebas de convicción que debe atraerles el justo castigo. Y no solamente ostentaban todo esto, sino que hacían un relato casi homérico de sus hazañas, ennegreciéndose la conciencia y la memoria con la incomprensible arrogación de crímenes que no han cometido y de muertes que no han hecho. Doscientas ochenta víctimas se imputaban á su voluntad y á su nombre tan gárrulos criminales; y el gobierno á quien asaltaban y que los ha vencido, no quiere la gloria consiguiente á un extraordinario esfuerzo, y se resigna con no haber tenido necesidad del sacrificio ni de una docena entre soldados suyos muertos y heridos, para salvarse del tremendo enemigo. Mas sea de todo esto lo que quiera, si así reciben los ingleses al vencido, entre loores y aleluyas, ¿no puede recelar el vencedor que lo reciban á él entre denuestos y silbidos? Sin embargo, el íntegro y estoico Kruger, que hizo un viaje tres lustros ha, sacudiendo en él una parte de las obligaciones que le impusiera la Gran Bretaña, se dirige hacia Londres en requerimiento de nuevas garantías, por las cuales puede presentar él en fianza un régimen más autonómico para los uitlanderes y una participación más activa en el gobierno municipal para los ingleses, que hoy explotan aquellas minas y que desistirán de proteger nuevas invasiones en cuanto alcancen una mayor libertad.

Dondequiera que por grandes transacciones políticas se recaba un progreso pacífico y seguro, allí están siempre con sus adhesiones deliberadas y continuas, así nuestro corazón como nuestro pensamiento. Así no pueden estar, no, con el Senado de América, que ha cometido una vulneración tan escandalosa del derecho y de la jurisprudencia internacionales como el reconocimiento del carácter de beligerantes á los insurrectos cubanos. Protestemos con todas nuestras fuerzas y prometamos de grado *murmurar* un poco sobre tal escándalo en la cercana revista. ¡Todo por la patria!

Madrid, 3 marzo de 1896.





ENTRADA DE CARLOS V EN AMBERES

7 de marzo de 1878

Célebre cuadro de Hans Makart

Por una feliz casualidad he podido saber la fecha en que el celebérrimo lienzo que representa la *Entrada de Carlos V en Amberes* fué terminado, ó por lo menos dado como terminado por el artista, si no faltaban algunas de esas pinceladas que más bien por refinamiento del goce estético que al pintor produce la contemplación de su trabajo concluído, que por exigencia de la obra misma, se dejan para los momentos que preceden al de la exposición pública ó al del emplazamiento en el lugar á que se destine. Y esa casualidad á que me refiero es una carta dirigida desde la capital de Austria á un pintor ya fallecido y residente en Madrid, y fechada en Viena el día 7 de marzo de 1878.

El párrafo de la carta citada, en que se refiere (ó refería) una visita hecha por nuestro representante en aquella corte al *estudio* del célebre pintor austriaco, es como sigue: «Por lo tocante á la Exposición universal de París, le diré solamente que de aquí saldrán para la capital de Francia, en los primeros días de abril y con el último envío, dos cuadros que, según dice el embajador que los ha visto y que ha sido invitado al efecto, como también lo más escogido de la sociedad vienesa, habrán de llamar la atención de un modo poderoso. No recuerdo ahora el nombre de uno de los pintores, pero sí lo que representa su cuadro (se refiere al de Munckasy, *Milton dictando á sus hijas el* PARAÍSO PERDIDO). Pero á pesar de los elogios que le digo, mayores son los que hacen del de *Carlos V entrando en Amberes*. Además de ser mucho más grande que el otro, es también mucho más alegre de todo, de color y de asunto; con decirle que hay mujeres desnudas, le digo bastante. El autor es joven, pero aquí tiene ya mucha fama. Hoy parecía un jubileo la casa de Hans Makart, que así se llama el colega de usted.»

Sabemos, pues, que en ese día conoció la *crème* de la sociedad vienesa el cuadro cuya *efeméride* conmemora en estas páginas LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

¿Quién no conoce el cuadro de referencia? La fotografía y el grabado en todas sus manifestaciones reprodujeron la obra del artista favorito de la corte del emperador de Austria. ¿Quién no recuerda el éxito inmenso, más ó menos real, más ó menos justo, que obtuvo en la Exposición universal celebrada en París en 1878?

Cierto, certísimo que la crítica reformó al cabo parte de sus juicios respecto de la primera impresión que le había producido aquella vasta pintura de brillante colorido, de composición repleta de efectismos; mas á pesar de esto, la obra de Hans Makart quedó inscrita en las páginas de la historia del arte contemporáneo, aun cuando uno de los críticos eminentes de Francia escribiese en la revista *L'Art* (tomo II, correspondiente al año de 1879): «La pintura de este cuadro es más fácil que sólida; tiene la composición y el empaque de un *decor d'opera* y no el de un arte sincero y verdadero; no todas las figuras están en el plano que les corresponde, ni las líneas arquitectónicas aplomadas; el cielo se viene encima del primer término, pesando de un modo terrible... Las desnudeces son de un efecto, etc...»

Corto el párrafo, porque lo *de las desnudeces*, *clou*, como dijeron más de cuatro artistas y críticos, del éxito de Hans Makart, no fueron pintadas faltando en absoluto á la verdad histórica; antes por el contrario, los relatos que de las fiestas organizadas en Amberes, para solemnizar la entrada del que, andando los tiempos, había de vencer en Orán y de poner en grave aprieto á Francisco I, detallan pormenores *de desnudeces* y otros excesos, dignos de



ENTRADA DE CARLOS V EN AMBERES, copia del famoso cuadro de Hans Makart

ser conocidos. Para mí tengo como cosa cierta que Hans Makart conocía el relato de Cornelio Grafeus, escrito en latín, y el del *Rafael alemán*, Alberto Durero, titulado *Diario de un viaje en los Países Bajos*. Dice Grafeus: «Cerca de las puertas de la ciudad habíanse instalado y dispuesto cuadros vivos, muy agradables de mirar. En ellos tomaban parte las más bellas jóvenes, como yo no las había visto nunca.» Por su parte Alberto Durero cuenta más tarde, en carta dirigida á un amigo llamado Milanchton, lo de los cuadros vivos, haciéndole una descripción tanto ó más detallada que la que hace en el citado *Diario*, diciendo «lo que había admirado» (¿y su mujer que por un quítame allá esas pajas le solfeaba de lo lindo?). A este propósito, ó ya en *este punto*, escribe el gran artista: «Dichos cuadros eran evidentemente representaciones de grupos mitológicos, en los que figuraban hermosas jovencillas, casi desnudas, pues tan sólo las cubría una muy ligera gasa de muchísima transparencia...» Más adelante refiere que «el joven emperador no las había honrado ni con la menor mirada...» Pero él (Durero) habíase aproximado á ellas *de muy buena voluntad*, así por ver qué representaban, como por contemplar sus perfectas formas. «Como yo soy pintor las miré sin mucho escrúpulo.» *Ego quia pictor aliquantulium irreverecundius circumpexi.* Habla también de las *diosas* que luciendo su belleza acompañaban al «joven emperador, llevando cada una un atributo de la majestad y del poder.»

Otros relatos existen de aquellas fiestas, cuyos originales (en parte) se conservan en los archivos de la Academia de Cirugía de Amberes (que también contribuyera al esplendor de los festejos), en el de la casa de la villa, en el de la del gremio de mercaderes de sedas, etc., que también hacen mención de los cuadros vivos y de las *diosas*. Así que por esa parte *de las desnudeces*, á las cuales achacaron, como digo más arriba, gran parte del éxito de Hans Makart, no puede hacerse hincapié, pues que «papeles cantan;» mas queda una duda por desvanecer, y esa duda es, si efectivamente el *joven emperador*, como llama Durero al hijo de Doña Juana la Loca, que no había honrado «ni con la menor mirada» á las jovencillas de los cuadros vivos, iba como lo pintó el célebre artista vienés, en medio de «diosas» cuyos trajes nada tenían que envidiar á los que describen Grafeus y Durero de las otras bellezas.

***

Sea ó no exacta la representación histórica de Hans Makart, es indiscutible su importancia, y seguramente que así habrá de reconocerse andando los tiempos y cuando se pretenda llevar á efecto un estudio detenido del valor del arte pictórico de este siglo con relación al ideal estético y sus fines sociales. El lienzo *Entrada de Carlos V en Amberes* tiene, según mi sentir, tres aspectos para la crítica, los tres interesantes, y en los cuales solamente el crítico y académico español, ya fallecido, Sr. Tubino, medio columbró en el estudio que de Hans Makart hizo en las páginas de la revista *La Academia*.

Son dichos aspectos: primero, el que pudiera llamarse sintético de las condiciones artísticas del pueblo austriaco: segundo, el que atañe al modo de expresar por medio del color y de la línea, es decir, de la plástica; y tercero, el que se refiere al rumbo de las ideas estéticas y á la influencia del positivismo analítico de las ciencias históricas modernas.

Porque es curioso, más que curioso, importante, estudiar cómo en artistas de la altura del pintor favorito de la corte de Austria se amalgaman brillanteces de paleta solamente advertidas en escuelas del Mediodía de Europa y en las de los Países Bajos hasta hace un siglo; las tendencias de línea de la escuela de Rubens; los romanticismos de concepto caballeresco que son característicos de gran parte de la obra artística y literaria de las razas germanas; el gusto femenino de la escuela modernista parisiense, y una especie de admiración del arte clásico de los paganos, que se vislumbra con bastante claridad en la misma traza y modo de colocar las figuras.

Seguro estoy de que tan heterogéneos elementos, á poco que estudien la obra de Makart, han de advertirlos cuantos lean estos renglones; que no solamente en este artista austriaco se miran reunidos, sino también en el autor de *Cristo ante Pilatos* Pero sobre cuanto vengo diciendo, otro estudio y otra nota importantísima avaloran el cuadro de Hans Makart: el de la verdad histórica; la del interés de la pintura que aquí consideramos muerta y que en esos países del Norte vive pujante, *la pintura de historia*.

R. Balsa de la Vega

EL VIEJO Y LA NIÑA

I

El *Lebrijano* había sido un arrogante mozo que traía locas á las muchachas lugareñas y campesinas, y además era notable músico de inspiración; pues sin conocer ni por asomo el pentagrama, improvisaba brillantemente en la guitarra, la flauta y el violín. Fué también ágil y distinguido panderetólogo. Esto lo recordaban los viejos del Pedroso, suponiendo que en sus mocedades había ganado mucho dinero, puesto que el *Lebrijano* era el músico obligado de todas las bodas, holgorios y fiestas que se celebraban en las poblaciones limítrofes de Andalucía y Extremadura. Pero debió pasarle lo que á todos los artistas de verdadero genio: los años se le echaron encima, sobrevínole la decadencia, y por consiguiente huyó de él la fortuna, que aborrece á la mayor parte de los viejos.

Así es que daba grima ver al tío *Lebrijano* (ya había ascendido á tío) con setenta y dos años á cuestas, solo, viviendo de la caridad pública, sin que nadie hiciera caso de su música.

Refugiábase de noche en una de las cuatro ó cinco cuevas que había en un montículo de las afueras del Pedroso. Nunca entraba en el pueblo, y casi todo el día le pasaba en un mismo sitio. Hace diez ó doce años había cerca del pueblo un arrabal, si puede llamarse así á un grupo de tres edificios, que eran el taller de carretería, una tahona y una fábrica de embutidos extremeños. Un camino llano, sombreado por una sola hilera de olmos, conducía desde el Pedroso al arrabal, y era aquél bastante frecuentado; pues además del taller, único en el pueblo, la tahona era famosa por el exquisito pan que elaboraba á imitación del de Alcalá de Guadaira, y la fábrica de embutidos por lo sabroso de sus confecciones.

Pues bien: el tío *Lebrijano* se situaba bajo los olmos del susodicho camino en las primeras horas de la mañana ó cuando ya declinaba la tarde, pues eran las horas de mayor tránsito para ir y venir del arrabal. Constituían su traje un sombrero calañés atado con un pañuelo de hierbas á guisa de barboquejo, una capa corta de tiritaña, unas medias azules con ramificaciones encarnadas que sólo le cubrían las piernas y unos zapatos de cuero cordobés, claveteados; y lo raro era que este atavío, si bien bastante ajado y sucio, no se deterioraba con el transcurso del tiempo. Llevaba un zurrón de lienzo, que había sido blanco, pendiente de los hombros, y no bien sentía pasar gente, soplaba en un instrumento entre flauta y piporro de llaves oxidadas por falta de limpieza. Mechones de melena blanca asomaban por debajo del sombrero del tío *Lebrijano*, y su rostro de ancianito bien conservado era simpático en sumo grado. Tenía un perro, no como lazarillo, sino por compañero, y habíale enseñado á que solicitase limosna de los transeuntes, llevando en la boca una pequeña batea.

Durante las horas de calor, en las que apenas pasaba gente por el camino del arrabal, el músico pordiosero se refugiaba en un plantío próximo, que pertenece al ayuntamiento del Pedroso, ó bien junto al brocal de un pozo cegado que tenía un cobertizo de madera. A no ser por los amargos recuerdos de su bullanguera juventud y de sus triunfos musicales, es probable que el tío *Lebrijano* hubiera sido feliz en medio de su pobreza; pues bien ó mal no le faltaba cotidiano alimento, y con su organización de artista podía sentir y apreciar el paraíso que gozaba á sus anchas en los incomparables y pintorescos alrededores de aquel pueblo andaluz, el más ameno de la provincia de Sevilla.

Pero el anciano músico vivía triste: harto lo revelaban su aspecto ensimismado y su mirada de expresión melancólica y distraída.

La ancianidad aislada es un sonambulismo envuelto en la penumbra de la muerte que no dejará recuerdos ni hará verter lágrimas.

Así era que el pobre tío *Lebrijano* esperaba todos los días, con cierta ansiedad, la caída de la tarde, porque á esta hora veía á Cristeta.

¿Quién era Cristeta?

II

Pues era una muchachita de quince años, linda como una rosa, limpia como el oro y buena y compasiva como pocas. Tenía un hermano, ya entrado en años, que guardaba algunos predios que la municipalidad posee en el término del Pedroso, y ella servía en casa de un labrador bien acomodado, llamado de nombre Jeromo y por apodo *Pesetas* por las muchas que se le atribuían. Estaba éste casado y no tenía más familia que un hijo de diez y ocho años de edad que compartía con su padre y con tres mozos de labranza las faenas del campo.

En casa de Jeromo servían otras dos mozas; pero Cristeta, por más lista, era la exclusiva demandadera. Por eso iba todas las tardes al arrabal á comprar pan de la última hornada para la cena de la familia y morcillas extremeñas hechas á diario, que gustaban sobre manera á la mujer del labrador, que era algo glotona. Daba gloria ver á Cristeta con su pañuelo liado á la cabeza á estilo pasiego, su carita fina de expresión triste y soñadora, su vestido morado, de estameña y su delantal graciosamente recogido para no mancharse con la cesta que llevaba al brazo. El tío *Lebrijano* nunca faltaba al borde del camino cuando ella iba ó venía del arrabal, y siempre, como en son de fiesta, la recibía soltando de su piporro notas que por lo desacordes asemejábanse á aullidos; y no era seguramente por la morcillita y el bollo de pan que ella le daba, sino porque entre la niña y el viejo existía rara é inexplicable simpatía. Hasta se parecían ambos, sin mediar entre ellos ni el más remoto parentesco. Misterios, aún no explicados, de la sangre, que es la base de la vida, que hacen que personas desconocidas entre sí presenten idéntico aspecto é inclinaciones.

Lo cierto era que el pobre músico mendigo no tenía más que dos pasiones, Cristeta y su piporro; porque no podía resignarse á renunciar á su música, y por caso raro, de los cuatro instrumentos que había *tañido*, habíase reservado el más difícil y trabajoso. Era un ilusionista musical, y creía que los resoplidos que daba en su instrumento producían las brillantes notas que tanta fama habíanle valido en otro tiempo, así es que estaba admirado de que nadie hiciera caso de él; pero era orgulloso y ocultaba su despecho.

III

Una tarde no pasó Cristeta por el camino del arrabal á la hora de costumbre. El tío *Lebrijano* con este motivo estuvo desasosegado durante la noche y las primeras horas de la mañana, hasta que vió venir á la muchacha hacia el pozo bajo cuyo cobertizo solía guarecerse del sol. Venía Cristeta sin cesta y con aspecto triste. Contóle llorando que había sido despedida de casa de Jeromo porque habían notado que Fermín, el hijo de aquél, la miraba con buenos ojos. Además acusábanla de sisona, pues habían sabido que siempre traía una morcilla menos de las que entraban en un *paney*.

– ¿Sería la que me dabas todas las tardes?, preguntóle el anciano músico.

– Sí, Sr. Juan, contestó ella. ¿Pero qué importa eso?

– ¿Y es verdad que Fermín te quiere?

– Sí, volvió á contestar ella, bajando los ojos, Fermín es muy bueno y muy cariñoso; pero ya sabe usted que sus padres son á cual más desabridos y vanidosos. ¡Nunca consentirán en que se case conmigo!

Y la muchacha siguió lloriqueando

– ¡Vaya por Dios!, exclamó el tío *Lebrijano*, acariciándole la cabeza y mirándola de un modo particular. Así son los ricos, creen que por serlo son de pasta distinta de los demás. Consuélate, hijita, que siendo tan buena y tan pimpollo como tú eres, no ha de faltarte un guapo y honrado muchacho.

– ¡Pero si yo no puedo querer más que á Fermín!, exclamó Cristeta con ingenuo arranque.

Desde aquel día, como la muchacha tenía poco que hacer, puesto que su hermano el guarda estaba casi siempre en el campo, hacía frecuentes excursiones á los sitios en que podía encontrar al tío *Lebrijano*, impulsada por la necesidad de desahogar sus penas con el pobre anciano, á quien quería como un padre. En la imposibilidad de darle ya morcillas y bollitos de pan sevillano, traíale setas, moras, caracoles, cogollos de lechuga ó escarola y cuanto podía procurarse, y ella misma le preparaba estas viandas. Mientras lo hacía, contábale las novedades del pueblo y especialmente las que á ella le interesaban. Le contó que Fermín la buscó un día junto á su casa; que su hermano el guarda les había sorprendido y aconsejado á aquél que obedeciese á sus padres y que no se acordase de ella, porque *no querían cosas á la fuerza*. Contóle también que según se decía en el pueblo, en casa de Jeromo *Pesetas* no había tantas como se suponía; que se hallaba apurado, y que iban á sacarle á subasta un encinar por demanda de un usurero de Sevilla. Oía estas cosas el tío *Lebrijano* mustio y cabizbajo, ó á veces mirando á la muchacha con unos ojos que la asustaban. Porque desde hacía días el viejo músico había variado de carácter: de dulce y tranquilo habíase trocado en levantisco é inquieto; reñía al perro, tenía olvidado al piporro, cuando estaba sólo hablaba alto y manoteaba, y en resolución parecía como que le escarabajeaba algo en el corazón ó en la conciencia.



«¿Qué tendrá el Sr. Juan? – se preguntaba Cristeta. – Parece como que le va á dar ramalazo de locura.»

Hasta el perro estaba preocupado; pues sabido es que los perros tienen más intuición que las personas.

Una mañana dijo el tío *Lebrijano* á Cristeta:

– Mira, di á tu hermano que me vea hoy: le aguardo todo el día en el plantío, en el camino ó junto al pozo.

– ¿Para qué quiere usted verle?, preguntó Cristeta muy sorprendida.

– Ya lo sabrás; que no deje de verme, cuanto más pronto mejor.

Aquel día aumentóse la agitación del músico mendigo, vagaba de un sitio á otro como si tuviera hormiguillo; pero pareció sosegarse al ver al hermano de Cristeta, que se aproximaba al plantío.

Lo que hablaron ambos nadie lo supo. Lo cierto es que desde el plantío se dirigió Lorenzo, que así se llamaba el guarda de campo, á casa de Jeromo *Pesetas*, al que halló sentado en un poyo, á la puerta. Llevóle aparte y le espetó á quemarropa la siguiente pregunta:

– ¿Sabrá usted que mi hermana Cristeta y su hijo de usted Fermín se quieren?

– ¿Y á mí qué me cuenta usted, si no han de casarse?, contestó Jeromo con desabrimiento.

– Es que mi hermana no está tan *desaviá*. Tiene mil duros de dote.

– ¡Mil duros!, exclamó Jeromo, en el colmo de la sorpresa. ¡Con algo menos evitaba yo que me vendiesen el encinar!

El resto de la conversación se comprenderá por los resultados.

¡Pobre tío *Lebrijano!* ¡Cuánto tuvo que luchar entre su avaricia y el intenso cariño que profesaba á Cristeta! Le dió toda su fortuna acumulada á fuerza de años ochavo á ochavo. Sólo se reservó dos mil reales *para tener algo que contar*.

IV

La boda de Fermín y de Cristeta fué muy rumbosa; como que la costeó la marquesa del Predoso, que se hallaba de temporada en el pueblo de su título. Se celebró en un cortijo de dicha señora, distante media legua de la población. Se comió en el zaguán, que era inmenso, y después los novios y convidados se salieron á bailar á un patio en donde podían correr caballos. Componíase la orquesta de tres guitarras, dos bandurrias y una pandereta, con el aditamento del piporro del tío *Lebrijano*, que se empeñó en tomar parte en la música. Sentóse en medio de la orquesta, con un traje muy limpio arreglado por Cristeta y teniendo á su perro enroscado debajo de la silla. Rompióse el baile con una polca (en el Pedroso son muy finos) en la que tomaron parte los nuevos desposados. La orquesta se desgañitaba á tocar; el viejo músico soplaba en su piporro, que apenas se oía; pero súbito salió del deteriorado instrumento un ruido tan grande, tan estridente y tan particular, que dejó á todos sorprendidos. Enmudeció la orquesta, suspendióse el baile, miraron todos al tío *Lebrijano*, incluso el perro, que aullaba; y ¡cuál fué el asombro de todos al ver que el anciano músico, soltando el piporro caía desplomado al suelo!

El médico del pueblo declaró que el tío *Lebrijano* había muerto de la rotura de un aneurisma.

F. Moreno Godino



La Victoria, estatua que figura en el monumento que se erige en Ruhrort á la memoria del emperador Guillermo
Obra de Gustavo Eberlein

WATERLOO LITERARIO

A San Rafael,
en La Correspondencia militar.

San Rafael, que es un escritor ingeniosísimo y que, para mayor gloria suya, suele ser algo apasionado, condición sin la cual no hay hombre sincero, afirmó – hace ya muchos días – en uno de sus chispeantes é intencionados *tiroteos*, que no está enamorado de lo antiguo, ni es de los que repiten con *Jorge Manrique* que

«Cualquiera tiempo pasado
fué mejor.»

Y después de afirmar esto, puso á su afirmación el siguiente correctivo:

«Pero sería cerrar los ojos á la evidencia el negar que el último cuarto del siglo XIX es un Waterloo literario, al menos por lo que á España respecta.»

Como el susodicho *San Rafael* cultiva, de ordinario y muy felizmente por cierto, el género festivo; y como es humorista, aunque sin pretensiones de serlo, no estoy muy seguro de que dijese en serio lo del Waterloo literario.

Para sospechar que hablaba seriamente hay una razón poderosa, es á saber: la de que tomó por asunto de sus lamentaciones la nunca bastantemente deplorada desaparición del inolvidable *Castro y Serrano*, el insigne autor de *Cartas trascendentales* y de *La novela del Egipto*.

«... Cuando desaparece (decía *San Rafael*) de la lista de los vivos una personalidad literaria del relieve de *Castro y Serrano*, se siente tristeza profunda, no tanto por el que se muere, sino por los pocos que quedan, pues teme el alma quedarse sola, ó lo que es peor, quedar mal acompañada.»

Esto podrá ser una broma; pero convengan ustedes conmigo en que no lo parece.

Entendí, pues – y sigo entendiendo todavía, – que, á juicio de *San Rafael* – cuya opinión tengo en mucho, – la España literaria se halla hoy en lastimosa decadencia, si con la España literaria de hace veinticinco años se la compara.

«Si es broma puede pasar;» pero si, como sospecho por la razón apuntada, no es broma, se hace preciso suplicar á *San Rafael* que rectifique su opinión y repare sus injusticias.

No es de ahora, no, el llorar decadencias literarias, más imaginadas que reales; en todo tiempo y en todos los países han lamentado supuestos decaimientos personas ilustradísimas que, justamente por serlo, conocían y estimaban lo mejor de lo mejor de los escritores del ayer, y lo bueno y mediano y malo de los escritores del hoy.

Como ha ocurrido siempre, lo malo y lo mediano abunda ahora mucho más que lo bueno; y por lo que hace á lo bonísimo ó sobresaliente, escasea en cualquier época. La comparación, pues, entre lo selecto del pasado y todo lo del presente ha de resultar por fuerza desfavorable para este último.

¿Cuantos escritores viven aún de los que en la antigüedad brillaron? Muy pocos. Y de esos pocos, ¿son conocidas y se han salvado del olvido muchas obras? ¡Oh!, no, muy contadas, las mejores entre las muy buenas. Esto explica de un modo clarísimo, cómo puede parecer decadente un período de la historia, aun siendo de indiscutible florecimiento, á los que en ese período viven y luchan.

Porque hay esto además: «la pasión, dice el vulgo quita conocimiento.» Y es exacto lo que dice el vulgo. No es razonable, ni es juicioso, exigir al combatiente que, en el fragor de la pelea, cuando enardecido el espíritu por la violencia del ataque y solicitada la atención por la necesidad de la defensa, solamente ve en sus contemporáneos, ó aliados á quienes defender ó enemigos á quienes combatir, serenidad de juicio bastante para aquilatar merecimientos literarios del enemigo ó deficiencias intelectuales del camarada.

Por eso dijo muy acertadamente el poeta, si bien refiriéndose á glorias de otra índole:

¿Fu vera gloria? Ai pósteri,
l'ardua sentenza, noi
chiniam la fronte al másimo
Fattor.

* * *

Sí, la posteridad, la posteridad es la llamada á dictar fallos definitivos sobre lo que los predecesores valieron.

La posteridad..., sí; no por ser posteridad..., sino por no ser *contemporaneidad* – y séame perdonado el neologismo.

Hay ocasiones en que la juventud, la *gente nueva*, se adelanta un poco y ejerce de posteridad decre-

tando honores excepcionales á personas ilustres que no lograron justicia de sus coevos. Tal sucedió, por ejemplo, cuando fué coronado el cantor de *El descubrimiento de la Imprenta*, nuestro gran *Quintana;* tal ha sucedido también cuando de Granada obtuvo idéntica honra el inolvidable *José Zorrilla*.

Pero si los nietos pueden juzgar, y juzgan con absoluta imparcialidad y libres de todo linaje de sugestiones, á sus abuelos, es indudable que los abuelos, si sobrevivieran, juzgarían, también imparcialmente y sin prevención, á sus nietos.

Esto, por regla general, no es posible; ocurre, sin embargo, que así como *alguna vez* las nuevas generaciones se adelantan para dictar fallo acerca del merecimiento de un poeta, vivo aún – poeta que por envidiable privilegio presencia la consagración de su gloria; – así, en ocasiones muy contadas, algún representante *rezagado* de generación que es ya ida, puede emitir opinión, sincera á fuer de desinteresada, sobre los hombres de la nueva.

Y en este concepto, puedo permitirme la osadía de manifestar á *San Rafael* que en sus juicios acerca de la actual decadencia literaria ha padecido error; error invencible, porque estudia á sus contemporáneos desde el mismo campo de batalla, en los momentos de la lucha y cuando el ardimiento del incesante combatir ha de quitar fatalmente claridad á su criterio y justicia á sus fallos.

Podría yo ahora, para dar fuerza á mis afirmaciones, mencionar, no ya á docenas, á centenares, nombres de poetas, de dramaturgos, de novelistas, de literatos consagrados á la dificultosa é ingrata labor del periodismo, que llenarían, no lo dude *San Rafael*, llenarían ellos solos muchas páginas de un libro. No quiero hacerlo, porque estas amistosas observaciones dirigidas al compañero podrían parecer pretexto para lisonjear á los amigos. Pero sin mencionar nombres, con lo que á más de parecer lisonjero habría de incurrir, contra mi voluntad y contra mis deseos, en inevitables cuanto injustas pretericiones, puedo repetir que tenemos hoy en España escritores insignes, poetas cómicos ingeniosos, periodistas de gran valer, críticos de primer orden, dramaturgos admirables que, transcurridos algunos años y cuando sin apasionamiento ni prevenciones sean juzgados, figurarán al lado de los que ilustran el segundo tercio de este siglo.

¿Dónde está otro Don Alvaro?, pregunta el ingenioso *San Rafael*.

¡Ah! Yo no voy á decirle dónde hay otro *Don Alvaro;* pero sí le recordaré que ese *Don Alvaro*, que á nosotros nos parece drama hermosísimo, fué acogido en la noche de su estreno con extremada frialdad por el público y tratado con desdén por la crítica de los contemporáneos del autor.

Allí, sepultada en el panteón del olvido, yacería la bellísima obra del duque de Rivas si á un actor no le hubiese ocurrido la *descabellada* idea (pues descabellada pareció á sus compañeros) de desenterrarla para su beneficio. *San Rafael* alude también á *Adelardo Ayala*, á *Ventura de la Vega*, á *Bretón*, á *Zorrilla*, á *Quintana*, á *López García*, á *Selgas*..., y pone tal vez en olvido, que muchos de esos hombres, aunque por desgracia para nuestra literatura, hayan desaparecido de entre nosotros, pertenecen á la actual generación. *Ayala* es, si así puede decirse, de ayer; Selgas, Lorenzana, Escobar, Fernández de los Ríos fueron compañeros y amigos de muchos que militan hoy, y militan con gloria, en las huestes del periodismo.



LA HISTORIA, estatua que figura en el monumento que se erige en Ruhrort á la memoria del emperador Guillermo
Obra de Gustavo Eberlein

Y olvida también que á esos hombres mismos á quienes hoy tributamos, unánimes todos, incondicional aplauso, fueron discutidos y aun *negados* por los que en su tiempo desempeñaban oficio de críticos.

Negar que el periodismo es hoy muy superior á lo que era en 1866, es negar lo evidente.

Existen hoy en España, no ya solamente en Madrid, en Barcelona, en Oviedo, en Coruña, en Valencia, en Sevilla y aun en provincias de último orden, periodistas brillantísimos, que á diario y á vuela pluma cincelan trabajos que hubieran firmado sin vacilar los Carlos Rubio, los Lorenzana, los Vildósola y los Montilla.

Lo que sucede hoy es que, por lo mismo que abundan, son menos citados. No pasa día sin que en alguno ó en algunos de los numerosos diarios que en España aparecen, leamos todos artículos muy superiores, por la alteza del concepto y por la hermosura de la forma, á los titulados *Misterios*, *Meditemos*, *La Clave*, *El Rasgo* y algunos otros que adquirieron inusitada celebridad.

Pugnando están por escaparse de mi pluma nombres de ilustres periodistas que son hoy juntamente honra y orgullo de la prensa española, y á los cuales, sin embargo, no se hace toda la justicia que merecen. Resisto, no obstante, á la tentación: me he propuesto prescindir de personas.

El ingenio, la agudeza, la *vis cómica*, la sal y el talento epigramático gastados diariamente en el sinnúmero de periódicos festivos que se publican hoy en España, donde hace treinta años apenas se podían sostener tres ó cuatro, serían más que sobrados para superar á cuantos en el siglo de oro discurrieron los mantenedores de nuestra novela picaresca.

Las *Ilustraciones* que hoy aparecen en España, y en cuyas columnas figuran firmas de literatos españoles, son hoy muchas más que en 1860...

Y es claro – *San Rafael* no puede negarlo ni desconocerlo, – la ley del progreso había de cumplirse en esto lo mismo que se cumple en todo. Cada generación, examinada en conjunto, vale más que la anterior á ella.

Que los *genios*, las verdaderas *eminencias*, los *grandes* hombres forman aparte, no hay necesidad de decirlo.

Pero los genios son pocos, muy pocos, y esos no pertenecen á ningún siglo, ni á ningún país; constituyen el patrimonio del género humano y pertenecen á todos los tiempos y á todos los países.

Prescindiendo de los *genios*, que nacen cuando deben nacer; cuando la humanidad, para la realización de una de sus maravillosas evoluciones, los necesita... en el campo de los simples mortales, no me parece que hay motivo bastante para que *San Rafael* nos hable de un *Waterloo literario*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

NUESTROS GRABADOS

La Dolores, estatua en barro cocido de Rafael Atché. – Ya no presenta Atché las violentas manifestaciones que en la humanidad producen los dolores y sufrimientos, ya no representa las agónicas contracciones del moribundo, ni expresan sus obras el agobio del remordimiento, ni el estigma de la maldad, cual acontece en el *Mal ladrón* y en *El entierro de Judas*. Su temperamento suaviza sus juveniles energías, y sin olvidar su laudable propósito de imprimir á sus obras rasgos que las conviertan en trasunto de la realidad, inclínase á la expresión de sentimientos más tranquilos, aunque tan intensos, como los que revelan la actitud y el semblante de la protagonista de la inspirada obra de Feliu y Codina, *La Dolores*, hondamente sentida y magistralmente modelada.

La bella estatua que figura en la primera página en este número considerámosla como una de las producciones más salientes de Rafael Atché, á quien, con justicia, hay que aplaudir y considerar como uno de nuestros más geniales é inspirados escultores.

¡Deliciosa melodía!, cuadro de Conrado Kiesel.—Ya en otras ocasiones hemos hecho observar á nuestros lectores la predilección que el ilustre pintor alemán siente, artísticamente hablando, por el sexo femenino: la mayor parte de sus cuadros, muchos de los cuales hemos publicado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, son bustos de mujeres hermosas que juntos formarían una curiosa galería de bellezas. No es, pues, de extrañar que Kiesel haya llegado á dominar por completo este género pictórico en sus más diversas expresiones, desde el rostro de nítida blancura, de suaves líneas y azulados ojos, encuadrado por dorados rizos, hasta el de tez morena, acentuados contornos y ojos negros, al que sirve de marco negra y brillante cabellera.

Sir John Millais, nuevo presidente de la Real Academia de Londres.—El sucesor de lord Leighton en la presidencia de la Real Academia de Londres nació en Southampton en 1829: trasladóse su familia á Londres, y el niño Millais fué presentado por su madre al entonces presidente de



EL VIEJO Y LA NIÑA, dibujo de N. Méndez Bringa

(Véase el artículo del Sr. Moreno Godino)



OFRENDA A LA VIRGEN, cuadro de José Garnelo

(Salón Parés)

la Academia, Sir Martin Archer, el cual, poco satisfecho sin duda de su profesión, dijo á la buena señora cuando ésta le expuso sus deseos: «hágale usted deshollinador antes que pintor.» Sin embargo, cuando vió los dibujos que como muestra le enseñaron, cambió de parecer, y Millais entró en la Academia: á



SIR JOHN MILLAIS,
nuevo presidente de la Real Academia de Londres

los nueve años de edad ganó un premio, y era tan pequeño que llamó la atención del personaje de la familia real que presidía la distribución y que no pudo menos que manifestar su admiración al precoz artista. A los diez y seis años expuso en la Academia su primer cuadro de importancia, el titulado *Pizarro*, y desde entonces sus triunfos fueron en progresión creciente hasta el punto de que siete años después era elegido asociado de la Academia, en la que entró como individuo de número en 1863. Millais ha cultivado todos los géneros pictóricos, el histórico, el religioso, el paisaje, la marina y el retrato, y hoy en día es reputado como uno de los primeros y más respetables pintores ingleses, por lo cual ha sido unánimemente aplaudida su elevación á la presidencia de la Real Academia.

La Victoria. La Historia, estatuas de Gustavo Eberlein.—Próximamente se inaugurará en Ruhrort (Prusia) un monumento erigido á la memoria del emperador Guillermo I y debido al célebre escultor Eberlein, autor de la mayor parte de los que se han levantado en Alemania en honor de aquel soberano y de los que conmemoran los hechos más notables de 1870 y 1871. Consiste el monumento en un obelisco de 20 metros de altura que se alza sobre un grandioso pedestal y al que sirve de remate la corona imperial sobremontada por un águila colosal de bronce con las alas desplegadas. En el pedestal están colocadas las dos estatuas que reproducimos: *La Historia*, representada por una hermosa matrona, cubierto el cuerpo por amplias vestiduras, y apoyando sobre sus rodillas el libro en cuyas hojas ha escrito el nombre del ilustre emperador y consignado sus principales gestas; y *La Victoria*, en figura de un héroe sentado sobre una piel de león, con un pie apoyado en un casco y empuñando con su mano izquierda una corona de hojas de laurel y roble. Completan el monumento un grandioso grupo formado por Guillermo I y Bismarck, que le presenta el documento de su proclamación firmado en Versalles, varios trofeos de armas, grupos de banderas, un relieve con la diosa de la Fama y de la Victoria, y un león que apoya sus garras sobre la bandera enemiga, que yace en el suelo. El conjunto del monumento resulta magnífico y original, y en las estatuas y en los más insignificantes ornamentos admírase una ejecución perfecta que añade nuevos lauros á los infinitos logrados por Eberlein en su brillante carrera.

Ofrenda á la Virgen, cuadro de José Garnelo.—Tal es el título de uno de los lienzos que han formado parte de los varios que recientemente ha exhibido en el Salón Parés el meritísimo pintor D. José Garnelo. Desde que fijó en esta ciudad su residencia, al encargarse hace algunos meses de una de las cátedras más importantes de la Escuela de Bellas Artes, ha sido la primera vez que ha expuesto públicamente sus producciones. Y cuenta que con tal manifestación ha logrado una vez más poner de relieve sus cualidades como pintor y su talento como artista. Variadísimas han sido sus producciones, algunas de ellas inspiradas en conceptos modernistas, genialmente sentidos, como lo es el interesante lienzo titulado *Monte-Carlo*, notables representaciones de la pintura de género. *Ofrenda á la Virgen* es una producción bella y poéticamente interpretada. Nada más sencillo y grande á la par que la ofrenda que á la Madre del Crucificado ofrece el grupo de aldeanos, y sin embargo de esa simplicidad resulta la elevación del concepto y la expresión de un sentimiento puro y delicado.

El trazado de las figuras y su sobrio, pero castizo colorido, atestiguan la sólida instrucción pictórica de Garnelo, uno de los más entusiastas é inteligentes representantes de la escuela española.

Medalla conmemorativa de cesión de terrenos á la ciudad de Barcelona. – Acto de justicia fué la cesión hecha por el Estado á favor de nuestra ciudad de los terrenos viables en donde antes se asentaban las antiguas murallas. Barcelona habíalas construído para su defensa á sus expensas, y justo era, por lo tanto, que no se le exigiera su valor. Para conmemorar este hecho, verdaderamente trascendental para los intereses de la ciudad, el ayuntamiento acordó acuñar una medalla, abriendo al efecto un concurso entre artistas españoles. Varios fueron los que en él tomaron parte, logrando llamar la atención el proyecto presentado por el distinguido escultor catalán D. Eusebio Arnau. Basta examinar la obra premiada para comprender su mérito. Explica perfectamente el tema y responde á las condiciones exigidas.

Cuanto á la obra en sí, diremos únicamente que está modelada con singular galanura, llamando la atención la esbelta figura del genio, interesante estudio que revela las condiciones y aptitudes de tan modesto como inteligente artista.

Si buscamos un punto de comparación, hallámoslo en la valiosa colección de medallas ejecutadas por el suizo Bovy, que se conservan en el Museo de Ginebra.

Arsenio Houssaye.–El notable escritor francés, recientemente fallecido, nació en 1815: hijo de un molinero, su educación hubo de ser muy sumaria; á pesar de lo cual, apenas llegó á París, siendo aún muy joven, dedicóse á la literatura y se hizo amigo de Hugo, Gautier, Nerval y Murger. Sus primeros ensayos tuvieron poco éxito, y sin embargo en 1843 pudo comprar el periódico *L'Artiste*, en el que colaboraban los escritores más notables. Al poco tiempo fué nombrado administrador de la Comedia Francesa, y gracias á él las puertas de la casa de Molière se abrieron á los literatos contemporáneos como Hugo, Dumas, Augier y Ponsard: Napoleón III le confirió á poco la inspección general de los museos, cargo del que le desposeyó en 1870 el gobierno de la República. Gracias á algunas afortunadas especulaciones sobre terrenos, Houssaye poseía ya entonces una gran fortuna, que le permitió vivir más que holgadamente. Cultivó distintos géneros literarios: de sus novelas merecen citarse *Las aventuras galantes de Margot*, *La virtud de Rosina*, *Las tres hermanas*, *Filósofos y cómicos*, *Las hijas de Eva*, *Blanca y Margarita* y *Cleopatra, historia parisiense;* de sus poesías, *Los senderos perdidos*, *La poesía en los bosques*, *Poemas antiguos* y *La sinfonía de los veinte años;* de sus obras dramáticas, *Los caprichos de la marquesa*, *La comedia en la ventana* y *La señorita Treinta y seis virtudes;* y de sus trabajos críticos, la *Historia del arte francés*, *Viaje á Venecia*, *Las mujeres del tiempo pasado*, *La historia de Leonardo de Vinci*, *Galería del siglo XVII*, y sobre todo la *Historia de la pintura flamenca y holandesa.*



El célebre poeta francés ARSENIO HOUSSAYE,
recientemente fallecido

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – LONDRES. – En la New Gallery se ha celebrado una notabilísima exposición de pinturas y otros objetos de arte español, que tantos y tan entusiastas partidarios tiene en Inglaterra. En ella figuraron: un cuadro atribuído á Antonio Rincón, el pintor de los Reyes Católicos, á quien se considera como el fundador de la escuela española; *Cristo llevando la cruz á cuestas*, de Morales; *La Virgen y el Niño*, de Luis de Vargas; un retrato del Greco, que representa á la hija de éste, y un cuadro *Pompeo Leoni modelando un busto de Felipe II;* un retrato de *Doña María de Padilla*, de El Mudo; un retrato de *Felipe II*, y otro del príncipe *D. Diego*, de Alonso Sánchez Coello; un retrato de Alonso Cano, pintado por él mismo; un *Retrato de un filósofo* y *Sacra familia y Santa Catalina*, de Ribera; un retrato y varios cuadros de monjes, de Zurbarán, algunos de Juan de Juanes; *Un mendigo*, *Aguador en Sevilla* y los retratos de *Mariana de Austria*, del *Príncipe Baltasar*, del *Duque de Olivares*, de *Quevedo*, de *Juan Pareja* y de *Felipe IV*, de Velázquez; y *Una florista*, *Niños jugando*, *El triunfo de la religión*, *San Buenaventura escribiendo las memorias de San Francisco después de la muerte de éste*, varias *Vírgenes*, un retrato de *Don Andrés de Andrade* y *La historia del hijo pródigo* (cinco lienzos), de Murillo. Estos cuadros, como todos los que en la exposición se admiraban, han sido facilitados por sus poseedores, entre los cuales citaremos al duque de Wellingthon, presidente de la comisión ejecutiva de aquélla; lord Northbrock, lord Godolphin, lord Lyne Stephens, sir Francisco Cook y el palacio de Buckingam. Había además en la exposición gran número de preciosos ejemplares de armas, armaduras, bordados, encajes, tapices, objetos de cerámica hispano-árabe, manuscritos y joyas.

– La casa Christie, que se dedica á la venta de obras y objetos de arte, ha vendido durante el año 1895 por valor de un millón de libras esterlinas (25 millones de pesetas), habiendo percibido en concepto de comisión 75.000 libras (1.875.000 pesetas).

– La Sociedad de pintores orientalistas franceses ha celebrado su tercera exposición, en la cual figuraron, además de varios cuadros expuestos ya en los últimos Salones, como *El gran mercado de Tánger* y *En espera de los Aissaas*, de Girardot; *Regreso de la circuncisión*, de Barrias, y *Llegada de una caravana*, de Wecks, multitud de lienzos inéditos, todos sobre asuntos orientales. Entre éstos merecen ser especialmente citados: *Charlatanes*, pintura que produce una ilusión completa; *Un jinete en Mahari*, hermoso estudio en pleno sol, y *Muchachas árabes*, de Dinet; *La mezquita El-Djedid de Argel*, *La Kasbah*, *Camino de Tougourth* y *Calle de Biskra*, de Chudant, de colorido menos acentuado que los de Dinet, pero todos ellos de una gran verdad; *En los terrados*, de composición complicada, y *A contraluz*, de Taupin; varios estudios egipcios minuciosamente detallados y delicadamente pintados, de Gerome; los estudios de Túnez, de Bouchard, y los estudios de Argel, de Bompard, unos y otros admirablemente sentidos; *Ultimos rayos* y *Crepúsculo*, de Lerroy; *En el Ued*, de Potter; *Barranco de Telemly*, de Tanzi; *Campamento y término de la jornada*, de Pinel; *La playa de Guet N'Dar* y *la estación de los dátiles en El-Aghuat*, de Perret, y otros varios de Berchere, Huguet, Champeaux, Bridgman, Realier-Dumas, Laudelle y Mme. Lucas Robinet. El escultor Riviere Theodore expone una colección de figuritas de yeso, bronce y cera, modeladas con talento y gracia.

– En el Salón Petit ha expuesto una colección de sus obras un pintor hasta ahora desconocido, M. Levy-Dhurmer, de quien hacen grandes elogios los críticos. Uno de éstos dice: «¡Cuántos colegas suyos llenos de vanidad se verían en un aprieto si hubiesen de presentar en público la equivalencia de lo que de pronto ha dado á conocer este desconocido!»

– El célebre pintor berlinés Max Liebermann ha sido nombrado caballero de la Legión de Honor en premio de los grandes éxitos conseguidos en las exposiciones artísticas parisienses. Uno de sus cuadros ha sido adquirido por el Museo del Luxemburgo.

PRAGA. – En virtud de un reciente decreto del gobierno, la administración pública se ha encargado de la Academia de Pintura de Praga, proyectándose construir para ella un edificio especial cuyo coste será de 750.000 pesetas.

Teatros. – En el teatro de la Moneda, de Bruselas, se ha estrenado con excelente éxito una ópera de Leroux, titulada *Evangelina*.

– En los teatros de Inglaterra se han estrenado durante el año 1895 unos 470 dramas, de los cuales 432 han tenido escaso ó ningún éxito.

– En una sola semana se representaron hace poco en los teatros de Berlín trece obras francesas.

– Por indicación del emperador del Japón se ha formado en Italia una sociedad de ópera que habrá de cantar en la capital japonesa.

– En San Petersburgo ha alcanzado gran éxito una nueva ópera del compositor ruso Rimsky Korsakoff, titulada *Nochebuena*.

– En el teatro Mercadante, de Nápoles, se ha reproducido con gran aplauso la conocida y antigua ópera cómica de Cimarosa *Giannina e Bernadone*.

Necrología. – Han fallecido:

Octavio Terrillón, eminente cirujano francés, profesor de la Facultad de París, médico de la Salpetriere é individuo de la Academia de Medicina.

Antonio Windmaier, notable pintor bávaro.

Rodolfo Benedikt, profesor de Química analítica de la Escuela Superior técnica de Viena.

Miguel Mikeschin, escultor ruso y pintor de historia, autor del monumento de la emperatriz Catalina que hay en San Petersburgo y del erigido en Novgorod en conmemoración del milenario de la fundación del imperio ruso.

Felipe Rumph, pintor de género alemán.

Enrique Leslie, notable compositor inglés y director del coro que lleva su nombre y que se considera como el primero de Inglaterra.

Ernesto Eichler, pintor y grabador alemán, autor de los dibujos de la magnífica obra sobre los sarcófagos antiguos, publicada por el Instituto Arqueológico de Roma.

Germanos, metropolitano de Atenas, jefe de la Iglesia griega.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 9, POR MIGUEL BOSCH Y MAS

NEGRAS

9 B. y 4 N. = 13 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 8, POR ESTEBAN ESTORCH

Blancas.	Negras.
1. D 8 A D	1. R toma C (*)
2. P 3 D	2. R juega
3. D ó A mate.	

(*) Si 1. R toma A, las blancas continúan así: 2. D 4 A D jaque y 3. C 7 A R mate.



– ¿Estás contento? – ¡Oh, sí, amada mía!

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA ORIGINAL DE JUANA MAIRET. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

En aquel primer solo de Eva revelábase una alegría cándida y juvenil, un asombro de niña ante las maravillas de aquel paraíso que acababa de nacer al mismo tiempo que ella, y donde todo era fresco, radiante y dulce. La primera frase era un conjunto de gracia y de discreto encanto: la artista retenía su voz, murmuraba su gozo, y suspiraba también su amor naciente, que apenas conocía aún. Todo aquello fué de una dulzura tan exquisita, que el auditorio retenía su aliento, y prodújose uno de esos silencios profundos más significativo que los aplausos. Después vino el gran dúo de Adán y de Eva, ese grito alegre y apasionado, esa entrada triunfal en la vida y en la felicidad que se considera tal vez aún como la obra maestra del compositor.

Entonces hubo un verdadero delirio; el público prorrumpió en aplausos y en aclamaciones, y tal fué el entusiasmo, que á pesar de la resistencia del director de orquesta, hubo necesidad de repetir el dúo.

La partida estaba definitivamente ganada, y ya no sería posible tratar á Villeroy como debutante; estaba clasificado para el porvenir entre los grandes compositores y sería necesario contar con él. El éxito, sin embargo, se debía, en gran parte por lo menos, á la maravillosa manera como su esposa había interpretado aquel delicioso fragmento de Eva. Los músicos convenían en que en la primera parte, toda de orquesta, había una inspiración tan elevada como en la segunda; pero que á causa de no haberse comprendido, había dejado al público muy frío.

El Sr. Macready salió del palco bruscamente; tenía tal necesidad de ver á Mila y hablarle, que no quiso esperar á que volviese á su casa, y llegó en el momento en que Villeroy le ponía su abrigo de pieles Su traje, muy sencillo, consistía en un vestido de lana de color blanco de crema; y este color se armonizaba deliciosamente con el de las obscuras pieles, con el tinte de la tez y los ojos brillantes de la diva. Cuando el Sr. Macready se acercaba á toda prisa, oyó murmurar estas palabras:

– ¿Estás contento?

– ¡Oh, sí, amada mía!..

Evidentemente mucha gente había ido á felicitarles, pues la reducida habitación estaba todavía llena en aquel momento de artistas, periodistas y amigos, que hablaban todos juntos, poseídos aún de la emoción que acababan de experimentar. Sólo en el momento de marchar pudieron murmurarse algunas palabras rápidas; la mirada decía lo demás. En aquel instante, el Sr. Macready sintió renacer de nuevo su furor. ¡Embriagarse con la mirada de una mujer, y sobre todo una mirada tan radiante y llena de pasión como la de Mila! ¿Qué no hubiera dado él por ser digno de ella?

La diva fué la primera en verle, y quedó como sobrecogida, casi atemorizada, ante la expresión de amargura de su rostro; pero esto no duró más que un

instante. Macready tomó su mano, y estrechó vigorosamente la de Villeroy, alborozado al ver á su antiguo amigo. Toda turbación había desaparecido, todo quedaba olvidado. El americano parecía estar tan completamente satisfecho como si hubiera continuado las relaciones con sus amigos durante los dos años que acababan de transcurrir. Su entusiasmo era tan realmente sincero como ardiente, y parecía que consideraba como una felicidad hallarse junto á sus antiguos «protegidos»

Se dejó conducir á casa de ellos, pasó una noche deliciosa, y convencido de la completa armonía de los dos esposos, se retiró al fin, prometiendo volver á verlos con frecuencia y ser de nuevo su amigo íntimo, el huésped mimado de la casa.

Y durante algunas horas se paseó, agitado y febril, por las desiertas calles de París, y volvió al fin á su casa cansado y furioso contra sí propio, enfermo por aquella pasión insensata de que se creía curado y que le hacía sufrir más que nunca.

XI

Los Villeroy seguían habitando en la bonita casa del barrio de la Estrella, por la que Mila sentía gran afección porque en ella había sido feliz. Parece que las paredes tienen como su perfume de las alegrías y de las tristezas humanas, y abandonarlas es á veces muy triste y doloroso.

La señora Fletcher, que no había vuelto á Seaport, vivía en una casa de huéspedes, no lejos de la de su sobrina, llena de americanos, y donde el acento nasal, grato para ella, se oía en todas las habitaciones de aquella casa muy cómoda y excesivamente caldeada.

El Sr. Macready había recobrado sus costumbres de antiguo amigo, con tanta naturalidad como si no hubiese salido bruscamente de Francia después de una escena violenta. Subía con frecuencia á casa de Mila para hablar media hora con su protegida, y de vez en cuando consentía en ser el tercero en su mesa. Al parecer estaba muy á su gusto y completamente satisfecho; su conversación era en algunas ocasiones irónica, y á veces deslizaba alguna palabra amarga; pero esto era una costumbre tan arraigada en él, que apenas se hacía caso de ello. Un poco alerta en los primeros días, Mila se tranquilizó pronto, persuadida de que había tenido un momento de locura, olvidado desde mucho tiempo antes, locura de un hombre que era ya maestro en el arte de hacerse desgraciado sin consideraciones á los demás. En cuanto á Villeroy, tan sólo había visto en la precipitada marcha de su antiguo protector una nueva excentricidad que no tenía importancia alguna. Por lo demás, complacíale volver á verle, hablar largamente con él junto á la chimenea y recrearle con la música.

Todo parecía, pues, completamente tranquilo y feliz en el interior de la cálida y perfumada mansión de la cantante. Mila permanecía algunas veces silenciosa durante las conversaciones de los dos hombres, ocupándose en alguna ligera labor, que con frecuencia interrumpía para arrellanarse en un gran sillón, risueña y feliz. El Sr. Macready, no obstante, creía notar en ella algún cambio; más afeminada y más dulce que antes, rara vez tenía aquellos caprichos, aquellos arranques de niña mimada que en otro tiempo divertían tanto al americano. Éste acusaba en su interior á Mila de haber perdido su individualidad, dejándose absorber por la de su esposo, hasta el punto de no ver más que por sus ojos ni oir más que por sus oídos.

Cuando Villeroy se sentaba al piano, el Sr. Macready, colocándose en un obscuro rincón, que de preferencia elegía, no separaba la vista del rostro de la joven, observando sus labios entreabiertos, la respiración un poco más rápida y el brillo de los ojos. En cuanto á Mila, seguramente olvidaba la presencia del americano, sin pensar más que en su músico, pues sólo vivía para él y por él. Cuando Villeroy la hacía cantar, su voz exquisita se modulaba tiernamente, expresando la alegría ó la exaltación, ó la dulzura de vivir, con una ingenuidad y expansión encantadoras.

Cierta noche, Mila debía cantar el papel de Margarita, y el Sr. Macready rogó á Villeroy que ocupara una butaca de orquesta junto á la suya. Mila había desempeñado ya este papel al principio de su carrera, pero no con mucho éxito; después trabajó con Villeroy, y encargada ahora de cantarle otra vez, sentía cierta inquietud.

Sin embargo, todo marchó bien. Mila había cantado siempre con mucho acierto el aria de las joyas, y aquella noche lo hizo mejor que nunca, arrebatando al público. En las escenas apasionadas era seguramente donde se la debía juzgar; y Macready se dijo que la mujer se diferenciaba de la joven algo fría que recordaba haber criticado severamente la primera vez que la vió vestida con el lindo traje blanco de Margarita.

La música, perturbadora, sensual, poética y como sobrecargada de perfumes demasiado penetrantes, llenaba el teatro, y la escena del jardín tocaba á su término. ¡Ah, no, ya no se podría acusar de frialdad á la diva americana! Su voz vibrante y cariñosa conmovía todos los corazones, y la embriaguez se apoderaba de todos cuantos la oían. Después, cuando se bajó el telón, en el momento en que Margarita se deja caer trastornada en brazos de su amante, frenéticos aplausos interrumpieron el silencio, y Mila fué llamada repetidas veces á la escena.

Entonces, cuando los espectadores se disponían á salir durante el entreacto, un hombre que estaba detrás de Villeroy dijo á su vecino:

– ¡Pardiez.., cuando se piensa que esa mujer tiene marido!

Villeroy hizo ademán de volverse; pero el Sr. Macready le puso la mano en el hombro, casi con violencia, obligándole á permanecer inmóvil.

– En efecto, es verdad, contestó el otro; pero se asegura que es honrada ..

– ¿Quién puede asegurarlo con fijeza tratándose de tales mujeres? Esa debe ser más hábil que las otras, y á esto se reduce todo. Lo cierto es que el marido, que teniendo talento no gana apenas nada, ha hecho un soberbio negocio al casarse con la cantante.

Los dos hombres soltaron la carcajada, y alejáronse riendo siempre.

– ¡Pero déjeme usted!, exclamó Villeroy, profiriendo un juramento, él que tan comedido era siempre en sus palabras.

– ¡Usted está loco! ¿Dar un escándalo? ¡Ah, no, de ningún modo! Entonces sí que charlarían.

– Ya los reconoceré dondequiera que los vea, y le juro á usted. .

El Sr. Macready miró á su amigo fijamente. Lo que experimentaba en aquel momento no era en modo alguno compasión, sino más bien curiosidad; y también una alegría feroz y perversa, sentimiento oculto en lo más recóndito de su ser.

Consiguió salir con Villeroy, impidiéndole que volviese á ocupar su butaca de orquesta. Mientras le hacía dar vueltas por los *bulevares*, díjole cuanto un hombre juicioso puede decir en semejante caso, pues hay insultos que no se pueden recoger sin peligro de mancharse demasiado. Y cuando hubo persuadido casi á Villeroy, agitado aún por la cólera, añadió:

– Después de todo, amigo mío, usted no es una criatura, y al casarse con una cantante debió saber á qué se exponía. Mila es una mujer muy honrada; usted y yo estamos bien seguros de ello; pero los demás no están obligados á creer en su honradez, y además, esto les será indiferente. Es preciso también que se ponga usted en su lugar. Oyen cantar con calor, con verdadera pasión, papeles que, á fe mía, no son nada castos; ven una mujer joven y hermosa encarnando á Margarita, á Julieta ó á cualquiera otra, y no se les ocurre representarse esa misma mujer en su casa, sirviendo la sopa á su marido y cuidándose de la ropa blanca. ¡Nada tienen que ver con esto!

– Tiene usted una manera de consolar..., refunfuñó Villeroy.

– Le hablo á usted como á hombre razonable, no como á niño colérico; y le diré que en Mila hay dos personas: la artista y la esposa, su esposa de usted, su bien; ésta le pertenece, y paréceme que no puede estar quejoso; pero deje la artista para el público. En cuanto á vengarse de una palabra pronunciada al acaso por un desconocido, confiese usted que esto sería muy cándido. Debería batirse contra todo París.

– ¡Calumniarla á ella, que ha pasado altiva y pura entre los mayores peligros!

– Convenido; pero ha pasado, y para el mundo estúpido y maligno esto basta. Es preciso saber despreciar todas las calumnias; resentirse de ellas sería indigno de usted y de su esposa; y le aconsejo ante todo que no dé á conocer su disgusto á la pobre niña, porque esto sería cruel. No volveremos al teatro hasta que la representación haya concluído, y usted dirá á Mila que se marchó porque el calor le molestaba; pero en lo sucesivo ármese de paciencia, ¡qué diablos!, y no piense más en esas miserias.

– ¡Y el medio para no pensar más! Yo creo que soy el más cándido de los hombres. Veo la vida real como en un sueño, y este sueño embarga mi cerebro. Aún no me había ocurrido ni remotamente la idea de que pudiera sufrir por esa absurda pasión de los celos. Ahora sufro; me conozco bien; y sé que este padecimiento tomará mayores proporciones, como para recobrar el tiempo perdido. He sido demasiado feliz, y esto se paga, ya lo sabe usted. Sin embargo, en medio de la dicha de amar y de ser correspondido más de lo que merezco, aún he llegado á pasar muy malos ratos. Entre Mila y yo hay disonancias que apenas echa de ver ella, por efecto de la rectitud y sencillez de su carácter; pero á veces comprendo de pronto que no somos de la misma raza; que ella ve y siente, que ama con toda la espontaneidad y el vigor de una nación joven, audaz y segura de sí misma. En algunas ocasiones el ligerísimo acento que ha conservado de su idioma irrita mis nervios cuando habla, como una nota falsa, y ella no lo sabe. Entonces me oculto en mi estudio y trabajo solo. Mila se asombra, se queja con dulzura, y esto me conmueve hasta hacerme derramar lágrimas. Mila vuelve á ser así completamente dichosa, y de este modo la ha visto usted á su regreso; pero si llegan á mezclarse en ello los celos ..

– No sucederá así, con tal que usted tenga un poco de buen sentido. En cuanto á esperar que no sufrirá usted nunca por su esposa, ó ella por usted..., tanto valdría pedir que se cambiase la naturaleza humana. Yo creo que todos hemos venido al mundo para atormentarnos mutuamente.

Macready y Villeroy volvieron muy despacio hacia el teatro de la Opera, donde Mila, algo inquieta por la desaparición de su esposo, hizo un movimiento de alegría al verlos, aceptando naturalmente la explicación del Sr. Macready. Aún estaba radiante por los agasajos recibidos y por los aplausos que al fin de cada acto la obligaron á presentarse, palpitante y tan feliz como era posible ante el público entusiasmado; pero Mila observó una especie de violencia en los elogios de su marido.

Cuando estuvieron solos, Villeroy, presa de la obsesión de una idea fija, que hace decir lo que sobre todo se debería callar, exclamó bruscamente:

– Debe ser muy desagradable caer así en brazos de un tenor cualquiera...

Trataba de sonreir al pronunciar estas palabras absurdas, pero su sonrisa no fué más que una mueca. Mila, que se hallaba aún bajo la influencia producida por aquella hermosa noche, tomó la cosa á broma.

– ¡Ya lo creo!, contestó, tanto más cuanto que mi tenor de esta noche había comido seguramente algún plato condimentado con ajo.

Villeroy se volvió de espaldas bruscamente; aquella especie de contento de su esposa le irritaba algunas veces, y aquella noche le pareció odioso y de muy mal gusto.

Sin embargo, aquel principio de borrasca se apaciguó pronto. Un pensamiento penetraba poco á poco en el ánimo de Villeroy, persistía á menudo largo tiempo en estado latente, germinaba después, y tomaba entonces proporciones alarmantes, fuera de toda regla y de todo lo verosímil.

Trabajaba mucho, sin resultado muy satisfactorio, y para esto se encerraba con frecuencia en su habitación de soltero, donde á veces dejaba caer su pluma, ó permanecía sentado ante el piano sin tocar.

Todo el pasado volvía entonces á su memoria: su primera entrevista con Mila, el encanto del amor naciente, el feliz ensueño, el colmo de la dicha y el casamiento efectuado con tanta brevedad y sencillez por una y otra parte. Todo esto pasaba y repasaba ante él, y á medida que reflexionaba, las cosas más sencillas y encantadoras desnaturalizábanse como esos seres entrevistos en una pesadilla, que se retuercen y dislocan, cambiando de forma y de naturaleza.

Bien mirado, ¿qué sabía él de Mila? Amábala; ella le correspondía; y de la profundidad de aquel amor de mujer no dudó un solo instante, porque esto hubiera sido muy difícil. Su género de vida era bien conocido; fuera del trabajo y de unas pocas relaciones, Mila le consagraba todo su tiempo, sin separarse apenas de él, y todos sus pensamientos eran para su esposo.

– Pero ¿y antes?

De su pasado no sabía en suma más que lo que ella le había dicho, casi nada. A los veinte años había estado sola en Italia y en Bélgica, no habiéndose reunido con ella su tía hasta más tarde; y mucho antes de esto .., en la vida medio salvaje de las montañas, galopaba á lo lejos junto á un gallardo joven que no le ocultaba su amor. Y al oirla hablar de la especie de adopción del Sr. Mancready, el primer pensamiento de Villeroy se había formulado con esta pregunta: «¿La ama á usted ese hombre?»

Entonces, avergonzado de sí mismo, recordaba cómo se había despertado brillante aquella naturaleza de mujer, cual la flor que se abre al contacto de un rayo de sol. ¡No, Mila no había amado á nadie antes que á él, y en el fondo lo sabía muy bien! No obstante, esto no impedía que un mal pensamiento volviese á su cerebro fatigado, y que á fuerza de fijarse en él llegara á concebir sospechas vergonzosas, las cuales rechazaba con enojo, sin que por eso se desvanecieran.

Villeroy trataba de analizar después el afecto que su esposa le inspiraba; y á su juicio no era dudoso que este afecto, por lo menos en un principio, había sido mucho menos espontáneo, irreflexivo y cándidamente apasionado que el amor de Mila. A la mujer prefería la cantante maravillosa que comunicaba vida á sus ensueños de músico; más pensaba en la intérprete de su *Sirena* que en la joven conmovida y cariñosa. Sus aspiraciones de enamorado tomaban como un reflejo de las candilejas del teatro, y con su ternura se mezclaban el sonido de los violines y los preludios de la orquesta, algo ficticio é inquieto.

Bien mirado, los imbéciles que le acusaban de haber hecho un buen negocio por su matrimonio no se equivocaban mucho. No habían visto más que la cuestión de dinero, de la que apenas se preocupaba todavía, tal era su indiferencia por cuanto se refería á la vida material; pero en la existencia hay algo más que el dinero y el lujo.

Es la gloria, el triunfo; y Villeroy ansiaba ardientemente alcanzar esto. Aspiraba á elevarse sobre los demás, sabiendo que era digno de ello, y que su música tenía lo que faltaba á la de muchos de sus contemporáneos, incluso el mismo Surgeres: la originalidad. Ambicionaba la reputación, y hasta la popularidad. Un artículo benévolo le colmaba de alegría; una crítica mordaz le producía casi una enfermedad, á pesar de que, lo mismo que sus colegas, afectaba despreciar la prensa.

Si con su *Lucifer* había alcanzado una de esas victorias que hacen época en la vida de un artista, á Mila era á quien debía este triunfo; y recordó con amargura la frialdad del público durante toda la primera parte, en la cual, sin embargo, se hallaba tal vez lo mejor de su inspiración. El triunfo se obtuvo más tarde, cuando había cantado su mujer, á la que tanto quería el público.

Entonces trataba de analizar la naturaleza de su afecto después de los dos años felices que acababan de transcurrir. La ternura exquisita de Mila había influído en él poderosamente; Villeroy no pudo menos de conocerlo y comprender cuánta profundidad y pasión se ocultaban bajo aquel hermoso aspecto de niña alegre y virtuosa. El sello de la raza, las diferencias de idioma, las costumbres, los ligeros disgustos superficiales producidos por esas discrepancias; todo desaparecía y era arrebatado por el amor, así como un río de poderosa y rápida corriente arrastra las briznas y los restos de toda especie. Esta era la mujer que él adoraba, sin que su imagen le abandonase nunca.

En un principio, las promiscuidades inevitables de la escena le inquietaban poco; esto era propio del oficio, y él, que escribía para el teatro y que en todo tiempo había estado en contacto con cantantes, respirando, sin fijarse en ello, el aire viciado de entre bastidores, no podía impresionarse por una cosa tan forzada y tan trivial. Sin embargo, poco á poco le habían disgustado vagamente aquellos largos dúos de amor, aquellos abrazos sospechosos, aquellos murmullos de voluptuosidad en medio de magníficas decoraciones, para alegría de algunos miles de desconocidos, que también se dirían sin duda en voz baja: «¡Y pensar que esa mujer tiene marido!»

¡Ah! El músico oía continuamente estas palabras; modelábanse en todas las combinaciones armónicas ensayadas en su piano, y resonaban en su oído irónica y cruelmente, como una burla de Mefistófeles. Esto llegó á ser una obsesión, de la cual se avergonzaba y que le hacía enfermar.

A pesar de todos estos pensamientos, sordos y ocultos en lo más profundo de su alma, su existencia continuaba siendo tranquila, y según todas las apariencias, feliz. Como para pedir perdón por sus ultrajantes meditaciones, Villeroy se mostraba muy cariñoso y apasionado, y Mila, un instante inquieta, se tranquilizaba muy pronto.

El Sr. Macready, durante sus visitas, que eran ya casi periódicas, observaba cómo volvía á despertarse la pasión celosa de aquel hombre que una vez estuvo á punto de estallar, promoviendo un escándalo en pleno teatro. No le engañó á él, como á Mila, la actitud del músico; sorprendía miradas rápidas que le revelaban el tormento oculto del esposo; veíale enflaquecer más aún, él, que era ya tan delgado, y notaba cómo se hundían sus ojos y cómo se formaba en la boca un pliegue que expresaba su amargura.

El Sr. Macready no había dejado de admirar al músico, y sin embargo, cuando después de una noche de dulce intimidad cruzaba las desiertas calles para volver á su casa, diciéndose que Villeroy estaba ya curado, sobrecogióle una especie de sorda indignación. Habiendo sufrido mucho, experimentaba como una necesidad de ver sufrir á los demás, y á las personas que le interesaban de cerca más bien que á los indiferentes. Profesaba á la princesa Pignacci, por ejemplo, un cariño sincero y una admiración profunda; fué su principal apoyo en el momento de la penosa crisis que hubo de atravesar, y habíala defendido valerosamente contra su innoble marido. Compadecíala, y sin embargo, en el fondo de su alma producíale una especie de cruel voluptuosidad verla sufrir. Esta obscura alegría mezclábase, respecto á Villeroy con una envidia que él se negaba á reconocer, que despreciaba altivamente, pero que no por eso existía menos.



Mila en el papel de Margarita de *Faust*

El verano llegó al fin; la contrata de Mila había terminado, y aproximándose la época de su gran viaje á América, Villeroy no veía en esto más que el fin temporal de su tormento, y un reposo muy dulce en el retiro normando, tan querido de ellos que Mila había comprado la casita situada en medio del huerto. También le inspiraba al músico curiosidad aquel viaje por un país enteramente nuevo y extraño, del que su mujer le contaba maravillas. Por lo demás, las raras excursiones que habían podido hacer juntos les colmaron siempre de alegría. Habían visitado de paso los Pirineos, Suiza, los lagos de Italia; y todos estos sitios no eran para ellos una cosa trivial y gastada, como para tantos otros, sino un encanto perpetuo. Entonces eran felices como escolares en vacaciones, yendo adonde el capricho les impelía, del todo ignorados, como un matrimonio cualquiera, cuyo nombre, «señor y señora Villeroy,» en un registro de hotel, no despertaba curiosidad apenas. En aquella excursión por América, Villeroy entreveía bien las molestias inevitables de las presentaciones; pero como Mila había señalado días de reposo, los aprovecharían para hacer algunas escapatorias deliciosas.

Como quiera que sea, durante el mes que pasaron en el campo, Villeroy se empeñó en alejar de sí toda preocupación, y aquel descanso á orillas del camino fué muy dulce.

XII

Hacía un tiempo magnífico, y el buque transatlántico avanzaba á todo vapor; veíase ya la tierra de un tinte verde, con puntos blancos ó de color rojo obscuro, que eran las casas. El buque pasó cerca de una isla donde había diversidad de graciosas quintas casi sepultadas en la espesura y fábricas muy feas; mientras que á lo lejos, confusa y vaga como la imagen de un sueño, destacábase la colosal estatua de Bartholdi, con el brazo extendido en ademán triunfante.

Los Villeroy estaban en la proa del buque monstruo, mirando tan pronto las costas como las gaviotas blancas; hacía ya cerca de dos días que algunas bandadas de estas aves acompañaban así al vapor, lanzando su grito peculiar, sumergiéndose para buscar los restos arrojados, quedándose atrás, y recobrando después el tiempo perdido en pocos instantes, merced al vigor de sus inmensas alas.

Mila, poseída ya de esa emoción que nos produce el aire natal, aspirábale á plenos pulmones, y estaba impaciente por sentar su planta en el suelo americano, abandonado hacía ocho años.

– ¿No es verdad que es hermoso?, preguntó á su marido. ¿No es verdad que la atmósfera tiene una limpidez, una transparencia y un no sé qué embriagador? ¿No es verdad que el sol parece aquí más alegre y más joven?

Villeroy sonreía al ver aquel entusiasmo; el americanismo que se despertaba de nuevo en su mujer divertíale entonces en vez de irritarle. Mila, estrechándose contra su esposo, había deslizado su mano en la de éste, y en aquel instante creíanse bien solos á pesar de las idas y venidas de los pasajeros. Por lo demás, casi todo el movimiento del buque se concentraba en otra parte en aquella hora, pues los preparativos de la llegada absorbían á los viajeros.

Durante la travesía, la curiosidad excitada en aquel pequeño mundo por la presencia de Mila había molestado algo al esposo. Como era natural, fué necesario dar un concierto gratis, en el que Mila hizo maravillas, y así es que todos se agrupaban á su alrededor cada vez que subía á cubierta. Se hablaba mucho el inglés, y Villeroy corría con frecuencia á refugiarse en el salón de fumar con algunos ociosos como él. Al fin iba á tener la alegría de entrever aquella soberbia entrada de Nueva York, junto á su mujer y solo con ella.

El buque se detuvo para que subieran los oficiales de la aduana; sería necesario pasar al registro; pero ¡bah!, el tiempo les sobraba, y seguirían contemplando tranquilamente la hermosa bahía que se desarrollaba ante sus ojos.

Un criado se presentó de parte del comandante para rogarles que pasaran á su cámara, pues acababan de llegar varias delegaciones para dar la bienvenida á la señora del Paso, y había creído que sería grato á la artista recibirlas privadamente á fin de no excitar la curiosidad pública. Durante la travesía el comandante había dispensado siempre las más delicadas atenciones á los Villeroy.

– ¡Ah, exclamó Francisco, espero que esa gente no te entretendrá mucho!

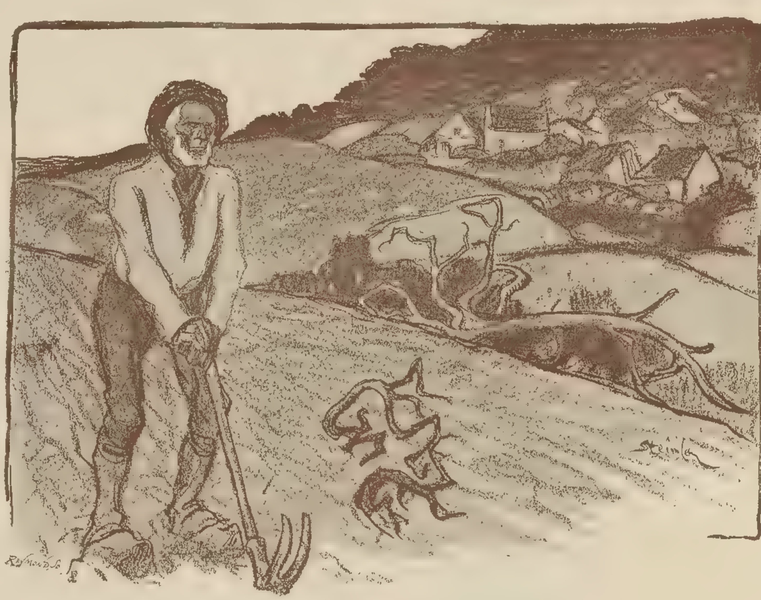
– Esa gente, repuso Mila, representa mi triunfo, y ya sabes que le aprecio en alto grado, porque ha de ser para los dos. Aquí no hay medio de eludir la publicidad, y es preciso resignarse. ¿Rechazar una *interview*? ¡Ah, Dios me libre de hacerlo en un país como este!

Cuando llegaron al salón del comandante, viéronle en parte lleno de flores; allí había grandes ramos, canastillas, orquídeas raras, jarritos formados con rosas, cosas exquisitas, cosas absurdas, y en fin, de todo. En una bandeja veíase un montón de cartas, de tarjetas y de diarios para la diva.

(Continuará)

LA MUERTE DEL ALDEANO

Juan Luis Lacour tiene setenta años: ha nacido y envejecido en la Courteille, caserío de ciento cincuenta habitantes, perdido en un país de perros. En toda su vida no ha ido más que una vez á Angers, la capital del departamento, que dista quince leguas; pero era tan joven que ni siquiera se acuerda. Ha tenido tres hijos, dos varones, Antonio y José, y una hembra, Catalina. Ésta se ha casado; pero habiendo quedado viuda, ha vuelto á vivir con su padre, juntamente con un chiquillo de doce años llamado Santiaguito. La familia vive en una pequeña heredad, de la que saca lo puramente indispensable para mantenerse y vestir miserablemente. No puede decirse que sean de los más pobres del país, pero necesitan trabajar de firme y ganar su escaso sustento á fuerza de azadonazos; cuando beben un vaso de vino, bien puede decirse que lo han sudado.


Juan Luis desempeñaba las faenas más rudas...

El caserío de la Courteille está en el fondo de una cañada, rodeado de bosques que lo encierran y lo ocultan á la vista. No tiene iglesia porque el concejo es demasiado pobre; el cura de Cormiers es el que va á decir misa; pero como tiene que andar dos leguas, sólo acude cada quince días. Las casas, una veintena de tugurios desvencijados, están diseminadas á lo largo del camino; ante las puertas pululan las gallinas escarbando el estiércol. Es cosa tan rara y extraordinaria que pase un forastero por el camino, que cuando esto sucede las mujeres alargan la cabeza, y los chiquillos, que se revuelcan en el suelo tomando el sol, echan á correr chillando como animalejos espantados.

Juan Luis no ha estado enfermo nunca: es alto y nudoso como un roble. El sol ha tostado y curtido su piel, dándole el color, la dureza y la calma de los árboles. Al envejecer se ha quedado sin lengua, pues juzgando inútil el hacer uso de la palabra, no habla ya. Tiene la vista fija constantemente en tierra, y el cuerpo encorvado en la actitud del que la trabaja.

El año pasado era todavía más vigoroso que sus hijos; él era quien desempeñaba las faenas más rudas, silencioso en su campo que parecía conocerle y temblar en su presencia. Pero cierto día, hará unos dos meses, cayó y se quedó más de dos horas atravesado en un surco, como un tronco derrumbado. Al día siguiente volvió á su trabajo; pero de pronto sus brazos se quedaron sin fuerzas y la tierra no le obedeció ya. Sus hijos, al verle así, menearon la cabeza; su hija quiso retenerle en casa; pero él se empeñó en salir al campo, é hicieron que le acompañara Santiaguito para que gritara en el caso de que su abuelo volviera á caerse.

– ¿Qué haces ahí, haragán?, preguntó Juan Luis al muchacho, que no se apartaba de su lado. A tu edad ya me ganaba yo la vida.

– Estoy teniendo cuidado de usted, abuelito, contestó el niño.

Esta respuesta causó un brusco estremecimiento al anciano. No dijo una palabra, pero aquella noche se acostó y no volvió á levantarse. Al otro día, cuando los hijos y la hija fueron á salir al campo, entraron á ver á su padre, á quien no oían moverse, y le encontraron tendido en la cama, con los ojos abiertos y pareciendo reflexionar. Tenía la piel tan dura y tan atezada que ni siquiera se podía adivinar por ella el color de su enfermedad.

– ¿No se encuentra usted bien, padre?

Refunfuñó algo é hizo un ademán negativo.

– Entonces ¿no vendrá usted con nosotros?

El viejo les hizo una seña indicando que se marcharan sin él. Habíase dado principio á la siega y todos los brazos eran necesarios. Podía muy bien suceder que, si se perdía una mañana, estallara una tormenta que destruyera todas las gavillas. Santiaguito se fué también con su madre y sus tíos, y el viejo Lacour se quedó solo. Cuando regresaron al anochecer le encontraron en el mismo sitio, tendido siempre boca arriba, con los ojos abiertos y reflexionando.

– ¿No se siente usted mejor, padre?

No, no se sentía mejor: limitóse á refunfuñar algo y á menear la cabeza. ¿Qué le podrían dar para aliviarle? A Catalina se le ocurrió hacer un cocimiento de vino con hierbas, pero tal vez fuera una bebida demasiado fuerte que pudiera matarle. Entonces José dijo que ya verían al día siguiente lo que convenía hacer, y todos se fueron a acostar.

Al otro día, antes de salir á continuar la siega, los dos hijos y la hija permanecieron un rato al pie de la cama de su padre. Decididamente, el buen viejo estaba enfermo, y pensaron en que tal vez harían bien en llamar al médico; pero lo malo era que había que ir á buscarlo á Rougemont: seis leguas de ida y otras tantas de vuelta, total doce leguas: se perdería un día entero. El anciano, que estaba oyendo á sus hijos, se agitaba y parecía enfadarse. No necesitaba médico: costaría demasiado caro.

– ¿No le quiere usted?, preguntó Antonio. Entonces, ¿podemos ir á trabajar?

Sí, sí; podían ir á trabajar. ¿Para qué se habían de quedar en casa? La tierra necesitaba más cuidados que él. Si llegaba á morir, era asunto que tendría que tratarse exclusivamente entre él y Dios; mientras que todo el mundo tocaría malas consecuencias si la cosecha llegaba á perderse.

Y así pasaron tres días, yendo los hijos cada mañana al campo, mientras Juan Luis se quedaba solo, inmóvil, y á lo sumo bebiendo agua de un cántaro cuando tenía sed. Era ni más ni menos que uno de esos viejos rocines que caen de cansancio en un rincón y á los que se deja morir. Después de sesenta años de trabajo, bien podía desaparecer de este mundo, puesto que ya no servía de nada sino de estorbo y para causar molestias á sus hijos. ¿Acaso se vacila en derribar los árboles que ya no dan fruto? La aflicción de sus mismos hijos no sería cosa mayor: la tierra los había resignado á estos trances, y estaban demasiado cerca de ella para querer arrancarle el viejo. Una ojeada al enfermo por la mañana, y otra por la tarde; no podían hacer más. Si fallecía, consistiría en que llevaba la muerte en el cuerpo, y todo el mundo sabe que cuando la muerte está metida en el cuerpo nada ni nadie es capaz de hacerla salir de él, ni las señales de la cruz ni las medicinas. A una vaca enferma se la cuida, porque si se consigue salvarla representa una ganancia de cuatrocientos francos.

Todas las noches interroga Juan Luis á sus hijos con la mirada sobre el estado de la cosecha, y cuando les oye enumerar las gavillas, hablar del buen tiempo que favorece el trabajo, entorna los ojos con satisfacción. Se ha hablado otra vez de llamar al médico, pero decididamente está demasiado lejos; Santiaguito no podría andar el camino ni los mayores abandonar sus tareas. El anciano se limita á pedir que vayan en busca del guarda campestre, su antiguo camarada. El tío Nicolás es mayor que él, pues ha cumplido setenta y cinco años por la Candelaria; pero se conserva saludable y tieso como un chopo. Llega y se sienta á la cabecera de la cama de Juan Luis, meneando la cabeza. Juan Luis, que no puede hablar desde por la mañana, le mira con sus ojillos semiapagados. El tío Nicolás, poco hablador, le mira también sin ocurrírsele nada que decirle. Y los dos viejos permanecen así una hora, sin abrir la boca, contentos con verse y recordando sin duda muchas cosas ocurridas allá en tiempos remotos. Aquella tarde, los hijos al regresar del campo encuentran á su padre muerto, tendido boca arriba, rígido y con los ojos muy abiertos.

Sí, el anciano ha fallecido sin mover pie ni mano; ha exhalado su último suspiro, un hálito más en la vasta campiña. Como los animales que se esconden y se resignan, no ha causado la menor molestia á sus vecinos, se ha muerto quieto, callandito y solo, sintiendo tal vez el embarazo que su cadáver causará á sus hijos.

– Padre ha muerto, dice Antonio llamando á sus hermanos.

Y todos repiten:

– Padre ha muerto.

Lo cual no les extraña. Santiaguito estira curiosamente el pescuezo, Catalina saca su pañuelo y los dos hermanos se marchan sin decir una palabra, serios y pálidos. Así y todo ha durado mucho el buen padre; ¡todavía era bastante robusto! Y los hijos se consuelan con esta idea, orgullosos del vigoroso temperamento de la familia. Por la noche velan al difunto hasta las diez; á esta hora todo el mundo se va á dormir, y Juan Luis se queda de nuevo solo, con los ojos abiertos. Al rayar el día José marcha á Cormiers á avisar al cura. En cuanto á Antonio y Catalina, como todavía quedan algunas gavillas por retirar, se van tranquilamente al campo, dejando el cadáver de su padre al cuidado de Santiaguito.

El muchacho se aburre junto al cuerpo de su abuelo, que ni siquiera se mueve ya, y de vez en cuando sale á la calle del pueblo, entreteniéndose en apedrear á los pájaros ó en contemplar embobado cómo un buhonero enseña pañuelos á dos comadres; luego, cuando se acuerda del pobre viejo, entra corriendo en la casa, se cerciora de que el cuerpo sigue sin moverse, y se escapa en seguida para ver cómo riñen dos perros. Como deja la puerta abierta, las gallinas entran, y se pasean tranquilamente alrededor del lecho mortuorio picoteando con fuerza el suelo. Un gallo rojo se endereza, estira el cuello, redondea sus brillantes ojos, alarmado sin duda al ver aquel cuerpo cuya presencia allí no acierta á explicarse; gallo prudente y sagaz, que sabe que el viejo no acostumbra á permanecer en la cama después de salido el sol; y acaba por soltar su agudo canto, sonoro como un clarín, comprendiendo quizás lo que sucede, cantando la muerte del anciano, mientras las gallinas salen una á una cacareando y picoteando la tierra.

El cura de Cormiers envía á decir que no podrá llegar hasta las cuatro de la tarde. Desde la mañana el aperador de la aldea se ocupa en aserrar tablas y en clavar clavos. Los que todavía no saben la noticia exclaman: «¡Calla! Será que Juan Luis ha muerto,» porque las gentes de la Courteille conocen bien aquellos ruidos. Antonio y Catalina han regresado después de terminada la cosecha; no pueden darse por descontentos, porque hacía años que no se había recolectado tan hermoso trigo. Toda la familia aguarda al cura, ocupándose en algo para no impacientarse;

Catalina hace la sopa; José saca agua; envían á Santiaguito á ver si ya está abierta la fosa en el cementerio, y por fin á las cinco llega el cura en un carricoche, acompañado de un monaguillo. Se apea ante la casa de los Lacour, saca una estola y una sobrepelliz que llevaba envueltas en un papel, y se las pone diciendo:

– Daos prisa porque á las siete tengo que estar de vuelta.

Pero nadie se apresura. Hay que ir á buscar dos vecinos de buena voluntad que quieran llevar el féretro. Desde cincuenta años atrás vienen sirviendo el mismo féretro y el mismo paño negro, apolillados, desgastados y descoloridos. Los hijos de Juan Luis meten el cadáver de su padre en la caja que ha traído el aperador, verdadera amasadera según lo gruesas que son las tablas. En el momento de echar á andar, Santiaguito se presenta anunciando que la huesa no está aún abierta del todo, pero que este no es inconveniente para que lleven el cadáver al cementerio.

Entonces el sacerdote rompe la marcha, leyendo en alta voz el latín de un libro. Le sigue el monaguillo llevando un viejo caldero de cobre con agua bendita, en el cual va metido un hisopo. Al llegar á la mitad de la aldea, sale otro muchacho de la granja donde se dice misa cada quince días, con una gran cruz enhastada en la punta de un palo, y se pone á la cabeza del fúnebre cortejo. A continuación va el cadáver en el féretro llevado por dos aldeanos, y luego la familia. Todos los vecinos de la aldea se reunen poco á poco á la comitiva, y un séquito de galopines, medio desnudos, descalzos y desarrapados, cierra la marcha.

El cementerio está al otro extremo de la Courteille, y como la distancia es larga, los campesinos que llevan el féretro descansan dos veces en medio del camino, toman aliento, se escupen en las manos mientras el cortejo se detiene; luego reanudan la marcha y se oye el acompasado ruido de los zuecos sobre la dura tierra. Cuando llegan al cementerio, la fosa no está aún abierta del todo; el enterrador está en su fondo trabajando y echando fuera paletadas de tierra.

¡Qué cementerio tan silencioso y tranquilo, adormecido á los tibios rayos del sol! Rodéale un seto en el que los gorriones hacen sus nidos; allí han crecido zarzas, y los muchachos acuden en septiembre á comer moras. Es algo así como un jardín en campo abierto, donde todo germina y crece al azar. En el fondo hay groselleros enormes; en un rincón, un peral se ha hecho tan corpulento como un roble; en medio una calle de tilos forma un paseo fresco, una umbría bajo la cual los ancianos van á fumar sus pipas en verano. El terreno, inculto y desierto, está poblado de altas hierbas, de magníficos cardos y de matas floridas en las que se posan blancas mariposas. El sol quema, las cigarras chirrian y las moscas de dorados reflejos zumban con gratos estremecimientos de calor. Y el silencio siente también estremecimientos de vida; percíbese el júbilo postrero de los muertos, la savia de aquella tierra grasa que se revela en la sangre roja de las múltiples amapolas.



Cierto día cayó y se quedó atravesado en un surco

Han dejado el féretro junto á la fosa, mientras el enterrador sigue sacando paletadas de tierra. El muchacho que lleva la cruz acaba de hincarla en el suelo á los pies del ataúd, y el cura, de pie á la cabeza de éste, continúa leyendo oraciones en latín. Los circunstantes observan con curiosidad el trabajo del enterrador; rodean la fosa, y no apartan la vista del vaivén de la pala. Y cuando vuelven la cabeza, el cura se ha marchado ya con los acólicos, no quedando allí nadie más que la familia.

Por fin queda abierta la fosa.

– Ya es bastante honda, dice uno de los aldeanos que han llevado el féretro.

Y todos prestan su ayuda para bajar el ataúd. ¡Qué bien estará el tío Lacour en aquel hoyo! Conoce la tierra y la tierra le conoce: harán muy buenas migas. Ha ya más de cincuenta años que ella le ha dado aquella cita, ¡el día en que la descargó el primer azadonazo. Por ahí debían acabar sus amores; la tierra debía cogerle y guardarle en su seno. ¡Y qué descanso tan apacible! Unicamente oirá las leves pisaditas de los pájaros cuando salten por la hierba. Nadie andará por encima de él, permanecerá años enteros en su rinconcito sin que se le moleste, porque en la Courteille no mueren dos personas al año y los jóvenes pueden envejecer y morir á su vez sin molestar á los viejos. Es la muerte apacible y bañada de sol, el sueño sin fin en medio de la calma de las campiñas.

Los hijos se han acercado. Catalina, Antonio y José cogen un puñado de tierra y la echan sobre los restos del viejo. Santiaguito, que ha cogido amapolas, se las echa al mismo tiempo. Luego la familia regresa á la casa, los animales vuelven de los campos, el sol se pone, y la aldea queda sumida en un sueño tranquilo al calor de una noche estival.

EMILIO ZOLA



Medalla conmemorativa de la cesión hecha por el Estado á la ciudad de Barcelona de los terrenos que ocuparon las antiguas murallas,

premiada en concurso público, obra del escultor Eusebio Arnau

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 16 de marzo de 1896 — Núm. 742



Madona della Scala, copia del célebre cuadro de Correggio que se conserva en la Galería de pintura de Parma

ADVERTENCIA

Circunstancias imprevistas nos impiden repartir con el presente número, como en el anterior anunciamos, el tomo de la **Biblioteca Universal**, primero de la serie de 1896. Lo repartiremos con el número próximo y será, según hemos dicho, la preciosa novela de la popular escritora alemana Eugenia Marlitt, *La princesita de los brezos*, ilustrada con profusión de grabados y algunos cromos.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

GUERRA Y PAZ

«Este siglo concluirá entre gran estrépito de armas,» me decía un francés de esos que sueñan todas las noches con *el desquite*, y á quien exaltaban y sacaban de quicio mis ditirambos y cánticos á la paz universal. Ahora conozco que tenía razón sobrada el francés. Adondequiera que convirtamos la mirada, sólo encontraremos

«muertes, asolamientos, fieros males.»

El furibundo Marte se ha apoderado del planeta y lo recorre en su carro sanguinoso, hollando cuerpos humanos, reventando pechos y magullando cabezas. No se oye hablar más que de encuentros, acciones, desastres y rotas; no se discuten más que tesis de derecho internacional; no se evocan más que recuerdos de conflictos entre potencias; no se fabrican más que fusiles, cañones, balas, cartuchos, placas de blindaje y material de sanidad; y el hombre providencial, el esperado y deseado, el que no tendría sino pegar un brinco para colocarse en el pedestal de mármol y oro que está aguardando por la estatua, sería el gran capitán, el vencedor, el Napoleón, si pudiese aparecer. Vivimos con la obsesión de la lucha; la fiebre patriótica, respirada en el aire, nos contagia y nos incendia las venas; y el resonar de los himnos y el estruendo de las aclamaciones asorda el aire y nos embriaga como embriagaba al sentenciado á muerte en cruz la *posca*, el amargo brebaje que le impedía pensar en el sufrimiento y en el aniquilamiento inmediato...

Y sin embargo, en este mismo instante, cuando nos aturden las descargas y nos alumbra siniestramente el incendio, en Europa continúa la altiva y creciente propaganda antibélica. En Inglaterra se multiplican las asociaciones pacificadoras; en Francia misma, á pesar del escozor de recientes agravios, el impulso de la opinión es tan favorable á la paz, que hasta los periódicos militares protestan de los nuevos inventos destructores y mortíferos, de las máquinas de matar. En Italia, país entregado al militarismo – nos lo dice el presidente de la Sociedad de Arbitraje, – las Ligas para la pacificación son tan numerosas como potentes. Otro tanto cabe afirmar de Bélgica y de Holanda. En cuanto á los países escandinavos, Dinamarca, Suecia y Noruega, esos pertenecen en absoluto á la causa de la paz y del arbitraje. Y noticia más sorprendente aún: Alemania, la militar Alemania, donde se acogió al pronto con risa y desprecio la idea de las Ligas pacificadoras, las ha visto en pocos años cundir y prosperar, demostrando su vitalidad con *meetings*, conferencias, diarios, revistas, folletos y congresos.

En España, la idea que preside á tales Ligas, apenas tiene prosélitos: somos poco ó nada asociables; pero no vacilo en asegurar que las voluntades y las conciencias, en secreto, están todas afiliadas á la Asociación pacificadora. No escribimos ni nos reunimos clamando «paz y arbitraje;» mas nuestra conducta, desde mediados del siglo, sobre todo en estos últimos años, es la del que por convencimiento aspira á una tranquilidad reparadora, á una tregua indefinida, en que la agricultura, la industria y la hacienda nacional se fortalezcan y respiren. A nadie hemos provocado; para nadie hemos tenido sino consideraciones, respetos y buenas palabras. Hemos extremado la dulzura y la cortesía hasta con pueblos como el marroquí, que confunden la transigencia con la debilidad, y cuya diplomacia á lo salvaje se ha burlado constantemente de nuestra buena fe. Dentro de casa sólo hemos procurado curar heridas y apaciguar rencores: el rastro de ira y discordia que dejan en pos de sí las guerras civiles lo hemos borrado por medio de un generoso espíritu de cordialidad; y si se nos acusa de que sostuvimos fratricida pugna muchos años, diremos como el bastardo de Argelez á su hermano el conde:

Soy Caín por mi delito,
mas no por haberte odiado.

A las antillas llevamos esta misma excelente intención, este criterio de armonía, estos temperamentos de indulgencia, de *paternidad*, de concesiones hasta el límite de lo posible. Tal vez nos perdió allí el exceso de nuestra buena fe, el descuido en guarnecer, enfrenar y reducir una comarca donde latía contra la península odio implacable. Hemos padecido error al juzgar de los demás por nosotros mismos, al creer que cuando uno no quiere, dos no riñen, y al dormirnos descuidados á la orilla de ese mar caribe, fecundo en monstruos. Trabajo le mando á nuestro más encarnizado enemigo si intenta descubrir en toda nuestra historia, de veinte años acá, un solo rasgo provocativo, una sola injuria inmotivada á ningún pabellón, un solo hecho que revele el propósito de armar quimera con nadie. España ha practicado la exquisita prudencia de los espadachines viejos, á quienes su historia redime para siempre de la nota de cobardía, y que son, por lo mismo, los hombres más conciliadores.

Ya sé que en este momento, ante ofensas é injusticias notorias, ha sido reemplazada la *bonhomie* constante de nuestro proceder por una furia, un arrebato, una impulsión ciega de resistencia y hasta de ataque. España, que así pensaba en la guerra con los Estados Unidos como en las nubes de antaño, que la consideraba, en frío, una gran calamidad, en ocho días se ha planteado el problema de esa guerra, ha aceptado sus contingencias, y ha exclamado, con la vehemencia de las decisiones súbitas: ¡Adelante! – Pero si las Asociaciones pacificadoras hubiesen conseguido ya imponer su criterio al mundo; si el arbitraje fuese un hecho universal; si nadie dudase que las relaciones y deferencias de los pueblos, como las de los individuos, ó más todavía, deben resolverse por medio de la benevolencia y la justicia, y que la guerra no es un mal necesario, ¡cuán gananciosa saldría España, que tiene de su parte, en esta contienda, el derecho, la razón, la opinión y hasta el buen gusto, pues ha rehuído desplantes y fanfarronerías y hasta el último instante ha querido economizar sangre y lágrimas!

La guerra, en el día, no es un problema que resuelve el valor individual, ni casi el valor colectivo. El heroísmo ha cedido su lugar á otras fuerzas. Con los agobiadores armamentos; con esa marina revestida de escamas de hierro, á guisa de dragón fantástico; con esos proyectiles que se ríen de la distancia; con la ciega potencia de los explosivos y la mecánica acción de las masas que aplastan y trituran á otras masas menores, cual la muela al trigo, de poco sirve la decisión sublime del mártir, de poco la constancia del guerrero, de poco el entusiasmo de un pueblo resuelto á vengar su honra. España podría esperarlo todo del arbitraje. Las naciones Goliat desearán el imperio de la materia y del número; las naciones David el de la equidad y del derecho. España es David Su honda balear, su honda de pastora y guerrillera, quizás herirá en la frente al desaforado gigantón; pero ¿no preferiríais que sin menoscabo del honor pudiese España seguir apacentando el ganado en los ribazos que la primavera se apresta á cubrir de verdor?

***

Hace dos días hablaba en el Ateneo D. Segismundo Moret, y su oración castiza, serena y sólo por momentos indignada, nos mostraba de relieve la enorme sinrazón, la inmensa inconsecuencia que envuelve el exabrupto de las Cámaras norteamericanas.

Para abofetearnos y para echar leña á la hoguera de Cuba, los Estados Unidos, en un día, desmienten toda su historia, pisotean la jurisprudencia que tenían establecida en esta clase de cuestiones, y proceden como el que extremando el agravio busca el choque, y no se cuida ni aun de revestir con apariencias de decoro la torcida intención y el mal deseo.

Los antecedentes que recordaba Moret son tan claros, los hechos tan elocuentes, que una vez más, al oirle, deploré que las Asociaciones pacificadoras no hayan extendido su benéfica acción hasta reinar en los acuerdos de la diplomacia de ambos mundos, y que el arbitraje no sea la solución más frecuente y admitida para reprimir codicias y sujetar apetitos. Si este pleito lo fallase un tribunal imparcial, un tribunal de varones honrados, divinamente para España.

Sabe Dios cuándo rendirán sus frutos estas Asociaciones, ó por mejor decir, el espíritu que las inspira y que se ha manifestado bellamente en muchas páginas de la literatura moderna. Aún están Europa y el mundo bajo la sugestión de las célebres palabras del mariscal Moltke, que proclamó en voz alta, en presencia de los delegados de la paz, que «la guerra es santa y es de institución divina; que es una de las sacras leyes del mundo; que alimenta en el hombre los altos y nobles sentimientos, el honor, el desinterés, la virtud, el valor, y en suma le impide caer en el materialismo fangoso.» Estas afirmaciones del veterano, del gran estratégico, serían perfectamente exactas si se refiriesen á la guerra de antaño, en que la espontaneidad individual, y para decirlo de una vez, el alma, jugaba tan principal papel. Mas la guerra de hogaño aplica la ciencia á destruir, sólo á destruir, y es un problema que se resuelve con una pila de proyectiles y otra de duros – dinero y municiones, y al derecho que lo parta un rayo. – Por eso hemos perdido el gusto de las aventuras. No somos Quijotes ya, mas tampoco queremos ser Sanchos: ¡no tan calvos que se nos vean los sesos! ¡No renunciamos á defendernos, y sólo de puro patriotas nos hemos declarado sufridos y prudentes, si bien no tanto que la prudencia parezca temor y el sufrimiento poquedad de ánimo!

Por lo demás, nadie que tenga la cabeza sana deseará la guerra, otra guerra, guerra con un enemigo tan inconsiderado y tan ricachón. Nuestra hidalga casa, nuestra vieja cepa no está abonada con el guano que abriga á ese árbol yankee, que por lo aprisa que creció, por lo basto de su madera, por lo chupón y ávido de su raigambre debe de ser un *eucaliptus*, el vegetal *parvenu* ó hecho aprisa. Donde plantéis un *eucaliptus* crecerá á escape, lo secará todo, y se propagará cubriendo y absorbiendo el terreno completamente. ¡Ay de la planta que tenga la desgracia de nacer próxima al tragantón *eucaliptus!* Si Cuba no estuviese cerquita, ¿qué les importaría á esos positivistas de las relaciones internacionales que Cuba ardiera por los cuatro costados?

La cosa no es para que nos pongamos á bailar, ni para que disparemos cohetes; pero tampoco nos aturrulla. No neguemos que estamos en un bache; pero es admirable que se hayan aceptado estas circunstancias con tal presencia de ánimo, con tan sencilla y modesta fortaleza, sin pánico pueril, sin alardes intempestivos. El gobierno, el país, están dentro de su papel. El primero, haciendo lo posible por no agravar el conflicto, se prepara y arbitra medios de resistencia, que llegado el caso nos permitan arrostrar el lance; el país, efervescente, vehemente, nervioso, se agita, como diciendo: «Aquí estoy, y estoy dispuesto.»

No permita el dios de los ejércitos que nos veamos envueltos en dos guerras. Con la que nos aflige bastaría para que tuviésemos el alma en un hilo. Los incesantes sorteos y los reiterados envíos de tropas originan zozobra constante. ¿A quién le tocará mañana? ¿Qué nos reserva el porvenir? En estas horas, que para los más despreocupados é impávidos son de asfixia moral, no puedo menos de tener el pensamiento fijo en un rincón de mi tierra, en un recinto melancólico y grandioso, donde sólo se escucha el tañido de las campanas, la armoniosa queja del órgano y el apagado cuchicheo de los rezos. Sobre un altar resplandeciente de luces, envuelta en las nubes del incienso, se destaca una figura bizantina, la efigie de plata del Apóstol de las victorias, de nuestro numen de la Edad media, del que en su blanco bridón galopaba al través de las nubes, sobre el campo de batalla, como las legendarias valkirias, y se complacía viendo el suelo alfombrado con los cuerpos de nuestros enemigos... Y como la adversidad reanima la fe, murmuro apasionadamente: «¡Santiago, Santiago, cierra España!»

EMILIA PARDO BAZÁN



con las cuales sujeta el tendón flexor del brazo del cadáver, es el sabio profesor Nicolás Tulp; el que aparece á la derecha de Tulp, con un cuaderno en la mano, se llamó Harman-Husmanz. Más abajo, en la parte inferior del cuadro y cerca del maestro, están Matthip Kalkoen y Jakob de Wit; las cabezas que se ven próximas á este último, son retratos de Jacob Block y de Franz van Loeden. Los otros restantes que aparecen en primer término y delante de la mesa de disección, el que tiene la cabeza vuelta en dos tercios es Adriaan Slabbraam, y el que está de perfil Jacob Koolvell.

LA LECCIÓN DE ANATOMÍA

16 (?) *de marzo de* 1632

Célebre cuadro pintado por Rembrandt

Du Camp y últimamente Emilio Michels en su estudio crítico-biográfico de Rembrandt, al ocuparse del cuadro *La lección de Anatomía*, afirman que es una de las obras de arte de las cuales puede decirse que son *absolutamente bellas*.

Este cuadro, una de las grandes maravillas de la pintura y honor de la escuela holandesa, lo pintó Rembrandt cuando apenas contaba veinticuatro años. Aparece en él, como jefe del realismo del Norte, enfrente del idealismo italiano. La sesuda y aplomada escuela que contaba á los Branwer, Meulener, Teniers y tantos otros maestros de la realidad que heredaran de los Durero, Van-Eyck, Van-Ostade y demás artistas de Alemania, Holanda y Flandes, el sentimiento de la verdad positiva y que muy á menudo se entraba por los campos del naturalismo, tuvo en Rembrandt, desde que éste pintó *La lección de Anatomía*, su jefe indiscutible, como la escuela española lo tuvo en Velázquez.

Como casi todos los cuadros de Rembrandt, este es doblemente interesante por el asunto y porque cuantas figuras allí aparecen son retratos de ilustres hombres de ciencia. A la raza germánica se la estudiaría claramente en sus artes, si no se la viese de cuerpo entero en sus filósofos, en sus luchas religiosas, en su literatura. Positiva en todas las manifestaciones que han de determinar de un modo concreto el pensamiento y el sentimiento, rechaza el convencionalismo y el idealismo hasta en arte como el de la música, en el cual parece que solamente los delirios de la inspiración han de concurrir á su ser. De aquí que, cuando en Italia, Francia y España solamente Velázquez, dejando á un lado la pintura de asuntos místicos y la de asuntos mitológicos ó bíblicos, inquiría en la sociedad que le rodeaba y pintaba sus hombres tales y como eran, las escuelas germánicas, aun rindiendo parias al cuadro religioso, no ponían en olvido su tiempo y las costumbres de su tiempo y la Naturaleza en sus diversos aspectos, para legar á la posteridad, en maravillosas obras de arte, palpitante, la vida en sus días de la sociedad en general y en particular.

Y de la pintura de la vida doméstica y de las costumbres populares, asciende el pensamiento del artista á las graves y hondas manifestaciones de la ciencia, tratando de poner de relieve ante el vulgo, por medio del arte, por medio del color y de la línea, con las galas que le presta el temperamento del pintor al interpretar la realidad, la gran misión de la ciencia anatómica, que por medio del estudio del cuerpo humano va tras del descubrimiento de las fuentes de la vida.

Aun cuando el cuadro á que se refiere esta *efeméride* es muy conocido, considero precisa su descripción; pues como he dicho más arriba, las figuras que en él se ven son retratos de doctores que componían la escuela de Cirugía de Amsterdarm. El que da la explicación, cogiendo con la mano derecha unas pinzas con las cuales sujeta el tendón flexor del brazo del cadáver, es el sabio profesor Nicolás Tulp; [...]

Pintó este cuadro Rembrandt por encargo del sabio Tulp. Las aficiones del pintor le llevaron á asistir á la cátedra de aquel maestro, y de entonces una sincera amistad unió para siempre al ilustre cirujano y al egregio artista. Según los datos recogidos por Michels, siguiendo las investigaciones comenzadas por Viardot, Rembrandt pintó el cuadro casi entero en la sala de disección de la escuela de Cirugía de Amsterdam. El éxito de esta pintura fué inmenso. El artista comienza entonces una serie inacabable de retratos y de cuadros, que solamente enumerarlos ocuparía la mayor parte de este artículo. Emplazóse *La lección de Anatomía*, que dió por terminada el pintor á mediados de marzo de 1632 y que realizara en poco más de seis meses, en una de las salas de la casa que entonces ocupaba y que hoy sigue ocupando la corporación de Cirujanos de Amsterdam, hasta que en 1828, por causa de los apuros económicos en que se encontró por entonces la corporación citada, se puso á pública subasta. Las autoridades y muy pronto el gobierno holandés interpusieron toda suerte de oficios cerca de los acreedores de los cirujanos para impedir que la célebre pintura fuese á parar al extranjero. Mas viendo el rey que la joya peligraba, determinó adquirirla, como así lo hizo, mediante la suma de setenta mil pesetas.

Cuéntase que casado Rembrandt con una jovencilla de porte y salud delicados, á la que profesaba un amor vehemente, le prohibió que penetrara en el taller adonde hiciera transportar el lienzo para seguir pintando los retratos de los profesores que en el cuadro figuran; mas azuzada la curiosidad femenina, cierto día, en ausencia de su marido, entra en el taller y se dirige hacia el caballete donde, sin paño alguno que lo cubriese, estaba el cuadro que recibía directamente la luz del ventanón. La joven, ignorante de la forma en que su marido había desarrollado el asunto del cuadro, al ver aquel cadáver, prodigio de verdad, ya concluído de pintar, sufrió un síncope y perdió el conocimiento. Así la encontró el artista, y el médico Tulp es seguro que hubo de prestarle los auxilios de su ciencia durante largo tiempo

Si no es cierta la anécdota, aun cuando tiene visos de verosímil, pues efectivamente la primera esposa de Rembrandt era, según los datos irrefutables descubiertos ha poco, de complexión muy delicada, razón por la cual de los hijos habidos por el artista en ella, el que más edad alcanzó fué el mayor, llamado Titus, que apenas pudo cumplir los veinte años; si no es cierta, repito, la anécdota, lo que ésta se haya inventado viene á confirmar el sin igual aprecio en que la crítica de todos los países tiene el lienzo *La lección de Anatomía*. He aquí cómo habla Bürger de tan famoso cuadro: «Lo que hay de más original y de más nuevo en *La lección de Anatomía* es la idea misma de la composición. A la primera ojeada se nos revela el carácter de Rembrandt, que es el de su país y el de su tiempo; carácter que sellará todos sus cuadros (recuérdese que solamente contaba veinticuatro años Rembrandt). ¿Qué es *La lección de Anatomía*? Pues es la representación de la ciencia, y no solamente en un episodio de anfiteatro, pues la impresión que se experimenta delante de este cuadro es la de una enseñanza emitida con una autoridad indiscutible.»

Pero si es admirable la obra que hoy me ocupa desde el punto de vista en que Bürger se coloca, lo es tanto desde el de la plástica, desde el del análisis psicológico de los personajes que allí figuran. El célebre artista holandés supo dar un interés filosófico, hondamente moral, á un asunto naturalista, hasta si se quiere repulsivo, aun cuando yo crea, en contra de cuantos así lo adjetivan, que un cadáver antes tiene más de sublime y misterioso que de repugnante. Es la ciencia la que en *La lección de Anatomía* pintó Rembrandt; es la ciencia personificada en aquellos sabios, especialmente en Tulp. Reparad en esa cabeza, en la tranquila mirada del profesor, en su expresión grave, en el movimiento delicado con que parece dirigir la palabra á los que le rodean, en su aspecto de hombre acostumbrado á ver sufrir, á ver morir, á luchar con la muerte. Parece la cabeza de un apóstol. Observad á Jakob Wit, extendido el cuello, mirando con profunda atención el flexor que Tulp muestra disecado, y tan inclinado, que el extremo de su gola toca en la frente del cadáver. Seguid mirando uno á uno aquellos rostros, en los cuales se lee la reflexión, la concentración espiritual, el recogimiento con que escuchan al sabio colega. Todos aquellos hombres expresan algo que no es sino la manifestación de una idea sublime, de un sentimiento purísimo, tan grande y elevado como el fin científico que persiguen, tratando de hallar la verdad.

Por lo que corresponde al color y al dibujo, solamente cabe la admiración. Aquel cadáver, verdadera maravilla de dibujo, como lo son las cabezas de los personajes que rodean la mesa sobre que se ve tendido, como lo son aquellas manos del doctor Tulp, revelan no tan sólo al dibujante prodigioso, sino al artista que une á un gran sentimiento de la forma, conocimiento grande y excepcional de la anatomía. Del color... Yo he visto las hermosas producciones de la paleta veneciana, de aquella paleta que manejaron Ticiano, Tintoreto, Giorgione, los Palma, y tan sólo encuentro en nuestra escuela española del siglo XVII un pintor que supere á Rembrandt interpretando el ambiente y las medias tintas, Velázquez; y á Ribera el *Spagnoleto* que le iguale, y no siempre, en el vigor de la coloración.

El gran secreto del pintor holandés, que ya en este cuadro se revela, es la absoluta libertad con que hubo de llevar á cabo sus obras, y sobre todo, lo sinceramente que interpretó el natural. *La lección de Anatomía* no pertenece á más escuela que á la de la verdad.

R. Balsa de la Vega

LOS ITALIANOS EN ABISINIA

Movida por este deseo de expansión colonial que de algún tiempo á esta parte se ha apoderado de las naciones europeas, é impulsada quizás por el afán de justificar su encumbramiento á la categoría de potencia de primer orden, Italia está sosteniendo en el Noroeste de Africa una campaña que hasta ahora no le ha proporcionado sino desastres y que tal vez sea causa, al fin y á la postre, de transformaciones radicales en el modo de ser de aquella nación en el concierto de los Estados europeos.

No estaba aún constituída oficialmente Italia, cuando en noviembre de 1869 el profesor Sapeto compró al sultán Beherán la bahía de Assab y la isla de Darmak por 47.000 francos, precio que pagó el gobierno italiano, á pesar de lo cual y á causa de las reclamaciones de Egipto, aquel territorio recibió el nombre de propiedad Rubattino. La nueva adquisición territorial parecía olvidada de sus poseedores cuando en 1879 los italianos llevaron á ella material de guerra, hecho que produjo una protesta de parte de Inglaterra; pero habiendo el ministerio Gladstone-Granville descuidado este asunto, Italia envió allí un comisario civil, formalizando así una ocupación en aquellas costas.

Celoso de los éxitos obtenidos por los franceses en



HONDO PESAR, cuadro de Roberto Hanz, grabado por Brendamour

publicado con permiso de F. Hanfstaengl, de Munich



LOS ITALIANOS EN ABISINIA. – El mayor Salsa y el capitán Anghera en la tienda de Menelik tratando de las fracasadas negociaciones de paz

Dibujo de Héctor Ximenes, tomado de un croquis del natural de M. A.

la bahía de Tadjura, el gabinete de Saint-James adoptó una actitud completamente favorable á las pretensiones de Italia; ésta mandó en 1885 un pequeño grupo expedicionario á Massaua al mando del coronel Saletta, y el contraalmirante Caimi obligó al vicegobernador egipcio á retirarse de aquella plaza.

El primer período de ocupación transcurrió pacíficamente, pues la misión Ferrari-Nerazzini tranquilizó al negus Johannes de Abisinia acerca de las intenciones de Italia; pero la toma de Ouaa por los italianos hizo estallar el conflicto, y el ras Alula, después de haberse apoderado de la misión Salimbeni, destruyó en 26 de enero de 1887 el pequeño ejército del coronel Cristoforis en Dogali.



Moneda del negus Menelik II de Abisinia

La lucha con el negus era inevitable; Inglaterra ofreció su mediación, que fracasó por las exigencias de los italianos, y el rey de Choa, Menelik II, brindóse también á intervenir y aun declaró que hasta en el caso de renunciar á su empresa los italianos, él atacaría á Johannes, cuyo trono hacía tiempo ambicionaba. La retirada del negus hizo inútiles los aprestos belicosos del rey choano y de Italia, que tenía preparada ya una expedición de 20.000 hombres.

Muerto en 1889 el negus Johannes á mano de los mahdistas en Matemma, Menelik se hizo proclamar emperador de Etiopía en 2 de mayo del mismo año y firmó con los italianos el famoso tratado de Utchali, que ha sido causa de equívocos interminables y de la guerra en que actualmente está empeñada Italia por sostener sus dominios y sus pretendidos protectorados en el continente africano.

En efecto, en el artículo 17 de ese convenio, la traducción italiana dice: «El emperador de Etiopía *consiente* en servirse del gobierno de S. M. el rey de Italia para tratar todos los negocios con las demás potencias.» El negus, á su vez, afirma que la palabra amharignia que los italianos tradujeron por *consiente* no significa esto, sino *puede;* de modo que el texto del artículo debe ser: «El emperador de Etiopía *puede* servirse del gobierno de S. M. el rey de Italia, etc.» Este solo cambio de palabras modificaba completamente la situación, pues mientras los italianos se creen los protectores legítimos de Abisinia, Menelik se niega á reconocerlos como tales.

De aquí la continua tirantez de relaciones que varias veces se ha traducido por abiertas hostilidades. En 17 de julio de 1894, poco después de haber derrotado el coronel Arimondi á los mahdistas en Agordat, el general Baratieri, invadió Kassala y se apoderó de ese territorio, y pretextando que el ras Mangascia observaba respecto de los italianos una conducta equívoca, avanzó poco á poco por el Tigré, ocupó Adua y derrotó á su adversario en Koatit. En una segunda campaña Baratieri ocupó Agridat, destituyó á Mangascia y proclamó á Agostafari.

Envalentonados por esta victoria, los italianos quisieron extender su influencia sobre todo el Tigré y afirmar su protectorado en aquellas regiones; pero cuando trataron de avanzar, salióles al encuentro Menelik al frente de ejércitos numerosos, disciplinados y bien armados, que sucesivamente han ido batiendo á las tropas del rey Humberto y ocasionándoles tremendas derrotas, entre las cuales han tenido especialísima importancia las de Amba-Alaghi, Macallé y sobre todo la reciente de Adua, que ha sido un verdadero desastre para las armas de Italia.

El negus, que desde la firma del tratado de Utchali se propuso demostrar á Italia y á Europa que su nación está en condiciones de ser por completo independiente, organizó sus fuerzas, adquirió fusiles y cañones y no tardó en poder disponer de un ejército de 275.000 hombres, en el cual se ve todo un pueblo armado para defender su independencia.

El negus es el generalísimo del ejército abisinio y él es quien nombra los rases, los cuales, á su vez, tienen organización propia, corte, ejército, clero y funcionarios, y vienen á ser una especie de gobernadores de las provincias: cada año llevan á Menelik un tributo fijo que pagan en grano, café, marfil, algalia ú oro, según la producción de su país. El negus no arma directamente á sus rases, sino que les concede el derecho de armarse, autorizándoles para comprar tal número de fusiles, que por regla general él mismo les proporciona, cediéndoles los de desecho de su ejército propio. Después de los rases vienen los *desjasmatchs* ó generales en jefe, los *filotaris* ó generales de vanguardia, los *cagnasmatchs* ó generales del ala derecha, y los *grasmatchs*, generales del ala izquierda.

El servicio de abastecimiento del ejército en campaña está en cierto modo confiado á las mujeres: millares de abisinias, esposas de los soldados, siguen á sus maridos llevando cacerolas, pucheros, odres para la bebida, la manteca y la miel, y escoltando los rebaños y los convoyes de asnos, caballos y mulos cargados de trigo, cebada ó mijo, granos que sirven para confeccionar el pan de los abisinios. Las mujeres que componen el séquito de un jefe transportan de etapa á etapa un tizón encendido que sirve para encender fuego en el campamento. Llegadas á éste y á pesar del cansancio del camino recorrido á pie, unas van al río más próximo en busca de agua, mientras otras recogen leña. Estos auxiliares femeninos del ejército del negus son infatigables y prestan grandes servicios en tiempo de guerra.

Todos los años en la fiesta de la Mascala se hacen ejercicios de cañón, y el mismo Menelik apunta á veces las piezas, y suele hacer buenos blancos en la roca á que dirige la puntería.

Algunos soldados, además del fusil conservan todavía la lanza, que en sus manos es un arma peligrosa, pues llegan á dar en el blanco á una distancia de 30 metros: el mismo negus y sus familiares gustan de este ejercicio.





Sellos de correos de Abisinia

Menelik es de carácter bondadoso y siente profunda aflicción á causa de la actual guerra que ha costado y costará aún tanta sangre cristiana.

«La sangre me inspira horror, ya lo sabes – ha dicho recientemente á un corresponsal extranjero á quien dió audiencia. – No quiero sangre: cuando me apoderé de la plaza de Harrar, donde tantos rebeldes merecían la muerte, á nadie hice matar; bien te acordarás de ello y podrás decirlo en todas partes.»

El citado corresponsal, en efecto, confirma la verdad de estas palabras.

Desde el punto de vista de la civilización, Menelik está muy por encima de su pueblo: á él se deben los edictos publicados para impedir la mutilación de los heridos en tiempo de guerra, y á él se debe también el establecimiento de un servicio postal entre Djibuti y el Choa, que comenzaba á funcionar cuando el negus hubo de marchar al Tigré para oponerse al avance de los italianos. Hoy Etiopía tiene sellos de correos propios, como tiene también moneda propia, muy bonita y muy bien acuñada, que ha sustituído á los *thalers*, hasta hace poco única unidad monetaria circulante: en unos y en otra, como pueden ver nuestros lectores por los facsímiles que publicamos, hay la efigie de Menelik, ceñida la frente por la corona imperial abisinia.

Deseoso de poner término á la actual guerra, Menelik hizo indicaciones, no hace mucho tiempo, á los italianos para firmar un tratado de paz: el general Baratieri, autorizado por el Consejo de Ministros, envió al campo choano al mayor Salsa, cuya prudencia y cuyo tacto diplomático le eran bien conocidos, á quien acompañaba el capitán Angherá. El día 14 de febrero último, el emisario, que el día antes había llegado al campamento del ras Maconnen, encaminóse acompañado de una gran escolta de honor al campo del negus. Menelik le recibió en su tienda rodeado de todos los rases y de los dignatarios de su corte, como representa nuestro grabado de la página 213; pero la entrevista no dió los resultados que se deseaban, pues las proposiciones del soberano abisinio fueron consideradas inaceptables por el gobierno de Italia, el cual mandó á Africa nuevos refuerzos.

Diez son los generales que Italia tiene actualmente en Abisinia, entre los cuales figuran los cuatro cuyos retratos reproducimos en la página 218.

El general Ellena nació en Saluzzo en 29 de marzo de 1839, siguió, además de la carrera militar, las de ingeniero hidráulico y arquitecto; fué profesor de la escuela de ingenieros y artillería, y al ser destinado á Africa desempeñaba las direcciones de estas armas en el ministerio de la Guerra.

El general Lamberti nació en Arezzo en 1840, entró en el ejército en 1859 y distinguióse en la guerra contra Austria (1866) y en el asalto de Roma (1870). Ha formado parte durante muchos años del ejército alpino y se ha conquistado en todas partes el aplauso de sus superiores y el cariño y la admiración de sus subordinados.

El general Albertone, nacido en el Piamonte en 1840, goza de gran reputación en el ejército italiano por su prudencia y por su valor. Estuvo en Africa en 1888 como coronel de Estado mayor con el general Baldissera, y en la actual guerra abisinia se le ha confiado el mando de un cuerpo de askaris regulares.

El general Barbieri es otro de los más distinguidos oficiales generales del ejército italiano y ha dado elocuentes pruebas de sus relevantes dotes militares, así en los campos de batalla como en su cargo de segundo comandante de la escuela militar de Módena.

Las noticias de los últimos desastres han producido gran agitación en Italia y originado la caída de Crispi: la crisis por que atraviesa aquel reino es gravísima, y la nación se encuentra en la alternativa de optar entre proseguir la campaña contra las aspiraciones claramente manifestadas del país, que no puede ya con los gastos del departamento de Guerra y que teme nuevos y mayores fracasos, ó abandonar la lucha, exponiéndose con ello á desmerecer en el concepto de sus aliadas Austria y Alemania y haciendo inútiles los inmensos sacrificios que ha tenido que imponerse para elevarse á la categoría de potencia de primer orden. – X.

EL SABATÉ DE BAGÁ

(Episodio de 1822)

El partido apostólico iba envalentonándose cada día más.

No faltaba quien de ello echara la culpa á los liberales; y mientras los rabiosos creían que todo dimanaba de la templanza del gobierno, á pesar de estar éste en manos de los *exaltados*, *doceañistas* y *anilleros*, atribuían todos los males al inmoderado amor á la popularidad de un ministerio, que á pesar de ciertas medidas de rigor dictadas contra los cafés y sociedades patrióticas, no castigaba con el rigor debido las algaradas de que á diario era teatro la corte, y que no parecían tener otro objeto que acentuar los odios que los desafectos al *sistema* no se curaban ya de ocultar hacia todo lo que oliera á Constitución y á régimen representativo.

Sin negar que en unos y en otros pudiera haber algo de razón, la más poderosa era que Fernando, secundado por su camarilla y con la artería en él propia, favorecía á hurtadillas á una fracción que á la larga había de dar al mismo monarca serios disgustos.

Así como de 1814 á 1820 apenas pasaba mes sin que se descubriera una conspiración ó abortara una intentona encaminada á derrotar el absolutismo, desde 1821 no eran menos frecuentes los chispazos que por dondequiera delataban los sordos trabajos llevados á cabo por los enemigos de la libertad.

Sobre todo, desde que en agosto de 1822 un golpe de audacia del barón de Eroles había hecho dueños á los apostólicos de la plaza de Urgell, constituyéndose allí la tristemente famosa regencia, presidida por el marqués de Mataflorida y reforzada por el arzobispo de Tarragona D. Jaime Creus, las partidas se multiplicaban y crecían de modo tan alarmante que no hubo más remedio que encomendar su persecución á manos tan expertas como las de Mina, el Empecinado, el brigadier Torrijos y á las de otros jefes no menos probados por su pericia y valor y por su adhesión á la buena causa.

En Cataluña especialmente era tanta la audacia de aquellos feroces cabecillas conocidos por el Trapense, Mosén Antón, Romanillos, Misas, Miralles y Caragol, que alentados por sus bárbaras proezas hasta los mismos absolutistas, faltos de valor para incorporarse á las partidas, fraguaban dentro de las ciudades los más temerarios planes.

En Barcelona misma, á pesar de ser centro oficial de las más caracterizadas autoridades del principado y de contar con una crecida guarnición de tropas reconocidamente leales, en más de una ocasión se habían cogido hilos sueltos que probaban que allí precisamente era donde querían dar un golpe de mano que pudiera tener, ya que no decisiva, suma importancia.

Sin embargo, con objeto de no dar pábulo á la desconfianza, siempre de perniciosos resultados, los representantes del gobierno aparentaban la tranqui-

lidad más absoluta; y sólo con cierto recato tomaban las medidas que más conducentes creían al mantenimiento del sosiego público.

A tal línea de conducta obedecía el que no se perdiera ocasión de solemnizar con más ó menos lucidas fiestas cualquier próspero suceso, y esto más que nada fué la causa de que allá por los fines de septiembre se anunciara una media corrida de toros, dando por motivo del regocijo cierta victoria alcanzada en Castilla por las tropas constitucionales sobre las partidas reunidas del cura Merino y de Bessieres.

El cartel no pudo pasar de mediano. Muerto desastrosamente en la plaza de Ronda dos años antes el famosísimo Curro Guillén; si no retirado, toreando ya poco á causa de sus ataques reumáticos el no menos encomiado Jerónimo José Cándido, y no bien asentada aún la fama del celebérrimo Juan León, á falta de indiscutibles eminencias se logró reunir en Barcelona á tres diestros que han dejado un buen nombre en la historia del toreo.



EN EL TALLER, cuadro de Emilio Sala

Estos, que eran Antonio Ruiz *(Sombrerero)*, Juan Jiménez *(El Morenillo)* y Francisco González *(El Panchón)*, tenían la bastante popularidad para asegurar una buena entrada, y rebosante hubiera sido la de aquella tarde si ciertas alarmantes noticias no hubieran amedrentado á muchas personas que antes de ellas tenían resuelto acudir al animado espectáculo.

A oídos del jefe político llegó el rumor de que el *Sabaté de Bagá*, uno de los más osados y emprendedores cabecillas apostólicos, estaba disfrazado dentro de Barcelona, donde se proponía con muchos partidarios dar en la misma plaza el grito de rebelión.

A él se decía que no permanecería sordo alguno de los batallones de la guarnición, y se decía que tan bien atados estaban los cabos, que breves minutos bastarían á los absolutistas para apoderarse, no tan sólo de los sitios estratégicos de mayor importancia, sino también de las personas de las más caracterizadas autoridades constitucionales.

Fuera sobrada confianza en sus propias fuerzas, fuera el temor de descubrir la hilaza de su debilidad, el hecho es que cuando todos esperaban que la corrida se suspendiera, el jefe político, sin más aparato de tropas que el acostumbrado, se presentó en el palco presidencial de la plaza de toros, donde se sabía á ciencia cierta que se hallaba el famoso *Sabaté*.

La corrida, aunque con no muy numeroso público, fué animándose poco á poco.

La bravura del ganado y el arrojo de los lidiadores fueron haciendo olvidar los trastornos, y hasta la hostilidad de que en un principio se hizo blanco al *Sombrerero*, cuyas ideas antiliberales eran sobrado conocidas, se trocaron en calurosos aplausos.

Solo el *Sabaté*, que con efecto ocupaba uno de los tendidos de sol, rodeado y medio oculto por sus parciales, permanecía extraño á las peripecias de la lidia.

Todo lo que había hecho desde el comienzo de la fiesta había sido consultar dos ó tres veces su voluminoso reloj de plata, diciendo en voz apenas inteligible y en el dialecto de los payeses de la montaña:

– A las cinco en punto daré la señal, y ¡ay del que vacile!

El quinto toro de la corrida fué un hermoso animal criado en los campos de Salamanca, y sin embargo, á pesar de su trapío, fué el que peor dejó la divisa que ostentaba.

Después de algunos capotazos acudió al sitio que ocupaban los picadores; pero apenas sintió el hierro se pronunció en tan espantosa fuga, que ya la autoridad se disponía á sacar los perros cuando el animal, buscando por donde huir, tomó con tales bríos la valla, que sin poner siquiera las manos se coló en un tendido.

La confusión fué espantosa. Cabezas, piernas y brazos rotos dejaron los escalones convertidos en un verdadero campo de Agramante antes de que nadie tuviera tiempo de acudir al lugar del siniestro.

Pero lo horrible del espectáculo no fué aquello. Un momento después, en los cuernos del fugitivo bruto se veía el cuerpo de un hombre, que no dándose cuenta de lo que pasaba, ni pensó en huir.

Al reconocer al que nadie creía ya con vida, por toda la plaza corrió el mismo grito:

¡El Sabaté de Bagá!



CONCURSO INTERNACIONAL PARA EL NUEVO PALACIO DEL CONGRESO NACIONAL ARGENTINO, EN BUENOS AIRES

Proyecto premiado del arquitecto italiano Víctor Meano. Vista exterior del edificio proyectado



SENDERO DE ESPINAS cuadro de Federico Stachiewicz



NOVICIA EN EL CORO, cuadro de Federico Stachiewicz

El famoso cabecilla, aunque gravemente herido, no murió de aquella cornada.

En cambio, el toro, que cayó sin vida en el mismo instante, víctima de una descarga del piquete que prestaba servicio en la plaza, liberal, sin saberlo había hecho abortar una intentona que probablemente no hubiera producido grandes resultados prácticos al partido apostólico, pero que de seguro hubiera costado bastante sangre.

CARLOS RODRÍGUEZ CANTERO

NUESTROS GRABADOS

Madona della Scala, cuadro de Correggio. – La obra que reproduce nuesto grabado y que actualmente se encuentra en la Galería de pintura de Parma, estuvo en su origen sobre una puerta de la ciudad, la *Porta Romana*, en donde el eximio artista la pintó al fresco. Más adelante, en 1554, edificóse en aquel sitio una iglesia cuya pared posterior era el muro sobre el cual fué aquélla pintada, y para que los fieles pudieran aproximarse á la imagen, que caía sobre la vía pública, construyéronse algunos escalones, de donde el nombre de *Madona della Scala*, es decir, Virgen de la escalera, con que la designó el pueblo y con que es conocida todavía. El templo fué derribado en 1812, y entonces aquella pintura fué trasladada al museo en que en la actualidad se conserva. La obra de Correggio no necesita elogios: tan perfectamente responde á la idea que el alma creyente se tiene formada de la Divina Madre; por tan admirable modo expresa la idealidad del más puro, del más santo de los amores, que basta contemplarla para sentir emoción hondísima y para elevar el corazón y el pensamiento hacia la celestial reina, confiar á ella nuestras penas y esperar de su infinita ternura favores que las remedien ó consuelos que las mitiguen.



Generales del ejército italiano en Abisinia

EL GENERAL MATEO ALBERTONE

EL GENERAL ELLENA

Hondo pesar, cuadro de R. Hanz. – La intensidad del sentimiento es la nota dominante en este precioso cuadro del celebrado pintor alemán: esa joven sumida en honda tristeza que deja correr libremente en la soledad del campo las lágrimas que quizás tuvo que reprimir dentro de su casa y en presencia de sus padres, ese profundo pesar que en su rostro medio oculto y en su actitud se adivina y la melancolía del lugar se apoderan de tal manera del ánimo del que en el lienzo se fija, que involuntariamente siente aquella melancolía y aquella tristeza, produciendo en él la pintura una impresión verdaderamente sujestiva.





Generales del ejército italiano en Abisinia

EL GENERAL MARIO LAMBERTI

EL GENERAL LUIS BARBIERI

En el taller del pintor, cuadro de Emilio Sala. – Mucho espacio necesitaríamos si hubiéramos de analizar los méritos de este ilustre artista español; mas no es necesario que nos entretengamos en enumerarlos siquiera, porque harto famoso es su nombre y bien universalmente conocido es el talento de quien se ha hecho admirar de propios y extraños, lo mismo en grandiosas composiciones, como *La prisión del príncipe de Viana* y *La expulsión de los judíos*, que en los ligeros cuadros de caballete, de los que es buena muestra el que reproducimos. Sala domina todos los géneros, y muéstrase maestro tan consumado en el cuadro histórico como en el alegórico, en el retrato como en el paisaje, manejando con igual facilidad el lápiz que el pincel, la pintura al óleo que el pastel y la acuarela. Sus principales obras han sido premiadas en importantes exposiciones nacionales y extranjeras, y en todas adviértese una gran solidez, hija de los innumerables apuntes y estudios que hace para cada una de ellas: distínguense además por su originalidad, especialmente en punto á efectos de luz y á contrastes de color, habiendo conquistado legítimamente la fama de ser uno de nuestros primeros coloristas. Desde hace algunos años reside en París; pero actualmente se encuentra en España y se propone pasar una temporada en Extremadura y dedicarse allí á hacer los estudios necesarios para el cuadro que presentará en la próxima exposición de Munich. Sea bien venido el autor de *Valle de lágrimas*, cuadro que por sí solo justificaría la reputación universal de nuestro insigne compatriota.

Sendero de espinas. Novicia en el coro del convento. Cuadros de F. Stachiewicz. – En ambos cuadros vemos al artista inspirarse en un asunto religioso; pero la manera de tratarlo es tan diferente en uno y otro, que bien puede afirmarse que pertenecen á géneros completamente distintos: el primero, hijo de la fantasía, es expresión de un símbolo; el segundo, más humano, es producto de la observación y responde á una realidad. Aquél nos muestra el camino del dolor que conduce á la muerte como paso á la vida eterna: por un estrecho sendero, abierto en la roca viva sobre inmenso abismo y cubierto de espinas, deslízanse las almas de los mortales, conducidas por otra alma perfecta que las ha de guiar á la salvación. En esta pintura simbolízase la idea fundamental del cristianismo, la abnegación, el desprecio del dolor material, transitorio, para conseguir los infinitos goces con que brinda Dios á los justos en su celestial morada. Algo tiene también de esta idea el otro cuadro: también aquellas religiosas caminan hacia la eterna bienaventuranza; y aunque parece que la senda por ellas escogida es menos espinosa, ¿quién sabe los dolores morales que sufrieron tras las rejas de su convento? ¿Quién sabe los sacrificios que se impusieron al renunciar á todos los lazos que con el mundo exterior las unían y que rompieron para siempre al pronunciar sus votos? ¿Quién no adivina en el rostro de la novicia punzadas más dolorosas que las de las espinas que pisan aquellas otras almas? Hermosas son las ideas que expresan por modo tan admirable estos cuadros; pero más hermosa es aún, si cabe, la ejecución de ambos lienzos: las figuras viven; en cada una de ellas vemos latir un corazón y agitarse un pensamiento, y el artista ha sabido colocarlas en su punto, evitando esos efectismos que si de momento impresionan no convencen y buscando la naturalidad hasta en la pintura de carácter simbólico. En ésta, además de estas cualidades, admíranse el vigor y la sobriedad con que está pintado el triste paisaje, así como en el otro son dignas de alabanza la sencillez y severidad de la decoración sobre la cual destacan con toda su importancia las figuras magistralmente trazadas de las monjas.

Proyecto del Palacio del Congreso Nacional Argentino en Buenos Aires, obra del arquitecto italiano Víctor Meano. – Deseoso el gobierno argentino de que sus Cámaras tuvieran una residencia digna del país que representan y cuyos destinos rigen, anunció un concurso para la erección de un palacio sobre un presupuesto de cuatro millones de pesos en oro. Treinta fueron los proyectos que presentaron arquitectos de distintas nacionalidades, de los cuales obtuvo por unanimidad el primer premio (20.000 pesos) el del italiano Meano, habiendo sido premiados en segundo y tercer lugar, con 10.000 y 5.000 pesos respectivamente, el del alemán Turner y el de Mitre, hijo del ilustre general y publicista, y Dparc, arquitecto francés. Las cualidades características del proyecto Meano son la grandiosidad imponente de la masa general del edificio, la sobria y correcta entonación greco-romana y la parsimonia en el elemento decorativo: la estructura del palacio, como puede verse por la fotografía que reproducimos, recuerda los Parlamentos de Viena, Berlín y Wáshington; las alegorías principales que lo adornan son una cuadriga triunfal sobre el motivo central de la fachada, que representa el carro de la República; dos grupos simbolizando la Libertad y la Justicia, y dos amazonas, montadas en soberbios caballos, que son alegorías de la Victoria y de la Civilización. El interior del edificio corresponde, según el proyecto, á la magnificencia del exterior.

La tumba de los compañeros del Dr. Jameson. – A los grabados publicados en anteriores números con motivo de los últimos acontecimientos del Transvaal, agregamos hoy el que lleva dicho título, y que representa la tumba en que fueron sepultados los agresores muertos por los boers en la lucha tan valientemente sostenida por éstos. En Dornkop, cerca del campo de batalla, se abrió una gran zanja, en la cual se depositaron los cadáveres, zanja que se rellenó luego con tierra, arena y grandes pedruscos á fin de preservarla de toda profanación y de que se conociera el sitio de aquellos enterramientos.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – BÉRGAMO. – En Bérgamo se va á erigir un monumento al inmortal compositor Donizetti.

BERLÍN. – Al propio tiempo que la gran exposición anual de Bellas Artes se celebrará este año en Berlín en la Academia de Bellas Artes una especial de las obras de todos los que han sido alumnos de la misma desde su fundación.

Teatros. – En el teatro de la Corte, de Dresde, se ha representado con gran éxito la ópera de Bizet *Djamileh*.

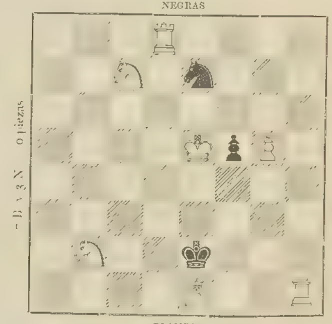
– En Italia se han estrenado recientemente con buen éxito las siguientes óperas: en el teatro dal Verme, de Milán, *La Cortigiana*, del maestro Scontrino; y en el Regio, de Turín, *La Bohême*, de Paccini.

– En Montreal (América) se trata de fundar un teatro bíblico, en el cual sólo se representarán dramas de asuntos tomados de la Biblia.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 10, POR JOSÉ PALUZÍE Y LUCENA

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas, que acaban de jugar, retirando la jugada efectuada y haciendo otra, obligan á las negras á darles mate en una jugada. ¿De qué manera?

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.° 9, POR M. BOSCH

Blancas	Negras.
1. DcCR	1. R3R (*)
2. D8CR	2. R juega.
3. D mate.	

(*) Si 1. R5AD, la solución sigue así: 2. DcTR, R6AD; 3. DcAD mate.



Los Villeroy estaban en la proa del buque monstruo (pág. 205)

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA ORIGINAL DE JUANA MAIRET. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Un caballero esmeradamente vestido, acompañado de otros igualmente pulcros en su traje, dirigió un discurso de bienvenida á la gran artista americana, que la nación entera reivindicaba; en aquel breve discurso hallábase la nota humorística, la nota patriótica y la nota sentimental, y por esto agradó á todos.

Mila dió las gracias, muy impresionada por aquella acogida imprevista, estrechó las manos de todos, admiró las flores, tomando algunas que puso en su cintura, declaró que amaba su país, y que regresaba con alegría, contestó á toda clase de preguntas de unos y otros sin aparentar que le pareciesen indiscretas; sonrió siempre, mostrándose encantadora, y conquistó así de un golpe todos los grandes periódicos de Nueva York.

Villeroy, de pie junto á su esposa, estrechaba también las manos de todos, pero sin comprender ni una palabra de cuanto se decía; parecíale aquella escena soberanamente ridícula, y tascaba su freno.

Después fué necesario leer por lo menos una parte de las cartas, y dirigir una ojeada á las tarjetas. El caballero que había tomado la palabra en nombre de todos, se puso á disposición de la artista, y metódicamente, como debía hacerlo para escribir su correspondencia ó su diario, formó una lista de innumerables invitaciones dirigidas á Mila. Las más eran para reuniones de señoras, almuerzos, comidas, *afternoon teas* y sesiones de clubs femeninos, donde se le pedía que tomase la palabra, lo cual hizo reir mucho á la diva. «Mi voz, dijo, me sirve para cantar en público; pero no me serviría para arengar á mis semejantes ni para votar.»

El periodista le aconsejó que tomara un secretario, sin lo cual no podría salir del paso, añadiendo que su llegada era el gran acontecimiento de la estación *(the great event of the season)*, y que la celebridad se paga siempre. Por dondequiera que fuese encontraría el mismo entusiasmo, los mismos discursos, las mismas invitaciones y los mismos montones de flores. El país estaba orgulloso de haber producido la más notable cantante del siglo, y el país tenía empeño en probárselo. En América los superlativos son de rigor.

Entretanto Villeroy se veía asediado por un *reporter* que hablaba un poco el francés y cuyo acento detestable y frases lentamente elaboradas irritaban de un modo singular los nervios del músico, á quien le parecía que la indiscreción era en realidad un poco exagerada, aun tratándose de un periodista americano. Por eso contestó con algunas palabras bruscas, que produjeron el peor efecto posible. El con-

traste entre la afabilidad seductora de la mujer, á quien todo divertía, y el mal humor creciente del marido, era muy notable.

Por otra parte, Villeroy deseaba ver la entrada de la rada. De pronto se levantó, dejando con la palabra en la boca al americano, y preguntó bruscamente á su mujer si perdería la oportunidad que se ofrecía por el gusto de leer un montón de invitaciones que le sería imposible aceptar. Y como Mila replicase, mostrando un gran número de misivas sin abrir aún, salió del salón y se marchó solo. Varios periodistas le siguieron con los ojos completamente escandalizados, y el señor de la frase interrumpida reprimió algo como una interjección enérgica. Cuando uno se esfuerza por hablar una lengua extranjera no le gusta hacerlo en vano.

Después, todos olvidaron al marido para no ocuparse más que de la mujer.

En el hotel se habían reservado magníficas habitaciones para Mila, ó como los diarios decían, «para la señora del Paso y su séquito.» El vasto salón estaba casi lleno de admiradores de ambos sexos, y otra vez las flores cubrían las mesas, adornando hasta los ángulos de la estancia. El empresario, soberbio y majestuoso, hacía las presentaciones, y Mila tenía para cada cual una palabra amable.

El primero que se adelantó para estrechar su mano fué el artista Wilbur Nevin, á quien la diva no había vuelto á ver desde que pintó su retrato en París. Hacía ya más de un año que se hallaba en Nueva York, donde alcanzaba verdaderos triunfos: el público opinaba que tenía un talento «moderno,» y entre los famosos «cuatrocientos» de Nueva York, es decir, en la flor y nata de la sociedad, se necesitaban talentos ultramodernos, aunque fueran desagradables y tristes.

Nevin se mostró sumamente amable con Villeroy, y éste, aburrido entre aquella multitud de personas desconocidas, se alegró tanto de tener con quien hablar en francés, que olvidó todas sus antiguas prevenciones contra el pintor.

Nevin fué quien, al observar la fatiga de los viajeros, hizo comprender con mucho tacto que el primer deber de la hospitalidad era no agobiar á los viajeros á fuerza de flores; y después de muchas promesas de volver á verse, el salón fué desocupándose poco á poco.

Cuando Villeroy y su esposa estuvieron solos, se miraron un momento, Mila soltó una carcajada, y su esposo hizo lo mismo.

– Cierto que me hablaste de la hospitalidad americana, dijo al fin Francisco; pero esto es ya demasiado. ¡Tanto valdría vivir en la plaza pública!

– ¡Qué quieres!, repuso Mila. Yo soy un nuevo juguete, y además parece que se ha dado toda la publicidad posible á nuestra llegada. Mi empresario es un hombre entendido en esta clase de asuntos; y en caso necesario habría hecho traer toda una tienda de flores, con tarjetas de capricho; pero esta vez no se necesitaba tanto. Cuando en América está de por medio el entusiasmo, se puede ir muy lejos, y no me extrañaría que trataran de arrastrar mi coche algunos admiradores frenéticos.

– ¿Y si, cuando hayas descansado, nos esquivásemos por una puerta excusada, y fuéramos á comer en un figón, en cualquiera parte, como simples menestrales en día de fiesta? ¿Qué te parece el proyecto?

Mila consintió, y los dos conservaron después un dulce recuerdo de aquella escapatoria. La diva conocía Nueva York poco más ó menos como su esposo; pero cogidos del brazo cruzaron las calles á la ventura, perdiéndose pronto entre la multitud de Broadway, y aturdidos por el estrépito y la baraúnda, subieron á un ómnibus, que les condujo á los barrios pobres, en donde no había el figón que buscaban. Después alquilaron un coche que pasaba vacío, pagándole á precio de oro, y Mila, recordando por lo menos algunos nombres, ordenó al auriga que les condujera al *Parque Central*, les enseñara la *Quinta Avenida* y los dejara después á la puerta del restaurant Delmonico.

A Mila todo le divertía. Pidió una comida enteramente de capricho, en la que figuraban manjares desconocidos, y si Villeroy desconfiaba de ellos, la diva los declaró excelentes por puro patriotismo.

En resumen, aquel primer día en América, comenzado de una manera desastrosa, cuando menos para Villeroy, concluyó muy alegremente.

Al día siguiente, todos los diarios publicaron un largo artículo entusiasta consagrado á Mila del Paso.

– ¡Como!, exclamó el marido. ¿No conocen la palabra «señora» en este país?

El músico miraba de reojo los diarios enormes, donde se ostentaban los artículos encomiásticos, encabezados por breves epígrafes con grandes letras, y adornados con los retratos de Mila, en sus diversos papeles de Margarita, de Julieta, como mujer de sociedad y recibiendo á los representantes de la prensa, con un enorme ramo en la mano. Villeroy, que si no entendía el inglés hablado, lo leía un poco á fuerza de diccionario, adivinó, poco más ó menos, el contenido de los artículos. Así pudo notar que jamás se llamaba á su esposa por su verdadero nombre, y que no era nunca la señora Villeroy, sino la señora del Paso. Una ó dos veces vió que se hacía mención de marido, aunque fría y secamente, y en esto adivinó el rencor de los periodistas maltratados. A él se le consideraba como el extranjero, el enemigo, y se deploraba que fuera el esposo de aquella mujer radiante de hermosura, de aquella americana que les pertenecía y de la cual estaban orgullosos.

Mila, absorta, revisaba los diarios mientras almorzaba, y sonreíase de contento, pues aquello la divertía mucho. Tanto es así, que no oyó la observación que le había hecho Francisco, el cual estuvo á punto de pronunciar una palabra que varias veces le había ocurrido; no la dijo en alta voz, pero sintió que se asomaba á sus labios: «¡comedianta!»

Al fin arrojó el diario que le ponía de mal humor, con expresión de cólera.

– ¿Qué hay, Francisco?, preguntó Mila.

– Lo que hay... es que me parece monstruoso ofrecerte así como pasto á miles de imbéciles. En este momento, en todas las casas de Nueva York sirves de asunto de las conversaciones; tu imagen está allí, en la mesa; se discute sobre tu persona y se analizan sus menores detalles. Y si no se tratase más que de la artista, aún podría pasar; pero acá y allá se habla de ti como mujer. ¿No es verdad? Yo comprendo mal, mas hay palabras que conozco. Lo que se cuenta es tu historia, tu infancia, tu juventud, tus principios, tu casamiento en fin...

Mila se levantó, y poniendo ambas manos sobre los hombros de su esposo, le obligó á mirarla. Ya no se reía, y muy por el contrario estaba seria.

– Escúchame, Francisco, repuso. ¿Crees en mí? ¿Crees en mi amor profundo y tierno?

Villeroy cogió una de las manos de Mila y oprimióla contra sus labios.

– ¿Cómo no he de creer en él, amor mío?, replicó el esposo. Cuando pienso en lo que eres para mí, me prosterno mentalmente á tus pies. Tú vales más que yo, porque eres franca, valerosa y noble; mientras que yo, bien lo ves.., no me guardes rencor por eso..., soy un pobre hombre nervioso á quien todo ofende y todo hace sufrir. Perdóname; pues á pesar de todo, te amo y tú bien lo sabes.

– Sí lo sé, y no obstante tiemblo. Tal vez hubiera hecho mejor en rehusar esta excursión; pero hablando con franqueza, ni siquiera pensé en ello. Yo estaba muy orgullosa; alegrábame mucho volver á mi país conocida y festejada; y creí cándidamente que á ti te halagaría esto. Por otra parte, ni tú ni yo tenemos fortuna, y la enorme suma que me ofrecieron debía preservarnos de todo apuro en lo venidero. ¡Es cosa tan frágil la voz de una mujer! ¿Qué sería de mí si llegase á perderla? La publicidad que se hace en este momento es una carta indispensable en la partida que jugamos. Admito que el reclamo en América es un poco brutal, que registra y escudriña todos los rincones de la vida pública y aun de la privada, y que esto es penoso y subleva el ánimo; pero lo considero inevitable. Es preciso tomar su partido resuelta y valerosamente, y decir que lo mismo le sucede á todo el mundo, así á los sabios y poetas como á los actores.

– Si no se tratase de tomar partido más que para sí mismo, esto no sería nada; pero tratándose de la esposa, de aquella con quien uno está unido por todas las fibras del corazón, á quien se venera tanto como se ama, que es sagrada, á quien se quisiera guardar para sí sólo, lejos del mundo, lejos de los importunos y hasta de los amigos, como un tesoro oculto, tanto más precioso cuanto más escondido se halla...

– ¡Pobre amado mío!.. ¡Y tú te has casado con una cantante, con una actriz, una mujer destinada fatalmente á herir todas tus susceptibilidades enfermizas, porque realmente lo son!

– ¡Ya lo sé! En los primeros tiempos yo no sufría tanto por lo que ahora me hiere dolorosamente el corazón, y es que tal vez te amo ahora más que entonces, ó de otro modo. ¡Ah! Escucha: llevarte lejos de todo este enojoso ruido, vivir ignorados los dos, como campesinos, en algún rincón – en tu casita de Normandía, – ser pobres, muy pobres, no tener más necesidad que el pan de cada día, trabajar la tierra juntos, estar siempre unidos, los dos solos! . ¡Si tú quisieras!

Mila no pudo reprimir la risa, aunque en el fondo sintió mucha tristeza.

– Pues bien: no, mi pobre Francisco; este capricho no duraría mucho tiempo. Ya te he confesado que no tengo nada de heroína. Amo mi arte por lo que es en sí, pero también por lo que me produce en gloria y en dinero. Soy lo que la vida me ha hecho; soy tu esposa, muy fiel y apasionadamente enamorada de ti; pero también soy artista, y no podría convertirme en campesina. Ese papel no es de mi cuerda, como decimos en el teatro

Francisco volvió la cabeza algo bruscamente.

– Tienes razón, dijo después de un momento; yo estaba loco; pero ya no lo seré más.

– Esto es todo cuanto te pido. Piensa que nuestra mutua felicidad está en tus manos, y yo te ruego que no la destruyas. Trata las bagatelas como lo que son; pues de lo contrario, el porvenir nos reservará cosas tristes y feas. Reflexiona que en todo cuanto hago y digo me cuido de ti siempre, y que para mí estás presente dondequiera que me halle.

– Ya lo sé, amor mío. Fuera de mis horas de locura me siento como arrobado por tu dulce cariño.

– Procura que esas horas sean cada vez más raras, para que desaparezcan pronto del todo, y piensa mucho, amado Francisco, en lo que voy á decirte. A cada progreso que hago, á cada nueva ovación, me acerco más al objeto entrevisto desde hace tan largo tiempo: encarnarme en tu obra, dar al mundo tu *Sirena*, tu obra maestra, que será de los dos; contribuir á que seas conocido y á darte la gloria. Esto valdrá más aún que labrar un campo de patatas en Normandía.

– Tienes razón, muchísima razón. Perdóname, querida esposa.

Esta escena debía reproducirse bajo diferentes formas; y Francisco acababa siempre por reconocer que la razón estaba de parte de su esposa; pero cada vez, también, quedaba un poco resentido de la discusión, reconociendo que Mila no podía comprender sus tristezas, y que por su carácter era menos sensible que él á ciertas impresiones. Sin embargo, sufriendo por ella, su amor se estimulaba más y exasperábase.

El itinerario de la cantante no seguía del todo el orden acostumbrado en esta especie de excursiones. Mila era hija de California; su país la reclamaba á gritos; y por otra parte, la verdadera estación en las grandes ciudades del Este no comenzaba hasta principios del invierno. Mila dió algunos conciertos en Nueva York; después debía marchar á San Francisco, donde cantaría su repertorio de ópera; luego retrocedería para detenerse en Chicago y en las otras grandes ciudades de aquella región, y por último, pasaría el invierno en Boston y Nueva York. Mila estaba impaciente por sentar otra vez el pie en el país de su infancia, enseñar Santa Bárbara á su esposo, y recorrer con él la costa encantada, por lo menos durante algunos días.

Los conciertos tuvieron un éxito prodigioso. El primer programa contenía, como obra de su marido, *El canto de Eva al despertar*, en el que Mila desplegó toda su habilidad, toda la ternura y el encanto de que era capaz; pero aquella música, completamente desconocida en América, desorientó al público, el cual no sabiendo cuándo debía manifestar aprobación, aplaudió tan sólo con las puntas de los dedos. Después llamaron á Mila de nuevo y obligáronla á cantar más; esta vez suspiró el *Home sweet home* (el hogar, el dulce hogar), y entonces se produjo un verdadero delirio.

Los diarios del día siguiente fueron desapiadados para Villeroy, pues siendo la franqueza una virtud americana, los críticos la practicaron en alto grado. No tuvieron apenas consideración al esposo de la diva, ni siquiera por miramiento á ésta; y manifestaron una aspereza extraña, que parecía una venganza personal. Un diario, particularmente, daba ciertos detalles sobre los principios penosos de un hombre muy pobre en su carrera, detalles que asombraron á Mila, y entre los cuales se deslizaba una insinuación muy desagradable para el esposo de una mujer que ganaba sumas fabulosas. Este ataque no era obra del periodista americano solo; seguramente se le había hecho alguna confidencia.

La segunda vez que Mila cantó una obra de su esposo – una simple romanza, – la acogida fué más glacial aún; y después, como para probar que aquella frialdad se manifestaba al músico francés y no á la cantante americana, Mila fué llamada y aclamada cuando accedió á cantar en inglés.

Villeroy, furioso, sin comprender la causa de aquella hostilidad, calificó á los americanos de verdaderos bárbaros, y dijo que entendían tanto de música como un ciego de colores.

El empresario, muy disgustado, porque era condición estipulada poner el nombre de Villeroy en el programa, fué en busca de Mila después del segundo concierto. Su marido estaba junto á ella

– No sé qué pensar dijo; pero es indudable que hay de por medio alguna intriga. Todos los artículos

referentes al Sr. Villeroy parecen escritos por la misma mano...

–¡Ah!, exclamó el músico, fingiendo indiferencia, ¿conque hay intriga contra mí? Para alguna cosa no sirve no saber inglés, pues nada he leído. Deberías haberme avisado, querida Mila. A decir verdad, no creo mucho en esa intriga. ¿Es que á los americanos no les agrada mi música? Bien mirado, están en su derecho. Cuando uno paga su comida en la fonda, es muy dueño de pedir lo que le plazca. Por lo demás, ya tenemos el remedio; no daremos al público sino aquello que le gusta, el *Home, sweet home*, ó el *Comin thro the vy*... Yo pronuncio mal, pero no importa; mi esposa conoce bien el inglés, y esto basta

–Pero yo protesto, dijo Mila; yo les haré comprender tú música, obligándoles á escucharla con gusto, puesto que es hermosa.

–¡Te desafío á que lo consigas!, contestó Villeroy, riendo con un poco de amargura. Quedamos convenidos, caballero, añadió, dirigiéndose al empresario: borre usted el nombre de Villeroy.

Y así se hizo.

Francisco ansiaba salir de Nueva York, donde reclamaban á su mujer en todas las reuniones de gran tono y donde su salón no se desocupaba nunca. Mila, afable y risueña, se dejaba adorar, admitía muchas invitaciones, y cada día más adulada, iba preparando así el buen éxito de la estación de invierno. Algunas veces Villeroy la acompañaba á banquetes donde se ostentaba un lujo deslumbrador; pero con más frecuencia invitábanla á reuniones exclusivamente femeninas, tanto, que Francisco la preguntó algunas veces qué podía esperarse de una nación en que todo parecía hacerse, no sólo para las mujeres, sino por las mujeres. Villeroy, trataba de absorberse, trabajando en la soledad de su habitación, demasiado lujosa, donde los dorados y las esculturas le trastornaban con su pesada riqueza. Sin embargo, en vano buscaba la inspiración, y no encontrándola, salía solo, vagaba por las calles llenas de gente, miraba, sin ver, las grandes casas extravagantes; estremecíase de cólera al encontrar en todas partes, ostentándose en los carteles de colores chillones ó en las tiendas de fotografías, la imagen de su mujer, y echaba muy de menos su reducido alojamiento de Passy, donde el trabajo era una alegría y donde la inspiración acudía fácilmente, siempre fecunda.

Francisco no respiró á su gusto hasta que al fin se halló solo con su esposa en un tren especial. Los demás individuos de la compañía iban distribuídos en otros compartimientos; en cuanto á Mila, la compañía había puesto á disposición suya una verdadera habitación ambulante, con gabinete tapizado de raso color de oro, alcoba y tocador y todas las comodidades de un hotel de primera clase.

XIII

En el punto mismo en que se elevaba en otro tiempo la cabaña de madera del viejo Harcourt, veíase ahora una hermosa casa de campo, con su gran fachada blanca y su ancha galería, que debía servir de salón, á juzgar por las mecedoras y las mesitas llenas de libros que en ella se veían.

Una mujer joven iba y venía por la casa, poniendo aquí un ramo, allá un adorno y sin permanecer un momento quieta en el mismo sitio. Con su ligero traje de batista de color de rosa, su escasa estatura, su esbelto talle y su expresión de candidez, estaba verdaderamente encantadora, y seguramente se la hubiera tomado por una joven soltera, á no ser por las dos niñas que corrían tras ella llamándola «mamá.» La joven había puesto á sus hijas, de cinco y tres años respectivamente, vestidos largos de talle muy corto, como la moda comenzaba á exigirlos ya, y estos vestidos, bastante ridículos, parecían raros, pero graciosos en fuerza de lo seductoras que eran aquellas criaturas.



.. alquilaron un coche que pasaba vacío

–¡Benjamín, Benjamín!, dijo la madre, ven á ver si la habitación de Mila te parece conveniente.

Benjamín Harcourt, cuyo rostro expresaba el contento, examinó la linda habitación, decorada con muebles de color claro, tapices de cretona con grandes dibujos, frescas flores en ricos jarrones, otomanas, un balancín y un estante lleno de libros franceses, todo lo cual constituía un conjunto encantador.

–Si no le gusta esto, Juana, contestó Benjamín, muy difícil será de contentar. Ya sabes que en el tiempo en que mi padre la educaba por caridad se contentaba con un cuartito no tan grande como este gabinete tocador. Te aseguro que no la echaba de gran señora cuando pensaba ser enfermera.

–Sí; mas ahora todos los diarios hablan de ella, describen sus tocados y ensalzan su hermosura y talento. Es una gran artista, y me juzgo tan pequeña y tan poca cosa á su lado... ¿No es verdad?.. ¡Tengo mucho miedo!

Benjamín soltó la carcajada, y cogiendo el lindo rostro de su mujer entre sus gruesas manos, le miró con una admiración que no trataba de disimular.

–¡Bah!, exclamó, no vale tanto como mi dulce Juana esa gran dama fantástica, medio mexicana.

–Siempre has sido injusto con ella. Yo no soy más que algo linda, según dicen, aunque á mí me parece esto dudoso; y en cuanto á mi estatura, no soy más alta que tu bota, por lo cual nadie repararía en mí en parte alguna.

A pesar de lo que ella decía, en cualquiera parte se habría fijado la atención en la graciosa señora Harcourt. Criada en un gran rancho situado en la otra parte de Santa Bárbara, entre las colinas llenas de arboledas, á su género de vida al aire libre debía la salud, los frescos colores, la mirada límpida de sus grandes ojos castaños y la abundancia de su magnífico cabello del mismo tinte. Se había educado en Boston, era muy entendida en música, y hablaba varias lenguas, lo cual no impedía que adorase á su esposo, por más que le fuese inferior en muchas cosas. Juana, con todas las cualidades de una verdadera americana, había dejado para otros las excentricidades, las pretensiones y las manías á que deben con frecuencia sus compatriotas una reputación poco envidiable en Europa. Era sumamente sencilla, natural, alegre, amante de la vida, y su corazón se dilataba al sol como una hermosa flor de los campos.

–Por fortuna, dijo Juana á manera de conclusión, Bob ha venido á reunirse con nosotros, y nos ayudará á recibirla bien; pero ese marido extranjero es lo que me atemoriza. ¡Pensar que será preciso hablarle en francés!.. Ya tiemblo de antemano.

–Cuando una es instruída como tú, amada mía, no se tiembla.

–¡Ya están ahí!.., exclamó Juana.

Y corrió al encuentro del coche, que Bob acompañaba á caballo. El joven Harcourt se había puesto para aquella ocasión el gran sombrero de fieltro gris con la cinta de cuero labrado y el ancho cinturón mexicano, y sus pies se apoyaban en grandes estribos.

Desde su salida de Santa Bárbara, al amanecer, Mila, poseída de cierta excitación, hallábase como encantada; á cada recodo del camino veía sitios que le eran familiares y paisajes maravillosos. También Villeroy estaba de buen humor, muy satisfecho de haber dejado en San Francisco la compañía, el empresario, el teatro y las ovaciones. Aquella excursión en un coche ligero, solo con su esposa, por un país que al fin arrancó al indiferente Francisco un grito de admiración, pareciole deliciosa, y al punto olvidó los asuntos enojosos y se entregó á la alegría de vivir, dominado en aquel momento por uno de sus raros accesos de alegría.

Mila se apeó, y mientras Juana miraba con ingenua admiración á la mujer de quien todo el mundo hablaba, estrechó á su prima entre los brazos, diciendo:

–¡Quiero que me ames, mi querida Juana!

–Pues ya te amo.., contestó la joven alegremente.

Y mientras que Mila estrechaba la mano de Benjamín, Juana se adelantó hacia Francisco.

–Sea usted bien venido, querido primo, dijo un poco tímidamente en su francés de colegiala

–A fe mía, exclamó Villeroy alegremente, puesto que me admite usted como á primo, me permitirá abrazarla. ¡Es muy agradable eso de encontrar en la cumbre de una montaña californiana una primita que habla el francés! ¡Si usted supiera cómo me duelen los oídos de tanto inglés como se habla en mi alrededor durante tres semanas!

Y he aquí como aquella entrevista que Juana temía tanto, terminó de la manera más agradable del mundo.

Mila quiso visitarlo todo, y describió á su esposo la antigua morada, los cuerpos de edificio agregados á capricho y sobrepuestos, y el corral que ocupaba hasta la casa; mientras que ahora en la finca todo estaba admirablemente ordenado, reconociéndose allí la influencia de una mujer de buen gusto. Habíanse respetado las magníficas encinas verdes, bien espaciadas, que comunicaban á la granja aquel aspecto grandioso de antiguo parque inglés, tan admirado por el Sr. Macready ocho años antes; pero alrededor de la casa habíanse formado parterres de flores que alegraban la austeridad de aquella mansión.

(Continuará)



JUÁREZ

SEMBLANZA

Fué inquebrantable en el más puro y grandioso patriotismo; se alzó como un coloso en la épica lucha contra la invasión francesa. Tuvo su alma todas las energías, todas las resistencias propias en un hombre destinado á mandar en aquella época funesta y gloriosa á la vez.

Una individualidad tal como la del insigne mexicano basta por sí sola para enaltecer é inmortalizar la raza de Nezahualcoyotl y de Cuauthemoc; la gran familia indígena que ha dado no pocos hombres dotados de singular perspicacia, de aptitudes soberanas para gobernar y de arrojos heroicos.

Juárez era hijo de indios, y en toda su pureza conservaba los rasgos característicos de su origen.

Desde la infancia fué serio, reflexivo, perseverante y enérgico, facultades que en conjunto formaron al caudillo, recto, justo, independiente y sensato.

Ni hubo en su carácter ni se agitaron en su corazón los tormentos é impetuosidades del guerrero; pero sobresalía y rebosaba el sosegado criterio del hombre de Estado, la constante y tenaz firmeza indispensable para triunfar de todos los obstáculos y precaver la marcha de los sucesos políticos.

Ya muy joven y en diferentes épocas, en el desempeño de honrosos cargos públicos, dió Juárez señaladas muestras de sus aptitudes y puso de relieve sus principios liberales y reformadores.

En el gobierno del Estado de Oaxaca, cuna del indio inmortal, reveló desde luego el acierto y elevada entereza, condiciones que más tarde habían de ser aplaudidas y admiradas por Europa y América.

A más de ser un notable hacendista tenía el don de crear, y esto con sólidos cimientos, llevando en todo la probidad hasta la exageración.

Así enriqueció las arcas del Estado que pusiera en él su confianza, mientras que su vida sencilla y modesta traducía la escasez de sus recursos.

Las costumbres de Juárez fueron siempre patriarcales, ajenas al fausto y vanidades y refractarias á toda adulación.

Aquella naturaleza era privilegiada, fuerte, exenta de pequeñeces ó mezquindades: enérgica y poderosa para sobrellevar y sobreponerse á las privaciones y á los peligros. Con su propio esfuerzo y por incansable laboriosidad escaló los puestos más elevados, y desde los primeros pasos en la senda escabrosa de la política hizo se fijara en él la atención pública.

Hay en los pueblos momentos supremos que estimulan el sagrado fuego del patriotismo, contribuyendo á poner en relieve todo lo que es grande y excepcional. La intervención francesa fué el pedestal para el hombre extraordinario, salvador futuro de la independencia mexicana.

En la confusión, en el desaliento general, en aquel mar tempestuoso y amenazador se impuso el oaxaqueño ilustre, por la actividad portentosa y organizadora, por el aplomo y el amor ardentísimo por las libertades patrias. Sus ideas ajustábanse á las aspiraciones nacionales; y fidelísimo al más acendrado republicanismo, declaróse mantenedor de los derechos y de la forma de gobierno contraria á la monarquía. El prestigio de Juárez adquirió entonces colosales proporciones.

Asumió sin vacilación doble carácter, como presidente de la República y como caudillo en lucha abierta contra la intervención.

La misión era tan ardua, escabrosa y difícil, que sólo un hombre forjado á prueba de rigores y de peligros podía obtener el triunfo. Porque debe advertirse que en México imperaba la guerra civil y era absoluta soberana hacía cuarenta años. La contienda de los partidos no daba tregua; las cajas públicas estaban vacías y el pueblo mirábase empobrecido por las exigencias de vencidos ó vencedores. Y en el fondo del nebuloso cuadro aparecieron los franceses imponiendo un imperio, un monarca.

En momentos por extremo críticos el alma del indio oaxaqueño se sublimó, se reforzó para el nobilísimo objeto, se blindó con chapas de acero para no flaquear ni retroceder.

No era cosa de hacerse ilusiones; todo se desmoronaba; todo tornábase adverso para el gobierno legítimo; todo se conjuraba en su contra.

En pie estaban la confianza popular en el presidente y el patriótico espíritu de la gran mayoría mexicana.

La estancia del preclaro patricio en Paso del Norte señala rasgos de tal magnitud que asombran.

El modesto albergue fué su Capitolio.

Confieso que al visitar yo años después aquella casa sentí no sólo curiosidad ardiente, sino profunda admiración.

El vigor imponente, el espíritu valeroso y heroico, la tenaz confianza en la justa causa no decayeron un ápice, y la figura de Juárez tomó alturas apocalípticas cuando hubo de abandonar la capital de la República acosado por los desastres, entristecido por las decepciones, pero firme en sus propósitos.

Crecía y crecía la marejada política, y el gobierno errante, huyendo de las balas enemigas, llevaba en sus manos la suerte del país, su porvenir, sus instituciones y la paz de sus hogares; sucesivamente Juárez organizaba ejércitos y los veía derrotados.

Al aumentar las dificultades se agrandaba el empeño de Juárez; su ánimo y su inteligencia adquirían mayores bríos, doble pujanza, y de nuevo sin desmayar reconstituía la fuerza armada, y en medio de la pobreza pública esmerábase en atender á cuanto pudiera servir de escollo y traba para el enemigo.

La República amenazaba ruina; pero el indomable Juárez la sostenía con esfuerzo gigantesco, y sus robustos hombros soportaban el peso, alentando los ánimos anonadados por la perturbación general.

Tal era la fe del presidente, que aquilataba ya y perfeccionaba los planes que bullían en su cerebro y que habían de ser fecundísimos para el país.

Era imposible que su obra quedase incompleta.

La voluntad, la fuerza moral y la constante labor del cerebro andaban de acuerdo con la sorprendente acción.

Tenía en tanto el no adelantar un paso que menguase su alto prestigio, que jamás quiso atravesar el puente que es frontera entre México y los Estados Unidos. En vano intentaron que visitase al comandante del fuerte Bliss, quien en mucho avaloraba los méritos de Juárez.

– No, no, decía con acento breve y firme: pudieran pensar otra cosa, darle torcida interpretación.

– ¿Cuál?, le preguntaban.

– Si yo paso el río Bravo, creerán que abandono el suelo de la patria, y eso ¡nunca!

Al decir esto brillaba en sus ojos negros el fuego del entusiasmo.

No le sorprendió la caída del imperio y la rendición de Querétaro: esperaba que sucediera de un momento á otro, porque el infortunado Maximiliano había reunido sus fuerzas en aquella ciudad, y la situación era insostenible. Sin embargo, al recibirse la noticia en San Luis Potosí, conmovióse hondamente Juárez ante la inmensa responsabilidad que pesaba sobre él. Pero no vaciló. La historia le juzgaría.

Era un deber amargo, triste, el de apagar para siempre el volcán que con su lava había destruído tanta riqueza y agostado tantos gérmenes de bienestar general. La voz de la clemencia fué débil, que más vibrante y severa alzábase la del ineludible cumplimiento de la ley.

En aquel desinterés absoluto de sí mismo, dominaba la exquisita penetración para aislar su personalidad, creyéndola por extremo insignificante ante el bien general.

En Juárez nunca hubo egoísmos, y hasta su gloria póstuma hubiera sacrificado en el altar de la patria.

Sus virtudes acrisoladas no se empañaron un momento en aquella vida de abnegación consagrada á vencer riesgos sin cuento.

Por eso la sangre derramada en el Cerro de las Campanas no menguó el brillo de la victoria, ni arrancó un esmalte de la corona inmortal del patricio egregio. Tal vez su fama logró mayor alteza en el período posterior al desmoronamiento del imperio.

La reorganización administrativa del país fué una labor colosal; ella por sí sola requería las capacidades extraordinarias de Juárez.

Era preciso borrar los hondos surcos abiertos por los invasores, y encauzar las rentas nacionales, desequilibradas por completo durante la guerra desastrosa y por las anteriores contiendas civiles.

Sobresale la rapidez con que se llevó á cabo la felicísima transformación, y es de admirarse que en breve obtuvo México crédito y preponderancia en el extranjero, al par que en el interior renacían la confianza y el bienestar.

En la marcha atinadísima de Juárez y de sus ministros resalta en todos los actos la probidad más pura y digna de elogio.

Sin rival en la rectitud de sus procederes, honradísimo hasta el exceso, tuvo en sus manos los millones que produjo la desamortización de los bienes del clero, sin que aquel hombre singular adjudicase para sí lo más mínimo.

El y sus ministros guardaron sin mancha su reputación y su conciencia.

Como supremo magistrado de la república, hizo Juárez que se respetase el principio de autoridad, respetando á su vez los derechos de cada ciudadano.

Intransigente y austero en lo que se relacionaba con el deber, destruyó con mano fuerte todo aquello que podía alterar la paz de su patria ó poner trabas á su marcha progresista. Pero la grandeza de su alma rechazó siempre toda venganza personal.

Jamás abusó del poder omnímodo que sus servicios, méritos y prestigio le concedían.

Era de esos hombres que ni conocen la ambición ni la envidia.

Uno de los increpadores de sus actos fué Zamacona, orador ilustre, batallador incansable en la lucha parlamentaria contra Juárez y personalidad de alta talla y de fogoso espíritu.

Juárez admiraba á su enemigo y con frecuencia prodigaba elogios á su elevado talento.

La crítica tenía libertad amplia como uno de los derechos en todo régimen legal.

Años y años en diferentes períodos desempeñó Juárez la suprema magistratura, y de nuevo consagrábase á perfeccionar la obra con noble brío planteada y desarrollada, cuando se apagó aquella existencia de sacrificios y de ardientes nobilísimas aspiraciones.

La figura del oaxaqueño heroico aparece majestuosa y erguida, sosteniendo con audaz patriotismo la bandera de la patria.

Después la vemos más grande aún en la reorganización política y administrativa.

Por último, como el más hermoso florón de su corona, como remate augusto de su vida sin mancilla, murió en la pobreza.

Para auxiliar á los hijos del patricio sin par, votó el Congreso una pensión.

BARONESA DE WILSON

EL GENERAL BALDISSERA

El nuevo general del ejército italiano en Abisinia nació en Udine, provincia de Venecia en 1838. Su padre era oficial de la policía austriaca, y aprovechando el derecho concedido por las leyes á los hijos de los empleados, entró como alumno gratuito en el colegio de Cividale, logrando al poco tiempo que el emperador de Austria le admitiese en el célebre colegio militar Teresiano de Wiener-Neustadt, en donde el joven Baldissera se distinguió por su aplicación y su talento excepcionales.

Como hombre que siente profundamente la gratitud, no quiso abandonar al soberano á quien debía todo cuanto era, y figuró como oficial en su ejército hasta el año 1866, en que su patria, el territorio veneto, fué devuelto á Italia. Era en aquel entonces mayor del Estado mayor austriaco, y ostentaba en su pecho las más preciadas condecoraciones: con el mismo grado entró en el ejército italiano, en donde ha llegado, gracias á sus relevantes méritos, á la alta categoría que actualmente ocupa.

Su nombramiento de general en jefe del ejército africano en Abisinia fué extendido en 22 de febrero último, pero sobre él se guardó el mayor secreto. Secreto fué también su embarco, habiendo llegado á Massaua el día 4 del corriente, es decir, tres días después del desastre de Adua ó Abba-Carima.

Los italianos tienen gran confianza en el general Baldissera y creen que reparará los errores cometidos por Baratieri, el cual no sólo ha sido destituído, sino además llamado á comparecer delante de un Consejo de guerra ante el cual habrá de responder de su conducta, que algunos califican de traición y que cuando menos acusa una desidia y una inepcia inexplicables.

La confianza de Italia en su nuevo general justifícase por el recuerdo que dejó su anterior gobierno en la Eritrea, durante el cual demostró una laboriosidad, una energía y un conocimiento de las necesidades de la colonia, de la índole de las poblaciones indígenas y de las condiciones de la dominación italiana en aquellos territorios, no igualados por ningún otro gobernador. Construyó caminos y fuertes en gran número, gastando en ellos mucho menos de lo que estaba autorizado á gastar, gracias á una dirección habilísima y á una vigilancia personal continua de los trabajos.



El general Antonio Baldissera,
nuevo gobernador civil y militar de la Eritrea (de fotografía)

En aquella ocasión no conoció, por decirlo así, el descanso; allí donde se necesitaba de él, allí iba, y aun se dió el caso de que estando enfermo en Massaua montara á caballo y recorriera en una sola jornada noventa y nueve kilómetros para acudir á Asmara, en donde se reclamaba su presencia.

En 1891 hubo de marchar á Roma para responder ante una comisión investigadora de las graves acusaciones que contra él se lanzaron y entre las cuales figuraba en primer término la de cruel y sanguinario. Fácil le fué entonces demostrar que de los hechos que se le imputaban, unos eran de todo punto falsos, otros habían sido tergiversados, y algunos, los menos, exactos, pero impuestos por las circunstancias y por el deber en que estaba de mantener la seguridad de la colonia, de la cual era él responsable y que muy á menudo se veía amenazada por los indígenas. Para éstos fué en un principio indulgente; pero llegaron las cosas á un punto tal, que tuvo necesidad de apelar en algunos casos al rigor á fin de que su tolerancia no se interpretara como debilidad, que hubieran, á no dudarlo, pagado muy cara los italianos cuyas vidas y haciendas le estaban encomendadas.

El hecho de haber sido designado para el mando supremo de las tropas de Africa en los actuales momentos, de verdadera prueba para Italia, es la mejor justificación de sus anteriores actos en la colonia Eritrea.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Prefacio á unos apuntes sobre el Éuscara. – Este folleto, publicado en Bilbao por *El Basco*, es un curioso estudio que ha de preceder á otro más extenso sobre el idioma éuscaro: en breves y sencillas explicaciones da su autor una idea del carácter de esta lengua y de la formación de sus palabras y sostiene que el éuscaro no solamente no es inaprensible, como algunos pretenden, sino que es poco más difícil que el francés y mucho más fácil que el alemán y el inglés. El librito, impreso en Bilbao, en la imprenta de *La Propaganda*, se vende á cinco céntimos ejemplar.

***

Grandesa y antigüetats de la ciutat de Manresa, obra inédita de *Magí Canyellas*.--Bajo la protección del Excmo. Ayuntamiento de Manresa y la dirección del ilustrado archivero municipal y distinguido abogado D. Leoncio Soler y March, ha comenzado á publicarse en aquella industriosa ciudad, honra de Cataluña, una *Biblioteca Histórica Manresana*, que comprenderá, como su título indica, varios libros, referentes todos á la historia civil y eclesiástica de aquella población y de su comarca. El propósito que guía á los que tal tarea han emprendido no puede ser más meritorio: afirmar más y más el amor de sus hijos hacia aquella tierra, relatando con documentos auténticos su glorioso pasado, y prestar un servicio á la historia de Cataluña y á la general de España divulgando noticias á ellas referentes y que sólo en los archivos manresanos se encuentran. La *Biblioteca* constará preferentemente de estudios inéditos y de algunas obras que, aunque fueron impresas, hoy son de difícil, si no imposible adquisición, por haber desaparecido del mercado y aun de muchas bibliotecas bien surtidas. Para inaugurarla, su dirección ha escogido con sumo acierto la obra monumental de Magín Canyellas, compuesta en el último tercio del siglo XVII, que con razón se reputa como la mejor que acerca de la historia de Manresa se ha escrito. La *Biblioteca* se publica por cuadernos semanales de 16 páginas, y el precio de suscripción es de 10 pesetas al año, pagadas por adelantado: cuando el texto lo requiera se publicarán las debidas ilustraciones. Las suscripciones se admiten en la administración de la *Biblioteca*, á cargo de don Joaquín Sarret, calle del Pópul, 9, 1.º



Los sucesos del Transvaal

La tumba de los compañeros del Dr. Jameson muertos en el campo de batalla

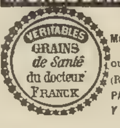
A la buena de Dios, por *Eduardo de Huidobro*. – De agradable y sana lectura puede calificarse este libro, pues casi todos los cuentos y novelitas que contiene, al par que interesan por su argumento son eminentemente morales y están inspirados en un profundo sentimiento religioso, encerrándose en cada uno de ellos una enseñanza provechosa. *A la buena de Dios*, impreso en Madrid en la imprenta de la Revista de Navegación y Comercio, se vende á dos pesetas.

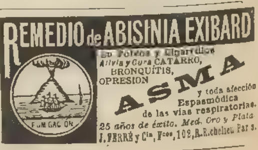
***

Acta de la sesión pública celebrada en el Ateneo Barcelonés el 30 de noviembre de 1895. – Esta acta de la sesión inaugural del curso de 1895-1896 del Ateneo Barcelonés contiene una bien escrita memoria del secretario saliente D. Jaime Carner sobre la marcha de la sociedad en el curso anterior, y el notable discurso del actual presidente D. Angel Guimerá, del cual nos ocupamos en uno de los anteriores números de este periódico.

***

El padre Cuartero, por *P. Gascón de Gotor*. – Bien merecía el ilustre dominico aragonés, apóstol de la Iglesia en las apartadas islas del Pacífico, que salieran á luz los hermosísimos hechos de su vida por entero consagrada á la predicación de la fe y al ejercicio de la caridad. Á exhumar la memoria del ejemplar sacerdote, del prelado modelo, del profundo literato y hombre de ciencia, dedica el joven presbítero aragonés Rdo. D. Pedro Gascón de Gotor el folleto que nos ocupa, que además del interés de los datos biográficos del P. Cuartero en él contenidos, reune el atractivo de la amenidad con que está escrito, resultando altamente agradable su provechosa lectura. El nombre del Sr. Gascón de Gotor es ventajosamente conocido en el mundo de las letras por la importantísima obra *Zaragoza artística, monumental é histórica* que en colaboración con su hermano, el reputado artista D. Anselmo, publicó hace algún tiempo: su trabajo *El padre Cuartero*, con ser de categoría más modesta, merece también sinceros elogios por la fidelidad con que expone los hechos y por la imparcialidad de los juicios que emite. El libro, que lleva dos grabados y ha sido impreso en Barcelona, forma parte de la biblioteca de *La España Ilustrada* y se vende en la administración de ésta, plaza de Sas, 4, Zaragoza, al precio de una peseta.





Imp. de Montaner y Simón



Año XV — Barcelona 23 de marzo de 1896 — Núm. 743

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la Biblioteca Universal el primer tomo correspondiente á la serie de 1896, que es la preciosa novela titulada «La princesita de los brezos,» original de la popular escritora alemana Eugenia Marlitt y profusamente ilustrada con grabados y cromos

SUMARIO

¿DÓNDE ESTA VUESTRA FE?

copia del cuadro de G. Guida, grabado por Mancastropa

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

San José y su fiesta. – Las nupcias hebreas en el Talmud y en el Evangelio. – Los desposorios de la Virgen María y de San José en las artes. – Las efemérides capitales de Abril tras la efeméride capital de Marzo. – Títulos de España sobre Cuba. – Inspiraciones grandes y errores múltiples de Colón sobre la grande Antilla. – El mundo de los ropajes. – Apariciones. – Una misa. – Conclusión.

Bendito sea San José y su fiesta que la Iglesia católica celebra el día 19 de marzo. Ana y Joaquín habían provisto á la tranquilidad completa de María, prometiéndola desde su niñez á un artesano de muy buenas condiciones y de una santidad natural. Por tres fases pasaban las bodas en estos tiempos de José y María. Primero se prometían los novios, después se desposaban, por último se casaban. La promesa indicó solamente allí la mutua propensión de los novios. Festejar le llamán á esto en unas provincias españolas, festear en otras. Las jóvenes prometidas de cualquier aldea ó pueblo daban al viento su cabellera en ciertos días del año, vestíanse de blanco, y danzando por las viñas en flor cantaban severos epitalamios, cuyos acentos conjuraban á sus novios para que atendiesen, no tanto á la belleza y á la gracia femeniles, como á los informes recibidos de sus familias, pues la gracia y la hermosura se van y la virtud queda; como que sólo recibirá perpetuas alabanzas la mujer temerosa de Dios. San Mateo, en su apólogo de las vírgenes fatuas y de las vírgenes prudentes, háblanos del acompañamiento usual en las bodas y de las lámparas encendidas por las muchachas doncellas en el acompañamiento y procesión de los esposos. Isaías, para encarecer cuánto ama en su corazón á Jehová, dice: «Por gran manera se gozará mi espíritu en su Dios, porque me vistió con vestiduras de salud, me abrigó con la capa de su justicia, y como á novio me atavió, y como á novia compuesta, con sus joyas.»

Tres cuadros capitales conocemos acerca de tal asunto, acerca de los desposorios entre María y José. Uno debido al pincel de quien fuera en Perusa maestro del pintor de Urbino, del pintor eterno y por excelencia; otro debido al genio incomparable de este mismo, y el tercero debido á Francia, en quien la escuela bolonesa tuvo una de sus mayores glorias. Aunque Vasari, al historiarnos los pintores italianos haya querido presentar el Perugino como redomado incrédulo, sin fe alguna en la idea de Dios y en la inmortalidad del alma, pocos artistas rayaron donde rayara él en expresar el misticismo y sus deliquios; pocos tuvieron la verdad suya, por tal extremo apreciada en su tiempo, que los cuadros religiosos de su creadora fábrica ó taller alcanzaron el don de los milagros. A un pintor como el que trazó la Sala del Cambio en Perusa le inspiraban mucho los profanos asuntos, pues los caballeros lujosamente vestidos, gallardeando allí, recuerdan la pagana Florencia del Renacimiento y los riquísimos variados versos del Ariosto. Mas ya le inspirase un sentimiento propio, ya se adaptara de suyo Perugino á los encargos ajenos y lograse desempeñarlos como sugeridos por su propia inspiración, hay en él profundas ternuras y religiosas expansiones muy conformes con las que aroman los versos de San Francisco de Asís, cuyas florecillas huelen á santidad y prestan verdadero deliquio. No obstante todo esto, el cuadro de los Desposorios es un profanísimo cuadro. Aquel templo, que no aparecía en las bodas judaicas, aparece aquí; mas por tal manera contrahecho y desfigurado, que semeja un teatral pabellón de jardín, muy destituído, no sólo de lo que llamamos color local, sino de todo carácter artístico. Vulgarísimo el sumo sacerdote y mal plantado; pesada y fría toda la composición; pésimamente agrupados, así los jóvenes que acompañan á José como las jóvenes que acompañan á María; viejos y feos los desposados, especialmente San José; distraídas las figuras todas y apartadas del asunto principal, prosaico aquí, muy prosaico, cuando lleva el bálsamo de la más dulce poesía, es bien diverso el cuadro de los otros dos dejados por su pincel suavísimo en los altares del arte, la inmortal Ascensión y la Coronación de María. ¡Cuán diversa la obra de Rafael! Naturalmente cálcala el discípulo sobre la composición misma del maestro. Todos los accesorios aparecen idénticos en ambas composiciones; mas Rafael, en su poesía superior, ha querido pintarnos la satisfacción de José, cuya vara floreció con místicas azucenas reveladoras de su felicidad, y la tristeza de aquellos sus rivales, entre quienes hay uno que parece venir de Olimpia, según su aire ateniense, bellísimo como un efebo helénico, proporcionado y armonioso á la manera que los jóvenes trazados en las losas y bajos relieves del Partenón, rompiendo su vara estéril en la rodilla después de haber visto roto su corazón por la desgracia. El templo, alzado sobre un zócalo en gradería, tiene allí toda la belleza del Renacimiento y demuestra cómo había en el pintor eximio un arquitecto no menos inspirado y armonioso; el paisaje se inunda de aquella luz regocijadora y consonantísima con las alegrías que retozaban por el cuerpo de los asistentes á nupcias israelitas; la Virgen, dibujada por magistral modo, respira no aprendido rubor y tiene algo en su modestia de la ingenuidad y de la inocencia edénicas; el joven y sesudo novio extiende con recelo su mano en busca de la otra mano, donde se guarda su felicidad, que impele un verdadero empuje del sacerdote venciendo su resistencia; las compañeras de María evocan las damas florentinas que brillaban por aquella sazón en los jardines platónicos del Arno y fluían de sus labios la inspiración artística; todo el cuadro merece llamarse idilio poético y religioso, como sólo sabía componerlos el intérprete de aquella conjunción entre la idea griega y la idea cristiana, cuyos dobles fulgores, de una hermosura sin igual, resplandecían entonces con luz muy semejante á la que destellaron, luz de ideas inspiradísimas, generadora de afectos sublimes, Atenas y Alejandría. Hasta aquí la efeméride capital de marzo.

En los próximos días de abril resplandece también una fecha ó efeméride que todos los españoles deben guardar en su memoria, la visita segunda de Colón á Cuba, explorada con grande prolijidad y merecedora de aquella devoción por el espectáculo maravilloso que ofrecían las aguas transparentes, llenas de peces, cuyas escamas, parecidas á preciosas lacas, dejaban líneas de colores y círculos en el celeste líquido; por las costas, en que gigantes tortugas andaban perezosamente al lado de conchas y caracoles tendidos entre las guijas, como perlas y ópalos en infusión próximos á cuajarse; por los bosques de resonantes palmeras, cargadas con frutos, los cuales mitigaban hambre y sed con sus zumos y con sus azúcares; por las bandadas de pájaros, parecidos, según las pintadas plumas, á ramilletes volando sobre la flora tan varia y entre tan intensos aromas; por las canoas llenas de ofrendas y tripuladas con indios coronados de vistosos plumajes; por los ritmos de las danzas populares, movidas al dulce deseo de vivir; por el coro de los arpados sinsontes; por todo aquello que percibían gusto y olfato y vista y oído, en el esplendor de la naturaleza y en el exceso de la vida. Cuba no solamente sobre los sentidos de Colón ejercía este mágico influjo; ejercíalo también sobre su alta inteligencia. Engañábalo como una especie de maga, diciéndole no ser isla, como decían muchos en sus consejas, sino aquel continente asiático flotante con su preste Juan de las Indias y su grande Kan de Tartaria en los fantaseos producidos por las tradiciones medioevales. A cualquier indicio le sacaba la punta de su engañosísima superstición en el estado hipnótico á que lo alzaba la seguridad completa de haber hallado el extremo Oriente por el extremo Occidente. Nadie ignora como se llama desde los griegos acá el mundo de los largos ropajes blancos á los imperios asiáticos. Las flotantes túnicas de lino, usadas por emperadores y sacerdotes, justifican esta calificación. Colón porfiaba en buscar los pueblos de los blancos ropajes, y algunos de sus intérpretes le aseguraban haber oído á indios la existencia de gentes así vestidas en aquellos países. Con efecto, un día que cierto grupo de tripulantes desembarcó en Cuba, emboscóse con facilidad en una de aquellas selvas, donde los ramajes entrelazados como en bóveda y las lianas tendidas como tapices y las hierbas altas á modo de laberintos extienden la noche material, magüer el pleno día, ó por lo menos producen una especie de tibio crepúsculo, semejante al compuesto por los cruces del centelleo de los astros sobre nuestra retina en el anochecer ó en el amanecer tropicales. Rezagóse uno de los exploradores en aquella dulce obscuridad, y de súbito se le apareció extraño personaje cubierto de blanca túnica y parecido por su estatura y por su porte á una estatua que allí ambulara. Tomólo al pronto el animoso español por el fraile de la Merced que acompañaba la expedición, quizás descendido á tierra. Pero ¿cuál no sería su asombro y cómo se pondría de nervioso y espeluznado, viendo que al primero sucedían otros muchos, puestos en dos hileras, iluminados por los inciertos resplandores y perdidos en los lejos del follaje, que se movían como al acaso, y moviéndose le saludaban á una con caprichosas reverencias de todo el cuerpo, con especialidad de las altas y angostísimas cabezas? No sabiendo qué hacer el sorprendido, retrogradó espantado con riesgo de caerse de espaldas, mientras la visión se desvanecía y se disipaba en los lejos de aquellas cambiantes perspectivas. Muchas apariciones de tal género referían los cuentos cambiados por los exploradores en las correrías de mar ó tierra y en las vigilias á ellas consiguientes. Las Casas nos refiere cómo por las noches, en el recinto donde se construía la Isabela, cubierto por los despojos de tantos cadáveres como tendieran en tierra los efluvios de la peste, creíanse figuras de caballeros, con sus espadas al cinto, sus collares al cuello, sus mantos á la espalda, sus corazas al pecho, sus guanteletes al brazo, sus espuelas al pie, sus rodillas al cuerpo, quitándose las cabezas, ceñidas con blasonadas gorras de plumas, en saludos sobrenaturales á los viandantes y esparciendo por el aire largos y lastimosísimos sollozos. En tal situación de las cosas y en tal estado de los ánimos, nada tan propio del buen sentido como atribuir á hipnosis ó alucinaciones de la vista los ropajes aquellos, ó al paso por allí de grandes aves conocidas, muy semejantes, por su porte y por sus actitudes, á verdaderas personas. Pero Colón vió en aquello un indicio más de la existencia del pueblo de los ropajes y otra fianza más del carácter continental de Cuba. No le cupieron desde tal expedición dudas á ese respecto, cual demuestra la increíble ceremonia de su bajada con un escribano y varios testigos á tierra, levantando acta notarial, que hacía de la región aquella un verdadero continente, y conminaba con pena tan terrible como la horadación por un hierro candente á toda lengua capaz de llamarla isla. No lo creeríamos, en verdad, si un documento auténtico y solemne, con todos los caracteres de la evidencia irrefragable, no lo confirmase. El 6 de julio entró en el golfo de Santa Cruz, y sobre uno de sus cabos ordenó que se levantase improvisado altar y se dijese misa bajo el dosel de las palmas. Al oir el murmullo de los rezos y notar la devoción ferviente con que veían la Hostia consagrada los cristianos de hinojos y se daban entre abrazos el beso de paz, un anciano indio se conmovió al punto de manifestar la reverencia con que á semejantes ceremonias hermosísimas asistiera, y la esperanza por ellas despertada de inmortalidad, explicable dentro de sus ritos merced á transmigraciones donde las almas se purifican por obra de los castigos y de los premios eternales. Tales palabras y algún que otro acto indicaban ciertas inclinaciones en los indios hacia los españoles, despertadas dentro de los ingenuos ánimos salvajes por la natural y evidentísima superioridad de los civilizados. Unas veces aparecía inteligente y apuesto joven, que sobreponiéndose á su familia llorosa, requería plaza de los tripulantes en cualquier nave, al deseo de ver las regiones desde donde hombres tan sobrenaturales bajaban; otras veces maldecía un viejo su estrella que le deparaba tan tarde la vista de aquellos huéspedes revestidos del carácter de dioses y con los cuales quería vivir y morir; otras veces los primates de tribus enteras prestaban homenaje y pedían entrar en aquella corporación de cristianos, alardeando con sus arcos de buenos auxiliares para toda empresa, y ofreciendo á los ojos maravillados, sobre canoas esculpidas ricamente, sus preseas más hermosas, los cinturones de bordado algodón, los mantos de multicolores plumajes devertidos de las más pintadas especies, las banderas semejantes á las colas de las aves llamadas por los iris en ellas extendidos pájaros del paraíso, las ajorcas pendientes como nuestros zarcillos de las orejas, los cintillos de pedrería en las sienes, y colgados al cuello de una cadena las láminas de oro sobre sus pechos. Así Colón se holgaba de ver cómo surgían las islas á su paso y cómo se acercaban, después de haber huído al primer encuentro los naturales, reconciliados con los españoles por el siguiente reflexivo impulso en las canoas cargadas de ricas ofrendas. Gozábase mucho con los nombres á dar y con los datos á recoger en aquellas exploraciones. A un grupo de numerosas isletas le llamaba *Jardín de la Reina*, en homenaje á Isabel I, y á una mayor, como la de Pinos, *Evangelista*, en recuerdo y conmemoración del cuarto Evangelio, donde resuena el verbo creador. Mucho más anduviera, y á poco de haber andado en fines de septiembre, persuadiérase á tomar Cuba por isla en una reveladora experiencia que ya iba pronto á ofrecerle su derrotero, cuando los vientos le contrariaron de tal suerte, y las vigilias y los cuidados le pusieron en términos tales, que á fuerza de luchar con los elementos contrarios y con los obstáculos espirituales que á su providencial ministerio y destino se oponían por todas partes, cayó enfermo en términos de haber quedado como muerto, sin conocimiento, ni sentido, mostrándose tan sólo la vida que le restaba en los horrores y exacerbaciones de una fiebre altísima. Tantos martirios nos costó descubrir á Cuba y tales derechos tenemos á desear que sea española siempre y no desate nunca los lazos que la ligan á su santa madre patria, nuestra España inmortal.

Madrid, 16 de marzo de 1895.



CRISTO ANTE PILATOS

(?) de marzo de 1882

Célebre cuadro de Munkacsi

Venciera el insigne maestro austriaco en la Exposición universal celebrada en París en 1878, conquistando con el cuadro que representa á *Milton dictando á sus hijas el* PARAÍSO PERDIDO la medalla de honor; y á pesar de las escasas condiciones de Munkacsi como colorista, venciera, imponiéndose por la fuerza de una intuición maravillosa de la persona del gran poeta inglés. Bien pudo decir la crítica mirando al lienzo de Munkacsi: «si Milton no era así, debiera serlo.»

Yo encuentro una relación espiritual inmensa entre este cuadro y el que cuatro años más tarde expuso en París y que representa á *Cristo ante Pilatos*. Examinada con detención la figura de Milton, se advierte cómo se revela el carácter del republicano ardiente, del amigo de Cronwell, del defensor de los derechos del pueblo frente á los de la nobleza y de los reyes, en aquella faz de enérgicas líneas, que si no anima la luz de sus ojos, súbitamente desaparecida, ilumina la exaltación de un alma fuerte, de un espíritu convencido de su misión, que soporta impasible los ultrajes, las asechanzas, las prisiones, y por último la más grande estrechez, casi rayana con la miseria, á que le condenaran las venganzas de los hombres de la restauración. Es la figura de Milton creada por Munkacsi la figura de un apóstol á quien sostiene la misteriosa fuerza que al hombre excepcional empuja constantemente al sacrificio en aras de sus ideales; y es al propio tiempo la figura del autor del *Paraíso perdido* que el pintor austriaco trazó, la revelación de la de *Cristo ante Pilatos*.

* * *

No quiso Munkacsi exhibir el lienzo á que se refiere esta *efeméride* en el Salón de los Campos Elíseos que debía abrirse el 1.° de mayo de 1882. Las razones que para obrar de ese modo tuvo el artista no se habrán escapado (probablemente) ni á la crítica ni á los pintores franceses. No habré de especificarlas ahora, porque son de un orden enteramente ajeno al arte. Munkacsy expuso su cuadro en los últimos días de marzo del año arriba citado, en un local decorado ex profeso. Recibía el lienzo – que como nadie ignora es de gran tamaño – la luz de lo alto y dispuesta de modo que tan sólo la pintura apareciese iluminada. Además grandes paños limitaban el lienzo de manera que éste fuese la única nota de color que atrajese desde luego las miradas de los espectadores. Colocado el cuadro en el fondo de la sala, los bastidores y cortinas estaban dispuestos en forma tal, que aquélla semejaba una gran cámara obscura. Antes de pasar á ésta, el visitante se detenía breves momentos en otra sala antecámara, donde la luz era menos intensa que en la que ocupaba el cuadro. El efecto que éste producía á primera vista era inmenso.

* * *

Dos aspectos importantísimos ofrece el sujeto de esta obra maestra de la pintura contemporánea: uno, el de la verdad histórica, en lo que se refiere al lugar donde la escena se desarrolla, á los tipos y á la indumentaria; otro refiérese al concepto que de la personalidad de Cristo tiene el racionalismo moderno.

Por vez primera el arte representa al Redentor del mundo despojado de la aureola con que el sentimiento religioso, el dogma, las exaltaciones de los creyentes, la relación de los prodigios por aquél realizados, las profecías cumplidas, le rodearon. Munkacsi marcha á los Lugares Santos y estudia cual se lo exigía su conciencia de artista amante de la verdad. Allí inquiere, analiza, hace en fin un trabajo de selección que pudiera llamarse etnográfica, hasta encontrar el tipo judaico que en las orillas del Tiberíades vivía en los días de Jesús. Y encontró efectivamente el tipo histórico y el tipo moral que casi todos los orientalistas describen, diciendo con rara unanimidad «que llega hasta él, por el contacto perpetuo de los hombres, la cultura que radica en el espíritu general del tiempo. La delicadeza de las maneras y la exquisita finura y penetración del espíritu del hombre oriental no tiene en absoluto nada de común con lo que nosotros llamamos educación. Es decir, que la carencia de estudios entre los orientales es necesaria condición para la realización de grandes empresas, casi siempre originalísimas.»

Nadie puede dudar de que el autor de *Cristo ante Pilatos* da forma plástica al Hijo de Dios, con arreglo al concepto que de Él emite Renán en su obra *Vida de Jesús*. Física y moralmente la figura de Cristo, del cuadro de que me ocupo, es la que nos pinta el célebre filósofo en las siguientes líneas: «Cristo, pues, conserva toda su pureza judaica (se refiere á la falta de cultura de que dejo hecha mención), sin ninguna mezcla que pudiera corromperle. Todo tiende á demostrar también que parecía extraño á los esfuerzos que, paralelos con los suyos, se habían intentado por parte de los esenios y por la Escuela de Alejandría, bajo la dirección de Philón, y que no había sido iniciado en las doctrinas farisaicas, entonces en auge entre los doctores judíos... Jesucristo lee los libros judíos, y si la ley tiene escasos atractivos para él, no puede aventurarse lo mismo respecto de la poesía de los libros de Moisés, de los escritos de los Profetas y de los salmos... El espíritu que anima á los Profetas y el del Jefe del mosaísmo transpiran en cada palabra que sale de su boca. *Se concentra en esta contemplación ideal y extraña á la política. El estado del mundo le es desconocido é ignora el poderío de Roma.*»

He aquí sintetizada la fisonomía moral que Munkacsi imprimió á la figura de Cristo. Allí está, sereno, reposado, la Faz inalterable; y así la mirada como la actitud son de un hombre que no vive en este mundo, que tiene puestos los ojos del espíritu en aquel *otro Reino* de que hablaba en sus predicaciones. Sí, allí está, grande, majestuoso, pero humano. Como en la figura de Milton, Munkacsi pinta un apóstol, un ser excepcional, á quien sostiene esa fuerza misteriosa de que hablo más arriba, al propio tiempo que la convicción profunda de la grandeza de su misión. Allí está, probando con su no estudiados indiferencia y mutismo ese concepto que del Redentor de la Humanidad tiene el artista austriaco. Solamente viendo esa figura se comprende al Hombre que á la pregunta del Pretor de si era verdad que *Él era el Hijo de Dios*, contesta con laconismo espartano: *Tú lo has dicho.*

Por lo que atañe al tipo físico, el del *Cristo* de Munkacsi es de una pureza hebrea incontestable. No menos típicos son aquellos fariseos y gentes que le acusan. No hablemos de los romanos, puesto que ya en éstos, en cuenta la facilidad con que el artista puede resucitar el tipo, la obra de evocación (permítaseme la palabra) ofrece menos dificultades. Mas con todo, la conciencia que de su poder y de su papel de dominadores tenía cada uno de aquellos hombres que en Judea representaban á Roma, se advierte desde el primer instante en que la mirada del espectador se posa sobre el cuadro.

La composición de éste es sobria, y en su sobriedad admirable. Las figuras principales, la de Cristo y de Pilatos, con ocupar distintos términos y planos, tienen la importancia que deben tener: la capital. Las de los que acusan, con ser mayores que la del Pretor, no amenguan en nada el interés escénico de ésta; como no amenguan en poco ni en nada la de Jesús esas otras, cual la del soldado que con la lanza atravesada contiene, con soberano gesto de desdén, la turba que se agolpa á ambos lados del mártir. En cuanto se refiere á la fisonomía colectiva de aquel populacho, no puede suponerse mayor acierto en ningún otro pintor; están pintadas de un modo admirable la estupidez y el cinismo de la canalla cuando alguien que atiza sus instintos de fiera le hace manifestarse tal y como es.

Grandes son los méritos de esta obra pictórica que marca una etapa en la pintura de este siglo. De un lado hay que considerarla como fundamento de la escuela que defiende la pintura histórica frente á la mortal tendencia del naturalismo y del servilismo; de otro, como caso de discusión respecto de los nuevos puntos de vista que la filosofía moderna, que los ideales modernos ofrecen como motivos de inspiración al artista, enfrente de los que hasta ahora le han inspirado.

R. BALSA DE LA VEGA





TRISTES REMEMBRANZAS, cuadro de **Frank Diksee**, de la Real Academia de Londres, reproducido con autorización de W. Gillilan, Esq.

EL VECINO MISTERIOSO

El cariño puesto en la mujer amada por el ser más enamorado del mundo es nada comparado con el depositado por D. Juan de Rivagorza en la casa de su propiedad, sita hacia el promedio de la calle del Arenal. Había pasado D. Juan la mitad de su vida con el deseo vehemente, apasionado, irresistible de convertirse en propietario, cifra y compendio de todas sus aspiraciones. Cuando cursaba todavía en las aulas universitarias las asignaturas de la facultad, ya tenía puesta su inteligencia y su voluntad en lo que consideró desiderátum de su vida, objetivo digno de su talento y noble empleo de sus aptitudes: la posesión de una finca valiosa y bella que, al propio tiempo que le proporcionase comodidad y holgura para la propia estancia, fuese manantial de lucida renta y raíz de consideraciones en el mundanal trato.

Escatimó sus gastos de estudiante, comenzando ya entonces la tarea de un ahorro que consideró indispensable para el logro de sus deseos; trabajó con empeño en su carrera; ganó fama y dinero, y al fin pudo á los cuarenta años de edad realizar el sueño de su vida adquiriendo la finca por tanto tiempo ambicionada. Lograda la posesión, después de nimio estudio de los títulos, se dedicó con preferente empeño á cuidarla, atenderla y hermosearla, con esmero sólo comparable al que emplea amante rico y dadivoso en las preseas de la mujer querida. Y luego, cuando la vió revocada la fachada, bruñida la escalera, provista del indispensable ascensor, alumbrada por la luz eléctrica, limpia, alegre y nueva hasta en los más pequeños detalles, sonrió satisfecho y se consideró el hombre más feliz de la tierra.

Jamás, aun cuando sus rentas daban para ello y sus negocios subían como la espuma, pensó adquirir otra finca; quizá hubiera juzgado que tal hecho envolvía para su casa de la calle del Arenal asomos de infidelidad, de que era incapaz su corazón de propietario. El amor es uno, y habiendo reconcentrado en el, merced á sus esfuerzos, valioso inmueble todos los sentimientos de su alma, conservaba y mantenía perenne el cariño, no menor que el que á la patria se profesa, ó el que sentían por Julieta, Isabel y Laura, Romeo, Marcilla y el Petrarca. Solterón impenitente, daban pública prueba de sus amores las tarjetas, amplias ó diminutas, según la moda, en las cuales se leía:

JUAN DE RIVAGORZA

Arenal, núm... (casa propia)

Indiferente á las luchas de la política, sólo intervino en ella y se apasionó por su marcha y posibles contingencias cuando supo que había en el mundo una calaña de hombres, aborto indudable del Averno, que predicaban la abolición de la propiedad individual. Los socialistas le causaban miedo; los comunistas poníanle los pelos de punta, y es ciertamente imposible de expresar la clase de horror y espanto que en su ánimo ponía la idea de los anarquistas.

En la casa habitaba tan sólo gente ultraformal y de orden: un matrimonio compuesto por mujer vieja y rica y mancebo ambicioso; un título romano, antiguo cabecilla y persona de intachable religiosidad; un banquero adinerado con las contratas de la guerra y con los abonarés de Cuba, y por último, y para no citarla toda, una viuda hermosa y fresca, cuya exactitud en el pago y buenas costumbres había garantido un respetable senador tradicionalista, que era su amante. Al contrato de inquilinato precedían minuciosas investigaciones acerca de las cualidades del contratante, con respecto á la probidad en el pago y respetabilidad social, y si no llegaba á exigir D. Juan



A LA HORA DEL CREPÚSCULO, cuadro de Pablo Sala

limpieza de sangre á los que tenían el honor de habitar la finca, sometíales por lo menos á riguroso examen en lo relativo á los medios con que el contratante contaba para la lucha por la pícara existencia.

Ocurrió en cierta ocasión un suceso de los que más preocupar podían al propietario, y fué el de estar deshabitada por espacio de cuatro meses una de las tres habitaciones en que se dividía el cuarto piso con entresuelo, vecina por lo tanto del tejado y fin y cúspide de la altísima escalera.

Era precisamente el cuarto más pequeño, interior y que menos renta producía; pero si la baja en ésta mortificaba al dueño como uno, atosigábale como ciento la idea, que juzgaba desdoro para su querida finca, de tener por tanto tiempo un cuarto desocupado. Dábase á todos los diablos ante tal contrariedad, causa de que para ponerla término fuese poco minucioso en sus averiguaciones cuando se le presentó inquilino nuevo. Era el tal hombre cincuentón, con cara de pocos amigos, aspecto de militar retirado y pulcro sin lujo en la indumentaria. En contestación breve y seca dijo ser empleado del gobierno; y don Juan, aun cuando zozobroso é indeciso, acabó por determinarse al saber que era D. Jerónimo Ramírez solo y sin familia, sin más compañero que un criado. Ni perro que ensuciara, ni niños que estropearan el cuarto, ni suegra capaz de alborotar..., el casero cerró el trato.

Que fué comenzar una era de imponderables angustias y sobresaltos. Supo ante todo que era D. Jerónimo hombre de costumbres desordenadas; volvía la mayor parte de las veces á su domicilio al rayar el alba, y – lo que era más grave – pasaba días enteros sin asomar por la casa, lo cual permitía suponerle entretenido en algún hogar clandestino. El criado, á quien interrogó el portero por encargo de su amo, se encerró en majestuosa y desesperante reserva con respecto al nuevo inquilino. Encomendó al susodicho portero la tarea de celarle; mas habiendo advertido cierta noche D. Jerónimo que era expiado, se revolvió contra su perseguidor, y asiéndole por las solapas de la chaqueta, le dijo en tono duro y sacudiéndole violentamente que como no le gustaba que nadie se entrometiese en sus asuntos, estaba dispuesto á administrarle un par de estacazos la primera vez que aquél persistiese en semejante majadería. Y como al proferir tales palabras agitaba ante los asombrados ojos del sirviente un grueso roten, dicho se está que el espía se volvió mustio y trémulo, después de protestar que había sido casual el seguimiento, á noticiar á su amo lo acontecido. Quedóse D. Juan absorto y frío, sin atreverse á tomar determinación alguna, juzgando que cualquier acto capaz de molestar al inquilino misterioso, podría acarrearle graves consecuencias.

– Es un matón de mala especie, murmuraba el propietario.

Y pasaba los días en la inacción, aun cuando á tropel aumentaban los motivos de disgusto.

Las cosas, con efecto, tomaron aspecto gravísimo. D. Jerónimo salía á las doce del día luciendo correcta levita inglesa y flamante sombrero de copa, y más adelante se le veía en alguna calle con chaquetilla ajustada y amplio sombrero cordobés. Una noche quedó yerto de espanto D. Juan, al saludarle su inquilino con aire contrariado y avinagrado gesto en cierta plazuela, viendo que ostentaba un traje de palurdo castellano; y su desasosiego llegó á lo imponderable al topársele de manos á boca en un tranvía del Este, vestido con viejísima blusa y gorra de chulo.

Los temores que había abrigado se confirmaron en aquel para él fatídico día, pues abriendo las orejas como espuertas, oyó murmurar al vecino misterioso, dirigiéndose con reserva á un sujeto de pésima facha con quien hablaba, que no faltara á una reunión anarquista que se preparaba. Bajóse D. Juan del tranvía aterrado, y desde aquel momento se sumió en un mar de angustias cuyo motivo trataban en vano de indagar sus amigos, viéndole macilento, amarillo y desencajado, en un estado que juzgaron á dos dedos de la idiotez.

El pobre D. Juan ni comía, ni bebía, ni dormía. Llegó el día final del mes y se abstuvo prudentemente de mandar al inquilino el recibo del alquiler. Al sexto del entrante, el criado de D. Jerónimo bajó de

parte de su amo por el recibo, entregando en cambio la mesada completa; el casero tomó alelado y trémulo el dinero, sin atreverse á hacer la menor interrogación al fámulo.

Por fin comunicó á la callada y muriéndose de miedo á los demás inquilinos lo que pasaba: el terror fué inmenso, y todos, como de común acuerdo, anunciaron su inmediato traslado de tan peligroso domicilio. Eran de ver los aires de pavor con que los buenos burgueses de la casa de la calle del Arenal contemplaban á don Jerónimo, si tenían la mala fortuna de hallarle en su camino, secundando no obstante con serviles saludos los consejos del propietario, quien con prudente advertencia, que encerraba la medula de su temerosa política, les había advertido que por ningún concepto se pusiesen mal con el abominable anarquista.

Por último, en hora desusada, rodeándose de infinitas precauciones, que por medio de hábiles reservadas misivas convergían á que nadie en el mundo pudiese ni sospechar tan peligroso paso, logró celebrar una conferencia con el gobernador de la provincia, con objeto de referirle sus cuitas, y de que por medio de un golpe rápido, imprevisto, audaz, le librase de tan peligroso inquilino.

El gobernador, ducho en confidencias de tal género, comprendió al ver á D. Juan trémulo y azorado, hablándole con voz queda y casi imperceptible, como de penitente ante el confesor, que se trataba de un caso de miedo máximo, del cual pensó para sí que se podría sacar poquísima substancia para el descubrimiento de cualquier complot cierto y de trascendencia. Sin embargo, la variación continua de trajes, explicada con prolija minuciosidad por el aterrado burgués, hízole fijar la atención, imaginando que se trataba en realidad de algún pájaro de cuenta. Entonces preguntó las señas del domicilio en que tan espantables sucesos tenían lugar, rompiendo al oir la contestación en ruidosa carcajada.

—¿Ese espantoso bandido, ese anarquista, preguntó al dar tregua á su hilaridad, es un hombre alto, con bigote cano, cara *feroche* y fumador sempiterno?

—El mismo, dijo D. Juan confundido y absorto.

—¿Y se llama D. Jerónimo?

—Eso es.

—Pues, amigo mío, repuso el gobernador, es usted un propietario afortunado, y su casa la más segura de Madrid.

—¿Qué me cuenta usted?

—Se lo explicaré en dos palabras. Ese temible anarquista, ese vecino misterioso, el hombre de los trajes múltiples, ese D. Jerónimo del diablo, es sencillamente mi mejor jefe de policía secreta.

—¡Loado sea Dios!, exclamó D. Juan.

—Váyase tranquilo el Sr. D. Juan de Rivagorza, díjole el gobernador, y goce en paz y por muchos años su casa de la calle del Arenal, seguro de que no han de aportar por ella ladrones ni anarquistas.

Salió el propietario loco de júbilo del gobierno, y apenas si rayaba el alba del siguiente día cuando comenzó á visitar los cuartos de sus inquilinos para comunicarles la regocijadora nueva. Acababa de tranquilizar á la hermosa viuda, una de las más alteradas con la peligrosa vecindad, cuando tropezó cara á cara con D. Jerónimo, que bajaba presuroso la escalera. Mas apenas le había saludado con amable y placentera sonrisa, le anunció el jefe de policía que en vista de sus terrores, misterios, aspavientos y majaderías—fueron sus palabras—había formado el propósito irrevocable de variar de domicilio.

Inútiles fueron las excusas, los ruegos y rendimientos de D. Juan, que con harto dolor de su alma vió para siempre desaparecer de su querida finca al hombre que era preciosa garantía de seguridad para el adorado inmueble, al vecino misterioso, precisamente en el momento de haber dejado de serlo.

Y todavía no se ha borrado el pesar de tamaño contratiempo del corazón de D. Juan, visible representación de esa parte harto numerosa por desgracia de la burguesía, que malgasta en terrores, aspavientos y majaderías, como dice D. Jerónimo, los ánimos que con mejor acuerdo debía emplear en afrontar cara á cara y con viril aliento en la inteligencia y en la voluntad, un problema que el miedo y el apocamiento jamás acertarán á resolver.

ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ



GOLOSINA DISPUTADA, cuadro de A. M. Rossi

NUESTROS GRABADOS

¿Dónde está vuestra fe?, cuadro de G. Guida.—Dice San Lucas en el capítulo VIII de su Evangelio: «Un día sucedió que habiéndose embarcado con sus discípulos les dijo: «Pasemos al otro lado del lago.» Partieron, pues. Y mientras ellos iban navegando, se durmió Jesús, al tiempo que un viento recio alborotó las olas de manera que llenándose de agua la barca, corrían riesgo. Con esto, llegándose á él le despertaron, diciendo: «Maestro que perecemos.» Y puesto él en pie, amenazó al viento y á la tormenta, que cesaron luego y siguióse la calma. Entonces les dijo: «¿Dónde está vuestra fe?» Mas ellos, llenos de temor, se decían con asombro unos á otros: «¿Quién diremos que es éste que así da órdenes á los vientos y al mar y le obedecen?» En este episodio de la vida de Jesús se ha inspirado el pintor Guida, de Nápoles, y preciso es reconocer que ha estado felicísimo en el desarrollo de este tema, dando á las figuras del Maestro y de los discípulos la expresión que se desprende del texto bíblico.

Suprema angustia, cuadro de Enrique Knirr.—El realismo de este cuadro, sin salirse de los límites de la sencillez de efectos, es de los que hondamente impresionan: difícilmente puede darse mejor forma á la idea que en el lienzo preside, la suprema angustia de una madre junto al lecho en donde yace postrada por grave enfermedad la hija de sus entrañas. No se ven en la cara de la infeliz mujer la desesperación que se exterioriza en lágrimas y ayes desgarradores, sino el dolor reconcentrado que consume, las huellas de las continuas vigilias que agotarían las fuerzas si por encima de las flaquezas del cuerpo no estuviera el amor maternal, que es el más poderoso de los estimulantes. Tan hermosa como la figura de la madre es la del doctor, en cuya actitud y en cuyo rostro, apenas visible, se adivina la perplejidad del que comienza á desconfiar de la eficacia de la ciencia en aquel caso determinado. El autor de este cuadro, el célebre pintor muniquense Knirr, ha dado, en nuestro concepto, pruebas de ser un artista de verdad en un detalle que quizás para algunos pasaría inadvertido: otros pintores habrían envuelto aquella escena de tristeza en tintas sombrías; él, por el contrario, ha derramado sobre el cuadro torrentes de luz, logrando con este contraste emocionar más profundamente al espectador.

Tristes remembranzas, cuadro de Frank Diksee.—¡Cuánto sentimiento hay en este cuadro! Contemplando aquel triste grupo, se adivina que la muerte ha arrebatado de aquel hogar al que ocupó por entero el corazón de la esposa y de la hija: ésta gózase en recordar en el piano la melodía predilecta de su padre, que aquélla escucha con religioso recogimiento, y una y otra dejan vagar su pensamiento al impulso de tristes remembranzas, mientras sobre la falda de su madre descansa en plácido sueño la inocente niña que por sus pocos años no ha podido sentir en toda su fuerza el dolor de la orfandad, y en el suelo dormita el perro fiel que, á su modo, también comparte la pena de los que lloran la eterna ausencia del que fué su dueño. Una ejecución maravillosa avalora la belleza del asunto, resultando este lienzo del famoso artista y académico inglés una hermosa página digna de figurar al lado de los mejores de la escuela moderna.

Judas Iscariote, cuadro de Kunz Meyer.—Pocos pintores han sabido presentar de una manera más grandiosa y más conmovedora el arrepentimiento del mal apóstol como Kunz Meyer en el cuadro que nos ocupa. Arrodillado junto á un peñasco, Judas Iscariote sumido en la mayor desesperación oculta el rostro entre sus manos y delante de él surge entre un grupo de arbustos la imagen del Crucificado, que le contempla, no colérico, no con expresión de queja, sino compasivo y dolorido al ver que ha habido entre sus discípulos uno capaz de la felonía de venderle. Cuanto dijéramos en elogio de este lienzo sería pálido ante el efecto que su contemplación produce: su mejor alabanza está en la emoción intensa que despiertan en nosotros el dolor terrible del gran criminal y la dulce piedad que respira la figura del Redentor. Kunz Meyer es ruso, aunque de origen alemán, y se ha educado artísticamente en Mu-



JUDAS ISCARIOTE, cuadro de Kunz Meyer



EL ENTIERRO DE CRISTO, copia del célebre cuadro de Bruno Piglhein

nich, en donde en la actualidad reside: en todas sus obras adviértense, como en *Judas Iscariote*, una sorprendente profundidad de pensamiento, una fantasía de alto vuelo y un completo dominio de la técnica del arte pictórico.

El padre Lerchundi. – La muerte de este varón ilustre que por espacio de cuarenta años dió en Marruecos continuadas pruebas de su claro talento, de su virtud acendrada y de su ardiente patriotismo, es una pérdida poco menos que irreparable para la causa del catolicismo y de la civilización y sobre todo para la nación española. Aquel monje insigne, que vestía el sayal de San Francisco, constituía en el Mogreb un gran prestigio, no sólo entre los europeos, sino que también entre los indígenas; que si la diplomacia de aquende el estrecho sacaba provechosas enseñanzas de su saber y de su experiencia, los altos dignarios del imperio marroquí no se desdeñaban tampoco de consultar con aquel cristiano extranjero los más arduos problemas de la política de su nación. A sus iniciativas se deben el establecimiento en Tánger de una barriada para los obreros pobres, la creación de una imprenta hispano-árabe y multitud de fundaciones religiosas y benéficas que difunden la instrucción y practican la caridad entre aquellas atrasadas gentes, conquistando sus inteligencias, y lo que vale tanto ó más, sus corazones. El padre Lerchundi era además un eminente arabista, habiendo llegado á dominar el idioma marroquí hasta el punto de escribir una excelente gramática árabe vulgar, la única española que existe. Mantener la influencia de España en Marruecos, hacer que el nombre español estuviera allí por encima de los de todas las demás naciones, atraer á nuestra causa las simpatías de los marroquíes, fueron siempre los ideales que persiguió con noble entusiasmo patriótico, y más de una vez, gracias á él, se salvaron circunstancias difíciles y se evitaron temibles golpes de la política absorbente de alguna nación europea. España, pues, debe gratitud eterna á quien tanto hizo por ella: el nombre del padre Lerchundi ha de figurar entre el de sus hijos más preclaros y debe ser pronunciado con admiración y respeto por cuantos sentimos profundo amor por nuestra patria.



EL PADRE JOSÉ LERCHUNDI,
misionero y arabista español y Prefecto de las Misiones Católicas en Marruecos, fallecido en Tánger el día 8 del corriente
(de otografía remitida por D. Miguel Rubiales, de Jerez de la Frontera)

El entierro de Cristo, cuadro de Bruno Piglhein. – El pintor famoso autor de este lienzo nació en Hamburgo en 19 de febrero de 1848, y cultivó desde muy niño la escultura decorativa, que no tardó en dejar para dedicarse á la pintura, estudiando primero en Weimar con Pauwels y luego con el célebre Diez en Munich. Los primeros pasos en su carrera fueron difíciles, hasta que en 1879 llamó la atención del público y de la crítica su precioso cuadro *Moritur in Deo*, que hoy se conserva en el Museo Nacional de Berlín. Desde entonces su firma comenzó á ser apreciada y acabó por ser una de las más sólidamente reputadas del arte alemán contemporáneo, hasta el punto de que al producirse la división entre los artistas muniquenses, los llamados secesionistas, es decir, los representantes de las tendencias modernas, nombraron presidente á Piglhein: la importancia adquirida por aquel grupo de artistas ilustres, que hoy constituye una asociación poderosa y llena de vida, demuestra la estimación en que era tenido el eminente pintor á quien confiaran su dirección los disidentes. Piglhein se dedicó á varios géneros pictóricos, obteniendo en todos éxitos ruidosos; pero sus principales triunfos los conquistó en la pintura religiosa, siendo uno de los más grandes el que le valió el maravilloso cuadro que en este número reproducimos y que fué unánimemente considerado como una de las mejores obras del arte alemán moderno. *El entierro de Cristo*, premiado en 1888, es de los lienzos de los cuales puede decirse que han hecho sensación en el mundo artístico; por su reproducción podrán apreciar nuestros lectores la justicia de la admiración que produjo y de las recompensas que mereció: actualmente se conserva como inestimable joya en la Pinacoteca Real de Munich. Otra de las obras de Piglhein que mayor entusiasmo han despertado fué el hermoso panorama de *Jerusalén y la Crucifixión de Jesucristo*,



El célebre pintor alemán BRUNO PIGLHEIN,
autor del cuadro *El entierro de Cristo* (de fotografía)

de 120 metros de largo por 15 de alto, que en 1892 fué destruído por un incendio en Viena. Bruno Piglhein murió en 15 de julio de 1894: su muerte constituyó un duelo nacional y su entierro fué una manifestación solemne en la que tomó parte toda la capital de Baviera. El nombre del malogrado artista que tantos triunfos conquistó en vida, figura en el libro de oro de la pintura alemana.

A la hora del crepúsculo, cuadro de Pablo Sala. – El autor de este cuadro es uno de los más valientes y fecundos coloristas milaneses, trata todos los asuntos con facilidad asombrosa y cultiva con igual talento y fortuna los géneros más diversos. *A la hora del crepúsculo* reproduce una parte de la plaza del Duomo de Milán, en una tarde de niebla y de lluvia, y en primer término una joven elegante, tal vez una de esas muchas artistas que de todas partes acuden á aquella capital italiana, en busca de una contrata que les proporcione gloria y provecho. Este cuadro figuró en la exposición trienal de Bellas Artes de Milán, en donde fué muy admirado por el público y muy celebrado por la crítica.

El eminente arqueólogo José Fiorelli. – Recientemente ha fallecido en Nápoles, su ciudad natal, este sabio ilustre, profesor que fué de la Universidad de Milán, director general de Antigüedades de Italia y uno de los hombres de ciencia que más han contribuído al buen éxito de las excavaciones pompeyanas. Pompeya fué su primer amor científico y el pensamiento dominante en toda su vida, y gracias á Fiorelli, los trabajos, que antes sólo se hacían para descubrir objetos, fueron sometidos á un plan sistemático y se convirtieron en labor de investigación topográfica é histórica: su *Relazione degli scavi*, la feliz aplicación de las formas en yeso á los cuerpos humanos, que nos revelan en todo su horror la catástrofe vesubiana, y la fundación en Pompeya de la Escuela Arqueológica, matriz de la escuela italiana de donde han salido tantas eminencias, son justos títulos á la admiración universal. Además á Fiorelli se debe la organización y clasificación del interesantísimo Museo de Nápoles. Ha muerto á la edad de 72 años, cuatro después de haberse visto obligado á retirarse de la vida activa por consecuencia de una grave y crónica enfermedad.



JOSÉ FIORELLI,
arqueólogo italiano recientemente fallecido
(de fotografía)

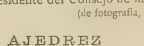
MARQUÉS DE RUDINI,
presidente del Consejo de ministros de Italia
(de fotografía)

Golosina disputada, cuadro de A. M. Rossi – Que no hay en materia de arte asunto insignificante del cual no pueda sacar partido un buen artista, es cosa que hemos dicho repetidas veces á propósito de obras en el fondo sin importancia alguna y que una vez más confirma el lindísimo lienzo de Rossi que hoy publicamos. No se plantea en él problema alguno, ni se representa ningún episodio interesante de la vida humana, ni se expresa un sentimiento; es un verdadero juguete, y sin embargo está pintado con tal elegancia y tiene la figura de la niña tal encanto, que cautiva nuestros ojos y nos hace gozar viendo cómo los dos blancos ratoncitos se disputan la codiciada golosina.

Fatigosa jornada, grupo escultórico de Félix Pardo de Tavera. (Salón de París de 1894). – Un rapaz de seis ó siete años, cuya atención divídese entre el tazón de leche que sostiene con la mano derecha y su pequeña hermanita, que sin soltar la grosera muñeca de cartón camina trabajosamente, es el asunto, interpretado con admirable realismo por nuestro querido amigo el distinguido escultor Sr. Pardo de Tavera. Sin embargo, algo más se ha propuesto el artista al modelar esta obra verdaderamente genial y sentida. Basta fijarse en las dos infantiles figuras para comprender que se ha separado de las clásicas reglas establecidas, representando la marcha en el momento en que al separarse el centro de gravedad ocupa la bisectriz formada por las piernas, de manera que el centro de gravedad coincide con la bisectriz en el preciso instante en que el talón del pie anterior se apoya y el posterior se levanta. Cuanto á la marcha del niño, el centro de gravedad ha pasado al lado anterior del ángulo, ó sea en el acto de romperse el equilibrio y en el que se levanta el pie posterior para restablecerlo. Puede decirse, fisiológicamente considerada la obra, que la niña está representada en equilibrio transitorio y el niño en desequilibrio asimismo transitorio.

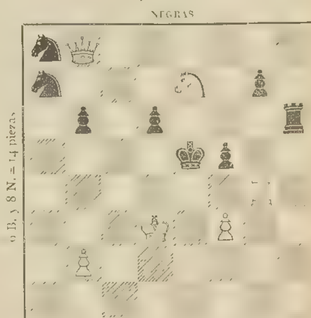
El marqués de Rudini. – La opinión pública italiana, después de haber promovido, á consecuencia de los desastres sufridos por el ejército de Italia en Africa, la caída del Sr. Crispi, ha elevado á la presidencia del Consejo de ministros al marqués de Rudini, que ya en otras dos ocasiones había ocupado tan alto puesto. El nuevo presidente es uno de los principales propietarios de Sicilia y pertenece al partido de la derecha: sus propósitos acerca de la campaña contra Menelik fueron por él claramente expuestos al rey Humberto, á quien dijo en una reciente entrevista: «Para tomar un desquite serio en Africa sin temor á un fracaso, sería preciso gastar mil millones y enviar allí un ejército de doscientos mil hombres, esfuerzo que no sólo no permite el estado económico del país, sino que éste, en caso de hacerlo, se hallaría expuesto á graves peligros si surgían complicaciones en Europa.» El Sr. Rudini además aconsejó al monarca que se limitase la acción de los italianos en Africa á la ocupación de la Eritrea y del triángulo Massaua, Asmara, Keren. Y como esta política de moderación coincide en la actualidad con el sentimiento predominante en Italia, la declaración del nuevo ministerio ha sido muy bien acogida en las Cámaras y en todo el país, siendo muy probable que no tardará en firmarse la paz que tan necesaria es á aquella nación.

Isla de Cuba. Vista del muelle de Manzanillo. – La ciudad de Manzanillo pertenece á la provincia de Santiago de Cuba y está situada en una buena ensenada y bahía: tiene calles anchas y rectas y hay en su término grandes plantaciones de caña dulce y tabaco. En el territorio donde se halla emplazada se han librado al principio de la actual guerra importantes combates antes de que el grueso de las fuerzas insurrectas emprendiesen sus correrías por los departamentos occidentales.



AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 11, POR GREGORIO MENÉNDEZ



Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 10, POR JOSÉ PALUZÍE

La posición del problema, antes de efectuar las blancas la jugada última, era igual á la del diagrama, excepto la T blanca de 8 D que estaba en 8 R y además había un A negro en c D. Las blancas han jugado T toma A, con lo cual ha resultado la posición dada. – Pues bien; para cumplir el enunciado del problema, hay que retirar la jugada T toma A, y en su lugar mover el R blanco á 4 A R: con ello se obliga á las negras á contestar A toma C mate, única jugada posible.



Francisco se volvía de vez en cuando para medir con la vista la profundidad del valle de Santa Inés

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA ORIGINAL DE JUANA MAIRET. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Nada mejor que este contraste del presente con el pasado daba clara idea de la rápida marcha de la civilización en aquel hermoso país. El viejo Harcourt había tenido que defender sus bienes revólver en mano; pero su hijo disfrutaba tranquilamente de una inmensa propiedad, y su casa era tan elegante como cómoda. En cuanto á sus hijos, sin duda serían archimillonarios.

Por lo pronto, las dos niñas, muy lejos de pensar en los millones, presentaban sus graciosas caritas á la bella dama para que ésta las besase, y repitiendo las palabras que su madre les murmuraba al oído, balbucearon en mal francés unos «buenos días» que hicieron reir á Mila.

– ¡Con estas muñecas vivas, dijo, eres muy feliz!

Y mientras las acariciaba, en sus ojos se reflejó el sentimiento de la mujer que no tiene hijos.

Después de la comida, tan delicada por el servicio como toscas eran las del viejo Harcourt en medio de la abundancia, Bob condujo á su prima hacia los grandes árboles.

– Aquí fué, Mila, dijo. ¿Te acuerdas?

De nuevo renacía en él su pasión sin esperanza, y con la ingenuidad de un joven que ha conservado singularmente su candidez, las lágrimas asomaron á sus ojos.

– Sí, contestó Mila, mirando á lo lejos, y recordando sus angustias, sus esperanzas, su resolución para forzar la suerte y las lágrimas vertidas al pie de la hermosa encina verde; sí, querido Roberto, aquí fué donde te dije que siempre serías para mí un hermano muy amado. ¿No es verdad que he cumplido mi palabra?

—Demasiado bien, contestó Roberto, con expresión de tristeza.

—Escucha, continuó Mila, sin poder reprimir una sonrisa. ¿Por qué dejas pasar así los mejores años de tu vida? Los sentimientos estériles, una especie de *diletantismo* sin resultado y el cultivo de tu espíritu no bastan en realidad para llenar la vida de un hombre. Mira á tu alrededor; aquí está la felicidad, la única en este mundo. Imita á tu hermano, cásate, vuelve á la tierra que te vió nacer, para entregarte á la vida ejemplar y tranquila que tus parientes observan; ten hijos y edúcalos como debes Bien mirado, amigo mío, esta moral, tan poco complicada, es aún la única que vale alguna cosa, la única que produce la satisfacción de sí mismo y de los demás, la dicha en fin...

—Hablas como el Sr. Macready, repuso Roberto; todo eso es hermoso y está bien; mas para casarse es necesario amar á la mujer con quien uno haya de unirse, y yo tengo la desgracia de amar á una que ha dado su mano á otro.

—Si no me engaño, hay allá, en París, una joven que piensa en ti y que te espera.

—Pues me esperará largo tiempo, contestó Roberto, haciendo un ademán de impaciencia.

También sabía que una de las hermanas Mathews le amaba, y que esperando su vuelta, no había querido casarse. Parecíale muy agraciada; pero... no era Mila.

La señora de Villeroy comenzó á andar de nuevo, dirigiéndose otra vez hacia la casa, y Roberto debió seguirla; mas después de un breve silencio exclamó:

—¡Si al menos pudiera serte útil en algo! Pero no. ¿De qué te servirían mi fuerza y mi destreza de tirador y mis habilidades de antiguo vaquero? He querido ver si la civilización me había entorpecido la mano; pero no es así. Aún esta mañana introduje en el cuello de la botella que me servía de blanco, sin rozar los bordes, una pequeña bala de revólver. ¡Vaya una hazaña! ¡Como si esto pudiera servirte en tu carrera triunfante de gran artista! Cuando te oigo cantar me parece que me coges el corazón suavemente, que le oprimes entre tus lindas manos blancas, y esto me produce un sufrimiento que me deleita. Todo se trastorna en mí; siento deseos de llorar, ó entusiasmos varoniles, y como al caballero de los tiempos antiguos, me acosa la necesidad de proteger á la dama de mis pensamientos contra un peligro... que no existe. Entonces me ocurren cosas absurdas: figúrome verte arrebatada por fogosos caballos, que yo detengo con peligro de mi vida, ó atacada por bandidos que yo disperso ó mato; en fin, niñerías y disparates... Después despierto, y vuelvo á verte hermosa, risueña, feliz, amada y libre de todo peligro...

—¡Oh!, repuso Mila, nunca se está libre del peligro, y te prometo que, si alguna vez necesito un defensor y no pueda ser éste mi esposo, á mi compañero de la infancia, á mi hermano de corazón será á quien me dirigiré..

—Me parece, Mila, que si verdaderamente pudiera protegerte aceptaría al fin esa condición de hermano que me ofreces y con la cual no he sabido contentarme nunca.

Mila y Roberto encontraron á todos los de la casa reunidos en la vasta galería, resguardándose del calor.

—Paso revista á mis recuerdos, dijo Mila. Me parece haber vuelto á los diez y siete años; creo oir aún la voz de mi tío y la *Sonata patética* que mi tía Deborah tocaba, y figúrome que todo lo demás es un sueño. Pero hay un sitio al que quisiera conducir á mi esposo; es el lugar donde por primera vez oí pronunciar su nombre y canté su música. Sin embargo—dicho sea entre nosotros,—desconfío de sus conocimientos en equitación, y el camino es tan escabroso...

—Ahora no, Mila, replicó Juana. Hemos bautizado aquel sitio con el nombre de *Roca de Mila*; yo le visito á menudo, y se ha trazado un sendero de suaves pendientes, fácil de seguir.

Efectivamente, el trayecto, un poco más largo que cuando Mila se le hizo recorrer al Sr. Macready, era ahora muy practicable hasta para un mediano jinete, y en su consecuencia los esposos hicieron aquella excursión solos. Ninguno de los dos tuvo muchos deseos de hablar, pues el solemne silencio de la montaña penetrábalos de un sentimiento casi religioso. Aquel día de otoño era hermoso y apacible como uno de verano; y ni una sola nube empañaba el cielo, de un color azul claro y puro, que parecía estar muy alto y distante. Francisco se volvía de vez en cuando para medir con la vista la profundidad del valle de Santa Inés, que ahora se desarrollaba en lontananza, con su perezoso río, sus grandes arboledas sombrías, ó matizadas de tintes dorados y rojizos, y sus verdes praderas cubiertas de sol. Todo era alegre para Villeroy, y pensaba que sería agradable permanecer en aquel paraíso de silencio y de belleza para componer obras absolutamente personales en que se hallase el perfume de la montaña.

Cuando hubieron llegado á la cumbre, apeáronse, y Mila, levantando su amazona, tomó la mano de su esposo para conducirle á través del dédalo de grandes rocas diseminadas. En aquel caos revivía para Mila toda su juventud libre y un poco salvaje, y su corazón latía con fuerza. Preguntábase si experimentaría también las sensaciones de otro tiempo, y si con las necesidades ficticias de una civilización desconocida entonces, se habrían embotado ó perdido del todo aquel deseo de adoración, aquel aniquilamiento de sí misma ante la infinita belleza.

Pero no; Mila volvió á ser la joven de otro tiempo, y olvidó su gloria y los años que la habían hecho mujer y abismóse en la alegría de aquel espectáculo, jamás olvidado, que en sus momentos de tristeza ó de exaltación evocaba instintivamente en su memoria. De nuevo miró la montaña, que se ensanchaba bruscamente á sus pies, con su aspecto salvaje, erizada de grandes rocas de formas extrañas, sin un matorral, sin una brizna de hierba, presentando una cortadura casi á pico, donde Francisco y Mila permanecían inmóviles, cogidos de la mano, sin pronunciar palabra. En el lado opuesto continuaba el bosque, sombrío aquí, más claro allá, con grandes manchas doradas en medio del verde negruzco de las encinas; en algunos sitios veíase un barranco de aspecto salvaje con sus rocas de color rojizo, y por último el gran valle de Santa Bárbara. Tenía un aspecto muy alegre, con sus blancos caminos, sus arboledas, sus graciosas casas, que como puntos blancos salpicaban la compacta verdura de los plantíos de naranjos y limoneros, y en fin y sobre todo, la superficie adiamantada del Océano Pacífico, con el azul profundo de sus olas, las playas irregulares y como recortadas, orlando con sus blancas y finas arenas todo aquel azul de matices infinitos, desde el tinte gris al violáceo obscuro. En aquella atmósfera ligera y transparente, las islas, vistas desde lejos, parecían nadar en aquel azul de las aguas y en el azul más pálido y suave del cielo.

Villeroy, impresionado, como nos sucede á todos al ver uno de esos raros espectáculos que la naturaleza presenta á veces á la pobre humanidad, rodeó á Mila con sus brazos y estrechóla contra su pecho, como si para dar gracias al Creador del mundo, solamente el amor nos hiciera capaces de expresar nuestro agradecimiento.

—En tus ojos, Mila, dijo Villeroy, se ve el reflejo de toda esa grandiosa naturaleza. Ya lo sé ahora; eso es lo que te hace tan diferente de las demás mujeres, eso es lo que me ha encantado, lo que te ha convertido en la encarnación del ideal, en la sirena soñada.

—No, no, Francisco; yo te suplico, como te he suplicado á menudo, que no me sueñes sino como lo que soy. Buscando el ideal, ámame como mujer, como tu esposa, pues en esto se halla también la felicidad. Y ahora, ponte á mi lado... Aquí es donde por primera vez oí pronunciar tu nombre, y donde el señor Macready me dijo: «no le olvide usted nunca.» No necesitaba esta advertencia para retenerle en la memoria, pues en aquel momento tuve la convicción absoluta de que llegaría á serme caro. Aquí, en este sitio, comprendí también que el don de una buena voz era precioso; y aquí, cantando tu *Odelette*, amé la mía...

Villeroy permaneció silencioso, contentándose con besar la mano de su esposa. Sus ojos no se cansaban de contemplar la escena que se desarrollaba ante ellos; y la belleza del espectáculo, la alegría de tener á su lado aquella mujer artista, adulada de todos, que para él era sencilla, casi humilde, y la certidumbre de que era suya por la inteligencia así como por el corazón, produjeron en él un sentimiento tan profundo de felicidad, que apenas osaba saborear toda su alegría. Raros son en la vida humana semejantes momentos.

Villeroy trató de manifestar su alegría con palabras, y no pudo conseguirlo sino en parte, pues las palabras humanas, imperfectas y vacilantes, son poco propias para expresar la beatitud absoluta, casi divina.

—Te digo muy mal lo que experimento, amada mía, exclamó Francisco; mas quiero que sepas al menos que si el porvenir nos reserva tristezas y hasta pesares, tú me habrás proporcionado la felicidad más completa que un hombre puede disfrutar en este mundo; tú, mi esposa; tú, la voz que comunica vida á mis ensueños; tú, la belleza perfecta que los encarna..

XIV

Las semanas pasadas en San Francisco no fueron muy penosas. La perfecta armonía que reinó durante la excursión á Santa Bárbara había alegrado del todo el corazón del músico, y éste hacía todos los esfuerzos posibles para que no le atormentaran las punzadas de amor propio, más crueles aún por los sordos celos de que se avergonzaba, pero que no le abandonaban nunca del todo. Mila se mostraba, en cambio, más cariñosa y dulce, adivinando aquellos obscuros padecimientos.

Los Harcourt habían abandonado la montaña para pasar junto á Mila el tiempo de su residencia en San Francisco. El entusiasmo de Juana por la gran artista era tan absoluto y le manifestaba tan ingenuamente, que á Francisco le inspiró un verdadero afecto aquella mujer joven y encantadora, y todos hicieron juntos deliciosas excursiones. Villeroy, como la mayor parte de sus compatriotas, no comprendía nada en la vida americana, y era poco sensible á la parte grandiosa de aquella naturaleza en que todo es extremado, en que lo bello lo es soberanamente y lo feo traspasa los límites de la fealdad ordinaria de las cosas. Pero allí quedó conquistado desde luego: la bahía, aquella *Puerta de oro*, tan propiamente llamada así, le sedujo; y los paseos á lo largo de la costa bastante salvaje, las rocas muy negras, el agua tan pura y sobre todo el aspecto majestuoso de la rada le encantaban.

Después hicieron correrías por la ciudad, formada en rápidas pendientes, para buscar dijes japoneses, y una visita nocturna al barrio de los chinos, amontonados unos sobre otros, sucios, repugnantes, y conservando intactas, en medio de la civilización americana, todas sus costumbres del extremo Oriente. Allí tienen su teatro, donde los hombres se oprimen, cubierta la cabeza siempre, mientras los actores, grotescamente disfrazados, recitan papeles que no acaban nunca, dejando oir voces artificiales y chillonas. Allí se ven sus inmundas viviendas, donde se fuma el opio; sus guaridas practicadas en las profundidades de la tierra, como agujeros de ratas, donde jamás penetra el sol ni una ráfaga de aire puro, y sus pequeñas tiendas, donde se venden manjares equívocos ó extraños remedios, como serpientes y sapos puestos en cruz y ya secos. Todo esto divertía á Mila, que en medio de sus ocupaciones y de sus mil deberes sociales, encontraba siempre tiempo para visitarlo todo en compañía de su marido.

Sin embargo, los grandes banquetes, las recepciones durante el día y las ovaciones continuaban sin tregua. Los diarios hablaban minuciosamente de cuanto hacía la diva; el entusiasmo iba en aumento, y cada representación era un triunfo más. Mila estaba radiante de alegría, y su empresario loco de contento.

Francisco se consolaba en las comidas solemnes, donde los discursos se sucedían unos á otros, hablando con Juana, que se arreglaba siempre de modo que pudiera estar junto á él, y hablaba sobre todo de Mila, de su voz, que le llegaba al corazón, de su belleza y de su sencillez en medio de sus triunfos que hubieran enloquecido á cualquiera otra mujer. Y Francisco escuchaba con la mejor voluntad, mirando desde una extremidad de la mesa á su mujer, que ocupaba el sitio de honor, siempre graciosa, contestando alegremente á los cumplidos exagerados, aburriéndose algunas veces, pero con la sonrisa en los labios, y estando siempre en situación, como suele decirse.

Francisco se preguntaba entonces si no estaba verdaderamente un poco aturdida, lo cual no hubiera tenido en realidad nada de extraño. Cuando durante toda una comida su esposa se olvidaba de dirigirle una rápida mirada ó una sonrisa, padecía como un verdadero enamorado.

La idea del dinero que se ganaba en aquella excursión molestábale también más y más cada día; ciertamente debió prever esto; pero no lo hizo. Había comenzado á sufrir en París, deseando irse, dondequiera que fuese, pero lejos del teatro, donde resonaban siempre en sus oídos las palabras: «¡Y pensar que esa mujer tiene marido!..»

Sin embargo, gracias á la especie de vida en familia que hacían en la espléndida habitación del Palacio-Hotel y á la alegría de las dos jóvenes esposas, ahora inseparables, Villeroy consiguió dominar su irritación, y hasta disimularla tan bien, que Mila se regocijó sinceramente de su buen éxito. Sin embargo, sin que ella lo echase de ver quizás, hubo algo de embriaguez en aquella alegría, pues no se pertenece al teatro impunemente.

Después, terminada la temporada en San Francisco, fué preciso ir á las grandes ciudades situadas al otro lado del continente. Acercábase el invierno, y

se despidieron unos de otros, con muchas promesas de volver á verse y escribirse entretanto. Mila había sido muy feliz por aquella entrada triunfante en el país natal, pues era la compensación de sus años de dependencia y de la humildad de su infancia, poco mimada. Habríale agradado que la tía Deborah hubiera podido verla así, acariciada y adorada por la linda Juana, y tratada por Benjamín con una deferencia algo torpe; pero la tía Deborah, que también había atravesado el Océano, pareciéndole Francia muy triste sin Mila, hallábase en Boston, esperando la llegada de su sobrina en aquella ciudad árbitra, según ella, de todas las superioridades, y cuya consagración era tan necesaria para la reputación de una artista.

Cuando Villeroy se halló solo con su esposa en su tren especial, de nuevo olvidó su eterna preocupación. Sentados en la plataforma posterior, pudieron disfrutar en paz del magnífico espectáculo de las Montañas Roquizas. Tres locomotoras, bufando como caballos desbocados, los conducían lentamente. El salvaje esplendor de las cimas, cubiertas de nieve, les imponía de tal modo, que guardaban silencio. A veces veían abismos abiertos á sus pies, erizados de rocas de color rojizo, y algunos pinabetes que, doblegados por el peso de su blanca carga, rozaban las paredes de los vagones. A esto seguía la soberbia serie de picos, unos detrás de otros, siempre más altos y que al fin parecían escalar el cielo, y el sol deslumbrador comunicaba vida, y gracia también, á las cimas más aterradoras.

Hasta el interminable trayecto á través de las estepas, en el país sin agua, conocido con el nombre de *llanuras de alkali*, país terrible, donde el aire está lleno de una arena tan fina que no es posible evitarla, pareció encantador á Villeroy. Mila se mezclaba algunas veces con la multitud de artistas que la acompañaban; pero pasaba la mayor parte del tiempo con su esposo. En su saloncito había un piano; los dos trabajaban juntos, sin cuidarse de las sacudidas del tren; y la voz vibrante de Mila asombraba algunas veces á los rebaños esparcidos en las vastas praderas ó á un vaquero solitario.

El primer alto de alguna duración debía hacerse en Chicago, donde el acertado reclamo preparaba un triunfo previsto.

Allí, como en Nueva York, debieron sufrir las interminables entrevistas, recibiendo á las diputaciones de toda especie. Su salón del hotel se llenó de visitantes, y las flores magníficas, con tarjetas de personas desconocidas de los Villeroy, se ostentaban en las mesas y hasta en las sillas. Todo volvía á comenzar de nuevo.

En una de las casas más suntuosas de Chicago, casa semejante á un palacio, circuída de un gran jardín y situada á orillas del lago Michigán, una multitud había sido invitada para honrar á la cantante americana. La recepción se efectuaba en pleno día, porque las noches se destinaban para las funciones de teatro; pero habíanse cerrado todas las ventanas; la electricidad reemplazaba á la luz diurna; los invitados vestían de etiqueta, y se podía olvidar que el sol brillaba fuera, y que el trabajo diario continuaba como siempre.

Villeroy, aunque acostumbrado ahora al lujo americano, miraba á su alrededor con asombro. Los salones, formando una larga línea, terminaban en una soberbia galería de pinturas, con aspecto de museo; tantas eran las curiosidades y preciosos objetos de arte que contenían. En un escaparate veíanse pequeñas estatuas de Tanagra dignas de figurar en el Louvre, y en varias habitaciones muebles incrustados de piedras preciosas ó adornados con figuritas de marfil llamaban la atención, mientras que en graciosas mesitas ostentábanse esos dijes y delicados objetos de adorno cuya exquisita fragilidad infunde á las personas torpes el temor de romperlos. Los tapices, bordados de oro y plata, reemplazaban á las puertas. Este conjunto soberbio y fantástico producía la nostalgia de los interiores modestos, donde el rincón del hogar es dulce y agradable, y donde algún desorden en una mesa indica el trabajo que se acaba de suspender para continuarlo muy pronto. Nunca como aquel día había concebido Villeroy tanto odio al dinero y á su insolente aparato.

Mila se vió rodeada y festejada; todos querían ser presentados á la diva, y nadie se cuidó del marido, que permanecía en un rincón, bastante perplejo y disgustado. Sus ojos seguían maquinalmente á Mila, con su magnífico traje de seda, esplendente de gracia y de hermosura; y de pronto parecióle que entre los dos mediaba una inmensa distancia; que su esposa era un ser de especie muy distinta, tipo de belleza y de lujo propio para ser adorado eternamente. ¡Casarse con semejante mujer, desear que fuese la compañera de todos los momentos, la amiga íntima, así en los días malos como en los buenos, la confidente de los pesares..., qué locura!

Abrióla al fin y leyó en ella las siguientes lacónicas frases

El pintor Wilbur Nevin vió de pronto á Villeroy, sonrió con su expresión maligna, y después dirigióse hacia él, presentándole su mano. El pobre músico la estrechó con alegría.

– Creía que aún estaba usted en Nueva York, señor Nevin, dijo.

– No, repuso el pintor, lo mismo que la señora Villeroy, doy una vuelta por América, recogiendo muy buenos duros para ir á gastarlos luego en París. Sepa usted que yo soy un americano para la exportación; y no hay pocos de mi especie; mas ahora estoy de moda y me aprovecho. He pintado el retrato de la dueña de la casa, mujer tan amable como encantadora, y como es natural, todas sus rivales quieren seguir el buen ejemplo que esa señora ha dado. Tengo un agente de negocios que se cuida de los detalles – advierta usted que no digo esto á todo el mundo – y que recibe un tanto por ciento sobre todos los pedidos. Ve á los periodistas, cosa esencial en este país de reclamo á porfía; lleva mi contabilidad; se encarga de señalar las horas á los que han de retratarse, y hace una batida cuando la caza escasea. Esto es muy cómodo, y si me roba, lo cual no dudo, aún salgo ganando dinero.

– Veo, replicó Villeroy, no sin cierta ironía, que es bueno marchar con su tiempo, aunque uno sea artista.

– Ciertamente; bien se trate de un artista lírico ó de otro cualquiera, es preciso no despreciar nada. Por lo demás, usted debe saber algo de esto. Rara vez he visto una campaña tan bien conducida como la de su señora esposa.

Villeroy miró al pintor de pies á cabeza con expresión altiva, y sin dignarse contestar le volvió la espalda; mas como en aquel momento Mila se disponía á cantar, Nevin pudo creer que el movimiento de Villeroy era debido al remolino general de los convidados que se estrujaban alrededor del piano. Como quiera que sea, aparentó creerlo así, y alejóse con la sonrisa en los labios. En aquel momento considerábase completamente feliz.

Mila cantó una y otra vez; estaba admirable de voz y no se hacía rogar mucho. La música era una alegría para ella, y la certidumbre de complacer á los que la escuchaban comunicábale más encanto que nunca.

Al cambiar de sitio, Villeroy se encontró junto al dueño de la casa, que hablaba un poco el francés y que se creyó obligado á mostrarse atento con el marido de la diva; mas apenas consiguió que dijera algunas palabras. Villeroy estaba resentido y meditaba un golpe de Estado: excusándose con su fatiga, quería sacar de allí á su mujer á fin de poner término á su tormento; y en lo futuro la dejaría ir sola á tales reuniones, que ella creía necesarias para el mejor éxito, rehusando en absoluto acompañarla.

Mila, después de la escena de la locura de *Lucía*, cantó el sempiterno *Home, sweet home*, y como siempre, el entusiasmo se convirtió en delirio. La diva saludaba y sonreía, dando las gracias á todos.

Cuando se hubo restablecido un poco la calma, el dueño de la casa se volvió hacia Villeroy y le dijo, buscando sus palabras:

– ¿Y usted, caballero, entiende también en música?

Villeroy hizo un brusco movimiento, miró fijamente al pobre hombre, que no pudo decir más, y exclamó con una voz de trueno que hizo volver la cabeza á todos.

– ¡Yo, caballeros, soy el *Barnum* de mi esposa!

El escándalo fué espantoso; siguióse un silencio de hielo; y después, como personas bien educadas, que tratan de encubrir una inconveniencia, los invitados se apresuraron á hablar todos á la vez, prodigando más que nunca á la hermosa *prima donna* sus lisonjeras atenciones.

Mila, muy pálida, se excusó, diciendo que estaba cansada, y se llevó á su esposo. Entraron en el hotel sin pronunciar palabra, y la diva llamó á su doncella. Después, cuando se hubo despojado de su traje de aparato, sintiéndose segura de sí misma, porque había tenido tiempo para calmarse un poco, y sabiendo también que de la inevitable escena que iba á seguirse resultaría tal vez la desgracia de la vida de ambos, fué á buscar á su esposo. Le encontró apoyado de codos en la chimenea, posición que no había dejado apenas desde que entró en la habitación; púsole las manos en los hombros, movimiento que la era familiar, y trató de hablarle comedida y tranquilamente.

– ¿Conque te ha sobrecogido un acceso de locura, mi pobre Francisco?, dijo. Te ruego que no hagas mi situación más difícil de lo que ya es.

Villeroy miró á su esposa sin hablar, y después cogiéndola entre sus brazos, casi con violencia, exclamó:

– ¡Partamos, vámonos pronto, abandonemos este triste país, donde nos enfangamos con el oro, donde me parece ahogarme, y donde, como tú lo has dicho, la locura me acecha. Tenemos el tiempo preciso para tomar pasaje en el buque que sale con rumbo á Francia. ¿No ves que mi vida es un continuo suplicio? Todo cuanto te encanta me exaspera; sufro, y te aseguro que atrozmente. Si me amas, partamos, pero ahora mismo.

Mila se desasió de los brazos de su esposo, y con expresión triste, sin cólera, fué á sentarse junto á la chimenea. Aquella era la eterna cuestión y siempre sería así. Mila se sintió infinitamente desanimada.

– ¿No me contestas?, preguntó Villeroy, que comenzaba á sentirse poseído de cólera.

Francisco había tenido en todo tiempo caprichos violentos, locuras pasajeras, y Mila, conociendo su carácter y persuadida de que era incapaz de reflexionar en tales momentos, había cedido siempre; pero ahora no cedería, y á Villeroy no se le ocultaba esto.

– ¿Qué quieres que te conteste?, repuso Mila. Tú me dices: «¡Si me amas, partamos!» Te amo con todo mi corazón; á nadie he amado más que á ti, y no amaré jamás á otro; pero no partiré porque es imposible.

(Continuará)

EL FRÍO Y LA LUZ

A medida que los métodos de investigar se perfeccionan y aumentan, en el orden de las ciencias naturales, van los límites del conocimiento ensanchándose, y como si nuevos horizontes se abriesen al pensamiento humano, para ejercitar sus prepotentes energías, las ideas cambian y evolucionan, adquieren mayor grado de certidumbre las verdades recibidas, elévanse á la categoría de teorías las hipótesis y la labor fecunda de los experimentadores tradúcese al cabo en las doctrinas más generales y positivas, que son por ventura su más elevado objeto. Pero con ser esto ya mucho, dentro del campo de la pura especulación científica, no lo es, en verdad, todo; que aún queda, más allá de los límites de esta satisfacción del espíritu, después de colmadas sus aspiraciones de momento y cumplidas sus ansias de posesión de una parte de la inmortal verdad, aquella otra satisfacción de las necesidades de la vida, toda la inmensidad del campo de las aplicaciones de la ciencia por donde ésta extiende sus doctrinas, traducidas ya en la máquina, en la herramienta, en la industria toda, que de los principios de la ciencia especulativa y pura derivan y á ellos se enlazan y unen, como pueden enlazarse los hijos á los padres; porque bien puede decirse que cada experimento y cada teoría, todos los descubrimientos que se realizan en cualquiera orden de ciencias, es el mismo, mediante su propia virtualidad, fecundo germen de aplicaciones prácticas.

Y pudiera añadirse que al conseguir la medida de lo que se experimenta, al reducir á números los datos de la observación y cuando se ha hallado y determinado la unidad que les sirve de medida común, es precisamente el punto y momento en el cual surgen por modo maravilloso las aplicaciones de los principios científicos y su extensión á la Industria y á las Artes, porque en realidad no existe límite ni valla que separe la ciencia pura de las aplicaciones de sus métodos y principios, pues éstos sólo son continuacion admirable del trabajo experimental, algo como extensión de los procedimientos en el sentido de utilizar cierto género de manifestaciones de la Naturaleza, observándose que en el momento que el experimentador acierta á señalar unidades de medida, es cuando las aplicaciones son más extensas, numerosas y acertadas. Para demostrarlo basta recordar cómo el mayor adelanto de las máquinas térmicas se realiza en el momento de haberse determinado numéricamente el equivalente mecánico del calor, y de qué suerte los actuales progresos de la electricidad práctica puede decirse que se inauguran por camino seguro en cuanto se establecieron las unidades eléctricas y se inventaron los procedimientos para medirlas y relacionarlas unas con otras.

En los actuales momentos llévanse á cabo experimentos de otro orden, al parecer dentro del más puro campo especulativo, pero que dieron ya magníficos resultados y son, al presente, objeto de valiosas aplicaciones: constituyen así como los dos extremos de una serie que á primera vista parecen antitéticos, mas pronto se echa de ver de qué suerte se relacionan por la medida común. Refiérome á los trabajos admirables de Henri Moissan realizados á la temperatura enorme de *tres mil grados*, cuya última conquista ha sido poder volatilizar el carbono, y á los ingeniosísimos experimentos de Raoul Pictet, hechos á *doscientos trece grados bajo cero*, que le han permitido determinar el punto en que toda acción química entre los cuerpos dotados de mayor afinidad hácese imposible y á cuyos más recientes estudios se consagra el presente artículo.

Muy teóricos y solamente especulativos pudieron parecer en sus comienzos los estudios de Moissan y sus experimentos á elevadísimas y nunca igualadas temperaturas; pero con la invención del horno eléctrico que lleva su nombre pudo demostrarse como no hay metales ni infusibles ni tan fijos que no puedan reducirse á vapor, y el haber liquidado en pocos instantes el cromo y el manganeso y el haber volatilizado el cuarzo y el carbón, son por ventura cosas de mayor interés y de más aplicaciones que el mismo diamante artificial, que ha obtenido incoloro y cristalizado el famoso químico. Aquellos experimentos del Conservatorio de Artes de París dieron á la ciencia el principio de que no existen óxidos irreductibles por el carbón y que todo es asunto de la temperatura á la cual se trabaja, lo cual ha proporcionado á la industria medios de obtener, en poco tiempo y en cantidades hasta el día no igualadas, el manganeso y el cromo antes citados, tan útiles en la metalurgia del hierro y tan precisos para modificar y mejorar las cualidades de los modernos aceros. Al lado de tan gallarda muestra de cómo los principios teóricos y los trabajos de pura especulación científica llegan á ser origen de utilísimas aplicaciones y como contraste en cuanto á los agentes empleados para las transformaciones, pueden ponerse los resultados industriales del frío y las aplicaciones de las temperaturas muy bajas, que constituyen la mayor gloria de tantas como al ingenio de Raoul Pictet corresponden. Moissan elevando la temperatura de los cuerpos más refractarios hasta límites antes no alcanzados, logró avivar sus afinidades, hízolos cambiar de estado y viólos capaces de experimentar modificaciones y cambios, no averiguados ni conocidos hasta sus prodigiosas invenciones. Cierto que dados los clásicos y memorables trabajos del insigne Sainte-Claire Deville, era cosa averiguada que los cuerpos se disocian por el calor, escindiéndose en sus elementos, los cuales, á su vez, coexistiendo libres con la porción del cuerpo no disociado, parecen adquirir nuevas actividades; pero como el límite ascendente en la escala de las temperaturas era bastante más bajo que el alcanzado en el horno eléctrico, la disociación estaba asimismo limitada y, como ella, los cambios de estado no parecían referirse á cuerpos como el ácido silícico y el carbón puro, de esta suerte y merced á los trabajos del químico tantas veces ya nombrado, puede decirse como tomando temperaturas cada vez más elevadas hasta alcanzar la correspondiente á 3.000 grados centesimales, las propiedades de los cuerpos se modifican y cambian, ya que el estado físico de ellos y sus cualidades químicas son funciones de la propia temperatura á que se hallan sometidos.

Raoul Pictet llegó á los mismos ó muy semejantes resultados siguiendo camino muy distinto, aunque el punto de partida está también en el empleo adecuado del calor, sólo que el sabio ginebrino acudió á las temperaturas más bajas por medio de progresivos enfriamientos que llegan á ser hasta de 200 grados bajo cero, obtenidos mediante la rapidísima evaporación del aire atmosférico liquidado: las consecuencias el mismo experimentador habíalas previsto. A partir de cierta temperatura, las energías químicas se amenguan y van poco á poco amortiguándose hasta extinguirse, de tal suerte que el ácido sulfúrico llega á no descomponer los carbonatos. Con ser este un resultado magnífico, lo es mayor todavía el poder realizar, á virtud de un método general, la síntesis química de todas las substancias, porque se comprende bien, una vez señalado el límite en que la acción de dos cuerpos se anula, la posibilidad de volver á hacerlos activos con sólo cambiar las condiciones térmicas, en cuyo caso puede volver á realizarse su unión de la manera y en las condiciones que bien plazca al experimentador. Se ve, por tanto, en los nuevos experimentos de Pictet, el comienzo de una nueva Química, el principio cierto y seguro de un método en el cual podemos disponer de las afinidades de los cuerpos, gobernarlas y manejarlas de suerte que se produzcan los fenómenos que el químico quiera, coronando de esta suerte aquella gran obra de la síntesis química, que ha adquirido en los grandes experimentos de Berthelot supremo desarrollo y que en la industria se traducen ya por la fabricación de muchas materias colorantes, que antes se extraían de las plantas, tales como la indigotina y la alizarina. No se contentó el investigador con este primer resultado del empleo de las temperaturas bajas, sino que, llevando á otro terreno los experimentos, quiso inquirir y saber cómo aquéllas modifican ciertas propiedades de los cuerpos, inherentes á su propia naturaleza y relacionadas con su misma constitución química.

Dos hechos muy importantes, de los cuales uno por lo menos no puede explicarse por virtud de las leyes y principios admitidos en la ciencia, ha observado y comprobado Raoul Pictet en sus más recientes trabajos: son éstos la fosforescencia y la cristalización del cloroformo. Respecto del primer extremo conviene recordar como hay algunos cuerpos capaces de brillar en la obscuridad, emitiendo luz luego que han sido sometidos á las acciones de los rayos solares, constituyendo el fenómeno llamado *fosforescencia por insolación*. Son las substancias que la presentan sulfuros de metales alcalino-terrosos, obtenidos á la continua reduciendo los sulfatos correspondientes por medio del carbón á elevada temperatura, y así se consiguen el sulfuro de calcio, el sulfuro de estroncio y el sulfuro de bario, que son los que presentan la fosforescencia por insolación, dando el color propio de aquellos metales. Tan curiosa propiedad ha recibido algunas aplicaciones, tales como la llamada pintura luminosa, las esferas de los relojes de bolsillo, que en la obscuridad toman contornos violados por lo general y ciertos aparatos que sirven para ver en la noche las alzas de las armas de fuego, sin que la luz se transmita á grandes distancias.

En el hecho bien se comprende la intervención que de necesidad han de tener las radiaciones solares, así las térmicas como las luminosas: los sulfuros de bario, de estroncio y de calcio necesitan para fosforecer en la obscuridad absorber algo que en la energía del sol tiene su origen, apropiarse cierta actividad y fuerza en cuya virtud adquieren la propiedad luminosa no inherente á su propia naturaleza, en cierto modo, pero relacionada con la estructura íntima de las moléculas químicas de aquellas substancias, de manera no averiguada hasta el presente, ni menos determinada con verdadero rigor científico. La fosforescencia de los sulfuros metálicos tantas veces nombrados admítese que es un fenómeno térmico debido á la absorción de los rayos solares, y cuando se colocan las substancias en la obscuridad devuelven, en forma de radiaciones luminosas diversamente coloridas y á la continua poco intensas, la energía que en su exposición á los rayos solares absorbieron. Sentado esto, que parece racional, en cuanto encaja en los principios científicos de todos admitidos, es lógico suponer que los grandes descensos de temperatura deben influir en el hecho de la fosforescencia, llegando á extinguirla y á impedir por completo su manifestación. Cabalmente esto es lo que ha demostrado Pictet en multitud de muy ingeniosos y notabilísimos experimentos, y sus medios de investigación no pueden ser más sencillos; puesto que se reducen á colocar en tubos de vidrio los sulfuros de bario, de estroncio y de calcio pulverizados y exponerlos á la luz solar hasta conseguir que luego de transportados á la obscuridad presenten la más intensa fosforescencia. Por separado disponía un baño frigorífico hecho con alcohol, cuya temperatura mediase por unos 70 grados bajo cero, y en él coloca el tubo fosforescente; á medida que se enfría éste disminuye la intensidad de la luz que emite, y se extingue por entero cuando aquel grado es llegado, y se observa un hecho curioso antes de la completa extinción de la propiedad de fosforescer, y es que los luminosos rayos emitidos, cualquiera que sea su tono, pasan de manera bien sensible y fácil de observar por una tinta amarilla que es característica del fenómeno.

El experimento indicado, cuyas circunstancias ha cambiado de mil modos diversos el sabio ginebrino, demuestra cumplida y satisfactoriamente cómo la fosforescencia de los sulfuros metálicos por insolación es un fenómeno térmico bien determinado, ya que sólo se realiza y efectúa entre ciertos límites de temperatura. Y si una contraprueba fuese menester, el mismo Pictet la ha dado, porque vió tornarse fosforescentes los tubos enfriados cuando ya fuera del baño de alcohol su temperatura se elevaba algunos grados: en nada influye el tiempo que el enfriamiento dure para que al cesar la causa que lo impedía vuelva á presentarse el fenómeno de la fosforescencia de los sulfuros de calcio, de estroncio ó de bario, adquirida mediante la energía absorbida de las radiaciones solares recibidas. Tal es el hecho reducido á sus términos más esenciales, y como se ve entra en la categoría misma de aquellos otros que el propio Pictet tiene observados y se refieren á que todas las acciones químicas, aun en los cuerpos más afines y que se califican unos muy ávidos de otros, cesan y en manera alguna se manifiestan cuando la temperatura desciende hasta el límite inferior de los 200 grados centesimales bajo cero. Así se demuestran los enlaces íntimos y las estrechas relaciones que ligan las propiedades todas de los cuerpos, no sólo con la composición y estructura de sus moléculas, sino también con el medio en que se consideran, con su manera de existir, dependiente en último término de una multitud de condiciones, que en su mayoría nos son todavía completamente desconocidas. Viene á demostrarlo así el curiosísimo hecho apuntado, el cual establece algo como la generalidad de un principio que el mismo Pictet estableciera no ha mucho en sus experimentos acerca de lo que él ha llamado con cierta propiedad método general de síntesis química, y se traduce, conforme queda más arriba apuntado, por la ausencia total de las manifestaciones de la afinidad química, cuando las substancias que deben reaccionar hállanse colocadas en un medio térmico adecuado y es en ellas imposible toda manifestación de la energía, en cuya virtud pudieran contraer determinadas alianzas.

Si notable es el hecho relativo á la fosforescencia, todavía lo es en mayor grado el experimento de la cristalización del cloroformo, ya que, actualmente cuando menos, su explicación no cabe dentro de las doctrinas corrientes en la ciencia. Es el caso que enfriando el líquido de que se habla á cosa de 68 grados bajo cero, cristaliza de manera perfectísima y en formas regulares bien determinadas, siendo este excelente medio de purificarlo, ya que en las aguas madres, en cuyo seno los cristales se forman, quedan todas las impurezas. Recogidos los cristales del cloroformo y enfriados á 81 grados bajo cero, obsérvase, no sin sorpresa, que el cloroformo se funde y liquida,

contra todas las previsiones de la teoría, puesto que es el único cuerpo de los hasta ahora conocidos y estudiados que sin presentar el fenómeno de la sobrefusión es sólido á una temperatura y se liquida á otra más baja. Raoul Pictet quiso explicar el hecho acudiendo á una hipótesis que su peregrino genio le ha sugerido estudiando las circunstancias de esta verdadera anomalía: la naturaleza del cuerpo que la presenta y su estructura química, considéralas como factores importantes, aunque no tanto como la radiación que á tan bajas temperaturas se presenta. La tan fecunda hipótesis ó doctrina del éter, utilísima para explicar los fenómenos físicos, fué también indicada y se atribuyó á los cuerpos enfriados hasta grado tan bajo gran poder diatermano y una transparencia casi perfecta para los rayos térmicos. Mas esto, si como primera y provisional hipótesis puede pasar, no debe admitirse como definitiva, que un hecho aislado no puede constituir doctrina, aunque el fenómeno tenga toda la importancia del que dió á conocer Raoul Pictet y la teoría llegue á aquellos términos de lo que ha dado en llamarse la radiación del frío, bien patentizada en este y en otros muchos casos.

Dentro de la pura especulación científica es todo lo apuntado estímulo para nuevos progresos y mayores adelantamientos en el camino de explicar y comprender el admirable mecanismo de los fenómenos naturales y la sencillez de las leyes por que se rigen. En el terreno de la aplicación, son hechos adquiridos, comienzo de nuevos trabajos; pues es menester no olvidar como gracias al mismo Raoul Pictet es hoy el frío una industria adelantada, que permite realizar muchas cosas útiles y consiente llegar muy adelante en el camino de las aplicaciones prácticas, que de esta suerte se dan la mano y se enlazan con los principios más elevados y trascendentales de la ciencia de las combinaciones químicas.

José Rodríguez Mourelo



Fatigosa jornada, grupo escultórico de Félix Pardo de Tavera

(Salón de París)

LOS CIGARRILLOS DE TE

Si hemos de dar crédito á lo que dice el *Canell's Saturday Magazine*, la última palabra de la moda inglesa consiste en fumar cigarrillos de te verde: un gran número de adeptos de esta nueva moda pertenecen á la alta sociedad de Londres. Un médico que ha tenido ocasión de cuidar enfermos de neurastenia y de insomnios ocasionados por esta nueva costumbre afirma que una escritora inglesa, cuyas novelas obtienen actualmente el mayor éxito, fuma, mientras trabaja, de veinte á treinta cigarrillos de te diarios. En la mesa de otra gran señora muy conocida se fuman cigarrillos de te después de comer; tres actrices muy en boga ofrecen dos veces por semana *five o'clock smoking tea*, y en Kemington, barrio aristocrático de Londres, se ha fundado un club con el mismo objeto. Un fumador de te consume unos 900 gramos semanales de la aromática hierba.

Esta nueva manía, para no darle otro nombre más duro, se desarrolla con tal rapidez que muchos vendedores de tabaco ofrecen actualmente á sus clientes paquetes de cigarrillos de te. De suerte que hoy la humanidad viciosa puede envenenarse con el alcohol y el éter en bebida, la morfina en inyecciones, y el tabaco, el opio y el te en fumigaciones.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

Derecho civil transitorio, por *Mariano de Linares Díez*. – Toda nueva legislación trae consigo un período de derecho transitorio para los casos que no entran de lleno dentro de sus preceptos, durante el cual ha de seguirse aplicando la ley antigua. Saber cuándo debe aplicarse el derecho derogado constituye uno de los problemas más difíciles de la ciencia de la legislación. A facilitar la solución de este problema se encamina el libro que nos ocupa: el Sr. Linares Díez, abogado del Estado y de los ilustres colegios de Madrid y de Burgos, estudia minuciosamente todas las reglas generales transitorias del Código Civil, haciendo de cada una de ellas y de todas en conjunto una crítica imparcial y perfectamente razonada, que ha de facilitar grandemente la comprensión de los preceptos en aquel cuerpo jurídico contenidos. Este libro es sólo la primera parte, la teórica, de la obra que tiene en proyecto su autor; la segunda será de carácter práctico y estará dedicada á la aplicación de las reglas transitorias del Código al derecho nuevo establecido en el mismo Código. Impresa en Burgos la obra del Sr. Linares Díez, véndese al precio de 4 pesetas.

Cuentos amorosos, por *Emilio Fernández Vaamonde*. – Hombres y mujeres de antaño, por *Emilia Pardo Bazán*. – Forman parte estos dos tomos de la acreditada Biblioteca Diamante que publica en esta ciudad el conocido editor señor López. Como su título indica, el libro del Sr. Vaamonde es una colección de cuentos que tienen por elemento principal el amor: todos son á cual más interesantes, están muy bien escritos y cada uno de ellos constituye un estudio psicológico, especialmente de algún tipo femenino. En cuanto al de la Sra. Pardo Bazán, ¿qué elogios podríamos dedicarle que no los lleve aparejados el nombre de su ilustre autora? Con indicar los títulos de los cinco trabajos que contiene, y conociendo, como todo el mundo conoce, la competencia de la célebre escritora para esta clase de estudios, habrá suficiente para excitar el interés de nuestros lectores: son aquéllos, *D. Francisco de Quevedo, Lope de Vega Carpio, Juana la Loca, Episodio de la vida de la Du Barry* y *La Venerable de Agreda*. Cada tomo, como todos los de la Biblioteca, se vende al precio de dos reales.



ISLA DE CUBA. – Vista del muelle de Manzanillo

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 30 de marzo de 1896 — Núm. 744



VISITA PIADOSA, cuadro de E. Limmer

ADVERTENCIA

Con el número último hemos repartido á nuestros suscriptores el tomo de la **Biblioteca Universal**, el primero de la serie de 1896, que es la preciosa novela de la popular escritora alemana Eugenia Marlitt, titulada *La princesita de los brezos* é ilustrada con profusión de grabados y cromos.

Aquellos de nuestros suscriptores que no lo hubiesen recibido pueden reclamarlo de los repartidores ó de nuestros corresponsales.

SUMARIO

SEMANA SANTA

Los que tienen el mal gusto de pasarse en Madrid estos días señaladísimos entre todos los del año, no encuentran ninguna iglesia cuyas dimensiones, cuyo decorado y cuya majestad levanten el ánimo á la contemplación. Los templos matritenses son en general feos y reducidos, y carecen de esas artísticas maravillas que en las grandes catedrales españolas realzan el esplendor del culto é infunden religiosidad y mueven á contrición.

No soy, sin embargo, partidaria del viaje á Sevilla. Esta es la excursión de los que quieren pasearse y divertirse, no de los que anhelan recogerse y sentir hondamente la inmortal leyenda de la Redención. Al disponer la maleta para Sevilla, se piensa en la feria, en las seguidillas bailadas por piececitos andaluces, en el olor de los azahares y de las rosas, en los toros, en las carreras, en todo menos en las ceremonias de la austera Semana. A Sevilla va la *high life*, para volver á encontrarse allí juntos los mismos y las mismas que se reunían habitualmente en Madrid. Sevilla es lujosa y alegre, y su Semana Santa me recuerda, no sé por qué, un primoroso objeto de arte que tuve ocasión de ver en cierta colección y que no he olvidado jamás. Consistía en un crucifijo de admirable escultura, que al jugar un resorte se convertía en puñal agudo y brillador. La Semana Santa de Sevilla, con sus espléndidas é interminables procesiones, con sus Pasos y sus Nazarenos y sus Vírgenes y sus cofradías y sus melancólicas saetas, y á la vuelta de todo ello su feria regocijada y sus danzas sensuales y moriscas, y sus lances de amores y honor, evoca en mí la idea de ese crucifijo-puñal.

Las Semanas Santas graves y recogidas las encontraréis en Toledo, en Alcalá, en Sigüenza, en Santiago de Compostela, en Salamanca; en todas las ciudades donde, sobre el árbol añoso y venerado de la tradición, no ha prendido el injerto de la diversión á la moderna. Llegaréis á cualquiera de esos simpáticos pueblos viejos, y desde el primer instante comprenderéis que su centro, que su corazón es la catedral. Todavía, como en la Edad Media, las augustas bóvedas del gran templo dan sombra, calor y abrigo á la población y á sus habitantes. No es hora ya de que sirvan de baluarte y fortaleza á los defensores de la ciudad, si el sarraceno ó el francés la asaltan; pero moralmente, la catedral protege aún á los fieles, y les aguarda adornada, resplandeciente, cariñosa. Ya velen sus retablos esculpidos los fúnebres paños que hablan del espanto y terror del mundo cuando su Redentor expiraba en la cruz; ya se ostenten por claustros y bóvedas los tapices flamencos y las banderas y estandartes cogidos al enemigo en gloriosas batallas; ya se columpie el enorme incensario despidiendo chorros de humo aromático; ya el órgano solloce, ya eleve al cielo una melodía de esperanza y triunfo..., la catedral tiene siempre voces que nos llaman, formas para el sentimiento que no sabríamos expresar, y es verdaderamente la *Domus aurea*, el palacio de todos, la idea más democrática y más inspirada en la igualdad y la justicia que han conocido los siglos.

Los palacios que hoy se construyen y enriquecen con toda la magnificencia de las artes decorativas y suntuarias, sólo los ve el pueblo cuando el pobre artesano, ganándose su jornal, emploma el cinc en el tejado altísimo, ó ajusta el tarugo de fina madera al pavimento de mosaico. Si el artesano no va llamado para trabajos de su oficio, jamás traspasará aquellos umbrales. Las residencias de los monarcas están cerradas hasta para la clase media y para parte de la nobleza, y sólo la grandeza penetra allí. Las mismas casas particulares no son accesibles para mucha gente, y las costumbres hacen gradualmente más rigurosa la consigna del aislamiento. Obra de arte que ad quiere un particular, catadla perdida para el goce y la cultura del pueblo. Tal vez por eso el pueblo es cada día más indiferente al arte.

¿Y los museos?, decís. Los museos son las necrópolis del objeto de arte: cada sala, triple hilera de nichos. Recordad, cerrando los ojos, la impresión de un museo y la de una catedral, y comparadlas. En la catedral la obra de arte ocupa su sitio y tiene su razón de ser. El camarín tallado se hizo para la efigie milagrosa, y los trajes de rico tisú, las ajorcas cinceladas de gótica labor, los broches con el águila de rubíes, los mantos historiados, las coronas de argentería, forman el guardarropa y guardajoyas de la Virgen. Los sitiales de gran relieve, los facistoles de bronce, ¡qué hermoso conjunto presentan en el coro, y qué pena causa ver alguna de las soberbias sillas en una casa moderna, y considerar el destrozo que supone la desaparición de esos coros tan majestuosos, tan episcopales, tan seductores para el pincel del artista! Las verjas, cerrando misteriosamente las capillas ó desarrollando sus filigranas de hierro ante los altares, decoran de admirable modo el recinto; y la piedra, los mármoles, las maderas preciosas, la plata, el oro, la pintura, la orfebrería, uniéndose para embellecer y adornar á la catedral como á desposada en el día de sus nupcias, dan por resultado esa sinfonía incomparable de arte, que admira sin fatigar, que atrae sin deslumbrar, que penetra dulcemente, insensiblemente, por los sentidos y por el corazón, y causa, en vez del horrible calambre y de la neurosis aguda de los museos, un delicioso estado de plácido ensueño y de beatitud espiritual... En los palacios de Cristo; en las bellas catedrales españolas, las más engalanadas, que no tienen rival en el mundo, el complemento del espectáculo religioso es el pueblo. Humildes labriegos, vestidos con sus trajes regionales, arrodillados en primera línea, lo más cerca posible del altar mayor, prontos á besar el anillo del obispo cuando pase, nos dicen que allí es la mansión de la igualdad, que en la catedral á nadie se excluye, que para todos, y acaso más para los desheredados y los miserables, se acumularon maravillas, por espacio de siglos, en la *casa dorada* de Dios...

Este goce repito que no puede disfrutarlo el pueblo de Madrid. No es seguro que los hoy vivos duremos lo bastante para ver concluída la catedral dedicada á Nuestra Señora de la Almudena, y que por ahora no ha rebasado mucho de la cripta subterránea. Y cuando esa basílica moderna esté concluída y abierta al culto sin que falte ni la cuerda de una campana ni el roquete de un monaguillo, ya se notará la diferencia entre la *intimidad* de las catedrales viejas y la sequedad y el frío de las nuevas. En templos y en aristocracia no caben innovaciones; lo que da elaborado el tiempo es lo único que vale y sirve.

En Madrid la Semana Santa sólo ofrece una particularidad característica: que no circulan coches durante los dos días de Jueves y Viernes Santo. Ya se comprende cuánto se modifica el aspecto de la población quedándose á pie. Un silencio provinciano adormece las calles más bulliciosas y las que, no entarugadas aún, resuenan constantemente como yunques de fragua, al batir de los sonoros cascos y al estrépito de las ruedas. Los cocheros y los lacayos se pasan el año pensando en esos dos días de libertad y de reposo, que les compensan el ambiente helado de las largas esperas en las inmediaciones del teatro Real, el aburrimiento á las puertas de las casas donde se celebra la *soirée* ó el baile, las vueltas y más vueltas por el Retiro, la tarea de todo el año, sin domingos ni fiestas de guardar – porque el domingo es precisamente cuando más zarandeados suelen andar los coches. – ¡Dos días de asueto! ¡Dos días en que, si los señores quieren salir, lo harán como los demás mortales, á pata galana, pisando el duro adoquinado y rompiendo zapatitos!

Pues hasta contra la venerable costumbre de no enganchar el Jueves y Viernes se ha formado una corriente de oposición. Hay quien clama porque las comunicaciones no se interrumpan, alegando los negocios, las enfermedades, mil cosas que exigen circulación de tranvías y de carruajes. En cuanto á la mantilla y al traje negro y á la visita de estaciones y al paseo después, no es posible desconocer que tampoco prosperan. Temo que llegue á caer en desuso tan graciosa y típica costumbre. En los primeros años que siguieron á la Revolución de Septiembre, era sacramental vestirse de color, con mantilla blanca ó negra y fino calzado, el primer día, el Jueves; y de negro, con mantilla negra, el Viernes, bajando á lucir las galas á la Carrera de San Jerónimo y al Salón del Prado. La originalidad y el encanto de ese paseo, bajo un cielo azul y purísimo entre los primeros efluvios primaverales, con la provocativa gracia del tocado español, que ya tan raras veces puede verse y que hermoseaba hasta á las feas, era, es verdad, lo más contrario á las ideas de austero recogimiento que la Semana Santa debe infundir, pero á nadie escandalizaba, puesto que se apoyaba en la tradición, que todo lo cohonesta y hasta lo santifica. Se salía á la calle á ver mujeres, á sorprender el pie, á admirar el quiebro de las cinturas..., y ningún predicador lo censuraba, ni las bellas que eran ocasión de estos distraimientos y devaneos de carácter profano creían que su conciencia las obligaba á ocultar, como las limeñas, el fuego de sus ojos y la gallardía de su cuerpo bajo un manto amplio y encubridor. Así como se prepara el traje blanco ó rosa para el baile de Carnaval, se preparaba y cosía y estudiaba el negro de seda, quizás más incitante, para los días de Semana Santa...

Repito que esta costumbre desaparece. No diré que no salgan algunas niñas luciendo negras galas; no diré que no se vea alguna que otra mantilla de blonda; pero la mayor parte de las señoras se viste modestamente, oye los oficios temprano y se retira á su casa á almorzar, prefiriendo visitar las Estaciones por la tarde, sin aparato, sin dejar el sencillo atavío que las permite pasar inadvertidas entre la muchedumbre devota.

Los oficios á que concurre gente más escogida son los de las Ordenes militares. Hay en estos oficios esa atmósfera de evocación del pasado que conviene á las ceremonias religiosas. Por un instante los mantos blancos, los airosos birretes, las rojas cruces, la indumentaria arcaica de los caballeros causan una ilusión medioeval, algo que se parece á la que nos produce un drama romántico, *El Trovador* ó *Los Amantes de Teruel*. Veis desfilar, con solemne paso, á los mismos que días antes os hablaron alegremente el lenguaje de la sociedad actual, y os cuesta trabajo creer que son ellos, que no estamos en el siglo XVII. Aparte de estas ceremonias de la Semana Santa, el resto del año ni recordáis que existen las Ordenes militares, las de historia gloriosísima, las que fueron terror de los moros. Otro prestigio desvanecido, estas Ordenes militares tan artísticas y tan castizas, que sus recuerdos están escritos en las piedras de los más orgullosos castillos, en los blasones de las casas más ilustres. Hoy son únicamente honroso pretexto para ostentar un uniforme y arrastrar un manto, pues ya las Ordenes militares no guerrean, ni poseen los privilegios y fueros con que antaño se enorgullecían. Y sin embargo, reducidas á su estado actual, sujetas á la ley común, despojadas de su finalidad histórica, aún son bellas las Ordenes militares; todavía el recuerdo las dora, como dora el sol, al ponerse, un paisaje espléndido.

De lo que no es fácil decir cosa alguna es de las procesiones madrileñas. Cualquier ciudad de provincia lleva en esto ventaja á la corte. No hablemos de Sevilla: Toledo basta. Una procesión en las calles de Toledo es cosa digna de que la describan y la pinten. En Madrid las contadas y mezquinas procesiones deberían suprimirse, pues ni edifican ni conmueven. Si quieren aprender lo que es una procesión *estética*, sin lujo alguno, hasta casi sin imágenes, vean la de la Soledad, en mi pueblo natal. Es una procesión en que no figura sino la Virgen, envuelta en luengos paños de luto. Una sola espada, aguda y reluciente, se pone en su afligido corazón. Sobre el pecho se cruzan sus manos delicadas y amarillas, como reprimiendo la ola de lágrimas que quiere desbordarse. Es conmovedora esa imagen pobremente vestida, sin bordados, sin joyas, sin más que dos gotas de llanto que al desprenderse brillan á la luz de los cirios.

La procesión recorre la ciudad de noche y en silencio .. y lleva en sí toda la elegíaca y sobrehumana poesía de la Semana dolorosa.

EMILIA PARDO BAZÁN



LA VICARÍA

30 de marzo de 1870

Célebre cuadro pintado por Mariano Fortuny

En este día fué expuesto en la casa Goupil, de París, el celebérrimo lienzo conocido por *La Vicaría*, que Fortuny comenzara á pintar en 1869.

El génesis de este cuadro de pequeñas dimensiones, pues las figuras no alcanzan á veinte centímetros, revela claramente cuán distinta es la realidad vista por el vulgo y vista *á través de un temperamento* de artista; y revela asimismo cómo el ambiente artístico en que el artista se mueve, tuerce y trastrueca á las veces la visión de la realidad y su sentimiento. Para que lo dicho se justifique de un modo terminante, es preciso conocer un poco de la historia del cuadro de Fortuny á que me refiero.

No todos los lectores de La Ilustración Artística saben que en Madrid existe una calle que se llama de la *Pasa*. Hállase emplazada esta vía en el Madrid antiguo, desembocando en la famosa plaza de Puerta Cerrada y en la plazuela del Conde de Miranda. Realmente, por ese lado todavía ofrece hoy la villa y corte, y en el año de 1869, en que Fortuny se vió obligado á conocerla, mucho más, cierto carácter del Madrid del pasado siglo, con sus palacios de ancho portal con balcón central voladizo y escudo de armas, con sus iglesias de aspecto triste, desnudas de todo pecado de lujo arquitectónico, y sus casas de adobes y anchas rejas, con puertas de cuarterones pintadas de color azul claro y al temple. Esto en cuenta para venir luego en conocimiento de interesante detalle de los que debieron concurrir á dar especialísimo carácter al cuadro del célebre pintor reusense, sigo mi relato.

En la citada calle de la Pasa y hacia el centro de ella, hay un semipalacio que á cien leguas trasciende á morada que debieron haber habitado caballeros de peluca con polvos de almidón y zapato con hebilla, y damas de corpiño de raso, con la cintura debajo de los brazos y el escote dos dedos más arriba de la cintura. En ese semipalacio está instalada hace más de medio siglo la Vicaría, y Fortuny hizo varias visitas á dicha oficina con motivo de su casamiento con la hija de D. Federico Madrazo.

Que de esas visitas surgió en el genial pintor la idea de pintar un cuadro que representara el momento en que firman los novios los capítulos matrimoniales, no cabe duda alguna; pues además de asegurarlo así algún biógrafo del gran artista reusense, yo he podido ver varios apuntes de éste, tomados del natural y hechos con lápiz, mientras esperaba en las salas de la Vicaría el despacho de su *expediente* de matrimonio.

Pero ya dentro de la casa-vicaría, nada trae á la memoria el siglo pasado ni los comienzos de éste. Todo es allí vulgar, desde los empleados, seglares en su mayor parte, que visten la burguesa americana y los oficinescos manguitos de sarga negra, hasta los muebles, consistentes en sillas de las llamadas de Vitoria, mesas de pino pintadas y anaqueles de pino también, cargados de papelotes y legajos. Y la gente..., un abigarrado conjunto de blusas, de chaquetas, de pañuelos mantones, de levitas y de sombreros con plumas y lazos de colorines que apenas se advierten, gracias á la menguada luz que hay en aquellas oficinas. Mas con todo esto, Fortuny tan sólo tuvo en cuenta el acto de la ceremonia; y su genio, apreciando y observando en las distintas gentes que desfilaban ante él por las salas del semipalacio de la calle de la Pasa los distintos afectos que las embargaban, pudo componer *in mente* el cuadro que debía darle fama imperecedera; pero trasladando la acción á otros días, en los cuales la indumentaria y la decorativa y aun las costumbres se prestasen al lucimiento de su riquísima paleta.

El primer boceto, según me refirió más de una vez el pintor catalán Sans y Cabot, director del Museo Nacional por la fecha del segundo viaje de Fortuny á Madrid, era bastante distinto en su disposición del cuadro que conocemos. No figuraban toreros, y sí gentes del pueblo, con sus capas y sombreros redondos; ni el lugar de la escena era suntuoso, ni existía aquella verja que es copia de la de la catedral de Granada. El boceto así dispuesto lo llevó á Roma. En esta ciudad comenzó Fortuny el cuadro, y en los primeros días de julio de 1869 se trasladó á París, y allí continuó la obra. Mas yá en París, el ambiente frívolo y elegante de aquella capital, la brillante sociedad de artistas y *amateurs* que le rodeaba, el gusto y el sentido franceses respecto de nuestras costumbres, y por otro lado las exigencias de un mercado que transige con todas las falsedades imaginables mejor que con la verdad, especialmente si ésta no allega á los sentidos algo que le halague y satisfaga, fueron motivo en gran parte á obligar á Fortuny para que variase por completo su cuadro, aderezándolo, como dice el malogrado Yxart, al gusto de los franceses, y acomodándole hasta cierto punto á la opinión convencional que tienen formada de España. He aquí por qué al comienzo de esta *efeméride*, como la historia de este cuadro revela, digo que el ambiente en que se mueve el artista tuerce y trastrueca á las veces la visión estética y artística de la realidad y su sentimiento.

Por lo demás, *La Vicaría* será siempre una obra inmortal. Podrá Fortuny, mirado á la luz de una crítica justa y desapasionada, descender algunos escalones del lugar en que le colocó la fama; pero por su cuadro citado habrá de mirársele y considerársele como pintor originalísimo, como observador profundo de la naturaleza humana, como maestro en el tecnicismo y verdadero revolucionario de la paleta. Todas estas condiciones atesora el cuadro *La Vicaría*. Salvo la incongruencia de los trajes de los toreros y lo del demandadero de las *ánimas* y la de algún otro personaje y accesorio, en esta obra primorosa figuran las clases más típicas de la España del siglo pasado; así que bien pudo decir Gauthier que «era un boceto de Goya retocado por Meissonier.»

Aun cuando muy sabida la anécdota que voy á referir, sin embargo, por la calidad histórica de estos artículos creo deber mío recogerla. Sabido es que Fortuny, gran amigo del autor de *La retirada de Rusia*, terminó *La Vicaría* en el taller del célebre artista francés. Hallábase una mañana Fortuny luchando con la torpeza del modelo que le servía para pintar la figura del militar que forma en la comitiva, cuando Meissonier, incomodado con aquel hombre que no sentía el personaje, le manda retirarse, y vistiéndose el largo levitón verde y las botas de montar y ciñéndose el corvo sable, se colocó en posición y estuvo inmóvil durante largas horas delante de Fortuny. Como de costumbre, acudían visitantes al taller del insigne pintor; pero al verle inmóvil y silencioso, ocupado en prestar á su amigo aquel servicio, íbanse sentando, sin atreverse á dirigirle la palabra; mas uno, menos escrupuloso, avanza hacia Meissonier y comienza á hablarle de un asunto. Meissonier, sin mover siquiera la cabeza, corta la palabra al importuno, diciéndole: *Escusez-moi: je pose pour M. Fortuny.*

Otro incidente concluyó de poner el sello á la admiración que por Fortuny sentían sus amigos de París. Cuenta el barón Davillier, que casi en punto de terminar *La Vicaría*, observó el artista que hacia la parte superior de la tabla (el cuadro está pintado en tabla) se ahuecaba la pintura. Inmediatamente comprendió que aquello obedecía á la existencia de una polilla. Sin vacilación de ningún género clavó en el lugar sospechoso un buril y pudo cerciorarse de que era verdad su presunción; pero que no se limitaba á sólo aquel punto el daño, sino que en línea recta bajaba el rastro hasta el centro del grupo principal. Con exquisita habilidad y con asombro de Meissonier y de otros artistas, Fortuny cortó el trozo dañado, y acoplando otro nuevo restauró de tal modo la pintura, que ni aun los que presenciaron la amputación pudieron luego reconocer el lugar de ella.

Expúsose este cuadro en la *Maison Goupil* el día 30 de marzo de 1870, según refiere la revista *L'Art*. La admiración, la explosión de entusiasmo que produjo en el mundo artístico fué inmensa. Los principales críticos parisienses dedicáronle profundos estudios y artículos encomiásticos. Entonces fué cuando Gauthier escribió lo siguiente: «Esta pintura tiene toda la pureza y frescura de tono de un apunte y el acabado de una obra maestra de las más preciosas. Al lado de trozos tratados con sin igual franqueza, se advierten detalles de una finura extraordinaria. La idea más justa que se puede dar de esta *tela* (!) singular, es la de que *parece un boceto de Goya retocado por Meissonier.*»

En *La Vicaría*, como en otros cuadros de Fortuny, aun cuando, como observa el malogrado Yxart, no se vea en la generalidad de ellos el *asunto*, bien sea dramático, cómico, picaresco ó sentimental, sin embargo, existe algo como una sonrisilla burlona, casi epigramática, que si no brota á sabiendas de la intención, se revela inconscientemente: véase, si no, en *La Vicaría*. El novio viste traje de color de *lila*, la no-



Composición y dibujo de J. García Ramos



EL JUEVES SANTO EN TOLEDO, composición y dibujo de Vicente Cutanda

vía mostrando amplio escote, que hoy sería considerado como *incorrecto*, especialmente en una desposada jovencita, se desnuda con remilgos de coqueta el guante; el escribano eclesiástico es un tipo altamente cómico, con sus gafas en la punta de las narices y su gorro negro con borlita; la mamá, de muy buen ver, gimotea, y la arrogante moza que se ve entre el grupo donde figura el militar, lanza provocativa mirada al buen mozo, ciñéndose con tal brío la estrecha falda de *medio paso*, que se le dibujan admirablemente desde el vientre y los muslos hasta la punta del breve pie. Y no digamos de aquel matrimonio de la clase baja, en que hace de marido un viejo verde, vestido de colorines, y de desposada una manola hermosa de rompe y rasga, con su falda amarilla y sus blondas, que ríe, mientras extiende las torneadas piernas para montar un pie sobre otro, las chanzas que le dice aquel chispero joven que aparece detrás de ella mirando con insolencia á la comitiva señoril.

Comprado este cuadro por Goupil en 70 000 francos, fué adquirido más tarde por una dama galante que figurara durante bastantes años como íntima amiga de Napoleón III y de un célebre diplomático. Hoy la obra maestra de Fortuny pertenece á los herederos de dicha dama.

R. Balsa de la Vega

UNA SEMANA SANTA DE HACE DOS SIGLOS

(avisos de la corte)

De Madrid, jueves, 3 de abril

Espléndido se ha mostrado el sol en este día, que á no dudarlo el padre de la luz estaba ganoso de presenciar el boato que ha desplegado el rey más galán y fastuoso del orbe para solemnizar el mayor de los misterios de nuestra sacrosanta religión.

Después del retiro que, llevado de su mucha piedad, se había impuesto recluyéndose con su augusta familia desde el viernes á los reales aposentos de San Jerónimo, en la tarde de ayer miércoles hizo su entrada en la corte el rey nuestro señor, con gran contentamiento de sus vasallos, que viendo en su gallarda persona el más firme sustento de esta vasta monarquía, no pierden ocasión de mostrarle su amor y de hacerle ver la alta estima en que tienen sus prendas.

De este júbilo dícese que no han participado en tanta medida los reverendos de Atocha, que contando con que á su casa asistirían SS. MM. á las tinieblas, se han creído desairados con la preferencia que el monarca dió por esta vez al templo real de la Almudena, que tal vez por su mayor proximidad al Alcázar fué el elegido.

En él era tal la aglomeración de gentes, que al abrir las guardas calle á las reales personas, hubo no escaso número de heridos, y no pocos fieles fueron á dar con sus huesos en la cárcel de corte, acusados de haber tenido más listas las manos para registrar faltriqueras que los ojos para admirar las galas de que se había adornado el templo.

No fué, sin embargo, esto, que por ser moneda corriente en nadie causó asombro, lo que aguó la fiesta. Otro incidente, que por haber sido muy comentado no se ha de pasar en silencio, fué lo que hizo que terminara desabrida y punto menos que solitaria una solemnidad religiosa que comenzó tan animada y concurrida.

Poco después del primer salmo, la reina nuestra señora sufrió un desvanecimiento que casi la privó de sentido, y aunque su religiosidad nunca desmentida, una vez desvanecido el sopor, la hiciera instar á todos á permanecer en la iglesia, siquiera hasta la terminación del comenzado nocturno, el rey, galante siempre, la acompañó al Alcázar, de donde ya no volvieron á salir.

Los más dieron por causa al incidente el sofocante calor producido por las luces, y aun hubo quien tuvo el síncope por venturoso nuncio de nueva sucesión; pero como en parte alguna faltan lenguas maldicientes, éstas dieron otra significación al lance.

Sabida es la costumbre que tienen los lindos al uso de hacer en este día obsequio á sus damas de matracas de ricas maderas embutidas de oro, plata, marfil y otras materias preciosas con que armar ruido en los templos. El rey, á fuer de galán, había hecho á su augusta esposa presente de una de estas máquinas, verdadera joya, en que por haber puesto mano los más renombrados plateros recién venidos de Italia, parecía no poder tener rival en el mundo; y esta circunstancia había llenado de legítimo orgullo á la que con él comparte la soberanía de estos vastos reinos.

Dícese, sin embargo, que el contento de tan augusta señora se vió turbado desde el momento mismo en que penetró en el templo, por ver que muy cerca de su estrado tenía almohada cierta dama á quien es fama que el gran Philipo galantea, no por cierto con desabrida fortuna. Sin embargo, casi es seguro que habría disimulado su enojo, á no haber reparado que la susodicha, con descoco inaudito y con objeto manifiesto de hacer más público lo que para nadie es secreto, mostraba en la mano una matraca que, por ser de mayores primores que la de nuestra soberana, harto claro revelaba la alteza de su origen.

La reina entonces, sin ser dueña de sí, hizo menudas piezas la suya, y acudiendo copiosas lágrimas á sus ojos, se vió tomada del desmayo de que ya se hizo mérito.

De esto será lo que quiera. El rey es mozo y galán, y aunque la suerte le unió con quien á nadie cede ni en virtud ni hermosura, la juventud es indómita, y más fácil es vencer luteranos y hugonotes que domar los fieros de una sangre bullidora é inquieta.

El hecho es, que si tormenta hubo, los primeros albores del día la disiparon, y hoy jueves ambos monarcas han asistido á los Divinos Oficios al convento de Descalzas Reales, donde no se ha sabido que admirar más, si los armoniosos sones de una orquesta digna en todo de los oídos que la escuchaban, ó la artificiosa traza del monumento con que las alcurniadas madres han logrado hacer la más bella apariencia del sublime misterio que hoy se conmemora.

Los reyes, terminado el Oficio, fueron obsequiados con un agasajo en que, sin quebrar los preceptos del ayuno, pudieron paladear las delicadas garapiñas y las sabrosas aguas de limón, canela y bergamota, que tan alta nombradía de hábiles reposteras ha dado á las religiosas. Su Majestad mostró tal pena por no hacer brecha en las salsillas de mermeladas y jaleas que se ofrecían á sus ojos, que la superiora prometió que en la mesa de hoy correría á cargo del convento toda la parte de la confitura, y que nuevos regalos al paladar podría ofrecer si los augustos huéspedes honraban el *sarao á lo divino* con que la comunidad ha de festejar el Domingo de la Resurrección.

El rey, no sólo aceptó con su cortesanía habitual el ofrecimiento, sino que se comprometió á ser pareja de la superiora en la *zarabanda mística* con que se rompiera el baile.

Con esto, y después de admirar los ricos tapices y reposteros con que se había engalanado el claustro bajo, salieron SS. MM. del monasterio para asistir en el Alcázar al *Lavatorio*, donde fueron agasajados largamente los doce pobres elegidos, entre los que el rey distinguió con palabras de afecto á un antiguo alférez de los tercios viejos, que después de servir desde los tiempos del Sr. D. Felipe el segundo, lisiado de un tiro de arcabuz, pide hoy limosna en las gradas de la Victoria.

Por la tarde, después de oído el *Sermón del Mandato* en la Real Capilla, salió la corte con pública ostentación á visitar los sagrarios, siendo tal el lujo que en su atavío y servidumbre desplegó el condeduque que, aunque el rey iba bizarro en extremo, vestido de leonado con aforros de color perla y randas y sobrepuestos de plata pasada, hubo de decir con sin par donaire á uno de sus sumilleres:

—La mitad por lo menos de los memoriales que se recojan los proveerá de su bolsillo Olivares; que por lo visto anda con más holgura su casa que la mía.

La carrera no se señaló por incidente alguno notable, puesto que aunque en dos ó tres ocasiones la ostentosa comitiva estuvo á punto de verse rota por las oleadas de la plebe puesta en confusión, á tal incidente, repetido todos los años, no dan valor sino las gentes sobrado espantadizas. Cierto es que por irreverente pudiera pasar que los puestos de bebidas y golosinas obstruyan la puerta de los templos y den ocasión á que las destemplanzas de la embriaguez turben el recogimiento devoto que el día pide; pero la costumbre es costumbre, y hay que respetarla en evitación de mayores males.

Más de lamentar fué otro suceso que, llenando de consternación el ánimo de S. M., hizo que se retirase á su real morada antes de ponerse el sol.

Cuando se dirigía á Santo Domingo, que este año se ha visto concurrido como nunca por estrenar monumento, regalo del señor inquisidor general y traza del sevillano Diego Velázquez de Silva, gran bulto de gente que salía precipitadamente de la iglesia gritando: «¡Profanación, profanación!,» detuvo el paso de S. M., quien buscando refugio en las casas que habita un hijo del conde de Fuentes, mandó persona que se informara de lo ocurrido en el templo.

Esto, á lo que de público se decía, fué como sigue: A cierto consejero de Portugal, hombre de tan alta prosapia como entrado en años, hale ocurrido ha poco tiempo la idea de dar su ya sarmentosa mano á cierta doncellica á quien, no por lo que parece perdiendo su tiempo, recuestaba de amores un mayorazgo más sobrado de mala fama que de buena hacienda. El mozo no debió quedar satisfecho con gozar á medias lo que por entero pretendía, y hoy, aprovechando la confusión del mucho gentío y sin respeto á la santidad del lugar, arrebató á la esposa del brazo del propio marido y se dirigió desde cerca del presbiterio á la puerta de la iglesia, ganoso sin duda de poner en cobro su presa.

Esto hubiera conseguido si algunos criados del consejero, más avisados que su amo, viendo el juego no hubieran querido cortarle el paso, no sólo dando descompuestas voces, sino poniendo mano á las dagas. Al mozo no debía faltarle tampoco quien le guardara las espaldas, puesto que en breve espacio, donde todo era antes recogimiento y oraciones, sólo se escuchaban votos y porvidas mezclados al chocar de espadas y á los lamentos de los no pocos heridos que con su sangre manchaban las losas de la Casa del Señor.

Más de media hora tardó en ponerse remate al tumulto, cayendo, no sin trabajo, en manos de la justicia los causantes de él. Dícese que el templo se cerrará hasta que sea de nuevo purificado y que los culpables pagarán en la horca su delito. Dios nuestro señor sobre todo.

El rey ha tomado tal pena del suceso, que hay quien pretende que excusará su presencia en los balcones del Alcázar al paso de la *Procesión del Santo Entierro* que, como es uso, saldrá mañana. Aunque esto suceda, no por ello se verá menos concurrida la carrera, que sastre hay que lleva ya velando más de tres semanas por terminar ropillas y saboyanas que han de lucirse en el tránsito, y damas y galanes no renunciarán á ser vistos en día de tanta gala, suceda lo que suceda.

De todo informaré más por menudo en otra estafeta; que como es fácil que vengan tiempos en que la herética pravedad traiga consigo el descreimiento, bueno es que documentos escritos muestren á las generaciones venideras cuánta es la piedad de este siglo, que ha de ser citado para gloria nuestra, si no como espejo de buenas costumbres, como dechado de intachable fe y de sincera religiosidad.

Angel R. Chaves

LA SEMANA SANTA

EN SU ASPECTO ESTÉTICO

Que en las solemnidades religiosas de la Semana Santa quepa una parte muy principal al Arte, es cosa que sólo pueden negar las almas vulgares, que no penetrando en el sentido íntimo de lo que el culto cristiano ostenta en estos días de tan bien ordenados ritos, únicamente ven en ellos un tradicional espectáculo en ocho mortales jornadas, más ó menos desfigurado por la rutina, la negligencia y aun á veces por la poca dignidad de los actores. Bien sé que están muy distantes de pasar por gente *del montón*, como se dice ahora, muchos que ampliamente dotados de privilegiadas facultades intelectuales, niegan sin embargo el interés estético de la semana consagrada por la Iglesia desde los tiempos apostólicos á honrar los misterios de la Pasión y Muerte de Jesucristo, y á recordarlos á los fieles por medio de los oficios y ceremonias al efecto establecidos; pero éstos para mí sólo son *vulgo provisional* é *interino*, porque si no carecen de buena fe, en cuanto se les presente la ocasión de considerar detenidamente esos oficios y ceremonias y de iniciarse en la significación de sus símbolos y misterios, de seguro mudarán de parecer.

Sí; gran interés estético, gran copia de bellezas de concepto y de forma, literaria y artísticamente consideradas, ofrece la Semana Santa á toda alma dotada de delicados sentimientos y de cierta elevación de ideas. No las apreciamos porque las vemos generalmente mal presentadas, y nos sucede con ellas lo que con una hermosa colección de cuadros abandonada al polvo y las telarañas en un desván de mala luz, ó con una soberbia tragedia leída por un niño tartamudo. Desde nuestra infancia estamos viendo esos oficios enteramente desfigurados, celebrados por virtuosos, pero muy indulgentes párrocos, que aunque inmunes á nuestros ojos por su sagrada investidura, son reos de lesa estética por el descuido con que miran lo que atañe á la posible perfección de la forma, dentro de lo humano, en cuanto se refiere á la adecuada decoración del templo, al mobiliario sagrado, á la indumentaria de los ministros — preste celebrante, diácono y subdiácono — turiferarios, acólitos, cantores, músicos; á la compostura y pulcritud, y hasta al paso mesurado y semblante sereno de cuantos toman parte en tan augustas ceremonias, vigilando particularmente por que no falten nunca la debida decencia en las personas y la regularidad y precisión en todos los actos de la sagrada liturgia.

Nadie es capaz de prever los efectos que á la larga pueden producir en el corazón y en las ideas de una criatura sensible, que abre por primera vez los ojos al mundo de la realidad; de una tierna educanda, por ejemplo, recién salida de un colegio de religiosas timoratas y pulcras, el espectáculo de un oficio de Domingo de Ramos cantado en una pobre y destartalada iglesia por un cura ordinario que lanza berridos de sochantre hiposo, con la cara sin afeitar, la cabeza llena de remolinos de pelo, las manos con las uñas de luto y las yemas de caoba, la capa pluvial medio caída por detrás descubriendo en el cogote un palmo de alba sucia, y los zapatos despellejados. Cuando ese cura dice la antífona: *Rocíame, oh señor, con hisopo, y seré limpio; lávame, y quedaré más blanco que la nieve*, una voz secreta, tal vez la de algún diablillo retozón y maligno, murmura al oído de la tierna doncellita: *¡buena falta le hace!*

¡Ah! Si yo fuera rey absoluto de un pequeño Estado muy homogéneo y muy culto, como, por ejemplo, la Baviera de cuarenta años atrás; si pudiera yo disponer de auxiliares como los que tuvo incondicionalmente á sus órdenes el rey Luis I, bajo cuyo sabio protectorado tanto florecieron las artes, ¡qué oficios de Semana Santa se celebrarían en mis dominios! Ya me dirían entonces los indiferentes á la estética del culto católico si puede haber ó no grandes bellezas en esos oficios que ellos de buen grado mandarían suprimir por anticuados. En primer lugar, tendría yo una catedral, no como las de León, Burgos, Toledo y Sevilla, excesivamente lóbregas y excesivamente grandes para mi propósito de erigir un escenario adecuado en que poner de manifiesto con toda claridad hasta las más pequeñas peripecias y accidentes de la divina epopeya de la Pasión y Muerte del Redentor. Mi catedral sería recogida y luminosa, de estilo italiano, como la iglesia de San Luis de Munich ó como la basílica de San Clemente de Roma, pero toda decorada con pinturas al fresco ó con mosaicos ejecutados por los más insignes artistas. Los altares, los ambones, el mobiliario del presbiterio, del coro y de la nave; las vestiduras sacerdotales, todo había de ser del más exquisito gusto: objetos de mármol, bronce ó madera, de mala forma, paño que formase malos pliegues, no se verían en mi iglesia. Ni celebrarían en ella clérigos de mala catadura, porque los ministros del altar, el preste, el diácono, el subdiácono, cuantos intervienen en los sagrados oficios, inclusos los cantores, los sacristanes, los monaguillos, etc., serían por mí escrupulosamente escogidos, de manera que entre ellos no hubiese uno solo de aspecto desagradable. La música sería exclusivamente de órgano ó de instrumentos de cuerda; trompas y clarines y demás instrumentos bélicos no entrarían en mi iglesia, como tampoco admitiría entre los cantores y coristas voces de soprano ni de becerro. Así lo que se canta como lo que se dice en tono de rezo, había de acentuarse y de articularse con la perfección debida, sin atropello ni farfulla, para que el pueblo todo lo percibiese clara y distintamente.

Y no ganaría solamente la estética del culto en que éste se celebrara de una manera digna y adecuada, sino que los mismos misterios que en la Samana Santa conmemora la Iglesia adquirirían entre el pueblo una significación y una importancia de que hoy carecen con gran perjuicio suyo. Porque las enseñanzas que se desprenden de las oraciones, salmos, profecías, lecciones, cánticos y pasajes de los Evangelios que en estos días santos se rezan ó se entonan, son para él enteramente perdidas, y los sublimes dogmas (sin cuya fe no hay salvación) figurados en las ceremonias simbólicas que en estos días se recuerdan, son arca cerrada para los entendimientos á quienes no se consiente percibir con claridad las explicaciones que dan de ellos los sagrados textos, relatados precipitadamente y sin sentido.

Hay que tener presente que las enseñanzas que estos días nos da la Iglesia de Jesucristo son más difíciles de aprender cuanto más se apartan de las sugestiones propias de la naturaleza humana. No es maravilla hacer un poema que cautive la atención y gane la voluntad, con la vida de un héroe en quien, á medida que se acumulan los triunfos, crecen la gloria y la fortuna; pero es superior á la razón del hombre que exista una divina epopeya en la cual el héroe vaya al triunfo y á la gloria por el camino de la abnegación, de la humildad, del propio sacrificio, del oprobio y de la ignominia, y sin embargo esta es la epopeya de Cristo: esta la sublime enseñanza de una doctrina nunca revelada al hombre en los tiempos antiguos, y por lo mismo tan contraria á las naturales sugestiones y tendencias y tan difícil de aprender.

Esta hermosa y divina epopeya comienza con la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén, montado en un jumentillo, símbolo de la humildad, que ha de ser el alma de los triunfos del cristiano. ¡Qué conmovedora sencillez la de las oraciones que se dicen durante la bendición de los ramos! «¡Oh Dios!, que reunes lo que está disperso y reunido lo conservas, que bendeciste á los pueblos que salieron con ramos á recibir á Jesús: bendice también estos ramos de palma y de olivo que tus siervos reciben fielmente en honor de tu nombre, para que consigan tu bendición los habitantes de cualquier lugar en donde fueren colocados, y ahuyentada toda adversidad, proteja tu diestra á los que redimió Jesucristo.»

«¡Oh Dios!, que mandaste á la paloma anunciar la paz á la tierra con un ramo de olivo: suplicámoste que te dignes santificar con tu bendición celestial estos ramos para que sirvan á la salvación de todo tu pueblo.»

Los oficios del Lunes y Martes Santos son un vivo y tierno compendio de la Pasión y una continua exhortación á los fieles á no gloriarse sino en la Cruz. El día en que propiamente empieza el gran duelo de la Iglesia es el Miércoles Santo, porque en él se congregaron los príncipes de los sacerdotes, los escribas ó doctores de la ley, los ancianos y magistrados para deliberar sobre los medios de prender á Jesucristo, y en él se decretó su muerte. Recuerda la Iglesia la mansedumbre de Jesús y cómo se entregó al sacrificio por el linaje humano, recitando la lección de Isaías (cap. III): «fué herido por causa de nuestras iniquidades y macerado por nuestras maldades... Como oveja que llevan á la muerte, del mismo modo será conducido; como cordero delante del esquilador, enmudecerá y no abrirá su boca.» El Jueves Santo fué en todos los tiempos uno de los días más solemnes de la Iglesia á causa de los grandes misterios que en él se obraron. *Día de los misterios* le llamaban los griegos y los demás pueblos del Oriente. En sus ceremonias se compendian: la humildad de Jesucristo, en el *Lavatorio de los pies;* su amor incomparable, en la institución del Sacramento de la *Eucaristía;* la primera oblación de Jesús en aras de este amor, en la *Oración del huerto* y su sangrienta agonía; su voluntario sacrificio, en el *Prendimiento*. Los salmos que se cantan en este día son de una belleza incomparable, y en la traducción del *Cántico de Moisés*, tomado del cap. XV del *Exodo*, se han ejercitado las plumas de nuestros más grandes poetas. Superiores á todo elogio son por otro lado, considerados como trozos, ya de tierna, ya de alta é inspirada poesía, el himno *Pange lingua*, con que el Santísimo es depositado en el Monumento; el *Magníficat* que se canta en las Vísperas, y ese hermoso vuelo del corazón, abierto á la más dulce esperanza, que lleva el nombre de *Cántico de Simeón*.

Sería interminable nuestra tarea si hubiéramos de reseñar todas las bellezas de forma y de concepto atesoradas en las augustas ceremonias que siguen á las del Jueves Santo hasta el día de la gloriosa resurrección del Señor. Muy frío de imaginación ha de ser quien oiga sin estremecimientos las tres lecciones de los capítulos II y III de las *Lamentaciones de Jeremías* con que comienzan los maitines del Viernes Santo, y quien no sienta la grandeza del *Cántico de Habacúc:* «Dios vendrá del Austro, y el santo del monte Farán. – Su gloria cubrió los cielos, y la tierra está llena de sus alabanzas. – Su resplandor será como la luz, y todo el poder estará en sus manos. – Allí está la fortaleza: delante de él irá la muerte. – Delante de sus pies saldrá huyendo el diablo: paróse Dios y midió la tierra. – Miró y deshizo las gentes, y los montes del siglo fueron reducidos á polvo. – Los collados del mundo se encorvaron por los caminos de su eternidad, etc.»

Sólo quien tenga el corazón de piedra podrá oir impasible los *Improperios* que luego se cantan mientras se hace la Adoración de la Cruz: «Pueblo mío, ¿qué te hice ó en qué te contristé? Respóndeme. Porque te saqué de la tierra de Egipto, preparaste una cruz para tu Salvador. – Porque te llevé cuarenta años por el Desierto, te alimenté con el maná y te entré en una tierra muy buena, tú preparaste una cruz á tu Salvador. – ¿Qué más debí hacer por ti que no lo hiciese? Te planté como viña mía de cepas excelentes, y tú no has tenido para mí sino amargura, pues en mi sed me diste á beber vinagre y con una lanza abriste el costado de tu Salvador, etc.»

No podemos, por falta de tiempo, ocuparnos en otras manifestaciones estéticas de grande importancia que nos suministran los oficios de Viernes y Sábado Santos y del Domingo de Pascua, cuales son: el Santo Entierro; los *Pasos* que se sacan en procesión en muchas de nuestras ciudades; la admirable regeneración del mundo por el espíritu, figurada en la solemne bendición del fuego y del agua, y los cánticos con que se celebra la gloriosa Resurrección de Cristo y su triunfo del pecado y de la muerte. En otra ocasión quizá las expondremos.

PEDRO DE MADRAZO

LA ÚLTIMA CENA

En uno de aquellos lúcidos momentos en que J. J. Rousseau solía rendir homenaje á las virtudes y á las mismas verdades que sin cesar combatía con la más horrible impudencia, dejó brotar de su corazón y escapar de su pluma, en favor de Jesucristo y del Evangelio, este magnífico testimonio, esta apología brillante tan generalmente conocida: «Yo os lo confieso, la sublimidad de las Sagradas Escrituras me encanta; la santidad del Evangelio habla á mi corazón. Ved los libros de los filósofos con toda su pompa: ¡cuán pequeños son al lado de éste! ¿Es posible que un libro tan sublime y tan sencillo á la vez, sea obra de los hombres? ¿Es posible que aquel cuya historia traza, no sea más que un hombre?.. ¿Y deberemos decir que la historia del Evangelio es inventada por capricho? Amigo mío, no es así como se inventa... Sería aún más incomprensible suponer que muchos hombres se pusieron de acuerdo para componer ese libro, que admitir que *uno solo* haya dado materia para él. Los autores judíos no hubieran encontrado jamás un hombre semejante, ni una moral parecida; y el Evangelio tiene unos caracteres tan grandes, tan maravillosos y tan inimitables, que el inventor de ese libro sería un personaje todavía más grande que su héroe (1).»

Al leer esas sagradas páginas, demostración rigurosa, imponente é irrefragable de la humanidad y divinidad de Jesucristo, conmuévese el ánimo profundamente. Entre ellas ¿cuáles con más elocuencia hablan al espíritu y al corazón, que aquellas que nos refieren la última Cena de Jesús con sus Apóstoles? ¡Qué escenas más admirables! ¡Qué enseñanzas más sublimes! ¡Qué ejemplos más persuasivos!

El Evangelista San Juan, el amado discípulo, que entonces tuvo la dicha de reclinar su cabeza en el amante pecho de su Divino Maestro, arranca de su corazón, para comenzar la narración de los sucesos de esa noche sin igual, esta incomparable frase: *Habiendo* (Jesús) *amado á los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin* (2). Al meditar los capítulos XIII, XIV, XV y XVI de su Evangelio, siéntese el hombre pequeño y mezquino ante tanta grandeza, tanta humildad, tanto amor, tanta magnificencia y tanta dulzura.

No nos detengamos en aquella escena en que el Verbo Creador del universo, el Unigénito del Padre, Sabiduría eterna, se arrodilla ante sus discípulos, toscos y rudos pescadores de Galilea, para lavarles los pies; se los enjuga con la toalla, que antes se había ceñido, y... se los besa. ¡Humildad asombrosa! Escuchemos y guardemos en el fondo de nuestros corazones aquellas admirables palabras: *¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor; y bien decís: porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies; también vosotros debéis lavar los pies, los unos á los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo he hecho á vosotros, vosotros también hagáis* (3). Detengámonos, sólo un instante, para escuchar la queja dulcísima, el ternísimo lamento, el suspiro doloroso, el hondo gemido de Jesucristo al exclamar: *En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me entregará* (4); y meditemos aquella incomparable enseñanza: *Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos á los otros, así como yo os he amado* (5).

Oigamos á Jesucristo prodigando sus consuelos, al decirles: *No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí... Yo soy el camino, la verdad y la vida... Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, yo lo haré... Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador para que more con vosotros... No os dejaré huérfanos; vendré á vosotros* (6); y recojamos con la más profunda gratitud aquella efusión de amor que brota ardiente del corazón del Hombre-Dios: DESIDERIO DESIDERAVI... *Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes que padezca* (7).

Así ya dispuestos, contemplemos las maravillas de la Omnipotencia, de la Sabiduría y de la Caridad de Dios, viendo como *tomó Jesús el pan, lo bendijo y lo dió á sus discípulos diciendo:* TOMAD Y COMED: ESTE ES MI CUERPO. *Y tomando el cáliz, dió gracias y se le dió, diciendo:* BEBED DE ESTE TODOS. PORQUE ESTA ES MI SANGRE DEL NUEVO TESTAMENTO, QUE SERÁ DERRAMADA POR MUCHOS PARA REMISIÓN DE LOS PECADOS (8).

¡Ah! Quién tuviera el corazón y la inteligencia del Dr. Angélico para cantar las grandezas del misterio que las anteriores palabras de Jesucristo encierran, misterio en aquella noche instituído y realizado, y como aquél exclamar: «¡Alaba á tu Salvador, ¡oh

(1) Emile, tomo III, lib. 4.° – (2) Evang. S. Joan., c. XIII, v. 1.° – (3) Ib. v. 12 al 15. – (4) Ib. v. 21. – (5) Ib. v. 34. – (6) Ib. c. XIV, v. 1, 6, 13, 16 y 18. – (7) Evang. San Luc., c. XXII, v. 15. – (8) Evang. S. Math., c. XXVI, v. 26, 27 y 28.



LA ÚLTIMA CENA, COPIA DEL CEL



RADO CUADRO DE GEBHARD FUGEL

Sión!, alaba con himnos y cánticos al que es tu guía y tu Pastor; no temas; alienta, atrévete tanto, cuanto puedas; que nunca alabarás bastante al que es mayor que toda alabanza! (9). ¡Canta, lengua, el misterio del glorioso cuerpo y de la sangre preciosa, que para el rescate del mundo derrama el Rey de las gentes, fruto del seno más puro y castísimo! (10). Únanse los más suaves gozos á las solemnidades sagradas, y de lo íntimo de los corazones resuenen los elogios. Desaparezca lo antiguo, sea nuevo todo, los corazones, las voces y las obras (11).»

Así expresaba Santo Tomás de Aquino sus sentimientos, al considerar la institución del Sacramento y Sacrificio Eucarístico realizada por Jesucristo en la noche de su última Cena Sólo el santo que mereció que el mismo Dios de la Eucaristía le dijese *Bien has escrito de mí, Tomás*, pudo expresar, como lo hizo en sus himnos, las maravillas de ese misterio del amor divino, en que *El Verbo altísimo, sin dejar su asiento á la diestra del Padre, vino á la tierra, para en los últimos días de su vida corporal consumar su grandiosa obra de la redención del mundo. Vendido por uno de sus Apóstoles, para ser muerto por sus malvados émulos, antes se dió á sus discípulos como manjar de vida. Bajo las especies de pan y de vino les dió su cuerpo y su sangre, para que con doble substancia todo el hombre se alimentase* (12). Verdad es que cuando la fe vive en el alma y el corazón no está empedernido, al leer el relato evangélico siéntese la criatura enajenada de dulce consuelo y transportada de noble gratitud ante esa obra exclusivamente divina. Estudiémosla.

Llegado el día en que el pueblo judío se preparaba á celebrar la Pascua y á comer el cordero en memoria de haber sido libertados los descendientes de Jacob de la dominación de los Faraones egipcios, Jesucristo quiso observar aquella ceremonia de la ley Mosaica, si bien con ánimo y con intención bien diferentes de los que movían á los judíos. Quería ya dar fin á las sombras y símbolos antiguos; y con plena conciencia de su divinidad, de su consubstancialidad con el Padre y de su soberana misión de redimir y santificar á los hombres, escoge aquella ocasión, la más solemne de su vida, la más ansiada de su corazón, para manifestarse como Redentor del linaje humano, disponiéndose á obrar esta redención admirable.

Celebrando la solemnidad de la Pascua iba á cumplir las figuras y profecías, inmolándose, como verdadero cordero de Dios que borra los pecados del mundo, en el mismo lugar y al mismo tiempo en que se sacrificaba el cordero místico; y después de haber terminado la *Cena legal* instituyó la Cena misteriosa de su Cuerpo y Sangre. Concluída la primera, *sabiendo Jesús que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos, y que de Dios había salido, y á Dios iba* (13); esto es, sabiendo que tenía un soberano poder sobre todas las cosas; que había salido de su Padre por generación eterna, y que volvía á Dios, subiendo al cielo para ocupar su trono á la diestra de su Padre; *como hubiese amado á los suyos, los amó hasta al fin*, y manifestó la intensidad y perpetuidad de su afecto para con ellos con repetidas muestras de amor, en aquella misma noche en que, por salvarles, tanto había de padecer. Principió lavándoles los pies, como si quisiera encubrir que Él era el único que podía purificar las manchas de sus almas; instituye luego la Sagrada Eucaristía, dándoles su Cuerpo y su Sangre para memoria perpetua; y termina instruyéndoles en aquella doctrina, que á manera del canto del cisne moribundo, es dulce, suavísima y más amplia que de ordinario. ¡Cuánto más noble es el amor de Jesucristo que el amor del mundo, que tan tarde comienza, tan pronto cesa, y da tan poco!

Jesucristo comprende en su amor que, con su ausencia, la humanidad entera quedará sumergida en la más amarga tristeza y deplorable desgracia; pone al servicio de ese amor la Omnipotencia y la Sabiduría recibidas de su Padre celestial, y obra el prodigio de la *Transubstanciación*, convirtiendo el pan y el vino en su Cuerpo y en su Sangre; satisface las necesidades y aspiraciones de la humanidad, permaneciendo con nosotros de un modo misterioso, pero real y verdadero, que le permite quedarse en la tierra en relación íntima con los hombres, y á la vez subir á los cielos, para prepararles el trono, que ocuparán un día, si le son fieles, y para enviarles el Espíritu Santo que les santifique y haga dignos de la gloria. ¡Sublime maravilla! ¡Sacramento de los sacramentos, misterio de los misterios (14), milagro de los milagros, amor de los amores (15), que nos hace poseer á Jesucristo y perpetúa su estancia y su vida entre nosotros!

(9) S. Thom. Aquin., Himno *Lauda Sion*. – (10) Id. *Pange lingua*. – (11) Id. *Sacris solemniis*. – (12) Id. *Verbum supernum prodiens*. – (13) Ev. S. Joan., c. XIII, v. 3.

Muy grande se manifiesta el amor de Dios á los hombres, cuando en el paraíso prohibe tierna y paternalmente á nuestros primeros padres comer la fruta del *árbol de la ciencia del bien y del mal;* pero mucho más grande y entrañable se manifestó ese amor cuando á los descendientes de los primeros culpables les sanó con la preciosa triaca de su Cuerpo y de su Sangre. Sentimos en nuestro ser los males que aquel árbol causó á la humanidad entera; aquella fruta, contra el mandato de Dios comida y saboreada, fué tósigo y veneno para nosotros; pero en su última Cena prepara Jesucristo en la Santa Eucaristía eficacísimo antídoto contra ese veneno, y planta en el huerto de su Iglesia el árbol de la vida contra el árbol de la muerte.



EL CÉLEBRE PINTOR ALEMÁN GEBHARD FUGEL,
autor del cuadro *La última Cena*, que publicamos en las páginas 248 y 249

En aquella hora suprema da á sus Apóstoles las más claras y expresivas muestras de su amor. Llena su alma de unos pensamientos, y rebosando su corazón en unos afectos que le habían ocupado toda su vida; próximo ya á realizarlos, antes de dar principio á los más sublimes misterios que había de contemplar el mundo, se dirige á los suyos con muestras de particular cariño, diciéndoles: *Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros..., porque os digo que ya no comeré más de esta Pascua, hasta que sea cumplido el reino de Dios* (16). Y al llegar el instante de cumplir los designios divinos, cuando Jesús va á dejar al mundo su postrera manda y testamento, y al dar á sus discípulos su última despedida, les dará también sus últimas y más sublimes enseñanzas, derramando en sus pechos las más dulces ternuras de su amor, brillan sus ideas con sin igual viveza y levántanse en su corazón nuevos y más encendidos afectos. Abarcando en toda su grandeza el plan de la Providencia Divina para la reparación del hombre, esa reparación que había sido el centro de sus pensamientos, el objetivo de todos sus afectos y el supremo fin de su peregrinación en la tierra, ve al género humano saliendo de la esclavitud culpable á la libertad gloriosa, y disponiéndose á recibir la plenitud de gracias y de misericordias que la generosidad divina le tenía reservadas. Veía surgir un mundo divinamente hermoseado y ennoblecido, lavado en la sangre purísima del Hombre-Dios, reconciliado con su soberano Creador y restituído á su esplendor primero y á su primitiva pureza. Enardecida su alma con esta visión, y lleno su pecho del más santo entusiasmo, exclama: *Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará á él en sí mismo, y luego le glorificará* (17).

Entonces es cuando Jesús toma en sus manos uno de los panes que habían quedado en la mesa, levanta sus ojos al cielo, y dando en alta voz gracias á su Eterno Padre, bendice aquel pan con particular bendición, lo parte en pedazos, y los va dando á sus discípulos, diciéndoles: *Tomad y comed, este es mi cuerpo.* Recibieron los Apóstoles el divino manjar que su Divino Maestro les ofrecía, y creyeron lo que Él les decía, y comprendieron enteramente lo que en otra ocasión no habían creído, cuando les anunciaba que la carne del Hijo de Dios era verdadera comida, y pan que sustenta al alma para la vida eterna (18). Aún estaban ellos meditando el misterio soberano que acababa de realizar Jesucristo, cuando Este, tomando en sus manos la copa ó taza que junto á sí tenía, la llena de vino, y después de dar también gracias á Dios, la bendice, y se la da diciendo: *Bebed todos de este cáliz, pues esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos en remisión de los pecados* Por último, llevando Jesús *hasta el fin* la efusión de su amor, les dice: *Esto que me habéis visto hacer, esto hacedlo vosotros en memoria de mí* (19). Y quedaron estas palabras tan grabadas en la mente y en el corazón de los Apóstoles, que la celebración de los santos misterios, que en ellas les encargaba su Redentor, fué tenida por ellos como el mandato más sagrado de cuantos les había dado; y la solemnizaron siempre en sus santas reuniones, firmemente persuadidos de que no sólo honraban así la memoria de su Maestro, sino de que se unían con Él, y ofrecían el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo en sacrificio invisible, pero real y verdadero, enteramente acepto á Dios, y perdurable por toda la sucesión de los siglos. ¡Ah! Los Apóstoles recibieron la Sagrada Eucaristía, comieron, bebieron y adoraron, creyendo é inclinándose ante la autoridad y fuerza divina de aquellas palabras de Jesucristo.

(14) San Dion., de *Div. Hier.* – (15) San Bernardo. – (16) Ev. S. Luc., c. XXII, v. 15. – (17) Ev. S. Joan., c. XIII, v. 31 y 32.

En el siglo XV, Fra Benedetto, hermano del dulcísimo pintor Fra Angélico, en uno de los frescos del convento de San Marcos, en Florencia, pintó á Jesucristo que va repartiendo á sus discípulos el pan consagrado, dando la comunión como un sacerdote, queriendo así representar la verdad mística de la narración Evangélica. De igual manera lo representa el pintor alemán contemporáneo Gebhard Fugel en su hermoso cuadro LA ÚLTIMA CENA.

Al visitar en estos días nuestros templos, al prosternarnos ante los Monumentos que la piedad cristiana levanta, como tronos de luz y de esplendor para que en ellos se venere la HOSTIA SACROSANTA, meditemos las maravillas de amor de la Sagrada Eucaristía, y bendigamos y ensalcemos al Hombre-Dios, que en ella vive, y en ella nos da *á comer su Carne y á beber su Sangre*. ¡Qué más puede darnos!

E. ALMONACID, *presbítero*

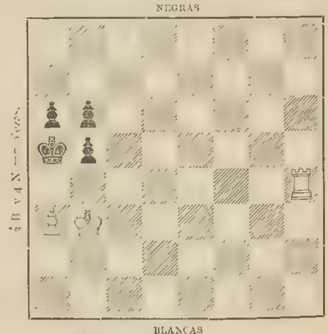
Cuenca, marzo de 1896

(18) Ev. S. Joan., c. VI, v. 48 al 59. – (19) Ev. S. Lucas, c. XXII, v. 16.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 12, POR JAVIER MÁRQUEZ

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 11, POR G. MENÉNDEZ

Blancas.	Negras.
1. D 8 R	1. P toma T (*)
2. C 5 D jaque	2. R juega ó T cubre
3. D 4 R ó 5 T R jaque	3. Cualquiera.
4. D mate.	

(*) Si las negras juegan 1. C 3 A D ó 4 C D, las blancas continúan con 2. C toma C ó 6 A D jaque, 2. R 4 D; 3. C 4 C D jaque, y 4. D ó T mate; – si 1. P 4 C D; 2. C 6 C R jaque, 2. R 4 D; 3. P 4 C D, y 4. C ó T mate; – si 1. P 4 D; 2. C 8 A D jaque, y 3. D mate, – y si 1. T 5 T R; 2. P 4 A R jaque, y 3. T mate. – La amenaza es 2. C 6 C R jaque, 2. R 4 D; 3. T 4 D jaque, y 4. P mate.



Nevin, fuera de sí, trataba de estrechar entre sus brazos á la cantante

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA ORIGINAL DE JUANA MAIRET. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

– Nada es imposible, exclamó Villeroy con su voz de loco.

– No te hablaré de los compromisos contraídos, que tengo el deber de cumplir. Te diré simplemente que si falto á ellos deberé pagar una cantidad enorme, fabulosa, que no me hallo en estado de satisfacer, y aunque pudiera no lo haría, porque esto sería la ruina y sería además comprometer mi carrera...

– ¡Ah, tú carrera!..

Villeroy hizo un ademán desdeñoso, como si aquella preocupación de artista fuese una bagatela indigna de tomarla por lo serio.

– Pues sí, Francisco, mi carrera, que me atrae.

Ante la firmeza de su esposa, el infeliz se sintió como dominado por una cólera impotente y loca.

¿Conque rehusas?, dijo.

– Sí, rehuso.

Villeroy vaciló un instante, y miró á su mujer con los ojos inyectados de sangre; pero Mila sostuvo la mirada sin moverse. Entonces Villeroy precipitóse de un salto fuera de la sala y huyó, como si tuviera miedo de sí mismo.

Mila debía trabajar aquella noche. Mandó á su doncella que la vistiese, entró en escena, y cantó como de ordinario; tan poderosa es esa segunda naturaleza que en los artistas domina imperiosamente á la verdadera. Sin embargo, no podía olvidar á su esposo ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía? ¿Cómo le encontraría á su vuelta y qué podrían decirse al volverse á ver?

Cuando regresó á su hotel, notó que había una carta sobre la mesa; y antes de abrirla adivinó lo que debía contener: abrióla al fin y leyó en ella las siguientes lacónicas frases:

«Me marcho, porque no puedo soportar más esta vida infernal. Tú dices que me amas; pero no es así:

lo que tú amas es la vanidad, es el incienso que te embriaga, es tu vida de cómica. Uno de nosotros ama; soy yo; y este amor, que ha penetrado en mi corazón tan profundamente que no puedo arrancarlo, es para mí un suplicio. ¡Adiós! ¡Y pensar que hemos sido felices!..»

XV

Mila conservó siempre un mal recuerdo, triste y amargo, de los días que siguieron á la fuga de su esposo. Estaba hondamente resentida, y humillada también, pues habíase creído del todo necesaria para la felicidad de Villeroy, y éste la abandonaba en un momento de despecho, sin un adiós, sin más que aquellas pocas líneas, expresión de su cólera, escritas en la prisa de la marcha. No le envió el menor aviso de su llegada á Nueva York; el tiempo transcurría, y no llegaba ninguna carta.

Cogida en el torbellino de su vida de artista y de mujer continuamente festejada, Mila trataba de aturdirse y olvidar. Parecía estar muy alegre, ávida de placeres, embriagada por sus triunfos, siempre más lisonjeros; pero aquella alegría, tan sólo exterior, ocultaba una cólera creciente, una herida de su amor propio al lado de la herida profunda del amor á su marido. Mila llegó á ser casi coqueta, admitiendo los obsequios, cuando no los provocaba; y sus amigos, la tía Deborah, que había venido á reunirse con ella, y Roberto Harcourt, sobre todo, la vigilaban inquietos, no sin disgusto.

Wilbur Nevin la seguía por todas partes, y Mila no le rechazaba, sino que se divertía con sus atenciones. El pintor había comenzado por aborrecerla; mas ahora deseábala ardientemente. Hubiera querido, sin embargo, poder despreciarla, hacerla caer de su pedestal, porque en su brutal pasión no había amor alguno y casi tenía algo de odio. Si comprometía á la artista - lo cual procuraba hacer cada día más, - su apariencia de respeto, que todo ocultaba menos respeto, no sentaba mal

Y en medio de todo aquel ruido, de todo el brillo de su vida artificial, Mila sufría algunas veces accesos de verdadera desesperación; y al fin, no pudiendo resistir más, escribió á Villeroy.

«...¡No es posible! ¡No hay cólera que persista cuando dos se han amado como nosotros!.. Y sin embargo, desde tu marcha, desde tu insensata fuga y tu deserción cruel, ni una palabra me has escrito. Cada día me digo: «Será mañana,» y llega el mañana sin traerme la menor noticia. ¿Qué haces? ¿Dónde estás? Ni siquiera sé si te hallas en Francia, pues tu nombre no figuraba en la lista de los pasajeros del *Gascuña*. Tal vez te has quedado en algún rincón, ó acaso me sigues, tú que eres tan hábil para atormentarme, sin dejarte ver nunca, persuadido de que yo soy feliz y de que olvido, porque sonrío al público y me dejo obsequiar.

»¡Amado mío, si tú supieras!.. Apenas puedo ver las palabras que te escribo, porque mis ojos están llenos de lágrimas. Jamás, entiéndelo bien, jamás tu pensamiento se aparta de mí Tal vez te dirán que estoy alegre, que me río de la mejor gana... Sí, me río, pero es para no llorar. Hasta me dejo hacer la corte; y procuro persuadirme de que el don que te hice de todo mi ser, de mi corazón, de mi alma y de mi persona, no es de despreciar como tú le desprecias. Pero no, yo estoy loca; seguramente tú sufres, como yo sufro también. Has puesto tu ideal á demasiada altura; las cosas inevitables de la vida te parecen crueles, y no has podido soportarlas; pero nada has olvidado, y aún me amas, tal vez más que nunca. Si es así, dímelo; escríbeme una palabra para que no me lacere el corazón, sufriendo mucho, sufriendo hasta el punto de llegar á ser mala...»

Tres semanas más tarde, esta carta fué devuelta á Mila con otras varias Su correo la seguía, según lo había dispuesto en las localidades que dejaba detrás de sí, y como era natural, recibió la misiva que había dirigido á su esposo. Era evidente, por lo tanto, que Villeroy no había vuelto á su casa.

Por fin, cuando más se desesperaba Mila, recibió una lacónica carta de su esposo, de estilo frío, en la cual decía que se hallaba instalado de nuevo en su antiguo alojamiento, donde trabajaba mucho; que no veía á nadie, excepto al Sr. Macready, á quien encontró casualmente, y que no había podido escribir antes á causa de haber estado bastante enfermo. Un resfriado que cogió á su salida de Chicago, siendo el frío muy riguroso, había degenerado en bronquitis, de la cual se estaba restableciendo.

Mila, resentida del tono seco y helado de aquella carta, no contestó, y limitóse á escribir al Sr. Macready refiriendo todo cuanto había pasado, sin ocultarle su pesar y sus temores para el porvenir.

Y aunque sufriendo á veces cruelmente, Mila se sentía poseída de nuevo del amor á su país natal. El sello nacional en la naturaleza americana es tan poderoso, que nada le borra por completo; y bajo el barniz del cosmopolitismo, ese sello existe aún: es otra manera de considerar las cosas, es el ardor de la vida, la necesidad de ser activo, y hasta un poco de fiebre, que hace que se dé importancia á las menores bagatelas; es el horror al vacío, cualquiera que sea, que obliga á ocupar todas las horas, á no sacrificar ni un minuto; es también la convicción íntima, que nada debilitará nunca, de la superioridad de una raza joven sobre la que ha envejecido ya. Todo esto hace la fuerza de la nación. Algunas veces, sin embargo, esa seguridad, esa manera de seguir directamente su camino, á riesgo de molestar y aun de hacer daño, irritan los nervios sensibles. Esa actividad devorante, esa necesidad de llenar la vida á trueque de aniquilarla, asombran y desconciertan al observador, y por eso más de una vez Villeroy había dicho á su mujer:

- Siempre te faltará algo, porque no conoces el encanto de la pereza.

Durante su viaje, y en las prolongadas permanencias en las grandes ciudades, Mila no había pensado seguramente en los encantos de la pereza, ni en esas meditaciones á que tenía costumbre de entregarse Villeroy y de las que surgían sus más exquisitas inspiraciones. Mila se lanzaba con una especie de embriaguez á los placeres mundanos, los cuales la importaban poco; pero interesábase igualmente en el trabajo que se hacía á su alrededor, en las asociaciones femeninas, que habían llegado á ser tan frecuentes y poderosas en los Estados Unidos. La tía Deborah, con sus ideas de independencia y de trabajo para las mujeres, se había quedado muy atrás en comparación de Mila; y cuando Villeroy exclamó un día: «En este país todo se hace, no solamente para las mujeres, sino por las mujeres,» no había creído decir tanta verdad como en realidad decía. Mila, á quien su educación primera y los años pasados en Europa habían preparado poco para comprender aquel movimiento tan original como curioso, quedó un poco desconcertada al principio; pero muy pronto se enorgulleció de sus compatriotas, y apasionóse por todas las obras de noble y elevada caridad, así como en las de cultura intelectual.

Lo que más le extrañó fué la facilidad con que aquellas mujeres parecían prescindir de la sociedad masculina.

Muchas no se casaban, y muchas también, aunque casadas y buenas madres de familia, conseguían, gracias á una actividad infatigable, dedicar una parte de su vida á las ocupaciones de un orden más elevado.

Como el buen éxito alcanzado por Wilbur Nevin, en su calidad de retratista, comenzaba á declinar, el joven pintor imaginó despertar la atención languideciente del público por medio de una exposición de sus obras. Un nuevo pintor estaba de moda en aquel momento: en vez de los colores atrevidos que, como todas las excentricidades, habían envejecido pronto, este artista se dedicaba á la pintura de ilusión. Las mujeres á quienes retrataba eran representadas en una perspectiva vaga y lejana y como bosquejándose á través de una espesa bruma, de modo que á menudo no se distinguían más que dos ojos que brillaban en el fondo del gris blanquecino de los vapores, con unas facciones confusas, carnes descoloridas, y una indicación muy vaga del ropaje sin forma. Estos cuadros, por decirlo así soñados, se pagaban á muy subido precio.

Desgraciadamente para Nevin, el retrato de Mila, lo mejor que había hecho en toda su vida, estaba en París; faltaba tiempo para que llegase oportunamente, y como la célebre cantante era el ídolo del público, le suplicó que se dejara retratar de nuevo. Mila rehusó por el pronto rotundamente, porque no podía disponer de una hora para él; mas al fin, como el artista tenía mucha paciencia y sabía insistir hábilmente, consintió en recibirle todos los días, por la tarde, mientras descansaba en su canapé. Por el retrato obtenido así podría hacer después otro de caballete, si lo juzgaba oportuno, que sería una verdadera pintura de género. Mila llevaba en estas sesiones un vestido de casa de color azul muy delicado con adorno de blondas blancas.

Nevin no hubiera podido pedir nada más á su gusto; comenzó á trabajar con ahinco, y entretenía á la diva refiriéndola todas las anécdotas del día.

El retrato estaba casi terminado. Durante la última sesión, Mila escuchaba distraída y vagamente lo que el pintor le decía, pues no gastaba cumplidos con él; y como no tenía ganas de hablar, permanecía recostada en su canapé, silenciosa y meditabunda.

También Nevin dejó de hablar, y adivinando lo que la diva pensaba, se mordió los labios. Pero Mila había recibido sus obsequios, por más que el pintor le fuera del todo indiferente, y de que lo era no podía dudar, pues bastábale mirarla para convencerse de ello. A Nevin le parecía, no obstante, tanto más bella y seductora cuanto más desdeñosa se mostraba, y deseábala con mayor ardimiento. Quería obligarla á mirarle y hablarle...

- Ayer recibí una carta de la señora Milner, dijo, y en ella se ocupa mucho de usted...

- ¡Ah!.. Pues la señora Milner parece haber perdido, sin embargo, todo interés por mí desde..., desde hace algunos años, repuso Mila.

- ¡Vamos! ¿Por qué no decir desde su casamiento?

- Bien, desde mi casamiento..., si usted se empeña en ello.

- ¿Me sería permitido dirigirle una pregunta?

- Se permite usted tantas cosas, que una más...

- ¿Recuerda usted que cierto día, después de una de las sesiones que usted me concedió en París, cuando hice su retrato, la princesa Pignacci la condujo al bosque? Pues bien: ¿no trató aquel día de disuadirla de contraer matrimonio?

- Tal vez.

- La princesa profesaba ya mucha simpatía al señor Villeroy, simpatía que aumentó después. En este momento, según lo que he leído entre las líneas de la carta de que he tenido el honor de hablar á usted, á esa simpatía se agrega mucha compasión, y la compasión de las mujeres...

Mila se irguió.

- ¿Qué quiere usted decir?, repuso.

- Dios mío, nada grave. No he de darle yo noticias de su esposo, y usted sabe mejor que yo que en este momento, estando muy triste, como es natural, sufre un fuerte acceso de misticismo religioso. Un músico se hace místico fácilmente cuando no es dado á la voluptuosidad; pero de ordinario concilia ambos sentimientos. El Sr. Villeroy frecuenta las iglesias, y ahora sustituye - como lo sabrá usted seguramente - á uno de sus mejores amigos, organista en la Magdalena, que se halla ausente de París. La princesa, mística también, va todos los domingos á oir las improvisaciones del Sr. Villeroy, y no es ella sola, pues otros protestantes no temen asistir á la misa para tener el gusto de oir al esposo de usted, que parece ser un organista muy notable. A la princesa le conmueve tanto su talento y también las cosas que esa música le dice, que de vez en cuando visita al nuevo organista. Debo apresurarme á decir que va acompañada del excelente amigo de usted, el Sr. Macready, y ellos dos consuelan un pesar del que, según dicen, el Sr. Villeroy se deja consolar fácilmente.

- Sr. Nevin, repuso con frialdad la diva, cuyo corazón, sin embargo, latía con tanta fuerza que le producía malestar, supongo que habrá usted concluído ya su cuadro; estoy cansada, y le ruego que se retire. Las noticias que usted recibe de París me interesan muy poco, á decir verdad. Sé lo que mi esposo hace, y sobre todo lo que piensa, y esto me basta.

Nevin se levantó bruscamente, é inclinándose hacia la diva, cogióle ambas manos, temblando de pasión y más aún de cólera.

- ¡No mienta usted! Su marido no le escribe, ni usted tampoco á él; y el casamiento de ustedes fué desde un principio un error lamentable. No siendo usted de la misma raza, no pueden llegar á entenderse, porque hablan una lengua distinta y se dicen cosas que no comprenden ni uno ni otro. Su marido la deja abandonada porque ya no la ama, si es que alguna vez la amó; mientras que esa mujer de pomposo título le fascina y le seduce. El hombre que la ama á usted realmente, el hombre de quien debió usted ser esposa es el que ahora está á sus plantas...

Nevin, fuera de sí, trataba de estrechar entre sus brazos á la cantante, tan sorprendida y asustada, que durante un momento quedó como sobrecogida de una parálisis. Sólo cuando sintió sobre su boca los labios ardientes del pintor, desasióse de él bruscamente, estremeciéndose de horror...

- ¡Ah, miserable..., miserable!, exclamó.

No pudo decir más en el primer instante. Con un movimiento maquinal se pasó el pañuelo por la boca como para limpiar una mancha, y retrocediendo hasta la chimenea apoyó en ella los codos y miró al artista, trastornado por la pasión y cuyas facciones parecían convulsas.

- ¡Miserable... porque no me he dejado seducir por las coqueterías de usted! . Atrévase á negar que se ha complacido en burlarse de mi amor. Para entretener el enojo que le causaba el abandono en que la ha dejado su Francisco, ha creído usted poder divertirse á mis expensas. La broma es seria; la amo, y ha perdido usted la partida.

Mila, sin separar la vista de Nevin, buscó á tientas la campanilla; pero en aquel momento oyó la voz de su primo, que la produjo indecible alivio.

- ¡Roberto!, exclamó vivamente.

El artista, ahogando una maldición, recobró su

presencia de ánimo, ó poco menos. Sí, la partida estaba perdida, mas no era Nevin quien la había ganado.

Cuando Roberto entró, Nevin arreglaba su caja de colores; pero su mano temblaba visiblemente.

En cuanto á Mila, aún estaba muy pálida, con los ojos un poco extraviados; pero tal es la fuerza de las conveniencias sociales, que muy pronto los tres examinaban el pequeño cuadro y decían cosas triviales, pensando en otras que no lo eran.

Al retirarse no ofreció la mano á Mila ni á su primo, como si el lienzo y la caja de colores que se llevaba se lo impidiesen; saludó profundamente á la primera é hizo una señal de cabeza al segundo con cierto aire protector á la vez que insolente.

Roberto cogió la mano de su prima, obligando á ésta á sentarse. Mila lloraba, agitada aún, no teniendo ya necesidad de reprimirse.

– ¿Te ha faltado ese hombre al respeto?, preguntó.

– Sí, Bob, contestó Mila, y en parte yo tengo de ello la culpa. He sido tan desgraciada, que llegué á ser mala, coqueta; y ese hombre pudo engañarse. Yo, que hasta aquí he sabido defenderme tan bien, hace un momento me espanté..., mas luego oí la voz del protector... Solicitabas una ocasión de servirme, añadió Mila sonriendo; pues bien, ahora la tiene mi valeroso caballero.

– Aún no, Mila, porque ese miserable vive aún.

– Escúchame, Roberto. Si ahora provocases al señor Nevin, me causarías grave daño, y por lo tanto, júrame que serás prudente, reflexionando que en ello va mi reputación.

Roberto Harcourt no se dejó convencer sino á duras penas; tal era su deseo de romper su bastón sobre la cabeza del insolente; mas al fin cedió, comprendiendo que un duelo en aquel momento, cuando ya se comenzaba á murmurar de su prima, ocasionaría un verdadero escándalo.

– ¡Ah!, exclamó Mila, cuando hubo referido lo que acababa de ocurrir, ¡cuánto deseo que llegue el término de mi contrata!.. Por fortuna falta poco. ¡Estoy tan persuadida de que Francisco olvidará todos sus rencores y tristezas cuando vuelva á verme!.. Ahora comienzo á envidiar á las mujeres que no son más que mujeres... ¡Debe ser tan bueno eso!

Al día siguiente, en el momento en que Mila se levantaba, presentáronle un telegrama firmado con el nombre de Macready, que decía lo siguiente:

«Villeroy muy enfermo. Venga usted.»

XVI

En la reducida habitación, bajo el tejado, abierta de par en par la gran ventana que daba al terrado, y en un día de prematura primavera, Villeroy miraba á su esposa, que iba y venía de un lado á otro. Recordaba su llegada, aunque vagamente, y lo que parecía extrañarle aquel día era el vestido flotante de su mujer, de lana blanca, que desdecía de la pobreza de aquella habitación de estudiante. Había estado tan débil durante largo tiempo, que nada le llamaba la atención. Vió á Mila al despertar de uno de sus sueños, observó que permanecía allí, y esto le pareció muy natural y también muy dulce. Su esposa le cuidaba, y él la dejaba hacer. Ahora que renacía á la vida, esforzábase para comprender y anudar el presente con el pasado; pero esto era muy difícil, y renunciaba á ello para volver á intentarlo de nuevo.

No se le permitía hablar apenas, pues seis semanas antes había sufrido una violenta hemorragia de los pulmones, que se complicó con una fiebre.

Por lo pronto, prescindiendo de los penosos esfuerzos de la memoria, experimentaba sobre todo un bienestar físico indefinidamente dulce y una alegría infantil cuando un rayo de sol se reflejaba en su lecho, formando como una mancha blanca y alegre. Mayor era su contento cuando su esposa apoyaba su mano tan suave sobre su frente ó le sonreía al darle de beber. Mila, observando que las miradas de su marido la seguían con expresión interrogadora, fué á sentarse junto al lecho. De ordinario, una caricia bastaba para tranquilizarle, le calmaba, y á menudo hacíale conciliar el sueño; pero esta vez los ojos siguieron preguntando.

– No hables, dijo Mila, te lo suplico, pues ya te comprenderé sin eso. Sí, has estado muy enfermo; pero ya te hemos salvado, y sólo se necesitan muchas precauciones. Los médicos aseguran que no se trata más que de un accidente pasajero, y que tu pecho no está atacado. Cuando te hayas restablecido, emprenderemos un agradable viaje de recreo; buscaremos algún rincón en un frondoso bosque ó en la montaña, y daremos largos paseos cogidos de la mano como dos niños que vagan á la ventura. No veremos á nadie, absolutamente á nadie, y bien escondidos, seremos felices uno para otro...

Villeroy, que se dejaba arrullar por la voz deliciosa de Mila y por sus palabras de amor, apoyó la mejilla sobre la mano de su esposa, y sonriendo quedó adormecido. El pasado huía de su memoria; no recordaba bien... Pero ¿qué le importaba esto? Era amado de su mujer, y no pedía más.

Sin embargo, á medida que Villeroy iba recobrando sus fuerzas, acordábase de los meses sombríos y tristes en que había dudado de Mila. Había huído lleno de cólera al pensar en todo cuanto le separaba de su mujer, del ruido, del lujo y del fausto de aquella vida de actriz. Se marchó como un pobre, con tan poco dinero, que hizo la travesía en segunda clase, lo cual explicaba que su nombre no figurase en la lista de pasajeros. De tal modo odiaba la riqueza, que fué para él una voluptuosidad extraña vivir de nuevo en París como había vivido en su juventud. Su alojamiento le pareció un refugio bendito, donde al fin no llegaría el ruido insolente de las multitudes aclamando á Mila del Paso, y donde el sonido de las monedas de oro no haría vibrar sus pobres nervios desordenados. Después, la tristeza horrible de la soledad, de la viudez de su pobre corazón, le condujo de nuevo con una especie de violencia hacia el misticismo de su juventud, que había sido muy religiosa. Considerando ahora el mundo como un vacío cruel, comenzó á pensar en otra vida, donde el amor no engaña, donde las lágrimas no corren y donde todo es sencillo, noble y puro. Nevin había dicho la verdad: en aquel momento comenzó á frecuentar las iglesias, permaneciendo horas enteras inmóvil, entregado á sueños llenos de dulzura; y ya no componía más que cánticos religiosos, llamamientos desesperados á la Bondad infinita. Con gran alegría ocupó el puesto de su amigo en el órgano de la Magdalena; y cuando los majestuosos sonidos llenaban la vasta iglesia, triunfantes ó angustiosamente tristes, sucediéndose unos á otros como las olas del Océano, Villeroy se sentía transportado fuera de sí, tan lejos de los mezquinos pesares humanos, que le parecía desvanecerse en un abismo de humildad casi feliz y morir en la tierra entregado á una especie de éxtasis.

Después, cuando habían pasado sus accesos de piedad, en los que entraban más sentimientos humanos de los que él sospechaba, volvía á caer pesadamente en su negra tristeza. No comprendía cómo había roto así resueltamente el lazo que le unía con Mila, puesto que tan sólo podía censurarla por ser artista y hermosa. Ambas cosas era cuando se casó con ella, y por lo tanto, ¿de qué se quejaba? Su esposa no le había escrito, porque esperaba una indicación suya para hacerlo; y sin embargo, cuando al fin se decidió á tomar la iniciativa, no halló más que palabras cruelmente frías para decir que había estado enfermo; pero Mila no contestó á la carta. Los diarios, que Villeroy no leía más que para buscar el nombre de su esposa, hablaban de vez en cuando de su excursión triunfal por los Estados Unidos; pero como el público parisiense, en suma, tan sólo se interesa por los artistas consagrados á su servicio, las noticias fueron cada vez más raras.

Sus largas conferencias con el Sr. Macready fueron para el músico un consuelo, pues en el americano se despertó todo su antiguo afecto, porque si él había sufrido, también Villeroy sufría. Hablaban sobre música y artes, casi nunca de Mila; y hubiérase podido creer que los dos olvidaban á la joven ausente, siendo así que el recuerdo de ella á los dos les acosaba.

El Sr. Macready indujo una vez á su amigo á ir con él á casa de la señora Milner. La princesa Pignacci recibió al músico con su bondad grave, y muy pronto entablaron conversación sin cuidarse del rumor de las voces y de las idas y venidas de los visitantes. La princesa le habló desde luego de su esposa, con mucha dulzura y muy discretamente; pero al principio apenas contestó Villeroy, limitándose á unas pocas palabras triviales. La princesa le miró con sus ojos tan bondadosos y tan tristes

– Dispense usted, dijo, creí que se dirigía usted á mí como amiga, y como tal podría hablarle también; pero ya que no es así, me excuso. Cambiemos de conversación.

– ¡Ah, no, no; yo soy quien pide perdón! ¡Si usted supiera cuánto bien me hace! Sí, hable usted de Mila, y dígame que he procedido como un loco.

– Ignoro de parte de quién está la locura; tan sólo sé que es una lástima dejar escapar así una felicidad como la de usted. Estoy bien segura de una cosa, y es que Mila le ama y no quiere á nadie más.

Después de esto, Villeroy vió á menudo á la princesa y siempre se tranquilizaba en su presencia.

Más tarde llegó un día en que, sin más precedente que un constipado, al parecer insignificante, el músico comenzó á escupir sangre.

Cuando recobró las fuerzas, renació en él la inquietud. Durante su convalecencia, que fué muy larga, Villeroy hablaba poco; no hacía jamás ninguna alusión al pasado; y había consentido al fin, no sin vacilar, en que se le trasladase á la habitación que antes ocupaba con su esposa, pues su alojamiento era bastante incómodo y muy reducido. Al ver aquel gracioso interior, que conservaba su carácter femenino, su malestar de antes se reprodujo; pero después se calmó. La persona cuya presencia toleraba mejor era, cosa rara, la señora Fletcher. El carácter brusco, aunque bondadoso, de aquella americana tan franca le hacía sonreir, y ahora que estaba débil y languideciente hallaba en la tía Deborah algo de maternal. La Providencia la había destinado en el mundo para sostener con su fuerza y su santa virtud á los débiles y á los enfermos. Poco á poco llegó á conversar con ella sobre América, sobre lo que Mila había hecho allí, sobre sus triunfos y sobre lo mucho que la festejaba todo el mundo, las mujeres más aún que los hombres. La tía Deborah, con muy buen tacto, aceptaba al parecer la versión que circuló en América: siéndole imposible al esposo de Mila trabajar en medio de los continuos cambios de residencia de la diva, había vuelto á Francia, adonde le llamaban además otros compromisos. De la escena violenta que precedió á la partida y de su largo silencio después de ésta, la señora Fletcher no dijo una palabra; y así Villeroy pudo creer que todo, en efecto, había pasado muy sencillamente, tanto que á veces se persuadía casi de que así había realmente sido, aunque después, una palabra de su esposa, una mirada, un silencio algo prolongado, advertíanle de que no era así. Si se había echado un puente ligero y frágil sobre el abismo, no por eso dejaba de existir éste.

Sin embargo, Mila le cuidaba con infinita dulzura; y en medio del pesar profundo y de las angustias que había sufrido por el telegrama del Sr. Macready, todo lo olvidó, excepto que el esposo á quien amaba apasionadamente estaba en peligro. Mientras estuvo enfermo, no pensó ni un instante en sus rencores. En aquel momento, por lo menos, despreciaba las mal intencionadas insinuaciones de Nevin; y más tarde se enojó contra el Sr. Macready, á quien había abierto su corazón, sospechando que el americano había guardado para sí las confidencias que ella le hizo para otra persona. También le hacía sufrir algo el trato cordial y casi familiar que existía entre la princesa y su marido: seguramente, tan sólo se profesaban una simple amistad; pero ésta desagradaba é irritaba á Mila. Cuando estaban los tres reunidos, permanecía con frecuencia silenciosa, dejándoles hablar de cosas que habían pasado durante su ausencia y que ella ignoraba, otras veces iba á sentarse al piano y comenzaba á cantar á media voz, con mucha suavidad, mientras ellos seguían hablando.

Cuando la estación estuvo bastante adelantada, los Villeroy salieron de París, dirigiéndose primeramente á Eaux-Bonnes; después detuviéronse en los Pirineos, donde pasearon á menudo, evitando los sitios muy frecuentados: buscaban en la soledad de aquellas montañas el trato íntimo y cariñoso de los primeros tiempos de su matrimonio, pero no le encontraron, aunque amándose tal vez más que nunca. La confianza absoluta había desaparecido, y rehuían hablar de lo que en el fondo les preocupaba siempre; de modo que el mismo problema que no habían podido resolver se reproduciría inevitablemente. Si Mila reaparecía en escena – cosa que á pesar de las dificultades que seguramente se suscitarían era en su concepto indispensable, – su esposo padecería, y era natural que este sufrimiento se tradujera por nuevos y crueles celos.

Los diarios habían anunciado la vuelta de Mila al teatro de la Opera, donde le esperaba una brillante contrata, según la voz pública; pero hasta entonces no había firmado aún ningún compromiso.

Villeroy no dijo nada al leer aquella noticia, ni su esposa tampoco; pero un asunto evitado así por convenio tácito, cuando este asunto se relaciona con cuestiones de importancia vital, produce al fin una sorda irritación. Un punto sensible sometido á un roce continuo forma muy pronto una llaga viva.

Desde que había estado enfermo Villeroy escribía poca música, y al parecer no tenía grandes deseos de que su esposa se ocupase de ella, tanto que durante los meses de calor, pasados en las montañas, no habían tenido piano á su disposición. Al salir de una misa que oyeron juntos en una iglesia del pueblo, Francisco, no obstante, compuso un *Ave María* de un sentimiento cándido y rústico, verdaderamente delicioso; Mila se la cantó en un sitio retirado que agradaba mucho á los dos, á orillas de un torrente tumultuoso y en una soledad absoluta. Allí pasaron dos horas felices, enamorados otra vez uno de otro por la pasión del arte, comprendiéndose, completándose y admirándose, y Villeroy volvió á ser por el pronto el músico prendado de su intérprete.

(Continuará.)

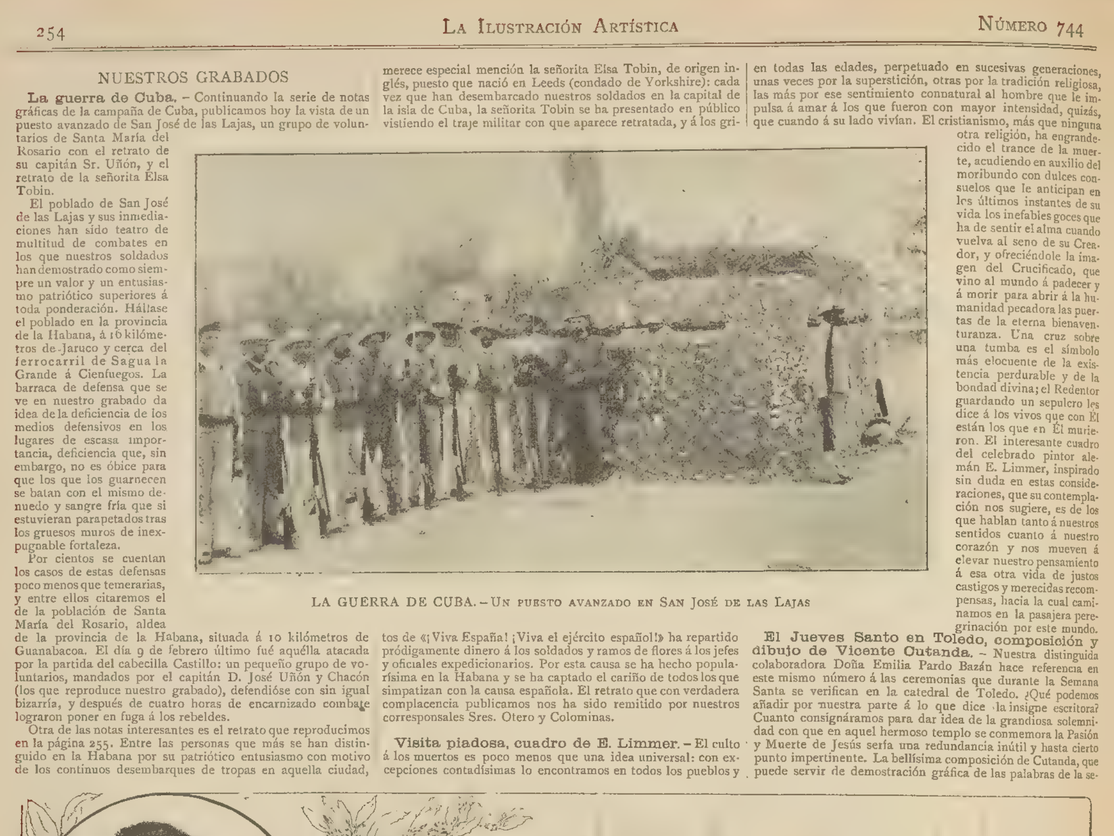
NUESTROS GRABADOS

La guerra de Cuba. – Continuando la serie de notas gráficas de la campaña de Cuba, publicamos hoy la vista de un puesto avanzado de San José de las Lajas, un grupo de voluntarios de Santa María del Rosario con el retrato de su capitán Sr. Uñón, y el retrato de la señorita Elsa Tobin.

El poblado de San José de las Lajas y sus inmediaciones han sido teatro de multitud de combates en los que nuestros soldados han demostrado como siempre un valor y un entusiasmo patriótico superiores á toda ponderación. Hállase el poblado en la provincia de la Habana, á 16 kilómetros de Jaruco y cerca del ferrocarril de Sagua la Grande á Cienfuegos. La barraca de defensa que se ve en nuestro grabado da idea de la deficiencia de los medios defensivos en los lugares de escasa importancia, deficiencia que, sin embargo, no es óbice para que los que los guarnecen se batan con el mismo denuedo y sangre fría que si estuvieran parapetados tras los gruesos muros de inexpugnable fortaleza.

Por cientos se cuentan los casos de estas defensas poco menos que temerarias, y entre ellos citaremos el de la población de Santa María del Rosario, aldea de la provincia de la Habana, situada á 10 kilómetros de Guanabacoa. El día 9 de febrero último fué aquélla atacada por la partida del cabecilla Castillo: un pequeño grupo de voluntarios, mandados por el capitán D. José Uñón y Chacón (los que reproduce nuestro grabado), defendióse con sin igual bizarría, y después de cuatro horas de encarnizado combate lograron poner en fuga á los rebeldes.

Otra de las notas interesantes es el retrato que reproducimos en la página 255. Entre las personas que más se han distinguido en la Habana por su patriótico entusiasmo con motivo de los continuos desembarques de tropas en aquella ciudad, merece especial mención la señorita Elsa Tobin, de origen inglés, puesto que nació en Leeds (condado de Yorkshire): cada vez que han desembarcado nuestros soldados en la capital de la isla de Cuba, la señorita Tobin se ha presentado en público vistiendo el traje militar con que aparece retratada, y á los gritos de «¡Viva España! ¡Viva el ejército español!» ha repartido pródigamente dinero á los soldados y ramos de flores á los jefes y oficiales expedicionarios. Por esta causa se ha hecho popularísima en la Habana y se ha captado el cariño de todos los que simpatizan con la causa española. El retrato que con verdadera complacencia publicamos nos ha sido remitido por nuestros corresponsales Sres. Otero y Colominas.



LA GUERRA DE CUBA. – Un puesto avanzado en San José de las Lajas

Visita piadosa, cuadro de E. Limmer. – El culto á los muertos es poco menos que una idea universal: con excepciones contadísimas lo encontramos en todos los pueblos y en todas las edades, perpetuado en sucesivas generaciones, unas veces por la superstición, otras por la tradición religiosa, las más por ese sentimiento connatural al hombre que le impulsa á amar á los que fueron con mayor intensidad, quizás, que cuando á su lado vivían. El cristianismo, más que ninguna otra religión, ha engrandecido el trance de la muerte, acudiendo en auxilio del moribundo con dulces consuelos que le anticipan en los últimos instantes de su vida los inefables goces que ha de sentir el alma cuando vuelva al seno de su Creador, y ofreciéndole la imagen del Crucificado, que vino al mundo á padecer y á morir para abrir á la humanidad pecadora las puertas de la eterna bienaventuranza. Una cruz sobre una tumba es el símbolo más elocuente de la existencia perdurable y de la bondad divina; el Redentor guardando un sepulcro les dice á los vivos que con Él están los que en Él murieron. El interesante cuadro del celebrado pintor alemán E. Limmer, inspirado sin duda en estas consideraciones, que su contemplación nos sugiere, es de los que hablan tanto á nuestros sentidos cuanto á nuestro corazón y nos mueven á elevar nuestro pensamiento á esa otra vida de justos castigos y merecidas recompensas, hacia la cual caminamos en la pasajera peregrinación por este mundo.

El Jueves Santo en Toledo, composición y dibujo de Vicente Cutanda. – Nuestra distinguida colaboradora Doña Emilia Pardo Bazán hace referencia en este mismo número á las ceremonias que durante la Semana Santa se verifican en la catedral de Toledo. ¿Qué podemos añadir por nuestra parte á lo que dice la insigne escritora? Cuanto consignáramos para dar idea de la grandiosa solemnidad con que en aquel hermoso templo se conmemora la Pasión y Muerte de Jesús sería una redundancia inútil y hasta cierto punto impertinente. La bellísima composición de Cutanda, que puede servir de demostración gráfica de las palabras de la se-



LA GUERRA DE CUBA. – Defensores del pueblo de Santa María del Rosario, en el ataque del día 9 de febrero último

El capitán D. José Uñón y Chacón y grupo de voluntarios á sus órdenes

ñora Pardo Bazán, tampoco necesita mayores explicaciones, y en cuanto á los elogios que pudiéramos hacer de ella, parécennos ociosos porque sobradamente conocido es el nombre de tan afamado pintor, en cada una de cuyas obras admírase ese sello personal que caracteriza á los artistas de buena cepa.

El Domingo de Ramos en Sevilla, composición y dibujo de José García Ramos. – Gran fama tienen las fiestas de Semana Santa que se celebran en Sevilla, y á presenciarlas acuden millares de forasteros de otros puntos de España y no pocos extranjeros: cierto que la mayoría de los que allí van piensan tanto, por lo menos, en la feria y en las fiestas profanas cuanto en las solemnidades de estos días de recogimiento; pero no por ello dejan éstas de constituir uno de los grandes atractivos de la incomparable ciudad andaluza. Nuestro querido colaborador Sr. García Ramos, inspirándose en ellas, ha escogido el Domingo de Ramos para trazar la composición por todos conceptos notable que reproducimos y en la cual acredita una vez más sus excepcionales talentos artísticos, que le han colocado á la altura de nuestros primeros dibujantes.

El famoso pintor Gebhard Fugel. – El autor del magnífico lienzo que reproducimos en las páginas 248 y 249 y al cual hace alusión en su notable artículo el Rdo. P. Dr. Almonacid, nació en 1863 en las cercanías de Ravensburg y educóse en la Escuela de Bellas Artes de Stuttgart. En 1886 dióse á conocer con su grandioso lienzo *Cristo curando á los enfermos*, que fué unánimemente celebrado: prosiguiendo en el cultivo de la pintura religiosa, ejecutó otros cuadros sobre episodios de la Pasión y Muerte de Jesús, entre ellos *Cristo llevando la cruz á cuestas* y *Sepelio de Cristo*, que le acreditaron de artista estudioso y concienzudo, compositor serio, gran conocedor de los países y tipos orientales y hábil colorista. Sus dos últimas obras de este género han sido *Jesús bendiciendo á los niños* y *La última Cena*, que presentó respectivamente en las exposiciones berlinesas de 1894 y 1895 y que han contribuído no poco á acrecentar su fama, elevando su nombre al alto puesto que hoy ocupa entre los pintores alemanes contemporáneos.

La Tierra Santa. Vista de Nazareth. – Esta ciudad, venerada por todo el mundo cristiano, se halla desde mediados del siglo XIII en poder de los musulmanes, quienes después de 1620 han tolerado la apertura de templos cristianos, gracias á lo cual la población, antes pobre y atrasada, ha ido prosperando y progresando, bien que muy lentamente. La dominación de los infieles no ha podido borrar de Nazareth el carácter de ciudad santa con que aparece á nuestros ojos; y aunque sobre cada una de sus piedras estampase el islamismo su media luna, no lograría hacer de ella una villa mahometana, porque por encima de todos sus esfuerzos siempre se consideraría como el hecho más grande y más glorioso de su historia el haber sido albergue de Nuestro Señor Jesucristo, quien se preparó en ella para la portentosa peregrinación que terminó en el Calvario con la muerte del Hijo de Dios y la redención del linaje humano.



LA SEÑORITA ELSA TOBIN,
que se ha distinguido por su entusiasmo patriótico al recibir en la Habana á las tropas expedicionarias
(de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

MISCELÁNEA

Teatros. – En el teatro Raimund, de Viena, se ha estrenado con aplauso un nuevo drama en un acto de la reina de Rumanía (Carmen Sylva), titulado *Ultranda*.

– En el teatro Real, de Copenhague, se ha estrenado con gran éxito la ópera de Leo Delibes *Lakmé*.

– En el Lyceum, de Londres, se ha puesto en escena con mucho éxito la hermosa tragedia francesa de Francisco Coppée, traducida al inglés por John Davidson, *Pour la couronne*.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en Lara *La bicicleta*, bonito juguete en un acto de D. Miguel Echegaray; en la Zarzuela, la refundición en un acto del popular sainete de Javier de Burgos *El mundo comedia es ó el baile de Luis Alonso*, para el que ha escrito algunos agradables números de música el maestro Jiménez, y *Tiple ligera*, juguete lírico en un acto, letra del conocido periodista D. Federico Urrecha y música del maestro Rubio; y en Romea *La casa de las comadres*, gracioso pasillo de vecindad de los Sres. García Alvarez y Paso con música del maestro Valverde y Estellés. En la Comedia han celebrado sus beneficios los Sres. Mario y Thuiller: el primero puso en escena el drama de Campoamor hacía muchos años no representado *Cuerdos y locos*, y el segundo escogió el de Echegaray *De mala raza*, que representó de una manera admirable. En el Español, para el beneficio del Sr. Díaz de Mendoza, se ha representado el precioso drama de Lope de Vega, *Sancho Ortiz de las Roelas ó la estrella de Sevilla*, y para el del Sr. García Ortega *La Dolores*, obras que han proporcionado sendas ovaciones á los beneficiados y á la señora Guerrero.

Barcelona. – En el teatro Lírico la Sociedad Catalana de Conciertos ha dado una serie de interesantes audiciones de las principales piezas de la maravillosa tetralogía *El anillo del Niebelungo* de Wágner, con el concurso de los célebres cantantes señoras Blanc y Marcy y los señores Cazeneuve y Vieuille y bajo la dirección del inteligente maestro Sr. Nicolau. El éxito ha sido completo; las preciosas composiciones del gran maestro alemán admirablemente ejecutadas han producido verdadero entusiasmo, y los aficionados á la buena música no olvidarán esos conciertos con tanto acierto organizados que han sido un verdadero acontecimiento en nuestra ciudad. En Romea se ha estrenado con muy buen éxito una comedia en tres actos, *La bailarina*, arreglo del francés, hecho por los señores Ayné y Blaha.

Necrología. – Han fallecido:
Cristóbal Negri, ilustre geógrafo italiano.
Juan Augusto Bavre, escultor francés cuyo busto de Napoleón III fué aceptado como modelo oficial para las monedas acuñadas durante el reinado de aquel emperador.
Julio Buschop, compositor belga.
Mariano Medina Contreras, arquitecto y director de la Alhambra, en donde llevó á cabo importantes restauraciones.
Darja Michailowna Leonora, famosa cantatriz rusa que durante muchos años ha sido el principal sostén del repertorio de la ópera nacional en aquel país.
David Simonson, retratista y pintor de género alemán.
Nicolás Strachow, ilustre pensador y crítico ruso.
Alfredo Odin, profesor de Filología francesa en la Escuela Superior de Sofía y autor de la obra monumental *Génesis de los grandes hombres, literatos franceses modernos*.
J. A. Friis, profesor de los idiomas lapono y kwenio en la Universidad de Cristianía, autor de un diccionario lapono y gran conocedor de las tribus nómadas del Norte de Escandinavia y de Finlandia.
Melchor de Strassen, notable escultor alemán, profesor de la Real Academia de Leipzig y director del Museo de Industrias Artísticas de aquella ciudad.



LA TIERRA SANTA. - Vista de Nazareth (tomada de una fotografía)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 6 de abril de 1896 — Núm. 745



JOVEN EN LA VENTANA,

cuadro de Rembrandt que se conserva en la Galería Dulwich de Londres

ADVERTENCIA

En el próximo número comenzaremos la publicación de una preciosa novela de la ilustre escritora Doña Emilia Pardo Bazán, titulada *El Ancora* y escrita expresamente para La Ilustración Artística. Irá ilustrada con dibujos del reputado artista Sr. Cabrinety.

SUMARIO

Texto. – *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. – *El primer Salón de París*, por R. Balsa de la Vega. – *La guerra en el Africa Oriental*, por X. – *Cogerse los dedos*, por P. Gómez Candela. – *Nuestros grabados.* – *Miscelánea* con noticias referentes á *Bellas Artes*, *Teatros* y *Necrología.* – *Problema de ajedrez.* – *En busca de un ideal*, novela original de Juana Mairet, con ilustraciones de Marchetti, traducción de E. L. Verneuil (conclusión).

Grabados. – *Joven en la ventana*, cuadro de Rembrandt que se conserva en la Galería Dulwich de Londres. – *Luis XIV.* – *J. B. Colbert.* – *Obras notables del arte contemporáneo. Mañana de invierno*, cuadro de L. Munthe, grabado por Bong. – *Obras notables del arte español contemporáneo. La procesión del Corpus en Asís*, cuadro de José Benlliure (Exposición Internacional de Munich. 1895). – *Un nubio* (de una fotografía). – Cuchillo y palo arrojadizo de Nubia (Museo Municipal de Francfort en el Mein). – Una espada nubia (de hoja de Solingen) con vaina y colgantes (Museo para Etnografía, Berlín). – Campana que usan las caravanas de Kordofán (*Christy collection*, Londres). – Casco nubio (Museo Municipal de Francfort en el Mein). – Escudos de Kordofán (Museo Municipal de Francfort en el Mein). – *Triste recuerdo*, cuadro de J. M. Strudwich, reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Berlín. – *Por la humanidad, por la patria*, cuadro de J. J. Weerts. – Tapa del libro regalado al alcalde de Barcelona D. José María Rius y Badía y costeado por suscripción popular. – *Lago de Piediluco*, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La Semana Santa. – Recuerdos y esperanzas. – El cristianismo y la democracia. – El cántico de Moisés. – La Tierra Santa. – Nuestra vida y muerte ligadas con Jerusalén. – Reflexiones. – Conclusión.

I

Nunca se borrarán del recuerdo mío las impresiones en él dejadas por los días de Semana Santa. La palma, olivo, romero del Domingo de Ramos, en la iglesia de mi pueblo, al cimbrearse las unas, de áureos esmaltes, por lo alto, y extenderse las verdinegras hojas de los otros por el suelo, evocando la entrada de Cristo en Jerusalén, mostraban á la niñez nuestra ya la vanidad de los triunfos terrenales y nos decían cuán próximo se halla el cielo azul de las glorias vanas al océano insondable de los dolores eternos. Viendo á Cristo un día vencedor, caballero sobre su asnillo, con los nimbos que le descubría nuestra fe, bajo bóvedas de palmas y sobre alfombras de olivos, aprendíamos por anticipación de nuestros presentimientos cómo pasa el favor de un pueblo, dispuesto siempre á coronar gozoso y alegre hoy al mismo que crucificará irritado al día siguiente. Después del Domingo de Ramos no solíamos volver al templo hasta el Miércoles Santo por la tarde. Las lamentaciones de Jeremías, los versículos del miserere, los fragores de las tinieblas, nos acostumbraban desde los comienzos de la infancia, en su crepúsculo matutino, á contemplar sin horror la muerte, considerándola como el puerto misterioso donde anclará por toda una eternidad la vida. Producíanme tanto efecto los fragores del terrible momento, que, aún hoy, al oir el estruendo de las tinieblas en el obscuro templo, donde todas las luces vanse á una extinguiendo, y sólo entra por las altas claraboyas el último crepúsculo de una tarde moribunda, paréceme hallarme como encerrado en obscurísimo túmulo, sobre cuya tapa se desploman las esferas de arriba y bajo cuyos pies se abren los abismos de abajo. Todo cambia el día de Jueves Santo. Parece la iglesia de tal mañana contraria por completo á la iglesia de los días anteriores. El color blanco sucede al color morado; las cruces, vestidas de obscuro, como viudas, sobre los altares, tristes, cual sarcófagos de momias, se ciñen de sedas albas, como vírgenes, sobre los altares, adornados cual aras de boda; el centelleo de las velas y de las lámparas reanima el templo, en cuyos retablos suceden velos nupciales á fúnebres sudarios; repican las campanas á gloria en lo alto de las torres, y llenan las trompetas de los órganos el aire de la iglesia; los sacerdotes, vestidos con sus dalmáticas y capas pluviales de fiesta, levantan los cálices de oro á un cielo de regocijos entre celestiales nubes azules despedidas por los incensarios y sacros himnos elevados por los coros: indefinible alegría espiritual, originada en la conmemoración de aquella cena, donde nuestro Redentor, al despedirse de su apostolado, transfundió el espíritu divino suyo en nuestras venas carnales y nos dió con su verbo, más generador y más fecundo que aquel soplo á cuyo aliento se levantó Adán en el Paraíso, un alma completamente manumitida del yugo de la materia, un alma dispuesta con su libertad interior á fundar aquí la justicia, y digna de poseer por sus virtudes y por sus ideas en otro mundo mejor la eterna bienaventuranza. Pero si la mañana del jueves todo es alegría, la tarde todo es luto. ¡Cuál emoción, al entrar en los oficios vespertinos, y observar el tenebrario con sus candelas amarillas, el velo morado repuesto ante los retablos del altar desnudo, la puerta del sagrario como violentada y los espacios de éste como vacíos, el treno presentándonos á Jerusalén desolada y lamentosa, con sus rías que lloran, sus sacerdotes que gimen, sus vírgenes que pasan escuálidas y semejantes á sombras venidas del sepulcro, sus piedras que laten como corazones atribulados y heridos, sus templos que se caen, sus muertos que se levantan; y ella pidiendo á Dios misericordia entre cilicios y cenizas, bajo las sombras fúnebres de una eterna y luctuosa noche. Todas las religiones habían sido hasta el cristianismo religiones donde se divinizaba la fuerza con sus privilegios y se rendían parias al combate y al triunfo con sus excesos. Nuestro Dios únicamente ha levantado sus manos para bendecir, ha tenido corazón para querer, ha predicado el olvido de las injurias y el amor á nuestros enemigos, ha bebido la hiel y vinagre de todas nuestras amarguras, ha muerto, siendo la creación y la vida, por emanciparnos y por redimirnos á todos. Así, el Viernes Santo, entre las tristezas de una desolación horrible, cuando sólo hay espacio para pensar en el trance último de cada mortal, sobre losas de sepulcros, ante paños de luto, el órgano y el campanario mudos, extintas las lámparas, desnuda la Cruz, María solitaria ó con su hijo yerto entre los brazos, el celebrante de la misa reza en cántico llano y plañidero, por todos los nacidos, por los judíos que crucificaron al Salvador, por los herejes que huyeron de la iglesia, por los idólatras que aún están ciegos del alma, por los paganos que no han podido abandonar sus errores, por cuantos yerran, cumpliendo así las máximas del Sermón de la Montaña, con el fin de que las ergástulas se abran, los tormentos y patíbulos se cierren, las cadenas se rompan, los esclavos con los muertos resuciten, y el amor á Cristo, así en su divinidad como en su humanidad, una, dentro de la paz universal, todas las razas, impelidas por su redención á realizar el reino de Dios y su justicia sobre la faz del planeta. Es indudable que toda nuestra religión respira libertad y república, desde los cánticos del *Magnificat* de los Evangelios hasta el cántico de Moisés en la Biblia.

II

El cántico de Moisés, entonado en coro por los israelitas libres, demostraba que había un pueblo en aquel infinito desierto. El arte servía con sus inspiraciones intuitivas para llevar este pueblo donde la religión intentaba; es á saber, al reconocimiento de su interior unidad, demostrada por el Dios único, por la fe una, por el cantar unísono como los simounes del desierto, y en coro cual conviene á la voz de todo un pueblo. Este combate de una raza oprimida con sus opresores; la decisión de abandonar un sitio delicioso en busca de otro estéril para entregarse á la libertad; el rompimiento y rota de los déspotas por una idea superior en fuerza y vigor á ellos y á sus ejércitos; la constitución de un Estado que se funda por iniciativa de alta inteligencia y se mantiene por el sacerdocio espiritual de la palabra; estas fulgurantes explosiones del arte, subiendo en estrofas de versos maravillosísimos y en cadencias de música sublime á las alturas, enseñan una tan grande transformación del humano linaje, que bien puede llamarse otra la humanidad, libre allá en el desierto enteramente rendido al espíritu que lo puebla con sus ideas, y coronado por la estrella de su Dios, que la espiritualiza y agranda. Comparad el esfuerzo latente bajo todas impurezas de una turbia realidad histórica, que redime á Israel, con la servidumbre del troglodita primitivo, abrumado bajo el peso de la materia, juguete vil de la fuerza, y decidme luego si ha caminado la humanidad entera, saliendo desde la caverna del oso gigante, donde las raíces de su vida se confundían con las raíces de toda la otra vida animal, hasta las cumbres del Sinaí altísimo, inundadas por el espíritu de Dios. Aquella tierra epiléptica, sobre cuyos estremecimientos no podíamos poner la planta, se ha trocado en este uniforme y sumiso desierto que podemos surcar á nuestro arbitrio; aquel monte, desgarrado por una tormenta interior, vomitando volcánicas erupciones de sus abiertas cimas y agitado por estruendo de terremotos en sus bases, truécase por la granítica, fría, inmóvil, serena montaña, que parece como una escalera de pórfido, cuyas gradas brindan una material ascensión á los cielos lejanos; aquella madriguera lacustre, donde reivindicaba el hombre prehistórico los estrechos espacios indispensables á su vida rudimentaria, en combate sin término y sin tregua con los elementos subvertidos y con las especies carniceras y encarnizadas, se ha trocado en la tienda clemente, bajo la cual se abriga familia unida por lazos espirituales y agrandada en el seno de Dios; pues una sociedad nueva, una sociedad libre, una sociedad progresiva nace al ideal encontrado en la conciencia humana, como esos nidos que se animan de vida y de aleteos y de amores y de cánticos al calor de la primavera. Comprended ahora por qué ha subsistido tanto tiempo el Dios revelado en los desiertos y conducido de región en región por los pobres nómadas pastores designados con los nombres de Abraham y de Jacob. Comprended por qué su tienda portátil, de blanco lino, ha superado los templos construídos con gigantescas moles de impenetrable pórfido. Comprended por qué las tablas sencillas de su moral se han levantado sobre todos los libros y sobre todas las ciencias. Comprended por qué hoy mismo celebramos aquella pascua, comemos en aquella cena, pedimos el pan con que se alimentaron los que comenzaban el éxodo santo, porque aquel Dios es el Dios de la libertad, y los himnos resonantes en las alturas del Horeb y del Sinaí la oda triunfal de la humana conciencia redimida y salvada de un cautiverio como el de Egipto y de un despotismo como el ejercido por los soberbios Faraones sobre las espaldas encorvadas de tantos pueblos siervos.

III

¡Ah! No hay tierra tan fecunda en ideas como la Tierra Santa. Estos tres desiertos de Arabia, de Egipto, de Judea, puede decirse que han dado las tres religiones fundamentales á los pueblos cultos de la moderna historia. El Sinaí de Moisés tiene á un lado la Meca del Islam y á otro lado la Jerusalén del Evangelio. Así como Grecia es la patria de la libertad y del arte, Judea es la patria de la religión y del dogma. Espectáculo maravilloso para un alma que sepa levantarse á las alturas de la historia y evocar el pensamiento de los siglos. Aquella Jerusalén, asentada en el desierto, adonde han bajado tantas veces los ángeles del cielo y adonde tantas veces han subido los pensamientos y las oraciones del hombre; circuída por sus vastos mares de arena, en que los rayos del sol rebotan; bajo las reverberaciones de un horizonte asiático, enrojecido por el sol como la bóveda de un horno de cal ardiente; entre sus guirnaldas de nopales, semejantes á una corona de espinas; ostentando los muros fortísimos bruñidos por aquella luz, las rotondas de sus iglesias y de sus mezquitas, los alminares de sus palacios, el seco lecho de sus torrentes cuyas aguas se han mezclado con las lágrimas de los Profetas, la suave línea de sus colinas sembradas de olivos tan seculares como si fueran fósiles de la historia, Jerusalén es todavía, en su viudez y en su servidumbre, tendida sobre su estercolero, con su esqueleto fuera de su piel y profanado por las hienas de Tartaria, la ciudad del mundo que más holocaustos ha merecido al género humano y más confidencias á la divina verdad. Todos hemos llorado en las amargas aguas del mar Muerto, hemos bebido todos algunas gotas del torrente Cedrón; todos hemos prestado alguna vez nuestra voz al coro de sus sacerdotes, y alguna vez hemos repetido, con las manos plegadas y las rodillas en tierra, el eco de sus salmos. Todavía los acentos de su miserere arrasan nuestros ojos de lágrimas, y los trenos de sus lamentaciones arrancan gemidos de dolor á nuestra garganta; los trances amargos de la vida llamámosles calles de amargura; el dolor eterno, á que nuestra contingencia y nuestra debilidad nos condenan, llamámosle crucifixión ó calvario; y cuando queremos pensar en la inmortalidad, recordamos que sólo en su valle de Josafat podremos revestir nuestra carne regenerada; y cuando soñamos con lo invisible y con lo eterno, ¡ah! nos fingimos una Jerusalén mística, poblada de ángeles y bendecida por profetas en los celajes y en los arreboles de lo infinito.

Madrid, 30 marzo de 1896.



EL PRIMER SALÓN DE PARÍS

9 de abril de 1667

Luis XIV, aconsejado por Colbert, expide un decreto ordenando la celebración de exposiciones bienales de pintura y escultura.

Cuentan los historiadores romanos, Plinio entre ellos, que en los días de Pericles especialmente, se celebraban en Grecia, en ocasión de fiestas como las de las Panateneas y de Apolo de Delfos y otras análogas, exposiciones públicas de obras de arte, que aquel pueblo, el más artista de todos los tiempos, juzgaba con gran sentido. Así que, desde Apeles á Fidias, las dos grandes figuras de la pintura y de la escultura griega, hasta las menos conocidas de las escuelas del Asia helena, sometían al juicio de la multitud, único jurado de tales certámenes, sus producciones, y de él recibían el premio por medio del aplauso y de la aclamación

En Roma estos certámenes tuvieron un triple aspecto, pues servían para la educación estética del pueblo, para desarrollar el gusto por el lujo y para conservar en auge en las masas el sentimiento del poder omnímodo de la república primero, del imperio después. Este último aspecto fué el más importante, en un principio, de tales exhibiciones artísticas. Los generales que volvían vencedores encargaban á los artistas del pincel que pintasen los principales episodios de las campañas que vencieran, y en los pórticos de los templos y de las termas explicaban al pueblo congregado allí, con los cuadros á la vista, sus triunfos. Por otra parte, era costumbre que juntamente con las riquezas cogidas al enemigo figurasen en las entradas triunfales del ejército las estatuas, cuadros y demás obras de arte, que casi siempre componían parte importantísima del botín de guerra. Depositábanse en el Capitolio, adonde iban los ciudadanos de la ciudad de Rómulo á admirarlas y á gloriarse con su vista. Ya alcanzado por el imperio todo su apogeo, algunos emperadores, como Agripa, exhortaron á los particulares á que hiciesen exhibiciones públicas de las obras de arte de que eran poseedores.

En la época en que los Médicis dominaban en Florencia como príncipes, en Roma, desde el solio pontificio, los grandes señores hacían ostentación públicamente de sus colecciones, y los más célebres artistas buscaban en el aplauso popular la consagración de sus talentos; conducta que siguieron en Alemania, en Holanda y en Francia los Durero, Teniers, Rembrandt, Poussin y tantos otros artistas inmortales. Pero con todo esto, nunca se realizaron verdaderas exposiciones de pintura y escultura juntamente, en períodos determinados, con un fin expresamente educativo, hasta que Luis XIV, por consejo de Colbert, su ministro, se dirigió á los académicos de la de Bellas Artes (creada por el cardenal Mazarino) indicándoles que expusieran anualmente sus trabajos. Los académicos acordaron en diciembre de 1665 dar cumplimiento al deseo del rey *Sol*; mas Colbert dispuso que para que pudiesen los artistas exhibirse de un modo digno, en lugar de celebrarse una exposición cada año, se celebrase de dos en dos y durante las fiestas de semana santa. En efecto, el Primer Salón se inauguró el día 9 de abril de 1667, que era *Domingo de Ramos*, y se cerró el 23 del mismo mes, habiendo sido visitado por el rey y varias veces por el ministro. El palacio en que se expusieron las obras era el llamado de Richelieu, cuyo emplazamiento ocupa en la actualidad el teatro Francés.

Escaso debió ser el número de pinturas y esculturas exhibidas en este primer certamen oficial, puesto que en el décimotercero solamente figuraron 286 obras. Al primero asistieron, según conjeturas de Diderot, Voltaire y otros escritores é historiógrafos, el retratista Rigaud, Juan Garnier, Pierre Mignard, Testelin, Juan Rauc, Carlos Lebrun, el escultor Coysevoix y Roberto Nauteuil. Pretendieron algunos eruditos que Poussin acudiera también al Primer Salón; mas documentos descubiertos con posterioridad echan por tierra tal supuesto, por cuanto ha podido comprobarse que el *Rafael francés* falleciera bastantes años antes de 1667, en Roma, donde vivía.

Respecto del carácter de las obras expuestas en el Primer Salón, tan sólo por conjeturas puede suponerse. Sábese que por aquella época el escultor Girardon modelaba una magnífica estatua ecuestre de Luis XIV, que fundida en bronce se erigió años después en la plaza Vendôme, y que juntamente con los bajos relieves del pedestal, debidos á Couston padre, fué destruída durante la revolución. De ese mismo año de 1667 es el busto en mármol, también retrato del rey, esculpido por Coysevoix. De Lebrun, que comenzara la serie de cuadros que pudiera llamarse *la apoteosis* de Luis XIV, supónese que exhibió el primero. Realmente la exposición primera, eminentemente académica, tuvo un carácter cortesano, por lo que respecta ó atañe á los motivos artísticos; mas á pesar de esto, es menester que reconozcamos la importancia, no tan sólo del hecho de la exposición, sino la de la marcha ó rumbo que, sea por la causa ó razón que se quiera, se apartaba de aquella otra vereda de estrechos límites, en la cual se encerraran los artistas alemanes, españoles y aun parte de los italianos, y que solamente los *grandes pequeños* maestros de las escuelas flamenca y holandesa, habían dejado de seguir para entrar resueltamente por el campo de la vida real.

La historia de los Salones franceses constituye la de las exposiciones oficiales de Bellas Artes de Europa. La marcha seguida por la *Royal Academy* de Londres en el último tercio del siglo pasado es poco más ó menos la de la de *Beaux Arts* de París. Solamente podían asistir á tales certámenes los académicos é invitados de la Academia. Desde la octava exposición comienza á funcionar un jurado que admite ó rechaza las obras, y hasta después de la revolución no alcanzó á ciento el número de expositores. El nombre de *Salones* no lo obtuvieron los certámenes de Bellas Artes de París hasta el reinado de Luis XV; debiendo el ser denominados de este modo al local en que se realizaban: era éste el *Salón carré* del palacio del Louvre.

En España no tuvieron carácter verdaderamente oficial las exposiciones de Bellas Artes hasta bien entrado el reinado de Isabel II. Si no recuerdo mal, la primera que inauguró la reina fué la de 1850. Hasta entonces, si bien la Academia de San Fernando venía celebrando certámenes públicos, éstos tenían un carácter casi particular, y á ellos solamente acudían los artistas que aquel alto cuerpo invitaba. Tenían efecto dichas exposiciones en el patio de la Academia, y á juzgar por las revistas que periódicos como *El Artista*, *El Liceo*, *No me olvides* y otros de esta índole, puramente literarios y artísticos, hacían de aquellas exposiciones, el número de obras era limitadísimo y una gran parte de ellas retratos, cuadros religiosos y alguno que otro de carácter histórico.

La época en que los Salones de París comenzaron á ejercer decisiva influencia en la marcha del gusto artístico, extendiendo dicha influencia á las cuestiones políticas y religiosas, fué inmediatamente después de la revolución francesa. Desde 1817 comiénzase á observar la importancia de esa influencia, que llega á su apogeo durante el período romántico. Con Víctor Hugo y todos sus secuaces se colocan en las avanzadas democráticas los Delacroix, Deschamps, etcétera, mientras que con Ingres y sus discípulos tienen los partidarios de la tradición realista verdaderos defensores.

Una observación de indudable importancia puede hacerse, repasando la historia de los Salones en Francia; observación que nos dice más del carácter y modo de sentir el arte del pueblo galo, que cuantos estudios puedan hacerse en ese sentido. En 1777, bajo el reinado de Luis XV, es decir, en una de las épocas en que la *galantería* y la despreocupación en materias de moralidad alcanzara á formar un verdadero estado de cosas social, vióse el rey, el amante de la Pompadour, obligado á ordenar á la comisión organizadora del Salón á que pusiera coto á las licencias de los artistas, que seguían el camino de la escuela de Bucher, pues se diera el caso de exhibir cuadros ante los cuales los cuentos de Rabelais, las desvergüenzas de Perrault, etc, apenas podían considerarse más que como desahogos de un humorismo más ó menos aceptable desde el punto de vista erótico.

Por lo que á España corresponde, el estudio detenido de nuestras exposiciones nos enseña cuán distinto fué y sigue siendo el sentido artístico y estético del artista hispano. Del cuadro y la escultura religiosa ó clásica pasamos á las exaltaciones románticas, y de éstas á los asuntos históricos, que caracterizaron una gran parte de nuestro siglo. Al presente, la vacilación inmensa que domina en toda Europa respecto de las tendencias filosóficas del arte nos ha traído á una confusión que algún día dejará de ser, mas que hasta ahora no puede profetizarse cuándo.

Una condición se revela en el arte español, condición que es histórica, y que obedece á determinada influencia étnica y de disciplina social: el naturalismo, pero tan sólo en la forma.

R. Balsa de la Vega

LA GUERRA EN EL AFRICA ORIENTAL

Entablada entre italianos y etíopes, surge ahora simultáneamente en regiones contiguas, entre ingleses, egipcios y nubios, y como en ella están interesadas ostensiblemente dos naciones europeas, aunque en el terreno diplomático sospéchase con fundamento que deben intervenir algunas otras, no es de extrañar que la atención pública se fije hoy en dicha guerra, de la que pueden resultar inesperadas complicaciones. Por esto nos proponemos ocuparnos en este y en alguno de los números sucesivos de los sucesos más salientes que con ella tengan relación, empezando hoy por dar una ligera idea de lo que son aquellos países y sus habitantes, especialmente por lo que se refiere al Sudán, ya que del imperio abisinio hemos indicado algo en números anteriores.

Viénese dando el nombre de expedición del Sudán á la que últimamente ha emprendido el ejército anglo-egipcio contra los secuaces del Mahdí, vencedores en 1883; pero siendo su principal objetivo, por ahora, Dongola, más propiamente debería llamarse expedición de la Nubia, toda vez que Dongola es la capital del territorio de este nombre, mientras que el hoy generalmente conocido con el de Sudán ó Sudán oriental, para diferenciarlo del occidental, situado entre la Senegambia y el lago Tchad, es el que antes constituía la alta Nubia.

La primera de dichas regiones, ó sea la baja Nubia, la más próxima á Egipto, y á la que se encamina la mencionada expedición, está limitada al Norte por las cataratas de Asuán, al Sur por la confluencia del Nilo y el Atbara, al Este por el mar Rojo y al Oeste

MAÑANA DE INVIERNO, cuadro de L Munthe, grabado por Bong

LA PROCESIÓN DEL CORPUS EN ASIS, cuadro de José Benlliure (Fxposición Internacional de Munich. 1895)

por el gran desierto, ocupando así una extensión de 250.000 kilómetros cuadrados con cerca de un millón de habitantes.

Esta región está dominada por una serie de alturas que desarrollándose paralelamente á la orilla del mar, forma su frontera; en general es baja, sobre todo en la parte meridional; pero hacia el Norte se eleva, llegando á su punto culminante en el monte Olba, de 2.400 metros de altitud. En este sitio la cordillera del litoral, llamada Arábiga, se enlaza con los montes del interior y toma la dirección Oeste, descendiendo gradualmente, y sus mayores eminencias apenas pasan de 1.000 metros, hasta desaparecer poco á poco bajo las arenas del desierto. Así en la región septentrional como en la meridional de la Nubia, las piedras areniscas que constituyen las montañas, deshechas rápidamente por la acción del calor, la lluvia y el viento, se transforman en arena, que las corrientes aéreas elevan hasta las crestas de los montes ó arrastran y forman movedizas dunas; la lucha entre éstas y los habitantes de los oasis es constante; el hombre cultiva la tierra; pero la arena, transportada por el viento, en un instante cubre los cultivos, esteriliza los campos y reduce ó hace desaparecer aquella porción de tierra habitable y productiva.

La Nubia es uno de los países en que hay más distancia entre la temperatura máxima y la mínima, debido á la gran sequedad de la atmósfera, que permite durante la noche la irradiación del calor en el espacio, y á la constancia del viento Norte, que contribuye á hacer descender la temperatura nocturna hasta el punto de sentirse extremado frío.

Por lo que respecta á la fauna y á la flora de este país, diremos que en los bosques de mimosas de las orillas del Nilo se crían leones, hienas, antílopes, jirafas, gacelas y avestruces, y en las riberas, millones de aves acuáticas, siendo el caballo y el camello los únicos animales domésticos del país. La flora está representada por varias especies de palmeras, acacias y mimosas, y en las márgenes del Nilo y en las estepas del interior se cosechan algunos cereales.

La población de la Nubia se compone de una mezcla de individuos de raza hamita, árabe nigricia y turca, pero la masa general pertenece á los barabra,



Cuchillo y palo arrojadizo, de Nubia (Museo Municipal de Francfort en el Mein)

vulgarmente llamados *berberines* ó *barbarines*. Se diferencian de los demás pueblos africanos, no sólo en el matiz más obscuro de la piel, que llega hasta el negro azulado, sino en que tienen las facciones más regulares, son bien formados y de proporcionada estatura, y no es raro encontrar tipos de verdadera belleza, aunque desfigurados por las cicatrices de numerosas heridas que se producen como medio curativo de sus enfermedades. Los barabres designados con el nombre de *danagla* ó *danagale*, habitan la parte meridional de la Nubia, principalmente en las inmediaciones de Dongola, la capital, y en las islas del



UN NUBIO (de una fotografía)

río; su ocupación habitual es el comercio, pero también se dedican á la caza de esclavos por cuenta de los traficantes; su dialecto es el mismo que el de los barabras del Norte, con más voces árabes introducidas por las relaciones comerciales. Como de raza distinta se consideran los mahas, que habitan las orillas del Nilo, en la región de la tercera catarata, y verdaderamente se diferencian de los danaylas en que tienen la piel más obscura y revelan en su carácter más valor y fiereza. El valle situado al Norte de Korosko, junto á la primera catarata, está poblado por los kénuzi, los kens de las antiguas inscripciones.

Los árabes de Nubia, ó sean los pueblos de pastores que se dan ellos mismos esa dominación, están caracterizados especialmente por los bicharin, en los que se ve á los bedja por excelencia, y acaso este nombre, ligeramente modificado, es el de toda la raza; son de color rojo, como los indios de América, de constitución poco robusta, y envejecen rápidamente abrumados por la fatiga y la miseria; su idioma es el árabe, y aunque poco religiosos, tienen diversas prácticas de origen anterior al Islam.

Los ababdeh son otros árabes de origen africano, probablemente los gebadei de Plinio, según Reclús; unos 40.000 habitaban la Nubia; pero este número ha disminuído mucho, confundidos sin duda con los bicharin. Sus principales tribus viven en campamentos, y las otras son errantes, recorriendo los barrancos y llanuras entre el Nilo y el mar Rojo, hasta el Norte de Kosseir; los ababdeh del Norte hablan el árabe, los del Sur el dialecto bedjo, y las tribus próximas al Nilo el de los barabra.

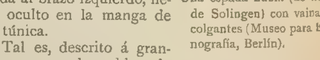
Completan la población las poderosas tribus de kababich y de hasanieh, cerca del Kordofán; la de chukrich, en las estepas al Norte del Atbara; las de saurat, hauin y yeraiad, en la Bayuda, y las de robatat y chaikich, que viven en las dos orillas del Nilo entre Berber y Dongola.

El traje de los nubios consiste generalmente en una túnica, sobre la que llevan un largo manto de tela azul; el turbante le usan muy pocos, y la mayoría le sustituye con un casquete de fieltro. En la parte meridional las jóvenes gastan, en lugar de túnica, un cinturón de franjas, llamado *rahad*, adornado con perlas, abalorios y conchas.

Los nubios y sudaneses se dedican al pastoreo y á la agricultura en su más sencilla expresión, y como es de presumir, las costumbres y género de vida varían tanto como las tribus, pero no dejan de tener algunas comunes á todas, siendo una de las más características el aprecio que hacen de su cabellera y el cuidado que así hombres como mujeres ponen en su tocado. Los primeros, y en especial los bicharin, llevan descubierta la cabeza, y se dejan crecer el cabello hasta los hombros; el peinado de las segundas es tal, que cuando alguna fallece se necesita todo un día de trabajo para deshacer las trenzas untadas de grasa y de ocre y destruir toda esa arquitectura capilar que la religión les probibe conservar en la tumba. Algunas mujeres, después de rizarse el pelo, lo cubren de una espesa capa de goma que forma alrededor de su cabeza á modo de un casco bruñido.

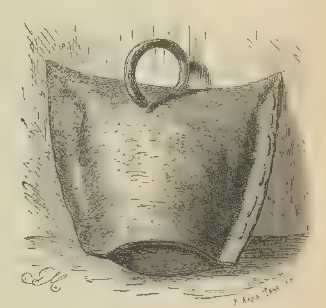
Las mujeres se taracean las manos, los pies, el rostro y el pecho; los hombres las manos solamente. Es costumbre general entre los árabes y los nubios untarse el cuerpo de grasa, y en la cabeza se ponen una larga aguja ó una púa de puerco-espín, ó bien un palito de madera y de hueso.

Aunque los nubios, sectarios del islamismo, son por lo general de carácter pacífico y dócil, si se exceptúa los de la tribu de los bicharin, y por lo tanto en Egipto se les prefiere para el servicio doméstico, no dejan de demostrar en ocasiones que están dotados de valor y de un desprecio de la muerte hijo de su fanatismo, como así lo probaron los contingentes que de su seno salieron en 1882 para auxiliar la insurrección iniciada por el Mahdí. Aunque provistos hoy de fusiles, su arma predilecta es la lanza, que manejan con destreza, conservando también espadas, puñales y armas arrojadizas que disparan con mano certera, de cuyo uso no pueden prescindir, siguiendo antiguas costumbres. Así ellos como los altos nubios ó sudaneses emplean á veces para su defensa en las luchas cuerpo á cuerpo grandes escudos de recios mimbres labrados con destreza. Que los árabes nubios han conservado en la fabricación de sus armas ofensivas y defensivas las tradiciones y pericia de sus antepasados, lo prueban los cascos y espadas que, encontrados en diferentes regiones de aquel país, adornan hoy los museos etnográficos europeos. Un arma de que el nubio no sabe prescindir es un puñal que sujeto con una correa trenzada al brazo izquierdo, lleva oculto en la manga de la túnica.



Una espada nubia (de hoja de Solingen) con vaina y colgantes (Museo para Etnografía, Berlín).

Tal es, descrito á grandes rasgos, el pueblo y la región adonde llevan hoy ingleses y egipcios sus armas, teniendo que luchar para ello, no sólo con los obstáculos que los hombres les opongan, sino también con las condiciones del terreno en un país surcado por corrientes, abundante por una parte en peñascosas eminencias y por otra en áridos arenales, y en el que las tropas, y sobre todo las británicas, deben llevar una considerable impedimenta si no han de carecer de víveres que no puede ofrecerles en la



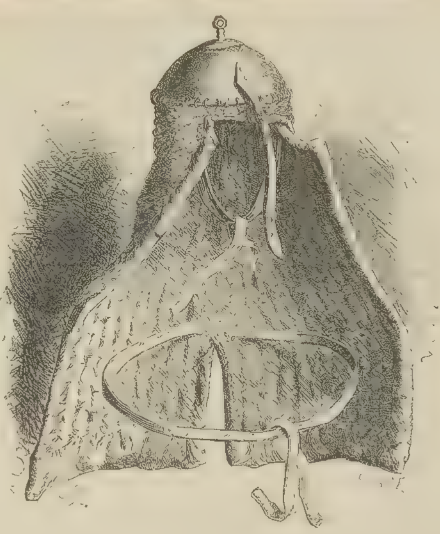
Campana que usan las caravanas de Kordofán (*Christy collection*, Londres)

necesaria cantidad lo limitado de la agricultura y de los recursos de la región.

Verdad es que estas dificultades desaparecen en gran parte merced á los poderosos medios con que la

Gran Bretaña cuenta para llevar adelante todas sus empresas. Desde la última expedición militar por el Nilo, se han venido verificando en el alto Egipto varias reformas, de las que la expedición actual tocará sin duda provechosos resultados. El ferrocarril en construcción podrá llegar algún día, como es de esperar, hasta Khartum, y ahora se utiliza para el transporte de tropas hasta Girgeh. Desde aquí se embarcarán en vapores fluviales y lanchones que llegan á Asuán, siendo probable que puedan arribar á esta población sin más tropiezo que alguna que otra parada más ó menos prolongada, producida por el encuentro de un banco de arena, dejado en descubierto por el actual descenso de las aguas del río.

Asuán es quizás uno de los puntos más agradables del Nilo. Aunque sólo tiene una angosta faja de vegetación en la orilla derecha, pues la izquierda es un yermo, la isla Elefantina, situada en medio del río, y la abundancia extraordinaria de palmeras, la convierten en un lugar á propósito para el hospital militar admirablemente organizado que hay en el extremo de dicha población. Desde que comenzó la ocupación del Egipto por la Gran Bretaña, hay en Asuán un regimiento indígena mandado por oficiales ingleses que deparan grata acogida á los muchos forasteros allí atraídos durante la breve estación invernal. Aparte de los muchos objetos que ofrece el bazar, allí establecido, en armas raras, túnicas muy adornadas, etc., llaman la atención del turista los productos del remoto Sudán, pues es de advertir que en los últimos años se han renovado allí las caravanas del comercio con Khartum bajo la más estricta vigilancia militar. Al entrar ó salir de Asuán estas caravanas, cuya llegada se anuncia de antemano por el sonido de una campana especial que muchas de ellas llevan, las escolta una compañía de soldados, y algunos empleados militares registran cuidadosamente los fardos para cerciorarse de que no contienen ciertos artículos de contrabando ó materiales que pudieran aprovechar al Mahdí para fabricar pertrechos de guerra.



Casco nubio (Museo Municipal de Francfort en el Mein)

En la actualidad no se necesitan barcos para el transporte de provisiones hasta la primera catarata, pues se ha construído un ferrocarril estratégico de Asuán á Shellah, lugarejo situado junto á aquélla enfrente de la isla de Filé. Más allá de la catarata el río, aunque ancho é imponente en ciertos sitios, está demasiado lleno de bancos que hacen difícil la navegación por vapores de ruedas, y el tráfico se hace por medio de vapores de una rueda en la popa, que salvan con facilidad aquellos obstáculos, pues son pequeños y de poco calado aunque algunos van armados. A uno y otro lado de ellos se amarran grandes lanchas cuando hay que enviar tropas ó vituallas á Uadi Halfa, porque la guarnición de este punto depende en cuanto á pertrechos y provisiones de lo que se le remita del bajo Egipto.

Uadi Halfa no tiene en sí grande importancia; pero ha adquirido cierto renombre durante la última década por ser lo que podría llamarse la última Thule del papel que Egipto representa hoy en aquella parte del Africa, el punto postrero adonde alcanza su influencia material. Situada pocas millas más abajo de la segunda catarata, se ha considerado como una estación fronteriza conveniente. En Savras, unas 40 millas más allá, hállase establecido un puesto avanzado en comunicación con Halfa por medio de un ferrocarril de vía estrecha, de suerte que la expedición para llegar allí podrá evitar los peligros que ofrece la navegación por los rápidos del río.

Las tropas acantonadas en Halfa, en número de unos 5.000 hombres, ocupan lo que se conoce con el nombre de fuerte, aunque en rigor allí no hay fortificaciones propiamente dichas.

Hase abierto un bien cuidado camino que tendrá como una milla de largo junto á la orilla derecha del río, enfrente del cual se ha construído una serie de bonitos y cómodos *bungalows* ó chalets, algunos de los cuales tienen jardines abundantemente regados en los que crecen magníficos rosales y varias plantas de los trópicos. El mayor de esos *bungalows* tiene una gran terraza que da al río, y en él están los refectorios, en los que se sirven comidas, cuya lista de platos es una maravilla de sencillez. La última de dichas construcciones es la del gobernador, coronel A. Hunter, quien no tan sólo es un bizarro militar, sino que también es un hombre que se ha hecho universalmente popular.

Los cuarteles, el hospital y las cuadras de la caballería están situados entre los *bungalows* y más allá se encuentran los terrenos cercados para los camellos; después empieza el desierto. La esterilidad de los alrededores no ha impedido las frecuentes incursiones hechas en esta región por los derviches. En más de una ocasión han sorprendido y saqueado aldeas á pocas millas de Halfa, pues gracias á los intrincados caminos del desierto han podido burlar la vigilancia constante que sobre ellos se ejerce. Como estas depredaciones se repiten, los ingleses han tomado pretexto de ellas para emprender la expedición que hoy preocupa á más de una cancillería europea. – X.



Escudos de Kordofán (Museo Municipal de Francfort en el Mein)

COGERSE LOS DEDOS

Era el prototipo de lo que se llama un *golfo*. En las revueltas playas de la villa apareció una vez en medio del arroyo como si hubiera brotado de las piedras.

Sus antecedentes, su genealogía, su modo de vivir anterior, parecían arcano imposible de descubir para todos. Algunos sabuesos de la policía madrileña creían averiguar el pasado de aquel chiquillo, pero realmente sabían de él muy poco. Que había ido á parar á la prevención varias veces por vender periódicos denunciados, que voceaba muy bien los pliegos de aleluyas políticas, que comía la bazofia de la tienda asilo ó el sobrante del rancho de algún cuartel, y nada más.

El *Gorrión*, como de mote llamaban sus camaradas al chicuelo por su maña para encaramarse á las ramas de los árboles siempre que había parada militar, procesión ó desfile, vivía hecho un príncipe de la clase de *golfos*. Explotando las pequeñas industrias, desde la recolección de puntas de cigarros, que luego vendía en el Rastro, donde lavadas y puestas al sol ocupaban pintarrajeadas envolturas y se vendían como exquisito tabaco habano, hasta la compra y venta de contraseñas á la puerta de los teatros, el pequeño lograba, aunque mal, subvenir á sus necesidades, casi siempre cubiertas por lo mismo que igual le daba tenerlas tan al descubierto como los codos y las rodillas, curtidas ya en fuerza de asomarse á la intemperie por los agujeros de la blusa y de los pantalones.

Fué al río á recoger arena y bajó á la Ronda de Embajadores á jugar á las chapas; pero nunca se le había ocurrido emplear su natural talento en regenerarse ni aspirar á mejores medios de vivir.

Cierta noche que dormitaba en el quicio de una puerta, esperando la desagradable visita del guardia de orden público, que haciendo del puntapié despertador enérgico, solía hacerle levantar, el *Gorrión* escuchó algo parecido al rechinar de una puerta. Miró en la dirección del sonido, y vió que una mujer salía del piso bajo de la casa de enfrente.

El chicuelo se levantó desperezándose, y deslizándose, más bien que echando á andar, hacia el cuarto, empujó la puerta y escuchó. Como nadie le contestase, el *Gorrión* pensó que en el cuarto no debía haber nadie. Mil ideas acudieron en tropel á aquella cabecita infantil, con la velocidad infinita de un precoz pensamiento.

El niño vió cómo algunos camaradas suyos vivían y triunfaban, cómo repartían su existencia entre comer bien ó dormir mal en el departamento de «los micos» de la cárcel de la villa, recordó las perniciosas máximas de algún amigo que otras veces quiso adiestrarle para *descuidero*, y el *golfo* convirtióse instantáneamente en *randa*, pasando de vagabundo honrado á ladrón vulgar.

El *Gorrión*, echando mano á un clavo, le introdujo por la cerradura. El pestillo, única seguridad de la desvencijada puerta, cedió á la improvisada ganzúa y el pequeño se encontró dentro de la habitación.

Anduvo dos ó tres pasos, como si tratase con sus ojillos azules de ver en la obscuridad como los gatos, escuchó largo tiempo, palpó una cómoda y tropezó en una silla.

Tuvo miedo por primera vez en su vida, sintió que las piernas le sostenían difícilmente y que vacilaban sus pies descalzos, creyóse perdido para siempre y trató de huir en dirección á la calle. El *golfo* arrojó un objeto que acababa de atrapar y que partiéndose en mil añicos produjo un ruido que retumbando en los oídos del granuja le pareció una descarga hecha á quemarropa sobre él, puso el pie en el dintel, empujó violentamente y por instintivo movimiento la puerta, y un agudo grito de dolor salió de la garganta del pequeñuelo, quien echó á correr calle abajo, limpiándose la sangre que manaba de sus dedos en la sangrienta blusa.

Se había cogido la mano en la puerta.

De esta verídica historia, vulgar y prosaica, puede deducirse una enseñanza, que no es sino la que expresa continuamente el maestro cerrajero de la calle de***, un hombre dedicado á hacer la guerra á los ladrones, rico y honrado, é inventor de unas cerraduras dobles de su invención, á prueba de clavos y ganzúas.

Y que no es sino el *Gorrión* de este relato, el *golfo* redimido, que ahora emplea una *muletilla* que no entienden sus convecinos y que él predica á su hijo, diciéndole continuamente:

– No hay nada como cogerse á tiempo los dedos.

La cicatriz del índice de la mano derecha del maestro hizo en él más milagros que todos los preceptos del código penal.

P. GÓMEZ CANDELA



TRISTE RECUERDO, cuadro de J. M Strudwick

[illegible] por l[illegible] Sociedad [illegible] de Ber[illegible]



POR LA UNIDAD DE LA PATRIA ([illegible])

NUESTROS GRABADOS

Tapa del libro regalado al alcalde de Barcelona. – La energía demostrada por el actual alcalde de Barcelona Sr. Rius y Badía al ordenar la inmediata demolición de todos los edificios y barracones que por mitad ocupaban la Plaza de Cataluña, fué aplaudida calurosamente por la población entera. Esa manifestación de Barcelona se ha consignado luego en un libro que contiene la inscripción de muchos millares de firmas. La tapa de este libro, primorosamente labrada en bronce y en hierro por los artífices Sres. González é hijos, que reproduce nuestro grabado, es una prueba elocuente del buen gusto y perfección á que alcanza el arte de la Metalistería entre nosotros, como también de la importancia que ha revestido la manifestación con que Barcelona ha demostrado agradecer al señor alcalde su iniciativa en pro de la pronta resolución del asunto de la Plaza de Cataluña.

Joven en la ventana, célebre cuadro de Rembrandt. – Este precioso cuadro, que se conserva en la Galería Dulwich de Londres, pertenece al número de los que pintó el gran maestro flamenco durante el período que media entre los años 1637 y 1642: en todas sus obras de aquel tiempo aparece Rembrandt como el jefe natural de la reacción contra el clasicismo italiano, y en todas se admiran la riqueza de color, la ciencia incomparable del claroscuro, la frescura y la vida de sus figuras, la delicadeza y armonía del conjunto y el vigor de sus sombras, cualidades que le han conquistado el aplauso aun de los más apasionados adversarios de su estilo. Rembrandt es uno de los artistas más originales que han existido: sin educación científica, sin grandes estudios y sin profundos conocimientos acerca de las obras maestras, llegó á una altura por pocos alcanzada. Los asuntos de sus lienzos están tomados en su mayoría de la vida y costumbres de su país, que le sirvieron hasta para los cuadros religiosos, en los cuales, sin preocuparse gran cosa de la verdad histórica, trazó las principales escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento, vistas, por decirlo así, á la luz de su tiempo.

Mañana de invierno, cuadro de L. Munthe. – Para los artistas que de veras la sienten, tiene la naturaleza encantos imponderables: la primavera cubriendo la tierra de galas, el verano con la exuberancia de vida que por todas partes se desborda, el otoño con sus melancolías y el invierno con su misma tristeza, ofrecen una sucesión de cuadros llenos de bellezas de forma y de color, superiores á cuanto puede forjar la más inspirada fantasía. Por esto los pintores que á ella acudan en busca de asuntos para sus cuadros, tienen la seguridad de hallarlos en número y variedad infinitos, y á poco que el sentimiento acompañe á la percepción de los sentidos, el éxito es indudable y no difícil. La obra del pintor alemán Munthe es verdaderamente sentida; y de aquí el efecto que en nosotros produce la contemplación de aquel paisaje cubierto de nieve, de aquellos árboles sin una hoja, de aquella casita perdida en medio del bosque y de aquel grupo que parece extraviado en aquellas soledades.

La procesión del Corpus en Asís, cuadro de José Benlliure. – Establecido en Roma desde hace algunos años, nuestro querido colaborador é ilustre paisano Sr. Benlliure se ha dedicado á estudiar con verdadero cariño las costumbres del pueblo italiano, trasladando al lienzo, ora una romería, ora una fiesta popular profana, ó cualquiera de esos cuadros típicos que con tanta abundancia ofrece aquel país, como pocos pintoresco. En *La procesión del Corpus en Asís* adviértense todas las notables cualidades que más de una vez hemos señalado en las obras de Benlliure: perfectamente observado del natural, son en él admirables la disposición de los grupos, la verdad de cada una de las figuras, el ambiente de religiosidad que en el cuadro domina y la ejecución por todos conceptos notable, que no descuida ni los menores detalles, sin por esto descender á minuciosidades que no cuadran en obras del carácter amplio de la que nos ocupa.

Triste recuerdo, cuadro de J. M. Strudwick. – De algún tiempo á esta parte son varios los pintores, especialmente en Inglaterra, que, apartándose de las corrientes modernas, dan á sus obras un carácter arcaico que recuerda las de ciertos artistas del período clásico. El cuadro de Strudwick pertenece á este género, así por su asunto, que parece inspirado en una leyenda de la Edad media, como por su ejecución, tan distinta de la que estamos acostumbrados á ver en nuestros días. La disposición de los términos, el dibujo de los accesorios, el tocado y las vestiduras de la figura que llena la mayor parte del lienzo, todo contribuye á imprimir en esta obra un sello de originalidad digno de toda alabanza y avalorado por una técnica de corrección intachable.

Por la humanidad, por la patria, cuadro de J. Weerts. – Pocas ideas más grandes que ésta hemos visto expresadas en un cuadro. Hermoso ha sido siempre el sacrificio de la vida en aras de la patria; sublime el espectáculo del soldado que muere en el campo de batalla abrazado á su bandera; pero ¡cuán pequeño resulta esto comparado con el sacrificio del que murió en la Cruz por redimir á la humanidad! La muerte del uno va asociada á la idea de destrucción; la del Mártir del Gólgota es la coronación de la obra de amor y de paz universales; el militar heroico pereció maldiciendo á sus enemigos; las últimas palabras de Jesús fueron de perdón para sus verdugos. ¡Cuán admirablemente sintetizadas estas consideraciones en el bellísimo cuadro de Weerts! ¡Cuán intensa emoción causa en nosotros esta pintura! ¡Cuán elocuente el título *Por la patria, por la humanidad* que le ha dado el autor! Este lienzo, en nuestro sentir, es de los que bastan por sí solos para elevar á gran altura el nombre del artista que ha encontrado un pensamiento tan bello y ha sabido darle forma tan original.

Lago de Piediluco, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo. – Entre los varios lienzos que este distinguido pintor exhibió en la Exposición celebrada en Venecia el año último, figuraba el que reproduce el encantador y poético lago de Piediluco. Todos ellos correspondían por su mérito á la justa fama de que goza tan inteligente artista, pero el que reproducimos fué el que llamó más poderosamente la atención del público y de los inteligentes. Y téngase en cuenta que los demás eran asimismo gallardas muestras de la habilidosa maestría de Barbudo, quien, como pocos, obtiene admirables resultados de su paleta. Mas tratábase de un nuevo género, de una manifestación poco cultivada por el artista, que aparecía revestida de todas sus cualidades, con el derroche de las bellezas que se admiran en todos sus lienzos.

El que pudiéramos titular paisaje acuático de Sánchez Barbudo es una nota bellísima, sentida y armónica: ha de considerarse como un canto tributado á la naturaleza.



Tapa del libro regalado al alcalde de Barcelona D. José M.ª Rius y Badía y costeado por suscripción popular

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Filadelfia. – Por muerte de mistress Mary Gibson, ha pasado á poder del Museo de Filadelfia la magnífica colección de cuadros que había reunido el difunto esposo de aquélla y cuyo valor se calcula en dos millones y medio de pesetas. Entre las obras que en ella figuran hay muchas y muy notables de Corot, Meissonier, Gerome, Millet, Munkacsy y otros no menos famosos artistas.

Londres. – En la Galería Grafton se ha celebrado una notable exposición de cuadros de los románticos franceses y de algunos de los principales pintores alemanes modernos. En ella figuraban 17 obras de José Israels, admirables ejemplos de su variedad de asuntos y de la maestría con que domina la luz y el color; 30 cuadros de Corot, impregnados de esa dulce poesía que caracteriza los lienzos del gran paisajista francés; un cuadro al óleo y varios hermosos pasteles y dibujos de Millet, algunos admirables paisajes de Díaz, seis deliciosas escenas pastoriles de C. Jaque, dos magníficos estudios de Julio Dupré, varios paisajes y marinas de Jorge Michel, cuyos méritos, durante mucho tiempo desconocidos, han venido á ponerse de relieve recientemente, y otras obras de diversos géneros de Rousseau, Daubigny, Troyon, Jacobo Maris y Antonio Mauve. Finalmente había en la exposición 150 dibujos del genial artista francés Renouard.

Munich. – Los secesionistas muniquenses han inaugurado á mediados de marzo último su exposición de primavera, en la cual figuran 400 obras de la Asociación Artística. Hay además varias instalaciones aisladas de famosos maestros, una instalación colectiva de los grupos de artistas holandeses y otra de los franceses. El italiano Segantini ha enviado á ella una rica colección de sus obras, lo mismo que el inglés Walter Crane y el simbolista holandés Jan Toorop.

– En la capital de Baviera se ha constituído hace poco una asociación de escultores denominada *Pallas*, de la que forman parte representantes de todas las tendencias de la moderna escultura, con el principal objeto de proteger y dar á conocer á los artistas jóvenes de verdadero talento.

– Se ha completado en Munich la ornamentación del puente monumental de Lins con las estatuas de mármol de la Industria (una figura de mujer con el yunque y el martillo) y de la Navegación (un joven empuñando el remo), obras ambas del célebre escultor Eberle que van colocadas en el lado Oeste del puente, haciendo juego con las de la Pesca y del Arte que se alzan en el lado derecho y que fueron modeladas por Hahn y Kaufmann respectivamente.

Teatros. – En el teatro Manzoni, de Milán, se ha estrenado con gran éxito un drama de Verga, titulado *La Lupa*.

– La nueva ópera de Leoncavallo *Chatterton* ha producido gran entusiasmo en Roma, en donde recientemente se ha estrenado.

– En el Liceo Musical, de Pésaro, se ha estrenado con éxito brillante la última ópera de Mascagni *Zanetto*.

– En el teatro de la Ciudad, de Nuremberga, ha sido acogido con mucho aplauso el drama de D. José Echegaray *Mariana*.

– Los estudiantes de la Universidad de Munich se han asociado para dar á conocer en aquella ciudad la comedia histórica de Ibsen *Emperador y galileos*.

– Un rentista de Wiesbaden ha hecho á la ciudad una donación de 25.000 pesetas, con la condición de que los intereses sirvan para auxiliar á los poetas dramáticos, á fin de que puedan estrenar sus obras.

– En el teatro Pagliano, de Florencia, se ha estrenado con gran éxito una ópera del maestro Loprani, titulada *In vendemmia*.

– La Sociedad Literaria de Leipzig ha representado en el teatro Carola el drama de Strindberg *El padre*, con escaso éxito y en algunas escenas con grandes protestas del público.

– En el Gran Teatro, de Niza, se ha estrenado con mucho éxito una obra de L. Castinel, *Le Barde*, de estilo wagneriano.

– En el teatro Savoy, de Londres, se ha estrenado con gran aplauso una alegre opereta en tres actos de Gilbert con bellísima música del reputado compositor Arturo Sullivan, titulada *El gran duque*.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Ambigu *Les deux gosses*, interesante melodrama en dos partes y ocho cuadros de Pedro Decourcelle; en los Bufos Parisienses *Ninette*, bonita opereta de Clairville, con deliciosa música de Lecoq, y en Vaudeville *Manette Salomon*, comedia en ocho cuadros de Edmundo Goncourt, tomada de la conocida novela escrita por él y por su hermano Julio. En la Porte-Saint-Martin se ha reproducido el drama de Sardou *Thermidor*, cuyas representaciones fueron suspendidas después de la segunda noche cuando se estrenó en la Comedia Francesa.

Madrid. – En el teatro de la Comedia se ha estrenado con gran éxito un cuadro dramático en un acto y en verso, original de D. Juan Maillo, titulado *La cruz de San Fernando*. En el Español se ha verificado el beneficio de la Sra. Guerrero, que obtuvo una ovación entusiasta en la preciosa obra del Sr. Echegaray *Mariana*. La Sociedad de Conciertos ha dado una serie de audiciones musicales en el teatro del Príncipe Alfonso, con la cooperación del eminente Sr. Sarasate: ocioso es decir que el éxito ha sido en todos ellos completo, habiendo logrado sendos triunfos el incomparable violinista navarro.

Necrología. – Han fallecido:

Enrique Howe uno de los más antiguos y famosos actores ingleses que por espacio de cuarenta años perteneció á la asociación del teatro Haymarket, de Londres.

Otón Roquette, catedrático de lengua, literatura é historia alemanas en la Escuela Superior de Darmstad, notable poeta, novelista y autor dramático.

Constancio Sappey, profesor honorario de Anatomía en la Universidad de París é individuo de la Academia de Ciencias, muy conocido por sus trabajos sobre los vasos linfáticos.

José Munsch, distinguido pintor muniquense de historia y de género, á quien por sus preciosos cuadros de caballete se había dado el sobrenombre de Meissonier alemán.

AJEDREZ

Problema núm. 13, por Ramón Padró y Jové

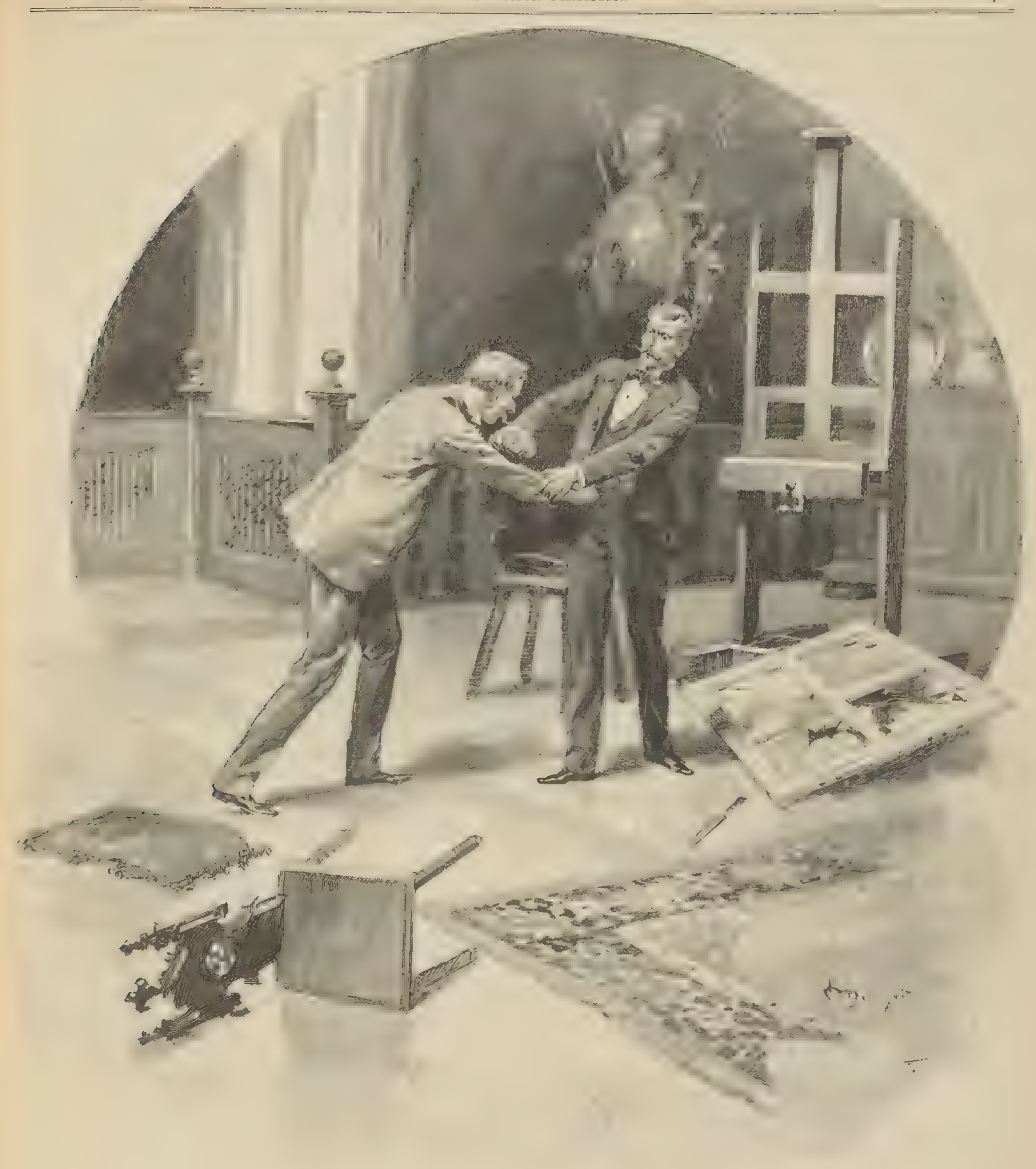
NEGRAS

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema n.º 12, por J. Márquez

Blancas.	Negras.
1. T 4 T D jaque	1. P toma T jaque
2. R 4 A D	2. P 4 C D jaque
3. R 5 A D	3. P juega.
4. P toma P mate.	



Harcourt limitóse á coger al pintor por ambas muñecas y mantenerle á cierta distancia

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA ORIGINAL DE JUANA MAIRET. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

De regreso á París, aquel malestar, ligero y sutil, volvió á condensarse, como esos vapores finos que en el flanco de la montaña se concentran y conviértense poco á poco en una niebla fría, que oculta las cumbres inundadas de sol.

Villeroy se preguntaba qué haría su esposa; las semanas pasaban, y su vida seguía siendo un poco triste y desanimada, sin el menor incidente de ningún género.

Desde su matrimonio habíase hecho el vacío alrededor de ellos, no desde luego, pero sí sensiblemente. Mila, alborozada por aquella unión perfecta y en medio de la gloria de sus triunfos, había alejado á sus amigos americanos, desagradables para Francisco, y acogía cordialmente á los compañeros de éste, poco numerosos, pero escogidos. No había sufrido por la especie de aislamiento que se siguió, porque estaba demasiado ocupada en su trabajo y era también lo bastante feliz en su interior para cuidarse mucho de tal cosa.

Pero de pronto, faltándole que hacer y no siéndole ya necesario desempeñar las funciones de enfermera, los días le parecieron demasiado largos, á ella, la mujer activa por excelencia, tan atareada siempre hasta entonces, que apenas le bastaban las horas del día. En cuanto á Villeroy, había vuelto á trabajar, y ocupábase en componer su *Misa para una iglesia de*

pueblo, idea que le ocurrió después de escribir su *Ave María;* y este trabajo le absorbía de tal manera, que siempre permanecía silencioso. Estaba sumido más que nunca en el misticismo, y Mila, que seguía siendo muy católica, acompañábale á las iglesias que él frecuentaba de preferencia. Jamás la unión de los dos esposos había sido, al parecer, tan absoluta, puesto que ahora oraban en los mismos altares; pero en realidad, nunca habían estado tan lejos uno de otro. Los dos, midiendo á veces la distancia que aumentaba de día en día, sin que verdaderamente fuese culpa suya, quedaban espantados, y resistiéndose á creer en el hecho, buscábanse y trataban de reanimar su amor enfermo con caricias y tiernas palabras.

Cierto día, el músico leyó en un diario de la mañana la noticia de que la señora Villeroy del Paso iba á desempeñar próximamente el papel principal en la nueva ópera de Surgeres; pasó el diario á su mujer con mano temblorosa, y preguntó simplemente:

– ¿Es verdad eso?

Mila leyó el suelto, y dejando caer el diario con expresión de disgusto, contestó:

– No; él lo solicitó, pero he rehusado. No aceptaré contrata alguna hasta que te hayas restablecido, ó bien cuando se anuncie la *Sirena*.

– ¡Oh; entonces!... Pero me parece que hubieras podido hablarme sobre la petición de Surgeres.

Mila vaciló un poco, y repuso al fin:

– No te hablo nunca de cosas de teatro, porque temo que te disgustes.

Villeroy abrió la boca para hablar, mientras que los músculos de su rostro enflaquecido se contraían visiblemente; mas no pronunció las palabras que llegaban á sus labios, y salió bruscamente. Mila permaneció largo tiempo inmóvil, con los ojos perdidos en el vacío de su meditación. Habíase apoderado de ella con violencia la nostalgia del teatro. ¡Ah, con qué gusto hubiera desempeñado aquel hermoso papel escrito expresamente para ella por un maestro que conocía á fondo todos los recursos de su talento! Gracias á su eclipse voluntario, otra artista que no valía tanto como ella iba á ocupar su puesto y á obtener el favor del público. Por otra parte, Surgeres, furioso y sin comprender la causa de aquella negativa, le conservaría uno de esos rencores propios de él, y no la perdonaría jamás ¡Y todo esto, porque á su marido se le antojaba de improviso mostrarse celoso! Nevin, con su lengua viperina, había dado á entender en cierta ocasión que los celos del músico eran de una especie particular, inspirados mucho menos por la mujer que por la cantante, cuya reputación, tan brillante como bien reconocida, perjudicaba al talento poco apreciado del compositor.

Mila se sonrojó ante este pensamiento, que tan sólo cruzó ligeramente por su espíritu; mas ya era bastante que lo hubiese tenido.

Bob Harcourt había vuelto á París, y el pintor Nevin también. En la colonia americana, la vida seguía de nuevo su curso habitual; Mila cantaba algunas veces en distintas reuniones, pero sin alcanzar del todo el éxito de antes La señora Milner no se interesaba ya absolutamente por ella, y ella era la que imponía la ley: otra cantante americana excitaba ahora su entusiasmo. Mila sin contrata alguna, parecía estar fuera de moda, y su triunfo en los Estados Unidos se iba ya olvidando. En este mundo de capricho y de frivolidades las cosas van de prisa.

Mila, asombrada y resentida, apenas salió ya de casa; había estado acostumbrada á los cumplidos extremados, á los mimos de todo género, y no podía explicarse la especie de ostracismo, vago aún, pero sensible, que pesaba sobre ella.

Así transcurrió un año entero, con muy pocos cambios. Villeroy trabajaba cuanto se lo permitía su salud, todavía muy delicada, y había vuelto á dar algunas lecciones en su casa. Mila cantó en varios conciertos; pero acostumbrada hacía algunos años á ganar considerables sumas, sufría ahora al verse obligada á cantar. Preocupábale el porvenir, y esta preocupación no pasaba inadvertida para su esposo, que se lamentó de haberle dejado administrar la pequeña fortuna ya reunida. Mila encargaba á su primo la colocación del dinero; y como una vez Villeroy los sorprendiera alineando cifras y discutiendo sobre el estado de la Bolsa, exclamó con impaciencia:

– ¡Ah, ya veo que no eres americana á medias!

Mila se irguió. resentida al oir estas palabras; pero contestó con mucha serenidad:

– Amigo mío, es muy hermoso poder sobreponerse á las miserias de este mundo, y no todos sabrían hacerlo. Pocas cosas conozco más lamentables que los artistas envejecidos que han pasado de moda y se ven obligados á pedir una limosna, pues hasta los más grandes, aunque tengan genio, se empequeñecen. El dinero es en ocasiones la dignidad; yo tengo empeño en conservar la mía, y sé lo que una voz dura algunas veces, aun cuando se llegue á cantar mucho tiempo, lo cual no me sucede á mí

– ¡Por amor de Dios, replicó el marido, si tanto te cuesta permanecer inactiva, vuelve á la escena!

– No estoy segura de poder hacerlo ahora, pues no es Surgeres el único que me guarda rencor.

Villeroy, olvidando que él había sido causa de la retirada prematura de su esposa, llegaba algunas veces á irritarse por su inacción Mila, dejándose llevar del abatimiento, descuidaba su voz; mostrábase casi indiferente á su belleza, vistiendo los trajes ajados de los años anteriores, y no era ya la gloriosa artista, la mujer verdaderamente hermosa á quien había amado y de la cual se enorgulleció tanto al obtener su mano de esposa. Mila, adivinando algo de aquel trabajo sordo en el pensamiento tan variable é inquieto de su marido, se indignaba al reflexionar en tal injusticia.

Y en medio de todos estos enojos, que á veces perturbaban la tranquilidad de su existencia, Francisco y su esposa se amaban sin embargo, olvidando ambos, por momentos, sus sordos rencores. La muy dulce intimidad, los ligeros incidentes de cada día, y sobre todo el trabajo, cuando Mila, sacudiendo la especie de letargo que se había apoderado de ella, cantaba alguna buena composición de su marido, unían más á los esposos, proporcionándoles la felicidad, y haciéndoles comprender que, á pesar de todo, mientras siguieran así, cogidos de la mano, lo demás importaba poco. En tales momentos preguntábanse cómo dos seres, altivos y nobles ambos y que se adoraban, podían llegar hasta el punto de ocasionarse mutuamente padecimientos, y lo que era peor aún, ocultarlos.

Por fin, cierto día Mila entró en su casa con las mejillas sonrosadas por la emoción y los ojos brillantes. Encontró á su esposo sentado al piano, buscando una combinación armónica que se le escapaba, y le miró un instante, como si hiciera largo tiempo que no le hubiese visto bien.

La compasión se desbordó de su alma; Francisco le pareció un ser triste, atormentado y envejecido también, un hombre á quien había faltado el sentido completo de la vida, y que era casi desconocido; pero á este hombre ignorado le daría la gloria, y á este infeliz una dicha absoluta.

Villeroy, sintiendo algo de toda aquella emoción en el beso de su esposa, volvióse y la miró.

Mila le estrechó entre sus brazos con una ternura protectora, casi maternal, como la que las mujeres saben manifestar á los enfermos y á los que sufren.

– ¿Qué hay, hija mía?, preguntó Villeroy.

– Hay..., que soy feliz, y que te traigo una alegría; pero me has de prometer no atormentarte más, ni hacerme sufrir con tus quiméricos pesares y tus celos inmotivados.

– Te lo prometo. La curación ha sido lenta, pero al fin se ha logrado, ó por lo menos, lo creo así. No necesito decirte que jamás he dudado de ti; pero sufría, y érame imposible dominar mi padecimiento Bueno es poder decirte al fin esto. ¿Cómo no me habrá sido dado abrirte nunca mi corazón? Lo ignoro. Cuando trataba de hacerlo, mis ideas se embrollaban, y las palabras no salían de mis labios.

– Ahora puedes hablarme porque te has curado, como dices muy bien; y yo también puedo confesarte mis sufrimientos y mis irritaciones, porque todo esto ha concluído. Cuando el sol sale, las brumas se desvanecen.

– ¿Pero y tu noticia, cuál es tu noticia?

– Vuelvo al teatro de la Opera para crear la *Sirena*, á menos que tú te opongas á ello.

Villeroy sintió una especie de opresión. De tal modo había desesperado de ver su ópera puesta en escena, conociendo mejor que nadie las dificultades, las lentitudes y la mala voluntad que se elevan entre una obra nueva y el público, que no había tratado apenas de hacer aceptar la *Sirena*. Y en un instante, porque los directores tenían empeño sin duda en reconquistar su gran cantatriz, habían aceptado la condición que ella les impuso, demasiado felices de obtenerla á este precio.

– ¡Oh querida mía, querida mía, exclamó Francisco, á ti deberé ésta dicha, que será así una doble felicidad!

XVII

El período que siguió fué completamente feliz. Para Villeroy como para muchos artistas, el presente borraba el pasado; Francisco sufría, ó saboreaba la felicidad con tal ardimiento, que todo lo demás se desvanecía para él; pero tampoco tenía tiempo de recordar mientras vigilaba los ensayos, haciendo trabajar á sus cantantes, ó examinaba las decoraciones. Algunas veces, cuando durante un ensayo la voz de su esposa, reposada y fresca, más extensa y más vibrante que nunca, se mezclaba con la del tenor, que era magnífica, sentíase deliciosamente conmovido hasta el fondo del alma. En él vivía el artista dos veces, viendo como su obra tomaba cuerpo, palpitando con una voz intensa.

La noticia de aquella vuelta triunfal de Mila á la escena para cantar una obra de su esposo circuló rápidamente. Los diarios hablaron mucho de ello en los términos más lisonjeros, y aún se habló más en los salones.

Cierto día el Sr. Macready fué á ver á Mila. Con el tiempo, las relaciones del protector y de la protegida habíanse modificado poco á poco. La cantante estaba en todo el vigor de la edad, en todo el esplendor de su belleza y de su talento, y apenas quedaba algo de la joven medio salvaje descubierta por el millonario. A pesar de la sencillez de su trato, Mila, tenía un no sé qué de imponente; alta y un poco gruesa, el movimiento de la cabeza y sus ademanes comunicábanle cierto aire majestuoso y una dignidad de que ella misma no se daba cuenta, pero que todos reconocían, y el Sr. Macready más aún que los demás. Su especie de culto mal definido que antes consagraba á la cantante había cambiado de carácter, y en él había menos pasión y más respeto á medida que los años pasaban.

– Me alegro de encontrar á usted sola, dijo al entrar, porque deseo hablarle.

Mila le miró sonriendo: era tan completamente feliz y la alegría de su esposo la reanimaba de tal modo, que nada temía, pareciéndole que el porvenir se presentaba ante ellos como un hermoso camino, ancho y recto, que conducía á la gloria. El Sr. Macready no sonreía.

– ¿Será, pues, cosa seria?, preguntó la diva.

– Muy seria En nuestra sociedad pasa algo que no comprendo y que me inquieta.

– Poco importa. Nuestra sociedad, como usted la llama, es un pueblecillo en una gran ciudad. Una nota falsa perdida en el rumor de una gran orquesta no altera la magnífica armonía.

– La nota falsa será siempre una nota falsa. He notado varias bromas primeramente, ciertas ironías después, y en fin, una mala voluntad que me extraña y me desorienta. Usted, pues, tiene enemigos, no simples descontentos, sino personas que se complacerían en verla humillada junto con su esposo, y que esperan una caída ruidosa para el compositor y para su intérprete. ¿No es así?

– Tal vez; pero no los temo. Usted sabe mejor que nadie hasta qué punto la *Sirena* es una obra magnífica, noble y poética; por lo demás, todo el mundo está entusiasmado en la Opera, y todos rivalizan en celo para contribuir á su mejor éxito. Jamás he visto tal unanimidad, y es de creer que las envidias, las rivalidades y las mezquinas pasiones, tan comunes en semejante caso, se desvanezcan ante una generosa admiración. Hasta ahora no hemos tenido ninguna dificultad. El aparato escénico es una maravilla, pues hay una mezcla muy curiosa de lo sobrenatural con lo moderno; y ya verá usted cómo el público quedará conquistado apenas se levante el telón.

– Pues precisamente esa mezcla de lo real con lo maravilloso es lo que me atemoriza. Conozco al público burlón y sarcástico de las «primeras filas,» y bastaría que acogiese mal el primer cuadro de las sirenas para que nada resistiese á la risa del público.

– No me parece que esto sea de temer. La escena está hábilmente dirigida, y la magia de la música hará lo demás.

El Sr. Macready no contestó, pues no quería hacer perder su confianza á la hermosa diva; pero no estaba del todo tranquilo, y después de algunos instantes de silencio añadió:

– En cuanto á Villeroy, no debe ver más que una cosa, que es la realización de su sueño. Tal como le conozco, los detalles se le deben escapar completamente. ¡Ah! El que verdaderamente busca lo ideal no es su héroe, enamorado de una voz, sino él mismo. ¿Es feliz?..

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con una especie de vacilación y hasta de inquietud.

– Absolutamente, idealmente feliz, puesto que hablamos de lo ideal; avanza siempre, lleno de vida en su fantástico sueño.

El Sr. Macready fijó una mirada en Mila.

– ¿Por cuánto tiempo?, preguntó. Será hasta su próximo acceso de celos...

– Está curado; era una enfermedad.

– Sí, una enfermedad incurable, sépalo usted. Siempre hay recaídas.

Mila miró al Sr. Macready fijamente. Hacía largo tiempo deseaba una explicación con su gran amigo acerca de este punto; pero jamás osó abordarla, y por otra parte, las minucias de la vida se habían interpuesto siempre para alejar una preocupación que no parecía tener ya razón de ser.

– Sr. Macready, dijo, ¿quiere usted bien á mi esposo?

– Creo que es la única amistad verdadera que he conocido hasta aquí, exceptuando el afecto que me inspira la princesa Pignacci. Para usted ha sido otra cosa diferente de la amistad ó del afecto, pues unas veces la he aborrecido casi, y otras la he adorado. Bien puedo decirlo ahora que soy viejo: acabo de cumplir sesenta años.

– Pues si quiere usted á Francisco, repuso Mila, ¿por qué cuando le escribía á usted largamente, y desesperado, no le dijo usted nunca nada?

– Hija mía, contestó el Sr. Macready con una de sus sonrisas enigmáticas, un amigo, por fiel que sea, no debe mezclarse en las cuestiones de dos enamorados, sobre todo cuando éstos son esposos. Y por otra parte, tal vez en aquel momento no estaba yo tan completamente curado, como me lisonjeo de estarlo ahora, de una pasión absurda. Los padecimientos de Villeroy, recordándome los míos, constituían un asunto de estudio muy hermoso. Francisco no sabía ocultar nada, y yo examinaba su corazón con cierta voluptuosidad, aunque compadeciéndole sinceramente. En estos últimos meses le he cobrado más afecto que nunca, porque hay en su naturaleza una especie de candidez que me encanta, á mí, que jamás fuí cándido. Además de esto, su música religiosa me agradaba mucho. Sus pesares de hombre han sido útiles á su talento de compositor; pensaba en él sin cesar, y separábame de él lo menos posible.

– Usted, y alguna otra persona, dijo Mila aturdidamente.

– He aquí una cosa en que se revela usted como verdadera mujer, y muy inferior. Usted no ha comprendido nunca cuánto hay de elevado y de noble en Nina Pignacci; su dedo meñique vale más que toda la adorable persona de usted. Ha compadecido á Villeroy, y su única idea fué devolverle su esposa para ver á ustedes felices de nuevo. ¿No es cierto que desde que se ha restablecido la paz en el hogar doméstico la ve usted poco por aquí? La princesa tiene mucho de hermana de la caridad y de santa, por más protestante que sea. El dolor hace á veces semejantes milagros.

– Tiene usted razón; estoy en un error, pero yo también he padecido, y el sufrimiento induce á ser injusto cuando no toca en el corazón de una santa.

Después de reflexionar un instante, Mila volvió á mirar al Sr. Macready sonriendo.

– De nosotros dos, dijo, ¿es ahora á mi esposo á quien usted quiere realmente?

– Así lo creo, aunque sin estar bien seguro de ello. Cuando pienso demasiado en usted, me siento dominado por mi inquieta y ridícula pasión, y entonces trato de olvidarla. Me veo ya, en un porvenir muy próximo, viejo, desgraciado y hombre inútil de quien nadie hará caso. ¿Se acordará usted entonces un poco de mí, amiguita mía, tesoro que yo descubrí para dárselo al mundo?

Bajo la especie de ironía que le era habitual, reconocíase en aquellas palabras una angustiosa desesperación, la del hombre que, llegado al último término de su vida, se ve solo y abandonado. Mila, conmovida de pronto y dominada por súbita ternura, besó en la frente al hombre á quien todo lo debía.

– Le amo á usted sinceramente, dijo, sin todas esas inquietudes, sin todos esos caprichos cuyo secreto usted conoce, y seré siempre para usted una hija tierna y fiel.

– Gracias, amiguita mía. Tal vez no merezca este afecto; pero le aceptaré, agradeciéndoselo á usted mucho.

No era el Sr. Macready el único en notar el mal espíritu que se propagaba cada vez más, manifestándose en todas las conversaciones del gran mundo, y que hasta llegó á tomar forma en un momento dado en varios sueltos muy breves publicados en los diarios. Roberto Harcourt vigilaba, habiéndose impuesto como un deber dispensar protección á su prima apenas la necesitase. Tal vez no estaba lejos la hora; pero no es posible batirse contra el viento; y una palabra, una insinuación que corre de boca en boca y se encuentra de pronto en el suelto de un diario, es cosa anónima que no puede servir. Roberto creía ver en Wilbur Nevin el enemigo oculto que dirigía la sorda guerra contra los Villeroy; pero la sospecha parecía poco fundada. Nevin se presentaba muy rara vez en la sociedad que tanto había frecuentado algunos años antes, pues ya no le era necesaria. Algunos triunfos en el Campo de Marte – pues había optado por los pintores atrevidos que desertaban del Salón de los Campos Elíseos – bastaron para que se le recibiese en muchas casas francesas; así es que conocía á muchos artistas de nota, y no pocos literatos, sobre todo periodistas. A toda aquella gente le parecía que el «pequeño americano,» hombre feroz de finos modales, era verdaderamente encantador, y Nevin se utilizaba de sus nuevos amigos como quien no hace nada; de modo que su reputación iba en aumento. Aquel caballerito era muy hábil.


Allí pasaron dos horas felices (pág. 253)

Roberto, que conocía poco á los nuevos amigos de Nevin, fué á su casa. Oficialmente hallábanse en buena inteligencia, y además el pintor hacía entonces el retrato de la señorita Mathews. La hermana mayor se había casado; las dos jóvenes, acostumbradas á vivir siempre juntas, desesperábanse porque no podían verse ya, y la madre había mandado hacer aquel retrato, considerándole como el mejor regalo para la recién casada. Hacía algún tiempo que Roberto Harcourt manifestaba más simpatía á la señorita Mathews, cuya silenciosa abnegación no dejaba de conmoverle un poco, y era por lo tanto muy natural que siguiese los progresos del retrato que le interesaba. Cada tres ó cuatro días pasaba una hora en casa del pintor, pero por más que observase no veía nada que le infundiese sospechas. Cuando por casualidad se pronunciaba el nombre de Mila, Nevin se limitaba á decir alguna palabra de respetuosa admiración, dejando después el asunto para hablar de otra cosa. Era imposible proceder más correctamente.

En cuanto á Mila, estaba demasiado absorta en su trabajo, y también demasiado inquieta por la salud de su esposo, para pensar en otra cosa. Villeroy volvía á toser de nuevo, y no quería cuidarse. Así llegó al fin la hora esperada hacía tanto tiempo.

El ensayo general, casi á puerta cerrada, fué muy bien. En la noche del «estreno,» todos los artistas consideraban el éxito seguro. Villeroy, agitado á pesar de todo, no podía estar quieto en ninguna parte; iba desde el cuarto del director al de su esposa; espiaba la platea, que comenzaba á llenarse, y hacía sus últimas indicaciones á los artistas Estaba muy pálido, y Mila le seguía inquieta con los ojos; le creía curado, mas ahora dudaba de su restablecimiento.

Apenas se levantó el telón, notóse ya algo frío y hostil. La sinfonía, en la cual se contaban algunos trozos musicales verdaderamente deliciosos, no fué aplaudida más que por la *claque*; pero debe advertirse que, según su loable costumbre, el público de las «primeras filas» no llegaba hasta aquel momento; hubo el ruido de los que acudían tarde y buscaban sus asientos y enérgicos gritos de «¡silencio!» de los primeros que llegaron; así es que se escuchaba poco y mal. Los directores habían contado mucho con el efecto que produciría la primera decoración, verdadera maravilla, con sus rocas fantásticas ocupadas por el coro de las sirenas, la luz de la luna reflejándose en las tranquilas aguas, y las nubes ligeras que pasaban, proyectando su sombra suave en el mar y en las rocas. Las voces del coro se elevaron, dulces, misteriosas é infinitamente poéticas.

Un ligero murmullo circuló en la platea, algo como una risa ahogada, y una frase, «¡á la barca, á la barca!,» proferida por alguno que no se supo nunca quién fué, determinó una explosión de hilaridad, reprimida al pronto por la indignación de las personas formales, pero que se reprodujo con más fuerza é irresistiblemente. Se necesitó tiempo para restablecer la calma; el coro interrumpido continuó entonces, pero con cierta vacilación, no produciendo ningún efecto. Solamente cuando Mila cantó la notable aria, sonora y magnífica, de su entrada en escena, los burlones guardaron silencio, porque en este punto ninguna mezquina broma podía alcanzar á la hermosa diva, tan valerosa ante la tormenta, que imponía respeto. Entonces los aplausos estallaron, entusiastas y unánimes, como para indicar bien que la mala voluntad era contra el compositor y no contra su esposa. El primer acto terminó con estas peripecias, pero todo lo que en el ensayo había producido efecto resultaba ahora nulo. Apenas cualquier detalle podía servir de pretexto á las chanzas pesadas, oíase aquel mismo murmullo de risas comprimidas, que helaba á los intérpretes. Nada resiste á la burla en Francia

Villeroy ponía buena cara, sin aceptar ningún pésame, ni temer nada, pues en su concepto, el fin de la ópera obtendría todos los sufragios; mas el fuego sombrío de sus ojos, y sobre todo su palidez, desmentían aquella hermosa calma.

En el segundo acto, Mila no debía presentarse hasta la tercera escena. Todo aquel principio, en el que Villeroy tenía la mayor confianza, era de una extremada armonía musical, aunque algo bárbara, con extrañas sonoridades que asombraban hasta á los oídos acostumbrados más ó menos á la música de Wagner. El público escuchó al principio con fría malevolencia, aunque tolerante; pero de improviso, cosa del todo anormal en aquella platea frecuentada por personas de buena educación, oyóse resonar un silbido agudo, cruel y como triunfante. A esto se siguió un tumulto espantoso; los gritos de «¡fuera, fuera!» fueron contestados por otros silbidos que llegaban de las galerías altas, de la orquesta y de todas partes, con una regularidad que seguramente demostraba el más admirable acuerdo premeditado.

Fué necesario bajar el telón, y cuando al fin se levantó de nuevo, después de expulsar á los perturbadores y de haberse restablecido la calma, la hermosa obra de Villeroy, destinada á ser aplaudida más tarde en todos los grandes teatros del mundo, terminó en medio de la indiferencia general Como todos convenían en decir que era un *fiasco*, se juzgó inútil escucharla en serio; muchas hermosas damas abandonaron sus palcos antes de concluir la representación; la de Milner, adornada con sus múltiples diamantes,

dió el ejemplo, y éste fué seguido al punto por la mayor parte de los concurrentes á los palcos.

Sin embargo, á pesar de la cábala – porque esta vez era indudable que existía, – cuando Mila, muy valerosa y audaz, cantó lo mejor posible el soberbio dúo final, electrizando al tenor con su ejemplo, no hubo ninguna mala voluntad capaz de resistir. Aquella música sobrenatural, que conmovía á los corazones, llamando las lágrimas á los ojos, triunfó de todo. Los espectadores que quisieron permanecer hasta el final, dejáronse llevar de su entusiasmo; los aplausos amenazaban ser interminables, y los dos artistas fueron llamados repetidas veces á la escena.

Todo esto no impidió que la representación fuese un desastre. El compositor demostró también mucha serenidad; pero cuando estuvo solo con su esposa, le dijo:

– Has estado sublime por tu valor y tu talento, y eres mi Sirena soñada y adorada; pero todo ha concluído; ese silbido me ha matado.

Al día siguiente, los periódicos anunciaban que el músico Villeroy, afectado por su ruidosa derrota en la ópera, había sufrido durante la noche una nueva hemorragia, y que su estado, si no desesperado, era muy grave.

Inmediatamente después del lamentable estreno de la *Sirena*, apareció una caricatura titulada *la Mujer Pez*. En aquel momento, *el Hombre Pez* divertía mucho á los bodoques en el teatro *Folies Bergeres*, y la caricatura recordaba su buen éxito. Era un retrato, apenas modificado, de Mila, cuyo cuerpo terminaba en cola de pez; y el dibujo, muy notable, parecía hecho con mucho más esmero del que se observa comúnmente en esta especie de caricaturas. En el mismo número del periódico que la publicaba había un artículo indigno, titulado *Músico de las profundidades*; artículo en que se empleaban todos los chistes que el asunto podía admitir para poner más en ridículo al desgraciado Villeroy. A través de las frases, pérfidamente embozadas, el autor recordaba los triunfos de la mujer y las extravagancias del marido, llegando hasta el límite de las cosas toleradas por la autoridad, aunque sin traspasarle. De aquel número se vendieron miles de ejemplares.

El gran retrato de Mila, colocado sobre el caballete, constituía el principal adorno del taller donde Nevin trabajaba tranquilamente. La señorita Mathews, acompañada de su madre, asistía á la última sesión necesaria para terminar su retrato; habíanse reunido allí además varios amigos, figurando entre ellos la princesa Pignacci y Roberto Harcourt. Naturalmente, se hablaba de la *Sirena* y de su intérprete, y la señorita Mathews defendía calurosamente la obra; la princesa pronunció pocas palabras, pero veíase que estaba conmovida. Roberto, un poco nervioso, iba y venía por el taller, miraba los bocetos que colgaban de las paredes, y revisaba los álbums de dibujos, sin dejar de mezclarse en la conversación. Le habían pedido desde luego noticias, pues nadie había visto á Mila, y contestó que ésta no quería separarse de la cabecera del lecho de su esposo, ni permitía que nadie la sustituyese, ni aun su tía; pero Villeroy estaba al parecer un poco mejor.

– Felizmente, dijo la señorita Mathews, ni uno ni otro habrá visto el número de las *Muecas*. ¡Qué ignominia!

– En efecto, dijo Nevin suspirando, una verdadera ignominia.

– Por lo demás, añadió Roberto Harcourt, cuyos nervios se habían calmado al parecer de pronto y que examinaba con atención el retrato de la señorita Mathews; por lo demás, la campaña dirigida contra el Sr. Villeroy y su esposa no data de la noche de la representación, pues hace ya meses que se fragua de la manera más completa. Por lo pronto comenzó por las palabras agridulces; después siguióse la malevolencia en los salones, y por último deslizáronse algunas líneas pérfidas entre dos noticias de teatros. Esto parece que no es nada; pero sirve para preparar el terreno. Cada cual lee su diario distraídamente por la mañana, tomando el café; pero lo que siempre queda en su memoria es sobre todo la insinuación desagradable; y uno se dice: «Parece que no es nada buena la obra de Fulano, el libro de Zutano, la ópera de Mengano.» Y se abre el libro ó se va al teatro con el presentimiento de una cosa inevitable. Con frecuencia no se rehuye presenciar la derrota de otro, aunque este otro no sea un rival, porque con ello se interrumpe la monotonía de la existencia. Esta vez la derrota se ha maquinado ó preparado como una decoración de efecto.

– ¡Oh!, observó Nevin con dulzura, estudiando su modelo con los ojos medio cerrados, cuando una obra no obtiene buen éxito se dice siempre que hay cábala.

– Y de las cien veces, las noventa y nueve se engaña uno; pero en la centésima se acierta, y de esta hablo yo. En la noche de la primera representación, yo me hallaba precisamente junto al hombre que silbó; su aspecto me había infundido ya algunas sospechas, y su traje parecía haber pertenecido á otros. Ya sabe usted que se alquilan trajes, como se alquilan cuadros de grandes maestros para una noche de reunión. Yo ofrecí dinero á ese hombre, y á fe mía que no opuso dificultades para confesarme la verdad. Lo mismo él que su traje eran alquilados.

– ¡Si cree usted en un hombre que acepta su dinero, y que adivina lo que usted quiere que le diga!

Nevin sonreía; pero estaba un poco pálido.

– Tiene usted razón, Sr. Nevin, repuso Roberto, y por eso no he querido atenerme á esta primera averiguación. Tengo algunos amigos en la prensa; éstos han hecho hablar á personas á quienes yo no podía dirigirme, y al fin sé á qué atenerme. Por último, cuando vi el dibujo que representa á mi prima, dibujo que, entre paréntesis, está perfectamente hecho, recordé haber visto salir de la redacción de aquel respetable periódico un pintor que tiene mucho talento, y que sin duda usted conoce. ¿Quiere usted que le nombre?

Roberto Harcourt, levantándose en aquel instante sin afectación, se dirigió hacia el retrato de Mila, y al pasar por delante de una mesa, cogió un raspador. Todo el mundo le miraba, y aunque el joven parecía estar muy sereno y se mostraba cortés, con los labios entreabiertos por una vaga sonrisa, sus ojos brillaban de cólera. El pintor estaba lívido.

– Explíquese usted, Sr. Harcourt, dijo con su dulce voz; tengo la inteligencia muy obtusa, y no comprendo los enigmas. Sin embargo, creo entrever que usted me acusa de haber contribuído por algo al desastre de la *Sirena*. Esto es una abominable calumnia.

– La calumnia no es mi arma, caballero, y sí la de usted. Yo buscaba una prueba de su infamia, y al fin la he hallado. Debería usted guardar sus dibujos más cuidadosamente.

Al decir esto, Roberto desarrolló una hoja de papel que tenía en la mano, y mostró un croquis de la mujer pez. No era posible engañarse, tanto más cuanto que al enseñar el dibujo señalaba el retrato grande que estaba en el caballete: los dos eran evidentemente del mismo autor.

– No creía yo tener que habérmelas con un ladrón..., dijo Nevin con voz chillona.

– La palabra es dura, repuso Roberto; diga usted más bien con un indiscreto. No tengo la menor intención de llevarme la obra maestra de usted; mas como no quiero que el enemigo de mi prima posea su retrato, me arrogo al derecho de inutilizar éste, que por lo demás no me agradó nunca.

Y antes de que se pudiese comprender bien lo que intentaba hacer, el joven americano destrozó el hermoso retrato de Mila con una rapidez prodigiosa. El raspador, de hoja flexible y fina, funcionó tan bien, que en un abrir y cerrar de ojos no quedó del lienzo más que un pingajo informe.

Profiriendo un grito de rabia, semejante al rugido de una fiera, Nevin se precipitó sobre su adversario; pero Harcourt, limitóse á coger al pintor por ambas muñecas y mantenerle á cierta distancia. Los músculos de acero del antiguo *cow-boy* sirviéronle perfectamente.

Toda la escena pasó con tal rapidez, que las mujeres, asustadas, apenas profirieron un grito. Roberto se volvió hacia ellas.

– Ruego á ustedes que me dispensen, dijo. Yo hubiera querido evitar que presenciasen tan penosa escena; pero necesitaba de todo punto testigos. No convenía que el Sr. Nevin continuara siendo un calumniador. Deseaba vengarse de una pasión contrariada, y lo ha hecho según su carácter, que nada tiene de honrado. En cuanto á mí, habíame empeñado en proteger contra futuros ataques á mi prima...

– ¡Diga usted á su amante!..

– Ya esperaba que dijera eso; pero usted sabe muy bien que miente. Mi prima no amó nunca más que á su esposo, y le ama con todas sus fuerzas. Usted estaba más seguro de zaherirla atacando la reputación de su marido. Por lo que á mí hace, no dudo que la señorita Mathews, que espero será muy pronto mi esposa, se dignará darme su mano delante de todos para probar bien que tiene fe en mi palabra. ¿No es verdad, querida Matilde?

La joven se acercó con mucha desenvoltura á su prometido, y Roberto besó la mano que así se entregaba, después de haberse desembarazado de su adversario, que se dejó caer en un sillón, pálido de furor é impotente. La princesa Pignacci, por su parte, felicitó al defensor de Mila, y entonces Roberto, siempre digno, se volvió hacia Nevin.

– Caballero, díjole, usted es el ofendido, quiero reconocerlo así, y por lo tanto le corresponde la elección de armas. Sólo falta que nombre usted sus testigos para que se entiendan con los míos.

– ¡Le mataré á usted!, gritó Nevin. Elijo la pistola...

– Porque es usted buen tirador; yo también me tengo por tal; pero no soy tan sanguinario como usted, y me desconsolaría privar á la sociedad de uno de sus más bellos adornos.

El encuentro se verificó al día siguiente. Los adversarios debían disparar dos veces á su voluntad.

Roberto Harcourt, admirable por su serenidad, sufrió el fuego de Nevin sin contestar: la primera bala se perdió; la segunda desgarró la epidermis de su oreja izquierda. En efecto, Nevin tiraba bien.

Entonces fué cuando Roberto apuntó. En toda su actitud y en sus ojos había tal intensidad de expresión, que el pintor le miraba como hipnotizado, mientras dejaba caer su pistola. En aquel instante Roberto sonrió; y con exquisito cuidado apuntó é hizo fuego. El artista profirió un grito de dolor y de rabia; su brazo derecho estaba pendiente de una manera lastimosa, con la mano desgarrada, destrozada de tal modo, que sin duda aquella mano, tan prodigiosamente hábil, no podría manejar en lo futuro un pincel ó un lápiz. El dibujo que había ejecutado para las *Muecas* debía ser el último.

XVIII

Con sorpresa de todos, los diarios anunciaron la segunda representación de la *Sirena*. Circulaba el rumor de que á consecuencia del fracaso de la primera, que había sido tan desastroso, el compositor retiraba su obra; y su enfermedad, por lo demás, confirmaba esta versión.

La opinión pública cambió al punto, pues se sospechó el verdadero motivo que había dado lugar al duelo de los dos americanos. Al público le divierte mucho una malignidad, y hasta una villanía, cuando es anónima; pero no sucede así si el autor de aquélla es conocido. El sentido moral, que dormitaba, despiértase de pronto, y la sociedad se indigna generosamente. Los mismos diarios que habían atacado á Villeroy más cruelmente, publicaban ahora el parte diario sobre el estado de su salud; no se desesperaba de salvarle, pues del violento ataque que sufrió, tan sólo quedaba una extremada debilidad, y apenas sufría ahora. Los médicos habían dado su permiso para que recibiese algunas visitas; y Mila quería proporcionar á su querido enfermo la alegría de un desquite. Del público dependía que fuera muy cumplido, digno de aquella obra, que si bien extraña, era noble y magnífica, y digno sobre todo de su gloriosa intérprete.

Durante los largos días silenciosos que había pasado junto al lecho de su marido, Mila no se hacía ya ilusiones. La primera vez, al ver que Francisco recobraba fuerzas y que volvía á estar, si no animoso, por lo menos casi restablecido, pudo creer que su mal había sido un accidente pasajero y no una enfermedad orgánica; mas ahora no era lo mismo. Su médico, verdadero amigo, acosado por las repetidas preguntas, confesó á la diva que Villeroy, aunque apenas tenía cuarenta años, estaba minado como un viejo: las privaciones de su primera juventud, la pasión con que se entregaba al trabajo y la intensidad de la vida en él, habían adelantado la obra destructora.

Y Mila permanecía serena, casi risueña, junto á su esposo, que experimentaba la necesidad de oirla cantar, de vivir sus últimos días en medio de la música, mecido por una armonía que en su alma llegaba á ser una oración perpetua, pues tampoco él se hacía ilusiones. La vida le abandonaba muy suavemente, como se alejan las pequeñas olas de la marea en pleno verano. El sentimiento místico se desarrollaba en él, invadiendo todo su ser; con mucha sencillez volvía á sus creencias de la juventud, jamás olvidadas del todo; así es que el autor de la «música profana,» según la frase de la señora Fletcher, moría como cristiano y católico. Ahora le extrañaba haber sufrido tanto por el mal éxito de su obra, pues todo esto le parecía ya muy poca cosa.

Sin embargo, cuando su esposa le habló, con mil precauciones, de la segunda representación de la *Sirena*, un rayo de alegría brilló en los ojos del enfermo. Entonces Mila no vaciló ya; quería darle la mayor prueba de amor que le era posible; con el corazón contristado, se presentaría de nuevo en escena, cantaría lo mejor que le fuera posible, y su pesar de mujer comunicaría más pasión y ternura aún á su angustioso papel.

Llegado el día, Mila se preguntó si no habría confiado demasiado en sus fuerzas, pues Francisco estaba peor, porque la preocupación y la sobrexcitación

nerviosa minaban lo que le quedaba de vida. Sin embargo, manifestábase en él una alegría de niño al pensar en aquel desquite; jamás dudó del éxito final, y la idea de que debería el triunfo en gran parte á Mila era para él ahora infinitamente dulce. Durante aquellos largos días de enfermedad había vivido por ella, tomando las pocas fuerzas que le quedaban del valor de su esposa y calentándose el corazón en su profundo amor.

Durante la noche, la tía Deborah sustituiría á su sobrina, ayudada por el Sr. Macready; mientras Roberto Harcourt serviría de correo entre la casa y el teatro de la Opera para traer y llevar noticias.

La platea estaba llena de bote en bote, como si de hecho no se hubiese dado diez días antes la deplorable representación. Todo cuanto entonces había chocado ó excitado la risa, parecía ahora poético y encantador; y á las primeras notas emitidas por Mila seguía un silencio casi religioso. Se pensaba en el lecho de muerte de que acababa de separarse para representar de nuevo el papel que para ella había escrito aquel que ahora estaba moribundo; y creíase oir el eco de sus sollozos de mujer en la dulce y misteriosa música. Después, cuando la magia de aquella obra tan original, pero curiosamente humana y penetrante, produjo todo su efecto, la victoria definitiva se declaró. Mila lo sabía bien, y conocía demasiado á su público para confundir la compasión ó la simpatía que personalmente inspiraba con el verdadero entusiasmo por la obra.



Muy pronto se amodorró y Mila permaneció inmóvil á su lado

A medida que la noche avanzaba, los partes que Roberto Harcourt llevaba á la casa eran más triunfantes; y Villeroy sonreía, poseído de la fiebre del compositor. Sin embargo, impacientábale no ver aún á su esposa, y miraba el reloj, cuyas agujas no corrían con tanta rapidez como él quería. Esto era causa de que la tía Deborah reprendiese al enfermo, aunque ella también estuviese inquieta.

Por fin se abrió la puerta dejando pasar á la triunfante diva, acompañada de su primo. Lo primero que hizo fué arrodillarse junto á su lecho, mientras rodeaba con sus brazos al enfermo, fijos los ojos en los de su esposo. Apenas podía hablar, pues la primera mirada le reveló que el fin estaba próximo; pero su mirada lo decía todo, su adoración, su lástima y su espanto. Villeroy fué quien murmuró:

– Ya lo sé, ya lo sé; abrázame, esposa mía, bien mío, mi todo...

Muy pronto se amodorró y Mila permaneció inmóvil á su lado; pero después despertóse súbitamente y dijo, como lo hacía á menudo desde su enfermedad:

– ¡Canta, vida mía, canta! ¡Me hace tanto bien tu voz!

Mila reprimió los sollozos que se apoderaban de ella, y con mucha dulzura comenzó á cantar la primera estrofa de su papel. Villeroy escuchó, y después, palpando para coger su mano, murmuró:

– No, ya sabes que la primera vez que te oí cantabas mi *Odelette;* yo quisiera oirla una vez más, y después...

Mila dirigió una mirada de angustia al Sr. Macready, que la sostenía y animaba. ¿Tendría fuerza para llegar hasta el fin? Su voz tembló un poco, pero después se aseguró.

Mientras dura este mes hermoso, vámonos, amiga mía, á tendernos sobre la hierba. No dejemos perder el tiempo en vano. La edad que se desliza sin detenerse huye lo mismo que la primavera. Por esto, mientras nos convidan nuestra vida y el tiempo de amarnos, amémonos, demos satisfacción á nuestros deseos, consagrémonos al amor, que no tardará...

A pesar de todo su valor, Mila no pudo llegar hasta el fin, y Villeroy fué quien, con una voz que no era más que un soplo, murmuró las últimas frases: *... que no tardará la muerte, próxima á interrumpir nuestros placeres.*

Después un suspiro, una ligera sonrisa en los labios, y Villeroy quedó entregado al sueño eterno.

Algunos años después, se anunció la centésima representación de la *Sirena* en el gran teatro de la Opera. Aquella vez los diarios recordaron las peripecias ocurridas en la primera, y la muerte prematura del autor. Apenas se podía comprender el desagrado de aquel público, ni menos sus protestas contra una obra que después había triunfado en todo el mundo. La *Sirena* se había cubierto de gloria, y no contribuía por poco á ello el maravilloso talento de su principal intérprete. Mila había cantado su papel en ambos mundos; pero aun interpretada por otra cantante, la *Sirena* triunfaba.

Después de aquella centésima representación, el Sr. Macready, siempre el mismo, correcto y apenas envejecido, fué á felicitar á Mila en su palco.

– Debe ser para usted una alegría profunda, díjole, hacer aclamar así el genio de su esposo.

Mila le miró, y en sus ojos, que se velaron de lágrimas, el americano pudo reconocer el sentimiento y el dolor, tan angustiosos como el primer día.

– Sí, contestó lentamente; pero el triunfo ha llegado demasiado tarde.

TRADUCCIÓN DE E. L. VERNEUIL



Lago de Piediluco, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XV — Barcelona 13 de abril de 1896 — Núm. 746

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

En el presente número y en la sección de novela ilustrada comenzamos la publicación de una preciosa novela de doña Emilia Pardo Bazán, titulada EL ANCORA, escrita expresamente para La Ilustración Artística. Los dibujos que la acompañan son originales del reputado artista D. José Cabrinety



BEBEDORES, dibujo original de Isidoro Marín



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

TALÍA TRASHUMANTE

Al acercarse los días oficialmente tristes de la Pasión, hay una Musa que saca del guardarropa el *ulster*, el neceser de cuero de Rusia con chirimbolos de plata y cristal, el *plaid* escocés y la microscópica almohadita de pluma para la cabeza; y mientras la camarera cierra el gran baúl de cuero y mimbre, asómase al balcón reprimiendo á duras penas la impaciencia, el ansia de nuevos horizontes – porque esa musa tiene temperamento de ave emigrante, y como la blanquinegra golondrina, necesita otros aires, otros cielos, otra luz, – y cree escuchar ya el hondo ruido de la ovación clamorosa que la acoge y la despide, el trueno del aplauso que la arrulla mil veces mejor que la música más dulce...

Desde los tiempos de las farsas, églogas, entremeses y villancicos; desde que la carreta de las *cortes de la Muerte* ascendía por los polvorientos senderos de Castilla y de la Mancha, Talía es trashumante. Talía viaja como viajan todos los que llevan y esparcen alguna *buena nueva* de religión ó de arte, que también es una gran *religión* humana (en el sentido de unión, de asociación que tiene la palabra *religio)*. La belleza literaria y la emoción dramática que paladeó en invierno la capital, en primavera la gustan las provincias, y su juicio enmienda ó confirma el de Madrid. El provinciano (¡cuántas veces me ha sucedido esto que describo ahora!), durante las largas noches del invierno, entretiene la tediosa velada leyendo los periódicos donde se reseñan los estrenos. Con la imaginación adivina el recinto iluminado, los palcos atestados, las butacas sin una mella, el paraíso hormigueando, la atmósfera vibrante, las discusiones de los entreactos y el silencio religioso del momento en que sube el telón. ¡Cómo le gustaría estar allí! ¡Qué de incertidumbres al comparar artículos con artículos, críticas con críticas, al ver que el uno ensalza lo que el otro deprime, que éste pone en las nubes la tesis por aquél declarada absurda, que mientras hay quien envuelve en bocanadas de incienso la situación culminante del segundo acto, no falta quien la eche por los suelos y la declare inverosímil, violenta y efectista! ¡Qué curiosidad intelectual suscita la discusión de una obra de arte dramático! El provinciano bien puede comprarla en la librería y leérsela á solas; pero ¿qué idea se formará así? ¿Qué es una comedia despojada de su aparato escénico, sin decoraciones, sin trajes, sin la magia del acento y del *juego* de la actriz, sin el grito de la pasión y sin el retoque gracioso de la malicia y de la risa? Eterno problema, mil veces planteado. El teatro ¿es literatura á secas, ó es literatura auxiliada imprescindiblemente por la representación, el decorado y los trajes? Yo aquí no he de apurar esta cuestión; sólo he de consignar un hecho. Y es que dramas y comedias que entusiasman al estrenarse y siguen electrizando al público mucho tiempo después; dramas y comedias que á mí misma me encantaron en el teatro, apenas me hubiesen conmovido á la lectura. Y al releer las comedias de Lope, Calderón, Moreto y Rojas (no tanto las de Alarcón y Tirso) experimento efectos muy semejantes. Hay obras de estos insignes dramaturgos, sobre todo comedias de enredo, que, respetando todo lo respetable, hoy parecen insufribles, lánguidas, hasta ñoñas. No cabe duda que á los espectadores del siglo XVII debieron de parecerles una delicia.

Volviendo á los viajes de la hermosa Talía, diré que en provincias se la suele recibir con los brazos abiertos. Hay sin embargo excepciones. Recuerdo que, en Marineda, se dió el caso de que llegasen á un tiempo, por Pascua, con sus respectivas *troupes*, la insigne Carolina Civili, el genial Rafael Calvo, y el director de una compañía acrobática, en la cual no faltaban micos amaestrados y caballos que bailaban la polca. El público desamparó por completo á la Civili y á Calvo; les dejó representar á solas *Sofronia* y *La vida es sueño*, y corrió á desternillarse de risa ante las gracias de la señorita Rubí, que era una mona, y la música excéntrica de Tonino ó Pepino, que era un payaso y tocaba playeras rascando una cazuela con un gancho de escarbar la lumbre. Y lo mejor de todo es que Marineda no es un pueblo refractario á la belleza dramática. Poco tiempo después del desaire á Calvo y la Civili, acogió hasta con devoción á Vico, á Mario, á la Mendoza Tenorio. Lo que pasa es que los pueblos son antojadizos, lunáticos, variables, igual que los individuos.

Otras veces sucede que las compañías dramáticas, al llegar á una capital de provincia, la encuentran en temporada de recato, ó de escrúpulos religiosos, ó de encogimiento de bolsillo..., y entonces la temporada se inicia desastrosamente. No es raro que el bolsillo arañe en la conciencia y proyecte sombras y prevenga reparos y suscite una gran severidad moral. Las señoras, muy carilargas, murmuran bajito que «no pueden» abonarse, porque esas obras del repertorio francés son un horror, un abismo de impurezas y de iniquidades, y no conviene que las niñas se enteren de que en el mundo acontecen tales abominaciones y se dan tales escándalos. «Iremos, *si acaso*, cuando anuncien alguna obrita moral, ya conocida, como *La cruz del matrimonio...*» Tres meses después, á los actores que se marcharon renegando de su suerte y de tanta virtud, sustituyen otros, que se instalan en un barracón y anuncian funciones por horas, costando cada hora un real ó treinta céntimos. El repertorio de esta compañía es – naturalmente – el festivo, con muchos ribetes colorados y verdes á la orilla de la falda. Y aquellas señoras recatadísimas, que se espantaron de *Mariana*, ó de *La dama de las camelias*, van á diario á «reirse un poco» escuchando retruécanos transparentes y presenciando escenillas alegres... de la alegría más subida y fresca.

¿Quién pide lógica á las colectividades? Sería como pedir peras al olmo. ¡A fe que somos lógicos nosotros mismos! Las contradicciones menudean en nuestros juicios y en nuestras acciones, sin que nos demos cuenta de ello.

La Talía emigrante toma varios rumbos. En Barcelona funda grandes esperanzas, porque donde hay dinero y gusto no puede faltar al artista aprobación y recompensa. También confía en Sevilla, en Málaga, en la opulenta Bilbao, en las comerciales Coruña y Santander, en Valencia, donde nunca se desmienten las aficiones literarias. Estos años se va infiltrando en la dramática un elemento nuevo – no tan nuevo, sin embargo, como parece, pues ya se había indicado, verbigracia, en *La payesa de Sarriá*, en *El patriarca del Turia*, y antes, en pleno romanticismo, en las escenas tan típicamente andaluzas de *Don Alvaro ó la fuerza del sino*. – Hablo del elemento regional, del que inspiró á Feliu y Codina *La Dolores*, *Miel de la Alcarria* y *María del Carmen*. No cabe duda que este elemento ofrece recursos pintorescos y da hecho, como si dijéramos, el vestuario y el decorado. *María del Carmen*, en este punto, es un acierto. Aquella campiña inundada de sol, abrasada, clara, refulgente; aquellos trajes de las mujeres y de algunos de los hombres, trajes completamente orientales, de colores ardientes, de blancuras deslumbradoras; aquellas lentejuelas, aquellos mazos de claveles, aquellas ligeras alpargatas; aquel emparrado, aquella merienda al aire libre..., todo contribuye al efecto del argumento y da á la pasión expresada y sentida con tal vehemencia una verosimilitud *climatológica*, metiéndonos por los ojos el *medio ambiente* del asunto. El de *María del Carmen* no se comprendería si le diésemos por fondo el valle sombrío y cubierto de verdor, la iglesuela románica, y el celaje nubloso y gris de una aldea del Noroeste.

Allá va la dama que encarnó á *María del Carmen*; allá va *Sancho Ortiz*; allá va el galán que creó á *Juan José*; allá va *Doña Perfecta*, inseparable ya de la figura escueta y del tonillo meloso con que tan divinamente la caracteriza María Tubau; allá va Mario, el *Penitenciario* incomparable; allá el donoso Balaguer, allá todos los que de octubre á marzo no interrumpieron la faena de las tablas y vuelan ahora á proseguir su arduo trabajo, desparramándose por España, que ojalá les acoja amigablemente y premie sus esfuerzos...

Los que creen que la vida del actor es una serie de festivos lances y de gozosas expansiones, una vida de pájaro volando de rama en rama, ignoran que es en realidad una de las existencias más laboriosas, más sujetas al remo del trabajo, de cuantas forman la complicada mecánica social. El actor empieza su tarea por la mañana y no descansa hasta que da con su fatigado cuerpo en el lecho, á hora muy avanzada de la noche. Para él no hay días de fiesta, ni vacaciones, ni San Desestero, abogado y patrono de la pereza burocrática. Los domingos, el actor trabaja doble: á veces, entre la función de la tarde y la de la noche, sólo le queda tiempo para reparar las fuerzas con ligero tente en pie. La labor de los ensayos es realmente abrumadora: la de aprender los papeles de memoria no le va en zaga, pues la memoria, fresca y vivaz en los muchachos, en los adultos suele ser rehacia y dura. Hay tarde en que se ensayan sucesivamente dos ó tres obras; y mientras fuera brilla el sol y el aire primaveral refresca el alma, el actor yace sepultado en un recinto obscuro, alumbrado sólo por una candileja eléctrica, cuyo foco se pierde en las tinieblas del negro escenario y de la sala fantásticamente gris, pues no hay aspecto más raro y más triste que el de un teatro de día, apagadas las luces y desierto.

«Vivimos aquí como el minero en la mina,» me decía con gráfica exactitud un insigne actor.

Tal género de vida no parece á propósito para garantizar la longevidad, y sin embargo muchos de los más famosos y celebrados actores españoles han muerto de avanzada edad y conservado hasta los últimos años facultades para la escena. A Matilde Díez la hemos visto, con sus sesenta á cuestas, personificar *La niña boba*. Mariano Fernández era más que setentón cuando nos deleitaba con sus chistes. De Valero y su larga vida, y la vitalidad que poseyó hasta el último instante para papeles tan terribles como los del protagonista en *Luis XI*, *La carcajada* y *La aldea de San Lorenzo*, no hay para qué hablar, pues no lo habrá olvidado nadie: era ayer cuando el gran actor nos asombraba; su *Luis XI* no tenía por qué rendir el pabellón al de Novelli, con ser éste uno de los mayores triunfos del cómico italiano.

Hoy sólo él queda en Madrid representante de Talía. Va á cerrarse el Real, después de una temporada de inauditos esfuerzos y alternativas penosas, y Novelli hereda el brillante auditorio de la Opera y el de los lunes y viernes clásicos del Español. Hace pocos días he recibido un largo artículo manuscrito, cuyo fin era demostrarme que no era exacto que los españoles formemos parte de la raza latina; y á la verdad, si tal convencimiento se me impusiese, lo echarían abajo las venidas de actores italianos, portugueses y franceses, que representan aquí como en su casa. Mientras no den en acudir á distraernos los actores ingleses, noruegos, rusos, dinamarqueses, suecos y polacos, no creeré que hayamos dejado de pertenecer á la raza latina. No son únicamente los actores; es el teatro de las razas eslava, sajona y germánica el que no consigue cruzar nuestra frontera. Los ensayos de aclimatación de Ibsen han fracasado; veremos qué suerte corren Südermann y otros de su misma laya cuando les llegue la vez. Hay una especie de muro, una cortina que se interpone: nuestra alma y el alma del Norte no acaban de comprenderse. Quizás algún malicioso insinúe que lo que no comprendemos son los idiomas inglés, ruso, etc. Tendrá razón; pero todo es lo mismo, y por algo el italiano y el francés parecen más inteligibles hasta á los mismos españoles que los ignoran. No son sólo diferencias de radicales, de construcción y pronunciación las que encontraríamos en los idiomas del Norte: es que es preciso tener la garganta formada de otra manera para emitir esos sonidos que la nuestra se resiste á tolerar, que nos escorian y raspan la laringe. Al que no entienda el habla de Novelli (y rudos serán los que no la entiendan, porque Novelli articula de un modo perfecto) le basta la música, la inflexión, el acento. La oportunidad de los aplausos demuestra que el público se entera bien.

Tan culto espectáculo empieza al mismo tiempo que las corridas de toros. De éstas, y de las lindezas que acerca de ellas nos dicen en los Estados Unidos, algo se tratará en las venideras crónicas.

EMILIA PARDO BAZÁN



PERSEO

14 de abril de 1554

Celebérrima estatua modelada y fundida en bronce por Benvenuto Cellini

Fué Perseo, según la Mitología, hijo de Dánae (lugar de fuentes) y de Júpiter. La leyenda nos cuenta que á aquel héroe lo abandonaron en compañía de su madre en una pequeña embarcación á merced de las olas, yendo á parar á una de las islas Cícladas, donde á la sazón reinaba Polidecto, quien recibió bondadosamente á los *viajeros por fuerza*. Mas al poco tiempo, el hospitalario rey enamoróse de Dánae, y con objeto de poseer sin peligros ni sobresaltos el objeto de sus ansias, envió á Perseo á combatir á las *Gorgonas*, encargándole que le trajera la cabeza de *Medusa*.

Las *Gorgonas* eran tres hermanas; la única que se hacía visible, Medusa, estaba dotada de gran belleza. Las *Gorgonas* habitaban al otro lado del Océano, vecinas á la residencia de la *Noche*. Eran las que producían los fenómenos marítimos y atraían á los marinos á la costa para que allí pereciesen. A combatirlas, pues, envió Polidecto (según unos, según Hesiodo fueron los dioses) á Perseo. El gran peligro para el joven griego era la belleza de Medusa, pues además de poseer ésta una cabellera espléndida, la mirada de sus ojos verdes fascinaba como la serpiente al pajarillo. Minerva puso á cubierto de peligro tal al héroe dándole un espejo, en donde podía mirar en su verdadero y espantoso aspecto á Medusa. Lo que no puedo explicar es si los cabellos de *Medusa* los convirtió Minerva en culebras antes ó después de haber sido aquélla degollada por Perseo. En esto andan disconformes los autores, y aun alguno supone que tal metamorfosis la debió la hermosísima *Gorgona* á celos de la deidad de la sabiduría, que no pudo soportar que fuese tan hermosa la hermana de la *Noche*.

Perseo cortó de un solo tajo la cabeza de Medusa, y á horcajadas en *Pegaso* regresó á la corte de Polidecto, llevando la ensangrentada testa femenil. Autores gravísimos afirman que el viaje lo hizo el hijo de Dánae merced á las alas que cual Mercurio tenía en los talones. Y ya que hemos recordado quién fué Perseo y quién Medusa, vengamos á la estatua de Cellini.

***

Así como de la vida y obra de Leonardo de Vinci apenas tenemos conocimiento cabal, y ha de recurrirse á la deducción para conocerlas en gran parte y poder fijar á la segunda un orden cronológico que pueda admitirse como verosímil, en la vida y obra de Cellini apenas si existen lagunas de importancia, no tan sólo por la diligencia de Vasari, la de varios eruditos italianos y últimamente por la de Eugenio Plon en reunir cuantos datos desconocidos hasta ahora encontró á mano, sino porque el mismo Cellini nos relata en sus *Memorias (La mia vita)* paso á paso los grandes acontecimientos de su existencia.

Encomendóle la estatua de *Perseo* Cosme de Médicis. La lucha que Benvenuto tuvo que sostener con sus rivales, entre los que contaba á Bandinelli, para lograr fundir la estatua, hubiera dado en tierra con otro que no tuviese, como Cellini, una tan firme voluntad y un carácter tan enérgico. Los envidiosos colegas del gran artista llegaron hasta hacer creer á Cosme que Cellini era un visionario, un ignorante, al pretender fundir aquella estatua en un solo molde, formándola como la formaban varias piezas. Luchando contra las vacilaciones del príncipe, contra la inquina de las gentes, contra la sorda conjura de sus colegas, estuvo Benvenuto varios años, durante los cuales más de una vez su exacerbado carácter, violento de suyo, le obligó á reñir á cintarazos. Por fin pudo lograr de Cosme de Médicis las ayudas precisas para realizar la fundición, y en aquel punto y hora comienza la última y decisiva prueba del temple del alma del célebre artista. Oigamos al propio Cellini; mas antes diré que al tener ya el molde dispuesto y el metal para fundirse, se declaró un incendio en el taller, que lo redujo á cenizas en gran parte; cuando ya dominado el siniestro iban á reanudarse las operaciones, una lluvia torrencial anegó el local. Benvenuto trabaja horas y horas con sus obreros en reponer en lo posible lo destruído por los dos elementos, y al cabo se retira á su casa, acometido de violentísima fiebre. Acababa de acostarse, cuando uno de los ayudantes llegó desalado hasta el lecho del artista para notificarle que todo se había perdido, pues el metal, apenas comenzara á entrar en fusión, sin saber la causa se había enfriado casi instantáneamente, haciéndose un *empastelado*. Benvenuto se lanza de la cama, acude presuroso al taller y envía á las casas de los vecinos más próximos por cuanta leña hubiesen con objeto de alimentar el hogar, y echa en el horno un gran *bloc* de estaño para estimular la fusión

Parecían vencidos los contratiempos y creíase ya en punto de llegar á feliz término en el fundido de la estatua, cuando de repente sobrevinieron otros accidentes tanto ó más inesperados que los anteriores, y los cuales pusieron en término tal la voluntad de Cellini, que éste llegó á pensar en la muerte. Ahora habla Cellini: «Habíanse renovado mis fuerzas físicas con la nueva vida que adquiría mi obra, y olvidé la fiebre y el miedo de la muerte que hacía un instante me dominaban. De repente una explosión, un trueno formidable, seguido de una inmensa claridad, como si una cantidad enorme de pólvora hubiese estallado delante de nuestros ojos, vino á sumirnos por un instante en profundo estupor y á poner espanto en todos, en mí especialmente. Tan pronto como la explosión hubo pasado, y pasado también la claridad extraordinaria del fenómeno, comprendimos lo que había acontecido; la cubierta del horno acababa de hundirse y de venir á tierra. El bronce ya líquido se desborda y va á inutilizarse. Rápido como el pensamiento, destapo los orificios del molde y veo que el metal no pasa con la facilidad que era necesaria. Comprendo que la aleación había sido consumida por aquel fuego del infierno, y en el acto ordeno á mis obreros y criados que vayan corriendo á mi casa y me traigan los platos, las escudillas, en fin, cuantos objetos poseía que fuesen de estaño. Tenía yo cerca de doscientos, y uno á uno fuí poniéndolos á las entradas de los canales, y al propio tiempo echo en el molde otro *bloc* también de estaño. Comenzóse á repartir blandamente el bronce por el molde... Yo estaba en todo y en todos; ayudaba á unos, acudía á otros para que la operación no volviese á sufrir un nuevo contratiempo, y sin cesar repetía: ¡Dios mío, Dios mío, que por tu solo poder resucitaste de entre los muertos para subir glorioso á los cielos! En breves momentos miro el molde lleno, y al convencerme de tan feliz suceso, caigo de rodillas dando gracias á Dios con toda la efusión de mi alma.»

La estatua fué descubierta el día 14 de abril de 1554 ante una multitud inmensa, que aplaude y vitorea con frenesí al artista. Éste presencia el acto, escondido en los bajos de una casa inmediata, y él mismo nos cuenta en un pasaje donde rebosa el orgullo, pero también lleno de sinceridad, el momento de felicidad que experimentó entonces. Veía abatidos á sus enemigos, y deshechas y aventadas cual pavesas las calumnias y las tramas contra él forjadas.

***

Cellini representó el matador de Medusa de pie, completamente desnudo, calzando unas sandalias y con alas en los talones, la cabeza cubierta con un casco de extraña y elegantísima forma y con alas.

Pisa el cadáver de la *Gorgona;* en la mano derecha tiene una pequeña espada corva, y en la izquierda, suspendida por los cabellos, la cabeza de su víctima. La estatua planta sobre la pierna derecha, y la izquierda está ligeramente movida.

Mirada la obra de Benvenuto, parte por parte, es digna del gran artista; en conjunto pueden apreciársele defectos de proporción. Mas con todo, con los defectos que indudablemente tiene, la estatua de Perseo es una de las producciones más bellas del arte italiano del siglo XVI. La cabeza del héroe griego, joven por los rasgos de sus facciones y viril por la expresión, concuerda de un modo admirable con el torso, verdadera obra maestra de dibujo, de conocimientos anatómicos y de fuerza.

La cabeza de Medusa es también un trozo de escultura hermosísimo. La energía de aquel rostro femenil contrasta de un modo altamente estético con la blandura de las líneas, y al verla suspendida por los cabellos y de aquel modo exhibida por el hijo de Dánae, produce en el ánimo del que la contempla un movimiento de piedad hacia tanta belleza inmolada.

R. BALSA DE LA VEGA

TIPOS MADRILEÑOS

LA CASILDA

No se sabe á punto fijo el lugar de su nacimiento – ni falta que hace. – Alcarreña ó manchega, por madrileña pasa y como tal se produce; que una de las propiedades de la Villa y Corte es la de transformar á todos los que en ella habitan bastante tiempo, refundiéndolos en un molde común, por el mismo procedimiento que tiene lugar en el ejército, en el que no hay recluta gallego ó valenciano que al año de su permanencia en filas no hable con el mismo acento andaluz que si hubiera nacido en Córdoba ó Sevilla.

Ello es que Casilda, venida á Madrid á los diez años para servir de niñera en casa de un cómico tronado, con más abundancia de chiquillos que de dinero, ha *tomado la tierra* de tal suerte que nadie reconocería hoy á la muchachilla pelona y mal trajeada que ganaba la enorme soldada de cuatro pesetas – mensuales, por supuesto, – amén de alguno que otro coscorrón, debido á las ligeras manos de su dueña y señora.

Pero ¿á qué recordar aquellos tiempos, ni los que les siguieron, hasta que Casilda, desbastada primero y pulimentada después por el continuo entrar y salir en cien casas de diversas categorías y pelajes, tomó posesión del cargo de cocinera de los Excmos. señores condes del Polvorín, cubanos millonarios y viejos, cuyo elogio queda hecho con decir que dan ocho duros diarios para la comida.

Vedla con su traje de lanilla, su delantal de nítida blancura, su zapato *bebé* de color de avellana y el moño esmeradamente peinado por la *señá* Hermenegilda – mediante veinticinco céntimos, – sosteniendo en el brazo derecho la cesta y llevando en la mano un par de lecheras, penetrar con airoso contoneo en la plazuela del Carmen, lugar predilecto de sus compras; porque aun cuando habita en un hotel del barrio de Salamanca, ¿para qué están los tranvías?; y en ocho duros de compra, ¿qué importan dos miserables *perras grandes*? Eso sin contar con que no suele faltar quien las pague galantemente; porque eso sí, la chica es lista, pero además tiene un palmito que ya quisieran para sí más de cuatro señoritas de la *high life*

No es, por tanto, extraño que en cuanto la divisa Faustino, el pollero de la esquina de la calle de Tetuán, salte del cajón, y dejando con la boca abierta á una respetable y vetusta dueña que está en ajuste de un despojo de gallina, salga á recibir á Casilda, diciéndole con acento asturiano:

– ¡Ole ya, primorosa! Te convido á lo que quieras.

– ¡Qué generoso está hoy el tiempo! ¿Te ha salido la lotería?

– Yo no necesito loterías *pa* gastarme contigo una onza *ú* dos.

– ¡Adiós, millonario! ¿Cuándo vas á arrastrar un coche?

– Pero Faustino, dice la vieja del despojo, ¿me despacha usted ó qué?..

– Calle usted, mamá, que hoy no la espera el novio; contesta el pollero, tratando de coger una de las manos de Casilda, que esquiva el golpe dándole al propio tiempo un achuchón con la cesta y diciendo:

– Anda, hombre, no hagas aguardar á la señora, que hoy tendrá *convidao* algún ministro...

– Puede que lo tenga, replica la anciana sulfurada; que aunque no gasto tantos polvos como usted, tampoco necesito sisar para comer gallina.

– ¡Oiga usted, so bruja, qué está usted hablando de sisar! ¡Habrá sin vergüenza! ¿Le he quitado yo á usted muchos duros?

– Para ella los quisiera, añade sentenciosamente Faustino.

– No quiero conversación con usted, ni el despojo tampoco, exclama la vieja, sofocada de ira.

Y tirando el cuello y las patas de un triste pollo sobre la tabla del puesto, desaparece refunfuñando, mientras Faustino grita á voz en cuello:

– Adiós, abuela, expresiones al abuelo. Estoy arruinado completamente; he perdido la parroquia de la reina Pindonga...

– Déjala, Faustino, que le va á dar un accidente...

– Así reviente.

– Mira, chico, envía luego á casa una gallina, pero buena ¿eh?

– Como tú, pongo por caso.

– Eso es, y si tuvieras una cuerda de palominos.

– Hoy no me han traído á mí, pero la Indalecia tendrá, de fijo.

– Mira que no te daré por la gallina más de lo que me llevaste ayer.

– Bueno, mujer, no reñiremos. Si tú eres el ama del puesto.

– ¿De veras? Estoy por ponerme á despachar.

– Porque tú no querrás.

– ¡Faustino, Faustino! Pero hombre..., dicen en coro varias compradoras, despáchanos, que tenemos prisa.

– Maldita sea mi suerte, grita el pollero. ¡Allá voy, señoras! ¡Allá voy!

– Adiós, tú, hasta luego. Que te alivies, concluye Casilda.

Y esquivando una nueva acometida del industrial, se dirige al puesto de pescado de Valentín el *Maragato.*

Mas al atravesar por entre la compacta muchedumbre de vendedores y compradores, vagos, mendigos y papanatas que pueblan el mercado del Carmen, un pollo enclenque y cursi de los que se dedican á cultivar el ramo de criadas, se dirige á nuestra cocinera, y atajándola en su camino, le dice con voz meliflua y mirándola con ojos amorosos:

– Joven, es usted encantadora. ¿Quiere usted que la acompañe?

Casilda mira rápidamente el raído pelaje del tenorio de plazuela y dice:

– Voy bien sola, á no ser que quiera usted llevar las lecheras...

– Si usted tiene gusto en ello, por usted llevaría yo aunque fuese un baúl á la estación.

– No habría de ser muy grande, porque me parece que usted tiene muy pocas fuerzas

– Para quererla á usted tengo muchísimas.

– Vamos, déjeme usted pasar, que es tarde y no tengo ganas de conversación.

– Si usted quisiera...

– Señorito, interrumpe un pordiosero haraposo echándose encima del mancebo, una limosnita por *la mor* de Dios. ¡Ande usted, para medio panecillito! ¡Que no me he desayunado desde ayer! Por la buena cara de su novia.

El galán trata de separar al importuno, haciéndose el sordo; pero el pedigüeño insiste con mayor tenacidad, repitiendo con su voz aguardentosa:

– ¡Ande usted, que para usted no es nada y yo tengo hambre! ¡Señorito, señoritoooo!

El aludido, que no lleva un céntimo, por la sencilla razón de que no lo tiene, para salir del paso dirige un nuevo requiebro á Casilda; pero ésta suelta una sonora carcajada, y abriendo el bien provisto portamonedas y dándole un *perro grande* al mendigo le dice:

– Tome usted, amigo, y no les pida á los señoritos y sobre todo á los que quieren llevar baúles á la estación. ¡Ja, ja!

Y aprovechándose de la estupefacción del pollo enamorado, que se queda viendo visiones, prosigue su camino hacia el puesto del *Maragato.*

Entre la multitud de gentes de todas clases y condiciones que rodean al famoso pescadero, Mr. Durán el cocinero del hotel de Ultramar, que acaba de hacer su acopio, divisa á la joven y la salúda afectuosamente, diciéndole en la jerga españolizada:

– ¡Oh Casildita, *ti* vas poniendo mucho guapa tú!

– Gracias, Sr. Durán. Es favor...

– *Toujours mi* acuerdo de ti al preparar las anguilas al *gratin,* cuando tú decías en casa del duque: «¡Yo no querer tocar las serpientes!

– ¡Ja, ja! Como no había visto anguilas en mi vida...

– Y al presente, ¿dónde estás?

– En casa del conde del Polvorín.

– ¿Qué dan para la compra?

– Ocho duros.

– Cuarenta francos. ¡Psh!.., no está mal. Yo tengo contratada la cocina y se hace *bon* dinero.

– Sí, ya me lo figuro; en buenas manos está el pandero.

– ¿Y tú cuándo *ti* casas?

– ¡Ay, Sr. Durán!, Y ¿á mí quién me va á querer?..

– ¡Oh *mon Dieu!* Todo el mundo.

– Gracias; pero no soy billete de Banco, que á todos choca.

– Ya sé yo á quien tú le gustas.

– ¡Bah! Algún *lipendi...*

– No, no ser *lipendi,* sino persona de posición.

– ¡Ay qué guasa!

– No, *ma petite,* nada de broma; á ti te conviene un hombre de carrera y de ilustración, que sepa apreciar lo que es un *timbal* de macarrones y un *salmis de perdreaux,* y que si mañana haces un *volauvent* y no sale bien, pueda corregirte y dirigirte.

– Vaya una salida.

– ¿Quién te ha enseñado lo que sabes?

– Toma, pues usted...

– *E alors* yo tengo la obligación de perfeccionar tus conocimientos. Te falta aun *bastantemente* para ser un *cordon bleu* científico, y tú lo que debes hacer es...

– Casarme con un buen cocinero como usted.

– ¡Oh! No irías mal.

– Ni usted tampoco, viejo zorro.

– En fin, tú ves pensando y aumentando la libreta de la Caja de Ahorros. Con talento puedes guardar todos los días cinco francos, *e* cuando tengas mil duros yo pondré lo que falte y estableceremos un *bon restaurant, e* la primer comida que se dé será la de nuestra boda.

– ¡Ja, ja, Sr. Durán! Vamos, hoy me quiere usted tomar el pelo.

– Yo no *ser* peluquero. De *formalidat ti* lo digo, *mi* convienes.

– Bueno, expresiones. Ya iré yo pensando si usted me conviene á mí. Ya nos véremos.

– *Au revoir.* Yo todos los días vengo aquí á esta hora.

– Adiós, *musiú.* Oye, Valentín, ¿me despachas ó qué?

– Calla, *arrastrá,* contesta el pescadero interpelado blandiendo un cuchillo con el que está despedazando una enorme merluza. Si no te hubieras estado una hora de palique con el franchute ya podías haber llegado á casa.

– A ti eso te importará mucho, *¿verdaz?*

– ¿A mí?, pim, pero luego no vengas dando la lata.

– Estos langostines no están muy frescos.

– Más que tú.

– Pues mira, á mí aún no me han pescado; ¿y á cómo pones el besugo?

– Chica, hoy está carito, á catorce.

– Ya será á ocho.

– Ni á doce tampoco.

– Te contentarás con diez. Veas lo que pesa éste.

– Pues un *kilo* justito.

– Bastante menos tiene; pero en fin, te daré medio duro por él.

– Son tres pesetas lo último; llévalo, que es cosa buena.

– No, once reales.

– ¿Y á ti qué te da? ¿Lo pagas tú?

– No, pero he de mirar por la casa.

– ¡Ja, ja! Por la Caja de Ahorros querrás decir.

– En fin, toma.

– *Salú,* salerosa.

Y del pescadero al tocinero, de aquí á la carnicería, luego á la tienda de ultramarinos, por último á la frutería de la Aragonesa y en todas partes iguales chicoleos, idénticas frases, parecidos requiebros acompañan á Casilda, que poco á poco va llenando la enorme cesta, que por fin descansa en la plataforma del tranvía, entre cuyos conductores y cobradores tiene vara alta la gentil cocinera.

Allí suele encontrarse con alguna amiga que aprovecha la ocasión para aclarar algún punto obscuro de la historia de sus amos respectivos.

– Ese conde del Polvorín, dice la compañera, he oído que fué negrero cuando se estilaba eso de los negros *enjaulaos.*

– No sé, chica; la verdad es que tienen mil años y la señora está hecha una lástima, ciega y medio sorda; el mejor día revienta.

– Pues anda y que se fastidie, que no se han de morir sólo los pobres...

– A mí me quieren mucho, el conde siempre anda de bromitas, y el día de su santo me regaló un billete de cincuenta pesetas.

– ¡Jesús, qué suerte! Yo estoy ahora con un general, más bruto y que tiene unos modos..

– La verdad es que los amos están perdidos; bastante desgracia tiene la que tiene que servir.



TIPOS MADRILEÑOS.—LA CASILDA, dibujo de Méndez Bringa

(Véase el artículo de A. Danvila Jaldero)

—¡Y que lo digas! ¡Pobres de nosotras!

Entretenidas con tan amena conversación, llegan las dos amigas al barrio de Salamanca, encaminándose á casa de sus amos; y mientras Casilda sube por la escalera interior á la cocina, bullen en su cerebro encontrados y ambiciosos pensamientos, sobrexcitados por los accidentes y conversaciones de la plazuela.

—¡Quién sabe!, dice para sí, el Sr. Durán debe estar rico. Yo no haría mal en el mostrador de una fonda; pero... la señora condesa está muy delicada; si muriera..., yo gobernaría y mandaría..., herederos no hay, y... al fin y al cabo no sería yo la primera que después de haber estado fregando platos se divierte luego en tirárselos á la cabeza á sus lacayos.

A. DANVILA JALDERO

LA EXPEDICIÓN CONTRA DONGOLA

En el último número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA expusimos algunos datos acerca de los territorios que hoy ocupan los ingleses en Egipto, del país adonde llevan actualmente sus armas y de las poblaciones con las cuales han de luchar una vez más en aquellas apartadas regiones.

Hoy diremos algo respecto de la campaña que con razón sobrada tanto da que pensar á las cancillerías europeas; pero para ello consideramos necesario hacer un poco de historia, pues de esta suerte el exacto conocimiento del pasado permitirá formarse más cabal idea del presente y aun conocer en cierto modo las consecuencias que la campaña ha poco comenzada pueda tener en el porvenir.



SIR HERBERTO HORACIO KITCHENER, general en jefe del ejército egipcio y jefe de la expedición al Sudán

A raíz del empréstito que en 1876 se vió obligado á hacer el entonces jetife de Egipto Ismaíl Bajá, Francia é Inglaterra, en cuyas capitales se colocara la mayor parte de aquel préstamo, impusieron al jetife la creación de una Caja de la Deuda y el nombramiento de dos comisarios interventores de la hacienda egipcia. La mejor inteligencia reinó al principio entre Ismaíl y los dos europeos; mas no duró largo tiempo aquel estado de cosas, y rota al fin la buena armonía, Francia é Inglaterra pidieron y obtuvieron del sultán de Turquía, soberano de Egipto, la destitución del jetife, que fué destronado en 1879. Durante el gobierno de su sucesor prodújose la rebelión de Arabi bey, el cual llegó á imponerse de tal suerte, que en 1881 fué nombrado ministro de la Guerra, en vista de lo cual las dos naciones europeas interventoras en Egipto hicieron la primera demostración naval delante de Alejandría. Arabi-bey, lejos de acobardarse ante las amenazas de los ingleses, comenzó la fortificación de Alejandría: el almirante Seymour, pues los franceses se habían retirado, intimóle la suspensión de las obras, y viendo desobedecida su intimación, el día 11 de julio de 1882 comenzó el bombardeo de la capital. A los dos meses, es decir, en 14 de septiembre, el ejército inglés, mandado por el general Wolseley, entraba en el Cairo: de aquella fecha data la ocupación contra la cual han clamado en vano varias potencias, Francia en primer término.

Unidos ingleses y egipcios lucharon desde 1882 á 1885, con escasa fortuna por cierto, contra los mahdistas, á los cuales, en medio de todo, puede estar agradecida Inglaterra, porque su actitud, constantemente amenazadora, le sirve de pretexto para justificar su prolongada ocupación del territorio. Aquella campaña, en la que tomaron parte generales ingleses tan acreditados como Hicks, Wolseley y Gordon, fué causa de un intento de empréstito que fracasó, gracias á la energía del gobierno francés, al que secundaron los de los demás Estados europeos.

Estos, como hemos dicho, no han cesado de pedir

LA EXPEDICIÓN AL SUDÁN.—MAPA DE LOS TERRITORIOS DEL AFRICA CENTRAL Y DEL VALLE DEL NILO

la evacuación de Egipto por los ingleses, pero cuantas negociaciones se han intentado no han producido resultado alguno: Inglaterra, lejos de acceder á lo que de ella se pretende, dispónese á afianzar más y más su posición en la región del Nilo, como lo demuestra la campaña últimamente comenzada.

¿Cuál ha sido el motivo ó la excusa para emprenderla? Veamos lo que dice un importante periódico inglés.

«Hace doce años, el gobierno inglés cometió un grave error, cual fué el de abandonar precipitadamente las posiciones que ocuparon las fuerzas del general Wolseley alrededor de la gran curva del Nilo que circuye el desierto nubio y desde las cuales no habría sido difícil en tiempo oportuno avanzar, remontando aquel río, sobre Berber, sobre Metemmeh y sobre Khartum merced al ferrocarril actualmente en construcción entre Suakín y Berber. El mahdí, ó sus sucesores, obligados á permanecer en Omdurmán, ciudad situada junto á la arruinada Khartum, hubieran sido mantenidos á distancia durante algunos años, mientras se reorganizaba el ejército egipcio; el comercio con Nubia, de gran importancia para el Egipto, habría podido ser garantizado con la navegación por el Nilo en una extensión de cerca de mil millas; y á las tribus nubias, la mayoría de las cuales no se han sublevado contra el gobierno del jetife, habríanseles ahorrado los malos tratos y las molestias que de continuo les infligen los rapaces y crueles sectarios del mahdí desde que no tienen un gobierno fuerte que las proteja.



LA EXPEDICIÓN AL SUDÁN. – CUERPO DE TROPAS MONTADAS EN CAMELLOS ATRAVESANDO EL DESIERTO

»Para poner remedio á estos males, resultantes del total abandono del Nilo más arriba de Uadi-Halfa en 1884, se emprende ahora la expedición contra Dongola. Esta resolución ha sido acelerada por el peligro evidente en que se encuentran Kassala y su guarnición italiana de verse atacadas desde los cuarteles generales del kalifa en Omdurmán. También se ha pensado probablemente en que el movimiento iniciado pueda servir para que el enemigo se vea obligado á distraer fuerzas en otra dirección. Pero de todos modos, Nubia, antigua posesión de Egipto en tiempo de los Faraones, de los Tolomeos y del imperio romano, reconquistada en el siglo XIX por los sucesores de Mahomet Alí y perdida en 1882 á consecuencia del abatimiento del gobierno del jetife, debe volver sin demora á sus antiguos soberanos.»

Así explican los ingleses las causas de la actual campaña: según ellos sólo les guían propósitos civilizadores y el deseo de aliviar la situación de los italianos. ¿Cabe admitir como sinceras tan desinteresadas miras en Inglaterra? Prescindiendo de que nunca Inglaterra ha dado pruebas de esa abnegación y desinterés que ahora aparenta, hay varios datos para suponer que tras de los motivos públicamente aducidos se oculta una segunda intención.

En primer lugar, nótese que los preparativos para la actual expedición se han hecho inmediatamente después de iniciadas por Francia, Rusia y Turquía las negociaciones para la evacuación del Egipto por los ingleses. Reanudada la lucha con los mahdistas, ¿quién podrá insistir en aquella exigencia? ¿Qué se podrá contestar á Inglaterra cuando en apoyo de su ocupación cite la necesidad de un poder fuerte que se oponga á las audacias de los derviches? Y he aquí cómo la Gran Bretaña ha encontrado un pretexto que justifica el mantenimiento por tiempo indefinido de sus tropas en territorio egipcio, lo cual quita bastante fuerza á los motivos que aduce hoy para explicar su conducta.

En segundo lugar, se trata ahora del avance del ejército anglo-egipcio sobre Dongola; y aunque los ingleses dicen que el mahdí ha enarbolado la bandera verde llamando á sus súbditos á la guerra santa y que los derviches marchan ya sobre la frontera de



LA EXPEDICIÓN AL SUDÁN. – GRUPO DE SOLDADOS EGIPCIOS MONTADOS EN CAMELLOS PATRULLANDO EN EL DESIERTO AL SUR DE ACASHEH



CANTO RUSO, estatua en barro cocido de Rafael Atché

(Salón Parés)



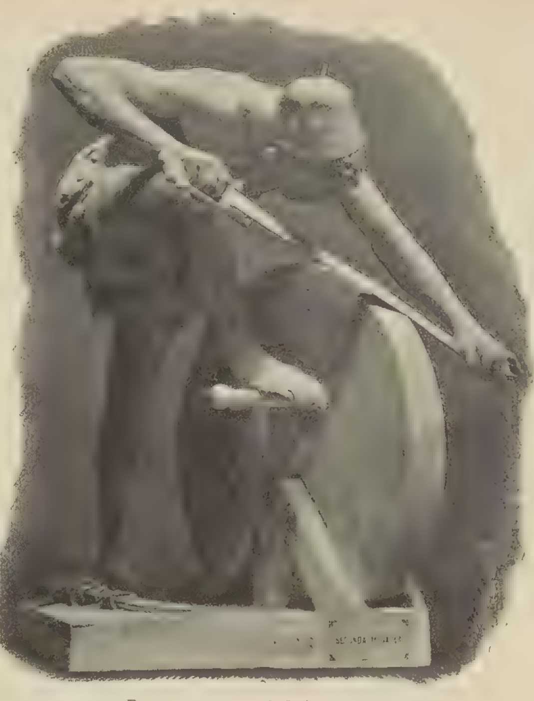
EN LONGCHAMPS, cuadro de Francisco Miralles (Salón Parés)

Uadi-Halfa, lo cierto es que las primeras noticias de la campaña nos dicen que los que avanzan son los anglo-egipcios, y todas las apariencias hasta ahora son más bien que de una guerra defensiva de una expedición conquistadora.

Y finalmente, el propio ministerio inglés, por boca de uno de sus principales miembros, ha dicho en las Cámaras que «una vez el ejército en Dongola, ya no se volverá atrás,» y que «los soldados ingleses no abandonan jamás los territorios en donde ponen su planta.»

Más claro...

Hasta ahora hemos hablado de ingleses, y sin embargo Inglaterra aparece en segundo término, puesto que como actores principales de la campaña hace figurar á los egipcios y con fondos de la Deuda egipcia se han de costear los gastos de esta expedición. Esto último ha producido gran alarma en algunas de las naciones interesadas en la cuestión de Egipto, habiendo los representantes de Rusia y Francia en la comisión de la Deuda protestado contra el acuerdo de sus compañeros, los de Inglaterra, Austria, Alemania é Italia, de facilitar hasta 500.000 libras esterlinas para la campaña contra el mahdí. El delegado alemán manifestó que accedía á la transferencia porque la expedición favorecía indirectamente á Italia, y el gobierno de Berlín ha confirmado luego esta manifestación, añadiendo que en todo lo demás de la cuestión egipcia estaba conforme con la actitud adoptada por Francia y Rusia.



El afilador, estatua de José Viciano Martí

Así están las cosas actualmente, y mientras la diplomacia entabla negociaciones y se cruzan notas más ó menos enérgicas entre los diversos ministerios de Negocios extranjeros y la prensa europea discute el asunto apasionadamente, el ejército anglo-egipcio avanza por etapas desde Uadi-Halfa sobre Dongola y avanzará luego desde Korosko sobre Abú Hammed.

El general en jefe de las tropas expedicionarias es Sir Herberto Horacio Kitchener, edecán de la reina Victoria y sirdar del ejército egipcio, que lleva prestados grandes servicios contra los derviches y que conoce á fondo los asuntos de Egipto. Nació en 1851 y terminó en 1871 su carrera militar, que abandonó temporalmente en 1874 para tomar parte en el reconocimiento de la Palestina occidental á las órdenes del mayor Conder, regresando á poco á su patria para dirigir el mapa de la exploración de aquellas regiones. Después de haber ejercido el viceconsulado de Erzerum fué enviado á Chipre para completar el estudio que acerca de esa isla estaba haciendo el gobierno inglés; pero su amor á la vida militar le indujo en 1882 á ofrecer sus servicios para el ejército egipcio. Oficial de estado mayor en la expedición del Nilo de 1884 á 1885, mandó en 1888 una brigada en las operaciones efectuadas en las inmediaciones de Suakín, y fué agraciado con el título de bajá y nombrado gobernador de la citada plaza. En el mismo año estuvo al frente de las tropas sudanesas en Gemaizah, y un año después en Toski, rechazando á los mahdistas que habían avanzado sobre Uadi-Halfa. Se halla en posesión de varias condecoraciones, y desde 1892 es sirdar del ejército egipcio con la categoría de brigadier general.

Entre las fuerzas egipcias que mayores servicios han de prestar, según se espera, en la presente campaña, figura en primer término, dadas las condiciones del país, el cuerpo montado en camellos, que se utilizará especialmente para los reconocimientos.

El jefe de los derviches, Osmán Digna, es según la versión más autorizada (pues corren varias sobre la vida del tal caudillo), hijo de un rico mercader de Suakín: habiendo sido condenado á una paliza por el gobernador de esta última ciudad, se hizo enemigo de Egipto y se declaró partidario de Arabi-bajá. Desde entonces ha venido luchando casi continuamente contra los ingleses, á los cuales ha ocasionado en muchas ocasiones serios disgustos. Sus secuaces sienten por él verdadero fanatismo, y esto hace que aun tratándose de pueblos no civilizados y desprovistos por ende de los poderosos recursos militares modernos, la lucha puede ser difícil y costosa para los anglo-egipcios.

Dada la importancia de la campaña contra el Sudán, hemos creído conveniente consagrar en nuestras páginas algún espacio á las anteriores explicaciones y á los grabados que las acompañan, datos é ilustraciones que iremos continuando en nuestros números sucesivos si los acontecimientos de la lucha siguen ofreciendo para ello interés bastante. – X.

NUESTROS GRABADOS

Bebedores, dibujo original de Isidoro Marín. – Interés ofrece el dibujo de Isidoro Marín, quien produce cuadros de costumbres granadinas, brillantes por sus derroches de luz y colorido. El que reproducimos está trazado con singular vigor, siendo acabados estudios del natural los dos tipos de bebedores que han sido observados por el artista con feliz acierto.

A semejanza de las obras de sus paisanos, distínguense las del discreto pintor granadino por su carácter marcadamente andaluz, ya que sus asuntos son exacta reproducción de tipos y costumbres meridionales, rebosando en ellos la luz, gracia y colorido que distingue á aquel privilegiado país, en donde el cielo y la tierra sonríen, puesto que como sonrisas deben considerarse las espléndidas galas de la naturaleza.

Canto ruso, estatua en barro cocido de Rafael Atché (Salón Parés). – Partícipe Atché de la grata impresión que en los barceloneses produjo la notable Capilla Rusa, hondamente impresionado por la interpretación de las piezas musicales que se ejecutaron en sus interesantes conciertos, y deslumbrado, como artista de corazón y temperamento, por el brillante efecto que la masa coral producía, verdadera evocación de las regiones del Norte, quiso que el barro, modelado entre sus dedos, convirtiera en plástico recuerdo, en manifestación artística, la impresión recibida, sintetizada en una bellísima figura, ataviada á la usanza rusa, con la riquísima indumentaria oriental, típica y característica, cual se destacaba entre los cantores rusos.

Esta bella estatua ha servido á Rafael Atché para hacer una vez más gala de su pasmosa facilidad para la producción, tan variada como lo es su ingenio y sus aptitudes.

En Longchamps, cuadro de Francisco Miralles (Salón Parés). – Si conforme dijo el distinguido crítico inglés M. Stewens, el artista que pinta su época aporta valiosos materiales para la historia, preciso es convenir que Francisco Miralles cumple como bueno y llena admirablemente su misión. En las páginas de esta Revista hemos reproducido varios de sus preciosos lienzos, y todos, como habrán podido observar nuestros lectores, son á modo de brillantes páginas en donde se retratan las costumbres y tipos de la época en que vivieron. Cierto es que el artista no se limita á copiar servilmente lo que les rodea, pero precisamente en esta circunstancia estriba uno de sus principales méritos. Su ingenio y su habilidad hallan medio para producir agrupaciones, tonalidades y pormenores, que cual en el cuadro *Las carreras en Longchamps*, distínguense por su brillantez, elegancia y acertada disposición.

El afilador, estatua de José Viciano Martí. – Es D. José Viciano uno de los escultores que más honran con sus obras el arte de su región. Ventajosamente conocido por su constante labor y recientes triunfos, significa su nombre el de uno de los más entusiastas é inspirados campeones de la escuela valenciana. Su preciosa estatua *El afilador*, justamente premiada con segunda medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1895, atestigua el mérito y aptitudes del artista, quien logró modelar su obra con felicísimo acierto. Todo en ella revela la genialidad y el varonil esfuerzo del artista. La actitud del afilador, observada é interpretada con exactitud, contribuye al embellecimiento de la obra, en la que todo resulta equilibrado, armónico y razonado.

La saleta del Palacio Real de Madrid, cuadro de José Garnelo (Salón Parés). – Si pintores tan notables como lo fueron Maella, Buyen, Mengs y Tiepolo embellecieron con su pincel, en el pasado siglo, las más ricas cámaras y salones del suntuoso palacio de los monarcas españoles, no debe sorprender que en nuestro tiempo, artistas meritísimos, como lo es José Garnelo, traten de perpetuar en el lienzo el recuerdo de algunas de las regias estancias, ya que la riqueza de su mueblaje y decoración y la extensión de sus proporciones préstanse para que el pintor pueda hacer gala de sus conocimientos de la perspectiva y de su dominio como colorista.

La saleta, salón de espera ó antesala para aquellos á quienes recibe el monarca, es una de las más bellas cámaras del Real Palacio. Su representación pictórica ofrece no pocas dificultades, que ha logrado vencer con su reconocida maestría nuestro distinguido amigo el Sr. Garnelo, quien con motivo de su reciente nombramiento de profesor de la Academia de Bellas Artes de esta ciudad, ha expuesto este lienzo, en unión de otros no menos notables, en el Salón Parés, cual si al exhibir al público algunas de sus producciones tratara de expresar el deseo de que no rehuye entrar en el noble palenque artístico, por más que tiene justamente acreditados sus méritos.

Por nuestra parte felicitámosle por sus últimas y recientes obras y nos felicitamos por su nombramiento, que creemos ha de redundar en beneficio de la enseñanza artística.

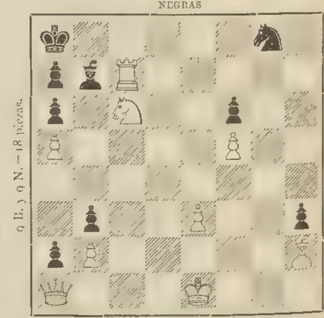
MISCELÁNEA

Teatros.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Renaissance *La Figurante*, preciosa comedia en tres actos de F. de Curel, de argumento interesante y admirablemente escrita; el L'Oeuvre *Heraklea*, drama en tres actos y en verso de Augusto Villeroy, de asunto sencillo desarrollado en forma verdaderamente clásica; en el Gymnase *Disparu*, gracioso vaudeville en tres actos de Bisson y Sylvane; en los Bouffes du Nord *Les Alphonses du mariage*, interesante drama en seis cuadros de Pablo Charton; en Cluny *Paris quand même*, comedia bufa en tres actos de Ordenneau y Grenet Dancourt, y en Olympia un arreglo de la popular zarzuela española de Felipe Pérez y del maestro Chueca, *La gran vía*, que ha tenido un éxito completo y cuya música ha sido muy celebrada por el público y la generalidad de la prensa parisiense.

Madrid. – Se han estrenado con excelente éxito: en Lara *La noche de «El Trovador,»* sainete en un acto, de costumbres madrileñas de 1836, original de Tomás Luceño, en el que se satirizan con mucho ingenio y gran conocimiento de la época los excesos románticos de aquellos tiempos; en Apolo *El coche correo*, juguete lírico en un acto de López Silva y Arniches, lleno de chistes y de graciosas escenas, con algunos bellísimos números musicales del popular Chueca; y en la Zarzuela *Tortilla al ron*, zarzuela bufa en un acto de Gabriel Merino, con muy bonita música de los maestros Caballero y Hermoso. En el teatro de la Comedia ha inaugurado una serie de representaciones el eminente actor italiano Sr. Novelli.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 14, POR MATEO DE ZAMORA



Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 13, POR R. PADRÓ

Blancas.	Negras.
1. A 3 A D	1. P toma A
2. T 2 C D	2. P toma T
3. P 4 A D mate.	

EL ÁNCORA

NOVELA ORIGINAL DE DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN. – ILUSTRACIONES DE CABRINETY.



I

Fernanda, en su capricho de descoser ella misma los famosos encajes, tomó el manojo de llaves y abrió la bien ajustada puerta del ropero. Un olorcillo á vetiver y alcanfor salió de las profundidades del armario, y la dama, guiada por la forma de la caja que conocía tan bien, acertó inmediatamente con su traje de boda.

Antes de levantar la tapa de la caja barnizada y fina, detúvose, movida por un sentimiento que no podía definir, mezcla de respeto y de tristeza tediosa – la tristeza que nos infunde la vista de cosas en que pusimos lo mejor del alma, y que sólo nos dieron en cambio amarguras y decepciones. – Cuando, alzada ya la cubierta, apareció la nube de blancura un tanto rancia, el raso velado por el tul, las flores de azahar misteriosamente recatadas entre la sutilísima red del encaje, allá en una esquina las cajas de terciopelo blanco del misal y el abanico, en la opuesta los zapatitos diminutos con su lazo bordado de perlas.., Fernanda sintió una especie de vértigo y buscó el sostén de una silla, donde se sentó, sin resolverse todavía á tocar á las nupciales galas.

Un objeto cualquiera; menos aún, un perfume, un sonido, un color, nos hacen á veces revivir la juventud, recobrar las horas ya desvanecidas por el tiempo. Fernanda, abismada, con la mano izquierda delante de los ojos y la derecha crispada sobre la rodilla, evocaba – por virtud de aquellos blancos atavíos – la visión no menos blanca de sus amores y su noviazgo.

¿Qué sabía ella del mundo, cuando á los diez y ocho años la había cortejado y solicitado en matrimonio Ginés Tavera? Educada por la condesa de Maravillas, su madrastra – que la trató y atendió y cuidó de su hacienda como verdadera madre, pero la sujetó al melancólico retiro y á la estrecha devoción que ella misma observaba desde su temprana viudez, – Fernanda era una chiquilla algún tanto arisca, á quien la presencia de la gente contrariaba. Indócil y secatona, la condesa solía decir de ella, en confianza, á su confesor: «¡Vaya por Dios, padre Herrero! Mi hijastra parece un erizo.» Y no adivinaba la excelente señora que Fernanda guardaba en el corazón, bajo apariencias de aspereza, un foco de dolor y de ternura, el sitio de su madre, muerta al darla á luz. No podía desconocer Fernanda que su madrastra era buena; no podía negar que miraba por ella con celo extremado; no podía olvidar que en sus enfermedades de niña la había asistido no apartándose de su cabecera..., pero – sin precisar el análisis – Fernanda sentía, por instinto, que faltaba en todo esto el calor de entrañas, la efusión delirante con que una madre *natural* acaricia á su progenitura... El tibio beso en la frente que todas las noches recibía de la condesa de Maravillas, había llegado á causarla un estremecimiento de repulsión. Como pudiese, hurtaba el cuerpo á aquella caricia. Representábase á su madre toda labios, y labios de miel y de fuego, que la envolvían en un halago de infinita dulzura. Fernanda ofrecía una particularidad, rara en las chicuelas de sus años: no lloraba, no había llorado jamás. Sus murrias, sus enojos, eran *secos*. Una noche que le dolía la cabeza, púsose de pechos en la ventana de su dormitorio, y un ciego se detuvo al pie de ella, cantando, para pedir limosna, la conocida copla flamenca:

Dos besos tengo en el alma
que no se apartan de mí:
el último de mi madre
y el primero que te dí...

Y la niña, después de un momento de eso que se llama *ausencia*, sintió que rodaba por su mejilla fría una gota de algo que quemaba mucho. La secó rabiosamente, y cerró de golpe las maderas.

Apenas vió á su hijastra hecha una mujer, la condesa de Maravillas deseó casarla, no sólo por ver si así se modificaba su desapacible carácter, sino á fin de quedar libre de cuidados de tutela y poder entregarse mejor á sus rezos y á sus caridades. Creía de buena fe la condesa que, buscando á Fernanda un marido de su clase, quedaba cumplido su deber. Eligió á Ginés Tavera, porque reunía condiciones que sin duda hacían ventajosísimo el enlace: familia tan antigua, que procedía en línea recta nada menos que de los Taveras sevillanos: caudal considerable, algo comprometido por hipotecas, pero fácil de salvar con una acertada administración; en perspectiva el marquesado de Benalí, y una grandeza de segunda; pero sobre todo – ¡sobre todo! – una educación cristiana, lejos del padre disipador y calavera, bajo la inspección de una abuela rígida, una marquesa viuda de Benalí que había tenido al muchacho como un doctrino, sometido á la estrecha custodia del capellán, hasta los veintidós ó veintitrés años. Lo que no podía comprender la condesa de Maravillas, era que semejante tirantez sólo hubiese servido para meterle á Ginés en el cuerpo unas ganas curiosas de desquitarse, así que se lo permitiesen las circunstancias. Conocía Ginés el carácter de hierro de su abuela, y sabía que no le permitiría disfrutar á sus anchas su patrimonio, hasta verle casado. Decidió, pues, tomar mujer, y cuando su abuela le propuso á *la Maravillitas*, aceptó de buen grado, y se prestó á unos meses de empalagoso tortoleo, en el Real y en las cuatro ó seis tertulias circunspectas donde se deslizaba á concurrir la madre de Fernanda.

La cual, sin embargo, conservaba de aquellos meses una impresión deliciosa... Cierto que su novio le parecía algo frío, algo aficionado á llegar tarde y marcharse temprano, algo demasiadamente equitativo en repartir sus atenciones entre ella y las demás muchachas del grupo. Fernanda le desearía más *pegado*, más tierno..., pero se hubiese dejado morir antes que decirlo, que indicarlo siquiera. Como toda alma exaltadamente sensible bajo apariencias de sequedad, quería ser adivinada, violentada dulcemente. Y cuando ya se acercaba el día de la boda; cuando Ginés entraba más libremente y más á menudo en casa de su futura; cuando las discusiones sobre mobiliario y arreglo del nido eran frecuentes y las cabezas de los novios se tocaban á veces al inclinarse sobre un paquete de muestras ó al hojear un álbum de tapicero, hubo momentos muy gratos para Fernanda, porque Ginés estaba en su papel...

Casáronse de noche, aplazando la salida para el viaje de novios hasta dos días después, á fin de velarse.

Fernanda podría relatar uno por uno los más mínimos incidentes de aquellas horas: todo se había grabado en su memoria con relieve solemne y profundo, hasta la caída del ramo de azahar natural que llevaba cogido y que dos veces había resbalado de sus manos trémulas, arrancando á la superticiosa doncella un «¡mala señal!» que heló la sangre, por un segundo, en las venas de la novia... Lo que hizo tan



Ginés entraba sonriendo, expresando con los ojos algo...

señalado para Fernanda el día de su casamiento, no fué el principio de la intimidad conyugal, ni la sorpresa de la inocencia que desgarra su velo. No: Fernanda, que tenía del matrimonio una idea muy alta y muy hermosa, hubiese tachado de sacrílego á quien le dijese que para la mayor parte de los hombres, todo el contenido del matrimonio está en esas horas primeras. Fernanda creía, soñaba, mejor dicho, que aquello era el prefacio; que la novela, la poesía, lo santo y lo inefable vendrían después, y muy completos, y con duración de muchos años, trayendo cada edad de la vida su forma diferente de amor, unas más bellas que otras, cada cual divina á su manera, hasta la que mezcla dos cabelleras canas y dos áridas mejillas sobre la cuna de los nietos, al borde mismo de la fosa... Y en cambio Ginés pensaba que un poco de jalea al principio, y una correcta indiferencia luego, pagaban bien la deuda contraída ante el altar, á la faz de una sociedad que le amparaba con sus leyes, y de un corazón que se entregaba embriagado...

Salieron hacia París los jóvenes marqueses de Benalí. Ginés nunca se había visto libre y con barro á mano en la capital francesa. Corrían los últimos días del otoño, y en los bulevares, *restaurants* y teatros sólo se escuchaba hablar español. Encontró Ginés amigos de Madrid, unos solteros y otros con sus familias, y desde luego se combinó una vida en que Fernanda tenía por compañeras, en paseos y diversiones, á las señoras, y Ginés se iba con los caballeros por su lado. Fernanda sintió una contrariedad indecible: había soñado que no se apartaría de su marido y que andarían del brazo como enamorados; pero su orgullo le cerró la boca, y sin objeción alguna rodó por almacenes y casas de modistos, mientras Ginés estudiaba otras formas de la industria parisiense. Fernanda calló: por un lado su altivez le cerraba la boca: por otro temía que se riesen de ella las damas á quienes la había entregado Ginés, y que todas parecían encontrar muy natural la división por sexos y el pasarse todo el día de Dios sin ver á sus esposos, ya que al fin de noche - ¡qué remedio! - se los encontrarían... ¡Vaya si se los encontrarían!

Pues ¿quién sabe?... Una noche Fernanda, en su saloncito del *Grand Hotel du Louvre*, aguardó en balde, sin que Ginés pareciese.. Inquieta primero, azorada después, en angustia cruel por último, vió amanecer un día brumoso y glacial de París, y transida de frío y muerta de susto, iba ya á salir, á llamar, á alborotar, para que se buscase á su esposo, cuando sintió que se abría la puerta y le vió entrar, con el cuello del gabán subido hasta las orejas, el sombrero ladeado, cantando entre dientes... Con impulso vehemente se le echó á los brazos, y por primera vez Ginés tuvo una palabra áspera y un movimiento casi descortés.

- Hija... ¡Pues tiene gracia! ¿Qué haces á pie esperándome? ¿Te has figurado que así me sujetas?

Retrocedió Fernanda palideciendo, y se quedó inmóvil ante su esposo. Hay cosas tan enormes que el corazón no las admite; y la recién casada de diez y nueve años no podía interpretar en toda su significación aquella noche pasada fuera, ni las arrugas de la pechera blanca que se entrevió al desabrocharse el gabán, ni la corbata blanca, torcida y manchada de vino, ni el equívoco y violento perfume que se desprendía del pelo y de las manos de Ginés. ¡Ah! Si lo hubiese podido interpretar de golpe entonces, acaso abre el balcón y se precipita por él á la pulida acera recién lavada, donde en aquel momento instalaba una ramilletera su graciosa mercancía... No, Fernanda no interpretó aquello; sólo vió la repulsa, la dureza, la acogida hecha á su demostración de ternura..., y silenciosa volvió la espalda.

Ahora - á la vuelta de cinco años de matrimonio - sí que entendía bien Fernanda el sentido de la cruel escena de París. Cada día un nuevo pormenor, una nueva señal, la convencían de que su felicidad había nacido muerta. En expectativa al principio; desconsolada luego; revolviéndose después hacia todos lados como quien busca un clavo á que agarrarse, Fernanda estaba ya en ese período de desorientación en que todo se intenta.

Bastaba de encierro y de vida monástica; bastaba de horas de soledad y de abandono... Fernanda había resuelto asistir á aquel *baile rosa*, y á todos, y adonde danzase un mico... Haría como las demás. Divertirse, reirse, lucir, ser un astro, y ahogar el amor y la juventud en un mar de frivolidades. .

Y para adornar el traje color rosa de China, que había encargado á Redfern, es para lo que quitaba los soberbios encajes hereditarios de su traje nupcial, arrancado de la ligera caja á tirones, echado al suelo y descosido á iracundos tijeretazos, que parecían puñaladas destinadas á asesinar las ilusiones de ayer, blancas y suaves como el crujiente raso de la espléndida y luenga falda.

II

Si alguna mujer dijese que, al volver al mundo después de una temporada de retiro, y volver alzando un rumor halagüeño, que susurra á su alrededor requiebros que parecen himnos, no ha sentido grandísimo gozo y no ha sonreído disimuladamente, allá para sus adentros - que también hay sonrisas interiores, - no la creáis. Mentirá por conveniencia y modestia; se mentirá á sí misma; pero miente de seguro.

Ahora bien: si esa misma mujer afirma que, al retirarse de la fiesta, no ha notado que todo homenaje y todo triunfo es vano y vacío cuando no hay á quien ofrecérselo ni quien se envanezca de él, decid que esa mujer es un amasijo de vanidad y tontería, y que merece pasar su vida entre dos cosas igualmente tristes: el ruido y la soledad.

Regresó Fernanda del *baile rosa* con algo de fiebre Su primer movimiento fué mirarse al espejo, y en el limpio cristal que cercaba una guirnalda de flores de frágil Sajonia y que inundaban de luz seis transparentes bujías, vió un rostro que casi la pareció desconocido, una Fernanda nueva. La fiebre encendía sus mejillas y hacía brillar sus ojos, y su pelo encrespado y peinado con arte, que iluminaban joyeles de brillantes y rubíes; sus hombros desnudos, que transpiraban ligeramente y recibían como rosados reflejos del terciopelo del corpiño; su boca roja, sus pupilas sombrías y dilatadas, la hicieron sorprenderse, porque contrastaban con la Fernanda de todos los días, descolorida y encerrada en su continua pena. Siguió mirándose; pero aquel espejito de tocador, tan mono, no permitía ver sino la cara y parte del busto. Se volvió hacia la alta luna del armario, y dió vuelta á la llave de los dos tulipanes de luz eléctrica que la coronaban. La gentil figura que se copió en el espejo hubiese satisfecho al más exigente artista. Y en realidad, dos artistas de muy diverso orden habían colaborado en ella, Dios... y el modisto.

No hay razón para que se hable de los modistos con desprecio. Lo que otros con el lápiz, ó el pincel ó los palillos, hacen ellos con los dedos combinando telas y colores. Su inspiración (que á veces se les puede calificar de inspirados) suele hallar un obstáculo: el de no poder acomodar la ropa al carácter y expresión de la fisonomía ó del tipo á quien la destinan. Rostros vulgares y sin distinción exigen del modisto que las convierta en *Anas de Austria;* mujeres morenas y coloradotas piden los voluptuosos y lánguidos trajes de la época Pompadour, que las sientan después como á un Cristo un par de pistolas. El modisto verdadero - artista de raza al fin - se regocija cuando puede colocar una de sus creaciones sobre un buen maniquí humano. La fotografía de Fernanda y el recuerdo de su figura habrán hecho exclamar al francés «Dieu merci» y asir con súbito movimiento sus tijeras de oro, mientras sus manos largas y secas arrugaban en el aire - con el movimiento peculiar del magnetizador, que despide fluido - sedas y encajes, cintas y pieles.

De todo esto entraba en la incomparable *toilette* que había valido á Fernanda una noche triunfal. Era el traje - algo complicado de líneas, pero calculado tan bien que parecía sencillo - una hábil mezcla de dos estaciones; la seda suave y blanda como un pedazo de epidermis, y el encaje, maravilla labrada en Venecia hace dos siglos, se armonizaban atrevida y divinamente con el suntuoso terciopelo y las pieles de *zorro azul*, entre las cuales resaltaba el peto bordado de perlas y rubíes balajes color rosa. Con atrevida innovación, el modisto, que tenía estudiado el talle de Fernanda, había encotillado el corpiño, dando así á la figura de la dama un gracioso aire de retrato antiguo: las ballenas hacían plano y largo el talle y despedían audazmente el seno hacia lo alto, combinación encantadora cuando la favorece la juventud y la intacta pureza de formas de una mujer. Al mismo tiempo, y por especial encargo de la marquesa de Benalí, la honestidad nada había sufrido con el traje, caprichoso y novísimo. La armonía del colorido era incomparable, á pesar de los vivos tonos del rosa.

Fernanda había notado, desde el momento en que entró, que eran su presencia, su atavío y su hermosura con él, el acontecimiento de la noche; y un natural regocijo duplicaba su hermosura en aquellas horas fugaces. Cuando estaba en lo mejor de su triunfo vió venir como un torbellino á María Pimentel, la bien nombrada, la de aguda y sajadora lengua y picantísima charla. Fernanda estrechó con gusto la mano que la tendían, porque gustaba más del desenfado y graciosa franqueza de la Pimentel, que de otras hipocritonas mordaces. Y María, después de reiteradas felicitaciones sinceras, de elogios bruscos y de un «¡Gracias á Dios que el caracolito este se resuelve á salir de su concha! ¡Ya iba á enviarte *linolina* para que no te me apolillases!,» que hizo soltar la risa á Fernanda, se la llevó á un rincón, y en voz baja, pero cristalina y aguda, dirigió á Fernanda este discurso:

- Bendita seas por haber venido, y por haberte presentado tan magnífica y tan retrechera. Ya supondrás que no te he encerrado aquí para decirte piropos: valiente *desaborición:* pan con pan... No, hija; es que me encanta que rabie ese jamoncito con triquina de Angeles... *peores;* ¿no la ves?; mírala qué ojirris te echa... ¡Parece el lagarto de las Cuatro Virtudes.., digo, de los cuatro vicios! No, no mires tú ahora; no la des ese gustazo. . ¿Para qué se han inventado los abanicos? Anda, ahora puedes enterarte... ¿No notas?

En efecto, pudo Fernanda convencerse de que la señora baronesa de Lepanto, no la quitaba ojo desde el sofá donde sostenía animado diálogo con Ginés. Parecía como si la dama insistiese en pretender algo que el marqués de Benalí rehusaba débilmente. Venció al fin el obstinado empeño de la que la Pimentel llamaba *Angeles peores*, y cogiéndose del brazo de Ginés se dirigió hacia Fernanda, que se levantó maquinalmente. La Lepanto tendió los brazos como si se le despertasen, á la vista de Fernanda, profundos sentimientos de cariño, muy súbitos y muy extraños ciertamente, ya que en toda la vida de las dos señoras - corta aún la de Fernanda, no breve la de Angeles - se habrían hablado cosa de media docena de veces, y siempre en el mundo, y siempre sin confianza.

Y después de apoyar los labios en la mejilla de la joven marquesa, la Lepanto dijo con voz de azúcar envenenado:

- ¡Monísima..., ay, gracias á Dios que nos permite usted que la admiremos! No hay que preguntar cómo lo pasa usted; basta verla... ¡Qué *toilette!* ¡Digo! Es usted la reina de la noche... ¿Querría usted hacerme un favor, ser buena amiga? Dígame usted quién es su modisto... ¡El cuerpo es una idealidad! ¡Qué nuevo ¡Qué hechura tan rara!

- No crea usted que es el sastre, baronesa, es el molde - exclamó con su frescura habitual la Pimentel, que arrastró consigo á Fernanda haciéndola dar media vuelta y dejar con la adulación en la boca á su interlocutora.

Y así que se vieron entre el gentío, inclinóse la Pimentel hacia Fernanda y con viveza le dijo:

- Ese pañolito, límpiate volando... ¡Quítate la baba de Judas!

Cuando Fernanda se disponía á que su amiga le explicase todo el alcance de la frasecilla, las detuvo el dueño de la casa, que quería presentar á Fernanda al secretario de la Embajada inglesa. Poco después Fernanda bailaba con el diplomático, y ya en toda la noche no hubo medio de que tuviese otro aparte con la Pimentel. Sin embargo, la expresión de aquellas palabras se le había quedado clavada en el alma de un modo singular. La Pimentel tenía inflexiones de voz que decían más que las palabras mismas, retintines extraños que grababan lo más difícil de decir con el buril de la ironía y lo realzaban con caracteres de fuego.

Ciertamente que no podía sorprender á Fernanda ningún indicio de despego de su marido. En cinco años había recorrido todas las etapas del recelo, de la desconfianza, de la duda, del desengaño, de la esperanza y del desconsuelo... Sin embargo, aquella pena, como casi todas, tenía aún muchos aspectos para Fernanda desconocidos. Creía ella que la infidelidad del esposo no pasaba de cierta esfera baja y casi anónima de la sociedad, y nunca había pensado en la contingencia de que Ginés la injuriase con mujeres de su misma clase, y haciendo alarde de ello ante el círculo burlón y despiadado del mundo. Las faltas de Ginés, con mujeres despreciables, le habían parecido hasta entonces á Fernanda vicios y locuras de la mocedad; pero la falta con una señora era, sin duda, la traición, el robo, el despojo total, la sustracción de lo único que hasta entonces había conservado la esposa, y que le quitaban con inaudito descaro... El agudo dolor que sintió Fernanda, vino á demostrarle cómo siempre el amor se resiste á morir y escoge un rincón donde defender lo que le resta de vida...

¿Sería verdad? ¿Habría en las palabras de la Pimentel todo lo que Fernanda creía haber visto? ¿Significaría algo la actitud de Ginés cuando daba el brazo á Angeles y se quedaba como envarado, molestado por el diálogo, con un imperceptible movimiento del cuerpo, que quiere tomar otra dirección, abreviar una situación embarazosa?

Volvía Fernanda á mirarse al espejo, y sin que pudiese achacarse á vanidad lo que se la ocurría, extrañaba cada vez más que su marido pudiese darle rival semejante. Una mujer entrada en años, y años malversados en continuas liviandades y escabrosas aven-

turas; una mujer barnizada y retocada, marchita, despreciable... ¿sería preferible para Ginés á la fresca juventud de la casta esposa, enamorada todavía, dispuesta aún á olvidar y perdonar y á reanudar la vida? Como todas las almas generosas y bien puestas, Fernanda buscaba su tanto de culpa, y hasta deseaba aumentarla en aquella hora: imputábase como delitos el silencio, el orgullo, el retraimiento, la falta de coquetería y de artimañas que atrajesen al marido tornadizo y joven... Era preciso cambiar de sistema, lisonjearle, atraerle, quitarle las telarañas de los ojos, y que viese y sintiese cerca de sí y con todas las ventajas y apacibles satisfacciones de lo legítimo y justo la ventura de ser dueño de un bien codiciado y codiciable... Fernanda se trataba á sí misma de soberbia, de insensible, de altanera, de mala, y acusábase de poco humilde, de pronta en volver las espaldas y en echar la soga tras el caldero. ¡Si con un buen movimiento, con unas lágrimas de aquellos ojos suyos que no sabían llorar, pudiese reconquistar á su Ginés! ¡Si de ella, de su voluntad, de su iniciativa, de su energía, de su ímpetu amante, dependiese conseguir lo que más anhelaba! ¿Y por qué no? ¿No era hermosa, no acababa de oirlo repetir, no lo había oído el mismo Ginés hacía un momento? Volvió Fernanda á mirarse..., y de pronto, la alta luna del espejo reflejó algo que la dejó inmóvil de sorpresa. Ginés entraba, sonriendo, expresando con los ojos algo tan conforme á lo que estaba pensando su esposa, que ésta, paralizada por el exceso de la emoción, ni acertó á volverse, y sólo cuando ya el que entraba estuvo tan cerca que le sintió respirar, volvióse Fernanda automáticamente, sin darse cuenta de que se volvía, y dejó caer la cabeza sobre el hombro de Ginés.



Fernanda sintió una especie de vértigo y buscó el sostén de una silla...

III

En el fondo del palco, entre el mosconeo de las conversaciones y los suaves efluvios de las violetas naturales que guarnecían el corpiño de Fernanda, dialogaban ella y María Pimentel, primero en alta voz, y después, bajando el diapasón poco á poco, en completo misterio, lo que se llama un cuchicheo íntimo.

– Mira, paloma con hiel – decía la confidente, – todo eso lo adiviné yo, sin necesidad de que me lo garlases tú. Que después de la función y de verte tan reguapa vendría con pamemas el Caifás de tu marido..., de ene, hija de ene. Que pasados quince días... ¿no?, ¿una semana?, ¡válgame Dios, pobrecita!, ¡como en el *Tenorio!*, daría vuelta la veleta..., también de cajón. Que en seguida volvería con más furia á las andadas..., ¡mírale!, ¡allí le tienes pelando la pava vieja!, de clavo pasado. Que esa pindonga se vengaría de tu corta *privanza*, haciendo ahora ostentación de su poca vergüenza..., *¡cómo no!*, que dicen los *chichitos*. ¡Ay, hija! ¡Si estas historias no se recomiendan por su variedad! *Plus ça change, plus c'est la même chose*... Lo que te pasa á ti les ha pasado á millones de mujeres tan lindas y tan buenas como tú... ¡Dirás que mal de muchos, consuelo de tontos! Tendrás razón... Pero *così va il mondo*. Digo, el *mondo* no; los remonísimos serpentones de los hombres. ¡Para la tonta que los adquiera á censo perpetuo! Yo me casé una vez, y creo que si no enviudo á los tres meses, cometo un *parricidio*.

– ¡Dichosa tú – exclamó con melancolía Fernanda, estrechando las manos de su amiga en las suyas calenturientas – que puedes convertir en risa y en broma las penas! Oye, María..., ¡yo no sé qué me pasa contigo, que siendo reservadísima, capaz de morirme por no abrir el corazón, te lo abro sin recelo y te digo, como me lo diría á mí misma, cuanto siento y lo que sufro! No es porque, en medio de tu charla, sabes callar; ni es porque eres tan buena amiga como enemiga temible... No es por eso, sino porque..., ¡vas á reirte mucho', porque me pareces..., así, como un amigo..., no..., como un confesor... ¡Qué disparate! Confesor, tampoco...

– En fin, te parezco un marimacho incapaz de envidia – respondió la Pimentel, apretando vigorosamente las manitas temblorosas. – ¡Lo aciertas, criatura! Soy así. No envidio á nadie..., ¡á nadie!, pero detesto á mucha gentuza! ¡Y si pudiese retorcer media docena de pescuezos de gallina! – añadió mirando insolentemente á la platea de la que había llamado *Angeles peores*, y donde, sin duda con propósito de pasar el segundo acto de Carmen, que pronto empezaría, se arrellanaba tranquilo el marqués de Benalí.

– Mira, yo me he confesado... – murmuró Fernanda en voz quebrantada y sorda. – El confesor me manda que perdone á mis enemigos y que tenga paciencia y resignación y que ponga en Dios toda mi esperanza. Yo conozco que dice bien; que es verdad; que así conviene proceder..., pero no tengo fuerzas. ¡Resignarme! ¡A los veinticinco años; en lo mejor de mi vida; con sangre en las venas! No. Y esto es lo que me volverá loca, María; el no poderme resignar. Esa cuerda de la resignación, yo no la tengo; y lo que me sucede es que lejos de resignarme, me exalto más cada día, y se me pasan por la cabeza cosas que..., que no te las diré nunca. ¡Cosas horribles!

– ¡Buena falta hace el que me las digas! También eso es de ene, y no vayas á volverte tarumba imaginado que sólo te sucede á ti en el globo terráqueo... Lo que se te ocurre, es que todos somos de Dios; que amor con amor se paga; que la ley de Talión no la hizo ningún bobo, y que donde las dan las toman, y que lo que no quieras para ti, no lo hagas á los demás!

– ¡Qué horror! – exclamó Fernanda, con un estremecimiento de todo su cuerpo, que era una repulsa y una protesta. – ¡Ay, María! Lo que me espanta precisamente, ahí lo tienes tú. Lo que me espanta es que se me llegue á incrustar esa idea y ese deseo en el magín. No somos de bronce, y el amor propio es mal consejero. Hasta hace poco me defendía el cariño..., un resto vivo de aquel cariño tan hermoso que le tuve en los primeros tiempos de nuestra unión; pero ahora conozco que el tal cariño se borra y se desvanece, y en el vacío de mi alma no sé qué poner para llenarla. Las diversiones, de las cuales se habla tan mal por ahí, son muy útiles á muchas mujeres de poco fundamento y frívolas; en ese torbellino, y sin hacer nada malo, van entreteniendo los días, y no se acuerdan de que tienen corazón. Yo, por mi desgracia, lo siento y lo padezco. ¿Será verdad lo que me ha dicho el Padre Alorda, que es mi director?

– ¡Bah! Alguna inocentada te habrá dicho... ¡Como esos señores no viven en el mundo, sino que están en Belén con los pastores la mitad de tiempo!..

– No, no; tenía su filosofía la frase. Me dijo que no me puedo resignar aún, porque no he sufrido lo bastante todavía, y que sólo cuando Dios me pruebe con un verdadero golpe, aprenderé á bajar la cabeza y se me abrirá la fuente de las lágrimas.

– ¡Eso es! Sentencia de Salomón. Yo quisiera saber á qué llama sufrir el bendito del Padre. Convéncete de que esos señores son excelentes y todo lo que tú quieras, pero á imposibles no les gana nadie. ¿Le parece poco á él – claro, como que eres tú quien lo aguantas – el que con esa cara y esos años y esa conducta que te traes, tú costilla esté como ahora está?

Y la incorregible confidente, obligando á Fernanda á que mirase poniéndose de pie, á la platea de la señora de Rojas – porque no siempre la hemos de llamar como la Pimentel la llamaba, – eligió tan bien el momento, que fué aquel mismo en que Ginés se inclinaba hacia la dama jugando familiarmente con su abanico, y hablándola en voz baja, sonriendo los dos. Una nube pasó por los ojos de la esposa, que acababa de observar que el traje de la señora de Rojas, aunque en colores diferente, era en hechura parecidísimo al que ella había lucido en el baile. Como la de Rojas se teñía el pelo de color caoba, había elegido tonos azules, y bordado el peto de turquesas.

– No me gusta – dijo la Pimentel – hacer el papel de los que sólo dan malas noticias, pero ese traje ya sé yo quién lo paga... Y ahora, que venga el Padre Alorda con sus lecciones seráficas.

(Continuará)

LA EXPEDICIÓN INGLESA CONTRA LOS AXANTIS. TERMINACIÓN DE LA CAMPAÑA

Terminada con feliz éxito para Inglaterra la expedición que á fines del año último organizó contra los axantis, creemos que ha de interesar á nuestros lectores conocer algo acerca de la campaña emprendida y del pueblo que al fin ha tenido que someterse á los ingleses.

De una y otro vamos á decir algo que servirá de explicación á los dos grabados que en esta página publicamos.

El reino de los axantis está situado en Guinea, en el interior de la Costa de Oro: antiguamente comprendía todos los territorios que se extienden entre las desembocaduras del Volta y del Prah, pero los ingleses han ido empujando á aquellos pueblos hacia el interior y hoy distan de la costa 130 kilómetros. El reino con las provincias tributarias abarca una extensión de 193.000 kilómetros cuadrados y tiene una población de cuatro millones y medio de habitantes. El terreno es en su mayor parte llano y sumamente fértil, está poblado de bosques y hacia el Norte se va elevando en forma de mesetas; el clima es templado y en las regiones montañosas muy parecido al de Italia El país abunda en oro, que se encuentra en la arena y en el limo de los ríos y en las minas de las provincias meridionales de Dadiassie é Ynguanta.

El gobierno es una especie de monarquía aristocrática, pues el rey se asesora de una asamblea de notables sin cuyo consejo no se toma acuerdo alguno de trascendencia en materias de paz y de guerra: esos notables, á quienes se da el nombre de *cabosires*, exigen una parte de los tributos y más de una vez han destronado á un monarca.

El reino axanti, más que un Estado compacto, es una agrupación de comarcas más ó menos independientes, algunas de ellas con constitución y príncipe propios y sin más obligación respecto del soberano que pagarle un tributo y facilitarle tropas. Y sin embargo, el rey tiene poder para ordenar á cualquiera de esos magnates que le parezca peligroso para su autoridad, que se quite la vida: lo que no sabemos es si su poder alcanza á hacerle cumplir voluntariamente el real mandato. El monarca es el heredero legal de sus súbditos, si bien sólo hereda de ellos el oro, pues los esclavos, los ganados y las tierras quedan para la familia del difunto, y es esposo nada menos que de 3.333 mujeres, número invariable porque tiene cierta significación mística: una de estas mujeres es reina, mas su hijo no sucede al padre, sino que el sucesor de éste es el hijo de su hermano ó de su hermana mayores.



Acto de sumisión del rey axanti Prempeh que con su madre abrazaron, en señal de humillación, las piernas de los representantes ingleses, el gobernador Maxwell, el coronel Kempster y Sir Francisco Scott.

La esclavitud es general en el país, pero los esclavos son tratados muy benignamente. La guerra es casi la ocupación principal de este pueblo, guerra de exterminio porque no hay cuartel para los vencidos. Los axantis son fetiquistas, creen en un ser supremo, en un ser malo y en los espíritus impuros, hacia los que sienten gran miedo: los sacrificios humanos son entre ellos muy frecuentes y apenas celebran fiesta alguna religiosa ó política que no cueste la vida á unas cuantas víctimas.

La lucha entre los ingleses y los axantis data de muy antiguo: en 1824 invadieron estos últimos los territorios inmediatos á las colonias de Inglaterra; el general Mac Carthy, gobernador de Sierra Leona, quiso hacerles frente, pero fué derrotado y muerto con mil de sus hombres. Dos años después, el nuevo gobernador Campbell tomó el desquite empujando á los axantis al otro lado del río Prah y firmando con éstos en 1831 una paz en virtud de la cual Inglaterra quedó dueña de todo el territorio limitado por Apolonia al Oeste y por la desembocadura del Volta al Este, á excepción de algunas factorías danesas y holandesas, y adquirió el protectorado de los reinos de Denkera y Wassa, que hasta entonces habían sido del dominio de los axantis. En 1863 estalló nuevamente la guerra, que fué fatal para los ingleses, los cuales tras de muchas pérdidas hubieron de renunciar á la campaña; diez años después reanudóse la lucha y gracias á los esfuerzos de Inglaterra, que envió allí al general Wolseley, lograron los ingleses derrotar á los axantis y entrar en Cumasia, su capital, á la que prendieron fuego.

El rey Kalkalli pidió y obtuvo la paz renunciando á todas sus pretensiones sobre las posesiones inglesas y obligándose á pagar 50.000 onzas de oro.

En 1875 sucedió á Kalkalli su hermano Mensa, y á éste en 1884 su sobrino Qwaku Dua II. En 1888 subió al poder el actual monarca Prempeh ó Qwaku Dua III, el cual, no conformándose con la merma que á consecuencia de la anterior guerra había sufrido su reino, ha venido en estos últimos tiempos preparando sus fuerzas para recobrar la soberanía de los territorios que habían sido sometidos al protectorado de Inglaterra.

Previendo una agresión próxima y deseando hacer fracasar las intrigas de Prempeh, el gobernador de la Costa de Oro, Mr. Maxwell, propuso el envío á Cumasia de un residente político británico; la negativa de aquel monarca á aceptarlo fué seguida inmediatamente de la declaración de guerra hecha por los ingleses.

Inglaterra organizó un cuerpo expedicionario, que salió de Londres el día 7 de diciembre último y que en unión de las tropas coloniales y á las órdenes del general Sir Francis Scott avanzó sobre la capital del reino axanti, en la cual entró, sin haber encontrado grandes dificultades en su marcha, el día 17 de enero. El día 18 llegó á Cumasia Mr. Maxwell, el cual hizo prevenir á Prempeh que á las seis de la mañana del 20 le esperaba para comunicarle sus disposiciones: á las ocho del día señalado, el gobernador, viendo que



Conclusión de la expedición inglesa contra los axantis

Regreso del gobernador Maxwell á Cape Coast Castle, procedente de Cumasia (de una fotografía)

el rey vencido no salía de su palacio, hízole decir que si no se presentaba inmediatamente, se le sacaría á la fuerza de su real residencia. La intimación produjo su efecto: á los pocos momentos Kwaku Dua, acompañado de su madre, de su padre, de sus hermanos y de sus tíos, hacía su presentación ante el representante británico, que le esperaba sentado sobre una especie de tarima hecha con cajones, teniendo á sus lados á Sir Scott y al coronel Kempster y rodeado de las tropas británicas en formación. Mr. Maxwell expuso á Prempeh las condiciones bajo las cuales debía hacer su sumisión, siendo una de ellas el pago de 50.000 onzas de oro como indemnización de guerra. El monarca axanti manifestó deseos de hablar, pero el gobernador le ordenó que ante todo le rindiera el debido acatamiento, y entonces aquél, quitándose la corona y las sandalias, arrodillóse en unión de su madre, también descalza, y los dos abrazaron las piernas de los tres jefes ingleses, con gran estupefacción de sus súbditos. Cumplida esta ceremonia, manifestó Prempeh que sólo tenía 680 onzas en oro, añadiendo que podían quedarse con ellas los ingleses y que el resto lo iría pagando á plazos: Mr. Maxwell, recordándole la poca formalidad de los axantis, que aún debían la suma que se obligaron á satisfacer en 1874, contestóle que aceptaba la oferta, pero llevándose en rehenes á él y á su real familia, quienes serían retenidos en Cape Coast Castle hasta el completo pago de la indemnización.

Y tal como lo dijo lo hizo: Prempeh y todos los suyos han sido conducidos á la citada posesión inglesa, adonde ha llegado recientemente Mr. Maxwell, después de haber dejado debidamente ocupada Cumasia y recorrido los territorios situados al Norte de ésta firmando tratados con los jefes de las principales tribus. A su llegada á Cape Coast ha sido objeto de un entusiasta recibimiento por el feliz éxito de una campaña de la que esperan los ingleses grandes resultados para la causa de la civilización.

La victoria ha sido fácil; pero en la expedición han perdido los ingleses uno de los príncipes más queridos en la corte de Inglaterra, Enrique de Battenberg, esposo de la princesa Beatriz, la nieta predilecta de la reina de la Gran Bretaña. El malogrado príncipe marchó voluntariamente como coronel con las tropas expedicionarias, y á los pocos días de comenzada la campaña, vióse acometido de una fiebre mortal que acabó con su vida. – X.





La saleta del Palacio Real de Madrid, cuadro de José Garnelo

(Salón Parés)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año XV — Barcelona 20 de abril de 1896 — Núm. 747

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIAS

Habiendo reunido los materiales necesarios para la ilustración del cuarto y último tomo de las TRADICIONES PERUANAS, de D. Ricardo Palma, tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscriptores que próximamente publicaremos en la **Biblioteca Universal** este libro, que completa la interesante obra del insigne literato americano y que no dudamos ha de ser acogido con entusiasmo por nuestros lectores, dado el éxito extraordinario obtenido por los tres primeros.

Aunque el tomo que anunciamos puede, por la índole de los trabajos en él contenidos, ser leído con entera independencia de los anteriores, como suponemos que muchos de nuestros suscriptores desearán tener la obra completa, á los que por serlo con posterioridad á la publicación de los tres primeros tomos no los posean, se los ofrecemos al precio excepcional para los suscriptores á la **Biblioteca Universal** de cinco pesetas cada uno.

Aquellos que no acepten esta combinación y no quieran el tomo cuarto de TRADICIONES que anunciamos, podrán escoger en vez de éste una de las obras siguientes:

LOS ECOS DE LAS MONTAÑAS, por D. José Zorrilla, con preciosas láminas de Gustavo Doré.

EN FAMILIA, interesante novela de Héctor Malot, premiada por la Academia Francesa, profusamente ilustrada.

LA LEYENDA DE LOS TENORIOS, por D. José Zorrilla, con hermosos dibujos de José L. Pellicer.

LA GUERRA FRANCO-ALEMANA (1870-71), por el mariscal conde de Moltke, con profusión de grabados.

LA ÚLTIMA SONRISA, novela de Luis M. de Larra, ilustrada por Alfredo Perea.

— —

Como verán nuestros lectores, en el presente número publicamos un precioso cuento, *Natura*, de D. Narciso Oller, traducido por D. José M. de Pereda. Las firmas de tan ilustres escritores reunidas en **La Ilustración Artística** en un mismo trabajo, excusa todo elogio que pudiéramos hacer de la valía del artículo.

SUMARIO

UN PASO DIFÍCIL

copia de una acuarela de E. Toudouze

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La Resurrección. – El Renacimiento. – La Grecia. – Los juegos olímpicos celebrados este mes. – Significación de tales juegos. – Fiestas de Ceres en otros tiempos. – La resurrección y el paganismo. – Conmemoraciones de la siembra. – El esplendor de una primavera. – Detalles y minucias de las fiestas. – Conclusión.

La fiesta de Pascua en el mundo recuerda la fiesta llamada Renacimiento en el tiempo. Así como Cristo resucitó en la primer centuria entre los muertos, Grecia resucitó en la décimaquinta entre los pueblos. Y fueran su destino con su ministerio de tal singularidad, que sus derrotas militares aparecen victorias artísticas. Vencida por la Ciudad Eterna, le dió con sus buriles y cinceles la era más gloriosa en escultura, el siglo de Augusto; y vencida por los musulmanes, nos dió con su lengua y con su filosofía y con su alma el siglo en que brillaron desde Cellini hasta Rafael. Pues diríase que también ahora esparce á los cuatro vientos la semilla de su ideal, y contiene, como una palmera misteriosa en el desierto, polen de vida en alas de su alma, la cual corre como un soplo vivificador en el humano espíritu. Estos días hanse dentro de París, la capital del mundo moderno, celebrado fiestas por la independencia helénica, y dentro de Atenas, la capital del viejo mundo heleno, celebrado juegos olímpicos donde á un tiempo hanse por todos exaltado, como las exaltaban los antiguos griegos, la gimnasia del cuerpo, la matemática del cielo, la lógica del pensamiento, la estrofa del himno, la confederación del pueblo.

Con motivo de tales fiestas olímpicas, en Grecia resucitadas este mes, todos vuelven los ojos á la hermosísima península de las inspiraciones y de los recuerdos. Cuando convertimos el recuerdo á las riberas de Grecia, podemos decir todos los europeos á una, que nos sentimos nacer allí y que reconocemos en los griegos nuestros inmortales padres. Cuantos creen que si la humanidad, por sus recuerdos, allá en lo pasado ha de por fuerza dilatarse, y en lo porvenir por su esperanza, viviendo la divina eternidad que le traen sus ideas, por ninguna parte hallarán tantos timbres y títulos nobles y remembranzas y reminiscencias de gloria como por esas costas helénicas, donde parece haber tenido su día más pleno y su luz más viva el humano espíritu. Caída como una hoja de morera, que así la llaman los poetas todos, entre las aguas; pendiente de montañas donde se arrebola el sol en matices indescriptibles; ceñida por mares celestes, coronados de blancas espumas que besan marmóreas costas de purpurinos y áureos colores; circundada por un doble coro de islas bellas, con coronas de mirtos y adelfas, con sandalias de nácares y corales, Grecia parecerá siempre, por mucho que los siglos pasen y que los hombres crezcan, el templo armoniosísimo de la hermosura perfecta. Por eso podemos decir que si Palestina constituyó la religión dogmática y moral del género humano, Grecia constituyó la religión científica y estética. Todavía los enjambres de sus ideas zumban por los aires de nuestras escuelas y nos aportan á los labios la miel de su ciencia; todavía las sabias nomenclaturas nuestras están copiadas literalmente de sus músicas lenguas; todavía sus dioses, expulsados por el cristianismo de nuestros hogares y de nuestra fe doméstica, reinan en las academias y brillan en los jardines; todavía su metafísica enciende la idea del Verbo sobre las aras de nuestros altares é impele con su soplo vital lleno de inspiraciones las blancas alas de nuestro Espíritu Santo; todavía el matemático admite sus postulados, el sabio su léxico, el arquitecto sus órdenes, el escultor sus modelos, el poeta sus formas, el teólogo su filosofía, y en tal modo, que muerta, enterrada, disyecta en el fondo de su sepulcro, envilecidos sus huesos por las profanaciones musulmanas y disipado su rico ser espiritual en el harén de la servidumbre, con sólo revelar unos bajos relieves entre las viejas ruinas romanas y con sólo traer unos peregrinos náufragos al seno de nuestra Europa moderna, engendró el período más bello y más armonioso de la historia moderna, engendró el revelador Renacimiento.

El rey de Grecia se ha empeñado en resucitar los juegos olímpicos, acaso por cuanto de guerrero tienen; resurrección que muestra cómo en su alma, danesa eternamente, hay algo de sombrío, cual en el alma de Hámlet, su paisano; y á pesar de haber vivido tanto tiempo en tierras de luz y armonía, cómo recuerda las tierras de los combates eternos componentes de su mitología cruentísima. Yo hubiera preferido la resurrección de los festejos eleusinos, consagrados á Ceres, que se asemejaban á las festividades y recuerdos de la Pascua nuestra. Nada más propio de pueblos adheridos al campo y consubstanciales casi con la naturaleza que su culto religioso al trabajo agrícola. Hoy, dueños casi de las fuerzas naturales, habiendo encontrado en el globo algo de las alas del pájaro, en la máquina del buzo algo de las respiraciones del pez, en el vapor auxilios y cooperaciones á nuestro esfuerzo como no podíamos ni siquiera soñarlos, en la chispa eléctrica fulminantes cetros de rayos y centellas parecidos á los que antaño empuñaban allá en sus alturas los dioses, con tantos instrumentos como entrega y cede al arbitrio nuestro la materia y con tantas fuerzas materiales como se suman á las humanas fuerzas, no podemos comprender lo que valdría para el hombre primitivo, con crueldad por la naturaleza tratado, su implacable madrastra, la invención de aquella lumbre al pedernal extraída, y de aquellos arados cuya punta hendía el suelo, y de aquellas innumerables semillas que arrojadas sobre los terruños á una subían en tallos verdes al aire y acababan por coronarse de áureas y fecundas espigas. No debe, pues, extrañarnos que la imaginación ardiente y creadora de los pueblos en aquel tiempo convirtiera estos tránsitos de la simiente á tallo, del tallo á flor, de la flor á fruto, en el círculo cíclico y poético de tantos dramáticos viajes. Proserpina es la simiente que cae sobre la tierra y se oculta en el crudo invierno á los helados soplos del cierzo, en el terruño, bajo la humedad de las lluvias y el frío de las nieves, así como Ceres por sí es la tierra fría, desolada, invernal, el suelo sin verdor, el nido sin pájaros, el árbol sin hojas, el prado sin flores, el cielo de las nubes y de las nieblas sin luz y sin estrellas. Bien había menester el pobre labrador que unciera los bueyes, ahondara los surcos, esparciera la semilla, una poesía consoladora y una religión altísima que idealizara sus dolores y sus afanes en la estación de las siembras, sus esperanzas en la estación de los brotes, sus satisfacciones en la estación de las cosechas.

Verdaderamente aquella semilla que se oculta en el surco y se pudre y descompone á las acciones químicas de nieves y lluvias; que luego extiende sus raíces tiernas y blancas en el surco abierto por el arado; que más tarde brota, y crece, y vibra en verdes cañas de trigo; que luego se corona de robustas espigas, las cuales al calor del sol se doran y se maduran hasta caer en la siega bajo la hoz y pasar en haces de los sembrados á las eras, en espuertas de las eras á los trojes, en sacos de los trojes á los molinos y de los molinos á las artesas donde el pan se amasa, de las artesas á los hornos donde el pan se cuece para nuestro alimento, ¡ah! esa buena semilla, desde que cae sobre la tierra hasta que se disuelve por la nutrición en nuestras venas, hace un viaje inmenso, como el de los astros por las alturas; verifica una serie de metamorfosis tales, y deja en su camino un riego de beneficios tantos, que bien merece todos los esmaltes del arte y todas las idealizaciones del dogma. Poned á un lado el puñal, el sable, la espada, el cetro, la corona de los reyes ó los instrumentos de los ejércitos, y decidme si pueden compararse con el yugo, con el azadón, con el arado, con la hoz, con el trillo y con el molino. Participemos con Ceres del dolor que le causa la tristeza, la soledad, la desolación de los campos, cuando las hojas se caen, cuando las golondrinas se van, cuando las abejas se callan, cuando las mariposas se hielan, y participemos también de sus alegrías cuando las golondrinas vuelven, y los nidos y las flores brotan, y los ramajes susurran, y los ruiseñores cantan, y la florescencia universal de risueña primavera promete al estío y al otoño larga cosecha de copiosos frutos.

Apenas hoy se abre un periódico europeo, cuando se tropieza con una conmemoración de la fiesta olímpica. El 6 de abril, segundo día de Pascua, se ha verificado la solemne apertura. El rey presidía rodeado de sus ministros y del cuerpo diplomático, cual pudieran presidirla en otro tiempo los éforos. De las logias y tribunas del campo, se descubren desde las altas cumbres del Peloponeso, hasta las celestes riberas de Salamina. Así abraza la vista el Pentélico, de cuyas canteras extraían las moles en que tallaban los dioses, y el Himeto, desde cuyas cumbres fluían mieles é inspiraciones. El Partenón parece una oda en piedra, y como un casco de Minerva el repliegue de tierra donde campea la incomparable Acrópolis. Conforme van llegando los Caballeros de la carrera, parece que van reviviendo los antiguos tiempos clásicos. Habrá sido maravillosa la excursión á Maratón, donde todos hemos recogido un átomo de nuestra libertad, y encantadora la nocturna excursión en barcas esclarecidas por iluminaciones incomparables entre las aguas del Pireo, en cuyas riberas Platón reveló al mundo con frases inextinguibles el dogma de la inmortalidad. No se puede sustituir el tiempo con ninguna otra fuerza creadora. Las corridas de caballos en Inglaterra no pueden dejar de ser por modo alguno inglesas, mientras las carreras de caballos en Atenas, por tantas glorias como han acumulado allí los siglos y por los innumerables delegados que han expedido allí todas las razas, parecen ejercicios en que se pule y armoniza el cuerpo entero de la Humanidad. ¡La Pascua, la Grecia, la Primavera! ¡Cuantas resurrecciones! ¡Cuál grandiosas esperanzas en la inmortalidad! Creamos y esperemos.

Madrid, 11 de abril de 1896

LOS JUEGOS OLÍMPICOS

Después de un largo período de quince siglos, Grecia ha renovado sus famosos juegos olímpicos. Es un hecho curioso que en un país de tradiciones atléticas tan gloriosas, la juventud haya mirado en los modernos tiempos con absoluta indiferencia los ejercicios corporales que tanto apasionaron á sus antecesores. Pero hace apenas dos años algunos hombres de buena voluntad y entusiastas de las antiguas glorias helénicas han procurado revivir dichos ejercicios, empezando por fundar sociedades gimnásticas en todo el país, y acabando por organizar una imitación de las primitivas fiestas olímpicas. El príncipe heredero se ha asociado con gran interés al patriótico proyecto, y por su parte el opulento capitalista griego M. Averof, comerciante de Alejandría, ha proporcionado medios para la renovación de los juegos en el Estadio de los días clásicos. Este hermoso recinto, situado á orillas del riachuelo Thisus, ha sido reconstruído en mármol, dándose en lo posible la estructura que en tiempo de Licurgo tuvo en un principio y que completó posteriormente Herodes Atico.

El golpe de vista que ha presentado aquel espacio el 6 del actual, septuagésimo aniversario de la independencia de Grecia, al inaugurarse solemnemente los juegos, era verdaderamente sorprendente. Por desgracia para el amor propio nacional, los mismos griegos no han contribuído gran cosa en el primer día al mayor brillo de la fiesta. La mayor parte de los triunfos los han alcanzado los americanos, particularmente en el ejercicio del lanzamiento del disco, en el que un discóbolo de Princetown (Estados Unidos) ha vencido á un famoso campeón griego. Las fiestas y ejercicios han debido durar hasta el viernes 10, día en que los vencedores debían recibir como premio ramas ó coronas de plata.

Como queda dicho, más de mil y quinientos años había permanecido silencioso el vasto recinto de los juegos olímpicos, en el que sólo queda alguno que otro vestigio de los grandes templos, gimnasios, teatros y demás monumentales edificios con que á porfía lo habían exornado los antiguos helenos: la última fiesta se celebró en 393 después de Jesucristo; Teodorico I prohibió entonces la continuación de los usos paganos y Teodorico II ordenó la destrucción é incendio de todas aquellas obras maestras del arte arquitectónico. En estos edificios se reunían los griegos enemistados, suspendiendo sus querellas en una *tregua sagrada* para entregarse cada cinco años á los ejercicios corporales que del nombre de la localidad en que se celebraban tomaron el de Juegos Olímpicos.

Todos los pueblos helénicos habían contribuído á la fundación del culto y á los juegos, como lo prueba la variedad de templos, altares, ritos y reliquias. Las invasiones sucesivas llevaron á aquel país, á la Elida, los dioses y leyendas que más adelante se tallaron en piedra y en metal. Los pelasgos consagraron un templo á Kronos (el Saturno latino) en la colina que tomó este nombre. Los fenicios, jonios y cretenses llevaron con su religión una civilización de la que aún se encuentran obras arcaicas. Heracles, el Hércules griego procedente de Creta, dió á la llanura el nombre de Olimpia, y abrió un concurso entre sus cinco hermanos, lo que dió origen al período en que se celebraban los juegos famosos. Estas fiestas quinquenales sirvieron, á partir del año 776 antes de nuestra era, de base al sistema cronológico de los griegos. El país fué invadido por los tesalios, eolios, aqueos y dorios, que llevaron los elementos de sus respectivos cultos, asociados todos en buena inteligencia. En el siglo V antes de J. C. se construyeron las nuevas murallas del Altis y soberbios edificios sagrados. En el II los romanos de Mummio acumularon en ellos las riquezas que después robó Nerón. Cuando la fe declinó, se continuaron por costumbre los viajes á Olimpia, que fué desde entonces lugar de cita de los curiosos, así como de reunión á la manera de nuestras Exposiciones. Después del emperador Adriano, que llenó el Altis de estatuas y dedicatorias, Olimpia dejó ya de desempeñar su papel político y religioso. – X.



TRATADO DE LA LUZ Y DE LA SOMBRA

MONA LISA

23 *de abril de* 1490

Leonardo de Vinci comienza en este día el manuscrito del célebre *Tratado de la luz y de la sombra*. – (?) En este mes del año 1504 adquiere Francisco I de Francia al célebre pintor el famoso retrato de Mona Lisa.

Si algún artista de aquellos que ilustraron con sus obras el Renacimiento en Italia logró fijar su nombre en la historia, rodeándole de esplendores inextinguibles, seguramente que ese artista fué Leonardo de Vinci Hasta nosotros han llegado casi íntegras las obras de los colosos del pincel y el cincel, del de Urbino y Miguel Angel. Al cabo de cuatro siglos todavía admiran las gentes las creaciones gigantescas de esos dos genios, cuya luz alumbrará eternamente la senda que recorra el arte; y en aquellas *stanzie* del palacio Vaticano, y en los muros de la Capilla Sixtina, y bajo las inmensas naves de San Pedro, y en los hermosísimos versos que recogió una sociedad de excelsos poetas, filósofos, artistas y literatos, podemos al presente apreciar la fisonomía moral del pintor de *Galatea* y del que esculpió el *Pensieroso*. Mas de Leonardo de Vinci tan sólo restan fragmentos de su múltiple y varia obra; y la leyenda, apoderándose del artista querido del sanguinario Ludovico Sforza, envuelve su figura, si en poética y misteriosa penumbra, en vaguedades que llevan al error, desfigurando al hombre de quien dijo un biógrafo suyo, que por la prodigiosa expansión de su inteligencia merece ser llamado el *ubicuo*.

Las pacientes investigaciones de eruditos, críticos, y de algunos artistas ingleses han despejado algún tanto de fantasías legendarias la vida y la labor de Leonardo de Vinci, y ¡caso raro en la historia!, la figura del gran artista aparece más grande á la luz de la verdad. El retrato de Mona Lisa ha sido una de las producciones del maestro que más han contribuído á que los esfuerzos de la investigación obtuviesen un resultado satisfactorio; y por ser esta obra prodigiosa, modelo del género, es por lo que, aun no sabiendo la fecha de la adquisición que de ella hizo Francisco I, no vacilo en conmemorarla en este día.

Conoció Leonardo de Vinci á Mona Lisa cuando ya entrado en años y amarguras de todo género encanecieran los cabellos al excelso artista. Bien amado de Ludovico el *Moro*, de quien hiciera una estatua ecuestre, de cuya belleza sólo ha llegado hasta nosotros la noticia por los elogios de sus coetáneos; acogido en la corte de aquel príncipe, que de modo tan rápido vió perdidos sus Estados y su libertad, con todos los halagos y todo el respeto que su vasto saber y su no superada inspiración de artista merecían, cuando las huestes del rey de Francia ocuparon el Milanesado, de Vinci, fugitivo, errante, decide marchar á Florencia, que á pesar de la *gioia del suo ciel* parecióle siempre lugar de destierro.

La fama de Leonardo, extendida por toda Europa, era en la ciudad de los Médicis sobrado conocida para que la presencia del pintor de la sin igual *Cena*, del canalizador del Arno, del físico eminente, del ingeniero militar más grande que contó la Italia de aquel siglo, no fuese acogida con entusiasmo. Desde el príncipe hasta el último ciudadano abriéronle las puertas de sus moradas; y uno de esos ciudadanos entusiastas fué el marido de Mona Lisa, Francesco il Giocondo.

La voz pública forjó anécdotas que engarzadas al cabo por el arte y la fantasía de literatos y poetas, convirtiéronse en leyenda, una de tantas de que fué héroe el pintor. ¡Ay!, no estaba, no, Leonardo de Vinci, al tiempo de comenzar el retrato de la *Gioconda*, en tono de alegría; el mal que años más tarde había de llevarle á morir en los brazos de Francisco de Francia, minábale ya el cuerpo, y cristalizando en su espíritu aquellas dotes asombrosas de artista que admiramos en sus figuras, aquel profundo conocimiento de los afectos y de las pasiones que de modo tan asombroso supo fijar por medio de la línea y del color, convirtiérale en espiritual sacerdote de la belleza. Mas la tardanza de Leonardo en dar por terminado el retrato de la bella florentina; la nota de *galante* que el vulgo le adjudicara en tiempos de su juventud; la asiduidad en el empeño de retratar á la *Gioconda*, asiduidad de más de cuatro años, el cariño que Mona Lisa cobrara al famoso artista, fueron base para que se forjaran cuentos, que si hemos de recordar las costumbres de entonces, en aquella república florentina especialmente, antes que nada celebrábanse en ellos una alianza de la hermosura con el arte

No, no hubo tal; y si en efecto encontró Leonardo de Vinci, como consuelo á sus males y tristezas, un cariño femenil, en la hermosísima cabeza de Mona Lisa puede verse hoy cuán distinto de como lo entendiera el vulgo era aquel cariño. Como dice un crítico francés, casi puede afirmarse que «aquel sentimiento, aquel insondable problema de sentimiento que se revela en la cabeza de la *Gioconda* pertenecía más al artista que al modelo »

Cuantos críticos, cuantos artistas, cuantos aficionados han tratado de analizar el carácter de la famosísima belleza que Vinci inmortalizó con su pincel, no han hecho más, al exponer sus observaciones, que mostrarnos sus temperamentos, al darnos cuenta de la emoción estética que experimentaron contemplando el prodigioso retrato de Mona Lisa. Ninguno acierta con el del modelo, y si alguno se acerca á la verdad, por seguro tengo que es aquel del cual transcribo más arriba las palabras acotadas.

«Es esa pintura – dice Vasari – más divina que humana, y vive sin embargo cual si fuera la propia realidad, la naturaleza misma.» «Esta tela - escribe Michelet – me atrae, me llama, me desvanece, me absorbe, y á pesar mío voy hacia ella como el pajarillo atraído por la serpiente.» «¿De qué planeta – pregunta á su vez Gautier – ha caído, en medio de un paisaje azul, este ser extraño, con su mirada que promete voluptuosidades desconocidas, y con su expresión divinamente irónica?» «Pocas figuras – afirma Aurora Dudevan – tan conocidas como esta de Mona Lisa, y ¡cosa extraña!, pocas fisonomías han sido menos comprendidas, menos adivinadas.»

Sí, Jorge Sand tiene razón; es un misterio impenetrable el del sentimiento, mejor dicho, el de los sentimientos que se amalgaman en aquella faz. La impresión primera que causa es de juventud exuberante de belleza, voluptuosa; después aquella sonrisa que vaga por los finos labios parece un epigrama, una burla del sentimiento primero que nos produce; más tarde, cuando ya completamente absorbidos por el milagro del pincel, creemos hallarnos ante la propia esposa del Giocondo, adivinamos en aquellos ojos llenos de luz, húmedos, que parecen vivir, como latir las arterias del cuello redondo, como fuste de columna marmórea, una calma serena, casi triste, cual la de un alma grande que ha sabido sufrir, que ha sabido esperar.

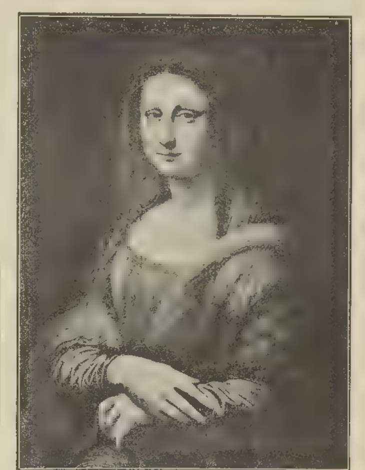
No os separéis de ese lienzo sin haber saboreado todos sus hechizos de línea, de color, de factura, pues en él está el alma entera de Leonardo artista, de Leonardo pensador, de Leonardo sabio, de Leonardo sin fe política ni religiosa, del Leonardo que piensa en suelo extranjero para ir á morir allí, para olvidar así los dolores que la vista de las ingratitudes de su patria para con él le causan.

Una de las diferentes obras didácticas que Leonardo de Vinci escribió fué el *Tratado de la luz y de la sombra*, al cual, según Amoretti y por documentos encontrados, sábese que diera comienzo el día 23 de abril de 1490, y cuando ya publicara el de la *Pintura*, único libro que del gran lombardo ha llegado íntegro hasta nosotros y del que existe una edición española de 1784. De este otro *Tratado* solamente algún erudito, y al presente los que en Italia están dirigiendo la recopilación de todos los manuscritos de Vinci (por orden del gobierno) pueden dar noticia. Sin embargo, sábese que al tratar de la luz y de sus fenómenos adelantóse á indicar teorías que los físicos modernos dan como producto de recientes investigaciones. Realmente nada tiene de extraño que así sea, si recordamos que Leonardo de Vinci se anticipó á Copérnico en conocer y explicar el movimiento de la tierra. Para el arte en general descubrió la cámara obscura, como el procedimiento del fresco para la pintura, como para la mecánica la propulsión neumática, etc. En el *Tratado de la luz y de la sombra* aparece por vez primera planteado y explicado el problema de la difracción y de la refracción de los rayos luminosos.

Pronto conoceremos cuantos no hemos tenido la gran satisfacción de leer los escritos del gran artista y sabio del Renacimiento lo que escribió de arte, de ciencias físicas y naturales, de literatura, de música, de arquitectura é ingeniería, y de tantos otros ramos del humano saber. Y digo pronto, porque á lo que parece marcha con relativa rapidez la edición en que se recopila cuanto del de Vinci se conserva; aun cuando temo que por aquí seamos de los últimos en gozar de ese beneficio, pues la obra, que constará de *sesenta* cuadernos, cuesta *mil ochocientas* liras.

Y lo que dirá el ministro de Fomento. ¡Guarda, Pablo!

R. Balsa de la Vega



Retrato de la Gioconda ó Mona Lisa
pintado por Leonardo de Vinci, en el Museo del Louvre



LA GUERRA DE CUBA. – TROPAS ESPAÑOLAS EN LA HABANA. – EL CABECILLA INSURRECTO CALIXTO GARCÍA. – APRESAMIENTO EN LA BAHÍA DE NUEVA YORK DEL BUQUE «BERMUDA» QUE CONDUCÍA HOMBRES Y PERTRECHOS DE GUERRA PARA LOS INSURRECTOS. – GRUPO DE INSURRECTOS DETENIENDO LA DILIGENCIA DE SANTIAGO. – TROPAS ESPAÑOLAS MONTANDO UN CAÑON DE GRUESO CALIBRE. – FUERTE EN LA LÍNEA FORTIFICADA DE LA HABANA. (Dibujos de F. H. Schell, publicados en la ilustración inglesa *Black and White*).



LA VOCACIÓN DE JUANA DE ARCO, cuadro de Esteban Azambre

NATURA

por Narciso Oller

Eloy andaba como fuera de sí, yendo y viniendo á cada instante de la alcoba á la ventana y de la ventana á la alcoba para ver siempre lo mismo: en la alcoba á su Gertrudis tendida en la cama, seca, estirada é inmóvil como una percha; en la huerta, desde la ventana, las judías deshojándose y escurriéndose caña abajo, lacias y amarillentas como si las hubieran chamuscado.

«¡Rediós, qué tristeza!» Veintiún días llevaba la pobre mujer sin abrir los ojos, ni remover el cuerpo, ni dejar un momento de exhalar aquel ¡hip, hip, hip!.., aquel gemido de lima fina que todos los de casa tenían atascado en los oídos. Ora febril y ardorosa como una lumbre, ora fría como la nieve, siempre entre la muerte y la vida... ¡les daba cada sorpresa y cada susto!.. Ni el médico, ni el curandero, ni el albéitar, ni el señor cura entendían una jota. Que sangrías, que emplastos, que sanguijuelas, que pócimas, que cruces y oraciones..., ¡y nada!.. Aquella ruinera nadie se la quitaba de encima. Estaba tan seguro de enviudar muy pronto, como de morirse más tarde ó más temprano. Siempre aquel ¡hip..., hip..., hip'.. que le taladraba los sesos; siempre aquella boca abierta, reseca y áspera como un esparto, y aquellos ojos hundidos en el cogote, y aquella cara de color de panoja verde; aquella cara consumida por el mal, reducida á huesos y pellejo, ni un asomo de lo que fué, de la cara que tuvo la Gertrudis de otros tiempos.

Después de la cara, contemplaba Eloy el cuerpo, demacrado y sarmentoso, encajado en el hoyo del jergón como en su propio molde. Ni sombra de la otra Gertrudis.

—¡Y tan guapetona, tan fresca y tan rolliza como había sido!.

—¡Hip..., hip...; hip!..

—¿Qué te pasa? ¿Qué te duele?.. Ten un poco de paciencia... ¿Quieres tomar la medicina?

Y levantando el pistero, le humedecía la boca denegrida, con unas gotas de cordial que impregnaba el dormitorio de un fortísimo olor de éter. La enferma, extenuada y congojosa, devolvía en seguida casi todo lo que había tomado á la fuerza, poniendo en sus ojos, que entreabría á duras penas, cuanta energía quedaba en su instinto de conservación, para implorar con ellos misericordia. Eloy entonces, asustado, le levantaba la cabeza, le limpiaba los labios y le daba golpecitos en la espalda, hasta que, pasado el peligro, echaba á puntapiés al gato que andaba deslizándose por los rincones, espantaba la gallina que asomaba el pico por la gatera, y se volvía nervioso á la ventana.

«¡Rediós, qué tristeza!» Aquellas judías tanto tiempo sin regarse, se iban á morir. ¡Qué color de muertas tenían ya!.. ¡Todo agostado por la sequía! La tierra hecha una escoria; los brotes sin jugo, lacios, mortecinos... ¡Y decir adiós á tantos y tan costosos sembrados!.. ¡Y teniendo agua abundante, y pudiendo alimentarlos, como lo estaban los otros, los del vecino, que daba gusto mirarlos!

Cabalmente era sábado aquel día y volvía á tocarle la vez del riego... ¡Cuando Rosa y el zagal estaban en el mercado, Gertrudis peor que nunca, el médico diciéndole á él: *No te muevas de casa porque se te puede morir*, las horas de regar pasando, pasando, y el mal atollado en la enferma, sin acabar de echarse de una vez á un lado ó á otro! ¡Rediós, rediós! Una semana más, y las judías, sin una hisopada siquiera, se mueren sin remedio. Y gasta lo que no tienes, en médicos, en boticas y en curanderos, y repara cómo se pierde el fruto de esos sembrados, cómo perecen las tomateras y los melonares; cómo la sequía se va chupando todo lo que necesitas, no sólo para pagar á los que no saben curarte la mujer, sino para acopios y labores de la cosecha que viene. Repara, Eloy, y contémplalo bien, con los brazos cruzados, mientras el mal va haciendo su oficio y te consta de toda verdad que si para el de aquí arriba ya no hay remedio, no falta para el de allá abajo.

«¡Y esa agua, esa agua se pierde!,» gritó al fin, apretando los puños y lanzando la mirada á los más remotos confines del cielo, en busca de consuelo á su desesperación.

Nueve ó diez piezas de terreno, enfiladas á la larga, como regimientos formados en columna de honor, se extendían á sus pies, festoneando el río por la orilla de acá. Todas eran suyas; pero ¡qué dolor para aquel rudo labriego que se había prometido de ellas el puñado de peluconas que necesitaba para salir adelante, y las veía transformadas en inmenso y mustio cañaveral de otoño, junto á la pompa verde y jugosa de los sembrados colindantes! Cada caña de aquellas (y las había á millares), deshojada y desmayándose á un lado y á otro, abandonada y sin amparo de nadie, era una lanza que taladraba el pecho de Eloy; y la comparación de su desdicha con la fortuna de los demás, le removía en el fondo del alma las heces de la envidia, que la ambición satisfecha hubiera mantenido en reposo. ¡Oh, qué rozagante lo zanía la de las tierras cercanas á las suyas!

—¡Hip..., hip..., hip!..

Eloy, nervioso y desatinado, volvió de nuevo á la alcoba.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te duele? Ten un poco de paciencia. ¿Quieres tomar la medicina?

Pero al acercarse con el pistero á la enferma, un ligero estertor que en ella nota, detiene su brazo.

—¡Gertrudis..., Gertrudis!.. ¿Qué tienes?, le dice con acento cariñoso, movido por la ternura que le despierta aquel estado tan alarmante.

Era la compañera de su vida; la que había sido llevada al altar por él, henchido de esperanzas y de ilusiones; la que le había hecho padre de tantos hijos y con él los había llorado al perderlos uno á uno; la madre de Rosa, único consuelo que en la tierra le quedaba; la que durante treinta años había sido su ayuda y sostén en los afanes de su ruda labor.

Un buen rato permanecieron él mirándola enternecido y asustado, y ella respirando entre las angustias y el gurjiteo del estertor, con la vista cristalizada y anhelante, plano y estirado el cuerpo, como una tabla. Aquel estertor, primero débil é intermitente, iba acentuándose por momentos y haciéndose continuo. Las cuencas de sus ojos se hundían y amorataban; relucía un sudor viscoso y frío alrededor de su boca, y empalidecía y se le afilaba la nariz... ¡Si serían todas aquellas cosas las señales de la muerte!

«¡Rediós, rediós!» ¡Y él, solo, solo de toda soledad en casa; y los vecinos más inmediatos en el mercado también!

Su mirada, codiciosa de amparo y de compañía, se desbordó entonces por el ancho espacio, más allá, mucho más allá de la ventana, abierta de par en par, como que era el mes de agosto el que corría. El sol, un sol vibrante, deslumbrador, abrasaba la campiña, sombreada en algunos trechos por las masas cenicientas de los olivares, y únicamente el silbido fugaz de algún pájaro que pasaba volando como una flecha y el bronco murmurar del río cercano interrumpían el silencio de aquella naturaleza adormilada. ¡Ni el chasquido de un látigo, ni el tintinar de un cencerrillo, ni el chirrido de una puerta, ni el ladrido de un can..., nada se atrevía á perturbar aquel silencio imponente, sino el río, el río con las mismas aguas en que se llevaba la savia, el jugo, la vida entera de las agonizantes judías! Y este regocijado alboroto sonaba en los oídos del pobre hombre como un cántico de burla y menosprecio, que le oprimía y angustiaba el corazón.

Había una silla junto á la cabecera de la cama, y en aquella silla se dejó caer Eloy desconsolado y pensativo. Y las horas pasaban, pasaban, llevándose consigo la vida de Gertrudis y la vida de las plantas, sin dejar en cambio una chispa de esperanza consoladora; nada sino la certeza implacable de la muerte. Al fin Eloy, llorando á lágrima viva, se levantó movido por el impulso de una resolución desesperada.

—Mira, Gertrudis, le dice, tú te vas al otro mundo, como buena cristiana que eres, resignada y conforme... Rosa y el criado están ausentes... La de hoy es la tercera tanda de riego que dejo perder... Si no la aprovecho, si hoy no riego, ¡adiós judías!, ¡adiós nuestra cosecha!.. Pero tiene el río para salvarnos una medicina, como no la ha encontrado el médico, ¡rediós!, para salvarte á ti... Esta es la verdad, Gertrudis.

Aquí la enferma abrió un ojo tristísimo y aún tuvo fuerzas bastantes para responder que sí con la cabeza.

—Quiero decir, añadió Eloy, atragantándose, quiero decir que, entre una esperanza de algo... y la muerte..., tú que siempre has sido tan *razonable* y has mirado tanto por la hacienda... Vamos, que no sé cómo decírtelo.

Pero la pobre enferma, reconcentrando en un solo esfuerzo todos los alientos de su vida, apretó débilmente la mano á su marido, entreabrió sus ojos y siempre tan *razonable* como su Eloy la quería, le animaba á proseguir, afirmando «que sí, que sí,» con la cabeza.

—Quiero decir... que me perdonarás.

—Que sí, que sí, continuaba diciendo con la cabeza la moribunda.

—Que de ésta te lleva Dios... á la vista está.

—Que sí, que sí.

—Ayer recibiste el Viático... Si me voy ahora en busca del señor cura, tendrás que quedarte sola.

—Que sí, que sí.

—Y en cuanto el Señor te haya llevado... tendré que... que amortajarte, ¿verdad?

—Que sí, que sí.

—Pues digo también que, como tú has sido siempre tan *razonable*... Vamos, que si te fuera lo mismo que te..., que te amortajara ahora, podría yo entonces dar una buena rociada á las judías y de este modo sacaríamos avante nuestra pobreza.

Una chispa de fuego en que lucía el santo regocijo de los mártires, centelleó en aquellos ojos casi apagados ya, y la expresión afirmativa de su cabeza fué más acentuada

—¡Que sí, que sí!

Entonces Eloy, restregándose los suyos con el revés de la mano, abrió la cómoda; y al rumor de la canturria del río, en que soñaba oir acentos de caridad y de esperanza..., amortajó en vida á su mujer.

Traducción de J. M. de Pereda

¡PÍCARO CÓMICO!

(Cuento del *Saloncillo*)

Decían de él que era un actorcito bastante aceptable, y venía á robustecer esta general opinión el hecho de que López hubiera tenido contratas ventajosas y poseyese algún dinero y bastante crédito.

López cultivaba el género cómico, y era en su vida de fuera de escenario un cómico en toda la extensión de la palabra; pero para que en él fuese todo contradictorio, era un cómico muy serio. Es decir, por tal se tenía el mismo López y de tal se las echaba, á pesar de tener sus aficiones á las bromas y de pasarse los días de turbio en turbio y las noches de claro en claro, ni más ni menos que el personaje de Cervantes.

Pero López, á pesar de su aparente seriedad, tenía una gran desgracia: la de retrasarse siempre á los ensayos, á las funciones, á todo lo que se refería al teatro. Bien podía afirmar la *tablilla* que á las dos de la tarde «se pasaría dos veces» la nueva obra que tenía que «ir» dentro de dos días; López llegaba el último Se anunciaba un estreno para las nueve y media en punto; López tardaba en bajar de su cuarto otra media horita.

Las funciones principiaban tarde; los ensayos se retrasaban siempre, todo era en vano: á López, ya lo sabían los traspuntes, había que darle la *prevención* dos veces, y no había memoria entre las gentes de teatro de que jamás López hubiera hecho á tiempo una *salida* ni un *mutis*.

Ni que la empresa le multara, ni que se le rebajase el sueldo, ni que el gobernador multase también al empresario por acabar la función después de la una de la madrugada, ni nada bastó nunca para que López fuese puntual. Llevaba adelantado el reloj, se hacía avisar antes que nadie, y sin embargo era la desesperación del director de escena y la preocupación eterna de todos.

Pero qué más, ¡si hasta cuando tuvo que embarcarse para América, donde iba á hacer una campaña artística, perdió el vapor y tuvo que hacer el viaje en otro buque! Si la compañía de que López formaba parte tenía que salir de excursión teatral por provincias, no había que contar con él: perdía trenes, de igual modo que perdió infinidad de contratas.

Era el último que firmaba la nómina; ni aun para cobrar, esa operación á la que tan puntuales son los actores, llegaba López á tiempo, y solía ocurrirle tener que estar una semana viviendo del crédito por no haber cobrado su vencida quincena el día que con letras de á vara *rezó* la tablilla de ensayos el atractivo renglón de *A las doce*, NÓMINA.

Como es fácil de presumir, este defecto de López resultaba á veces una virtud; y esto, unido á que era persona muy competente en asuntos del teatro, un actor de fortuna en la escena y hombre de genio abierto y de natural agradable, hacía que todos le perdonasen las que gráficamente llamábanse entre bastidores «cosas de López.»

Cierto día le llegó á López la hora de abandonar la tierra, y de repente, lo único que durante toda su vida ejecutó con rapidez, hizo *mutis* del mundo de los vivos y su espíritu voló por las regiones desconocidas.

La prensa le dedicó artículos necrológicos, se refirió su vida, desde que de aficionado *debutó* en Martín, hacía muchos años, cuando aún le llamaban *Lopecillo*, hasta que cobró 200 pesos diarios y fué «el distinguido primer actor Sr. López.» Los críticos se devanaron los sesos para hacerle la *semblanza* póstuma y se contaron sus anécdotas. En todos estos trabajos faltó lo característico de López: su retraso habitual.

Ya se había olvidado en la tierra á López, cuando el cómico llegó á las cercanías del quinto cielo.

El ex actor llamó á la puerta, y ya desconfiaba de que nadie le respondiese, cuando un diablillo que por allí vagaba llevóle á presencia de otro diablo de más categoría.

– No llames á esa puerta, mi querido López, le dijo sonriendo el diablejo, te has retrasado mucho y ahí ya no te admiten. Has sido condenado á un sacrificio horrible.

– ¿Vais á llevarme?, preguntó á los demonios el aterrado cómico.

– No, peor mil veces: vete al infierno, comediante del diablo, que allí estarás una temporada divirtiéndonos, y ó te pierdes para siempre ó sales para el limbo.

– Pero ¿qué he de hacer?

– Estás condenado ¡á ser empresario de ti mismo!

Y aún no ha podido saberse el fin de esta historia; pero se cree que López, empresario de López, está de patitas en el infierno definitivamente: dotado de dos personalidades, no logró nunca avistarse á tiempo con su *otro él*, y el pícaro cómico se dió por sí mismo á los demonios.

Sirva este cuento de saloncillo para escarmiento de los que se retrasan: no hay que olvidar que «de los *adelantados* es el reino de los cielos.»

P. GÓMEZ CANDELA

NUESTROS GRABADOS

Un paso difícil, acuarela de Gustavo Toudouze. – La pintura, como todo lo de este mundo, está sujeta á modificaciones que constituyen la evolución ó la moda, según que las impongan necesidades espirituales más ó menos legítimas ó caprichos más ó menos justificados. Pero en materia de bellas artes hay algo que está por encima de las modas y de las evoluciones, algo que difícilmente se explica, pero que con mucha facilidad se siente. ¿Produce en nosotros un cuadro esa sensación agradable que al pasar de los ojos al alma se convierte en emoción estética? Pues aunque el cuadro no se inspire en las tendencias predominantes, no vacilemos en afirmar que es bello y que responde á las leyes y á los fines inmutables del arte. Tal sucede con la hermosa acuarela de Toudouze: podrán tachar algunos de insignificante su asunto; podrán otros estimar como anticuada su acabada factura; pero como no ha habido todavía un legislador supremo é infalible que haya puesto estas cualidades entre los delitos de lesa estética, atengámonos al efecto que su contemplación nos causa y elogiemos como se merece al artista que ha sabido conseguirlo.

La vocación de Juana de Arco, cuadro de Esteban Azambre. – Muchos pintores franceses se han inspirado, especialmente en estos últimos tiempos, en los episodios más importantes de la vida de aquella heroína de la historia de Francia. El distinguido artista M. Azambre ha interpretado uno de los más culminantes, el de la milagrosa aparición de Santa Margarita, Santa Catalina y San Miguel, dándole un carácter lleno de originalidad y expresando con gran acierto el estado de éxtasis de la doncella de Orleans. Las tres figuras de los santos están también admirablemente tratadas y el paisaje completa el buen efecto del lienzo.



EXCMO. SR. D. JOSÉ GENER Y BATET,
propietario de la fábrica de tabacos *La Excepción*, y coronel del 6.º batallón de cazadores voluntarios de la Habana
(de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

Waterloo, cuadro de Ulpiano Checa. La mejor explicación de este cuadro la encontramos en la descripción que de la batalla de Waterloo hace Víctor Hugo en *Los Miserables:* la obra de Checa es grandiosa, admirable, magistral y merece que al pie de ella se pongan los párrafos en que el gran poeta describe de una manera maravillosa aquella carga de coraceros que al decidir el memorable combate decidió también la suerte de Europa:

«Hubo un silencio terrible; luego, de repente, aparecieron por encima de la cresta una larga fila de brazos levantados blandiendo los sables, y los cascos, y las trompetas y los banderines y tres mil cabezas de grises bigotes gritando: ¡Viva el emperador! Toda aquella caballería desembocó en la meseta, produciendo un estrépito parecido al de un temblor de tierra.

»De pronto ¡cosa trágica! á la izquierda de los ingleses, á nuestra derecha, la cabeza de la columna de coraceros se detuvo, lanzando un clamor horrible. Al llegar los coraceros al punto culminante de la cresta, desenfrenados, en toda su furia y en su carrera de exterminio contra los cuadros y los cañones, vieron entre ellos y los ingleses un foso, una zanja. Era la hondonada de Ohain.

»Aquel instante fué espantoso. Allí estaba el barranco inesperado, abierto á pico bajo los pies de los caballos, con una profundidad de dos toesas, entre sus dos declives; la segunda fila empujó hacia él á la primera y la tercera á la segunda; los caballos se encabritaron, se echaban hacia atrás, caían sobre las grupas, deslizaban en el aire los cuatro pies, amontonando y arrojando á los jinetes; no había medio de retroceder, toda la columna no era más que un proyectil; la fuerza adquirida para destruir á los ingleses destruyó á los franceses; el barranco inexorable sólo lleno se entregaba; jinetes y caballos rodaron allí en revuelta y horrible confusión, aplastándose unos á otros, no formando más que una masa de carne en aquel abismo; y cuando la zanja estuvo llena de hombres vivos, empezaron á andar por encima y pasaron los demás. Casi una tercera parte de la brigada Dubois cayó en aquella sima.»

La guerra de Cuba. – Varios son los grabados que publicamos en el presente número referentes á la guerra de Cuba: muchos de ellos no requieren explicación, porque se refieren á episodios típicos, sí, pero de escasa importancia ó, como el fuerte de la línea de la Habana, porque acerca de otros análogos hemos dicho ya lo necesario para dar una idea de esta clase de fortificaciones. Esto y el limitado espacio de que disponemos nos mueve á ocuparnos sólo de aquellos que ofrecen verdadero interés. Uno de los dibujos de la lámina de la página 292 representa la captura del *Bermuda* en el puerto de Nueva York: este barco fué detenido cuando se hacía á la mar llevando á bordo una expedición de insurrectos mandada por el famoso cabecilla Calixto García y multitud de pertrechos de guerra. El apresamiento, sin embargo, no produjo los resultados que eran de esperar, porque á los pocos días las armas y municiones embargadas en el primer momento fueron devueltas á los armadores por el tribunal norteamericano, y los hombres á quienes se encausó no tardaron en organizar una nueva expedición que, á las órdenes del mismo Calixto García, ha logrado, según parece, desembarcar felizmente en la isla de Cuba. Calixto García, cuyo retrato publicamos en la citada lámina, fué uno de los cabecillas que más se distinguieron en la pasada guerra, terminada la cual estableciose en Madrid: á poco de comenzada la actual campaña salió de la corte y dirigióse á Nueva York, desde donde organizó varias expediciones con poco éxito, hasta que al fin, según hemos dicho, ha logrado reunirse con los rebeldes.

Los demás retratos que publicamos son los de D. José Gener y Batet, una de las personalidades más salientes de la Habana y que más se han distinguido siempre por su españolismo, coronel de un batallón de voluntarios de aquella capital y propietario de la importante fábrica de tabacos *La Excepción;* D. Juan Nieto y Gallardo, teniente coronel y ayudante del general Bernal, que durante la guerra anterior se portó heroicamente sirviendo en el batallón de San Quintín, y que en las pocas semanas que lleva de vida de campaña en la actual, pues comenzó á operar en 26 de febrero último, ha merecido por sus hechos de armas, entre ellos la acción de Lomas de Mamey, ser propuesto en juicio de votación para el empleo de coronel; D. Adolfo M. de Baños, teniente coronel del regimiento de Luchana, de brillante historia militar, que combatió bizarramente cuando la guerra carlista y en Filipinas, y que en la presente de Cuba, á la que ha ido á las órdenes del general Weyler, se ha portado como jefe entendido y valeroso, habiendo sido herido en una de las últimas acciones de Candelaria, y doña Adelaida A. de Fernández, presidenta de la comisión de señoras que tanta actividad ha desplegado en la Habana festejando á las tropas expedicionarias.

Publicamos también un grupo de oficiales del segundo regi-



LA GUERRA DE CUBA. – GRUPO DE OFICIALES DEL 2.º BATALLÓN DEL REGIMIENTO DE INFANTERÍA DE LA HABANA
(de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)



WA

COPIA DEL NOTABLE CUADR



RLOO

ORIGINAL DE ULPIANO CHECA

miento de infantería de la Habana, que es de los que más se distinguen en las operaciones actualmente emprendidas contra Antonio Maceo.

Todas las fotografías reproducidas nos han sido enviadas por los reputados fotógrafos de la Habana, Sres. Otero y Colominas, á quienes damos por ello las más expresivas gracias.

El pintor francés Ernesto Duez, recientemente fallecido. – Este célebre pintor falleció el día 4 de



El teniente coronel D. Juan Nieto y Gallardo, ayudante de campo del general Bernal

(de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

los corrientes, mientras estaba paseando en bicicleta por el bosque de San Germán. Desde hacía algunos días Duez estaba instalado en Bougival en casa de un amigo, y en la mañana del Sábado Santo salió á dar un paseo con su colega Jourdain:



El célebre pintor francés Ernesto A. Duez, recientemente fallecido

á las diez y media sintió un repentino malestar y se detuvo; pocos instantes después su amigo comprendió que su estado era muy grave; en efecto, el pintor estaba agonizando, y cuando llegó el médico exhaló el último suspiro, á consecuencia, según parece, de una hemorragia cerebral. Ernesto Duez había nacido en París el 8 de marzo de 1843 y trabajado en el taller de Pils: debutó en el Salón de 1868, en donde presentó una *Mater Dolorosa;* pero su primer triunfo fué el díptico *Esplendor y miseria*, que figuró en el Salón de 1874 y que valió á su autor una medalla. El género en que más sobresalió fué el de los cuadros de caballete, y todos los años obtenía merecidos éxitos en las exposiciones de los acuarelistas y de los pastelistas con sus flores y sus marinas, de factura elegante y de bellísimo efecto decorativo. Entre sus principales obras deben citarse *Peonías, Camino difícil, San Francisco de Asís, Vieja pescadora, La tarde, Virgilio en los bosques* y el tríptico *San Cuthbert*, que actualmente se encuentra en el Luxemburgo. Duez era oficial de la Legión de Honor.

La Expedición al Sudán. Embarque de tropas egipcias. – El grabado que publicamos en la última página representa el embarque en la ciudad del Cairo del primer cuerpo de tropas egipcias que desde la capital de Egipto salió para combatir á los derviches. Como de este asunto nos hemos ocupado extensamente en el número anterior, creemos innecesarias nuevas explicaciones, tanto más, cuanto que hasta ahora no ha ocurrido en aquella guerra ningún suceso de verdadera importancia.



Doña Adelaida A. de Hernández, presidenta de la comisión de señoras organizada en la Habana para obsequiar á las tropas expedicionarias

(de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Sevilla. – Se ha inaugurado en Sevilla una exposición de pintura retrospectiva sevillana, en la cual figuran obras de Juan Sánchez de Castro, Pedro Sánchez, Juan Núñez, Pedro Fernández, Luis de Vargas, Fernández Guadalupe, Pedro Villegas Marmolejo, Roelas, Pacheco, Alejo Fernández, Lino de Vázquez, Herrera el Viejo, Herrera el Mozo, Polanco, Zurbarán, Bernabé de Ayala, Francisco Varela, Velázquez, Uceda, Castroverde, Juan del Castillo, Murillo, Antolínez, Arteaga y de otros maestros no menos celebrados de aquella famosa escuela, que han sido prestadas por el cabildo catedral, los párrocos de varias iglesias y muchos particulares. Esta exposición notabilísima, que sólo contiene una pequeña parte del inmenso tesoro artístico que aquella capital andaluza guarda en templos y en colecciones particulares, abarca, por decirlo así, toda la historia de la pintura sevillana desde fines del siglo xv á principios del xix.

Roma. – En el Vaticano se han abierto nuevamente los seis salones llamados de los Borgias que el papa Alejandro VI se reservó para habitaciones suyas y que habían sido pintadas en 1494 por Pinturicchio, Perino del Vago y Juan de Udine. Hasta 1889 fueron utilizadas como dependencias de la biblioteca, y ahora se destinarán á museo de esculturas de la Edad media y del Renacimiento.

Amsterdam. – El gobierno de los Países Bajos ha adquirido por la suma relativamente pequeña de 15.000 florines holandeses, ó sea algo más de 30.000 francos, la rica colección de cuadros y otros objetos artísticos que perteneció al almirante de Ruyter. Esta colección, destinada al Museo Real de Amsterdam, contiene, además de veintiséis cuadros en su mayoría de gran valor artístico, los magníficos bastones de mando regalados al almirante por Carlos II de España, una preciosa fuente de cristal verde con el retrato de Ruyter grabado, varios sables de honor y además una porción de curiosos y muy interesantes documentos.

Berlín. – Por iniciativa del emperador parece que se va á dar gran impulso al proyecto de construcción de dos nuevos museos, uno que se titulará del Renacimiento y que ha sido concebido por el soberano alemán, y otro que se destinará á las esculturas antiguas.

– Han comenzado los trabajos de ejecución de los grupos que han de figurar en la Avenida de la Victoria: actualmente están ejecutándose los de Alberto el Oso con los obispos Otón de Bamberg y Wiegert de Brandeburgo, el margrave Otón I con el abad Siebold de Lehnin y el príncipe Pribislaw, el margrave Otón II con Juan Gans de Putlitz y el canónigo brandeburgués Enrique de Amberes, y el margrave Alberto II con Eike de Repkow y Hermán de Salza. Estos cuatro grupos están encomendados á los escultores Schott, Unger, Uphnes y Boese respectivamente. La mayoría de los otros grupos han sido también encargados ya por el emperador á artistas no menos famosos que los citados.

– Una notable fábrica de cerveza ha abierto un concurso para premiar el mejor boceto de cartel anunciador, concediendo tres premios de 2.500, 1.250 y 625 pesetas, y reservándose el derecho de adquirir otros tres, entre los que no resulten premiados, por 375 pesetas cada uno.

– En el salón de Amsler y Ruthard se ha verificado una interesante exposición cronológicamente ordenada de grabados en colores japoneses, que comprendía los mejores ejemplares conocidos desde principios del siglo xvii hasta 1860, y en la que estaban representados los principales maestros, empezando por el célebre Moronolu, que vivió allá por el año 1700, y acabando por Hokusai y Hiroshige y sus sucesores.

Munich. – La Asociación Artística de Munich inaugurará el día 1.º de junio su acostumbrada exposición anual, que se cerrará á fines de octubre. Los envíos se recibirán del 10 al 30 del presente mes.

Teatros. – *Barcelona.* – En el Liceo ha comenzado la actual temporada con el estreno de la ópera en cuatro actos del maestro Puccini *Manón Lescaut:* la obra es de corte italiano, contiene algunas piezas muy inspiradas y está muy bien instrumentada; el público la acogió con aplauso, haciendo repetir varios números. En la ejecución de esta ópera rayó á gran altura, como actriz y como cantante la Sra. Tetrazzini, que ha hecho de Manón una de sus mejores creaciones; el tenor Moretti cumplió bien y los demás artistas desempeñaron sus papeles



El teniente coronel D. Adolfo Martínez de Baños y Paz

(de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

con acierto. La orquesta, dirigida por el maestro Campanini, nada dejó que desear. En el Principal ha debutado con buen pie la compañía de María Alvarez Tubau de Palencia que ha estrenado con buen éxito *La eterna cuestión*, esbozo dramático en tres actos de Enrique Gaspar, interesante y muy bien escrito, y *La praviana*, bonita comedia en un acto de Vital Aza. En Novedades se ha estrenado con aplauso un episodio dramático en tres actos y cinco cuadros de D. Isidoro Martínez, titulado *Familia y patria:* la acción de la obra, que se desarrolla en la isla de Cuba y se enlaza con la guerra separatista, es interesante y entra de lleno en el género patriótico. En Romea se han estrenado con buen éxito *La llupia*, juguete en un acto de Conrado Colomer, y *Una poma per la set*, graciosa pieza en un acto de Lamberto Escaler. En el Eldorado, Frégoli hace las delicias del público que todas las noches llena aquel teatro y no cesa de aplaudir al simpático y original artista.

AJEDREZ

Problema número 15, por José Romero

NEGRAS

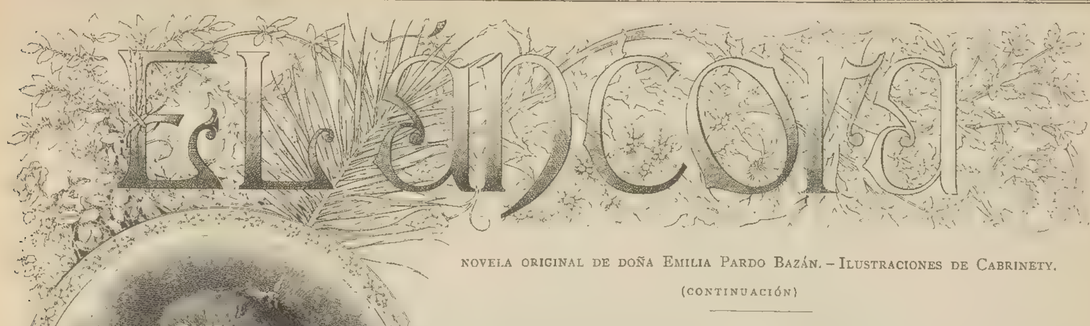
BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 14, por M. de Zamora

Blancas.	Negras.
1. R 2 D	1. C 3 T R (*)
2. T toma A	2. R toma T
3. C 7 R	3. Cualquiera.
4. D mate.	

(*) Si las negras juegan 1. C 2 R, la solución sigue así: 2. C toma C, 2. A juega; 3. T8 A D jaque, y 4. T mate, – y si 1. A toma C; 2. T 8 A D jaque y 3. T 8 C D mate.



NOVELA ORIGINAL DE DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN. – ILUSTRACIONES DE CABRINETY.

(CONTINUACIÓN)

– María – respondió Fernanda, dejándose caer en el banco de terciopelo, – lo que te aseguro es que me ahogo y que me voy á marchar del teatro ahora mismo. No son celos, porque ya sabes que murió el amor: es asco, es vergüenza, es repugnancia, es que necesito estar sola y que la cabeza se me abre de jaqueca ya. Palabra de honor: me siento enferma.

– ¿Pero y el coche, hija? Lo habrás pedido á la hora de salir, como de costumbre...

– Iremos en un simoncillo. Por Dios, no te opongas. Vente á tomar conmigo una taza de te. Ya le enviaré luego el coche... á... Ginés. Pero ir con él esta noche, reunidos en una berlina estrecha..., ¡me sería imposible!

A tiempo que decía estas palabras en voz sorda la angustiada Fernanda, en las butacas sucedía algo que podría tener influencia en su destino. Era que un hombre, un caballero, fatigado de la representación y de lo que estaban degollando á *Carmen,* y tal vez de algo más, se levantaba impaciente, enfundaba los gemelos, y salía en demanda de su abrigo, con propósito de recogerse á su casa, donde le aguardaba hermosa estufa de leña y los periódicos y libros predilectos. Llamábase este caballero Gonzalo Calderón y Tavera, y era primo en segundo grado del marqués de Benalí, con el cual tenía semejanza fisonómica, pero ninguna moral, antes al contrario, no existía en Madrid quien tuviese del marqués de Benalí más pobre idea que su deudo Calderón, ni quien censurase más acerbamente su comportamiento y la necia disipación y escándalo de su vida. Soltero y joven aún, pues no contaría más de treinta y dos años, Gonzalo no rehuía la sociedad ni tenía horror á las distracciones; pero la crápula, el descoco y el alarde de inmoralidad repugnaban profundamente á su alma delicada y llena de rectitud, y solía decir que si hubiese un código con sentido moral, el hombre que se conduce con una mujer como Ginés con la suya, debía estar en presidio. La franqueza con que Gonzalo había manifestado su disgusto y su antipatía hacia Ginés, tenían tan entibiada la relación de los dos primos, que bien puede decirse que Gonzalo no visitaba á los Benalís sino para darles las Pascuas de Año Nuevo. Sin embargo, las madres de Gonzalo y Ginés habían sido amigas íntimas y tiernas.

Aquella noche, Gonzalo, al pasar la inevitable revista de palcos, había visto encuadrarse en el ocular de sus gemelos el grupo ilícito y descocado de Ginés y *Angeles peores.* El asombro le inmovilizó un momento, pues no creía que, á pesar de ciertos antecedentes y de no pocas exterioridades, llegase el marqués de Benalí á tal extremo hallándose presente su mujer. Por natural é impremeditado movimiento pasó los gemelos del palco de la Rojas al de la esposa ofendida, y aunque ésta se encontraba un poco retirada al fondo, desde el sitio que ocupaba Gonzalo pudo verla y sorprender, en el expresivo juego de su fisonomía, la amarga crisis sentimental que en aquellos momentos se producía en el alma de la señora. Sin darse cuenta del porqué, sintió Gonzalo algo que pudiera llamarse pena, como si la cuestión le interesase mucho más de lo que razonablemente le podía interesar, lo cual atribuyó al mismo hecho del parentesco, que entraña cierta solidaridad, y así como hace partícipes de la gloria y los honores á los de la misma sangre, les envuelve también, cuando delinquen, en la misma deshonra. Sintió Gonzalo ira y se propuso cortar toda relación con su primo, aun las de mera cortesía que iba guardando y conservando hasta entonces. «No tengo – pensó – otro medio de protestar... Protesto en la forma que puedo contra ese badulaque. Y en acabándose el acto me voy, porque entre lo mal que cantan y el espectáculo que da Ginés, me siento estomagado.»

Cuando subiendo bien la chalina de seda para tapar la boca cruzaba Gonzalo el pasillo que conduce á la salida de la gente de á pie, detúvose admirado: por el mismo camino salían la marquesa de Benalí, acompañada de la Pimentel, que parecía darla el brazo y sostenerla. En la cara, en la actitud de la dama, se revelaban tan inequívocas señales de congoja y desfallecimiento, que Gonzalo se precipitó á ofrecerse, á preguntar, á prodigar un auxilio que parecía indispensable, y fué tan oportuno, que en el mismo instante de emparejar con las dos señoras el primo de Benalí, Fernanda, vencida por sus nervios é incapaz de desahogarlos con la benéfica explosión del llanto, caía pálida y rígida en brazos de la Pimentel, y era sostenida por Gonzalo con energía poderosa.

– No grite usted, no pida aquí auxilio – exclamó él, sin perder la sangre fría. – No le dé usted á... ciertas personas... el gusto de que se enteren. Déjeme usted á Fernanda y venga detrás...

Y cogiendo por la cintura á la dama, sin dar tiempo á que ni los acomodadores ni el empleado de la taquilla – únicas personas que andaban por allí – se enterasen del asunto, Gonzalo corrió hasta depositar á Fernanda dentro del primer coche de alquiler que esperaba á la puerta. Entró la Pimentel detrás, y Gonzalo escaló el pescante, dando al cochero unas señas y espoleándolo con el ofrecimiento de tal propina, que el desvencijado alquilón salió echando venablos y desempedrando las calles, ni más ni menos que si lo arrastrasen dos *pur sang* llenos de brío.

IV

Impetuosa fué la carrera, pero corta, casi momentánea, pues tal vez no tardó tres minutos en detenerse bruscamente á la puerta de una casa de buena apariencia, en la plaza de la Encarnación. Abierto y alumbrado se encontraba el portal, y Gonzalo, abriendo la portezuela, dijo á la Pimentel, que se mostraba entre curiosa y confusa:

– ¿Ha recobrado el sentido? ¿Puede bajarse, ó la bajamos como se pueda?

– Está mejor. . Creo que puede bajarse.

– Sí puedo – respondió una debilitada voz.

Y Fernanda descendió del coche, mirando con sorpresa alrededor suyo. Ofrecióle Gonzalo el brazo, y en él descansó la dama, para franquear los dos peldaños de mármol, tapizados de terciopelo verde obscuro, que conducían al piso bajo ó *garçonnière,* cuya puerta abrió respetuosamente un lacayito. Gonzalo hizo entrar á las dos señoras en la sala, que abrigaba el suave calor de la chimenea, y encarándose con Fernanda, á la cual acababa de instalar en un sofá, dijo:

– Si te sientes mejor, descansarás y tomarás una taza de tila con antihistérica, y te retirarás cuando ya no quieras seguir honrando mi casa; si estás lo mismo ó peor, dilo francamente, para que llame al médico, que vendrá en un santiamén.

– Gracias, Gonzalo, estoy mucho mejor, acepto la tila, que acabará de reponerme – contestó Fernanda sonriendo, y algo menos desencajada y pálida ya. – No sé qué ha sido lo que me ha dado, ni acostumbro desvanecerme así. Me parece ridículo, y me alegraré de que no se haya enterado nadie.

– ¿Te sentías mal cuando te retiraste del palco? – preguntó Calderón con mal reprimida y aguda curiosidad.

– No; el síncope me acometió al salir. Sin duda el frío ..

– Desazonada estabas ya, no lo niegues – intervi-



... tenía distribuído el día entero...

no la Pimentel, indiscreta y vehemente como de costumbre. – Un color se te iba y otro se te venía...

– Lo noté – dijo sin reflexionar Gonzalo.

– Pues yo no notaba cosa ninguna – replicó Fernanda acentuando su negación, como para prevenir frases que no quería escuchar, y que tampoco hubiese pronunciado Gonzalo.

– Y diga usted, salvador nuestro – exclamó la Pimentel festivamente, – ¿este es su palacio?

– Mi choza - respondió él en el mismo tono.

– ¿Chocitas con sofás de Aubusson y alfombras persas? No andan mal alojados los pastorcillos del día. A ver, enséñenos usted el rebaño y las ovejuelas... Lo que me parece es que hemos sido algo incorrectas – *very shocking* – en dejarnos raptar por este Melibeo. *¿Qué dirán los lores, luego de nosotras?*

– Las he traído á ustedes aquí – respondió el joven dirigiendo la disculpa exclusivamente á Fernanda – porque vivo á dos pasos del Real, y mi prima vive nada menos que en el barrio, y para llegar á su casa tendría que tardar media hora. Además, tal vez sea preferible que en su casa *nadie* se entere de que se indispuso. De todos modos, ella me juzgará, y si fuí culpado, me condenará. Sentiría muy de veras haber andado torpe, y si Fernanda cree que aquí no está en donde más se la venera, ó si sólo cree que su presencia aquí es por cualquier motivo inadecuada, que me retire inmediatamente la satisfacción y la honra que está haciéndome, y á las cuales le viviré siempre tan agradecido.

Fernanda fijó en Gonzalo los serenos ojos, y respondió con graciosa dignidad, ciñéndose más al cuello la estola de chinchilla que completaba su rica salida de teatro:

– Por Dios, Gonzalo, si sólo tengo atenciones que agradecerte... Estoy aquí muy bien, y á nadie le parecerá otra cosa; me autoriza María, y á falta de María, nuestro parentesco y... *nosotros mismos*. En prueba de que estoy contenta, tomaré con mucha calma la tila. No tengas miedo, *nadie* me echará de menos...

Salió Gonzalo á dar órdenes, y quedáronse las dos señoras examinando curiosamente la salita, en la cual los estantes con libros y las repisas con antiguos bronces formaban la mejor decoración. En un ángulo, cubierto por ancha y bordada tela antigua, hallábase el largo piano Erard, uno de esos pianos de aficionado, tan distintos del vulgar y mesocrático *vertical*, que atruena á diario los oídos. Comprendíase que aquel piano era un amigo, un confidente, un compañero del que lo tenía en su habitación, y que cuando los dedos del dueño recorrían el teclado, debían de transmitir algo de su alma al marfil de las teclas. Algo parecido á esto se le ocurrió á Fernanda, y como se le ocurrió lo dijo, en tono confidencial, á María, oyéndolo Gonzalo que volvía á entrar á la sazón, y que en el acto, sin remilgos de *virtuoso*, alzó tela y tapa, y se sentó, empezando una suave y ensoñadora divagación sobre motivos de Beethoven. Habíase sentado Fernanda vivamente en un sillón al lado del piano, y cerrando los ojos, recostando la cabeza en el respaldo mullido, dejábase llevar en alas de la música, advirtiendo en sus nervios una deliciosa impresión de calma y como si todas sus fibras se relajasen y distendiesen, en una paz y un olvido profundo de todas las luchas y los dolores pasados. No era la música que Fernanda oía ningún prodigio de ejecución; no era Gonzalo ningún maestro de esos que *dominan* las dificultades; era sólo un corazón que guiaba una mano y que á veces gemía y se quejaba por medio de ella, y otras por el mismo camino ascendía al cielo de las ilusiones, entre rosadas nubes. Nota por nota iban cayendo en el espíritu de Fernanda como un refrigerio, tanto más dulce cuanto más inesperado y repentino, y una inexplicable sensación de ventura, una ola de juventud, corría por sus venas, llenando su pecho... Cuando Gonzalo, después de una vibrante serie de acordes matizados en firme *crescendo*, dejaba apagarse poco á poco la melodía y morir con una blandura quejosa que se parecía al gotear de las lágrimas, Fernanda sintió, como había sentido antaño al oir una copla popular, que se humedecían sus ojos, y avergonzada sin saber por qué volvió la cara hacia la sombra.

Hay situaciones cuyo encanto consiste en que nadie las advierta, las defina ni las profane con una palabra ó una observación indiscreta. Diríase que el alma tiene el mismo instinto de pudor que el cuerpo, y que no quiere ser sorprendida. Fernanda, atónita de sentir que lloraba, hizo lo posible por esconder el llanto y porque nadie observase aquel enternecimiento inexplicable y repentino. Pero la incorregible Pimentel, capaz de cualquier sacrificio menos de refrenar la lengua, se encargó de exclamar á voces:

– ¡Calle! Ha puesto usted una pica en Flandes, Calderón... Es la primera vez que veo conmovida á Fernanda.

En ciertos momentos y ante ciertas indiscreciones, el que sepa tomar nota del proceder de un hombre, puede decir que le conoce tan á fondo como si viviese en su compañía algunos años. Fernanda, á quien sus precoces desilusiones habían enseñado á desconfiar, temió instintivamente que Gonzalo, al oir á la Pimentel, fijase en ella una de las miradas que cuando no son inconvenientes son ridículas; y es indecible el bienestar que experimentó al ver que Gonzalo, tan confuso como un niño, volvía el rostro también, y levantábase para rehuir mejor el impensado triunfo... Fueron todas estas impresiones fugaces, instantáneamente recogidas al fondo del alma por el sentimiento de las conveniencias; y cuando un cuarto de hora después, Fernanda llevaba á sus labios la taza de tila y absorbía el primer sorbo alabando el gracioso decorado del ejemplar de porcelana del Retiro, nadie hubiese sospechado que momentos antes una profunda y dramática situación se había producido entre aquella señora tan correcta en su amable familiaridad y gratitud y aquel caballero tan rendidamente y respetuosamente cortés. Las almas, un momento asomadas á los ojos, habían vuelto á cerrarse y replegarse; ya no rizaba el más ligero estremecimiento la superficie del rostro. Fernanda achacaba al malestar del síncope la emoción causada por la música, y Gonzalo se apresuraba á aceptar esta explicación y á corroborarla con observaciones propias. El auxilio de la desahogada María Pimentel fué eficaz para dar á la conversación un tono menos embarazoso y completamente libre de preocupaciones internas. Sin embargo, como la maldita charlatana era imposible que no llevase la entrevista á un terreno resbaladizo, la dió por alabar hiperbólicamente el orden y el *confort* de la casa de Gonzalo, y por relacionar este orden con su soltería.

– ¡Claro! ¿Cómo ha de sentir usted la necesidad de una mujercita, si lo tiene usted todo hecho una tacita de plata? ¡Esta sala no podría estar más coquetona, aunque la arreglase la hada de las Perlas! ¡Digo! ¡Qué cortinajes, qué estufa, qué *bibelós*; hasta tiene flores frescas!

– Me alegro - dijo Gonzalo – que me lo recuerde usted, porque así podré ofrecer á ustedes algo que las agrade... Ya pondremos en el coche la canastilla – añadió. – Pero, mi discreta amiga, permítame usted que proteste enérgicamente contra ese criterio que usted acaba de manifestar. Soltero estoy, y mi casa no huele mal ni tiene telarañas; sin embargo, conste que ni tengo el mal gusto de jactarme de mi soltería, ni creo que los hombres deban casarse para que les barran bien el piso. ¿Qué tiene que ver, señora, dígamelo usted por su vida, el más ó menos *confort* que todo el mundo puede conseguir si tiene un criado bien enseñado, con la felicidad que sólo da una unión... como hay bien pocas? ¡Ah! ¡Si viese usted qué fatigado está uno de oir recomendar la vida conyugal como se recomienda la ropa de franela ó el salicilato! Hasta se me figura que esas recomendaciones son en parte las que le tienen á uno soltero...

Oía Fernanda con toda su voluntad, pero callaba, pareciéndole, quizás por lo mismo que la conversación la interesaba tanto que casi la tenía suspensa, que el terciar en ella la causaría cierto rubor, como el que causa cometer una indiscreta demasía. Gonzalo prosiguió:

– Una de las cosas más hermosas y más grandes que existen es el matrimonio; pero pocas habrá más echadas á perder en general, por las costumbres y por esa ligereza casi brutal que todo lo gasta y lo bastardea, que todo lo arrostra y lo deprime. Créalo usted, señora de Pimentel, yo soy soltero... por culpa de ese medio ambiente deletéreo y malo en que se respira. Soy un hombre sin valor y sin convicciones, porque á tenerlas, me formaría mi mundo propio y daría un puntapié á ese mundo cuya vanidad conozco..., en fin, la conozco hasta el extremo de que me hace sufrir. Veo la verdad, la hermosura, lo santo, lo augusto, lo incomparable de ciertos lazos... y no lo sé realizar, no sé dar cuerpo á mi sueño. Imagino que podrá existir por ahí, por el mundo, por alguna parte, una mujer capaz de sentir como yo y de tener igual concepto de la vida..., y no me resuelvo á buscarla, porque el dolor de no encontrarla me asusta y me horroriza casi. El miedo al desengaño me impide agenciarme la dicha, y ahí tiene usted cómo soy un infeliz Tántalo, que ni aun se resuelve á buscar el agua con la boca...

– ¡Ay, hijo mío! – exclamó la Pimentel con fervor. – ¡Si me parece usted un santo y le voy á encender dos velas ahora mismo! Viuda estoy por lo mismo que usted soltero: por creer que todos los hombres (por lo visto, excepto usted) son unos pillos que merecen la horca.

– Señora, mire usted que yo... – murmuró Gonzalo riendo á su pesar.

– No, no, que usted lo dice con palabritas muy bordadas y por todo lo alto, y yo lo expreso con más lisura, pero que creemos lo propio: que ni hay mujeres para usted ni hombres para mí... Y que el buey suelto se lame tan ricamente.

– No es eso. Si yo... Me hace reir..., señora... Si yo..., yo me lamo detestablemente. Hay días en que me encuentro tan inútil, me siento tan triste y tan solo... Pero dejémonos de estas tonterías – exclamó Gonzalo, comprendiendo que á poco más la conversación tomaría un tinte ridículo.

– He bebido la tila; me siento muy bien... Vamonos, María, después de darle á mi primo las gracias. Adiós, Gonzalo; no puedes figurarte lo que te agradezco tu amabilidad – murmuró la señora incorporándose y buscando con la vista su abrigo, que Gonzalo se apresuró á traer y á colocarla en los hombros.

– Perdóname si no he sabido recibirte bien – dijo respetuosamente Calderón al ofrecerla el brazo. – Os acompañaré hasta tu casa en el pescante del coche.

– Te pido por favor que no... Prefiero que nadie sepa que... que me he puesto mala.

– Tienes razón. Nadie lo sabrá por mí – respondió Gonzalo en voz baja, con significativa vehemencia.

– Gracias – respondió ella en voz que, involuntariamente, hizo de miel la turbación y la simpatía.

Dentro ya del coche, la Pimentel dió á Fernanda al codo.

– ¡Qué lástima, hija! Sin salir de la familia pudiste elegir mejor que tu maridito. ¿Sabes que este anacoreta que tiene su casa llena de flores parece cortado para tu genio?

– María – respondió Fernanda ciñendo á su amiga los brazos al cuello, – si me tienes lástima, no aludas siquiera á ciertas cosas. Bien sabe Dios que siempre he mirado con horror á las mujeres livianas; que siempre la traición y el engaño me han parecido lo que son, un asco... Pero en este momento, ya ves, en este momento se me figura que antes que imitar á los que se revuelcan en su infamia..., óyelo bien, María, óyelo, ¡me arrojaría de una ventana del quinto piso! No es virtud, no es que me la eche de santa: es que creo que aun cuando me rodeasen ahora todas las seducciones del infierno y del cielo juntos... no habrá quien me aparte de mi camino... ¡Caigan todos, menos yo!

– ¡Ay, pobrecita! – exclamó la Pimentel. – ¡Qué mala señal! Estás más enferma de lo que parece...

V

Nada transpiró de la escapatoria, porque dos de las personas en ella interesadas la callaban, quizás por recordarla excesivamente, y la tercera, la bulliciosa y provocativa María Pimentel, también supo callarla por amistad, por pasión, por el fanatismo afectuoso que la inspiraba la poco feliz marquesa de Benalí. Es de las cosas más difíciles, en la siempre ardua investigación de los móviles de los actos humanos, el saber si muchas acciones reprobadas no se inspiran tal vez en generosos móviles, y si á su vez ciertas acciones buenas en sí las dicta un motivo acaso censurable, si lo depurásemos detenidamente. Sin duda que entre los sentimientos de la Pimentel – sentimientos que ella no se había cuidado de pasar por tamiz ni de encauzar rectamente, sino que los había dejado crecer como crecen lozanos é indisciplinados los brotes del árbol, echando ya frutos, ya espinas y nudosos ramos, – uno de los mejores y más nobles era el de la amistad; pero esta amistad revestía algunas veces formas egoístas: la Pimentel no quería ver sufrir á sus amigos, y por quitarles el frío una noche era capaz de prender fuego á Madrid por los cuatro costados.

Impetuosa en su cariño, la desenfadada viuda, aunque no profesaba abiertamente principios de relajación y de inmoralidad, ni mucho menos, olvidaba completamente la existencia de otros principios cuando se trataba de no ver padecer á los que quería. Para la Pimentel, que conservaba, como sucede á muchos, bajo la corteza del elevado trato social el sentir fogoso y sin freno de las clases populares, ninguna clase de principios existía, no había nada abstracto, nada que dependa de la ley moral; y sólo el hecho, concreto, inmediato, de relieve, con sus accidentes sensibles, tenía valor y fuerza. Hay más: como toda persona dominada por el sentimiento, la Pimentel no sabía calcular la serie de consecuencias y el reato de dolor y de infamia que lleva consigo muchas veces la satisfacción de un anhelo sentimental. Aunque la experiencia y la observación debieran haberla adoctrinado, jamás perdía la Pimentel las ilusiones del candor que todo lo ignora, y su mano no temblaba al combinar atrevidamente circunstancias y sucesos que podían causar terribles explosiones. Si alguna vez pensaba la Pimentel en los resultados po-

sibles de su química insensata, lo hacía á la manera fatalista, confiando en la suerte y poniendo á «Dios sobre todo.»

Hasta tal punto desoía la viuda los consejos de la experiencia, que, por ejemplo, al tratarse de Fernanda Benalí, creyóse completamente autorizada para intentar buscar algún consuelo á su amiga, fundándose en las palabras que ésta había pronunciado en el coche, y que, según la impresionable María, eran prenda segura de que en ningún error censurable podía incurrir Fernanda. Después de tales protestas, de tal explosión de honradez, ¿qué temer ni qué recelar? ¿No era justo, *en cambio,* proporcionar á la sacrificada víctima algo de inefable y delicado consuelo?

Repito que tales cosas no las reflexionaba la Pimentel; ni las formulaba así para su sayo. *Las sentía*, que es muy diferente. Cuando raciocinamos, puede el raciocinio echar abajo lo que el mismo raciocinio levantó sobre mezquinos fundamentos; pero lo que el sentimiento fabrica de un solo golpe, con el valor increíble de su potencia plástica, no lo destruye ni el ariete de mayor empuje. Ya hemos dicho que era difícil censurar ó condenar, al menos en su origen, los móviles que á la Pimentel guiaban. En efecto eran desinteresados y hasta tenían algo de hermoso, en este caso concreto. Viuda intachable (ella decía que por conocer bien á los serpentones de los hombres), la Pimentel era capaz de creer que sólo un hombre merecía que en su favor se hiciese una excepción... y este hombre había de ser el que pudiese aliviar las penas de Fernanda.

Un incidente, de esos que parecen no abrir huella, pero que marcan una transformación en un espíritu, vino á empeñar más á la Pimentel en ciertos planes que ya acariciaba. Cierto día, al entrarla el chocolate, diéronla con él un billetito, en cuyo sobre reconoció la letra de la marquesa de Benalí. El billete, muy lacónico, sólo decía: «Ven esta noche á las once menos cuarto. Si te dicen que he salido, vuélvete á tu casa. Si no, entra. La explicación de este enigma ya te la daré de palabra, si es que esta noche no nos vemos.»

Otra menos viva y exaltada que la Pimentel se hubiese sentido picada de curiosidad al leer semejante epístola. Daba vueltas á su contenido, y cada vez lo encontraba más misterioso y extraño. Las vueltas que dió María á la carta no son para descritas. Forjó dos ó tres novelas cada cinco segundos. Ganas la dieron de adelantar la explicación, pero tenía distribuído el día entero: almorzaba en casa de los Alcántaras, salía á paseo y tiendas con Conchita Minglán, tenía que no faltar al te de la Legación de Dinamarca, y comía después en casa de unos primos muy puntillosos y exigentes, los Sres. de Cardoné. Imposible desgajar, de día tan atareado, la hora necesaria para salir de dudas. Estuvo en todas partes distraída y preocupada, y antes de las diez y media pidió en casa de Cardoné que le trajesen un cochecillo, y salió en volandas hacia el hotel de los Benalís. «Sólo faltará – pensaba – que no me reciba, y que tenga yo que quedarme hasta mañana con el bollo sin cocer en el cuerpo.»

Respiró cuando el criado, saludándola de la manera entre respetuosa y familiar con que acogen á las personas gratas los domésticos bien amaestraditos, alzó el *portier* pronunciando el sacramental «Suba la señora. La señora marquesa está en sus habitaciones.»

María devoró la escalera, cruzó antesalas y salitas, y entró como un rehilete en la pieza donde hemos visto á Fernanda, de vuelta del *baile rosa*, contemplar su hermosura con algo de fiebre y de vanidosa satisfacción inocente, amargada por otras consideraciones de desdicha. «¡Fernanda, Fernanda!,» gritaba la Pimentel, pero no recibió respuesta; y no encontró á su amiga, hasta que la tropezó con el pie... Fernanda estaba allí, pero caída, inerte sobre la alfombra. Temblando, precipitándose, loca de emoción, la Pimentel alzó á Fernanda y la arrastró al diván semicircular que rodeaba en parte el tocadorcito. Al pronto la creyó desmayada, pero luego hubo de convencerse de que no había síncope, ni ninguna privación de sentido, sino una especie de estupidez, un estado de esos en que el alma se niega á toda espontaneidad y no ejerce, por lo tanto, acción sobre el cuerpo, que queda como abandonado, semicadáver. La cabeza de Fernanda rodaba sobre el respaldo del diván; sus brazos caían á lo largo del cuerpo, y las manos, frías y pálidas, se abrían como para soltarse y desasirse de todo. Lo que más extrañó María fué ver á Fernanda vestida con primor y coquetería suma, arrugando aquel traje del baile rosa, aquella obra maestra del gran modisto, que sin duda la oprimía el talle y ayudaba á su malestar. La Pimentel, con presteza de mujer que conoce las artimañas del tocador, aflojó á su amiga, mientras las preguntas de rúbrica acudían á sus labios.



... se sentó, empezando una suave y ensoñadora divagación sobre motivos de Beethoven

– Pero ¿qué es esto? Fernanda, ¿no tienes juicio? Hija, ¿quieres matarte? Infeliz, mira que lo primero eres tú... A ver, ahora mismo pido el te... ¿Te llevo á la cama? ¿Llamo al médico por teléfono en seguida? Monina, pobre, paloma.. A ver. Di, ¿qué es esto?

– Gracias, María – dijo al cabo la Benalí, arrancándose el elegante corpiño y arrojándolo lejos de sí con tedio. – Tráeme la bata de franela, por Dios... y déjame que me rehaga un poco... Tu voz y tu presencia me hacen bien. Por favor, no llames á nadie.

Trajo la Pimentel la abrigada bata, y después de vestírsela á su afligida amiga, la calentó las ateridas manos llegándolas al pecho, y la besó cariñosamente en la frente.

– Ya sabía yo, María – dijo Fernanda por fin – que esta noche no tendría más compañía que la tuya, ni más consuelo que el de tu amistad. Lo sabía, pero somos incorregibles... y yo he querido que no me quedase ningún recurso por agotar, ni ningún remordimiento de no haber intentado todo lo que intentarse puede. Me han acusado de que mi altanería, mi reserva glacial, mi indiferencia, podrían ser la causa de que mi esposo...

– Ñoñerías del Padre Alorda – exclamó furiosa la Pimentel. – Después de que tu marido te trata á puntapiés, quiere que le des confites. No he visto cosa más tonta que los santos, hija mía del alma.

– María – dijo Fernanda alzando la cabeza, – no juzguemos así á los que pueden darnos lecciones... La culpa habrá sido mía también esta vez; no habré sabido implorar, ni agradar, ni retener, ni decirle á mi marido todo lo que debe decirse para cautivar una voluntad y ablandar un alma. ¿Y sabes por qué no supe? ¡Lo dice quien conoce las almas mejor que tú y que yo! No supe... porque... ya no quiero á mi marido.

– ¡Mira tú, qué fenómeno! Pues es raro, porque un sujeto que tanto lo merece.. Vamos, tranquilízate, anímate, cuéntame eso...

– No le quiero ya, María. Y mira, esto es mucho más horroroso que lo otro: que la convicción de que él no me quiere... ¡Y cuidado que cuando adquirí esta certidumbre, te aseguro que me pareció que se acababa el mundo! Pues mayor, más terrible ha sido la impresión de hoy: ¡convencerme de que no le quiero ya, de que ni un resto de aquel cariño sobrevive al desprecio y á la antipatía! Por eso he caído al suelo y me he revolcado en él; ¡porque esto es peor de lo que yo me temía!

– Pero ¿qué ha pasado, mujer? En resumidas cuentas, ¿qué ha pasado? Porque algo pasó muy gordo, hijita.. A ver, entérame..., ¡si es que te sientes con fuerzas!

– Sí – respondió Fernanda rehaciéndose con esfuerzo heroico. – Lo que ha pasado es bien sencillo. Historia de todos los días. Hoy era el aniversario de mis bodas. Siempre lo festejaba Ginés. Había regalito de joya, y *soirée* íntima. En tal noche siempre me sonreía la esperanza. Elegí esta noche para obedecer á los buenos consejos, para intentar algo, para mostrar mi herida y que me la curasen. Ginés, después de comer, mostró intención de salir. Hablé, rogué, agoté los medios todos..., algunos hasta indignos..., porque..., ya lo ves..., me puse así... este traje... ¡Qué vergüenza!

Hubo un instante de silencio; porque la Pimentel misma, ante el triste caso, sentía agotada su facundia.

– Hablé de esta fecha..., recordé otras..., todo lo hice, todo... Era mi marido, mi dueño legítimo, el único hombre á quien sin rubor puedo querer.. Todo en balde: repulsa, frialdad, indiferencia... Y yo también, por dentro, indiferente, alegrándome casi de que se frustrasen mis esfuerzos... Y cuando ya le vi salir, y comprendí que iba á casa *de esa*, y conocí que no sólo no me afligía, sino que casi, casi me regocijaba, ¡sí, me regocijaba con amargo regocijo!, porque tampoco yo..., también yo...., entonces..., María..., entonces. . ¡ay de mí!, me aborrecí á mí propia, y me dejé caer en el suelo, y así estuve, deseando morir, hasta el momento en que tú entraste.

Seguía callando la Pimentel. Sin duda buscaba en los repliegues de su viva imaginación una fórmula que resumiese del modo más expresivo aquella situación extraña, inverosímil, y sin embargo tan verdadera y tan profunda. Y como no la encontrase, salió del apuro con una de sus rabotadas, ora donosas, ora cínicas y hasta una miaja chulescas. Cruzóse de brazos ante Fernanda; la miró hasta dentro del alma; sonrió picarescamente, y meneando la cabeza exclamó:

– Ya sé yo de qué mal se va á morir el marqués de Benalí, D. Ginés Tavera, muy señor mío y de todo mi aprecio. Se le van á pegar los escrupulitos de su cara mitad, y como es enfermedad que no perdona, enterrarán juntos á los dos amantes esposos... Digo, á él le enterrarán con los *ángeles.*

VI

Y resolvió para su moño – bastante alborotado por más señas – la Pimentel, que aquella situación era insostenible, y que á ella la competía tomar cartas en el asunto, buscando un medio de que á la pobrecita Fernanda la fuese más llevadera su espantosa soledad.

No pensaba en nada concretamente malo la Pimentel. Deseaba, sí, que su amiga se reconciliase con la vida, asiéndose á una de esas briznas de felicidad que crecen en el país de los sueños. Era poética á ratos la Pimentel, y hasta sabía perderse en los laberintos de las sutilezas más vaporosas. A pesar de su lenguaje crudo y pintoresco, de su malicia y de su trastienda mundana – que á veces remedaba conocimiento del corazón, – había un rinconcito para el culto del ideal en aquel espíritu que alguien creerá generosamente altruista.

(Continuará)

NUEVOS DESCUBRIMIENTOS HECHOS EN POMPEYA

LA CASA DE LOS VETTI

Desde que á mediados del siglo pasado comenzaron las excavaciones en la ciudad sepultada por las lavas del Vesubio en el año 79 de nuestra era, la antigua Pompeya ha ido surgiendo de la tierra que la ocultaba, y cada día se realizan allí nuevos descubrimientos, sobre todo desde que el gobierno italiano da gran impulso á los trabajos. El director de éstos, el ilustre profesor Fiorelli, ha muerto recientemente y de su fallecimiento nos ocupamos en tiempo oportuno; pero sus discípulos, entre ellos el ingeniero Cozzi en primer término, prosiguen con ardor la obra del gran arqueólogo.



Fragmento de un friso de amorcillos del triclinio de la casa de los Vetti

A Cozzi se debe el éxito feliz de las últimas excavaciones que han puesto al descubierto una casa, la de los Vetti, la más importante sin duda de cuantas hasta ahora se han descubierto en Pompeya. La familia de los Vetti contábase entre las más ilustres de la ciudad, y sus miembros, que ocuparon los puestos más elevados en la administración, eran seguramente gentes que sabían vivir y apreciar en todo su valor las comodidades del hogar. El espacioso edificio cubre toda una ínsula, ó como hoy diríamos, una manzana, y aunque su disposición, por ser la misma que la de las demás casas de Pompeya, no enriquece el caudal de nuestros conocimientos acerca de la vida privada de los antiguos habitantes de aquélla, ofrecen interés grandísimo las obras de arte que en gran número contiene, y algunas de las cuales, como las pinturas murales, están admirablemente conservadas. También se han encontrado multitud de estatuitas; pero es muy probable que entre ellas no haya las que debieron ser más notables, cabiendo suponer que los dueños de aquella mansión, advertidos por los temblores y por algunos fenómenos naturales, huyeron de allí antes de que se consumara la catástrofe, llevándose consigo los objetos más preciosos: las pinturas de las paredes no pudieron naturalmente llevárselas, y por esto se han conservado para la posteridad.



Pared de uno de los salones de la casa de los Vetti

Después de atravesar un estrecho vestíbulo, cuyos muros están cubiertos de inocentes pinturas alegóricas cuyo objeto era ahuyentar los maleficios de cualquier enemigo que pasara por delante de la casa, penétrase en el atrio, es decir, en el salón, en cuyo centro está la taza en donde se recogía el agua de lluvia: en aquella pieza congregábase durante el día la familia; allí charlaban las mujeres y allí jugaban los niños. En cuanto á los hombres, su vida transcurría en su mayor parte fuera del hogar doméstico, en la calle y en el foro. A ambos lados del atrio ábrense una porción de pequeñas habitaciones que servían de dormitorios: también se encuentran allí el *sacrarium*, ú oratorio, y la cocina. Después del atrio viene la parte más hermosa del palacio, el peristilo, el jardín rodeado de pórticos, y aunque ha aparecido bastante arruinado, su estado permite formarse idea completa de la magnificencia de aquel lugar que debieron adornar multitud de estatuas, colocadas sobre zócalos de mármol, fuentes y mesitas sostenidas por quimeras: de unas y otras subsisten algunas todavía.

A los dos lados del peristilo hay otras tantas salas llenas de pinturas, y aun cuando es de suponer que éstas son obra de artistas de la región, no tendría nada de particular que fuesen debidas á artistas romanos, á quienes solían llamar con frecuencia los hombres ricos de las provincias para confiarles el decorado de sus palacios. Pompeya en aquella época, cuando el mar llegaba hasta sus murallas, era una ciudad mercantil en extremo floreciente y mantenía muchas relaciones con Roma, y además por su hermosa situación constituía una residencia de verano muy estimada por los habitantes de las grandes ciudades. El autor de aquellas pinturas es desconocido, pero su obra le acredita de artista de gusto y de talento. Las tres paredes de cada sala están adornadas con frescos ornamentales y en el centro hay un cuadro de unos cuatro metros: dos de nuestros grabados reproducen, el uno una parte de estas paredes, y el otro uno de los cuadros centrales que representa á Ixión atado á la rueda. Este personaje mitológico dió muerte, como es sabido, á su suegro Deyoneos, acción perversa que indignó á los dioses y á los hombres, los cuales se negaron á purificarle de su crimen; sólo Júpiter se apiadó de él, llevándole al Olimpo y sentándole á su mesa, beneficios que aquél pagó requiriendo de amores á la diosa Juno, esposa de su bienhechor: éste en castigo de su ingratitud mandó á Mercurio que atase al ingrato á una rueda de fuego alada y lo lanzase al aire hasta dejarle en los infiernos. La varonil figura del centro del cuadro es Mercurio que ejecuta la orden de Júpiter; la que está á su lado debe ser su auxiliar Hefestos: la matrona que aparece sentada á la derecha es Juno, que con majestuoso ademán aprueba la sentencia dictada contra Ixión.

El otro fresco central representa de una manera perfectamente clara á Hércules matando las serpientes que Juno le enviara para acabar con su vida.

En uno y otro, el artista se separó un tanto de la tradición mitológica. En efecto, en el primero faltan las serpientes con que, al decir de aquélla, fué Ixión atado á la rueda; en el segundo, Hércules es un niño ya crecido, al paso que, según la tradición, era casi recién nacido cuando Juno quiso desembarazarse de él por aquel medio, vengándose de esta suerte de la infidelidad de su esposo.

Las pinturas están bastante bien conservadas, y gracias al cuidado con que se procede en aquellos trabajos de excavación, apenas han sufrido deterioros al



Miniatura del triclinio de la casa de los Vetti

separar la masa de tierra y lava que como á todos aquellos tesoros las cubría.

No menos magnífica es la ornamentación del amplio triclinio, el comedor, lo cual no es de extrañar, porque el comer y el beber eran cosas de suma importancia entre los romanos del tiempo del Imperio. Un friso de un gusto exquisito corre á lo largo de las paredes de esta estancia: representa diversas escenas de la vida ordinaria, pero los personajes son amorcillos, lo cual no es nada nuevo tratándose de Pompeya, y antes bien responde perfectamente al gusto de la época; pero este friso tiene sobre todos los demás de este género que de aquella antigua ciudad se conservan el mérito de una frescura y de una naturalidad que ninguno de los otros ofrece en tan alto grado. Entre los asuntos en el friso representados hay una tienda de coronas, un batán y una carrera de caballos; pero el más bellamente ejecutado es el taller de un joyero que otro de nuestros grabados reproduce: en el centro está sentada la rica compradora que se hace pesar por el artífice la joya es cogida; á la derecha un obrero golpea sobre el yunque, y detrás de él su compañero está al cuidado del horno de fusión, cuyo fuego atiza un aprendiz con el fuelle; á la izquierda otros dos obreros forjan el oro, poniendo en esta faena todas sus fuerzas. No creemos necesario insistir acerca de la importancia que esta graciosa pintura tiene desde el punto de vista de la historia de la civilización. Los asuntos de las pequeñas y delicadas miniaturas que adornan las paredes del triclinio son marcadamente dramáticos: el de la que nuestro grabado reproduce representa el sacrificio de Ifigenia.



IXIÓN ATADO Á LA RUEDA, cuadro central de una pared del salón de la casa de los Vetti

Los grabados que publicamos no son más que una pequeñísima muestra de los muchos tesoros artísticos que entre las ruinas de Pompeya se han descubierto últimamente, cuya reproducción total llenaría un voluminoso libro; pero por ellos pueden imaginarse nuestros lectores adónde alcanza la importancia del hallazgo.

El director de las excavaciones, de Petra, se propone publicar una monografía acerca del descubrimiento de la casa de los Vetti: el libro tendrá indudablemente gran interés para los arqueólogos y para todas las personas ilustradas y logrará entusiasta acogida, porque ese sabio profesor ha sabido interpretar y satisfacer los deseos sentidos, si no expresados, por los aficionados á la arqueología, haciendo por primera vez que la casa de los Vetti subsista en el sitio donde fué descubierta tal como estaba en sus tiempos: hasta ahora los cuadros y demás objetos de arte y utensilios que allí se encontraban eran depositados unos en el gran museo de Nápoles y otros en el pequeño de Pompeya, con lo cual se despojaba de una gran parte de su interés á las ruinas de los edificios que se iban descubriendo y perdían no poca importancia los objetos mismos, separados de los lugares á los cuales servían de ornamento; en lo sucesivo, la imagen del brillante pasado se alzará nuevamente en el lugar en que antes estaba con todo el relieve y la exactitud posibles de la realidad misma. – X.



LA EXPEDICION AL SUDAN. – Embarque de las tropas expedicionarias egipcias

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

El mundo como voluntad y como representación, por *Arturo Schopenhauer*. Pocas eran las obras del ilustre filósofo que hasta ahora se habían traducido á nuestro idioma, y nada se conocía de su obra fundamental que acaba de publicar la conocida casa editorial madrileña *La España Moderna*.

En la obra que anunciamos, como en todas las de Schopenhauer, júntanse la profundidad y originalidad de su pensamiento con la amenidad y atractivo literario de una exposición clara, cualidades que dan á la obra de este filósofo un carácter especialísimo que la distingue de todas las de los demás filósofos de Alemania, donde tantas lumbreras han brillado en este ramo del humano saber.

La grandísima influencia que las obras de Schopenhauer han ejercido en todos los pensadores y literatos modernos nos releva de encomiar el grandísimo interés y la utilidad inmensa de *El mundo como voluntad y como representación*, no sólo para los aficionados á los estudios filosóficos, sino también para cuantos al cultivo de las Bellas Artes se dedican.

Correctamente traducida y esmeradamente impresa, la primera parte de esta obra, que forma dos tomos en un solo volumen de 700 páginas en 4.° mayor, se vende en las principales librerías al precio de 12 pesetas.

Cuentos, por *Teófilo Gautier*. – La Biblioteca Selecta que con tanto éxito publica en Valencia el conocido editor señor Aguilar, acaba de dar á luz el tomo 75, que se compone de seis preciosos cuentos del reputado escritor Teófilo Gautier. Sobradamente conocido es el nombre de éste en el mundo literario, como poeta, novelista y crítico, para que hayamos de encomiar el libro que nos ocupa, y que se vende en las principales librerías al precio de dos reales.

Cultura literaria del público. – Folleto publicado en Madrid por la *Reforma literaria*, que dirige D. Manuel Lorenzo D'Ayot: contiene algunas atinadas consideraciones acerca del estado de la cultura literaria del público español en nuestros días. Véndese á dos reales.

Derechos de autor, por *Carlos Delcasse*. – La representación de la ópera del maestro Puccini *Le Willi*, en el teatro Politeama de Buenos Aires, sin consentimiento de la casa propietaria de la obra, que lo es la de Tito Ricordi de Milán, dió lugar á una reclamación por parte de éste ante los tribunales bonaerenses contra los empresarios de aquel coliseo señores Ciacchi y Rajneri, á quienes además de esta usurpación se imputaba el delito de falsificación por haber hecho ejecutar la ópera con una instrumentación defectuosa que en muchas partes alteraba notablemente la composición original. El distinguido letrado de la capital argentina D. Carlos Delcasse, en nombre y representación de la casa Ricordi, formuló la correspondiente demanda, que ha sido impresa y uno de cuyos ejemplares hemos recibido, en la cual con sólidos razonamientos defiende los derechos de su patrocinado que, al decir de él, están perfectamente garantizados por las leyes de aquella república: es un documento muy notable desde el punto de vista jurídico, y está además muy bien escrito. De desear sería que la demanda de la casa Ricordi prosperase y que un fallo de los tribunales argentinos asegurase la inviolabilidad de los derechos de propiedad intelectual, poniendo coto á los abusos que en esta materia se cometen en aquella y otras repúblicas americanas con grave perjuicio de los extranjeros que han concebido y compuesto una obra artística ó literaria. El folleto ha sido impreso en la imprenta de Pablo E. Coni é hijos, calle Perú, 680, Buenos Aires.

La España Moderna. – El último número de esta importantísima Revista contiene: *Memorias de un solterón*, novela, por E. Pardo Bazán; *Aventuras y desventuras de un soldado viejo*, por el general Nogués; *Final del Apocalipsis, dolora inédita*, por Campoamor; *Recuerdos ó memorias íntimas*, por José Echegaray; *El viaje de la corbeta «Nautilus,»* por Barrantes: *Los salones de la condesa del Montijo*; *La prensa internacional*, por Pero Pérez; *Crónica literaria*, por Baquero; *Crónica internacional*, por Castelar; *Notas bibliográficas*, por Posada, Dorado y Ossosio y Bernard; *Sobre la poesía de los romances de los españoles*, por Fernando Wolf, con notas de Menéndez y Pelayo, etc. – Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal, Madrid.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 27 de abril de 1896 — Núm. 748



DOS DE MAYO DE 1808 alegoría dibujada por Enrique Estevan

ADVERTENCIA

Habiendo reunido los materiales necesarios para la ilustración del cuarto y último tomo de las Tradiciones peruanas, de D. Ricardo Palma, tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscriptores que próximamente publicaremos en la **Biblioteca Universal** este libro, que completa la interesante obra del insigne literato americano y que no dudamos ha de ser acogido con entusiasmo por nuestros lectores, dado el éxito extraordinario obtenido por los tres primeros.

Aunque el tomo que anunciamos puede, por la índole de los trabajos en él contenidos, ser leído con entera independencia de los anteriores, como suponemos que muchos de nuestros suscriptores desearán tener la obra completa, á los que por serlo con posterioridad á la publicación de los tres primeros tomos no los posean, se los ofrecemos al precio excepcional para los suscriptores á la **Biblioteca Universal** de cinco pesetas cada uno.

Aquellos que no acepten esta combinación y no quieran el tomo cuarto de Tradiciones que anunciamos, podrán escoger en vez de éste una de las obras siguientes:

Los Ecos de las montañas, por D. José Zorrilla, con preciosas láminas de Gustavo Doré.

En familia, interesante novela de Héctor Malot, premiada por la Academia Francesa, profusamente ilustrada.

La leyenda de los Tenorios, por D. José Zorrilla, con hermosos dibujos de José L. Pellicer.

La guerra franco-alemana (1870-71), por el mariscal conde de Moltke, con profusión de grabados.

La última sonrisa, novela de Luis M. de Larra, ilustrada por Alfredo Perea.

Suplicamos á nuestros suscriptores que por conducto de los repartidores y de los corresponsales nos avisen anticipadamente por cuál de estas dos combinaciones optan, y en caso de querer en vez del tomo cuarto de Tradiciones peruanas alguna de las otras obras citadas, nos manifiesten cuál de éstas desean para que podamos hacerles oportunamente el reparto conforme á sus indicaciones.

SUMARIO

DOS DE MAYO

Entre las gloriosas efemérides de la historia nacional, una de las pocas de que jamás se prescinde, que el pueblo anota y conmemora, es la del día dos de mayo de 1808.

Varias circunstancias contribuyen á ello, y la primavera no es la menos eficaz. Si el aniversario acierta á caer en diciembre, época de frío y de lluvia, de cierzo helado y de barro en los pisos, seguramente no se echa á la calle tan animado el gentío de la villa y corte. ¿A quién no tentará una efusión patriótica en un día del mes más apacible y benigno del año, bajo un cielo de raso azul y un sol de oro bruñido, cuando las acacias abren su blanco tirso y embalsaman el ambiente, cuando las mujeres, vestidas de alegres colores y estrenando el coquetón sombrerillo de paja, convierten la vía pública y los paseos en canastillas de flores ambulantes?

Fué sin duda sublime el hecho del Dos de Mayo; de una sublimidad trágica y horrenda. Cada vez que volvemos á leer su relato sencillo, sin hipérboles ni comentarios, en las severas páginas del «Levantamiento, guerra y revolución de España» por Toreno, el mismo escalofrío de entusiasmo serpea al través de nuestras venas. Permanecen ciertos barrios de Madrid tan idénticos á como eran en el año de la catástrofe, que á poco que la imaginación ayude logramos reconstruir las escenas del levantamiento; la efervescencia de los amotinados en las calles de Carretas, Mayor y Alcalá; el paso estrepitoso de los mamelucos y dragones de Murat; los gritos de horror dentro de las casas asaltadas por la soldadesca francesa; las luchas episódicas en las callejuelas; los grupos navaja en mano, ardiendo en ira; la rabiosa defensa del parque de artillería; los cuerpos ensangrentados de los héroes Ruiz, Velarde y Daoiz, amortajados con retazos de tela de tiendas de campaña; el entierro sigiloso de aquellos restos sagrados; la abominación de los fusilamientos en masa, encubierta por las sombras de la noche; la iniquidad de las comisiones militares; los montones de cadáveres palpitantes hacinados en el Prado y el Retiro; el albor de la mañana iluminando nuevos sacrificios, y el aire fresco y aromado resonando con el eco lúgubre de las descargas y secando las lágrimas en los ojos de los que lloraban á sus muertos, para encender mejor el fuego de la venganza y de la desesperación que obra milagros...

* * *

La poesía ha cantado, en estrofas de bronce como las de Tirteo, la tremenda hecatombe; la pintura ha reproducido sus episodios; los ha narrado la novela; la escultura y la arquitectura la consagraron sus esfuerzos y sus creaciones; y – detalle digno de nota – dondequiera que aparece descrito ó cantado el *día de horror*, se encuentran huellas de la intervención de la mujer en aquellos sucesos, origen del alzamiento nacional por la independencia de la patria.

No es nuevo el caso: en toda guerra *natural* (llamo *naturales* á las que tienen por objeto rechazar al invasor), la mujer toma parte; es soldado y es héroe. Antes que Velarde y que Ruiz, la maja madrileña pelea, resiste y muere. Ella excita á la rebelión al marido, al cortejo, al hijo de sus entrañas; ella, con sus dicharachos, sus donaires y sus desplantes de arrogancia, crea ese espíritu heroico-desdeñoso que caracteriza el movimiento contra la dinastía extranjera; ella, atraillada, empujada á culatazos, es arcabuceada en compañía de los patriotas, y les da ejemplo de estoicismo, y á veces de cristiana resignación; ella es la que, en el tétrico lienzo de Goya, alza al cielo las manos implorando á Dios, ó las retuerce clamando venganza; ella es la que cura las heridas, la que carga las armas, la que, si faltan hombres, las maneja con desesperada furia.

La leyenda se ha apoderado de este tipo de la mujer, símbolo de nuestra victoria. Dígalo, por ejemplo, la famosa hija del chispero Malasaña, cuyas proezas inspiraron á más de un pintor.

¡Lástima grande que, después de las últimas investigaciones acerca de esta figura bizarra de la maja, muerta de un balazo mientras defiende una de las entradas del parque de Madrid, no podamos seguir otorgando crédito á tan épico relato!

Sin embargo, como la verdad suele dar ciento por uno cuando sustituye á la ficción, aparece quizás más interesante la verdadera figura de Manuela Malasaña en el bien documentado estudio del Sr. Cambronero (1).

Manuela Malasaña no defendió el Parque, ni cayó herida de muerte en el acto de pasar á su padre los cartuchos – entre otras razones porque su padre había muerto antes del 2 de mayo. – Manuela Malasaña se ganaba la vida bordando, y al regresar del taller á su casa, en aquella luctuosa noche, detúvola una patrulla francesa; la registró, y como la encontrase, pendientes de la cintura las inofensivas tijeras, instrumento de su profesión, sin más examen la fusilaron en las inmediaciones del Parque al punto mismo. En el lugar del suplicio pusieron los españoles una cruz.

«La figura de Manuela Malasaña – escribe Cambronero – nada pierde con la investigación histórica: es la víctima inocente sacrificada por la brutalidad del ejército invasor; es la mártir que, resignada y sin lucha, derramó su sangre por la independencia de la patria.»

Víctima, en efecto, bien inocente y bien conmovedora la niña de quince años (tal edad contaba Manuela), la humilde bordadorcita huérfana á quien hubo que enterrar de misericordia; la criatura que sola y desvalida por las calles de la ciudad, á la hora en que las sombras aumentan el horror de la batalla, espantada por el ruido de la fusilería, se dirige á su casa en busca de asilo, y se encuentra de pronto cercada de soldados, de verdugos dijera mejor, profanada por el registro brutal, injuriada en lengua que no entiende, golpeada, maniatada, arrimada á una pared, y cae destrozada por las balas, antes de haberse dado cuenta de cuál es su delito, antes de haber podido ni balbucir una oración!

Las víctimas como Manuela Malasaña, si no combaten en vida, combaten después de morir, por la misma barbarie de su sacrificio. ¡Quién duda que los patriotas que señalaron con una cruz el lugar del suplicio de Manuela y sepultaron su cuerpecillo virginal acribillado por el plomo enemigo, sintieron germinar en sus pechos esa generosa indignación, origen de tantas acciones grandes y de tantas hazañas increíbles! La sombra de Manuela, como las de las víctimas de Glocester, batalló contra el francés, y vagó sobre el campo de batalla en la hora de nuestros triunfos.

* * *

Madrid está lleno de recuerdos del Dos de Mayo. Los monumentos que conmemoran tan alta fecha se alzaron como brote del sentimiento popular.

En 1814 se erigió el primero. Después, la reacción absolutista paralizó las obras del obelisco, convirtió en muladar el *Campo de la Lealtad*, y apenas consintió el obsequio de una misa rezada á las almas de los muertos gloriosos.

Entonces sí que pudo decirse con Espronceda:

> «¡Ay! ¿Cuál fué el galardón de vuestro celo,
> de tanta sangre y bárbaro quebranto,
> de tanta heroica lucha y tanto anhelo,
> tanta virtud y sacrificio tanto?»

Por fin, en 1840 se terminó el monumento tal cual se ve hoy. Desde entonces aparecieron otros, como el bello grupo escultórico de Velarde y Daoiz; y no hace mucho, reparando omisiones que deploraba el arma de infantería con razón, la estatua del teniente Ruiz, primero que derramó su sangre en la jornada del Parque de artillería.

Lo repito: la tragedia no se borra de la mente del vecindario de Madrid; los demás cantos de la magnífica epopeya palidecen ante este tan dramático, tan fácil de comprobar en los edificios, en la topografía, hasta en el carácter del pueblo madrileño, apenas modificado, en lo esencial, por la acción y el curso de casi un siglo.

Aunque no hayamos nacido en Madrid, en ese día todos nos sentimos madrileños en espíritu; todos nos echamos á la calle, todos pedimos por las víctimas, todos vamos en piadosa romería al altar y santuario cívico del Prado.

Confieso, no obstante, que este año, al tributar el acostumbrado y justo homenaje á los mártires de la gloria, me asaltarán algunas ideas que no puedo menos de someter á tu juicio, ¡oh lector!

¿No es verdad que la fiesta del Dos de Mayo, en las actuales circunstancias, aun cuando no perderá su alto sentido de protesta en favor de la integridad y libertad del territorio, no puede ya entrañar manifestaciones de odio y enojo contra la nación francesa?

Corren los años; varían de todo en todo las circunstancias; cambia la dirección de la política; extínguense los rencores entre los pueblos – por hondos que sean, – y ese sentimiento firme y bravío del amor patrio, si quiere llenar su fin, tiene que adaptarse también al momento y á la hora que señala el reloj del tiempo, porque si equivocase la dirección, perdería y gastaría en vano fuerzas que bien empleadas pueden ser de gran provecho.

Napoleón y la dinastía napoleónica no son ya más que un período cerrado en los anales del pueblo francés.

Todo pasó, todo feneció, lo mismo el belicoso primer imperio, que el brillante y fastuoso segundo. Hay para nosotros cierta satisfacción en comprobarlo; hemos durado más que la obra del gran tirano del orbe, el genio de la guerra, el personaje más decisivo del siglo pasado y del presente.

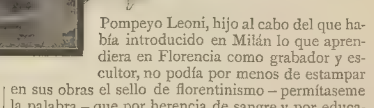
Nuestros enemigos actuales son los yankees, á quienes ahora nos complacemos en injuriar y denigrar como denigrábamos al *Pepe Botellas* de antaño, y en cambio la nación francesa parece encontrarse hoy tan bien dispuesta en nuestro favor; es tan cortés y halagüeño para nosotros el lenguaje de su prensa, que casi podemos considerarla una aliada moral, ya que la alianza diplomática no exista y no llegue á pactarse nunca.

No es, pues, hora de acudir al *Dos de Mayo* con la ira en el alma y el insulto en la boca, aunque siempre debamos llevar á ese sitio venerando la plegaria en los labios y el más tierno respeto en el alma.

Emilia Pardo Bazán

(1) Este estudio vió la luz en 1891, en *La España Moderna*.







ENTERRAMIENTO DE CARLOS V

23 de abril de 1598

Célebre grupo de estatuas orantes, en bronce, modelado y dorado á fuego por Pompeyo Leoni, existente en la iglesia de San Lorenzo del Escorial.

Como nadie ignora seguramente, Pompeyo Leoni era hijo del célebre León Leoni Aretino, famosísimo escultor que el emperador Carlos V hizo noble, por lo cual se firmaba *Cavaliere Aretino*. Hallándose el hijo de Felipe el Hermoso y de Doña Juana la Loca en Bruselas y habiendo llegado hasta él la noticia de los grandes talentos que como grabador y escultor poseía León Leoni, le llamó á su residencia flamenca, encargándole múltiples trabajos que aun hoy son la admiración de los inteligentes. En su viaje le acompañó Pompeyo, á la sazón jovencillo imberbe, pero que demostró muy pronto que sabía sostener el apellido de su ilustre padre.

En efecto, retirado ya León á Florencia y más tarde á Milán, quedóse en Madrid Pompeyo, quien fué sucesivamente escultor y grabador de Carlos V y de Felipe II; este último supo estimar como se merecía el valer del artista. Después de haber ejecutado varias obras de importancia, tan á gusto del rey que le señaló una pensión vitalicia de cincuenta ducados mensuales, hubo de ocuparse en compañía de Trezo y de otro escultor de los trabajos de decoración y de varias estatuas en bronce representando santos para el gran retablo de la iglesia del Monasterio del Escorial. Aún no terminados estos trabajos, Felipe II le ordena que modele dos grupos para emplazarlos, uno en el lado del Evangelio de la citada iglesia y otro en el de la Epístola; dichos grupos debían componerse de retratos de personas de la familia real y figurar en primer término Carlos V y el propio Felipe.

Por una escritura que se guarda en el archivo de Simancas, exhumada por M. Eugene Plon y publicada por este extranjero, con otros no menos interesantes documentos, en su magnífico libro *Leone Leoni y Pompei Leoni*, se sabe la fecha en que Pompeyo dió por terminado el grupo del enterramiento de Carlos V y en la que aceptó legalmente el compromiso de modelar, fundir, dorar y emplazar el de Felipe II. La escritura en cuestión comienza así: «Lo que por mandado de Su Majestad y en su real nombre se asienta y concierta con Pompeo Leoni, su escultor..., etc.»

«Primeramente que por cuanto el dicho Pompeo Leoni se ha encargado por mandado de Su Majestad de hacer las dichas (?) diez figuras y dos sitiales conforme á la orden de Su Majestad le ha mandado dar, y las cinco de ellas con el un sitial que se han de poner á la parte del evangelio están ya fundidas y reparándose, el dicho Pompeo ofresce y se obliga que las otras cinco figuras que se han de poner al lado de la epístola y el sitial en que al presente entiende las hará sin alçar mano dellas ni ocuparse en otra cosa él ni los oficiales que tiene consigo..., etc.»

En la margen de esta primera cláusula de la escritura hay una acotación de puño y pulso de Pompeyo Leoni que dice: «Las he de dar fundidas en toda perfección dentro de diez y ocho meses, que corren desde primero de enero de 1597 y se cumplen en junio de 1598 – fundidas y no reparadas.» – Este documento está signado el 23 de abril de 1598.

Por cartas recogidas y recientemente publicadas, las cuales forman parte de la correspondencia particular de los Leoni, se sabe que el grupo del enterramiento de Carlos V se comenzó á *reparar*, ya terminada su colocación, en el mismo día en que se otorgó el contrato de que vengo haciendo mérito; y que por haberlo visto en el día anterior el rey, y satisfecho plenamente, se hizo dentro de las veinticuatro horas siguientes el dicho contrato, pues Felipe II temía «no alcanzar á ver mi estatua y la de mi esposa é hijo,» temor que se convirtió en realidad. Del enterramiento del segundo de los Austrias diré algo en otra *efeméride*, pues son dignos de conocerse varios detalles, así artísticos como históricos.

Son las estatuas que componen los grupos de ambos enterramientos algo mayores que el tamaño natural y aparecen de rodillas y con las manos en actitud de orar. En este enterramiento de Carlos V figuran en primer término el emperador, vestido con armadura y cubierto con el manto regio, en el cual se ven, en grueso relieve, las águilas de dos cabezas; á la derecha está colocada la emperatriz, que viste lujoso traje de corte; detrás del emperador está la infanta doña María, hija de aquél; á su derecha doña Leonor, y entre ambas un poco retirada la hermana de ésta, doña María, hermana á su vez del césar.

Como estudio moral y físico de los personajes, como demostración del refinado buen gusto florentino que Pompeyo Leoni imprimía á sus obras, como estudio de indumentaria, como obra escultórica en la cual se advierte la maestría portentosa del artista, y por último, como monumento originalísimo, único, el enterramiento de Carlos V (y el de su hijo) será siempre, en todos tiempos, motivo de admiración y al propio tiempo de orgullo para la España artística. Bien se advierte en aquellas labores de la decoración del sitial, en aquellos plegados de los paños, en aquellas combinaciones de bordados y encajes el refinamiento de un gusto estético tan depurado como el que fué patrimonio de los artistas florentinos que bajo los Médicis dieron forma á tantas obras maestras. Pompeyo Leoni, hijo al cabo del que había introducido en Milán lo que aprendiera en Florencia como grabador y escultor, no podía por menos de estampar en sus obras el sello de florentinismo – permítaseme la palabra – que por herencia de sangre y por educación artística formaba gran parte de su personalidad; mas á pesar de esto, nótase ya una manera sobria y hasta si se quiere varonil en la obra de Pompeyo, que la distingue de la de su padre. Véase, aparte la estatua del emperador Carlos V, las de las hermanas de éste, doña Leonor y doña María, muy singularmente la de la primera: parece un retrato modelado por Coello. La sencillez y el punto de ascetismo que imprime al rostro de líneas finas, pero enjutas, de la citada princesa, aquel tocado acanalado que le avanza de la cabeza y le encierra el rostro, como encierra el de la Paulina de hoy la toca blanca, le presta un sabor tan marcadamente español, de la España caballeresca, religiosa y altiva de aquellos días, en los cuales podía decirse que Europa entera temblaba ante sus armas y la extensión de sus dominios, que separada la figura del resto del grupo tomárasele por obra de artista español. No puede decirse otro tanto de la estatua de la emperatriz, por causa de la indumentaria riquísima con que está vestida, la cual da motivo al artista para que éste haga lucimiento de sus gustos y aficiones, más acordes con la riqueza y elegancia de la corte de los Cosme y Lorenzo de Médicis, que con la severa de Felipe II ó Carlos V; en cambio la estatua de su otra cuñada doña María, como la de la dicha doña Leonor, son modelo de sencillez y pudieran tomarse como copiadas de cualquiera de las figuras de aquellas tablas que pintaron los pintores castellanos de los días de Isabel la Católica y doña Juana la Loca.

Indudablemente que el medio ambiente de la sociedad en que venía viviendo hacía ya buen número de años Pompeyo, modificó en gran parte su temperamento de artista, despojándole de ciertas brillanteces de ejecución y de cierta manera en interpretar las líneas generales de las figuras, que pudiera llamarse demasiado pagana, para amoldarlo á la rigidez hierática del modo de ser de aquellos señores españoles de entonces, tan ceremoniosos y graves. Por esta razón puede casi – ciertamente que falta el *casi* – considerarse la obra de que me ocupo como obra maestra, hija de nuestro senso y temperamento; pues es bien cierto que no sintiera ningún magnate ni artista italiano motivo tan religioso. Y por lo que atañe á la misma realización plástica, no difiere gran cosa Pompeyo en el modo de interpretar el natural del de nuestro Berruguete, como puede compararse viendo, por ejemplo, el sepulcro del cardenal Tavera, existente en Toledo, de mano del discípulo de Miguel Angel.

Para terminar, el estudio psicológico que puede hacerse en estas estatuas de los enterramientos de la iglesia del Escorial es interesantísimo, así como el fisonómico. La raza austriaca de nuestros reyes de aquella casa, vese clara y distintamente en los rostros de bronce del emperador y en los de sus hermanas; y en las facciones de doña Leonor puede adivinarse el mentón y muy poco el óvalo del rostro, la cara lacia y el labio inferior inverosímil del embrujado tataranieto del excelso vencedor en Orán Carlos V de Alemania y I de España.

R. Balsa de la Vega



EL IDILIO TRÁGICO

(Episodio de 1808)

I

En vano se hubiera querido buscar algo parecido á aquel idilio embrionario en un nido de tórtolas. Los dos desarrapados y astrosos chiquillos tenían más semejanza con los cachorros del tigre que no con los polluelos de cualquier avecilla de los campos.

Pero el rugido tiene sus ternuras como el arrullo, y aquellos dos seres que una catástrofe cualquiera había dejado solos y abandonados á sí mismos en el abrupto rincón de la sierra en que se asienta Fombreñosa, se amaban con la rudeza de dos almas curtidas por los ásperos temporales de la miseria y el aislamiento.

Desde muy niños se habían acostumbrado á vivir el uno para el otro. Ni su completo abandono les había enseñado qué era una caricia, ni la atracción del sexo había salvado todavía aquella deficiencia de su educación.

En cambio la desgracia les había hecho maestros en el sacrificio, y sacrificarse es la última expresión del amor.

Tal vez en alguna ocasión una mano caritativa se había tendido hacia ellos para sacarlos de aquella vida agreste y llena de penalidades; pero en ellos había un sentimiento salvaje que se sobreponía á todo. Ser libres era para ellos la única forma de felicidad.

¿De dónde habían ido á parar allí? ¿Qué soplo de viento les había arrancado del indudablemente poco apartado hogar en que vieron la luz primera, juntándoles con un lazo al parecer indisoluble? Ni era fácil saberlo, ni nadie se había tomado el trabajo de averiguarlo.

La caridad, de que se habla mucho, se contenta con poco. Arrojar un mendrugo á los que tal vez se habían pasado largas horas sin comer, ya es algo.

II

Además de esto, Fombreñosa siempre fué pobre, y el instinto hacía ver á sus habitantes que se les venían encima días de penalidades y estrecheces sin cuento.

Con efecto, el francés acababa de apoderarse de no poca parte de nuestra península; los españoles, ora reuniendo mal organizados y no muy numerosos ejércitos, ya apelando á la defensa casi individual, se disponían á resistir, y una guerra larga y penosa había de hacer muy pronto la vida áspera y ruda.

Precisamente Fombreñosa, como situada en las cumbres de la sierra, no había de tardar en sentir los chispazos de la gran lucha.

Napoleón en persona, acompañado de lo más selecto de los mariscales del imperio, atravesaba el espacio que media de los Pirineos á Madrid, arrollando á su paso soldados que veían malogrado su heroísmo, unas veces por la impericia de sus jefes, otras por la carencia absoluta de medios de defensa.

La mayoría de las derrotas eran honrosísimas, pero derrotas al fin, y todo el patriotismo de que estaban animados no bastaba á contener el ímpetu de aquellos ejércitos que habían sojuzgado á media Europa.

El capitán del siglo había ya salido de Burgos, y nuestros deshechos ejércitos ya no pensaban en otra cosa que en ver de cortar el paso de Somonín, por el que no tardaría en aventurarse.



Con tal motivo, Fombreñosa, que no había visto, por lo menos en siglos enteros, un soldado, no tardó en hallarse ocupada militarmente por dos regimientos adictos á la causa nacional, mandados en su mayoría por oficiales que Dios sabe con cuántas penalidades y exposiciones habían conseguido desertar de las banderas del rey intruso.

En los dos vagabundos chicuelos aquella novedad no produjo sobresalto alguno. Ya que no la razón, el instinto les decía que nada tenían que perder. Los otros defendían sus casas, el suelo que les daba el pan recogido sabe Dios con cuántas fatigas, los siete palmos de tierra en que dormían el sueño de la muerte sus padres. Ellos no tenían nada de eso.

En vez de sobresalto, lo que sentían era una curiosidad en la que no había poco de regocijo. Aquellos hombres vistosamente engalanados, aunque no nadaban en la opulencia ni mucho menos, no estaban tan apretados que no tuvieran un pedazo de pan negro que dar. Mientras estuviesen allí, la nómada pareja tenía el porvenir asegurado.

Sin embargo, todavía faltaba á los chicuelos un espectáculo, menos provechoso, es cierto, pero mucho más vistoso y animado.

III

El ejército imperial estaba ya á cortas leguas de Fombreñosa, según se decía, empeñado en una batalla, en que, no recuerdo bien si era la división de Cuesta, hacía el último esfuerzo para cortar los hasta entonces indomables ímpetus del invasor.

Pero lo verdaderamente alarmante para la menguada guarnición del mísero pueblo, era la noticia traída por nuestros confidentes, de que una descubierta francesa se dirigía hacia aquella parte á practicar un reconocimiento al cual era de todo punto indispensable oponerse.

Algo favorecía á los nuestros la posición que podían tomar; pero ésta se hacía ilusoria ante la fuerza numérica con que al decir de los espías contaba la descubierta francesa.

De todos modos, preciso era intentar el último esfuerzo, y tras breve consejo de oficiales se acordó colocar nuestra exigua columna en los breñales que servían de débil y natural defensa al pueblo.

De los fombreñedenses, algunos, muy pocos, se decidieron á aumentar el débil contingente de nuestra fuerza; los más optaron por abandonar sus hogares, buscando más seguro refugio en las anfractuosidades de la sierra.

Los dos chicuelos fueron los que no titubearon. Aquel espectáculo completamente nuevo valía la pena de ser visto. En lo que pensaron sólo fué en buscar sitio desde el que no perdieran detalle del drama que iba á desarrollarse á sus ojos.

IV

El choque no se hizo esperar mucho tiempo. Las avanzadas de la descubierta enemiga, al salvar uno de los empinados cerros que teníamos enfrente, fué saludada por nuestros primeros disparos, y esto bastó para que la acción quedara empeñada.

La columna, mucho más numerosa que lo que sospechábamos, encontró una heroica resistencia en nuestros soldados; pero todo estaba en nuestra contra.

Hasta el escuadrón de dragones con que aquélla contaba y que nosotros teníamos por embarazo para el enemigo, dado lo abrupto del terreno en que había de maniobrar, logró salvar uno de los flancos de nuestra posición y cayó sobre los dos ya mermados regimientos adictos á la nación, arrollándolo todo á su paso.

Después de sufrir numerosas bajas y de luchar como verdaderos leones, no hubo más remedio que emprender la retirada.

V

Entretanto los dos chicuelos, encaramados en uno de los peñascales que teníamos á la espalda, debían haber estado contemplando todo cuanto dejaba libre á sus ojos la espesa nube que envolvía á vencedores y vencidos, con una curiosidad que no turbaban ni el temor al peligro que desconocían, ni la impaciencia por que la victoria se pronunciara por uno ni por otro bando.

Sin embargo, hubo un momento en que las balas debían silbar sobre sus cabezas casi incesantemente. Nuestra retirada se iniciaba por aquella parte, y á causa de esto hacia allí se dirigía sin descanso el fuego enemigo.

Pero todo lo que había hecho la chiquilla había sido taparse los oídos, sin que la sonrisa de satisfacción que entreabría sus labios la abandonara por un momento. El chicuelo en cambio fruncía el entrecejo y abría los párpados de un modo desmesurado, como si presintiera algo de más serio y trascendental en todo aquello.

Hablar, no hablaba, porque el estrépito de la fusilería apagaba sus voces; pero con sus manecillas, que el viento helado de la sierra amarataba, señalaba recíprocamente los girones que en la nube de humo se abrían momentáneamente.

De pronto la niña lanzó un grito desgarrador, dió una sacudida nerviosa como si quisiera ponerse de un salto de pie, y cayó pesadamente de espaldas, sin que el gesto de dolor que contraía sus facciones consiguiera borrar del todo la alegre sonrisa de su boca infantil.

Una bala francesa la había atravesado el corazón.

El chicuelo, que en el primer momento tomó el grito por una carcajada, se inclinó luego hasta ella, pálido y desencajado; cogió con vigor febril entre sus manecillas aquella cabeza ya inerte, y comprendiéndolo todo en un segundo, volvió á depositarla cuidadosamente sobre los ensangrentados pedruscos, gritando con desesperación:

– ¡Muerta! ¡Muerta!

En aquel momento, los nuestros, completamente deshechos, con el terrible «sálvese el que pueda» en los labios, pasaban por aquel sitio, perseguidos por los dragones, á quienes cegaba la victoria.

El chiquillo al verlos tomó su partido. Los otros eran los que habían dado muerte á la compañera de su vida, á la que hacía risueña su existencia; esos eran los que le robaban todo cuanto poseía; esos los que no debían hollar con su planta aborrecida aquel cuerpecillo que tanto había amado, que tanto amaría siempre. Defender aquellos despojos helados por el soplo de la muerte, era defenderlo todo. ¡Ya tenía patria!

–¡Cobardes!, gritó con toda la fuerza de sus pulmones á los fugitivos.

Y como si quisiera contenerlos con su ejemplo, completamente desarmado, sin otra defensa que sus manecillas, que se crispaban sin embargo con toda la ferocidad de las garras de una fiera, se lanzó á los jinetes franceses como si quisiera despedazarlos á todos.

Éstos no debieron verle siquiera; y sin embargo, un pesado sable, cayendo á plomo sobre aquella parte que la fiebre del dolor abrasaba, la hendió de un modo espantoso.

El chicuelo todo lo que logró fué dar dos pasos para seguir protegiendo con su cuerpo el cadáver de la niña. Al desplomarse sobre él ya sin vida, sus labios rígidos y contraídos se juntaron á los de la muerta.

Era el primer beso de aquel idilio que ya tenía por campo la eternidad.

ANGEL R. CHAVES



EL OFICIAL QUINTO

HISTORIETA CONTEMPORÁNEA

I

Aunque era el empleado de menos categoría del negociado, todos le llamaban *don Nicolás;* incluso su jefe, el almibarado, distinguido y cargantísimo velocipedista Juanito Rodríguez, sobrino carnal de S. E. el ministro del ramo; y la verdad sea dicha, es lo cierto que D. Nicolás Sánchez, con su larga barba, casi blanca, su raído levitón de color de canela y su espeluznada chistera, era digno de la respetuosa consideración que inspiraba en la oficina, no sólo por su aspecto de apóstol y la dulzura de su carácter, sino por sus treinta años de servicios y sus múltiples cesantías, sin contar el profundo conocimiento que tenía de los asuntos que radicaban en aquel departamento ministerial y el celo constante con que se dedicaba al cumplimiento de sus deberes.

Y eso que el pobre Sánchez tenía bien poco que agradecer á los diversos personajes que habían desempeñado sucesivamente el cargo de ministros, pues á excepción de uno, que por error, sin duda, le ascendió de auxiliar á oficial quinto, los demás sólo se habían acordado de su modesta personalidad para dejarle cesante, reponiéndole al cabo de algunos meses, cuando el general Rodríguez, á cuyas órdenes había servido como sargento durante la campaña de Africa, se tomaba la molestia de pasar por el ministerio á pedir la reposición de aquel desdichado.

Por esta causa la adhesión de D. Nicolás á su jefe, hijo de su protector, no tenía límite, y el buen viejo se desvivía por suplirle y disculparle en las prolongadas ausencias, despachando los expedientes que aquél debiera estudiar, á fin de que no tuviese más trabajo que poner su garrapatosa firma al pie de los informes escritos con elegante letra de tipo Iturzaeta.

Cierta tarde encontrábase D. Nicolás sumamente atareado poniendo en limpio varias comunicaciones, cuando se abrió la mampara de la habitación, dando paso á Juanito, que tendiendo la vista en derredor, dijo mientras se quitaba los guantes:

– Felices, D. Nicolás. ¡Qué solito está usted!

– Qué le hemos de hacer. Ramírez se ha ido á las carreras y el manchego ha salido no sé á qué, y como no han hecho nada, más que tomar café en el rato que han estado aquí, estoy *cumplimentando* la firma de ayer.

– Sí; á usted siempre le toca bailar con la más fea.

– No hay remedio, D. Juanito.

– ¡Bah! Yo no lo haría, replicó el joven, tomando asiento en el cómodo sillón de su mesa. Ya sabe usted mi teoría de que la mayor parte de los expedientes se despachan ellos mismos, únicamente con darles el tiempo necesario de reposo en cualquiera de esos armarios.

Y una alegre carcajada sirvió de epílogo á aquel ingenioso aforismo administrativo. Luego Juanito encendió un puro, sacó del bolsillo una elegante cartera y de ella un plieguecito de papel perfumado que aspiró con delicia, antes de leer los tres ó cuatro renglones que contenía, hecho lo cual volvió á guardarle, y dirigiéndose á su auxiliar, engolfado de nuevo en su tarea, le preguntó:

– Amigo D. Nicolás, ¿usted sabe por dónde anda el expediente de los Sres. Isaac Moisés y C.ª, de Granada.

– Sí, señor.

– Pues tráigamelo usted.

– Allá voy.

Y D. Nicolás, abriendo una taquilla colocada detrás de él, sacó un legajito de papeles atado con balduque rojo, que puso en manos de su jefe diciendo:

– ¡Esto es un mochuelo que ya ya! Se han hecho infinidad de desatinos, y le aconsejo á usted que no se meta en honduras, sin tentarse la ropa.

– No pienso hacer tal cosa, replicó el petulante joven, retorciéndose las guías de los bigotes, pero me han hablado de este asunto y quiero enterarme.

D. Nicolás hizo un gesto de asombro ante aquella curiosidad inusitada de su superior.

– Así es, prosiguió Juanito, que me lo llevo á casa para verlo esta noche, pues ahora tengo que ir al casino.

– Cuidado con extraviarlo. Es un expediente reservado. Va ahí el voto secreto del Consejo y otros papeles de interés, y sería un percance el que...

– No tenga usted temor, hombre, que le tiene usted un cariño á los papelotes, que parecen hijos suyos, replicó el jefe del negociado, metiendo el legajito en uno de los bolsillos de su magnífico abrigo.

– A mí, ya comprende usted...

– Bueno; me voy: si me llama el Sr. Director, que no me llamará, le dice usted que me he puesto enfermo. Hasta mañana, amigo D. Nicolás.

– Vaya usted con Dios y que usted se divierta, replicó el viejo empuñando de nuevo la pluma, mientras murmuraba con aire pensativo: Dios quiera que este chico no haga alguna de las suyas. ¡Qué cabeza más ligera!

II

Una semana después hallábase el bueno de D. Nicolás en la pieza de su modesto sotabanco de la calle del Pez, que hacía los oficios de comedor, sala y

despacho, sentado ante la camilla, leyendo tranquilamente el *Año Cristiano* al amor de la lumbre, mientras su mujer la anciana Teresa remendaba unas prendas de ropa blanca.

De pronto un fuerte campanillazo vino á interrumpir la lectura, y los esposos se miraron asombrados.

—¿Quién podrá ser á las diez de la noche?, dijo D. Nicolás.

—Puede que sea Carmen, la del tercero.

Otro campanillazo más fuerte que el anterior cortó los comentarios, y el empleado salió al pasillo diciendo:

—¡Allá va! Hombre, vaya unas prisas

Abierta la puerta, vivo asombro pintóse en la fisonomía de D. Nicolás al divisar á su jefe, que sin más preámbulo penetró hasta la sala, descubriéndose al ver á Teresa, á quien saludó con una familiaridad que denotaba antiguo conocimiento.

—¡Pero D. Juanito, usted por estas alturas!, dijo la anciana, mientras su marido acercó una silla que el joven ocupó diciendo con angustiado acento:

—¡D. Nicolás, doña Teresa, estoy perdido!

—¡Cómo es eso!, exclamaron á un tiempo los esposos con admiración.

—El maldito expediente de Isaac Moisés y Compañía... Ustedes, como no leen periódicos ni nada, no se han enterado del escándalo que ha tenido lugar en el Congreso.

—¿Pues qué ha sucedido?

—Nada; una friolera. Figúrese usted que García Machaca, ese diputado de oposición que es el ente más cargante que he conocido, ha explanado una interpelación á nuestro ministro sobre el asunto de Isaac y le ha dado una carrera en pelo, apoyándose, ¿en qué dirá usted?

—No sé.

—Pues en el voto reservado del Consejo, que ha leído íntegro. Mi tío le ha contestado muy bien, echando el mochuelo á su antecesor, pero diciendo que el conocimiento de ese voto, de carácter secreto, demostraba que había empleados que habían faltado á su obligación, revelando lo que no debieran, á lo cual pondría el oportuno correctivo.

—¿Pero nosotros qué tenemos que ver con eso?, dijo D. Nicolás con cierta inquietud.

—¡Pues no hemos de tener! ¡Como que ese expediente es el que yo me llevé de la oficina!

—Pero le devolvió usted á los dos días, y no le faltaba nada, porque yo lo revisé por si acaso.

—Pero durante esos dos días los malditos papeluchos han estado en casa de Monina..., una señora muy elegante y muy... alegre, que me dijo que me agradecería mucho que le hiciese este favor para que se enterase una prima suya que tenía interés en el asunto; y ha resultado que el primo he sido yo, y que García Machaca, abogado de Isaac Moisés, es carne y uña de Monina y han copiado lo que les ha dado la gana y me han partido por el eje, porque yo conozco el carácter de mi tío, y mañana ya verá usted la que se arma cuando averigüe que el expediente ha salido del negociado.

Nada contestó D. Nicolás, aterrado ante aquella catástrofe que veía venir y en la que presentía que había de tocarle parte no pequeña, á pesar de ser completamente inocente.

Juanito prosiguió:

—Yo por el pronto he ido á ver á Monina, que se ha echado á reir ante mi apuro. La he puesto como un trapo...

—¿Y qué?

—Pues nada, tan fresca. Entonces me he ido á la Peña á buscar dos amigos que vayan á pedir á García Machaca una reparación en el terreno de las armas.

—Todo eso, exclamó D. Nicolás, fuera de sí ante tanto disparate, es música celestial, y si á su tío le da por sentarle la mano, le va á usted á costar la torta un pan.

—Eso es evidente. Ahora bien, D. Nicolás de mi alma, usted puede salvarme.

—¿Yo? ¿Cómo?, exclamó el viejo.

—Muy sencillamente. Diciéndole al ministro que usted ignoraba el carácter reservado del expediente, y que por eso dejó tomar nota á un individuo que fué á enterarse como tantos otros.

—¡Vaya unas notas!, murmuró el pobre oficial, cuatro pliegos y pico que tiene el voto reservado solo.

Reinó un silencio de algunos instantes; mientras los esposos se miraron angustiados, interrogándose con la vista. Juanito al advertir aquella mímica tuvo como un estremecimiento de frío al pensar que lo que proponía á aquel infeliz subalterno era su ruina y la de su pobre consorte; pero el egoísmo se sobrepuso á sus generosos sentimientos, y dijo:

—Vamos, algo hay que hacer por mí, siquiera por lo mucho que mi padre ha hecho por ustedes. Todo lo más que le puede resultar á D. Nicolás será una suspensión de empleo y sueldo por quince días, y yo le daré el doble de lo que pierda.

—No, Juanito, repuso el anciano: lo que resultará será mi cesantía. ¡La miseria para estos dos pobres viejos!

—¡Ca, hombre, no será tanto! En todo caso, yo le colocaré á usted en otra parte, no le dé á usted cuidado.

—Eso es fácil de decir, replicó Teresa; pero luego .. se olvida, y harto sabemos lo que es no tener pan... Usted sería el primero en cansarse...

—Ya comprenden ustedes que cuando les propongo esto es cuestión para mí de mucho interés y haré todos los sacrificios... Figúrense ustedes una carrera tan bonita como la mía, ¡jefe de negociado de segunda clase á los veintisiete años!.. Y que tío me arma un expediente que me inhabilita para siempre... ¿Qué hago yo entonces? Vamos, Teresa, usted que me ha tenido en brazos cuando chiquitín; D. Nicolás, usted que á mi padre le decía tantas veces que estaba dispuesto á matarse por él, y cuando murió se portó usted tan bien..., ¿no harán ustedes nada por mí en esta ocasión? Si no acceden á mis súplicas, no me queda más remedio que saltarme la tapa de los sesos, y lo hago esta misma noche.

Aterrada por esta amenaza, Teresa se levantó de su asiento, y acercándose á su marido le puso una mano sobre el hombro y le dijo con voz trémula y los ojos empapados en lágrimas:

—Nicolás, si viviera el general y te pidiera ese favor, ¿lo harías?

—¡Quién lo duda!

—Pues lo pide su hijo y hay que hacerlo.

—Tienes razón, Teresa; ha llegado el momento de sacrificarnos por nuestros protectores. Juanito, vaya usted al ministerio y diga usted á su tío lo que guste, seguro de que Nicolás Sánchez no le ha de desmentir. Por la memoria de su buen padre estoy dispuesto á todo. Sólo le ruego por esta pobre mujer, ya que no por mí, que no nos abandone luego en la desgracia...

III

—D. Nicolás, dijo un ordenanza entreabriendo la mampara del salón, que vaya usted inmediatamente al despacho del señor ministro.

Los dos colegas del oficial quinto, que por rara casualidad ocupaban sus respectivos sillones, se miraron asombrados, mientras D. Nicolás, abrochándose el vetusto gabán de color de canela, salía al pasillo, marchando con seguro paso y sereno continente en seguimiento del ordenanza, que le llevó á presencia del consejero de la corona.

Era éste hombre de edad madura, gaditano de los más finos, de mirada viva y perspicaz y presumiendo aún de buen mozo.

—¿Es usted D. Nicolás Sánchez?, preguntó al ver entrar al empleado, que se cuadró ante la mesa en respetuosa actitud.

—Para servir á V. E.

—¿Está usted en el negociado de este caballero?, dijo el ministro señalando á Juanito, sentado en un diván á pocos pasos de distancia.

—Sí, señor.

—¿Y quién ha autorizado á usted para facilitar copia de los expedientes reservados al primer *quidam* que se presente?

Una oleada de rubor y de vergüenza enrojeció el rostro venerable de D. Nicolás, que involuntariamente se volvió hacia el autor de la falta que se le imputaba; pero haciendo un visible esfuerzo balbuceó:

—Señor ministro, crea V. E. que... yo no sabía... Si hubiera presumido...

—Déjese usted de excusas; su jefe me lo ha referido todo, y estoy dispuesto á hacer un severo escarmiento con los funcionarios que comprometan imprudentemente los secretos del Estado.

La cara del oficial quinto, tan severamente amonestado, daba lástima por la angustia que expresaba, hasta el punto que las lágrimas asomaban á sus ojos.

El ministro clavó su mirada en el pobre empleado y luego en su sobrino, que abochornado y confuso contemplaba la punta de sus elegantes botas de charol, no sabiendo qué actitud adoptar.

—¡Conque es decir que confiesa usted su falta! ¿Y no sabe usted que lo que ha hecho es un delito penado que le puede costar muy caro?

—Señor ministro, no me interrogue V. E. más, porque no sabría contestar. Haga V. E. lo que guste de este infeliz que en treinta años de servicios no ha dado lugar á una reprensión.

Y de sus ojos se desprendieron dos gruesos lagrimones que corrieron por su gabán de color de canela.

—Acabemos, dijo entonces el personaje poniéndose de pie. En vista de la confesión de usted que confirma lo que ya sabía, he resuelto dejar á usted cesante y ascender á mi sobrino.

—Pero tío, dijo aquél levantándose y acercándose á la mesa, mientras D. Nicolás suspiraba afanosamente, si no estoy en condiciones...

—Mi compañero el ministro de Ultramar me remitirá esta tarde una credencial con tu ascenso para Manila. ¿No te gusta, eh? Pues mira, aquello te probará mucho. En cuanto á usted, Sr. Sánchez, ya comprenderá que para tomar posesión del destino de oficial cuarto es preciso que cese en el de oficial quinto. Siento muchísimo que la ley de presupuestos no me permita ascender á usted á la vacante de este trasto, que no ha vacilado en sacrificar, para encubrir sus majaderías, al mejor empleado de la sección. En el libro del personal figurará usted como recomendado mío y ya está usted seguro.

—Señor, exclamó D. Nicolás en el colmo del asombro, no sé lo que me pasa ni cómo dar las gracias á V. E. que...

—Bueno, bueno; vuelva usted inmediatamente á su negociado á esperar la credencial. Adiós, adiós.

Y el ministro empujó al anciano cariñosamente, haciéndole abandonar el despacho, tras de lo cual encaróse con su sobrino y le dijo en tono entre severo y guasón:

—Me has querido dar gato por liebre, pero soy más listo que tú y no comulgo con ruedas de molino.

—Pero, tío, no comprendo quién ha podido decir á usted...

—¡Monina, hombre, Monina!

—¡Luego la conoce usted también!

—Más que tú, hombre. ¿Comprendes ahora lo majadero que eres y la necesidad de que te vayas en el primer correo que salga á pasar una buena temporada en las islas Filipinas?..

A. DANVILA JALDERO

«FALSTAFF,» DE VERDI

EN EL LICEO DE BARCELONA

Cuando hace tres años se estrenó en la Scala de Milán esta ópera de Verdi, nos ocupamos extensamente de ella y dimos acerca del libreto, de la partitura, de los autores y de los intérpretes todos los detalles que podían interesar á nuestros lectores y que por lo mismo no hemos de repetir.

Desde entonces *Falstaff* ha recorrido los principales teatros de Europa, siendo acogida en unos con entusiasmo y en todos con agrado cuando menos. En Barcelona, en donde acaba de estrenarse, el éxito no ha sido tal como muchos esperaban, pudiendo decirse que ha tenido lo que nuestros vecinos llaman un *succés d'estime*. ¿Se impondrá algún día á nuestro público como se han impuesto otras obras que al principio fueron recibidas con frialdad? Difícil es contestar á esta pregunta; pero en nuestro sentir, la obra acabará por figurar en el repertorio de nuestro Liceo y se oirá con gusto, porque, aparte de las bellezas que todo el mundo ha podido apreciar desde luego, hay en su partitura multitud de primores y delicadezas de instrumentación que de momento han podido pasar inadvertidas, y que á medida que se oiga la ópera se estimarán en su justo valor, que no es poco.

Pero hoy por hoy al público de Barcelona no le ha entrado sino á medias la última producción del gran maestro, sin que por esto deje nadie de reconocer el inmenso y meritorio esfuerzo que significa en el compositor el haber abordado un género tan distinto del suyo propio, y el haber estudiado y aceptado los modernos procedimientos á una edad en que la mayoría de los que al cultivo del arte se dedican, cuando no dejan en absoluto de producir, abominan de las innovaciones y retroceden, por prejuicio de escuela ó por impotencia, ante todo estudio de algo nuevo.

Este éxito poco entusiasta que ha obtenido la obra que nos ocupa no puede en modo alguno atribuirse á deficiencias de ejecución ó de *mise en scène*. Pocas veces se ha visto en el Liceo un conjunto como el que en *Falstaff* se admira. Nuestro paisano el barítono Blanchart ha hecho una creación del grotesco personaje ideado por Shakespeare, interpretándolo como artista y como cantante de una manera admirable, cual no pudieran imaginarlo mejor el poeta inglés y el compositor italiano. La Tetrazzini, encantadora en su papel de Alicia; la Fabri, Armandi, Moretti, el maestro Campanini, todos cuantos en la ópera tienen un papel más ó menos importante, todos se han portado como buenos. Y en punto á decoraciones, con decir que de las cuatro estrenadas tres son de Soler y Rovirosa y una de Vilumara, queda hecho su mejor elogio: del efecto que producen podrán formarse idea nuestros lectores por los dibujos que en la página siguiente reproducimos. — X.



«FALSTAFF» EN EL LICEO DE BARCELONA

Retratos de Shakespeare y de Verdi. – Interior de la hostería de la Jarretiere. – Jardín de la casa de Ford. – Interior de la casa de Ford. El parque de Windsor. – Decoraciones pintadas la 1.ª, 2.ª y 4.ª por el Sr. Soler y Rovirosa y la 3.ª por el Sr. Vilumara

(Dibujo y composición de Nicanor Vázquez).



PREPARATIVOS P

COPIA DEL CÉLEBRE CUADRO D



A UNA HUELGA,

PINTOR HÚNGARO M. MUNKACSY

NUESTROS GRABADOS

Dos de Mayo de 1808, alegoría por Enrique Estevan. El mejor comentario de esta bellísima composición es el hermoso trabajo de la señora Pardo Bazán que en este mismo número publicamos: uno y otro están inspirados en aquella memorable fecha, y en uno y otro palpita el entusiasmo patriótico que en nosotros despierta y aviva el recuerdo de esa gloriosa página de nuestra historia. Estevan la ha sintetizado en uno de los más característicos episodios de aquel luctuoso día, y ha encarnado en el grupo formado en el centro por el chispero y la maja mortalmente herida que en sus brazos sostiene, el heroísmo de aquel pueblo que se lanzó á la desigual lucha, casi sin más arma que el sublime amor á la independencia de la patria. En las figuras de su dibujo alientan el odio al invasor y el tenaz empeño de combatir hasta el último trance; todas están trazadas con el vigor que el asunto requiere, y forman un conjunto de gran interés trágico, en el que se admiran tanto el alma grande del patriota como la mano habilísima del artista.

M. Tricoupis. – A la edad de sesenta y cuatro años ha muerto hace pocos días en Cannes este ilustre político, á quien con razón se llamó el Gladstone griego. Nació en Nauplia, y después de haber estudiado en París entró, muy joven todavía, en la carrera diplomática; en 1866 fué nombrado ministro de Negocios Extranjeros, cartera que conservó en los muchos gabinetes por él presididos. Las dificultades financieras con que tropezó la Hacienda helénica el año pasado, fueron un golpe de muerte para su carrera política. Era un trabajador infatigable que llegaba muy á menudo á trabajar de diez y seis á veinte horas diarias, y su existencia modesta era objeto de general admiración en Atenas. Su muerte constituye una gran pérdida para su patria; Grecia entera llora hoy al gran hombre de Estado, y á pesar de los deseos expresamente por éste manifestados, sus funerales serán costeados por la nación.



El eminente hombre de Estado griego M. Tricoupis, recientemente fallecido en Cannes

Preparativos para una huelga, cuadro de M. Munkacsy. – La lucha entre el capital y el trabajo constituye uno de los grandes problemas modernos, quizás el que mayor trascendencia y gravedad entraña: no es, pues, de extrañar que el arte se haya apoderado de este asunto y lo trate en sus variadas manifestaciones. Munkacsy, el eminente pintor húngaro, no podía sustraerse á esta influencia, y ha pintado sobre ese tema uno de esos maravillosos lienzos con que de cuando en cuando nos asombra el autor de *Cristo ante Pilatos*. Su cuadro es un estudio sociológico completo: en él se ven los dos elementos que componen la clase obrera; el exaltado, el que quiere llevar adelante sus reivindicaciones, caiga quien caiga y cueste lo que cueste, y el sensato que, sintiendo los mismos anhelos de emancipación, teme perder lo que tiene y encontrarse sin el jornal que le permite dar un pedazo de pan á sus hijos. De una parte, vense en la pintura algunos obreros que con sus ademanes y vociferaciones hacen coro al orador que les excita á resistir á todo trance; de otra, unos cuantos en actitud reservada é indecisa, meditando las consecuencias que para ellos y para sus familias puede tener la huelga. El efecto dramático de la situación es sorprendente, se apodera con fuerza irresistible de nuestro ánimo, y contribuye á aumentarlo el detalle de la mujer que con el niño en brazos trata de sacar á su marido de aquella reunión, tras de la cual entrevé la infeliz madre la miseria, el hambre en su hogar. En cuanto al efecto pictórico de esta grandiosa composición, no cabe decir sino que se impone: Munkacsy ha derramado en el lienzo tantas bellezas de ejecución que, fascinado por ellas el espectador, no tiene más remedio que entregarse á discreción ante la potencia de su maravilloso genio.

El pintor alemán Luis Munthe.—El día 30 de marzo último falleció el célebre pintor alemán Luis Munthe, uno de los más originales y eminentes pintores de Dusseldorf. Nació en Aaroen, junto á Bergen (Noruega), y aprendió en su patria las primeras nociones del arte con Schiertz y á los 19 años trasladóse á Dusseldorf, donde prosiguió sus estudios bajo la dirección de Flamm. Pero sus verdaderos maestros fueron la naturaleza y las obras clásicas, que estudió en sus frecuentes viajes á Holanda, Francia, Escandinavia é Italia. Munthe ha sido un artista con personalidad propia y sus paisajes figurarán en alto lugar en la historia de la pintura alemana contemporánea. Su cuadro *Mañana de invierno*, que publicamos en el número 745 de La Ilustración Artística, fué premiado con la gran medalla de oro en la Exposición Universal de París de 1878: en otros muchos certámenes consiguió Munthe análogas distinciones. Era caballero de la Legión de Honor y de la orden belga de Leopoldo y miembro de las Academias de Stockolmo y Copenhague. Hacía años que padecía de una diabetes; pero esta enfermedad no le impidió producir un número verdaderamente asombroso de cuadros de gran valía y trabajar hasta los últimos días de su vida, habiendo terminado tres semanas antes de morir un lienzo de grandes dimensiones que representa un paisaje de bosque y que figurará en la próxima Exposición Internacional de Bellas Artes de Berlín.

Teatro conmemorativo de Shakespeare. – Los ingleses profesan verdadero culto á la memoria del inmortal poeta, y todos los años, en la fecha del aniversario del nacimiento de éste (23 de abril de 1564), celébranse grandes fiestas en su ciudad natal, Stratford del Avón. No hace mucho se ha inaugurado el teatro conmemorativo, en donde se habrán representado, durante estos últimos días del presente mes, las siguientes obras de Shakespeare: *Twelfth, Night, Julius Cæsar, Macbeth, Richard II, Taming of the Shrew* y *Hamlet*. De la representación está encargada la compañía á cuyo frente figuran los esposos Besson, que es una de las mejores de Inglaterra y sin disputa la primera en la especialidad del repertorio shakespeariano, así por el número de obras que lo compone, nada menos que diez y ocho, como por la manera magistral como las interpreta y por la propiedad y lujo con que las pone en escena.

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES É INDUSTRIAS

ARTÍSTICAS DE BARCELONA

Por tercera vez, en plazos fijos y regulares, celebra Barcelona un certamen internacional, consagrado á las manifestaciones artísticas y las producciones de la industria que del arte reciben sus principalísimos elementos; por tercera vez el municipio de Barcelona ha convocado á los artistas y artífices de todos los países para tomar parte en este noble palenque, felizmente adoptado por los pueblos modernos, animado del patriótico deseo de contribuir por tal medio al fomento del arte patrio. Creciente ha sido el éxito que ha cabido al esfuerzo del municipio barcelonés, puesto que todos los concursos que han tenido lugar hanse distinguido por su progresiva importancia y por la mayor suma de elementos que han concurrido á engrandecer la obra emprendida.

A los anteriores supera el actual certamen: tal es el número considerable de obras que se han aportado, y tal la valía de algunas de ellas y la justa fama de que gozan sus autores. Este resultado, á falta de otras pruebas, atestiguaría las ventajas y beneficios que han reportado todas y cada una de las exposiciones bienales, con feliz acuerdo instituídas por el municipio de la condal ciudad. Todas han ofrecido un aspecto ó fase especial; mas en la que acaba de inaugurarse obsérvase mayor fijeza, determínanse ya derroteros fijos, y los artistas españoles, sin dudas ni vacilaciones, emprenden con seguro paso la jornada que ha de conducirles á la meta por todos deseada. Aun aquellos que más se distinguieran antes por su imitativo servilismo, velan un tanto la exótica gama de su paleta, comprendiendo, á tiempo, que la extravagancia no puede aceptarse jamás como manifestación de genialidad. ¡Bien hayan, pues, los iniciadores de estos certámenes que tales ventajas producen, y bien hayan también los artistas que tan elevados ideales sustentan!

Al recorrer los salones destinados á las producciones pictóricas, llama desde luego la atención y sorprende al inteligente la armonía del conjunto, que no se interrumpe por notas que puedan producir desagradable sensación. La única diferencia que se establece la determinan aquellas producciones, que más felizmente inspiradas ó ejecutadas con mayor maestría, revelan el aliento y la habilidad del pintor que las ha producido. Tal acontece con el fervoroso *Adoremus*, de Mas y Fontdevila; con el magistral lienzo de Graner, que de modo admirable reproduce una de las vías públicas de nuestra ciudad, obteniendo un efecto de noche tan sugestivo que casi iguala á la realidad; el hermoso paisaje de Meifren; la delicada y poética cabecita de Brull; los melancólicos paisajes de Urgell, inspirados por igual sentimiento, pero siempre bellos, sentidos y dignos de su buen nombre; las escenas rurales de Llimona y Barrau, y otros más que han de merecer asimismo especial mención y á los que dedicaremos el estudio á que son acreedores.

Comprendidos en distinta agrupación, por responder á otras corrientes y sujetarse sus autores á diversos cánones artísticos, figuran el gran lienzo de Francisco Masriera, los bonitos cuadros de José y Luis Jiménez Aranda; los jugosos paisajes de García Rodríguez; la jira de Echena; las notabilísimas acuarelas de Tapiró, representando tipos marroquíes, distintivas por su vigor y riqueza de colorido; los retratos y estudios de Villegas; el paisaje de Galofre, que resulta uno de sus mejores lienzos; el interior rústico de Guinea; los estudios de Barbasán, Díaz, Lorenzale; los cuadros de Garnelo; el grandioso *Flevit super illam*, de Simonet; las Navas de Tolosa, de Santamaría, etcétera, etc.

En la sección extranjera, menos numerosa que en las anteriores exposiciones, descuellan como obras capitalísimas la Madona del bávaro Hugo Konig, las *Flores caídas* del italiano Oca Bianca, y el hermosísimo lienzo de su paisano Ettore Tito, que representa un drama íntimo y real; las marinas del holandés Mesdag, y el gran lienzo de asunto militar del francés Rubaud.

Copioso es el grupo formado por la escultura. En él destácanse, en primer término, la gran estatua de Baucher, *A la terre*, que justamente preside el salón; el notabilísimo desnudo de Barrau; el D. Juan II, de Atché; la Juvenilia, de Reynés; la Edad de Piedra, de Campeny; la figura alegórica de Arnau, que tienen como dignas compañeras un considerable número de producciones escultóricas. Limitado es el número de proyectos arquitectónicos; pero aun así, los estimamos interesantes, completando la exposición la nutrida agrupación de las industrias artísticas, la sección de arte decorativo, la escenografía y la de reproducciones.

A modo de anticipo y para conocimiento de nuestros lectores escribimos estas líneas, ajenos hoy á exponer concretas y personales apreciaciones, puesto que no es tal nuestro propósito y á ello se opondría la limitación del espacio de que podemos disponer. Acéptense, pues, cual meras notas de visitante que deseoso de dar á conocer sus primeras impresiones, no titubea en transcribirlas, aprovechando la ocasión que se le ofrece para aplaudir al Ayuntamiento de Barcelona por sus iniciativas y á la ciudad que tales esfuerzos dedica á la mayor cultura y al fomento del arte y de las industrias patrias.

A. García Llansó

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Londres. – El doctor Jarvis Asch ha legado á la Galería Nacional una importante obra de Spinello Aretino: es un cuadro sobre fondo de oro que representa la Crucifixión. En el centro está Cristo entre los dos ladrones, al pie de la cruz las Santas Mujeres y San Juan y en último término los soldados.

– El Parlamento inglés ha aprobado una ley, en virtud de la cual podrán visitarse en los domingos los museos ingleses que hasta ahora permanecían cerrados durante aquellos días en cumplimiento del precepto del descanso dominical con tanto rigorismo observado en Inglaterra. El primer domingo en que empezó á regir la nueva ley visitaron el Museo de South Kensigton 7.168 personas y 3.026 el museo Bethnal Green, en su mayoría pertenecientes á las clases trabajadoras.

– La exposición de primavera celebrada por la Real Sociedad de Artistas ingleses ha resultado menos interesante de lo que se esperaba por la ausencia de algunos de los socios jóvenes más importantes y por la insignificancia de las obras enviadas por otros asociados. Llaman, sin embargo, la atención los cuadros al óleo de Fuller, *Después de la lluvia;* Sherwood Hunter, *El mar de Galilea* y *A orillas del mar Muerto;* Julio Olsson, *San Ibo;* Noble Barlow, *Media noche;* Adam E. Proctor, *Primavera* y *Un rincón del mercado de flores;* W. Ayers, Ingram, *Tempestad en el mar;* G. C. Haité, *Efecto de luna* y *Pescadores de red;* Watts, *Retrato;* Hugh Bowen, *Cabeza de niño*, y las acuarelas de Wike Bayliss, presidente de la Sociedad, *Interiores de las catedrales de Rouen y Milán*, y de otros conocidos pintores, como George, Hansen, Montagne Smyth, Fullwood y Holland Trincham.



Luis Munthe, célebre pintor alemán fallecido el 30 de marzo último

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en Dejazet *L'homme de la rue de Prony*, gracioso vaudeville de Boucheron y Tavernier; en la Renaissance *La meute*, comedia en cuatro actos, primera producción dramática del conocido novelista Abel Hermant, que ha producido gran efecto por las alusiones que contiene referentes á un asunto de *chantage*, del que se han ocupado recientemente los tribunales de París y toda la prensa europea. En el teatro de los Poetas ha sido un acontecimiento la representación del drama de Echegaray *El gran galeoto*, traducido al francés por Lemaire y Schurman: la crítica parisiense ha hecho grandes elogios de la hermosa obra de nuestro ilustre poeta.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en Lara *Pedro Jiménez*, graciosa comedia en dos actos de los señores Perrín y Palacios, y en Romea *Madrid Cómico*, bonita revista en un acto de Limendoux y López Marín, con música de los maestros Brull y Alvarez. En la Zarzuela se ha reproducido *La gran vía*, de Felipe Pérez y Chueca y Valverde, á la que sus autores han añadido escenas de circunstancias y un número de música.

AJEDREZ

Problema número 16, por Aurelio Abela

NEGRAS

9 B. y 7 N. = 16 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 15, por José Romero

Blancas.	Negras.
1. Dc TD	1. T toma D
2. C de 5 D á 3 A D	2. T 8 C D
3. C toma P T mate.	

Nota. – El P 5 A D evita una doble-solución que empieza con 1. C 5 A D.

EL ANCORA

NOVELA ORIGINAL DE DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN. – ILUSTRACIONES DE CABRINETY.

(CONTINUACIÓN)



Es más: al pensar la Pimentel en la buena obra á que se arrojaba, la sucedía enternecerse consigo misma y encontrarse bondadosa, semisanta...

Gonzalo Calderón había tenido la delicadeza de no enviar ni un recado á casa de la marquesa de Benalí. Su instinto de rectitud y la firmeza de su carácter le sirvieron para proceder, en esta ocasión, precisamente de la manera que más podía halagar los sentimientos de Fernanda. Cualquier oficiosidad, cualquier recado ó pregunta, la hubiesen predispuesto mal. La reserva y el silencio dieron pasto á su imaginación. Hasta parecía que Gonzalo se había suprimido: en ninguna parte se le encontraba ni se le veía, lo cual, hecho sin intención, equivalía á la táctica más hábil. No oyó Fernanda por ninguna parte su nombre, excepto un día en que, á la hora del almuerzo, Perico Gonzalvo, convidado por Ginés, nombró por casualidad á Calderón, y el esposo de Fernanda, á quien sin duda tenía resentido y lastimado el alejamiento de su pariente, le puso de oro y azul, tachándole de raro, de hipócrita, de extravagante, de *tiniebla*, y de cobarde por último. Acostumbrada estaba Fernanda á oir estas despellejaduras entre varones, que se desuellan entre sí más cruelmente que las damas; pero el calificativo de cobarde, sin saber por qué, la hizo dar un salto en la silla, y el vaso en que bebía chocó contra sus labios, descoloridos repentinamente. Iba á protestar ó á decir no sabía qué, cuando Gonzalvo, que solía ser franco y sincero en sus apreciaciones, sobre todo cuando no hablaba de sus enemigos ni de gente con quien hubiese sentido herido su amor propio, saltó diciendo:

– ¿Cobarde Calderón? ¡Hombre, hombre! ¿De dónde sacas eso? Pues si es mozo muy terne, muy terne. Yo podría contarte...

Y Gonzalvo emprendió la relación de algunos hechos que dejaron bien puesta la fama del primo del marqués en lo tocante á la virtud más estimada en el varón. Cortó el elogio Ginés con impertinente grosería, insistiendo en sus cargos, sin fundarlos en dato alguno. La disputa se enzarzó, pues lo mismo Gonzalvo que Benalí eran porfiados y tenían la mala costumbre de aferrarse á cualquier afirmación gratuita y baldía, y sostenerla con un empeño como si les fuese la vida en ella. Dos ó tres veces Fernanda, contrariada por las expresiones de su marido, dejó caer nerviosamente el cuchillo sobre el plato. Y en el momento en que el convidado se despidió, sorprendióle notar que la marquesa de Benalí, de ordinario tan reservada y grave, le estrechaba la mano con una especie de efusión violenta.

El mismo día en que señaló la hora del almuerzo este episodio, Fernanda, sabiendo que su marido comía fuera, avisó á María Pimentel para que á la hora de comer la acompañase. A los postres, pelando una mandarina, la Pimentel, sin más circunloquios, se dejó caer preguntando:

– ¿Has vuelto á ver á Calderón, hija?

– No; ¿y tú? – respondió Fernanda, sintiendo que ardía su rostro.

– ¿Yo? Que si quieres. ¡Si parece un capuchino! Pero tú, en el teatro...

– No ha vuelto al teatro – advirtió aturdidamente Fernanda.

– He oído decir – exclamó artera la Pimentel – que está enfermo, y que se marcha á no sé dónde de extranjis, si á Alemania ó á Suiza.

¡Oh numen de la santa verdad, no le tomes en cuenta á la buena señora el calculado embuste! Tan certero fué su efecto, que Fernanda se sintió desfallecer.

– ¿Enfermo dices?

– Creo que sí.

– ¡Dios mío! Pues yo debo preguntar, debo enterarme...

– Acaso ya no esté en Madrid – objetó la Pimentel con redoblada perfidia.

– ¡Qué disparate! No se marcha así la gente, sin despedirse y sin que los periódicos lo digan – replicó Fernanda rehaciéndose ya.

– En cuanto á lo de su enfermedad – repuso la Pimentel – no tardaremos en saber á qué atenernos. Voy á preguntar en seguida. Ahora mismo podemos tener noticias ciertas. En el acto.

– ¿Y cómo? – exclamó algo sorprendida Fernanda.

– ¿Cómo? Por milagro. ¿Cómo? Un serafín nos la traerá. ¡Inocentona! Con dar veinte pasos y arrimarte al teléfono.

– ¿Tiene teléfono Calderón?

– ¡Anda! ¿No lo sabías? Lo he mirado en el catálogo esta mañana. El 247.

Fernanda hizo un movimiento de sorpresa. No reparó en que era extraño que estuviese tan bien informada su amiga, sino sólo en que la pareció, por el hecho de tener teléfono Calderón, que había estado todos aquellos días viviendo muy cerca de él sin notarlo y sin saberlo.

Corrieron las dos amigas al gabinete y no tardaron en oir resonar el timbre estridente que les anunciaba que estaban al habla con el primo de Benalí. Fernanda sentía latir su corazón con pueril gozo. Oir una voz y no ver la cara del que la emite, es quitar la mitad del empacho y de la turbación que ciertas situaciones llevan consigo. El teléfono, que aleja, también aproxima, con misteriosa corriente de intimidad, causada por aquellas palabras que suenan tan cerca de la boca, y que tienen algo de incorpóreo y de bajado del cielo. La imaginación puede en esto poner mucho de su inagotable caudal, y sin duda lo pone cuando median antecedentes como los que mediaban en el caso especialísimo de la marquesa de Benalí. Apoyados los dos auditores en ambos oídos, inclinada sobre la placa, ya vibrante, Fernanda tenía la voz empañada y conmovida cuando murmuro: «¿Eres tú, Gonzalo?»

– Yo soy, Fernanda – respondió un acento lleno y grave que no alteraba ni empequeñecía la transmisión por los hilos.

– ¿Cómo estás? Me han contado que no andas bien de salud.

– Es cierto; pero no vale nada lo que tuve.

– ¿Se puede saber que fué? Habla más alto..., no te oigo ahora.

No se oía ni se podía oir, porque Gonzalo callaba, buscando una fórmula discreta. Al fin la placa tembló y Calderón dijo precipitándose:

– Cosas de los nervios... Un poco de neurastenia, dice el doctor. Nada entre dos platos. ¡Cuánto te agradezco tu bondad!

– Es una bondad por fuerza – contestó Fernanda afectando reirse. – Como no te has dignado dejarte ver...

– Temía molestarte, Fernanda; pero si me das tu permiso y me señalas una hora no importuna...

Vaciló Fernanda: sin saber por qué, tan sencillo y previsto ruego le parecía difícil de otorgar, extraño, embarazoso.

– ¿Qué pregunta? – intervino la Pimentel. ¿A que pide hora y tú no sabes dársela? Yo contestaré.

Y arrebatando los auditores, lanzó como una bomba un «¡Buenos días, amigo Calderón! Soy yo, María Pimentel... Lo digo porque á mí no me conocerá usted por el habla...»

– Pues sí que la hubiese conocido. ¡Cuánto gusto..., aunque sea gusto incompleto, pues no la veo!

– ¿Galantería? ¡Ay qué gracia! Si en efecto quiere usted vernos, lo que se llama *ver*, dice Fernanda que no tiene más que venir cualquier noche que no sea de turno primero... A las diez empieza nuestro *raout*... Lo malo es que, de tan concurrido, faltan sillas...

– No, si hay mucha gente..., entonces...

– ¡Miren el erizo! Estaremos Fernanda y yo, yo y Fernanda...

Y la empecatada señora repitió más de veinte veces el «yo y Fernanda,» riéndose al suponer la cara que pondría Calderón. Cuando se apaciguó la explosión de risa, la voz de Gonzalo dijo con cierta timidez:

– No importa, entérese usted de si á Fernanda le parece buen día el miércoles próximo...

– Que excelente. A las diez ó diez y media... En vez de tila se le dará buen te de la Caravana.

– Pues adiós, señora.

– Hasta el miércoles, ermitaño.

El más rígido censor y el observador más minucioso no encontrarían en aquella velada del miércoles nada que pudiese despertar su suspicacia ni justificar sus recelos. La natural reserva y la delicada modestia de Fernanda, la cortesía y el respeto de Calderón, neutralizaron lo que tenía la Pimentel de arriesgada y de confianzuda. Se habló de mil cosas agradables, entre las cuales el arte ocupó preferente sitio; se preparó allí mismo, sobre la mesilla de ébano incrustada de lozas de Vegdwood y traída de Londres para tal fin, un exquisito te, hecho en tetera de barro japonés – debidamente abrigada con el acolchado gorro de seda que reconcentra el aroma y almacena el calor para la segunda taza, – servido en tacillas de porcelana *cáscara de huevo*, que casi no se sienten entre los labios, y para mayor atractivo, presentado y ofrecido por Fernanda misma.

Contábase Calderón en el número de los pocos hombres que pueden sentir el encanto y la dulce intimidad de una velada pasada así. La noche que había tenido en su casa á las dos señoras – noche, sin embargo, de tan imborrables recuerdos para él, – el azoramiento, lo tasado de la hora, la evidente contrariedad de Fernanda, no le habían permitido saborear la imprevista y delicada sorpresa. Pero aquella primer noche en que Fernanda le recibía demostrándole impensada confianza y agradecimiento; aquel gran silencio del hotel, apenas turbado por el lejano rodar de algún coche; aquella habitación templada y cerrada, con sus muebles de tonos pasados y finos, alumbrada suavemente por bien colocadas lámparas; y sobre todo la silueta de Fernanda, su figura realzada por el traje de terciopelo gris y la gorguerilla de pluma obscura que realzaba la garganta; el vaivén del brazo saliendo de una manga floja, al presentar la taza del te ó el diminuto vaso tallado con asa, lleno de exótico licor, eran otros tantos pormenores que Calderón no había de olvidar jamás. Á la inmensa mayoría de los hombres de la edad de Calderón – que ya es edad de malicia perversa, – tal vez

les sugiriese la agradable velada pensamientos ó planes de esos que si se formulasen concretamente al exterior, harían huir abochornada á la mujer de menos decoro; pero Calderón, sin haber presumido nunca de santo, era lo bastante refinado y tenía suficiente buen gusto y acaso discernimiento para no echar á perder un goce del alma encenagándolo interiormente Así es que, sin esfuerzo, sin tener que recurrir á ardides de disimulo, su actitud durante la velada fué de tal respeto, de tan evidente corrección y á la vez de tan sincera complacencia, que Fernanda perdió poco á poco el miedo y la alarma que en ella había producido el paso de admitir por primera vez á un soltero en su trato no estando su marido presente, y á su vez se mostró más abierta, más franca, más desprevenida, lo cual contribuyó á aumentar el encanto de la velada íntima. Calderón recorrió el teclado del Pleyel, no tan largo tiempo que cansase, ni tan poco que no detallase dos ó tres de las más elegantes y caballerescas mazurcas de Chopín; celebraron las picantes ocurrencias de la Pimentel; comentaron algunos sucesos mundanos recientes, encontrándose con esa conformidad de opiniones que ratifica la simpatía (cuando no engendra el aburrimiento); y al separarse á las doce, ni Calderón ni Fernanda creían que se pudiese disfrutar tanto ni con tanta inocencia, en una noche y en una sosa velada casera. La que no alimentaba esta peligrosa confianza era la Pimentel; pero si alguien la preguntase cómo había transcurrido la noche, era segurísimo que la Pimentel diría que «como los santos»

VII

De la confianza y el descuido vino la reincidencia. Fernanda no tuvo reparo en que las veladas en que recibía á Calderón fuesen, primero semanales, después más frecuentes. Establecióse la costumbre de un modo insensible, fomentada por las oficiosidades de María y por la inclinación de los dos que aún no sé si llamar culpables. Establecióse la costumbre, sin que ninguno de los tres que la plantearon pudiese decir hasta dónde llegaba su parte de responsabilidad, ni menos hubiese calculado la dirección en que lógicamente tal costumbre había de arrastrarles. Pocas personas se dan cuenta de que al franquear el umbral de una casa se puede pasar el Rubicón del destino, y que una acción en apariencia indiferente decide á veces del porvenir. Quizás Calderón, que á fuer de hombre conocía la vida mejor que Fernanda, vió más claro que ella desde el primer instante; pero aun siendo Calderón lo que se conoce por *hombre de honor*, no encontraba, ni en sus vacilantes creencias ni en el ambiente de la sociedad en que vivía, nada á que asirse para resistir á una corriente que le arrastraba con tal encanto. Era Calderón uno de los muchos seres – entre los más escogidos, sin duda, que en nuestro siglo alientan – que no por falta de cualidades, sino por falta de un ideal á que aplicarlas, pueden decir con lágrimas interiores que no han encontrado su camino, y que marchan en tinieblas y en incertidumbre. Sus gustos selectos, su noble orientación moral, su horror por todo lo vulgar, bajo y vil, su repugnancia á la traición y al dolo, y la piedad lírica de su alma, todos estos elementos dispersos – que coordinados por una fuerte idea ética ó religiosa le hubiesen llevado á una vida moral, digna y ejemplar para los demás hombres – le impulsaban, por el estado anárquico en que existían en él, á la irregularidad, á la mentira y al desorden de una pasión ilícita por Fernanda.

El caso de Calderón, si sobre él reflexionamos, prueba que los mejores y más hermosos sentimientos no hacen bien, sino daño, si no los regula una ley superior y más desinteresada que la conciencia individual.

Calderón empezó á interesarse por Fernanda por motivos que le honran: la vió abandonada y vendida, y se indignó contra el traidor que escarnecía la santidad del matrimonio; la vió reservada y honesta, y entonces la encontró hermosa; la vió infeliz, y sintió compasión y deseo de acorrerla en su desdicha. Respetóla interiormente, y tuvo á raya sus ojos y su pensamiento para no mancillarla y no mancillarse; pero esta delicada labor psicológica no era sino la base de otros sentimientos que tenían que nacer y surgir y estallar derribando cuanto se les opusiese.

En cuanto á Fernanda, también fueron las mejores cualidades de su sensibilidad y las más nobles direcciones de su espíritu las que en esta ocasión la ponían en inminente riesgo. A haber sido Fernanda como la mayor parte de las mujeres, la disipación, la ociosidad, la vanidad y acaso una superficial galantería serían suficientes para consolarla del naufragio de su amor conyugal. Pero Fernanda ni sabía, ni podía, ni quería renovar el ensayo de vida mundana. A cada instante comprendía mejor que era nacida para el cariño leal y sólido, para la efusión no interrumpida de un alma en otra alma, para la verdad y la firmeza, para la renovación constante de los afectos y para el horror á toda desviación de los dulces deberes que crean. Y por lo mismo tenía que atraer á Fernanda con magnético poderío el hombre que pudo haberla ofrecido todo eso, porque también él sentía y entendía lo mismo que ella la vida y la felicidad. Y si Fernanda hubiese sido de esas mujeres que arden como yesca, su propia alteración la serviría de aviso para cautelar; pero en los primeros tiempos su complacencia en el trato de Calderón fué tan inocente, tan serena, tan limpia y armoniosa, que jamás pensó que pudiese variar de naturaleza, ni que aquella alegría pura y sencilla perdiese su eficacia. Y con aquella alegría bastó en efecto á Fernanda al pronto para ser feliz. La semana transcurría en espera del día señalado para la venida de Gonzalo: todas las ocupaciones y los planes se modificaban en expectativa de aquellas breves horas. Por tácito instinto de delicadeza, Fernanda aplazaba ó adelantaba el día, según la posibilidad que de acompañarla tuviese María Pimentel, y si ésta no podía venir, dilatábase la reunión todo lo que fuese preciso, pues sin testigos no consentía Fernanda recibir á Gonzalo. Tácitamente también las dos amigas hacían de manera que la encargada de transmitir á Gonzalo los avisos por teléfono fuese la Pimentel; y al dar aquellas inocentes citas, María empleaba fórmulas misteriosas que luego las hacían reir, y diciendo, verbigracia: «Mañana hay carreras» ó «No falte usted al estreno del viernes.» Ya era cosa convenida entre la solícita amiga y Calderón, que el nombre sagrado de Fernanda no se expusiese á los malévolos comentarios de la Central. «Á mí que me despellejen cuanto quieran,» añadía la viuda: «murmuraciones de pícaro hacen echar buen pelo.» Y estos arreglos y combinaciones creaban entre los tres interesados en el silencioso drama de la naciente pasión, un lazo como de complicidad, sin que realmente tuviesen nada que ocultar, al menos en lo que cae por fuera.

Algunas veces había manifestado Fernanda á Gonzalo temores de que la costumbre de fijar ella el día de las íntimas veladas pareciese algo como imposición, y de que Gonzalo, al someterse á ella, rompiese ó modificase planes anteriores. En la respuesta de Gonzalo, ardorosa y explícita, iba encerrada la más vehemente protesta: Gonzalo no tenía ningún plan, ocupación alguna, que le importase lo bastante para impedirle asistir á casa de su prima el día que ella quisiese. «Ya ves tú si tendré yo ocupaciones que me importen – añadió, – que cuando vine aquí por primera vez, había resuelto salir á viajar.» Y Fernanda, al oir esta frase, volvió la cabeza y sintió una llamarada de fuego que pasaba por sus ojos y sus mejillas.

Sin proponérselo y sin artificio alguno; rehuyéndolo al contrario, porque estaba en su manera de ser el rehuirlo, Calderón procedía como hubiese procedido el más refinado seductor. Su actitud llena de respeto, su cuidado exquisito en no traspasar los límites de la confianza que se le concedía, su manera de pronunciar aquel *tú* autorizado por el parentesco de afinidad y que en sus labios sonaba como reverente, y más que todo, la melancolía y la soledad de la vida, que Fernanda adivinaba, causaban en ella esa emoción de la lástima que tanto se parece á la emoción sexual, y que tan á menudo la origina. La presencia de María Pimentel, impidiendo la posibilidad de toda expansión peligrosa, hacía á Fernanda entregarse sin recelo á la involuntaria exaltación que la producían aquellas noches tan excepcionales en su árido vivir. Con mantener el firme propósito de no recibir nunca á solas á Gonzalo; con advertir que tampoco Gonzalo trataba de quebrantar esta consigna, creíase Fernanda en terreno firme, y segura de todo temor y de todo reproche.

¿Podrá darse cosa menos reprensible que las veladas aquellas? La conversación era general, animada por la charla de María. Calderón no pecaba de locuaz ni de verboso, pero cuando hablaba hacíalo con discreta oportunidad, demostrando más que mediano entendimiento, y apreciando las cosas de un modo ajustado y elevado siempre. Mientras las señoras trabajaban en matizar un tapiz heráldico destinado al comedor, y los dedos ágiles y largos de Fernanda escogían los sueltos estambres de vivos colores y enhebraban la gruesa aguja, Calderón dejaba correr las manos por el teclado, ó leía las noticias y los telegramas en el número todavía húmedo de *La Época*, acabada de traer. La hora del te llegaba pronto, y ya había en el te una nota más íntima, pues Fernanda hervía el agua en un *kettel* de plata traído de Hamburgo, allí, en la misma chimenea, sin permitir que en la cocina interviniesen para nada en los preparativos. Cada día esmerábase en descubrir alguna golosina nueva para ese te; ya una galleta inédita, ya un rosco castizo y sabroso, ya algún *plum* raro y genuino, recibido directamente de Londres la mañana misma.

Como toda mujer que no es feliz, Fernanda no había perfeccionado sus aptitudes de ama de casa atenta y solícita, ni cultivado esa poesía del bienestar interior que tanto puede atraer al hombre; pero al contacto de aquella amistad, de aquel interés hasta entonces no disfrutado, sentía Fernanda desenvolverse ese talento tan propio de su seso, y una ojeada á la salita, tan graciosamente adornada con flores siempre frescas, revelando en los menores detalles el cuidado que da á cualquier cosa un interés del corazón, bastará para indicar al experto que la mujer que así arreglaba su cuarto esperaba á alguien que para ella representaba la ventura.

De las tres personas que allí se reunían y que tanto estimaban el goce de reunirse, una había menos conforme con la situación, y el lector menos perspicaz adivinará que era María Pimentel. La confesión que estaba al borde de los labios sin querer salir, la Pimentel creía que ahogaba á Fernanda y á Calderón; la soledad que no deseaban, la Pimentel creía que era su mayor anhelo: la ocasión temida y rehuída, la Pimentel se imaginó que debía ella ser el duendecillo que la proporcionase... ¡No, sin malicia!; porque la Pimentel no tenía ánimos de que nada malo ocurriese. ¿Malo? ¡Si con Fernanda lo malo era imposible! – Pero entre la maldad y no poder cruzar dos palabras sin que haya quien las oiga..., va muchísima diferencia, reconozcámoslo. – ¡También es terrible la pensión de no encontrarse jamás en libertad dos que se..., aprecian! Y María se calificaba á sí propia de estorbo, de impertinente, de espantajo...

Dado este modo de pensar, á nadie debe parecer extraño que un día de los señalados, habiendo convenido en estar á las nueve y media en punto en casa de Fernanda, María se retrasase hasta las once. A las diez llegó Calderón – hora acostumbrada, – y al encontrar sola á la marquesa de Benalí, le causó tal impresión de sorpresa, que se quedó en la puerta, indeciso acerca de sí debía ó no pasar. Y casi en el mismo momento se avergonzó de su perplejidad, pues envolvía algo de ofensivo para él y para la misma Fernanda. Esta, al ruido de los pasos que conocía; al comprobar, aun antes de que se alzase la cortina, que quien entraba era Gonzalo y no la Pimentel, se había puesto de pie como para despedirle con la actitud; pero al verle detenido en la puerta, un movimiento involuntario la hizo exclamar: «Adelante, Gonzalo, buenas noches.» Entonces él se precipitó, tropezando en la piel de oso polar que señalaba el sitio del costurero y en la cual apoyaba la señora los pies.

Las manos tendidas encontraron las de Fernanda, y las cogieron y no las soltaron ya. Confusos, silenciosos, trémulos, sin mirarse, permanecieron así un minuto, durante el cual Fernanda vió clarísimamente en su corazón, á la luz de una emoción tan violenta, que cortaba en su garganta la voz y casi nublaba la luz en sus ojos. El sueño del cariño inocente, del idilio sin culpa ni mancha, de la comunicación amistosa sin consecuencias, se evaporó al calor de las palmas de Gonzalo. Y lo que más espantó á Fernanda fué notar que lejos de sentir indignación contra sí misma, de encontrar en sí aquella energía ante el mal, que no sólo lo precave, sino que le aplica su verdadero nombre, sentía sólo el ciego impulso del ansia de dicha, la tensión de la voluntad hacia el objeto secretamente codiciado. La frase más vulgar, pero infalible en tales casos, acudió á su boca, y con quebrantado acento gimió:

– Gonzalo, vete.

– No me iré, porque *lo extrañarían:* acabo de entrar – respondió Gonzalo, á quien no abandonaba ni en tan crítico momento el instinto de proteger á Fernanda. – Vete tú... Yo aquí aguardo á María Pimentel.

Una sonrisa de inefable agradecimiento iluminó la cara descolorida y algo desencajada de Fernanda; serena ya, alzó la vista y la reposó en el semblante de Gonzalo. Nunca había notado tanto como entonces el parecido de Gonzalo con el marqués de Benalí, pero la diferencia de la expresión y del alma tampoco eran nunca más evidentes. Gonzalo sonreía enajenado también, porque no hay hombre alguno, á no ser un ridículo fatuo, que esté seguro de los sentimientos de una mujer mientras no los comprueba. De pronto Fernanda arrancó sus manos, las apretó sobre el corazón, y salió de la estancia. En vano aguardó Gonzalo á que llegase la Pimentel. Esta, creyéndose muy diplomática, no vino hasta las once; pero á las diez y media, Calderón no creyó prudente dilatar más su espera, y se retiró.

VIII

Mientras Gonzalo, se había quedado solo en el saloncito y lo medía con paso febril, Fernanda, á obscuras en su tocador, desplomada sobre su diván, prestando oído á pesar suyo á los ruidos que del interior de la casa venían, se encontraba en uno de esos estados de anonadamiento que suprimen de tal manera las energías morales, que nos impulsan á entregarnos á la fatalidad.

Y es que reconocía con espanto aquella mujer, sincera y leal hasta cuando la dominaba la pasión, que dentro, en su propia alma, se habían roto todas las vallas y todos los diques que podían sostenerla, y que no tenía ya á qué asirse, por lo cual la caída era segura en plazo más ó menos corto; y sobre todo, la caída *interior*, que á fuer de espiritualista tenía más importancia para Fernanda, era ya evidente. En aquella obscuridad que casi siempre presta claridad á la conciencia, Fernanda veía que no quedaba en pie ni uno solo de los apoyos en que podría sostenerse para llegar á *no querer* la caída que ahora deseaba con toda su alma; y el desearla así era lo que no soportaba su espíritu, lo que la hacía tenerse en poco á sí propia y sufrir la más dolorosa humillación que sufrir puede un ser delicado, una selecta organización moral. «Estoy á la altura de Ginés – pensaba – á su nivel, á su propio nivel, pues no siento horror ante la posibilidad de la degradación, ni encuentro nada que me estorbe cometerla. Siento en mí vivo y firme el deseo de lo que ya ni casi me parece delito; á tal estado ha llegado mi conciencia, embotada quizás por seis años de penas y de humillaciones. Así como el que se siente atraído por una gran altura con el hormigueo del vértigo conoce que va á despeñarse y sin embargo prosigue andando, yo sé que andaré, y aprisa, y que no hay quien pueda salvarme de esta impulsión. ¡Salvarme! ¿Y á quién le importa que yo me salve? ¿Hay en el mundo alguna persona que se interese por mí, que se mire en mi honra como en un espejo, que se goce en mi bien, que me estime lo bastante para querer estimarme siempre? ¡Sólo sé de *una*, y es precisamente *el* que, por fatal anomalía, no puede darme honra y puede quitármela!»

Parecerá extraño sin duda, á los que no han estudiado bien el estado moral de la mujer moderna, tal cual la forma el ambiente de nuestro siglo, que Fernanda no encontrase, en aquella hora crítica de su vida interior, ningún asidero, nada en qué sostener su personalidad para conservarla alta y firme. La mujer moderna sufre, aunque á distancia, la misma crisis que el hombre: sus creencias religiosas están debilitadas y carecen de vigor: quizás no lo sabe ella misma, ni se da cuenta de ello: quizás se enojaría y protestaría si se lo afirmasen; mas no por eso es menos cierto que padece esa funesta enervación, esa parálisis progresiva del sentimiento más noble y más racional de todos, que es el que nos enlaza con la causa suprema de las cosas. No ha sido atacada la religiosidad en la mujer (salvas contadísimas y bien raras excepciones) por el racionalismo, por la lectura y por el análisis; no la ha combatido la duda; pero la ha contagiado la indiferencia. Al ver que el hombre se desvía, la mujer si no se desvía precisamente, al menos no siente la necesidad de acercarse á la gran fuente de vida y de verdad, al gran consuelo, á la única tierra prometida del espíritu.

Apagado el fervor religioso, no tiene tampoco la mujer abiertos los caminos por donde el hombre puede emplear noblemente su actividad y combatir esas enfermedades morales que se llaman *pasiones*. ¿Qué podría hacer Fernanda de sus horas sobrantes? ¿A qué dedicarlas, que la interesase y absorbiese lo suficiente para sacarla de sí misma y llevar en otra dirección su pensamiento? Encerrada en su casa y exaltada por ese encierro la imaginación, Fernanda comprendía que si la mujer vive para los afectos de la familia, el día en que esos afectos vienen á faltarla, su vida carece de objeto y de finalidad, y va como el barco á merced de las olas. De esta convicción nació en la desdichada marquesa de Benalí una resolución extrañísima, que probará al que reflexione bien sobre ella, que las contrariedades y las penas pueden alterar momentáneamente la razón y sugerir las más singulares ideas y hasta delirios. Como si se la hubiesen presentado en un calidoscopio, Fernanda repasó su vida futura, y comprendió que iba á ser lo mismo que la de tantas y tantas mujeres, ocupadas en labrarse una felicidad culpable y secreta que no eche por tierra su situación ante el público. La dama sentía que en su conciencia estaba vivo y fuerte, á falta de otras cosas, el amor á la verdad y la repugnancia más profunda é invencible al disimulo y



¡Cuánto gusto, aunque sea gusto incompleto, pues no la veo!

á la duplicidad infame; y lo único que no se sentía con fuerzas para aceptar, era la vida enmascarada de la mujer que aparece de una manera y es de otra, que pertenece ante la ley y la sociedad á un hombre y ocultamente á otro, que oye en un salón comentar las faltas ajenas y tiene para ellas obligadas frases de censura, pero que palidecería y hasta caería desmayada si alguien refiriese allí su propia historia! No; Fernanda no quería ser esa mujer, ni vivir así, ni someterse á la situación general de las mujeres que caen. Unido este inquebrantable propósito á la no menos fulminante é indestructible convicción de que pagaba la pasión de Gonzalo en la misma moneda, y que no podía amputarse el corazón, Fernanda sólo vió una solución posible en el porvenir. Era la solución tan terrible, en cierto modo tan trágica, y de seguro tan inusitada y poco común, que al pronto la misma Fernanda pensó en ella con terror y tuvo horas de fiebre y extravío. Los combates de aquellos días fueron de esos que el mundo no ve, que no salen á la superficie, que se anegan en una taza de tila, que se disimulan detrás de un pañuelo de encaje y con el pretexto de una jaqueca insufrible ó de unos vaporcillos que no alarman, pero que causan un estrago interior equivalente al paso de diez años sobre la cabeza de una mujer. Fernanda miró á su alrededor y se vió sola, sola, inútil; nadie la necesitaba, ningún vacío dejaría su desaparición en aquel mundo insubstancial é indiferente: se hablaría del asunto quince días, ocho, quizás menos; se ensañarían un poco con ella, pero al punto las olas se cerrarían sobre el cuerpo caído al mar, y ni señal quedaría en la superficie de la no observada desaparición.

Clavóse tan adentro la fatal idea en la mente de Fernanda, que ya, en vez de rehuir verse á solas con Gonzalo, deseó – como se desea todo lo que nos saca de la indecisión y resuelve de una vez el porvenir – verle nuevamente, y en circunstancias en que pudiesen hablarse con alguna libertad y detenimiento. No cabía en el modo de ser de Fernanda, sin embargo, buscar ocasión propicia; pero para algo están en el mundo las Pimenteles. María pensaba que la primer ocasioncilla había fructificado; atribuía la palidez y el decaimiento visible de Fernanda á la lucha del honor con el deber, y creía que el mejor medio de aliviar los padecimientos de su amiga era repetir la habilidad de aquella memorable noche; anunciarse, pero no presentarse. Así lo hizo, sólo que Calderón, invariable en su respetuosa línea de conducta, no quiso entrar cuando no había nadie aún. Ideó entonces María otra cosa, y fué, mientras duraba la velada, salir con cualquier pretexto, y permitir así á los dos enamorados – pues tal nombre se les puede dar ya – que conversasen libremente algunos minutos. Era, sin embargo, tan embarazoso y difícil lo que ambos tendrían que decirse, que fué preciso que las ausencias de María se repitiesen para que surgiesen las palabras en los labios de los dos. Fué cabalmente un arranque de dignidad de Fernanda lo que dió pie á que la situación se aclarase.

– ¡Cuánto agradezco que nos dejen solos un momento! – murmuró Gonzalo. – Así puedo preguntarte por qué estás... enferma. ¿Qué tienes, Fernanda? ¿Cómo tan desmejorada y triste?

– María es tonta – respondió Fernanda colérica. – Estas salidas me desagradan, me repugnan.

– Ya sabes que yo no he de abusar de ellas – respondió Calderón en voz opaca, dando vueltas á los estambres con que matizaba la señora su labor. – Ya sabes, Fernanda, que no he de darte ningún disgusto. Por ahorrarte el más pequeño, no te quiero decir de lo que soy capaz, porque tal vez no lo creyeses. Fernanda, si es culpa mía el que estés tan triste, tan abatida, con ese color y ese semblante, me iré, no vendré más. A nadie quiero disputar el privilegio de hacerte infeliz. El de hacerte dichosa sí que se lo disputaría al universo. ¿Entiendes, Fernanda? Mándame, échame, pídeme lo que se te antoje..., pero no estés así.

Fernanda callaba, no por confusión ni porque no tuviese qué responder, sino por una impresión tan fuerte que hacía temblar levemente sus manos al revolver las blandas y sueltas lanas en el ligero canastillo. Las palabras que pronunciaba aquel hombre eran tan exactamente idénticas á las que Fernanda suponía de antemano que debía pronunciar; correspondían tan bien á la nota de abnegación, desinterés y protección que esperaba de él, que una onda de deliciosa beatitud caía como bálsamo sobre su corazón dolorido y aceleraba su movimiento, mientras un suave calor circulaba por sus venas.

– ¿No respondes, Fernanda? – insistió Gonzalo, equivocándose respecto á la naturaleza de la emoción de la señora. – ¿Quieres que no vuelva más por aquí?

– No es eso – respondió ella haciendo un esfuerzo visiblemente trabajoso, y hablando ya con resolución y energía. – No es eso, Gonzalo.

– ¿Pues qué es? ¡Por Dios..., háblame con toda sinceridad!

– No es posible. No sé hablar así, con la angustia y el recelo de que nos oigan. María vuelve cuando menos se piensa; me encuentra alterada, y piensa ó malicia cualquier desatino... Necesito hablarte con tranquilidad.

Una alegría repentina y profunda cambió el rostro de Gonzalo, que balbuceó:

– ¡Cuando quieras..., como quieras! Pero ¿dónde..., dónde?

– Aquí – respondió Fernanda con dignidad. – ¿Dónde había de ser? Ven... por la tarde..., á las cinco..., mañana... No; mañana no: el viernes.

(Continuará)

ASCENSIONES Á GRANDES ALTURAS

La afición á escalar las más altas montañas aumenta de día en día, habiéndose convertido en algunos países en *sport* á la moda, hasta el punto de ser tenido en poco el que no puede dar cuenta por experiencia propia de una ascención, cuando menos, á alguno de los montes que gozan de más universal nombradía. Para fomentar esta afición hanse fundado multitud de clubs, entre los cuales ocupan el primer puesto los llamados alpinos por ser los Alpes, en sus distintas ramificaciones, los que más atractivos ofrecen y más sorpresas tienen reservadas á los que á tales excursiones se dedican.

En muchos es el ascensionismo una verdadera pasión, una obsesión avasalladora: la contemplación de las grandes alturas les fascina y la idea de posar en ellas su planta les persigue sin descanso, haciéndoles entrever en tentadores espejismos placeres inefables y sensaciones deliciosas.



Paredes de roca en los Alpes

«Siendo aún niño - dice un famoso alpinista contemporáneo - me atraían estas montañas del Delfinado; al contemplarlas por vez primera, presentía que iba á pasar en sus cimas algunas de las horas más agradables de mi existencia. Muchos años transcurrieron, sin embargo, antes de que pudiera satisfacer mis deseos; lo que yo sentía no era un capricho, sino una pasión que cada vez se apoderaba más de mí. Había recorrido los Alpes de Suiza y del Tirol, y por una serie de circunstancias inútiles de recordar aquí, no me había sido posible escalar los Alpes del Delfinado. Lejos de mi ánimo estimular las expediciones peligrosas en que se compromete por orgullo no solamente la vida propia sino la existencia de los guías á quienes seduce el incentivo de la ganancia. No se pueden dispensar semejantes tentativas sino cuando tienen por objeto alguna observación ó un descubrimiento científico, y merecen severa censura siempre que el amor propio es su único móvil. Pero cuando se ama verdaderamente la naturaleza, cuando se sabe comprender sus encantos y esplendores, sus armonías y enseñanzas, experiméntase un gozo infinito al elevarse sobre las grandes alturas. La salud del alma gana tanto como la del cuerpo: fatigando los miembros para fortificarlos se toman esos baños de aire vivificante que con tanta elocuencia recomendaba Juan Jacobo Rousseau; los sentimientos se depuran como la atmósfera; las ideas se engrandecen; descúbrense bellezas desconocidas de aquellos que se limitan á contemplarlas desde los valles ó las llanuras; todo cambia, formas, colores, aspectos y horizontes, y experiméntase, en fin, un goce indefinible al acercarse al cielo, perdiendo de vista esta tierra donde la triste humanidad, entregada á un trabajo forzoso, se ocupa más por desgracia en satisfacer malas y vergonzosas pasiones que en desarrollar las facultades intelectuales y morales, que deberían ser fuente única de sus placeres y de su felicidad.»

Ascensión por un sendero practicado junto á un abismo.

Preciso es reconocer que los párrafos transcritos encierran una gran verdad, al hablarnos de la influencia higiénica que esas ascensiones ejercen en el cuerpo y en el espíritu humanos; pero á poco que se ahonde en el asunto, descúbrese que de la mayoría de los ascensionistas unos lo son á impulsos de simple curiosidad, del deseo de ver lo que otros han visto y de hacer lo que otros han hecho, y á los demás muéveles ese orgullo, ese amor propio que como altamente perniciosos señala el antes citado viajero. ¡Cuán pocos buscan en estas excursiones el goce indefinible de que este mismo viajero nos habla!

Los modernos adelantos científicos han facilitado extraordinariamente las ascensiones á las altas montañas: los montes más célebres de Suiza, de Italia, de Alemania y de Francia se *escalan* hoy cómodamente en confortable vagón del ferrocarril funicular ó de cremallera, desde donde el viajero, sin fatiga va descubriendo las bellezas panorámicas que á sus ojos desenvuelve el paisaje que se ensancha y parece hundirse á medida que el tren asciende lentamente por un camino practicado entre abismos vertiginosos y abruptos muros de amenazadoras rocas.



Ascensionistas descansando junto á un pico artificial de los Alpes

No es este, sin embargo, el procedimiento que adoptan en sus excursiones los verdaderos *amateurs:* éstos renuncian de buen grado á tantas comodidades á cambio de las emociones que les permite sentir el camino seguido á pie. El perfecto excursionista no se satisface con alcanzar fácilmente la suspirada cúspide; el gran hotel que en lo alto de la montaña le brinda con los más suculentos manjares y los vinos más exquisitos servidos en amplio salón y sobre mesa lujosamente dispuesta por un ejército de criados irreprochablemente vestidos no le seduce. Al dulce y acompasado movimiento del tren prefiere el cansancio de la caminata fatigosa; al Chateaubriand mejor condimentado, el modesto fiambre; á la copa del espumoso Mumm, el sorbo del aguardiente que lleva en su cantimplora ó del agua fresca del cristalino arroyo junto al cual se detuvo para restaurar sus fuerzas con frugal comida.

Y no digamos del ascensionista por todo lo alto, del explorador de las alturas al parecer más inexpugnables: para él, el placer de la ascensión está en razón directa de las fatigas que sufre, de los obstáculos que vence, de los peligros que afronta; porque estos peligros y estos obstáculos y estas fatigas quedan sobradamente compensados por la emoción sentida al afrontarlos, al vencerlos y al sufrirlos. A estos excursionistas apasionados, fanáticos, las alturas les atraen, y ni retroceden ante los ejemplos de inútiles tentativas por otros hechas, ni vacilan ante la consideración de accidentes desgraciados que costaron la vida á los que antes que ellos quisieron llevar á cabo la empresa que ellos acometer intentan. ¿Obran por estímulos de vanidad? Se nos antoja que aun en los ascensionistas de más buena fe hay su poquito de este defecto, tan natural en la condición humana.



Ascensión por una *chimenea*

Esto no obstante, comprendemos que entre la clase, y aun prescindiendo de los que obedecen á móviles científicos, los haya que sean lo que son y hagan lo que hacen por puro amor al arte. Y la verdad es que el ascensionismo, tal como éstos lo practican, tiene no pocos encantos y que los relatos de algunos de estos excursionistas son de una poesía tentadora. Oigamos á uno de ellos:

«A medida que nos elevamos en una montaña, que nos acercamos á las altas cimas, vemos disminuir á nuestro alrededor las manifestaciones de la vida: los grandes árboles han desaparecido, los arbustos, los matorrales, las hierbas mismas han cesado de crecer; no se ven más que abruptas paredes de piedra, inmensas moles de desnuda roca, y á lo lejos,

por todos lados, picos y pendientes cubiertos de hielo y de nieve. Un silencio absoluto, no conocido en el llano, nos rodea; la imagen de la muerte se presenta á nosotros por doquier, sumiéndonos en una especie de sombrío estupor. Mas pronto los ojos se acostumbran á este espectáculo; el espíritu, durante un momento dormido, se despierta, sondea y penetra esta naturaleza en apariencia inanimada y descubre en ella una vida muy diferente de la que la presencia de los hombres, de los animales y de las plantas nos han acostumbrado á ver, pero vida al fin, activa y enérgica. Las rocas no son inertes, sino que á su modo palpitan y viven: unas gravitan con pesadumbre enorme sobre las que las sostienen y tienden á aplastarlas, y estas últimas sólo permanecen firmes gracias á un continuo esfuerzo. Las moléculas que las componen están animadas de fuerzas poderosas que las solicitan en diversos sentidos, y su inmovilidad no es sino el equilibrio resultante de estas fuerzas contrarias que luchan entre sí y se compensan.»

Ciertamente que esta descripción es tentadora, pero para gozar de los encantos que en las grandes alturas ofrece la naturaleza, ¡cuántas penalidades hay que soportar, á cuantos riesgos hay que exponerse! A medida que el viajero asciende, las dificultades aumentan y llegan á veces á tal extremo que para proseguir el camino hay que apelar á todos los recursos, que no son muchos por la escasez de elementos de que se dispone, ya que en estas excursiones la impedimenta, como se comprenderá, no puede ser muy considerable. Unas veces hay que abrirse paso entre and os y profundos barrancos llenos de pedruscos y rocas desprendidas de lo alto que hay que ir apartando á fin de practicar una senda por donde caminar con relativa facilidad; otras, es preciso seguir un sendero de algunos decímetros de ancho, abierto al borde de un precipicio cuyo fondo no se distingue. En ocasiones, un muro de roca perpendicularmente cortada, cuya lisa superficie no presenta el menor punto de apoyo, cierra de pronto el camino y obliga al ascensionista á desandar lo andado y á dar un rodeo de algunas horas para alcanzar la parte superior de aquel obstáculo que apenas tendrá unos metros de altura y que sin



Trepando por las rocas

embargo resulta infranqueable; en otras, encerrado el expedicionario en un callejón sin más salida que lo que con mucha propiedad se llama una *chimenea*, vese obligado á trepar por aquella especie de tubo, apoyándose en las piedras salientes de las irregulares paredes. Y con frecuencia hay que salvar abismos dando un salto que ha de calcularse con precisión matemática para no rodar por aquellas simas de centenares de metros de profundidad. Y esto repetido una y otra vez; siempre escalando rocas y ganando cumbres, y siempre teniendo delante nuevas montañas y nuevos peñascos, sin poder calcular siquiera aproximadamente cuándo tendrá término tanta contrariedad, cuándo se llegará á la meta deseada.

Pero donde los peligros se suceden sin interrupción y alcanzan el máximo de su intensidad es en la región llamada de las nieves eternas. Allí, el suelo que se pisa ofrece poblemática consistencia, y muy á menudo la helada superficie que parece sólida se derrumba al menor peso, abriendo abismos que producen vértigos: el campo de nieve que está unido é invita á atravesarlo se hunde de pronto, arrastrando consigo al desgraciado que fijó en él su planta sin antes sondearlo prudentemente. Y el peligro no está sólo abajo; llega de arriba muchas veces en forma de alud desprendido de lo alto, inmensa mole que con terrible furia salta, choca, vuela y se estrella al fin contra otras moles con ensordecedor estrépito.

Unase á todo esto el *mal de las montañas* que se experimenta al llegar á cierta altura y que producido por el enrarecimiento del aire se manifiesta en vértigos, náuseas y cansancio extraordinario, causado por el menor esfuerzo, y se comprenderá que tales ascensiones no se han hecho para todos los mortales. Se comprenderá también que sean tan frecuentes los accidentes desgraciados que tantas víctimas causan todos los años.

Por esto son más meritorios los esfuerzos de aquellos que en aras de su amor á la ciencia arrostran tantas dificultades y á tales accidentes se exponen: la humanidad nunca agradecerá bastante la abnegación de los sabios que, como Saussure en el Monte Blanco, arriesgan su vida para aportar nuevos datos al caudal científico de sus contemporáneos. – X.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

EXPOSICIÓN COLOMBINA DE CHICAGO, por *Rafael Puig y Valls*. – Cumpliendo el honroso encargo que le hizo el Fomento del Trabajo Nacional de Barcelona, el Sr. Puig y Valls, Comisario que fué de Industria delegado por el gobierno español en la Exposición de Chicago, ha escrito una Memoria sobre la importancia de la industria norteamericana, como también de la representación industrial de España en aquel gran certamen y el porvenir de nuestras relaciones comerciales con los Estados Unidos. Imposible es dar siquiera una idea de lo interesante de este trabajo en una breve noticia como las que en esta sección publicamos; por lo mismo, sólo diremos que comienza con una brillante introducción acerca del estado de la industria en la América del Norte, admirable estudio hecho á grandes rasgos, con un caudal de datos verdaderamente extraordinario y con una serie de observaciones en las que preside una imparcialidad no influída por la preocupación en tantos espíritus arraigada de que todo lo de los Estados Unidos es superior y punto menos que insuperable. Sigue luego una síntesis de la representación que en la *World's Fair* tuvieron las naciones europeas, y después de esta parte que podemos llamar general entra de lleno el autor en el estudio de la representación de la industria española en aquella exposición: este estudio, que constituye una de las dos partes principales del libro, es un trabajo tan acabado, tan completo, que cuanto se diga en su elogio es poco: la otra parte, destinada á estudiar el porvenir de nuestras relaciones con los Estados Unidos, es de una importancia tal, que bien merece que en ella fijen muy mucho su atención todos los elementos, así gobernantes como productores, de quienes dependen la vida y el desarrollo de la producción y del comercio españoles. En suma, la obra del Sr. Puig y Valls tiene grandísimo interés para nuestra nación, y satisfecho puede estar el Fomento de la manera como dicho señor llevó á cabo la difícil comisión que le encomendara. El libro, además de su valor técnico, por decirlo así, tiene grandes atractivos por la amenidad con que están tratados aun los asuntos más áridos y por la facilidad y elegancia de la narración, salpicada de rasgos ingeniosos y de interesantes consideraciones. Esta *Memoria*, á la que acompaña la planta de la sección de manufacturas en la exposición de Chicago, forma un tomo de unas 250 páginas, elegantemente impreso en la tipografía Española.

Teatro conmemorativo de Shakespeare recientemente construído en Stratford del Avón para representar en él las obras del gran poeta dramático inglés

* * *

THE PATENT LONDON SUPERFINE GONZÁLEZ MELITÓN, por *Pablo Parellada (Melitón González)*. – Que *Melitón González* era uno de nuestros mejores caricaturistas, sabíanlo hace muchos años cuantos leen ó miran los muchos semanarios cómicos que en España se han publicado de algún tiempo á esta parte, con lo cual dicho queda que lo sabían todos ó casi todos los españoles y no pocos americanos. Pero que el artista que con tanta gracia maneja el lápiz, manejase con la misma habilidad y la misma sal la pluma, no se supo hasta que se representó hace poco más de un año la regocijada pieza *Los asistentes*, que estrenada con gran aplauso en la Comedia de Madrid, ha recorrido con igual éxito los principales teatros de España. No contento con este triunfo teatral, al que siguió el de su otra pieza *La cantina*, ha querido Pablo Parellada ó *Melitón González* probar sus armas en otro género, el de artículos de costumbres, y si regocijó al público con sus dibujos y con sus juguetes cómicos, no menos lo ha divertido con sus nuevos trabajos. El libro que acaba de publicar el editor barcelonés D. Pedro Torrella contiene 46 de estos artículos, y cuanto dijéramos en elogio de ellos sería poco, pues sólo leyéndolos podrá apreciarse la gracia incomparable que todos ellos tienen. Y por si esto no fuera bastante, lleva el tomo una multitud de *intencionados monigotes*, del propio *Melitón González*, que acreditan una vez más la ya tan acreditada marca de su autor. Los que quieran pasar un rato divertido compren, y no les pesará, el *The patent London superfine González Melitón*, que se vende en las principales librerías á tres pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XV — Barcelona 4 de mayo de 1896 — Núm. 749



EL AMOR ENCADENADO, grupo escultórico de Gustavo Eberlein

ADVERTENCIA

Rogamos encarecidamente á nuestros suscriptores que, teniendo en cuenta nuestras advertencias insertas en los números 747 y 748, nos indiquen con la debida anticipación cuál de las combinaciones ofrecidas en aquéllas escogen, y en caso de que, en vez del tomo cuarto de TRADICIONES PERUANAS, prefieran alguna de las otras obras en dichas advertencias enumeradas nos digan cuál desean entre las anunciadas, que son: LOS ECOS DE LAS MONTAÑAS, por D. José Zorrilla, con ilustraciones de Gustavo Doré; EN FAMILIA, novela por Héctor Malot, profusamente ilustrada; LA LEYENDA DE LOS TENORIOS, por D. José Zorrilla, con ilustraciones de Pellicer; LA GUERRA FRANCO-ALEMANA (1870-71), por el mariscal conde de Moltke, con profusión de grabados; LA ÚLTIMA SONRISA, novela de D. Luis M. de Larra, ilustrada por Alfredo Perea.

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Viaje del emperador Guillermo á Italia. - Causas estéticas de tal viaje político. - Los sitios principales de su peregrinación. - Carácter del emperador Guillermo. - Tristezas generadas por la sequía y por la guerra. - Muerte de León Say. - Hechos capitales de la historia contemporánea ligados con su nombre. - Teodora Lamadrid. - Reflexiones. - Conclusión.

I

El viaje último de Guillermo II hace que volvamos los ojos al espectáculo presentado en este mes de abril por Italia. El estado interior y exterior suyo se asemejan al nuestro en que ningún motivo de fiestas y regocijos ofrecen. Maltrecha una parte considerable de su ejército en Africa, resistentes la conciencia y la voluntad públicas á esos fantasmagóricos proyectos de colonización, fecundos tan sólo en guerras; exaltadas cada día más las pasiones abajo por los errores de arriba; soterrado el titán en cuyos hombros descansaba la monarquía nacional; sin cohesión alguna en el Parlamento sus partidos, cuyas divisiones sólo pueden ofrecer una mayoría de ocasión ó un efímero gobierno de circunstancias; el elemento conservador católico más apartado cada día de la vigente legalidad y el socialista ó comunero cada día más ensoberbecido; Italia recorre hoy un espacio luctuoso y triste de su luminosa órbita. Sin embargo, toda es fiesta en la primera mitad gozosa del abril corriente, por la presencia en ella del emperador Guillermo. Los emperadores de Alemania medioevales no creían reinar sin una unción sacra del Papa y un dominio más ó menos efectivo en Italia. Y algo de todo esto le sucede al joven exaltado que hoy ocupa el trono de los Otones, pues por Italia suspira, estando enamorado de ella como Romeo de Julieta. Su cielo de añil, sus cordilleras de nieve y fuego, sus costas de jaspe, sus mares de celestial éter, sus enramadas de azahares y cipreses, sus coros de ruiseñores, sus enjambres de luciolas, el esplendor artístico de los monumentos, la hermosa legión de armoniosísimas estatuas alzadas por sus museos y las figuras que resaltan en los frescos, juntas á la música y á la poesía y á la historia, incomparables todas ellas, hacen de Italia el recreo y el numen inextinguible para todos los espíritus elevados, con especialidad para los espíritus venidos al mundo sobre una tierra de lodos y bajo un horizonte de nieblas. Así ninguno de nosotros, los meridionales, podemos en Italia experimentar la emoción experimentada por Goethe al verla tan esplendorosa, yendo de la obscura Germania. Tal esplendor ha tenido influencia enormísima en los dos primeros alemanes: en su primer orador, Lutero; y en su primer poeta, Goethe. Viendo el cielo de Italia se hizo Lutero heresiarca y Goethe pagano. Sobre nosotros no ejerce Italia tal influencia, siquier ejerza muchísimo encanto y atracción. El almendro florido, la higuera pomposa, la palma en lo alto resonante, los naranjales parecidos á pebeteros de obscuras esmeraldas véмoslos por aquí desde la niñez; y no maravillan, ó si maravillan siempre, no extrañan nunca, por ley natural, á los nacidos en nuestras mediterráneas regiones.

II

Así le hago á Guillermo II la cumplida justicia de haber ido allí guiado por puros afectos estéticos. Deseó pasar una primavera feliz en compañía de su mujer y de sus hijos: hala en verdad pasado. El paso por los Alpes y por las encantadoras orillas de aquellos lagos, metidos entre montañas violáceas y celestes, llenas de rosales en sus faldas y de ventisqueros en sus cumbres; la llegada en rápido viaje al puerto de Génova, donde gallardea la imagen de Colón por las alturas y el palacio de Doria por las playas en compañía de otros cien, que los reyes envidian, resplandecientes á una con sus mármoles de variados matices y sus diademas de gallardísimas balaustradas, entre cuyas columnitas se descubren estatuas y macetas; la mágica expedición por el golfo de Nápoles, entre los cabos Miseno y Minerva, junto á las islas Isquia y Capri llamadas sirenas, viendo los volcanes y las solfataras de fuego junto á los Abruzos de nieves, y contemplando, como si estuvieran vivas, desde la gloria del verbo Cicerón hasta la infamia del déspota Tiberio; aquella Sicilia, donde oyera Pitágoras las armonías de los orbes y sumara los números con los astros, donde la melodía del rabel de Teócrito se une con las ansias y resuellos de los titanes del Etna; la celeste Venecia con sus canales de ópalos y sus iglesias de coral y sus fachadas de mosaicos y sus columnas de pórfido, entre velas cuadradas y latinas, empapadas en azafrán, como los velos vírgenes de las nupcias griegas, semejando alas de aves pintadas que rizan la superficie azul donde se repiten trémulos aquellos edificios, prontos á volar por el aire lleno de salinas emanaciones ó á bogar por las aguas ceñidas de múltiples iris; en fin, cuanto ha visto Guillermo en su odisea primaveral merecerá siempre que lo visiten á una, en la necesidad imprescindible de admirar sentida por el humano corazón, cuantos amen las maravillas del arte y del universo. A un césar como él, que ya pronuncia un sermón ó ya preside una regata; especie de caballero del cisne como los cantados por Wágner, que lleva su casco de plata con águilas de oro; soldado como los alemanes, á quienes pertenece por su padre, y marino como los normandos, á quienes pertenece por su madre; con instintos de águila y con instintos de gaviota; místico en algunas ocasiones y socialista en otras; tan dispuesto á componer un concierto europeo como un concierto músico; autor de dramas y pintor de cuadros; naturaleza por ende artística, espíritu poético y soñador, cuádrale Italia, donde se coronaron los Otones y combatieron los Barbarrojas, y los Hapsburgos reinaron desde Milán á Parténope, y los Suabias en la persona del gran Federico constituyeron el carácter siciliano medioeval, y mil recuerdos surgen, embargando pensamiento y fantasía de quien desde las alturas de un trono altísimo ve mayores y más exaltados todos los grandes objetos de la tierra y todos los vivos recuerdos de la historia.

III

La juventud, la esperanza, el amor, ¡cuáles primaveras! Y precisa buscar en el espíritu la estación esta de flores y mariposas, porque no se halla ni en el campo, ni en el aire. La implacable indiferencia de un cielo sordo á nuestros clamores, cuyos acentos en vano piden lluvia y rocío, hace que nos pese como losa de sepulcro sobre la cabeza el hermoso espacio azul, pareciéndonos triste y feo. Así el árbol empolvado, no florido; el suelo seco, no verde; la fuente y los manantiales exhaustos, no murmuradores y corrientes; la sed padecida por todos los seres, encarcelados en este aire de plomo, sugiérennos tal dolor, que no contamos una primavera más, contamos un agosto inacabable, sin nidos en las ramas, sin gorjeos en las aves, sin espigas en el surco, sin amapolas entre las espigas, sin alegría en los ánimos, como si el renuevo de la savia se hubiera concluído en la vegetación y en los corazones la esperanza. Quizás por este motivo y causa nos atraen hoy tanto la muerte y los muertos, mirando aquélla sin miedo y á éstos con envidia. Dos muertos ilustres y los dos amigos: en la política nos falta León Say; Teodora Lamadrid nos falta en el teatro. ¡Cuánto ha dolido el primero á los amadores de la libertad, cuánto á los amadores del arte la segunda! Descuidamos el tiempo que fluye y el hecho que pasa, pareciéndonos vulgares por verlos con nuestra vista, y tocarlos con nuestras manos, y recibirlos sobre la pequeñez de nuestras personas pasajeras y mortales. Unicamente allá en los lejos y perspectivas de la edad pasada ó en los misterios y celajes de la edad por venir toman los hechos visos de verdadera poesía y los narradores suyos aires de verdaderos épicos. Pero la guerra franco-prusiana, la caída del imperio napoleónico, el sitio de París, la comunidad revolucionaria, los esfuerzos para el rescate pagado á Prusia, la gigante lucha por constituir una república liberal y conservadora, el combate á brazo partido con las utopías y las legiones comunistas bien presentan las grandezas de una epopeya secular y bien guardan el provecho de una enseñanza incomparable. A todo León Say se mezcló propiamente con una tan ingenua naturalidad y una tan clásica sencillez, que no sabíamos cuál calidad era más admirable de suyo en aquella gran persona: la modestia sin hipocresía ni humillación, ó el mérito, que sólo él, entre tantos amigos y admiradores como le circuían, ignoraba en un candor no reñido ni con la dignidad, ni con el respeto y la estima de sí mismo, fundados en el ejercicio de sus fuerzas y en la constante aplicación al bien de sus aptitudes. Orleanista por atavismo y por tradiciones, así de su familia propia, como de la familia donde había entrado, y que le aportó el *Diario de los Debates*, cuando se convenció, por el mismo tiempo y con idéntica ocasión que Thiers, del indispensable deber de unirse á la República, hizo con ésta un matrimonio de razón, en el cual ha tenido menos viveza de pasiones y más fidelidad de costumbres que suelen tener los casados en delirantes matrimonios por amor. Con decir que fué un ministro de Hacienda muy competente, y un administrador muy honrado, y un opinante muy oído en Cámaras como las francesas donde no se oye á nadie, y un académico muy asiduo, y un escritor de claridad parisiense, y un economista de primer orden, está dicho cuántas ciencias le lloran y en cuántas esferas de la vida hoy deja un hueco, una cela ó ara en tantos gloriosos altares, que no podrán llenar las generaciones jóvenes, más felices y más libres, por ende menos heroicas é inspiradas que las generaciones combatientes ó mártires. Uno de mis encantos en París era la frecuencia de su trato y las visitas é invitaciones á su casa, donde con la virtud y la bondad y la belleza de su mujer y de su hija se hallaban una ciencia tan llana, unas ideas tan altas y nobles, un comercio y cambio de afectos tan encantador, una política tan desinteresada y una conversación tan francesa, que pensando cada cual cómo no volverán, piensa también cómo ha entrado gran porción de sí mismo en esta triste muerte.

IV

¡Pobre Teodora! Y continuemos hablando de cosas tristes, ya que solamente nos ofrecen tristezas la sequía y la guerra. Quien la viera representar *Adriana* con su actitud severísima de una helena estatua, centelleando chisporroteos eléctricos de sus negros ojos, coronada por una diadema de bucles que permitían admirar las líneas armoniosas del esférico cerebro; abiertas las narices como una leona en lucha por sus cachorros, el acento algo enronquecido á la emoción avasalladora, crispados los puños, trágico el gesto, la intensa neurosis propia transmutada por su arte al público, recatada en los mayores arrebatos por un pudor femenil perfecto y continente hasta en las escenas más terribles por una sobriedad connatural á su equilibrado talento, jamás la olvidará, como no han podido nunca olvidarla el corazón y el recuerdo míos. La hemos visto con diademas de reina y con tocados de monja, envuelta en púrpura y en estameña, lanzando el grito que lanzaba Gabriela de Vergi al enterarse de cómo le había dado su esposo á comer el corazón de su amante, y tendida como una Soledad ó una Dolorosa en el Calvario sobre los restos de su hija muerta; y si la hemos admirado como artista inspirada, la hemos querido como buena y sensible mujer. Descanse allá en la muerte, ya que ni un punto ha descansado aquí en esta triste vida.

Madrid, 27 de abril de 1896.



ESTATUA ECUESTRE DE FELIPE IV

4 de mayo de 1636

Modelo de dicha estatua, hecho por el célebre escultor y arquitecto Martínez Montañés

Es poco sabido lo de que el célebre Montañés, gloria de la escultura española, que compartió con Becerra, Cano, Gregorio Hernández y Salcillo la preeminencia del arte de la estatuaria en España, hizo el modelo para la efigie ecuestre de Felipe IV, que hoy sirve de preciado ornamento á la plaza de Oriente de Madrid.

Es la citada estatua una de las mejores que del género existen en Europa, pues aun cuando tenga defectos de consideración, en cambio las bellezas que atesora son indiscutibles. De aquéllos y de éstas hablaré más adelante, pues creo digno de ser vulgarizado (y digo vulgarizado porque de las personas eruditas es bien conocido) el proceso de la ejecución y erección de dicha estatua. He aquí cómo Ceán Bermúdez se explica en su *Diccionario de los más célebres artistas españoles*, en el artículo que dedica al insigne Montañés, copiándolo de los documentos originales; «...y después se trató entre el rey, el Conde Duque de Olivares y Velázquez de hacer una estatua en bronce de S. M. para colocarla en uno de los jardines del Buen Retiro que el rey había mandado construir. Acordaron que fuese á caballo y mayor que el tamaño natural; y no habiendo entonces en España artista capaz de desempeñarla con perfección en esta materia, escribió el ministro á Florencia para que la gran duquesa le encargase al escultor Pedro Tacca, discípulo de Juan de Bologna, autor de la de Felipe III que está en la Casa de Campo» (como es sabido hállase al presente esta estatua en la plaza Mayor de esta corte).

«Tomóse el encargo con calor, y el gran duque le previno al artista que el rey gustaría de que la postura del caballo fuese en corveta ó en galope, y en esta alternativa se tuvo por más acertado que S. A. le escribiese pidiendo un exemplar pintado, según la idea que deseaba. Con este motivo pintó Velázquez un cuadro representando el rey á caballo (lo pintó con sombrero, como puede verse en la galería grande de nuestro Museo Nacional), en la actitud que se eligió, y en otro más pequeño el retrato de S. M. de medio cuerpo, muy parecido. (Como el ecuestre, este retrato, que es uno de los más hermosos que el célebre artista hizo de Felipe IV, hállase también en la gran galería del citado Museo Nacional.) No se tuvo esto por bastante — según lo que refiere en el artículo de Juan Martínez Montañés, — pues fué llamado á Madrid para trabajar una estatua ecuestre del rey, la que también se remitió á Florencia.»

Hasta aquí, habla por su cuenta Ceán Bermúdez, sin perder de vista los documentos que del caso tratan y que en sus días se guardaban en Palacio. Lo que ahora voy á copiar pertenece también á la obra citada del académico de la de San Fernando, quien á su vez lo copió del original. Antes de evacuar la cita, dice Ceán, refiriéndose al insigne escultor: «Pero la obra que más acredita su mérito y el gran concepto que se tenía en la corte de su habilidad, es la que resulta del pedimento original firmado de su mano y presentado en el tribunal de la Contratación de Indias en 19 de septiembre de 1648, y dice así: «Juan Martínez Montañés, escultor y arquitecto, me presento ante V. S. y digo: Que por mandado de V. S. se me ha notificado que alegue de mi derecho en razón de que se me dé licencia para nombrar una nao de visita en esta flota de Tierrafirme, en virtud del privilegio que S. M. me concedió por sus reales cédulas que tengo presentadas ante V. S., y afirmándome en lo que tengo dicho en que en mi pedimento digo: que por carta de S. M. fuí llamado para hacer un retrato de su real persona para enviar al gran duque de Florencia que lo envió á pedir porque estaba haciendo un caballo, y que para que viniese á su real persona, convenía se le enviase el dicho retrato, y para este fin dexé mi casa y ocupación y asistí en su real corte más de siete meses, y con que se consiguió el intento para que fuí llamado, y lo hice tan á satisfacción de S. M., que luego se remitió á Florencia al gran duque; y en satisfacción y paga á este servicio hecho á su real persona, me hizo merced de una visita de nao...,» etcétera.

La carta á la cual alude Montañés, le fué dirigida por D. Diego Velázquez en nombre del rey, pues que al insigne autor de *Las Meninas* le encomendara Felipe IV todo lo referente á los detalles de la obra.

Velázquez tenía en gran estima el mérito del escultor sevillano, compañero que era de su suegro; y aun existen indicios que llevan á pensar que el pintor de Felipe IV creía que Montañés podría realizar la obra de la estatua á todo su tamaño, con tanto arte como el florentino Tacca.

Mas si por parte de Velázquez tal era su sentir, no es presumible que lo hiciera patente al rey y al Conde Duque, cohibido el celebérrimo pintor por el grave inconveniente de no poderse fundir en España obra de tal importancia.

* * *

Remitióse al gran duque de Florencia el modelo que Montañés ejecutara en madera, en los primeros días del mes de mayo de 1636. Un año antes, poco más ó menos, habían sido enviados los dos retratos que Velázquez hiciera del rey y que cita Ceán. Por cierto que el inmortal pintor hubo de rectificar más de dos veces el movimiento del caballo, pues primeramente representábale haciendo una corveta, y no placiendo al rey la posición, optó por la de un gran galope, que es como al fin aparece en la estatua de la plaza de Oriente.

La parte más hermosa de este monumento es la figura del rey, que Montañés esculpió en su modelo de un modo tan exacto, minucioso y al mismo tiempo tan lleno de majestad, que se hizo caso de alabanzas unánimes en la corte. Sirvió el propio Felipe de modelo al artista, con asiduidad y paciencia poco comunes, especialmente en reyes y magnates; y para el aire y movido de las ropas (la banda) hubo de ajustarse Montañés á lo que Velázquez le indicó detalladamente.

El principal defecto de este monumento está en el movimiento del caballo; si como atrevimiento del escultor Tacca (á cada cual lo suyo), arriesgándose á no encontrar sólido punto de apoyo en solas la cola y las patas traseras, es digna la obra de gran encomio, examinado el trotón desde el punto de vista de la verdad y de la estética, resulta desproporcionado (no tanto, sin embargo, como el que monta el Felipe III de Juan de Bolonia) y falto de vida. Las manos del animal, colocadas casi paralelamente y en una misma posición, resultan pequeñas y débiles si se comparan con la gran masa que presenta el vientre; este es grande y la cabeza y el cuello cortos. Cierto que representa un caballo de campaña ó de guerra, que eran de tipo pesado; mas aun con esto, los reparos que expongo saltan á la vista y hacen que desmerezca la silueta total de la obra. En cambio, la figura del rey es bellísima; la postura, elegante sin arrogancia exagerada; las proporciones, perfectas; la actitud, majestuosa, y los detalles todos, así de la armadura como de la banda, cuyas extremidades flotan con tal verdad que se les creyera de seda, son trasunto de la realidad.

Como estatua icónica, es ésta una de las mejores que existen. El parecido es grande, y bien se deja adivinar como el escultor florentino puso todo su empeño en reproducir con la mayor exactitud posible en el barro las facciones que de Felipe trasladara al lienzo el gran Velázquez.

Débese, pues, á Juan Martínez Montañés lo más bello del monumento, la figura del rey; á Velázquez, el parecido, y á Pedro Tacca, el haber interpretado tan fielmente á todo el tamaño la obra de los dos artistas españoles y dado solución á la dificultad que ofrecía para la solidez de la mole de ambas figuras del rey y del caballo, haciendo macizas la cola y las patas traseras de la cabalgadura.

Como obra de fundición es y será un verdadero esfuerzo de la industria de fundir.

R. Balsa de la Vega



SEÑOR DEL MUNDO, dibujo de Alejandro Schneider

DIBUJOS DE ALEJANDRO SCHNEIDER

En el número 688 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA reprodujimos algunos dibujos de este artista ruso-germano que acababa, por decirlo así, de darse á conocer al público con algunos cartones expuestos en Dresde y que á pesar de su juventud y de su falta de historia dentro del arte, elevóse de repente á una altura adonde casi nadie llega sino después de grandes y prolongados esfuerzos. Al triunfo conseguido en la capital sajona, uniéronse muy pronto los que con aquellas mismas obras logró en Munich, en Berlín y en otras ciudades alemanas, y la crítica imparcial no tuvo sino alabanzas para aquel talento que de pronto se revelara, y el público no se cansó de admirar aquellas portentosas creaciones que le subyugaban por lo originales, lo intensamente sentidas y lo vigorosamente ejecutadas.

Al publicar hoy otros dibujos de Schneiner, no haremos un nuevo juicio acerca de ellos ni trazaremos la biografía de su autor, ya que en el número antes citado dijimos acerca de éste y de aquéllos cuanto es necesario para conocer al artista y apreciar debidamente su obra. Unicamente consignaremos que de los cartones entonces expuestos, dos fueron adquiridos para el Gabinete de Grabado de Dresde y cuatro por un aficionado á las bellas artes que los donó al Museo de la Ciudad de Magdeburgo.

He aquí una ligera descripción de los grabados que van en esta página y en la siguiente.

El *Señor del mundo* personifícalo Schneider en un monarca asirio, de aspecto altanero y sombrío, de pie delante de su trono: en el pedestal sobre que se alza se ven un trozo de cruz y la cabeza del Redentor, trazada según los modelos de las antiguas pinturas de mosaico. El soberano de la tierra está pisando al Rey de los cielos, y en su actitud y en su rostro se marcan el desprecio con que mira á Aquel que quiso hacer sus iguales á los pobres, á los desheredados; pero ahondando en la expresión de su cara, se descubren el cansancio, el sentimiento de la inutilidad de una existencia vacía porque falta en ella el amor que todo lo redime y que proporciona la felicidad única y verdadera.

Religioso también es el asunto de *Jesucristo en los infiernos*, grandiosamente concebido y claramente expresado: en aquella figura del Salvador que aplasta con su pie á la serpiente del mal y con su ardiente mirada hace retroceder á la muerte y al demonio mientras tiende compasivo y misericordioso sus brazos á los pecadores que escucharon la voz de la gracia, palpita un pensamiento elevado y vive un sentimiento altamente consolador. Quizás haya en todo este dibujo algo de efectismo teatral y ciertas reminiscencias de antiguos maestros; pero esto en nada mengua el valor del conjunto de esta composición, á la que tal vez perjudica en el concepto indicado el haber sido vista al lado de las otras que ni siquiera por estas pequeñeces han podido ser censuradas. Y bueno es consignar, en honor de la conciencia artística de Schneider, que él mismo, según ya hicimos constar la otra vez que de él nos ocupamos, fué el primero en señalar en este dibujo estos que sólo dentro de un exagerado rigorismo pueden llamarse defectos.

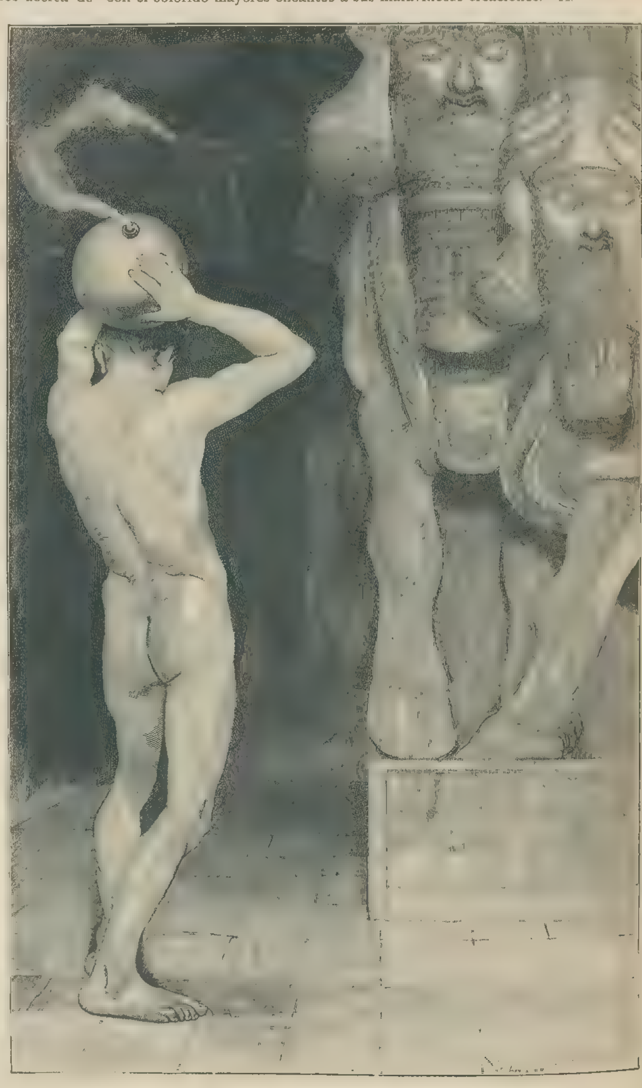
Otro de los dibujos que reproducimos representa á *Mammón, el ídolo de la riqueza, y su esclavo:* ante el dios del oro humíllase el potentado, el avaro, el ambicioso, el que todo al oro lo sacrifica, y en aquella postura infamante, el que á tantos atormentó, expónese rastrero al castigo del único ídolo á quien rinde culto. La idea de esta composición simbólica es profunda y de ella se desprende provechosa enseñanza, mostrándonos cómo el que escudado en sus tesoros hace gala de despreciar toda ley divina y humana, es siervo de peor condición que el más mísero esclavo.

Con ser tan admirables los demás cartones, supéralos quizás en cuanto á profundidad de la idea y á las bellezas plásticas el titulado *El anarquista:* y no se entienda por esto que comulgamos en las mismas ideas á que parece inclinarse Schneider; hablamos pura y exclusivamente desde el punto de vista artístico, que obliga á juzgar con imparcialidad aun aquellas tendencias que más se oponen á nuestro modo de pensar y de sentir y que imponen el deber de reconocer y aplaudir la bondad de una obra, cuando ésta es en realidad buena, dejando á un lado todo prejuicio de escuela y ateniéndose sólo el que juzga á las cualidades que en la obra se advierten. Bajo este supuesto, no hay más remedio que dedicar calurosos elogios al dibujante que ha sabido encerrar en un marco pequeño un asunto grande, trascendental, sin que por la sencillez de los recursos empleados pierda aquél nada de su trascendencia y grandiosidad: fíjense nuestros lectores en la desnuda figura del anarquista que con paso lento y como tanteando el terreno avanza sobre los ídolos del templo asirio, del cual sólo se ve en el dibujo una parte, para lanzar contra ellos la pesada y humeante bomba que sus brazos levantan sobre su cabeza, y digan luego sin apasionamiento si son ó no motivadas las alabanzas, si merece ó no el más entusiasta aplauso el artista que supo de tal modo concebir y ejecutar.

Lo que caracteriza á los dibujos de Schneider es el fondo de seriedad que en todos ellos se advierte y la madurez de un talento bajo todos conceptos sorprendente que apenas ha visitado la escuela y que se manifiesta así en el modo de inventar y concebir los asuntos como en la maravillosa seguridad con que domina la figura humana, la varonil especialmente, que muchas veces constituye casi por sí sola el tema de la composición.

Alejandro Schneider se nos ha revelado como verdadero innovador en el fondo y en el procedimiento; por esto ha causado sorpresa y admiración universales el dibujante ruso-germano que desde su aparición mostróse artista de cuerpo entero, de los que sin acudir al auxilio ajeno hallan en sí mismos cuanto necesitan para sus manifestaciones artísticas, elevando su pensamiento hacia un mundo lleno de profundísimos problemas.

En el artículo que, tomándolo de una de las más reputadas revistas de bellas artes alemanas, publicamos en el número antes citado, formulábase la pregunta de si Schneider sería tan buen pintor como dibujante, y aun se manifestaba en cierto modo la duda de que los asuntos por él tratados se prestaran á ser animados por el color. Según parece, pronto van á tener respuesta aquella pregunta y solución esta duda: Schneider podrá ser en breve juzgado como colorista, y al decir de los que conocen algo de lo que en la actualidad está terminando, no tardará el público en aplaudir en el artista al poeta que prestará con el colorido mayores encantos á sus maravillosas creaciones. – X.



EL ANARQUISTA, dibujo de Alejandro Schneider



MAMMÓN, EL ÍDOLO DE LA RIQUEZA, Y SU ESCLAVO, dibujo de Alejandro Schneider



JESUCRISTO EN LOS INFIERNOS, dibujo de Alejandro Schneider

UN FORASTERO EN MADRID

I

Juanito Calamocha nunca había estado en Madrid. Apegado á sus lares, como buen aragonés, y labrador como su abuelo D. Frutos, al que Bretón de los Herreros ha inmortalizado, sólo en dos ocasiones salió de Belchite, para pasar cortas temporadas en Zaragoza.

Este invierno se decidió á venir á la villa y corte, cediendo á las instancias de un primo suyo que se encuentra en ella desde el año pasado.

Calamocha llegó á Madrid por la mañana, en un día espléndido de los que ha habido á fines de diciembre. El primo, que le esperaba en la estación, le trajo á su casa en un coche. Después de almorzar, propuso el recién llegado un paseíto para empezar á enseñarle la capital de la monarquía; pero Juanito venía muy molido del camino y con un fuerte dolor de cabeza, y prefirió echarse á descansar.

Llamóle su primo á la hora de comer, comió y se volvió á acostar, dejando el paseíto para la mañana siguiente.

El primo de Calamocha es mi vecino de enfrente, y desde su balcón me anunció la llegada del forastero, pidiéndome que les acompañara en la excursión matinal que habían proyectado. Accedí con sumo gusto, pues esperaba pasar un rato entretenido.

Quedamos citados para las diez de la mañana, pero no vinieron á buscarme hasta las once.

Juanito Calamocha, aunque ya pasa de los treinta años, es vivo y alegre como un pollo, cuando el pollo es alegre. En cuanto al primo, sin haber perdido por completo el pelo de la dehesa, tiene puntos de gracioso y ribetes de bellaco. Fuimos por la calle de Jacometrezo y bajada de Santo Domingo á Palacio, con objeto de enseñárselo (por fuera) á Calamocha. Cuando llegamos frente á la fachada que da á la plaza de Oriente, su primo preguntó á Juanito:

– ¿Qué te parece?

– Muy chico.

– ¿Cómo chico?

– Sí, hombre. Yo me lo había figurado como cuatro veces Belchite.

Entramos á ver el patio y las galerías. Cuando pasamos por la puerta del Príncipe, Calamocha prorrumpió en una carcajada, exclamando:



La guerra de Cuba. – Bohío en las inmediaciones de Jaruco donde curó Maceo á sus heridos después del ataque á dicho pueblo

– ¡Ay qué puertas tan *fus!* ¡Pues si son mejores las de mi casa!

Sin duda él se las había figurado

ricas de clavazones de corales
y de pequeños nácares cubiertas,

como las del palacio del Betis en la *Fábula del Genil.*

Antes de pasar adelante debo hacer dos aclaraciones: primera, que el nieto de D. Frutos tiene dos locuciones ó *muletillas* usuales, que no sé si serán aragonesas. Para expresar que una cosa le parece mala dice *¡fu!*, y cuando no está conforme con lo que le dicen ó no lo comprende, exclama *¡Mala landre!*: segunda, que en esta excursión por Madrid, yo me propuse hablar lo menos posible y hacer el papel de guía, más bien que el de *cicerone.* Quise dejar la iniciativa á los dos primos aragoneses, pues en esto fundaba mis esperanzas de diversión.

Entramos en el patio de palacio. Juanito se quedó mirando las estatuas de emperadores que hay allí.

– Chiquio, preguntó á su primo, ¿estos reyes eran así de grandes?

– Pues claro.



La guerra de Cuba. – Trinchera á la entrada del pueblo del Cano, desde donde la fuerza de Saboya hizo fuego sobre el batallón de San Quintín, confundiéndolo con una partida insurrecta

– ¿Pus cómo nosotros somos tan minutos? (quería decir diminutos).

– Pues ahí verás. Conforme pasa el tiempo los hombres nos vamos achicando.

– ¡Mala landre si lo entiendo! A seguir así, va á ver hombres como cigarrones.

Salimos de palacio. Calamocha fijó su atención en las estatuas de la plaza de Oriente.

– ¿Y estos, preguntó, son también emperaores?

– Son los reyes que ha habido en España.

– ¡Que remendaícos están!

– No lo extrañes, primo. Antes los reyes hacían voto de pobreza con abstinencia de carne.

Fuimos por la calle de Santiago á la plaza Mayor. Esta gustóle mucho á Juanito.

– ¡Cuánto farol!, exclamó. ¿Saben ustés que esto paecerá de noche una función de pólvora?

– No, primo; no encienden los faroles más que uno por cada tres.

– ¡Mala landre!

II

Llevélos por la calle de Atocha hacia la plazuela del Ángel. Durante el trayecto Calamocha miraba más á los transeuntes que á los edificios.

– ¿Qué descoloría y encanijá está toa esta gente de Madrid? ¿Verdá, primo?

– Es que ha habido hace poco la filoxera.

– ¿Eso de las viñas?

– Eso.

Junto á la farola de la plazuela había tres ciegos parados, que rompieron á tocar en sus guitarras la jota aragonesa. Al oirla, Juanito dió un brinco y exclamó:

– ¡Ahí está lo bueno! Chiquio, ¿nos habrán conocío?

Le vimos con conatos de bailar al son de la música, pero su primo le contuvo: se acercó á los ciegos, les dió una moneda de cincuenta céntimos, diciendo á uno de ellos:

– Ese guitarrito más alto, y templa, porque el bordón no está correlativo.

Volvió á la acera donde nosotros estábamos, y á los cuatro pasos nos hallamos frente á la relojería de San Sebastián, en la que, como es sabido, hay un reloj pintoresco y monumental. Calamocha quedóse mirándole, y soltó una estrepitosa carcajada, ó mejor dicho, una serie de carcajadas interrumpidas por palabras sueltas y exclamaciones.

Yo las hilvanaré un poco para que las comprenda el lector.

– ¡Ay! Mira, chiquio – decía indicando á su primo una de las figuras que golpean la campana del reloj cuando da la hora. – ¡Doña Petrona, la mismica doña Petrona! ¿No la ves? ¿No ta acuerdas?

El primo miró, se fijó un instante, y como obedeciendo al mismo impulso que su pariente, prorrumpió también á reir á *gorge deployée*, como dicen los franceses, exclamando:

– ¡Pues es verdad!

– ¡No ha de serlo! Ella misma, pintipará, con la frente que paece una tajá de melón, y los ojos ribeteaos, y la nariz de zanahoria, y la barba encarná y puntiaguda como una guindilla, y los brazos de rodillos y los pies como pisones... Pus ella. ¿No ves el sayo azul y la cincha dorá que se pone pa ir á paseo los domingos.

– Sí, hombre, sí; y el corpachón que parece un costal de trigo.

– ¡Ay, primo! – añadía Calamocha entre risotadas que no podía contener. – ¿Te figurabas tú esto? ¡Si se me aprensiona que huele aquí á botica!

Yo supuse, como era verdad, que los dos alegres aragoneses aludían á una boticaria de Belchite.

III

Apaciguados ambos primos, llegamos á la plaza de Santa Ana. Yo la llamo así como todo el mundo, no obstante los diversos nombres que ha tenido. Nos aproximamos á la estatua de Calderón.

– ¿Y este señor, quién es? – preguntó Juanito.

– Calderón de la Barca.

– ¿Era pescador?

– No, hombre, ¿no ves el hábito? Era un cura que hacía coplas.

Desde la plaza de Santa Ana bajamos por la calle del Prado á la de las Cortes.

– ¡Otra estatua!, exclamó Juanito!

– Nada menos que la de Cervantes.

– Y este señor, ¿era verde cuando vivía?

– No lo era, pero se fué volviendo así poco á poco.

– ¿Pus cómo? ¡Mala landre!

– Es una historia muy triste, contestó el primo, que se *guaseaba* con Calamocha. Ese presbítero que hemos visto antes en la otra plaza, la ha contado en coplas muy lastimosas.

– ¿El de la barca?

– Sí, hombre. Yo antes me la sabía de memoria, pero se me ha olvidado. No me acuerdo más que del comienzo, que decía así:

Cuentan de un sabio, que un día
Tan pobre y mísero estaba
Que sólo se alimentaba
De las hierbas que cogía...

– Bueno ¿y qué?

– Que este señor era el sabio, y como no comía más que verde, se le fué saliendo el color á las carnes.

– Paece mentira, pero puede suceder. Lo que es á mí no me pasará eso, repuso Juanito dirigiéndose á mí. ¿Sabe usted cuántas chuletas me como yo al cabo del día?, pues catorce.

– ¿Y qué te parece este jardín, Juanito?

– Algo *fu.*

– ¿Y el Congreso de los diputados?

– ¿Eso que está enfrente?

– Sí.

– ¿Donde hablan tanto?

– Sí.

– Paece una iglesia sin acabar. ¿Y esas figuras metías en esa montera gallega?

– Los diputados que han muerto.

– Es verdad. Ya veo ahí á Martínez de la Rosa, que estuvo en el pueblo de temporá. No se me despinta, y eso que era yo mu cachorro.

IV

Embocamos en el Prado.

– ¿Qué es aquello?

– La pirámide donde están enterrados los héroes del 2 de Mayo.

– Pus ¡valiente modo de estar bajo tierra! Y aquello que está detrás, ¿qué es?

– La Bolsa.

– ¡Pus mia tú que cabrá dinero!

Ibamos hablando y andando.

– ¿Y este caserón de la izquierda?

– Es el Banco.

– ¡Sopla! ¡Pues digo si cabrán herradores! ¿Y aquella mujer con unos animales delante?

– La diosa Cibeles.

– Pus siendo diosa, podía estar recogía en una iglesia, y no al aire libre.

Tomamos el tranvía junto á la Cibeles y fuimos hasta el fin del barrio de Salamanca, pero nos volvimos á pie para que Juanito viera despacio la calle de Serrano. Al llegar al comedio de ésta, vimos á un coche volcado, un grupo de gente, y que se destaca-

ban del grupo dos caballeros acompañados, á distancia de algunas personas. Según parece, había acontecido un percance de carruaje al presidente del Consejo de ministros. El primo de Calamocha nos paró, diciendo:

– ¡Buena suerte has tenido, Juan! ¿Sabes quién es ese que va por ahí enfrente?

– ¿Ese?

– Sí, hombre, el que va á la derecha; es Cánovas del Castillo.

– ¿El que todo lo mangonea?

– Pues claro.

– Vaya, primo, ¡si creerás que me piso el ramal! ¡Cánovas con ese saco y ese sombrero como el del médico del pueblo!

– Pues es él seguramente, dije yo, un tanto sorprendido de la sorpresa de Calamocha. Y el que va á su lado el gobernador de Madrid.

– ¡Mala landre! Porque usted lo dice lo creo; pero... ¡Mala landre!

– Pero, hombre, ¿por qué?, preguntóle el primo. ¿Cómo te habías tú figurado á Cánovas?

– ¿Cómo, cómo? De otra conformidad: too galoneao de oro y plata, y con tres plumas de pavo rial en el sombrero, ó cosa así.

En la Puerta del Sol me despedí de los dos primos aragoneses, que se fueron á comer á la española. Al separarme de ellos pregunté á Calamocha:

– Y bien, Juanito, de lo que ha visto usted en Madrid, ¿qué es lo que más le ha gustado?

– La jota aragonesa.

F. MORENO GODINO



LA GUERRA DE CUBA. – El coronel, jefe de columna, D. Ricardo Vicuña, sus ayudantes los señores La Dehesa y Campos y el médico de su columna D. Antonio Ramón Vega (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana).

NUESTROS GRABADOS

La guerra de Cuba. – Continuando la serie de datos gráficos que acerca de la actual campaña de Cuba venimos publicando, insertamos en el presente número varios retratos de algunos de los generales, jefes y oficiales que más se distinguen en el teatro de la guerra y dos vistas de lugares que creemos han de interesar á nuestros lectores, no por lo que en sí son, sino por los hechos que recuerdan. Acerca de unos y otros vamos á dar sucintas noticias.

Los que siguen con alguna atención la lucha que en la gran Antilla viene sosteniendo nuestro incomparable ejército de poco más de un año á esta parte, habrán podido apreciar las raras cualidades que adornan al general de división D. Pedro Pin, á cuya brillante historia militar agregará algunas gloriosas páginas con su probado heroísmo durante la actual lucha separatista.

El general D. Agustín Luque, que cuenta cuarenta y seis años de edad y treinta y dos de servicios, batióse en Alcolea, luchó contra los republicanos y contra los carlistas, alcanzando todos sus grados hasta el de general, á que ascendió en 1893, por acciones de guerra. Estuvo en Melilla, y á su regreso de aquella plaza pasó á Cuba, en donde le sorprendió la guerra siendo gobernador militar de la provincia de Santa Clara: ha sostenido varios y reñidos combates, distinguiéndose en todos ellos y especialmente en el de Paso Real, en el que resultó herido. Por este último hecho de armas fué ascendido á general de división, y el general en jefe mandó abrir juicio contradictorio para concederle la cruz laureada de San Fernando. El general Luque es, además de bizarro militar, escritor muy distinguido.



LA GUERRA DE CUBA. – El general D. Pedro Pin y sus ayudantes (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

Entre los varios hechos notables del general Bazán, en la actual guerra, merece citarse en primer término la defensa de la ciudad de Santa Clara. Sorprendida ésta en la madrugada del 24 de marzo último por fuertes partidas insurrectas, el general Bazán, afrontando grandes peligros, organizó la resistencia y consiguió que los rebeldes se declararan en fuga, no sin dejar en las calles de la población evidentes pruebas del escarmiento que en ellos hicieran las fuerzas leales. El ayudante del general Bazán, D. Francisco Pierrad, secundó admirablemente las órdenes de su jefe, por lo que su nombre es digno de figurar al lado de los de tantos héreos como surgen de entre nuestra distinguida oficialidad.

Otro de los retratos que publicamos es el del comandante Herrera, á quien con razón puede llamarse héroe del Mamey: en efecto, en la acción trabada el día 1.º de abril próximo pasado en el lugar del Quemado de Güines conocido por aquel nombre, las cargas que al frente del escuadrón de Treviño dió el bizarro comandante puede decirse que decidieron del éxito de aquella batalla en que nuestras tropas se vieron muy comprometidas. El Sr. Herrera, á pesar de haber sido herido, siguió combatiendo y luchando cuerpo á cuerpo con varios insurrectos. Por su valeroso comportamiento fué felicitado sobre el campo de batalla por el general Bernal, jefe de la columna, y propuesto para una recompensa.

El segundo grupo que publicamos en esta página lo forman el coronel D. Ricardo Vicuña, sus ayudantes Sres. La Dehesa y Campos y el médico de su columna D. Antonio Ramón y Vega. El coronel Vicuña fué á Cuba con el primer batallón de infantería de Saboya que estaba de guarnición en Madrid, y desde que entró en campaña y se puso al frente de una columna reveló su actividad pasmosa y sus grandes dotes de mando. Sus principales hechos de armas son: el ataque al potrero Vista Alegre, en donde con sólo 300 hombres desalojó de sus posiciones á tres numerosas partidas reunidas; el combate de Hato de Aranjuarí; la toma del campamento del mismo nombre, y la acción del ingenio Diana, en la que batió y dispersó á las partidas de Lacret, García y Antonio Maceo. A su lado han combatido siempre sus ayudantes, los distinguidos oficiales de Saboya Sres. La Dehesa y Campos. El médico de la columna Vicuña, D. Antonio Ramón y Vega, fué voluntariamente á Cuba, y desde su llegada ha prestado señaladísimos servicios, tomando parte en todas las acciones de aquélla, curando á los heridos en la misma línea de fuego y mereciendo por su valor y por sus conocimientos incondicionales elogios de sus jefes y la gratitud de aquellos á quienes ha asistido: en dos distintas acciones ha sido propuesto para una recompensa.

Todos estos retratos son reproducción directa de fotografías que nos han remitido los reputados fotógrafos de la Habana Sres. Otero y Colominas, á quienes reiteramos la expresión de nuestro agradecimiento.

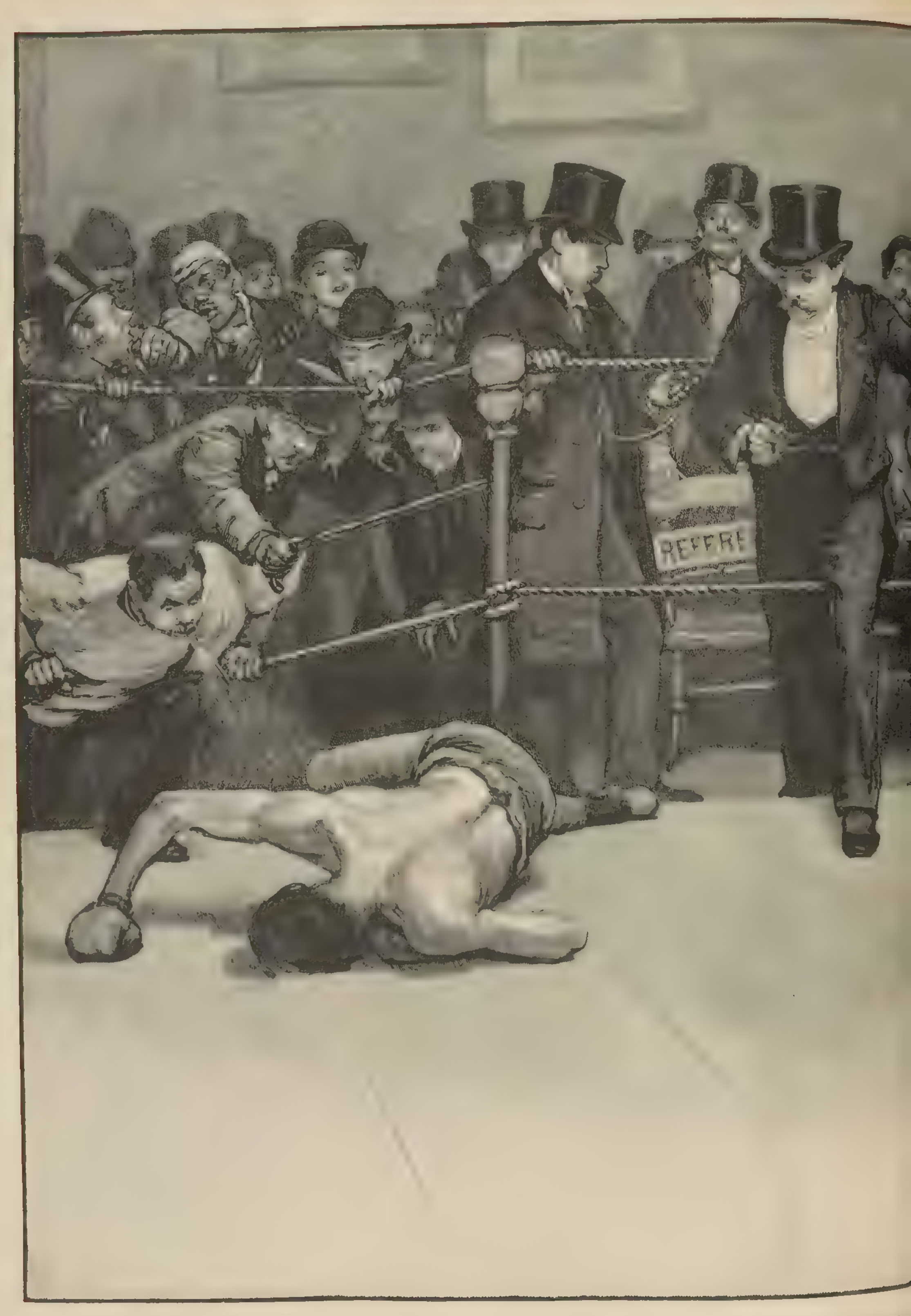
Respecto de los otros dos grabados referentes á la guerra que van en la página 326 nada hemos de decir, porque el epígrafe que llevan explica suficientemente lo que cada uno de ellos representa.

El amor encadenado, grupo escultórico de Gustavo Eberlein. – El famoso artista berlinés autor de esta escultura se distingue por la maestría con que ejecuta, así las más grandes concepciones de la plástica, como las delicadezas de las obras cuyo mayor encanto consiste en el sentimiento poético que de ellas se desprende. De esto tienen buena prueba los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que han podido admirar entre las primeras *La Paz es la fuerza de una nación* y *La Agricultura y la Abundancia*, y entre las segundas *La ninfa herida* y *En busca de un corazón*, que hemos reproducido en anteriores números, y el bellísimo grupo *El amor encadenado* que en el presente publicamos.

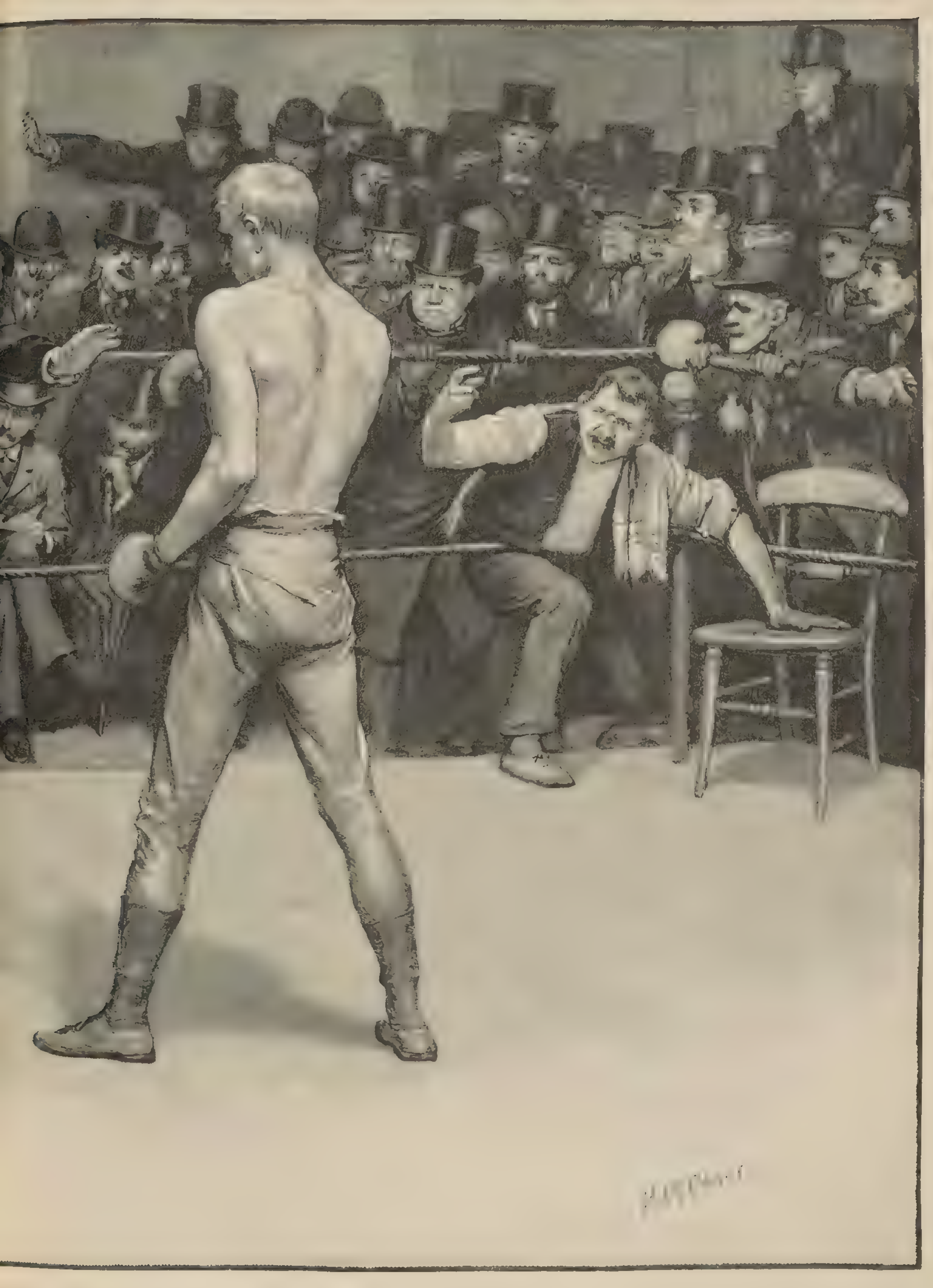
1896. La fiesta nacional en Inglaterra, dibujo del natural de H. M. Paget. – No hemos de consignar aquí las consideraciones que nos sugiere la contemplación de este dibujo, porque necesitaríamos un espacio de que no disponemos y además porque habríamos de adoptar un tono que no cuadra á esta sección. Unicamente nos permitiremos observar que los pueblos que á tan bárbara *diversión* se muestran apasionados hasta el punto de constituir para ellos la verdadera fiesta nacional, son los que nos llaman bárbaros á los españoles por nuestras corridas de toros. Inglaterra y los Estados Unidos pueden darnos quince y raya en punto á barbarie en materia de fiestas nacionales. El gobierno inglés ha prohibido el *boxeo* como no se practique con mano enguantada y ha determinado el grueso y dureza de estos guantes; pero, aparte de que con guantes y todo un puñetazo de un atleta descalabra á su contrincante con la mayor facilidad, no faltan en las principales ciudades inglesas clubs y salas de espectáculos en donde á puerta cerrada y burlando la ley se organizan luchas de boxeadores en toda su pureza, es decir, con toda su brutalidad. En los Estados Unidos no hay necesidad de proceder ocultamente, ni se exige el empleo de guantes; allí dos *profesionales*



LA GUERRA DE CUBA.–El general D. Agustín Luque, que tanto se ha distinguido en esta campaña y que resultó herido en la acción de Paso Real (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana).



1896. LA FIESTA NACIONAL EN IN



ATERRA. Dibujo del natural de H. M. Paget

pueden con toda libertad romperse el bautismo. ¡Oh países civilizados! Inútil nos parece describir lo que es un combate de estos, pues sobre ser un espectáculo que de oídas tenemos todos más que conocido, el excelente dibujo de Paget, tomado del natural, basta á disipar cualquier duda que acerca de este *sport* pudiera tenerse. También creemos ocioso consignar que uno de los principales alicientes del boxeo es el juego, que permite apostar sumas fabulosas sobre la vida de un hombre.

M. León Say. – Había nacido este eminente hombre de Estado francés en París en 6 de junio de 1826. Nieto del ilustre economista Juan Bautista y fiel á las tradiciones de su familia, logró crearse un gran nombre en la ciencia económica y financiera y alcanzar en política un puesto eminente en el partido liberal. Fué diputado por vez primera en 1871, y desde entonces ha figurado siempre en el Parlamento, ya en la Cámara ya en el Senado; durante la presidencia de Thiers, desempeñó la prefectura del Sena y la cartera de Hacienda, que se le confió también en 1875, 1877 y 1882, y en 1880 fué embajador en Londres. Sus compañeros en el Senado le elevaron dos veces á la presidencia de aquel alto cuerpo. Era miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas y de la Francesa. En economía política fué, por decirlo así, el gran sacerdote del librecambio, que supo defender con tanto entusiasmo en sus escritos y en sus discursos: escritor y orador fácil y elegante, sabía tratar con extraordinaria claridad los asuntos más áridos y más complejos.

El barón Hirsch. – El célebre financiero barón Mauricio Hirsch ha fallecido hace poco en Hungría á la edad de sesenta y cinco años. Descendía de una familia de banqueros israelitas de Munich, á cuyo jefe nombró barón Maximiliano I de Baviera; había ganado una fortuna considerable en empresas de obras públicas, especulaciones y empréstitos y poseía gran número de propiedades en Hungría, Austria, Francia é Inglaterra. Retirado de los negocios desde hacía diez años, dedicábase á la caza, que constituía su placer favorito. El barón Hirsch, en cierta ocasión, donó 50 millones de francos para fundar en la República Argentina una colonia agrícola destinada á recoger á los judíos expulsados de Rusia.



El barón Hirsch, recientemente fallecido

La Princesa Margarita de Orleáns y su esposo el duque de Magenta. – La boda recientemente efectuada de la princesa Margarita de Orleáns y del comandante Patricio Mac Mahón, duque de Magenta, ha ocupado en estos últimos días la atención de los cronistas parisienses. La ceremonia civil verificóse el día 22 de abril último en la alcaldía del octavo distrito y la religiosa al día siguiente en la capilla del castillo de Chantilly, con asistencia de los príncipes de la familia de la novia y de los más próximos parientes del novio. Este enlace de una descendiente de los antiguos reyes de Francia y el hijo del que fué presidente de la República Francesa es la demostración más elocuente del progreso de las modernas ideas, que han destruído preocupaciones en otros tiempos tenidas por leyes ineludibles é inatacables.

El jetife de Egipto y el representante de Inglaterra. – Como nota curiosa publicamos esta fotografía que nos presenta en íntimo coloquio al joven soberano egipcio y el representante de la nación que contra viento y marea se ha hecho señora del antiguo reino de los faraones. ¡Quién sabe si de la entrevista en que la cámara obscura sorprendió á esos dos personajes salieron los proyectos de engrandecimiento y conquista que han llevado al ejército egipcio al Sudán!

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Londres. – Se ha inaugurado recientemente en la capital de Inglaterra la nueva Galería nacional de retratos, instalada en un edificio construído *ad hoc*, de estilo del renacimiento florentino. Contiene las más hermosas joyas que en materia de retratos ha producido en todos tiempos el arte inglés, debidamente clasificadas por épocas, y que reunidas en la nueva Galería constituyen un tesoro de inmensa valía, así por el número como por la importancia de las obras.

– La Sociedad de acuarelistas ingleses ha tenido en la exposición del presente año la feliz idea de hacer figurar en ésta al lado de las obras de artistas contemporáneos las de algunos antiguos maestros. Así junto á las *Hespérides*, de Burne Jones; á la *Vista del Mediterráneo*, de Mac-Whirter, y á los *Paisajes ingleses*, de Wilfrid Ball, se ha expuesto una importante colección de las acuarelas de Turner, David Cox, Guillermo Hunt, Fielding, Walker y Houghton, gracias á lo cual puede seguirse la historia de este género de pintura desde principios del siglo.

París. – La Academia de Bellas Artes ha nombrado á Huberto Herkomer para ocupar la vacante de miembro extranjero causada por el fallecimiento de lord Leighton.

– Munkacsy ha terminado un cuadro colosal *Ecce-Homo*, cuya exposición en el taller del pintor ha llamado extraordinariamente la atención del público y de la crítica parisienses. Representa, como su título indica, la presentación por Pilatos al pueblo de Cristo coronado de espinas. Al decir de los críticos, los tipos populares de aquella enfurecida masa de gente son de una verdad y energía admirables. Este cuadro, destinado á la Exposición del milenario que se celebra en Budapest, figurará también en la universal de París de 1900.

– En el teatro Unter den Linden, de Berlín, se ha representado por vez primera y con gran éxito la bonita opereta de Offenbach *Madame l'Archiduc*.

Madrid. – Se han estrenado con muy buen éxito: en el teatro Moderno *El trazado de una línea*, interesante drama en dos actos de D. Ricardo Flores y D. Antonio Perrín, y en la Zarzuela *El gaitero*, lindísima zarzuela en un acto de los señores Perrín y Palacios con preciosa música del maestro Nieto.



La princesa Margarita de Orleáns y su esposo el comandante Patricio Mac-Mahón, duque de Magenta

Copenhague. – El pintor Tuxen ha recibido el encargo de pintar el cuadro conmemorativo de la coronación del tsar. El precio señalado á esta obra es de 50.000 rublos.

Roma. – El pintor Eduardo Muller, recientemente fallecido en Roma, ha legado 250.000 liras para fundar algunas pensiones para artistas italianos jóvenes, y 10.000 á la Academia de San Lucas, de la que había sido presidente, á fin de que con sus intereses se dé todos los años un banquete á los consejeros de la Academia para celebrar la elección de presidente.

Florencia. – La Galería de los Uffizi ha adquirido recientemente una *Madonna* del Verrochio, una *Figura de mujer* de Andrea del Sarto, y un gran tríptico de Andrea de Florencia, que representa á la Virgen rodeada de santos y de ángeles.



M. León Say, fallecido en París el 21 de abril último

Berlín. – Se han terminado las reformas del palacio de exposiciones de Bellas Artes, que han costado 312.500 pesetas. Gracias á las obras realizadas para mejorar la luz de las salas que se abren alrededor del salón principal y que ahora quedan iluminadas por luz zenital, habrá disponible una superficie mural de 3.884 metros lineales.

– Al concurso abierto por la fábrica de cervezas de que hablamos en una de nuestras anteriores misceláneas, se han presentado 424 bocetos: además de los premios otorgados, la casa ha adquirido 20 trabajos no premiados. Todos los carteles anuncios han sido expuestos en el edificio de la Asociación Artística, constituyendo una exposición en extremo interesante.

Dessau. – Una señora de Dessau ha legado en testamento á esa ciudad 85.000 pesetas y una colección de cuadros y objetos de plata, valuada en 100.000, para la fundación de un museo, sin más condición que la de que éste lleve su nombre y el de su difunto esposo.

Venecia. – Con motivo del segundo centenario del nacimiento de Juan Bautista Tiépolo, el último gran pintor de la República Veneciana, se organiza en aquella ciudad una exposición de las obras del ilustre artista, que se celebrará en el palacio ducal ó en la Academia, y que comprenderá todas las obras del maestro que se hallan diseminadas en las colecciones públicas y privadas y en los templos de Venecia.

Teatros. – En el teatro de la Ciudad, de Colonia, se ha estrenado con gran éxito una traducción alemana del hermoso drama de Calderón *El alcalde de Zalamea*.

– En el teatro Antiguo, de Leipzig, se ha estrenado con gran aplauso la bellísima opereta de Audrán *La Mascota*.

Barcelona. – En el Principal la compañía de la Sra. Tubau ha estrenado con buen éxito *Currita Albornoz*, comedia en seis actos y un epílogo, arreglo de la conocida novela del padre Coloma *Pequeñeces*, hecho por los Sres. D. Pedro Gil y don Juan Torrendell. En Romea se ha estrenado *La festa del blat*, drama en tres actos de Angel Guimerá, que ha sido objeto de grandes discusiones y muy diversamente apreciado por la crítica, pues al lado de los que afirman que la obra vale mucho y que su representación fué un triunfo, sostienen otros que es mala y que su estreno fué un fracaso: en nuestro sentir unos y otros distan por igual de la verdad. En el Liceo se ha cantado *Il profeta*, habiendo obtenido en su ejecución grandes aplausos la Sra. Fabri y el Sr. Mariacher. En el Lírico ha dado dos conciertos de *música di camera* el eminente Sarasate, que, como siempre, ha entusiasmado al público en cuantas piezas ha ejecutado, ya solo, ya en unión de los notables concertistas señores Mirecki, Hierro y Gálvez, quienes también han lucido sus excelentes aptitudes artísticas.

Necrología. – Han fallecido:

Gustavo Adolfo Amberger, notable paisajista y pintor de la corte de Baden.

Tomás Hughes, escritor inglés, uno de los fundadores del socialismo cristiano y del *Working men's College*.

L. M. F. Hypolite, presidente de la República de Haití.

Luis Munthe, distinguido paisajista, de origen noruego, establecido en Dusseldorf: fué pintor de la corte de Suecia y era miembro de honor de las academias de Stockolmo y Copenhague.

José Rank, poeta y novelista austriaco.

Matías Skeibrok, escultor noruego, uno de los artistas más renombrados de su patria.

Anais Fargueil, célebre actriz francesa.

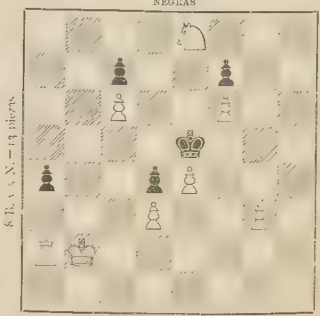
N. J. Smith, general, vicepresidente de la República del Transvaal, jefe que fué de los boers en su guerra de independencia contra Inglaterra.

Van Straelen, pintor belga que gozaba de gran reputación en su patria y en el extranjero como uno de los más notables restauradores de cuadros antiguos.

AJEDREZ

Problema número 17, por Máximo Fontana

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cinco jugadas.

Solución al problema número 16, por A. Abela

Blancas.	Negras.
1. R 5 C D	1. Cualquiera.
2. D ó C mate.	

El Áncora



NOVELA ORIGINAL DE DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN. – ILUSTRACIONES DE CABRINETY.

(CONCLUSIÓN)

La dicha inesperada causa un vértigo de ideas y de sensaciones que al pronto suprime la razón. En este estado siéntese vacilar las piernas y pasar lucecitas delante de los ojos. Esto sucedió á Calderón al recibir aquella prueba tan clara y tan evidente de que Fernanda admitía la inteligencia entre los dos, que ya no le despedía, que quería conversar con él, una conversación decisiva sin duda, algo que puede decidir de dos destinos... Gonzalo Calderón recibía este acontecimiento con mayor sensibilidad que otro hombre, porque si bien no era enteramente novicio, como no lo es nunca el hombre de más de treinta años, al menos no había experimentado nunca lo que puede llamarse pasión hasta conocer á la marquesa de Benalí, hacia la cual le atraían, como hemos dicho, esos sentimientos nobles que son el peor cebo de las pasiones profundas.

– El viernes vendré... y no te arrepentirás nunca, Fernanda... ¡No, por la memoria de mi madre..., no te arrepentirás!

– ¡Quién sabe! – respondió Fernanda tan bajo como si se hablase á sí propia.

– Yo lo sé.

– Sólo Dios – contestó ella, levantándose y buscando como pretexto de ocultar el rostro, el prender fuego á la estufilla del *kettel*.

IX

Cuando Gonzalo entró de día en la salita donde sólo había estado de noche, Fernanda, que le esperaba de pie, le tendió las dos manos, y Calderón notó más que nunca, con duplicada piedad, el estrago que sin duda las contrariedades habían causado en el rostro de la dama, y receló, con recelo generoso, que jamás conseguiría devolver á aquel hermoso semblante la alegría y la frescura, ni el sosiego á aquel atormentado espíritu. Y no sabiendo qué decir, se contentó con apretar vigorosamente, en rápida demostración amistosa, aquellas manos frías, casi inertes.

– Gonzalo – dijo la señora apenas se sentaron, muy cerca el uno del otro, ella en el sofá, él en el sitial de cuero, – ahórrame el trabajo de explicarme y de decirte lo que tengo que decir: hazme el favor de adivinarlo... Esta conversación que vamos á tener será difícil y penosa para mí, si tú no me ayudas, y si me he equivocado al suponer que eres capaz de interpretar mis pensamientos..., el fondo de ellos, lo más íntimo.

Gonzalo reflexionó un instante. Era de esos hombres, de extremada, aunque reprimida sensibilidad, á quienes exalta y enloquece la soledad y la distancia, pero que en presencia de la persona querida recobran la lucidez y el dominio de sí mismos, junto con la noción de la realidad estricta. La noche anterior, entre los embriagadores sueños de la cita ansiada y tan próxima, entre los desvaríos del que todo lo espera sin dejar de tenerlo todo, Gonzalo Calderón había comprendido que fecha muy grave tenía que señalar en su vida y en la de Fernanda aquel día, y que al pasar el umbral de la casa de Benalí, caminaba hacia su destino. Todas las formas, todas las contingencias de ese destino desfilaron por su imaginación acalorada; en pocas horas devoró el porvenir y aceptó con altivez y energía las contingencias de todo cuanto sobrevenir pudiese. En tal disposición de espíritu le cogió la interrogación de la marquesa, y sólo por eso no le cogió desprevenido, aunque le obligó á recogerse y meditar antes de responder.

– Creo que sí, Fernanda; creo que puedo interpretar lo que deseas que interprete – dijo sin acercarse más ni tomar la mano de la dama. – Tú y yo... nos queremos... ¿Me equivoco?

Hizo Fernanda con la cabeza un movimiento negativo, como diciendo á Gonzalo que no se equivocaba; y al hacerlo, su mirada resplandeció con un destello de ternura.

– Esta... inclinación – tartamudeó Gonzalo – en mí ya había nacido antes; en ti tal vez nació la noche que te pusiste mala en el Real... ¿Es cierto?

Asentimiento de Fernanda, que al notar la turbación de Gonzalo también bajó los ojos.

– Los dos hemos querido combatirla. ¡Hagámonos esta justicia, Fernanda! – continuó Gonzalo en voz sorda.

– En eso te engañas. Yo apenas la he combatido. Estaba tan sola, tan desechada, tan desesperada, que no la combatí.

– ¡Oh, Fernanda, por Dios! Sí la has combatido... Cien veces más que yo – respondió él apoderándose de una mano de la señora, que soltó en seguida al sentirla helada y al notar un instintivo movimiento de resistencia. – Lo que pasa es que tú, cuando me encontraste, tenías el alma ulcerada y herida, mientras yo sólo padecía una especie de tedio misantrópico, que me abrumaba desde la muerte de mi madre y que se curó así que empecé á quererte. Tu situación explica perfectamente que pudieses dominarte menos que yo. Los hombres tenemos más recursos contra estos... males del alma.

– La interpretación no será fiel, pero es lisonjera para mí – respondió Fernanda velando sus impresiones con una sonrisa.

– De mí á ti no hay lisonja – repuso Calderón con vehemencia, y sintiendo que ya le afluían las palabras á los labios. – Nos hemos querido porque los dos somos leales y entendemos del mismo modo la felicidad y hasta el deber. Nos hemos encontrado tarde para poder conciliarlos, y tenemos que elegir entre los dos. Ni tú ni yo, Fernanda, servimos para organizar una dicha clandestina y vergonzosa, para engañar al mundo, ni siquiera á... á ese hombre, á quien despreciaba ya antes de saber hasta qué punto te hace infeliz y hasta qué extremo se envilece. Se me ha ocurrido matarle; pero entonces, Fernanda no podrías casarte conmigo, ni acaso querrías, aunque pudieses. Ya no somos dos chiquillos; si continuamos viéndonos así.., llegará día en que, á pesar de nuestra repugnancia por ese sistema cómodo que aquí emplean tantos, apelemos también á la mentira y á la sombra para intimar, para unir nuestra existencia algunas horas por lo menos. Esto, que sé que llegaríamos á hacer, te abochorna sólo de pensarlo. ¿Voy traduciendo bien?

– Perfectamente – advirtió con expansión la señora.

– Desechado ese camino, que es el trillado y el que aconseja la moral acomodaticia, aún quedan otros dos, Fernanda..., otros dos caminos. ¿Quieres saber cuáles?

– Ya los sé, pero quiero oirlos de tu boca – respondió ella con energía creciente, apoyándose, por decirlo así, en el espíritu del hombre que tan bien penetraba en su conciencia y en su mente.

– Uno es el de no vernos más. Fernanda, soy desinteresado, por lo mismo que..., por lo mismo que te quiero, como ni quiero ni volveré á querer á mujer alguna. Este camino es el mejor, el mejor para ti: yo no importo: yo salgo de Madrid cuando lo ordenes, á ver mis fincas de la Mancha y de Toledo..., y de las fincas al extranjero, á cualquier parte..., y te dejo con tu corona de honra y de martirio en la frente inmaculada, y con el recuerdo... Porque algo te acordarás..., ¿verdad?, algo te acordarás del que supo dejarte ..

Y la voz de Gonzalo se humedeció, como si llorase por dentro.

Fernanda, á hurtadillas, le contemplaba apasionadamente.

– El otro camino; el otro – murmuró con pueril empeño.

– ¡El otro!.. Fernanda, antes de venir hoy aquí, ¿sabes lo que hice? – balbuceó Calderón volviéndose y recobrando la mano que apretó con una especie de delirio. – Verifiqué mis cuentas, arreglé mis papeles, puse en orden mis más urgentes negocios, y hasta me enteré de las horas de salida de los trenes. Ningún lazo me sujeta á España, ni siquiera á Europa. Tengo hacienda fácil de realizar, algún dinero ahorrado...

La mano de Fernando estrechó la que la tenía cautiva.

Fué la única respuesta de la señora, y con ella demostró á Gonzalo que había esta vez traducido maravillosamente.

Y entonces, con ese instinto caballeresco del verdadero amor, que quiere la más absoluta espontaneidad en el sacrificio, Calderón se levantó vivamente, y absteniéndose de la menor demostración, enfrenando la alegría casi salvaje que á su pesar le inundaba, venciéndose con sobrehumano esfuerzo, dijo sencillamente:

– Ya sabes los caminos. El que prefieras prefiero. Elige..., pero con calma, con mucha calma... Si decides algo..., dos letras, un aviso... ¿Avisarás? – añadió involuntariamente.

– Avisaré, Gonzalo... – contestó ella en voz tan dulce, que Calderón salió tropezando con los muebles, ebrio, insensato, porque sabía de antemano cuál era la versión que aceptaría Fernanda, á cuál de los dos caminos daría la preferencia.

Media hora ó tres cuartos de hora después de marcharse Calderón, la marquesa de Benalí se volvió sorprendida al oir que anunciaban á Sánchez del Abrojo, su médico, al cual ella no recordaba haber avisado.

Ciertamente en aquel momento no deseaba Fernanda la conversación de nadie, pero al doctor no se le niega la entrada, y la marquesa ordenó que le hiciesen pasar á su gabinete.

No se necesitaba gran perspicacia para suponer que el atareadísimo sabio, el que había erigido en aforismo que el día en Madrid no tiene nunca veinticuatro horas, no venía á humo de pajas á visitar á su cliente.

– Sea usted franco, doctor – dijo la señora. – A usted le han dicho que yo estoy muy mal. Si no, no me proporcionaría la satisfacción de verle, y menos á estas horas Vendría usted á honrar mi mesa, ó iría usted al palco á oir un actito de Wágner..., ¡pero lo que es aquí!

– A una señora tan inteligente es inútil venirle con tapujos – respondió el doctor fijando en Fernan-

da los perspicaces ojos grises. – No me han dicho que usted está muy mal, ni creo yo que si usted estuviese sólo un poquito mala dejase de llamarme, porque si no – añadió bromeando, – ¿cuál sería mi misión en la tierra? Lo que pasa es que me encontré ayer en la calle á su amiga de usted.., la señora de Pimentel..., esa viuda tan jaranera y tan chistosa...

– Ah, sí.., María...

– Pues la encontré..., y me dijo lo mismo que le voy á repetir: «Doctor, ¿por qué no da usted una vuelta por casa de Fernanda? La noto de algún tiempo acá de este modo, y del otro, y así, y con tales y tales síntomas..» Y la cosa me alegró tanto, marquesa, que la quise comprobar inmediatamente..

– Qué... ¿Dice usted que le alegró? – exclamó Fernanda, atónita, sin comprender.

carta, y continuó arreglando sus papeles hasta la media noche.

X

Dos años pasan sin sentir; en dos años se olvida en Madrid al ausente más conocido y notable, y mucho más si ese ausente es, como Gonzalo Calderón, un «excelente chico, algo obscuro» y cuya desaparición no deja «ningún vacío.» Así es que fué muy grande, muy explícita, muy ruidosa, la sorpresa de María Pimentel, cuando una mañana de mayo – de esas alegres mañanitas madrileñas en que el aire parece elástico, el sol es una patena de oro, las lilas embalsaman y las mujeres cosechan en las aceras una lluvia de piropos y de sandeces joviales – se encontró de manos á boca, al principio de la calle del Arenal, con Gonzalo Calderón.

En poco estuvo que la expansiva viuda no le abrazase al aparecido.

– Hombre de Dios..., pero ¿qué es esto? ¿Usted por aquí? ¿De dónde sale usted? ¡Si ya creí que se le había tragado la tierra, ó el mar, ó el diablo que cargue con usted!

– El diablo y la tierra, por último, nos han de tragar á todos – respondió sonriendo el primo de Benalí.

– ¡Pero si viene usted muy bien! Es decir... tiene usted el cutis tostadillo..., y veo ahí en esa barba tan negra unos hilos blancos... Se me figura que ha debido usted de pasar sus correspondientes saudades..., ¿eh? ¡Y qué majo, qué aire extranjerizado, qué ropa tan *intachable*, como suele decir, *Marrôn glacé*, en sus crónicas! Y siempre tan discreto, tan caballerote, tan Amadís... ¿Viene usted por mucho tiempo? ¿Se quedará usted aquí ya?

– No, señora – respondió él. – Hice falta en Madrid unos días; y vine porque era necesario, pero la semana que viene salgo para Andalucía.

– ¡Qué oso! ¿Es que ya tiene usted madroñito? ¿Se nos ha casado por las tierras de las gringas?

– Mi blanca mano se encuentra aún á disposición de usted – replicó él tendiéndola, lo cual proporcionó á la Pimentel el gusto de darle en ella unas palmadas.

– ¡Que llamamos la atención! – exclamó chorreando risa la viuda. – ¡Ah, si los hombres fuesen como usted todos! Ninguno merece que yo sacrifique mi entorchado. Y... ¿qué tal? ¿Ha visto usted ya á Fernanda?

La pregunta, aunque tan natural, inmutó un poco á Gonzalo, que tardó en decir con voz no muy segura:

– No, no sé si podré, porque traigo los días tan contados... Sin embargo, haré por ir; me alegraría de dar un beso á su niño.

– ¡A su niño! – respondió con asombro irónico la Pimentel.

– Qué, ¿no ha tenido... un niño... Fernanda?

– Sí.., tuvo un chico...; pero acérquese usted á ese escaparate de ahí..., ese de la tienda de juguetes... Mire usted esa fila de bebés..., esos, los vestidos y los desnudos... ¿Los ve usted? Bueno; pues cualquiera de ellos que usted vea..., ya tiene usted el chico de Fernanda. Es decir..., no..., prefiero esos de loza y de cartón. Son más bonitos... y alma tienen la misma.

– Pero... ¿cómo? María..., no entiendo bien lo que usted dice... ¿Qué le sucede á Fernanda con su hijo?

– ¿Qué quiere usted que le suceda, criatura? Que hay padres que merecerían la horca, y que un niño engendrado y concebido cuando la madre tiene cada día una pataleta y cada noche un insomnio y á cada hora un tósigo y á cada minuto una pena, ¡qué quiere usted que sea ese niño! O loco de atar, ó lo que es el de Fernanda, ¡que no sé si diga que es peor!

– Pues ¿qué es?

– ¡Un pelele! – exclamó la viuda, dando á esta castiza expresión todas las inflexiones de la lástima y de un indefinible desprecio.



– ¡El otro!.. Fernanda, antes de venir hoy aquí, ¿sabes lo que hice?

La respuesta del doctor se formuló en preguntas reiteradas, muy diestras, muy reposadas, muy bien dirigidas por el doctor, y contestadas por la enferma con asombro creciente, con una emoción de tal naturaleza, que su cuerpo se estremecía todo. Y hubo, después del interrogatorio más completo, observaciones prácticas, la lenta y firme investigación del hombre de ciencia que compara fenómenos y relaciona datos para sacar una conclusión decisiva. Cerca de una hora duró la entrevista de la dama con el médico, y á tiempo que éste ponía el pie en el estribo de su estrecha berlina y daba al cochero orden de apurar, porque se le había hecho muy tarde, la marquesa de Benalí, invocando casi en voz alta el nombre de Dios, se dejaba caer de bruces sobre el diván, y por primera vez en su vida, las lágrimas, aquellas lágrimas rebeldes que jamás refrescaran completamente sus ojos ni dilataran su corazón, fluían apresuradas y dulces, arrancadas por una alegría sin fondo, una de esas alegrías que asustan, y que desde el primer momento, por su intensidad, tocan en los límites del dolor.

Aquella misma noche, á eso de las diez, hallándose ocupado Gonzalo en romper papeles y en acabar de ordenar los más necesarios para que su ausencia no embarazase la marcha de sus asuntos ni la gestión de su hacienda, oyó llamar á la campanilla, y un vuelco de la sangre le dijo que era un mensaje de Fernanda el que llegaba á tal hora. Se reprimió para no salir á abrir él mismo, y se lanzó sobre el lacayito que presentaba en una bandejilla la carta. Sintió ese ridículo temor que nos acomete antes de romper un sobre que encierra tal vez parte de nuestra vida; y cuando, recobrada la respiración, pudo deletrear la misiva, vió que decía así:

«Gonzalo, de los dos caminos, escojo el primero; y te suplico que, si puedes, te marches lo antes posible, y lo más lejos que puedas, sin perjudicar tus intereses.

»Te escribo la verdad: esta tarde no sabía que dentro de seis meses, si Dios quiere, tendré un hijo. El doctor acaba de marcharse y me ha dado la noticia. Me creí sola, sin obligaciones, y sin que á nadie le importase de mí, y ya ves cómo me equivocaba.

»Quema esta carta. He de pensar en ti siempre. Adiós. – *Fernanda*.»

Como buen atleta, Gonzalo recibió el golpe en mitad del pecho, sin titubear. Echó á la chimenea la

– ¡Un pelele! – repitió Gonzalo, como si comprendiese mal.

– O si quiere usted, un animal, menos que un perro, una especie de gusano... Come, bebe, pero no ve, ni entiende, ni nada... Es sordomudo, y además lelo. A veces gruñe, un sonido muy raro, como una *e* ronca. Y es bonito el condenado: tiene el pelo rizado y rubio, fino como seda, y el color precioso, blanco, fresquísimo... Nada, nada, igualito á esos bebés que ve usted ahí, y que de niños sólo tienen el color y la forma.

Gonzalo Calderón, al escuchar estas horribles noticias, se sentía palidecer. Veía á Fernanda, á la que llamaba *su Fernanda* siempre, á la que por el nacimiento de aquella criatura se había creído salvada ya, la veía más infeliz que nunca, herida en sus fibras maternales y en lo íntimo de sus afectos más sagrados; y casi puede decirse que sentía en su boca y en su espíritu el sabor á hiel de las amarguras que sufría Fernanda, y en los hombros el peso de su cruz

– Y... ¿no hay esperanza? – preguntó ansiosamente. – ¿No podrá ese niño curarse?

– ¡Ay, Dios! ¡Pues apenas si ha revuelto cielo y tierra su madre! El año pasado fué á París sólo con objeto de consultar á su pelelín... Cuando pasó por aquí Charcot, loco le volvió con el empeño de que al tal bollo de carne me le convirtiese en hombre... Sí, cualquiera hace ese milagro... Pero ella, erre que erre, y dale con que el año próximo se va á Berlín, á que el protomedicato vea á ese fenómeno de estupidez...

– ¡Pobre madre! – exclamó Calderón con acento tan patético y tan salido del fondo de su ser, que la Pimentel tuvo un arranque de los suyos, y exclamó:

– Eso lo ha dicho usted de perlas... ¿Sabe usted que se pone usted hasta guapo cuando habla así? ¡Y qué razón tiene usted! ¡Pobre madre, sí, que ningún consuelo espera en este mundo ni en el otro! A bien que á veces las ilusiones sostienen y confortan... Fernanda asegura que el niño la conoce, que se ríe para ella... Por poco nos dice que ha echado más talento que Cánovas.

– Y... ¿Ginés? – preguntó Calderón fingiendo indiferencia.

– ¿Ginés? ¡De remate! La tal *Angeles peores* le tiene más loco que una cabra. Le saca dinero á todas horas, porque el idiota de Rojas se metió en opera-



– Tiene razón, María – afirmó Gonzalo. – Los que se quejan es porque sufren poco

ciones de Bolsa y anda arrancadísimo, y los moños y los trapos y la bucólica y las patas ajenas y todo, salen de la bolsa del señor marqués de los Benalíes... A poco que se descuide Dios en arreglar este cotarro remitiendo una pulmonía bien precintada á esa víbora de Angeles, Fernanda, además de todo, acabará pidiendo un centimito, con el fenómeno en brazos, á la puerta de cualquier parroquia.

La expresiva fisonomía de Calderón se descompuso y alteró visiblemente. Diríase que, como en el fondo del volcán dormido vuelve á hervir la lava y los metales, anunciando que la erupción se acerca, así en el alma del tanto tiempo ausente renacía el pasado, más violento, más tenaz que nunca. Echaban fuego los ojos de Gonzalo, y sus labios lívidos se contraían. Al fin, dominándose trabajosamente, murmuró:

– A bien que Fernanda está á la altura de su destino.

– ¡Que si está! Hombre, ¡pues si la hemos de ver en los altares! ¿Sabe usted lo que dice? Que antes no se resignaba á otras desgracias menores, porque no había sufrido bastante aún; pero que ahora, ya sabe dónde está la resignación y cuánto vale... En fin, que esa mujer edifica.

– Tiene razón, María – afirmó Gonzalo. – Los que se quejan es porque sufren poco. Cuando la herida es honda, quita el habla y hasta no se gime. Y además, el que cree en Dios no desespera.

– ¿Y usted cree en Dios muy á puño cerrado?

– Sí – respondió con firmeza el viajero.

– ¿Y cree usted que es justo que permita ciertas cosas?

– No le pido cuentas.

– Desengáñese usted, filósofo: ¡una pulmonía bien precintada vale un imperio á veces! – exclamó la incorregible, mientras Gonzalo, al inclinarse para saludarla, fruncía las cejas como si ya el giro de la conversación le molestase ó hiriese.

Mientras Gonzalo torcía por la tétrica calle de las Hileras, más como el que huye que como el que va á negocios; mientras la viuda le seguía con los ojos llamándole *tonto* y *tiniebla*, allá para sus adentros y declarando que Fernanda Maravillas tenía en todo bien poca suerte, un apuesto jinete iba á trote corto por la hermosa y á tal hora apacible avenida que desde el Retiro conduce á Atocha. Era el caballo un lindo media sangre, bayo con cabos obscuros, joven y fogoso sin duda. La ligera espuma que orlaba el bocado, el tono más obscuro, húmedo de sudor, de la piel en los ijares y cuello, indicaban la fatiga de un paseo largo, que sin embargo no había agotado los bríos del gallardo animal. El jinete, distraído, con los músculos ágiles por el ejercicio, aprovechaba el suave trote para dejar la rienda floja y apurar un excelente habano. El sitio era delicioso, con mucha sombra de árboles, y una brisa suave traía el embriagador perfume de las lilas, que combatía el del rico puro.

Sobre un rincón de césped, al lado de dos ó tres montones de tierra esparcida, un cantero despachaba la pitanza que le había traído en un pucherete su mujer. Olíale también á gloria á él el cocido pobre, y metía la cuchara con golosa delicia.

Cuando el caballo vió la blancura de las piedras, pegó una huída de costado, y el jinete trató de sofrenarle.

El cantero, creyendo que el caballo se le venía encima, se levantó, y su blusa blanca fué para el animal nueva visión de espanto. Esta vez se encabritó loco de susto; quiso el jinete sujetarle; pero el caballo pegó violento bote, y el caballero fué lanzado á diez pasos de distancia, sobre las duras piedras.

Los agentes, los transeuntes, que acudieron con más ó menos prisa á prestar socorro, sólo recogieron el cuerpo sin vida del marqués de Benalí.

EMILIA PARDO BAZÁN

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS FÁBRICAS DE ELECTRICIDAD DEL PORVENIR

Es tal la armonía existente entre la ciencia y la práctica de la electricidad, y tan señalados y rápidos los progresos que por el esfuerzo excepcionalmente bien concordado de una y otra se han conseguido en los dominios de la aplicación industrial, que, sin necesidad de ser profeta, con sólo observar la marcha y el sentido de las empresas que los técnicos acometen, se puede vaticinar con perfecta seguridad lo



La guerra de Cuba. – El general Bazán, que tanto se distinguió en la reciente defensa de Santa Clara (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana).

que en breve vendrán á ser las fábricas generadoras de la energía eléctrica.

Esta faz característica del progreso industrial eléctrico no pueden desconocerla los que por cualquier concepto tengan conexiones con la nueva técnica. Implican realmente los derroteros emprendidos por la electricidad aplicada una esencial transformación de los procedimientos harto rígidos de que hasta aquí la industria se ha valido, y esta transformación, que dilata extraordinariamente los horizontes industriales, es una esperanza muy legítima para los advertidos que á tiempo eleven la mirada por encima de las prácticas cómodas, pero infecundas, de la rutina.

Para señalar esta característica y realizar aquella fácil profecía, basta relacionar entre sí los progresos trascendentales que convergentemente se han obtenido en la transmisión de la energía eléctrica y en la tracción, y este objeto se logra dentro de los fines modestísimos de una mera indicación, extrayendo lo que podemos llamar la filosofía de ciertos hechos, ó lo que es menos presuntuoso, pero sí muy suficiente, relatando los hechos mismos que por lógica generalización señalan la marcha del progreso.

Las corrientes alternativas polifáceas datan de ayer. Su aparición práctica en Francfort hace cuatro años, despertó, como todo lo nuevo, dudas y resistencias; pero su virtualidad es tal, que el problema de la transmisión de la energía, que á la sazón no era una realidad industrial, sino más bien un anhelo, ha quedado resuelto con toda su maravillosa generalidad. La conversión de la corriente polifácea en continua, que ya es cómoda y práctica, ha coronado aquella espléndida conquista de la técnica eléctrica.

Gracias á esta conquista, hoy un centro único en donde resida un manantial de energía, obténgase ésta de un salto, genérese por el vapor, con importación del carbón, y mejor todavía si el centro puede situarse á boca-mina, basta para servir uno ó muchos centros próximos ó diseminados, á todos los cuales puede transferir la energía eléctrica bajo cualquier forma de las conocidas, y utilizable, como se deja comprender, en todas las aplicaciones practicadas en el presente ó que aparezcan en el porvenir. A tal grado de universalización y desarrollo se ha llegado, no ya en la esfera de especulación, sino en el terreno de la realidad industrial, como lo revelan los hechos á que antes hemos aludido y de los que vamos á hacer rápida mención.

La ciudad de Portland (Estados Unidos) posee una distribución de energía eléctrica que se emplea en el alumbrado, en fuerza motriz y para la tracción, cuya corriente procede de un salto situado á 32 kilómetros de la ciudad. Dicha corriente tiene forma trifácea, y dentro de la ciudad se subdivide y transforma en una subestación terminal de la línea exterior.

Una aplicación de carácter análogo se ha realizado en Sacramento. Esta ciudad californiana emplea para todos los usos de que es susceptible una energía eléctrica que, en potencia considerable y á la tensión de 11.000 volts, recibe por una línea aérea de 38 kilómetros de longitud. Los transformadores establecidos en Sacramento reducen aquella tensión al potencial que para cada aplicación se necesita. Entre los transformadores los hay rotatorios, para que la energía, convertida en forma de corriente continua, pueda emplearse en la tracción.

En el fondo la mayor ó menor longitud de la línea ya es un mero accidente de la práctica industrial. La



La guerra de Cuba. – El comandante D. Pascual Herrera, que se portó heroicamente en el combate del Mamey (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana).

línea Lauffen Francfort mostró, al tiempo de aparecer las corrientes polifáceas, la extraordinaria elasticidad del sistema.

Tantas veces nos hemos ocupado en estas columnas de la tracción eléctrica, que ya no hemos de recordar aquí, al tratar del progreso eléctrico en su mayor generalidad, de las aplicaciones de que en este punto es susceptible la ambiciosa Electricidad, que todo lo invade, que no hay manifestación de la actividad que no le sea ya tributaria. La tracción será pronto monopolio de la electricidad, y en este dominio ya no se trata de la tracción urbana, de la mera sustitución de la fuerza animal, sino que, dados los progresos que inagotablemente la impulsan, cabe afirmar que será la electricidad el agente que se sustituya al vapor en los mismos enormes trenes de las líneas férreas.

Sin duda á esto no se llegará más que con grande lentitud; pero se llegará indefectiblemente cuando la utilización de las fuerzas naturales y la concentración de las fábricas dispersas y automáticas que hoy tenemos en estaciones formidables, permitan por medios necesariamente más económicos que los que usamos, la irradiación á grandes distancias de la energía que en esos grandes centros se produzca.

Las estaciones centrales actuales, no obstante el progreso maravilloso que revelan, distan mucho de cumplir en el orden económico industrial lo que el capital tiene derecho de proponerse. En estas estaciones el material se utiliza en medida muy deficiente: la solución hállase, pues, indicada por el camino que ya se ha empezado á abrir; es decir, grandes centros productores que, al suministrar la energía con baratura, confieran á ésta el predominio de todas las aplicaciones en que la energía (en cualquiera de sus formas, que á todas se plega la electricidad) tenga intervención insustituible. – M.

***

APLICACIÓN INDUSTRIAL DE LOS RAYOS X

Fuera de los experimentos de laboratorio, las nuevas propiedades de las radiaciones de los tubos de Crookes tan magistralmente reveladas por el profesor Röntgen, no habían sido hasta ahora utilizadas más que para investigaciones de osteología ó para indicaciones quirúrgicas en extremo interesantes. Ahora se ha propuesto la aplicación de los rayos Röntgen para comprobar la homogeneidad de las planchas metálicas y para el reconocimiento de la naturaleza de los objetos, opacos para los rayos X, encerrados en una caja sellada.

Sabido es también que esos rayos permiten distinguir con la mayor facilidad los diamantes falsos de los verdaderos, que resultan transparentes éstos y opacos aquéllos.

Un periódico técnico londinense, la *Electrical Rewiew*, propone que se utilicen los rayos X para examinar las instalaciones interiores de las canalizaciones eléctricas. Sin abrir las molduras y sin quitar las partes aisladoras de los hilos, los rayos X permitirán apreciar el grueso de los hilos, las junturas y sus imperfecciones: se podrá saber asimismo si los hilos están ó no soldados, si las ligaduras están ó no enrolladas regularmente, etc. Ya se comprenderá que esta aplicación no tendría nada de práctica si hubiera que tomar cada vez una sombra radiográfica por medio de una placa sensible; por esto lo mejor es utilizar las propiedades fluorescentes del platino-cianuro de bario: este cuerpo, finamente pulverizado en un mortero de ágata, se pone en suspensión en un mucílago ó en colodión normal y se extiende en gruesa capa sobre un cartón bristol bastante espeso. El papel así preparado se hace fluorescente y bajo la influencia de los rayos X da imágenes instantáneas muy claras de los objetos interpuestos entre él y la ampolla: ésta debe ser cubierta con un paño ó un



La guerra de Cuba. – D. Francisco Pierrad, ayudante del general Bazán que tanto se distinguió en la defensa de Santa Clara (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana).

papel negro y el cartón debe colocarse de manera que la cara no cubierta de platino-cianuro mire á la ampolla. El observador se coloca al otro lado del bristol como si quisiera ver la ampolla al través del cartón. La limpieza de la imagen así obtenida depende del estado del tubo de Crookes y de la distancia del cartón á la ampolla. La fluorescencia desaparece con la excitación del tubo, y el cartón fluorescente sirve indefinidamente para los experimentos que, presentados de esta suerte, son más económicos, sorprendentes, rápidos y variados que con el procedimiento de las placas sensibles, útil solamente cuando se trata de conservar las imágenes obtenidas.

Si hemos de dar crédito á un telegrama dirigido hace poco desde Nueva York por Edisson á lord Kelvin, de Glascow, el tungstato de cal cristalizado produce efectos fluorescentes mucho más intensos que el platino-cianuro de bario. – M.

TEODORA LAMADRID

Nació la ilustre actriz por cuya reciente muerte viste hoy y vestirá por mucho tiempo luto la escena española, en Zaragoza en 1821, y á los ocho años, á la edad en que la inteligencia infantil apenas empieza á desarrollarse, admiró al público representando papeles de niña con perfección asombrosa. No son raros esos casos de precocidad; mas no es raro tampoco que los que así tan prematuramente despuntan en algo serio, se malogren ó se estacionen y dejen de ser lo que fueron, bien porque el esfuerzo intelectual agotó tempranamente las energías físicas, ó porque aquella naturaleza al parecer privilegiada llegó antes de tiempo al límite máximo de su desenvolvimiento.

Otras veces, el niño vence estos peligros, y entonces llega á ser uno de esos genios que de cuando en cuando asombran al mundo. Tal sucedió con Teodora Lamadrid, cuyos triunfos escénicos superaron á todas cuantas esperanzas pudieron concebir sus primeros panegiristas. Después de haber conquistado nuevos aplausos en el desempeño de las obras que expresamente para ella tradujo Grimaldi, fué contratada por el ayuntamiento de Madrid para representar en los teatros de la Cruz y del Príncipe.

Desde entónces el nombre de Teodora, que así se la ha llamado siempre, aparece asociado á la mayor parte de los acontecimientos teatrales de su época, creando ó dando nueva vida á las heroínas de *Locura de Amor, Los amantes de Teruel, El tanto por ciento, La campana de la Almudaina, El trovador, Lo positivo, Adriana Lecouvreur, Virginia, La villana de Vallecas, El desdén con el desdén* y muchas otras que sería prolijo enumerar.

Entre sus más grandes triunfos escénicos cuéntase el que le proporcionó el estreno de la obra inmortal de Ayala, el drama citado *El tanto por ciento:* los testigos presenciales de aquella solemnidad literaria refieren que al final del segundo acto, cuando la calumniada condesa implora de sus amigos y de sus criados que declaren su inocencia, cuando al ver que



La eminente actriz española TEODORA LAMADRID, fallecida en Madrid el día 22 de abril último

todos callan yérguese altiva y les arroja al rostro aquellos hermosos versos:

Mi honra ¿quién os la pide
si siempre me ha acompañado?
La debo á Dios, que me ha dado
el alma donde reside,

el público, que llenaba el teatro, prorrumpió en una aclamación delirante, y el incomparable Bretón de los Herreros gritó: «¡Aún no ha muerto Calderón!,» frase que si constituía una entusiasta alabanza al poeta, no significaba menor elogio para la actriz.

Aquella época de esplendor para el arte dramático español señala también el apogeo de Teodora, que con la Matilde Díez, Romea, Arjona, Valero y otras verdaderas estrellas de nuestra escena, luchaban todos en buena lid y aguijoneados por la más noble emulación para encarnar á cual mejor los personajes que genios tan esclarecidos como García Gutiérrez, Bretón, Tamayo y Ayala concebían. En el ocaso de su carrera, aún logró reverdecer sus antiguos laureles compartiendo con Vico en el teatro de Apolo de Madrid los delirantes aplausos del público en el estreno de la hermosa producción de Echegaray *En el puño de la espada.*

Poco después retirábase definitivamente del teatro para consagrarse á la cátedra que el gobierno le había confiado en el Conservatorio, y para llorar en su soledad los infortunios que amargaron buena parte de su existencia. Porque la vida privada de Teodora fué en su último período una serie continuada de dolores. Casóse muy joven todavía con un profesor de música italiano, llamado Basily, y aquel matrimonio, formado por el amor, fué muy poco feliz: de los dos hijos que tuvo murió primero el varón y más tarde su hermosa hija Enriqueta. Era ésta el ídolo de su madre: espíritu superior, delicado, artístico, sus poéticos cuanto desgraciados amores con el no menos infortunado Carlos Coello han sido justamente comparados con los de Marsilla é Isabel Segura. Una terrible enfermedad segó en flor la vida de aquella joven tan bella é inteligente como desdichada, sumiendo en desconsuelo á la pobre madre, que ni un día ha dejado desde entonces de recordar entre lágrimas y sollozos á aquel ser en quien se compendiaban todos sus amores.

No fué más afortunada que en sus afectos en sus intereses materiales: Teodora había empleado todos sus ahorros, unos 60.000 duros, en obligaciones de la casa de Osuna; cuando sobrevino el desastre de esos famosos valores que arruinó á tanta gente, aquella pequeña fortuna á fuerza de tantos trabajos amasada perdióse por completo.

La muerte ha venido á poner fin á tantas desdichas.

¡Descanse en paz la eminente actriz cuya memoria vivirá mientras se conserven el amor y el respeto á las gloriosas tradiciones de la escena española! – D.

El jetife de Egipto y el representante inglés (de una fotografía)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

REVISTA POLITICA IBERO-AMERICANA. – El último número de esta importante revista quincenal contiene los siguientes trabajos: *El estado legal y político de nuestras Antillas*, por Rafael M. de Labra; *Los equilibrados y la línea media*, por Urbano González Serrano; *¿Qué es la beligerancia?*, por E. Emilio Serrano; *La política en los Estados Unidos*, por Luis Warin; *La poetisa de la hiedra* (leyenda), por Víctor Balaguer; *Segismundo Moret* (semblanza), por Atico; *Política exterior*, por Gumersindo de Azcárate; *Cronología política extranjera*, por José Ontañón. Publica además una sección de caricaturas de la quincena, otra de ajedrez y otra de teatros. Suscríbese en la Administración, calle de la Bola, 8, Madrid.

* * *

KOSTO KOMPARATIBO EN CHILE DEL GAS Y DE LA ELEKTRIZIDAD, KOMO SISTEMAS DE DISTRIBUZIÓN DE ENERJIA, por *A. E. Salazar i K. Newman*. – Varias veces nos hemos ocupado de los importantes trabajos científicos publicados por los Sres. Salazar y Newman: el que hoy tenemos á la vista es, como su título indica, un estudio comparativo completo del gas y de la electricidad como elementos productores de la luz y de la fuerza. Hay en él multitud de datos importantísimos que demuestran los excepcionales conocimientos de los autores en esta materia y que merecen ser estudiados por los hombres de ciencia. El folleto está escrito, según pueden ver nuestros lectores por el título, con la ortografía reformada á que tan aficionados se muestran algunos chilenos, y ha sido impreso en Santiago de Chile.

* * *

CUENTOS, CHASCARRILLOS Y CANTARES, por *Javier de Burgos*. – VIDA CONTEMPORÁNEA, por *Emilia Pardo Bazán*. – La Biblioteca Diamante, cuyo buen éxito está justificado por el acierto con que su editor Sr. López escoge las obras que de ella forman parte, acaba de publicar los tomos 39 y 40: el primero es una colección de cuentos, chascarrillos y cantares del conocido y chispeante escritor Javier de Burgos, escritos todos en verso con muchísima gracia; el segundo se compone de una serie de artículos de costumbres contemporáneas de la ilustre escritora señora Pardo Bazán, tan admirablemente pensados como hermosamente escritos. Tratándose de dos nombres tan conocidos y justamente reputados, no creemos necesario extremar el elogio de estos dos últimos tomos de la citada Biblioteca, que se venden en las principales librerías á dos reales cada uno.

* * *

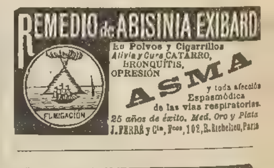
EL ESTILO, por *M. de Buffón*. – La Biblioteca Enciclopédica Moderna, que ha comenzado á publicarse en esta ciudad en pequeños folletos al precio de 25 céntimos uno, ha dado en el primero de éstos una traducción hecha por J. Vidal y Jumbert del hermoso discurso leído por el gran naturalista francés del pasado siglo ante la Academia Francesa el día de su recepción. Los pedidos á la Dirección y Administración, Barbará, 14, 2.º

* * *

DOTZENA DE FRARE, per *Frederich Soler*. – Hacer elogios de ciertos libros, cuando llevan éstos firmas de eminencias por todos como tales reconocidas, es innecesario y hasta cierto punto contraproducente. «El buen paño en el arca se vende,» dice el refrán, y pocas veces podrá éste aplicarse con mayor razón que á la obra que nos ocupa. Trece cuentos contiene el libro (por esto lo tituló su autor *Dotzena de frare*), y perplejos nos veríamos si hubiésemos de decir á cuál daríamos la preferencia: el ilustre Soler, el popular *Serafí Pitarra* dominaba este género, tanto como el dramático, y pocos narradores encontraremos en Cataluña que nos cautiven y encanten como él cuando de hacer cuentos se trata. El editor barcelonés Antonio López ha prestado un buen servicio á la literatura regional publicando esta obra póstuma del gran escritor catalán, y no dudamos de que el mejor éxito coronará sus esfuerzos, tanto más cuanto que el libro está muy bien presentado y lleva multitud de ilustraciones del reputado dibujante M. Moliné. *Dotzena de frare* se vende en las principales librerías á dos pesetas.

* * *

GEOGRAFIA DE LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY, por *Héctor F. Decoud*. – La mejor recomendación de esta obra es el hecho de haber sido aprobada y adoptada como de texto por el Consejo Superior de Educación para las escuelas de aquella república: que esta distinción es bien merecida compréndese á poco que se analice el libro del Sr. Decoud. En él, después de la parte geográfica general, se hace una descripción física y política, se estudia la organización política y se describen la capital y los distritos de la República del Paraguay, todo ello hecho con profusión de datos interesantísimos que dan una idea completa de aquel Estado y demuestran los grandes conocimientos científicos de su autor. Es en suma una obra perfecta en su género y muy á propósito para la enseñanza, por la forma clara y sencilla en que está redactada. Se vende en la librería y Papelería Nacional de C. Codas, calle Palmas, en la Asunción.



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 11 de mayo de 1896 — Núm. 750



MADRID.-EN LA PRADERA DE SAN ISIDRO, dibujo de Méndez Bringa

(Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los suscriptores de la **Biblioteca Universal** el cuarto y último tomo de TRADICIONES PERUANAS, por D. Ricardo Palma, acerca de cuyas excelencias nada hemos de decir, porque el éxito conseguido por los tres primeros tomos es la mejor demostración del buen acierto con que procedimos al escoger para la Biblioteca la interesante obra del eminente literato peruano. El tomo que repartiremos está profusamente ilustrado.

Recomendamos á nuestros suscriptores que se fijen en las advertencias que hemos publicado en los tres últimos números relativas al reparto de este tomo.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ERMETE NOVELLI Y SU REPERTORIO

La primera vez que el gran comediante italiano vino á Madrid no tuve ocasión de verle. La segunda – dos años hace – fuí asidua á sus representaciones. Comenzó la temporada, por más señas, de un modo lamentable. El teatro de la Comedia, que tan alegre y pulcro parece cuando lo anima una regular concurrencia, tenía aspecto de tumba así vacío, frío, mudo, con un palco ó dos ocupados y con diez ó doce personas en las butacas. Tal era la soledad que reinaba allí, que una noche – noche en que por cierto Novelli se excedió á sí mismo bordando el papel sublime del *mercader de Venecia* – vi, no sin gran terror – porque tengo la debilidad de asustarme de las alimañas, – un ratoncillo que discurría por entre las butacas, juzgándose dueño de la situación.

Eso sí: los contados entusiastas que no perdíamos función de Novelli, estábamos engreídos, envanecidos de nuestra superioridad; desdeñábamos, desde nuestra altura, á las gentes de mal gusto que no aprovechaban un espectáculo tan culto, tan artístico y tan rico en emociones y en variados goces como el que nos ofrecía Novelli. Creíamos ser una minoría asaz distinguida – y se me figura que no nos equivocábamos, ¡qué diantre! – En nuestras reducidas cuanto animosas huestes figuraba en primer término la infanta doña Isabel Francisca, apasionada de arte, una de las pocas señoras que van al teatro *á ver lo que hacen*, no *á ver quién está allí.* La duquesa de Osuna y las señoras de Beruete, Canalejas y Llorente eran fijas y constantes. Si el aspecto del teatro casi desierto podía desalentar á Novelli, la constancia y la religiosa atención de algunas espectadoras tenía para él mucho de halagüeño. Le escuchábamos con tal devoción, que el menor ruido nos parecía un atentado. En la primer representación de *Otelo*, un caballero sentado detrás de mi butaca se dedicaba, estando alzado el telón, á explicar á unas damas el argumento. Se me vino á la memoria una conocida anécdota y exclamé, en voz no muy baja: «¡Qué fastidioso de Novelli, que no me deja oir á este señor!»

Después de algunas funciones transcurridas entre la indiferencia ó más bien el desvío del público, empezó á afluir gente, y la temporada concluyó de una manera honrosa, si no lucrativa. Este año, al anunciarse el abono, cubrióse pronto la lista, y el *todo Madrid* – esos dos ó tres círculos sociales que constituyen el núcleo de las *personas conocidas* – se refugió en la Comedia, fijando los jueves para reunirse allí como se reunía en el turno segundo del Real. Las demás noches, aun cuando no es la concurrencia ni tan numerosa ni tan lucida de trapos, moños y títulos nobiliarios, no falta auditorio para Novelli. Los legítimos aficionados prefieren esas noches *sin crème*, porque en ellas saca Novelli á relucir lo selecto del repertorio, mientras los jueves sale del paso con las *farse*, los monólogos ó los comediones de brocha gorda y figurón.

* * *

Antes de decir qué pienso del repertorio de Novelli, intentaré definir la personalidad artística y las especiales aptitudes del gran comediante. A mi juicio, Novelli no es el *galán* (tipo ideal, en España, del actor, merced á las tradiciones y á las tendencias persistentes de nuestra literatura dramática). Novelli es en toda la fuerza de la palabra un *característico.* Jamás veréis que elija un papel de amor y bizarría. No esperéis que encarne á Romeo, ni á Antony. Aunque todo es fácil á su talento, hay cosas que le son inadecuadas. Los grandes triunfos de Novelli los obtiene cuando acentúa el *carácter* de una manera humorística, y mezcla la nota cómica á la alta tensión de la tragedia; cuando es á la vez aterrador y risible. Vedle en *Luis XI*, con su mano retorcida y su labio colgante, haciendo garatusas á las labradoras; vedle de *Shylock*, ceceando, sobándose la barba, arrastrando las chanclas, sucio y mugriento; vedle de *Petruccio*, baladrón y rufianesco, vestido de mamarracho, canturreando, y diréis conmigo que es, ante todo y sobre todo, el *característico;* el actor que prescindiendo de la solemnidad y la nobleza, de la poesía aparente de los papeles, busca la nota artística en ciertos rasgos que sólo el análisis puede suministrar, y sabe excitar la sensibilidad por medio de la risa, que es la nota peculiar del humorismo.

Los que seguimos atentamente el desarrollo de las facultades de este genial actor, percibimos que, sin decaer en lo dramático y lo trágico, se inclina cada vez más á lo cómico (alta comedia, claró está, y al escribir *alta comedia* no me refiero especialmente á la comedia *de levita*, sino á la comedia *muy literaria).* En *El Avaro*, de Moliére, puede decirse de Novelli que alcanza la perfección suma. Hay un monólogo, *Diogene* (que es alta comedia, aun cuando sea el héroe un pobrete colillero), donde Novelli demuestra bien lo que afirmo. Mezcla de risa y lágrimas, arrancadas las lágrimas á veces por la risa: tal es la índole del talento, humano y realista, de Novelli.

Debe á la naturaleza el cómico italiano una cara *blanda*, dúctil, movible, de flexibilidad extraordinaria, y unos ojos parleros de sorprendente expresión. He conocido actores de mérito, que han luchado toda su vida con la dureza, con la inmovilidad del rostro. Actor que tenga la cara de madera, jamás dominará al público. Y hay fisonomías así, cerradas, densas, sin juego, sin luz, bellas acaso, ó nobles, ó simpáticas, pero paradas, resistentes, en que la emoción, verdadera ó fingida, no abre surco. La de Novelli es una fisonomía que representa: por eso suele arrancar entusiastas aplausos sin hablar, sin accionar; los silencios, en Novelli, valen oro. Conociendo la acción que ejerce con el gesto, se le podría acusar de que abusa del gesto: jamás veréis en Novelli – como se ve alguna vez en todo el mundo – esa calma del rostro, esa indiferencia inexpresiva, que revela el descanso del alma. Con salir al proscenio y mirar fijamente á los espectadores, le basta á Novelli para conmover, para hacer reir, para embargar el espíritu y sugerir lo que va á manifestar verbalmente. A la cara del actor corresponden sus manos, largas, finas y elocuentes ellas también. Con las posiciones de la mano, con el modo de agarrar, verbigracia, el asa de una taza de te, Novelli sabe decir infinidad de cosas. En *Luis XI*, las manos de Novelli representan tanto ó más que el rostro.

* * *

Dos repertorios tiene Novelli, tan opuestos que apenas se concibe que los explote un mismo actor. A mi ver, se explica el problema suponiendo que Novelli cree que hay dos públicos, y lo que el uno saborea el otro lo rechaza. En esto Novelli no se equivoca. Existe un público muy numeroso, que dice que sólo va al teatro «á divertirse, á pasar un rato de solaz,» y vuelve la cara por no ver cuando Amleto salta frenético á la fosa de Ofelia ó hace tristes reflexiones con la calavera de Yorick en la mano. Existe otro público, goloso de arte, que espera de Novelli algo más de lo que á diario le ofrecen los teatrillos por hora y las exhibiciones grotescas y equívocas de Frégoli, y desea oir las frases de Shakespeare en boca de un intérprete digno de él. Para el primero de estos dos públicos, y acaso para dormitar cada dos noches, se trae Novelli una colección de obrillas de mala muerte, desatinadas, anticuadas, que sólo él conseguiría hacernos tragar. *El rapto de las Sabinas*; *La familia Barilotti*; *La tía de Carlos*; *Las sorpresas del divorcio*, son ejemplares de este género inepto, que divierte á muchos y hastía á no pocos. ¡Salto prodigioso y mortal el que pega Novelli desde esos disparatones hasta las alturas de *Amleto*, *Otelo* y *El mercader de Venecia!*

Siendo Novelli tan admirable en el género cómico, yo encontraría de perlas que nos diese comedias; pero comedias del fuste del *Avaro* y *La Tarasca.* En Moliére y en el mismo Shakespeare encontraría filones que explotar. Shakespeare es rico en comedias deliciosas y de fácil arreglo, y si no, ahí están *Mucho ruido para nada* (en castellano deberíamos decir *Más es el ruido que las nueces)*, *Las alegres comadres*, y otras cuatro ó seis, que pudieran refrescarse y hacer reir con gracias no menos sazonadas que las de *La Tarasca* ó *bisbética* y su fiero domador. En el teatro francés sobran comedias, sin necesidad de recurrir á las que se han quedado tan rancias y manidas como *Las sorpresas del divorcio*, escrita para circunstancias especiales, los debates sobre el proyecto de ley Naquet.

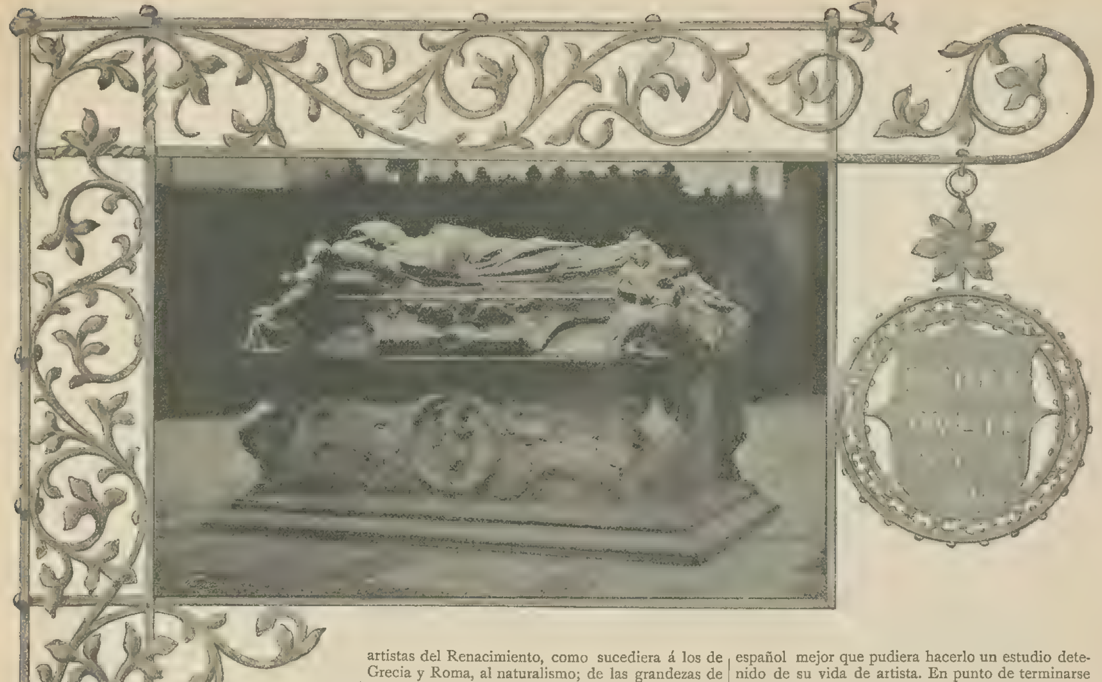
Tampoco me complacen mucho, en el repertorio de Novelli, ciertos melodramas trasnochados ó lacrimoso-cursis, como *Papá Lebonnard*, y el viejísimo de Giaccometti, *La muerte civil.* Todo ello huele á alcanfor, lo mismo que los armarios donde se guarda ropa en desuso, ó está apolillado, como la misma ropa cuando queda abandonada en las perchas. De Novelli esperamos, y con justa razón, que nos ha de traer, ó las joyas del arte clásicas ya, esos tesoros que las generaciones se transmiten con veneración amorosa, ó lo que hoy se admira y discute y simboliza las nuevas direcciones literarias: Ibsen, Tolstoy, Turguenef, Sudermann, Metterlinck. Avidos estamos de conocer todo eso, para juzgarlo, para reprobarlo si se tercia, para desengaño ó para lección; y cuando Novelli nos ofrece *Los aparecidos*, *Magda*, ó *El pan ajeno*, se lo agradecemos en el alma, y le perdonamos, en atención á la buena obra, las *familias Barilotti*, las insipideces y ranciedades que á fuerza de gracia y de habilidad nos cuela por la garganta...

Lo que no me explico es el porqué Novelli, que conserva en su repertorio el *Luis XI* de Delavigne, no cultiva el teatro de Víctor Hugo. El papel de protagonista en *El rey se divierte*, me parece cortado para Novelli, que haría de él una creación. También echo de menos en su lista el *Ricardo III* y *La ley del Talión*, de Shakespeare. ¡Qué *Ricardo III* sería Novelli! Hasta creo – no sé si me equivoco – que al apoderarse de ese papel no tendría que exponerse á comparaciones, ni que luchar con el recuerdo de Rossi, que algunos evocaban la noche de *Amleto.*

En suma, el repertorio de Novelli nos abre el apetito, sin satisfacerlo del todo. Nos deja, como suele decirse, á media miel. Nos tasa el gusto, cortándolo estrecho para el afán que sentimos de nuevo y de viejo – de nuevo bueno, de viejo sagrado. – Cuando se reparten los programas para cada semana de funciones, y vemos que abundan las farsas y las comedias francesas de chicha y nabo, se nos pone la cara muy larga, muy triste, y cambiamos ojeadas expresivas de palco á palco, de palco á butaca, y subimos las cejas y los hombros, como diciéndonos resignadamente: «Hay *Zia di Carlo* hasta que llueva.»

En esta sección ínfima del repertorio de Novelli se demuestra, no lo negaré, el mérito singular del ilustre comediante. Él consigue que toleremos y que hasta celebremos escenas descabelladas y chistes fiambres. Representadas por otro, ciertas comedias nos infundirían dulce sueño ó una furia insana, que pararía en arrojar á la escena bancos y sillas. Hay que rendir á Novelli la justicia que merece: su maestría lo salva todo. Podría defenderse, con no endebles argumentos, la paradoja de que Novelli suprime el arte dramático, igualando á los desconocidos perpetradores de un sainetón con el genio universal y prodigioso de Shakespeare. Es el modo de representar de Novelli algo equivalente á la salsa con que un gran cocinero sabe dar á todos los manjares igual y grato sabor. No obstante, preferiríamos que la rica salsa cubriese siempre manjares escogidos, sanos, nutritivos... Al buen entendedor, pocas razones. Novelli, que posee cultura literaria, sabrá hacerse cargo.

EMILIA PARDO BAZÁN



SEPULCRO DE TAVERA

14 de mayo de 1561

Célebre sepulcro esculpido en mármol, obra de A. de Berruguete, existente en Toledo.

Si grandes y magníficos son los monumentos que el arte cristiano de los siglos últimos de la Edad media erigió en la ciudad conquistada por Alfonso VI á los moros; si los que éstos fabricaron é idearon y que hoy se conservan, no van en zaga, en belleza, á los góticos, y á nuestra mirada fría y analítica se muestran como irrecusables pruebas de civilizaciones é ideales que, al positivismo actual, parecen imágenes aún no bien desvanecidas de un sueño en el cual la fantasía forjara seres y cosas sin vida real, no menos grandes, magníficas y bellas son las obras que el genio del Renacimiento produjo en esa ciudad que el Tajo ciñe. Y así como para encontrar gótico florido, que caracteriza y determina el gusto y la inspiración de la época de Isabel la Católica, es necerario ir á Toledo á visitar San Juan de los Reyes; y para sentirse transportado al siglo de Alimenón, en el cual los alarifes moriscos competían en la originalidad y belleza de sus trazas decorativas y arquitectónicas con los de Córdoba mahometana, es preciso ver el Cristo de la Luz y Santa María la Blanca; así para darnos cuenta clara del arte del Renacimiento aprendido en Italia bajo los auspicios de Miguel Angel, es menester estudiar y admirar las obras de Berruguete, entre las cuales se encuentra el sepulcro del cardenal Tavera.

Viniera el gran artista, pintor, escultor y arquitecto á España, después de aspirar en Italia, á grandes bocanadas, aquel ambiente saturado de ideas nuevas, de doctrinas científicas y filosóficas que se exponían con entera libertad en la misma residencia de los Papas; de aquellas luchas entre el imperio del ideal pagano y los ascetismos de los Savonarola; de aquellos apasionamientos por la forma, que llevaron á los artistas del Renacimiento, como sucediera á los de Grecia y Roma, al naturalismo; de las grandezas de pensamiento de Vinci, de Rafael, de Miguel Angel, del Aretino, de Maquiavelo, de Tasso, de tantos genios como en artes, literatura, poesía, ciencias y filosofía, florecieron en aquellos días de los Julios, Leones, Sixtos, Alejandros, que ocuparon la silla de San Pedro. Llegara, pues, Berruguete á España, y trazara y labrara el mausoleo del vicecanciller Antonio Agustín en Zaragoza, obra que le revelara como artista de un mérito excepcional, cuando Carlos V, que supo dispensar su protección á los más insignes artistas de Europa, le nombró su pintor y escultor de Cámara, encargándole de obras como la del palacio de la Alhambra, que de haberse concluído, hubiera sido uno de los monumentos más hermosos del Renacimiento que existen en el mundo.

Al dispensar el césar su amistad al discípulo de Miguel Angel, Tavera, á la sazón primado de Toledo, le encarga de la dirección de varios trabajos decorativos y escultóricos en edificios como el del hospital que lleva su nombre, el de Santa Cruz, cuya portada es uno de los más hermosos ejemplares del plateresco español, y le confía la obra de su sepulcro. Berruguete firmó la escritura el día 11 de mayo de 1561, y presentó el dibujo al prelado el día 14 del mismo mes; el 17 comenzó su trabajo directamente en el mármol, que «en grandes cantidades – dice un historiador – entraba en aquellos tiempos en la ciudad imperial,» como entraba en Salamanca, en Santiago de Compostela, en Alcalá de Henares, donde á porfía, los Cisneros, Fonsecas, Mendozas y Taveras, siguiendo el impulso que á las artes daban en toda Europa los más grandes potentados, reyes y príncipes, levantaban centros docentes, iglesias y palacios, como la célebre universidad de Alcalá, las escuelas menores de Salamanca, el colegio de estudios menores, llamado de Fonseca, en Santiago, etc.

El sepulcro del cardenal Tavera, obra de arte maravillosa, y del cual Gautier hace los más grandes elogios que crítico alguno pudo hacer de obra de este género, fué esculpido por Berruguete con ayuda de su hijo, á los ochenta y tantos años de edad, y cuando además de los prestigios de que gozaba, solamente cogía el cincel ó el pincel para satisfacer su amor al arte, pues que su múltiple y varia obra produjérale grandes riquezas, que el rey Felipe II consagrara, erigiéndole en noble y señor de Ventosa.

Reservóse Alonso de Berruguete, para ejecutarlas, las partes más principales del mausoleo, como son la estatua del prelado, maravilla de la escultura, y las de las cuatro Virtudes que en los ángulos del sepulcro se ven, además de varias otras piezas de decorativa, de un gusto exquisito, que recuerdan de un modo claro su progenie florentina.

Cuéntase una anécdota respecto á la ejecución de este sepulcro, que cierta ó no – y yo creo que es cierta, – merece ser conocida, porque retrata al escultor español mejor que pudiera hacerlo un estudio detenido de su vida de artista. En punto de terminarse las figuras de las Virtudes, ya emplazadas y adosadas á la caja sepulcral, hallábase Berruguete esculpiendo la cabeza de una de aquéllas, cuando por efecto de un *pelo* del mármol la cabeza se quebró. Este contratiempo, que hubiera llevado el desconcierto al ánimo más sereno, pues equivalía á retrasar por largos meses la conclusión de una obra de la importancia de la del mausoleo, obligando á desmontarlo en gran parte para emplazar un nuevo *bloc*, fué salvado por el famoso discípulo de Miguel Angel con un arranque de genio; en vez de una cabeza de todo bulto y que debía aparecer de frente, talló la cabeza en relieve y echada hacia atrás; y dado lo violento de la postura en que así aparecía, por razón del plano en que tuviera que esculpirla, dió á los ojos el movimiento de mirar al cielo. Satisfecho de la solución, el artista esculpió de la misma manera las cabezas de las otras tres figuras, y así se ven hoy: los cuerpos son de bulto casi entero, pues solamente se hallan adosados por la espalda á los chaflanes del sepulcro, y las cabezas de medio relieve.

Sea ó no cierto lo que acabo de contar – y repito que me parece verosímil, pues de otro modo no se explica que una estatua casi aislada tenga la cabeza en relieve – es lo seguro que no fué Berruguete el único que hubo de recurrir á esa solución, ó á otra análoga, bien para salvar un contratiempo como el acontecido á nuestro artista, bien para disimular la falta de mármol, por haber calculado mal el movimiento de la figura. Miguel Angel recurrió más de una vez al expediente de adosar un brazo ó una mano al tronco de la estatua, como puede advertirse en la izquierda de su famosísima *Noche*. Y á pesar de tal variación, á pesar de esa rectificación forzosa en la traza de una figura con la cual debía «componer» y armonizar la totalidad del sepulcro del Médicis, el arte del gran maestro era tanto, que en nada sufrió el aspecto general del monumento.

La última obra escultórica de Berruguete, está ejecutada de tal modo, que no parece sino que el duro mármol adquiría la blandura de la cera bajo el cincel del célebre y octogenario escultor. La cabeza del prelado, las vestiduras, las hojas de los elegantes motivos de decoración del sepulcro, todo está tan enérgica y francamente hecho, con tanta delicadeza al propio tiempo, con tal dominio de la técnica, que tan sólo pueden encontrarse análogas condiciones en aquellos trozos escultóricos de mano de Miguel Angel, en los cuales el gigante florentino se empeñaba en interpretar detenidamente el natural.

Al conmemorar hoy la fecha en que se comenzó á esculpir el sepulcro de Tavera, creo realizar una obra de patriotismo; pues mientras las obras de arte que en el extranjero, especialmente en Italia, existen, son conocidas, hasta la saciedad, de nuestros mismos artistas, las que guardan las viejas ciudades españo-

las, bien porque hayamos estado alejados del concierto intelectual de Europa hasta ha muy poco tiempo, bien porque nuestro carácter apático lo haya querido así, bien porque la dificultad de las comunicaciones fuese casi insuperable, bien por otras causas, es lo cierto que más de una obra maestra contamos que apenas si se menciona por nadie para nada. Y si alguna ha llegado á hacerse famosa en el mundo del arte, débese á la solicitud de extranjeros amantes de la belleza.

R. BALSA DE LA VEGA

LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO

– Lo que hay en *Madriz* mayormente es mucha de la *iznorancia* y del fanatismo y pocas *presonas* como *menda* que *haigan viajao* y *estao* en Guadalajara y en Aranjuez y en Albacete y...

– Y en la prevención.

– Que te calles, *Coleta*, y no metas la pata; pues, como iba diciendo, que uno ha visto el mundo y uno *pue* hablar de lo que le dé la gana como si fuera el Nuncio, y *sus* iba diciendo que no está *averiguao* si hay un Dios, ó muchos ó *denguno;* pero que San Isidro ha *existio* es tan cierto como que Maceo está en la manigua; y *sinós*, vamos á ver, ¿quién ha hecho la ermita de la *Praera* y el cementerio y la fuente. El Santo y *naide* más que el Santo. Y á mí que no me toquen á San Isidro, porque le arrimo dos *manguzás* á *cualsiquiera*, verbo en gracia, á ti *mesmo*.

– Muchas gracias, Sr. Fulgencio.

– Es un decir, hombre; ya sabes que se te aprecia, y que si Dios quiere has de ser mi yerno y tú y la María *sus* quedaréis de amos de la prendería y hechos unos burgueses, aunque es mala *comparanza*.

– Bueno, padre; no eche usted más discursos, que no somos electores, y se va haciendo tarde y aún no se ha *comprao na pa* mañana, y éste *tie* que ir á llevar la librería á casa D. Cayetano.

– Pues no movéis poco *estrupicio pa na*. ¿Que hace falta *guita*?, pues aquí tengo yo. ¿Que hay que llevarle la librería á ese presbítero?, pues se le lleva. ¿Que hace falta tomarse dos copas?, pues nos las tomamos en seguida. Anda, chica, y sácate el frasco del Ojén y aquí no ha *pasao na*.

– Pero *¡cuidao* y qué padre más *pitimoso* me ha *dao* Dios!

– Déjalo, mujer, que es un anciano.

– No, que tú también eres del gremio de los mosquitos rabones.

– *Coleta*, ¿has visto qué geniazo me gasta la niña? Ha *sacao to* el *caráuter* de su madre, que era peor que una vaca rondeña, mejorando lo presente.

– Si comienza usted con esas indirectas me pongo el mantón y no *paezco* en tres días por la Ribera de Curtidores.

– Bueno, bueno, no he dicho *na*. Toma este duro y tráete medio *kilo* de escabeche y una cuartilla de Valdepeñas *pa* el camino, que lo demás ya lo *mercaremos* en la *Praera*.

– Lo que es con este duro pocas tintas va usted á tomar.

– Pues ¿qué *tie* el duro?

– Pero ¡qué poca *lacha tie* usted! Si es el duro sevillano que le dieron á usted hace ocho días y que nadie lo quiere. Y me lo da usted ahora á mí que lo he *llevao* á veinte partes y me han *dao* veinte sofocos. ¡Se lo voy á tirar á usted á la cabeza, á ver si se acuerda! ¡Y luego dicen que una *tie* mal genio!..

– Chica, habrá sido una distracción del padre.

– Claro, pues eso ha *sío*, sólo que ésta es una autonomista, vamos al decir.

– Traiga usted otro y que sea bueno.

– Ahí va un *Amadeo*.

La hija del prendero toma la moneda, la suena varias veces sobre una mesa desportillada, ante la cual el Sr. Fulgencio y el *Coleta* andan trasegando el contenido del frasco de aguardiente, y sale por último á la calle diciendo al transponer el umbral:

– ¡Cuánto va á que vuelvo y aún está la librería ahí! ¡Por *vía* de los hombres, que *toos* son unos perros!..

– No la hagas caso, dice el prendero á su futuro yerno. Está de mal humor porque no le gusta la blusa que le han hecho las chicas de la Bernarda *pa* ir al Santo; y las mujeres en tratándose de guiñapos...

– Ya le pasará, añade filosóficamente el *Coleta* apurando de un sorbo la última copa de Ojén y chascando la lengua.

Mucho sol, mucho calor y muchísimo polvo. Una muchedumbre inmensa en la Pradera gritando, corriendo y dándose cada empujón que canta el credo, por entrar en la ermita del Santo Patrono de Madrid y beber agua de la Fuente Milagrosa. Mendigos á granel, borrachos á centenares y cada camorra que le arde el pelo á los guardias civiles, municipales y de orden público pródigamente esparcidos por la inmensa planicie; y por decoración de aquella bacanal unos cerros áridos y escuetos, coronados por un cementerio; cuatro arboluchos á orillas del Manzanares y una multitud inmensa de tíos-vivos, ventorros y merenderos improvisados, á cual más asqueroso y desarrapado.

A medida que avanza el día crecen las oleadas de gente, y unos á pie y otros en simones, ómnibus, tartanas, carros y cuantos vehículos puedan imaginarse, los romeros invaden por completo la Pradera, formando alegres y pintorescos grupos, bulliciosos y vocingleros, en que las clases populares comen, beben, juegan, riñen, cantan y bailan al son de los pianillos y las guitarras.

En medio de aquella baraúnda, María con su falda de merino negro y su mantón de Manila amarillo con largos flecos que arrastran por el suelo se contonea airosamente, luciendo el palmito; mientras el *Coleta*, vistiendo un terno negro y la cabeza cubierta por el ancho sombrero cordobés, marcha pegado á la joven, llevando en una mano un cesto de regulares dimensiones y en la otra la indispensable guitarra; pues Mariano, que tal es el nombre de pila del mozo, tuvo antes de ingresar en el gremio de prenderos grandes aficiones taurinas, de las que le quedó el apodo con que es conocido en el Rastro, y un buen repertorio de tangos, jaberas, malagueñas y guajiras que el hombre luce cuando se presenta la ocasión.

– ¡Jesús, y qué *condenao!*, exclama María deteniéndose y mirando con atención en torno suyo. ¿Dónde se habrá *metío*?

– Chica, contesta el novio, sabes que la lata es de primera y que ya estoy hasta el tupé de andar de aquí *pa* allá haciendo el buey y *cargao* con el cesto...

– Ni que decir tiene. También yo estoy pasando una sofocación. Si encontrara ahora á padre me iba á div...

– Y *cualsiquiera* le encuentra en este gentío tan cosmopolita.

– Lo peor es que llevaba el pañuelo con los *torraos* y los pitos del Santo que tú has *comprao*.

– Mejor, así andará pitando por ahí.

– Menuda curda va á coger.

– ¡Anda, la osa! Y que no le gusta la *bebía* al señor Fulgencio, y *paece* una alcantarilla, que *too* se lo traga.

– ¿Sabes lo que te digo, chico? Que no somos unos peleles *pa* andar de *aquí pa llá*, y que padre ya es mayorcito y ya irá á casa si lo llevaran, que no será la primera vez, y que lo que hay que hacer es irnos á un merendero por ahí, y que nos den lo que nos falta y nos comemos lo que hay en el cesto. *Too* será que toquemos á más parte.

– ¡Bendita sea tu boca, barbiana! *Tíes* la mar de la inteligencia.

– Mira, vamos al cerrito que hay detrás de la ermita, que allí carga menos gente, y cuanto menos bultos más *claridaz*.

La gentil pareja toma la dirección indicada, comentando las circunstancias de la desaparición del señor Fulgencio, extraviado al salir de la ermita en medio de una avalancha de gente. Por fin, jadeantes, cansados y sudorosos, María y su novio llegan á un ventorrillo construído de esteras y tablas, sobre las cuales en gruesos y chapuceros caracteres se lee: *Venit al palasio De la fraternidaz. ¡Ay callos!* En un periquete el dueño del tal palacio les arregla una fuente de ensalada que mete miedo, con la cual y algunas botellas de pardillo la prendera y Mariano se instalan á la sombra de un olmo y colocan sobre un mantelillo el contenido del cesto. María se quita el mantón y el *Coleta* se despoja de la cazadora; hecho lo cual comienza el ataque á las provisiones.

– *Cuidiao*, dice el galán. ¡Vaya una gazuza que se me ha *desarrollao* con tanto paseo!

– Pues anda y métele mano á la tortilla de escabeche.

– ¡Huy, qué rica está! Le daría la mar de abrazos á la que la ha hecho.

– Y ella te daría la mar de *gofetás*.

– A que no... Una apuesta.

– Prueba, prueba y lo verás, *panoli*.

Mariano, que conoce el paño, no se decide á hacer la prueba y se contenta con zamparse otro trozo de tortilla, mientras María clava sus blancos dientes en una libreta, dentro de la cual se ocultan dos salchichas de Burgos.

– ¡Lástima que padre se nos haya *perdío!*, exclama la joven en un rapto de amor filial.

– Pero remuchísima lástima; nos ha *echao* á perder la fiesta, replica el mozo.

Y para dar mayor prueba de su desconsuelo, coge una botella de vino y destapándola empina el codo largo rato, hasta que María le interrumpe diciéndole:

– Pero chico, á ese paso la vida es un soplo.

– Mujer, estaba viendo á ver si veía algún bólido entre las nubes.

– Trae, que yo tengo mejor vista que tú y lo divisaré antes.

Y la primer botella vacía rueda sobre la hierba. En pocos minutos la tortilla, la salchicha, un pedazo de jamón crudo, aceitunas, queso y el contenido de otra botella desaparecen de la escena, y le toca el turno á unas rosquillas de la verdadera Tía Javiera, precursoras de las naranjas y de la fuente de ensalada. El pardillo falsificado del *Palasio De la fraternidaz* comienza á hacer efecto, y el *Coleta* cogiendo la guitarra *se arranca* por guajiras y comienza á cantar.

– Pero oye tú, mala sombra, interrumpe María. Déjate de música y toma esta rosquilla.

– No quiero más rosquillas, que ya me *comío* siete.

– Pues te vas á comer esta por mí.

– Por ti me como yo aunque sea el león del Retiro. Venga; dámela, carita de serafín.

Mariano trata de coger con la boca la rosquilla que su novia le enseña; pero sea porque la muchacha la retira, sea por lo que fuere, la tal rosquilla cae sobre el mantel y María recibe un sonoro beso en la mano é instantáneamente resuena el chasquido de una soberbia bofetada que *Coleta* se encuentra sin saber cómo ni cuándo. A la ruidosa carcajada con que la joven acompaña la acción, responde una estrepitosa algarabía de voces, risas, chillidos y aplausos que parten de un numeroso grupo de romeros de ambos sexos que vivaquean cerca de nuestros personajes, y que habiéndose percatado del lance lo celebran con un jaleo de dos mil diablos. El ex torero se levanta airado, tirando la guitarra y haciendo ademán de sacar del bolsillo de la cazadora una navaja de buen tamaño; pero su futura le detiene, diciéndole al propio tiempo:

– No seas melón. Si es la Nemesia y las chicas de la Bernarda, que están con los barberos de enfrente de casa y *toos* son amigos.

– ¡Maríaaá, Coleta! *Vénganseн ustez*, gritan los del corro. Van á traer un piano y bailaremos.

– Anda, chico, dice la prendera, pasando su brazo por el de su novio. Déjate de pamemas y vamos á bailar. Hoy es San Isidro y *too* se *desimula*.

Pocos instantes después Mariano ya no se acuerda de nada, y sujetando amorosamente el talle de María gira al compás de los graciosos aires de *La verbena de la Paloma* en unión de sus alegres vecinos.

El sol comienza á desaparecer y la *señá* Nemesia indica que habrá que pensar en el regreso. En aquel momento una pareja de guardias de orden público pasan junto al corro. *Coleta* reconoce á uno de ellos y dice á su novia:

– Ahí va el Sr. Paco, el de la Tuerta.

– Calla, es *verdaz, pue* que haya visto al padre. *Oya* usted, Sr. Paco.

– ¡Hola, chiquilla, tú *pur* aquí!, contesta el interpelado, gallego legítimo.

– ¿Ha visto usted al Sr. Fulgencio?

– Ahora *mismu* le *dejamus* en el *merenderu* aquel de allí enfrente. *Pur ciertu* que tenía una *jumera* que *non* se podía lamer. Estaba *subidu* en una mesa *predicandu* á *otrus tuantus borrachus comu* él y *hablandu* mal del *cleru* y de los *obispus* y qué *me* sé yo cuántas cosas *insolventes*. Mi *compañeru* quería llevarle al cajón para darle el *amoniacu*, *peru* yo le he *dichu*. «Es un *amigu*, *dejarlu;* ya *tenemus* bastantes *enchiqueradus*.»

– Gracias, Sr. Paco. Anda, chico, vamos á recoger al sin vergüenza de tu suegro, que ya se habrá *divertío* bastante.

Una hora más tarde un ómnibus desvencijado, arrastrado por dos jamelgos matalones, sube pausadamente la empinada cuesta de la calle de Toledo. Ocúpale una distinguida colección de borrachos, entre los que figura el Sr. Fulgencio, á quien á duras penas han podido su hija y Mariano encajonar en el vehículo. A las destempladas voces de los pasajeros se detiene un grupo de señoritas cursis, de esas que van á presenciar la vuelta de la romería, y entonces el viejo prendero sacando la cabeza por una ventanilla grita con voz aguardentosa la consabida coplilla:

«De San Isidro vengo
y he *merendao*,
más de cuatro quisieran
lo que ha *sobrao*.»

– ¡Viva San Isidro, vivaaá!, contesta el coro.

– El año que viene, si Dios quiere, dice el *Coleta* por lo bajo á María, irá la cosa mejor.

– Chico, no caviles, contesta la desgarrada prendera: el año que viene, si Dios quiere, pues... será lo mismo que este.

A. DANVILA JALDERO



LA VUELTA DEL HIJO PRÓDIGO, copia del célebre cuadro de Murillo que se conserva en la Galería de Stafford House

E PUR... SI MUOVE

El público, dando á esta palabra su verdadero sentido, no existe ó está divorciado de nosotros...

Eso decía, no recuerdo ya cuándo (aunque sé que hace poco tiempo), el ilustrado y célebre novelista *Jacinto O. Picón;* el autor de *Dulce y Sabrosa*, y de otros libros no menos famosos.

Soy admirador sincero de ese esclarecido literato; y sin embargo, en este punto mis opiniones son diametralmente opuestas á las suyas: creo que existe el público, y creo que no está divorciado de nosotros. Entendiendo por *nosotros* los que sostenemos que el arte es, para el hombre, necesidad tanto como lujo, ó acaso más que lujo.

En el trabajo á que ahora me refiero, decía Picón: «Ni cuadros, ni estatuas, ni novelas, ni poesías consiguen el favor y el lucro que con ellos se busca;» y en ese orden de ideas no he de entrar ahora, porque el tema es muy largo, y muy cortos el espacio y el tiempo de que puedo disponer para dilucidarlo.

Para novelas y poesías españolas hallan mercado y lo explotan casas editoriales extranjeras, ¿quién desconoce que esos mercados podrían y deberían ser explotados, acaso en condiciones más favorables, por nuestros editores?

¿Por qué no lo son? No me atrevo á decirlo; pero sí aseguro que la causa del mal no se halla en el público. Tal vez los editores de nuestro país, que, según todos sabemos, es pobre, y en que, por consiguiente, el dinero está caro, necesitan (por regla general y salvando honrosísimas, si bien poco numerosas, excepciones) sacar á los capitales dedicados á esta industria un interés crecido, equivalente, por lo menos, al que produce el papel del Estado, mermando así necesariamente el lucro que los escritores buscan; tal vez..., pero he dicho ya que no voy á entrar en ese terreno. Las hipótesis, que podría yo establecer como explicación del fenómeno, serían muchas y no sé adónde me llevarían. Quiero, pues, concretarme por hoy á un solo punto de los que Picón estudiaba en el trabajo, primoroso como todos los que salen de su pluma delicadísima, y que llevaba por título estas dos palabras:

Sin público.

Véase en qué términos abordaba el distinguido crítico de artes la cuestión del teatro:

«Y no se diga que el teatro sale mucho mejor librado.

»El teatro, por su carácter de diversión colectiva, en que el público forma parte del espectáculo, siendo con frecuencia su mayor aliciente, pudiera quedar excluído de estas observaciones; pero, por desgracia, tampoco soplan para la escena vientos muy bonancibles. El genio dramático serio vive penosamente.»

Aludía después el inteligente articulista á la frialdad con que habían sido recibidas en la temporada teatral que terminó ha poco, obras dramáticas de nuestros autores más aplaudidos, obras que, en concepto de Picón y á juicio de muchos otros, son merecedoras de más alta estima, y continuaba diciendo:

«Sólo en cierta medida prosperan las piezas cómicas, en uno ó á lo más en dos actos, favorecidas por la circunstancia de que las funciones por horas facilitan la asistencia á la representación. Aun para conseguir ligeros resultados con el llamado género chico, hay que extremar determinados recursos.»

Tales premisas servían á Jacinto O. Picón para establecer como consecuencia uno de los términos de este dilema:

«Una de dos: ó los literatos y artistas que hoy trabajamos, hemos dejado llegar el arte y las letras á tan miserable estado que no merecemos ser atendidos, ó el cuerpo social ha caído tan bajo que puede prescindir y prescinde de todo goce estético.»

Y por si los términos de esa dolorosa y triste alternativa no eran suficientemente precisos, el autor de *Cuentos de mi tiempo* la exponía en esta otra forma:

«O el público da á entender que se ha hecho refractario á toda impresión de belleza, ó sintiéndose muy superior á nosotros, nos desprecia por incapaces de conmoverle y deleitarle expresando sus ideas y sus sentimientos.»

Afortunadamente hay muchos y muy poderosos motivos para sospechar que Picón, artista inspirado, entusiasta adorador de lo bello, celoso y exclusivista como todos los enamorados, avaricioso é insaciable cuando se trata de la pleitesía y del homenaje tributados al objeto de sus nobles amores, ha exagerado, sin pretenderlo, las proporciones del mal, cuya existencia es evidente, pero cuyas causas no son las que el insigne novelista señala.

«O no hay público, ó no hay artistas; ó los artistas valen poco, ó el público no vale nada;» tal viene á ser la síntesis de las consideraciones magistralmente expuestas por Jacinto O. Picón y á las que puede replicarse: ni lo uno, ni lo otro; hay artistas, y artistas buenos, muy buenos; hay público, y público muy inteligente.

Esto último parece ser lo que más en duda pone el articulista, según se desprende del contenido de las siguientes líneas, en las cuales condensa su pensamiento, poniendo al propio tiempo término á su trabajo:

«Si público, en el más noble sentido de la palabra, es la diversidad de gentes que buscando deleite al ánimo espera con impaciencia, discute con interés y aprueba ó condena con entusiasmo las obras de arte, si es eso, no tenemos público.»

Sí, amigo Picón, sí; lo tenemos, y bastante numeroso con relación al estado de lamentable atraso en que el país se encuentra y en relación, sobre todo, con la escasez de recursos que á la generalidad de los españoles aflige.

Y no se crea que el reconocimiento de que el público no es numeroso y sí es pobre, viene á ser confesión paladina de que no existe; pues tanto como no existir vale no tener dinero. Cuando digo de nuestro público (de esa diversidad de gentes que discute con interés las obras de arte) que es poco numeroso y que es pobre, explico el por qué no proporciona á todos los artistas el lucro que ellos buscan; pero no niego su existencia, antes la afirmo con la seguridad más absoluta.

Por lo que se refiere al teatro, ya que á este punto he ofrecido concretar mis observaciones; por lo que se refiere al teatro, mi queridísimo amigo Picón no podrá negar que para *Juan José*, el popular drama de Dicenta, ha habido público en las ciento cincuenta ó más noches que se ha representado, y tampoco negará que *María del Carmen*, de Feliu, ha logrado éxito, si no tan inusitado y tan ruidoso como el de *Juan José*, nada inferior al de las obras más aplaudidas del repertorio contemporáneo.

Que esas dos obras han sido esperadas con impaciencia, discutidas con interés y aprobadas con entusiasmo, á nadie se oculta: es evidente, por lo tanto, que sí tenemos público.

Lo que sucede es que éxitos como el conseguido por *Juan José* no son frecuentes... ¡es claro!, y porque no lo son se los denomina extraordinarios; aun las victorias parecidas á la alcanzada por Feliu en *María del Carmen* escasean. Y de esto alcanza gran parte de culpa á los autores, otra parte no pequeña á los empresarios, alguna á los cómicos y lo que resta á los críticos, ó revisteros, ó lo que ellos sean ó quisieren llamarse; el público es el único á quien en justicia no puede exigirse responsabilidad alguna.

¿Qué más puede hacer el público, en Madrid por ejemplo, que sostener doce ó catorce teatros abiertos durante la temporada cómica?

¿Que va poco al teatro serio? Claro que va poco; pero va.

Si no va á menudo es porque ese *deleite del ánimo* le resulta caro, demasiado caro, extraordinariamente caro.

Piensa del arte, como piensa Picón, que es artículo de necesidad, no sólo de lujo; pero piensa, y con mucho juicio, que no es artículo de *primera* necesidad, y como las necesidades á que ha de atenderse con preferencia son esas, que por algo se llaman *primeras*, la del teatro queda relegada al segundo término.

Y al hacer esta indicación me parece que apunto uno de los remedios, acaso el más eficaz remedio, para el mal que lamentamos todos. Es necesario abaratar el espectáculo; ponerlo al alcance de las fortunas más modestas; facilitar su disfrute á todas las clases; lograr, en fin, que los aficionados, que hoy sólo van al teatro de tarde en tarde y los días que repican gordo, como el vulgo dice, puedan permitirse el dispendio de proporcionar al ánimo tan agradable esparcimiento casi todos los días.

Algo de eso hacen ya en Barcelona, durante el verano, y allí van y allí viven y allí logran ganancias casi siempre las mejores compañías dramáticas de España.

A que esto se realice opónense los comediantes, porque sería necesario rebajar sus sueldos; se oponen los empresarios, que procuran explotar la vanidad de los *públicos* especiales, público de moda, de estrenos, de beneficios, etc., que no son el verdadero público; y se opone la candidez algo interesada de los autores, que prefieren jugar á la lotería con la esperanza de sacar cuando menos lo piensen un exitazo como el de *Juan José*, á lograr, en las obras medianas (que son las que más abundan siempre), mediana ganancia.

De la parte de responsabilidad exigible á la prensa en estos daños evidentes que el arte dramático sufre por culpas de todos, he hablado ya en otras ocasiones.

La verdad es que á los autores de obras serias se les exigen maravillas, se los trata como si fueran criminales (hablo en general siempre). Háblase de ellos y de sus producciones con desdén olímpico, con menosprecio soberano. Sus equivocaciones les son echadas al rostro como delitos imperdonables. Mientras tanto las *piececitas* en un acto, los juguetes cómicos, las zarzuelillas de música *retozona* hallan casi siempre indulgencia en el revistero.

Las consecuencias de esto son fáciles de comprender: el público, de cuya lamentable pobreza he hablado ya y que se reserva el ir á los teatros grandes para las grandes ocasiones, espera siempre á que los periódicos le digan: «*¡Ahora!;* ha llegado el drama que debes ver;» y entretanto, ó no va al teatro, ó asiste á ver trajes, decoraciones y pantorrillas á cualquier teatrillo de funciones por horas.

A. Sánchez Pérez

EL PORVENIR DE LOS HIJOS

– Esto no es vivir, doña Laureana: las hijas son nuestra pesadilla. Nueve se me han muerto, haciéndome llorar mucho; pero ellas estarán tan ricamente... y yo también.

– Pues Elenita y Pepa, que aún le viven, parecen muy formales.

– Sí que lo son; pero ¿quién puede evitar un fracaso? Vea usted: Elenita tenía unos amores muy serios, y todos suponíamos que el asunto acabaría en boda, cuando averiguamos que el pretendiente...

– ¿Era casado?

– No podía serlo: era capellán de un batallón de cazadores.

– Pobre muchacha; estará muy triste con ese desencanto.

– Algo parece que va consolándose, desde que le pasea la calle un segundo teniente del mismo batallón.

– ¡Sería curioso que les casara el antiguo novio!

– ¡Pues y Pepa! Ha seguido ya tres carreras...

– No entiendo.

– Pues es muy sencillo. Estuvo en relaciones con un estudiante de Farmacia, y cuando acabó éste la carrera buscó un buen partido.

– ¿Otra muchacha de mejor posición?

– No: quiero decir que se fué á un pueblo; y Juanita se enamoró de otro estudiante de Medicina.

– Que se fué á otro partido...

– Casi, casi; hizo oposiciones al cuerpo de Sanidad de la Armada y desde entonces está navegando.

– ¡Pobre Pepa!

– Así es que ésta no tuvo otro remedio que ponerse en relaciones con otro estudiante de Derecho... y ya parece que estamos todos acabando la carrera.

– ¿Y no saldrá éste con algún registro?

– Eso es lo que él quisiera; obtener un registro de la propiedad.

– Pues, hija, creo que es peor todavía lo que á mí me ocurre con mi hija Purificación. Quiere hacerse monja.

– Y separarse de ustedes...

– Dice que sólo puede ser feliz con una vida contemplativa.

– Tal vez algún desengaño amoroso.

– Mire usted; yo creo que todo eso proviene de que una vez estuvimos á visitar á una amiga en las Monjas de Pinto, y nos dió unos bollos tan ricos, que desde entonces Purificación sólo piensa en ellos.

– Entonces, lo que quiere es contemplar los bollos.

– Yo la he llevado á la Mallorquina, á la Flor y Nata, al Suizo, á Lhardy; se ha comido en estas y las otras muchos cientos de pasteles, pero ningunos como los de las Monjas de Pinto.

– ¿Y tendrán ustedes que prepararle un dote?

– Habrá que hacerlo, porque Purificación es un verdadero carácter y nos lo ha dicho con resolución: Monja de Pinto ó ama de cura.

– ¡Oiga! Para ella hubiera sido una proporción el pretendiente de Elenita.

– No, porque los capellanes castrenses tienen asistente en lugar de ama.

– De todas maneras, las muchachas son una gran preocupación.

– Pues mire usted, señora, que los chicos... ¿A qué piensa usted dedicar á los suyos?

– Mi marido está esperando á conocer la vocación de los mismos; pero semejante vocación tarda mucho en manifestarse. Mi Luisito, por ejemplo, sólo muestra afición á hacer pajaritas de papel con las hojas de los libros de texto. ¿Puede constituir esto una profesión? Ricardo, que ya es un mocete, se pasa la vida pellizcando á las criadas y disparando con una escopeta de salón contra los gatos de los tejados, y Ramón, que es todo un hombre, manifiesta con honrada entereza que su vocación se dirige á comer y

beber bien, dormir mucho, pasear algo y no preocuparse ni afligirse por nada.

– Y ¿qué dice su esposo de usted?

– Mi esposo cree que la industria de las pajaritas de papel demuestra mucha afición á la Zoología, y que el chico podría dedicarse á catedrático de Historia natural ó á disecar pájaros. Las aficiones de Ricardo indican sus instintos de cazador, pues así como hoy caza gatos, mañana puede cazar tigres ó leones, y en cuanto á lo de pellizcar á las criadas puede ser una mala costumbre que se le quitará con el tiempo, sobre todo viviendo donde no las haya. Por lo que hace al mayor, dada su tendencia á no hacer nada, es asunto más fácil de resolver: se le buscará un destino, y así realizará su ideal de no trabajar nunca. Y usted ¿á qué piensa dedicar al suyo?

– El mío tiene marcadísimas aficiones. Trafica con todos sus amigos, vendiéndoles por cuatro lo que le ha costado uno; al repartir un bollo se queda siempre con la mayor parte, y no hay moneda falsa que no logre pasar. Creo que será un gran comerciante; pero ¿de qué? ¿De comestibles? ¡Si hay una tienda en cada casa! ¿De telas? Casi todos se arruinan. ¿De antigüedades, de objetos de escritorio, de curtidos? Él cree que será muy productivo un comercio de boinas para los que montan en bicicleta, de palillos de enebro para la dentadura ó de botones de hueso para las pecheras; pero aún no hemos resuelto nada en definitiva. Para que vea usted si tiene espíritu mercantil, sólo diré que la semana pasada vendió á un peluquero mi añadido y empeñó el reloj de su padre, y que el año último, mientras que estábamos en los baños, hizo subir á casa á un prendero y le vendió por cuatro pesetas el aparador, un brasero y media docena de sillas. De todas maneras, me parece de poco porvenir el comercio, y veo con envidia lo que logran otros padres con sus hijos. ¿Usted conoce á Mozoncillo?

– ¿El administrador del duque?

– El mismo. Pues bien: el chico se empeñó en ser pintor, y con sólo cinco años que ha estado en la Academia de San Fernando, ya anda por ahí pintando muestras y letreros de esos en que las letras están tumbadas y no se sabe lo que ponen. ¿No conoce usted á Martínez?

– ¿A D. Pablo Martínez?

– No, á D. Luis.

– No le conozco; pero ¿qué es ahora D. Pablo?

– Ahora es difunto. El que yo digo es D. Luis, el que tuvo la contrata de las anunciadoras. Pues bien: es tal su suerte con los hijos, que el primero acabó la carrera de médico y en seguida le dieron un destino en consumos; y el segundo, así que terminó la carrera de abogado, logró un premio de la lotería. Mi chico dice que para eso era lo mismo no haber estudiado; pero estos son razonamientos de holgazán.



LA GUERRA DE CUBA. – El general de brigada D. Julián Suárez Inclán

– ¡Ya, ya! Crea usted que el porvenir de los hijos es la mayor de las preocupaciones, y que muchas noches me quitan el sueño los míos ó sufro terribles pesadillas. Ya me parece ver á Ricardito rodeado de millares de criadas, arrancándole las carnes á pellizcos, ó á un ejército de gatos formando el cuadro para fusilarle á él. Ya es Luisito al que creo ver luchando en vano para salir de entre un monte de pajaritas de papel en que se ahoga. Ya es, por último, Ramón al que, á fuerza de no hacer nada, se le quedan rígidas todas las coyunturas del cuerpo ó dando un bostezo se le desencajan las mandíbulas y no hay medio de componerlas. Crea usted, amiga mía, que esto es terrible y que las madres no vivimos ni sosegamos.

– Hay que tener esperanzas, pues nadie sabe lo que está llamado á ser. Ya ve usted; mi padre iba para fraile, y ya era lego en el convento de San Francisco; pero llegó la matanza de los frailes, se refugió huyendo en casa de mi madre y se casó con ella. Mi marido estudió para telegrafista y hoy compra y vende papel del Estado; y el primero que le dió trabajo, que era entonces un millonario, da hoy sablazos de á peseta en la calle de Sevilla. Lo que debemos hacer las madres es educarlos en el santo temor de Dios y no permitir que, como el de usted, pellizquen á las criadas.

– Pero si cuando él no lo hace, ¡son ellas las que le pellizcan! El mundo está muy malo, y lo que es más triste, no lleva camino de mejorar. ¡Quién pudiera después de morirse mirar por un agujerito á los que quedan aquí!

– Crea usted que sería peligroso y que hay cosas que más vale no verlas.

M. OSSORIO Y BERNARD

NUESTROS GRABADOS

La vuelta del Hijo Pródigo, cuadro de Murillo. – Esta joya del inmortal pintor sevillano, que hoy se guarda en la Galería del duque de Sutherland, en Stafford-House (Londres), fué una de tantas obras maravillosas que nos arrebataron los invasores que á principios de este siglo asolaron nuestra patria, deseosos de no perderlo todo en aquella campaña en que tanto perdieron. El mariscal Soult se lo llevó de Sevilla, y de sus manos pasó á las de su actual propietario, el ilustre prócer inglés. Viardot, el eminente crítico francés que



LA GUERRA DE CUBA. – INSURRECTOS PARAPETADOS DETRÁS DE UNA BARRICADA DE BARRILES DE AZÚCAR. (Véase la página 350.)



CONSULTANDO EL PROGRAMA, cuadro de Luciano Davis



¡SIN HOGAR!, cuadro de Leopoldo Burger

tan profundos estudios hizo acerca de la pintura española, dice hablando de este cuadro: «Ese grupo del hijo miserable y arrepentido que se arrodilla á los pies de su padre, noble y afectuoso, ese grupo de criados que se apresuran á traer manjares y vestiduras, el mismo perro que reconoce y acaricia al fugitivo, la ternerilla á la que se va á sacrificar en celebración del regocijo que en la casa produce el regreso del ausente, todo resulta grande y maravilloso merced á la ingenuidad de la composición, á la expresión vigorosa y al colorido incomparable que la avalora.» Después de estas palabras del célebre escritor holgaría todo otro comentario; y aun de aquellos conceptos habríamos podido prescindir, porque la mejor crítica de las obras de Murillo está en el sentimiento que la contemplación de cualquiera de ellas produce, en la admiración con que propios y extraños pronunciamos el nombre del incomparable maestro, y en el homenaje que á una le tributan los principales museos del mundo, concediendo un puesto de honor á sus maravillosas creaciones y disputándose la adquisición de los pocos lienzos suyos que de cuando en cuando son objeto de contratación en el mercado artístico.

Consultando el programa, cuadro de Luciano Davis. – Luciano Davis es uno de los más notables pintores ingleses contemporáneos: individuo del Real Instituto de Acuarelistas, sus obras figuran entre las más celebradas en todas las exposiciones adonde concurre. Sus composiciones tienen un sello de elegancia que las caracteriza; sus asuntos están tomados de la realidad, pero de la realidad que atrae, que halaga los sentidos, y la ejecución se distingue en ellas por lo acabada, sin degenerar en minuciosa, y por la brillantez de los tonos, que nunca traspasa el límite que separa la luz y el colorido verdad de los efectos de relumbrón. No hace mucho, en el número 667 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA reprodujimos una de sus bellísimas obras, *Salida de baile;* la que hoy publicamos no es menos simpática que aquélla: el pintor que ha trazado las figuras de esas dos lindas jóvenes, que ha sabido darles una expresión tan encantadora y tan apropiada, merece por derecho propio figurar entre los buenos.



LA GUERRA DE CUBA. – D. Antonio Vessa y Fillart, coronel de voluntarios de caballería de Jaruco, que tanto se distinguió en la defensa de dicha población cuando fué atacada por Maceo en 9 de marzo último. (Véase la página 350.)

¡Sin hogar!, cuadro de Leopoldo Burger. – Es tan profunda la impresión que nos causa este hermoso cuadro, son tantas las reflexiones que al contemplarlo se nos ocurren, que difícilmente pueden expresarse aquélla y condensarse éstas en una noticia breve y de carácter ligero, como las que de esta sección forman parte. Aquella pobre muchacha que hundidos los pies en la nieve, llevando en una mano un miserable hatillo y sosteniendo con la otra el hijo de sus entrañas, se encuentra abandonada en medio de la calle, sin tener donde guarecerse contra las inclemencias del cielo; aquella mirada, no de desesperación, sino de desconsuelo, de abatimiento; aquel trozo de mar que parece atraer á la infeliz brindándole con el reposo eterno que hallaría en su seno; aquella tosca santa imagen, allí puesta como para indicarle que hay un Dios que vela siempre por los afligidos, y junto á Él una Madre celestial que en socorro de los desgraciados acude cuando con vivísima fe la llaman; todo eso que sentimos tan bien y que tan mal expresamos, produce una emoción hondísima, uno de estos efectos intensos que son la mejor demostración de que el artista se ha impuesto, de que ha conseguido su objeto, de que ha cumplido los fines del arte.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – COLONIA. – El municipio de Colonia proyecta construir un edificio para Museo de Industrias Artísticas, cuyo coste será de 500.000 marcos (625.000 pesetas): al efecto ha abierto un concurso entre arquitectos alemanes con premios de 2.500, 1.500 y 1.000 marcos para los mejores proyectos presentados en croquis.

PARÍS. – La Gran Opera erigirá á Ambrosio Thomás un monumento, cuya ejecución ha sido encargada al célebre escultor Falguiere: el boceto aceptado representa al ilustre compositor sentado en una roca y á sus pies á Ofelia ofreciéndole flores. La estatua del maestro será de bronce, y de mármol la figura de la infortunada prometida de Hámlet.

– La Sociedad de Pastelistas de París ha celebrado en el salón Petit su acostumbrada exposición anual, en la que figuran obras de Roll, Dagnan-Bouveret, Arilette, Thevenot, La Touche, Leandre, Lhermitte, Guignard, Desvaillers, Menart, Duez y del holandés Baertrón. El conjunto de esta exposición es en extremo notable.

LONDRES. – En la *Fine Art Society* se ha verificado una interesante exposición de estudios y dibujos del famoso pintor Burne-Jones.

– La casa Christie ha verificado una subasta de cuadros que ha producido 40.000 libras esterlinas (un millón de pesetas). He aquí los precios á que algunos se han pagado: un retrato de Nelson pintado por Hoppner ha sido adquirido por el tratante Ayner en 56.250 pesetas; el pastor Cooper pagó por un retrato de lady Mulgrave, obra de Gainsborough, 87.500; una



LA GUERRA DE CUBA. – El general de brigada D. Francisco Fernández Bernal. (Véase la página 350.)

Sagrada Familia de Murillo alcanzó el precio de 100.000 pesetas; una marina de Ruisdael 105.000, y un retrato de Rembrandt 25.000.

MUNICH. – El profesor Matías Schmid se ha separado de la Asociación de Artistas, y nos parece interesante ó por lo menos curioso reproducir textualmente la carta en que expone los motivos de su determinación. Dice así:

«Desde hace años la Asociación de Artistas se esfuerza en proteger por todos los medios á los artistas forasteros en perjuicio de los de aquí. A costa de la Asociación se emprenden viajes al extranjero, las más de las veces para lograr materiales del peor gusto para las exposiciones muniquenses, que luego son premiados y adquiridos con destino á los museos imperiales. Gracias á esto, se ha desviado el criterio de los artistas jóvenes y del público, y ha decaído tanto el arte muniquense, en otro tiempo tan floreciente. Hace algunos años tuve ocasión de asistir como individuo del jurado de las exposiciones de Munich á las sesiones por el mismo celebradas, y con frecuencia hube de indignarme al ver cómo se condenaban obras excelentes de nuestros artistas: sin embargo, al cerrarse la exposición comprendí la causa de esta conducta, cuando vi que los señores jurados solicitaban de las embajadas extranjeras condecoraciones en premio de sus servicios en pro de los artistas de sus respectivas naciones. Me repugna que puedan juzgar mis obras jurados que carecen de toda objetividad y que, en sus mezquinas envidias y en su falta de conocimientos, procuran postergar á sus más reputados colegas. Creí que con una nueva presidencia tendría remedio este estado de cosas desagradable; pero mis recientes experiencias me han demostrado que no ha sido así, en vista de lo cual me separo de una asociación que en vez de fomentar el arte, como su misión le exige, sólo atiende al provecho de sus intereses personales.»

– De la memoria leída en la última asamblea general de la Asociación de Artistas tomamos los siguientes datos relativos al ejercicio del año 1895: en la exposición del Palacio de Cristal figuraron 1.578 obras, de ellas 1.338 vendibles; se vendieron 329 por 438.934 marcos (548.668 pesetas), y la exposición dejó un beneficio líquido de 28.843 marcos.

SAN PETERSBURGO. – En los salones de la Academia de Bellas Artes se ha celebrado una exposición de acuarelistas en la que figuran gran número de obras, si bien pocas de ellas son verdaderamente notables. Las mejores llevan las firmas de Benoit, Nawosoff y A. P. Sokoloff. Entre los artistas jóvenes merecen especial mención R. Bergholz, Perepletschikoff, Dosskin, Benois y Berkos; y entre los extranjeros, Bartels, Dupré, Nozal, Israel, Wolbers y Pablo Sala.

BERLÍN. – La Sociedad de Acuarelistas ha celebrado en el Salón Gurlitt su acostumbrada exposición, que ofrece como notas salientes las acuarelas de Luis Dettman, inspiradas en paisajes del Norte de Alemania. Son también notables las de Liebermann, Skarbina, Leistikow, Hanss Herrmann, Bartels, Schmidt-Michelsen y Wengel.

Teatros. – En el teatro Garnerplatz, de Munich, se ha estrenado con gran éxito la graciosísima comedia de Feydeau *El hotel del Libre Cambio*, arreglada del francés al alemán por B. Jacobson.

París. – Se ha estrenado con buen éxito en Folies Dramatiques *La Falote*, opereta en tres actos de A. Liorat y M. Ordonneau, música de Varney.

Madrid. – En el teatro de la Comedia sigue logrando continuas ovaciones el eminente actor italiano Sr. Novelli, que entusiasma justamente al público madrileño interpretando con su maravilloso talento los caracteres más opuestos de los personajes de su vasto y variado repertorio. En el teatro de la Princesa la conocida actriz doña Elisa Casas, con ocasión del aniversario de la muerte de Ricardo Calvo, organizó una función á beneficio de la familia del aplaudido actor: dicha función debía celebrarse en el teatro Español, pero la empresa del clásico coliseo no quiso cederlo.

Barcelona. – El Liceo terminó su temporada, habiendo cosechado en las últimas funciones grandes aplausos las señoras Cesareo y Fabri y el Sr. Blanchart en las representaciones de *Falstaff*, y en las de *El Profeta* la señora Fabri y el tenor Mariacher, quien, en la noche de su beneficio, pudo comprobar las muchas simpatías que se ha conquistado en esta ciudad. Se han estrenado con buen éxito: en el Principal, por la compañía que dirige Ceferino Palencia y de la que forma parte la celebrada María Alvarez Tubau, *Altezas del honor*, interesante drama en tres actos del Sr. Novo y Colson, y *La bicicleta*, bonita comedia en un acto de Miguel Echegaray; en Romea *Lo jech dé'n Migranya*, graciosísimo sainete en un acto de Teodoro Baró; y en el Eldorado *El coche correo*, zarzuela en un acto de Arniches y López Silva con bonita música del maestro Chueca. En el Lírico se anuncia una serie de cuatro conciertos dirigidos por el maestro Sr. Nicolau, en los que además de una



LA GUERRA DE CUBA. – El general de brigada D. Javier de Obregón y de los Ríos. (Véase la página 350.)

numerosa orquesta tomarán parte el eminente tenor Sr. Van Dyck y 150 coristas del Orfeó Catalá: una de las piezas que se anuncian es la grandiosa página de Wágner *La consagración del Graal*, escena última de *Parsifal*, cuyo texto alemán ha sido expresamente traducido para estos conciertos por el laureado poeta D. Juan Maragall. Dado el gratísimo recuerdo que en los amantes de la buena música dejaron los últimos conciertos dados en el mismo teatro y bajo la misma dirección, no es dudoso predecir que los que ahora se anuncian tendrán el mismo éxito que aquéllos y aun mayor, porque el concurso de un nutrido coro permitirá oir grandes piezas de conjunto como la citada del inmortal maestro de Beyreuth. El tenor Van Dyck cantará, entre otras varias, piezas de *Lohengrin*, *Tanhauser* y *Los maestros cantores*.

Necrología. – Han fallecido:

Carlos Humann, director del Museo de Berlín, uno de los más eminentes arqueólogos alemanes, que descubrió las famosas esculturas de Pérgamo y dirigió desde 1878 hasta 1886 las excavaciones allí practicadas.

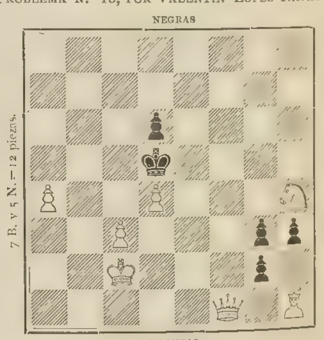
Sebastián Steiner, notable escultor de la corte imperial de Alemania.

Víctor Tilgner, famoso escultor vienés.

AJEDREZ

PROBLEMA N.° 18, POR VALENTÍN LÓPEZ NAVALÓN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 17, POR M. FONTANA

Blancas.	Negras.
1. R2 AD	1. P6 TD
2. R3 CD	2. R3 R
3. R4 CD jaque	3. R4 R
4. R4 AD	4. R3 R
5. R toma P mate.	



La señora estaba al parecer pintando...

DOS ANÓNIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

Apenas miraba al cielo
y por eso tropezaba en la tierra.

PRÓLOGO

I

En la primavera del año de 1867, con motivo de la jornada regia, hallábanse muy animados Aranjuez y sus alrededores. Parecía que todos los adeptos á la idea monárquica se habían dado cita en aquel Real Sitio, como si presintieran la próxima revolución. Desde los buenos tiempos de Fernando VII, no se recordaba semejante afluencia de gente; así era que entonces más que nunca, Aranjuez ofrecía los más extraños contrastes de la vida cortesana y de la vida campesina. Los labriegos de los pueblos cercanos y aun de comarcas más distantes acudían á bandadas á presenciar los festejos ó vender sus productos, y nubes de mendigos, de las más raras cataduras, recordaban á los privilegiados de la fortuna allí reunidos las miserias de la vida. La dama elegante se codeaba con la alcarreña de tresdoblado refajo; el magnate ó diplomático de bordado uniforme y lleno de condecoraciones apretaba el paso para evitar el polvo que levantaban los carros de violín cargados de sacos de trigo, y el elegante que guiaba su *mail-coach* ó su *break* tenía que refrenar el ímpetu de su fogoso tronco para dejar paso á la sarta de pesadas carretas que de las próximas canteras de Colmenar conducían piedras para construcciones.

Los rateros ó tomadores del *dué* venidos de Madrid hacían su agosto de *parlós de sorna* ó *de lama* (1), á pesar de la vigilancia de la policía. Pululaban los *cantaores* y *cantaoras* por lo *jondo*, y se absorbía más manzanilla que en Cádiz y en los puertos.

Reinaba una animación sorprendente y general, á lo cual contribuía la temperatura, que fué fenomenal aquel año. El tiempo estuvo frío hasta últimos de abril, por lo que se retardó algún tanto la jornada de la corte; pero desde principios de mayo comenzó á diseñarse un calor prematuro, que á los pocos días trocóse en verdadero bochorno. La atmósfera estaba revuelta y como tempestuosa. Casi todas las mañanas el sol salía envuelto en una capa de color de escarlata á lo *chispero*, y luego echaba chispas, cuando lograba desenvolverse de aquellos rojos crespones de nubes, que íbanse transformando en grumos cenicientos y después plateados que concluían por soltar chaparrones rápidos, pero diluvianos. Los cuatro vientos cardinales bailaban á intervalos su zarabanda particular. El cefirillo que vagaba por los jardines trocábase de repente en ciclón de la Cafrería; unas veces volaba alto, arrancando veletas y haciendo sonar campanas; otras, rastreaba por el suelo, no siendo mal recibido por los hombres, que con este motivo veían pies liliputienses y piernas esculturales.

A pesar de estos cambios atmosféricos y tal vez por causa de ellos, el campo estaba hermosísimo y deslumbrante; sobre todo el río. Nunca los admiradores del Tajo le contemplaron más: en aquel espejo se reflejaban todas las galas y variaciones de la naturaleza. Por la mañana el agua asía la luz del éter, hacíala filtrarse por su superficie y la llevaba á sus senos; así era que mientras ésta estaba casi obscura, el centro del río parecía un volcán en ignición. Al mediodía, el sol en el cenit medio velado á veces por nubes rápidas y poco densas, descomponía sus rayos en variadísimos colores, formando extraños espejismos, ó mejor dicho, uno inmenso, que hacía que todo el panorama circunvecino, y aun el lejano, se retratara en el río; de modo que se proyectaban en él no sólo los contornos escuetos ó carminosos de los cerros y colinas, sino hasta mínimos detalles del paisaje; las borrajas de los alcores, las cicutas é hinojos de las praderas y hasta las anémonas acuáticas de los arroyos que corrían en terreno elevado.

Como el cielo estaba casi siempre matizado de vellones de nubes, éstas, en sus interposiciones á la luna, dibujaban prismáticos y caprichosos cabrilleos sobre el río: vedijas de plata, sierpes erizadas de púas como los monstruos de Ferdusi; y proyectando la sombra de los árboles de la orilla, hacíales asemejarse á colosales Briareos que tomaban un baño nocturno.

El excesivo calor volvía fosforescente el agua; de suerte que los remos de la falúa real y de las demás embarcaciones, que buscando fresco surcaban el Tajo, parecían de plata, golpeando láminas de acero fundido.

Pocos ríos son más admirables que el Tajo en los sitios en que lleva agua. No es su aspecto el apacible de los ríos franceses é ingleses, siempre monótono. El Tajo varía incesantemente de colores: es el camaleón de los ríos.

El año á que me refiero, todo fué fenomenal en Aranjuez: hasta en los espacios celestes se presentó un cometa colín y crinito en la constelación del cochero, dando motivo á observaciones y comentarios nocturnos.

El calor prematuro, la afluencia de gente y las continuas variaciones del tiempo trastornaban todas las cabezas. El Sitio Real era un hervidero de intrigas, de aventuras y de *juergas*. «¡Esto es insufrible; estamos en pleno julio!,» decía todo el mundo; y sin embargo, ni la reina Isabel ni nadie pensaba en dejar aquel agradable infierno.

Me he detenido en esta digresión, que nada tiene que ver con mi relato, en primer lugar porque, como Espronceda, soy aficionado á ellas, y además porque he querido echar una cana al aire recordando aquella memorable jornada de 1867, en la que dí un adiós á mi juventud.

II

En aquella época, á un cuarto de legua de Aranjuez, en la zona del Sur y en una larga y suave pendiente que termina casi en la ribera del río, había dos solos edificios, uno de los cuales existe todavía. *La Tomillera*, que así se llama, aunque en ella abundan bien poco los tomillos, es una extensa posesión perteneciente á un grande de España. Ocupa un gran terreno cercado de tapia; y dentro, hacia la parte del Norte, se eleva un edificio de dos pisos, flanqueado por dos torrecillas de estilo flamenco. Esta posesión ha variado mucho de aspecto en la actualidad y su dueño ha introducido en ella grandes mejoras. En la época á que me refiero, la casa estaba bastante descuidada exteriormente, y en el terreno que la rodea no había tantas ni tan frondosas plantaciones como ahora. Fuera del cercado de la posesión, en lo más alto de la colina, brota un caudaloso manantial que forma una especie de lago; y esto, sin duda, sugirió la idea de abrir un canalillo que pasara por dentro de *La Tomillera*, para riego y solaz. El canal, ó más bien zanja, es ancho y profundo, y siguiendo la declinación del terreno se desliza suavemente hacia el Tajo, en donde desaguaría, si estuviera terminado. Esta artificial corriente de agua es conocida en los alrededores de Aranjuez con el nombre de *Arroyo grande*, y ciertamente le merece, pues engrosado por las lluvias del otoño ó de la primavera, parece un arroyo con honores de río.

El arroyo grande rebasa el circuito de la *La Tomillera* y se prolonga cuarenta ó cincuenta metros más allá. Casi al borde del arroyo había en 1867 una casita, que ya ha desaparecido, sin que yo sepa el porqué. Era cuadrada, tenía piso bajo y principal, dos ventanas en cada uno de los pisos, que resultaban cuatro por fachada, con persianas verdes; y es-

(1) Relojes de oro ó plata.

taba enjalbegada de color ocre sucio. Era tan pequeña que parecía una casita de nacimiento, y tenía una sola puerta en la fachada opuesta al arroyo.

No quiero hacer la descripción del interior de este edificio, y sólo diré que en el piso bajo había una salita y un gabinete, separados por medio de una puerta de madera. Cada una de estas piezas tenía una ventana que daba al lado del arroyo.

Serían las ocho de la mañana, el cielo estaba entoldado por un inmenso nubarrón y hacía un calor bochornoso. Dos señoras de edad ya provecta, agraciadas todavía y muy parecidas entre sí (como que eran primas hermanas), sentadas en la sala, hablaban y se abanicaban desaforadamente. En el gabinete, un niño como de nueve años de edad, en pie, asomado á la ventana, apoyando en el alféizar de ésta un tomo del *Semanario Pintoresco*, le hojeaba, mirando distraidamente los grabados, y digo distraidamente, porque con mucha frecuencia interrumpía su escrutinio, para fijar su mirada en el arroyo grande, que con los repetidos chubascos de aquella primavera corría magnífico de caudal.

Indudablemente, en aquella infantil cabeza fermentaba el proyecto de darse un baño. El niño golpeaba con los pies en el suelo, se enjugaba la frente con la palma de la mano y se abría la camisa despechugándose cada vez más. Sentía el hormiguillo del calor. Era un niño que sólo tenía el defecto de ser demasiado infantil. Parecía una niña por sus facciones correctísimas, su blanco y fino cutis y sus cabellos de un rubio angelical. Sólo dos cosas varoniles se destacaban en él: la frente alta y cuadrada, en la que ya golpeaba el pensamiento, y los ojos garzos de expresión resuelta é inteligente; la expresión de aquella mirada no podía olvidarse nunca: era á la vez un rayo y una caricia.

Estaba en mangas de camisa. Vestía un pantalón de dril muy corto, calcetines á cuadros blancos y azules y zapatos de becerro color de caña.

En uno de los intervalos en que hojeaba el libro y cuando se disponía á volver una hoja, detúvose sorprendido, oyendo voces y gritos que provenían del exterior. Se asomó bien á la ventana, miró hacia todos lados, y no vió nada; pero al fijar su vista en el arroyo, reparó en una cosa que aumentó su sorpresa. Arrastrada suavemente por la corriente, flotaba en el agua una muñeca *crecidita*, de madera escayolada. Como todas las de su clase, era mofletuda, colorada, de ojos azules grandes y saltones, y tenía una abundosa cabellera de color de estopa. Llevaba un sombrero de paja medio caído, sujeto al cuello por una cinta, y una falda de tela muy ligera, que arrugada y levantada por el agua, dejaba ver sus piernas de no bien modelado contorno. Flotaba en el agua boca arriba, con un brazo levantado como pidiendo socorro.

El niño vió á la muñeca, oyó que se repetían las voces y los gritos, alborotósele la sangre, y con doble motivo se decidió á llevar á cabo el proyecto que hacía tiempo le escarabajeaba en el deseo. Acercóse de puntillas á la entornada puerta del gabinete y vió que las dos señoras que estaban en la sala (que eran su madre y su tía), sentadas muy juntas, hablaban con animación de un asunto al parecer interesante, supuesto que hasta se olvidaban de abanicarse; y entonces el niño despojóse de su poco complicado traje, quedándose sólo en calzoncillos, y saltó silenciosamente por la ventana, que estaba muy baja, puso el pie en un breve espacio de arena que mediaba entre la casa y el arroyo, y se deslizó á éste, procurando no hacer ruido. Su primer cuidado fué atrapar á la muñeca, que ya flotaba algo distante; cosa facilísima para él, que aun cuando no podía hacer pie en el fondo del arroyo, como criado junto á un río caudaloso tal como lo es el Pisuerga, nadaba como un tritón. En seis ó siete brazadas alcanzó á la rubia náufraga, sacóla del agua, y nadando con un solo brazo, siguió contra corriente el arroyo arriba, por cuya orilla vió venir á dos niñas, una como de seis y la otra como de catorce años de edad.

La más pequeña tenía el aspecto de niña elegante: la mayor parecía una niñera de buena casa. Las dos eran morenas, de cabello obscuro y sumamente agraciadas.

Ambas habían visto desde lejos la pesca de la muñeca y corrieron al encuentro del niño, que como ya he dicho subía arroyo arriba, meneando en el aire la muñeca con aire satisfecho.

– Es mía, dijo entonces la niña más pequeña, no te la lleves, dámela. Se me ha caído al arroyo jugando.

– Pues claro que te la daré, contestó el nadador, que ya se había aproximado á la orilla, pero permaneciendo en el agua. ¿Para qué la quiero yo? Toma, sécala bien y arrópala, porque se habrá resfriado.

Y agarrándose á un mimbre de la ribera, sacando el pecho del agua, como el río Tajo al hacer su famosa profecía, alargó la muñeca á la niña, que la tomó con precaución, porque chorreaba, diciendo entre risueña y quejumbrosa:

– ¡Ay, pobre Niní, cómo estás!

– ¿Se llama Niní?, preguntó el niño.

– Sí.

– Parece nombre de gata.

– Dale las gracias por habértela traído, dijo la niñera á la niña, con aspecto seriecillo y acento andaluz; pero ésta sólo dijo al niño:

– Ven á ver á mamá.

– No puedo, estoy casi desnudo.

– La niña, que no hizo caso de la observación, había ya echado á correr gritando:

– ¡Mamá, mamá, ya hemos cogido á Niní!

La niñera siguió á la niña.

El infantil bañista, que por lo visto era pudoroso, tapado por el agua del arroyo, no muy clara, y sacando sólo la cabeza, nadó corriente arriba. Transponiendo un recodo que formaba el arroyo, llegó frente á una praderita tapizada de grama y sombreada por cinco ó seis corpulentos olmos, y allí vió á una señora sentada en el suelo, á la que hablaban con animación la niña y la niñera, sin duda contándola el incidente ocurrido.

Alrededor de aquel grupo había varios objetos esparcidos por el suelo: una cestita de tapa, dos impermeables ingleses, dos sombrillas y una caja como de colores para pintura. La señora estaba al parecer pintando, porque tenía una cartera sobre la falda y una paletita en la mano.

Apenas el niño transpuso el recodo, le vió la niñera, y señalándole con la mano, dijo:

– Aquél es.

La señora le miró, y la niña pequeña corrió á la orilla del arroyo, diciendo al nadador, que se aproximó á ella:

– Ven, mamá quiere verte. Jugarás con nosotras.

– Te he dicho que no puedo, estoy desnudo.

La señora oyó estas palabras.

– Dale mi impermeable para que se tape, mandó á la niñera; servirá para algo, ya que no ha llovido.

La niñera alargó el impermeable al tritoncito, y éste se le puso con pudorosas precauciones, aunque no tantas que no dejasen ver parte de sus blancas y esbeltas formas. Saltó á la orilla, envolvióse en aquella prenda, que tenía capucha, y como enseñaba los pies desnudos, se parecía á un capuchinito descalzo.

– Acércate, díjole la señora.

El niño se aproximó, y miró á la señora que á su vez le miraba con atención.

– ¿Verdad, mamá, que es muy guapo y muy rubio?, dijo entonces la niña.

– ¡Muy guapo!, contestó la señora.

III

El niño miró, y se quedó embelesado. Estas impresiones magnéticas, digámoslo así, son frecuentes en la niñez. A veces nos choca la insistencia con que nos miran los niños, que proviene quizá de que la mayor parte de ellos están dotados del don de segunda vista, don inconsciente en ellos. No analizan las impresiones y por lo mismo las reciben con más seguridad. A veces una persona amable, de buen aspecto, pretende captarse la simpatía de un niño, y no lo consigue. ¿Por qué?. Porque éste, bajo aquella agradable superficie, sondea la falsedad ó malevolencia del carácter. La sensación virgen de los niños es poderosa, y cuando es favorable se graba en ellos con caracteres indelebles.

El niño, pescador de la muñeca, experimentó un movimiento de atracción magnética hacia la señora, que le miraba. Un hombre, en igual caso, se la hubiera explicado achacándole á la atractiva, más diré, á la provocativa expresión de la fisonomía de aquélla, aun cuando según las leyes de la estética, no era hermosa. Un escultor hubiérala rechazado como modelo, porque sus formas, si bien plásticas, eran demasiado descarnadas, y porque el cincel no alcanza á reproducir el misterioso reflejo del espíritu que se asoma al semblante, los móviles cambiantes de los ojos, según las sensaciones, y la gracia de los movimientos que se diseñan en el aire con mágicas ondulaciones.

La expresión de aquella mujer se resistía al análisis, porque había en ella una dualidad extraña. Sus cejas demasiado pobladas; sus ojos obscuros con tintes azulados, de miradas tempestuosas; su nariz dilatada por la parte inferior y de movibles cartílagos; su boca de labios gruesos, húmedos y arqueados, sobre la que se diseñaba un imperceptible vello, y su seno prominente, aunque sin exceso: todas estas cosas provocaban la sensualidad y parecían revelar pasiones impetuosas; pero después, observando más profundamente aquel conjunto femenino, notábase en él un no sé qué de casto, de melancólico y de ideal.

Sus ojos tenían la triste expresión de la nostalgia, la inquieta hostilidad de la impaciencia luchando con la resignación.

Aquella señora tan joven, puesto que representaba diez y siete ó diez y ocho años de edad, aunque tuviese algunos más, no parecía madre de su hija, pues en nada se le parecía ésta; tanto que el niño preguntó después á su infantil compañera de juego:

– ¿Por qué siendo tu mamá tan blanca, eres tú tan morena?

– Por qué me parezco á papá, contestó la niña.

El niño, como he dicho, se quedó embelesado, mirando, aunque de reojo, á la señora. Estas fascinaciones infantiles no son tan novelescas como se supone. Petrarca, que á los diez años de edad ayudaba una mañana á misa en una iglesia de Avignón, vió por primera vez á Laura, al mudar de sitio el misal, y le dejó caer á tierra; quedándose tan aturdido é impresionado, que tuvo que ser sustituído por un acólito.

Ya he dicho que la señora, sentada en el suelo y apoyada en el tronco de un árbol, tenía una cartera de dibujo sobre la falda y una paleta de colores en la mano. Antes de la llegada del niño pintaba paisaje, y á veces hacía mohines de disgusto, como si no la satisficiera su trabajo. Después que hubo examinado á aquél con atención, le preguntó:

– ¿Cómo te llamas?

– Felicio.

– ¿Dónde vives?

– Aquí cerca, en una casa junto al arroyo.

– Pues bien, Felicio, eres tan guapo, que voy á retratarte.

– ¡Retratarme!

– Sí, siéntate á jugar con Joaquina y con Rosa. Formad las figuras del Arca de Noé, y estate un poco quietecito.

– Ven, verás qué bonitas son, dijo la niña.

Esta, el niño y la niñera sentáronse sobre la grama, frente á la señora, y vaciaron en el suelo los personajes y animales de una magnífica Arca de Noé alemana. Vaciarles fué cosa fácil, pero el ponerles derechos ofreció más dificultades, por causa de las hierbas del terreno. Además, sólo la niña ponía cuidado en la faena, pues Felicio hallábase preocupado en rebujarse en el impermeable para tapar su desnudez, y en mirar casi de continuo á la señora; y en cuanto á la niñera, atendía menos al juego que á lo que pintaba su ama. Esta, observando con atención la fisonomía del niño y casi sin fijarse en el cartón en que pintaba, trazaba en él rápidas pinceladas. Indudablemente, debía tener grandes predisposiciones artísticas; pues de aquel trabajo resultó una mancha, un borrón, pero de donde se destacaba el semblante de Felicio con casi perfecta semejanza.

Comenzaba á trazar el contorno del busto de éste, envuelto en el impermeable, cuando oyóse á lo lejos una voz que gritaba desaforadamente:

– ¡Felicio.., Felicio!

– Es mamá que me llama, dijo el niño poniéndose en pie, estará ya el almuerzo. Me voy.

– Dame un beso, dijo la señora.

Felicio se aproximó echando una curiosa ojeada á su recién pintado retrato; ella le tomó la cara entre sus dos manos abiertas, y estampó un beso prolongado en su boca infantil.

Al contacto de aquellos labios sobre los suyos, Felicio sintió un golpe en su corazoncito.

«¡Felicio!,» volvió á gritar la voz ya más próxima.

Joaquina y Rosa besaron también al niño, y aquélla le dijo:

– ¿Vendrás mañana para que jugemos?

– Sí, contestó el niño.

– Llévate el impermeable, dijo la señora.

– No hay necesidad, me iré por el arroyo.

Y sentándose al borde de éste, metió las piernas en el agua, y después quitándose poco á poco el impermeable, que dejó en la orilla, se chapuzó en el arroyo.

La señora y las dos niñas le siguieron con la vista, contestando á los saludos que él hacía con un brazo fuera del agua.

– ¡Qué guapo es!, dijo la niña.

– Y nada como un perro, observó la niñera.

– Bien podías haber dicho como un pez, replicó la niña, con un gestecillo de desagrado...

Al día siguiente, desde muy temprano, Felicio volvió varias veces á la plazoleta de los olmos; pero no vió á nadie durante todo aquel día, y los siguientes repitió inútilmente sus excursiones. La señora y niñas no volvieron á parecer. Cuando alguna vez su madre y su tía le llevaban á Aranjuez, miraba hacia todas partes, esperando ver entre aquella abigarrada

multitud de gente alguna ó algunas de las tres agradables apariciones de la orilla del arroyo.

Nada: se las había tragado la tierra...

Entrado ya en la adolescencia, aún recordaba Felicio el suave timbre de aquella voz, que le dijo:

«Pues bien, Felicio, eres tan guapo, que voy á retratarte.»

Y sentía palpitar en sus labios el húmedo contacto del beso que le dió aquella señora.

PRIMERA PARTE

I

Habían pasado los buenos tiempos de los bailes de Capellanes; aquellos tiempos en que los empresarios, pollos de cuarenta años para arriba, se entregaban con furor á su manía pedestre y se repartían dividendos de algunos duros. Entonces Capellanes era un astro casi agradable por lo típico y pintoresco. Como no era difícil proporcionarse billetes *gratis*, y como las *señoras* tenían entrada libre por derecho propio, el salón de la calle de Capellanes servía de solaz y refugio á todos los tronados de Madrid de ambos sexos. Todo el que tenía un traje no por completo indecente acudía al hospitalario baile buscando emociones y sablazos. Allí era la primera etapa, el punto de partida de los trasnochadores, que luego se repartían por Madrid, en cafés subrepticios, buñolerías en boga y casas de juegos inocentes.

La concurrencia femenina no era enteramente averiada. Dominaban las nebulosas en aquel cielo, pero también había estrellitas puras, aunque un tanto apagadas por los incesantes trabajos diurnos; quiero decir que entre las francamente buscadas ó busconas, exhibíanse en Capellanes jóvenes todavía virtuosas, que acababan de dejar la máquina de coser guantes, doncellas de servir que hacían escapatorias, modistas y floristas que iban allí con el *buen fin* de bailar y sacar novio, y pensionistas de la clase militar, que de día leían novelas por entregas y por la noche iban al baile para ahorrarse luz y brasero.

El baile, excepto en los días de carnaval, empezaba á las diez y terminaba á las dos de la mañana: hora morigerada y decente...

Hay algunos editores que encargan novelas del gran mundo, con tipos aristocráticos, duplicando la dificultad de escribirlas, porque en la alta sociedad no abundan los tipos. La educación, la cultura, producen la monotonía, porque predisponen á ocultar los defectos y reprimir las pasiones, que desbordadas son causa de las manifestaciones típicas. La moda y la costumbre pasan su rasero por la buena sociedad y la nivelan. Como en la alta clase el matrimonio no es el *ménage*, sino una conjunción de intereses, de posición y de elegancias, los maridos Otelos son raros, y por consiguiente raras (excepto en las novelas) las catástrofes del adulterio, y esas mil otras producidas por la lucha contra la miseria ó por el conato de adquirir posiciones que en el gran mundo se obtienen con facilidad.

Los tipos hay que buscarlos en las clases medias, que no resignándose al trabajo útil del burro, pretenden imitar los graciosos escarceos del caballo. Hay que buscarlos en las inteligencias superiores que tropiezan, como Don Quijote, en las groserías de la vida. Hay que buscarlos en el pueblo bajo de las ciudades y en los habitantes del campo, que no *pulen* sus sensaciones, y por eso los grandes narradores, desde Cervantes hasta Pereda, encuentran sus personajes en las clases en las que el corazón domina á la cabeza.

En la alta sociedad no hay tipos, y lo son todos: la nota saliente es la vanidad, vanidad inútil en cuanto á ostentación de riqueza, porque se sabe al dedillo la que cada uno posee ó en cuánto está entrampado. La parte típica en el mundo elegante es enteramente exterior: en él podrá haber excéntricos, pero no tipos hondos y casi inverosímiles.

Capellanes era el *maremágnum* de las larvas que pueden resistir la luz del día, ó mejor dicho, la artificial de la noche; porque hay otras refractarias á toda claridad, á toda exhibición, á todo análisis, que en todas las ciudades muy populosas sólo pululan envueltas como el limax en las nieblas de la noche. A Capellanes acudían la mayor parte de los tipos *presentables* de aquel tiempo, y varios empleados y dependientes de la Empresa eran tipos también. Podría citar muchos, pero sólo me fijaré en cinco que presentaban un relieve muy cómico. El primer bastonero, envuelto majestuosamente en una levita inmensa ó en un dominó muy corto, según que el baile fuese de sociedad ó de máscaras, era un hombre alto, seco y tan delgado, que su epidermis se transparentaba. Tenía la cabeza grande y completamente calva, y unos ojos pequeños, ribeteados de encarnado, que se parecían á dos puñaladas en una sandía. Casi siempre permanecía inmóvil, rígido, silencioso, y sólo salía de su mutismo para exhalar un hondo suspiro de protesta contra la fortuna, que habíale reducido á tan humillante empleo, ó para pronunciar con voz que parecía salir de un abismo lejano la siguiente frase correctiva:

«¡No hagan ustedes barbaridades!»

Se le conocía con el apodo de *Suspirazos*.

Los otros dos bastoneros eran pequeños, rechonchos, y uno de ellos jorobado. A éste le había dado por la alegría y el movimiento, y jaleaba á las parejas que bailaban. El otro era etiquetero, esclavo de la forma y de los buenos modales. A veces solía decir: «Caballero, me haría usted un singular favor en abotonarse esos dos botones que están sueltos,» ó bien, dirigiéndose á una señora sentada: «Señora, si tuviera usted la amabilidad de bajarse un poco la falda, porque enseña usted cosas preciosas, mas no para vistas.»

... repitió inútilmente sus excursiones

En el café servía un mozo humanista y relamido, que ponía el vaso, traía la cafetera y la lechera, y preguntaba al que iba á tomar:

«¿Mezclo ambos líquidos?»

Y cuando escanciaba uno de ellos, volvía á preguntar:

¿Suficit?

El médico de Capellanes era Vergaz. ¿Quién, en el mundo de los trasnochadores, no le ha conocido? Su facha de Robinsón Crusoe y su habilidad para matar niños le daban una notoriedad indisputable. Vergaz en Capellanes ejercía *gratis* su profesión. Tenía ansia de asistir enfermos, y cada seis minutos se asomaba á la enfermería, preguntando: «¿Hay alguna novedad?» Pero en Capellanes nadie se ponía enfermo. Las señoras aquellas no eran nerviosas, y rara vez ocurrían accidentes por cuestión de camorras, que generalmente se ventilaban en la calle.

Así es que Vergaz, cuando sus fondos se lo permitían, pagaba á enfermos fingidos, para tener la satisfacción de demostrar sus conocimientos profesionales.

II

Además de estos atractivos típicos, Capellanes, en la época á que me refiero, ofrecía algunos más. El núcleo de la concurrencia no era selecto ni mucho menos, abundaba el género averiado, pero no era difícil encontrar allí personas que se destacaban de aquella *furriela*. A veces, en los bailes de máscaras, entre aquellos disfraces pobres ó presuntuosos, notábase un capuchón ó dominó correcto. Varias de las pocas entretenidas elegantes que había entonces en Madrid acudían á Capellanes, sin quitarse, por supuesto, la careta, y yo sé de alguna gran señora que en más de una ocasión afrontó aquella atmósfera infestada de gas, de polvo, de almizcle pasado y de olor á carne humana sucia.

Estas excepciones eran aún más numerosas en el sexo masculino. Había allí viejos libertinos de alta posición, que por la ley de los contrastes husmeaban á aquellas beldades de contrabando; jóvenes distinguidos buscando emociones distintas de las de su círculo, y sobre todo, una numerosa pléyade de ilustraciones en crisálida que han brillado después.

Sin contar los muertos desconocidos, que no han merecido serlo, en las dos últimas horas del baile eran asiduos concurrentes á Capellanes Manuel del P..., Roberto R..., Ramón C..., Federico H.., el Conde de M..., Luis R..., Carlos R... y otros que posteriormente han escalado las esferas políticas y sociales, ó los cielos del Arte; y todos, ó casi todos, de seguro, cambiarían su presente notoriedad por aquellas noches llenas de juventud, de expansión y de alegría.

Entonces, en Capellanes, todo era singular: hasta la orquesta, *sonámbulo con asma*, según la clasificó Eduardo Inza.

Efectivamente, aquella conjunción de notas descarriadas, que sonaba sordamente dentro del salón, repercutía estrepitosamente en las afueras, hasta el punto de perturbar el sueño ó las oraciones de las religiosas del convento de las Descalzas Reales.

Los buenos tiempos de Capellanes, fueron efímeros, y en el año de 1873, época en que reanudo esta destartalada narración, el popular baile sólo presentaba aspectos innobles ó mezquinos.

III

Felicio, no obstante, iba algunas veces á Capellanes, buscando luz y calor *gratis*, y vagaba por los pasillos, absorto en sus pensamientos, que no eran nada agradables, sin reparar en aquellas mujeres imposibles y sin rozarse con aquellos hombres, más imposibles aún...

Felicio, el niño de Aranjuez, que pescó en el *Arroyo Grande* á la rubia muñeca Nini, era ya un joven de diez y ocho años de edad y había perdido todos los rasgos característicos de su infancia. En primer lugar, y como más notable transformación, el rubio angelical de sus cabellos habíase trocado en negro intenso. Su rostro fresco y sonrosado en la niñez, como debiera haber conservado en la adolescencia, estaba ajado por una virilidad prematura, pero virilidad sin energía y sin color.

Tenía el aspecto enfermizo y la palidez terrosa del que lucha contra el vicio ó las privaciones materiales. Su nariz se había prolongado, sus labios tenían matices cárdenos, y en su boca se dibujaba á veces una mueca triste y desdeñosa. Sólo en los ojos, aunque hundidos, conservaba la expresión inteligente y profunda de la mirada, y la frente tan noblemente modelada como en sus primeros años.

Se encorvaba un poco al andar, como todos los que sufren; sus movimientos tenían una vaguedad espectral y eran indecisos como los de quien no tiene objetivo en la vida.

En nueve años, el joven Felicio había sufrido una transformación más radical aún que la de los bailes de Capellanes. Sin embargo, su juventud y su nativa distinción se sobreponían á todo, y á pesar de su levita raída, de su sombrero algo deteriorado y de sus botas, que comenzaban á abandonarle, Felicio se destacaba entre la vulgar multitud de aquella fiesta populachera.

Una noche, á mediados de febrero, había baile de máscaras en Capellanes, y Felicio, según costumbre, vagaba solo y aburrido por los pasillos, con las manos apoyadas en las junturas del chaleco. Cuando terminó una polca en el salón, quedó en éste poca gente, y el joven se refugió en él huyendo de los apretones de la que invadía los demás sitios. Dió una vuelta *costeando* el diván circular, ocupado por alguna que otra pareja tranquila y por mujeres de edad provecta en su mayoría, que cuando no cabeceaban de sueño, se distraían viendo divertirse á los demás: figuras decorativas, indispensables en todo baile y mucho más en los de Capellanes.

Al transponer un rincón de los cuatro que en el salón había, Felicio se fijó por casualidad en una máscara que estaba sola, sentada y apoyada en el ángulo que formaba la pared; y ciertamente, en cualquiera parte, y mucho más en Capellanes, merecía llamar la atención. Llevaba un capuchón de seda, obscuro, que le tapaba la cabeza, y tenía puesta una careta con rostrillo, también de seda. Por debajo del capuchón dejaba ver una falda de merino, color de tórtola, y por el remate de la falda asomaba un pie de privilegio, *cambré*, como dicen los franceses, y calzado como no se soñaba en Capellanes.

Felicio tenía la monomanía de los pies femeninos, y pertenecía, en parte, á la secta de los adoradores de las extremidades de la mujer, y digo en parte, porque no era de los más fervorosos.

(Continuará)

LA GUERRA DE CUBA

El reciente combate de Cácarajícara, en que nuestros heroicos soldados acometieron á la partida de Maceo en sus propias guaridas, ha hecho sonar estos días los nombres de los generales Suárez Inclán y Bernal, cuyos retratos publicamos en el presente número y acerca de los cuales daremos algunos datos biográficos.

D. Julián Suárez Inclán, del cuerpo de Estado Mayor, comenzó su carrera en las últimas luchas civiles, terminadas las cuales, era coronel por méritos de guerra. Aficionado á los estudios militares, aprovechó el período de paz para consagrarse á ellos por entero, mereciendo ser nombrado jefe de estudios de la Escuela de Guerra, cuando ésta fué organizada. A poco de alzarse en armas la actual insurrección, ofrecióse á marchar á Cuba, en donde fué valioso auxiliar del general Martínez Campos, y al regresar éste á la península quedó de jefe de Estado Mayor de la isla, á las órdenes del general Marín, poniendo de manifiesto en aquella ocasión sus excepcionales dotes de organizador: á él debiéronse en gran parte la reorganización y refuerzo de las columnas, la rapidez con que se llevó á cabo la requisa de caballos, la concentración de las tropas en las líneas de Batabanó á Mariel y la actividad con que se pusieron en movimiento las fuerzas leales. Los rebeldes sintieron bien pronto las consecuencias de estas disposiciones, y los descalabros sufridos por Maceo y Gómez fueron la mejor prueba del acierto con que se habían dictado. Al llegar á Cuba el general Weyler, el señor Suárez Inclán fué nombrado segundo jefe de Estado Mayor, á las órdenes del general Ochando. Recientemente ascendido á general, su comportamiento en el citado combate de Cácarajícara ha merecido los mayores elogios del general en jefe.

Además de militar bizarro é inteligente, es el señor Suárez Inclán orador notable: ha representado en el Parlamento desde 1886 el distrito de Pravia, y sus discursos con motivo de las reformas del general Cassola y los proyectos del general López Domínguez merecieron los mayores elogios de cuantos se interesan por el bienestar de nuestro ejército.

D. Francisco Fernández Bernal es de los generales de brigada más jóvenes de nuestro ejército: estudió en la Academia de Infantería, batióse bizarramente contra los carlistas en el Norte y pasó luego á Filipinas con el empleo de teniente coronel. Al cabo de algunos años regresó á la península; pero al poco tiempo volvió á aquellas islas, distinguiéndose notablemente en la campaña de Mindanao. De vuelta á España, no tardó en ser destinado á la guerra de Cuba, en la que se ha portado como uno de los mejores entre nuestros valientes caudillos, habiendo escarmentado duramente á cuantas partidas ha encontrado á su paso, y dirigido, entre otros varios combates, la importantísima acción de Mamey, en la que fueron batidos y dispersados por su columna 5.000 insurrectos mandados por Quintín Banderas, Lacret y otros cabecillas. Con sus tropas debía concurrir á la acción de Cácarajícara; pero las dificultades materiales que encontró en su camino y que, según parece, no previó el cuartel general de la Habana al combinar la operación; las lluvias torrenciales que borraron hasta las huellas de los senderos; la escabrosidad de las sierras que tenía que atravesar y los combates parciales que hubo de sostener, le impidieron recorrer el trayecto marcado en el tiempo limitado que le fijara la orden recibida de la capital de la isla. Mucho hizo la columna Suárez Inclán en Cácarajícara; pero no hicieron menos las fuerzas del general Bernal en el camino desde San Cristóbal, en donde se hallaban, al punto que les señalaban como objetivo de sus difíciles marchas forzadas. Así al menos lo indican todas las noticias hasta ahora recibidas referentes á aquella operación.

El general Suárez Inclán y el general Bernal, destinados con otros á perseguir á Antonio Maceo, desde que éste se halla encerrado en la provincia de Pinar del Río, no descansan un momento en la persecución del mulato cabecilla, y casi no pasa día sin que sus nombres figuren honrosamente en el telegrama oficial.

Otro de los retratos que publicamos es el del general de brigada D. Javier de Obregón y de los Ríos. En 1856 ingresó como cadete en el colegio de Caballería de Valladolid; fué alférez en 1860, y en el regimiento de lanceros de Numancia comenzó su vida de campaña en el Maestrazgo, cuando el levantamiento de San Carlos de la Rápita.

En 1865 estuvo en Puerto Rico de ayudante del general Marchesi, y tuvo ocasión de evitar una rebelión que hubiera podido comprometer la seguridad de aquella isla; en 1869 pasó á Cuba, en cuya campaña prestó grandes servicios hasta 1880 en que regresó á la península, habiendo ganado por méritos de guerra todos los grados desde comandante á coronel: volvió allí en 1891 con el general Polavieja, desempeñando los gobiernos de las provincias de Santiago de Cuba, Matanzas y Puerto Príncipe, y después de una corta permanencia en España, cuando en 1895 fué promovido por elección á general de brigada, pidió ser destinado nuevamente á Cuba. En la actual guerra, al frente de su brigada, ha dado nuevas pruebas de su valor, de su actividad y de su pericia militar, derrotando á los insurrectos en el campo de batalla y mereciendo por sus trabajos patrióticos en la zona oriental el aplauso de la opinión pública.

El otro retrato que va en la página 346 es el de D. Antonio Vessa y Fillart, diputado provincial por el distrito de Jaruco y coronel de voluntarios del regimiento de la ciudad de este nombre. Maceo atacó á Jaruco el día 9 de marzo último, viéndose obligado á retirarse ante la defensa heroica de la guarnición y de los voluntarios, defensa en la cual tanto se distinguió el Sr. Vessa.

Los otros dos grabados que reproducimos, uno en esta página y otro en la 343, representan dos interesantes episodios de la guerra, un grupo de insurrectos parapetados detrás de una línea de barriles de azúcar y la acción de Camajuaní, en la que como siempre cubriéronse de gloria nuestras tropas derrotando á fuerzas rebeldes muy superiores en número. – X.



LA GUERRA DE CUBA. – COMBATE EN LAS INMEDIACIONES DE CAMAJUANÍ (dibujo de un croquis del corresponsal de la ilustración inglesa *The Illustrated London News*)

SECCIÓN CIENTÍFICA

APARATO DE SEGURIDAD PARA EVITAR QUE LOS BOTES ZOZOBREN

Es un hecho verdaderamente sensible que todos los años un gran número de personas que se dedican al higiénico cuanto agradable deporte náutico perezcan ahogadas ó corran peligro inminente de ahogarse á consecuencia de zozobrar los botes que tripulan.

Para evitar estos peligros se ha inventado recientemente en Alemania un aparato de seguridad que ha sido ensayado en un lago de las cercanías de Berlín y cuyos resultados han sido sumamente satisfactorios.

Consiste este aparato en dos cajas de cinc laminado, llenas de aire, que por medio de una disposición muy sencilla se atornillan fuertemente á ambos lados del bote y quedan colocadas de tal suerte que no estorban en lo más mínimo al tripulante para el manejo usual y corriente de los remos, según puede verse en el primer grabado de los dos que á continuación reproducimos.

Estas dos cajas mantienen siempre al bote en posición firme, y aun cuando por efecto de un fuerte oleaje ó por cualquier otra causa la embarcación se incline, nunca puede ésta zozobrar, porque aquéllas la vuelven á su situación normal.

En las pruebas que, como hemos dicho, se verificaron en los alrededores de Berlín, las dos personas que tripulaban el bote quisieron hacer que éste zozobrara, del modo que indica el segundo grabado; pero cuantos esfuerzos hicieron para conseguir su propósito resultaron inútiles.

El aparato, que ha sido inventado por el Sr. Dehnicke, de Berlín, puede alargarse y encogerse, de manera que resulta adaptable á botes de varias dimensiones.



Fig. 1. – Aparato de seguridad inventado por el Sr. Dehnicke, de Berlín, para evitar que los botes zozobren. El bote en su posición normal.



Fig. 2. – Aparato de seguridad del Sr. Dehnicke. Los tripulantes del bote haciendo inútilmente esfuerzos para que éste zozobre.

FOTOGRAFÍA DE LOS COLORES

En una nota recientemente presentada á la Academia de Ciencias de París, M. G. A. Richard indicaba un nuevo procedimiento por medio del cual había obtenido en positivo sobre cristal reproducciones de colores.

El método empleado es el método indirecto, el de Ducos de Hauron.

Después de haber obtenido los tres negativos con pantallas coloreadas de rojo, amarillo y azul, M. Richard tira por contacto tres positivos en placa al gelatino-bromuro: hecho esto, la cuestión estriba en dar á cada uno de estos positivos el color que le corresponde, y al llegar aquí se han estrellado hasta ahora todos los que han querido utilizar este método.

El nuevo procedimiento consiste en sustituir por medio de una reacción conveniente un color orgánico á la plata reducida que compone la imagen, lo cual se consigue por la transformación química del depósito argénteo en una sal capaz de fijar ó de precipitar el color que se quiere emplear; el positivo sometido á este mordiente no retiene el color más que en los sitios antes negros, y esto de una manera proporcional á la intensidad de éstos. También puede obtenerse el mismo resultado por la transformación de la plata en una sal capaz de reaccionar sobre los derivados de la hulla, para formar de este modo colores orgánicos artificiales.

Como se ve, trátase simplemente de reacciones químicas que obran sobre la constitución misma de la capa para teñir los positivos de rojo uno, de amarillo el otro y finalmente de azul el tercero, mientras que hasta el presente se empleaban otros medios de coloración.

La superposición de los tres monocromos obtenidos por el procedimiento de M. G. A. Richard reproduce perfectamente los colores del modelo, incluso el gris, el negro y una gran variedad de pardos y verdes.





El traganiños, estatua de Félix Pardo de Tavera (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1896)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 18 de mayo de 1896 — Núm. 751



TIPOS MATRITENSES. - LA VENDEDORA DE FRESAS, dibujo de Méndez Bringa

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los suscriptores de la **Biblioteca Universal** el tomo cuarto y último de TRADICIONES PERUANAS, de D. Ricardo Palma.

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

El movimiento separatista en Austria. – Las diversas razas componentes del Imperio encrespadas todas, unas contra otras. – El antisemita Lueger. – La nación abisinia. – Su emperador. – La cuestión de Abisinia y sus relaciones con la cuestión de Oriente. – Fernando de Bulgaria. – Sus feudos y sus señoríos. – Sus cambios de religión. – El sha de Persia y la cuestión de Oriente. – Conclusión.

Parece imposible que nuestro siglo, tan liberal de suyo, presencie un movimiento de intolerancia y retroceso como el antisemítico, muy acreditado por los pueblos orientales, y con especialidad por el imperio austriaco. Sólo faltaba esta monomanía, tan triste como anacrónica, para perturbar dentro de sí mismas aquellas razas y enconarlas unas contra otras. No hay medio de tener unidos en paz los pueblos que componen las diversas tribus del imperio; forcejean todos ellos para separarse y se odian á muerte. Por una simple cuestión, como si en las calles de Praga deben colocarse rótulos con sus nombres respectivos en cheque ó en alemán, arde Troya. El pueblo cheque, llamado de Rusia, si la memoria mía no marra, por el emperador Carlos IV á Bohemia, encontrándose allí con el pueblo alemán, más ó menos indígena, jamás pudo perder el sentimiento de su peculiar naturaleza, ni desoir la voz de sus recuerdos; por tanto, jamás pudo aligarse con aquellos conciudadanos suyos germánicos, y así no vivieron en paz un minuto y se declararon esta guerra, la cual dura desde hace muchos siglos hasta nuestra misma generación. Y algo idéntico sucede con Hungría. Los magyares, los croatas, los ruthenos detestan la convivienda común bajo la unidad húngara y quiere cada cual tirar por su lado, ya entrando en las nacionalidades afines de donde cree provenir, ya erigiéndose por sí la respectiva nación en plena independencia. El calor de los odios abrasa tanto las conciencias y el arraigo de los errores abunda tanto en los ánimos, que se habla de increibles expulsiones, como si atravesáramos los tiempos de Ciro y de Nabucodonosor; que, si en cada pueblo, el vecino de complexión esclavona quiere alejar al vecino de complexión húngara ó germánica, en todos los pueblos existe un partido formidable intentando y proponiendo con descaro la expulsión de los judíos sin piedad. ¡Cuán poco adelanta la especie nuestra, cuando un tan retrógrado proyecto crece y se valida en la culta capital de Austria, en la hermosa é inteligente Viena! Existe allí un ciudadano, conocido con el nombre de Lueger, célebre por su judeofobia, la cual encierra, no sólo una triste regresión á los tiempos de la intolerancia religiosa, una bien aleve agresión al capital y á la propiedad, pues no solamente odia por desconocedores de Cristo á los hijos de Israel, mayormente los odia por ser ellos grandes potentados inmensamente ricos. Y partícipe Viena de tal neurosis también, eligió al que la representa con mayor autoridad y mete más estruendoso ruido alcalde primero en su administración municipal, arremetiendo con desacato contra el emperador, que reprueba el movimiento antisemítico, y levantando un Graco de la plebe, más ó menos aristocrático, que predica la revolución social. Así, debiendo el emperador validar con su sanción el nombramiento de alcalde la rehusó, y quedó por lo mismo invalidada la elección popular de Lueger. Pero Viena se ha empeñado en ella, sin pensar y considerar que daba un bofetón á su emperador en la mejilla, y no obstante la opinión imperial, impone su opinión particular, reeligiendo al rechazado por el voto imperial con su propio voto. De aquí el terrible ascenso de la marea separatista en Austria cada día mayor, no sólo de los cheques contra los alemanes, de los ruthenos contra los húngaros, de los croatas contra los servios, de todos los austriacos á una contra los judíos. Bien puede asegurarse que solamente queda como lazo entre todos el emperador, á quien hoy nadie aborrece con aborrecimiento exaltado en Austria, como se aborrecen los súbditos suyos de diversas razas entre sí mismos unos á otros. Y el emperador ha tenido que bajar su frente y su corona en presencia de Lueger y que rogarle dimita, dimitiendo él á esta súplica, equivalente á una derrota del imperio y á una exaltación del terrible antisemita.

La discordia se va extendiendo por todas partes; y así nuestra Europa vacila sobre sus bases de paz perdurable á los estremecimientos continuos que genera y dilata el temor de una guerra próxima, universal y horrible. Allá, en los encendidos territorios de la negra Etiopía, olvidados tanto tiempo del mundo, hay un emperador, monarca de monarcas, reconocido por todos con el nombre de Menelik, á quien creemos bárbaro, mientras él se ufana con descender de reyes que igualaron á Salomón en sabiduría y con profesar antiguo cristianismo, semejante al profesado entre los coptos egipcios, y mucho más próximo á las fuentes de su revelación, todas ellas orientales, que nuestro cristianismo romano y occidental, muy lejos de los primeros Evangelios. No pueden decirse las facecias inventadas por la prensa europea respecto de tal personaje. Preséntanlo como un terrible negrazo, capaz de volvernos á la cruel antropofagía, mandando numerosas huestes de soldados exterminadores; con una capital nómada y un tabernáculo portátil, semejantes á los históricos de Abraham; conocedor en tiendas por únicas habitaciones usadas durante los períodos patriarcales, imposibilitados de levantar poblaciones, por no haber modo de fijarlas sobre un suelo estremecido y defenderlas contra salteadores innumerables. Pues bien: este hombre, condenado por la cultura europea, cuando él en su africana tierra protege tantos reyes, á ser protegido de otro, del rey de Italia, se ha revuelto, como los leones de sus desiertos y como los tigres de sus madrigueras, contra esta pretensión, y ha tendido en el suelo con furias de chacal á los ejércitos mantenedores del protectorado infligido á su orgullo, soberbio y salvaje. Mucho hemos lamentado el desastre de nuestros hermanos en raza, las gentes de Italia, y muy de veras hemos querido que pudieran tomarse un reparador desquite; mas ahora sucede y resulta que la victoria del Nego nos ha preservado de una calamidad en Europa, de una guerra continental. Malheridos los poderosos monarcas que componen la triple alianza, los Hapsburgos, los Brandeburgos, los Saboyas, del desaire á su poder hecho por el sultán turco, descuidando las reformas de Armenia, comisionaron para romper las hostilidades en el Bósforo á la escuadra italiana, que hubiese abierto el fuego contra las plazas de Turquía y encendido con sus proyectiles en voraz incendio á Europa entera. Pero al instante de arrancarse Italia contra el emperador bizantino, hiérela con herida horrorosa el emperador abisinio, y las tropas italianas tienen que divertirse del plan ideado sobre Constantinopla y que largarse al desierto líbico. Sea de todo esto lo que quiera; dígase ó no que resulta un más ó menos fantaseado comentario puesto por el sentido común europeo á las ambiciones y empresas colonizadoras, es lo cierto que fundara y constituyera la nacionalidad itala el espíritu moderno para que sirviese de cooperador elemento al progreso pacífico y no para que sembrara la guerra por imposibles conquistas. Mas un solo error contiene y guarda larguísima serie terrible de sistemáticos errores que nos retrotraen del tiempo de la paz con que soñábamos, al tiempo de la guerra que siempre maldijéramos.

Y otro factor de guerra es hoy en el mundo ese príncipe Fernando de Bulgaria, que se pasea por Europa, después de haberla puesto desde las cimas de su trono diminuto al borde obscuro de insondable abismo. Príncipe ornitólogo, pajarero, cazador, ha caído, como un pobre gorrión, en los buches del Águila negra de las dos cabezas. No pueden enumerarse los títulos de soberanía y vasallaje usados por el príncipe búlgaro en razón de la dominación ejercida por varios soberanos sobre su persona y de la dominación ejercida por su persona sobre millares de hombres. Puesto como príncipe honorario sobre las dos Bulgarias para que fuese príncipe real y efectivo su tutor Stambuloff; desde que ha despedido, quizás mal de su grado, esta incómoda tutela próxima, se ha visto agarrado por otras tutelas, menos próximas y más gravosas. Entonces gozaba de títulos honorarios envidiables; parecía un príncipe reinante con aspiraciones fundadas á obtener una diadema de monarca; y ahora parece un pupilo de Rusia, en toda su política; un feudatario del sultán, en la parte declarada principado por las convenciones de Berlín; un simple gobernador civil, en la otra parte, cuya unión revolucionaria con el fragmento arreglado por la diplomacia no han querido reconocer, ni Rusia contradicha en esta suma, ni Turquía despojada de su dominio eminente ó supremo. Pues así como, al declinar la tutela de su Stambuloff, se ha encontrado el príncipe con otros varios tutores más poderosos y molestos, al abjurar la religión de sus mayores en la cabeza de su hijo, se ha encontrado con que ni ha salido el cuitado de su abandonada Iglesia occidental, ni sabido en qué Iglesias orientales entraba, pues se lo disputan, como el alma de Fausto los ángeles y los demonios en el epílogo de tan maravilloso poema, el Patriarca ó Pontífice de Roma, el Patriarca ó Pontífice de Babilonia, el Patriarca ó Pontífice de Sofía. En la misma jornada, y al paso por Constantinopla, sin respeto á las excomuniones del Papa, bien merecidas por haber desbautizado á su hijo del agua lustral romana y haberlo sumergido, rebautizándolo, en el agua lustral bizantina, fué osado á oir misa dentro del oratorio de la Embajada francesa; y desde tal oratorio á visitar el templo búlgaro, en que recibió del Patriarca los litúrgicos huevos de la Pascua griega en cambio de un eicono bizantino, piadosa reliquia, pendiente de una cadena, puesta por su mano al cuello del genoroso prelado; y desde tal ceremonia con toda solemnidad al palacio del Patriarca griego, airado con la Iglesia búlgara, por cismática; y desde tal palacio en largo viaje á Petersburgo, donde reside un sínodo presidido por formidable general de caballería y amparado so la sombra imensa del czar de todas las Rusias; por manera que se nos ha aparecido el alma de semejante príncipe como un alma en pena, vagando por doquier, no fija sobre fundamento alguno, ni bien unida con ninguna Iglesia.

Muy terrible aspecto la cuestión oriental toma con tales principios y tales príncipes, y de súbito sorprende nuestro ánimo un caso tan grave como la muerte violenta del sha, en Teherán asesinado, la cual muerte quizás nos traiga una guerra civil en Persia y fuera de Persia, un choque tremendo entre Inglaterra y Rusia. Dios nos tenga de su mano.

Lora del Río, 6 de mayo de 1896



NASR-ED-DINE, el schah de Persia recientemente asesinado



MOZAFFER-ED-DINE, el actual schah de Persia



RETABLO DE SAN JUAN BAUTISTA (TOLEDO)

ENTIERRO DEL CONDE DE ORGAZ

19 *de mayo de* 1609

Célebre retablo, trazado, esculpido y decorado con pinturas de Domenico Theotocópuli, comúnmente llamado el *Greco*. – Obra maestra del insigne pintor citado.

He aquí una *efeméride* – la segunda – que solamente por la importancia inmensa del cuadro *El entierro del conde de Orgaz*, apunto entre las efemérides del mes actual, puesto que nada más que ligeras alusiones al *mes de la Virgen* he podido encontrar, después de inquirir en buen número de libros y documentos, acotados unos por Sandoval, otros por el P. Flórez, etc., cuanto pudiera referirse á la obra maestra del *Greco*. Perdónenme, pues, los que revolviendo, con más fortuna que yo, archivos y bibliotecas, hayan averiguado (cosa que dudo) ó puedan averiguar la fecha en que el citado cuadro se terminó ó comenzó. Y hecha esta declaración, paso á ocuparme de la *efeméride* primera, que es la auténtica.

***

No es el *Greco* pintor muy conocido, ni aun de muchos de los más diligentes historiógrafos extranjeros. Hoy se inicia en España un movimiento de desagravio á la memoria del insigne discípulo de Tiziano, considerándole como el precursor de Velázquez, á quien, si no llegó en la corrección del dibujo y en la interpretación del natural, superó en fantasía. Y por ese desconocimiento de la personalidad de Domenico Theotocópuli, ignoran las gentes y aun muchos artistas españoles que el desequilibrado maestro fué, á la vez que pintor, escultor muy apreciable y arquitecto. De su mano son las trazas de la fachada del ayuntamiento de Toledo, la iglesia de la Caridad, también en Toledo, y la de los franciscanos de Illescas.

La iglesia de San Juan Bautista, llamada de *Ajusra*, atesoraba hermosas pinturas y retablos con estatuas de santos, de los cuales se conservan algunos en la iglesia de los jesuítas. Estos retablos y pinturas han desaparecido en su mayoría; mas á pesar de esto, puede admirarse en los retablos que existen cómo Theotocópuli se muestra con sus facultades creadoras y su manera á trozos sombría y eminentemente mística, á trozos de gran realismo. No menos interesante para estudiar la personalidad del *Greco* es el celebérrimo altar esculpido, trazado y pintado de su mano, existente en la parroquia de San Vicente, también en la imperial ciudad de Toledo.

Terminó el *Greco* la parte de decorado y de escultura de los retablos mayor y de la derecha de la citada iglesia de San Juan Bautista el día 19 de mayo de 1609; y por la premura que le ponía la fábrica de acabar en breve plazo las obras, hubo de encargar á dos de sus discípulos y á otros maestros la ejecución de la escultura, según sus modelos, ensamblaje, dorado y estofado de los retablos restantes, otorgando en la fecha dicha carta de pago para el objeto por valor de treinta mil reales.

***

Pero la obra maestra de Theotocópuli, revelación de un realismo que Velázquez había de cultivar y elevar á la categoría de ideal, no de su tiempo, sino del siglo presente; la obra en que la verdad de la forma corre pareja con la expresión de sentimientos los más elevados y con la unción mística que imprimían á sus figuras los pintores cristianos de los siglos XIII y XIV, es el hermoso lienzo que, en lugar detestable, falto de luz y húmedo, guarda, mejor dicho, está colgado en la pared del fondo, bajo el coro, en la antiquísima iglesia de Santo Tomé (1).

El entierro del conde de Orgaz es una de esas joyas de la pintura que tienen el doble valor de la belleza plástica y de la ideal; que revelan las extraordinarias facultades creadoras de un genio, y las no menos extraordinarias de un pintor peritísimo en el manejo del color y de la línea y en la traducción de la realidad. Representa dicho cuadro un hecho milagroso, según la tradición acaecido el día en que feneció (año 1323) el señor de Orgaz D. Gonzalo Ruiz de Toledo, descendiente de nobilísimas familias, muy devoto y restaurador y fundador de piadosos edificios. Según la tradición, que fué la que dió motivo al *Greco* para trazar su obra inmortal, el día de la muerte del citado noble y pío señor de Orgaz vióse descender del cielo á los santos Esteban y Agustín, y transportar hasta deponer en la huesa el cadáver del caballero, dando así una prueba de cariño á la familia del virtuoso noble y como recompensa á las virtudes de éste. Vese allí en portentosa comunidad á caballeros como los de la noble estirpe de los Illanes, al *beneficiado* (también de la misma familia, y por lo tanto, pariente del conde) que dos siglos y medio después de acaecido el prodigio que la tradición relata de su ascendiente, encarga al *Greco* el cuadro que había de perpetuar, juntamente con el nombre del artista, el suyo y el del conde; á varios señores de la nobleza y allegados y deudos del muerto, puestas las manos en actitud orante, mirando cómo los santos Agustín y Esteban transportan el cadáver. Y es verdadero prodigio el que representan, desde el punto de vista de la técnica y de la feliz expresión de un sentimiento, aquellas cabezas agrupadas, retratos de contemporáneos del *Greco* y por ende del *beneficiado* (cura de Santo Tomé). Prodigio, sí, el del contraste entre la expresión de asombro y de humildad de los caballeros y sacerdotes que asisten al inaudito sepelio, y la cariñosa y grave de los santos, con la de dulce y beatífico reposo del muerto. Lástima grande que esta obra portentosa tenga un lunar: la parte alta, en la que pretendió el artista dar forma á la presentación del alma de D. Gonzalo en la Gloria, ante el trono de Cristo. Aquellas nubes aborrascadas de tintes cárdenos; aquella figura que simboliza el ánima del muerto, figura descoyuntada, sin proporciones, velada por una serie de restregones de colores sombríos; aquellas otras figurillas con que pretendió el desequilibrado y gran pintor indicar la presencia de la Trinidad, toda esa parte alta del lienzo es una equivocación que si no amengua la valía del resto de la obra, por lo menos ofrece un contraste deplorable. Algunos críticos han querido tachar también de falta grave el que los asistentes á la escena del enterramiento vistan trajes del siglo XVI; mas, á mi entender, es tal reparo sutileza que no puede sostenerse, si hemos de atenernos á lo que en este particular nos enseña el estudio de las obras más salientes, que así en literatura como en pintura y escultura se produjeron hasta fines del pasado siglo y aun en principios del actual. No es secreto para nadie que á la indumentaria no daban ni escritores ni artistas el valor que se le da en la actualidad.

Este prodigioso lienzo lo realizó Theotocópuli en el año de 1584, terminándolo en el *mes de la Virgen*, y cobró por él 1.200 ducados.

***

Pachecho, que conoció en 1611 al *Greco*, dice que éste, aun en sus últimos años, tenía una actividad grande, habiéndole enseñado una enorme alacena llena de modelos de barro «que había trabajado para sus obras de escultura y *pintura*, y una sala llena de bocetos de todos sus cuadros.» Dice además el suegro de Velázquez, que era el artista griego un filósofo en sus dichos y sentencias, de honda sabiduría, y que había escrito con mesura y copia de enseñanzas respecto de la arquitectura, de la escultura y de la

(1) Por lo menos allí estaba hace tres años, última vez que lo contemplé.

pintura. Desgraciadamente nada de todo esto que Pacheco vió ha llegado (que yo sepa) hasta nosotros.

Termino esta *efeméride* con la transcripción de un soneto que el enrevesado Góngora escribió á la muerte de su amigo Domenico Theotocópuli, y que demuestra cuán distintos eran en sentir y en expresar sus sentimientos el poeta y el artista. He aquí el soneto:

«Esta en forma elegante ¡o peregrino!
De pórfido luciente dura llave,
El pincel niega al mundo más suave
Que dió espíritu al leño, vida al lino...
Su nombre, aun de mayor aliento dino
Que en los clarines de la Fama cabe,
El campo ilustra de ese mármol grave;
Venéralo, y prosigue tu camino.
Yace el Greco: heredó naturaleza
Arte, y el arte estudio, iris, colores,
Febo luces, si no sombras Morfeo.
Tanta urna, á pesar de su dureza,
Lágrimas beba, y cuando suda olores
Corteza funeral de árbol sabeo.»

R. Balsa de la Vega

LA CASUCA

(NOVELA CORTA)

«que en el mundo el amor siempre está en juego»
Campoamor. *Dichas sin nombre.*

I

Al final de este capítulo, acaso diga el lector que huelga lo que en él va escrito.

En tal noche soplaba reciamente el viento Gallego, y al enfilar por las obscuras callejas de la corralera, silbaba trémulo y hacía retemblar las mal encajadas portilleras, arrancándolas secos golpazos; levantaba del suelo con rapidez increíble las hojas desparramadas de los nogales, y con el polvo formaba remolinos que corriendo á lo largo de las callejas iban á estrellarse contra las fachadas de las casas, y la arena al rebotar sobre los cristales de las ventanas formaba *pizicattos* como de platillos que tintineasen *pianissimo:* los campanillos de la iglesuca empujados por el aire tenían una perpetua vibración parecida á una queja: esto en la parte urbana de Villabrín: en la otra rústica el Gallego recreábase á su sabor, corriendo con horrísona furia por entre los árboles seculares del bosque, doblando las copas de los más recios y humillando hasta el suelo las de los más débiles: aquel silbar bronco del elemento infundía pavor, y ni un alma cruzaba en aquella noche de invierno el término villabrinés.

Miento, porque de una de las casas situadas al extremo de la aldea, casi cerca del bosque, salió un hombre joven, vestido á estilo de indiano y llevando en la mano un farol cuyos destellos á las primeras de cambio trocáronse en tinieblas.

Pero el que á tal se atrevía en noche tan borrascosa no debía de ser hombre que se ahogase en poca agua, y arrojó como cosa inútil el farol contra el suelo: oyóse ruido de cristales que se rompen, y el joven continuó su camino, metidas las manos en los bolsillos del pantalón y las narices entre los pliegues de una bufanda.

Pisando recio, parándose á ratos, vuelto de espaldas á la dirección del viento huracanado, cruzó varias callejas hasta llegar delante de una casa de reciente construcción que ostentaba en la clave de piedra de su portada un escudo que tenía un león rampante en campo de plata.

II

Se hace la presentación de un borrachín seudo-socialista y se dan á conocer unos amores inocentes.

Quicón el de Casona era el tipo más popular que paseaba sus albarcas por Villabrín: era un viejecito panzudo, calvo, patizambo, con cara grosaza y abotagada, en la cual había que parar mucho la atención si se querían encontrar los ojos de su poseedor, porque amén de ser aquéllos chiquitines y como aguanosos, la carne de las mejillas formando dos promontorios hundíanselos, así como la nariz, de la que sólo recibía el aire la punta roja cual el pimentón.

Ni por su tipo estrafalario, ni por ser padre de la mejor moza del valle, ganó el hombre la aureola de la popularidad: á *Quicón* el de Casona le dió en estos tiempos de Cristianismo por sentirse pagano y adorar al dios Baco, y allí donde parecía no quedaba botella libre ni bota sin cata. Amén de esto, dióle el naipe al borrachín por sentirse socialista, y aun cuando no supiese palabra de las doctrinas de Marx, en la taberna desembuchaba con vozarrón increíble en tan ruin sujeto las más disparatadas teorías sociales y llamábase á sí propio con ridícula prosopopeya el Mesías de la Montaña. Gracias á que todos sus convecinos tomaban la cosa á risa y dejábanle despotricar á su gusto, y así hacían caso de sus baladronadas como si cantara un grillo.

Pasábase las horas bobas en la taberna soplándose copas de Rioja, charlando por los codos y armando partidas de tute y... las primeras camorras por si el adversario se apuntaba ó dejaba de apuntarse tantos en su juego.

Los días de fiesta pasábaselos de sol á sol en la bolera, y acompañado de una muy regular jarra de lo tinto desafiaba á los mozos á jugar con él una partida, exagerando su maestría y apropiándose enfáticamente el dictado de *Rey de los bolos*, con lo cual, sin él darse cuenta, epigramatizaba su humanidad rechoncha y caricaturesca.

Murmuraban los del pueblo que siendo *ti Quicón* uno de tantos destripaterrones, sin otra renta que la que le pudiera proporcionar su trabajo y sin otros bienes de fortuna que la casuca en donde vivía, ruinosa y ahumada por dentro, diérase tan regalada existencia y más trabajase en empinar el codo que en levantar la azada ó rastrear la tierra con el dalle.

Hacíase su conducta mucho más odiosa por cuanto los amenes del perpetuo holgorio del borrachín eran debidos á un trabajo sin tregua por parte de María Jesús – su hija, – una flor rústica, tan fragante y hermosa como esas que brotan espontáneamente en los valles.

– Esa María Jesús – chichisbeaban las mujerucas de la aldea – es la mártir de ese holgazanón de hombre que malgasta en vicios lo que debía ahorrar para cuando se case la hijuca, que es más *güena* que el pan y toda una *rial* moza.

En la alabanza quedábanse cortos los que de María Jesús hablaban, porque la muchacha idolatraba á su padre; y aunque en el fondo desaprobaba su conducta, disculpábale y con alegría trabajaba para entregarle el producto de sus jornales para que el muy bigardón se divirtiera.

Más de cuatro mozos quisieron incribirse con María Jesús en la cofradía de San Marcos, á pesar del espantajo de un suego como *ti Quicón;* pero la joven, sin herir susceptibilidades, no aceptaba el homenaje por una razón ignorada de todos y que desvirtuaba la veracidad del adagio «el amor y el dinero no pueden estar ocultos.»

María Jesusa quería con toda su alma á Pepín el indiano, un joven villabrinés que en pocos años hizo una gran fortuna en América y tornó á su pueblo natal para disfrutarla de la mejor manera posible.

Pepín correspondía ardientemente al cariño de María Jesús.

Veíanse los novios por la noche: ella asomábase á una ventana que había á espaldas de la casuca y él á pie firme detrás de la cerca del huerto.

Y como referirles á ustedes las conversaciones y proyectos que con la mayor ilusión sostenían estos Romeo y Julieta, resultaría tarea enojosa y desabrida por faltarles el alma que se asomaba á los ojos y retozaba en los labios de los protagonistas, hacemos punto á este capítulo, no sin advertir que tales charlas harían que el idilio acabase en latín, más claro: en matrimonio.

. . . .

Negocio es este de amor parecido al fuego, que, por mucho que quiera ocultarse, llega un momento en que el humo lo delata, y en el caso que pinta esta historia, hubo un pretendiente de los desdeñados por María Jesús que sorprendió el coloquio de los novios, y llevado del natural despecho, divulgó en el valle la noticia, y tanto ruido metió ésta, que llegó á oídos de *Quicón* el de Casona en el preciso instante en que el alcohol iba ahogando las escasas luces de su cerebro.

Tomó el aviso del amorío de su hija por lo trágico, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, la cara hosca, dando traspiés, y gruñendo para el cuello de su chaqueta una tremebunda filípica, dirigióse á su casa y en ella puso á María Jesús como ropa de pascua, prohibiéndole con brutales amenazas que volviese á las andadas con Pepín.

– ¡Bueno estaría que entrase en mi familia un parecido burgués!.., ¡uno que vive á costa de nosotros los proletarios!.. ¡Retronchos!.. Primero quiero verte llevada entre cuatro, que mujer de ese bandido... ¡Requetetronchos!.. ¿Qué dirían de nosotros, hijuca del diablo?.. ¿Qué dirían?.. ¡A fe de Francisco Casona que si os *sosprendo* de palique hago una de que quede memoria en veinte leguas á la redonda!

III

No hay desgracia más grande que la de tropezar con un acreedor exigente.

En la mañana que siguió á aquella noche de ventisca, con que abre plaza esta novela en su primero y al parecer inútil capítulo, *Quicón* el de Casona pasó junto á la taberna y no hizo alto como de costumbre, sino antes bien, volviendo la vista á otro lado para no caer en tentación, siguió su camino á pasos cortos, con la cabeza caída al pecho, el rostro macilento y tristón y el aire de hombre agobiado por una gran pesadumbre.

Y no era floja la que caía sobre el borrachín: el hombre joven que en noche tan infernal salió de una casuca extraviada, era Pepín el indianete, que había ido á visitar á *Quicón.* Y la visita – como supondrán cuerdamente nuestros lectores – no fué para tratar de convencer al viejo que desistiera de su manía respecto á los amores de María Jesús: nada de eso.

Presentóse Pepín como acreedor del popular borracho, mostrándole un pagaré firmado por el propio *Quicón* de Casona, y en el cual éste, después de declarar haber recibido de un Salustio Pérez, su convecino, tres mil reales en moneda contante y sonante, se comprometía á abonar dicha cantidad á las veinticuatro horas después de ser requerido para su pago, so pena de quedarse el acreedor con la casa propiedad del deudor.

Presentó el indiano el pagaré endosado á su favor por el Salustio, y con razones secas, propias de usurero, exigió á *Quicón* que cumpliese lo que bajo su firma venía obligado á cumplir.

El viejo, al ver dónde el indianete dirigía el tiro, dulcificó cuanto pudo la faz torva que en un principio pusiera, y después de gruñir que si haría esto, lo otro y lo de más allá, y después de poner á San Francisco – su patrón – por testigo de que no le amedrentaba la urgencia del pago, porque no pensaba en pagar tal deuda, vino á rogar – vista la flema de su acreedor – que le diese tiempo para ver el medio de reunir aquellos tres mil reales – que ya se le antojaban tres mil diablos que venían á turbar su sosiego.

Pero Pepín no hizo caso de las súplicas del viejo, ni lo que parecerá más extraño aún, le conmovieron poco ni mucho las lágrimas de María Jesús que le pedía por Dios y por todos los santos no los tiranizase de aquel modo.

– Si mañana á estas horas, resumió Pepín, no me entrega usted los tres mil reales que yo he dado á Salustio por este papel – y agitó el pagaré que traía en la mano, – pasado mañana avisaré al Juzgado para que me dé posesión de esta casa.

Y salió de ella dejando sumidos en la más honda pena al socialista y á la inocente María Jesús, que no atinaba cómo un hombre que tan grandes pruebas de cariño le tenía dadas pudiese llegar á ser para con ella y su padre tan inexorable.

Y llorando á lágrima viva, se abrazó al viejo, que atolondrado y con los ojos fijos en la lumbre que agonizaba en el lar, murmuraba como respondiendo á sus ideas:

– ¿Lo ves, hijuca?.., ¿lo ves? ¡Los burgueses no tienen corazón!.. ¿Ves cómo tenía yo todos mis sentidos al no querer que no fueses novia de ese bandido, sin entrañas?

María Jesús, sollozante, balbuceó:

– ¡Padre, nos quedamos sin nuestra hacienda!.., ¡sin nuestra casuca!.. ¡Más *probes* ahora que esos que piden limosna en los caminos!..

IV

En esta, como en otras muchas historias, resulta al final que no es tan fiero el león...

Quicón de Casona dedicó todo el día á buscar los tres mil reales, y después de recorrer Villabrín entero, vino á sacar en limpio que entre todos sus vecinos – según le contaban – no se reunirían ni tres ochavos.

Cuerdo por vez primera en su vida, renegó el viejo de aquella deuda contraída tan fuera de sentido para gastar los reales en jaleos báquicos.

Verdaderamente amargado el espíritu, tembloroso el cuerpo, empapado en frío sudor, tornó el hombre á sus lares, y antes de entrar en ellos dirigió una mirada de angustia á la fachada y murmuró lacrimosamente:

– ¡Mi casuca de mi alma!

Y vertiendo lágrimas como puños, entró portalón adentro, repitiendo con inflexión de voz que resumía todas sus zozobras y pesares:

– ¡Mi casuca!.. ¡Mi casuca!..

. . . .

Allí estaba otra vez el bandido sin entrañas, el burgués aborrecible, exigiendo á *Quicón* el de Casona que le pagase los ciento cincuenta duros de que le era deudor.

María Jesús, llorando como una Magdalena, dió á entender á Pepín que no podían abonárselos por no haber encontrado su padre en el pueblo quien quisiera prestarle tal suma.

El viejo, con voz trémula, como la de un niño, replicaba á todo:



RETRATO SUPUESTO DE CORNELIO VAN-DER-GEEST,

pintado por Van Dyck, que se conserva en la Galería Nacional de Londres. Grabado de Baude

– ¡No tengo un céntimo!.., ¡ni un céntimo!.. Haga usted lo que quiera... ¡Échenos usted á la calle!.. ¡Quédese usted con nuestra cama!.. Nos moriremos de hambre y de frío esta pobre hija mía y yo...

– Para terminar, indicó el indiano dulcificando su voz, ¿quiere usted que hagamos un nuevo trato?..

– ¿Un trato?.. ¿Cuál?.., preguntó con avidez el borrachín, que vió en las palabras de su acreedor una esperanza de salvación.

– ¿Me jura usted aceptar el trato que yo le proponga y que para usted y para su hija ha de ser beneficioso?..

– ¡Acéptelo, usted, padre!, indicó María Jesús.

– ¡Por aceptado y jurado!, afirmó *Quicón* suspirando.

– ¡Bien! ¡Así me gusta! Tome usted ese papelucho.

Y Pepín entregó al viejo el pagaré.

– ¿Y para qué?..

– ¡Toma!.. Para que le rompa usted ahora mismo, hombre.

– Pero ..

– ¡Rómpale!

Quicón, admirado del giro que llevaba el asunto, hizo menudos fragmentos el terrible pagaré.

– ¡Ajajá!.. Ahora que ya no me debe usted nada, puesto que este burgués sin corazón, como usted me ha llamado en la taberna, le ha devuelto á usted su casuca y su tranquilidad, ¿quiere usted ser amigo mío?..

Y Pepín tendió ambas manos hacia el viejo.

– ¡Con toda mi alma!, exclamó éste estrechándoselas fuertemente entre las suyas ..

– Bueno, pero aún hay más en el contrato que celebramos... A más de amigo mío, ¿quiere usted ser mi padre?..

Y Pepín señaló á María Jesús que lloraba de alegría.

– ¿Que si quiero?.. ¡Sí, sí!.. ¡De todas veras!..

Y el propio *Quicón* de Casona cogió á su hija de la mano, y empujándola suavemente hacia el indiano, les dijo:

– ¡Abrazaos, hijos míos!

María Jesús, cayendo en brazos de Pepín, murmuró:

– ¡Parece mentira tanta felicidad!

– ¡Y ya ves á qué poco precio la hemos conquistado!

– ¡Por una casuca, hijos míos!, advirtió el viejo.

Y siguió con toda solemnidad:

– ¡Os juro que mientras viva no echaré en olvido la lección!

. . . .

Es fama que desde entonces *Quicón* de Casona no traspasó nunca los umbrales de la taberna.

ALEJANDRO LARRUBIERA

EXPOSICIÓN

DE BELLAS ARTES É INDUSTRIAS ARTÍSTICAS DE BARCELONA

II

Tres secciones ó grupos importantes constituyen la tercera Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas, inaugurada recientemente en esta ciudad. Todas y cada una de ellas prestan valor al certamen y todas y cada una de ellas le asignan una nueva fase que determina la nota distintiva de esta manifestación artística, que cumplidamente da á conocer el estado actual de dos capitales ramas del arte y la situación de las industrias que de él reciben sus principales elementos. Sólo á grandes rasgos, á modo de conceptos generales, consignaremos la impresión que nos ha producido el examen de cada una de las agrupaciones del certamen, reservando particularizar nuestro juicio á medida que se publiquen en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA las reproducciones de las obras que figuran en la Exposición.

Diversas, cual lo son los ideales que informan las producciones de las escuelas militantes, son las obras que figuran en la sección de Pintura, que en este concurso, cual ha acontecido en los anteriores, ofrecen una fase especial, que señala nuevos derroteros y otras aspiraciones. Nótase en la mayoría de los artistas, á juzgar por las obras expuestas, el deseo de emprender derroteros fijos y el propósito de aceptar lo estrictamente razonable, cual si al apocamiento y á la vacilación hubieran sucedido la serenidad y la tranquila calma del espíritu. Aun aquellos que más se distinguieran antes por su imitativo servilismo, velan un tanto la exótica gama de su paleta, comprendiendo á tiempo que la extravagancia no puede aceptarse jamás como manifestación de genialidad. Esto no obstante, y por más que sea doloroso confesarlo, no figuran en el certamen producciones que revelen extraordinario esfuerzo de concepción ó genialidad excepcional. Obsérvase todavía, á pesar del nuevo movimiento evolutivo por fortuna iniciado, la absoluta subordinación del procedimiento á la idea, el pueril empeño de acentuar determinadas tonalidades, olvidando con ello los verdaderos derroteros del arte y del concepto moderno. El color es aún la preocupación constante de nuestros artistas. Producir con todos ó con limitados recursos, con todas las gradaciones ó con la mayor simplicidad posible de tonos. Austeros como ascétas ó fastuosos como los magnates de los tiempos medios, amantes de la luz ó aborreciéndola, he ahí la síntesis artística de la pintura contemporánea. Bien quisiéramos en bien del arte patrio que se proscribiera lo secundario por lo principal y que el genio buscase el amplio campo en que debe manifestarse, relegando las minucias ante la concepción. El procedimiento ha de ser siempre una consecuencia, y no ha de importar un ardite el que se haya adoptado, cuando la obra exprese, represente ó reproduzca con la exactitud de la realidad la genial concepción del artista. Ejemplo nos ofrecen las más notables obras pictóricas de la Exposición. La *Triste antesala*, de Gonzalo Bilbao, intensamente sentida, interesa en el mismo grado que *Las hojas caídas*, de Oca Bianca y *La eterna historia*, de Ettore Tito, por más que sus autores pertenezcan á distintas escuelas. Los tres lienzos, pintados con diversos procedimientos, subordinados á distinta técnica, impresionan hondamente, porque en ellos se ha logrado representar con felicísimo acierto igual número de escenas de la vida íntima, real, observados con exactitud y pintados con maestría. En igual caso hállanse el *Venite adoremus*, de Mas y Fontdevila; *El responso*, de Guinea; el *Flevit super illam*, de Simonet, y *La visita de la madre*, de Paternina.

Bien quisiéramos hacer extensivo nuestro aplauso á otros artistas, que en época no lejana hicieron concebir gratas esperanzas; mas ante el considerable número de producciones, discretamente pintadas, pero sin expresión de concepto, y ante la mutación de orden ó carácter técnico que en algunas se observa, reveladoras de la debilidad, acusadoras de falta de fijeza, hemos de lamentar todavía, pues no se ha remediado por completo el mal causado, los efectos de la malsana influencia revolucionaria. Ella trajo consigo una corriente que no es la nuestra, contagiando á un buen número de artistas, que sin percatarse de las consecuencias y con el sólo afán de lograr popularidad, trataron de cultivar una escuela que tiene razón de ser en otros países, pero no en el nuestro, en donde ha de ser necesariamente escaso el número de sus intérpretes.

Y tan es así, que en la actual Exposición, á juzgar por las obras expuestas, sólo hemos podido admirar dos producciones ajustadas á los cánones modernistas, verdaderamente dignas de encomio: *L'hort del rector*, de Mir, sinceramente sentida, que revela en su autor cualidades asimilativas poco comunes, y *El ball de tarda*, de Ramón Casas, trasunto del natural – que si bien no responde á lo que de este pintor puede esperarse, vale, dentro de la nota juguetona de nuestro temperamento meridional, lo que un chiste del profundo Quevedo, ó una comedia del ático Tirso. – De ahí que no titubeamos en aplaudir á los dos artistas citados. En ambos reconocemos sinceridad, y por lo tanto, consideramos sus producciones dignas de respeto y de estudio. No sucede así con los imitadores, puesto que á ellos se debe el mal causado, la dislocación, que durante un largo período de tiempo ha sido la nota característica del arte en nuestra región. Ellos fueron los que engrosaron el grupo anárquico y los que ensancharon su esfera de acción á medida que el aplauso cundía y que la crítica ensalzaba, sin darse cuenta de que el público – hoy como ayer, – convertido en verdadero censor, no acepta las obras que acusan falta de sinceridad.

Modesto Urgell, en sus poéticos paisajes, siempre sentidos y siempre admirados; Graner, en sus efectos de luz, que interpreta como pocos; Barrau, en sus cuadros ruralistas, genuinamente catalanes, y Francisco Masriera, con sus efectismos de color y las delicadas gradaciones de tonos, merecerán, aunque se separaran de los términos de lo justo, la consideración de todos, puesto que ha de reconocerse en ellos personalidad indiscutible, y concedérseles puesto preeminente en el renacimiento artístico catalán.

¿Podrán hallarse en igual caso los que sin aptitudes, méritos ni precedentes han borrado de su paleta la gama que brillaba en sus producciones y hoy manifiestan una simplicidad que no guarda relación con su ingenio y condiciones? En manera alguna. En idénticas circunstancias hállanse los que han tratado de afiliarse á la nueva influencia transpirenaica, á la última ley promulgada por los innovadores parisienses, que al igual de los modistos tratan de modificar conceptos y escuelas artísticos al comienzo de cada temporada. Nos referimos á los imitadores de dos grandes maestros, de dos artistas de grandes alientos, de dos astros de primera magnitud en el mundo del arte, Puvis de Chavannes y Alejandro Schneider. Ambos han hallado medio para simbolizar problemas sociales, vicios y virtudes de nuestra época ó agrandando con el poderoso esfuerzo de su genio la excelsa figura de Jesús, haciendo comprensible la misión llenada por algunos grandes hombres. Su empeño es noble, se ajusta á la elevación de conceptos que informan la vida de pueblos portaestandartes del progreso, preparados desde larga fecha para producir tales manifestaciones, educados, en cierto modo, para la plástica expresión de elevados ideales. Si en nuestro país concurren iguales condiciones y nuestros artistas, de temperamento esencialmente latino, pretenden cultivar un género propio de otras regiones, bien harían en seguir, cuando todo se halle en punto y sazón, las huellas de los dos artistas citados. Interin, entendemos que precisa conocer en todo su alcance y extensión los cánones del simbolismo germano-ruso-galo, para amoldarlos á nuestra idiosincrasia meridional.

Algo de lo que dejamos expuesto obsérvase en las obras de la sección de Escultura. Las mejores, las verdaderamente magistrales, no han sido modeladas en nuestro país. Los escultores catalanes, salvo limitadas excepciones, permanecen unos estacionados, sin aportar algo genial, distintivo del gran arte; otros empeñados puerilmente en dar forma corpórea á lo que sólo pictóricamente puede expresarse, y otros, por último, entregados á las veleidades de su fecunda fantasía. Unicamente Mariano Benlliure aporta en sus alegóricas representaciones de dos medios de locomoción, dos producciones dignas de estudio y dignas de su buen nombre; al igual que Blay, en su preciosa cabecita de niña, delicada y sentida, y Atché, en la figura de D. Juan II de Aragón, que evoca el recuerdo del período más luctuoso de nuestra historia regional. Mucho más bajo es el nivel en que se halla la escultura italiana, relegada ha tiempo á ser producto exclusivo de comercio. Sólo puede exceptuarse *La Rosa mística*, de Apolloni, que representa, en cierto modo, las tradiciones de la buena época de los Donatello y Canova.

A Francia ha de concederse la primacía. Si no figurara ya como la Grecia moderna, si sus escultores no hubiesen demostrado ser geniales continuadores de los grandes maestros helenos, la notabilísima estatua *La Terre*, de Boucher, que preside el gran salón central del Palacio de Bellas Artes, y la *Susana*, de Barrau, ambas humanamente sentidas y modeladas, reunirían sobrados méritos para asignarles un concepto de superioridad que ambicionamos para nuestro país.

Nutrida, valiosa é importante es la sección de Industrias Artísticas. Es, tal vez, la que más interés ofrece, puesto que además de dar á conocer inagotables fuentes de riqueza, revela progresos sólidos, muestra un derrotero fijo, ajustado á las tradiciones artísticas peninsulares y significa, para lo porvenir, una esperanza gratísima, ya que podremos eximirnos por completo del vasallaje ó servidumbre que hasta época reciente hemos rendido á otros pueblos más afortunados. Nuestros artífices producen inspirándose en sólidos fundamentos, utilizando, con singular acierto, en su loable empeño de lograr el renacimiento artístico industrial, los elementos nacionales, convencidos de que éstos responderán siempre al carácter español. Así lo patentizan los muebles, la cerámica, las obras de cerrajería y de fundición, los encajes y tejidos y hasta la orfebrería. Buena es la senda emprendida, pues han de cosecharse beneficios del empeño que con gran tino se persigue, cual es el de amoldar al gusto y corrientes modernas los elementos que en otros siglos determinaron el engrandecimiento artístico industrial de nuestra patria.

Tal es, á grandes trazos, la impresión que nos ha producido el general examen de los grupos ó secciones en que se divide nuestra actual Exposición, que puede sintetizarse en los siguientes términos: Armónica y razonada manifestación pictórica, superior á las anteriores, sin que en ella se destaque una obra sensacional, intensamente sentida, que interese ó sugestione, y que, en una palabra, sea el suceso, la nota del certamen, excepción hecha de la de Gonzalo Bilbao, que es la que más méritos reune. Indiscutible superioridad de la escultura francesa y brillante exhibición artístico-industrial, sólidamente desarrollada, con vasta esfera de acción, ajustada á cánones nacionales, razonada y completa, y tan cumplida que ha de asignarse á los artífices de hoy el honroso título de continuadores de los maestros de los siglos de oro del arte español.

A. GARCÍA LLANSÓ

LA RESTAURACIÓN DE LOS JUEGOS OLÍMPICOS

EN ATENAS

A pesar de reveses y disgustos recientes, Grecia acaba de alcanzar un triunfo genuino, tan inesperado como brillante. La primera reunión cuatrienal de la Asociación Olímpica internacional, celebrada en la capital del atletismo clásico, ha granjeado á los griegos las mayores simpatías, tanto por la acogida, la cariñosa hospitalidad y los desapasionados aplausos que han prodigado á sus competidores ó vencedores extranjeros, cuanto por la destreza, la resistencia y agilidad de que ellos mismos han dado relevantes muestras en los ejercicios. Hace dos años habían ya dado pruebas notables los helenos de que entre ellos existía aún una marcada inclinación á los ejercicios atléticos, á fuer de herederos de los que habían practicado en antiguas épocas las empresas más famosas de cuantas por este concepto se conocieron en el mundo entero. Ahora han revelado que subsiste entre ellos el antiguo vigor, y así se acaba de ver demostrado brillantemente cuando el joven campesino griego Sotirios Lues, entre el entusiasmo más indescriptible de millares de espectadores, llegó á la meta en el restaurado estadio de Atenas, obteniendo la victoria en la prolongada carrera de Maratón. Griegos han sido también el segundo y el tercero que llegaron después que él, habiendo dejado atrás á tres competidores, húngaro, americano y australiano.

¿Quién de cuantos han leído en su juventud el interesante relato en que se pinta á Tersipos cayendo muerto de cansancio al llegar á Atenas después de una veloz carrera desde el campo de batalla de Maratón, teniendo apenas tiempo de exclamar: «¡Victoria, alegraos!» quién puede extrañar que los griegos hayan puesto el mayor empeño en salir triunfadores en la actual carrera, como sagrado recuerdo de un pasado sin igual, como piadoso tributo á memorias por ellos conservadas al través de siglos enteros de desastres y miserias?

Entre la clase de vigorosos campesinos de que Grecia ha sacado en todo tiempo sus mejores soldados, ha encontrado ahora también el hombre que ha alcanzado la victoria. Hace seis meses, Sotirios, que acababa de cumplir su empeño en el ejército, volvió á empuñar el arado. Tenía fama de andarín y corredor, y sin alharacas, modestamente, se hizo inscribir entre los aspirantes al premio de Maratón. En la mañana del día de la carrera, su padre le dijo: «Sotirios, no debes volver sino vencedor.» Y desde el túmulo que conmemora la caída inmortal del soldado de Maratón, un rústico anciano se despidió de sus convecinos con la salutación usual de los aldeanos griegos: «Hermanos, Cristo ha resucitado; ya es tiempo también de que resucitéis vosotros; demostrad que sois verdaderos helenos.»

El anciano Lues estaba desde muy temprano en el estadio con sus tres hijas, aguardando á su hijo; tenía la persuasión de que éste saldría vencedor; pero nadie los conocía, y costóles mucho trabajo abrirse paso al través de la muchedumbre que poco después había de aclamar frenéticamente al joven campesino.



MADONA, bajo relieve de Werner Akermann
(Exposición general de Bellas Artes y de Industrias Artísticas de Barcelona)

Cuando éste hubo alcanzado el triunfo, muchas y muy hermosas damas le arrojaron profusión de flores, algunas le regalaron sus sortijas, otras sus relojes, y señora americana hubo que le dió su pomo de aguas olorosas. Los príncipes le abrazaron y el rey le hizo un saludo militar. No por estos agasajos y desusadas ovaciones se envaneció y perdió la cabeza el sencillo aldeano. Al contrario, mientras los recibía, no cesaba de buscar con la vista á su padre, y cuando lo divisó, corrió á él, le llamó y se arrojó con efusión en sus brazos diciéndole: «Ya ve usted, padre, como le he obedecido.» Tan feliz como Diágoras, el viejo rústico estaba orgullosísimo con la victoria de su hijo. Los campesinos son á decir verdad la esperanza de la Grecia, pues constituyen la clase más sana y robusta del país.

Nuestro grabado de la página 366 representa el antiguo estadio, tal como se le ha reconstituído para los nuevos Juegos olímpicos merced á la munificencia de Jorge Averoff, riquísimo comerciante griego de Alejandría, y uno de los resueltos epirotas á cuya patriótica liberalidad debe la moderna Atenas lo más preciado de sus establecimientos públicos. Así como Sotirios ha renovado, al cabo de 2.386 años, la proeza de Tersipo, así también Averoff ha emulado á Herocles Atico, de quien se dijo en su tiempo «que fué el único hombre que supo hacer buen uso de sus riquezas.» Herodes reconstruyó enteramente de mármol el estadio panatenaico, del cual se aseguraba que era una obra que sobresalía entre todas las maravillas del mundo.

El estadio es de forma elíptica y tiene 260 metros de largo por 140 de ancho: la pista mide 232 metros por 33. Las gradas del anfiteatro son provisionalmente en su mayor parte de madera pintada, pero en definitiva serán de mármol del Pentélico y de piedra blanca del Pireo.

Estamos seguros que el nuevo estadio, Fénix literalmente resucitado de sus cenizas, ha causado una impresión análoga en el ánimo de cuantos han tenido ocasión de verlo. Durante los siglos llamados con verdad Edad del obscurantismo, sus sesenta gradas marmóreas, con sus tronos y bancos, en las que podían colocarse holgadamente hasta sesenta mil atenienses, fueron gradualmente desapareciendo. Mas ahora puede considerarse como circunstancia de feliz augurio que en el estadio, resplandeciente de nuevo con el brillo del mármol pentélico, hayan resonado entusiastas aclamaciones, en todas las lenguas europeas, en honor de la victoria de los griegos. Y Lues, con la característica sencillez de su raza, ha hecho uso del telégrafo en verdadero estilo clásico para anunciar su victoria alcanzada al restaurador del recinto de los triunfos seculares: Νενικηκα Μαραθώνιον, τὸ δ' κλέος.

Sotirios Lues, á quien por su victoria se ha concedido la copa de honor, empleó dos horas, 58 minutos y 50 segundos en recorrer la distancia de 42 kilómetros que media entre Maratón y el estadio.



Angel Custodio, cuadro de Víctor Cavalleri



¡HASTA LA VISTA!, cuadro de Ignacio Díaz Olano

(Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1896)



PAREJAS DEL BOU, cuadro de Francisco Miralles

(Salón Parés)

NUESTROS GRABADOS

Cartel anunciador artístico, obra de Alejandro de Riquer (Exposición general de Bellas Artes). – El notable artista y paisano nuestro D. Alejandro de Riquer, que tan justa fama ha logrado conquistar en un género harto difícil, cual es el decorativo, ha tratado con verdadera fortuna de introducir un progreso, desde el punto de vista artístico, en la



Cartel anunciador artístico, obra de Alejandro de Riquer (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona. 1896)

ejecución de carteles anunciadores. Muestra de ello es el que reproducimos, destinado al importantísimo establecimiento fotográfico de los Sres. A y E. Fernández, dits Napoleón, que á semejanza del Sr. Riquer, y bajo otras formas, han obtenido brillantísimos resultados por medio de la atinada intervención del arte en las producciones fotográficas.

Nasr-ed-Dine y Mozaffer-ed-Dine. – Nasr-ed-Dine, el schah de Persia, asesinado el día 1.° de mayo en la mezquita de Shahzadeh-Abdul-Azim, de Teherán, pertenecía á la dinastía de los Kadjares, que reina en Persia desde hace más de un siglo, y contaba sesenta y ocho años de edad y cuarenta y cuatro de reinado. Fué el primer soberano persa que emprendió viajes al extranjero, durante los cuales visitó las más importantes capitales europeas, llamando en todas partes la atención por el fausto con que se presentaba en público. Era hombre ilustrado, y su espíritu innovador hízole intentar varias reformas políticas que no siempre fueron bien recibidas por su pueblo; había embellecido á la capital de su imperio con muchos edificios modernos, organizado el servicio de correos, decretado la construcción de varias carreteras, dotado á su país de algunas vías férreas, reformado el sistema monetario, fomentado la explotación de minas é introducido grandes mejoras higiénicas en su capital. Era tolerante en materias religiosas, lo cual le había atraído el odio de la secta de los babis, que desde el año 1852 atentó distintas veces contra la vida del schah, habiendo al fin conseguido consumar el regicidio el día 1.° del mes actual. Mantuvo siempre cordiales relaciones con las potencias europeas y procuró permanecer siempre neutral entre Rusia é Inglaterra en las contiendas que continuamente sostienen estos dos Estados en su afán por ejercer el predominio en Asia.

El sucesor del schah, Mozaffer-ed-Dine, tiene ahora 46 años: nació en Teherán, y á los diez años fué enviado á Tauris, acompañado del sardor Azoz-Khan, quien fué nombrado gobernador general de la provincia de Azerbaidján, feudo de los príncipes herederos de Persia. Llegado á la mayor edad, Mozaffer-ed-Dine encargóse personalmente del gobierno de aquella región, en donde por sus buenas cualidades y por su espíritu de justicia se ha ganado las simpatías de los habitantes y aun las de toda la Persia, como lo demuestra la satisfacción con que ha sido acogida su elevación al trono.

La vendedora de fresas, dibujo de Méndez Bringa. – Una nueva prueba del talento de observación y de la ejecución habilísima del distinguido dibujante madrileño ofrecemos hoy á nuestros lectores: *La vendedora de fresas* es digna compañera de los diversos tipos que hemos publicado, obra del mismo autor, y es un ejemplar más en la interesante galería matritense que forma Méndez Bringa, trasladando al papel con fidelidad é imponderable buen gusto las gentes y las costumbres de Madrid de nuestros días. Una vez más hacemos justicia al artista, tributando incondicional elogio al dibujo que reproducimos en el presente número.

Retrato supuesto de Van der Geest, pintado por Van Dyck. – Cuando se trata de un artista unánimemente clasificado entre los indiscutibles, los elogios huelgan y las descripciones de sus obras acusan las más de las veces cierta pedantería si en ellas no puede consignarse algún dato verdaderamente interesante y poco conocido. Nada diremos, pues, del supuesto retrato de Van der Geest, obra de Van Dyck que se guarda en la Galería Nacional de Londres, y únicamente llamaremos la atención de nuestros lectores sobre las excelencias que aparecen reunidas y se manifiestan á la simple vista en el precioso grabado de Carlos Baude.

Madona, bajo relieve de Werner Akermann (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896). – Dos obras verdaderamente ejemplares ha remitido á nuestra Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas el distinguido escultor sueco Werner Akermann. Una estatua, admirable estudio de desnudo, y el bajo relieve que nos cabe la satisfacción de dar á conocer á nuestros lectores. La primera distínguese por la belleza de sus líneas, ajustadas en un todo á la verdad, y por lo espontáneo de su ejecución, que revela la segura mano y la inteligencia del maestro.

Cuanto al bajo relieve, de concepto opuesto á la estatua, sorprende el esfuerzo que ha logrado realizar el artista, puesto que sin perder la obra ese delicado misticismo que tanto admiramos en las producciones escultóricas de los grandes maestros de la escuela italiana, es la representación expresiva y real de la mujer en su estado más sublime: la maternidad.

Angel Custodio, cuadro de Victor Cavalleri. – Este cuadro del celebrado pintor turinés Cavalleri fué muy elogiado en la última exposición internacional de Venecia: la delicadeza de la idea y la gracia de la composición, avaloradas por una ejecución notable, demuestran la justicia de aquellas alabanzas dedicadas á esa obra de un artista cuyos lienzos son otras tantas notas de sentimiento.

Al contemplar la dulce expresión del *Angel Custodio* representado por la linda adolescente que cuida con solicitud fraternal del otro angelito dormido en su cuna, compréndese que los elogios prodigados al artista hayan sido tan unánimes como merecidos.

¡Hasta la vista!, cuadro de Ignacio Díaz Olano. (Exposición general de Bellas Artes y de Industrias Artísticas de Barcelona de 1896). – No se ha propuesto el señor Díaz Olano, en el lienzo que reproducimos, desarrollar un asunto ni casi expresar un concepto. Tal propósito lo ha reservado para el cuadro titulado *¡Pobre madre!*, que casi parejo del á que nos referimos figura en la sala 2.ª de la sección de Pintura de la Exposición de Bellas Artes de esta ciudad. Trátase única y exclusivamente de un estudio, en el que se han resuelto dificultades de tonalidad que demuestran las cualidades del artista y los progresos realizados durante su estancia en la antigua ciudad de los césares y los Papas.

Aunque de orden completamente distinto, es el cuadro que motiva estos renglones digno compañero del que bajo el título de *Planchadoras* tan justamente llamó la atención en la última Exposición Nacional.

Parejas del Bou, cuadro de Francisco Miralles. (Salón Parés). – El pintor que busca asunto para sus obras en escenas, cuadros, tipos y costumbres, entendemos que llena cumplidamente su misión, puesto que contribuye á aumentar, para lo porvenir, el número de datos y antecedentes que podrán dar á conocer la época en que vivimos. Bajo este aspecto cumple el Sr. Miralles como bueno, cobrando mayor valía é importancia sus producciones por el mérito en cada una de ellas, reflejo de las aptitudes del artista. Nuestros lectores conocen algunos de sus notables cuadros, complaciéndonos hoy en publicar el que representa el regreso de barcas pescadoras en las costas catalanas, bello cuadro de costumbres de nuestra región, pintado con la delicadeza que á modo de nota distintiva descuella en todas las producciones de Francisco Miralles.

La corona del schah de Persia. – Esta corona, como pueden ver nuestros lectores, tiene una forma parecida á la de una tiara: está bordada con perlas finas y sembrada de magníficas piedras preciosas y termina en una joya de gran tamaño, de la que sale un largo penacho de diamantes.

Gomoso, cuadro de Francisco Gómez Soler. – Empresa harto penosa y preñada de dificultades es la de combatir los errores y defectos de la sociedad en que vivimos por medio de la representación de tipos, cuadros y escenas que, si bien préstanse para que la crítica pueda reproducirlos á la pública censura, ofrecen el gravísimo escollo de la posible acentuación de rasgos, produciéndose lastimoso efecto. Tales inconvenientes ha logrado salvarlos con ingenio y delicadeza el conocido pintor y dibujante Sr. Gómez Soler, quien, á pesar de la limitación del círculo en que ha de moverse, no decae ni incurre en los defectos que apuntamos, conforme lo demuestra la copia del cuadro que publicamos, representación del ridículo tipo del *gomoso*.

Después de la jornada, dibujo original de Isidoro Marín. – A la galantería del pintor granadino Isidoro Marín debemos el bonito dibujo titulado *Después de la jornada*, que á modo de interesante estudio nos da á conocer un cuadro de costumbres ruralistas de la antigua ciudad de los mozaritas. Varios grupos de campesinos y labriegos encamínanse al obscurecer y después de su penosa jornada al hogar, en busca del reparador descanso, conduciendo en las caballerías que con ellos han compartido las rudas faenas agrícolas, á la vez que los productos alcanzados, los aperos que han manejado durante el día. Todo en el dibujo está muy bien observado, es trasunto del natural y constituye un bellísimo cuadro, digno del buen nombre del artista granadino.

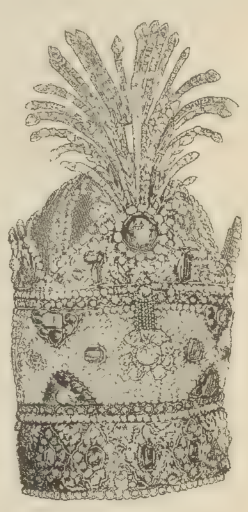
MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Barcelona. – El día 7 del actual tuvo lugar en el Salón de la Reina Regente del Palacio de Bellas Artes la primera audición del Piano-Pedalier, sistema Cateura, á la que nos cupo la satisfacción de concurrir galantemente invitados por el inventor. Trátase de una innovación aplicable á todos los pianos, que los modifica y avalora de tal manera que multiplica sus medios de expresión. Consiste en un juego de pedales, que utilizados y combinados á voluntad del ejecutante determinan efectos admirables y hasta hoy desconocidos. Aparte de los pedales celeste, fuerte y de retención, que corresponden al pie derecho, existen el pedal sordina, claro y armónico, que se hallan bajo el dominio del pie izquierdo.

La distinguida concertista señorita Pousa ejecutó varias piezas notables que sirvieron para dar á conocer, á la vez que su indiscutible maestría, la importancia y aplicaciones del invento, destinado, á nuestro juicio, á lograr la general aceptación, ya que transforma y amplía las condiciones del piano.

Entre los invitados á la audición y al almuerzo que se sirvió después, asistieron las autoridades y un buen número de aficionados á la música.

Florencia. – En la Galería de los Uffizi ha quedado instalado un cuadro de Sandro Botticelli que representa la *Adoración de los Reyes Magos* y que, descubierto recientemente en uno de los almacenes de aquel museo, ha sido objeto de una completa restauración.



La corona del schah de Persia

Necrología. – Han fallecido:

Carlos Mangiagalli, compositor español, autor de la música de varias zarzuelas aplaudidas.

José Casas y Barbosa, notable electricista y director del periódico científico *La Naturaleza*, que se publica en Madrid.

Donovan Adam, pintor de animales escocés, miembro de la Academia de Bellas Artes escocesa.

AJEDREZ

Problema número 19, por Demetrio Galcerán

NEGRAS

6 B y 3 N. = 9 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

Solución al problema núm. 18, por V. López Navalón

Blancas.	Negras
1. D4 AD jaque	1. R toma D (*)
2. C toma P	2. P toma C ó R4D
3. A toma P ó C4AR jaque	3. P4D ó R juega.
4. A mate	

(*) Si 1. R5R, la solución sigue así: 2. D6R jaque, 2. R5AR; 3. D5AR jaque, y 4. D mate.



..., la máscara, bajándose el capuchón y quitándose la careta, miró de frente á Felicio

DOS ANONIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Hay muchos hombres, ¡muchos!, para los cuales el pie de la mujer es lo principal, y la mujer lo accesorio. Para éstos no hay mujer vieja, ni fea, ni sucia, ni vulgar, si tiene un pie que colma sus aspiraciones: el pie es el poema, las demás partes del cuerpo episodios insignificantes. Felicio estaba picado de esta manía; es más, no concebía á una mujer atractiva sin *buen pie;* pero no lo extremaba, y exigía que el resto de la mujer fuera, por lo menos, aceptable.

Así fué que después de detenerse con fruición y sorpresa al contemplar el pie de aquella máscara, Felicio subió la mirada, examinando detenidamente los demás detalles, con la minuciosa atención del *sportman* que registra un caballo; y aquella inspección redobló su sorpresa. ¡Qué cabeza tan noblemente colocada sobre el busto! ¡Qué busto tan admirablemente modelado, en el que se adivinaban ondulaciones elegantes! ¡Qué cuello blanco y satinado! ¡Qué manos largas y estrechas, cubiertas con guantes que no eran ciertamente de *la Valentia!*

No, aquella mujer no pertenecía á la *furriela* de Capellanes: era una perla exótica en aquel mar de vulgaridad.

Felicio se sorprendió y luego reflexionó: era algo escéptico.

«Bueno - se dijo, - el aspecto es irreprochable..., pero ¡quién sabe!, tal vez será vieja ó fea. Hay amas de llaves de buena casa que tienen aire distinguido.»

Antes de aproximarse Felicio, la máscara en cuestión daba señales de inquietud ó fastidio y miraba distraidamente hacia todas partes. Habíase puesto en pie en ademán de marcharse; pero al acercarse el joven, volvió á sentarse.

Ambos se examinaron con atención, y Felicio creyó notar un imperceptible movimiento en ella como indicándole que se sentara á su lado.

El joven se sentó. Aunque tan joven, la afición le había dado experiencia respecto á mujeres: aquella mujer *olía á persona decente.* Hubo un momento de silencio, que uno y otro emplearon en completar los detalles de su mutua inspección.

Ella fué la primera que rompió aquel mutismo.

– Iba á marcharme ahora mismo, dijo.

– Pero me has visto, te he flechado y te has detenido por mí.

– Precisamente.

– ¿Por qué te he flechado?

– No, sino porque eres el *rara avis* de Capellanes.

– ¡Ah!

– Sí, eres el único hombre presentable que hay aquí.

– ¡Muchas gracias! Supongo que no lo dirás por mi traje.

– Lo digo por ti.

– Te repito las gracias; pero noto que hemos trocado los papeles. ¿Has leído el *Telémaco?*

– Como todo el que ha aprendido francés.

– Pues bueno: te diré que tú sí que descuellas entre este *femenino* averiado, como Calipso entre sus ninfas.

– Creo que sí, lo cual no tiene gran mérito. ¡Qué hombres, qué mujeres! No me había formado tan mala idea de Capellanes.

– ¿Has venido hoy por primera vez?

– Sí, acabo de entrar y voy á irme.

– ¿Has venido sola?

– Sola como las doncellas andantes.

– ¿Buscas un paladín?

– Buscaba lo que en todas partes: distracción, y no la encuentro.

– Ese *spleen* desdice de tu acento andaluz ó cubano.

– En todas partes *cuesen jabas.*

– ¿De suerte que te aburres?

– Sí.

– Pues aquí tienes un cómplice.

Hubo otro momento de silencio. La máscara daba señales de inquietud, golpeaba el suelo con el pie y se abanicaba. Felicio pensaba entretanto:

«Por su conversación, me parece una marisabidilla ó una cursi ilustrada.»

De pronto le espetó esta pregunta á quema ropa:

– ¿Eres joven?

– Menos que tú. ¿Por qué me lo preguntas?

– Pues francamente, porque estoy atraído y escamado.

– No te comprendo.

– Tu pie, tu mano, tu cuello, tus ojos, aunque un tanto alocados, son adorables, pero la careta me intriga, como dicen en Francia. En Capellanes no puede haber chascos: sólo se tapan las viejas ó las feas.

– ¿Y á ti qué te importa que sea una de las dos cosas ó ambas á dos? Supongo que no habrás venido aquí á buscar novia.

– No, ciertamente.

– Entonces...

– Es que tienes un imán inexplicable, y un desencanto me haría daño.

Felicio se expresaba con seriedad, casi con sentimiento.

– ¿Cómo te llamas?, le preguntó la máscara

– Felicio.

– Felicio..., Felicio, repitió ella, como si tratara de recordar alguna cosa y volviendo á mirarle con atención; y luego, como haciendo un cómputo mental, murmuró:

– Podría ser.

– ¿Qué dices?, preguntó Felicio, algo sorprendido de la preocupación de la máscara.

– Nada, que me voy. Hace aquí mucho calor.

Y se puso en pie.

– ¿Te vas sola?

– Si tú no me acompañas...

El joven, sin proferir una palabra, le dió el brazo y ambos á dos se dirigieron hacia la puerta de salida.

Una portera y su hija, que después de cerrado el

portal habían venido á solazarse á Capellanes, estuvieron observando á la pareja que se marchaba. Entonces la madre dijo á la hija, sin duda para darla una lección de moral:

«Esa ya lleva su avío.»

IV

Ya en la calle, Felicio preguntó á la máscara:

– ¿Por dónde vamos?

– Por donde quieras, con tal de que haya poca gente.

Felicio se dirigió hacia la plaza de las Descalzas.

La máscara estaba muy inquieta, se abanicaba de prisa y apretaba el brazo de su compañero.

– ¿Tienes calor?, preguntó éste.

– Mucho.

– Pues permíteme que te diga que no es para tanto, aun cuando hace una noche precursora de la primavera.

La máscara no contestó. Como siguieron las presiones del brazo, el joven, con la malicia y fatuidad peculiares á los hombres, creyólas *avances*, y tomó una mano de su pareja.

– ¡Felicio, hijo mío!, dijo ésta, retirándola suavemente, tienes razón de no ser juicioso, pero... te suplico que lo seas.

Estas palabras fueron dichas con una inflexión de voz tan firme y tan seria que preocuparon al joven.

Al pasar por frente al convento de las Descalzas Reales se oyeron algunas campanadas.

– ¡Qué hermosa vida!, murmuró entonces la máscara, bajando la cabeza.

– ¿Cuál?, preguntó Felicio.

– La de esas religiosas. ¡Qué tranquilidad, qué placidez, qué sabiduría en su esperanza de ganar el cielo!

– Sí, si no dudan.

– Si dudan son más sabias todavía. ¿Cómo puede compararse el bien infinito, aunque hipotético, con felicidades (si las hay) que tienen un término forzoso?

«Lo dicho – pensó Felicio, – es una relamida, vieja verde, algo cansada del mundo, que busca en Capellanes y quizá en otros sitios *non sanctos* estímulos para avivar sus alicaídas emociones.»

Habían llegado frente al nuevo Monte de Piedad, en donde hay un jardincito, con una barandilla y un banco de piedra corrido.

– Sentémonos un momento, dijo la máscara.

Se sentaron en la parte que da hacia la calle de la Flora. Aquellos sitios, de noche, casi siempre están solitarios, especialmente en el invierno. El joven, influído por la idea de la vejez de su compañera, comenzaba á fastidiarse. Para animarse un poco, buscó aquel pie divino, que había admirado en Capellanes; pero el pie permanecía oculto debajo de la falda de la máscara, que miraba al cielo y se abanicaba de vez en cuando.

Felicio, por decir algo, dijo:

– ¿Quieres decirme tu nombre?

– María.

– Pues bien, María, ¿no es tiempo aún de que te vea la cara?

– Leo en tu pensamiento: me supones vieja y... lo soy.., he vivido ya siglos...

– ¡Oh, no!..

– Y quieres cerciorarte, porque ya te cansa esta aventura. Todo mi exterior te gusta, pero no te basta. Me crees vieja ó fea y quieres matar tu ilusión. El alma importa poco, lo esencial es la cara; pues bien, vas á verla.

Y la máscara, bajándose el capuchón y quitándose la careta, miró de frente á Felicio.

Este quedóse absorto y como deslumbrado.

La farola que hay en lo alto del jardín disipaba un tanto la penumbra de la noche, y su luz, aunque oblicuamente, daba en el rostro de aquella mujer, que estaba en la sazón de la vida; en ese crepúsculo de la juventud y de la edad madura, que es como una hermosísima tarde de otoño en la existencia de la mujer. ¿Dónde había visto Felicio aquella cabeza tan divinamente desarrollada por la parte de las sienes; aquel pelo castaño, que, aunque fino, se rizaba nerviosamente; aquella oreja de raza, que era un encanto de ternura; aquellas cejas suaves en sus extremidades y pobladas en el centro; aquellos ojos profundos y halagüeños, aunque de expresión extraviada; aquella tez blanca, con sombras de vello y surcos de venas azuladas; aquellos labios que se contraían en un mohín tierno y gracioso?

¿Dónde había visto Felicio todas estas cosas? Quizá en algún ensueño de su infancia, en sus lucubraciones de poeta, en ese ideal que no todos formulan, pero que todos llevamos inconscientemente en el corazón y se nos revela en un momento dado.

El joven, en aquel primer instante de contemplación, sintió despertarse en él la levadura apasionada y novelesca que constituía su organización, y de la que él se creía desposeído, más adelante sabremos por qué. Algunas lágrimas asomaron á sus ojos, y con un movimiento rápido é impremeditado tomó una mano de aquella mujer y la besó tiernamente.

– ¿Qué hace usted?, dijo ésta, ¿por qué llora?

– Lloro de alegría, de sorpresa, de gratitud..., ¿qué sé yo?.. ¡Ah, María!, ¿por qué no me tuteas?; ¿por qué no me llamas ¡hijo mío!, como antes?; ¿por qué me recuerdas las conveniencias sociales en este momento, primero en que he vivido?.. ¡Ah! ¡Déjame tu mano, no receles de mí!. ¡Si pudiera expresarte lo que siento á tu lado!.. No es el deseo del hombre por la mujer, es la revelación en mí de otro ser distinto, la energía de la vida que me abandonaba: es que ahora soy como quería ser...

– ¡Felicio!

– No te burles de mí. Tengo diez y ocho años, y ya era viejo y estúpidamente escéptico. No me comprendía á mí mismo, me creía mutilado del corazón. Adoro la poesía, hago versos, he vivido en los mundos del arte, de la fantasía, de la novela; y sin embargo, ansiando enamorarme de todas estas cosas, me burlaba de ellas. Y esta impotencia de corazón la achacaba á buen juicio. Y no obstante, este buen juicio no me servía, como á los demás, para ocuparme y hasta para hallar agradables las preocupaciones de la existencia: este buen juicio me pesaba. Si un pato pudiese pensar, hubiera pensado como yo: volaba torpemente y bajo, por los mundos del espíritu, y andaba más difícilmente aún por la tierra... ¡Ah! Perdona mi locuacidad y mi locura; siento una explosión que no puedo contener. No sé quién eres, pero sé que para mí no eres sólo una mujer bonita que he encontrado en Capellanes. Creo en las concatenaciones de la vida, en la unidad del tejido de las suertes, en esos acasos que permiten que en un vaso de agua se fragüe una tempestad. Nunca me he sentido tan excitado. Si fuera excitación de amor ó sensualidad, te desearía, y no te deseo. Al hablarte parece que obedezco á un impulso interior como el que guía el lápiz del *medium* espiritista. Si hubiera bebido me creería perturbado; pero no, hace tiempo que ni excitado ni en mi entera razón no he salido, hasta ahora, de un marasmo que no podía explicarme. Ahora mismo, ¡tan receloso estoy y tan acostumbrado á querer analizar mis sensaciones!, dudo de si la que en este instante me domina proviene de los nervios ó del corazón... Si te fastidio, vete..., si no, óyeme.

– ¡Felicio, hijo mío!, dijo aquella mujer á quien llamaré María, puesto que ella se ha dado este nombre. Valiera más que tus palabras fuesen hijas de una excitación momentánea, de esa novela que todos los jóvenes tienen en la imaginación; si no..., vas á ser muy desgraciado.

– ¡Qué importa la desgracia!, exclamó el joven con ímpetu; el dolor es la vida; lo que aplana es la falta de energía moral; lo que mata es el deseo de inquirir sus sensaciones y encontrarse sin ninguna; lo que desespera es ser viejo á los diez y ocho años. ¿Comprendes un joven que no desee nada, ni aun á la mujer? Por eso estoy asombrado ahora, y antes lloraba de alegría, porque tú has hecho saltar mi corazón como un miembro sometido á la acción de la pila de Volta. ¡Ah! Recelo...

– No receles, interrumpió María, tomando una mano de Felicio. No te analices: esta creo que es tu manía. Verdadera ó ficticia, sientes una excitación inusitada: vive en ella, aunque no sea más que momentos; no te atormentes suponiendo que va á cesar. Parece providencial nuestro encuentro: yo soy quizá la única mujer que oyéndote no se hubiera reído de ti. ¿Y sabes por qué? Porque hace mucho tiempo que me hallo en ese estado de atonía que has indicado; pero más desgraciada que tú, en mí no dimana de impotencia moral, sino de exceso de vida. ¡Si supieras!..

María estrechaba la mano del joven. Se había quitado un guante. Con aquel suave contacto Felicio sentía sacudidas nerviosas, é iba apoderándose de él al modo de un éxtasis de contemplación. Parecía que la presión de aquella mano le mecía como á un niño en la cuna y le sumía en dulce somnolencia.

De repente, y como si despertara de un ensueño, dijo:

– Es cosa singular, pero me parece haberte visto antes de ahora.

María hizo un movimiento de sorpresa. Estaba sentada de frente y se volvió hacia Felicio, diciendo:

– Lo que es singular es la coincidencia de nuestros pensamientos: en este instante me hacía la misma pregunta que tú.

– ¿Crees haberme visto anteriormente?

– Sí, y registro mi memoria. Me asaltó esta idea desde el primer momento en que te vi. Recordé un incidente olvidado, al que tu nombre da verosimilitud. Yo tengo el retrato, ó más bien el esbozo, hecho por mi mano, de un niño que se llamaba Felicio; escribí este nombre al pie de aquel boceto. Un niño que vi en Aranjuez...

– ¡En Aranjuez!

– Aquel niño era rubio y fresco, rebosando vida y salud; no se parece á lo que eres tú hoy día, pero sí en la frente y en los ojos. ¡Los niños varían tanto al llegar á la juventud!

– ¡Ah! Sí, en Aranjuez, hace nueve años, dijo Felicio, como recordando. Yo estaba allí con mi madre y con mi tía... Encontré á una señora y una niña al lado del arroyo... Hizo mi retrato... Me besó... No volví á verla... ¡Oh, María! ¿Serías tú?.. Sí, tú eres; te recuerdo, no te he olvidado nunca. He hecho versos recordando aquel encuentro y aquel beso:

> Al modo que aérea silfa apenas toca
> las puras aguas al cruzar el río,
> así aquel beso de su dulce boca
> resbaló apenas sobre el rostro mío...

– La vida es una novela, y de las más inverosímiles. Después de nueve años volvemos á encontrarnos, dijo María, como hablando consigo misma. Nos encontramos intranquilos, locos quizá... Tú luchando con tu juventud y yo con mi suerte... Nos encontramos... ¿por qué, para qué?

El reloj de la *Caja de Ahorros* dió sonora y pausadamente las doce de la noche.

María se puso en pie, diciendo á Felicio:

– Tengo sed. Llévame á un café retirado.

Afortunadamente, aquella noche era rico Felicio: tenía diez pesetas en el bolsillo.

V

María guardó la careta en el bolsillo de su vestido y se caló bien el capuchón. Comenzaron á andar cogidos del brazo. Ella apresuraba el paso y se apoyaba cada vez más en su joven compañero.

– ¿Estás cansada? ¿Sientes alguna molestia?, le preguntó éste.

– No, son los nervios.

Entráronse por la travesía de Trujillos, y por la misma calle, desembocaron en la plaza de Santo Domingo. Al embocar la calle Ancha de San Bernardo dijo María:

– No, por esta calle no, es muy pasajera.

– ¿Temes ser vista?

– Pudiera ser, aunque la gente que me conoce no suele andar á estas horas por estos sitios.

Bajaron por la calle de Isabel la Católica, transpusieron el mercado de los Mostenses, siguieron por la calle de las Beatas, y por la puerta que da á esta calle entraron en el café de Peláez, que hace esquina á la Ancha de San Bernardo.

Durante este trayecto, habíanse hecho algunas mutuas confidencias.

Se sentaron en una piececita del café, donde no había nadie. Acudió un mozo que conocía á Felicio y le servía muchas noches.

– ¿Qué vas á tomar?, preguntó el joven á María.

– Ajenjo, dijo ésta.

– ¡Ajenjo!, exclamó Felicio, admirado. Creí que querías refrescar.

– El ajenjo me refresca.

El mozo trajo una copa de ajenjo, café para el joven y una botella de agua.

María miró la copa del licor verde y sus ojos brillaron con una expresión singular de vaguedad y extravío, como si ya sintiera el efecto cerebral de aquella bebida. Echó en ésta un poco de agua, y empezó á beber despacio, á sorbitos, como un niño goloso que se come un bollo á pellizcos para prolongar su fruición.

Felicio la miraba.

Entonces, á la luz del gas, que le daba de frente, pudo fijarse en aquel semblante, que en la excitación del primer momento y en la penumbra de la noche no había podido analizar. María, ya lo sabemos, tenía la belleza de la expresión, no de la línea. En aquellos nueve años, desde que Felicio la vió en Aranjuez, había perdido la frescura de la juventud. Sus facciones estaban *desunidas*, digámoslo así; dobles ojeras surcaban su rostro, pues además de las naturales, tenía otras que partiendo de los cartílagos nasales, sombreaban su boca. Sus ojos despedían un brillo febril, y el blanco mate de su tez había adquirido tintes verdosos.

Sin embargo, estaba hermosa. Aquella devastación del semblante la sentaba bien. Apenas tomó los primeros sorbos de ajenjo, se transfiguró su rostro; sus ojos, antes sombríos, tomaron una expresión brillan-

te y cariñosa, y dos manchitas rosáceas coloraron sus pómulos.

– ¿No fumas?, preguntó á Felicio.

– Temía molestarte.

– No, yo en mi casa fumo también. Busco todos los goces lícitos, por más que sean inconvenientes.

Felicio encendió un cigarro puro de estanco. Los contrastes que ofrecía aquella mujer eran para él nuevos atractivos. Tenía el aspecto de señora en toda la extensión de la palabra, y sin embargo, se hallaba allí, á las doce y media de la noche, tomando ajenjo, en compañía de un casi desconocido para ella. Felicio, aunque joven, había visto bastante mundo para admirarse de estas rarezas: aquello podía ser capricho ó depravación.

Pero María tomaba el excitante licor con delectación viciosa: se comprendía que era su vicio: bueno, ¿y qué? Estos vicios no los tienen nunca las drogueras de la calle de Postas. Felicio había encontrado su igual, la Musa que le devolvía la inspiración de la vida.

Estaba gozoso, contento de sí mismo.

Aquella pieza del café en donde tantas veces se había consumido de hastío, le parecía ahora resplandeciente.

Según costumbre, analizaba sus sensaciones, y la que le embargaba al lado de aquella mujer era inusitada. Por influjo de la edad, y comprendiendo que á la suya el verdadero goce está en el amor, había intentado enamorarse. Desconociendo su organización de poeta y de perdido, buscó el amor en el lujo. Una tarde, en el Retiro, su mirada se encontró con la intencionada de una rubia marquesa, que iba indolentemente reclinada en su carruaje. Felicio creyó en las corrientes magnéticas amorosas y se supuso prendado de aquella mujer. Era tímido y orgulloso, y esperó que ella le alentara; pero pronto comprendió que su corazón no intervenía en aquel juego, y que lo que él tomaba por amor, fué un deslumbramiento de los sentidos. Aquella mujer le había atraído, no por sí misma, sino por la atmósfera de lujo que le rodeaba.

Todas sus tentativas fueron inútiles. No sentía el amor del alma, y no le bastaba el amor sensual. ¡Pobre Felicio!

¿Quién, mejor que él, pudo aplicarse estos dos versos de Espronceda?:

«Aquí, para vivir en santa calma,
O sobra la materia ó sobra el alma.»

Pero es el caso que este estado de atonía moral es insostenible en la juventud; por eso se ven jóvenes y aun niños que se suicidan *hastiados de la vida*. Esto en algunos dimana de anemia física ó moral, y en muchos, de que son tardos de sensaciones y se despiertan á las de la juventud ya en edad madura. Los que tienen la vida material holgada, aun arrastrando su fastidio, pueden llegar á esta tardía sazón; pero los que, como Felicio, luchan con las privaciones ó la miseria, sucumben.

VI

Felicio era huérfano. Muy niño perdió á su padre, pobre empleado del Estado, primero en Madrid y luego en varias provincias. A los diez y seis años de edad perdió también á su madre, y poco después á su tía, que fué la Providencia de aquella familia; pues además de su viudedad de *generala* poseía la casita de Aranjuez, al lado del Arroyo grande, y dos terrenos anexos. Su tía fué una segunda madre para Felicio. Le puso en un colegio elemental, é hizo cuanto pudo para que siguiese una carrera; pero el niño tenía levadura de poeta y de perdido, y no hizo más que soñar con los poetas y crearse una existencia ficticia á fuerza de leer obras de amena literatura.

Desde muy niño comenzó á ver la vida á través de un prisma de filosofía pesimista. No sintiendo deseos, no tuvo estímulo, y adquirió organización de bohemio, que á veces es innata y á veces se va formando por circunstancias especiales.

Cuando murió su tía, había Felicio salido del colegio, en donde sus profesores decían que había estudiado Humanidades; y matriculado en la universidad, pugnaba en vano por comprender las enunciaciones de la lógica y de las matemáticas. Aquella buena señora, que tenía talento, quiso ponerle al abrigo de las contingencias de la extrema miseria. Había vendido su casa y sus tierrecitas de Aranjuez en 2.500 duros, é hizo testamento en favor de su sobrino, pero con cláusulas especiales. El tutor que nombró á éste, honrado comerciante de ferretería en Puerta Cerrada, no debía entregarle aquella pequeña herencia hasta que cumpliera los treinta años de edad, y sí sólo la renta, al tipo legal, en la forma que tuviera por conveniente.

Felicio, pues, tenía una renta de 625 pesetas anuales.

Al principio la cobraba mensualmente, pero sucedía que se lo gastaba en los primeros días, y en el resto del mes pedía anticipos á su tutor. Éste, para obviar tal inconveniente y en uso de sus omnímodas facultades, determinó dársela día por día, y en efecto, Felicio acudía todas las noches á la tienda de Puerta Cerrada para percibir los siete reales escasos que diariamente le correspondían.

No es posible apreciar si la previsión de su tía fué para él un bien ó un mal: quizá hubiera muerto de miseria, ó tal vez espoleado por ésta, habría salido de aquel limbo casi imposible; pues casi imposible es para un joven *decente* vivir con tan exigua cantidad. Vivió, sin embargo; otros de su clase viven sin nada; pero éstos, más desahogados, dan sablazos ó se la *buscan* Dios sabe cómo. Felicio era delicado, orgulloso y tímido, y á fuerza de juventud y sobriedad arrostró la vida; y como su temperamento era de perdido, entre voluntaria y forzosamente, resignóse á aquella perdición.

Al principio le gustaban el día, el sol, el bullicio, las contemplaciones matinales en el campo, las tardes del Retiro, en donde veía mujeres hermosas y niños que jugueteaban. Entonces vivía con alguna más holgura, porque fué vendiendo poco á poco los muebles y efectos de la casa de su tía; y hasta se permitía el lujo de ir muchas noches al teatro. Pero aquellos recursos se agotaron, su traje comenzó á ser impresentable, y de resultas de esto y de su creciente fastidio, adquirió lo que Bécquer llamaba *la naturaleza de la sombra;* esto es, se hizo nocturno y trasnochador.

El que da en este vicio, manía, ó llámese como se quiera, se crea un mundo aparte, que embellece á su modo, y se hace raciocinios para su uso particular. Si es inteligente y analizador, como Felicio, compara á los bolsistas de las tres de la tarde con los trasnochadores de las tres de la noche, á los que de una á cuatro toman pasteles en casa de Lhardy con los que de noche *copean* de aguardiente en tabernas y buñolerías, y encuentra más idealidad en estos últimos, deduciendo que la noche es la poesía. La poesía en todas partes: en el templo, donde el creyente arrodillado ante el sombrío altar, cree ver á la Virgen que sonríe y al niño Jesús moviendo sus manecitas para bendecirle; en el espacio tachonado por Dios, ese millonario de estrellas, según Víctor Hugo; en el pensamiento reconcentrado que investiga y encuentra las verdades de la ciencia; en el amor, cuando en el lecho nupcial dos almas se arrullan castamente y se confunden en el éxtasis del placer. Según los de la clase, no hay un trasnochador que sea enteramente vulgar; y parece que, así como la pupila, la inteligencia se dilata en las tinieblas, y concluye por percibir claridades desconocidas. El pensamiento hace baladas en la sombra y realiza lo ideal. La noche crea apocalipsis extrañas, y el que trasnocha se vuelve visionario como el poeta. Al modo que el agua tiene la virtud de coger la luz, no se sabe dónde, en medio de la noche más completa, del mismo modo la mente del que vela de noche tiene la facultad de asir las ideas.

Si pudiese sondearse el corazón de cada uno de los trasnochadores, hallaríase en él la causa congénita y predisponente de su afición á la nocturnidad: desengaños sufridos, amores malogrados, inmerecidos desdenes de la sociedad, repulsión hacia el vulgo de la humanidad, después de analizada á la luz del sol.

La noche, para el que vive en ella, si es dichoso, es una alegre compañera, y una protectora para el que sufre.

Amanece el día para un ser desgraciado, que durante la noche se ha deslizado en la sombra, sin que nadie reparara en él. No tiene donde ocultar la tristeza de su alma, que se revela en los harapos de su traje; se mira á sí propio y siente pesar sobre él las miradas de los demás. El sol hiere sus débiles pupilas, el pensamiento es para él una inutilidad y una fatiga, puesto que no puede aplicarle á cosa alguna útil; entre tantas personas como pasan por su lado, él se siente sin personalidad; durante la noche, la tiniebla le ha ocultado la miseria propia; pero la luz del día le muestra, no sólo ésta, sino las ajenas; y disgustándose por completo de la vida, sólo ve la parte fatal.

Para él las calles resuenan como tumbas pisoteadas por seres humanos, unidos como un pólipo inmenso por la vértebra de la común desgracia; y aguarda desesperado á que se apacigüe aquel hormiguero, para recobrar en el seno protector de la alta noche su libertad de acción y de pensamiento.

Felicio participaba de estas ideas. Se enamoró de la noche.

Pero como la noche, si oculta en parte las fealdades físicas, no puede aniquilar las morales, no alcanzó á sustraerle á su hastío y á su desaliento. Comprendiendo su impotencia para toda clase de trabajo, se asustó ante la idea de soportar años y años aquella vida miserable, en el desamor de la orfandad, y con el convencimiento de una falta de energía incurable, y pensó en el suicidio.

VII

Pero la juventud no abdica fácilmente su derecho, y la de Felicio se rebelaba de vez en cuando contra aquella idea. Además un poeta puede hastiarse de la humanidad, pero no del mundo. Los pájaros serán deformes y feos, pero ¡es tan hermosa la jaula! Felicio veía las espléndidas posturas del sol, los infinitos aspectos de la noche, los matices del horizonte en los cielos estrellados ó tempestuosos; aspiraba las emanaciones campestres, que parece como que dilatan el corazón, aun en los áridos alrededores de Madrid; y sentía dejar para siempre todas estas cosas. ¡Si hubiera tenido siquiera un mediano bienestar, para ser, ya que no actor, espectador del drama humano!

Pero la miseria le abrumaba, estaba hambriento, casi desarropado y escarnecido por los goces ajenos; y en sus accesos de desesperación, volvía á acariciar la idea del descanso de la muerte.

Leyendo la historia de Roma, ocurriósele el pensamiento de un drama, y se puso á escribirle, como buscando un postrer estímulo á su actividad y un plazo á sus sombríos pensamientos.



... el tutor, honrado comerciante de ferretería en Puerta Cerrada

Escribió el primer acto y se enamoró de su obra. Trabajó con fe, y aquella tensión de la imaginación y de la voluntad le devolvieron la energía vital. Terminó su trabajo, entre esas intermitencias de esperanza y de desaliento, de las que sólo se libran los tontos. Se leyó la obra á sí propio con severa imparcialidad, y halló que no había hecho todo lo que quería. ¡Ah! Felicio ignoraba que lo mismo acontece á todos los creadores, y quizá también al Hacedor universal. Pulió, aumentó y por fin se dió por satisfecho de su creación.

Trabajo inútil.

Con la doble timidez que le imponían su carácter y su traje deteriorado, el joven poeta llevó su drama al único actor que podía hacerle. Este le leyó y le dijo:

«Tiene cosas buenas y defectos de inexperiencia. Se necesitan para representarle dos actrices de carácter de primera fuerza (que no tenemos) y además exige un costoso decorado.» El actor suprimió la siguiente coletilla, que era lo principal: «á mí no me gusta vestirme de época sino en obras de autores impuestos al público.»

Felicio no rompió su drama, porque existen pocos padres que despedacen á sus hijos; pero envolvióle en una *Correspondencia de España*, le ató con una cuerda y le guardó en el fondo de su baúl.

Después de esta decepción, volvieron á asaltarle con más ímpetu sus negras ideas de suicidio; vaciló é hizo un alto en ellas, porque habiendo jugado un décimo de lotería en compañía de un compañero de trasnoche, obtuvieron un premio de 300 pesetas.

Por esto, cuando Felicio encontró á María en Capellanes, llevaba un traje casi presentable y tenía dos duros en el bolsillo.

(Continuará)



Restauración de los Juegos Olímpicos en Atenas.—Llegada á la meta de Lues, el vencedor de la carrera de Maratón (de fotografía)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Los refranes del almanaque. – Madrigales, por *Francisco Rodríguez Marín.* – El conocido escritor sevillano Sr. Rodríguez Marín acaba de publicar estos dos libros, de carácter muy distinto los dos y ambos en extremo notables. El primero, como su título indica, es una colección de todos los refranes que se relacionan con el año, las estaciones, los días de la semana, las fiestas movibles y los meses del año explicados y concordados con los de varios países románicos, y tiene al final como apéndices un catálogo de las voces usadas en el libro y no contenidas ó no explicadas en la última edición del Diccionario de la Academia y una indicación de algunas de las obras folklóricas consultadas: es una obra interesante bajo muchos conceptos, que revela gran erudición y significa una labor pacientísima. *Madrigales* contiene veinte composiciones de este género, delicadísimas todas, hondamente sentidas y admirablemente escritas, de esas que se leen con deleite por ser hijas de la inspiración de un verdadero poeta. Los libros han sido impresos en la imprenta de Francisco de P. Díaz (Gavidia, 6, Sevilla): *Los refranes del almanaque* se vende á dos pesetas.

Colección de madrigales clásicos. – Para los juegos florales organizados por el Ateneo y Sociedad de excursiones de Sevilla ofreció D. Francisco Rodríguez Marín una colección de madrigales clásicos como premio al autor de la colección de poesías de aquel género que se presentara en aquel certamen. Resultó premiada la de D. José Abaurre y Mesa, que contiene once madrigales, en los que, según el dictamen del jurado, «las bellezas de la forma y los primores de la elocución corren parejas con la profundidad del pensamiento. Todos están escritos *more clasico* y se puede afirmar que no desmerecen de los madrigales de los siglos XVI y XVII.» Las composiciones premiadas, junto con veinticinco madrigales clásicos de Alcázar, Alvares Soares, Barrios, Sor Violante de Ceo, Gutierre de Cetina, Feliciana Enríquez de Guzmán, Gonsalves d'Andrada, Lomas Cantoral, Martín de la Plaza, Mesa, Quevedo, Quirós, Soto de Rojas y Lope de Vega, han sido reunidos en el libro que nos ocupa y que ha sido impreso en la imprenta de Francisco de P. Díaz.

La España Moderna. – El último número de esta importante revista contiene el siguiente sumario: *Memorias de un solterón*, por E. Pardo Bazán. – *Aventuras y desventuras de un soldado viejo*, por el general Nogués. – *Sobre dos tremendas acusaciones contra España*, por Juan Valera. – *Los salones de la Condesa del Montijo.* – *Recuerdos*, por José Echegaray. – *La prensa internacional*, por el Licenciado Pero Pérez. – *Crónica internacional*, por Castelar. – *Crónica literaria*, por Vaquero. – *Los romances españoles*, por Wolf con notas de Menéndez y Pelayo. – *Notas bibliográficas*, por Dorado, Posada y Sela

Se suscribe á esta excelente publicación en la Cuesta de Santo Domingo, 16, pral. Madrid.



Gomoso, cuadro de Francisco Gómez Soler
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona. 1896)

Guía oficial del servicio diario de la Administración principal de Correos de Barcelona. – El celoso é inteligente jefe de Correos de esta ciudad, Sr. D. José Primo de Rivera, ha comenzado á publicar esta *Guía*, que es de suma utilidad, pues por ella puede saberse los correos que salen cada día del mes y la vía más rápida por donde puede expedirse la correspondencia y se adquieren multitud de datos á cual más interesante relacionados con el servicio postal. La confección de la *Guía* resulta eminentemente práctica: en forma de almanaque señala anticipadamente día por día el movimiento de entrada y salida de correos de Barcelona durante el mes. Se publicará todos los meses y su precio es 75 céntimos, por números sueltos, y por suscripción 50, pagaderos al recibir la *Guía*. El Sr. Primo de Rivera ha prestado con esta publicación un gran servicio al público en general y al comercio en particular, y por ello le felicitamos sinceramente y le auguramos el más lisonjero éxito en su empresa.

Historia de la Pompadour, por *Edmundo* y *Julio de Goncourt.* – Los hermanos Goncourt, tan famosos como novelistas no lo son menos como historiadores, y buena prueba de ello tenemos en su *Historia de María Antonieta*, de la que nos ocupamos en uno de nuestros anteriores números, y en la *Historia de la Pompadour*. Los citados escritores tienen sobre los demás que á la ciencia histórica se dedican la ventaja de dar al asunto una amenidad que hace que sus libros de este género tengan, además del interés del fondo, los encantos de una narración novelesca. En la *Historia de la Pompadour*, estudian sus autores de una manera magistral la figura de la célebre cortesana, siguen en todos sus incidentes el curso de sus relaciones con Luis XV, y describen los más importantes hechos y episodios íntimos de aquel reinado, haciendo aparecer con todo el relieve de la verdad histórica y con todos los atractivos de la novela los personajes que en ellos intervinieron, avalorado todo esto por un estilo elegante y por observaciones y pensamientos profundos que revelan un espíritu crítico de primera magnitud. El libro constituye un tomo de cerca de 300 páginas y forma parte de la *Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia* que edita en Madrid *La España Moderna:* se vende á 6 pesetas.

Pruebas del ensayo de nuevas teorías fisiológicas de la función asimilatriz, por el *Dr. F. Zenitram.* – Hace algún tiempo nos ocupamos del primer folleto sobre las nuevas teorías fisiológicas de la función asimilatriz. Hoy el Sr. Zenitram, ha publicado el segundo folleto en el que expone las pruebas que en su concepto confirman sus descubrimientos. Tratándose de una materia como ésta, creemos que nuestra misión ha de limitarse á recomendar la lectura del folleto á los hombres de ciencia para que estudiando los principios expuestos por su autor y las demostraciones de los mismos puedan apreciar lo que vale la nueva teoría. El folleto, que ha sido impreso en Zaragoza, en la tipografía de Comas hermanos, se vende al precio de una peseta cincuenta céntimos, en Madrid, en la librería de Fernando Fe, y en Barcelona, en la de Tomás Martínez, Tallers 35, 3°.



Después de la jornada, dibujo original de Isidoro Marín

Imp. de Montaner y Simón



AÑO XV — BARCELONA 25 DE MAYO DE 1896 — NÚM. 752

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

NUESTROS ARTISTAS



NOTICIAS

cuadro de Enrique Serra, adquirido por el Excmo. Sr. D. J. de Goyeneche, conde de Guaqui

Reproducción al mismo tamaño del original

ADVERTENCIA

Con el número anterior, correspondiente al día 18 del presente mes, hemos repartido el tomo de la **Biblioteca Universal**, que es el segundo de la serie de 1896 y el cuarto y último de *Tradiciones Peruanas*, de D. Ricardo Palma.

Los suscriptores que no lo hubiesen recibido pueden reclamarlo de los repartidores ó de nuestros corresponsales.

Al propio tiempo reiteramos á aquéllos nuestro ruego de que tengan en cuenta las advertencias insertas en los números 747 y 748.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SAN ISIDRO

Curioso espectáculo ofrece Madrid estos días. Un hombre que vivió en el siglo XI, un siervo de la gleba, un destripaterrones, constituye la actualidad; y aunque no se le había olvidado, dijérase que acaba de resucitar, según la acción que ejerce sobre las almas, y la fuerza con que las atrae á sí.

Baldías me parecen las interminables y acaloradas discusiones sobre si la lluvia estaba prevista por el pronosticador *Noherlesoom*, y si estándolo, se puede calificar de milagro de San Isidro el que cayese tan oportuna. Lo indiscutible, lo que se ha visto y saludado con exclamaciones de gozo y gratitud, es que al salir procesionalmente la urna de plata que encerraba el bendito cuerpo, las nubes, que como un toldo gris ceniza velaban el firmamento, fueron obscureciéndose, agrupándose, condensándose, y antes de que la procesión se hubiese recogido á la catedral, las primeras gotas de la anhelada y benéfica lluvia habían caído como rocío amoroso, bebidas por los árboles de los paseos y el seco polvo de las calles, y retintinando sobre los paraguas que con gozo pueril abrían los que, por fe y convicción, empuñaron dicho instrumento al salir, seguros de que el Santo les proporcionaría ocasión de usarlo... Que salió San Isidro, y que al punto llovió: he aquí lo que no puede negarse.

***

De San Isidro dice poco la historia auténtica: es un santo modesto, cuyo nombre ni se enlaza con la resonante epopeya, como San Fernando, ni con los esplendores de nuestra ciencia, como San Isidoro, ni con el tesón de nuestra ortodoxia, como Santo Domingo. Ni fundó, ni escribió, ni combatió, ni siquiera practicó una de esas vidas penitentes, asombrosas y contrarias á los instintos de la naturaleza, cual la de los eremitas y solitarios de la Tebaida. No se cuenta de San Isidro sino que vivió practicando las pacíficas virtudes del labriego castellano. Un hombre de estos del paño pardo, cristiano viejo; un paleto, un tío, con su sayote y sus calzas, su azadón y su bieldo, he ahí á San Isidro. Nadie habrá que menos se parezca á los héroes del Romancero; nadie que tan á la pata la llana, tan á lo villano y á lo rústico, ganase la eterna bienaventuranza. Al pensar en San Isidro, mil veces he recordado las palabras que acerca de Roldán escribe Saint Víctor, en su libro *Hombres y dioses:* «La leyenda – dice el primoroso escritor – suele tener magníficos caprichos, como hada y reina que es. Complácese en exaltar á los humildes, así como á veces la historia se entretiene en rebajar á los soberbios. Mientras ésta borra nombres ó relega á la penumbra á caudillos que realmente estremecieron al mundo; mientras destierra á los limbos del olvido á Ciro y Sesostris, y sólo respeta del reinado de Trajano algún bajo relieve en torno de una columna; mientras extiende las tinieblas de la barbarie sobre las maravillosas hazañas de Aecio y de Póstumo, iguales á los Escipiones y más grandes que Mario, la leyenda, por su parte, recoge un personaje desconocido, envuelto en el polvo de las crónicas; lo incuba, lo embruja, concentra en él todo su poder fecundante, toda la entusiasta virtud de la imaginación popular; y el hombrecillo obscuro surge radiante de su sepulcro hasta entonces ignorado, y el desconocido aparece cercado de mayor gloria que César y Carlomagno sobre su trono.»

Gracias al pobre labriego Isidro de Merlo y Quintana, se recuerda todavía el noble apellido de sus amos, los Vargas, y tiene este linaje historia y blasón imperecedero. Murió San Isidro en edad avanzadísima, poco menos de un siglo, y ese siglo fué de los más agitados de nuestros anales; el siglo del Cid Campeador, de la alborotadora y licenciosa reina Urraca, del insigne Alfonso VII, de Ramiro el Monje, el de la sangrienta campana, y de Alfonso VIII el de las Navas de Tolosa. Mientras el fragor de las armas ensordecía á España; mientras el Cid ensanchaba á Castilla, Isidro y su mujer María de la Cabeza labraban la tierra y abrían el surco, dando gracias á Dios todas las noches por el pan de cada día. Cuando Isidro descansó en el Señor, su cuerpo fué enterrado pobremente en el cementerio de la parroquia de San Andrés. Allí iban los que habían presenciado su muerte á rezar, á pedir intercesión y amparo. Se dice que todo el tiempo que allí pasó el cuerpo venerable le bañó continuamente un arroyo, sin que lograse corromperle la humedad. Cuarenta años después de su muerte fué exhumado el que el pueblo ya aclamaba Santo, y depositado en un arca ó cofre de madera historiada, que es una joya del arte gótico. En ella veremos, narrada por medio de imágenes, la existencia sencilla é idílica del labriego y de su compañera; los campos poblados de mieses, los árboles cargados de fruto, la yunta de mansos bueyes arando despaciosamente, guiados por los ángeles de blanca túnica y luengas alas – el poema de la vida laboriosa, de las tranquilas alegrías campestres, que surge fresco y vivaz de entre las románticas nieblas medioevales...

***

Mas no pudieron resignarse los devotos de San Isidro á no asociarle á los advenimientos de la historia. Cuando ya se consumaba la reconquista; cuando la conciencia nacional se consolidaba y se reconocía á sí propia enérgicamente, se quiso hacer del Santo triguero un militar, un Santiago ó un San Jorge, y aturdirle con el estrépito del combate y hacerle cruzar, como irritado numen, sobre el campo de batalla. Esparcióse la conseja de que aquel desconocido pastor, *vir quidam silvestris*, que se apareció á Alfonso VIII antes de la función de las Navas de Tolosa, donde fué destrozado el Miramamolín y establecido el poderío cristiano de la península – el famoso pastor de las Navas, en fin, guía de nuestro ejército y nuncio de la victoria, – no era otro sino San Isidro, enviado por Dios para proteger sobrenaturalmente á los cristianos. Mas los cronistas y narradores que por sus propios ojos vieron la batalla ó vivieron en el tiempo en que se libró, no hacen la más remota alusión á que el tal pastor de ovejas pudiese ser San Isidro. No obstante, la creencia debió de contribuir á que se acrecentase la devoción del labriego. Su cuerpo, ya encerrado en afiligranada y refulgente urna, menos bella que la primitiva arca gótica, fué conservado como un talismán, y cuando el cielo se cierra y la sequía abrasa el suelo – la sequía, la gran calamidad para los labradores, la que tantas veces deploraría San Isidro, – sale procesionalmente para impetrar que la misericordia divina descienda en forma de lluvia...

***

De esta vez no sólo se han sacado en procesión las reliquias, sino que se han expuesto á la pública veneración – algunos periódicos han dicho que á la *adoración*, lo cual es manifiesto error, pues sólo á Dios se le adora. – Lo que se divulgó é imprimió acerca del estado del cuerpo, excitó también, al par que la devoción, la curiosidad. Se deducía de tales noticias que el cuerpo se encontraba incorrupto; que persistía en sus muslos y piernas el rosado color de la carne, y lo mismo en el pecho; que permanecían llenos los globos de los ojos y se conservaban frescos los tejidos. Debió de haber en todo este relato, si no mentira, ni intención de ella, por lo menos piadoso propósito de exaltar al Santo, que no lo ha menester y que infaliblemente preferirá, á la exageración bien intencionada, los ápices de la rigurosa verdad. El cuerpo de San Isidro, que he contemplado dos veces, con bastante detenimiento y con esa minuciosa inspección propia de los miopes, que de cerca ven como linces, es un cuerpo momificado, de notable conservación si se atiende á que cuenta siete siglos, pero con los tejidos obscuros, resquebrajados y pergaminosos de las momias. La cara aparece carcomida, y en la barbilla asoman los blancos huesos de la calavera. Sorprende á primera vista la elevada estatura del Santo, que no cupo extendido en el arca. Lo mejor conservado son los pies, largos, fuertes, con recias uñas – pies de trabajador.

Jamás conseguí ver ningún cuerpo que propiamente deba llamarse incorrupto. Después de la muerte, las carnes ó se pudren y deshacen, ó se amojaman. Ignoro si existen restos en mejor estado que los de San Carlos Borromeo (los que encontré menos ofendidos del tiempo inflexible); y si es verdad que, por ejemplo, en el coro de las Huelgas de Burgos hay una dama del siglo XIII, bonita, fresca, natural, como si se hallase viva. A ser verdad – que lo dudo, – tal prodigio debería exponerse.

***

El ansia del pueblo de Madrid por contemplar los restos de su Patrono es tal, que las inmediaciones del templo parecen estos días real de romería; desde el amanecer espera turno allí un gentío inmenso. Primero se arrodilló ante la urna descubierta y cercada de flores la familia real; después, con papeletas que se habían repartido, entraron los grandes, las autoridades, y muchos más que ni son lo uno ni lo otro. Ahora le toca la vez al pueblo.

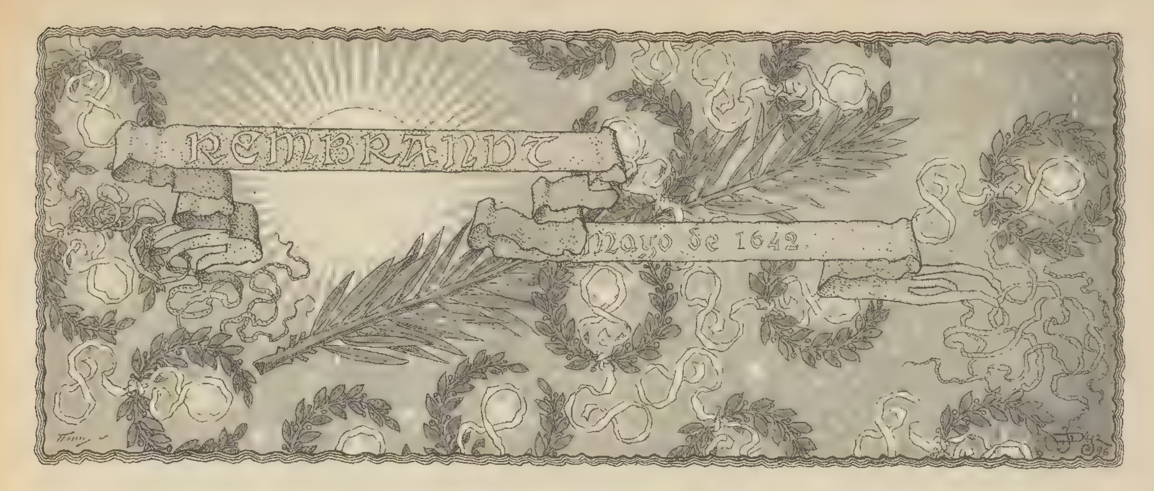
La combinación me ha parecido pésima, y lo consigno con desinterés tanto mayor cuanto que logré ser del número de los privilegiados. Si el pueblo encuentra naturalísimo que precedan á todos las reales personas, ya no se resigna tan fácilmente á que el privilegio sea extensivo á quinientas ó seiscientas más, provistas de papeleta. Esto de la papeleta pudo quedarse para después; ante la fe todos somos iguales; la iglesia es el refugio natural del espíritu democrático. Al entrar en el templo por la mañana, escuché entre los grupos frases de descontento. Una pobre vieja, una beata arrancada de una caricatura de *El Motín*, pidió por Dios á un grande, á un señorón, que la hiciese entrar con él; y el señorón, campechanamente, contestó: «Venga usted, señora.» La vieja á poco se desmaya de alegría...

A la tarde sucedió lo que era de temer: el pueblo rompió la valla de agentes – como los héroes de las Navas rompieron la valla de negros que cercaban la tienda del Miramamolín – y se desparramó en el templo, riéndose de papeletas, de jerarquías y de prohibiciones. Allí fueron las carreras y los sustos; cayeron las señoras, las pisotearon brutalmente, hubo achuchones, rosarios rotos, vestidos destrozados, y la guardia civil, para restablecer el orden, metió sus caballos por entre el gentío... Es esta la canción de siempre en Madrid: el llevar papeleta no sirve de nada para ver un espectáculo. Lo mismo aconteció el día de la apertura de las Cortes – y Dios sabe que no es mi ánimo comparar á San Isidro con los diputados. *¡Vade retro!*

Se prepara una solemnidad; se reparten cartulinas; se despliega un aparato de fuerza que asusta; se saca la guardia civil; se agrupan centenares de agentes; pero estos agentes, que parecen puercoespines por los modos que gastan y por las groserías é insolencias que se permiten con el público (á cuyo servicio no creen estar), carecen (por lo mismo) de aquella fuerza moral que en otros países les presta el ser representantes del derecho de todos, y protectores del débil; y el populacho, que los ve á su nivel, á su sabor los arrolla y se ríe de ellos, cobrándose en indisciplina de lo que le deben en educación y en equidad.

Después que la muchedumbre entró en el templo, hiciéronla desfilar tan aprisa ante la urna, que nadie tuvo tiempo de ver nada. «¡Adelante, sigan!.. ¡Ea, no pararse!» ¡A esto llaman exponer á la pública veneración los restos del Santo!..

EMILIA PARDO BAZÁN



LA RONDA DE NOCHE

25 de mayo de 1642

Celebradísimo cuadro de Rembrandt, existente en el Museo de La Haya

Entre la fecha en que terminó Rembrandt el cuadro *Lección de Anatomía* y la que conmemora esta *efeméride* median diez años. En 1632, cuando por la cariñosa protección del sabio cirujano Hulp concluía el Velázquez holandés su famosísimo lienzo citado, comenzaba para él una época de alegrías, de triunfos, de consideraciones; disputábanse los aficionados sus aguas fuertes y el honor de tener un retrato de su mano; los gremios, á imitación de los cirujanos, se hacían representar en las personas de sus síndicos; iglesias y palacios le pedían cuadros, ya bíblicos, ya puramente místicos. El amor de su esposa Sakia iluminaba el alma de Rembrandt, como lo prueban las múltiples aguas fuertes y cuadros al óleo en que aparecen ambos, y en alguno (bien conocido por cierto) ciñendo el artista la cintura de su mujer. Diez años más tarde, diez años no cumplidos, el gran artista, al terminar la famosa tela *Ronda de noche*, vivía en la miseria, en medio de odios que hasta ha pocos años se creyeron justos, escuchando el estertor de la larguísima agonía de Sakia, quien murió á los pocos días de haber puesto el incomparable artista su firma al pie de la famosa *Ronda*.

Creo que, aun cuando no más que á título de curiosidad, mis lectores leerán lo que voy á relatar, pues va íntimamente ligado con la producción á la cual se refiere esta *efeméride*. Y hago este relato, porque además de la parte dramática interesantísima que en él hay, se nos ofrecen dos curiosos problemas, que alguien podrá resolver; tales problemas son: la versatilidad popular en cosas que, como las artísticas, van derechamente á producir una emoción estética, y la influencia que en la obra de arte ejerce el estado de ánimo del artista.

***

Quedáramos en que Rembrandt gozó durante los primeros años de la década que media entre 1632 y 1642 del favor público, del bienestar que este favor le producía, de la felicidad en su casa. Pintó, pues, Rembrandt *La lección de Anatomía*, cuadro altamente científico, propio de artista que á grandes talentos técnicos une el aplomo de la madurez de juicio, cuando para él comenzaba la vida, pues como he dicho en la *efeméride* del cuadro de que me ocupo, Rembrandt apenas contaba entonces veinticuatro años. Pintó *La ronda de noche* á los treinta y cuatro, cuando en entredicho judicial sus bienes, sus magníficas colecciones de obras de arte, acogido casi al producto de las pequeñas rentas de Sakia, veía cómo la tisis llevaba á pasos gigantescos al sepulcro á su esposa; y este cuadro de *La ronda* es un cuadro...

Ya diré cómo es el cuadro, pues no todos cuantos le han visto y aun estudiado han caído en la cuenta de que el cuadro no es estrictamente un asunto militar.

Los biógrafos de Rembrandt nos lo han venido pintando como un avaro capaz de dar ciento y raya al mismísimo *Dómine Cabra;* como un viejo sátiro; como un hombre capaz de las mayores bajezas por un florín; que deja morir extenuada á su esposa, y que muere él mismo en extremo grande de miseria, cubriendo con su cuerpo la tierra y los ladrillos del piso de su alcoba, bajo los cuales ocultaba tesoros y tesoros. A quién se debe este retrato del insigne artista, se sabe; mas las causas se ignoran. Pero á las investigaciones de Charles Blanc (véase su famosa obra *Rembrandt descrito y comentado)*, á las de un holandés cuyo nombre no recuerdo y últimamente al libro publicado por Plon, débese el que pueda hoy considerarse como un tejido de fábulas la fábula biográfica que de Rembrandt vino teniéndose como cosa cierta hasta 1850 ó 1851, en que se descubrieron interesantísimos documentos.

La riqueza de su esposa no alcanzó ni con mucho la suma que creían las gentes; casi íntegra pasó al pequeño Titus, que contaba muy poca edad cuando Sakia murió. La fortuna que Rembrandt había adquirido la empleara en magníficas obras de arte de artistas italianos, alemanes, etc., en mármoles y bronces, en armas rarísimas, en telas de gran coste; no contó con la versatilidad popular, con las envidias, y no pudo sostener aquel derroche. Sakia murió, pues, cuando la ruina se cernía sobre su casa y cuando el golpe más rudo que la suerte puede asestar á un artista que se cree festejado, venía á traer el desaliento á su marido. He aquí el primer problema de que hablo más arriba. Encargado por Frans Banning Kok, entonces capitán de una compañía de la guardia cívica de Amsterdam (guardia semejante á nuestra famosísima Milicia nacional), de pintar un cuadro en el que figurasen, además de su retrato, los de los principales *milicianos* á sus órdenes, gentes ricas y de prestigio en la ciudad, Rembrandt, que comenzara á notar el disfavor público, que veía cómo los días de estrechez se sucedían en su casa, que escuchaba día y noche la tos, la horrible tos que en accesos crueles despedazaba los pulmones de su esposa, tomó con empeño, con febril ardor, la tarea de volver por su fama, en punto de ser discutida, para por lo menos alegrar en lo que pudiese aquel hogar en que á una se cernían la muerte y la bancarrota. Y así pintó la mal llamada *Ronda de noche*, que ni es ronda, ni es de noche. Se expuso la obra; al capitán Banning no le pareció lo que al sabio Hulp *La lección de Anatomía*, ni á los inteligentes tampoco, y esta obra de arte, que revela secretos estéticos y recursos técnicos desconocidos, fué acogida con frialdad inmensa. La pobre Sakia, entusiasta de su marido, no pudo soportar esta nueva amargura y murió en la primera mitad de junio, aún no concluído el mes de haber sido terminado el cuadro famoso

¿Qué representa este lienzo del cual me ocupo? La *Compañía del capitán Banning;* esto es lo que representa y este es su título. Es un motivo para hacer una serie de magníficos, de soberbios retratos. Allí no se ve ni una luz artificial. Algunos críticos, entre ellos Taine y Vürger, afirman que la escena es la salida de los cívicos para ir al ejercicio del blanco. Véase despacio el cuadro, y se observará como ni la luz, ni la disposición de las figuras, ni los detalles de la bandera desplegada y del que bate el parche, ni aquellas figuras ajenas á la compañía miliciana, por ejemplo, la jovencita que corre delante del grupo, nada indica una ronda nocturna.

He mencionado la jovencita famosa de la *Ronda de noche*. No sé por qué aquella muchacha de doce á trece años, de cabellos de oro, que viste una esclavina verde pálido que le cubre los hombros, que mira hacia el espectador, me recuerda á Ofelia; y cuidado, que aun cuando no halle entre la creación de Shakespeare y la de Rembrandt parecido alguno, forjándome como me forjo la figura material de la enamorada de Hámlet, sigo diciendo que me recuerda aquélla á ésta. Yo no sé, pero creo que tal figura es una hora de esperanza, un sueño de oro... de una hora, una claridad en medio de las sombras que envolvían el alma del artista, sombras con que envolvió á su vez el resto del cuadro. Y he aquí el otro problema; el de la influencia del estado moral del artista en la obra de arte. Id mirando una por una las figuras de este cuadro; todas ellan reflejan un perfecto estado de equilibrio entre su aspecto arrogante, sus actitudes, su satisfacción externa, y el de los rostros complacidos, de burgueses acomodados, que viven á gusto, sin inquietudes; y esa satisfacción, expresada con tanta verdad, tan sentida, la realiza Rembrandt bajo las sacudidas dolorosas de hondos dolores morales.

Realmente, causa verdadero asombro mirar con qué firmeza, con qué buen gusto está distribuída la agrupación, con qué amor está pintado el detalle más pequeño, con qué refinamiento está escogido todo, desde los trajes hasta las empuñaduras de las espadas. Hablar del color de esta obra maestra, es desconocer lo que Rembrandt significó como colorista; y conociéndolo y sabiendo cuál era su prodigioso dominio de la paleta, cuál era su sentimiento del clarobscuro, hacer ahora un juicio, siquiera fuese, como no podía dejar de ser, un cántico de admiración, sería, además de innecesario, repetir lo que han dicho los más ilustres críticos de Europa. Y por lo que se refiere á los retratos de aquellos milicianos burgueses, con copiar lo que dice Vürger del de Banning es bastante: «Majestad, dibujo correctísimo, color insuperable, la vida del espíritu reflejada en aquel rostro enérgico, elegancia exquisita en el movimiento del caballero Banning Kok; en fin, esa maestría en la ejecución y esa intuición del genio para sorprender los caracteres, que Rembrandt demostró en todos los retratos que hasta nosotros de su mano han llegado: he aquí las condiciones que avaloran el del capitán de la milicia de la populosa y rica ciudad holandesa y los demás que componen el cuadro *La ronda de noche.*»

R. Balsa de la Vega

UN BORRÓN

I

Enriqueta se hallaba una tarde en su gabinete sentada tras de los cristales del balcón, llorando y mirando á través de sus lágrimas al jardín, donde Aniceta, su hija, corría y jugaba y la abuelita paseaba apoyada en su bastón.

—¡Pobre madre mía, pobre hija de mi corazón!, exclamó Enriqueta. Aquella ancianita de cabellos de plata gozaba entonces de esa apacible dicha que es en la vejez consuelo y premio después de una vida honesta y laboriosa, y aquella niña se hallaba en la embriagadora alegría de los primeros aleteos y contentos de la infancia..., y ninguna de las dos podía temer que desgracia alguna amenazase turbar en aquel momento su felicidad.

—¡Ah, que tal vez á mi madre le cause la muerte conocer mi desventura, y á mi hija..., pobrecita cria-

turita!, á mi hija mi desdicha puede robarla el regocijo de su vida. Pero ¿qué he de hacer? No, no puedo ocultar mi daño. ¡Alfonso ha debido comprender que no sólo por mí, no sólo por su esposa, sino por su hija y por mi madre!.. Nos separaremos para siempre,.. Me ha ofendido con una vergonzosa deslealtad... No podría vivir ya á su lado fingiéndole afecto ante los demás. ¡Oh, y la reconciliación nuestra es imposible! No, nunca... ¡Sería tan débil que, engañada por un falso arrepentimiento, perdonase á mi marido, olvidaría que él ha galanteado á una aventurera!

En esto vió que por la puerta verja del jardín penetraba miss Rigord la institutriz... Llegaba aquel día más temprano ..

– ¡Ah, mañana son los días de mi madre!, pensó Enriqueta con verdadero espanto, y luego con firme resolución de su alma decidió ocultar su pena y no revelarla hasta dos ó tres días después. No era cosa de dar á la anciana un cumpleaños disgustoso y triste.

Luisa se levantó y llegóse con sumo cuidado á la habitación inmediata, un gabinetito de paso que comunicaba con el cuartito en que miss Rigord y Anita se reunían para las lecciones.

Poco después la inglesa y la niña se hallaban allí, y Luisa, oculta tras las vidrieras de la puerta, contemplaba á su hija.

II

Miss Rigord se hallaba allí, delgada y seca como un puntero de cartel, recta y lisa como una regla, simplona como un silabario, sentenciosa como un apotegma. Anita, apoyada de brazos sobre la mesa, en graciosa revuelta sus blondos rizos que hermoseaban su cabecita, se mantenía quieta y atenta, siguiendo con laborioso empeño la dirección de sus diminutas manos en la escritura: por un verdadero intento artístico, hacía la plana de orla para el santo de la abuelita, con muy cariñosa felicitación.

Allí estaba el papel de márgenes lujosas, mariposas de alas doradas, flores y angelitos que por entre un profuso ramaje asomaban sus caritas sonrientes, mirando á los renglones que con letra inglesa iba trazando Anita.

¡Qué seriedad, qué celoso cuidado, qué entusiasta atención se revelaban en aquella faz infantil! ¡Expresiones del afán y del cariño que se creían bien delineadas en aquel rostro de rosas por mejillas, de luceros por ojos!

Parecía que al fruncir y dilatar ligeramente sus cejas, era que se esforzaba por hacer llenos los palos y finos los perfiles..., finos, finos como uno de los cabellos de oro de su hermosa cabeza, aún más finos..., bien para que fueran la sombra de un cabello.

¡Cuán extremoso tino exigían las curvas! ¡Con qué presteza era necesario hacer los enlaces de letra á letra!.. ¡Mucho tiento, mucho pulso necesitaban aquellas manos!.. Y con esto era necesario que marcaran la gracia de la soltura, la elegancia de una letra escrita y no dibujada ó tallada...

Mas Anita tenía dos enemigos de las manos trabajadoras, inteligentes y bien educadas; dos rebeldes que, por sí y ante sí, ponían en revolución todo aquel entonces disciplinado cuerpecillo, y aun llevaban la rebelión al ánimo..., con lo cual el pulso perdía su reglamentario compás..., dos enemigos bajos, que ni servían para el estudio, ni para el dibujo, ni para la escritura.

Tan sólo se les pedía que durante estas graves operaciones se estuvieran quietos. ¡Pero era pedir imposibles! Permanecían formales un segundo, y luego, moviéndose, dando uno con otro, ó puestos en danza, parecían decir: «¡Vamos, vamos!.. Bien está, ya se ha trabajado bastante... Corramos, bailemos, saltemos la comba, que así vamos nosotros por encima de una cuerda, como no irán jamás las manos por la línea de la plana. ¿No? Pues nos quedamos dormidos.»

– Se me ha dormido este pie, dijo la niña, dejando la pluma y la plana.

– Bueno, pues dé usted un paseo por el gabinete..., y luego siga usted escribiendo. Va bien la plana, va bien.

La niña se levantó y dió dos ó tres saltos. Luisa se retiró de la vidriera.

«¡Qué niña más hermosa es nuestra hija!,» pensó. Mas, luego, luego, el pícaro pesar volvió á obscurecer su ánimo. «¡Dios mío! – se decía Luisa. – ¡Qué desdichada soy!.. ¡Mi marido desleal! Verme obligada á rechazarle... No, no le amaré ya..., no puedo concederle mi perdón. ¡Su falta es gravísima!.. ¡Pobre de mí, pobre hija mía, que somos las verdaderas víctimas de la culpable conducta de Mariano!»

– Vamos, niña, vamos; ¿es bien que usted no acabe hoy la plana para la abuelita? Sigo dictando..., dijo la voz de la institutriz.

Y la niña sentóse de nuevo á su trabajo, y volvió doña Luisa á mirar curiosamente por la vidriera.

– Dios conserve á mi abuelita la salud y la felicidad, decía la institutriz; ¿no es esto?, adelante..., para que se goce en mi dicha.

La niña, afanosa y diligente, volvió á su tarea, no sin sujetar uno con otro, cruzados, los traviesos pies, apoyándolos sobre un palo transversal que unía las patas de la mesa.

– Vamos, que ya no es mucho lo que falta, dijo la institutriz.

Estremecimiento de los pies, que ya se sentían contentos; alegría del alma; corriente eléctrica por todos los nervios, y con esto se apresuró un poquito el pulso.

¡Ya iba á estar concluída la plana, ya iba á entregársela á la abuelita! ¡Ánimo y adelante!

– Para que se goce en mi dicha y en mi inocencia, dijo la institutriz.

¡También la sabia se apresuraba!

Anita, con demasiado apresuramiento quizás, mojó la pluma en el tintero, tal vez apretó un poco la pluma, ello fué que ésta, como obrero fatigado ó como esclavo oprimido, dejó caer por gota de sudor ó lágrima un borrón en la plana y sobre las palabras «mi inocencia.»

– ¡Oh, qué desdicha! ¡Qué maldades hace el acaso! ¡La plana que iba limpia y gallardamente escrita!..

Anita lanzó una exclamación quejumbrosa, y protestó con vivo coraje.

La sabia se desató sermoneando; y por su huera y obscura filosofía de maestra, halló muy grave la casual circunstancia de que aquel borrón hubiera caído en tan dulce palabra..., en la *inocencia*... Se apeló á la goma, al raspador; no había tiempo que perder; ya no se podía escribir otra plana...

– ¿Quiere usted que eche una *pizquita* de polvos de arroz?, dijo angustiosamente Anita.

– No, replicó la institutriz, y decidió que no se hiciera la plana..., pero ya la niña había borrado casi aquella mancha; aquella mancha sobre la última palabra de la obra.

III

En el centro del gabinete y sobre un elegante velador hay un magnífico ramo de flores; en torno de él, una cajita-estuche con un riquísimo rosario de coral, dieces y cruz de plata, regalo de Mariano; una labor primorosa hecha por Enriqueta, y la plana de Anita, con una cuasi invisible motita pálida en medio de un renglón – el borroncito raspado y blanqueado con lápiz albayalde, – pero que se vislumbraba como si amenazase ennegrecerse y reaparecer.

Anita sentíase inquieta, latía rudamente su corazón lleno de temores..., y miraba con expresión de súplica á la abuelita... Ésta sonreía, pero revelando en su risa una mal disimulada tristeza y no bien encubierta preocupación.

Mariano estaba allí grave y temeroso, casi tanto como su hija, mirando también con inquietud á la anciana.

Enriqueta había hablado con volubilidad y aturdimiento, por los cuales, nerviosa y agitada, velaba el mal el estado de su alma.

– Sé, dijo la abuelita, dirigiéndose á la niña, que Miss no quería que me dieses la plana... ¿Por qué?

– Porque..., porque es muy fastidiosa Miss..., se pone á veces muy fastidiosa.

Eso, dijo la niña.

– No. Mentir es muy odioso; no, sino porque se te cayó un borrón en la plana y has llorado mucho, mucho..., y has hecho cuanto has podido por borrarlo...; pero ¿piensas que se borra con raspaduras? Ven, amor mío...; se borra con un beso. Ven, niña, ven; que yo estimo más lo que has llorado por tu falta casi que tu plana orlada... Ven; tú te arrepientes y yo te perdono, y así tú y yo nos defendemos: hay quien ha echado en la blancura de su vida un borrón y quiere borrarlo..., y llora...; y hay quien olvida el lujo de orlas ricas, festejo y contento de una boda, diligencia y amor de muchos días, todo lo olvida .., porque un borrón... ¡Abrazaos!.. Tú, Mariano, estás perdonado; y tú ama y perdona... Bien lo veis..., yo y la niña nos defendemos...

– Dios mío, todo lo sabe, dijo Enriqueta...

Mariano se precipitó á besar las trémulas manos de la venerable anciana, y luego, suplicante y cariñoso, miró á su esposa; la cual, llorando y profundamente conmovida, abrió sus brazos al delincuente y otorgó el perdón y el olvido.

– Queda raspado el borrón á besos, dijo alegremente la abuela á la niña, que hubo de pensar que de todo aquello era ella culpable, y dijo:

– Esto pasa porque Miss..., la verdad, es muy fastidiosa.

José Zahonero

LOS SALONES DE PARIS

La crítica parisiense, al ocuparse de los salones recientemente inaugurados, laméntase una vez más de la crisis por que está atravesando actualmente el arte: que esta crisis es casi general en los pueblos que hasta ahora habían ejercido la hegemonía en materia de bellas artes, demuéstralo el hecho de que iguales lamentaciones formulan los críticos ingleses, alemanes, italianos y españoles. Todos convienen en que el arte moderno no sabe adónde va ni de dónde viene; todos proclaman que la era de las grandes convicciones ha terminado, y ninguno deja de afirmar que los artistas de hoy, generalmente hablando, faltos de fe y de principios arraigados, preocúpanse menos de buscar nuevas verdades que de dar con el camino que les conduzca á la fortuna.

De aquí la decadencia que de algún tiempo á esta parte se observa en las exposiciones antes más famosas, la falta en ellas de esas obras que se imponen y la sobra de las medianías y aun menos que medianías, vulgares unas, extravagantes otras y casi todas de escaso valor artístico.

Los salones de París no han podido sustraerse á esta que parece ser ley en nuestros días, como podrán ver nuestros lectores por las brevísimas reseñas que de ellos vamos á hacer.

I

EL SALÓN DEL CAMPO DE MARTE

Descuellan por encima de todas las demás y casi puede decirse que son las únicas obras de verdadero empuje que figuran en el Salón las de Puvis de Chavannes y de Dagnan-Bouveret.

Puvis de Chavannes expone tres cuadros alegóricos destinados á la Biblioteca Pública de Boston, que representan la *Astronomía,* la *Poesía* y la *Historia:* en la primera se ve á los pastores caldeos observando en una hermosa noche el movimiento de los astros; en la segunda destacan las nobles figuras de Virgilio, en medio de un maravilloso paisaje en que el poeta parece buscar inspiración para sus *Geórgicas,* Esquilo sentado sobre una roca que domina el mar y Homero coronado por la *Iliada* y la *Odisea;* en la tercera, la musa de rojo *peplum,* acompañada de un genio que sostiene una antorcha, descubre los misterios de los antiguos hipogeos. Las tres composiciones son de primer orden y revelan el genio de un gran poeta al par que el de un gran pintor; pero la mejor de todas ellas es indudablemente la que simboliza la *Historia,* así por la grandiosidad con que está presentada la figura y por la majestad de su actitud, como por la profundidad de la idea y por la originalidad en la manera de representarla.

La *Cena* de Dagnan-Bouveret es una de las obras que más entusiasmo han producido en el público y mayores alabanzas ha merecido de la crítica: la composición es de un gran efecto, y aunque el colorido es sumamente raro y choca por el violento contraste de los tonos azules, pesados y fríos, con el luminoso amarillo de rojos reflejos, este defecto desaparecerá seguramente cuando el tiempo apague los tonos demasiado fuertes ó cuando el cuadro se coloque en un sitio iluminado á media luz. Esta obra está indudablemente inspirada en los lienzos análogos de los antiguos maestros; mas á pesar de esto, no se ve en ella la imitación y antes bien se advierte en muchas de sus partes el sentimiento moderno, particularmente en las cabezas de algunos apóstoles.

En la sección de Escultura sobresale Julio Desbois, uno de los que más activamente contribuyeron á la fundación del Salón disidente del Campo de Marte: en la actual exposición ha presentado algunas de sus más hermosas obras que fueron ya admiradas en exposiciones anteriores y que ahora aparecen modeladas en distinta materia que entonces; así *La Muerte* está fundida en bronce negro, *Leda* cincelada en mármol blanco y de tamaño mayor que el natural y *La Miseria* esculpida en madera. Expone, además, algunas obras inéditas de gran mérito, aunque no de la importancia de las citadas.

Las notas salientes de la sección de Dibujo son los originales de Renouard, que han sido reproducidos en las principales revistas ilustradas del mundo y que resumen, por decirlo así, la vida contemporánea, especialmente de París y de Londres, en sus más variados aspectos, y los dibujos del artista inglés Abbey, destinados á ilustrar la magnífica edición de las obras de Shakespeare que edita la importante casa Harper, de Nueva York.

Examinado lo más notable que el Salón del Campo de Marte contiene, que como puede verse es bien poco, diremos algo, en breve y ligera reseña, de otras obras que si no de mérito sobresaliente son, sin embargo, dignas de mención.



LOS BORRACHOS cuadro de Antonio Fabrés (Salon de los Campos Elíseos de París. 1896)

Cerca de 500 retratos figuran en la exposición, los más de ellos sin el menor interés artístico y algunos que sólo llaman la atención por la ligereza de trajes. Entre los artistas que presentan obras de este género sobresalen Carolus Durán, especialmente por un retrato de una joven con traje de brocado y por el de una señora con vestido de raso amarillo; Guthrie y Laverie, á quienes con razón se considera como los verdaderos jefes de la escuela escocesa, hoy tan pujante; Jacobo Blanche, en quien se advierte la influencia de Gainsborough y que expone el retrato del pintor noruego Thaulow y de su familia, una de las obras de mayores atractivos del Salón; La Gándara, siempre elegante; Aman Jean, cuyo es uno de los mejores retratos expuestos este año; Luisa Breslau, que ha presentado varios retratos al óleo, al temple y al pastel, estos últimos los más notables; Cecilia Beaux, artista norteamericana, cuyos retratos hábilmente pintados en colores claros encantan por su frescura; y Dannat, que ha pintado á la célebre Otero. Merecen también ser mencionadas las obras de Humphreys, Johnston, Alexander, Aubrey, Beardoley, Raffaelli, Desboutins, Biessy, Roll, Jeanniot, Picard, Edelfelt, Michalsky, Rondel, Besnard, Verheyden y Zorn.

Abundan también, como de costumbre, en el Salón del Campo de Marte de este año los paisajes: en este género no hay tampoco nada saliente; citaremos, no obstante, como más notables los de Besnard, *Baño en el lago de Annecy*, de hermoso color, y *La Cascada*, composición original en la que entre las espumas y las irisación de las aguas se distinguen algunas formas vagas de mujeres; Raffaelli, tres bellísimas vistas de París, *La playa de San Miguel*, los *Inválidos* y *Nuestra Señora de París vista desde un muelle*, todos llenos de vida y movimiento; Cazin, varios paisajes, entre los que sobresale un *Estanque* de melancólica poesía; Israel, una *Choza* y una *Marina* admirable; Colin, artista holandés, algunas grandiosas marinas; Thaulow, noruego, varias vistas de la ciudad de Dieppe, tomadas de noche; y los holandeses Marcette, Baertsœn y Willaerts, bonitos paisajes de su país. En esta sección ocupan un lugar muy distinguido nuestros paisanos: Barrau con su sentida composición *El Corpus en Cataluña*, paisaje impregnado de poesía con varias figuras admirablemente dispuestas y trazadas; Rusiñol con sus originalísimos paisajes andaluces, y Casas y Zuloaga con sus notas impresionistas, que revelan el estudio profundo de la naturaleza. Mencionaremos finalmente en globo á los que en el género que nos ocupa han presentado obras dignas de alabanza: entre los impresionistas y vibristas, Sisley, Lebourg, Eliot, Montenard, Paillard, Claus, Smith y Rock; entre los paisajistas que rinden culto á los procedimientos delicados, Millot, Costeau, Meslé, Iwille, Clary, Chudant, Lecamus, Menard, Perrandeau, Muenier, Burnand, Caillat, Huet y Karbousky; y entre los que con pincel vigoroso pintan lo que ven y lo que sienten sin prejuicios, Guignard, Miexmorón, Binet, Dauphin, Damoye, Dumolin, Mesdag, Prinet, Georges, Griveau, Aubin, Boulard, Courant, Chevalier, Vaysse de Latenay, Haumont, Cabrit, De Feure, Douglas Robinson, Walton, A. K. Brown, Harrisson, Saœf, Lambert, Waidmann, Martens, Tremerie, Gudden, Jeidels, Courtens, Jettel, Wahlberg, Albert, Davis y Verstraete.

De los cuadros de género han sido los más discutidos los de Beraut y Binet. *El empujón*, del primero, es una pintura simbólica en que se presenta una de las fases de la lucha social: un grupo de proletarios armados y miserablemente vestidos invade un comedor cuya mesa, ricamente servida, abandonan precipitadamente los aristocráticos comensales, á excepción de un joven que, sosteniendo en sus brazos á su compañera desmayada, se muestra imperturbable ante aquella acometida y opone una copa de champagne al puñal con que uno de los descamisados le amenaza. Este cuadro, por el pensamiento que lo informa, el de excitar á unas clases sociales contra otras, y por muchos detalles de ejecución, ha merecido severas censuras de algunos críticos. También ha sido censurado por su *María Magdalena* Adolfo Binet, á quien se echa en cara que poseyendo el talento artístico de que ha dado pruebas tantas veces y aun en esta misma exposición, presente al lado de otras muy notables esta obra tendenciosa, de pensamiento obscuro, de composición deficiente y de no muy buena ejecución.

En cambio han sido muy elogiados Cottet por su *Viuda bretona*, León Frederic por un desnudo de mujer y una admirable figura en medio de un campo, Evenepol por sus *Obreros regresando del trabajo*, Lobre por sus interiores de Versailles, Jeanniot por sus *Viejas* y por sus interiores de Guernesey, Dauchez por su *Romería*, Richon Brunet por sus *Sevillanas*, Dinet por sus *Argelinas*, Plener por su *Despedida*, Liebermann por su *Baño* y por su *Vagabundo* y Piet por su *Mercado*.

Son dignos también de mencionarse los cuadros militares de Couturier y Rixen; los lienzos *mundanos* de Friant, Firmin Girard y Jourdain; los de costumbres populares de Rousseau, Nillet y Perret, y las naturalezas muertas de Zakarian, Matisse y Anita Ayrton.

Para terminar la sección de Pintura, citaremos los pasteles de Luisa Breslau, Thaulow, Sonnier, Bellenger, y los de las señoras Gyp y Marleff y las acuarelas de Marchette, Dinet y Osterlind.

En la sección de Escultura, relativamente pobre en obras de verdadero mérito, sobresalen los grupos en mármol y los bocetos de Rodin, en especial el de *La Ilusión hija de Icaro*, el monumento á Moliere de Injalbert, las fuentes de Baffier y Roche, las figuras de la señora Cazin, Escoula, Fagel, Vallgreen y Antonieta Vallgreen, los bustos de la señorita Claudel y de Bourdelle, la estatua de *Verlaine* de Niederhausen y las estatuitas militares de Cordier.

En la de grabados y dibujos son dignos de citarse los croquis de Cazin, Lerolle, Jeanniot, Rousseau, Piet y Engel; los dibujos á la pluma de Mac Carter; los retratos de Rippe Ronai, Cunhing, Mycho y Girardot; los cartones decorativos de Van Driesten; las composiciones de Vogel; los *Meses* de Grasset; las alegorías de Schwabe; los grabados de Carriere, Hellen, Jeanniot, Riviere, Lepere, Florian, Guerard, Beltran, Bejot, Desboutin, Desmoulin, Kœpping, Paillard, Zorn y Storn de Gravesente; las aguas fuertes de Blanche y María Gautier, y las litografías de Riviere.

Tal es á grandes rasgos la actual exposición del Campo de Marte, acerca de la cual un ilustre crítico francés ha escrito el siguiente párrafo, que creemos merece ser reproducido:

«Lo que ante todo sorprende cuando se pasa la vista por aquellas paredes, es el incremento que toman la incoherencia en las ideas, la temeridad de las teorías y la impertinencia del procedimiento. Tal artista, á quien en otro tiempo le gustó aprender, parece ahora poner empeño en hacer ver que no sabe nada; tal otro, que comenzó bien, se sustrae á todas las reglas, se aplaude sus propios errores y se excita á aparecer cada vez más extravagante. Hay en el Campo de Marte cosas descaradamente abominables, locuras sin pies ni cabeza, ridiculeces de una fealdad carnavalesca, hechas con toda intención y en nombre de la regeneración del arte, más aún, de la invención del arte; pues para los que tales caminos siguen, todo cuanto hasta nuestros días se ha realizado debe ser mirado como no sucedido y entregado al más bajo desprecio. Esto que digo es la verdad pura. Y aun hay quien les anima ruidosamente, quien les hace la corte, y hasta plumas que les exaltan en prosa y en verso ¿Verdad que esto es el colmo de la bufonería?» – X.

SUEÑOS

Jamás hubo pareja más igual ni caracteres que mejor congeniaran... Soñadores los dos, ¡cuántas veces los sorprendió el día apoyados en la barandilla del balcón, con las manos cogidas y mirando al cielo, como si pretendieran descifrar aquel canto de amor, escrito para ellos con estrellas sobre el tachonado azul del infinito!

Se habían encontrado un día vagando los dos sin rumbo cierto por el mundo, y atraídos mutuamente se comprendieron, uniéndose por misteriosa é inexplicable simpatía. Subyugada ella por aquel vértigo de ideas brillantes que él la exponía, vistiéndolas con las más encantadoras galas de su imaginación de poeta; arrullado él por las delicadezas amorosas de que ella le hacía objeto; poco á poco, adelantando hoy un paso y mañana otro, fueron aproximándose hasta quedar unidos por completo.

Pero soñaban siempre, sí; soñaban los dos. Desde los balcones de aquella casa, situada en uno de los extremos de la capital, contemplaban el espléndido paisaje que ofrecían á su vista las frondosas alamedas de la Moncloa. Gozaban de la naturaleza con placer inefable y pasaban despiertos la noche entera para proporcionarse la satisfacción de presenciar el nacimiento del día. Entonces sus almas palpitaban de gozo al advertir la claridad del alba, que se anunciaba, imponente y esplendorosa, apagando estrellas y haciendo girones en las sombras, por los que se precipitaba la luz.

***

Durante la noche no turbaban la dulce placidez de aquel retiro más ruidos que los que producían las continuas entradas y salidas de trenes en la próxima estación, y hallaban cierto secreto encanto al contemplar en lontananza la humeante locomotora que silbaba corriendo vertiginosa á través de los campos, señalándose como un punto luminoso en medio de las sombras de la noche.

Volvían después los ojos á la ciudad en la hora del crepúsculo y admiraban el espectáculo delicioso que ofrece Madrid encendiéndose á lo lejos. En todo hallaban nuestros enamorados motivos de recreación para la vista, y alegres, dichosos, dejaban transcurrir los días entregados por entero al disfrute de su amor, amor gozado sin trabas ni freno, pletórico de encantos, plácido y tranquilo.

Se habían cubierto de hoja los árboles, y las frondosas acacias plantadas á lo largo de la acera lanzaban su perfume penetrante, embalsamando el ambiente.

Noches tranquilas y serenas... ¡con qué velocidad transcurríais!

Llegaban hasta aquel apartado rincón los ruidos de la capital, como un rumor vago é indefinible; la tranquilidad del barrio entero sólo se veía turbada de vez en cuando por el ruido de algún coche parando de pronto en firme ante la verja del elegante hotel. Sonaba después la campana, y luego abríase la pesada puerta, advirtiéndose distintamente las pisadas de los caballos sobre los arenados paseos del jardín; rumor que se iba debilitando poco á poco, hasta perderse por completo...

Tanta felicidad rendía... Aquel espectáculo gozado por dos soñadores impenitentes embriagaba, y al amanecer, cuando de nuevo los sorprendía el alba, asomados al balcón y cogidos de las manos, al rumor producido por el despertar del día con los trinos de los pájaros y el soplo de las brisas, contribuían nuestros dos enamorados juntando sus bocas, de donde estallaba un beso que parecía dar más fuerza al viento, más luz al cielo, más alegría á las aves.

***

Aquello fué un sueño, un sueño nada más, sin razón ni motivo, que huyó para siempre. Tras el placer llegó el cansancio, la desilusión, el hastío, y al aparecer, triste, la realidad... voló el encanto.

Llegó el invierno, y á los bellos días estivales sustituyeron los soñolientos amaneceres; al panorama verde y espléndido, la vista de unos campos yermos y unos árboles desnudos, y al cielo claro, azul, diáfano, los espesos nubarrones suspendidos sobre las altas montañas de nieve.

Ya la contemplación del paisaje no causaba placer ninguno y sí tristeza. Y es cosa sabida que con las tristezas vienen los recuerdos, y si doloroso es recordar el mal sufrido, mayor pesar causa el recuerdo del bien gozado y la dicha perdida.

El canto de amor se había suspendido... Ya no encontraba él aquellas bellezas de los pasados días, y estaba horas enteras con la frente apoyada en los cristales del balcón, mirando tristemente el horizonte, como un pájaro encerrado en su jaula.

¡Con qué envidia veía pasar por la calle á los escasos transeuntes que por allí discurrían! «¡Esos son libres!,» pensaba melancólicamente, y así pasaba los días, taciturno, sin gusto para nada, sintiendo la nostalgia de la vida antigua, las amistades abandonadas de pronto, los amores fáciles, las relaciones cortadas, todo lo que en un tiempo constituyera el mayor encanto de su existencia.

***

Por fin, se decidió á salir una noche, solo. ¿Cómo convenció á su compañera? ¡Quién lo sabe! Necesitaba estar solo, pensar detenidamente, calcular, dedecidir algo...

Salió de casa... Ella le acompañó hasta el descansillo de la escalera, oprimiéndole contra su pecho, pidiéndole por Dios que no regresara tarde, no por desconfianzas de su amor, no porque tuviera celos, no; poníale por disculpa la soledad en que ella quedaba, lo solitario del barrio á las altas horas de la noche, y en tanto, él la besaba despidiéndose alegremente, haciéndola fervorosas protestas de amor, jurándola no tardar más que el tiempo preciso para ventilar el asunto que le obligaba á salir de casa de noche.

Al poner el pie en la acera levantó la vista á los balcones de la casa; en uno de ellos estaba su amante despidiéndole y enviándole, al perderle de vista, un beso con las puntas de los dedos.

Él se alejó rápidamente, pensando, á su pesar, que no era noble su proceder... Sentía remordimientos... Aquella mujer no debía quedarse sola... Él debiera consagrarse á ella que se mostraba siempre tan dulce, tan cariñosa... Y si no, vedla despedirle amorosa enviándole un beso largo, apasionado... ¡Oh! ¡Aquello era infame, criminal, indigno!..

Y seguía caminando rápidamente, sin detenerse. Llegó al centro de la capital, pareciéndole nuevo todo lo que veía; el continuo ir y venir de las gentes, la abundancia de carruajes, las luces de los cafés y las puertas de los teatros con la muchedumbre apiñándose para entrar... Todo le parecía nuevo y lo miraba atontado...

Encontró á algunos amigos, le detuvieron y ¡qué de exclamaciones, qué de abrazos!.. Se hicieron chistes á su costa, se habló del tiempo transcurrido sin verle, se le hicieron reconvenciones llamándole ingrato y egoísta, y él, en tanto, se contentaba con sonreir, sin que se le ocurrieran palabras para contestar á aquel diluvio de preguntas.

Aquel era su elemento, su dicha, su placer, su vida entera...

Invitáronle al teatro, accedió, y allí, como en las calles, todo lo desconocía y preguntaba por la corista tal y la tiple cual, no encontrando cosa que no desconociera... ¡Ah! ¡Qué noche más deliciosa! Luego, al salir del teatro fueron á reunirse con otros amigos en el café donde acostumbraban á ir todas las noches, y al entrar allí volvieron á reproducirse las demostraciones de asombro al ver á nuestro héroe que respiraba con placer aquella atmósfera viciada é insoportable.



ARCÓN QUE GUARDABA EL CUERPO DE SAN ISIDRO EN MADRID (de fotografía)

***

Rápida transcurrió la noche, como un sueño que, fugitivo, desapareciera; pero al retirarse á su casa, cuando en el horizonte comenzaban á apuntar las tintas de la alborada, vino á su mente el recuerdo de su amada, la dulce compañera que, impaciente, le esperaría miedosa... ¡Y sintió vergüenza de sí mismo! Recordó los mimos, las atenciones de la despedida al salir de su casa, pues parecía, al ver la tristeza de aquella mujer, que se ausentaba para largo y peligroso viaje, cuando en realidad sólo iba á tardar algunas horas, y recordó por último, con íntimo remordimiento, el beso enviado desde el balcón...

¡Pobre beso, engendrado al choque de unos labios de grana con las rosadas puntas de unos dedos enanitos, ya no tenía para aquel hombre desamorado la fuerza de atracción que en otro tiempo más feliz poseyera!

¡Pobre beso, lanzado á los espacios y perdido en ellos, traído y llevado por el viento, sin dirección alguna, qué habrá sido de ti, sin tener quien te recogiese al caer, abandonado por el aire, sobre las losas de la acera!

***

Y subió á su casa... Penetró de puntillas en el dormitorio, separó las cortinas del lecho y miró...

Ella dormía dulcemente... La arandela de la bujía estaba á punto de arder, caído en el suelo un libro de versos, algunas páginas se habían salido y estaban esparcidas por la habitación. Ella soñaba, soñaba... y sonreía...

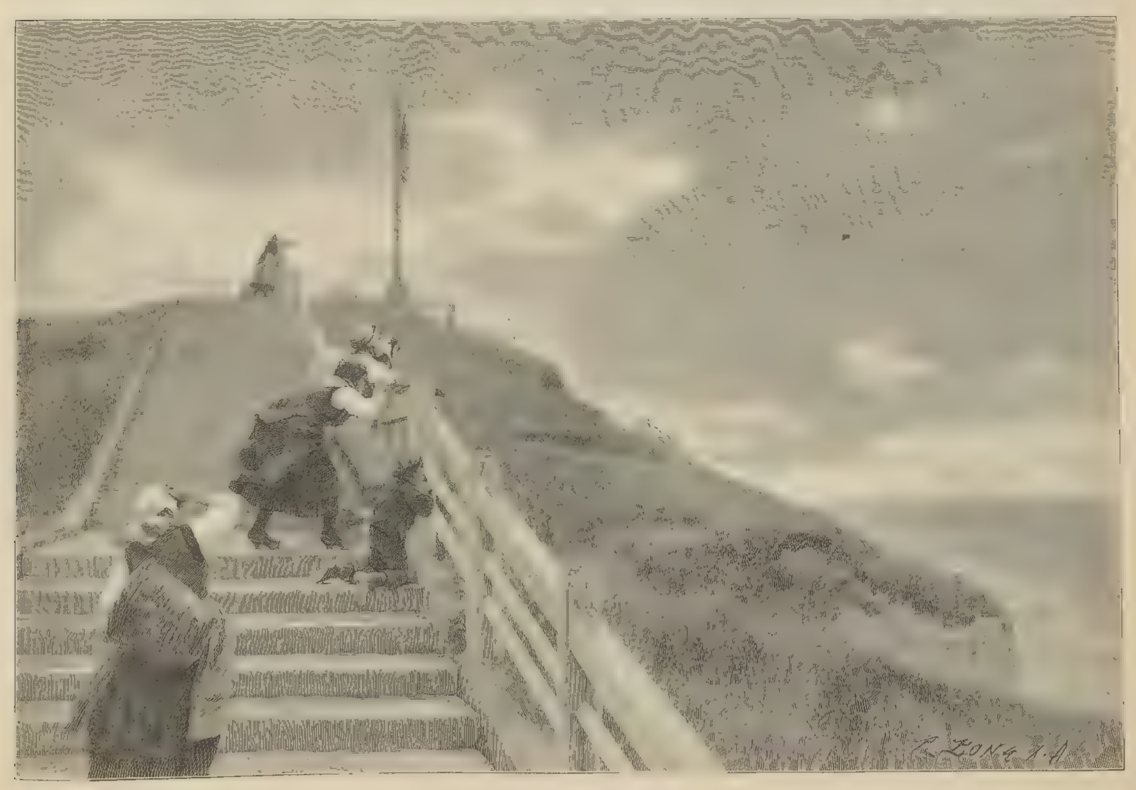
JOSÉ JUAN CADENAS

NUESTROS GRABADOS

Noticias, cuadro de Enrique Serra. – «Serra goza de una fama merecida, é Italia, y especialmente Roma, debe estar de ello orgullosa porque el artista la ha escogido como su segunda patria.» Así se expresa uno de los más conspicuos críticos italianos hablando de nuestro ilustre paisano, y teniendo en cuenta cuán parcos en elogios para los extranjeros son los escritores de cada país, se comprenderá la importancia que tienen las palabras copiadas. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ha publicado muchas obras de Enrique Serra, y por lo mismo no hemos de reproducir las alabanzas que otras veces le hemos dedicado. *Noticias* es un cuadro de proporciones minúsculas, del mismo tamaño que el grabado que publicamos, y lo que más maravilla en él es la perfección de los detalles, esa cualidad que tanto renombre valió al gran Meissonier: analícese como se quiera, no se encontrará en esta obra la menor imperfección, el más mínimo descuido; todo en él es acabado, todo perfecto, sin que esa minuciosidad de ejecución perjudique en modo alguno el conjunto, en cuya concepción se advierte la maestría con que compone sus asuntos su laureado autor.

Noticias ha sido adquirido por el señor conde de Guaqui, uno de los más ilustres aristócratas de la corte de España.

Arcón que guardaba el cuerpo de San Isidro en Madrid (de fotografía). – Este arcón donde en un principio fueron depositados los restos mortales del santo, y que después de trasladados á la rica urna en que hoy descansa, se conserva en la iglesia de San Andrés, se tiene por obra de las últimas décadas del siglo XIII ó principios del XIV. Tiene dos metros de longitud, con cubierta en pirámide truncada, y está compuesto de recios tablones de madera de pino sin pulir en el interior. Sus caras están pintadas al grafido ó esmalte, y en los dos frentes tienen por tema los milagros hechos por San Isidro: en ellos aparecen los retratos de éste, de su esposa Santa María de la Cabeza y de su amo Iván de Vargas, cuyos trajes ofrecen vivísimo interés como ejemplo de indumentaria de la época. El adorno consiste en follajes y flores, así como en una arcada que separa los diversos cuadros.



Horas de angustia, cuadro de E. Adán (Salón de los Campos Elíseos de París)



FIESTA DE NEGROS EN BLIDAH (ARGEL



[illegible] F. A. B[illegible]

Los borrachos, cuadro de Antonio Fabrés. – Cuantos visitan el actual Salón de los Campos Elíseos de París no pueden menos que contemplar admirados la última producción de nuestro querido colaborador, que en este número reproducimos. Fabrés es maestro en el dibujo, posee todos los secretos del colorido, y huyendo de esas tendencias extremas que á tantos errores han conducido, atiénese á lo que es tradicional en él y dibuja y pinta como deben hacerlo los que saben manejar como él el pincel y el lápiz, armonizando por modo asombroso la grandiosidad de la composición con las delicadezas y minucias de la factura. Gracias á esto obtiene efectos como el del hermoso cuadro *Los borrachos*, en el que cada figura, cada objeto tienen todo su valor y aparecen combinados en un conjunto por demás bellísimo; gracias á esto también no sólo ha conseguido que París, su actual residencia, ratificara y aun aumentara la fama que tenía ya de tiempo adquirida, sino que ha logrado hacerse uno de los artistas cuyas obras tienen más salida entre los buenos aficionados. Una vez más felicitamos al Sr. Fabrés desde estas columnas que tantas veces se han honrado con sus bellas composiciones.

Horas de angustia, cuadro de E. Adán. – El aspecto del mar ha sido espantoso durante la última noche, y las pobres mujeres de los pescadores han pasado horas de terrible angustia oyendo en medio de las tinieblas los silbidos del viento huracanado y los bramidos de las olas al romperse en la playa y azotar con estrépito el acantilado. Apenas ha despuntado el día han acudido todas á lo alto de la colina que les sirve de observatorio, para ver si desde allí distinguen las barcas causa de sus zozobras y objeto de sus amores y de sus esperanzas. Los furores y peligros del mar han inspirado á multitud de artistas: el celebrado pintor francés E. Adán ha buscado en ellos tema para el cuadro que expuso en el último Salón de los Campos Elíseos de París y en el cual ha seguido el procedimiento que adoptó desde los comienzos de su carrera artística y que le ha valido grandes triunfos, el de las líneas que se hunden en el horizonte, cuyo hermoso efecto puede apreciarse perfectamente contemplando la empinada escalinata del cuadro que nos ocupa.

El cardenal Galimberti. – Este príncipe de la Iglesia, recientemente fallecido en Roma, nació en 1836 de familia modesta y comenzó su carrera enseñando historia eclesiástica á los alumnos de la Propaganda; fué luego canónigo lateranense, prelado doméstico y en 1885 secretario de los asuntos eclesiásticos extraordinarios. Cuando se apeló al arbitraje del Papa para dirimir la cuestión surgida entre España y Alemania acerca de la posesión de las islas Carolinas, fué Galimberti quien redactó el fallo emitido por el Pontífice en esta cuestión. Desempeñaba el citado cargo de secretario de asuntos eclesiásticos cuando llevó á cabo el hecho más notable de su vida, contribuyendo eficazmente á poner término al *Kulturkampf* ó cuestión religiosa en Alemania. En 1887 León XIII lo envió á Berlín con objeto de felicitar al emperador Guillermo I con motivo de su 90.º cumpleaños y Bismarck lo recibió cordialmente; pero cuando quiso tratar con él del poder temporal y de la imposibilidad de que continuase el Papa en las condiciones en que se hallaba, nada pudo recabar de él. En abril de 1887 fué nombrado nuncio apostólico en Viena, y en aquella capital permaneció seis años, consiguiendo dirimir las diferencias religiosas que había en varios países del imperio. Al volver á Roma en 1893 fué elevado á la dignidad de cardenal en premio de sus servicios, y hasta su muerte ha figurado como uno de los individuos más preeminentes del Sacro Colegio.



EL CARDENAL LUIS GALIMBERTI,
fallecido en Roma el 8 del actual

Djemal-ed-din. – Este sheikh, cuya extradición acaban de pedir las autoridades persas á Turquía, por considerarle como instigador del asesinato del sha de Persia, se encuentra ahora de dependiente en el Yildiz Kiosk. Musulmán de ideas avanzadas, puede decirse que ha nacido para la intriga. Sospechoso de complicidad en una conjuración para destronar al sha, tuvo que huir á la India, de aquí á San Petersburgo y á París, y luego á Londres. Escribe con facilidad, y sus artículos han sido publicados en varias revistas y periódicos ingleses, aprovechando sus aptitudes literarias, siempre que le es posible, para mantener en su país la excitación contra la dinastía reinante.



DJEMAL-ED-DIN,
sheikh persa á quien se supone instigador del asesinato del sha

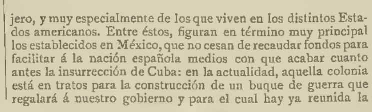
Fiesta de negros en Blidah, cuadro de F. A. Bridgmann. – El autor de este cuadro nos transporta á una de las más importantes ciudades de Argelia y nos hace asistir á una de esas fiestas típicas orientales que siempre tendrán poderosos atractivos para los artistas europeos: en el patio de una casa y ante numerosos espectadores sentados en cuclillas y formando semicírculo, varios juglares negros se entregan á sus danzas retorciéndose en extrañas contorsiones ó ejecutando juegos de sorprendente efecto, como el de tragarse carbones encendidos, que es el que reproduce en su obra el celebrado pintor alemán Bridgmann. Este ha sabido dar á su lienzo todo el color local que el asunto requiere, y con su talento imprimir gran relieve á la escena trazando unas figuras llenas de vida y de expresión y derramando sobre todo el cuadro las esplendideces de luz que tanto nos maravillan en los países de Oriente.

D. Juan Martínez del Cerro. D. Quintín Gutiérrez. – En medio de las desdichas que afligen á nuestra querida patria, son un gran consuelo las constantes pruebas de cariño que España recibe de sus hijos residentes en el extranjero, y muy especialmente de los que viven en los distintos Estados americanos. Entre éstos, figuran en término muy principal los establecidos en México, que no cesan de recaudar fondos para facilitar á la nación española medios con que acabar cuanto antes la insurrección de Cuba: en la actualidad, aquella colonia está en tratos para la construcción de un buque de guerra que regalará á nuestro gobierno y para el cual hay ya reunida la suma suficiente. En todos estos trabajos patrióticos han tomado parte muy importante los Sres. Martínez del Cerro y Gutiérrez, cuyos retratos reproducimos.





D. JUAN MARTÍNEZ DEL CERRO, D. QUINTÍN GUTIÉRREZ,
individuos de la colonia española en México que se han distinguido extraordinariamente en los trabajos para fomentar las suscripciones patrióticas en favor de España



El Sr. Martínez del Cerro, hijo de una ilustre familia gaditana, dedicóse en la capital mexicana al comercio, y ha sabido conquistarse una reputación y una posición envidiables en el mundo mercantil, por sus conocimientos, honradez y actividad. De amable y fino trato, de carácter extremadamente bondadoso y dotado de una educación brillante, el Sr. Martínez del Cerro goza en la capital de México de generales simpatías. El señor Gutiérrez, oriundo de Alceda (Santander), fué siendo muy joven á aquella República, en donde ha conseguido tanta honra como fortuna en el ejercicio del comercio. Siempre ha sido muy afecto á los intereses de la Beneficencia Española en México, institución que ha tenido en él á uno de sus más decididos sostenedores, mereciendo ser citados su gestión en la Casa de Salud y sus trabajos para la construcción del cementerio español. En todas las calamidades que han pesado sobre España ha sido de los primeros en aprontar y reunir socorros para sus compatriotas: así lo hizo cuando las inundaciones de Murcia y Consuegra y cuando los terremotos de Andalucía.

En las actuales difíciles circunstancias los Sres. Martínez del Cerro y Gutiérrez no se han olvidado tampoco de la madre patria, pues como hemos dicho, han figurado en primera línea entre los que más han trabajado para proporcionar auxilios al gobierno español.

Los retratos de estos dos señores con cuya publicación se honra LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, son reproducción de dos fotografías que nos han sido remitidas desde México por don Claudio Scapachini, á quien damos las más expresivas gracias por su atención.

Golondrinas de mar, fotografía de G. Wafmough Webster. – La fotografía ha llegado á ser un arte en toda la extensión de la palabra: el fotógrafo ya no se limita á reproducir fielmente cuanto se pone delante del objetivo de su aparato, sino que *compone* con verdadero gusto artístico la disposición de las figuras si de retratos se trata, ó escoge para sus vistas de paisajes aquellos que tienen todas las condiciones para producir la emoción estética. Así se ha logrado obtener fotografías que parecen cuadros, según han podido comprobar nuestros lectores con algunas que en estas páginas hemos publicado y al lado de las cuales puede figurar muy dignamente la que reproducimos en el presente número.

La princesa y la rana, cuadro de W. R. Symonds. – Mientras unos pintores sólo en la realidad buscan asuntos para sus producciones, otros únicamente en la ficción se inspiran; y del mismo modo que los primeros así se fijan en las notas de grandiosidad dramática como en las nimiedades más insignificantes, los segundos ora se elevan á las más altas regiones de la fantasía, ora se entretienen dando forma á las más infantiles consejas. Y en todos los casos pueden producirse bellísimas obras de arte, cual sucede, por ejemplo, con el cuadro *La princesa y la rana*, del ilustre pintor inglés Symonds, quien ha trasladado al lienzo, dándole forma encantadora, una escena de uno de esos cuentos que tanto deleitan á la gente menuda y que á veces contienen lecciones muy dignas de ser aprovechadas por las personas mayores.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – ZURICH. – Con destino á la Galería de Pinturas de Henneberg han sido adquiridos últimamente los celebrados cuadros *Pieta*, de Francisco Stuk, y *Familia de bacantes*, de Hans Makart.

Teatros. – *Madrid.* – En el teatro circo Colón se ha estrenado con buen éxito *Simbad el Marino*, zarzuela de gran espectáculo, inspirada en el conocido cuento de «Las Mil y una noches:» el libreto, de D. Calixto Navarro, es poco interesante; en cambio la música, del maestro Brull, es muy bonita.

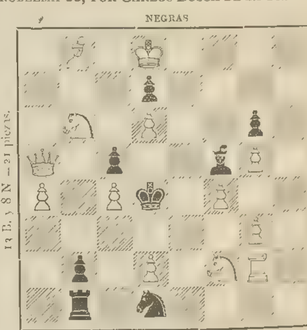
Barcelona. – En el teatro Lírico se han dado bajo la dirección del maestro Nicolau cuatro conciertos clásicos: la pieza culminante en todos ellos ha sido *La consagración del Graal*, de la ópera de Wágner *Parsifal*, en cuya ejecución ha tomado parte el célebre coro de hombres y niños del reputado Orfeó Catalá que dirige el maestro Millet. El efecto de esa grandiosa escena de una de las más hermosas partituras del inmortal compositor bávaro ha sido admirable, mereciendo entusiastas aplausos los maestros directores, la orquesta y los coristas.

Necrología. – Han fallecido:
Juan Guillermo Lindlar, paisajista de Dusseldorf.
Martín Eskil Winge, pintor de la corte de Suecia, individuo de la Academia de Estokolmo, notable por sus cuadros históricos, mitológicos y heroicos.
Kurfess, escultor de la corte de Stuttgart.

AJEDREZ

PROBLEMA 20, POR CARLOS BOSCH DE LA TRINXERÍA

NEGRAS



12 B. y 8 N. – 21 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 19, POR D. GALCERÁN

Blancas.	Negras.
1. C7CR	1. R toma C (*)
2. D6TR jaque	2. R toma D ó juega.
3. A8AR ó D mate.	

(*) Si las negras juegan 1. R2AR, la solución sigue así: 2. D5AD y 3. D8AR ó 7R mate; – si 1. R4R; 2. D5AD jaque, y 3. D ó A mate; – y si 1. C ó P juegan; 2. D7AD y 3. D ó A mate.



¿Qué idea me dió de lavarme los pies en el arroyo?

DOS ANONIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

VIII

María miraba el verde licor de la segunda copa de ajenjo que había traído, con la obstinada atención con que el mago contempla la redoma en donde hace un conjuro. Estaba silenciosa, pero sus labios se movían como los de la pitonisa que va á pronunciar un oráculo.

De repente prorrumpió en un acceso de locuacidad.

– Mira, Felicio, dijo, llevándose la copa á los labios, este licor es fenomenal. Proporciona goces exquisitos, pues hace pensar en lo que se desea, confundiendo el pensamiento con la realidad... ¿Sabes dónde imagino que estoy ahora? Pues en el campo de Coria del Río, cerca del Guadalquivir; en aquellas llanuras y alcores que serían el paraíso, si no las devastara el sol, enamorado de ellas. Salgo del cortijo de mi padre...

– ¿Del que tu padre era ó es dueño?

– No, del que era arrendatario.

– ¡Ah!

– ¿Te sorprendes, te habías forjado ilusiones, me creías tal vez una gran señora viciosa ó campechana? ¿Suponías, como en las novelas, que ha sido precisa una raza de héroes para engendrarme? ¿Qué título me dabas, hijo mío? El de condesa, por lo menos. ¿No es así? Pero ¡querido Felicio! Dios no necesita cuarteles, ni campos de sotuer ó sinoples, para crear los tipos que le da la gana. Sí, yo he sido hermosa y tal vez lo soy todavía; he tenido la distinción, la elegancia que se atribuyen á las duquesas, y sin embargo mi padre era un labriego y mi madre hija de un leñador. Pues qué, ¿las castas humanas son como las de los animales? ¿Es necesario heredarla para tener *sangre pura?* ¡Delirios, hijo mío! Puede haber carniceros que parezcan reyes, á poco que se les pula, y reyes que se asemejen á carniceros.

María bebió otro sorbo de ajenjo, y se quedó mirando al techo, como buscando la ilación de una idea que había perdido. Volvió á beber, y desde este momento se declaró en ella la excitación producida por el poderoso licor. Estaba en el primer período de la embriaguez, en ese estado lúcido, en que salta la imaginación y los nervios y aún no se han embotado los sentidos. Movíanse sus manos apretando el cerrado abanico ó dando ligeros golpecitos sobre la mesa. Se había quitado el otro guante, y Felicio contemplaba aquellas manos de irreprochable belleza.

Tenía el pañuelo sobre una silla próxima, al alcance de la mano, y á veces se le pasaba por la frente como queriendo apaciguar el calor. Aquel pañuelo fino y blanco despedía un olor delicado, y en una ocasión, al dejarle sobre la silla, Felicio creyó entrever entre sus pliegues una corona heráldica.

– ¿Me engañará?, pensó el joven, ¿querrá mixtificarme respecto á su posición social?

María tenía levantada la cabeza, como si sintiera tirantez hacia la nuca. De pronto la bajó mirando á Felicio y luego al vaso de licor que tenía delante.

– ¿Qué te decía antes?, le preguntó.

– Salías del cortijo de tu padre.

– ¡Ah, sí! Salía todas las mañanas, muy tempranito, cuando el reflejo del sol comenzaba á dar en las hojas de los olivos y en las pitas de los senderos, haciéndoles parecer acero pulido. Llevaba mi cantarita de Brenes, llena de labores, é iba por agua á la fuente. Tenía entonces diez años, y la carne y la cantarita me pesaban poco. A veces me detenía para ver una cigüeña posada á la pata coja sobre un picacho, ó algún escarabajo con su bola, que al tocarle yo con el pie se hacía el muerto. ¡Qué mañanas aquellas!.. ¡Y qué tardes y qué noches!.. ¡Las yuntas que volvían al cortijo, uncidas á sus melenas; las esquilas que sonaban; las graciosas carreras de los potrillos de la piara..., y luego aquel corro á la puerta de la casa, á la luz de la luna, con aquellas guitarras y aquellas coplas, que oía embelesada!..

María enmudeció y bebió otro sorbito de ajenjo. Después prorrumpió á hablar otra vez. Pero sus palabras eran tan incoherentes como sus ideas.

– ¿Las pequeñas causas producen los grandes efectos?.. ¿Qué idea me dió de lavarme los pies en el arroyo? Quizá sin esto no me hubiera visto... Era guapo, tenía el aspecto de lo que es, pero ¡aquella mirada que me echó!.. Y cuando me encontró sola en el cañaveral y me oprimió entre sus brazos y grité y vino mi padre...

María pensaba hablar consigo misma. Felicio la escuchaba con la atención lastimera del que oye el delirio de un enfermo.

– Sí, todo se arregló, prosiguió aquélla. Mis padres quisieron hacer de mí una gran señora... Una gran señora borracha de ajenjo, repuso María prorrumpiendo en una carcajada nerviosa... Una esposa y una madre que no tiene marido, que no tiene hija..

– María, interrumpió Felicio, compadecido de aquella tensión de espíritu. Desecha esos recuerdos, hablemos de otra cosa. Me haces daño.

– Pues bien, prosiguió María con la obstinación de la embriaguez. Te hablaré del colegio de Sevilla, un colegio francés montado al pelo. ¡Qué directora y qué pasantas tan finas! ¡Tan finas como los caramelos de los aguaduchos de Sevilla!.. *Mademoisselle, prene garde, evité l' embonpoint. Mademoisselle, ayez soin des ongles. Mademoisselle, surtout pas de grimaces.* Ya ves, querido Felicio, cuán fácil es hacer una dama pulida de una tosca labriega.

María enmudeció un momento, y después prosiguió como hablando consigo misma:

– Sí, lo que me perdió fueron las ideas de Dorila... Todo lo veía á través del prisma del lujo y de la elegancia... Ella me contagió..., y luego, ¡aquella maldita feria de Sevilla, aquellas madrileñas é inglesas de Gibraltar con sus dengues y filigranas! Yo era sencilla, hubiera vivido siempre feliz en mi campo de Coria, como lo fuí cuando niña. Me desvanecí, perdí el sentido, no pude resistir á los deseos de mis padres... Sólo mi abuela tuvo juicio en mi casa. «No te cases con ese hombre... Cada oveja con su pareja... Cásate con Dios...» ¡Ah, si yo hubiese entrado en el convento, como quería mi abuela! Ella veía la vida por su lado importante, porque ¿qué hay más importante que la salvación?

María volvió á interrumpirse. Bebió dos sorbos seguidos de ajenjo, y luego continuó con acento cada vez más extraviado:

– ¿Sabes, Felicio, cuántos diablos existen en el infierno, sin contar los que no conocía mi abuela?

Pues hay, Moria, Misia, Sual, Rebla, Beeee, Borintho, Uriel, Achaian, Choroen, Belcebú, Acaos, Cedón, Armer, Isbozeth, Apsón, Oreb, Ramesses, Boanergón, Sichor, Lapidoth, Ciñoth, Astaroth, Belfegor, Cosbí y ¡qué sé yo cuántos más! Mi abuela tenía razón: la gran preocupación de la vida debe ser evitar el infierno...

– No bebas más ajenjo, interrumpió Felicio, que empezaba á asustarse de la excitación de María.

Pero ésta no le hizo caso.

– Yo no le amaba, seguramente que no le quería. ¿Por qué había de quererle? Apenas le había tratado, y además me llevaba muchos años de edad... Él sí que me quería .. Pero ¿cómo? ¡Oh! Eso no lo perdonaré nunca, pretendió hacer de mí una... ¡Grosero!.. Y no por ignorancia, no... Pero como yo no era su igual... ¿Qué falta hace la delicadeza con la hija de un cortijero?.. «Tienes aire de duquesa.» ¡Ah! ¿Serán las duquesas como él quería que yo fuese?.. ¡Qué duquesas, qué gran mundo, qué culta sociedad, qué descotes, qué frivolidad!.. Me llevó allí para oir majaderías!.. «Spa será este año el centro escogido» «El hipoponax es ya cursi.» «La raza caballar inglesa desciende de Godolfín el árabe.» ¡Qué farsa! Que pronto me desilusioné... Aquellas mujeres que de lejos, en el campo de la feria, pareciéronme admirables, me hacían el efecto de *fantoches* parlantes... Ya se ve, yo era una intrusa, una advenediza ¿Sabes cómo me llamaban? La cortijera; lo he sabido; no pudiendo hallar en mí grosería natural, me reprochaban la nativa, ¡en el siglo XIX! ¿Comprendes esto Felicio!

– Pero, María, dijo el joven, que adivinaba aquella dolorosa historia de corazón. ¿Por qué insistes en esos recuerdos?

¿Quién no lleva escondido
un rayo de dolor dentro del pecho?,

como dice un poeta, que no conocerás probablemente... ¿Quién?..

– Sí, interrumpió María, con ímpetu. Muchos, los más, padecen; pero tienen compensaciones..., afectos, esperanzas, familia, hijos, y yo... ¡Maldito licor!, prosiguió, levantando la copa de ajenjo, casi vacía, y golpeándola contra la mesa con tal fuerza que se rompió. Ya no me queda ni el consuelo de este brebaje; hasta ahora me ha proporcionado siempre ideas agradables, y esta noche, no sé por qué, me recuerda todo cuanto pretendo olvidar... ¡Yo tengo una hija, Felicio, un encanto, que sería mi compensación; y me separaron de ella, y no la veo hace dos años!..

María bajó la cabeza y sus ojos se inundaron de lágrimas. Después, por una rápida transición, repuso casi gritando:

– ¿Por qué no he de morir, por qué no puedo matarme? Pero... ¿y Astaroth y Belfegor y los demonios de mi abuela?

Apoyó la cabeza en las palmas de las manos, y volvió á quedarse silenciosa y como abstraída. Sólo de vez en cuando exclamaba: «¡Hija mía, hija mía!,» limpiándose los ojos con el pañuelo.

Felicio la miraba con amorosa conmiseración, no hallando nada que decirla.

El mozo del café, que antes se había asomado á la puerta, atraído por el ruido de la copa, se adelantó diciendo:

«Son más de las dos, y vamos á cerrar.»

Estas palabras sacaron de su abstracción á María, y mientras el camarero colocaba las sillas sobre las tres mesas que había en la pieza, según costumbre en los cafés, para hacer la limpieza á la mañana siguiente, alargó á Felicio un bolsillito de boquilla, diciéndole:

– Ahí tienes, paga, y no te ofendas; pues bien pudiera ser que no tuvieses dinero.

Pero el joven no tomó el bolsillo. Se había ya puesto en pie, y dió un duro al camarero...

Aunque Felicio y María habían estado enteramente solos, toda esta escena tuvo un espectador.

IX

El templo está silencioso; la luz penetra débilmente por las altas ventanas; el espíritu de Dios flota en aquel espacio consagrado; las almas, unidas en una misma aspiración, exhalan el perfume de las oraciones.

En el altar mayor, que resplandece como recordando los esplendores del cielo, se efectúa el misterio que completa la redención humana; el Señor Sacramentado está allí; allí están los dos infinitos: el Creador y la creación, el amor presente y las promesas futuras.

Frente al Santuario velan los grandes y los pequeños, los poderosos y los débiles, los de alta inteligencia y los ignorantes, realizando la igualdad humana y fijo su pensamiento en aquella mística Hostia que se ofrece á todos en la vida de la carne y en la de la eternidad.

Habéis entrado en la casa de Dios á rendirle gracias por vuestras prosperidades ó á rogarle que aparte de vosotros el cáliz de la amargura, ó quizá á pedirle que os perdone vuestros vicios ó vuestros crímenes. Dobláis la rodilla en tierra, olvidáis el tráfago de la vida, las miserias humanas; no os espanta la idea de la muerte, impotente contra vuestra alma; recordáis los derechos de ésta, y vuestro espíritu se llena de amor hacia el Creador y de fe en sus inefables promesas.

Súbito oís una voz débil, pero clara, que dice:

«Señora, ó caballero, ¿puede usted socorrer á una cesante de Estado?»

Aunque os fijéis en esta frase, aunque veáis á vuestro lado una especie de mujer, maniquí viviente envuelto en un sudario negro, no comprendéis el sentido de aquella interrogación, porque la voz no marca la diferencia de las letras mayúsculas y minúsculas. ¿Cesante de qué estado?, os preguntáis: ¿del honesto, del del matrimonio, del de mujer quizá? Vuestro primer movimiento es de disgusto, de repulsión, porque aquella voz plañidera os ha hecho descender de los altos limbos á que os habíais elevado; pero *charitas patiens est:* sacáis una moneda y la dejáis caer en una mano descarnada, cuyos dedos se asemejan á un manojo de sarmientos.

Aquel fantasma humano, ó mejor dicho, inhumano, se desvanece en las venas de la sombra del templo, y oculta en la penumbra de algún pilar, acecha una nueva víctima. Aquella cucaracha casi eclesiástica, pues la iglesia es el palenque en donde lucha contra la miseria; aquel espectro de la conciencia, más cruel que el mendigo de Espronceda, no disgusta vuestros sentidos con su *punzante mal olor*, sino que hiere vuestro espíritu haciéndoos recordar los puntos negros é ininteligibles que manchan la armonía del cosmos.

En vuestra casa, en los casinos, en los teatros, en los cafés, en las calles, estáis expuestos á llevar un *sablazo* (no explico esta frase, porque supongo que el lector la conoce); sólo en la iglesia y especialmente en las *Cuarenta Horas*, desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde, os halláis en peligro de sufrir *alfilerazos* tanto más molestos cuanto son más imprevistos.

Hay varios ejemplares de estas mendigas devotas; pero yo sólo me refiero á uno, al más importante, al que quizás ha inventado el género, y que interviene poderosamente en los sucesos que voy relatando.

Decía llamarse doña Aurora Porcel y estar entroncada con la familia del difunto general Narváez; pero supongo que, presuntuosa en todo, el raro tipo de que me ocupo ha trocado un nombre cualquiera vulgar por el poético de Aurora. Tenía mote, la apodaban la *Perdigona*, que es como un nombre de guerra, como un estigma de perdición, como una clasificación con que se designa á una variedad de la especie planta-humana, entre las que vegetan en medio de un enigma eterno: el día de mañana. Todos los españoles vivimos dentro de este enigma, aunque el mañana sea más ó menos lato, según la posición social. El grande de España ignora si el día de mañana conservará su título y su grandeza; el ministro de Hacienda no sabe si podrá cubrir las atenciones del mes próximo; el banquero no está seguro de no suspender sus pagos y hasta el rey está expuesto á dejar de serlo al día siguiente. España es un país de poetas y de filósofos; esto constituye nuestra grandeza y nuestra pequeñez; todos los españoles sabemos que, como dice Castelar, el mal desaparece en el conjunto, en lo universal, en lo eterno; que la víbora, ó séase el hombre, puede picar al hombre, pero no á toda la humanidad. De aquí resulta que el *alfilerazo*, el *sablazo*, la deuda y el empréstito, están en España á la orden del día.

La *Perdigona* tenía la estatura de una niña de trece años y la cabeza como la de la giganta Amiota, que defendía la puente de Mantible. Sus ojos eran grises, con la niña blanca y la córnea amarillenta á causa de vejez prematura: estos ojos, que se hacían vivos y penetrantes en la iglesia, durante sus trabajos de araña cazadora, fuera del lugar sagrado adquirían la expresión inerte de los de un fantasma mirando el interior de un sepulcro. El cuello de cigüeña de la *Perdigona* se incrustaba en un busto raquítico y deprimido, bajo el que resaltaba un abdomen inconmensurable. Era una mujer-vientre; desnuda debía parecerse á un feto hidrópico. Llevaba una mantilla de un negro pardo como los paños tumularios, un mantón negro, con la punta torcida al lado izquierdo, é iba enfundada en un vestido muy ceñido y muy largo. En la iglesia andaba con lentitud espectral, sin hacer ruido, como la pata afelpada del tigre; pero por la calle caminaba apresuradamente, haciendo escarceos, variando de dirección y cojeando, no sé si por causa de los pies ó del calzado.

Perdigona es un mote gráfico, el femenino de *perdis* ó perdido; no obstante, viéndola negra, andando á saltos, con la punta de su mantón flotando al viento, debería habérsela llamado la golondrina, pues se parecía á una de estas aves con un ala rota.

Cumplida su misión matinal, después de los *alfilerazos*, la *Perdigona*, de pordiosera, pretendía transformarse en gran señora: su carácter se hacía altivo, sus aspiraciones elevadas. No hablaba más que de cosas amenas y aristocráticas. Iba á comer (cuando podía) á alguno de los cuatro famosos *restoranes* conocidos con los nombres de *Pote venenoso, Hotel ful, Quejido ahogado* ó *Epopeya*. Este último es el que menos frecuentaba, porque se come por lista y no se sirven cubiertos á cuatro reales; y la *Perdigona*, en el poema de su vida, se inclinaba más á los episodios. Si se la encontraba comiendo, no era necesario hacerla hablar; ella inmediatamente *provocaba* la conversación.

– ¿Qué hora es, caballero?, preguntaba al que estaba más próximo. Mi reloj está parado.

– Tal hora.

– ¡Caramba, qué tarde! Bien he hecho yo en no ir á comer con Pilar Fernán-Núñez. Me he metido aquí por capricho; dicen que se sirve un estofado especial, y es cierto.

Cuando no Pilar Fernán-Núñez, era Ángela Medinaceli ó Rosalía Medina Sidonia la que la esperaba á comer; todas eran amigas y contemporáneas suyas.

A veces, en mitad de la conversación, exhalaba un suspiro y exclamaba:

«¡Pobre Paca!»

Así llamaban á una bella y malograda duquesa.

A fuerza de querer aristocratizarse, la *Perdigona* no conseguía su objeto de producir sensación, pues la mayor parte de los parroquianos de los susodichos *restoranes* no conocían á aquellas señoras por sus nombres de pila.

Hablaba de casi todo, pero especialmente de policía y de ornato público. Estaba muy indignada de que se permitiese á la gente ordinaria, á la que ella llamaba oclocracia, sentarse á la puerta de las casas á tomar el fresco, y sobre todo de que no se desterrara á Fernando Poo á un tagarote que vendía billetes de lotería, pues con su vozarrón penetrante atacaba los nervios de las señoras. Hablaba mal del ayuntamiento de Madrid, recordando que hacía luengos años que faltan dos asientos de piedra en la rotonda de la plaza de Oriente, y sólo la merecía alguna simpatía el actual inspector de arbolado, por haber hecho plantar varios árboles que faltaban en las calles de Atocha y Alcalá.

La *Perdigona* honraba con su protectora amistad á Matilde Díez; pero Julián Romea la hizo la corte, Matilde se enceló, y se habían enfriado sus relaciones, hasta que murió el gran actor. De poetas había leído á Meléndez Valdés y á Grilo. La pintura no la decía nada. Nunca hablaba de política ni de cuestión social; sin embargo, como no tenía nada que perder, temía vagamente á la internacional, recelaba de la Compañía de Jesús y no entraba nunca en un café que había en la calle de Alcalá, porque decía que estaba regentado por un jesuíta. Tenía una pasión culminante, la curiosidad; no la que se refiere al aseo, sino al deseo de husmear vidas ajenas. Aunque fuese muy preocupada con sus proyectos de *alfilerazos*, si la *Perdigona* veía en algún sitio á propósito á alguna persona que al parecer acechaba ó esperaba, ella á su vez la acechaba también y espiaba. Si se trataba de amantes de tapadillo, los seguía hasta ver lo que hacían ó dónde iban y procuraba informarse de quiénes eran. Durante el buen tiempo vagaba por las plazas y paseos retirados, y muy especialmente por los jardincillos de la Cuesta de la Vega, sitio apto para trapisondas amorosas.

Así era que la *Perdigona* sabía historias y conocía aventuras inauditas. El lector de cierta clase, que no haya descendido á ciertas capas sociales, supondrá que he tratado de describir un tipo imaginativo é inverosímil, y no obstante es de los más correctos entre los que pululan en Madrid, como en todas las grandes poblaciones. En Madrid hay quien voluntariamente carece de domicilio desde hace catorce años. En Madrid ha habido quien manejando constantemente mucho dinero, porque era jugador, sólo se ha mantenido de frutas y legumbres crudas. En Madrid hay quien ayuna todo el día, por pagar el coche en el entierro de personajes á quienes sólo ha conocido de vista. En Madrid hay quien no lleva camisa, y afecta retirarse temprano para de mañanita probar un tronco de caballos en la Fuente Castellana. ¿Quién puede conocer los innumerables extravíos de la locura humana?

X

Pues bien: Doña Aurora Porcel, alias la *Perdigona*, habíase enamorado profundamente de Felicio, con una pasión casi senil, porque aquélla rayaba ya en los cincuenta años. Le conoció en uno de los fonduchos que ambos solían frecuentar, y á aquel mamarracho femenino le llegó su hora, como suele decirse. La delicada y simpática fisonomía del joven, aunque surcada por las tempestades de la miseria, llamó desde luego su atención é impresionóla vivamente. La *Perdigona* tenía golpe de vista *distinguido*, lo cual confirmaba hasta cierto punto el aristocrático origen que se atribuía, y pudo apreciar la natural elegancia de Felicio. Oyó hablar á éste, y su modo de expresarse la encantó. Desde el primer momento sólo pensó en él, le buscaba en todas partes y se extasiaba mirándole. Procuró ponerse en contacto con él, é hizo tales cosas, que aquel amor de vieja verde produjo la hilaridad general en los cuatro *restoranes* ya mencionados, en el café económico de la calle del Gato y en las dos ó tres buñolerías predilectas de los trasnochadores. Felicio, á quien sus compañeros nocturnos daban bromas por *su conquista*, primero comenzó por reirse y después halló molesta la insistencia de la *Perdigona*. Aunque era bueno y cortés por naturaleza, no pudo menos de hacer á ésta tales desaires, para quitársela de encima, que la pobre mujer se retrajo, y devoró en silencio su pasión, exasperada por el desprecio. Escribió una carta á su ídolo, como última tentativa, y se la dió por conducto de un mozo de café. En esta misiva, correcta en la forma, pero erótica en el fondo, expresaba al joven el ímpetu de su pasión; le decía que sólo deseaba vivir á su lado, verle siempre, ser su esclava, y ofrecía redoblar sus esfuerzos *(alfilerazos)* y remover el mundo á fin de que nada le faltara. Que sólo le pedía un poco de cariño y el derecho de pasar su mano por los negros y hermosos cabellos del joven; añadiendo otras majaderías, que á fuerza de apasionadas no eran ridículas.

Felicio rompió esta carta, y evitó con más ahinco la presencia de la *Perdigona*; pero ella le seguía de lejos cuantas veces podía, procurando no molestarle. Pasado algún tiempo, la vieja enamorada estaba más retraída, y parecía haber desistido de sus amorosas pretensiones.

Pero la fatalidad, que teje las urdimbres de la vida, reanimó aquella pasión (si es que ya comenzaba á apaciguarse) por medio de un incidente. Además de pordiosear en las iglesias, la *Perdigona* daba *alfilerazos* á domicilio, ó esperando en la calle á personas de *buen corazón*. Contaba entre éstas un capitán de fragata jubilado, que todos los días invariablemente volvía á su casa de once y media á doce de la noche, después de haber jugado su partida de tresillo en el café del Siglo. Existía como un convenio tácito entre el marino y la menesterosa, pues ésta le aguardaba todos los sábados en la plaza de Santo Domingo, esquina á la calle de Isabel la Católica, y aquél le daba cincuenta céntimos, ó una peseta, si le habían tratado bien en el juego. A veces, la *Perdigona* veía atravesar la plaza á D. Martín, que éste era el nombre del caritativo caballero, y avisaba al sereno de la susodicha calle de Isabel la Católica para que abriera la puerta de la casa en donde aquél habitaba.

La noche del encuentro de Felicio y María en el baile de Capellanes era sábado. La *Perdigona* acababa de dar su *alfilerazo* nocturno y semanal; cuando vió venir por la acera que da hacia el lado de la calle Ancha de San Bernardo á una pareja, cogidos del brazo, andando lentamente y con todas las señales de tapadillo. Alborotóse la instintiva curiosidad de la husmeavidas ajenas, y por poco le da un síncope cuando reconoció á Felicio acompañando á una máscara de elegante aspecto. Exasperóse su pasión amorosa. Nunca el desdeñoso joven habíala hecho pasar por semejante prueba. ¡Felicio acompañando á una mujer, en actitud amartelada, enamorado de ella quizá! Aquello era demasiado. Siguió á la pareja, que bajó por la calle de Isabel la Católica, á alguna distancia, pegada á la acera opuesta y entregada á sus rabiosos pensamientos. Aquella mujer le robaba su bien, la suprema felicidad que ella había en balde ambicionado. Aquella mujer iba en contacto con Felicio, y él se inclinaba para verla mejor. ¿Quién sería? Parecía joven. La *Perdigona* hubiera dado los dos únicos dientes que le quedaban, por verla la cara; ¡pero llevaba tan calado el capuchón! Aproximarse hubiera sido una imprudencia, que el joven no la perdonaría fácilmente, dando lugar á otros excesos: Felicio tenía el genio vivo. Resignóse, pues, á su papel de espía. Confundiendo su negra sombra con las de la noche, sorteando la luz de los faroles y con el corazón palpitante de despecho, siguió á Felicio y á su compañera. «¿Quién será? – pensaba la *Perdigona*. – Una perdida, de fijo. ¿Qué ha de ser si anda á tales horas con un joven desastrado? ¡El tal Felicio!.. Me la pagará, me la pagarán los dos.»

Haciendo este y otros monólogos mentales, y con ojo avizor para no perderla de vista, la enamorada y celosa vieja vió á aquella que suponía feliz pareja entrar en el café de Peláez por la puerta que da á la calle de las Beatas. Su primer impulso fué entrar también en el café; pero se contuvo porque temió un arrebato por parte de Felicio y además espantar la caza. Difícilmente logró resistir á su deseo de conocer á aquella mujer tan envidiada y tan aborrecida; pero se propuso conseguirlo, aun cuando para ello tuviera que esperar hasta la consumación de los siglos. Para lograr su designio tuvo un cómplice en la casualidad. Una ventana del café, que da á la calle de las Beatas, aunque cerrado el cristal, tenía entornadas las maderas, y por el hueco que éstas dejaban filtrábase un vivo rayo de luz. La *Perdigona* atisbó por aquel espacio. Frente por frente había una mesa, á la que se sentaron Felicio y su compañera. María estaba de cara hacia la ventana, y la luz de un apato de gas le daba de lleno. No bien se hubo sentado se desabrochó el capuchón y se bajó la capucha, y la celosa vieja pudo verla y analizarla á su satisfacción. El primer movimiento de ésta fué de sorpresa. «No – pensaba, – esta mujer no es de las perdidas con las que puede rozarse Felicio; tiene aspecto de señora, sea lo que sea.» Ya sabemos que la *Perdigona* tenía buen golpe de vista, y aunque influída por los celos, no pudo menos de apreciar la expresión fina y simpática de las facciones de María.



Tenía diez años y la carne y la cantarita me pesaban poco

Durante el largo tiempo que estuvo en observación, experimentó un sinnúmero de sorpresas. La agitación de aquélla, las copas de ajenjo que se bebió, la febril animación con que se expresaba, hicieron comprender á la *Perdigona* que se trataba de algo más que de una vulgar intriga amorosa. «Ella hace todo el gasto de la conversación – pensaba; – ese tuno de Felicio está embelesado contemplándola.» El joven hallábase sentado de espaldas á la ventana, y la vieja enamorada, al mirar á su rival, tenía que ver la cabeza de su adorado, con aquellos hermosos cabellos, que ella deseaba acariciar, según decía en su carta á Felicio.

¡Cuánto hubiera dado por enterarse de la conversación de la pareja sentada en el café! Además de sus dos últimos dientes hubiera dado dos años de vida; pero tenía que contentarse con acechar, y esto con sobresalto, para no ser sorprendida en el espionaje por algún transeunte ó pareja de orden público.

La *Perdigona* estaba excitada por los celos y rendida de cansancio. Aquel día había sido muy ocupado para ella, porque necesitaba reunir dinero para pagar el mísero tugurio donde dormía. Había corrido las siete partidas dando *alfilerazos*, tenía su única y parca comida en los talones, y su estómago la pedía con náuseas un refrigerio de café económico y de buñuelos. Y sin embargo, aunque se la doblaban las piernas, resistía valerosamente, y pegada á la ventana, acechaba á través de su amarillenta córnea. Se distraía de aquella interminable espera haciendo comentarios y jurándose averiguar quién era aquella mujer con empaque de señora y ribetes de loca. Si la *Perdigona* se preocupaba tanto de intrigas y aventuras que no le importaban, ¿qué sería de aquélla, que la afectaba en lo hondo del corazón?

Por fin, después de atisbar el incidente de la copa rota, vió al mozo del café, que levantaba las sillas, y á Felicio y luego á María, que se ponían en pie. Entonces fué á situarse en la esquina de la calle Ancha de San Bernardo, con objeto de poder vigilar las dos puertas del café, y ocultarse en una ú otra calle, según por donde salieran los que esperaba.

Salieron por la puerta de la calle de las Beatas, y siguieron calle abajo. La *Perdigona*, que había torcido la esquina de la Ancha de San Bernardo, les siguió á alguna distancia, tambaleándose de debilidad y cansancio.

Felicio y María iban del brazo.

– ¡Qué hermosa noche!, dijo María; esta brisita que se ha levantado me despeja y sosiega mis nervios. En el café creí que iba á estallar mi cabeza.

– Pero, María, ¿por qué bebes ajenjo? ¿No sabes que es un licor de muerte?

– ¿Por qué, según me has dicho, has pensado tú en suicidarte?

– ¡Oh, yo! ¡Tú no sabes la tristeza, la soledad de mi vida; no puedes figurarte el tormento de la miseria y de las privaciones.

– Cada uno lleva su cruz; pero tú tienes la fuerza de los diez y ocho años para soportarla. Un acaso cualquiera puede influir favorablemente en tu porvenir. Eres pobre, pero puedes ser rico; no has tenido pasiones hasta ahora, pero quizá las sientas en el momento más imprevisto. Lo terrible es sentirlas y luchar contra ellas; comprender que pudiendo ser origen de felicidad, lo son de una desesperación irremediable.

– Tal vez tengas razón, María, porque desde hace tres horas, desde que te he encontrado, siento en mí una expansión, una energía que no puedo explicarme, me parece que vivo más, que respiro mejor.

– Esa es la fuerza de la juventud, que sólo necesita de una idea, de una ilusión para manifestarse. ¿Supones que yo influyo en tí? ¡Dichoso tú que tienes esa ilusión! Yo no sé qué hacer, si desvanecerla ó alentarla. Quizá debiéramos separarnos y no volver á vernos...

– ¡No, María, eso nunca!, exclamó Felicio con ímpetu, estrechando una mano que ella le había abandonado. Prométeme que te veré siempre. Ignoro quién eres y no sé qué pensar de ti; pero sí estoy seguro de que no eres una mujer vulgar. Yo creo que te presentía y te esperaba y que el beso que me diste en Aranjuez ha sido una predestinación. Si no volviera á verte, no sé qué sería de mí.

María inclinó la cabeza y siguió andando en silencio. A su agitación del café había sucedido una extremada laxitud

– ¿En qué piensas?, dijo Felicio. ¿Te disgusto, temes prometerme que volveré á verte?

– Pienso en nuestro encuentro de Aranjuez. Lo recuerdo como si hoy mismo hubiera pasado. Eras un niño desconocido para mí; y sin embargo, te besé como... besaba á mi hija.

– María.

– Y no es esto solo. En aquella época sufrí un rudo golpe, perdí á mi padre. Recuerdo que aquella mañana, al volver á mi casa, me hallé con una carta en que me anunciaban que estaba expirando y que quería verme, si era posible. Pues bien, Felicio, y esto es lo extraño y en esto pensaba antes: en medio de la agitación de un viaje precipitado, en aquellos días de angustia, de desconsuelo y de luto, al acordarme de mi hija, de la que me había separado, siempre me acordaba de ti... ¿Por qué? Sí – repuso, como hablando consigo misma, – nada hay novelesco, nada es absurdo...

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS LEONES AMAESTRADOS POR MR. SEETH

Cada día se reproduce en los circos la necesidad de encontrar espectáculos originales que satisfagan á los espectadores, deseosos siempre de novedades, y



El domador de leones Mr. Seeth

los empresarios no tienen más remedio que satisfacer estos deseos si no quieren que el público les abandone. Unos se dedican especialmente á amaestrar caballos, obteniendo resultados verdaderamente asombrosos; otros procuran atraer gente ofreciéndole pantomimas montadas con gran lujo, y algunos se consagran á domar fieras.

En esta especialidad descuella el Circo escandinavo de Schumann, cuyos variados espectáculos aplaude actualmente el público de Leipzig. Uno de los números del programa que más llama la atención es la presentación de doce leones machos amaestrados. Hasta ahora se habían visto osos y elefantes ejecutando algunas habilidades y aun leones encerrados en jaulas practicando ejercicios más ó menos difíciles; pero el espectáculo de contemplar en la pista, convertida en jaula colosal, doce leones sumisos á las órdenes de su domador y realizando cosas verdaderamente extraordinarias, es completamente nuevo.

Este resultado lo ha conseguido el intrépido domador Mr. Julio Seeth, el cual ha logrado que su colección de *reyes del desierto*, no sólo le respete y le obedezca, sino que ejecute, casi por su propia iniciativa, ejercicios hasta cierto punto artísticos, que son completamente opuestos á los instintos y al carácter de los animales carnívoros.

Dispuesta de una manera conveniente la pista y convertida en una especie de jaula merced á la colocación de fuertes rejas de hierro sólidamente sujetadas, penetra en ella Mr. Julio Seeth, hombre alto, robusto, de hermosa presencia y mirada firme, que se ve que domina en absoluto la situación, mientras los criados acercan á la puerta de la pista una jaula en donde los leones parece que esperan ansiosos el momento en que se les sacará de aquel estrecho encierro. Introdúcense en la jaula dos jacas y dos perros dogos, y después de haber sido recibidos *cortésmente* por los leones, dos de éstos, en unión de aquéllos, salen á la arena y de un salto se encaraman en unos pedestales de madera, formando todos juntos un artístico grupo; luego empiezan á correr por la pista, uno detrás de otro primero, y después de dos en dos, poniéndose sobre sus patas traseras y girando sobre sí mismos según les indica el domador, ó saltando los leones por encima de la jaca.

Abierta nuevamente la jaula, salen de ella los otros diez leones y uno en pos de otro desfilan con paso majestuoso por la arena que, en aquel instante, presenta un aspecto imponente. ¡Doce leones juntos! ¡Doce reyes del desierto convertidos por su docilidad en un verdadero rebaño de animales inofensivos! En medio de ellos se sitúa Mr. Seeth, manda á uno que se ponga de pie, le abraza, y juntos recorren un buen trozo de la pista; luego tres de los más hermosos animales forman rápidamente lo que se llama el columpio y después los doce forman una pirámide de gran efecto y de bellísimo aspecto artístico.

Otro de los ejercicios es el *carrousel:* cuatro leones se meten en otras tantas barquillas, provistos de sendas banderitas que el domador les introduce en las fauces, y el aparato empieza á dar vueltas impulsado por una de las jacas.

Durante todos estos ejercicios, los leones no cesan de acariciar á Mr. Seeth, el cual corresponde á sus caricias abrazando y besando á sus favoritos.

El espectáculo termina regresando los animales á la jaula por el mismo orden en que salieron de ella, á excepción de uno, el llamado *Sultán*, que es el ejemplar más hermoso de los doce, el cual se deja coger dócilmente por el domador y se coloca sobre sus espaldas tal como representa nuestro primer grabado de esta página. El otro grabado reproduce á los doce leones alineados y apoyando las patas delanteras en la valla de la pista. – V. M.

***

LA SUPERFICIE LUNAR

Los Sres. Lœwy y Puiseux han presentado recientemente á la Academia de Ciencias de París el primer fascículo de su atlas lunar, que se compone de seis hojas, una de las cuales es un espécimen no ampliado de los clisés obtenidos por medio del gran ecuatorial acodado del Observatorio parisiense. Las otras cinco planchas son heliograbados de 50 por 60 centímetros que reproducen algunas porciones escogidas de estos clisés, agrandadas en una proporción tal, que el diámetro de la luna, según ellas, sería de 2'60 metros.

Las planchas heliograbadas son muy ricas en detalles y presentan el relieve de una manera muy limpia.

Las investigaciones del Dr. Weineck de Praga han demostrado ya que las ampliaciones de las fotografías lunares permiten completar y rectificar los mejores dibujos, presentando además sobre éstos la ventaja de una autenticidad absoluta. Los Sres. Lœwy y Puiseux parten de un punto de vista diferente. El empleo de hojas de grandes dimensiones que permiten abrazar de un solo golpe de vista extensas regiones, les parece eminentemente propio para facilitar los estudios comparativos y hacer entrar en una nueva vía la selenelogía, ciencia hasta hoy un tanto confusa.

Los caracteres más conocidos y mejor estudiados son los circos, vastos embudos de 50 á 150 kilómetros de ancho, rodeados de muros de regular prominencia: su interior muestra una llanura unida, de la que surge con frecuencia una montaña central completamente aislada. Muy numerosos en las regiones montañosas y en las mesetas elevadas, los círculos son relativamente raros en las grandes manchas obscuras que se distinguen á simple vista en la luna y que impropiamente se designan con el nombre de mares. Estas llanuras, por lo menos las que han conservado una forma clara y marcados contornos, se parecen mucho á la arenas interiores de los circos y sólo se diferencian de ellas por sus dimensiones mayores. Las altas mesetas están cruzadas por surcos rectilíneos que, con sus intersecciones, forman una red poligonal y siguen con preferencia las tangentes de los muros de los circos.

La distribución de los matices no es menos digna de atención que el relieve: las partes deprimidas tienen por lo general un tinte obscuro; y por el contrario, una intensa blancura reviste la mayor parte de las porciones elevadas y las cimas centrales de los circos. Algunas veces esos matices blancos se diseminan en rastros que irradian alrededor de los centros determinados hasta distancias enormes y salvan todos los accidentes del terreno puestos en su trayecto sin alterar el relieve de los mismos. Este conjunto aparece de una manera fija en los anteojos, y los cambios que en él se cree observar se reducen casi siempre á juegos de luz debidos á la variación de la iluminación y del punto de vista. Esta fijeza demuestra que nos encontramos en presencia de un mundo muy diferente del nuestro. En efecto, al decir de ciertos sabios, la luna carece de agua y de atmósfera, y aun afirman aquéllos que estos dos factores tan activos del relieve terrestre no intervinieron nunca en la historia de nuestro satélite: los numerosos embudos no tendrían, según esta teoría, nada de común con los volcanes. Otra escuela se coloca en un punto de vista opuesto y considera la superficie de la luna como modelada por fuerzas análogas á las que vemos obrar sobre la tierra. Los Sres. Lœwy y Puiseux encuentran en el estudio de sus fotografías serios motivos para atenerse á una opinión intermedia: según ellos, la atmósfera de la luna está seguramente muy enrarecida, pero no se puede en absoluto negar que exista y aun se concibe que en otro tiempo pudo haber sido mucho más densa y haber desempeñado, por consiguiente, un papel importante. Asimismo, negándose á considerar los circos lunares exclusivamente como cráteres formados con explosión, admiten que muchos de ellos deben su origen á erupciones que han preparado el hundimiento de una extensa porción de la corteza. Si se adopta este criterio, muchas particularidades de la estructura de los circos se enlazan entre sí y se explican de una manera inesperada. La realidad de las erupciones volcánicas está



Leones amaestrados por Mr. Seeth, del Circo escandinavo Schumann, que actualmente se exhiben en el Alberthalle de Leipzig

además atestiguada por las aureolas y los rastros blancos de que antes hemos hablado y que se explican perfectamente por masas de ceniza violentamente lanzada á grandes alturas, por consecuencia de explosiones repentinas, y luego dispersada por los vientos. Las erupciones acompañadas de intumescencias no son las únicas causas posibles de aquel hundimiento, sino que también deben producirse, como en la tierra, algunas bajo la acción del enfriamiento progresivo. Con esta causa se enlazan las cuencas deprimidas designadas con el nombre de mares, análogas á las fosas mediterráneas estudiadas por los geólogos en la superficie de la tierra. Finalmente si nos remontamos á una antigüedad más remota podemos tratar de representarnos en qué condiciones pudo constituirse una primera corteza en el globo lunar todavía fluido. Se concibe que las escorias formadas en la superficie y aumentadas progresivamente se han ido aglomerando en bancos cada vez más extensos. La unión de estos bancos, así como su ruptura, han debido efectuarse según ciertas leyes y dar lugar á la formación de una red cuyas huellas visibles revela hoy la fotografía.

Tales son las variadas y curiosas conclusiones que permiten entrever los trabajos realizados en estos últimos tiempos en el Observatorio de París, trabajos en los cuales la geología se encuentra casi tan interesada como la astronomía misma. Por lo demás, no está en manera alguna demostrado que se haya extinguido toda actividad en la superficie lunar, y la comparación de las fotografías actuales con los documentos pasados ó futuros podrá, mediante la comprobación exacta de cambios indiscutibles, demostrar en qué sentido se prosigue la evolución de nuestro satélite. – N.



GOLONDRINA DE MAR, fotografía de G. Watmough Webster (Chester)

UN SISTEMA DE TRANSPORTE ECONÓMICO

EL MONORIEL

Sabido es que la explotación del más insignificante ferrocarril de vía estrecha resulta oneroso si el tránsito por él no es considerable. Todos los medios de transporte por tierra, así los de tracción animal como los de vía férrea, cuestan muy caros, y de aquí la superioridad de los transportes por mar, por río ó por canal, cuando éstos son posibles. En los países que no tienen carreteras, en las grandes explotaciones agrícolas ¿cómo resolver ese problema de los transportes baratos, ya que no rápidos? He aquí una solución muy sencilla que de fijo se irá abriendo paso en la práctica. El *monoriel* es un riel único que descansa sobre traviesas metálicas rectangulares reforzadas en sus cuatro ángulos: los rieles están unidos entre sí sin mano de obra especial, por medio de un encaje de fácil manejo, y puede darse á la línea la curva que se desee y aun hacerle describir círculos de ocho metros de radio y ponerla sin dificultad sobre terreno pantanoso. El material móvil es de una sencillez extremada: consiste en dos ruedas pareadas en el mismo plano y de igual diámetro, como las de una bicicleta, que arrastran una plataforma horizontal muy próxima al suelo: sobre esta plataforma descansa ora una carretilla ora un carro. Tratándose de una carretilla un solo obrero basta para mantener la carga en sentido horizontal; tratándose de un carro ó de otro vehículo mayor es suficiente un caballo. Y sin embargo, el peso que puede arrastrar el motor, gracias á la ventaja del roce de hierro sobre hierro, es siete veces mayor que sobre un terreno regularmente bueno. En cuanto á los viajeros, no tienen que soportar esas oscilaciones laterales tan incómodas de los ferrocarriles. Estos vehículos llevan sus frenos, pero para detenerlos basta hacer inclinar la plataforma y entonces el roce del suelo es un freno suficiente.

La velocidad que con ellos puede alcanzarse no es la de los ferrocarriles de vía estrecha; pero aparte de que no siempre esta velocidad es necesaria, téngase en cuenta que se trata de un sistema muy económico y practicable en condiciones en que no lo son aquéllos. – X.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

MONTSERRAT. – El conocido encuadernador y litógrafo de esta ciudad D. Hermenegildo Miralles acaba de publicar con este título un álbum que contiene 32 vistas de gran tamaño de la famosa montaña catalana en donde se venera la milagrosa imagen de la Patrona de Cataluña. Las vistas son preciosas, están admirablemente reproducidas de fotografías inéditas del reputado fotógrafo barcelonés Sr. Audouard y dan una idea perfecta de los sitios más interesantes y pintorescos de Montserrat, por lo que no vacilamos en recomendar el álbum á nuestros lectores: los que hayan visitado la montaña recordarán con deleite, al hojear sus páginas, lo que tan agradables sensaciones les produjo en su visita; los que no hayan hecho esa excursión podrán formarse cabal concepto de las maravillas que Montserrat encierra. Cada lámina lleva al pie la correspondiente explicación con los datos necesarios para completar la impresión que la contemplación de cada vista produce: el álbum, cuya elegante cubierta ha sido dibujada por el Sr. Pascó, se vende al precio de 3 pesetas.

ANALIZADOR VOLUMÉTRICO del *doctor Bassols y Prim*. – El conocido médico de esta ciudad Sr. Bassols y Prim ha inventado un nuevo aparato para la medición volumétrica del ácido carbónico y aun del oxígeno del aire espirado, que ha merecido un dictamen favorable de la Real Academia de Medicina de Barcelona. Para la descripción de este aparato ha publicado el Sr. Bassols un folleto en el que hace atinadas consideraciones del ácido carbónico y del oxígeno en el aire espirado y demuestra las ventajas que por esta razón puede reportar el uso del analizador.



LA PRINCESA Y LA RANA,
cuadro de Symonds (Exposición de la Art Gallery de Manchester)

MEMORIA DEL INSTITUTO MÉDICO HIDRO-ELECTROTERÁPICO EN BUENOS AIRES. – El Dr. D. Anselmo Ruiz Gutiérrez fundó en 1892 en Buenos Aires un Instituto médico hidro-electroterápico, cuyo éxito ha ido desde entonces aumentando de año en año. Para convencerse de ello basta leer las interesantes estadísticas de los enfermos presentados y asistidos en aquel establecimiento desde su inauguración durante los años 1892, 1893, 1894 y 1895, en las cuales se ve la proporción de los curados y aliviados: estos datos son el mejor elogio del instituto. La Memoria ha sido impresa por G. Kraft, Cuyo, 1124, Buenos Aires.

ANARQUÍAS, por *S. Gomila*. – Contiene este tomo una colección de poesías del conocido escritor barcelonés Sr. Gomila: el título está justificado, en nuestro concepto, más por la forma que por el fondo. Cierto que en éste abundan las ideas atrevidas y que pugnan muchas de ellas con el orden social establecido, revelando aspiraciones á ideales que la humana imperfección no logrará alcanzar en mucho tiempo, si es que algún día llega á alcanzarlos; pero todos los atrevimientos, todas las crudezas, todo el espíritu revolucionario del fondo resultan pálidos ante la anarquía que preside en la forma. El Sr. Gomila, en este punto, ha prescindido de todas las reglas retóricas, ha pasado por encima de todos los preceptos que hasta ahora respetaban aun los más revolucionarios y hasta ha hecho tabla rasa de aquellas condiciones que para la poesía exige, no ya los libros didácticos, sino el oído del lector. Como dato curioso merece leerse *Anarquías*, pero nos parece que el sistema no hará muchos prosélitos y que el procedimiento no encontrará aficionados. Publicado el libro por el editor barcelonés D. Antonio López, véndese á una peseta cincuenta céntimos.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 1.° de junio de 1896 — Núm. 753



DE LO AÑEJO, cuadro de A. Fabrés

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Sucesos universales. – El Oriente. – La muerte del sha de Persia. – Servicios prestados á la ciencia por éste. – La resurrección de Nínive y Babilonia. – Retrato del sha. – Sus viajes. – Sus guerras. – Los babises. – Odio á tal secta. – El asesinato. – Reflexiones. – Conclusión.

I

El Oriente priva hoy en los ánimos por la conversión ó apostasía del príncipe de Bulgaria; por las dificultades con que tropieza el rey de Servia; por los festejos de Hungría, tan odiosos á Transilvania; por la derrota diplomática de los gobernantes ingleses en Tokío y Constantinopla; por los combates entre Italia y los reyes y los emperadores de Abisinia; por el enmarañamiento de las dificultades antiguas entre la República del Transvaal y los dominios del Cabo de Buena Esperanza, más ó menos sujetos al poder británico; por las retiradas de los holandeses en sus porfías con las tribus montaraces indígenas de Sumatra; por la muerte violenta del sha de Persia, caído en la eternidad á manos de un profeta supersticioso y criminal, que ha claudicado así, para castigar en tan augusta sacra persona la introducción antigua de los influjos europeos dentro de Persia, causa primera, según el fanatismo extremo persa, del decaimiento manifiesto de tan glorioso y vasto Imperio en el mundo. Pocos mortales han tenido el privilegio de atraer á sí la curiosidad y el interés humanos como este recién muerto monarca. Venido varias veces á nuestras regiones occidentales; puesto en contacto, por sus visitas á los palacios y á los reyes nuestros, con la cultura europea; interesándose las industrias en sus viajes al husmeo de las riquezas que le suponían, y las artes al recuerdo de las ruinas que custodiaba, y las ciencias al enlace que ha tenido el pensamiento iranio con el pensamiento humano total, y la política también á las conexiones de aquel su Imperio con todos los problemas planteados en las tierras centrales asiáticas, desde las orillas del mar Caspio hasta las fuentes del río Ganges, no había facultad colectiva del continente de la civilización que no se despertase á su presencia con viveza y no se fijara con cuidado en su persona, personificando, como personificaba ésta, el continente de la conquista y del misterio. Yo recuerdo haberlo contemplado en sus visitas á París varias veces; tan rígido, que parecía cualquier figura del Museo Grevin; tan indiferente como una imagen ó un simulacro esculpido; con uniforme casi europeo; arrastrando un sable corvo á manera de los alfanjes musulmanes; cubierta la cabeza con una tiara de Astrakán, en cuyo lado anterior relucía un enorme brillante de irisados colores y clarísimas facetas; el cuerpo erguido; el andar mesurado; los ojos fijos como de vidrio; el rostro inmóvil como de ídolo, y sin embargo la color cambiante como si tuviera sangre india de parsis, y sangre aria de iranio, y sangre geta de mongol, y sangre salvaje de negro, y sangre kurda de turco; pues á la manera que todos los dioses entraran en la fantástica persona del sátiro creado por la imaginación portentosa de Víctor Hugo, todos los factores variantes de las sangres humanas han entrado en el cuerpo de tal emperador.

II

Los escritores amigos del microscopio, dados á narrar anécdotas sin fin sobre la vida privada de las personas célebres, cuentan y no acaban de las minucias divulgadas sobre sus estrambóticas costumbres. Para traer, sin gran escándalo de los persas, la sultana preferida entre sus numerosas sultanas, á Europa, hízola disfrazar de muchacho y la presentó como uno de sus pages. Para obsequiar á la señora del mariscal Mac-Mahón en su primer correría por París, ajustó á rico joyero un collar, que se llevó y no pagó, viéndose la obsequiada más tarde, cuando el sha ya se había ido, en el caso de pagar con su dinero el obsequio. Bien es verdad que para excusar esto sus cronistas añaden la escandalosa explotación del monarca por los mercaderes parisienses, quienes le cobraron hasta cien francos por un melón que no valía cincuenta céntimos. Los exploradores de las maravillosas ruinas históricas, sobre cuyas moles y espacios ejerciera el sha dominio supremo, se hacen lenguas de las facilidades obtenidas en sus cavas y de la vigilancia por él empleada en defensa de los rebuscos y espigueos arqueológicos hechos, así contra los odios de las tribus asesinas diseminadas por las cercanías, como contra los asaltos de las fieras ocultas por el desierto en los antros de sus infinitos arenales. Merced á la protección de tan culto sha, las orillas del Tigris y del Eufrates fueron exploradas; los restos de aquellos palacios-templos ninivitas ó asirios reencontrados; las esfinges, coronadas de diademas, hermosas mujeres desde las cinturas arriba, leones y toros desde las cinturas abajo, enviadas á nuestros museos; los salones donde pasaron las cenas últimas de Baltasar y Sardanápalo, rehechos en los libros de ciencia; señaladas las bases de aquellas torres caldeas, desde cuyos altos hablaban los astrólogos con las estrellas, obteniendo para la mente humana los primeros cálculos astronómicos que han medido el espacio y contado el tiempo; repuestos en sus aras los colosos parecidos á símbolos de los triunfos humanos conseguidos sobre las fuerzas mecánicas del mundo material; rebechos los alados querubines bíblicos en sus primeros altares medas; reconocidas las armonías y el parentesco entre nuestros libros santos y todos los libros orientales; restituídas á su verdadero sentido real las leyendas históricas de Nino y Semíramis; reforzadas las pruebas del diluvio en el Noé de los pueblos iranios, trayendo la paloma con su oliva en el hombro y la cántara del vino, recién inventado, á la espalda; reconocidas las difusiones de aquel resplandor espiritual, trascendiendo desde Zoroastro hasta San Juan; averiguadas las fuentes del maniqueísmo y del dualismo que aún reinan en varios templos de la teología cristiana y en varios sistemas de la filosofía moral; descifrados los renglones cúficos impresos en las tierras cocidas y en los ladrillos seculares de Babilonia y de Sardis. El estudio de las ruinas amontonadas por las orillas de aquellos ríos, que no ceden al Ganges, al Nilo, al Jordán, al Cefiso, al Tíber en importancia histórica, vedado por el intolerante fervor musulmán á los exploradores antiguos, hase facilitado por el sha último á los sabios, que han renovado y esclarecido los anales humanos, esclareciendo y renovando con sus revelaciones, dictadas por vigilias sin número y sin precio, los anales del Asia, donde se halla el primer comienzo de nuestra vida, el primer oriente de nuestra idea, el primer albor de nuestra religión.

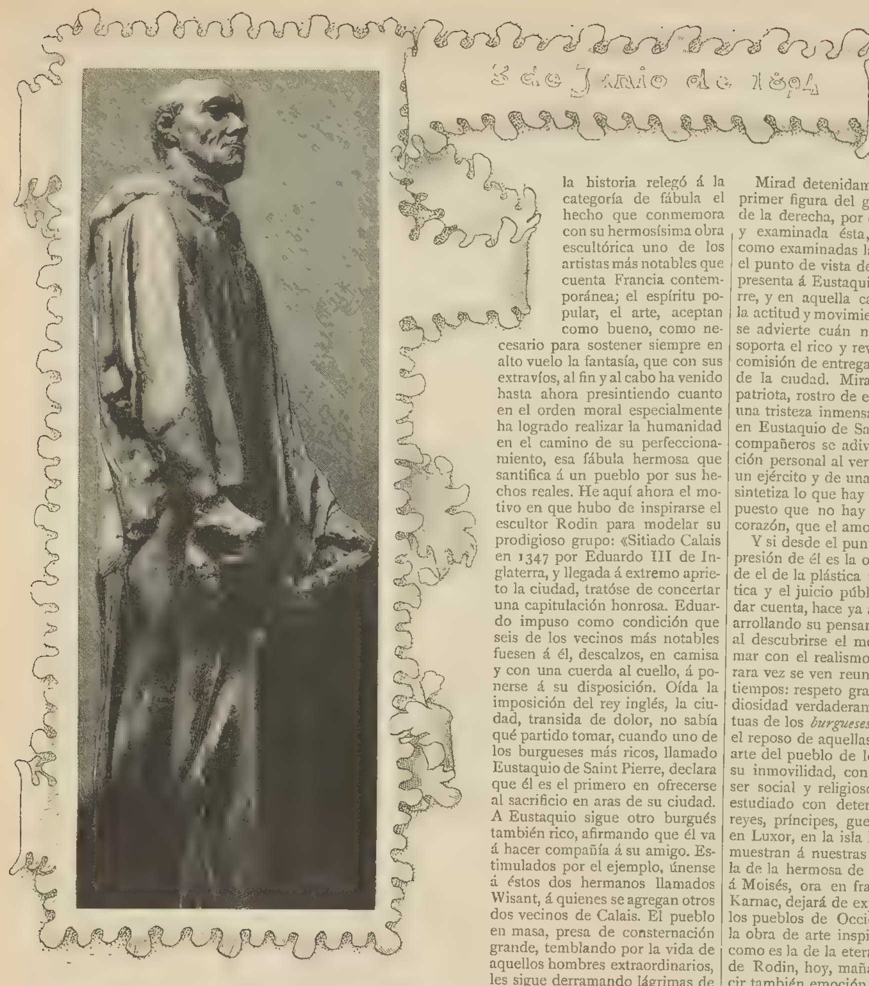
III

Dentro de su Imperio no ha sido el sha último lo feliz que fuera de su Imperio. Estos pueblos decadentes no admiten las reformas que prosperan los pueblos maduros ó jóvenes, los pueblos en crecimiento y en progreso. Aquello mismo, probado con verdadera ventaja en otros, acaba con ellos. Sus organismos férreos y sus almas tormentosas no se prestan al período del trabajo y necesitan permanecer á perpetuidad en período de combate. Un rey, general, soberano, pontífice, pasando del palacio á la mezquita y de la mezquita á las tiendas y de las tiendas por último al combate y al asalto, es el representante único y verdadero de aquella sociedad militar, la cual, cuando no es conquistadora, es conquistada, ó bien por fuerza de armas superiores, ó bien por amaño de superiores inteligencias. El último sha no ha visto más que decrecer y disminuir á su Persia. El tenía temperamento y voluntad y medios de agrandarla; pero lo que llamamos equilibrio europeo debe dilatarse á los demás continentes y decirse con razón equilibrio asiático, equilibrio africano. Prueba mayor de esta verdad que la posesión de Tánger no la encuentro. Quiérenla todos los Estados mediterráneos, y aun los no mediterráneos, y se mantiene lustros de lustros en poder del sultán marroquí, porque cada cual se opone, si no la posee y goza él, á que el vecino la goce y la posea. El equilibrio asiático no permite al sha de Persia, como el equilibrio europeo no permite al sultán de Constantinopla, extenderse y agrandarse, antes bien les recorta dominios, les impone tutelas, y mercantilmente los explota. Encuéntrase un sha de Persia entre la ballena y el elefante, Rusia royéndole tierras por el Norte, mientras Inglaterra interviene con más ó menos escándalo en los puertos del Occidente y del Mediodía. El poder inglés en los mares y el poder moscovita en las tierras se han holgado con disminuir y recortar á Persia, favoreciendo sus respectivos engrandecimientos. Con Rusia el sha tuvo mil dificultades por cuestiones de territorio y con Inglaterra por cuestiones de dinero. El pequeño Ararat, el grande Caspio, las fronteras de Armenia, los pasos rusos hacia el techo de la tierra toda, le han traído muchas cuestiones agrias y litigiosas con Rusia; como el comercio, la navegación, las factorías, los remates y arriendos, muchas cuestiones agrias y litigiosas con Inglaterra. No ha mucho arrendó el sha la venta de tabacos á una compañía inglesa; y como se insurreccionaran los persas contra el arriendo, por las rescisiones de los contratos y por la indemnización consiguiente casi estuvieron para ir á las manos Persia é Inglaterra. Imposible, pues, pedirle á un pueblo en vías de diminución y á un soberano penetradísimo de que su pueblo disminuye la confianza en sí mismo y en los demás, de aquellos pueblos y aquellos Estados en camino de verdadero crecimiento. El sha no podía desconocer que para conquistar necesitaba reñir con Europa ó con sus dos mayores potencias, y para reformar ni había fuerza en su Imperio, ni había capacidad en su pueblo. De aquí la melancolía irremediable, y de la melancolía irremediable, la propensión irresistible á viajar, natural en los melancólicos.

IV

No pudo el pobre divertir sus melancolías y entretener sus ocios con las guerras extrañas; las divirtió y los entretuvo con la guerra civil, mejor dicho, con la guerra religiosa. Nada prueba cómo la naturaleza de los dogmas, por creídos y respetables que parezcan, no puede sobreponerse á la naturaleza de los hombres, por creyentes é inmóviles que sean, como esta surrección de sectas y herejías bajo las religiones de mayor unidad en sus símbolos y de mayor disciplina en sus cánones. La religión persa, después de haber sido religión panteísta por los parsis indios, religión sabeísta por Zoroastro y su culto el éter, religión mazdeísta por sus dualismos eternos como los combates de las especies, fué religión musulmana en la expansión del mahometismo, pero religión de una secta poco en armonía y consonancia con las tradiciones enseñadas desde las orientales madrisas de Damasco hasta las occidentales madrisas de Córdoba. Y por lo mismo que tal religión fué una secta de Alí, pretendiendo mayor parentesco y consanguineidad con Mahoma en su fundador que los aportadores del mahometismo á la Meca y al Nilo y al Estrecho y al Guadalquivir, engendró muchas y muy varias sectas de muchos y muy diversos matices por sus respectivas creencias. Y la secta que más tráfagos le trajo al sha, fué la misma terrible que le ha dado muerte, la secta de los babises. Poco discrepan del canón central, secular, ortodoxo, histórico, estos canones nuevos, improvisados por profetas olientes á heresiarcas. Las herejías mahometanas más bien saben á moral que á dogma. Y como saben más bien á moral que á teología, los babises predicaban costumbres superiores en virtud á las costumbres persas y matrimonio calcado sobre los matrimonios europeos con la monogamia mitigada por la facilidad en los divorcios. Las sectas, allí donde no puede haber ni libertad de conciencia, ni libertad de pensamiento, ó tienen que organizarse como un ejército para combatir, ó tienen que desaparecer por su incompatibilidad con la fe del déspota y con la naturaleza del despotismo. La proscripción del pensamiento sistemática, por ahogar, no ya las mayores contradicciones, las menores discrepancias, obliga de suyo al discrepante ó disidente á defenderse y armarse. No se le ocurre á ningún profeta en pugna con el profetismo árabe persuadir á las gentes por medio de ideas, se le ocurre siempre arrastrarlas al combate con fuerza. Y en el combate no queda otro remedio sino combatir. Así procedieron en su barbarie los antecesores del sha muerto, y así procedió con su cultura este sha mismo, combatiendo. En la edad corriente un monarca persa exigía de sus generales que le mandasen libras y aun arrobas de ojos arrancados á sus enemigos rotos. Hasta el exterminio fueron perseguidos en años cercanos á nosotros los babises. Y se han vengado. Iba con lucido acompañamiento el monarca, por los comienzos de mayo, á una soberbia mezquita, muy frecuentada de los fieles en su capital. Todas las mezquitas de Oriente se hallan precedidas de un patio, como el patio de los naranjos en Córdoba, donde se desudan los fieles, y ya desudados, se lavan en abluciones varias ante los aljibes sacros, para ingresar puros y limpios al interior del templo de su Dios. Había bajado de su montura el sha, cuando un babi se le acerca, y á boca de jarro le dispara un pistoletazo. Cayó el agredido sobre las losas del patio, y aun al rebote del sacudimiento nervioso pudo levantarse y mirar á su corte y comitiva con ojos espantados. Pero tenía la bala dentro, y á un derrame interior, se le cegó la vista, y se le paralizó la lengua, y se le concluyeron las fuerzas, cayendo en tierra otra vez desplomado para siempre. Tales renovaciones de poder facilita el despotismo, natural provocador del crimen.

Lora del Río, 20 de mayo de 1896



LOS BURGUESES DE CALAIS

3 de junio de 1894

Celebrado monumento debido al escultor francés Rodin

Los pueblos aman sus héroes y los glorifican tanto más, cuanto esos héroes aparecen á sus ojos envueltos por las nieblas de la leyenda, sea ésta amorosa, caballeresca ó patriótica, los tres aspectos de entre las múltiples manifestaciones del espíritu humano que más hondamente conmueven el sentimiento popular. Y digo que aman y glorifican los pueblos á sus héroes cuanto más engrandecidos aparecen por el espejismo legendario, porque todo aquello que alcanza las lindes de lo extraordinario y lo sublime tiene una fuerza atractiva irresistible hacia lo absoluto, hacia lo que tan sólo encauza y resume Dios, en Quien reside todo poder.

Como de Dios dijo el sabio y burlón descreído, que si no existiese habría que inventarlo, así también debe decirse á los materialistas y positivistas que con sus investigaciones históricas y con sus descubrimientos científicos van, uno tras otro, desvaneciendo idealismos, reduciendo á proporciones vulgares héroes y acontecimientos, arrancando del espíritu fuerzas imaginativas y creadoras, que si esos héroes y esos hechos no han existido, deben inventarse; y el arte fué, es y habrá de ser hasta la consumación de los siglos quien, á semejanza de Dios, sostenga esas fuerzas espirituales que al crear mundos y personas extraordinarias lleva al hombre á las regiones donde comienza lo absoluto, ideal que al fin y al cabo viene persiguiendo la humanidad desde su infancia.

El magnífico monumento que en Calais elevó la gratitud popular á los héroes de aquella población es una prueba incontestable de la inmortalidad de esa fuerza idealista, ética y estética á un tiempo, necesaria para la lucha por la suprema perfección. En vano la historia relegó á la categoría de fábula el hecho que conmemora con su hermosísima obra escultórica uno de los artistas más notables que cuenta Francia contemporánea; el espíritu popular, el arte, aceptan como bueno, como necesario para sostener siempre en alto vuelo la fantasía, que con sus extravíos, al fin y al cabo ha venido hasta ahora presintiendo cuanto en el orden moral especialmente ha logrado realizar la humanidad en el camino de su perfeccionamiento, esa fábula hermosa que santifica á un pueblo por sus hechos reales. He aquí ahora el motivo en que hubo de inspirarse el escultor Rodin para modelar su prodigioso grupo: «Sitiado Calais en 1347 por Eduardo III de Inglaterra, y llegada á extremo aprieto la ciudad, tratóse de concertar una capitulación honrosa. Eduardo impuso como condición que seis de los vecinos más notables fuesen á él, descalzos, en camisa y con una cuerda al cuello, á ponerse á su disposición. Oída la imposición del rey inglés, la ciudad, transida de dolor, no sabía qué partido tomar, cuando uno de los burgueses más ricos, llamado Eustaquio de Saint Pierre, declara que él es el primero en ofrecerse al sacrificio en aras de su ciudad. A Eustaquio sigue otro burgués también rico, afirmando que él va á hacer compañía á su amigo. Estimulados por el ejemplo, únense á éstos dos hermanos llamados Wisant, á quienes se agregan otros dos vecinos de Calais. El pueblo en masa, presa de consternación grande, temblando por la vida de aquellos hombres extraordinarios, les sigue derramando lágrimas de piedad y de gratitud hasta la puerta de la población.

»Como el rey había mandado, llegaron á su presencia los seis burgueses, y arrojándose á sus plantas le entregan las llaves de Calais. El rey de Inglaterra no por eso se humanizó, antes por el contrario, cual si quisiera vengarse de la tenaz resistencia que la ciudad ofreciera á sus designios, desoyendo las súplicas de sus barones, no haciendo caso del espectáculo que le ofrecían aquellos seis hombres, que así ponían sus vidas á su disposición en aras de un patriotismo sublime, ordenó que se les decapitase. Al oir la reina, que se encontraba encinta, la cruel orden de su marido, se precipita á los pies de éste, bañada en lágrimas, y le conjura por su amor y por el *Hijo de Santa María á que tenga piedad de aquellos seis hombres*. Vencido al fin Eduardo, concede la gracia de la vida á los seis patriotas.»

Tal es el relato de la que se considera como leyenda de los burgueses de Calais, y que inspiró á Rodin su hermoso grupo.

Si la memoria no me es infiel, hace algún tiempo que en estas páginas se reprodujeron las figuras de Eustaquio de Saint Pierre y de sus cinco compañeros, modeladas por el célebre artista francés. Mas á pesar de esto, no puedo pasar por alto el juicio que me merece el monumento descubierto á los ojos del pueblo en Calais el día 3 de junio de 1894.

Hoy que el rumbo del arte es tan incierto, como lo es el de las ideas, así sociológicas, como políticas, como científicas y especialmente las de aquellas ciencias que más puntos de contacto tienen con el desarrollo y expresión de la vida del espíritu, la obra de Rodin *Los Burgueses de Calais* es una producción que, al propio tiempo que altamente sentida y soberanamente hermosa en la plástica, reune en sí todos los elementos estéticos necesarios que requiere la obra de arte, sin que haya de señalarse al autor como adepto de tal ó cual escuela.

Mirad detenidamente la primer figura del grupo; la de la derecha, por ejemplo (y vista y examinada ésta, pueden darse como examinadas las demás, desde el punto de vista de la crítica). Representa á Eustaquio de Saint Pierre, y en aquella cabeza, como en la actitud y movimiento del cuerpo, se advierte cuán noblemente, con cuánta grandeza soporta el rico y reverenciado burgués la humillante comisión de entregar al rey de Inglaterra las llaves de la ciudad. Mirad atentamente el rostro de ese patriota, rostro de enérgicas facciones, que envuelve una tristeza inmensa, una amargura sin límites. Ni en Eustaquio de Saint Pierre ni en ninguno de sus compañeros se adivina la vergüenza de la humillación personal al verse objeto de las miradas de todo un ejército y de una corte; no, en aquellas figuras se sintetiza lo que hay de más santo y de más grande, puesto que no hay cariño más puro en el humano corazón, que el amor de la patria.

Y si desde el punto de vista del sujeto y de la expresión de él es la obra de Rodin obra perfecta, desde el de la plástica merece los encomios que la crítica y el juicio público le tributaron: la primera, al dar cuenta, hace ya años, de cómo iba el artista desarrollando su pensamiento en el barro; y el segundo, al descubrirse el monumento. Rodin supo amalgamar con el realismo moderno dos condiciones que rara vez se ven reunidas en la obra realista de estos tiempos: respeto grande al clasicismo griego y grandiosidad verdaderamente egipcia. Plantan las estatuas de los *burgueses* con la majestad hierática, con el reposo de aquellas egipcias de la buena época del arte del pueblo de los Faraones, que sintetizan con su inmovilidad, con su impasibilidad, el modo de ser social y religioso del Egipto. Nadie que haya estudiado con detenimiento aquellas imágenes de reyes, príncipes, guerreros y dioses que en Karnac, en Luxor, en la isla Elefantina, en Asuah, en fin, se muestran á nuestras miradas, ora intangibles, como la de la hermosa de Stamboul, la princesa que salvó á Moisés, ora en fragmentos, como los colosos de Karnac, dejará de experimentar, pese á la estética de los pueblos de Occidente, la emoción que produce la obra de arte inspirada por idea tan fundamental como es la de la eternidad del espíritu. Y las estatuas de Rodin, hoy, mañana y siempre habrán de producir también emoción análoga; es decir, mientras exista el concepto de la patria..., concepto que existirá hasta la consumación del mundo. Agreguemos á esta condición la de la interpretación más justa y noble que es dable al artista, de la verdad en la forma, que el natural le muestra, ayudándose al propio tiempo de las enseñanzas que en este punto han legado los grandes escultores de la Grecia pagana.

Tal es, á grandes rasgos analizado, el monumento con que Calais en primer término y Francia entera en segundo han conmemorado una leyenda de heroísmos.

R. Balsa de la Vega

LOS SALONES DE PARÍS

II

EL SALÓN DE LOS CAMPOS ELÍSEOS

Terminábamos nuestro artículo anterior copiando el juicio sintético que el Salón del Campo de Marte del presente año había merecido á un eminente crítico francés; y al dedicar hoy una sucinta reseña al Salón de los Campos Elíseos, nos parece oportuno reproducir lo que el propio crítico escribe acerca de este último:

«En los Campos Elíseos no todo precisamente es bueno, nada de esto; pero el aspecto general es más sobrio. Los intemperantes, los chiflados, parecen allí fuera de lugar, nó forman legión y su estrépito se pierde en el conjunto. No puede, sin embargo, negarse que en este Salón, como en el otro, el jurado, demasiado complaciente, ha permitido que entraran cuadros excesivamente mediocres, á pesar de que sus iniquidades continúen siendo proverbiales como en aquellos tiempos en que el último amasador de colores se hacía pasar por víctima de la envidia del Instituto.»

Y ahora digamos algo de las principales obras expuestas.

Rochegrosse y Pelez presentan dos cuadros simbólicos: *Angustia humana* se titula el del primero, y el pensamiento que lo informa puede sintetizarse diciendo que la humanidad se ve sorprendida en medio de sus luchas por la muerte, sin haber podido ver realizadas sus ilusiones. La idea en el fondo no es nueva, pero el artista la ha concebido valientemente y ha sabido presentarla bajo una forma original. Pelez en su *¡Pobre humanidad!* ha querido expresar la indiferencia con que los ricos miran á los desheredados; y aun cuando no resulta esto muy claramente de la composición, ha merecido el lienzo grandes elogios por lo bien ejecutado, especialmente de los fragmentos principales.

El flamenco Luyten, en su *Lucha por la existencia*, aborda también el problema social, pero sin simbolismos, de una manera franca, presentando una tumultuosa asamblea de huelguistas mineros, cuyos semblantes y ademanes expresan por modo admirable el odio y el espíritu de rebelión. Es una obra que impresiona por la vida que respira, por su ejecución vigorosa, por el color sombrío que domina en ella.

Cristo amortajado y *Retrato de Carolus Duran*, de Henner, son quizás las mejores pinturas del Salón, por la sencillez con que están compuestas, por la armonía de su colorido y por la seguridad de pincelada que en ambas se advierte.

Obra maestra en su género es también un retrato del coronel Austruther-Thomson, del reputado artista inglés John Lorimer, quien expone además un cuadro de género, *Matrimonio de conveniencia*, magistralmente ejecutado, así en las figuras de la novia y de las *bride's maids* que la sorprenden llorando, como en el delicioso paisaje que se descubre al través de una ventana y que es de un efecto bellísimo.

Tattegrain con sus *Bocas inútiles*, episodio del sitio de Chateau-Gaillard en tiempo de Felipe Augusto, atrae la atención del público: el cuadro es un tanto repulsivo por el realismo con que están representados los horrores á que se entrega una muchedumbre de ancianos, mujeres é inválidos expulsados de la ciudad sitiada, que perece de hambre y de frío; pero la composición tiene un gran vigor dramático y hace sentir lo que el autor se propuso.

Un retrato de señora y una figura desnuda titulada *La ola*, son los cuadros que ha presentado Bouguereau: uno y otra son de una ejecución detallada, parecen casi miniaturas y revelan más bien una habilidad extraordinaria que el genio de que en tantas otras ocasiones ha dado pruebas el ilustre maestro.

Nuestros paisanos Fabrés y Sorolla han dejado bien sentado el pabellón del arte español: del cuadro del primero nos ocupamos en el último número, en una de cuyas páginas lo reprodujimos; el segundo con su *Bendición de la barca* ha acreditado una vez más la justicia del renombre de que goza en el mundo del arte.

Algunos retratos de Bonnat, hermosos como todos los suyos; una *Virgen en el Paraíso*, obra idealmente poética de Hebert; un cuadro histórico *(Luis XIV paseándose por el parque de Versailles)*, y *La Verdad*, de Gerome, y dos ingeniosas composiciones de Fantin Latour, *En el tocador* y *Venus y los amores*, ricas de luz y de color, completan el número de obras salientes del actual Salón de los Campos Elíseos. Enumeradas éstas, citaremos por grupos, según los géneros, á los artistas que en segundo término merecen ser mencionados.

Surand y Thivier con sus *Matanza de bárbaros* y *Desfiladero de la Hache* reproducen dos de las escenas que tan admirablemente describe Flaubert en su *Salambó*, y con Lionel Royer (una figura de *Germánico)* y Rouffet *(Las águilas*, 1812, episodio de la retirada de Rusia) son los pintores mejor representados en la sección histórica.

Entre los cuadros de género sobresalen: *El Señor sea con vosotros*, interior de iglesia con algunas figuras bien apuntadas, de Duvent; una pastora en un bonito paisaje, de Ridgway-Knigth; *La buenaventura*, de la señorita Maximiliana Guyón; *El coro de una iglesia durante el oficio*, de Calisendorf; *La lluvia*, composición muy original de Le Quesne; *Una escuela franco-árabe en Tremecén*, de Geoffroy; *El ómnibus de Bayswater*, con algunos tipos perfectamente observados, de Joy; *Suscipe me, Domine*, de Bacón, escena muy bien sentida y ejecutada que representa la profesión de una monja; *En el jardín del convento*, de Tito Lessi; *La gallina ciega*, de E. Artigue; *El Viático*, cuadro ruralista de mucho sentimiento, de Julio M. Price; *Primera comunión de jóvenes luteranas*, de Teresa Schwartze; *Entre artistas*, de Mme. F. Vallet; *Provisión de leña en la Argelia meridional*, de G. Pinel; *La ocasión hace el ladrón*, graciosa escena callejera, de Chocarne-Moreau; *Campaneros*, de H. Brispot; *Para la procesión*, grupo admirablemente compuesto y ejecutado por Boquet; *La visita al escultor*, de Debat-Ponsan, notable por su composición y por su ejecución; *Otoño*, bonito paisaje con figuras de Steck; *La cuna vacía*, hermosa nota de sentimiento, de Buland; *Desesperado*, escena bien observada y hondamente sentida, de Struys; *Ensayo*, de P. H. Flandrin; *Planchadora*, de Menta; *Después de la batalla*, numeroso grupo de caballos sin jinetes que corren por una llanura, de Charlton; *Venta de caridad*, bonito efecto de luz artificial, de Lecomte; *Señora en el tocador*, delicadísima figura de Lomont; *Ultimo rayo*, poética composición de Chabás, y dos *Interiores de fraguas*, de Darien y Delahaye. Son dignas también de mención las obras de Thomas, Alleaume, Smith Lewis, Choquet, Busson, Rousselin, Moreau de Tours, Correa, Story, Michel, Cain, Girardet, Outin, Adan, Destrem, Kemplen, Cayron, Coessin, Enders, Demarest y de Uriendt.

Los mejores retratos expuestos, después de los citados anteriormente, son los de Humbert, notables por el gusto con que están presentados y por la vida que ha sabido darles el artista. Se distinguen también entre los innumerables retratistas Cormon, Baschet, Bellet, Tardieu, Morisset, Le Roux, Bordes, Royer, Winter, Chartan, Rosen, Chalon, Benjamín Constant, Pille, Brouillet, Linch, Comerre, Cain, Vollon, Mlle. Leudet, Leandre, Laurent, Loeb, Joannon, Lucas, Weisz, Mme. Fontaine, y entre los extranjeros Bunny, Finn, Dickson, Seymour-Thomas, Dessar, Lockardt y Orchadson.

En el desnudo llévanse la palma Gorguet, Lebayle y La Lyre, mereciendo ser también citados Ferryer, Lanny, Wencker, Gerome, Leroy, Royé, Guinnier, Calbet, Berthault, Larteau y las señoras Dubé y Rongier.

El paisaje y la marina, sobre todo el primero, son de lo que más abunda en el salón, y á pesar de esta abundancia pocos son los cuadros de este género verdaderamente importantes: fuera del hermoso paisaje de grandes dimensiones de Gagliardini, que reproduce una aldea del Rosellón; de un bellísimo lienzo ruralista de Brouillet, y de una marina de Yobert, que presenta la suelta de palomas mensajeras á bordo de un torpedero en alta mar, lo demás está por lo general á un mismo nivel, ni muy alto ni muy bajo, lo que en materia de arte quiere decir punto menos que insignificancia. Citaremos, sin embargo, los nombres de Breton, Guillemet, Pointelin, Morlot, Duhem, Flandrin, Gosselin, Dameron, Lefebvre, Rigolot, Romberg, Dicterle, Brett, Harpignies, Leenhardt, Lecomte, Tauzin, Simonet, Yon y Wallet.

En la sección de pintura decorativa merecen elogios el plafón que ha pintado Maignan para la Cámara de Comercio de Saint-Etienne; las obras de Martín y Bonis, destinadas al Hotel de Ville de París, que representan la del primero la *Música*, la *Escultura* y la *Arquitectura*, y la del segundo los *Ejercicios intelectuales;* el paisaje de Steck, lleno de efectos de luz muy bien observados; *Las sirenas*, de Tapissier, composición original muy bien ejecutada, que al pronto produce una impresión extraña, y los lienzos de Fournier, Levy, Marioton, Gervais, Dodge, Blanchon y Mlle. Abbema.

Para terminar con lo relativo á la pintura citaremos finalmente el *Grabador de medallas*, de Burdy; *Los últimos rayos*, sentida composición de Marre; los dos estudios de viejas de Sabatté, una aldeana de Brouillet, una Penélope de Pinta y las figuras de Demonts, Lauth, Doyen, Lix, Salgado, Laubadere, Berou, Elena Dufau, Firmin, Azambre, Carpentier, Simonson, Collin, Jenny Zillharat, Federica Vallet y Melania Besson.

La escultura está mejor representada que la pintura en el Salón de los Campos Elíseos, pues en un número de obras mucho más reducido hay relativamente más de verdadero mérito. He aquí las de mayor importancia: *Bailarina*, hermoso desnudo de Falquiere, tan bien ejecutada que algunos han creído que está moldeada sobre el natural, suposición absurda tratándose de un artista de las condiciones de aquél; *San Miguel*, de Fremiet, estatua destinada á la abadía de Mont-Saint-Michel; *Monumento á Chaplin*, de Puech; *Juana de Arco*, de Alberto Lefebvre; *Los presentimientos*, grupo de mucha expresión, de Veber; *Los zuriquenses llevando víveres á sus amigos los de Estrasburgo* (1576), bajo relieve de Bartholdi; *El destructor*, graciosa figura de niño, de Carlier; *La educación religiosa*, interesante grupo de Barrias; *Boceto* del monumento destinado á conmemorar la defensa de Chateaudun, de Mercié; *Los primeros pasos*, grupo bellísimo de Marqueste; *Estrella fugaz*, de Charpentier; *El ciego y el paralítico*, grupo policromado, eminentemente realista, de Michel; *El poeta desterrado*, de Deloye; *Monumento á Pablo Baudry*, de Gerome, destinado á la ciudad de Roche-sur-Yon; *La explosión de grisú*, de Greber; *Combate de panteras*, de Gardet; *El huracán*, de Larche; *Cristo sostenido por José de Arimatea*, de Icard; *Cristo en el sepulcro*, de Beguet; *Cristo perdonando á sus verdugos*, de Hipólito Lefebvre, y los bustos retratos de Carlés, Hughes, Hays, Julien y Dubois.

La sección de objetos de arte es pobrísima en este Salón: apenas si merecen ser citadas algunas esculturitas de Riviere, Gardet, Loiseau-Rousseau y Ferrary.

Un crítico no menos ilustre que el que citamos al final del anterior artículo y al principio de éste, después de pasar revista de los dos salones, hace las reflexiones siguientes, que merecen ser transcritas: «En el Campo de Marte hemos visto, aparte de algunas grandes obras, un abuso de la *virtuosidad* inútil, una especie de nervosismo agudo, de vicio poético y de exotismo algunas veces irritante. En el de los Campos Elíseos vemos la producción trivial, el lienzo inmenso gastado para no decir nada, otro abuso de la pintura que no desconcierta menos. Unas y otras cosas producen cansancio en el público, ansiedad en los artistas.

»La enseñanza oficial ha llegado á producir su máximo de tontería, y ahora sería la mejor ocasión para que se revelase uno de estos renovadores de escuela, como lo fué Watteau, ó como después contra los sucesores de Watteau lo fué David, ó como contra los que á éste siguieron lo fué Delacroix. Todo el mundo espera al *general;* pero como éste podría hacerse esperar todavía algún tiempo, bueno será que los artistas piensen en tomar algunas medidas enérgicas.» – X.

LA TRAPERA

(Véase el grabado de la pág. 393)

En las afueras de Madrid y no lejos de la Glorieta de los Cuatro Caminos, existe una hondonada del terreno que constituye un barranquito, seco casi siempre, á excepción de la época de las lluvias, en la que suele verse favorecido por mísero arroyuelo, producto del desagüe y filtraciones de los cerros inmediatos. En sus márgenes se abren unas cuantas viviendas del más miserable aspecto. Tres ó cuatro de ellas, edificadas con piedras y tapial, tienen pretensiones de verdaderas casas y se permiten el lujo de poseer puertas, ventanas y hasta tejado; pero el resto hasta una docena son lo que el vulgo denomina *cajones* y están construídas con los materiales más heterogéneos. Tablas viejas, ladrillos, barro, esteras, latas de petróleo deshechas, trozos de planchas metálicas, etc.; todo ello, dispuesto de la manera más arbitraria é irregular, constituye unas covachas indignas de un pueblo civilizado, pero que sirven de albergue á una tribu de traperos, mendigos, matuteros y otros individuos de profesiones desconocidas y misteriosas.

Estas moradas de la miseria y la indigencia llevan el nombre de *Casas del Chucho* en honor del fundador de la colonia, el tío *Chucho*, uno de los decanos del cuerpo de traperos de la capital de las Españas, que hace veinte años vino á establecer allí sus reales, alcanzando permiso del dueño del terreno para construir una de las casucas. Lo módico del arriendo del suelo, consistente en algunos céntimos pagaderos semanalmente, y ciertas conexiones de familia ú oficio atrajeron á otros pobladores, y así se fundaron aquellos chamizos que andando los siglos tal vez se transformen en elegantes hoteles, propiedad de los descendientes del *Chucho*. Por ahora no se ven allí más que ciudadanos desarrapados, mujeres cubiertas de pingajos, chiquillos medio desnudos y una colección de cerdos y gallinas que viven á sus anchas entre los montones de basura y de restos inclasificables.

Con tales antecedentes no extrañará el lector que Engracia, la hija del tío *Chucho*, goce de reconocida fama de *barbiana* en todos aquellos andurriales. Alta, robusta, fresca, con un palmito de primera y unas maneras libres y desenvueltas que no hay más que pedir. *Gracia*, como la llaman sus padres y convecinos, es una leona para el trabajo, y una hora antes de amanecer ya la tienen ustedes enganchando á *Bartolo*, prototipo de burros flacos, mansos y humildes, al desvencijado carrillo, tras el cual han de marchar la *Chucha* y su hija en busca de los *detritus* que diariamente arroja de sí la gran ciudad castellana.

– Vamos, madre, dice Engracia á la puerta de su casuca, envolviendo su abundante cabellera con un viejo pañuelo, que ya se ve claridad por cima del *barrio*, y *aluego* llegamos tarde.

– Voy, mujer; pero si no encuentro más que dos sacas...

– ¡Maldita sea! Ahí estarán, detrás de la puerta. Ande *usté*, que es *usté* más *pesá*...



"A LA TERRE"

celebrada escultura de Alfredo Boucher, premiada con medalla de honor en el Salón de París

– Aquí no hay *na*. ¡Como no se las haya *llevao* padre!..

– Pues claro. Si se han *io* él y el *Pantalones* con el hierro viejo á las Delicias hace media hora y llevaba *ca* uno su saca. Coja *usté* las de los mendrugos, que después los meteremos otra vez, y dése *usté* prisa, que la Nemesia ya va por la casilla de los consumos y nosotras *entoavía* estamos aquí haciendo el buey.

La vieja apresura los últimos preparativos, y poco después las dos mujeres comienzan á bajar por la carretera en dirección á la Glorieta de Bilbao, arreando á *Bartolo*, que maldita las ganas que tiene de andar ni de arrastrar el arma toste, al cual para aumento de sus males concluye por subirse la *Chucha*.

– Ande *usté*, madre, dice Engracia, que *usté pa* señora no tenía precio: en cuanto puede ya se ha *zampao* en su coche.

– Ya veremos si no buscas tú también la *comodidaz* cuando lleves cuarenta años del oficio y te hayan *caío* encima la nieve, el agua y las *helás* que á mí...

– Pues haber *tomao* otro más *regalao*. Fondista pongo por caso.

– ¡Que te calles, mujer! Si el día que nos casaron á tu padre y á mí teníamos nueve cuartos de capital entre los dos; y si no hubiera sido por las señoras de la sociedad *filintrópica*, tampoco hubiera *habío casorio*. *Toas* no tienen la suerte que tú, que ya naciste en una casa con techo y demás.

– Pues ¿quiere usted que le diga una cosa?

– *¿Cuála?*

– ¡Que maldita sea mi suerte! Arre, *Bartolo*.

Y la joven le atiza dos lapos al borrico, que da una cabriola en señal de protesta por aquella barbaridad.

– Mira, *Gracia*, dice la vieja. Ya he *pasao* de los tres duros y he visto mucho y te digo que te quejas de vicio. Mal que bien comes y tienes unos trapos *pa* taparte, y además si quisieras hacerle caso al escobero...

– Déjeme *usté* á mí de miserias. *Pa* hambre ya tengo bastante con la mía.

–Chica, pues entonces cásate con el Cánovas y tendrás coche. ¡Mecachis con las chicuelas que presumen de buenos pelos!

A todo esto va amaneciendo, el frío se deja sentir, la escarcha cruje debajo de los zapatones de la trapera y el pobre *Bartolo* exhala de sus narices dos chorros de vapor que semejan los de la chimenea de una locomotora.

Al divisar el vehículo el Sr. José, que acaba de instalar su puesto de buñuelos y aguardiente en una esquina de la plaza de Quevedo, grita desde lejos á las traperas:

– *¡Chucha*, corre, mujer!, que acaban de salir del horno y están superiores.

– No hay cuartos, Sr. José, responde la vieja desde el carrillo.

– Diga *usté* que sí, Sr. José, rectifica Engracia, que si ella no tiene, no falta quien se *pue* gastar un *perro gordo*.

– ¡Viva el rumbo! Guía ese *alifante pa cá* y *sus* tomáis la mañana.

– Yo no tomo *na*, que tengo mal *estógamo*, protesta la vieja.

– Pues muérase *usté* de una vez, contesta la joven con cariñosa solicitud. Yo voy á tomar cinco céntimos de matarratas y un *muñuelo*. Ande *usté*, señor José, démelo *usté* gordo, que mi madre es lo más *miseriosa*.. Y llene usted bien la copita, que soy una *probe*.

– Toma, rosa de mayo, que vales más pesetas...

– Más que *usté* de fijo, porque no vale *usté* ni dos *riales*.

– Calla, chica, que si enviudara me casaba en seguida contigo.

– A que no; una apuesta.

– Vamos, *Gracia*, que se hace tarde.

La trapera paga el gasto, que asciende á siete céntimos; le da un regular puñetazo al Sr. José por no sé qué frase algo picante, y echa á andar riéndose y llevando á la rastra á *Bartolo*, al que concluye por atizarle otro par de palos, con lo que el animal se decide á llegar á la Glorieta de Bilbao á tiempo que el sol comienza á dorar los tejados de las casas. Intérnanse luego la *Chucha* y su hija por las desiertas calles de Madrid, y un cuarto de hora después llegan al centro de sus operaciones en uno de los barrios populosos de la villa.

La vieja desciende de su carro y comienza á descargar sacos y capazos para las diferentes especies de restos que han de constituir el cargamento que debe arrastrar *Bartolo*. Entretanto Engracia echa un vistazo por los límites de su jurisdicción y regresa diciendo:

– Me *paece* que va á haber bronca.

– ¿Y por qué, chiquilla?

– Porque casi no hay papeles en los montones, y eso me choca, porque con tanto comercio como hay por aquí, que *toos* los días recogemos lo menos una arroba, hoy apenas si habrá un cuarterón, y no es cosa de perder por lo menos un *rial*.

– Es que como ayer fué domingo...

– ¿Y qué? Lo que hay es que Julianilla, la del tejar, está *desacomodá*, y anda por ahí en esto de los papeles, lo cual que es un robo, porque aquí *naide* tiene derecho á recoger *na* más que nosotras hasta que viene el carro del ayuntamiento; pero que ande con cuidado, porque en cuanto asome la geta se queda sin moño.

– Y harás muy bien, hija, en darle una *pasá* á esa intrusa. Ahora tú ves recogiendo, que yo voy á subir á la fonda y luego á la casa de la marquesa, que allí siempre hay mucha basura.

Engracia se queda sola y comienza la prolija tarea de la clasificación de los restos abandonados en la calle durante la noche y los que á cada momento aportan las criadas.

Con singular destreza la rolliza trapera amontona á un lado los huesos, á otro el hierro y el vidrio; en una saca recoge los trapos, en otra los papeles y cartones y en la mayor de todas los restos vegetales de infinitas especies con que se ha de alimentar *Bartolo* y los cerdos y gallinas que se crían allá en los Cuatro Caminos.

En tal operación la sorprende la llegada de una maritornes gordinflona que la interpela diciendo:

– Oye, Engracia. ¿Por casualidad no encontraste ayer entre los papeles una carta?

– Chica, tantas cosas se encuentra una, que como no des más señas..

– Pues una carta pequeñita escrita con tinta.

– ¡No, pues que podía estar escrita con vino!

– Mujer, es un decir. ¡Maldita carta!, me ha costado una sofocación, que no la vale mi ama.

– Ni que decir tiene; pero si te interesa, por ser tú la buscaré.

– Dice mi señora que si la encuentras y la traes te dará dos pesetas.

– Pues pierde cuidado, que esta tarde miraré todo el montón de los papeles y mañana tienes aquí *toas* las cartas que haya, que no son pocas, y suele haber algunas muy divertidas. Yo no sé de letra; pero en el cajón de al *lao* de mi casa vive uno que ha sido maestro de escuela y ahora es pobre de pedir, y suele andar rebuscando entre los papeles, porque le queda mucha *de la* afición, y á lo mejor nos enteramos de unas historias...

– Como la de mi ama. Figúrate que..

Y el diálogo continúa en voz baja con acompañamiento de risotadas y exclamaciones, hasta que se aproxima un pinche de la cocina del inmediato café con una gran espuerta. La criada entonces se despide de la trapera y el recién llegado saca de debajo del delantal un bulto liado en papeles que entrega á Engracia, diciéndole:

– Toma y abre eso, que va casi medio pollo y una libreta. Que no lo vea el cocinero, que está á la puerta tostando el café; que ese no quiere que nadie coja nada más que él.

– ¡Ay qué tío de más malas tripas!

– El mejor día le doy dos *manguzás*. Pero oye, chica, ¿has *pensao* en lo que te dije anteayer?

Engracia sonríe picarescamente y responde:

– No me he *determinao* aún.

– Es que á mí me corre prisa el establecerme; y la verdad, me duele verte hecha una trapera, porque... tu cara no es para ese oficio, vamos.

– Ya me lo han dicho otros, pero...

– ¿Pero qué?

La llegada de la *Chucha* pone fin á la conversación, que termina Engracia diciéndole en voz baja al pinche:

– Ya hablaremos, y bien *puea* ser que se arregle algo.

– ¡Pero *condená!*, exclama la vieja. Aún estás así y el carro sin cargar. ¿No oyes la campanilla del ayuntamiento? Tú quieres que tengamos un disgusto con algún municipal. ¡Charlatana, si no *fuea* mirar te daba una felpa soberana! Por *vía* de la reina panderetona, que *paece* que se va á comer el mundo y luego no es *na pa* el trabajo...

La *Chucha* continúa sus imprecaciones, mientras Engracia carga el carrillo, murmurando:

– La *verdaz* es que soy trapera porque quiero; pero si me chillan mucho, el mejor día... ojos que te vieron ir, cuándo te verán volver...

A. DANVILA JALDERO

TSAR KOLOKOL Ó REINA DE LAS CAMPANAS, EN EL KREMLIN DE MOSCOU

Consérvase en el Kremlin de Moscou, al pie del campanario de Ivan Velike, edificio sagrado para los rusos: está situada sobre un basamento de piedra y mide 7m,80 de alto por 20m,40 de circunferencia: el trozo arrancado pesa once toneladas y doscientas la campana. Impone por su mole gigantesca; pero no tiene ningún mérito como instrumento musical ni como reliquia histórica.

NUESTROS GRABADOS

El difunto archiduque Carlos Luis de Austria. – Una extraña fatalidad parece pesar sobre la sucesión al trono imperial austro-húngaro. Después de la trágica muerte del príncipe Rodolfo, hijo y heredero directo del actual emperador Francisco José, debía recaer la herencia en el hermano de éste el archiduque Carlos Luis, que acaba de fallecer, dejando por heredero de sus derechos, segun las leyes de sucesión de aquel imperio, á su hijo primogénito el archiduque Francisco Fernando, cuyo delicado estado de salud inspira temores sobre su existencia. Por esto decimos que la fatalidad parece pesar sobre los herederos de aquella corona.

El archiduque recientemente fallecido, segundo hermano del actual emperador, había nacido el 30 de julio de 1833 y por lo tanto contaba 63 años. Entró á servir en el ejército austriaco, pero siempre tuvo poca inclinación á la carrera militar, manifestando preferencias á la vida del campo, á los viajes y á las bellas artes. Había estado casado tres veces, la primera con Margarita, hija del rey Juan de Sajonia; la segunda con María Anunziata, hija del rey Fernando II de Nápoles, y la tercera con María Teresa de Braganza, hija del infante D. Miguel de Portugal. De estos matrimonios ha dejado seis hijos. Preparábase para representar al emperador su hermano en las fiestas de la coronación del tsar Nicolás II, cuando una fiebre contraída á consecuencia de su reciente viaje á Tierra Santa, causó su muerte el 19 del corriente mayo.



EL ARCHIDUQUE CARLOS LUIS, fallecido el 19 de mayo último

Un cocinero galante, cuadro de Luis Jiménez Aranda. – El bonito cuadro que reproducimos, obra del laureado pintor D. Luis Jiménez Aranda, pertenece al grupo de sus producciones que significan la segunda etapa de su vida artística, ó sea la que representa el período en que la suerte empezó á concederle sus favores y pudo ver recompensados sus méritos y colmados sus afanes. Desde entonces data la reputación del maestro, puesto que ajustándose á las corrientes de la época, ha procurado que sus obras, siempre personales, fuesen expresión fiel de los ideales y aspiraciones de nuestros tiempos. Muestra de ello es su gran lienzo titulado *La visita en una sala del Hospital*, y *El mercado del Temple* que figura en la actual Exposición de Bellas Artes de Barcelona, inspirado en una escena de la vida parisiense, tan vivo y real, que si no se observara el resultado del ingenio del artista, podría suponerse como un triunfo de la máquina fotográfica: tal es el sello de verdad y naturalismo que en él descuella.

De lo añejo, cuadro de Antonio Fabrés. – Favorables y lisonjeros juicios dedican los críticos de la vecina nación á nuestro paisano el distinguido pintor Antonio Fabrés, con motivo de su último cuadro expuesto en el Salón de París. Atinadas nos parecen las apreciaciones emitidas, por más que sólo conocemos la reproducción fotográfica, y así lo estimamos porque somos los primeros en aplaudir y reconocer los méritos de un artista que honra á nuestra patria.

Fabrés, en el lienzo que reproducimos, ha sabido una vez más hacer gala de las cualidades que tanto le distinguen; de manera que la obra se halla en armonía con el buen nombre de su autor.

«A la terre,» estatua de Alfredo Boucher (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de 1896). – Si no figurara ya Francia como la Grecia moderna, si sus escultores no hubiesen demostrado ser geniales continuadores de los grandes maestros helenos, la notabilísima estatua de Boucher *A la terre*, que preside el gran Salón del Palacio de Bellas Artes, humanamente sentida y magistralmente modelada, demostraría sobrados méritos en nuestros vecinos para asignarles un concepto de superioridad.

En estos ó parecidos términos expresamos recientemente, al ocuparnos de las obras que figuran en la sección de escultura de la actual Exposición de Bellas Artes, el juicio que nos merece la capitalísima producción del maestro francés. Nada existe en la obra que revele premioso esfuerzo en el modelado ó en la concepción. El acerado escalpelo de la crítica no puede hallar punto vulnerable ó miembro enfermo que cercenar. Todo resulta sencillo, sin que se observe fatiga ni perplejidad. No es posible concebir obra más humana y que dentro de los conceptos del gran arte se ajuste más al espíritu de nuestra época. Estimamos la obra de Boucher como la genial conjunción del arte griego y el arte moderno: la fusión de la belleza plástica con la manifestación más ruda del trabajo, aquella que sublima y engrandece, aquella á que nos liga nuestra humana condición: de la que salimos y á la que hemos de volver.

En el Salón de París, en donde ya se exhibió, fué distinguida con el gran premio de honor. Si el Jurado de la Exposición de Barcelona le asigna igual recompensa, anteponiéndola á las demás obras del Certamen, creemos habrá realizado un acto de reconocida justicia y satisfecho las aspiraciones de los verdaderos amantes del arte.

Manos á la obra, cuadro de C. M. Baer. – Este distinguido artista, discípulo de la escuela de Munich, una de las que en la actualidad gozan de más crédito en Alemania, ha alcanzado en poco tiempo bastante renombre, no sólo por la corrección de su dibujo, sino por el vigor de su colorido. Exhibiendo obras suyas en casi todas las exposiciones que anualmente se celebran en aquella culta capital, tan aficionada á las Bellas Artes, consigue que llamen la atención de los inteligentes y que éstos se las disputen. El cuadro que reproducimos, de los llamados de género, si sencillo en su composición, es de asunto agradable. Una cocinera que pone manos á la obra



Un cocinero galante, cuadro de Luis Jiménez Aranda



MANOS A LA OBRA, cuadro de C M. Baer



LA TRAPERA, dibujo de Méndez Bringa

(Véase el artículo del mismo título de A. Danvila Jaldero)

en la ardua tarea de limpiar una considerable cantidad de pescado para alguna abundante comida que sus amos disponen, constituye todo el asunto; pero el mérito del lienzo no está precisamente en él, sino en su ejecución, tan acertada, tan vigorosa, con tanta riqueza de tonos, que la obra ha sido una de las que más aceptación tuvo en la Exposición del año último, en la que su autor la presentó.

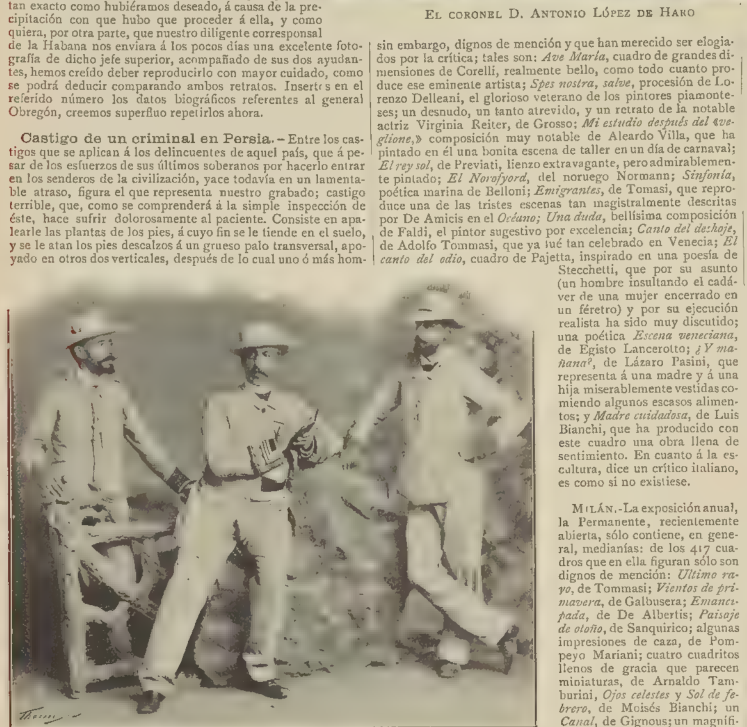
El coronel D. Antonio López de Haro. – Este valiente militar, que tan notables servicios está prestando en la isla de Cuba, ha obtenido casi todos sus empleos por méritos de guerra, si se exceptúan los de teniente coronel y coronel, alcanzados por antigüedad. Prueba de su arrojo, aparte de aquellos ascensos, son las cruces que ostenta en su pecho, como la roja de 1.ª clase del Mérito militar, la blanca de 2.ª clase de la misma orden, la medalla de Bilbao, la de la guerra civil de 1873-1874, la cruz y placa de la Real y distinguida orden de San Hermenegildo y la de 3.ª clase del Mérito militar. Después de mandar dos años el regimiento de infantería de Tarragona, se puso al frente del de María Cristina, en el que ha prestado sus servicios durante el primer año de la insurrección cubana en la provincia de Matanzas, organizando en menos de quince días el tercer batallón, desempeñando el cargo de gobernador interino de aquella provincia, é impidiendo con su actividad y acertadas medidas que las partidas de Gómez y Maceo se acercaran á dicha ciudad en su correría á la provincia de la Habana. Actualmente desempeña con gran lucimiento el cargo de Juez instructor de la Capitanía general de la isla de Cuba.



EL CORONEL D. ANTONIO LÓPEZ DE HARO

El general de brigada D. Francisco Javier de Obregón y de los Ríos y sus ayudantes. – Aunque en el núm. 750 de este periódico insertamos ya un retrato de este general, no obstante, como su ejecución no resultó tan esmerada y de parecido tan exacto como hubiéramos deseado, á causa de la precipitación con que hubo que proceder á ella, y como quiera, por otra parte, que nuestro diligente corresponsal de la Habana nos enviara á los pocos días una excelente fotografía de dicho jefe superior, acompañado de sus dos ayudantes, hemos creído deber reproducirlo con mayor cuidado, como se podrá deducir comparando ambos retratos. Insertos en el referido número los datos biográficos referentes al general Obregón, creemos superfluo repetirlos ahora.

Castigo de un criminal en Persia. – Entre los castigos que se aplican á los delincuentes de aquel país, que á pesar de los esfuerzos de sus últimos soberanos por hacerlo entrar en los senderos de la civilización, yace todavía en un lamentable atraso, figura el que representa nuestro grabado; castigo terrible, que, como se comprenderá á la simple inspección de éste, hace sufrir dolorosamente al paciente. Consiste en apalearle las plantas de los pies, á cuyo fin se le tiende en el suelo, y se le atan los pies descalzos á un grueso palo transversal, apoyado en otros dos verticales, después de lo cual uno ó más hombres, provistos de sendas varas, van descargándole recios golpes hasta que el magistrado que presencia el acto da orden de suspender el apaleamiento. Por lo general se hace presenciar la imposición de este castigo, del que suele quedar muy malparado el que lo recibe, á otros delincuentes para que les sirva de saludable escarmiento, á pesar de lo cual los atentados contra la vida y los bienes de las personas no son raros en Persia, debido á la ignorancia y al fanatismo de la mayoría de sus habitantes.



EL GENERAL DE BRIGADA D. JAVIER DE OBREGÓN Y DE LOS RÍOS Y SUS AYUDANTES

. . . .

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – TURÍN. – En el palacio de Bellas Artes se ha verificado la llamada Exposición trienal que, á pesar de ser considerada como la más importante de cuantas actualmente se celebran en Italia, contiene poquísimas obras de esas que se imponen á la admiración ó por lo menos á la discusión del público. Las nueve décimas partes de las pinturas expuestas son paisajes ó impresiones; en cuanto á los cuadros que revelan algún pensamiento, algo más que la copia mejor ó peor hecha de la naturaleza, escasean de una manera lamentable. Algunos hay, sin embargo, dignos de mención y que han merecido ser elogiados por la crítica; tales son: *Ave María*, cuadro de grandes dimensiones de Corelli, realmente bello, como todo cuanto produce ese eminente artista; *Spes nostra, salve*, procesión de Lorenzo Delleani, el glorioso veterano de los pintores piamonteses; un desnudo, un tanto atrevido, y un retrato de la notable actriz Virginia Reiter, de Grosso; *Mi estudio después del «veglione,»* composición muy notable de Aleardo Villa, que ha pintado en él una bonita escena de taller en un día de carnaval; *El rey sol*, de Previati, lienzo extravagante, pero admirablemente pintado; *El Norofyord*, del noruego Normann; *Sinfonía*, poética marina de Belloni; *Emigrantes*, de Tomasi, que reproduce una de las tristes escenas tan magistralmente descritas por De Amicis en el *Océano; Una duda*, bellísima composición de Faldi, el pintor sugestivo por excelencia; *Canto del deshoje*, de Adolfo Tommasi, que ya fué tan celebrado en Venecia; *El canto del odio*, cuadro de Pajetta, inspirado en una poesía de Stecchetti, que por su asunto (un hombre insultando el cadáver de una mujer encerrado en un féretro) y por su ejecución realista ha sido muy discutido; una poética *Escena veneciana*, de Egisto Lancerotto; *¿Y mañana?*, de Lázaro Pasini, que representa á una madre y á una hija miserablemente vestidas comiendo algunos escasos alimentos; y *Madre cuidadosa*, de Luis Bianchi, que ha producido con este cuadro una obra llena de sentimiento. En cuanto á la escultura, dice un crítico italiano, es como si no existiese.

MILÁN. – La exposición anual, la Permanente, recientemente abierta, sólo contiene, en general, medianías: de los 417 cuadros que en ella figuran sólo son dignos de mención: *Ultimo rayo*, de Tommasi; *Vientos de primavera*, de Galbusera; *Emancipada*, de De Albertis; *Paisaje de otoño*, de Sanquirico; algunas impresiones de caza, de Pompeyo Mariani; cuatro cuadritos llenos de gracia que parecen miniaturas, de Arnaldo Tamburini, *Ojos celestes* y *Sol de febrero*, de Moisés Bianchi; un *Canal*, de Gignous; un magnífico *Retrato*, de Jorge Belloni, y algunos pasteles de Previati, señora Badinelli y Aquiles Beltrame.

LIMOGES. – En el palacio municipal de Limoges se inaugurará el día 1.º de julio una exposición dedicada á recordar la introducción de la porcelana dura en Francia. El principal objeto de este certamen, puesto bajo el patronato del Ministerio de Bellas Artes, es trazar la historia de la fabricación de la cerámica desde su origen hasta nuestros días.

Teatros. – El drama de Hauptmann *Los tejedores* ha obtenido un éxito inmenso en el teatro alemán de Nueva York.

– En Montecarlo se ha cantado en francés y con gran aplauso la ópera de Wágner *Tristán é Isolda*.

– En el teatro Drury Lane, de Londres, se ha puesto en escena la ópera de Wágner *Las Walkirias*, que ha sido acogida con gran entusiasmo.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en la Gran Opera *Hellé*, ópera en cuatro actos de du Locle y Nuister, música de Alfonso Duvernois, en cuya partitura el autor se mantiene fiel á las tradiciones de la verdadera escuela francesa y cuya *mise en scene* puede citarse como modelo de lujo y propiedad teatrales; en l'Oeuvre *La fleur enlevée*, comedia en un acto traducida del chino, de un sabor en extremo original; *L'Errante*, poema dramático de P. Quillard, altamente inspirado, pero de un simbolismo obscuro, y *Derniere Croisade*, comedia en tres actos de M. Gray, muy interesante por su concepción atrevida y nueva; en el Odeón *Deux sœurs*, comedia en tres actos de J. Thorel, notable como estudio psicológico femenino, pero poco interesante desde el punto de vista dramático, y *Ruse de femme*, bonita pieza en un acto de J. Bernac; en el Chatelet *Catherine de Russie*, drama en cinco actos y doce cuadros de P. Ginisty y C. Samson, que se recomienda por el cuidado que han puesto sus autores en respetar la verdad histórica y por sus bellezas literarias; en el teatro Libre *Nebuleuse*, comedia en un acto de L. Dumur del género simbólico, noblemente concebida y muy bien escrita; en el teatro de la República *Le dossier* 113, drama en cinco actos de E. Pourcelle, tomado de la interesante novela del mismo título de Emilio Gaborian; en la Comedia Francesa *Manon Roland*, drama histórico en cinco actos y en versos libres de C. Sainte-Croix y E. Bergerat; en la Opera Cómica la ópera en cinco actos y seis cuadros de Ferrier *Le Chevalier d'Harmenthal*, tomada de la novela de Dumas del mismo título, con música del maestro Messager; y en los Bufos Parisienses *Nuit d'amour*, fantasía lírica en cuatro actos, poema de Boucheron y Barré y música de Antonio Banés.

Madrid. – Un solo estreno de alguna importancia ha habido últimamente en los teatros de la corte: el del drama *Amor salvaje*, escrito por D. José Echegaray para el actor italiano señor Novelli, el cual lo ha traducido y representado en su idioma natal. Parece que el drama no ha tenido todo el éxito que autor y traductor se prometían.

Barcelona. – La temporada de verano se inaugura brillantemente en nuestra capital.

En el teatro de Novedades ha empezado á funcionar la excelente compañía de declamación de la que forman parte la aplaudida actriz Sra. Guerrero y los Sres. Díaz de Mendoza y Jiménez, habiendo puesto en escena el día de la inauguración la siempre aplaudida comedia de Rojas *Entre bobos anda el juego*. Esta compañía dará á conocer sucesivamente en dicho teatro las obras estrenadas en Madrid durante la última temporada de invierno.

En el teatro Lírico ha comenzado también sus tareas con buen éxito la selecta compañía que dirige el distinguido actor Sr. Mario, habiendo escogido para dar principio á ellas la preciosa comedia de Moratín *El sí de las niñas*.

Dentro de pocos días empezará á dar una serie de funciones en el teatro del Tívoli una numerosa compañía cómico-lírica en la que figuran artistas tan apreciados y populares como Lucrecia Arana, Romea, Rosell y Sánchez de Castilla.

Estas dos compañías, ofrecen asimismo poner en escena las obras últimamente estrenadas por ellas en la corte.

Necrología. – Han fallecido:

Carlos Mangiagalli, compositor español, autor de varias aplaudidas zarzuelas.

Hermán Arnold, pintor de historia y de género, profesor de la Academia de Bellas Artes de Weimar.

Vicente Pilz, reputado escultor vienés, muchas de cuyas obras adornan varios edificios públicos de la capital de Austria.

Enrique de Tretschke, historiógrafo de la casa real de Prusia, uno de los más célebres historiadores y publicistas de Alemania, profesor de Historia de la Universidad de Berlín.

Antonio Cagnoni, notable compositor italiano, autor de multitud de óperas, entre las cuales las más conocidas son *Don Bucéfalo* y *Papá Martín*.

Alfredo Guillermo Hunt, notable pintor de paisajes y marinas inglés, celebrado especialmente por sus notables y preciosas acuarelas.

W. G. F. Nicolai, director de la Escuela de Música de El Haya y notable compositor.

Fernando Winter, pintor de historia y religioso alemán.

Luis Federico Menabrea, marqués de Valdora, general italiano, ex presidente del consejo de ministros y embajador de Italia en París desde 1882 á 1892.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 21, POR JOSÉ FÁBREGAS

NEGRAS

5 B. y 4 N. = 9 piezas

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA 20, POR C. BOSCH DE LA TRINXERÍA

Blancas.	Negras.
1. Tc CR	1. T8AD (*)
2. D8TD	2. C6R ó 6AD
3. DcTR ó 3AR	3. Cualquiera.
4. D mate.	

(*) Si 1. A5R; 2. TcR, A juega; 3. T3R ó 5R según sea la jugada del A negro, y 4. T ó D mate.



... llevaba una mantilla de un negro pardo como los paños tumularios

DOS ANONIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

– Como no lo es nuestro encuentro de esta noche, interrumpió Felicio, y por eso me confirmo en mi idea de la predestinación, de que antes te hablaba. Mira, María, aunque joven, soy viejo en experiencia, no soy impresionable ni abrigo las arrebatadas credulidades de la juventud; pero tengo el convencimiento de que esta inesperada emoción que siento á tu lado, ha de influir poderosamente y para siempre en mi vida.

María le miró como si quisiera leer en sus ojos la intensidad de la emoción de que hablaba. Después dijo con cariñoso acento, estrechando la mano del joven que retenía la suya:

– Felicio, hijo mío..., y te llamo así porque por la edad casi podría ser tu madre, tengo la previsión de la mujer, siempre superior á la vuestra, y... deberes que cumplir... Valiera más que no volviéramos á vernos...

– ¿Deberes, María?, interrumpió Felicio, con voz entrecortada, en la que se revelaba profundo desaliento. Sí, ya comprendo que tienes deberes. Por tu excitación pasada, en la que las divagaciones se unían á la realidad, he reconstruído la historia de tu corazón, y esto me desespera desde hace una hora. No he querido pensar en ello, por no turbar el íntimo goce que siento á tu lado; pero ya sé, María, ya sé, y tú me lo recuerdas, que tienes familia, que no eres libre... Y no eres libre, para que yo siga siendo desgraciado.. ¡Ah, María, valiérame más no haberte conocido! La miseria, el hastío, el desamor, todas las contrariedades de la vida terminan en un solo momento, como yo pensaba terminarlas.

– ¡Felicio!

– ¡Ah, María! ¿Por qué no eres una de esas infelices que tantas veces he encontrado, sin obstáculos para entregar su corazón? Porque yo no recelo de mí, yo prefiero todo sufrimiento, por grande que sea, al pesado marasmo que me abrumaba; recelo de ti, retenida, influída en tus expansiones de cariño, por esos que tú llamas deberes. Tienes una hija, probablemente eres casada, y aunque entregues tu amor, nunca podrás entregarlo por entero...

– ¡Calla, Felicio!, exclamó María, sacudiendo nerviosamente el brazo del joven, has puesto el dedo en la llaga. ¿A qué he de ocultártelo? Hasta ahora me creo fuerte para poder decírtelo. Desde que te he visto, desde que he pensado en la rara coincidencia de nuestra situación de espíritu, presiento un peligro y una desesperación más: la de resistirte y resistirme... Separémonos, Felicio, repuso, soltándose del brazo de su compañero. Separémonos, ahora, en este mismo momento... ¡Adiós! No me veas y olvida esta noche como se olvidan los sueños.

Y echó á andar precipitadamente por la calle de Isabel la Católica, en donde á la sazón se encontraban; pero Felicio la adelantó y se interpuso á su paso.

XI

– María, le dijo, no quiero ser importuno, no tengo derecho á ello, pero óyeme.

María se había parado y se apoyaba en la pared de una casa, en una actitud de abandono y de resignación que conmovió á Felicio. Parecía quebrantada de emoción ó fatiga. El joven, á pesar de lo obscuro de la noche, veía dos surcos negros y profundos marcarse junto á los ojos de aquella mujer y moverse sus labios como si rezase.

– María, repuso Felicio, iba á pedirte de rodillas que no me relegases á mi odiosa soledad, que no me arrebataras la única esperanza que he vislumbrado, que no me privases del dulce calor que siento á tu lado. Iba á hablarte de mi juventud que me da derecho á la vida y á tener un poco de egoísmo. Iba á suplicarte que consideraras que estoy solo en el mundo, luchando con una miseria de que no puedes formarte idea, y que tú, á pesar de esta orfandad y de esta lucha, podías iluminar mi vida con un rayo de felicidad, que tú tal vez alcanzarías á darme alientos, salvándome de la pesantez de impotencia que me abruma... Iba á decirte otras cosas dictadas por el egoísmo..., porque sé que las comprenderías y te juzgo como nadie podría juzgarte, habiéndote visto conmigo á las dos de la mañana bebiendo copas de ajenjo. No te conozco, pero te adivino. Eres un alma noble y buena devastada por no sé qué tempestades; una mujer honrada ó caída, pero mártir. Sí, María, sé esto y más todavía. Leo en tu corazón tus sentimientos hacia mí; sé lo que piensas, lo que temes y lo que pretendes evitar, alejándome de tu lado, y sé además que el dejar de verme te sería doloroso. ¿No es cierto, María?

– Harto te lo he dejado comprender, contestó ésta. Sin embargo, no puedes conocerme, porque ni yo misma me conozco. Estoy destinada á sentir todos los dolores y á caer en todos los extravíos, y no obstante he luchado con energía, y hasta ahora tengo tranquila la conciencia, pero... destrozado el corazón.

Y al decir estas palabras, lágrimas que brillaban en la sombra asomaron á sus ojos.

– Pues bien, óyeme...

– No, interrumpió María con vehemencia. Aún no te he dicho lo más importante, óyeme tú, y luego que sea lo que haya de ser.

Hizo una pausa, y después prosiguió con acento fatigado, despacio y como escuchándose á sí propia:

– Felicio, en el momento en que no pueda apoyarme en mi conciencia, me aborreceré á mí misma y á los demás. Ya te explicaré esto. Por eso he insistido en que nos separemos..

Oyóse ruido de pasos. Hasta entonces los alrededores del mercado de los Mostenses habían estado casi solitarios, como lo están siempre á las altas horas de la noche. Por aquel barrio ni aun suelen encontrarse serenos, que no teniendo nada que vigilar, se sientan en el umbral de las puertas ó apoyados en la pared con el farol al lado deletrean en algún periódico las noticias del día. Hasta las parejas de orden público son raras en aquellos lugares.

Una de éstas, que bajaba por la calle de Isabel la Católica, produjo el ruido de pasos que oyeron Felicio y María, parados cerca de la de la Flor Baja. Entonces ella volvió á cogerse del brazo de su compañero, y ambos retrocedieron hacia el mercado, entrándose por la callejuela de San Cipriano.

¿Qué había sido entretanto de la *Perdigona*?

¡Oh! La *Perdigona*, fiel á sus costumbres de perra cazadora, seguía con tenacidad en su espionaje, tan interesante para ella. Cuando vió á Felicio y á su compañera salir del café, se dijo: «Ahora irá ella á casa de él, ó él á casa de ella, ó Dios sabe dónde. Pero yo lo sabré también.»

Y persistió en su ojeo nocturno, resistiendo al cansancio que la abrumaba. A pesar de éste, andaba con paso firme, casi pegada á las paredes para no ser vista, porque á aquella rara mujer sucedíale lo que á algunos tartamudos, que cuando se excitan, hablan claro. La *Perdigona*, que en estado normal vacilaba y hacía extraños escarceos con los pies, cuando seguía á víctimas de su curiosidad adquiría seguridad y fuerza.

«Van amartelados de veras – pensaba, observando desde lejos el íntimo y constante coloquio de la nocturna pareja. – ¡El tunante, que parecía no ocuparse de mujeres! ¡Y ella con sus aires de señora!.. Yo sabré quién es; aunque no la viera en cien años, no se me despinta. Si yo fuese pintora, podría hacer de memoria su retrato.» Felicio y María, con gran sorpresa y contrariedad por parte de la *Perdigona*, no tenían traza de dirigirse á parte alguna, y andando lentamente, vagaban por las calles. A veces se paraban, y estos altos, si bien impacientaban á la impertinente vieja, le proporcionaban instantes de descanso, sentándose en el escalón de alguna puerta.

Cuando vió confusamente que María se soltaba del brazo de su compañero y echaba á andar sola, y luego á éste adelantarla é interponerse á su paso, la *Perdigona* pensó:

«¡Vaya! Están de riña. Por eso no van á ninguna parte. Ella no se determina, pero ya la convencerá; sabido es cómo acaban estas cosas.»

Y redobló su atención, porque supuso que estaba próximo el desenlace de aquella aventura. Pero cuando observó que los dos paseantes nocturnos volvían á cogerse del brazo y á andar con la misma lentitud é incertidumbre, no supo ya á qué atenerse y se redobló su impaciencia. Su estómago la tiraba horriblemente, y la debilidad hacíale ver chiribitas, como suele decirse.

Hubo un momento en que pensó en desistir de su empeño: tan alicaída se encontraba. Pero ¿cómo? ¿Cejar ella en un espionaje, y espionaje tan importante? ¡Nunca! La hubiera remordido la conciencia toda la vida.

Sacó, pues, fuerzas de flaqueza, y entróse en la calle de San Cipriano en pos de María y Felicio; mas en aquella estrechísima callejuela tenía que seguirlos á mayor distancia, para no ser notada. Torcieron ellos la esquina de la calle de Eguiluz, la *Perdigona* apretó el paso cuanto sus fuerzas se lo permitían, torció la esquina á su vez, y no vió á nadie. Tuvo un momento de desaliento, y soltó una interjección indigna de una cesante de Estado que se figuraba comer en casa de Fernán-Núñez.

«¿Se habrán metido en alguna casa de esta calle? se preguntó. Pero después, calculando que no habían tenido tiempo suficiente para esto, traspuso la calle casi corriendo, miró hacia la de Santa Margarita, que está á la derecha, y bajando por el pretil á la plaza de Leganitos, vió dos bultos que subían muy despacio por la calle del mismo nombre. «¡Ellos son! – exclamó la *Perdigona* exhalando un suspiro de satisfacción. – ¡Sólo faltaba que se escaparan!»

Eran, en efecto, Felicio y María, que se pararon en la penumbra que proyectaba la esquina de una casa saliente.

– María, dijo aquél, mañana volveré á verte, me lo has prometido.

– Sí, contestó ella vacilando, pero con una condición.

– Con cuantas quieras, con tal de verte.

– Pues bien, Felicio: sabes que soy casada. .

– ¡Ah, sí, desgraciadamente!

– No quiero á mi marido, ni siquiera le aprecio, porque... no es merecedor de ello; pero respeto mi estado y su nombre, que es el de mi hija. Si llevada de las debilidades de mi carácter cometo inconveniencias, debo ocultarlas en lo posible. No quiero que nadie, ni tú mismo, sepa que existe un hombre, respetable al menos por su nombre, cuya mujer vaga como una perdida por las calles á las altas horas de la noche y bebe ajenjo en los cafés. ¿Comprendes, Felicio?

– Comprendo, aunque me hiere tu desconfianza respecto á mí, pues presumo la condición que vas á imponerme. ¿Qué importa que yo sepa quién es tu marido? ¿Me crees fatuo ó poco delicado?

– No, Felicio, al contrario; la nobleza de tu corazón trasciende como un perfume exquisito: por eso estoy contigo, por eso casi me he abandonado á ti desde el primer momento.

– María...

– Pero por lo mismo, mis mayores suspicacias debo reservarlas para ti. Además, ¿qué te importa quién es mi marido, ni quién soy yo? Bástete saber que soy una pobre mujer, extraviada por la desgracia, que hasta ahora nada tiene de qué reprocharse. Hoy ha sido mi primer día de azoramiento de conciencia por... causa tuya. No puedo resistir á tus deseos, que son también los míos... Te veré; mas ayúdame, por lo menos, á atenuar la falta en que incurro viéndote.

– Por ti soy capaz de todo, dijo Felicio influído por los delicados matices del carácter de aquella mujer. No receles nada de mi parte, María. Ahora no, porque no puedo; pero si en adelante tu tranquilidad exige que nos separemos, haré este sacrificio: prefiero padecer por ti, á aumentar tus penas.

María fijó en él sus ojos con una expresión indefinible, y luego dijo:

– Pues bueno, Felicio, nos veremos... Ya que hay cosas que parecen ineludibles; pero respetarás mi delicadeza, y te exijo la promesa de que ni directa ni indirectamente intentarás saber quién soy. ¿Me lo prometes?

– Con toda seguridad, María. Yo á mi vez ¿espero que cumplirás tu palabra?

– Nos veremos, te lo repito.

María se adelantó hacia un farol que se hallaba á pocos pasos de la rinconada en donde se habían parado. Sacó del pecho un relojito de oro y miró la hora.

– Más de las tres, dijo. ¡Pobre Rosa, cuánto la hago esperar esta noche!

Y luego, volviendo á reunirse con Felicio, repuso:

– ¿Habrá coches de punto en la plaza de Santo Domingo?

– Es probable. Siempre quedan uno ó dos hasta la madrugada.

Volvieron á cogerse del brazo y subieron á la esquina de la calle.

– Allí hay dos coches, dijo Felicio, mirando hacia la plaza.

– Pues bien: quédate aquí, no me acompañes, yo tomaré el coche sola.

Se quedaron mirándose, asidos de la mano. Hubo un momento de silencio. María fué la primera que le rompió.

– ¡Adiós, Felicio!

– ¡Adiós, María, hasta mañana!

Ella volvió á mirarle unos instantes y después exclamó con vehemencia:

– ¡Por qué no eres niño, como cuando te vi en Aranjuez!

Él nada dijo. Se llevó á los labios la mano de María, que tenía entre las suyas, y estampó en ella un largo beso.

María atravesó la plaza de Santo Domingo. Felicio, parado en la esquina, la siguió con la mirada.

Entróse ella en un coche que embocó por la calle de Silva, se asomó á la portezuela, y el joven aún pudo ver un momento la silueta de aquel gracioso capuchón...

Es preciso convenir en que aquella noche fué de prueba para la *Perdigona*. La pesada vagancia de la pareja á la que perseguía por calles y callejuelas, el despecho por no poder oir el amoroso coloquio, la incertidumbre del desenlace de aquella aventura, la envidia hacia aquella mujer que iba casi incrustada á Felicio, envidia que en la *Perdigona* no era tristeza del bien ajeno, sino rabia y desesperación; toda esta tensión de espíritu, unida á un deplorable estado de cuerpo, produjéronla vértigos de ira y de debilidad, y más de una vez soltó la bilis en que rebosaba, entre náuseas de desfallecimiento. Como llovía sobre mojado, las últimas paradas de Felicio y María la exasperaron hasta el paroxismo, y sólo cuando observó la última, en la esquina de la plaza, que tenía trazas de despedida, respiró con relativa satisfacción, en la esperanza de que iba á terminar aquella *vía dolorosa* para ella.

Pero terminaba de un modo frío é inesperado.

«Aún están en la primera etapa – pensó la curiosa vieja, – en esos primeros instantes de mareo en que ella se resiste todavía; por eso aún no tienen nido de amores. ¡Resistirse á Felicio, cuando sólo Dios sabe á cuántos pájaros habrá ya desplumado!»

Cuando notó, con su vista felina y merced á un farol que hay en la esquina de la plaza de Santo Domingo, que la pareja se soltaba del brazo y *entrelazaban* sus manos, la *Perdigona* se afirmó en la idea de que iban á separarse y se propuso seguir á María, puesto que á Felicio podía encontrarle cuando quisiera.

Pero estaba destinada á sufrir contrariedades aquella noche. Felicio estaba parado en la misma esquina, y la impertinente vieja, que la veía á distancia, no pudo sospechar hasta pasado un momento la ausencia de María: por fin comprendió, y á riesgo de ser vista por el joven, subió apresuradamente la calle por la acera opuesta, y rebujándose en la mantilla se asomó á la plaza. Ya era tarde; por más que avanzó hasta el comedio de ésta, mirando en todas direcciones, no halló ni rastro de su odiada rival.

Entonces profirió la segunda interjección, que no prodigaba: sea dicho en honor de la verdad. Cuando después de escudriñar con la vista todas las bocacalles que afluyen á la plaza, se volvió para mirar hacia donde había visto parado á Felicio, se encontró de manos á boca con éste, que venía muy despacio, con la cabeza baja y las manos metidas en los bolsillos, y no pudo resistir á la tentación de decirle:

«¡Vaya, Felicio, una conquista; que sea enhorabuena!»

El joven estuvo á punto de lanzarse á ella y acogotarla; pero pasó sin hacer ni decir nada.

XII

Ni aun conociendo su pasión senil y la exuberancia de curiosidad, que constituían su idiosincrasia, es posible formarse idea de la insistencia de la *Perdigona* en encontrar á Felicio y María, después de aquella noche en que, inconscientemente, la hicieron correr el bromazo de seguirlos. No volvió á ver ni al uno ni á la otra, lo cual, en lo tocante al joven bohemio y trasnochador, era incomprensible. Un agente de policía de una novela de Gaborian no emplea más inventiva, tenacidad y paciencia para perseguir á un desaforado criminal, que doña Aurora Porcel, la cesante de Estado, para encontrar, ya que no á la bebedora de ajenjo, por lo menos al desdeñoso y adorado joven. Esto, en un principio parecióle cosa fácil, puesto que como espía amorosa, le había seguido á todas partes y conocía sus costumbres. Pero cuando dejó de verle en ninguna, cuando fué á casa de aquél á la calle de la Espada y supo por los vecinos, pues no había portero, que hacía tiempo que se había mudado, sin dejar dicho adonde; cuando notó su ausencia de los tres ó cuatro *restoranes* frecuentados por la pobretería decente, la *Perdigona* comenzó seriamente á inquietarse.

Felicio, además, se había eclipsado en el cielo del trasnoche. Nadie le veía ni en el café perpetuo (porque no se cerraba nunca) de la calle del Gato, ni en la casa de cenas económicas de Valentín, ni en las dos buñolerías clásicas de Jacometrezo y de los Leones.

En el café de Peláez, donde la vieja le vió entrar y le espió cuando acompañaba á María, los mozos no sabían de él. Dos ó tres trasnochadores, con quienes Felicio se acompañaba más particularmente, no tenían la más mínima noticia suya, y á consecuencia de haber indicado uno de éstos que aquél podía hallarse enfermo en el hospital, la *Perdigona* recorrió en balde, no sólo el General, sino todos los de Madrid.

Deduciendo que por la madeja se saca el ovillo, y que María asistía á bailes de máscaras, supuesto que la noche en que la conoció llevaba un capuchón, todas las noches de baile en Capellanes, único que entonces había, se situaba aquélla en la puerta, media hora antes de la de salida, para ver el desfile de las máscaras. Nada, trabajo inútil. Felicio y María quizá habían muerto en un éxtasis de amor.

La *Perdigona* estaba admirada y loca de despecho y curiosidad.

Ella siempre había dormido poco, porque sus *alfilerazos* y sus cavilaciones no se lo permitían, pero desde entonces estaba completamente desvelada. Aunque solía retirarse del café del Gato á las dos ó las tres de la mañana, ya estaba en la calle cuando apenas había salido su tocaya la aurora, y fuera del tiempo preciso para los *alfilerazos*, todo el restante le destinaba á sus pesquisas. Ya no eran ni amor, ni celos, ni curiosidad lo que la atormentaba: era monomanía, una cosa semejante á la del loco que pretendía asir el agua. Espoleada por sus pesquisas, andaba por sitios imposibles, husmeaba todos los chiscones, preguntaba á las parejas de orden público, especialmente á las nocturnas, si habían visto pasar á un joven de tales y cuales señas, se informó en la cárcel modelo y hasta en las escuelas y colegios, por si acaso Felicio se había hecho pasante.

Si oía decir que en el colegio de San Carlos estaba expuesto algún muerto desconocido, se apresuraba á verle, por si era el joven desaparecido, y casi me atrevo á asegurar que se hubiera alegrado de encontrarle, aunque cadáver.

En resolución, era tal la obsesión de aquella tenaz esfinge, que la *Perdigona* no comía, no dormía, y hasta se volvió tartamuda cuando en la iglesia pronunciaba la frase muletilla de «Señora ó caballero, ¿puede usted socorrer á una cesante de Estado?»

Pero por fin se apiadó de ella alguno de los muchos demonios que, según la abuela de María, existen en el infierno; pues demonio debía ser el que la orientó para tan malos fines. Una noche la desesperada vieja se entretuvo más que de costumbre en el café del Gato, charlando con otra arpía de su calaña, y cuando quiso recordar era día claro. ¿Para qué acostarse ya, supuesto que no dormía y teniendo que levantarse temprano para los *alfilerazos* matinales, que eran los más productivos? Determinó, pues, no ir á su casa. Salió del café en compañía de su interlocutora, viuda sin viudedad de un intendente, y la acompañó hasta su vivienda, situada en la calle de Válgame Dios. Ya sola, como aún no se habían abierto las iglesias, se propuso hacer tiempo dando un paseíto, puesto que aquella hermosísima mañana de marzo convidaba á ello.

Bajó al paseo de Recoletos por las calles de Gravina y Almirante y se sentó en uno de los muchos bancos que entonces había, y digo entonces, porque ya van quedando muy pocos, lo cual es natural habiendo aumentado la población. Hizo una excursión hasta la Cibeles con idea de charlar un rato con una aguadora conocida, que tenía su puesto junto á la fuente de la diosa; pero el puesto estaba cerrado. Defraudada su esperanza de palique, la *Perdigona* volvió á subir el paseo, mirando con envidia los hermosos hoteles y casas que le bordean, preguntándose *in mente* en cuál de ellos le gustaría habitar. Pero pronto la distrajo de estos lujosos pensamientos su tenaz obsesión: esto es, el perenne recuerdo de Felicio y de María. ¿No estarían en Madrid? Muchas veces se había hecho esta pregunta. Felicio, es cierto, no tenía medios ni para llegar hasta Valdemoro, pero la aventurera nocturna podía ser rica y habérsele llevado.

Embebecida en esta idea, se entró maquinalmente por la calle de Doña Bárbara de Braganza, suponiendo que la mayor parte de las iglesias deberían estar ya abiertas y que podría comenzar sus *alfilerazos*. La *Perdigona* sólo trabajaba en las parroquias ricas y templos céntricos, por creerlos más á propósito para sus fines. San Sebastián, San Luis, San Ginés, San Ignacio, San Antonio del Prado, el Carmen, la Encarnación eran los palenques predilectos de sus acometidas, y sólo alguna que otra vez, cuando había fiesta, se alargaba á San Pascual. La iglesia de las Salesas la tenía olvidada, así es que al pasar por allí aquella mañana se dijo para su capote mental:

«Hago mal en descuidar esta iglesia, el barrio se va haciendo populoso, y por aquí hay gente de *parné*.» Porque la *Perdigona*, no obstante tratarse con Pilar Fernán-Núñez y Rosalía Medina-Sidonia, á veces pensaba en caló.

La iglesia de las Salesas hallábase abierta y la vieja atacadora entróse en ella. El templo estaba casi á obscuras como todos los de España; mas á pesar de venir deslumbrada de la luz exterior, pronto se dilató el rayo visual de la *Perdigona*, que tenía las propiedades de la raza felina. Había pocos fieles y estaban acabando de rezar una misa en el altar mayor. Pero lo primero en que se fijó aquélla fué en el sepulcro del general O'Donnell, que tiene allí su enterramiento.

«Este buen señor, se dijo, no obstante sus *insignes victorias*, no ha tenido panteón de familia como mi primo Ramón.»

Este primo era el general Narváez.

Terminó la misa. Los pocos fieles que había fueron desfilando, excepto tres ó cuatro personas de catadura que no convenía á la *Perdigona*. Ella iba también á marcharse, cuando vió á una señora en la que no había reparado, y se aproximó por detrás para observarla. Porque la eclesiástica menesterosa hacía lo que los buenos generales: examinar minuciosamente la plaza antes de atacarla. Aquella señora estaba arrodillada en la última fila de un grupo de sillas que había frente del sarcófago de doña Bárbara de Braganza, y leía en un devocionario apoyado en el remate del respaldo de una silla que tenía delante. El empaque agradó desde luego á la *Perdigona*, que olfateaba á una legua de distancia á la gente distinguida. Era esbelta y gallarda de cabeza, llevaba un ligero y corto abrigo ceñido, que diseñaba perfectamente el elegante busto. Su traje era obscuro, sus puños de nívea blancura, y tenía las manos enguantadas. El velo de la mantilla, aunque levantado, la tapaba la frente y parte de las mejillas, y hallábase completamente inmóvil y como absorta en su lectura. La sagaz pordiosera supúsola materia dispuesta para un *alfilerazo*, y se colocó á su lado silenciosamente para verla la cara, que según dicen es espejo del alma.

La *Perdigona* arqueó un poco el cuerpo alargando su cuello de cigüeña, la miró de reojo, y aunque de reojo, quedóse estupefacta de sorpresa.

Sí, era ella, la bebedora de ajenjo, la vagabunda nocturna, la señora de picos pardos, el trapicheo de Felicio. Y estaba allí, en la iglesia, arrodillada, absorta, tratando tal vez, como Santa Teresa, de domar su imaginación extraviada. El hecho en sí no asombró á la *Perdigona*. ¡Sabía ella tantas historias de contra sentidos! Conocía á una señora separada de su marido y viviendo con el cortejo, que se confesaba diariamente. Conocía á otra que se ponía cilicio siempre que se entregaba á sus adúlteros transportes amorosos para atormentar su carne al mismo tiempo de solazarla. Conocía... ¿Qué no conocería la *Perdigona* después de tantos años de perseverantes investigaciones? Además es lógico que el más pecador sea quien más implore la misericordia divina.


En esta misiva expresaba al joven el ímpetu de su pasión...

La vieja enamorada y curiosa no se admiró, pues, del piadoso recogimiento de su rival. Se sorprendió de satisfacción y alegría de haberla hallado allí cuando menos se lo esperaba. En honor de la verdad, más que encono hacia aquélla, sentía su pasión por Felicio, y hubiera preferido encontrar á éste; pero dedujo que tirando de la soga daría al fin con el caldero; es decir, que por medio de la una encontraría al otro, si aquella amorosa intriga no había terminado.

Como es consiguiente, desistió de su propósito de *alfilerazo*. No quería que su rival se fijara en ella, por lo que pudiera suceder. Se retiró sigilosamente á los pies de la iglesia, sentóse en un banco, y allí esperó entregada á sus malos pensamientos. Dedujo que aquella hora tan matinal no era á propósito para visitas ó devaneos, y que lo natural era que la devota bebedora de ajenjo volviese á su casa. Saber dónde vivía y por consiguiente quién era, ya era mucho; pues esto la serviría de base en sus investigaciones y en su venganza; porque la *Perdigona* se había jurado separar á Felicio de aquella mujer ó vengarse de ambos. ¿Cómo? No lo sabía, pero ya encontraría el medio.

Tocaron á misa, fué entrando gente en la iglesia, y entre ella personas *aceptables para alfilerazos*, mas la vieja pedigüeña no pensó en darlos: ¡tan preocupada estaba! ¡Cuán ajena se hallaba María (pues en efecto era ella la mujer arrodillada que leía en su devocionario) de que hubiese en la iglesia dos ojos amarillentos fijos en observarla y una mala voluntad dispuesta á hacerla daño!

Oyó la misa que se dijo en el altar mayor, en la misma postura y con igual recogimiento. Terminada aquélla, se incorporó, rezó breves momentos ante el altar de una Virgen y se dirigió hacia la puerta de salida de la iglesia. La *Perdigona*, acurrucada en su banco, no pudo menos de reconocer la gracia y la natural elegancia del modo de andar de su rival, y la siguió al salir, sin apartar de ella sus ojos ni un solo momento. Lo primero que hizo la vieja escamona fué asomarse á la barandilla de la escalinata que hay en el exterior de la iglesia, para ver si había algún coche parado, y no viendo ninguno se tranquilizó, diciendo para sus adentros: «Si va á pie, no se me escapará.»

María bajó la escalera de la iglesia, torció la esquina que ésta forma, y atravesó la plaza de las Salesas.

La plaza, así como el barrio, está transformada en la actualidad. Hace trece años, en el sitio que ahora ocupan una manzana de casas nuevas y el edificio en que están establecidos los Juzgados de Instrucción, de primera instancia, había un antiguo caserón, que tenía aspecto solariego. Su exterior era como el de todas las mansiones señoriales que datan del siglo XVII ó XVIII: fábrica de ladrillo enjalbegado de yeso pintado de color de ceniza, dos pisos, sin contar el bajo, con hileras de balcones, sin saliente, con persianas de color plomizo, una puerta grande rodeada de una orla de piedra plateresca y presuntuosa, sobremontada por un escudo de armas, y un portal vasto, pero bajo de techo. Este edificio formaba un cuadrilongo y se extendía hasta lo que ahora se llama calle de Génova, en donde terminaba con un jardín cercado de una tapia alta.

Pues bueno: María atravesó, como he dicho, la plaza de las Salesas y entró en esta casa. En el umbral de la puerta estaba parado un hombre que seguramente era el portero, á juzgar por su aspecto y traje característico. Era un mocetón como de treinta á treinta y cinco años de edad, grueso, fresco, colorado, ostentando dos inmensas patillas negras y afeitado cuidadosamente el bigote. Tenía puesta una gorra de visera de paño verde obscuro, con un filete encarnado. Llevaba una corbata blanca de caídas, chaleco cerrado á rayas amarillas y verdes, casaquín y pantalón verdes también, aquél con grandes botones plateados y éste flanqueado á lo largo de un vivo encarnado.

María atravesó la plaza y entró en la susodicha casa. El portero, que estaba en medio de la puerta, se hizo á un lado para dejarla paso y se quitó la gorra.

«Por el modo de entrar, parece que vive ahí – pensó la *Perdigona* un tanto sorprendida. – ¿Será la dueña de la casa?»

La sorpresa de la curiosa vieja era justificada. Desde que vió á María por primera vez, supuso que podía ser una señora... extraviada; pero al verla entrar en aquella señorial mansión, sospechó si sería algo más. Porque la *Perdigona* en su doble calidad de menesterosa y aficionada á la gente *com' il faut*, conocía al dedillo todas las casas principales de Madrid. Viendo al portero, que continuaba á la puerta de la en que había entrado María, liando un cigarro de papel, determinó salir de dudas. Se aproximó á aquél y le saludó diciendo:

– Buenos días.

– Buenos, contestó el portero, con acento áspero y midiendo de pies á cabeza la triste figura de la *Perdigona*.

– Diga usted, repuso ésta. La señora que acaba de entrar, ¿es la señora marquesa de Criptana?

– Sí. ¿Qué se la ofrece á usted?

– No, nada, sino que conozco y trato al señor marqués, pero no conocía á su señora.

Y luego, mientras el portero encendía su cigarro, añadió:

– ¿Está en Madrid el señor marqués?

– No, señora, contestó aquél, *acentuando* su brusquedad y entrándose en la portería.

La *Perdigona* no hizo caso de esta grosería: había sufrido muchas y estaba fogueada. Atravesó la plaza y echó á andar por la calle de Santo Tomé. No sabía por dónde iba. Su cabeza era una jaula de grillos. ¿Conque el pelagatos de Felicio estaba en relaciones amorosas con la marquesa de Criptana? ¡Qué cosas se ven en Madrid! ¿Durarían aquellas relaciones? ¡Oh! Si continuaban, ella encontraría al desdeñoso joven, y lo sabría todo, y los estorbaría y se vengaría de ellos quizá. El amor de la marquesa no podía ser más que un capricho, y por causa de él pasaba ella tantos berrinches.

Mientras se dirigía hacia San Ginés, en donde estaban las cuarenta horas, fraguó su plan de campaña. Supuso que los amantes se verían de noche, y creyó inútil espiar de día á la marquesa. Aquella tarde comió más temprano que de costumbre, y desde las seis y media eligió en la plaza de las Salesas un sitio á propósito para acechar sin llamar la atención. Encontró una puerta del ex convento, que tenía un escalón alto; se sentó allí, y esperó sin apartar la vista de la puerta de la aristocrática casa.

(Continuará)

LA CORONACIÓN DEL TSAR NICOLÁS II

La vida nacional de Rusia, así como el interés y la atención del mundo civilizado, están ahora generalmente concentrados en Moscou, la antigua capital del imperio, donde hace ya algunas semanas se vienen verificando preparativos para el pomposo ceremonial de la coronación del tsar Nicolás II.

Por todas partes se vienen haciendo esos preparativos, lo mismo en las calles, vistosamente adornadas con banderas, mástiles y arcos triunfales, que en los palacios é iglesias del venerado recinto del Kremlin. El camino de dos millas de extensión, que, en procesión triunfal, deben recorrer el emperador, su esposa y la numerosa comitiva desde el palacio Petrovsky hasta la iglesia de la Asunción, ha sido pavimentado de madera y cubierto de paño encarnado.

Habrá fiestas para el pueblo y fiestas para las clases elevadas. Las primeras, aparte de las procesiones que los mujiks y artesanos podrán contemplar desde la calle, se reducirán principalmente á la que exclusivamente para ellos se celebrará el 30 de mayo en el inmenso campo de Khodynskoe Pole, donde cada concurrente recibirá, en un pañuelo que llevará estampada una vista del Kremlín, un salchichón, un paquete de frutas secas, como avellanas, pasas, higos, etc., una gran rebanada de pan, y un cubilete de metal esmaltado con el cual podrá acercarse cuando quiera ó cuando pueda á alguna de las centenares de fuentes que simultáneamente distribuirán 400.000 litros de cerveza y 130.000 de hidromel. Grandes teatros y un circo darán funciones gratuitas para medio millón de espectadores, alternando con un coro de mil ochocientas voces.

Esta fiesta y la iluminación del Kremlín serán las verdaderamente populares. Para formarse una idea de lo que debe ser esta iluminación, bastará decir que constará de 16.000 lámparas eléctricas, 175.000 faroles, mil kilogramos de luces de Bengala, sin hablar de los fuegos artificiales. Para sufragar los gastos de esta iluminación se han destinado 160.000 rublos, y 2.000 soldados están encargados de encender lámparas y faroles.

Las fiestas de la nobleza serán como en todas partes. Banquetes, recepciones, ceremonias de gala, bailes, etc.

Moscou está hoy ya tan inundado de forasteros que no se encuentra alojamiento en ninguna parte, y los precios de alquileres, así como los de los artículos de primera necesidad han subido enormemente. Y aparte de esta muchedumbre de gente han acudido á aquella ciudad hasta 40.000 soldados procedentes de San Petersburgo, Varsovia y otros centros, de suerte que las paradas y revistas que forman parte del programa de las fiestas prometen ser brillantes.

El Kremlín, centro de las ceremonias oficiales, es un exten-

Insignias imperiales rusas

1. Corona de la emperatriz Ana. – 2. Corona de Siberia. – 3. Corona de Astraján y del gran duque Miguel. – 4. Corona de Uladimiro ó del heredero del trono. – 5. Corona de Kazan. – 6. Corona del tsar Pedro. – 7. Corona de Pedro Alexievitch. – 8. Corona de Juan Alexievitch. – 9. Cetro imperial. – 10. Gran cetro imperial. – 11. Globo bizantino esmaltado y adornado de piedras preciosas. – 12. Cáliz para el óleo sagrado. – 13. Globo de oro de Pedro II. – 14. Gran globo imperial. – 15. Cruces que lleva el tsar en el pecho. – 16. Escudo antiguo, forrado de terciopelo carmesí con bordados



VISTA GENERAL DEL KREMLIN EN MOSCOU

sísimo recinto cerrado por un muro de piedra que en parte de su trazado toca el río. Tiene cinco puertas, está flanqueado por diez y ocho torres y encierra una porción de importantes edificios históricos, principalmente iglesias, monasterios y catedrales, como también arsenales. Al penetrar en el recinto sagrado por la puerta del Salvador, es forzoso descubrirse en señal de reverencia. Vense allí, en efecto, reliquias de otras edades y monumentos en que parece hallarse el corazón de la gran nación rusa. El campanario de Juan Velika, construído en 1600 por Borís Godunof, levántase á 81 metros en el centro mismo del Kremlin, y los rusos que al aproximarse á Moscou le divisan á lo lejos, suelen prosternarse ante él. Junto al gran palacio blanco, edificado en tiempo del emperador Nicolás y que aparece en el centro del grabado que, de parte de la vista del Kremlin, publicamos, se alza la catedral de la Asunción, donde se coronan los emperadores de Rusia y donde por tanto se celebrará ahora la principal de las solemnidades preparadas. Esta catedral fué construída en tiempo de Ivan III por el arquitecto boloñés Fioraventi. Es de estilo greco-oriental, y sus pilares, paredes y bóvedas están enteramente cubiertos de pinturas de estilo bizantino sobre fondo de oro. El iconostasio, que separa el altar de la nave y llega hasta la bóveda, es de plata dorada y consta de cinco pisos de imágenes sagradas. El adorno de piedras preciosas de una sola de estas imágenes, la de la Virgen de Wladimir, representa una fortuna; una sola de las joyas de que se compone, una esmeralda, está apreciada en 200.000 rublos, ó sea más de medio millón de pesetas.

Ya se han trasladado á esa catedral las insignias imperiales, como cetro, corona, globo, cruz, etc., algunas de las cuales figuran entre las representadas en otro de nuestros grabados, en el que también se ven las originales y valiosísimas coronas de cada una de las regiones que han ido constituyendo sucesivamente el dilatadísimo imperio ruso.

Además de la catedral indicada son notables en el Kremlin la de la Anunciación, obra del siglo XIV; la iglesia del Arcángel San Miguel; la del Salvador del Bosque, situada en el patio del alcázar, y otras. El alcázar es más bien un conjunto de palacios que un edificio aislado. El Teremnoi-Dovetz es una construcción de cinco pisos, cuya área va disminuyendo de abajo á arriba. El Granovitaia Palata constituye un inmenso monumento donde antiguamente se verificaban las fiestas de la corte, se recibía á los embajadores extranjeros y se reunían las asambleas rusas. En el salón llamado del trono de



EL TRONO DE LOS TSARES EN EL KREMLIN

este palacio se conserva el trono de los antiguos tsares, mueble de elegante hechura y exquisitas labores y relieves, cuya copia incluímos en estas páginas. Todos los palacios contienen magníficas colecciones; en el del Sínodo, junto á los monasterios imperiales, hay una biblioteca en la que se guardan manuscritos de valor inestimable. El arsenal encierra, según se asegura, armas para cien mil hombres, y en él se conserva un famoso cañón de treinta y nueve toneladas que debía disparar balas de dos. En el gran salón del palacio de San Jorge, que se ve en el grabado á la izquierda de la catedral de la Asunción, es donde se efectúa la solemne proclamación de los tsares.

Es costumbre que antes de esta proclamación pasen los tsares algunos días en absoluto recogimiento en el palacio Petrovsky; después se trasladan solemnemente al Kremlin con objeto de orar en sus diferentes iglesias, y vuelven á recogerse cuatro días en el palacio Nescutschnoie para de allí dirigirse de nuevo á aquel recinto y proceder á la solemnidad de la coronación.

Los telegramas que publica la prensa diaria han anunciado que todas las ceremonias se han llevado á cabo con arreglo al programa establecido. El sábado 22 de mayo salió de la gran plaza del Kremlin la comitiva encargada de anunciar por todos los ámbitos de la ciudad la fecha de la coronación y de la consagración. El lujo de las curiosas vestimentas de los heraldos y de cuantos altos funcionarios tomaban parte en ella era precursor del que se ha desplegado de un modo inusitado en la pomposa entrada de los emperadores en el Kremlin para llevar á efecto las ceremonias anunciadas. Aquel mismo día el emperador recibió las diferentes embajadas, entre ellas la de España, cuyo representante, el duque de Nájera, fué perfectamente acogido por Nicolás II.

El 26 el emperador, su esposa y su augusta madre, la emperatriz viuda de Alejandro III, acompañados de un imponente séquito formado por los individuos de su familia, por los embajadores de gran número de naciones de Europa y Asia, ostentando los más suntuosos y variados uniformes, por los altos funcionarios del imperio, los generales é individuos de la nobleza rusa, se dirigieron en magníficos trenes á la iglesia de la Asunción, donde con toda solemnidad se ha procedido á las sagradas ceremonias, habiendo colocado el tsar la corona imperial sobre la cabeza de su esposa, y ceñídose él luego la suya, después de lo cual los emperadores han salido bajo palio por los alrededores de la catedral, siendo entusiastamente aclamados por la inmensa muchedumbre allí reunida.



CASTIGO DE UN CRIMINAL EN PERSIA

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 8 de junio de 1896 — Núm. 754

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



6 DE JUNIO DE 1808. – Episodio del combate del Bruch,

dibujo de Enrique Estevan. (Véase el artículo)

ADVERTENCIA

En el próximo número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicaremos un notable artículo del insigne escritor D. José Echegaray, titulado *Los tres elementos del drama*, hacia el cual nos permitimos llamar de antemano la atención de nuestros lectores.

SUMARIO

LA CORTE... DE LOS MILAGROS

Madrid está como nunca infestado de mendigos. Ya sé que sobre esto se ha escrito mucho, se ha discutido bastante, se ha discurrido algo, y se continuará discurriendo mientras los pordioseros, espontáneamente y con un desinterés que les honraría, no renuncien á la profesión que ejercen, profesión romántica y poética, cuya libertad, fueros y alegrías ensalzaron tantos novelistas y poetas, desde Cervantes hasta Espronceda y Juan Richepin, autor de la famosa *Chanson des gueux*.

De mí no espere nadie la solución de este problema de la mendicidad callejera. Yo no sé cómo se podría remediar tal calamidad, no soy tampoco á quien incumbe saberlo. Lo que afirmo es que en ninguna de las ciudades que he visitado, en España y fuera de ella, he visto tal nube de pobres pedigüeños. Y aseguro también que cuanto más culta es una ciudad, se ven en ella menos mendigos, ó no se ve ni uno solo.

Pero ¿acaso Madrid es una ciudad culta? Bien podríamos regatear este título á la capital de España, sin incurrir en notoria injusticia. Pueblo bullicioso, animado, simpático, divertido, vivaracho y bonachón á la vez; pueblo donde reside, por natural efecto de la capitalidad, lo más granadito de España en inteligencia, nacimiento y posición – esto sí que lo es Madrid, y no podrá negárselo nadie. – Con todo ello, no se hace una ciudad culta. Bien culta es, por ejemplo, la de Ginebra, en Suiza, y sin embargo, ni viven en ella personas notables, ni atrae, ni llama, ni entretiene, como entretiene Madrid, que – lo repito – por muchísimos detalles y por muchísimos estilos, parece un poblacho sin policía, ni urbanidad, ni respeto al derecho de nadie.

***

Esto de la mendicidad callejera ha llegado á tal punto, que así como antaño en Nápoles se caminaba pisando cuerpos de *lazzaroni* tendidos al sol, aquí nos habituamos á caminar empujando y desviando mendigos que nos acosan. Hay calles de Madrid donde los pordioseros forman fila, cubriendo ambas aceras, tendidos como los soldados en día de procesión. No para en sitio alguno un coche, sin que antes de que haya abierto la portezuela el lacayo, tenga la mano sobre ella un mendigo. No entra en una tienda una señora, sin que pisándola los talones se cuelen dos ó tres mendigos; y es moralmente imposible – lo reconozco – discutir el precio de una tela ó de un encaje ó de cualquier pingo caro, de los que forman la *toilette* femenina; es imposible, repito, ofrecer un puñado de duros por un trapo, cuando tenemos á la oreja á una mujer que lleva en brazos á dos *churumbeles* y nos dice en gemebundo tono: «¡Para pan para los niños, que no han comido hace veinticuatro horas!»

No valen reflexiones. Bien sabemos que esa tela cara que desdobla y arruga hábilmente el tendero, y cuya riqueza afrenta á los guiñapos de los mendigos, representa el trabajo y la honrada y lícita ganancia de muchos obreros, la prosperidad de la industria, la vida de organismos necesarios para la grandeza y dignidad de una nación; bien sabemos que el trabajo es enemigo de la mendicidad, y que el comercio es merecedor de toda alabanza y es fuente de riqueza y de bienestar... Lo sabemos; pero los sentidos pueden más: vemos un contraste entre el que pide y el que compra; nos hablan de desesperación, de niños sin sustento... y nos entra vergüenza y fatiga de estar comprando lo que realmente no significa lujo, sino indispensable requisito para vivir en sociedad con decoro... El comercio nacional se lo pierde, pues para ahorrarnos impresiones penosas escribimos una carta á Francia y recibimos los géneros á domicilio, sin mendigos á la oreja...

¿Pues qué decir de los cafés, de los *restaurants*, de las confiterías? Estáis pagando unos pastelillos, y oís una ronca voz que á vuestro oído murmura: «Con más hambre que un oso...» Entráis en una fonda, al anochecer, y solloza una muchacha: «No me he desayunado todavía...» Pedís en el café un refresco, y un chicuelo desmedrado sale de entre vuestros pies, con el sonsonete: «Aunque sea un centimito, para ayuda de medio panecillo...» En Madrid difícilmente podrían establecerse esos lindos, útiles y agradables *bodegones* que se llaman *restaurants Duval*, ni esas mesitas que al aire libre y en las terrazas sitúan los mozos de cafés y fondas, y donde almuerzan y comen tan á gusto los forasteros. Aquí es preciso encerrarse, contra el sentir del apóstol San Pablo y contra las costumbres admitidas en otras tierras de mejor apaño y administración más ordenada.

***

El que se ve acosado de mendigos puede darles ó no darles limosna (perogrullada insigne). Si no les da, que se prepare á escuchar insultos, amenazas sordas (ó con buen oído) y una chacota castiza, digna de los tiempos de la pícara Justina y el señor Monipodio. Si les da, prepárese á cosa peor: á ver juntarse en derredor suyo una tribu de pedigüeños – lisiados, tullidos, ciegos, cojos, viejos, viejas, chiquillos, obreros sin trabajo y albañiles que se han caído del andamio; – porque ignoro en virtud de qué misteriosas contraseñas se avisan unos á otros los pobres; mas es lo cierto que sin necesidad de toques de clarín, llamadas de corneta ni silbos de pito, ellos se reunen en un periquete donde les da la gana, donde olfatean el corazón blando, el artista que acaba de vender el cuadro, el enamorado que acaba de recibir carta de su ninfa, el jugador de lotería que acaba de ver en la lista su número, cuantos se encuentran en disposición de no reparar en el *perro grande*, ni en la pesetilla, si á mano viene.

Lo indiscutible es que, poco ó mucho, todos dan; que nadie se exime de sostener este ejército de postulantes que llena hasta los últimos rincones de Madrid. No lo atribuyáis á bondad, ni á generosidad: ¡quiá! La caridad propiamente dicha reviste otras formas; la beneficencia se entiende de otro modo; y cuando en la calle alargamos esa moneda de cobre, tarifa máxima de esta clase de *buenas obras*, ni se nos ocurre que hacemos nada meritorio, ni nos importa (vaya la verdad) que el socorrido sea un padre de familia con doce vástagos ó un tagarote que acopia para la taberna .. Si damos es porque nos impulsa á ello una especie de fatalidad física, un movimiento determinado en parte por el deseo de complacer á poca costa á un semejante, de causar alegría – puro egoísmo – y en parte, por una corriente de simpatía que nos lleva á preferir á cierto pobre, así como otros pobres, sin que entendamos por qué, nos incomodan y repugnan ..

Una señora conocida mía, que oía misa todos los domingos en la iglesia de San Martín, se aficionó á una ciega que pedía apoyada contra las antepuertas de madera, y llegó á desear, como se desea un goce, que llegasen los domingos para llevar su monedita de plata á aquella ciega y oir sus palabras de gratitud. Era y es la tal vieja, fuerza es decirlo, de lo más simpático y bonito que cabe en el género de mendigas. Un rostro descolorido, fino de facciones, con vestigios de hermosura; unos ojos grandes, fijos y apagados, pero limpios y de linda forma; un cabello blanco recogido modestamente; un vestido liso, negro; un aseo primoroso; unos pies pulcros, pequeños, decentemente calzados; una mantillita muy clásica, bien puesta y sujeta al pecho por un alfiler..., esto era la pobre; mas su principal atractivo consistía en una voz deliciosa, plateada, suave; en una pronunciación clara, castellana sin rudeza, y en un hablar delicado y distinguido, ajeno á esas retóricas de la mendicidad y á esas exageraciones de melodrama que nos enfrían en vez de compadecernos. Envuelta por las oleadas de la gente que entraba y salía impetuosamente en la iglesia, la ciega, sonriendo, siempre afable y cortés, repetía una vez y otra: «¡Cuidado, señores! ¡Caballeros, cuidado! ¡Que hay niños pequeños! ¡Que pueden ustedes hacerles mal sin querer! ¡Cuanto más se empuja es peor, señores! ¡Una limosnita... por amor de Dios... á la ciega!» La urbanidad de aquellas frases era inalterable: jamás se oyó á la ciega impacientarse porque la diesen de empellones – á pesar de que muchas veces su pobre cuerpo era zarandeado como un pedazo de leño por las olas. – Cuando en vez de empujones recibía una moneda, deslizada en su mano que cubría un mitoncito de seda recosido y viejo, sus labios murmuraban el sencillo «Dios se lo pagará,» dicho con tal dulzura, con tan buen gusto, que parecía, más que fórmula de pordioseo, exquisita reverencia de minué. – ¿Quién duda que el socorrer á esta pobre antes era recreo que caridad?

***

Hay pobres bien educados, y también los hay pintorescos, que nos ofrecen un goce artístico, pues los estamos viendo, no en carne y hueso y harapos, sino á la acuarela y al óleo. De estos mendigos con estética se ven más por los pueblos y por las ciudades antiguas; generalmente sirve de fondo á su interesante figura el muro de una catedral ó el pórtico de un convento ó la reja herrumbrosa de algún caserón; no obstante, también en Madrid se pueden encontrar tipos dignos del pincel de Velázquez. Poco antes de llegar á San Ginés, cerca de un puesto de libros de lance que hace frente á dos buenas librerías de la calle del Arenal, suele reclinarse un típico mendigo, semejante á un emigrado político ruso, ó á un profeta errante, de esos que aparecen en Irlanda. Bajo su abollado sombrero de copa flotan abundantes bucles grises, que le inundan los hombros, y una barba patriarcal, gris también, irradia sobre el ancho pecho, cubierto por una levita raída y mugrienta. Es sorprendente observar cuánta dignidad presta á una cabeza de hombre, sobre todo de viejo, la melena y las barbas de capuchino. Este pobre no es tampoco de los que asedian; espera el socorro, y si no viene se resigna.

***

Sobre los niños que mendigan se podrían escribir volúmenes. Hay uno – un chiquillo digo – que pide en el Retiro, metiéndose por entre las ruedas de los coches y las patas de los caballos, como un ratón por medio de las sacas del trigo maduro. En vez de humillarse y gimotear, el chico sonríe y mira á la cara de los paseantes, saludándoles con un familiarísimo «¡Hola!» Tal franqueza divierte á los señores, y el chiquillo recoge pingüe cosecha. Hay días en que lleva á su casa nueve ó diez pesetas. «¿Para quién pides?» «Para mi madre,» responde con naturalidad; y las manos se tienden. El granuja es de los que han caído en gracia.

***

Aquí tenéis el cuadro que presenta Madrid, convertido, de corte de las Españas, en corte de los Milagros. Hay días y horas en que no se puede «transitar por la vía pública,» lo cual era la mayor de las desgracias para Fermín Gonzalo Morón, que en paz descanse. Hay ocasiones en que los mendigos son dueños de una calle ó de una plazuela, y peor para el transeunte inofensivo. A mi madre y á mí nos pidió limosna ayer un viejo, del género hosco y gruñón. No le dimos, y nos esperó á la puerta de una tienda para cantarnos las verdades. Como nos pidiese otro pobre, el viejo se acercó al compañero, y le advirtió solemnemente: «Anda, déjalas, no pierdas el tiempo, hombre... Son unas *desagradecías*.»

EMILIA PARDO BAZÁN



GATTAMELATA

8 junio de 1453

Estatua ecuestre modelada por Donatello, existente en Padua

Para cuantos conocen la historia del arte, especialmente del italiano, en la época del Renacimiento, la estatua erigida á *Gattamelata* y la figura del insigne escultor florentino *Donato di Niccolo di Belto di Bardi*, ó como él firmaba, de *Donatello (fiorentino)*, poco ó nada de nuevo seguramente encontrarán en esta *efeméride*, á lo sumo alguna fecha; mas para aquellos que no conocen muy hondamente la historia del arte italiano, de ese período que iniciaron los Massaccio, Brunelleschi y Donatello y tantos otros escultores y pintores, la presente *efeméride* tiene la novedad de algo que puede decirse arqueológico.

Comienzo declarando cómo se me ocurre ahora la idea de que muchos ignorarán seguramente quién era *Gattamelata* para merecer el honor de que, apenas muerto, le erigiesen una estatua; y aun cuando pudiera resultar que tal ignorancia no la tuviesen tantos como me figuro, sin embargo, por el sí ó por el no, diré que Gattamelata era un célebre *condottieri*, que murió en Venecia en 1443. Como todos aquellos que ponían sus armas al servicio del que mejor les pagaba, Stefano-Giovanni Gattamelata sirvió al Papa, á la señoría de Venecia, al duque de Milán y por último volvió al servicio de Venecia. La señoría le elevó una estatua para dar un testimonio de la gratitud que le debía, entre otras cosas, por la célebre retirada que hiciera en ocasión de encontrarse el ejército veneciano amenazado seriamente por el mucho más numeroso de los mantuanos, mandado por el duque de Mantua en persona, quien fué batido por Gattamelata, viendo deshecho su ejército. Recordado el héroe que inmortalizó Donatello, vamos á la estatua.

* * *

Pocos artistas habrá habido que, como Donatello, hayan sido más queridos de sus compatriotas. Con el autor del *Zuccone* no rezó la sentencia *Nemo est propheta in patria sua.* El favor que le otorgó Cosme de Médicis y el cariño de su colega Ghiberti, el celebérrimo autor de las puertas del campo santo de Pisa, fueron tan constantes, que solamente la muerte cortó aquellos lazos. Donatello no traspasó jamás las fronteras de su patria; Roma y Venecia fueron para el insigne precursor de Miguel Angel los extremos de sus mayores viajes.

Mas con todo, ó precisamente por esto mismo, la obra de Donatello resultó y resulta al cabo de los siglos verdaderamente original; es como el verbo de una nueva idea, de un arte nuevo, que inspirándose en el realismo de la belleza clásica, le presta la vida espiritual que aportara el cristianismo á las manifestaciones artísticas. En este concepto, la obra del segundo y del último período de la vida del célebre escultor ha de ser admirada siempre, pues supo á las veces aunar tan felizmente el tipo físico y el moral de las figuras que esculpía, que al propio Miguel Angel hizo exclamar mirando la estatua del rey David: «Es tanta la verdad de esta figura, que por momentos creo que va á dirigirme la palabra.»

Esto en cuenta, podemos explicarnos la razón de los elogios de que fué objeto la estatua ecuestre de Gattamelata. Vassari la elogia con las frases más encomiásticas; la señoría de Venecia colma de agasajos al artista, y la comisión nombrada por Donatello y los hijos de Gattamelata para recibir la obra le paga el trabajo con 1.650 ducados de oro – suma fabulosa para aquellos tiempos, – teniendo en cuenta «el gran magisterio et insegnio» que demostrara el escultor.

Comenzó Donatello la citada estatua en el año de 1444, y dió por terminado el modelo á todo su tamaño (colosal) el día 8 de junio de 1453, en cuya fecha avisó á Venecia para que examinaran su trabajo, como en efecto así se hizo el día 3 de julio del mismo año.

Inspiróse el escultor florentino para disponer el movimiento, actitud, etc., de la estatua, en la inmortal, en la portentosa de Marco Aurelio, transportada andados los años al Capitolio por Miguel Angel, que la tenía como obra sin igual. La mayor parte del tiempo que Donatello empleó en modelar el monumento del *condottieri*, debe adjudicarse á los muchos y detenidos estudios que hizo para el caballo, á pesar de los que afirman que no había hecho más que un estudio muy ligero. Por datos últimamente aportados por varios eruditos, datos á que Amoretti mismo alude, sábese cuánto preocupó al naturalista escultor la anatomía de la montura de Gattamelata y la actitud en que debía colocarla.

Mas á pesar de los elogios de los coetáneos del artista, la estatua ecuestre de Gattamelata no puede ser considerada como de las mejores del autor del *Zuccone* (David). El caballo especialmente, y recordando el de la citada ecuestre de Marco Aurelio y el de Colleoni, quédase en punto á proporciones, á interpretación de la vida, á belleza de la línea y arrogancia del movimiento á mucha distancia de lo bueno que produjo el insigne escultor, inclusa la figura del vencedor del duque de Mantua. El caballo es pesadísimo, desproporcionado y falto de vida, pese á cuantos pretenden atenuar el defecto de la pesadez diciendo que así eran los caballos de combate. Pero si la montura ofrece tales reparos, no así el jinete. Perfectamente puesto sobre la silla, Gattamelata aparece vestido con una armadura que le cubre por entero; tan sólo tiene desnuda la cabeza destacando sobre el cielo siempre azul de Padua. La diestra mano del *condottieri* empuña un bastón de mando y la izquierda recoge las bridas del trotón. El rostro del jinete es enérgico, está lleno de vida y modelado con la sencillez y el respeto al natural que distingue la obra toda de Donatello. Cuéntase que reunidos los individuos de la comisión que para la recepción del modelo nombraran, como queda ya dicho, el artista y los hijos del generalísimo de los ejércitos de Venecia, fué tan grande la impresión de verdad que les produjo la figura de Gattamelata, que los hijos de éste no aguardaron á que se fundiese la estatua para poderla apreciar, y desde la ciudad de las lagunas se trasladaron á Florencia, en donde trabajaba Donatello.

Aún tardaron los paduanos en ver emplazada en la plaza de San Antonio la obra del insigne escultor; pues la familia del estatuado, por cuenta de la cual corría la fundición, dilató ésta varios años; veinte más tarde el Verocchio modelaba la famosísima de otro *condottieri*, más conocido que Gattamelata, como éste, compañero de armas de Sforza y cuyo nombre conocen todos los escultores del mundo: *Colleoni.*

Pero débese conceder á Donatello, aun siendo su obra inferior á la del maestro de Leonardo de Vinci (no de Miguel, como quieren algunos, pues el de éste fué el Ghirlandajo), la gloria de haber sido el primer escultor del Renacimiento que concebía y modelaba una estatua ecuestre; observación que el propio artista hizo á la República Veneciana, cuando ésta al encargarle de la obra le proponía un precio y un plazo. Realmente, limitada hasta entonces la estatuaria á la decorativa de retablos, de fachadas de templos, á imágenes de santos ó bajos relieves, é inspirado este arte por el sentimiento religioso que le imprimía determinado carácter hierático ó idealista por lo que á la expresión se refiere, y de muy limitadas dimensiones; acometer un trabajo que, rompiendo todos estos moldes, todos los preceptismos de *trecentiste* y *cuatrocentiste*, recabase para el arte escultórico la libertad que tuviera en los días del paganismo griego y romano, es bastante para inmortalizar el nombre de un artista, aun cuando no hubiese alcanzado el dominio de la plástica como Donatello. Así pues, la estatua ecuestre de Gattamelata debe mirarse, no tan sólo como obra maestra de la escultura en los albores del Renacimiento, sino como el primer jalón echado para que sobre él se irguiese, en el transcurso escaso de sesenta ó setenta años, el grandioso edificio que en aras de la verdad y de la belleza habían de construir los Vinci, los Miguel Angel, los Rafael, los Ticiano y tantos otros artistas que, siguiendo las huellas de los Donatello y Verocchio, habían de lograr al cabo de siglos y siglos animar la forma naturalista de los griegos con el sentimiento é inspiración del cristianismo.

R. Balsa de la Vega

EL BRUCH

(Véase el grabado de la primera página)

Tantas cuantas veces se conmueven los más profundos fundamentos de un pueblo sumido por largo espacio de tiempo en la esclavitud y la ignorancia, surgen de él monstruos y héroes, prodigios de virtud ó amasijo de crímenes, porque si bien es cierto que no abriga grandes rencores, es en cambio desapiadado en sus venganzas.

Lucha por su libertad é independencia, é incapaz, las más de las veces, para definir los ideales por que muere y le sirven de bandera, presiente su destino y combate por la causa de la generalidad. Ejemplo incontestable nos ofrecen las páginas de la historia de nuestra guerra de la Independencia.

La nación española, que tan rudamente se hallaba conmovida por los desaciertos de sus administradores á últimos del siglo XVIII, no pudo humillarse ante la dominación extranjera con que á principios del actual trató de encadenarla el soldado coronado de Europa.

Napoleón, vencedor de Jena, Austerlitz y Marengo, creyó fácil empresa para sus armas victoriosas la conquista de un pueblo sumido en la desgracia por los desaciertos de sus gobernantes. No cumple á nuestro propósito reseñar las torpes maquinaciones

de Bonaparte para llegar al fin que se había propuesto, puesto que hemos de limitarnos á la narración del glorioso hecho de armas que constituye una de las más interesantes efemérides para el pueblo catalán, del que á modo de abundoso manantial brotaron acontecimientos que abrillantan las páginas del libro de la historia patria.

Los catalanes abrazaron la causa del levantamiento general en 1808, á pesar de tener motivos de resentimiento con el gobierno de la nación, puesto que la alianza pactada en San Ildefonso con el emperador empobrecía al Principado. El odioso sistema continental convenido con el monarca francés, cerraba la salida á las industrias y cegaba para el país sus fuentes de prosperidad y riqueza. Así pues, el descontento crecía y tomaba cuerpo al ver ocupadas por los franceses las principales fortalezas, rebelándose el amor patrio humillado y la dignidad herida ante los actos de verdadero despotismo que con sobrada frecuencia cometían los generales del emperador.

Si los madrileños hubieran demostrado entusiasmo por aquella dominación, así como fueron los primeros en lanzar el grito de guerra, no hubieran podido contener los catalanes su encono contra ellos; pero la capital de la monarquía fué la primera en arrojar el guante al coloso del siglo, y el glorioso *Dos de Mayo* fué á modo de la campanada de *somatén*, que levantó en armas al pueblo catalán.

El general Duhesme, que se hallaba posesionado de Barcelona con 14.000 hombres del ejército francés, dispuso que Schwartz, con 4.000 de todas armas, saliera para reforzar la guarnición de Zaragoza, y que al paso castigara á los habitantes de Manresa, que se habían insurreccionado quemando sus proclamas. Al efecto debía imponerles una contribución de 75.000 francos, y apropiarse cuantos objetos de mérito ó valor existiesen en aquella desgraciada ciudad.

La división francesa salió de Barcelona el día 4 de junio y llegó el 5 á Martorell, en donde se detuvo á causa de un fuerte temporal que sobrevino, dando lugar, con la demora, á que se esparciera por todas partes la noticia de su marcha. Alarmáronse súbitamente los pueblos, á medida que se aproximaban los enemigos, é Igualada y Manresa hicieron resonar la terrible campana del somatén, que puso en movimiento á todos los habitantes de aquellas comarcas. A su lúgubre y siniestro tañido acudieron los vecinos, particularmente en Manresa; y como carecían de armas y municiones, proveyeron á su necesidad utilizando hasta los útiles é instrumentos de trabajo y convirtiendo en balas las varillas de hierro de las cortinas. Con tan escasos medios y la abundante provisión de pólvora, almacenada en sus molinos, juzgáronse invencibles. Mauricio Carrió, el mismo que pocos días antes había quemado las proclamas francesas, convirtióse en caudillo, y al frente de su abigarrado cuanto reducido ejército salió de la amenazada ciudad, decidido á oponerse al paso del invasor, tomando posiciones en el Bruch, al pie de la montaña de Montserrat, en el punto conocido por *Casamasana*, ó sea en la confluencia de las carreteras de Igualada y Manresa. Allí acudieron también los contingentes de los distritos de Igualada, Calaf, San Pedor, Sallent, Cervera, Cardona y Solsona, esperando, llenos de entusiasmo, la llegada de un enemigo poderoso por su número, armamento y disciplina.

Ajeno al peligro que le amenazaba, salió el general Schwartz de Martorell en la mañana del día 6, marchando cual si cruzara un país amigo. En esta creencia llegó al Bruch, cuando una lluvia de balas, salidas de entre los árboles y las rocas, hízole comprender cuán fatal había sido su confianza. Tan inesperada fué la acometida, que obligó á retroceder á la vanguardia. En esto oyóse el ruido producido por una caja de guerra que llevaba uno de los paisanos que precedía al somatén de San Pedor, y ante el temor de que fuesen tropas regulares, dispuso Schwartz la retirada, que si bien fué ordenada al principio, convirtióse en vergonzosa fuga al verse acometida la columna por los flancos y retaguardia, degenerando en completa derrota á su paso por Esparraguera, que horas antes había cruzado como conquistador. El vecindario de este pueblo, imitando el arrojo de los valientes del Bruch, disputóles el paso, dió al vuelo la campana de alarma, é interceptando su única calle, arrojó desde las ventanas de las casas sobre los soldados del emperador una lluvia de piedras, ladrillos y cuanto venía á mano. Por fin llegó á Barcelona en la mañana del día 8 la derrotada división, con pérdida de un águila, siete piezas de artillería, cajas de municiones, armas y muchos bagajes.

Profundamente irritado el general Duhesme con semejante suceso, hizo regresar de Tarragona á Chabran, á quien antes había enviado para apoyar con su división al ejército que operaba sobre Valencia, y ordenóle salir el 13 con su división y la de Schwartz para tomar venganza de los defensores del Bruch, incendiando á su paso las poblaciones del tránsito, que eran abandonadas á su aproximación por sus moradores y en las que cometían todo género de tropelías.

Llegado que hubieron al Bruch, creyeron ambos generales anonadar á los catalanes, disponiendo una nueva acometida con las numerosas fuerzas que acaudillaban; pero aquellos valientes habíanse fortificado, y apoyados esta vez por 400 voluntarios de Lérida á las órdenes del bizarro coronel Baget y cuatro piezas de artillería, esperaron serenos el ataque. Repetidas veces las tropas francesas atacaron las posiciones con indecible arrojo, mas fueron siempre rechazadas. Chabran, cubierto de ignominia, como Schwartz ocho días antes, tuvo al fin que retirarse perseguido y hostilizado hasta muy cerca de Barcelona por los somatenes, que le causaron numerosas bajas y le quitaron cuatro piezas de artillería.

La insurrección hízose entonces general en Cataluña, cuyos habitantes trataron de imitar á los hazañosos defensores del Bruch, pudiendo afirmarse, sin temor de incurrir en exageración, que el espíritu de independencia alentó constantemente á los indómitos catalanes, según tuvieron ocasión de conocer sus enemigos en la desastrosa guerra que en nuestra región sostuvieron por espacio de seis años, sin que un solo momento decayera su ánimo, á pesar de los reveses de fortuna que desgraciadamente experimentó la causa nacional en tan azarosa época.

A. GARCÍA LLANSÓ

RECUERDO DE LOS JUEGOS FLORALES

EN BARCELONA

(Véase el grabado de la página 405)

Como todos los años, el primer domingo del pasado mes de mayo se celebró esta poética fiesta en nuestra capital en el espacioso salón de Contrataciones de la Casa Lonja, artísticamente adornado con bellos tapices, banderas, gallardetes y profusión de plantas y flores.

No es nuestro ánimo describir detalladamente dicha fiesta, sobrado conocida de todos los barceloneses en los treinta y ocho años que viene celebrándose después de su renovación, así como de los habitantes de otras capitales de España por las fiestas análogas que en ellas se organizan en determinados períodos.

Nuestro objeto se reduce á llamar la atención acerca del grabado que á aquélla dedicamos, reproducción de una preciosa composición alegórica hecha por los distinguidos fotógrafos A. y E. Fernández, más conocidos con el nombre de *Napoleón*, y en la cual descuellan los retratos de la reina de la fiesta y del poeta premiado con la flor natural que en uso de su derecho tuvo el buen gusto de elegirla.

Esta dama es la señora doña Pilar de Puig de Fonsdeviela, marquesa de la Torre, que ocupó entre aplausos el sillón presidencial; aplausos otorgados por los hombres á su simpática y arrogante figura y por las señoras á la elegancia y distinción con que lucía su hermoso traje. Consistía éste en rico vestido de raso de color verde Nilo claro, brochado de flores de lila; cubría su cabeza la airosa mantilla española de blonda blanca, y lucía en ella un penacho de valiosos brillantes, en la garganta un collar de las mismas piedras preciosas, y en pecho, brazos y dedos otras muchas joyas de gran valor intrínseco y artístico. Por todas estas condiciones, la reina de la fiesta ocupaba dignamente su preeminente sitial.

El poeta laureado, cuyo retrato aparece en la mencionada fotografía, es D. Aniceto de Pagés de Puig, que en el certamen de este año ha alcanzado dos premios ordinarios y uno extraordinario por sus composiciones *Resignació*, *Retorn* y *L'Anticrist*. La lectura de cada una de ellas fué recibida por el público que llenaba todos los ámbitos del salón con ruidosas palmadas; pero el entusiasmo subió de punto al escuchar las vigorosas y patrióticas estrofas de la segunda de dichas poesías, al final de cada una de las cuales estallaba una tempestad de aplausos, dándose el caso, lisonjero para el autor y nunca visto en los Juegos florales de Barcelona, de tener éste que subir cinco ó seis veces al estrado, llamado por los concurrentes, para darles las gracias por las clamorosas muestras de aprobación que su composición les merecía.

No han sido estos los primeros premios que el señor Pagés ha obtenido en tales certámenes; en 1869 y en 1877 alcanzó otros, y como además en 1875 ganó el ordinario de la *Viola d'or y argent* por su poesía *Cant de Salomó*, ha sido este año proclamado, con arreglo á reglamento, *Mestre en gay saber*.

El talento poético del Sr. Pagés le hace merecedor de esta apetecida distinción.

DESENCANTO

Suele decirse con frecuencia, y aun está aceptado como aforismo indiscutible, que *quien escucha, su mal oye;* refrán que, según enseña la *Academia Española*, «reprende á los demasiadamente curiosos y amigos de oir lo que hablan otros.»

Aunque no esté yo muy seguro de la exactitud del aviso, me parece muy acertado el consejo, pues eso de andar por detrás de las puertas atisbando lo que otros hacen y escuchando lo que hablan, huele que trasciende á espionaje y justifica esta conocidísima moraleja del poeta festivo:

«Es la curiosidad un vicio feo
del que debes huir, ¡oh Timoteo!»

Por eso, porque nunca tuve afición al oficio de espía, ni hallé gusto en averiguar lo que no me interesa, ni quise enterarme de lo que no me importa, jamás escucho á los que cerca de mí hablan. Y ocasiones hay en que ni aun oigo á los que á mí se dirigen.

Me ocurrió, no obstante, una vez – hace de esto unos treinta años; no vayan ustedes á figurarse que les hablo de ayer mañana – entrar en la redacción de un diario, en el que yo, por aquel entonces, colaboraba, y quedarme profundamente dormido, después de haber examinado gran número de periódicos franceses para enterarme de lo que acontecía por Europa; porque los asuntos internacionales eran parte muy principal de mi negociado.

Lo de quedarme profundamente dormido tiene sencilla explicación.

Yo, entonces, era ¡ay! joven y amigo de divertirme, y hasta *hacía el amor*, si la ocasión se presentaba, que sí solía presentarse; y como las tareas periodísticas me tenían ocupado hasta la madrugada, pasábame las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio: éstos, para divertirme, y para trabajar, las otras.

Algunas veces la fatiga y el sueño me rendían, y la que ahora recuerdo fué una de ellas.

Anochecía; había yo traducido algo de *L'Independence belge* y de *Le Temps;* la luz natural había disminuído mucho y era necesario esperar á que el mozo de la redacción, cumpliendo deberes de su cargo, llevase las bujías y las lámparas de petróleo; que – por aquellos tiempos, en que no se hallaba tan vulgarizado (ni casi era conocido) el empleo de la electricidad para alumbrado y calefacción – constituían el lujo más refinado en las redacciones bien montadas.

En espera de que la luz *se hiciera*, me acomodé como pude en una butaca y, ya lo he dicho, me quedé dormido; la obscuridad cada vez mayor y el profundo silencio del recinto convidaban á ello.

De aquel sueño dulce y reparador vino á despertarme bruscamente el desapacible ruido de varias voces destempladas.

Algunos minutos pasaron antes de que me diese yo cuenta de lo ocurrido. Era ya completamente de noche; yo seguía solo en la sala; pero á la imprenta iban llegando unos en pos de otros, los tipógrafos para dar comienzo á sus labores ordinarias. Durante mi sueño, era evidente que el mozo de redacción, ó si lo prefieren ustedes, *el ordenanza*, como lo nombrábamos para dar más relieve á sus humildes funciones, había entrado, había dejado encima de las mesas de la redacción sendas lámparas, y en la del director el candelabro con cuatro bujías.

Pero ó porque no advirtió mi presencia ó porque me halló entregado al sueño, juzgó prudente dejar la habitación como estaba, á obscuras.

Es de notar que á la redacción y á la imprenta las separaba sólo un sencillísimo tabique, á través del que podía oirse perfectamente en cada una de las habitaciones cuanto en la otra se hablase, aunque fuese en voz baja.

Cuando, bien despierto y bien despabilado, me dí cuenta de todo esto, quise avisar á mis vecinos de que no estaban solos, con el piadoso fin de no cometer involuntariamente una indiscreción; pero en el momento mismo en que iba á realizarlo, oí que alguien pronunciaba mi nombre, y – lo confieso ruborizado y arrepentido, y con propósito firme de la enmienda – una curiosidad invencible que se apoderó de toda mi persona, dominó mi voluntad y me contuvo la voz en la garganta.

Callé y escuché; y, por cierto, lejos de oir mi mal – como el refrán dice, – oí algo que me lisonjeó lo que ustedes presumirán cuando conozcan el diálogo, que fué poco más ó menos el siguiente:

– Fulano *(este fulano* era mi persona), ese, ese sí



RECUERDO DE LOS JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN EL PRESENTE AÑO EN BARCELONA

Composición alegórica por los Sres. A. y E. Fernández (dits Napoleón)

que escribe como pocos. Para mi gusto es lo mejor de la casa. Toma, y si me apuráis un poco, de fuera de ella. Habrá quien le iguale; quien lo haga mejor, no lo hay.

– Sí, que Menganito es manco (ese Menganito era un compañero de redacción).

– No; no por cierto. Escribe admirablemente; pero no llega al otro, ni con mucho.

Entablóse en seguida acalorada discusión sobre si era *Menganito* ó era yo quien mejor escribía. Y observé que si el asunto se hubiera puesto á votación, habrían obtenido la victoria, con mucha ventaja, mis partidarios.

Saboreaba yo con deleitación inefable aquel triunfo, tanto más halagüeño cuanto más inesperado y más espontáneo, y me decía á mí mismo: «Ya se sabe que los obreros tipógrafos, lo mismo los simples cajistas que los regentes, ni presumen de literatos, ni son críticos; pero de ordinario son personas ilustradas.

»Su profesión misma los pone en contacto y los hace tratar con hombres eminentes en literatura y en política, en las ciencias como en las artes; y en este comercio incesante de ideas, adquieren todos una gran cultura y llegan hasta depurar su gusto, y sucede que estas opiniones sinceramente manifestadas son de peso y tienen positiva autoridad, y por eso me halagan tanto.»

Mientras barajaba yo en mi espíritu estas consideraciones, que llevaban camino de dar al traste con mi modestia, continuaban charlando mis colaboradores sobre el mismo tema.

– Para escribir bien, dijo una voz burlona, Emilio Castelar...

– ¡Oh, oh, oh!, chillaron, en son de protesta, varias voces

– No, gritó otro, imponiéndose á todos; no saquemos á plaza á los maestros; los grandes escritores, es cosa sabida, todos escriben mal; y cuanto más grandes, peor.

– Eso es exacto, dijo el que tanto me había elogiado; ya se sabe que los que escriben mejor son siempre los *maletas*. Pero á mí, compadre, déme usted letras claras, como la de Fulano *(¡mi nombre!)* y no confusa como la de Castelar y otros personajes. Ya sé que en las cuartillas de Fulano (ese Fulano seguía siendo yo), he de aprender poco, ¿qué va á decir ese bobo que yo no sepa?; pero también sé que la leo de corrido y que trabajo menos.

Al oir esto, confieso que se me cayeron los palos del sombrajo.

Y fué un bien para mí aquel doloroso desencanto; porque me curó radicalmente la vanidad que empezaba entonces á metérseme de rondón en el alma.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

GRANDEZA HUMANA

I

Gartus era un fantasmón que vivía en el ánimo de sus súbditos como el diablo en el de las almas cándidas: aterrorizándolas.

«¡Noche nefasta aquella! – contaban los padres á sus hijos, después de cerciorarse de que nadie sorprendería su relato. – Los elementos luchaban sobre la tierra; llovía á mares, silbaba el huracán, tronaba el cielo y abríanse las nubes con ramalazo de deslumbrante luz. En tal noche, una horda de gente perdularia y hambrienta, capitaneada por Gartus, sorprendió la guardia de palacio y asesinó al rey, un rey modelo que se pasaba las horas muertas ensayando la quiromancia. La horda hubiera sacrificado también á Albio, el heredero á la corona, si un viejo servidor no le salva huyendo con él á campo travieso.»

Gartus, después de afianzarse en el trono, contentó á los perdularios que le habían ayudado á su encumbramiento, colmándolos de honores y riquezas.

Espantándole cada día más la vista de aquellos actores y testigos de su regicida acción, que constituían su corte, fué poco á poco y de manera astuta eliminándolos del libro de los vivos: así, el crimen primero es la piedra angular sobre la cual la inquietud del asesino levanta inacabable pirámide de mayores crímenes.

II

¡Grandeza humana, cuán terrible eres si tu pedestal lo formó la ignominia!.. Aquel Gartus, á quien la loca ambición, como caballo desbocado, hizo ir muy lejos, no gozaba ni un momento de paz ni de las riquezas, dulzuras y mando anexos á su menguada realeza.

En los ratos en que se veía solo, espantábase de sí mismo, de la sombra que proyectaba su cuerpo, y cualquier ruido hacíale temblar y con medroso recelo su diestra acariciaba el puñal que constantemente traía colgado al cinto.

Cerraba los ojos porque las suntuosidades que le cercaban transformábanse para él en seres de carne y hueso, monstruos que se agitaban con convulsiones epilépticas mientras repetían con voz trágica: «¡Asesino! ¡Asesino!»

Y al cerrar los párpados, convertíase la obscuridad natural en que los ojos se sumían, en claridad rojiza que parecía inundar por dentro el cuerpo de Gartus abrasándoselo.

Juntaba las manos y veía en ellas la sangre de su rey.

Loco de terror, abría las ventanas de su real aposento y asomábase á ellas extendiendo los brazos como si quisiera que el viento secase la sangre que obsesionaba su espíritu.

Con ojos saltones, con rechinamiento de dientes y descompasado ademán vociferaba una maldición. Y diera su reino y diera su grandeza por olvidar aquella noche terrible en que triunfó su satánica ambición.

Miraba envidioso al villano que atravesaba la campiña que al pie de su palacio se extendía, verde, esmaltada de flores silvestres, sobre las cuales las orugas, más felices que el rey, se aposentaban pacíficamente.

¡Grandeza humana! Vestido deslumbrante por fuera, despiertas la codicia de la humanidad, que ignora que la mayoría de las veces estás forrado de acero elástico que oprime y oprime el pecho hasta congestionarle.

Desvelado é inquieto, Gartus revolvíase en su lecho de príncipe, hundiendo el rostro en la almohada para no ver la sombra fatal que llenaba todo su palacio, toda la ciudad, todo el reino. Para disipar tal sombra era preciso perder la razón ó la vida... Y á ésta queríala aún el miserable, en la esperanza de que sus terribles antojos pasarían al cabo del tiempo, como, sin hacerle mella, pasan las olas por encima del buque náufrago.

Pero la conciencia no naufraga. Es buque que cuanta más carga de liviandades encierra, camina más rápido.

III

Era el tigre herido que se revuelca de dolor, y de pronto se arroja sobre cualquier presa y en ella sacia su feroz rabia, su insano instinto de sangre.

Nunca el reino estuvo más tiranizado, nunca más medrosos los vasallos.

Gartus parecía querer vengar en los demás la angustia que en él vivía.

Por la fuerza conquistó una esposa que era como rayo celeste personificado en una azucena.

El cielo, de donde vino, la redimió pronto del pantano en que cayera.

Gartus tuvo de aquel rápido matrimonio un hijo.

La vez primera que se lo presentaron envuelto en riquísimos pañales, sintió miedo horrible que le hizo palidecer.

«¡Es el retrato de Albio'‚» tartamudeó extendiendo las manos hacia el inocente para no verle.

No se parecía en nada el primogénito á aquel otro cuyo paradero se ignoraba; pero el remordimiento es un mago que con terrible ironía trueca á los ojos de sus esclavos la realidad de las personas y de las cosas.

Gartus no quiso ver más á su hijo y le envió al cuidado de un chambelán á muchos cientos de leguas.

El terror le hacía desterrar lo que más debía querer en el mundo.

IV

Amaba la tempestad porque parecía calmar aquella otra latente en su alma: gustaba del retumbar del trueno y del devastador soplo del huracán: éste le refrescaba las sienes ardorosas; aquél llenaba su oído de sonoridades que parecían ahogar la otra fatídica de su miserable grandeza.

Apoyados los codos sobre la balaustrada que cerraba el terrado de la real mansión, Gartus contemplaba embebido las lúgubres sombras que por doquier le rodeaban: sombras que al rasgarse como tenues velos, dejaban ver por un segundo la ciudad y el valle vivamente iluminados... Luego, corríanse otra vez los sombríos tules.

Caía á torrentes la lluvia, y Gartus, insensible al agua que empapaba sus vestidos, aspiraba el olor á tierra húmeda con la voluptuosidad con que jamás aspiró los aromas que se quemaban en su palacio.

Así visto, á la luz de los relámpagos, parecía una siniestra figura que sirviera de remate á los pilares de piedra de la balaustrada.

Permanecía quieto, inmóvil, frío, mirando con la atención de un vigía la ciudad que á sus pies dormía.

La tormenta del cielo fué adquiriendo mayor fuerza: sucedíanse sin interrupción los relámpagos, tableteaba el trueno y en los cóncavos valles parecía desgajarse la tierra; redoblaba la lluvia rebotando furiosa sobre las piedras de la real mansión y las lagunas que antes formara en la campiña.

. . . .

No, no era sueño: había oído cerca de sí una voz que le llamaba. Y en seguida sintió posarse sobre su espalda una mano.

Volvióse rápidamente entre airado y medroso, y al ver ante sí á un joven que respetuosamente le hacía una reverencia, se estremeció, y alzando los brazos al cielo gritó con espanto:

– ¡Albio!.. ¡Huye!..

Los ojos parecían querer saltársele de las órbitas.

– ¿Qué dices?, replicó el intruso. Yo no soy Albio.. Soy tu hijo y vengo á salvarte.

– ¿Salvarme?.. ¿Mi hijo?..

– Sí; escucha: Desde niño he vivido alejado de ti... No te conocía... He preguntado sin fin de veces al servidor que pusiste á mi cuidado quién era mi padre, y me contó que un rey poderoso, pero de carácter sombrío, adusto... Quise conocerte, mas el servidor me rogaba esperase tu venia para regresar á palacio. Esperé un año y otro y otro, y no pudiendo ya resistir más el deseo, huí... La providencia hizo que en el camino tropezara con otro viajero joven como yo. Hablamos largamente, simpatizamos, creció entre nosotros el afecto, y una noche en que hicimos alto en una posada, vi que en ella era esperado mi amigo por una porción de señores... Ni ellos me conocían á mí ni yo á ellos... Quise retirarme; pero mi camarada, al que nunca dije quién yo era, me rogó asistiese á la reunión que tal vez fuera útil á los acuerdos que en ella se tomasen... Y fuí oyente, ¡con horror lo confieso!, de lo que nunca quisiera haber oído. Los señores que había en la posada eran nobles desterrados por ti al ocupar el trono, y mi compañero de viaje, Albio, el hijo del buen rey á quien tú asesinaste, padre.

El joven hizo pausa en su relato.

Gartus respiraba trabajosamente.

– Y en esa reunión... ¿se acordó?.., dijo sin atreverse á terminar la frase.

– Matarte, como tú mataste á Gorio.

Aquellas lúgubres palabras anonadaron á Gartus; pero repuesto de la emoción, se llevó las manos á las sienes, que parecían querer saltársele, y exclamó con voz cuyo eco dominó los de la ruda tempestad:

– ¡Matarme!.. ¡Imbéciles!..

– No perdamos el tiempo, indicó con impaciencia el mensajero. De un momento á otro llegarán aquí los enemigos...

– Los recibiré, y ¡por Dios! que han de tener un inesperado recibimiento, replicó con calma aterradora el rey.

– ¿Qué intentas?..

– No lo sé: algo horrible que me resarza en parte de las amarguras que el reinar me cuesta... Porque nadie en el mundo puede sospechar el animal torturador que en mí vive... Hijo, tú solo vas á saberlo... Constantemente siento aquí, dentro del pecho, como nido de arañas que no me deja sosegar... Dentro de mi cabeza parece estar oculto un mazo de acero que golpea á todas horas la frente, el cráneo... Mis súbditos me odian y yo los odio también porque la grandeza mía vale menos que la miseria del último de ellos... No vivo, no sosiego... En nada encuentro goce... El sol se me antoja un círculo negro, y sus rayos al tocar en mí queman mis carnes.. Leo en los ojos de todos un anatema, y las sonrisas – aun las más inocentes – las tomo como muecas irónicas á mi grandeza... Y es que la grandeza mía viene á ser playa constantemente cubierta por la ola del crimen.

– ¡Huyamos!, insistió el joven con acento de súplica.

– ¿Oyes?, advirtió el rey.

– Sí..., gente se acerca.

– Ya están ahí. Vienen á prenderme.

– Ocultémonos...

El ruido de pasos hacíase á cada momento mas perceptible.

– ¡Padre!, gritó el joven corriendo hacia Gartus, que intentaba saltar al abismo.

– ¡Voy á buscar el descanso!, exclamó con voz ronca el tirano.

Al llegar el hijo á la balaustrada, resonó un ¡ay! de imponderable angustia, dominando por un instante el fragor de la tempestad...

ALEJANDRO LARRUBIERA

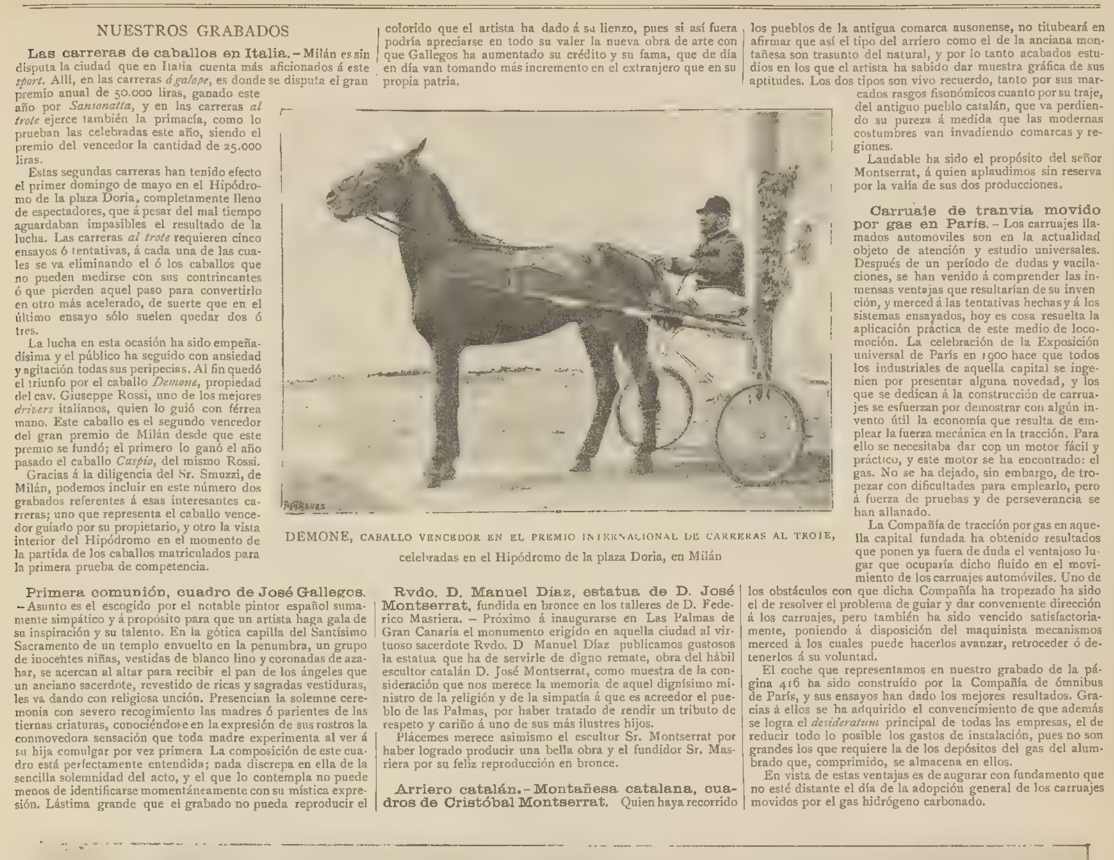
NUESTROS GRABADOS

Las carreras de caballos en Italia. – Milán es sin disputa la ciudad que en Italia cuenta más aficionados á este *sport*. Allí, en las carreras *á galope*, es donde se disputa el gran premio anual de 50.000 liras, ganado este año por *Sansonatta*, y en las carreras *al trote* ejerce también la primacía, como lo prueban las celebradas este año, siendo el premio del vencedor la cantidad de 25.000 liras.

Estas segundas carreras han tenido efecto el primer domingo de mayo en el Hipódromo de la plaza Doria, completamente lleno de espectadores, que á pesar del mal tiempo aguardaban impasibles el resultado de la lucha. Las carreras *al trote* requieren cinco ensayos ó tentativas, á cada una de las cuales se va eliminando el ó los caballos que no pueden medirse con sus contrincantes ó que pierden aquel paso para convertirlo en otro más acelerado, de suerte que en el último ensayo sólo suelen quedar dos ó tres.

La lucha en esta ocasión ha sido empeñadísima y el público ha seguido con ansiedad y agitación todas sus peripecias. Al fin quedó el triunfo por el caballo *Demone*, propiedad del cav. Giuseppe Rossi, uno de los mejores *drivers* italianos, quien lo guió con férrea mano. Este caballo es el segundo vencedor del gran premio de Milán desde que este premio se fundó; el primero lo ganó el año pasado el caballo *Caspio*, del mismo Rossi.

Gracias á la diligencia del Sr. Smuzzi, de Milán, podemos incluir en este número dos grabados referentes á esas interesantes carreras; uno que representa el caballo vencedor guiado por su propietario, y otro la vista interior del Hipódromo en el momento de la partida de los caballos matriculados para la primera prueba de competencia.



DEMONE, CABALLO VENCEDOR EN EL PREMIO INTERNACIONAL DE CARRERAS AL TROTE, celebradas en el Hipódromo de la plaza Doria, en Milán

Primera comunión, cuadro de José Gallegos. – Asunto es el escogido por el notable pintor español sumamente simpático y á propósito para que un artista haga gala de su inspiración y su talento. En la gótica capilla del Santísimo Sacramento de un templo envuelto en la penumbra, un grupo de inocentes niñas, vestidas de blanco lino y coronadas de azahar, se acercan al altar para recibir el pan de los ángeles que un anciano sacerdote, revestido de ricas y sagradas vestiduras, les va dando con religiosa unción. Presencian la solemne ceremonia con severo recogimiento las madres ó parientes de las tiernas criaturas, conociéndose en la expresión de sus rostros la conmovedora sensación que toda madre experimenta al ver á su hija comulgar por vez primera La composición de este cuadro está perfectamente entendida; nada discrepa en ella de la sencilla solemnidad del acto, y el que lo contempla no puede menos de identificarse momentáneamente con su mística expresión. Lástima grande que el grabado no pueda reproducir el colorido que el artista ha dado á su lienzo, pues si así fuera podría apreciarse en todo su valer la nueva obra de arte con que Gallegos ha aumentado su crédito y su fama, que de día en día van tomando más incremento en el extranjero que en su propia patria.

Rvdo. D. Manuel Díaz, estatua de D. José Montserrat, fundida en bronce en los talleres de D. Federico Masriera. – Próximo á inaugurarse en Las Palmas de Gran Canaria el monumento erigido en aquella ciudad al virtuoso sacerdote Rvdo. D Manuel Díaz publicamos gustosos la estatua que ha de servirle de digno remate, obra del hábil escultor catalán D. José Montserrat, como muestra de la consideración que nos merece la memoria de aquel dignísimo ministro de la religión y de la simpatía á que es acreedor el pueblo de las Palmas, por haber tratado de rendir un tributo de respeto y cariño á uno de sus más ilustres hijos.

Plácemes merece asimismo el escultor Sr. Montserrat por haber logrado producir una bella obra y el fundidor Sr. Masriera por su feliz reproducción en bronce.

Arriero catalán. – Montañesa catalana, cuadros de Cristóbal Montserrat. Quien haya recorrido los pueblos de la antigua comarca ausonense, no titubeará en afirmar que así el tipo del arriero como el de la anciana montañesa son trasunto del natural, y por lo tanto acabados estudios en los que el artista ha sabido dar muestra gráfica de sus aptitudes. Los dos tipos son vivo recuerdo, tanto por sus marcados rasgos fisonómicos cuanto por su traje, del antiguo pueblo catalán, que va perdiendo su pureza á medida que las modernas costumbres van invadiendo comarcas y regiones.

Laudable ha sido el propósito del señor Montserrat, á quien aplaudimos sin reserva por la valía de sus dos producciones.

Carruaje de tranvía movido por gas en París. – Los carruajes llamados automóviles son en la actualidad objeto de atención y estudio universales. Después de un período de dudas y vacilaciones, se han venido á comprender las inmensas ventajas que resultarían de su invención, y merced á las tentativas hechas y á los sistemas ensayados, hoy es cosa resuelta la aplicación práctica de este medio de locomoción. La celebración de la Exposición universal de París en 1900 hace que todos los industriales de aquella capital se ingenien por presentar alguna novedad, y los que se dedican á la construcción de carruajes se esfuerzan por demostrar con algún invento útil la economía que resulta de emplear la fuerza mecánica en la tracción. Para ello se necesitaba dar con un motor fácil y práctico, y este motor se ha encontrado: el gas. No se ha dejado, sin embargo, de tropezar con dificultades para emplearlo, pero á fuerza de pruebas y de perseverancia se han allanado.

La Compañía de tracción por gas en aquella capital fundada ha obtenido resultados que ponen ya fuera de duda el ventajoso lugar que ocuparía dicho fluido en el movimiento de los carruajes automóviles. Uno de los obstáculos con que dicha Compañía ha tropezado ha sido el de resolver el problema de guiar y dar conveniente dirección á los carruajes, pero también ha sido vencido satisfactoriamente, poniendo á disposición del maquinista mecanismos merced á los cuales puede hacerlos avanzar, retroceder ó detenerlos á su voluntad.

El coche que representamos en nuestro grabado de la página 416 ha sido construído por la Compañía de ómnibus de París, y sus ensayos han dado los mejores resultados. Gracias á ellos se ha adquirido el convencimiento de que además se logra el *desideratum* principal de todas las empresas, el de reducir todo lo posible los gastos de instalación, pues no son grandes los que requiere la de los depósitos del gas del alumbrado que, comprimido, se almacena en ellos.

En vista de estas ventajas es de augurar con fundamento que no esté distante el día de la adopción general de los carruajes movidos por el gas hidrógeno carbonado.



EL HIPÓDROMO DE LA PLAZA DORIA EN MILÁN. – LA CARRERA DEL GRAN PREMIO INTERNACIONAL AL TROTE ITALIANO (fotografía de Treves)



LA PRIMERA COMUNIÓN, ...

Publicado con autorizaci...



José Gallegos, grabado por J. J. Weber

Sociedad Fotográfica de Berlín

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – PARIS. – El Museo del Louvre ha adquirido un gran estatua de madera pintada de Jacobo della Quercia, el celebre escultor de Sena á quien se considera como el precursor é inspirador de Miguel Angel. La estatua, de dos metros de alto, representa á la Virgen sentada con el Niño Jesús en la falda.

BERLÍN. – La Asociación de Artistas berlineses ha resuelto comprar un inmueble en la calle de Bellevue, cerca de la plaza de Potsdam, con el objeto de construir en él un edificio para artistas. El precio de compra es de 850.000 marcos (1.062.500 pesetas). Algunos amantes de las bellas artes han ofrecido ya á la Asociación, para que pueda realizar su plan, varias fundaciones, y los artistas han acogido la idea con entusiasmo y se han comprometido, bajo su firma puesta al pie de listas que se han circulado por los centros artísticos, á entregar obras originales suyas para que el producto de su venta vaya á aumentar el fondo de construcción. La Asociación, por su parte, posee la suma de 400.000 marcos y dispone además de la cantidad de 100.000 marcos que el municipio berlinés había destinado á la exposición del jubileo de 1891 y que luego ofreció á los artistas para el caso de que el plan de construir una casa de artistas se realizara dentro de un período de 10 años.

– En el Palacio de Exposiciones, que ha sido restaurado bajo la dirección del arquitecto consejero Ende y que comprende actualmente 19 grandes salones, 37 salas más pequeñas y 11 rotondas, se ha inaugurado solemnemente la Exposición internacional de Bellas Artes correspondiente al presente año. En ella figuran en secciones separadas las obras de los artistas de Berlín, Munich, Dusseldorff (ortodoxos y disidentes aparte unos de otros), Karlsruhe, Weimar, Dresde (ortodoxos y disidentes). Los secesionistas muniquenses no han concurrido al certamen. También en grupos separados están instaladas las obras de los austriacos, franceses, ingleses, españoles, americanos, italianos, portugueses, belgas, holandeses, noruegos, suecos, dinamarqueses, rusos, suizos y polacos.



RVDO. D. MANUEL DÍAZ, estatua de José Montserrat, fundida en bronce en los talleres de Federico Masriera

– La Academia de Bellas Artes ha inaugurado la exposición organizada con motivo de su jubileo, en la que figuran, colocadas por orden cronológico, obras de los maestros y discípulos, antiguos y actuales, de la misma. Esta exposición ha refrescado el recuerdo de muchos nombres injustamente olvidados, como los de Daege, Hopfgarten, Dietrich y otros. Entre las firmas más reputadas están allí las de Francisco Adam, Braun, Eberle, Adolfo de Werner, Reinhold Begas, Menzel, Lessing, etc.

– El emperador Guillermo ha terminado dos bocetos que representan la revista que su abuelo, Guillermo I, pasó al primer regimiento de la guardia después de la batalla de Sedán, y el asalto de Saint-Privat dado por aquel regimiento. El pintor Carlos Roechling ha recibido el encargo de convertir estos dos bocetos en dos grandes cuadros, y para cumplir mejor su cometido ha ido á visitar los campos de batalla á fin de recoger sobre el terreno los datos necesarios para completar la obra del soberano alemán.

CHICAGO. – En aquella capital norteamericana se ha montado en grande escala una empresa titulada *Hull House Settlement* cuyo objeto es prestar cuadros del mismo modo que hay gabinetes de lectura que prestan libros. El abonado puede tener en su casa cada cuadro 14 días, después de los cuales la sociedad le facilita otros hasta que termina el período de abono.

BRUSELAS. – El gobierno belga ha elevado de 60.000 á 140.000 francos la partida consignada en presupuestos para la adquisición de obras de arte, resolviendo al propio tiempo que con aquella cantidad puedan adquirirse, no sólo obras de artistas nacionales, sino que también de extranjeros que concurran á las exposiciones que se celebren en Bélgica.



ARRIERO CATALÁN, cuadro de Cristóbal Montserrat

VENECIA. – Según dijimos en una de nuestras anteriores misceláneas, se ha celebrado en Venecia la exposición de obras de Tiépolo, conmemorativa del segundo centenario del nacimiento de este gran artista. Para el mejor éxito de la misma han facilitado obras del genial pintor multitud de sociedades, templos y particulares: hasta de la ciudad alemana de Wurzburgo, en donde Tiépolo trabajó durante algún tiempo, han sido enviados cuadros casi desconocidos por él pintados y reproducciones fotográficas de sus mejores frescos. La ciudad de Este ha remitido el cuadro que se reputa como el mejor de Tiépolo, *Este librado por la peste*, y el conde de Santarosa su completa é interesantísima colección de aguas fuertes de Tiépolo.

WURZBURGO. – En Wurzburgo, como en Venecia, se va á celebrar una exposición de obras de Tiépolo: este ilustre pintor veneciano pintó en aquella ciudad la magnífica escalera del palacio, adornándola con una de sus mejores composiciones decorativas y dejó algunas de sus admirables obras al templo de la corte y á la Universidad de aquella capital.

GÉNOVA. – Se ha inaugurado el monumento dedicado al duque de Galliera, el gran bienhechor de Génova: es obra del escultor italiano Julio Monteverde y representa á la Munificencia entregando algunas monedas á Mercurio, el cual se calza las mitológicas alas para emprender en seguida su vuelo hacia el mar; el pedestal es de granito rosa y lleva en su cara principal un bajo relieve con el retrato del duque. Con este monumento se perpetúa el recuerdo del donativo de algunos millones que el duque de Galliera hizo á su ciudad natal para completar el puerto.

VIENA. – Se ha inaugurado el hermoso monumento á Mozart, obra del escultor Tilgner, que falleció víctima de una apoplejía tres días antes de la inauguración. Mozart, de pie, apoya su mano izquierda en un facistol: la figura, esbelta y llena de juvenil vigor, armoniza admirablemente con el pedestal, en donde se ven algunos grupos de encantadores geniecillos. Un bajo relieve reproduce las dos escenas principales del *Don Giovanni* y otro representa á Mozart niño tocando el piano delante de su padre y de su hermana.

KIOTO. – Los japoneses, para dejar á la posteridad un recuerdo de las victorias que recientemente han conseguido sobre los chinos, han resuelto erigir en Kioto una estatua colosal de Buda: tendrá una altura de 40 metros, será fundida con los cañones cogidos al enemigo y costará un millón de yen, ó sean cinco millones de francos.

PARÍS. – Ya ha otorgado el jurado de la Exposición de Bellas Artes ó Salón de los Campos Elíseos de este año las recompensas que en su concepto han merecido algunos expositores. Muy empeñada ha sido la concesión de la medalla de honor para la Pintura, tanto que han sido necesarias hasta tres votaciones. Por fin las medallas de honor se han otorgado en esta forma:

Pintura. – M. Benjamín-Constant, por el retrato de Mme. W... y de su hijo.

Escultura. – M. G. Michel, por su grupo en yeso policromado *El ciego y el paralítico* y su estatua en mármol *El Pensamiento.*

Arquitectura. – M. Scellier, arquitecto del senado, por el dibujo de su *Monumento del almirante Coligny* y los planos de un «Depósito central de materiales de correos y telégrafos.»



MONTAÑESA CATALANA, cuadro de Cristóbal Montserrat

Grabado. – M. H. Lefort, por su reproducción al agua fuerte del cuadro del Tintoretto *El milagro de San Max.*

En la primera sección, ó sea en la de Pintura, no se ha concedido ninguna primera medalla; en cambio las segundas, terceras y menciones honoríficas otorgadas han sido bastantes, habiendo obtenido una de las últimas nuestro compatriota el Sr. Garnelo.

En Escultura han alcanzado primeras medallas M. M. Gasq, por su bajo relieve en mármol *Hero y Leandro* y Mengue por la estatua en mármol *Medea.*

En Arquitectura no ha habido primera medalla, y en Grabado se ha concedido una á M. Dezarrois.

Entre los escultores premiados con terceras medallas figuran los Sres. Blay y Fábregas, y con menciones honoríficas Calvet y Roselló y Roselló.

Como suele suceder, parece que el fallo del jurado, compuesto nada menos que de 426 votantes, no ha satisfecho por completo á la generalidad.

Teatros. – En Londres ha dado una serie de conciertos con éxito extraordinario la orquesta parisiense que dirige el célebre maestro Lamoureux.

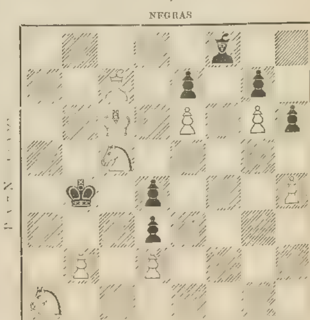
– En el teatro de Montecarlo se ha estrenado con buen éxito la ópera postuma de César Frank *Ghisela.*

Madrid. – En el teatro de Apolo se ha estrenado una zarzuela en un acto, letra del afamado sainetero D. Javier de Burgos y música del maestro Jiménez, titulada *Las Mujeres*, que ha obtenido el más brillante éxito, pues así el libro como la partitura son verdaderamente notables y se apartan de esos tan trillados moldes del llamado género chico.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 22, POR CELSO GOLMAYO

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 21, POR J. FÁBREGAS

Blancas.	Negras.
1. A 4 D	1. Cualquiera.
2. D mate.	



Vió entrar á María en la iglesia de San José, y entró también la *Perdigona*, casi pisándola los talones

DOS ANÓNIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Esperó en balde: á las nueve de la noche, ni María ni ninguna mujer habían salido de aquélla.

A las nueve y media la *Perdigona* se marchó desesperada. ¿Tendrían los amantes á otras horas la cita? ¿Habrían concluído ya sus relaciones?

A la sagaz vieja, la contestaba que no el corazón.

Casi todo el día siguiente le pasó en acecho en la plaza de las Salesas. Vió salir á María en una elegante berlina de un caballo, y volver pronto. ¿Tendría la casa del marqués de Criptana otras puertas, además de la única que se veía en la fachada, por las que podría salir de noche la marquesa? Preocupada con esta idea, entró en una tienda de comestibles que hay en la plaza, y con pretexto de tomar una mantecada y una copa de aguardiente (que no la vino mal, porque no había almorzado), dijo en tono indiferente al dueño de la tienda:

– Esa casa del marqués de Criptana tiene buen aspecto, pero ¡es tan chiquita!

– ¿Chiquita? ¡Ca, no señora!, replicó el tendero, es de mucho fondo, llega por detrás hasta la Ronda.

Esto fué un rayo de luz para la *Perdigona*. Ocho minutos después estaba en la Ronda de Recoletos como entonces se llamaba, sonsacando con maña á un hombre que tenía un tinglado de venta de torrados, majuelas y cacahuetes. Supo por él que el jardín próximo pertenecía á la casa del marqués de Criptana; que algunas veces, pocas, entraban y salían carruajes por una puerta grande, por lo regular cerrada, que había en la tapia del jardín, y supo que en una rinconada que formaba el saliente de esta tapia había otra puerta pequeña para uso del jardinero y servidumbre.

La vieja buscona examinó con detenimiento esta puerta, que estaba cerrada, y se preguntó: «¿Saldrá de noche por aquí?» Encima de la puerta, en el ángulo que formaba el saliente de la pared, había una especie de mirador con cristales y persianas, de donde, como pudo observar la *Perdigona*, partía un corredor que se prolongaba hacia el interior de la casa.

No echó aquélla en saco roto estas observaciones, y se propuso espiar la susodicha puerta. Aquel día era sábado y tenía que dedicarse al *alfilerazo* semanal que daba al marino retirado en la esquina de la calle de Isabel la Católica; pero al siguiente, desde antes de anochecer, paseando á ratos y á ratos sentada en un guardacantón bajo que había en la esquina de la calle de Argensola, espió la puertecita de la casa del marqués de Criptana.

Su espera no fué de larga duración. Alrededor de las siete, cuando estaban encendiendo los faroles de la Ronda, vió salir por la puerta del jardín á una mujer que torció con algún apresuramiento la esquina de la antedicha calle. La *Perdigona* la conoció en seguida por su modo de andar, y echó tras ella: «¡Con tal de que no tome un coche!» pensó.

Pero María, ó sea la marquesa de Criptana, bajó por la calle de Argensola, tomó por la del Barquillo hasta llegar á la plaza del Rey, y subió por ésta hasta torcer la esquina de la calle de las Torres.

«¿Dónde irá?,» se preguntó la vieja espía, apresurando el paso para no perderla de vista. Vióla entrar en la iglesia de San José, por la puerta que da á aquella calle, y entró también, casi pisándola los talones, por recelo de que se la escabullera en aquellos obscuros pasillos.

María entró en la iglesia, se arrodilló un breve espacio de tiempo, y luego se sentó en un banco. Sin perderla de vista, y afectando rezar ante todos los altares, la *Perdigona* registró las capillas, esperando encontrar á Felicio oculto en la penumbra de algún pilar. Pero no se confirmó su sospecha. Momentos después, un sacerdote, acompañado de un acólito, salió al altar mayor, y se puso á guiar el rosario, que la marquesa rezó de rodillas.

«¿Habrá salido sólo á esto?,» se dijo la *Perdigona*.

Terminó el rosario, oyóse ruido de llaves que sonaban los dependientes de la iglesia, acompañándole con la frase: «¡Que se va á cerrar!» Los fieles fueron saliendo poco á poco, y María lo hizo por la puerta de la calle de las Torres, atravesó la de Alcalá y se entró por la del Turco.

«Ya empieza el belén – pensó la *Perdigona*, que la seguía con su no desmentida tenacidad. – ¿Dónde estará Felicio?»

Comenzó á lloviznar. La marquesa apretaba el paso y se rebujaba en la mantilla. Salió á la Carrera de San Jerónimo, bajó al Prado y se internó en el jardincillo próximo á la fuente de Neptuno. Al llegar á una plazoleta, salió un hombre de entre la espesura de los árboles, con un paraguas abierto: era Felicio, harto se lo dijeron á la *Perdigona* los violentos latidos de su corazón.

María se apoyó, según costumbre, en el brazo del joven, y ambos echaron á andar en dirección de la calle de Atocha, seguidos, por supuesto, de la incansable vieja.

¿Qué se proponía ésta con aquel tenaz espionaje, que no ofrecía resultado? A punto cierto ni ella misma lo sabía. Habíase acostumbrado á aquella sensación de celos, de envidia y de curiosidad, que la producía emociones semejantes á las del azar del juego desfavorable. Ausente de Felicio, pensaba en él con cierta benevolencia; pero viéndole al lado de aquella mujer, se despertaban todos sus rencores y hubiera querido anonadarle, con tal de anonadarla á ella. Forjaba planes de venganza que en seguida desechaba por absurdos. ¡Si hubiera estado en Madrid el marqués de Criptana! ¡Si al menos supiera adónde escribirle!

La lluvia aumentaba, y la enamorada pareja apretaba el paso. Atravesaron la calle de Atocha y salieron á lo que todavía puede llamarse campo. La *Perdigona* profirió una de sus habituales aunque no frecuentes interjecciones, pues temió que los excéntricos amantes tuvieran el propósito de pasear por las afueras, no obstante la mala noche, y la perspectiva de seguirles no era muy agradable.

Afortunadamente para ella, no fué así. Viólos dirigirse hacia el paseo de las Delicias y entrar en una

tienda de la segunda ó tercera casa. Era una lechería de vacas, cuya puerta estaba abierta de par en par. La *Perdigona* se aproximó de prisa, pero con cautela. Toda la tienda podía verse perfectamente desde el exterior, á la luz de un quinqué de petróleo que alumbraba bastante. La vieja espiona miró: en la tienda sólo había una robusta pasiega, que sentada en una silla mecía con el pie la cuna de un niño.

«¡Ah! – exclamó aquélla, haciendo una mueca indescriptible. – ¡Se habrán metido en alguna pieza interior: aquí tienen el tapadillo!»

XIII

«Mándeme usted dinero, sea como sea.» Tal era la frase que D. Joaquín Ponce de la Vega, marqués de Criptana y conde del Egido, solía escribir ó telegrafiar desde París, Londres, Roma ó Baden-Baden á su apoderado en Madrid. El apoderado, que comprendía que toda reflexión era ociosa, dado el carácter absoluto y caprichoso del marqués, buscaba dinero en buenas ó malas condiciones, firmando pagarés, hipotecando ó vendiendo fincas ó haciendas, y se lo enviaba á su principal, lo cual era lo mismo que arrojarlo á un pozo.

La última carta del manirroto caballero estaba fechada en Baden-Baden (en donde todavía se jugaba) y decía entre otras cosas:

«Envíeme usted, pero pronto, cuatro mil duros por lo menos. La ruleta me ha dejado sin un céntimo. Estoy entrampado y no puedo arrancar de aquí.»

A lo cual contestó el apoderado:

«Señor marqués: Acabo de volver de Andalucía, y esto ha sido causa del retraso en contestar á V. E. Como en Madrid y Valladolid ya no *tenemos* nada, y poco menos que nada en Sevilla, y nadie quiere prestar sobre fincas ó predios rústicos, me he visto obligado á vender (malamente) uno de los dos cortijos de Coria del Río para atender al último pedido de V. E.

»Remito, pues, á V. E. veinte mil setecientos francos, y me permito hacerle una advertencia y darle un consejo, que son los siguientes: repito que ya *tenemos* poco de que echar mano, á menos que V. E. no quiera deshacerse de sus casas patronímicas de Madrid y Sevilla (si hubiese quien las comprara) y sería conveniente y hasta se hace preciso que V. E. se dé una vuelta por aquí, á fin de que ajustemos cuentas y vea V. E. de tomar una resolución para lo sucesivo.»

Estas líneas de su antiguo y fiel apoderado, recibidas en Baden-Baden, impresionaron al marqués, aunque no era propenso á impresiones, y determinó volver á España. Había heredado de su padre una pingüe fortuna, consistente en dos casas en Madrid, tres en Sevilla (además de las solariegas), un coto redondo en Castilla la Vieja, y tierras y cortijos en Coria y en la falda de la sierra de Córdoba. Esta masa de bienes, que producía una renta de más de treinta mil duros anuales, se deshizo en cinco años entre las manos del marqués, que la derramó por Madrid y varias capitales de Europa.

A consecuencia de las advertencias de su apoderado, y además sintiéndose fatigado de espíritu y de cuerpo, volvió aquél á la madre patria, deseando descansar, y pensando en el porvenir por primera vez en su vida.

Achaque es en las obras de imaginación el exagerar las cualidades buenas ó malas de los personajes que en ellas intervienen, marcando con luminosos colores ó con sombrías tintas los matices de su carácter; pero yo, en primer lugar, relato una historia, y luego, no quiero faltar á la verdad. Por tanto, diré que el marqués de Criptana tenía, como la mayoría de las personas, grandes condiciones y grandísimos defectos y algo más; pues la mayor parte de las veces, las unas son consecuencia de los otros. A no haber estado subyugado por una pasión de que hablaré más adelante, hubiera sido el marqués un perfecto caballero, en toda la extensión de la palabra. Bondad, aliento generoso, rectitud, respeto á sí mismo, que es la base del sentido moral: todas estas cualidades se aunaban en él realzadas por una superior inteligencia. Era aficionado á lo bueno y á lo bello. Amaba la poesía, la literatura y las artes casi tanto como el lujo y los placeres. Por rara intuición, pues su talento no estaba enteramente cultivado, juzgaba de todo con alto y seguro criterio, haciendo verdadera la frase de Balzac que dice: «que la gente de calidad nace sabiéndolo todo.» Comprendía y practicaba todas las delicadezas del espíritu y de la forma y era susceptible á todo pensamiento elevado.

Pero al marqués le sucedía lo que á muchos alienados que parecen cuerdos, y son amables, correctos, simpáticos é inteligentes mientras no se les toca á su manía. Prescindiendo de los defectos originarios de clase y de educación, que le inducían á ser pródigo, caprichoso y poco cuidadoso del porvenir, defectos que en él eran hasta cierto punto disculpables, puesto que no tenía obligaciones de familia, sucedíale al marqués lo que á la mayoría de los hombres, y era que estaba dominado de una pasión que se sobreponía á todas las demás. Si la pasión política ó la del juego ó la de la embriaguez ó la de la codicia se enseñorean del espíritu de un hombre, anulan sus buenas cualidades, perturban su razón por muy firme que la tenga y le inducen á los mayores extravíos. Esta es la historia de muchas sólidas posiciones deshechas y de grandes caracteres caídos. El marqués era libertino y sensual en un grado que pudiera calificarse de monstruoso. Sentía, no el deseo, el ansia de la mujer, y como estaba acostumbrado á satisfacer sus caprichos, la menor contrariedad le irritaba hasta la locura. Cuando deseaba á una mujer apoderábase de él un vértigo que le privaba de sus cualidades de rectitud de juicio y hasta de las nativas delicadezas de su carácter. La pasión le pervertía el entendimiento y la conciencia. Después de sus excesos se avergonzaba de sí propio; pero luego, influído por su lasciva demencia, volvía á incurrir en ellos.



María entró en la iglesia, se arrodilló un breve espacio de tiempo...

En 1854, cuando advertido por su apoderado, volvió á España, después de una ausencia de cuatro años, tenía treinta de edad, y no obstante la vida disipada que había llevado, conservaba aspecto fresco y juvenil. Era muy moreno, pero de facciones correctas y sumamente agradables. Alto, esbelto, airoso de cuerpo y distinguido de modales, constituía el tipo del verdadero gran señor.

Llegado á Madrid, ajustó cuentas, ó mejor dicho, oyó las que su apoderado le relataba, persuadiéndose, no sin cierta inquietud, del mal estado de su fortuna. Pero acostumbrado á sólo pensar en placeres y devaneos, abrevió cuanto pudo aquella enojosa conferencia, y encomendando su espíritu, esto es, los restos de su riqueza, en manos de su fiel servidor y haciendo á éste propósitos de enmienda, partió para Andalucía. Llevaba dos objetos, que eran: ver el cariz que presentaba un tío suyo, riquísimo, que residía en Jerez, y luego hacer una temporada vida de campo en una quinta que poseía en las inmediaciones de Coria del Río, dedicándose á la caza, que era una de sus diversiones predilectas.

Su tío segundo por parte de padre, D. José Lozano y Ponce, con treinta mil duros heredados de su legítima materna, comenzó desde muy joven á trabajar en el comercio de exportación al extranjero de vinos andaluces, y desplegó tal actividad é inteligencia, que (ayudado, por supuesto por la suerte, que indudablemente se mezcla para bien ó mal en todas las cosas) en menos de veinte años reunió un capital que, contando por poco, no bajaría de un millón de duros. En la época en que fué á *tantearle* su sobrino el marqués de Criptana, el buen señor era dueño de una de las mejores bodegas de Jerez, tenía en compañía de otro asociado una casa-banca en Londres y dos buques en el mar para el transporte á esta ciudad de vinos andaluces. Pasaba temporadas en la capital de Inglaterra, pero residía en Jerez, en una vastísima casa situada en la plaza grande. Ocupado en sus negocios, no había tenido tiempo para casarse, según él decía. Sus parientes más próximos eran su primo el conde de Lebrín, que vivía en Sevilla, y su sobrino el marqués de Criptana, que andaba siempre de Ceca en Meca; de modo que puede decirse que no tenía familia. D. José Lozano era bondadoso y su carácter estaba perfectamente equilibrado. No le gustaba la ostentación, pero sí las lujosas comodidades de la vida íntima. Comía refinadamente con vajilla de plata, bebía los vinos más exquisitos y se mudaba cada día una ó dos camisas de batista. Tenía en su cochera una berlina, un faetón y un coche de colleras, que motivaban la hilaridad del marqués de Criptana, y en la cuadra cuatro mulas, dos caballos de tiro y dos de silla, por más que no se sirviese nunca de estos últimos, pues á los sesenta y seis años de edad no se está ya para trotes. No era pródigo ni ruin. Quizá por la ley de los contrastes quería mucho á su sobrino el marqués; pero aunque repetidas veces había pagado letras giradas por éste desde Madrid ó el extranjero, no le abría la mano en lo tocante á dinero. Le recibía con satisfacción siempre que se presentaba en Jerez, y nunca le hacía inculpaciones por su vida disipada. Hubiera deseado tenerle siempre á su lado; pero ni siquiera se lo indicaba, porque sabía que era ocioso, y que su sobrino, según él decía, *aún no había parado los pies*.

El marqués encontró en su tío el cordial recibimiento de siempre; pero observó que estaba malhumorado, por causa de negocios probablemente, y no quiso hablarle de sus apuros, difiriéndolo para después de su expedición campestre. Pasó una semana en Jerez, y luego provisto de lo estrictamente necesario se trasladó á su quinta de Coria del Río.

Lo estrictamente necesario para el marqués fué, además de su equipaje de campo, su ayuda de cámara francés, dos perros perdigueros ingleses que atendían á los nombres de Plik y Plok, un caballo inglés de media sangre, escopeta, impermeable, sombrero, botines y calzado ingleses, tres cajones de botellas de vino de Jerez de la bodega de su tío, cuatro ídem de cigarros habanos, y mencionando á lo último lo más valioso, tres paquetitos de libros pequeños de amena literatura.

Instalóse con todas estas cosas en la *Quinta del marqués*, que así la llamaban, no muy lejos del *cortijo de los Almendrales*, que era suyo, y como á cuatro tiros de escopeta del Guadalquivir. Habitaba y cuidaba de la quinta un matrimonio anciano, sin hijos, que recibieron con grandes demostraciones de júbilo al *señorico Joaquín*, que así le llamaban, y el marqués encontró su casa limpia como una patena. El primer día, como había llegado casi de noche, sólo tuvo tiempo de instalarse y descansar, y al siguiente, cuando estaba almorzando, servido por su ayuda de cámara y por Marciana, la vieja campesina que cuidaba de la quinta, le dijo ésta que Pedro el cortijero pedía licencia para verle.

Presentóse Pedro Ortiguela, arrendatario del cortijo de los Almendrales perteneciente al marqués. Era un robusto mocetón, como de treinta años de edad, guapo, alto, transpirando hombría de bien por todos los poros y ataviado con los trapitos de cristianar. Cuando se acercó al marqués con el sombrero en la mano, su semblante demostraba la más ingenua satisfacción, lo cual no pasó inadvertido para aquél.

– Buenos días, ceñó marqués, dijo Pedro algo cortado, con cerrado acento de la tierra baja.

– Buenos te los dé Dios, Pedro, contestó el marqués, alargando á su colono un vaso de vino de Jerez que acababa de llenar. Siéntate.

– Con permiso, dijo éste, sentándose en una silla que había arrimado Marciana y teniendo en la mano el vaso de Jerez.

Se llevó éste á los labios, dió dos sorbos como paladeando, y repuso haciendo un castañeteo con la lengua:

– Mire usía, ceñó marqués, en vida de mi padre, que en paz descanse, he trabajao en los viñedos de Jerez, y he bebío tan buen vino como el que má, pero no ma cuerdo de que ninguno fuera como éste. ¡Vaya un calienta-estómago de mistó!

– ¡Como que es de la bodega de mi tío Pepe!, observó el marqués, examinando con satisfacción la franca é inteligente fisonomía del honrado cortijero.

Hubo una pausa, mientras aquél encendía un cigarro que tomó de una bandejita, que por lo reluciente podía ser de plata, y que le presentó su ayuda de cámara.

– ¿Quieres una taza de café?, preguntó el marqués á Pedro, dándole un riquísimo habano.

– No, ceñó; muchas gracias, mace daño.

– ¿Ni tampoco coñac?

– ¡Uy!, ezo mucho meno. Nunca he podío acostumbrarme á ezas cozas. A mí vino, y poco, pa que no se zuba onde no debe.

El marqués empezó á saborear una taza de café. Pedro encendió el cigarro que le había dado aquél con un fósforo que le presentó el ayuda de cámara. Luego se colocó el sombrero en las rodillas, y dando chupadas prosiguió diciendo:

– Pues, ceñó marqués, anoche mismo zupe la llegada de usía, pero era tarde y no quise incomoarle...

El marqués tenía tratamiento de excelencia, pero Pedro nunca le daba más que el de usía.

– No quise incomoarle, continuó éste, y aquí estoy ahora pa lo que usía guste mandá en too y por too.

– Muchas gracias, Pedro.

– No, es que ya zabe usía que le quiero bien, y toos los de casa, aunque sólo mi mujé tiene el honó de conocer á usía. Esta mañanica me ijo: «Vé á ve al ceñó marqués, pue que haiga orvidao argo.» Yo tengo de too lo que hace farta pa er campo: cabayo, escopetas, mantas...

– Te repito las gracias. He traído lo necesario.

– Es que no lo igo á humo de pajas, y sobre too en lo respetive á caballo, porque al entrar aquí he visto que estaban limpiando uno en la puerta, que me paece de extranjis.

– Sí, uno de mis caballos ingleses.

– ¿Y pa qué ha traío eso aquí?, y perdone que se lo pregunte. Esos adefesios saltan más que un gato monté, corren más que una mala notisia, pero son muy delicaos, y con este terreno duro se abren de cascos.

– Pues mira, puede que tengas razón.

– ¡Soniche si la tengo! Usía debía haber traío un buen potro ubedano, desos que tienen un salero en ca pata y son más finos que una navaja guifera, y salir montao por ahí como Dios manda, en silla jerezana con concha, pretal, baticola y mosquera de alamares, estribos de medio celemín y un retaco á la concha, por si le daba á usía la gana de meterse tierra adentro, porque icen que dende que hubo una bronca grande en Madrí, han vuelto á salir toos los salteadores. ¡Y que no estaría bien usía á cabayo, siendo tan buen mozo y jinete de buten!

– Si sigo aquí algún tiempo, me aprovecharé de tus advertencias. Pero vamos á lo principal: ¿cómo te va con el cortijo?

– Por lo mediano, ceñó marqués. El año pasao mal, porque cayeron tres pedriscos grandes, que mos dejaron mochos; pero este año, el secano va bien, porque ha llovío tarde, y el regadío también, porque ha llovío.

– ¿Tienes hijos?

– Cí, ceñó, una agüela y una niña.

– ¿Cómo es eso?

– La niña es mía, y la agüela la madre de mi mujé. Una buena vieja que no sirve ni siquiá de estorbo, acurrucá siempre, rezando letanías y leyendo libros con estampas y cruces.

– De modo que sois cuatro de familia.

– Cí, ceñó, cuatro con cuatro bocas. ¡Gracias que mi mujé con su arreglo y su aquel pa jasé de uno cuatro, nos las abre y nos las sierra á toos! Mioste, ceñó marqués, mi Juana e Dios es más milagrera que San Visente el de Valensia, y que toos los santos, inclusive la Conceción de Utrera.

– Mucha carga llevas sobre tus costillas, Pedro.

– ¿Qué importa, cuando se lleva con gusto como San Cristóbal al Niño?

– ¿Tienes alguna queja de mi administrador?

– Ninguna. Es un buen ceñó, que siempre ce pone en lo justo.

– Es que no quiero que pases apuros, Pedro. Ya le advertiré yo. Sabes que te aprecio como mi padre apreciaba al tuyo.

– Y sa agradese y se paga de too corazón, que nus conosemos y hemos jugao juntos de niños, y esas cosas no sorvidan nunca.

El marqués se puso en pie y Pedro hizo lo propio. Aquél, dirigiéndose á un ayuda de cámara, dijo:

– Delfín, trae un par de botellas de Jerez.



El honrado cortijero salió de la quinta, cargado con sus dos botellas

Trájolas el criado, las tomó el marqués, y dándoselas á su arrendatario, repuso:

– Para que os las bebáis á mi salud.

– Estimando, ceñó marqués, aunque pa eso y siempre, nos basta con agua clara.

– Pues adiós, Pedro, dijo el marqués dando amistosos golpecitos en el hombro de éste. Ya iré á verte al cortijo cualquier día de fiesta, para hallarte allí.

– Cuando usía guste: será recibío con parmas; y si usía nos avisara con antisipasión, pa agasajarle como es debío, mejó.

El honrado cortijero salió de la quinta, cargado con sus dos botellas, diciéndose:

«Este ceñó marqués es campechano dende la curcusilla jasta er cogote. ¡Lástima que no viva en la tierra y que le haiga dao por las cosas de extranjis!»

XIV

Desde los primeros días en que el marqués comenzó á hacer su vida campestre, experimentó una agradable sensación de bienestar.

Se despertaba á las seis de la mañana, fumaba en la cama un cigarrillo, y se levantaba á las seis y media. Se bañaba y vestía, en lo cual empleaba algún tiempo, y muy temprano se sentaba á la mesa para almorzar. Hacíalo con entero apetito, y luego, algunas veces á caballo, pero la mayor parte á pie, se echaba al campo, llevando su escopeta y sus avíos de caza. El ayuda de cámara le había provisto de lo necesario, sin olvidarse de meter un libro en el morral, cigarros en la petaca y fósforos en la fosforera.

El marqués, llevando por supuesto sus dos perros ingleses, cazaba á ratos, ó bien buscaba alguna umbría y se sentaba á leer, fumar ó entretenerse con los jugueteos de Plik y Plok. El tiempo convidaba á estas excursiones, pues febrero en Andalucía es una verdadera primavera. A veces daba largos paseos por la orilla del río, ó alquilaba una barca y llegaba por el Guadalquivir hasta dar vista á Sevilla. Así entretenía el tiempo, y bien caído el sol regresaba á la quinta. Se lavaba y mudaba de camisa, que le servía para dormir, comía vorazmente, tomaba café, charlando con sus dos viejos sirvientes sobre cosas del país, acostábase y dormía como un patriarca, como suele decirse.

¡Qué despertar tan alegre y tan enérgico! ¡Cómo aromaba su dormitorio el olor de las malvarrosas que penetraba por la ventana entreabierta, al mismo tiempo que un rayo de sol que parecía una saeta de oro!

A veces el marqués de Criptana, mientras fumaba su cigarrillo, comparaba aquel despertar con otros muchos que había tenido, en París, por ejemplo. Eran las dos de la tarde y la lluvia golpeaba los cristales de la ventana. La *chambre à coucher* olía á perfumes mundanos. Se levantaba de mala gana, desmadejado y nervioso, para ir á comer *á la fuerza* al café inglés. Y luego á la ópera, á oir música que no conmovía su espíritu, tan gastado como su cuerpo, y después al club á presenciar ó tomar parte, sin emoción, en las monótonas tallas del *baccarrat* ó treinta y cuarenta.

¡Qué diferencia de vida! Ahora se levantaba alegre y á veces cantando, que es la mejor señal de haber dormido bien. Tenía necesidad de movimiento y se sentía capaz de derribar un tabique de un puñetazo.

Los muy suaves efluvios del almuerzo que preparaba Marciana subían hasta él desde la cocina, y le saboreaba de antemano.

Le serpeaba por el cuerpo el vigor de la salud, y parecíale que su imaginación y sus ojos estaban más claros.

Al comparar el pasado con el presente, asaltábanle pensamientos de los que anteriormente se hubiera reído, puesto que se decía: «Quizá soy yo como uno de aquellos dos hermanos del cuento húngaro, que buscó la felicidad por las cinco partes del mundo, y al regresar á su casa, enfermo y arruinado, se la encontró sentada en el hogar campestre, al lado de su hermano menor. Acaso viviendo siempre aquí y casándome con una robusta y sencilla labriega, que me daría hijos robustos y sencillos también, hallaría el bienestar absoluto que en todas partes echo de menos.»

Una mañana, después de haber derribado algunas piezas, el marqués buscaba una sombra para leer y descansar. Iba hacia el río por la linde de una cuesta larga, que bordeaba un prado, y buscaba una senda para bajar á éste, cuando desde la altura en que estaba y á no muy lejana distancia vió á una niña entretenida en lavarse los pies en un arroyo que corría casi lamiendo la falda del cerro. Quedóse parado mirándola, y en verdad que la pequeñuela merecía aquella atención. Podría tener como diez años de edad. El óvalo de su carita, un tanto prolongada, terminaba junto al cuello en una curva llena de gracia y elegancia. Sobre sus mejillas aterciopeladas, teñidas de un color dorado que no era el suyo natural, se destacaban dos rosetones que rebosaban salud. Su boquita se arqueaba sobre un labio inferior algo grueso, sólo comparable á una hoja de amapola arrollada. Sus ojos, bajos para atender á la faena en que se ocupaba, estaban sombreados, en primer lugar por cejas espesas y finísimas y además por pestañas obscuras, que el sol hacía parecer de acero transparente. Tenía el pelo suelto, que era obscuro con reflejos de luz, y tan largo, que sentada como estaba, rebosaba en el suelo. Todo esto se puede decir con más ó menos claridad; pero ni el pincel más hábil alcanzaría á dar idea de la viviente expresión de candor y donaire del rostro de aquella hermosa niña.

Llevaba un vestido, ó mejor dicho una blusa de percal obscuro, que apenas se ceñía al cuerpo, diseñando el talle infantil y la combada línea de las caderas, y descubriendo hasta la mitad sus brazos de color dorado como sus mejillas, debido á la acción del aire y del sol, y que contrastaba con la blancura de los pies que tenía metidos en el arroyo y de las piernas descubiertas hasta las rodillas. ¡Qué pies y qué piernas para vistas por un estético tan refinado como lo era el marqués de Criptana!

(Continuará)

LA GUERRA DE CUBA

Continuando la tarea que nos hemos impuesto de reproducir en nuestras páginas por medio del grabado los retratos de cuantos españoles tienen ocasión de distinguirse con su cooperación directa ó indirecta en la guerra provocada por los separatistas cubanos, acompañando los retratos con algunos ligeros datos biográficos de los interesados, incluímos en el presente número los del coronel Ochoa, del capitán Espina y del médico militar Sr Peña, así como un grupo de la oficialidad del crucero *Alfonso XII.*



El coronel Ochoa, jefe del regimiento de Guadalajara
(de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

El coronel Sr. Ochoa se encuentra en la actualidad al frente del regimiento de Guadalajara, y merced á sus dotes de mando y á su bizarría, repetidas veces probada en muchos combates, ha conseguido brillantes triunfos en la Gran Antilla y especialmente el de Jiquiabo, en cuyo encuentro con las partidas de los cabecillas Aguirre, Valencia y Lino Mirabal, ocurrido el 27 de abril último, supo ponerlas en vergonzosa derrota, á pesar de la gran superioridad numérica del enemigo y de las ventajosas posiciones que ocupaba, causándole sesenta y dos muertos dejados en el campo de batalla.

El capitán D. Rosendo Espina y Díaz pasó á Melilla voluntariamente, en representación del instituto á que pertenece, como capitán del batallón voluntario de artillería n.° 2 de la Habana, costeándose todos los gastos durante los cinco meses que duró la campaña y prestando los servicios de su empleo en el batallón disciplinario de dicha plaza. Terminada la guerra con los rifeños, regresó á Cuba, donde desempeñaba el destino de administrador de la aduana de Tunas de Zaya, cuando al iniciarse la insurrección, dejó tan codiciado empleo para empuñar las armas contra los rebeldes. Capitán de la guerrilla «Lersundi» que tanto se ha distinguido en varias acciones de guerra desde el principio de la campaña, fué herido en la reñida acción del Coliseo, yendo con la columna mandada por el general Martínez Campos.

El doctor D. José de la Peña Buelta, médico militar de primera clase, desembarcó en Cuba en julio de 1895 con el batallón de San Fernando, y entró desde luego en operaciones en la provincia de Santiago, hallándose en numerosos encuentros, el principal de ellos la acción del Descanso del Muerto. De septiembre á octubre cuidó en Palma Soriano los enfermos de las columnas cuando se cebaba en ellos la fiebre amarilla, teniendo la satisfacción de no haber perdido más que cincuenta y tres de doscientos diez y siete atacados, á pesar de contar con escasísimos medios para su asistencia y curación. Trasladado á Holguín, continuó en operaciones con el regimiento infantería de la Habana y asistió á todos los combates que este cuerpo sostuvo: con la columna del general Echagüe salió en persecución de Maceo por las provincias de Matanzas, Habana y Pinar del Río, y por su comportamiento en los diferentes combates trabados en esta ocasión mereció ser citado varias veces en los partes oficiales, pues poco avaro de su sangre y arrostrando impávido el peligro, curaba los heridos en las avanzadas, allí donde más vivo era el fuego, tanto que el general Bernal solía llamarle el «médico guerrillero.» Menoscabada su salud después de nueve meses de hallarse en incesantes operaciones, han creído sus superiores deber darle algún descanso material, y con este objeto le han destinado al hospital de Trinidad El médico militar Sr. La Peña honra al instituto á que pertenece.

A los anteriores retratos añadimos en este número los de los principales jefes y oficiales del crucero *Alfonso XII*, que prestan sus servicios en las aguas cubanas, vigilando las costas y esperando hallar ocasión en que demostrar que por el mar emularán las proezas de sus compañeros del ejército de tierra.

SECCIÓN CIENTÍFICA

ANIMALES QUE RESUCITAN

Conocida es la extraordinaria resistencia que para el calor tienen los bacilos y sus esporos, la cual es tanta que para lograr una esterilización completa se requiere á menudo elevar la temperatura hasta 125°. Los protozoarios y los protofitos no son los únicos seres que disfrutan de la propiedad de soportar altas temperaturas, pues hay también ciertos animales de organización mucho más elevada, como los rotíferos, los tardígrados y las anguílulas, que oponen una resistencia pasmosa á las variaciones de temperatura.



D. Rosendo Espina, capitán de la guerrilla Lersundi
(de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

De una larga serie de experimentos hechos con estos animales ha deducido M. Denis Lance que cuando se les deseca poco á poco y tan completamente como sea posible, pueden soportar sin morir por espacio de algunos minutos una temperatura que varía entre 110° y 115°. Permanecen sin ningún peligro hasta media hora á 100° y dos horas y media á 80°. Pero aún hay más: se los puede hacer pasar repetidas veces y rápidamente de 40° bajo cero á + 100°, sin que resulte para ellos ningún perjuicio, y cosa extraordinaria, estos animales que soportan así tantos grados de calor, mueren en menos de media hora cuando se los expone á la luz directa del sol.

Su resistencia á las elevaciones de temperatura, aun cuando estén en su medio ambiente natural, excede á todo cuanto conocemos. Mientras vemos que todos los protoplasmas animales se coagulan á 42 ó 43°, y las manifestaciones vitales se extinguen á esta temperatura sin esperanza de renovación, dichos animales soportan impunemente un aumento de 47 á 50° según los medios en que suelen vivir.

No menos difícil es asfixiarlos. Pueden permanecer cinco días en agua privada de oxígeno mediante una ebullición prolongada y aislada de la atmósfera por una capa de aceite. Si se desecan, pueden pasar sin riesgo ni inconveniente muchos meses en el vacío, y lo único que sucede es que tornan á la vida con mayor lentitud que los desecados al aire libre.

Hoy está puesta fuera de duda la reviviscencia de los rotíferos, pero hay que hacer observar que la palabra reviviscencia es impropia, porque en ellos no se ha suspendido, sino modificado simplemente la vida durante la desecación. En rigor se encuentran en *anhidrobiosis*, estado que se observa con bastante frecuencia en animales que pertenecen á muy diferentes grupos Los huevos de ciertos crustáceos (Apus, Branchipus, Daphnia), de los turbelarios, de los entomostráceos, de los insectos; ciertos moluscos terrestres, en fin, un vertebrado, el Protopterus, y tal vez la rana, pueden, en virtud de una deshidratación progresiva, pasar á un estado de completa anhidrobiosis, y tenerlos en él mucho tiempo sin que pierdan la facultad de recobrar sus movimientos al hidratarlos de nuevo.

Todas las semillas ofrecen también esta notable propiedad. Sábese en efecto que Girardin hizo germinar semillas de habichuelas del herbario de Tournefort al cabo de cien años; y que R. Brown consiguió el mismo resultado con las del *Nelumbium speciosum* de la colección de sir Hans Sloane, de la cual formaban parte hacía ya más de siglo y medio.

De lo expuesto puede, pues, deducirse que la anhidrobiosis y la reviviscencia, que es su complemento, no son fenómenos accidentales, sino más bien un verdadero modo de reacción del protoplasma.

A los rotíferos y tardígrados, más especialmente estudiados, esta facultad, muy amplificada, les permite soportar cambios más rápidos y considerables; mas fuera de esta particularidad interesante, no difieren de los animales susceptibles de anhidrobiosis.

(De *La Nature*)

VIAJE AL POLO NORTE EN GLOBO

En el Salón de sesiones de la Sociedad de Geología y Geografía de Estockolmo se ha celebrado últimamente una reunión en favor de la expedición polar en globo, proyectada por M. Andrée. En ella ha dado éste cuenta de lo adelantados que lleva sus preparativos de viaje. Por lo que respecta al globo, están ya terminados los tres pisos del cobertizo en que se le debe conservar hasta la partida, y en breve lo estará el generador de gas hidrógeno. El vaporcito la *Virgen* se halla terminado en el dock de Gothemburgo: este pequeño barco es de palastro, puede llevar 3 personas y 600 kilogramos de provisiones y se dobla, de suerte que se le puede izar á las redes del círculo del globo. Se ha construído una cocina en la cual se pueden calentar los víveres á diez metros de distancia del suelo de la barquilla. La expedición saldrá de Gothemburgo el 7 de junio y llegará al Spitzberg el 17 ó 18. Pero á partir de este momento, M. Andrée no puede predecir lo que sucederá: no sabe si podrá continuar su viaje en globo ó tendrá que hacerlo en barco ó en trineo.



El médico 1.° Dr. D. José de la Peña
(de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

Los instrumentos científicos que llevará la expedición son: tres sextantes, un horizonte artificial de mercurio, dos cronómetros, dos cronoscopios, cartas magnéticas aproximativas de la región inexplorada, una brújula especial, un psicrómetro, un actinómetro de Arago, nueve brújulas, un anemómetro, tres anteojos, dos aparatos fotográficos, un electrómetro, un aparato para recoger bacterias y otro para analizar el agua.



JEFES Y OFICIALES DEL CRUCERO ALFONSO XII QUE PRESTA SUS SERVICIOS EN LAS AGUAS DE CUBA, según fotografía enviada por los Sres. Otero y Colominas



Carruaje de tranvía movido por gas, construído por la Compañía de ómnibus de París y ensayado recientemente en aquella capital

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XV — Barcelona 15 de junio de 1896 — Núm. 755

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SÉNECA, estatua de Francisco Viciano Martí

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La *Roma* de Zola. – Equivocaciones históricas imputadas al escritor por los críticos. – Conexiones del cisma de Oriente y el Imperio de Occidente con la coronación del tsar. – La catástrofe horrorosa de Moscou. – Insurrección de Creta. – Nombramiento del marqués de Noailles como embajador de Francia en Berlín. – Los Orleanes y los bonapartistas. – Conclusión.

He leído con sumo interés, de un tirón, pues en los días consagrados á su lectura, imposible alternarla con otra ninguna, el volumen por Zola erigido á la Ciudad Eterna. Lo confieso: yo tengo con la escuela realista dentro de mi criterio estético empeñado un porfiadísimo combate como el antiguo de los clásicos empecatados con la escuela romántica. Pero esta enemiga de mi espíritu al sistema se compadece y armoniza con mi admiración al escritor, considerado por mí como un gran estilista. El asunto en este libro tratado, excede á todos los otros asuntos varios, sobre los cuales bordara Zola el cañamazo de sus libros, pues el pontífice realista escoge la materia de los escritos suyos, como escoge un diestro bordador los patrones ó modelos, puntuándolos para mayor comodidad con alfileres ante su apercibido telar ó bastidor, que, montado como una máquina, marcha con regularidad maquinal. A causa de la materia suya, este libro por un lado toca en el cielo de las ideas y por otro lado en el infierno de los proletarios. Dilucida la cuestión teológica y dilucida la cuestión social. Trata de los esfuerzos hechos por el Pontífice para unir la Iglesia griega con la Iglesia romana en unas encíclicas, y de los esfuerzos hechos para unir el capital y el trabajo en otras encíclicas. Mas lo que principalmente fija su atención, según lo dice al final de su obra, es la idea lanzada por el ilustre Brunetiere tras una entrevista con el Papa sobre la bancarrota irremediable del humano saber y de las ciencias humanas ante los dogmas y los consuelos religiosos. Lo ha comprendido así el gran crítico; y ha hecho que fulminaran desde su acreditado libro quincenal, *Revista de ambos mundos*, un anatema literario sobre la frente de Zola, llamándole industrial ante todo y sobre todo, más industrial que literato.

Y para mostrar su tesis, le saca varias equivocaciones históricas, entre las cuales, como capital y primera, el error de confundir la fecha en que fundó Carlomagno el imperio de Occidente con la fecha en que fundó Focio el cisma de Oriente. Líbreme Dios de acudir á la defensa del escritor francés, que no lo necesita, pues harto sabrá él defenderse. Pero mi sinceridad me obliga desde luego á decir que si hay un error cronológico en juntar el cisma de Oriente á la coronación de Carlomagno, seguida del establecimiento de los emperadores occidentales, por haberse verificado esta coronación la Nochebuena del ochocientos y haber nacido Focio, el divorciador de las dos Iglesias, quince años más tarde, no proclamándose tal divorcio hasta el setenta y ocho de la novena centuria, el enlace histórico de uno con otro hecho, estudiada la historia, resulta manifiesto; pues nunca el Patriarca de Constantinopla hubiera excomulgado al Papa de Roma, si los emperadores bizantinos, deseosos de conservar la suprema dirección civil del mundo cristiano, á cambio de conservar en el Papa la suprema dirección religiosa, no vieran temibles rivales, muy desconcertadores de su plan histórico y muy opuestos á su dominación universal, en los emperadores carlovingios. Zola, gran escritor, digan cuanto quieran sus enemigos, tenía el criterio acostumbrado á la lente del microscopio, á la lente del análisis, y como hay que mirar á Roma, por su distancia de nosotros en los espacios del tiempo, con un telescopio, de aquí algún que otro insignificante yerro cronológico.

¡Y cómo Rusia enlaza la historia suya con el cisma griego! ¡Cuál abigarrado imperio el imperio moscovita! Hay que volver á la continua los ojos hacia él, no solamente por sus fiestas de la coronación, por los horrores que han acompañado á tales fiestas. Imperio semi-oriental, iglesia semi-bizantina, pueblo semibárbaro con aristocracia de sin igual cultura; siervos apenas conocedores de la recién recibida personalidad; ejércitos abigarrados y semejantes á los nómadas de las terribles irrupciones germánicas; cruzadas propias de la Edad media que van á Constantinopla como nuestros abuelos iban á Jerusalén; czares pagados de su omnipotencia y despedidos ó derribados del trono, como se derriban los bueyes en las carnicerías; conspiradores, cuyos destierros á Siberia ó cuyos cuerpos en la horca testifican su existencia, pues los tomaríais por seres sobrenaturales y fantásticos, según los misterios en que van como envueltos y las catástrofes que siembran á su paso; expediciones comparables á las más atrevidas de los tiempos mitológicos; pueblos evocados del sepulcro donde yacían hace tres mil años; el extremo absolutismo aliado con la extrema República: he ahí lo que Rusia nos ha traído á las mientes en sus fiestas de la coronación, sólo comparables con los aparatosos espectáculos del antiguo tiempo y del antiguo mundo asiáticos.

Cuentan que, pocos días antes de su muerte, como se hallara Nerón tocando la cítara en el teatro de Parthénope y sobreviniera terrible terremoto, provenido de una erupción del Vesubio, continuó tañendo sin perder el hilo de la sonata, ni mostrar en sus dedos, productores de notas, la menor vacilación. Y sin embargo, aquel terremoto le anunciaba, según los historiadores y los filósofos del tiempo, su destronamiento y su muerte. Cuentan que, al entrar en Francia la pobre Antonieta de Austria, le presentaron, en el primer pueblo de la frontera un tapiz reproduciendo los incendios del palacio donde habitaba Jason y el destrozo de sus hijos por Medea irritada. Pues no existe historiador alguno, en estos tiempos racionalistas, capaz de olvidar cómo tomaron por anuncios de catástrofes tales coincidencias los contemporáneos, cuando todo á la infeliz reina sonreía y no se asomaba nube ninguna por el borde y límite de los risueños horizontes. La superstición tan extendida que de las mesas expulsa el número trece, origínase del acto más sublime que guarda la vida del Salvador en los Evangelios, de la noche aquella en que instituyó la Eucaristía. Nadie quiere ser ahora lo que fuera entonces Judas, el número trece. Lo creeréis, ó no lo creeréis; mas, como quiera que las fiestas de Moscou se han rematado por una catástrofe, donde hubo cuatro mil víctimas, entre muertos y heridos, catástrofe que podría creerse un ciclón como los que devastan América, ó una erupción como las que soterraron á Pompeya, y es en puridad el aplastamiento de unas personas por otras, al ir todas desaladas en busca del bock, ofrecido á sus labios por la magnanimidad imperial, todos ven un pronóstico nefasto del reinado que parecía comenzar bajo sonrientes y felicísimos auspicios. Muchos implacables, pasando de seguro ante los cadáveres hechos por la sed rabiosa de cerveza, pararán las mientes mismas en ellos que si pasaran delante de cuatro mil moscas ahogadas en cerveza y encojeránse de hombros al recuerdo de la superstición. Pero bien puede asegurarse no ha existido uno solo, entre los lectores del telegrama terrible noticiando la muerte ó la desgracia de cuatro mil vasallos del czar, malheridos unos, aplastados otros en el momento de acercarse á los manantiales de cerveza desatados en celebridad y festejo de la coronación, que no haya visto un augurio nefasto para el joven inexperto emperador y su infinito imperio.

Y esto aparece tanto más natural cuanto que coincide con el anuncio de la cretense insurrección en los mares helénicos. Un día estaba el último emperador ruso en visita solemne al hoy emperador austriaco, cuando llega la noticia de haberse insurreccionado la mitad de Bulgaria defendiendo y proclamando una inmediata unión estrecha con la otra mitad, separadas y divididas las dos por el tratado y Congreso de Berlín. Al saber aquello, se despidió de su colega Francisco el cuitadísimo Alejandro y no paró hasta su encierro de Fatchina. Pues aquella despedida fué también la despedida de su alianza con los otros dos emperadores del Norte; y esta despedida el germen, así de la triple unión entre Austria, Italia y Alemania, como de la doble unión entre Rusia y Francia. Otro día tornaba el emperador austriaco por mar de una entrevista sobre las lagunas vénetas con el rey de Italia, y supo durante su viaje la insurrección en Bosnia. Pues de aquella noticia provino la última cuestión de Oriente; la cual separó las dos Bulgarias del seno de Turquía y unió Bosnia y Herzegovina con Austria; y uniendo á los rusos Besarabia contra el deseo de los rumanos, tendió el puente por donde pasaran los moscovitas á bautizar otra vez de cristiana la sacratísima Santa Sofía.

Hablemos de Creta. Esta isla tiene una inmensa importancia geográfica en el Oriente marítimo de Grecia; y como tiene una inmensa importancia, es objeto de numerosísimas codicias. Los fenicios la civilizaron en tiempos prehistóricos. Grecia la escogió como una especie de región intermedia donde aclimataba las ideas, las instituciones, las divinidades asiáticas en su paso á Europa. Se la disputaron fenicios y griegos como á Sicilia romanos y púnicos en los tiempos antiquísimos; dorios y jonios más tarde; mientras genoveses y venecianos y turcos y helenos y egipcios en los tiempos modernos. El año sesenta y seis, aun el año sesenta y siete, mantuvo espantosa guerra con el sultán de Constantinopla. Ofreciéronle, para con promesas reducirla, ya que no podían por armas contenerla, un gobierno propio, representativo, y le cumplieron lo prometido, después de contenida y sujeta, como cumplen los turcos de antiguo, con muchas palabras, ilusorias, nunca seguidas de actos efectivos. Ahora se les acabó como á los armenios la paciencia. Y removiéndose mucho ellos, mandaron los sultanes de gobernador al valeroso albanés y hábil diplomático Turhkam-Bey, embajador hace poco de Constantinopla en Madrid, y de los madrileños apreciadísimo. Pero se ha dado tal traza, que ha conmovido al país y exacerbado los ánimos, que no desarmarán á las promesas ilusorias ahora, sino á las concesiones reales y efectivas. Pero, entretanto, he ahí un estadio nuevo, donde Inglaterra quiere desquitarse de las humillaciones á ella infligidas por Rusia en Armenia. Y de tales desquites diplomáticos, ¿no podría surgir la guerra universal?

Deben andar por todo extremo intrincados los problemas diplomáticos, cuando apela el gobierno francés, buscando un hilo conductor en este inexplicable laberinto, á los antiguos maestros. Por tal estimo la persona singular que hoy expide como embajador París á Berlín. El marqués de Noailles pertenece á los nobles antiguos, pudiendo con las testas coronadas hoy codearse, y ostenta los necesarios timbres para blasonar el más empingorotado palacio del antiguo hierático barrio de San Germán, destruído ya por la piqueta demoledora de los antiguos monumentos. Su abuelo quizás, ya votó en la noche creadora del mundo moderno, en la noche del cuatro de agosto, el catálogo de los derechos humanos, á cuya proclamación cayeron las Bastillas en fragmentos y se levantaron al goce de la libertad y de la vida los antiguos esclavos. Pariente de Lafayete, miembro del Congreso que dió la primera constitución á Francia, cuando la excelsa conspiradora contra esta Constitución Antonieta de Austria volvía cautiva desde la regia calaverada de su fuga para dar el golpe de Estado, al bajar cautiva y cautiva entrar en las Tullerías, aguardando y mereciendo el Temple, Noailles le ofreció su brazo para subir á los reales salones y no lo aceptó. Pues abrazos así, que tanto cooperaron á destruir la vieja monarquía, deben cooperar á sostener ahora la nueva República. Eso quiere decir este nombramiento, hecho como está por un hombre del mérito verdadero y del porvenir brillantísimo del hoy ministro de Negocios Extranjeros, no sólo por la elevada inteligencia de mi amigo el marqués de Noailles y por los servicios prestados en Roma durante un período tan azaroso como el precedente al protectorado francés de Túnez, sino por significar la reconciliación entre la forma de gobierno republicana y aquellos hombres y aquellas clases que deberán servirle de verdadero lastre.

Y esto es tanto más necesario cuanto que no saben los candidatos al trono francés lo que se pescan. El duque de Orleáns acaba de arrancarse nada menos que por el plebiscito, fundamento del cesarismo, trono de la dinastía cesárea. Por más posiciones que quieran tomar al arbitrio del propio albedrío los pretendientes á la corona, cada cual personifica su respectivo sistema, no compuesto y arreglado por ellos á su capricho, heredado de sus mayores. Perfectamente sabía esto el último Borbón francés, cuando se amortajaba en el sudario de la bandera blanca, y no quería presidiera su duelo el nieto de los regicidas, que olvidado así de la propia significación como del antiguo destino suyo, partió de Chambord para concluir en Boulanger. Los Borbones de la rama primera personificarán siempre la vieja legitimidad, los Bonapartes de la revolución representarán el cesarismo victorioso y el plebiscito en ejercicio; los Borbones de la rama segunda, los Orleanes, representarán siempre la monarquía templada y el régimen parlamentario. *Sic fata voluere.*

Puebla de los Infantes, 5 de junio de 1896.



ENTERRAMIENTO DE FELIPE II

15 de junio de 1598

Célebre grupo modelado y fundido en bronce por Pompeyo Leoni, existente en el lado de la Epístola en la iglesia del monasterio del Escorial.

Al hablar del enterramiento del emperador Carlos V he transcrito el párrafo primero de la escritura que firmó Pompeyo Leoni, comprometiéndose á dar fundido este otro de Felipe II en junio de 1598. En efecto, según los documentos que de este asunto tratan, archivados en Simancas y registrados por Plou (correspondiente de la Academia de San Fernando), llegaron de Milán las estatuas, excepción hecha del manto de Felipe II, que había sido colocado hacía unos ocho meses, con objeto, según reza la escritura citada, de ganar tiempo en el planteado y labrado del sitial.

Felipe II, acabado por la gota y presintiendo cercana su muerte, quiso ver las estatuas. Al efecto mandó disponer lo preciso para trasladarse de Madrid al Escorial; pero el mismo día en que debía emprender el viaje, un gran ataque de la enfermedad puso tan en peligro su vida, que según sus propias palabras, creyó no lograr el doble objeto de morir en el real sitio y contemplar su efigie.

Repuesto un tanto del doloroso padecimiento, mas sin poderse mover, ordenó de nuevo que se dispusiera la marcha para entrar en el Escorial el día de la fiesta de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y tendido en una litera, deteniéndose la comitiva á cada instante para que pudiese descansar de los agudos dolores producidos por el ligero movimiento que al vehículo imprimían los mulos que lo transportaban, llegó Felipe al real sitio.

Al otro día, 30 de junio, se hizo conducir en una silla de manos hasta el lugar donde se hallaban las estatuas.

Son éstas cinco: la del rey, la de su cuarta mujer doña Ana, la de su tercera doña Isabel, la de su primera esposa doña María de Portugal y la de su hijo el príncipe D. Carlos.

Todas son bellísimas obras de arte, que además de su valor como datos icónicos, lo tienen grandísimo como ejecución.

De esto diré algo más adelante, pues ahora creo de interés exponer algunas observaciones que me ha sugerido siempre la contemplación de las estatuas de este enterramiento.

* * *

Como habrán observado los lectores de La Ilustración Artística, falta en el grupo la efigie de María Tudor, reina de Inglaterra y esposa segunda del rey Felipe.

Esta omisión pudiera acaso disculparse por haber muerto María en Londres y haber sido enterrada en Westminster; mas á pesar de esto, alguien ha creído ver algo que obedece á otro orden de consideraciones, en lo de preterir, mejor dicho, eliminar del grupo citado á la desdichada esposa segunda del segundo de los Austrias.

Pero sean los que quieran los motivos ó las razones que llevaron al fundador del monasterio del Escorial á ese extremo con la única de las esposas que le quiso con verdadero amor, acaso por la diferencia de edades, es lo cierto que se presta á hondas y curiosas reflexiones el hecho.

Como no se prestan á menores las efigies del príncipe D. Carlos y la de la tercera esposa de su padre, aquella que hizo exclamar á uno de los más grandes poetas españoles de este siglo, poniendo la exclamación en boca de la reina citada doña Isabel, el siguiente tan sabido verso: *¡Ay infeliz de la que nace hermosa!*

La leyenda, el pueblo, las imaginaciones de los poetas y de los novelistas han hecho inmortales ambas figuras.

No puede mirarse aquella estatua de la tercera mujer de Felipe II sin recordar sus novelescos amores con su hijastro, amores cuya existencia ha venido á negar la historia.

En vano las investigaciones más recientemente practicadas respecto de la vida privada y pública del hijo de Carlos V echan por tierra la fábrica del cuento interesantísimo cuanto dramático de un cariño ciego entre madrastra é hijastro; la fantasía cree en ese cariño; más, le ama por lo que tiene de romántico, de ideal, de terrible, puesto que concluye con la trágica muerte del príncipe. Dicen los historiadores que D. Carlos era mal conformado, que su rostro acusaba idiotez y carácter violento; que la reina Isabel, bondadosa, pero no enamorada, le dispensaba un gran cariño, teniendo en cuenta lo enfermizo del hijo de su marido. Todo esto será cierto, no opongamos dudas á datos irrecusables; mas contemplando aquellas figuras que modeló Pompeyo Leoni, ¡parece como si la historia ejerciese el papel de encubridora de un crimen grande, cual es el de matar un padre, por celos, á su propio hijo!

La última del grupo es la estatua del príncipe, de cuya muerte es lo cierto que aún se ignoran las causas y de cuya prisión no puede dudarse.

Miradla con detención y veréis que si el rostro no tiene bellezas, tampoco fealdades chocantes; y aun cuando el retrato por el cual hubo de modelar Pompeyo la faz del primogénito de Felipe II no reprodujese con toda exactitud los defectos del original, al fin y al cabo lo trazara un pintor tan excelente como Moro, del que se guarda en nuestro riquísimo Museo Nacional el famoso de María Tudor, hecho en Londres por el célebre artista meses antes del casamiento de la hija de Enrique VIII con Felipe, y en ese retrato se aprecia la verdad que guió siempre el pincel de Moro.

En cambio, una decepción grande viene á amenguar en parte los entusiasmos románticos, la emoción estética que el drama forjado á propósito de los amores de Carlos é Isabel produce en el espíritu popular; esa decepción es la estatua de la reina. En vano se busca en aquella cara de regulares facciones la belleza que la leyenda le adjudica, con que la pintan poetas españoles y extranjeros; mírasele con ansia, con deseo vehementísimo de hallar, no solamente en su rostro, sino también en el busto, en las líneas generales del cuerpo que cubre riquísimo traje, cuyos detalles están asombrosamente cincelados, á la mujer hermosa, arrogante, y tan sólo se encuentra una mujer que ni por su talla, ni por su distinción, ni por su rostro puede considerársela la heroína de un drama de amores.

* * *

No logró Felipe II ver emplazadas en el sitial las estatuas todas; repetíanle con más frecuencia cada vez los ataques gotosos, que le llevaron al sepulcro en la primera quincena del mes de septiembre del mismo año de 1598. Y aún tardó su hijo Felipe III en ver concluída definitivamente la obra, pues en 1601 todavía Pompeyo Leoni le dirigía varios memoriales, no solamente para que se le abonasen los cincuenta ducados por mes que, para mientras viviese, le asignara Felipe II y que dejara de percibir desde abril de 1598, sino para que se le pagaran seis mil ducados de los siete mil en que contratara las obras todas del enterramiento de Felipe II, obras que habían venido sufriendo varias interrupciones, como acontecía en la fecha de 7 de febrero del ya citado año de 1601 en que se dirigía al rey. Por cierto que es curiosísima la tramitación del expediente que para los pagos dichos, y que transcribe en español (sin errata alguna de monta) el autor del libro *León Leoni* y *Pompeyo Leoni*, ordenó el piadoso hijo menor de Felipe II. Dióse al fin por terminada la obra en este mismo año.

Aparte ya lo que se refiere á la ejecución de los modelos, á la belleza y corrección del dibujo, así de las figuras como del reclinatorio en que aparece orando Felipe II al lado de doña Isabel, al exquisito gusto de los detalles y á la disposición general del plegado de las ropas, ofrecen tanto este enterramiento cuanto el de Carlos V un estudio interesante del arte de fundir en el siglo XVI. Porque debemos tener en cuenta que son cinco las estatuas que componen cada grupo; que cada una de estas estatuas tiene varias piezas de gran delicadeza por la labor y el ajuste, y que además hubo que dorarlas á fuego. Y si mis lectores recuerdan lo que Cellini cuenta de las dificultades con que hubo de luchar para fundir su famoso *Perseo* y que he transcrito en la *efeméride* correspondiente, tengo por seguro que les producirá asombro saber que las cinco estatuas citadas, con el reclinatorio, etc., fueron fundidas en el espacio de once meses.

Cierto que la labor de reparación que se ofrecía en ambas obras de Pompeyo es grande, tanto que puede calcularse que empleó el artista más tiempo en esto que en modelar las diez estatuas; mas con todo, siempre será digno de admiración el hecho de fundir diez figuras mayores del tamaño natural en tan breve tiempo, cuando aún hoy es esta operación cosa de suyo difícil y complicada y en la que, aun á las veces, suelen ocurrir contratiempos graves.

R. Balsa de la Vega



LA CORONACIÓN DEL TSAR NICOLÁS II. La comitiva imperial llegando al Kremlin,

dibujo del corresponsal artístico del periódico *The Illustrated London News*, en Moscou



LA CORONACIÓN DEL TSAR NICOLÁS II.—El emperador coronando á la emperatriz,

dibujo del corresponsal artístico del periódico *The Illustrated London News*, en Moscou

LOS TRES ELEMENTOS DEL DRAMA



El género dramático es el más complejo de todos los géneros literarios.

Quiero decir, que es aquel en que entran más elementos y en que estos elementos se combinan por manera más íntima y más complicada.

Es, por decirlo así, una reacción química de pasiones, de ideas, de sentimientos que obran y reobran unos sobre otros, sin sujeción á cálculo ni previsión casi nunca.

Entre todos estos elementos – muchos de los cuales son plásticos, al paso que otros hasta dependen del lugar, del tiempo y de la ocasión, – tres son los elementos fundamentales, á saber: el *autor;* el *actor,* y el *público.*

Hay quien imagina que para que haya drama basta que haya autor. Y esto no es exacto, en mi concepto; ó, por lo menos, esta opinión necesita explicaciones y distingos.

Claro es que el drama, como obra literaria *escrita* y como otra obra cualquiera de arte, tiene su valor estético; independiente del público; independiente de la ejecución, y hasta me atreveré á decir independiente del autor.

Porque el drama es, en efecto, un ser voluntarioso, que es lo que es, y no lo que quieren los demás que sea. Que será bueno ó que será malo; que brillará con resplandores de belleza ó que estará manchado con manchas de fealdad.

Pero este es *el drama escrito;* la concepción dramática abandonada en el vacío; la estatua que se eleva en templo solitario.

Pero este, para mí, no es el drama; ó, por lo menos, no es el drama vivo y palpitante.

El verdadero drama está en la escena; ha encarnado en los actores; tiene voz y tiene gesto; caldea un espacio, y en él toma parte, con sus aplausos ó con su reprobación, la multitud.

Lo forjó el cerebro del autor; pero en su cerebro no fué más – por decirlo así – que una idea abstracta. Le puso sangre y nervios, risa y llanto, gritos y sollozos, el actor que lo representó.

Y no lo representó en el vacío, sino ante una muchedumbre agrupada en reducido espacio; de suerte que el drama y el público casi se tocan con movimientos de atracción ó de repulsión.

Y los estremecimientos del drama y del actor se comunican al público; pero los estremecimientos del público también se comunican al actor, y le dan inspiración ó se la quitan; y se comunican al drama, y le dan fiebre de vida ó hielo de muerte, engrandeciéndolo hacia lo sublime ó achicándolo hacia la nada, cuando no lo precipitan en los regocijados abismos del ridículo.

Por eso yo sostengo que el drama lo hacen entre el autor, el actor y el público; y como se le dice á veces al autor que ha hecho un mal drama, y como al actor se le dice que ha estado infeliz en la interpretación de un papel, también podría decírsele al público – no siempre, ni siquiera con frecuencia, pero algunas veces por lo menos – que ha interpretado con desdicha su papel y que ha hecho, en compañía del autor y de los actores, un drama lastimoso.

Para que exista un buen drama, no como obra solitaria recogida en un libro, sino como obra con realidad y vida, es indispensable que concurran en un punto estos tres elementos: el autor, escribiendo un buen drama; el actor, representándolo bien, y sintiéndolo bien el público. Entonces el drama, como ser colectivo y complejo, habrá realizado su perfección máxima.

Y, por el contrario, la deficiencia ó la imperfección del autor, del actor, ó del público, es decir, de uno de estos tres elementos, basta para dar con la obra dramática en tierra, anulando los esfuerzos de los otros dos elementos. Al paso que otras veces – aunque son las menos – las grandes energías ó de la obra escrita, ó de la ejecución, ó de la muchedumbre que escucha, pueden compensar con exceso lo débil ó ruin de uno ó de los dos elementos restantes, dando calor y vida, y al fin triunfo á la obra dramática.

Por eso es indispensable para el éxito buscar hondas intimidades y reacciones mutuas entre el público, los actores y el autor.

Yo he presentado ya otras veces un ejemplo, que se me antoja perfectamente exacto, y que voy á reproducir una vez más.

Yo imagino que cuando se representa una obra dramática, en cada localidad del teatro no hay un espectador, sino un instrumento musical, que sólo posee determinado número de notas.

Posible es que todos ellos tengan unas cuantas notas comunes: es seguro que tendrán también notas distintas.

Allí están esperando que una vibración del aire las conmueva; y esa vibración, del escenario ha de venir.

Dentro de mi ejemplo, el autor y los actores no hacen más que producir en el escenario determinadas melodías, compuestas de determinadas notas. Melodías que en ondas vibrantes llegarán á todos aquellos instrumentos musicales de que hemos poblado butacas, palcos y galerías.

Si estas *notas* encuentran sus *gemelas* en arpas y liras, las harán vibrar, y la melodía se reforzará, y reforzada volverá al escenario, y vibrará la Sala entera, y se habrá creado el verdadero drama.

Pero si las notas fundamentales de la melodía son – pongo por caso – *un do, un mi,* y *un sol,* y esas notas no están en ninguno de los instrumentos musicales que simbolizan á los espectadores, ó están en muy pocos, la melodía se perderá en el vacío y en el silencio, y apagará su calor artístico en hielo de muerte.

Por eso el autor y el actor deben buscar las notas comunes al mayor número posible de espectadores, según sean los que componen cada público.

Por eso, cuando el ambiente social, cuando las ideas ó los sentimientos que agitan á un pueblo han puesto en todos los espectadores *una nota común,* por ejemplo, la nota patriótica, ó la nota romántica, ó una creencia, ó una fe, ó una pasión, ó un odio, el problema para el autor es muy fácil: dar esa nota en forma artística, y el público entero vibrará y responderá al sonido musical, que le solicita.

Por eso, en cambio, en períodos de transición y de crítica, en que las ideas, los sentimientos y las pasiones están divididos y fraccionados por tal manera que no hay dos personas que sientan y piensen de igual modo, la obra dramática es muy difícil, porque ¿cómo se buscan notas comunes que no existen? Por lo menos, el esfuerzo del autor ha de ser mucho mayor, y mucho mayor el trabajo de los actores.

Por eso, decimos, hay multitud de ideas, de sentimientos, de creencias, de pasiones, de problemas, que tienen gran jugo estético y que no pueden acercarse al escenario, porque desde fuera les recibirían ó con glacial indiferencia, ó con gritos de escarnio.

Por eso, en fin, el progreso en el teatro está, más que en nadie, en el público; es decir, en la ilustración general; en aumentar – y valga todavía mi ejemplo – en aumentar, repito, considerablemente el número de notas comunes, la sensibilidad artística de la masa, y en aumentarla, á la vez, en intensidad y en extensión.

Ahí sí que están los *nuevos moldes* y los verdaderos moldes de la dramática.

Pero esta no es obra de un día, ni de unos cuantos autores, sino de la civilización en general y de un incremento constante en las energías de la vida intelectual y sensible.

JOSÉ ECHEGARAY

LAS FIESTAS DE LA CORONACION
DEL TSAR

Con toda la esplendorosa pompa que pueden dar de sí las ceremonias de la corte y las del rito eclesiástico, S. M. I. Nicolás II ha sido coronado y consagrado como tsar del imperio ruso el día 26 de mayo último entre el mayor entusiasmo de sus súbditos y con asistencia de los representantes de las potencias europeas y de algunos países asiáticos. Cinco días antes de la principal solemnidad, los emperadores hicieron su entrada en Moscou y en su sagrada ciudadela el Kremlin, desde el palacio de Petrowsky, residencia real situada en las afueras de la ciudad, donde debieron permanecer retirados desde su llegada á Moscou. El camino de Tverskaya, que conduce al centro de esta gran población, estaba admirablemente adornado con arcos de triunfo, banderas, gallardetes y toda clase de vistosos emblemas, y á uno y otro lado se extendía una fila de compacta muchedumbre, llena de entusiasmo y de respeto.

Al mediodía resonó la gran campana del Salvador anunciando que iba á dar principio la ceremonia, y los cañones del Kremlin hicieron las salvas de ordenanza, que se repitieron al entrar el tsar en el recinto de la gran ciudad. Esperábale allí el gran duque Sergio, gobernador general de Moscou, quien, siguiendo una antigua costumbre, le ofreció el pan y la sal, del propio modo que algo más adelante se los ofrecieron el alcalde y las autoridades municipales.

La comitiva formaba el espectáculo más brillante que darse puede, dado que en ella se mezclaba el abigarrado conjunto de trajes y preseas de las civilizaciones occidental y oriental. Un piquete de gendarmes á caballo abría la marcha, seguido por la escolta personal del emperador, compuesta de cosacos. A continuación iban dos escuadrones de cosacos de la Guardia y tras éstos los cosacos del Don con sus agudas lanzas. Iba en pos de estas tropas un grupo compuesto de los jefes y representantes de los países asiáticos que rinden vasallaje á Rusia: montados en caballos ricamente enjaezados mostrábanse el Jan de Jiva, el emir de Bojara y otros príncipes tributarios del Asia oriental y central. A estos personajes, cuyas vestimentas orientales llamaban la atención, seguía un brillante y numeroso acompañamiento de la nobleza rusa, escoltada por la servidumbre de la corte imperial, entre la que descollaban cuatro negros. Venía detrás un nutrido cuerpo de cazadores y á continuación una línea de carruajes ocupados por los altos funcionarios del Estado y los representantes de las cortes extranjeras.

En pos de ellos aparecía el emperador, precedido por dos escuadrones de Guardias de á caballo con uniformes blancos y relucientes corazas y cascos. Nicolás II cabalgaba en un magnífico corcel árabe, enteramente blanco, é iba acompañado de su Estado mayor, de los grandes duques y de los príncipes extranjeros reunidos para la coronación. Seguíanle dos suntuosas y doradas carrozas, en la primera de las cuales iba la emperatriz viuda María Fedorovna, y en la segunda la tsarina, yendo ésta detrás de aquélla porque todavía no había sido coronada. En otros lujosos coches iban las grandes duquesas de la familia imperial y las damas de la corte, cerrando la marcha una numerosa escolta de soldados. (Véase el grabado que representa la llegada de esta comitiva al Kremlin.)

Cuando toda ella penetró en el sagrado recinto por la Puerta Santa, el tsar y la tsarina se encaminaron á orar á la catedral de la Asunción y á las principales iglesias de la antigua ciudadela, y por la tarde se retiraron al palacio Alejandrina, donde debían pasar en el recogimiento los días que faltaban hasta su coronación.

El día antes de esta ceremonia se trasladaron con gran pompa las insignias imperiales desde el Tesoro al salón del Trono, del propio modo que una lujosa comitiva de heraldos, mandada por el secretario del Senado, anunciaba por todos los ámbitos de la ciudad de Moscou la próxima proclamación del emperador. También se había efectuado la consagración de la bandera del imperio en el palacio del Kremlin, ceremonia que tuvo un carácter exclusivamente religioso y consistió en rociar con agua bendita el nuevo estandarte imperial de seda bordada de oro, al cual jura el tsar completa lealtad, lo mismo que jura todo soldado fidelidad á sus banderas al ingresar en el ejército.

Llegado el 26 de mayo, día de la coronación, á las siete de la mañana comenzó el clamoreo de las campanas y las salvas de artillería que anunciaban al pueblo la próxima realización del gran acto. A las nueve de la mañana se puso en marcha el cortejo, acompañado de las músicas que tocaban el himno nacional y de las aclamaciones de los espectadores. La emperatriz madre fué la primera en entrar en la catedral de la Asunción, bajo palio llevado por ocho veteranos generales, seguida de todos los príncipes extranjeros, y tomó asiento en el trono preparado para ella en un estrado. A las diez un prolongado murmullo anunció la llegada del emperador y su augusta esposa, que iban precedidos por jinetes de la Guardia y seguidos de largas filas de pajes, maestros de ceremonias y representantes de varias corporaciones. Aguardábalos á la puerta el clero, y entraron en el templo bajo un palio sostenido por diez y seis generales, pasando en seguida á tomar asiento en sus respectivos tronos.

El aspecto que entonces presentaba el interior de la catedral era verdaderamente deslumbrador, no sólo por sus magníficos adornos, sino también por la gran variedad de uniformes que allí se veían, los trajes y las riquísimas joyas de las damas y las suntuosas vestiduras del clero. Dando frente al altar estaban los tronos del tsar y la tsarina bajo espléndido dosel, y á la derecha el de la emperatriz madre. Los tres son sillones de brazos de antigua forma: el del tsar está incrustado de oro y piedras preciosas, y asegúrase que fué regalo hecho por el sha de Persia á Juan el Terrible. El de la tsarina fué enviado por el papa Paulo II á Juan III y está lleno de hermosa taracea de marfil. El de la emperatriz madre era el de Alejo, padre de Pedro el Grande, y esta adornado con mil diamantes, mil doscientos rubíes y profusión de turquesas y perlas. Los doseles son de terciopelo carmesí, bordado de oro.

Comenzó la sagrada ceremonia recitando el tsar algunas oraciones, y leyendo inmediatamente su profesión de fe. En seguida se procedió al revestimiento de las insignias imperiales, para lo cual se quitó el collar ordinario que llevaba de la orden de San Andrés y se puso el de diamantes de la misma orden, así como un soberbio manto imperial. Luego avanzó algunos pasos y el metropolitano se acercó á su vez á él extendiendo las manos cruzadas sobre su cabeza. Después el tsar recibió la corona de manos del metropolitano, se la puso por las suyas propias, y volvió á sentarse en el trono, sosteniendo en la mano derecha el cetro y en la izquierda el globo del imperio, que le habían entregado por su orden.

A los pocos momentos llamó á la emperatriz su esposa, la cual se acercó arrodillándose ante él en un cojín de terciopelo; el tsar quitóse la corona, tocó con ella la frente de la tsarina, se la volvió á poner, y en seguida ciñó la cabeza de ésta con otra corona más pequeña, la colocó el collar de la orden de San Andrés, la abrazó, la puso un manto de brocado de oro y la hizo sentar de nuevo en el trono. (Véase la lámina que representa la escena de la coronación de la emperatriz.)

Siguiéronse otros detalles del ritual, uno de los cuales consistió en ungir al emperador con el sagrado óleo en la frente, los ojos, los oídos, la boca, el pecho y las manos. La emperatriz fué ungida también, pero sólo en la frente. Acto continuo uno y otro comulgaron, lo propio que el clero, en las dos especies de pan y vino. La emperatriz madre abrazó y besó á su hijo, y cuando todos los individuos de la familia imperial le besaron también, una salva de ciento un cañonazos anunció la terminación de la sagrada ceremonia.

En seguida volvió á formarse el cortejo y los emperadores salieron bajo palio de la catedral para presentarse á su pueblo. La comitiva marchaba entre entusiastas vítores y aclamaciones, el estampido de los cañones y los alegres sones de las campanas y de las músicas.

Llegados á la terraza inferior del Krasnoe Kvyltzo, los soberanos subieron la gran escalinata roja, y cuando estuvieron en lo alto, volviéronse hacia la muchedumbre, que los aclamó frenéticamente.

Los emperadores pasaron al palacio Granovitaya, donde se celebró el gran banquete de Estado, sentándose á mesa aparte SS. MM. II. bajo un dosel, y siendo servidos por los altos dignatarios de la corte. En medio del salón del banquete había colocado un inmenso *buffet*, sobre el cual descollaba una vajilla de oro y plata que por su riqueza tal vez no tenga igual en el mundo. Terminado el banquete durante el cual se distribuyeron á los invitados las medallas acuñadas en recuerdo de la coronación, el emperador pasó al Salón del Trono, donde se celebró una breve recepción, después de la cual SS. MM. pasaron á sus habitaciones.

A las ceremonias oficiales han acompañado ó precedido otras fiestas particulares, siendo de citar la brillante serenata con que se obsequió á SS. MM. la noche de su llegada al palacio Petrowsky y en la que tomaron parte ochocientos músicos y mil coristas, llevando cada cual un farol encendido. (Véase el grabado que representa esta serenata.)

Los festejos han terminado en los días 6 y 7 de junio con un gran banquete ofrecido por el emperador en el Kremlin á los embajadores y á los enviados especiales y una revista militar.

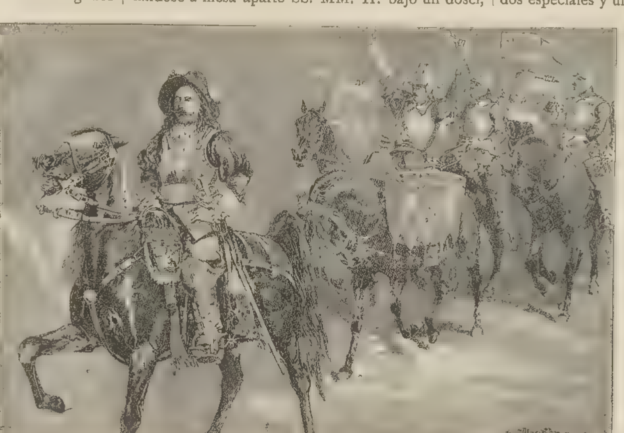
El primero ha sido brillantísimo, y después de terminado, Nicolás II ha conversado afablemente con cada uno de sus huéspedes.

La gran revista se ha efectuado en el campo Khodinsky enfrente del pabellón imperial y de las tribunas que se habían elevado á cada lado de éste, y que presentaban un maravilloso espectáculo con la variedad de uniformes y los elegantes y vistosos trajes de las damas. Han tomado parte en ella 87 batallones de infantería, 39 escuadrones de caballería, 3 sotnias de cosacos, 96 piezas de artillería rodada y 24 de montaña. Estas tropas, mandadas por el gran duque Vladimiro, formaban ocho líneas delante del pabellón imperial, desde el que han presenciado la revista los individuos del cuerpo diplomático.

El emperador y la emperatriz llegaron al campo Khodinsky, la primera en un carruaje á la Daumont, el segundo cabalgando á su lado; seguían luego las princesas en coches igualmente á la Daumont, y tras ellas un brillante estado mayor de príncipes, generales, embajadores y agregados militares. Tan luego como los emperadores aparecieron, comenzó la revista.

Los emperadores, seguidos únicamente del ministro de la Guerra, de los príncipes extranjeros y de los embajadores extraordinarios de Francia y de España, pasaron por el frente de las tropas. Luego SS. MM. se situaron delante del pabellón y presenciaron el desfile.

¡Lástima grande que tan animados y suntuosos festejos hayan terminado con la catástrofe del campo de Khodinsky, de la que quedará perdurable y tristísima memoria! – X.



El príncipe heredero de Anhalt Dessau al frente de la cabalgata organizada en celebración del 25.° aniversario de la proclamación de su padre el príncipe Federico



Las fiestas de la coronación del tsar

SERENATA DADA Á LOS EMPERADORES DE RUSIA, DELANTE DEL PALACIO PETROWSKY, LA NOCHE DE SU LLEGADA Á MOSCOU



PRIMAVERA DE LA VIDA, dibujo de J. Llovera



SALIDA DEL TALLER, dibujo de Angel Huertas

NUESTROS GRABADOS

Séneca, estatua de Francisco Viciano Martí. – Limitado es el número de aquellos que al leer el nombre de Francisco Viciano sepan que se trata de un artista de valía, de un escultor de grandes alientos, que podía, gracias al poderoso esfuerzo de su ingenio y á sus envidiables aptitudes, ocupar preferente sitio entre los más notables artistas españoles. Joven, muy joven, pues apenas contaba 24 años, ha desaparecido de entre nosotros, dejándonos el grato recuerdo de las cualidades que le enaltecieron en vida y el testimonio de su valer, representado por algunas de sus obras, entre las que merece citarse la que reproducimos, resultado de su pensionado en Roma. Allí, en la Ciudad Eterna, fué donde contrajo la cruel dolencia que envenenó su organismo, sin que el clima y el ambiente de su país natal, Castellón de la Plana, fueran bastantes para neutralizar el efecto producido por los miasmas de la campiña romana.

Discípulo de su hermano, el no menos distinguido escultor valenciano D. José, y de la Escuela de Bellas Artes de Valencia, obtuvo por oposición una plaza de pensionado, produciendo, entre otras obras, la grandiosa estatua de Séneca, modelada con soltura y amplitud, sin rebuscamientos ni mezquindades, verdadero estudio, concebido y ejecutado con magistral acierto.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hónrase en dar cabida en sus páginas á la más importante de las producciones de Francisco Viciano, rindiendo con tal motivo un tributo de respetuosa admiración al que á pesar de su juvenil edad fué ya dignísimo campeón del arte español.

El príncipe heredero de Anhalt Dessau *al frente de la cabalgata organizada en celebración del 25.° aniversario de la proclamación de su padre el príncipe Federico.* – El pequeño ducado alemán de Anhalt Dessau ha tenido también sus fiestas reales durante el mes pasado, aunque no con motivo de la coronación de su duque soberano, sino con el de solemnizar el 25.° aniversario de la proclamación del actual, el príncipe Federico Leopoldo, el cual subió al trono el 22 de mayo de 1871. Con ellas ha querido demostrarle su pueblo las simpatías y gratitud que hacia él siente por su justo y pacífico gobierno, y se ha asociado á todos los festejos con verdadera alegría, además de haberle regalado por suscripción pública una magnífica vajilla de plata. La ciudad de Dessau ha estado engalanada por espacio de cinco días; se ha inaugurado el monumento erigido en honor de Federico Stein; las iluminaciones han sido notables y profusas; pero la parte del programa que más ha llamado la atención la ha constituído la vistosa cabalgata organizada y dirigida por el príncipe heredero, en la que todos cuantos la formaban lucían los trajes militares de fines del siglo XVII, trayendo así á la memoria esas escenas de otras épocas á que tan aficionados se muestran los alemanes.

Primavera de la vida, dibujo de J. Llovera. – No es posible hallar mejor adorno para la mujer hermosa que el de la educación y sus propias virtudes. Si el artista trata de representarla, la colocará entre las flores, puesto que ellas serán su más preciado adorno. Unidas, juntas, brillarán, esparciendo ambas el perfume de su pureza y de su sencillez. El pintor hallará, al concebirla en esta forma, un manantial inagotable de inspiración, y el poeta la expresión del genio y de la poesía.



CARLOS BUTRÓN,
teniente de navío, comandante de la lancha cañonera *Mensajera* que apresó la goleta *Competidor*
(de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

Bello es el dibujo del distinguido pintor catalán D. J. Llovera, quien para realizar su composición ha escogido el período en que la naturaleza se reviste con sus esplendentes galas. En la primavera de la vida hállase la hermosa joven, que al igual de la naturaleza, manifiéstase en toda la plenitud de su belleza, cautivando con sus atractivos.

Por desgracia los años y los sufrimientos marchitan los rasgos que antes produjeron la admiración, tornándose en frío y helado invierno lo que antes rebosaba vida y hermosura, de la que sólo puede conservarse la del alma, por ser ésta imperecedera.

El general Menabrea. – El 25 del pasado mayo ha fallecido en Chambery, su ciudad natal, á la avanzada edad de 86 años, el general Federico Menabrea, uno de los más distinguidos del ejército italiano. Hijo de antigua y noble familia, de la que heredó el título de conde, hizo sus estudios en la Academia militar de Turín, de la que salió como oficial de ingenieros. Poco después enseñó en ella mecánica y construcción, y en la guerra de 1848 contra el Austria combatió con el empleo de capitán. Afiliado al partido ultra-conservador, fué elegido diputado á la Cámara subalpina, donde defendió con brillantez sus ideales políticos. Uno de sus mayores méritos fué el haber apoyado con todas sus fuerzas la apertura del túnel del monte Cenis. En 1860 pasó al Senado.

Cuando estalló nuevamente la guerra con el Austria en 1859



El general italiano FEDERICO MENABREA,
fallecido el 25 de mayo último

supo defender hábilmente el Piamonte, inundando en una extensión de 450 kilómetros cuadrados la llanura que se extiende entre los ríos Doria y Sesia, á lo cual debió más adelante el título de marqués de Valdora con que le agració Víctor Manuel. En la misma campaña tomó parte en las batallas de Palestro y Solferino, y al año siguiente dirigió como jefe de ingenieros las reformas de las fortificaciones de Ancona, Capua y Gaeta.

En 1862 desempeñó la cartera de Marina en el gabinete Ricasoli, y en los de Farini y Minghetti la del ministerio de Obras públicas hasta septiembre de 1864. Dos años después fué nombrado plenipotenciario para la cesión del Véneto hecha por Austria á Italia. Desde octubre de 1867 á diciembre de 1869 fué presidente del Consejo de ministros, y durante su gestión se esforzó por llegar á la conciliación entre la Iglesia y el Estado. Al dejar el poder, pasó algún tiempo apartado de la política, hasta que el ministerio Minghetti lo nombró embajador en Londres, cargo que dejó para sustituir á Cialdini en la embajada de París, desempeñándolo hasta 1892, en que se retiró definitivamente á la vida privada.

El general Menabrea era caballero de la Anunziata; poseía además casi todas las condecoraciones italianas y extranjeras, así como los principales títulos académicos, pues fué gran matemático y notable físico. Al anexionarse su país, la Saboya, á Francia, optó por la nacionalidad italiana, y á Italia ha servido siempre con toda lealtad.

Salida del taller, dibujo de Angel Huertas. Es el Sr. Huertas uno de los artistas que con mayor constancia y acierto dedícanse á reproducir los cuadros de costumbres, escenas y tipos de nuestra patria, de manera que puede afirmarse, sin temor de incurrir en exageración, que aportan materiales para que en lo porvenir los que traten de estudiar la época en que vivimos, puedan disponer de documentos gráficos de sumo interés, bajo su doble aspecto social y artístico.

A este género pertenece el precioso dibujo que publicamos en este número, representando el animado cuadro que se produce en una de las calles de la coronada villa cuando, al terminar su laboriosa jornada, abandonan el taller las jóvenes obreras. Todo en el dibujo ofrece interés, todos los pormenores revelan estudio y observación, pudiendo estimarse el dibujo como la exposición de un cuadro de costumbres nacionales y la glorificación del trabajo, que enaltece al hombre.

Escuelas donde se eduque el espíritu y talleres en los que el hombre aprenda á ser honrado y laborioso es lo que necesitan los pueblos. A conseguirlo debieran tender los esfuerzos de los gobernantes, y así se evitaría que tuviéramos que lamentar la existencia de esos desgraciados á quienes la sociedad se ve obligada á lanzar de su seno.

Morfeo, estatua de Juan Solá y Vilabella (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896). – Es la bonita estatua que reproducimos obra de un artista novel, inteligente y laborioso, destinado, si no se malogran sus aptitudes, á ocupar hermoso sitio entre los escultores de nuestra región. Basta examinar la estatua que damos á conocer á nuestros lectores, para comprender que no pecamos de exagerados al emitir favorable juicio. *Morfeo* es, á no dudar, un buen estudio del natural, modelado con facilidad y firmeza, cual si el artista se hallara en el pleno goce de facultades que le permitieran reproducir con fidelidad el modelo.

El Sr. Solá y Martí merece aplauso por su obra, que se lo tributamos sin reserva, así como á su maestro D. Eusebio Arnau, por haber logrado formar tan aventajado artista.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – EXPOSICIONES. – Las de Bellas Artes se multiplican cada vez más: cada capital, cada pueblo desea celebrar la suya, y esto hace en nuestro concepto que la cantidad haga desmerecer la calidad.

Por ahora tenemos noticia de la próxima apertura de las siguientes: Amiens, 7 de junio; Avignon, exposición regional; Limoges, centenario de la porcelana; Reims, exposición nacional: Versalles, Amigos de las Artes; Bruselas, esculturas de Rodin; Berlín, arte fotográfico; Niini-Novgorod, exposición y feria, etc., etc.

PARÍS. – Está anunciada la venta del magnífico panorama de la *Batalla de Rezonville*, de Neuville y Detaille, compuesto de 150 cuadros, la cual se verificará en la galería G. Petit.

SUIZA. – Actualmente se está celebrando en Ginebra una exposición nacional, abierta el 1.° de mayo, que llama poderosamente la atención. Ocupa un espacio de 250.000 metros cuadrados, y entre los múltiples elementos en ella reunidos para darle especial atractivo figura en primer lugar la aldea suiza, que es el punto adonde acuden con particular interés los visitantes. La aldea suiza está formada de los tipos originales y característicos de toda la confederación, con sus trajes auténticos, que, como sucede en todas partes, van desapareciendo poco á poco. El hombre de estudio, como el curioso, ve allí reunidos los vestigios más auténticos de la antigua indumentaria, de historias, de arquitectura, de razas. Hay allí setenta y dos casas agrupadas en forma de *chalets;* algunas de ellas son copias de cabañas suizas genuinas; las reproducciones son fidelísimas y minuciosas, con sus barandales, sus cerraduras, sus grandes clavos, etc. Pero otras son las mismas casas originales demolidas pieza por pieza y transportadas y reconstruídas con todo cuidado. No es de extrañar por tanto que esta aldea haya costado 900.000 francos. Entre las más interesantes son de mencionar la Casa del Caballero (Schaffhusa), la quesería de Chamala (Gruyére), una casa que perteneció á los duques de Saboya, otra muy pintoresca de Unterwalden, la pequeña iglesia de Leistingen, una posada valdense, los célebres *Mazots* del valle de Auniviers, construídos sobre pilares terminados en grandes discos de piedra, etc., etc.

Pero como esta clase de construcciones no armonizan bien sino con bosques y montes, se ha improvisado un pinar, algunas colinas y una montaña, y hasta una cascada, cuya agua se despeña espumante de veinticinco metros de altura en cantidad de cinco millones de litros diarios. El riachuelo formado por esta cascada serpentea al través de una parte de la aldea, poniendo en movimiento un molino y otras ruedas, y va á morir en un pequeño lago. Penetrando en una gruta cerca de la cascada, el visitante se encuentra de pronto delante de un panorama, el majestuoso de los Alpes berneses. Montañeses auténticos pueblan la aldea luciendo sus verdaderos trajes, y trabajan en las lecherías, elaboran quesos, y labran objetos de madera, tan difundidos en los Alpes. Esta exposición subsistirá abierta todo el verano, para que los muchos viajeros que pasan la estación calorosa en Suiza tengan ocasión de visitarla.

Teatros. – *París.* – En el nuevo teatro llamado de Audiciones se ha estrenado la comedia en cuatro actos de René Racot, titulada *Chenefer*, que ha obtenido un éxito regular.

En el de la Obra, dos comedias-vaudevilles; la primera *El Tamden*, de Leo Trezenik y Pedro Soulaine, en la que el protagonista es el *sport* de moda, la bicicleta; y la segunda *La Brebis*, de E. See, de moral dudosa. El éxito de una y otra no ha pasado de mediano.

En el teatro Internacional se ha puesto en escena una traducción de *El gran Galeoto* de Echegaray, hecha por Mad. Rute-Ratazzi, que ha producido gran efecto y sido vivamente aplaudida.

En la Comedia francesa, la famosa obra de Shakespeare *Hámlet* ha sido motivo de un señalado triunfo para el actor Mouet-Sully.

Barcelona. – En el teatro de Novedades, la compañía de la Sra. Guerrero ha puesto en escena la comedia del Sr. Sellés titulada *La mujer de Loth*, obra que en nuestra capital, lo propio que en Madrid, sólo ha tenido un éxito regular.

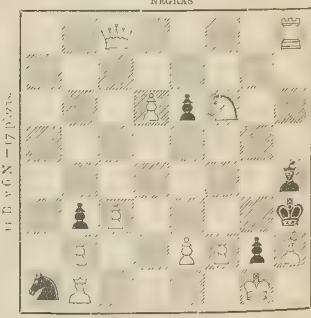
Otro tanto puede decirse de la comedia *La gente nueva*, del Sr. Sánchez Pérez, puesta en escena en el teatro Lírico por la compañía que dirige el Sr. Mario.

Con respecto á la ejecución de ambas obras, debemos añadir que ha sido esmeradísima por parte de las respectivas compañías, mereciendo en la primera especial mención la señora Guerrero.

AJEDREZ

PROBLEMA N.° 23, POR MIGUEL LÓPEZ DEL RINCÓN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y se hacen dar mate en seis jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 22, POR C. GOLMAYO

Blancas.	Negras.
1. A 3 C R	1. R 5 A D (*)
2. A c R	2. P 4 T R
3. C 2 A D	3. P toma C
4. P 3 D mate.	

(*) Si 1. R 4 T D; 2. A c R, R 5 C; 3. C 2 A D jaque, y 4. P juega y mate.



Una mañana había cazado mucho el marqués, y buscaba sitio á propósito para descansar

DOS ANÓNIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

La niña se frotaba ambas cosas con las palmas de la mano, muy preocupada con su limpieza. De pronto oyó ruido y vió un perro que bebía agua en el arroyo, un poco más abajo de donde ella estaba. Entonces alzó la mirada, y el cazador pudo ver sus ojos grandes, luminosos, cuyas niñas de un negro claro brillaban sobre sus pupilas que parecían de plata. Su mirada se encontró con la del marqués, que bajaba lentamente de la cuesta por una senda obstruída de pedernales; y ¿qué vería en la mirada de aquel cazador tan apuesto y tan bien ataviado, que hízola levantarse azorada, recoger precipitadamente unos zapatos, unas medias, unas ligas, un largo cordón que debía servirle para atarse el pelo, y echar á correr desalada sin mirar atrás?

El marqués se quedó parado viendo huir á la miedosilla, hasta que aquella graciosa visión alada (pues á un ala se parecía su pelo levantado por el ímpetu de la carrera) se desvaneció entre las tapias de un caserío arruinado.

«¿De qué se habrá asustado? — pensó el elegante cazador, que no se creía un ogro ni mucho menos. — ¡Qué cosas tienen los niños!»

¡Oh! Los niños suelen tener esa intuición de que ya he hablado en otro lugar, y aquella niña adivinó en la mirada del marqués sus caprichosos deseos de libertino.

Durante el resto del día recordó éste á la arisca fugitiva, con la insistencia de su carácter obstinado, que no admitía la más mínima contrariedad.

En los días subsiguientes pasó el marqués varias veces por el sitio en que había visto á la niña, y hasta se sentó á leer y fumar á la sombra del montecillo, pero aquélla no pareció. Por lo demás, esta fué su única gestión para encontrarla. Ni la buscó, ni habló á nadie de su encuentro, pues quizá en su fuero interno se avergonzaba de sus torpes pensamientos.

Una mañana había cazado mucho, el morral le pesaba, hacía mucho calor y buscaba sitio á propósito para descansar. Iba por una hondonada y subió á un altozano para descubrir horizonte. Vió no muy lejos una masa de verdura y se dirigió hacia allí. Aquel sitio le era desconocido. Distinguió en primer término un espeso grupo de cañaverales, y se alegró por si sus perros tenían sed, pues supuso que habría agua. Un poco más allá de los cañaverales se alzaban cuatro ó seis frondosos olmos que formaban hilera, y al lado de éstos un vallado de piedras y cambrones. Los perros se habían quedado atrás jugueteando con unos muchachuelos, que les daban pan haciéndoles saltar para cogerlo, y el marqués entróse solo por los cañaverales. Entre éstos y los árboles había una especie de plazoleta, y en ella algunas gavillas de sarmientos en el suelo. En el comedio de la plazoleta una niña recogía sarmientos esparcidos y los amontonaba. ¡Cuál fué la sorpresa del marqués, cuando reconoció en ella á la que había visto lavarse los pies en el arroyo y que tan bruscamente había huído! Estaba de espaldas, inclinada sobre una gavilla que ataba con una soga y no vió aproximarse al elegante cazador. Este llevaba la escopeta á la espalda, sujeta por una correa que le cruzaba el pecho. Se acercó á la niña procurando no hacer ruido y enlazóla la cintura con los brazos, exclamando: «¡Picaruela, ahora no te me escaparás!» Y al mismo tiempo la dió un ansioso beso en el cuello, un poco más abajo de la oreja.

La niña volvió la cabeza para ver quién la asía y la besaba, y prorrumpió á gritar «¡Padre, padre!,» pugnando al mismo tiempo por desasirse de los brazos del marqués. Este pretendió sujetarla; pero casi instantáneamente se presentó un hombre con una azada en la mano, saliendo de detrás de la hilera de olmos.

Era Pedro, el arrendatario del cortijo de los Almendrales, perteneciente al marqués. Miráronse ambos á cual más sorprendidos, y la niña, ya libre corrió á refugiarse al lado de aquél.

Pedro se adelantó, y sin quitarse el sombrero de paja de anchas alas que llevaba puesto, dijo con aspecto serio y voz firme:

— ¿Qué ez ezto, ceñó marqués?

— Pues nada, hombre, sino... que...

— ¡Ay, padre!, interrumpió la niña, gimoteando, ma cogío y ma dao un beso y el otro día ma sustó en el arroyo.

Pedro miró intensamente al marqués, que no sabiendo qué contestar y dijo:

— ¿Es tu hija?

— Cí, ceñó, replicó el cortijero en el mismo tono serio y frío, es mi hija, y espero que ezto no güerva á susedé.

Y echándose la azada al hombro, tomó á la niña de la mano, y se fué con ella por detrás de los árboles.

Este incidente preocupó grandemente al marqués. Con el contacto con la niña, que de cerca parecióle aún más atractiva, alborotóse su viciosa sangre vigorizada con la vida del campo; pero por otra parte, su buen juicio y su natural delicadeza rechazaban aquellos deseos indignos. Ya sabemos que en materia de pasiones ó caprichos era el marqués un caballo desbocado, y á no mediar circunstancias especiales, tal vez hubiera insistido en sus malos propósitos con la tenacidad del que no está acostumbrado á sufrir contrariedades. Pero se trataba de una familia honrada. Prescindiendo de dificultades casi insuperables, ¿cómo podría llevar la perturbación al seno de aquella familia, hiriendo el corazón y la limpia honra de un hombre á quien apreciaba y á quien conocía desde niño? Sería una monstruosidad.

Conociéndose á sí propio, comprendiendo que si volvía á ver á la niña no sabría contenerse, se propuso no sólo evitarlo, sino también poner tierra por medio, si no conseguía olvidar sus vergonzosos deseos. A esta resolución obedeció, según es probable, una carta que escribió á su apoderado de Madrid, en la que había el siguiente párrafo:

«Donde ha ido el mar que vayan las arenas. Trate usted de vender, *sea como sea*, lo que tenemos en Córdoba, excepto el cortijo de San Rafael y la casa anexa, que esto lo conservaré siempre, en memoria de mi madre, que murió allí. Abrevie usted, y si es necesario trasládese á Andalucía; pues de su gestión depende el que yo salga de este destierro.»

Resistiendo á sus deseos, no sólo no fué el marqués al cortijo de Pedro, en donde supuso que sería recibido con recelo, á consecuencia del lance de los cañaverales, sino que además dirigía sus paseos y excursiones hacia la parte opuesta. Temía y deseaba volver á ver á la niña que tanto le había impresionado, pero persistió en sus buenos propósitos. Fuese efecto de su capricho contrariado, ó del natural aburrimiento que produce el campo á quien no esta acostumbrado á vivir en él, lo cierto es que el marqués íbase cansando de su existencia pacífica y monótona. Pensó en esperar en Sevilla, donde tenía casa, ó en Jerez, en la de su tío, el resultado de las gestiones de su apoderado; pero siempre demoraba esta resolución, sin explicarse claramente el motivo. El recuerdo de la hija de su arrendatario no estaba tan vivo en su memoria, pero no se borraba por com-

pleto. Pensaba en ella largos ratos, y cuando de lejos veía á alguna chicuela en el campo, palpitábale violentamente el corazón. Sentía ó creía sentir que le faltaba algo. Así como el nostálgico, aun viviendo entre placeres en tierra extranjera, recuerda la patria contra su voluntad, echándola de menos para el complemento de sus satisfacciones, del mismo modo el marqués, preocupado siempre con el recuerdo de la niña cortijera, llegó á creer que en lo sucesivo no podría vivir satisfecho sin ella. Nada ni nadie, nunca le había preocupado tanto. ¡Una niña! Aquello era incomprensible. ¿Se habría perturbado su razón?

El marqués se hacía esta pregunta, sin tener en cuenta que, en lo que atañe á faldas, de largo tiempo la tenía perturbada; sino que jamás, como entonces, había tropezado con ningún obstáculo moral ó material.

Anduvo durante algunos días preocupado y caviloso. Por fin pareció tomar una resolución.

Hizo avisar á Pedro el cortijero para que fuese á verle. Presentóse éste en la quinta, el marqués le llevó á su cuarto, cerró la puerta de la sala, hízole pasar á su gabinete, cuya puerta cerró también, indicóle que se sentara y se sentó á su lado.

Pedro, aunque respetuoso, estaba serio, tratando de disimular su recelo y sorpresa.

El marqués le miró un instante. Parecía como que buscaba palabras.

– Pedro, le dijo, no te extrañe lo que vas á oir y óyeme sin interrumpirme...

Pedro, aún más preocupado por el tono grave del marqués, hizo un movimiento en su silla.

– Se trata, prosiguió éste, de una cosa inexplicable. Se interrumpió, y luego repuso:

– Se trata de tu hija.

– ¡De mi hija!, exclamó el cortijero. ¿Y qué tenemos que tratá de mi hija?

– Pedro...

– Mire usía lo que va á isí, pué que dimpué le pese.

– Óyeme y no te alborotes. Lo que voy á decir, puede oirlo un hombre honrado.

– Norabuena. Iga usía, pero con toa claridá.

– Pedro, no puedo explicarte lo que me pasa, pues ni yo mismo lo sé. Sólo puedo decirte que desde que he visto á tu hija, no hago más que pensar en ella...

– ¡Ceñó marqués!

– No he tratado de volver á verla; á propósito no he ido al cortijo, como te había prometido; he dejado pasar tiempo para olvidar esta manía, me he conducido como hombre honrado, trato de marcharme, me he hecho mil reflexiones á mí mismo: todo ha sido en balde...

– Pero, ceñó, interrumpió Pedro, mirando con asombro al marqués, no pueo comprender á usía. Ci ce tratara de una joven, pesie á la distansia de la edá y de la clase, vamo, ya podría pasá. Un enamoricamiento: ya he oído icí que ha habío reyes que san enamorao de pastoras y que san casao con eyas. Mie usía, aunque hubiá sío yo rey de España y de Fransia y de Marrueco, me hubiá casao con Juana e Dios, por ensima de la cabesa del moro Musa; pero, ceñó, si mi hija tiene diez años, y hay que limpiala la moca toavía, ¿qué pue usía queré de mi hija?

– ¡Ay, Pedro, tú eres bueno, sencillo y honrado!, y yo..., yo estoy loco.

– Pue que sí.

– Tú, acostumbrado á verla, y viéndola con ojos de padre, no sabes lo que es tu hija.

– Cí, ceñó, una chicuela grasiosilla, viva como una pimienta, y más güena que er pan bendito... Pero en fin, no gastemos saliva, ceñó marqués. ¿Pa qué ma mandao osté á llamá?

– Voy á decírtelo, y no te extrañe. Partamos del principio de que no sé lo que me pasa por tu hija... ¿Cómo se llama?

– Soleá.

– Pues mira, Pedro, yo me voy de aquí y probablemente de España. Te digo esto para que no hagas malas suposiciones. Si Soledad fuese joven no habría caso: me casaría con ella si ella y tú consintierais, y aun sin tu consentimiento... Me voy, me conozco... Sé que no podré olvidarme de tu hija... Si me olvido, mejor; mas por si acaso, quiero llevarme una esperanza, en lo cual ninguno perderemos nada.

– ¡Malos mengues me yeven si entiendo ni pisca! ¿Qué esperansa, ceñó?

– Oye, Pedro, prescindiendo de mí, es una lástima la suerte que aguarda á tu niña: ella, ¡tan fina, tan delicada! Si parece hija de un príncipe...

– Pare usía los pies, ceñó, interrumpió el cortijero haciendo un mohín; eso que ice da como á entendé que mi hija no es mi hija, y que...

– No, hombre, no; no ha sido esa mi intención. He querido decir que Soledad merecía otra vida de la que la espera. Me hace el efecto de una mariposa metida en una colmena.

– Su vida será como la de su mare y como fué la de la mía. Mientra yo puea no la fartará na, y aluego se casará con un güen muchacho. ¿Que má?

– Para abreviar, Pedro, oye lo que te propongo.

– Iga usía y mire lo que va á isí.

– En primer lugar te regalaré el cortijo de los Almendrales...

– ¿A mí, ceñó?, exclamó el cortijero, dando un salto en la silla. ¡Regalarme á mí el cortijo de los Almendrales!

– Sí, hombre, sí.

– ¡Un cortijo que renta dies y ocho mil riales al año! ¡Que yo los pago!

– Mejor, así no tendrás que pagarlos.

– Pero, ceñó, le creo á usía mu cabayero pa quearse conmigo. Reflexione usía: el cortijo sería mi felisiá. Ambos á dos somos hombres formales, pero hay cosas que no puen sé; y si son, no pa güen fin...

– Con el solo fin de que á ti, que has sido mi compañero de niño, y á tu hija no os falte nunca de comer.

– Eso paece santo y bueno, pero...

– Te regalo el cortijo, no para torcer tu honrada voluntad, ¿entiendes, Pedro?, sino porque en primer lugar es la mía, y además porque eso que tú llamas tu felicidad corre riesgo de consumirse en mis manos en otras no tan laudables, y así al menos aseguraré la suerte de una familia.

El cortijero no sabía qué decir; desde que concibió la posibilidad de aquella fortuna, estaba como atontado.

– Ahora, repuso el marqués, oye lo que te propongo respecto á tu niña.

Estas palabras devolvieron en parte su lucidez al honrado campesino, escamado como estaba en lo tocante á los proyectos de aquél.

– Tu hija Soledad recibirá educación en un colegio de Sevilla, en el mejor...

– ¿Mi hija en un colegio?

– Sí, hombre. ¿De qué te admiras? No será la primera de su clase que se eduque allí. Hay muchas, y habría muchas más si sólo dependiera de la voluntad de sus padres.

– Ya, pero...

– Excuso decirte que todos los gastos corren de mi cuenta. Tu hija entrará de interna, y permanecerá allí hasta salir perfectamente educada.

– ¿Y quiere usía, dejando aparte otras cosas, que yo y mi mujé y la agüela nos separemos de Soleá?

– Os separaréis por su bien. Además no hay tal separación. Sevilla está un paso, podréis verla cuando queráis y ella podrá pasar temporadas á vuestro lado. Sólo habrá una diferencia: en vez de andar como ahora expuesta á la intemperie, á las groserías de la gente de pueblo y á otras contingencias, estará allí recogida, sin que nada la falte hasta que llegue á hacerse una joven de provecho. ¿No estás conforme, Pedro?

El cortijero no carecía de cierta inteligencia unida á la malicia de todos los campesinos de todas partes. Quedóse mirando con fijeza al marqués, como queriendo penetrar sus intenciones.

– Adivino lo que piensas, prosiguió éste. ¿Desconfías de mí? Te repito que yo me marcho á Madrid, probablemente más lejos, dentro de unos días. Además, como es natural, tú has de presentar á tu hija en el colegio, y puedes dar á la directora las órdenes que quieras con respecto á ella, y hacerle las advertencias que tengas por conveniente. Infórmate de lo que es el colegio de Mme. Ranseau, y ya verás lo que te dicen.

– Bueno, ceñó, dijo Pedro dando vueltas al sombrero que tenía en la mano, lo cual era en él señal de preocupación. Too eso que usía ice está mu bien. Doy por hecho que mi niña va ar colegio, y que sace ayí superferolítica, y que sale dayí hecha una damisela de mistó. ¿Pa qué?

– ¿Cómo que para qué? Debías haberlo comprendido, pues ya te lo he indicado: para ser marquesa de Criptana, si no me he casado, ni me olvido de ella, y si ella no se niega.

– Várgame Dios, ceñó, ¡lo que somos los hombres cuando se nos mete una coza entre ceja y ceja!

– ¿No dices que ha habido reyes que se han casado con pastoras?

– Cí, ceñó; pero esos son tan raros como el ave finis. En cuanto usía se largue de aquí, si te vi no ma acuerdo.

– Bueno ¿y qué habrá perdido? Aun cuando no me case con ella, ¿dejará de ser Soledad una joven bien educada y con algún dote?

Estas razones eran convincentes. El marqués reforzólas con otras que no es necesario mencionar. El cortijero estaba conforme en su fuero interno, porque el argumento del regalo del cortijo era casi irresistible. Oyó á aquél en silencio, dando vueltas al sombrero, y cuando hubo acabado dijo:

– Tiene usía un pico doro capaz de convencé á la Girarda é Seviya. Pero yo zoy un zote. Juana e Dios es más lista que un gerifalte, y la agüela no digo na: lee de corrió y se las tiene tiesas con el ceñó párroco e Coria. Les diré lo que usía ma dicho, y avé lo que piensan.

– Está bien, Pedro; consulta con quien quieras, y hazme saber pronto tu decisión.

El cortijero salió de la quinta muy pensativo. Hallábase en el estado de un jugador de lotería, que ha visto su número agraciado con un gran premio en la lista que publica *La Correspondencia de España*, que como raras veces está equivocada, puede considerarse como oficial.

El probable matrimonio del marqués con su hija, como cosa remota le preocupaba en segundo término. Lo inmediato, lo más seguro, lo que le trastornaba el seso, era la posibilidad de llegar á ser dueño del cortijo de los Almendrales, por el que él pagaba diez y ocho mil reales de arrendamiento, dejándole apenas cinco mil de producto líquido: ¡ser propietario, tener asegurada su suerte y la de su familia!, esto era capaz de preocupar á un santo de piedra.

Llegó á su casa, alejó á la niña, llamó á su mujer y á su suegra, encerróse con ellas, y les espetó á quemarropa las proposiciones del marqués.

Las mujeres se quedaron tan estupefactas que no acertaban á pronunciar palabra. La primera que rompió el silencio fué la cortijera. Efecto de la maternidad y del sexo, lo que más labró en ésta fué la idea de que su hija llegara á ser marquesa de Criptana. Así es que encarándose con su marido, y con acento tan cerrado como el de él, le preguntó:

– ¿Pero no te dequivocas?, ¿has entendío bien al ceñó marqués?

– Pus qué, ¿zoy yo algún queso? Ademá, la coza ez clara y él ha machacao de lo lindo.

– ¿De manera que quie casarse con Soleá?

– Claro. Si no, ¿á qué venía lo del colegio y el regalarnos el cortijo? Paese sé que la chiquiya se la montao en las narises. Ise que tiene aire de no sé qué y que no paese hija mía. (Y luego añadió en tono socarrón y guiñando un ojo): Eso, Juana e Dios, tú lo sabrás.

– ¡Qué he de sabé yo, mardesío!.., exclamó la cortijera, levantándose con tal violencia que hizo caer al suelo el taburete en que estaba sentada. Mira, ni en bromas ni en veras me igas ezas cozas. Ni tú, ni el marqués, ni toos los condeses der mundo, ni er nunsio que está ahora en Seviya, ni nadie, puen hablá na de mí: ¡pues no fartaba más!.. La hija de mi mare...

– Vamo, mujé, no te sofoques, interrumpió Pedro, abrazándola por la cintura y estampando en su mejilla un sonoro beso. El ceñó marqués no lo ha dicho con mala intensión.

Sosegada Juana de Dios hubo conferencia, en la que la abuela apenas tomó parte. Era ésta una labriega retraída, mística, de pocas palabras, y que sólo se ocupaba en enterarse de los demonios que hay en el infierno.

De la conferencia resultó lo que había de resultar mediando un cortijo á la vista y un marquesado en lontananza.

XV

El colegio en que ingresó en clase de interna la niña Soledad era el mejor de Andalucía. Estaba establecido en la calle de las Palmas, de Sevilla, y dirigido por Mme. Ranseau, señora francesa, fina, inteligente y de una moralidad á toda prueba. En menos de tres años acreditó su establecimiento de enseñanza, y tuvo tantas pensionistas, que vióse obligada á ensanchar su local y á aumentar el número de maestras y profesores. Recibíase allí una educación sólida y esmerada, en conocimientos útiles y artes de adorno, unido todo esto á un régimen casi monacal.

El marqués de Criptana tuvo el buen gusto de intervenir lo menos posible en la instalación de la niña cortijera en el colegio de Santa Genoveva, que así se llamaba en recuerdo sin duda de la patrona de París; limitándose á subvenir con largueza á todos los gastos. A los pocos días de haber dejado aquélla el cortijo de los Almendrales, trasladóse el marqués á Jerez, y haciendo breves excursiones á Cádiz y Sevilla, esperó en casa de su tío el resultado de las gestiones de su apoderado general. Un mes después y cuando ya comenzaba á aburrirse, como se aburría en todas partes, recibió carta de éste.

He aquí el párrafo más importante:

«Después de activas gestiones, en el punto mismo de la localidad, he conseguido vender la huerta y los dos cortijos de Córdoba. El negocio no ha sido muy brillante que digamos, pues solo el cortijo del Avellano producía siete mil pesetas de renta. Pero ¿qué

hacer para cumplir las apremiantes órdenes de V. E? Y milagrosamente he encontrado comprador en el señor duque de H..., que tiene caserío y prados colindantes con el cortijo.

»Tengo, pues, á disposición de V. E. treinta y cuatro mil trescientos duros, producto de estas ventas.

»Ahora bien: habiendo regalado V. E. á Pedro Ortiguela el cortijo de Coria del Río, sólo nos quedan el de San Rafael, en Córdoba, que V. E. ha tenido á bien conservar, y las dos casas patronímicas de Madrid y Sevilla.

»Aquél da poco que hacer, y éstas no tienen más inquilino que V. E., cuando las habita, y sólo resta á V. E. despedirme, puesto que ya nada tengo que administrar, y á mí buscar una ocupación cualquiera que me consuele de la pena de ver deshecho el patrimonio de Criptana.»

El marqués leyó estas líneas bastante emocionado, y sin duda para sobrellevar el disgusto de su ruina, determinó, según su habitual costumbre, hacer un viaje al extranjero. Despidióse de sus tíos de Jerez y Sevilla, sin hablarles de asunto alguno desagradable; permaneció una corta temporada en Madrid, y algunos días después transpuso la frontera de Portugal, país que no conocía.

No sin lágrimas y gimoteos, y á fuerza de mimos y halagos, ingresó Soledad, la niña del cortijo, en el colegio francés de Sevilla. Durante muchos días la escarabajeó en el corazoncito el recuerdo de su familia y de la vida campestre á que estaba acostumbrada. Por fin se sosegó, y fué tomando gusto á la tan distinta que hacía en el colegio, en donde los profesores eran amables y en el que tenía tantas compañeras de juegos infantiles. Además sus padres venían á verla frecuentemente, y ella pasaba en el cortijo el primer domingo de cada mes.

Soledad demostró rara aptitud para toda clase de estudios, labores y artes de adorno, sobresaliendo en la del dibujo. Era una niña impetuosa y reflexiva á la vez, que se entregaba con igual ahinco al juego que al trabajo. Mme. Ranseau, la directora, estaba encantada con ella y la citaba como modelo á las otras educandas. Excusado será decir la satisfacción y orgullo de sus padres por tan felices resultados. Cuando recibían en su casa á su hija, que íbase transformando en una perfecta señorita, á Pedro y á Juana de Dios *se les caía la baba*. Sólo la abuela no parecía enteramente satisfecha, y cuando la niña la relataba sus estudios y ocupaciones, solía decirle meneando la cabeza:

«Todo eso está bien; pero no olvides el temor de Dios, que es lo principal.»

Tres años después que Soledad, entró de interna en el colegio de Santa Genoveva una hija del conde de Lebrín, tío del marqués de Criptana, á la que sus compañeras apodaron *la Zangolotina* porque rayaba ya en los quince años de edad. No obstante la diferencia de clases, Dorila, que así se llamaba la nueva educanda, y Soledad hiciéronse amigas íntimas; y hubo razones para que así fuera. En primer lugar eran las dos mayores del colegio, y además supo aquélla que Soledad se educaba allí á expensas de su primo el marqués de Criptana, y aunque precozmente maliciosa, no era posible que adivinara los móviles que habían inducido al marqués á hacer lo que ella suponía una obra de caridad. Soledad atrajo á Dorila, no sólo por su gracia, alegría y despejo natural, sino que también por la idea de esta protección de su guapo y elegante primo.

Porque la joven aristócrata, que era enteramente árida de corazón y no quería á nadie, ni aun á su padre, sintió desde la niñez una admiración apasionada por el marqués de Criptana, que la fascinaba con sus elegancias y hasta con las calaveradas que oía contar de él.

El marqués era su bello ideal y los demás hombres parecíanle ridículos ó groseros. Aunque su primo sólo se presentaba á largos intervalos en Andalucía, la caprichosa niña no le olvidaba nunca, y siempre que volvía á verle se renovaba su pasioncilla. Huérfana de madre desde muy niña, viviendo al lado de su padre el conde de Lebrín, que era un viejo verde, tonto y descuidado, Dorila había recibido una educación pésima, ó mejor dicho, no tenía ninguna; así fué que cuando la edad la permitió fijarse en su ignorancia, ella misma pidió ingresar en el colegio francés para adquirir los conocimientos indispensables á una joven de su clase. Dorila tenía una inteligencia superior, gracia y distinción nativas, y carácter altanero y dominador, como acostumbrada á hacer siempre su omnímoda voluntad. Su padre se doblegaba á todos sus caprichos, con tanto más motivo, por cuanto vivía espléndidamente, merced á la legítima materna de su hija, que constituía una gran fortuna. La señorita de Lebrín, como la llamaban en el colegio, siguiendo la costumbre francesa de nombrar por el título nobiliario de su casa, fué una niña mala, y desde joven prometía ser una mujer peligrosa. Sus salientes eran la obstinación y el rencor; no olvidaba nunca ni el más ligero agravio, y se valía de perseverante astucia para alcanzar el fin que se proponía.



Soledad pasaba también algunas fiestas en el cortijo de los Almendrales

Por esto desde que rayó en la adolescencia, su continua preocupación fué su primo el marqués de Criptana y se propuso como objetivo el casarse con él. ¿Por qué medios? No los sabía; pero cada vez que oía decir que su primo se arruinaba rápidamente, creía ella más realizable su esperanza.

Tal era Dorila: apasionada, tenaz y calculadora á la edad en que otras jóvenes sólo piensan en galas y frivolidades. Y este desarrollo moral se revelaba en su parte física: era alta, rubia, con formas y encarnación de matrona, con la nariz un tanto prolongada por la precocidad del pensamiento, con el labio inferior sensualmente caído, con seno de mujer y con ojos provocativos de un azul acerado.

Resultaba hermosa, elegante, casi imponente, y por lo tanto poco juvenil: representaba algunos años más de los que tenía.

Pronto se hizo dueña del colegio. Aprendía sin esfuerzo cuanto se proponía. Hacía sentir sin afectación la superioridad de su clase y de su inteligencia: hasta la directora, Mme. Ranseau, que era mujer nada vulgar, sufrió aquella influencia dominadora. Porque Dorila dominaba y atraía á la vez, por su natural gracejo y por la insinuante expresión de su palabra fácil y llena de brillantes locuciones.

Soledad fué la primera en sentir y admirar la superioridad de su nueva amiga, y con la ingenua expansión, que era la base de su carácter, agradecíale la preferencia que parecía demostrarla. La joven aristócrata había elevado á su nivel á la niña campesina, y esto era más que suficiente para ganarse aquel corazón fino y delicado.

Dorila no sólo atraía, sino que fascinaba á Soledad, que desde un principio se sometió gustosa á aquella fascinación que tan fatal había de serle en lo sucesivo.

La señorita de Lebrín pasaba todos los días festivos fuera del colegio. Por la mañana venían á buscarla en un carruaje blasonado y resplandeciente su padre el conde de Lebrín ó bien una antigua ama de llaves que habíala servido de aya. Un día Dorila pidió permiso á la directora para llevarse á Soledad, pero Mme. Ranseau le dijo en tono que no admitía réplica:

—Perdone usted, señorita, tengo órdenes terminantes: Soledad no puede salir del colegio más que con sus padres ó conmigo.

La señorita de Lebrín, los días que salía, volvía á la pensión por la noche: sólo en dos ó tres ocasiones se quedó fuera. Soledad pasaba también algunas fiestas en el cortijo de los Almendrales, y al día siguiente á estas salidas ambas amigas se comunicaban sus impresiones. La niña cortijera tenía poco que contar; Dorila, en cambio, se despachaba á su gusto, como suele decirse, y entretenía y admiraba á Soledad con el animado relato del empleo de su tiempo fuera del colegio. Había hecho visitas, ó paseado en carruaje por las Delicias, ó asistido á una carrera de caballos, cacería de liebres ó *matinée* en el casino, y describía todas estas cosas con frase gráfica y viva. Soledad la oía embelesada, abriendo nuevos horizontes á su imaginación y á sus deseos.

Alguna que otra vez Dorila hablaba de su primo el marqués de Criptana, poniéndole como tipo del cumplido caballero. Su amiga la oía en silencio, y por pudor inconsciente, nunca refirió sus dos primeros encuentros con el marqués. Dorila, que era sagaz, notó la frialdad de aquélla hacia su protector, pero achacóla al infantil carácter de Soledad.

Transcurrieron tres años. La niña cortijera, que iba á cumplir los diez y seis, habíase transformado en una perfecta señorita. Nada le faltaba: sabía todo cuanto se enseñaba en el colegio, y con el roce de Mme. Ranseau, que era una mujer verdaderamente distinguida, y de Dorila, modelo de elegancia, había adquirido todas las filigranas necesarias á una joven fina. Un año antes Dorila, que ya tenía diez y ocho años, había dejado la pensión francesa, pero venía con frecuencia á ver á Soledad y á la directora.

Pedro el cortijero y su mujer Juana de Dios comprendían que ya era tiempo de sacar á su hija del colegio; pero como ésta se hallaba á gusto en él, lo iban demorando hasta tener noticias del marqués, cuyo apoderado pagaba puntualmente los trimestres de la pensión.

Un día Dorila fué á ver á Soledad, y le dijo con vehemencia:

—¡Gran noticia!

—¿Cuál?, preguntó Soledad, sorprendida del tono de su amiga.

—Mi primo está en Andalucía.

—¿El señor marqués de Criptana?

—Sí, yo no le he visto. No se ha detenido en Sevilla, ha ido directamente á Jerez á ver á nuestro tío.

XVI

En efecto, después de cerca de seis años de ausencia, en el de 1859 el marqués de Criptana regresó del extranjero, detúvose dos días en Madrid, y sin pararse en Sevilla se presentó en Jerez en casa de su tío D. José Lozano y Ponce, que aún se conservaba bien, á pesar de su avanzada edad. Sólo en el volumen había variado: de sumamente delgado habíase transformado en extremadamente grueso, lo cual obligábale á hacer una vida muy sedentaria. Recibió á su sobrino con los brazos abiertos, y se le quedó mirando con atención.

—¡Caramba, Joaquín, le dijo, no pasa día por ti! ¿Has encontrado el elixir de la eterna juventud?

—¡Ah, tío, esto no es más que fachada! Por dentro me siento algo averiado. Además no me has mirado bien, ya tengo canas, y no pocas.

Con efecto, en la cabeza y sienes del marqués se notaban algunos hilos plateados. Por lo demás seguía siendo el guapo y elegante caballero de siempre.

—¿Qué años tienes?, le preguntó su tío.

—Voy á cumplir treinta y seis, contestó el marqués exhalando un suspiro de broma.

—No son muchos que digamos, pero ya debías pensar en recogerte algo.

—No tengo que pensarlo, la fortuna se ha encargado de ello: estoy cogido, recogido y achuchado en las tablas.

—Ya lo supongo, cuando te veo por estas latitudes. ¿Liquidaste?

—Casi por completo. Me quedan mil quinientas pesetas de renta de un cortijo en Córdoba que me reservo para morir en él, como mi madre.

(Continuará)

Pelando la pava, cuadro de Juan García Ramos

PELAR LA PAVA

A los veinte años estar al pie de una reja es la suprema de las dichas. El que no ha pasado en Andalucía una noche de claro en claro cerca de alguna Dulcinea de negras trenzas y de seno cubierto con pañuelo de espuma, ni sabe lo que es querer ni lo que son flores, como dicen en la tierra de María Santísima.

Las noches de mayo y junio, claras hasta el extremo de poder leer á la luz de la luna las rimas de Bécquer en ediciones *diamante* – si las hubiera, – parecen hechas á propósito para *pelar la pava*. Los andaluces no le dejan ni una pluma en el mes de las flores ni en los demás meses del año: por eso suele durar la operación hasta que apunta el alba.

Todos saben lo que se llama en el Mediodía de España *pelar la pava:* es hablar á solas con una mujer en la reja, y aunque jamás parezcan el ave ni los despojos, es el caso que esta empresa tiene cuatro bemoles, y para el profano dificultades de gran cuenta. La primera y principal consiste en tomar posesión de la tierra prometida, ó lo que es lo mismo, de la calle en que habita nuestro adorado tormento. Hay que clavar, como Colón, el estandarte en los linderos del Nuevo Mundo; llevar, como Núñez de Balboa, el agua al cuello y blandir la espada en señal de dominio; levantar cruzada contra las lenguas de las comadres del barrio, como Pedro el Ermitaño, y quemar las naves, como Hernán Cortés, cuando hay rivales en la acera de enfrente.

Cumplidas estas primeras pruebas materiales de iniciación, comienzan las pruebas de orden moral, que son á veces más terribles y dificultosas; porque en efecto, ¿cómo comprender que un amante permanezca horas enteras al lado de su amada, en las soledades de la reja, sin tocar una sola hebra de sus trenzas ni un solo dedo de su mano?

Tal es la prueba suprema. La luna penetrando por los resquicios de la celosía color de esperanza, deja caer atrevidamente sus rayos sobre un cuello de cisne ó sobre una frente nacarada; ¡pícara luna, que así puede entrar y salir en el paraíso! El novio que *pela la pava*, ó lo que es lo mismo, que suele poner de *ropa de pascua* á la luna y á las estrellas, bebe, absorbe, aspira los efluvios de aquel tesoro vivo cuyas piezas de plata cuenta sólo en el pensamiento y siente sólo el frío contacto de los hierros de la ventana al separar el embozo de las cejas.

Hay novios que no hablan, que se entretienen en deshojar flores, ensartar agujas ó hacer pajaritas de papel; éstos, y los que hablan del tiempo, de la música y de los sermones de tres horas, son los que en realidad tienen conversaciones más interesantes con el alma y con los ojos.

Los interlocutores se distraen frecuentemente; entonces es cuando pelan la pava con todas las reglas del arte. Para ello hay que enlazar las manos de los operadores, según el testimonio de un Ovidio andaluz á quien procuro seguir en estos detalles. *Su mano entre las mías*, etc., dijo un poeta refiriéndose á esas conversaciones sin palabras que tan profunda huella dejan en la memoria.

¡La reja, ah, la reja! El pincel puede emplearse en ella cumplidamente. Una graciosa cabeza de mujer que asoma entre los hierros pintados de verde; un torso envuelto en los airosos pliegues de una capa; el tiesto de flores del tiempo que esparce sus suaves aromas; la hiedra que trepa hasta el dintel dejando en las maderas festones de sombras; el humo del cigarro, y en fin, la chispa de fuego que brilla en la penumbra, como para dar á conocer que no hay humo sin fuego ni amores sin humo, forman ese misterioso cuadro de tinieblas y luz que sólo puede copiarse en Andalucía cuando la tarde cae y se pela la pava.

Basta contemplar una de esas ventanas, remedo del morisco mucharabieh, cuyas discretas celosías y cruzados hierros están acariciados por rosales y plantas trepadoras, para adivinar que son aras consagradas al Amor, altares en que se sacrifican á veces blancas palomas.

Ante ellas suele desarrollarse el drama de los celos y lucir en ocasiones esa arma terrible que usa el andaluz y que hiere con la celeridad del rayo: la navaja.

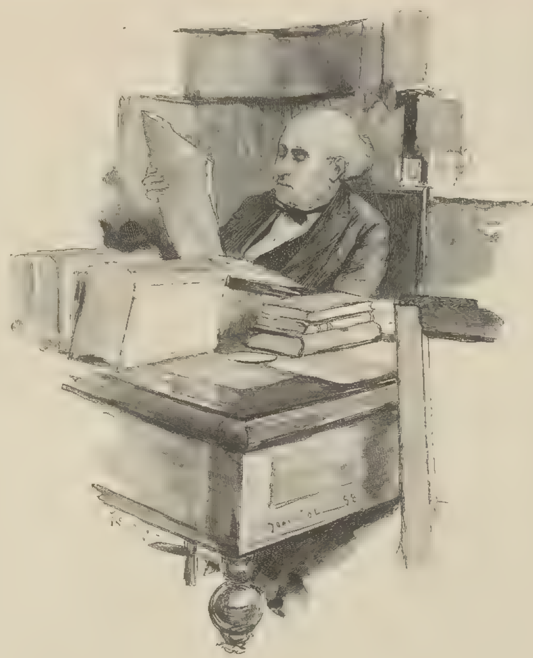
La impresión que causa en nosotros una reja desierta en la cual hubiéramos visto transcurrir esas horas rápidas que el amor anima y abrillanta, es semejante á la que experimentaría el esposo al contemplar la alcoba abandonada y la madre al mirar la cuna vacía. Hay siempre en ellas cifras y notas imperceptibles para el profano, pero vivas y palpitantes para el que recuerda; sombras queridas vienen siempre á apoyarse en los hierros ó á reclinarse tras las persianas ó los tiestos de flores. – B. M.

JULIO SIMÓN

Aunque no siempre la laboriosidad y la honradez obtienen en la vida social su justa compensación ó recompensa, no por eso dejan de existir ejemplos que pueden servirnos de emulación para amoldar á esas dos esenciales cualidades los actos todos de nuestra existencia.

Tales debieron ser indudablemente los lemas que en su imaginación concibió y alimentó Julio Simón al comenzar su carrera en 1838 como modesto profesor normal, precisamente en la misma Escuela en donde ingresó como alumno cinco años antes. A partir de aquella fecha ha sido la vida del ilustre estadista, del sabio filósofo y del pulcro escritor una no interrumpida serie de triunfos, una continuada sucesión de honores, que guarda relación con su consecuente apego á los ideales político-sociales que sustentara desde sus juveniles años, con su laboriosidad y con el respeto y consideración que mereció de sus conciudadanos. Fué todo lo que podía ser: todo á lo que puede aspirar quien alimenta nobles ambiciones. Profesor, conferenciante, catedrático en la Sorbona, publicista, diputado, senador, ministro, académico. De ahí que su vida se halle tan íntimamente ligada con los acontecimientos desarrollados en la vecina nación durante gran parte de este siglo, en los que fué actor y testigo, elevándose unas veces hasta los más altos puestos ó descendiendo de ellos para confundirse en la masa común. Vencedor ó vencido, saboreando las delicias del triunfo ó las amarguras de la desgracia, desarrollando sus ideas político-sociales en la tribuna ó velando su alcance en el periódico ó en el libro, pero convertido siempre en apóstol, siempre alentado por iguales propósitos, que se confundían en sentimientos tan nobles cual lo son el amor á la patria y á cuanto pueda honrarla y engrandecerla.

Nacido en Lorient en 1814, empezó en Vannes sus primeros estudios, que continuó después en su ciudad natal, bajo la dirección del célebre Cousín, de quien llegó á ser suplente en su cátedra de Filosofía.



JULIO SIMÓN, de la Academia Francesa

Elegido diputado en 1848, dióse á conocer ya como notable orador y discretísimo periodista, iniciando el programa que había de ser la síntesis de su vida política. Redactor del *National*, Consejero de Estado, catedrático de Filosofía, en todos los cargos que desempeñó dióse á conocer siempre como amante de las libertades de su país, ya colocándose frente á frente del fogoso Montalembert, combatiendo el golpe de Estado de diciembre y la política del imperio, cuyos esfuerzos le condujeron á la pérdida de su cátedra de la Sorbona.

No por ello se amilanó Julio Simón. Antes al contrario; imposibilitado de exponer sus ideas en la cátedra ó en la tribuna, transfiriólas al libro, publicando una serie de obras que le acreditaron como escritor notable y eximio publicista.

Otra vez, en 1863, el voto popular condújole al Parlamento, donde su elocuente palabra supo hallar conceptos admirables para defender todas las libertades unido á Thiers, Julio Faura y Picard, siendo uno de los que con más energía se opuso el 15 de julio de 1870 á la fatal declaración de guerra que tantas desgracias había de producir á la vecina nación. El 4 de septiembre entró á formar parte del gobierno de la Defensa Nacional, desempeñando después el ministerio de Instrucción pública, durante cuya gestión planteáronse útiles reformas, sin que por ello dejara de tomar activa parte en la discusión política del país. Difícil sería reseñar, siquiera fuese someramente, los hechos en que tanto se distinguió, ya como ministro, ya como diputado y aun como presidente del Consejo: baste consignar que en todos los acontecimientos manifestóse lo que había sido siempre; esto es, sincero y honrado.

En 1875 ingresó en la Academia Francesa, desempeñando desde 1863 el cargo de Secretario perpetuo de la Academia de Ciencias morales y políticas.

Discreto y concienzudo pensador, estadista sincero, erudito, estilista de primer orden, correcto orador, honradísimo ciudadano y amante esposo y cariñoso padre, formó parte Julio Simón de esa pléyade de hombres ilustres á quienes tanto debe Francia y que constituyen sus más preciadas glorias.

El mejor elogio que de él puede hacerse, consiste en consignar que después de haber ocupado los más altos puestos, de haber trabajado durante toda su vida, ha muerto pobre, legando á sus hijos un nombre honrado, un apellido ilustre, que Francia recordará con el respeto y consideración merecidos. – Ll.



Morfeo, estatua de Juan Solá y Vilabella

(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XV — Barcelona 22 de junio de 1896 — Núm. 756

Exposición de Bellas Artes e Industrias Artísticas en Barcelona



La tierra, cuadro de Laureano Barrau



Colecta para un herido, cuadro de Francisco Miralles



Hojas caídas, cuadro de Angelo dall Oca Bianca



SOBRE LA FIESTA NACIONAL

Hace días recibí de los Estados Unidos – de donde han solido enviarme cosas más halagüeñas – unos artículos que me dolieron lo mismo que si encerrasen alguna personal injuria. La injuriada, en los tales artículos, era España, y el pretexto para injuriarla, las corridas de toros.

Uno de los artículos viene firmado con un nombre de mujer, Mary F. Lowell, señora que, según del mismo impreso se deduce, forma parte de la *Liga* ó *Sociedad universal de templanza de las mujeres cristianas.* El artículo se titula nada menos que *La bárbara y cruel España*, ó *La enseñanza de la juventud española explica al verdugo Weyler;* y entre muchas y muy indignadas declamaciones contra la fiesta nacional, la señora Lowell intercala un párrafo donde dice que si bien los españoles son casi todos *analfabetos*, ó sea huérfanos de literatura, aún queda por aquí *sicut rari nantes*, alguna gente sabia – literatos, artistas, políticos – que se avergüenza de la presente situación; á éstos se dirige la autora. Supongo, ya que me envía el artículo, que me cuenta en el número de las personas que por lo menos saben leer y escribir, y temo que desmereceré en el concepto de la señora Lowell si, por ejemplo, describo sencillamente la corrida de Beneficencia...

No hay cosa tan enfadosa, en el terreno de la polémica, como discutir lo ya cien veces discutido, repitiendo argumentos que rodaron por todas las mesas de café, siquiera sea en respuesta á otros que están en igual caso. La tesis de la señora Lowell es tan vieja, vulgar y manida, como lo sería el artículo donde yo rebatiese á esta señora sacando á relucir y calificando como se merecen ciertas atroces costumbres de su patria (las innobles peleas de hombres con perros de presa ó de hombres con hombres, á puñetazos), ó recordando á la miembro de la Sociedad de templanza que aquí no necesitamos tales Sociedades, porque el vicio brutal de la embriaguez no domina á nuestra sobria raza. Ya que la señora Lowell lleva la cuenta de los que en España no saben leer, que lleve la de los *aguados*, y le mandaremos uno para enseñarlo allá por dinero. Quizás en aquellas tierras resulte un fenómeno tan estupendo como Rama-Sama ó el gigante aragonés.

Aunque le parezca mentira á la señora Lowell, el no saber leer ni escribir no pone ni quita á la barbarie *en las clases populares.* El cerebro se desarrolla – quién lo duda – con la lectura, pero es con la lectura *como estudio y fuente de conocimiento*, no como *ejercicio material* análogo á la máquina de contar de los chinos. Y en cambio, el alcohol ejerce siempre acción tan depresiva sobre el órgano del pensamiento é influye tan desastrosamente en la herencia intelectual, que los pueblos bebedores de agua tienen un 100 por 100 de probabilidades más de producir individuos superiores, disminuyendo á la vez el número de los locos y la criminalidad.

* * *

Nada más cómodo, en verdad, que filosofías históricas del género de la que gasta la señora Lowell. Juzgar á una gran nación, en conjunto y sin examen, por alguna de sus costumbres, tradiciones ó fiestas favoritas, es un método de sencillez primigenia, y un descanso para el meollo, que nunca estimaremos lo bastante. En la bonita zarzuela *Pan y toros* oye un viajante francés hablar de *los rubios* del *bicho*, y apunta en su cartera: «Todos los bichos ser rubios, y ser grandes como vacas.» Algo no menos cómico que la apuntación del francés es la aseveración de la señora Lowell de que, por las corridas de toros, nuestro pueblo se aficiona cada día más al asesinato.

Créame la señora Lowell, que habla de los toros como podría yo hablar del trato que se da en Norte América á los indios Sioux (acerca de los cuales he oído que son exterminados sin piedad): yo he asistido á bastantes corridas de toros, y ni á la entrada, ni durante la función, ni á la salida, he visto, no digo asesinatos, ni un mal navajazo siquiera. *Broncas* y *culebras* en los tendidos sí las hay, pero eso es la sal en el agua: duran un minuto y paran en risa – y ya casi ni eso va habiendo. – ¿Sabe la señora Lowell dónde con más frecuencia se cometen crímenes en España? A la salida de las tabernas; porque como jamás toda una nación practica determinada virtud, también aquí se conocen devotos de ese dios Baco, contra quien la señora Lowell ha creído necesario formar una *Liga universal de mujeres cristianas.* Por algo decimos que *sobrevino* una pendencia.

En esto pensaba yo al contemplar el animadísimo espectáculo que presentaba la plaza de Madrid el día de la corrida de Beneficencia, con tanto afán esperada y con tanto alborozo acogida por el público, deseoso de aplaudir á Rafael II, el torero de las filigranas y de las monerías. Vea la señora Lowell como ni es tan fiero el león, ni el espectáculo taurino tan bárbaro.

Si en esas luchas á mojicones y *morrás* que se gastan por la tierra de la señora Lowell, lo que aprecia el respetable senado es el rejo, el hercúleo vigor necesario para descuadernar una mandíbula ó abollar un cráneo de un golpe, en nuestros toros lo que se aplaude y jalea principalmente es la delicadeza, la habilidad, el arte, la agilidad y la gracia, unidas á la serenidad que puede conjurar y dominar el peligro.

En las riñas á puñetazos, el espectador grita *¡Hurrah!* cuando el hombre le salta un ojo al hombre; en los toros se aclama al torero con mayor entusiasmo cuando, arriesgando la propia vida, salva la ajena – muchas veces la del afortunado rival, quizás la del enemigo. – En esos momentos la fiesta nacional adquiere un carácter que no vacilo en calificar de noble é hidalgo. ¿Qué es ver á un hombre caído, inerme, á la fiera lanzándose contra él, despidiendo ardiente resoplido, bajando el testuz para embestir, y á otro hombre, vestido de seda y hecho un ascua de oro, tranquilo, sonriente, manejando con desembarazo la airosa capa, y de un solo jugueteo de ese trapo bonito, de ese débil escudo de tela, desviando al terrible animal, y salvando una existencia? ¿Pues qué, cuando para conseguir el mismo fin, para proteger al compañero que yace allí á merced del bruto irritado, el torero se agarra con ambas manos á la cola del toro, y le sujeta y clava al suelo, mientras el derribado se levanta y huye? Revuélvese la fiera mugiendo, queriendo desasirse; pero las vigorosas tenazas que lo sujetan no sueltan la presa, aunque ya el burlador busca la manera de salir, ligero y triunfante, dejando atónito al animal. El día de la corrida de Beneficencia, alguien recordó, en el palco que yo ocupaba, una proeza de *Guerrita.* Tuvo este diestro el refinado capricho de torear vestido de blanco, y el aristocrático empeño, que casi puede llamarse femenil, de sacar el traje sin una salpicadura de sangre, sin una mancha. Bien se comprende cuánta serenidad, qué valor frío supone tal cuidado, tal preocupación de coquetería y de limpieza, cuando el toro amenaza la vida y hay que evitar la horrenda caricia de sus agudos cuernos. Pues bien: *Guerrita* se vió aquel día en el caso de colear á un toro para impedir que fuese recogido y destrozado un picador. Y el traje, la rica chaquetilla blanca abrumada de pasamanos de plata, el fino calzón, la faja de seda, la pechera, todo salió cual la nieve, igual que al entrar el diestro en el redondel. No sé cómo le haría yo comprender á la señora Lowell que esto me parece, en vez de barbarie, helenismo.

* * *

Repito que el público español en ningún espectáculo es más intransigente con la barbarie que en la plaza de toros. Lejos de complacerse, como afecta creer la señora Lowell (la que trata de verdugos á nuestros generales), en el tormento de los caballos, protesta indignado si después de gravemente heridos, por *aprovecharlos* se les quiere volver á hacer entrar en lidia. Las picas profundas y que despedazan al toro, los pinchazos inútiles, exasperan violentamente á la multitud. Si admite todos los elementos dramáticos indispensables para la función, no quiere ver ninguna crueldad inútil, ninguna mortificación que no sea estrictamente impuesta por la naturaleza de la lidia.

Esto lo he observado mil veces. Los toreros que se arriesgan á tontas y á locas, creyendo sustituir la destreza con el valor ciego y temerario, reciben mil muestras de desagrado, insultos mezclados con advertencias.

Una de las condiciones en que el diestro *Guerrita* ha basado su celebridad, es la de poseer suficiente maestría para ejecutar todas las suertes del toreo, acompañadas de muchos adornos y perfiles delicadísimos, infundiendo en el ánimo del espectador la convicción de que no será cogido, de que burlará á la fiera. La alegría que infunde la presencia del maestro, á eso se debe en gran parte. Admiramos su destreza y no tememos un trágico episodio. Le vemos retozar con el toro, halagarle el morro con la mano, echarle puñados de arena, deslumbrarle con su hábil quiebro, arrodillarse y esperarle impávido, parearle con las de á cuarta..., y estamos tranquilos, porque creemos que no peligra una vida humana. Si fuésemos esos bárbaros sedientos de sangre, esa turba del *pollice verso* que pintan los amigos de nuestros enemigos de Cuba, estaríamos anhelando heridas y muertes, agonías y horrores... Aunque parezca paradoja, diré que aquí la gente sedienta de sangre son los adversarios de las corridas de toros (que no todos están en la América del Norte, pues en España hay infinitos). Estos creen que si cuantos toreros existen fuesen corneados de firme en un día, se acababa la fiesta... En efecto, el arbitrio parece seguro.

* * *

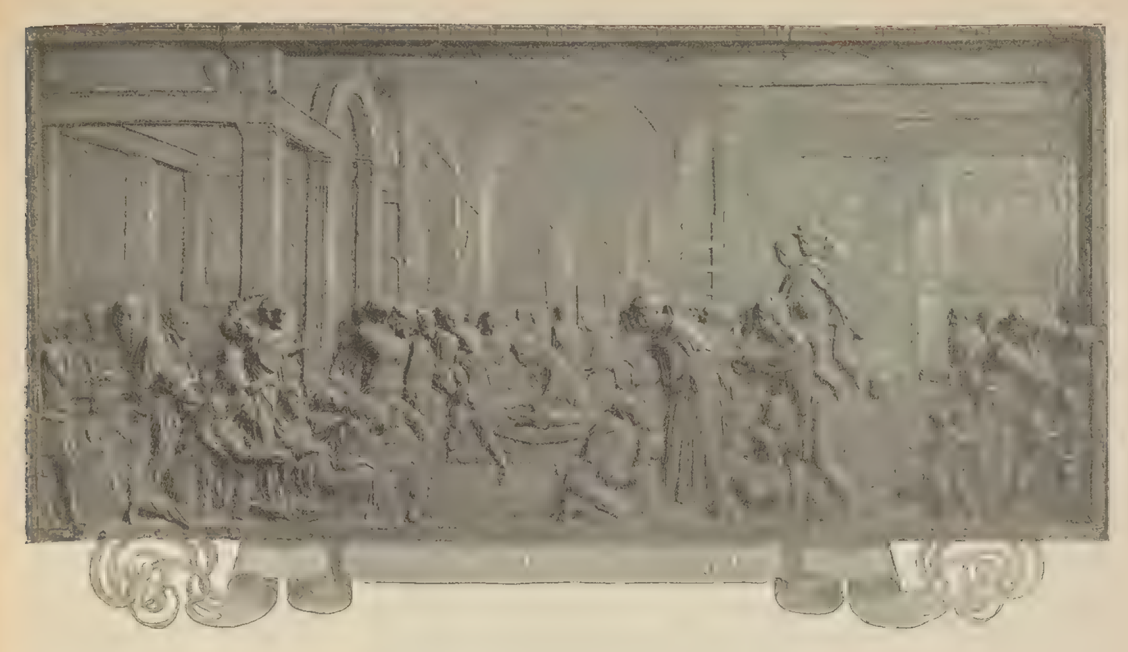
Magnífico golpe de vista el de la plaza el día de la corrida de Beneficencia. No cabía, como suele decirse, ni un alfiler. En las localidades de sol, los millares de abanicos redondos imitaban bandadas de gigantescas mariposas cautivas, que aletean por recobrar la libertad. Un palco, en pleno sol, protegido por un toldo, lucía tres soberbios mantones de Manila fastuosamente colgados de la baranda, el uno verde pálido con extravagante flora roja, el otro negro recamado de blanquísimos floripones, el otro blanco, con rosas de su color y grandes pajarracos verdes y azules; y estos espléndidos trapos de Oriente eran como el pregón de las buenas mozas que adornaban la delantera, peinadas de moño alto, cargada la cabeza de aromosos claveles, con todo el trapío y la bizarría de las chulas madrileñas. Aquel palco tentaba la paleta de un colorista. En la zona de sombra abundaba el género fino, lo más encopetado del señorío de la corte, las damiselas de mantilla blanca ó negra con peinetas y grupos de flor natural, los sombreros enormes y atrevidos, aureolados de nubes de tul, que es la gran moda de este año. A la barrera no se atrevieron á ir las aficionadas, aun cuando se anunció que irían.

La luz y el color, el ruido y la animación mágica de este espectáculo, que Teófilo Gautier calificó de uno de los más bellos que puede imaginarse el hombre, son realmente más para vistos que para descritos.

Uno de sus grandes atractivos, para mí, es que pase al aire libre. El teatro actual, cautivo en recintos cerrados (no lo entendían así los griegos), me agobia por lo impuro y viciado del ambiente. El sol, la brisa viva y juguetona, el ligero zumbar de los tendidos, el azul del cielo, tanto colorín, tan inmenso concurso, hacen de la fiesta de toros algo que no se parece á ninguna otra fiesta.

No fué esta corrida de Beneficencia, con todo su aparato, de las mejores: la inferioridad del ganado deslució á Rafael, y si el panorama de la plaza era soberbio, la lidia transcurrió lánguida y sin brío. Es imposible pronosticar, aun conociendo la procedencia de los toros y las condiciones de los lidiadores, lo que será una corrida. El azúcar y las claras, en punto, y el merengue, malo, se pudo decir en la de Beneficencia. Otra sorpresa: un diestro sin aureola, que no sé si por modestia lleva con diminutivo un nombre ilustre en los anales de la tauromaquia, fué el que cosechó palmas y laureles. Hablo de *Lagartijillo*, cuyas dos estocadas fueron las de la tarde. Al oirse aclamar, el torero bajó la cabeza, serio y confuso, y dió la vuelta á la barrera, más bien triste que regocijado.

Emilia Pardo Bazán



LOS MILAGROS DE SAN ANTONIO DE PADUA

23 de junio de 1446

Celebérrimos bajos relieves de la basílica de San Antonio, en Padua, ejecutados por Donatello

Con la estatua de David, conocida por el *Zuccone*, son estos bajos relieves de la basílica de San Antonio en Padua las obras de arte que como obras maestras de indiscutible mérito, así reconocido por el mundo artístico, produjo el precursor de Miguel Ángel.

Ya al ocuparme en otra *efeméride* del insigne escultor Donatello, hice un breve estudio del valor é importancia que en la estatuaria italiana, especialmente en la florentina, alcanzó la obra del autor de la efigie ecuestre de Gattamelata; mas á pesar de eso, creo oportuno en la ocasión presente completar en lo posible aquel somerísimo estudio, pues del conocimiento del rumbo del arte al finalizar el siglo XIV puede deducirse en parte el valor inmenso de la obra de Donatello y venir á la cuenta del por qué los bajos relieves de que voy á ocuparme en esta *efeméride* están considerados como obras inmortales.

* * *

Los hermanos Juan y Nicolás de Pisa, Ghiberti y Donatello son las cuatro personalidades más salientes que cuenta el Renacimiento entre sus precursores. Hasta ellos el arte pudo llamarse realmente cristiano, por cuanto la forma estaba supeditada al concepto que de la vida y su genuina expresión por medio de la interpretación de la naturaleza tenía el cristianismo, aun en países en los cuales la levadura pagana, como hace constar Taine hablando de Italia, se mostraba claramente en las costumbres y en las aficiones.

Los llamados *trecentisti* y *cuatrocentisti*, de los cuales tantas y tan buenas obras pictóricas y escultóricas existen en la patria de Dante (hablo tan sólo del arte en Italia), no habían columbrado la necesidad de aunar á los idealismos y exaltaciones espirituales, á la belleza del sujeto, la belleza de la forma, tomándola de la realidad. Así pues, en el último tercio del siglo XIV los papas apoyan á los Gozzoli, á los Pinturicchio, á otros más que sostienen la bandera del arte asceta, y por lo tanto hierático, sin movimiento alguno que indique la existencia de pasiones, de dolores, de nada que fuese otra cosa que la vida contemplativa; á su vez los Médicis otorgan decidida protección á los que como Massaccio, Mantegna, Ghiberti, Donatello y otros varios artistas, tratan de dar vida á las figuras, imprimiéndoles movimiento, copiando directamente del natural, inspirándose en la naturaleza.

Mas no fué inmediato el tránsito del hieratismo, de la absoluta sujeción de las manifestaciones pictóricas y escultóricas dentro del más puro idealismo cristiano, á la libertad en el modo de expresar el mismo sentimiento místico, ni ese tránsito dejó de padecer tampoco graves extravíos Todos sabemos que el beato fraile de Fiessole, el dulcísimo Fra Angélico, ponía mano en los pinceles cuando extenuado por las vigilias y las lecturas piadosas sufría aquellas alucinaciones que pueden considerarse como éxtasis, y en las cuales creía ver las imágenes vivas de la Virgen y de los ángeles: todos sabemos, porque el propio fraile artista lo relató con sencillez encantadora, cómo de buena fe creía que un ángel mientras él dormía, fatigado por no acertar á dar forma á la soñada cabeza de la Virgen, empuñaba el pincel y trazaba la faz de la Madre de Dios; y sabemos también que si estas figuras, las últimas que debía producir el arte cristiano en los últimos días de la Edad media, tienen tanto de ideales como están faltas de todo valor estético por lo que se refiere á la forma, en cambio Fra Filipo Lippi, lanzado por el camino del realismo, llegó hasta el materialismo, copiando exactamente las poco místicas cabezas de sus queridas para representar las de las Madonas que pintaba.

En este estado el arte, Donatello aparece como un justo medio, aun cuando rompiendo de frente con los prejuicios dogmáticos que cohibían en el artista todo movimiento de amor hacia la belleza de la materia.

Ayúdanle en el empeño realista Ghiberti y los hermanos de Pisa, llevando especialmente al bajo relieve la impresión directa de la realidad que les producía la naturaleza. Pero más grande que estos mismos colegas, Donatello estudia en los artistas paganos el modo de interpretar el natural, y más que eso el exquisito gusto y la sencillez con que lo interpretaban. Y al hacer tales estudios y al volver los ojos al hombre vivo, resuelve de plano una cuestión estética de primera magnitud, la de la independencia del arte escultórico, arte hasta él considerado tan sólo como decorativa del monumento arquitectónico.

* * *

Pertenecen los célebres relieves á que se refiere esta *efeméride* al último estilo del artista. Contaba éste cuando dió comienzo á dichos trabajos más de cincuenta años. Como digo más arriba, el 23 de junio de 1446 se puso á la obra de los relieves y pocos días después á la de las estatuas, destinadas también á la basílica de San Francisco de Asís y de San Luis.

Gran número de discípulos le ayudaban en tanta y tan varia labor, que modeló entera por su mano. Pagósele á razón de ochenta y cinco ducados de oro cada uno de los bajos relieves, en total ocho, y que forman la decorativa del altar mayor.

Entre los más notables cuéntanse los que representan los célebres milagros realizados por San Antonio resucitando á un niño y descubriendo lo que encerraba el corazón de un avaro. Para mí el más patético es el primero: Donatello hizo un cuadro escultórico, lleno de verdad, de realismo y admirablemente compuesto. Sabido es el motivo por que el *Santo*, como le llaman en Padua aún hoy, hizo el milagro de resucitar á un niño. Habíase cometido un asesinato, y primero la voz popular y después la misma justicia hubieron de creer que el padre del Santo era el matador. Sujeto á la tortura, y cuando en vista de que el presunto asesino seguía protestando de su inocencia iban á condenarle á muerte, Antonio propuso un testigo; y ese testigo era un niño, único que presenciara el asesinato. Tomaron los jueces como cosa de loco la proposición del santo fraile, pues el niño había fallecido ya Sin embargo, teniendo en cuenta el justísimo deseo de Antonio de salvar al autor de sus días y además las virtudes que le adornaban, accedieron los jueces á los deseos del fraile. Ante éstos y el pueblo de Padua en masa, que se agolpaba para presenciar tan extraño acontecimiento, el Santo de vuelve á la vida al infante, y conjurándole para que diga quién era el matador, con voz clara, que oyeron los testigos de aquel inaudito prodigio, relata el niño el hecho y dice el nombre del asesino. De este modo salvó el Santo de Padua la vida de su padre.

El otro bajo relieve representa á San Antonio, que había asistido á los últimos momentos de un famoso avaro, tratando en vano de conseguir de aquel hombre *in articulo mortis* lo que en vano tratara de conseguir en vida, que socorriera con largueza á los necesitados; representa, digo, á San Antonio enseñando al pueblo el corazón del muerto, convertido en una piedra. En ambas obras Donatello se muestra realista, hasta rayar en alguna parte con el naturalismo, mas imprimiendo á las figuras actitudes llenas de verdad y naturalidad y á los rostros expresiones tan justas de asombro, de curiosidad, de terror, que causan maravilla. Contrastando con éstos, en varios de los otros relieves se advierte la gracia, la delicadeza (sin apartarse de lo real nunca), con que sabía interpretar las escenas y las figuras infantiles. Conócense dichos bajos relieves por los de los *niños músicos*. ¿Quién no recuerda aquellos primorosos cuadros llenos de vida, de tanta vida y movimiento, que en fuerza de mirarlos llega á creerse que cantan y tocan los diminutos coristas y músicos? Ningún escultor logró, después de Donatello, alcanzar la *morbideza* que éste supo dar á aquellas cabecitas, en las cuales rebosan la alegría y la inocencia. Al presente los *niños cantores* de Donatello son copiados por estatuarios y artistas del pincel, siempre que quieren representar la infancia. El célebre escultor fué el único que supo encontrar en el rostro y en el cuerpo de los niños ese algo, mitad humano, mitad divino, que nos obliga á creer en los ángeles y á pensar en la humanidad.

R. Balsa de la Vega

EXPOSICIÓN

DE BELLAS ARTES É INDUSTRIAS ARTÍSTICAS DE BARCELONA

III

Si armónica resulta la sección de pintura de la actual Exposición de Bellas Artes por la relación que entre las obras expuestas se establece, no dejan éstas de ofrecer variados aspectos, cual acontece con todas las manifestaciones de la inteligencia, ya por el concepto que entrañan ó por las reglas y procedimientos á que se ajustan. Muestra de ello son las copias de las producciones que figuran en estas páginas, expresión de los ideales que sus autores persiguen, de las tendencias que informan sus creaciones y de las escuelas en que militan.

Dos lienzos, altamente recomendables, representan la escuela ruralista que en nuestra región tuvo por origen la escuela olotense, á la que dió vida y alientos el malogrado Vayreda. Nos referimos al cuadro de Juan Llimona *Volviendo del terruño* y al de Laureano Barrau titulado *La tierra*. Éste resulta quizás más humano que el primero, teniendo uno y otro como objetivo artístico la representación del trabajo, en su aspecto más rudo y penoso, aquel que más puede recordarnos la dura ley que nos impone la obligación de obtener, á costa del sudor de nuestra frente, las ventajas que nos reporta. Sin embargo, y en ello entendemos que estriba el concepto que se propusieron desarrollar los Sres. Barrau y Llimona, resultan ambas producciones así como la glorificación del deber cumplido, de la realización de un hecho que enaltece y eleva. Y así habrá ocurrido, pues no otra cosa demuestra el grupo del cuadro de Llimona, constituído por el anciano labrador y sus dos hijos, que apoyados unos en otros elevan su plegaria al Todopoderoso, al regresar al hogar después de penosa jornada. En esta obra, cual en todas las de Llimona, revélase el sentimiento, la delicadeza y la elevación de espíritu.

No es *La primavera* de Dionisio Baixeras una de sus más notables producciones, pero aun así es digna de su pincel y acredita su valía. En la primavera de la vida hállase la amorosa pareja, que tan inteligentemente observada ha sido por el pintor catalán, quien nos ofrece un precioso cuadro de costumbres de la gente de mar de nuestras costas.

¡La Novia!, de J. Miralles Darmanín, es un digno representante de la escuela española, pintado con inteligencia y acierto, y con toda la rica y brillante gama que se amasa en la paleta del discreto pintor valenciano, quien logra en este lienzo, cual en el *Taller de tapices*, que figura en nuestro Museo municipal, dar igual valor y verdad á las figuras que á los pormenores que en la composición se reproducen. En igual caso hállase *La primavera de la vida*, de Alfredo Souto, en el que todo merece aplauso, ya que resulta tan admirablemente pintada la figura de la garrida aldeana, como el paisaje que le sirve de escenario y fondo.

Verdadero esfuerzo, admirable resultado, es el que representa *El retrato de mi mujer*, obra de José Villegas, quien ha tratado de vencer las dificultades que había de ofrecerle pintar un retrato cuya figura ejecutada con tonos blancos, destacase sobre fondos también blancos. No en balde ha alcanzado Villegas fama de meritísimo y su nombre constituye una gloria del arte español contemporáneo.

En *Una melodía de Schubert* preséntase Francisco Masriera, como siempre, distinguido, elegante, agradable. No es posible lograr mayor fidelidad que la alcanzada en la reproducción de las telas de los vestidos de las aristocráticas damas que reunidas en rico salón deléitanse oyendo ejecutar en el piano una composición del inspirado maestro. Todo en el lienzo del Sr. Masriera resulta bello, y tal había de ser, pues de lo contrario hubiera renunciado á su reconocido buen gusto y á sus indiscutibles cualidades de habilísimo colorista.

La colecta para un herido, de Francisco Miralles, revela un noble propósito, merecedor de encomio, cual es, sin renunciar á la elegancia de la factura y á la riqueza de las entonaciones por él empleadas, la representación de una escena popular, en la que honrados obreros tratan de remediar las desgracias que afligen á un compañero.

Altamente sugestivo es el cuadro del distinguido pintor italiano Angelo dall' Oca Bianca. Sus *Hojas caídas* impresionan de modo intenso, pues no cabe mayor acierto en la exposición de un asunto asaz difícil, cual es la representación de un conjunto de dramas de la vida real, ya que no otra cosa significan los grupos de ancianos asilados, por entre los que atraviesa, entregada tal vez á sus recuerdos, la bella y sentida figura de la hermana de la Caridad. Todo guarda inteligente relación en el cuadro del pintor paduano. La tonalidad, entera y vigorosa, un tanto rojiza, armoniza y contribuye á explicar la idea. Es, á nuestro juicio, así por el concepto que entraña como por su hábil ejecución, la obra magistral del concurso.



Primavera de la vida, cuadro de Alfredo Souto
(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

La preciosa rubita de Feliu D'Lemus es descendiente directa de la *Mary* que figuró en la anterior Exposición, y como aquélla, pregona las envidiables aptitudes de este joven pintor, á quien cabe ya la gloria de haber alcanzado señalados triunfos en la capital de la vecina nación.

El proyecto ó modelo de vidriera en colores representando *La jura de los fueros de Guipúzcoa por Alfonso VIII*, propiedad de la Diputación de aquella provincia, atestigua las variadas disposiciones del pintor José Echena, que á pesar de vivir hace años en extranjero suelo, dedica á su patria los productos de su ingenio, tratando con seriedad asuntos de carácter histórico de la tierra española.

El grupo escultórico *La edad de piedra*, de José Campeny, ha de estimarse como galana muestra de su adelanto. La actitud del hombre primitivo luchando á brazo partido con el oso, es muy acertada, expresa el esfuerzo muscular y la violencia, resultando el modelado amplio, justo y preciso.

De opuesto carácter es la sentida estatua de Manuel Garnelo, titulada *¿Volverá?*, cuya ejecución, verdaderamente recomendable, realizada con grandiosidad y amplitud, nos da á conocer las cualidades que atesora el novel escultor, á quien el porvenir reserva iguales recompensas que á su hermano José, el laureado autor del lienzo *La madre de los Gracos*.

La leona con sus cachorros, de Agapito Vallmitjana Abarca, es una nueva y feliz producción, que unida á las anteriores, justifica los reconocidos méritos de este artista, que tanto ha logrado distinguirse en el especial género á que se ha dedicado. Vivo está todavía el recuerdo de algunas de sus obras, que, como *El cazador de leones*, tanto llamaron la atención de los inteligentes. En todas se ha presentado vigoroso y elegante, cual si las saludables enseñanzas de su padre y maestro se confundieran con las modernas corrientes y conceptos que informan todas las creaciones.

Al publicar en los sucesivos números nuevas reproducciones de obras que en la Exposición figuran, emitiremos el juicio que cada una de ellas nos ha merecido.

A. GARCÍA LLANSÓ

D. GASPAR DE YELVES

TRADICIÓN SEVILLANA

I

En la esquina de la calle del Alfaqueque, frontera á los altos muros de la iglesia parroquial de San Vicente, hubo en Sevilla, en los últimos años ya del siglo décimoséptimo, un grande y destartalado caserón con honores de señorial palacio, cuyas puertas, siempre cerradas, delataban á tiro de ballesta la soledad y el misterio de sus habitadores, que á la sazón, ó sea en el curso del año de 1705, no eran á juicio de los vecinos de la calle más que duendes, trasgos y vestiglos, por cuya causa todo transeunte al pasar frente á ella santiguábase y apretaba el paso, temeroso de ser víctima de las asechanzas de sus endiablados moradores, que constantemente tenían en jaque á los demás de la calle, ya por los espeluznantes ruidos que en medio de la noche se producían dentro de sus muros, como crujir de cadenas, ayes angustiosos, rechinamientos extraños, ó bien siniestros estrépitos, como si techumbres enteras se desplomasen, ó á los sordos golpes de picos y palanquetas se derrumbaran arquerías, ó viniesen por tierra sus robustos muros interiores. Y tanto más ciertos parecían estos efectos, cuanto que al sentirse los espantosos ruidos, el edificio aparecía durante algún tiempo envuelto en una densa nube de polvo, que escapaba por los intersticios de las desvencijadas puertas y ventanas, por los tragaluces de los zaquizamíes y por cuantos respiraderos tenía aquella fatídica morada. Quiénes decían que ciertas almas en pena purgaban allí sus culpas, condenadas á derribar por la noche lo que durante el día construían; afirmábase por otros que los duendes, espíritus *trasteadores* de condición, según afirma el P. fray Juan de Fuente la Peña, se solazaban derribando muebles y haciéndolos trizas, para lo cual, después de subirlos á las azoteas, desde ellas los arrojaban al jardín, donde en confuso montón iban hacinando bufetes y cornucopias, armarios y sillerías, tapices y colgaduras, vajillas, armas, ropas y cuanto hallaban á las manos, con todo lo cual formaban una gran hoguera y á su rededor bailaban chaconas y zarabandas aquellos malditos huéspedes.

Durante algunas, si bien cortas, temporadas, no se oían los estrépitos, sucediéndose el más profundo silencio, y entonces no faltó quien asegurase que á través de los pocos vidrios que quedaban en las ventanas había visto cruzar una forma blanca, como de mujer, envuelta en amplio ropaje, que cruzaba vertiginosamente y corría desalentada por aquellos grandes salones.

Tantas fueron las instancias de los vecinos, que la justicia vióse obligada á tomar cartas en el asunto, y su merced el señor alcalde mayor D. Juan Fernández de Aldegüela con algunos alguaciles de los *Veinte*, penetraron un día resueltos á todo en la misteriosa casa, y registrándola de alto á bajo hasta en sus más escondidos aposentos, nada hallaron que demostrase la exactitud de las versiones de los vecinos, ni tampoco tropezaron con cosa que les indicase las causas de aquellos espantos.

Por doquiera veíanse las señales del abandono, las



Retrato de mi mujer, cuadro de J. Villegas



La jura de los fueros por Alfonso VIII,

proyecto ó modelo de vidriera en colores, por José Echena



Blondinette, cuadro de Manuel Feliu D' Lemus

telarañas formaban grandes pabellones en los ángulos de las cámaras ó pendían de los ricos artesonados de los techos, el polvo obscurecía las yeserías de rocalla, adornos de cornisas y sobrehuecos; los cernícalos y murciélagos anidaban á su sabor en las alacenas, y los ratones y alimañas andaban por todas partes, como únicos señores del abandonado caserón. Dieron por terminada la visita, y cerradas y selladas las puertas, marcháronse todos satisfechos de su valor y bizarría.

Podrá suponerse que después de la anterior diligencia todo quedó tranquilo; mas no fué así, porque los malos espíritus, obstinados en no dejar en paz á los vecinos, produjeron desde entonces mayores espantos y diabluras que atemorizaban á los más valientes. Sobre el entablamento de la portada, sostenido por robustas columnas, corría un gran balcón, cuyo vano veíase rematado por un escudo envuelto en hojarascas y lambrequines, esculpido en el fondo de un frontón que figuraban sostener dos tenantes con sus mazas en las manos. Aseguraban muchos haber visto que por filo de la media noche abríanse silenciosamente las puertas del balcón, y por ellas salía un enjambre de pequeños seres, unos con forma humana y otros monstruosos, alados, de formas híbridas, viejecillos con luengas y blanquísimas barbas cubiertos con rojos y negros capuces, todos los cuales deslizábanse á lo largo de las cornisas ó corrían veloces por cima de las molduras, trepaban por los lambrequines del escudo, ó colocándose á horcajadas sobre los hombros de los tenantes, brincaban á las ventanas con singular agilidad, y desde ellas subían veloces por las aristas de la torre parroquial, y encaramándose hasta las campanas, asidos á los badajos, balanceábanse pendientes de ellos, formando con sus estridentes chillidos la más extraña algarabía. Vióseles otras veces andar por los tejados en forma de lúgubre comitiva, llevando ensartada en el extremo de una pica la cabeza de un ajusticiado.



¡La novia!.. ¡La novia!, cuadro de J. Miralles Darmanín

(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

Con tales relatos, fácil es de suponer que las casas inmediatas se despoblaron, que las mismas rondas esquivaban su paso por la calle, y que en ella y en las abandonadas viviendas crecían á su sabor enormes matas de jaramagos, ortigas y avena silvestre, dando un aspecto sombrío y tenebroso á aquella parte de la calle.

II

Por los años de 1695 regía el que fué poderoso cetro de España la menguada majestad de D. Carlos II, y en dicha fecha llegó á establecerse en Sevilla el capitán D. Gaspar de Yelves con su gentil y discreta esposa doña Antonia Fal-



Volviendo del terruño, cuadro de Juan Llimona
(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

cón, ambos de ilustre prosapia, corteses en extremo, en quienes emulaban la bizarría con la amenidad del trato. Frisaba él en los 55 y á su aspecto grave prestaban mayor respeto y consideración los honrosos antecedentes de que venía precedido; pues bien presto súpose en la ciudad que D. Gaspar trajo para el Asistente y para otros muy calificados sujetos cartas del cardenal Portocarrero, del duque de Montalto, privado del monarca, y de algunos magnates que gozaban de gran predicamento en la corte. Súpose también que tales muestras de aprecio las había conquistado por su valor en las campañas de Cataluña y los Países Bajos, especialmente en la desventurada, si bien heroica defensa de Mons, en cuya jornada recibió una herida de mosquete en la mejilla derecha, que á todos mostraba con el orgullo propio de un bravo y pundonoroso militar.

Uníanse á estas dotes otras muy excelentes que pronto atrajéronle el respeto y la consideración de sus convecinos, pues con gran largueza socorría á los menesterosos, y siempre viósele acudir con sus ducados á las necesidades del culto, dando muestras de su gran fervor y de su piedad. Asistía en el Santo Rosario, visitaba á los presos de las cárceles y con frecuencia se le encontraba acompañado de varones señaladísimos en virtud, de los señores Inquisidores, Padres de la Compañía y religiosos de las distintas órdenes. En cuanto á doña Antonia su esposa, gozaba de igual prestigio, y su talento y hermosura pronto le abrieron paso entre las damas de la más esclarecida nobleza, siendo su casa frecuentada por los linajes principales de Sevilla.

Una vez llegados á ella, adquirieron por compra la gran casa esquina á la calle del Alfaqueque, y al siguiente año celebráronse fiestas y saraos en aquellos salones, ataviados con gran riqueza, pero con la severidad acomodada al carácter de sus dueños. Paños de Utrecht y de Bruselas, espejos de Francia con revesadas rocallas y toda la balumba de hojarascas, según la moda á la sazón dominante en la corte transpirenaica; lujosos aparadores en que lucían las vajillas de plata trabajada á martillo; grandes lienzos, unos con retratos de sus antepasados de cuerpo entero, y otros con asuntos religiosos debidos á los pinceles de los más ilustres maestros españoles; armarios, bufetes y gavetas con ricas incrustaciones; colgaduras de damasco prensado, antiguos tapices de la Persia, arañas de cristal veneciano y otros mil objetos del mobiliario tan en boga entonces, trocaron bien pronto el frío aspecto de aquellas cámaras, convirtiéndolas en opulentas estancias, muy especialmente las noches destinadas á fiestas. Era de ver entonces cómo al resplandor de cientos de bujías y hachas de cera brillaban las sederías y terciopelos, las doradas molduras, la plata de los aparadores, el cristal de las arañas, riquezas que venían á servir de fondo á las más apuestas y gentiles damas ricamente ataviadas con sus mantillos de tela azul y plata, sayas enteras de felpas ó rasos de colores, bordadas de sedas de matices, ó bien con adornos de talco y puntadas de mil diversas formas: habíalas con vagueros de raso blanco, azules ó cabellados, de chamelote, con torzales rojos bordados, blancas valonas, aderezos y bandas de diamantes, tocados de lazos con randas y otros peregrinos adornos; mientras que los caballeros, vestidos de rasos y terciopelos, ostentaban sobre sus pechos, ya las bermejas ó verdes insignias de las órdenes de Calatrava, Alcántara ó Santiago, ya ricas cadenas de las que pendían veneras del Santo Oficio con traslúcidos esmaltes, ó ya por último deslumbrantes botonaduras de pedrerías, magníficas espadas, cuyas guarniciones, por la delicadeza de sus calados, emulaban con los finísimos encajes flamencos de sus cuellos y vuelillos.

Lacayos y servidores con suntuosas libreas, pajes y doncellas, preparaban las frutas, dulces, grajeas y aloja, que habían de servirse á los convidados, ó ya solícitos acudían á recoger los manteos de las damas y las capas de los caballeros, que sin cesar apeábanse de sus enormes carrozas en el portal de la casa, pues ya nadie recordaba en cuanto á aquéllas el acuerdo de la ciudad del año 1683 prohibiendo su uso, ni tampoco la doctrina del licenciado Luis Brochero, que dijo: «eran instrumentos de liviandades, y que servían para ofuscar la razón y la inteligencia, añadiendo que no convenía que los jueces y magistrados anduviesen siempre en coche, por ser vso indecente á los que profesaban las sciencias.»

No sería, pues, extraño haber visto en alguno de aquellos saraos grupos de tertuliantes, formados por sus señorías los señores marqueses de Vallehermoso, Asistente, y el de Villa Alegre; los condes de Casa Gadea y el de la Mejorada, Procurador Mayor de la ciudad, D. Jerónimo Ortiz de Sandoval, quienes departían con las señoras condesas de Valdeláguila y de la Moraleda y con dos muy discretas damas, ambas viudas, doña Ana Catalina de la Parra y doña Juana Teresa de la Peña, que lo eran respectivamente del Veinticuatro D. Diego Muñoz de Dueñas y del capitán D. Joseph de San Martín.

En tanto que los dos primeros personajes aventuraban juicios acerca de la campaña de Cataluña, cuya capital iba á ser sitiada por los franceses, y mientras enaltecían las prendas militares del virrey D. Francisco de Velasco y del conde de la Corzana, los demás contertulios complacíanse en recordar los rasgos de elocuencia de fray Alonso Martínez en su último sermón predicado en San Francisco, ó ya encubiertamente zaherían la conducta del entonces arzobispo de Sevilla D. Jaime de Palafox, que no obstante los mandatos pontificios resistíase á permitir la entrada de las danzas en la catedral, sin que de aquellas punzantes censuras se escapara la persona del cardenal Cassia, Nuncio á la sazón en España, pues según las últimas noticias, negaba haber recibido órdenes de Su Santidad en favor del Concejo sevillano, que con tanto empeño oponíase á los intentos del tenaz prelado. . . . .

Tal pudo ser, lector amigo, el animado conjunto que en los últimos años del siglo XVII ofreciera la morada de D. Gaspar de Yelves. Pocos años bastaron para cambiar su opulencia y esplendor por el abandono y la ruina que de ella llegó á enseñorearse, al punto que vimos en la primera parte de esta verídica historia.

III

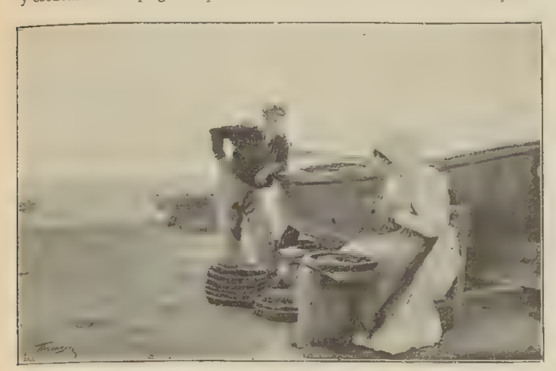
A la terminación del risueño valle del Lozoya, en un lugar agreste y sombrío, rodeado de montañas y dejando á las espaldas las amenas espesuras de San Ildefonso, llega el viajero fatigado á las puertas del que un día fué asilo de aus-



¿Volverá?, estatua de Manuel Garnelo y Alda
(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

teros monjes y padrón glorioso de nuestras artes, conocido con el título de Cartuja del Paular. Nada más melancólico que este paraje en que nuestro espíritu parece que se siente abrumado por el peso de la tristeza, en que el ambiente glacial que nos rodea penetra hasta el fondo de nuestras almas, y en el que la imponente soledad sólo es interrumpida por el monótono susurro de las hojas de las hayas y de los fresnos, por el chocar de las aguas de los torrentes en las negruzcas peñas que cubre aterciopelado musgo, por los graznidos de los buitres y de los cuervos, ó por la imponente salmodia de los monjes. Retiro en verdad para almas no templadas á lo humano, pero en el cual facilítase la comunicación de aquélla con su Dios, pues á no dudarlo, bajo las góticas arcadas del tem-

plo, á la medrosa luz de sus capillas, vagando entre los carcomidos y ornamentados sillares de los sepulcros, entre sus yacentes estatuas y sus ángeles orantes, y escuchando las plegarias que desde el tenebroso coro elevan los monjes á las



Primavera, cuadro de Dionisio Baixeras
(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

alturas, nos sentimos, por decirlo así, arrancados del mísero suelo y en alas de la fantasía volamos á lo infinito.

En una noche del mes de diciembre de 1698, entre los silbidos del huracán que desgajaba los árboles y de la lluvia que caía á torrentes, siete hombres, llevando del diestro sendas cabalgaduras, alumbrados por el fulgor de los relámpagos, que sin tregua se sucedían, bajaban uno en pos de otro por la falda de la Peñalara con rumbo al monasterio, envueltos en negras capas. Aquella siniestra comitiva marchaba silenciosamente, y sólo de vez en cuando escapábase de alguno una mal reprimida imprecación, un horrible voto ó blasfemia, bien al hallar ante su paso un imprevisto obstáculo, ó ya al sentir que sus pies resbalaban en dirección al precipicio. Caminando, pues, muy despacio, asidos á veces de las colas de los caballos, hicieron al fin alto al pie de los muros del monasterio, bajo el gran alero de la portería, y después de sacudir el agua que empapaba sus capas y los anchos fieltros con que se cubrían, oyóse una voz bronca diciendo:

– Por Barrabás, que de seguir así la noche, más temo al romadizo que he de coger, que á las justicias de Su Majestad.

– Mejor que mejor, dijo otro, que así andaremos más seguros.

– Vamos presto, murmuró un tercero, que los malos pasos deben andarse pronto.

– Adelante, pues, y que la suerte nos proteja.

Al oir este mandato de labios que para aquellas gentes debían ser autorizados, embozáronse de nuevo, y después de atar las cabalgaduras á una reja de la portería y deslizándose al pie de los muros de la capilla de los Reyes, llegaron hasta la hermosa portada que sirve de ingreso al gran patio: oyóse entonces extraño rechinamiento, y pocos instantes después el postigo cedía á la presión de las puntas de los puñales. El ruido incesante de la lluvia impedía que se escuchasen las pisadas de los siete hombres, que sin cuidarse del agua, atravesaron el patio, después otro interior y detuviéronse ante las puertas de la iglesia, cuyas hojas cedieron también á las de sus puñales; mientras tanto otros impacientes ó apocados dirigían su vista á lo alto de la portada, y fijándola en las severas estatuas de su archivolta y en el grupo escultural de la Virgen con el cadáver de Cristo en sus brazos, sentíanse atemorizados por el crimen, y á punto de retroceder cada vez que los relámpagos mostrábanles al pie del devoto grupo la frase: *Videte si est dolor sicut dolor meus.*

Oyóse de pronto girar el postigo, y ante sus espantados ojos mostróse la profunda obscuridad del templo, y allá lejanas, dos lucecillas, las de las lámparas que alumbraban el retablo mayor.

El mismo hombre que momentos antes había ordenado á los otros que se pusiesen en marcha, dijo con voz ronca y segura:

– A los que de vosotros falten alientos, quédense de espías; los valientes vénganse conmigo.

Y penetró resuelto, seguido de cinco de sus compañeros.

La medrosa obscuridad de las capillas, alumbradas tan sólo por las débiles luces de las lámparas que ardían ante los altares; las negras sombras con que en los muros se proyectaban los fantásticos ornatos de las verjas que las cerraban, con sus bichas, flameros y guirnaldas del estilo plateresco; las níveas masas de mármol y alabastro y la grandiosa del retablo mayor; el aleteo de las lechuzas, que sorprendidas cruzaban los ámbitos del templo; el vivo fulgor de los relámpagos, el horrísono aliento del huracán y el retumbar del trueno en las cóncavas arquerías, motivos más que suficientes eran para poner pavor al ánimo más esforzado. Y sin embargo, con paso firme cruzaron la iglesia y dirigiéronse á la sacristía, cuyas tacas, armarios y cajones abríanse como por ensalmo, y en poco tiempo formóse en el centro de la estancia confuso montón de objetos: cálices, viriles, incensarios, bandejas y aguamaniles, pectorales, cruces, arquetas, relicarios, el tesoro, en fin, que se empleaba en las más grandes solemnidades, fué hacinado por aquellos hombres en breves instantes, bastando otros muy cortos para que todo hubiese desaparecido bajo las amplias capas de los sacrílegos bandidos, que precipitadamente abandonaron el templo; pero al cruzar por el gran patio, sorprendiólos la luz de una linterna con la que venían alumbrándose el hermano campanero acompañado de otro religioso; los bandidos vacilaron por un momento, pero uno de ellos con acento marcadamente gallego dijo:

– No hay que dudar, hombre muerto no habla.

Si bien en un principio opúsose á él el que parecía capitán de la horda, pareció bien el consejo á todos, y una vez escondidos por parejas detrás de los pilares del claustro, en el acto de pasar los cenobitas, en un abrir y cerrar de ojos fueron sujetados por cuatro bandidos, que con sus puñales les arrancaron la vida.

Una vez en la portería, montaron en sus cabalgaduras y se perdieron entre las breñas de los montes vecinos.

Los crímenes que acababan de cometer en noche tan espantosa, tenían aterrorizada á la partida, y allá en el fondo de aquellos pervertidos corazones, los remordimientos de un lado y el temor á la justicia de otro hicieron enmudecer á los más; sin embargo, entre dos jinetes que llevaban la delantera de la partida cruzáronse estas frases:



Leona con sus cachorros, escultura de Agapito Vallmitjana Abarca
(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

– Ya lo ves, Zapata, cómo la empresa ha rematado.

– Sí, capitán, pero mucho temo que escandalizada la comarca no nos den tiempo las justicias para ponernos á salvo; por lo cual soy de opinión que antes de llegar á Torrelaguna cada cual tome un derrotero, escondamos el tesoro y cuando la tierra se tranquilice podremos aprovecharlo.

– Bien lo dije antes de emprender la jornada; no sé por qué presiento que esta será la última de las nuestras.

– Grande es el compromiso; pero en fin, no hay que desmayar, y antes que entreguemos el alma á Dios ó al diablo, trabajillo les mando á alguaciles y á cuadrilleros.

IV

Extraña animación notábase en el vecindario de Sevilla uno de los últimos días del mes de noviembre de 1698. De los barrios extremos afluía al centro de la ciudad por sus estrechas calles tropel de gentes de todas clases y condiciones, que con paso presuroso, anhelantes y con la inquietud y el desasosiego reflejado en sus rostros, íbanse acercando y tomando puestos, ora junto á la cárcel real, ora bajo los portales de la plaza de San Francisco, cuyos balcones todos veíanse preñados de espectadores hasta las mismas azoteas. Los pilluelos encaramándose por las



Una melodía de Schubert, cuadro de Francisco Masriera
(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)



ESCENA POPULAR VENECIANA, cuadro de G. Barisón



LA MAYA EN VALENCIA, cuadro de L. Alvarez

ventanas unos, y otros trepando á lo largo de las cornisas y sobre los pedestales de la Casa del Concejo, procurábanse sitio para presenciar el espectáculo que á las once de la mañana iba á verificarse, según de antemano habíase anunciado por pregones, y alrededor de los fatídicos tablados erigidos en el centro de la plaza, agolpábase inmensa muchedumbre, que no eran bastantes á contener ni las parejas de alguaciles *de los Veinte*, ni los soldados de la compañía del capitán D. Jaime Muñoz, hijo del Veinticuatro don Sancho.

Siete hombres iban á ser ajusticiados, y en todos los corrillos comentábase la construcción de los dos tablados, en uno de los cuales alzábase la horca, mientras que en el otro se veía una tosca silla de madera, y esta diferencia de suplicios excitaba las imaginaciones de la multitud, llevándolas á fantasear los más absurdos relatos.

Poco más de un mes había transcurrido desde que se supo en Sevilla la entrada de siete grandes delin-



Iglesia parroquial de la Granada, en Llerena

cuentes, ladrones en cuadrilla, sacrílegos y asesinos, que aprehendidos por las justicias, fueron albergados en la cárcel real, y si los cuadrilleros y corchetes cumplieron en esta ocasión como buenos, también la Audiencia sustanciando el proceso por trámites sumarísimos, y una vez que confesaron sus crímenes los delincuentes, fueron sentenciados los seis de ellos á la pena de horca, y uno, por su condición de caballero, á ser degollado, cuyo auto de muerte luego que se les notificó pasaron los reos todos á la capilla á ponerse bien con Dios para después morir como cristianos.

. . . .

A las doce próximamente del día á que nos referimos púsose en movimiento la fúnebre comitiva: abrían la marcha los hermanos de la Doctrina con ciriales y un Santo Cristo, cantando letanías; luego algunas parejas de alguaciles de la Real Audiencia y entre ellas el pregonero; después los reos con sus lobas amarillas, menos el capitán de ellos, que la traía negra, acompañados por sus respectivos confesores, los hermanos de la Caridad, el capellán de la cárcel D. Luis Velázquez de Ribera, los alcaldes mayores D. Juan Macías y Pedro Sacome de Linden, el escribano, el verdugo y por último algunos soldados.

Al llegar al retablo del Cristo de la Amargura, que aún hoy se ve en uno de los muros exteriores de la catedral, paráronse todos, y entonces el pregonero con voz estentórea gritó en medio del más profundo silencio: «Esta es la justicia que el Rey Nuestro Señor y su Real Audiencia mandan hacer en estos siete hombres por ladrones en cuadrilla, sacrílegos y asesinos. Quien tal hace que tal pague.»

Llegados á la plaza de San Francisco en compañía de dos religiosos dominicos, el criminal de la loba negra subió las gradas del cadalso y tras él un alguacil de la Real Audiencia, el escribano que había de dar fe de la ejecución y el verdugo de la ciudad Antonio López. Arrodillóse el delincuente, y después de haberse reconciliado con uno de los religiosos y recibida la absolución, sentóse en la silla y echóse hacia atrás por completo el capuz que durante su paso por las calles había casi ocultado su cabeza. En aquel momento alzóse un murmullo general de la compacta muchedumbre, el asombro y la sorpresa retratóse en todos los rostros, y sordamente repercutió por los ámbitos de la gran plaza este nombre: «¡D. Gaspar de Yelves!» Al mismo tiempo, éste sacó de su pecho una cruz, y el verdugo, después de atarle las manos y de vendarle los ojos, hundióle rápidamente y por tres veces el cuchillo en la garganta, mientras que en la plaza reinaba el más imponente silencio.

Poco tiempo después, pendían de la horca seis cadáveres, y en la noche de aquel día los transeuntes que acertaron á pasar por la casa de D. Gaspar de Yelves apartaban los ojos con espanto de la esquina que daba á la calle de San Vicente.

Clavada en una escarpia veíase resaltar en la obscuridad la rígida cabeza de aquél, en torno de la cual revoloteaban las lechuzas y los cernícalos de la torre vecina.

José Gestoso y Pérez

NUESTROS GRABADOS

Escena popular veneciana, cuadro de G. Barison. – Lienzo lleno de vida y de color en que el pintor veneciano ha fotografiado con el pincel, permítasenos la expresión, una de las populares escenas de la ciudad de las lagunas. Venecianos son los tipos de esas hermosas y robustas mujeres, una de las cuales contesta con donaire las bromas y cuchufletas que al paso les dirige el ocurrente frutero; venecianos son los caracteres físicos de los hombres; venecianas las frutas, las palomas que tanto abundan y tan respetadas son en su vida libre en la antigua capital de los dux; veneciano el ambiente... No es, pues, de extrañar que este cuadro haya llamado la atención por su vigor, por el acierto de la composición, por su entonación agradable, y que haya confirmado una vez más el crédito que ha sabido conquistarse su aventajado autor.

La Maya en Valencia, cuadro de Luis Alvarez. – Añeja costumbre ha sido en muchas provincias de España celebrar de un modo característico la fiesta de la Invención de la Santa Cruz. Si hoy esta fiesta, degenerada en sus manifestaciones, como otras tantas, ha quedado reducida á levantar en algún zaguán un simulacro de altar, cubierto de abigarrados adornos, en cuyo torno pululan los chiquillos presentando al transeunte platos ó bandejas para pedirle «un cuartito para la Cruz de Mayo,» tiempo atrás constituía una animada fiesta de barrio, en la que cada uno de éstos elegía su reina, fijándose, como puede presumirse, en la más bella y garrida y cuando era posible en la de familia más acomodada, para que con su hermosura, sus gracias y sus preseas ocupara dignamente el trono que junto al altar solía levantarse, mientras varias compañeras, no menos lindas que ella, solicitaban del transeunte alguna cantidad para engalanar el susodicho altar, de un modo tan insinuante y con tanto gracejo que no había medio de resistir á las postulantes. La elección de *Maya*, que tal era el nombre que se daba á la reina de la fiesta, era empeñada por la preeminencia que ésta ejercía durante ella. Tal es el asunto en que se ha inspirado el notable pintor D. Luis Alvarez para trazar ese cuadro tan español, tan ameno, tan impregnado de colorido local y tan bello, que cautiva, agrada y excita el aplauso de quien lo contempla.

La campana de Hix, cuadro de Santiago Rusiñol. – El cuadro que reproducimos corresponde á una de las fases ó evoluciones de la vida artística de este distinguido pintor catalán. En la época en que lo produjo, distinguíase por su propósito de identificarse con la realidad de la naturaleza, reproduciéndola en la tela á modo de potente objetivo de máquina fotográfica, con sus varios tonos, sus bellezas ó desencantos, copiando á la vez todos sus contrastes, si bien con marcada tendencia de hacer simpático lo vulgar y trivial, con la exactitud del colorido y la valiente espontaneidad de la ejecución. En aquel período produjo Rusiñol un buen número de obras altamente recomendables, que sirvieron para acreditarle como hábil pintor é inspirado artista. Al dar á conocer hoy á nuestros lectores *La campana de Hix*, aplaudimos al artista que á tanta altura logró entonces poner su nombre.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Ya ha emitido su fallo el Jurado de recompensas de la Exposición de Bellas Artes é Industrias artísticas abierta actualmente en Barcelona. En la imposibilidad de insertar aquí los nombres de todos los artistas que han obtenido algún premio, pues la lista es bastante larga, nos limitaremos á publicar los de aquellos que han sido recompensados con medallas de primera clase, comenzando por el

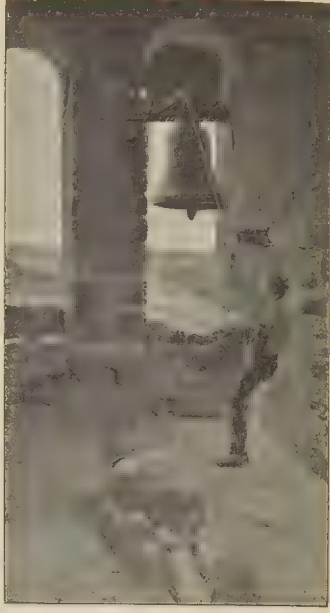
Premio de honor, concedido por unanimidad al escultor francés Alfred Boucher por el vaciado de su estatua *A la terre.*

Pintura, dibujo y grabado. – Francisco Rouband, de Munich, por su cuadro *Rendición de Schamyl;* Arcadio Mas y Fondevila, *Venite adoremus;* Gonzalo Bilbao, de Sevilla, *¡Triste antesala!;* Juan Llimona, *Volviendo del terruño* (véase el grabado que representa este cuadro); Hendrik Wilhem Mesdag, de Holanda, *Playa de Schweningue;* Hans von Barteli, de Munich, *Barcas pescadoras en el Zuiderzee;* Modesto Urgell, *Siempre lo mismo;* Joaquín Vancells, *Riera de Barata;* Eliseo Meifren, *Paisaje;* Enrique Simonet, de Málaga, *Flevit super illam;* Angelo dall'Oca Bianca, de Verona, *Hojas caídas* (véase el grabado); Franz Stuck, de Munich, *Fantasía;* José Villegas, de Roma, *La condena del dux Marino Faliero.*

Escultura. – Teófilo Barrau, de París, *Susana en el baño;* Guillermo Charlier, de Bruselas, *Inquietud maternal;* Manuel Fremiet, de París, *San Jorge.*

Arquitectura. – Cayetano Buigas, *Iglesia parroquial para Gironella;* Pablo Salvat, *Monumento-panteón de catalanes ilustres.*

Además han obtenido: en Pintura, el premio extraordinario de 500 pesetas ofrecido por S. A. la infanta doña Isabel, don Manuel Feliu D' Lemus por su cuadro *Blondinette* (véase el



La campana de Hix, cuadro de Santiago Rusiñol

grabado); el de 1500, ofrecido por los duques de Denia, D. Félix Mestres y Borrell, por sus cuadros *Iglesia interior* y *De entregar;* el de 1000, de la Academia provincial de Bellas Artes de Barcelona, D. José Pey, por su copia del cuadro *La Santísima Virgen y los Concelleres* del pintor Dalmau; el de 1250, de D. Alejandro Pons y Serra, D. Dionisio Baixeras, por su cuadro *Primavera* (véase el grabado), y el de 1000, de D. José Mansana, D. José Miralles Darmanín, por su lienzo *¡La Novia!* (véase el grabado).

En Escultura se ha otorgado el premio extraordinario de 1000 pesetas, ofrecido por el obispo de Vich, á D. Eusebio Arnau, por su obra *La Sagrada familia de Nazareth*, y el de 1000, de D. Manuel Girona, á D. Julio Martí y Solanas, por su obra *Junto al agua.*

Fotografía directa de la escritura. – En el Congreso de las Sociedades científicas que acaba de celebrarse en París, M. Colson ha dado á conocer una interesante propiedad de los papeles sensibles al cloruro y al bromuro de plata, á saber: que estos papeles, puestos en contacto con otra hoja de papel común escrita con tinta, pierden su sensibilidad en todos los puntos tocados por la tinta.

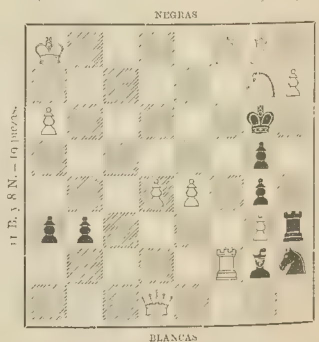
Esta insensibilización no es completa sino después de transcurridas cuarenta y ocho horas. Exponiendo el papel á la luz, se obtiene entonces un negativo que en seguida permanece inalterable, sin que sea menester tratarlo por el hiposulfito.

Las tintas ricas en materias muy oxigenadas son particularmente propias para la producción de este fenómeno.

AJEDREZ

Problema n.° 24, por Valentín Marín y Llovet

(Primera mención del octavo concurso del *Hackney Mercury*)



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 23, por M. López

Blancas.	Negras.
1. A 5 A R jaque	1. P toma A
2. D 6 R	2. C 7 A D
3. D 3 R jaque	3. C toma D
4. P toma C	4. P 5 A R
5. P 4 R	5. P 6 A R
6. P 3 R	6. P 7 A R mate.



Por la mañana venían á buscarla en un carruaje blasonado y resplandeciente

DOS ANÓNIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

– Pero que te quiten lo jaleado, dijo D. José riendo y golpeando en el hombro á su sobrino. Mira, muchacho, al pensar en tus viajes y locuras, algunas veces me he preguntado si no eras tú el gran sabio, y si nosotros los que acumulamos dinero, no somos más que imbéciles, administradores, más bien que dueños de nuestra fortuna.

– Pero tío, si unos no acumulasen, otros no podrían derrochar.

– Es verdad.

Luego, como haciendo un cómputo, prosiguió:

– Heredaste á los veinticinco años treinta mil duros de renta, de modo que en once años has consumido trece ó catorce millones.

– Justamente, contando con mis usureros y compradores.

– ¡Buen jaleo, Joaquín, buen jaleo! Y ahora ¿qué piensas hacer?

– Pues no hacer nada.

– Te quedan dos caminos.

– ¿Cuáles?

– Uno, aunque escabroso, el hacer un buen matrimonio...

– ¡Ah! ¿Por aquí se casan bien los pobres casi viejos?

– Exageras, hombre. A tu edad, con tus prendas personales y con tu título, esa maniobra no es tan dificultosa, y más estando yo al quite, añadió D. José, que era algo taurómaco.

– ¿Y el otro camino, tío?

– El que siempre has tenido abierto: el cuarto tan cuco, colgado de cretona y con vistas al jardín, que está siempre en mi casa preparado para ti, mis carruajes, mis caballos (aquí el marqués no pudo menos de sonreir) y una onza siempre á la mano para tus desahogos.

– Gracías, tío, ya veremos.

– Oye, Joaquín, dijo D. José, mirando cariñosamente á su sobrino. Yo podría darte gruesas cantidades para prolongar tus devaneos, porque me sobra el dinero; pero como el dar es como el rascar y el querer, sucedería que no muy tarde, como tú eres un pozo airón, nos encontraríamos tú y yo á la luna de Valencia.

– Es muy posible.

– Y caramba, yo pienso vivir todavía unos sesenta años más.

– Eso, tío, ya me parece un exceso, observó sonriendo el marqués.

– ¿Por qué? ¿No hay una negra, no recuerdo dónde, que tiene ciento veinte años? Pues siendo yo hombre y blanco, ¿qué mucho que me proponga vivir diez ó doce años más que ella?

– Ojalá sea así y nos entierres á todos.

– Pues bueno, ya lo sabes. Esto no quita que acudas á mí cuando lo necesites. ¿Tienes dinero?

– Algunos miles de reales que voy á liquidar en Sevilla, viendo á tío Ramón y á los amigos.

Al día siguiente el marqués se fué á Sevilla, y dedicó su primera visita á su tío el conde de Lebrín, que era el pariente mas próximo que tenía.

D. Ramón Cifuentes de la Vega, conde de Lebrín, era un tipo tonto, que pasaba de los sesenta años de edad, y que no pudiendo ya cometer calaveradas, recordaba continuamente y con fruición las que había hecho en su juventud. Según él, su vida había sido una orgía titánica de amores, huelgas, pendencias y otros excesos. En sus buenos tiempos había dado que hablar, y sólo la edad, la viudez y los deberes paternales consiguieron domar los ímpetus de su sangre. Esto es lo que él decía; pero la verdad era que el conde había sido un calavera de contrabando, que consumió su pingüe patrimonio en amoríos y francachelas de baja estofa, con compañías poco selectas y con mujeres que la más distinguida fué una partiquina de teatro. Tuvo la suerte de casarse con una señora rica y viuda, que le dominó por completo, y la de enviudar él á su vez, quedándole una hija á cuya legítima materna *no pudo hincar el diente*, según él mismo decía. Llevaba una vida faustosa, no con su renta, reducida á tres mil quinientos ó cuatro mil duros anuales, sino con la de su hija, que era considerable. Habitaba una hermosa casa solariega en la calle de Santa Ana, y se entretenía en ir al casino de la plaza del Duque, contar las estupendas calaveradas de su juventud y leer novelas.

En esta importante ocupación le sorprendió su sobrino el marqués de Criptana la mañana que fué á verle. Al oir el nombre del marqués, que le anunció un criado, el calavera retirado se levantó con viveza de la butaca en que estaba sentado, dejó sobre una mesa el libro en que leía, que era una novela de su autor predilecto, Paul de Kok, y salió apresurada-

mente al encuentro de su sobrino, que ya entraba en el gabinete.

Hubo un abrazo prolongado, con verdadero cariño por ambas partes, porque ambos á dos se querían mucho, quizá por la ley de los contrastes. El conde, especialmente, estaba hechizado y no se cansaba de mirar á su sobrino, á quien admiraba como los enanos al gigante.

Después de las primeras preguntas referentes á la familia, el conde, que como todos los débiles de pensamiento, atropellaba las ideas, preguntó á su sobrino:

– Y bien, Joaquín, ¿cómo me encuentras?, ¿de dónde vienes?, ¿piensas estar mucho tiempo en Andalucía?, ¿has visto á tu tío Pepe?, ¿qué te ha dicho?, ¿cómo diablos te compones para gastar y triunfar sin que se te acabe el dinero?

– ¡Caramba, tío, eso es una granizada de preguntas! Te pareces á un personaje de *El puñal del Godo*. Vamos por partes. Te encuentro muy bien, rejuvenecido...

– Es que ya me he aquietado.

– Algo antípoda de tío Pepe...

– ¿Por qué?, ¿porque él se ha puesto hecho un tonel y yo me voy acartonando?

– Señal de longevidad.

– Tal creo.

– Pues vengo de Madrid, y no sé el tiempo que permaneceré por estas tierras, porque eso ya no depende de mi voluntad. He visto á mi tío, á quien he encontrado tan campechano como siempre...

– Pero apoplético, ¿no te parece?

– Algo hay de eso..., come cada vez más. Sin embargo, él piensa, y ¡Dios quiera que así sea!, vivir ciento treinta ó cuarenta años. En lo tocante á que no se me acaba el dinero, por fin he conseguido realizar ese milagro, porque no puede acabarse lo que no existe.

– ¿Cómo?

– Tío, *¡consummatum est!*, dijo el marqués echando una bendición.

– ¿Arruinado?

– Como las ruinas de Itálica.

– ¡Ah, Joaquín, te reconozco, tienes mi sangre, eres todo un caballero!, exclamó el conde de Lebrín, incorporándose en su asiento y abrazando á su sobrino.

– ¿Caballero porque me he arruinado?

– ¡Pues claro, muchacho! Los caballeros debíamos encontrar la piedra filosofal. ¿Y qué piensas hacer?

– Esa misma pregunta me ha dirigido tío Pepe, añadiendo que debía casarme.

– ¡Pues claro!

– ¿Y dónde está esa novia de pan y cebolla?

El conde tomó un aspecto casi grave, y mirando cariñosamente á su sobrino, dijo:

– Puede que haya alguna de pan de oro y diamantes tan gruesos como cebollas.

– ¡Caramba! ¿Alguna vieja?

– De diez y ocho años, la mejor moza de Sevilla, con un ingenio de diablillo, con treinta y tantos mil duros de renta y una corona de condesa suspendida sobre la cabeza.

– ¿Hablas con formalidad, tío?

– Con toda formalidad.

– ¿Y quién es esa sultana de las *Mil y una noches*?

– Deberías haberlo adivinado: mi hija.

– ¿Dorila?

– Sí, tu prima Dorila.

– Pero, tío, ¿estás loco? ¡Si puedo ser su padre!

– Mira, Joaquín, yo hablo siempre con *pesqui* y conozco á las mujeres, es mi especialidad. Desde que llevaba pantalones, Dorila no piensa más que en ti. Cuando niña, siempre me estaba diciendo: «¡Qué guapo, qué gracioso es mi primo Joaquín!» Y la manía continúa. No se han pasado nunca quince días sin que me haya preguntado por ti. «¿Se sabe de Joaquín? ¿Dónde andará Joaquín? Joaquín, por lo visto, no piensa volver á España. Supongo que no se habrá casado: se sabría,» etc., etc.

– ¡Vaya!

– El otro día, cuando apenas me acababa de levantar, entró apresuradamente en mi cuarto, con *La Correspondencia de España* en la mano, y con ojos brillantes de satisfacción me leyó un párrafo en que se anunciaba tu llegada á Madrid. Ya ves que los síntomas son mortales.

– Pues, tío, yo no sospechaba...

– ¡Eh! Donde menos se piensa salta una muchacha. Mira, Joaquín, he observado que los calaveras volvemos locas á las mujeres. Cuando yo era joven...

– Es que yo ya no voy siéndolo. ¿Quién sabe cómo me encontrará mi prima?

– No sé, pero me atrevería á apostar que bien: las primeras impresiones nunca se borran. En fin, eso pronto lo veremos, porque Dorila no debe tardar. Ha ido á las Delicias á probar un caballo que le regalé el día de su cumpleaños. Es la primera amazona de Sevilla, ya verás. Y si tarda, como comerás con nosotros, digo, ¡si no tienes compromiso!..

– Ninguno.

– Pues bien: ya verás. Si no encuentras encantadora á Dorila, declararé que las *cocottes* te han estragado el gusto.

– Lo será, tío. De niña prometía mucho.

– Te digo estas cosas por varias razones. En primer lugar supongo que como ya no estás en la primera juventud, si te casas serás más juicioso y no derrocharás á diestro y siniestro...

– ¡Oh! Eso ya he empezado á serlo. Con treinta y tantos mil duros he vivido seis años; verdad es que gané al juego cien mil francos en Mónaco y ciento cuarenta mil en París.



Alzóse el *portier* y se presentó una joven en traje de amazona...

– Pues bueno, Joaquín, deseo que te cases con mi hija, para que ella tenga un marido como se merece y para que tú asegures tu porvenir, que puede que esté más comprometido de lo que piensas.

– ¿Qué quieres decir con eso?

– Quiero decir que aún te queda la esperanza de heredar á tu tío Pepe...

– Bien sabe Dios que deseo sea lo más tarde posible.

– Sí, ya sé que eres bueno y desprendido; mas por razón natural, el mejor día puede suceder esta contingencia.

– No hablemos de eso, tío.

– Tengo que hacerte una advertencia. Tu tío te quiere mucho, lo probable es que te deje su fortuna, pero te prevengo que te ha salido un competidor en su cariño.

– ¡Un competidor!

– Y terrible. En las últimas temporadas que hemos pasado en Jerez, Dorila ha cogido por las narices á tu tío Pepe. Ha estado tan cariñosa, tan insinuante, que mi primo no puede pasarse sin ella. Nos ha indicado que nos establezcamos en Jerez, y hasta le veo con conatos de trasladar su residencia á Sevilla.

– Es natural, empieza á aburrirle su soledad.

– Bueno, mas pudiera suceder que la muchacha te birlara la herencia.

– Quedaría todo en la familia.

– A eso tiro. Pero es el caso, que Dorila es muy rica y no lo necesita, mientras que tú...

– ¿Y qué remedio, tío?

– Evitarlo de un modo tan agradable y conveniente para todos, casándote con tu prima... Me parece que discurro con lógica, ¿eh?

– Ya lo creo, pero falta lo principal.

En este momento óyese ruido en la antesala.

– Creo que es Dorila, dijo el conde de Lebrín.

Alzóse el *portier* y se presentó una joven en traje de amazona, llevando su larga falda recogida en el brazo izquierdo, y un latiguillo en la mano. Era Dorila, la ex pensionista de Mme. Ranseau, la amiga de Soledad. Traía el rostro encendido de calor, pero al ver al marqués de Criptana se puso muy pálida. Detúvose un instante, y luego se adelantó hacia él y le tendió los brazos.

XVII

Desde aquel día el marqués de Criptana anduvo preocupado y caviloso. La arrogante belleza de su prima había alborotado su sangre de libertino, y se preguntaba cuánto hubiera dado por poseerla. Aquella joven de diez y ocho años que parecía una matrona, resplandeciente de hermosura, en la que se adivinaban apasionados ímpetus, podía ser suya. Además aquella posesión estaba sancionada por las conveniencias sociales y por los prestigios de la fortuna.

Aunque el marqués no era interesado, como ya sabemos, los años habían labrado algo en él y no podía menos de calcular las ventajas que el enlace con su prima le proporcionaban. Hasta su orgullo estaba en salvo: no sería un vulgar pescador de dotes. Aquella unión parecía el complemento de afectos y arreglos de familia. Como hombre de talento y de mundo había traslucido el carácter de Dorila: era vana, caprichosa, casi insensible á todo lo que no fueran sus egoístas pasiones, y tenía una inteligencia peligrosa; pero esto ¿qué importaba? El matrimonio, en cierta esfera, está exento de contingencias. Lo cierto era que el marqués podía unirse á una mujer hermosísima, que le amaba y que aseguraba su porvenir. Por primera vez en su vida el conde de Lebrín había razonado discretamente.

Y sin embargo de estas reflexiones, el marqués titubeaba. ¿Por qué?

Porque á pesar de los años transcurridos no había podido olvidar á Soledad, la niña del cortijo, y su graciosa imagen revoloteaba incesantemente en su imaginación. Como no había sentido cosa semejante por ninguna mujer, el marqués se resignó á creerse maniático, y lo que es más raro, le halagaba serlo. Comprendía que sin Soledad siempre faltaría algo á su vida. Deseaba verla y lo temía: ni más ni menos que un colegial en las fases del primer amor. ¿Cómo hallaría á la niña del cortijo? ¿Habría perdido su atractivo en esa explosión de la infancia á la adolescencia? Estos sentimientos fueron causa de que no se apresurase á ver á Soledad

Transcurrieron algunos días. El marqués iba asiduamente á casa de su tío, y comía casi todos en compañía del conde y de su hija. Al lado de ésta sentía despertarse su sensualidad y fortalecerse su buen juicio, que le impulsaba á apoderarse de aquella rica presa; y entonces estaba obsequioso y hasta apasionado, dando motivo á que Dorila creyese que había hecho su anhelada conquista; pero pasados aquellos momentos de fascinación, la imagen de Soledad se posesionaba de nuevo de su espíritu.

Hizo avisar á Pedro el cortijero, que no supo si alegrarse ó entristecerse de la vuelta del marqués á Andalucía, y fueron juntos al colegio de Mme. Ranseau. Mientras esperaban á Soledad en la sala de recibo, al marqués le palpitaba violentamente el corazón.

Cuando se presentó aquélla quedóse embelesado. Era la mujer que él había soñado: sensual y casta, pudorosa é irresistible: una hada que se encarna en una princesa, para excitar pasiones enloquecedoras...

Pasaban los días. El marqués hallábase en el peor de los estados: en el de la incertidumbre. A haber conservado su fortuna, no hubiera titubeado; pero su porvenir de pobreza le asustaba.

Una mañana, cuando iba á sentarse á la mesa para almorzar, presentóse en su casa su tío el conde de Lebrín. Tenía el aspecto preocupado: cosa rara en él, que era la frivolidad personificada.

No había almorzado y se sentó á la mesa con su sobrino, á quien produjo alguna sorpresa la visita matinal del conde.

Al comedio del almuerzo, éste, que era glotón, y ya había satisfecho los primeros ímpetus de su apetito, dijo titubeando algún tanto:

—Querido Joaquín, vengo como embajador furtivo y sin credenciales.

—¿Cómo es eso, tío? No comprendo...

—El momento es el más á propósito: la mesa es la base de la cordialidad.

El marqués, que no quería comprender á su tío, se encogió de hombros.

—Se trata de Dorila...

—Que por supuesto, ¿sigue tan encantadora?

—Sí, pero es la encantadora de la *selva obscura*, y en ella se ha encontrado con un esfinge, según dice.

—¡Vaya!

—Y ese esfinge eres tú.

—¡Gracias, por el papel que me adjudica!

La presencia de Delfín, el ayuda de cámara del marqués, interrumpió al conde de Lebrín.

«Telegrama para el señor marqués» —dijo el criado, presentándole uno en una bandeja de plata.

El marqués leyó el telegrama, se inmutó, púsose en pie, y se le alargó á su tío.

El telegrama sólo contenía estas palabras:

¡Gran desgracia! Venga V. E. inmediatamente.—Santiago.

Casi al mismo tiempo llegó otro criado, que traía otro telegrama, recibido en casa del conde Lebrín, concebido en los mismos términos.

Tío y sobrino, muy sobresaltados, tomaron el tren de las doce y media que salía para Cádiz, y se detu-

consintió sin repugnancia en aquel enlace. El marqués tenía todas las cualidades para hacerse amar, y lo hubiera sido de su mujer, á no haber *asomado la oreja* de su torpe sensualidad. Pronto la joven desposada sintióse herida en su pudor y humillada en su delicadeza: doblemente humillada, porque suponía que la conducta de su marido provenía de la diferencia de origen. En esto se equivocaba: el marqués había tenido la desgracia de no sentir nunca un amor serio, y obscurecido su buen juicio por su culminante pasión de sensualidad, probablemente hubiera procedido del mismo modo con una princesa real. El marqués no notaba la diferencia entre la mujer y la esposa.



¿Y quién es esa sultana de las *Mil y una noches?*

—Esta mañanita hemos hablado largamente de ti. Dorila está más que admirada: estupefacta.

—¿De mí?

—Dice que eres como el mar hacia el lado de Sanlúcar, que á cada instante muda de aspecto. Que unas veces te encuentra cariñoso, rendido, con el *aspecto* de hacerla la corte en toda regla; y otras, distraído, ensimismado y como pensando en los cerros de Úbeda.

—Podrá ser así, y se explica por la extrema situación en que me hallo.

—Mira, sobrino, la queja de Dorila y tu situación son cosas íntimamente enlazadas. A mí me gusta leer novelas, pero no entiendo de psicologías. Dorila te quiere y si te casas con ella...

—Permíteme que te interrumpa, tío. ¿Crees en las manías hereditarias, como es la locura?

—Según y conforme.

—Pues bueno, has de saber que yo soy algo maniático, como lo fué mi padre.

—¿Y á qué viene esto?

—Voy á explicártelo. Mi padre conoció en Madrid y se enamoró apasionadamente de la que después fué mi madre. Como no había obstáculos, se arregló pronto el enlace. Pues bien: ¿qué creerás que hizo mi padre ocho días antes del fijado para la boda?

—¿Se volvió atrás?

—No, se ausentó de Madrid sin despedirse de nadie, y se encerró en un cortijo de los Almendrales.

—Estaría celoso á última hora.

—No, no tenía ni el más mínimo motivo; pero en das ocasiones fué una especie de curioso impertinente. Quiso probar si el amor de su prometida resistía á aquel desaire y á aquella ausencia.

—Pues fué una memada.

—Que le salió bien, pues al volver á Madrid, más apasionado que nunca, halló á mi futura madre muy triste, pero cada vez más rendida á su amor.

—No lo merecía.

—Y no paró en esto, sino que un mes después de su matrimonio repitió la misma maniobra del retraimiento, hasta que se convenció de la inquebrantable fidelidad de su mujer.

—Pues esas no son manías, sino locura declarada; pero ¿qué tiene que ver?..

vieron en Jerez. Porque ambos telegramas procedían del mayordomo de D. José Lozano y Ponce.

El opulento anciano había muerto. La noche anterior acostóse sin aparente novedad; pero al día siguiente, al entrar á despertarle su criado á las once de la mañana, según costumbre, le halló sin vida.

El marqués de Criptana y el conde de Lebrín sintieron en extremo la muerte del bondadoso anciano, y en las clases pobres de Jerez, á las que pródigamente socorría, produjo general consternación.

Pasado el novenario, procedióse á abrir el testamento, depositado en casa de un notario de la ciudad: era aquél lacónico en extremo: D. José Lozano legaba todos sus bienes á su sobrino el marqués de Criptana; y su casa-habitación (porque tenía varias) con todos sus enseres, á su sobrina doña Dorila Cifuentes. El testador rogaba á su heredero que siguiera donando las muchas pensiones que tenía establecidas, cuya lista le presentaría su apoderado general, y consignaba una gran cantidad para ser repartida proporcionalmente entre sus dependientes y servidores de todas clases.

Procedióse al inventario y tasación de la herencia, que ascendía próximamente á millón y medio de duros. Presentóse en Jerez el socio de D. José Lozano en la casa banca de Londres, y conocedor del carácter del marqués de Criptana, le propuso encargarse de la masa de bienes dejados por el difunto, pasando á su heredero una renta anual de setenta mil duros, cobrada como y cuando quisiera. El marqués aceptó: así se veía libre de administradores y dependientes; y he aquí á aquel pródigo contumaz, rico por segunda vez, justificando los versos de Zorrilla:

«Siempre vive con grandeza
quien hecho á grandeza está.»

Un mes después de la muerte de su tío, el marqués de Criptana se eclipsó de Andalucía y de Madrid.

Año y medio más tarde, corrió la noticia de su matrimonio con la hija de un cortijero.

La unión del marqués con Soledad fué un vértigo por parte de él y una sorpresa por parte de ella. Soledad no le amaba; pero mitad deslumbrada y mitad seducida por la cariñosa insistencia de sus padres,

Un profundo desencanto, rayando en la repugnancia hacia su marido, apoderóse de Soledad. Halló su vida vacía, y se replegó en sí misma como esas flores que se cierran al menor contacto. El marqués, en la primera época de su amoroso transporte, la presentó en Madrid á *su mundo*, y en éste, Soledad tuvo que sufrir nuevas humillaciones, veladas por la cortesía. Era buena, hermosa, elegante, discreta; pero era hija de un cortijero.

Al año de matrimonio dió á luz una niña, y la maternidad atenuó su desesperación, que Dios sabe á qué extremo hubiérala conducido. Reconcentró en su hija todas las ternuras de su alma, y apoyada en aquel ser querido resignóse á llevar su cruz, como buena cristiana que era. Porque Soledad, preciso es consignarlo, educada por una abuela fanática, era más que cristiana: era fanática también.

He podido indicar algo respecto al estado de ánimo de Soledad; pero no me atrevo á engolfarme en disquisiciones psicológicas en lo que se refiere al del marqués de Criptana. Amor ó atracción hacia su mujer, como jamás había sentido por otra alguna; despecho de no sentirse amado y de sólo poseer un cuerpo sin alma para él; irritación reprimida por la sorda hostilidad de *su mundo* hacia la que llevaba su nombre; intermitencias de pasión, frialdad y casi repulsión hacia su mujer; amor propio humillado; exasperación por no poder labrar en el único corazón que había deseado: he aquí las principales conmociones del espíritu del marqués.

La paternidad disminuyó algún tanto la tirantez tranquila entre aquel matrimonio, y transcurrieron nueve años en una paz conyugal aparente. El marqués hacía sus frecuentes viajes de costumbre, y Soledad, aislándose de la sociedad que la desdeñaba, vivía con su hija en su casa de Madrid. Pero cuando la niña iba á cumplir nueve años de edad, llevósela su padre á París, á la pensión del Sagrado Corazón. En vano se opuso Soledad, en balde le suplicó llorando que no la separase de ella, ó que por lo menos la dejase residir en la capital de Francia, para poder verla alguna vez. El marqués fué inflexible: quizá se hallaba en uno de sus intermitentes períodos de animadversión hacia su mujer.

(Continuará)

LA CATÁSTROFE DE KODINSKY

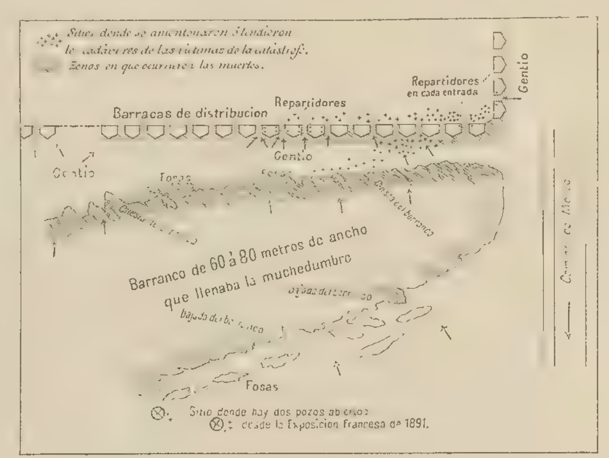
Las suntuosas fiestas celebradas con motivo de la coronación del tsar Nicolás II terminaron, como es sabido, con una horrorosa catástrofe que acibaró la alegría de aquellos festejos.

En el inmenso campo de Kodinsky, situado en las afueras de Moscou, habíase dispuesto la distribución gratuita al pueblo de algunos víveres envueltos en una servilleta que llevaba estampada la vista del Kremlin y además un vaso de metal cubierto de un ligero esmalte. Más que el deseo de alcanzar los víveres, el afán de poseer este vaso, en el que los mujicks ó campesinos rusos veían un recuerdo de su Padre, de su emperador, había llevado á aquel campo una muchedumbre tan extraordinaria, que algunos espectadores la han hecho ascender á 800.000 personas.

Ya desde la víspera del 30 de mayo, día fijado para esta fiesta popular, se encaminaban á aquel campo para ocupar buen sitio largas y compactas filas de campesinos, y á eso de las ocho de la mañana la muchedumbre era tanta que ocupaba todos los espacios libres de las inmediaciones é iba aumentando sin cesar.

Para que se comprendan bien las causas de la hecatombe sobrevenida, daremos una idea de la disposición del terreno.

En el campo mencionado y á la izquierda del camino de San Petersburgo se había instalado una serie de barracas, distantes unos cien pasos entre sí. Entre estas barracas y perpendicularmente al camino se dejó un espacio de un metro de ancho por el cual habían de pasar una á una las personas que fueran recibiendo los regalos. Por la parte de Moscou, de donde llegaba el gentío, hay á lo largo de la línea de barracas paralela al camino una pequeña zanja que se va ensanchando poco á poco hasta formar enfrente de las primeras barracas un barranco de 60 á 80 metros de anchura por cuatro ó cinco de profundidad en algunos sitios, y como de esta enorme zanja se había ido extrayendo arena y arcilla cuando la última exposición de productos franceses, había en ciertos sitios un gran número de profundos hoyos y algunos pozos tapados con tablas podridas.



Plano del campo de Kodinsky en Moscou durante la fiesta en que perecieron millares de personas

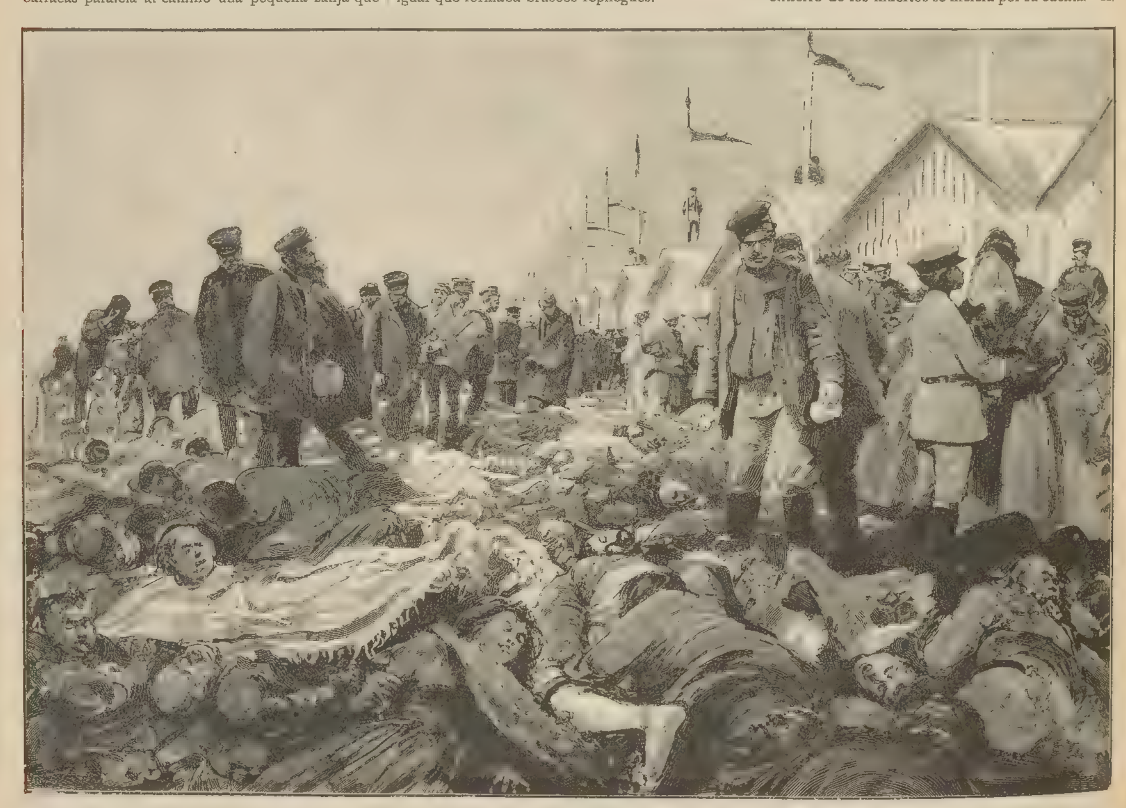
Entre esta zanja y las barracas había un espacio de unos treinta pasos, y así aquélla como éste estaban llenos, antes de procederse á la distribución, de un inmenso gentío empujado en todos sentidos por las masas de personas que iban llegando y ocasionando terribles remolinos. Hay que añadir que las barracas se habían construído sobre un terreno desigual que formaba bruscos repliegues.

Todavía no había comenzado el reparto de víveres, y ya las vallas que circundaban el campo de Kodinsky habían caído por tierra; mas tan luego como empezó, el empuje fué irresistible. Los distribuidores tuvieron la mala ocurrencia de lanzar muchos paquetes á las primeras filas, de suerte que se produjo una confusión, de resultas de la cual cayeron muchas personas que fueron en el acto pisoteadas por aquella oleada movediza. Cuantas caían quedaban irremisiblemente perdidas. Al ver aquello, las autoridades pidieron al punto auxilio á la policía y á la tropa cuyo campamento estaba próximo; pero este auxilio agravó el mal, porque al verlo llegar la muchedumbre quiso dispersarse y huir, y entonces los esfuerzos de aquellos miles y miles de personas produjeron nuevas y terribles oleadas que hicieron caer á centenares de infelices en la inmediata zanja y en los pozos, quedando una y otros literalmente colmados de cadáveres estrujados, pisoteados, mutilados y sobre los cuales pasaron como sobre un puente los otros fugitivos.

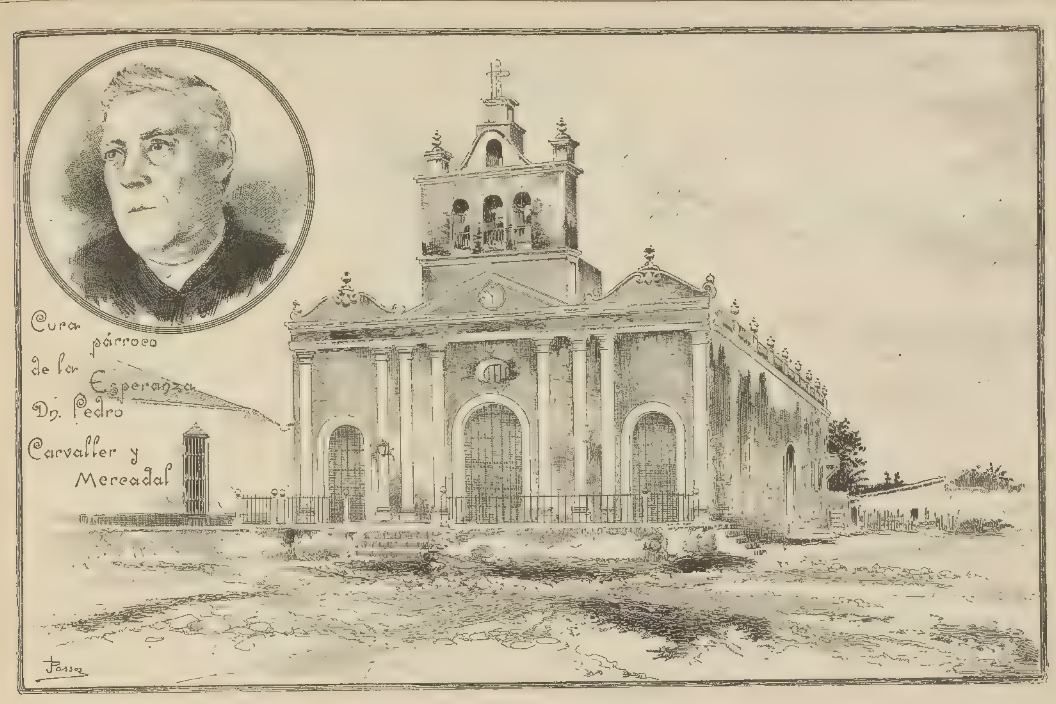
Las barracas quedaron arrasadas, los gendarmes y sus caballos aplastados, y cuando por fin se pudo despejar un tanto aquel espacio, el campo de Kodinsky presentaba el más luctuoso y aterrador espectáculo que pueda concebirse.

Los bomberos y soldados eran insuficientes para trasladar los heridos á los hospitales y los muertos, en carretadas, al cementerio: baste decir que resultaron más de ocho mil víctimas, casi por mitad de unos y otros, en su mayoría ahogadas, asfixiadas ó con profundas lesiones internas.

Comprendese la penosa impresión que, en medio del regocijo público, debió causar tan horrorosa desgracia. El emperador y la emperatriz quedaron dolorosamente impresionados, y aquél dispuso que el entierro de los muertos se hiciera por su cuenta. – X.



La catástrofe de Kodinsky. – Reconocimiento de los cadáveres



IGLESIA DEL PUEBLO DE LA ESPERANZA (CUBA), donde su cura párroco, un sobrino de éste y un voluntario rechazaron el 4 de mayo el ataque de los insurrectos

A las doce y media de la noche del día 4 de mayo una partida de 400 insurrectos, mandada por el cabecilla Zayas, sorprendió el pueblo de la Esperanza, de tal modo, que cuando se advirtió su presencia estaban ya en el centro del pueblo. El cura párroco D. Pedro Carvaller, su sobrino D. Rafael Alvarez y el voluntario D. Pedro Vallina se encerraron en la iglesia, y tan denodadamente sostuvieron el ataque de los rebeldes, que impidieron que incendiaran la plaza y los edificios contiguos, causándoles diez bajas, cuatro muertos y seis heridos, entre ellos el titulado comandante Ignacio Pérez.

Por habérseles acabado las municiones cesaron los tres héroes en la extraordinaria resistencia, que duró hasta las cinco de la mañana del siguiente día; pero á esa hora se habían retirado ya los agresores, acosados también por algunos vecinos de la Esperanza. – X.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

En la aldea, por *Jose S. Chorano.* – Colección de poesías bien sentidas y bien versificadas, del joven poeta peruano Sr. Chocano: las hay de todos los géneros y en todos demuestra su autor cualidades recomendables, especialmente en el amatorio. *En la aldea* ha sido publicado en la biblioteca de «El Perú ilustrado,» en Lima.

Breves consideraciones higiopatológicas acerca del aparato bucal, por *S. Colinas Cepeda.* – Contiene este folleto interesantes consejos acerca de la higiene de la boca y la descripción de algunos casos de enfermedades del aparato bucal, curadas por el autor, que demuestran los conocimientos del cirujano-dentista de esta ciudad Sr. Colinas Cepeda.

Los Estados Unidos, por *Guillermo Stolwerg.* – La Biblioteca Enciclopédica Moderna ha publicado el segundo folleto, que contiene datos muy detallados acerca de la República norteamericana, de sus razas, población, religión, instrucción, ejército y marina, agricultura, minerales, industria, comercio, marina mercante, vías de comunicación y hacienda. Como se trata de un asunto que, por desgracia, es de actualidad para los españoles, creemos que este folleto, que se vende á 25 céntimos de peseta, ha de ser bien acogido por el público.

Neógrafos kontenporáneos. Tentatiba bibliográfika, por *Karlos Kabezón.* – El autor de este folleto, campeón decidido de la reforma ortográfica que va ganando terreno en Chile, ha coleccionado en él algo de lo que sobre la reforma han dicho algunos reputados filólogos y una lista de las obras de algunos neógrafos contemporáneos que pueden considerarse como autoridades en la materia. Este folleto, presentado al Congreso científico chileno de 1894, ha sido impreso en Santiago de Chile, imprenta de Cervantes, Bandera, 73.

Catálogo de la Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas que se celebra actualmente en Barcelona. – Forma un elegante tomo de 240 páginas, impresas con particular esmero, al cual acompañan 62 bellos fotograbados hechos en los acreditados talleres de J. Thomas y C.ª, los cuales representan las obras más salientes de las exhibidas en dicho certamen. Véndese en las principales librerías y en el local de la Exposición.



Edad de piedra, escultura por José Campeny

(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

Historia de los sitios de Gerona de 1808 y 1809, por *D. Emilio Grahit.* – Hace poco tiempo nos ocupamos de otra obra que sobre el mismo asunto ha escrito el propio autor, el conocido abogado gerundense D. Emilio Grahit, obra á la que entonces dedicamos las alabanzas que en justicia merece. La que motiva las presentes líneas, con ser de más reducidas proporciones, no es menos digna de elogio, ya que en ella se describen de una manera completa y minuciosa aquellos memorables sitios que aseguraron el dictado de heroica á la ciudad de Gerona y la inmortalidad á los que la defendieron. El Sr. Grahit ha reunido en su libro los datos más interesantes sacados de fuentes auténticas y ha sabido dar á la narración histórica todos los encantos que, dentro de la severidad del estilo propio de obras de esta índole, nacen del relato de una epopeya tan grande como la de aquellos sitios, hecho por quien sabe sentir hondamente las glorias patrias. La *Historia de los sitios de Gerona de* 1808 *y* 1809 ha sido impresa en la imprenta y librería de Paciano Torres (plaza de la Constitución, 9, Gerona) y se vende á 2 pesetas 50 céntimos en Barcelona, Madrid y Valencia en las librerías de Alvaro Verdaguer, Fernando Fe y Ramón Ortega respectivamente.

Novelas íntimas, por *D. Jacinto Labaila.* – La colección diamante, que con tanto éxito publica el editor de esta capital Sr. López, acaba de enriquecerse con dos nuevos tomos, los 41 y 42, que bajo dicho título contienen cinco preciosas novelitas del ameno y conocido escritor Sr. Labaila. Esmeradamente impresos, se hallan de venta en todas las librerías al económico precio de dos reales tomo.

Cuadrets al natural, por *Antón Masca Boada.* – Folleto de 72 páginas que contiene ocho entretenidos cuadros de costumbres populares, escritos en catalán con notable soltura, y como dice el autor en su prólogo, con perfecta sinceridad. – Reus, imprenta de Celestí Ferrando, 1896.

Historias madrileñas, por *Alejandro Larrubiera.* – Nueva é interesante obra añadida á la *Biblioteca selecta* que con tanta aceptación viene publicando el editor de Valencia D. Pascual Aguilar, y de la cual forma el volúmen 76. Contiene diez y ocho amenas historietas, en las que se retrata con gran exactitud y correcto lenguaje la sociedad de la corte en sus diferentes clases, y su lectura es amena. Como todas las obras de dicha Biblioteca, se vende al módico precio de 2 reales en casa del editor, Caballeros, 1, Valencia, y en las principales librerías corresponsales de dicha casa.

Imp. de Montaner y Simón



AÑO XV — BARCELONA 29 DE JUNIO DE 1896 — NÚM. 757

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ARTISTAS ESPAÑOLES

POR UNA MUJER,

fragmento de un cuadro de Puig Roda

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Mis muertos en París. – La grande Necrópolis. – Muerte de Julio Simón. – Su doble naturaleza política y científica. – El maestro Coussin y el discípulo Simón. – Egoísmo y vanidad de aquél. – Cómo explotaba Coussin la juventud popular. – Política del maestro y política del discípulo. – Fórmulas alejandrinas de uno y otro. – Grande conciliación entre la ciencia y el cristianismo, entre la democracia moderna y el orden público, entre la estabilidad y el progreso. – Inconvenientes para Simón de tamañas conciliaciones. – Elogio del gran orador. – Conclusión.

París aparece hoy á mis ojos como un vasto cementerio donde yacen los mejores amigos que yo he contado en mi vida fuera de España. Quien ha visto en sus postrimerías á Lamartine; escuchado á Jorge Sand sus entusiasmos por la Naturaleza y á Teófilo Gautier sus entusiasmos por España; reído á los cuentos maravillosos del inagotable Dumas; conversado con Michelet y con Renán en el Colegio de Francia, donde mil recuerdos había de la pasada cátedra del uno y mil esperanzas por la reciente cátedra del otro; ido con Charcot á sus hospitales y con Pasteur á sus laboratorios; junto á Gambetta conspirado contra el Imperio y asistido al crepúsculo de la República entre los horrores de la guerra; pasado desde las tertulias del ingenioso italiano-francés que se llamaba Chernuschi al destierro del austerísimo Quinet que producía su libro filosófico sobre la revolución francesa frente á las crestas de los Alpes por las orillas del celeste lago Lemán; colaborado en los *Debates* y en el *Siglo;* oído al sublime Favre en la tribuna parlamentaria, y al conversador Thiers en las conversaciones íntimas, y al sabio Say en la Sociedad de Economía, y al gran Besnard en la escuela de Medicina, y al observador Taine en la escuela de Bellas Artes, y al dios Víctor Hugo en el cenáculo esclarecido por lenguas de fuego y animado por el espíritu creador, no puede volver á París, desde que todos estos seres privilegiados han desaparecido y todas estas voces creadoras han callado, sin tomar la gran ciudad por una espantosa Necrópolis, en que reina la muerte implacable y sólo se aviva la religión del recuerdo entre las sombras de los misterios eternos. Pues bien: ahora, en estos días, acaba de morir el mayor amigo entre mis amigos franceses, acaba de morir Julio Simón.

Siempre que un grande hombre muere, la general curiosidad lo estudia, no como una persona ó individuo, como un prototipo, á causa de ajustarse muchos á sus actos y muchos en su escuela inscribirse, levantándose á modelo, en torno del cual se asocian inteligencias y voluntades numerosas ó profesando comunes principios ó emprendiendo acciones colectivas. Estudiaría difícilmente á Simón quien olvidase cómo se mezclaron en su vida la ciencia, la política, la caridad. En la cátedra lució como eximio maestro; en la tribuna como incomparable orador; en las asociaciones caritativas como uno de esos pensadores á quienes impele hacia las grandes acciones un calor de corazón que es al pensamiento como el fuego vivificador á la resplandeciente luz. Así, entrado desde los primeros años en la religión de un sistema filosófico, muy conocido, con cánones y dogmas de un espiritualista sincretísimo, nunca olvidó en sus procederes particulares y políticos procedimientos estos cánones, y nunca en el Congreso, en el gobierno, en el Estado estos principios. De aquí, para sus creencias y discursos y libros, ninguna perplejidad, mientras muchas perplejidades en el desarrollo de los partidos y en el seno de los gobiernos. A un dogmatizante que viviera en el silencio de las abstracciones, le molesta mucho el ruido y el movimiento de los hechos, como á quien gobierna ó combate le molesta mucho el compromiso intelectual y moral, el compromiso de ciencia y de conciencia, con su abstracto pensamiento.

Simón perteneció, como todos los primeros hombres de nuestro siglo, á una familia pobre, que sólo pudo hacer á su favor el colocarlo en medios y ambientes sociales donde su cuerpo se ganaba la vida material y se nutría su alma del alimento y del licor más apropiados al hambre y sed inextinguibles suyas, del alimento científico y del licor de las ideas. Puesto en carrera, su amor al trabajo, su desvelo por el estudio, su concurso á premios literarios, le dieron lo más indispensable para vivir y le granjearon excelentes protectores. Descolló entre todos estos protectores el célebre Coussin. Oriundo Simón de Bretaña, tierra que diera en el siglo á Francia Chateaubriand y Lamennais y Renán, traía, como éstos, algo de genio religioso en su mente, sin el cual no se llega jamás á lo sublime, y en su vida mucho de costumbres monásticas y ordenadas, sin las cuales no se logra jamás la fructificación del estudio. Benedictino desde la niñez, á un trabajo de la orden benedictina estaba entonces adscrito Coussin, á la traducción del sublime Platón, cuyas obras constituyen rico tesoro en el patrimonio intelectual de la humanidad. Hacer que sus discípulos emprendieran á una tamaña tarea, en la obscuridad y con escasa retribución, mientras él se llevaba la gloria de tal empresa y los provechos ofrecidos por la protección oficial, fué por este tiempo el principal objeto de la vida de su maestro. Simón dejó que se llevara Coussin provecho y honra, quedándose con la faena él. Sin embargo, reconcentradísimo en sí, no ignoraba cuánto valía, y gustábale verter al francés en estilo académico la prosa inmortal del fundador de la Academia y que lo supiera el mundo. Imaginaos cuál sería su asombro al entrar en la biblioteca de su maestro y oirle decir al gran Schelling, al célebre filósofo alemán, que allí se hallaba de visita: «No podéis imaginaros cuánto me costara poner en buen francés el intrincado Timeo.» La herida le llegó por tal modo á su alma, que habiéndola recibido el año treinta y tres, no había podido olvidarla el año noventa. En la escuela de Coussin educó Simón su alma, como Robespierre en el estudio y lectura de Rousseau.

Así fué discípulo de Coussin en lo científico, no lo fué jamás en lo político. Su maestro creía que si el sistema de Bonald sirvió á la teocracia y el sistema de Maistre al absolutismo y el sistema de Condorcet á la República, el sistema suyo servía tan sólo al régimen monárquico-constitucional. Simón en esto no quiso acompañarle y seguirle, Simón perteneció al régimen republicano. Tomó del maestro aquellas mixturas alejandrinas, en cuyos ingredientes entraban los ideales más contrarios y aun más enemigos; aceptó el criterio histórico, por cuya virtud todo lo existente halla en sí la razón de ser y se identifica una filosofía de la historia con una historia de la filosofía; puso en sus enseñanzas la cantidad de materialismo necesaria para no suprimir el espíritu y la cantidad de espiritualismo necesaria para no prescindir de la materia, como los idealistas; unió al subjetivismo de Descartes el objetivismo de Condillac, y á fórmulas de psicología fórmulas de fisiología para explicar el misterio de los misterios, la relación estrecha del alma con el cuerpo; mas aquí se detuvo y no quiso admitir la suma del elemento democrático moderno, aunque muy atenuado estuviera en su ánimo, con el elemento monárquico antiguo, aunque muy atenuado en la monarquía Orleans estuviera, y proclamó el derecho natural en toda su pureza, la libertad en toda su extensión y la República como forma única de la moderna democracia.

Habiendo entrado en el palenque político al proclamarse la República del cuarenta y ocho, Simón profesó desde su ingreso en la Normal el treinta y tres hasta su ingreso en la Cámara una filosofía muy alejandrina. Su tesis doctoral trató de Platón explicado por Proclo; su primer libro científico fué una *Historia de la Escuela de Alejandría*. El carácter de los sistemas alejandrinos es la unión del Oriente con el Occidente. Para conocer este carácter es necesario conocer un hombre que ha condensado en su grande alma todo el espíritu helénico. La Historia es una continua encarnación de ideas. El hombre que deja huella en el mundo, es como el verbo humano de un pensamiento, que llena su conciencia. Los grandes hombres son formas varias revestidas por las luminosas ideas. El divino *logos*, que en la ciencia, en las letras, en el arte y en el derecho se halla como esencia espiritual, toma carne y se hace hombre de suyo en las altas personificaciones sociales que han vencido á la muerte en la historia. Por esto estudiando la vida se ve que una razón providencial gobierna el mundo y el espíritu, el sol y el hombre. La diferencia está en que el sol cumple su ley sin conocerla, y el hombre conociéndola; el sol no puede menos de cumplir su ley, y el hombre puede dejar de cumplir la suya, porque es libre. Pero ¡cuán grande será el hombre que cumple la idea providencial, cuyo cumplimiento le reserva la Providencia! Tal fué Alejandro, que cristalizó en Alejandría su alma sintética, y dejó, como un reguero de astros, las escuelas alejandrinas en la ciudad que debía ser, como punto de intersección en los continentes, punto de intersección en las ideas.

El mayor esfuerzo que en la ciencia hizo entonces Simón fué aquella su magistral explicación sobre la política de Platón y la política de Aristóteles, explicación que ha dejado indeleble huella en el espíritu moderno y en la ciencia contemporánea. Aristóteles y Platón se diferencian en los instrumentos de sus investigaciones y se juntan en los resultados. Platón es la intuición, Aristóteles el análisis; Platón el método inductivo, Aristóteles el deductivo; Platón ve lo universal, y en lo universal ve lo particular; Aristóteles ve lo particular, y con tardanza, pero con seguridad, se dirige y eleva por series á lo universal; Platón es el genio místico que vuela, y Aristóteles el genio humano que anda; Platón abre sus alas en el cielo, y desde allí apenas distingue la tierra; mientras Aristóteles fija su planta en la tierra, y desde la tierra convierte sus ojos á mirar al cielo; el reino de Platón es lo abstracto, y el reino de Aristóteles lo concreto; Platón ve los mundos y los espíritus como una inmensa catarata desprendiéndose del seno de Dios é irradiando por los espacios infinitos, Aristóteles ve los mundos y los espíritus elevándose al seno de Dios; Platón en el ser absoluto mira como en claro espejo los seres, y Aristóteles en los dos extremos de la cadena de los seres ve el ser absoluto; Platón intenta construir *a priori* la ciencia, y Aristóteles *a posteriori;* Platón desdeña la hermosura real, debilísima copia de la hermosura ideal, y Aristóteles mira la hermosura encarnada y viva en lo real; Platón sueña con una sociedad idealizada, y Aristóteles con una sociedad hecha por el tiempo y por la experiencia; Platón, como el Oriente, sobre todo eleva la sociedad; Aristóteles, como Grecia, eleva sobre todo el individuo; Platón es la ciencia enlazada con la poesía, y Aristóteles la ciencia puramente racional; Platón revela en sus dogmas la dialéctica, la esencia del ser en sí; Aristóteles la lógica, la ley de sucesión en los seres; y ambos, unidos al oriental espíritu de Egipto, forman la trinidad alejandrina, porque Platón y Aristóteles, más que dos genios opuestos, son las dos fases del espíritu, los dos términos de la idea, los dos capitales elementos que componen la humanidad.

Julio Simón trató, como los alejandrinos, de conciliar en lo antiguo Aristóteles y Platón para conciliar en lo moderno el Cristianismo y la Filosofía. Puede asegurarse que á este fundamental espíritu de conciliación ha obedecido toda su vida. Él quiso conciliar los movimientos progresivos con la estabilidad necesaria. Él, cuando se hallara en el volcán de la segunda República, intentó conciliar los proletarios y los capitalistas. Ape de la filosofía, como este mártir corriera, en nombre del cielo, las barricadas de junio hasta encontrar la muerte, corrió él, en nombre de la libertad, estas mismas barricadas, encontrando algo peor que la muerte misma, el desengaño. Su papel en las Asambleas del imperio fué también papel de reconciliación entre orleanistas y republicanos. Llamado al gobierno de la defensa nacional, fué sin duda el más circunspecto y el más conciliador entre todos aquellos ministros. Ido á Burdeos para procurar la paz, revocó el decreto expulsando á los imperialistas de las Asambleas republicanas y llamó á las Asambleas republicanas todos los ciudadanos. En el ministerio de Thiers significó una conciliación entre la escuela y la Iglesia. En su ministerio bajo Mac-Mahón quiso conciliar al general con la República y á los republicanos entre sí. De todas estas conciliaciones, unas permanecieron, otras pasaron. Mas no cabe dudar que le infligieron muchísimas amarguras y lo encerraron en el cuerpo de inválidos á que relegó la República los mayores republicanos. Para el partido demócrata era Simón sobradamente conservador, y para el partido conservador sobradamente demócrata. Los imperialistas no le perdonaban que hubiese negado su asentimiento al Imperio, y los enemigos del Imperio que no hubiese predicado la revolución. Para los católicos era un filósofo, para los filósofos un católico. En el terreno de la teoría no se acordaba mucho de su política, y en el terreno de la práctica mucho de su teoría. Consumado catedrático, filósofo clarísimo, grande publicista, no menos que grande orador, amenísimo sin ligereza, profundo sin obscuridad, vario y no superficial, como una melodía en sus improvisaciones literarias y como una tempestad en sus discursos políticos, mi muerto hermano del alma será siempre una luz del espíritu moderno y una gloria del siglo diez y nueve.

Madrid, 22 de junio de 1896.





LAS MENINAS

(?) *de junio de* 1658

Obra maestra de la pintura española, realizada por Velázquez y existente en el Museo Nacional de Madrid

Conócese este célebre cuadro bajo tres títulos: *La Familia*, que parece ser el que le dió su autor; *La teología de la pintura*, que más que título es una frase del famoso fresquista Lucas Jordán, y *Las Meninas*, que es el aceptado por la crítica, aun cuando, á mi juicio, no con gran acierto.

Sábese de la famosísima obra que fué terminada en junio de 1658, mas no la fecha. Sábese también que fué expuesta á la admiración pública en los últimos días del citado mes, en el lugar en que solía exponer Velázquez aquellas obras que consideraba dignas de ello; y sábese por último, que al cuadro de que me ocupo debió á un tiempo el famoso pintor dos honrosas distinciones: el otorgamiento á su favor de carta de hidalguía y la cruz y hábito de la Orden militar de Santiago.

Tenía D. Diego Rodríguez de Silva y Velázquez cincuenta y nueve años de edad cuando pintó su más famoso cuadro, y cuando llevaba en el servicio de Felipe IV treinta y cinco.

Hago estas dos observaciones para exponer, más adelante, el juicio que me ha merecido siempre la obra toda del eximio pintor y especialmente esta de la cual hago historia.

***

«Representa el lienzo *Las Meninas* una escena de la vida íntima de la familia del cuarto de los Austrias.

»Aparece á la izquierda del espectador, derecha del cuadro, el mismo Velázquez en pie y en actitud de retratar á la infanta doña Margarita, niña de pocos años, á quien ofrece un búcaro con agua doña María Agustina, *menina* de la reina é hija de don Diego Sarmiento. Al otro lado de la infanta se ve á doña Isabel de Vilano, hija del conde de la Fuensalida, en momento de dirigir la palabra á la regia niña. En el primer término de la derecha (del espectador, izquierda de la pintura) aparecen los enanos Nicolasito Pertusano y Mari Barbola, el primero poniendo con cierto recelo un pie sobre el lomo de un hermosísimo y gigantesco mastín que parece dormitar. Algo más lejos (segundo término) mírase á doña Marcela de Ulloa, señora de honor, y á un guardacamas, y en el último hay una puerta abierta que sale á una escalera en la que está José Nieto, aposentador de la reina.

»Todo está pintado por el natural, hasta la sala que representa la escena, con los cuadros que contenía.»

Tal es, palabra más ó menos, la descripción que del famoso lienzo hace uno de los biógrafos de Velázquez, académico de la de San Fernando en tiempos de Carlos IV. Olvídase el erudito y sabio aludido de un detalle importantísimo, en el cual no suele parar la atención el común de las gentes; este detalle es un espejo que hay en el fondo del cuadro y en el que se ven las imágenes del rey y de la reina.

Cuéntase que Felipe IV pasaba largas horas en la habitación en que Velázquez tenía instalado el taller, y que solían acompañar al soberano en las visitas que cuasi á diario hacía á su pintor favorito, además de la reina, el conde-duque de Olivares, quien se enorgullecía de haber proporcionado al rey artista de tal mérito; el canónigo Fonseca, grande amigo de Velázquez y de su suegro Pacheco; el de Argote, Góngora, de quien pintó y se conserva un hermoso retrato, y otros varios señores de la corte, poetas, como el gran Quevedo, á quien como á Góngora favoreciera el pintor con un hermosísimo trasunto de su rostro animado y picaresco. Cuando Velázquez emprendió este cuadro de *Las Meninas*, las visitas con que Felipe le favorecía fueron menudeando, en términos de contarse dos y tres diarias. Ya no acompañaban al rey ni el conde-duque ni Fonseca, personas ambas en quien Velázquez tenía sus más fervientes admiradores; el primero cayera de la privanza y el segundo falleciera. Mas no por eso la estimación en que el rey tenía al célebre artista decayera un punto, antes por el contrario, ésta acrecía. El día en el cual dió Velázquez por terminada su obra, después de mirarla y remirarla con singular complacencia, el soberano volvióse hacia el pintor, y pidiéndole la paleta y los pinceles exclamó: «Advierto que falta un detalle en este cuadro y del cual os habéis olvidado; y como yo también sé pintar, voy á corregir vuestro olvido.»

Y así diciendo y haciendo, el rey toma un poco de bermellón en la punta de un pincel y traza sobre el jubón negro del retrato de Velázquez la cruz de la orden de Santiago.

Esta anécdota para unos, hecho positivo para otros, relatada por cuantos biógrafos del insigne pintor sevillano han existido, vese confirmada en el protocolo que, para la información que se abrió con objeto de hacer constar el abolengo de Velázquez á propósito de la concesión de la citada cruz, existe en palacio. Que fuese el rey mismo el que pintase la cruz en el pecho del retrato de su pintor y aposentador favorito, que fuese éste por mandato de aquél, lo cierto es que frescos todavía los colores del cuadro *Las Meninas*, concedió el soberano á Velázquez el honor del cual hace mención la anécdota transcrita, pues según los documentos á que me refiero y á que se atienen Flórez y Ceán y el inglés Stirlny, Felipe IV mandó extender la real cédula, haciéndole merced del hábito el día 12 de junio de 1658, «para premiar – dice un contemporáneo – el mucho arte demostrado en el cuadro de *La Familia* que acaba de hacer.» Velázquez vistió el hábito en la iglesia de las Carboneras.

***

Esta obra de arte, obra admirada por propios y extraños, hasta el punto de obligar á exclamar á Bürger: «Velázquez es, según mi sentir, el *más pintor* de los que han existido; más que Rubens, Van-Dyck, Ticiano y Rembrandt. Ese pintor es una hada que evoca todas las apariciones, instantáneamente en apariencia, pero después de misteriosos conjuros, de los cuales nadie posee el secreto;» esa obra, repito, fué expuesta al público en San Felipe el Real, como lo había sido el primer retrato que del rey pintara Velázquez, como lo fué el que representa al monarca á caballo y que Velázquez retiró del público porque le censuraron el caballo, que según los inteligentes no estaba con arreglo á las reglas de la *jineta*.

Las Meninas, como dijo con gran acierto Lucas Jordán, es en efecto la *Teología de la pintura;* mas no confundamos, como parecen confundir la mayor parte de los admiradores del gran maestro, lo que corresponde á la técnica y á las condiciones puramente fisiológicas de Velázquez, con las imaginativas, las creadoras.

En las *Meninas*, como en las *Hilanderas*, como asimismo en la *Rendición de Breda*, pero singularmente en el primero de los cuadros citados, no se advierte ni un solo asomo creador; limítase el artista á reproducir de un modo no superado, más, no igualado todavía, la escena que se desarrolla ante sus ojos. Verdad que por el acierto de la representación plástica de esa escena constituye por sí sola una obra inmortal; pero ¿es tan sólo reproducir lo que vemos la finalidad del arte?, ¿es eso su única misión?

Cuestión es esta que cien veces se ha puesto sobre el tapete al hablar de la obra de Velázquez, y cien veces los defensores del naturalismo repitieron la misma cantilena. «Ahí están las *Meninas* y las *Hilanderas* probando á los que creen que el arte ha de ser algo más que la reproducción de la realidad, tal y como ella se muestre, que no es otro su fin.» Inexacta la proposición y falso por añadidura el argumento.

O se admite que la obra de arte pueda producir distintos grados de emoción estética, ó no; si es cierto lo primero, es preciso reconocer que hay en esos distintos grados una escala que comienza en lo *bueno* y termina en lo *sublime*, y lo sublime, por lo menos no hay memoria de lo contrario, no está en la forma, en el objeto, está en la idea, en el sujeto; tan cierto es esto, que obras, así literarias como plásticas, existen incorrectas en la forma, pero que por la fuerza del pensamiento ó del motivo que las inspiró alcanzan lo sublime; *Hámlet* y el *Moisés* del Buonarrotti lo atestiguan. Pero ateniéndonos al cuadro *Las Meninas*, hay en esa obra algo que no es solamente la justeza asombrosa con que la retina y luego la mano de Velázquez recogieron aquella escena, como en una cámara obscura, y reprodujo la segunda lo atisbado por la primera: hay el presentimiento de la vida, la adivinación del rostro moral de cada una de las figuras que aparecen en el famoso lienzo.

Y ese es el *quid*, para resolver el cual no valen las brillanteces del color y las correcciones de la línea.

R. BALSA DE LA VEGA

VALOR DEL CANON HORACIANO

RELATIVO AL POÉTICO SENTIMIENTO

Capítulo preliminar de un trabajo inédito, titulado: *Teoría natural del sentimiento artístico y de sus alcances patológicos.)*

Desde que Horacio, en su *Arte poética*, emitió con un aplomo verdaderamente romano aquella intimación: *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi* (si quieres hacerme llorar, padece antes tú mismo), clásicos y románticos aceptaron como dogma el supuesto de que, en nuestro natural, el artístico sentir es sólo un caso particular del real y efectivo sentimiento, ó sea, que aquél no goza de esencia propia; y si bien ni unos ni otros pudieron resistir á la evidencia de que el arte bello es de suyo mera ficción, creyeron, sin embargo, que en éste lo fingido está en el argumento, mas no en la expresión de su pasional contenido.

Tan cándida profesión de fe y tan unánime acuerdo entre románticos y clásicos pueden ser explicados sin el menor esfuerzo de rebusca: los secuaces del clasicismo, perezosos de suyo, han preferido siempre la símica imitación, bajo receta de convenida autoridad, al directo examen de la naturaleza; mientras que los románticos, á su vez, por ignaros de qué cosa sea la normalidad del organismo, á causa de lo averiado que de nacimiento suelen traerlo, presumieron y siguen presumiendo que el autor de la llamada *Epístola ad Pisones* estuvo en lo cierto, pues ven los estragos que por artísticos motivos ocurren á las veces en sus destemplados cuerpos.

Empero, como la población del globo no se resuelve en románticos y clásicos, sino que de ella forman parte, amén de incontables neutros de cacumen, no pocos espíritus sanos, serenos y amigos de saber las cosas por propio inquirimiento, ha ocurrido que en todo tiempo la dogmática intimación de Horacio ha sido protestada por algún artista, literato ó crítico dotado de virilidad y de la consiguiente independencia para apelar ante la Naturaleza contra los fallos de la autoridad humana. – Apreciables esfuerzos se han hecho en tal dirección respecto al citado canon, aunque, la verdad sea dicha, sin decisivo resultado, por falta de apropiada orientación de espíritu para el hallazgo de pruebas incontrastables del contrapostulado. El asunto, mal tenido hasta ahora por privativamente artístico, es de mixta competencia por la índole fisiológica de sus naturales fundamentos, y exige, como cae de su peso, ser tratado, ó por un médico de profesión muy penetrado del Arte, ó por un artista peritísimo en cosas de Medicina, y el hecho histórico es que nunca los médicos han tomado parte en el debate. De ahí lo crónico é irresoluble de tal discordia y la inutilidad de las exacerbaciones que de vez en cuando la polémica ha ofrecido. Quizás el lector recuerde la más reciente, según mi conocer, ocurrida pocos años ha, y en la cual la romanticísima Sara Bernhardt terció en favor de Horacio, por declaración verbal prestada ante un periodista parisiense ó, como si dijéramos, un notario de afición.

Mas ello es que en esto los horacianos más temibles son los clásicos, apoderados como están, bajo forma de dómines rutinarios, de las cátedras, pues ellos tienen por el mango la sartén del preceptismo, y de padres á hijos en ella fríen á la juventud con el decantado *Si vis me flere*, etc. (que á mí me suena á *Si vis me frictum esse)*, y con otros no menos discutibles aforismos de la tan ponderada *Arte poética*.

De todo lo cual sacamos, como remanente irreductible, estas tres verdades en serie, á saber: primera, que el canon patético de Horacio, si bien ha dominado y domina aún en la preceptiva poética de las escuelas, no ha obtenido, sin embargo, en ningún tiempo el unánime acatamiento; segunda, que, en consecuencia, conviene hacer del dicho canon una formal y escrupulosa revisión; y tercera, que la tal revisión quedaría en mero esfuerzo especulativo si por ella no acometiéramos conjuntamente lo artístico y lo antropológico, lo teórico y lo práctico, lo normal y lo patológico que en el asunto se encierra.

En su vista lo que procede es, ante todo, aquilatar el valor del citado canon de Horacio, por cuanto representa la tradición, el dogma que ante el investigador se levanta, y que merece, por el solo hecho de estar en ejercicio de autoridad, los honores del previo examen, para luego, ó con el dogma, si éste fuere verdadero, ó sobre sus ruinas, si resultare falso, inquirir cuál es la vera naturaleza del sentimiento artístico y la positiva raíz de sus alcances patológicos.

CRÍTICA DEL CANON PATÉTICO DE HORACIO

Dividiré esta especial y delicada tarea en dos sucesivas labores: dedicada la primera á fijar el intrínseco, el *absoluto valor* del propuesto apotegma, tomado solo, escueto, recortado á tijera, tal y como de antiguo circula en el mercado de las letras, y dirigiendo la segunda á justipreciar, de una parte, el *valor relativo* del mismo, una vez reengarzado en su natural montura, ó sea, en el pasaje de la célebre *Epístola ad Pisones* referente al artístico sentir, y de otra parte, la significación y trascendencia de ese extenso pasaje: que, al fin, doctrina poético-patética de Horacio es cuanto éste consigna en aquel amplio espacio de quince versos.

Acudiendo á la primera de mis dos labores, pongámonos delante el texto de la sentencia:

> «...Si vis me flere, dolendum est
> primum ipsi tibi;...»

(Nótese, para ulteriores efectos, que esta como intimación apotegmática acaba en punto y coma, lo cual no es acabar.)

Ahora analicemos el texto:

En el orden lógico ó formal, la transcrita proposición es de sentido común; y para verlo con inmediata claridad, cambiemos su materia, de sutil, á fuer de sentimental, en llana y tangible, diciendo, verbigracia: «Si quieres que yo te cobre, págame tú;» lo cual, á puro de sensato, cae en vulgar, y de puro vulgar, resulta indigno de ser elevado á formal precepto.

Mas en el orden metafísico ó substancial, el dicho de Horacio merece más desfavorable calificativo: la de vacío de sentido, según va el lector á palparlo, que es más que verlo. Para ello basta reflexionar que, así en la relación de pago y cobro como en la del cambio sentimental, ha lugar á la falsificación de lo cambiado, y que no siempre esa falsificación implica engaño, puesto que, por convenio implícito, las gentes que sin más fin que matar el tiempo y solazar el ánimo juegan, verbigracia, al mus, saldan entre sí con altramuces sus deudas, quedándose tan contentos, por creerse congruentemente bien pagados. Quiero con esto decir que la propuesta máxima de Horacio comprende cuatro diversas formas de relación substantiva racionalmente posibles, y correspondientes á las cuatro variantes prácticas que en la vida real puede ofrecer el sentimental comercio.

He aquí los enunciados de las dichas cuatro formas, aunque simplificados y en términos que, por arte de retruécano, quedan bien grabados en la memoria:

Forma 1.ª «Si quieres que yo llore de verdad, llora tú de verdad.»

Forma 2.ª «Si quieres que yo llore de verdad, llora bien tú de mentira.»

Forma 3.ª «Si quieres que yo llore de mentira, llora tú de verdad.»

Forma 4.ª «Si quieres que yo llore de mentira, llora bien tú de mentira.»

Pongamos ahora sendos ejemplos prácticos de estas formas, con expresión de sus respectivas notas características.

CASO EJEMPLAR DE LA FORMA PRIMERA, que dice: *«Si quieres que yo llore de verdad, llora tú de verdad.»*

Un joven, transido de pena por un desengaño de amor, provoca en su confidente madre lágrimas de tan hondo origen como las suyas propias. Lacerado él, á su vez, por el gran dolor de la autora de sus días, reanímase heroicamente para alentarla; produciéndose por tal cambio de reales sentimientos un cuadro equívoco, ante el cual el más experto advenedizo no acertara á distinguir quién de entrambos desolados es allí el paciente originario, quién el mero partícipe del infortunio.

En semejante relación patética, lo característico, que es la comunidad perfecta del real sentir, se extiende de lo actual á lo transcendental del hecho, puesto que la pena, en la persona receptora ó confidente, sobre ser real, persiste en forma de perturbación, y hasta de estrago psico-físico, durante un tiempo proporcionado, tanto á la cordialidad de la relación, cuanto á la gravedad causal del sufrimiento. Eso, y no menos, es lo que merece llamarse «acompañar á alguien en su dolor;» lo demás, lo que la sociedad califica con tan hermosa como sencilla locución, no pasa de superficial, cuando no afectado cumplimiento.

CASO EJEMPLAR DE LA FORMA SEGUNDA, que dice: *«Si quieres que yo llore de verdad, llora bien tú de mentira.»*

A un señor, bueno y sano, pero crédulo y compasivo, logra un tunante pintarle tan al vivo el horror de su situación, las hambres de su prole, la consunción de su mujer, los inminentes riesgos de honor de su hija ya nubil y hasta su propia tentación al suicidio, que, además de sonsacarle un auxilio cuantioso, todavía le deja sin gana de almorzar y refractario á las suspicaces reflexiones de su esposa, sobre si quizás el supuesto infortunado era un solemne timador.

Este caso ofrece, por su carácter mixto, doble nota característica: de parte del truhán, á la fingida pena suceden instantáneamente brincos de escalones de cuatro en cuatro, como expresión combinada del gozo por el afortunado *sablazo*, y del afán de salvar cuanto antes el radio de la fechoría; mientras que de parte del engañado hay positiva pena, y acaso cierta trascendencia de ésta á un tiempo algo mayor que el de la duración de la entrevista.

A tal forma de relación patética deben ser reducidos los casos de falsas nuevas, dadas con arte de tribulación ó de alborozo bien fingidos, y hasta con simulación de pruebas.

CASO EJEMPLAR DE LA FORMA TERCERA, que dice: *«Si quieres que yo llore de mentira, llora tú de verdad.»*

En medio de la más perfecta indiferencia, y aun de las más alegres expansiones, sorpréndenos el duelo, el llanto, la desolación de un extraño. En tan brusca peripecia, ¿puede darse cosa más parecida al interior del foro de un teatro que nuestro propio interior, donde, por instántanea señal, lo que era decoración de mar tranquila, ó de alegre floresta, queda trocado por caridad hacia el afligido prójimo en decoración de abismo, cárcel ó cementerio, y cómo, por igual miramiento, cambiamos nuestro lenguaje de frívolo en formal, de cómico en dramático ó en trágico, según argumental conveniencia? Comedia es esta de que no mueren inocentes ni el médico, ni el abogado, ni siquiera el santo varón, confesor de monjas escrupulosas, ó de pecadoras mundanas, ó de grandes impíos transidos de arrepentimiento, ni persona alguna, en fin, aun la más ingenua y caritativa, cuyo estado profesional la ponga de continuo en relación con seres infortunados. – ¿Cómo no respirar en cesando el compromiso del oficio, sobre todo – seamos humanos – si el chocolate urge por fuera y la miseria estomacal por lo interior, distrayendo el ánimo del obligado compungimiento? – Y cuenta que esta es sólo una mitad de la humana comedia, puesto que su otra mitad la componen los dolientes fingidos que, en entierros, funerales y otros pasos no muy de fiar, reciben con interiores retozos los pésames de cumplimiento; bellaquería en cuya consideración no entro ahora porque va comprendida en la cuarta forma, ó sea, la del cambio del mentir por el mentir, pero con engaño de uno de los dos mentirosos.

Cuanto á nota característica, digo que también es doble la de la forma tercera, objeto de este parágrafo, pues constituye caso mixto, si bien, por ofrecer invertida su relación, la pena deja rastro en quien ejerce de doliente, por cuanto lo es de verdad, mas no en quien funciona de consolante, ya que de ordinario éste obra por consideración ó miramiento ó por hábito de profesional filantropía; cosas todas que no penetran más allá de la epidermis, pues de no ser así, fuerza sería, ó abandonar tan nobles y sacerdotales oficios, ó dejarse el pellejo entero en su desempeño.

CASO EJEMPLAR DE LA FORMA CUARTA Y ÚLTIMA, que dice: *«Si quieres que yo llore de mentira, llora bien tú de mentira.»*

A mano tenemos todos el muestrario vivo de lo que es la relación patética de mentira por mentira. Id á visitas, reuniones y saraos; acudid á los centros políticos, á los diplomáticos, á las antecámaras regias, imperiales y pontificias, y luego, en orden inverso, descended hasta las zahurdas tabernarias, crapularias y presidiarias, adondequiera, en fin, que el hombre lleve intención de recabar del trato con sus semejantes la propia utilidad, y allí sorprenderéis, naciente, espontáneo, el arte al servicio de la conveniencia, hermano técnico, según más adelante demostraré, del arte al servicio de lo bello. No critico esta tendencia á la ficción-sistemática, doble y hasta mutuamente sobreentendida de hombre á hombre, con el fin de ver quién engaña á quién, procurando cada cual, á fuerza de gramática parda, encubrir las propias intenciones y descubrir las ajenas; consígnola en cuanto observador de la Naturaleza y hasta relativamente la celebro como una muestra más del divino ingenio. Por no disponer de ese intrincado y sutil registro, los irracionales van derechamente, á mordiscos y zarpadas, ó de peor manera, al bulto de sus conveniencias y al fin de sus intenciones. ¡Loado, pues, sea DIOS, que para inclinarnos á cultos sembró en nuestro corazón semilla de comediantes!

Cuanto á nota característica, ello cae de su peso que la de esta cuarta forma de relación es negativa en todos aquellos casos en que los hombres tiran á engañarse de verdad: en este pie de trato nadie siente lo que dice; si algo siente, y aun lejos, es, ó el no haber logrado engañar al prójimo, ó el haberse dejado engañar por éste. Ahora, si el recíproco mentir fuese tácitamente convenido y por entrambas partes



VENDEDOR DE ARMAS EN EL CAIRO, cuadro de G. Simoni

deseado, por no ser lo útil sino lo bello el argumento de la humana relación, ¡ah! entonces resulta... lo que no me es lícito decir mientras no haya dado término á la presente analítica tarea.

Resumiendo lo que de ésta llevo desempeñado como primera labor de las dos que me propuse, digo: que el canon patético de Horacio, juzgado en absoluto como apotegma suelto, resulta nulo en la esfera lógica por trivialidad de forma, y nulo asimismo en la esfera metafísica por indeterminación de fondo.

Quede, sin embargo, con carácter provisional este juicio, y pasemos al examen del total pasaje de la referida *Epístola ad Pisones*, dedicado al sentimiento poético y á su expresión: que el juzgar á un hombre de la celebridad de Quinto Horacio Flacco no es tan llana cosa como el juzgar á un pelafustán metido á preceptista; pues, aunque no sea más que por el «qué dirán,» debe uno, en casos de tal compromiso, cargarse de razón como se deja cargar de bultos un camello, hasta más no poder, salva la expedición del natural movimiento.

El pasaje de referencia constituye un verdadero mosaico de conceptos y admoniciones que se extiende, según dije, á quince versos, ó sea desde el 99 hasta el 113, ambos inclusive. Lo delicado del asunto me aconseja la consignación íntegra del texto latino correspondiente, á fin de que el lector pueda, con el original á la vista y sin el menor esfuerzo de recordación, juzgar de la fidelidad de la versión castellana, materia inmediata del análisis. En facilitar ese cotejo tengo un empeño muy grande, nacido de obligación, ya que no habiendo hallado entre las *traducciones* españolas de la célebre *Arte poética* más que abominables *traiciones*, sobre todo para los efectos de la fidelidad verdaderamente judicial que esta sumaria información exige, no he tenido más recurso que exprimir el poquito de latín que en el desván gatero de la memoria conservaba, para con las escurriduras aderezar una versión prosaica, no nada literaria, pero sí lo más cuerdamente literal posible del aludido fragmento.

TEXTO LATINO

«Non satis est pulchra esse poemata; dulcia sunto,
Et quocumque volent animum auditoris agunto.
Ut ridentibus arrident, ita flentibus adsunt
Humani vultus. *Si vis me flere, dolendum est*
Primum ipsi tibi: tunc tua me infortunia laedent,
Telephe, vel Peleu: male si mandata loqueris,
Aut dormitabo, aut ridebo. Tristia moestum
Vultum verba decent; iratum plena minarum;
Ludentem, lasciva; severum, seria dictu
Format enim natura prius nos intus ad omnem
Fortunarum habitum; juvat aut impellit ad iram,
Aut ad humum moerore gravi deducit, et angit:
Post effert animi motus, interprete lingua.
Si dicentis erunt fortunis absona dicta,
Romani tollent equites pedites que cachinum.»

VERSIÓN CASTELLANA PROSAICO-LITERAL Á LÍNEA POR VERSO

«No basta sean perfectos los poemas; gratos sean,
Y adonde quieran lleven el ánimo del oyente.
Como á los risueños sonríen, así á los llorosos atienden
Los humanos rostros. *Si quieres hacerme llorar, padece*
Antes tú mismo; entonces tus infortunios me lastimarán,
Telefo, ó Peleo: si mal lo encomendado declamares,
O bostezaré, ó me reiré. Tristes palabras
Afligido semblante requieren; airado las amenazadoras;
Retozón las lúbricas; severo las de grave concepto.
Pues naturaleza nos formó de antemano dispuestos á toda
Suerte de eventos; ella nos ayuda ó impele á la ira,
O nos abate con grave aflicción, y acongoja:
Luego el movimiento del ánimo sale fuera: intérprete la lengua.
Si del declamante los dichos discordaren de las situaciones,
Los romanos, caballeros y plebeyos, soltarán la carcajada.»

Ahora, analicemos por períodos gramaticales:

José de Letamendi

(Se terminará)

EL PUÑAL DE LA CASTELLANA

A dos leguas y media de Toledo, y sobre un montículo que domina el pueblo y la comarca de Guadamur, se alza, esbelto y majestuoso, el histórico castillo que fundó, en tiempo de D. Juan II, el noble don Pero López de Ayala, primer conde de Fuensalida.

Fué este bizarro caballero muy querido de aquel monarca y de su hijo D. Enrique IV, de quienes obtuvo cargos de tanta confianza como el de alcaide mayor de Toledo, alcaide de los reales alcáceres, puentes y puertas, y aposentador mayor del rey; alférez del pendón de la Vanda, ricohome de Castilla y confirmador de los reales privilegios.

Digno hijo de otro D. Pedro López de Ayala, que ilustró su nombre con empresas de valor y de nobleza, y de la virtuosa doña Elvira Castañeda, hizo esculpir los blasones de ambas familias encima de la puerta principal del castillo, donde aún figuran al lado del de doña María de Silva, su aristocrática esposa

A mediados del siglo XVII, el castillo, abandonado por sus señores, que habían fijado su residencia en la imperial ciudad, sólo conservaba en buen estado las dos alas que lo unen con la torre, pues en las dos restantes se habían hundido las techumbres y derrumbado parte de los muros interiores.

En el cuerpo habitable vivían, en la época á que se refiere la presente historia, doña Isabel de Silva, respetable anciana, medio paralítica, y su nieta Laura de Luna, hermosa joven, morena, de rostro pálido y ojos negros, grandes, melancólicos, con miradas de energía, que revelaban rasgos de vehemencia en un alma soñadora.

El resto de la fortaleza estaba abandonado á las sabandijas y á los murciélagos.

Doña Isabel se pasaba los días en la sala de armas; en invierno, al lado de una gran chimenea en que ardían raíces de olivo, retorcidas como culebras; en verano, junto á una ventana por la cual se veía en primer término el tranquilo pueblo de Guadamur, y á lo lejos la cuenca del Tajo y la Sierra Nevada.

Al lado de la infeliz paralítica, Laura bordaba silenciosamente en su pequeño bastidor ó leía algún libro de historias caballerescas.

Transcurrían horas enteras sin que las dos mujeres se dirigiesen una sola palabra. La abuela vivía de recuerdos y la nieta de ilusiones.

La madre de Laura había muerto al darla á luz, á tiempo que su padre y su abuelo (el hijo y el esposo de doña Isabel) sucumbían en el sitio de Ostende, después de haber conquistado en Flandes gloriosa fama de soldados valerosos é intrépidos.

En los ángulos de la sala había cuatro panoplias con todas armas y armaduras. Los retratos ahumados de los descendientes adornaban los muros. Retratos y armas recordaban la historia de la familia, desde el mandoble con que D. Pero López de Ayala peleó contra los moros de Granada, hasta el puñal holandés con que Ana de Luna, tía de Laura, dió muerte á su amante traidor, á los pies de una rival.

En la acerada hoja de aquel hermoso puñalejo, colocado en el centro de una panoplia, se veían manchas de orín que habían sido manchas de sangre.

En sus eternas meditaciones, Laura fijaba á menudo los ojos en el retrato de Ana de Luna, cuya figura arrogante y hermosa parecía salirse del obscuro lienzo, y se la representaba, con cierta admiración mezclada de terror, hundiendo el puñal en el pecho del hombre que la había ultrajado.

Un día en que Laura había reflexionado más que nunca sobre el desamparo en que iba á quedarse á la muerte de su abuela, llegó al castillo un arrogante mozo, que fué conducido inmediatamente á la sala de armas por Baltasar, el viejo criado de confianza de doña Isabel, quien temblando de emoción anunció á las señoras:

–¡El conde de Astur!

Enrique Ordóñez, conde de Astur, era hijo de un compañero de armas del padre de Laura, y había pasado la mayor parte de la infancia en el castillo.

La muchacha conservaba un grato recuerdo del amiguito que tantas veces había compartido juegos, alegrías y pesares con ella; pero no podía perdonarle la ingratitud y el olvido con que había pagado su cariño casi fraternal, desde que los azares de la vida la habían sumido á ella en las tristezas de la orfandad, y lo habían encumbrado á él á los esplendores de la fortuna.

Enrique vivía en Toledo, entregado á todos los placeres, sin acordarse de las castellanas de Guadamur. Una noche en que, cenando con amigos, se incluyó á Laura en la lista de las mujeres más hermosas de la ciudad y sus contornos, el joven conde de Astur apostó que antes de un mes la habría añadido al catálogo de sus conquistas.

Hacía años que no había puesto los pies en el olvidado castillo, cuando sorprendió con su visita á doña Isabel y á su nieta. La acogida que éstas le dispensaron fué en extremo cariñosa. No podían ver sin una profunda emoción al joven que les recordaba la época más feliz de su existencia.

La conversación duró muchas horas, que pasaron como un soplo. Enrique encontró á su antigua amiga hermosa, inteligente, encantadora, con un sello de originalidad que la distinguía de todas las demás mujeres que él había conocido. Quedó prendado de ella, y no se retiró sin haberle prometido otra visita en plazo breve.

Al acompañarlo hasta la puerta exterior de la vieja fortaleza, el buen Baltasar casaba ya *in mente* al arrogante conde con su señorita, y veía restaurado el castillo y vuelta la familia á su antiguo esplendor.

Dos semanas después Enrique había menudeado las visitas, al punto de que éstas eran ya diarias. Se mostró afable, alegre, fascinador; y Laura, que al principio le escuchaba con sorpresa, algo asustada de aquel mundo nuevo que le hacía entrever su amigo, concluyó por rendirse al encanto de aquel hombre irresistible.

Pasaban largas horas en íntima conversación. La abuela se dormía á veces en su butaca, y los jóvenes bajaban la voz por temor de despertarla. De vez en cuando Laura bajaba también los ojos, al mismo tiempo que su cutis de lirio adquiría rosados tintes, como llamaradas de rubor.

Luego, iban juntos á pasear por los solitarios corredores del castillo, donde los pasos resonaban con lúgubre ruido. Nadie interrumpía sus amorosos coloquios, como no fuera el ruido de algún histórico tapiz, cuyas figuras parecían animarse al ser movido por el viento.

Ingenua, confiada, delirante de amor, Laura se entregó en cuerpo y alma al hombre que juró hacerla su esposa en breves días. Al darle, aquella tarde, el beso de despedida, experimentó un estremecimiento extraño, inexplicable, cual si hubiera presentido una infame traición; y aquella misma noche, en el silencio y en la soledad de su cuarto, no pudo pegar los ojos, que se obstinaban en ver, en medio de las tinieblas, la altiva imagen de Ana de Luna y el puñal manchado de sangre.

El día siguiente, Enrique no fué al castillo. ¡Qué mortal angustia la de Laura! Transcurrieron tres días, y la enamorada joven no pudo esperar más.

– Voy á Toledo, dijo á su abuela. Enrique no puede haberme engañado. Alguna gran desgracia le ha ocurrido cuando no viene ni manda ningún mensaje.

Laura no expresaba francamente su pensamiento. La atormentaba la duda; temía ser engañada, olvidada, sustituída por otra mujer en el corazón de su amante.

En el momento de partir, sus ojos tropezaron con el puñal de Ana de Luna, y con mano nerviosa, por un movimiento casi involuntario, lo arrancó de la panoplia y lo ocultó en su cinto.

Llegó de noche á Toledo, acompañada del viejo Baltasar. No era fácil conocerla bajo su negro manto y tupido velo. Hizo esperar al criado en el pórtico de una iglesia, y se fué sola al domicilio de Enrique.

Allí la enteraron de que el señor conde cenaba aquella noche con varios amigos en la hostería de las Tres Rosas. Laura no hubiera dado con ella sin los buenos oficios de Baltasar, que esta vez la acompañó hasta la puerta.

–¿El conde de Astur?, preguntó temblando y en voz baja á un hombre que parecía ser el bostelero.

–¡Ah! ¿Sois de la partida?, dijo sonriendo maliciosamente el hombre.

Y haciéndola subir al primer piso por una estrecha escalera de mugriento pasamano, le señaló al fondo de un corredor una puerta entornada por donde salían voces y ruidos de fiesta.

Retiróse el hostelero, y Laura, convulsa, febril, loca de amor y de celos, se acercó á la puerta, apoyándose en la pared del corredor obscuro. Aplicó el oído. Enrique hablaba con bronca voz y torpe lengua:

–¡Ah! Yo creía haberos contado ya esta aventura. La conquista no fué fácil; pero la castellana no había de ser más resistente que el castillo, y así como el tiempo ha bastado para abrir brecha en la fortaleza, mi constancia y mi astucia rindieron por último á Laura.

–¡Bravo!

– Bebamos á la salud de tu víctima.

–¿Es bonita?, preguntó una voz de mujer.

–¡Qué! ¿Estás celosa?, exclamó Enrique. La protagonista de mi aventura es un anacronismo viviente, que habla como un libro de caballería y viste como mi bisabuela; más altiva que una emperatriz y más pobre que las ratas que comparten con ella la hospitalidad que se les da en el ruinoso castillo de Guadamur. Bebamos á la salud de mi bella Inés, única reina de mi corazón.

Los comensales, siguiendo el ejemplo de Enrique, se pusieron de pie, aunque con la dificultad propia de hombres beodos, y exclamaron, levantando sus vasos en que acababan de escanciar el vino:

–¡A la salud de Inés!

–¡A vuestra salud, hermosas!, dijo el conde de Astur, dirigiéndose á las compañeras de orgía de sus amigos.

De pronto soltó el vaso y cayó de bruces sobre la mesa, rompiendo copas y botellas. Un fantasma negro, que los comensales tomaron por un espíritu vengador, había hundido un puñal en el pecho del conde, desapareciendo al instante con la rapidez del pensamiento.

Laura se salvó á favor de las tinieblas, seguida de su fiel servidor. Enterado éste del sangriento drama,

condujo á su señora al borde del río, que le hizo pasar en una barca; y montando en las cabalgaduras que habían dejado fuera de la ciudad, regresaron rápidamente al castillo.

Exaltada por intensa fiebre, Laura se arrojó á los pies de su abuela, enseñando el puñal ensangrentado:

– ¡Perdón!.. Por segunda vez este acero ha vengado el honor de la familia.

JUAN B. ENSEÑAT



En el mesón, cuadro de Mariano Barbasán

NUESTROS GRABADOS

Por una mujer. fragmento de un cuadro de Puig Roda. – ¡A cuántas consideraciones se presta este cuadro, inspirado en la funesta preocupación social que autoriza, justifica y aun impone el desafío! Sin querer actuar de moralistas, ya que ni esta es nuestra misión ni la sección á que están destinadas estas líneas es terreno á propósito para tales disquisiciones, no podemos menos de confesar que, en punto á lances de honor, la sociedad no ha progresado al compás de lo que ha avanzado en los demás usos que la civilización ha ido modificando: confiar á la destreza en el manejo de las armas, no siempre hermanada con la razón, la resolución de un litigio de honra; consentir una contienda en la que las más de las veces sucumbe el agraviado; autorizar un asesinato en quien no se toleraría un delito de menos importancia y de menos funestas consecuencias, será todo lo caballeresco que se quiera, dentro de nuestros eternos convencionalismos; pero, aun prescindiendo de las leyes divinas y humanas, resultará siempre absurdo á los ojos de cuantos miren el asunto desapasionadamente. La contemplación de la obra de nuestro paisano el reputado artista Sr. Puig Roda, nos da, á nuestro modo de ver, un argumento en contra del duelo y en favor de las consideraciones que dejamos expuestas: la impasibilidad del que acaba de herir mortalmente al que quizás fué su amigo ha de repugnar á toda conciencia honrada, y la vista del infeliz que yace exánime ha de inspirar compasión á los menos sentimentales, al pensar que tal vez fué el agraviado, y no sólo no pudo castigar la ofensa, sino que sucumbió á manos del que mancilló su honra. Desde el punto de vista técnico, el cuadro *Por una mujer* tiene bellezas de primer orden, pues las figuras están bien ejecutadas, la escena resulta perfectamente dispuesta y el lugar en que se desarrolla armoniza por modo admirable con el asunto.

Vendedor de armas en el Cairo, cuadro de G. Simoni. – La afición que los pueblos africanos tienen á las armas ha servido de asunto al celebrado pintor Simoni para trazar en el cuadro que reproducimos una de esas notas orientales debidas al pincel del mismo autor que tantas veces hemos tenido ocasión de elogiar en las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Los artistas que han recorrido los países de Oriente y han estudiado

La primavera, cuadro de León Perrault (Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)



EL JUICIO DE PARIS.



...e un cuadro de G. Mantegazza

sus costumbres, siéntense irresistiblemente atraídos por unos y otras y no pueden sustraerse al deseo de trasladar al lienzo aquellos paisajes llenos de luz y de color y aquellas escenas como pocas pintorescas: Simoni es uno de ellos, y encariñado con tales asuntos ha llegado á dominar de tal suerte esta materia, que sus obras son verdaderas joyas, tan apreciadas por la crítica, como estimadas por los aficionados á las bellas artes.

M. Carlos Eustace, jefe de la banda del 2.° regimiento de Ingenieros de Francia. – Barcelona ha albergado estos días á la notabilísima banda del 2.° regimiento de Ingenieros de Francia, que ha sido recibida con grandes muestras de cariño y simpatía por los barceloneses de todas las clases sociales y aplaudida con verdadero entusiasmo en cuantos conciertos ha tomado parte. El jefe de esta banda, cuyo retrato publicamos, nació en Perpignán en 1864. A la edad de 18 años sentó plaza de voluntario en la banda del regimiento núm. 100 de infantería, que se hallaba de guarnición en Perpignán. Dos años después fué nombrado subjefe de música en el regimiento de infantería núm. 31, de guarnición en París. En esta situación siguió durante dos años los cursos de armonía del Conservatorio de París. En 1887 ganó por oposición la plaza de músico mayor del primer regimiento de infantería acuartelado en Cambrai. En 1894, teniendo ya cumplidos los



M. Carlos Eustace, jefe de la banda del 2.° regimiento de Ingenieros de Francia que actualmente se encuentra en Barcelona.

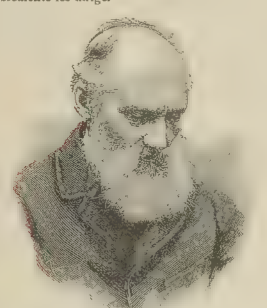
seis años reglamentarios en el desempeño de músico mayor y las buenas notas exigidas para presentarse al concurso especial abierto entre músicos mayores de infantería para la obtención del empleo de jefe de banda de Ingenieros, ganó las oposiciones con el núm. 1, obtenido en París por unanimidad de votos, sobre diez y nueve candidatos opositores, de los cuales era él el más joven. Dirige, pues, la banda del 2.° regimiento de Ingenieros desde hace dos años.

Jefe de música de primer orden, es también compositor y ha ganado varias recompensas en distintos concursos de composición, organizados en Francia por varios centros musicales. Es miembro de la Sociedad internacional de autores, compositores y editores de música desde 1886.

Tres ó cuatro años atrás compuso una pieza dedicada á S. M. la reina regente de España, cuyo título es *Tourments passés!* S. M. la reina le hizo dar las gracias de esta dedicatoria por su secretario particular.

Ha compuesto numerosas piezas, así para bandas militares como para piano.

La Ilustración Artística se asocia á los homenajes de admiración y simpatía que nuestra ciudad ha tributado á los músicos franceses y se honra publicando el retrato del que tan admirablemente les dirige.



Lord Kelvin, profesor de Filosofía natural de la universidad de Glascow que acaba de celebrar el quincuagésimo aniversario de su nombramiento para aquella cátedra.

Lord Kelvin. – Hace pocos días la Universidad de Glascow ha conmemorado el quincuagésimo aniversario del nombramiento de lord Kelvin para el desempeño de la cátedra de Filosofía natural: la mayoría de las universidades de Europa y muchas de América y de las colonias inglesas estuvieron representadas por medio de delegados especiales en los actos con que se celebró la memorable fecha de la carrera científica del «gran sabio anciano,» como con razón se le ha llamado. Lord Kelvin, más conocido por su nombre de Guillermo Thomson, nació en Belfast en 1824, entró á los once años en la universidad de Glascow, en donde su padre era profesor de Matemáticas, y desde muy joven demostró ser matemático consumado. Estudió luego en Cambridge y durante algún tiempo trabajó en el laboratorio de Regnault en París. A los veintidós años fué nombrado catedrático de Filosofía natural de Glascow, cargo que desde entonces ha venido desempeñando sin interrupción y que no ha querido abandonar á pesar de habérsele hecho ofrecimientos en extremo tentadores: también se encargó, desde aquella época, de la dirección del *Cambridge and Dublin Mathematical Journal.* Entre los trabajos más importantes de lord Kelvin para los pregresos de las ciencias figura la construcción de muchos y preciosos instrumentos. Su cuadrante y su electrómetro portátil son objetos de gran valor. Es imposible enumerar en reducido espacio todos los descubrimientos é invenciones de este sabio. Lo que más conocido le ha hecho del público son sus estudios de telegrafía submarina. En 1852 Faraday le confió el de las causas del retraso que experimentaban los despachos al ser transmitidos por la línea de Harwich á la Hague, y entonces formuló su famosa «ley de los cuadrados.» Y no sólo la formuló, sino que en comprobación de ella inventó su galvanómetro de espejo: también inventó por entonces su sifón *recorder*, que permite funcionar con menos fuerza eléctrica y preservar los cables de los desperfectos que pudiera causar la alta tensión de las corrientes. En 1865 y 1866 tomó parte en el tendido del primer cable transatlántico, y á su regreso fué nombrado caballero, por los servicios prestados. De 1890 á 1895 ha sido presidente de la Sociedad Real. La lista de las distinciones que le han conferido las universidades y corporaciones científicas es interminable.

En el mesón, cuadro de Mariano Barbasán. – Digno de alabanza ha de ser siempre cuanto tenga por objetivo enaltecer á la patria, y mayores plácemes merecerá aquel que para realizar tan noble propósito la dedique los frutos de su inteligencia y de su actividad. En este caso hállase nuestro buen amigo el distinguido pintor D. Mariano Barbasán, quien lejos de la tierra española, en Roma, dedica á la patria querida afectuoso recuerdo, produciendo obras bellísimas en las que se retratan ó reproducen tipos y costumbres distintivos de nuestra nacionalidad. Muestra de ello es el primoroso cuadro que reproducimos, que atestigua una vez más las aptitudes y habilidad del artista.

La primavera, cuadro de León Perrault. – De muchas maneras han simbolizado los pintores de todos tiempos á la primavera, lo cual constituye una dificultad no pequeña para los que enamorados de la idea quieren darle nuevas formas: de aquí, en nuestro concepto, el mérito principal de la preciosa composición de Perrault, que tan celebrada ha sido en el último Salón de los Campos Elíseos de París. El notable pintor francés ha sabido expresar con verdadera novedad el pensamiento por tantos otros explotado, presentándolo al mismo tiempo en su forma más lógica dentro del simbolismo que en la alegoría preside, ó sea en la del abrazo de la primavera y del amor, esas dos manifestaciones, de la naturaleza una, del corazón otra, que parecen darse mutuamente la vida, que se completan y por decirlo así se funden.

El juicio de Paris, cuadro de G. Mantegazza. – El renombrado pintor italiano autor de este cuadro es conocido ya de nuestros lectores, que han podido admirar en las páginas de La Ilustración Artística sus obras *Mártires cristianos en el circo* y *Contrastes de la vida*, que hemos publicado en los números 623 y 641 respectivamente. En el que hoy reproducimos ha modernizado el episodio de la vida del pastor griego, sustituyendo el monte Ida por uno de los puentes de la sin par Venecia, haciendo del hijo de Príamo y Hécuba un gondolero de la perla del Adriático, y de Juno, Minerva y Venus tres de esas hermosas muchachas que constituyen uno de los mayores encantos de la ciudad de las lagunas. Innumerables son las bellezas que atesora este lienzo: la composición, el dibujo, los efectos de luz, todo es en él admirable y todo revela el talento y la mano de un artista de primer orden.

Mirza-Riza-Kirman, el asesino del shah de Persia. – El asesino del shah de Persia, cuyo retrato publicamos, pertenece, como es sabido, á la secta político-religiosa de los *babis*, fundada hace cerca de medio siglo por Hadji-Ali-Mohamed, apellidado Bab (*La puerta de la Verdad*), de donde deriva el nombre de sus adeptos. Hadji fué ejecutado en Tauris en los comienzos del reinado de Nassr-Eddin y los babis juraron vengarle, habiendo la policía persa desde entonces hecho fracasar varias veces sus complots criminales antes del atentado de 1.° de mayo último, que no pudo prevenir. Mirza-Riza era muy conocido en Teherán como buhonero: no es un loco, como algunos han sostenido, ni tan fanático como otros han supuesto.

Contrariamente á la costumbre de aquel país y por orden del ministro, todavía no ha sido sometido á la tortura.

MISCELÁNEA

Delfos. – En las excavaciones que, bajo la dirección de M. Homolle, director de la Escuela francesa de Atenas, se efectúan en Delfos, se ha desenterrado una estatua de bronce, de 1m,80 de altura, de maravilloso arte, perfecta desde el punto de vista de la técnica y en toda la flor de su pátina verde.

El traje, las riendas sostenidas en la mano, el carro en que descansan los pies no dejan duda alguna acerca de la profesión del personaje representado por esta estatua. Debe ser el conductor ó dueño de una cuadriga, que alcanzó el triunfo en alguna carrera celebrada con motivo de los Juegos píticos.

El vencedor aparece joven, casi un mozo imberbe, de cabeza fina, cabellos cortos y ensortijados, sujetos á las sienes, y la frente con una cinta en forma de diadema, las facciones nobles y hermosas, la parte inferior del rostro desarrollada, la boca un poco grande, y los ojos animando la expresión de la fisonomía y dándole como un reflejo del contento que se retrataba en ella en el momento del triunfo. El cuello es robusto y los hombros anchos y bien marcados. El cuerpo, firme y sin actitud rebuscada, está vestido con el quitón que solían llevar los conductores de carros: esta prenda, ceñida á la cintura, cae en pliegues rectos y sueltos de las caderas á los pies. El brazo está aplicado al cuerpo; el antebrazo levantado, desnudo y es de un dibujo correctísimo, sin que ningún abultamiento denote en el autor la intención de encontrar el vigor en la exageración de las formas. La mano, que sostiene las riendas, tampoco presenta indicios de contracción, y los pies están juntos.

En toda la figura se advierte cierta impresión de calma y de dignidad; no se nota en ella esfuerzo alguno por parte del modelo ni por la del artista.

Las proporciones de la figura y del cuerpo, el arreglo de los cabellos y la posición de la cinta que los sujeta, la simetría de los pliegues, la rigidez un tanto hierática de la actitud, y más que nada el estilo, revelan una obra procedente de la escuela egineta, posterior á las guerras médicas y anterior á Policletes; por consiguiente dicha estatua debió haberse fundido entre los años 470 y 460 antes de nuestra era. Su fecha, lo propio que sus dimensiones y su valor artístico verdaderamente excepcional, hacen que se la deba clasificar entre los recuerdos más preciosos de la antigüedad griega.



Mirza-Riza-Kirman, el asesino del shah de Persia

Teatros. – *Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *El judío polaco*, drama en tres actos de Erckmann Chatrian, arreglado á la escena española por los señores Francos y Llana, y *María del Carmen*, preciosa comedia en tres actos de D. José Feliu y Codina, en cuyo desempeño rayaron á gran altura María Guerrero y los Sres. Díaz de Mendoza y García Ortega; y en el Lírico *Juan José*, drama en tres actos de D. Joaquín Dicenta, obra de pasión, sobriamente trazada y admirablemente escrita, de un realismo en algunos puntos excesivamente crudo, en cuya ejecución alcanzaron grandes y merecidos aplausos la Srta. Cobeña y los Sres. Thuillier, Vallés y Balaguer; *El libre cambio*, graciosísima comedia en tres actos muy bien arreglada del francés por D. Emilio Mario (hijo), y *Doña Perfecta*, hermosa comedia en cuatro actos del insigne novelista y autor dramático Sr. Pérez Galdós. En el Tívoli funciona una compañía de zarzuela, de la que forman parte artistas tan reputados como Lucrecia Arana, Roselí, Romea y Castilla y que se dedica al llamado género chico, obteniendo muchos aplausos en todas las obras que pone en escena.

Necrología. – Han fallecido:

Ernesto Rossi, eminente actor italiano.

Sir. J. Rusell Reynolds, notable médico inglés.

M. de Falbe, diplomático dinamarqués.

Mad. Schumann, célebre pianista alemana.

M. Salomon, decano de los médicos de Inglaterra, muerto á la edad de ciento seis años.

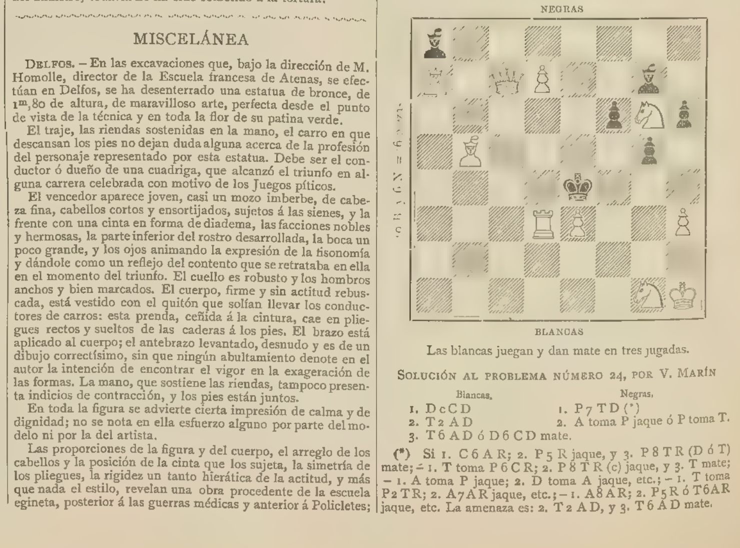
El conde de Casal Ribeiro, diplomático portugués, representante de su patria en Madrid.

AJEDREZ

Problema n.° 25, por Valentín Marín y Llovet

(Tercer premio del undécimo concurso del *Hackney Mercury*)

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 24, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. D c C D	1. P 7 T D (*)
2. T 2 A D	2. A toma P jaque ó P toma T.
3. T 6 A D ó D 6 C D mate.	

(*) Si 1. C 6 A R; 2. P 5 R jaque, y 3. P 8 T R (D ó T) mate; – 1. T toma P 6 C R; 2. P 8 T R (c) jaque, y 3. T mate; – 1. A toma P jaque; 2. D toma A jaque, etc.; – 1. T toma P 2 T R; 2. A 7 A R jaque, etc.; – 1. A 8 A R; 2. P 5 R ó T 6 A R jaque, etc. La amenaza es: 2. T 2 A D, y 3. T 6 A D mate.



Se fué corriendo al próximo café del Gato...

DOS ANÓNIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Soledad tuvo conatos de huir á París en pos de su hija, pero temió las consecuencias de aquel mal paso; no por ella, sino por la pena que causaría á sus padres. Asaltáronla ideas de suicidio, á las que resistió su creencia religiosa. Aislada en su retirado caserón de Madrid, y casi siempre sola á consecuencia de los frecuentes viajes de su marido, creóse una existencia artificial y maniática, compartida entre prácticas religiosas, trabajos de dibujo, lecturas y recuerdos de su hija y de su juventud.

Pero se hastiaba. Las ternuras de su corazón y su impetuosa imaginación andaluza desbordaban en ella. Adquirió vicios y rarezas. Bebía ajenjo que la proporcionaba excitaciones agradables, fumaba; y sintiendo necesidad de aire y de movimiento, salía por las noches subrepticiamente de su casa, como ya sabemos, en su traje más modesto, y vagaba á la ventura ó pasaba horas enteras en cafetuchos retirados. La estancia de su marido en Madrid no alteraba sus costumbres: no le respetaba ni temía que descubriese sus escapatorias, por más que no hiciese alarde de ellas.

Conoció á Felicio en el baile de Capellanes; aviváronse sus recuerdos del niño de Aranjuez, nunca por ella olvidados; encontró un corazón gemelo del suyo, y dejóse envolver en la pasión del joven, tan fresco, tan vehemente, tan poético.

Y aquella pasión, si no casta de pensamiento (porque no existe ninguna), fué por lo menos inocente. A él le contenía su delicadeza; á ella su pudor y sus arraigadas creencias. Había algo de místico en su mutua pasión: se poseían mirándose, y esto les bastaba para sobrellevar la soledad de su vida.

Además aquel amor fué una especie de regeneración para ambos. Soledad desechó sus vicios, Felicio renunció á sus asquerosas correrías nocturnas. Comía en casa de unas vecinas de cuarto, y sólo salía de la suya para cobrar su exigua renta ó acudir á sus citas amorosas.

Soledad nunca le hablaba de su familia. En una ocasión Felicio la recordó su hija; pero ella le suplicó que jamás se la mencionara. Cuando se separaban, Soledad siempre tomaba un coche; y él cumpliendo la promesa que la había hecho, nunca trató de averiguar quién era ni dónde vivía: no quería que hubiese ni la más mínima tacha en su amor.

Los lectores de Zola se reirán de esto (si lo leen); pero la verdad es que si existen muchas *porquerías* en el mundo, mientras la criatura humana tenga espíritu nunca faltarán *idealidades*.

Felicio supo por casualidad que una que fué criada de su tía tenía una lechería de vacas en el paseo de las Delicias, y allí se refugiaban los amantes en las noches de tiempo desapacible.

El lector perdonará esta larga digresión, que ha sido necesaria.

XVIII

Las citas de Felicio y de Soledad continuaban. Doña Aurora Porcel (alias la *Perdigona*) había aflojado algún tanto en su cansado é inútil espionaje; pero no así en sus deseos de venganza, principalmente contra la joven, hermosa y amada marquesa de Criptana. Revolvía en su imaginación mil proyectos para lograr aquélla; pero faltábala la base: la ausencia de Madrid del que ella suponía agraviado esposo, desconcertaba todos sus planes. ¿Qué había de hacer ella por sí sola? Fué dos ó tres veces á la casa de la plaza de las Salesas á informarse de si el marqués de Criptana había regresado, y supo por el portero, que cada vez que la veía redoblaba sus malos modos, que aquél continuaba ausente. Pensó en dejar en la portería una carta para que se la remitieran al marqués adonde se hallara; pero temió que no llegase á su destino, en vista de la hostilidad de aquel brusco cancerbero.

Asistía cada dos ó tres días al rosario de la iglesia de San José, en donde siempre encontraba entre los devotos á Soledad: «¡Qué devoción tan asidua! – pensaba la *Perdigona*. – Esta mujer se dedica simultáneamente á Dios y al diablo.»

El diablo era Felicio.

Cuando Soledad salía de la iglesia, la seguía por la calle del Turco y Carrera de San Jerónimo hasta cerciorarse de que se reunía con su amante, y proseguía en su espionaje, hasta que la mayor parte de las veces veía entrar á ambos jóvenes en la lechería del paseo de las Delicias. El convencimiento de que continuaba aquella intriga amorosa la exasperaba cada día más. Su mal corazón, la estrechez de su espíritu y la ociosidad de su vida de pordiosera contribuían á no hacerla desistir de su oculta persecución y de sus vengativos proyectos.

«Algún día volverá el marqués,» se decía acariciando con fruición esta idea.

Una noche fué al rosario de San José, vió á Soledad y la siguió hasta que ésta, en compañía de su amante, entró en la casa de vacas. Era una noche de últimos de abril, el tiempo estaba revuelto y amenazando lluvia, y la *Perdigona* supuso que los enamorados permanecerían largo rato en la lechería. Desistió de esperar á que salieran, como algunas veces hacía, porque además tenía que dar el *alfilerazo de los jueves* en la puerta del casino de Madrid. Un general, paisano suyo (la *Perdigona* era valenciana, aunque merecía ser aragonesa), entraba todas las noches en aquel círculo de siete y media á ocho de la noche, y un día á la semana socorría á la pordiosera con cuatro ó seis reales y á veces con un deslumbrante duro. El *sablazo* era, pues, importante, y por

eso la menesterosa, aunque rengueando, porque se sentía molestada por un dolor reumático en la pierna izquierda, transpuso rápidamente la distancia que media entre las afueras de Atocha y el casino, situado entonces en la Carrera de San Jerónimo, y antes de las siete y media se hallaba en su puesto de acometividad.

El general llegó poco después y puso en manos de la *Perdigona* un medio duro, que aunque isabelino no era falso. Doña Aurora Porcel le siguió hasta la escalera dándole gracias, y cuando se volvía para salir á la calle vió atravesar el portalón y subir al casino á un caballero que la dejó estupefacta.

Era el marqués de Criptana: el mismísimo marqués, á quien la *Perdigona* conocía perfectamente. El marqués estaba allí y Soledad y Felicio en la casa de vacas: ¡qué ocasión!

Envuelta en un vértigo por los demonios de los celos y de la venganza, que la privó de la reflexión, la feroz vieja, si bien dolorida cada vez más del reuma, se fué corriendo al próximo café del Gato, del que era parroquiana, como ya se ha dicho, y pidió un tintero y pluma; pues los demás utensilios de escritura, como son papel y sobres, los llevaba ella en una grande y vieja cartera.

La *Perdigona* era repentista y pendolista y en un momento enjaretó las siguientes líneas:

«Señor marqués de Criptana: no siempre los anónimos son falsos. Si quiere usted encontrar á su señora muy entretenida con un amante, vaya ahora mismo al paseo de las Delicias, casa de vacas, número 4, é introdúzcase en las piezas interiores. – *Un amigo de usted y de la moral.*»

Metió este anónimo en un sobre, volvió apresuradamente al Casino, subió, y entregó la pérfida misiva á uno de los porteros del recibimiento, diciéndole: «Para el señor marqués de Criptana. Muy urgente.»

Hecho esto, bajó de prisa la escalera, apoyándose en el pasamano, porque su dolor de la pierna iba en aumento, salió del casino y fué á situarse en acecho en la esquina de la calle del Lobo, hoy de Echegaray. Quería cerciorarse de si el anónimo producía su efecto.

Permaneció en la esquina, recostada en la pared, porque apenas podía tenerse en pie, atisbando la puerta del casino. A poco vió salir al marqués de Criptana, tomar un coche de punto de los que siempre hay á la puerta de aquel círculo y bajar por la Carrera de San Jerónimo.

«Allá va» – pensó la *Perdigona*. Pero como sucede la mayor parte de las veces en las resoluciones malas y prontas, no bien se calmó su ansiedad por saber el resultado de su denuncia, entróla arrepentimiento de su mala acción. Quedóse como atontada: se dijo que había sido una infame, y temió por Felicio. ¡Si hubiera podido deshacer su obra! Recobró, aunque tarde el sentido común, y reflexionó que era natural que Felicio la desdeñara por vieja y pobre, y que su venganza había sido injusta y ruin. Echó á andar cojeando por la calle del Lobo. Se sentía muy mal, é iba á refugiarse en el camaranchón que la servía de vivienda.

La seguiremos para acabar con esta obscura y funesta figura de este relato, que compartió con otra, que aparecerá á su tiempo, la odiosa misión de hacerle trágico.

La *Perdigona* vivía en la calle de Ministriles, y durante el largo trayecto que tuvo que recorrer, entre el dolor reumático que se agravaba, oía, quizá por primera vez, la voz de la conciencia. Había creído poco en Dios, á pesar de que de la idea de Dios vivía y de que á la casa de Dios debía su subsistencia; pero en aquellos instantes sentía una extraña ansiedad de ánimo, que la atosigaba tanto como el dolor material. Recordó su vida entera, bien desordenada é inútil. Había sido mala esposa, matando á disgustos é infidelidades á su marido, honrado portero del ministerio de Estado. Había sido mala madre, contribuyendo por falta de cuidados á la muerte de un hijo que tuvo, enfermo y raquítico. Nunca practicó el bien y sí todo el pequeño mal que estuvo á su alcance; y ahora parecía que aquel Dios del que nunca se había preocupado, coronaba su obra de castigo, privándola de atender á las necesidades de su miserable existencia.

Su repugnante acción de aquella noche era digno remate de las muchas malas, aunque no tan trascendentales, que había cometido. ¿Qué iba á pasar? A veces se figuraba ver muerto á Felicio y muerta á Soledad, aquellos dos jóvenes que no la habían hecho daño alguno.

Apoyándose en las paredes, sentándose en el quicio de las puertas para descansar, casi arrastrándose para subir su alta escalera, llegó por fin á su chiribitil y dejóse caer en su miserable cama. A la mañana siguiente, sintiéndose peor, llamó á una vecina: acudió ésta y luego otras; y viéndola en tan mal estado, determinaron trasladarla al hospital general. Hiciéronlo así. Dos días después el reuma de la pierna invadióla el corazón; y de tal suerte terminaron los nublados días de doña Aurora Porcel, entroncada con el general Narváez, amiga de duquesas, solicitada por grandes artistas de su época, cesante de Estado en los templos y cesante de la vida en el hospital...

El marqués de Criptana recibió el anónimo como el que recibe un rudo golpe material que le priva de la facultad de pensar. Se repuso, leyó y releyó el papel casi dudando de que le tenía en la mano. Después hizo lo que todos en su caso, aun los más despreocupados en cuestión de anónimos: salió del casino, tomó un coche, encargó al cochero la celeridad y le previno que se detuviera á la entrada del paseo de las Delicias.

Mientras el carruaje seguía su camino, un sinnúmero de ideas bullían en la imaginación del marqués. ¡Soledad con un amante en la casa de vacas! ¿Soledad tenía un amante? ¿Era esto posible? ¿Se había atrevido á tanto ella, tan buena cristiana, tan melindrosa respecto á buenas costumbres? Aquella muchachuela que él había sacado de la nada, ¿se atrevía á faltar á sus deberes de esposa? Esta idea sublebaba el orgullo de raza del marqués. ¡Y aquella adúltera de baja estofa no velaba sus amores en el retraimiento de un *boudoir*, sino que los desparramaba en sitios innobles! ¡Una lechería de vacas! Allí arrastraba el nombre de Criptana, en compañía de un amante, de seguro obscuro y vulgar. ¡Ella, tan delicada, tan distinguida, á quien había tenido que dar su nombre en la suposición de que sólo podría lograrla legítimamente! Pero al cabo había descubierto la hilaza. ¿Qué más da la cuadra del cortijo que el establo de la casa de vacas? ¡Y él la había amado, la amaba todavía: sentía por ella lo que por ninguna otra mujer! La descuidaba, es verdad; dejábala sola durante meses enteros, pero ¿por qué? Porque su frialdad de estatua le desesperaba, porque no encontraba en ella ni calor ni cariño. Por eso buscaba compensaciones en otras partes: por eso había momentos en que hasta la odiaba. Pues qué, ¿era él tan repugnante? ¿Qué otra, excepto ella, habíale rechazado?

El marqués, excitado por el orgullo y hasta por el amor, pues era cierto el que sentía por su mujer, y en aquel momento más, como sucede á todos los hombres cuando la mujer se les *escapa*, perdía su buen juicio: no se hacía cargo de que una mujer de las condiciones de la suya, hermosa, aún joven, ociosa, rebosando corazón, tenía á su vez que buscar compensaciones.

«¿Quién será ese fénix que ha llegado al corazón de Soledad? – se preguntaba el marqués. – ¿A ese corazón chapeado de filigranas de delicadeza y de escrúpulos religiosos?»

Había momentos en que se esforzaba por admitir la falsedad del anónimo; pero eran ráfagas de claridad en el caos de sus pensamientos.

«De suerte – se decía – que es posible que mi nombre deshonrado ande ya rodando de boca en boca, como se ha exprimido bajo la pluma de ese *amigo de la moral* que me escribe...»

El coche se detuvo á la entrada del paseo. Apeóse el marqués; y mandando al cochero que aguardase, buscó la casa designada.

Se asomó con precaución á la tienda, que estaba abierta de par en par según costumbre, y no vió á nadie. No lo extrañó, la amorosa pareja no había de estar allí expuesta á las miradas. Además en el anónimo le decían que se introdujese en las piezas interiores: era natural.

La trampilla del mostrador estaba abierta también. El marqués sólo tuvo que levantar la tabla, y se halló en una especie de trastienda, también desierta y obscura, pues sólo estaba alumbrada por la luz del quinqué de la pieza exterior. Vió un pasillo á cuyo extremo brillaba una luz opaca, echó á andar por él, y á los pocos pasos se encontró con una puerta cerrada, por cuyos intersticios salía claridad. Alzó el picaporte, abrióse la puerta, y el marqués se halló frente por frente de Soledad.

Pero estaba sola, sentada á una mesa, sobre la cual había dos vasos vacíos. Registró aquél con la mirada la pieza, empapelada chillonamente, en la que sólo había otras dos mesas y algunas sillas, y se adelantó hacia su mujer, diciendo en voz baja:

– ¿Dónde está tu cómplice?

Soledad, que á la vista del marqués se puso muy pálida, ahogó un grito y permaneció sentada, contestó:

– Como no he cometido ningún delito, no tengo ningún cómplice.

El marqués tuvo impulsos de registrar toda la casa, suponiendo que el *cómplice* se había ocultado; pero desistió de ello, temiendo al escándalo y al ridículo.

Miró con fijeza á Soledad, que permanecía, al parecer, tranquila, y repuso:

– Vámonos.

– Vamos, dijo aquélla poniéndose en pie.

Cuando salieron al pasillo, venía por él una mujer todavía joven, robusta, fresca y colorada, que traía en la mano una vasija de metal. Era la vaquera que acababa de ordeñar las vacas en el establo. Al ver á un desconocido en lugar de Felicio, se detuvo muda de sorpresa.

– ¡Buenas noches, Juana!, dijo Soledad despidiéndose. ¡Hasta la vista!

– ¡Buenas noches, señorita!, contestó la pasiega, viendo estupefacta salir de la tienda á aquella pareja, en la que había habido una sustitución de persona.

El marqués, sin ofrecer el brazo á su mujer, la condujo hasta el coche que esperaba; indicóla que subiera, y subió él á su vez, dando al cochero la dirección de su casa, plaza de las Salesas.

Soledad se dejó caer en el asiento del carruaje. Estaba aniquilada por el esfuerzo que acababa de hacer para aparentar serenidad. La casualidad había evitado á todos una escena violenta. Minutos antes de la llegada del marqués, Felicio había salido de la lechería á buscar un coche para la marquesa, cosa que no solía suceder, pues siempre salían juntos y á pie. Pero aquella noche, además de que el tiempo estaba inseguro y amenazando lluvia, Soledad hallábase algo desazonada. En los instantes que permaneció con su marido en la casa de vacas, sintió mortal ansiedad, no tanto por ella como por Felicio, que podía volver de un momento á otro; así fué que cuando se halló en el coche sentada al lado del marqués, respiró con relativa tranquilidad. Al arriesgarse á sus citas y paseos nocturnos, aun estando en Madrid su marido, había previsto las consecuencias: una casualidad cualquiera podía descubrirla, como sucedió; pero ella lo arrostraba todo, no pudiendo resistir á su simpatía por Felicio, y á los ruegos de éste que le suplicaba que no le dejase abandonado á su solitaria desesperación.

Soledad, pues, que era valiente, se resignó á aquella nueva y difícil situación. Incrustada casi en un rincón del carruaje, pensaba menos en ella que en Felicio, á quien aquel golpe imprevisto iba á reducir al último extremo: sentía á su lado á su marido; y por los agitados movimientos de éste, adivinaba su reprimida cólera.

El marqués, en efecto, parecía que se ahogaba en el coche, y aunque soplaba aire fuerte y húmedo, había bajado el cristal que tenía al lado. Conocía el carácter altivo de Soledad, y en ocasiones hasta le había admirado; pero Soledad, irreprochable como esposa, no era lo mismo que la mujer sorprendida en flagrante delito de infidelidad. Así es que á medida que pasaban los minutos, el silencio de aquélla le exasperaba más y más. Esperaba una frase de disculpa, una explicación cualquiera; pero Soledad permanecía silenciosa, inmóvil y sin respirar apenas. A la tenue luz que despedían los opacos faroles del carruaje, el marqués pudo ver que había cerrado los ojos.

En aquel silencio no interrumpido, llegó el coche á la puerta del palacio de Criptana. La puerta exterior estaba abierta y el portalón alumbrado por una lámpara gótica. Al ruido del carruaje acudió el portero con la cabeza descubierta, tocó un timbre y abrió la puerta de cristales de la escalera.

En el ángulo que formaba la primera meseta de ésta, había sobre un pedestal una estatua de bronce que representaba á un halconero del siglo XII con un azor posado en el brazo izquierdo. Del pico del ave, que tenía levantada la cabeza, como si buscara su presa en el espacio, salía un mechero encendido de gas. El marqués dió el brazo á su mujer para subir. Llegaron á la segunda meseta, en donde, prevenidos por el timbre, esperaban el portero de estrados y Delfín, el ayuda de cámara del marqués, con un candelabro de dos bujías encendidas en la mano. El portero alzó un *portier* de terciopelo granate en cuyo centro campeaba estampado el escudo de armas de Criptana, para abrir paso á los señores.

– A la habitación de la señora, dijo el marqués al criado.

Y precedidos de éste, entraron en el cuarto de Soledad. Componíase este cuarto de cinco piezas. Primero, un gabinete de recibo, lujosamente decorado, en donde todo estaba en orden, con un balcón que daba al jardín. Después, una sala muy grande, que más bien que habitación de dama parecía estudio de artista, y de los más desordenados. Sobre una amplia mesa de nogal veíanse en revuelta confusión libros, álbums, estampas sueltas, estatuitas de escayola (algunas mutiladas), cartones y tablas de dibujo, cajas de colores, pinceles, lápices y un sinnúmero de ob-

jetos más, que parecía que no cabiendo en la mesa, habían invadido la tapa de un piano cerrado. En un rincón había tres caballetes con pinturas en boceto, y varias paletas tiradas en el diván corrido que rodeaba toda la pieza, cuyo mueblaje completaban algunas sillas diseminadas, una butaca y una mecedora, y que recibía luz por dos balcones que daban también al jardín. La tercera pieza era una especie de *boudoir*, con tiestos y canastillos de plantas y flores, y dos grandes espejos de cuerpo entero.

Después estaba el dormitorio, con cama colgada de raso azul. En la pared de la cabecera había un crucifijo de talla, y en la de enfrente una Virgen de la Soledad al óleo.

La habitación terminaba en un cuarto de baño, con perchas y dos armarios grandes.

El marqués se detuvo en la tercera pieza, esto es, en el *boudoir*, en donde Rosa, la doncella única y favorita de la marquesa, sentada á un velador, se ocupaba en pegar una randa de encaje á una bata blanca de su señora.

– Deje usted la luz y váyase, dijo el marqués al ayuda de cámara. Y tú también, repuso dirigiéndose á Rosa.

Cuando los criados se fueron, atravesó aquél la sala, y cerró con pestillo la puerta que comunicaba con el gabinete, pero dejó abierta la del *boudoir*. No se sentó: parecía deseoso de aire y espacio. El marqués, que se aproximaba á los cincuenta años de edad, conservaba ráfagas de juventud, pero tenía la cabeza, el bigote y las largas patillas llenos de canas.

Soledad, quitándose la mantilla y dejándola sin doblar en el respaldo de una silla, se había sentado en un silloncito dorado forrado de raso color de lila.

El marqués miró á su mujer y comenzó á pasear desde el *boudoir* á la sala, que estaba en penumbra. Indudablemente quería recobrar su sangre fría, ó no sabía cómo abordar aquella penosa conferencia.

Por fin, se paró delante de Soledad y le preguntó:

– ¿Qué hacías en la casa de vacas?

– Nada, ya lo ha visto usted, contestó ella, sin mirarle.

– ¿Por qué has ido allí?

Soledad no respondió.

– ¿Estabas sola?

– Ya lo ha visto usted.

– Pero tu cómplice puede haberse escondido.

– No.

– ¿Es decir que tienes un amante?.. Responde.

Soledad se agitó en su asiento, bajó los ojos y dijo con voz alterada:

– Detesto el fingimiento. Si es amante quien ama, sí, tengo un amante.

El marqués hizo un brusco movimiento, apretó entre sus manos el bastón, que no había dejado, y dijo con acento que se esforzaba para hacer tranquilo:

– ¿Y quién es?

Soledad no contestó.

– He preguntado quién es, repitió el marqués.

El mismo silencio.

– Vas á decírmelo en seguida, repuso aquél asiendo una mano de su mujer y oprimiéndola por la muñeca. ¡En seguida!, ¿lo oyes?

Soledad reprimió un grito. Luego dijo con voz firme:

– ¿Para qué quiere usted saberlo? Él no conoce á usted, ni apenas me conoce á mí.

El marqués, sorprendido de estas palabras, soltó la mano de Soledad.

– ¿Qué significan esas evasivas? ¿Pretendes mistificarme? ¿No te conoce un amante con quien estás mano á mano horas enteras?

– No conoce el nombre de usted, ni el mío verdadero. Cuido yo más del honor de *los demás*, que ellos de mi suerte.

– Y admitiendo esa singularidad, ¿supones que no se deshonra al marido cuando no le conoce el amante?

– Yo no he deshonrado á nadie.

– ¡Ah! ¿Vas á hacerme creer que teniendo un amante continúas inmaculada; que te reunes con un hombre para jugar al doble juego del amor platónico y del dominó?

La marquesa no contestó.

– Dime el nombre de ese amante tan... respetuoso, y acabemos. No puedo ensañarme con una mujer, pero quiero conocer al hombre que me deshonra: es lo menos que puedo exigir.

– Y es lo más que puede usted pedirme.

– ¡Soledad!

– Es inútil que insistamos en este particular. Nunca de mi labio sabrá usted ese nombre: no quiero hacer responsable á nadie de mi desgracia y abandono.

– ¡Soledad!

– ¡Nunca! ¿Lo oye usted? ¡Jamás! ¿Qué me importa la cólera de usted? ¿Puede usted hacerme mayor daño que el de obligarme á vivir separada de mi madre, sola y enferma, y de mi única hija?

Y al decir estas palabras, Soledad prorrumpió en sollozos.



Dime el nombre de este amante tan... respetuoso, y acabemos

El marqués se apartó de ella con un movimiento brusco y volvió á pasear precipitadamente desde el *boudoir* á la sala.

A veces se detenía en el quicio de la puerta que dividía ambas piezas y miraba á su mujer.

Soledad se enjugaba los ojos con el pañuelo. El elegante contorno de su busto, cubierto con un vestido de merino, se destacaba sobre el fondo claro del silloncito en que estaba sentada. Al acurrucarse en el coche y al quitarse después la mantilla, habíase desprendido parte de su magnífica mata de pelo. Sus pies, aquellos pies incomparables, que como dice un verso de Ayala, parecían dos niños en la entrada del Paraíso, asomaban por debajo de la falda; de suerte que el marqués podía ver las tres cosas que más le cautivaron en la mujer.

Quizá pensaba:

«¿Por qué no he podido llegar al corazón de esa incomparable criatura?»

Y al verla abatida, llorosa, pálida, con la palidez de la azucena, contraídos los labios por un movimiento nervioso, sentía vibrar en él la generosa fibra que constituía el fondo de su carácter.

Tal vez se decía:

«Yo tengo la culpa de todo: he arrancado esa flor campestre para colocarla en un fanal donde se marchita y muere. La he creído una labriega y es una sensitiva. He puesto mi libertinaje al lado de sus delicadezas. He sacudido el polvo dorado de sus alas y la mariposa ha huído lejos de mí.»

Volvió á detenerse delante de su mujer y le dijo:

– Oye, Soledad: tu carácter, cuya obstinación conozco, me coloca en una situación excepcional. No quiero atormentarte, pero debo velar por mi honra comprometida. ¿No estoy en mi derecho?

Soledad, que era recta de conciencia y que acaso recordó los esfuerzos que había tenido que hacer para luchar contra su pasión por Felicio, contestó:

– Lo está usted.

– Pues bien: no ahondemos en lo que tú haces insondable. Quiero creer que hasta ahora no hayas faltado á tus deberes, pero llegarás indefectiblemente á faltar, y yo no puedo consentirlo.

Soledad prorrumpió en un sollozo ahogado.

– Guarda el secreto de tu amor, que no puedo arrancarte, porque yo no soy inquisidor. Pero medita que si la fatalidad nos separa el honor nos une.

– Sí, dijo Soledad en voz apenas perceptible.

– Veo que me comprendes... Nuestra hija no debe tener una madre adúltera...

– ¡Oh!, exclamó Soledad, prorrumpiendo en sollozos y poniéndose rápidamente en pie. ¿Por qué me ha separado usted de ella? Lejos de mi madre, ella era el único consuelo que me quedaba. Ella hubiera llenado el vacío de mi vida y mi soledad de corazón, ella me hubiera ayudado á soportar los inmerecidos desdenes de ese mundo al que usted pertenece y en el que no he pretendido entrar: hubiera sido mi ángel guardián, defendiéndome contra las tentaciones del aislamiento y del hastío...

– Dejemos los reproches, interrumpió el marqués, que se esforzaba por reprimir su emoción. Tranquilízate y escucha.

Soledad, que no podía tenerse en pie, volvió á dejarse caer en el sillón.

– Si amas á tu hija podrás verla, prosiguió el marqués; eso depende de ti...

– ¿Que podré ver á mi hija?, ¿que depende de mí?, interrumpió Soledad con vehemencia, volviendo á ponerse en pie. ¡Que depende de mí, cuando estoy pronta á volver á su lado, aun cuando fuese pidiendo limosna de puerta en puerta! ¡Ah, señor marqués, vea usted lo que dice, no reavive mi desesperación, que Dios sabe á qué extremo me hubiera llevado sin la idea de Dios!

– Repito que la verás.

– ¿Pero cuándo? La esperanza ya no me basta. Estoy aniquilada de contar los años y los meses y los días que no la veo. ¿La veré? Treinta y seis horas me separan de ella, menos quizá. Hable usted, dígame qué he de hacer para verla, y olvidaré estos seis años de martirio.

– Tienes qué hacer lo que toda mujer que conserva un resto de honradez: olvidar tu... extravío.

Soledad estrujó el pañuelo que tenía en la mano, pero no dijo nada.

– Vas á ausentarte de Madrid.

– ¿Para ir al lado de mi hija?

– Para ir adonde sea más conveniente, para separarte de tu amante... platónico.

– ¡Oh!

– Y no basta que te separes de él ahora y para siempre, es necesario que rompas toda comunicación con él, que jamás pretendas saber dónde está, que nunca ni directa ni indirectamente le des noticias tuyas..., como si hubieseis muerto el uno para el otro. ¿Comprendes?

– ¡Ah, infeliz! ¿Qué va á ser de él?, murmuró Soledad, como hablando consigo misma.

El marqués sintió un relámpago de cólera, más bien de envidia, pero se reprimió.

Soledad volvió á sentarse, apoyó el brazo en el del sillón y la cabeza en la palma de la mano. Cerró á medias los ojos: pensaba en la desesperación de Felicio, tenía el presentimiento de una catástrofe.

– Si aceptas mis condiciones, prosiguió el marqués, vivirás en paz, al menos con tu conciencia. Verás á tu madre, verás á tu hija.

– ¿Y si no puedo cumplirlas?

– Entonces, contestó el marqués con reprimida cólera, entonces, fíjate en mis palabras; para ver á tu madre tendrás que huir de mi lado, si puedes, pero nunca volverás á ver á tu hija. ¿Lo entiendes? ¡Nunca!

– ¡Ah, tenga usted piedad de mí!

– Es mi última palabra. ¿Qué menos puedo hacer para defender mi honor ultrajado y el de mi hija?

Soledad exhaló un gemido: estaba vencida, anonanada.

– Yo no soy un marido de melodrama antiguo, prosiguió el marqués. No quiero esclavizar á nadie. Si has perdido toda noción de pudor, vete de aquí á reunirte con tu amante. Si eres verdaderamente madre, tú sabrás lo que tienes que hacer.

Soledad alzó los ojos, sus labios se movían, parecía como que rezaba.

(Continuará)

LOS BRONCES DE LA CASA MASRIERA

EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA

Ha tiempo que los broncistas y fundidores españoles persiguen el propósito de anudar antiguas y gloriosas tradiciones, representadas por aquellos celebrados artífices que florecieron en las pasadas centurias, y cuyas obras son otros tantos testimonios de su valía. Grandísimo es el desarrollo que ha alcanzado á partir de la segunda mitad de este siglo, adquiriendo la escultura un nuevo y poderoso auxiliar. Barcelona cuenta, entre otros, con el importantísimo taller de D. Federico Masriera, en el que se han fundido la mayoría de las estatuas que coronan los monumentos de las principales poblaciones peninsulares. Nada tiene que envidiar nuestra ciudad en lo que respecta á esta rama especial de la metalistería,



El Dr. Esquerdo, busto de Mariano Benlliure, undido en bronce en los talleres de Federico Masriera (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896).

puesto que con igual perfección fúndense por el procedimiento de la cera perdida las bonitas esculturas gala y adorno de nuestros salones, que las estatuas de iguales ó análogas dimensiones que la que sirve de digno remate al monumento que Barcelona erigió á Cristóbal Colón.

En la actual exposición de Bellas Artes y en la sección de escultura figuran varias reproducciones ejecutadas en bronce por el Sr. Masriera, entre las que se recomiendan los retratos del doctor Esquerdo y de la señora de Lhardy, modelados por el distinguido escultor D. Mariano Benlliure, cuyo nombre significa ya una gloria para el arte patrio, y el retrato también del senador del reino Excmo. Sr. D. Manuel Planas y Casals, obra del escultor D. Manuel Fuxá, quien ha logrado justificar con su nueva producción la merecida fama de que goza.

Fundidos asimismo por el Sr. Masriera han sido los dos notables bustos obra del escultor catalán don Miguel Blay y de D. Isidoro Pfeiffer, que premiados en la Exposición de 1891, forman hoy parte del Museo Municipal de Bellas Artes.

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL ALUMINIO

Con frecuencia solemos burlarnos del poder de la moda, que con fuerza incontrastable obliga á millones de personas á vestirse como ella manda y no de otro modo. Y sin embargo, olvidamos que el mismo rasgo característico humano que constituye el fondo de tal locura de modas existe en otras muchas cosas. Así como el cuerpo humano, además de las substancias propiamente nutritivas, exige medios estimulantes, así también el humano espíritu solicita de continuo nuevos objetos que ocupen su atención, objetos que le estimulan hasta que se hacen viejos y han de ser sustituídos por otros. De aquí que encontremos la locura de la moda aun en otros terrenos que en el del vestido, y esto explica por qué los nuevos fenómenos de índole científica y técnica son en un principio exageradamente estimados, para más adelante, cuando ya no son nuevos, ser considerados con indiferencia también exagerada. La rapidez con que este cambio se verifica es sorprendente: si hojeamos una colección de cualquier periódico científico encontraremos que se ha hablado en anteriores tiempos de muchas cosas que entonces conmovieron á la humanidad. ¡Con qué ojos tan distintos las contemplamos actualmente, á pesar de que en aquella ocasión todos procuraron juzgarlas con la mayor imparcialidad posible!

Recordemos, por ejemplo, lo que ha sucedido con el aluminio: hace cinco años no había quien no se prometiera, en casi todos los terrenos, los mayores resultados de su descubrimiento. El que esto escribe, sin embargo, miró siempre con alguna desconfianza el aluminio, porque recordaba que ya en su primera aparición, hace cuarenta años, no fracasó por las dificultades que ofreciera su explotación en grande, sino por falta de aplicación adecuada. Cierto que recientemente la obtención del aluminio por el procedimiento electrolítico ha permitido ofrecer al público este metal á un precio baratísimo, lo cual hacía esperar que sería utilizable para aquellas aplicaciones en que la baratura constituye la condición principal; pero también en esto nuestras esperanzas se han visto defraudadas, pues casi todo cuanto se ha intentado hacer con el aluminio no ha resistido á la prueba del tiempo. En la mayoría de las aplicaciones en que por su gran ligereza ha sido propuesto en sustitución de otros metales, hase evidenciado que su escasa consistencia exigía el empleo de mayor cantidad de metal, con lo que desaparecía la ventaja de su poco peso, y las tan ensalzadas aleaciones de aluminio tampoco han podido conseguir un puesto duradero en la industria. De aquí que hayan desaparecido en poco tiempo las muchas tiendas que hace algunos años surgieron como hongos para dedicarse á la venta de objetos de este metal, y si alguien intenta hoy dar al aluminio una nueva aplicación miramos esta tentativa con desconfianza y no estamos dispuestos, como antes, á ver con criterio optimista las pequeñas deficiencias que, por el contrario, estimamos como principios de prueba de su inutilidad.

Los hermosos días de la fe en el porvenir del aluminio han pasado y es muy dudoso que vuelvan. Pero la cuestión que involuntariamente se nos presenta es la de preguntarnos por qué no hemos reconocido antes lo que ahora reconocemos y cómo ha sido posible que tantos hombres expertos y perfectamente dispuestos á examinar y juzgar con imparcialidad aprobaran, á pesar de sus muchos ensayos, los ditirambos que en honor del aluminio se entonaban. Y no obstante, la explicación es bien sencilla: hace cinco años el aluminio estaba de moda y hoy ya no lo está; entonces admirábase la elegancia de formas á que este metal se presta, por más que fuese muy dudosa la fabricación barata de los objetos que con él se confeccionaban, y con el convencimiento que caracteriza al técnico del siglo XIX y llevados de una cierta confianza hacia la marcha justa de las cosas, se decían los hombres de ciencia que tan ingenioso trabajo no podía ni debía resultar inútil y que ya se encontrarían medios de sacar las debidas utilidades de tan gran descubrimiento. Lo que no aparecía tan claro era cuáles medios serían éstos; mas la moderna técnica había hecho tanto, que de seguro sabría encontrarlos.



De mi pueblo, busto de Miguel Blay, fundido en bronce en los talleres de Federico Masriera (Museo Municipal de Bellas Artes de Barcelona).



La Sra. de Lhardy, busto de Mariano Benlliure, fundido en bronce en los talleres de Federico Masriera (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona. 1896).

El aluminio se encuentra en la naturaleza en extraordinaria abundancia y en sus combinaciones aparece en cantidades mucho mayores que cualquier otro metal. En tiempos inmemoriales el aluminio debió existir en la tierra en estado puro, pero en la actualidad no se encuentra un solo gramo de aluminio metálico. Si oportunamente se hubiese querido estudiar el asunto sin prejuicio alguno, hubiérase comprendido que un metal que en la naturaleza se ha aliado con otras materias hasta el punto de exigir su separación de éstas grandes medios auxiliares, no ofrecía muchas garantías de inalterabilidad y duración. Es verdad que el hierro, tan parecido al aluminio en sus propiedades químicas, también sólo por excepción existe en la naturaleza en estado puro, pero su transformación en metal no ofrece ni con mucho las dificultades que la de aquél, y por otra parte las buenas cualidades que el hierro posee han hecho que siempre se le perdonara la facilidad con que se oxida. La humanidad se ha lamentado en todos tiempos de que el hierro sea destruído por el orín, pero en cambio le ha agradecido que se distinga por su dureza y solidez y por su aptitud para fundirse con el carbono y convertirse en acero. El aluminio no posee estas virtudes y por consiguiente no podemos perdonarle sus defectos, y si bien no es de suponer que desaparezca por completo de la esfera de la industria humana, cabe asegurar que nunca logrará, como el hierro, ser nuestro amigo y aliado indispensable y uno de los sostenes de nuestra civilización. El aluminio no está ya de moda y los días de su esplendor pasaron para no volver más.

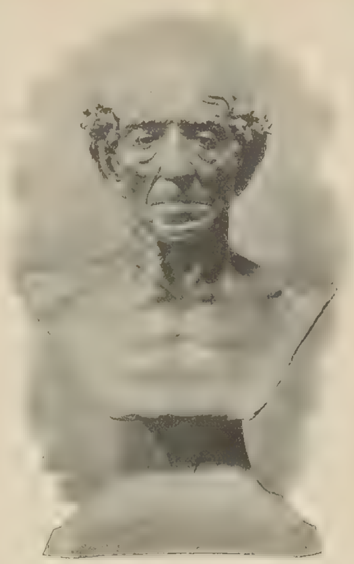
Y sin embargo, este metal tiene en nuestra técnica una importancia ética, pero no como metal engañador, sino en la forma menos fastuosa de sus aleaciones. El mundo no podría ser lo que es si el aluminio desapareciese del conjunto de elementos que lo componen, del mismo modo que no lo sería si el hierro no hubiese existido nunca. El aluminio es la substancia fundamental de la arcilla, y ¡qué sería sin arcilla del hombre! Nuestros antepasados de la edad de piedra vivieron y lucharon contra los horrores de una naturaleza salvaje sin haber poseído el hierro, y aun hoy en día existen pueblos en los cuales el uso del hierro no es cosa corriente; en cambio no se sabe de pueblo alguno que no haya conocido el valor de la arcilla. Toda cultura comenzó amasando la arcilla y transformándola en utensilios, y á medida que la civilización avanza, la arcilla, en sus distintas varieda-

des, se ha mantenido como uno de los más útiles productos naturales. Ni el hierro ni otro metal alguno hubieran podido ser por nosotros extraídos de sus minerales si con la arcilla no hubiésemos formado los crisoles y los hornos que para tal objeto necesitamos. De suerte que en la forma de su silicato el aluminio es en realidad para nosotros un elemento tan valioso como el hierro y desde hace cientos de siglos un compañero fiel del hombre que se esfuerza para llegar á la perfección.

El pastor que apacienta sus bueyes en el prado, la guardadora de gansos que conduce al campo su manada, son miembros útiles de la sociedad que llenan su cometido, y por consiguiente forman parte de los resortes de nuestra actividad; pero si, como en los cuentos, un hada benéfica les tocara con su varita de oro y cubriera sus cuerpos con ricas vestiduras, el pastor y la guardadora de gansos, á quienes esta transformación no podría menos de regocijar, dejarían de realizar su labor dentro del trabajo de la humanidad. Pues lo mismo sucede con los elementos de la naturaleza, entre los cuales hay algunos á quienes no sienta bien que se les despoje de su traje ordinario, aunque sea poco estético, para adornarlos con las hermosas galas de los metales puros: el aluminio es uno de ellos. El oro y la plata son príncipes entre los metales y nos sorprende verlos en otro aspecto que no sea el aspecto regio de su esplendor metálico; pero si el aluminio quiere convertirse en cortesano y pretende ser tomado por plata, quizás nos engañará durante algún tiempo, pero á la postre arrancaremos la piel de león con que pretenden ocultar su verdadera condición y le enviaremos otra vez á ocupar el puesto que como obrero honrado, pero obrero al fin, le corresponde.

WITT

(De la revista alemana *Prometheus*)



ESTUDIO, busto de Isidoro Pfeiffer,
(Museo Municipal de Bellas Artes de Barcelona)

EL ACUARIUM DE NUEVA YORK

En Castle-Garden (Nueva-York) se ha instalado recientemente en un edificio circular un vasto acuarium que comprende, en el centro, un gran estanque circular de 11'60 metros de diámetro y 1'80 de profundidad, rodeado de otros seis de 8'50 y 0'90 respectivamente. Estos estanques están construídos de ladrillo y cemento con coronamiento de piedra y revestimiento de azulejos de porcelana. Alrededor de esta instalación central hay distribuídos 94 depósitos con cristales montados en dos pisos, que tienen cada uno de los del piso bajo una longitud de uno y medio á dos metros y una profundidad de 1'50, y los del piso alto de 0'90 á 1'50 de largo y 1'20 de hondo. Una parte de estos depósitos está reservada á los peces de agua dulce y el resto á los de agua de mar, que también ocuparán los estanques centrales.

Este acuarium, que se inaugurará en breve, será seguramente uno de los más curiosos de cuantos existen por la riqueza de la fauna y de la flora acuáticas de los alrededores de Nueva York. Las planchas indicadoras puestas en cada recipiente contendrán, además del nombre del pez, una reproducción exacta del mismo en colores, y el agua de los depósitos se procurará que esté á la temperatura á que los peces respectivos están acostumbrados.

El agua de mar que sea necesario para alimentar el acuarium se tomará en la bahía de Nueva York; en cuanto al agua dulce será extraída del Croton. Una y otra serán debidamente filtradas, y no hay que decir que serán renovadas constantemente por medio de un dispositivo especial. Asimismo podrán ser aireadas artificialmente.

En suma, el nuevo acuarium de Nueva York, montado con todos los adelantos indispensables, será indudablemente uno de los mejores del mundo.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LA VIDA CRISTIANA EN MEDIO DEL MUNDO Y EN NUESTRO SIGLO, por la princesa Iwanowska de Sayn Wittgenstein, versión castellana por *Gustavo Gili y Roig*. – Como dice el censor eclesiástico de la presente edición española, este libro es un reformador cristiano muy útil en nuestra época, que delicada y noblemente enciende el alma á la práctica de la verdadera virtud y propia abnegación. Su traducción es bastante esmerada, y forma un tomo en 8.º de más de 400 páginas elegantemente encuadernado que se vende á 4'50 pesetas en casa del editor Juan Gili, Cortes, 223, Barcelona.

LECCIONES DE GEOGRAFÍA FÍSICA Y POLÍTICA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, por *R. Monner Sans*. – El título de esta obra indica suficientemente las materias de que se ocupa su autor, el distinguido literato español, residente hace muchos años en la República Argentina, Sr. Monner Sans. Ajustada estrictamente al programa de los Colegios Nacionales de aquel Estado, responde por completo á su objeto, pues en ella están condensados en forma clara y sencilla cuantos datos y definiciones son necesarios para el perfecto conocimiento de la geografía de aquella república; así es que aun cuando sólo tiene el carácter de ligeros apuntes, según expresión del mismo autor, su lectura resulta de gran interés y de no escaso provecho, tanto para los argentinos y americanos en general cuanto para los peninsulares, porque con este libro puede no sólo apreciarse el presente sino que también adivinar el porvenir de aquel pueblo. La obra ha sido publicada por la casa editorial de Buenos Aires Félix Lajouane.

REVISTA POLÍTICA. – El último número de esta interesante revista publica entre otros los siguientes trabajos: *Desprestigio del sistema parlamentario en España*, por Francisco Silvela; *Función de la ley y de la autoridad en la evolución social*, por Pedro Dorado; *Mujeres sabias*, por Juan Fastenrath; *Despedida de D. Bartolomé José Gallardo en* 1814, por Manuel Gómez Imaz. Inserta además varios extractos y traducciones de interesantísimos artículos, uno de ellos con grabados, tomados de otras revistas españolas y extranjeras; una cronología de los principales sucesos acaecidos en España durante el mes de abril, y siete caricaturas políticas, copiadas de otros tantos periódicos nacionales y del extranjero. A la *Revista Política*, que se publica dos veces al mes, se suscribe en Madrid, calle de la Bola, 8, principal.



EXCMO. SR. D. MANUEL PLANAS Y CASALS, senador del Reino, busto de Manuel Fuxá, fundido en bronce en los talleres de D. Federico Masriera (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

VIAJES POR EUROPA, por *D. Alfredo Opisso*. – El conocido editor barcelonés D. Antonio J. Bastinos, cuyos esfuerzos por vulgarizar los conocimientos útiles en todos los ramos del saber humano son bien notorios y han obtenido siempre del público la más favorable acogida, concibió el feliz proyecto de publicar una serie de viajes por Europa, en la cual se contuvieran bajo amena forma las nociones principales respecto á la geografía física, política, histórica y económica de cada una de las naciones de esta parte del mundo. Para realizar su pensamiento acudió al distinguido escritor D. Alfredo Opisso, y fuerza es confesar que el plan se ha llevado á cabo á satisfacción de los más exigentes; pues examinando los doce tomos dados á luz, cabe afirmar que pocas veces se ha conseguido realizar con tanta fortuna el precepto horaciano de instruir deleitando, ya que los doce viajes por las naciones de Europa dan perfecta idea de cada una de ellas, contienen datos inapreciables que revelan la gran erudición de su autor, y son de agradabilísima lectura por constituir cada viaje un episodio novelesco perfectamente verosímil y adaptado al color y medio ambiente de cada uno de los pueblos descritos. El Sr. Opisso ha trabajado en estas obras con verdadero amor, ha puesto gran cuidado en la exactitud de datos y noticias que contiene cada uno de sus viajes y ha sabido convertir en interesantes y vivientes las áridas nomenclaturas de otros tiempos, siguiendo en esto el espíritu de renovación que de pocos años á esta parte se ha iniciado en la Geografía. Por su parte el Sr. Bastinos ha completado el trabajo del autor publicando los libros con multitud de ilustraciones reproducción de monumentos, ríos, calles, plazas, paseos, tipos y cuanto puede ayudar á hacer más interesante el texto y conservar lo leído en la memoria. En una palabra, *Viajes por Europa* son una colección de 12 libritos de 48 á 80 páginas cada uno, que han de leer con gusto, no sólo los niños, para quienes principalmente están escritos, sino que también las personas mayores, pues unos y otros han de encontrar en su lectura útiles enseñanzas y agradable pasatiempo: cada libro con una cubierta cromolitografiada, simbólica de la nación á que aquél se refiere, se vende en la librería de Antonio J. Bastinos y en las de sus corresponsales de España, París y Ultramar, al precio de 50 céntimos, y los 12 juntos formando un volumen con las 12 cubiertas en forma de portada al frente de cada nación, encuadernado en percalina con planchas alegóricas en color y oro, al de 6 pesetas.

EL BAÑO DE MARÍA, por *Angel Alfaro del Castillo* y *Enrique Luque Méndez-Vigo*. – Graciosa zarzuela en un acto y tres cuadros, estrenada con gran éxito en el teatro Romea, de Madrid, á fines del año último. Ha sido editada por F. Fiscowich.

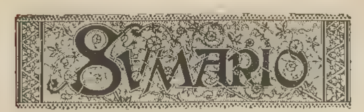
IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 6 de julio de 1896 — Núm. 758



¡BRAVO TORO!, cuadro de Enrique Zo (Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

POLO

Este *sport* tiene, como los toros, el atractivo de verificarse al aire libre, en primavera, de modo que nos anticipa las alegres excursiones del veraneo y la higiénica libertad campestre, tan apetecida desde que sufrimos un calor digno del Senegal.

El polo es, para mí y para muchas de sus asiduas espectadoras, preferible á las carreras de caballos. En éstas apenas hay tiempo de ver lo que sucede en la pista. Cruzan los caballos, como aquel de la fantástica leyenda, con vertiginosa rapidez, y cuando queremos adivinar cuál llegará primero á la meta, ya la carrera se ha terminado. A los que no entendemos el teje maneje de las apuestas, las carreras nos parecen tan sólo pretexto para un paseo muy lucido. ¿Muy lucido dije? Recordando la famosa teoría de D. Hermógenes de que todo es relativo, no me retracto; pero si evoco mis recuerdos de Longchamps, tampoco creo que merezca el calificativo.

Siempre concurre á las carreras, en Madrid, poca gente y poquísimos trenes dignos de llamar la atención en el desfile. El lujo de los coches no ha llegado á penetrar en nuestras costumbres, y espero que lucirá la época venturosa en que los vehículos mecánicos sustituyan casi por completo á los de sangre, sin que aquí haya hecho estragos la afición á trenes raros, bonitos y nuevos, tan difundida en Inglaterra y en Francia. La manía cocheril es de esas que no llevamos en la masa de la sangre, y á los pocos que aquí la padecen les ha entrado con la educación inglesa, con los viajes á Londres, con el olor de la atmósfera británica. El español de raza, en materia de coches, no ha llevado el ideal más allá de las carrozas monumentales que salen á relucir en los días de solemnidades palatinas. Entendemos poco de carrocería. La elegancia de forma, la resistencia, la ligereza, la solidez, el charolado, el bonito corte de esquife de un coche primoroso..., ¡bah!, todo eso se nos pasa inadvertido... Repito que los coches mecánicos, útiles y sin duda horriblemente feos por la falta de caballos, hallarán aquí bien preparado el terreno.

Nadie se da cuenta de ello, pero esos coches van á traer consigo una revolución en la sociedad y en las costumbres. Por ahora no son accesibles á todas las fortunas; por ahora nadie sabe manejarlos; tal vez están aún muy lejos de los ápices de la perfección, y además corren acerca de ellos noticias alarmantes; se les cree peligrosos, y no se ha olvidado el accidente ocurrido á una familia entera, lanzada á un barranco con grave riesgo de la vida. Sin embargo, cada día anuncian los periódicos un nuevo adelanto en los coches mecánicos; cada día nos familiarizamos más con la idea de que podrán llegar á servirnos, en plazo no muy remoto. Y verdaderamente esos coches, cuando nos adaptemos á ellos, serán una de las mejores conquistas de la civilización. ¡Ahí es nada! Gastando una pequeña cantidad de petróleo ó de electricidad nos veremos libres de lacayos, palafreneros y cocheros; y no recelaremos tener á un hombre clavado en el pescante horas y horas, expuesto á la intemperie, al calor, al frío; ya la ráfaga boreal que cruza de extremo á extremo el vestíbulo del teatro Real en diciembre, no nos sugerirá la sospecha de que va á costarnos algunos miles de reales, deshaciendo un tronco y dejándonos á pata galana; el sol no nos traerá á la imaginación el tabardillo; no habrá que temer, cuando chacolotea la herradura, que se destroce el casco; no tendremos que pensar en la cebada, en la avena, en la paja, en la escarola, en el forraje de verano y en la abrigada manta para el invierno; no se lidiará con veterinarios; no se gastarán dineros en sedales, en linimentos, en sangrías; no habrá vejigas posadas, ni entabladuras, ni vértigos, ni resbalones cuando hiela, ni toses cuando nieva; no se necesitarán bruzas, almohazas, tijeras esquiladoras, paños ..; en suma, nos habremos quitado de cuidar un niño, ó dos..., porque el caballo es, como el chiquillo, un ser delicado, impertinente, lleno de exigencias, de mimos y de alifafes; su salud se resiente con facilidad suma, y es menester, para que estén atendidos dos caballos, que en todo el día no hagan otra cosa dos hombres sino atenderles...

Los coches mecánicos vendrán á resolver este problema, y á libertarnos de la tiranía de los simones y del atraneo de las galeras y carros de transportes y mudanzas. Cuando se aplique el principio científico en toda su extensión y con todas sus beneficiosas consecuencias, no será necesario que tales armatostes ocupen media calle. El coche mecánico, baratísimo, hará varios viajes en el tiempo en que hacía uno solo el gran carro ó la monumental galera. Son incalculables los bienes que puede reportar el coche mecánico. El trabajo de la máquina no se limita, y tendremos el coche *enganchado* á la puerta todo el día y toda la noche, sin miedo á que se canse el automedonte ni los bucéfalos. Hoy el coche parece signo distintivo del lujo; entonces parecerá el signo de la medianía, del modesto desahogo, del recreo y de la comodidad á módico precio..., algo de lo que significa al presente la bicicleta. Será el coche menos *tónico* (como antaño se decía), pero más humano; democratizado, reducido á su natural papel de cachivache útil, y no de ídolo y de objeto de culto y de veneración, al par que motivo de ira y envidia para los que se ven «salpicados por el lodo que levantan las ruedas.» Los coches mecánicos también tendrán ruedas y levantarán lodo, pero ese lodo ya no parecerá tan ofensivo, como no lo parece el que alza, coceando, un humilde borriquillo cargado de cacharros ó de legumbre...

***

Con esta digresión de los coches mecánicos, que por ahora no se han aparecido en Madrid sino á título de curiosidad y rareza, me he olvidado del *polo*. Para los que no conozcan este juego, diré que es una especie de partido de pelota á caballo. Los jugadores se dividen en dos bandos, y cada jugador, al pasar galopando cerca de la pelota, trata de llevársela hacia su terreno; pero viene el del bando contrario, y deshace la obra del anterior; y así, arrebatándose la pelota, ejecutan vistosas evoluciones, que recuerdan las *fantasías* de pólvora de los árabes. Para este juego se necesita montar con maestría, y tener una gran flexibilidad de riñones, pues hay que inclinarse mucho sobre el costado del caballo y recobrar el equilibrio instantáneamente, so pena de ser despedidos. He presenciado algunas costaladas terribles. También requiere el polo buen pulmón y resistencia, es ejercicio en sumo grado violento. No hay necesidad de decir que todas estas habilidades peligrosas y reventadoras nos las envían de Inglaterra. En ese país se aspira á dar á la juventud fuerza, vigor corporal, desarrollo; á formar un animal humano hermoso y robusto, aunque sea á costa de trompazos, encontrones y caídas, de fatigas y fracturas de miembros... Aquí el polo se juega por moda. Los inteligentes aseguran que las jacas que se emplean en Inglaterra para este juego son maestras y excelentes; que se juega siempre con trajes *ad hoc*, y no con la caprichosa y variada indumentaria que aquí; pero los que sólo aquí lo hemos visto, encontramos divertida y animada, aun con jacas baratas y con trajes heteróclitos, esta lid de arrojo y destreza, tan á propósito para habituar á la juventud á que desprecie el peligro; para *desenervarla*.

Tiene además el polo algo que recuerda los antiguos torneos: la presencia de la mujer, su aprobación, su aplauso. La caza es de suyo insociable; la equitación lo mismo; otro tanto podría decirse del *foot ball*, que aquí, por otra parte, no ha cuajado ni lleva trazas de cuajar nunca. El *tennis* es cosa más bien infantil, aunque lo jueguen algunas señoras por lucir el talle; en las carreras, los que toman parte activa en el espectáculo son *jockeys*, gente mercenaria. En el polo, los jugadores son caballeros, y las que presencian, señoras de su misma sociedad, sus hermanas, sus madres, sus novias, sus amigas; y á la cabeza de las damas mironas figura nuestra más decidida *sportwoman*, la infanta Isabel. No separa á los jugadores y al público sino una ligera valla de tablas, y por algunas partes sólo una depresión del terreno, y la infanta, en su vehemente afición, se acerca tanto que está á riesgo de que un caballo la arrolle. A mí me agrada del polo su fondo de paisaje. Es un fondo de tapiz goyesco, sobre un celaje azul claro y limpio, con ligeras nubecillas de un blanco algodonáceo, árboles de un verdor mate, de una forma elegante y majestuosa, se apiñan ó se perfilan aislados sobre las escuetas colinas, por cuya ladera baja disperso un rebaño de ovejas negras, pardas, amarillentas, y á cada sombra un grupo de gente del pueblo, mirando cómo juegan los señoritos, merienda alegremente.

En estas últimas partidas de polo hubo algunas carreras de carácter humorístico, con paraguas abiertos, cigarros encendidos y otros adornos extraños al juego en sí, pero encaminados á darle variedad y á demostrar mayor destreza y agilidad en la equitación. Estas *rositas* me recordaban ciertas habilidades propias del toreo de Rafael Guerra. Lo más lindo fué la carrera en *tandem*. El caballo casi en pelota, sujeto por sutiles riendas y galopando delante del jinete que le regía, al par que regía su montura, hacía excelente efecto. Algunos caballos marchaban bien, derechos como flechas, siguiendo el impulso; otros se desviaban, indóciles; alguno rompió las riendas y se fué por los cerros fronterizos, siendo bastante difícil darle alcance...

Lo que me pareció más característico en esta diversión tan inglesa, lo que yo hubiese apuntado en mi cartera, si soy dibujante, fué las siluetas de dos niños, mejor dicho, de un muchacho y una muchacha de la más alta aristocracia española, pero cuyos trajes se veía que acababan de llegar en derechura de Londres, oliendo aún á nieblas, á humo, á violeta y á *fashion*... Era el vestido de la niña negro, de una tela brillante, crespa y sedosa, plegada de alto á bajo como una pantalla fina, y con mil juegos y rieles de luz en aquella negrura parecida á la piel lustrosa de un caballo. Un inmenso cuello de encaje color Suecia y una descomunal pastora verde completaban la *toilette*. Las largas piernas de la muchacha, calzadas con media de seda negra, y los pies grandes, bien puestos, holgados dentro del zapatón de charol, de forma eclesiástica, remataban airosamente la silueta. En cuanto al muchacho, con su ajustado *peti* negro y su sombrerito alto de felpa, con sus pantalones anchos por la rodilla y su talle corto arcaico, me recordaba el característico traje de los mozos de escuadra de Cataluña, copiado de un uniforme inglés de principios de siglo. Los dos hermanos eran una acuarela de Kate Greenaway, clavadita; eran la anglofilia, nota suprema del buen tono actual... hasta que venga á destronar á la *nebulosa Albión* la sombría Dinamarca, ó sabe Dios si la helada Rusia .. El que viva lo verá, y quizás contemplará á los hijos de los duques venideros adornados con pieles de foca ó con la *tulupa* moscovita.

Emilia Pardo Bazán

DECADENTES

Un joven escritor ruso pidió al conde Tolstoi su opinión sobre los «decadentes.» De la extensa respuesta del autor de *Anna Karenine* reproducimos las siguientes declaraciones esenciales:

«Tengo sobre ese asunto una teoría mía propia; llamo *decadentes* no sólo á los jóvenes literatos á quienes ya se ha dado ese título, sino á todos los escritores contemporáneos.

»Todos merecen el nombre, porque en el arte, tal como ellos lo comprenden y lo ejercen, no hay más que *la forma*. Han llevado á tal extremo ese cuidado por la forma y la técnica del estilo, que sus obras parecen hechas por «oficio;» el lector, deslumbrado, no ve más que la falta absoluta de ideas.

»Hay que reconocer que nuestros autores contemporáneos saben influir poderosamente sobre la imaginación del lector; si describen un personaje que se viste para asistir á una comida, parece que estamos viendo el frac y la corbata blanca. Pero no les apasiona su trabajo de escritor, no tienen nada en el alma.

»Estas mismas observaciones se pueden aplicar á todos los ramos del arte contemporáneo. El arte no es ya cosa seria, como lo era en la antigüedad.

»Y á pesar de todo, se venden mucho las obras de nuestros escritores.

»Pero sus novelas y sus dramas no satisfacen sino á una clase muy limitada: á los que encuentran en esa forma del arte las vanidades de su agrado.

»En ese carácter excepcional del arte moderno es donde encuentro la prueba más terrible de la decadencia.» – X.



LOS RETRATOS DE REMBRANDT

4 *de julio de* 1628

Retrato de la madre de Rembrandt, hecho al agua fuerte por el célebre pintor y acuafortista. Sus propios retratos y otras obras.

Veinte años de edad contaba el inmortal hijo de Leyden, cuando hizo el primer grabado al agua fuerte, arte en la cual no había de ser superado y por escasísimos artistas igualado, y aun así en muy contadas ocasiones.

Al conmemorar hoy con el presente artículo el retrato que hizo Rembrandt de su madre, lo hago por dos razones que creo poderosas: la primera, por ser dicho retrato el *primero* que grabó; la segunda, porque quiero traer á la memoria de muchos de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el recuerdo de algunas de esas obras maestras del buril que Rembrandt creó, y que son hoy, al igual de los lienzos *Ronda de noche* y *Lección de Anatomía*, admiradas y ensalzadas. Por otra parte, bien merece el grabado al agua fuerte ocupar una página en este semanario, puesto que es el único procedimiento gráfico verdaderamente artístico, erizado de dificultades técnicas y en donde con la frescura de la idea ha de ir la espontaneidad de la ejecución. No caben, pues, los *arrepentimientos*, las veladuras ni tantos otros recursos de que se vale el pintor para corregir la línea y el clarobscuro; en el grabado al agua fuerte, como en el dibujo á la pluma, lo que no esté bien «de primeras» no tiene enmienda. La obra hecha en esas condiciones es la que mejor determina el valor de la personalidad del artista.

***

Dice Michels en su libro *Dos grandes artistas*, al estudiar á Rembrandt como grabador al agua fuerte: «La primera que estampó y que alcanzó los honores de la celebridad fué el retrato de su madre. Como si quisiera consagrar á la persona que le era más querida las primicias de su nueva habilidad, mejor dicho, de la nueva manifestación de su talento prodigioso, traza con mano firme las facciones de la que le diera el ser, legando así á la posteridad una obra de arte. Reprodujo en muchas pruebas esta venerable figura, y con cariño verdaderamente filial dedicó largo tiempo á corregir la mejor, y que debía quedar para hacer eterna la fina y bondadosa fisonomía.»

Fué ofrecida esta obra por el autor á su madre el día 4 de julio de 1628.

A partir de ese retrato, Rembrandt busca en sus amigos motivos para seguir estudiando el difícil arte, y en efecto, «á pesar de la sobriedad de los medios empleados por el artista, la variedad del trabajo, la hábil gradación de las tintas, según se lo exigían los distintos planos, hacen que aparezca ya en las primeras aguas fuertes de Rembrandt la exacta idea de la perspectiva aérea.»

La obra del insigne hijo de Leyden es enorme, más numerosa que la pictórica y no menos famosa. Solamente de retratos suyos se conserva aún hoy número grande, pudiendo apreciarse por dichos retratos las transformaciones físicas de su rostro y también de gran parte de su figura hasta poco tiempo antes de su muerte.

Los hizo de sí propio riendo, con expresión de espanto, con bigote y perilla, llorando, riñendo, vestido con una armadura, vestido á la oriental, etcétera. Ya casado con su primera mujer, grabó también su imagen y la de Sakia bastantes veces. Seguramente que mis lectores no desconocerán la famosa agua fuerte en la cual se retrató el artista sentado, levantando con la mano izquierda un vaso de vino espumoso – más que vaso, lo que llaman *boock*, aceptando la palabra sajona, – teniendo sobre las rodillas á su esposa, á quien ciñe la cintura con el brazo izquierdo. Antes de esta agua fuerte trazara otra en la que aparecen él y Sakia sentados ante una mesa.

Mas con ser estos grabados obras imperecederas, las que alcanzaron fama universal, levantándose algunas de ellas á la categoría de grandes obras maestras, comenzólas á grabar Rembrandt en 1634. De este año data la serie de sus famosísimas planchas. Desde 1631 en que grabó la conocida por *Diana*, figura de pesados contornos, de vulgares facciones, que acusa las escasas disposiciones de la fantasía del artista para remontarse por los cielos donde vagan las deidades mitológicas, pero que al propio tiempo demuestra cuán grande era su dominio del arte de Lucas de Leyden, hasta el citado año de 1634, se opera una evolución total en el grabador.

La Pasión de Jesucristo le ofrece, al par que la Biblia, asuntos que desarrollar con el buril. De las primeras planchas de esta serie es la que representa *El Descendimiento;* á ésta sigue la que representa á *Jesucristo asomado al balcón de la casa de Pilatos.* Por los años en que grababa estas aguas fuertes hizo el citado grupo en el cual aparece retratado abrazando á su esposa. Sigue la hermosísima composición de *La resurrección de Lázaro*, prodigio de dibujo, de observación psicológica, de dominio de la luz. En 1639 ejecuta la no menos celebérrima plancha que representa *La muerte de la Virgen*, y en la que, á la disposición de la escena, á la asombrosa distribución de la luz, á la firmeza de los contornos, hay que agregar la expresión de aquellas figuras cuyos rostros diminutos tienen toda la fuerza de sentimiento que puede tener un rostro en el cual el artista halla suficiente espacio para no escatimar un solo rasgo, un solo toque del pincel, una sola línea que pueda contribuir á expresar el dolor.

Nueve años más tarde, esto es, en 1648, y precisamente en este mes de julio, grabó la más famosa de sus planchas de carácter bíblico y religioso; me refiero á la conocida por la *plancha de los cien florines*, así denominada por haber exigido, según cuentan, que el pago de su obra fuese con aquella cantidad de florines de oro necesarios para cubrir la plancha. *Cien* se necesitaron para satisfacer la pretensión de Rembrandt.

También esta preciosa agua fuerte la recordarán mis lectores, pues se ha reproducido miles de veces y es una de las más populares del insigne maestro. Representa á Jesús curando á los enfermos.

Realmente es esta obra prodigio de arte y de sentimiento, dentro del realismo mayor. Cristo aparece en el centro de la composición, sencillo, piadoso, con una expresión de dulzura infinita, extendiendo la mano hacia un enfermo, que delante casi de Él y auxiliado por sus parientes se ve tendido sobre una estera: parece muerto. A la izquierda de Cristo mírase á los incrédulos; aquella multitud de fariseos, publicanos y gentes de toda condición, entre la que sobresalen tipos de un egoísmo indudable, mira con curiosidad al Redentor del mundo y cuchichea, ya pintando el asombro en las caras de unos, ya la incredulidad en las de otros, ya la ira. A la derecha están los que tienen fe, y entre éstos los enfermos que acuden conducidos por sus deudos y amigos al Médico Divino. Como en el grupo de la izquierda, los sentimientos que animan á cada uno de los personajes están clara y magistralmente expresados.

***

Pero con ser las aguas fuertes que dejo apuntadas obras de tal merito, yo creo con algún biógrafo y crítico de Rembrandt, que las que trazó frente á frente del paisaje holandés, son las más dignas de estudio, las más sinceras, las que nos revelan el estado de ánimo del gran artista en el último tercio de su vida.

El molino de viento, *El canal*, *Vista de Onval* y otras aguas fuertes de esta índole parecen estudios de paisaje, hechos hoy por los realistas del pincel, frente á frente de la naturaleza. Pero hechos con el corazón, no con la fría é inflexible línea del copista servil, que no escamotea un solo detalle, que no ve más que la imagen del objeto reflejada en su retina. Bien al contrario, si fiel á los mandatos de la verdad, el espíritu angustiado del excelso hijo de Leyden busca en las melancólicas llanuras de su país el motivo simple, sencillo, exento de brillanteces de clarobscuro, de gigantescas masas, de dramático aspecto; el motivo, en fin, donde no se escuche ni el rugir del mar, ni el bramar del viento en el espeso bosque, ni el torbellino ensordecedor de la cascada, ni siquiera el piar de las aves. En la mayor parte de sus bellísimos paisajes parece «escucharse» el silencio y se ve la opaca luz del melancólico otoño; que para un alma dolorida los rayos del sol equivalen á risas, á las notas alegres de una orquesta; mientras que la luz de un día en que no luzca el astro rey, de un día con brumas y nubes, es sedante del espíritu.

Por eso las catedrales de la Edad media, con sus altas y anchas naves sumidas en eterna penumbra, en perdurable obscuridad, predisponen al alma para elevarse á las regiones del infinito; pues la obscuridad es el silencio del espíritu.

R. BALSA DE LA VEGA

VALOR DEL CANON HORACIANO

RELATIVO AL POÉTICO SENTIMIENTO

(Conclusión)

PERÍODO PRIMERO

«No basta sean perfectos los poemas; gratos sean,
y adonde quieran lleven el ánimo del oyente »

ANÁLISIS. – Como se ve, este primer precepto va derecha y exclusivamente á los autores, y, sin embargo, con ser éstos los creadores del poema, él, Horacio, no les recomienda que *sientan* el poético argumento. Por «perfectos» traduzco el plural «*pulchra*,» reflexionando que las otras acepciones, las de «hermosos,» «bellos,» «excelentes» caerían en redundancia y, además, en carencia de sentido, contrapuestas como irían á «*dulcia*,» bien se traduzca este plural por «dulces,» bien por «gratos.» Un poema hermoso, bello, sea perfecto ó imperfecto según reglas técnicas, lleva ya en sí mismo los menesteres esenciales de la eficacia para mover adondequiera, á lo dulce, á lo amargo, á lo ácido ó á lo salado, el ánimo del oyente; en cambio, poemas técnicamente perfectos pueden resultar – y no pocos resultan – verdaderas carretadas de ripio, tanto más ridículas cuanto más regiamente empenachadas van las mulas que del carro tiran. – Así, lo que resulta claro en este primer par de melodiosos versos, es la obscuridad de ánimo del gran cantor acerca del tema de su propia canturia. – Si yo, ignaro de mí, me diese el lujo de criar Pisones, dijérales en llana prosa: «No basta que los poemas sean perfectos según regla; inspirados sean, pues con esto llevarán adonde quieran el ánimo del oyente.» – Ahí, en la inspiración del autor están el *origo et fons* del sentimiento artístico y del consiguiente poder emotivo de la obra; mas, por desdicha, no dice Horacio una palabra del estro creador al dirigirse por esta sola vez, en todo el pasaje, á los autores.

PERÍODO SEGUNDO

«Como á los risueños sonríen, así á los llorosos atienden
Los humanos rostros »

Análisis. – Esta oración, meramente expletiva de la anterior, acaba de poner al descubierto lo baladí del analizado período. En efecto, un poema ha de ser expresivo, ¿de qué? ¿Sólo de dulzuras y agrados? No: la obra de arte puede expresar todo lo humanamente expresable, grato ó ingrato, dulce ó amargo, risueño ó lloroso, cómico ó espeluznante; con todo lo cual el período que analizamos, sin decirnos cosa digna de examen, deja más en evidencia que el «*dulcia*» del primer período no es más que un ripio *rítmico*, de los que se dan, y no por raro caso, en los clásicos antiguos, y más ridículo aún si cabe que el moderno ripio *rímico*, nueva plaga de la versificación, añadida á la añeja.

PERÍODO TERCERO

«.........................Si quieres hacerme llorar, padece
Antes tú mismo; entonces tus infortunios me lastimarán,
Telefo, ó Peleo: si mal lo encomendado declamares,
O bostezaré, ó me reiré.»

Análisis. – Aquí sorprendemos en sus nativas condiciones de lugar y relación el célebre apotegma. Estudiémoslas:

La primera condición, por más visible, es que el decantado «*Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi*» resulta, en cuanto sentencia, canon ó lo que se le quiera llamar, un mero recorte de dómines retóricos; puesto que, según antes consigné, en el texto íntegro no constituye individualidad gramatical ú oración completa: condición lógica de todo pensamiento sentencioso, aforístico, apotegmático. Tomada aisladamente la intimación, parece como que el tuteo «*Si vis*,» «si quieres,» va enderezado, aunque por tablas del mayor de los Pisones, á todos los poetas ó artistas creadores del mundo; empero, leída la total oración, se le cae á uno el alma á los pies al advertir que, pasado el signo de punto y coma, el pensamiento del autor se achica y empobrece, trocándose el tal «*Si vis me flere*» en trasnochada recomendación dirigida á los actores, ó sea, á los artistas-intérpretes encargados de declamar aquello que el poeta les hubo de repartir *ya sentido de hechuras*. – ¿Quiénes son, si no, esos Telefo y Peleo? ¿Serán acaso los propios soberanos, hijo de Hércules el primero, padre de Aquiles por sus amores con la divina Tetis el segundo, cuyos infortunios Eurípides elevó á trágicos argumentos? Eso ni debemos ni podemos creerlo: no debemos, porque el Arte poética no reza con los infortunados, sino con los poetas cantores de éstos y de sus cuitas; no podemos, porque el inciso «si mal lo encomendado declamares» revela que el advertimiento va flechado á comediantes, y hasta cierra el paso al supuesto de que, ni por semejas, aluda á los autores. – De forma que, para Horacio, no son los creadores de poemas los que deben sentir, si quieren lograr que él sienta; son única y taxativamente los ejecutantes. Sepan, pues, Calderón y Shakespeare, Mozart y Bellini, sepan, digo, que ninguna obligación tuvieron de sentir sus creaciones; á Julián Romea y á Rossi, á la Malibrán y á Paganini, á esos, á esos hay que cargar la mano en concepto del gran lírico venusino, trocado en preceptista; á ellos exige que sientan de verdad aquello que de encargo representan. ¡Habráse visto mayor desconcierto dogmático, por no decir más garrafal omisión de dómine! ¡Gran cosa es en poesía y en música la tarea de intérprete! Pero ¿y la de creador de la obra interpretanda? ¿No es ésta anterior y superior, además de condición del ser y sentir, respecto de aquélla? Mas no para aquí la insolvencia de nuestro inmortal acreedor. Veamos qué condiciones de previo sentimiento declamatorio exige á los cómicos para no bostezarles ó reírseles en las barbas.

PERÍODO CUARTO

«................................Tristes palabras
Afligido semblante requieren; airado las amenazadoras;
Retozón las lúbricas; severo las de grave concepto.»

Análisis. – Este período, á despecho de su carácter expletivo ejemplar, resulta escapado por la tangente. En efecto, á nuestro autor, intentando señalar casos de congruencia entre cada particular sentimiento y su natural expresión, le salieron desatinados, como de la honda la piedra, ejemplos – fuerza es verlo para creerlo – de congruencia entre la palabra y el semblante, es decir, entre dos, y dos solos entre los varios modos expresivos de un determinado sentimiento. Pero aun no paran ahí las enormidades contenidas en tan ripioso pasaje, todo él sometido á la métrica altisonancia; lo más absurdo, á poco que uno se fije en el texto, es lo fútil y excusado del precepto que, á favor de los consignados ejemplos, se da á los actores, ó sea, el de que el tono y el gesto anden concordes. La vaciedad, la ridiculez en que Horacio cae con tal motivo no halla atenuación ni excusa en ninguna consideración de tiempo ni de lugar, ni en otro elemento circunstancial que pueda inducir quebranto en el mérito relativo de un determinado texto. No un esclavo de la antigua Roma, no un paleto actual, no un negro del Congo, no un chicuelo hotentote, no una fregona prehistórica, si las hubo, sino cualquier irracional, capaz por un momento de entender el precepto horaciano, haríase cruces, y se reiría, á mandíbula batiente, de Horacio y de su consejo, por parecerle imposible hallar manera y arte de faltar á tan instintiva congruencia, así en sus gazmoñerías como en sus fierezas, y lo mismo para con sus compadres de irracionalidad que respecto al hombre; pues en materia de correlaciones de expresión, el más ínfimo de los seres animados trae prestablecida *a natura* la conveniente armonía; siendo, muy al contrario, lo raro, lo arduo, lo necesitado de increíbles esfuerzos, el llevar discordantes para cada afecto del ánimo sus diversos elementos de expresión. ¿Quién ha visto á un hombre anunciar con cara de entierro el haberle caído á su billete el premio gordo, ni á perro ni gato poner ademán arisco para pedirnos en zalamero tono la apetecida golosina, y todo por no haber tenido ni aquél ni éstos la dicha de leer los dos últimos dáctilo y espondeo del verso 105 y la totalidad del 106 y del 107? Basta, porque insistir en ello podría tomar visos de ensañamiento.

PERÍODO QUINTO

«Pues naturaleza nos formó de antemano dispuestos á toda
Suerte de eventos; ella nos ayuda ó impele á la ira,
O nos aterra con grave aflicción, y acongoja;
Luego el movimiento del ánimo sale fuera, intérprete la lengua.»

Análisis. – Desde el primero de estos cuatro versos, parece como que su autor va á remontar el pensamiento para decirnos algo digno de ser leído y aplicado; mas luego se ve que su Musa no estaba para tales remontamientos, pues persiste en su habitual divagatorio rastreo. Porque, en efecto, si cierto es, de una parte, que nadie viene al mundo con ideas innatas, certísimo resulta, de otra parte, que todos traemos á la vida, como dote natural, un aparejo completo de innatas aptitudes, merced á las cuales resultamos acomodaticios á toda suerte de suertes y á todo linaje de consiguientes situaciones. Empero ahora preguntémonos: ¿qué consecuencia saca Horacio de la posesión de ese congénito aparejamiento para la ira, la esperanza ó la angustia y para la correlativa expresión de estos y tantos otros afectos, mediante, no sólo la lengua, pero asimismo el rostro y los brazos y hasta los pies y todo? ¿Qué consecuencia, repito, saca de ello nuestro poeta en su sermón? Pues ninguna: véanse, si no, los dos versos que, en guisa de epifonema, siguen á los cuatro de referencia y ponen término al total pasaje, objeto del presente comentario:

PERÍODO SEXTO

«Si del declamante los dichos discordaren de las situaciones,
Los romanos, caballeros y plebeyos, soltarán la carcajada.»

Y en verdad que para uno soltarla ante tamaño exabrupto no necesita ser romano de caballería ni de á pie, bástale con haber nacido en el planeta y conservar en buen estado el sentido común. ¡Fortuna que para no soltarla hay de sobra con el respeto debido al autor de tantas y tan pulcras é inspiradas cantilenas!

Hubiera el gran lírico aplicado en algún modo su tesis fisiológica al proceso artístico de la sentimental expresión; hubiera dicho, poco más ó menos, y con aquel su hermoso inimitable decir: «Pues Naturaleza nos formó de antemano dispuestos á toda suerte de eventos y situaciones, y provistos además de imaginación idónea para representárnoslos y expresarlos con fingida naturalidad, aun sin haber realmente pasado por ellos, no será preciso que nos sintamos poseídos de ira si nos fingimos airados, ni de aflicción si afligidos, ni de celos si celosos, ni de odio si rencorosos, ni de amor si enamorados, sino que nos bastará imaginarnos con extrema eficacia estar sintiendo el particular afecto que el argumento requiera para que aquél arroje á nuestro exterior su poética expresión natural y perfecta...;» hubiera Horacio, repito, emitido semejante concepto, y entonces el criticado párrafo transformábase de intempestivo é inútil enunciado fisiológico en oportuno y fecundísimo precepto poético, derivado del fisiológico principio. Por manera que, en tal supuesto, la ya analizada intimación *Si vis me flere*, etc., quedaba convertida en esta otra que, de puro artística, no tiene vuelta de hoja: «Si quieres que yo llore, compóntelas para lograrlo, que no te he de poner por justicia, no habiendo juez competente para inquirir lo que realmente pasa en tu corazón.» Empero, creo que el lector convendrá conmigo en que si el ilustre pedagogo de los Pisones hubiera tenido tan clara idea del tema que se traía entre sesos, no hubiese dado muestras de tenerla tan vaga y obscura y destartalada en los demás extremos del total examinado pasaje, sino que en todo él nos hubiera dado algo más que la serie de bagatelas y nonadas puestas en música de aforismos, que compone el mosaico de preceptos, ó mejor dicho, de ripios de concepto, cuyo análisis doy aquí por terminado.

En suma, pues, digo que de los seis períodos sujetados á crítica, *el primero*, dirigido á los autores, calla en lo relativo al sentimiento; *el segundo* contiene simples referencias á las relaciones simpáticas de expresión en la vida ordinaria; *el tercero*, intentando recomendar á los actores el poético sentir, recomienda el mantenimiento de la concordancia declamatoria entre los elementos expresivos verbal y mímico, difíciles de poner en discordancia por ser instintivo su concordar; *el cuarto* es sólo un expletivo ejemplar del anterior, que confirma y agrava la insubstancial incoherencia de los períodos anteriores; *el quinto* hace una simple consignación intempestiva, aislada, estéril, de nuestra aptitud para todo sentimiento real y su correlativa expresión, y, finalmente, *el sexto* se reduce á un epifonema sin relación alguna con el período quinto, y mero colorario, asaz excusado, de lo dicho en el tercero y ejemplificado en el cuarto.

Y, sin embargo, ¡qué prestigio no ha logrado, qué extremo de veneración no ha merecido á través de los siglos tal sarta de vaciedades y simplezas! ¡Qué lengua, lector mío, la romana para dar á lo más frívolo la gravedad de sentencia! ¡Y qué forma tan eminente en todas lenguas la métrica para hablar y escribir sin ton ni son al amparo de bellos tonos y sones! ¡Cuidado con la soronidad y la elegancia de todo el analizado fragmento del *Arte Poética!* ¡Cáspita con aquel principio, casualmente rimado y todo:

«Non satis est pulchra esse poemata; dulcia sunto,
Et quoqumque volent animum auditoris agunto!»

Y ¡carambita con aquel final:

«Si dicentis erunt fortunis absona adicta
Romani tollent equites peditesque cachinum!»

Empero la verdad es – y vaya ello en razonable y personal descargo del buen Horacio – que buscar profundidad en las obras de un poeta lírico, de pura raza como él, es pedir cotufas en el golfo. Por regla casi absoluta los vates de esa vaporosa estofa llevan en su propia vocación algo de *insubstancialidad invencible*, y ello se explica por sí solo; pues, bien mirado, natural es que quien siente vocación de imitar á los pájaros en el cantar, pajaree asimismo en las demás ocupaciones de la vida, dando pie á que de él se diga que le falta de sabio lo que le sobra de ruiseñor. A bien que yo no puedo creer que Horacio se desconociera á sí mismo hasta el extremo de atribuir á su *Arte Poética* igual valor que á sus poesías líricas. En diversas odas el ruiseñor de Venusa da muestras, y con razón, de gran fe en su póstuma gloria; mas, como preceptista, de fijo no sospechó que aquel su desahogo, entre didáctico y satírico, dedicado á los Pisones, sobre materia que ni dominaba ni estaba en su temperamento genial dominar, llegase á ser el delirio y hasta la peste de las generaciones futuras, en fuerza de verdaderas plagas de traducciones alevosas, imitaciones serviles y comentarios estúpidos. Horacio, sin duda, creyó que, para lo muy torpes que eran sus coetáneos latinos en materia poética, aquello bastaba. Compúsolo como pasatiempo, y por gusto y caridad de sentar la mano y parar los pies á tanto poetastro y tanto comediante ramplón como infestaba la por entonces capital del mundo.

Mas lo que Horacio no pudo creer es que, pasados tantos siglos, todavía la posteridad se encarnizara en su honor, traduciéndole, robándole, remedándole el *Arte Poética*. ¡Qué pasmo no sería hoy el suyo si pudiera enterarse, pongo por caso, de que un tal Boileau, natural de las Galias, perpetraba en 1674 una imitación de aquella obra, en mil y cien aleluyas alejandrinas, freídas con enjundia de *bon sens bourgeois* y adecuadas para corear alegremente un *cancán* de Mabille, con gran delectación de los modernos galos, que no se cansan de reimprimir y anotar y escoliar el texto de tan alevoso remedo! Pero, ten-



¿VENDRÁ?, dibujo de Narciso Méndez Bringa

te pluma, que para los efectos de quedar, por el momento, bien con los manes de Horacio, ya es suficiente lo dicho, y no hay para qué pecar de sobrados.

***

Quedemos, pues, en que la insubstancialidad del gran lírico romano, en cuanto preceptista, lejos de causarnos extrañeza, antes al contrario, debe parecernos la cosa más natural; y que lo extraño, sí, y rayano en pasmoso, es ver la duración realmente ultragalénica que en la posteridad ha obtenido el reinado de Horacio como legislador artístico.



EL GENERAL D. LUIS PANDO

Y respecto de la presente crítica, asísteme el derecho de que nadie por ella me tilde de iconoclasta, ya que este reproche ó mote debe ser reservado para aplicarlo á quien tenga por oficio ó vicio poner tachas en las obras de ilustres varones, y esto no reza conmigo que, si hoy me permito zaherir, en cuanto preceptista, á un gran poeta, como quizá nadie hasta el presente le ha zaherido; ayer, en cambio, me esforcé, como nadie anteriormente se había esforzado, en reivindicar en favor de un gran médico el derecho á ser reconocido como pedagogo perpetuo, como educador directo é insustituíble de los descendientes de Esculapio, á despecho de los progresos y mudanzas consumados y posibles del Arte de curar (1). Quien, pues, tan pronto ejerce de *iconoplasta* como de *iconoclasta*, no es, en verdad, ni lo uno ni lo otro, ó es, si se quiere, entrambas cosas, que para mi caso lo mismo da. – Vea serenamente el lector si en lo que del analizado fragmento dejo dicho tengo ó no tengo razón; esto es lo que importa; y si algún *santonícola*, por mero histerismo nacido de idolatría contrariada ó de terquedad empedernida, se atreviere á acusarme públicamente de hereje literario, con la agravante de intruso, piénselo antes maduramente, no fuera con ello á excitarme el apetito de extender mi análisis á los 476 versos de que consta la total *Epístola ad Pisones*.

***

Y ahora, vista la inanidad del Código tradicional del Arte en lo tocante á doctrina del poético sentir, recurramos al seguro asesor del verdadero curioso: interroguemos á la Naturaleza.

JOSÉ DE LETAMENDI

EL PLACER DE LA MENTIRA

Aunque idénticos en rostro y figura, como hermanos mellizos que eran, sólo en lo exterior se parecían Pedro y Juan, pues no hubo jamás caracteres tan opuestos en cuerpos tan iguales. Queríanse muy bien desde lejos, y de cerca reñían de continuo, porque Juan se pasaba la vida soñando y Pedro á vueltas con el cálculo mercantil. Aquél pretendía serlo todo; éste no más quería que ser rico, y cada cual se hacía sus ilusiones; sólo que las de Juan no tenían límite y las de Pedro se circunscribían á la adquisición de fortuna. ¿Qué haría después con ella? Eso quedaba para luego. ¿A qué pensar en dar empleo á lo que no se tiene?

El idealismo de Juan hacía reir muchas veces á su hermano, y el positivismo de éste era la desesperación del otro.

– ¿Cómo ha de llegar Juan á realizar sus ilusiones, decía Pedro, si malgasta todo el tiempo en sus delirios?

– ¿Cómo ha de hacer fortuna Pedro, decía Juan, si no le alienta la ilusión?

No había, pues, entre ellos avenencia; mas como el uno al otro se compadecían, mutuamente se obstinaban en persuadirse.

Trataba Pedro de convencer á Juan de que quien se pasa los días soñando no disfruta las dichas verdaderas, con lo que, si á la postre quedan por realizar sus sueños, puede decirse que desperdició como insensato la vida. «De éstos – decía él – nacen los maldicientes de la fortuna, y los suicidas, y aun los locos, porque soñar despierto es vicio de la mente tan cercano de la locura que con ella se confunde si sueñan los ilusos en voz alta.» No entendía Pedro lo que afirmaba Juan de que el deseo de abarcarlo todo es codicia propia del genio, ni que la superioridad en el hombre vaya en unión del exceso de fantasía; porque si la mayor parte de los sabios empezaron por locos para el vulgo, no todos los locos fueron al fin reconocidos como sabios.

D. BALDOMERO BARBÓN, comandante del batallón de Baleares, ascendido á teniente coronel por su comportamiento en la acción de Cácarajícara.

Y aunque todas estas razones iban encaminadas al mejoramiento de Juan, como surgidas del deseo de evitarle una vida infeliz y tal vez un fin desastroso, nunca hubo forma de que modificasen ni en cosa mínima aquel carácter visionario.

– ¿Es posible la vida sin idealismos?, preguntaba el iluso. El que aspira á figurar en política sueña con ser redactor de un periódico y se despierta de presidente del Consejo. Tú mismo, Pedro, ¿no sueñas con ser rico? Pues ya ves cómo eres idealista; sólo que yo no te lo censuro, porque si te encuentras con aptitudes para millonario no me parece inútil que te hagas la ilusión de que lo eres: al menos adquirirás la costumbre de serlo para cuando lo seas. El positivismo no existe en el mundo. Aun el que sólo disfruta con el grosero placer de la comida, piensa en los manjares que más tarde ha de paladear, y le parece que con anticipación los gusta.

Tampoco impresionaban á Pedro estas razones: él decía que una cosa es apetecer y otra gozar con la ilusión de que se logró lo apetecido. Y con aportar nuevos argumentos, y con oponer nuevas defensas, acababan los hermanos por reñir, jurando no volver á ocuparse el uno del otro y hasta mudarse de casa y de ciudad, lo que, después de muchas discusiones, llevaron á efecto.

Pedro emprendió un viaje, compadeciendo á su hermano y en busca de negocios, y Juan permaneció en la corte en persecución de la fama y soñando con ella.

La suerte no les fué propicia y ni uno ni otro realizaron sus esperanzas.

El idealista, ya viejo, vivía en un miserable piso cuarto y convertía á duras penas en dinero algún articulillo literario ó alguna obra teatral del género chico. Esto y un modestísimo destino le habían producido sus ilusiones.

No se daba por vencido á pesar de todo: sentíase grande dentro de sí; atribuía á la desgracia lo que acaso fué carencia de aptitud, y como algunos lograron su fama en la vejez, él confiaba en su renombre de última hora y aun en su gloria póstuma como postrer recurso.

Una tarde, después de engullirse su mal sazonado cocido, tendióse á la larga sobre tres sillas de las antiguas de Vitoria; reclinó la cabeza en el arrollado gabán, que hizo entonces oficio de almohada, y allá fué su imaginación á volar con el humo de un cigarro de á real la cajetilla.

Comenzó por recordar entre lágrimas sus ilusiones del pasado y vino á soñar con el porvenir, aunque el porvenir y el presente ya en él se confundían.

La obra que por entonces estaba escribiendo apareció en su imaginación con mérito tan grande que se reía él de Calderón y de Lope, y parecíanle Echegaray y Guimerá aprendices de literato. Soñó con la noche del estreno, y no hay que decir si el triunfo correspondía á lo trabajoso de la empresa. Todas las penas de su vida se recompensaban aquella noche. ¡Qué de vítores, qué de aplausos, qué de laureles! Porque como nunca se había admirado mérito mayor, tampoco hubo jamás victoria semejante. Baste decir que el público, no sabiendo qué hacer de nuevo con autor tan ilustre, lanzábase al escenario, entonando la marcha real; alzábale en hombros como á vencedor insigne, y que quieras que no, llevábale en volandas por plazas y calles, hasta que ya nacido el día, dejábale en su casa, extremadamente satisfecho y bastante molido.



EL PRIMER TENIENTE D. LUIS BURGUETE, muerto en la acción de Cácarajícara

Mas ¿cómo habían de consentir el pueblo ni el Estado que autor de tal mérito tuviese sólo la recompensa metálica del miserable tanto por ciento, suficiente sin duda para los autores dramáticos de menor cuantía? El gobierno le asignaba una pensión soberbia, é iniciábanse suscripciones en todos los círculos, adonde iban á parar las más de las fortunas. Como remate, coronábale la nación oficialmente, haciéndole marchar por entre soldados en fila, y con acompañamiento de ministros, generales, académicos, diputados, senadores, maceros de la Diputación provincial y guardias de Orden público.

¡Qué ovación á la vuelta, cuando él salía de palacio ceñida la frente con el laurel de oro! No eran ya vítores, sino rugidos; ya no era lluvia de flores, sino chaparrón de ellas. Ni quedaba paloma en palomar, ni pajarillo en jaula, ni llanto en las mujeres, ni voz en los hombres. Todo se agotaba, todo... menos el soñar incesante del pobre visionario.

¡Como que tras el éxito y la coronación y la fortuna vino lo de dar empleo conveniente á tan extraordinaria riqueza! Y aquí fué el mudarse, por arte de birlibirloque, la modesta habitación del piso cuarto en suntuosa estancia con vistas á espléndidos jardines. ¡Qué sillas de Vitoria, ni qué gabán por almohada, ni cigarrillo de papel! Sedas y oro se ajaban al peso de su cuerpo, y tabaco habano se trocaba en humo, mientras hacía la digestión tranquila y reposada de faisanes y carne de tortuga.

(1) Véase mi *Curso de Clínica general*. – Tomo I, desde el prólogo inclusive hasta la página 112.

¡Oh poder misterioso del idealismo! Así como el famoso manchego trocaba los molinos en gigantes y en formidables ejércitos los rebaños, Juan veía las sedas y el oro de sus muebles, y se recreaba con el aroma de su veguero, y hasta paladeaba los dejos de su comida espléndida.

Vióse en el apogeo de la gloria, millonario y feliz; aclamado por los hombres y solicitado por las mujeres, que las más honestas y hermosas se rendían en un minuto á su talante, hallándole ideal y atractivo, y hasta joven por añadidura.

Mas cuando en esto estaba, llamaron de verdad á la puerta, y la realidad se hizo paso.

Salió el iluso á abrir, porque no tenía servidumbre, y vió que quien llamaba era su hermano Pedro, tan derrotado y viejo como él, con un caudal de penas en el alma.

– Aquí me tienes, Juan, díjole Pedro al abrazarle. Vuelvo como salí y te encuentro tan desdichado como eras.

Durábale al idealista algo del gozo de su sueño, por lo que, medio en serio medio en broma, dijo á su hermano:

– ¿Por infeliz me tienes? Pues mira, en este instante acabo de lograr uno de los más grandes éxitos de mi vida. Me he visto aclamado, amado, coronado, enriquecido, y excuso decirte si dichoso.

Pedro creyó que se las había con un demente; pero al convencerse de que Juan no lo era, sino que, como de antiguo, continuaba soñando, mayores fueron su sorpresa y disgusto.

– ¿Cómo?, le dijo. ¿Es posible que en el estado en que te ves y con la edad que tienes te entretengas aún con tus castillos en el aire?

– ¡Ya lo creo!, respondióle Juan. Yo he sido muchas veces jefe del Estado, sabio profundo, escritor insigne: cuanto en la tierra puede el dichoso ser. Es cierto que lo he sido soñando; pero ¿no he gozado más aún que si lo fuera en realidad? Tú prescindiste en absoluto de los sueños; despierto has vivido, y por eso de verdad infeliz. ¿Y aún me reprendes? ¿Y aún quieres que te imite? ¡Arre allá, Pedro, que yo salí ganando!

LUIS CALVO REVILLA

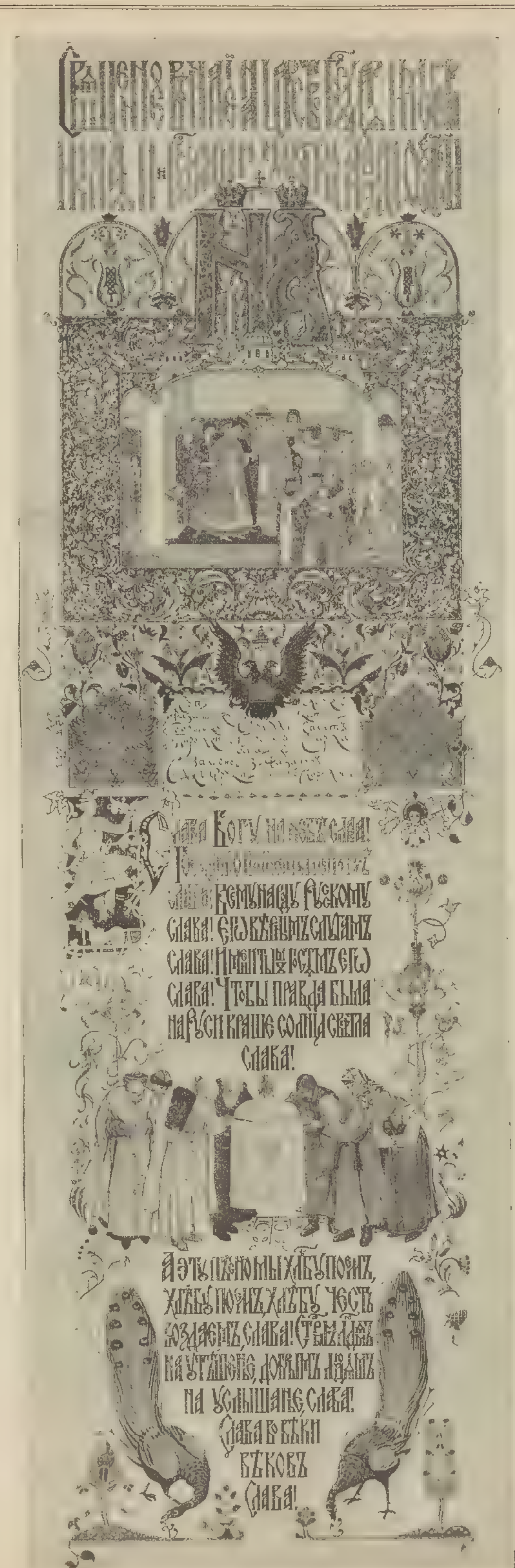
NUESTROS GRABADOS

Bravo toro!, cuadro de Enrique Zo. – Los trabajos de propaganda de las sociedades humanitarias y todas las censuras de los adversarios de las corridas de toros han sido hasta ahora impotentes para acabar con la llamada fiesta nacional española. No es nuestra misión estudiar el asunto desde el punto de vista sentimental; nos basta para nuestro objeto examinarlo en el concepto pintoresco, y así considerado, no puede negarse que el espectáculo tiene grandes atractivos, ofreciendo notas de luz y de color en abundancia tal, que por mucho que los artistas han explotado el tema no han conseguido agotarlo. Y no son sólo los pintores españoles los que enamorados de los lances de una corrida los trasladan al lienzo; también los extranjeros han tomado en ellos asuntos para sus cuadros, muchos dejando correr demasiado libremente la fantasía, algunos ajustándose á la realidad, copiando concienzudamente lo visto y observado, que basta y sobra para que la pintura halague los sentidos. Entre estos últimos artistas merece ser especialmente citado Enrique Zo, el autor del cuadro que reproducimos: el aspecto de la plaza, el grupo del picador herido y de sus acompañantes, el conjunto del circo, los detalles de las figuras, todo está ejecutado con una fidelidad á que no nos tienen muy acostumbrados los que oriundos de extranjeras tierras tratan de cosas de España.

¿Vendrá?, dibujo de Narciso Méndez Bringa. – Tantas veces hemos elogiado á nuestro constante colaborador, el distinguido dibujante Sr. Méndez Bringa, que por no incurrir en repeticiones, innecesarias cuando se trata de un artista tan conocido y reputado como éste, preferimos suprimir toda alabanza y dejar que nuestros lectores se hagan todas las consideraciones que acerca del dibujo y del autor sugiere la vista de aquella bellísima figura y de aquel paisaje de invierno tan bien sentido y con tanta sobriedad de efectos tratado.

La guerra de Cuba. – El general Pando. El teniente coronel Sr. Barbón. El primer teniente Sr. Burguete. – El general Pando estaba encargado de la jefatura del 2.º cuerpo de ejército de operaciones en Cuba, que obedeciendo sus órdenes ha realizado tan admirables hechos de armas en aquella isla: su regreso á la península, según unos por disidencias con el general en jefe, según otros para tomar posesión de su cargo de senador, ha dado bastante que hablar, y los políticos y la nación entera esperan con curiosidad oir su voz en el Senado para conocer sus impresiones y su opinión sobre la campaña y la probable terminación de la guerra. El teniente coronel Sr. Barbón mandaba como comandante un batallón del regimiento de Baleares, y por su heroico comportamiento en la acción memorable de Cácarajícara, librada en 30 de abril último, ha sido ascendido recientemente al grado que actualmente tiene. En la misma acción pereció el valeroso primer teniente Sr. Burguete, que sólo contaba veintitrés años: había salido de la Academia de Toledo en 1891 y el año pasado quiso ir de voluntario á Cuba para estar junto a sus hermanos. Recibió el bautismo de fuego en el combate de Descanso del Muerto, distinguióse en las acciones de Bejucal, Lechuza y Guasimas, por los cuales fué propuesto para varias recompensas que le han sido concedidas después de muerto, y en la de Cácarajícara iba de vanguardia al asalto de las fortificaciones de los insurrectos. Dirigiéndose á sus soldados, díjoles momentos antes de morir: «Allí está la laureada.» A los pocos pasos dos balazos en la cabeza cortaban aquella existencia de la que tantas proezas podía esperar la madre patria.

Los tres retratos que publicamos son reproducción de fotografías que desde la Habana nos han enviado los Sres. Otero y Colominas.



MENÚ DEL BANQUETE DE LA CORONACIÓN DEL TSAR EN MOSCOU

Menú del banquete celebrado en Moscou con motivo de la coronación del tsar.—Como último eco de las fiestas de la coronación del tsar Nicolás II, incluímos en el presente número un grabado, reproducción de una fotografía, que permite admirar uno de los *menús* ó minutas, escogido, no como más artístico, pues todos lo fueron en alto grado, sino como más suntuoso, por decirlo así, de los presentados en los diferentes banquetes que con motivo de dichas fiestas se celebraron en Moscou. Este menú es el que figuró en la mesa de los emperadores en la comida que tuvo lugar en el Palacio Granovitaia, y al examinarlo se echa de ver desde luego que es una verdadera obra de arte en la cual las reminiscencias arqueológicas, los recuerdos históricos y las exquisitas iluminaciones constituyen la más feliz combinación de adornos á la vez que la mejor memoria de aquellas maravillosas fiestas. Por la composición de este *menú* se puede comprender el lisonjero grado á que han llegado en Rusia las artes de la litografía y de la imprenta, y para los afortunados convidados á dicho banquete constituirá sin duda uno de los más preciados recuerdos de aquella solemnidad.

Desdeñosa, cuadro de N. Sichel. – Contemplando este cuadro y recordando los del mismo autor *Senda de abrojos* y *Artista callejera*, que publicamos en los números 645 y 691 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, hay que convenir en que el pintor alemán N. Sichel es un maestro consumado en el difícil género de la figura, en el que tan pocos relativamente sobresalen hoy en día. Los tres tipos de mujeres de los citados lienzos son admirables, mírense como se quiera, así por la corrección de líneas como por la expresión, distinta en cada uno, que anima aquellos rostros. *Desdeñosa* es una verdadera joya: hay en aquel hermoso semblante la precisa manifestación del sentimiento que ha servido de asunto al artista; aquellos ojos, aquellos labios, la disposición toda de la cara no pueden expresar otra cosa que el desdén. La perfección con que está grabada la copia permite apreciar en su justo valor las bellezas de la pintura.

Quien mal anda..., cuadro de F. Dadd. – A juzgar por las trazas de los dos presos, no se trata de esos criminales vulgares cuyos delitos tienen, si no disculpa, explicación en la educación recibida, en la miseria, en el medio en que vivieron. El afán de los placeres fácilmente conseguidos, el deseo de vivir bien sin poner de su parte los esfuerzos honrados que para ello se requieren, impulsáronles sin duda á cometer el delito que en la prisión purgan. Bien dice el refrán *Quien mal anda...*, que sirve de título al notable cuadro que tantos elogios mereció en una de las últimas exposiciones celebradas por el Real Instituto de acuarelistas de Londres.

Salida de barcas pescadoras, cuadro de Mesdag – Entre los pintores extranjeros que con su presencia han honrado la Exposición de Bellas Artes que actualmente se celebra en Barcelona, ocupa distinguido lugar el pintor holandés cuyo es el cuadro que reproducimos. Los dos lienzos que en ella expone le acreditan de hábil marinista, y así lo ha reconocido el jurado premiando uno de los dos lienzos presentados. Observador cuidadoso de la naturaleza, sabe sorprender hermosos efectos de luz, que traslada luego á la tela con una verdad que demuestra su dominio de la técnica, y encuentra en la vida de la gente de mar material abundante para sus obras, en las cuales la realidad se armoniza con cierta poesía, sin la cual es difícil despertar en el espectador la emoción estética.



DESDEÑOSA, cuadro de N. Sichel

(de una fotografía de la Sociedad Fotográfica de Berlín)



QUIEN MAL ANDA, cuadro de F. Dadd [illegible]

El marqués de Morés. – La muerte del marqués de Morés, recientemente asesinado por los tuaregs en las inmediaciones de El-Ouatia, á unos 130 kilómetros de la frontera tunecina, aumenta la lista de las víctimas que constituyen, por decirlo así, el martirologio africano. Descendiente de una noble familia, el marqués de Morés heredó de sus padres una cuantiosa fortuna que en gran parte perdió al poco tiempo á consecuencia de una de las catástrofes financieras que en estos últimos años han conmovido al mundo de los negocios parisienses. Deseoso de reparar esta pérdida, abandonó la carrera militar, en la que le esperaba brillante porvenir, y se trasladó á América, fundando en el Far-West una gran explotación agrícola: salió mal de esta empresa é intentó reproducirla en el Tonkín, en donde tampoco le fué la suerte propicia. Entonces regresó á París, entró de lleno en la política y desempeñó un papel importante en la algarada boulangista, haciéndose notar por sus violentas polémicas y por sus numerosos duelos. Cansado



El marqués de Morés,
explorador africano recientemente asesinado por los tuaregs

de la política, retiróse en 1894 á Argelia, y allí concibió y preparó el plan de su expedición á Ghadamés. El 21 de mayo último salió de Túnez, y á los pocos días cambió la escolta que llevaba por otra de tuaregs y chadembas; pero muy pronto debió concebir sospechas acerca de la fidelidad de éstos, ya que se esforzó por regresar á Sinaum, en donde esperaba encontrar á sus antiguos compañeros. Antes de conseguir su propósito, fué bárbaramente asesinado, habiendo sido encontrado su cadáver, junto con el del intérprete que le acompañaba y los de tres criados, acribillados de heridas y desnudos.

Sir Augusto Harris. – «La muerte de Sir Augusto Harris es el acontecimiento más importante ocurrido en los fastos teatrales ingleses de muchos años á esta parte:» así se expresa uno de los principales periódicos ilustrados londinenses al ocuparse del fallecimiento del famoso empresario, y con estas palabras queda hecha la mejor apología de Augusto Harris. Nació éste en París en 1852 y se educó en Francia primero y después en Alemania: atraído desde muy joven por el teatro, á los vein-



Sir Augusto Harris,
famoso empresario londinense fallecido en Londres
en 22 de junio último

tiún años empezó en Manchester la carrera que tanta honra y provecho debía proporcionarle. En 1879 encargóse de la empresa del Drury Lane de Londres, en donde dió una serie de representaciones de melodramas, la mayor parte inspirados por él mismo á los autores, que le aseguraron el favor constante del público. No contento con estos éxitos, quiso hacer de Londres la primera ciudad musical del mundo, y á pesar de que muchos antes que él se habían arruinado con la ópera italiana, en 1887 comenzó las representaciones de ésta, logrando de año en año mayores triunfos y más pingües ganancias, hasta conseguir en la temporada última reunir en Londres la mejor compañía que en aquella capital haya actuado. Mas no se limitó su actividad á esto solo: simultáneamente con estas grandes empresas acometió otras de menos magnitud, como la fundación de Olympia, en donde se han montado los espectáculos más asombrosos por su lujo y propiedad, la introducción de la ópera cómica en el Avenue Theatre, la representación de innumerables pantomimas, etc., en todas las cuales la suerte fué su compañera inseparable. Sir Augusto Harris había formado parte en varias ocasiones del Municipio londinense y estaba en posesión de muchas condecoraciones inglesas y extranjeras.

Estatua de la reina de Inglaterra, obra de Hamo Thornycroft. – Con motivo del quincuagésimo noveno aniversario de la elevación al trono de Inglaterra de la reina Victoria, se ha inaugurado en el patio de la Lonja Real de Londres la estatua de esta soberana, en sustitución de otra que en el mismo sitio se erigió en 1845 y que se había deteriorado considerablemente á consecuencia de su exposición á la intemperie durante tantos años. Por consejo del difunto lord Leighton, el Consejo Municipal y la Compañía de Mercaderes resolvieron reemplazar la antigua escultura, encargando la ejecución de la nueva al famoso escultor inglés Hamo Thornycroft: la obra de éste representa á Su Graciosa Majestad tal como era en 1844, fecha en que se inauguró la Lonja, ciñendo la corona y vistiendo el manto reales y cruzado su pecho por la banda de la orden de la Jarretiere; en la mano derecha ostenta el cetro del Imperio y con la izquierda sostiene un mundo con la figura de la Victoria. La estatua ejecutada por Thornycroft en mármol de Carrara mide seis metros de alto, se alza sobre un pedestal de mármol negro y es de una corrección y belleza extraordinarias, demostrándose en ella el talento y la maestría del célebre artista de quien nos ocupamos extensamente en el número 652 de este periódico.

El espejo del bufón. – El Viático en una aldea de Asturias, cuadros de Luis Menéndez Pidal. – En el número 722 de La Ilustración Artística, con ocasión de reproducir su bellísima obra *La cuna vacía*, premiada con medalla de oro en la Exposición Internacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1892, dijimos lo que como artista valía el Sr. Menéndez Pidal y el puesto elevado que ocupaba entre los pintores españoles contemporáneos. ¿A qué repetir los elogios que entonces le dedicamos? Las dos obras suyas que hoy publicamos, aunque de distinto género, son dignas del autor que concibió aquélla, siendo notables la una como acertado estudio de figura y la otra como nota ruralista admirablemente sentida y ejecutada con la sencillez y sobriedad que son las cualidades características del Sr. Menéndez Pidal.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Dresde. – El Gabinete de Grabados ha expuesto una colección de carteles artísticos que poco á poco ha ido reuniendo: son éstos en número de 150, originales de artistas ingleses, franceses, americanos, belgas, italianos y alemanes, y entre ellos sobresalen los 72 franceses de Cheret, Toulouse-Lautrec, Felix Balloton, Boutet de Monvel, Graflet y Steinlen. De los debidos á pintores de otros países, son dignos de citarse los del inglés Dudley Hardy, del americano Greiffenhagen, del holandés Willette y de los alemanes Stuck, Hoffmann, Seitz, Zumbusch, Gyssis, Greiner, Thoma y Sattler.

París. – Por muerte de Enrique Cernuschi, su colección de preciosos objetos artísticos japoneses ha pasado á ser propiedad de la ciudad de París.

– En el hotel Drouot ha sido adquirido en 107.000 francos por la célebre cantante Cristina Nilson, condesa de Casa Miranda, el célebre cuadro de Watteau *Diana en el baño*, que un famoso crítico ha calificado de prodigio de luz y de colorido.

Teatros. – En el teatro Viejo, de Leipzig, se ha representado con buen éxito la comedia de Moliere *Tartuffe*, traducida al alemán por Fulda.

– En el teatro de la Residencia, de Dresde, ha sido estrenada con gran aplauso la comedia francesa de Bissón y Carré *El señor director*, arreglada á la escena alemana por Gross.

– En el teatro Costanzi, de Roma, se ha estrenado una ópera, *La sorella di Marco*, del maestro Setaciolo, de argumento muy parecido al de *Mignon*, que ha sido muy bien acogida por el público.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Cercle des Ecoliers *Demi Saurs*, bellísima comedia en tres actos, primera producción escénica de Gastón Devoré, y en el Gymnase *Au Bonheur des Dames*, comedia en seis cuadros de Hugot y Saint Arromand, tomada de la novela de Zola del mismo título.

Necrología. – Han fallecido:

Otón de Camphausen, notable político prusiano que tuvo á su cargo la cartera de Hacienda desde 1869 á 1878.

Luis Cossa, ilustre economista italiano, profesor de la Universidad de Pavía.

Carlos Finkelburg, eminente higienista alemán, profesor de la Universidad de Bonn, gran propagandista de la idea de fundar hospitales populares para las enfermedades pulmonares.

Carlos, barón de Heinze, criminalista alemán, profesor de Derecho Penal de la Universidad de Heidelberg y autor de varias importantes obras.

E. A. Ireland, pintor de Dusseldorf, uno de los representantes del romanticismo de aquella escuela en la pintura del paisaje.

Germán See, uno de los más célebres clínicos franceses, individuo de la Academia de Medicina de París.

Juan Volders, jefe de los socialistas belgas, uno de los fundadores y fomentadores más activos de las sociedades cooperativas en Bélgica.

Evaristo Luminais, pintor de género francés dedicado especialmente á las costumbres populares y á las anécdotas históricas de Bretaña.

Francisco Meerts, pintor de género belga.

Julio Rotting, pintor de historia y profesor de la Academia de Dusseldorf.

Wera Petrowna Schelichowska, escritora rusa conocida especialmente por sus libros dedicados á la juventud.

Georgios Visiinos, poeta griego y durante muchos años profesor de Filosofía en Atenas.

Augusto Wagener, profesor de Arqueología y Epigrafía de la Universidad de Gante.



Estatua de la reina Victoria inaugurada el día 20 de junio último en el patio de la Real Lonja de Londres, obra del escultor Hamo Thornycroft.

Eduardo Armitage, notable pintor de historia inglés, autor de las pinturas murales del palacio del Parlamento de Londres, de la iglesia católica de Islington y de la Universidad de Hall.

Casimiro Geibel, pintor de historia, de género y de animales de Weimar.

Guillermo Kandler, pintor de historia húngaro, autor de los frescos de la capilla particular del palacio imperial de Praga y del castillo imperial de Reichstadt, en Bohemia.

Sir Russel Reynolds, presidente del Real Colegio de Médicos de Londres.

Julia Salis Schwabe, fundadora del Instituto Froebel Nacional de Nápoles, muy apreciada por sus actos filantrópicos.

Gabriel Daubrée, eminente geólogo francés, director durante muchos años de la Escuela Nacional de Minas é individuo de la Academia de Ciencias de París.

Gerardo Rohlf, célebre explorador alemán de las diversas regiones de Africa.

Enrique Hoffmann, notable paisajista alemán.

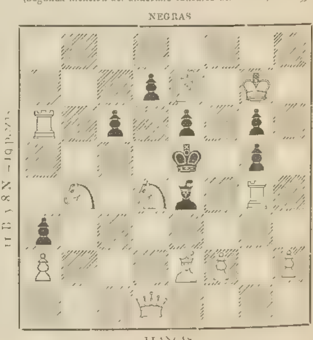
Jorge Johnson, médico de la reina de Inglaterra y profesor de Medicina del Colegio Kings de Londres.

AJEDREZ

Problema número 26, por Valentín Marín

(Segunda mención del undécimo concurso del *Hackney Mercury*)

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 25, por V. Marín

Blancas	Negras.
1. C 3 A R	1. R toma C (*)
2. D 3 C R jaque	2. R toma D ó R 7 R jaque.
3. P 4 R ó T 5 D mate.	

(*) Si 1. R 5 A R; 2. C 7 R jaque, y 3. P 8 D (C) ó C 2 D mate; – 1. A 3 A D; 2. D toma A jaque, etc. La amenaza es: 2. C de 6 C R á 4 T, y 3. D [illegible] C mate.

DOS ANONIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

– ¿Qué decides?, preguntó el marqués.

– Lo que usted quiera. Sé que mi suerte está echada, que nunca podré ser completamente feliz. Falta tierra á mis pies, pero me queda el cielo.

Y Soledad volvió á abstraerse en esa idea infinita de fe y de esperanza que es el rayo de luz sobre la criatura.



... cosían ropa blanca á máquina desde las siete de la mañana...

El marqués la contemplaba conmovido, comparando quizá á aquella mujer con todas las que había conocido.

Dejó pasar algunos instantes, luego dijo con acento casi cariñoso:

– ¿Estamos convenidos?, ¿harás lo que te propongo, no por atormentarte, sino para impedirte caer en la degradación? Porque la caída era infalible, Soledad; como lo ha sido la de todas las que se han hallado en tu caso.

– Repito que haré lo que usted quiera..., puesto que no puedo matarme.

Y luego repuso con vehemencia poniéndose en pie:

– Pero es preciso que algo me sostenga y me aliente. ¿Cuándo veré á mi hija? Digo mal, ¿cuándo me reuniré á ella, para tenerla siempre á mi lado, para reconcentrar en ella todas las aspiraciones que me veo obligada á reprimir?

– Te creo leal. ¿Cumplirás las condiciones que te he impuesto?

– Sí.

– ¿Todas?

– Todas, contestó Soledad después de un momento de vacilación. Pero usted...

– Yo no tengo más que una palabra. Pierde cuidado.

– ¿De modo que mañana mismo saldré de Madrid para reunirme con mi hija?

– No puede ser.

– ¡Que no puede ser! Pues entonces, ¿por qué ha despertado usted mi esperanza adormecida? Si es que desea usted matarme, hágalo de una vez: no temo la muerte, aunque no pueda dármela por mi mano.

– Oye y no te exaltes ..

– ¿Qué he de oir, qué tengo que saber? Necesito á mi hija antes que todo...

– Joaquina debe continuar en el convento por lo menos hasta las próximas vacaciones, tal vez entonces la retire de él definitivamente.

– ¡Entonces! Es decir, ¿dentro de cuatro meses?

– ¿No has pasado años sin verla?

– Pero mis fuerzas están agotadas. Usted me priva de todas mis expansiones y se contenta con decirme: espera todavía.

– Soledad, replicó el marqués con voz algo alterada, no sólo por motivo de que así conviene á la educación de Joaquina, sino que también por causa de esas... *expansiones*, verás á tu hija cuando yo lo tenga por conveniente. No olvides que aquí yo soy el juez y tú la acusada.

Soledad, sumida en profundo abatimiento, no contestó.

El marqués prosiguió después de una pausa:

– Vas á dejar Madrid. Creo que la vida de campo es la que más te conviene para sosegar tus... nervios: además de que te gusta. Así esperarás, dependiendo de tu conducta el que el plazo sea más breve.

– ¡Oh!

– Esta fatigosa discusión se prolonga demasiado. Por última vez te lo digo: elige entre tu hija y el honor, ó la libertad en el más absoluto abandono.

– Iré al cortijo donde he nacido, al lado de mi madre.

– No, los Almendrales está muy cerca de Sevilla y Jerez, donde yo soy muy conocido y en donde se ha hablado mucho de ti. Deseo que nadie nos recuerde, para lo cual durante algún tiempo renunciarás al título que llevas.

– Harto me pesa ese título: me basta con mi nombre.

– Pero si no puedes ir al lado de tu madre, ella puede reunirse á ti. No quiero privarte de esta *expansión*, que es legítima. Te establecerás en mi cortijo de Córdoba: es precioso y no perderás en el cambio.

– Pero ¿y mi madre?

– Mi apoderado irá á buscarla no bien estés instalada, y la traerá con todas las comodidades posibles á *San Rafael*. Luego yo, que respecto á ti sólo soy *tirano por fuerza*, procuraré cumplir lo más pronto posible la palabra que te he dado.

Y como viese que Soledad prorrumpía otra vez en sollozos, repuso:

– Tu hija y la honra: he aquí tu redención.

PARTE SEGUNDA

I

Sabemos ya que Felicio había salido á buscar un coche para Soledad algunos minutos antes de que llegara el marqués de Criptana á la vaquería. Afortunadamente no vió ninguno que pasara y tuvo que subir hasta la plaza de Antón Martín, en donde hay una parada de carruajes públicos. Cuando volvió á la casa de vacas encontróse en la puerta á Juana la vaquera, que aún no había vuelto de su sorpresa y que le esperaba. Enteróle de lo ocurrido. El joven, atontado en el primer momento, se repuso un tanto, pagó la carrera al cochero que le había traído, entró en la tienda y se sentó.

Ya más sereno, pudo hacer algunas preguntas á Juana. Ésta sabía muy poco: un caballero alto, muy bien vestido, con grandes patillas canosas y un sombrero de copa muy reluciente, había entrado sin saber cómo, mientras ella ordeñaba las vacas en el establo, y se había llevado á Soledad.

– ¿Pero tú los has visto salir?, preguntó Felicio.

– Por casualidad. Si me detengo un minuto más y no se despiden, se van sin yo saberlo. Yo estaba sola. La chica tiene un gran resfriado y se ha recogido temprano y mi hombre no ha vuelto todavía de llevar la leche al café de San Sebastián. Los encontré en el pasillo cuando salían.

– ¿Estaban alterados, disputaban?

– Nada de eso, salieron tranquilamente; la señorita me dió las buenas noches.

– ¿Viste si se fueron á pie ó en carruaje?

– Naturalmente que lo vi. Salí á la puerta, en la puerta no había nada, pero algo más arriba brillaban los faroles de un coche. Los seguí á alguna distancia y los vi subir y marcharse.

– ¿Y no viste más?

– Nada más. El coche se largó á buen paso, y se acabó.

Felicio permaneció en la vaquería más de dos horas, esperando el milagro de que volviera Soledad ó mandara algún recado. En el caso en que él se hallaba se admite la esperanza más absurda. Su imaginación era un caos de suposiciones, pero se le imponía la más razonable, aun cuando él pugnaba por rechazarla. Sabía que Soledad era casada, y lo probable era que el caballero que se la había llevado fuese su marido.

¡Su marido!

Pero ¿cómo, si era él, habíala sorprendido?, porque aquello sólo podía ser una sorpresa. Tal vez un descuido. ¿Cuál? Soledad no tenía cartas suyas. ¿La traición de algún criado? Pero esto era inadmisible. Él sabía que Soledad no se confiaba más que á una antigua doncella que desde niña estaba á su servicio. ¿Les habrían visto en sus correrías nocturnas?

Pero en fin, el hecho era indudable.

¡Oh, si fuese el marido! Esta suposición desesperaba á Felicio. Quizá no volviese á verla. Sobre todo ¿qué iba á ser de ella? ¡Cuántos disgustos tendría que sufrir por causa de él, por haber accedido á sus ruegos, por haberle amado!..

Cansado de esperar el milagro, salió de la lechería y se encaminó por el paseo del Botánico. Lloviznaba. El pobre joven se quitó el sombrero para recibir las gotas de lluvia, porque le ardía la cabeza. Como el náufrago que se agarra á la última tabla, Felicio se detuvo en el jardín de frente al Museo, en el sitio en donde solía esperar á Soledad.

Aguardaba otro milagro; pero los milagros no están en moda, por más que todo cuanto nos rodea sea milagroso.

A las dos de la mañana entró Felicio en su pobre habitación, rendido de espíritu y de cuerpo. Había andado leguas. Se acostó, y como, según dicen, la almohada es buena consejera, infundióle alguna espe-

ranza. Vivía el pobre joven en una miserable casucha de la calle de la Verónica: una de esas casas ya inverosímiles en Madrid. Nuestros antepasados ricos ocupaban extensas moradas, pero los pobres acurrucábanse en nidos poco más grandes que los de las cigüeñas. La casa en cuestión era muy estrecha y muy baja, aun cuando tenía piso bajo y principal. El bajo le constituían una tienda de trapos y hierro viejo y un mezquino portal que terminaba en un patio que tendría las dimensiones de ocho pañuelos de hierbas extendidos. De este patio arrancaba una escalera, poco menos que de caracol, que terminaba en una meseta del mal llamado piso principal, puesto que no había otro. En el piso principal había tres cuartos, uno exterior, con balcón á la calle, y dos interiores, cuyas puertas estaban una enfrente de la otra. Felicio ocupaba uno de estos cuartos, el de la derecha. La habitación se reducía á una pieza de regulares dimensiones, de la que partía un pasillo, en donde había un cuartucho obscuro. Después estaba la cocina, en la que nunca se encendía lumbre y que Felicio destinaba para gabinete de aseo. La primera pieza era sala y dormitorio á la vez. Cuando murió su tía, Felicio hizo almoneda de muebles y enseres, reservándose los estrictamente precisos, y por esto conservaba restos de pasada comodidad. La cama había sido buena, pero el pobre joven había vendido dos de los tres colchones que tenía. En aquella pieza había un armario y una cómoda no muy grandes y una mesa llena de papeles y libros. Una percha, con poca ropa, y algunas sillas completaban el mueblaje Esta habitación recibía bastante luz por una ventana que daba á un solar. Rentaba de alquiler cuarenta reales mensuales, pues entonces aún no se contaba por pesetas.

El cuarto que estaba enfrente del de Felicio le habitaba la viuda de un fontanero del ayuntamiento, con dos hijas, una de catorce y otra de diez y siete años de edad. Era una pobre familia que vivía muy estrechamente. La señora Damiana, así la llamaban en la vecindad, se ocupaba en las faenas domésticas, y sus hijas cosían ropa blanca á máquina desde las siete de la mañana hasta las ocho de la noche, y á veces, si *había prisas*, hasta mucho más tarde. La labor en ropa blanca es la menos productiva, y aquellas pobres muchachas *se sacaban* el sustento como quien saca agua de un pozo muy hondo con un cubo muy pesado. Cuando Felipe se mudó á aquella casa aún estaban entrampadas con Singer; quiero decir, que aún no habían acabado de pagar la máquina que comprada con dinero contante hubiéralas costado cuarenta duros, poco más ó menos; pero que pagada semanalmente, subía al precio de sesenta. Los fabricantes se nivelan con las gentes honradas de los repetidos chascos que les dan las que no lo son, vendiendo máquinas cuyo importe aún no han acabado de pagar. Lo de siempre: justos y pecadores.

Entre los vecinos pobres se traba pronto conocimiento, y desde el primer día reinó la mayor cordialidad entre Felicio y sus laboriosas vecinas. Éstas le arreglaban el cuarto, le hacían la cama, le traían agua de la fuente, daban á lavar su ropa, le cosían los botones, etc., etc. «¡Era tan bueno y tan amable D. Felicio!» Él por su parte las obsequiaba cuanto podía, especialmente mientras tuvo algún dinero, producto de la venta de los enseres de su difunta tía. La hija mayor de la señora Damiana se llamaba Petra, la menor Cayetana, y ¡ya se sabe!, cuando llegaron las verbenas de sus santos patronímicos tuvieron el gusto de que las acompañara Felicio y las obsequiase con unos vasos de horchata y con rosquillas de la verdadera tía Javiera. Desde que Felicio conoció á Soledad, disgustado de los *restoranes* de perdición, de los que era parroquiano, y además queriendo aislarse, comía con ellas, mediante el módico estipendio de tres reales diarios.

Pues bien: Soledad y Felicio, en la previsión de algún incidente imprevisto que los separara, habían acordado que aquélla escribiría, no á casa del joven, que podía no hallarse en ella, sino á la de la señora Damiana López, su vecina. Por esto, en medio de la desesperación que le produjo su separación de Soledad, halagaba el pobre amante la esperanza de que ésta le avisaría ó escribiría. Entreteniendo su dolor con esta idea, permanecía en su casa todo el día, atento al menor ruido que se produjese en la escalera y asomándose varias veces al cuarto de sus vecinas á preguntar si había habido carta ó recado para él.

Pero sus vecinas le contestaban:

«Nada, D. Felicio. Pierda usted cuidado, que si algo viene se lo entraremos en seguida.»

Durante los primeros días salía por la noche, á la hora en que había tenido sus citas con Soledad. Vagaba por las calles por donde ellos más habían andado, pasaba por el jardín de frente al Museo, se alargaba hasta la casa de vacas del paseo de las Delicias, y allí se entregaba con la vaquera á comentarios y suposiciones.

¡Pobre Felicio! Sólo los pocos que han amado como él y se han visto separados del objeto amado podrían comprender el desaliento que iba apoderándose de su corazón. Figurémonos un *turista* acérrimo enamorado de la naturaleza y de los paisajes espléndidos, que contempla extasiado el golfo de Nápoles, la embocadura del Bósforo, ó la aparición lejana, en un día de primavera, de Cádiz surgiendo del mar como una mariposa blanca que gusta de revolar sobre las aguas, y siente de súbito que sus ojos se nublan y luego se ciegan, y oye una voz que le dice:

«Nunca ya volverás á ver estas cosas.»

Porque Felicio era pesimista, ya lo sabemos, y perdió pronto la fe que sostiene á los santos y á los amantes: perdió hasta el horroroso consuelo de la incertidumbre.

«¡Dios mío, qué será esto!,» – exclamaba apretándose la cabeza con las manos. Porque hasta los creyentes á medias, como lo era Felicio, en casos de desesperación semejante invocan á Dios.

«¿Soledad le abandonaba?: era imposible. ¿Estaba encerrada?, ¿se la habían llevado por fuerza de Madrid?: era lo probable. Pero ¿cómo no había encontrado un medio de avisarle ó de escribirle?, ¿cómo le dejaba vivir así? El cariño es ingenioso, vence todos los obstáculos.»

Pero en esta creencia no se incluía él: estaba vencido por una especie de fatalidad premeditada.

Pasaron días y meses: Soledad no parecía. Él no la buscaba ya. No salía de su casa, sólo algunas veces, en las altas horas de la noche, daba paseos de leguas por los sitios más solitarios ó por las afueras de Madrid.

Pensó de nuevo en suicidarse. Había abdicado la esperanza y á consecuencia iba á abdicar la vida. Su parte física era tan deplorable como la moral. Había envejecido seis años por lo menos, estaba tan demacrado que se le señalaban los músculos del cuello. Sus ojos tenían en la córnea el tinte amarillento de los de los nostálgicos é ictéricos.

Quizá Felicio tenía la inconsciente nostalgia del suicidio.

Pasados los primeros transportes de pena, cayó en esa triste atonía que es el idiotismo del dolor.

Tres meses después de su separación de Soledad, esto es, á mitad de mayo, se fijó un plazo para suicidarse. Había conocido á aquélla el 20 de febrero del año anterior; pues pondría fin á su vida y á su dolor el 20 de febrero del año, no que corría, sino que se arrastraba tan lentamente para él. Por más que hiciera, tal vez no podía sobreponerse á la expansión de la juventud.

Sería difuso seguir la agonía moral del pobre joven. Luchase ó no con su propósito de suicidio, lo cierto es que todas las noches al acostarse se decía: «Un día menos,» del mismo modo que en una larga navegación se cuentan los días que faltan para acabarla. Soledad le había dado su retrato en fotografía: él por las noches le sacaba del cajón donde le tenía encerrado, pues no quería que nadie le viese; le colocaba junto á la cama en la mesa de noche, y le contemplaba suspirando durante sus tenaces insomnios.

Cuando cada ocho días iba á cobrar su renta á la tienda de ferretería de Puerta Cerrada, su administrador, al ver su lamentable aspecto, solía decirle, con ligeras variantes:

«Mira, muchacho, me parece que llevas mala vida. Contente y cuídate.»

Y Felicio se sonreía con una sonrisa que hubiera hecho daño á todo el que no fuese comerciante en hierro.

El tiempo tiene de bueno que lo mismo pasa para los dichosos que para los desesperados; y por tanto, íbase aproximando el plazo fatal para aquel enamorado incurable. Llegó el mes de febrero, y desde entonces Felicio se preocupó de la clase de muerte que elegiría, como sucede ó debe suceder á la mayor parte de los suicidas. Pensó primeramente en arrojarse al estanque grande del Retiro. Aquella muerte era halagüeña para un poeta: antes de cerrar los ojos para siempre, vería espacio y estrellas reflejándose en el agua, aspiraría aire puro y ¡quién sabe! Tal vez oiría el canto de algún ruiseñor precoz.

Después de haber adoptado este género de muerte le desechó. Se dijo que podía ser detenido antes de arrojarse al agua ó salvado antes de ahogarse, y á este recelo unióse una extraña lucubración. Felicio, que creía á medias en la eternidad del alma, se había creado un Dios á su modo: un Dios que en vez de castigar al suicida, le perdona en gracia á sus sufrimientos. Una noche, casual ó intencionadamente, pasó por el viaducto, y el aspecto casi fantástico que ofrece el campo por aquella parte de Madrid le sedujo. ¡Sería agradable morir viendo aquello! Además miró por entre la barandilla hacia abajo, y tuvo la enunciación del vértigo de las alturas: aquello sería volar hacia abajo á la eternidad.

Eligió, pues, el viaducto para consumar su propósito.

El día 14 de febrero, por la noche, al volver de Puerta Cerrada de cobrar su renta semanal, se guareció en los portales de la plaza Mayor de un chaparrón que caía. Allí encontró á un perdido, antiguo compañero suyo, que estaba en fondos y que le llevó á comer al café de París, y luego, quieras ó no quieras, al teatro de la Comedia, en donde se daba un baile de trajes, de niños.

Al ver aquel espectáculo sintió como un hálito de vida.

Toda reunión de niños, no sólo embelesa, sino que preocupa el pensamiento. Como los niños son un aroma viviente, en el teatro de la Comedia la vida olía bien, y las ideas eran suaves como los labios y las manecitas que se besaban. El misterio de la generación eterna y los esfinges del porvenir surgían allí en toda su plenitud; pero estos esfinges eran benévolos y de color de rosa; todas aquellas crisálidas de hombres y de mujeres estaban, en la mente de sus padres, llamados á altos destinos; allí había embriones de poetas, artistas, sabios, hombres de Estado, grandes capitanes y hasta canonizados. La más humilde de aquellas niñas debía aspirar á todos los esplendores de la vida y de la fortuna. ¿Quién se acordaba de las miserias sociales y de los obscuros problemas de ese topo ciego que se llama el futuro?

Algunas horas después del baile vagaba Felicio por las calles dando un paseo de trasnochador. El cielo estaba nublado y la noche muy obscura; pero el joven poeta llevaba en sí la claridad del recuerdo. Recordaba el baile, la sala resplandeciente de luz, los acordes de la orquesta, el ruido de los besos infantiles, las mejillas sonrosadas, las cabecitas de ondulantes cabellos; toda aquella profusión de colores, de cintas y de encajes, prodigios del cariño maternal; la memoria iluminaba su pensamiento como si llevara un astro en la frente, y parecíale que la plaza del Progreso, por donde á la sazón pasaba, se hallaba más alumbrada que de costumbre. Iba por junto á la balaustrada que rodea al jardín, y al torcer uno de los ángulos que forma vió un niño que en pie y recostado en aquélla dormía profundamente. Se detuvo á mirarle. Representaba de ocho á diez años de edad, su traje era un puro harapo; roncaba con una especie de silbido, y aunque estaba bien dormido, se estremecía como en las convulsiones de una pesadilla.

Todo esto no le sorprendió, estaba acostumbrado á semejantes encuentros. ¡Había visto tantas hojas caídas de ramas secas ó podadas! Pero sí llamó su atención un objeto que el niño tenía en la mano, que era una lima pequeña.

Le despertó asiéndole por la mano en donde tenía la lima. Al sentirse cogido abrió los ojos y Felicio vió en ellos la hostilidad del miedo y de la fuga, al mismo tiempo que se encorvaba ante él como un jabato erizado. Valiéndose de ruegos y de amenazas, el joven trasnochador supo por qué aquel niño tenía en la mano la lima de acero: con ella limaba lentamente, no en una sola noche, las hojas del bajo relieve de hierro que entonces tenía la balaustrada del jardín de la plaza. Por eso faltaban hojas y otras estaban rayadas por el trabajo del acero; y así como se adivina á la mujer por el perfume que usa, y la miseria por el girón, comprendíase por el hierro de la balaustrada el estigma que marca á algunos seres.

El niño arrancaba las hojas para venderlas en una tienda de hierro viejo; por cada cuatro de aquellas le pagaban diez céntimos. Aquello era la apoteosis de la miseria. Pero había aún una cosa más triste y más miserable. Aquel niño pasaba las altas horas de la noche entregado á su faena, tiritando bajo sus harapos, ocultándose de los serenos y de las parejas de policía. A veces sus manos entumecidas no podían trabajar, á veces el sueño le sorprendía en su tarea, ese sueño irresistible que rendía á los *escuchas* en la guerra de África, no obstante las desastrosas probabilidades de una sorpresa por parte del enemigo, ó de los rigores de la ordenanza.

Pero los *escuchas* estaban allí por orden de sus jefes, y el niño de la plaza del Progreso limaba el relieve de la balaustrada por mandato de... su madre.

¡Qué contraste en tan corto espacio de tiempo! En el teatro la luz, el bienestar, la vida exuberante; en la plaza la penumbra, la miseria, el trabajo reprobado. Allí la madre feliz sonriendo á un ángel; aquí la hembra azuzando á un futuro presidiario. Aquel contrasentido del bien que necesita del mal para manifestarse, volvió á sumir á Felicio en sus negros pensamientos y en el hastío de la vida. Desde aquella

noche su vocación de suicida fué completa; faltaban seis días para el plazo que se había impuesto, y con verdadera impaciencia esperó á que transcurriesen.

Llegó el día 19. Por la noche, Felicio, encerrado en su cuarto, hizo sus preparativos de suicida. Envolvió un manuscrito bastante abultado en dos grandes pliegos de papel, los cerró con lacre y puso un sobre que decía:

Al Sr. D. Manuel Tamayo y Baus.

Aquel manuscrito era el drama inédito del poeta. En una carta adjunta al manuscrito rogaba al insigne escritor, ajeno á toda envidia literaria, de la que pocos suelen librarse, que interpusiera su influencia para hacer representar aquella obra póstuma. Felicio rompía el presente, pero aspiraba á la posteridad. Hecho esto, escribió otra carta en la que mandaba entregar todas las ropas, muebles y enseres de su habitación á su vecina Damiana López. La cerró, puso el sobre, y juntamente con el manuscrito del drama guardóla en el armario, cuya llave puso en el cajón de la mesa de noche. Colocó sobre ésta el retrato de Soledad, y se acostó.

La última noche de un suicida debe ser aún más triste que la de un reo de muerte, porque en éste puede haber la resignación á lo inevitable, unida á la tenaz esperanza del perdón, y en el primero debe ser horroroso aquel desamor á sí propio y á la humanidad.

Al día siguiente, 20 de febrero, Felicio se levantó antes de que la señora Damiana saliera á la compra, y pasó al cuarto de sus vecinas para advertirles que aquel día no comía con ellas. Así la viuda como sus hijas, que ya estaban sentadas haciendo labor, se sorprendieron del aspecto de su joven vecino y se miraron como preguntándose: «¿Qué tendrá?» ¿Qué había de tener Felicio después de aquella noche de insomnio, de lágrimas y de recuerdos de amor y de muerte?

Tomó en compañía de sus vecinas una jícara de chocolate, y se volvió á su cuarto. Se asomó á su ventana que daba al so'ar; había nubes al Poniente, pero el tiempo estaba magnífico, y entonces recordó una frase de Ana María: «Los hombres se enamoran de la tierra por su incomparable hermosura.» Él la desdeñaba, iba á abandonarla.

Hizo un minucioso aseo en su persona y se vistió su mejor ropa interior, como los toreros en día de corrida en la previsión de que pueden ser cogidos y desnudados. En cuanto á traje exterior, no tenía donde escoger.

Ya vestido, se sentó á su mesa y escribió una carta, que sólo contenía esta frase: «María, he muerto por ti y pensando en ti.» La metió en un sobre, tomó el retrato de Soledad, y envolviendo ambas cosas en un papel, se le guardó en el bolsillo del gabán. Cogió la llave de su cuarto, que siempre dejaba á sus vecinas cuando salía, y se trasladó á la habitación de éstas. Las jóvenes seguían haciendo labor. La señora Damiana, que era una mujer de cincuenta años, bien conservada, robusta y alegre, estaba en la cocina limpiando la espetera y cantaba.

Las dos hermanas repararon en el esmerado aseo de Felicio. La mayor dijo:

– ¡Qué temprano sale usted hoy, vecino! ¿Está usted de servilleta prendida?

– Sí.

– ¿Con amigos?

– No, con una señora.

– ¿Será joven, por supuesto?, preguntó la hermana menor haciendo un guiño.

– Nada de eso, es tan vieja como el mundo.

Ambas hermanas se rieron de la broma de Felicio. Petra, que era la mayor, le preguntó:

– ¿Vendrá usted tarde? Porque nosotras hoy, ¡gracias á Dios!, podremos acostarnos temprano, que buena falta nos hace: estamos muy atrasadas de sueño.

– No sé cuándo volveré, contestó Felicio, que sentía una satisfacción pueril en sus amargas alusiones á la muerte. Esa señora, si coge á uno por su cuenta, no le suelta nunca.

– Lo digo *al tanto* de dejarle á usted la llave debajo de la puerta.

En aquel momento la señora Damiana cantaba en la cocina la siguiente copla de su tiempo:

«María, paloma mía,
Las palomas son del rey:
Yo soy tuyo y tú eres mía,
Que así lo manda la ley.»

Felicio estuvo á punto de prorrumpir en sollozos. Fué á la cocina y se despidió de su vecina dándole la mano. Hizo lo propio con las dos muchachas, á quienes sorprendió aquel inusitado cumplimiento, y salió á la calle. Desembocó en el Prado, por la de las Huertas, detúvose algunos instantes frente al Museo, en el sitio en donde solía esperar á Soledad, y luego siguiendo la subida del Dos de Mayo, entróse en el Retiro.

La mañana estaba hermosísima, pero los madrileños no son madrugadores; y aquel ameno paseo estaba casi solitario. Felicio no encontró más que alguno que otro hidrópata, trabajadores que recogían las ramas caídas y las colocaban en carros, y dos ó tres guardas que le miraron con atención: quizá había en su rostro la reverberación de la catástrofe.

Como á todo hombre de imaginación, al joven poeta le disgustaban las líneas rectas, y se internó en un laberinto de sendas llenas de recovecos que hay



... había abdicado la esperanza y á consecuencia iba á abdicar la vida

en las inmediaciones del estanque Chinesco. Allí se despertó en él la levadura poética y recitó en alta voz los mejores versos de su drama. Luego se sentó en una piedra grande, allí abandonada desde tiempo inmemorial.

Las golondrinas no habían llegado aún, pero ya se veían gorriones, mirlos, verderones y vencejos que volaban alto. Los árboles tenían ya botones prontos á abrirse, y en los céspedes marchitos se presentía el trabajo de la tierra para darles jugo. Unos cuantos días más, un poco más fuerza en el sol, y todo renacería á la vida.

Y Felicio iba á morir.

Este contraste le suscitó su preocupación eterna. El año anterior, en aquel mismo día, algunas horas más tarde había conocido á María. También entonces estaba triste, casi desesperado; pero la aparición de aquella mujer presentida y amada, había iluminado los obscuros limbos de su espíritu. ¡Oh! ¡Qué feliz hubiera sido en vagar con María, libre y amante, por aquellos sitios, solos, embelesados en sus miradas y en sus coloquios de amor! ¡María sentada en aquella misma piedra, él besando aquellas manos que no tenían iguales!..

De repente se nubló el sol. Las nubes del Poniente, invadiendo poco á poco el espacio y haciéndose más compactas, ocultaron el astro, que desde entonces ya no pudo romperlas. Felicio se puso en pie, como si despertara de un sueño. Habíase levantado un viento húmedo, y el joven pensó: «es el viento de la muerte.» No sabía cuánto tiempo había permanecido allí, pero oyendo ruido de voces y de pisadas, supuso que ya era la hora del paseo vespertino.

En efecto, encontró numerosos paseantes, niños y niñeras que corrían, y percibió lejano ruido de caballos: se sintió desplazado en aquellos sitios de vida, y salió del Retiro por donde había entrado. Llegó al Prado, torció hacia la izquierda, y se dirigió á la casa de vacas del paseo de las Delicias. Durante el trayecto se le ocurrió una idea, en la que influído por otras preocupaciones no se había fijado. Compró papel de escribir y sobres á un fosforero que los vendía en la esquina de la calle de Atocha, y poco después entraba en la vaquería

Juana la vaquera, que estaba sola, como casi siempre, y que hacía tiempo que no le había visto, se sorprendió del lamentable aspecto de Felicio. Éste le pidió un tintero, sentóse á una mesa y escribió:

«Mi buena señora Damiana: tengo una enfermedad mortal, y no nos volveremos á ver. Nombro á usted heredera de la cantidad de dos mil quinientos duros que me pertenecen y que administra D. Martín Arana, comerciante en ferretería, Puerta Cerrada, 7, tienda. En mi cómoda y entre mis papeles encontrará usted los justificantes. Infórmese usted y preséntese á quien corresponda. Es mi voluntad que de esa cantidad entregue usted dos mil quinientas pesetas á la portadora de esta carta, Juana Samperio, que tiene establecimiento de casa de vacas en el paseo de las Delicias. Pida usted á Petra y Cayetana que se acuerden de mí. – *Felicio Valcárcel.*»

Metió la carta en un sobre, que cerró, y puso la dirección: «A la señora Damiana López. – Verónica, 12, principal interior.»

Hecho esto, sacó del bolsillo la carta destinada á Soledad, en cuyo sobre sólo se leía esta breve frase: «A María,» y llamó á la vaquera, que algo apartada le miraba con curiosa atención.

– Oye, Juana, le dijo, entérate bien: es cosa que te interesa mucho.

La vaquera cada vez más sorprendida aguzó el oído.

– Si alguna vez, prosiguió Felicio, se presenta aquí aquella señorita que solía venir conmigo...

– ¿La señorita María?, interrumpió la pasiega.

– Sí, la señorita María, aquí está puesto su nombre en el sobre. Le das esta carta.

– Bueno.

– Pero á ella sola, nada más que á ella, ¿entiendes?

– Pierda usted cuidado, señorito Felicio.

– Guárdala bien, que no la vea nadie, ni tu marido.

– No la verá ni la luz, ¡sí, que soy yo tonta!

– Bien. A otra cosa, que es la que á ti te interesa.

La vaquera redobló su atención, abriendo desmesuradamente los ojos para oir mejor.

– ¿Sabes leer, aunque mal?, prosiguió Felicio.

– Sí, señorito, no tan mal.

– A ver: lee este sobre, y le presentó la carta destinada á la señora Damiana.

Juana lo leyó, aunque deletreando.

– Mañana por la mañana, á las once, ¿lo oyes?, á las once, llevarás tú misma esta carta adonde dicen las señas.

– ¿No es su casa de usted?

– Sí, pero no mi cuarto, el de enfrente. La entregarás en propia mano á quien va dirigida...

– ¿A la *señá* Damiana López?

– Precisamente. Se la das y aguardas á que la lea.

– Bueno, ¿y qué más?

– Nada más.

– ¿Va usted de viaje, señorito Felicio?

– Sí.

– ¿Muy lejos?

– Muy lejos, repitió el joven con una entonación que dejó suspensa á la vaquera.

Cuando Felicio salió de la lechería, empezaba á anochecer y caía una niebla espesa y húmeda.

«Será mi sudario,» – pensó.

Subió por la calle de Atocha. Hallábase relativamente satisfecho: nada le quedaba que hacer en el mundo. Siguió toda la calle y desembocó en la plaza Mayor. Aquel día era cumpleaños de no sé qué persona real, y comenzaban á encender la iluminación de las casas consistoriales. Con este motivo, el triste joven volvió á pensar en los contrastes de la vida. Vagó por los portales de la plaza, que estaban llenos de gente que se guarecía contra el mal tiempo. Había allí los mismos contrastes: miserables harapos que dormían en pie recostados en los pilares, mujeres *non sanctas*, soldados que aguardaban la hora de la lista, vendedores de tortas, boquerones, bellotas y otros excesos; horteras á las puertas de las tiendas palpándose los sabañones, una murga tocando á la puerta de una taberna, y una portera, rodeada de mujeres, llorando á lágrima viva la pérdida de un hijo. Luz y sombra en todas partes, y en medio de la plaza la obscura masa de la estatua de Felipe III, inmutable como la eternidad.

En uno de sus paseos por los portales, Felicio vió que el reloj de la panadería marcaba las siete.

Pensó en comer, no porque tuviese apetito, sino por pasar el tiempo: había resuelto no llevar á cabo su funesta resolución hasta bien entrada la noche, á fin de ejecutarla con mayor facilidad. Era lunes, Felicio había cobrado el sábado anterior su renta semanal, y aún conservaba dinero suficiente para poder darse un pequeño banquete.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL POLO ANTÁRTICO

Desde hace algunos siglos los navegantes enderezan sus esfuerzos y dirigen sus expediciones hacia el polo Artico, descuidando por modo singular el polo Antártico. La explicación de este hecho es fácil: el polo Artico dependía del glorioso continente europeo y durante mucho tiempo se esperó que su descubrimiento contribuiría al progreso de la riqueza y al desenvolvimiento de las colonias. En el Sur, por el contrario, sólo se veían tierras desiertas, poblaciones muy diseminadas, y salvajes y miserables. Hoy todo ha cambiado; de cincuenta años á esta parte, la Australia y la Nueva Zelandia han progresado de una manera prodigiosa, pudiendo esperarse en esas razas fecundas la misma energía que sus antepasados europeos.

Desde todos los puntos de vista sería, pues, altamente útil emprender una exploración completa de las tierras antárticas y proseguirla con el mismo ardor que se ha puesto en la conquista del polo Norte. La posición del polo magnético Sur apenas es conocida y su determinación sería sumamente ventajosa para la navegación del Océano Indico, pues las exploraciones en las profundidades del mar darían probablemente resultados inesperados. Importa asimismo conocer la fauna, la flora, la extensión de los continentes y de las islas, la situación y el movimiento de los hielos, la composición de las rocas; para bien conocer el pasado del globo importa ahondar, por medio del estudio de los fósiles, en la historia de esas tierras desheredadas. Por último, las expediciones que se intentaran serían no menos útiles á los progresos de la navegación que á los de la ciencia, pero hasta ahora se ha hecho poco en esta vía que podría ser tan fecunda.

En 1844, sir James Ross penetraba con el *Erebus* y el *Terror* en los mares antárticos, menos temibles probablemente que los del Norte, habiendo triunfado fácilmente de los obstáculos que aquéllos ofrecen, plantado la bandera inglesa en la isla de la Posesión y reconocido un nuevo continente al que dió el nombre de Victoria.

Durante estos últimos años, dos buques alemanes, el *Jasón* y el *Bertha*, equipados con todos los elementos necesarios, han intentado llegar al polo Sur: su expedición debía durar tres años, pero hasta ahora el éxito no ha pasado de mediano y la ciencia no debe á ella resultados de gran importancia.

El capitán noruego Larsen, á bordo de un ballenero, ha alcanzado por los 68° 10' de latitud Sur el punto meridional más extremo y ha reconocido costas peñascosas, tierras altas cubiertas de nieve y un grupo de islas con volcanes en ignición: el capitán desembarcó en una de estas islas, atravesando 11 kilómetros de mar helado y encontrando esparcidos sobre este hielo bloques de roca volcánica procedentes sin duda de los volcanes que á la vista tenía. La carta que trazó Larsen modificó algunos de los trazados anteriores.

Otro noruego, M. Borchegrevink, fué el primero á quien cupo el honor de desembarcar en la tierras Victoria, que Ross sólo había podido ver de lejos, y su exploración le hizo concebir grandes esperanzas: en varias conferencias ha asombrado á sus oyentes con sus descripciones de la riqueza de la fauna, de la relativa benignidad de la temperatura y de las ventajas que el comercio sacaría de los inmensos depósitos de guano y de la pesca de ballenas y focas que allí existen en número mucho mayor que en ninguna otra parte y que aún no han aprendido á temer al hombre y huir rápidamente á la vista de éste.

En una época como la nuestra en que se aspira á conquistarlo todo, no se necesitaban tantas halagadoras promesas para que se excitaran todas las ambiciones y todas las codicias, y el Congreso de Geografía últimamente celebrado ha declarado que la aproximación al polo Sur era la más grande empresa geográfica que aún quedaba por intentar.

En su consecuencia se van á emprender nuevas expediciones: un joven oficial de la marina belga, M. de Gerlache, proyecta una en la que cifra grandes esperanzas. El buque está dispuesto; los oficiales son belgas como su jefe y los marineros en su mayor parte noruegos acostumbrados á las largas y penosas navegaciones de los mares del Norte.



El espejo del bufón, cuadro de Luis Menéndez Pidal

La Sociedad Real de Geografía de Londres había pretendido organizar una expedición más considerable, y la Sociedad Real, la Asociación Británica para el fomento de las Ciencias y muchos sabios especialmente interesados en esta cuestión habían enviado sus adhesiones á esa empresa, cuyos gastos debían cubrirse con suscripciones particulares y una subvención de 50 000 libras del gobierno. Pero habiendo Mr. Goschen, primer lord del Almirantazgo, negado esta subvención á causa de la situación por que está atravesando Europa y de las necesidades del servicio de que está á su cargo, el comité que se había constituído ha tenido que resignarse á una empresa más modesta. Dos buques, un ballenero de 300 toneladas y un vaporcito de 70, saldrán de Inglaterra el día 1.° de septiembre, llevando á bordo doce hombres de ciencia, dedicados cada uno á investigaciones especiales, y tripulaciones compuestas de marineros escogidos. Además la expedición llevará perros, cuya utilidad ha sido reconocida por el teniente Pears y que desde su regreso de las regiones árticas vivían en el Jardín Zoológico de Londres.

Estos buques se dirigirán á Melbourne y de allá al cabo de Adair, situado en el extremo Norte de la tierra Victoria, adonde piensan llegar los exploradores en 1.° de diciembre. Los hombres de ciencia que de la expedición forman parte se instalarán en esa región desierta con sus perros, trineos, instrumentos, tiendas y víveres en abundancia para más de un año, y se ocuparán de las investigaciones que les han sido indicadas, tales como observaciones magnéticas en los puntos más cercanos al polo á que podrán llegar, y estudios geológicos, zoológicos y botánicos. En el entretanto los marinos se dedicarán á la pesca de la ballena, cuyos productos están destinados á cubrir una parte de los gastos de la expedición: también trazarán el mapa de las bahías y de los fiords, é intentarán, cuando esto sea posible, hacer dragados en los mares profundos. En 15 de diciembre de 1897 regresarán los buques al cabo Adair, recogerán á los que allí se habrán quedado para hacer los estudios antes indicados y todos juntos emprenderán el viaje de vuelta á Inglaterra.

Mis de Nadaillac

***

EL MELDÓMETRO

Este nombre extraño está formado de una raíz inglesa *to melt*, fundir, y de otra griega, *metron*, medida; y se aplica á un aparato cuyo destino está explicado por su nombre. El meldómetro presentado á la Sociedad de Física de Londres por el profesor Ramsay y el Sr. Eumerfapoulus, tiene por objeto determinar rápida y precisamente los puntos de fusión de las materias que se liquidan á una temperatura elevada. El Dr. Joly, de Dublín, es el inventor del aparato, que se compone esencialmente de una lámina de platino calentada por el paso de una corriente eléctrica.

Las substancias que han de ser objeto del estudio se colocan en pequeños fragmentos sobre la lámina de platino, y su temperatura de fusión se deduce de la dilatación de la lámina en el momento en que se produce el cambio de estado bajo la acción de una corriente de creciente intensidad. La graduación del aparato se ha establecido con ayuda de cuerpos cuya temperatura de fusión es conocida. Los señores Ramsay y Eumerfapoulus han practicado una serie de medidas sobre el punto de fusión de las sales de sodio, de litio, de estroncio, de bario, de calcio y de plomo; pero los resultados obtenidos no concuerdan con los hallados anteriormente por otros experimentadores y por medio de otros procedimientos, sin que haya sido posible explicar las diferencias observadas. La gran ventaja del meldómetro estriba en la facilidad que ofrece de obtener determinaciones con muestras muy pequeñas y muy puras por consiguiente. En cambio no se presta á determinar los puntos de fusión de los cuerpos que experimentan una modificación química cuando se les calienta al aire libre.



El Viático en una aldea de Asturias, cuadro de Luis Menéndez Pidal

***

NUEVA LÁMPARA INCANDESCENTE

El aumento de rendimiento luminoso que los capuchones sistema Aüer ocasionan en los mecheros de gas al utilizar la incandescencia de ciertos óxidos de metales raros, ha hecho pensar en aplicar estos mismos óxidos á la construcción de los filamentos de las lámparas incandescentes para aumentar su rendimiento luminoso.

La *Electrotechnische Anzeitung* da la siguiente descripción de una lámpara de esta clase.

Con papel de asbestos de 0'3 milímetros de es-

pesor se cortan tiras de 6 centímetros de longitud, que después de mojadas primero en una disolución de cloruro platínico al 30 por ciento y luego en otra saturada de sal amoníaco, se secan por medio de una corriente de aire caliente, sometiéndolas en seguida á la llama de un mechero Bunsen, para transformar por este procedimiento el cloruro platínico en esponja de platino.

Hecha esta operación, las tiras de asbestos así preparadas se introducen en una disolución de cloruro de magnesio al 20 por ciento, secándose y calentándose como antes hasta que queden recubiertas por completo de una capa de magnesia.

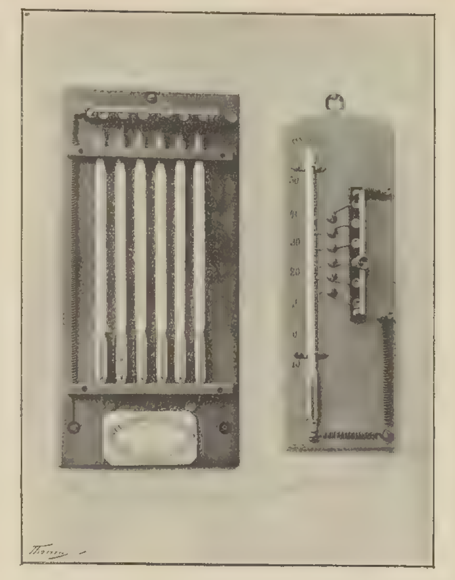
Por último, estas mismas tiras se introducen en una disolución de nitrato de cerio, se fijan á dos alambres de platino y se encierran en una botella de vidrio, donde se hace el vacío siguiendo el método ordinario empleado para la construcción de lámparas incandescentes.

La capa de magnesia protege el platino; la magnesia y la cerrita dan á la lámpara un brillo mucho mayor que los filamentos ordinarios para un mismo consumo de energía; y como además la resistencia de estas tiras es mayor que la del carbón, pueden obtenerse mayores superficies radiantes.

***

LOS APARATOS ELÉCTRICOS «FÉNIX» IDEADOS POR J. VILA Y FORNS

A la amabilidad del fotógrafo gerundense Amis Unal debemos la fotografía que en esta página publicamos y que reproduce los aparatos eléctricos FÉNIX, ideados por D. J. Vila y Forns, de Gerona, para prestar los servicios de avisador de incendios, llamador, termómetro y medidor de temperaturas á distancia.



APARATOS ELÉCTRICOS FÉNIX, ideados por J. Vila y Forns, de Gerona, para prestar los servicios de avisador de incendios, llamador, termómetro y medidor de temperaturas á distancia.

Basta examinar estos aparatos para comprender que el funcionamiento de los mismos depende de las variaciones que sufre el mercurio encerrado en los termómetros, que gradúan la atmósfera de la temperatura que los circunda marcando sus oscilaciones por medio de los hilos metálicos introducidos en las columnas y cubetas (entre los − 36° centígrados y los + 200°, límites de la escala de funcionamiento), que las transmiten poniendo en movimiento los timbres. De este modo los aparatos avisan los aumentos anormales de temperaturas con notable precisión y rapidez á voluntad del operador.

El conmutador que aparece unido al aparato, guía las corrientes que pasan por el mercurio y su concurso es indispensable para todos los servicios, y aunque aparece fijado en los aparatos, se puede separar fácilmente para colocarlo lejos con objeto de medir temperaturas á distancia, anunciando de este modo las temperaturas de locales cerrados y apartados ó poco frecuentados. Así, por ejemplo, desde el puente de un buque se puede saber por medio de estos aparatos la temperatura de la bodega del mismo.

De lo expuesto puede deducirse los beneficios que habrá de reportar, por sus múltiples y variadas aplicaciones, así en el mar como en tierra firme, el invento de los aparatos eléctricos conocidos con el nombre de FÉNIX é ideados por el Sr. Vila y Forns, á quien sinceramente felicitamos por tan útil descubrimiento.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

GEOGRAFÍA PARA LA ENSEÑANZA SECUNDARIA, por *Gonzalo Cruz*. – Con decir que la edición de esta obra que hemos recibido es la décimaquinta, queda probado cuánta es su popularidad en la República de Chile, para la cual ha sido escrita, habiendo merecido ser aprobada por el Consejo de Instrucción Pública y adoptada por el Instituto Nacional, por los Liceos y por muchos establecimientos particulares. Esta nueva edición ha sido revisada por su autor y aumentada con una parte histórica y otra sobre formación de mapas, á fin de que se ajuste á los programas universitarios que en aquella nación rigen desde hace poco tiempo. Contiene el libro las siguientes materias: nociones generales, parte histórica (antiguo y nuevo mundo), descripción de las cinco partes y formación de mapas, cada una de las cuales está tratada con suma claridad y con la amplitud necesaria para que, dentro de los límites en que forzosamente ha de encerrarse toda obra destinada á servir de texto, puedan los estudiantes conocer debidamente la ciencia histórica y muy especialmente la geográfica. La obra del Sr. Cruz forma un tomo de unas 350 páginas, lleva algunos grabados que ilustran el texto de la parte dedicada á nociones generales y ha sido impresa en la imprenta y encuadernación Barcelona, calle de la Moneda 25 G á M (Santiago de Chile.)

ORO OCULTO, novela por *Modesto Hernández Villaescusa*. – El mejor elogio que puede hacerse de esta novela del conocido escritor Sr. Hernández Villaescusa es decir que puede ponerse en manos de las personas más escrupulosas en punto á moralidad, cualidad que caracteriza á todas las obras del mismo autor, lo cual explica el éxito que todas obtienen. Mas no es esta la única condición buena de la obra, sino que además tiene ésta la de interesar por su argumento hábilmente desarrollado y cautivar por la sencillez y elegancia del estilo. *Oro oculto* está muy bien ilustrada por B. Gili y Roig y ha sido elegantemente editada por Juan Gili (Cortes, 233, Barcelona): es el primer volumen de la titulada *Colección Elzevir Ilustrada* y se vende al precio de dos pesetas.



SALIDA DE BARCAS PESCADORAS, cuadro de Mesdag
(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

MEMORIA DEL AÑO ESCOLAR DEL INSTITUTO AMERICANO DE ADROGUÉ (REPÚBLICA ARGENTINA). – En las inmediaciones de la ciudad de Buenos Aires ha fundado el conocido publicista y pedagogo español, ha tiempo residente en aquella república, señor Monner Sans, un establecimiento de enseñanza que bien puede calificarse de establecimiento modelo, así por sus condiciones materiales como por el sistema educativo que en él se practica: las primeras se traducen por una situación excelente y un edificio amplio, dotado de todas las comodidades y adelantos modernos, y de la bondad del segundo responden los resultados obtenidos durante el curso de 1895, que detalladamente vienen consignados en la memoria que nos ocupa y que está bien pensada y admirablemente escrita, como todos los trabajos que salen de la pluma del Sr. Monner Sans, á quien felicitamos con entusiasmo por sus iniciativas fuera de su patria, pero siempre en honra de su patria y teniendo el buen nombre y la gloria de ésta por norma á la cual dirige sus grandes cuanto valiosos esfuerzos.

EL PESIMISMO PRÁCTICO, por *Carlos Baires*. – Imposible analizar este libro en una noticia breve como las que exige nuestra sección bibliográfica, por lo que hemos de limitarnos á explicar el objeto que se propone el autor al publicar la *Filosofía de la Esperanza*, cuya primera parte es el *Pesimismo práctico*. En la introducción de éste, después de consignar cómo el pesimismo amarga la vida y se convierte por ello en filosofía de desesperación, dice el Sr. Baires: «Después del examen del problema del bien y del mal, hemos creído que por encima de las contrariedades de todo orden que rodean al hombre podía éste encontrar, si no un medio de felicidad inmediata, por lo menos un principio de razón de existencia capaz de conseguir el acuerdo entre el sentimiento afirmativo de la vida y sus conceptos práctico y trascendental. Por esto llamamos á la exposición detallada como método, de esta razón de existencia, *Filosofía de la Esperanza*.» La obra que nos ocupa, á la que seguirán *El pesimismo psicológico* y *El pesimismo trascendental*, llena, á nuestro modo de ver, perfectamente el fin que el autor se propone, ocupándose de la instrucción y educación, del problema social, del sentimiento y del dogma del matrimonio. El libro ha sido impreso en Buenos Aires, imprenta de Juan A. Alsina, México, 1.422.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XV — Barcelona 13 de julio de 1896 — Núm. 759



EL MINUÉ, cuadro de E. León Garrido (Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

China. – Su familia. – Culto á los muertos. – El infanticidio. – Condición de la mujer allí. – Esclavitud de este sexo en China. – El prehistórico matriarcado. – Cambio en las familias al promulgarse la legislación imperial. – Servidumbre femenil. – Contraste con el imperio absoluto último de una emperatriz en China. – Muerte recientísima de esta emperatriz llamada Tsou-Hsi. – Desastres de su política. – Privanza del virrey Li-Hung-Chang. – Viaje por Europa del privado. – Reflexiones. – Conclusión.

Los muertos encuentran en la gente china un culto, á la verdad, religioso. Las familias más pobres guardan los nombres de sus antepasados, y con los nombres los hechos, en tablillas, mediante las cuales conocen su genealogía natural y toda la historia de los suyos. Duran los duelos años y años. Y es piadosa costumbre tener por lo menos el cadáver de su padre diez y siete meses al lado, cuidándolo como si, en vez de muerto, sólo estuviera enfermo. Al entrar en una casa, el mueble mejor con que topáis es el ataúd, apercibido y preparado de larga fecha para recibir y encerrar al jefe de la familia. Hijo hay que se vende por esclavo, tan sólo para comprar un rico ataúd á su padre. De aquí muchas otras costumbres, como esa propensión al infanticidio, verdaderamente criminal. Deshácense los padres con la mayor facilidad en toda China de sus pequeñuelos, si le resultan demasiado gravosos, cohonestando tal proceder con su miseria y con la imposibilidad completa de sustentarlos. Algunos los exponen y los dejan á merced y arbitrio del acaso, pero muchos otros los matan. ¡Cuántas veces cogen al recién nacido y lo sumergen dentro de un cubo, ahogándolo en agua! Padres hay que, imposibilitados de dotar á sus hijas y no conformes con el temor de las desgracias que van anejas para las infelices al marro de un buen matrimonio, las matan, creyéndose á sí mismos los cuitados mucho mejores por razón de tal sacrificio que si las guardaran vivas en la exposición de un seguro deshonor y de una irremediable miseria. Todos los viajeros notan cómo supera en China el número de hombres al número de mujeres. Una parte de éstas perece al nacer por mandato de sus padres, los cuales se creen, allá en sus supersticiones, con derecho á darles muerte porque antes les dieran vida. Y eso que tienen una salida segura, la venta. En casi toda China, el servicio está en manos de mujeres. Y las mujeres que sirven, están en verdaderas condiciones de siervas.

La familia china se instituyó tres mil cuatrocientos sesenta y un años antes de Jesucristo, y fué su autor Fou-hi, quien reguló el matrimonio, combatiendo así la poligamia como la poliandria, es decir, la terrible promiscuidad, imperante por costumbre allá en edades prehistóricas. Y también se dice que había entre los chinos una institución, llamada el matriarcado. Con escribir su nombre se escribe la naturaleza de tal institución, que significa jefatura del sexo femenino en las familias. Antes de Fou-hi, cuentan las antiguas historias chinas, los hombres conocían á sus madres, pero desconocían á sus padres por completo. Esta revelación indica bien claramente la diferencia entre los tiempos de las familias constituídas y los tiempos en que los hombres se hallaban tan abajo por las gradas del mundo animal, que admitían para la difusión de su especie hábitos propios de las especies inferiores. Al constituir el Imperio la familia, constituyóla sobre bases imperiales; y como en estas bases no podía entrar una desconocida igualdad, quedó la mujer sujeta de suyo al hombre, cual quedó el hombre sujeto de suyo al emperador. Los proverbios chinos declaraban que así como la hembra del ave suele volar con su macho, la hembra del hombre debe vivir inseparablemente con su marido. No le quedaba en aquella dura legislación al sexo débil ningún recurso: ni las instituciones ni las magistraturas lo defendían. El esposo puede proceder como quiera con su esposa. Y si procede mal, ésta debe dirigirse al cielo, invocar á los espíritus, refugiarse allá en sus capillas y en sus santuarios, hacer ofrendas, colgar exvotos, recurrir á sacrificios y librarlo todo en manos de la diosa misericordia, porque las leyes no tienen fórmula en su favor, ni la sociedad entrañas para ella, desde los días en que la entrega por casamiento á merced y arbitrio del marido. En los símbolos chinos, la mujer está representada por una teja y por un ladrillo, á causa de que á un ladrillo todo el mundo lo pisa y de que una teja se halla expuesta de suyo á las injurias de los elementos. Si el hombre piensa, la esposa debe ser afirmación de su pensamiento; si cree, áncora de su fe; si habla, eco de su palabra; si anda, sombra de su cuerpo; si reza, repetición de sus oraciones, y hasta si muere, muerta, porque no existiendo aquellas hogueras, en cuyo fuego solían las viudas indias desaparecer abrasadas, existen otros muchos medios de seguir hasta más allá del sepulcro y en los senos de la eternidad á su marido, emperador y dios, según las tradiciones y las costumbres chinas.

Todos sabemos que estas costumbres impiden á las chinas el salir de casa y el comunicarse frecuentemente, no sólo con la sociedad exterior, con el mundo exterior también. Por todo cuanto nosotros tenemos de orientales, guardamos frases y modos de decir cual este que sigue: «La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa.» Y los chinos, para cumplir mejor con la supersticiosa creencia de que la mujer no puede á sí guardarse y necesita estar guardada por grande vigilancia, que oponga obstáculos materiales á su libertad, mutilan sus pies hasta reducirlas á triste inmovilidad, aunque sirvan oficios los cuales necesiten ó pidan agitación y movimiento. Lirio de oro llaman á las extremidades inferiores así mutiladas los que se dejan tiranizar en los pueblos orientales por la costumbre, cosa no extraña ciertamente para los tiranizados hoy mismo por la moda en los pueblos modernos. A la edad de seis años las pobres niñas ven el desarrollo de sus pies enteramente suspendidos por ligaduras que los aprietan de un modo extraordinario y que los disponen á manera de arco, estropeándolos y reduciéndolos á una terrible atrofia, mediante la cual ni pueden caminar rápidamente, ni estar de pie, ni sostener ningún peso, ni entregarse á ninguna faena, teniendo que servirse de los brazos como de un balancín para no caerse, y que sacudir su cuerpo en bruscos y contrarios movimientos que les dan aire de ave más ó menos herida, cuyas alas se arrastran por el suelo, y de vela más ó menos agitada por el marino viento. Dígase lo que se quiera en libros múltiples por los apologistas, que hoy el pueblo chino encuentra en todas las literaturas europeas, aquejadas de retrogradaciones extravagantes á lo pasado; si bien es cierto que la mujer toma parte muy activa en los oficios familiares, hasta el punto de no emprenderse trabajos manuales sin su concurso, ni celebrarse tampoco ceremonias religiosas sin su coparticipación, la inferioridad respecto del hombre por tal manera se patentiza, que vive y muere la infeliz en perpetua tutela, no asentándose á la mesa nunca jamás en los días solemnes y en las fiestas mayores, no mostrándose al huésped y al extraño, encerrada, como un instrumento de trabajo, en los almacenes, ó como un ave canora, en las jaulas, dentro de aquella parte del hogar que les pertenece, la más recóndita; cárcel, no santuario.

Dicho, recordado esto, paréceme bien añadir la causa y motivo que han ocasionado ahora mi dicho y mi recuerdo. Acaba de morir en Pekín una señora, que ha derogado por sí, para sí, en sí, estas leyes, y hecho singular excepción á estas costumbres, ejerciendo una tiranía, la cual, movida del miedo y escudada por la debilidad, ha superado en crueldades y en fuerzas á las tiranías más varoniles y poderosas. Refiérome á la emperatriz madre del emperador celeste, muerta el mes pasado. Simple comparsa de favoritas en harenes recatados y silenciosos, la belleza nativa que adornó su rostro le atrajo á los brazos, y la gracia indecible que adornó su alma le fijó á los pies el emperador celeste: cosa frecuentísima en la poligamia, que suele saciar los apetitos animales y despertar á esta inevitable saciedad afectos puros y vivos y singulares hacia una sola mujer en los corazones cariñosos. Durante todo el califato de Córdoba, la sultana favorita reluce como el califa, estrellas dobles de aquel cielo deslumbrante. Al oir el nombre de Sobeya diríais que huele á rosa la Historia cordobesa, y el aire canta como henchido por espunteos de guzlas melodiosísimas, y la poesía erótica del semita soñador y soñoliento abre sus alas, que penetran por las áureas celosías lo mismo en el harén de los amores que en el serrallo de los consejos. Una sultana favorita determinó las acciones más gloriosas del primer guerrero árabe, de Almanzor; y una sultana madre sostuvo como canéfora gigantesca el reino de los nazritas sobre su cabeza de maga en la triste desgracia de Boabdil.

Tsou-Hsi llamábase la emperatriz recién muerta. Tres generaciones de monarcas ha gobernado á su guisa la difunta, moviéndolos cual el titiritero en los teatros de títeres mueve á los obedientes polichinelas. Ese imperio, que llega desde Mongolia y Tartaria, en su inmensa extensión, hasta el mar Amarillo, se ha dejado gobernar por la débil mano de una pobre mujer. Influyente con su esposo, influyente con su hijo, no cumplió la máxima de Maquiavelo, que aconseja en sus apotegmas políticos á los príncipes la retirada del trono, cuando muere aquel ó aquellos por cuyo graciosísimo favor ó cesión reinan y gobiernan. Muertos el esposo y el hijo de la emperatriz, recayó primero en su cuñado y después en su sobrino la corona china. El parentesco entre afines parece ocasionado á disturbios domésticos. Pues la emperatriz correinó con su cuñado, y cuando creyó que no la obedecía y acataba éste, lo puso en la calle, sin que chistara el destituído, y se alzó ella sola con la gobernación pública. O debían ser ellos muy débiles, ó debía ser ella muy fuerte, cuando reinó sobre su esposo primero, sobre su hijo después, más tarde sobre su cuñado, y lo que parece imposible, sobre su imperial sobrino, quien vivió resignado á parecer pupilo suyo, hasta hoy mismo, en que ha recogido su postrer aliento y encerrádola en su ataúd, reinando de nombre antes y por mera honra.

Francamente no tiene muchas razones el sobrino para estar obligado á su tutora. No fuera tan excelsa tía una Blanca de Castilla, ni una Isabel la Católica, ni una Isabel de Inglaterra, ni una María Teresa de Austria, ni una Catalina de Rusia: en su tiempo los moscovitas han ido sustituyendo á los tártaros, padres de la dinastía, por los linderos boreales del imperio; la Mongolia, con sus estepas heladas y sus tradiciones áureas, se ha ido desgajando poco á poco del celeste dominio que se imaginaba la cúpula de nuestro planeta; los títulos de propiedad suprema sobre Corea se han borrado con caliente sangre; se han visto los irruptores triunfantes entrar á cañonazos por tierra y mar en el golfo de Petchili, arteria principalísima de tan vasta región; las dos capitales, Mugden y Pekín, ésta capital política, y religiosa capital aquélla, han estado amenazadas de asedio; la isla de Pescadores, marítima estación de primer orden, luce bandera del Japón, y no se ha librado China de terrible desmembración y quizás de segura muerte, sino recibiendo, con hierro candente sobre sus carnes vivas impreso, el clavo de la servidumbre que le ha puesto Rusia, y que si le conserva la existencia es á cambio del honor.

Voltaire decía que mandan las mujeres cuando reinan los hombres, y cuando reinan las mujeres mandan los hombres. El dueño de Pekín y sus numerosos dominios durante todo el reinado de la muerta fué un estadista, cuyo nombre, difícil de pronunciar, hay que aprender, como el nombre de Bismarck, ó de Crispi, ó de Gladstone, ó de Cánovas, en el europeo continente, por haber él determinado la política del continente asiático años y años, rigiendo de virrey, ó de vice-dios, el más vasto imperio de la tierra. Se llama el favorito Li-Hung Chang, quien, después de asistir como figura impelida por mecánico movimiento á la coronación del czar, se pasea hoy por Berlín; se asienta muchas veces á la mesa del emperador, aunque no le ofrezca perro asado y nidos de golondrinas, siendo además, en esta misma hora, huésped festejado y atendido del glorioso Bismarck. Como supo dominar el ánimo de la emperatriz, nadie hoy atribuye á ésta las desgracias del imperio chino; todos se las atribuyen al privado. Los que imperan sobre los hombres desde tronos absolutos, acaban por odiar su propia grandeza ó autoridad, y gustan de cederlas á cualquier favorito, para declinar en sus espaldas la pesadumbre de los negocios, y en su nombre, por consiguiente, la responsabilidad. Así ahora, si el celeste continental imperio se ha dejado sobrepujar por los isleños japoneses y vencer en Mandchuria y en Corea, en tierra y en mar, nadie pide cuentas á la emperatriz fallecida; todo el mundo se las pide á su torpe ó infeliz privado, creyendo iba éste á recibir el cordón de sus señores para inmediatamente ahorcarse, y maravillándose de que aún impere y prive. Pero nadie sabe qué hará el sobrino, libre de la insufrible tutela impuesta por su tía, predominando á este respecto, al respecto de la política imperial futura, un misterio tan espeso y obscuro como el que predomina en los reinos de la muerte.

Madrid, 7 de julio de 1896.



LA CÚPULA DE LA CAPILLA DE CARLOS III

12 *de julio de* 1886

Celebrada pintura mural, existente en la capilla de Carlos III de San Francisco *el Grande* de Madrid

No fué la pintura mural, la gran pintura decorativa, rama del arte que cultivasen los pintores españoles de ningún tiempo. Excepciones, sin embargo, pueden señalarse, y entre esas excepciones está en primer término la del genial pintor aragonés Goya. Aparte de las ejecutadas en sus primeros tiempos, en Zaragoza, en compañía de Bayéu, las pinturas que de su mano avaloran la iglesia de San Antonio de la Florida, en esta corte, pueden considerarse (y así las considera la crítica) como conjunto maravilloso de escenas más ó menos religiosas, realizadas sobre los muros de la iglesia citada con tal brillantez de paleta, con tal brío de ejecución, con tal energía de traza, con tan feliz acierto en las agrupaciones, con tanta grandiosidad y con tanto carácter local, con tanto realismo, que bien puede asegurarse que esa obra portentosa resume todas las cualidades técnicas que, de haber existido, hubiesen brillado en la pintura mural española.

Pero como personalísima esa admirable obra, como espontánea manifestación de la personalidad de Goya, temperamento enérgico, carácter voluntarioso, afiliado en las nuevas ideas que del revolucionario enciclopedismo de Francia llegaban *traducidas* á nuestra patria, ideas encarnadas en su temperamento, español «hasta la medula de los huesos,» rebelde á toda imposición de escuela artística; á esa admirable obra del arte, repito, fáltale aquella enjundia ideal que le es como el alma al cuerpo, y que no por ser ideal deja de tener expresión en lo real. Quiero decir con esto, y hubiéralo dicho ya si supiera explicarme cual lo hacen los claros entendimientos, sin rodeos ni circunloquios, que á las pinturas de Goya (de las que vengo hablando), siendo místicas, fáltales misticismo; y si me atreviera, aún diría más: diría que á aquellas figuras les sobra sal y sandunga madrileñas; y si se quiere, de la de Maravillas y Lavapiés.

He aquí la razón por qué protesto de las afirmaciones que mi cariñoso amigo é ilustre maestro en estos achaques de crítica artística, Federico Balart, hizo algunos años ha en *El Imparcial*, al ocuparse en las pinturas y esculturas de San Francisco *el Grande* y refiriéndose á las de la cúpula de la capilla de Carlos III. Aseguraba el eminente crítico que las figuras pintadas por Plasencia son nietas de las pintadas por Goya. ¡Ah! Aun á trueque de que tilden de herejía lo que en este instante escribo, digo que entre las celestiales creaciones de Plasencia y las humanas (y tan humanas) de Goya existe la distancia que hay entre el cielo y la tierra. Plasencia, como dijo con feliz acierto Fernández Bremón «ha volado por los cielos.»

***

Pudiera titularse la hermosísima pintura que hoy me ocupa *El himno á la Virgen*. Representa un concierto celeste en el cual los músicos y los cantores son ángeles y arcángeles. En lo alto de la composición, rodeado de nubes de un tono suave y á la par luminoso, aparece un arcángel sosteniendo por encima de la áurea cabeza una cartela en la que se lee esta inscripción: *Tota pulchra est Maria*. Más abajo y frente al que sostiene la citada loa, motivo del soñado concierto, vese pulsando las teclas de un órgano otro arcángel de *albas vestiduras* y *níveas alas* que con la mirada en el espacio arranca melodiosas notas al religioso instrumento: notas que un grupo de hermosísimos ángeles, destacándose ya por obscuro, ya inundados de luz y dispuestos en atrevidísimos escorzos, elevan al trono de la Inmaculada. A la derecha del arcángel que toca el órgano, destácase otro arcángel de correctísimas líneas, que con la partitura en una mano simula cantar lleno de arrobamiento místico, misticismo que le inunda, así como la figura de otro arcángel medio envuelto en azuladas nubes, y que lanza al cielo su canto inspirado. Más lejos, celeste músico pulsa las cuerdas de un arpa. Esta figura ofrece un escorzo de gran estudio y un contraste de luz y de color que fascina. Con el brazo en alto y formando un arco elegantísimo acaricia las cuerdas del eólico instrumento, dejando paso la postura citada del brazo á la mirada que fija en la partitura que un cantor de rubia melena y torneados brazos le muestra.

Si alguna vez los lectores de estas *efemérides* van á San Francisco *el Grande* á contemplar la hermosa producción del genial artista, detengan la mirada en estas figuras. Nada más inspirado que este grupo, que rodean las blandas cabecitas de una porción de ángeles, sin igual en la hermosa traza de sus cuerpos robustos y contorneados por la segura línea que presta la inspiración. El plegado de los paños, elegante en todas las figuras de esta pintura decorativa, reviste en este grupo, y principalmente en la figura del arcángel que sostiene la página donde se leen las notas de la celeste sinfonía, un doble carácter de sencillez y grandiosidad, superior á todo encomio. Al lado del grupo que acabo de describir, vense los cantores, unos que elevan los ojos al cielo; otros que mueven dulcemente los labios, como para emitir la nota que la ebúrnea garganta modula; coros de ángeles, de graciosas posiciones y sonrientes cabecitas, causan admiración por la sencillez con que están agrupados; otros de músicos completan la composición de esta colosal obra.

Comenzárala á esbozar el maestro en el invierno de 1885, pues aun cuando en el boceto del cuadro central de la capilla, cuadro que representa á Carlos III recibiendo de manos de la Virgen las insignias de la orden, aparecía una pequeña parte de la composición, es lo cierto que la totalidad de ésta la vimos trazar, como acabo de decir, en el invierno citado cuantos éramos sus amigos y discípulos. En la primavera de aquel mismo año Plasencia tanteó en la cúpula con los cartones á la vista la vasta composición, pero no hubo de dibujarla decisivamente hasta los comienzos del invierno siguiente y después de haber sido preparada al efecto la superficie de la media naranja.

Recuerdo un detalle, que él solo dice más de la actividad febril con que el maestro realizaba sus grandes pinturas, una vez resueltas todas las dificultades de composición, distribución de la luz, etc., que cuanto se pudiera decir; ese detalle es el siguiente: en el primer día en el cual puso mano en la paleta para cubrir de color aquella superficie de más de ciento cuarenta metros cuadrados, empleó, solamente de blanco, arroba y pico. Para cuantos saben la técnica de la pintura, seguramente que lo dicho les causará el asombro que nos causó á todos los que desde los andamios contemplábamos al artista

En poco más de siete meses dió Plasencia por terminada su obra; y el día 12 de julio de 1886 recogía su paleta, *la veterana*, como él la llamaba, porque le había servido para pintar cuanto produjera desde su venida de Roma. Al día siguiente salía para Muros de Pravia, como tenía por costumbre todos los veranos.

«El arte contemporáneo español – dice un crítico y biógrafo de Plasencia refiriéndose á esta admirable pintura – ha dado una muestra irrecusable de gigante vitalidad.» «Contemplando esta obra – exclama el reputado escritor José de Siles – diríase que la capilla no tiene techo, sino que, realmente, la vida del cielo se ve por allí, en el espacio.» Por su parte el notabilísimo literato Ortega Munilla exclama: «Es un prodigio de pensamiento, de dibujo, de color... Aquella orquesta de ángeles está sonando siempre con el eterno acorde del color.» «Composición encantadora, poética verdaderamente inspirada – escribe Martínez de Velasco... – Cinco años ha durado el trabajo de Plasencia en San Francisco, y se cree, al contemplar esa obra, que ni por un momento se ha ofuscado en tan largo período de tiempo la inspiración del artista.»

Y aquí termino esta *efeméride*, digna de ser contada como una de las más interesantes de la pintura española del siglo actual, puesto que recuerda la revelación esplendorosa de la pintura mural nuestra y la de un genio que todavía no ha sido sustituído.

R. Balsa de la Vega

LO HIZO DE GRACIA

Del todo borracho nunca solía estar Lorencín, pero á medios pelos estaba casi siempre.

Y bueno es advertir que si no llegaba á estar completamente borracho, no era porque no bebiera todos los días lo suficiente para ponerse hecho una uva, sino porque, según decían sus amigos y compañeros de borrascas, hacía mucho vino.

Es decir, que podía beber mucho sin que se le conociera y muchísimo sin embriagarse del todo, pues con la cantidad de vino con que otro cualquiera caía ó por lo menos daba veinticinco traspiés por minuto, él se quedaba tan campante.

Su oficio de herrero..., porque han de saber ustedes que Lorencín, ó el *Gato Chico*, como llamaban también á Lorenzo García, era el herrero de Vegamián, para servir á ustedes, y tenía la fragua al otro lado del río, junto al camino real, entre la ermita de San Antonio y el mesón de Servando...

Su oficio de herrero decía él que pedía mucho vino, porque entre el calor del fogón y el ejercicio de machacar ¡daban una sed!..

Y sed de vino precisamente, pues el agua había él observado que, teniendo la propiedad de endurecer el hierro, tenía también, por el contrario, la propiedad de ablandar al hombre.

– No es broma, añadía Lorencín si alguno se reía de su observación, no creáis que es broma: el agua endurece el hierro caliente y el acero; por eso meto yo todos los días á chapuzar ahí en el río, después de bien caldeadas, las rejas y las herramientas de corte, y cogen temple, vamos, que salen mucho más duras que antes de calentarlas. Pero esa misma agua del Porma que así endurece los hierros calientes, á los hombres acalorados y sofocados por el trabajo los hace ablandar de una manera increíble. Lo sé por experiencia: el día que por casualidad, por desgraciada casualidad, no bebo yo vino al comer de mediodía, sino que bebo agua, á media tarde ya no puedo con el martillo.

Con estas teorías y con la vecindad de la taberna de Servando, que estaba á quince pasos de la fragua, frente por frente, no hay que decir si Lorencín empinaría el codo bien á menudo.

Que iba un vecino á hacer una reja nueva .., pues en concluyéndola había que bautizarla.

Que iba otro vecino á calzar otra reja ya muy gastada..., pues para que pegara bien la calzadura era necesario humedecerla un poco en la taberna, después de templada en el río...

Que iba otro á rebocar una hacha..., pues para dar suavidad al corte era bueno rociarle con vino, no fuera á saltar al primer hachazo..

Que llegaba un arriero asturiano y tenía que herrar el rocín..., pues terminada la operación había que mojar las herraduras ..

Que pasaba por el camino un conocido y se paraba á saludar á Lorenzo y trababan conversación..., pues había que mojar las palabras...

Seguramente no sabría Lorencín aquellos versos de otro aficionado al vino, que dicen:

Si bene commemini, sunt quinque causæ bibendi:
hospitis adventus, sitis præsens, atque futura,
et vini bonitas, et quælibet alia causa (1).

Pero aunque no conociera estos versos, practicaba escrupulosamente la doctrina contenida en ellos, porque en cualquier cosa encontraba ocasión y motivo para ir á la taberna.

Como estaba allí tan á mano...

Esta vecindad de la taberna tenía un valor tan grande á los ojos de Lorencín, que no cambiaba él la fragua de Vegamián por ninguna otra.

Ya se le habían hecho proposiciones de traslado á otros varios pueblos del contorno, mejorándole la contrata; pero Lorencín las había rechazado todas como tentaciones del enemigo, porque no creía posible encontrar otra fragua mejor situada; pues las que él había visto, era verdad que todas solían tener el agua cerca, para hacer con comodidad los temples, pero ninguna tenía tan cerca el vino.

Una vez yendo yo para León, cuando era estudiante, iba oyendo choclear una herradura del caballo, y me acerqué á la fragua de Lorencín para que la clavara de nuevo. Como durante la operación sacara él su conversación favorita hablando de lo cerca que estaba la taberna de Servando, le recité yo la famosa redondilla de Baltasar de Alcázar:

«Por cierto que es rica mina
la taberna de Alcocer.
¡Grande consuelo es tener
la taberna por vecina!»

– Eso he dicho yo siempre, exclamó Lorencín entusiasmado, dejando caer el pujavante con que estaba igualando el casco; eso decía yo, aunque no había oído nunca ese cantar tan gracioso, que no quiero que se me olvide...

Y diciendo esto, entró corriendo en la fragua, se dirigió al extremo de la derecha, donde había una tabla que á modo de andana de alacena pendía horizontalmente de dos charranchas clavadas á un tirante, trajo de allí su libro de cuentas con forro de badana y un tintero de cuerno, y desatornillando éste y sacando de la puntiaguda tapa una pluma de pavo, hincó una rodilla en el suelo y dió manos á escribir sobre la otra.

– ¿Qué va usted á hacer?, le pregunté yo algo contrariado por el retardo que sufría la operación de clavar la herradura.

– A copiar aquí la cuarteta, me contestó, si usted me hace la gracia de repetirla.

– ¿Quiere usted que se la escriba yo?, le dije.

– Si usted quiere tomarse esa mo'estia, es mejor, repuso, y yo seguiré herrando.

– Sí, mejor es, le dije yo cogiéndole los chismes de escribir.

Y mientras él clavaba la herradura le escribí la redondilla de Alcázar en el libro, á lo bajero de una página que empezaba con estos apuntes:

«Débeme Juan el Cuco tres ochavos, de tres alañas que le puse á una madreña.»

«Idem Petra la Remellona dos cuartos, de un arquillo.»

«Pagóme Agapito el Cojo la mitad de la azuela que le hice el año pasado.»

«Débeme Agustinín dos reales, de calzar una azadilla, poniendo yo el hierro...»

Lorencín aprendió luego la redondilla de memoria y se pasaba el día canturreándola con acompañamiento del triquitraque del fuelle y al compás del martillo

Mas para eso la refundió primero, acomodándola á las circunstancias.

Porque Servando, el mesonero de Vegamián, no se llamaba de apellido Alcocer, y por consiguiente no era propio llamar *taberna de Alcocer* á su establecimiento; pero Servando era asturiano, del concejo de Aller, y esto dió pie al herrero para refundir la redondilla en esta forma:

Es una preciosa mina
la taberna del de Aller:
¡Grande consuelo es tener
la taberna por vecina!

Los lunes por la mañana solía tener Lorencín más trabajo que de ordinario, porque pasaban los arrieros asturianos para el mercado de Boñar, y casi siempre tenía que poner herraduras.

Una mañana llegaba á la puerta de la fragua Juanón, el de Caleao, con un rocín cargado de cerezas, y decía:

– *¡Gatu!.. ¿Pues* (1) ferrai?

– Pregunta si quiero, *Xuanón*, contestaba Lorenzo; porque si puedo y no quiero, ¿qué adelantas, borrico?

– Querer *sélu* (2) yo que quieres siempre servir á los *amigus*, decía el asturiano. ¡Estaría *güenu* que *non* quisieres!.. *Pes* (3) si *non fierras* á *Xuanón*, ¿á quién *has ferrar, hom*?..

– Al rocín, majadero, al rocín, contestaba Lorenzo, que siempre estaba de buen humor y siempre con gana de bromas.

Mientras Lorencín conservó con la afición al vino la afición al trabajo, las cosas no iban mal; porque como herrero era Lorencín un gran herrero, de mucha disposición y de mucho aguante, y ganaba para todo: para pagar puntualmente los cuartillos y las *medias* y aun las azumbres á Servando, y para que su mujer y sus hijos (porque Lorencín estaba casado como Dios manda) no carecieran de cosa alguna.

Pero andando el tiempo quiso el diablo, Dios nos libre de él, que con la afición al vino se le complicara á Lorencín la afición al juego.

Y entonces, en lugar de ir de cuando en cuando á la taberna, espetarse su cuartillo ó su media azumbre y volverse á machacar, dió en pasarse en el mesón jugando á la brisca la mayor parte del tiempo que debía pasar trabajando en la fragua.

Por aquello de que Dios los cría y ellos se juntan, hízose muy amigo de un rabadán de merinas de la marquesa de Mirva, llamado Pericón, borrasquero perpetuo y taberneador impenitente, que apenas asomaba á la majada en todo el verano.

En cuanto Lorencín y Pericón se sentaban á jugar á la brisca y á beber mano á mano, ya no se sabía cuándo se habían de levantar... Primero jugaban un cuartillo, después media, después una azumbre, después las cabras...; en fin, que aquello era la vida perdurable, y había semanas en que pasaban los seis días sin que se abriera la fragua tres veces.

Y es claro, como dice un refrán, molino parado no gana maquila, y según dice otro, donde se quita y no se pon, presto se llega al hondón; y como Lorencín estaba todo el día parado y no ganaba jornal, y como no ganaba y gastaba, llegó pronto al hondón de sus ahorros, y aún más abajo, á las deudas ..

Cuando mandaba á Servando sacar vino, le decía éste por vía de advertencia:

– Débesme lo de ayer, Lorenzo.

– Apunta, contestaba el herrero.

Al día siguiente, cuando volvía éste á pedir vino, volvía á advertirle Servando:

– Débesme lo de ayer y lo de anteayer...

– Apunta, volvía á contestar Lorenzo inalterable.

Y con el apunta... y apunta..., Lorencín mandando apuntar y Servando obedeciendo y apuntando, llegó á haber en el libro de caja del mesón, á cargo y bajo el nombre de Lorenzo el herrero, una letanía de cuartillos, azumbres y medias azumbres, mucho más larga que la de Nuestra Señora.

No se le hacía ya todo bueno á Servando, y una tarde en que Lorencín estaba jugando á la brisca con un aceitero y pedía por su cuenta una azumbre de vino, le llamó aparte, para no meterle en vergüenza, y le dijo:

– Mira, Lorenzo, por esta ya pase, porque está armada, y no quiero que quedes mal; pero desde mañana, si no vas pagándome algo de lo atrasado, no te vuelvo á dar gota. Ya lo sabes.

– ¿Tienes miedo á perderlo, sarnosuco?, le contestó Lorencín haciéndose el enfadado por la advertencia. Pues has de saber que sólo en herramientas del oficio, sin contar otras cosas y sin contar lo que me deben á mí, tengo yo para responder de mucho más que del valor del vino, del de la taberna y del del tabernero, fuera el alma.

Servando se achicó un poco ante la arrogancia del herrero y no volvió á inquietarle lo menos en una semana.

Pero después, ya porque temiera para sí un mal resultado, ya porque se lastimara de la mujer de Lorenzo, la cual por bajo de cuerda le suplicaba que no diera vino fiado á su marido, lo cierto es que el mesonero volvió á cuadrarse.

– No te doy ni otro cuartillo fiado, Lorenzo, mientras no me pagues lo de atrás, le dijo un día muy formalmente, aunque me lo pidas de rodillas.

Lorencín quiso de nuevo hacerse el enfadado, pero esta treta ya no surtió efecto, porque Servando se mantuvo firme.

El herrero entonces se volvió á buenas con el tabernero y le dijo:

– Escucha, Servando; yo conozco que por un lado casi tienes razón para no fiarme, porque te voy ya debiendo desde muy atrás, y como suelen decir, cuentas largas, barajas nuevas... Pero si ahora no te pago porque no tengo dinero, bien sabes que tengo habilidad para ganarlo... Y por otro aquel, voluntad de pagar tampoco me falta, y no de todos los deudores podrás decir otro tanto... Y quiere decirse que, si Dios me da salud, en cuanto se acabe el verano, y se marchen las merinas, y dejen de venir por aquí Pericón y los demás que me suelen entretener, me pondré á trabajar con codicia y empezarán á llover en la fragua pesetas y duros y te lo pagaré todo cuarto sobre cuarto... ¿Qué más quieres?

(1) Si mal no recuerdo, son cinco los motivos que hay para beber: la llegada de un huésped, la sed presente, la sed futura, la bondad del vino, y cualquier otro motivo...

(1) Puedes.
(2) Lo sé.
(3) Pues.



MADAME TERESA, episodio de las guerras de la Revolución francesa, cuadro de Alberto Ledru

(Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)



PARTIDA DE LA VIRGEN, cuadro de Eduardo Toudouze

(Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)



PESCA ABUNDANTE, cuadro de P. M. Beyle
(Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

— La verdad es..., le contestó Servando, que era un bobalias y se había dejado ablandar por la arenga; la verdad es que no dejas de ponerte en razón, Lorenzo, y yo tampoco quiero ser tirano..., y casi no se le puede pedir más á un hombre...

— Pues más quiero yo hacer aunque no lo pidas, le interrumpió Lorenzo; quiero que ajustemos la cuenta, porque, como suele decirse, cuenta ajustada es media paga. Que resulta que te debo tanto ó cuanto; pues te hago un papel quedando por ello, porque somos mortales, y...

— Bueno, dijo Servando: vamos á ajustar la cuenta.

Y trayendo su libro de apuntes, le abrió por donde tenía de registro un papel de fumar que decía *el erero*, que era donde comenzaba la lista de las medidas de vino consumidas por Lorencín, y con intervención de éste dió principio al recuento.

Cuartillo aquí, azumbre allá, media más allá, resultaron de la suma de las cinco llanas del libro que ocupaba la cuenta de Lorencín, treinta y cuatro azumbres y tres cuartillos, que al precio corriente de seis cuartos el cuartillo ó veinticuatro la azumbre, daban un total importe de *noventa y ocho reales y cuatro maravedises*, salvo error de pluma ó suma.

— Para no andar con picos, dijo Lorenzo al enterarse del resultado: saca otros tres cuartillos por esos diez y seis cuartos que faltan para los cinco duros redondos, nos lo bebemos en amor y compaña, y te deberé cien reales justos.

Hízose lo que propuso Lorencín, y cuando acabaron de beber el vino, dijo Servando:

— Ahora, si te parece, haremos el documento.

— Bueno, contestó Lorencín: hazle tú á tu gusto, aunque sea ahí en el mismo libro, yo te le firmaré, y... en paz.

— Tanto como en paz, replicó tímidamente Servando...

— En paz y debiéndote cinco duros, quiero decir, repuso Lorenzo.

Con lo cual, tranquilizado el mesonero, comenzó á escribir el recibo en esta forma:

«De claro yo Lorenzo García, deo ficio ere Roque soi endeber á micon vecino Servando Muñiz lacan tidad de cien riales de bellon devino con sumido ensu estableci miento la misma que meo bligo á pagar lepa el día de San Miguel de Setiembre deste año, y pa raque coste lo firmo en Veja miá nacinco dea gosto de 18...»

Cuando el mesonero acabó de escribir, alargó el libro y la pluma á Lorenzo para que firmara. El herrero puso debajo de lo escrito su nombre y apellido, al parecer, y terminando con un garabato caprichoso, volvió el libro á Servando que le cerró y le guardó muy satisfecho.

Pasó el día de San Miguel de septiembre y pasaron otros muchos días y otros muchos meses y hasta algún año, sin que Lorencín se acordara de pagar á Servando los cien reales ni éste se atreviera á pedírselos.

Lo que hacía Lorencín, eso sí, era pagar al corriente el vino que iba consumiendo después de la cuenta, con lo cual Servando se daba por bien servido, creyendo que lo atrasado lo tenía seguro.

Pero sucedió que un vecino ligero de cascos, por no sé qué cuestión que tuvo con los demás, determinó vengarse, y sacando matrícula para vender vino al por menor, puso otra taberna en una chabola de tablas al lado del mesón del pueblo, que era el que tenía en renta Servando, con lo cual esta renta había de disminuir ó desaparecer del todo.

Para hacer parroquia comenzó el tabernero nuevo por traer mejor vino que el otro y ponerlo un cuarto más barato; y como Lorencín fué el primero que se enteró de ambas circunstancias, fué naturalmente su primer parroquiano.

Y no fué esto lo peor para la buena amistad de Servando y Lorencín, sino que éste, no contento con marcharse él á la taberna nueva, la recomendaba á todos sus amigos y á cualquier pasajero que por herrar ó por cualquier otro motivo se acercaba á la fragua...

Ya sospechaba Servando, al notar la diminución de su clientela, que andaría en ello la mano de Lorencín; pero un día le cogió *in fraganti* ladeando á unos arrieros que se dirigían al mesón y embocándolos en la chabola.

Servando no se pudo contener, y rompió el fuego contra el herrero con estas palabras:

— ¿Sabes lo que te digo, Lorencín?.. Que tienes muy poca vergüenza.

— ¡Quien habla, que la casa honró!, le replicó Lorencín riendo.

LA OCASIÓN HACE AL LADRÓN, cuadro de Chocarne-Moreau
(Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

— Mejor te fuera pagarme lo que me debes, añadió el mesonero cada vez más enfadado.

— A quien nada se le debe, con nada se le paga, contestó el *Gato Chico*.

— ¿Cómo que no me debes nada?...

— Como que nada te debo...

— ¿Tendrás valor para negar que me debes cien reales?..

— Valor se necesita para afirmarlo, no debiéndote ni un maravedí.

— Bueno. Ya me lo dirás delante del juez.

— Cuando quieras.

Y el mesonero, dando por terminado el diálogo, se fué inmediatamente á casa de D. Patricio, un escribano viejo que por aprovecharlo todo hacía de secretario del juzgado de paz, á contarle lo que le pasaba con el herrero y tratar de poner el asunto en demanda.

— ¿Pero tienes recibo?, le preguntó el escribano.

— Sí, señor; en el mismo libro de caja mío, contestó el mesonero, tiene confesada la deuda, con su firma debajo.

— Pues entonces bien seguro está. Demándale cuando te dé la gana, que esto no tiene vuelta.

Todavía, después que se le pasó el enojo, volvió Servando á brindar con la paz al herrero.

— Mira, Lorenzo, le dijo, págame buenamente los cinco duros y no des lugar á la demanda... Mira que al pájaro que le dicen ox, no le quieren matar, y yo tampoco quiero hacerte costas...

— Ya te he dicho que no te debo nada, le contestó Lorenzo desabridamente; con lo cual el mesonero no tuvo más remedio que entablar el juicio.

Cinco ó seis días después hallábanse los dos ante el juzgado de paz, y D. *Perjuicio*, como llamaban en el contorno á D. Patricio el escribano, comenzaba á extender la comparecencia.

«En el lugar de Vegamián, á diez y ocho días del mes de marzo..., etc., comparecen: de una parte, como denunciante, Servando Muñiz, de esta vecindad, casado, mesonero, y de la otra, como demandado, Lorenzo García, alias el *Gato Chico*.»

— Pero hombre, preguntó á Lorenzo el marrullero del escribano levantando la pl..



CAMPANEROS, cuadro de Enrique Brispot
(Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)



GAVOTA BRETONA, cuadro de Teófilo Deyrolle (Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

ma y dejando de escribir, ¿por qué os llaman á vosotros *los gatos?*.. A ti, el *Gato Chico;* á tu hermano Vicente, el que está en Reyero, el *Gato Grande;* al otro, *Pepe*



VISITA AGRADABLE, cuadro de Jorge Cain
(Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

el Gato..., y á tu padre también le llamaban así... ¿Por qué os llaman *los gatos?*..

– Yo no lo sé, Sr. D. Patricio, le contestó Lorencín con aparente humildad; á punto fijo no lo sé: le oí á mi padre que era porque descendíamos de un escribano...

El escribano se mordió el labio inferior y siguió escribiendo.

Cuando concluyó el encabezamiento y tocó alegar á las partes, Servando puso su libro sobre la mesa, abierto por donde estaba la cuenta, y dijo:

– Ahí está bien patente la deuda confesada por el demandado con su firma.

– ¿Qué dices á esto, Lorencín?, le preguntó el juez, que era un buen hombre, como lastimándose de que hubiera dado lugar al juicio sin tener razón ninguna para excusarse del pago.

– Que no debo nada, señor juez, contestó resueltamente Lorencín; porque aunque es verdad que tuve con él alguna cuenta de vino, después de ajustarla me lo perdonó todo, por que siguiera llevándole arrieros á su taberna; me dijo que me lo hacía de gracia, y así se hizo constar en su libro de apuntes, donde no será verdad que esté mi firma reconociendo la deuda...

(Extrañeza en el tribunal.)

El demandado continuó respondiendo al juez:

– No dirá ahí Lorenzo García: lo que dirá es que lo hizo de gracia, que es lo que yo puse, porque así era verdad y él mismo me mandó que lo pusiera...

El juez, el escribano y el demandante se precipitaron al mismo tiempo sobre el libro; y efectivamente, lo que habían creído firma de Lorencín, donde ellos habían creído leer Lorenzo García, lo que se leía era: *Loizo de Gracia.*

ANTONIO DE VALBUENA

NUESTROS GRABADOS

Salón de los Campos Elíseos de París. 1896. – Continuando la publicación de las obras más notables que figuraron en el último Salón de los Campos Elíseos de París, reproducimos en este número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA algunos cuadros de los que más han llamado la atención en aquel certamen.

El minué, cuadro de E. León Garrido. – Nuestros bailes alegres y bulliciosos no han podido reemplazar el minué, esa danza digna y graciosa á que se entregaban nuestros abuelos con la misma pasión y con menos riesgo para su salud con que sus nietos se lanzan al vals y á la mazurca. Aunque en distintas ocasiones se ha tratado de resucitarlo, lo cierto es que el minué ha pasado á la catagoría de recuerdo; pero es un recuerdo grato de la exquisita distinción de los pasados tiempos, de una danza aristocrática, propia de reyes, que permitía lucir todos los esplendores del traje y todas las seducciones de las actitudes nobles. Dígalo, si no, la lindísima figura del cuadro de León Garrido, figura encantadora bajo todos conceptos, ricamente ataviada, modelo de elegancia y muestra elocuente de lo que debieron ser en otros días las fiestas cuyo principal atractivo para la gente joven era el ceremonioso baile que sirve de título á la composición.

Madame Teresa, cuadro de Alberto Ledru. – El autor de este cuadro se ha inspirado en un episodio de las guerras de la Revolución francesa, tomándolo de una de las novelas patrióticas más populares en Francia que lleva el mismo título que el lienzo. La Alsacia es el baluarte de aquella nación, y cuanto á la Alsacia interesa apasiona á nuestros vecinos del Norte: de aquí que haya sido muy celebrada la obra de Ledru, que reproduce un hecho de la heroica y eterna lucha entre la Galia y la Germania, y que, por otra parte, reune excelentes cualidades desde el punto de vista técnico. A los franceses les entusiasma, y con razón, que el arte les diga una y otra vez cuán grandes fueron los soldados de aquella revolución, que hicieron, por decirlo así, la Europa moderna.

Partida de la Virgen, cuadro de Eduardo Toudouze. – Nuestro siglo, que llevaba trazas de terminar en medio del más lamentable escepticismo, ha visto renacer tardíamente la fe cristiana. Los asuntos bíblicos, abandonados ó poco menos desde la época del romanticismo, vuelven á estar en predicamento, y no es sólo la fe la que ha realizado este cambio, sino que á ello ha contribuído en buena parte la afición á los asuntos poéticos Pocos ofrece la humanidad más bellos, más llenos de poesía y más conmovedores que los que se relacionan con la historia de la Virgen y de su santísimo esposo. M. Toudouze, que nos presenta á la Sagrada Familia haciendo sus preparativos para la huída á Egipto, sin descuidar el tema principal, ha dado preferencia en su lienzo al elemento rústico pintoresco, comprendiendo, sin duda, que á pesar de todo, éste es el que en primer término impresiona la imaginación de las gentes de hoy en día, más inclinadas á los atractivos de la decoración que al fondo de las cosas.



DILETTANTI, cuadro de G Moreau de Tours
(Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

Pesca abundante, cuadro de P. M. Beyle. – La pesca ha sido buena; las lanchas han regresado cargadas de pescado; las mujeres de los pescadores han acudido á la playa para ver



LUIS XVI EN LA FIESTA DE LA FEDERACIÓN, cuadro de C. A. Coesin de la Fosse
(Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)



SAN FERMÍN, obispo de Pamplona, dibujo original de Mariano Barbasán



EPISODIO DE LA BATALLA DE KANDAHAR, cuadro de W. Skeoch Cumming

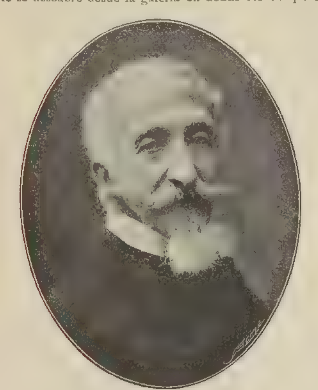
(Exposición de la Real Academia Escocesa. 1896)

desembarcar lo que constituye el pan para su familia. ¡Con qué alegría llenan sus cestos con los más exquisitos productos del mar, que serán enviados á la capital para servir de regalo en las mesas de los ricos! El sibaritismo de los *gourmets* es la causa de su bienestar; el lujo ajeno es el alivio de su propia miseria. Beyle ha reproducido un asunto cien veces tratado, pero su pincel ha sabido encontrar notas nuevas para esta escena de la vida marítima.

Campaneros, cuadro de Enrique Brispot. – La sencillez de la composición y la sobriedad con que está ejecutado no amenguan en nada el efecto que produce el cuadro de Brispot: artista de gran valía, el distinguido pintor francés no necesita apelar á recursos llamativos para impresionar gratamente al espectador. La naturalidad con que están dispuestas aquellas tres figuras, cuyos esfuerzos al tirar de las cuerdas fácilmente se adivinan, y la severidad de las líneas del templo que en parte se descubre desde la galería en donde los campaneros trabajan, son la mejor prueba de que el talento verdadero sabe sacar gran partido de los asuntos al parecer más triviales.



S. E. EL CARDENAL D. SALVADOR CASAÑAS



S. A. R. EL DUQUE DE NEMOURS,
fallecido en Versailles en 26 de junio último

La ocasión hace al ladrón, cuadro de P. C. Chocarne-Moreau. – Resistir á las tentaciones es una de las virtudes más difíciles. ¡Cuántos que por virtuosos son tenidos y que de serlo dan pruebas, quizás pecarían si el demonio les tentara á tiempo por aquel de sus sentidos en que más flaquearon! Al fin y al cabo somos hombres, y los que demostraron verdadera resistencia á las seducciones han merecido el dictado y la consideración de santos. ¿Qué mejor prueba de lo fácil que es incurrir en pecado que otorgar la santidad al que supo luchar y vencer al eterno enemigo? Interrogad á los dos deshollinadores del cuadro de Chocarne-Moreau, y os dirán que nunca habrían pensado en apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño; pero... ¡se pusieron tan á su alcance las golosinas que en el cesto lleva el embobado pinche! ¿Cómo no aprovechar la ocasión de averiguar á qué sabían aquellas cosas que tal vez en su vida no volverían á catar? Lo que el autor de este lienzo supone en uno de los bulevares de París, ha sucedido de fijo mil veces en todas partes; todos hemos podido presenciar escenas análogas y estamos por lo mismo en condiciones de admirar el talento de observación del pintor francés y la verdad de la expresión de cada uno de los tres personajes del cuadro.

Gavota bretona, cuadro de Teófilo Deyrolle. – Los artistas que se dedican á pintar las actuales costumbres populares de un país ó región hacen una obra meritoria, pues conservan para el porvenir datos interesantísimos que de otro modo difícilmente podrían obtenerse, porque todo lo que tiene carácter puramente local tiende con rapidez suma á desaparecer, arrollado por la potente influencia de los grandes centros de población. Por esto merece elogios el pintor francés Deyrolle, que al trasladar á un lienzo la danza típica de los bretones ha perpetuado un uso y unos trajes seculares que pronto pasarán á la categoría de los recuerdos históricos. Si á esto se añade que el cuadro que nos ocupa está admirablemente pintado y que la escena por lo natural parece sorprendida por un aparato fotográfico, se comprenderán los aplausos que la crítica francesa ha tributado á esta obra.

Visita agradable, cuadro de Jorge Cain. – Si digno de encomio es conservar para los que han de venir el recuerdo de las actuales costumbres, no es menos agradable á los ojos de los que hoy vivimos ver reproducidas las de nuestros antepasados. Escenas como el interior que con tanta maestría ha pintado Jorge Cain, recrean nuestra vista y en ellas se goza nuestro espíritu comparando la sencillez, la tranquilidad, la vida íntima del primer tercio de nuestro siglo, con la agitación y la existencia accidentada de nuestros días.

Luis XVI en la fiesta de la Federación, cuadro de A. Coessin de la Fosse. – El desdichado monarca que pagó con su vida errores y culpas, más que suyos, de sus predecesores y de sus ministros, descendió poco á poco todos los escalones de la decadencia, siendo testigo y actor de todos los movimientos populares, de todas las ceremonias que paulatinamente iban consagrando la ruina de la monarquía. La fiesta de la Federación fué la unión entusiasta de todo un pueblo contra la autoridad real, y sin embargo Luis XVI visitó en persona los formidables trabajos de aquella fiesta improvisada, como víctima resignada á quien una fuerza irresistible empuja hacia el lugar del sacrificio. Coessin de la Fosse, que en otros cuadros, entre ellos *La fiesta de la divina Razón*, que publicamos en el número 601 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, había demostrado conocer á fondo el período revolucionario, ha justificado una vez más con el que nos ocupa el estudio profundo que ha hecho de los principales episodios de aquella época decisiva en la historia moderna.

Dilettanti, cuadro de G. Moreau de Tours. – Estamos en presencia de un coro de familia que ensaya la ejecución de una pieza difícil; cada cual desempeña su parte, hasta los mismos niños, y todos cantan con tanta convicción, que es de suponer que sus esfuerzos no se malograrán y que á ellos corresponderá el mejor éxito. Antiguamente se decía que entre los que habían cantado juntos subsistía siempre cierta comunión de almas, idea que en el fondo encierra mayor verdad de la que parece. Moreau de Tours, uno de los más reputados pintores franceses contemporáneos, ha agrupado de una manera bellísima aquella colección de figuras, las ha colocado con admirable naturalidad y ha sabido imprimir en cada una tanta verdad en la expresión, que nos parece oir el conjunto de voces que de sus bocas se escapan, y casi podríamos, sin esforzarnos mucho, adivinar la intensidad de las notas que emiten y las inflexiones que al canto imprimen en el momento en que el artista nos presenta al grupo de cantantes.

San Fermín obispo, patrono de Pamplona, dibujo original de Mariano Barbasán. – A partir del día 7 del corriente celebra Pamplona sus tradicionales fiestas, dedicadas á su patrono San Fermín. Las solemnidades religiosas, en las que los pamploneses dan testimonio de su fervoroso culto al que fué uno de sus santos prelados, corridas de toros, fuegos artificiales y otras diversiones y espectáculos de carácter popular, constituyen el programa de los festejos, en los que siempre toma parte el eminente violinista Sarasate, quien no titubea en emprender, desde el extranjero suelo, largo viaje, para rendir esta prueba de su veneración al santo obispo y de cariño á su ciudad natal.

Una capilla levantada en el mismo sitio en que existió la casa del que fué discípulo de San Saturnino evoca el recuerdo del mártir cristiano, del apóstol y del prelado iruniense. En ella consérvase, desde 1186, una cruz-relicario de oro, que contiene reliquias de la cabeza de San Fermín, dádiva que obtuvo el obispo Pedro, del de Amiens, quien instituyó la fiesta que sin interrupción celebra la capital de Navarra, «dotando con renta particular al cabildo para tal objeto, *por ser el bienaventurado mártir nacido de padres de Pamplona y ordenado obispo de ella.*»

Al buen gusto é ilustración del distinguido pintor Mariano Barbasán debemos el bonito dibujo que reproducimos, destinado á conmemorar la fiesta de San Fermín, inspirado en elementos artísticos de la época en que se recibieron en Pamplona sus sagrados restos.

Episodio de la batalla de Kandahar, cuadro de W. Skeoch Cumming. – Todos los pueblos tienen gran empeño en ver reproducidos en el lienzo los hechos memorables de su historia, especialmente sus victorias militares, y así no es de extrañar que en todos haya artistas que con mayor ó menor fortuna se dediquen á este género. Como todos los demás, el pueblo inglés sigue esta tendencia, y en cuadros y en grabados perpetúa el recuerdo de sus grandes victorias. El cuadro que en este número publicamos reproduce un episodio de las luchas de Inglaterra en el Afghanistán, episodio eminentemente dramático, trazado con una valentía que revela la mano del maestro y justifica el éxito que obtuvo la obra en la última exposición celebrada en Londres por la Real Academia Escocesa.

S. E. el cardenal D. Salvador Casañas. – Barcelona se ha honrado estos últimos días con la presencia del cardenal Casañas, de uno de sus hijos más ilustres que desde el estado más humilde ha sido elevado por sus propios méritos á la altísima dignidad de príncipe de la Iglesia. Huérfano á la edad de seis años, fué acogido en la Casa de Infantes huérfanos de esta ciudad, de donde salió para ingresar en el Seminario, siendo durante la época de sus estudios admirado por su talento y sus ejemplares virtudes. El primer cargo importante que desempeñó en su carrera eclesiástica fué el economato de la parroquia de Santa María del Pino, que ejerció hasta 1876, fecha en que S. S. el Papa Pío IX le nombró canónigo, dignidad de chantre de nuestra catedral. Nombrado obispo de Urgel, la soberanía de Andorra dióle ocasión á demostrar que si como prelado merecía veneración por su sabiduría y su virtud, como político debía ser admirado por el tacto y la energía con que en alguna ocasión memorable supo defender los tradicionales derechos que sobre aquella minúscula república tiene la sede urgellense. S. S. el Papa León XIII le ha elevado recientemente al cardenalato, premiando de esta suerte dignamente sus méritos excepcionales y sus extraordinarias virtudes. El cardenal Casañas es además hábil polemista y elocuente orador parlamentario y sagrado: sus artículos, sus pastorales, sus discursos en el Senado y sus sermones son modelos cada uno en su género y en todos ellos se admiran la solidez científica, la profundidad de conceptos y la claridad de estilo. Barcelona ha solemnizado con grandes festejos la visita del nuevo purpurado, y LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al honrar sus columnas con el retrato de S. E., asóciase de todo corazón al homenaje de cariño y de respeto que el pueblo barcelonés ha tributado al cardenal Casañas.

El duque de Nemours. – A la edad de 81 años ha fallecido recientemente en Versailles el hijo segundo de Luis Felipe, que comenzó su carrera militar combatiendo valerosamente en Africa desde 1836 á 1841, campaña por la que fué promovido á general de división. Desde la abdicación de su padre en 1848 hasta el fin del Imperio vivió en Inglaterra, y al regresar á Francia hizo vida muy retirada, consagrándose á las obras de caridad. Su muerte ha sido muy sentida, y toda la prensa, casi sin distinción, se ha ocupado con elogio del príncipe que en distintas ocasiones derramó su sangre por la patria y que dedicó buena parte de su existencia al alivio de las desdichas de sus semejantes.

El pensamiento, escultura de Gustavo Michel. – Esta obra, que el jurado del último Salón de los Campos Elíseos de París ha juzgado digna de la medalla de honor, no es completamente inédita, pues el modelo en yeso, adquirido por el Estado, había sido anteriormente expuesto en el mismo Salón. Pero el mármol que reproduce nuestro grabado da todo su valor á la escultura. Representa ésta en proporciones colosales á una matrona de la escuela clásica y es notable por la armonía de líneas, por la nobleza y serenidad del rostro, por la disposición hábil del ropaje y por la colocación ingeniosa de los diversos atributos simbólicos destinados á completar y hacer más inteligible la alegoría. La gravedad de la expresión mézclase con cierta melancolía y parece justificar la divisa inscrita en un cartón que traduce el conocido precepto *ars longa vita brevis*. La recompensa otorgada á M. Michel corona la carrera fecunda de un artista, célebre hace más de veinte años, y esto que en la actualidad apenas ha pasado de los cuarenta. Discípulo de Jouffroy, M. Michel vió premiada con una segunda medalla en 1875 su estatua *Hebé*. Sus principales obras son: *La paz*, *Circe*, *El amor victorioso*, *La fortuna arrancándose la venda* (medalla de oro en la Exposición Universal de 1889), *Paz y trabajo*, escultura decorativa para el palacio de Artes liberales; *¡Acuérdate!*, homenaje á la Alsacia, y otras.



EXCMA. SRA. CONDESA DE BURNAVISTA, representante de S. M. en el acto de la bendición de la bandera del batallón de voluntarios urbano de la Habana. (De fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana. – Véase el artículo de la página 495).

MISCELÁNEA

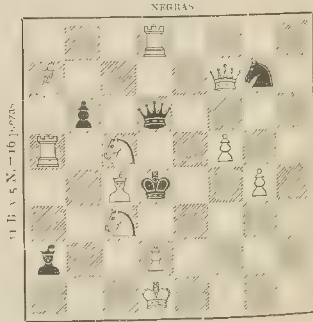
Teatros. – *Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Voluntad*, comedia en tres actos del Sr. Pérez Galdós, y *El estigma*, drama en tres actos del Sr. Echegaray, que representaron admirablemente la Sra. Guerrero y los señores Díaz de Mendoza y García Ortega; en el Lírico *Veloy*, comedia en tres actos de D. Leopoldo Cano, y en el Tívoli *El gaitero* y *La rueda de la fortuna*, zarzuelas en un acto, de los Sres. Perrín y Palacios la primera y del Sr. Hermoso la segunda, con música ambas del maestro Fernández Caballero. En el Lírico se ha celebrado el beneficio del Sr. Mario, quien pudo convencerse una vez más con este motivo de cuánto le estima y admira nuestro público. Con el nombre de Nuevo Retiro se ha inaugurado recientemente un teatro de verano en el que funciona una compañía de ópera muy aceptable.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 27, POR VALENTÍN MARÍN

(Primer premio del tercer concurso del *Chess Monthly*.)

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 26, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D c R	1. Cualquiera.
2. D, A ó C mate.	



Acercóse lentamente á Soledad, que al verla llegar se puso en pie

DOS ANÓNIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Se acordó de que en el *restaurant* del cercano café de Platerías no solía haber mucha gente, y determinó comer allí. De allí al viaducto la distancia era corta.

Fué, pues, al susodicho *restaurant* y pidió un cubierto de tres pesetas. Comió solo sin fijarse en lo que comía: su pensamiento estaba en otras partes: volaba entre dos puntos cardinales: María y la eternidad. Pidió á los postres una copa de Jerez y un cigarro, y encendiendo éste, se salió al café á tomarle. Quería ver por última vez hombres, mujeres y niños: á la humanidad de que iba á separarse. Compró *El Liberal* y leyó la hoja literaria. Cuando hubo concluído, mientras observaba distraídamente la abigarrada concurrencia que en aquel café se reune, vió entrar á un ciego y á un chico que pedían limosna. Entonces se le ocurrió una idea. Reservándose para pagar el café (en el *restaurant* ya lo había hecho), le quedaban nueve reales de caudal; llamó al ciego y se los dió. Al ver dos monedas de plata entre cuartos, al lazarillo se le encandilaron los ojos, y al ciego, que no las vió, porque era un ciego *auténtico*, pero que las conoció por el tacto, le temblaron las manos de alegría.

Espronceda, al desembarcar en Lisboa, arrojó al Tajo tres únicas pesetas que tenía, *por no entrar en tan gran ciudad con tan poco dinero*. ¿Qué mucho que Felicio no quisiera presentarse con tan mezquino peculio en la *Ciudad de Dios*?

Cuando el reloj del café señaló las diez y media, el joven pagó y salió á la calle. La niebla se había hecho más densa, los transeuntes casi se tropezaban unos con otros: parecíanse á los átomos vivientes y condenados, que se chocan en el rayo de sombra del infierno de Ferdusi.

Felició echó á andar por la calle Mayor abajo. Quizá durante aquella fatigosa jornada había sentido instantes de vacilación en su propósito suicida; pero en aquel momento su espíritu, su carne y sus nervios estaban firmes. Al llegar frente al pretil de los Consejos se detuvo, vió que no pasaba nadie, sacó del bolsillo el retrato de María, le contempló á la luz de un farol velado por la niebla, besóle apasionadamente y le hizo menudos pedazos. Luego se asomó á la barandilla del pretil, y arrojó aquellos restos de su pasión á una fuente que hay debajo: no quería que fuesen pisados.

En la entrada del viaducto volvió á detenerse: érale preciso sortear la vigilancia de los guardias de seguridad. ¡Pobres guardias! ¡Expuestos al sol con todos sus rayos y al invierno con todos sus rigores!

Felicio se aproximó al principio de la verja y miró hacia las afueras de Madrid que presentaban un panorama difuso y casi fantástico. Con las ondulaciones de la niebla movida por un ligero viento, los objetos parecían vacilantes. El joven poeta percibió espejismos extraños en su imaginación sobrexcitada. En el campo el aire debía ser más fuerte y tendía á disipar la niebla, ayudado por la luz de la luna que había entrado en su cuarto descendente; de modo que aquélla, deshecha en enormes girones, ofrecía á trechos masas obscuras y movibles semejantes á limax gigantescos que se compenetraban luchando. Los faroles del puente de Segovia y del camino de Carabanchel parecían estrellas rojas caídas de lo alto. Veíanse trozos del río como bocas de cavernas de plata.

Felicio, alucinado, contemplaba todo aquello.

Pero era preciso volver á la realidad; es decir, á la muerte.

No había ningún vigilante en el extremo del viaducto. En el centro, Felicio creyó percibir bultos que se movían; pero no era necesario llegar tan allá para encontrar altura suficiente donde *volar hacia abajo*, como él había pensado. Creyó oportuno el momento, adelantó algunos pasos, se detuvo, y alzando la vista al cielo, exclamó como otro poeta al morir: «¡Creo en Dios!»

Luego, con un movimiento rápido, se encaramó á la verja poniendo el pie en el hierro horizontal en que primitivamente terminaba. Se empinó haciendo fuerza con las manos, y ya asomaba la cabeza al otro lado, cuando sintió que le tiraban del remate del gabán y luego unas manos que le asían de las piernas.

II

Al designar á Soledad para retiro campestre el cortijo de San Rafael en las inmediaciones de Córdoba, no había exagerado el marqués de Criptana calificándole de precioso. Lo es en efecto, no el cortijo, que no tiene nada de particular, sino el campo en que está situado, á una legua corta de la ciudad, entre ésta y las primeras estribaciones de la sierra. Aunque su verdadero nombre es el de cortijo de San Rafael, las gentes de los pueblos y caseríos inmediatos le designan más frecuentemente con los de cortijo de la Torre, ó bien cortijo de la Cigüeña, porque la parte del edificio destinado á casa de cría y de labor tiene un palomar redondo muy alto, en cuyo remate chato hace una cigueña su nido todos los años; y es de observar la amigable vecindad de las palomas entrando y saliendo por las troneras, y los zancudos habitantes del piso superior.

El cortijo forma un extenso cuadrilongo. Hacia la parte de Córdoba está situada la casa de labor, compuesta de varios cuerpos de edificio, los más de un solo piso, y algunos con dos. Tiene varios compartimientos y corrales para gallinas, conejos, ánades, ovejas y cerdos, dos cuadras con plazas para cuarenta caballerías, cobertizos para leña y productos agrícolas y finalmente cuanto es necesario al objeto que se le destina. De uno y otro lado de la casa de labor arranca una tapia no muy alta que vá á unirse á otro cuerpo de edificio, situado en la parte opuesta, y al que por su aspecto puede llamarse quinta ó casa de recreo. Es grande, tiene dos pisos, techumbre de te-

jas finas y pararrayos. Su fachada principal y su única puerta dan al interior de la cerca del cortijo. Delante de la puerta se extiende una plazoleta enarenada, é inmediatamente después un jardín extenso y frondoso, cerrado por una barandilla de madera pintada de verde. Entre el jardín y la casa de labor media un espacio, especie de corral grande, que los separa. Tres de las cuatro fachadas de la quinta están fuera del cercado del cortijo, y sin duda por esto y para mayor seguridad las ventanas del piso bajo tienen gruesas rejas salientes.

En las tapias que forman el cercado, próximas á la plazoleta, hay dos puertas: una pequeña, al lado derecho, y otra enfrente, muy grande, para dar acceso á carruajes. La quinta está siempre cuidadosamente revocada de yeso, y las ventanas de ambos pisos pintadas de flamante verde. Era la morada predilecta de la marquesa viuda de Criptana, que murió allí, y su hijo puso especial cuidado en la conservación de aquel edificio. La arquitectura de éste es sencilla, pero presenta un aspecto risueño, por una circunstancia verdaderamente fenomenal. El campo cordobés no es notable por sus vides, y sin embargo en todo el terreno en que se asienta el cortijo de San Rafael crece la vid de una manera prodigiosa: diríase que amadriadas invisibles esparcen por todas partes las semillas de esta planta. Los sarmientos trepan por los troncos de los árboles, se entrelazan á los intersticios de las paredes, orlan las ventanas y balcones y festonean los aleros y hasta las chimeneas: parece que no necesitan tierra y sí sólo aire para vegetar. Cuando llega el verano todo se llena de arpados pámpanos: es una irrupción sólo comparable á la de los girasoles si se permitiera extenderse á esta planta. Desgraciadamente, el producto de aquellas vides es pequeño, insípido y deja mucho que desear.

Pues bien: las cuatro fachadas de la quinta del cortijo están llenas de sarmientos, hojosos en su época, que destacando su verde intenso del blanco enjalbegado de las paredes, las dan un aspecto pintoresco. No es este el único fenómeno del campo del cortijo. Aunque lejos del río y sólo bañado por algunos arroyuelos que bajan de la sierra, el terreno es blando y acuoso, y á esto se debe sin duda su extraordinaria vegetación. Como la sierra, formando una curvatura, aunque lejana, le resguarda de los vientos Sur y Norte, crecen allí los arbustos y plantas más opuestos en inverosímil consorcio, por obra de la naturaleza y por los cuidados de la familia de Criptana, que ha ayudado á aquélla. Y no sólo en el jardín del cortijo, que es una maravilla de frondosidad y de vegetación de todos los climas, se observan estos prodigios de aclimatación, sino que también en todo el extenso campo que pertenece á aquél. Vense allí eucaliptus, cuyos primeros ejemplares causaron la admiración de los cordobeses, palmeras, castaños de Indias, moreras, higueras, acacias, abedules y otros arbustos y plantas, propios de climas calurosos y templados, al lado de encinas, servales bravíos y helechos, de las zonas frías. El terreno rebosa en grama, y la grama en una flora variada é incalificable; y tiene tal fuerza, que tapiza y borra los senderos y aun los caminos arenosos poco hollados.

Donde hay vegetación hay aves, y por eso puede llamarse á aquel campo la pajarera de Andalucía.

Está en un bajo, entre las primeras derivaciones de la sierra y una serie de alcores que se enlazan entre sí, coronados por un ancho y profundo barranco que sirve de natural desagüe á las inundaciones de la sierra. Las paredes de este barranco y su fondo están formados de pedernal. En las temporadas de lluvia se llena hasta la mitad, pero generalmente permanece seco, y deja ver su suelo lleno de piedras y zarzales arrastrados hasta allí por las torrenteras. Entre las gentes de la localidad es conocido por *barranco de las piedras*.

El cortijo de San Rafael deja poca utilidad á sus dueños. Tiene algunas fanegas de tierra destinadas á naranjal, un rebaño de ovejas no muy numeroso: vende poca leña y menos fruta, reservada para el consumo y regalos de la familia de Criptana. Es, en resumen, una quinta y casa rústica de lujo, pretexto para que vivan en la abundancia algunas familias protegidas por su opulento dueño.

A consecuencia del incidente de la casa de vacas del paseo de las Delicias y del convenio del marqués y Soledad, instalóse ésta en el cortijo de San Rafael á principios de mayo, con su madre, que no tardó en llegar procedente de Coria del Río, con Rosa su doncella y con algunos criados más. Juana de Dios, la vivaracha y desahogada cortijera de los Almendrales, estaba desconocida. Más que los años, habían labrado en ella las penas por la muerte de su marido y de su madre, el presentimiento de que su hija no era feliz, aunque Soledad nunca se quejaba, y la parálisis tenaz que la baldaba de medio cuerpo para abajo y que habíala envejecido prematuramente. La presencia de su madre proporcionó á Soledad un gran consuelo. La instaló á su lado en el piso bajo de la quinta y la rodeó de cuidados y atenciones. La enferma había traído consigo una antigua criada coriana, dedicada especialmente á su servicio, que la llevaba de una parte á otra en un sillón con ruedas.

Soledad halló admirable el país, mas por lo mismo sintió más su aislamiento. ¡Qué feliz hubiera sido allí con su hija y con... Felicio, aquellos dos pedazos de su corazón! A su hija podría verla algún día: el marqués se lo había prometido, y á pesar de sus defectos, era caballero y cumpliría su palabra.

Pero... ¿y Felicio?

¿Qué habría sido de él? ¿Cómo soportaría su separación, si la soportaba? ¡La amaba tanto! ¡Oh, sí la amaba, en esto no se engañan las mujeres! Cuando la veía palidecía de emoción; cuando ella se agarraba á su brazo sentía los estremecimientos nerviosos de su enamorado. ¡Bien recordaba ella todas estas cosas!

¡Pobre Felicio, tan delicado, tan respetuoso, que abrasado de deseos se contenía en los límites que ella le había impuesto! ¡Qué ingenio, qué sensaciones tan vivas, qué ojos tan tiernos é inteligentes, qué frente tan noble! Sí, los amores de ambos habían sido una predestinación: el niño de Aranjuez debía amarla, y ella... ¿Por qué ella le besó tan intensamente el primer día que se conocieron?

Felicio era tierno, pero impetuoso. Además estaba flagelado por la miseria: habíase obstinado en no recibir nada de ella. Y luego tal vez tenía la monomanía del suicidio, y al verse sólo otra vez y al creerse abandonado por ella... Soledad no podía desechar este pensamiento. Encerrada en su cuarto sufría crisis dolorosas, lloraba y se retorcía las manos en prolongados espasmos.

Como Felicio en su chiribitil, como todos los hondamente enamorados, ella contemplaba el retrato de aquél. Tenía dos, uno en fotografía que él le había dado; pero prefería el boceto de Aranjuez hecho por su mano: le prefería por pudor de conciencia, porque creía más puro aquel amor á un niño.

Para sobreponerse á aquel amor culpable de intención, trataba de pensar en su hija, pero siempre enlazaba los dos amores de su alma. Recordaba á su hija en Aranjuez sentada en la arena al lado de Felicio: aquellas dos figuras separadas se concatenaban en su imaginación. Tenía remordimientos.

Debió separarse de su amante, mucho más siendo su hija el precio de esta separación, pero había llevado las cosas al extremo. Podía no verle más, ¿por qué no consolarle, hacerle vivir con alguna esperanza, impedir una desgracia?.. Pues qué, ¿los hijos lo son todo y nada la humanidad? Sí, le escribiría, sabía sus señas. Una frase, una sola, esta: «Felicio, el deber nos separa, pero te amo.» Sería un consuelo, un rayo de luz para aquella alma obscura y desolada.

Y Soledad, en un ímpetu febril, se sentaba á su mesa, preparaba el papel y... no escribía.

Había dado palabra á su marido de romper toda clase de relaciones con el que la amaba. Además el amor es ingenioso y tenaz: Felicio, teniendo por pista su carta, podía descubrir su retiro, llegar hasta ella, y entonces...

Pero se rectificaba á sí propia.

No faltaba á su palabra más que á medias, puesto que no trataba de reunirse con su amante y sí sólo hacerle sobrellevar la vida. Para desorientarle respecto al paradero de ella, bastaba con mandar á Rosa, de quien podía fiarse en absoluto, á poner su carta en el correo de una población lejos de Andalucía: nada más sencillo.

Y sin embargo, no escribía.

¿Por qué?

Porque la cohibía su conciencia, porque temía á Dios. ¡Oh, sí, le temía! No había llegado á la perfección de Santa Teresa, que sobreponía el amor divino á todos los castigos y recompensas. Soledad temía más que amaba á Dios; su abuela habíala inculcado los temores del infierno, y ella, que era valiente contra el peligro material, se estremecía pensando en la eternidad.

Dios la veía, y ella en las pesadillas de su sueño agitado veía á su hija pálida y severa que le pedía cuentas de su honra y de su amor extraviado. Para acallar sus remordimientos respecto á Felicio se repetía la frase de su marido: «Los amantes jóvenes se consuelan pronto.» ¿Sería así?, ¿la habría olvidado Felicio? Y la voz de su corazón le contestaba: «No.»

No hay organización que resista á una pena honda y continua: no es posible separar el espíritu del cuerpo.

Soledad sentía que la abandonaban las fuerzas: ahogos que dificultaban su respiración, escalofríos, tensiones de nervios, vaguedad en la vista. «¿Estaré enferma del pecho?,» se preguntaba; y esta presunción casi la satisfacía. Podría morir pronto, y aquella muerte no la asustaba: moriría sufriendo, como el Señor, y éste la acogería en su seno.

¡Y sola, luchando sola contra tantas incertidumbres, recuerdos y zozobras! A veces tenía arranques de exaltación maternal y escribía á su marido cartas entre furiosas y lastimeras, pidiéndole su hija. En la contestación, algunas veces muy retrasada por causa de los viajes y expediciones venatorias del marqués, éste siempre le decía poco más ó menos lo mismo: «Ten paciencia. Joaquina es inteligente, pero no puede fijar su imaginación; se parece á ti, ó si quieres á los dos. Está atrasada en sus estudios. Por unos meses más no hemos de dejar incompleta su educación. Mas sea como sea, pierde cuidado, pronto la verás, cumpliré mi palabra, no olvides tú las tuyas.»

Soledad tenía á su disposición dos carruajes, cuatro mulas y dos caballos de silla; pero no salía nunca de la quinta y sus alrededores. ¿Qué le importaban los lugares? En todas partes sufría. Trataba de distraerse dibujando la naturaleza pintoresca ó bravía que la rodeaba; pero su vista vacilaba y también su lápiz ó su pincel. Ni una sola vez fué á Córdoba: quería aislarse todo lo posible.

Así pasó diez meses.

Su fuerza física, que íbase aniquilando, influía en su pensamiento, que se embotaba poco á poco. Todo lo veía ó todo lo recordaba á través de una especie de sonambulismo triste

Había pasado casi todo el invierno, que aquel año fué riguroso hasta en aquella comarca, encerrada en la quinta. Llegó el mes de febrero, y la naturaleza, precoz en Andalucía, empezó á desplegar las primicias de sus galas. Brotaban los botones de los árboles, las margaritas tapizaban los campos que estaban ya enteramente verdes, revolaban algunas mariposas blancas y la cigüeña de la torre del cortijo fabricaba ya su nido.

Rosa hacía labor; ella leía *La azucena en el valle*, el admirable libro de Balzac, en el que se sentía retratada.

Amaneció una mañana espléndida casi calurosa. Rosa, la doncella, más bien la amiga de Soledad, que desde niña la quería entrañablemente y que estaba cada vez más inquieta por el estado de desaliento de su señora, propuso á ésta salir del cortijo á gozar de aquel tiempo admirable.

—Vamos donde quieras, dijo Soledad, que comprendía la buena intención de la cariñosa joven.

Y tomando un libro y Rosa una labor de mano, después de un breve paseo fueron á sentarse á un sitio predilecto. A alguna distancia de la quinta había uno de los muchos bosquecillos esparcidos por aquel campo.

Era grande é intrincado, y la difunta marquesa de Criptana había mandado abrir un claro en su comedio, donde brotaba un abundoso manantial. Hizo que encauzaran el agua y cavasen un estanque, que el jardinero del cortijo rodeó de ninfeas y de nenúfares. Se rompieron dos sendas para darle acceso por dos lados, y se colocaron cuatro bancos de madera en derredor del estanque, que luego fueron sustituídos por otros de piedra, porque aquéllos amanecían y solían no anochecer. Son tan frondosos los álamos y castaños de Indias de aquel lugar, *que allí no hay sitio donde el rayo quepa — del sol* — en todo el día ni á ninguna hora. Sentáronse allí Soledad y Rosa, no en los bancos, sino en sillas de alambre que antes había llevado un criado.

¡Pobre Soledad! ¡Nunca hubiera salido del cortijo, nunca hubiera ido allí!

De repente oyeron ruido y chasquidos de tralla, y en un camino que se veía á través de una de las sendas abiertas en el bosquecillo, vieron detenerse un carruaje. Era un coche tirado por cuatro mulas y dos zagales en el pescante. Las mulas llevaban colleras sin campanillas ni cascabeles: quizá el dueño del carruaje era nervioso y le incomodaba el ruido.

Uno de los zagales se había bajado del pescante y esperaba al lado de la portezuela.

Soledad y Rosa, algo sorprendidas, vieron asomarse al hueco del cristal, que estaba bajo, una cabeza cubierta con un sombrero de paja, con un velo verde, muy tupido, echado; luego abrirse la portezuela y bajar una señora que se dirigió hacia el bosquecillo, y por último saltar del carruaje un hermoso perro de Terranova que se puso al lado de su ama y siguió metódicamente su paso.

La señora era alta, gruesa y esbelta al propio tiempo, de aspecto distinguido y de andar seguro y elegante. Acercóse lentamente á Soledad, que estaba algo separada de Rosa, y que al verla llegar se puso en pie, miró á aquélla algunos momentos y luego con voz seca y estridente dijo:

—¿Supongo que no me conoces, Soledad?

—No recuerdo. ., balbuceó ésta sorprendida de la pregunta y de la familiaridad del tratamiento.

—Pues ahora me conocerás menos, repuso la dama, alzándose el velo con un movimiento que parecía nervioso.

Soledad retrocedió espantada.

Rosa, que había dejado de hacer labor, pero que permanecía sentada, lanzó un grito de estupor y se levantó. Lo primero que se la ocurrió fué que aquello debía ser una broma que se anticipaba al carnaval que estaba cerca. Porque, efectivamente, la cara de aquella señora, vista á cierta distancia, parecía una careta en la que el constructor había reunido todas las monstruosidades. La frente estaba surcada de rayas verdosas y como salpicadas de polvo herpético. En el sitio de las cejas, sin vello, se diseñaban dos protuberancias cárdenas. Los ojos casi desaparecían hundidos en un círculo protuberante también y también verdoso. Las mejillas tenían hendeduras semejantes á agujeros, que recordaban los extraños pintarrajeamientos de los salvajes de la Oceanía, y la boca torcida, deprimida en los extremos y saliente en el centro, sólo era comparable á la de un sapo. Sí, aquella cara parecía una careta, pero lúgubre, terrosa, siniestra, porque carecía de las manchas chillonas de las carantoñas.

Cuando Rosa se convenció de que aquella faz no era una máscara, estuvo á punto de caerse de miedo y de repugnancia. En cuanto á Soledad, estaba extática y como fascinada por aquella visión.

La señora hizo un movimiento que parecía ondulación de culebra, echóse el velo, y con acento que tenía algo de silbido dijo:

—Me has visto y no me has conocido: voy á decirte quién soy.

III

Felicio, casi encaramado ya al remate de la verja del viaducto, se sintió asido por las piernas. Intentó resistir á la fuerza que le atraía hacia abajo, pero no pudiendo conseguir su propósito se dejó caer. A su lado había una persona que la noche y la niebla no dejaban distinguir bien, y casi al mismo tiempo acudieron precipitadamente otras dos, que eran vigilantes del viaducto.

Uno de éstos, viendo á dos hombres parados cerca de la verja, sospechó siniestros designios, y con voz áspera preguntó:

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—Pues nada, no se alarmen ustedes; ha sido una broma. Disputábamos sobre la facilidad de poder arrojarse desde el viaducto, no obstante la exquisita vigilancia de ustedes—y recalcó estas palabras,—y este amigo quiso probármelo prácticamente; pero de seguro no se hubiera arrojado: no está la noche para airearse.

Los vigilantes, que á la luz de la luna, que aclaraba un tanto la niebla, habían entrevisto un sombrero de copa y un soberbio gabán de pieles, se dieron ó afectaron darse por satisfechos con esta explicación. El caballero que había hablado se despidió de ellos con una ligera inclinación de cabeza, y cogiendo á Felicio del brazo se le llevó hacia la calle Mayor.

El joven, que había pisado el umbral de la muerte, estaba aturdido y se dejó llevar.

A la vuelta de la esquina de dicha calle hay un farol que permitió al caballero examinar rápidamente al que había salvado.

—¡Pero, hombre!, dijo, ¡tan joven y ya quería usted dar el salto mortal!

Felicio, que ya se había repuesto, replicó:

—La desesperación no tiene edad.

—Es cierto, en todas pican las moscas, pero en la de usted es más fácil espantarlas.

Habían llegado á un café que hay en la esquina del pretil frontero á la iglesia del Sacramento. El caballero miró al pasar á través de los cristales, y no hubo de satisfacerle ó la concurrencia ó lo pequeño del local, pues siguió adelante. Entonces dijo Felicio:

—Aunque ha contrariado usted mi propósito, le agradezco su humanitaria acción, pero valiera más que nos separásemos.

—En estos momentos no puedo complacer á usted, amiguito, pues para eso no me hubiera tomado el trabajo de tirarle de las piernas. Además, si piensa usted en un segundo acto del drama interrumpido, debo advertirle que lo que es por esta noche sería imposible; los vigilantes se quedan escamados.

Indudablemente el desconocido caballero no quería á propósito tomar la cosa por lo trágico y se expresaba en aquel tono ligero, para distraer de sus malos pensamientos á su joven compañero.

—De todos modos, será un aplazamiento que á nada conduce, dijo éste.

—Bueno, pero yo habré salvado mi responsabilidad. Y ¿quién sabe? Puede ser que después que hablemos, conduzca á algo.

—Lo dudo, replicó Felicio, y luego repuso: parece que me lleva usted preso.

—De ningún modo, amigo mío. Aprovecho la ocasión de apoyarme en la juventud, que ya lo voy necesitando.

En este diálogo llegaron al café de Platerías. El caballero entreabrió la puerta é invitó al joven á que entrara, cediéndole el paso. Entraron. El café estaba poco concurrido. Sentáronse á una mesa del fondo y el caballero llamó. El mozo que acudió era precisamente el mismo que había servido á Felicio algunas horas antes, y seguramente al verle volver acompañado, supuso que había encontrado al que esperaba anteriormente.



... y estuvo atento á los ruidos de la escalera...

—Si tomásemos un ponche bien cargado de ron nos vendría de perlas. ¿No le parece á usted?, dijo el caballero dirigiéndose á Felicio.

Éste no contestó.

—Pues un ponche bien caliente y cargado, mandó al camarero.

Entonces los dos nuevos conocidos pudieron examinarse mutuamente, aunque con la discreción de personas bien educadas. El caballero era un hombre de edad provecta, guapo todavía, de largas patillas grises y de aspecto sumamente distinguido. Habíase desabrochado el gabán, y Felicio pudo ver que iba vestido de etiqueta: corbata blanca, chaleco negro escotado y camisa irreprochable. Sabemos que el joven poeta era muy simpático, guapo, demasiado guapo para hombre, y naturalmente elegante. Todas estas cualidades fueron notadas instantáneamente por el desconocido caballero, así como también la expresión franca é inteligente del ex suicida. En resumen, se agradaron mutuamente.

El mozo trajo el ponche. El caballero llenó el vaso de Felicio y el suyo, y luego le hizo estas preguntas á quemarropa:

—¿Esta usted enamorado?

—... No, contestó el joven.

—¿Padece usted alguna enfermedad crónica, dolorosa?

—Ninguna.

—Pues entonces, ¿por qué diablos quería usted estrellarse?

Felicio no contestó.

—A la edad de usted, sólo en estos dos casos comprendo el suicidio, prosiguió diciendo el caballero. Me parece que es usted pobre; pero esta es una razón de más para procurar dejar de serlo, teniendo tantos años para conseguirlo.

El joven no contestó. Tomaba el ponche poco á poco y fumaba un magnífico habano que le había dado su compañero.

—Vamos á ver, prosiguió éste, y perdóneme tantas preguntas en gracia á la buena intención y á las excepcionales circunstancias en que nos hemos conocido. Por lo menos se deduce lo más. ¿De qué vive usted; en qué se ocupa, si se ocupa en algo? ¿Tiene usted familia?

—Estoy solo en el mundo. Vivo con siete reales diarios, producto de un capital de dos mil quinientos duros, y estoy ocioso porque no sirvo para nada.

—¿Ni siquiera para haberse gastado ese capital?, preguntó el caballero, á quien de seguro contrariaba al encontrar al joven pequeño de espíritu.

—¡Oh! En cuanto á eso no he podido hacerlo. Tengo un administrador con omnímodas facultades, que me lo impide.

—¡Ya!, dijo el caballero, mirando por segunda vez el reloj (sin cadena, por supuesto) que había sacado del bolsillo.

Luego añadió:

—¿Y á consecuencia de esa soledad, y de lo... exiguo de esa renta, se le ha acabado á usted la paciencia?

—Sí, contestó Felicio, que con nadie y menos con un desconocido quería franquearse.

—Pues bueno, amigo mío, dijo el caballero. Oiga usted. Tengo prisa. Me precio de ser uno de los pocos españoles exactos á las citas; tengo una para las once y media, y van á dar las doce. Esta vez me doy por satisfecho del retardo. Voy á pedir á usted un favor...

Luego, viendo que Felicio callaba, prosiguió diciendo:

—Supongo que no persistirá usted en su mal propósito: esas cosas sólo se intentan una vez; mas por si acaso, le ruego á usted que nos veamos mañana. ¿Accede usted á mis deseos?

—Para qué, señor, contestó el joven conmovido por aquel generoso interés.

—Eso es cuenta mía. Un día pronto se pasa. Si más despacio no logro traer á usted al buen camino, usted después puede seguir el que quiera. ¿Quedamos convenidos?

Felicio vaciló, luego dijo:

—No puedo negarme: sería una mala acción, y me precio de no haber cometido ninguna.

—Pues no hay más que hablar. Mañana á las doce le espero á usted en mi casa: almorzaremos juntos... Aquí tiene usted mi tarjeta.

Dió una á Felicio, que á su vez le entregó una suya, llamó al mozo y le alargó una moneda de cinco duros para que se cobrara. Se guardó la vuelta en el bolsillo lentamente, no atreviéndose á ofrecer dinero al joven; se abrochó el gabán y salió del café de prisa.

Felicio hizo lo propio algunos minutos después. Había leído la tarjeta que le dió el simpático caballero; en ella decía: «Marqués de Criptana. Plaza de las Salesas, 7.»

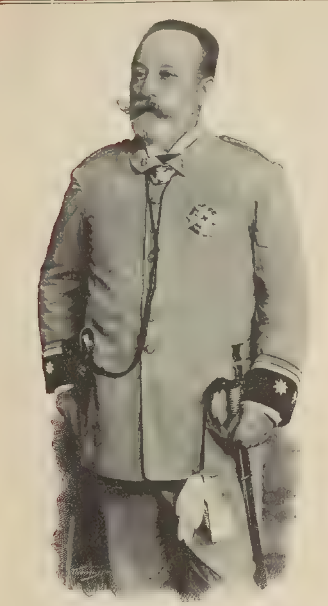
Así se engranan los destinos humanos: el marido de Soledad había salvado al amante que iba á morir por ella.

El marqués había ido en un coche de plaza á la de las Vistillas, á casa de la duquesa de O... Mandó al cochero que esperase; pero cuando salió vió con sorpresa que éste se había marchado. Estos casos son frecuentes: hay cocheros *perturbados* y hay personas que toman un coche por otro ¡Misterios de la suerte!

El marqués atravesó el viaducto, proponiéndose tomar un carruaje en la calle Mayor. Llegó á tiempo para evitar una desgracia: tal vez hubiera valido más que hubiese llegado tarde.

Felicio volvió á su casa, pasó una noche como puede figurarse el lector; se levantó temprano, tomó con sus vecinas chocolate *fiado*, porque amaneció sin un céntimo; vistióse, y estuvo atento á los ruidos de la escalera, esperando á Juana la vaquera, que debía venir á entregar la carta que la había dado el día anterior para la señora Damiana. Entretuvo el tiempo contemplando el retrato de Soledad, hasta que llegara la hora de almorzar con el marido de ésta. ¡Tejidos de la vida!

(Continuará)



D. CELESTINO BLANCH,
comandante del batallón de voluntarios urbano de la Habana



D. N. DÍAZ,
comandante del batallón de voluntarios urbano de la Habana



D. RAMÓN ARGÜELLES,
coronel del batallón de voluntarios urbano de la Habana



HABANA. - BENDICIÓN DE LA BANDERA DEL BATALLÓN DE VOLUNTARIOS URBANO DE LA HABANA, costeada por suscripción entre los productores y exportadores de Cataluña

(Las fotografías de esta plana y siguiente han sido remitidas por los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

EL BATALLON DE VOLUNTARIOS URBANO
DE LA HABANA

El día 24 de mayo último celebróse en la Habana la solemne ceremonia de la bendición de la bandera del batallón de voluntarios urbano de aquella capital, bandera costeada con el



D. N. SAN ROMÁN,
teniente coronel del batallón de voluntarios urbano de la Habana

producto de una suscripción abierta entre los productores y exportadores de Cataluña, quienes quisieron de esta suerte dar público testimonio de su afecto y admiración hacia los que, renunciando á las comodidades que su posición les consiente y sometiéndose á deberes que ninguna ley escrita les impone, se unen, se arman y aperciben á toda suerte de sacrificios, movidos tan sólo por la sacrosanta ley del amor á la madre patria.

Mejor que pudiéramos decirlo nosotros, el siguiente párrafo del mensaje de los productores expresa clara y elocuentemente los móviles que les han impulsado á regalar la bandera al batallón urbano:

«En ocasión no lejana ofrecimos á los nobles hijos de Cuba, á fuer de hermanos, nuestro concurso leal para combatir á comunes enemigos. Hoy que peligra la integridad misma del territorio, y obedeciendo á los generosos impulsos de un patriotismo nunca bastante alabado, empuñáis las armas; sacrificáis vuestra fortuna, que representa existencias enteras consagradas al trabajo; os disponéis á inmolar vuestra vida, solicitada por los dulces afectos de familia, en aras de esta patria, tanto más querida cuanto más desgraciada, los productores y exportadores de Cataluña os mandamos como emblema de confraternidad una bandera, elaborada ex profeso en nuestros talleres con cariño y esmero, para que os señale gloriosa el camino de la victoria.»

La bandera, producto de la industria catalana, que constituye una verdadera obra de arte, es reglamentaria, confeccionada con un tejido de seda especial fabricado ex profeso por el Sr. Malvehy. Tiene bordado á dos caras en sedas de colores el escudo de España y el lema «Voluntarios de Cuba–Batallón urbano de la Habana.» El asta es de majagua (madera cubana), con lanza, contera y abrazadera de plata cincelada, sobredorada y con catorce granates de gran tamaño en el centro y en el nacimiento de la lanza. La corbata es del mismo tejido, con los colores nacionales, bordadas sus ocho caras con los escudos de España y de la Habana, siendo los flecos dobles de oro fino, así como las borlas, que además ostentan ricos sobrepuestos bordados. Es de un trabajo superior el portabandera, construído de terciopelo morado y que tiene bordado en relieve con oro fino un entorchado de hojas de roble. El hebillaje es de plata cincelada y dorada, lo propio que los botones de armas sobrepuestos.

La bandera va colocada en un estuche de caoba tallada y barnizada con el fondo oro y de dibujo notabilísimo. Las cerraduras, adornos, asas, escudos é inscripciones son de plata cincelada, pulida ó mate, y las aplicaciones de plata, con sobrefondos de concha, figurando en ellas los escudos de España, Habana y Cataluña. En el interior del estuche se lee una inscripción que dice: «Al batallón de voluntarios urbano de la Habana los productores y exportadores de Cataluña.» Dentro del estuche, en sitio no visible, van una funda de campaña para la bandera, de gutapercha forrada de tela y puntera de cuero forrada de chagrín negro, y otra funda para la lanza, imitación de piel de Rusia forrada de gamuza: la del portabandera es de la misma piel con botones de armas dorados al fuego.

La ceremonia de la bendición de la bandera, que reproduce el grabado de la página anterior, resultó una fiesta patriótica y brillante: dió la bendición el obispo de la Habana, y el acto fué presidido, en representación de S. M. la Reina Regente, por la Excma. Sra. condesa de Buenavista, cuyo retrato publicamos en la página 490 del presente número.

También publicamos los retratos del Excmo. Sr. D. Ramón Argüelles, del Sr. San Román, de D. Celestino Blanch, y del Sr. Díaz, coronel, teniente coronel y comandantes respectivamente del batallón de voluntarios, y el de D. Carlos Carrió, representante en la Habana de la Liga de Productores del Principado de Cataluña.

No tenemos datos biográficos más que de los Sres. Argüelles y Blanch, y por esta razón sólo de ellos podemos ocuparnos detalladamente. De los demás señores citados, únicamente sabemos que son personalidades importantísimas del comercio de la Habana.

El Excmo. Sr. D. Ramón Argüelles, opulento comerciante habanero cuyo nombre es conocido, no sólo en la isla y en España, sino en toda Europa y América, fué á Cuba en 1848, siendo muy joven, y se asoció con su hermano, reputado comerciante en el giro de Tabacos, de quien se separó en 1868, estableciéndose por su cuenta. En 1872, por muerte de su hermano y como heredero único de éste, hubo de encargarse de la casa, dejando desde entonces el giro del tabaco y dedicándose al comercio y á la banca. En 1869 perteneció al 7.º batallón de voluntarios, á cuya formación cooperó eficazmente, pasando después al 4.º como teniente; en 1874, y con el mismo grado, entró á formar parte de los Guías del Capitán general. El cuidado de su salud obligóle á pasar una temporada en Europa, pero no tardó en regresar á la isla. Ha sido presidente de la compañía del ferrocarril de la Caibarién, á la que salvó fusionándola con la de vía estrecha, y de la del ferrocarril de la Habana: después de la fusión de ésta con la de Bahía fué elevado por unanimidad de votos á la presidencia de los Ferrocarriles Unidos, Almacenes de Regla y Banco del Comercio de la Habana. Hace cinco años que desempeña también la presidencia de la compañía ferrocarrilera de Cienfuegos. Fué ocho años consejero del Banco Español, es jefe superior de Administración, jefe interino del partido de la Unión Constitucional y coronel primer jefe del batallón urbano. Goza de generales simpatías en toda la isla de Cuba, porque, además de su talento y probidad mercantiles, es un correctísimo caballero y persona de sentimientos altamente patrióticos y humanitarios.

D. Celestino Blanch es una personalidad ilustre en el mundo de los negocios y en el de las letras: hijo de Barcelona, trasladóse en los primeros años de su juventud á Cuba, consagrándose al comercio y á la literatura. Su talento y su probidad comerciales le han proporcionado una posición desahogada; sus dotes de escritor hanle conquistado envidiable renombre. En la Cámara de Comercio y en la sindicatura del grémio de comerciantes ha prestado valiosos servicios á sus colegas y á la Administración pública; en la prensa periódica política y literaria ha hecho admirables campañas en pro de ideales justos y de levantadas aspiraciones, mostrándose siempre el amante entusiasta de su patria. Sus luminosos informes mercantiles han servido más de una vez de base para mejorar los negocios públicos y garantizar los ingresos del Erario; sus *Comentarios á la Historia de Cataluña*, de D. Víctor Balaguer, se consideran como complemento necesario á la monumental obra del ilustre poeta, y la multitud de artículos suyos que se han publicado en periódicos, ilustraciones y revistas demuestran su fecundidad asombrosa, su imaginación robusta, su erudición vasta y sana y su gusto eminentemente clásico.

A pesar de sus ideas propias y de sus convicciones arraigadas y de haber sido muy solicitado, nunca ha querido ingresar en un partido político, no obstante lo cual ha ejercido valiosa influencia.

El célebre y malogrado poeta Sr. Díaz Gaviño ha escrito lo siguiente refiriéndose al Sr. Blanch: «Me dicen que es un comerciante honrado, sagaz, previsor y concienzudo. Yo, pese á estas altas cualidades comerciales, deploro, cada vez que logro saborear alguna producción de su pluma, que no sea escritor de *oficio*, es decir, con obligación de escribir. Y es que tengo por evidente que así como en reuniones, juntas, centros y otras manifestaciones brilla siempre el Sr. Blanch–pese á su modestia rayana en monomanía–con el fulgor de los astros de primera magnitud, en literatura sería uno de los primeros escritores modernos por la profundidad y trascendencia del fondo y por el ropaje deslumbrador con que sabe engalanarle.»

A su esfuerzo, constancia y patriotismo se debe la formación del batallón urbano, del cual es tercer comandante contra su voluntad, pues por su gusto ocuparía en las filas el puesto de



D. CARLOS CARRIÓ,
individuo del batallón de voluntarios urbano de la Habana y representante de la Liga de Productores de Barcelona

soldado: en el Sr. Blanch, como en todos los hombres de verdadera valía, el mérito es compañero inseparable de la más extremada modestia.

Tenemos verdadera satisfacción en repetir al final de estos apuntes biográficos que las fotografías que publicamos nos han sido remitidas por los Sres. Otero y Colominas, de la Habana, á quienes una vez más agradecemos de todas veras las muchas atenciones que á LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA vienen dispensando.



LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

BREVE TRATADO DE GEOGRAFÍA POLÍTICO-ADMINISTRATIVO-MILITAR DE LA ISLA DE CUBA, por *Antonio Jiménez Infante*. – El oficial primero de Administración Militar D. Agustín Badué dice en el prólogo de este libro: «El libro que me ocupa está pensado con detenimiento y provechoso estudio; el método en él empleado es el más comprensible y el más lógico de los que suelen verse en obras de igual clase, y los datos administrativo-militares aportados y reunidos, quizás por vez primera, son de una utilidad incontestable que han de reconocer, seguramente, cuantos tengan el buen acuerdo de hojearlos.» Después de examinar la obra del Sr. Jiménez Infante, hacemos nuestros los conceptos vertidos por el prologuista, pues entendemos que en ella se encuentran todas las noticias necesarias, dentro de los límites de la brevedad que en la misma preside, para conocer en sus aspectos político, administrativo y militar la isla de Cuba. Para mejor facilitar el estudio de las materias en el libro contenidas, lleva éste seis excelentes mapas de gran tamaño de las provincias en que está dividida la isla, dibujados por el mismo autor. Por todas estas circunstancias y por el interés particular que al presente inspira cuanto se refiere á Cuba, estimamos recomendable esta obra de verdadera actualidad que, impresa en la Habana en la imprenta de «El Fígaro,» se vende en el Salón del Heraldo de Madrid al precio de dos pesetas.

* * *

COMERCIO EXTERIOR Y MOVIMIENTO DE NAVEGACIÓN DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY Y VARIOS OTROS DATOS CORRESPONDIENTES Á 1895, COMPARADO CON 1894. – La Dirección de Estadística general de la República Oriental del Uruguay merece ser citada como modelo entre los centros administrativos de su clase: que esta afirmación no es gratuita demuéstranlo los notabilísimos trabajos que continuamente viene publicando y de los cuales nos hemos ocupado varias veces en esta misma sección. Ultimamente y siguiendo la laudable costumbre establecida de anticipar al Anuario Estadístico el conocimiento de los datos demostrativos de los principales movimientos que se operan en aquella República, ha dado á la publicidad los cuadros estadísticos del comercio exterior y movimiento de navegación correspondientes á 1895, comparado con 1894. Estos cuadros están trazados con perfecto método y contienen los detalles más minuciosos referentes á todo cuanto con el movimiento mercantil se relaciona y van expuestos con suma claridad.



EL PENSAMIENTO, escultura de Gustavo Michel
(Premiada con medalla de honor en el Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

* * *

APUNTES PARA UN PROYECTO DE REGLAMENTO DE LA CARRERA DIPLOMÁTICA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, por *Baldomero García Sagastume*. – Inspirándose en las necesidades que ha de llenar la carrera diplomática bien organizada y teniendo en cuenta los inconvenientes con que aquélla lucha hoy en la República Argentina, el Secretario de 1.ª clase, D. Baldomero García Sagastume, ha publicado un proyecto de reglamento que en nuestro sentir responde por completo al objetivo que se ha propuesto su autor, quien para la redacción del mismo ha consultado las principales obras de derecho internacional y las leyes orgánicas de algunos Estados europeos y americanos. El libro ha sido impreso en Lima, imprenta de Torres Aguirre, Mercaderes, 150.

* * *

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO (NOTAS CIENTÍFICAS), por *Rafael Puig y Valls*. – Completamente satisfechas pueden estar las corporaciones que confiaron su representación en la Exposición Colombina de Chicago al ilustrado ingeniero D. Rafael Puig y Valls. Hace poco nos ocupamos en esta misma sección del libro dedicado por dicho señor al Fomento del Trabajo nacional, que elogiamos como se merece: hoy, con motivo de la publicación de la memoria escrita para la Excma. Diputación Provincial de Barcelona, habremos de reproducir los elogios que entonces le dirigimos, cumpliendo, no un acto de galantería, sino de estricta justicia. Esta memoria, que forma un tomo de 274 páginas, contiene: Crónica de la Exposición, La Arquitectura y la Construcción, España en Chicago, Manufacturas, Electricidad, Maquinaria, Meteorología y la Viti-vinicultura en California. De cada una de estas materias hace el Sr. Puig y Valls un estudio acabado, abundante en datos de gran valía y en observaciones inestimables, fruto de sus conocimientos científicos, de su espíritu analizador y de su sentido práctico. Muchas más alabanzas habríamos de dirigir al libro, que por otra parte merece examen más detenido del que esta sección consiente; pero creemos inútil extendernos más en el sentido laudatorio, porque ello resulta innecesario tratándose de tal autor y de un asunto que tan por entero domina: nos limitaremos, por consiguiente, á felicitar muy sinceramente al Sr. Puig y Valls y á la Excma. Diputación de Barcelona por la redacción y publicación de esta memoria, que ha sido elegantemente impresa en la tipografía de la Casa Provincial de Caridad.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 20 de julio de 1896 — Núm. 760



GOYA, dibujo de J. Llovera, expuesto con gran éxito y vendido en París

ADVERTENCIA

Próxima á terminar la novela DOS ANÓNIMOS que estamos publicando, tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscriptores que una vez concluída publicaremos la preciosa novela francesa UN APÓSTOL, del ilustre escritor Gustavo Toudouze, con magníficas ilustraciones del célebre dibujante Marchetti.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LOS HORNOS DE LAS LEYES

Ya se comprenderá que me refiero al Congreso y al Senado, donde hasta muy avanzado el presente mes de julio – los pesimistas anuncian que hasta bastante entrado agosto – se cuecen los padres y abuelos de la patria, acompañados de los curiosos y curiosas de las tribunas públicas y reservadas, bajo una temperatura de esas que disuelven la masa cerebral convirtiéndola en papilla.

Por poco que nos inclinemos á admirar, en casos tales la admiración se impone. Si el frío moderado templa el sistema nervioso, el excesivo calor, que yo sepa, no embravece sino á los toros, cuya poderosa fisiología sanguínea les permite resistirlo sin peligro de anemia. Al hombre le enerva, le echa abajo, le infunde galbana y un decaimiento que sólo pide abanico, hamaca y el vaso de limón al alcance de la desmayada mano. Ante ciertas temperaturas, los principios, las ideas y las mismas rencillas y enemistades se diría que han de desaparecer. Sin embargo, nuestros políticos resisten como Daniel en su horno de Babilonia, y aparecen tan animosos en el ataque, en la defensa, en la rectificación, en la interpelación, en el insulto, en el contra-insulto, en todos los episodios de esa diaria lid, larga, capaz de dar al traste con las fuerzas de cualquiera, como si estuviesen á las frescas orillas del Támesis, en el ventilado y espacioso Parlamento inglés.

Sí, les admiro. Cada vez que asisto á una sesión del Senado, en estos días de fuego, sube de punto mi asombro. Es verdad que los señores mayores prefieren el calor al frío, porque tienen las venas congeladas; pero así y todo, recordando que cuanto más débiles y exhaustos nos sentimos, más nos afectan los cambios de temperatura, debo alabar la constancia y el sufrimiento de los respetables ancianos, que muy correctos de *tenue*, con cuellos planchados, corbata, levita y su chaleco de piqué, arrostran las formidables tardes parlamentarias. Muchos de estos graves personajes, sólo por caso raro y pagando tributo á íntimas amistades ó á compromisos ineludibles, se dejan ver en el mundo. Invitados á las fiestas ó á las familiares reuniones, se excusan con el reuma, con el asma, con el trancazo, con los desvanecimientos, los achaques de la edad, en suma. Pero que se trate de la sesión del Senado, y les veréis olvidar los alifafes y correr á ocupar su escaño de costumbre. Es verdad que se oyen por allí nutridas toses, insistentes carraspeos y resuellos fatigados; es verdad que, rendidas al bochorno, varias cabezas cubiertas de nieve ó despojadas hasta de esa nieve misma, caen pesadamente sobre el pecho, y de allí á poco percibimos un ronquido sordo, ó un profundo resoplar, que arranca sonrisas á los espectadores... No obstante, la justicia manda reconocer que no todos los senadores se duermen, y que también hay sesteos en el Congreso. Senadores veréis más despiertos que liebres, y avizorando cuanto pasa, y dispuestos á dar una desazón al gobierno en cuanto se descuide. No hay que fiarse del sueño de los senadores; cierto que no hay que fiarse de cosa ninguna.

* * *

El Senado, al menos, es, lo repito, habitable, amplio, claro y bien dispuesto. Pero el Congreso parece hecho para que en él no se celebre sesión sino en los meses de diciembre y enero, ¡y guarda al salir la pulmonía! El genio de la incomodidad ha presidido á la construcción del Congreso, que por otra parte, así como carece de aire respirable, carece de condiciones acústicas. Al entrar en esas tribunas del Congreso, tan ahogadas, tan sombrías, con su peligrosa escalera donde es facilísimo torcerse un pie, con sus asientos nada *confortables*, con las enormes columnas que estorban la vista, creemos penetrar en alguna prisión, en alguna escondida reja conventual – lo más opuesto al espíritu comunicativo y libre en que debe inspirarse la vida parlamentaria. – Cuando un orador habla vuelto de espaldas ó de costado á una tribuna, es lo bastante para que en esa tribuna no se le oiga palabra. Los que cogen primera fila todavía pescan algo; los que tienen la desgracia de hallarse en la segunda ó tercera, ya se pueden despedir. No parece sino que á propósito se han arreglado semejantes tribunas de manera que sólo un corto número de privilegiados logre disfrutar del espectáculo. Están además las tribunas situadas á una altura excesiva, como para alejar al público de los oradores; y se ha perdido un gran espacio en el cual podrían haberse abierto otras tribunas bajas, bien colocadas y agradables, desde las cuales se dominaría perfectamente el hemiciclo.

Un Parlamento, en rigor, debería calcularse como se calcula un teatro, procurando que gocen holgada colocación y vista segura el mayor número posible de personas. Discútase enhorabuena el sistema parlamentario, sus inconvenientes y sus ventajas; pero si lo ponemos en práctica, aceptemos sus consecuencias, su modo de ser peculiar, que lleva en sí la máxima dosis de publicidad y de aire libre. No olvidemos que este sistema nació en las plazas abiertas, y que la tribuna de las arengas, la gran tribuna rostral, no estaba defendida por ningún baluarte, ni guardada en ningún recinto, sino que se alzaba en el Foro, teniendo el firmamento por pabellón.

Si las sesiones de los Cuerpos Colegisladores se verificasen todas en invierno, podría excusarse el Congreso tal cual hoy existe, abrigado, cerrado, afelpado, sofocante. Pero no sé cómo se las arreglan los que manejan ese cotarro, que siempre ha de ser de primavera á la canícula la época preferida para las discusiones, hasta que llega el imperioso agosto, ordenando los baños, las aguas, las duchas, las vacaciones á todo bicho viviente – y mal de su grado, las Cortes tienen que interrumpir la brega, porque no hay medio humano de hacer otra cosa. – Repito que sorprende el valor de esos luchadores, que conservan en la parrilla la afluencia de palabra y la expedición de discurso que podrían tener en su gabinete. Se diría que, en vez de aplanarles, el calor les reanima, les enciende el alma y les saca á los labios más chispeadora y vivaz la elocuencia...

A pesar de las detestables condiciones de las tribunas del Congreso, no faltan nunca golosos de este espectáculo, y aun golosas. A diario las tribunas se ven concurridas, y atestadas el día en que se espera discusión borrascosa é interesante. Debo reconocer que la palabra *interesante* no tiene para la mayoría de los asistentes á la tribuna el sentido que yo le atribuiría (y que le atribuirías sin duda tú, lector discretísimo). El interés, en mi opinión, consiste en que hagan uso de la palabra los grandes adalides, no para acusarse y cubrirse de oprobio, no para asestarse puñaladas y sacar al público los sucios trapos y las lacras y miserias que al adversario atribuye la maledicencia, con ó sin base de realidad, sino para decir cosas atañederas al bien público, á la grandeza del país, á su alta cultura moral é intelectual, ó á su conveniencia práctica, á su prosperidad, á su mejor regimiento. En las circunstancias actuales me gustaría que se hablase de la política internacional y de la guerra de Cuba, pero con generoso sentido, sin desahogos de carácter personal entre militares de alta graduación, y sólo con la preocupación trágica y profunda de los males de la patria, y del terrible daño que padecemos, este flujo invencible de sangre y oro que va á dejarnos más ahogados, más infelices, más maltrechos que estuvimos nunca... Pero ya sé y comprendo que semejantes aspiraciones son quiméricas. De tanto como se habrá perorado en la tribuna desde que existe, sólo las Catilinarias y las Filípicas alcanzarán la altura del ideal patriotismo con que sueño. En el Parlamento inglés, en la Convención francesa, en las Cortes españolas, hubo momentos sublimes, y el negarlo fuera injusto, hasta rutinario y cobarde, ya que hoy se ha puesto en moda rebajar á los Parlamentos y olvidar sus pasadas glorias; pero es fuerza reconocer que las mezquindades de partido roban más tiempo, por lo general, que otras cuestiones en que no se conciben banderías, porque son de bandera. Tal vez falta el espíritu público; tal vez ya no late el gran corazón del pueblo. Me inclino á creerlo así: vamos á las Cortes más como *dilettanti*, que como españoles y patriotas.

* * *

Lo que entusiasma y regocija á los *habitués* de las tribunas, es la habilidad. ¡La habilidad especialmente! Aquí no conocemos el refinamiento artístico de los italianos; pero en materia de arte oratoria hemos llegado á ser tan inteligentes y á hilar tan delgado como en tauromaquia. Muchas veces me ha sorprendido el fenómeno de que mientras, al tratarse de literatura, no suelen oirse juicios atinados y frases discretas, al juzgar á los oradores es casi siempre sagaz é infalible el crítico oyente. Las réplicas intencionadas; las gracias malignas; las picantes ironías; las estocadas rectas y mortales; los rasgos de energía; la mesura en defenderse; el vigor de atacar; la oportunidad y felicidad en recordar; la maña para advertir y demostrar contradicciones; la solidez de los argumentos; la propiedad y elegancia de la dicción; el concierto en accionar; la nobleza en la postura; tantos y tantos matices y toques como forman el conjunto de una oratoria maestra, se aprecian, saborean y comentan con viva sagacidad en las tribunas del Congreso. Asimismo se censuran instantáneamente y del modo más implacable y despiadado las contestaciones turbadas y tropezonas; las soserías é insipideces; las debilidades; los dichos vulgares y cursis; los movimientos torpes, desmañados, mecánicos; las inflexiones de voz rudas y desapacibles, ó atipladas y gangosas; las faltas de aplomo y de dignidad, y sobre todo, ¡sobre todísimo! las... – que me perdonen si recojo esta acepción del arroyo, porque sólo ella, en su trivialidad, puede dar exacta idea de lo que no se consiente en las tribunas – las *latas*; el interminable discurso sobre la carretera de X. á Z..., ó sobre la necesidad urgente de que se reforme el decreto relativo á las obras del malecón de W..., ó sobre otro asunto de igual trascendencia, que en dos palabras cabía.

* * *

Mucho se ha zarandeado el presupuesto del Congreso con sus partidas de caramelos y azucarillos. Echo mano de todo mi catonismo y no puedo reprobar los caramelos, al menos mientras la mujer no posea y ejerza plenos derechos electorales. El diminuto cucurucho que nos envían á las que frecuentamos las tribunas, esa golosina infantil, es como la dote y el *morgengeld* en el derecho germánico; una especie de compensación, no en demasía espléndida (hay que reconocerlo), pero al cabo galante y dulce, á nuestra incapacidad legal. Parecen decirnos los que nos remiten, por conducto de alguno de los innumerables empleados de la casa del Parlamento, el saquillo de papel con los fragmentos de cuajado almíbar, aromatizados á la menta, al anís ó á la rosa: «Para que no notes que sin ti hacemos las leyes, sin ti que has de padecerlas y acatarlas, y para que no lo lleves á mal, ahí tienes esa chupandina delicada y suave. Nosotros tragamos quina, tú tragas azúcar. No nos envidies.»

En tiempo de calor, sin embargo, *cúmpleme declarar* (como diría alguno de los *señores)* que la dádiva de los caramelos no puede, ni aun á título de compensación modesta, convenir á la mujer. Cada caramelo es un rabioso estimulante de la sed, y contribuye á aumentar la sensación de asfixia. Sería acertado introducir una reforma en el presupuesto, y reemplazar en verano los caramelos con la refrigerante horchata de chufas, nuestro delicioso refresco popular y nacional. A los mismos diputados les vendría de perlas la horchata, para moderar ciertas fogosidades en la polémica. No propongo la horchata para los senadores también, mirando á la susodicha nieve de los años. «¡No parece sino que todos somos unos carcamales!,» exclamaba, pocas tardes hace, un senador todavía naturalmente pelinegro... Y es que no son sólo las señoras las que detestan que salga á relucir la fe de bautismo.

EMILIA PARDO BAZÁN



CARLOS V DOMINANDO AL FUROR

18 *de julio de* 1551

Célebre grupo modelado y fundido en bronce por León Leoni, existente en el Museo del Prado de Madrid

He hablado recientemente de dos obras, quizá las más importantes que efectuara Pompeyo Leoni, hijo de León, el *cavaliere Aretino*, como firmó éste siempre desde el punto y hora en que el emperador le otorgara carta de nobleza; y al presente cumple conmemorar una de las producciones escultóricas más hermosas que produjo el padre. Me refiero al grupo en bronce *Carlos V dominando al Furor*.

Sucede con León Leoni lo que con algunos otros artistas del Renacimiento: que preteridos injustamente por la crítica y la historia, tuvieron que esperar el transcurso de los años y aun de los siglos para que, estudiados con la imparcialidad debida cosas, hechos y personas, adquiriesen obras y autores toda la importancia que deben tener en el mundo del arte. Absortos los contemporáneos de León Leoni con la grandeza verdaderamente sublime de genios como Miguel Angel, Rafael de Urbino y Leonardo de Vinci, de quienes miraban asombrados las obras, apenas si fijaron la atención en los demás artistas, á no ser en aquellos sobre los cuales irradiaba la gloria de los maestros, como acontece con nuestro Berruguete, con Julio Romano, con tantos otros, algunos de los cuales son á la luz de la historia y de la crítica bastante inferiores á los Leoni, padre é hijo.

Sin que haya necesidad de hacer que descienda ni un ápice la personalidad artística de Cellini, bien puede hablarse del *cavaliere Aretino*, oponiendo á las del primero muchas de las diversas obras que el segundo produjo. Ciertamente era más afeminado León Leoni que el famoso autor del *Perseo;* mas, en cambio, no cedía á éste en buen gusto, en el exquisito gusto del arte de Florencia, ni en imaginación y conocimiento de la técnica. Y para mí, conocía algunos de los secretos de las artes industriales, anejas al arte del escultor, más á fondo que Benvenuto Cellini. Mis lectores pueden comprobar esta afirmación, recordando las angustias pasadas por el artista florentino en la operación de fundir la citada estatua de *Perseo* y la facilidad con que llevó á cabo León Leoni la de *Carlos V dominando al Furor*.

Dice un moderno biógrafo de los Leoni, hablando de este particular: «La fundición de una estatua de gran tamaño se consideraba entonces como una empresa erizada de escollos y dificultades. Así pues, el buen resultado de una de estas operaciones adquiría las proporciones de un acontecimiento, y se celebraba con aplausos en el mundo del arte» Seguramente que no habrá nadie que no sepa ó haya puesto en olvido la dramática descripción que hasta nosotros ha llegado, escrita por el mismo Benvenuto Cellini, de las peripecias que le ocurrieron en el momento de fundir la estatua del vencedor de Medusa; pues bien, no creemos que exista documento parecido por lo que se refiere á la fundición de la efigie de *Carlos V*, realizada por León Leoni. He aquí ahora dos cartas (que se conservan en la biblioteca del Palacio real de Madrid), en las cuales se da cuenta precisa y concisa del éxito de Leoni. La primera es de Lucca Contile, dirigida al gobernador de Milán, duque de Ferrara, el mismo día 18 de julio de 1551. Dice así en la parte que se refiere á este asunto: «Creo que no debo ocultaros el buen suceso acaecido á Su Majestad el césar, con la fundición de su estatua, realizada con el más feliz éxito por messer Leoni, á las siete de la tarde de hoy. Realmente una operación de este linaje está llena de peligros. Hemos estado presenciándola el presidente Grasso y yo. Messer Leoni ha prometido poco, pero ha dado mucho; así pues, no es extraño que se halle rebosando satisfacción, al pensar en la de Vuestra Excelencia, teniendo esto por superior á cualquiera otra *buena fortuna* que le ocurriese.»

Por su parte, León Leoni confirma esta carta con otra suya, escrita en el siguiente día de haberse realizado la operación. La carta la dirige el artista al obispo de Arras, su gran protector en la corte de Carlos V, y dice:

«Ayer, que fué el 18 de julio, desde las seis de la tarde hasta después de las diez realicé la fundición de la estatua de Su Majestad. La operación se me realizó con tanta felicidad, facilidad y nitidez, que me atrevo á asegurar que no tiene la estatua la más pequeña burbuja de aire, ni siquiera del tamaño de la punta de la más pequeña aguja. Yo estoy muy contento, porque he logrado cortarles la lengua á los detractores de mi pobre mérito, y porque así habré logrado dar á mis protectores una prueba de lo que de mí esperaban.

»Dentro de quince días pienso realizar la fundición de la estatua del príncipe, etc.»

* * *

Este grupo lo esculpió primeramente Leoni en marfil, dándole la forma y tamaño de un camafeo. Las diferencias de la composición apenas si son apreciables en una y otra obra. Leoni no hizo, como se verá, á humo de pajas el camafeo citado; antes bien, hombre ambicioso (y no menos lleno de vanidad), no contento con los encargos que le hicieran, además del césar español, varios otros príncipes y señores, se valió de ese ardid para lograr lo que al cabo logró por mediación del duque de Ferrara y del obispo de Arras. A este último escribió primeramente una carta en la que le hablaba del camafeo, simulando no querer descubrir un secreto.

Ya enviada á la corte la obra, que fué elogiadísima y muy admirada por los monarcas, en la carta con que acompañaba el envío del camafeo al obispo de Arras, que era el encargado de entregárselo al emperador, decía á su patrono poco más ó menos: «Suplico á Vuestra Excelencia que diga á Sus Majestades: «He aquí un escultor que no es un ingrato ni un *fantoche* y que se acuerda de Vuestra Majestad con todo el afecto de su corazón;» y este será el pago de dos meses de fatigas, de trabajo y de descanso que *me he robado á mí mismo* para ofrecer á Su Majestad *la obra más rara y más bella que jamás se ha visto*. El duque de Ferrara, que es la única persona que aquí vió el camafeo, quedó *maravillado*.»

El regalo valió á León Leoni el que además de habérsele encargado el grupo y la estatua del príncipe D. Felipe, la emperatriz le mandara hacer los retratos del rey de los romanos y del de Bohemia.

Realmente el grupo que conmemora esta *efeméride* es una obra de arte excelentísima, no tan sólo por lo que atañe á la parte material de la fundición, que aun hoy maravilla por la finura y delicadeza con que está fundida, sino por la elegancia de las líneas de las figuras, por el correcto dibujo que las determina, por el gusto de los adornos que se miran en la armadura que viste Carlos V y por la acertada actitud de éste.

El emperador colmó de honores á León Leoni, y después de regalarle un palacio en Milán, ciudad natal del artista, le otorgó carta de nobleza y dispuso que Pompeyo quedase en la corte á su servicio, dándole, al propio tiempo que un sueldo que Felipe II elevó, trabajo más que suficiente para que ambos artistas, padre é hijo, adquiriesen un capital. A pesar de esto, se sabe que el viejo Leoni invitó á pasar unos días en su palacio al hijo de Ticiano, con ánimo de robarle mil escudos de oro que éste llevaba al famoso pintor, como así hubo de intentarlo, haciendo que los criados diesen de puñaladas al confiado huésped.

R. Balsa de la Vega

BOCETOS MILITARES

BAUTISMO DE FUEGO

¡Alto!

El pequeño destacamento que forma la avanzada de la columna, se detiene bajo la sombra de la hilera de árboles que bordean el camino. Una espaciosa llanura se extiende ante los ojos de los soldados: una planicie que semeja á un tapiz de terciopelo verde lleno de matices y de cambiantes, salpicado de brillantes y de esmeraldas: las gotas del rocío aún no secadas por los primeros fuegos del sol naciente chispean entre el césped. Allá, á un lado, sobre la izquierda, á unos seiscientos pasos, apuntan los perfiles de unos bohíos envueltos entre el follaje de un verde obscuro.

Las miradas de los muchachos se dirigen todas hacia aquel sitio: allí está el problema.

Jeromo Singalez siente que el corazón le late con terrible violencia: conoce que su rostro se le torna pálido y sus dedos oprimen temblorosos el cañón del fusil.

Pero hace un gran esfuerzo para reprimir aquella sensación extraña que invade todo su ser: su teniente, el teniente Breñales, pasa junto á él con paso lento, se para, fija sobre el recluta una mirada escrutadora y le pregunta:

– Creo que no has recibido todavía el bautismo de fuego tú, ¿eh?

– ¿El bau..., el bautismo?, balbuceó el chico, poco al corriente aún de ciertas metáforas.

– Sí, hombre, añade el oficial sonriendo; ¿has entrado en fuego alguna vez?

– No, mi teniente; estaba en el hospital.

– El vómito, ¿verdad?

– Sí, mi teniente; lo cogí al desembarcar y hasta hace tres días no me he podido incorporar al batallón.

– Bueno: has tenido suerte: el vómito es peor que las balas. Procura portarte bien... como tus compañeros.

El oficial echa á andar de nuevo: vuelve á pararse ante un sargento y hablan los dos durante algunos segundos, sin dejar de mirar hacia aquel bohío, que se presenta como un enigma misterioso y temible en medio de la serena placidez de la campiña exuberante de vida, esplendorosa de belleza.

Jeromo se vuelve á su compañero, al que tiene más cerca: un veterano ya, que lleva seis meses de marchas y contramarchas, de tiroteos y broncas y sorpresas y cargas á la bayoneta y todo el zipizape de una guerra.

– ¿Te parece si estarán allí?

El veterano se encoge de hombros y sigue liando un cigarrillo.

– *Pue* que estén..., *pue* que no estén; pero no te impacientes..., antes de cinco minutos lo sabrás de fijo.

* * *

Pero pasan cinco minutos, diez, quince... y nada.

Todo sigue tranquilo: la campiña que los ardorosos rayos del sol empiezan á caldear, guarda su augusta impasibilidad; un silencio inmenso reina sobre la llanura; ni un soplo de brisa agita las ramas de los árboles; sólo de cuando en cuando el chillido estridente de un pájaro que aletea veloz por los aires interrumpe por un momento la profunda quietud de la naturaleza.

Los soldados, inmóviles, guardan un mutismo completo.

Bajo la influencia de aquella calma, de aquella inmovilidad silenciosa que le rodean, del calor tropical que se difunde por la atmósfera, Jeromo se siente dominado por una especie de modorra, de somnolencia: sus ojos medio cerrados contemplan con vaga mirada la campiña reverberante de luz, y á su imaginación aletargada se presenta, con la impresión borrosa que tienen las cosas vistas en sueños, un paisaje familiar, lleno de encantos, gratísimo á su alma...

Aquel pedazo de tierra cubana se ha transformado en un rincón de tierra española, cuyos detalles van surgiendo, unos tras otros. El soldado cree tener delante aquella deleitosa pradera lindante con la paternal morada, en que tantas veces jugó cuando niño, revolcándose alegremente sobre su verde alfombra; en que tantas horas pasó cuando adolescente, ensimismado en sus primeras emociones amorosas; y le parece que aquel techo que se perfila á lo lejos entre el follaje, es el techo patriarcal vetusto y humilde bajo el que vivió veinte años de su vida, vida tranquila y apacible, que interrumpió un día bruscamente la voz de la ley para decirle al pobre quinto: «¡Arriba! Ya llegó el momento..., tienes que servir á la patria...»

Y también es la voz de la ley que habla ahora por boca de un sargento la que pone punto final á las «imaginaciones» de Jeromo, diciéndole:

– ¡Ea!.. ¿Te vas á quedar dormido tú, novato?.., pues escogiste mala ocasión... Hay que abrir mucho el ojo, ¿entiendes?

* * *

El recluta, avergonzado, endereza el cuerpo y toma una actitud marcial. En el mismo momento el confuso rumor que producen quinientos hombres acercándose á paso rápido, le hace volver la cabeza. La columna llega y Jeromo echa una mirada ansiosa sobre el coronel, que se adelanta haciendo trotar á su caballo y entabla un diálogo con el teniente que manda la avanzada.

No oye el soldado una palabra de lo que hablan el jefe y el oficial; pero se entera perfectamente un minuto después. El teniente reune á sus cuarenta hombres – Jeromo tiene el honor de ser uno de ellos, – les da la orden de preparar sus fusiles y... ¡adelante!

¡Adelante, pues!.. El destacamento formado en guerrillas avanza por aquel terreno descubierto; por aquel tapiz tan fresco, tan blando, de un verde tan risueño, en donde no hay ni un solo árbol para parapetarse en caso necesario.

¿Estará allí, al extremo de la llanura, oculto tras aquellas cercas y aquellas enramadas, el enemigo en cuya busca va la columna?.. Jeromo se dirige por centésima vez esta pregunta y el corazón vuelve á brincarle con violencia dentro del pecho; la duda le acongoja: preferiría saber que los mambises están allí, apuntando sus fusiles, prontos á arcabucear á los españoles, que no avanzar sometido á una incertidumbre terrible que le hace flojear las piernas y latir las sienes.

Apenas si un centenar de metros separa á la vanguardia del tupido follaje sobre cuyas cimas asoman los bohíos; de pronto sufre Jeromo la más desagradable conmoción que recuerde haber tenido en su vida: una brillante y rápida línea de fuego acaba de fulgurar entre la arboleda, seguida de un estampido prolongado, intenso; y al propio tiempo siente el mozo que *algo* pasa junto á sus orejas con siniestro silbido.

A Jeromo sí que le entra entonces el miedo; el verdadero, el legítimo, el más auténtico, sin ambages ni reservas; aquel miedo cerval que pone un sudor helado en la frente y una nube en los ojos; que hace entrechocar los dientes y estremecerse convulsivamente las rodillas y zumbar los oídos. Pero lo que aumenta su pavor hasta un extremo indecible es un espectáculo que su mirada turbia contempla de súbito: á la primera descarga del enemigo emboscado ha sucedido casi instantáneamente otra, luego otra más y Jeromo ve desplomarse al suelo, caer tendidos, á todos sus compañeros. Él solo permanece en pie, alelado, sumido en una especie de idiotismo, pensando vagamente que ahora dentro de un segundo van á matarle á él, como han matado á todos los demás.

– ¡Échate, animal!, le grita una voz; la voz de uno de los *muertos* que están tendidos en derredor suyo; ¿quieres hacerte matar?

En el mismo instante, del suelo, á derecha y á izquierda, salen veinte, treinta, cuarenta disparos. Jeromo comprende... y se echa sobre el tapiz de musgo: y permanece allí inmóvil.

– Pero ¿por qué no tiras tú, mamarracho?, le grita otra voz colérica. ¿Es un fusil ó una escoba lo que tienes en las manos?

El recluta acaba de comprender..., sus dedos temblorosos procuran sujetar el Maüser, levanta un poco el cuerpo apoyándolo sobre el codo, aprieta el disparador y el estampido de su propia arma parece que le devuelve un poco, un poquito nada más, de valor y de serenidad.

* * *

¿Cuánto tiempo hace que dura el fuego?.. No podría decirlo Jeromo; pero se le figura que debe de haber pasado una hora al menos, desde que se encuentra allí, en aquella posición tan incómoda, disparando maquinalmente su fusil, oyendo el estruendoso é incesante retemblar de las descargas y el continuo silbido de las balas que se cruzan furiosamente por encima de su cabeza.

– ¡Arriba, muchachos!.. ¡Adelante..., y viva España!

El teniente Breñales blandiendo el sable da la señal de ataque, y el recluta hace como sus compañeros: se levanta, corre como ellos, tan ligero como se lo permite aquel maldito temblor, que no le deja, de sus piernas. Vuelve la cabeza hacia atrás y ve que toda la columna se precipita como él al asalto de los bohíos. Esto le tranquiliza algo, le infunde cierto valor que hasta entonces no había experimentado.

Pero á treinta pasos de la cerca, de la arboleda, en donde están parapetados los insurrectos, Breñales y sus hombres se detienen: el enemigo hace un fuego horroroso; una nube espesa de humo, de un olor acre, que cosquillea desagradablemente los ojos y las gargantas, flota en el espacio, envuelve los troncos y las ramas de los árboles y forma como una muralla, de la cual brota una continuidad de fogonazos. Un ¡ay! angustioso, adolorido, vibra junto al recluta, á su derecha; Manuel Rubio, el aragonés, cae de rodillas, llevándose las manos al pecho. Jeromo le mira espantado; no ha tenido tiempo para ir en su auxilio, cuando otro soldado da una vuelta sobre sus talones y se desploma, como una masa inerte, atravesado el corazón de un balazo, á los pies del novato.

– ¡Ahora me tocará á mí.., ahora!..., murmura éste.

Y con las plantas clavadas en el césped, fascinados los ojos por la densa y grisácea humareda de donde sale la muerte, espera con indefinible terror la bala que ha de tenderle sin vida junto á sus camaradas.

– ¿Qué es eso?.. ¿Por qué os detenéis, muchachos?, ruge una voz de trueno, la voz del coronel, que al frente de la columna llega hasta las avanzadas. Adelante, ¡ira de Dios, adelante!.. ¡A la bayoneta y acuchilladme á esa canalla!

Una avalancha de hombres se precipita furiosa, irresistible; atraviesa veloz la muralla de humo, salva la empalizada, penetra cual la ola de un torrente desbordada en la plazoleta, en cuyo centro se levantan los bohíos.

Sin darse cuenta de cómo pudo ser, Jeromo se encuentra en primera fila, casi al lado del coronel: percibe en medio del fragor de la fusilería roncos alaridos, blasfemias furibundas, lamentos, el extraño ruido que brota del suelo pisoteado por centenares de plantas que se mueven en todas direcciones. Y por primera vez desde que desembarcó en la isla, ve de cerca, muy de cerca, el recluta á aquellos condenados mambises, de quienes tanto ha oído hablar, que le han obligado á él á hacer un viaje de dos mil leguas, que tanto daño causan á España y á los españoles...

Jeromo distingue sus cuerpos, sus rostros: unos blancos, otros amulatados, pero todos contraídos por la misma expresión de rabia, de amenaza, reflejando las ansias del odio, de la destrucción.

Y sin darse tampoco cuenta de cómo ha sido, Jeromo, que avanza siempre, sumido en una especie de sonambulismo, y sigue disparando su fusil maquinalmente, se encuentra de súbito ante un hombre acorralado junto á un muro: un hombre alto, barbudo, de pupilas que parecen brasas encendidas y cuyo brazo levanta al aire un machete de afilada y reluciente hoja. El recluta agacha por instinto la cabeza y por instinto alarga violentamente sus dos manos que empuñan el Maüser. ¡Qué nueva é inexplicable sensación la que experimenta entonces!.. La bayoneta ha penetrado entera en algo blando, algo que no ha opuesto resistencia, y al dar un brinco atrás con un impulso tan inconsciente como los anteriores, al retirar el acero manchado de sangre, ve Jeromo caer, despidiendo un quejido desgarrador, al hombre barbudo, con el vientre abierto...

* * *

Ha terminado el combate: el enemigo abandonando el campo huye al amparo de los cañaverales, perseguido por los últimos disparos de las tropas, dejando sobre el terreno una docena de cadáveres.

Sobre uno de éstos, cuyos ojos vidriosos parecen contemplar con profundo horror el radiante azul de cielo, fija Jeromo su mirada atónita. En su mente, que poco á poco recobra la conciencia de lo que acaba de pasar, sólo aletea un pensamiento:

– Yo soy el que ha matado á este hombre... ¡yo!.., ¡Virgen Santa!.. ¿Es posible que yo haya llegado á matar á un hombre, á un semejante mío?

– ¡Bravo, muchacho! Te portaste como un héroe, le dice el teniente Breñales sonriendo; principias bien; el bayonetazo ha sido de órdago: un mete y saca como no lo hace mejor el *Guerrita*.

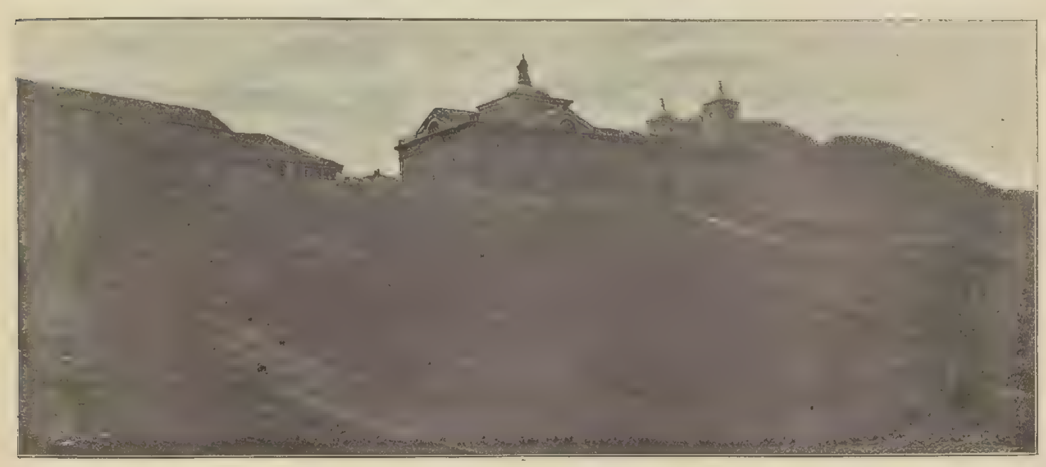
El teniente se ríe de su chiste; los demás soldados se ríen también, y únicamente Jeromo, pálido y estremecido, continúa diciéndose:

– ¡Dios mío! ¿Es posible que yo haya matado á este hombre.., á un semejante mío?

Juan Buscón



COMPAÑÍA DEL BATALLÓN DE LEÓN que más se distinguió en el combate del ingenio Triunfo el 29 de abril último



SANTUARIO DEL COBRE, atacado en el mes de abril por la partida de Cebrero



RUINAS DE LA ESTACIÓN DE BONIATO en el ferrocarril de Sabanilla y Maroto (Santiago de Cuba), incendiada por los insurrectos en 29 de mayo último

EL VOLUNTARIO

Como entonces no existía la guardia civil, podían campar por sus respetos los *mosos güenos*.

De cuando en cuando daba algunas batidas la tropa, en diversas provincias de España, donde vagaban partidas de ladrones.

Los *Josés Marías* y los *Niños de Écija* y otros *caballeros* eran los amos de cortijos y aun de pueblos, en parte de Andalucía.

¡Que eran de ver aquellos majos, vestidos de corto, en días solemnes, cuando se presentaban en las ferias con igual tranquilidad que los hombres de bien, con sus caballos enjaezados y el retaco siempre á mano, para un caso *de honra!*

¡Cómo vivían, y cómo gastaban y qué generosos eran con los pobres, con el dinero de los ricos!

¿No habían de llamar la atención é inspirar envidia á los campesinos rústicos y á los peones, tan maltratados por la suerte?

Una carrera tan corta y tan bonita y de tanto lucimiento, aparte de las quiebras naturales, estimulaba á la juventud predispuesta para empresas *caballerescas*.

Andar caballero por valles y vericuetos, y pasar los días en la sierra, y verse halagado por la gente tímida, y enamorado por las mozas de mérito, también ds suyo *cabayeras*, ¿no había de encantar á los mozos *soñadores?*

Eran los caballeros andantes de los tiempos modernos, libres de pechos, alcabalas y monedas foreras.

Solamente que reformando el lema «Dios y mi dama» por el de «La bolsa ajena y mi dama.»

Andaba por la provincia de Sevilla el Sr. José, como le nombraban las gentes, con su partida.

Los muchachos de los pueblecillos servían en ocasiones de espías á los bandidos, y aun las personas mayores prestaban el mismo servicio á los *cabayeros*, más por temor que por cariño, aunque siempre admirando la grandeza de aquellos *guapos*.

Entre los chavales de uno de los pueblos inmediatos á la hermosa Sevilla, había uno de quien no podía hacer carrera su tío, que era un hombre bueno y honrado, labrador y dueño de unas *jazas* de terreno, que cultivaba con esmero.

Juan sentía aspiraciones más *levantadas*.

– Eso de trabajar como una *cabayería*, solía decir, no es pa mí.

– ¿Qué quieres tú, niño, que te jagan corregidor?, replicaba el tío.

El muchacho no cesaba de darle vueltas en la cabeza al proyecto de emancipación de la servidumbre del terruño.

Un día se resolvió por fin.

Llegó á un cortijo en las cercanías de Carmona la gente del Sr. José con su jefe.

Almorzaron tranquilamente, dejando los caballos al cuidado de dos vigilantes, y se dispusieron á marchar.

Estando en la puerta del cortijo, vieron llegar á un mozalbete, bien plantado y desenvuelto.

– ¿Adónde se va, amigo?, le preguntó uno de los de la cuadrilla, en cuanto le tuvo al habla.

– A la pa é Dios, cabayeros, respondió saludando.

Y luego preguntó con desembarazo:

– ¿Dónde está er señó José?

– ¿Pa qué le quieres?, le dijo él mismo.

– Pues porque quiero que me lleve con su partía.

José le miró de arriba á bajo, y después, sonriendo, le dijo:

– Muchacho, ¿tú estás loco?

– No señó, que sé lo que me digo.

– Yo soy er señó José.

– Pues, señó José, jágame usté el favó de yevarme consigo?

– ¿Y tú sabes, chaval, á lo que te expones?

– ¿A que me ajorquen? ¿Y qué? El hombre ha nasío pa eso.

– ¿Pa que le ajorquen?

– Pa morir cuando Dios quiera.

– ¿Y tu familia, chiquiyo?

– No tengo pare ni mare, ni hermanos ni na.

– ¿De suerte que too lo yevas contigo?

– No sirvo pa trabajar en er campo y me gusta la vida que yeváis ustedes, y... ¡que no vuervo á mi casa, vamos!

– ¿Y si te arrepientes aluego?

– Entonse manda usté que me amarren á la cola de un cabayo.

Agradó á José María aquella respuesta y dijo al mozo:

– ¿Y la vida que yevamos? ¿Y las fatigas que nos hacen pasar los sordaos?

– Na, replicó resuelto el mancebo.

– ¿Y tú sabes amontar?, le preguntó el jefe.

– Ya lo creo.

– A ver, ordenó José, amonta en esa mula.

Y diciendo esto, le indicó una acémila, donde llevaban el *jato;* es decir, mantas, víveres y dinero.

Ni tardo ni perezoso, saltó Juan sobre la caballería con asombrosa agilidad.

– Anda y que te veamos dir.

El mozo arreó á la mula, y ésta salió á buen paso.

Los tunantes jaleaban al muchacho, por divertirse.

Y él continuaba marchando.

– ¡Ole por los jinetes!

– ¡Que vivan los mosos güenos!

Cuando ya iba caminando un rato, le llamó el señor José.

– ¿No oyes, tú?, vuerve ya pa acá.

El mancebo no se daba por aludido.

– ¡Que vuervas, niño!, vocearon algunos bandidos.

Pero Juan no entendía.

Al contrario, castigaba á la mula para que marchara con más prisa.

– ¡Eh, niño!, le gritaban.

– Y toavía me están esperando, decía el Sr. Juan Caballero, cuando después de indultado y al amor de la lumbre relataba esta historieta y otras varias de su vida pública.

– Así prinsipié yo mi carrera, añadía.

Y luego, como si tratara de un genio guerrero, exclamaba, filosofando:

– El hombre que ha de valer pa algo, lo demuestra de seguida que jaya ocasión.

Y se quedaba tan fresco después de desahogarse de este pensamiento.

Por el relato del Sr. Juan,
Eduardo de Palacio

LA CORRIDA FILANTRÓPICA

Cuento realista

I

Fué una barbaridad del alcalde presidente del ayuntamiento el titularla así; pero creyólo más pulcro, y como el gobernador de la provincia, que tenía mala intención, aprobó el cartel, la corrida llamóse así. Eso sí, fué organizada con la más sana intención. La provincia (y cuenta que no es la de Madrid) venía desde años atrás sufriendo todo género de calamidades, terremotos, inundaciones, bandidos, secuestradores, caciques y comisionados de apremios; nada le faltó de la balumba nacional. A consecuencia de todo esto, la miseria era grande y los pobres competían en número con las bandadas de langosta

La corrida, pues, estaba indicada. ¡Es tan grato hacer el bien divirtiéndose!

La diputación y el ayuntamiento no omitieron medio á fin de que la fiesta fuera productiva y notable, tan notable, que creo que no se ha celebrado otra igual, ni de tan trascendentales consecuencias.

Pidiéronse seis toros y dos bueyes de reserva á la antigua y acreditada ganadería de Bocigas, y desde este punto arrancan las excentricidades de esta función sin par en los fastos tauromacos.

Porque las seis reses que debían lidiarse eran hermanas de padre y madre, y tan iguales entre sí, que en el campo y los corrales los vaqueros *confundían* los toros unos con otros. Todos tenían la misma alzada y peso y todos eran botineros en blanco y cornalones hasta la exageración. Hasta en los nombres que tuvieron á bien darles había una afinidad disílaba sorprendente.

Llamábanse respectivamente: Talón, Telón, Tolón, Montón, Velón y Melón.

Respecto á los bueyes de reserva, como todos los de carreta, atendían á los nombres, uno de Roldán y otro de Oliveros, en recuerdo del sobrino de Carlomagno, y del más esforzado de los pares de Francia.

La *hig-life* de la ciudad había secundado los caritativos propósitos de las autoridades. Un filántropo mandó pintar á su costa la barrera y contrabarrera de la plaza, que estaban algo deslucidas, y un señor caritativo costeó diez trajes muy vistosos para otros tantos monos sabios.

He usado con intención las palabras filántropo y caritativo, para indicar que el primero era protestante y el segundo católico-apostólico-romano.

Porque la filantropía es genuinamente protestante y la caridad católica.

La viuda de un pirotécnico regaló las banderillas de fuego (por si se necesitaban) en recuerdo de su difunto esposo.

Pero lo más notable de la corrida fueron las seis moñas que lucieron los toros, mandadas confeccionar por dos señoras y cuatro señoritas de la ciudad. No haré gran mención de estas últimas (y eso que me gustan mucho las solteras), porque nada sé de ellas y además porque las dos damas casadas exigen preferentemente mi atención.

La condesa del Espino, *née Aiguillon*, como dicen en Francia, era francesa, tenía una edad crepuscular y un físico que se prestaba á controversias; pero su parte moral era exquisita, é indiscutible su elegancia. Hacía seis años que estaba casada con el conde del Espino, título de Castilla que esperaba *cubrirse* pronto de Grande de España; y precisamente días antes de la corrida filantrópica, ambos cónyuges habían tenido la inesperada é inmensa satisfacción de que la condesa se sintiera por primera vez en estado interesante. Esta alegría se reflejó, pues, en la moña que aquélla regaló para que la ostentase el primer toro de plaza, y fué casi una obra monumental. Era chinesca, hecha de cintas y gasas de raso; representaba una gigantesca flor de loto en cuyo abierto cáliz veíase al emperador de la China rodeado de porcelanas, por supuesto de gasa; y vean ustedes por qué raro capricho *un hijo del cielo* tuvo la honra de alternar con toreros españoles.

Otra moña de las más notables fué la de la señora de Torrelodones. Puede calificársela de bucólico-marítima, porque estaba adornada de camarones, almejas y boquerones fritos, que aunque hechos de cinta, estaban diciendo: «¡Comedme!» Ya habrán ustedes comprendido que me refiero á la moña, no á la señora de Torrelodones, aunque ésta era una recién casadita, joven apetitosa y bonita sobre todo encomio. Su esposo, riquísimo hacendado, estaba también, como el conde del Espino, loco de alegría por idéntica causa que éste, es decir, porque para dentro de tres meses, días más ó menos, esperaban tener en su matrimonio el primer fruto de bendición.

De las cuatro moñas restantes nada diré sino que eran vistosas y sencillas, como correspondía al estado honesto de las señoritas donantes.

Con estos antecedentes de toros, moñas y demás zarandajas, y con la fama de los lidiadores contratados, no creo exagerado consignar que en la ciudad y en toda la provincia se esperaba el día de la corrida con febril ansiedad.

II

Llegó la hora feliz y deseada.

La tarde estaba magnífica, y la plaza, magüer el subido precio de las localidades, llena de bote en bote. Presidía la autoridad competente, aunque no en materias tauromacas, en vista de que tuvo que aguantar cuatro silbas; y hecha la señal, presentáronse en el redondel los tres espadas escriturados, seguidos de sus respectivas cuadrillas.

Los tres matadores estaban bautizados; pero el discreto lector me permitirá que sólo los nombre por su mote ó apodo.

El primer espada se llamaba *Telones*, por los muchos que daba.

El segundo, *Cachili*, porque siempre toreaba fuera de cacho.

El tercero, *Moquili*, porque las raras veces que le aplaudían se le caía la moca de gusto.

En la primera parte de la corrida, esto es, durante la lidia de los tres primeros toros, no ocurrió nada digno de mención. Los lidiadores sentáronse en el estribo á fumar modestos cigarros de papel, y salieron las cubas á regar la plaza, como sucede en varias de provincia.

Minutos después comenzó la segunda parte.

Nunca segundas partes fueron buenas, como dijo Cervantes; pero ni éste, ni los espectadores de aquella corrida, ni ninguno de los nacidos ha podido imaginar siquiera una parte segunda más desastrosa.

En primer lugar, y como enunciación, el primer toro, ó sea el cuarto de la corrida, dió una caída á un picador apodado *Poquito-vino*, porque se bebía dos arrobas sin sentirlo mayormente. Fué tan tremendo el golpe, que al impulsarle el toro contra la barrera le deshizo el botín y le hizo añicos la mona, con tal extremo, que un pedazo de ésta saltó á un tendido en donde se hallaba un carabinero, y se le clavó en un ojo.

En la suerte de matar, este toro dió mucho que hacer á *Telones;* el animal esperaba seis ó siete seguidos, pero antojósele al diestro tomarle con una de esas garatusas llamadas pases de contra salida, y defraudado aquél en sus esperanzas, se arrancó al matador, el cual pudo tomar el olivo, pero manchándose el traje lila que llevaba de chafarrinones rojos, porque, como ya he dicho, la barrera estaba recién pintada y no seca del todo en aquella parte de la sombra. Este percance parece ligero, y no lo fué, como diré más adelante.

Como me falta espacio, mataré á este toro de un gollete, como lo hizo *Telones*, y pasaré á reseñar la

muerte de los dos últimos cornúpetos, pues aquí es donde está el meollo de esta filantrópica corrida.

Cuando *Cachili*, el segundo espada, tomó los avíos de matar y se fué resueltamente á la fiera, el público creyó resarcirse del anterior golletazo; pero sepan ustedes la sucesión de cosas que acaecieron en menos de cinco minutos. El diestro tomó en abanico al toro, colósele éste, le enganchó por la entrepierna y con un poderoso derrote le arrojó al tendido. Cayó *Cachili* sobre un pastor protestante, que estaba de incógnito viendo la corrida, y se rompió una pierna no obstante haber caído en blando. Resonó un grito desgarrador en uno de los palcos, y la señora de Torrelodones, de cuyos labios provenía aquel grito, y que era tan nerviosa como guapa, cayó al suelo presa de un síncope, y tuvo que ser llevada á su casa.

Bajo tan malos auspicios comenzó la lidia del último toro. Cuando *Moquili* salió á matarle empezaba el crepúsculo, y fuese casualidad ó augurio, una *siniestra* corneja atravesó la plaza volando. El muchacho (como dicen los revisteros) preparó al bicho con nueve pases pasables y se tiró arrancando, con tan mala fortuna, que fué enganchado por el toro por debajo del sobaco. Cayó al suelo, sin puntazo. *Telones* metió oportunamente el capote; pero la fiera, que no hacía caso de telones ni de bambalinas, volvió á recoger á aquél y le volteó entre la cuerna, infiriéndole una herida mortal en el lado derecho del pecho.

Yo presenciaba la corrida en un palco inmediato al que ocupaba la condesa del Espino, y noté desde luego la intensa atención que prestaba á la lidia de *Moquili*. Cuando éste fué enganchado palideció, y cuando el diestro fué cogido soltó aquélla los gemelos, que cayeron sobre uno del tendido y causáronle un chichón.

Moquili fué conducido á la enfermería y á los pocos momentos era ya cadáver, como dicen los periódicos; pues, según parece, desde que hay prensa periódica, la putrefacción de los muertos empieza instantáneamente.

III

Consecuencias de la corrida filantrópica:

Benéficas. – La corrida produjo 4.000 pesetas, y como según la estadística, había en la provincia tres mil cuatrocientos treinta menesterosos, cada uno de éstos percibió cerca de un real de vellón, con el que pudo proporcionarse un refrigerio, consistente en un ceneque y una lamparilla.

Materiales. – Pérdida de un ojo por parte del carabinero que recibió en aquél un fragmento de la mona del picador *Poquito-vino*, y relajación de la columna vertebral del pastor protestante, sobre el cual cayó *Cachili* al ser arrojado por el toro al tendido.

Fisiológicas. – La señora de Torrelodones, impresionada, sin duda, por el *vuelo* del segundo espada, abortó una niña muerta, y estuvo en peligro de muerte. Se restableció, y... aquí entra lo maravilloso: desde los primeros días de la convalecencia se diseñaron extrañas arrugas en sus antes tersas mejillas, y en cada una de éstas dibujóse en bajo relieve un toro, tan cornalón, que la punta de entrambas astas llegaba hasta el lagrimal de los ojos. Deduzcan ustedes las consecuencias: la pobre señora está desde entonces desesperada por la pérdida de su notable hermosura, y porque su marido, que antes no se separaba de su lado, se pasa largas temporadas en Madrid y Sevilla.

Cuando la ciudad iba reponiéndose del asombro que le produjo este caso, hallóse con otro fenómeno. La condesa del Espino dió á luz á su debido tiempo un robusto niño, pero tan cabezudo, que el conde

LA NIÑA Y LA CABRA, cuadro de Luis Jiménez Aranda
(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)



El hogar del pescador, cuadro de Francisco Miralles (Salón Parés)



FIN DEL REY D. JUAN II DE ARAGÓN, estatua de Rafael Atché

(Premiada en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1896)



FLORECILLA CAMPESTRE, dibujo de N. Méndez Bringa

piensa, y con razón, que cuando á su primogénito le llegue el turno de *cubrirse* Grande de España, no va á haber sombrero que le baste. Otro matrimonio desgraciado.

Artísticas. – Como *Cachili* se rompió una pierna al caer en el tendido, tuvo que cortarse la coleta. De *Moquili* no sé nada, puesto que murió á consecuencia de la cogida. Respecto á *Telones* sólo diré que él, que ya tenía tendencia á la jindama, ahora da la mayor parte de las estocadas á la atmósfera. De suerte que la tauromaquia ha perdido á casi tres de sus más distinguidos representantes.

A cualquiera cosa llama cualquier alcalde corrida filantrópica.

F. Moreno Godino

NUESTROS GRABADOS

Mistress Beecher Stowe.—A la edad de 86 años falleció el día 2 del corriente en Connecticut esta notable escritora norteamericana, que deja á la posteridad un nombre ilustre y



Mistress Beecher Stowe, célebre escritora norteamericana, autora de la popular novela *La cabaña de Tom*. Falleció en 2 de julio de 1896

un libro inmortal y el recuerdo de una existencia apasionada por el bien, llena de amor, de abnegación y de sacrificios. En su juventud fué maestra de escuela, y durante una estancia en los alrededores de Cincinnati pudo conocer los sufrimientos de los esclavos, que encontraban siempre en su casa un asilo seguro contra las persecuciones de sus amos, y que gracias á ella y á sus hermanos conseguían pasar al territorio canadiense. En 1850 comenzó á publicar en una revista de Wáshington, la *National Era*, la conmovedora novela *La cabaña de Tom*, de la que se vendieron en América, en los tres años que siguieron á su publicación en tomo, 313.000 ejemplares, y de la que se publicaron traducciones en todos los idiomas, inclusos el armenio, el árabe, el chino y el japonés, sin contar las innumerables adaptaciones dramáticas que de ella se hicieron. Con este libro y los que del mismo género le siguieron, tales como *La llave de la cabaña de Tom*, *El esclavo cristiano* (drama), *La emancipación del tío Tom*, mistress Beecher-Stowe contribuyó más que los políticos á la grandiosa obra de la redención de los esclavos. Desde hacía algunos años, la célebre escritora vivía retirada, unas veces en Hartford, su villa natal, y otras en la Florida, en donde poseía una plantación de naranjos.

Goya, dibujo de J. Llovera. – No hace mucho los principales periódicos dedicaron entusiastas elogios á una colección de dibujos y cuadros que en la capital francesa expuso nuestro estimado paisano y colaborador Sr. Llovera. El nombre de éste era ya conocido ventajosamente en París, como lo es en los más importantes centros artísticos de toda Europa, en donde son muy solicitadas las obras del ilustre pintor reusense, y sin embargo, nunca los elogios habían sido tan entusiastas, con haberlo sido siempre mucho, ni el éxito entre la masa del público tan franco, tan espontáneo como en esta ocasión. Y es que Llovera se manifestaba en sus últimas obras bajo un aspecto nuevo: los que creían que era un artista exclusivamente dedicado á los asuntos ligeros y aficionado á los procedimientos fáciles, hubieron de rendirse á la evidencia y confesar que el autor de aquellas joyas artísticas era un dibujante y un pintor en toda la extensión de estas palabras; un artista para quien la técnica del arte no tenía secretos y que con facilidad pasmosa ponía los más difíciles recursos al servicio de su alta inspiración. El éxito material correspondió á los aplausos que unánimemente le prodigaron cuantos vieron sus producciones, pues éstas, en su mayoría, se vendieron á precios elevadísimos. Una de las obras en París expuestas, y de las que más llamaron la atención, es el precioso retrato de Goya que reproducimos en la primera página de este número: por ella podrán juzgar nuestros lectores el paso de gigante que en su carrera ha dado nuestro distinguido amigo, á quien de todas veras felicitamos por los triunfos obtenidos en la capital de Francia, uno de los primeros emporios del arte moderno, y cuyo voto, por consiguiente, es voto de calidad en esta materia.

La guerra de Cuba. – A la amabilidad de D. Aurelio Ferrer, de Santiago de Cuba, debemos las cuatro fotografías que acerca de la guerra de Cuba publicamos en este número y que representan otros tantos episodios de aquella lucha tan distinta de todas las que registra la historia, lucha sin grandes batallas, abundante en encuentros sin importancia decisiva, que sólo sirven para acreditar más y más el heroísmo de nuestros soldados; en ataques de posiciones aisladas, cuyos defensores suplen con su valor indomable la escasez del número; en destrucciones de líneas férreas é incendios de ingenios, á que se entregan los insurrectos con inusitada frecuencia y que poco á poco van devastando y arruinando aquella hermosa isla. De todos estos sucesos ofrecen muestras las citadas fotografías: en una de ellas vemos á la compañía del batallón de León, que más se distinguió en el combate del ingenio del Triunfo, librado en 29 de abril último; otra es una vista del santuario del Cobre, que en el propio mes fué atacado por la partida de Cebrero; la tercera reproduce las ruinas de la estación de Boniato en el ferrocarril de Sabanilla y Maroto, incendiada por los insurrectos en 29 de mayo; y la última las de la casa quinta *Kindeland*, también incendiada por los insurrectos durante el ataque dirigido en 27 de abril por los insurrectos contra el poblado del Cristo, en Santiago de Cuba.

Fin de D. Juan II de Aragón, estatua de Rafael Atché. – La vigorosa genialidad de Rafael Atché ha hallado en el legendario personaje de la monarquía aragonesa D. Juan II un medio para manifestarse, robustecida con la fantasía del artista y el sentimiento del poeta. Difícil es expresar ó representar con el sello de la verdad las torturas de la materia y del espíritu en un monarca, de triste recordación para el pueblo catalán, padre de un príncipe, el de Viana, á quien sus vasallos en la intensidad de su afecto eleváronle hasta la santidad, y Fernando el Católico, de gran significación para la historia patria, unificador de la nacionalidad española. Su reinado distínguese por lo luctuoso. En la vida de Juan II reconcéntranse las aspiraciones del pueblo catalán, amante de sus fueros y libertades, afecto y respetuoso para sus príncipes, conforme lo demuestra la rebelión de los *remensas* y el odio al despiadado padre á quien se atribuyó la muerte del joven príncipe de Viana, para favorecer los intereses de Fernando, hijo de la habilidosa doña Juana Enríquez. La obra producida por el Sr. Atché resulta un hermoso estudio, vigorosamente modelado, en el que se descubren las huellas de todas las energías y de la potente imaginación de un artista á quien el Jurado de la Exposición de Bellas Artes ha debido premiar, pues á ello tenía derecho por sus méritos, por su nombre y por la valía de la obra expuesta.

Sir John Pender. – El día 7 del corriente mes falleció repentinamente en Londres sir John Pender, á quien se conocía con el nombre de «rey del cable.» Nació en 1816 y viajó durante casi toda su vida por China, India, América y por las colonias británicas, adquiriendo gran caudal de experiencia mercantil. Sus servicios prestados á la telegrafía submarina le conquistaron universal y merecida fama: él fué el iniciador de la empresa del primer cable del Atlántico, y vióse arrastrado en la quiebra de la misma, que le hizo perder una parte de su fortuna. A pesar de esto, cuando el mundo financiero se mos-



Sir John Pender, el llamado «rey del cable,» fallecido en Londres en 7 de julio de 1896

tró poco dispuesto á secundar la empresa del *Great Eastern*, sir Pender, lleno de confianza en su proyecto, garantizóla con 225.000 libras esterlinas: el éxito más completo coronó sus esfuerzos, y á aquel cable siguieron pronto otros, el del Mediterráneo, el australiano, el del Africa del Sur y varios más, todos los cuales se establecieron bajo su inmediata dirección.

La niña y la cabra, cuadro de Luis Jiménez Aranda (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896). – El bonito lienzo que reproducimos en las páginas de La Ilustración Artística es fehaciente testimonio de las cualidades artísticas del distinguido pintor D. Luis Jiménez Aranda, quien atento á las evoluciones sucesivas que en el arte se han ido operando, hase ajustado á ellas sin abdicar por ello de los principios y conceptos que informan las producciones de los más eximios artistas de la escuela española. A la inteligente elección de medios, al uso acertado de la gama de su paleta y al elevado concepto á que subordina su habilidad y aptitudes, debe nuestro amigo la fama de que goza.

Su cuadro *La niña y la cabra* es una hermosa nota digna de llamar la atención de los inteligentes.

El hogar del pescador, cuadro de Francisco Miralles (Salón Parés). – En las playas del litoral de Cataluña surgen periódicamente improvisados pueblecillos de pescadores, cuyas viviendas, harto miserables, dan á conocer la afanosa y ruda existencia del honrado y laborioso pescador. Una tienda de lona, formada por los restos de velamen, ó una cabaña de paja y adobes, constituye el hogar. En ella alberguse la familia, y en ella halla reposo y consuelo el jefe de ésta al regresar de la pesca. Tal es el asunto que ha tratado de representar el distinguido pintor D. Francisco Miralles, que dando manifiesto testimonio de su ingenio, avalora la producción con el sentimiento que ha logrado imprimir en la misma, resultando una nota delicada y sentida, á la vez que una hermosa página de costumbres del pueblo catalán.

Eva Canel. – La Ilustración Artística, que se ha honrado con la colaboración de tan distinguida escritora, tributa hoy, al publicar su retrato, homenaje de respeto y admiración á la patriota entusiasta que en la isla de Cuba y en toda América defiende con su elocuente palabra y con su fogosa pluma la causa de España. Recientemente, en el Círculo Español de México, dió una conferencia, volviendo por el buen nombre de España, tan calumniado por ciertos elementos americanos, contestando como se merecen los procaces insultos del jingoísmo yankee y demostrando cómo mienten los que llaman crueles á nuestros generales y soldados, y cómo éstos, ante los enemigos vencidos, olvidan todos los padecimientos sufridos por su causa, y sólo en los más humanitarios sentimientos inspiran su conducta hacia ellos. Eva Canel, además, como secretaria de la Cruz Roja en la Habana, ha prestado inmensos servicios en los hospitales militares asistiendo á los heridos y prodigándoles los cuidados de madre cariñosa y los consuelos de mujer cristiana; que en ella el corazón vale tanto como la cabeza, y eso que la cabeza es verdaderamente privilegiada. El retrato que publicamos nos ha sido remitido por los Sres. Otero y Colominas, á quienes agradecemos la ocasión que nos ofrecen de atestiguar una vez más nuestro cariño á la amiga ausente.



Eva Canel, distinguida escritora y Secretaria de la Cruz Roja en la Habana (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

Florecilla campestre, dibujo de N. Méndez Bringa. – Aunque la especialidad de este artista son los tipos cortesanos, de cuando en cuando endereza su espíritu de observación á otros asuntos más poéticos, y buscando inspiración en la vida del campo traza composiciones tan bellísimas como la que hoy ofrecemos á nuestros lectores. *Florecilla campestre*, sin apartarse de la realidad, á que se amolda siempre el celebrado dibujante madrileño, es una composición altamente poética: aquel paisaje esmaltado de flores, aquella línea de montañas que se destaca en el fondo, aquella luz suavísima que comunica dulces matices á cada planta y á cada árbol, y sobre todo aquella figura de niña, son de una poesía encantadora, nos llegan al alma y nos hacen sentir esa emoción intensa que es el mejor premio para el artista.

El Ferrocarril, estatua en bronce de Mariano Benlliure, fundida en los talleres de D. Federico Masriera. – Sea cual fuere la obra que modele, siempre las producciones de Mariano Benlliure distínguense por su magistral ejecución y por el sello especial característico de todas ellas. Variadísimos son los géneros cultivados por el eximio artista; y á pesar de su variedad, siempre resulta vigoroso y potente. Muestra inequívoca de su envidiable ingenio ofrécennos las obras que de él figuran en la actual Exposición de Bellas Artes. Todas recomiéndanse por su belleza y la facilidad de modelado. Benlliure produce sin fatiga y con la seguridad y firmeza de los que sienten y comprenden el verdadero arte.

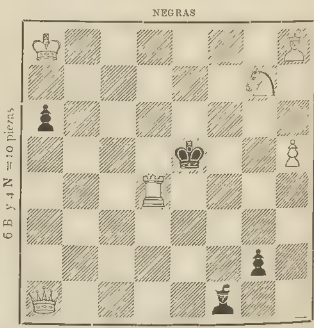
Devotos de tan distinguido escultor, aprovechamos la ocasión de publicar la hermosa estatua destinada á figurar en el monumento dedicado á la memoria del Marqués de Campo, para tributar un aplauso al inspirado artista y un afectuoso saludo al amigo.

AJEDREZ

Problema número 28, por Valentín Marín

(Mención honorífica del Concurso de Würzburg)

NEGRAS



6 B y 4 N = 10 piezas

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 27, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. D 7 A D	1. Cualquiera.
2. D, C ó T mate.	



... en Viena recibió el golpe de gracia. El doctor Karl desapareció...

DOS ANONIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

A las once en punto llegó la vaquera. Felicio, que estaba en acecho en la puerta de su cuarto, hízola entrar en él.

– No me voy hasta dentro de unos días, dame esa carta que por ahora es inútil.

La vaquera se la dió, cruzaron algunas palabras y Juana se fué un tanto sorprendida, pensando: «Este señorito Felicio siempre ha sido algo raro.»

Las vecinas no se enteraron de nada, tenían cerrada la puerta de su habitación y cosían y cantaban.

A las doce menos minutos llegó Felicio á casa del marqués de Criptana. El portero, aquel portero tan brusco con doña Aurora Porcel, alias la *Perdigona*, advertido por su amo, recibió al joven como si le esperara. Abrió la puerta de cristales de la escalera para darle paso y tocó el timbre. El portero de estrados estaba en su sitio y condujo á aquél á un gabinetito en donde ardía una opulenta chimenea. A poco rato se presentó Delfín, el ayuda de cámara del marqués.

– ¿Es usía el Sr. D. Felicio Valcárcel?

– Sí.

– El señor marqués aguarda á usía.

Alzó un *portier*, como indicando al joven que pasara, y atravesando otra pieza, le condujo al comedor.

El marqués estaba ya sentado á la mesa. Vestía una americana encarnada de franela y pantalón de lo mismo. Se levantó, adelantó algunos pasos al encuentro de Felicio, dióle la mano y dijo con amable sonrisa:

«Dispense usted que le reciba en este traje. Trato á usted como antiguo amigo.»

Hizo sentar al joven á su lado. El comedor era grande, tenía revestidas las paredes de roble y una gran chimenea rebosando fuego. Dos criados sirvieron el almuerzo en vajilla de porcelana de Sevres. Mientras almorzaban, hablando de cosas indiferentes, el marqués seguía observando á su joven invitado: le halló natural, fino sin afectación y sin sombra de encogimiento.

– ¿No tiene usted familia, señor marqués?, preguntó Felicio.

– Sí, amigo mío. Pero mi mujer pasa el invierno en Andalucía, huyendo del frío, y mi única hija está en una pensión de París.

Terminado el almuerzo, el marqués dijo á Delfín, que se asomaba de vez en cuando al comedor:

– *Portez le café au fumoir.*

La pieza de fumar desvaneció un tanto á Felicio, por los muchos objetos que en ella había. Conocíase que era la habitación predilecta del dueño de la casa, que había resumido allí todas sus aficiones, y por eso no era precisamente un fumadero, sino un *mare magnum*. Cuadros que representaban escenas hípicas, panoplias con armas antiguas y modernas; en un ángulo un guerrero á caballo, con arnés completo, sosteniendo en la cuchilla de su lanzón el escudo de armas de Criptana, bordado en damasco morado con sedas de colores; dos espejos grandes llenos sus intersticios de fotografías casi todas femeninas, *bibelots* y esculturas de caballos sobre el mármol de una chimenea, encendida también. (Al parecer, en aquella casa se derrochaba la leña, y falta hacía, porque empezaba á nevar.) En medio de la pieza un velador de malaquita y encima un mueble de caoba, dividido en varios compartimientos ó huecos llenos, unos de cajoncitos de cigarros habanos de todas clases, otros de cigarrillos de papel, otros de tabaco picado con una zanahoria en medio para conservarle fresco, otros con pipas nuevas ó *culotadas*, y finalmente de cuanto se usa para fumar.

El marqués indicó á Felicio un ancho diván corrido, de cordobán obscuro, que había frente al balcón, á través de cuyos cristales veíanse los árboles del jardín, sin hoja todavía, y caer copos de nieve. Tomó dos cigarros, ofreció uno al joven, y ambos encendieron en fósforos que les presentó Delfín. Entretanto, dos criados habían traído café y botellas de licores que colocaron sobre veladorcitos portátiles, al alcance del marqués y de su invitado.

Aquél despidió á los criados y al ayuda de cámara, mandándole que cerrara la puerta. Se recostó en el diván de medio lado, como los antiguos romanos en sus festines, y dijo á Felicio, entre sorbo y sorbo de café:

– ¿Qué tales consejos le ha dado á usted la almohada?

– Ninguno, señor marqués, y eso que ha tenido tiempo, pues no he pegado los ojos.

– Es natural, después de la excitación de anoche...

Luego, incorporándose y mirando al joven con fijeza, prosiguió:

– Pero vamos á ver, amigo mío, ¿no podría usted decirme, indicarme siquiera los motivos que le han impulsado á tal extremo de desesperación? Sólo los tontos se matan por cualquiera cosa, y á mí me parece que usted no lo es.

Felicio, atraído simpáticamente por el marqués desde el primer momento en que le conoció y conmovido en aquel instante por el interés que le demostraba y por lo cariñoso de su acento, estuvo á punto de confesarle la verdad. Pero se contuvo: su amor por Soledad era sagrado para él: hablar de su pasión era profanarla: era un secreto de dos almas que nadie debía saber.

El marqués, que esperaba una respuesta, prosiguió:

– Veo, amigo mío, que es usted reservado... Quizá piensa, y con razón, que nuestro conocimiento es demasiado reciente para...

– No, señor marqués, interrumpió Felicio, es que no hallo palabras, es que me avergüenzo de... de mi nulidad.

– No comprendo...

– Soy joven, me cree usted inteligente é iba á suicidarme: he aquí la síntesis. Si no soy tonto, soy débil, que viene á ser lo mismo.

– A veces no. Soy algo observador y he estudiado caracteres, no sólo en mi clase, sino que también en las inferiores, y me he convencido de que en aquéllas pueden aunarse las cosas más opuestas con la variedad de un mosaico, las grandes elevaciones con las más desastrosas caídas.

– Yo no he tenido que caer, he nacido caído: no sirvo más que para analizar mi impotencia.

– Y probablemente para exagerarla.

– Huérfano y pobre, me he resignado al abandono y á la miseria; por eso he querido rehabilitarme...

– ¿Arrojándose usted por el viaducto?

– Me he permitido un lujo que no estaba á mis alcances. En vez de buscarme la vida, he vivido fuera de ella.

– ¡Ah! Apostaría á que es usted artista ó poeta.

– He hecho versos.

– Me lo figuraba, y deben ser buenos.

– ¿Por qué, señor marqués?

– Porque no le han servido á usted de nada, ni siquiera para escalar una posición. Yo no soy aficionado. Todos los poetas saben de memoria la mayor parte de sus versos. ¡Si tuviera usted la bondad de recitarme algunos!

Felicio no podía negarse. Recitó algunos trozos de su drama: primeramente con timidez, sin entonación, y luego con sentimiento y vehemencia. Cuando hubo terminado, el marqués, que le había oído en silencio, dijo más bien para sí y como analizando sus impresiones:

– Poeta de corazón: alma y armonía, *rara avis.*

Se levantó, quedóse mirando á Felicio, y aproximándose al balcón, permaneció algunos instantes pensativo.

No obstante su excepcional situación, Felicio sintióse halagado. Los poetas y las mujeres conocen los grados de impresión que causan.

El marqués volvió á sentarse al lado del joven.

– Oiga usted, amigo mío, le dijo, es necesario que deseche sus lúgubres ideas. Lo del viaducto ha sido una pesadilla; ahora va usted á despertar.

– Señor marqués...

– Va usted á experimentar otra vida. Si no le satisface, tiempo tiene de matarse: pruebe usted. Estaba usted solo, y ya tiene un amigo. Sentía las punzadas de la miseria, y ahora va usted á oir los buenos consejos de una existencia holgada y decorosa...

Y viendo que Felicio hacía un movimiento, prosiguió:

– ¡Oh! No se alarme usted. Le he *calado*, sé que es usted orgulloso, y debo decirle para tranquilizarle que necesito de usted.

– ¡De mí!

– Sí, amigo mío: todos nos necesitamos mutuamente. En el... pacto que voy á proponerle, usted pondrá lo más y yo lo menos. Se trata de que me ayude usted como á un amigo.

– ¡Yo, señor marqués!

– Voy á explicarme. Cuando era joven pensaba, como es natural, en no pensar en nada. Pero con la edad se varía de deseos y de sensaciones: tal es la escala de la vida, que se parece á una linterna mágica. Antes era frívolo, ahora me he hecho ambicioso. Hastiado de las distinciones heredadas, busco las adquiridas por mis propios merecimientos. En una palabra, voy á lanzarme á la política: quiero ser ministro.

– No le será á usted difícil conseguirlo. Con su nombre...

– Sí, pero yo no quiero ser ministro sólo por mi nombre y mis setenta mil duros de renta; no quiero ser ministro de contrabando, figura decorativa de un ministerio: aspiro á imponerme y á hacer mis pruebas; quiero que se diga que soy ministro porque tengo talento.

– Es natural.

– En las próximas elecciones seré diputado; pero á veces no se gana el banco azul en el Congreso, se llega á él hasta por caminos ajenos y aun opuestos al de la política.

– No cabe duda.

– Quiero hacer un libro. Pero para que sea bueno hecho por mí, no puede ser político: hasta ahora no he sentido la *cosa* pública. Pienso ocuparme de una especialidad en la que me creo competente. Desde niño soy aficionado á caballos. Los caballos y pocas cosas más han ocupado mi vida. (El marqués no quiso mencionar las mujeres.) Pretendo, pues, hacer un libro hípico notable, para lo cual pido á usted su ayuda.

– Pero señor marqués, dijo Felicio admirado, ¡si yo no entiendo una palabra de eso!

– Lo supongo, amigo mío. Ya explicaré á usted. Como iba diciendo, mi libro debe ser ó no ser. La *Ciencia hípica*, como pienso titularle, tiene que ser un estudio profundo en la materia que le dará origen, y además obra literaria y de estilo, porque sólo los libros de estilo producen sensación. Sintiéndome fuerte en este terreno, preocupado hace años de esta idea, he aprovechado mis continuos viajes para hacer estudios é investigaciones en las razas caballares de Europa y en algunas de Africa y Oriente. Además he estudiado lo que no he podido ver: me he hecho erudito del caballo antiguo, desde las yeguas de Seneleunti hasta los caballos españoles, que los romanos llamaban *divaes equis.* Me parece que soy erudito, ¿eh?, preguntó burlonamente el marqués.

Luego prosiguió:

– Tengo un sinnúmero de datos y apuntes preciosos, pero revueltos como los baratillos de Utrera. Yo solo no me siento con paciencia para ordenarlos: esta tarea requiere gusto é inteligencia; y se la propongo á usted, que ha hecho un drama admirable de sabor de época. Yo escribiré el libro, pero usted corregirá mi prosa de aficionado...

– ¿Y por qué supone usted que la mía sea de maestro?, interrumpió Felicio.

– Estoy seguro de ello. Los poetas de punta son siempre buenos prosistas: el que puede lo más, puede lo menos. Además en mi libro debe haber versos; los poetas árabes y persas, especialmente estos últimos, han dedicado millares de versos al caballo. He hecho que me traduzcan muchos, pero sólo usted puede darles carta de naturaleza en la rima castellana.

– Pero señor marqués...

– ¡Oh! No tema usted, pondremos notas; no quiero adornarme de plumas ajenas. Nos daremos á conocer los dos simultáneamente. Usted esmaltará mi libro de piedras preciosas y le dará la valía literaria que quiero que tenga.

Viendo que Felicio callaba, prosiguió diciendo:

– Excuso decir á usted que para ser su amigo no necesito que trabaje para mí, pero me parece usted... *vidrioso* y no sé cómo tratarle. Además, el trabajo entretiene cuando concuerda con la afición y la competencia, y es un talismán contra las malas tentaciones.

– Señor marqués, dijo el joven estrechando con efusión la mano de su generoso amigo, es usted bueno y delicado, no sé cómo agradecérselo; estoy tan poco acostumbrado á la benevolencia...

– No es esa la palabra en lo que se refiere á mí: yo desearía ser más que benévolo con usted.

– ¡Ah, señor!..

– Estamos conformes, ¿verdad? ¿Me sacará usted de mi apuro?

– Usted no le tiene. Ha buscado un medio ingenioso para hacerme bien.

– No discutamos. Ya verá usted que sí.

– Pero ¿y si no tengo fuerzas para sobrellevar la vida?

– Inténtelo usted. Sería un sentimiento para mí no haber logrado disuadirle de sus malos propósitos: hasta creo que le vería á usted en mis sueños.

– ¿Cuándo piensa usted publicar su obra?

– Lo más pronto posible, pero sin atarearnos. Las elecciones serán dentro de tres ó cuatro meses. Deseo presentarme á mis electores á caballo sobre mi libro, para que puedan decir: «Este marqués de Criptana tiene talento.»

Felicio vaciló todavía. Pero la juventud siente esperanzas súbitas. ¿No podía ser providencial aquel plazo que la casualidad le otorgaba, como lo habían sido sus encuentros con María en Aranjuez y Capellanes? Quizá volvería á verla inesperadamente: lo que no en un año, puede pasar en un día. Si había esperado un año en la miseria, bien podía hacerlo en una existencia decorosa.

– Señor marqués, dijo, sería ingrato y de mal gusto rehusar sus generosas ofertas. Estoy á la disposición de usted hasta que termine su libro.

– ¡Gracias á Dios, amiguito!, exclamó el marqués. Al fin es usted buen muchacho. Ahora vamos á lo práctico. Supongo que estará usted pésimamente alojado.

– En una habitación de dos duros mensuales.

– ¿Será un nido?, preguntó el marqués sonriendo.

– Poco menos.

– ¿Vive usted solo?

– Solo con el frío y los ratones.

– Pues bien: desde mañana, si no tiene usted inconveniente, se instalará aquí. Las habitaciones de mi mujer y de mi hija están cerradas, yo ocupo las restantes de este piso; en el bajo, que es muy espacioso, se acurruca mi apoderado, que es un excelente vecino, viejo, solterón y que hace menos ruido que un gato. Puede usted escoger entre varias habitaciones, dignas de un poeta, porque dan al jardín, y cuando haya flores puede usted cogerlas sin más que estirar el brazo. Almorzará y comerá usted conmigo los días que yo lo haga en casa, que son los menos; y cuando no, tendrá un buen compañero de mesa en mi apoderado, que es todo un caballero, instruído y amable.

El marqués se aproximó á un mueblecito colocado sobre una mesa, que representaba la catedral de Colonia tallada en alerce, abrió la puerta de aquel templo en miniatura, sacó un paquete de billetes de Banco, tomó uno y dijo á Felicio:

– Como no es usted mi servidor no le señalo honorarios; pero es justo que el amigo rico cuide de que no falte dinero al amigo pobre.

Y presentó al joven un billete de mil pesetas.

Felicio vacilaba en tomarle.

– ¡Vaya!, repuso el marqués, que no se diga que un gran poeta es un hombre vulgar.

Y metiendo el billete en la mano al joven, continuó diciendo:

– Eso para los gastos menudos, equípese usted bien: un poeta debe ser elegante. Las cuentas á mi mayordomo.

IV

La señora cuya faz monstruosa asustó á Soledad y á Rosa su doncella, era (el lector seguramente lo ha adivinado) Dorila Cifuentes, la orgullosa hija del conde de Lebrín.

Pero se hace preciso tomar las cosas de más atrás: desde el punto en que la enamorada joven, esperanzada con los obsequios y atenciones de su primo, el marqués de Criptana, creyó atraparle en sus redes, colmando el anhelo de toda su vida. Cuando aquél, segunda vez opulento por la herencia de su tío, desapareció súbitamente de Sevilla y de Andalucía, la altiva joven sintió el golpe de su orgullo ofendido; y cuando la voz pública anunció el enlace de su desdeñoso primo con Soledad la cortijera, apoderóse de Dorila un delirio febril, semejante á la locura furiosa. Salió de aquella crisis para sufrir más que en ella, puesto que pudo pensar. Su pensamiento era un *pandemonium*, una danza macabra en la que se entrelazaban los dolores y las sorpresas. ¡Ella, la reina de Sevilla por la hermosura, por la gracia y por el talento, había sido postergada á una muchachuela! Es preciso figurarse á un príncipe orgulloso de su raza que sufre el latigazo de un siervo, para comprender el espantoso despecho de Dorila. Además, á su vanidad ofendida, que era en ella la nota dominante, agregábase la punzante sensación de su amor malogrado. Conocíase á sí propia, sabía que nada podría sustituir á aquel único objetivo de su vida: ni aun los triunfos del orgullo: en adelante su existencia iba á ser incompleta. Descorrióse el velo de su maliciosa penetración. Recordaba á Soledad en el colegio, y rechinaba los dientes y se retorcía las manos. ¡Imbécil! Ella debió adivinar... ¡Oh, si hubiese adivinado, hubiera pisoteado á aquella viborilla que debía envenenar su existencia! Y él, el único hombre en quien se había dignado fijar los ojos, después de burlarse de ella, habíala abandonado como á una mujerzuela con quien no hacen falta explicaciones ni miramientos.

Dorila, en quien toda Sevilla fijaba la atención y á la que creyó futura marquesa de Criptana, se apoyó en su orgullo para desorientar la burlona sorpresa de que era blanco.

Se mostró más alegre y bulliciosa que nunca, pero su sagacidad hacíala comprender que dejaba traslucir su pena y su despecho. Inútil es decir que siguió asediada de pretendientes; coqueteaba con algunos para llevar adelante el fingimiento, pero hizo cundir la voz de que mientras viviera su padre, ya enfermo, quería dedicarse exclusivamente á su cuidado y no pensaba en casarse. En efecto, el conde de Lebrín íbase consumiendo poco á poco como una luz falta de combustible, y no bien le abandonó el estómago, la anemia le relegó al panteón de su familia. Los que le trataban con alguna intimidad hicieron su epitafio mental: «Ha sido milagroso que de un ser tan nulo haya nacido una hija tan inteligente.»

Aunque el ex calavera no le estorbaba en nada, Dorila, que tenía seco el corazón, ó mejor dicho, que sólo le tenía para sus malas pasiones, se alegró de la muerte de su padre. Así era condesa de Lebrín y más independiente todavía. Pensaba ir á Madrid no bien transcurrieran los primeros meses del luto, para estar más cerca de Soledad y del marqués de Criptana.

Parecía como que doña Aurora Porcel, la *Perdigona*, habíala transmitido su alma perversa y sus rencores. Hubo una diferencia entre las dos: la vieja pordiosera había odiado á Soledad, pero murió apasionada de Felicio, comprendiendo que no le merecía.

La condesa de Lebrín no se hallaba en igual caso: Soledad era para ella el látigo con el que su primo el marqués de Criptana habíala azotado el corazón, y á él era á quien más especialmente odiaba. Se vengaría de él, ¡oh si se vengaría, aun cuando para ello tuviera que llegar á la deshonra y al asesinato! Aquella idea de venganza llenaría el vacío de su vida.

Acaso el odio es más grato que el amor: ella lo sentía así. Poseía las tres palancas que remueven el mundo: la riqueza, la inteligencia y la hermosura. Estaba segura de su venganza; á último extremo pagaría el asesinato del marqués de Criptana, le pagaría con su dinero y si era necesario con su belleza. Podía ser descubierto su crimen, pero ¿qué importaba? La naturaleza ha sido sapientísima haciéndonos árbitros de nuestra vida. Las palabras Dios, Providencia, conciencia, no tenían significado alguno para ella: era atea, con ese ateísmo raro que excluye toda duda. Pensaba que cuantas más pasiones más vida. ¡Dichosa ella, que á las múltiples que sentía podía agregar la del odio!

Tres meses después de la muerte de su padre, cuando estaba pensando en trasladarse á Madrid, se presentó en Sevilla y fué presentado á ella un joven granadino, vizconde de Baza é hijo y heredero del

marqués del mismo título. Era guapo, elegante y su fisonomía recordaba la del marqués de Criptana, á quien también se parecía en la voz y en el discreto gracejo de su conversación.

Como casi todos los forasteros que llegaban á Sevilla, rindió parias á la deslumbrante hermosura de Dorila. Ella le alentó, mucho más observando que las muchachas casaderas se le disputaban, y consiguió que se declarase su rendido adorador. El vizconde era muy joven, tenía dos años menos que ella, carecía de mundo, y ella, ó sintió alguna inclinación hacia él, ó lo que es más probable, le hizo su juguete. Le fué cosa fácil apoderarse de aquel corazón sin experiencia, y se complació y distrajo en estudiar en él las fases de una pasión verdadera. Era cariñosa con intermitencias, y pretextando su luto y su dolor por la pérdida de su padre, entretenía con esperanzas al vizconde, sin comprometerse á nada. Esta distracción y el haber sabido que el marqués de Criptana y Soledad se hallaban en el extranjero fueron causa probablemente de que suspendiera su viaje á Madrid. Asediada por los ruegos de su adorador y no queriendo romper la cuerda por demasiado tirante, prometióle acceder á sus deseos para cuando terminara su luto, y desde entonces en Sevilla se consideró al vizconde como novio oficial de la condesa de Lebrín.

¿Fué que ésta renunciaba á sus vengativos propósitos, y que el tiempo y una nueva afección habían desvanecido su rencor hacia su primo y Soledad? Difícil es suponerlo. De toda suerte, ¿en qué la estorbaba un marido al que estaba segura de dominar?

Desde el último mes del luto comenzaron á hacer los preparativos de boda. Se encargó á París la canastilla, se comenzó á revocar la fachada del palacio de Lebrín, á lo que seguirían otras obras interiores, por si los nuevos esposos querían habitarle al regreso de su *viaje de miel*. Los parientes y amigos pensaban ya en los regalos, y todo hacía suponer que la boda iba á ser suntuosa. Un guasón de Sevilla decía: «Va á habé una orquesta en ca uno de los árboles del paseo del río y una corría de toros con cuerna dorá, que rejoneará er novio en venganza de lo que le pue pasá despué.» El vizconde de Baza enviaba todas las mañanas un ramillete á su prometida, según costumbre exótica, y sólo faltaban quince días para el *grande*, cuando he aquí que Dorila sintióse atacada de súbita indisposición. A las veinticuatro horas después se le declaró una fiebre intensa, sufría vértigos, dolores en el cuello y nuca y un ardor insufrible en la cara y en el pecho: fué uno de los primeros casos, el primero quizá, de la epidemia variolosa que á los pocos días invadió á Sevilla.

Pero en la condesa de Lebrín aquella invasión parecía un conjunto de viruela, lepra, elefantíasis y otras enfermedades cutáneas. Su cuerpo estaba monstruoso y su cabello se desprendía de la cabeza en espesos mechones. En este estado, luchando entre la vida y la muerte, pasó quince días. Por fin la erupción fué disminuyendo poco á poco, pero dejando en su rostro y en todo su cuerpo huellas indelebles, fenomenales. Cuando cedió la fiebre y la enferma pudo mirarse á un espejo, exhaló un grito y cayó desmayada. Desde entonces entró en un período de postración parecido al idiotismo. Estaba limpia de calentura, y sin embargo pronunciaba palabras incoherentes. Tomaba alimento y se dejaba cuidar inconscientemente: en resolución, era un autómata con vida.

¿Qué hacía entretanto su prometido el vizconde de Baza?

¡Oh! El vizconde hizo lo que todo el mundo hubiera hecho, inclusos Filemón, Leandro, Píramo, Marsilla, Romeo y todos los amantes antiguos y modernos. En los primeros días de la enfermedad de su adorada, estuvo desesperado y solícito á la cabecera de su cama; luego, cuando vió la transfiguración de Dorila, se informó cautelosamente de los médicos y supo por éstos que la enferma jamás recobraría su prístina belleza; después enseñó á todo el mundo una carta de Granada en la que se le decía que su padre estaba gravemente enfermo, y con este motivo se ausentó precipitadamente de Sevilla; al poco tiempo escribió dos ó tres cartas á un amigo de confianza, preguntándole cómo estaba la condesa de Lebrín, á las que el amigo solía contestar: «Sigue atontada y horrorosa,» y por último se... eclipsó.

Dorila salió de su estado de inconsciencia y recobró la lucidez de su juicio. Pareció aquello un milagro adverso de la Providencia, que la condenaba á los tormentos del *ángel caído*. Pero según algunos demonógrafos, Lucifer (el que lleva la luz) aún conserva vestigios de su angélica hermosura, y á Dorila no le quedó ni un rastro de la suya. Parecía que su alma monstruosa se le había asomado á la cara.

Pocas criaturas humanas habrán sufrido semejante suplicio moral. Antes era poderosa, admirada, irresistible: tenía todos los goces de la vida al alcance de la mano, y sobre todo los goces del orgullo triunfante. ¿Qué hombre no se hubiera estremecido de placer en sus brazos? Uno solo los había rehusado, y por eso merecía la venganza que ella le preparaba. Pero ahora, ¿qué era? Un ser monstruoso que causaba horror. Los que antes mendigaban sus miradas apartaban de ella las suyas: no era ya mujer; era un infierno viviente.


Era la señora Damiana en traje dominguero

Ya tenía otro ser más á quien odiar: el vizconde de Baza, que había completado la obra del marqués de Criptana; pero ¡qué mucho, si odiaba á la humanidad entera!

Al leer la historia de Rusia envidiaba á Iván el Terrible, á aquel czar que degollaba por su propia mano á millares de vasallos. Ella hubiera hecho más, hubiéralos dado tormento, siendo ella la ejecutora. No quiso habitar en Sevilla, donde todo el mundo la conocía y la señalaba con un estigma de horror ó de compasión, y se trasladó á Córdoba, en donde tenía una hermosa casa lindando con las afueras de la población. Allí no era conocida ni se daría á conocer, y allí maduraría sus rencores. Afortunadamente sus vicios le impidieron cometer los crímenes que meditaba. Encerrada en su casa, aislada hasta de sus criados, sola con su perro de Terranova, único ser que la quería y al que ella no odiaba; impulsada por su lubricidad, á la que su orgullo no le permitía dar expansión, adquirió la costumbre de tomar opio para procurarse ensueños voluptuosos. Pasaba las noches en modorras envenenadas que iban destruyendo su poderosa organización. Sentía laxitud de cuerpo y vaguedad de ideas, y empleaba sus pocas horas lúcidas en meditar proyectos que aplazaba. Porque su idea fija no la abandonaba nunca: quería vengarse del marqués de Criptana, á quien su malvada lógica hacía responsable de su desgracia. Si su primo se hubiera casado con ella en tiempo oportuno, era lo probable que la epidemia variolosa no la hubiera sorprendido en Sevilla, salvándose de aquel horroroso estrago que había aniquilado su felicidad.

Leyó en un periódico extranjero que un médico de Viena hacía desaparecer infaliblemente toda señal de enfermedad cutánea, siendo preciso someterse á un tratamiento vigilado por él; y Dorila, aunque sin fe, porque no creía en nada en absoluto, hizo un viaje á aquella ciudad. El doctor Karl, que la consideró un caso excepcional, prometióle borrar las huellas que la enfermedad había dejado en su cutis, pero en un plazo largo que no podía fijar: era cuestión de paciencia y no se atrevió á añadir que de dinero. Marcóla un régimen, menudeó las pócimas interiores y exteriores, y al cabo de dos meses consiguió que las costrificaciones de la epidermis se pulverizaran. Este primer resultado alentó á la condesa de Lebrín. Según el doctor, después de la pulverización vendría la deshinchazón, todo, por supuesto, á fuerza de drogas y de tiempo. Al llegar este período de descenso, él emplearía su panacea suprema, obteniendo un resultado completo y definitivo: Dorila esperó con alguna confianza y siguió haciendo en Viena la misma vida retraída que en Córdoba.

El doctor, como es natural, le pidió informes referentes á su régimen de vida, alimentos y aficiones, y la prohibió en absoluto el uso del opio, diciéndole:

– Mi querida señora, la ciencia no labra en una organización excitada y por lo tanto débil.

Y la condesa, no sin esfuerzo, tuvo que renunciar á sus voluptuosos delirios, consolándose con la idea de un desquite práctico cuando volviera á ser hermosa.

Volvió á recobrar su energía física y su lucidez intelectual, y por lo menos su viaje sirvióle para esto; porque en lo demás, pasaban meses y pasaron dos años y los estragos de su cutis no desaparecían. Espiaba mirándose al espejo los efectos del tratamiento á que estaba sometida, y pateaba de cólera hallándolos casi nulos. Daba largos paseos en carruaje por los alrededores de la ciudad, siempre sola y cubierta con un tupido velo, y poco á poco iba perdiendo la esperanza de recobrar su belleza.

A los tres años de su estancia en Viena recibió el golpe de gracia. El doctor Karl desapareció de la ciudad sin despedirse de su numerosa clientela.

Probablemente fué un quebrado de la charlatanería empírica, y alzándose con los fondos de la credulidad pasó cualquiera frontera. No se volvió á hablar de él.

La condesa de Lebrín, echando espumarajos de rabia, pisoteó los frascos y redomas que tan caros había pagado y que tan inútiles le habían sido; hizo precipitadamente sus preparativos y se puso en camino para regresar á Córdoba.

Se detuvo un día en Madrid, como lo había hecho al ir á Viena, y se informó respecto á los marqueses de Criptana, mandando á un criado á preguntar á su casa; el portero contestó en ambas ocasiones: «Los señores están fuera.» Estas ausencias no sorprendieron á Dorila, que conocía la afición de su primo á viajar, y como el portero no sabía ó no tenía orden de saber más, y ella no podía presentarse en los círculos sociales, donde quizá hubieran podido darla más noticias, abandonó la corte y se volvió á Córdoba sin haber logrado ninguno de los objetivos de su viaje.

Hallábase en la situación de un condenado, que después de entrever el paraíso, volvía á los tormentos infinitos.

Ya no esperaba ni deseaba nada Dorila. Desalentada, sombría, viviendo en el sonambulismo del opio, en cuyos delirios eróticos se refugió otra vez; pensaba en sus proyectos de venganza, vagamente, sin insistencia.

Su organismo íbase debilitando con extremo. Paseábase en coche por las afueras de Córdoba, pero evitando los sitios frecuentados, pues en ellos encontraba nuevos motivos de desesperación. En una ocasión, al torcer la esquina de una tapia, vió á dos campesinos jóvenes de distinto sexo, en ocasión en que él estampaba un prolongado beso en los labios de ella. ¡Cómo envidió á aquella labriega, hermosa, encendido el rostro de rubor y de alegría! ¡Con qué satisfacción se hubiera trocado por ella! En una de sus excursiones encontró á Soledad... La casualidad tiene caprichos feroces.

Al ver á aquella criatura aborrecida, que la recordaba otra aún más odiada, Dorila sintió un desvanecimiento, un golpe en el corazón, y se pasó el pañuelo por los ojos, dudando si era realidad lo que veía ó resto de las lucubraciones del opio. Por eso, cuando dijo á Soledad «voy á decirte quién soy,» su voz silbaba como la de la sierpe que abre su válvula venenosa.

(Continuará.)

LOS NUEVOS CARDENALES

Publicamos en esta página los retratos de los cuatro nuevos cardenales creados por S. S. el Papa León XIII en el consistorio de 22 de junio último. Los cuatro nuevos purpurados pertenecen al orden de los presbíteros, y sus nombres son: Domingo Jacobini, Antonio Agliardi, Domingo Ferrata y Serafín Cretoni. Todos descienden de familias humildes y todos por sus méritos han sido elevados á la dignidad cardenalicia.

El más fogoso, y á la vez el más popular, es monseñor Domingo Jacobini. Nació en Roma en 3 de septiembre de 1837, y ha sido arzobispo titular de Tiro y Nuncio apostólico en la corte de Lisboa: su padre era un modesto mandadero. El cardenal Patrisi le dispensó desde muy niño su protección y le costeó los estudios. Muy joven todavía enseñaba la asignatura de griego en la escuela de San Apolinar.

Pero su carácter batallador y vivo no estaba hecho para la enseñanza, sino para la lucha; así es que después de la jornada de Mentana, en la que Garibaldi fué derrotado en 1867 por las tropas pontificias y francesas, lanzóse con todo el ardor de que era capaz á la contienda política, fundando el Círculo de San Pedro y excitando á los jóvenes á resistir por todos los medios «á las artes infernales del liberalismo.»



EL CARDENAL ANTONIO AGLIARDI



EL CARDENAL DOMINGO JACOBINI

Después de la brecha de la Puerta Pía y consiguiente entrada de las tropas de Víctor Manuel en Roma, en la iglesia de Jesús y en otros muchos lugares, las ceremonias del culto se transformaban en otras tantas batallas entre los liberales y los católicos, batallas que casi siempre se resolvían á palos: monseñor Jacobini figuraba en ellas en primera línea.

En la famosa manifestación del 8 de diciembre de 1870 en la plaza de San Pedro de Roma, su imprudencia le valió una puñalada en el cuello; pero afortunadamente el alzacuello amortiguó el golpe, pues el puñal, después de atravesarlo, apenas hirió la piel.

No sirvió esto de escarmiento al batallador sacerdote; al año siguiente organizó la Sociedad católica artística obrera, que hoy en día cuenta con millares de socios, tiene organizadas varias escuelas de artes y oficios y dispone de un banco de crédito.

En 1874 enfermó monseñor Profili, secretario de los Breves, y monseñor Jacobini lo reemplazó por su propia iniciativa, y muerto aquél, S. S. el Papa Pío IX le otorgó en propiedad aquel importante cargo con gran sorpresa de la corte pontificia.

Desde aquel momento se le ofrecieron al hábil monseñor los más altos empleos: en 1879 fué secretario de Negocios eclesiásticos extraordinarios, poco después bibliotecario de Santa Chiesa y canónigo del Vaticano, y en 1882 obtuvo el nombramiento de secretario de la congregación De Propaganda. Arzobispo de Tiro, ocupó este cargo hasta que en 1891 fué enviado de Nuncio apostólico á Lisboa.

El período de su última estancia en Roma ha sido el de sus más reñidos combates. Próxima la época electoral, presentó al Papa un memorial suplicándole que revocara el *non expedit* para las elecciones políticas: los católicos, guiados por él, acudieron á los comicios; pero los liberales no les dejaron proceder con toda libertad de acción y la Unión romana quedó derrotada, no sin haber llevado á las urnas 13.000 votos.

Fué aquella una derrota humillante para monseñor Jacobini, el cual se vengó de ella impidiendo, poco tiempo después, que el rey de Portugal visitara al rey de Italia en su palacio Quirinal de Roma.

El cardenal Antonio Agliardi, nacido en Cologna al Serio, diócesis de Bérgamo, en 4 de septiembre de 1832, arzobispo titular de Cesarea de Palestina, y Nuncio Apostólico en Viena, es también hijo del pueblo y pertenece también al partido de acción. Condiscípulo y amigo de monseñor Jacobini en el seminario de Roma, cuando hubo terminado sus estudios regresó como modesto sacerdote á su diócesis, siendo durante doce años párroco de Bérgamo.

El cardenal Franchi, que tuvo ocasión de conocerlo y de estimar lo que valía, lo llamó á Roma, en donde le colocó de *minutante* en la congregación De Propaganda Fide. Por aquel entonces ocupábase León XIII en la reconstrucción de la jerarquía eclesiástica en las Indias, y en esta tarea mostróse tan hábil auxiliar el padre Agliardi, que llamó la atención del Sumo Pontífice, el cual descubrió en él gran habilidad diplomática, una voluntad enérgica y resistente y un carácter entero. Por estas circunstancias le nombró arzobispo de Cesarea y le envió á la India.

Allí fué dos veces el padre Agliardi: su segundo viaje fué para él de grandes fatigas, hasta el punto de que en cinco meses sólo durmió en la cama trece días. En su peregrinación presidió tres concilios.

A su regreso á Roma en 1887, Su Santidad, como prueba de alto agradecimiento, nombróle secretario de la congregación de Negocios eclesiásticos extraordinarios y luego le envió de Nuncio á Baviera. De allí pasó á Viena cuando monseñor Galimberti fué llamado á Roma. En la corte de Austria no descansó ciertamente, sino que sostuvo grandes luchas contra el ministerio húngaro y contra las tendencias liberales. En las recientes fiestas de la coronación del tsar Nicolás II fué en Moscou el representante de la Santa Sede.



EL CARDENAL DOMINGO FERRATA

Después de habernos ocupado de los dos cardenales de acción, diremos algo de los dos prelados de temperamento más bien pacífico, monseñores Ferrata y Cretoni.

Domingo Ferrata nació en Gradoli, diócesis de Montefiascone, en 4 de marzo de 1847, y es arzobispo de Tesalónica y Nuncio apostólico en París. Es el más joven de todos los Nuncios pontificios.

Estudió en el seminario de Orviato y en el de Montefiascone: en 1867 pasó á Roma llamado á la congregación de Ritos como auditor del cardenal Martelli, distinguiéndose en el desempeño de este cargo por su profunda cultura teológica y por su actividad excepcional.

En 1876 alcanzó la cátedra de Derecho canónico en el seminario romano, y al año siguiente entró á formar parte de la congregación de Negocios eclesiásticos extraordinarios. En 1879 fué enviado á París como auditor de aquella nunciatura, conquistándose allí grandes simpatías entre el alto clero y las clases más elevadas de la sociedad parisiense. Entre sus mejores amistades se contaba la del sabio y virtuoso cardenal Lavigerie. Estas simpatías que supo conquistarse en la capital francesa contribuyeron poderosamente á su rápida carrera.



EL CARDENAL SERAFÍN CRETONI

De París pasó á Roma para encargarse del honorífico puesto de presidente de la Academia de los nobles eclesiásticos. En 1885 fué nombrado Nuncio apostólico en Bélgica y arzobispo de Tesalónica; en 1889 secretario de la congregación de Negocios eclesiásticos extraordinarios y por último Nuncio apostólico en París.

En todos estos puestos ha desempeñado siempre un papel brillante, no sólo por su ciencia, sino que también por su exquisita finura y elegancia en el vestir.

Serafín Cretoni nació en Soriano, diócesis de Orte, en 4 de septiembre de 1833, y es arzobispo de Damasco y Nuncio apostólico en Madrid.

Nunca aspiró monseñor Cretoni á los altos cargos pontificios, así es que cuando S. S. el Papa León XIII le ofreció la nunciatura en la corte de España, vaciló en aceptarla, y sólo la admitió cediendo á la suprema voluntad pontificia. Literato y filólogo eminente, enseñó literatura y filosofía en Roma y cultivó con verdadera pasión las lenguas extranjeras. El Concilio ecuménico del Vaticano le dió ocasión de afirmar su notoriedad confiándole el cargo de consultor.

S. S. el Papa Pío IX lo llevó á la Secretaría de Estado y le confió delicadas misiones. Sucesivamente fué consultor de la Inquisición, director de los archivos de la Propaganda, secretario de la congregación de Negocios orientales, presidente del colegio grecoarmenio y finalmente Nuncio apostólico en Madrid, en donde se ha conquistado valiosas amistades y universales simpatías por sus virtudes, por su ciencia y sobre todo por el amor que profesa á nuestra patria, amor del que ha dado frecuentes pruebas, una de ellas cuando bendijo á las tropas expedicionarias á Cuba, y recientemente en el discurso que pronunció en el acto de imponerle S. M. la reina regente la birreta cardenalicia. – X.



RUINAS DE LA CASA QUINTA KINDELAND, incendiada por los rebeldes el 27 de abril último durante el ataque al poblado de El Cristo (Santiago de Cuba)
(de fotografía remitida por D. Aurelio Ferrer)



EL FERROCARRIL, escultura alegórica que forma parte del monumento erigido en Valencia al Excmo. Sr. Marqués de Campo, obra de Mariano Benlliure

(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XV — Barcelona 27 de julio de 1896 — Núm. 761

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

Con uno de los próximos números repartiremos á los suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tomo tercero de los correspondientes al presente año, que será la novela ¡Si yo fuera rico!, de D. Luis M. de Larra, ilustrada por D. Alejandro de Riquer. Los nombres del autor del libro y del de las ilustraciones, tan ventajosamente conocidos en el mundo de las letras y del arte, son la mejor garantía de la bondad de este tomo, en el cual al interés del texto se une la valía de los preciosos dibujos en él intercalados.

SUMARIO



LA TEMPORADA DE LOS RICOS

En las aguas de Kissingen, obra del eminente pintor Adolfo Menzel. El original lo posee D. Emilio Meiner, de Leipzig

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Las cuestiones cubanas y el Parlamento español. – Las fiestas nacionales francesas y el atentado de un loco al Presidente de la República. – Cortapisas morales al instinto simio de imitar lo perverso. – Asuntos italianos. – La reforma del ejército y la gobernación de Sicilia. – Nada de federación. – Unidad nacional. – Necrologías. – Edmundo Goncourt. – Carácter de su literatura y de sus obras. – Juicio público acerca de tan eximio escritor. – Los dos hermanos Goncourts. – Pensamiento de Renán sobre ambos. – El historiador alemán Curtius. – Sus ideas sobre la paz universal. – Mis votos y mis pensamientos sobre tal problema. – Conclusión.

I

Han terminado ambos Cuerpos Colegisladores en España los debates acerca del mensaje á la Corona, y con esta saludable terminación se han terminado también los debates acerca del magno asunto nuestro por excelencia, del asunto de Cuba. Llenas de peligros estas controversias candentes, empeñadas entre guerras materiales, en que la sangre corre y el incendio arde, temíamos con razón incidentes desagradables sobre las causas de nuestras desdichas é imputaciones mutuas del origen y motivo de ellas por unos partidos á otros partidos, estando todos en lucha. Por nuestra fortuna el sentimiento nacional supera y sobrepuja todos los sentimientos en el corazón de los españoles, y les arrastra, cuando cualquier peligro amenaza la nación, aun al sacrificio más difícil en pueblo elocuentísimo y amante de la elocuencia y de todas sus manifestaciones, al sacrificio de la palabra y de la frase. Tras la circunspección, á que ha obedecido toda la parte del elemento liberal, deseosa de reformas en Cuba, y las palabras elocuentísimas del presidente prometiéndolas, así que lo permita el honor de nuestras armas y el estado de nuestra guerra, no hay lugar á vacilaciones respecto del unánime afecto patrio y liberal sobre todos los españoles imperante hoy en este gravísimo problema. Ni los liberales pretenden, según las declaraciones de los primeros oradores suyos, acabar sólo con reformas la guerra, ni los conservadores coronarla sólo con violencias. Los primeros comprenden que no se pueden hacer actos de soberanía en un territorio, sino teniendo sobre sus espacios una dominación incontestada, y comprenden los segundos que no se puede continuar un régimen demasiado tirante allí donde por todas partes se respira el oxígeno de la libertad. Por fortuna el partido conservador español, con su ilustre jefe y amado amigo mío el Sr. Cánovas, no adolecen de inflexibilidad y de intransigencia. Por el experimento saludable de las reformas democráticas hecho en la península, generador aquí de una paz profunda y de una libertad sin límites, han sacado la cuenta de los bienes espectables en las Antillas á su aplicación y no pueden retardarlas y menos combatirlas. Así resulta lo que no podía menos de resultar en la real viviente lógica de los hechos: resulta que todos tomamos como punto de partida el sistema progresivo, por unanimidad votado en ambos Cuerpos Colegisladores, y todos miramos en este sistema un punto de partida necesario para futuros progresos. No desconfiemos, pues, de la democracia y de la libertad, en todo el mundo próvidas, en todo el mundo salvadoras. Cuba podrá merecer un castigo, por haber desconocido nuestro sumo derecho y haber lanzado sobre nuestra paz el brulote de su insurrección parricida; pero hasta en el castigo hay elementos regeneradores, los cuales acabarán por librar de monstruos aquella tierra, empapándola en la vívida luz de nuestro espíritu nacional.

II

Muchas nubes pasan por el horizonte de nuestra España, y una ligerísima por el horizonte de Francia en este minuto ha pasado. Cierto loco se ha permitido llamar el interés público sobre su persona, disparando un pistoletazo sin pólvora y sin balas al presidente de la República. No es mal recurso el disparar un tiro para despertar interés y atención en el público. Por las vías que todo lleva, y dadas así la curiosidad que provocan las fuerzas destructoras como la indiferencia con que todo acto bueno es acogido en esta fase pesimista del espíritu público, habrá necesidad previa de ser criminal para ser interesante. Así comprendo que por veto, no coercitivo, ya que á la necesaria libertad se oponga éste, por veto moral, convengan las gentes poco á poco en divertir la vista de los escándalos, resolviendo no leer sus noticias y relatos. Mató al bueno é inocente de Carnot, Caserio, movido del amor al renombre y á la gloria. Si entendiera éste que sólo conseguía el público menosprecio, sin vidas trazadas por los Plutarcos del crimen y sin retratos puestos en todas las Ilustraciones europeas, acaso no matara el cuitado á su víctima infeliz. Yo no digo que se lleven las restricciones á la divulgación del crimen hasta los extremos donde las lleva Portugal, quien suprimiera casi todos sus periódicos por entender son reos de lesa moral pública cuando refieren las hazañas de los anarquistas barceloneses. El derecho coercitivo no consigue fruto si están pervertidas las conciencias y las costumbres; se impone la coacción moral, nacida del consentimiento y del asentimiento de todos por su virtud y por su eficacia. El exceso de interés prestado al crimen, prospera éste; y tal exceso no puede curarlo quien escribe, sino por advertencias ó imposiciones de quien lee. Así el pobre loco parricida, para su capote habrá dicho que si le hubiera pasado por el caletre la idea de hacer bien á alguien, quizás no lo notara el mismo beneficiado, mientras pasándole por el caletre la idea de atentar á un jefe del Estado francés en la fecha gloriosa del sitio y rendición de la Bastilla, inspiraba todas las plumas, movía todos los telégrafos, animaba todas las conversaciones y se hacía célebre. Pues que goce de su fama infame toda la vida en un manicomio. Y si con él pudieran encerrarse, así el instinto de imitar lo perverso como el despotismo de la moda, iríamos ganando mucho.

III

Muchas y muy graves cuestiones se van aglomerando en Italia. El exceso de armamentos á que la triple alianza y la política colonial condenan al pueblo italiano, trae dispendios, bajo cuya pesadumbre toda economía en las funciones mercantiles é industriales se perturba, y se rompe ó desequilibra todo presupuesto, no por excesivo, por incalculable. Ha querido el ministro de la Guerra ocurrir al mal del gasto dispendioso rebajando altos puestos con plazas numerosas en el estado mayor, y la corte le ha mostrado su disgusto querellándose de que olvidara como hay dos departamentos intangibles, uno y otro cortesanos por modelarse al pensamiento del rey, los departamentos de Guerra y Estado; pues en el segundo, en extranjeros negocios, ningún ministro puede salir de la triple alianza, y en el primero, en múltiples armamentos, ninguno salir de un ejército numeroso y muy pagado, sin tropezar con regias repugnancias. Ha tropezado con ellas el general Ricotti, por lo cual ha tenido que retirarse. Y las economías no saldrán por ninguna parte, pudiendo asegurarse que si Crispi no gobierna, reina, siguiéndose por este reinado indudable toda su política. ¡Extraño fenómeno! En tiempo de la organización del reino italiano todos los jefes de grupo y de partido eran piamonteses generalmente; hoy los dos cabezas de las dos grandes fracciones, así Rudini como Crispi, son de Sicilia, isla casi griega por su antigua historia y casi española por su historia moderna, en la entrada del Mediterráneo heleno y oriental, tan próxima de Italia como de Africa, y expuesta lo mismo á estremecimientos volcánicos que á estremecimientos revolucionarios. Uno y otro siciliano han tenido que mostrar interés por Sicilia; y Rudini se ha resuelto á establecer un virreinato como el existente allá en los tiempos de nuestra dominación, con un virrey que parecerá el alma en pena de los antiguos soberanillos destrozados por el triunfo y el poder de la unidad italiana. Que no salga la federación por ninguna parte ahora en estas dificultades, pues acabaría con la nacionalidad.

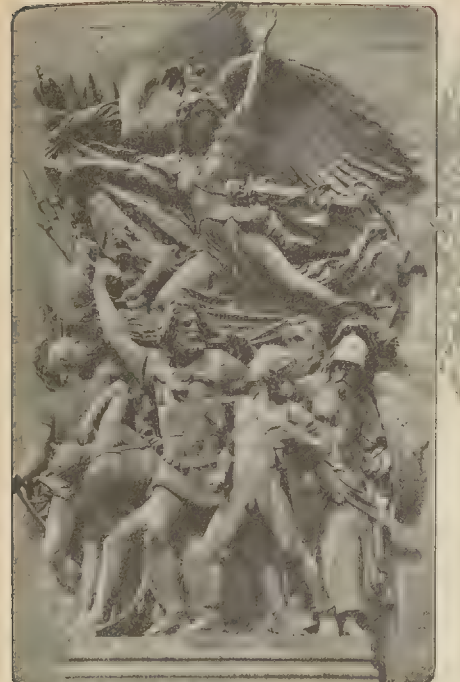
IV

Toda crónica tiene que ser por fuerza una necrología, y toda necrología tiene que pecar por fuerza de tristeza. Cosas tristes las guerras de Cuba y Abisinia, las desgracias de Italia y España, el contratiempo último en la República francesa de su digno Presidente. Y cosas no menos tristes la muerte del escritor alemán Curtius y la muerte del escritor frances Goncourt. Yo no conocí personalmente ni á uno ni á otro. Goncourt en su libro último dice que nos encontramos un día casa de Julio Simón. No lo recuerdo yo. Y añade que cambiamos los sombreros al irnos. Tampoco lo recuerdo. Desconozco, pues, cómo era su sombrero; pero mis frecuentes lecturas de sus obras hanme dado á conocer cómo era su cabeza. Por regla general el estilo y el lenguaje se hallan en Francia muy bien trabajados. Y se parecen sus escritores á los artistas florentinos del siglo decimoquinto, desiguales en genio, pero iguales en gusto, y todos con un aire á la ciudad-musa, que da gloria. Luego en arte de hacer libros y arreglarlos todos los franceses son maestros. Ni alemanes, ni sajones, ni nosotros, ni nuestros hermanos de Italia saben disponer y arreglar un libro como los vecinos de allende el Pirineo. Así Goncourt hizo libros tan bien dispuestos y los esmaltó con estilo tan sabio cual todos los franceses. Y no obstante la regularidad nacional, cometía muchas extravagancias. Por grandes y extraordinarias tengo sus preferencias del arte japonés, á un ritual sujeto como las antiguas artes hieráticas, con prototipos sin expresion y sin variedad, muy deslumbrados á causa del brillo de sus lacas, algo parecido al arte semita en esto de reproducir mejor las cosas inanimadas que las animadas, precioso como los joyeles, pero sin verdadera inspiración libre, ni verdadera vida real. El arte japonés habla mucho á los sentidos y recrea la vista. Por consecuencia debían holgarse con él escritores más dados que á expresas ideas, á expresas sensaciones. ¡Cuánto les gustaban las minucias á estos gemelos, al muerto hace diez años y al muerto ahora! Parecían los hermanos siameses de las letras. Así, ni uno ni otro pintaban al fresco en colosales paredes, uno y otro hacían acuarelas ó miniaturas. A la vista en mi estudio tengo la historia de Antonieta y el volumen sobre la sociedad francesa en el período revolucionario. Nadie supera en reproducir minucias y detalles á estos dos escritores. Mas no veían el cielo infinito y menos aún las estrellas fijas que se llaman ideas eternales. Parece imposible traten asuntos como el terror y hagan reir en todas las páginas. Parece imposible recorran un espacio de tiempo cual el período revolucionario y no vean los pensamientos magos, verdaderos ó no, que por todas partes allí relumbran ó relampaguean. Si ven alguno, pasa como un bólido. Renán decía de los Goncourts que nunca se habían podido elevar á la contemplación de un ideal superior; que lo miraban todo con microscopio, encontrando muchas fealdades ocultas á la vista serena y propia del entendimiento; que sus almas no habían penetrado en ideal ninguno. Sea de todo esto lo que fuere, una originalidad casi extravagante, una lengua fácil, un estilo galano, un mariposeo continuo sobre todas las florestas que tentaban su gusto, han caracterizado á estos dos hermanos, verdaderas curiosidades hasta en el ingenio francés.

V

Todo lo contrario Curtius; había pasado su vida en comercio perpetuo con los modelos más acabados de las letras clásicas y había en ellas aprendido la correctísima serena perfección. Su *Historia de Grecia* pasa por uno de los monumentos que ha levantado el siglo en letras y ciencias históricas. Comprender la vida griega tan varia y rica en sistema lógico encadenado perfectamente, y reproducirla en forma que no desmerezca de aquellas esculturas perfectísimas y de aquellas líneas armoniosas, ha parecido á todos un prodigio tan extraordinario que Curtius pasa como uno de los primeros en la pléyade luminosa de nuestros escritores máximos y eximios. Atenido al sistema hegeliano que le hace asunto del historiador y de la ciencia suya toda manifestación del espíritu, lo mismo encontráis en tan brillante museo una historia de las letras que una historia de las ciencias, todo enlazado con la vida social y con sus fases diversas. Mas no brillaba solamente Curtius por su erudición sistematizada en armoniosa filosofía; brillaba por sus ideas de progreso y de reforma social. Crecido bajo el imperio de las armas, no hizo caso del timbre de las victorias y se consagró á predicar la paz perpetua. Quizás el anfictionado griego le dió la idea del anfictionado europeo. Quizás, evocando aquellos congresos coronados por los laureles del arte, soñó con otros congresos coronados por todas cuantas ideas diera de sí la ciencia moderna. Lo cierto es que todo el mundo le atribuye la filosofía dulce y serena del pobre y malogrado Federico III, á quien llamaban sus contemporáneos y sus compatriotas, como á Tito, delicia del género humano. Cuanto más padecemos al gravamen de la guerra, más de prisa convertimos los ojos arrasados de lágrimas á cuantos sistemas y á cuantos pensadores han proclamado y mantenido la paz universal. Y como la guerra es fuerza, violencia, incendio, matanza, devastación, aniquilamiento, y por ende un despotismo opuesto á otro despotismo, predicando la paz, predicamos también la idea capital de nuestra vida, la santa libertad.

San Sebastián, 21 de julio de 1896.



29 de Julio de 1836

LA MARSELLESA

29 de julio de 1839

Célebre bajo relieve del *Arco de la Estrella* de París, obra de Francisco Rude

En el día 29 de julio de 1839 se inauguró el célebre arco triunfal de la Estrella. De este colosal monumento me ocuparé en la *efeméride* correspondiente. En esta que trazo ahora voy á decir algo de la prodigiosa obra escultórica de Rude, conocida por *La Marsellesa*, y que decora la parte derecha del *Arco* por su cara anterior.

Alcanzara Rude los cuarenta años de edad y gran fama en el arte de la escultura cuando le fué encomendada la ejecución del bajo relieve que decora, como acabo de decir, la parte derecha del monumento triunfal de la Estrella. Debía representar el artista, por medio alegórico, la *Marcha de los voluntarios de* 1792; y habérselas, además de las dificultades de todo género que ofrece una composición de pie forzado y del carácter de esta de que me ocupo, con sus colegas los famosos Pradier, Cortot, Lemaire y otros artistas, quienes gozaban de renombre universal. Puso Rude manos á la obra, que ejecutó en poco más de veinte meses, y desde luego convinieron artistas, arquitectos, gobierno, crítica, etc., en que el trabajo del ya laureado escultor sería una de las producciones de la escultura moderna más grandiosas.

Acertó Rude en su obra, así por lo que se refiere á la expresión del sujeto como á la expresión de la forma; y acertó á unir, como se advierte de un modo prodigioso, el realismo moderno, tal y como aún hoy – después de los distintos rumbos estéticos que al arte impulsaron en el siglo actual – lo entienden los realistas, con el espíritu y el concepto que de la forma tenía el clasicismo griego. Como puede verse en la reproducción que acompaña á este artículo, Rude supo encontrar en la figura que simboliza el genio de la guerra, la personificación del espíritu bélico y patriótico al propio tiempo, que animó á la Francia republicana para luchar contra Europa entera convertida en contra suya, así como el himno de Roger de L' Isle sintetizó en sus notas y en sus estrofas la Revolución. Y bien puede afirmarse que al célebre escultor hubo de animarle el mismo entusiasmo que animó al inmortal autor de *La Marsellesa*. Acaso Rude viera flotar sobre la nación francesa, acosada por todos los pueblos de la vieja Europa, la simbólica creación que tantos años después de la muerte del mismo Rude había de surgir en Samotracia, para revelar al mundo todo cómo cuando á los pueblos los anima el amor á la libertad y el amor á la patria, la muerte significa el tránsito para la gloria, que no perece jamás. Sí: acaso viera cómo allá en el fondo de su alma, la imaginación, á compás de cada estrofa del bélico himno de L' Isle, iba trazando los contornos de la figura que debía esculpir después y que así simboliza la guerra como la patria.

Ahí está *La Marsellesa*, ¿por qué no Francia?, empuñando su enseña con la siniestra mano y con la derecha corta y ancha espada. Ahí está, elevándose sobre esos grupos de patriotas, adolescentes unos, en la edad viril otros, algunos sexagenarios; cobijándolos bajo sus alas, animándolos con el gesto lleno de ira, terrible y grandiosa, más que grandiosa épica, con su mirada, con el ímpetu de su vuelo que parece incontrastable. Ahí está, miradla, y si os recuerda la *Victoria* alada de los romanos, y la *Palas* guerrera de los escultores helenos, es para mostraros esa personificación de uno de los más sublimes sentimientos del hombre, desde otro punto de vista, menos alto indudablemente que aquel de los clásicos, pero más humano, más dramático, más cierto, más *sentido*.

Y ese fuego sublime que anima á la figura de *La Marsellesa*, se refleja briosamente en todos los guerreros que la rodean. Todos parecen surgir de cada nota que lanza la diosa, á juzgar por la fiereza que les posee. Mirad el guerrero que ocupa el centro del grupo principal; ved su actitud enérgica; creyérase que el entusiasmo bélico agita en espasmos violentos su cuerpo; que bajo su casco se le eriza el cabello; que de su boca contraída salen gritos de guerra, que obligan á seguirle á los que le escuchan. El genio de Rude ha sabido encontrar en medio de tanto ardimiento varonil, de tanto desprecio de la muerte, una nota sublime por su delicadeza; un adolescente, casi un niño, procura inspirarse en el sentimiento que anima al guerrero, acercándose á él hasta tocarle. Vese en esta figura el contraste de las líneas delicadas del jovencillo, con las rudas y enérgicas del hombre viril; la posesión entera del alma del guerrero por el valor y la idea de la patria, y la vacilación del espíritu del niño, que todavía no tiene claro concepto de esos dos sentimientos. Por el contrario, aquel otro viejo que anima con su actitud y con su gesto al combate, parece deplorar su vejez. ¡Ah! El espíritu está pronto, mas la carne ya flaquea.

***

Unánime la crítica en diputar como una de las inmortales obras de la escultura moderna esta de Rude, sin embargo, acusa al artista del pecado de haberse inspirado en demasía en el arte de los griegos. «Más que los voluntarios de 1792 que marchan á las orillas del Rhin á defender á Francia – dice Vürger, – parece aquella multitud bélica la de los guerreros griegos marchando á defender el paso de las Termópilas, bajo la sombra protectora de *Palas*.» Para mí este juicio es exacto, á primera vista nada más. El materialismo que animó esa crítica puede y debe ser rechazado, desde el punto de vista alegórico, que es en el que Rude hubo de colocarse para esculpir el bajo relieve. Y según ese criterio de la crítica, la hermosa figura de *La Marsellesa* debía suprimirse, puesto que es un símbolo. Y una figura mítica conduciendo á la guerra á soldados con morrión ó con gorro frigio, sería tanto más ilógico cuanto más se separa la realidad en la plástica de la realidad metafísica.

Y dentro del simbolismo nos acontece lo que dentro de la Filosofía: desde Platón y Aristóteles al presente, no hemos adelantado un paso que valga la pena de olvidar ni las doctrinas platónicas ni las peripatéticas. El simbolismo en la pintura, y en la escultura muy especialmente, tiene en el griego sus modos, hasta ahora no sustituídos. Podrá la escultura moderna invadir en ciertos casos, y en honor del realismo á que le obligan nuestras costumbres y nuestros gustos, nuestro ambiente social y nuestra cultura, el terreno de su hermana la pintura; mas cuando se trata de sintetizar ó personificar un sentimiento colectivo, una idea abstracta, es menester volver los ojos á los maestros de los días de Pericles. Precisamente porque el positivismo actual sujeta toda manifestación externa del sentimiento al más estricto concepto que de la verdad poseemos hoy, cuando de lo ideal se trata, como Rude en *La Marsellesa*, es preciso ir en busca de aquellos moldes que yacen repartidos en fragmentos por las antes florecientes ciudades de Grecia.

R. Balsa de la Vega

VENIDOS A MENOS

Me había encargado mi amigo Juan que le aguardase en el café de *El Siglo* de la calle Mayor, y afortunadamente lo hacía en un cómodo diván, porque mi dichoso amigo, entretenido en no sé qué aventura, tardaba en reunírseme mucho más de lo natural y conveniente. El tiempo, por otra parte, no se me había hecho muy largo en un principio oyendo á un pianista de notable ejecución, leyendo después *La Correspondencia* y viendo las láminas de algunas Ilustraciones; pero las horas transcurrían y Juan no llegaba.

Entonces, inconscientemente y casi contra mi voluntad, fijé la atención en los vecinos de la mesa inmediata: una señora entrada en carnes y en años, que había consumido un café con media de abajo; una joven sentimental que estaba dando fin á un sorbete de mantecado, y dos individuos del sexo fuerte que, después de tomar unas copitas, sostenían animada plática.

– Y ¿cómo vamos de pretensiones, mi señora doña Andrea?, decía uno de los últimos á la jamona.

– Como aquí no hay justicia ni cosa que se le parezca, mal, muy mal. Tengo ahora mi expediente en el consejo de Estado.

– Pues el asunto, según usted nos ha dicho, es bien claro. ¿No fué su difunto esposo comisario de guerra?

– Cierto que sí; ¡pero en esas oficinas son lo más inconvenientes... y tienen unas pretensiones!.. ¡Pues no quieren que presente la partida de matrimonio, cuando les consta, ó debe constarles, que los carlistas de la partida de Palillos quemaron el archivo parroquial de Valletriste, donde nos casamos? Como una ha venido tan á menos, nadie le guarda las consideraciones debidas... Y no les digo más á ustedes, aunque bien pudiera hacerlo, porque hay cosas que una muchacha soltera como Virtuditas no debe escuchar.

– Por eso no lo deje usted, doña Andrea, dijo la aludida; que yo misma, en mis pretensiones á la plaza de maestra, he tenido que sufrir no poco. Y es que, como usted ha dicho muy bien, conocen que hemos venido á menos y todos se creen con derecho á faltarnos. Otra cosa sería si viviera mi padre el banquero.

– Hay que resignarse, señoras, objetó uno de los contertulios. Cuando yo era tesorero de Hacienda en Zamora, todo el mundo se me quitaba el sombrero; y ahora que llevo diez años de cesantía, nadie me saluda ni quiere conocerme.

– ¿Tesorero de Hacienda?.. Tendrá usted cesantía.

– No la tengo, por haber entrado á servir al Estado en enero de 1846 y ser aquel privilegio para los que entraron antes de 1845. Si no fuera por mis administraciones ignoro cómo podría vivir.

– Pues, hombre, como yo, dijo el otro de los contertulios: yo no pude sacar el título de marqués que tuvo mi padre por la ruina de la casa; no soy admi-

nistrador de nada ni de nadie, y vivo, sin embargo, tan ricamente.

– ¡Ya! Peró usted, dijo la jamona, tiene ventajas físicas que no todos poseen.

– Pero qué, señora, ¿usted cree, como otros, que entre mi patrona doña Casta y yo hay algo más que una buena amistad y un mutuo cambio de servicios?

– No, yo no digo nada; pero, ya ve usted, todos en el mundo tenemos que hacer algo. Yo, viuda de un comisario, necesito tener un caballero estable que me pague el cuarto, y otros, aunque sean menos estables, que me ayuden á la compra. Virtuditas, hija de un banquero, necesita ser ama de llaves de un cura ecónomo; y D. Luis, tesorero de Hacienda cesante, tiene que administrar varias casas de las Peñuelas, para ir saliendo adelante.

– Es que nosotros, los de la rancia nobleza española, siempre tenemos algo, aunque hayamos venido muy á menos. Ya ve usted, el mes pasado vendí yo unos pergaminos de D. Enrique III al Archivo histórico nacional, y me valieron muy buen dinero... Eran unos títulos de nobleza, por haber ayudado uno de mis abuelos á aquel rey en un difícil momento histórico.

– ¿En alguna batalla?, preguntó Virtuditas.

– No, señora, en algo más difícil. Ya saben ustedes que aquel monarca, llamado *el Doliente*, tuvo que empeñar una noche su gabán para cenar.

– Es verdad: lo he leído en una novela.

– Pues mi abuelo fué precisamente el prestamista que se lo tomó. Y aún me quedan otros documentos muy curiosos. ¿Ustedes saben paleografía?

– No, señor.

– Pues he de traerlos una noche para que los lean ustedes.

– Y diga usted que entiende de esas cosas, preguntó doña Andrea, ¿me darán algo por un retrato que tengo yo de Felipe II?

– Según de qué pintor sea.

– No: es una fotografía directa.

– ¿Una fotografía de Felipe II?

– Sí: me la dió uno de mis huéspedes, que se marchó debiéndome un mes. Él la tenía en gran estimación y me suplicó mucho que no la enajenase más que en un caso extremo, porque esperaba mejorar de fortuna y recuperarla.

– Lo que á mí me parece, observó el ex funcionario de Hacienda, es que el tal huésped debe ser pájaro de cuenta, porque la fotografía es cosa que todos hemos visto nacer y Felipe II es de mucho antes acaso del siglo último.

– ¡Pero ese mozo no viene!, dijo doña Andrea. Hace media hora que le pedí una botella de agua.

– ¿La tercera ó la cuarta?

– Si ustedes no se la bebieran, algo más me duraría. De todas maneras es una falta de galantería del camarero, porque aquí no se le debe nada, y yo tengo muy buen cuidado de pagar todos mis atrasos en cuanto alguno de mis huéspedes me abona la mensualidad. Vean ustedes en cambio con qué apresuramiento sirve á esa parroquiana del sombrero de plumas, porque sabe que siempre cae algún incauto que le paga el consumo. Y no hay que darle vueltas, es que, como he dicho tantas veces, no hay nada peor que venir á menos.

Y mis vecinos siguieron discutiendo acaloradamente la tardanza del camarero en llevar el agua; si ponía buena ó mala cara al que no hacía consumo, ó se negaba á servir á alguno de los parroquianos por ser su paga algo menos que problemática, mientras yo reflexionaba mentalmente que es, en efecto, triste cosa venir á menos, como había ocurrido á todos mis vecinos.

Y en estas consideraciones me hallaba engolfado, compadeciendo muy de veras á aquellos desgraciados, cuando me sacó de mi abstracción la llegada de mi amigo Juan, que también debía serlo de mis vecinos, pues al tiempo de sentarse dijo á uno de ellos:

– ¡Adiós, Marqués!

– Oye, le pregunté; pero ese individuo ¿es positivamente marqués?

– Sí, desde que nació.

– ¿Había muerto ya su padre?

– Qué disparates dices..., es Marqués de apellido.

– Oye ¿y esa señora viuda?

– ¿Cuál?

– La que está en su mesa... Una señora que ha venido a menos.

– ¿A menos? Pues si fué criada de un militar, y ahora es ama de algunos paisanos.

– ¡Pues si está gestionando su viudedad!

– Por consejo de un abogado trapisondista, que trata de utilizar la quema de un archivo.

– La joven que la acompaña ¿es algo suyo?

– No: son amigas de café.

– También ha venido á menos... Es hija de un banquero.

– ¡Ah! ¿Tú conociste al padre?.. Tallaba de cabecera en la tasca de *El Tuerto*.

– Y ahora acompaña á un sacerdote...

– Ya ves qué manera de acompañarle... El pobre señor se habrá acostado á las ocho, y ella, después de estar aquí un par de horas, se irá á pasar otras tres ó cuatro en compañía de varias señoras aficionadas á tirar de la oreja á Jorge.

– ¿Y ese otro?.. Ese de las patillas..., un jefe de Hacienda.

– Comisionado de apremios: no ha podido pasar de ahí.

– Tu amigo Marqués ¿de qué vive?

– Está en una casa de huéspedes, en clase de... hombre.

– ¿Cómo en clase de hombre?

– Muy sencillo; porque la patrona, doña Casta, se lamentaba siempre de que por ser mujer todos se burlaban de ella y nadie la pagaba, y él entonces le ofreció sus servicios... en clase de hombre.

– Pues, á oir á todos ellos, son príncipes destronados, venidos á menos, según su propia frase.

– Dime... y tú ¿cómo estás tan bien relacionado?

Mi amigo Juan dió una carcajada y contestó:

– Porque he vivido algunos meses en las casas de doña Andrea y de doña Casta; habiendo conocido en la primera al comisionado de apremios y en la segunda á Marqués.

– Y á la joven ¿la conoces también?

– Algo..., no mucho..., lo bastante para poder asegurar que no merece el nombre de Virtudes que lleva ..

M. Ossorio y Bernard

LA PRIMERA BANDERA ARGENTINA

(Véase el grabado de la página siguiente)

Uno de los episodios más interesantes de la historia de la independencia argentina es sin duda alguna el que reproduce nuestro grabado de la página 517, copia de un cuadro pintado por el artista catalán don Pedro Blanqué, residente en Rosario de Santa Fe desde hace muchos años.

La mejor descripción de aquel suceso y al propio tiempo la mejor explicación de la obra del Sr. Blanqué, la encontramos hecha en la *Historia de Belgrano*, de D. Bartolomé Mitre, el cual, después de ocuparse de la distribución entre las tropas de la escarapela nacional decretada por el gobierno, escribe los siguientes párrafos refiriéndose á Belgrano:

«En posesión de la escarapela, asumió sobre sí la seria responsabilidad de enarbolar una nueva bandera, en momentos en que flameaba el pabellón español en la Fortaleza de Buenos Aires. En vísperas de guarnecer las dos baterías, ofició al gobierno en estos términos: «Las banderas de nuestros enemigos son las que hasta ahora hemos usado; pero ya que V. E. ha determinado la Escarapela Nacional con que nos distinguiremos de ellos y de todas las naciones, me atrevo á decir á V. E. que también se distinguieran aquéllas y que en estas baterías no se viese tremolar sino las que V. E. designe. Abajo, excelentísimo señor, esas señales exteriores que para nada nos han servido, y con que parece que aún no hemos roto las cadenas de la esclavitud.»

»El día 27 era el señalado para inaugurar las baterías, á las cuales había bautizado con dos nombres simbólicos, que traducían las aspiraciones de su alma. Batería de la *Libertad* llamó á la de la barranca, y de la *Independencia* á la de la isla. Deseando coronarlas con un pabellón digno de estos nombres, que representaban dos grandes ideas, resolvió enarbolar resueltamente en ellas el estandarte revolucionario, á cuya sombra debía conquistarse una y otra. En consecuencia, escribió con aquella fecha al gobierno: «Siendo preciso enarbolar bandera, y no teniéndola, mandéla hacer blanca y celeste, conforme á los colores de la escarapela nacional. Espero que sea de la aprobación de V. E.»

»En la tarde del día indicado se formó la división en batalla sobre la barranca del río, en presencia del vecindario, congregado por orden del comandante militar. A su frente se extendían las islas floridas del Paraná, que limitaban el horizonte; á sus pies se deslizaban las corrientes del inmenso río, sobre cuya superficie se reflejaban las nubes blancas en fondo azul de un cielo de verano, y el sol, que se inclinaba al ocaso, iluminaba con sus rayos oblicuos aquel paisaje lleno de grandiosa majestad. En aquel momento, Belgrano, que recorría la línea á caballo, mandó formar cuadro, y levantando la espada, dirigió á sus tropas estas palabras: «Soldados de la Patria: En este punto hemos tenido la gloria de vestir la escarapela nacional: en aquél (señalando la batería Independencia) nuestras armas aumentarán sus glorias. Juremos vencer á nuestros enemigos interiores y exteriores, y la América del Sud será el templo de la Independencia y de la Libertad. En fe de que así lo juráis, decid conmigo *¡Viva la patria!*» Los soldados contestaron con un prolongado *¡Viva!*, y dirigiéndose en seguida á un oficial que estaba á la cabeza de un piquete, le dijo: «Señor capitán y tropa destinada por la primera vez á la batería Independencia: id, posesionaos de ella, y cumplid el juramento que acabáis de hacer.» Las tropas ocuparon sus puestos de combate. Eran las seis y media de la tarde, y en aquel momento se enarboló en ambas baterías la bandera azul y blanca, reflejo del hermoso cielo de la patria, y su ascensión fué saludada con una salva de artillería. Así se inauguró la bandera argentina »

. . . .

El Sr. Blanqué, que ha sabido trasladar al lienzo esta escena con toda la poesía y el vigor que el asunto entraña, ha querido que en su cuadro al lado de las grandes emociones haya la nota del sentimiento tierno, que un notable escritor argentino, D. Gabriel Carrasco, describe en los siguientes términos: «Una humilde mujer del pueblo, envuelta en largo chal y de suelta y negruzca cabellera, apoya la diestra mano sobre el hombro de su hijo, zagal próximo á la adolescencia, y mientras con la izquierda le indica la bandera, pronuncia cerca de su oído patrióticas palabras. El niño, varonilmente bello, contempla la bandera con rostro meditabundo, mientras sostiene con ambas manos su pobre sombrero decorado con una cinta de los nuevos colores nacionales: ¿qué piensa?

»Contrasta con esta actitud contemplativa la enérgica manifestación de entusiasmo del gaucho que está á su lado; éste empuña fuertemente el cañón de su carabina, levanta su diestra, y prorrumpe en ruidosos vivas y revela en su mirada todo el ardor de sus sentimientos »

. . . .

»Así el espectador, volviendo alternativamente su mirada de la arrogante figura de Belgrano al entusiasmado grupo que le rodea y de éste hacia las tropas que se destacan en el fondo y al luminoso marco de cielo, tierra y agua que lo complementan, se da una clara idea de lo que debió ser el bellísimo episodio que contemplaron nuestros padres cuando el 27 de febrero de 1812 Belgrano enarboló por vez primera la bandera nacional en las baterías del Rosario.»

¿Qué hemos de añadir por nuestra parte á lo dicho por quien ha podido contemplar de cerca el cuadro y sentirlo como deben sentirse estos asuntos que representan un momento solemne en la historia de un pueblo? El cuadro del Sr. Blanqué ha merecido de la prensa de Rosario y de cuantos lo han visto los más entusiastas elogios, y no falta quien proponga que sea adquirido, en cumplimiento de un deber nacional, por el municipio de aquella ciudad, cuyo palacio se levanta cerca del sitio en que tuvo lugar el acontecimiento en que está inspirado.

De todas veras felicitamos á nuestro paisano y hacemos votos por que el mejor éxito le acompañe siempre en la carrera emprendida. – X.

A OCHO DÍAS VISTA

I

León soltó la paleta y los pinceles, retrocedió algunos pasos ante el anchuroso lienzo, y á la graduada luz que perpendicularmente recibía, clavó sus ojos en el cuadro que acababa de pintar.

De pronto, como acometido de súbita idea, volviendo á coger el pincel, distribuyó aquí y allá, con ardorosa mano, algunas manchas de color.

– ¡Eso es, ya está terminado!, dijo luego, retrocediendo otra vez y contemplando nuevamente la terminada obra, un cuadro de historia cuyo tamaño y figuras en él representadas suponían un derroche de material, de talento y de paciencia.

En seguida dejóse caer, fatigado, en un sillón de grietada vaqueta y paseó una melancólica mirada por el estudio, un zaquizamí de artista pobre y desconocido.

– ¡Es mi última carta!, murmuró. Si no triunfo esta vez, en la próxima exposición..., ¡Dios mío!, ¿qué va á ser de mí?..

Dos discretos golpecitos, suavemente aplicados á la puerta del estudio, hicieron estremecer al artista abismado en sus tristes reflexiones.

– ¿Se puede, señorito?, preguntó detrás de la puerta una cascada voz.



LA PRIMERA BANDERA ARGENTINA, presentada al ejército revolucionario por el general Belgrano el 27 de febrero de 1812,

cuadro pintado en Buenos Aires por Pedro Blanqué. (Véase el artículo.)

– Adelante, Micaela.

Oyóse el chirrido de unos goznes, y una viejecita pálida y arrugada entró en la pieza.

– ¿Qué se ofrece?

– Son ya cerca de las doce, y si el señorito quiere almorzar hoy...

– Sí quiero.

– Es que... como se me acabaron las siete pesetas del otro día, no he ido á la compra esta mañana.

– No importa; avisa en el café de enfrente que me traigan una tortilla con jamón y media botella de vino.

Y como la anciana permaneciese inmóvil en su sitio, repuso el artista:

– ¡Ah!, ya caigo, pobre Micaela, no tienes un céntimo... ¡Toma!

León hundió el pulgar y el índice en el bolsillo del chaleco y palideció como un cadáver.

– No me acordaba, pudo balbucir, he gastado en materiales y modelos más de lo que poseía, y tampoco yo tengo dinero.

Y permaneció á su vez inmóvil de tal suerte que, á vestir el traje de la época, hubiera podido pasar por una figura arrancada del cuadro que á su espalda se veía.

– No se apure el señorito: conozco á un camarero del café, el cual nos fiará... ¡Virgen, qué cabeza la mía! Esta carta han traído para usted.

Y la anciana, después de sacar de su bolsillo la misiva y entregársela al pintor, desapareció por donde viniera.

León, pensativo, rompió maquinalmente el sobre; pero animándose de pronto, dijo para sí:

– ¡Calle, una letrita! Viene como anillo al dedo. Dios aprieta, pero no ahoga..., ¡qué verdad es! Una primera de cambio á ocho días vista... ¡Ah, ocho días aún! No perdamos tiempo; vamos á almorzar, si es que nos fían, y en seguida á procurar la aceptación.

Dicho esto, abandonó el estudio, no sin antes arrojar una mirada triste y cariñosa sobre el cuadro en el mismo ejecutado.

II

En el piso tercero de una destartalada y vieja casa situada en un barrio extremo de Madrid, un hombre como de cuarenta y pico de años y un niño que á lo sumo contaría diez ó doce, sentado el primero y en pie el segundo junto á una desvencijada mesa, examinaban algunas cuentas ó facturas en varios papeles contenidas. Ambos ofrecían el aspecto enfermizo y melancólico que las privaciones y fatigas suelen imprimir en quien las sufre. La escasez y el deterioro de los muebles, la tosquedad mugrienta de las paredes, la desnudez del suelo, cuyos ladrillos eran ordinarios y se meneaban al pisarlos, todo respiraba en torno una indigencia abrumadora. A un lado de la habitación, que era bastante capaz y con dos balcones á la calle, pues se había habilitado la sala para despacho y almacén, veíase un miserable mostrador tras el cual se alzaba hasta el techo una estrecha anaquelería conteniendo algunas piezas de paño de diferentes dibujos y colores. En el extremo opuesto al mostrador entreabríase una puerta de cristales sin visillos, á favor de la cual podía descubrirse parte de un pequeño gabinete con alcoba, donde se aposentaban en montón los numerosos individuos de aquella familia desgraciada.

No lejos de la mesa en que el hombre y el niño trabajaban, hallábanse entregados á sus juegos infantiles, alborotando y arrastrándose por los ladrillos, sin hacer caso de las frecuentes advertencias del primero, cuatro desarrapados rapazuelos de ambos sexos, de los cuales el mayor no contaría nueve años.

– Basta, Perico, dijo de repente el hombre, hemos concluído y lo celebro, porque me estaban ya aturdiendo esos diablillos.

Y mientras dirigíase el aludido á aumentar la zambra por sus hermanitos promovida, el padre, pues tal era, de codos en la mesa, murmuró tristemente pensativo:

– ¡Diez y siete pesetas en caja y á pagar cincuenta y tres! ¿De dónde saco yo las otras treinta y seis?.. Dispongo, por fortuna, de ocho días y en este plazo Dios dirá.

– ¿Queréis callaros, malditos? Vuestra hermanita enferma está durmiendo y la vais á despertar.

Siguió á estas palabras un movimiento de retirada de los rapaces, quienes agrupados en un rincón del almacén, comenzaron á cuchichear con tal viveza que remedaba su conversación el murmurio de la brisa entre el ramaje.

Era la que acababa de hablar una mujer de unos treinta y cinco años, alta y delgada, hermosa todavía á pesar de lo derrotado de su traje y del consabido aspecto enfermizo y melancólico por las privaciones y fatigas impreso en su semblante. Procedente de la alcoba y dando el pecho á un rorro de seis meses, fué á ocupar la silla que poco antes abandonara Perico, situada al lado opuesto de la mesa junto á la cual se hallaba sentado su esposo.

– Y bien, Nicolás, le dijo, parece que estás triste.

– ¿Cómo sigue nuestra hija?, preguntó él, eludiendo la respuesta.

– Mejor, á Dios gracias, acaba de dormirse.

– ¿Será la difteria, crees tú?

– Nada puede pronosticarse todavía; ni el mismo médico se ha atrevido á asegurarlo... Pero estás preocupado..., ¿qué te pasa?

– Mujer, lo de la niña...

– Algo más te aflige... ¡Dímelo!

– Pues bien, D. Pedro Crespo, el fabricante de paños de Alcoy, nos ha girado el pequeño saldo de su cuenta.

– ¿Importa mucho?

– Cincuenta y tres pesetas.

– ¿Y no las tienes en caja?

– Me faltan treinta y seis.

– ¡Dios mío!

– Como los tiempos están tan malos y no se vende un metro de género...

– ¿Ves? ¡Lo que yo digo! Si alquiláramos una tienda... Aquí arriba nadie se entera ni se toma la molestia de subir.

– Mujer, una tienda, dado caso que se encuentre, supone muchos gastos y nosotros estamos siempre con el agua al cuello.

– Sin embargo...

– ¿No es bastante reclamo, di, el rótulo que tengo puesto en el balcón? Además, ¿no hago frecuentes viajes á los pueblos comarcanos? ¿No me desgañito un día y otro por esas calles de Dios, con el lío á cuestas y vociferando la mercancía? Desengáñate, Ramona, lo difícil de las circunstancias y la escasez del beneficio causan únicamente nuestro apuro.

– Y... ¿qué piensas hacer con la letrita cuando te la presenten?

– Aceptarla.

– ¡Aceptarla! Yo pediría un nuevo plazo al fabricante.

– ¡Imposible! El negocio es el negocio y hemos abusado ya de nuestro crédito.

– ¿Sabes á lo que te expones firmando un compromiso que tal vez cumplir no puedas?

– La letra es á ocho días vista: tengo tiempo, haré un esfuerzo y Dios dirá.

– ¡Y yo que iba á pedirte!

– ¿Qué?

– El médico ha recetado á la niña... Siete pesetas importa la receta.

– Con tal que cure á nuestra hija... ¡Toma!

El desgraciado padre exhaló un suspiro, y abriendo un cajón de la desvencijada mesa, entregó con mano temblorosa á su mujer la referida cantidad.

– ¡Pobre Nicolás mío!, dijo ella. No te quedan más que dos duros para el pago de la letra. En cuanto á la cena de hoy...

– No te dé cuidado; sabes que me basta una friolera.

En aquel momento sonó la campanilla.

Los ojos de la pobre madre se agrandaron como esperando á un comprador.

– Perico, llaman; anda á ver quién es, ordenó al mayorcito, quien después de auxiliar á su padre en el trabajo, seguía charlando con sus hermanitos.

Transcurridos breves instantes, León, el joven y mísero pintor á quien hemos visto terminar su cuadro, apareció en la estancia.

Paseó, después de saludar con embarazo, una tímida mirada en torno suyo, y al ver el miserable aspecto de la sala, la escasez de muebles y de género, el aire abatido y enfermizo de los circunstantes, oprimiósele el corazón de lástima, temiendo al mismo tiempo que no fuese aceptada la letra que traía.

Alargósela, no obstante, á Nicolás, quien la tomó, examinóla y murmurando un *es conforme*, firmó el *acepto* y devolvióscela al pintor.

Hubo un momento de silencio durante el cual aquellos dos hombres se miraron. Nicolás estaba pálido, León vestía un traje de elegante corte, pero raído y un si es no es mugriento. Como si presintiera cada cual las penalidades que al otro combatían, una repentina corriente de simpatía establecióse entre los dos, y el mercader dijo al artista:

– ¿Por qué no se sienta usted un momento? Está esto tan alto y apartado..

– Muchas gracias, no puedo detenerme, respondió León con amable sonrisa.

Y como acto continuo se dirigiese hacia la puerta, Nicolás, so pretexto de que aquél no conocía la casa, salió á hacerle los honores.

Al volver de despedir al joven en la escalera, encontró á sus hijos llorosos, asustados, mirando hacia la alcoba. Precipitóse en ella como el rayo, y mientras el niño á quien Ramona diese de mamar lloraba y perneaba en su cunita, vió á su mujer sollozando junto al lecho de la pequeña enferma que, ya despierta, se ahogaba.

– ¡Qué cruda, dijo entonces Nicolás en ademán desesperado, qué cruda es la batalla de la vida!.. ¡Dios mío, ten piedad de nosotros!

III

Ocho días después, casi á la misma hora, el pobre negociante se hallaba sentado á su mesa de despacho, más pálido que nunca.

Aquella semana había sido de prueba para él. Después de recorrer no sólo las calles de la villa sino los pueblos circunvecinos pregonando su mercancía, con la redoblada angustia de no vender lo necesario y el doloroso recuerdo de su hija á quien asesinaba la difteria, habíase encontrado aquella mañana, al regresar, con otro niño pequeño al cual la traidora y contagiosa enfermedad acababa de invadir.

Apresuróse, en vista de ello, á mandar á todos sus hijos sanos á la calle, acompañados de Perico, el mayorcito, y mientras su mujer cuidaba en la alcoba de los dos enfermos, devanábase él los sesos en busca de un remedio á tantos males.

Todo el género depositado en los anaqueles había desaparecido, no en pos de los compradores sino de los prestamistas, empeñado de cualquier modo con objeto de hacer frente á los enormes gastos de aquellos días.

Nicolás, harto de cavilar inútilmente, levantóse y entró á ver á los enfermitos, encontrando casi exánime á la niña, y al niño presa de un terrible calentura y sacudido por una tos que estremecía.

– ¿Cómo están?, preguntó á su mujer.

– Ya lo ves, le respondió Ramona cuyas lágrimas cayeron sobre el pequeñín que estaba mamando.

– ¿Ha venido el médico?

– Esta mañana, antes que tú.

– ¿Ha recetado?..

– Sí, pero la botica cuesta un dineral y ya no queda una pieza que vender ni que empeñar..

– ¡Dios mío! ¿Qué hacemos entonces?

– Si tú quisieras...

– ¡Calla, Ramona, calla! ¡La honra antes que la vida!

Iba la desgraciada madre á replicar cuando sonó la campanilla.

Nicolás fué á abrir y entró luego en el despacho seguido de León.

También la semana había sido de prueba para el artista. Con el agua al cuello, también él, y agotados todos los recursos, la letrita que venía á cobrar, importe de un antiguo crédito, era su única esperanza.

– Vendrá usted cansado, siéntese usted, le dijo tristemente Nicolás.

El pintor se dejó caer sobre la única silla de enea que quedaba en el despacho.

Semejante invitación, el aire abatido y la lentitud con que se movía el mercader, hiciéronle augurar para el anhelado cobro un triste desenlace.

Pero Nicolás abrió con trémula mano un cajón de la mesa, y alargando un puñado de plata á León, dijo tomando la letra que éste le tendía.

– Cincuenta y tres pesetas. Vea usted si están cabales.

– Muchas gracias, ¡eso es!, contestó el artista guardando en un bolsillo, después de contarla en monedas diferentes, la mencionada cantidad.

En seguida echó en torno una mirada maquinal, y allá, en el umbral de la puerta vidriera de la alcoba, hecha un mar de lágrimas, muda, pálida, rígida como la estatua de la desolación, vió á Ramona con el rorro al pecho.

– ¿Tienen ustedes muchos hijos?, preguntó, estremeciéndose.

– Siete, contestó lacónicamente el negociante.

– Si al menos todos estuvieran buenos, si los negocios...

Un sollozo convulsivo embargó la voz de la desventurada madre que no pudo concluir.

En la alcoba sonaron al mismo tiempo golpes de horripilante tos y algo parecido al estertor de un moribundo.

León, confuso y estremecido, murmuró algunas palabras incoherentes de consuelo y despedida, y se dispuso á abandonar la habitación.

Nicolás, como en la visita anterior, quiso acompañarle; pero las fuerzas le faltaron y volvió á caer sobre su asiento.

– ¡Mis hijos se mueren..., Virgen Santa! ¡Si tuviera al menos con qué comprar la medicina!.., sollozó la mujer, precipitándose de nuevo hacia la alcoba.

–¡Dios justo, Dios misericordioso, ten piedad de esas inocentes criaturas!, exclamó Nicolás en el colmo de la angustia.

No bien hubo proferido estas palabras, vió á León, que ya estaba en el pasillo, retroceder precipitadamente hacia el despacho, arrojando sobre la mesa el importe de la letra y profiriendo:

–Tome usted, ya cobraré otro día.

–Pero...

–Mi buena salud me permite esperar...

–Al menos recoja usted la letra, replicó el negociante, estupefacto.

–Es igual, tengo completa confianza en su honradez.

Y León, sin tomar el documento que le alargaba el mercader, precipitóse de nuevo hacia el pasillo.

Nicolás, loco de gratitud y de sorpresa, lanzóse tras él y le alcanzó al acabar de abrir la puerta.

–Siquiera, le dijo, tome usted á cuenta un par de duros.

El artista vaciló un momento.

–No, ni un céntimo, contestó al fin, bajando á saltos la escalera.

. . . .

León se acostó sin cenar aquella noche; pero había girado á Dios una letra espiritual de gran valor, y como Dios es un banquero infinitamente rico, que da ciento por uno, ocho días después el cuadro de nuestro pintor hacía en la exposición las delicias de los inteligentes, indicábasele para el premio de honor y era adquirido por el Estado mediante una importante suma que percibió León.

En cuanto á los hijos de Nicolás, gracias al cielo y á las medicinas adquiridas con el dinero de León, fueron de los pocos á quienes perdona la difteria.

El afortunado padre, cuyos negocios más tarde mejoraron, no sólo satisfizo al fin su deuda, sino que encima regaló á su acreedor, en señal de gratitud, un corte de pantalón que con noble orgullo viste aún el laureado artista.

JUAN TOMÁS SALVANY



Caín, escultura de R. Roscoe Mullins, presentada en la Exposición de la Real Academia de Londres (de fotografía)

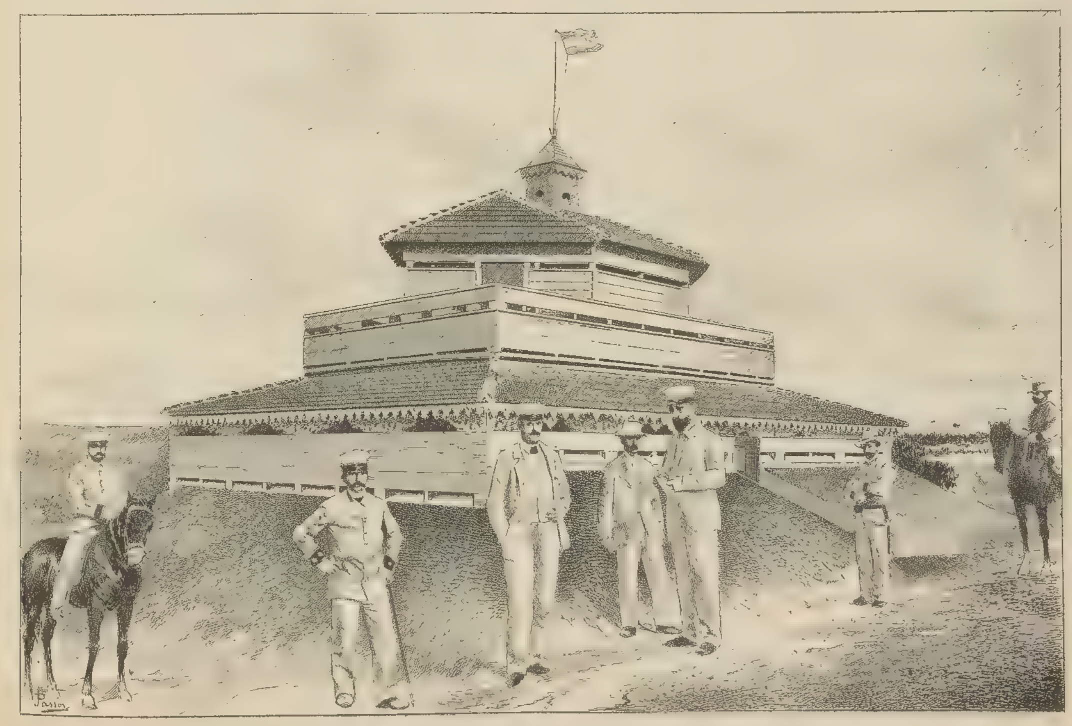
NUESTROS GRABADOS

Caín, escultura de R. Roscoe Mullins. – Ha exhibido su autor esta hermosa obra del arte escultórico en la exposición que actualmente celebra la Academia Real de Londres, donde llama la atención, tanto por la corrección del modelado, cuanto por el modo de tratar la figura del fratricida. En efecto, no nos presenta en ella, como es costumbre al representar á Caín, al hombre ceñudo, irascible y envidioso, sino al asesino arrepentido, avergonzado, que inclina la cabeza y oculta su rostro al oir las severas palabras de Dios: «¡Caín, Caín! ¿Qué hiciste de tu hermano Abel?» Tampoco lo representa en la figura de un hombre robusto, en la fuerza de la edad, sino en la del adolescente que, menos reflexivo, es más asequible á la envidia y más propenso á sus funestas consecuencias. Por estas razones, la estatua de Roscoe llama con justicia la atención en el mencionado certamen.

La guerra de Cuba. – El cuerpo de ingenieros militares ha tenido durante la actual campaña ocasiones frecuentes de demostrar lo mucho que vale, construyendo multitud de obras de defensa, que han sido admiradas por cuantos las han visto. En números anteriores hemos reproducido algunos de los fuertes por ellos edificados, y en el de hoy publicamos la vista del llamado fuerte Bazán, que se levanta en el camino de las Bocas, en la provincia de Santa Clara: ha sido proyectado y dirigido por el comandante de ingenieros D. Ramón Tort, el cual ha sabido armonizar las exigencias técnicas con una elegancia y un gusto que acreditan en su autor por un lado un conocimiento perfecto en materia de construcciones militares y por otro un sentimiento artístico.

En este número publicamos también el retrato del bizarro general Sr. Hernández Ferrer, que se han servido remitirnos los fotógrafos Sres. Otero y Colominas, de la Habana: el general Hernández Ferrer, recientemente ascendido al grado que hoy tiene, mandaba como coronel el regimiento de Luchana, al frente del cual tuvo continuos encuentros con los insurrectos y batió repetidas veces á las partidas de Collazo, Aceo y Masó, haciéndolas sufrir grandes derrotas é incesantes persecuciones. Su nombre es de los que con más frecuencia ha figurado en los partes oficiales, y su ascenso, firmado á mediados de mayo último, es justa recompensa de su brillante comportamiento.

Asimismo reproducimos el retrato de Mr. Fitzhug Lee, nuevo cónsul general de los Estados Unidos en la Habana: militar y político distinguido, su nombramiento para ese importan-



LA GUERRA DE CUBA. – FUERTE «BAZÁN» EN EL CAMINO DE LAS BOCAS, SOBRE EL RÍO CUBANICAY (SANTA CLARA) proyectado y dirigido por el comandante de ingenieros D. Ramón Fort





MADONNA, cuadro de N. Barabino, grabado por Boñg

te cargo demuestra la alta estima en que le tiene el gobierno de su país y la confianza que merece al presidente de la República norteamericana, el cual, según parece, no sólo le ha enviado con la misión oficial aneja á aquel alto puesto, sino que le ha recomendado le entere minuciosa y confidencialmente del curso de la guerra y de cuanto hagan las fuerzas españolas y las partidas rebeldes, á fin de poder conocer con toda seguridad el carácter y el curso de aquella lucha.



GUERRA DE CUBA. – El general Sr. Hernández Ferrer
(de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

La temporada de los ricos, cuadro de Adolfo Ménzel. – Varias veces, y muy especialmente en el número 734, nos hemos ocupado de las obras del ilustre maestro alemán, á quien con razón se considera como una de las más grandes figuras artísticas del presente siglo. No hemos, por consiguiente, de repetir lo que en otras ocasiones dijimos, y mucho menos tratándose de una personalidad como la de Ménzel, cuyas obras universalmente conocidas y admiradas no necesitan ser encomiadas. La que en el presente número reproducimos es uno de los recuerdos de viaje que en tan crecido número han brotado del lápiz y del pincel del artista, y acerca de lo que representa y de lo que vale nada diremos, porque lo uno lo explica suficientemente el título y lo otro lo acredita la firma de su autor.

El cardenal Cascajares. – El Emmo. Sr. D. Antonio María Cascajares y Azara, nacido en Aragón en 1834, fué en su juventud oficial de artillería. Pronto, empero, abandonó la carrera de las armas para abrazar el estado eclesiástico, alcanzando en poco tiempo los más altos puestos en la jerarquía de la Iglesia: fué sucesivamente obispo de Ciudad Rodrigo y de Calahorra y en la actualidad se halla al frente de la archidiócesis de Valladolid. Su elevación á la dignidad de purpurado ha sido justo premio á su ciencia y á sus virtudes y una prueba más del especial afecto que S. S. el Papa León XIII profesa á la nación española.



EL CARDENAL CASCAJARES

Madonna, cuadro de N. Barabino. – Barabino, que falleció en 1891, fué uno de los más geniales artistas de la escuela italiana moderna y quizás el que con mayor éxito ha cultivado la pintura monumental. Cuando, poco antes de su muerte, llevó á la Exposición de Berlín la *Madonna* que nuestro grabado reproduce, su nombre se pronunció entre las más calurosas alabanzas. Este lienzo, cuyas grandes dimensiones no perjudican en lo más mínimo á las delicadezas de ejecución, tiene el encanto de todo lo divino, de lo ideal: para aumentar la impresión que en el ánimo produce no ha apelado su autor á recursos artificiales; la emoción nace de la sencillez misma con que las preciosas figuras de la Virgen y del Niño están concebidas y trazadas. Barabino dió desde muy niño muestras de gran disposición para el dibujo; pero á pesar de ello hubiera sido sastre, como su padre, si un parroquiano de éste, el general Marabotto, no hubiera logrado vencer la resistencia paterna á que el chico entrase en la Academia de Génova. En aquel centro docente hizo el joven Barabino sorprendentes progresos y se conquistó rápidamente el afecto de su director. A la edad de 17 años terminó su primera obra de importancia, una Virgen del Rosario que mereció entusiastas elogios. Desde entonces la carrera del artista fué una serie de triunfos.

Teodoro Delyannis. – El ilustre hombre de Estado que ocupa la presidencia del Consejo de ministros de Grecia comenzó su carrera de un modo muy humilde, pues habiendo muerto su padre siendo él muy joven y no habiéndole dejado otra herencia que el cuidado de una numerosa familia, consiguió á fuerza de trabajo y de privaciones, no sólo seguir sus estudios en la Universidad de Atenas, sino además dar educación á sus hermanos menores. En 1867 fué enviado por el gobierno griego á París, y al regresar tres años después á su patria entró de lleno en la política, afiliándose en el partido que acaudillaba Comoundouros, y en 1877 entró á formar parte del gabinete de notables que se organizó para hacer frente á la crisis producida por la guerra turco-rusa. A la caída de aquel ministerio fué ministro de Negocios Extranjeros en el presidido por Comoundouros y tuvo la representación de Grecia en el Congreso de Berlín, habiendo demostrado entonces tanta habilidad diplomática, que consiguió grandes ventajas territoriales para el Estado griego. A la muerte de Comoundouros quedó como jefe único del partido de oposición á Tricoupis, que entonces ocupaba el poder. Presidente del Consejo en 1885, las complicaciones producidas por la unión de la Rumelia oriental á Bulgaria y el bloqueo de los puertos griegos por las escuadras de las grandes potencias motivaron su caída en mayo del año siguiente. Nuevamente ocupó el poder en 1891 hasta mayo de 1892. La desastrosa caída de Tricoupis en abril de 1895 hízole dueño de la situación, habiendo conseguido un arreglo satisfactorio para la hacienda griega, que su antecesor había declarado en bancarrota, é introducido grandes reformas en la administración. En la actualidad se encuentra en frente de una crisis muy grave para la nación griega: la cuestión de Creta amenaza producir grandes complicaciones, poniendo una vez más sobre el tapete de la política europea la cuestión de Oriente. Grecia está llamada á representar un papel importantísimo en los trascendentales acontecimientos que se preparan, y por esta razón hemos creído de oportunidad publicar el retrato y algunos datos biográficos del hombre que se halla al frente del gobierno de aquel Estado.



TEODORO DELYANNIS,
presidente del Consejo de ministros de Grecia

Monumento á Mozart, obra de Víctor Tilgner. – Recientemente se inauguró en Viena este monumento erigido en honor del inmortal autor de *Don Giovanni*, habiendo honrado con su presencia la solemne ceremonia el emperador, los archiduques, el cuerpo diplomático extranjero, los ministros, los altos dignatarios de la corte y del ejército y los artistas vieneses. Sólo faltaba el autor de la obra que se inauguraba: el escultor insigne Víctor Tilgner había fallecido cinco días antes. El gran músico está representado de pie, vestido con el traje de la época; con la mano izquierda vuelve la hoja de la partitura; el brazo derecho extendido está en actitud de dirigir una orquesta; sus ojos animados por la inspiración miran hacia lo alto. El rostro de Mozart no es copia del retrato que hasta hace poco había circulado como auténtico, sino de uno cuya autenticidad está plenamente probada y que Tilgner tuvo la suerte de descubrir. La estatua, de tres metros de alto, ha sido modelada en un bloque de mármol blanco de 25.000 kilogramos de peso: en el pedestal hay dos grupos, que pueden calificarse entre las obras más bellas de la moderna plástica, formados por algunos amorcillos que tocan varios instrumentos músicos, y además dos relieves, uno que es reproducción del conocido grabado de Mozart niño tocando delante de su padre y de su hermana y otro que representa dos escenas del *Don Giovanni*.

En suma, este monumento se considera como la obra maestra de su malogrado autor, y sabiendo que éste fué uno de los más ilustres escultores modernos, no hay qué decir cuál será el valor artístico del mismo.

MISCELÁNEA

Teatros. – En Bolonia se ha estrenado con gran aplauso la ópera de Leoncavallo *Chatterton*.

– En el teatro de la Corte, de Brunswick, ha obtenido un gran éxito la nueva tragedia de la reina de Rumanía, Carmen Silva, titulada *Ullranda*.



EL GENERAL LEE,
cónsul de los Estados Unidos en la Habana

Barcelona. – La compañía del Sr. Mario ha terminado sus representaciones en el teatro Lírico, habiendo estrenado en las últimas noches *La rebaja del tío Paco* y *La interwiew*, graciosas comedias en un acto de D. Enrique Gaspar. En Novedades se ha celebrado el beneficio del Sr. Díaz de Mendoza, habiéndose estrenado con este motivo *La noche de Reyes*, bellísimo cuadro dramático en un acto, primera producción escénica del joven abogado barcelonés D. Salvador Vilaregut, y *Confesión general*, chispeante y bien escrito diálogo del Sr. Feliu y Codina: las dos obras fueron muy aplaudidas, y en el desempeño de las mismas, así como en el de *El desdén con el desdén*, obtuvo el beneficiado merecidas ovaciones. En el Tívoli, la noche del beneficio del Sr. Romea estrenóse *La hija del barba*, bonita zarzuela en dos actos, letra y música del beneficiado.

Necrología. – Han fallecido:

D. José M.ª Quadrado, insigne literato é historiador balear, digno continuador de Pifferrer en los *Recuerdos y bellezas de España*, colaborador de Balmes, autor de importantes obras históricas, entre las que citaremos *Forenses y ciudadanos*, *La conquista de Mallorca* y su magnífica continuación del *Discurso sobre Historia Universal*, de Bossuet.

D. Ceferino Suárez Bravo, escritor distinguido, autor de la interesante novela *Guerra sin cuartel*, ex redactor del célebre periódico *El padre Cobos* y redactor últimamente y desde hacía muchos años del *Diario de Barcelona*.

RECTIFICACIÓN

La estatua del RDO. D. MANUEL DÍAZ que publicamos en el núm. 754 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, no ha sido levantada, como equivocadamente entonces dijimos, en las Palmas de la Gran Canaria, sino en Santa Cruz de la Palma, en donde nació, fué arcipreste y murió el virtuoso sacerdote y sabio artista en cuyo honor se ha erigido la estatua.

Hacemos gustosos esta rectificación á instancias de varios suscriptores de dicha ciudad de Santa Cruz de la Palma, á quienes suplicamos nos dispensen la equivocación en que involuntariamente incurrimos.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 29, POR VALENTÍN MARÍN
(Mención honorífica del Concurso de Wurzburg)

NEGRAS

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 28, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D 3 A D	1. A 5 A D (*)
2. D 2 A R	2. R toma T ú otra.
3. C 6 R ó D ó T mate.	

(*) Si 1. A 6 D; 2. D 6 A D, R toma T ú otra; 3. C 5 A R ó D ó T mate; – 1. R 3 A R; 2. T 4 A R jaque, y 3. D mate. La amenaza es 2. D 5 A D jaque, y 3. T 4 A R mate.

DOS ANONIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)



– ¿Sabes tú dónde está el caserío de la Avanzadilla?

V

Felicio se hallaba instalado en el palacio de Criptana, en una habitación preciosa, dispuesta por el mayordomo de la casa, que era excelente aposentador.

El primer cuidado del joven había sido informar á sus vecinas, la señora Damiana é hijas, de su cambio de situación; darlas un billete de cien pesetas para desentramparse con Sínger; advertirlas de que no dejaba su cuarto, del que ellas tendrían la llave; recomendarlas que si recibían alguna carta ó recado para él se lo hicieran saber inmediatamente, y asegurar que las vería tan frecuentemente como sus ocupaciones se lo permitieran.

Ellas, después de despedir á Felicio con lágrimas de gratitud, y de pena por dejar de tenerle por vecino, colocaron en medio de la pieza la máquina Sínger y sobre ésta el billete de veinte duros: la señora Damiana tarareó el vals de Alba-Flor (que era de su tiempo) y las dos muchachas le bailaron dando vueltas alrededor de aquellos preciosos objetos.

Como se dice en una comedia: «En aquel momento eran más felices que el emperador de la China con todas sus porcelanas.»

No obstante su preocupación amorosa, Felicio no pudo menos de experimentar los efectos de su nueva situación. Sus nervios se apaciguaron, y á su desesperación sucedió una melancolía que le permitió admitir la posibilidad de encontrar á María, en la nueva esfera en que entraba. Su delicada organización hízole sensible á los refinamientos de su nueva existencia. Equipóse siguiendo las advertencias del marqués, que era perito en la materia, y se transformó en un muchacho sumamente distinguido. Su corazón rebosaba gratitud hacia su nuevo amigo y protector; le quería y le admiraba: verdad es que, como ya sabemos, el marqués adunaba á las filigranas de su clase las de una inteligencia superior. Éste por su parte se aficionaba más á Felicio, á medida que descubría en él una nueva cualidad. Quiso lanzarle á la sociedad, pero el joven se resistió, alegando que aún no estaba curado de sus desgracias, como era verdad, y el marqués no insistió, pensando que quizá era mejor evitarle los escollos de un mundo en que se estrellan los instintos más generosos.

Desde los primeros días se dedicó Felicio á arreglar los desordenados y numerosos apuntes que aquél había acumulado para el libro que pensaba escribir, y en esta tarea se halló con tesoros de ciencia y observación profundas y matices de estilo florido y vigoroso. Indudablemente la obra podía ser notable, y él se propuso poner de su parte cuanto le fuera posible. Ordenaba las notas del marqués clasificándolas por épocas, desde la en que Semíramis educaba por sí misma sus caballos asirios, y al mismo tiempo traducía al verso castellano las composiciones hípicas de los poetas orientales. Cada vez que leía alguna de ellas al marqués, éste le abrazaba con efusión, diciendo: «Usted va á darme la posteridad como el sol da luz á la luna. Si no por mí, por usted será leída mi obra,» ú otras cosas por el estilo.

No sólo evitó Felicio la sociedad en la que quería presentarle el marqués, sino que siguió haciendo una vida retraída. Trabajaba, almorzaba con aquél ó con su apoderado, y fumando un exquisito habano, regalo de su generoso amigo, daba largos paseos por las afueras de Madrid. Estaba resignado, pero no satisfecho; no podía olvidarse de su bien amada; en todos los sitios la recordaba, y si pasaba por algunos pintorescos, que no son tan escasos en los alrededores de la capital como se supone, especialmente hacia la orilla del río, pensaba en lo feliz que hubiera sido allí llevando del brazo á María. No iba á los paseos concurridos; pero á veces, en sus excursiones por el de la Florida ó por la Moncloa, encontraba mujeres lindas y elegantes, é impulsado por su tenaz obsesión las comparaba con aquélla. Algunas tenían algo parecido á la imagen que él llevaba *incrustada* en el corazón, pero ninguna la gracia exquisita ni la mirada acariciadora de ésta. A veces también se reprochaba su retraimiento de la sociedad donde tal vez podía encontrar á María, pero desechaba esta idea por absurda y dolorosa: absurda, porque ¿cómo era posible que María estuviese en Madrid, sin procurar verle, ó por lo menos hacerle saber noticias suyas, para consolarle de su separación?: dolorosa, porque si admitía esta posibilidad, debía suponer también que ella ya no le amaba y le había olvidado. ¡Oh, si fuera así! El pobre joven, en el egoísmo de su pasión, prefería no verla, á verla infiel. Pero en honor de la verdad, esta idea pasaba por su imaginación como otras, pues el verdadero amor se nutre de pensamientos y goza más en lo que piensa que en lo que goza; pero no arraigaba en él, y la desechaba sin esfuerzo. Cuando sus amorosas cavilaciones le concedían tregua, pensaba en los caprichos de la suerte, encadenándolos, por supuesto, á su amor. ¿Por qué y para qué había encontrado al marqués de Criptana? ¿Era un plazo que la muerte le otorgaba? ¿Sería aquel generoso protector un medio escogido por la fortuna para reconciliarle con la vida y quizá con la felicidad? ¡Felicidad sin María! ¡Imposible! Él la rechazaba: prefería padecer por ella á todas las dichas del mundo.

La obra hípica avanzaba. El marqués escribía con pasmosa facilidad, en estilo algo desaliñado, pero brillante, concreto, pintoresco, lleno de ideas nuevas y profundas, que revelaban sus vastos conocimientos en la materia que trataba. Felicio corregía la prosa y estaba á punto de terminar sus traducciones en verso. A últimos de abril le dijo el marqués: «Amiguito, llevamos muy adelantado el libro y merecemos un asueto. Yo tengo que ir á París, pues á principios de mayo hay unos días de vacaciones en el colegio de mi hija, y quiero sacarla á que la dé el aire y quizá retirarla de la pensión. Supongo que á usted no le será desagradable conocer la ciudad de las simplezas y de los prodigios: ¿quiere usted acompañarme?» A Felicio le era tan indiferente París como todas las cosas; pero cada nueva faz de vida le daba que pensar. La ciudad universal es el centro de atracción de los dichosos y el refugio de muchos que no lo son. ¿Quién sabe lo que podría sucederle en París? Se despidió de la señora Damiana y de sus hijas, reiterándolas el encargo de que si algo recibían para él se lo remitieran, para lo cual las informaría de su residencia, y acompañó en su viaje al marqués. Llegaron á París, instaláronse en el hotel Brighton, y aquél se apresuró á ver á su hija. Era ésta una encantadora joven de diez y ocho años de edad. En sus ademanes, en la pureza de sus líneas flexibles y elegantes, en sus movimientos y en la simpática expresión de su fisonomía se asemejaba á Soledad; pero su tez era muy morena y sus ojos tan negros como los de su padre. Buena, cariñosa en extremo, tal vez demasiado inteligente para su edad, la directora del colegio sólo se quejó al marqués de la poca asiduidad de su educanda para el estudio. Joaquina recibió á su padre con transportes de loca alegría, pero inmediatamente se sosegó, y con expresión que participaba de recelo y de reproche, le preguntó:

– ¿Has venido solo?

– Sé por qué me lo preguntas, contestó el marqués.

– No es necesario ser gran adivino. Parece que te complaces en no darme nunca una alegría completa. ¡Y dices que me quieres!

– Ya la tendrás.

– ¡Que la tendré!, exclamó con exaltación. Eso es lo de siempre.

– No, lo de ahora.

– Estoy cansada de tus engaños, y si no te quisiera tanto, te aborrecería. ¿Dónde está mamá?, ¿cuándo la veré por fin?

– Pronto.

– Eso no es decir nada.

– Muy pronto.

– Eso no basta, exijo la fecha.

– Eres una tiranuela: óyeme.

– No tengo nada que oir. La fecha.

– Oye y ten juicio, si puedes.

– Pues bueno, te oigo por última vez. Di.

– Aunque no lo mereces, por los informes que me han dado, voy á sacarte de la pensión.

– Harás una obra de caridad, estoy cargada de representar el papel de bebé.

Y sentándose en las rodillas de su padre, echóle un brazo al hombro y prosiguió diciendo:

– Ya esto es algo, papaíto, veamos el resto.

– Es muy sencillo. Nos detenemos quince días en París, para que se te quite la polilla del colegio...

– Bien, dala por quitada.

– Vamos á Sevilla ..

– ¿Está allí mamá?

– No, pero cerca.

– Entonces...

– Es que he hecho una promesa y quiero cumplirla. Tu madrina, que también lo fué mía, la anciana condesa de Brenes, que tanto te quiere, desea gozar de las primicias de tu salida del colegio.

– Pero ¿cuánto estaremos en Sevilla?

– Unos días.

– ¿Cuántos?

– Diez ó doce.

– ¿Y luego?

– Luego, contestó el marqués, marcando mucho la frase, te llevaré á Córdoba á reunirte con tu madre.

Joaquina dió un salto sobre las rodillas de su padre, y con voz trémula de emoción dijo:

– ¿Me das tu palabra de honor?

– Te la doy.

– Acuérdate del lema de Criptana: *¡Dios y mi palabra!*

– No le olvido nunca.

– Pues bueno, ahora voy á darte cincuenta besos por el bien que me haces.

Y ciñendo ambos brazos al cuello del marqués le besó con efusión.

– ¡Loca!, dijo éste, que no podía menos de admirar aquel cariño filial á prueba de tantos años de ausencia.

La joven reía y lloraba, besaba á su padre, acariciándole las patillas.

– Sabes, papá, que cada día estás más guapo?

– ¡Zalamera!

– No, lo digo de verdad, te sienta muy bien la patilla blanca.

El marqués había tomado en el hotel una habitación capaz para él y para su hija, y otra al lado destinada á Felicio. Delfín, el inseparable ayuda de cámara, se alojaba con los criados.

– Supongo que sabrás vestirte sola, preguntó aquél á Joaquina.

– He tenido que aprender por fuerza; no te apures, contestó la joven.

– La camarera del hotel te servirá de doncella interina, y ya veremos en España.

Hizo la mutua presentación de su hija y Felicio: ambos jóvenes se agradaron y pronto reinó entre ellos la más franca cordialidad.

– ¿Qué te parece mi secretario, ó mejor dicho, mi amigo?, preguntó aquél á su hija, cuando se hallaron á solas.

– Muy simpático, pero algo triste.

– Se encuentra sin familia, solo en el mundo.

– ¡Tan joven! ¡Pobrecillo!

– Por eso y por delicadeza debes abstenerte en lo posible de hablar de tu madre delante de él.

Joaquina conocía poco y Felicio nada de París. El marqués les llevó á los sitios más notables, desde Nuestra Señora hasta el *aquarium* del jardín del Trocadero. No podían haber encontrado un *cicerone* más á propósito. Les explicaba todo, y todo lo comentaba con suma gracia é inteligencia. Felicio estaba cada día más admirado de los contrastes que ofrecía aquel gran señor, que conocía todas las pillerías de un granuja y que lo mismo hablaba del corte de un frac que de la obra literaria, artística ó monumental más complicadas.

Antes de los quince días, pues Joaquina apremiaba á su padre, pusiéronse en camino para regresar á España.

En Madrid, el marqués presentó su hija á sus relaciones íntimas, y partió inmediatamente con ella para Sevilla. Propuso á Felicio que les acompañara, pero éste había rehusado, y el marqués no insistió, conociendo sus aficiones de retraimiento. El joven siguió haciendo su acostumbrada vida y ocupándose en la obra hípica del marqués.

Así transcurrieron quince días.

Una mañana, poco antes de almorzar, entró en su cuarto un criado, y le dijo que una señora preguntaba por él y deseaba verle.

– ¡Una señora!, exclamó sobresaltado, porque influído por su idea fija admitió la posibilidad de que pudiera ser María; hágala usted pasar.

Y se asomó á la puerta á esperarla. Era la señora Damiana, su antigua vecina, en traje dominguero y demostrando en su semblante la impresión que la producían las lujosas habitaciones que había atravesado. Felicio, muy conmovido, presintiendo el objeto que la traía, hízola sentar y le preguntó por sus hijas.

– Buenas y dale que dale, contestó ella haciendo ademán de coser; y mientras se metía la mano en el pecho como para sacar algo, registró con la mirada el cuarto del joven y añadió:

– ¡Vaya si esto es cuco, D. Felicio, aquí estará usted como el pez en el agua.

Presentó á aquél una carta con sello de correos; el joven la tomó con mano temblorosa.

– Hace poco que la ha traído el cartero, dijo la señora Damiana. Venía dirigida á mí: la abrió Cayetana, y vimos que traía otro sobre para usted. Como *por mor* de lo que usted nos ha advertido tantas veces, supusimos que *quedría* recibirla pronto, me vestí en un periquete, y aquí estoy.

Felicio no la oía. Abrió la carta apresuradamente, y al desplegarla cayó un billete del Banco, de mil pesetas. Quedóse atónito: en el primer momento supuso que podría ser del marqués; pero había visto el sobre, y la letra no era de éste; además ¿para qué había de mandarle dinero estando el apoderado en Madrid? Buscó la firma: no la tenía. Leyó, y se puso tan pálido, que la señora Damiana no pudo menos de preguntarle:

– ¿Es una mala noticia?

– No, señora; por el contrario.

Aunque de cortos alcances, la buena mujer comprendió que quería quedarse solo, y se levantó para marcharse. Felicio, algo repuesto de su emoción, tomó una caja de Guayaba, de entre cuatro que había sobre una mesa, y se la dió á aquélla, diciendo:

– Tome usted. Es un dulce de América, muy rico. Memorias á las chicas, y gracias por la molestia, señora Damiana.

Cuando se quedó solo, leyó dos ó tres veces la carta, que decía así:

«Te espero para que nos veamos, como en Aranjuez y Capellanes. Te mando eso por si continúas pobre, sin pasarme por la imaginación que tu *amor* pueda rehusarlo. Llegas á Córdoba, en la estación cualquiera te indicará el caserío de la Avanzadilla, preguntas en éste por Sebastiana la guardesa, y ella te dirá lo que tienes que hacer. Ven inmediatamente.»

Aunque escrita en términos tan lacónicos, indudablemente por recelo de que pudiera perderse, y aunque la letra no era suya, aquella carta sólo podía proceder de María...

Poco después de las ocho de la noche salía Felicio para Córdoba en el tren correo.

VI

Ahora se hace preciso retroceder en este relato á la época en que la condesa de Lebrín encontró impensadamente á Soledad. Esta siempre había querido y admirado á su antigua compañera de colegio, y no era la menor de sus contrariedades el no verla en tantos años. Después de casada habíala escrito dos cartas cariñosísimas á las que no tuvo contestación. Cuando la casualidad, ó la fatalidad más bien, hizo que ambas se encontraran, Soledad sintió sincera alegría, unida á asombro y conmiseración por el estado á que se hallaba reducida aquella que había sido tan hermosa. Con la intuición de la bondad comprendió el rudo golpe que habría sido para ella la pérdida de su belleza.

– ¿Por qué te has echado el velo?, la preguntó.

– Siempre me verás así, contestó Dorila con acento doloroso, no quiero afligirte y horrorizarte con mi aspecto.

Sentáronse, y en una conversación que duró más de dos horas se enteraron mutuamente de todo aquello que no quisieron ocultarse. Soledad no hizo ni la más mínima alusión á sus disgustos domésticos; pero sus reticencias, sus inflexiones de voz, fueron indicios suficientes para que la sagaz condesa de Lebrín comprendiese la verdadera situación de aquélla. Ésta, por su parte, poco tenía que decir: herida incurablemente en el corazón, primero por la muerte de su padre y después por su horrible enfermedad, habíase retraído de la sociedad, aislándose en su casa de Córdoba. No había intentado ver ni á su amiga del colegio, á la que nunca olvidaba: ella no tenía plaza entre los que eran felices.

Después de este primero y largo coloquio, las dos amigas se vieron casi todos los días. Dorila iba al cortijo ó esperaba á Soledad en el bosquecillo de la fuente, y ó hablaban en este sitio ó paseaban juntas. Soledad sentía de nuevo la influencia avasalladora de la condesa de Lebrín, y la amena y brillante palabra de ésta la distraía, como en el colegio. Además Dorila representaba admirablemente su papel de amiga cariñosa y de víctima resignada, que sólo hallaba expansión y consuelo al lado de aquel corazón amigo. El encuentro con Soledad había avivado sus nunca extinguidos rencores y su deseo de venganza. Presentía que la casualidad se la ponía al alcance de la mano, y esta idea devolvióla su energía minada por los estragos del opio.

¡Qué gran objetivo para su insoportable existencia! Mas para alcanzarle eran precisos mucho tacto y prudencia: era necesario escalpelar el corazón de Soledad, que la ocultaba muchas cosas, sin que ésta lo sintiera: para atacar una plaza es indispensable conocer sus puntos débiles y los resistentes. Ella que había pensado en el asesinato para vengarse del hombre origen de sus desgracias, decíase ahora que estos medios violentos no son los más seguros ni los más exquisitos. Dedicóse, pues, á apoderarse del corazón y de la confianzaa de Soledad y no tardó en conseguirlo. Aquel corazón que se socavaba por no poder dilatarse, fué explayándose poco á poco. Dorila supo la historia íntima de la marquesa de Criptana y de su marido; pero no era bastante, porque adivinaba que ésta la ocultaba algo más íntimo todavía ¡Qué prodigios hizo para averiguarlo! En una frase escapada al despecho ó amor de su amiga, buscaba ella un nuevo plan de ataque, y así, lentamente, con la insistencia de la gota que horada la peña, llegó por fin á saberlo todo. Supo que Soledad tenía un amante á quien adoraba, de quien huía por exigencias de su marido, y á quien no se había entregado por escrúpulos de conciencia. ¡Qué satisfacción para aquel espíritu malvado! Ya no caminaba á ciegas, sabía por dónde había de atacar: estaba en la última paralela de la plaza sitiada, faltábala sólo rendir la conciencia de Soledad, acorazada en sus profundas convicciones religiosas Esto era difícil, pero necesario: sin culpa no podía haber pena, ni sin ésta catástrofe material ó moral que hiriese á aquellos seres aborrecidos. Desde que vió el blanco comenzó á disparar sus saetas envenenadas. En sus conversaciones con Soledad, suscitaba diestra y como impensadamente cuestiones religiosas. No daba ningún paso en falso: empezó por lo menos para llegar á lo más. No se desenmascaró de repente presentando su faz moral tan horrenda como la física; hasta familiarizar á su víctima con aquellos horrores Si en los paseos que daba con ésta se encontraban á algún mendigo agobiado de miseria ó de enfermedades, ó de ambas cosas á la vez, Dorila exclamaba con fingida conmiseración:

– ¡Pobre criatura! ¿Para qué habrá nacido?

– Para ganar el cielo, contestaba Soledad.

– ¿De suerte que unos tienen que sufrir pruebas más rudas que otros?

– Para eso está el cielo, para nivelarlos.

– Mira, Soledad, la ciencia sabe que existen innumerables mundos más ó menos parecidos al nuestro, ¿por qué nosotras, abrumadas de penas, no hemos nacido en alguno de aquellos?

– En todos, si existen, habrá dolores y culpas.

– Pues si todos, como el nuestro, han necesitado ó necesitan un Redentor, será interminable la salvación universal.

Y como notase la azorada sorpresa de Soledad, seguía diciendo:

– Yo quisiera haber nacido algunos siglos antes, cuando se creía que la tierra, que es un átomo en la creación, si la ha habido, era el gran todo; pues ahora... dudo...

– ¿De qué?, preguntaba Soledad que comenzaba ya á sentir los efectos del veneno.

– De todo..., hasta de Dios, arriesgóse á decir en una ocasión; pues admito mejor que no exista, que el que sea caprichoso y cruel.

La idea estaba lanzada: Soledad íbase familiarizando con ella. La palabra de Dorila, que siempre la había fascinado, iba como un ariete poderoso debelando la fortaleza de sus creencias. La astuta tentadora, además de minar el sentido moral de su víctima, halagaba los anhelos de su corazón. Con su acostumbrada habilidad suscitaba el recuerdo de Felicio:

– ¡Pobre joven!, decía á Soledad, á quien siempre era grato este tema de conversación. ¡Cuánto debe sufrir!; porque, no obstante tu recelo, no admito que se haya suicidado, ni menos que haya dejado de quererte. Nadie se suicida por amor, mientras no sufra los desdenes de la mujer amada; siempre, en medio de toda clase de obstáculos, halaga la esperanza de reunirse con aquel corazón que le pertenece. ¡Dichosa tú que has inspirado una pasión tan grande y tan fina!

– ¿Para qué me sirve?, exclamaba Soledad, húmedos de lágrimas los ojos. ¡Para hacer sufrir y sufrir yo misma!

Dorila se encogía de hombros y replicaba en tono irónico:

– Pero eres una santa. ¿Qué importa que haya un ser que padece y quizá muera por ti? Tú te salvarás y esto es lo importante. ¡Ah, si yo fuera lo que he sido! Buscaría ese corazón que tú atormentas, y á fuerza de amor y de rendimiento penetraría en él.

Soledad no sabía ya qué contestar, su fe vacilaba. No había podido ponerse en guardia contra aquella tentación constante, ignorando los odiosos móviles que la inspiraban; sentíase desorientada, falta de base: estaba á punto de naufragar en aquella tempestad en que ya veía turbias las estrellas del cielo. Miraba el retrato de Felicio y lloraba y se retorcía las manos; y al recordar las insidiosas frases de Dorila, que siempre vibraban en su memoria, se decía en las últimas convulsiones de su virtud vacilante: «Tiene razón: soy necia y mala.»

La condesa de Lebrín se separaba de su víctima, cada día más satisfecha, doblemente satisfecha. Iba á hacer caer á una mujer, y esta mujer era además la que habíala robado su dicha, y en esta caída acaso arrastraría al marido ó al amante ó á ambos á la vez. Los delirios del opio, á que se entregaba, hacíanse más precisos y en ellos figuraban siempre los seres aborrecidos. Veía al marqués de Criptana y á Soledad en su luna de miel, radiantes de amor y de felicidad, sentados bajo un grupo de tilos de un campo florido, mirándose embelesados, con las manos entrelazadas; y de repente salía ella de la espesura, rozaba con su faz monstruosa la de Soledad, la transmitía su fealdad horrible, y ella quedaba limpia de sus lepras, volviendo á ser tan hermosa como había sido. Entonces el marqués abandonaba á su mujer, y corría en pos de ella, que huía, la alcanzaba, pedíala de rodillas su amor y sus caricias: ella le abrazaba envenenándole con su contacto, y le veía morir á sus pies con las convulsiones de una lenta agonía...

Si no existiesen demonios en la tierra, la imaginación del hombre no los hubiera creado...

¡Pobre Soledad! Ya apenas miraba al cielo y por eso tropezaba en la tierra. Hasta la estación contribuyó á perderla. Eran los primeros días de junio, la savia de amor universal había terminado su obra y se desbordaba en toda la naturaleza...

Hizo la última concesión á su virtud vencida, diciéndose que sus amores podían ser tan castos en Córdoba como en Madrid, y dictó á su doncella una carta para Felicio.

VII

Felicio, que había salido de Madrid algo después de las ocho de la noche, llegó á Córdoba poco antes de las doce de la mañana del siguiente día.

Ya en la estación no se ocupó de su equipaje, que consistía en un baulito. Vió en la puerta de salida un muchacho, de aspecto desocupado y fisonomía inteligente, que tendría unos trece ó catorce años de edad, y le preguntó:

– ¿Sabes tú dónde está el caserío de la Avanzadilla?

– ¡Pues ya lo creo! El sacristán de la ermita es primo mío.

– ¿Quieres llevarme allá?

– No hay inconveniente. Está á un paso.

– Pues vamos.

Echaron á andar sin entrar en Córdoba; salieron al campo, y no muy lejos de la estación del ferrocarril metiéronse por un camino estrecho, pero bien cuidado, capaz para el tránsito de carros, que hacía algunos recovecos. La mañana estaba hermosa: había llovido la noche anterior y el campo aún exhalaba los vapores de la lluvia. Soplaba un vientecillo fresco y estaba nublado. A los ocho ó diez minutos de caminata, Felicio, no obstante sus amorosas cavilaciones, no pudo menos de fijarse en el cortijo de San Rafael, que se veía á la izquierda, y en el pintoresco país que le rodea. Parecióle muy bello. ¡Qué hubiera sido á haber sabido que allí habitaba Soledad! Empezaron á subir una suave pendiente, transpusieron un grupo de árboles, y entonces el muchacho dijo señalando á un grupo de casas que se destacaban no muy lejos:

– Aquél es el caserío.

– ¿Sabes la casa de Sebastiana la guardesa?, le preguntó Felicio.

– No, señó, aunque me suena el nombre.

Cuando los moros eran dueños de Córdoba, tenían en la sierra atalayas rodeadas de puestos avanzados, uno de ellos en el sitio que hoy ocupa el caserío, que sin duda por esto es conocido por el de la *Avanzadilla*.

Está compuesto de un grupo de quince ó veinte casas, unas juntas y otras separadas; tiene una hermita con licencia de misa, adonde en los días de precepto acuden á oirla los habitantes de las granjas y cortijos cercanos, y está poblado de gente pobre, en su mayor parte leñadores y familias de guardas. Felicio y su guía llegaron al caserío, y en la segunda casa, que estaba entre otras dos, vieron á una mujer anciana sentada en un poyo á la puerta haciendo calceta. Se aproximaron á ella, y Felicio, después de darle las buenas tardes, le preguntó:

– ¿Puede usted decirme dónde es la casa de Sebastiana la guardesa?

– Pues precisamente esta de al lado, señor, contestó la vieja levantándose y señalando á la casa inmediata, cuya puerta cerrada estaba rodeada de una franja muy ancha de almazarrón. Pero ahora no hay nadie, la *Bastiana* ha ido á llevar la comida á su marido.

– ¿Vendrá pronto?

– No debe de tardar. Nunca se detiene arriba de dos horas, y hace ya más de hora y media que ha salido.

– La esperaré.

Felicio despidió al muchacho dándole dos pesetas.

– Puede usted esperar en casa, dijo la mujer, ó si quiere sacaré una silla á la puerta.

– Como usted guste. Muchas gracias.

Sacó aquélla una silla y Felicio se sentó. Hablaron de lo poco que podían hablar. La mujer, sabiendo que era madrileño, le preguntó si era verdad que la reina estrenaba un vestido todos los días. Luego se quejó de los trabajos que se pasaban en el caserío, especialmente en invierno. Desde anochecido tenían que encastillarse en las casas por miedo á los lobos. Cuando llovía mucho bajaban las aguas de la sierra y se inundaban los corrales. El cura de la hermita era un santo varón, pero ya no podía con la sotana; el sacristán, que era á la vez monaguillo, robaba el aceite destinado al culto, etc., etc.

La llegada de una mujer interrumpió este interesante coloquio. Entonces dijo la vieja á Felicio:

– Aquí tiene usted á la *Bastiana*.

Y dirigiéndose á la recién llegada, añadió:

– Este señor te busca.

Era la Sebastiana una mujer como de cuarenta años de edad, pequeña, morena, enjuta, nerviosa, de ojos pardos muy vivos y de fisonomía abierta é inteligente. Se avalanzó á Felicio que se había puesto en pie, y le echó los brazos al cuello, diciéndole:

– ¡Cuánto me alegro ver á usté, señorito Felicio! ¿Qué tal el viaje? ¿Cómo están la señora mayor y la familia? ¿Conque anda usté delicaíllo? No es extraño, ¡en aquel Madrí, con tanto polvo y tanta cuesta y tanta gente amontoná en las casas! Bien ha hecho el médico en mandarle á usté al campo, y mejor si ha sío al campo de Córdoba, que resucita á los muertos. Aquí se le cuidará y se pondrá usté bueno y fresco como una rosa.

– ¡Muchas gracias!, dijo Felicio, se lo agradezco á usted de antemano.

– ¿Cómo usté? Llámeme tú por tú como cuando servía en su casa. ¡Vaya y cuánto echo de menos, no Madrí, sino la casa!

El joven comprendió que aquella mujer representaba una comedia, y que él debía adaptar las respuestas á las preguntas.

– Tendrá usted apetito, ¿eh? Porque cuando se viaja...

– Bastante, contestó Felicio, que no sentía ninguno.

– ¿Le gusta á usté el jamón?

– Mucho.

– ¿Y los güevos?

– Más.

– Pues le haré á usté una fritá que se chupará los deos. Vamos adrento.

Sacó una llave del bolsillo del delantal, abrió la puerta orlada de almazarrón, dejó paso al joven y entró ella detrás, diciendo á su vecina:

– ¡Hasta luego, señora Tomasa!

La casa de Sebastiana la guardesa, con ser de las mejores del caserío, era bastante reducida. Tenía un portal ó zaguán, á la derecha una pieza, á la izquierda otra con alcoba, en el fondo la cocina y al lado una puerta que daba á un corral. Sebastiana era hermana mayor de Rosa, la doncella de Soledad. De joven había servido en Madrid y en Sevilla, luego se casó con un guarda de campo del duque de Hornachuelos, que sólo venía á su casa los sábados por la noche para pasarla con su mujer y mudarse de ropa interior. No habían tenido hijos. Lo pasaban bien, porque Rosa de vez en cuando les mandaba dinero, y mejor desde que Soledad habitaba el cortijo de San Rafael, adonde la guardesa iba con frecuencia y de donde se traía fruta y comestibles en abundancia.

Sebastiana hizo entrar á Felicio en la pieza de la izquierda, y le dijo, bajando la voz:

– Mire usté, señorito, he querío tener esa conversación delante de la vecina pa que se entere, porque aquí toos son muy curiosos. Así ya sabe, y pronto lo sabrá too el caserío, lo que á nosotros nos convenga que se sepa. Usté es un señorito de Madrí, yo he servío en su casa, y usté, que está algo delicao, viene una temporá á la mía á restablecerse. ¿Estamos?

– Ya, ya he comprendido.

– Pues bueno: ahora va usté á ver su habitación.

La guardesa abrió las maderas de una ventana que estaban entornadas, y prosiguió diciendo:

– Aquí tiene usté. Creo que no falta nada. En la alcoba la cama con tres colchones superferolíticos,.., perchas..., cómoda..., mesa pa escribir con cartapacio..., jofaina, cubo pa verter aguas, cepillos..., peines, espejo. Too es nuevo. Mi hermana Rosa y yo – no sé si usté sabe que soy hermana de Rosa, la doncella de la señorita, – pues Rosa y yo lo hemos comprao too en Córdoba estos días.

– Pero, Sebastiana, yo quisiera saber...

– Sí, ya me figuro... Ahora hablaremos. Voy á preparar el almuerzo... Entretanto pue usté lavarse y asearse si quiere... Repito que hay de too. Vuelvo en seguida...

– Pero ¿dónde está la señorita?, preguntó Felicio deteniendo á la guardesa.

– Qué, ¿no sabe usté?..

– Absolutamente nada. ¿Dónde vive?

– ¿Ha reparao usté al venir aquí en un cortijo que tiene un palomar que paece una torre?

– Sí.

– Pues allí. Pronto acabo.

A Felicio le palpitaba violentamente el corazón al pensar que estaba tan cerca de María.

Sebastiana echó al hogar dos gavillas de sarmientos (que nunca faltan en casa de guarda), encendió lumbre y preparó los adminículos para el almuerzo. Felicio entretanto se aseó; pero no pudiendo dominar su impaciencia, salió al portal en mangas de camisa y se asomó á la cocina. La guardesa, yendo y viniendo, atendía al joven y á la sartén.

– ¿Cuándo veré á... la señorita?

– Esta noche, si no está usté cansao, y si no, mañana.

– No, no, esta noche. He venido durmiendo todo el camino.

Felicio mentía.

– Pues bueno: oiga usté lo que hemos pensao, dijo Sebastiana en voz baja y mirando hacia la puerta exterior. Hemos pensao que usted almorzará aquí toos los días, y como Córdoba está un paseo, cuando haga buen tiempo y cuando usté quiera, se va á la ciudá y allí pué comer bien en la fonda y pasar la noche distraído; que aunque ahora los teatros están cerrados, hay cafés, y uno en que se canta por lo jondo, y además un circo de títeres y cabayos. Esto no quita pa que cuando usté no quia salir, tenga yo provisiones pa hacerle comida.

– Todo eso me es indiferente, dijo Felicio.

– El caso es que no le vean á usté mucho por estos alrededores, y sobre too por cerca del cortijo de la señorita. Aquí la gente es mu maliciosa.

– ¿Pero cuándo he de ver á la señorita?, ¿á qué hora?

– A eso vamos. Después que usté almuerce, se tumba un rato á descansar...

– Repito que no estoy cansado.

– Pues bueno: entonces nos vamos y ya le diré lo que tiene que hacer.

– ¿Vive sola la señorita?

– Sola con su madre, que está baldá y atontá, y con mi hermana Rosa y los criados.

Felicio almorzó, la guardesa dió la última mano á algunos servicios domésticos, y ambos salieron de la casa. En la puerta de la suya seguía la anciana vecina haciendo calceta.

– ¡Hasta luego, vecina!, dijo Sebastiana. Voy á enseñar al señorito el camino de Córdoba.

Tomaron una senda cerca del caserío, y bajaron por ella. A los pocos minutos de andar llegaron á una meseta del terreno. La guardesa se detuvo. Desde allí se descubría un horizonte inmenso. No habían encontrado á nadie; era domingo y el campo estaba desierto.

– Ahora entérese usté bien, dijo Sebastiana. Este camino de la izquierda, que es ancho, como pa trajinantes, va derecho á Córdoba, aunque haciendo rodeos. ¿Ve usté allá abajo la ciudá?

– Sí.

– Pues bueno: por esta otra senda de la derecha se va al cortijo de San Rafael ó de la Torre, que también le llaman así.

– ¿Donde vive la señorita?

– ¡Cabales! Dambos caminos no tienen pierde: el ancho, el de Córdoba; el estrecho, que tiene al lado muchas pitas, el del cortijo. ¿Se ha enterao usté?

– Muy bien, contestó Felicio, que miraba con ávidos ojos al cortijo, que no muy lejos y á la derecha se descubría.

– Pues oiga usté. ¿Tiene usté buena vista?

– Muy buena.

– ¿Ve usté hacia este lao una casa blanca con persianas verdes, que tiene rejas en el piso bajo?

– Sí.

– Pues en esas rejas vive la señorita.

– ¡Ah!

– Luego están las tapias de la cerca, y luego el jardín, y luego la casa de labor.

– Ya lo veo.

– Pues bueno, entérese usté. La cerca por el lao de acá no tiene más que dos puertas, una al otro lao, ancha y que no se ve desde aquí, y otra hacia donde estamos nosotros. ¿La ve usté?

– ¿Pequeña?

– Sí.

– ¿Pintada de verde, si no me equivoco?

– ¡Canastos! Ya veo yo que ve usté más que una cigüeña.

Felicio se sonrió, á pesar de la impaciencia que le producían las nimias explicaciones de la guardesa.

– Pues bueno, prosiguió ésta. Ahora vamos á lo importante. La señorita no sabía cómo ver á usté sin dar qué decir, y ha determinao que la vea usté en su casa. ¿Trae usté armas?

– Un revólver y este bastón, que tiene estoque. ¿Por qué lo pregunta usted?

– Porque no pue ver á la señorita hasta las once de la noche, cuando too el mundo esté recogío y no anden por el campo más que las lechuzas. Aunque por estos enderredores la gente es buena, como tiene usté que venir desde Córdoba...

– Eso es igual, dijo Felicio, que se moría de impaciencia; pero ¿cómo entro en la casa?

– Pue que no entre y que se quede en el jardín, pero en éste sí tiene usté que entrar.

– ¿Cómo?

– Mi hermana ha caído en cama desde anteayer... Una calenturilla que no será naa; si no, ella le abriría á usté la puerta del jardín, la pequeña; pero además aquí tiene usté esta llave, y Sebastiana sacó una del pecho, que dió á Felicio. Lo probable es que esta noche le espere á usté la señorita, que no tiene de quién fiarse. Usté á las once en punto llega á la puerta y la abre: ya está dada de aceite la cerradura. ¿Está usté enterao?

– Perfectamente.

(Continuará)

EXPEDICIÓN AL POLO NORTE EN GLOBO

DIRIGIDA POR MR. ANDRÉE

El día 6 de junio último el ingeniero de Stokolmo Mr. Andrée, acompañado del célebre meteorólogo Dr. Eckholm y del sabio Dr. Strindberg, salió del puerto de Gothemburgo en el vapor *Virgen* en dirección á Spitzberg, comenzando así la expedición al Polo Norte, en la que habrá de desempeñar un papel importante el globo aerostático construído en París con este objeto. Acompaña á los expedicionarios el constructor del globo M. H. Lachambre, encargado de los preparativos para el henchimiento y elevación del montgolfier. Según las últimas noticias, los viajeros llegaron á Spitzberg el 20 de junio, y seguramente en estos últimos días se habrá realizado la ascensión si ha soplado un viento favorable, viento procedente del Sur ó del Suroeste.



Dr. S. A. Andrée,
(de fotografía de Florman, Estokolmo)

Para esta atrevida expedición se han tomado tales precauciones y se han hecho cálculos sobre bases tan seguras, que en lo que cabe humanamente puede esperarse que el éxito será satisfactorio.



Barquilla del globo *Polo Norte*

En vista del interés que esta expedición despierta no sólo en el mundo científico sino que también entre los simples curiosos, nos parece oportuno consignar algunos detalles acerca del aerostato en que Mr. Andrée y sus compañeros van á intentar el paso del Polo Norte.

Tiene el globo 20'5 metros de diámetro y una capacidad de 4.511 metros cúbicos: á una presión del gas equivalente á una columna de agua de 50 milímetros de altura necesitaría unos 5.000 metros cúbicos de hidrógeno y tendría una fuerza impulsiva de 6.000 kilogramos. Es de seda ponghée cuádruple, triple y doble: cuádruple en su parte superior hasta los seis metros de diámetro, por ser aquel el sitio en que mayor ha de ser la resistencia; triple desde allí hasta cuatro metros debajo del ecuador, y en el resto doble. El apéndice en forma de tubo que sirve para el henchimiento es triple. El globo está además reforzado con caucho y barnizado por fuera.

Una tira de tela triple de 100 milímetros de largo por 50 de ancho ofreció una resistencia al desgarro de 223 kilogramos, 73 más de los que había exigido Mr. Andrée.



M. Eckholm,
(de fotografía de Florman, Estokolmo)

La tela del globo está formada por 3.360 pedazos cosidos con tres costuras á cuatro milímetros de distancia una de otra. El aglutinante empleado en estas costuras, inventado por M. Lachambre, es tan resistente que en las pruebas de desgarro rompióse la tela sin que se agujerearan las costuras.

De las pruebas verificadas resulta que la pérdida de gas no llega á un litro por metro cuadrado en 24 horas, y como el globo tiene una superficie de 1.400 metros cuadrados, la pérdida diaria de gas será á lo sumo de 1'4 metros cúbicos; de suerte que el aerostato, en el período de varios meses, no se resentirá apenas de aquélla, dada su gran capacidad. Pero para adquirir la completa certeza de ello, se habrán llevado á cabo en Spitzberg y durante varios días experiencias dirigidas por el mismo M. Lachambre, y sólo en el caso de que estas experiencias ofrezcan segura garantía se emprenderá la ascensión.

La tela del globo pesa 1.321 kilogramos y su constructor la ha llenado de aire hasta alcanzar una presión equivalente á una columna de agua de 75 milímetros sin que aquélla se resintiera en lo más mínimo.

Para en el caso de un descenso difícil poder deshenchir más rápidamente el globo, lleva éste un dispositivo especial: la pieza de desgarro que cierra el contorno tiene una forma triangular de 90 centímetros de base y 4'5 de altura, ó sea una superficie de cuatro metros cuadrados, y para romperla se necesita una fuerza de 120 kilogramos ejercida por medio de la cuerda que va á parar á la barquilla.

El apéndice está cerrado en su abertura inferior por un ventilador, de un metro de diámetro por fuera y con un orificio de 87 centímetros; va cerrado con una tela de seda triple con dos ventanillas para ver el interior del globo. Este ventilador está generalmente cerrado y se abre automáticamente cuando la presión del gas interior excede á una columna de agua de 10 milímetros, regulando de este modo dicha presión y no permitiendo que penetre en el globo el aire exterior porque no se abre hacia dentro.

Para la maniobra del buque hay dos ventiladores, uno en el ecuador del globo y otro á una distancia de 150 grados y á un metro sobre el ecuador. Un disco de bronce-aluminio cierra la apertura de paso, que tiene 20 centímetros de ancho.

La red que envuelve al globo está fabricada con 384 cuerdas de cáñamo de 5'5 milímetros de grueso y las mallas no están hechas por medio de nudos sino por costura de las cuerdas: éstas tienen una resistencia de 400 kilogramos. Cuarenta y ocho cuerdas de cáñamo de 18 á 20 milímetros de grueso y con una resistencia de 3.000 kilogramos unen la red con el anillo de sostén, que tiene dos metros de diámetro. El peso de la red es de 442 kilogramos, y sobre ella, en la parte del globo, hay una cubierta de seda simple barnizada, de 145 metros cuadrados de superficie; esta capa sirve para impedir que la nieve que caiga se fije en las mallas.

Del anillo de sostén penden seis cuerdas de cáñamo italiano de 20 milímetros de grueso y 2'75 metros de largo que sostienen la barquilla: ésta es de mimbres, revestida de lona impermeable: tiene la forma de un cilindro de dos metros de diámetro por 1'30 de alto y recibe luz en su interior por medio de dos ventanas. Un tabique la divide en dos partes, una de las cuales servirá de dormitorio á uno de los aeronautas, pues en la barquilla habrá siempre dos de guardia. Para evitar una explosión de gas no se encenderá fuego en la barquilla: los manjares se calentarán en una cocinilla de alcohol que por medio de una cuerda y por un orificio practicado en el suelo de la barquilla se sacará fuera de ésta y quedará apagada antes de recogerla.

Mr. Andrée da gran importancia á la dirección del globo por medio de la cuerda de rastra y de una vela de grandes dimensiones: el globo está provisto de tres cuerdas de fibra de coco untada con vaselina, de 350, 400 y 450 metros de largo: la vela, que pende verticalmente debajo de la barquilla, tiene forma de trapecio y una superficie de 88 metros cuadrados.

Mr. Andrée se propone no descender á tierra durante su ascensión por el peligro á que con ello se expondría de no poder continuar el viaje. Este será en cierto modo una simple expedición de reconocimiento que con sus investigaciones minuciosas preparará el camino para futuras expediciones. Esto no obstante, el globo va provisto de trineos y de un bote que puede plegarse para el caso de que los viajeros hubieran de andar por encima del hielo ó de navegar.



Mr. Strindberg,
(de fotografía de Florman, Estokolmo)

La duración probable del viaje la ha calculado el Dr. Eckholm en una ó dos semanas si el viento sopla con regular fuerza. La distancia que media entre el sitio en donde se elevará el globo y el Polo Norte es de 1.100 kilómetros. Lo que no han podido calcular los viajeros es el punto en donde descenderán; pero el Dr. Eckholm supone que una vez pasado el Polo Norte, soplará otro viento que empujará el globo hacia las islas de Nueva Siberia, y en esta creencia ha aprendido el idioma tunguse á fin de poderse comunicar ó por lo menos hacerse entender de los habitantes de las mismas.

Los aeronautas llevan consigo aparatos fotográficos con 2.000 placas secas para poder tomar vistas durante el viaje, y palomas mensajeras que soltarán de cuando en cuando para dar noticia de su expedición. – X.

FUSIL AMETRALLADORA DE GAS, inventado por el capitán del ejército italiano Amerigo Cei



Fig 1. – Carga múltiple con paquetes de cartuchos en uso para el nuevo fusil del ejército italiano



Fig. 2. – Carga del fusil con paquetes de cartuchos amovibles que se introducen por debajo de la mano derecha



Fig. 3. – Fuego de metralla con cartuchos

FUSIL AMETRALLADORA DE GAS

DEL CAPITÁN DEL EJÉRCITO ITALIANO AMERIGO CEI

La prensa técnica se ha ocupado con grandes elogios de este nuevo fusil, razón por la cual creemos interesante consignar algunos detalles acerca del mismo.

Tiempo hacía que el capitán de *bersaglieri* Amerigo Cei venía estudiando el armamento del ejército, y de sus estudios resultaron algunos inventos, tales como la pequeña culata móvil para evitar el culatazo en el fusil de infantería y darle mayor potencia por medio de fortísimas cargas, el perfeccionamiento del fusil Wetterly, del sable de caballería, el fusil automático de repulsión capaz de 100 y más disparos por minuto y la transformación del Wetterly en arma de repetición. También á él se debe la reducción de la antigua bayoneta á la forma que no tardaron en adoptar el ejército alemán y otros.

Durante la expedición S. Marzano á Africa, en 1887, el capitán Cei, en presencia de los generales Baldissera y Baratieri, hizo varias pruebas de un aparato que permitía al soldado disparar, con el arma al pecho, todos los cartuchos antes de atacar á la bayoneta.

Hace muchos años que habiéndose reconocido la importancia de la repetición, él pensó en aumentar al soldado la dotación de cartuchos y en encontrar la manera de efectuar varios disparos seguidos sin separar del hombro la culata del fusil.

Entre los varios fusiles de sistema hasta ahora inventados, merece lugar preferente el del capitán Cei: su fusil de gas, ensayado en Florencia en presencia del príncipe de Nápoles y de los oficiales de varias armas de aquel cuerpo de ejército, demostró palpablemente que el problema de la repetición, unida á la solidez y sencillez, estaba resuelto. Las pruebas se repitieron por orden del ministro de la Guerra en Parma ante el comité de las armas de infantería y el éxito fué también completo.

Durante algún tiempo, y dada la trascendencia del invento, no se habló más de éste; pero en el entretanto el ministerio de Marina hacía fabricar en la dirección de Artillería del tercer departamento un modelo regular bajo la inspección del mismo inventor.

Las recientes experiencias llevadas á cabo en el buque regio *Italia*, en Spezia, han demostrado que el invento del capitán Cei está llamado á mejorar en plazo más ó menos largo todo el armamento, desde el revólver al cañón.

Los detalles de este fusil no son aún muy conocidos; lo único que se sabe es que el invento del capitán se funda en la utilización del gas explosivo como fuerza motriz para abrir y cerrar automáticamente la culata con un movimiento de vaivén rapidísimo.

El gobierno italiano ha adoptado ya el fusil Cei para la marina de guerra y ha dado orden para que desde luego se fabriquen 2.000 fusiles en la fábrica de Terni. – N.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

DIÁLOGOS Y ARTÍCULOS, por *F. Pi y Margall.* – CUENTOS VASCONGADOS, por *Francisca Sarasate de Mena.* – La Biblioteca Diamante, que con tanto éxito publica el editor barcelonés Sr. López, ha dado á luz los dos tomos cuyos títulos quedan consignados. El nombre del Sr. Pi y Margall es la mejor garantía de la bondad del primero: en sus *Diálogos y artículos* trata el eminente escritor de la manera magistral que le es propia materias interesantísimas, artísticas, filosóficas, literarias, históricas, tales como, entre otras, el arte, la libertad, el romanticismo, el poema de Lucrecio *De Rerum Natura*, América, D. Francisco de Quevedo, Tiberio y Cayo Sempronio Graco, admirándose en todos estos trabajos la profundidad de pensamiento, la erudición portentosa, el elevado espíritu filosófico y la pulcritud de estilo que caracterizan al ilustre autor de *Las Nacionalidades.* – El otro libro es una colección de cuentos, de argumento sencillo, pero interesante siempre, y bien escritos, cuya lectura entretiene agradablemente: su autora, la distinguida escritora vascongada Sra. Sarasate de Mena, ha probado conocer y dominar el difícil género á que sus artículos pertenecen. – Estos tomos, como todos los de la Biblioteca Diamante, se venden á dos reales cada uno.

LOS ESTADOS UNIDOS, por *Guillermo Stolwerg* (segunda parte). – En este folleto, publicado por la Biblioteca Enciclopédica moderna, de esta ciudad, continúa su autor el estudio de la república norteamericana, ocupándose, en forma muy compendiada, entre otras cosas, de la guerra de Secesión, de la Constitución vigente, de la ley de Lynch, de la ciencia, arte y literatura en los Estados Unidos, de la prensa periódica, de la doctrina de Monroe, del movimiento obrero y del carácter yankee. El folleto, de 32 páginas, se vende á 25 céntimos en la administración de la biblioteca (Barbará, 14, 2.º)

ENSAYOS POÉTICOS, por *Alfredo Ulecia y Cardona.* – En la colección de poesías que acaba de publicar el joven poeta Sr. Ulecia y Cardona encuéntranse cualidades que revelan las felices disposiciones poéticas de su autor: algunas, más que debidas á un neófito, como en efecto lo son, parecen obra de quien tenga larga experiencia en materia de poesía, porque en ellas se advierte, no sólo una versificación fácil y esmerada, sino una elevada inspiración. Entre los *Ensayos poéticos* los hay de todos los géneros y de los más variados metros: *El triunfo del Ave María*, romance premiado en un certamen de Gerona, *La inspiración*, *A la memoria de mi queridísima madre*, *Elegía campestre*, *Napoleón*, *La orgía* y algunos *Cantares y Seguidillas gitanas* son, en nuestro concepto, composiciones que se salen de los moldes á que nos tienen acostumbrados los principiantes y acreditan de verdadero poeta al que las escribió. *Ensayos poéticos*, impreso en Madrid en la librería de Nicolás Moya, se vende á dos pesetas.



MONUMENTO Á MOZART recientemente inaugurado en Viena, obra de Víctor Tilgner

CAMINO DEL PECADO, novela contemporánea, por *Alejandro Larrubiera.* – Intercalándolas en uno de los capítulos, hace el autor de esta novela las siguientes reflexiones, más bien lamentos del escritor, que se duele de la moderna hipocresía: «Hay que disfrazar la verdad de lo que ocurre en el mundo, figurárnoslo como un mundo poblado de seres misóginos de alma bobalicona; engañarnos torpemente, no mostrar para ser curadas nuestras lacerias morales que crecen en la misma razón progresiva que nuestra hipocresía. ¡Dejemos que la inexperta juventud se entregue y caiga á ciegas en todos los vicios por desconocer sus terribles consecuencias! Hay que hacer una moral manida, acomodaticia: sé malo, sé lujurioso, torpe, terriblemente vicioso, si te place; pero sé buen actor en la comedia del mundo para que tus torpezas queden ocultas, y si se llegan á descubrir, al menos que se vea que buscaste la sombra y pagaste tu deuda al convencionalismo social. Esto es todo.» Estos párrafos darán á nuestros lectores completa idea del fin que se propone en su último libro nuestro antiguo y querido colaborador. Mas no se crea por esto que el Sr. Larrubiera desciende á un terreno reprobado, no ya por el sentido moral, sino por el buen gusto. «Y por esto – dice más adelante – no hay que confundir la libertad artística con aquella otra pornográfica, ¡no! Pintemos las sensaciones sin lubricidades, pongámonos en el justo medio de lo que es y representa, de su coexistud con lo espiritual, del enlace imperioso que preside á lo físico con lo psíquico.» Consecuente con estos principios el autor de *Camino del pecado*, desarrolla en su interesantísima novela un drama pasional de suma transcendencia, diciendo cuanto cree que debe decir, pero huyendo de todo materialismo repugnante, salvando con extraordinaria habilidad los escollos y dificultades que en el curso de la narración se le ofrecen y ahondando más en los males del espíritu que en las flaquezas del cuerpo: su obra entra de lleno en el género que ha venido á sustituir al realismo, el de la novela psicológica. Fáltanos espacio para extendernos, y por lo tanto terminaremos esta ligera noticia diciendo que el libro está bien pensado y bien escrito y que encierra una profunda enseñanza, y felicitando por ello á nuestro distinguido amigo Sr. Larrubiera. *Camino del pecado* es el primer tomo de la Colección Rinel, que ha empezado á publicarse en Madrid y elegantemente encuadernada se vende á dos pesetas

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 3 de agosto de 1896 — Núm. 762

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DÍAS FELICES, cuadro de Francisco Masriera

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UN HOMBRE DE ESTE SIGLO

Aun cuando el asunto que hoy elijo parezca estar fuera del círculo en que se encierran habitualmente estas crónicas, aun cuando pertenece al número de los que suele tratar aquí el egregio Castelar, yo haré por presentar á Edmundo de Goncourt, mi amigo y maestro, que acaba de morir en París, desde tal punto de vista, que se reconozca su derecho á merecer detenida y honorífica mención en las reseñas de la *vida contemporánea*. Edmundo de Goncourt es sin duda un hombre representativo de nuestro siglo, de sus refinadas curiosidades, de su culto místico del pasado, de su pasión por el arte, y tal vez de su esterilidad para crear arte propio, lo cual obliga á la generación presente á vivir de restauraciones arqueológicas. Debemos contar á Goncourt entre los primeros á impulsar este movimiento, entre sus precursores y guías, y reconocer que el despachito de Auteuil era un foco de donde irradiaban luces y chispazos, no tanto de ideas como de aficiones, de revelaciones estéticas, que modificaron sensiblemente el gusto de la generación actual.

Nadie regateará á Edmundo de Goncourt el título de insigne literato y primoroso escritor, ni menos el de erudito: ninguno hubo más sepultado que él en los libros, lo mismo en vida de su hermano Julio y en el ardor de la no interrumpida colaboración que ambos realizaron durante tanto tiempo, que después de la muerte de aquel hermano queridísimo, cuando ya el estudio y el trabajo fueron para Edmundo derivativos de la pena. Sin embargo, yo que tanto he leído las obras de Goncourt, creo que la huella más profunda de su genialidad no está grabada en las letras. Como literatos, los dos hermanos son originales, en el verdadero sentido que una crítica sutil puede atribuir á la palabra *originalidad;* es decir, que su estilo y sus conceptos no pueden confundirse con los de otro escritor de su época, ni referirse á ningún modelo anterior, á ningún predecesor ilustre. Pero esta misma originalidad, esta personalidad tan acentuada de los Goncourt, les ha estorbado para formar prosélitos y escuela literaria. No ha faltado quien tratase de imitarles, sin fruto y sin gloria; su nombre fué, durante algunos años, bandera de insurrección; su doctrina del *documento humano* levantó polvareda; sus prolijas descripciones y su empeño de producir, por medio de vocablos, la sensación de la pintura, causaron estragos entre alguna gente joven y otra que no lo era tanto, como Huysmans; mas fué todo ello un pasajero alboroto, remolino de polvo y aire...

Para darse cuenta del verdadero papel de los Goncourt, comparadles con cierta gran figura literaria de su nación y de su siglo: Víctor Hugo. La enorme celebridad, el dinamismo literario del autor de los *Miserables* resaltan á primera vista. No habrá comarca del globo donde no se hayan traducido obras de Víctor Hugo; no habrá periódico ilustrado que no haya publicado su retrato; no habrá persona que sepa leer que alguna vez no haya leído su nombre; con las parodias de sus *orientales* se podría erigir una torre de papel impreso ó manuscrito; con los números de los diarios que le han prodigado alabanzas y dicterios se podrían empapelar las casas de una populosa capital. Pero buscad en las costumbres y en la vida contemporánea rastros del paso de ese rutilante cometa. Nada os lo recordará; en nada lo encontraréis. El mobiliario de vuestra morada, las ropas que os cubren, el arte que os deleita, la mujer que halaga vuestros ojos y vuestro corazón... no os hablan de Hugo y de su gloria literaria, tan reciente y tan fulgurante. Por el contrario, en cualquier detalle de nuestra vida civilizada os sería fácil reconocer la acción de Goncourt, siempre que conozcáis lo bastante su biografía, su historia y el asunto de gran parte de sus libros, de los que hoy se consideran más importantes.

La humanidad es indiferente y olvidadiza. Recibe la dádiva, se la apropia, y sepulta hasta el nombre del donador. Hace pocos días, platicando yo con uno de los contados verdaderos sabios que tenemos en España, salió á relucir otro sabio francés, del cual hablé yo con cierto benévolo desdén, porque no sabía sino que había muerto centenario. «Ese hombre de quien sólo recuerda usted la ancianidad – díjome el sabio español – ha sido sin embargo uno de los bienhechores con quienes somos tan ingratos. Cada vez que encienda usted una bujía, acuérdese de Chevreuil, á quien las debemos.» Goncourt no es un descubridor ni un inventor: es otra cosa, es un *revelador*. La transformación del gusto moderno, desde mediados del siglo, no sostengo que proceda de él exclusivamente, pero sí que en él adquirió conciencia de sí misma. Ya sé que esta transformación del gusto no carece de censores y detractores; que no falta quien la considere una forma de decadencia, un amaneramiento, una afeminación. Nadie podrá negar, así y todo, que ha ensanchado los límites de la belleza, y que ni los que la censuran dejan de rendirle culto: tan rápida y seguramente se ha infiltrado en nuestros sentidos y en nuestra fantasía.

¿Y cuál ha sido el papel de Goncourt en esta transformación? Lo señalaré en breves palabras. El influjo de los Goncourt se manifiesta de un modo principalísimo en el advenimiento del arte japonés y en el triunfo indiscutible del arte del siglo XVIII. Podrían agregarse á las conquistas de Goncourt el *colorismo* y el documento íntimo en la historia. Sigamos las corrientes del gusto actual y hallaremos en su origen á los Goncourt. Sin duda ese gusto estaba en la atmósfera; sin duda la imaginación de nuestro siglo se encontraba predispuesta á recoger y estimar y adaptarse esos elementos de belleza y de carácter; no por eso los Goncourt dejarán de haberlos presentido y apreciado y difundido antes que nadie.

¡Qué pronto cundieron! Hoy llegan á todas partes, hasta á los villorrios, los míseros villorrios de mi tierra, en los cuales ya han penetrado el exótico abanico nipón, el falso mueble de Boule, la silla de bambú y la pieza de rameada batista trianonesca, de la cual la hija del pedáneo ó la sobrina del cura cortarán, por un figurín inspirado en algún cuadro de Watteau, el vestido para lucir el día de la fiesta patronal. Pero no consideremos estas influencias así, en caricatura; estudiémoslas en las esferas más elevadas de la sociedad. Y aquí sí que son una epidemia los dos estilos favoritos de Goncourt, y sobre todo el rococo, el arte anterior á la Revolución francesa, los dos reinados de Luis XV y Luis XVI. Al empezar los Goncourt, hace cincuenta años, á recoger y coleccionar en las tiendas de los anticuarios y chamarileros de París porcelanas, cajitas, telas, bronces, libros, estampas y hasta abanicos de esa época, consiguieron maravillas á precios baratísimos, porque á nadie se le ocurría entonces gastar en baratijas tales, absolutamente pasadas de moda. Pues bien: baste saber que, en la actualidad, el objeto de arte que más alto se cotiza en el comercio de antiguedades – más que el bizantino, más que el gótico, é infinitamente más, por supuesto, que el del Renacimiento – es el objeto del siglo décimoctavo, desdeñado ayer. En el presente año – que ha visto morir al último de los Goncourt – no sólo se estima ese estilo, pero se falsifica, se imita rabiosamente, y domina y señorea en el mobiliario y el traje. Penetrad en el gabinete de una dama de estas que viven en los ápices de la moda. De fijo que la dama no sabrá el nombre de Edmundo de Goncourt, ni habrá tenido en las manos ninguno de sus libros, así los recreativos como los didácticos. Sin embargo, la susodicha dama y cuanto la rodea está impregnado del gusto y del sentimiento artístico del cual fué Goncourt pregonero. Reviste las paredes un *lampas* de colores suaves y pálidos, copia exacta del que cubría el tocador de María Antonieta. Los muebles son de laca blanca y azul, de formas contorneadas, semejantes á las involuciones de las conchas del mar, y ajustados á un modelo de Versalles. Figuritas de blanco *biscuit*, pastores y pastoras, decoran la chimenea. Sobre una mesa cuyos bronces se inspiran en riquísimos bronces antiguos, se ve un libro metido dentro de una carpeta de brochado Pompadour, con galones de plata vieja. El retrato de la dueña de la casa, que descuella encima del sofá, cercado por finísima moldura dorada de volutas y rosas, no es un *óleo*, es un *pastel*, de tonos apagados, obra reciente que recuerda las joyitas de Latour, esos retratos deliciosos del pelo empolvado y los *fichús* blandamente sujetos sobre el seno por una lánguida flor...

Observad cómo va vestida la dama que se dispone á salir. Ciñe su talle una casaca Luis XV, salpicada de capullos, con botones de esmaltadas miniaturas; y el sombrero que aureola su rostro es un *marquise* atrevido, digno de las cacerías á que asistía la Dubarry con uniforme de *chevau-léger*. Su mano, saliendo de una ola de puntilla rancia, aprieta el puño de la sombrilla, puño de porcelana de Sevres ó de plata cincelada, en forma de cayado – una sombrilla que está gritando por Trianon. – Revolved los armarios de la dama que hasta el nombre de Goncourt ignora, y en ellos encontraréis desde el perfumado saquito guardaencajes, reproducción exacta del que usaban la Lamballe ó la Polignac, hasta el abanico de nácar con galantes pinturas, que en medallones de oro rodeados de turquesas lleva los bustos de la familia del rey decapitado. Estamos invadidos por el siglo XVIII, conquistados y seducidos por su finura, por su gracia, por su distinción, por su aristocracia de pura sangre; y esta restauración victoriosa la empolló Goncourt, no sólo desenterrando y coleccionando preciosidades, sino analizando y estudiando ese período en libros donde la erudición se deriva de la sensibilidad estética.

Alejaos del elegante gabinete, y entrad en cualquier Exposición, en cualquier museo de arte contemporáneo y en los talleres de pintores, escultores y decoradores, y veréis clara, como la luz, la influencia del japonismo, aunque probablemente tampoco muchos artistas contemporáneos sabrán el nombre de Goncourt. No sólo en los cachivaches orientales que adornan y realzan con sus raras formas y su vivo colorido los muros del taller; no sólo en las armas fantásticas, en los sables de esculpida vaina, en los *Kakemonos* donde vuelan las grullas y echan fuego por los ojos los dragones y los monstruos quiméricos que parecen abortos de la pesadilla, sino en el lienzo que el artista empieza á manchar, en el dibujo que traza velozmente, en los adornos que desarrolla sobre el recuadro, en el barro que modela os sorprenderán reminiscencias de la peculiar concepción del arte japonés, y se os vendrán á la memoria los curiosos y geniales cuadernos de los grandes artistas japoneses. Hasta en los periódicos ilustrados, en la caricatura, veréis la marca del Japón, el aura oriental. Paseaos por las calles de las ciudades más cultas y registrad los escaparates de las tiendas: porcelanas y barros del Japón, biombos del Japón, minutas japonesas para la comida, telas con dibujos japoneses, ceniceros japoneses, hasta retratos sobre papel de arroz... Milagro será que en vuestro despacho mismo, cerca del *Buda* dorado, no se luzca el gran vaso de bronce, ese objeto de arte sorprendente y hace años desconocido, ó el grupo de luchadores, que compite con las estatuillas griegas. ¿Que esta invasión no puede ser obra de un hombre solo? Me he anticipado á declararlo, no se me acuse de que le cuelgo milagros á Edmundo de Goncourt. Nadie hace milagros de esta índole, y menos hoy, cuando las relaciones entre los diversos países del globo se estrechan cada día, las comunicaciones son rápidas y frecuentes, cierto término medio de ilustración se ha generalizado, y todo viajero que vuelve de esas comarcas misteriosas conoce lo que debe traer en su maleta, lo pintoresco, lo raro aquí, y lo trae y lo conserva y lo divulga. Insisto en que las transformaciones del gusto, si son obra colectiva, tienen sus heraldos, que arrojan en un círculo de inteligentes las primeras semillas, y con su entusiasmo, con su prestigio, con el contagio de su admiración, consiguen aclimatar lo forastero, restaurar lo olvidado y cambiar el rumbo del sentimiento artístico.

¿Adónde irá á parar, ahora que Goncourt ha llegado al término de su carrera, la inestimable colección, los libros únicos, las rarezas cazadas con tales ardides y una paciencia tan ardorosa, por decirlo así, en los desvanes, en las trastiendas, entre el polvo de los almacenes, dentro de los cajones de un mueble desvencijado y hasta debajo de tierra? Una de las cosas más tristes de este mundo, donde tantas tristezas nos rodean, es la dispersión de las colecciones por muerte del coleccionista. Manos ávidas se tienden hacia los tesoros, á los cuales prestaba su dueño fisonomía personal, el carácter de su espíritu. Todo se descompone, se trastorna, se profana, se desarmoniza. Y es el destino: ni una colección se salva. Aunque Goncourt, en vez de mantenerse célibe, hubiese fecundado una familia, sucedería lo propio, pues no sólo es poco frecuente que los hijos tengan las aficiones del padre, sino que suele dolerles ver paralizado el no despreciable capital que la colección representa. Queda el recurso de legarla á otro aficionado maniático, ó bien á un Museo: lo primero no lo hacen jamás por envidia y celos póstumos, pues no hay Otelo ni hay tigre comparable á un coleccionista; y lo segundo, si tiene la ventaja de evitar que la colección se desparrame y la arroje la tempestad á la playa inhospitalaria de las tiendas, en cambio roba á esos objetos animados por la voluntad de un hombre el *yo no sé qué* en que consiste su encanto... Los objetos reunidos por Goncourt formaban parte de su alma; eran algo que me es imposible representarme en otra parte más que en aquella casita de Auteuil, tan pequeña y cuca, con su jardín, donde, en vez de los vulgares figurones de cinc con que suelen adornarse los cenadores y los bosquetes, había magníficas porcelanas... ¡Pobre Goncourt! Murió pensando en que todo eso iría á parar á la subasta..., al martillo...

Emilia Pardo Bazán



EL PÓRTICO DE LA GLORIA

(?) de agosto de 1168

Celebérrimo pórtico cubierto de la catedral compostelana, obra del arquitecto y mazonero el maestro Mateo

A la piedad de D. Fernando II de León débese esta obra prodigiosa, sin igual en el mundo.

Sabida es de todos la importancia que en el orbe cristiano tuvo durante larga serie de siglos la catedral de Santiago. Nadie ignora tampoco la historia de ese templo, sepulcro erigido por la fe de reyes, príncipes y magnates al *Hijo del Trueno*.

La actual fábrica álzase sobre otra llamada la *catedral vieja*, edificio de recios muros y fortísimos machones, construída por el maestro Mateo. Levántase la cabecera de la catedral grande sobre el mismo lugar (pequeña colina) donde según la tradición piadosa fué descubierto por el obispo de Iria-Flavia, Teodomiro, el sepulcro del apóstol Santiago el Mayor.

Origen de la ciudad, la actual catedral sería por sí sola motivo más que sobrado para dedicarle un artículo, si no me hubiera propuesto ocuparme únicamente de obras de escultura y pintura ó de aquellas en las cuales entre en gran parte á formarlas cualquiera de las citadas artes. En este concepto, y aun á trueque de que pueda ser contestada la certeza de esta *efeméride* por varios de los eminentes arqueólogos que en Santiago de Compostela se han ocupado, muy recientemente, de las antigüedades de todo orden que dicha ciudad atesora, conmemoro hoy la prodigiosa obra del maestro Mateo.

***

Andados los años del primer tercio del siglo XI, cuando todavía la cristiandad miraba al cielo, pálido el rostro y retratado en los ojos el espanto que le produjera la horrible predicción que debía realizarse en el año *mil;* cuando todavía parecía escucharse en el mundo occidental el eco de las plegarias en deman da de piedad, y el tañido funeral de las campanas doblando por la humanidad entera, próxima á des aparecer entre las ruinas del planeta que habitamos, y en la mente del cristiano se reproducían, como en placa fotográfica, las escenas de hambre, de desolación, de los fenómenos extraordinarios acaecidos en mar y tierra en varios países de Europa; cuando todavía humeaban las ciudades que incendiara Almanzor, y por lo más escondido y abrupto de las montañas de Asturias, cual procesiones de fantasmas, vagaban clérigos, príncipes y pueblo buscando hogar seguro para depositar las reliquias y las imágenes de los santos que precipitadamente recogieran de León y del resto del naciente reino reconquistado por los Pelayos, Alfonsos, Ramiros, Fernandos, etc.; cuando en fin, comenzaba á iniciarse aquella exaltación que como reacción poderosísima de incontrastable fuerza, como expansión mística de los espíritus conturbados por la horrible prueba del milenario, tantas obras prodigiosas de arte había de producir, dióse comienzo á la actual catedral de Compostela, á la que pertenece el pórtico llamado de la *Gloria*.

La traza de este monumento es del estilo del resto de la basílica; estilo que no se empleó en ninguna otra de sus dimensiones, pues el área que ocupa es de 9.500 metros cuadrados. Con decir que fué trazada la fábrica á los mediados del siglo XI, es bastante para que se impongan cuantos no conocen esta catedral, digna de ser admirada por propios y extraños, cuál sea su arquitectura, del más puro románico-bizantino.

Fué el pórtico de la *Gloria* el de acceso á la nave central, hasta el siglo pasado en que se construyó la fachada llamada del *Obradoiro*, que hoy lo oculta. Para que se pudiera llevar á cabo la obra del pórtico, D. Fernando II de León confirmó á la basílica el privilegio de acuñar moneda. Según los datos que pueden suministrar, así el citado privilegio como otros documentos existentes en los archivos de la catedral compostelana, debió dar comienzo el maestro Mateo á obra tan portentosa en el mes de agosto de 1168. Descubrióse á la admiración pública el día 1.º de abril de 1188.

A pesar de haber sido durante seis siglos pórtico exterior, resguardado únicamente por un pequeño *nartehex* de gusto ojival, probablemente adherido en el siglo XIV, la exquisita policromía que iluminaba aquella multitud de figuras, monstruos, follaje, etc., de la decoración, ha llegado en parte hasta nuestros días, haciéndonos presumir cuál debió de ser el efecto estético que causara en cuantos contemplaban por vez primera obra tan sublime.

Es todo el pórtico de piedra sillería, excepción hecha de los fustes de cuatro columnas historiadas que pertenecieron al primitivo templo erigido, si no me es infiel la memoria, en el último tercio del siglo X. El fuste central del parteluz es de ónix (y aquí sigo al pie de la letra la descripción que de este monumento hizo mi querido amigo el erudito arqueólogo santiagués D. Bernardo Barreirò.) En el citado fuste se representa el árbol de David con once figuras, y las de la Trinidad en el capitel; los otros son de mármol, y en ellos vense esculpidos el sacrificio de Abraham, Melchisedech, Raquel y una alegoría que simboliza la lucha del cristianismo con las falsas religiones.

En el gran arco central llamado el de la *Gloria* y en los menores del *Purgatorio, Limbo é Infierno*, la imaginación del artista, que los cuajó de figuras, alcanza los límites de lo maravilloso. Vese en el gran arco al *Salvador,* figura colosal sedente, rodeado por los Evangelistas, ocho ángeles con los símbolos de la Pasión, cuarenta y dos bienaventurados que ostentan pergaminos, ángeles con incensarios, y los veinticuatro ancianos del Apocalipsis, sentados en la archivolta y tañendo diversos instrumentos. En el arco del Purgatorio míranse diez ánimas rodeadas de llamas y sujetas á la archivolta por un baquetón á modo de sarta; once á las cuales no sujeta moldura alguna, y algunos arcángeles que purifican y conducen á la Gloria varias almas que hacen el tránsito orando. Estas figuras ostentan coronas y tarjetones. En el arco del Limbo siete ángeles cubren las almas con paños y otros las conducen al cielo. En el Infierno las almas de los pecadores, que guarnecen el estradós de la archivolta, hállanse colocadas entre lagartos y reptiles de extraña catadura y son devoradas por los demonios, figuras verdaderamente espantables y que parecen haber surgido de la mente exaltada todavía con el recuerdo de los terrores pasados. Por cierto que entre los condenados se ve un rey con su corona.

Adosadas á las columnas y de tamaño de más de dos tercios del natural están las figuras de Moisés, Isaías, Daniel, Jeremías, Baruch, Ezequiel, Oseas, Joel, Amós, Judit, Esther, Judá, Micheas, Jonás y las de los apóstoles. Representados en los capiteles míranse: Jesús tentado por Satanás, la *idolatría* arrastrando á los pueblos, el castigo del blasfemo, el Padre Eterno y otras escenas y representaciones simbólicas. Sostiene el parteluz y entrearco un hombre echado de bruces sobre un tarjetón y con un león debajo de cada brazo. Las opiniones de los eruditos y arqueólogos no están acordes en la persona que representa el hombre dicho, y mientras unos creen que representa á nuestro primer padre Adán, otros creen que es el rey D. Fernando II, y aun varios afirman que es Sansón el representado de tal modo. Por último, la figura que de rodillas se ve detrás de esta que motiva las discusiones de los sabios es la del propio maestro Mateo.

Verdaderamente es asombroso este pórtico, por la riqueza de su ornamentación, por la imaginativa del artista, por la fuerza creadora que representa, por revelar y sintetizar de modo tan claro las aspiraciones é ideales de una sociedad. Pero si desde ese punto de vista, punto de vista que se presta á hondas investigaciones sociales, históricas, etc., es, como digo, asombrosa la obra del arquitecto del rey leonés, desde el punto de vista del arte por el arte pasma. Principalmente las estatuas adosadas á las columnas son de una pureza y corrección de línea, de un realismo tal y de una fuerza espiritual al propio tiempo tan grande, que es preciso remontarse á los artistas coetáneos del autor del *Zuccone* y de Gattamelata para encontrar aquellas proporciones y aquella corrección de dibujo con que supo trazar sus estatuas icónicas el insigne mazonero del siglo XII.

Así lo comprendió el gobierno inglés hace muy cerca de cuarenta años, al pedir el correspondiente permiso para hacer un vaciado de todo el pórtico. Hoy dicho vaciado es una de las más preciadas joyas que guarda el Museo Kensingthon, y allí vieron muchos españoles esta maravilla maestra, antes que el original, siendo uno de esos españoles el eximio novelista Pérez Galdós.

Un detalle. El gobierno británico regaló al español una reproducción del *Pórtico de la Gloria*, y al cabo de cuarenta años no se ha podido averiguar aún el paradero del regalo.

R. Balsa de la Vega

***

EL PÓRTICO DE LA GLORIA

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES É INDUSTRIAS ARTÍSTICAS

Barcelona 1896

Una obra notabilísima, expuesta en el grupo primero de Metalistería de la Sección de Industria Artística, debida al cincel del artífice Sr. D. Jesús Paz Regidor, nos ha permitido reproducir con fidelísima exactitud la monumental creación del maestro Mateo; cumpliendo así con el doble deber de encabezar gráficamente la presente efeméride de nuestro compañero R. Balsa de la Vega, y el de dar cuenta de un trabajo que ha merecido, por acuerdo unánime del Jurado, la recompensa de una Mención honorífica especial.

Merecedor es el Sr. Paz Regidor de tan alta recompensa, pues á la dificultad material de esculpir en acero su obra, en dimensiones iguales cuasi á las del grabado que publicamos, se reune la perfección de una ejecución artística primorosa, al reproducir con los más ínfimos detalles y con el sentimiento exacto de la estructura total los diversos y variados elementos escultóricos que decoran la soberbia obra cuya erección hoy conmemoramos.

Sólo el cincel de un artista, el entusiasmo y una voluntad firme é inquebrantable son capaces de llevar á feliz término una obra como la que nos ocupa. Para encerrar en los límites reducidos de un pequeñísimo prisma de acero la soberbia composición del Pórtico de la Gloria, abriendo en el metal desde la traza general hasta los accidentes más diminutos con prolija exactitud y sin menoscabo del carácter artístico y peculiar de la obra, necesarias son cualidades excepcionales como las que posee el artífice Sr. Paz Regidor, á quien felicitamos de todas veras.

LA TURBIA

COSTUMBRES DE MADRID

Bien dice el refrán «que unos cardan la lana y otros llevan la fama.» Ahí tienen ustedes al Manzanares, tan humilde, tan manso y tan bien criadito, prestando inapreciables servicios á la villa coronada en el ramo de policía urbana; sirviendo además de lavadero general, sin atreverse, sino en rarísimas excepciones, á salirse de sus naturales riberas; y sin embargo, desde los tiempos de Felipe III acá, ¡cuántos dicharachos burlescos, cuántos epigramas insultantes, cuántas imprecaciones denigrantes en prosa y verso le han prodigado nacionales y extranjeros, empeñados en darle el papel de río cómico entre los demás ríos de carácter de nuestra patria! En cambio para el Lozoya todo son alabanzas y encarecimientos. Los hidrólogos han colocado sus aguas en el tercer lugar en la escala comparativa de las españolas; los médicos ensalzan sus bondades digestivas, y hasta las patronas de huéspedes le declaran sin rival para la cochura de los garbanzos, así sean éstos de los más duros y endiablados que se consumen en esos antros de á seis reales con principio. El coro de alabanzas científicas es general, y sin embargo el tal Lozoya es un pícaro guasón de la peor especie, que con frecuencia, lo mismo en invierno que en verano, se complace en *tomarles el pelo* á los madrileños de la manera más desconsiderada. Basta con que lluevan cuatro gotas en las faldas del Guadarrama ó en la extensa meseta donde se asienta la capital de la monarquía, para que inmediatamente el Sr. Lozoya se apresure á recoger toda la tierra y arena que encuentra á su paso, y ya tienen ustedes las famosas aguas convertidas en un líquido rojizo y repugnante que invade los depósitos del Canal de Isabel II, saliendo luego á luz en forma de barro acuoso por los mil y un caños de las fuentes públicas y particulares.

Y aquí comienza la broma que da ocasión á no pocas peripecias domésticas, porque es lo que dice doña Gumersinda, esposa de don Donato, oficial tercero de la clase de cuartos de la Junta de clases pasivas, increpando á su doméstica Feliciana, que contempla impávida el chorro de agua sucia que se derrama en la pileta de cinc de la cocina:

– ¿Y qué hacemos ahora?.. Mujer, eres lo más avestruz que he conocido. ¿No oíste anoche que el señor leyó en *La Correspondencia* que iba á haber una turbia?

– ¡Y yo qué quiere usted que le haga! ¡Pues ni que fuera una la presidenta del canal! Vaya una gracia.

– Pues á mí maldita la que me hace. Anoche, que aún venía el agua clara, debiste llenar la tinaja, la artesa y todos los cacharros de la cocina.

– Pero como ustedes me enviaron á casa de don Gervasio con el recado aquel...

– Que duró tres horas, porque tú en saliendo á la calle se acabó. ¡Mire usted que desde las ocho hasta las once y media para ir á la esquina tiene lances! ¡Dichosos noviajos! Si yo fuera el gobierno metía en la cárcel á todos esos *golfos* que andan haciendo el amor á las criadas para luego entrar en las casas á ver lo que cae...

– ¡Señora, contesta ofendida Feliciana, mire usted lo que dice, que yo no me trato con golfos!

– Sí, ya sé que tu fuerte es la milicia. Debías haberte ido á Cuba de cantinera y estarías como el pez en el agua.

– ¡Gumersinda!, dice una voz de bajo profundo que sale de la habitación contigua á la cocina. Que me entre ésa agua para afeitarme.

– Sí, buena agua nos dé Dios. Si esto parece chocolate de la Colonial.

– ¡Gumersinda!, repite D. Donato, que tengo que...

– Ya lo sé, pero hay turbia; viene el agua imposible y en la casa no hay otra. Si quieres afeitarte con agua de Loeches, en la alcoba hay dos botellas.

– Mujer, por los clavos de Cristo, ¡qué me he de afeitar yo con una purga para que me haga efecto en la oficina hoy que es día de firma! Que vaya esa gaznápira al segundo piso y le pida á doña Flora una poca, que ella de seguro habrá hecho provisión.

– Anda, Feliciana, que te llenen ese puchero.

La sirvienta sale precipitadamente, y á los pocos minutos regresa con el cacharro lleno del precioso líquido, diciendo:

– Que tiene muy poquita, pero que por ser para ustedes... si quieren les llenará la botella para el almuerzo.

Y al decir esto la fámula mete el pie en un descosido de la estera, da un traspiés mayúsculo y parte del donativo de doña Flora cae sobre su ama, que grita:

– ¡Animal! Mira lo que haces. ¡Eres de lo más burro que he conocido! ¡Jesús, Dios mío, qué avechuchos crías!

El avechucho gruñe. D. Donato bufa. Doña Gumersinda reniega, y por fin con escurriduras del jarro del lavabo y otro empréstito á la amable vecina consigue conjurarse por el momento el pavoroso conflicto, y el empleado se afeita, almuerza y se marcha trinando á la oficina, en tanto que Feliciana, provista de un cántaro, se encamina hacia la fuente de la plaza inmediata, que por ser de los *viajes antiguos* se halla exenta de las turbias del Lozoya.

Por esta causa una cola inmensa, inconmensurable y bifurcada en distintas direcciones por disposición del guardia municipal encargado de mantener el orden en aquel gallinero se extiende por la plazuela. La algazara y el bullicio son constantes y permanentes entre aquella turbamulta que aspira á recoger su porción de agua clara y que de tal suerte entretienen la prolongada espera.

– ¿Quién da la vez?, grita Feliciana dirigiéndose á uno de los extremos de la cola.

– Yo, hija, contesta una vieja portera con un carrillo hinchado y cubierto con un pañuelo negro.

– Vaya, pues ya tenemos *pa* rato. *Apenitas* si hay gente delante.

– Y yo que tengo la portería *abandoná*. Y luego si ocurre algo dirán que la portera, que si fué, que si vino...

– Pues lo que es en dos horas *ú* tres no llegamos al caño.

– De esto *naide* tiene la culpa más que el ayuntamiento, replica la portera. Si esos fariseos de concejales cuidaran del Lozoya y no le dejaran ponerse perdido...

– Si dice mi amo, que es *empleao* del gobierno, que *too* consiste en que el depósito es chico para tanta gente como consume, no se puede reposar y la dan como viene.

– Pues que hagan una docena *ú* dos de depósitos grandes. ¿*Pa* qué quieren el dinero que sacan de los consumos y de las *células* de vecindad?

– Toma *pa* irse de cuchipanda á los Viveros.

– ¡Puede!

– ¡Vaya! La otra tarde me fuí yo de paseo con un primo mío que es de húsares de Pavía, y allá en el Puente de los Franceses nos encontramos dos *omnibuses* llenos de señoritos *toos apitimaos*, y me dijo mi primo:

– Esos son del ayuntamiento.

– Sí, no puede ser otra cosa; y como se dan al vino, el agua les tiene sin pizca de *cuidao*.

– ¡Así reventaran!

– Amén.

– Y ese sin vergüenza de guardia bien podía tener más pupila y no consentir que vengan algunos con dos cubas, lo cual que no acabaremos nunca. No sé *pa* que sirve la *autoridaz*.

El dueño de las dos cubas, robusto gallego que hasta entonces no ha tomado parte en la conversación, siéntese ofendido y exclama:

– Estas cubas están aquí *pur lu* que están.

– Claro, ya me figuro que ellas solas no habrán venido.

– Las he *traídu* yo, que *vengu cun* ellas desde la calle del Pez, *cargadu comu* un animal.

– Como lo que eres, maruso.

– *Esu mismu digu* yo y *ademáis* potranco.

– ¡Gallego, *mamiluco!*, grita la Feliciana. ¡Llevarlo á la cuadra!

– Mira que te doy una puntera y te *rompu* el *cántaru*.

– ¡Agarrarlo, agarrarlo que está loco!, contesta a criada dando desaforadas voces.

Al oir los chillidos de la maritornes, la cola se alborota, todos se vuelven hacia los contendientes y estalla una tempestad de voces, silbidos, aullidos é imprecaciones de todas clases.



En el campo, cuadro de José M.ª Marqués



Familia de saltimbanquis en marcha, cuadro de J. Araujo



Familia de saltimbanquis descansando, cuadro de J. Araujo

—¡A la cárcel esos!
—¡Fuera el gallego!
—¡Matarlo!
—¡Que baile, que baile!

Aprovechando el tumulto una chicuela desarrapada trata de ganar algunos puestos en la cola, pero protestan algunos de la maniobra y se levanta un clamor formidable.

—¡A la cola, á la cola esa *marrandusca!* ¡Guardia, á esa, á esa! ¡A la cola, la pelona, á la colaaá!..

La intrusa, avergonzada, va á colocarse al sitio que le corresponde, y el municipal dirigiéndose á la multitud dice en tono solemne:

—A ver si *sus* calláis. *Paece* esto el *mesmísimo* ayuntamiento en día de sesión. Pero *cuidao*, que tengo malas pulgas y llevo media docena á la prevención.

El tumulto vuelve á reproducirse, dirigido esta vez contra el guardia, que al ver el efecto causado por sus palabras saca tranquilamente la petaca y se pone á liar un cigarrillo.

—*¡Estu non* se ve en ninguna parte del mundo!, dice el gallego á la portera. *¡Malditu Luzoya!* Antes *cuandu non* había tal *ríu* en Madrid *todu* andaba mejor. Mi padre era aguador en la plaza de *Puntejus*, tenía dos ayudantes y ganábase sus cuarenta ó cincuenta *durus* mensuales *todus lus* meses. *Peru* ahora con las malditas fuentes en las casas se ha *perdidu* el *uficiu*.

—Bien que me acuerdo, replica la portera, que una cuba diaria costaba diez *riales* al mes.

—¡Oh, *aquellus tiempus* eran *buenus*, *peru* con la ilustración nos han *perdidu* á los aguadores.

—Pero oiga usted, señor guardia, grita Feliciana, que no puede estar callada mucho tiempo. ¿Qué ley es esta? Ahí hay un *agüelo* que está llenando el botijo y ha venido después que yo.

El municipal oye á la chica como quien oye llover.

—Pero guardia, el *agüelo* ese...

—Mujer, calla, observa la portera, que no *ties* ni pizca de razón.

—¿Cómo que no? Me parece...

—Bien se ve que no eres de Madrid.

—No, señora, que soy de Valladolid.

—Pues hija, aquí el que presta el botijo *pa* que beban los *transuantes* que no traen cacharro, *pue* llenar al cabo de un rato; de preferencia, ¿entiendes?

—¿Y quién dispone eso?

—Pues la ley, hija; la ley de las aguas públicas.

—¡Chica!, ¡Feliciana!, vocea desde la otra rama de la cola una amiga de la criada. ¡Qué atrás estás! A mí no me faltan más que siete...

—¿Y á qué hora has venido?

—A las once, que me mandó el ama que llevara agua para el almuerzo.

—¡Anda, y son las tres!

—Pues lo que es tú no llenas hasta la noche.

—A mí *pim*. Entretanto la señora tiene que guisar y limpiar la casa, y eso va una ganando.

—Que se chinche, chica, y gracias si no te pasa como á mí en la otra turbia, que después de cuatro horas de hacer cola se me rompió el cántaro y volví á casa tan campante y con las manos en los bolsillos y la señora me quería pegar...

—¡Jesús! Vaya una señora, exclama la portera. Yo también tengo una inquilina que se llama doña Petra, que á la chica le dió un *bocao* el otro día en la cara y por poco le come las narices. Pero no es extraño, porque dice el médico del principal que padece de un mal que llaman alfarería ó geometría, no me acuerdo á punto fijo.

Pero Feliciana no presta atención á los chismes de la vieja. Por la calle de enfrente ha visto venir un apuesto soldado, luciendo el uniforme elegante de húsares de Pavía y comienza á sisearle. El militar se detiene, reconoce á su paisana y acude presuroso, entablándose animado charloteo, interrumpido de vez en cuando por el vocerío de los que gritan hasta desgañitarse:

—¡Eh, á la cola; esa á la cola, á la cola!..

A. DANVILA JALDERO

EL FRACASO

Al Sr. D. José de Cuéllar.

No conozco á Cuéllar, pero conozco mucho de lo que ha escrito; y si es cierto, como dijo quien debía saberlo, que el estilo es el hombre, puedo afirmar que sin haberlo visto en mi vida, sin haber cruzado con él un saludo, conozco al Sr. D. José Cuéllar y aun á título de amigo puedo dedicarle un trabajo mío.

Porque eso es otra cosa, lo que he leído de Cuéllar me hace presumir que el escritor es casi joven, muy entusiasta, algo inclinado á la melancolía y muy sincero, condiciones todas que le hacen para mí muy simpático. Si me equivoco, si D. José Cuéllar no tiene como hombre las condiciones que como escritor revela, culpable será de mi error el sabio naturalista que afirmó eso del estilo y del hombre dogmáticamente.

Parto del supuesto de que he juzgado bien al señor Cuéllar y persisto en dedicarle mi articulejo, no solamente por las razones ya citadas, sino también por la más poderosa de que en un trabajo suyo está inspirado el mío, cuyo título he copiado también del artículo del Sr. Cuéllar.

¿Por qué?

¡Ah! Porque el título y el artículo significan un argumento en favor mío y en contra de la tan manoseada verdad escénica, verdad de la cual ha dicho muy cuerdamente alguien:

«porque es esa una verdad
que casi siempre es mentira.»

En el artículo *El Fracaso* pinta el articulista, y á fe que lo hace con primor exquisito, la situación de una pobre actriz, acobardada ante las manifestaciones de hostilidad hechas por el público. La actriz ha de simular, por exigirlo así el desarrollo de la obra que está representando, un ataque de nervios. En el momento en que ha de fingir su desmayo..., pero aquí dejo la palabra al autor del artículo, el cual dice de su heroína:

«Anublósele la vista, crispáronsele las manos, y riendo con risa desgarradora, de esa que llega al alma, de esa que impresiona y hiere en lo más hondo del espíritu, cayó al suelo y se revolcó en él con las convulsiones terribles de los epilépticos.

»Y al público, las posturas naturales del que no finge, pareciéronle amaneradas; y la crispación de los brazos y la rigidez del cuerpo, rebuscadas é imposibles; y las contorsiones de dolor, muecas ridículas..., y ahogó las carcajadas histéricas de la cómica con el ruido atronante de sus protestas menos cultas, de sus burlas más sangrientas.»

¡Qué bien pintada está la situación! ¡Qué bien sentido el caso! ¡Y cuánta verdad y cuánta exactitud hay en esto!

Mal año para los que pretenden, pretensión absurda, que la verdad artística se confunde con la verdad real, si no comprenden que lo sucedido á la actriz presentada por Cuéllar es la demostración palpable de lo erróneo de esas ideas.

Porque si el verdadero ataque de nervios pareció al público remedo grotesco, amanerada imitación, no fué porque en su ignorancia no supiese distinguir la verdad de la ficción; fué porque en el teatro se busca la ficción y no la verdad. Si en el momento crítico tan brillantemente presentado por el Sr. Cuéllar, hubiese podido algún amigo de la actriz adelantarse al público y decirle:

«¿De qué te ríes, mentecato? ¿Por qué te burlas necio? ¿Juzgas, tal vez, que esta desdichada artista á quien haces víctima de tus burlas, no ha fingido bien el ataque de nervios?, ¿crees que no hay verdad en sus contorsiones?, ¿piensas que son inverosímiles la crispación del brazo y la rigidez del cuerpo?.. Pues mira cuán equivocado estás: esa pobre mujer se ha desmayado de veras; esos movimientos y esas risas que has considerado inverosímiles, no podían ser más verdad, como que eran la verdad misma.»

Si alguno, repito, saliendo á la defensa de la actriz hubiera dicho esas palabras al público, otro alguien que hubiese hablado en nombre de los espectadores habría podido contestarle:

«Pues por eso mismo no me gusta; porque son la verdad misma, y yo no he venido aquí á ver la verdad real, sino la verdad artística. Cuando un personaje muere en escena, yo sé que no muere; cuando dos caballeros se baten, estoy seguro de que no se baten; cuando una señora se desmaya, tengo la certeza de que no se ha desmayado. Si cuando creo presenciar una muerte *de teatro*, me sorprendieran con la noticia de que había visto una verdadera muerte, la impresión que recibiría mi espíritu sería muy desagradable. Si esa señora, á quien de todas veras compadezco, se ha desmayado, prodíguensele inmediatamente los auxilios que la medicina aconseja para estos casos, y si en algo puedo servir á ustedes en favor de la enferma, aquí me tienen como prójimo á su disposición. Pero conste que ese ataque de nervios, por lo mismo que ha sido real y verdadero, no es artístico y no ha producido ni producirá nunca el efecto que la concurrencia busca en el teatro.»

Eso porque en el teatro, como dice el empresario de *El dúo de la Africana, tutto e convenzionale;* lo cual está dicho naturalmente en son de broma y como un chiste, ingenioso sin duda, de la popular zarzuelita, pero es una verdad lo mismo que un templo.

Sí, sí, mil veces sí; en el teatro es todo *convencionalismo*, desde el suelo de madera hasta el cielo de lienzo, desde los telares más altos hasta el foso más hondo, y el que lograse suprimir en el teatro lo *convencional, lo falso, lo fingido*, ese habría acabado con el teatro.

No lo conseguirá nadie... ni (dicho sea en confianza) lo intentará ninguno de los que se jactan de quererlo. No hay escuela literaria que al aparecer no haya enarbolado la bandera de respeto á la verdad y de guerra sin cuartel á los pobres convencionalismos. En nombre de la verdad mantuvieron los clásicos (y aún defienden algunos) las tres famosas unidades aristotélicas..., mandadas ya recoger por inútiles, y aun perjudiciales hace mucho tiempo.

So capa de respetar la verosimilitud se conservó mucho después, y se conserva todavía—como residuo tradicional de aquellas unidades célebres,—la *unidad de acción*, recomendada aún hoy por críticos y preceptistas.

Y defendiendo la verdad, contra las mentiras desaforadas de los clásicos, se presenta á nuestros abuelos el romanticismo, tan seductor entonces, tan simpático hoy, porque significaba en el arte la libertad y el desinterés... Y el realismo luego, y el naturalismo en seguida, y las escuelas que en pos nazcan y luchen hablaron y seguirán hablando en nombre de la verdad artística, de la cual se cree cada escuela única poseedora, casi con privilegio exclusivo (s. g. d. g.)

Y nada, ni clásicos, ni románticos, ni realistas, ni naturalistas han podido prescindir de los convencionalismos; ni lo han pretendido siquiera... Comprendían perfectamente que el intento era baldío.

Y los clásicos lo mismo que los románticos, y los realistas lo mismo que los naturalistas, aceptaron—¿pues no habían de aceptarlos?—ficciones y convencionalismo; transigieron con las falsedades que ese género literario lleva inevitablemente consigo, por ser lo que es y como es, y falsearon desde el lenguaje hasta las actitudes de las figuras de sus cuadros... Las cuales figuras ni hablan nunca según hablarían si fuesen en realidad lo que representan, ni obran como obrarían si fuesen personas de *carne y hueso* en vez de ser creaciones fantásticas que nacieron y se desarrollaron en la imaginación del autor y no han salido de allí sino para tomar vida ficticia en el escenario.

Y como es evidente, según observa el insigne autor del *Quijote*, que cada cosa engendra su semejante, cuando el autor es grande, grandes son las figuras de sus cuadros; cuando el autor es chico, las figuras por él concebidas y creadas resultan chicas; pero son tan falsas éstas como aquéllas. Las grandes nos admiran por su grandeza, suspenden nuestro ánimo por su hermosura, no por su verdad; que esa, cuando miramos bien, no la hallamos en ninguna parte.

Por eso aparecen grandes, inmensos, de tamaño colosal los personajes del teatro de Shakespeare; por eso parece pequeñuela, pobre, desmedrada y algo rancia la figura del teatro de nuestro Moratín...; por eso, porque Shakespeare era genio; porque Moratín, hombre de entendimiento muy claro y de vasta instrucción, era un espíritu poco elevado. Y como ni Shakespeare, ni Moratín, ni ningún dramaturgo tienen otra cantera en que buscar los primeros materiales para labrar las personas de sus cuadros, que sus propias y respectivas almas; ni cuando se trató de verdadera experimentación pudieron hallar modelos más dóciles que ellos mismos, pues allí están en todos los cuadros de esos autores reproducidos Shakespeare y Moratín, en diferentes actitudes y con trajes distintos. Pero nadie desconoce, como lo mire con atención, que los viejos y los niños y los criados de *Inarco Celenio* tienen todos cierto airecillo de familia, y que los enamorados, los celosos, los bufones, los monarcas del autor de *Hámlet* tienen asimismo su correspondiente marca de fábrica.

Y lo malo no es que, al fin y á la postre, convengamos todos en que hemos de transigir—si queremos que haya teatro—con los *convencionalismos* que la especial índole de este género literario impone (no hablo ahora de los *convencionalismos* de otros géneros, que los tienen también, vaya si los tienen); lo malo es que para justificar algunas escuelas su aparición al toque de zafarrancho, pretendan suprimir unos *convencionalismos* y dejar otros, con lo cual logran confeccionar una mixtura inaguantable, de verdad y de mentira, de realidad y de ficción, que es lo menos artístico y lo más odioso que ha podido inventar la farmacopea literaria.

En campo de batalla, por ejemplo, cuyo piso son *tablas*, presentan caballos de carne y hueso y con herraduras auténticas, las cuales producen sobre el tablado un ruido que parte los corazones y destroza los oídos y da al traste con toda la ilusión del más embobado de los espectadores.

En un tabique, ó pared medianera, que no es tabique ni pared de veras, sino un pedazo de lienzo, colocan un espejo, pero de verdad, – por aquello de que hay que copiar la realidad, – y como el tabique (lienzo nada más) se mueve y oscila á cada momento, con él oscila y se mueve el espejo, presentando á la vista del espectador el reflejo exacto de la sala, entre cuyos concurrentes acaso llega á verse él mismo, con lo cual no necesito decir adónde va la emoción artística.

Los banquetes en que para presentar la verdad en escena se sirven manjares suculentos; las batallas en que los tiros son disparados con fusil verdadero y los cañones con golpes de bombo; las escenas en que, siempre en obsequio de la verdad, para imitar la lluvia se hace que desde el telar caiga agua de veras á una artesa preparada al efecto, agua que, como es natural, produce un ruido muy diferente del que produce en la calle la verdadera lluvia..., no acabaría nunca si me obstinara en enumerar las combinaciones absurdas de lo real y de lo falso que han inventado los que se llaman partidarios de la verdad en escena.

Partidarios de la verdad á quienes recomiendo encarecidamente la lectura detenida del artículo *El Fracaso*, publicado no ha mucho en *La Correspondencia militar* por *D. José Cuéllar*.

Artículo que me ha dado ocasión y motivo para estas reflexiones, dedicadas, como era de justicia, al autor de *El Fracaso*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

NUESTROS GRABADOS

Días felices, cuadro de Francisco Masriera. – Ocasiones tan repetidas se nos han ofrecido de ensalzar las obras del distinguido pintor D. Francisco Masriera, que casi juzgamos inútil encarecer las bellezas de la producción de que hoy damos copia.



CAMPESINO DE ASTURIAS, cuadro de F. García Sampedro

D. Francisco Masriera ha alcanzado la categoría de maestro en el género que cultiva: sus lienzos llevan el sello especial, elegantísimo y delicado, que son cualidades distintivas de todas sus obras.

En el campo, cuadro de José María Marqués. – En el campo es donde el alma se eleva. Allí, ante las magnificencias de la naturaleza, el hombre siente y cree. De ahí que el artista y el poeta hallen en las continuas bellezas que la naturaleza ofrece vasto campo de inspiración.

El paisaje que reproducimos retrata el carácter y las condiciones de Marqués, mezcla de artista y poeta, amante de la belleza y ferviente admirador de todas sus manifestaciones. Por eso sus paisajes estímanse como sentidas notas, y en el conjunto, en los accidentes que ofrecen, en los contrastes que presentan, en la jugosa frondosidad, en las arboledas ó en las tranquilas aguas de las lagunas, existe un algo que revela sentimiento y delicadeza de espíritu, sin que por ello desaparezca el pintor, tratando de armonizar la verdad con el idealismo, la naturaleza con el espíritu, el color con la poesía.

Familia de saltimbanquis en marcha. - Familia de saltimbanquis descansando, cuadros de J. Araujo – En el número 627 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA consignamos algunos datos biográficos acerca del autor de estos cuadros, que son una nueva prueba de la valía del distinguido pintor español tan conocido y celebrado en el extranjero como en su patria. Araujo, con la maestría que le caracteriza, nos presenta en estos lienzos una de estas familias miserables que á pie recorren el mundo sin más ajuar que unos andrajos y cuatro trastos apenas servibles, y sin otro caudal que una mísera caballería, y un par de animales amaestrados, cuyas habilidades constituyen la única industria que aquellos infelices explotan y el único recurso para atender á su subsistencia. Las dos composiciones son á cual más interesante: en una y otra los tipos de aquellos desdichados vagabundos están perfectamente estudiados, así en sus rasgos físicos como en la indolencia propia de su raza, y tanto en la disposición de las figuras, cuanto en el dibujo de las mismas y en los detalles de los áridos paisajes, ambas pinturas revelan la mano experta del artista que, no dejándose llevar por ciertas exageraciones, hoy por desgracia tan en boga entre algunos de sus compañeros, practica el arte serio, el arte verdad, que no ha de disimular con falsos efectos deficiencias imperdonables en quienes tienen obligación de conocer el valor del dibujo y del colorido.



Luna de miel, cuadro de Tihamer Margitay



LA TURBIA.—**Costumbres de Madrid**, dibujo de N. Méndez Bringa

(Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero)



VISITA INTEMPESTIVA, cuadro de J. Barbudo

Boda Regia. – El día 22 de julio último se ha efectuado en la capilla particular del palacio de Buckingham el anunciado enlace de la princesa Maud, hija de los príncipes de Gales, con el príncipe Carlos de Dinamarca, hijo del príncipe heredero de este reino. El recién casado, que cuenta veinticuatro años de edad, es teniente de la armada danesa, pero no ejerce su cargo nominalmente, como otros tantos príncipes, sino que, verdadero marino y perfecto conocedor de la teoría y la práctica del arte naval, presta activo servicio en la escuadra de su país, ha mandado varios buques y en la actualidad está agregado á la oficialidad del crucero *Jyen.* Es un joven altamente simpático, de carácter generoso, pero de notable firmeza. La princesa Maud, nacida en noviembre de 1869, se ha dado poco á conocer, dada su elevada posición, pues siempre ha preferido la tranquilidad y el retiro de su hogar doméstico. Cuidadosamente educada por su madre la princesa de Gales, su talento especial y sus aptitudes la han facilitado la enseñanza de muchas cosas que para otras princesas serían superfluas cuando no vulgares. Posee perfectamente varios idiomas, entre ellos el francés, el alemán y el dinamarqués; es música notable y aficionada al arte en todas sus manifestaciones. No desdeña los más minuciosos cuidados domésticos, ni tampoco le es extraño el arte culinario: cose, borda; en una palabra, es lo que se llama una «mujer de su casa.» Sumamente caritativa, le complace más recorrer el campo en compañía de su criada, socorriendo á los infelices aldeanos, que brillar en suntuosos salones. Su sencillez y su belleza la han hecho muy popular en Inglaterra.

La ceremonia del casamiento se ha verificado con toda pompa, habiendo asistido á ella varios príncipes de las casas reales de la Gran Bretaña y Dinamarca, representantes de algunas naciones extranjeras, así como de las principales corporaciones inglesas.

La boda del príncipe Carlos con la princesa Maud ha sido eminentemente popular en sus respectivos países.



El príncipe Carlos de Dinamarca y su esposa la princesa Maud, hija del príncipe de Gales

Guerra de Cuba. – Torre heliográfica

Guerra de Cuba. – Torre heliográfica. – No por ser de los que menos brillan en las acciones de que nos dan cuenta los partes oficiales diarios, prestan los ingenieros militares menos importantes servicios que sus demás compañeros en el ejército: su labor es menos aparatosa, los resultados de su pericia y de su actividad menos ostensibles para la masa del público, y sin embargo sus trabajos son en muchos casos la base de los éxitos obtenidos por nuestras valientes y sufridas tropas, y para ejecutarlos arrostran peligros y padecen privaciones iguales, si no mayores, á los que padecen y arrostran los militares de las otras armas. Buena prueba de ello son las construcciones de fuertes y de torres heliográficas, y el servicio de estas últimas, que es sin duda alguna de los más importantes y de los más arriesgados que en una campaña como la actual de Cuba pueden llevarse á cabo. A ellos está encomendada, entre otras cosas, la telegrafía óptica; ellos elevan esas torres, como la que reproduce nuestro grabado, que se alzan en puntos en su mayoría aislados y expuestos á los ataques de los insurrectos, ellos, sin poder dar apenas descanso al cuerpo, han de estar en continua vigilancia para transmitirse de unos á otros puestos las noticias que han de servir para preparar combates gloriosos ó para evitar tremendos fracasos; de su exquisito cuidado, de su diligencia depende en gran parte el éxito de las operaciones: el menor descuido, el más pequeño desfallecimiento en la defensa en caso de ataque del enemigo, pueden ser causa de grandes catástrofes. Nuestros ingenieros militares han acreditado en esta guerra una vez más su pericia y su valor y La Ilustración Artística, que tantas veces ha honrado sus columnas con los nombres de los que en la campaña de Cuba se distinguen, se complace hoy en rendir un tributo de sincera admiración á los que en aquella isla añaden nuevas páginas de gloria á los anales del distinguido cuerpo á que pertenecen.

Campesino de Asturias, cuadro de Tomás García Sampedro. – Nuestros lectores han podido apreciar las cualidades del Sr. García Sampedro, de quien publicamos en el número 565 un cuadro admirablemente sentido, *La cuna vacía:* el *Campesino de Asturias* pertenece á un género completamente distinto, es una nota de observación sobriamente ejecutada, que no despierta como aquél la emoción dramática; pero no por esto merece menos elogios, ya que en bellas artes los más opuestos caminos pueden conducir á un mismo resultado. Contemplando al anciano que tan bien ha sabido trazar el pintor, no puede menos de admirarse la verdad y la naturalidad con que está reproducida aquella simpática figura en cuya ejecución se descubre una mano experta guiada por una sólida educación artística.

Luna de miel, cuadro de Tihamer Margitay. – Muchas son las obras que de este famoso artista húngaro hemos publicado, y en todas ellas han podido apreciar nuestros lectores cuál es el género que con preferencia cultiva y en el cual ningún pintor moderno ha logrado aventajarle: la vida moderna de la clase media acomodada le ha dado asuntos en abundancia para sus composiciones, en las cuales casi siempre predomina la nota humorística del mejor gusto. *Luna de miel* es un cuadro lleno de vida, esencialmente cómico en el fondo, pues aunque de pronto no lo parezca, bastará mirar la figura del marido, fingiendo un enfado que no siente, y la de la graciosa doméstica que se sonríe como dando á entender que harto sabe, por la experiencia de otras escenas análogas, cómo ha de acabar aquélla, para comprender la intención del autor al presentarnos una luna de miel apenas velada por una ligera nube de verano. La misma actitud de la suegra ó mamá política, que parece querer anonadar con su terrible mirada al *hombre inicuo* que hace llorar á su *niña*, contribuye al efecto cómico de este lienzo. *Luna de miel* fué muy celebrado en la Exposición Universal de París de 1889, en donde obtuvo un premio, y poco después merecía una nueva recompensa en la de Budapest, siendo entonces adquirido por el emperador de Austria para su galería particular.

Visita intempestiva, cuadro de J. Barbudo. – Los que hayan leído las preciosas obras en que Mesonero Romanos y García Flores han descrito de un modo tan admirable las costumbres y los tipos españoles de la primera mitad de este siglo, recordarán el alto aprecio en que nuestros abuelos tenían á los frailes, á quienes obsequiaban en sus periódicas, generalmente diarias, visitas con lo mejorcito que guardaban en sus alacenas. Hoy la costumbre ha desaparecido, pero no faltan casas adonde de cuando en cuando acude alguno de esos religiosos, á quien los dueños de aquéllas agasajan como en los pasados tiempos. El cuadro que publicamos reproduce una de estas visitas, y por cierto que la presencia de los benditos frailes no debe ser del todo agradable á los demás personajes de la composición: aunque el título no lo dijera, se adivinaría que es aquella una visita intempestiva que ha venido á interrumpir una conversación del mayor interés para los dos jóvenes; también se adivina sin gran esfuerzo que los visitantes se han hecho perfectamente cargo de la situación, y sus maliciosas sonrisas dan claramente á comprender que sospechando de lo que se trata, no tardarán en hacer mutis por el foro, dejando que el negocio comenzado siga su curso, y aplazando para otro día el continuar su visita, que ya entonces podrá ser seguramente de plácemes y enhorabuenas.

La Aurora, pintura decorativa de Manuel Domínguez. – Con ser tantos y tan admirables los cuadros de Domínguez y tan relevantes las muestras de su ingenio artístico, ha cultivado otro género de pintura, cual es la mural y decorativa, en el que se ha distinguido de tal manera, que á él debe en gran parte el elevado concepto que merece en el mundo del arte. En este género difícil hase manifestado su talento y excepcionales aptitudes, singularmente en las obras ejecutadas en el palacio del marqués de Linares y en el que en Asturias poseen los Sres. de Selgas, producciones magistrales, honra del arte patrio.

La alegórica representación de *La Aurora* embellece el techo de uno de los salones de la suntuosa morada de los señores de Selgas, al igual de otras producciones del mismo género, que hemos podido dar á conocer á nuestros lectores en anteriores números.

La delicadeza de la composición, la belleza de las líneas y la valentía de los escorzos pregonan la reconocida maestría de Domínguez, á quien no titubeamos, por estimarlo justo, en tributarle el testimonio de la consideración que nos merece.

Jorge Berowitch bajá. – Los sucesos que se desarrollan en Creta y cuya gravedad aumenta de día en día, dan interés al retrato del nuevo gobernador enviado á aquella isla hoy en plena insurrección. Impotente su antecesor Abdullah para restablecer allí el orden, merced á la acción de las potencias europeas, ha sido recientemente nombrado para aquel difícil puesto Jorge Berowitch, príncipe de Samos, que profesa la religión cristiana. Su llegada á Creta produjo algunos días de calma, pero sus buenas intenciones han sido estériles á consecuencia de la indisciplina del ejército y de la falta de energía ó sobra de mala voluntad del gobierno de Constantinopla.



Jorge Berowitch bajá,
nuevo gobernador cristiano de Creta

Teatros. – *Barcelona.* – En el teatro de Novedades ha terminado sus representaciones la compañía de la Sra. Guerrero: el beneficio de esta actriz, tan querida de nuestro público, fué una prueba más del afecto y de la admiración que en Barcelona se le profesa. También ha terminado sus tareas en el Tívoli la compañía que dirigen los Sres. Rosell y Romea: el primero fué muy aplaudido y obsequiado en la noche de su beneficio.

AJEDREZ

Problema número 30, por Valentín Marín
(Segundo premio de *Brighton Society*)

NEGRAS

8 B. y 7 N. – 15 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 29, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. D 8 C R	1. C 5 A D (*)
2. D 3 C R	2. R toma T ó C juega.
3. C 3 D ó D mate.	

(*) Si 1. R toma T; 2. C 4 R jaque, y 3. A 5 A D mate; – 1. R 6 R; 2. D 5 C R jaque, y 3. T ó D mate; – 1. C 2 C D ó 6 C D; 2. D 6 R, y 3. C 3 D ó C 2 R mate.



Madre é hija se abrazaron

DOS ANONIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

– Por eso hemos pensao que coma usté en Córdoba: allí pasa distraído la noche, y nadie se entera, mientras que si saliese usté de casa..., ¡son tan fisgones los vecinos!..

– Ya comprendo.

– Ahora..., perdone usté que le haga una pregunta... Es encargo de la señorita... ¿Tiene usté dinero?

– De sobra.

– Pues entonces na más... ¡Ah!, sí, se me olvidaba. Cuando venga usté de Córdoba no tiene necesidá de subir hasta aquí. Junto á un grupo de árboles que no hay otro en el camino, encontrará á la izquierda una senda que va derecha al cortijo y acaba cerca de la puerta del jardín.

– Bueno, no se me olvidará.

– Otra cosa. Yo estaré con cuidado en casa para cuando usté vuelva, sea la hora que sea; pero procure que sea bastante antes de amanecer pa que no se enteren. Da usté dos golpecitos suaves. Mañana tendrá una llave pa que abra usté sin ruido.

– Estoy enterado y gracias por tantas molestias.

– ¡Bah!, por la señorita me tiraría yo á un pozo. Ahora nos separamos aquí. Usté por la izquierda, yo por la derecha. Voy á avisar á la señorita que ha llegao usté.

– Dígale usted .. No, nada ..

Sebastiana hizo una mueca que quería expresar:

– ¡Estos enamorados!..

Luego añadió:

– También tengo yo que ir, si puedo, á Córdoba á comprar una faja para mi marido. Puede que nos veamos por allá.

VIII

Desde este punto parece como que la fatalidad, cruel, inflexible, ingeniosa, enredó trágicamente los hilos de esta historia.

La guardesa llegó al cortijo de San Rafael, entró por la puerta pequeña del jardín, que estaba entornada, y se encontró con Soledad, que paseaba leyendo en la plazoleta próxima á la quinta. Aproximóse á aquélla, y después de cerciorarse de que estaban solas, le dijo de buenas á primeras:

– Ya está ahí.

Soledad se puso muy pálida y se apoyó en el pedestal de una estatua que representaba á Leda y su cisne.

En los primeros momentos no pudo articular palabra. Luego, algo repuesta de su emoción, preguntó balbuceando:

– ¿Cuándo ha llegado?

– Hará unas tres horas.

– ¿Le has enterado?

– Sí, señora.

– ¿Qué te ha dicho?

– Poca cosa, es muy reservado, apenas se atrevía á preguntar por usté; ¡pero á mí con esas! Bien veía yo que se ponía blanco como la pared cuando le nombraba á usté.

Soledad bajó la cabeza, y después dijo con voz cada vez más trémula:

– ¿Cuándo va á venir?

– Esta noche.

– ¿No está cansado?

– Dice que no, yo creo que sí; pero me paece que rabia por ver á usté.

– ¿A las once?

– A las once. Le he enterao de todo. Se ha ido á Córdoba á hacer tiempo.

Soledad se sentó en un banco junto á la estatua. La guardesa fué á ver á su hermana, que como ya sabemos, estaba en cama. Empezaba para aquélla la crisis cruel y atractiva á la par de la mujer honrada que está á punto de caer. Porque Soledad sondaba su corazón y no se hacía ilusiones. ¿Cómo resistir á aquella pasión tanto tiempo reprimida? Además, sentía que le faltaba algo en que antes se apoyaba: el veneno de Dorila le devoraba la conciencia.

Volvió Sebastiana, hablaron detenidamente de la llegada de Felicio, y aquélla se despidió.

– ¿Vuelves á tu casa?, le preguntó Soledad.

– Me paece que voy á alargarme á Córdoba á hacer unas compras. Como el señorito no ha de volver hasta tarde...

Estas palabras que aludían indirectamente á la falta que estaba próxima á cometer, hicieron bajar los ojos á Soledad. ¡A qué extremo había llegado!

Desde aquel momento fué presa de violenta agitación; en vano pretendía sosegar sus nervios. Había en la quinta un oratorio con un altar de la Virgen de la Concepción, que estaba de frente á la entrada, y Soledad, que paseaba febrilmente por todas las piezas de la casa, cerró la puerta: no quería ver á la Virgen ni que la Virgen la viese. Por lo regular, á aquellas horas pasaba una ó dos al lado de su madre; pero aquella tarde sólo estuvo al lado de ésta algunos minutos: parecíale que los ojos de la paralítica la miraban como escudriñando su conciencia. Para darse valor trataba de recordar los axiomas de Dorila, y en una transición brusca sentía reacciones de sentido moral, y pensaba: «Aún es tiempo, haré saber á Felicio que no puedo verle, apelaré á su generosidad...» Pero no, no era ya tiempo. ¿Dónde encontrarle puesto que había ido á Córdoba y no debía volver hasta el momento de la cita? ¿De quién valerse para intentarlo, estando Rosa enferma?

La suerte estaba echada.

Tenía, pues, que verle... Le vería, y si encontraba valor para ello, le suplicaría que la dejase ser honrada.

Eran las cinco de la tarde, faltaban seis horas para la cita. ¡Qué horas iban á ser aquellas!

El cielo seguía nublado y el tiempo fresco: Soledad, que paseaba agitada por su cuarto, asomóse á una ventana buscando aire para su abrasada frente.

Súbito oyó ruido hacia la senda que conducía á la quinta, y vió aproximarse dos carruajes. En un principio supuso que podía ser Dorila, pero pronto se convenció de que no era ella. Llegaron aquéllos al fin de la senda, y describieron un semicírculo como para dar vuelta á la quinta y entrar por la puerta grande, que estaba al otro lado. Eran una carretela cerrada, tirada por cuatro mulas, y un ómnibus cuya baca iba cargada de equipajes. Soledad, atónita, veíalos acercarse: cuando pasaron por frente á la ventana, asomóse una cabeza á la portezuela del carruaje que venía delante y una voz juvenil gritó:

– ¡Mamá!

Soledad cayó desplomada al suelo. Momentos después el marqués de Criptana y su hija estaban á su lado.

– ¿Ves?, lo que yo me temía, dijo éste á Joaquina. Las sorpresas son de mal gusto y peligrosas.

A fuerza de cuidados hicieron volver en sí á Soledad, que estaba privada de sentido. Cuando recobró el conocimiento, miró con ojos extraviados hacia todas partes: vió á su hija que la besaba, púsose en pie rápidamente y la estrechó con frenesí en sus brazos. En aquel momento se olvidó de todo: hasta de Felicio. ¡Oh, el amor maternal siempre será el amor de los amores! Miró á su marido y no dijo nada, pero le estrechó la mano con efusión, volviendo á confundir sus lágrimas y sus besos con los de su hija. ¡Dichosa ella si aquella excitación deliciosa hubiera durado siempre! Pero tuvo que volver á la realidad. Mientras atendía á la instalación de su familia, pensaba con espanto en las nuevas complicaciones de su situación. ¿Qué era aquello, qué fatalidad la perseguía, en qué red veíase envuelta, qué iba á suceder?

Soledad, su madre, Rosa y otros dos criados habitaban el piso bajo de la quinta. El principal estaba enteramente desocupado. El cuarto en que había muerto la marquesa viuda de Criptana hallábase cerrado, pero aún quedaban otros tres á cual más espaciosos. El marqués, que conocía perfectamente la casa, como que se había criado en ella, eligió uno para sí y otro para su hija y una doncella inglesa que habían tomado en Sevilla. Ambas habitaciones estaban frente por frente y daban sus entradas al vasto recibimiento en que terminaba la escalera. Padre é hija, ayudados de la doncella y del indispensable Delfín, se ocuparon en instalar sus efectos en sus respectivos cuartos. Desde la quinta hasta la de labor todo era movimiento en la casa. El amo había llegado: era preciso improvisar más comida, traer de Córdoba lo que faltase, emplazar las caballerías en las cuadras y los carruajes en la cochera, porque el marqués no quería que los conductores se fuesen sin comer. Delfín y la doncella inglesa necesitaban agua caliente para cuando sus amos acabaran de colocar sus equipajes... El amo estaba acostumbrado á ser servido puntualmente...

Soledad veía á su hija, á su marido, á los criados que iban y venían, en una especie de sonambulismo; todo aquello parecíale un sueño.

Vió abrirse la puerta grande del jardín y pararse un coche. ¿Quién sería, que nuevas sorpresas la aguardaban? Era la condesa de Lebrín: se había olvidado de ella.

Al verla bajar del carruaje, con su eterno velo echado, corrió á su encuentro; su pobre corazón necesitaba alguien con quien desahogarse: fué lo mismo que si un alma espantada del fulgor del fuego eterno corriera á refugiarse en el seno de Satanás. Dorila notó el aspecto atribulado de su amiga y el movimiento que había en la casa.

– ¿Qué es esto?, preguntó.

– Ven, dijo Soledad, cogiéndola de la mano y llevándola apresuradamente á su cuarto.

– ¿Qué tienes, por qué estás tan conmovida? ¿Sucede alguna desgracia?

– Mi marido y mi hija están aquí.

– ¿Tu marido?

– Sí, han llegado sin avisarme.

Dorila, que estaba en antecedentes, comprendió que no era éste el solo motivo de la agitación de Soledad.

– Y bien, dijo, supongo que eso no tendrá que ver con tu aspecto de difunta.

– Es que no sabes...

– ¿Qué?

– Que él también está aquí.

– ¿Quien, Felicio?

– Sí.

– ¿Dentro de la casa?

¡Ah, no! Ha llegado esta mañana.

Soledad contó á su pérfida amiga el arribo del joven y el plan que tenía respecto á él. Dorila escuchaba con profunda atención.

– ¿Y qué vas á hacer?, preguntó á aquélla cuando hubo terminado su relato.

– ¿Lo sé yo acaso?, contestó Soledad. Le he citado para las once de la noche, y no puedo avisarle, porque ha ido á Córdoba.

– ¿Dónde es la cita?

– Aquí. Tiene llave de la puerta chica.

– ¿Dónde está tu familia?

– Arriba, instalándose en sus habitaciones. Yo huyo de ellos: temo denunciar mi inquietud. ¿Qué me aconsejas?

– No sé. ¡Es una complicación tan rara!

– Pero dame una idea.

– ¿Y cuál?, dijo Dorila que había concebido una como suya. Yo que tú dejaría correr las cosas.

– ¿Qué dices?

– No hay más remedio.

– Pero...

– A esa hora lo probable es que tu marido y tu hija estén acostados, mucho más viniendo de viaje.

– ¿Y si no es así?

– ¿Qué quieres que te diga? También yo estoy violenta: no quiero que me vea tu familia.

– ¡Ah!, ¿por qué?

– Pero ¿no has acabado de persuadirte de que causo horror á todo el mundo, y más á mí misma? Me voy.

– ¡Dorila!..

– Sí, me voy. Pueden venir de un momento á otro. Te ruego encarecidamente que no hables de mí á tu marido. ¡Adiós! Avísame lo que ocurra. No volveré hasta que me avises.

Y la condesa de Lebrín, sin hacer caso de Soledad, subió á su coche, que la esperaba, diciendo al zagal que le conducía:

– A casa á escape, aunque revientes las mulas.

Siete minutos después el carruaje entraba en el portalón de la casa de la condesa. Bajó ésta y preguntó al portero que había abierto la portezuela:

– ¿Está Broohom en casa?

– No le he visto salir.

– Avisadle que suba inmediatamente á mi cuarto.

Broohom era un cochero inglés que hacía muchos años que estaba al servicio de la condesa y el único de sus criados á quien trataba con benevolencia. Ambos se entendían porque los dos eran malos. Ganaba aquél una buena soldada. Era además proveedor de su ama, que le encargaba de todas sus compras, y se dejaba robar por él; y seguramente hubiera tenido una pequeña fortuna á no haber sido tan aficionado á los vinos andaluces. En casa de la condesa abundaban; pero á Broohom, como perfecto borracho, sólo le gustaban en las tabernas y en los colmados; así era que siempre estaba escaso de dinero como todo el que tiene un vicio culminante.

Dorila subió á sus habitaciones, sentóse á una mesa y se puso á escribir. El lector habrá adivinado que escribía lo que todos los malvados y cobardes: lo que había escrito doña Aurora Porcel, la *Perdigona;* lo que, según un escritor francés, escribe de diez veces, siete, toda mujer celosa ó vengativa: un anónimo.

Estaba poniendo el sobre, cuando se presentó Broohom. La condesa le miró á ver si descubría en su cara granujosa y arrebatada de color, síntomas de embriaguez. Le halló sereno, y alargándole la carta le dijo:

– Va usted á llevar esta carta inmediatamente, pero inmediatamente, al cortijo de San Rafael. ¿Sabe usted?

– Sí, señora. He tenido el honor de conducir allí á la señora condesa algunas veces.

– Monte usted una mula ó un caballo en pelo, no se entretenga en aparejarle, supongo que no se caerá usted.

– Pierda cuidado la señora condesa.

– Va usted al cortijo, no á la quinta, y á cualquiera criado, pero no á mujer, porque suelen ser descuidadas, le entrega esa carta para el señor marqués de Criptana, recomendando la urgencia.

– ¿No puedo ver yo mismo al señor marqués?

– Al contrario, procure usted hacerse notar lo menos posible, y alejarse en seguida del cortijo. Tiene usted media hora para la ida y vuelta.

IX

Todavía estaba el marqués en su habitación, cuando Delfín le presentó la carta que le había dado un mozo del cortijo.

– ¿Una carta para mí, cuando apenas he llegado?, dijo á su ayuda de cámara. ¿Quién la ha traído?

– No sé, señor, no le he visto. Pareciéndome raro, como á V. E., he preguntado á un hijo del capataz del cortijo, que es quien me la ha entregado, y me ha dicho que estando él á la puerta cargando fruta, llegó un hombre que no parecía del campo en un caballo en pelo, con solo cabezón de serreta, y se la dió, marchándose en seguida al galope.

Durante esta explicación de Delfín, abrió el marqués la carta, que estaba bien cerrada, se aproximó á una ventana, porque empezaba á anochecer, y leyó.

Quedóse un momento pensativo. Luego se sentó en una silla cerca de la ventana, y dijo al ayuda de cámara que esperaba órdenes, según costumbre cuando entregaba una carta:

– Encienda usted luces y váyase.

Delfín sacó del bolsillo una caja de fósforos y encendió las cuatro bujías de dos candelabros que había sobre una consola. Cuando se quedó solo, el marqués se aproximó á la mesa y volvió á leer la carta, que decía así:

«Por si el marqués de Criptana desea conocer al amante de su mujer, que ya en otra ocasión se le escurrió de entre las manos, se le advierte que *el feliz mortal* entrará esta noche en la quinta á las once en punto por la puerta pequeña del jardín. – *Uno que todo lo sabe.*»

Imposible sería expresar el asombro y la cólera del marqués. Este segundo anónimo le recordaba el que había recibido en Madrid. Parecían de la misma procedencia, puesto que hacía referencia al hecho que motivó aquél.

¡Soledad se burlaba de él, faltaba á su palabra, y él tan estúpido que había cumplido la suya trayéndole á su hija! ¿Sería posible tal monstruosidad? ¿No mentiría aquel infame escrito? «¡Ah, no! – pensaba. – La otra vez no mintió,» y descendiendo á ideas de orden secundario que calmaban su exasperación, se decía: «¿De quién provendrá este estigma de deshonra que me sigue á todas partes? ¿Quién y con qué objeto se ocupará tan tenazmente de mí?..»

Tiró de un antiguo é historiado cordón de campanilla: parecía haber tomado una resolución. Presentóse el ayuda de cámara.

– Vaya usted á ver si mi hija está todavía en su cuarto, y vuelva.

Volvió Delfín y dijo:

– La señorita y la doncella están arreglando una cómoda.

– ¿Solas?

– Solas.

– Está bien. Avise usted en seguida á los conductores que nos han traído que enganchen los carruajes, por lo menos la carretela. Volvemos á Córdoba. Allí comerán. Pero todo á escape, ¿entiende usted?

– ¿Debo acompañar al señor marqués?

– No. Vaya usted corriendo.

Delfín, acostumbrado á los caprichos de su amo, fuése precipitadamente.

El marqués atravesó el recibimiento que separaba su habitación de la de su hija, empujó la puerta, que estaba entornada, y llamó:

– Joaquina.

– ¿Papá?

– Ven en seguida á mi cuarto.

Momentos después entró Joaquina en la habitación de su padre. Cerró éste la puerta, no sin sorpresa de la joven, en vista de aquella precaución.

– ¿Qué quieres, papá?

– Siéntate.

El marqués, por un esfuerzo de voluntad, estaba, al parecer, sereno. Se sentó al lado de su hija y en voz muy baja le dijo:

– Oye, Joaquina, acabo de cumplir todos tus deseos: te he sacado de la pensión, te he traído al lado de tu madre...

– Pero ¿á qué viene eso?, interrumpió la joven. ¿No te crees suficientemente pagado? Pues toma.

É incorporándose con un gracioso movimiento, cogió á su padre por la cabeza y le dió un beso en cada mejilla.

– Ten juicio, se trata de una cosa muy seria.

– ¿Una cosa muy seria?, repitió la joven, preocupada del tono casi solemne de su padre.

– Oyeme con atención, prosiguió éste; que cuando quieres, bien sabes hacerlo. He recibido una carta de negocios importante y me voy á Córdoba inmediatamente.

– ¿Te vas sin comer con nosotras?

– No puedo detenerme, contestó el marqués.

Y luego, como si buscara palabras, prosiguió diciendo:

– Te he recordado mis finezas porque voy á poner á prueba tu cariño y tu obediencia.

Y como Joaquina le mirase cada vez más sorprendida, repuso:

– Además de mi negocio de Córdoba, se trata de desbaratar esta misma noche un infame complot urdido contra tu madre...

– ¿Contra mamá?

– Ambas cosas están relacionadas..

– Supongo que ya la habrás advertido.

– No, pues conviene que tu madre no sepa nada

– ¿Cómo?

– Es una rara combinación de circunstancias. Ya sabrás. Para cortar radicalmente la trama es preciso que todos, incluso tu madre, la ignoren.

– Entonces, ¿por qué me hablas de ella?

– No te hablo de ella, te prevengo.

– ¿El qué?

– Es casi seguro que á las diez y media hayáis comido y os hayáis acostado.

– Es probable.

– Pues bien: si por rara casualidad se prolonga vuestra velada, te advierto que á esa hora te retires á tu cuarto con tu doncella y os recojáis..

– ¿Pero si hay un peligro?.,

– Para ti no.

– Pero para mamá...

– Tampoco. Se trata de dejar hacer á esos canallas y sorprenderlos.

– ¡Ah!

– Te retiras á tu cuarto, duermes tranquila, y si oyes algo no te asustes.

– ¿Cómo no, si ya lo estoy ahora?

– En fin, hija mía, no tengo tiempo que perder. ¿Me das palabra de seguir mis instrucciones?

– Pero papá...

– Lo exijo á tu cariño y obediencia. No hables de esto ni á tu madre ni á nadie. Retírate antes de las diez y media. Te repito que esto entraña un asunto grave para todos si no procedemos con cautela.

Y viendo que su hija callaba, prosiguió diciendo:

– ¡Oh, Joaquina, no esperaba esta resistencia de tu parte!

– Papá...

– ¿Me das palabra de obedecerme?

– ¿Y qué he de hacer si lo exiges?

– ¡Ah, niña mía, así te quiero yo!

Y besando con efusión á su hija repuso:

– ¿Tengo tu palabra?

– Sí.

– Te recuerdo lo que tú á mí en París, el lema de Criptana: *¡Dios y mi palabra!*

– Sí.

En aquel momento oyóse ruido de pasos en la escalera, y poco después entró en el cuarto Soledad, y detrás de ella Delfín, el ayuda de cámara. Por más que ésta hacía esfuerzos sobrehumanos para sobreponerse á la agitación que la dominaba cada vez más, á medida que se aproximaba la hora de su cita con Felicio, el marqués notó su palidez y excitación nerviosa. «¡Infame! – pensó. – Quizá tiene miedo, pero su ciega pasión se sobrepone á todo.»

– Cuando queráis comeremos, dijo Soledad.

El marqués aparentó no oir á su mujer y preguntó al ayuda de cámara:

– ¿Han enganchado?

– Vengo á decírselo á V. E.

Entonces aquél, con gran sorpresa de Soledad, se puso un sobretodo y pidió á Delfín un sombrero. El ayuda de cámara le trajo uno claro, flexible y de anchas alas.

– Pero qué, ¿te vas, no comes aquí?, le preguntó Soledad.

– No puedo, ya se lo he dicho á Joaquina. Acabo de recibir una carta y me llaman á Córdoba. Se trata del ferrocarril de Huelva: ha habido un desfalco enorme, tenemos junta á las ocho y media y son más de las ocho.

– ¿Pero comerás después? ¿Te aguardaremos?

– No, no me aguardéis ni á comer ni á dormir. Dios sabe á qué hora acabaremos, y es inútil que os molestéis. Me iré á la fonda, ó lo probable es que pase la noche en el casino. Ahora amanece en seguida y volveré con la fresca.

Durante este diálogo, Joaquina, sentada en un sillón, apoyando el codo en un brazo de éste y la cabeza en la palma de la mano, no se atrevía á mirar á su madre por miedo de no poder contenerse y faltar á la palabra que había dado al marqués.

Este se puso unos guantes de seda, dió un beso á su hija, estrechó la mano de su mujer y salió diciendo:

– Hasta mañana temprano.

Y al bajar la escalera pensaba:

«¡Falsa! ¡Se ha dignado tutearme!»

Tal vez Soledad extrañó la repentina ausencia de su marido en la misma noche en que ella aguardaba á Felicio; quizá pensó en la eterna leyenda del esposo que finge un viaje para sorprender á la esposa infiel; pero esta idea no debía labrar en ella. Verdad era que ya otra vez había sido sorprendida en Madrid; pero allí la sorpresa tenía explicación. Por más que ella se recatara todo lo posible en sus salidas nocturnas, y buscara los sitios retirados, pudo haber alguien que la conociese y la espiase. Aun cuando después que conoció á Felicio observaron ambos las mismas precauciones, pudieron ser vistos por ese alguien, que por interés ó por gusto de hacer daño vendió su secreto al marqués. Pero en el campo no eran posibles tales emergencias: ella no había visto á Felicio, la carta que le dirigió había llegado á su destino, puesto que aquél había venido: carta puesta en el correo por Rosa, su doncella, su amiga, casi su hija, supuesto que la tenía á su lado desde los diez años de edad. Sebastiana la guardesa, la hermana de Rosa, le era también completamente adicta, y además no podía suponer que en tan breve plazo vendiera su secreto. Había otra persona que le conocía: la condesa de Lebrín; pero ¿cómo sospechar de Dorila, una señora, su amiga de tantos años? ¿Quién, pues, pudo denunciarla á su marido? Nadie: esto era absurdo, estaba tranquila. Es más, la ausencia del marqués la alivió de un gran peso, haciendo menos arriesgada su cita con Felicio. Vería á éste, le haría saber la llegada de su familia, y ¡quién sabe!, este obstáculo imprevisto sería su salvación. Acaso á estas ideas se unía la de su amor contrariado; pero en iguales circunstancias siempre domina en toda mujer honrada la idea de la virtud. Así fué que cuando se sentó á comer con su hija, hallábase relativamente tranquila.



Se acerca á la puerta pequeña, se inclina como para escuchar...

Comieron solas, pues Juana de Dios lo hacía siempre más temprano. Soledad no pudo menos de extrañar el silencio y el desmadejamiento, digámoslo así, de Joaquina, pero lo achacó al cansancio del día. La joven estaba preocupada; mientras comía maquinalmente, pensaba en las extrañas advertencias de su padre. Su precoz inteligencia hacíale entrever confusamente la verdad. Tenía miedo á un peligro que presentía, en el que la más amenazada era su madre: dos ó tres veces estuvo á punto de faltar á su promesa; pero se contuvo, quizá su indiscreción podía empeorar las cosas .. No sabía qué hacer.

Acabaron de comer á las nueve y media.

– Ve á acostarte, Joaquina, dijo Soledad. Debes estar cansada. Mañana iré yo á despertarte.

– Sí que lo estoy, mamá, me he levantado al amanecer. Y tú ¿qué vas á hacer, vas también á recogerte?

– No tardaré, contestó Soledad, avergonzándose interiormente de su mentira.

– Manda cerrar bien las puertas.

– Aquí no hay cuidado. Duerme tranquila. Mañana hablaremos mucho; pues lo que es hoy apenas hemos podido hacerlo.

– Sí, mamá. Un beso.

Madre é hija se abrazaron, con efusión por parte de la primera, y con un estremecimiento nervioso que la joven no pudo contener.

X

Llegamos al fin de esta historia, que parecería una novela si la ficción no fuera la mayor parte de las veces más verosímil que la realidad. No es extraño que la imaginación del hombre, que observa los acontecimientos que ve, y en los que á veces toma parte, haya creado los dos mitos opuestos que influyen en los destinos humanos. Porque la intervención de la casualidad, ciega, como lo indica su nombre, no basta á explicar la ingeniosa urdimbre de ciertos sucesos. Parece como que el ángel bueno y el ángel malo, Omazor y Arimanes, dominando á intervalos, preparan con singular inteligencia la *máquina* del poema de la humanidad.

A las diez y media de la noche, los habitantes del cortijo de San Rafael se hallaban entregados al descanso. Sólo velaban dos personas: Soledad y su hija. Joaquina, que después de comer había subido á su cuarto acompañada de su doncella, dijo á ésta:

– Acuéstese usted, yo voy á leer un rato.

– Esperaré á que acabe la señorita.

– No, me desnudaré sola.

La doncella no se lo hizo repetir: estaba cansada del trajín del día.

El cuarto de Joaquina se componía de cinco piezas, grandes como todas las de la quinta: junto al recibimiento ó última meseta de la escalera una sala, luego una pieza de tocador, después el dormitorio, y á ambos lados de éste una pieza de baño y la alcoba de la doncella. Al despedir á ésta, la joven estaba en la pieza de tocador, en la que había dos bujías encendidas; pero cuando se quedó sola salióse á la sala, dejando las luces en la pieza inmediata, porque la sala era la única pieza que tenía ventana que daba al jardín. Esta ventana, abierta sobre la puerta de la quinta, enfilaba á una ancha calle de árboles que dividía casi por mitad á aquél, y terminaba en línea recta junto á la valla que separaba el jardín del patio del cortijo. A la entrada de esta calle, á uno y otro lado, había dos grandes faroles que quedaban encendidos toda la noche, por si los señores se retiraban tarde; y en el extremo, al lado de la valla, otros dos pequeños que alumbraban á los mozos cuando se levantaban á echar pienso al ganado ó salían temprano del cortijo. Joaquina, cada vez más sobresaltada á medida que avanzaba la noche, paseaba con agitación desde el tocador á la ventana del jardín; pues suponía que si algo hubiere de suceder, sucedería en el interior de la quinta. Deteníase á ratos en la ventana, cuyos cristales estaban cerrados, pues desde anochecido era mayor el frío.

Al anochecer, un viento Norte había barrido las nubes, el cielo estaba tachonado de estrellas, y la luna, que iba á entrar en su plenitud, clareaba el jardín. Desde la ventana veíanse las dos puertas de éste: la grande á la derecha, la pequeña á la izquierda. Desde las diez y media, hora señalada por su padre, aumentóse la agitación de Joaquina. Torturaba su imaginación para encontrar la clave de aquel enigma. ¿Qué iba á suceder? ¿Qué peligro amenazaba á su madre? ¿Por qué su padre en vez de quedarse para evitarle se alejaba del cortijo? Conforme avanzaba el tiempo eran más frecuentes sus paradas en la ventana, miraba hacia todas partes con inquietud, y para oir mejor entreabrió las vidrieras. Nada se oía: al entrar bien la noche había cesado el viento y no se movía ni una rama ni una hoja: hasta los grillos callaban, sorprendidos quizá por aquel frío extemporáneo. En una ocasión, cuando iba á retirarse de la ventana para dar sus agitados y pensativos paseos, Joaquina vió la silueta de una mujer destacarse en la plazoleta del jardín; miró con toda su alma, y su corazón latió más violentamente, porque aquella mujer era su madre. Sí, su madre: no era posible confundir con otra alguna aquella forma esbelta y gallarda, que parecía deslizarse en vez de andar.

«¡Su madre no se había acostado, salía al jardín á pesar de lo desapacible de la noche! ¿Qué iba á hacer allí?.. ¡Ah! ¡Se acerca á la puerta pequeña, se inclina como para escuchar, permanece así algunos instantes, y luego vuelve hacia la quinta!

(Concluirá)

SECCIÓN CIENTÍFICA

Las máquinas de escribir de Hámmond

De las industrias modernas que han tomado asombroso incremento en estos últimos años se destaca la que tiene por objeto fabricar las máquinas de escribir.

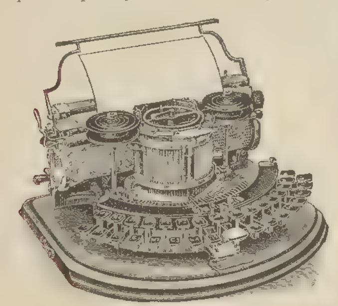


Fig. 1. – Máquina de escribir Hámmond

Esta utilísima en este país, casi indispensable invención, se tuvo en un principio como un juguete interesante. Hoy da ocupación á millares de empleados, y sus fábricas necesitan de grandes capitales y de talleres muy bien provistos de maquinaria.

Desde luego que nuestros lectores conocen los distintos tipos de máquinas de escribir; pero no así probablemente todos sus órganos y distinto modo de funcionar. En el presente artículo y las ilustraciones que lo acompañan damos á conocer los principales detalles de la máquina Hámmond. Esta máquina pertenece á la clase de *rueda de tipo*. Hay otra denominada *barra de tipo*. En la segunda clase el tipo, ó sea la letra, se encuentra en el extremo de una barra, cuya serie se monta en un bastidor circular. Al tocar la tecla correspondiente á cada barra la letra se marca de por sí en el papel colocado centralmente entre las letras. En la primera clase, y á ésta pertenece la máquina Hámmond, de que nos ocuparemos, hallándose las letras talladas en una pieza, llamada la *lanzadera* de tipos (fig. 4), que oscila horizontalmente en la circunferencia de un anillo, llamado el *yunque* (fig. 6), cuando se toca una tecla, la lanzadera trae á su puesto la letra correspondiente, que se marca en el instante que el martillo, I, de la fig. 6, actuado por un resorte propio, pone en contacto el papel con la letra.

El yunque, colocado rígida y centralmente en la máquina, es una rueda sólida de acero, llamada también disco anular. Lo mantiene en su puesto un eje central y vertical que encaja en un intersticio de la barra transversal del yunque. En el exterior de éste y adaptándose bien á su circunferencia va la lanzadera de vulcanita (fig. 4), en cuya cara exterior van talladas las letras, como queda expuesto. Sirve de base á la vulcanita, formando verdaderamente la lanzadera, una montura delgada de acero, que pasa por una entalladura horizontal, donde corre libremente. Está abierta en el yunque y sirve de guía horizontal para dicha lanzadera.

El brazo B de ésta va montado en el mismo eje

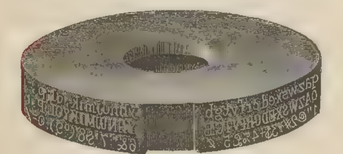


Fig. 2. – Rueda de acero en donde se graban los tipos

central del yunque, y encaja en una punta vertical de su extremo en la montura de acero de la lanzadera. El extremo opuesto de dicho brazo B sale por debajo del yunque y se mueve fácilmente en un bastidor circular, que lleva tantos agujeros como hay líneas verticales de tipo ó letra en la lanzadera. La distancia que media entre ellos corresponde con toda exactitud con la distancia horizontal que media entre las letras de la lanzadera. Funcionan verticalmente en aquellos agujeros una serie de barritas C, que se mantienen sobre las palancas D de las teclas, por medio de resortes espirales. Nótese que el brazo B, inmediatamente detrás de la punta en que gira, lleva dos entalladuras, una á cada lado, donde encajan dos brazos verticales, que reciben su movimiento de la palanca D por medio del brazo F. He aquí cómo funciona la máquina:

Tocando la tecla, la bajada del extremo de la palanca D hace subir la barrita C, que lleva en el extremo opuesto, y también la palanca F, que empuja el eje vertical hacia adelante, haciendo girar el brazo B de la lanzadera hasta que lo detenga la barrita C. De ese modo viene á su debido puesto para que pueda efectuarse la impresión. Continuando la subida del extremo de la barra D, dicho extremo levantará la palanca E, cuyo brazo baja la pieza G, que actúa el engranaje que suelta el martillo de impresión para que con su otro extremo empuje el papel contra la letra presentada por la lanzadera. La tensión del resorte del martillo, y por consiguiente la fuerza de su golpe, se determina por medio de un tornillo dispuesto para ello. En cuanto se suelta la tecla de la barra D, todos los órganos vuelven automáticamente á su respectiva posición normal.

El carácter especial de la máquina Hámmond ha requerido la instalación de talleres especiales, que presentan detalles muy interesantes. El tipo (muy variado y de distintos alfabetos para que sirva para todos los idiomas) se graba primero en una rueda de acero (fig. 2), operación que requiere un aparato especial que consiste en una placa circular donde se levanta un disco central provisto de un brazo que llega á su periferia. El disco y su brazo giran concéntricamente sobre la placa. Esta está perforada con agujeros que corresponden con los que lleva el bastidor de las barritas C. El brazo del disco central lleva un puntal para mantenerlo en la posición correspondiente á la letra cuyo lugar hay que marcar en la rueda de acero. Esta se coloca en el disco central, y al trasladar su brazo á los agujeros sucesivos, el operario marca con el instrumento que tiene en la mano la posición de la letra en la rueda.

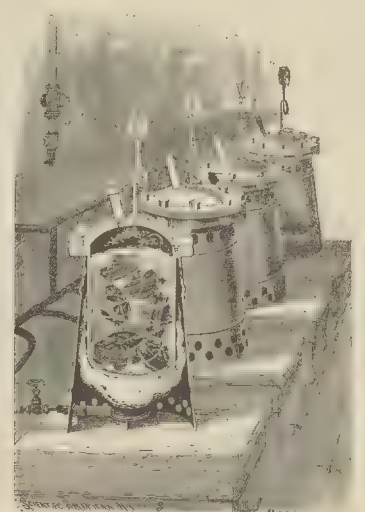


Fig. 3. – Vulcanizadores

Con ésta se forma una matriz de metal, cuyos segmentos se disponen á lo largo de la circunferencia interior de un molde circular donde se comprimen tiras de una composición especial de caucho. La delgada pieza de acero que forma la montura de la lanzadera se comprime en el caucho, y se fijan los moldes para colocarlos en los vulcanizadores (fig. 3), donde se les somete á una temperatura cuyo calor equivale á una presión de 100 libras por pulgada cuadrada.

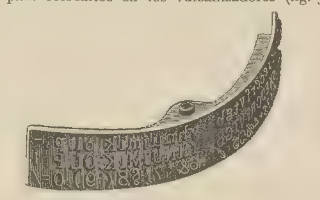


Fig. 4. – Lanzadera de tipos

El vulcanizador se compone de un cilindro provisto de una tapa á prueba de vapor. Se le pone agua y los artículos que se desea vulcanizar, y por medio de un mechero ó quemador de Bunsen, indicado en el grabado figura 3, se obtiene el calor necesario. Terminada la operación, la lanzadera vulcanizada, y llevando su montura de acero, se coloca en el aparato donde se grabó la rueda de acero, y se le hace el agujero fig. 6, cerca de A, que sirve para encajarla en el brazo B. Esta perforación requiere mucha habilidad, pues la menor desviación hacia un lado ú otro desvirtúa la debida posición de la letra.

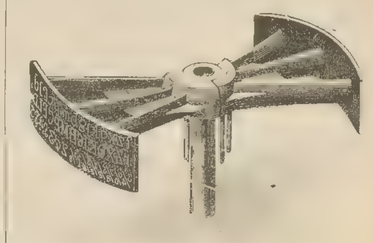


Fig. 5. – Otro tipo de lanzadera de tipos

Para sustituir una lanzadera por otra se levanta el yunque hasta que la montura de acero sale del extremo del brazo de la lanzadera. Como cada una de éstas encierra un alfabeto completo, las variaciones de letras que se pueden obtener son muchísimas. La compañía tiene muestras en 37 clases de tipos y 14 idiomas.

La máquina Hámmond tiene dos teclados, el llamado *Ideal*, que es el recomendado por los manufactureros, y el *Universal*, que lleva las teclas dispuestas como en otras máquinas bien conocidas. El teclado *Ideal* tiene las teclas en forma circular y en dos líneas. Las letras de mayor uso van á la derecha y cerca del centro del teclado.

La figura 5 indica otra forma de lanzadera. Es de dos segmentos, y en cada uno va la mitad del número de letras. Cada uno de los dos brazos verticales de la palanca encaja en uno de los segmentos. Esta fué la forma primitiva, y la de una sola pieza es la lanzadera perfeccionada. El peso total de la máquina con su caja de transporte es de 19 libras.

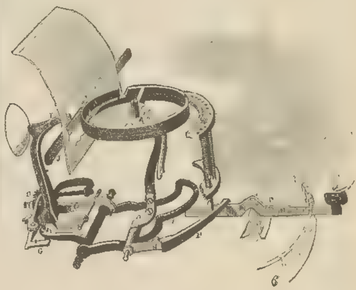


Fig. 6. – Mecanismo de la máquina de escribir

***

El fluoróscopo de Edison

Se tenía por cierto que el notable descubrimiento de los rayos catódicos, denominados hoy rayos de Röntgen, habría de despertar la imaginación siempre alerta de Edison. Así ha sucedido en efecto. Inmediatamente se puso Edison á trabajar, y casi instantáneamente dió con lo que buscaba.

No se puede dudar que el descubrimiento del profesor Röntgen estaba llamado á prestar inapreciables servicios á la ciencia en general, y principalmente á la ciencia del diagnóstico médico. Pero toda operación fotográfica es relativamente lenta; pues sin contar el tiempo de exposición necesaria, que en el caso de la radiografía es largo, hay también que desarrollar la imagen, sacar la prueba, etc.

Edison se dijo: «lo que puede fotografiarse puede con más razón verse;» y se ocupó en seguida de modificar los tubos de Crookes, de modo que pudiesen tener mayor fuerza de alumbrado. Al cabo de dos meses, el sabio americano tuvo la satisfacción de lograr buen éxito en su doble tentativa, como ya lo sabe el mundo entero, pues la prensa científica y la

diaria de todas partes inmediatamente regó la noticia de la invención del fluoróscopo.

Como queda dicho, Edison se propone doble objeto: ante todo, el perfeccionamiento del tubo de Crookes, en seguida la invención de un aparato, el fluoróscopo, que permitiese ver los fenómenos producidos por los rayos X ó catódicos, para observarlos directamente y sin el auxilio de ninguna operación fotográfica. Después de innumerables ensayos, relativos á la forma, las dimensiones, el material de los tubos de Crookes, Edison acabó adoptando un

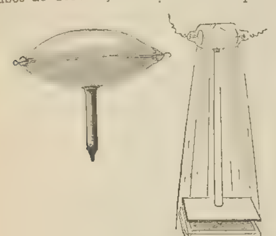


Fig. 1. – El fluoróscopo de Edison

tubo de forma elipsoidal y como de unas cinco pulgadas de longitud.

En cada extremidad se encuentran dos discos electrodos de aluminio, colocados en el interior y ligeramente inclinados uno hacia el otro. Las extremidades exteriores del tubo se hallan cubiertas con unos sombreros metálicos, que forman los electrodos interiores. Estos dan un 60 por ciento y los anteriores un 40 del efecto total.

El tubo va herméticamente cerrado por sus dos extremidades y contiene otro tubito que puede comunicar con una bomba de aire, del modelo de Geissler ó de Sprengel. Al cabo de media hora de funcionar la bomba produce el vacío necesario para el completo desarrollo de los rayos catódicos. Este aparato va representado en la figura 1 á la par que otra especie de tubo, provisto simplemente de electrodos interiores de alambre de hierro.

Faltaba encontrar el aparato fluorescente, la manera de construirlo y el mejor medio posible de fluorescencia. Edison empezó á probar con la sal de bario utilizada por el mismo Röntgen, sin quedar satisfecho. ¡Qué largos fueron los ensayos! Mas de doscientos productos distintos se examinaron sucesivamente. Para probarlos el inventor se sirvió de una caja de cerca de dos pulgadas de ancho y como cuatro de largo, que llevaba un agujero en el fondo. Uno de sus ayudantes buscaba los productos y se los traía sucesivamente. Se ponía uno en la caja, y Edison tendía la vista al través del agujero de la caja, hacia un tubo activo de Crookes. Las pruebas continuaron sin interrupción alguna durante cuatro días y sus noches. Se abandonaban multitud de sales, se conservaban otras como suficientemente fluorescentes; pero la suerte cayó en un tungstato de calcio, cerca de ocho veces más enérgico que el platinocianuro de bario.

El tungstato de calcio se obtiene haciendo fundir á la vez una mezcla de cloruro de calcio, de cloruro de sodio y de tungstato de sodio. El producto así obtenido se trata por el agua, que disuelve el cloruro de sodio y abandona cristales insolubles de tungstato de calcio. Inmediatamente se les seca y tritura, después se distribuyen en una pantalla de cartón de modo que formen una superficie lisa y uniforme. Esa pantalla se pone en el extremo de la caja de cartón, colocando hacia adentro la cara preparada. El otro extremo de la caja se hace de modo que rodee la cara por la parte de los ojos, tal cual lo indica la figura 2. Colocando la mano delante de esta caja y haciendo caer sobre ella los rayos X, se verá fluorescente toda su superficie, exceptuando algunas sombras debidas al efecto especial; apareciendo los detalles aparecerán con la misma perfección, y tal vez mejor, que en las radiografías de Röntgen.

En la figura 2 se tiene el aparato montado y en función. El tubo de Crookes está encerrado en la caja de madera. Una persona pone la mano ó el brazo sobre la caja, y el observador, fijándose ó poniéndose en la cara el fluoróscopo, como lo indica la figura 2, ve el estado de los huesos. Una bobina de inducción con un interruptor de rotación actuado por un motor es lo mejor para el caso, pues Edison dice que el condensador contraría el efecto.

Al hacer sus ensayos Edison puso el tubo que empleó sobre la bomba de aire. Gradualmente y á medida que se hacía el vacío se notaba la aparición de la fluorescencia, y por medio de un espectróscopo de bolsillo se observaba el período de desaparición de las bandas. Al fin, se empezó á notar la radiación de los rayos X. Se puso el fluoróscopo en la cara, y su base se presentó brillantemente iluminada. Se le tapó con la mano y se produjo una sombra. A cada instante aumentaba la intensidad del efecto, hasta que por último se presentaron bruscamente los huesos, viéndoseles los contornos con absoluta preci-



Fig. 2. – El fluoróscopo de Edison

sión, al mismo tiempo que los músculos desaparecían completamente y como por encanto.

Presentada la parte inferior del brazo delante del fluoróscopo, dejó ver con toda claridad el espacio comprendido entre los huesos, el radio y el cúbito. Un portamoneda, cuyas quijadas de acero no se habían abierto, dejaba contar las monedas que encerraba. Puesta una tabla de cierto espesor entre el objeto y el instrumento, no disminuía el vigor de la imagen sino de una manera insignificante.

Fácil le es al lector imaginarse, ahora que conoce el fluoróscopo, la importancia que este nuevo instrumento tiene para los médicos y especialmente para los cirujanos.

La gran gloria de Edison acaba de aumentarse con un descubrimiento tan maravilloso como los demás suyos que ya se conocen.



La Aurora, pintura decorativa de Manuel Domínguez

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XV — Barcelona 10 de agosto de 1896 — Núm. 763



PADRE ANTES QUE EMPERADOR, cuadro de A. Dawant

(Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los suscriptores de la Biblioteca Universal el tomo tercero de los correspondientes al presente año, que es la preciosa novela de Luis M. de Larra *¡Si yo fuera rico!*, con ilustraciones del reputado dibujante Alejandro de Riquer.

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

El problema de Grecia. – Preferencias de toda la civilización por el pueblo fundador de la cultura humana. – Comparación de la Grecia y sus pueblos al comienzo del Cristianismo y del Imperio con la Grecia y sus pueblos de hoy. – Amor de los romanos por Grecia y amor siempre de todos los hombres. – Los errores y faltas de la Grecia moderna no empecen al culto nuestro. – Creta. – Creta en la historia. – Ministerio ejercido por esta isla en pro de la cultura universal. – Sus pretensiones hoy. – Temores de guerra europea. – Cuestiones de Creta y Macedonia. – Las evoluciones y no las revoluciones. – Conclusión.

El problema de Grecia vuelve á surgir y á plantearse llevando en sus términos una gran parte de nuestra venidera suerte y de nuestros eternos destinos. Durante los tiempos antiguos, como durante los tiempos modernos, Grecia será, no sólo el pueblo que mejor ha modelado la estatua inspirada en la organización humana, el pueblo que mejor ha comprendido en las edades clásicas el prototipo de nuestra personalidad. Grecia, fiel á sus ideas, doquier ha visto una pavesa de libertad, hasta bajo los césares latinos, se ha inclinado del todo á reanimarla, porque la libertad era el resplandor de su alma. Yo no puedo verla hoy, considerarla hoy, sin acordarme de lo que fuera cuando comenzaban el Cristianismo y el Imperio. Grecia estaba entonces herida y despoblada. El Epiro, aquel pueblo tan libre, sólo daba esclavos al mundo; la montaña Eta, cuya cima hollaron los dioses en sus alegres fiestas, despoblada y solitaria, como el ara de un altar destruído; en la Etolia no resonaban las odas de los poetas, y los vientos, al pasar por sus desiertos, por sus ruinas, lanzaban un largo gemido, como diciendo el dolor de la naturaleza por el fin y muerte de sus más amados pueblos; la feliz Arcadia no tenía una flor por sus rientes campos, convertidos en incultos bosques; Thesalia, esa tierra querida de Apolo, se había consumido y era un verdadero montón de cenizas; Atenas, la diosa del género humano, perdurable artista de la historia, yacía en el lodazal de lágrimas y sangre que habían amasado á sus pies las crueldades múltiples de Sila, y sólo se curaba de leer é interpretar los oráculos del genio de Oriente, abandonada de su propio genio; la Mesia, cuyas armas fueran de suyo tan poderosas, yacía sin fuerzas y sin valor, muerta sobre su escudo, como sus hijos cuando caían en los combates; la hermosísima Cyteres era un peñasco solitario; las Cycladas, las islas que prestaran inspiración á tantos poetas, ideas á tantos filósofos, aquellas islas que levantaran en medio de los mares templos, esperanza de los navegantes, se habían trocado en nidos de piratas; la encina sagrada de Doudona ya no veía bajo sus ramajes aparecer á la inspirada sacerdotisa buscando con ávidos ojos la creciente nueva luna, perdida como plateada incierta nube, allá por el éter celestial; el consejo de los anfictiones no se reunía para confundir las ideas y los sentimientos de todas las familias griegas; el Júpiter Olímpico tallado por Fidias, el Júpiter de marfil y oro, con su hermosura perfecta, con su frente inspirada que se perdía en las nubes, solitario y abandonado yacía en la Hélade, viviendo con las limosnas de un descendiente del Dios de los judíos, su eterno enemigo; la poesía de la naturaleza expiraba y Grecia toda extinguía el fuego de la vida suya, cuyos reflejos postreros iluminaban la frente de los pueblos como un sol en ocaso acompañado y subseguido de bello arrebolado crepúsculo.

A pesar de tan irremediable decadencia, todas las almas que por aquel tiempo amaban la hermosura convenían en que Grecia era la eterna musa del arte, la eterna patria del genio. Unida con Roma, tras el triunfal carro latino amarrada, su pensamiento aún era el pensamiento de los filósofos romanos; su habla, la delicia de los señores del mundo; su Parnaso, la inspiración de los poetas; sus artes, el eterno ideal del genio; sus artistas, los modelos á que aspiraban desde lejos todas las inteligencias. Cuantos corazones religiosos quedaban en los senos del paganismo, tantos iban á visitar el templo de Delfos como la cuna de su religión, como el ara más acepta verdaderamente á sus dioses. Y sobre todo, los artistas sentían que se hallaba en Grecia la miel de su inspiración, guardada entre los pétalos de aquella flor, que no habían por completo deshojado los huracanes de la guerra. Cicerón ensayaba sus períodos al compás de las ondas del Pireo, enseñándole armoniosa rotundidad; Virgilio se asentaba en los profundos valles de Colonna ó en las altas cumbres del Himeto, porque allí estaba escondida su musa, la musa del campo; Horacio en el polvo de las escuelas buscaba manantiales donde apagar la sed antigua de su genio, porque allí se hallaban aún las centellas perdidas del pensamiento humano. Así en las bibliotecas de Roma, en sus calles, en sus paseos, en la puerta Capenna, en la vía Apia, resonaba el griego como si Roma estuviese habitada por atenienses. El delirio por Grecia destruída, por Grecia exhausta, estaba entonces en su colmo. Sentíase hacia la pitonisa del mundo antiguo esa mezcla de amor y pena que se siente á presencia de un bajo relieve roto, de una hermosa estatua mutilada. La pena por su destrucción aumentaba el amor á Grecia. Mecenas un griego semejaba; se había en sus escuelas educado Augusto; amábala Tiberio y se perdía por sus ruinas; Claudio llamaba el griego y el latín las dos lenguas por excelencia; y no había en Roma, entre la grande aristocracia del genio y del nacimiento, quien dejase de ir una vez en su vida, por lo menos, como peregrinando, á la incomparable é insustituible Atenas. Pero quien amó sobre todos á Grecia fué Nerón. El amor de este tirano á la patria del arte fué, como su amor á la poesía, desenfrenado, exaltadísimo, loco. Parece imposible; mas algo de lo sucedido entonces ahora mismo sucede. Grecia no ha correspondido á las esperanzas en ella puestas por sus numerosos redentores. La libertad y la independencia no le han devuelto su antiguo estro. Ha comprometido en aventuras á su gobierno y llegado en sus relaciones mercantiles hasta la bancarrota. Los partidos parecen facciones en lo enconados. Su administración adolece de un despilfarro que compite con el despilfarro turco. Ha pedido reyes al Norte para estar en paz, cuando parecía una planta indígena de aquel suelo sacratísimo la República. Y sin embargo, no obstante tales errores y culpas, todos nos volvemos á Grecia, cuando cualquier contrariedad la prueba ó aflige, y todos deseamos que recabe su antiguo territorio, reconstituyendo su nacionalidad, ya que no puede reconstituir su gloria y su esplendor.

Así no surge cuestión alguna en Grecia sin que todos acudamos á pedir el restablecimiento de su nacionalidad como seguro de su independencia. Y las pedimos, nacionalidad é independencia, no tanto por interés que tengamos en ver un pueblo libre más entre los pueblos; las pedimos por gratitud á quien todavía consultamos en la forma de nuestras artes y en la expresión de nuestro pensamiento. Nada indica el descenso de una generación en la escala de sus transformaciones progresivas, como ese olvido ingrato del bien allegado por esfuerzos de otras generaciones, que cede al cabo en provecho nuestro. No pueden ser las generaciones cultas como las gentes bárbaras, y han por fuerza de reconocer la deuda sagrada de agradecimiento que tienen á una contraída con la madre de todas, con la divina Grecia. Por eso interesa tanto la cuestión de Creta. Esta isla siguió en el mundo suerte análoga con la suerte del territorio helénico, al cual pertenece como al planeta el satélite y como al sol el planeta. En la historia del pensamiento humano, los cretenses cumplían un destino maravilloso y desempeñaban un ministerio sublime. Allí, en aquella tierra de bendición, las inspiraciones orientales se templaban para pasar á Grecia y continuar urdiendo así el hilo de la idea humana universal, que forma con su complicada urdimbre nuestra vida. La isla de Creta es en la historia como anillo nupcial de Oriente con Grecia, como eslabón capitalísimo en la serie y cadena de los tiempos, como instante misterioso del enlace de unas civilizaciones con otras civilizaciones. Sin Creta, ó las ideas del Oriente hubieran devorado á Grecia, ó Grecia hubiera destruído estas ideas sin provecho alguno de la cultura humana. Por los dogmas religiosos venidos del Asia perdieron su larva y se levantaron en alas de la helénica inspiración á metamorfosis y transformaciones nuevas. Creta templaba la radical antítesis entre Oriente y Grecia. Así, en cuanto Creta concluyó este ministerio, bajó en importancia. Por el primer siglo de nuestra era diríase que se había en el olvido anegado, como la poetisa de Lesbos al pie del cabo Léucades. Aquella isla, tan dotada de naves al terminar la República, no tenía una embarcación al venir el Imperio. La guerra de los piratas habíala destrozado, como la guerra de Sila destrozó el Atica, y la guerra de César la Thesalia, y la guerra servil, por último, la Sicilia. El pueblo más avezado al mar entre todos los pueblos clásicos no contaba con un solo barco; y esta misma triste miseria imperaba sobre todas las islas y colonias griegas por aquellos días, excepción hecha tan sólo de Bizancio, quien presentía y presagiaba ya que iba en los medios á cumplirse para el mundo moderno análogo ministerio con el cumplido por Creta para el mundo antiguo; pues así que la humanidad necesita ó anhela una idea nueva indispensable á su progreso, Dios entrega siempre á un pueblo predilecto el secreto de la perpetuidad de nuestra vida y la llave misteriosa del destino.

Evoco esta grandeza histórica de los pueblos griegos porque presta una importancia desmedida de suyo á la política oriental, complicada con toda la política europea y expuesta siempre á producir una conflagración en Europa. De plano y en principio se resuelven todas las cuestiones como se resuelven los problemas algebraicos, dejándoles á sus términos el desarrollo natural y lógico. Que la isla de Creta pase á reincorporarse con su natural metrópoli; que forme parte integrante, como las islas Jonias, de la nación á quien está confiado el destino de presidir la raza helénica, nada más lógico, nada más natural, nada más rigurosamente matemático. Queremos que las islas formen cuerpo con sus correspondientes metrópolis en el derecho universal humano; y como Creta pertenece á Grecia por su raza y por su lengua y por su historia y por su geografía, queremos verla reincorporada con Grecia. Pero dicho esto, debemos añadir como deseamos también que, por precipitar un desenlace de la cuestión ya sabido, y por querer fuera de sazón y oportunidad traerlo, no tropecemos en culpas y errores políticos, tras cuyos efectos inmediatos estallaría por una indeclinada consecuencia la guerra universal. Y no estamos para guerras. El mundo necesita de paz en absoluto. Y nadie nos ha dicho que, yendo tantas veces como va el cántaro á la fuente, no se rompa; y levantándose, como se levantan á cada paso, cuestiones orientales, no sobrevenga el conflicto. Los intereses de Rusia en Creta son unos, y son otros los intereses de Inglaterra. Por más que haya querido esta última desinteresarse del Oriente continental europeo, no lo ha logrado, y un paso más de Rusia en los dominios turcos, parecido al que últimamente ha dado en Mandchuria y China, encendería la inhumana conflagración. Por una parte Austria se halla también amenazada de Rusia, y una temeridad cualquiera cometida por ésta en el Danubio, en los Balkanes, en el mar Jonio y Egeo, habría de equivaler á un rompimiento entre los dos imperios. Luego la cuestión de Creta no aparece única y sola en Oriente; hállase complicada con la cuestión de Macedonia, y la cuestión de Macedonia complicadísima con la paz y con la libertad en los Balkanes. Repito respecto de Macedonia lo tantas veces afirmado respecto de Creta. Para mí esta región del Norte griego pertenece á Grecia, como le pertenecen las islas del Archipiélago; y no habrá justicia en el mundo como no se dilate la Grecia futura desde los desfiladeros donde naciera el helenizador por excelencia de Oriente, Alejandro, hasta los islotes donde cantara el padre de la cultura helénica, el poeta Homero. Mas precisa comprender que tienen sobre Macedonia pretensiones análogas á las pretensiones griegas los servios, fortalecidos hoy con el apoyo de la familia montenegrina, y los búlgaros, hoy reconciliados con su eterna protectora, la Santa Rusia. Y Macedonia, Egipto, Armenia, Creta, perturbadísimas por igual, ofrecen demasiadas dificultades á un tiempo para que no tropezáramos en alguna y nos rompiéramos la crisma. Creta hoy tiene demasiado seguro el objeto de sus ansias para que no se conforme por lo pronto á pedir aquello que rezan en pro suyo los tratados, y una vez recabada y establecida por observancia de éstos la Constitución de Halepo, su garantía y seguro, no deje á la evolución de los hechos y al curso de los tiempos su completa victoria.

San Sebastián, 1.º de agosto de 1896.



LA RENDICIÓN DE BREDA

12 (?) *de agosto de* 1629

Célebre cuadro de Velázquez, existente en el Museo Nacional del Prado

Pertenecía Breda á Carlos V y pasara con los Estados de Flandes á Felipe II. Cuando en el reinado de éste se inició la insurrección de los Países Bajos, la *Liga,* á cuyo frente estaba el príncipe de Orange, resolvió oponerse por todos los medios á que Felipe destruyese unos y desconociese otros derechos, fueros é inmunidades, sujetando á aquellos Estados al poder inquisitorial. Con tal oposición á los designios del rey creían – según ellos – servir mejor á los intereses de Felipe y de la patria.

Los españoles arrebataron varias veces la ciudad al poder de los rebeldes, siendo en 1581 el duque de Parma el que arrojó de Breda á Orange y los suyos. Once años más tarde, Mauricio de Nassau, á cuya familia pertenecía Breda en concepto de baronía por la rama femenina, se apoderó de nuevo de la ciudad, más que por la fuerza de las armas por medio de un audaz golpe de mano. El duque de Parma se encolerizó de tal modo cuando supo el desastre, debido á la falta de una defensa vigorosa, que mandó degollar á los principales jefes de la guarnición, salvándose del castigo únicamente tres, que probaron que en nada intervinieron.

Treinta y seis años estuvo de nuevo Breda en poder de los rebeldes á España, hasta que en 1626, después de un cerco de diez meses, durante los cuales los sitiados esperaron en vano la ayuda de los confederados y de Richelieu, tomó de nuevo la disputada ciudad el célebre marqués de Spínola.

* * *

Dicho lo que antecede á guisa de recordatorio (aun cuando creo que no hiciese falta á gran parte de los ilustrados lectores de este periódico), paso á diseñar desde el punto de vista histórico, siquiera sea ligeramente, la principal figura del célebre cuadro de Velázquez.

Contaba el marqués de Spínola á la sazón de la toma de Breda cincuenta y cuatro años. Pertenecía á una de las familias más ricas, nobles é influyentes de Génova, y figuraba en el partido gibelino. Entusiasta de la ciencia militar se dedicó á estudiarla, y como su hermano Federico, se puso al servicio de España. Formó y pagó á sus expensas un ejército de nueve mil hombres y partió para Flandes, donde hubo de encontrar y batir al célebre capitán Mauricio de Nassau, después de socorrer en el grave aprieto en que se encontraba al archiduque Alberto.

Muerto su hermano Federico, el marqués de Spínola fué nombrado por Felipe III jefe del ejército de los Países Bajos. Sus victorias, debidas á su admirable pericia y á su valor, fueron numerosas; distinguiéndose siempre como altamente humanitario. Esto por lo que corresponde al militar, pues Ambrosio Spínola es digno también de la gran admiración con que le distingue la Historia, porque además de general expertísimo fué un diplomático de gran talla, como lo probó contestando á Enrique IV de Francia, quien le interrogara acerca de sus proyectos contra Mauricio de Nassau (del cual era secreto aliado el francés), queriendo «sacar de mentira verdad.» Spínola leyó la intención del rey y le contestó de tal modo, que el monarca dijo algún tiempo después, viendo los desastres del de Nassau: «los otros me engañan mintiendo, este italiano me ha engañado con la verdad.»

Tal era el hombre que Velázquez hizo figurar en lugar preeminente en el famoso cuadro que hoy conmemora esta *efeméride.*

* * *

He creído preciso esta ligera noticia biográfica para que mis lectores puedan apreciar en todo su valor la obra del inmortal artista, cuya reproducción ilustra este artículo. Ahí está el vencedor de Breda, ocupando el centro derecha de la composición. Brilla en la expresiva fisonomía del de Spínola una sonrisa de majestad y de magnanimidad al propio tiempo. La desnuda cabeza del vencedor se inclina caballerosamente, contestando al movimiento de amargo pesar del vencido, que le entrega las llaves de la plaza. La elegante y noble apostura del marqués de Spínola es por sí sola la revelación de un genio comprendiendo á otro. Nada más noblemente sencillo que el ademán con que el general de los famosos tercios extiende la mano derecha para detener en el acto humillante de entregar las llaves de Breda al general enemigo Justino de Nassau, convirtiendo en amistosa, escena tan dramática y que tan hondamente mortifica al militar que se mira en trance tan duro. La expresión de gratitud que en el rostro del vencido se pinta al contemplar la simpática y *sugestiva* fisonomía del marqués de Spínola y al advertir el ademán de éste, es un prodigio de observación psicológica, mejor dicho, de adivinación, puesto que Velázquez no fué testigo presencial del hecho. Lo que hay, sí, en abono de la verdad de la escena – y aquí entra la razón de por qué conmemoro hoy este cuadro – es que, además de haber servido de modelo al célebre artista el mismo vencedor de Breda, Velázquez concibió ó debió de concebir el cuadro en su primer viaje á Italia. He aquí cómo un notable escritor y crítico de arte, mi querido amigo Jacinto Octavio Picón, habla respecto de la génesis de *La rendición de Breda:* «A 10 de agosto de 1629 (1), servido por su fiel esclavo Pareja, se embarcó en Barcelona. Sin que nadie pueda tildar de aventurada la sospecha, en la travesía de allí á Venecia debió de concebir la disposición del cuadro *Las lanzas,* luego encargado por el rey, porque á bordo de la misma nave iba el general Ambrosio de Spínola, vencedor de Breda.» «¿Cómo no había el soldado de referir al pintor su empresa más gloriosa? Le contaría cómo fué la rendición de la plaza, la entrevista con Justino de Nassau, la entrega de las llaves, la formación de aquellos grupos de vencidos sin humillación, de vencedores sin orgullo, y hasta le haría concebir la idea de aquel espacio libre que separa unos de otros, dejando ver la dilatada y verde llanura que se pierde entre el celaje anubarrado, el humo de las hogueras y los vapores de la tierra húmeda.»

(1) Cinco años escasos del hecho histórico.

De 1644 al 48 es el cuadro del cual vengo ocupándome. Pertenece por lo tanto á la mejor época del gran pintor, cuando ya todas sus facultades de artista y cuando ya sus ideas eran claras y fijas respecto del arte, de las cosas y de las personas. Así, pues, en este cuadro, más conocido acaso por el título que el vulgo le dió de *Las lanzas* que por el suyo verdadero, admíranse todas las condiciones excepcionales que avaloran la obra pictorica del yerno de Pacheco. Allí vense un dibujo admirable, una composición irreprochable (condición que, según mi entender, no siempre brilla en los cuadros de Velázquez), un ambiente grande del aire libre á pesar de estar pintadas las figuras en el taller, una perspectiva aérea sorprendente y un color no superado; todo esto por lo que atañe á la técnica, que respecto de la interpretación de la escena, del acierto psicológico que á propósito del estado de ánimo de cada uno de los principales personajes se mira en los rostros de éstos, especialmente de la majestad *sin orgullo,* como dice Picón, con que supo representar á Spínola, tan sólo cabe admirar; que la crítica al cabo tiene también por misión decir á las gentes cuándo la obra de arte alcanza aquel grado de belleza ante el cual ha de rendirse todo sentimiento que no sea el de la admiración.

Llámase á este cuadro el cuadro de *Las lanzas* por aparecer éstas dominando á las demás armas y formando parte importante de la composición.

R. Balsa de la Vega

EL PARAISO DEL DIABLO

(recuerdos de Monte-Carlo)

Mientras el tren se ponía en marcha para recorrer la breve distancia que separa á Niza la bella del minúsculo principado de Mónaco, examiné con curiosa mirada á mis compañeros de viaje.

Eran cinco: dos damas y tres varones. De aquéllas la una ofrecía uno de los más curiosos ejemplares de esa raza femenina inglesa que se encuentra á cada paso en los *sitios cosmopolitas:* en los Alpes y en los Pirineos; en Spa y en Ginebra; en Roma, en Nápoles y especialmente en esas incomparables costas del Mediterráneo, en esa deliciosa *Côte d' azur* que los

súbditos de Su Majestad Británica consideran como cosa expresamente creada por la Naturaleza para el consumo inglés. Era una mujer vieja, de una fealdad inverosímil, flaca como un huso, provista de unos dientes que semejaban teclas de piano usado, de unas antiparras de vidrios azules, de una peluca rojiza y de una de esas vestimentas indefinibles que sólo se elaboran al otro lado del Canal de la Mancha. Viajaba solita y parecía en aquel momento absorta en la lectura del *The Staudart*, sin desviar un segundo las miradas del papel para fijarlas en la encantadora perspectiva que se desarrollaba al paso del tren.

La otra dama ofrecía el más completo contraste con la primera. Joven, linda, graciosa, vestía con elegantísima sencillez; poseía, además del atractivo que siempre irradia toda mujer hermosa, ese poderoso hechizo que sólo algunas tienen, y que nace, ora de la expresión de sus ojos, ora de su sonrisa, con frecuencia de un *algo* que no es posible definir. Estaba sentada al lado de un gallardo mozo de aspecto distinguido, cuya agradable fisonomía parecía contraer de vez en cuando un sufrimiento físico ó una idea penosa: una sacudida de los nervios ó una preocupación del espíritu. Ella le hablaba en voz baja envolviéndole en la mirada de sus grandes ojos azules; y él hacía evidentemente un esfuerzo para escuchar y contestar á las observaciones de su gentil compañera.

Los otros dos viajeros eran: un señor gordo, semblante vulgar y aire tonto – más tarde supe que era un senador, – y otro de rostro inteligente á quien había visto dos ó tres veces en Niza: en el teatro y en la *Promenade des anglais*. Había sido el último que entrara en el vagón; apenas instalado, sacó un diario del bolsillo, y como estaba sentado á mi derecha, pude observar sin indiscreción alguna que mi vecino disponíase á leer el artículo de fondo de *El Imparcial*.

– Por lo visto, la política madrileña le interesa á usted más que este bellísimo paisaje, dije sin tomarme el tiempo de pensar si mi interpelación podía ser ó no inoportuna y bachillera.

Miróme el vecino, echóse á reir y repuso:

– ¿Qué quiere usted? Este paisaje es bellísimo, no hay duda, pero me lo sé de memoria, y aunque la política de nuestra tierra resulte muy poco atractiva, tengo curiosidad por saber lo que dice este diario acerca del último incidente parlamentario.

Pero la curiosidad política de mi adlátere y compatriota no pasó de ahí; metióse el diario en el bolsillo y nos pusimos á charlar como es de ley entre españoles que se encuentran en país extranjero. Al apearnos del tren tras aquel corto viaje que no dura más de 30 minutos, D. Cosme de M.. y yo éramos buenos amigos; habíase él brindado á servirme de cicerone por aquellos andurriales, absolutamente desconocidos para mí, pero que él «se sabía también de memoria,» ofrecimiento que acepté contento y agradecido, y echamos á andar, haciendo yo el papel de oyente, charlando mi guía por los codos.

– ¿Se ha fijado usted en nuestros compañeros de viaje?, me preguntó pasando su brazo bajo el mío y señalando á la gentil pareja, á la vieja inglesa y al señor de aspecto bobo que se dirigían, como nosotros, hacia la *sortie*. ¡Qué tipo tan exquisito esa lady!.. ¿eh?

– ¿La conoce usted?

– Sí, señor; es una millonaria de Bristol que se pasa la mitad del año en Monte-Carlo: cultiva la ruleta con una obstinación verdaderamente británica, pero al mismo tiempo con una prudencia loable. No arriesga nunca más de dos luises diarios, á razón de cinco francos la puesta. Si gana, aunque sea poco, su feísimo semblante resplandece de alegría; si pierde sus dos luises, parece la imagen de la desesperación silenciosa y muda.

– ¿Y ese caballero?

– Es un senador que no ha tomado nunca la palabra. Hace tres días que llegó á Niza, y una mala tentación le habrá arrastrado hoy hacia este paraíso.

– Quizás la simple curiosidad... como á mí.

– ¡Bah!, dijo sonriendo D. Cosme; ¿no ha venido usted á Monte-Carlo con el deseo de cosquillear un poco á la diosa Fortuna?

– No, señor; el juego me da miedo y no quiero arriesgar los pocos billetes de Banco que me quedan.

– Pues yo vengo para jugar. Hace ya algunos años que me paso una temporadita, tres ó cuatro semanas apuntando diariamente una docena de luises.

– ¿Y le tratan á usted bien?

– Hay de todo; pero, en fin, no puedo quejarme. Hay gentes que juegan á la Bolsa: yo prefiero la ruleta..., es un juego mucho más leal, menos expuesto á timos y á engaños que aquél, y hasta menos peligroso cuando se tiene cautela y sangre fría.

– ¿Menos peligroso?.. ¡Hum! . Me parece que podrían contarse por centenares las personas que han dejado en la ruleta hasta el último perro chico de su fortuna.

– No le diré á usted lo contrario, replicó tranquilamente mi compañero. De eso he visto yo más de un ejemplo: mire usted, sin ir más lejos...

Y con un gesto me señalaba á la linda pareja que había venido en nuestro vagón y andaba ahora delante, á pocos pasos de nosotros.

– ¿Ve usted á ese buen mozo?.. Es el marqués de Xavailles; nobleza de primer orden, apellido ilustre, histórico, cien veces mentado en los anales militares y diplomáticos de la Francia monárquica. Tres años atrás tenía el marqués doscientos mil francos de renta.

– ¿Y ahora?

– Ahora los tiene la Sociedad explotadora de los juegos de Mónaco: la ruleta ha efectuado esa sencilla transmisión de dominio, como dicen los curiales. En pocos días ha perdido el pobre marqués los últimos cien mil francos que le quedaban, y probablemente hoy se dispone á quemar, como dicen aquí, *les dernières cartouches*. Y que quemará inútilmente..., como si lo viera... Es hombre que no sabe jugar; carece de calma, de sangre fría; pierde el tino, se ciega y comete atrocidades: si diez fortunas tuviese, diez fortunas dejaría en la ruleta.

– ¿Es la marquesa esa hermosa joven que le acompaña?

– No: es una... amiga; una actriz casi célebre á quien conoció aquí mismo hará dos años y que le ayuda á soportar las amarguras de la *debâcle*.

En tanto departíamos D. Cosme y yo, llegamos al *Grand Hotel*, en donde decidió mi acompañante que debíamos dar lastre al cuerpo antes de visitar el casino y sus soberbios jardines. Sirviéronnos un excelente almuerzo por un precio fenomenalmente caro, y luego nos dirigimos hacia aquel «Templo de la Codicia y de los Desengaños,» como oí que le llamaba uno de los parroquianos del restaurant que había almorzado cerca de nosotros.

Hacía un día encantador, hermosísimo. El cielo, irradiando luz, era de un azul incomparable, con tintas de ópalo que en los horizontes se confundían en suavísima entonación con los matices de aquel mar latino cuya tranquila superficie reververaba á trechos al ser besada por los rayos del sol, como una inmensa ascua de fuego, y á trechos ofrecía una coloración intensa de esmeralda. En el ambiente flotaba un transparente vaho luminoso formado por millones de millones de dorados átomos, un polvillo de oro sutilísimo que revoloteaba en incesantes ondulaciones y entre el cual se bañaban legiones de multicolores mariposas, de brillantes insectos, de pájaros que en rápido vuelo cruzaban aquellos espacios saturados de luz y de calor.

Cuando los ojos hechizados se volvían á la tierra después de extasiarse en la contemplación del cielo y del mar, el encanto seguía creciendo. Por todas partes un derroche de verdura y de lozanía: bosquecillos de pinos, acacias y nopales, cuyas copas ondulaban suavemente, cuyos troncos brotaban sobre tapices de musgo; grupos de esbeltísimas palmeras, de fragantes limoneros, de cimbreantes sauces, y entre esa riqueza y variedad de árboles la variada profusión de flores surgiendo por todos lados; en los ribazos, en los senderos, entre las peñas, sobre el césped, junto á las cascadas: una prodigalidad de rosas, claveles, alhelíes, jazmines, violetas, cuyos matices brindaban á la vista la más esplendorosa sinfonía de colores, cuyos aromas se esparcían por el aire en oleadas de invisible incienso. Embriagábame dulcemente los sentidos en medio de tanta belleza y experimentaba todo mi ser una sensación de encanto, de bienestar indecible..., que sentí de pronto caer bruscamente y extinguirse cuando allá en el fondo de tan maravilloso cuadro tropezaron mis miradas con la suntuosa mole del casino. Allí se erguía con todas las galas de su riquísima y complicada arquitectura la gran timba internacional, la opulenta casa de juego, destacándose orgullosa, insolente, como dueña y soberana de aquel paraíso terrenal. Y entonces experimenté un sentimiento de repulsión, casi de ira, pensando que de tal paraíso sólo se había apoderado una sociedad de mercachifles para hacerle servir de marco á un garito: para explotar con más seguridad una de las pasiones predominantes en el corazón humano: parecíame que un velo de una negrura intensa lo cubría todo súbitamente, apagando la deslumbradora luz del sol, sepultando en las tinieblas aquel mar de esmeralda y aquel cielo transparente; hízose la noche, y por los silenciosos jardines creí entrever en medio de espantosa obscuridad los blancos espectros de los suicidas que se deslizaban pesarosos con la añoranza de sus fortunas y de sus existencias sacrificadas.

Pero no tuvo tiempo mi fantasía para ahondar sus divagaciones. D. Cosme, á quien la proximidad del *Templo* espoleaba en sus aficiones, me hizo recorrer rápidamente el parque: se paró un momento delante de un árbol para decirme: «Aquí se ahorcó hace ocho días un barón prusiano,» y luego me llevó hacia el interior del edificio.

Una tras otra recorrimos las cuatro salas de juego, vastas, magníficas, llenas de una multitud recogida, silenciosa, absorta en las prácticas del diabólico culto. La voz de los *oficiantes*, de los *croupiers*, se levantaba sola, á intervalos acompasados, para pronunciar las frases de reglamento: el sacramental *faites vos jeux*, seguidos luego del *rien ne va plus*. Algún imperceptible y vago murmullo, los ecos metálicos del oro y de la plata, una que otra exclamación ahogada al punto, turbaban únicamente la calma majestuosa del antro, aquel silencio saturado de angustias y de esperanzas, de alegrías reprimidas y de desesperaciones mudas, reconcentradas.

Busqué con la mirada á nuestros compañeros de vagón y no tardé en reconocer en la primera fila de jugadores á la vieja inglesa, cuyas manos de esqueleto tenían un temblor convulsivo cuando alargaban hacia el *cuadro* el peso duro que arriesgaba á cada invocación del director del juego. A un lado un joven pálido, demacrado, de ojos hundidos, ponía con gesto cansado, indiferente, puñados de oro y fajos de billetes sobre la mesa.

En el último salón de ruleta vi al marqués y á su compañera. Ésta se mordía los labios y cerraba de cuando en cuando los ojos, durante largo rato, para abrirlos de nuevo y fijarlos en la bolita de marfil que salía juguetona para ir á posarse sobre un número. El marqués cuyo rostro afectaba una impasibilidad marmórea, tenía delante un montoncito de luises de oro que disminuía gradualmente. Cada vez que oía cantar el número premiado, un ligero movimiento crispaba las comisuras de sus labios descoloridos y pasaba su mano fina, aristocrática, por la frente sudorosa.

. . . .

– Amigo mío, puesto que usted no se decide á tentar la fortuna, creo que nos podríamos largar, me dijo dos horas después D. Cosme.

Su semblante rebosaba de satisfacción y los ojos le bailaban.

– ¿Tengo que darle á usted el parabién?, le pregunté sonriendo.

– ¡Hombre! La verdad, no me ha ido del todo mal: he empezado por perder doscientos francos y he concluído ganando dos mil y pico.

Cuando salimos del Casino, los postreros rayos del sol besaban oblicuamente el encantador paisaje que se extendía ante nuestros ojos. Allá en las últimas líneas del ocaso el globo de fuego desaparecía majestuoso y lento, llenando el firmamento de maravillosos reflejos de púrpura y oro, en tanto que por Oriente se revestía el cielo de los desmayados matices del crepúsculo y tomaba el inmenso cristal del mar un tinte plomizo, precursor del manto de la noche.

Por las puertas del atrio salían oleadas de jugadores. Entre ellos vi pasar con gesto cansado el joven de facciones demacradas en quien había fijado mi atención.

– ¡Qué ironías tiene la suerte!, me dijo mi compañero, ahí tiene usted á ese chico que es riquísimo... y tísico en tercer grado. Ayer ganó un dineral, hoy ha ganado otro; no sabe qué hacer del dinero y se muere á paso redoblado; el oro le entra por todas partes y la vida le sale por todos los poros.

Contemplé con hondísima tristeza á aquel pobre moribundo que se alejaba henchido de billetes de Banco, de oro y de microbios, y cuando le perdía de vista reparé en una pareja inmóvil en uno de los mil deliciosos rincones del jardín. Eran el marqués y su amiga: él, sentado en un banco de mármol, ofrecía la imagen del más completo anonadamiento, y su expresivo varonil semblante reflejaba una amargura hondísima. *Ella*, en pie tras el asiento, apoyaba una mano sobre su hombro y le miraba silenciosa, con compasiva ternura.

– ¡Pobre diablo!, murmuró D. Cosme, creo que hoy han acabado de desplumarle.

Nos alejamos de aquel sitio con el corazón entristecido; pero mi acompañante recobró pronto su buen humor, y volviendo á un lado y á otro su mirada satisfecha, extendiendo sus brazos como para abarcar aquel admirable panorama, que tenía en aquella hora una poesía infinita, exclamó con entusiasmo:

– Digan lo que quieran, esto es un paraíso...

Y un mulato que pasaba á nuestro lado, correctamente vestido como un *gentleman*, se volvió para mirarnos con enojo y replicar con rabioso acento, en lengua española y con dejo americano:

– Sí... ¡El paraíso del diablo!

Juan Buscón



EL PARAÍSO DEL DIABLO.—Recuerdos de Mónaco. Dibujo de St. Ketchan

(Véase el artículo de Juan Buscón)

EL PAN SIN MIGA

CUENTO OBSCURO

¡Madre, Madre mía!

Juana María era joven, hermosa y rica; tres fortunas que pueden hacer soberana del mundo á la mujer que las posea; cualquiera de ellas basta para ser feliz en la vida humana.

Y sin embargo Juana María era muy desgraciada. No conocía á su madre, cuya muerte había causado al nacer. Su padre era un buen señor, alto, seco, anguloso, de facciones duras, modales ásperos, sobrio en palabras y cuyas dos únicas pasiones eran su Juana María y los infinitos doblones de oro que poseía.

Dicen, no sé si con razón, que cuando nacemos aparece con nosotros la estrella que nos guía sucesivamente en el camino de la vida; la estrella del padre de Juana María debió ser de oro. Era archimillonario; en sus manos dos y dos no eran cuatro, eran cuarenta; tanta y tan profunda era su *ciencia numérica.*

Pero si el padre ganaba mucho dinero, en cambio la hija lo gastaba no privándose del menor capricho; y lo más extraño era que, cuanto más gastaba la hija, más ganaba el padre. Era una mina que no tenía fin.

Juana María pasó los primeros doce años de su vida en el mejor colegio; cuando salió de la *pensión* su educación era perfectamente completa. Hablaba correctamente cinco idiomas; cantaba envidiablemente, conocía la música y la composición, dominaba el piano y el arpa, bailaba con distinguida elegancia y era maestra en el arte de los salones. No hay para qué decir que bordaba maravillosamente, y sabía de cocina á la vez que podía guiar en su faetón dos troncos briosos.

Era una perfección. Rara avis, carbón blanco.

Porque á todas estas dotes reunía además un talento rápido y claro y una inteligencia poco común.

Pero (porque también Juana María tenía su *pero)* en medio de tanta perfección tenía un defecto, por más que muchas gentes no lo tengan por tal, un defecto que destacaba tanto más cuanto que parecía imposible que aquella niña, aquella mujer, aquel ser ideal complemento de todo lo bello tuviese falta alguna.

Sí, Juana María tenía una falta y grande, inmensa, que anulaba todas sus perfecciones.

No quería á nadie, ni aun á su padre, que tanto la adoraba.

No sabía lo que era *querer.*

¡Pobrecilla!

Tiene su explicación. Juana María, ya lo he dicho, no había conocido á su madre; habíala faltado ese ser, esa guía, esa maestra de nuestra infancia. Nuestra madre nos forma á su manera en lo moral, como nos formó en lo físico; modela, por decirlo así, nuestro corazón, nos educa, nos rodea de esos cuidados amantes y cariñosos que se multiplican hasta lo infinito y que *sólo* una madre puede hacer llegar y hacer sentir en el corazón del hijo de sus entrañas. A una *madre* no se le escapa la menor acción, el menor deseo de su hijo; sigue paso á paso, día por día, instante por instante, todos nuestros movimientos, facilita nuestro desarrollo, nos da su sangre, pues nos cría con su sangre, emanamos de su seno y tenemos una parte de su alma que nos entrega al nacer. Para una *madre* no hay el *yo* egoísta: ella es el hijo y el hijo es ella misma. Sin María no habría Jesús: sin la Madre no hubiera nacido el Divino Redentor... ¡Bendita, bendita sea nuestra madre!

Por eso Juana María no sabía lo que era *querer;* no había tenido quien la enseñara á querer y no podía tampoco aprenderlo. Amaba á su padre cuanto podía y sabía; pero de aquella afección al verdadero cariño había un abismo. No era culpa suya.

Juana María cumplió diez y seis años. El padre veíase acosado de pretendientes que aspiraban á poseer aquella joya valiosa.

Jóvenes ricos, nobles, de genio, célebres en las ciencias y en las artes y en las letras, riqueza, poder, habían tratado en vano de conquistar el corazón de Juana María. Inútil empresa; su respuesta era siempre negativa.

La tacharon de egoísta, de orgullosa, de ambiciosa, y no era nada de esto. Había despreciado un príncipe extranjero, heredero de un trono, y era generosa hasta la prodigalidad.

Cuando los pobres le pedían dinero, daba con profusión, sin que á ello contribuyese el sentimiento de lo que se llama *caridad;* daba dinero porque tenía en abundancia, y al darlo no conocía ni sabía lo que daba.

La mujer que á los diez y ocho años no se siente capaz de *amar*, de *querer*, no puede gozar de la vida en toda su fuerza. El amor es la vida á cierta edad, y cuando falta el amor es prueba de que el corazón no funciona bien; está enfermo.

Esto llegó á suceder á Juana María; poco á poco desapareció de sus mejillas el sonrosado color que las matizaba, tomando su tez una blancura transparente primero, mate después. Sus ojos azules, húmedos y rasgados, se hicieron más grandes y se tornaron más brillantes como si padeciera del fuego que da la fiebre. Su pupila se dilató, y su mirada, que antes resbalaba sin detenerse en objeto alguno, se tornó penetrante, fija, pero sin expresión, sin vida.

Juana María estaba enferma; cuando su padre lo conoció abandonó todos sus negocios; aumentó su cariño, si era posible, multiplicaba sus caricias y sus cuidados solícitos. Todo era inútil.



Los dos caminantes, cuadro de Julio Girardet (Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

El mal progresaba rápidamente. Los mejores médicos españoles y extranjeros la visitaban, mas no estaban de acuerdo en el diagnóstico.

¡Pobre padre! Ofrecía la mitad de su inmensa fortuna al que la curase..., y no había más que un médico que pudiera obrar el milagro: Dios.

Perdida toda esperanza en lo humano, y abandonado ya de los doctores á quienes ofendía con sus ofertas, llegando hasta insultarles, loco por el dolor:

– Ya que todos me abandonan, yo solo curaré á mi hija, decía.

Concibió la idea de comprar la vida de su hija adorada bajo otro cielo que el de España. Recorrió toda la Europa, llevando á su hija con los mayores cuidados.

Pensó en un largo viaje por mar, y en uno de sus *yates* de recreo, el mejor, y con todas comodidades fué al Asia, á la América, á la Australia...

Todo inútil; los colores no volvían á las mejillas de Juana María; su piel se transparentaba ya; sin perder nada de su belleza, parecía un ser *realmente ideal*. Todos los médicos le decían:

– Su hija de usted necesita mucha distracción; el mal está en la sangre, en el corazón, que no funciona...

Y el desdichado padre abrazaba el frágil cuerpo de su hija idolatrada, abrigándole con su propio aliento, prestándole vida con su amor: así regresó á España, loco frenético, y expirante casi como Juana María.

¿Cuál era la enfermedad de Juana María? Los médicos no estaban de acuerdo. La pobre niña, cuando la preguntaban, respondía invariablemente con dulcísima voz:

– Nada me duele, nada.

Y luego, señalando al sitio de su corazón, añadía muy pausadamente:

– ¡Siento aquí un vacío!

. . . .

Cuando Juana María dejó de existir, su padre, en la demencia de su dolor, llamó á tres de nuestros célebres anatómicos para que abriesen el cuerpo de su hija, que inmóvil en su lecho mortuorio parecía, más bien que un cadáver, la Venus virginal dormida..

Los doctores rasgaron su cutis, abrieron su seno, miraron y retrocedieron horrorizados.

Juana María no tenía corazón.

¿Adivináis su enfermedad? ¡Juana María no había *tenido* madre!..

¿Comprendéis este *cuento?*

M. J. QUINTANA



DESCANSO, dibujo de A. Forestier

NUESTROS GRABADOS

Padre antes que emperador, cuadro de A. Dawant. – El vencedor de Jena y de Wagram está cautivo en el palacio de las Tullerías: una mano de niño le tiene prisionero, y el que no vaciló ante ningún obstáculo ni se arredró ante ningún peligro no se atreve á moverse del sillón en que permanece inmóvil por miedo de que se despierte su hijo, el rey de Roma, el heredero de su inmenso imperio que aprisiona entre sus rosadas manecitas la del poderoso emperador. Un mariscal se presenta en la habitación donde duerme el niño, para recibir órdenes del soberano; pero sea quien sea el intruso y por importante que pueda ser lo que allí le lleva, forzoso le será esperar á que el tierno infante quiera despertarse y soltar á su prisionero. Al pintar esta escena de la vida íntima de Napoleón I, el celebrado pintor francés Dawant ha reflejado fielmente los sentimientos paternales de aquel coloso de la guerra y de la política; pues sabido es que el que cambió la faz del mundo é hizo temblar á los pueblos más poderosos, convertíase al lado de su hijo en el más débil y paciente de los padres.

Los dos caminantes, cuadro de Julio Girardet. – El autor de este cuadro nos ofrece en él un delicioso contraste: de un lado el caminante con la alforja al hombro y el largo bastón en la mano, que suspende su marcha para decir cuatro chicoleos á la linda aldeana; de otro el bueno del fraile que montado en humilde rucio y resguardándose del sol con un tremendo paraguas, interrumpe sus rezos para contemplar á la graciosa pareja y quizás para advertir con su intencionada mirada á la inocente muchacha que no se deje engañar por las dulces palabras del viandante, ave de paso que de fijo no volverá á pensar en ella en cuanto otro rostro agraciado se le aparezca en el camino. Simpático por su asunto, resulta además el lienzo una pintura llena de luz y de encanto y una nota ruralista perfectamente desarrollada.

Descanso, dibujo de A. Forestier. – La ascensión ha sido fatigosa, pero así resulta más agradable el descanso, sobre todo cuando el cuerpo puede reposar sobre blando césped alfombrado de flores y la vista dilatarse por un campo lleno de poesía y extenderse á un lejano horizonte, recibiendo las caricias de una fresca y embalsamada brisa, y dejando que el pensamiento vuele por la región de los más dulces recuerdos, de las más halagüeñas esperanzas, de las ilusiones más risueñas. Tal debe acontecerle á la linda muchacha del bonito dibujo de Forestier: en su actitud, en la expresión de su rostro se adivina todo esto que dejamos dicho; el estado de su espíritu armoniza con el espectáculo que le rodea, con la tranquilidad de aquel campo, con la diafanidad de aquel cielo, con la suave fragancia de aquellas silvestres florecillas.

Un calvario en Cataluña, cuadro de L. Barrau. – Amante de su patria, entusiasta por su región y por las costumbres y tipos de ésta, nuestro paisano el laureado pintor Barrau no cesa de ofrecer al público de París, en donde habitualmente reside, cuadros de asuntos tomados de nuestra tierra catalana. Hace poco reprodujimos el que presentó en el último Salón del Campo de Marte y que representaba una procesión en un pueblo de Cataluña; hoy publicamos otro lienzo no menos hermoso y también de cosas de nuestra comarca. Aunque los calvarios no son exclusivamente catalanes, ya que, como es sabido, son muchas las poblaciones de España y del extranjero en cuyas afueras se alza esa serie de cruces conmemorativas de la Pasión del Redentor, Barrau ha conservado en su composición todo el carácter que los calvarios tienen en nuestras aldeas, haciendo una obra eminentemente local, cuyas bellezas, así de composición como de ejecución, no hemos de encomiar, porque tratándose de un asunto de este género y de un pintor que como pocos ha estudiado y entendido el ruralismo impresionista, huelgan los elogios y basta la simple reproducción del lienzo para que sea unánimemente admirado.

¡Pobres padres!, cuadro de C. E. Stewart. – Con ser la ejecución de este cuadro admirable, no es seguramente lo que más cautiva al que lo contempla: lo verdaderamente grande en este lienzo es, sin duda alguna, el sentimiento dramático que en todo él domina y que se apodera por completo de nuestro ánimo haciéndonos experimentar una emoción hondísima. ¡Pobres padres! Su hija única, el encanto de su humilde hogar, el consuelo de todas sus privaciones, está moribunda: aquellos ojos alegres se cierran al peso de la fiebre, aquellos labios en que tantas veces se posaron los del padre bebiendo en ellos el beso que le compensaba de sus rudos trabajos, se entreabren descoloridos para dejar paso á una respiración fatigosa y á algún débil quejido; aquella sonrosada carita se cubre de mortal palidez. Y mientras la madre rendida por el dolor da suelta al llanto, el padre, sin derramar una lágrima, pero no menos abatido que su compañera, estrecha amorosamente entre sus brazos á la pobre niña y no aparta de ella su mirada: la idea de que pronto va á perderla para siempre le hace avaro de aquel tesoro, que quiere contemplar y acariciar hasta el postrer instante. El lienzo de Stewart es altamente sugestivo; es imposible contemplarlo sin que un estremecimiento involuntario recorra todo nuestro cuerpo y sin que las lágrimas acudan á nuestros ojos. ¡Qué mayor triunfo para un artista!



UN CALVARIO EN CATALUÑA



…o di Laureano Barrau



El ilustre escritor francés Edmundo de Goncourt, fallecido en 16 de julio último

Edmundo de Goncourt. – D. Emilio Castelar en las *Murmuraciones Europeas* correspondientes al número 761 y la Sra. Pardo Bazán en su artículo publicado en el número último de La Ilustración Artística, se han ocupado del gran escritor francés, cuya muerte reciente lloran todos los amantes de la buena literatura. Esta circunstancia nos releva de insistir sobre el mismo tema; así es que hoy al reproducir el retrato de Goncourt nos limitamos á consignar algunos datos biográficos del ilustre novelista. Edmundo de Goncourt nació en Nancy el 22 de mayo de 1822, y hasta 1870, fecha en que murió su hermano menor Julio, la vida de ambos está tan íntimamente enlazada, que es muy difícil distinguir lo que á cada uno de ellos corresponde. En 1851 debutaron los dos en el mundo literario con una novela titulada *En 18...*, que pasó poco menos que inadvertida, y desde entonces hasta 1860 consagráronse al estudio del siglo XVIII, publicando sucesivamente las siguientes obras: *Historia de la sociedad francesa durante la Revolución y bajo el Directorio, Retratos íntimos del siglo XVIII, Sofía Arnould, Historia de María Antonieta* y *Las queridas de Luis XV*. Posteriormente continuaron esta serie con *La mujer en el siglo XVIII* y *Las actrices del siglo XVIII*, extendiéndola á la esfera del arte con *El arte en el siglo XVIII* y *La obra de Watteau*. También publicaron antes de dedicarse á la novela de observación *El Salón de 1852, Los misterios de los teatros, Lorette, La revolución en las costumbres, Las actrices* y *Un coche de máscaras*. Con los *Hombres de letras*, reimpreso en 1869 con el título de *Carlos Demailly*, comienza la serie de sus novelas de observación aplicada á las costumbres y á las ideas de aquel tiempo, *Sor Filomena, Renata Mauperin, Germinia Lacerteux, Manette Salomon* y *Madame Gervaisais*. En 1870 murió Julio, pero las notas recogidas por ambos hermanos sirvieron á Edmundo para escribir *La doncella Elisa, Los hermanos Zemganno, La Faustin, Querida, Gavarni* y *Páginas otra vez encontradas*, obras publicadas después de la muerte de aquél, pero que deben ser incluídas en el período de la colaboración de los dos hermanos. A Edmundo solo se deben: *El diario de los Goncourt, La casa de un artista, Outamaro* y las obras dramáticas *La patria en peligro, Abajo el progreso, Germinia Lacerteux* y *Manette Salomon*. Edmundo de Goncourt falleció el 16 de julio en la quinta que en Champrosay tiene su amigo íntimo Alfonso Daudet.



El célebre filólogo, historiador y arqueólogo alemán Ernesto Curtius, fallecido en 11 de julio último

Ernesto Curtius. – A la edad de 82 años ha fallecido recientemente en Berlín este ilustre sabio, cuyo retrato publicamos. Ernesto Curtius nació en Lubeck, estudió en las universidades de Bonn, Gotinga y Berlín, y en 1837 marchó á Atenas con el profesor Brandis para dar comienzo en Grecia á sus investigaciones sobre los monumentos de la antigüedad helénica. Poco después el profesor Müller llevóle de compañero durante su viaje de exploración en el Peloponeso, y cuando este famoso erudito falleció en Atenas (1840), Curtius regresó á Alemania, deteniéndose de paso en Italia. En 1841 se doctoró en la Universidad de Halle, y en seguida se dedicó á la enseñanza en Berlín, de cuya universidad no tardó en ser catedrático, encargándose de las asignaturas de Filología y Arqueología clásicas. Desde 1844 á 1850 fué profesor del príncipe heredero de Prusia, Federico Guillermo, consagrándose después por entero á sus estudios predilectos. En 1875, comisionado por el gobierno alemán, volvió á Grecia, firmando allí, en nombre de su patria, un tratado en virtud del cual se cedía á Alemania el monopolio de las excavaciones de Olimpia, que desde entonces ocuparon la actividad de aquel hombre eminente. En la primavera última, como premio á sus admirables trabajos, fué erigido y coronado su busto entre las ruinas de aquella antigua ciudad. Curtius deja escritas muchas y muy importantes obras, entre las cuales merecen ser citadas como principales, aparte de multitud de interesantísimas monografías, las tituladas *Peloponesos, Historia de Grecia* é *Historia de Olimpia*, esta última terminada pocos días antes de su muerte. Pertenecía á la Academia de Ciencias y al Instituto Arqueológico, y era director de la sección de Antigüedades del Museo de Berlín. Todas sus obras son consideradas como clásicas y muchas de ellas han sido traducidas á todas las lenguas civilizadas.

El cardenal Rafael Monaco La Valletta. – El día 14 de julio último falleció en Agerola, provincia de Nápoles, este prelado, decano del Colegio de Cardenales y uno de los purpurados *papábiles*, como se les llama, que mayores probabilidades tenía de suceder á León XIII. El Papa Pío IX le concedió en 1868 el capelo, y actualmente reunía las dignidades de obispo de Ostia y Belletri, gran penitenciario y arcipreste de la basílica de Letrán. Era un cardenal eminentemente italiano, lo cual no le impedía mostrarse irreconciliable con el Quirinal, como lo prueban su proposición en 1878 para celebrar el conclave fuera de Italia y su proclama cuando las elecciones de diputados en 1886.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Barcelona. – El día 26 de julio último tuvo lugar la solemne clausura de la Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas, tercero de los certámenes que con plausible acuerdo se celebran bajo la iniciativa y auspicios de la corporación municipal de nuestra ciudad. Creciente ha sido su importancia, como creciente ha sido el éxito alcanzado y la simpatía é interés que han ido despertando.

A 1298 asciende el número de las obras que han sido expuestas, correspondientes á 745 expositores, distribuídas entre las varias secciones que constituían el certamen. El importe total de las adquisiciones llevadas á cabo por la corporación municipal, diputación, sociedades y particulares asciende á la respetable suma de 125.000 pesetas, figurando entre los oferentes de premios la Reina Regente y la Infanta Isabel. Puede afirmarse, por lo tanto, que el resultado ha sido en extremo lisonjero para los artistas y para el ayuntamiento que tan nobles propósitos sustenta.

Cual en los anteriores concursos ha merecido la música preferente atención, ascendiendo á 35 el número de los conciertos que se han celebrado en el salón central del Palacio de Bellas Artes, habiéndose ejecutado, entre otras composiciones, la magistral Misa de Requiem, de Verdi.

El número de visitantes puede fijarse en 150.000.

Londres. – En la venta de la galería de cuadros del riquísimo diputado irlandés israelita Sir Julián Goldsmith se han adjudicado, entre otras obras, un retrato de mujer, de Reynolds, por 196.875 francos; otros dos cuadros del mismo autor, por más de 100.000; la célebre Lady Eden, de Gainsborough, por 131.250; un cuadro de Romney, por 80.000; el *Embarque de Jorge IV delante del White Hall*, por 52.500, y dos marinas de Turner, por 91.125 y 53.812. La venta produjo en total unos dos millones de francos. – También se ha vendido una colección de antiguas tabaqueras francesas de la época de Luis XIV, Luis XV, Luis XVI y del primer Imperio, adornadas de piedras preciosas y de maravillosas miniaturas. Una de ellas ha sido adjudicada por 35.000 francos, otra por 27.500. El precio mínimo fué de 7.500 francos. Estas tabaqueras formaban parte de la colección Hawkins.

Munich. – El comerciante en objetos de Bellas Artes muniquense T. Bierk ha organizado en el antiguo palacio del Reichstag de la capital bávara una exposición en extremo curiosa é interesante. Para dar una muestra de cómo el arte moderno concibe la personalidad de Jesucristo, invitó á algunos pintores eminentes á que pintara cada uno una figura del Redentor que encarnase, así en lo físico como en lo moral, la idea que tuviese formada de Jesús. Nueve artistas correspondieron á su invitación, á saber: F. Brutt, A. Kampf, K. Marr, Gabriel Max, F. de Uhde, Stuck, Zimmermann, H. Thoma y Skarbina, cada uno de los cuales ha pintado al Salvador de distinta manera, explicando detalladamente y justificando en el catálogo ilustrado de esa exposición en qué se fundan sus respectivos criterios y apreciaciones.

París. – En la Galería Petit se ha subastado recientemente la notable colección del comerciante Lefevbre. El precio más elevado ha sido para un pequeño cuadro de Millet, *La calcetera*, de 29 centímetros de alto por otros tantos de ancho, por el que se han pagado 60.000 francos: su autor lo había vendido en 800. *La danza de las ninfas*, de Corot, se ha adjudicado en 29.100; *En Picardía*, del mismo, en 13.000; *Fantasía árabe*, de Delacroix, en 10.100; *La abandonada*, de Díaz, en 19.000; *El bosque de Fontainebleau*, en 10 000; *El robledal*, de Duprés, en 13.550; *Paisaje en Picardía*, de Rousseau, en 17.000, y *Laguna en un bosque*, del mismo, en 20.100.

Milán. – La tercera exposición trienal se celebrará el año 1897 y durará desde 1.° de mayo á 30 de junio: comprenderá tres secciones: la de pintura al óleo, á la acuarela, al temple y al pastel; la de escultura en mármol, yeso, barro cocido, bronce, madera y marfil, inclusas medallas y obras cinceladas, y la de dibujos y grabados. Cada artista podrá exponer dos obras del mismo género y únicamente serán admitidas las que tengan un carácter verdaderamente artístico é individual. Se concederán los siguientes premios: tres premios Príncipe Humberto de 4.000 liras cada uno, para las tres obras más notables de pintura y escultura; tres premios Saverio Fumagalli de 4.000 liras cada uno, uno para escultura, otro para pintura de figura, y otro para pintura de paisaje, marina, perspectiva, animales, flores, etc.; un premio Antonio Gavazzi de 4.000 liras para un cuadro histórico de un artista salido de la Academia de Milán, y tres premios de la fundación Antonio Tantardini de 2.500 liras cada uno para obras de escultura.

Teatros. – En el teatro de la Residencia, de Berlín, se ha estrenado con gran aplauso, traducida al alemán, la graciosa comedia de Busnach y Duval *Le Remplaçant*.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica *La femme de Claude*, drama lírico en tres actos inspirado hasta cierto punto en la obra de Dumas del mismo título, que aparece mutilada y desnaturalizada en esta nueva forma, con hermosa música de Alberto Cahen; en Cluny *L' impôt sur la revue*, actualidad (así titulan sus autores lo que es una verdadera revista) en un acto de H. Gorse y J. Oudot; y en L' Oeuvre *Les soutiens de la societé*, precioso drama en cuatro actos de Ibsen, uno de los más humanos y mejor construídos del famoso dramaturgo noruego. A propósito de este drama los críticos censuran, con razón, la costumbre de algunos arregladores ó traductores de alterar esencialmente algunas situaciones de la obra original, como ha sucedido con *Les soutiens de la societé*, uno de cuyos principales efectos ha sido completamente alterado en la traducción francesa.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en el Circo Colón *Los coraceros*, graciosa zarzuela en un acto, letra del señor Jiménez Prieto y música del maestro Valverde (hijo), y en el Buen Retiro *Una notte nel deserto*, ópera en dos actos del señor Urieu, que tiene piezas muy inspiradas, entre ellas el preludio, una escena del sueño del primer acto y un dúo de tenor y tiple del segundo. En la Zarzuela está dando una serie de representaciones el eminente actor Sr. Vico, que logra grandes ovaciones y que en la representación de *Juan José* ha obtenido un éxito nunca visto, siendo delirantemente aplaudido por el público y alabado en los términos más entusiastas por la crítica.



El cardenal Rafael Monaco La Valletta, decano del Sacro Colegio, fallecido en 14 de julio último

Necrología. – Han fallecido:

D. Manuel Predegal, notable economista español, que fué ministro de Hacienda de la República en 1873.

Manuel Ferrán, notable pintor barcelonés.

Federico Sonderland, pintor de género alemán, celebrado por sus cuadros de costumbres populares.

Sir Jorge Dasent, notable literato inglés.

Antonio Ebert, pintor de género y retratista austriaco.

Cristián Carlos Magnussen, pintor de historia alemán.

Dr. Midleton, director del Museo de South-Kensington de Londres, verdadera autoridad en materias de arte y arqueología.

Lord Lilford, célebre ornitólogo inglés.

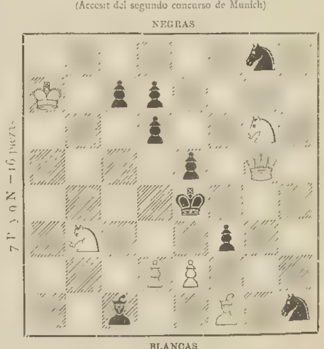
Francisco J. Pendl, escultor tirolés.

AJEDREZ

Problema núm. 31, por José Tolosa y Carreras

(Accesit del segundo concurso de Munich)

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 30, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. C 4 A R	1. Cualquiera.
2. D ó C mate.	



Apartó á Joaquina, que atemorizada del aspecto de su padre, se había aproximado á él...

DOS ANONIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONCLUSIÓN)

»¿Qué era aquello? ¿A quién esperaba su madre? ¿Quién iba á entrar por la puerta del jardín?»

Joaquina estaba azorada de asombro: á fuerza de ser tan atropelladas sus ideas, había perdido la facultad de pensar...

A las diez de la noche, Soledad, que velaba como su hija, aunque por distinta causa, estaba sola en su cuarto, alumbrado tenuamente por un quinqué con pantalla. Tenía cerradas las maderas de las ventanas para evitar las miradas indiscretas de algún campesino rezagado, pues ya sabemos que la habitación estaba en el piso bajo; pero dejó entreabierta una por la que se veía la senda por donde debía venir Felicio. Juana de Dios y su criada estaban ya recogidas, Rosa enferma en cama, y Soledad esperaba con ansiedad la hora de la cita. A las diez y media salió sigilosamente al portal de la quinta, descorrió lentamente el gran cerrojo que cerraba la puerta de entrada y dejó abierta una hoja. Volvió á su cuarto, y cansada de sus febriles paseos, se sentó en un sillón junto á la ventana entreabierta, acechando desde allí la senda que estaba enfrente Pero su excitación nerviosa hacíala desear movimiento: le parecía que moviéndose aceleraba la marcha del tiempo. Se puso en pie, miró un reloj de sobremesa que estaba al lado del quinqué: eran las once menos cuarto. Ocurriósele entonces un recelo: pensó que á pesar de su vigilancia pudo no haber visto venir á Felicio, que como todo verdadero enamorado anticipaba la hora de la cita, ó que quizá había venido por otro lado y esperaba á que fuesen las once junto á la puerta del jardín: é influída por esta idea, abrió sin ruido la de su cuarto y atravesó la plazoleta, bien ajena á que había dos ojos que espiaban con ansiedad todos sus movimientos. Como la luz de la luna era tan clara, no creyó prudente continuar escuchando á la puerta, ni abrir ésta para asomarse al exterior; y volviendo al portal, permaneció allí detrás de la hoja cerrada: desde aquel sitio podía ver venir á Felicio, y hasta oir el ruido que hiciera éste al abrir la puerta del jardín, que estaba muy próxima.

Estando en este acecho, poseída de indecible inquietud, oyó un rumor lejano, miró hacia la calle central de árboles, de la que descubría un gran trozo, y quedóse atónita de espanto. Por la calle, que alumbraba de lleno la luna, avanzaba un hombre, rasando una hilera de árboles, sin duda para recatarse. Felicio no podía venir por allí... ¿Quién era?.. Soledad azorada entróse en su cuarto y cerró la puerta...

Joaquina, desde su ventana, vió también venir á aquel hombre, y le vió antes que su madre, pues como estaba frente por frente de la calle de árboles, la descubría en toda su extensión; y se fijó en aquella sombra que avanzaba, no bien ésta transpuso la valla de madera, límite del jardín. Sintió la joven un escalofrío que serpeó por todo su cuerpo: comprendió que se acercaba el momento de lo que había de suceder, y pegó su frente al cristal para ver mejor. Al principio admitió la idea de que pudiese ser algún mozo del cortijo que traía algún recado de su padre; pero desde luego chocóla el que buscara la sombra del arbolado, como si no quisiera ser visto. ¿Sería aquel hombre el que había urdido el complot contra su madre? Quiso correr á prevenir á ésta, á defenderla; pero una especie de fascinación la clavaba á la ventana...

El hombre que venía llegó á la mitad de la calle del jardín, á un sitio en donde faltaban tres ó cuatro árboles que aún no habían sido replantados: la luna daba allí de lleno: Joaquina vió á aquel hombre con más claridad: reconoció el sombrero de anchas alas y el sobretodo claro..., era su padre. Ahogó un grito de sorpresa... ¡Su padre se había marchado de improviso de la quinta, y volvía ocultándose como un amante ó un ladrón! ¡Su madre velaba y parecía esperar á alguno por la puerta del jardín!.. La atribulada joven lo comprendió todo; no se necesitaba mucha perspicacia para comprenderlo: su padre quería sorprender á su madre: era evidente: la carta recibida por aquél denunciaba á ésta. Aun cuando Joaquina no hubiese leído muchas novelas, la situación sería clara y precisa para ella. ¿Y qué iba á suceder si su padre sorprendía á su madre en flagrante culpa? La joven se horrorizó al pensarlo, dado el carácter violento de su padre. ¡Oh, no! Era necesario salvarla, interponerse entre los dos: el amor filial se sobrepuso á toda otra consideración.

Salió de su cuarto; bajó á la meseta de la escalera, á la doble luz de la luna y de los faroles, que penetraba opacamente en el portal, vió entrar en éste á un hombre, y cuando acabó de bajar los ocho escalones que le faltaban, vió á su padre que aún no había llegado al fin de la calle de árboles. Indudablemente el primero era á quien su madre aguardaba. Loca de temor, sin darse cuenta de lo que hacía, preocupada sólo de la idea de salvar á aquélla, tomó de la mano al hombre que había entrado en el portal y le hizo subir precipitadamente la escalera. Ya no era tiempo de hacerle marcharse, y si su padre no le había visto estaba parado el golpe. Felicio (pues era él), aunque sorprendido por aquel apresuramiento se dejó conducir. Como Joaquina, aunque no tan alta, era muy parecida en la figura á su madre, el enamorado joven creyó que era Soledad, y dijo en voz baja:

– ¿Qué tienes, María? ¿Por qué te tiembla la mano?

Joaquina no contestó. La puerta de su cuarto estaba abierta, hizo entrar á Felicio y le condujo á la pieza de tocador, en donde estaban las bujías encendidas. Ambos jóvenes profirieron una exclamación de asombro; Felicio quedóse anonadado; no así la joven, que como toda mujer en semejante caso, no perdió la serenidad. Apagó una bujía, cogió el candelero con la otra encendida, y salió á la sala, dejando á Felicio en el tocador. Hubiera querido ocultarle más, pero su pudor se resistió á hacerle entrar en su alcoba. Ya en la sala, cerró la puerta de su cuarto con cerrojo, colocó el candelero sobre un velador, arrimó una silla al lado, se sentó y abrió un libro.

Momentos después alzaron el picaporte de la puerta, y viendo que no se abría dieron dos fuertes golpes.

El generoso é impremeditado empeño de Joaquina había sido inútil. Cuando asió de la mano á Felicio, el marqués desembocaba en la plazoleta del jardín, y vió en la penumbra de la escalera dos bultos que la subían. Supuso que Soledad no había querido entrar en su habitación del piso bajo por no ser sentida por su madre, y atravesando la plazoleta entró en el portal y se lanzó á la escalera. Terminaba ésta en el piso principal, pues la quinta no tenía otros. El marqués vió salir un tenue resplandor de luz por los intersticios de la puerta del cuarto de Joaquina, y alzó el picaporte, después de cerciorarse de que las otras dos habitaciones que daban al recibimiento estaban cerradas. Cuando Joaquina oyó golpear en la

puerta, no obstante su terrible emoción, comprendió que era inútil fingir que no oía, y abrió la puerta. El marqués se precipitó en la sala, abarcóla con una mirada rápida, sin pronunciar ni una palabra, tomó el candelero, abrió la puerta del tocador que sólo estaba cerrada con picaporte, dió unos pasos, y se quedó atónito al ver á Felicio de pie en medio de la pieza. ¡Felicio allí, en el cuarto de su hija! ¡Aquel joven á quien él creía tan leal y delicado había seducido á la hija de su amigo y protector! Pero ¿cómo había sido aquello, habiendo mediado tan corto trato entre ambos jóvenes? Hay situaciones en que el espíritu más perspicaz se turba, y ó el marqués rechazó la absurda idea de la complicidad de su mujer y de su hija para engañarle, ó perdió su lucidez habitual, ó más bien su mismo exceso de lógica le desorientó de la verdad El anónimo que había recibido se refería á su mujer; pero si Joaquina había faltado á su palabra advirtiendo á su madre, ¿cómo ésta no había avisado á su vez á Felicio para que no viniese, y de no poder hacerlo, cómo no le habían esperado en el exterior de la puerta del jardín para impedirle la entrada? Si Felicio venía por Soledad, era absurdo que estuviera allí. El anónimo se había equivocado ó mentía á sabiendas, impulsado por inexplicable rencor hacia Soledad. No era posible explicarse la situación sino tomándola tal como se presentaba. Felicio había venido citado por Joaquina: esto era lo único lógico y admisible.

Joaquina, entrando en el tocador detrás de su padre, se había dejado caer en una silla. El marqués, mudo de asombro, miraba á los dos jóvenes pálidos y silenciosos: su aspecto revelaba su falta.

Por fin rompió el silencio, y dirigiéndose á Felicio, prorrumpió en esta frase trivial:

– ¿A qué ha venido usted aquí?

Felicio no contestó.

Entonces se volvió hacia su hija, y exclamó:

– ¡Hasta tal punto has perdido las nociones del pudor!

Joaquina prorrumpió en un grito, pero no dijo nada. ¡Qué habían de decir ni aquél ni ésta!

Felicio estaba loco de sorpresa y desesperación. ¡María era la marquesa de Criptana, la mujer del hombre generoso que le había arrancado á la muerte y á la miseria! ¡Qué horrible complicación de la suerte! Y en aquel instante le suponía seductor de su hija, y él no podía disculparse sin comprometer á la que amaba sobre todas las cosas. ¡Por qué raros caminos habían llegado todos á aquella inaudita situación! Pues ¿y Joaquina? ¡Herida en su pudor, inocente y teniendo que avergonzarse ante su padre! Y la era forzoso callar; pues de su silencio dependía la honra, quizá la vida de su madre...

El marqués daba vueltas por la pieza como una fiera que no tiene espacio. No podía disculpar á su hija ni á Felicio: aquellos amores tan breves pareciánle imprudentes: había amado á ambos; los había creído buenos y delicados; y Felicio era un miserable ingrato, y su hija había hecho lo que pocas mujeres se atreverían á hacer..

¿Y Soledad?

Soledad, cuando vió venir á un hombre por la calle del jardín, sintió un terror indecible y se refugió en su cuarto. Felicio no podía venir por aquel lado, y ella, que le vió de más lejos y que no tenía la vista juvenil de Joaquina, no había conocido á su marido. ¿Quién sería? De pronto se la ocurrió una idea razonable, que la devolvió en parte la serenidad: ó el que venía era algún mozo del cortijo que traía algún recado ó encargo del marqués, ó lo probable era que fuese Delfín, el ayuda de cámara, que aprovechando la ausencia de su amo, había hecho una escapatoria á Córdoba, ó había ido al cortijo á beber y charlar con los mozos. Sí, esto debía ser: Soledad casi lo dió por seguro. Cerró la puerta de su cuarto y escuchó detrás. Oyó ruido de pasos en el portal y en la escalera y confirmóse en su suposición. Luego sintió golpear á una puerta, y se lo explicó también: el marqués había traído otro criado, y Delfín llamaba para que aquél le abriera. No oyendo ya nada, abrió con precaución la puerta de su cuarto y salió al portal. Extrañóle que el que había entrado dejase abierta la de éste, pero lo achacó á descuido: tal vez el ayuda de cámara venía algo... *excitado*. Se situó detrás de la hoja de la derecha, que continuaba cerrada: desde allí podía escuchar y veía la puerta del jardín. Creyó oir un rumor que provenía de arriba; aunque supuso que le promoverían los dos criados, hubiera subido á enterarse; pero era el momento crítico, no podía separarse de allí, para guiar á Felicio, que no conocía la casa y que debía llegar de un momento á otro...

El marqués no sabía qué hacer ni qué decir. Proseguía pensando y moviéndose con febril agitación. Estaba poco acostumbrado á las contingencias de la vida y no sabía cómo resolver aquélla.

Cuadróse al cabo delante de ambos jóvenes, que continuaban silenciosos y casi inmóviles, y dijo con acento firme é irónico:

– En atención al presente, no quiero ahondar en el pasado. Supongo que se aman ustedes, pues sólo el amor, por más que sea tan *galopante*... como el de ustedes, puede disculpar esta indignidad...

Viendo que ambos callaban, encaróse con Felicio y prosiguió diciendo:

– Se casará usted con mi hija, y habrá hecho... una bonita especulación.

Felicio se puso rojo y después lívido.

El marqués, que esperaba una explosión de alegría por parte de ambos jóvenes, llegó al colmo del asombro al ver que continuaban en su triste mutismo.

Acercóse á Felicio, y sacudiéndole un brazo violentamente, le preguntó:

– ¿No ha oído usted que le he dicho que se casará con mi hija?

– Sí..., señor marqués, contestó aquél, dando algunos pasos hacia atrás.

– ¿Y no se le ocurre otra cosa que decir?.. ¿Acaso se negaría usted?

Felicio continuó silencioso.

– ¡Hable usted, ó le mato!, exclamó el marqués, sacando un revólver del bolsillo de la americana.

El joven se retorció las manos con un movimiento desesperado.

– ¿Se casará usted con mi hija? ¡Conteste usted!

– No puedo... aceptar ese honor, respondió Felicio en voz balbuciente.

Entonces el marqués sintió un paroxismo de cólera; una nube obscureció sus ojos y una idea absurda cruzó por su mente. Aunque aquél había desmerecido en su concepto, creyóle tan altivo que no quería unirse á la mujer que había deshonrado. Y él, el marqués de Criptana y su hija eran rechazados por aquel miserable á quien había recogido casi en mitad del arroyo. Apartó á Joaquina, que atemorizada del aspecto de su padre, se había aproximado á él y le echaba los brazos al cuello, apuntó á Felicio con el revólver y dijo con voz vibrante:

– Por última vez, ¿se casará usted con mi hija? ¡Responda usted!

– No pue. .

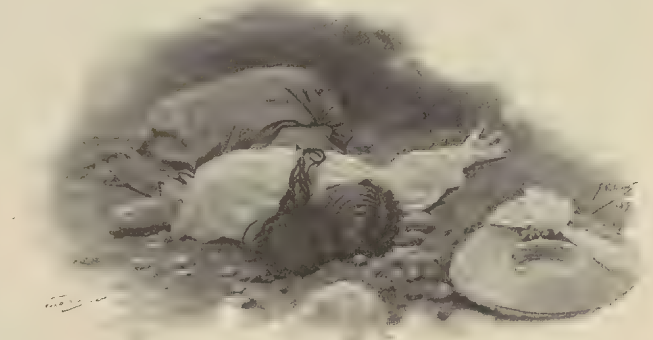
No acabó la frase. Sonó un disparo. El joven, herido en la cabeza, dió una vuelta semicircular y cayó al suelo...

Momentos después asomóse una cabeza lívida á la puerta de la pieza de tocador, y desapareció en seguida...

Soledad había esperado y escuchado en el portal de la quinta; oyó el disparo, subió atropelladamente la escalera, penetró en el cuarto de su hija, cuya puerta sólo estaba cerrada con picaporte; atraída por el ruido de voces, llegó al tocador, en donde vió á Felicio tendido en el suelo y al marqués con el revólver en la mano. El vértigo del miedo se apoderó de aquel corazón tan padecido y de aquella organización tan quebrantada. Salió á la escalera, la bajó delirante, creyéndose perseguida de todos los demonios que su abuela había incrustado en su imaginación; corrió á la puerta del jardín que Felicio había dejado entornada, y saliendo al campo echó á correr desalada...

A la mañana siguiente todos los habitantes del cortijo buscaban á la marquesa de Criptana, desaparecida desde la noche anterior, no se sabía si por causa de fuga ó de una desgracia inexplicable.

Nada perteneciente á ella se había echado de menos. En un zarzal próximo habíase encontrado un pedazo del pañuelo de linó que solía usar, y esto hizo que se registrara todo el campo de los alrededores. Rosa, todavía débil y febril, se había levantado de la cama y buscaba con más insistencia que los demás. El instinto del cariño guióla sin duda al Barranco de las Piedras, subió como pudo á la altura, costeó la hondonada escudriñando con la vista las malezas de los bordes y las piedras del fondo, llegó á un sitio en donde se destacaba una masa blanca y azul, colores del pañuelo y vestido que el día anterior había llevado Soledad y exclamó sollozando: «¡Ahí está!»



¡Ahí está!

Florencio Moreno Godino

LOS DOS VUELOS DEL LUQUENSE

D. VICENTE LUNARDI

El domingo 5 de agosto de 1792 fué la temperatura de la villa y corte de 29 grados Reaumour á mediodía y un grado menos á las cinco de la tarde, hora en que principió en el coliseo de la calle del Príncipe la representación por las dos compañías de la comedia intitulada «El Barbero de Sevilla, de música,» según el anuncio inserto en el *Diario de Madrid*, que con privilegio real se publicaba en la imprenta de Hilario Santos. La función, que terminaba con un fin de fiesta, estuvo muy concurrida, como lo prueba la entrada, que fué de 6.196 reales, y durante ella hablaron, así los que estaban en palcos y lunetas como los que tenían asiento en la cazuela, de la gran novedad del día, que no la constituían noticias de Francia, porque de lo que pasaba al otro lado de los Pirineos sólo sabían algo los personajes allegados al conde de Aranda, quienes hablaban en voz baja de los sucesos ocurridos en París el 20 de junio, día en que el populacho, armado de picos y capitaneado por el cervecero Santerre, había invadido las Tullerías y puesto el gorro frigio en la cabeza de Luis XVI; pero les consolaba la suposición de que pronto el duque de Brunswick haría entrar en razón á Dantón, Marat, Robespierre y á todos los de su ralea. Lo que traía alborotados á los madrileños era el anuncio inserto en el *Diario* participando que el rey, nuestro señor, se había servido señalar la tarde del próximo domingo para que, rompiendo sables y tremolando banderas, volara en un globo aerostático el luquense D. Vicente Lunardi, práctico de estos vuelos, que había ejecutado varias veces y con felicidad en las cortes de Nápoles, Londres y otras partes. Como S. M. el rey D. Carlos IV había dado el globo á los reales hospitales General y de la Pasión con el piadoso fin de que los ingresos se emplearan en la curación de los pobres enfermos, el duque de la Roca era quien entendía en los pormenores de la función como hermano mayor del hospital, autorizando con su firma los boletines de entrada, cuyo precio se había fijado en 4 reales «para los que han de estar en pie;» las primeras sillas «por más inmediatas» costaban 24; las segundas sobre el «Parterre» 20, y los asientos de bancos 16; precios que indican la novedad y atracción del espectáculo.

El señor duque había tomado disposiciones muy atinadas para evitar la aglomeración, y entre otras cosas mandó que los coches se detuvieran en las puertas que había frente al Pósito y Juego de pelota, llamadas Glorieta y Aparicio, y que los volantes y gente de librea sin jaquetilla, ó chaquetilla, como decimos ahora, que fuese en los coches y estuviese provista



LOS DOS VUELOS DEL LUQUENSE DON VICENTE LUNARDI, copia de un cuadro de Antonio Carnicero, perteneciente á la colección de Ossuna

(Véase el artículo de D. Teodoro Parí)

de boletín, entrase por los mismos puntos. La puerta de Pobar estaba destinada á los que fuesen á pie, de militar, á cuerpo ó con capa, y á las mujeres de mantilla ó sin ella; advirtiendo que las que la llevasen debían al entrar bajarla de la cabeza, y los hombres de capa quitarse el embozo. Se permitía el quitasol, pero con la obligación de cerrarlo á la hora de volar el globo. Los que no tenían boletín de asiento debían estar en pie detrás de las vallas alrededor del circo.

Cuando se supo que el globo estaba colgado en el Retiro y algunos privilegiados que lo habían visto dijeron que el «aparato chímico» era muy curioso, vióse asediado el duque de la Roca por los que deseaban contemplar aquella maravilla que permitiría á Lunardi volar como los pájaros; y como las peticiones eran muchas y se ponía en la cosa extraordinario empeño, se resolvió conceder el anhelado permiso mediante una «voluntaria contribución» de dos reales, que pagaron del día 6 al 11 nada menos que 11.720 personas. Consignada la cifra, á nadie extrañará que el domingo 12 de agosto de 1792 se juntaran en el Buen Retiro 12.365 curiosos que compraron la entrada, además de los que de una ú otra manera se colaron sin pagar el boletín. Los ingresos que por los dos conceptos obtuvieron los hospitales ascendieron á 104.372 reales.

La temperatura fué de 26 grados Reaumour, que si bien no era extraordinaria para Madrid, debía resultar bastante molesta por haber caído el viento por la tarde. El concurso de ambos sexos y de todas clases fué tan numeroso como lucido y ofrecía de todos lados un espectáculo hermosísimo á la vista, según nos dice un papel público de la época. Allí estaban los petimetres, muy galanes, algunos provistos de anteojos que habían comprado en casa de Antonio Zera, que tenía su establecimiento en el cuarto bajo de la casa número 24 de la calle de Tudescos, con los cuales se proponían seguir á Lunardi en su vuelo; las damas de la aristocracia que estrenaban el vestido que les había hecho la modista Giraud, recién llegada de París, que se hospedaba en la calle de la Madera Alta, número 1, esquina á la del Escorial; las majas de rumbo, de alta peineta, basquiña de caireles y mantilla que parecía de espuma; los majos del Avapiés y los que al desgaire echaban la capa bajo el brazo contoneándose por Barquillo, Maravillas y el Rastro; lucían los militares sus uniformes, distinguiéndose los arrogantes guardias de Corps; no faltaba el maragato, acaparador del pescado; ni el gallego, que tras mucho meditar había resuelto gastarse la pesetiña por ver la maravilla del vuelo; y el mismo aire caldeado por el sol de agosto respiraban la duquesa y la que vivía de la humilde tarea de rellenar morcillas y freir tarángana; el grave magistrado y el héroe de borracheras, rapiñas, gaterías y vituperios, que fatigaban las faltriqueras, las tabernas y los juegos. Tres bandas de música de los regimientos de infantería que guarnecían la plaza aumentaban la animación de aquel inmenso conjunto de luz, color y alegría, no turbado por ninguna preocupación, porque parecía que todos estaban satisfechos del presente y tenían la seguridad del porvenir. Para ellos el interés del universo mundo estaba en aquel *parterre* del Buen Retiro y en el globo que estaba colgado en medio y en su aparato «chímico.» Por fortuna no se había inventado el teléfono, se desconocía el telégrafo y no se sospechaba que el vapor pudiese tener otro empleo que el de hacer bailar la tapadera del puchero en que hervían los garbanzos á los que ponía orondos el caldo de carnero y tocino; porque de no ser así, se hubiera sabido que dos días antes, el 10 de agosto de 1792, el populacho de París había invadido las Tullerías, degollado á los suizos y obligado á Luis XVI á refugiarse en la Asamblea, de donde salió para el Temple, que fué la antesala de la guillotina. También se hubiera sabido que al ver Luis XVI en la Asamblea al pintor David, que era diputado, le preguntó, por decir algo, si acabaría pronto su retrato, recibiendo esta grosera respuesta: «No retrataré jamás á un tirano, á no ser teniendo delante de mí su cabeza separada del tronco.» No fué este el único tumulto ni la única humillación que tuvo que sufrir el desgraciado monarca. Lo que el telégrafo no hubiera dicho es que después de haber presenciado con tristeza las sangrientas escenas del 10 de agosto, salió para Córcega un joven oficial de artillería, que aún no había cumplido veintitrés años, el mismo que hallándose el 20 de junio en la azotea de las Tullerías que da al río, al ver que las turbas ponían el gorro frigio á Luis XVI, exclamó indignado: «¿Cómo han dejado entrar á esa canalla? Con barrer unos cuantos á cañonazos los demás no pararían de correr.» De aquel joven no hubiera dado noticias el telégrafo, porque en tal época era perfectamente desconocido Napoleón Bonaparte, que así se llamaba, y á nadie importaba lo que decía ni lo que hacía.

Como no había telegramas, ni telefonemas, ni ferrocarriles, nada turbaba la placidez de los madrileños. Después de las cuatro se fueron quitando con el mayor sosiego y sin precipitación, que era como se hacían las cosas en aquel entonces, los toldos que cubrían el globo por la parte del Este, pues los del Oeste se habían retirado de antemano, y quedó con gran contentamiento de todos al descubierto el famoso aparato, si bien sujeto por medio de cuerdas para que no partiese en virtud del gas que llenaba como dos terceras partes de su capacidad. Cuando mayor era la animación hubo un movimiento general, cuya causa revelaron las músicas al tocar la marcha de infantes, y apareció en la puerta de salida del palacio que daba al *parterre* el príncipe de Asturias D. Fernando, que á la sazón contaba ocho años, acompañado de otras personas de la familia real, entre ellas el infante D. Antonio, el mismo que al noticiar á D. Francisco Gil y Lemus, como vocal más antiguo de la junta de gobierno, su marcha á Bayona después del 2 de mayo, terminaba: «Dios nos la dé buena. Adiós, señores, hasta el valle de Josafat.»

Sentadas las personas reales no se logró que hicieran lo mismo los espectadores de las sillas, á pesar de las protestas de los que estaban detrás, que querían ver lo que pasaba, y acabaron por levantarse todos, estirando el cuello y empinándose los de mediana y baja estatura. Los pocos quitasoles que quedaban abiertos se cerraron, y aunque nadie hablaba se oyó el zumbido que producen las grandes muchedumbres, que se convirtió en silencio cuando á eso de las cinco y media se vió que á una señal del duque de la Roca varios hombres sacaban con grandes precauciones á pulso el globo del paraje en que se había llenado y lo llevaban al centro del jardín, donde el capitán Lunardi ató y afirmó con los cordones de seda que colgaban del aro del globo la galería en que debía meterse, cuidando de equilibrarla con contrapesos y de poner en ella el lastre necesario. Dice el *Diario de Madrid* que la galería era á manera de un pequeño sofá con un asiento y su respaldo. Terminados estos preliminares, seguidos con ansiedad que echaba fuera los ojos, paralizaba la voluntad y apresuraba los latidos del corazón adonde afluía en tropel la sangre, fué llevado el globo á lo alto del *parterre*, sitio más próximo á SS. AA. Renació el murmullo, que fué creciendo, diciendo todos los labios: «¡Ahora! ¡Ahora!» Y las miradas se fijaron en Lunardi, que acompañado del duque de la Roca fué al punto donde estaban el príncipe D. Fernando y el infante D. Antonio, á quienes besó la mano, haciendo el debido obsequio á las demás personas reales.

Eran las seis menos cuarto; el cielo estaba cuasi despejado y soplaba el airecillo del ESO. al NO. Subió el aeronauta á la galería, momento en que el rumor llegó al máximo de intensidad; pero el temor lo fué apagando, y á los pocos segundos sólo se oía el anheloso respirar de miles de personas, sobrecogidas del miedo. Lunardi se puso de pie sobre el asiento, apoyándose en el respaldo, dióse la orden de soltar las cuerdas. Las tres bandas tocaron «una marcha de gusto, compuesta en Londres, alusiva al objeto del vuelo, por el famoso Samuel Westley;» el globo se balanceó; se sostuvo el aeronauta en un solo pie sobre la galería, agarrándose con una mano, en la que llevaba una bandera, á uno de los cordones del aro; quitóse el sombrero, saludó á SS. AA. y al público y el globo se elevó, se elevó, y el murmullo se convirtió en un grito agudo arrancado por el espanto. Y todas las cabezas, desde las reales á las del aguador, se echaron atrás mirando á lo alto; los ojos dilatados, las bocas abiertas, las narices al aire. Tomó el capitán Lunardi la otra bandera y ambas las iba tremolando mientras el globo subía, subía; y cuando estaba «á media legua de altura perpendicular» arrojó una, y después que ascendió mucho más soltó otra, que tardó en llegar al suelo como unos cinco minutos, lo que prueba la inmensa elevación que tomó.» El globo se achicaba, achicaba, hasta parecer un punto negro en el espacio y perderse completamente de vista. Eran las seis y cuarenta y cinco minutos. Aquella muchedumbre salió del Buen Retiro emocionada, maravillada, rogando muchos á Dios por el valiente Lunardi, tomando algunos la dirección del globo con paso atropellado, esperando darse el gustazo de presenciar el descenso. Y entre tanta gente, fácil es que estuviera un militar de alta graduación, joven de treinta y cuatro años, rostro apacible, sonrisa maliciosa, llamado D. Francisco Javier Castaños; un aragonés de facciones duras, conocido por Goya; un arrogante guardia de Corps llamado Godoy; Martínez, director de la compañía que actuaba en el teatro de la calle de la Cruz, acompañado de Joseph Morales, que se distinguía en el D. Lucas del Cigarral de la comedia, en aquel entonces llamada de figurón, titulada *Entre bobos anda el juego;* la garbosa Rosario Fernández, actriz de fama conocida por la *Tirana;* Rita Luna, no menos célebre y aplaudida, que aparecía en los anuncios del teatro consignándose que era «sobresalienta de ambas compañías;» el diarista D. Pedro de Salanoba, y muchos otros personajes que lo eran entonces ó prometían serlo.

Según Lunardi, se elevó el globo cuatro millas y media, en cuya altura sintió el luquense mucho frío. Por medio de una paloma envió al duque de la Roca una carta escrita en los aires; pero el ave mensajera cayó en los hocicos de un incivil cerdo de donde otro congénere la tomó y de los de éste el porquero, en cuyas manos acabó de morir. La carta decía: «Excelentísimo señor: Me hallo muy bien, aunque con tanto frío que apenas puedo articular las manos. Estoy muy agradecido á V. A. Son ahora en mi relox las 6 horas y 45 minutos. – *Vicente Lunardi.*»

Las gentes del lugar del Fresno vieron el globo, y pasaron de la extrañeza al susto y al terror en menos tiempo del que para decirlo se emplea; y creyendo que se trataba de cosa del otro mundo, echaron ellos á correr despavoridos y gritando y ellas chillando y llorando en busca cada cual del refugio de su casa. Sólo mostró ser hombre valiente un guarda de viñas, que echó mano á la escopeta para pegar un balazo al monstruo; pero pronto el valor se convirtió en susto que se le quedó en el cuerpo y el tiro en el arma. El vecino de Daganzo de Arriba Manuel de las Heras, llegó á divisar en lo alto del lugar el globo, sin darse cuenta al principio de lo que era; pero por haber leído el *Diario* que anunciaba el vuelo del capitán Lunardi ó por lo que fuese, sospechó que se trataba del maravilloso aparato para volar, empujado por el aire hacia Alcalá, y lo fué siguiendo con muchos vecinos que se le juntaron, hasta que el globo llegó al ras del suelo en el sitio llamado el Naipe. Hízoles señas Lunardi, se aproximaron perdido el temor, y como el aeronauta era hombre prevenido, sacó bizcochos y unas botellas de vino y á todos convidó y bebió también él, sin que más se necesitara para que diez y seis aldeanos asieran de la barquilla para impedir que volviera á subir, y sin que de ella se apease llegaron todos á Daganzo, cuyas casas quedaron desiertas, pues no hubo quien no saliera á la calle para presenciar espectáculo tan asombroso y nunca visto. Acudió la Justicia para evitar atropellos, sacóse el gas del aparato que fué doblado y guardado en la casa de la villa, y mientras los del pueblo se fueron á sus casas á cenar comentando el hecho, hizo otro tanto D. Vicente, á quien un sacerdote había proporcionado hospedaje en la de D. Pedro Fernández, donde cenó y durmió. Del descenso del globo se formó testimonio por el escribano del pueblo, en cumplimiento de las órdenes de los alcaldes del estado noble y del estado llano. No sufrió deterioro el aparato, pero sí la poesía, á la que aporrearon los escribidores de renglones cortos, llenando con sus majaderías las páginas del *Diario de Madrid.* Véase como ejemplo:

«Dió Lunardi en esta acción
de su valor evidencia,
testimonio de su ciencia,
y pruebas de su atención,
á la corte diversión,
á las aves susto y zelo,
á la phísica desvelo,
á la chímica certeza,
á lo grave ligereza,
y á los enfermos consuelo.»

El poder del consonante hizo en otra ocasión blancas las hormigas, y aquí consuela á los enfermos. El segundo vuelo del valiente Lunardi se verificó el martes día 8 de enero de 1793 para deleite de Sus Majestades, habiéndose fijado las once de la mañana para la partida; pero amaneció helada «el agua que había en las cubas y baños y también el mismo globo, sin embargo de las precauciones tomadas con éste, pues se tuvo tapado con tapices toda la noche» y hasta las doce y media no estuvo en disposición de volar. Las tropas de reales guardias españolas y valonas formaban cordón para que nadie se acercase al aparato, quedando el resto de la plaza de palacio para el numeroso concurso. Los balcones estaban llenos, y cuando llegó el momento salieron los reyes y demás individuos de la real casa con sus servidumbres á los del palacio. Ascendió el globo; pero á poco de pasar la altura de la real morada, una corriente le imprimió dirección contraria, con cuyo motivo se retiró la corte para verle desde otra parte; pero apenas quedó vació el balcón, cuando el aire varió y lo volvió al punto de partida, «habiéndose dignado los reyes nuestros señores, que salieron de nuevo á la fachada principal, observarlo hasta que se perdió de vista, mostrando durante el espectáculo mucha satisfacción.» Y por si alguna han experimentado los lectores, ponemos punto por temor de convertirla en fastidio alargando este escrito, aunque mucho podríamos añadir. – TEODORO BARÓ.

AUGUSTO KEKULÉ

Con Kekulé, profesor de Química de la Universidad de Bonn, ha muerto uno de los creadores de la química moderna, pues pocos como él han contribuído al adelanto de esta importante ciencia. Para comprender bien lo que hizo es preciso considerar los elementos con que hoy en día la química cuenta: antiguamente bastaba conocer la composición de un cuerpo; en la actualidad se hace mucho más, pues se quiere saber, no sólo cuáles son los componentes, sino además cómo están combinados en una substancia. La química moderna es química de estructura, y por esta razón, aparte de ahondar más en el conocimiento de la materia, se ha hecho creadora, pudiendo formar multitud de substancias nuevas.

En la obra trascendentalísima de Kekulé destácanse, sobre otros muchos, dos hechos de inmensa importancia: el descubrimiento de la tetradinamización del átomo de carbono, realizado en 1857, y la hipótesis emitida en 1865 acerca de la naturaleza de la bencina y de las combinaciones aromáticas que de ésta se derivan. Él fué quien demostró que el carbono es el elemento esencial en las combinaciones orgánicas y que en él se basa la estructura de las substancias orgánicas y con esta demostración abrió el camino para la comprensión de muchas de aquellas combinaciones y obró una transformación completa en la enseñanza de la química orgánica.



El eminente químico alemán AUGUSTO DE KEKULÉ, fallecido en 13 de julio último

La esencia y la importancia del segundo descubrimiento de Kekulé se comprenderán haciendo la historia del mismo. Desde hacía muchos años los químicos separaban de las substancias, á menudo llamadas cuerpos grasosos, multitud de combinaciones carbonosas. Estudiando aquellas combinaciones, que en 1860 tomaron el nombre de substancias aromáticas, Kekulé determinó en ellas las siguientes propiedades: 1.ª, que son en proporción más ricas en carbono que las correspondientes combinaciones de la clase de cuerpos grasosos; 2.ª, que entre ellas como entre éstos hay numerosas substancias homólogas; 3.ª, que las más sencillas substancias aromáticas contienen, por lo menos, seis átomos de carbono; 4.ª, que todos los productos de transformación de las substancias aromáticas ofrecen cierta semejanza; y 5.ª, que estos productos pertenecen también al grupo de substancias aromáticas. De estos hechos dedujo Kekulé la conclusión fundamental de que en todas las substancias aromáticas hay un mismo grupo de átomos, es decir, un núcleo formado por seis átomos de carbono unidos en una cadena. Sobre esta ley descansa la revolución que Kekulé llevó á cabo en la química moderna y que tan admirables progresos ha hecho realizar á esta ciencia.

Augusto Kekulé nació en Darmstadt en 7 de septiembre de 1829, y en el laboratorio de Liebig, en Giessen, hizo sus estudios, terminados los cuales fuése á París, en donde trabajó en los laboratorios de Dumas y Wurtz, y luego á Londres á perfeccionarse al lado de Williamson. En 1856 comenzó su carrera de profesor en Heidelberg, dos años después obtuvo el nombramiento de catedrático de Química en Gante, y en 1865 sucedió á Augusto Guillermo de Hofmann en la cátedra y dirección del nuevo Instituto Químico de Bonn.

Deja muchas y muy importantes obras, entre ellas el *Manual de Química orgánica* y la *Química de los derivados de la bencina*, que no ha podido terminar. – X.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

Historias y tradiciones. – A granel, por *Víctor Balaguer*. – La colección de obras completas del ilustre literato catalán acaba de aumentarse con estos dos tomos, á cual más notable: contiene el primero, como su título indica, varias tradiciones y recuerdos históricos referentes á *Medina del Campo*, *El Castillo de la Mota*, *Las ruinas de Fres del Val*, *El cuento del Cid*, *La cartuja de Montalegre*, *La danza de las Morratxas*, *La torre de los encantados*, *Sitjes la Blanca* y *El castillo de la Selva*, narraciones bellísimas, avaloradas por un estilo elegante que aumenta los encantos del interés dramático que en todas ellas domina. El tomo *A granel* viene á ser la continuación del anterior, y como él lo forman algunas historias, tradiciones, recuerdos, notas de viajes, leyendas, impresiones, memorias, cuentos, entretenimientos y biografías. Innecesario nos parece, tratándose de escritor tan justa y unánimemente celebrado, hacer un elogio detallado de estas obras y recomendar su adquisición á las personas amantes de la buena literatura: el nombre de D. Víctor Balaguer es la mejor garantía de la bondad de los dos libros, y por lo mismo nos limitaremos á consignar que ambos son de lectura tan agradable y entretenida que quien los lea tiene la seguridad de pasar más de un buen rato. Estos dos tomos, cuyos productos íntegros se destinan, como el de todas las obras de la colección, al sostén y fomento de la Biblioteca-Museo Balaguer de Villanueva y Geltrú, se venden elegantemente encuadernados á seis pesetas cada uno.



¡Pobres padres!, cuadro de C. E. Stewart

Sermón de la Anunciada de la Santísima Virgen, por el *Dr. D. Marcelo Macías y García*. – Este sermón fué pronunciado en la iglesia de la Compañía de la ciudad de Santiago el día 25 de marzo último con motivo de la solemne función que los jóvenes congregantes de la Anunciada y de San Luis Gonzaga consagraron á su excelsa Patrona: en él se admira tanto la profundidad y belleza de los conceptos cuanto la elevación y elegancia de la frase, pudiendo citarse esta oración sagrada como modelo en su género, así por su fondo como por su forma. El sermón, impreso en Santiago, en la imprenta de la *Gaceta de Galicia*, ha sido publicado á expensas de la congregación citada, que ha querido expresar de este modo su admiración y su gratitud hacia el Padre Macías.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XV — Barcelona 17 de agosto de 1896 — Núm. 764

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ALEGORÍA DEL SEGUNDO SITIO DE GERONA, 1808. – Dibujo de Enrique Estevan

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MARINAS

Desde que la Virgen del Carmen echa la bendición al mar – según la poética y bonita creencia de estas costas, – es lícito y es higiénico buscar en el «seno de Anfitrite» la curación de todos los males y el método más saludable de cuantos puede seguir la pobre humanidad, tan deseosa de echar remiendos á la negra tela de la vida.

Las aguas del mar, donde la ciencia supone que tuvieron su origen los organismos, donde todavía bullen miríadas de seres en constante actividad de producción, donde el microscopio revela, en una gota, un hervidero de animalillos y de plantas de asombrosa fecundidad; las aguas del mar, saturadas de yoduro, de fósforo y del salubre cloruro de sodio, penetradas de electricidad, calórico y magnetismo, vivientes y ardorosas, frescas á la vez, más que las aguas potables, y puras y limpias á despecho de todas las inmundicias que á ellas confluyen y que se pierden, disuelven y aniquilan en sus profundidades, como un mosquito en un horno encendido; las aguas del mar, amplio é inagotable depósito de salud y fuerza, reciben ahora, con desdeñosa tolerancia, la visita de muchos cuerpos raquíticos y endebles, y les envuelven, compadecidas, en un girón de su manto verde orlado de puntillas y randas de espuma...

Al ver el gentío que hormiguea en las playas, cuesta trabajo creer que hace cosa de un siglo el tomar baños de mar era considerado remedio atrevido y peligroso. Sin duda que los griegos, en su arraigada devoción á la hidroterapia, tenían por hábito y por rito religioso chapuzarse en el mar; pero la civilización occidental trajo mil preocupaciones contra la costumbre oriental de los baños, y hasta nuestra época no se ha estimado el mar como restaurador soberano y eficaz remedio para las debilidades de la niñez y de la juventud. La nota característica del mar, lo que le diferencia completamente de la hidroterapia terrestre ó de agua dulce, es que su acción es más poderosa cuanto más joven es el individuo que la ensaya. Raro parece ver en el balneario termal al niño y al tierno mancebo: raro y casi risible encontrar en el balneario marítimo al anciano, al valetudinario, al moribundo. Aquella máxima famosa que dice: «de cuarenta para arriba.. ,» sólo es aplicable á la mojadura de agua salada. Diríase que el mar se acuerda de haber sido la cuna y el criadero de la vida orgánica, y por eso estimula la fuerza de la juventud, la savia que asciende en el cuerpo todavía no acabado de constituir. El mar pertenece á los niños; los sanatorios marítimos son hospitales de la infancia. Criaturas entecas y misérrimas, empobrecidas por la residencia en las grandes ciudades, por la mala alimentación, por la reclusión en viviendas sin aire y sin espacio, recobran á los pocos días de permanencia al borde del mar el apetito, la viveza, los cachetes colorados y la bulliciosa inquietud. Porque no es sólo el agua, el ambiente del mar derrama también gérmenes vitales. Esa deleitosa impresión que reciben los pulmones cuando, después de una temporada de residir tierra adentro, se aspira al fin la brisa marina, no nos engaña como engañan otras impresiones agradables: al contrario. El aire del mar á cualquier edad y en cualquier circunstancia – á menos que la tisis haya atacado los pulmones – es medicinal y balsámico.

Dejad libre á un niño en un puerto de mar, y le veis por instinto dirigirse á la playa, como si le llamasen desde ella voces misteriosas. Si se lo permitís, en la playa vivirá el niño. Descalzándose y arregazando los pantaloncitos, se tumbará en el peñascal, lo más cerca posible del agua, gozando en empaparse de la humedad pegajosa y salobre – humedad que ni moja ni enfría. – Sus manos revolverán con fruición la arena, haciendo montoncitos en figura de casas, de fortalezas y de reductos. Al descubrir enterradas y esparcidas almejas, nácares y retorcidos caracoles, sentirá tanto júbilo como por el hallazgo de un tesoro. Las expediciones á *coger conchas* y á pescar son una fiesta para los niños. ¡Qué ilusión el sorprender, en la *poza* tibia aún del calor solar, el vivaz cangrejo, la linda anémona y el extraño erizo! ¡Qué satisfacción orgullosa tan grande la del primer tirón que da al cebado anzuelo el simple pececillo, y qué emoción al sacarlo del agua y arrojarlo palpitante aún en el cesto, reluciente de escamas!

Pues con ser tan sencillo y tan natural el dejar que se acerquen al padre Océano las criaturas, hasta nuestro siglo no se ha observado todo el bien que de él reciben, y el baño de mar, como medicina, empieza á propagarse ahora.

De nuestros días es la vida de playa. De nuestros días las cómodas y decorosas y alegres casetas; de nuestros días los anchos sombreros de espuerta y los gorros de hule y tela embreada; de nuestros días los trajes cómodos y racionales, que salvan el pudor de la mujer, sin estorbar los movimientos indispensables para la natación; de nuestros días los sanatorios marítimos; de nuestros días la lucrativa profesión de bañero y bañera; de nuestros días la animación de algunos puertecillos y playazos, cuyos nombres poco á poco van haciéndose célebres en todo el mundo – Etretat, Trouville, Biarritz, Arcachón, Espinho, Figueira, San Sebastián, las Arenas, el Sardinero y nuestra bellísima Villa García, que los gallegos consideramos la reina de las playas, por su extensión, por su fondo de admirable paisaje y por la suntuosidad de su establecimiento balneario.

Sin fijarme más que en un detalle – la indumentaria, – me admiro del camino que en poco tiempo han adelantado los baños de mar; de cómo se han generalizado, arraigando en las costumbres hasta de la gente menos refinada. Hará cuatro ó cinco lustros, en mi pueblo – puerto de mar, y con muy hermosa bahía, – eran punto menos que desconocidos los trajes de baño para señoras. Si alguna, curiosa ó antojadiza, quería no entrar en las olas sino vestida como corresponde, tenía que sacar trabajosamente el patrón y modelo del figurín francés, cuidando de alargar mucho los calzones, que casi tocasen á los tobillos, por no escandalizar. Así y todo, la novedad del traje con pantalones, «un traje de hombre,» («de marinero,» según las más indulgentes) provocaba acerbas censuras, y era asunto de conversación hasta octubre. La mayor parte de las mujeres que por prescripción facultativa tomaban baños, entraban en las espumosas olas cubiertas con lo que Dios les daba á entender. Generalmente usaban lo que se llama *una túnica*, informe hopa con la cual pensaban resguardar la decencia, cuando en realidad no hay cosa menos decente, pues al penetrar en el agua se hincha como un farol y descubre lo que debiera encubrir. Los sombreros pajazón se ignoraban, y dominaban unos horribles capachos tejidos por los presidiarios, no faltando quien se preservaba del sol con un paraguas blanco todo el tiempo que duraba la inmersión – en cuclillas, porque el nadar era entonces cosa singular y amarimachada, y tenía en las mujeres carácter reprensible. – Algunas veces nos divertíamos en ir á ver, desde las ventanas de las casas que caían á la marina, la pintoresca escena del baño de las mujeres. Había perfiles altamente cómicos en todo aquello. Los chillidos al entrar en el agua, los sustos cuando venía una ola formidable, las cadenas de manos para resistir su empuje, eran asunto de risa. ¿Qué diré de aquel desnudarse á la sombra de una peña – no existía ni idea de casetas, – amparándose con la sábana extendida y sostenida por una criada? La vestimenta era también de lo más variado y caprichoso. Los que llevaban *túnica* hecha *ad hoc* y sin remiendos, eran la crema de la elegancia: la generalidad adoptaba una saya y una chambra vieja; una bata desteñida, un sabanón recompuesto, y hasta tuvimos ocasión de ver á una que había confeccionado su traje de baño con jerga de la que cubre los sacos y cajones de mercancías, é iba pregonando su origen con el letrero *¡Frágil!* estampado en letras gordas y visible sobre las espaldas de la imprevisora bañista...

De estos tiempos en que los baños de mar eran una nota humorística en el vivir, me acordaba yo al ver la bonita playa de la Barceloneta y reconocer allí esa acción benéfica del progreso, que algunos niegan, y otros, más pesimistas (como el filósofo alemán Nietzsche), califican de nefanda. La Barceloneta no es la playa de la *high life*, no es un Biarritz donde todo se paga por las setenas y donde las mujeres que viven de ostentar su belleza y sus caprichos entran en el agua con trajes de *surah* blanco guarnecidos de encaje, y sandalias griegas bien ceñidas sobre el *maillot* de seda nacarada, que se renueva á cada baño. La Barceloneta es la conquista democrática, el goce barato, al cual, para ser exquisito, sólo le estorba eso..., la baratura. Los baños de la Barceloneta son como el pan, como las sardinas, como la fruta en agosto, como el agua cristalina de la fuente pública: no se estiman porque abundan demasiado, porque están al alcance de cualquiera. Oponed la menor dificultad á la posesión de tales bienes, y entonces conoceréis su precio.

A mí el espectáculo de la Barceloneta me sorprendió y me cautivó. Aquellos vaporcitos moscas tan cucos, yendo y viniendo cargados de gente modesta que revelaba en el rostro la esperanza del solaz y la ilusión de la frescura que se prometían disfrutar dentro de breves instantes; aquellas innumerables casetas amarillas, salpicadas por el arenal, á manera de enormes conchas; aquellos kioscos vastísimos, con sus balconajes y barandas que parecían colgados sobre la serena superficie del mar; aquel estrépito de pianos, organillos y músicas; aquellas diversiones sencillas, infantiles – los kalidoscopios, los tíos-vivos, los panoramas; – aquel bullir y hormiguear de la muchedumbre, emperifollada con las galas de la estación, el vestido de claro percal, la sombrilla de colores vivos, el sombrero de paja florido y empenachado; aquellas turbas de niños medio desnudos, revolcándose con fruición en la arena, persiguiéndose hasta empujarse al borde de las ondas – porque el Mediterráneo no tiene *olas;* – y sobre la alegría de este cuadro, el azul purísimo de un cielo incomparable, y un horizonte en que se abrazan y confunden ese cielo y un mar de zafiro también, un mar de Grecia...; todo esto me llenó el alma del contento que experimentamos cuando vemos una forma de la cultura, del bienestar y de la felicidad, puesta al alcance de la gente laboriosa y humilde; un placer honesto y barato, sano y natural, disfrutado por una multitud, que en aquel instante no envidia – ni tiene por qué – ¡á los poderosos, á los millonarios!

Dícese que estos baños en el Mediterráneo no prestan el vigor, no encierran la virtud medicinal de los del Cantábrico. Quizás por eso mismo – porque son recreo y no medicina – parecen tan regocijados, tan animados, tan helénicos los baños de la Barceloneta Al entrar en el tibio seno del Mediterráneo, los niños ríen y juegan como tritoncillos; al acercarse al Cantábrico, al ver de cerca esa masa de agua densa, verdosa ó gris, rugiente, amenazadora, que rompe en espuma..., pocos son los chiquillos que á su vez no rompen á llorar.

EMILIA PARDO BAZÁN

TEPEIG-PORÁ

(BAILE DE LOS LINDOS SUEÑOS) (1)

Las tribus de indios que pueblan hasta hoy las extensas tierras y bosques seculares del Gran Chaco Boreal conservan aún muchas de las originales costumbres que tenían antes de la conquista española.

Cuando los *Ibirapitás* empiezan á cubrir sus extensas ramas de olorosas florecillas rojas y los algarrobos silvestres ofrecen al hombre de la Naturaleza su apetecible fruto en afiladas y amarillentas vainas, establécese el aduar indio á la sombra de los inmensos árboles y se da comienzo á la colecta de semillas y frutos que han de servir principalmente para la sencilla fabricación del licor que anima el *Ierokég* (baile) y que proporciona deliciosos sueños.

La fermentación de las bebidas está en punto.

En el momento de la luna nueva se elige un sitio apropiado para el gran baile, y los indios é indias jóvenes concurren desnudos y adornados vistosamente con plumas, coloretes y penachos, á presencia de los viejos que presiden la gran batahola.

La zambra trascendental dura tres días, y recién en el segundo del *Ierokég-puracî* (baile cantado) se destripan las innumerables pelotas de exquisita *uracahú* (miel borracha) y el baile llega al desenfreno, cayendo rendidos por el cansancio unos después de otros en la fresca hierba.

En el transcurso del tercer día nadie se elimina á la influencia de las bebidas, y niños, viejos, mocetones y doncellas, si es que este nombre puede aplicarse á las jóvenes indias, yacen dormidos debajo de las plantas ó entregados á las más grotescas excentricidades y extravagancias primitivas.

La alegre fiesta se repite dos ó tres veces durante el año, con luna llena ó luna nueva, y el que puede, se entrega entonces á los placeres de la sensualidad, sucediendo más tarde, cuando aparece un nuevo vástago, que si se le pregunta á la madre por el origen del niño, contesta con candorosa y primitiva inocencia: «del *Ierokég puracî!*» ó «*tepeig-porá Ierokég!*,» que equivale á decir en castellano: «este es hijo del baile de los lindos sueños.»

Así realizan aquellas gentes sencillas el supremo ideal de la fraternidad humana.

FILIBERTO DE OLIVEIRA CÉZAR

(1) Del libro *Leyendas de los indios guaranies.*



EL ARCO DE LA ESTRELLA

15 *de agosto de* 1806

En el día 15 de agosto de 1806 se colocó la primera piedra del monumental arco triunfal de la Estrella. Decretara su erección después de la batalla de Austerlitz el emperador, y se convocó á un concurso á los arquitectos franceses; mas los proyectos exhibidos no fueron del agrado del gobierno, y éste encargó á dos miembros del Instituto que procedieran á trazar nuevos planos

Después de grandes modificaciones en los proyectos, proyectos que produjeron discusiones vivísimas entre los técnicos, y cuando estaba á punto de cerrarse el gran arco y se llevaban ocho años de trabajo en el monumento, se suspendieron las obras y en suspenso quedaron durante otros nueve años. Reanudadas aquéllas, prosiguieron sin interrupción hasta que en 1836 se terminó el edificio.

Tomaron parte en la dirección de los trabajos cuatro arquitectos, además de otros cinco que compusieron en el reinado de Luis XVIII la comisión encargada de examinar las modificaciones que en la traza querían introducir Chalgrin y Goust. En la parte decorativa escultórica trabajaron Rude, Pradier, Cortot, Lemaire, hermanos Seurre, Brun, Laitié, Jacquot, Etex, Chaponniere, Feuchérez, Caillonete, Getcher, Marochetti, Bra, Valois, Bossio, Valcher Gérard y Especieux, en total veintiún artistas.

***

De Pradier son las cuatro figuras de los tímpanos del gran arco, dos de las cuales tocan trompetas y dos tienden ú ofrecen coronas de laurel; de Rude es *La partida de los voluntarios de* 1792, alegoría que, como dije en otra parte, se considera la más hermosa obra escultórica del monumento; de Cortot es la otra alegoría titulada *El Triunfo*, que representa al emperador Napoleón vestido á la usanza clásica, poniendo una mano sobre la cabeza de una figura femenina que simboliza á una ciudad vencida, y sosteniendo con la otra una espada envainada. Dispuestos en finísima composición vense además un cautivo, cuya cabeza cubre un tocado frigio; la figura de la Historia escribiendo los nombres de las más famosas batallas ganadas por el césar francés, y una Fama tocando la clásica trompeta. A la derecha de Napoleón la *Victoria* le corona.

Las otras dos grandes alegorías que corresponden á la fachada posterior son del escultor Etex. Simboliza uno de los bajos relieves la *Resistencia*, y la composición es la siguiente: Un hombre joven empuña una espada corta y aparece en actitud de rechazar al enemigo; abrazado á las rodillas de este joven hállase herido un viejo; la esposa del guerrero sostiene en sus brazos á un niño muerto y trata de detener al marido. Detrás se ve á otro guerrero que cae muerto de su caballo. Dominando el grupo y prestándole aliento al combatiente álzase el *Porvenir*.

La segunda alegoría representa la *Paz*. En este bajo relieve, como en el anterior, las dos figuras verdaderamente inspiradas y que por sí solas sintetizan el pensamiento del artista son de guerreros jóvenes. Si en la *Resistencia* es bastante por sí sola la figura del único combatiente para comprender al primer golpe de vista lo que Etex quiso representar, en el bajo relieve la *Paz* también hállase expresada ésta en el guerrero que ocupa el centro de la composición. La actitud de la figura es reposada, tranquila; y así envaina la espada, majestuosa y reposadamente. A la derecha del soldado, un labriego hállase ocupado en arreglar una rueda de su carro de labor; á la izquierda, una madre sostiene sobre las rodillas un niño; más lejos, un hombre parece entretenido en la doma de un buey. Dominando la composición y colocada entre un roble y un laurel vese á Minerva.

***

Además de las obras escultóricas aquí descritas, decoran el famoso *Arco* multitud de bajos relieves y figuras de menor importancia. Mas con todo, no por carecer éstas de aquel vuelo que avalora las descritas en lo que corresponde á la idea, son por eso menos dignas de atención para cuantos vienen estudiando atentamente las evoluciones del arte en general y de la escultura en particular. Vese en ese conjunto de obras cómo desaparece el gusto del neo-clasicismo y sus influencias, y cómo, aun teniendo en cuenta el doble carácter decorativo y alegórico de dichas obras, que obligó á los artistas, como he dicho más arriba, á buscar en la indumentaria y en las fórmulas clásicas modos de expresión, se iba imponiendo el realismo y alguna vez el naturalismo; por ejemplo, en el bajo relieve de Etéx, la *Paz*. Y no solamente se iba imponiendo en lo tocante á la parte técnica, esto es, en lo que atañe á la factura, al movimiento de las figuras, á la traza de éstas, sino también á la idea, al concepto de la idea, del sujeto. Mientras, según los cánones neoclásicos, la belleza de la obra escultórica consistía en el atildamiento de la línea, en la más exquisita corrección de ésta, en el movimiento majestuoso, sin alardes de violencia, de las figuras, supeditando casi por completo lo que hoy llamamos expresión moral á la belleza de la forma, los seguidores de David d'Angers dábanle preeminente lugar á la idea, y según la fuerza dramática de ésta así movían y componían las alegorías. Por otra parte (y vuelvo sobre lo dicho por la crítica al censurar á Rude) aun cuando no pueda considerarse el *Arco de la Estrella* como monumento perteneciente á un determinado orden arquitectónico de los griegos y del compuesto, sin embargo, todos sus elementos están dentro de la arquitectura clásica; y siendo la parte escultórica que exorna y anima este arco triunfal, en su principal carácter, decorativa, el escultor no podía olvidar tan importante condición.

***

Está construído este monumento con piedra del país. Tiene cuarenta y nueve metros y medio de elevación, cerca de cuarenta y cinco de largo y algo más de veintidós de ancho. Su coste fué de más de nueve millones de francos.

Con haber erigido los romanos monumentos de la condición del de la Estrella, algunos de dimensiones verdaderamente extraordinarias, ninguno sin embargo alcanzó las del decretado por Napoleón para eternizar sus triunfos y los de Francia. Los arcos triunfales de Trajano, de Constantino, etc., que guarda Roma, son mucho más pequeños, casi una mitad que este del cual me ocupo. Las Pirámides de Egipto, que como todos sabemos son numerosas, apenas tienen la elevación del arco triunfal de la Estrella; deben exceptuarse las tres de Gitze, la mayor de las cuales es cerca de tres veces más alta.

En la actualidad hállase el arco rodeado de andamios; trátase de colocar el coronamiento de la colosal fábrica, que consiste en una cuadriga de bronce.

R. Balsa de la Vega

GERONA

(16 de agosto de 1808)

Si pruebas dió la heroica ciudad de la varonil entereza de sus hijos durante el primer sitio, no fueron ciertamente menores los esfuerzos y abnegación de los gerundenses en el segundo asedio. Como en el anterior, llegaron hasta el sacrificio, convirtiéndose cada uno de ellos en viviente ejemplo de patriotismo y en baluarte de la patria independencia. Escudados por vetustas murallas y débiles parapetos, no reparados con la eficacia que las circunstancias requerían, escasos de armamento, pero repletos de entusiasmo, disponíanse en julio de 1808 á rechazar las huestes de Duhesme con iguales bríos con que le obligaron á levantar el campo en el mes anterior.

Vanos habían de ser los propósitos del caudillo francés. Ante las ruinosas murallas, harto maltratadas por los anteriores ataques, ante los cuarteados muros, debía estrellarse la arrogancia del general enemigo, quien, tratando de parodiar á César, repitió análogas frases que el caudillo romano, convencido de la valía de los elementos con que contaba para atacar,

tomar y arrasar á la heroica ciudad, baluarte adelantado, verdadera frontera de la patria.

En tanto que Duhesme emprendía la marcha desde Barcelona al frente de su numeroso y aguerrido ejército, conduciendo un formidable tren de batir, aprestáronse los gerundenses á la defensa. Repararonse las murallas, acopiáronse víveres y municiones y distribuyéronse los defensores, señalando á todos, incluso á los religiosos y á las mujeres, el puesto que debían ocupar en el momento de que el toque de generala señalara el peligro.

Difícil y penosamente atravesó el ejército enemigo las comarcas que debía recorrer para llegar á la vista de Gerona, molestado por el fuego de los somatenes y por los obstáculos interpuestos para imposibilitar la conducción de la artillería. Los pueblos incendiados y saqueados señalaban el paso del enemigo, cuyo encono exacerbaban las diarias escaramuzas que debía sostener con las guerrillas de miqueletes, que apostados en los riscos y bosques del trayecto producíanle numerosas bajas. Así llegó el 22 á Hostalrich, cuyo castillo despreció sus intimaciones, y á la vista de Gerona presentáronse las avanzadas al siguiente día 23, contra las que seguidamente rompieron el fuego las baterías de la ciudad. A partir de esta fecha, hasta el memorable 16 de agosto siguiente, en que la división del conde de Caldagués, en combinación con la plaza y los somatenes, obligaron á Duhesme á emprender la fuga, abandonando gran parte de sus almacenes y artillería, cada día significa una jornada gloriosa, cada muralla señala un hecho de armas, cada defensor representa un héroe. Los nombres de Bolíbar, gobernador de la plaza; O'Kelly, O'Douvran, O'Donnell, Pierrou, Wash, bizarros jefes y oficiales; de Ultonio, La Llave, de artillería, y Pellicer y Ortega, de voluntarios de Barcelona, pertenecientes á la guarnición, así como los del conde de Caldagués, Milans, La Valette y Clarós, caudillos de las fuerzas libertadoras, merecen ser pronunciados con respeto y perpetuarse su memoria. La historia dedícales el tributo que merecen los que por la patria se sacrifican, y Gerona confunde su recuerdo con el de sus épicas glorias.

¡Gloria á España, la que combatió contra el enemigo de la independencia patria; gloria á sus ilustres hijos, á sus héroes, á aquellos que sacrificaron sus vidas y haciendas en aras del sentimiento simbolizado en su bandera: la religión y la patria!

A. GARCÍA LLANSÓ

EL ÚLTIMO DINAR

I

En el nombre de Dios clemente y misericordioso, reinaba en la bella Córdoba, la ciudad que en su recinto de ocho leguas encerraba doscientas doce mil casas para vivir, novecientos baños públicos para deleite del cuerpo, setecientas bibliotecas para esparcimiento del alma, y seiscientas mezquitas para orar el grande, el magnífico califa Abd er-Rhamán III.

Córdoba, circundada por magníficos jardines, entregada al lujo oriental de sus moradores; con su campiña feracísima en la que se criaba el manzano de redondo y sabroso fruto, la gentil palmera que al inclinarse, como saludando, ofrece el azucarado dátil, la morera, que deja caer sus productos menos negros que los ojos de las hermosas andaluzas, el naranjo, que se cubre de pequeñas esferas rojas como la grana, la erguida caña de azúcar por cuyo interior corre, como la sangre en el cuerpo, dulcísimo néctar; con sus soberbios palacios de pavimentos de mármoles de color tan vario como los matices del iris, de paredes incrustadas de oro y con techumbres de riquísimas maderas; con sus fuentes de aguas murmurantes; con sus hijos dados al cultivo de las letras; con su comercio extenso, que sólo en España importaba el oro de las minas de Jaén y el que lleva el Tajo en sus revueltas ondas, las perlas que el marino atrevido buscaba en los senos del Mediterráneo, mar junto á Tarragona, y el coral que extraía teniendo á su vista las costas de Andalucía, los rubíes de Málaga, los paños de Murcia y las sedas de Granada; con sus alminares; con sus ajimeces; con su emir generoso, noble, valiente entre los valientes; con su azul incomparable cielo, era la ciudad hermosa por excelencia, la reina del mundo, la sonrisa de Dios, la bendita del Profeta. En aquel paraíso, indiferente al espectáculo de tanta grandeza, en pobre humildísima casa, encerrado el cuerpo en destrozadas y harapientas vestiduras y el corazón en sed inextinguible de riquezas, vivía el judío Rubén en compañía de su hija Naara.

Naara sólo contaba quince años, y era hermosa y pura como el lirio de los valles.

ENSUEÑOS, escultura de Alfredo Boucher

(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

Por las calles de Córdoba transitaban árabes, israelitas y cristianos, y cuando las cruzaba Naara era para los agarenos, por su delicada belleza, una de las huríes que en el Edén han de premiar el esfuerzo de los muertos en el campo de batalla en defensa de las verdades del Korán; para los cristianos tenía algo del celestial encanto que ostentan los querubes que cantan eternamente en la presencia del Dios de los mundos; para los hebreos era hermosa como la Sulamita que pinta Salomón en el *Cantar de los Cantares*. Un indio la hubiera creído formada por un suspiro de Brahma, porque era una beldad á la cual habían de mirar con amor, con pasión, los ojos de los hombres; con celos, con envidia, todos los ojos de mujer.

Y junto á aquella flor ternísima, acariciada por el rocío, besada por las auras, vivía Rubén como un tronco carcomido y seco, informe, rudo, salvaje, agrietado, que tiende sus brazos, descarnados como los de un moribundo, retorcidos por la desesperación.

Era inmensamente rico, inmensamente avaro y flaco y de menguada estatura, tanto, que parecía imposible que tan gran avaricia pudiese caber en un cuerpo tan pequeño.

Cuando á solas en su aposento el judío Rubén contemplaba sus montones de brillantes monedas de oro y de riquísimas piedras preciosas, que despedían vívidos resplandores, los ojos del avaro se animaban, lanzaban relámpagos de alegría; hundía sus manos y sus brazos temblorosos por la calentura en aquellos tesoros, los extendía abrazándolos, y luego bajaba la cabeza y los besaba con afán, con hambre, juntando con ellos su rostro amarillo, cuyo color se confundía con el del metal que agitaba sus entrañas con amor insensato.

Por azar del destino, Naara, que era un ángel, había sido engendrada por un demonio. Aquellos dos seres tan opuestos vivían bajo el mismo techo y por sus venas corría la misma sangre.

Naara era la luz y Rubén era la sombra.

II

Por delante de la casa en que Rubén vivía pasaban continuamente jóvenes judíos, ansiando lograr una mirada de la hermosa Naara. Rara vez conseguían verla, porque su padre la mantenía oculta casi siempre en las habitaciones interiores, pareciendo guardar tan cuidadoso su hija como su dinero.

Verdaderamente el tratar de unirse á ella era acometer una empresa dificilísima, porque para coronarla con el éxito se necesitaban dos condiciones: cautivar en redes de amor el corazón de la niña, que hasta entonces se había manifestado insensible á todos los extremos de cariño de los amadores que la asediaban, y contar con oro suficiente para poder mostrarse ante el viejo con dinero bastante para poder satisfacer su sórdida avaricia.

A pesar de esto, los rondadores de la casa eran numerosos, y cuando Naara salía de su casa, apoyada en el brazo de su padre, la seguían de lejos, lanzándole ardientes miradas que se estrellaban en el rostro lleno de dulzura, pero impasible, de la joven. No era dable suponer en ella orgullo al no contestar á las muestras de afecto que la rodeaban, y bien pronto se imaginó que algún amante afortunado había logrado interesar su corazón. Pero en vano se dieron á buscar al mancebo, porque por más que con gran constancia la observaron, no pudieron notar ni el menor acto por el que lograran venir en conocimiento de quién era aquel amante fantasma, acabando por creer que nadie había sabido atraerse el cariño de la bella judía.

Sin embargo, si á altas horas de la noche, cuando el silencio reinaba y la luna no aparecía en el cielo, dejando huérfano al mundo de su luz melancólica, hubiesen espiado la casa del avaro, hubieran visto que una de las ventanas bajas se abría calladamente y á ella asomaba la hechicera niña, y entablaba con un hombre situado en la calle ternísimos diálogos de amor. Si luego hubieran seguido al hombre, cuando próximo el día se separaba de su amada, le hubieran visto cruzar varias calles, hasta llegar á una casa cuya puerta abría, y al entrar en el zaguán, á la luz de una lámpara en él colocada, hubieran reconocido al propietario, el joven y rico comerciante israelita David.

La sorpresa que hubiera experimentado el amante celoso hubiera sido grande, porque ni remotamente nadie sospechaba que David, entregado siempre á sus asuntos de comercio, que prosperaban de día en día, y que con ojos al parecer indiferentes veía cruzar alguna vez á Naara por delante de su casa, fuese el amante de la hija de Rubén. Consistía esto en que David, conociendo el genio avaro del padre de Naara, no había querido que sus amores trascendieran, para no dar lugar á que, advertido aquél, impidiera sus entrevistas con la que su corazón adoraba, entran do en cuidados que hasta entonces le tenían descansado y lleno de confianza, de la cual se aprovechaban los amantes para sus nocturnas entrevistas, que iban

arraigando más el ardiente fuego en que sus corazones se abrasaban.

Llegó, sin embargo, un día en que conocieron que era ya imposible continuar por más tiempo manteniendo ocultos aquellos amores, sufriendo las largas ausencias á que el recato que querían guardar les obligaba, y decidió David ir á casa de Rubén á darle cuenta de su pretensión, agitado su corazón entre la dulce esperanza de verla alcanzada y el triste temor de verla fallida.

Aunque rico, no era David opulento, por más que sus asuntos caminasen de tal suerte que tenía fundadas esperanzas de llegar á serlo; mas temía no lograr convencer á Rubén, presentando á sus ojos el porvenir que le aguardaba, pues sospechaba que el avaro se daría más traza para cosechar realidades que para sembrar esperanzas.

Cuando fronteros el viejo y el joven, comenzó éste á hablar manifestando su petición y el amor que le unía con Naara, una emoción grandísima le sobrecogió y sus palabras escaparon á borbotones, con toda la elocuencia del alma, ardientes y vivas, buscando el camino del corazón, sin comprender que se dirigían á un hombre que oía un lenguaje desconocido y que, comprendiendo únicamente al través de aquel ruido, que se trataba de destruir el frío cálculo que había formado con respecto á su hija, le escuchaba con asombro y actitud de fiera sorprendida en su cubil.

– Eres un insensato, que has pensado que yo daría mi hija á un pobre, fué la única contestación que Rubén dió á la larga peroración del joven.

En vano éste pretendió explicar sus esperanzas de riquezas futuras, porque Rubén, reservado y hosco, manifestábale á las claras que no era hombre á quien convenciese y sacase de su propósito el discurso del mejor orador del mundo. ¡Extraño diálogo aquel en que sólo cantidades y riquezas se discutían, cuando lo que en el fondo se trataba era un amor desinteresado y puro!

Razones, súplicas y lamentos, todo fué inútil, hasta que David comprendió que era imposible hacer brotar el menor átomo de sentimiento en el corazón helado del anciano. Entonces, desesperado y alentando apenas, se asió con afán á una última esperanza, formada por un pensamiento que surgió en su cerebro y se apoderó de él con la misma violencia con que surge y se arraiga una idea de salvación en la mente perturbada de un condenado á muerte. Lleno de dolor y de ira, pidió un plazo de dos años al implacable viejo, creyendo que al cabo de este tiempo, infinito para él, podría volver y arrojar á los pies de Rubén oro suficiente para arrancarle el consentimiento que le negaba. El padre de Naara concedió el plazo que de él se solicitaba, y un momento después, mudos y sombríos, se separaban aquellos dos hombres, alentando cada cual en su corazón esperanzas de bien diversa índole.

Aquella noche David acudió á la ventana de su amada; pero en vano repetidas veces hizo la señal acostumbrada, porque continuó cerrada, y tuvo por fin que apartarse con el corazón angustiado de aquel sitio que había presenciado tanta felicidad.

Tres días después partía de Córdoba, sin haber conseguido ver al ángel de sus amores, para buscar en lejanas tierras, por medio de su tráfico comercial, el oro que había de ser la llave encantada que le abriese el Edén en este mundo para gozar en él por anticipado todas las delicias del cielo.

Y mientras tanto Naara, ignorando lo ocurrido, sin atreverse á dirigir una pregunta á su padre, que la mantenía constantemente á su lado, consumía su vida en terrible ansiedad, sin la vista de su amado, tan preciosa á su existencia como la gota del rocío y el rayo del sol á la florecilla de los campos.

III

Transcurrió un año entero para Naara sin que en todo él tuviera la menor noticia de David: año de dolor, de angustia, de instantes infinitos.

La pena se reflejaba en su semblante, cubriéndole con su velo impalpable y aumentando su belleza.

Un día que caminaba asida del brazo de su padre por una de las calles de Córdoba, se cruzó con ellos un moro de riquísimo traje y arrogante apostura, que clavó en ella una mirada ardiente, apasionada, audaz, que la hizo bajar los ojos, interponiendo así entre sus pupilas y las del árabe la espesa cortina de sus negrísimas pestañas. Continuó su camino sin volver atrás la cabeza, conociendo, sin embargo, sin poder explicarse por qué, que el joven la seguía y sintiendo una emoción de miedo en el corazón.

Cuando llegó á su casa, ya en el umbral, quiso saber si se había engañado, y volvió la cabeza, pudiendo apenas contener un grito. El árabe estaba allí, á unos pasos de ella, enviándole una mirada aun más profunda que la primera, llena del deseo que pueden expresar unas pupilas africanas, y en la que brillaba algo del fuego que debe arder en los ojos de Satanás, el ángel caído, cuando fije su vista desde el antro de sus tormentos y desesperación en la luminosa región de los bienaventurados. Aquella mirada abrasadora produjo, sin embargo, frío en el corazón de Naara, porque al través de ella le pareció ver algo desconocido que se interponía en el camino de su vida ya tan desgraciada, y creyó sentir por ella como el agotamiento de una última esperanza de felicidad, que volaba y huía á la región de las quimeras. Era un presentimiento que se imponía y se apoderaba de su alma, indicándole el principio de un combate, como el clarín anuncia al soldado el comienzo de la batalla. ¡Pobre Naara! Creía haber llegado en su dolor al punto límite de la desventura, y en un momento veía surgir nuevos pesares, nunca imaginados por su fantasía.

Transcurrieron varios días, y todos ellos vió, cuando salía con su padre, al joven árabe seguir sus pasos, siempre á igual distancia y con aire que la aterraba, porque marcaba para su corazón de mujer el



PREDICAR EN DESIERTO, cuadro de Joaquín Agrasot
(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

aplomo del hombre que empieza su camino con la seguridad completa de acabarlo.

Detrás de las celosías de su casa observaba algunas veces, sin ser vista por él, al joven, que contemplaba la puerta con insistente mirada, ó hacía preguntas á algún pobre transeunte, con quien entablaba un diálogo en el que entraban por mucho las señas lanzadas á la morada de Rubén, y que terminaba siempre por un movimiento como de entegrar algunas monedas y humildísimos y exagerados saludos por parte del que las recibía, que marcaban de manera clara la cuantía de aquellos presentes.

Naara, que mantenía cada vez más vivo el recuerdo idolatrado de David, odiaba ya al tenaz árabe, y abrigaba por él un miedo de oveja que siente su redil rondado por el lobo.

Mas por ventura suya, no tuvo que asistir ni pudo escuchar una conversación que algún tiempo después tuvo lugar entre su padre y el asiduo rondador.

Era éste Grafiar-ben-Duzcali, uno de los amigos favoritos del gran emir Abd-er-Rhamán, conocido en Córdoba por sus riquezas sin cuento y por la tenacidad de su carácter. Valiente y voluptuoso, decíase de él que poseía en su suntuosa mansión una magnífica colección de armas de todos géneros, y que en su harén guardaba las más preciadas hermosuras del mundo.

No entró en la casa de Rubén con el temor con que un año antes había penetrado David, sino con la vista alta y la arrogancia pintada en el rostro, con algo en fin en toda su apostura del aire conquistador con que veía á su potro favorito pisar con el duro casco el suelo arrebatado á los enemigos en la encendida pelea. Tan luego como expresó á Rubén la pretensión de que le entregase su hija, un estremecimiento corrió por el cuerpo del viejo judío, porque como hombre religioso tenía que sacrificar todas sus



DEBERES HUMANOS, cuadro de Juan Vila
(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

creencias entregando su hija á un enemigo del Dios de Jacob, y como padre tenía que atormentar el corazón de Naara, que ardía en amores por el ausente David.

Una negativa terminante fué la respuesta que recibió Grafiar; pero lejos de alterarse éste, como parecía corresponder á su carácter arrebatado, recibió con una sonrisa fría y acerada la contestación del viejo, como hombre que oye una cosa que ha esperado oir ya, y á la cual puede resistir con poderosos argumentos.

Entonces se entabló una lucha horrible entre aquellos dos hombres; lucha inaudita de sentimientos, porque Grafiar, con reposado continente, comenzó á ofrecer cantidades al miserable judío como compra infame y vil del tesoro que ambicionaba. Espantosa era la expresión del rostro de Rubén, lívido por el deseo; pero eran más espantosas aún las ideas que cruzaban por su cerebro, y las sensaciones que agitaban su corazón, ahogando amor, honor, creencias ante su monstruosa pasión de oro. Por fin, cuando Grafiar nombró con decisión irrevocable que se transparentaba en su firme acento, una última cantidad capaz de satisfacer aquella sórdida avaricia, el viejo dejó escapar de sus labios temblorosos su asentimiento, y el joven lanzó un grito de alegría al ver conseguido el objeto de sus deseos.

Al día siguiente, Naara, á pesar de sus lágrimas y de su dolor, fué conducida á la casa del magnate, y Rubén recibió el precio de su maldita venta.

No volvió á saber de su hija, muerta desde entonces para él, y sólo alguna vez pensaba en la vuelta del amante de Naara; pero sin espanto, porque había hecho creer en la judería que la amada de David había muerto lejos de Córdoba, en casa de unos parientes lejanos donde la había mandado.

Hubiera temblado, sin embargo, si hubiese sabido que seis meses después de los sucesos que acabamos de narrar, un eunuco, ganado con presentes por Naara, había llevado á un fiel servidor de David un pergamino cerrado, y poco después la noticia de la muerte de la pobre niña, encargando el sigilo por temor de que los hebreos hicieran caer sobre Rubén el peso de la ley.

Aquel pergamino, que el servidor de David guardaba religiosamente, encerraba una relación de lo ocurrido, y en él se expresaba, en cuanto la palabra puede expresarlo, la agonía de un alma, la muerte de una niña, agostada en los brazos de un hombre aborrecido, como una flor arrancada la raíz de la vida por la lava hirviente de un volcán.

IV

Una noche Rubén se disponía, según costumbre, á contar su oro, cuando oyó un golpe dado con violencia á la puerta de la calle.

– ¿Quién podrá ser?, murmuró. Alguno que viene á pedir dinero, y no querrá que nadie lo sepa. ¡Bah!.. Le haremos pagar doble por el misterio.

Y tomando en su mano una pequeña lámpara, se dirigió hacia una ventana colocada al lado de la puerta y un poco más alta que ella.

La abrió, y dos hombres, á juzgar por el bulto, se ofrecieron á su mirada escudriñadora que quería sondear las tinieblas. Sacó el brazo con la luz, y quedóse un momento silencioso, contemplando aquellas dos figuras, inmóviles como estatuas.

– Volved mañana, dijo por fin, no es hora de abrir á nadie, ni de tratar ningún asunto; hablaremos á la luz del día.

Los dos hombres volvieron la espalda á la casa y comenzaron á alejarse.

– Peor para vos, dijo uno de ellos; mañana será tarde, y esta noche podríais ganaros unos buenos cequíes.

El viejo se arrepintió de lo que había dicho, y una sombra de duda pasó por su semblante.

– ¿Qué queréis?, dijo con rapidez.

Los dos hombres volvieron sobre sus pasos y el que había hablado antes arrojó por la ventana un objeto que pasó por encima de la cabeza de Rubén y cayó en la habitación.

– Ved si os conviene comprar eso, dijo con mal humorado acento.

Rubén se apartó de la ventana, buscó en el suelo, y encontró un pequeño lío de paño. Lo descubrió con presteza, y mil chispas de luz saltaron á sus ojos desde unos magníficos brillantes primorosamente tallados, sembrados con profusión en un precioso joyel de exquisito gusto árabe. Un ligero encarnado coloreó las mejillas del avaro, y por un momento se cruzaron los rayos de luz que escapaban de los brillantes y los que lanzaron sus ojos, alegrados por la codicia.

– Voy á abrir, dijo á los de afuera, después de haber contemplado largo rato con delicia el soberbio joyel y oprimiéndole con mano convulsa.

Oyóse un instante después, en el silencio de la noche, el áspero chirrido que hicieran al descorrerse varios cerrojos, y se abrió después la puerta dando entrada á los dos hombres.

– Seguidme, dijo el viejo al verlos dentro.

Y después de cerrar cuidadosamente la puerta, tomó delante de ellos por una empinada escalera, que conducía á la habitación en que se entregaba á sus tráficos.

Cuando hubo llegado á ella, se volvió, y vió con asombro que sólo estaba con él el hombre que hasta entonces no había hablado, y cuyo rostro no podía descubrir, cubierto como estaba por la capucha de una chilaba.

– ¿Y vuestro compañero?, preguntó con miedo el viejo.

Por única contestación, el desconocido, con un rápido movimiento echó atrás la capucha, dejando al descubierto su hermosa cabeza.

Rubén contuvo un grito de terror, porque delante de él, pero inmóvil, amenazador, con la desesperación pintada en el rostro y el odio en la mirada, estaba David, el amante querido de Naara, contemplándole con un aspecto de demonio á quien se entrega el alma precita de un condenado

Un pavor que heló la sangre en sus venas se apoderó del viejo, y sintió que sus escasos cabellos se erizaban de terror.

La lámpara, colocada encima de la mesa, iluminaba con llama vacilante aquella escena.

El joyel escapó de manos de Rubén, y produjo al caer un sonido metálico que interrumpió el silencio que reinaba en la estancia.

– ¿Qué has hecho de Naara?, preguntó David con voz ronca, preñada de ira y de amargura.

Rubén quiso contestar; pero antes de que pudiera hacerlo, «Toma, asesino, y lee,» dijo David, poniendo en sus manos arrugadas el pergamino escrito por Naara.

Dominado el viejo por el miedo y por el acento imperioso del joven, pasó su vista por el pergamino, comprendiendo, apenas comenzó á leer, que allí estaba escrita su sentencia de muerte.

Cuando hubo acabado de leer, quedó mudo y aterrado delante del vengador de Naara, sin calor para defender su vida, cuyo término leía en la hambrienta mirada de odio que lanzaban los ojos de David.

– Mientras tú la asesinabas lentamente, exclamó éste, yo, loco de mí, corría tierras y atravesaba mares buscando oro para satisfacer tu pasión infame, y cuando volvía con él para entregarlo en tus manos, supe que ella, pura como los ángeles, había sido entregada á un demonio. Podría delatar tu crimen, añadió con acento horrible, á los de nuestra religión, para que te hicieran morir entre tormentos, y todos me parecen pequeños para satisfacer la sed de venganza en que arde mi alma. ¡Tiembla, miserable!, porque yo que he visto los volcanes, te digo que su hirviente lava es fría ceniza comparada con el fuego que devora mis entrañas, y no encierran las ondas saladas de los mares que por ti he cruzado tanta amargura como llevo en mi corazón destrozado.

Rubén se estremeció al oir la expresión de aquel odio formidable, y comprendió que estaba perdido y completamente á merced de su enemigo.

– ¡Ah!, continuó David, mi mente tan fecunda para encontrar el oro que me pedías, no encontrará una venganza tan grande como me la está pidiendo mi corazón...

El viejo, que había llegado al paroxismo del terror y perdido toda esperanza, comprendiendo que su vida tocaba á su término, sólo quiso evitarse los tormentos que la rabia de su contrario le auguraba, para lo cual procuró excitar su ira á fin de recibir pronto el golpe que había de acabar con su existencia.

– ¡Cómo resistir, exclamó con desesperación, al dinero de Grafiar, cuando sabes que el oro es para mí más que el amor de mi hija y más aún que mi propia vida!

– Sí, ya lo sé, miserable, dijo David con una exclamación de alegría insensata; ya sé cuánto amas tus riquezas y cómo te embriagas con su brillo cuando, después que la noche cierra, penetras en el sitio en que las escondes: ese sitio es éste, y yo conozco el secreto que abre la puerta del alcázar de tus placeres.

– ¡Mentira!, gritó el viejo, herido en lo más hondo de su corazón; no puedes saberlo...

– Sí lo conozco, infame, exclamó David, que saboreaba con delicia la angustia del viejo. Naara me lo dijo. ¿Qué secretos guarda una mujer al hombre que ama?

Luego añadió lentamente, dejando caer sus palabras como gotas de plomo derretido:

– Pensé arrancar gota á gota de tu cuerpo tu sangre venenosa; mas es poca satisfacción para mi sufrimiento, y voy á arrancar hasta la última moneda de tus arcas.

Un estremecimiento espantoso contrajo el cuerpo del anciano, que había visto, sin atreverse á tomar defensa, acercarse el postrimer instante de su vida, pero cuyo corazón se sublevaba ante la idea, nunca concebida por su menguada razón, de perder el fruto de sus crímenes. Su cuerpo encorvado se alzó con rabia de fiera que defiende sus cachorros, y adquiriendo sus cansados miembros la flexibilidad de los de un joven, saltó á un ángulo de la habitación en que se encontraba, y se colocó delante de él, armada su diestra con una acerada gumía que apretaba convulsivamente, mientras que con la izquierda mano parecía proteger la oculta puerta del recóndito sitio en que encerraba su oro maldecido.

David le midió un momento con la vista de los pies á la cabeza, y sin pronunciar una palabra se arrojó sobre él.

Este quiso descargar su gumía sobre el pecho del joven, pero con un movimiento rápido logró su contrario parar el golpe, y oprimiendo con fuerza incontrastable la muñeca de Rubén, le hizo soltar el arma homicida y caer postrado á sus pies.

– ¡Isaac á mí!, gritó con voz de trueno.

La puerta de la habitación se abrió, y un momento después apareció en su marco la figura del fiel servidor de David.

– Sujeta á ese hombre, dijo éste.

Poco después, Rubén forcejeaba en vano y rugía de cólera y desesperación, sujeto en las manos de Isaac como en una máquina de acero.

Entonces vió con espanto, loco, fuera de sí, cómo David, oprimiendo un resorte, abría aquella puerta que él había en vano intentado defender.

Y creyendo ablandar el corazón de su enemigo, evitando de este modo la pérdida de aquellas riquezas para él tan queridas, comenzó á suplicarle, mezclando á veces con sus lamentos palabras de ira y juramentos terribles de venganza.

– Bien hice yo, dijo por fin con voz enronquecida, en no entregarte mi hija. ¿Qué tienes tú que echarme en cara, miserable ladrón de un viejo indefenso?

Aquellas palabras produjeron una sacudida nerviosa en el cuerpo de David, que se volvió pálido, con los ojos inyectados en sangre, hacia Rubén.

– ¡No es verdad!, le dijo Yo no puedo robarte tu dinero; pero necesito vengarme de ti y siento haber nacido bueno, porque no encuentro en las profundidades de mi cerebro una idea bastante horrible capaz de satisfacer la rabia de mi corazón. Yo te dejaré tu oro..., ¡todo no!, dijo de repente, como asaltado por un pensamiento súbito... ¡Mira!

Entonces comenzó á poner encima de la ancha mesa los montones de piezas de oro y piedras preciosas que constituían la riqueza del judío.

Isaac presenciaba aquella escena sin pronunciar una palabra, sujetando al viejo, que en vano intentaba desasirse con impotentes esfuerzos como si estuviera preso por unas manos de piedra.

Luego que todo estuvo colocado sobre la mesa:

– Escucha, dijo David á Rubén, serán tuyas todas las riquezas que puedas ir cogiendo con las manos.

Y sin que el viejo pudiera evitarlo, le desciñó el cordón con que sujetaba á su cuerpo la especie de hopa que le cubría, y un momento después, haciendo un nudo corredizo, encerraba en él el cuello de su enemigo.

– Comienza á apoderarte de tu oro, exclamó David; mas sabe que en el momento en que ceses, no tendrás ni una sola de las monedas que dejes. Cuando indiques que no quieres más, yo te devolveré con la vida las riquezas que hayas tenido tiempo de alcanzar.

Rubén miró con atonía á David y á Isaac, y luego sus ojos lanzaron una mirada indescriptible á aquellas riquezas que brillaban y despedían vivísimos destellos ante él.

Hizo con la cabeza un signo afirmativo, y apartándose de Isaac que había abierto sus manos, á una seña de David, se colocó junto á la mesa.

Entonces tuvo lugar una escena horrible.

Con las manos convulsas, empezó á coger puñados de monedas y brillantes, que despedían chispos de luz entre sus dedos amarillentos, arrojándolos al suelo, al mismo tiempo que el cordón que ceñía su cuello le iba oprimiendo de una manera lenta y terrible. Bien pronto manchas lívidas cubrieron sus mejillas y comenzó á sentir que el aire iba faltando á sus pulmones; y sin embargo, con rapidez vertiginosa, estremecido su cuerpo por la angustia del tormento, asía joyas y dinero y las arrojaba al suelo, produciendo un sonido metálico continuo que interrumpía aquel silencio pavoroso. La respiración le faltaba

casi por completo y ante sus ojos pasaban luces extrañas; pero á pesar del sufrimiento continuó su tarea, por más que en su mente veía acercarse la muerte con pasos gigantescos. Con tal rapidez había ido encerrando en sus manos su tesoro, que llegó un momento en que sólo una moneda, un dinar, quedó brillando sobre la mesa. Entonces en su cerebro hubo en un segundo una lucha terrible entre el instinto de conservación y su monstruosa avaricia. Comprendió que había llegado al último límite, y que era preciso para conservar su vida hacer la seña que había de poner término á su agonía. Sus oídos zumbaban, su rostro estaba cárdeno y cubierto de manchas violadas; sólo un átomo de vida quedaba en aquel cuerpo decrépito.., pero allí, delante de él, brillaba el último dinar como un ascua.., extendió la mano y quiso apoderarse de la moneda codiciada.

La vida le faltó, y cayó de bruces sobre la mesa.

Estaba muerto; mas al desplomarse cayó su mano enclavijada con el postrimer esfuerzo de la agonía sobre el último dinar, quedando allí tiesa, rígida, espantosa, marcando el último pensamiento que había iluminado la mente del avaro.

ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ

NUESTROS GRABADOS

Ensueño, escultura de Alfredo Boucher (Exposición general de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona. 1896). – Además de la escultura, *A la terre*, de la que nos ocupamos en el número 753 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y que ha sido premiada con la medalla de honor, el ilustre escultor francés Alfredo Boucher presentó en nuestro último certamen artístico la que hoy reproducimos. El contraste entre ambas no puede ser más sorprendente: la una es todo vigor, la otra todo gracia; en aquélla se revela el artista enamorado de lo real, en ésta el poeta que deja volar su pensamiento á las esferas ideales; la primera asombra por su grandiosa sobriedad, la segunda encanta por su gracia exquisita, y las dos demuestran, cada una en su género, que su autor es maestro en el arte escultórico, lo mismo cuando acomete obras de gran empuje que cuando produce esas otras de menos alientos, si se quiere, pero en las cuales sobresalen también rasgos de inspiración y de modelado, no menos dignas de alabanza.



El general de división D. RAFAEL CERERO, subinspector de defensas del reino (de fotografía de Napoleón)

Predicar en desierto, cuadro de Joaquín Agrasot (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona. 1896). – El distinguido pintor valenciano autor de este bellísimo lienzo, dedícase casi exclusivamente al estudio y á la reproducción de tipos y costumbres de su tierra, según hemos hecho observar en distintas ocasiones en estas mismas páginas: gracias á ello ha logrado dominar los asuntos que en aquella región pueden servir de tema á un artista, que no son pocos ni de poca belleza por cierto, y merced á su talento de observación y á sus relevantes cualidades técnicas ha conseguido además imprimir en sus obras un sello de originalidad que sin esfuerzo permite adivinar la procedencia de las mismas El lienzo *Predicar en desierto* mereció justos elogios de cuantos lo vieron en nuestro último certamen de Bellas Artes.

Deberes humanos, cuadro de Juan Vila (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona. 1896). – El autor de este cuadro se manifiesta en él modernista, dentro del buen sentido de la palabra; es decir, copia la vida real, pero sin incurrir en exageraciones; escoge como asunto de su composición una escena campestre que ha podido ver con sus propios ojos; pero ni desdeña la corrección en el dibujo, ni busca esos efectos de color falsos que las más de las veces sólo sirven para engañar al espectador distrayendo su atención de los puntos vulnerables de la pintura. El Sr. Vila ha tratado además un tema eminentemente humano: el payés que abre el surco en la tierra para arrancar de él lo que ha de servir para su sustento, cumple la ley fatal que sobre todos pesa de ganar el pan con el sudor del rostro, y la mujer que con los dos niños espera á que termine su tarea para comer en grata compañía, es el símbolo de los tranquilos goces familiares, que constituyen la mejor recompensa del trabajo y el descanso más apacible de las fatigas de una labor dura.

Después de la batalla, relieve de M. Lederer



MONUMENTO ERIGIDO EN EL MONTE KYFFHAUSER (TURINGIA) Á LA MEMORIA DEL EMPERADOR GUILLERMO I

Obra del arquitecto Bruno Schmitz y de los escultores Nicolás Geiger y Emilio Hundrieser

Acto de la inauguración (de una fotografía instantánea)



¡SOCORRO, SOCORRO!, cuadro de J. Garate y Clavero (Exposición Internacional de Berlín [illegible])

El duque de Orleans y su prometida la archiduquesa María Dorotea. – El día 15 de julio último se desposaron en el castillo de Alcsuth, cerca de Budapest, el duque Felipe de Orleans y la archiduquesa María Dorotea de Austria. El novio cuenta 27 años, es hijo del conde de París y pretendiente á la corona de Francia; la novia, que nació en 1867, es hija del gran duque José, comandante en jefe de la milicia



El duque FELIPE DE ORLEANS

territorial húngara, y de la princesa Clotilde de Sajonia, Coburgo y Gotha, y sobrina del gran duque José, palatino de Hungría. La noticia de estos desposorios ha producido gran contento en Budapest, en donde la desposada goza de generales simpatías. La archiduquesa María Dorotea es bellísima, y en su rostro revélanse, además, una bondad y una inteligencia grandes: la muerte de su hermano Ladislao, ocurrida el año pasado á consecuencia de un accidente de caza, la impresionó tanto que desde entonces ha vivido completamente retirada y aun se dijo que pensaba entrar en el claustro. Mariska, como la llaman generalmente en Hungría, habla casi todos los idiomas europeos, es muy entendida en literatura, pintura y música: pintora y compositora de no comunes dotes, expuso hace algunos años un retrato suyo y un álbum de vistas de Alcsuth, que hoy figuran en la colección artística de Mauricio Jokai, y ha publicado varias canciones y romanzas que se han hecho populares. En Alcsuth y en sus alrededores, todos la quieren por el mucho bien que á los pobres dispensa. El duque de Or-



La archiduquesa MARÍA DOROTEA DE AUSTRIA
prometida del duque de Orleans

leans, que conquistó gran popularidad en Francia cuando quebrantó el destierro impuesto á su familia para cumplir los que él estimaba sus deberes militares, es un joven de arrogante presencia y de no escaso talento: desde la muerte de su padre está al frente del partido monárquico francés, y acaricia, con todo el entusiasmo de la juventud, la esperanza de hacer revivir en Francia los días gloriosos de la antigua realeza. La boda de estos príncipes se verificará probablemente en el próximo mes de octubre en Budapest.

El general de división D. Rafael Cerero. – Encargado de la importante misión de formar un plan de defensa de nuestra península é islas adyacentes, el general de división D. Rafael Cerero está actualmente recorriendo las principales plazas del reino con objeto de proceder sobre el terreno al examen de los puntos más á propósito para el establecimiento de las debidas fortificaciones y trazar los proyectos parciales que remite directamente al ministerio de la Guerra. La sola enunciación de estos trabajos demuestra la importancia del cargo que ha sido confiado al general Cerero, cuya brillante historia militar le coloca en uno de los primeros puestos dentro del arma de Ingenieros de donde procede.

Después de la batalla, relieve de M. Lederer. – Poco esfuerzo se necesita para adivinar que el combate ha sido desfavorable para el ejército de que formaban parte estos jinetes: en su actitud, en sus semblantes se advierte el desaliento de la derrota, y hasta los mismos caballos parecen sentir el peso de la desgracia. De los tres brutos, uno marcha solo y parece buscar al que montado sobre él pocas horas antes le lanzaba en frenética carrera contra las filas enemigas en donde encontró la muerte. Un velo de tristeza cubre todo el relieve comunicándose al ánimo del que lo contempla. La obra del joven escultor berlinés es además un modelo de ejecución: Lederer ha sabido vencer con habilidad suma las grandes dificultades que en este género escultórico ofrecen el escorzo y la perspectiva, modelando unas figuras en las que cada término aparece indicado en su verdadero valor y trazando un fondo que produce la ilusión completa de una inmensa llanura que va á perderse en el horizonte.

Monumento erigido en honor de Guillermo I en el monte Kyffhauser. – El monte Kyffhauser, en donde se ha erigido este monumento que las asociaciones militares alemanas han dedicado al primer soberano del nuevo Imperio, está situado en el corazón de Alemania en una región poblada de recuerdos históricos del Imperio antiguo. La grandiosidad y la poesía que en aquel sitio tiene la naturaleza eran un escollo en donde fácilmente podía estrellarse una obra ejecutada por la mano del hombre; pero el autor del monumento que nos ocupa ha sabido vencerlo, logrando que por su majestad, por su sencillez, por su sobriedad verdaderamente clásica aparezca grande aun en medio de la grandiosidad del paraje para su erección escogido. En el sitio en que en otro tiempo se alzaba el antiguo castillo de los emperadores alemanes, del cual sólo se conservan algunos restos, entre ellos la llamada torre de Barbarroja, extiéndese una gran terraza desde la cual dos majestuosas escalinatas conducen á una segunda terraza y de ésta á una tercera, que es la que sirve de base al monumento y en cuyos cuatro angulos se ven otras tantas torrecillas. De ella arranca la torre central, que mide 57 metros de alto y ocupa un espacio de 20 metros en cuadro y que termina en un baldaquino sobremontado por la corona imperial: en la cara anterior de esta torre se ve la estatua ecuestre del emperador Guillermo, de nueve metros de altura, y sentadas á ambos lados del pedestal dos figuras que simbolizan el vigor alemán y la historia de Alemania, representadas la primera por un guerrero germano y la segunda por una matrona que clava su mirada en el emperador y le ofrece la corona de la victoria. En la cara opuesta del monumento hay la estatua sedente de Federico Barbarroja. El monumento es obra del famoso arquitecto Bruno Schmitz y las esculturas son de Hundrieser, la de Guillermo I, y de Geiger la otra. Al acto de la inauguración asistieron el emperador y la mayoría de los príncipes alemanes, resultando aquélla un acto solemnísimo por la presencia de los muchos elevados personajes y de las innumerables comisiones, asociaciones militares y representaciones del ejército que á ella concurrieron. El coste total del monumento ha sido de 1.300.000 marcos (1.625.000 pesetas).

¡Socorro, socorro!, cuadro de J. Garate y Clavero (Exposición Internacional de Bellas Artes de Berlín, 1896). – El pintor español Sr. Garate, que forma parte de la colonia artística de nuestros compatriotas residentes en Italia, se ha asimilado de tal suerte los procedimientos de los maestros de aquel país y de tal manera se ha identificado con las escenas de aquella tierra, que muchos de sus cuadros podrían creerse obra de alguno de los buenos pintores italianos contemporáneos. Véase, como muestra de ello, el que en este número reproducimos, ese episodio altamente dramático que el autor supone acaecido ó que quizás tuvo ocasión de presenciar en la ciudad de las lagunas. Por su asunto, por su factura misma más parece pertenecer á la escuela italiana que á la española. Y no decimos esto en son de censura; al contrario, estimamos esta circunstancia como elocuente prueba del talento del Sr. Garate, ya que al proceder de esta suerte sigue el ejemplo de muchos de los grandes pintores españoles contemporáneos que en Italia residen, y demuestra su seriedad artística trasladando al lienzo sólo aquello que por la propia observación le ha sido dado estudiar. En cuanto á las cualidades del cuadro que nos ocupa, su composición, su dibujo y la expresión de las figuras, son dignas de los mayores elogios y merecieron ser alabadas por la crítica berlinesa.

Eugenio Spuller. – Nacido en Seurre (Côte-d'Or) en 1835, comenzó á ejercer la abogacía en París en 1862; unido desde entonces íntimamente á Gambetta, fué periodista y político militante y en octubre de 1870 acompañó á aquél en su expedición en globo, para organizar la defensa nacional en provincias. En 1871 fué nombrado redactor en jefe en *La République Française*, en 1876 elegido diputado por París, en 1881 subsecretario de Negocios Extranjeros en el ministerio Gambetta, en 1887 ministro de Instrucción Pública en el gabinete Rouvier, en 1889 de Negocios Extranjeros con Tirard, y en 1893 otra vez de Instrucción Pública con Casimiro Perier. Caído éste, M. Spuller, muy delicado de salud, se retiró casi por completo de las luchas políticas. Los cargos importantes que desempeñó y la amistad con que le distinguía y consideración que le dispensaba Gambetta, demuestran lo que valía como hombre de Estado; de sus méritos como escritor son buena prueba las muchas obras que dejó escritas, y entre las cuales son dignas de especial mención *Michelet, su vida y sus obras*, *La Compañía de Jesús ante la historia* y *Figuras desaparecidas*. Eugenio Spuller falleció en 23 de julio último en Sombernón, cerca de Dijón.

Doctor Leandro N. Alem, jefe del partido radical de la República Argentina. – Sin duda el extravío mental puso en manos del Dr. Alem el arma suicida. Nacido en Buenos-Aires en 1844, se distinguió desde joven por la fogosidad de su carácter. Abogado y periodista, había nacido para la lucha y en luchar se afanó de continuo, primero en el periodismo, más tarde en los campos de batalla (guerra del Paraguay), despues en la tribuna, y por fin en las calles como revolucionario, contribuyendo á derribar del poder al presidente Juárez Celmán. Alem fué el jefe del partido popular, y pobre ha muerto. Agobiado por el peso de desengaños y de dolencias físicas, el hombre que tuvo valor para arrostrar situaciones políticas difíciles, no lo tuvo para luchar con el destino, que parecía indicarle que era preciso retirarse á la vida privada. Su suicidio, ocurrido dentro de un coche de alquiler el día 1.º de julio, conmovió á la república entera, ya que en la Argentina amigos y enemigos admiraban el tesón con que defendía sus ideales. Su entierro revistió los caracteres de un acontecimiento, en consonancia con el duelo que causara su inesperada muerte. Paz en su tumba.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – LONDRES. – En la casa Christie se ha verificado una subasta por cuyos resultados puede comprender se lo que aun en materia de bellas artes influye la moda. Vendiéronse por una suma total de 334.050 pesetas 126 cuadros, habiendo sido adjudicados por 1.685, 485, 500, 4.150, 780, 2.810, 800, 1.550, 1.120, 20.325, 8.100, y 2.535 pesetas obras de Ansdell, Calderón, Callzot, Dobson, Egg, Trith, Landseer, Linnell y Phillip, por los que hace apenas veinticinco años se pagaron 11.935, 6.885, 3.825, 15.535, 10.335, 16.585, 5.210, 13.250, 17.250, 42.810, 28.080 y 15 970 pesetas respectivamente.

LEIPZIG. – La casa Grimme y Hempel ha abierto un concurso de carteles anunciadores artísticos entre los artistas alemanes: estos carteles pueden referirse á todas las cosas anunciables y especialmente á comestibles, bebidas, cigarros, conservas, velocípedos, guantes, específicos, medicamentos, hilos, máquinas de coser, perfumería y pianos. Los trabajos pueden ser ejecutados por cualquier procedimiento pictórico con tal de que puedan reproducirse directamente por medio de la litografía. La casa ofrece un premio de 1.500 marcos (1.875 pesetas), otro de 1.000, otro de 750, tres de 500, cinco de 300 y diez de 200.

Teatros. – La comedia francesa *L'hotel du Libre-Echange*, de Feydeau, ha sido traducida al alemán y puesta en escena con gran éxito en el teatro de la Comedia de Francfort.



EUGENIO SPULLER, recientemente fallecido

Necrología. – Han fallecido:

José Prestwich, notable geólogo inglés, ex profesor de la Universidad de Oxford.

Pablo Federico Barfod, escritor é historiador dinamarqués, uno de los más entusiastas propagandistas de la idea de la unidad septentrional.

Augusto Jernberg, pintor de la corte de Suecia.

Enrique Ernesto Beyrich, profesor de Geología y Paleontología de la Universidad de Berlín, director del Museo de Historia Natural de aquella ciudad y miembro de la Real Academia de Ciencias.

Erdmann Encke, notable escultor alemán.

Luis Sigefrido Meinardus, célebre compositor alemán.

Alejandro Stichart, pintor de historia alemán.

El cardenal francés José Cristiano Ernesto Bourret, obispo de Rodez.

Eugenio Klimsch, notable pintor alemán.

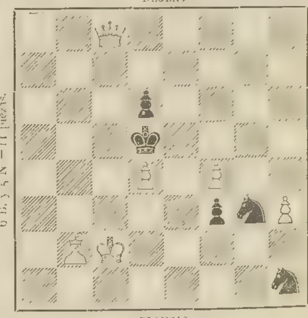
Carlos Dickens, hijo del célebre novelista inglés, colaborador y continuador, después de la muerte de su padre, de la revista *All the year round*.

Enrique Brest, el descubridor de la famosa estatua conocida con el nombre de la Venus de Milo.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 32, POR JUAN CARBÓ Y BATLLE

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 31, POR J. TOLOSA

Blancas	Negras
1. C toma P	1. R 4 D (*)
2. C 6 A D jaque	2. R juega.
3. C ó P mate.	

(*) Si 1. P toma C; 2. D 6 C R jaque, y 3. P R mate, – y si 1. A toma P ú otra jugada; 2. P toma P jaque, y 3. A 4 A D mate.



Este tiempo de brumas es bien desagradable, dijo la viuda Pernegues

UN APÓSTOL

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

[illegible]
[illegible]
[illegible]

VÍCTOR HUGO ([illegible])

PRIMERA PARTE

I

¡Talán, talán, talán!

Nada en la tierra, nada en el cielo ni en el mar, por doquiera la misma obscuridad extraña, impenetrable.

Todo lo duerme bajo la bruma que el viento no puede disipar y que, fluida, penetrante, se desliza insensiblemente, siempre tan densa, siempre tan opaca, llegando sin cesar del Oeste insondable y misterioso.

Es un sudario sin fin, impalpable, continuo, cuyo húmedo roce pasa sobre todo, lo sepulta todo en su siniestra igualdad, con una caricia sobrenatural que estremece, con un contacto perturbador de fantasma que comunica la sensación del vacío.

En el aire, suave como trama de algodón, en aquel mar pardo que produce angustia, en aquel movible y flotante Océano blanquizco, percíbese por momen-

tos, con intervalos espaciados y sacudidas regulares, un rumor que se eleva, redobla, difunde un sonido como de bronce, y después baja de punto, se pierde y extínguese; luego resuena de repente un tañido profundo, pero muy pronto cesa, para repetirse y morir de nuevo.

Siempre, y siempre:

¡Talán, talán, talán, talán!

Allá arriba, en el campanario truncado, aguja de granito de la curiosa capillita de Nuestra Señora de Roz-Madou ó Roc-Amadour, Roca en medio de las Aguas, situada como para resguardar la parte Nordeste de la península de Crozon, entre el modesto puerto de Camaret y la inmensa ola espumosa del Atlántico, allá, y como cayendo del cielo, el férreo badajo de la campana lanza así esta ruidosa llamada matinal:

¡Talán..., talán. ., talán..., talán!

Oración, queja, ó señal de apuro, siempre emite la misma nota melancólica y profunda, cuyas ondas sonoras se extienden, como gemidos, alrededor del monumento sagrado, cual bandada de aves marinas cerniéndose sobre los guijarros, sobre las piedras enormes de la escalera y sobre la fina arena de la playa de Correjou. Chocando contra la lisa rodondez del faro y los ángulos salientes del fortín construído por Vauban, traspasan la barra espumosa que barre furiosamente la orilla, y llegan hasta más allá de las tumultuosas olas, en medio de los gritos de las gaviotas, llevando por los aires á lo lejos su santo llamamiento.

Infatigable, ardiente en su misión de salvamento de las almas y de los cuerpos, tañe, y tañe siempre, cogida muy pronto, absorbida y sepultada en la densa bruma blanquizca que rodea en aquella mañana del mes de marzo el límite extremo del antiguo continente, esa punta siempre brumosa del fin de la Armórica.

En el interior desnudo y frío de la vetusta capilla gótica, de paredes blanqueadas con cal, de baldosas de piedra ennegrecidas, de macizos pilares octógonos, verdosos en sus bases cuadradas por efecto de la humedad del mar, y de ojivas agudas que separan la nave de la parte baja, notándose en particular dos arcos romanos que interrumpen la uniformidad de aquéllas, la niebla, filtrándose por las rendijas de las puertas y por algunos cristales rotos de las ventanas, teje una gasa de color lechoso que suaviza el contorno de los objetos, y en medio de la cual se agitan confusas formas diseminadas.

— *¡Dominus vobiscum!*

Desde el fondo del coro, partiendo de las gradas del altar, elevado bajo una extraña viga de ocho lados, en cuyas extremidades clavan sus blancos dientes unas fauces de monstruo, las palabras latinas resuenan, pronunciadas por una voz robusta, á la que un órgano, más dulce, más moderado y como en parte contenido por el respeto contesta:

— *¡Et cum spiritu tuo!*

Ayudado de su vicario y de un monaguillo, el sacerdote dice su misa; mientras que, siempre con golpes regulares, en el campanario descubierto y bajo la bóveda azul de la nave resuena la continua lamentación de la campana.

Cuando el sacerdote se vuelve para bendecir á la concurrencia, con las manos extendidas y los brazos ligeramente levantados, distínguense con más claridad su elevada estatura y sus robustas formas, que se marcan bien bajo las insignias sacerdotales: hombros fornidos, cuello corto, que sirve de base á una cabeza enérgica, con cabello negro y brillante en el que apenas se ve alguna cana, aunque el sacerdote cuenta más de cincuenta años; cara colorada, llena de vida, con la curva de la nariz muy saliente, ojos vivos, sombreados por espesas cejas, mandíbulas grandes y labios sanos, un poco gruesos, que revelan bondad.

Aunque reprimidos y bien mesurados por la grave ceremonia del culto, sus menores movimientos denotan el vigor corporal, así como la expresión de ruda franqueza de sus ojos negros, las líneas bien marcadas de su frente, verdadera frente de bretón, y el corte cuadrado de su barba, indican claramente el espíritu belicoso y la fuerza de voluntad que raya en obstinación.

Aquel sacerdote es el padre Pedro Kerbiriou, cura de Camaret.

Flaco, hundidos los ojos en un rostro demacrado y enfermizo, con el cabello amarillento y aplanado, los ojos sin color, la complexión pálida y ademanes que revelan fatiga ó dejadez, el joven vicario, Santiago Louarn, ofrecía el más completo contraste con su jefe. Su largo cuerpo oscilante y su pecho anguloso parecían más flacos aún y más descarnados bajo la estrecha sotana negra, muy ceñida sobre los raquíticos miembros.

A medida que la misa seguía adelante, el vicario daba sus respuestas cada vez en voz más baja, como si la persistente humedad que se filtraba por las paredes paralizase su sangre y la niebla que iba en aumento le hubiese helado hasta el fondo de los pulmones.

— Nuestro vicario parece sufrir más que de costumbre á esta hora, dijo una mujer con manto negro de viuda y papalina blanca, inclinándose hacia su vecina.

Esta última, con un gran rosario entre los dedos, contemplaba á la vez el altar, con sus altos candelabros, sus vasos llenos de flores, y las tres estatuas que ornaban el fondo del coro, á la izquierda Santa Ana y la Virgen, á la derecha Santo Tomás, antiguo patrón de Camaret, y triunfante, sobre el tabernáculo, la Virgen con el Niño Jesús.

Como no recibiese contestación, la mujer prosiguió:

— Me parece á mí que no tiene el pecho que se necesita en nuestros países. ¿No es verdad, tía Rosalía?

Interrumpida en sus reflexiones la patrona del *Hotel de la Marina*, la robusta y vivaz decana de Camaret, se encogió de hombros, con una sonrisa de aprobación.

— ¡Oh, Dios mío!, contestó, es verdad, Luisa; estas malas brumas no son convenientes para él; pero, ¡qué quiere usted!, es un sacrificio más que ofrece al Señor. Todo el mundo no puede tener la salud y robustez del señor rector.

— Sin embargo, ambos son bretones.

— Sí, el uno de la ciudad y el otro del campo.

Las dos mujeres fueron interrumpidas por una frase que al parecer se les dirigía:

— ¡Ah diablo, no cabe duda que nuestro rector es hombre de peso, y famoso marinero además! Cuando es preciso no le arredra un golpe de mano para ayudar á su prójimo, así como tampoco retrocede ante una buena pipa. ¡Ah, ah! ¡Bien podemos decir que es todo un hombre, un verdadero bretón de mar! ¡No le haría toser á él un poco de bruma, y hasta se le oiría en una tempestad! ¡Vean ustedes .. ú oigan más bien cómo nos dice eso!..

Con voz ahogada en el hueco de la mano, Juan María Balanec, antiguo marino, patrón de varias grandes barcas y el más rico pescadero de Camaret, era quien dirigía estas palabras á las dos mujeres. Y sacudiendo sus cabellos blancos, que formaban rizos detrás de las orejas, mostraba su faz de color de cobre rojizo uniformemente obscuro, en la cual brillaban sus ojos claros, azules como el agua del Océano, y una sonrisa de satisfacción entreabría sus labios. Al mismo tiempo, el sacerdote Pedro Kerbiriou, volviéndose otra vez hacia ellos, antes de leer el Evangelio de San Juan, lanzaba á plenos pulmones la bendición final:

— *Benedicat vos omnipotens Deus, Pater, et Filius, et Spiritus Sanctus.*

Dominando por un instante todos los demás rumores, el embate furioso del mar y el tañido de la campana de bronce, estas palabras fueron como un fragor sonoro, que extendiéndose con vibrante progresión sobre las cabezas, llenaba majestuosamente toda la capilla hasta en sus menores anfractuosidades, y las pesadas sílabas solemnes repercutieron por las paredes y por la bóveda.

— ¡Anda, anda!, continuó el pescador, maravillado y enorgullecido. ¡Vaya un mozo! ¡Os repito que ese es un hombre, uno de los antiguos del país, de los que ya no se ven, bien podemos decirlo así!..

— Sí, replicó la primera de las dos mujeres, y ni siquiera se ha oído el *Amén* del vicario.

La misa terminaba.

Mientras el cura, ayudado por el vicario y el monaguillo, muchacho huérfano á quien apellidaban Plougastel, iba á depositar los vasos sagrados y los ornamentos del culto en la sacristía, situada á la izquierda del coro, los pocos asistentes á aquella misa matinal de las seis reuníanse ante la puerta ojival, que da frente á las casas de Camaret, para hablar un momento, esperando la salida de Pedro Kerbiriou y de Santiago Louarn.

No eran más que cuatro: tres mujeres, la señora Rosalía Dorso; Luisa Pennegués, la mercera, que el año anterior había perdido su esposo Juan Pedro Pennegués, muerto á los pocos días de haberse declarado la epidemia de la viruela que tantos estragos hizo en Finisterre, y Reina Balanec, hija mayor del pescadero, que acompañaba á su padre, único hombre que había en aquel grupo.

Como la niebla era cada vez más densa, de un color blanco tan impenetrable que no se hubieran podido distinguir los objetos á dos metros de distancia, el pertiguero, que desempeñaba al mismo tiempo las funciones de chantre en las misas mayores, continuaba suspendido de la cuerda cerca de la puerta principal, tocando aquella campana de Nuestra Señora de Roc-Amadour, cuyo tañido debía indicar en tiempo de niebla la posición del puerto, como tranquilo refugio, á las barcas y á los buques extraviados entre la ensenada de Bertheaume, la Punta del Gran Gouin y la entrada del Boquete de Brest. El tal sujeto, llamado Tonton Goasduff, era hombre ya viejo, de aspecto frailuno, con la barba completamente afeitada, excepto algunos pelos grises y enredados que le formaban como un collar.

— Este tiempo de brumas es bien desagradable, dijo la viuda Pennegués; por él se pierden los barcos más seguramente que con los peores golpes de viento... ¡Oh, sí! Mirad, ni siquiera se ve el fortín, que se halla á dos pasos, ni las casas, ni los barcos, ni nada. ¡Jesús!

Y la viuda Pennegués unió las manos, atemorizada ante aquel sudario que caía alrededor de ellos como amenaza de muerte, y cuyo efecto era más imponente aún al salir del tranquilo refugio de la capilla.

El pescadero, que había vuelto á tomar su aspecto grave, se encogió de hombros.

— Es una desdicha, dijo, para los que navegan con tal tiempo por estos parajes; ese mar se *infla hasta reventar, en tan poco tiempo como el que se necesita para engullir una cucharada de sopa*, según decían nuestros antepasados, que eran hombres de buen juicio...

— ¡Que Dios los proteja!, exclamó Luisa, dejando escapar un suspiro.

— Tengamos confianza en su soberana bondad. ¡Para eso acabamos de implorar su auxilio!

El cura estaba detrás de ellos, en el umbral de la puerta, dispuesto á salir; y á pesar de la entonación firme de aquellas consoladoras palabras, él también dirigía miradas tristes é impacientes al estrecho círculo en que la niebla les encerraba.

— ¿Espera usted que el Sr. Dionisio llegue próximamente?, preguntó la señora Dorso, penetrando al punto con su maternal intuición en el pensamiento secreto que hacía hablar así en aquel instante al padre Kerbiriou.

El sacerdote inclinó la cabeza, y frunciendo sus gruesos labios con expresión de descontento murmuró:

— Seguramente á estas horas mi sobrino debe hallarse á través del Raz, en pleno peligro de mar. ¡Dios quiera que no esté en la marea del Raz, que arrastra á los escollos de la Vieja!

Luisa Pennegués añadió, á manera de explicación:

— Es el sitio donde se decía al hablar de un barco:

Si no obedece al timón,
obedecerá á la roca.

Y repitió en lengua bretona la amenazadora predicción:

Nep se sent ket ouc'h ar stur
ouc'h ar garrec a ra sur.

— ¡Jesús María!

Balanec sonrió al oir á su hija lanzar esta exclamación ahogada, y dijo con aire sereno:

— Aunque joven, buen marino es Dionisio Le Marrec; en sus manos todo barco puede estar tranquilo, y yo iría en el suyo con los ojos cerrados. Atendido su buen criterio, seguro es que no habrá ido á meterse entre la Vieja y el Raz, en el estrecho paso que tan sólo sirve para las barcas y las cáscaras de nuez; y en cuanto al gran canal entre la Vieja y la isla de Séu, en pleno Raz, esté usted tranquilo, pues no se dejará coger por el reflujo, que impele al Sud sobre la Cabeza del Gato, ni por el oleaje que le arrastraría al Norte contra los Barriletes... ¡Hé ahí un hombre que le ha tomado gusto al oficio! ¡Y es todo un buen muchacho, fuerte y vigoroso!.. ¡Ah, el señor rector puede enorgullecerse de él, porque honra al país! Un mozo de esa especie es de oro... Semejante hijo... ¡Ah, ah! Bien sé yo por mi parte que... en fin... ¡ah, ah!..

Sin terminar la frase, el pescadero se restregaba vigorosamente las manos, observando con atención al cura, que permanecía pensativo, y á la joven, que aparentaba hablar al oído de la viuda Pennegués, aunque sin perder ni una sola de las palabras de su padre.

Reina Balanec era de rostro verdaderamente agraciado; era una muchacha fresca y vigorosa, que apenas había cumplido veintiún años, de cara redonda y llena, mejillas tersas, labios en flor, ojos puros del mismo color azul que los de su padre, cejas castañas bien dibujadas, y esa curva casi delicada de la hija de la ciudad. La nariz recta y fina, la frente blanca y el cabello alisado bajo la graciosa toca bordada y muy blanca comunicábanle cierto carácter de distin-

ción que la elevaba sobre las hijas de los pescadores y de las aldeanas de pesadas formas que pueblan las fábricas. Su talle, más esbelto, tenía cierta elegancia, realzada por el delantal de seda tornasol y el chal de crespón, que formando tres ó cuatro pliegues, estaba sujeto en el cuello con un alfiler.

Por lo demás, su reputación de linda joven era incontestable en Camaret, y el padre se enorgullecía tanto de esto como de verla llevar el estandarte de la Santa Virgen en medio de sus compañeras en los días de procesión, cuando se celebraban la fiesta de la Asunción y la romería.

Interrumpido un instante en las lúgubres reflexiones que obscurecían su frente en la sombra de las alas del gran sombrero negro inclinado sobre sus ojos, Pedro Kerbiriou había levantado la cabeza, aguijoneado por las palabras de Balanec.

Contempló las facciones regulares y todavía un poco infantiles de Reina, que había conservado como un resto de la ingenua candidez de la niña bajo las líneas más pronunciadas de su rostro de muchacha, muy pronto mujer, y murmuró suspirando:

–¡Buena y digna muchacha!.. ¡Sí, seguramente sería la tranquilidad asegurada..., la felicidad de un hogar..!

La idea de un porvenir risueño y dichoso iluminó algunos instantes sus ojos negros, haciendo desaparecer los pliegues de sus cejas, las arrugas acumuladas en la nariz, indicio de enojo, y el mohín obstinado de sus gruesos labios, que revelaban bondad y afecto.

Después elevó sus pesados hombros en un ademán de duda y esperanzas; pero muy pronto los dejó volver á su nivel normal, bajo una especie de estremecimiento, al oir que volvían á repetirse, más seguidas ahora que antes, las lamentaciones de la campana; mientras que el tejido movible de la niebla estrechaba su trama, rodeando á todos de una nube más densa, de una humedad más penetrante; y en tanto que el vicario, llevando el pañuelo á su boca, ahogaba con dificultad un brusco acceso de tos que le estremecía de pies á cabeza.

–¡Diríase que son los golpes de la muerte!, murmuró la viuda, más vivamente impresionada que los otros por los tañidos de la campana.

Y recordando la estrofa de una antigua canción, cuyas sílabas armoricanas acosaban su mente, añadió:

«¡Tasliu ar maro'zo skoet'!»

Impulsada también la tía Rosalía, repitió en francés:

¡Los golpes de la muerte han resonado!

Tal era la impresión fúnebre de todos en aquel momento, que no hallaron nada que contestar á estas palabras, lanzadas así como presagio de desgracia, y que pasaban sobre ellos como bandada de aves de tempestad.

Balanec murmuró con expresión de disgusto, sacudiendo el ligero estremecimiento que había recorrido su epidermis:

–¡Pocas cosas se pueden decir á esta hora, señora Pennegués, cuando tanta buena gente se halla en el mar!

Reina, muy pálida, dirigía vagas miradas á su alrededor, como si hubiera temido ver alguna súbita y lúgubre aparición salir de aquella nube blanquecina que la acariciaba.

El cura fué quien primero se repuso, diciendo con su robusta voz:

–¿No estamos todos, á todas horas y siempre, en la mano de Dios?.. ¡Los franceses, los bretones no deben temer más que al Señor!..

Y con la diestra levantada señalaba el cielo, con ese altivo ademán y en la arrogante actitud que debieron tener sus antecesores galos.

Todos hicieron un movimiento para agruparse en torno suyo, inspirándoles confianza su vigor, su elevada estatura, su santa autoridad y esa fuerza moral y física que debía preservarles de todo daño.

Con paso lento marcharon á su lado, avanzando poco á poco á lo largo de la angosta lengua de tierra que une la capilla, el faro, la escollera y el fortín de Vauban con la tierra firme, protegiendo y encerrando el puerto de Camaret, defendido además con un ancho y grueso muro bajo, compuesto de piedras enormes, contra los furores del mar.

Y Pedro Kerbiriou era, en efecto, así por el físico como por la parte moral, el pastor de aquel rebaño, al que dominaba por su estatura, por su ademán resuelto, por la firmeza de su paso y por su palabra enérgica, teniendo la persuasión de que debía desempeñar el apostolado en aquel país, donde aún flotan acá y allá, en la bruma de las landas y alrededor de las piedras druídicas, las últimas supersticiones.

Iba delante, ostentando su ancho pecho bajo la negra sotana, en uno de cuyos botones se anudaba una estrecha cinta roja, cinta ganada en los campos de batalla de la provincia durante el año terrible, cuando, joven aún, había acompañado como capellán á un batallón de la guardia móvil de Finisterre, no queriendo abandonar durante el peligro, en medio de los combates, á aquellos cuyo guía y sostén comenzaba á ser durante las épocas de reposo y de paz.

Habiendo hecho hasta el fin la dolorosa y ruda campaña, conservaba en el cerebro, en los ojos y en la sangre el entusiasmo de un ardiente amor á su país vencido, á la patria, y en todas las circunstancias complacíale comunicar esta pasión, ávido de propagar el contagio de la misma.

¡Francia! Agradábale hablar de la nación á sus humildes feligreses y á los rudos pescadores bretones; y éstos le escuchaban con la mejor voluntad, porque aquel hombre era su compatriota, sencillo como ellos, como ellos rudo y modesto, y que al igual que el jefe del puerto Pedro Guivarc'h, condecorado por acciones de guerra, que el patrón del barco de salvamento Corentin Carrec, y que Tonton Corentin, que habían merecido el mismo honor por haber expuesto tan á menudo su vida en la salvación de náufragos, ostentaba en su pecho también la cruz conquistada heroica y desinteresadamente.

También él había salvado muchas frágiles existencias de hombres, cuando pudo arrancar de la muerte á un triste herido; y más á menudo, pobres almas humanas desfallecidas, deslizando sobre los labios de los infelices á quienes acompañaba los dolorosos y últimos suspiros recogidos en medio de la metralla, bajo las balas, y que se exhalaban de bocas lívidas, de labios contraídos por el sufrimiento, entre una invocación suprema á cualquier obscuro santo ó á una santa ignorada de Bretaña, y el llamamiento, la última despedida, siempre tan desgarradora, á la madre.

Ya entonces fué particularmente cuando aprendió á querer á los hombres, no sólo como hermanos, sino como niños, con cada uno de los cuales le unían los más tiernos y delicados vínculos del corazón.

He aquí por qué, aunque no perteneciese á ninguna familia de Camaret, era amado y respetado en el pequeño puerto como si hubiese nacido allí.

Sin embargo, si no era hijo de la localidad, pertenecía á la misma raza, á la misma tierra, á la misma península.

Hijo de un posadero de Crozon, su madre, mujer muy devota, habíale inducido desde la niñez á elegir la carrera eclesiástica; y menos por vocación particular que por tierna obediencia, había entrado en el seminario después de terminar sus estudios en el colegio de Lesneven. Allí acabó de afinarse, de instruirse, pero conservando siempre el físico de su origen campesino, los modales de su abuelo, valeroso marino y pescador de Morgat. Varias inclinaciones, tendencias y frases, rebeldes á toda cultura, á toda domesticidad, á toda disciplina escolar, revelaban en él la sangre del marino, y también la del hijo de aquella tierra, dura y pedregosa, de la península de Crozon, punta de pórfido entre las puntas de granito del Raz, de Séu y de San Matías de Finisterre.

El mismo Pedro era de aquel pórfido puro, de aquel pedernal que todo choque hace brillar y chispear, y mezclaba su verdadera benevolencia, su infatigable caridad, con expresiones duras y bruscas, como un golpe de maza asestado con fuerza.

Trataba á los pescadores como muchachos grandes y compañeros, y los reprendía y zarandeaba, cuidando siempre de observar que lo hacía por afecto á ellos. Su dicho favorito era: *Quien bien te quiera te hará llorar.* Les hablaba en lengua bretona cuando el francés no les persuadía; lisonjeábalos, no con frases floridas y dulces, sino con una especie de familiaridad ruda que les convenía mejor; y en caso necesario estaba dispuesto, ó parecía estarlo, á acompañar sus frases con el pie ó con el puño, para hacerlas penetrar en los recalcitrantes cerebros de algunas de sus ovejas.

Uno de aquellos á quienes había amonestado más rudamente le dijo una vez, después de apurar sus argumentos, con maliciosa sonrisa:

– Ya no le faltaría más que renegar como nosotros, señor rector.

Esto no le desconcertó en modo alguno; limitóse á sonreir y contestó al punto:

– Seguramente no me arredraría un terno si estuviera seguro de que puede hacerte volver al bien y al amor de Dios.

El sacerdote odiaba sobre todo á los perezosos y á los borrachos; pero sabía distinguir con mucha inteligencia, respecto á estos últimos, entre el que lo era inveterado, el bebedor habitual, y el infeliz pescador que por casualidad, un día que saca llena sus redes ó que sufre un disgusto, bebe un trago más del que debiera. Era demasiado del país, demasiado de la raza armoricana, para no saber que en ese rudo y peligroso oficio, en esa continua vida de miseria, en esa lucha de día y de noche con las aguas terribles del Océano, el hombre necesita algunas veces ese auxilio, ó ese consuelo, esa quemazón fortificante, ese veneno de olvido que se llama alcohol. Entonces perdonaba, apiadándose de esa debilidad humana demasiado comprensible, ó bien fingía no ver ó ignorar.

Y de aquí ese entusiasta afecto que todo Camaret le manifestaba.

Fuera de sus feligreses, la persona más querida de él era su sobrino, hijo de una hermana que murió al cabo de algunos años de matrimonio, después de perder su esposo en un naufragio.

El rector hubiera deseado que aquel sobrino, Dionisio Le Marrec, llegara á ser un hombre de suficiente instrucción para dedicarse á una carrera tranquila; y él mismo había comenzado á educarle, procurando dirigirle é inclinarle hacia esa existencia plácida que soñaba para él. Todo fué inútil, pues desde la primera edad del niño la sangre paterna pudo más en éste que los consejos del tío, anulando uno tras otro los escasos resultados de sus esfuerzos; y sin poder terminar aquella educación emprendida con tanta alegría, vióse obligado á ceder á la creciente vocación que hacía del hijo del marino un marino, un hombre de mar como su padre.

El cura había concluído por ceder, suspirando, sin tratar siquiera de resistir ante las primeras é imperiosas manifestaciones de aquella afición; y en calidad de grumete, el hijo de su hermana comenzó la carrera en el mar.

Ahora, después de frecuentes viajes y de mil aventuras, aunque solamente contaba veinticinco años, Dionisio Le Marrec mandaba un barco mercante de altura, y su tío le esperaba de un momento á otro después de una ausencia de dos años.

El joven había marchado hacia la América del Sud, al país del gran sol, y Pedro Kerbiriou no había recibido más que de tarde en tarde noticias suyas, alguna breve carta de marino mercante, siempre preocupado de los negocios en que su barco trataba; que no sabía expresar en sus frases bien cuánta era la bondad y ternura de su corazón, ni tampoco hablar de todo lo que veía y de los curiosos países que visitaba.

Las últimas noticias recibidas anunciaban su llegada á Francia; pero ningún semáforo había señalado aún el barco en que iba; y tan sólo aproximadamente podía el cura calcular el punto donde, en su concepto, debía hallarse en aquel momento.

Preocupado aquella mañana más que de costumbre bajo la doble influencia de sus presentimientos personales y de aquella densa bruma que invadió la costa en la noche anterior, había dicho su misa con más fervor aún que otras veces, pidiendo para el viajero las bendiciones y la protección del Altísimo.

Mientras tomaba de nuevo el camino de Camaret, hablando con los que acababan de oir su misa, no podía menos de pensar en su sobrino, y jamás había tenido tanto afán por volver á verle y saber que le tenía seguro á su lado. Sentía profundos remordimientos por no haber resistido más á su vocación, dejando expuesto á los incesantes peligros del mar aquel hijo adorado de su hermana, aquel hijo que le había confiado al morir y que llegó á ser como el suyo propio.

Hubiera querido imponer silencio á la lúgubre campana que seguía resonando detrás de él y cuyos tañidos le perseguían, produciendo en el fondo de su alma esa inquietud latente que le atormentaba hacía algún tiempo.

Por eso las conversaciones de los de Camaret y del pescadero, que giraban de preferencia sobre los peligros del mar en aquel tiempo brumoso, tan familiar en Bretaña, habían avivado y como reanimado sus temores; y necesitaba desechar aquellas ideas perturbadoras en desacuerdo con su acostumbrada serenidad, con su confianza de hombre robusto, de cerebro bien equilibrado, y con su fe tranquila.

De nuevo sus ojos buscaron entre los que le rodeaban el rostro encantador, de dulce expresión, de Reina Balanec, y en él reposó su mirada con una ternura paternal que le fortalecía contra las ideas sombrías y desagradables.

Hacía largo tiempo que la conocía; habíala visto muy pequeña, jugando en el muelle, y más tarde pudo reconocerla como una de las mejores alumnas de la escuela, que se distinguía por su asiduo estudio del catecismo, sirviendo de ejemplo á todas sus compañeras

(Continuará)



Artillería de campaña. — Cañón de montaña con su dotación. — Acémilas con municiones para la artillería de montaña. — Infantería en traje de campaña. — Zapador de infantería. — Oficial de artillería.



Oficial de caballería — Cañón de la batería de camellos — Soldados de infantería montados en camellos — Soldados de caballería

EXPEDICIÓN ANGLO-EGIPCIA SOBRE DONGOLA. - El ejército anglo-egipcio, dibujo de Adolfo Wald

EXPEDICIÓN ANGLO-EGIPCIA SOBRE DONGOLA

EL EJÉRCITO ANGLO-EGIPCIO

En el número 746 de la LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos extensamente de las causas de esta campaña y por esta razón no hemos de volver sobre lo mismo; tampoco es nuestro ánimo explicar el curso de las operaciones que en el Sudán se llevan á cabo, porque esta tarea es más propia que de nuestra publicación de la prensa diaria, que nos entera al minuto, por decirlo así, del curso de la lucha que ingleses y egipcios sostienen contra el mahdí. El objeto de estas líneas es única y exclusivamente dar algunos detalles acerca de la organización y del modo de ser del ejército anglo-egipcio que sirvan de explicación á los grabados que en esta y en la página anterior publicamos.

Inglaterra tiene actualmente en Egipto un ejército de ocupación, compuesto de seis batallones de infantería con una compañía de infantería montada, dos compañías de artillería y una de ingenieros, formando un total de cinco mil hombres; pero además en todas las unidades del ejército egipcio hay un núcleo de oficiales ingleses.

En el ejército egipcio hay que distinguir entre las tropas egipcias propiamente dichas y las sudanesas: las primeras se componen de fellahs del bajo Egipto y prestan el servicio de guarnición en las grandes ciudades de aquella región; las segundas se reclutan entre las tribus sudanesas del alto Nilo y se emplean en guarnecer el territorio fronterizo de defensa de la provincia militar y las costas de Suakim. Consta el ejército egipcio normalmente de ocho batallones de infantería y uno de depósito de cuatro compañías, seis batallones sudaneses de ocho compañías, un regimiento de caballería de ocho escuadrones, siete baterías (una montada, dos de á pie y cuatro de plaza) y tres cuerpos de camellos. Ahora con motivo de la guerra se ha aumentado este contingente con tres batallones de infantería egipcia y uno de ferrocarriles, y se han aumentado asimismo los cuerpos de camellos. En conjunto, el ejército egipcio se compone de 16.663 hombres, de 3.117 caballos, acémilas y camellos y de 154 cañones de todas clases.

Los egipcios entran á servir en el ejército á los 23 años y su servicio en el ejército permanente es de seis años, transcurridos los cuales pasan durante otros cinco á formar parte de las tropas de policía, que vienen á ser como una primera reserva: como son inteligentes, los fellahs no tardan en convertirse en buenos soldados, mas á los pocos meses de licenciados vuelven á su estado primitivo y no queda en ellos la menor huella de sus aptitudes y buenos hábitos militares.

No sucede lo mismo con los sudaneses: éstos son esencialmente guerreros y su leva se hace sin consideración á la edad ni á su estado de familia porque en los batallones sudaneses las familias de los soldados forman parte del ejército.



EXPEDICIÓN ANGLO-EGIPCIA SOBRE DONGOLA.
Exploradores en los alrededores de Suarda

Todas las tropas egipcias están á las órdenes del sirdar, un general inglés (actualmente lo es el general Kitchener) y cada batallón cuenta por término medio tres oficiales ingleses, entre ellos el comandante.

Los grabados de la página 574 dan perfecta idea de los uniformes y armamentos de los distintos cuerpos: la infantería usa el fusil Remington y de la caballería sólo llevan lanzas los soldados de las primeras filas; los demás están provistos de carabinas. La artillería se compone de cañones Krupp: la de montaña lleva para el transporte de piezas y municiones una batería de camellos; el resto emplea para este servicio las acémilas. En esta arma hay más oficiales ingleses que en la de infantería.

Los soldados montados en camellos son una especie de infantería montada destinada especialmente al servicio de exploración y vigilancia de los territorios que se extienden al Este y al Oeste del Nilo: los hombres que prestan este servicio son especialmente escogidos y llevan el mismo armamento que los de infantería. Además, como el camello es muy superior al caballo, para las excursiones de varios días en que hay que llevar forrajes, víveres y municiones, hase adiestrado para ellas á una clase especial de estos animales.

Para los ataques á cortas distancias no puede utilizarse el camello por su testarudez y por la poca velocidad de su carrera; por esto los que van montados en ellos al iniciarse el combate desmontan y de cada grupo de cuatro hombres tres entran en acción, mientras el cuarto se queda al cuidado de las cabalgaduras. La principal dificultad del adiestramiento de los camellos consiste precisamente en enseñarles á que se bajen rápidamente cuando el jinete ha de apearse y á que se levanten sin sacudida cuando aquél ha de montar.

La instrucción de las tropas egipcias se ajusta á los reglamentos ingleses. En los combates que han de sostener contra los soldados del mahdí, en su mayoría montados y que generalmente, muy superiores en número, procuran envolverlos, las fuerzas egipcias forman, si el terreno se presta á ello, un gran cuadro en cuyo centro colocan la impedimenta.

Gracias á la influencia inglesa, es indudable que el ejército egipcio ha mejorado mucho, pudiendo afirmarse que hoy está á la altura de la misión que ha de cumplir. Tiene además ahora la ventaja de que así como en la guerra de 1880 la mayor parte de los soldados mahdistas eran desertores de las filas egipcias, en la actual los egipcios nutren sus contingentes con no pocos hombres que abandonan el ejército de los derviches. Por otra parte son circunstancias favorables á los egipcios el debilitamiento del fanatismo de los derviches, el deseo de las oprimidas poblaciones de que se restablezca el dominio del virrey de Egipto y el desprestigio que algunos recientes fracasos han hecho caer sobre el mahdí. — X.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

PASCUAL, novela por *Ismael Rizo y Peñalva*. – El conocido escritor valenciano Sr. Rizo y Peñalva ha tratado en esta novela la cuestión social, no con ánimo de indicar una solución para este problema, que difícilmente ha de resolver la literatura novelesca, sino con el propósito de señalar el abismo adonde conducen esas teorías radicales que sólo en la destrucción violenta de lo existente ven la salvación del obrero. Un argumento por todo extremo interesante sirve al autor para conseguir el fin nobilísimo que con su libro persigue, argumento cuya acción se desarrolla natural y lógicamente hasta llegar á la catástrofe final: los tipos están bien estudiados y perfectamente sostenidos, y en todos los capítulos se nota un gran espíritu de observación que ha permitido al Sr. Rizo trasladar al papel escenas y diálogos que tienen todo el vigor de la realidad. *Pascual*, que además de las cualidades señaladas tiene la de estar muy bien escrita, ha sido editada en Valencia por F. Doménech, y se vende al precio de tres pesetas.

***

REVISTA POLÍTICA IBERO-AMERICANA. – El último número de esta importante revista contiene los siguientes trabajos: *Deportismo en política*, por Miguel Unamuno; *Los grandes balnearios de antaño*, por Rafael Altamira; *La psicología de los artistas y de los hombres de ciencia*, *E. Zola cronista parlamentario*, *Transformación de un árbol en periódico*, *Schopenhauer y el duelo*, *El espiritualismo de Colón*, *Las aventuras extraordinarias de un mago*, *Análisis de revistas españolas y extranjeros*, *Crónica científica*, *Bibliografía* y siete *Caricaturas políticas*. Suscríbese á esta revista en Madrid, calle de la Bola, 8, principal.

***

IDEALISMO, poema por *Vicente Greus*. – Basta leer el prólogo que D. Teodoro Llorente ha puesto á este poema para convencerse de dos cosas: primera, de que si el Sr. Greus es poco conocido, fuera de un reducido círculo de sus íntimos, en el mundo literario, débese esto á su modestia, á su horror por todo lo que sean exhibiciones incompatibles con su carácter; y segunda, de que reune méritos suficientes para figurar dignamente entre nuestros buenos poetas. La lectura de *Idealismo* es la mejor prueba que puede aducirse en confirmación y justificación de los elogios que el autor prodiga su ilustre prologuista: sirve de argumento al poema una interesante leyenda romántica del siglo XIII y en todos sus cantos, escritos en diversidad de metros, el Sr. Greus se nos presenta como poeta que siente hondo, que se eleva hacia los grandes ideales, y que encuentra para sus bellísimos conceptos una forma armoniosa. *Idealismo* forma parte de la *Biblioteca Selecta* que publica en Valencia D. Pascual Aguilar y se vende á dos reales.

***

PANORAMA NACIONAL. BELLEZAS DE ESPAÑA Y SUS COLONIAS. – El conocido litógrafo y encuadernador de esta ciudad D. Hermenegildo Miralles, que con su *Album de Montserrat* inició en España el género de publicaciones que tanta boga ha adquirido después, ha comenzado á editar con el título de *Panorama Nacional. Bellezas de España y sus colonias*, una serie de álbumes que contendrán reproducciones de los monumentos más notables, de las riquezas artísticas y de las bellezas naturales que tanto abundan en nuestro país. El Sr. Miralles se propone popularizar el conocimiento de las infinitas maravillas que en nuestra patria existen, para que no se dé el caso, hoy tan frecuente por desgracia, de que los españoles conozcan más lo que hay en el extranjero que lo que tienen en su propia tierra. Como su título indica, la publicación se ocupará también de las bellezas que atesoran nuestras colonias: además intercalará con las vistas de monumentos y paisajes, retratos de los españoles contemporáneos que de mayor renombre gozan en las distintas esferas del saber humano. El propósito del Sr. Miralles no puede ser más laudable, ni más notables los recursos que ha empleado para su realización. El *Panorama Nacional* constará de 20 cuadernos y cada uno de éstos se compone de catorce láminas de página y de una vista panorámica de doble página, ó bien de diez y seis de las primeras: el precio de cada cuaderno es de 70 céntimos de peseta. Los dos primeros cuadernos que hasta ahora se han publicado merecen toda suerte de elogios, pudiendo afirmarse que en nada ceden á los mejores álbumes que de esta clase se han publicado en España y en el extranjero: las fotografías han sido escogidas con gran acierto, combinadas con mucha habilidad para que en cada cuaderno haya variedad en los asuntos, reproducidas admirablemente por los procedimientos más perfeccionados y tiradas en papel superior satinado; cada una de ellas lleva al pie la correspondiente descripción, en la que están condensadas de un modo que revela la mano de escritor muy experto, cuantos datos y noticias pueden servir de referencia á cada lámina. Felicitamos al Sr. Miralles y recomendamos al público la adquisición de los cuadernos del *Panorama Nacional*, en la seguridad de que una vez adquirido un cuaderno se ha de apresurar á proporcionarse todos los que compondrán tan interesante publicación.



El Dr. LEANDRO N. ALEM,
jefe del partido radical de la República Argentina,
que se suicidó en 1.º de julio último

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 24 de agosto de 1896 — Núm. 765



LILI, estatua en bronce de José Renda

(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

SUMARIO

ESPAÑOLES DE ANTAÑO

No hay nada tan efímero como la actualidad. Las glorias de un día se desvanecen al inmediato y se borran por completo al siguiente; los hechos históricos empiezan por tergiversarse, sigue discutiéndose su autenticidad y acaban por olvidarse, y las revistas teatrales que se aplauden hoy con mayor entusiasmo, serán, representadas mañana, insoportable poción de adormideras y motivo de provechoso y blando sueño.

Ved los figurines de modas que retratan el adorno de la vanidad humana y son la última palabra de la elegancia: seguramente que motivarán vuestro interés, vuestro elogio, tal vez vuestra admiración. Volved á verlos dentro de algunos años y lanzaréis involuntariamente una carcajada: el tipo elegante se ha convertido en una caricatura risible.

Algo de esto último ocurre leyendo hoy la célebre obra *Los españoles pintados por sí mismos*, ideada por el inteligente editor Boix, realizada por distinguidísimos literatos é ilustrada con grabados en madera, que eran para su época – 1843-44 – un prodigio de arte y de exactitud.

En la galería formada hace cincuenta años trabajaban Rubí, Mesonero Romanos, Flores, Ferrer del Río, García Gutiérrez, Bretón de los Herreros, Navarrete, Gil y Zárate, Caballero (D. Fermín), Hartzenbusch, Lafuente, *Abenamar*, Villergas, Duque de Rivas (D. Angel Saavedra), Arquino, el *Solitario*, García Tassara, Santa Ana, Zorrilla, Cueto, Salas y Quiroga, Ochoa, Madrazo, Rosell y algunos otros menos conocidos. La muerte ha abierto profundas brechas en las filas literarias desde la publicación de *Los españoles pintados por sí mismos* hasta el día, y hoy sólo viven, y por muchos años sea, de los colaboradores de aquella obra, D. Ramón de Navarrete, don Pedro de Madrazo, D. Francisco Navarro Villoslada, el doctor Calvo y Martín y D. Sebastián Herrero, si el desenfadado literato de 1844 es el respetable prelado D. Sebastián Herrero y Espinosa de los Monteros, que hoy ejerce su cargo pastoral en la diócesis de Córdoba.

Obra de tan numerosos autores y tan encontrados estilos ha de ser indudablemente desigual en su mérito y carecer de la unidad tan recomendable como necesaria en todo trabajo literario, pues aun girando sobre un solo tema, la pintura de lo que eran los españoles en los tiempos en que se dió á luz, unos autores retrataron tipos, otros estudiaron caracteres, algunos fiaron á la observación sus artículos y otros meramente á la fantasía.

Tipos son eternos y que lo mismo podrán figurar mediando este siglo que al terminarlo, *el pretendiente, el ama de cura, la criada, la nodriza;* tipo español que periódicamente surge *el guerrillero;* tipo casi tan frecuente como el político *el emigrado:* caracteres morales, más que tipos españoles; entidades del mundo psíquico, más que especialidades de nuestro país, *la coqueta, la beata, la celestina, el ratero, el ama de llaves, el jugador, la señora mayor* y *la mujer del mundo*, aunque ésta se haya ido disfrazando más tarde con los nombres de *entretenida, cocotte, horizontal* ó *vengadora.*

Necesario es por lo mismo el encanto del estilo literario, la gracia de la presentación, para que después de medio siglo se lean con deleite aquellos artículos descriptivos de «documentos humanos,» según el testimonio del día.

En cambio otros muchos tipos solicitan nuestra atención, ya por sí mismos, ya porque restablecen una época y un mundo que pasaron.

Habla, por ejemplo, el *Curioso parlante* en la patrona de huéspedes y dice antes de hacerla conocer: «Al entrar en la capital y desembarcar de la diligencia, no se disputarán al forastero falanges enteras de mozos y domésticos de fondas y paradores; no acudirán á recoger su equipaje infinidad de mozuelos despiertos y serviciales, ni se brindarán á conducir su persona multitud de cocheros y *cicerones* inteligentes. Todo al contrario: la más absoluta soledad, la más completa indiferencia esperan al viajero á su descenso de la diligencia; y si, como es de presumir, fuera la vez primera que entrase en nuestro pueblo, puede entregarse á la buena suerte y vagar algunas horas por las calles de la capital antes de dar con su persona bajo algún amigable techo.»

¡Compárese el ayer con el hoy!

Ladrones no han faltado nunca en España, en lo despoblado como en las ciudades; pero ¿puede sostenerse que se conserva en poco ni en mucho el tipo del bandolero que se nos pinta en la obra? ¿Subsisten aquellas completas organizaciones de partidas, que enseñoreadas de los caminos reales, hacían la felicidad de nuestros padres y hasta pactaban en ocasiones con el gobierno establecido? ¿Son posibles hoy *los Niños de Ecija, Diego Corrientes* y otros tantos tipos que escribieron su triste historia con la sangre de numerosos inocentes y que han sido popularizados por manos poco escrupulosas en novelas, dramas y romances callejeros?

Barberos han existido, existen y existirán, en tanto que haya barbas á que aplicar sus aptitudes; á su cuidado habremos de confiar el rapado y aseo de nuestras mejillas y el recortado de nuestro cabello; pero ante el lujo de los peluqueros modernos no es fácil darse cuenta de la pobreza de los que los precedieron.

¿Dónde está la barbería de puertas azules y amarillas con sus letras anunciando el doble carácter de barbero y maestro de guitarra del industrial? ¿Dónde sus habitaciones interiores con cortinas blancas para las consultas secretas, el grupo de majos sobre la mesa, el espejo de seis pulgadas de altura, la jarra con peces de colores, el receptáculo de las sanguijuelas, el navajero de piel y la guitarra colgada en un ángulo, cortando la historia en estampas de *Atala* y de *Robinsón*? ¿Dónde el mancebo que después de enjabonar á mano al parroquiano, pica tabaco, lía un cigarrillo y con él detrás de la oreja rasura y descañona ó lo enciende veinte veces en la *chufeta* y llena de humo al parroquiano? ¿Dónde, sobre todo, el barbero que acude á las fuentes públicas y afeita á los aguadores y mozos de cordel, inflándoles los carrillos con la clásica nuez que, según fama, se tragaron algunos parroquianos... y volvió á servir?

De vivir hoy Antonio Flores no podría menos de hacerse cruces, comparando el retrato de entonces con los originales del día.

La libertad farmacéutica, haciendo posible la reunión de los conocimientos científicos y las iniciativas industriales, nos ha dotado de infinitas oficinas de farmacia, hasta con muestras en diversos idiomas, aforismos griegos y romanos en las tapias y bustos de filósofos y médicos de la sabia antigüedad.

Y esto obliga á pensar: ¿qué se ha hecho del boticario practicón y rutinario que nos presenta la obra consultando su Memorándum que dice: «*Cocimiento dulzurante.* Cogerás unos palitos de zarzaparrilla, los abrirás con una navajita vieja, y los echarás en una pucia ó puchero de Alcorcón, después tomarás un puñado de raeduras de cuerno de ciervo; pondrás agua hasta el gollete del cacharro y lo harás hervir hasta que merme cuatro dedos; entonces añadirás unos pedacitos de sándalo rojo y una taza de azúcar; lo separarás del fuego, tapando el cacharro con un papel ordinario; lo dejarás enfriar en el patio ó en un cubo de agua del pozo si corre prisa; lo cuelas y ya tienes hecho el cocimiento que venderás á seis reales libra.»

¿En qué farmacia se escucha hoy un diálogo como el siguiente entre el boticario de antaño y uno de sus mancebos?:

– Pero, D. Martín, advierta usted que mientras el embudo ajuste herméticamente á la tubulera, no podrá usted...

– Tú sí que estás herpético y turulato; veinte veces tengo hecho esto mismo, y al cabo y al fin chorrea.

– Es que para que el líquido desaloje el aire contenido en el frasco...

– ¿Aire en el frasco, jumento?.. Y ¿por dónde quieres que haya entrado ese aire?

– Y ¿por dónde quiere usted que haya salido, si no se da vació en la naturaleza?

– Mira, tráete una pajita, para ponerla entre el cuello del frasco y el embudo, que así lo hacía mi difunto tío, y déjate de metafísicas.

– Eso sí, señor, porque así se pondrá en contacto con el aire atmosférico y...

– No me calientes más la cabeza y haz aquellas píldoras antes de que se endurezca la masa.

– Lo que debía usted tener aquí es un pildorero y...

– Lo que yo debía tener aquí eran hombres con callo en los dedos de hacer píldoras, y así sabrían dividirlas á ojo. Toda mi vida he tenido orgullo en que nadie me ganase á buen ojo para esto.

. . . .

Hoy, como ha dicho otro boticario, el de un sainete de Ricardo de la Vega:

> Hoy las ciencias adelantan
> que es una barbaridad,

y aun cuando pudiera observarse que en la profesión se atienden más los fines comerciales que los científicos; aun cuando el despacho de específicos dé más trabajo que el laboratorio, sería injusto desconocer que entre el farmacéutico de hoy y el boticario de ayer media un abismo que no podrían llenar todos los potingues que uno y otro han aplicado en cien años á la humanidad doliente y que las diferencias en favor del primero son tantas como evidentes.

El maragato es otro de los tipos desaparecidos desde 1844 hasta hoy; podremos encontrar su clásico tipo en el país, y acaso, acaso, algunos contados ejemplares en la corte; pero lo que en él era típico, el ejercicio de la arriería para la conducción de pescados desde la costa cantábrica á Madrid, eso no existe ya. La pesada recua ha tenido que ceder el paso á la ligera locomotora; el acarreo á lomo ha caducado mediante otros medios de comunicación, y las fortunas logradas á la sombra de la antigua industria no resultan posibles ya. Una de las mejores casas de Madrid es conocida todavía entre la gente vieja por «la casa del Maragato,» no habiendo sido otro su dueño primitivo que el conocidísimo D. Santiago Alonso Cordero, que vistió hasta la muerte el tradicional traje de su país.

Entre los tipos desaparecidos merece también figurar el del ciego, que en lo antiguo formó gremio y hasta fundó periódico que le representara, ejerciendo la industria de vender periódicos, romances, gacetas extraordinarias, la salve de los reos puestos en capilla y otros elementos de ilustración. Al comenzar el siglo el gremio se encontraba tan pujante, que hasta intentó un pleito á las librerías que le privaban de parte de sus beneficios vendiendo la *Gaceta;* más tarde pudo defenderse con los *Boletines de la Guerra*, materia inagotable aquí donde tanto han abundado las contiendas civiles, y aun luchó valientemente en los comienzos de la vida callejera de la prensa periódica; pero pronto hubo de tener tal competencia con los vendedores de buena vista, que necesitó reducirse á la expendición de billetes de la lotería primitiva ó de fósforos, y cuando la lotería en cuestión fué suprimida y el monopolio de los fósforos arrendado, hubo de proclamar su derrota, agarrarse á la guitarra ó situarse en algún punto fijo para recurrir á la caridad. Sólo de tarde en tarde y como chispazo breve de una luz que se extingue, se le ve por esas calles, pregonando el *Calendario del Zaragozano*, las *Trescientas mujeres por dos cuartos* ó *Los cuarenta y nueve motivos que tiene el hombre para no casarse.* Si alguna hoja política llega hasta ellos, de fijo no es de las más autorizadas ni recomendables, y hasta la industria de los romances de ciego les ha sido adversa, pues ya no hay cordoneros que cultiven el pentacróstico ni zapateros que consagren su inspiración á reseñar *las lamentaciones de Poncio Pilatos.* Y así como hoy se busca á ciertos paquidermos antediluvianos solamente en los museos zoológicos, dentro de muy poco, si quiere conocerse al «ciego de profesión» habrá que recurrir á *Los españoles pintados por sí mismos.*

Hoy, como ayer, la vida oficinesca y los cargos administrativos dan motivo á numerosas consideraciones de cursi filosofía.

El empleado de hoy no trabaja, como no trabajaba el de ayer.

Esta es la analogía.

Pero el empleado de hoy cobra y el de ayer no cobraba.

Esta es la diferencia.

El empleado de hoy como el de ayer deben y debían su ingreso y medros á la protección de elevados personajes.

Esta es la analogía.

Pero el empleado de hoy ha conseguido la inamovilidad en muchas carreras y ha perdido en todas el haber pasivo.

Tal es la diferencia.

Hoy, según pública fama, anda perdido el despacho de expedientes porque los empleados, antes que estudiarlos, necesitan leer la prensa, debatir los puntos más salientes de la política, llevar el alta y baja de los estrenos dramáticos y discutir las diferentes escuelas taurinas.

M. OSSORIO Y BERNARD

(Continuará)



21 de Agosto año de 1576

EL APOSTOLADO DE NAVARRETE

EL MUDO

21 de agosto de 1576

Célebres pinturas de Juan Fernández Navarrete, existentes en la iglesia de San Lorenzo del Escorial

Es esta *ejeméride* la única que dedico á conmemorar la escuela pictórica española (¿por qué no decir castellana?) del siglo XVI.

Bien se me alcanza que no es la figura de Navarrete el *Mudo* la más saliente de entre los pintores de aquel siglo, aun cuando no desconozca el mérito indiscutible del renombrado artista. El senso nacional tuvo en Navarrete encarnación espontánea y de positivo valor, puesto que el pintor de Felipe II solamente recibió algunas lecciones de un fraile de Logroño. Formóse su personalidad en Italia y el Caravaggio le sedujo con el vigor de su estilo.

Llamó Felipe II á Navarrete al caer en desgracia del monarca Morales el *Divino;* y cuando allá en Badajoz apuraba este pintor notabilísimo las amarguras de la miseria, tanto más dolorosa de soportar cuanto mayor haya sido el poderío, y el de Morales había sido grande, el hijo de Carlos V señalaba al *Mudo* una pensión mensual de doscientos ducados y le encargaba numerosas obras, entre las cuales sobresalen por su mérito los apóstoles que pintó para la iglesia del Monasterio del Escorial. Por cierto que considero digno de ser reproducido aquí el documento otorgado entre los representantes de Felipe II y el artista, pues en medio de las absurdas condiciones que se fijan, se advierte un sentido estético que no es, ni mucho menos, para echar en olvido. Dice así la escritura citada:

«En el monasterio de San Lorenzo, á veintiún días del mes de agosto de mil quinientos setenta y seis, estando en congregación los señores Fray Julián de Tricios, prior de dicho monasterio, y García de Brizuela, veedor, y Gonzalo Ramírez, contador de dicha fábrica, tomaron asiento y concierto con Juan Fernández de Navarrete, mudo, pintor de S. M., en que haya de pintar para las capillas de la iglesia principal de dicho monasterio treinta y dos quadros ó los que más ó menos se le ordenare, de historias; los veintisiete de ellos de siete pies y medio de alto y siete pies y quarto de ancho, conforme al tamaño de la capilla donde se hubiere de asentar; y los otros cinco de trece pies de alto y nueve de ancho: los cuales ha de pintar de toda costa, así de manos como de colores, lienzos y todo lo demás necesario; y que los lienzos han de ser enteros sin costura ni pieza alguna y gruesos, haciéndolos tejer á propósito para este efecto. Las quales pinturas ha de hacer conforme á la voluntad de S. M. y á su contento y satisfacción del P. Prior ó de las personas que para ello fuere servido nombrar; las quales dichas pinturas ha de hacer dentro de cuatro años primeros siguientes... por precio de doscientos ducados cada uno de los quadros, demás del salario ordinario que tiene de Su Majestad, al qual se tiene respeto; y se le han de ir pagando como fuere entregándolos...

»Y es declaración que las dichas pinturas las ha de hacer el dicho Juan Fernández de Navarrete por su persona, sin intervenir otra persona alguna por lo que toca á las figuras y cosas, que podía ser inconveniente que otro lo hiciere: porque los que le ayudaren á las dichas pinturas ha de ser en cosas que no perjudique en la pintura de los dichos quadros ..

»Y las figuras que fuesen en pie tendrán de alto seis pies y un quarto al justo, y cuando la figura de un santo se duplicare, pintándola más veces, siempre se haga el rostro de una manera y asimismo las ropas de una misma color ..

»Y en las dichas pinturas no ponga gato ni perro, ni otra figura deshonesta, etc...»

* * *

Púsose á la obra el artista, habiéndosele autorizado en la escritura que aquí copio para que la realizase en el Escorial, en Madrid ó en Logroño, de donde era hijo; puesto que, delicadísimo de salud, pasaba largas temporadas en la tierra que le viera nacer, huyendo del clima de la corte. Mas no pudo Navarrete dar cumplimiento á su empeño, pues le sorprendió la muerte en Segovia, cuando llevaba pintados los Evangelistas, San Pablo y San Bernabé y ocho apóstoles.

Encargó el rey al célebre Sánchez Coello y á Luis Carbajal que pintasen los apóstoles que faltaban, y nótase claramente la diferencia que existe entre los de estos artistas y los ejecutados por el vigoroso pincel del *Mudo.* La majestad y brío con que están dibujadas y comprendidas las figuras de los discípulos de Jesús que el logroñés pintó, no lo tienen ni las del insigne retratista Coello, ni mucho menos las de su colega Carbajal. Más jugosa de color la paleta de Sánchez Coello, más delicado en la línea, más armónico en el conjunto, á pesar de la escrupulosidad en el detalle que avalora á cuanto este artista hube de dar traza, le falta en cambio el vigoroso clarobscuro que á Navarrete, más que por influencia del Caravaggio, por temperamento, distingue en sus obras; como asimismo la severa y al propio tiempo ascética compostura con que determinaba las figuras y el carácter de éstas, pudiendo decir que eran, mejor dicho son, españolas hasta la medula de los huesos.

Así lo comprendían los contemporáneos de Navarrete, pues en los rostros que éste pintaba veían claramente expresado el modo de ser y de sentir de entonces. Lope de Vega nos hace creer en esto que aquí digo, dedicando al insigne pintor, en la muerte de éste, las siguientes redondillas:

«No quiso el cielo que hablase
por que con mi entendimiento
diese mayor sentimiento
á las cosas que pintase.
Y tanta vida les di
con el pincel singular,
que como no pude hablar
hice que hablasen por mí.»

* * *

Una de las obras á que debieron atender nuestros críticos é historiadores de arte es á la de poner en aquel lugar que les corresponde, y que no ocupan por desidia nuestra, los pintores españoles del siglo XVI, los más nacionales seguramente, con raras excepciones, de todos los pintores que hemos contado, inclusos los actuales. Al comenzar esta labor de conmemorar obras de arte de indiscutible mérito, más de una vez hube de desechar las de artistas que, cual Navarrete, vienen figurando en segunda línea entre los grandes; pero al ir rebuscando y estudiando con algún detenimiento en el catálogo de la producción artística de España, he podido persuadirme de que, no por ser secundarios los autores, dejaron de cuando en cuando de tocar en los lindes de lo excepcional. Y bien puede afirmarse así de estas pinturas postreras del *Mudo.*

Por cierto que no era mudo de nacimiento el insigne hijo de Logroño. Por efectos de una enfermedad que le acometió á los tres años, quedó sordo; reducido – dice Ceán – á no poder seguir conversación alguna sino por escrito, llegó á perder el habla. La razón esta me parece un tanto falta de fundamento sólido, pero no hay otra más firme.

R. Balsa de la Vega

EL CÉLEBRE PINTOR AUSTRIACO

FRANCISCO SIMM

No está tan generalizada como muchos creen la aptitud para ver las cosas por su lado más bello y para reproducirlas vistas de este modo; es decir, esa aptitud que puede calificarse de talento pictórico específico: entre las distintas ramas de la familia germánica se la encuentra con más frecuencia que en otra alguna en la austriaca, no siendo por consiguiente debido únicamente á la casualidad el hecho de que austriaco fuese el artista que en este siglo la ha poseído en mayor grado, Hans Makart, nacido en Salzburgo.

Hay, sin embargo, no pocos artistas afamados que poseyendo sólo en escasa medida este talento han debido procurar suplir la falta de éste por otras cualidades, y se han apoyado por regla general en cualquier teoría que hiciera superfluos ó excluyese por completo los encantos pintorescos, disfrazando sus deficiencias en este punto con las palabras *verdad, seriedad, dignidad, severidad, simplicidad* y otras no menos respetables. En efecto, no es cosa muy fácil armonizar lo pintoresco con lo serio y lo profundo, siendo por lo demás evidente que aquel elemento es el que más puede producir la feliz impresión de una libertad perfecta en una obra de arte y hacérnosla verdaderamente simpática. De aquí que desde Rubens y Rembrandt, los dos talentos pictóricos más grandes de la raza germánica, el atractivo pintoresco

fuera durante más de un siglo casi el único objetivo de los llamados *pintores de pelucas*.

Mengs y su discípulo Knoller fueron, después de Tiépolo, los últimos que desarrollaron su talento pintoresco, el cual medio siglo después hubo de ceder



El célebre pintor austriaco Francisco Simm

su puesto, primero á la imitación de lo antiguo y de su *simplicidad*, y luego á la impotencia de los románticos, que negaban el placer de los colores y para quienes era poco menos que un crimen el encanto pintoresco; y así fué que hasta en la sensual y alegre Viena el arte de los Fuger, Kraft, Fuhrich y Ruben despreció este elemento principalísimo, que al cabo de algún tiempo volvió á surgir con Dannhauser y Rahl, para luego triunfar é imponerse como soberano con Hans Makart. Que el período artístico por éste iniciado en la capital de Austria estaba justificado y se estimaba necesario, demuéstralo el aplauso entusiasta con que el público vienés en masa saludó su aparición.

De este nuevo período pictórico desciende, bien que indirectamente, el pintor Simm, nacido en Viena en 24 de junio de 1853, que desde muy joven visitó la Academia, recibiendo allí las lecciones de Engerth primero, de Feuerbach después y finalmente de Makart. Por aquel entonces, el artista que nos ocupa, que desde edad muy temprana llamó la atención por su talento, ganó el gran premio de Roma, en donde permaneció cinco años, recibiendo durante su estancia en la Ciudad Eterna, en 1881, el encargo de pintar para la escalera del Museo Caucásico de Tiflis una serie de cuadros de escenas y figuras de la mitología griega: en la página 581 publicamos un estudio para una de estas pinturas. Terminadas éstas, establecióse en Munich, en donde durante algunos años se dedicó exclusivamente á ilustrar varias obras, entre ellas algunas de Goethe, demostrando ya entonces su gran talento pictórico, que le permitió representar cada escena con tanta gracia que aun sin tener en cuenta el texto resultaban sus dibujos encantadores. Una de las primeras obras que pintó fué un fresco para la fachada de una casa de campo que compró en los alrededores de la capital bávara: por esta pintura, que representa á la Virgen con el Niño y San Juan, se vió desde luego que el pintor que había trazado aquella composición era un artista de verdad que comprendía todo el valer del elemento pintoresco. Poco después pintó Simm, en unión de su esposa, una escena de harén para un diorama de Leipzig, uno de cuyos fragmentos reproduce el grabado de la página 582, y la *Muerte del emperador Guillermo* (véase el grabado de la página 582), un cuadro de altar y seis figuras de matronas que representan las diversas ciencias que de la antigüedad se ocupan, y una de las cuales, la Epigrafía, pueden admirar nuestros lectores en la antedicha página: estas seis figuras decoran actualmente el techo de la sala del Antiguo del Museo Imperial de Viena.

Desde hace algunos años, Simm se dedica especialmente á los cuadros de caballete sobre escenas del tiempo del Imperio, y en particular de la época galante del Congreso de Viena, que pinta con una gracia no alcanzada desde Ramberg por ningún artista de la escuela alemana. Pero no se circunscribe á este género su actividad, sino que de cuando en cuando sorprende al público con sus retratos, con algunos cuadros religiosos de grandes dimensiones ó con trabajos á lo Watteau.

Uno de sus últimos cuadros más celebrados ha sido el que lleva por título *Situación apurada*, del que reproducimos un estudio en la página siguiente.

Francisco Simm es un pintor á la moderna, pero su modernismo se caracteriza por la preponderancia que generalmente concede á los atractivos artísticos de la forma sobre los del fondo: quiere ante todo pintar, reproducir algo bello y simpático, y sólo en segundo término se preocupa del asunto que pinta. Lo mismo le da llenar un lienzo con una Virgen y el Niño que con una Venus y el Amor; la cuestión para él es que ambas sean bellas, pues lo feo únicamente lo usa para que forme contraste con la belleza, que es su principal y casi único objetivo. Es una de esas naturalezas alegres y fecundas que parecen haber venido á este mundo para distraer y recrear á la humanidad, sobre la cual tantos y tan graves deberes pesan, dejando que los filósofos, los teólogos y los sociólogos estudien y resuelvan, si pueden, los problemas trascendentales que á la sociedad contemporánea preocupan. – X.



Estudio de Venecia, dibujo de F. Simm



Estudio de Mefistófeles, dibujo de F. Simm

MI TIO DON JUAN

De no mal parecer físico, rico, despreocupado, dadivoso sin prodigalidad, cortés hasta el exceso, conocedor del mundo como pocos, actor, siempre en carácter dentro de la perpetua comedia social, valiente por impresión – que es la clase de valentía más ventajosa, – mi tío Juan dió en la flor de cultivar el *Ars amandi* en todas sus fases, y fué romántico, materialista ó libertino con las mujeres – según eran éstas: – fomentando sus gustos y aficiones, plegándose á sus caprichos y antojos, amoldándose á todo aquello que pudiera favorecer su intento: que no hay cosa más dúctil que la voluntad, puesta al servicio de un deseo propio.

No fué mi buen tío un D. Juan Tenorio, como le pinta nuestro poeta nacional, ni como aquel otro famosísimo de Tirso de Molina, ni menos aún como el de Molière ó Lord Byron: acercábase más su carácter al de aquel D. Juan de Todellas, que tan magistralmente pinta Octavio Picón en su novela nunca mejor rotulada que de *Dulce y sabrosa*.

El amor era en mi tío el gran móvil humano y al cual debía sacrificarse todo ..., todo menos la libertad; pues él, como el clásico, opinaba que sólo

«El primer mes de marido
puede sufrirse á lo sumo.»

Apenas si á mi tío le apuntaba el bozo, y ya comenzó sus aventuras, enamoricando á la doméstica de su casa, una alcarreña muy simpática y que producía todos los domingos una revolución en la fuente de la Teja: enteráronse del caso los padres de Juan y pusieron el grito en el cielo al ver las perniciosas inclinaciones de su vástago, el cual, enterado de que



«Mefistófeles y Fausto,»
dibujo de F. Simm, para la edición ilustrada de las obras de Goethe



Estudio para la ilustración de la novela de Eckstein, *Pia de Tolomei*, dibujo de F. Simm



F. Simm y su esposa pintando el diorama *En el harén*

arrojaban de su casa al ídolo alcarreño, huyó del hogar en pos de la cuitada doméstica.

Á dama y galán diéronles el alto en una diligencia, y Juanito volvió á casa como un criminal.

El padre le sermoneó en tono terrible, y la madre... le dió muchos abrazos.

Prometió enmienda el rapaz, creyéronselo, y... á los tres meses nuestro Juanito sostenía relaciones con una muchacha como un pimpollo que vino á sustituir á la infortunada alcarreña.

Nuevo sobresalto, nueva riña, nueva expulsión y nueva escapatoria del héroe. Otra vez las autoridades cazaron á Juanito: imposible pintar el recibimiento que en casa mereció el niño: hubo gritos, juramentos, lloros, amonestaciones, desmayos...

Restablecióse la paz y acordaron los padres que en lo sucesivo la criada había de tener una condición *sine qua non* para entrar en la casa: la de ser fea hasta el extremo de producir espanto en el más arriesgado varón.

Acaso la prudencia en la medida, ó tal vez mejor el desastroso resultado que sus anteriores hazañas le originaron, decidieron á Juanito por ir lejos de su domicilio en busca de un nuevo amor.

Y como la cosa no es difícil en un joven que, si no tiene aún pelo de barba, luce buena ropa, es liberal de suyo é imita con graciosa gravedad á los hombres barbados, Juanito tuvo relaciones – formales, según él cuenta – con una sensible y archirromántica damisela que siempre que entablaba un diálogo con su Manrique, le pedía por Dios y por su alma la jurase «morir de amor» por ella.

Mi tío, que en esto de ser galante no reconocía rival, juraba de mentirijillas cuanto su dueño pedía, y á tal punto subía el incentivo amoroso de la dama, que una noche propuso el plan del sepulcro como único tálamo posible de unirlos.

A tal proposición hizo D. Juan, por vez primera, caso omiso de la galantería y huyó, como perro con maza, de aquel amor romántico.

A este noviazgo siguió otro, del cual mi tío hace sólo el compendio con esta frase:

«La niña me impresionó, y si no se hubiese malogrado, habría hecho con ella punto al resto de mis aventuras.»

Después de esto no hemos de contar nosotros la inacabable serie de lances amorosos á que se arriesgó: no tuvo freno su ansia ni vió jamás calmada su codicia, mejor diremos, sed amorosa. Apenas recogido de unos labios el *sí* por el cual arriesgaba la vida, si era necesario, sentía en derredor suyo la nebulosa del hastío; proseguía el lance más por prurito de mantener el empeño de su palabra que por gusto de la voluntad, y sus maravillosos resortes eran los de su temperamento, y tan esclavo de las circunstancias se sentía, que siendo siempre soberano único de su albedrío parecía convertirlo en autómata del de la mujer, y mientras sus labios mentían enloquecedoras ansias, bostezaba interiormente: rendía al enemigo hasta el servilismo, y sin abusar de su triunfo parecía más bien ser él el domeñado y rendido, efecto este seguro al que debía la casi totalidad de sus preseas.

No le arredró nunca clase, edad, estado, condición social ni temperamento de la mujer: sentía la universalidad de amor: arrollaba los obstáculos, penetraba en la fortaleza y no salía de ella hasta ver rendida á



Estudio al óleo para una de las pinturas murales del Museo Caucásico de Tiflis, por F. Simm

discreción á su mantenedora: igual pedía milagros de cariño á la soltera, que á la casada, que á la viuda: no pretendió á monjas, porque mi tío, aunque Maquiavelo en lides cupidescas, era fervoroso cristiano.

El azar le puso en su camino padres, hermanos y novios puntillosos, terribles en su celo: se burló de todos, hizo del amar ciencia y en ella encontró argucias y recursos imponderables para salir airoso, sin menoscabo de su fama, ni la de la dama que él comprometía.

Nuevo Bocaccio, mi tío fué actor en historias que nada tenían que envidiar á las del Decamerón en lo de tener lances de maridos zainos, mujeres casquivanas y doncellas presurosas de perder el título: muchos de los Cuentos Droláticos del padre de la novela, podía suscribirlos mi tío como héroe.

Su vida de enredo le traía perpetuas zozobras, retiradas cómicas y huídas peligrosas, y siempre venció el más trágico momento con la sonrisa en los labios: veces hubo en que la suerte le fué adversa, y defendióse como Dios le dió á entender: con unos enemigos, á puñadas, como gañanes; con otros, en desafío, ajustándose á las reglas de la caballerosidad: según la clase y paciencia del que vió sus derechos atropellados.

Dice Ovidio – y aun cuando él no lo dijera, la práctica lo demuestra – que el oro es el gran mago para lograr que las cerraduras de acero se truequen en cera, los guardianes en terceros complacientes y los pechos altivos y agrios en blandos y dulces: mi tío volcó el oro á manos llenas para ganar voluntades y acercarse al objeto de sus miras, siempre suplicante, como el que pretende recibir un gran favor; nunca altanero, como el que reclama un servicio que compra.



«La Epigrafía», pintura de F. Simm

Conseguido el logro de sus deseos, procuraba inculcar en la amada la necesidad de una ruptura, y tal arte oratoria desplegaba, que contadas fueron las que recriminaron su proceder; antes bien, quedaban como agradecidas y esperanzosas de reanudar la cadena que tan dulcemente las había retenido: el amor es un plato que hay que saber saborearle sin glotonería para que no produzca empacho y deje al paladar exquisito aroma.

Y para con sus comensales, fué mi tío un gran Tirteafuera.

Vivía á lo soltero rico, en casa propia que regentaba una mujer ya entrada en años, doña Cruz – éste era el nombre de tal ama de gobierno: – desvivíase por complacer en todo á D. Juan, y aun se permitía amonestarle respetuosamente por seguir aquella vida aventurera y no buscar mujer propia, con lo cual pararía en tener un hogar y una familia como Dios y la sociedad piden.

A esto hacía oídos de sordo mi tío: sin meterse en grandes disquisiciones filosóficas – que doña Cruz, el ama, no había de entender, – juraba que primero turco que él cometer la tontería de atarse de pies y manos con una fulanita. Sería esto como enterrarle en vida: quería á todas las mujeres por igual, un poquitín más á las bonitas; duplicado á las bellas y centuplicado á las hermosas: de ahí que le produjera espanto el pensar en la jaula de acero en que voluntariamente



Retrato del hijo de F. Simm, pintado por éste



Estudio al óleo para el cuadro *Situación apurada*, obra de F. Simm

se encierran, al casarse, la mayoría de los hombres.

El ama acabó por cesar en su oficioso empeño, y mi tío continuó en el suyo triunfal de conquistador famoso.

***

¡La vejez! ¡Qué suma de desencantos trae aparejada desde el momento en que los cabellos comienzan á encanecer, los músculos se aflojan y el organismo se atrofia por grados, cayendo insensiblemente en la atonía: el espíritu, antes dueño y señor del cuerpo, es ahora su esclavo.

Mi tío Juan, impertérrito en cultivar aquella ciencia amorosa en la que tan señalados triunfos gozase, continuó, á pesar de sus años, entregado á su pasión favorita, hasta que reparó con espanto que se encontraba tan viejo y achacoso como aquel Fausto de Goethe, antes de pedir al espíritu infernal le remozase.

Como mi tío de sobra conocía que parecidas transformaciones sólo se deben á fantasías literarias, no pidió á Lucifer bríos ni juventud: se contentó con seguir sólo aquellas aventuras fáciles que al dinero deben su logro.

***

Un día recibí la inesperada visita de mi tío.

Cambiamos un abrazo, y D. Juan, sentándose, me dijo con voz de misterio:

—He venido á verte para que conozcas mi última calaverada.

Y sin darme tiempo á replicarle, exclamó con tono solemne:

—¡Me he casado!

Al oir esto, no supe qué hacer, si maravillarme del suceso en un hombre del temple de mi tío, ó reirme de tal confesión en una boca de sesenta abriles mal contados: pregunté entre confuso y sonriente:

—¿Y se puede saber quién es la agraciada?..

Rióse D. Juan, y bajando la voz como quien confiesa una debilidad vergonzosa, murmuró:

—Mi señora es doña Cruz, mi antigua ama de gobierno.

Ingenuamente declaro que acogí la noticia con una gran carcajada. Mi tío, sin mostrar agravio por mi intemperancia, dejó que ésta se pasara y me dijo con gravedad:

—Comprendo que te rías del lance, porque yo mismo me río de esta finalidad de aventuras á que me trajo la suerte: he de explicarte por qué me he casado con una mujer parecida, vieja, pobre, fea, sin



Fragmento del diorama *En el haren*, pintado por F. Simm

La Muerte del emperador Guillermo I, cuadro de F. Simm

educación ni atractivo alguno que merezca una partida de matrimonio... Y esto no es calumnia, sino verdad manifiesta... En mi juventud, sin jactancia lo digo, mi vanidad de amante felicísimo me ha hecho rehuir el asedio que mujeres hermosas y acaudaladas intentaron para llamarme su esposo... Pero, esto no obstante, ¿sabes lo que me ha obligado á casarme?.. ¡Un egoísmo refinado de... ultratumba!..

Al oir esto, creí que mi tío había perdido el juicio.

– ¿De... ultratumba?.., repetí.

– Así es, sobrino... Mi borrascosa historia la ha de juzgar Dios severamente... En esto, no hay que forjarse ilusiones... He querido hacer penosa penitencia casándome con una mujer tal como doña Cruz, para que obra tan meritoria me sirva de algún descargo en la gran penitencia que he de sufrir en el otro mundo..

ALEJANDRO LARRUBIERA.



INAUGURACIÓN DE LA ESTATUA ERIGIDA EN IRVINE AL ILUSTRE POETA ESCOCÉS ROBERTO BURNS, CON OCASIÓN DEL CENTENARIO DE SU MUERTE

EL BENEFICIO

(HISTORIA VULGAR)

El teatro presentaba deslumbrador aspecto aquella noche.

En el vestíbulo habían formado varios corros los señorones de las butacas; en los pasillos de los palcos, los más elegantes fumaban conversando acerca de la comidilla del día. Allá en las galerías de los pisos superiores, donde la luz era más débil, el calor más fuerte y el humo más denso, el público, confundido con los mozalbetes de la *claque*, charlaba agotando hasta lo indecible el tema de lo que iba á ver.

La sala, profusamente iluminada, no había estado nunca tan brillante. Las plateas ocupadas por linajudas damas vestidas con las más ricas telas y los colores más chillones, luciendo sobre sí en peinados y cuellos verdaderos escaparates de joyería. En las butacas, jovencitas deslumbradoras de belleza y señoras maduras con descomunales sombreros. Aquí y allá, el monótono traje del hombre, negro y blanco, como una esquela de defunción. Arriba, la apretada multitud, el monstruo de las mil cabezas, el público rey, el que vocifera y aplaude, el que hace y deshace á su antojo la reputación de los actores. Tal estaba el teatro.

Dieron luz las baterías, cesaron las entrecortadas notas de la orquesta que hasta entonces no había cesado de producir especial algarabía; arrellanóse en el sillón el director, marcó dos signos cabalísticos en el aire con la batuta, y como evocados por aquella varita mágica brotaron los primeros acordes de la sinfonía.

Los rezagados de los salones de espera, al oir los timbres y las palmadas del acomodador, fuéronse sentando en sus localidades, y poco después, pausada y majestuosamente se elevaba tras las bambalinas el inmenso lienzo del pesado telón.

Sería muy cerca de la una de la madrugada cuando el público abandonó el teatro, desparramándose por la ancha plaza.

Los carruajes en larga fila iban acercándose á aquellas puertas que echaban sin cesar por sus huecos gente y más gente. La policía y los guardias trataban de imponerse á los aurigas, y el pueblo á pie, sorteando los caballos de los carruajes, se dividía como las hormigas que salen de los agujerillos de la tierra para marcar un reguero de gente en cada acera.

Por lo que el público decía al salir, podemos saber en lo que consistió la solemnidad de aquella noche. La eminente diva, la genial cantante, la de hermosura sin igual y garganta privilegiada, la Sra. Bolki, en una palabra, había celebrado su beneficio.

Algunos fogosos partidarios de la beneficiada esperaron á la puerta del escenario para tributar una ovación á su preferida cantante.

Pero cansados de esperar, abandonaron silenciosos aquellos lugares sin haber logrado su deseo.

Dos días después, los mismos periódicos que habían relatado en sus columnas el beneficio de la señora Bolki, dedicaban sólo dos líneas dando cuenta de la muerte del hijo de la hermosa artista.

Y dos días después, la cantante de privilegiada garganta, ronca y afónica por los sollozos, daba orden de disponer de las ganancias de su beneficio para el entierro de aquel ser querido.

Ella misma colocó sobre el féretro una corona de plata que le arrojaron en la noche de su fiesta desde uno de los palcos, y que para la diva, indudablemente era un signo de sin igual aprecio.

Más tarde, la cantante rozó varias notas, desafinó de un modo terrible, equivocó compases, vocalizó mal... y fué rechazada por el público.

Hoy, lejos de Madrid, tranquila y olvidada en un rinconcillo de Italia, vive más feliz que nunca la señora Bolki, sin que las agencias de Milán la molesten, ni la importunen los empresarios.

Todas las alhajas que constituyeron la fortuna de *la Bolki* han sido regaladas por ella á la Virgencita de la capilla de la aldea, único lugar donde canta la diva en las modestas solemnidades religiosas, en presencia de cuatro feligreses, con más maestría que nunca, como no la oyeron jamás los demás públicos.

Y es que estas funciones, como dice la cantante, son á beneficio de su hijo.

P. GÓMEZ CANDELA

NUESTROS GRABADOS

Lili, estatua en bronce de José Renda (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896). – Forma parte el distinguido escultor napolitano señor Renda de esa agrupación de artistas italianos que así en la pintura como en la escultura han producido una nueva fase, á la que debe Italia sus triunfos artísticos modernos. Basta examinar la preciosa escultura que reproducimos para comprender cuál es la valía de su autor, los ideales que persigue y la escuela en que milita.

Donosa y elegante es la figura de la niña, representada en uno de sus infantiles juegos, resultando una obra magistral, digna del buen nombre del Sr. Renda, á quien dedicamos estas líneas como testimonio de la consideración que nos merece.

Inauguración del monumento erigido en Irvine á Roberto Burns. – Con ocasión del centenario de la muerte del gran poeta escocés Roberto Burns, hanse cele-



Á LA CAÍDA DE LA TARDE, cuadro de Francisco Miralles



AL DESPUNTAR EL ALBA, cuadro de Francisco Miralles



GUERRA DE CUBA. – Conducción de un convoy en la provincia de Pinar del Río

brado en Escocia grandes solemnidades, siendo una de las principales la inauguración del monumento erigido en Irvine, población en la que se estableció aquél cuando abandonó la casa de sus padres. El entusiasmo del público al inaugurarse el monumento rayó en delirio; el homenaje tributado á la memoria del ilustre vate fué digno del que en su corta existencia, pues sólo vivió treinta y ocho años, supo conmover á sus compatriotas con sus hermosas poesías populares, contándoles sus penas y sus alegrías, transmitiéndoles las impresiones que en su delicado espíritu producía la naturaleza, narrándoles las gestas de sus antepasados y manteniendo vivo en sus corazones el amor á la libertad

El general de brigada D. José Macón y Seco. – Procedente del colegio de Infantería de Toledo, muy joven salió á oficial, pidió pasar á Cuba y tomó parte en la guerra de



GUERRA DE CUBA. – El general de brigada D. JOSÉ MACÓN Y SECO

Santo Domingo. Sirviendo en el regimiento Infantería de la Reina en Puerto Príncipe, estalló formidable en dicha provincia la guerra que llamamos grande, y desde entonces le vimos colocado siempre en sitios preferentes, ya al mando de la guerrilla del Rayo y de una volante en Santa Cruz del Sud, ya á las órdenes de los generales Bonanza y Marín. Regresado á España de teniente coronel, se le concedió el mando del primer batallón del regimiento de infantería de Mallorca. En esta tierra catalana es muy conocido y cuenta con innumerables amigos, porque en ella mandó el batallón de Cazadores de Mérida y regimiento de infantería de Asia, mando que dejó para ir á Cuba á las órdenes del teniente general Excmo. Sr. D. Sabas Marín; tomó parte muy activa mandando la columna, primero en la trocha del Júcaro á Morón, y cuando los insurrectos de Oriente y Centro invadieron las provincias de Matanzas, Habana y Pinar del Río, fué llamado con su fuerza á la Habana, en donde obtuvo el empleo de general por méritos en la guerra y fué también recompensado con la Gran Cruz del Mérito Militar con distintivo rojo. Hoy manda este distinguido general una brigada del primer cuerpo de ejército en Badajoz.

La guerra de Cuba. Conducción de un convoy en la provincia de Pinar del Río. – Harto conocen nuestros lectores la clase de guerra que nuestros soldados están sosteniendo en la isla de Cuba, para que hayamos de explicar detalladamente los grabados que vamos publicando á fin de dar una idea gráfica de los principales incidentes de aquella lucha. Una de las necesidades más importantes y más difíciles de atender es sin duda alguna el aprovisionamiento de las poblaciones y de los fuertes apartados de los centros de concentración: la falta de comunicaciones, la naturaleza del terreno y la numerosa impedimenta que ha de llevarse hacen que la conducción de cada convoy constituya una empresa arriesgada, cuyos peligros aumenta el natural empeño de los insurrectos de evitar que llegue á su destino. El grabado que publicamos representa uno de estos convoyes en la provincia de Pinar del Río, que es indudablemente la que mayores dificultades ofrece para estas operaciones, no sólo por los accidentes topográficos, sino que también por los elementos que en ella tienen acumulados los rebeldes.

A la caída de la tarde.–Al despuntar el alba, cuadros de Francisco Miralles. – El autor de estos bellísimos cuadros de quien tantas veces nos hemos ocupado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA elogiándolo como se merece, nos ofrece en ellos uno de estos contrastes que de continuo nos presenta la vida: de una parte la elegante del gran mundo sin más preocupación que la de escoger sus trajes y sus adornos entre las últimas novedades de la moda, y sin otros trabajos que las visitas, los paseos, los teatros y los bailes; de otra, la mujer del humilde pescador asaltada siempre por el temor de los peligros á que su marido se expone cada día y por el cuidado del pan de mañana, y ocupada constantemente en los quehaceres domésticos, en la crianza de sus hijos y en las rudas labores que con su esposo comparte. Aquélla, á la caída de la tarde, luce sus galas y sus trenes en el paseo; ésta, al despuntar el alba, ha despedido ya en la playa al compañero que va en busca del cotidiano sustento. La idea concebida por el Sr. Miralles es hermosa y sentida, y en cuanto al modo de expresarla, en ambos lienzos se admiran la naturalidad, la elegancia de la composición, la corrección del dibujo y la soltura en la pincelada que son proverbiales en su autor y que imprimen en sus obras un sello de verdad y de distinción que demuestra un talento sólido, un estudio serio y una mano habilísima.

Guillermo Gennings Bryan. – El candidato á la presidencia de la república de los Estados Unidos, proclamado en la Convención de Chicago, nace, por decirlo así, ahora á la vida pública: la circunstancia de empezar por donde los demás acaban, es decir, el hecho de haber sido designado, apenas ha sido conocido, para la jefatura suprema de la gran república norteamericana, es la prueba más palpable de lo mucho que debe valer el hombre que con un solo discurso ha logrado colocarse por encima de todos sus competidores y ha conseguido que los principales de éstos, renunciando á sus propias pretensiones, le apoyaran incondicionalmente. Mr. Bryan cuenta en la actualidad treinta y seis años y es natural del estado del Illinois, en donde ejerce la profesión de abogado. Es librecambista y partidario de la libre acuñación de la plata, y tiene por contrincante al célebre proteccionista Mac Kinley, cuyo retrato publicamos en el número 468 y que está apoyado por una gran parte del país, lo cual es indicio de que será muy empeñada la elección que se verificará en noviembre.

Las pescadoras, cuadro de José Cuchy (Salón Parés). – Pintor y dibujante, distínguese José Cuchy como pastelista, en cuyo procedimiento pocos logran con tan débiles recursos ejecutar obras tan frescas y jugosas como las que aquél produce, esfumadas con suma delicadeza de tonos, especialmente en los tipos femeniles, á los que presta cierto encanto que embelesa. Cultiva también con fruto la acuarela y la pintura al óleo en la de género y costumbres, como lo atestigua, entre otros, su intencionado lienzo *Tentación*, premiado en la Exposición Universal de Barcelona de 1888, y el que reproducimos en estas páginas.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – BUDAPESTH. – Un aficionado á las bellas artes ha entregado al ministro de Instrucción Pública la suma de 111.500 florines (278.750 pesetas), para con sus intereses crear pensiones para artistas húngaros, especialmente paisajistas y pintores de animales, que estudien en Munich ó en Dusseldorf. Cada pensión no podrá ser menor de 2.500 pesetas anuales.

VENECIA. – En Venecia se están haciendo ya los preparativos para la Exposición internacional de Bellas Artes que se celebrará el año que viene, y que durará desde 22 de abril hasta 31 de octubre. Los resultados de la última Exposición celebrada en 1894 y la circunstancia de haberse vendido en ella la tercera parte de los cuadros expuestos por un valor de 400.000 francos hacen esperar que la que se prepara se verá muy concurrida.



GUILLERMO GENNINGS BRYAN,
candidato demócrata á la presidencia de la República de los Estados Unidos

Teatros. – En el teatro del Verme, de Milán, se ha estrenado con aplauso la ópera en tres actos de Pedro Floridia *Maruzza*, de inspirada y apasionada música.

– En el teatro Real de la Opera, de Berlín, se ha estrenado con extraordinario éxito una ópera del compositor alemán Rufer, titulada *Ingo*.

Necrología. – Han fallecido:

Alejandro Sergejewitsch Faminzyn, notable compositor ruso.

León Feld, director de orquesta del Covent Garden de Londres, que fué quien introdujo en Inglaterra las obras de Ricardo Wagner: contaba al morir 38 años.

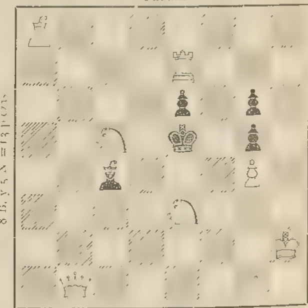
Rainilairinavony, ex primer ministro y esposo de la reina de Madagascar.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 33, POR PEDRO RIERA Y RIQUÉ

NEGRAS

8 B. y 5 N. = 13 piezas



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 32, POR J. CARBÓ

Blancas.	Negras.
1. P 5 A R	1. C toma P (*)
2. D 7 C D jaque	2. R juega.
3. P 5 D ó D 3 C D mate.	

(*) Si 1. R 5 R; 2. D 6 R jaque, y 3. A mate. La amenaza es: 2. D 7 C D jaque, y 3. D mate.

Correspondencia

R. P. y O. V., Buenos Aires – Sírvanse enviar la solución en menos de 4 jugadas hallada por ustedes al problema núm. 20, para examinarla y publicarla, en caso de ser exacta, con el nombre de ustedes.



... el joven se incorporó á medias sin soltar el timón, agitando alegremente su gorra con la mano

UN APÓSTOL

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Así transcurrieron los años; había hecho su primera comunión con un fervor edificante, dejando después la falda corta de la niña para usar los vestidos largos de la mujer; y siempre volvía á buscar la protección de la Iglesia, sirviendo de modelo de piedad y de buena conducta á las hijas de María, como sirvió antes de ejemplo á sus compañeras de catecismo.

Ahora estaba en el apogeo de su belleza, tranquila y risueña; era mujer de gobierno, admirablemente enseñada por su padre, cuya casa dirigía muy bien, y sin duda debía labrar la felicidad de aquel que la eligiera por esposa. Educada severamente, en el respeto á las antiguas costumbres de familia, en la atmósfera tranquila y sana de Camaret, no tenía, como tantas otras, la ambición de ser una dama, dejar su país natal para ir á la ciudad y trocar la toca por el sombrero con flores ó plumas.

Pedro Kerbiriou, al mirar á la joven, pensaba que sería muy feliz si su sobrino consintiera en tomar por esposa una mujer que asemejase á Reina Balanec. Si no interpretaba mal las vagas insinuaciones del pescadero, debía creer que este último, á pesar de su fortuna y por más que Dionisio Le Marrec no poseyese casi nada, no se opondría mucho á dar la preferencia como yerno al sobrino que él mismo apreciaba tanto.

Todo un sueño feliz, entrevisto ya, cruzó por su cerebro como alegre luz que disipaba aquella bruma, la cual, rodeándole antes, había entristecido su cora-

zón y sus ojos. Ya casado, Dionisio viajaría menos; quizás se establecería definitivamente en el país, asociándose al tráfico en pescado de su suegro, para enriquecerse como él, y renunciaría á la vida de continuos peligros, á las interminables ausencias que sometían el corazón de su tío á tan duras pruebas.

– Parece que esto comienza á despejarse un poco, dijo Balanec, señalando un punto que parecía aclararse ligeramente por la parte de los molinos que dominan Camaret.

Y con el brazo extendido indicaba el Sudoeste, detrás de las casas y de la costa brava, de donde venía la lenta y continua nube de bruma.

Pedro Kerbiriou, interrumpido en sus reflexiones, sonrió con aire feliz, profiriendo una exclamación de alegría.

– ¡Ya veis que es preciso tener confianza; bien os lo decía!

La bruma, dividiéndose por instantes en ligeras nubes que parecían de humo blanquizco, permitía ver trozos de terreno, la torre puntiaguda de un molino, con sus grandes alas rojas ó parduscas, la casita blanca del semáforo de Penhat, destacando su telégrafo de señales y su afilado mástil; campos de verdura y puntas pedregosas que se marcaban sucesivamente; mientras el vapor opaco, cada vez más diáfano, parecía huir con creciente rapidez.

Aquello parecía como una gigantesca cortina de gasa elevándose poco á poco y descubriendo progresivamente los objetos más diversos y más inesperados.

Cuando, después de dar la vuelta al Styvel, cuyas casas tocan con la fábrica Foucher, junto al sitio donde se halla el barco de salvamento, poniendo en comunicación el resto del burgo con la playa de Correjou, el cura y sus acompañantes llegaron al muelle de Camaret, á la altura de la primera caleta, que se encuentra próxima al Hotel de la Marina, otra vez se veía una parte del puerto con todas sus barcas alineadas, vueltas sus popas hacia el Sudoeste.

– ¡Al fin vamos á vernos las caras!, exclamó el pescadero, suspirando con más desahogo.

II

Aquello fué como un cambio de escena inesperado; todo el país parecía salir de la nube que le estrechaba desde la víspera.

Primeramente Camaret, con sus casas oprimidas unas contra otras, alineadas á lo largo del muelle, y los tejados de pizarra, agrupándose aun detrás de aquella línea recta, para formar más allá lo que se designa marítimamente bajo el nombre de Notic, el cuerpo compacto del burgo propiamente dicho, donde se hallan la alcaldía y la iglesia.

Después, mientras que por la izquierda se elevaban las escarpadas rocas de la punta del Gran Guin, frente al faro del Pequeño Minou, por la derecha veíanse las escarpaduras del camino que conduce á Quelern. Sobre Trez Rouz, algunas aspas de molinos giraban aún desesperadamente en medio de la bruma; una de ellas, que se divisaba toda entera con su torre, y otra, que se elevaba sobre la cumbre de la colina, apareciendo y desapareciendo á cada momento, parecían brazos de un gigante que se ahoga, que hace llamamientos desesperados y supremas gesticulaciones en medio del agua muerta que le sepulta cada vez más, absorbiendo una vida humana, como el sol absorbe una gota de rocío.

De repente, bajo el impulso de una ráfaga, aquella especie de humo blanquizco, zarandeado y barrido con violencia, se replegó suavemente, acabando de despejar el pequeño puerto y permitiendo ver á lo largo de la lengua de tierra la capilla, donde acababan de extinguirse los últimos tañidos de la campana, inútil ahora; el fortín rojo, presentando sus muros bien cortados bajo el tejado de pizarra; el puente levadizo, poética siluéta del feudalismo, y por último el mar inmenso.

Las olas batían la muralla de rocas de la península de Roscanvel; perdíanse á lo lejos, hacia un horizonte incierto, lleno aún de vapores, y no permitían distinguir ni la quebrada costa del León, ni la entrada del Boquete de Brest.

En aquella extensión, salpicada de espuma, aparecieron sucesivamente, unas tras otras, formas de buques, habiendo anclado ya cierto número de barcas que debieron amarrar sin duda en la rada, sitio seguro, bajo la protección de la capilla, cuya campana los había reunido, así como la bocina del pastor reune el ganado disperso.

– ¡Oh, oh!, observó Balanec sonriendo, me parece á mí que el mar está sumamente borrascoso allá á lo lejos, cuando tantos barcos hay en la rada.

– Entre ellos se cuentan algunos que temían los azares y peligros de esa mala bruma, dijo Luisa Pennegués.

La tía Rosalía comenzó á contar.

– Dos bergantines, dijo, una balandra, tres bergantines-goletas, cuatro *lugres*, dos vapores, cuatro ó cinco yates, y no sé cuántas embarcaciones del país... ¡Ah, es toda una flotilla!.. Se creería haber vuelto á los antiguos tiempos, cuando el puerto estaba tan lleno de barcos mercantes, que mareaba verlos.

– ¡Oh diablo!, interrumpió el pescadero, habla usted de una época muy remota, de aquella en que no se conocía la navegación por vapor ni el muelle, cuando el mar batía el Begar-Gal, y se entraba de golpe con la barca en las casas de por aquí, siendo muy fácil el contrabando... ¡Ah, ah! Los aduaneros no veían entonces más que fuego..., ¿no es verdad?

– ¡Sí, sí!, prosiguió la viuda; pero diga usted también que Camaret era un país rico; mientras que hoy tan sólo se ve en él miseria. Cuando la pesca no produce, nos morimos de hambre, y al decir de todos, la sardina desaparece ya. Decididamente, aquel tiempo tenía mucho de bueno...

Pedro Kerbiriou no prestaba la menor atención á lo que se decía á su alrededor, como si le absorbiera del todo el espectáculo interesante del fenómeno que se efectuaba en aquel momento, de aquella aparición sobrenatural, por decirlo así, de todo un país invisible todavía un minuto antes.

Sus miradas, sin embargo, no se dirigían á la derecha, por el lado de las líneas de Quelern y de la playa de Trez Rouz, ni tampoco á la izquierda, por la parte de Penhat y del Toulinguet, sino que se fijaron de improviso, con ojos inmóviles, entre la capilla y el fortín, más allá del faro, en dirección á la punta Tremet, uno de los promontorios de la costa brava de Roscanvel.

Allí, muy cerca de las boyas flotantes, cuerpos muertos en que se amarran los buques de alto bordo, balanceábase un bergantín con las velas semi-replegadas; en las vergas y en los mástiles veíanse hombres, como si el barco acabase de llegar á la rada, y en la extremidad del palo mayor difícilmente se distinguía, á causa de estar en parte oculto por nubecillas de bruma, una bandera mercante con los colores franceses.

El cura, inclinado en el borde más extremo del muelle, adelantó la cabeza y el busto tan bruscamente, que la tía Rosalía exclamó atemorizada:

– ¡Cuidado, señor rector, mire usted que se caerá!

Y volviéndose hacia sus compañeras, añadió:

– ¡Ah, estos malditos muelles me pondrán la sangre negra!.. ¡Mientras que no estén provistos de barandillas, de parapetos, ó de cualquiera cosa, en fin, pasaré la vida temblando!.. No pasa día sin que ocurra algún accidente, y más niños he visto caer que años tengo, sin contar los hombres. ¡Dios mío!, aún no hace seis meses que un pobre muchacho de la isla de Groix quedó muerto en el acto, durante la baja marea, y todavía me parece estar viendo á su pobre hermano, loco de desesperación y vertiendo lágrimas ante el cadáver del primogénito de la familia, que había salido alegre y contento de su isla y que no debía volver más que para ser enterrado... ¡Ah, sí, no ha sido causa de poco luto ese muelle de Camaret, y no dejaré de repetirlo hasta mi última hora!

La viuda, encogiéndose de hombros, con las cejas un poco fruncidas, oprimidos los labios, velados los ojos por las lágrimas y poseída de cólera por efecto de su piedad y misericordia, renegaba de aquella incuria é indiferencia que habían ocasionado ya tanto daño al país. Algunas exclamaciones del padre Kerbiriou cambiaron el curso de ideas.

– ¡Calle, decía, pues no me engaño!.. ¡Veamos, veamos..., tengo muy buena vista!.. Diríase que aquel bergantín que está allí abajo es la *Cruz del Sud*..., y entonces, entonces, seguramente...

El cura se interrumpió, vacilante, sin atreverse á dar crédito á sus ojos, tan dominado por una alegría interior, que varias veces debió pasarse las manos temblorosas por las pupilas por lo regular tan lúcidas.

También Balanec se había inclinado, con su segura mirada de antiguo vigilante de faros dirigida hacia el buque y puesta la mano derecha sobre la frente á guisa de pantalla, para concentrar mejor en el mismo punto su poderosa visión.

– ¡Qué ojos de marino tiene usted, señor rector!, exclamó. Ese barco es efectivamente la *Cruz del Sud*, y yo no lo hubiera acertado mejor.

Estas palabras produjeron un acceso de ruidosa alegría.

– Y por supuesto, añadió el pescadero, eso quiere decir que Dionisio Le Marrec vuelve á visitarnos. Fijaos un poco y veréis el pabellón amarillo que reclama la visita de la Sanidad. ¡Ahora le izan por la driza y toca el mástil!.. ¡No hay enfermos á bordo!.. De aquí á muy poco podrán desembarcar, si la aduana no pierde el tiempo en su visita para conceder la libre plática...

Siguióse una pausa, y Balanec continuó, conmovido por la alegría:

– Dos años hace ya que no se ha visto en Camaret á ese Dionisio Le Marrec... ¡Cómo pasa el tiempo!.. Me parece verle aún tal como marchó para emprender su primer viaje; era un grumetillo, pequeño, sin pelo de barba, á quien se hubiera creído bautizado verdaderamente *con el aceite de las doncellas*, como decimos en nuestros países de Bretaña... ¡Ah, ah, ah!.. ¡Una señorita, como si dijéramos!.. ¡Ah, ah, ah!..

Y el pescadero, para recalcar más el dicho aplicado en la Armórica á los jóvenes imberbes, le repitió en la lengua del país, con sílabas duras, cuya pronunciación podría compararse con el graznido del cuervo:

– *Map badezel gaud eol merc'h*... ¡Bautizado con el aceite de las doncellas! ¡Ah, sí!, pero después se ha ha vengado, ¡oh, sí! Ahora debe ser un apuesto mozo, y yo apostaría á que vuelve de sus Américas cubierto de pelo como un oso, un verdadero oso marino, podríamos decir...

El cura escuchaba pensativo, viendo él también aquel gracioso niño que en otro tiempo le confió su hermana poco antes de morir, un pequeñuelo de cabello rizado, muy rubio, con las mejillas tersas y sonrosadas, los ojos azules, que expresaban cándido asombro, y manifestando incesantes curiosidades por toda esta vida, á la cual despertaba vivaz, impaciente y ávido. Su gracia y sus encantos duraron todavía algún tiempo, meses, casi años, hasta que llegó á la temible edad de los trece, en la cual fué imposible seguir tratándole como niño mimado, atendidas sus sordas rebeliones, su tenacidad creciente en ideas misteriosas que nadie podía hacerle revelar, y que el sacerdote no se atrevía á despertar, poseído de terror cuando pensaba en lo que resultaría de un interrogatorio llevado á fondo.

Después se supo, se descubrió cuál era la vocación, y fué preciso ceder para no aniquilar al muchacho; de modo que el tío hubo de doblar la cabeza, inclinándose ante aquella pasión que se desarrollaba cada día más violenta en el corazón y en el alma del niño. El poderoso mar le había cogido al fin, se le había llevado y le conservaba.

Y en vez del joven instruído y de esmerada educación que soñara, el mar le devolvió un ser muy diferente: había visto al niño rubio y sonrosado transformarse en un robusto mancebo, de tez bronceada, de cabello obscurecido por el aire, el sol y las nieblas, de manos callosas, de voz fuerte, acostumbrado á luchar contra las tempestades y los mugidos del viento, y que andaba pesadamente, balanceándose.

Entonces parecióle que ya no era el mismo niño que él recibió tan tierno, tan delicado y dulce, de manos de su hermana moribunda, y experimentó una ansiedad dolorosa é indefinible ante aquella transformación tan radical.

Los años, los lentos años que gastan la vida, le acostumbraron á ella, acabando de disipar de su mente el primer sueño que había acariciado; y con su resignación de sacerdote, siempre humillado ante las decisiones del Altísimo, por duras y contrarias que fuesen á sus deseos, díjose que sin duda Dios tenía sus designios secretos al hacer de aquel hijo de marino un marino como su padre.

Mas á pesar de su voluntad, á pesar de su dominio sobre sí mismo, no había podido acorazarse por completo, acostumbrarse á las angustias, á las esperas y á los terrores de aquella existencia agitada y borrascosa que no está segura del más inmediato porvenir.

Y siempre, á cada viaje del joven, á cada regreso esperado, volvía á experimentar las mismas angustias, los mismos insomnios, los mismos terrores, desapiadadamente idénticos; y sus alegrías, cuando volvía á verle y le tenía libre de los peligros del mar, eran siempre dolorosas, como heridas apenas cicatrizadas, que con harta frecuencia se abren de nuevo.

El oleaje era tan fuerte mar adentro, y de tal modo la niebla, persistente aún á lo largo de la costa del León, interceptaba con una insondable nube la ensenada de Bertheaume y la punta de San Matías, que los pescadores no osaban salir. Hallábanse agrupados en el muelle, observando las maniobras de los buques y de las barcas refugiadas en la rada, y nombraban, á medida que los reconocían, los que acostumbraban á venir en aquella época del año, acerca de los cuales habíanse abrigado algunos temores á causa del reciente mal tiempo, y sobre todo de aquella niebla tan densa que duraba desde la víspera.

– ¡Buen banco de bruma hemos tenido ahí; hora era ya de que esto concluyera!, decía un joven delgado, de cabeza pequeña é inteligente, que llevaba una gorra adornada con áncora de oro y á quien los demás venían á saludar, dándole el título de capitán. Según dicen, continuó, los hielos del Norte son los que nos traen eso, cuando los bancos desprendidos

del Polo van á perderse en la corriente tibia del Gulf Stream...

– ¡Sí, sí, maese Guivarc'h, es muy verdad lo que usted dice!, exclamó Balanec, acercándose al recién venido, que era el jefe del puerto, y estrechándole la mano. Por fortuna, no hay averías y nuestra flotilla está completa.

Formaba allí la gente un grupo, que se estrechó alrededor de los dos hombres, aprobando, discutiendo y dando cada cual su parecer: allí estaban Lorentino Garrec, un coloso, patrón del barco de salvamento, con su aire bonachón; el viejo padre Le Fur, curtido por la edad y los años pasados en el mar; Lagadec, Treboul, Kerbonu, Pedro Le Coz, apodado Pedro Estopa, Marhadour, Le Moal, Santec, el gigante Sydvestrik Kervarec, el patrón de barco Balo el rector, saludado amistosamente por todos, estrechó las manos que le ofrecían; mientras que, para matar el tiempo, hablaba de cosas insignificantes con los pescadores.

Los instantes pasaron, demasiado lentos para los que esperaban, hasta que al fin, en el momento que menos se pensaba, en el calor de una discusión, Balanec, que aunque charlaba animadamente, vigilaba atento para ser el primero en dar la buena noticia, gritó:

– ¡Ahora arrian la bandera amarilla! ¡Todo va bien; todo está á punto!.. ¡Dentro de un cuarto de hora le tendremos aquí!..

Allá, á bordo del bergantín, mientras que el bote de la aduana se alejaba, terminada su misión, producíase un movimiento particular. Varios hombres ser una negra!.., exclamó Marhadour, con su pequeño sombrero de fieltro blando echado hacia atrás, sobre el cabello rizado, y los brazos, desnudos hasta el codo, cruzados sobre su ancho pecho.

Bozannec insistió:

– ¡Os digo que es una mujer, una verdadera mujer, y me parece ver bien su toca!..

– ¡Su toca!.. ¡Esta sí que es buena, y más gorda que la otra!.. Pues no se han llevado ninguna persona de entre nosotros, al menos que sepamos. ¡Su toca!.. ¡Ja, ja, ja!

Como la lancha había pasado ya del faro y de la caleta inmediata al fortín de Vauban, las siluetas se marcaban más claramente.

Varias voces exclamaron á la vez:

– ¡Una bretona!



Otra vez se veía una parte del puerto, con todas sus barcas alineadas, vueltas sus popas hacia el Sudoeste

zamec, Hervé Tremor, Du Raz, Pierrik, Plougastel y otros muchos.

Todos habían reconocido la *Cruz del Sud* al mismo tiempo que Pedro Kerbiriou, y esperaban con impaciencia que terminara la visita de la Sanidad para recibir á Dionisio Le Marrec, á quien todos amaban en el país tanto como el rector. Por eso seguían con creciente interés los menores movimientos del bote de la aduana, que se dirigía apresuradamente hacia el bergantín para practicar la visita.

– Ya ha pasado del faro, dijo Marhadour, cuya cara rolliza expresaba el contento.

– Y con la rapidez que avanza, añadió Corentino Garrec, no tardará en abordar.

El grumete Pierrik, con sus ojos de lince y su expresión de gato, fué el primero en gritar:

– ¡Ya aborda!

Un tumulto de voces é interjecciones saludó esta parte de la operación, felicitando con inusitado entusiasmo á los remeros de la aduana.

Sylvestrik Kervarec, que era inteligente en la materia, exclamó:

– ¡Bravamente han conducido eso; mas preciso es decir también que uno de los tripulantes es Kirgall, el marinero de la aduana, que maneja el remo como ninguno!

Transcurrió bastante largo rato, y en este intervaiban y venían á lo largo de los empalletados; distinguíanse claramente sus ademanes y su trabajo en las jarcias; de pronto resonó un silbido prolongado, y vióse descender una embarcación, que cayendo de golpe en el mar se balanceó sobre las aguas.

Acto continuo eleváronse los remos, aparecieron varias cabezas, y el bote se desvió del bergantín, hundiéndose y elevándose entre las olas.

– ¡Vean ustedes qué bien mojan esos mozos!, exclamó Correntino Garrec, con su aire de hombre bonachón, aprobando la regularidad y el compás de los remeros.

La admiración mantenía las bocas abiertas y los ojos brillantes de entusiasmo ante aquel hábil y vigoroso trabajo con los remos; y algunos ancianos de Camaret, como Le Fur y Pedro Le Coz, al contemplar aquel espectáculo creyéronse transportados al tiempo en que ellos también tenían la misma fuerza y flexibilidad en los brazos.

Otros se esforzaban para reconocer á las personas que iban en la embarcación.

– Cuatro remeros, observó Bozannec, bien veo que es la tripulación; pero junto al timonel, que naturalmente debe ser Dionisio Le Marrec, hay otra persona, y hasta diríase que es una mujer...

– ¡Una mujer á bordo de la *Cruz del Sud*, que viene del fondo de los países de América!.. ¡Pues debe

Junto al timonel, inmóvil en su puesto, distinguíase la pequeña cofia blanca del país y el chal que cubría los hombros; de modo que no era ya posible negar, y cada cual se preguntaba quién podría ser aquella pasajera desconocida que iba en el bote de la *Cruz del Sud*. Todos quedaron meditabundos; pero nadie podía adivinarlo.

Más preocupadas aún, más curiosas que los pescadores, las mujeres, por su parte, se acercaban unas á otras, poseídas de asombro por aquel incidente del todo anormal, por aquel misterio que venía á complicar la llegada del buque mandado por el sobrino del cura de Camaret.

La tía Rosalía, Luisa Pennegués y Reina Balanec no escapaban de aquel contagio y preguntábanse, sorprendidas, sin poder hallar un nombre para aquella mujer, demasiado lejana todavía; pero que ni aun al acercarse les daba á conocer facciones familiares ni despertaba el menor recuerdo.

Hasta la decana, que conocía á todo el mundo, contestaba á las preguntas que por todas partes la dirigían:

– No sé más que vosotros. ¿Qué queréis que os diga? Tal vez sea alguna de los alrededores, ó de lejos de aquí; pero tened por seguro que no es una cristiana de Camaret.

(Continuará.)

SECCIÓN CIENTÍFICA

CONSEJOS HIGIÉNICOS Á LAS MADRES DE FAMILIA.

CÓMO DEBEN ACOSTARSE LOS NIÑOS

Recorriendo todas las regiones de la Argelia, nos ha sorprendido el número exiguo de enfermedades de la nariz, de los oídos y de la garganta que hemos observado entre los árabes.

También hemos notado que los mamíferos, aparte de los perros de caza, raras veces suelen padecer de estas afecciones.

Esta rareza que se nota entre los árabes, los negros, grandes y pequeños, y entre los mamíferos obedece ciertamente á una causa, y esta causa es la siguiente: el árabe acuesta á su hijo sobre una estera con uno ó dos cobertores, debido esto á que los habitantes de aquellos países cálidos se ven obligados á dormir de este modo á fin de luchar contra el calor y evitar los colchones blandos, de lo cual resulta que los niños se acuestan sobre un lado y no sobre la espalda, pues la posición supina sólo es posible en una cama blanda.

Examinemos lo que en este caso sucede. Si el niño se acuesta sobre la espalda y si durante la noche su nariz segrega mucosidades, éstas se deslizan á la garganta, al paso que si está en decúbito lateral, las tales mucosidades permanecerán en la nariz y saldrán casi sin esfuerzo con sólo sonarse. Ahora bien: así como cualquier persona que sufre un resfriado de cabeza tiene los labios muy rojos, congestionados, ezematosos, grietados por las mucosidades que se desprenden de su nariz, así también todas estas mucosidades cuando caen en las fauces irritan esta región y las afecciones del oído, cuyo conducto interno en esta región se abre, se desarrollan con facilidad: lo mismo y por igual causa acontece con las afecciones de las cavidades nasales internas y de la garganta.

Para evitar á los niños estas enfermedades hay que obligarles, por consiguiente, á acostarse de lado acostumbrándolos á las camas duras.

La posición que adopta el niño cuando se duerme boca arriba no es solamente mala para los oídos, la nariz y la garganta, sino que además es poco favorable á la respiración. Todos nosotros hemos experimentado que para impedir que una persona ronque basta sacudirla ligeramente: el menor cambio de posición en la mayor parte de los casos hace cesar los ronquidos: como la parte posterior de la nariz se encuentra obstruída en gran parte por el velo del paladar, que á consecuencia del decúbito dorsal es arrastrado al fondo de la garganta, el que duerme se ve obligado á respirar por la boca, produciéndose por esta circunstancia el ronquido.



Fig. 1. – Posiciones forzadas que para dormir adoptan los vagabundos. Dibujos del natural

Las figuras 1, 2 y 3 nos explican perfectamente cómo el ronquido se produce, y sobre todo cómo puede evitarse con frecuencia el dormir con la boca abierta.

La figura 2 (la cabeza levantada) presenta una distancia bastante grande entre el velo del paladar (campanilla) y el fondo de la garganta. La figura 3 (la cabeza echada) presenta el velo del paladar arrastrado por ley de gravedad y casi pegado al fondo de la garganta, dejando muy poco espacio al aire de la respiración nasal. Por el contrario si el que se acuesta lo hace en decúbito lateral, como el velo del paladar no tiene teóricamente ninguna tendencia á ir más hacia adelante que hacia atrás, la respiración nasal es la misma que si el sujeto permaneciera en pie.

Bastaría, pues, que las madres consintieran en hacer algo más dura la cama en que han de dormir sus hijos para que éstos dejaran casi siempre de roncar y de dormir con la boca abierta, y para que por consiguiente respiraran mejor y al mismo tiempo se desarrollaran más rápidamente.

He aquí nuestra conclusión: madres de familia, nada de cariño inútil. Vuestros hijos dormirán mejor en cama dura, cuando se habrán acostumbrado á ella, que sobre una cama blanda, y de esta suerte los tendréis sanos y les preservaréis para lo porvenir del insomnio que produce en los viajes y en otras circunstancias la falta de una buena cama.

Dr. Madent



Fig. 2. – Sección vertical de una cabeza levantada. El velo del paladar se encuentra á una distancia bastante grande entre la campanilla y el fondo de la garganta. El aire puede pasar fácilmente.

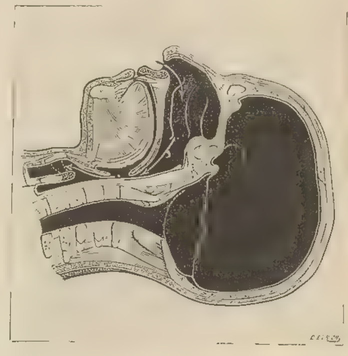


Fig. 3. – Sección vertical de una cabeza acostada. El velo del paladar se encuentra muy cerca de las fauces. El aire pasa, pues, más difícilmente.

***

EL CAÑONERO ALEMÁN «ILTIS»

Cuando después de pasear durante cerca de veinte años la bandera alemana por los mares de Oriente, se disponía el cañonero *Iltis* á emprender su viaje de regreso á Europa, fué sorprendido el día 23 de julio último por un terrible huracán en las costas de la península china de Schantung, yéndose á pique tan rápidamente que de los 85 hombres de su tripulación sólo lograron salvarse once.

El *Iltis* era uno de los barcos más antiguos de la marina de guerra de Alemania, y aunque por esta circunstancia no podía ya prestar grandes servicios, sus condiciones marineras eran, sin embargo, suficientes para el objeto á que últimamente estaba destinado. Construído en el arsenal imperial de Danzig, y botado al agua en 1877, este cañonero no había hecho propiamente más que dos viajes, los dos al Este de Asia, en donde en unión del *Wolf* protegía los intereses de su nación.

En 1885 desempeñó un papel importante en la historia colonial alemana, siendo con este motivo causa del conflicto de las Carolinas que tan honda impresión produjo en España: el día 25 de agosto de aquel año llegó el *Iltis* á la isla de Yap, y desembarcando en ella un destacamento izó allí la bandera de Alemania, pretendiendo declarar el protectorado alemán sobre aquella posesión española. Nuestra patria se levantó en masa para protestar contra tal usurpación, y nuestro pueblo dió muestras de que aún no se habían extinguido en él los sentimientos y las energías que impulsan á las naciones á realizar grandes hazañas. Alemania comprendió la sinrazón con que había procedido y pudo ver cuán equivocada estaba si creyó que España no tendría aliento para ponerse enfrente del coloso de Europa. Sea por espíritu de justicia, sea por el temor de las graves complicaciones que aquel incidente, al parecer sin importancia, podría originar, lo cierto es que el emperador aceptó el arbitraje del Papa, que fué el más completo y solemne reconocimiento de nuestros derechos.

Poco después el *Iltis* regresó á Alemania para sufrir en Wilhelmshaven algunas reparaciones, terminadas las cuales, en la primavera de 1887, fué por segunda vez á China.

En los comienzos de la guerra chino-japonesa prestó un señalado servicio con motivo del naufragio del buque de transporte chino *Kowshing*, salvando á la mayor parte de la tripulación de éste. Al terminar aquella guerra y á consecuencia de haber estallado una revolución en la isla de Formosa, los chinos quisieron impedir que saliera del puerto de Tamsui el vapor mercante alemán Arthur: llamado por el capitán de éste, acudió el *Iltis* y con solos tres disparos de cañón bien dirigidos apagó los fuegos de los fuertes de aquella plaza, éxito que puede calificarse de brillante, teniendo en cuenta la escasa artillería del cañonero. El *Iltis* tenía 42 metros de eslora, 7 de manga y 3,9 de puntal y desplazaba 480 toneladas: sus máquinas sólo desarrollaban una fuerza de 340 caballos, y llevaba un aparejo de goleta que le permitía navegar perfectamente á la vela. – X.



El cañonero alemán *Iltis*, recientemente naufragado en las costas de China. El *Iltis* fué el que en 1885 desembarcó un destacamento en la isla española de Yap, dando origen al conflicto de las Carolinas

PUERTA LIMBERT,

EN AVIGNÓN,

recientemente demolida

El Ayuntamiento de Avignón reclamaba hacía tiempo la demolición de las antiguas murallas que impiden el ensanche de la ciudad; pero estas murallas están clasificadas entre los monumentos históricos, y como tales no podían ser derruídas, según la ley de 30 de marzo de 1837, sin una autorización ministerial.

El alcalde de Avignón, sin embargo, ha prescindido de esta disposición y en menos de dos días ha demolido la puerta que reproducimos, dictando para ello un decreto, cuyos principales fundamentos traducimos á continuación, porque son realmente curiosos en extremo desde el punto de vista legal:

«Considerando – dice – que las murallas son una propiedad municipal; que el estado ruinoso de la puerta Limbert constituye un peligro permanente que aumenta de día en día; que la servidumbre creada por la clasificación de un inmueble como monumento histórico no puede existir y disminuir los derechos reales del propietario si no ha habido previa indemnización en la forma de derecho; que á lo sumo esta servidumbre, aun establecida regularmente, no puede afectar á los deberes del propietario, y menos aún á los derechos de policía instituídos en el interés superior de la seguridad de los ciudadanos, etc., etc.; Decretamos que la puerta Limbert será inmediatamente demolida.»

Y como lo decretó lo hizo: á las seis de la tarde dió aquel decreto, y aquella misma noche comenzó la demolición que antes de las 48 horas quedaba consumada.

Según parece, esta que aquí llamaríamos alcaldada ha producido un conflicto con el gobierno, conflicto de que se ha ocupado ampliamente la prensa francesa y que no se sabe cómo terminará: lo único que puede asegurarse es que la puerta Limbert ha dejado de existir, y que sólo quedará su recuerdo como monumento histórico.

Menos mal que, según aseguran críticos inteligentes, la tal puerta no ofrecía ningún interés desde el punto de vista del arte; pero dados los fundamentos del decreto del alcalde de Avignón, lo mismo hubiera sucedido aunque se hubiese tratado de una joya artística.



AVIGNÓN. – PUERTA LIMBERT, recientemente demolida



Las pescadoras, cuadro de Cuchy

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 31 de agosto de 1896 — Núm. 766



LA NINFA DEL LAGO, cuadro de F. M. Bredt (Exposición Internacional de Berlín. 1896)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE ACTUALIDAD

A pesar de la indiferencia con que aquí suelen mirarse las discusiones puramente literarias, la promovida por *El Imparcial* estos días acerca del *Teatro libre*, ha despertado relativo interés. Conviene advertir que es un interés de curiosidad, más que de crítica. La gente quiere enterarse. ¿Qué será eso de *Teatro libre*? ¿Se parecerá (en su género) á la enseñanza libre, al libre cambio, al amor libre, á la libertad de cultos y á otras varias que no están en olor de santidad precisamente? ¿Será socorrido pretexto de poner en escena comedias y farsas para hombres solos, de esas que se representan á puerta cerrada? ¿O más bien constituirá una parodia del coliseo de Bayreuth, y funcionará por la mañana, con la sala medio á obscuras y la orquesta agazapada bajo la concha del apuntador?

A tan fantásticas suposiciones ha dado lugar el solo anuncio de la posibilidad de un *Teatro libre*, invención vertida directamente del francés y destinada (ó mucho me engaño) á no prosperar en tierra española. Este parecer fué el que expuse, como en cifra, respondiendo á la pregunta del popular diario madrileño. Y considerando justo que al *Imparcial* se le reserve una investigación que él suscitó, me apresuro á decir que aquí no trataré especialmente la cuestión del susodicho *Teatro libre*. Me limitaré á discurrir sobre el Teatro... esclavo, que es por lo visto el que venimos disfrutando hasta el día. Si sale enredado alguna vez, á manera de gajo de cerezas, el *Teatro libre*, no hay que extrañarlo, porque la actualidad atrae y produce una especie de obsesión. Eso tienen de bueno las hipótesis: hacen pensar. El *Teatro libre* es la última hipótesis de nuestro arte escénico.

Aunque he votado en contra de ella, no por eso soy partidaria – ¡qué había de ser! – de la consagración del *statu quo*. Lo que sostengo es que, para los tiempos que corren, las empresas hacen lo que pueden. Al fin su lema es, por necesidad, el del director que habla en el «Prólogo en el Teatro,» del inmortal poema de Goethe: «¿Cómo no he de desear agradar al público, cuando él es quien vive y quien me da vida?» Atentas á estudiar los síntomas reveladores de las variaciones del gusto, las empresas procuran enriquecer el repertorio y acogen con los brazos abiertos lo que ofrece esperanzas de atraer al espectador. No hay doctrina literaria, no hay amor puro al arte que inspire mejor que la conveniencia propia. Su instinto no diré que sea infalible, pero sí agudísimo. Si las empresas padecen errores y admiten y ponen en escena obras destinadas á naufragar, es porque á veces el violento deseo de acertar engaña. ¿Y cómo va á rechazar una empresa la obra del autor famoso, ilustre, aunque note que aquella vez dormita? ¿Cómo va á cerrar sus puertas al principiante que promete? ¿Cómo ha de hacerse la sorda al clamor de los literatos admiradores de ciertos dramas extranjeros, aunque sospeche que aquí no los va á tragar el público?

Desde que la desaparición de la censura de teatros convirtió al auditorio en censor supremo, hubo en España empresas dispuestas á todas las tentativas, y bien se puede afirmar que no yace desconocido ni archivado ningún ensayo dramático de valía, ó solamente de novedad. Nadie gana á valientes á las empresas. En plena efervescencia revolucionaria se estrenó en Madrid *La Carmañola*, comedia reaccionaria de Ramón Nocedal. Sabíase de antemano que estaba prevenida la partida de la Porra; había marejada contra los Nocedales, y la musa satírica acababa de disparar al autor novel un sangriento soneto cuyo cuarteto primero, si mal no recuerdo, decía así:

«La gloria del sin par Nocedalete
no amenguará, pardiez, Nocedalito.
Si aquél fué liberal de chiquitito,
éste, desde el nacer, gasta bonete.»

No dudaba la empresa que la comedia de Nocedal *junior* traía aparejada gresca, y no obstante, la representó intrépidamente, como si buscase quimera al público, lo mismo que, cerca de un cuarto de siglo después, no faltó quien pusiese en escena, con denuedo, un drama de la señora doña Rosario Acuña, *El Padre Juan*, de tendencias completamente antitéticas á las de *La Carmañola*. No suelen las empresas pecar de medrosas y apocadas. Apenas habrá género, ni especie, ni variedad, ni tendencia, ni *molde* que haya sido recusado (por las empresas, se entiende). Hemos tenido los Bufos, con sus cancanes, sus ritornelos *canaille* parecidos al de la *Blonde Venus*, sus exhibiciones de algodonadas pantorrillas, de escotes barnizados de albayalde y botas imperiales de raso hasta media pierna: hemos tenido (vivo contraste) los dramas góticos y visigóticos, con sus vistas al neocatolicismo, sus reyes y reinas que parecían figuras de baraja, sus largos trozos de verso solemne: hemos tenido los melodramas jurídicos, con sus venenos y sus puñales, sus tribunales reunidos para juzgar al inocente y sentenciarle á muerte, mientras el asesino se oculta; con sus agentes finos sabuesos y con su desenlace final que castiga al malvado: hemos tenido ¡y Dios sabe en qué cantidad! los dramas de conflicto y punto de honor, cuyo protagonista se pasa tres actos dilucidando qué es lo que le mandan hacer la moral y la dignidad, y si debe degollarse ó escabechar al prójimo: hemos tenido dramas que eran alegatos contra la intolerancia religiosa y otros que eran sermones contra la iniquidad y el descreimiento; dramas contra el agio y el afán de negociar, y dramas contra la pereza y el fatalismo; dramas predicadores y dramas sentimentales; dramas (¡todavía!) de moros y cristianos, y dramas patrióticos; y ahora tenemos dramas regionales, con color local y con desfile de trajes y de decoraciones, y dramas psicológicos y dramas *ibsenianos*, y dramas socialistas, y dramas de frac, y de smocking, y de levita, y de blusa, y de chaqueta, y de andrajos! Tampoco nos han faltado comedias de enredo y *quid pro quo*, ni de sátira social, ni de sátira política, ni de carácter, ni de figurón, ni de salón, ni de zahurda; y no se hable de la irrestañable corriente que un día y otro produce sainetes, fines de fiesta, piececillas, apropósitos, despropósitos, humoradas, revistas, viajes... ¿Qué *nos faltará*? En España hay derecho para decir: *nihil novum supra... candilejas.*

No nos hemos reducido á la cosecha de casa. Llovieron traducciones y adaptaciones á porrillo, hechas sin primor, ni discreción, pero continuas, por lo cual es lícito afirmar que de las obras muy celebradas en el extranjero, pocas dejaron de subir tarde ó temprano á la escena española. El teatro francés, sobre todo, ha sido, más que aprovechado, saqueado; y como existen buenas compañías que se dedican á él de preferencia y actrices notabilísimas que lo dominan, ya no parece forastero, es un *género* admitido, sin contrabando. Todo esto, ó mucho me equivoco, ó indica en las empresas de los teatros que en España funcionan, un criterio amplísimo, ningún apego á las tradiciones y un arrojo probado, porque no pocos de los ensayos y experimentos á que se determinaron las empresas, eran (la experiencia lo demostró) calaveradas y temeridades, desde el punto de vista de la taquilla.

Demostrada la exactitud de estos hechos, no halla fácil explicación el anhelo de un *Teatro libre*. ¿Qué necesidad remediaría? La clave de esta aspiración, que á primera vista presenta apariencias insurrectas y airecillos de novedad, está sin embargo en la historia literaria. Es un *avatar*, una encarnación reciente de aquellas antiguas ansias que analizó y definió, en precioso libro, el malogrado crítico catalán José Yxart. Hay que leer y releer las páginas de *El arte escénico en España*, si queremos entender bien el problema de nuestro teatro, é interpretar por sus antecedentes su estado actual, que no es el de postración y anemia que muchos se complacen en suponer. La idea del *Teatro libre* es de las que llama Yxart con frase gráfica *panaceas teatrales*, resultado inevitable de las continuas series de lamentaciones sobre la *decadencia*, sobre la situación precaria y mísera de «la patria escena de Calderón y Lope.» Estas lamentaciones que tan á menudo se oyeron resonar, tomando por base, ya las traducciones y arreglos del francés, ya la afición del público al género zarzuelesco, ya el flamenquismo, ya el can cán, ya el supuesto realismo de Echegaray, Cano y Sellés, ya las funciones por horas, ya los adelantos de la escenografía, las decoraciones mejor pintadas y los trajes más ricos y apropiados – que por tales motivos se clamó y se lloró y hubo quien rasgase sus vestiduras y se cubriese la cabeza de ceniza, como los profetas bíblicos; – estas lamentaciones, repito, no han cesado, ni acaso cesarán jamás, y al presente las inspira el drama de *ideas*, de *análisis* y de estudio social, el teatro de Ibsen, algunas tentativas de Galdós. En pequeño, en el reducido círculo que aquí lo encierra todo, se renovaron, después del estreno de *Realidad*, las célebres batallas de *Hernani*. Es indecible la expresión de antipatía ciega, los gestos de tedio con que se anatematiza ese género dramático. El enojo y la reprobación de algunos ha provocado, por reacción muy natural, la devoción y el encomio de otros, que ven en el drama *de ideas* sublimidad recóndita y profundos símbolos de doctrinas negadas á los profanos. Tal entusiasmo puede contribuir á la ilusión del *Teatro libre*, por creer que en él se reuniría un auditorio selecto, capaz de entender y saborear las filosofías de los *Espectros* ó las revelaciones sociales de *Los Tejedores*. En el fondo – y los artículos de Valera lo descubren – lo que hoy fermenta no es el *Teatro libre*, sino aquel mismo *Teatro* perfeccionado, regido intelectualmente, que allá por los años 50 se llamó el *Teatro español*, y en los años 77 se convirtió en una especie de *Teatro modelo*, propugnado por el insigne crítico D. Manuel de la Revilla; una especie de *Comedia francesa*, sostenida y amparada y costeada por el Estado. «No diré que asombre – escribe Yxart, – pero sí que produce un efecto muy cómico, cuando se tienen á mano, en un rimero, documentos análogos de distintas fechas, ver cómo se repiten casi cada lustro los mismos proyectos sin que se realicen nunca, y sin que los proponentes se percaten de aquella absoluta carencia de novedad.» Tampoco los que ahora leen ese nombre sospechoso de *Teatro libre*, pueden imaginar que es, vertido á la moderna y algo desfigurado, pero esencialmente el mismo, «el proyecto de Patricio de la Escosura con sus dos direcciones independientes, las reformas del conde de San Luis, algo de las proposiciones de Romea en 1860, el informe de la Academia de Ciencias morales...,» y también el sueño de Revilla y el problema de Cañete y tantos y tantos párrafos como ha dedicado la prensa á la deseada fusión de todos los actores y actrices de primera línea en una sola compañía excepcional – sin tener en cuenta diferencias de género, ni oposiciones de índole, de carácter, de gustos y hasta rivalidades, – que después de todo son cosa natural y humana.

Razón le sobra á Yxart en su hondo estudio. Esas lamentaciones constantes, desde principios del siglo, acerca del teatro, prueban un inveterado é indefinible malestar. Siendo el teatro, amén de una gloria altísima del pasado, un género que aún posee el privilegio de interesar más que los restantes, de producir cierta vitalidad literaria; siendo tal vez la única forma de literatura que no pasa inadvertida, que la mujer y la juventud conocen, es por lo mismo aquello de que nadie está satisfecho, en que todos ven defectos que corregir, errores que evitar, inverosimilitudes, impropiedades, languidez, ataques á la moral, etc. Son constantes las censuras á lo incompleto de las compañías, á la desacertada elección del repertorio, al modo de vestir y de amueblar las piezas: lo clásico aburre, lo moderno subleva, lo ejemplar empalaga, lo artístico escandaliza, lo nuevo indigna, lo conocido es fiambre, lo real es grosero, lo ideal es absurdo, el estudio de los caracteres fatiga, y no hay, en suma, autor ni obra que contenten á ese monstruo de miles de ojos que se llama público. Por eso el verdadero poeta repetirá siempre las hermosas palabras de Goethe: «No me hables de ese público tumultuoso cuyo aspecto hace replegarse á la inspiración: ocúltame la multitud turbulenta que á pesar nuestro nos empuja hacia el abismo.»

A este malestar y descontento de lo presente – aun cuando lo presente, y el crítico catalán lo ha demostrado bien, no tiene por qué afligirnos, pudiéndose decir, invirtiendo la sentencia, que

cualquiera tiempo pasado
fué *peor*, –

se debe el que flote en el aire la ya histórica aspiración del *Teatro modelo*, disfrazada de revolucionaria bajo el nombre de *Teatro libre*. Sin pretender oficiar de Casandra, me atrevo á pronosticar que las cosas seguirán como hasta hoy. Continuarán los actores desavenidos y fiándolo todo al propio esfuerzo aislado; las empresas consultando el horizonte para ver, como en el cuento de *Barba azul*, el camino que blanquea y la hierba que verdea; el público dengoso y descontentadizo, con accesos repentinos de pudor, y otras veces con exigencia de cuadros poco edificantes; y de esta confusión saldrá de cuando en cuando un brote de belleza, una realización parcial de los ideales de libertad y vida, que sólo caben dentro del arte. Hasta pudiera suceder – pero ¿quién afirma que sucederá? – que el público llegue á aceptar (no en el *Teatro libre*, al cual iría prevenido, sino en los demás *teatros*, sin rótulo) aquellas concepciones, aquellos «nuevos modos de pensar y de sentir,» aquellas condiciones lógicas de la dramática contemporánea, hoy rechazadas ó acogidas fríamente.

EMILIA PARDO BAZÁN



RETRATO ECUESTRE DE FELIPE IV

30 de agosto de 1623

Célebre retrato ecuestre de Felipe IV pintado por Velázquez, existente en el Museo Nacional del Prado en Madrid

Velázquez, como Rafael, como Ticiano, como tantos otros grandes artistas, resplandece en el cielo del arte cual estrella de primera magnitud, no tan sólo por haber producido una obra maestra, sino por haber producido muchas, todas ó casi todas inmortales. Así pues, no ha de causar extrañeza que en estas *efemérides* aparezcan conmemoradas obras distintas de los citados artistas, así como de Miguel Angel, Rembrandt y de alguno más, puesto que esas obras las registra la historia en sus páginas como producciones insuperables.

Por otra parte, al dedicar varios artículos á distintas producciones de determinados genios, creo cumplir como debo la tarea que me impuse al dar comienzo á ésta, procurando recabar para el arte patrio aquel lugar que aun hoy, pese á la buena voluntad de algunos historiógrafos y críticos extranjeros, como Lefort, le regatea el amor propio exagerado y parcial, de los franceses especialmente. Además de que la vulgar creencia de las gentes en España no iniciadas en los conocimientos de las artes plásticas y gráficas, y desconocedoras por esta razón (y por otras que no honran mucho á nuestra cultura) del valor estético de la producción artística, solamente sabe de Velázquez que pintó muy bien *Las Lanzas*, *Los Borrachos* y el *Cristo en la Cruz*, mirando el resto de la obra del inmortal pintor como secundaria. A desterrar en parte ese concepto que el vulgo ha formado de la labor de Velázquez y de la de tantos otros pintores y estatuarios, al paso que recabo, mejor dicho, que secundo, en la medida de mis fuerzas, la tarea que desde hace pocos años se han impuesto varios críticos y artistas, así nacionales como extranjeros, de evidenciar el inmenso valor de las diversas producciones del pintor favorito de Felipe IV, añado á esta galería de *efemérides* artísticas la de una obra verdaderamente admirable.

Porque de admirable debe calificarse el retrato ecuestre del cual me ocupo en este artículo. Admirable por todos conceptos: por la corrección del dibujo, por la sobriedad del color, por la noble y arrogante disposición del jinete y del caballo, por la pasmosa realidad que en todo cuanto es tangible, material, se advierte, por la maravillosa interpretación psíquica del retrato, por ser este retrato el primero de todos los que Velázquez hizo del padre de Carlos II.

Contaba el egregio pintor 24 años cuando pintó por primera vez al rey. Consiguió Velázquez tal honor en el segundo viaje que desde Sevilla hizo á la corte. En el primero, á pesar de haber sido muy obsequiado por varios paisanos suyos y especialmente por el sumiller de cortina de Felipe IV D. Juan de Fonseca y Figueroa, maestrescuela y canónigo de la catedral sevillana, no pudo conseguir su objeto de entrar en palacio. Solamente hizo por entonces el retrato (que se conserva en el Museo del Prado) del poeta Góngora, cumpliendo así un encargo que le recomendara su suegro Pacheco.

D. Juan de Fonseca, aficionadísimo á la pintura y pintor á ratos, tomó por su cuenta traer á Madrid á Velázquez y meterlo en palacio. Grande amigo del conde duque de Olivares, quien estaba por entonces en el auge de su privanza, consiguió Fonseca que el favorito llamase á la corte al pintor, como así lo hizo por medio de una carta. Acompañó á Velázquez su suegro, presintiendo la gloria que iba á adquirir el joven artista. Antes de presentarlo al conde duque, el de Fonseca hizo que su protegido pintase un retrato, el cual llevó inmediatamente á palacio. Dignáronse los reyes ver la obra y la estimaron y admiraron todos, reyes y alta servidumbre, como revelación de un genio. Sobre todo el rey quedóse tan enamorado de la pintura, que mandó expedir la siguiente cédula: «A Diego Velázquez, pintor, he mandado recibáis en mi servicio, para que se ocupe en lo que se le ordenare de su profesión, y le he señalado *veinte ducados* de salario al mes, librados en el pagador de las obras de estos Alcázares, Casa de Campo y del Pardo. Vos le haréis el despacho necesario para esto, en la forma que se le hubiere dado á otro cualquiera de su profesión. En Madrid á 6 de abril de 1623. – *A Pedro de Hof Huerta.*»

Seguidamente mandó el rey al artista que retratara al célebre infante Cardenal, que tanta gloria había de conquistar poco más tarde sobre el campo de batalla, mandando las huestes españolas frente á los más grandes capitanes de Francia, Flandes y Países Bajos. Sin embargo, el mandato del rey no hubo de cumplirse, pues se tuvo en la corte por más acertado que Velázquez hiciese primero el del monarca. Suspendióse varias veces la pintura porque las ocupaciones de los negocios del Estado, en demasía apremiantes, obligaron á Felipe á dejar la corte y á dedicar largos espacios de tiempo al cuidado de aquéllos; mas al fin terminóse el retrato el día 30 de agosto de 1623 á satisfacción del conde duque, del rey y de la corte, obteniendo Velázquez permiso para exponer su obra en la calle Mayor.

El conde duque de Olivares aseguró que ningún otro pintor había retratado tan acertadamente al rey. Hicieran varios los hermanos Carducho, Cáxes y Angel Nardi, y se mandaron recoger todos; y Felipe se propuso que ningún otro que no fuera Velázquez pudiera retratarle. Tal disposición regia fué adoptada en vista del éxito grande que alcanzó la pintura al ser expuesta al público. Aplaudieron grandes y chicos la obra; los más celebrados poetas dedicáronle entusiastas poesías, siendo una de las más leídas la de Quevedo. Pacheco mismo, que entusiasmado de las buenas prendas que adornaban al pintor, le había dado la mano de su hija, codiciada por muchos jóvenes ricos de Sevilla, dedicó á su yerno el siguiente soneto, que á título de curiosidad reproduzco:

«Vuela, ¡oh joven valiente!, en la ventura
de tu raro principio: la privanza
honre la posesión, no la esperanza,
del lugar que alcanzaste en la pintura.
Anímete la augusta alta figura
del monarca mayor que el orbe alcanza,
en cuyo aspecto teme la mudanza
aquel que tanta luz mirar procura.
Al calor de este sol templa tu vuelo,
y verás cuánto extiende tu memoria
la fama por tu ingenio y tus pinceles,
que el planeta benigno á tanto cielo
tu nombre ilustrará con nueva gloria,
pues es más que Alejandro y tú que Apeles.»

En este primer retrato ecuestre aparece Felipe IV vestido con una media armadura, empuñando el bastón de mando, cubierta la cabeza con un gran sombrero de anchas alas sobre las que flota un largo airón ó pluma. Cruza su pecho una banda de seda, y el caballo está en actitud de hacer una corveta.

Pintó Velázquez hasta cuatro retratos ecuestres del rey, amén de muchos otros á pie y de medio cuerpo, algunos de los cuales se conservan en nuestro Museo del Prado.

R. Balsa de la Vega

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La ida del czar á Francia. – Sus detenciones y sus rodeos en el camino. – Declaración del gobierno respecto de las fiestas imperiales. – Muerte del pintor Millais en Inglaterra. – El célebre Ruskin. – Discurso de clausura del Parlamento inglés. – Creta y Dongola. – El derecho de reunión en Francia. – Observaciones. – Conclusión.

Sobrepuja en interés á todos los demás asuntos el cercano arribo de Nicolás II á los tormentosos espacios de París, acompañado por la joven y bella emperatriz. Razones hay sobradas á justificar tal deferencia del czar. Sin los auxilios de Francia no pudiera éste hacer todo aquello que le pide su gusto personal, así en el Oriente de Asia como en el Oriente de Europa; ni á su sabor de Inglaterra burlarse, así en Corea como en Armenia. Por tanto, cosa natural y legítima la confirmación de un pacto, para él tan útil y tan inútil para Francia, como la sanción indirecta que supone prestarle ahora la visita imperial. París estará de mejor talante hogaño que antaño hace ya seis lustros, cuando recibió la visita de Alejandro II á vociferaciones de «Viva Polonia» y á pistoletazos dirigidos sobre la sacra persona del huésped por un arma polonesa. Aguardan los franceses de Rusia sus reinvidicaciones del territorio nacional; y así, más que á Rusia, dirigen á la patria propia el fervor de sus entusiasmos y el tributo de sus homenajes. Mas, reconocido y confesado esto, reconozcamos y confesemos también que la Providencia se burla tanto de nosotros, los republicanos, como el czar de Inglaterra se burla, obligándonos á librar nuestras esperanzas de engrandecer la gran República y conservarla en quien recuerda por el continente nuestro la conquista desde los bordes del mar Báltico, arrancados á Suecia, hasta los bordes del mar Negro, arrancados á Turquía; la perpetración de un crimen, jamás perdonado al despotismo por la conciencia humana, como el descuartizamiento y repartición de Polonia; la servidumbre de razas enteras, uncidas al carro cesáreo por la violencia y azotadas por el knout ó látigo de los cosacos; el régimen más opuesto que darse puede á la democracia ó á la libertad y á la República.

***

Pero como la patria está sobre todo y ante todo en el corazón de los pueblos, han entregado los franceses el alma hoy al czar, por redondear su territorio, como entregaban los sabios de la Edad media, para quienes la ciencia estaba sobre todo y ante todo, el alma, por descubrir un secreto, al diablo. Y sin embargo, el czar no hace como el diablo, quien cargaba con los espíritus que le pedían de hinojos los enseñorease á su arbitrio; el czar se reserva un poco, y echa mares de agua en el vino de honor presentado á sus augustos labios por los recientes amigos. Así, previas las visitas al rey de Dinamarca y al emperador de Alemania y á la reina Victoria y al emperador de Austria y á todo el mundo, visitará también por último á París. La visita inevitable al rey de Dinamarca se comprende bien, pues todo nieto debe cariño á su abuelo, de quien recibiera la vida uno de los dos seres que se la transmitieron á él; y también las visitas á la reina de Inglaterra y al emperador de Austria, que representan y ejercen honorarios decanatos en la corporación compuesta por los reyes europeos. Pero, francamente, no puedo comprender, como comprendo el rodeo por Viena y por Londres, la detención en Breslau, capital de Silesia, conquistada por el genio y por las armas de Federico II á los dominios de María Teresa y transmitida por tres generaciones de reyes á Guillermo II, embargado ahora en maniobras militares, como no sea para decir de algún modo á los franceses que será difícil volver á Francia Lorena y Alsacia como al Austria Silesia, pues los emperadores viven de la guerra, como del robo las águilas.

***

Y sin embargo, estalla un tal fragor de manifestaciones fervientes, que los ministros se han visto en la necesidad de moderarlas al natural recelo de que acabasen por vejámenes ó caricaturas del czar. Los periódicos han estado en vena, proponiendo una procesión desde las estaciones del Norte al célebre ingreso en los Campos Elíseos, ó plaza de la Concordia, en que llevaran todos los parisienses ramos de flores, dejando á las parisienses en sus casas para que llovieran desde los balcones y ventanas hojas de flores, hasta concluir todo por un gigantesco besamanos, del cual participaran algunos millones de seres, pasando ante los czares, quienes puestos en áureo altar, bajo solio en competencia con cualquier horizonte y sobre trono en competencia con cualquier montaña, nos granjearía una magia magnificentísima como nunca se hubiera visto igual otra ni en la Opera, ni en el Circo, ni en los Bufos, por cuya celebración hubiera dado un ojo de la cara el reclamero y pufista yankee, celebérrimo bajo su nombre de Barnum, unido á la restauración del elefante blanco, preso en las selvas indias del Asia, para divertir y alegrar con sus danzas religiosas y sus habilidades titiriteras á todos los hastiados del mundo.

***

Y á fe que necesitamos diversiones, pues todos los días el reloj de arena, que se llama tiempo, despide un alma en la eternidad, ocultándola por los abismos insondables y sugiriéndonos así también indecibles tristezas. Millais lucía entre los artistas de primera magnitud lucientes en el cielo europeo. Y la muerte acaba de robarlo á nuestros ojos; accidente que nos entristece, siquier nunca pueda robar á la universal admiración sus obras. Entre los ingleses ha existido este siglo una escuela, que ha hecho de la estética su religión, su culto, su moral, su vida. Para esa escuela se confunden lo hermoso y lo bueno, como lo feo y lo malo, en igual naturaleza. Y confundiéndose, prefiere á todos los pintores, á la verdad natural de Velázquez, al esplendor increíble de Rubens, á la maestría de Rembrandt, al colorido y composición de Ticiano, aquellos sobrios y melodiosos pinceles del siglo décimoquinto en Florencia, predecesores de Rafael, que no sabrían, como nosotros, pintar los cuerpos y los campos y las cosas, pero que sabían en toda su ingenuidad pintar las almas, y poner en sus cuadros el inimitable toque de la idea pictórica por excelencia, de la idea cristiana. Yo comparto con los estetas ingleses la religión, que cultiva, en el sentido de prestar culto, los últimos cuadros medioevales de la incomparable Toscana. Recuerdo ahora una circunstancia de mi vida: muy embargado yo, el día de mi visita al inolvidable, al sublime León XIII, y absorto en la idea de cuanto debía escuchar y decir, al paso desde las antesalas al saloncito del trono pontificio, donde S. S. me aguardaba, íbanseme los ojos tras las tablas del cuatrocientos, puestas por el genio artístico de los Papas en aquellas sacratísimas paredes, y detenía, en lo compatible con la etiqueta y con la ceremonia, mi paso á la indeliberada é inconsciente contemplación de tales maravillas. Pero sucede con los imitadores de la pintura florentina del siglo décimoquinto lo que sucede con los latinistas modernos que reproducen la prosa ciceroniana. Como no inventan, más bien calcan, sus cuadros y sus escritos se diferencian del modelo, como el cuadro al cromo del cuadro que reproduce ó copia. Lo pintaba todo muy bien Millais; pero en lo que subía su arte hasta emparejarlo y confundirlo con los mayores artistas era en el retrato, por lo profundamente psicólogo de su pincel, quien expresaba mejor el alma de los estadistas reunidos en las Cámaras de los lores y los comunes, que el alma de los pintores ingenuos y sinceros reunidos en las platónicas florestas de Florencia.

***

La estética del célebre Ruskin, empeñado en mezclar lo bello á la vida, lo mismo en sus actos morales que en sus industrias y en sus trabajos creadores, y convencido por completo de que solamente dos ciudades han tenido en la Historia dos épocas artísticas, Atenas en el siglo de Pericles y Florencia en el siglo de Médicis, han inspirado las obras del pintor muerto, cuyo duelo y luto se han extendido hasta mostrar cómo se arraiga cada día más entre los ingleses el culto religioso al arte humano, esa revelación del espíritu donde se cuajan ó cristalizan todos los duraderos ideales. Ruskin representaba la teoría y Millais la práctica del arte anterior al cenit del Renacimiento, donde nadie brilla como Rafael y Buonarotti. Así Millais y Ruskin embargaran en su sazón oportuna el espíritu público, elevándose sus teorías y sus obras á la región altísima donde campean los asuntos nacionales; y por tanto, nacional ha sido la pena por el paso desde este mundo al otro de aquel pintor tan eximio. Esta particularidad meritoria debe notarse con tanto mayor motivo, cuanto que no faltan embargos del interés popular hoy por la política ministerial, intrincada y dificultosa como nunca. El cierre de la legislatura en este año ha coincidido con tales hechos y dado de sí un discurso regio, atribuído como siempre á la corona por los ministros, y por los ministros como siempre redactado. Afirmación de buenas relaciones con todos los gobiernos; profundo silencio sobre cosa tan grave como el problema chino-japonés; inteligencias con el sha de Persia y el emir de Cabul, relativas á las cuestiones de límites en los respectivos contactos territoriales entre sus imperios y las Indias; tristezas causadas por rebeliones en el Africa meridional, con cuyo pretexto elide los ataques de sus súbditos á pueblos de su amistad; recuerdos de cómo Egipto perdiera su dominio hace diez años en la negra Dongola y propósitos solemnemente practicados de recuperarla; terrible afirmación del peligro con que nos amenaza Creta subvertida y alusión al plan, bajo buenos auspicios comenzado, de requerir para ella un buen gobierno que armonice la secular autoridad del sultán con la indispensable autonomía del pueblo: he ahí el discurso, abrazando las mayores dificultades existentes hoy en el planeta, antes para referirlas que para resolverlas. Mas el inmenso laberinto de la política universal encierra tal número de recodos y trampas, que nadie será osado á censurar la reserva británica inspirada por su tradicional y conocida prudencia.

***

Mas, en Inglaterra, cualesquiera que sean las dificultades internacionales, no puede cambiar por ahora la política nacional; mientras en Francia, cualesquiera que sean las facilidades internacionales, puede la política nacional cambiar á cada momento. Y seguramente se nota y resalta esta diferencia entre Francia é Inglaterra; porque mientras en una todo se libra por la totalidad del país siempre á los Comicios y al Parlamento, en otra se libra todo por una gran parte del país á la revolución y á la dictadura. De aquí seguramente Inglaterra con grandes agitaciones en la superficie y paz profundísima dentro del fondo, mientras Francia con profundísimas pasiones de cólera y guerra civil entre los partidos, muy enconados unos contra otros en las llamaradas de aquel apasionamiento universal. Donde más esto se conoce y nota es en la práctica del derecho de reunión, encrespadísimo entre los franceses, y en Inglaterra sereno de toda serenidad; ¿qué digo en Inglaterra?, nosotros mismos, los más retardados en el aquistamiento y práctica de los humanos derechos, sabemos practicar el de reunión, por tal modo, que hasta los conservadores y reaccionarios alaban en esto, en la dignidad y en el orden de sus asambleas, á nuestra democracia. ¡Ojalá practicáramos lo mismo el derecho de sufragio, en parte ninguna tan falseado y corrompido! Pero los franceses, que practican muy bien el derecho de sufragio, practican muy mal el derecho de reunión. Importa poco se hallen inscritos los derechos humanos allá en las primeras hojas de una Constitución, si luego aquí, en la práctica, los destruyen aquellos mismos que los gozan, probando así cómo no los merecen. Las ideas todas tienen sus contrarias, y en dejar que se contradigan ellas por labios de sus mantenedores opuestos entre sí, está el toque de la verdadera libertad, igual para todos, fórmula superior de la democracia moderna. Pero en Francia no hay público que tolere hablen los contrarios á sus ideas en paz. Recuerdo cómo procedieron, durante las últimas elecciones senatoriales, con un republicano tan radical como Floquet los electores socialistas en una reunión pública: después de haber agotado todos los dicterios, no teniendo más ofensa que dispararle al pobre ya, le dispararon un tiro, el cual tiro agujereó su sombrero á flor de la cabellera, encanecida en defensa del progreso. Gambetta necesitó salvarse por los pies de las manos del partido, su hechura, quien intentó lincharlo en una reunión pública de Belleville. Así el marqués de Morés, explorador asesinado estos días en Africa, trataba como salvajes á los muñidores de las reuniones parisienses, y para poder celebrar las por él concebidas, llevaba unos cien matarifes de las carnicerías, cuchillo y revólver al cinto, con la consigna y la disposición de matar ó degollar á quien metiese algazara é impidiera con vociferaciones ó con golpes las asambleas por él convocadas; método y camino azaroso, por cuyos agrios procedimientos y senderos con suma facilidad se vuelve á la barbarie.

***

Pues un escándalo de ayer muestra cómo en tal materia no se corregirán los franceses jamás. Contémoslo, pues á las palabras en elocuencia exceden los hechos. Desde la Edad Media se celebra la fiesta del Corpus entre los cristianos. Creo no equivocarme diciendo de memoria que así como el Rosario lo inventó Santo Domingo y el Ave María en los dos crepúsculos San Francisco; á instancia, según mis recuerdos más ó menos fieles, de la primer monja franciscana en Asís, á instancia y ruego de Santa Clara, un Papa del siglo décimotercio instituyó la fiesta del Corpus, que ofrece aquí en España ocasión á procesiones magníficas. Los cleros franceses la han celebrado en junio también; y como no puede haber en Francia procesiones públicas sin permiso de los al-



ESTATUA ECUESTRE DEL EMPERADOR GUILLERMO I, obra de Reinhold Begas,

destinada al monumento nacional que se ha de erigir en Berlín y fundida en los talleres de los hermanos Gladenbeck, en Friedrichshagen.

caldes, los partidos radicales y socialistas se han vuelto contra los autorizadores de la fiesta litúrgica, que creen ellos una retrogradación espantosa. Y para protestar, so pretexto de que impiden tales procesiones la circulación y llenan las calles, háseles ocurrido el homeópata remedio de impedir la circulación ellos también, y también llenar las calles con una procesión racionalista. Y como toda procesión ha menester un santo cualquiera, escogieron, como término de su carrera, la estatua del impresor Esteban Doleto, émulo de los Manucios y de los Plantinos, á quien allá, por el siglo décimosexto, los católicos quemaron por suponerle, no obstante sus negativas, propensiones herejes. Protestemos contra la persecución del pensamiento y de la conciencia, ya sean sus perseguidores los griegos que mataron á Sócrates, los judíos que mataron á Cristo, los cristianos que mataron á Hypatia, los calvinistas que mataron á Servet, los católicos que mataron á Doleto. Pero de todas veras reconozcamos que por cuestiones religiosas en el siglo décimosexto lo mismo se mataba en las Monarquías que en la República; lo mismo mataban las sectas ortodoxas que las sectas heterodoxas cuando tenían poder para ello; lo mismo trataban á los católicos sus implacables contradictores los anglicanos, que á los anglicanos sus implacables contradictores los católicos, siendo universal el horrible crimen de perseguir y violar la conciencia humana. Cada sectario, si podía, sacrificaba en aras de sus ídolos respectivos humanas víctimas. El estado mental de aquella época, si no excusa, explica tamaña barbaridad. Pero no tiene satisfactoria explicación que los defensores del pensamiento libre arranquen de la imperial de un ómnibus á exaltado joven, porque protesta, en uso de su derecho, contra las manifestaciones racionalistas, como protestan los racionalistas contra las manifestaciones religiosas, y quieran arrastrarlo, salvándolo del furor filosófico la policía y algún filósofo compasivo, con riesgo de sus vidas; y no contentos con tal bruto atentado, se entren airados en una reunión, por su víctima convocada, y la disuelvan entre insultos, entre golpes, entre horrorosos escándalos, demostrando que poco á poco perderán el gobierno republicano, y con el gobierno republicano perderán sin remedio los caros derechos naturales. Dios nos asista, porque sólo Dios puede salvar, cuando las gentes se ponen así, la libertad para todos y la santa causa del progreso universal.

San Sebastián, 20 de agosto de 1896.

ESPAÑOLES DE ANTAÑO

(Continuación)

Ayer... Pero dejemos á Gil y Zárate que nos ponga al corriente de por qué no se resolvían ayer los expedientes:

«...¿Qué ha de suceder, si todo ha variado á tal punto, que una oficina, símbolo antes de la paz y suavidad de costumbres, ofrece ahora el aspecto de un cuartel lleno de uniformes, armas é insignias militares? ¿Si en vez de las palabras *expediente, legajo, extracto, minuta, orden,* sólo se oyen las de *batallón, compañía, fusil, guardia, formación* y *ejercicio*? ¿Si á la palabra *Señor Mayor* han sustituído los subalternos las de *mi capitán, mi comandante*? ¿Nos hemos vuelto todos guerreros? Sí, porque los destinos no se consiguen ahora por escala, ni á fuerza de años de servicio, como antiguamente; sino que se asaltan, se ganan en buena ó mala lid ó se quitan al que los tiene para colocarse uno en ellos. .

»¿Aspira usted á una planta en Rentas ó en un Gobierno político? ¿No es usted más que un pretendiente de escalera abajo? Pues se mete usted miliciano, alborota y chilla en su compañía; se hace nombrar sargento; la echa de patriota; arma alguna bullanga; se luce en un pronunciamiento, y mal ha de andar la cosa para que al fin no se *calce* (esta es voz nuevamente incrustada para significar que se ha alcanzado un destino). ¿Tiene usted más ambición? ¿Apetece usted una Intendencia, una jefatura política, una magistratura, un ministerio? ¡Oh! Entonces, según la categoría del destino, adelanta usted más en la Milicia, se hace capitán ó comandante, se cuela en un ayuntamiento, se ingiere en una diputación provincial, se arroja á la tribuna parlamentaria ó bien se constituye miembro de alguna junta revolucionaria, y ya no necesita más.»

. . . .

Después de hablar del empleado, fuerza es hacerlo del cesante. Pero ¿qué era el cesante hace medio siglo?

Según el literato encargado de su descripción, «un bicho que se ha multiplicado de un modo prodigioso en España y va cubriendo toda su haz como las hormigas cubren un campo en estío. Cesantes hay de todos colores, de todas edades, y hasta las amas de cría han quedado cesantes. Véanse las aldeas; allí cesantes: recórranse las ciudades populosas; allí cesantes: éntrese en los cafés; allí cesantes: penétrese en los establecimientos fabriles, comerciales y literarios; allí cesantes: visítense los hospicios y hospitales; allí sobre todo cesantes. España no tiene españoles; todos son cesantes; España va á perder su nombre, y en vez del que ahora lleva, olvidándose hasta las antiguas denominaciones de Iberia, Betis, Castilla, etc., no conservará más que el de *Cesantía* ó patria de los cesantes. En efecto, semejante casta no es conocida más que en este país privilegiado; es peculiar de nuestro suelo; ninguna otra nación del mundo la posee y para ella sola hay en el día Pirineos...

»El cesante es, por lo visto, un animal bípedo, bastante parecido al hombre, y que participa mucho de la naturaleza del camaleón; como éste, vive en gran parte del aire, y merced á su forma exterior, se pasea entre los humanos, con los cuales alterna, las más veces á guisa de sombra ó espectro, que á tal suele reducirle el leve alimento de que se mantiene. Esta especie no fué incluída por Linneo en su clasificación del reino animal, porque fundado su sistema únicamente en los caracteres exteriores, la confundió aquel célebre naturalista con el hombre; ó más bien porque viviendo en país donde no existía, no tuvo ocasión de observarla.

»Divídese esta especie en variedades que se multiplican al infinito, pero cuyas principales son las siguientes: el cesante *acomodado*, el *industrioso*, el *literato*, el *económico*, el *mendicante* y el *revolucionario*.

»Hoy se han multiplicado de tal modo sus variedades, que la condición de cesante es inseparable de la de escritor, por no haber uno solo que durante más ó menos tiempo no haya prestado servicios administrativos.»

El *tranvía* y el *Rippert* para las líneas interiores urbanas y el coche simón para las transversales, encargos, bodas y entierros, han hecho olvidar al mundo moderno la calesa y el calesero.

Y ¿qué era la calesa?, preguntarán los que no la hayan conocido. Hable Villergas:

«Bien pudiera describirla
con todas las voces técnicas
de convexidad y sólidos
base, radio, paraleras...
Pero es más claro y más breve
suponer que se asemeja
á una sartén con dos mangos
tumbada sobre dos ruedas.
Engalanada por dentro
con talco, borlas y seda
que están diciendo: ¡Manolos,
viva la sal madrileña!
Sobre un cajón el asiento
donde meter la merienda,
que parece contrabando
por lo oculto que se encuentra.
Y hacerle contrabandista
no es calumnia, ó muchos pecan;
porque muchos aseguran
que el cajón contrabandea.
Enrollada inútilmente
tosca cortinilla ostenta,
que aunque á su altar suben ángeles
nunca gustan de tinieblas.
Pintada por el respaldo
no ha de faltar sandunguera
puesta en jarras una dama
de las que la liga enseñan,
ó un torero echando suertes,
ó un gaché con su vihuela
y una pareja bailando
las seguidillas boleras...»

Y el calesero ¿cómo era?

«El traje del calesero
no es tan rico que se pueda
comparar al de los siervos
que guían las carretelas,
no alcanza al de los cocheros
ni al de los lacayos llega
y hasta al *simón* muchas veces
cede en rango y apariencias;
mas si el de aquéllos el signo
de vil servidumbre lleva,
el del calesero grita
¡que viva la independencia!
Calzado todo español,
pues sabe que en su faena
zapato ruso ó inglés
vale poco y mucho cuesta.
Buen pantalón de ancha trampa
con botones á docenas,
á veces de plata todos
y otros de cobre ó de suela.
Faja limpia y bien ceñida,
chaleco de pana verda (1),
por corbatín un pañuelo
que le sirve de chorreras.
Suele echarse una zamarra
entre otoño y primavera,
y de primavera á otoño
sencillamente chaqueta,
ú otra mejor de alamares
que parece cuando nueva
un poco más que manola
y algo menos que torera.
El sombrero calañés
ajustado á la cabeza,
que aunque es ave de ala corta
con poco viento se vuela.
Látigo pegado á un fresno,
de larga y tejida cuerda,
que más le duele al caballo
que el peso de la calesa.
Y para acabar, en fin,
pondré en su boca entreabierta
un mal puro con más humos
que doscientas chimeneas.»
. . . .

(1) Se dice *verde;* pero el asonante se empeñó en que había de ser *verda.*

Otro de los tipos desaparecidos es el dómine.

«Apenas - decía D. Fermín Caballero - se hallará pueblo mediano en nuestras provincias, que no haya tenido cátedra de latinidad. En pocos faltó un eclesiástico de campanillas, un ricote venido de Ultramar, una solterona acomodada ó un consejo concienzudo que fundase esta obra pía. Porque es de saber que los *dómines* no dependían del plan general de enseñanza, sino que en esta materia había acción popular, que ejercitaba cualquiera, cuando, donde y como le acomodaba. Ya se ve, era una fragua indispensable para forjar tantos capigorrones y frailes como salían de los pueblos, y era además requisito para ser abogado, médico, boticario y cirujano latino, y hasta para ser monja de coro, sacristán, capiscol y salmista. Y obsérvese que de los pueblos donde había más facilidad de concurrir al estudio latiniparlante se poblaban los conventos; y si no, díganlo Toro, Budia y muchos lugares de la Mancha. - Si se me pregunta por la figura corporal de un héroe, daré el texto de Quevedo, retratando al *dómine* de Segovia... ó me remitiré al *dómine* de Villamandós del P. Isla... Lo de ser enjutos, zanquilargos, anquisecos, acartonados y cariacontecidos, con las demás señales de flaqueza y espiritualidad, procede sin duda de que apacientan más el alma que el cuerpo; pues como viven entre muchachos hambrones y ansiosos, á la par que enredadores é inquietos, su existencia se reduce á comer galopeado, á dormir en taquigrafía y á cavilar en progreso rápido, lo cual los constituye en la demacración de las clases pasivas.»

Hoy el dómine no existe, pues hasta en la enseñanza privada hay profesores titulares y de procedencia universitaria. Pero, digámoslo en honor de la clase desaparecida: hoy se sabe mucho menos latín que ayer.

La exclaustración de 1836 había suprimido, convengamos en que algo violentamente, los institutos religiosos y dado origen al tipo del fraile exclaustrado, que hablaba así al encargado de retratarle en la obra de referencia:

«¡Ah!.. No sabe usted lo que es arrancar á un hombre anciano de la condición en que ha pasado toda su vida, y con la cual ha identificado todo su ser, para pasar á otra que le es totalmente desconocida, que está en oposición abierta con sus costumbres, sus ideas y sus esperanzas. Figúrese usted al desterrado que desde el cielo dulce y templado de Andalucía fuese trasladado á los climas helados del Norte; que acostumbrado á respirar el perfume de las flores, el aura suave que corre entre los bosques de granados, viese sólo en torno de sí sombríos pinos y apretadas nieves, sintiendo todo el rigor de las escarchas. ¡Cuán doloroso sería para él tan terrible mudanza! ¡Cuán llena de penalidades correría su existencia! Pues no es menor la diferencia que hay para el mísero exclaustrado, desde el mundo pacífico y religioso del claustro al bullicio de este otro, mansión de crímenes, pasiones y miserias. Semejante al emigrado, suspiramos siempre por volver á nuestra cara patria, á esa patria que nos había adoptado, y en que estábamos como de paso para otra eterna y de inagotable bienaventuranza. Aquí todo es nuevo, extraño para nosotros; todo contraría nuestros gustos, nuestras inclinaciones. Echo de menos mi celda, aquella celda pobre, desnuda de adornos, sin más muebles que una tosca mesa y dos sillas mal labradas, sin otra comodidad que una cama dura; pero mansión apacible, que me había acostumbrado á mirar como mi palacio; cuyo aseo era extremado; cuyas paredes ofrecían las imágenes de mi veneración; y que si por dicha llegaba hasta ella el humo del incienso ó en tosco jarro brillaba la flor recogida en el huerto, me ofrecía una fragancia para mí de dulzor inefable. El rumor que continuamente asorda mis oídos me hace más sensible la pérdida de aquel nunca alterado silencio, en que mi alma se recogía para entregarse á las dulzuras del estudio ó á los éxtasis de la oración ferviente. Las horas de la noche, en que me solían llamar á los ejercicios piadosos, las paso ahora en dolorosa vigilia, durante el cual huye el sueño de mis

ojos y sólo encuentro lágrimas en ellos Ya no voy á cuidar del altar preferido, ni de la imagen que era mis amores, ni encendiendo ante ella la lámpara que ardía con una luz celestial. Si oigo una campana me entristezco, porque no es ya la que arreglaba las acciones de mi monótona, pero agradable vida. Hasta el grosero sayal, si bien me servía á veces de cilicio, era una gala lujosa, comparado con los harapos sucios que suelen ahora cubrir mi cuerpo descarnado. El alimento me parecía entonces el maná que el cielo me enviaba para prolongar mi vida consagrada á su servicio, llegando á horas marcadas sin que me acosase nunca la idea de su falta; y actualmente, atormentado sin cesar con el afán de buscarlo, cuando menos puedo hacerlo, ó no le tengo, ó le debo á la caridad ajena. Ultimamente, muertos todos mis hermanos, sin parientes, sin amigos, sin una persona que se interese en mi existencia, me veo solo en medio de este torbellino de gentes que se agita alrededor mío como una horrible pesadilla; y más poblada estaba á mis ojos la soledad del claustro, donde veía seres que estaban identificados conmigo, que tenían mis ideas, mis costumbres, que entendían mi lenguaje y me hablaban conforme á mis creencias, que me asistían en mis enfermedades, estando seguro que rogarían por mí, cuando pasase á mejor vida...»

. . . .

Los años no transcurren en balde, y desde 1843 hasta hoy el tipo ha ido desapareciendo, restado por la muerte. Me dicen que en las nóminas del Estado aún figuran bastantes exclaustrados cobrando la exigua pensión que les asignó el Erario público; de ser cierto esto, tendríamos que proclamar que España es un país de centenarios y de longevos, cosa que la estadística demográfica está muy lejos de confirmar en sus cuadros.

M. OSSORIO Y BERNARD

(Concluirá)



LEYENDO, dibujo de Juan Bauzá

NUESTROS GRABADOS

La ninfa del lago, cuadro de F. M. Bredt. – El autor de este cuadro nació en Stuttgart en 1860, hizo sus primeros estudios artísticos en Munich, recibiendo lecciones de Neher y Haberling, y perfeccionándolos luego bajo la dirección de Lindenschmidt. Emprendió largos viajes, deteniéndose especialmente en Túnez y en las islas griegas del Mediterráneo y empapándose, por decirlo así, en los asuntos orientales, que durante mucho tiempo fueron casi los únicos en que se inspiró para sus pinturas. A su regreso á Alemania establecióse en la capital de Baviera, cuya vida artística modificó poco á poco sus tendencias en cuanto á los temas de sus composiciones y en lo que se refiere al colorido, entrando de lleno en el modernismo de buena ley, dedicándose á los retratos y á los paisajes y pintando con especial predilección lo que podemos llamar juegos de luz y de sombra. En la última exposición internacional de Berlín presentó tres cuadros de este género, uno de los cuales es el que reproducimos con el título de *La ninfa del lago*. Para lograr la impresión poética que en nosotros produce la contemplación de este cuadro ha apelado el pintor, no sólo á la parte escénica representada por el tranquilo lago del bosque, cuya superficie cubren grandes hojas y flores acuáticas, sino además á la quimérica figura de negros cabellos que penetra en el agua y agarrándose con un brazo á una de las ramas que alrededor del lago crecen, extiende el otro para coger los capullos que por encima de éste flotan. El verdadero propósito del autor ha sido presentar un efecto verdaderamente pictórico que ha conseguido combinando las sombras y la luz tamizada por el verde follaje, y haciendo surgir entre unas y otras, destacándose sobre el fondo obscuro de los árboles, el cuerpo hermoso de la ninfa.

Estatua ecuestre del emperador Guillermo I, obra de Reinhold Begas. – En Berlín se está trabajando activamente en la construcción del grandioso monumento que Alemania dedica á Guillermo I, y que se ha de alzar sobre uno de los brazos del Spree. Las difíciles obras de cimentación sobre el río están ya terminadas, y sobre la extensa plataforma empieza á alzarse ya el inmenso pórtico, en cuyo fondo ha de colocarse la colosal estatua ecuestre del emperador. Esta ha sido fundida en los talleres que cerca de la capital del imperio poseen los hermanos Gladenbeck, y actualmente se encuentra en el patio de la fundición, tal como nuestro grabado la representa: sobre un hermoso caballo está montado Guillermo I, sosteniendo con la mano izquierda las riendas y empuñando con la derecha el bastón de mando; su cabeza, cubierta con el casco prusiano, está ligeramente inclinada, y sus ojos, grandes, reflexivos y de expresión dulce al par que severa, miran á lo lejos; una figura bellísima, la diosa de la Paz, lleva del diestro la cabalgadura que monta el soberano. El conjunto forma un grupo de sin



TALCA (CHILE). – Principio del desfile de los inscritos en la guardia nacional el 3 de mayo, delante de la casa consistorial, plaza de Armas

LA VIA T

RUINAS CERCA DEL MONTE CIRCEO

TIERRA LATINA, TRÍPTICO DE ENRIQUE



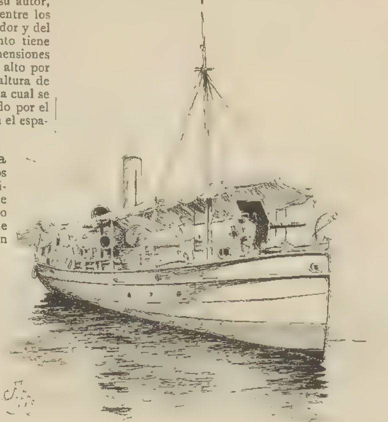
AL EN ROMA

SERRA, DESTINADO Á UN PALACIO DE LONDRES

EL ACUEDUCTO DE CLAUDIO

igual belleza y armonía, obra digna de la fama de su autor, Reinhold Begas, reputado como uno de los mejores entre los primeros escultores alemanes. La estatua del emperador y del caballo mide 9 metros de alto, la diosa 5,50: el plinto tiene una longitud de 6,40 y una anchura de 3,20; las dimensiones del postamento, también de bronce, son 8 metros de alto por 4,50 de ancho, y el pedestal de granito tendrá una altura de 4 metros. La fundición de la estatua ecuestre, para la cual se han empleado 500 quintales de bronce, se ha realizado por el procedimiento de cera perdida y por piezas sueltas, en el espacio de nueve meses.

Guerra de Cuba. – Los cañoneros «Reina Cristina» y «Flecha». – La misión de nuestros barcos de guerra en Cuba es por demás difícil: insuficientes en número para cubrir la vastísima línea de costas de la isla, tienen que prestar un servicio continuo para recorrer y vigilar la demarcación á cada uno de ellos señalada. Además los grandes buques no pueden en muchos parajes acercarse al litoral y han de limitarse á la vigilancia en alta mar, que aparte de las dificultades que siempre ofrece, tiene en la presente guerra la de la casi seguridad de producir á cada paso conflictos por las enojosas cuestiones de las aguas jurisdiccionales. No están en mucho mejores condiciones los cañoneros: la multitud de cayos y escollos que aquellas costas presentan, les obligan muchas veces á desistir de la persecución de las pequeñas embarcaciones filibusteras, que fácilmente sortean aquellos obstáculos. Esto no obstante, nuestros marinos han prestado durante esta lucha muy buenos servicios, castigando muchas veces duramente á los insurrectos y apoderándose de algunos importantes cargamentos de guerra. Los dos cañoneros que nuestro grabado reproduce, el *Reina Cristina* y el *Flecha*, tienen á su cargo la vigilancia de la costa de Mariel á Bahía Honda y de Dimas á la Fe respectivamente.



Guerra de Cuba. – Cañonero *Flecha* que vigila las costas desde Dimas á la Fe (dibujo tomado de una fotografía)

Leyendo, dibujo de Juan Bauzá. – No es Bauzá un artista novel; es ya un distinguido pintor, que en su laboriosa existencia, consagrada por completo al arte, ha producido obras que embellecen palacios y museos y alcanzado lauros y recompensas que sólo se obtienen poseyendo especiales condiciones y aptitudes, como resultado del estudio y la observación.

En varias ocasiones hemos dado á conocer á nuestros lectores algunas de sus obras, verdaderamente recomendables, que constituyen una interesante colección de cuadros de género, tipos y costumbres de Palma de Mallorca, patria de tan distinguido artista, á la que consagra el producto de su ingenio y de su habilidad.

A su galantería debemos el bonito estudio que figura en estas páginas, digno del pincel y del buen nombre del artista palmesano.

Arquilla de marfil, obra de Francisco Pallás, (premiada en la Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896). – Tras laboriosas pero fructíferas etapas, se ha iniciado el renacimiento artístico en nuestra patria, armonizándose las glorias del pasado con las esperanzas que el presente representa. Al igual de lo practicado en otras naciones, se estudia y prosigue en la nuestra el trabajo intelectual y material del pasado, para continuar por tal medio el estilo y procedimientos de nuestras antiguas industrias. Varios artífices consagran su actividad é inteligencia á la realización de tan noble empresa. De este meritísimo grupo forma parte el hábil é inteligente artífice valenciano D. Francisco Pallás, autor de la preciosa arquilla de marfil que reproduce nuestro grabado, que puede equipararse con las primorosas labores análogas ejecutadas en el Buen Retiro, durante el reinado del gran Carlos III, conservadas algunas de ellas como magistrales producciones en el Palacio Real de Madrid.



Arquilla de marfil, obra de Francisco Pallás, (premiada en la Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

Talca (Chile). – Desfile de los inscritos en la guardia nacional. – La organización militar en las repúblicas americanas es contraria á la existencia de los grandes ejércitos permanentes, y en casi todas ellas la recluta voluntaria basta para proporcionar el contingente necesario en tiempo de paz. Tal sucede por ejemplo en Chile, en donde este contingente no excede de 6.000 hombres: en cambio los gobiernos chilenos conceden gran importancia á la guardia nacional, de la que forman parte todos los hombres útiles desde la edad de 17 á la de 29 años. Nuestro grabado reproduce el desfile de los guardias nacionales de Talca, con motivo de una fiesta nacional celebrada el día 3 de mayo último.

Tierra latina, tríptico de Enrique Serra. – Nuestro querido colaborador, que tan alto sostiene en Roma el pabellón del arte español, acaba de obtener un brillantísimo éxito con el tríptico que reproducimos: el mundo artístico de la Ciudad Eterna ha desfilado por el taller de Enrique Serra, admirando su preciosa obra, y los críticos más reputados han consagrado á ésta en los principales periódicos romanos largos artículos llenos de las más entusiastas alabanzas. *Tierra latina* representa en tres grandes cuadros los tres aspectos bajo los cuales el Lacio se ha revelado al artista poeta, y resucita en nuestra mente todas las impresiones de aquella antigua región con todos sus grandes recuerdos y con toda su majestad solemne. El primero reproduce el lago que se extiende al pie del monte Circeo, es decir, un paisaje de las Lagunas Pontinas: el agua estancada, en cuya superficie se reflejan enormes bloques de mármol, ruinas de antigua construcción; la línea dorada que traza el sol al ponerse; la niebla que se condensa en mortales vapores, son de un efecto irresistible, de una poesía profunda que conmueve hondamente y obliga á meditar. En el cuadro central se ve una parte del Foro romano, tomada desde el *Sudarium* de los gladiadores: á la derecha álzanse en primer término el arco triunfal de Constantino y á lo lejos las ruinas del Palatino; á la izquierda la Meta Sudans y la iglesia de Santa Francesca Romana; en el centro la Vía triunfal hasta el arco de Tito, y en el fondo el Capitolio. Con ser muchos los artistas que han buscado asuntos para sus composiciones en esta parte de las ruinas de la antigua Roma, ninguno ha acertado á presentarla de una manera tan original como Enrique Serra, quien, sin apartarse de la verdad, ha sabido poetizarla y hacerla sentir en toda su belleza, gracias á la delicadeza de su sentimiento artístico: en aquel lienzo está condensada toda la historia de Roma. La tercera parte del tríptico representa el acueducto de Claudio, situado debajo del Túsculo, y en ella se reproduce la flora especial de la campiña romana, cuyas ramas se entrelazan con restos de monumentos y mutiladas estatuas de bacantes: contribuye poderosamente al efecto que este cuadro produce la indefinible y melancólica luz del crepúsculo, que apenas ilumina los objetos y que no deja todavía que la luna brille en toda su intensidad.

Como al principio decimos, esta obra, destinada á un palacio de Londres, ha sido un nuevo triunfo para nuestro paisano, á quien desde estas columnas enviamos nuestra más cordial y entusiasta enhorabuena.

Centro alegórico de plata repujada y cincelada, obra de Teodoro Heiden, de Munich (premiado con medalla de oro en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1896). – Nutrido é importante fué el grupo constituído por la metalistería en la Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas recientemente celebrada en esta ciudad; pero entre el notabilísimo conjunto de ejemplares expuestos, descollaba cual gallarda manifestación de la orfebrería moderna el valioso centro alegórico de plata repujada y cincelada, obra del inteligente artífice Teodoro Heiden, de Munich, quien sostiene el buen nombre y la reconocida fama que en los pasados siglos gozaron los orfebres bávaros.

Justificada es á todas luces la alta recompensa otorgada por el Jurado calificador y elogios merece la corporación municipal por haber adquirido tan magistral obra para instalarla en el Museo, en donde en lo sucesivo ha de ser admirada por todos los amantes del arte.



Guerra de Cuba. – Cañonero *Reina Cristina* que vigila la costa de Mariel á Bahía Honda (dibujo tomado de una fotografía)

MISCELÁNEA

Teatros. – En el teatro del Príncipe de Gales, de Londres, se ha estrenado con buen éxito una opereta de Osmond Carr, titulada *Biarritz*.

Necrología. – Han fallecido:

Guillermo Lowenthal, pintor de historia y retratista alemán.

Guillermo Grove, célebre físico inglés, inventor de la batería galvánica de su nombre y de otros muchos aparatos eléctricos y autor de la importante obra *Correlación de fuerzas físicas*.

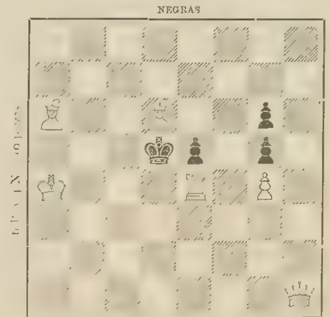
Adolfo Ireneo Guillón, paisajista francés.

Augusto Hopfgarten, pintor de historia alemán, individuo de la Academia de Berlín.

AJEDREZ

Problema núm. 34, por José Paluzíe y Lucena

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 33, por P. Riera

Blancas.	Negras.
1. D 4 C D	1. Cualquiera.
2. C ó T mate.	



—¡Aún te quedan los ojos..., sí, los hermosos ojos de tu pobre madre!..

UN APÓSTOL

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

En cuanto á Pedro Kerbiriou, sin oir ni escuchar nada, estaba separado, aislado de los demás, en una atmósfera de alegría que le dilataba el corazón y llenaba su alma, manteniéndole indiferente á todo cuanto pudiera decirse ó hacerse á su alrededor.

Hacía algunos instantes, toda su felicidad, toda su vida se concentraban en un punto único, del que no podía separar la vista. ¡Qué le importaban en aquel momento las demás personas! En aquel bote, que cada golpe de remo acercaba más al muelle, que cada impulso hacía avanzar más hacia él, como los latidos del corazón lanzan la sangre á las arterias y la vida á todo el ser, no reconocía, ni veía, ni miraba más que á una persona, á su sobrino, á Dionisio Le Marrec.

Al llegar al centro del puerto, á pocos cables del muelle, el joven se incorporó á medias sin soltar el timón, agitando alegremente su gorra con la mano, y oyóse su voz sonora, que anunciaba su llegada con aire de triunfo.

—¡Tío mío, gritaba, mi buen tío, ya estoy aquí!..

Al oir aquellas palabras, al ver en el borde extremo del muelle la elevada silueta del sacerdote, separado de los grupos, y al observar la repentina expresión de alegría de aquel rostro vuelto hacia el mar, la mujer sentada junto al timonero hizo al parecer un ligero movimiento, que tanto podía ser de sorpresa como de curiosidad; pero de improviso, tal vez bajo la impresión de la humedad, siempre penetrante, elevó su chal para que rodease el cuello, abrigóse mejor con él, ocultando la parte inferior del rostro, é inclinó la cabeza de tal modo que era casi imposible distinguir sus facciones.

Los tripulantes de la barca dieron aún algunos vigorosos empujes, y después los cuatros remeros, al oir una breve orden del capitán, desarmaron los remos y los levantaron, manteniéndolos verticales como marinos de guerra, y el bote, prosiguiendo su curso por su simple impulso natural, fué á situarse en el plano inclinado de la caleta, que está precisamente á la altura del Hotel de la Marina.

De un salto, antes que uno de los pescadores que habían acudido acabase de sujetar en el anillo de hierro la amarra que acababa de arrojarle el marinero colocado en la proa, Dionisio Le Marrec había alcanzado las baldosas resbaladizas bañadas por la espuma de la resaca.

Un momento después oprimíase contra el pecho conmovido del cura, que con los ojos preñados de lágrimas de contento, temblorosa y sofocada la voz, sin poder articular otra cosa, porque las palabras se acumulaban confusas en sus labios, repetía:

—¡Hijo mío, hijo mío!

Al fin tenía allí, junto á su corazón, prodigándole sus besos paternales, al que esperaba con tanta impaciencia desde hacía largo tiempo y que á cada viaje temía siempre no volver á ver más.

De su alma se desbordó un agradecimiento infinito al Todopoderoso, que le devolvía de nuevo á su hijo amado, y dió gracias al Dios de bondad, que había librado á éste de los peligros del mar.

—¡Loado sea el Señor!, exclamó. ¡Bendito sea su nombre!

Y se llevó á Dionisio con lento paso, cogido de los hombros con sus robustas manos; y sin poder separar las miradas de aquel rostro varonil de expresión audaz, de risueña franqueza, de serena y confiada energía, en que la clara luz de las pupilas azules se ostentaba límpida, llena de afecto, de ternura y de alborozo, examinaba aquella tez cobriza de la piel, los bucles de cabello rubio rojizo, desordenado bajo la gorra, la espesa barba ensortijada y el bigote más claro con las puntas afiladas sobre los labios muy rojos, exuberantes de sangre generosa y sana.

El sacerdote balbuceaba, conmovido por sus recuerdos:

—¡Aún te quedan los ojos..., sí, los hermosos ojos de tu pobre madre!.. ¡Eres tú, y ella también, mi querida y llorada Juana; os vuelvo á encontrar á los dos juntos, á ella y á ti!.. ¡Ah hijo amado, ah hijo amado!..

Dionisio dejaba hacer á su tío, embriagado por aquella ternura un tanto excesiva, de que había estado privado tanto tiempo, y que tenía algo de profundamente conmovedor entre aquellos dos hombres rudos y fuertes. El niño de otro tiempo, el pilluelo mimado y adorado en sus primeros años, renacía alegremente para su tío.

Charla que charla caminaban dichosos por oir de nuevo el sonido de su voz, que casi habían olvidado y que salía del fondo de su alma como el sonido ahogado de esas campanas de boyas perdidas en el mar entre el poderoso rumor de las olas.

—Llegas con muy mal tiempo, dijo el cura, y debo confesar que desde ayer, adivinando que estabas en nuestras aguas, he tenido mucho miedo, hijo mío, habiendo necesitado toda mi fe en Aquel de arriba para no dejarme abatir... ¡Oh, sí!..

Y señaló el cielo, del cual comenzaban á verse ya algunos espacios azules por los claros que dejaba la niebla, barrida por la brisa en aquel momento.

El joven protestó, alegre y enternecido á la vez.

—¡La niebla, exclamó, si usted supiera qué falta hacía, allá en los parajes de donde vengo!.. ¡Lejos de temerla, tío mío, la he saludado con alegría cuando cayó de lleno sobre nosotros en alta mar!.. ¡Esta bruma era mi Bretaña, que llegaba á mí, que yo volvía á encontrar!.. ¡Ah, cuando la sentí pasar sobre mi rostro, enfriar mis labios, á pesar del peligro, á pesar de las rompientes, á pesar de las rocas de náufragos, la recibí con los brazos abiertos, de todo corazón, aspirándola con ansia, porque me parecía recibir una caricia maternal, el beso del país!..

El sacerdote se encogió de hombros.

—¡Un beso que podía ser mortal!.. Por eso yo oraba, invocando para ti á la protectora de los marinos.

—¡Oh, bien he reconocido la protección de Nuestra Señora de la Roca!, exclamó el joven conmovido. Su voz sonora llegó á nosotros para guiarnos y protegernos en el peligro, y gracias á ella pudimos enderezar el rumbo directamente hacia la capilla.

Los dos iban cogidos del brazo, olvidando que no estaban solos; mientras que, agrupados acá y allá, á respetuosa distancia, los pescadores les miraban y sonreían de su contento, formando una especie de círculo alrededor de aquellos dos seres unidos por el mismo lazo de felicidad.

Balanec, no pudiendo contenerse más, se acercó al cura y su sobrino.

– Vuelve hecho un lobo de mar, ¿eh, señor rector? ¡Cuando yo se lo decía á usted!..

Y dirigiéndose á Le Marrec, añadió:

– ¡Ah, ah, buen mozo, famosa barba nos traes de tus Américas!.. Pero supongo que esto no te hará olvidar á los amigos del país.

Dionisio había cogido entre sus duros dedos la mano nervuda y gruesa del pescadero, y reía á carcajadas, mostrando el blanco esmalte de sus dientes, que se destacaba bajo la púrpura de sus labios.

– ¡Olvidar á usted, que ha sido el primero que me enseñó el oficio!, exclamó. ¡Olvidar á Tonton Juan María! ¿Por quién me toma usted? Ciertamente que no le he olvidado, y ahora vuelvo á encontrarle... ¡oh diablo!.., siempre el mismo, siempre derecho, siempre joven.

Balanec empujó á Reina, poniéndola delante del joven.

– ¿Y qué te parece ahora ésta?, preguntó, guiñando los ojos y observándole con maliciosa mirada. ¿Te acuerdas también de ella, muchacho..., aunque tú debes haber visto jóvenes de todos colores, amarillas, verdes, coloradas y negras, durante tus viajes..., reconoces siquiera á tu amiguita de la infancia, á mi Reina, que es?..

Dionisio había tocado maquinalmente su gorra como sorprendido y vacilante.

– ¡Reina!.. ¿La señorita Reina?.. ¿Es posible?..

Y admirando á la joven, añadió:

– ¡Oh, oh..., ahora es una arrogante joven, toda una mujer! ¡Y hermosa, á fe mía, como una santa!.. ¡Muy hermosa!

– ¡Pardiez, yo creo que ha crecido en grande mientras que tú dabas tu vuelta por el mundo; ya va para los veintiún años!..

La joven inclinó la cabeza ruborizándose.

– ¡Señor Dionisio!.., murmuró.

– ¡Vamos, vamos, dijo el padre, riendo ruidosamente como para animarla, llámale Dionisio, tu amigo Dionisio, como en otro tiempo! No ha cambiado por lo que toca al corazón como por lo que hace á la barba. ¿No es verdad, hijo mío? ¡Y las amigas de la infancia son siempre las amigas!..

Pero Le Marrec hizo de pronto un brusco movimiento, y golpeándose la frente exclamó:

– ¡Ah..., esto sí que es bueno! ¡Ya se me olvidaba!

Y volviéndose, preguntó:

– ¿Dónde está mi pasajera?

Balanec, contrariado, hizo una mueca, frunciendo los labios, y dirigió una mirada recelosa hacia el fondo de la caleta, donde los tripulantes del bote ayudaban á una mujer á desembarcar, la misma que por su toca bretona había despertado la curiosidad de todos.

Tapada siempre con el chal con que persistía en cubrirse, no se la veía bien, y permanecía allí siendo blanco de las curiosas miradas de todos, sin atreverse á dar un paso.

Dionisio Le Marrec, separándose de su tío y de Balanec, dirigióse á ella con los labios entreabiertos por una sonrisa de satisfacción, y le dijo:

– ¡Esta vez sí que está usted salvada de veras!

Y volviéndose á los que le rodeaban, añadió:

– ¡Es una náufraga que he recogido en el mar en el momento en que su barca la arrastraba á lo lejos sin dirección! ¡Ah! Apenas quedaba tiempo para salvarla, y bien puede dar gracias al cielo por haber hecho pasar á la *Cruz del Sud* tan cerca de la costa, á través del cabo de la Cabra y de la punta de Dinau, contrariamente á lo que hubiera debido ser, y gracias á la niebla, que nos ha desviado mucho de nuestra verdadera ruta...

Interrumpióse un momento, y continuó:

– Preciso es añadir, haciéndole justicia, que gracias á sus informes hemos sabido con precisión dónde estábamos, y que si la he salvado, ella, por su parte, ha contribuído también un poco á salvar el buque, pues íbamos á ciegas y hubiéramos podido caer de lleno en el Tas-de-Pois ó en cualquier otro sitio peligroso de aquellas costas. ¡En cuanto á mí, ignoraba completamente dónde estábamos!..

– ¡Seguramente que su náufraga no es de aquí!, murmuró Balanec, examinando con algún recelo á la que avanzaba, tímida, inquieta y conducida por Dionisio Le Marrec hasta el muelle.

– ¡Sin embargo, lleva la cofia del país!, observó Luisa Pennegués, tratando de examinarla bien.

Mas apenas la tía Rosalía la hubo visto de cerca, cuando exclamó, muy conmovida y casi inquieta:

– ¡Cómo! ¿Eres tú, pobre hija mía, tan lejos de tu casa? ¡Ah, vaya una aventura en el día de hoy!.. ¡Quién podía esperar!..

Y dando un paso hacia la mujer, con ademán protector, como para evitar toda demostración inconveniente, añadió:

– ¡Eres una náufraga, y por lo tanto me perteneces, porque en mi casa es donde se recoge á todos los desgraciados del mar!.. Tu lugar está en ella, lo mismo para ti que para cualquiera otra, y de consiguiente, yo te reclamo...

La joven sonrió con dulzura; la mirada de sus grandes ojos límpidos, singularmente claros y brillantes, fijóse en la tía Rosalía como en un refugio inesperado, y con la mano tendida dirigíase hacia la decana de Camaret, cuando la viuda Pennegués, que se había acercado, impulsada por la curiosidad, clavando en la joven sus miradas penetrantes, exclamó de pronto:

– ¡Toma, pues si es Faik!..

– ¡Faik!.. ¿Genoveva?.., preguntó Balanec, preocupado y receloso. ¿Qué Faik?

– ¡Pues Faik Goalen!

– ¡Faik!.. ¡Faik Goalen!..

Varias voces pronunciaron á la vez estos dos nombres, como sílabas conocidas que daban al fin la explicación esperada y deseada. Alrededor de la joven redobló la curiosidad; el fuego de las pupilas se encendió, avivado por una corriente de aire más vivo, y todas las miradas se fijaron en la náufraga.

El mismo cura, sobresaltado por la sorpresa, repitió varias veces:

– ¡Goalen, Goalen!

Su frente se obscureció, mientras miraba á la joven, y ansioso, haciendo un ademán como para atraer de nuevo á su sobrino, que permanecía siempre junto á la desconocida, protegiéndola y defendiéndola, añadió:

– ¡Goalen!.. ¿Han dicho bien Goalen?.. Es nombre que conozco..., me parece un nombre que...

Y se irguió inquieto y amenazador.

– ¡Bah, bah!.. ¿Quién no le conoce?, replicó Balanec, cuyos ojos tomaron una expresión dura y mala. ¡Goalen! No hay tantos en nuestras costas para que sea fácil engañarse. ¡Goalen!.. ¡Seguramente no puede tratarse más que de Nedelek Goalen!

Y volviéndose hacia los pescadores, continuó:

– ¡Vosotros debéis conocer á Goalen el *Hechicero!*..

Estas palabras fueron una revelación, y el círculo de los curiosos se ensanchó bruscamente.

Algunos, sin embargo, se inclinaban para ver mejor á la joven, atraídos á ella por un sentimiento simpático. El viejo Le Fur, sonriendo y moviendo su cabeza blanca con el aire de un hombre que conociera mucho al personaje en cuestión, se atrevió á decir:

– ¡Tonton Nedelek!.. ¡Ah, ah, famosamente conocido!.. ¡Bastantes más que el médico ha curado, oh, sí!..

Pero con el rostro enrojecido y ardiendo en violenta cólera, Pedro Kerbiriou murmuró:

– Entonces será la hija de ese hombre..., de ese..., de ese... hombre que vive en el cabo de la Cabra...

Balanec contestó afirmativamente, con cierta satisfacción al ver el arrebato del cura.

– ¡Sí, sí, señor rector, dijo, y esa joven es la misma hija del hechicero!

– ¡La hija del hechicero!, repitió con expresión temerosa el supersticioso Hervé Tremor, cuyo cerebro estaba ofuscado aún por las creencias que se le infiltraron con la leche que mamó en la época lejana de su nacimiento en las cercanías del Raz de Sein y de la bahía de los Difuntos.

El sacerdote, con la frente fruncida, la expresión meditabunda y la boca contraída, como en presencia de algún peligro temible y misterioso, que surgiera súbitamente ante él, murmuró en voz baja, sirviéndose del duro lenguaje de Cornuailles para dar más fuerza á lo que iba á decir:

– *¡An Tonton!..*

¡An Tonton!.. En los grupos del muelle se produjo una emoción profunda, y un rumor al repetir esta palabra, que así empleada, aisladamente, significa *el Tío, el Maestro*, y que en la lengua armoricana, sombría y enérgica, sirve para designar el espíritu maligno, el diablo, llamado también *ar pot koz, el Viejo* ó el *Buen hombre.*

Muchas bocas la repitieron con espanto, y no pocos hicieron la señal de la cruz; mientras la tía Rosalía, compadecida, apresurábase á llevarse á Faik Goalen hacia el Hotel de la Marina. Dionisio Le Marrec, entretanto, muy sorprendido, fijaba una mirada de asombro y de dolor en la silueta dura y rígida, en el rostro grave y en los ojos severos de su tío, en el que no creía reconocer ahora el hombre de bondad, de amor y de misericordia que un momento antes acababa de estrecharle tan afectuosamente contra su pecho.

Era la iglesia que se elevaba ante él, defendiendo la Bretaña piadosa, defendiendo la Cruz, defendiendo la Religión contra la Bretaña misteriosa de las hadas y de los duendes, contra la Ciencia sospechosa, contra el astuto Enemigo del género humano.

Poseído de su misión de confesor de la Fe, de combatiente contra el paganismo, el sacerdote bondadoso y paternal hacía las veces de Apóstol.

III

Olvidando la bruma, cuyos últimos vapores huían á lo lejos, desvaneciéndose como blancas é impalpables nubes de humo, que dejaban del todo en descubierto la punta de los Capuchinos, la entrada del Boquete, el faro del pequeño Minou, el fuerte Mengaut y toda la costa del León, los pescadores, libres de la preocupación que les causara el regreso de la *Cruz del Sud*, á pesar de sus dos años de ausencia y de su imprevista llegada, hallábanse reunidos delante del Hotel de la Marina; y mirando cómo se alejaban los dos sacerdotes, Dionisio Le Marrec, Balanec y su hija hablaban del último incidente sobrevenido, y de la emoción que produjo el nombre lanzado entre ellos.

– ¡Curiosa es en verdad la aventura!, observó Marhadour, guiñando sus ojos de malicia, balanceándose sobre sus piernas arqueadas y con las manos á la espalda. ¡Se dirá lo que se quiera; pero es muy curioso!..

Y hacía unos movimientos de cabeza muy significativos, pareciendo designar tan pronto el grupo que se alejaba en dirección á la calle que conducía al burgo, como el interior del Hotel Dorso.

Dos ó tres veces, sin el menor disimulo, Le Marrec había vuelto la cabeza, como si hubiera seguido á su tío con disgusto, manifestando visible inquietud por lo que pudiera suceder á la joven que había recogido.

Aquellos movimientos interesaban mucho á Kervarec, que exclamó alegremente, indicando un punto invisible más allá de los molinos, por el Sud:

– ¡Posible es que le haya prometido acompañarla hasta su casa por allá abajo... y que ahora le duela dejarla así al pairo!

– ¡A la casa de su padre!.. ¡Ah, ah, mejor es que vaya él que no yo!.. ¡El hechicero!.. ¡Brrn..., no es nada bueno visitarle!

El que esto decía era Legadec, era un miedoso por el estilo de Tremor; movía la cabeza, manifestando pocos deseos de ir á pasear por la parte del cabo de la Cabra, é hizo una significativa ondulación con los hombros al terminar su frase vacilante.

– ¿Tendrías tú miedo de ese hechicero; tú, antiguo marinero que has estado en el servicio?, exclamó Kervarec, sonriendo desdeñosamente.

– ¡Yo no temo á un hombre por fuerte que sea, entiéndelo bien!.. A un hombre se le domina un día ú otro; pero aquel de quien hablamos no es un hombre como nosotros..., es el hechicero; y á fe mía, por mucho valor que uno tenga..., pues bien, no es vergonzoso decirlo..., en fin ..

No terminó la frase, porque un brazo, balanceándose de arriba abajo delante de su rostro, curtido por el sol, le obligó á fijar en él la mirada de sus ojos perturbados por la inquietud.

Hervé Tremor acudía en su auxilio.

– ¡Si yo me hubiese hallado en el lugar de Dionisio Le Marrec, exclamó, dejo el hallazgo allí donde estaba, tan cierto como os lo digo!.. ¡Ah, lo que es por mí, ya hubiera podido ir mar adentro, si le parecía bien, segura de que yo no lo habría impedido!.. ¿Os parece natural á vosotros esa barca navegando sola, en plena bruma, con una mujer dentro, y que precisamente esta mujer sea la hija del hechicero, eh?.. ¡Y en parajes que esa gente frecuenta, por desgracia, demasiado cuando corren malos tiempos!..

Como al parecer no se comprendía su insinuación, Hervé se explicó.

– No somos sabios que lo saben todo; pero ninguno de nosotros ignora lo que valen esos encuentros, y también que no traen buena suerte... ¡Oh, no!.. ¡Y os aseguro que no quisiera hallarme ahora en el pellejo de Le Marrec!.. Es el *Bag sor seures*, como nosotros decimos, el *Barco de las hechiceras*, como se encuentran algunos en nuestras aguas, alrededor de la isla de Sein; y aquel que dice que lo ha visto, muere en la misma semana. Por lo demás, eso es lo mismo que el *Bag noz*, el *Barco nocturno*, que también ronda por ahí, y que conduce en derechura á las rompientes, al peligro, á todo aquel que tiene la desgracia de enderezar el rumbo guiándose por él. ¡He aquí por qué nadie me quitará de la cabeza que el *Barco nocturno* fué el que nos extravió en el *Cabrito* con la *Esperanza en Dios*, cuando regresábamos la

última vez de España, de lo cual se deben acordar muy bien Bozannec, Kervarec y todos cuantos íbamos!..

– ¿Pero no dice Dionisio Le Marrec que esa mujer le ha salvado?, replicó Kervarec, oponiendo este argumento.

– ¿Podía saberlo él? Os digo que no sucede nunca nada natural con los de allá abajo, con los de ese cabo de la Cabra, y que si la *Cruz del Sud* está aquí segura, esto se debe á las oraciones del rector y á nuestra Señora de la Roca, más bien que á esa..., á esa hija del hechicero... ¡Vamos, es gente que no me cuadra!.

Y para él, para otros y para muchos el hechicero no era un hombre como ellos.

Este hechicero era una personalidad extraña, casi misteriosa; de tal modo las vacilantes brumas del enigma rodeaban sus actos, su existencia y hasta su personalidad; mientras que su alejamiento y su soledad hacían más perturbador todavía á un ser que daba mucho que pensar en Camaret cuando su nombre se pronunciaba en alguna conversación, nombre famoso en el más insignificante pueblecillo, en el más pobre de los caseríos diseminados á través de la península de Crozon.

Aunque en sus excursiones y paseos rara vez llegaba hasta el pequeño puerto, distante por lo menos cinco leguas de su morada, la mayor parte de los habitantes de Camaret le conocían por haberle encontrado alguna que otra vez. Los que solamente le habían divisado desde lejos, con sus ojos visionarios, conservaban el persistente recuerdo de una silueta tanto más perturbadora cuanto que se mantenía indeterminada; y los que no le habían encontrado jamás, tenían una visión formidable, la idea de un personaje legendario.

Sin embargo, no le faltaban defensores, y en contestación al apóstrofe de Tremor, el viejo Le Fur se había acercado sonriendo para replicar con aire de seguridad:

– Yo os digo que ese Tonton Nedelek es un hombre, y un buen hombre además; jamás se sabrá todo el bien que ha hecho en su vida; y si las personas á quienes cuidó no son ingratas, lo dirán y lo reconocerán lo mismo que yo. . Preguntad, si no, á Le Guen, el guardián de Toulinguet, á quien libró de una mala tos; á Larvor de Morgat, á quien alivió de sus dolores, y á tantos otros de quienes ya no me acuerdo. . ¡Posible es que tenga protecciones desconocidas..., posible también que se entienda con las piedras grises, sus vecinas..., todo esto puede ser..., pero esos son asuntos suyos y no nuestros! ¿No os parece así? Cada cual vive como mejor le parece, y cuando no se hace mal á nadie, y sí mucho bien, entonces ¿qué podemos decir?

Otros ancianos que rodeaban á Le Fur aprobaron las palabras de éste, aun aceptando esa incierta idea de protectores sobrenaturales que ayudaban á Nedelek Goalen á practicar sus curas. No veían en ello ningún inconveniente, ni le imputaban ningún crimen, como verdaderos bretones de los antiguos tiempos, acostumbrados á asociarse sin repugnancia á la leyenda y á la religión, á los santos del cristianismo y á los duendes de la landa.

– ¡Oh diablo, bien me alivió á mí de una torcedura que los médicos no habían podido corregir, y por la cual habría quedado inútil toda la vida!.. ¿Y he de creer yo que estoy condenado por haberme dirigido á él?.. ¡Todo eso son cuentos!

Bozannec era quien decía esto, con su voz autoritaria, acostumbrada á dirigir la palabra á sus marineros y á mandar una tripulación. Algunos otros que no tenían las creencias de Le Fur y de sus contemporáneos, á veces un poco demasiado mezcladas con historias de fuegos fatuos, adujeron á su vez pruebas de la habilidad del hombre del cabo de la Cabra: quién por haberse curado de panadizos malignos, como los que tan á menudo aquejan á los pescadores, á causa de coger los peces espinosos en sus redes; quién porque se libró de una fiebre que nada podía dominar, y quién porque se alivió de los reumatismos ó afecciones en la garganta.

Todo esto sin drogas nauseabundas, sin complicadas recetas, sin aparato terrorífico, y solamente por medio de hábiles fricciones, cataplasmas de plantas, infusiones y bebidas compuestas con hierbas aromáticas recogidas por él.

A medida que las pruebas eran más numerosas y que se precisaban los hechos, los elogios comenzaban á predominar, rechazándose las suposiciones crueles y las desconfianzas, y así se manifestaba una mayoría de defensores para aquel hechicero, á quien se reconocía ahora como un bienhechor y hombre bondadoso.

– Y á pesar de todo esto, el señor rector no quiere á vuestro Tonton Nedelek, y nos ha hecho comprender más de una vez que se peca solamente por el hecho de estar en relaciones con él. ¿Sois, pues, mas sabios que el señor cura? Sin embargo, ya le habéis oído hace poco. ¿No es verdad?

La viuda Pennegués, haciendo ondular su manto negro por la violencia de su movimiento, protestaba así contra aquella seducción que parecía inclinar á los pescadores á la indulgencia para con el hechicero; y ninguno se atrevió á contestar, temeroso de que en tan grave cuestión se creyera que tomaba parte contra Pedro Kerbiriou, á quien todos veneraban.

Pero una voz conocida les hizo volver bruscamente la cabeza, sorprendidos en plena indecisión; y en aquel desorden de sus ideas respecto á la conducta que debían observar, se alegraron mucho de ver á la señora Dorso aparecer en el umbral de su puerta y apostrofarles en estos términos:

– ¿Y bien, y qué?.. El señor rector puede tener su idea, que él cree buena, y como sacerdote, no le falta razón seguramente; mas como hombre es otra cosa, y yo no temo decirlo con toda franqueza...

Había hablado así animada de un repentino espíritu de rebelión, que los ojos y el labio expresaban, de pie y erguida en el hueco de la puerta vidriera, á través de la cual veíase el interior de la tienda, obstruído por mesitas, botellas, flores y verduras, con el mostrador en el fondo para el despacho de las bebidas.

Y prosiguió, convencida y con tono autoritario, demostrando esa graciosa tenacidad que se revelaba en todo cuanto decía ó hacía, bien fuese obra caritativa, de abnegación ó de trabajo.

– ¿No os parece á vosotros, á todos los que ahí estáis, que dos hombres como nuestro cura y Tonton Nedelek Goalen han nacido para entenderse, y que el país no podría menos de ganar con ello?.. Yo soy tan buena cristiana como el primero en Camaret, bien lo sabéis, y sin embargo, considero como un grave perjuicio que pueda existir semejante desacuerdo. ¡El señor cura, que es un santo, un verdadero hombre de Dios, debería comprenderlo bien!.. ¡Sin embargo, no puedo aconsejarle, yo, pobre vieja que no sabe hablar y que carece de su instrucción!..

Su acento se había debilitado un poco, cual si á pesar de su valor y de su audacia no se hubiese atrevido á declararse demasiado en favor del hechicero más bien que del sacerdote. Su fervor católico y creyente la contenía, oponíase á ello, impidiéndola ser injusta con el rector; pero adivinábase que en el fondo, el alma bretona, el alma recibida de sus abuelos, estaba por Goalen, por aquel hechicero que cautivaba las imaginaciones, que evocaba los sueños y acariciaba esa afición al misterio, esa sed de lo desconocido que yace en lo más secreto de los corazones humanos.

Cuando continuó, su acento había cambiado un poco; menos mordaz y más debilitado por las dudas y las vacilaciones, tomó cierta entonación dolorosa.

– ¡No me parece creíble, dijo, que un hombre que, por lo que yo sé, ha hecho felices á muchos, aliviando tantos padecimientos y consolando tantas miserias, sea una mala persona, un hombre sin religión, dado al diablo!

Hizo una pausa y añadió:

– ¡No porque esté rodeado de leyendas, como un Tam Pillou, ó porque habite en la inmediación de las «Piedras,» se le ha de rechazar de hecho sin apelación!.. ¿Se sabe acaso?..

Con un vago ademán, la decana, acosada aún por las antiguas creencias semicatólicas, semilegendarias, parecía excusar aquellos desfallecimientos, secretamente compartidos tal vez, y que en todo caso no la espantaban, á ella, la devota convencida, pareciéndole que no éran monstruosos ni criminales.

Y concluyó como el viejo Le Fur:

– ¡Después de todo, es un buen hombre!..

Instintivamente, sin atreverse á confesarlo en alta voz, como mujer que respetaba la religión, estaba algo resentida contra el rector por el hecho de mostrarse tan desapiadado é intratable, no admitiendo arreglo alguno entre la Iglesia, cuyo representante era, y aquel hechicero, á quien consideraba como un peligro, como un réprobo.

¿No había llegado el cura hasta el punto de asegurar, pues ella misma pudo oirlo, que aquella aparente benevolencia y caridad no eran sino una astucia más para engañar á los cándidos, para seducir y perder las almas?

Exhalando un profundo suspiro, volvióse al oir rumor de pasos detrás de sí, y una afectuosa sonrisa de satisfacción iluminó sus ojos, empañados por los años, al ver llegar á Genoveva Goalen, acompañada de María Ángela Dorso.

– ¡Ya estás aquí, corazón mío!, exclamó con solícita ternura. ¿Y del todo respuesta, eh?

Y llevada de un impulso de caridad maternal acariciaba cariñosamente á la joven, á quien apenas conocía ni había hablado nunca hasta entonces, por más que la encontrara varias veces al ir á Crozon, una de ellas con Luisa Pennegués. La tuteaba con su autoridad familiar de abuela, acostumbrada á considerar siempre á las jóvenes como nietas suyas, y á causa también de la profunda compasión que Genoveva le inspiraba.

¿Cómo podía estar condenada aquella niña tan bella, tan dulce y tan piadosa también, puesto que la señora Dorso la había visto arrodillada en la iglesia de Crozon, donde invocaba, como las demás jóvenes de su edad, los santos, las santas y la Virgen? ¿Eran estas, por ventura, obras diabólicas ó perversidades peligrosas?

– ¡Sí, querida niña, exclamó la señora Dorso, estrechando á la joven contra su seno; voy á conducirte yo misma á la casa de tu padre; el pobre hombre debe estar muy inquieto, sin saber qué ha sido de su hija Faik!.

Y cogiendo suavemente del brazo á la joven, la dueña del hotel avanzó algunos pasos por el muelle y dirigióse á los pescadores, reunidos aún.

– ¿Quién quiere, preguntó, conducir á la tía Rosalía á Morgat y al cabo de la Cabra, á la casa de Tonton Nedelek? Quiero ir allí.

Junto á la señora Dorso estaba la hija del hechicero, bien á la vista, radiante de belleza, aunque algo rústica, y los que no la conocían aún, pues jamás había estado en Camaret, pudieron admirarla á su sabor.

De mediana estatura, admirablemente proporcionada, distinguíase sobre todo por el brillo de sus grandes ojos claros entre negras cejas y por el tinte dorado de su cabello rubio, cuya ondulación natural se perdía bajo el bordado, muy sencillo, de su pequeña cofia, semejante á los bonetes usados en Camaret. Su cutis, mate y muy pálido, tenía, sin embargo, el tono de esos mármoles largo tiempo sometidos á la acción del sol y del viento, y sentíase palpitar la vida bajo la superficie compacta y tersa de la epidermis.

Faik se apoyaba modestamente en la señora Dorso, sin atreverse apenas á levantar la vista ante todos aquellos ojos que la examinaban y estudiaban, y por momentos un ligero rubor acentuaba la vida en sus mejillas, algo temblorosas.

– ¡Lindísima muchacha!, exclamó Kervarec, inteligente en bellezas. ¡No se ve el fondo de sus ojos!..

– ¡Sensible es que mi caballo esté enfermo hoy, dijo Marhadour; pues á no ser por esto, emprendería la marcha, aunque el camino no sea muy bueno desde Morgat al cabo de la Cabra!.. ¡No le temo yo á Nedelek Goalen, por hechicero que sea!..

Ives Le Moal fué quien se ofreció.

– ¡Dos minutos para enganchar, y os conduzco en mi calesín, tía Rosalía!

Y corriendo desapareció en la esquina de una callejuela inmediata para ir en busca del vehículo.

– ¿Buenos muchachos, eh, querida Faik?.. ¡Se arrojarían al fuego ó al agua sin vacilar por la tía Rosalía; son verdaderos hijos de Camaret!..

Pocos instantes después, la señora Dorso, dejando á su hija María Ángela encargada de la dirección de la casa durante el día, ocupaba con Genoveva Goalen el calesín de Ives Le Moal, tirado por un caballito enjuto y muy vivo, que como estaba bien descansado y era de buena sangre, no tardaría mucho tiempo en conducir á las viajeras á los alrededores del cabo de la Cabra.

Los pescadores saludaron afectuosamente á las dos mujeres cuando el conductor, haciendo chasquear su látigo, arreó al caballo; y más de uno se sintió mejor dispuesto que antes en favor del hechicero, tan sólo por haber visto á su hija y sentido la influencia calmante y conciliadora de la decana del país.

Cuando el coche, después de haber dado la vuelta al muelle en dirección á la calle principal que atraviesa Camaret, acababa de dejar atrás la plaza de Santo Tomás, la alcaldía y la gran plaza plantada de árboles y llegaba al fin á la altura de la iglesia, las viajeras vieron á Balanec y á su hija en el preciso momento en que, después de acompañar al cura hasta el presbiterio, se despedían de él.

– ¡Buen viaje, tía Rosalía, gritó el pescadero con expresión de sarcasmo; á estas horas está usted ya casi en la situación del famoso rey Gradlon cuando huía del furor de las olas! ¡Ja, ja, ja!

Mas como pareciese que la decana no comprendía, volvióse á medias hacia el cura y le preguntó:

– ¿No es verdad, señor rector, que se le podría decir también: *«Si no quieres perecer, líbrate del demonio que llevas detrás de ti?»*

Pero ya el calesín desaparecía entre las casas que formaban la entrada del burgo y penetraba en el camino de Crozon.

(Continuará)

LA INSURRECCIÓN DE CRETA

Desde que en 1840 pasó la isla de Creta definitivamente al poder de Turquía, los cretenses, no resignados con la dominación musulmana, hanse levantado repetidas veces, luchando por su independencia ó por su anexión á Grecia: las distintas sublevaciones de 1841, 1858 y 1867 fueron sofocadas más ó menos difícilmente por los otomanos, pero el germen no pudo ser destruído y de nuevo se ha reproducido ahora, haciendo estallar una insurrección de caracteres más graves que todas las anteriores, porque dada la situación de Europa, puede traer gravísimas complicaciones.

Habitante de Sfakia

En efecto, las potencias europeas, bien por sentimientos humanitarios, bien tomando de éstos pretexto para satisfacer sus respectivas ambiciones, no pueden presenciar impasibles las mantanzas y los excesos de toda clase de que cada día se tiene noticia, y ya en varias ocasiones han significado al gobierno de la Sublime Puerta la necesidad de poner término cuanto antes á este estado de cosas. Esto, unido á las insinuaciones de bloqueos y de manifestaciones navales, demuestra en algunos Estados la intención ó por lo menos el deseo de intervenir en la cuestión cretense, intención ó deseo contenidos por el temor de los conflictos internacionales á que podría dar lugar cualquier paso atrevido dado por una nación, haciendo que al fin estallara esa guerra europea que de continuo está amenazando y ante cuya eventualidad no reparan las grandes potencias en preparativos que á muchas están llevando á toda prisa por el camino de la bancarrota.



Mujer cretense cristiana

No entra en el programa de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el estudio minucioso de las cuestiones políticas nacionales ni internacionales por importantes que sean, tanto menos cuanto que de todas ellas se ocupa á grandes rasgos y con su competencia universalmente reconocida el Sr. Castelar en sus quincenales revistas: en este trabajo de información se anticipa á los periódicos ilustrados la prensa diaria, que á todos nos tiene al corriente de cuanto acontece en el mundo. Nuestra misión se limita á reproducir las notas gráficas más interesantes con tales cuestiones relacionadas, que vienen á ser el complemento, hoy en día necesario al público, de las noticias que los diarios nos comunican.

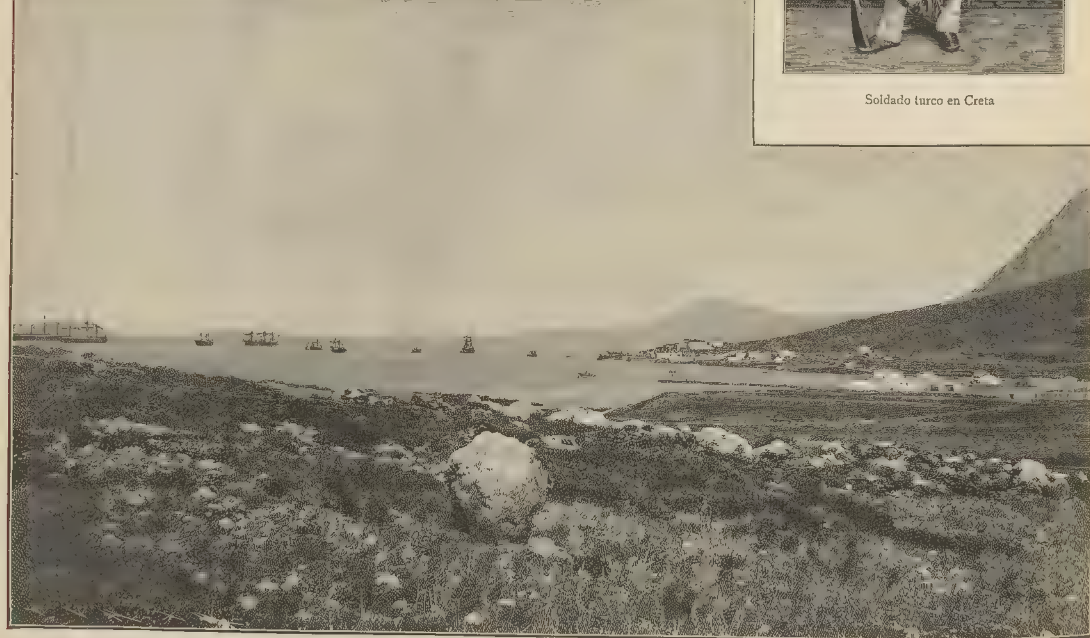
Justificada así la publicación de los grabados que en esta y en la siguiente página aparecen, diremos algo en explicación de los mismos.

La isla de Creta, conocida también con el nombre de Candía, es por su extensión (8.580 kilómetros cuadrados) la cuarta isla del Mediterráneo, y por sus condiciones de suelo y clima la más hermosa del archipiélago griego. Aunque sometida á Turquía, es griega por su etnografía, por su historia y por su situación geográfica, y sus habitantes son esencialmente helenos de corazón y de raza. Su población se calcula en unas 280.000 almas. Sus costas son, en su mayor parte, acantiladas, y su territorio muy montañoso está cruzado, más que por ríos, por impetuosos torrentes, muy abundantes en invierno y en la breve época de la fusión de las nieves, y completamente secos durante el verano. Su variado clima, frío en las montañas, benigno en los valles y húmedo en unos y otros, favorece toda clase de cultivos y hace que la vegetación sea abundante; pero la agricultura, que se halla allí, por decirlo así, en su infancia, apenas se aprovecha de estas ventajas naturales.

Los cretenses son hospitalarios y sobrios, viven con poco desahogo y muestran gran resistencia á toda clase de fatigas: hablan todavía un dialecto dórico



Soldado turco en Creta



LA INSURRECCION DE CRETA.—VISTA DEL PUERTO MILITAR DE SUDA, EN LAS INMEDIACIONES DE LA CANEA



LA INSURRECCION DE CRETA. – VISTA DE LA CANEA CON EL PUERTO Y EL ARRABAL DE HALEPPA

muy corrompido y son en su mayoría cristianos. El elemento predominante, casi exclusivo, de aquella población es el griego, pues hasta los que profesan la religión musulmana son griegos casi todos; sin embargo, algo se han asimilado de los árabes y de los venecianos. Los que más pura conservan la sangre helénica son los sfakiotas, que habitan en los casi inaccesibles valles y mesetas de las montañas Blancas: valientes hasta la temeridad y profundamente religiosos, aunque de religiosidad mezclada con paganas supersticiones, han logrado, á pesar de su inferioridad numérica, resistir más que los otros candiotas á la dominación otomana, á la que no fueron completamente sometidos hasta el año 1868.

Por lo que hace al elemento turco, puede decirse que sólo existe en la ciudad de Candía: los musulmanes que hay en Creta son en su inmensa mayoría cretenses ó hijos de cretenses, y los que tienen este origen apenas se diferencian de sus compatriotas en la manera de vestir.

Una de las ciudades más importantes de Creta es La Canea, situada en la costa Noroeste: su población es de unos 12.000 habitantes, y en ella residen los cónsules extranjeros por ser la capital de la isla. Está perfectamente fortificada, y su puerto, el primero en importancia desde el punto de vista comercial, está formado por una cadena de rocas y por un antiguo muelle, sobre el cual se ha construído una escollera con un parapeto ó fuerte en su centro. Cerca y al Este de Canea ábrese el puerto de Suda, extensa bahía natural cuyas buenas condiciones hacen de ella un excelente puerto militar: este puerto está formado por el cabo de su nombre al Norte y por el cabo Drapano al Sureste; tiene una profundidad, tierra adentro, de 18 kilómetros, y se halla debidamente fortificado. – X.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Panorama nacional. Bellezas de España y sus colonias. – El cuaderno 3.º de esta importante publicación que edita con extraordinario éxito la casa barcelonesa de D. Hermenegildo Miralles, contiene las siguientes vistas admirablemente reproducidas: Puerta del palacio del Marqués de Dos Aguas, en Valencia; Silla de manos de Felipe V; Rocas llamadas «Los Gigantes,» en Monserrat; Tejedoras filipinas; Gruta llamada de la «Cola de caballo,» en el Monasterio de Piedra (Aragón); Puerta del Sol, en Toledo; Los claustrillos del monasterio de las Huelgas, de Burgos; Vista panorámica de Granada; Salón comedor del vapor «Reina María Cristina;» Claustro de la catedral de Barcelona; San Juan de los Reyes (Toledo); Plaza de la Constitución de Vitoria; Jardines del Generalife, en Granada; Calle de San Juan de los Reyes, en Granada, y Portada principal del Alcázar de Sevilla. Este cuaderno, como todos los del *Panorama Nacional*, se vende al precio de 70 céntimos de peseta.

***

Utopía. Tentación. Novelas por *F. Antich é Izaguirre*. – De capricho califica el autor de estas producciones á la que titula *Utopía:* capricho en realidad es, pero hay en él un fondo de buen sentido y un espíritu crítico que hacen de la referida novela una obra llena de saludables enseñanzas. Constituye *Utopía* una sátira contra los vicios que en todas las ramas de la actividad intelectual humana perturban á las sociedades modernas, sátira que el Sr. Antich escribe apelando al procedimiento del contraste y acudiendo al medio de presentar una ciudad y gente imaginaria en donde casi todo sucede al revés de lo que entre nosotros pasa, y unas gentes que piensan y obran de muy distinta manera que obramos y pensamos nosotros, inspiradas siempre en los principios de la verdad y de la justicia absolutas. De este modo fustiga los defectos de nuestra manera de ser y enseña el camino por donde debiera llegarse á un ideal, si difícil, no imposible de conseguir. *Tentación* es una novela interesante por su argumento, que entraña algo más que el propósito de entretener agradablemente al lector. Una y otra están bien escritas y han sido publicadas por el editor barcelonés Pedro Torrella en un tomo de cerca de 200 páginas que forma parte de la edición *La República Literaria* y que lleva abundantes y bonitas ilustraciones de F. Gómez Soler. Véndese á una peseta cincuenta céntimos.

***

La caza de los amantes, por *Carlos de Bernard*. – La *Biblioteca Diamante* que con tanto éxito edita en esta ciudad el Sr. López ha publicado el tomo 45, que es una buena versión castellana de la interesante novela del conocido escritor francés Carlos de Bernard. Con esta obra inaugura la citada biblioteca la sección extranjera de la misma, que alternará con la española, y que á juzgar por lo que se anuncia comprenderá excelentes producciones de las literaturas francesa é inglesa. *La caza de los amantes*, como todos los tomos de la Biblioteca Diamante, se vende á dos reales.



Centro alegórico de plata repujada y cincelada, obra de Teodoro Heiden, de Munich. Premiado con medalla de oro en la Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona. 1896

***

Sinopsis estadística y geográfica de la República de Chile en 1895. – La oficina central de Estadística de Chile ha publicado este libro lleno de datos y noticias completos é interesantísimos acerca de aquella república y referentes á su situación, clima, división física, superficie y población, gobierno, municipalidades, servicio de comunicaciones, cuerpo diplomático y consular, culto, colonización, justicia, instrucción pública, deuda nacional, contribuciones, industria, comercio, bancos de emisión, presupuestos, ejército, marina, agricultura, etc. Es una publicación, en suma, que honra al gobierno chileno y al departamento encargado de redactarla.

***

Museos escolares. Cómo se pueden formar, por *Honorio J. Senet*. – Partiendo de la base hoy unánimemente admitida de la importancia que en el arte de enseñar tienen los museos escolares, el autor de este folleto, Inspector de escuelas de la provincia de Buenos Aires, analiza con buen espíritu crítico los diversos procedimientos que se sigue para formarlos; y después de haber estudiado las ventajas y los inconvenientes de los sistemas más generalmente seguidos hasta ahora, muéstrase decidido partidario del de la formación de dichos museos por las escuelas mismas de instrucción primaria, es decir, mediante el trabajo de maestros y alumnos, que, entre otras excelencias, tiene la de ser económico, acostumbrar á los niños á confiar en sí mismos, hacerles apreciar el poder de la asociación, encaminarles á la idea de la utilidad de las cosas y á descubrir y apreciar las riquezas del suelo de cada país, inspirarles respeto por las obras de la naturaleza y acostumbrarlos al orden material que marca el camino del orden general. Después de esto, traza el plan para formar museos, é indica los medios prácticos de desarrollarlo, demostrando en estos dos puntos y en todos los auxiliares que con ellos se relacionan vastos conocimientos y sobre todo un criterio excelente para no salirse de los límites de la realidad posible. El señor Senet con su notable trabajo realiza el precepto de Rousseau «Quiero que mi discípulo no aprenda la ciencia, sino que la descubra,» que sirve de lema á su folleto. Este ha sido impreso en La Plata, en el establecimiento tipográfico de Solá Sesé y C.ª

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XV — Barcelona 7 de septiembre de 1896 — Núm. 767

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Estatua del Excmo. Sr. Marqués del Pazo de la Merced,

que corona el monumento dedicado á éste y recientemente inaugurado en Vigo. Obra de Agustín Querol

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Máximas desgracias coloniales. – El proceso de los ingleses al gran patriota inglés Jameson. – Cómo pierden la razón todos cuantos apelan á las armas. – El pueblo inglés condenando en la metrópoli á los que procuraban su engrandecimiento en las colonias. – Dificultades británicas en el mundo. – Cuestión de Oriente. – Los pueblos esclavones. – Opuestas alianzas de todos ellos. – El príncipe Nikita de Montenegro en Servia. – El príncipe Fernando en Sofía. – Conclusión.

No podemos hablar de otra cosa que de nuestras desgracias coloniales. Así, creciendo éstas á diario, piden muchos auxilio á los pueblos y á los gobiernos extraño. Mas el toque no está en pedirlo, está en examinar la posibilidad de alcanzarlo. ¿Quién había de prestarnos tal socorro? Francia y Rusia sostienen una rivalidad implacable con Inglaterra, y para sostener esta rivalidad le oponen á su rival una potencia sajona y de mar tan importante como América. No puede contarse con que Francia jamás intente cosa ninguna contra los Estados Unidos, y no puede contarse con que intente cosa ninguna Rusia. Esta última potencia cooperó, en la parte que le correspondía de antiguo, á realizar la doctrina de Monroe, hasta en sus mayores extremos, traspasando á los Estados Unidos las tierras heladas y estériles del Polo, para que aumentasen de tal suerte con partículas pertenecientes á territorio nuevo el predominio y hegemonía de los yankees en América. No tendríamos otro remedio, después de haber sufrido un desaire de Rusia y Francia, que ingresar en la triple alianza. Mas el ingreso en la triple alianza, repulsivo á nuestro pueblo, contrario á nuestros intereses, como descastado con nuestra raza, traidor á nuestra sangre, incompatible con la historia toda de España y con la política nacional esencialmente autóctona, habría de traernos primero una protesta de la conciencia colectiva, que no dejase vivir á los gobiernos, y una enemiga tan poderosa del francés allende las fronteras, que trascendiese al cabo á la paz y á la libertad y á la economía de aquende. Sólo queda la imposible alianza con Inglaterra. Y toda concordia con Inglaterra está entre nosotros imposibilitada por el peñón de Gibraltar, cuyas piedras se levantan como insuperable obstáculo entre la isla sajona y la península ibérica. Razones de sentimiento, dicen los diplomáticos; mas ciertamente no hay sólo esta razón de dignidad nacional, que nos impida la concordia, también hay razones positivas de interés político que, sumadas á ésta, la invalidan. Sea todo lo fuerte que le permitan sus medios Inglaterra en América; pero por sí propia, con su cuenta y riesgo; no concluya por sucedernos que granjeándole aumentos con el auxilio nuestro á Inglaterra contra los Estados Unidos, nos hagamos tanto daño como el que nos hicimos en la Florida, en la Luisiana, en California, en México, en todo el continente americano, por levantar los Estados Unidos contra Inglaterra, comenzando esto en aquel combate que bajo la sombra del pacto borbónico de familia emprendimos, el cual á los Borbones franceses les costara la corona y la vida, como á los Borbones, llamémosles, si queréis, españoles, todo el Nuevo Mundo. No hay ningún conato de alianza en las manifestaciones á favor de Francia y los franceses; hay tan sólo un estallido del sentimiento popular en las ciudades hermanas á favor de la libertad y de la democracia y de la República. ¿Cómo no sentirlo? Yo declaro que me transporta de férvido entusiasmo la Marsellesa con sus cánticos y con sus acentos, llevándome á los días creadores de aquella gran cruzada por la libertad universal, cuyo recuerdo representa en la historia del derecho humano lo mismo que representa la Ilíada de Homero en la historia del Helenismo y de las naciones helénicas.

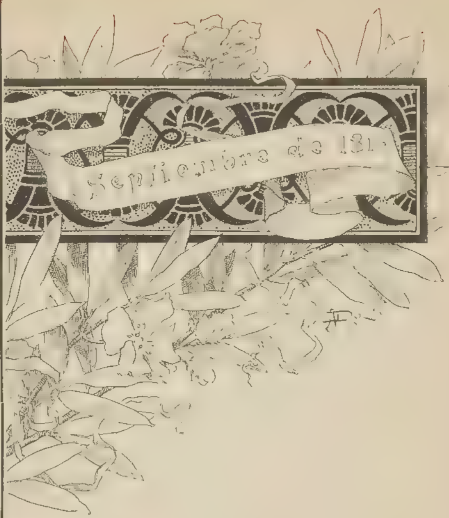
***

Las naciones europeas encuentran achaques de varia consideración en sus colonias, ya sean heredadas, ya sean adquiridas. Desde los Estados menores, como Portugal, hasta los mayores, como Inglaterra, padecen y sufren á este respecto contrariedades múltiples, que forman á una con sus pequeños accidentes y circunstancias al cabo gravísima enfermedad. Han pasado las de Caín los ingleses con el excesivo celo á favor de los engrandecimientos británicos, mostrado por los cabezas de sus compañías mercantiles en el Cabo, cuando declararon al Transvaal guerra y promovieron una protesta germánica, en la que tomó parte principal su emperador, cosa muy afeada por Inglaterra, donde creen que así como Victoria es abuela venerable de Guillermo, son los sajones á su vez venerables abuelos de Alemania, pues ni los normandos con sus victorias y sus conquistas, entre francesas y escandinavas, lograron borrar de los surcos britanos en el suelo aquel su antiguo sello germánico, que sucedió á la dominación romana, ni de las venas británicas tampoco extraer la germánica sangre. Mas ahora, en esta época de legalidad y evolución, pierde cualquier pleito quien acude á las armas, prefiriéndose poco á poco el arbitraje á la guerra, como se prefiere también el más falible ordinario juicio, por cualquier golilla dado, á los juicios de Dios, en que defendían los campeones con el trotón relinchante y el bote de la guerrera lanza sus respectivos derechos. Así un tribunal inglés ha tenido que castigar con penas graves al doctor Jameson, culpable de haber puesto el mayor y más violento empeño, hasta con irrupciones y algaradas, en que los dominios de Inglaterra se agrandaran por el Africa meridional y su imperio inglés pudiera dilatarse desde las extremidades australes á la desembocadura del Nilo sobre aquel continente poblado de sombras y misterios. Un reo, convicto y confeso de haber hecho armas contra la establecida legalidad, y más todavía contra la legalidad internacional, no puede hallar piedad en quien aplica bajo el solio de la justicia los códigos dictados por la conciencia y la voluntad públicas en los pueblos cultos; pero ha de hallarse por fuerza en mucha dificultad si el reo, condigno de pena fuerte, no va previamente condenado por la opinión y recibe como compensaciones á su desgracia el tributo manifiesto de un general entusiasmo. Así los jueces británicos, elevándose sobre los intereses egoístas de su raza y sobreponiendo el imperio de las leyes al voto de la opinión, merecen bien de la humanidad, porque muestran (y deben aplicarse á sí mismos esta lección todos los insurrectos de todas partes y colores) cuánto pierden su derecho, siquier tengan razón, quienes apelan á las armas por cualquier motivo y con especialidad allí donde á las iniciativas legales del pensamiento no hay nada vedado y bajo leyes restrictas se puede pugnar y trabajar por leyes amplias, en cuyo contexto se contenga el bello ideal de las sociedades modernas, el gobierno de sí por la totalidad completa de sus ciudadanos en verdadero régimen parlamentaria. Cierto que la Constitución holandesa del Transvaal, concediendo á los ingleses todos los derechos individuales que decimos humanos, les veda y cierra la opción á los comicios y al gobierno; pero una larga experiencia muestra que no existe ningún empeño, no ya imposible, ni siquiera difícil, allí donde todas las ideas tienen voz y donde todos, naturales y extranjeros, pueden reunirse y asociarse para imponer á la opinión primero y luego al gobierno sus justas reivindicaciones; ventaja muy tenida en cuenta por quienes, en vez de abrirse las puertas del poder á cañonazos, hánselas cerrado, y cerrado para mucho tiempo, con esa triste alevosía, perdición de las mejores causas, ruina de los mejores principios. El tribunal inglés, que ha condenado á Jameson, comprendiendo cuán poco se compadecían los rigores de su oficial veredicto con los entusiasmos de la pública opinión, ha hecho lo posible para evitar las ovaciones, que al cabo resultaban desacatos á su autoridad, y para ello ha encontrado en los reos activo asentimiento, pues hurtaban éstos el cuerpo á toda manifestación, que sólo podía tener un resultado: las tristes agravaciones de su crimen ante los Estados y de su castigo ante los tribunales. Así cuando los matabeles se han insurreccionado cerca del Cabo, Inglaterra se ha creído en el caso de recordarles cómo castigará los movimientos armados en su contra cuando de tal suerte castiga los movimientos armados en su pro. Y bien lo necesita, pues las cuestiones graves le menudean en todas partes: en Egipto, por la guerra de Nubia; en Europa, por las reclamaciones sobre Chipre, temporalmente cedido; en Asia, por Armenia; en Grecia, por Creta; en China, por Mandchuria y Corea; en América, por la desembocadura del Orinoco; en Australia, por el republicano carácter que van tomando aquellas colonias; en la India, por las resistencias de sus soldados indígenas á servir allende los mares suyos; en todas partes, por la dificultad insuperable de domar el Océano y mantener inviolable sobre tan varias tribus su inmenso imperio y sus innumerables vasallos.

***

Pero la cuestión por excelencia curiosa es la cuestión oriental. En las mocedades nuestras, Francia é Inglaterra se unían para defender el imperio turco, mientras Rusia lo atacaba; hoy ha revocado Inglaterra el principio capital de su política, la integridad completa de Turquía, y lo mantiene Rusia con el auxilio de Francia. Solamente una intervención moscovita en Armenia, intervención eficaz, ha bastado para impedir el establecimiento de un reino como los danubianos, en el Asia Menor, frente á Constantinopla, sitiándola también por Oriente, así como está sitiada por Norte y Occidente con el férreo círculo puesto por los pueblos esclavones, que sólo esperan la hora del asedio y no comprenden cómo, erigidos para este momento supremo, tarde tanto en cumplirse la venganza hereditaria y anunciarse la hora del supremo ataque. Mas es lo cierto que, al proponer los rusos un bloqueo á Creta, impeditivo de la insurrección interior, por atajar todo auxilio de Grecia, se han opuesto los ingleses resueltamente, y como sin su presencia nada por el mar puede intentarse, ha quedado la sublevación como está, en todo su auge, y las potencias, indispuestas unas con otras, por no haber medio alguno de inteligencia y por anunciar esta contrariedad, una, más ó menos próxima, segurísima guerra continental, cuyos estragos únicamente podrían hoy conjurarse por el imposible inmediato acuerdo. Así los reinecillos de Oriente se van agrupando conforme sus intereses: unos del lado de la triple alianza, otros del lado de la duple. Propenden á la primera los servios y los búlgaros, inclinados al Austria no hace mucho; y propenden á la segunda los rumanos, á pesar de sus discordias con Hungría por Transylvania, despegados de Rusia desde que los pagó su alianza contra Turquía quedándose con Besarabia. Dos recientes hechos han mostrado el carácter moscovita revestido ahora por las cortes de Sofía y de Belgrado. Dividida Servia entre los Karas y los Milosch, reinantes éstos, aquéllos pretendientes, el príncipe Nicolás de Montenegro había mostrado tan tenaz enemiga en sus actos y en sus palabras á los entronizados, que llegó á unirse con los destronados por vínculos de familia, protegiendo indirectamente así la rivalidad regia y fomentando una guerra civil. Pues ahora todo ha cambiado. En la Montaña Negra, reino cristiano, perdido, como Asturias un día, entre los remolinos de la irrupción musulmana, decían los czares tener el Estado más unido á ellos por vínculos de amistad, el más dispuesto á lanzarse desde sus ensangrentados riscos, como un águila imperial, sobre la maldita media luna. Y este buen aliado, fraternal amigo de Petersburgo, en obediencia, servil casi, á los mandatos moscovitas, acaba de anunciar el desahucio de sus pretensiones al pretendiente, yéndose hasta Servia en persona, no solamente para ofrecer al hijo de Milano, Alejandro, su amistad regia, para ofrecerle también la mano de su hija como señal de una eterna unión. Y algo parecido sucede ahora en Bulgaria, creciendo cada día más la influencia rusa. No contento el czar con que se haya bautizado en la religión griega el hijo mayor de una princesa tan católica romana como suelen serlo todas las infantas del suprimido reino parmesano, pugna hoy porque se abran las filas del ejército á los oficiales rusos, como se han abierto las almas de sus apóstatas príncipes al bautismo propinado por los sacerdotes cismáticos. Mas todo el mundo barrunta que no habrá de ser, no, tan buena la composición de los negocios militares como la conseguida en los negocios litúrgicos. Así, dada la consigna en Petersburgo de adoptar una oficialidad rusa, despedida desde que Bulgaria campó ya por sus respetos, merced á la idea patriótica y á la energía salvaje de Stambouloff, el príncipe Fernando, deseoso de cumplirla, pues quien ha dado su hijo al diablo, bien puede dar á Rusia su ejército, se ha encontrado con la dimisión del ministro de la Guerra y con el disgusto de toda la situación fundada por Stoiloff, quien quiere congraciarse con el czar, mas no hasta el extremado punto de perderse. Y acaba de anunciarse una crisis ministerial de composición muy difícil y de consecuencias muy graves. Pero tendrá un poco de vagar la política oriental en atención al viaje del czar, ya resuelto á visitar primero Viena, después Berlín, en seguida Londres, y por último París, con lo cual quedarán todos muy pagados y contentos, con especialidad los franceses, tan fáciles de satisfacerse y entusiasmarse con Rusia, muy amiga, según se demuestra por los favores que de Francia recibe, aunque nadie sepa los favores que á Francia hace. Aguardemos al viaje del czar y hasta otro día.

Esparraguera, 20 de agosto de 1896



HEBE

10 (?) *de septiembre de* 1810

Célebre estatua de Canova, universalmente conocida y estimada como una de las mejores producciones del gran artista

La adquisición que hace próximamente un mes (escribo esta *efeméride* á primeros de junio y en Berlín) realizó el gobierno en la venta de los cuadros y estatuas que constituían una de las más preciadas riquezas de la antigua casa ducal de Osuna, me obligó á rebuscar datos acerca de la época en que Canova esculpiera la estatua de *Hebe*, que hoy es ya propiedad del Estado, ocupando el puesto que le corresponde entre las joyas escultóricas que de mano del mismo Canova se guardan en el Museo Nacional de Pintura y Escultura del Prado.

Pocos y bastante vagos son los datos que he podido encontrar, después de haber recurrido á varios biógrafos del artista, á Viardot, á Michels y algún otro italiano, para poder afirmar rotundamente una fecha: tan sólo logro deducir que la hermosa producción en que me ocupo en este artículo, la terminó Canova en los primeros días de septiembre de 1810, hallándose en París.

* * *

Hebe, ¿quién lo ignora?, es la representación plástica que los griegos supieron encontrar, en su exquisito sentido estético, á la juventud. *Hebe* significaba entre los *habitantes* del Olimpo la pubertad, y con la pubertad la alegría, la primavera de la vida que diría el poeta, pero una primavera eterna. Por eso Júpiter (hace una hora que lo he visto sin narices en el Museo viejo de esta capital de Alemania; pero á pesar de esto, tan lleno de majestad como hace veinticuatro siglos); por eso Júpiter, repito, se hacía escanciar por *Hebe* el delicioso néctar; por *Hebe*, una jovencita de virginales formas, de purísima, de impecable mirada, mitad ser ideal, mitad promesa de voluptuosidades sin fin. El padre de los dioses sustituye á Ganimedes, su copero favorito, con *Hebe*. No dicen las crónicas la razón que Júpiter tuvo para destituir al hermoso mancebo, después de haberlo raptado, con escándalo grave de todas las olímpicas deidades que le rodeaban y respetaban; es de presumir que solamente la versatilidad del hijo de Saturno fuese la causa. Mas debe advertirse que bajo esa manifestación de un sensualismo refinado aparece un simbolismo, si perfectamente humano, no por eso menos filosófico y divino: la perennidad de la vida universal, representada por la juventud en los años aquellos en que el corazón y el alma están abiertos á todo sentimiento de bondad, de cariño, de amor, de esperanza. *Hebe* figura entre las deidades que representan todos esos sentimientos; he aquí por qué Júpiter, y con Júpiter los demás dioses, se hacen escanciar la ambrosía por Ganimedes, por *Hebe*.

* * *

Cuando Canova expuso á la contemplación pública en París la estatua de la semidivina escanciadora del Olimpo, la gente artística saludó la obra como una maravilla. Sin embargo, censuróse al escultor que hubiese dorado la copa que *Hebe* sostiene en la mano izquierda y la anforita de la cual simula echar el néctar, como asimismo las labores del ceñidor de la túnica que viste. Años más tarde, desde Vürger hasta Gauthier volvieron á la defensa de Canova, recordando que los griegos policromaban sus estatuas y aun los mismos edificios, como todavía puede advertirse haciendo un minucioso examen en los restos del Parthenón, que á pesar de ser de riquísimo mármol pentélico, conserva, además de la dorada coloración de la totalidad, que muchos atribuyen á la acción del sol y de la



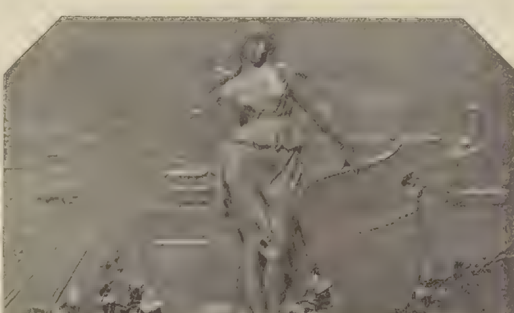
EL MINISTERIO DE HACIENDA

EL MINISTERIO DE LA GOBERNACIÓN

lluvia, pequeñas partes en el interior pintadas de un rosáceo casi anaranjado (á pesar de no ser conocidas las naranjas, según dicen los eruditos, en los tiempos de Pericles).

Esculpiera Canova la estatua para la emperatriz Josefina por encargo de esta señora. La descripción que de la obra hacen el citado Vürger y varios otros críticos es verdaderamente encomiástica. Ciertamente que nada hay de hiperbólico en los elogios; ya que no por el estudio del original, que pasó á ser propiedad de Rusia en el año de 1815 y que figura hoy en el interesante Museo de *L'Ermitage*, por las reproducciones fotográficas que tengo á la vista en este instante, puedo afirmar, con la crítica toda, de la *Hebe* de Josefina (así se conoce entre los entendidos y *amateurs* esa estatua) que artista alguno, escultor, llegará á superar, ni aun creo que á conseguir idealizar la pubertad, sin que la verdad padezca, ni á producir ilusión de ligereza con la figura humana como Canova logró en esa representación mitológica. Los pies desnudos de *Hebe* apenas tocan en el suelo. Inclínase el torso de la figura, en elegantísimo arco, hacia la derecha, y la cabeza se vuelve ligeramente para mirar á la copa que sostiene en la mano de ese lado. La túnica desceñida de los hombros deja al descubierto el pecho de bellísima forma; no menos bellas son la encantadora testa y los desnudos brazos. «Yo no sé qué género de emoción experimento contemplando esta estatua; tan pronto creo ver palpitar su pecho y que su cabeza llena de vida va á volverse hacia mí para anonadarme con la inmensa sugestión de tanta belleza, como creo que va á remontar el vuelo y á perderse entre la dorada atmósfera que envuelve la cumbre del Olimpo.» Así expresa un escritor francés la emoción estética que esta magnífica obra de arte le produce.

Cuando se abrió al público, en el palacio del Hipódromo de Madrid, la exposición que los acreedores de la antigua casa ducal de Osuna hicieron de las obras de arte pictóricas y escultóricas pertenecientes al patrimonio de la arruinada casa, todos pudimos admirar la *Hebe* de Canova, que con aplauso de la España artística acaba de adquirir el gobierno, juntamente con otros cuadros, algunos de ellos de un valor histórico y arqueológico verdaderamente grande. No nos cansábamos de admirar el bellísimo mármol del célebre italiano, y nos dimos á discurrir unos cuantos aficionados respecto de la procedencia primera de esta reproducción.



Relieve en bronce que figura en el monumento del Excmo. Sr. Marqués del Pazo de la Merced

Porque han de saber los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que Canova hizo cuatro (no cinco, como dicen varios de sus biógrafos) reproducciones de la *Hebe* de Josefina; reproducciones que pudieran llamarse copias, si no hubiese introducido el artista en todas ellas ligerísimas variantes. La reproducción adquirida por el gobierno español es la que más fielmente interpreta el original. Las variantes que yo recuerdo en este momento están en la disposición de la túnica, en el movimiento del brazo izquierdo y en algún otro detalle de escasa importancia.

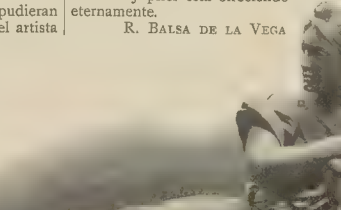
Todas las conjeturas hacen creer que la *Hebe* de Osuna perteneció á lord Crawford, para quien Canova la esculpiera en 1814, si no me falla la memoria. Guardan las otras estatuas un museo de Alemania (del cual no me acuerdo en este instante), y la última que modeló el célebre artista en 1816, la familia Lussini, en su castillo del lago de Garda. De la primera de las reproducciones ignoro el actual paradero.

Para terminar esta *efeméride* diré que la *Hebe* Josefina la adquirió en 1815 el czar de Rusia, cuando los acontecimientos que se desarrollaron en el fondo de la cámara imperial de Napoleón hicieron de la esposa de éste una de las víctimas de la razón de Estado, invocada tan fríamente por el que debía perder poco tiempo más tarde el imperio, y ver cómo sus glorias se deshacían cual las olas que azotaban el peñón donde le confinara la desgracia. A Rusia fué á parar la *Hebe* que parecía simbolizar la juventud de un imperio fuerte, que contaba en los primeros años de su existencia glorias, entusiasmos y fuerza bastantes para suponerle una juventud larguísima. Hoy la simbólica deidad tan maravillosamente ideada y esculpida por Canova hállase en la capital de otro imperio que se encuentra en los primeros días de la pubertad por lo que á la civilización moderna se refiere, y que seguramente habrá de alcanzar á beber durante siglos el néctar de ambrosía que la escanciadora de Júpiter está ofreciendo eternamente.

R. BALSA DE LA VEGA



EL MINISTERIO DE ESTADO



EL MINISTERIO DE ULTRAMAR

Eculturas en bronce que figuran en el monumento del Excmo. Sr. Marqués del Pazo de la Merced, recientemente inaugurado en Vigo. Obras de Agustín Querol, fundidas en los talleres de Masriera y Campins, de Barcelona

ESPAÑOLES DE ANTAÑO

(Conclusión)

¿Se quiere conocer hoy lo que era entonces hacer un viaje? Estudiad para ello al mayoral de diligencias, «á ese hombre de tan férreo corazón, á ese hombre tan superior al hombre como á las bestias, á los vientos, á los despoblados, al mundo, al sol y á las tempestades; á ese hombre que entre la tenebrosa lobreguez del nublado aparece cruzando los montes, rápido y sereno, triunfador en la delantera del coche como Júpiter en su carroza, ó cuando el sol abrasa y abruma los campos, apareciendo á lo lejos en la llanura entre nubes de polvo, como conquistador poderoso!..» Estudiadle y hallaréis «el ser más libre, más indómito, más altanero é insolente de la creación, despreciador de la raza humana, hasta el punto de no llevar nunca personas en su coche, sino asientos...» Oidle, sobre todo, dirigiendo la palabra alternativamente al zagal y á las mulas:

«¿Cuándo cambia tu amo ese macho Bandolero? ¡Maldita sea su alma del Bandoleroooo! *Y á la Zagala déjala, déjala que voy á ella y á la otra, toas, toas, si me bajo, ay si me bajo, ¿que no me bajaré!* ¿Y qué se ha hecho del caballito que traías en costas? ¡Qué lástima de animal! *¡Güena* sangre tenía!.. *¡Coronela! ¡Y la Morata y la Gaona, si voy á ellas con un sabre, con un sabre corvo! ¡Ooooaa!* Échate á la izquierda, Minuto. Maldito seas, ¿no ves los baches? *¡Comisaria, ay si me bajo, en llegando á ella le voy á hacer con el pellejo una papalina! ¡Anda, anda, que algo queará... güeno, güeno, déjalas!*»

Hay en este lenguaje de los mayorales y carreteros para con las mulas ciertos sonidos inarticulados, vagos y confusos, que difícilmente el oído más fino puede distinguirlos y que es imposible expresarlos con la pluma; ciertas aspiraciones y vocales y consonantes que no pertenecen á ninguna lengua del mundo y cuya pronunciación á la más expedita le es muy difícil imitar. De todas maneras, las caballerías comprenden admirablemente este lenguaje y á la sola voz las guía el mayoral, como si ellas y él hubiesen ido juntos á la escuela...

. . . .

¿Quieren los lectores conocer otro tipo, ya borroso, con sólo bajar de la diligencia, mientras el mayoral hace el relevo ó da un pienso al ganado? Pues hagan estación en la venta y traben conocimiento en ella con su dueño y señor absoluto, con el que es alma de aquel cuerpo poco recomendable:

«Su vida, que parece debía ser monótona y sedentaria, es, por lo contrario, sedentaria y activa; en los ratos de ocio se ocupa en aguar el vino, en poner algunos granos de pimienta en los frascos del fementido aguardiente, en picar carne de alguna muerta caballería ó en adobar una albarda. Cuando tiene huéspedes no sosiega: del fogón á la cuadra, de ésta al pajar, de allí al mostrador, luego al corralillo por leña, luego á la despensa por aceite, anda hecho un azacán. Si tiene huéspedes parece que de noche no duerme, los vigila; si está solo tiene el oído alerta al menor ruido; muchos días los pasa en el monte, otros en la ciudad vecina. Conoce á todos los arrieros que transitan aquella tierra, y sabe sus gustos y sus condiciones y á dó van y de dó vienen, y bebe con ellos y come también con ellos, y á unos les habla mucho y á otros poco, pero á todos les pregunta algo al oído; conoce también á todos los labradores y propietarios de la redonda. Y como si fueran suyas todas las reses que pastan en aquellos contornos y todas las caballerías de la provincia.

»Si á media noche se oye un tiro, sabe si es de uno que está á espera de conejos ó de jabalíes, ó si es otra cosa. Se oye el estallar de una honda á deshora, y dice el nombre del vaquero que la estalla y el de la res á quien se dirige la piedra. Adivina por el tin tin de las esquilas ó por el tomb tomb de las zumbas de quiénes son las recuas que pasan por otra encrucijada vecina; pero á quien conoce por instinto particular propio del oficio de ventero es á los contrabandistas y los individuos del resguardo. A veces entra en la venta á hora inusitada con las manos ensangrentadas, porque viene de una alquería inmediata de ayudar á abrir un cerdo ó á degollar una ternera; y si estando sentado al fuego oye un silbido, ó echa tarancas secas para que se levante llamarada y salgan chispas por la chimenea, ó abre un ventanico por donde se vea la lumbre ó la luz del candil, ó sale con su escopeta á rondar la venta, ó se queda serio y alerta, ó atranca la puerta súbitamente, ó va á avisar á la cuadra ó al pajar á algún arriero, ó acaso á algún huésped que se esconde en el desván y que no gusta de gente y de conversación.»

. . . .

¿Quieren ustedes, los que no han conocido la casa de Tócame Roque ni otras similares, saber lo que era la *casera?* Pues lean el artículo «La casera de un corral,» y en él conocerán á la heroica mujer, portera unas veces y arrendataria y subarrendataria otras de aquella casa, de patio central y sucios corredores con dos ó tres pisos; casa habitada por la mayor diversidad de inquilinos, pobres de solemnidad los unos, gente maleante los otros, notabilidad en agraz ó de incógnito tal cual de ellos. La casera era la encargada del cierre de la puerta de la calle y de avisar á las vecinas á quienes correspondía barrer y asear al otro día las escaleras... y otra habitación de carácter colectivo, así como encender los faroles; la que repartía equitativamente las pilas y los tendederos; la que velaba por la moral – precursora de los «padres de familia» de hoy, – impidiendo ciertas visitas á las inquilinas de dudosa reputación; la que amedrentaba á las criaturas, desempeñando el papel de coco; la encargada de apremiar á los deudores morosos, de ponerles en el arroyo cuando no quedaba otro remedio, de reprenderlos con razón ó sin ella y de mantener su prestigio y soberanía, aunque para ello tuviera que agarrarse del moño siete veces por día con otras tantas de las vecinas más bravas del corral; ella, en fin, armaba el altar para la Cruz de Mayo ó se encargaba, cuando las circunstancias lo exigían, de las colgaduras religiosas ó del alumbrado patriótico.

Pero el trabajo se va haciendo sobrado extenso, y de consignar en él cuanto fuera mi deseo, llegaría á convertirse en interminable. Las evoluciones sociales, los adelantos políticos y los progresos industriales han arrojado al panteón del olvido muchos de los tipos que conocimos en la niñez, que nos fueron familiares y llegaron por entonces á parecernos eternos... ¡Qué mucho que los escritores de las costumbres de hoy consagremos cariñoso recuerdo á los de ayer, utilizando para ello ese archivo de tipos llenos de vida, vigor y colorido que se llama *Los españoles pintados por sí mismos!*

M. OSSORIO Y BERNARD



LORIAK, cuadro de José Echena (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona. 1896)



AL DÍA SIGUIENTE DEL RHAMADÁN, cuadro de Dinet
(Salón del Campo de Marte de París. 1896)

NO LO DIJE POR TANTO

Tiene mi maridito
venas de loco;
unas veces por mucho
y otras por poco.
(Copla popular)

¡Vaya si se enfadó conmigo el *Sr. D. Lope Sánchez de Ulloa* por si dije ó por si dejé de decir algo contra el pesimismo, en no recuerdo qué trabajo mío, publicado hace ya mucho tiempo sin duda, pero no sé dónde, ni sé cuándo!

Es muy cierto que mi estimado *Sr. D. Lope*, á quien no tengo el gusto de conocer (con ese nombre al menos), me trataba con una consideración y con unos miramientos, que nunca le agradaceré bastante, aunque se los he agradecido mucho; pero es lo cierto que, así y todo, se echaba de ver que estaba muy enojado conmigo.

Me llamaba maestro y amigo, y hasta se me figura – ¡Dios no se lo tome en cuenta!, – hasta se me figura que escritor de talento; pero, lo repito, á través de esos piropos y de esos halagos, veíase palpitar el enojo que le había impulsado á tomar la pluma.

Yo, ya lo he dicho, no conozco al *Sr. D. Lope Sánchez de Ulloa;* considero probable que esa firma sea el seudómino con que oculta su verdadero nombre un periodista muy discreto y muy ingenioso – que mucho ingenio y mucha discreción revela en el trabajo periodístico, primoroso por cierto, que en las columnas de *El País* tuvo la bondad de dedicarme; – pero, aun sin conocerlo, créome en el deber de desenojarlo.

Porque lo cierto es, compañero D. Lope, que la cosa no era para tanto. El trabajo mío á que usted se refiere, y del cual, vuelvo á decirlo, no recuerdo ya ni una palabra, sería – como mío – insubstancial, aunque sincero.

No habría en él, ¿qué había de haberlos?, exposición de doctrina, ni conato de enseñanza; se reduciría á ingenua y franca manifestación de ideas propias, sin propósito alguno de mortificar, ni de ofender á los que profesasen ideas contrarias.



RETRATO DE SIMONA M. B., pintado por Carlos Durán
(Salón del Campo de Marte de París. 1896)

Usted, estimado compañero, honrando aquel pobre artículo mío, infinitamente más de lo que él y su autor merecen, me habla de Brunetiere que proclama la quiebra de la ciencia (que no es poco proclamar), y de Salisbury, que reniega de los *mentidos progresos* que ella nos ha traído (que es renegar bastante), y del vizconde de Avenel y de Paul Bourget y de Fogazzaro..., novelista, ó lo que fuere, este último, del cual – lo confieso ruborizado – no tengo ni la más ligera noticia, y todo para concluir llamándome discípulo de *Pangloss*, ¡después de haberme llamado varias veces maestro!

Y después de lanzar contra mí esa acusación de optimismo, me dirige usted algunas preguntas.

Voy á contestar á las dos primeras, que me parecen las más graves.

«¿Que á usted, maestro y amigo (me pregunta D. Lope), le parece el pesimismo cosa irritante?»

No he dicho eso; por lo que usted indica, presumo que me he limitado á decir del pesimismo que me parece filosofía *poco agradable*.

Y digan cuanto decir quisieren Brunetiere y Paul Bourget, poco agradable sigue pareciéndome eso.

«¿Que cree usted (otra pregunta de D. Lope) que esto marcha á pedir de boca?»

Alto ahí, querido compañero; yo no he podido decir semejante cosa.

No tengo á la vista el trabajo mío, que usted censura; no recuerdo ya lo que en él dije; pero como tengo por costumbre, costumbre á la cual nunca falto por nada ni para nada, decir siempre lo que creo, y nada más que lo que creo, tengo la seguridad de no haber dicho, ni escrito que *esto marcha á pedir de boca.*

Trabajo le mandaba á usted, y trabajo inútil por añadidura, el que le encargase de encontrar entre el fárrago inmenso de cuartillas que he emborronado en cerca de cuarenta años de labor, una línea, una sola, en que yo haya dicho eso que usted me atribuye.

No, amigo mío, no; combatir el pesimismo, ó confesar que parece doctrina poco agradable, no es hacer profesión de optimista, porque – ¿para qué voy á explicar esto á quien tan claro entendimiento y tan envidiable perspicacia demuestra en sus artículos?, – porque entre el pesimismo y el optimismo hay gran distancia. Y en la trayectoria que ha de trazar el espíritu para ir desde el uno hasta el otro punto, hay muchos otros intermedios en los cuales pueden detenerse los que, sin ser pesimistas, no sean optimistas tampoco.

Pero lo que principalmente ha indignado á mi compañero D. Lope es el que yo haya dicho:

«Si los pesimistas lo ven todo muy malo, será porque los documentos humanos de que pueden disponer, que *son ellos mismos*, no den de sí otra cosa.»

Tanto le indigna á mi distinguido compañero este atrevimiento mío, que, sin poder dominar su enojo, exclama:



LA ASTRONOMÍA, pintura decorativa destinada á la Biblioteca de Boston. Obra de Puvis de Chavannes. (Salón del Campo de Marte de París. 1896)

«¡Por Dios, maestro, que se va usted del seguro!»

Y sin embargo, á mí se me antoja que el razonamiento es irrebatible.

Para someterla á experimentación no dispongo de

otra alma que la mía. Y esto que me sucede á mí, que no soy filósofo, les sucede y les ha sucedido siempre á todos los filósofos del mundo.

Pero no crea D. Lope que he tratado de agraviar á los pesimistas, ni que los tenga por malas personas, porque así como dice el refrán de nuestra tierra:

«De músico, poeta y loco,
todos tenemos un poco,»

así creo yo que de pesimistas y optimistas, alternando según los casos, también tenemos todos un poco. – Hay pesimistas *per se* y *per accidens*. – He creído siempre y sigo creyendo en estos últimos: no acabo de creer en los primeros.

El pesimismo y el optimismo *per accidens* hacen exclamar al mismo poeta, según el estado accidental de su espíritu:

«Flor que toco se deshoja;
que en mi existencia fatal
alguien va sembrando el mal
para que yo lo recoja.»

y esto otro:

Hoy la tierra y los cielos me sonríen,
. . . .
hoy la he visto, la he visto y me ha mirado,
¡Hoy creo en Dios!

***

Ecce homo.

Ese es el pesimismo y ese el optimismo *per accidens;* optimismo y pesimismo que alternativamente y circunstancialmente hemos profesado todos.

Pero el pesimismo sistemático, el pesimismo como doctrina filosófica, ese... ¡ah! – perdónenme mi insistencia D. Lope y el mismísimo Schopenhauer, – ni creo en él, ni ha existido nunca.

Vea, pues, mi bondadoso compañero, y hasta discípulo y todo, *D. Lope Sánchez de Ulloa* (ó como él se llame, si no es ese su nombre), que á nadie he agraviado al decir lo que he dicho de los pesimistas; porque – crea á un viejo que si no ha leído muchos libros ha conocido á muchos hombres, – eso del pesimismo como filosofía es un bromazo de mal gusto que algunos chuscos han querido dar á sus contemporáneos.

El pesimismo es un estado pasajero del espíritu, y no es más que eso... Como doctrina filosófica no existe..., no existe afortunadamente.

A. SÁNCHEZ PÉREZ



EL CIEGO Y EL PARALÍTICO, grupo escultórico de Gustavo Michel (Salón de los Campos Elíseos, París. 1896.)

NUESTROS GRABADOS

Monumento dedicado al Excmo. Sr. marqués del Pazo de la Merced. – El infatigable y distinguido escultor Sr. D. Agustín Querol produce incesantemente obras que legitiman y cimentan cada vez más el merecido renombre de que ya goza en el mundo del arte. No se limita ya el artista tortosino á modelar obras destinadas á procurarle triunfos en los certámenes artísticos, aspira noblemente con el esfuerzo de su inteligencia á honrar la memoria de los patricios ilustres, á quienes la patria eleva monumentos, glorificando su recuerdo ó exponiéndolos á la general consideración. A esta clase de producciones, harto difíciles por lo complejas, pertenecen las estatuas y detalles que reproducimos, ejecutadas por Querol con destino al monumento recientemente inaugurado en Vigo en honor del Sr. marqués del Pazo de la Merced.

Al tributar un aplauso al distinguido escultor, creemos justo felicitar al autor del proyecto del pedestal, que lo es el arquitecto D. Jenaro de la Fuente, y con especialidad á los señores Masriera y Campins, de nuestra ciudad, en cuyos talleres se han fundido en bronce todas las estatuas, que al honrar, por su perfecta ejecución, al autor de los modelos, honran al establecimiento en donde se han fundido, viniendo á ser para unos y otros un nuevo timbre de gloria y un fehaciente esfuerzo de la iniciativa española.

Varias obras de los salones de París de 1896. – *Al día siguiente del Rhamadán*, cuadro de Dinet. – El autor de este cuadro se siente atraído por las dificultades, y después de haber vencido cuantas se ha propuesto, ahora dedícase á expresar la intensidad del color local por medio de la pintura *al huevo*, que imposibilita las pinceladas fáciles y exige en el artista la austera severidad de las escuelas primitivas, pero que, en cambio, tiene la ventaja de un colorido inmaculado y brillante y de la seguridad de su fijeza al través del tiempo. Varios son los cuadros que, pintados por este procedimiento, expuso este año en el Salón del Campo de Marte: todos ellos de asuntos orientales, y en su ejecución ha demostrado Dinet su conocimiento profundo de aquellas razas, su fuerza de observación, la

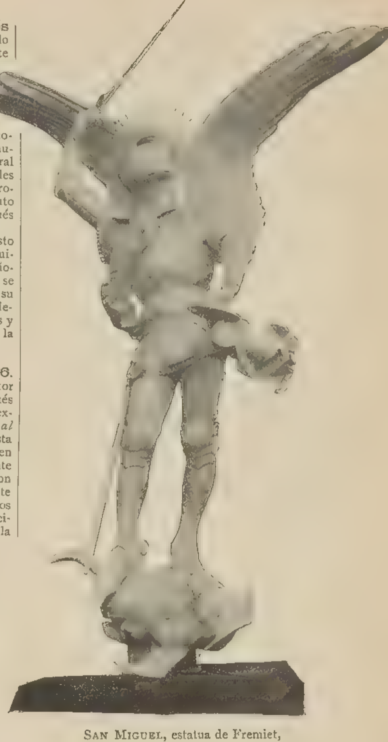


LA SALIDA DE LA ESCUELA, grupo escultórico de Falguiére, ejecutado en barro esmaltado por Müller (Salón de los Campos Elíseos de París. 1896.)

exactitud de su dibujo y una habilidad especial para agrupar las masas. El lienzo que reproducimos ha sido adquirido por el Estado.

Retrato de Simona M. B., por Carlos Durán. – Pocos artistas de su talla habrá tan fecundos como Carlos Durán: los años no hacen mella en aquel talento siempre vigoroso, y en el retrato de niña que reproducimos se admiran la finura, el colorido brillante de siempre, el sentimiento intenso de sus tiempos juveniles. Los innumerables retratos que en su vida artística lleva pintados le han conquistado universal renombre, porque cada uno de ellos, aparte de sus cualidades técnicas, es un modelo de parecido y un estudio psicológico de la persona retratada.

La Astronomía, por Puvis de Chavannes. – Esta pintura forma parte de la serie de cinco tableros decorativos que por encargo de la Biblioteca de Boston ha pintado el gran artista, uno de los principales elementos iniciadores y actual jefe de la disidencia que dió lugar al Salón del Campo de Marte. Estos cinco tableros son la glorificación del genio de la antigüedad: la *Astronomía*, que reproducimos, está representada por los



SAN MIGUEL, estatua de Fremiet, destinada á coronar la abadía del Monte San Miguel (Salón de los Campos Elíseos, París. 1896.)

pastores caldeos que observan la marcha de los planetas; la *Poesía bucólica*, por Virgilio, que vaga por la campiña de Mantua; la *Poesía dramática*, por Esquilo y las Oceánides; la *Poesía épica*, por Homero, á quien coronan la Ilíada y la Odisea, y la *Historia*, que evoca el pasado. De todos ellos la *Astronomía* es indudablemente el más importante desde el punto de vista técnico: en ninguna de sus anteriores obras ha conseguido Puvis de Chavannes una euritmia más noble en la actitud de la figura humana, una armonía más imponente entre las formas, su significación ideal y la majestad decorativa del paisaje; nunca ha revestido éste, bajo las manos del maestro, un aspecto más luminoso, más profundo, más aéreo.

El ciego y el paralítico, escultura de Carlos Michel. – Este grupo escultórico, premiado con medalla de oro en el último Salón de los Campos Elíseos de París, ha llamado la atención, no sólo por la belleza del pensamiento y por los primores plásticos, sino que también por haber empleado en él su autor, de una manera muy ingeniosa, la policromía. Hace pocos años los clásicos se estremecían á la sola idea de este procedimiento; la rutina, el convencionalismo, hacían que se abominara del color aplicado á la estatua: hoy son muchas las tentativas que para implantar, ó mejor dicho, para restablecer la policromía se han hecho, y el público se va acostumbrando á ella y la encuentra no sólo aceptable, sino en muchos casos perfectamente lógica, sobre todo si se limita á dar algún tono á las carnes y unos cuantos toques á los vestidos, accesorios, etc.

La salida de la escuela, grupo escultórico de Falguiere. – Este escultor ha llamado especialmente la atención en el último Salón de los Campos Elíseos por un desnudo en el cual todo el mundo ha podido reconocer á una señora muy conocida en París, que ha tenido el capricho, digámoslo así para no usar otra expresión, de servir de modelo al artista y de consentir en que éste expusiera, no su cuerpo, sino su propia fisonomía, de lo que resulta que la estatua es un retrato sobradamente libre. Pero además de esta obra ha expuesto en la sección de arte decorativo otras dos, una de las cuales es *La salida de la escuela*, que ha sido modelado por el hábil cerámico de Ivry-sur-Seine M. Muller, en barro esmaltado: este grupo es de un sentimiento delicado y eminentemente humano, y el esmalte del barro añade nuevos encantos á los muchos que tiene esta escultura, una de las más inspiradas de su ilustre autor.

San Miguel, estatua de Fremiet. – No es esta una obra inédita, sino la reproducción en tamaño monumental de una estatuita de bronce, cuya gracia y esbeltez pudieron admirar hace algún tiempo los aficionados parisienses: al cambiar de dimensiones, la figura nada ha perdido de sus primitivas bellezas, y la abadía del Monte San Miguel, á la que está destinada, poseerá una de las mejores creaciones del original artista.

Loriak, cuadro de José Echena (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896). – El nombre de José Echena evoca el recuerdo de aquel grupo de artistas españoles que en la Ciudad Eterna lograron reconquistar para nuestra patria el elevado concepto de que antes gozara. Formó parte de aquella distinguidísima pléyade de pintores y escultores que dedicaron al arte sus privilegiadas inteligencias y su laboriosidad. Es, pues, Echena un veterano de la falange artística, curtido ya en todas las lides y presto á dar testimonio de su valía. Sus producciones, si bien se han asimilado un tan-



BAILE CAMPESTRE, cuadro de Noé Bordignon



A BUSCAR FORTUNA, cuadro de **José Jiménez Aranda** (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

to al influjo de las modernas corrientes, no por eso ha abdicado en absoluto de su credo artístico, al que se ajustan, por otra parte, las condiciones de su carácter y la delicadeza de su espíritu. Entusiasta amante de lo bello, distínguense todas sus producciones por el empeño que demuestra en obtener la elegancia en los trazos y la suavidad en los tonos. Cada figura, como el todo que la completa, revela siempre un singular conocimiento de la técnica del arte, exquisito gusto y delicadeza de sentimientos. Testimonio nos ofrece su bellísimo lienzo *Sansón y Dalila*, que forma hoy parte de una de las galerías particulares de nuestra ciudad; *El Cairo*, adquirido recientemente por el Sr. Marqués de Gelida, y el que reproducimos, sentida é interesante escena de familia, que cautiva, tanto por el concepto que entraña cuanto por la maestría con que ha sido ejecutado.

Baile campestre, cuadro de Noé Bordignon. – Terminadas las duras labores del día y antes de regresar á sus hogares, algunas alegres campesinas se entregan al placer de la danza, mientras otras dos las contemplan tendidas sobre la hierba, la alfombra de los pobres. Bellísimo en su conjunto y en sus detalles, este cuadro está impregnado de una poesía dulce y apacible que hace envidiable la existencia de aquellas humildes labradoras, quizás más felices con sus pies desnudos y sus pobres vestidos que muchas señoritas hastiadas de diversiones á fuerza de abusar de ellas. El autor de esta pintura, artista veneciano muy estimado en Italia, ha demostrado en ella que sabe sentir las bellezas de la vida campestre y que su pincel, al trasladarlas al lienzo, obedece sumiso los impulsos de su alma.

Sir John E. Millais. – En el número 741 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos el retrato de este célebre pintor inglés, recién elegido entonces presidente de la Real Academia de Londres: con tal motivo consignamos en aquella ocasión algunos datos biográficos del mismo, que, por consiguiente, no hemos de repetir, tanto menos cuanto que ocupándose de su muerte en una de sus últimas *Murmuraciones Europeas* nuestro querido colaborador Sr. Castelar, ha trazado los principales rasgos de su personalidad artística. El retrato que hoy publicamos está pintado por el propio artista y se conceptúa como una de sus mejores obras en este género. El entierro de Millais ha revestido las proporciones de una manifestación de duelo nacional, á la que se asociaron la real familia, los dignatarios del gobierno y de la corte, el cuerpo diplomático, el mundo artístico del Reino Unido y el pueblo londinense: su cadáver fué enterrado en el panteón de artistas de la catedral de San Pablo.



El célebre pintor inglés Sir John E. Millais, presidente de la Real Academia de Londres, recientemente fallecido. Retrato pintado por él mismo

Carrera en competencia entre un expreso y una sextupleta. – Recientemente se ha verificado en Siracusa (Estados Unidos) un original *match* entre una sextupleta y un tren expreso de la Compañía Central de Nueva York: la distancia recorrida ha sido de media milla en un trozo de vía convenientemente preparado para la carrera, habiendo llegado el tren y los ciclistas á la meta al mismo tiempo, resultado muy satisfactorio para éstos, teniendo en cuenta que aquél es uno de los trenes más rápidos de las líneas americanas. La carrera en competencia fué presenciada por un gran número de espectadores.



Carrera en competencia entre un expreso de la Compañía Central de Nueva York y una sextupleta (de una otografía)

A buscar fortuna, cuadro de José Jiménez Aranda. (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896). – Quien como D. José Jiménez Aranda ha logrado por sus indiscutibles méritos la respetuosa consideración con que le distinguen propios y extraños, bien puede envanecerse de haber cumplido su misión. En esa confusión de escuelas, en esa extravagancia de procedimientos y exclusivismos, que servirán en lo venidero para demostrar la falta de fijeza de ideales artísticos en el último tercio de este siglo, siempre se sobreponen, siempre se destacan, cual astros de primera magnitud, aquellos que, como nuestro distinguido amigo el Sr. Jiménez Aranda, hállanse á envidiable altura por sus singulares conocimientos y aptitudes. Su nombre lleva consigo el concepto de la maestría, y así como el extenso catálogo de sus producciones pregona sus merecimientos, acreciéntanse de continuo por la constante labor, verdadero rasgo característico de su personalidad.

A buscar fortuna es, pese á los que en ella no han parado la atención que debieran, una obra altamente recomendable, digna del maestro, y una hermosa manifestación del verdadero arte español.

Fin de fiesta, cuadro de Ricardo Brugada (Salón Parés). – Todas las condiciones apetecibles en un cuadro de género hállanse reunidas en el bonito lienzo que figura reproducido en estas páginas. En él, así como en el de costumbres de la región andaluza, se ha distinguido ya el discreto pintor catalán D. Ricardo Brugada, algunas de cuyas producciones nos ha cabido la satisfacción de dar á conocer á nuestros lectores, singularmente aquellas que han obtenido mayor éxito, ya por haber sido adquiridas por coleccionistas de otros países ó premiadas en exposiciones y certámenes artísticos.

Fin de fiesta reproduce una escena quizás observada por el artista en el claustro de una catedral, en el que dirimiesen sus rencillas dos monaguillos, convirtiendo en arma contundente los mal apagados hachones, al terminar la función religiosa en que han tomado parte. La composición está bien desarrollada y resulta recomendable, así por su colorido como por el dibujo y el estudio que revela.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – LONDRES. – Uno de los más hermosos retratos pintados por el celebrado retratista inglés Romney, el que representa á la vizcondesa Carolina Clifdon y á su hermana Isabel Spencer, figurando la Música y la Pintura respectivamente, que fué pintado para el duque de Marlborough y que hasta ahora había poseído la familia de éste, ha sido recientemente adquirido al precio de 275.625 pesetas por Carlos Wertheimer, quien ya en 1894 había comprado por 288.750 el de Lady Bette Delme, de Reynolds. Después del cuadro de Rafael *La Crucifixión*, que con destino á la Galería Dudley se adquirió por 304.500 pesetas, son aquellos dos cuadros los que más alto precio han logrado en estos últimos tiempos en el mercado artístico inglés.

PARÍS. – La colección de Edmundo Goncourt que, según disposición testamentaria de éste, debe venderse para con su producto fundar la academia que llevará el nombre del ilustre escritor, no se venderá en pública subasta, pues varios capitalistas aficionados á las bellas artes han abierto una suscripción para adquirir por un millón y medio de francos la quinta propiedad de aquel novelista, junto con todos los tesoros artísticos que contiene, y hacer donación de una y otros á la ciudad de París á fin de crear un museo que se llamará Museo Goncourt.

BERLÍN. – En el próximo otoño se abrirá al público la colección de objetos artísticos relativos á indumentaria del barón Lipperheide. Esta colección, única en su clase, comprende una serie de más de 800 cuadros interesantísimos desde el punto de vista de la historia del traje, infinidad de láminas de almanaques y periódicos y una notable biblioteca abundante en ejemplares rarísimos y referente también á la misma materia.

MUNICH. – Los artistas de Munich que desde 1892 formaban las dos agrupaciones de la Asociación Artística muniquense y de los secesionistas han vuelto á unirse y juntas figurarán en la séptima exposición internacional de Bellas Artes que ha de celebrarse en aquella capital en 1897.

Teatros. – El maestro Mascagni ha terminado una ópera titulada *La Japonesa*.

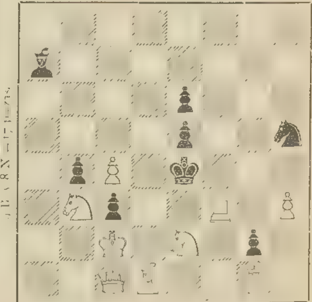
– La comedia *Magda*, de Sudermann, acaba de representarse en Londres por cuatro compañías casi al mismo tiempo, habiendo desempeñado el papel de protagonista Sarah Bernhard, en francés; Leonora Duse, en italiano; la señorita Weinrich, en alemán, y la señora Patrick-Campbell, en inglés.

Barcelona. – En el teatro de Novedades ha debutado una buena compañía de ópera bajo la dirección del maestro Vicente Petri, que ha inaugurado sus tareas con la ópera *Aida*, en cuya ejecución se distinguieron notablemente las señoras D'Arneiro y Mas y los señores Bieletto, Perelló, Aragó y Oliveras. La obra de Verdi ha sido puesta en escena con gran lujo, habiéndose estrenado algunas buenas decoraciones y magnífico vestuario. En el teatro de la Granvía, donde funciona una compañía de ópera y opereta italiana muy aceptable, se ha verificado el beneficio del simpático tenor cómico Sr. Grossi, quien fué muy aplaudido por el público que llenaba todas las localidades. En el Eldorado se anuncia para dentro de unos días el debut del eminente Novelli, que dará una serie de cuarenta representaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 35, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 34, POR J. PALUZÍE

Blancas.	Negras.
1. D 8 T R	1. R toma T (*)
2. D toma P jaque	2. R 6 A R
3. D 2 R mate.	

(*) Si 1. R toma A; 2. D 8 D jaque, y 3. A ó T mate; – 1. R 3 R; 2. A 5 C D, y 3. D ó A mate; – 1. R 3 A D; 2. A 5 C D jaque, y 3. D mate.



Los pescadores saludaron afectuosamente á las dos mujeres (véase pág. 605)

UN APÓSTOL

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Ni Genoveva ni la señora Dorso pudieron oir estas últimas palabras, que hacían alusión á la siniestra aventura de la ciudad de Is, destruída por el mar en castigo de los crímenes de Dahut, hija del rey Gradlon, á la que este último, prevenido por San Guenalé, debió abandonar y dejar perecer cuando una voz terrible le lanzó tres veces desde las alturas del cielo el pavoroso apóstrofe:

¡Tol an diaoul er mor, divar ta varc'h!
¡Arroja el diablo al mar desde tu caballo!

El rector, sin contestar, se había encogido de hombros; mientras que Dionisio Le Marrec, sin atreverse á tomar la defensa de aquella á quien había salvado, contentábase con dirigirle una mirada de admiración y de dolor, sintiendo penetrar una llama desconocida hasta el fondo de su alma al observar la mirada de agradecimiento que Faik le lanzó al pasar por delante de él.

IV

Apenas se hubo abierto la puerta del presbiterio, una mujer muy entrada en años, de aspecto de abuela, pero de abuela que se conserva bien, vivaz, de pequeña estatura, de rostro surcado por pequeñas arrugas, con el cabello no del todo blanco, bajo la fina cofia de lienzo, cuyas puntas levantadas sobre la coronilla estaban sujetas por un alfiler, fijó en los que entraban la mirada de sus ojos, tan apagados y descoloridos que parecían flores marchitas.

De pronto sus pálidas mejillas se colorearon, profirió una exclamación apasionada, y con brusco impulso salió al encuentro del joven marino.

–¡Conque eres tú, hijo mío!, exclamó. ¡Es posible, Dios mío!.. ¡Ah! Mis oraciones han sido escuchadas, y la vieja Mannaik no abandonará este mundo, como tanto lo había temido, sin volver á verte...

Mariana, la criada del cura, la fiel sirvienta que en

otro tiempo había criado al niño, presentaba á Dionisio Le Marrec sus manos temblorosas, de nudosos dedos, deformadas por el trabajo.

Dionisio las cogió para atraer á sí á la buena mujer y estampar un sonoro beso sobre las mil arrugas de su frente.

– ¡Sí, yo soy, Mannaik, contestó, y para quedarme muchos días!

– ¡Oh! Siempre dices eso cuando llegas, y luego, apenas has estado aquí un mes, cuando de nuevo...

Mariana suspiró, y mostrando el espacio, contestó filosóficamente:

– ¡Yo no pedía á Dios más que el tiempo necesario para volver á verte, abrazarte bien, como á mí me gusta, é irme después, muy contenta, con tu imagen en los ojos!..

– ¡Vamos, nada de marcharte, no me vengas con cuentos! Estás muy buena, mejor que nosotros, y te conservas fuerte. ¿No es verdad, tío?.. ¡Te encuentro tan joven, ó más que antes!

Los tres rieron á la vez de la mejor gana, poseídos de un mismo sentimiento de ternura y de felicidad, mientras penetraban juntos en el presbiterio.

Mariana, que iba delante, dijo con voz de triunfo:

– Llegas bien á tiempo, hijo mío, porque había ido á buscar provisiones y podré preparar un magnífico almuerzo... ¿Sabes tú cómo me llaman los hijos del país, tus amigos de Camaret, hombres y mujeres?

Y se detuvo como para esperar la contestación.

Dionisio se encogió de hombros, exagerando su ignorancia.

– ¡Me llaman *Carabassen*, porque, según ellos, siempre les digo lo mismo!.. Sin duda es porque les hablo demasiado de ti. Podrán decir lo que quieran, pero no son capaces aún de hacer un buen plato como la *Carabassen* del cura de Camaret... ¡Ah, no!.. Por más que una sea de Crozon, bien puede vanagloriarse de de ello.

El antagonismo entre los naturales de Crozon y de Camaret se deslizaba instintivamente en sus palabras, aunque estaba en la mejor inteligencia con todo el mundo y era adorada en el país.

– ¡Ah, ah!, exclamó Dionisio, te llaman *Carabassen*, pobre Mannaik... Pues bien: es preciso reirse y no hacer caso de ello. Si chocheas un poco algunas veces, como lo haces para repetir que me amas y que no conoces nada más hermoso que yo, no soy yo seguramente quien te ha de censurar por eso, bien lo sabes.

En Dionisio despertaba una nueva alegría, por toda una serie de antiguos recuerdos, aquel extraño epíteto que con tanta frecuencia había oído, siendo aún muy pequeño, aquella palabra bretona *Carabassen*, que quiere decir «vieja chocha,» y que en la Armórica se aplica sobre todo á las criadas de los curas.

– ¡Ríete, ríete!.., dijo Mariana, alejándose en dirección á la cocina; son risas dulces para mi corazón, hijo mío. ¡Hace tanto tiempo que no las he oído!

Y andaba muy airosa, como si renaciesen en ella la juventud, la animación y la vida.

Muy conmovido, Dionisio Le Marrec no dejó de mirarla hasta que desapareció.

Para él renacía el pasado, un pasado de calma y de felicidad; y sin transición veíase transportado á su centro de otra época, rodeado del mismo afecto cariñoso y fiel que no le faltó nunca en los días de su infancia. Olvidando sus largos años de ausencia, sus continuos viajes á países lejanos, sus aventuras y sus naufragios, parecíale que no se había separado nunca de aquel cura de Camaret, que le recogió, huérfano, y á cuyo lado había crecido, indiferente á todo, siendo tan feliz.

Allí estaba, de pie, en medio del saloncito que tan bien conocía, en el cual no se había cambiado nada de lo que en él se veía en otro tiempo: muebles, adornos, cortinajes, cuadros religiosos, todo, en fin, ocupaba aún los mismos sitios que dos años antes.

Dionisio se acercó á la chimenea, invenciblemente atraído por un cuadrito modesto, al cual una rama de boj seca prestaba muy ligera sombra, tenue velo de luto y de compasión, especie de señal como la que se pone en la página que se quiere volver á leer ó en el recuerdo que no se quiere olvidar jamás.

Debajo del cristal veíase una fotografía que representaba una mujer joven, cuyo rostro de dulce expresión parecía más pálido bajo la blanca cofia usada en el país; llevaba pendientes y una cruz de oro en el cuello sobre la pañoleta, y en su fisonomía revelábanse la calma y la resignación.

Dionisio, tratando de recordar facciones que no había visto lo bastante cuando niño, de reconstituir un semblante casi desconocido, balbuceó en voz muy baja:

– ¡Madre mía!, ¡madre de mi alma!

Un enternecimiento creciente se apoderaba de él, empañando el brillo de sus ojos, y para luchar contra aquella debilidad, que le parecía estar en contradicción con su carácter viril y su fuerza de hombre formal, pasó bruscamente una mano por sus ojos, tratando de explicarse aquel sentimiento.

– ¡Es extraño, dijo, la bruma me persigue y no puedo librarme de ella; todavía llena mis ojos!..

Y trató de sonreir, luchando contra la emoción creciente que activaba los latidos de su corazón.

Pero Pedro Kerbiriou no se dejada engañar por aquellas visibles muestras de una turbación cuya causa adivinaba tanto más claramente cuanto que él experimentaba la misma emoción.

Cuando estuvieron solos, el sacerdote, desechando al punto las preocupaciones imprevistas que le habían acosado un momento, abrió de nuevo los brazos para estrechar otra vez á su sobrino más libremente, con más desahogo que en el muelle, y se entregó, vencido, á toda su alegría.

– ¡Hijo querido, hijo amado, exclamó, qué feliz soy teniéndote aquí á mi lado, bien solo, como... como en otro tiempo, y ver que siempre eres tú y que no has cambiado!..

Su voz se enternecía, se impregnaba de sentimiento al evocar el recuerdo del pasado, de los años transcurridos.

El joven, sin poder resistir, se dejó llevar de aquel afecto, comprendiendo cuán profundo cariño, cuán ardiente ternura había en aquel hombre tan alto y corpulento de facciones duras y bruscos ademanes.

Con una sonrisa de felicidad veía cómo se esforzaba para que su rudo órgano vocal produjese acento de dulzura á fin de mejor persuadirle y acariciarle.

– ¡Me alegro mucho de verte! ¡Si supieras cuánto me alegro, hijo mío! ¡Ah! ¡Bien puedo confesarte que cada vez que te marchas me acosa siempre el horrible temor de abrazarte por última vez!.. Tiemblo al pensar que quizás no volveré á tenerte á mi lado, como te tengo en este instante, y me dirijo crueles reproches.

El cura dirigió una furtiva mirada hacia la fotografía coronada de boj.

– ¿No he prometido, continuó suspirando y con los ojos humedecidos, velar siempre sobre ti, no abandonarte nunca y preservarte de todos los peligros?.. ¡No abandonarte..., preservarte!.. ¿Cómo es posible?

Dionisio sonrió, cogiendo entre sus anchas manos los dedos blancos de su tío.

– Es muy verdad, repuso; allá abajo, en el mar, no se está muy cómodamente que digamos, y sólo Dios sabe en cuántos duros trances me he visto. Naufragios por aquí, encalladuras por allá..., las tempestades; las malas rocas que le esperan á uno por todas partes, emboscadas como asesinos, y las enfermedades en todos esos endiablados países que visito ¡Ah, ah, probre tío mío, cuánto le hago sufrir!.. Pero usted está bien con Dios, y ora por mí; mientras yo por mi parte lucho, no me dejo abatir y defiendo la piel lo mejor que puedo... Por fortuna, soy fuerte, duro á la fatiga y al mal, y tengo manos sumamente fuertes, no suaves y finas como las de usted, sino verdaderas tenazas .. ¡Con ellas me agarro á la vida!..

El sacerdote movía la cabeza, entre grave y risueño sin cansarse de mirar á su sobrino.

– ¡Es verdad que eres todo un hombre, repuso, un verdadero marino! Nunca pude imaginarme que llegaras á ser así; eras tan lindo, tan gracioso y tan pequeño cuando mi pobre hermana...

Pedro Kerbiriou volvió la cabeza al decir esto, sintiendo que su garganta se oprimía.

– ¡Tu madre, santa mujer!.. ¡Ah, te amaba tanto!.. ¡Cómo hubiera temblado, Dios mío, si hubiese sabido, si hubiese podido prever!.. ¡Ya se fué!.. Dios hace bien lo que hace.

Acercóse á la chimenea, teniendo á su sobrino cogido del brazo, y examinó la fotografía.

– ¡Tú no te acuerdas, continuó, porque eras demasiado pequeño aún!.. Habiendo enviudado, casi inmediatamente después de su matrimonio, y muerto su esposo en el mar, concentró en ti todo su amor, toda su esperanza, y solamente vivía por ti y para ti... ¡Nos ha dejado!.. ¡Sin duda era preciso!. ¡Su sueño era verte vestir la sotana como yo!.. ¡Querida hermana!.. Ahora duerme allá arriba!..

El sacerdote se volvió é hizo un ademán, señalando en la costa, á lo largo del camino de Crozon, el pequeño cementerio de Camaret, del que se veían por una ventana las cruces y las plantas que se des bordaban por un muro bajo.

Después, tomando un tono más firme, continuó:

– En fin, ya sabes que tu madre te confió á mí, y por lo tanto, debes obedecerme, dejándome dirigir tu vida...

Diciendo esto vaciló un poco, y después prosiguió:

– ¡Y á fe mía que tengo proyectos, famosos proyectos!..

– ¿Respecto á mí, buen tío?

– ¡Sí, sí, respecto á ti.., y advierte que ahora no sucederá como con tu vocación de marino, no te escaparás!.. ¡Oh! No temas nada, pues tan sólo me ocupo de tu felicidad y de asegurarte una vida dichosa y tranquila para cuando yo no esté ya aquí abajo..., porque...

Le Marrec le interrumpió con una carcajada.

– ¡Usted también!, exclamó. ¡Vaya una ocurrencia!.. ¡Ahora le da por hablar, como esa buena Mannaik, del gran viaje!.. ¡Con el aspecto de usted, con su salud y con su tranquila existencia aquí!.. ¡Ah, ah, ah, todavía será usted quien me entierre!..

El cura no quiso corresponder á la broma, preocupado por la idea en que se fijaba obstinada y secretamente con su tenacidad bretona, aunque su prudencia de sacerdote le impedía entrar en el fondo de la cuestión, revelando demasiado claramente lo que deseaba, antes de haber adoptado por una y otra parte todas sus precauciones.

– ¡Vamos, vamos, dijo, encogiéndose de hombros, puedes burlarte cuánto quieras; pero tu viejo tío es quien te proporcionará la dicha! Seguramente que nadie habrá de compadecerte si quieres seguir mis consejos, y si todo se lleva á buen fin, como es de esperar. ¡Hasta yo creo que más de cuatro te envidiarán!.. Ya veremos, ya veremos.

Dionisio, no queriendo aparentemente comprender á qué terreno trataba de conducirle su interlocutor, contestó evasivamente.

– Pienso que usted no desea mi desgracia, y demasiado constantemente me ha demostrado siempre su ternura para que yo no le escuche como al mejor, al más seguro de los amigos, como á un verdadero padre; pero ya tendremos tiempo para hablar de todos esos proyectos, pues no está próxima mi marcha: esta vez tomo una licencia muy larga...

– ¿De veras?

– Dos meses por lo menos, ó acaso tres.

– ¡Ah, querido hijo, si pudieras quedarte aquí para siempre!..

Y dejando adivinar así su secreta esperanza, la que no dejaba de acariciar en el fondo de su corazón, Kerbiriou estrechaba con más fuerza que antes los robustos hombros de su sobrino, como para retenerle mejor y unirle al país, por una ardiente súplica de todo su ser, que le transfiguraba, comunicando á sus facciones un aspecto inusitado, una expresión femenina de infinita ternura.

Seguramente sus feligreses no hubieran reconocido en aquel momento la fisonomía siempre benévola, pero mas bien ruda, de Pedro Kerbiriou. Aquel á quien estaban acostumbrados á tratar era el verdadero rector bretón, en toda su aspereza primitiva, sin la elegancia física del sacerdote de las grandes ciudades, sin su fino lenguaje, sin su barniz mundano, sin su cerebro literario, casi escéptico en muchas cosas.

Allí se revelaba bajo un carácter muy diferente, con el corazón débil como el de una madre, suavizado por el cariño de familia, por el afecto que le hacía considerar como suyo propio aquel hijo de la hermana querida y siempre llorada. Por eso hubiera deseado preservar á Dionisio Le Marrec de toda aflicción, de todo disgusto, apartar de su camino las menores dificultades de la vida; y aun entonces, á pesar de los años transcurridos, á pesar de una prolongada costumbre que hubiera debido endurecerle, costábale el mayor trabajo habituarse á la transformación cada vez más pronunciada de su sobrino, á ver en éste el hombre robusto y valeroso, como lo era, á pesar de su juventud, el hombre de acción avezado á las terribles é incesantes luchas en el mar.

Al mirarle, al compararle mentalmente con el endeble y enfermizo vicario, á quien la más ligera bruma hacía toser, á quien la más leve brisa doblegaba, hasta llegaba á lamentar vagamente que su sobrino tuviera aquella salud brutal, aquella fuerza hercúlea, aquella resistencia á las intemperies que le lanzaban sin cesar á través de nuevos peligros.

En alta voz expresó esta impresión íntima é irrazonable diciendo:

– ¡Ese pobre Louarn es quien quisiera tener tus pulmones!.

Dionisio, adivinando á medias los misteriosos pensamientos que tenían al cura pensativo y sombrío delante de él, replicó alegremente:

– ¡No desearía usted los suyos para mí, tío!

El cura sintió un remordimiento, un impulso de afecto desinteresado.

– ¡Oh, hijo mío, exclamó, tú á quien amo tanto!..

– ¡Nunca más de lo que yo le amaré, entiéndalo usted, contestó el joven rodeándole con sus brazos, á pesar de mis viajes y de mis largas ausencias!..

– En fin, repuso el sacerdote, ya sabes que aquí estás en tu casa; tu habitación te espera siempre.

– Ya no me separo de usted.

—¡Ah, si fuese verdad!

La puerta se abrió de pronto, empujada alegremente, y la voz de Mariana gritó:

—¡El señor rector está servido!

Así fué como Dionisio Le Marrec se instaló en el presbiterio, conmovido aún por su agitado regreso á Camaret, y comprendiendo que secretas é indecisas raíces comenzaban á fijarle en aquella tierra, á la cual había preferido siempre el mar hasta entonces.

La bruma flotaba aún en su cerebro y delante de sus ojos; mas de entre ella destacábase poco á poco una silueta que creía reconocer, que no había visto nunca, sin embargo, antes de aquel último regreso al país natal, y que le parecía la representación del alma misma de la patria bretona.

En aquella forma ligera y seductora no veía á su amiguita de la infancia, Reina Balanec, sino la imagen de la otra, de la desconocida, de la hija del hechicero.

V

Saliendo al fin del gran camino, blanco y pulverulento, donde se escalonan los postes telegráficos, y que une á Crozon con Camaret, pasando por Kerloc'h y la ensenada de Dinan, para perderse después por el lado de las montañas del Arree, franqueando el Menehom y desembocando luego en Chateaulin, el calesín de Ives Le Moal, dando saltos y tumbos, dejó atrás el fuerte que domina todo el país, y á la entrada misma de Crozon, cerca de la casa escuela, giró á la derecha.

Acababa de penetrar en el estrecho camino, en rápida pendiente, que desciende hacia la ensenada de Morgat, costea la playa y atraviesa el pueblo de aquel nombre, compuesto tan sólo de algunas casas y de una fábrica para la preparación de sardinas. Contrariamente á la costumbre de los cocheros ó carreteros, los expedicionarios no se detuvieron allí.

Al salir de Morgat, el camino ascendía de nuevo, franqueando la costa brava entre pobres campos, humildes viviendas y míseros caseríos, hasta Kermel, á la altura de la Punta de la Silla, Montourgar, Kerdroen, Kerglintin, Saint Ernot y su capilla; y por último, un molino aislado formaba la cima extrema de la ruda cuesta, á cien metros de altura. El conductor se detuvo algunos instantes para que su caballo tomara aliento.

Hasta llegar al molino, más allá de Kermel, habían caminado casi continuamente entre cercas de piedras muy extrañas, que se contaban á centenares y en cuyo centro no crecía nada al parecer, como no fuera un poco de hierba, verdura mezquina que lo parecía más aún entre aquellos muros de un metro de grueso por otro de elevación. Y mientras á su izquierda la bahía de Douarnenez quedaba oculta por la desnuda landa, á la derecha, lejanos y raros pueblos formaban pequeñas ciudades feudales extrañas, donde todas las casas parecían independientes; perfilábanse como fortalezas bajo un cielo de color gris, y eran Lesteven, Bregouliou y La Palue. Detrás de ellos se hundía la inmensidad del Atlántico con el Tas-de-Pois, la Punta de San Mateo y las Piedras Negras.

Más lejos no se veían ya cercados ni casas; penetrábase en la árida y desolada landa, en esa parte salvaje y pedregosa de la península que se prolonga desierta y lúgubre, con su mal camino, cerniéndose á cien metros entre la bahía de Douarnenez y el Atlántico, hacia el misterioso Oeste, para terminar de pronto, mas allá del caserío de Rostudel y del Semáforo, por esa punta famosa en las leyendas bretonas, por esa punta siniestra en el martirologio de los naufragios, que se conoce con el nombre de «cabo de la Cabra.»

Aquello era de lo mas mísero de la tierra, y hubiérase creído entrar en el salvajismo absoluto de las edades pasadas; ni siquiera un hombre; apenas algunas raras mujeres acá y allá, y niños encorvados, que no se hubiera podido asegurar que fueran seres humanos; de tal modo parecían formar parte de aquel suelo espantoso, suelo horrible sobre el cual parece haberse desencadenado alguna gigantesca y formidable lluvia de piedras.

La última y persistente visión que la tía Rosalía conservaba de Camaret era la de la esbelta aguja del antiguo campanario de la iglesia, que contempló al salir del burgo, á su izquierda, elevándose sobre el pórtico, entre la vetusta cruz de piedra esculpida del antiguo cementerio y los elevados muros del presbiterio. Lo que la perseguía era el recuerdo de la casa de Dios, el pensamiento del grandioso é imponente misterio católico.

La primera cosa que sus ojos buscaron en aquel sitio, en el desierto perturbador de la landa, á través de la terrible confusión de pesados guijarros que cubrían la tierra, fué, allá á lo lejos, sobre la bahía de Douarnenez, entre Kerdreux, á la derecha, y en dirección á Menesguen, en siniestro aislamiento, una casita baja, invisible aún, situada no lejos de unas moles célticas, de unas extrañas piedras, y casi unida con un dolmen.

Alrededor, todo era una soledad donde en otro tiempo debió elevarse un ejército de otras piedras, pues comprendíase bien que aquel era el verdadero país de la piedra, más siniestro que Karnac, y último refugio de la misteriosa religión de los Druidas, acosados en todas partes por la Cruz.

Aquella casita, á pesar de su ínfima apariencia, eclipsaba, por una especie de espejismo acaparador, todos los objetos que la rodeaban, tomando proporciones desmesuradas, gigantescas, revistiéndose de una significativa y monstruosa importancia; hacia ella se dirigía la decana, atraída y fascinada, porque era la vivienda del hechicero, la casa de la Leyenda.

Aunque al salir de Camaret no hubiese vacilado un instante en poner por obra la buena acción que realizaba, y que emprendió en un impulso de generosidad compasiva de su corazón, abierto á todas las abnegaciones, poco á poco á medida que la calma renacía en su espíritu y que las reflexiones eran más detenidas, más graves y más razonadas en su cerebro, acosábala cierta inquietud vaga, indecisa aún y no bien definida.

Por lo pronto había experimentado el primer malestar en el momento en que, pasando por delante de la iglesia, cruzó su mirada con la de Pedro Kerbiriou, que revelaba el descontento y el enojo; casi arrepentida, esto la hizo murmurar en voz muy baja: «¡Seguramente, el señor rector no aprueba mi conducta!»

Mas aún estaba poseída del ardimiento que la infundía su acto caritativo, de la satisfacción absorbente de llevar á su padre aquella pobre niña extraviada, y en un impulso de rebeldía contra sus escrúpulos, habíase acercado más á Genoveva, acosándola con sus preguntas sobre todos los asuntos que se la ocurrían, y aturdiéndose con su propia charla, como para ahogar mejor aquella espina del remordimiento que la mirada del cura le había clavado en pleno corazón.

Después de todo, era muy libre de obrar como le pareciese, y no hacía más que cumplir con su deber de salvamento, de igual manera que los valerosos pescadores de Camaret, los cuales arrancan de los peligros del mar, arriesgando su propia vida, amigos ó enemigos, cristianos ó idólatras, indiferentemente, sin cuidarse de su nacionalidad ni de su religión.

Genoveva Goalen era también una náufraga, y por lo tanto, comenzaba por salvarla, por ponerla en lugar seguro, sin pensar en otra cosa, sin querer saber nada de ella ni de los suyos; y por hacer esto no creía perder su alma.

Hasta había, en el exceso de abnegación que en aquel instante la acercaba á la joven, una especie de protesta, una oposición contra una injusticia; y durante toda la primera parte del viaje, hasta llegar al molino donde debían detenerse, después del cansancio producido por la prolongada ascensión, la tía Rosalía persistió en esta idea noble y generosa.

Al principio, las viajeras habían hablado de cosas indiferentes, de esos mil asuntos de conversación fácil que con tanta naturalidad ocurren á las mujeres, de cualquiera condición que sean, desarrollándose sin cesar, como los ovillos de lana entre sus dedos, y sin que el espíritu ni el pensamiento parezcan tomar en ellos parte; pero después la señora Dorso quiso saber cómo Genoveva Goalen había podido perderse en el mar, y de qué hora databa su extraña aventura.

Faik, suspirando, contestó:

—Seguramente fué por culpa mía, y sería un grave error acusar á nadie más que á mí. Salí ayer noche de Morgat, sola, en una barca, como tantas veces lo hice sin que me ocurriera ningún accidente. Es uno de mis grandes placeres; los pescadores de Morgat lo saben, me conocen bien, y de la mejor voluntad me prestan sus botes para ir á dar una vuelta, sea por la parte de las grutas, ó en dirección al arco de San Marín; de modo que nadie se opuso á mi intento. Yo había prometido á Larvor, ya sabe usted, aquel á quien mi padre curó, que no podía mover brazos ni piernas y que ahora nos quiere tanto; yo le había prometido volver antes de la noche, porque la barca era suya y temía un cambio de tiempo.. Pero hete aquí que sin echarlo de ver, yo, que conozco el mar, penetré en una mala corriente que me arrastró no sé cómo, sobreviniendo después la bruma... ¡Ya no vi nada, todo desapareció!.. Ya comprenderá usted que me consideré perdida, y á no ser por aquel buque, encontrado por casualidad, hubiera ido cada vez más lejos, en la obscuridad de la noche y del mar... ¡Oh, qué miedo he tenido!..

Faik temblaba solamente al recordarlo, oprimiéndose contra la señora Dorso. La tía Rosalía, compadecida, unió las manos y exclamó:

—¡Desde ayer, Dios mío!.. Entonces tu padre debe creerte perdida á estas horas... ¡Pero qué imprudencia irse así sola por el mar!..

La joven estaba llorando, sin responder, no atreviéndose á confesar de plano aquella afición extraña, más poderosa que su voluntad, aquella pasión por el mar, siempre vibrante, que la impelía á sus aventuradas excursiones y á sus luchas con el Océano.

No obteniendo contestación, la señora Dorso miraba á la joven, agitada por diversas sensaciones, y preguntábase si no se habría encargado de una misión peligrosa fuera del orden de las cosas naturales.

Ni una sola joven de Camaret, ni siquiera la mujer de un pescador, hubiera obrado así. ¿Qué significaba aquella extravagante excursión solitaria en horas en que las personas razonables, incluso los mismos marinos, no se aventuran en el mar sin poderosas razones, sobre todo cuando amenazan esas malas brumas que llegan del Sudoeste y que ellos presienten muy de antemano, brumas traidoras bien declaradas ya en Camaret en la noche anterior en que Genoveva pretendía haberse embarcado?

(Continuará)



Dionisio se acercó á la chimenea, invenciblemente atraído por un cuadrito modesto. .

SECCIÓN CIENTÍFICA

COLECCIÓN DE PORCELANAS DE CHINA EN EL MUSEO DEL LOUVRE DE PARÍS

LA COLECCIÓN E. GRANDIDIER

El Sr. Grandidier ha sentido desde muy joven apasionada afición por las bellezas que los pasados siglos



Fig. 1. – Jarrón piriforme de cuello ancho y adornado con dos cabezas de elefante

nos han legado, libros raros, dibujos de maestros, estampas y chucherías antiguas; pero lo que más especialmente ocupaba su atención eran los hermosos jarrones de porcelana de la cerámica china.

El coleccionador no tardó en dedicarse exclusivamente á los productos del extremo Oriente, y se deshizo de los libros viejos y de todos cuantos objetos artísticos de la antigüedad poseía, para formar series de los más admirables ejemplares de porcelana china, y continuó aficionadísimo por los jarrones chinos de todos tiempos, colores y formas.

Después de haber adquirido durante treinta años piezas que eran verdaderas maravillas artísticas, llegó á reunir más de 3.000. Su colección, que se componía de porcelanas antiguas y á la cual había consagrado una parte de su fortuna, se distribuía del siguiente modo: 46 grupos de personajes ó figuras aisladas, 67 grupos de animales ó animales sueltos; 427 copas diferentes, 246 tazas, la mayoría con sus correspondientes platillos, 151 fuentes diversas, 610 platos, copas ó compoteras, 165 tarros para tabaco, 67 cajas, 36 teteras, 1.109 tazas de fuentes, jarros y pebeteros y 214 objetos varios. Las tazas sin platillos son tazas para vino fabricadas para el uso de los habitantes del Celeste Imperio.

En 1895 se supo que el gran coleccionador, que poco antes publicara un libro de gran interés y hermosamente ilustrado, con el título de *La cerámica china*, había regalado su colección al Estado para el Museo del Louvre, en donde se instaló en una galería especial que fué solemnemente inaugurada en 20 de junio de aquel mismo año, con asistencia del ministro de Instrucción Pública y de Cultos, del director de Bellas Artes y del director de los museos nacionales, quienes felicitaron calurosamente al señor Grandidier, así por su acto de noble desprendimiento como por el método y orden con que había instalado su colección.

Cuando se visita la colección Grandidier, quien ha sido nombrado conservador perpetuo de la misma, se experimenta un sentimiento de admiración verdadera.

Los grabados que publicamos en esta página dan una idea exacta de algunos de los magníficos ejemplares que la componen.

La figura 1 presenta el aspecto de un hermoso jarrón piriforme de cuello ancho, en el cual se ven dos cabezas de elefantes y sobre un fondo negro un decorado polícromo con variados festones: en la panza hay arabescos y salamandras y en la base fajas multicolores. Este jarrón es del tiempo de Kien-long (1).

La figura 2 es un pebetero (los chinos dan á este objeto el nombre de *Ting*) y constituye un ejemplar magnífico: es de porcelana, pero imita el bronce de cardenillo y tiene multitud de adornos, algunos de ellos dorados y en relieve. Los pies están formados por cabezas de negros y el zócalo y la tapadera son de madera de hierro delicadamente trabajada, terminando la segunda en un precioso botón de jade artísticamente esculpido. Este pebetero tiene 38 centímetros de alto y procede del famoso palacio de verano del emperador de la China.

La figura 3 representa tres figuritas de porcelana: la primera, A, es Tamo, uno de los diez y ocho principales Lohanes, nombre dado á los discípulos de Budha; la segunda, B, es Kuan-inn, la diosa búdhica de la Misericordia, y la tercera, C, que sostiene una cesta de flores, es Lan-tsae-ho, uno de los Pa-Sien, es decir uno de los ocho santos, genios ó inmortales de la religión taoica.



Fig. 2. – Pebetero de porcelana imitando bronce verde

(1) Este nombre de año ó *nien hao* significa socorro del cielo: cada emperador, cuando sube al trono, pierde su nombre de familia y lo sustituye por un calificativo que indica la futura tendencia de su gobierno, aunque las más de las veces los actos de su reinado no justifican las intenciones del soberano á su advenimiento.

El Sr. Grandidier ha procurado, en lo posible, clasificar las porcelanas chinas por orden de fechas de fabricación, pero la disposición de las vitrinas y la forma de los ejemplares cerámicos no ha permitido siempre respetar el orden cronológico en todo su rigor. Cuando se quiere agradar á la vista del espectador y presentar al público una serie de tipos de una manera elegante que atraiga y que no choque al aficionado de buen gusto, es preciso satisfacer una porción de exigencias. Las fuentes y los platos, las poncheras y las tazas con sus platillos requieren una colocación especial para ser vistos y juzgados fácilmente: el estudio y la comparación exigen que las citadas piezas se coloquen separadas, pero en una misma instalación, á fin de que formen un conjunto que permita distinguirlas en sus infinitas variedades.

El Sr. Grandidier se propone, por todo este año, colocar en cada pieza de la colección un número que corresponderá á un catálogo razonado y explicativo que probablemente se publicará en 1897. Para los que deseen instruirse sin necesidad de acudir al catálogo, cada objeto llevará una noticia manuscrita con las indicaciones suficientes para que puedan reconocer, por el número de cada pieza, la fecha exacta de su fabricación: de este modo los visitantes podrán adquirir los datos necesarios y completar sus conocimientos sobre cerámica. En cuanto á los que deseen más detalladas explicaciones, leyendo el catálogo podrán satisfacer por completo su curiosidad.

Actualmente el acceso á la colección Grandidier es bastante difícil (1) para los visitantes de las galerías del Louvre que no van á ellas especialmente para ver los tesoros del extremo Oriente; pero se trata de abrir, á fines de este año, una nueva puerta de ingreso á la colección china por el picadero transformado en sala de vaciados, que se inaugurará próximamente. Esta facilidad de acceso llevará seguramente un gran número de visitantes á una colección que por su variedad y belleza está destinada á hacer progresar el arte de la cerámica en Francia.

Diremos, para terminar, que las porcelanas reproducidas en los grabados que publicamos datan del siglo XVIII.

Gastón Tissandier

***

APARATO SALVAVIDAS PARA TRANVÍAS ELÉCTRICOS

El establecimiento de la tracción eléctrica para los tranvías urbanos, cuya altísima importancia para el desarrollo del tráfico interior de las ciudades casi nadie pone ya en duda, tiene todavía

(1) Al museo de porcelanas de China se entra por la puerta Jean-Goujon construída sobre el muelle.



Fig. 3. – A. Uno de los diez y ocho Lohanes, discípulos de Budha. – B. Kuan-inn, diosa budhista de la Misericordia. C. Lan-tsae-ho, uno de los Pa-Sien, ocho Santos ó Inmortales

algunos decididos adversarios, especialmente en aquellas poblaciones en que existen ya tranvías movidos por fuerza animal.

Prescindiendo de los argumentos de poca significación, que no obstante suelen desempeñar en este asunto un papel importante, adúcese como razón poderosísima en contra de la tracción eléctrica el peligro que significa para la seguridad de los transeuntes. La experiencia, sin embargo, ha demostrado que hay en esto del peligro de ser atropellado una gran exageración, lo cual no quiere decir que el peligro no sea hasta cierto punto real y positivo como algunos accidentes desgraciados han venido á demostrarlo.

Para evitarlo ó hacer imposibles los atropellos se han inventado una porción de aparatos salvavidas, pero hasta el presente ninguno ha llenado su objeto tan cumplidamente que su aplicación no haya por una ú otra causa fracasado, lo cual es debido quizás á que en la instalación de estos aparatos en los coches movidos por la electricidad hay que tener en cuenta multitud de factores, entre ellos la dificultad de colocarlos en los vehículos, las oscilaciones de éstos que pueden hacer chocar el salvavidas sobre el pavimento y romperlo, el espacio relativamente pequeño de que se dispone para su instalación, las desigualdades del piso de las calles y otros.

Pero todas estas dificultades, muy dignas de consideración, parecen haber sido vencidas en el aparato inventado por el cónsul Ahren, de Hamburgo, y que, mediante informe favorable del ingeniero de la Compañía del ferrocarril central de Hamburgo-Altona, ha sido aceptado y aplicado por ésta.

El nuevo salvavidas ha dado excelentes resultados no sólo en las pruebas verificadas como ensayo, sino que también en la práctica, según unánimemente reconoce la prensa hamburguesa. El aparato, como puede verse en el grabado que publicamos, consiste en dos piezas unidas entre sí á modo de charnela y una más corta que otra, cada una de las cuales lleva una red tendida. Si el tranvía provisto de este aparato se echa encima de una persona que esté de pie, ésta cae en las dos redes, que en tal caso no forman más que un solo cuerpo, es decir una doble red; si el que va á ser atropellado está tendido en la vía, al chocar con él el aparato se abre, la pieza superior se levanta y la inferior cae inmediatamente recogiendo á aquél en el suelo. La red en su posición normal ó cerrada resulta á muy poca distancia del suelo y la pieza inferior, apenas cae, corre sobre dos ruedecitas que se deslizan sobre los rieles ó directamente sobre el piso de la calle. A fin de hacer lo menos violento posible el golpe que recibe la persona que se encuentra en la vía, la pieza superior va provista de unos rollos de caucho que se desenrollan instantáneamente al pasar por encima de aquélla.


Aparato salvavidas para tranvías eléctricos

***

PREPARACIÓN DEL OPIO

El opio se cosecha á principios de mayo: las flores de la adormidera se agujerean por la tarde y se deja que el opio se escurra durante la noche en botes de cobre en donde se guarda hasta que ha de venderse. Entonces se le somete á una serie de manipulaciones para concentrar el jugo y darle cierta consistencia: cada obrero tiene delante una tabla de 60 centímetros de largo por 30 de ancho; toma unos 400 gramos de la masa de opio en bruto y seco, lo frota sobre la tabla y lo deja secar de nuevo al sol por espacio de diez minutos; luego vuelve á cogerlo y, puesto en la sombra, lo tritura con una especie de pequeña pala de hierro hasta que está bastante seco. Preparado así el opio, se le calienta hasta que adquiere cierta plasticidad y después se le coloca otra vez en la tabla en porciones de cien gramos, y cuando toma un hermoso tinte amarillo de oro, lo cual indica que tiene la consistencia deseada, se le empaqueta en cantidades de 400 gramos en cajas de estaño cubiertas de cuero y de tela para ponerlo á la venta. – X.



Fin de fiesta, cuadro de Ricardo Brugada (Salón Parés)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XV ——— Barcelona 14 de septiembre de 1896 ——— Núm. 768

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



AVE MARÍA, escultura de Julio Branca

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE VIAJE

Tomar el tren y plantarse en Francia, en las Vascongadas ó en la *tierruca* montañosa; caer en un balneario y dedicarse á la hidroterapia ó á la aeroterapia, sería hacer lo que hace en este tiempo cada quisque. Pero tomar igualmente el tren, y dejando la frescura y el plácido ambiente gallego, meterse en la abrasada Castilla, en sus caducas ciudades monumentales, hidalgas y solitarias..., eso es lo que á nadie se le ocurre, y por lo mismo tiene, aparte de otros encantos que especificaré, el indiscutible encanto de la novedad y la rareza.

Castilla está ahora desierta de viajeros; los trenes van atestados, pero nadie se queda en las estaciones: las fondas se encuentran vacías, y por las calles sólo discurre gente del pueblo, carros, galeras, perros, mulas y asnillos con carga de odres. Esa población flotante que se empuja y hormiguea en la Concha y en los bulevares de San Sebastián; esa turba de aristócratas legítimos mezclados con *snobs* y con haitianos, con la tribu del talco y el oropel, con las semi-mundanas y las bellas cursis disfrazadas de *cremosas;* esa alegre y abigarrada serie de tipos que da asunto á la caricatura y tela inagotable á los periódicos callejeros... no la busquéis en la grave Castilla, que envuelta en su capa de paño pardo, silenciosa y altanera, ve cómo se van reduciendo á polvo sus históricos torreones, sus incomparables templos, toda su grandeza fenecida. Indiferente y estoico, el castellano vegeta sin acordarse de que *más allá* hay movimiento, industria, progreso, especulación y lucro. A él le basta con sus rudas vestimentas, iguales en invierno que en verano, y su sol de oro, que tan regiamente amortaja las viejas piedras, testigos del pasado. Diríase que para este ser de corcho no existen el frío ni el calor; en ningún punto de la península se gasta menos percal y cotonía que aquí: los hombres no han adoptado la cómoda blusa, las mujeres ignoran la fresca chambra y la limpia faldita de zaraza; y con sus trajes obscuros de lana y de recio paño, resisten una temperatura que aun ahora, en septiembre, puede calificarse de tórrida.

Venir en esta época del año á Castilla es, pues, como ir á una aldea donde se puedan contemplar soberbios monumentos. Si en las provincias halláis gentío, mucho gentío, todos vuestros conocidos de Madrid, sin que falte ni uno en la formación, aquí saludáis á los muertos gloriosos – los únicos que realmente viven en España, según frase feliz de un ilustre poeta. – Aquí andáis rodeados de sombras, pero sombras de más acción y más relieve para la fantasía, que los vivientes egoístas que bullen y se agitan para no dejar de sí ningún recuerdo. ¿Cómo podríamos resistir la España actual, si no nos refugiásemos en la España antigua? No tenemos otro consuelo; por eso un viaje á Castilla, en medio de esta soledad, ofrece atractivos y hasta calma la inquietud dolorosa que produce la nueva guerra de Filipinas, añadida á la ya crónica y desesperante guerra de Cuba.

En Segovia, nada me recordaba las tristísimas y azarosas circunstancias que padecemos: en Segovia es fácil recogerse en espíritu, no sólo á la Edad media, sino á la época romana, origen de nuestra civilización peninsular. Lo que en Segovia permanece más enhiesto, arrogante y digno de admiración, es una *obra de romanos:* el acueducto. Iglesias y palacios que nos parecen hoy extremadamente vetustos, cuentan doce ó trece siglos menos que el acueducto venerable, el cual se mantiene arrogante y con un aire de solidez y valentía que subyuga el ánimo. El acueducto sugiere no pocas reflexiones. Mientras las instituciones y las creencias de otras edades relativamente cercanas se van y se extinguen, y caen desmoronados los edificios que surgieran á su impulso, el acueducto y su modesto y práctico fin son permanentes. El agua es hoy, como en tiempo de Trajano, la primer exigencia de la cultura, el sello de la urbanidad. Rodando y rodando, hemos vuelto al agua.

Mil veces se ha descrito el atrevimiento y la gallardía de ese largo y hermoso acueducto, formado de sillares enormes, que sólo por su exacto encaje se sostienen, sin rastro de argamasa ni zunchos de hierro: admirable disposición que sorprende más en las dovelas de los arcos, donde se diría que las claves van á resbalar y caer al suelo..., ¡y llevan diez y nueve siglos así! Como los sillares son almohadillados, parece al pronto que se ha formado el acueducto apilando cojines – singular asociación de una idea de blandura y molicie con una obra tan vigorosa, tan varonil, tan latina. – «Esta es obra de esclavos» – me decía el ilustrado arqueólogo marqués de Miranda, que nos acompañaba en sus correrías á través de Segovia, cuando desde la plaza del Azoguejo contemplábamos la prodigiosa elevación de la *puente seca.* – «Aquí no se ha escatimado ni tiempo ni sangre; esto es como las Pirámides de Egipto: los obreros ni se cuentan ni importan; el caso es que la construcción asombre á los siglos venideros.»

En los nichos del más alto pilar del acueducto, á vertiginosa elevación sobre el Azoguejo, colocó la piedad, en vez de las antiguas imágenes de Hércules, dos efigies, de San Sebastián y de Nuestra Señora. Acaso la desnudez de San Sebastián, que arrostraba en cueros los rigores del duro invierno segoviano, sugirió á los cadetes de artillería un proyecto arriesgado y diabólico: el de vestir al Santo. Hay que ver la situación que éste ocupa para comprender la atrocidad. Al nicho no se puede llegar por ninguna parte, sino suspendiéndose en el vacío, sobre un abismo, que es la plaza. Y así lo hicieron, sirviéndose de un trapecio que sostenían con las manos algunos cadetes, de pie sobre la cresta del acueducto, mientras otros, colgados en el aire, vestían al Santo blanca camisa. Que flaqueasen un segundo los puños de los de arriba; que sintiesen un segundo el vértigo de las cumbres..., y los de abajo irían á estrellarse sobre los guijarros de la plaza. No flaquearon: se consumó la temeraria proeza; el Santo quedó vestido, y á la mañana siguiente los segovianos vieron atónitos el caso, en apariencia inexplicable. Deseoso el ayuntamiento de quitar aquel motivo continuo de asombro, burla y comentarios, ofreció dinero al que se atreviese á despojar de su camisa al bendito mártir; pero no apareció quien arriesgase el pellejo, y allí se estuvo con su camisa la efigie, hasta que la intemperie la convirtió en guiñapo, y por último el viento la arrebató...

Entre las iglesias de Segovia, que son muchas y muy bellas, hay una que recuerda una leyenda sombría, de las edades en que la exaltación de la fe solía degenerar en furor. Hablo de la iglesia conocida por *Corpus Christi*, que en su arquitectura arábiga con ribetes de bizantina aparece como hermana de padre y madre de la famosa *Santa María la Blanca* de Toledo. También la de Segovia fué Sinagoga, y en ella celebraban sus ritos los numerosos hebreos ricos é industriosos, que pagaban al obispo de Segovia treinta dineros en oro anualmente por cabeza, en memoria de los que Judas recibió por la cabeza del Cordero. Cuéntase que á principios del siglo XV, un judío, que por señas había sido médico del rey Enrique III, consiguió del sacristán de San Facundo, en desempeño de una cantidad prestada, una Hostia consagrada ya. La tradición afirma que los judíos buscaban las Hostias consagradas para ultrajarlas y atormentarlas, y la de Segovia fué echada á una caldera de agua hirviendo; pero al punto la Sagrada Forma se elevó por los aires, y volando salió de la Sinagoga quebrantando la pared: la hendedura se enseña todavía en el coro de las monjas. Averiguóse el sacrilegio; fueron ahorcados varios judíos, arrastrados y descuartizados otros, y atormentado el médico, hasta que se confesó autor del envenenamiento de Enrique III: obscura serie de crímenes que también se complicó con tentativas de dar ponzoña al obispo. Recuerda esta negra historia, además de la hendedura de la pared, el nombre fatídico de *Mal consejo*, que aún conserva la tortuosa calle donde fué entregada la Hostia. Y si alguien se admira de este drama horrible á fines de la Edad media, voy á darle una noticia que acaso desconocerá, y es: que hoy, á fines del siglo XIX, imputaciones análogas están dando lugar á los disturbios del antisemitismo, no en España, sino en Alemania, en Austria, Hungría, en Polonia, en Rusia y en Servia; dondequiera que hay judería, en fin. No ha mucho tuve ocasión de adquirir y leer un curioso libro titulado *El misterio de la sangre*, donde se narran (autorizándolas con documentos y extractos de la prensa) las lúgubres etapas del martirio sufrido por niños y vírgenes cristianas, á quienes los judíos secuestran y hacen sufrir todas las torturas de la Pasión de Cristo – azotes, espinas, clavos, cruz – á fin de recoger su sangre y amasar con ella los panes ázimos. Si la memoria no me es infiel, la más reciente de estas historias no se remonta á más allá de los años 1870 ó 1875. Son actuales. Sirva de excusa á nuestros antepasados de 1410, y no se les tache de loco fanatismo ni de credulidad nimia. Yo no sé depurar lo que haya de cierto en tan terribles rumores; sólo pretendo que no se acuse una vez más á España de enfermiza superstición, sin que la ayuden á llevar el peso de la acusación naciones muy cultas, en el siglo de las luces.

De las impresiones más gratas que estas ciudades viejas pueden dar al viajero que pica en artista, es la de perderse al azar por sus revueltas callejuelas, su caserío tan variado, como igual y monótono es el de los pueblos de nueva construcción. En Segovia este paseo sin objeto fijo recompensa al que lo da con deliciosas sorpresas. De pronto aparece un cuadro lleno de originalidad y de colorido, que recogimos en la cartera á modo de *apunte* de dibujante. He aquí tres de los que en la mía he archivado: 1.° Angulo de una callejuela tortuosa, de rápida pendiente, que termina en anchas escaleras de guijarro y que alumbra mohoso farol. El rótulo, en letras negras, dice «Calle de la Judería Nueva.» En escorzo, un balcón saliente de hierro forjado, y en él, surgiendo de entre más de una docena de tiestos y cajones en que los claveles y los geranios aplican sobre la negrura del hierro placas bermejas, una cabeza de mujer, joven, muy morena, de ojos grandes y tristes.. 2.° Patio de la casa atribuída á D. Álvaro de Luna. Altas y nobles columnas de piedra en cuyos chapiteles se destaca un escudo heráldico, sostienen un corredor de madera negruzca y carcomida, casi deshecha por la vetustez. Trapos y pañales rotos y pobres cuelgan á secar del balaustre. Las enredaderas trepan hasta el techo de salientes vigas. Sobre el alero arrullan las palomas. En un lienzo de pared campea, pintado al temple, inmenso blasón de lunas menguantes. Comadres curiosas, agasajando al seno rollizos mamones, se inclinan para vernos y para comentar nuestra presencia. Un gato ético, consumido de morriña, abre á medias los párpados y vuelve á acurrucarse... 3.° Fachada de un palacio gótico, el del marqués de Alpuente. Todo el frente bordado de finos dibujos de tracería, que revisten la casa como de un velo de delicadísimo y transparente encaje. Sobre este fondo claro é ideal, los ajimeces del piso alto, del más puro estilo, de obscura pizarra, tan bruñida que parece mármol, resaltan vigorosamente. Nos detenemos á admirarlos, y una mano invisible y de seguro blanca y suave, se apresura á abrir las vidrieras para que podamos ver destacarse, sobre las cortinas de seda amarilla, el esbelto parteluz y los trebolados remates de los chapiteles... Y en sitio muy visible leemos este gracioso bando arcaico, que los dueños de la casa han tenido el buen gusto de respetar, y que traslado con su ortografía: «Se proibe berter bajo pena de un ducado.»

Al lado de la preciosa casa gótica del marqués de Alpuente, la tan ensalzada de los *Picos* me pareció de una pesadez y una tosquedad extraordinarias. No siempre lo que alaban las *Guías* es lo mejor. Tampoco el Parral, si se exceptúan el retrato y los enterramientos de los marqueses de Villena, es digno de su fama. Las estatuas del marqués y la marquesa de Villena son de nítido alabastro, muy bien trabajadas al estilo del Renacimiento. Al marqués le acompaña su pajecillo llevando el casco; á la marquesa, su dueña, arrugada vejezuela, halduda y de repulgadas tocas, que sostiene el sombrero de la dama mientras ésta reza devotamente. Y más abajo, en la nave de la iglesia, existe el sarcófago de otra dama, cuya estatua yacente permanece allí, pero cuyos huesos fueron arrojados á un campo por los profanadores de la exclaustración. Años después de la profanación, un labriego que araba la heredad encontró, al lado de una calavera, una sortija de oro. La sortija la formaba un cerco de rosas, y por dentro tenía grabado en caracteres góticos este lema: *Nadie vos ama como vos ama el vueso amador.* El labriego llevó la alhaja á Segovia y le pagó por ella un platero tres duros. Compróla después un conocido aficionado español, y dió por ella cincuenta; verdad que á poco la revendía en París por seis mil francos. Y la prenda de amor con que la noble dama había querido enterrarse, en vez de acompañarla hasta la eternidad, brillará hoy en el dedo de alguna caprichosa inglesa millonaria, ó descansará en los escaparates de algún museo.

¿Qué habrá duradero en el mundo?.. Los huesos de la noble castellana han sido aventados más pronto que las vértebras de carnero con que en Segovia hacen pavimentos de mosaico en los patios y zaguanes...

EMILIA PARDO BAZÁN



BARTOLOMÉ COLLEONI

(?) de septiembre de 1480

Célebre estatua ecuestre existente en Venecia,
obra ¿del Verrochio?, ¿de Vellano de Padua?, ¿de Leopardo?

No hace todavía veinte días (escribo esta *efeméride* el 8 de julio), contemplaba yo en la plaza de la iglesia Zanipolo en Venecia cómo el sol hacía destacar parte de la estatua sobre el blanco mármol de la fachada de la citada iglesia, y parte – el busto de Colleoni – sobre el límpido azul del cielo. El hermoso monumento que la agradecida República Veneciana elevara á uno de sus más famosos *condottieri*, como años antes en la vecina ciudad de Padua á Gattamelata, se exhibía á mis ojos con la misma majestad, con la misma arrogancia con que se me exhibiera por primera vez hace bastantes años. A pesar del tiempo transcurrido entre mi primera y mi segunda visita á la *perla del Adriático;* á pesar de las evoluciones que mi educación y mi gusto estético han sufrido en ese intervalo de años; á pesar de que al llegar esta última vez á Venecia llegaba saturado de arte moderno visto en Alemania, en Austria, en Francia, en las exposiciones de Berlín, Munich, Ginebra y París, la estatua ecuestre del vencedor del duque Sforza y de Bosco me hizo relegar á segundo término cuantas otras del mismo género acababa de admirar. Cherbuliez dice que el caballo que monta Colleoni es pesado de forma, que su movimiento es lánguido, que sus líneas son pletóricas (?): puede ser que así sea; pero yo confieso que si la figura del *condottiero* la colocaran sobre los lomos de otro caballo más ligero de líneas, más enjuto, de movimiento más vivo, perdería una parte grande de aquella majestad verdaderamente épica que avalora toda la estatua, y habría que emplazarla sobre otro pedestal menos grandioso que el que hace cuatro siglos soporta al general veneciano y su cabalgadura. Pedestal, caballo y jinete forman un monumento de líneas tan armónicas, tan severas y majestuosas á la par, tan elegantes y robustas, que no es posible concebir á Colleoni sobre distinto caballo, ni á la estatua sobre distinto pedestal; parece, estudiado el conjunto el monumento, que el artista concibió á un propio tiempo la parte arquitectónica y la escultórica.

* * *

¿Quién fué el autor de esa obra prodigiosa del Renacimiento?

Confieso ingenuamente que he venido creyendo hasta hace poco tiempo que Andrea Verrochio, el maestro de Vinci y del Perugino, el sucesor de Donatello, era el autor de la estatua de *Bartolomé Colleoni;* mas al presente la duda me impide creerlo así. Comenzando por varios críticos é historiadores franceses y concluyendo por otros italianos, viénese discutiendo ese punto interesantísimo, á pesar del testimonio de Vassari. En reciente y detallada *Guía de Venecia,* escrita por Mussati, una de las personalidades de Italia de mayor autoridad en estas materias, se afirma rotundamente que el modelo del caballo lo ejecutó el Verrochio, pero que la estatua del *condottiero,* así como el desarrollo á todo el tamaño de la cabalgadura misma, es obra de un tal Leopardo, discípulo de Donatello, y que ese mismo Leopardo fué el fundidor. Por su parte Vassari en su obra *Las vidas de los artistas ilustres* cuenta que la *señoría* encargara la estatua y pedestal á Andrea Verrochio, y que por causas no muy averiguadas, pero que trascendían á celos é intrigas de otros artistas, la república acordara cuando ya el Verrochio tenía modelado el caballo, que la estatua del caballero la modelase un discípulo de Donatello, llamado *Vellano de Padua.* Verrochio, hondamente afectado con este proceder, hace pedazos la cabeza y las patas del caballo, y secretamente, temiendo (y con motivo) á las iras del Consejo de la República, huye de Venecia. En vano le llaman, le buscan por toda Italia invitándole á regresar; mas á pesar de que las invitaciones de los consejeros parecían amistosas, como el artista conocía la clase de bromas que solían gastar los magistrados venecianos, se guardó muy bien de parecer, limitándose á contestar que no dudaba de que si volvía á Venecia le harían lo mismo que él había hecho con el caballo, y que si á éste se le podía volver á colocar otra cabeza, no sucedería lo propio con la suya, pues consideraba muy difícil tal operación. Esta respuesta desarmó enteramente á los enojados y severos jueces, quienes le concedieron la ejecución entera de la obra.

* * *

El pedestal de la estatua ecuestre de Colleoni pertenece, por su arquitectura, al más puro gusto del Renacimiento. Si no fuese por los medallones que entre las columnas se ven, creyérase un trozo del arco de Tito ó de Septimio Severo, así por las proporciones como por la elegancia de las seis columnas con capiteles corintios que las coronan y que sostienen una cornisa de gran vuelo. Descansa este cuerpo del pedestal sobre una alta basa de gusto clásico; esta basa tendrá un tercio aproximadamente de la altura total.

El caballo es un trotón de guerra, de aquellos destinados á soportar largas jornadas de luchas y de camino y la armadura con que solían blindarlos, amén del caballero armado de pies á cabeza. Quizá, como Cherbuliez apunta, pueda parecer un poco pesado; yo creo que no, pues si recordamos cuantas estatuas ecuestres existen, no tan sólo del tiempo en que fué modelada esta de Colleoni, sino de tiempos posteriores, observaremos que ese tipo de caballo es el que los artistas escogían para colocar en él á los guerreros. Nosotros tenemos aquí en Madrid (por no citar otras) las estatuas ecuestres de Felipe III y Felipe IV, cuyos caballos son pesadísimos, y alguno de líneas exageradas, como las del que monta el primero de los reyes citados; y cuenta que el autor fué nada menos que el famoso Juan de Bolonia. El mismo Velázquez, fiel intérprete de la verdad, pintó varias veces á Felipe IV y al conde duque de Olivares montados en trotones de pesadas formas; y si los lectores de La Ilustración Artística quieren molestarse en volver á leer la *efeméride* en que conmemoro la estatua ecuestre de Felipe IV, podrán recordar lo que aquí digo, refiriéndome precisamente á este punto concreto de los caballos pesados y que el crítico francés censura en el de la estatua de Colleoni. Por todas estas razones y con estos ejemplos á la vista, creo que ese tipo de trotones existió, y por lo tanto que no es justa la censura de Cherbuliez.

La figura del *condottiero* es soberbia. La vida palpita bajo aquella armadura; el movimiento es enérgico, arrogante; vese al general famoso, vencedor en cien batallas. Bajo las anchas aletas del casco que cubre su cabeza adivínanse las energías espirituales de aquel hombre enjuto y de angulosas facciones. «Cubierto con el yelmo – dice un escritor, – enjuto, anguloso, de formas un tanto rudas, campea atrevidamente sobre la silla, tocándola apenas, pues parece levantarse sobre los estribos. Retirado hacia atrás el brazo izquierdo con movimiento enérgico, aquel perfil fino respira el orgullo del mando.»

* * *

¿Quién fué Colleoni?

Era hijo de otro *condottiero,* quien merced á un atrevido golpe de mano hubo de apoderarse de la ciudadela de Tresse, que ambicionaba hacía tiempo Juan Galeas Visconti. Poco tiempo le duró á Pablo Colleoni el goce de su victoria, pues murió asesinado por sus parciales y amigos, que le disputaban los despojos de la presa. Bartolomé Colleoni vivió al lado de su madre, pobre y errante hasta que pudo soportar el peso de las armas; en ese punto entró al servicio de la reina de Nápoles y poco después al del *condottiero* veneciano Carmagnola. Su primer triunfo, apenas cumplido los veinte años, fué mandando un grupo de soldados de caballería en el sitio de Cremona.

Poco tiempo después recibe de la *señoría* de Venecia el mando de la infantería para que fuese al socorro de Brescia, sitiada por los florentinos. En efecto, logró su objeto. El duque de Milán, hijo de Juan Galeas, aquel á quien le quitara la ciudadela de Tresse el padre de Colleoni, le tomó á su servicio; mas como observara el gran prestigio que por su valor había alcanzado Bartolomé sobre los soldados á sus órdenes, tuvo miedo y lo confinó en Monza; y no creyendo suficiente esto, lo redujo á prisión, de donde hubo de salir poco tiempo después al morir asesinado el duque. Los soldados recibieron á Colleoni con grandes aclamaciones.

Puesto al servicio de Francisco Sforza, derrota á Du Dresnay, lugarteniente de Carlos de Orleans, quien, como nadie ignora, reclamaba para sí el Milanesado, fundándose en que era el heredero de Valentina de Milán, hermana del duque asesinado. Colleoni hizo un terrible escarmiento en las tropas francesas, matando miles de hombres. Tiempo después y con Francisco de Sforza, pasa nuestro *condottiero* al servicio de la República Veneciana, en guerra entonces con la milanesa, y bate á los auxiliares de ésta de un modo tan terrible, que la historia recuerda con espanto aquella jornada.

Retirado á Bergamo, por haber licenciado sus tropas la *señoría,* los nobles y príncipes de Florencia, desterrados por la pujanza de los Médicis, volvieron

los ojos á Colleoni, y ayudados de Venecia, que siempre mirara con malos ojos la República Florentina, logran que el gran general, en fuerza de oro, se pusiera al frente de las tropas. En efecto, Colleoni provee á su ejército de pequeños cañones (la primera artillería portátil conocida) y destroza por completo en Molinella el ejército de Florencia, mandado por Montefeltro y el duque de Milán.

Fracasado el proyecto del papa Paulo II de nombrar á Colleoni general de los ejércitos cristianos para ir á combatir á los turcos, Venecia le nombra general de todos sus ejércitos.

Colleoni murió á los setenta y cinco años, rodeado de honores y riquezas.

R. BALSA DE LA VEGA

UN VIAJE EN DILIGENCIA

(Aventura novelesca)

I

Leí la carta anónimo con ansiedad, y al concluir su lectura me quedé estupefacto, fijos los ojos en los desiguales renglones, trazados adrede con mano temblorosa: la duda, nunca más terrible que cuando la produce un arma traidora, manejada en la sombra, invadió mi espíritu.

«¡Calumnia!,» murmuraban mis labios con acento trémulo, mientras que aquella otra voz del alma decía: «¿Será cierto?..»

– ¡No! ¡No podía serlo! Aquella Julia, mi primer amor, no podía ser traidora. ¡No, mil veces no!

En tan angustioso momento, recordé aquellos otros felicísimos de pasión. Ante mí veía á Julia, lo mismo que en la aldea, ruborosa y amante, diciéndome en voz baja – como se dicen siempre los grandes misterios del alma: – «¡Ningún otro hombre que tú será mi dueño!» Y al decirme esto, estrechaba nerviosamente entre sus manos las mías, como para dar mayor fuerza á su protesta. Y si esto aún no bastara, sus ojos, en los que yo bebía anheloso toda una vida de idealísimo goce, clavábanse en los míos, serenos, como cielos jamás empañados por la nube del engaño.

¡Y tales ojos y tales cielos eran mentira!..

Otro hombre era el dueño de aquella mujer, según afirmaba con su mudo lenguaje el anónimo que tan brutal revelación me hacía.

II

No sé explicaros cómo, pero es lo cierto que al anochecer de aquel día, en que tan rudo golpe sufrió mi credulidad amorosa, me encontré instalado en el interior de una diligencia: que en mis mocedades aún era el ferrocarril una nebulosa.

Seis eran los compañeros de viaje: un señor cura, un viejo que tenía trazas de comisionista de comercio, una jamona andaluza de no mal ver, un niño como de catorce años que debía ser su hijo, y una parejita de novios, á juzgar por el dulce mosconeo que traían en uno de los rincones del vehículo.

Quiso mi estrella que mi asiento correspondiera al más próximo de los que ocupaban la susodicha pareja: el hombre, un señor como de cuarenta años, de rostro simpático, no pudo reprimir un gesto de disgusto al ver mi aparición y enseñoreamiento en la diligencia: en cuanto á la señora, ignoro la impresión que pude producirla, porque llevaba el rostro cruzado por una espesa toquilla.

Púsose en marcha el armatoste, rodando al trote largo de un tiro por la siempre polvorienta carretera de Extremadura; á la hora escasa de viaje, el señor cura, que había permanecido entregado á la piadosa tarea de leer en un desencuadernado breviario, cerró éste, guardándoselo en el bolsillo de la sotana á la par que lucía en la diestra mano un pañuelo de hierbas, no tan grande como una sábana. Aplicóselo á las narices con tan recio acometimiento que produjeron un ruido como de matraca encendida. Volvió azorado la vista hacia el lugar de la descarga mi vecino el novio; sonrióse picarescamente la señora andaluza; gritó su nene; lanzó una interjección no muy católica el comisionista, y yo dí un salto, viniendo á quebrárseme con la sacudida nerviosa el hilo de malos pensamientos y maquiavélicos planes que *in mente* iba forjando.

El ruidoso sonar del señor clérigo vino á romper la bruma que preside á los comienzos de un viaje entre personas desconocidas: púsose á charlar el tonsurado con el comisionista, guiñóme los ojos la andaluza como si pretendiese con tal exordio demostrarme que no era cosa tan fuera de propósito el contemplar su ajamonado porte, el niño quedóse dormido y la pareja amorosa continuó en su dulce mosconeo.

Hasta aquí nada de particular ofrecía el viaje, á no ser los continuados trompicones que los baches de la carretera obligaban á dar á la diligencia y por contera á los viajeros, que parecíamos muñecos de goma por el ridículo vaivén que traíamos en nuestros asientos.

III

Un discreto codazo que me propinó mi más inmediato vecino de coche volvió á sacarme de mi abstracción.

– Perdone usted mi atrevimiento, me dijo con exquisita cortesía, pero es el caso que me hallo en un aprieto mayúsculo...

– Si puedo serle á usted útil..., indiqué.

– Se me ha olvidado el tabaco, y...

– ¡Comprendido!, le interrumpí ofreciéndole mi petaca, que el hombre aceptó con ostensible muestra de regocijo.

– ¡Mil gracias!.. Usted no sabe la angustia que paso cada vez que me ocurre un percance parecido... ¡Soy hombre al agua si no fumo!.. ¡No sé vivir!..

En virtud de nuestro carácter nacional, de sobra expansivo, uno y otro nos engolfamos en animada charla, y después de hacer cálculos meteorológicos y hablar de la «cosa pública,» echándole la culpa al gobierno de cuantas calamidades ocurrían en territorio español, vinimos á parar en un punto que ahondó aún más de lo que estaba la herida que á tal viaje me traía: para un espíritu lacerado, la felicidad ajena es un cáustico.

– ¡Vaya si era feliz el Sr. D. Claudio Arenillas!, que así dijo llamarse mi interlocutor.

Haría una semana, poco más ó menos, que había realizado su mayor ventura: la de casarse.

Y encerrado en una diligencia, paseaba gozoso de un extremo á otro de España su «luna de miel.»

– Amigo mío, me dijo adoptando un tono confidencial que revelaba la íntima satisfacción de su alma, ó yo soy un bolonio ó nada sé de lo que es la vida, pero dudo que haya cosa mejor que esta de casarse con una mujercita como la mía, tan buena, tan cariñosa, que no ve más que lo que yo veo, ni piensa sino en lo que yo pienso... Ella y yo formamos una sola entidad repartida entre unas faldas y unos pantalones.

Tal era el entusiasmo con que pintaba su ventura, que no pude por menos de replicar ahogando un suspiro:

– ¡Esa es una vida envidiable!..

– Sí que lo es, amigo; pero arrieritos somos y...

– Sí somos, afirmé con el tono elegíaco de todo amante despechado que se las da de escéptico pero yo jamás me encontraré con usted, en ese camino de la dicha conyugal.

– ¡A ver, joven, á ver eso!.. ¿Por qué no se ha de encontrar usted?.. ¿Quién diablos se lo impide?..

Contar á otro, que parece mostrarnos algún interés, la pena que nos martiriza, es seguramente un gran consuelo; y así, en voz baja, conté al Sr. Arenillas el motivo de mi viaje, ocultándole, por exceso de prudencia, el nombre de los héroes.

Escuchóme atento; más de una vez gruñó un «ya, ya» significativo, como si confirmara mis palabras, y en el primer alto que hice en mi discurso, replicó:

– ¡Eso nos ha pasado á todos!.., ¡á mí mismo, aunque le parezca extraño!.. Y ya ve usted si soy feliz...

Y adoptando un tono sentencioso, continuó:

– El primer amor casi siempre se malogra, y es gran ventaja que así ocurra, pues en lo sucesivo ya no se cae tan fácilmente en el garlito... Nuestra primera novia peca de ingrata, así como nosotros de incautos... Pero, dígame usted, y perdone esta oficiosidad mía: ¿á qué va usted en busca de la «infiel?..»

– No lo sé yo mismo; pero á nada bueno.

– Esperaba esa confesión, amiguito... Dispénseme usted, si continúo con mis oficiosidades: ¿qué adelantará usted con ver á esa señora, ni qué satisfacción ha de recibir la conciencia de usted con recriminarla aquello mismo que ya la suya le habrá recriminado con harta severidad?.. Medite usted un momento la situación en que se encuentra y acabará usted por darme las gracias... No se deje usted llevar de la impresión momentánea, achaque propio de la juventud, que no medita ni prevé las consecuencias... En realidad, usted ha sufrido un desengaño, que – no lo niego – siempre deja honda mella... Pero ¡no debe usted tomar venganza de lo que no la tiene en buena lógica, puesto que el cariño debe ser hijo de la voluntad, espontáneo!.. ¿Que se ha casado con otro hombre?..

– ¿Y le parece á usted poco tal felonía?..

– ¡Nada!, me replicó D. Claudio sin inmutarse.



GLORIA VICTIS, escultura de Antonio Mercié, existente en Hotel de Ville de París

Ese hombre habrá impresionado mejor que usted á la niña. Busque usted el desquite con otra mujer... ¡Y quién sabe si no le pasará á usted lo propio y recordará con fruición esta charla nuestra!..

La lógica del Sr. Arenillas, me obligó á quedar indeciso: fluctuaba mi razón entre seguir los primeros impulsos de mi venganza ó aquellos razonamientos serios de mi improvisado mentor...

A este punto llegábamos en el diálogo, cuando hizo alto la diligencia, y el zagal, abriendo la portezuela, nos dijo:

–¡A cenar, señores!..

Echamos pie á tierra y penetramos en el interior de un mesón castellano: los huéspedes nos condujeron á la cocina, en donde teníamos ya preparada la cena.

Sobre la mesa, dos velones de Lucena, amén de la llama del lar, iluminaban el improvisado comedor.

D. Claudio, dando el brazo á su señora, entró en la cocina detrás de mí, y asiéndome por un brazo, me dijo:

–¡Eh!.. ¡Soy de lo más distraído!.. ¡Voy á presentarle á mi señora!..

Al oir esto, me volví rápidamente para conocer á aquel modelo de esposas, que tan felicísimo traía á su marido.

Y al verla no pude por menos de quedarme estupefacto. Era Julia la mujer que tan villanamente me había engañado.

. . . .

Jamás pudo averiguar el Sr. D. Claudio Arenillas el motivo de mi estupefacción, porque desde aquella memorable noche, ni él ni yo hemos vuelto á encontrarnos...

ALEJANDRO LARRUBIERA



LA SOPITA AL NIÑO, cuadro de Ricardo López Cabrera

(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

DUPLICADOS

Eso de que la cara «sea el espejo del alma», no pasa de ser opinión vulgar.

Ejemplo: según D. Francisco de Quevedo, son tontos cuantos tienen cara de ello y buena parte de los que no lo parecen.

Cada hombre es un arca cerrada – como dice un veterinario estropeado por el estudio de Lombroso, Max Nordau y *Mantecaza* – conforme pronuncia el mencionado «maestro.»

No hay caras ni figuras originales.

En todas se advierte ciertas reminiscencias de otras, pasadas ó contemporáneas.

Instintivamente dirán ustedes, en viendo á varios sujetos de nuestros días:

– Ese hombre se parece á D. Rodrigo en la horca.

Porque cuentan que el favorito D. Rodrigo Calderón llegó al último tercio de la lidia, digo, «subió al patíbulo» con entereza y aun con altanería.

Transeuntes hallarán ustedes al paso que les recuerden algún amigo ausente.

Y exclamarán, supongamos:

– ¡Ese es el comendador!

En la especie humana hay diversos grupos, cada cual con arreglo á un modelo particular.

Por ejemplo: modelo número uno, para chatos por convicción y por principios, con ojos abiertos con barrena y orejas largas y movilizadas por el viento; pequeños de alzada, gruesos y con las piernas elegantemente arqueadas.

Modelo número dos: para personas delgadas como solitarias, raquíticas y narigudas *per se*, y sin principios ni fines; ojos abultados como huevos pasados por agua, boca de riego y color de Maceo virgen.

Y así, sucesivamente, hay diversidad de modelos.

Sinnúmero de personas pertenecen al modelo número uno, supongamos; otras, al modelo número dos.

Otras, al modelo de negros, como «D. Quintín Banderas,» pongo por caso.

Otras, al de pardos chorreados en verdugo.

Otras, al de amarillos con ojos azules, como los bellos chinos.

No encontrarán ustedes una persona verdaderamente original.

Lo mismo que se nota en la mayoría de las obras teatrales que vemos «estrenar.»

Por lo menos cada sujeto tiene un duplicado.

He conocido varios casos.

Entre ellos el de una viuda que volvió á tomar ca-



AYER, cuadro de Manuel García Rodríguez

(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)



HOY, cuadro de Manuel García Rodríguez

(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)



Nicostrato Kalomenópulo,
jefe de los insurrectos candiotas de Amari
(de una fotografía de G. Dimitrion, de Atenas)

rrera, ó sea que volvió á tomar estado, con un hombre que parecía una reproducción del difunto.

Con esto justificaba la señora la reincidencia.

Pero lo que ocurrió fué que el primero «la salió un angel, mal comparado,» según ella decía, y el segundo la trataba como á una perra «mal comparada» también.

Por el continente no se puede juzgar del contenido.

Vemos un hombrón con el abdomen como un baúl mundo, y si nos pregunta cualquiera:

– ¿Qué cree usted de ese hombre? ¿Será pesado ó ligero?

– Pesado como un elefante, respondemos.

– Pues no, señor; es el hombre más ligero de cuantos pueda usted tratar: no tiene ni asomos de formalidad.

– ¿Qué timbre de voz imagina usted que poseerá esa joven ojerosa, que parece que lleva dos hojas de acelga en las mejillas?

– ¿De tiple desahogada ó *sfogatta*, ó del género chico?

– No.

– ¿De contralto?

– Tampoco.

– De contrabajo, no será.

– De mezzo soprano espirituosa.

Hay hombres que tienen cara de Fulano y Compañía.

Vamos, caras vulgares al alcance de todas las cabezas.

Otros las usan al alcance de todas las bofetadas que se extravían.

Pero «no divaguémonos» – que dijo un orador parlamentario de los más elegantes... en vestir.

– Esa muchacha debe de ser angelical, piensa algún hombre al ver á una criatura perfecta de forma.

– No lo crea usted, objeta quien la conoce bien; es una fiera: su hermana es la antítesis.

– ¿Y se parecen en lo físico?

– ¡Vaya! Como que no sabe distinguir una de otra su mismo padre.

– ¡Qué exageración!

– Tenga usted en cuenta que son gemelas por parte de padre.

Sujetos con cara y aun con figura de otros sujetos hay varios.

Se ignora con qué derecho puede un hombre parecerse á otro.

Y muy particularmente cuando uno de ellos es un hombre de bien, y el otro, el imitador, si por acaso es más moderno, disfruta la fama de canalla.

En caras, sobre todo, hay coincidencias extraordinarias á las veces.

Caras de hombre y de mujer como copias de una misma fotografía ó ejemplares de una tirada.

Entre beodos también hay caras que pueden pasar por procedentes de la misma tirada á varias tintas.

¿Y hombres, y aun mujeres, con semejanzas repugnantes con animales declarados é irracionales?

Aún hay más allá.

Un hombre de lanas, por la cara y por la figura, un hombre mastín, ó un podenco, son ejemplares corrientes.

Hombres loros, sin incluir á los lores ingleses, también abundan.

Lo maravilloso es la semejanza entre varios individuos de la especie dicha humana y varios vegetales.

Caballeros con hojas de chumbera por orejas, rábanos por narices y aceitunas negras por ojos, hay muchos.

Así como he conocido á uno con la cara de la Patti, trato á una señora que usa la cara de Frasquito Montes, con sus patillas.

Y á un señor mayor que lleva por cabeza un garbanzo de Fuentesaúco visto con una lente.

Que hay cabezas de carnero conocido en hombros de persona, y cabezas de barrena y cabezas de melón de Añover, ya lo habrán observado ustedes.

Cuentan que Nerón, cuando supo que había un esclavo en Roma que parecía un calco de la augusta persona, mandó que se le presentaran, para convencerse, y en vista de la exactitud de la opinión, declaró libre al esclavo y le protegió, hasta que un día, deseando conservar su retrato, dispuso que cortaran la cabeza al infeliz y se la llevaran á «su despacho.»

Y es que, en ocasiones, las semejanzas pueden acarrear disgustos graves.

Tomar á uno por otro suele ocurrir, como «tomar á uno el pelo.»

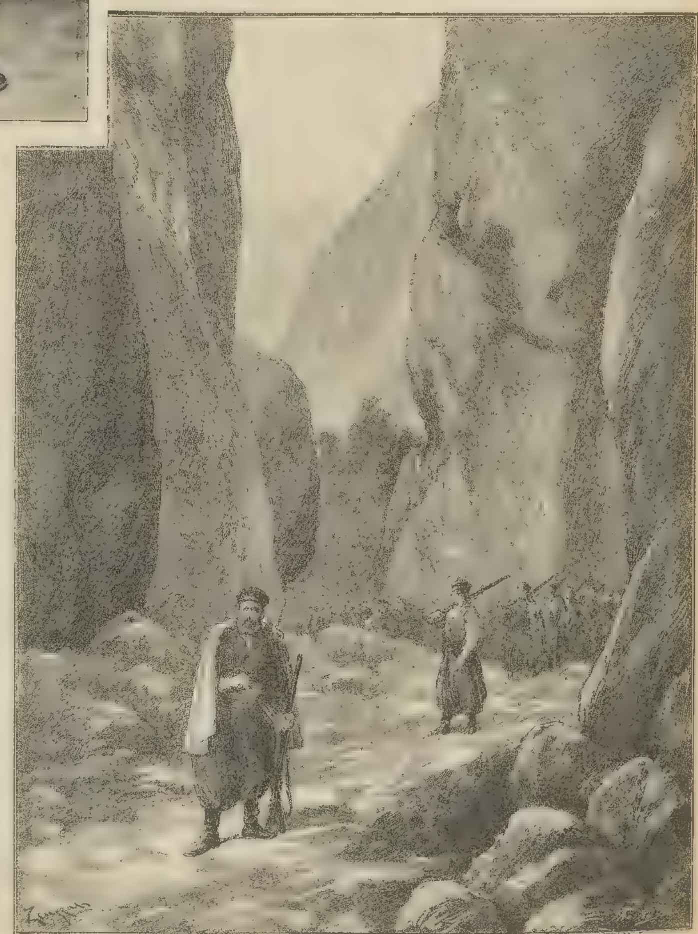
Pero no me he explicado jamás esa equivocación que dice el vulgo: eso de tomar el rábano por las hojas.

Eduardo de Palacio

NUESTROS GRABADOS

Ave María, escultura de Julio Branca. – El viejo labrador ha dejado en el suelo el haz de espigas, y doblando las rodillas murmura una oración: en su actitud recogida, en la expresión de su rostro se lee la fe que llena su alma y la consoladora esperanza de que sus preces serán atendidas. Esta escultura, tan hondamente sentida como sobriamente ejecutada por el notable escultor milanés Julio Branca, llamó mucho la atención en la última exposición trienal recientemente celebrada en Turín.

Gloria victis, escultura de Antonio Mercié. – La escultura francesa es indudablemente lo que caracteriza el valor del arte en nuestra época; las principales obras que ella produce en la actualidad son de todas las manifestaciones artísticas de nuestros tiempos las que realmente dan idea de algo grande, de algo nuevo en la esfera del arte, las que dejaran eterno recuerdo del genio del siglo XIX. Entre los modernos escultores que mayor y más justo renombre han adquirido figura el autor del grupo que reproducimos, Antonio Mercié, el cual se impone ante todo por la profundidad de la idea y cautiva por el sentimiento pintoresco que imprime en sus composiciones y por la elegancia y corrección con que las ejecuta.



La insurrección de Creta. – Insurrectos en los desfiladeros de los montes de Sphakia

La sopita al niño, cuadro de Ricardo López Cabrera. – Los cuadros de género y las escenas de costumbres han suministrado siempre al conocido pintor sevillano Sr. López Cabrera elementos para producir hermosas y típicas composiciones, trasunto fiel de la realidad. Muestra de ello es la sencilla escena desarrollada en el lienzo que reproduce nuestro grabado, ejecutada con delicadeza y sentimiento, escena íntima, simpática é interesante, cual todas las que tienen por objeto retratar la vida de la familia, la expresión de los afectos más puros y enaltecer el paterno hogar.

Laudable es el esfuerzo de los artistas sevillanos. A ellos se debe el renacimiento de su notable escuela, que hoy forma un núcleo muy numeroso, entre el que se cuenta á artistas meritísimos, cuyo nombre lleva consigo el concepto de la maestría.

Ayer.-Hoy, cuadros de Manuel García Rodríguez (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896). – Peregrino ha sido el asunto escogido por el distinguido paisajista sevillano Sr. García Rodríguez, para la ejecución de los dos bonitos cuadros titulados *Ayer* y *Hoy*. Ambos representan las vías de comunicación que caracterizan dos épocas distintas, dos fases, dos períodos que indican distintos ideales y diversa cultura: la polvorienta y blanca carretera, que á través de bosques y montañas nos conducía antaño de un extremo á otro de la península, encajonados en la silla de posta ó en pesada galera, y el camino de hierro de hoy, por el que se deslizan vertiginosamente los trenes, acortando las distancias y aminorando las molestias de los viajes. En uno y otro lienzo preséntase nuestro amigo como distinguido paisajista, siendo los dos cuadros á que nos referimos á modo de brillantes ejecutorias del título que ha logrado alcanzar entre los que figuran en primera línea como maestros en el género especial de la pintura de paisaje.



MLLE. MICHELINE, artista francesa que ha interpretado en el Olympia de París los principales papeles de la popular zarzuela española *La Gran Vía* (de fotografía).

La insurrección de Creta. – De los dos grabados que publicamos referentes á la importante cuestión que tanto preocupa actualmente á Europa, el segundo, es decir, el que representa á los insurrectos cretenses en los desfiladeros de Sphakia, no necesita explicación alguna, pues sabido es que aquellas gargantas, punto menos que inaccesibles, constituyen un baluarte inexpugnable para los que luchan por sacudir el yugo de Turquía. En cuanto al primero, creemos interesante reproducir algunos datos biográficos del personaje en él reproducido. Nicostrato Kalomenópulo aunque nació en Grecia es de origen cretense; cuenta treinta años, es robusto y enérgico y está dotado de una actividad y de un espíritu de acción extraordinarios. A la edad de doce años, cuando en 1878 estalló la anterior insurrección cretense, embarcóse para ir á luchar con los suyos, lo que no pudo conseguir porque al tocar el vapor en el Pireo, un pariente suyo lo cogió y lo devolvió á sus padres. En 1891, después de haberse alistado como voluntario en el ejército griego y de haber estudiado en la escuela de subalternos, fué nombrado subteniente de infantería; pero su deseo de combatir á los turcos llevóle á Creta, en donde fué descubierto y encarcelado. Puesto en libertad y de regreso á Grecia publicó en 1894 un libro militar sobre aquella isla, escrito con el propósito de que sirviera de guía segura para la nueva insurrección que no podía menos de estallar de un momento á otro. Apenas se inició el actual levantamiento de los candiotas, abandonó Kalomenópulo su puesto en el ejército de Grecia y corrió á combatir á los turcos, poniéndose al frente de todos los grupos insurrectos del Amari, que le han aclamado con entusiasmo como jefe.

Mlle. Micheline. – El nombre de esta simpática artista va unido á la implantación y triunfo decisivos de la zarzuela española en París; y el ruidoso éxito alcanzado por *La Gran Vía* en el teatro de la Olympia durante la primavera última, se debió principalmente al talento y á la gracia con que Micheline representó en esta obra popularísima los cuatro ó cinco personajes diversos cuya interpretación le estuvo confiada. La zarzuela desapareció del cartel en plena boga, á causa de compromisos anteriormente contraídos por la Empresa con autores de otras obras que la sucedieron. El 16 de este mes el teatro de la Olympia inaugura la nueva temporada con la *reprise* de *La Gran Vía*. Fieles á nuestra costumbre de rendir justo tributo á las actualidades del mundo artístico, máxime cuando tocan de cerca al arte español, hemos querido publicar el retrato de la que tanto ha contribuído á popularizar en París la fresca partitura de Chueca y Valverde.

Micheline ha hecho una rápida y brillante carrera en el teatro. Aún no ha cumplido los veinticuatro años y figura entre las *divettes* predilectas del público parisiense. Y lo mismo ha triunfado en el drama y en la comedia que en el arte lírico. Es actriz de temperamento y cantante de una dicción perfecta.

Como mujer es un encanto. Y si en los papeles dramáticos emociona de veras, merced á su talento de artista concienzuda, en los papeles cómicos seduce y atrae con un no sé qué de diabólico que hay en sus prodigiosas facultades.

Mercado de Zaragoza, cuadro de Joaquín Pallarés (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896). – Por segunda vez alcanza nuevos triunfos en las Exposiciones barcelonesas de bellas artes, el laborioso y discreto pintor aragonés Sr. Pallarés Allustante. El lienzo premiado en el certamen recientemente celebrado, lo mismo que el que figura en el Museo Municipal, representan cuadros de costumbres zaragozanas, reproducidas con sinceridad y con tal riqueza de pormenores, que son verdaderos trasuntos de lo real y gallarda expresión de la vida de un pueblo digno de estudio. El *Mercado de Zaragoza*, cuadro animadísimo de la capital zaragozana, ha de considerarse como página interesante, pues la avalora el espíritu observador de un artista inteligente, que en el conjunto, en la composición, ha sabido agrupar todos los tipos, en acción, que hoy constituyen el pueblo zaragozano.

Reciba el Sr. Pallarés, nuestra sincera felicitación, que esperamos ha de estimularle para seguir la senda que con seguro paso ha emprendido.

El primer capítulo de una novela, cuadro de Jaroslaw Vesin – ¿Quién no ha leído alguna de las muchas novelas en cuyo primer capítulo se describe el encuentro casual del gran señor ó del hombre de mundo con la modesta



Mercado en Zaragoza, cuadro de Joaquín Pallarés (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)



EL PRIMER CAPÍTULO DE UNA NOVELA, cuadro de Jaroslaw Vesin



SALIDA DE LA PROCESIÓN, cuadro de Sofía Browne

aldeana, cuya belleza le cautiva, inspirándole un sentimiento que unas veces le lleva á hacerla su esposa y otras se desvanece con la prontitud de todo capricho pasajero? En este primer capítulo se ha inspirado el autor de este cuadro, dejando que el espectador se forje el resto de la novela á su gusto. ¡Quién sabe si la inocente niña sorprendida en su campestre faena logrará ser objeto de una pasión noble y unir para siempre su suerte á la del aristocrático personaje que la descubrió durante su excursión por el bosque! ¡Quién sabe si, por el contrario!.., pero no pensemos en esto último. Puesto que el pintor nos deja resolver á nuestro antojo la incógnita, complazcámonos en imaginar para el problema la solución más satisfactoria.

jaros, y á conseguir este fin dirigió sus esfuerzos, convencido desde luego de que para lograrlo no bastaban las teorías, sino que eran precisas las pruebas prácticas. Por espacio de veinte años dedicóse á constantes y profundos estudios, observaciones y trabajos que le persuadieron de que sólo imitando exactamente el vuelo de las aves podía conseguir el hombre recorrer los espacios aéreos: sus experimentos demostraron cuán justas eran sus afirmaciones, y poco á poco, modificando y perfeccionando de continuo su aparato, consiguió resultados que fueron objeto de la admiración universal. A fin de poder realizar cómodamente sus ensayos, gastó una suma considerable en la construcción de una colina artificial, cerca del punto de su residencia,



El príncipe heredero de Italia VÍCTOR MANUEL y su prometida la princesa ELENA DE MONTENEGRO

El príncipe heredero de Italia y su prometida la princesa Elena de Montenegro. – La razón de Estado para nada ha intervenido en el enlace concertado entre estos dos príncipes que se conocieron en Moscou cuando las fiestas de la coronación del tsar y cuya boda se verificará en noviembre ó diciembre próximos. Víctor Manuel, hijo único de los reyes de Italia, nació en Nápoles en 11 de noviembre de 1869 y es actualmente teniente general, comandante en jefe de la 15.ª división: observador escrupuloso de sus deberes militares, casi siempre viste de uniforme y se deja ver con frecuencia en el campo de maniobras al frente de sus tropas; su baja estatura y su aspecto delicado contrastan con su porte marcial. La princesa Elena, hija tercera del príncipe Nicolás I de Montenegro, nació en Cetiña en 8 de enero de 1873 y es tan bella como buena é instruída; habla á la perfección varios idiomas y siente verdadera pasión por el dibujo y la pintura, que estudió en Dresde. Por razón de su enlace, la novia renunciará á la religión ortodoxa y abrazará la católica.

Salida de la procesión, cuadro de Sofía Browne. – La señorita Browne es inglesa, pero desde hace muchos años habita en Italia, en una quinta junto al lago Mayor: esta circunstancia y la de ser discípula del célebre artista italiano Arnaldo Ferragutti hace que sus obras sean eminentemente italianas, así por sus asuntos como por la manera de ejecutarlos, es decir, así en su espíritu como en su factura. El cuadro que en este número reproducimos representa la salida de una procesión de la iglesia de Ruvo in Basilicata: la rica portada del templo está copiada con tanta fidelidad como buen gusto, y la escena pintada tiene toda la sencillez y todos los encantos que revisten las poéticas fiestas religiosas en los pueblos creyentes, y especialmente en los meridionales.

El ingeniero alemán Otón Lilienthal. – El ilustre inventor de la máquina para volar de que nos ocupamos extensamente en los números 617 y 618 de LA ILUSTRACIÓN



El ingeniero alemán OTÓN LILIENTHAL, inventor de un aparato para volar, fallecido en 10 de agosto último

ARTÍSTICA ha muerto recientemente á consecuencia de una caída desde gran altura mientras estaba efectuando pruebas con su aparato. Otón Lilienthal, el *hombre volante*, como en todas partes se le llamaba, nació en 23 de mayo de 1848 en Anclam; estudió en la Academia de Berlín, y estuvo, en calidad de ingeniero, al frente de importantes fábricas de maquinaria de aquella capital y del extranjero, hasta que montó una por su cuenta, en donde pudo dedicarse á la explotación de sus varios inventos: el más notable de éstos es el de las calderas de vapor inexplosibles de tubos serpentiformes. Desde muy joven sintió vehementes deseos de elevarse por los aires como los pá-

adonde acudían á presenciar sus pruebas reputados sabios de todo el mundo. La trágica muerte de Lilienthal significa una suspensión en el progreso de su descubrimiento; pero éste no queda perdido, pues el aparato es muy conocido y no faltará de seguro quien continúe la obra del malogrado inventor.



El sultán de Zanzíbar HAMED BIN THWAIN BIN SEYID, fallecido en 25 de agosto último

El sultán de Zanzíbar Hamed bin Thwain bin Seyid. – El día 25 de agosto último falleció el sultán de Zanzíbar á los cuarenta años de edad y á los tres de haber subido al trono, en el que sucedió á su tío Seyid Alí: era muy amigo de los europeos y vivía y gobernaba supeditado á los ingleses, hasta el punto de que éstos mantenían á su lado, como una especie de primer ministro, al general Mathews. De aquí la hostilidad que hacia él sentía el partido antieuropeo, hostilidad que subió de punto desde que Hamed hizo envenenar por medio de sus askaris á algunos árabes de alta significación que habían observado una conducta sospechosa durante la lucha de los msaras contra los ingleses. Esto hace sospechar que la muerte del sultán no ha sido natural, tanto más, cuanto que fué tan repentina é inesperada que los representantes ingleses no tuvieron tiempo para ocupar militarmente el palacio. Apenas muerto Hamed, su tío Said Kalid proclamóse sultán y con 700 askaris ocupó el palacio y se hizo fuerte en él; pero los ingleses aproximaron á la plaza los buques de guerra *Philomel*, *Thrush* y *Sparrow* y desembarcaron algunas tropas. El cónsul inglés Cave entabló negociaciones con el intruso, y habiéndose éste negado á someterse, en la mañana del 27 de agosto comenzó el bombardeo, que duró 50 minutos y á consecuencia del cual incendiáronse el palacio y la aduana. Said Kalid se refugió en el consulado alemán y los ingleses ocuparon la ciudad y proclamaron sultán á Said bin Hamonp, sobrino del soberano difunto, quedando á los pocos días restablecido el orden en la capital de Zanzíbar y afirmada una vez más la preponderancia, mejor diríamos, la dominación inglesa en aquel territorio de la costa oriental de Africa.

La Sagrada familia de Nazareth, bajo relieve de Eusebio Arnau, premiado en la Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896. – Además de los premios ofrecidos por el Ayuntamiento, han figurado en el programa de la Exposición de Bellas Artes recientemente celebrada en nuestra ciudad un buen número de recompensas debidas al generoso desprendimiento de corporaciones y respetables personalidades, entre las que se ha distinguido el Sr. Obispo de Vich, que como siempre, ha dado muestra del interés que le inspira cuanto puede significar medios de engrandecimiento, progreso y cultura de nuestra patria. El premio instituído por el ilustrado Prelado, había de aplicarse á la obra que á juicio del Jurado representase en bajo relieve á la Sagrada Familia, resultando elegida la que reproducimos, obra del inteligente escultor D. Eusebio Arnau, quien ha logrado un nuevo y señalado triunfo, ya que de tal ha de considerarse su precioso bajo relieve, no sólo por su recomendable mérito, sino también por la significación de la recompensa alcanzada en público concurso.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – PARÍS. – En el Museo del Louvre se ha inaugurado recientemente una sala de obras de estilo Renacimiento, en la cual, además de algunas esculturas en madera y *terracottas*, se han instalado los relieves en estuco, á los que actualmente consagran su atención los aficionados á las bellas artes de París, así como los de Londres y Berlín, y de los cuales ha adquirido aquel museo algunos notables ejemplares, copias de originales de Donatello y de sus discípulos.

BERLÍN. – El emperador Guillermo ha bosquejado un nuevo cuadro que representa al ejército protegiendo al arte y á la industria: debajo de un arco gótico se ve un grupo formado por dos matronas, alegorías de aquellas dos manifestaciones del humano saber, amenazadas por algunas figuras que en ademán hostil surgen de una sombría nube y á las cuales opone su escudo un guerrero germánico. La ejecución de esta obra bosquejada por el soberano alemán ha sido encargada al profesor Knackfuss, de Kassel.

Teatros. – En el teatro de la Residencia, de Munich, se ha representado con gran aplauso el drama de Molière *El Avaro*, y ha sido una verdadera solemnidad artística el estreno de la preciosa ópera de Mozart *Don Giovanni*, cantada tal como se cantó al estrenarse en Praga en 1787 y puesta en escena con extraordinario lujo. En esta reciente representación se ha aplicado por vez primera el notable invento del escenario giratorio, debido al director de maquinaria Carlos Lautenschlager, que permite el cambio de escenas en pocos segundos.

– En el teatro Constanzi, de Roma, se ha celebrado una función dedicada á honrar la memoria del eminente actor Ernesto Rossi, fallecido hace poco: tomaron parte en ella, entre otros, la ilustre Adelaida Ristori, que en la actualidad cuenta setenta y ocho años y que declamó el canto quinto de *La Divina Comedia*, y Tomás Salvini. Una y otro fueron objeto de entusiastas ovaciones.

– En las representaciones que en Bayreuth se han celebrado de la tetralogía de Wágner *El anillo de los Niebelungos*, ha sido objeto de una ovación entusiasta el hijo del gran compositor, Siegfrido Wágner, por la maestría con que ha dirigido aquella inmortal creación de su padre. Siegfrido Wágner sólo cuenta veintisiete años de edad y hace algunos que conquista grandes aplausos como director de conciertos; pero este ha sido el primer año que ha empuñado la batuta en el coliseo de Bayreuth. Según dicen los críticos, ninguno como él ha logrado sentir y expresar lo que llaman el alma de la admirable música del autor de *Parsifal* y de tantas otras maravillas líricas.

Barcelona. – En el teatro de Novedades se ha cantado con buen éxito *Lohengrin*, habiendo obtenido muchos aplausos las señoras D'Arneiro y Mas, y los señores Morales, Aragó, Borghioli, Visconti y el maestro Petri. En el teatro de la Granvía se ha verificado el beneficio de la notable tiple señorita Galvani, que logró entusiastas aplausos y valiosos regalos.

Madrid. – Los teatros de Apolo y Romea, dedicados de antiguo al género chico, han comenzado sus temporadas de otoño reproduciendo las más aplaudidas obras del repertorio. Tanto éstos como los demás de la misma clase, cuya inauguración se anuncia para uno de estos días, cuentan, según rezan los sendos carteles, para la próxima campaña teatral con obras nuevas de aplaudidos autores y compositores no menos aplaudidos. En el teatro Moderno está dando con muy buen éxito una serie de representaciones la compañía de opereta italiana dirigida por el aplaudido bajo cómico Sr. Milzi. Las obras que hasta ahora ha puesto en escena han tenido una interpretación excelente.

Necrología. – Han fallecido:

D. Ricardo Guerra, distinguido actor español.

Mis Mary Abigail Dodge, notable escritora norteamericana, conocida bajo el seudónimo de Gail Hamilton.

Eduardo Nicaise, célebre cirujano francés.

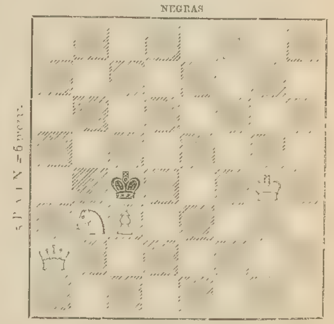
Cristóbal Borch, escultor noruego.

Javier de Cock, notable pintor de animales y paisajista belga.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 36, POR JOSÉ BELTRÁN INFANZÓN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 35, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D 3 T D	1. Cualquiera.
2. C ó D mate.	



Allí estaba el hombre delante de ella, apoyado en su pesado bastón

UN APÓSTOL

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Aquí había un enigma, un problema nada fácil de resolver para la decana, incapaz de hacer deducciones psicológicas.

Profunda turbación se apoderaba de ella y hacía latir su corazón, mientras examinaba furtivamente á la hija de Goalen, murmurando:

«¡Bien mirado, extrañas costumbres son las de esta Faik! ¡Tal vez el viejo Tremor y ese Lagadec no se engañen del todo con sus historias sobre la gente de por aquí!.. ¿Será preciso creer que no es como la de otras partes?»

Detrás de ella habíase perdido de vista largo tiempo hacía el campanario protector de Camaret, con la voz tranquilizadora de sus conocidas campanas y con su cruz de hierro; tras ella había dejado, invisible ahora, la alta cruz del cementerio con su Cristo pintado, que todos saludan al pasar; sus humildes cruces del camino, y la elevada torrecilla gris de la iglesia de Crozon, que protege toda la península.

Todo lo que bendice, consuela y sostiene había desaparecido.

¡Delante de ella, ante sus ojos, no se veía ya más que la extensión lúgubre de la landa, los lejanos horizontes, velados aún por la bruma del Atlántico infinito; formas indecisas y monstruosas, un fin del mundo, un fin de la civilización; el muro pedregoso de Benzec y de Brezellec; la costa fantástica del Raz, las amenazas de Sein, los traidores arrecifes del Puente de los Gatos, escollos mortíferos, peligros incesantes; alrededor de aquélla, las piedras; y más abajo, allí donde se prolonga el sendero hundido que flanquea el acantilado cortado á pico, el abismo!

Desde que Ives Le Moal había llegado á la cima

de la meseta, parecíale á la decana haber abandonado todos los refugios, todos los sostenes, todo cuanto puede proteger y defender, y experimentó la sensación, enteramente física, de aquel que entra en un país frecuentado por duendes, amenazador, lleno de lazos tendidos al cuerpo y al alma, en un paraje maldito; en fin, en los dominios del Hechicero.

Tal vez hubiera sido mejor detener el calesín allí, en aquel límite extremo, y dejar á la joven que continuara sola su camino.

Por un instante, una multitud de pensamientos se agitaron en su mente, y tuvo tan cobarde tentación; pero pasándose la mano por los ojos, con esa autoridad y esa energía que siempre encontraba en todas las circunstancias graves de la vida, rechazó el humillante y perturbador espejismo del miedo, avergonzóse de sí misma y hasta de haber vacilado un segundo.

Sublevándose contra aquellos vagos terrores, inclinó la frente, como verdadera bretona, frunció las cejas, é hizo frente al peligro moral como le hubiera hecho al peligro físico: no se diría que no había cumplido con su deber hasta el fin.

Lo que había complicado más aún lo agudo de aquella especie de crisis, consistía en que para la decana aquello era lo desconocido.

Jamás había visitado aquel lugar, jamás había tenido ocasión de avanzar hasta aquel cabo de la Cabra, que le parecía el fin del mundo, el fin de todo.

Habíanle dicho con frecuencia el sobrenombre angustioso, el lúgubre y terrorífico apelativo con que se había bautizado aquella punta, nombre inolvidable que se le daba á causa de los peligros que hace correr á los navegantes, por lo difícil que es abordarla, por los escollos que la rodean á flor de agua, por su escarpadura titánica, y por sus acantilados á pico de cien metros de elevación: se llamaba *¡La muerte del marino!*..

La decana se persignó disimuladamente, y removiendo en el fondo de su bolsillo el rosario que no abandonaba nunca, sintióse más fuerte y animosa.

Reposado ya el caballo, comenzó á trotar de nuevo con su alegre é infatigable paso de caballito bretón, acostumbrado á los difíciles caminos del país, á su pedregoso suelo y á los baches profundos, llenos de piedras. Ives Le Moal, indiferente á aquel paisaje desconsolador y terrorífico, silbaba un antiguo aire popular, y Genoveva aspiraba ansiosa la brisa, impregnada de los aromas de todas las flores de la landa, perfumes de malvas, de zarza-rosa, de bálsamos y de retama.

La decana miró á su alrededor, pareciéndole, á pesar de su energía, que pesaba sobre sus hombros una atmósfera extraña, densa y angustiosa, atmósfera de pesadilla, y recordaba nombres que la estremecían interiormente.

Cuanto más avanzaban ahora, una vez traspasado el límite fatal, más asaltaban de nuevo á la tía Rosalía las ideas tenebrosas. Percibíanse sordos rumores, roncas quejas del mar hirviente en las profundas cavernas, en las anfractuosidades insondables de la costa; estremecimientos sutiles recorrían la landa, cuya espina dorsal pedregosa parecía agitarse y ondular bajo la caricia del viento, y se oían gemidos de aves marinas que llegaban de todos los puntos del horizonte, voces misteriosas que procedían de alta mar.

—¿Sopla el viento del Norte?, preguntó de pronto la decana á Le Moal, absorto un instante.

Una antigua superstición de la infancia la acosaba tenazmente: creía reconocer en aquellos rumores salvajes el ladrido siniestro de los perros de los equinoccios, los *Chass ar gueden*, espíritus que, salidos del infierno, tratan de remontar al cielo, y á los cuales se oye pasar por los aires en el mes de marzo.

—Sopla del Sud, como ayer, contestó Le Moal.

El recuerdo de los deudos, de los muertos conjurados y de los ahogados, que hacían mucho ruido á lo largo de aquellas costas, perseguíala sin cesar, y trataba de oir las frases características que denuncian á aquellos seres invisibles.

De improviso balbuceó:

—¡Escuchad!

Sus oídos creían reconocer, en un momento de alucinación, la queja de los *muertos conjurados*, que ocupan la alta mar cerca de Trevenec ó de Creven Deiled.

—*¡Ama ma ma fiac!*..

—¿No oís?, exclamó la decana: *¡Este es mi sitio!*

Poco después creyó oir el llamamiento familiar de los vocingleros, los *chouerien*, ahogados, que habían elegido una de las caletas de la costa, y que le pareció reconocer en un silbido más ronco de la ráfaga.

—*¡Ho, la, la! ¡Tenna ar bargou da Sec'ha!*

—No me engaño, exclamó la decana. Han dicho: *¡Sacad los barcos á tierra!* Y este consejo anuncia mar gruesa.

Una mano se apoyó con suavidad en el hombro de la tía Rosalía, y una voz dulce la arrancó de sus locas obsesiones.

—¡Vea usted, señora Dorso, dijo Faik, desde este sitio me agrada mirar cuando me paseo por la landa con el alma entristecida!..

La joven, con el brazo extendido, mostraba á la tía Rosalía todo el inmenso y lejano panorama que se descubría desde aquella altura.

—¿Reconoce usted, continuó, el campanario de Crozon allá abajo, más cerca la humilde silueta de la capilla de San Ernot, por donde acabamos de pasar, y á lo lejos, á la derecha, el alto pico de Benzec, en la costa de Douarnenez?.. ¡Qué lástima que no se pueda divisar desde aquí el campanario de Plougastel, el de San Pedro de Quilbignon y el de San Martín de Brest!.. ¡Y lo que más echo de menos son los de ustedes, la iglesia de Camaret y la Virgen de la Roca!..

La joven se interrumpió, sonrióse, y acabó diciendo:

—El país está lleno de estos campanarios, lo cual consuela y tranquiliza. ¿No es verdad?.. ¡Yo paso horas enteras buscándolos, contándolos y adivinándolos, porque parece que todo eso permite acercarse á Dios y al cielo!

El fatigoso encanto mágico que pesaba sobre los ojos de la tía Rosalía se desvaneció al punto; parecióle despertar de un sueño, recobrar la razón, volver á todo cuanto amaba, á las glorias celestiales; y muy reanimada, feliz y sintiendo renacer su simpatía por la joven, murmuró:

—¡Oh, querida niña, niña santita!.. ¡Jesús!..

¿Era aquella joven, pensó otra vez, la hija de un hechicero, de un hombre maldito? ¡No, era creyente, buena cristiana como ella misma!..

Apenas tranquilizada, cuando empezaba á olvidar las visiones que tan locamente habían ofuscado su espíritu, una exclamación de Ives Le Moal la arrojó brutalmente desde el cielo á la tierra y á la realidad, con estas palabras:

—¡Paréceme que esta vez ya hemos llegado! ¡No será necesario avanzar hasta el semáforo!

Y con la punta del látigo señaló un hombre que avanzaba hacia ellos.

—Ese es el mismo Tonton Nedelek, que viene hacia nosotros, dijo. Esperaremos un poco, ¿eh?..

Después, volviéndose hacia la izquierda, añadió:

—¡Y allí está su casa!..

La decana se volvió bruscamente, sorprendida de haber llegado tan pronto, pues había olvidado dónde se hallaba, en el éxtasis que le produjeron las buenas palabras pronunciadas por su compañera.

Una especie de terror, como al despertar de un sueño delicioso, la sobrecogió al verse rodeada en todas partes por aquella naturaleza salvaje, cerca de aquellas manchas grises que no eran otra cosa sino los restos de piedras esparcidas acá y allá, dominadas por un dolmen cuya meseta plana elevábase sobre dos apoyos desiguales.

¡Y aquellas piedras, según la acusación que pesaba sobre el habitante del cabo de la Cabra, eran sus habituales compañeras; con ellas mantenía relaciones de amistad, y con ellas hablaba, según decían algunos!..

VI

Allí estaba el hombre, delante de ella, apoyado en su pesado bastón, inmóvil y al parecer esperando.

Aunque sin duda había reconocido hacía largo rato á las que iban en su busca, y por más que debiese estar dolorosamente inquieto por la prolongada desaparición de su hija y fuera para él inesperada alegría volver á verla, no lo dió á conocer y mantúvose impasible.

Por lo demás, nada alarmante había en su primer aspecto. Su perseverancia, su empeño en vestir aún el antiguo traje bretón, cuando todos ó casi todos lo habían abandonado largo tiempo hacía, así como esa especie de respeto á los pasados usos del país, más bien tenían algo que enternecía, algo de un culto respetable y conmovedor que prevenía favorablemente. Y con su amor á las costumbres de otros tiempos, la decana debía comprender al hechicero y aprobar su conducta.

Plantado en medio de la landa, bajo la inmensidad de un cielo nebuloso y sobre el infinito movible del Atlántico, su silueta se destacaba clara y limpia, armonizándose con el tinte gris del dolmen el verde apagado de la hierba y los colores pálidos de la flora salvaje, llena de perfume, que las poderosas ráfagas del Oeste agitaban.

Aquel hombre era el Antepasado, era la Tradición. La señora Dorso, repuesta de su primera sorpresa, le contempló conmovida; jamás le había visto tan bien: las raras veces que la casualidad los reuniera en alguna parte, siempre había sido entre el tumulto de una multitud, en cualquier gran mercado de Crozon ó en una fiesta; jamás le había parecido lo que ahora, de un carácter tan especial y personal, en la armonía del cuadro salvaje y grandioso que le rodeaba.

En vez de achicarle, de absorberle, aquella naturaleza le comunicaba, por el contrario, un relieve singular, colocándole en el centro que le era más conveniente, como sobre un pedestal que le engrandecía.

Su rostro enjuto y huesoso de campesino, de severo y bien marcado perfil; la nariz aguileña, con la curva dura del pico de un ave; los labios delgados, cuidadosamente afeitados, así como las mejillas apergaminadas y las líneas de la barba, y la luenga guedeja de cabello gris, flotando á merced de la brisa bajo el sombrero negro de fieltro, con cordón de terciopelo y hebilla de acero, constituían un conjunto inolvidable, que á primera vista llamaba la atención.

Bajo la piel de cabra de pelaje rojizo, que protegía los anchos y nervudos hombros, llevaba una chaquetilla sin mangas de un azul desteñido; un chaleco del mismo color, con botones de nácar y mangas, cubría el pecho, muy saliente; las piernas se perdían en los zaragüelles de lienzo crudo, protegiéndolas hasta las rodillas las polainas de color pardo; y los pesados zuecos, rellenos de paja, hacían resonar el suelo pedregoso.

Pero si la expresión inteligente del rostro, curtido por el viento, el sol y la lluvia, se adivinaba en el incesante movimiento de los centenares de arrugas que formaban pliegues convergentes alrededor de los ojos y de la boca, tan finos y unidos que parecían hechos con navaja, lo que constituía en aquel hombre el enigma y el interés, lo que le comunicaba esa fuerza de seducción que seguramente ejercía en todos eran los ojos.

Penetrantes y de dulce expresión, sin un brillo demasiado vivo, sin llamas visibles ni rayos perturbadores, sus pupilas se destacaban en el blanco de las escleróticas, con su color azul suave de un tinte gris, como un cielo de noviembre, donde las brumas lentas deslizan su incesante y transparente nebulosidad.

Aquellos ojos parecían el reflejo continuo y variado de las cosas que habían visto, así de las que ve todo el mundo como de las cosas que no ve nadie, de los espectáculos de la naturaleza que habían contemplado largo tiempo, de los mil lugares desconocidos donde su mirada se fijara, y del más allá, tal vez, donde habían penetrado.

¿Sería por haber observado asiduamente la vaguedad de los espacios, el abismo del Atlántico, la inmensidad del cielo y el misterio nebuloso de las landas? Un poco de todo esto había quedado en ellos, que encantaba, que seducía y desconcertaba, como cuando se está ante el enigma eterno de la naturaleza.

Faik fué la que primero corrió á su encuentro, abiertos los brazos y balbuceando con ternura:

—¡Padre, padre, perdóname por haberte causado este pesar! ¡Has debido creer que ya no volverías á verme nunca!..

Con los ojos llenos de lágrimas se estrechó contra su pecho, oprimiendo sobre él su rostro como para penetrar mejor en su corazón.

Sin duda la presencia de personas extrañas le molestaba, obligándole á persistir en su aparente impasibilidad, pues nada contestó á la explosión de amor filial y de remordimientos; mas el imperceptible estremecimiento de sus labios, el abrazo casi rudo con que estrechó á su hija y el relámpago que iluminó sus ojos bastaban para dar á comprender que la más horrible angustia se trocaba en inmensa alegría.

La decana no se había engañado, y pensó con la conciencia tranquila:

«¡Es todo un buen hombre!.. ¡Un verdadero padre!.. ¡Le había juzgado bien!..»

En pocos momentos y con voz jadeante, porque urgía explicarlo todo, Genoveva refirió rápidamente su imprudencia de la víspera; explicó de qué modo la había recogido y salvado un bergantín que iba á Camaret, pero sin manifestar más claramente, por una especie de secreto pudor, quién la libró de la muerte, y por último dijo á qué bondad debía su pronto regreso.

El buen hombre, llevado del impulso de su corazón, hizo un ademán de agradecimiento, y cogiendo las dos manos de la decana, estrechólas con fuerza entre las suyas.

—¡Tía Rosalía!, exclamó. ¡Ah, me habían dicho tantas cosas!.. ¡Pero yo la conocía tanto tiempo hace!.. ¡Se habla de usted hasta en nuestro desierto, y... yo la admiraba!.. ¡Su nombre es siquiera bendecido!..

Había una especie de sorda queja en estas últimas palabras, y la decana comprendió el secreto de la amargura que encerraban.

Por el acento simpático verdaderamente conmo-

vido de aquella voz, por aquel ardimiento paternal, por aquel agradecimiento sincero del hombre que inquietaba ó hacía temblar á tantas almas supersticiosas, la decana olvidaba sus últimas vacilaciones, desechando las perturbadoras fantasmagorías de la landa.

Por eso no experimentó la menor repugnancia ni terror cuando el padre de Genoveva le dijo, mostrándole su casa á pocos pasos:

– ¿Quiere usted entrar allí para descansar un momento?..

Una sonrisa de inquietud entreabrió sus labios y añadió:

– Si es que no le infunde temor ó le causa vergüenza ..

La decana contestó con tono resuelto y maternal, dando á su interlocutor el apelativo de amistad y de respeto de Cornuailles:

– De todo corazón, Tonton Nedelek.

La casita del hechicero era muy pequeña y estaba dividida por un ligero tabique de madera en dos compartimientos; uno de ellos servía de alojamiento á Faik, y el otro se reservaba especialmente para el padre; muy baja, y como aplanada contra el suelo, para ofrecer menos blanco al viento, apenas dominaba con su tejadillo la enorme piedra gris junto á la cual parecía haberse refugiado como buscando protección y apoyo.

No lejos de allí, en una extensión considerable, que se perdía en dirección á la Punta de la Silla, varios fragmentos de piedras semejantes, restos de un tiempo muy antiguo y muy remoto, se alineaban medio sepultados en la salvaje vegetación espinosa, atravesándola en ciertos sitios obstinadamente como para evocar el temible pasado.

En aquella muy modesta y humilde vivienda, con su suelo simplemente apisonado y embaldosado en ciertos sitios con grandes piedras desiguales embutidas en la tierra, no se veía más que los utensilios y los muebles indispensables, las camas, una mesa, varios escabeles, un banco y una alacena.

En la habitación había dos pequeñas ventanas con postigos de sólida madera, y alféizares profundos, por donde penetraba la luz, quedando la estancia completamente obscura cuando se cerraban. Por una de ellas, ojo abierto sobre el mar, veíase el Atlántico, la isla de Sein, el insondable misterio de lo infinito, de la fuerza, de la inmensidad; por la otra, pupila vigilante, se podían contemplar la ambigüedad de la landa, las brumas del día, con las que pasan flotantes é inexplicables visiones; las nieblas nocturnas, en las cuales bailan los fuegos fatuos, los *korrigans*, todas las cosas sospechosas, todas las formas inciertas de la noche.

Al observar aquella disposición particular de las ventanas, la visitante no pudo menos de experimentar una intensa y rápida sensación y dijo en alta voz:

– ¡Vamos, eso es muy cómodo! Usted vigila á la vez el mar y la tierra; éste es muy buen sitio para ver lo que pasa aquí y allá; y además, nadie puede sorprenderle.

El hechicero movió la cabeza con expresión melancólica.

– ¡Sorprenderme!.., exclamó. ¿Para qué? A todas horas puede venir cualquiera, sin que nunca me sorprenda. ¿Quién quiere usted que venga á molestar á un anciano pacífico, á un buen hombre como yo?.. No, no, no lo crea usted. Yo no temo á nadie, sin duda porque de nada tengo que acusarme, pues jamás hice mal á ninguno; y tampoco vigilo á nadie ni nada de lo que se pueda creer... ¡Me distraigo tan sólo contemplando esas dos cosas que tanto amo: la landa donde paso mi vida, y el Océano que cambia siempre y que también amo como verdadero bretón, bretón de las costas!..

Tanta franqueza revelaba el acento del anciano en aquel instante, y tal entusiasmo se traslucía en el foco medio apagado de sus ojos, que la buena decana de Camaret comprendió que siempre le había juzgado bien, cuando tantos otros le atacaban; que tan sólo ella había adivinado al hombre verdaderamente caritativo y humanitario; y entonces se explicó que aquellos á quienes había podido cuidar, aquellos que salieron curados de sus manos cantaran tan alto sus alabanzas, creyendo en el poder sobrenatural del hechicero.

Seguramente, mas aún que sus remedios, más que sus inexplicables curas, aquel extraño aislamiento en lugares poco tranquilizadores, en aquel desierto del cabo de la Cabra, era lo que contribuía á darle mala fama, pues generalmente se desconfía de aquellos que viven solos, que rehusan al parecer reunirse con sus semejantes y se alejan de la sociedad por su propio gusto.

Pero la casualidad y las circunstancias lo habían hecho todo, sin que él tuviese intención formalmente preconcebida de mantenerse así separado de todos y de todo.

Lo que hacía que fuese causa de espanto para las personas ignorantes era también lo que por otra parte contribuía á que se le considerase como un personaje poderoso, un ser extraordinario entre los que le rodeaban; y sin embargo, nada era más fácil de explicar, nada pertenecía tanto á las cosas naturales como aquel pobre é ínfimo pastor del cabo de la Cabra.

A causa de las distancias, del alejamiento de los pueblos entre sí, del salvajismo bestial de los habitantes y de otros muchos motivos, en el país no se recordaba muy bien cuándo había venido aquel hombre á instalarse en la desolada meseta, donde ciertas tradiciones, en contradicción con las leyendas de la bahía de los Difuntos y de la de Douarnenez, sitúan algunas veces á la antigua y misteriosa ciudad de Is.

Si se ignoraba cuándo llegó, tampoco se conocía con exactitud su edad; pero presumíase generalmente, según las apariencias, que era probable que hubiese pasado hacía largo tiempo de los sesenta años y que rayara en los setenta. Algunos habitantes de la Palue y de Rostudel aseguraban que le habían conocido y visto siempre paseando de aquí para allá las vacas y los carneros de unos y otros, mediante un escaso estipendio, pagado principalmente en especies.

Un anciano de San Ernot, difunto ya, había afirmado, no obstante, que se acordaba de cierto día en que vió llegar por primera vez de Crozon, pero procedente seguramente de más lejos, á un hombre ya maduro, cuya edad no era posible determinar por el semblante, con una niña de un año escaso. Añadió que llevaba el mismo traje que no había cambiado nunca, traje que aún usaban los campesinos de la pequeña aldea de La Feuillé, situada en el flanco de las montañas de Arreé, pobre y mísero caserío en una tierra de salvajes.

Había buscado ocupación como pastor, cuidaba de los carneros y vacas que se le confiaban, y prestaba á unos y á otros pequeños servicios cuando le era posible. Primeramente dormía en los pesebres con los animales, tan pronto en una casa como en otra; pero después, cansado de aquellos continuos cambios, más difíciles á medida que su hija crecía, quiso tener una vivienda para sí solo.

Entonces se instaló en la landa, eligiendo aquel sitio que nadie había querido habitar nunca, á causa de la mala vecindad de las piedras y del dolmen, que comunicaban un aspecto misterioso á aquella parte de la meseta, frecuentada, según se decía, por los enanos, por las hadas y por toda la tribu sospechosa de los habituales merodeadores de las noches bretonas.

El hombre no se preocupó al parecer de aquello, lo cual fué suficiente para que pensara mal de él la gente impresionable del país: si no temía aquellas malas vecindades, se dijo, sería tal vez porque él también las buscaba; y desde aquel día se comenzaron á contar muchas cosas del solitario.

Poco á poco, después de haber habitado primero una especie de choza informe, hecha con restos de tablas, ramaje amontonado y paja, el hombre se ingenió para acarrear y cortar piedras de aquel tosco pórfido, tan duro de trabajar, que nada desgasta; y cuando tuvo bastantes, levantó las paredes, con mucha paciencia, sin desanimarse y dando pruebas de ser tan inteligente como un maestro albañil.

Por lo demás, el hombre parecía apto para muchos oficios fuera del suyo de pastor; manejaba bien el hierro, batía las planchas y sabía ajustar y combinar como persona inteligente.

Cierto día se vió con asombro la casita terminada, provista de un sólido tejado de rastrojo, chimenea, buena puerta maciza, protegida por gruesas paredes á prueba de las lluvias y de las más violentas tempestades, y con sus dos ventanitas, semejantes á troneras para colocar cañones.

Aquello fué una sorpresa, un acontecimiento; creíase al parecer en los alrededores que la casita había surgido tal como estaba, en una noche y de repente, sin que nadie quisiera recordar haberla visto elevarse poco á poco sobre el suelo. Supersticiosas comadres afirmaron que ni Nedelek Goalen ni otro alguno hubiera podido hacer por sí solo semejante obra, y que los *korrigans* le habían ayudado.

Desde entonces había vivido allí, y la gente de los pueblos vecinos se acostumbró á ver el nuevo habitante de su tierra maldita. Como á nadie le había sobrevenido ningún mal, Goalen fué tolerado, pero sospechándose siempre de él. Por la noche, sobre todo, apenas la luz brillaba solitaria en una de las ventanitas y cuando el umbral de la puerta parecía enrojecerse bajo el resplandor oblicuo del hogar, la gente de Kerdreux, de Menesguen, de Keravel, de Argouan y de Rostudel al regresar á su morada daba un rodeo para no pasar cerca de la casita.

Pero era hombre de carácter dulce, obsequioso y trabajador, y se le dió ocupación sin mirar mucho sus orígenes y su inclinación á la soledad, haciéndose la vista gorda respecto á su costumbre, muy pronto observada, de examinar siempre y recoger plantas que se llevaba á su domicilio, sin que nadie supiera para qué secretas operaciones.

Cierta noche, un pescador se dislocó el brazo, y Goalen se ofreció para cuidarle, reemplazando al médico que era preciso ir á buscar á Crozon y que no podría llegar hasta el día siguiente: el pobre hombre sufría de una manera atroz, y á pesar de su vago terror, aceptó. Goalen supo curarle.

Maravillado el pescador, hizo propaganda en pro del pastor, elogiando la destreza del que le había curado, sin sospechar, ni él ni nadie, que este era el verdadero oficio de Goalen, cuyos antecesores, de padre á hijo, se transmitían el secreto de aquella ciencia, como un depósito misterioso y sagrado.

Otras personas, tentadas por el ejemplo, fueron á verle para curarse panadizos ó ligeras lesiones, y las trató sin aparato, sin charla, acogiendo cordialmente á todos los que se presentaban, consolándolos con buenas palabras, mientras que curaba el miembro dañado, ó les daba algún paquete de plantas para una infusión.

El nombre de Goalen pasó de boca en boca y su reputación fué consolidándose; las mujeres, sobre todo, hablaban de él en todas partes, en las veladas, en los campos, en los intervalos de reposo. Todas se decían al oído:

– ¡Vaya usted allá abajo, ya sabe, junto á la Piedra, para ver al hombre de la landa; él lo cura todo!..

(Continuará)



La casita del hechicero era muy pequeña

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA TELEFOTOGRAFÍA

En estos últimos tiempos se han realizado notables progresos en una rama especial de la fotografía, la *telefotografía*: trátase, no de la transmisión de las

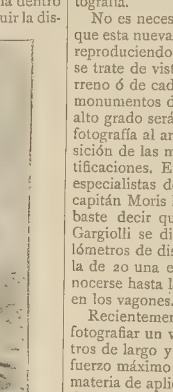


Fig. 1. – Aparato telefotográfico Gargiolli, instalado en el Monte Mario

imágenes fotográficas á gran distancia, sino de la reproducción fotográfica de objetos á grandísima distancia colocados, obteniendo de ellos imágenes de tamaño bastante á permitir la observación de sus menores detalles.

El invento no es de ahora propiamente, pues la fotografía astronómica había en parte resuelto el problema, como en parte había sido éste resuelto también con la reproducción de vastas extensiones de terreno para fines topográficos ó militares. Pero en cambio son realmente recientes las aplicaciones de la telefotografía con resultados verdaderamente prácticos.

Fig. 2. – Fotografía de la cúpula de San Pedro, no ampliada, obtenida por el objetivo del aparato telefotográfico Gargiolli.

Sabido es que las imágenes fotográficas pueden ser directamente ampliadas con aparatos especiales de proyecciones; pero en este caso la estructura íntima de las substancias sobre las cuales se ha fijado la imagen hace que la ampliación no pueda traspasar más que límites muy estrechos sin producir confusiones en los detalles y contornos de aquélla. Estos inconvenientes se evitan cuando la imagen es limpia y no fijada en sales de plata y ha sido recogida en un aparato apto para ampliarla.

En 1891 se inventó este medio ingenioso, aun cuando antes se había ya pensado en el uso de los anteojos de larga vista para la fotografía, puesto que, según se dice, en 1854, durante la guerra de Crimea, el inglés G. Thomas hizo experimentos á este fin, obteniendo fotografías á cinco kilómetros de distancia. De todos modos, en 1891 el inglés Dallmeyer y el alemán Miethe se disputan el invento de un objetivo que puede reproducir imágenes bastante grandes de

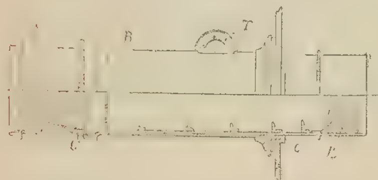


Fig. 3. – Objetivo del aparato telefotográfico

objetos lejanos, y casi al mismo tiempo Jarret en Francia y Roster y Goffarelli en Italia consiguen con un sistema análogo buenos resultados é indican normas prácticas para la telefotografía.

El llamado teleobjetivo que sirve para la fotografía á distancia es un aparato bastante sencillo: la figura 3 reproduce un dibujo esquemático del tipo adoptado generalmente; compónese de un sistema positivo A, formado por el objetivo ordinario fijado en la parte anterior de un tubo metálico que puede adaptarse en C á la cámara obscura de la cámara fotográfica. El tubo consta de dos partes que se deslizan una dentro de otra, lo cual permite aumentar ó disminuir la distancia entre el objetivo y el sistema negativo L, situado al otro extremo de aquél, con sólo dar vueltas á un botón T. El sistema L es complejo, debiendo contener elementos de refracción varia para suprimir las aberraciones de esfericidad, etc.; pero principalmente se compone de una lente biconvexa, y se le llama negativo porque en vez de disminuir agranda la imagen dada por el objetivo. Dentro del tubo pueden ponerse diafragmas y demás accesorios para regular la luminosidad de las imágenes ó anular la influencia de los colores de los objetos.

De estos teleobjetivos fabrícanse hoy varios tipos que se procura perfeccionar en evitación de lo que generalmente sucede, y es: que cuanto más se acerca el objetivo al sistema negativo, tanto más se agranda la imagen, pero al mismo tiempo esta imagen agrandada se forma á mayor distancia y exige por consiguiente que se alargue la cámara obscura.

Entre los más recientes perfeccionamientos introducidos en la telefotografía, merecen especial mención los inventados por el ingeniero italiano Juan Gargiolli, encargado de la sección fotográfica del ministerio de Instrucción pública. El Sr. Gargiolli ha imaginado sustituir á los objetivos de foco corto generalmente adoptados en la telefotografía un objetivo de foco profundo, que aumenta en proporción el tamaño de la imagen: de modo que empleando un objetivo de 60 centímetros se obtendrá una imagen tres veces mayor que con uno de 20. Este aumento de la imagen obliga, sin embargo, á recurrir á un elemento negativo que esfuerce menos, es decir, formado por un número menor de lentes y con curvatura más pequeña; de esta suerte la aberración es menor y lo es también el consumo de luz, resultando la imagen más nítida. Para enfocar no se usa ya el cristal esmerilado, pues empleándose una lente de aumento á fin de ver los detalles de la imagen, los granos de aquél se agrandan también impidiendo que estos detalles se distingan: en su lugar adopta el Sr. Gargiolli un cristal transparente (después de haber dispuesto el conjunto de la vista por medio del cristal opaco), sobre el cual la imagen, aun siendo poco intensa, no presenta los citados inconvenientes.

De los resultados obtenidos por el Sr. Gargiolli es buena muestra la fotografía reproducida en la figura 2, que representa la cúpula de San Pedro de Roma tomada á una distancia de 2.250 metros: para obtenerla empleó un objetivo Teiss, serie 2.ª, número 11, de 60 centímetros de foco, que exige una cámara obscura de solos tres metros de largo. Con este aparato situado en el monte Mario, cerca de Roma, se distinguían perfectamente las personas que paseaban por la plaza de Frascati, á 25 kilómetros de distancia. No siempre naturalmente se logran tan perfectos resultados, pues el estado de la atmósfera influye poderosamente, á consecuencia del vapor de agua, en el mejor ó peor éxito de la telefotografía.

No es necesario insistir acerca de la importancia que esta nueva aplicación de la fotografía puede tener reproduciendo las imágenes ampliadas y claras, ora se trate de vistas de comarcas, de extensiones de terreno ó de cadenas de montañas, ora de detalles de monumentos difícilmente accesibles. Interesantes en alto grado serán también las aplicaciones de la telefotografía al arte de la guerra para estudiar la disposición de las masas enemigas ó las obras de las fortificaciones. En el ejército italiano, una brigada de especialistas del arma de ingenieros al mando del capitán Moris ha conseguido resultados excelentes: baste decir que con un aparato telefotográfico de Gargiolli se distinguieron perfectamente á ocho kilómetros de distancia los soldados de un fuerte y á la de 20 una estación de ferrocarril, pudiendo reconocerse hasta las mercancías y los objetos cargados en los vagones.

Recientemente aún se obtuvo más, pues se logró fotografiar un vasto panorama que tendrá varios metros de largo y que por su belleza representa el esfuerzo máximo de la actual telefotografía. Y como en materia de aplicaciones científicas é industriales puede decirse que la perfectibilidad no reconoce límites, podemos esperar éxitos nuevos y más perfectos en el arte telefotográfico dentro de un porvenir quizás muy próximo.

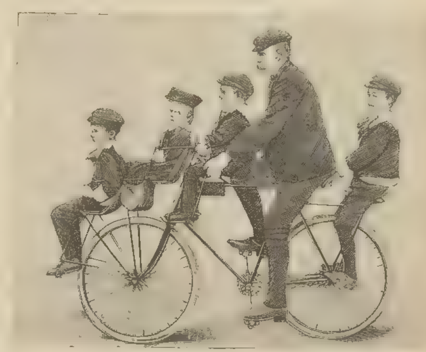
Ernesto Mancini

* * *

UNA BICICLETA DE FAMILIA

Uno de los corresponsales que en América tiene *La Nature* dirige á este periódico la fotografía que publica y nosotros reproducimos á título de curiosidad ciclista, más bien que de ejemplo práctico. La fotografía representa á un caballero de Búffalo (Nueva York) que acompañado de sus cuatro hijos recorre en velocípedo las calles de aquella ciudad y verifica excursiones de 25 y 30 kilómetros por el campo. Ese *equipe*, único en su género, es muy conocido en Niágara Falls (á 35 kilómetros de Búffalo), adonde va con frecuencia este ciclista. Mr. vom Scheidt, que así se llama, comenzó en 1893 por transportar sólo á uno de sus hijos; pero después ha hecho añadir sucesivamente nuevos asientos á su máquina. El peso total que actualmente transporta es de 200 kilogramos: la máquina es una bicicleta Eclipse del modelo ordinario.

Uno de los niños va sentado detrás de su padre



Bicicleta de familia

en una silla de tamaño proporcionado, montada sobre una horquilla añadida especialmente al aparato; otro se coloca en un asiento puesto entre el guión y la silla del padre, á la cual va fija por medio de un tirante elástico. Los asientos de los otros dos están dispuestos delante del guión sobre la rueda directriz. Estos asientos consisten simplemente en tiras de tela recia fijadas sobre barras metálicas rígidas que tienen su punto de apoyo en el guión y en el eje de la rueda directriz, como puede verse en el grabado. Otras barritas del mismo grueso y convenientemente encorvadas sirven de brazos á estos sillones, impidiendo que los niños se caigan. El aparato en conjunto es sumamente ligero, y el grupo de ciclistas, de

los cuales sólo uno, el padre, trabaja, es de un efecto curioso.

Sin embargo, esa especie de velocipedismo tiene el inconveniente de las malas consecuencias que pueden tener las caídas. – G. P.

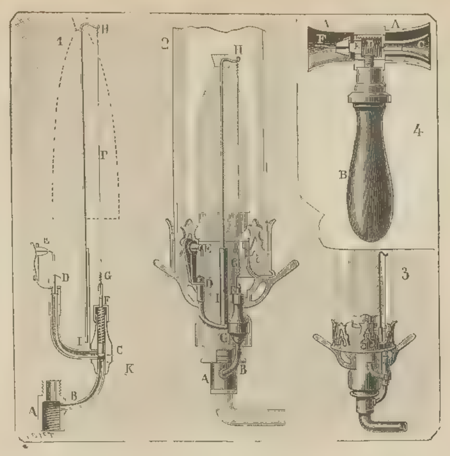
***

APARATO AUTOMÁTICO PARA ENCENDER MECHEROS DE GAS

Desde el origen del gas multitud de inventores han buscado la manera de encender fácilmente á distancia y sin fósforos los aparatos de alumbrado por aquel fluido. Muchas han sido las soluciones, pero ninguna completamente satisfactoria. La introducción del mechero Auer ha puesto nuevamente sobre el tapete este problema por la necesidad de encontrar un medio de encenderlo sin tocarlo para evitar los deterioros de los manguitos que, encendidos por el procedimiento ordinario, se estropean en gran número. El aparato de M. Kratz-Boussac que reproducimos ha resuelto por completo la dificultad, y las muchas pruebas con él verificadas han dado los mejores resultados.

Varias veces se había ensayado el musgo de platino y el negro de platino, procurando utilizar su propiedad de desprender, en el momento de proyectarse sobre ambas substancias un chorro de gas, una cantidad de calórico suficiente para ponerse incandescentes é inflamar el fluido. En esta misma propiedad se fundaba el encendedor de hidrógeno. Los experimentos que con estos cuerpos se hicieron no dieron resultado.

Los Sres. Canellofroulos y Kratz-Boussac hicieron, á su vez, varias investigaciones, sustituyendo aquellos cuerpos por el paladio, que tiene la propiedad de absorber 960 veces su volumen de gas; pero muy pronto se les presentó una gran dificultad, pues el hidrógeno en presencia del paladio se combina con él para formar el paladio hidrogenado, que no posee las mismas cualidades. A fin de evitar esta combinación, los inventores han empleado el carbón, que también absorbe el gas, y por un procedimiento especial han logrado darle una porosidad muy grande que aumente aquella propiedad. Colocado en una pastilla de carbón así preparado y bajo la influencia de la compresión de éste, el paladio pierde su afinidad por el hidrógeno y conserva sus propiedades absorbentes. El cuerpo producido en estas condiciones es del tamaño de una lenteja, y apenas expuesto á un chorro de gas absorbe una gran cantidad de él y á los dos ó tres segundos está calentado al rojo; entonces pone en incandescencia los hilillos de platino que lo atraviesan y el mechero queda encendido.



Aparato automático para encender luces de gas

La disposición del aparato y su adaptación á los mecheros son muy sencillas é ingeniosas. El núm. 1 de nuestro grabado reproduce todos los detalles de aquél. Un recipiente A puesto en el tornillo de paso sostiene el mango del tubo B, el cual comunica con otro tubo CD que permite el paso del gas: en E se encuentra sobre un pequeño soporte el cuerpo encendedor, á cuyo contacto se enciende en E el gas que se escapa por D. Un dispositivo muy ingenioso permite la supresión de este encendedor una vez encendido el gas. En I H hay una varita de magnesia comprimida, de dos milímetros de diámetro, que tiene en su parte superior H un hilo de platino P; éste lleva en G un tallo de pistón F que unos muelles tiran hacia abajo y que termina en C por una válvula, la cual puede cerrar la abertura K del tubo de llegada del gas, suprimiendo de este modo el encendedor: así sucede en cuanto comienza á arder el mechero, pues á los dos segundos el hilo de platino P se dilata, el pistón F cae, la válvula cierra el orificio K y el gas que arde en D se apaga. Cuando se apaga el mechero el hilo de platino sube y el aparato vuelve á su estado normal.

El núm. 2 nos presenta la vista interior de un mechero Auer con el aparato encendedor, y el núm. 3 nos muestra el aspecto exterior del mismo.

Este aparato, sencillísimo como se ve, tiene además la ventaja de disminuir en cierta medida los accidentes producidos por dejar abierta una espita de gas, pues en el caso de que esto suceda el encendedor automático enciende inmediatamente el mechero.

El núm. 4 es un pequeño aparato basado en los mismos principios que el anterior y que permite también prescindir de los fósforos para encender los mecheros; está formado por dos pequeños embudos AA, reunidos en una pieza central sostenida por un mango B; en el interior hay otro embudo C, que termina en la cámara D. A los lados hay los enrejados E, que permiten la salida del gas, y en F está colocado el cuerpo encendedor. El aparato se coloca verticalmente sobre un mechero de gas; se abre la espita, se escapa por C, se mezcla con el aire en D y sale por E, en donde se enciende en seguida al contacto del encendedor.

Uno y otro aparato nos parecen llamados á prestar muy buenos servicios, ya sea por la economía que proporcionan, ó bien porque evitan las fatales consecuencias de ciertos descuidos. – J. L.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

PANORAMA NACIONAL. BELLEZAS DE ESPAÑA Y SUS COLONIAS. – El cuaderno 4.º de esta interesante publicación que con extraordinario éxito edita en esta ciudad D. Hermenegildo Miralles, contiene las siguientes vistas primorosamente reproducidas: el monasterio de San Lorenzo del Escorial, el enterramiento de Felipe II en el Escorial, la fachada del Colegio de San Gregorio de Valladolid, el monasterio de Montserrat á vista de pájaro, el patio de los leones de la Alhambra de Granada, vista general de Alhama (Aragón), el acorazado Pelayo visto por uno de sus costados, vista panorámica de Málaga, las Grupas (costumbre tradicional valenciana), el trascoro de la Seo de Zaragoza, el Banco de Barcelona, la catedral de Burgos, la sala de contratación de la Lonja de Valencia, vista de Gibraltar, y vista exterior de la mezquita de Córdoba. Este cuaderno, como los anteriores, véndese al precio de 70 céntimos.

INSTITUCIONES Y REYES DE ARAGÓN, por *D. Víctor Balaguer*. – Con motivo de las solemnidades literarias que hace poco se celebraron en Zaragoza en honor del Sr. Balaguer, el Instituto Biblioteca-Museo-Balaguer de Villanueva y Geltrú ha publicado el estudio histórico literario *Las Instituciones y reyes de Aragón*, que dicho señor leyó en el acto de tomar posesión de la presidencia honoraria de la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo Científico, Literario y Artístico de la inmortal ciudad. Todo cuanto dijéramos en alabanza de este trabajo sería poco; el Sr. Balaguer, que como nadie conoce y domina la historia de los pueblos que un día formaron la corona de Aragón, ha echado en este estudio el resto, como vulgarmente se dice: profusión de datos á cual más interesantes y poco conocidos de personajes y sucesos agrupados en hermosas síntesis, estudio profundo de las instituciones que caracterizaron á aquel gran pueblo, consideraciones y comentarios inspirados en el más elevado espíritu crítico, todo esto constituye aquel trabajo cuyo valor científico realzan las galas literarias que en él prodiga su ilustre autor. Contiene también el libro que nos ocupa la monografía *San Juan de la Peña*, leída en otra de las solemnidades literarias que en Zaragoza se verificaron, monografía bellísima en la que el historiador y casi tanto como el historiador el poeta describe la historia, las tradiciones, las leyendas y los recuerdos de aquel célebre monasterio. Contiene además el discurso que don Faustino Sánchez Gil pronunció en el acto de dar posesión al señor Balaguer de la presidencia honoraria y las reseñas que los principales periódicos aragoneses publicaron de los solemnes actos realizados en honor del ilustre huésped de la capital de Aragón. El libro, elegantemente encuadernado, y cuyos productos, como los de todas las obras del Sr. Balaguer, se dedican al fomento de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, se vende á cuatro pesetas.

POESÍAS LÍRICAS, por *María del Buensuceso Pedrero*. – En esta colección de poesías de la señorita doña María del Buensuceso Pedrero las hay de todos géneros y metros: en ellas predominan las notas del sentimiento que revelan un alma de poeta y disposiciones que el tiempo y la experiencia se encargarán seguramente de perfeccionar. El libro, impreso en Sevilla, imprenta de *La Andalucía moderna*, se vende á dos pesetas.



LA SAGRADA FAMILIA DE NAZARETH, bajo relieve de Emilio Arnau,
(premiado en la Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 21 de septiembre de 1896 — Núm. 769

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



BEATRIZ, cuadro de H. Lauenstein

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

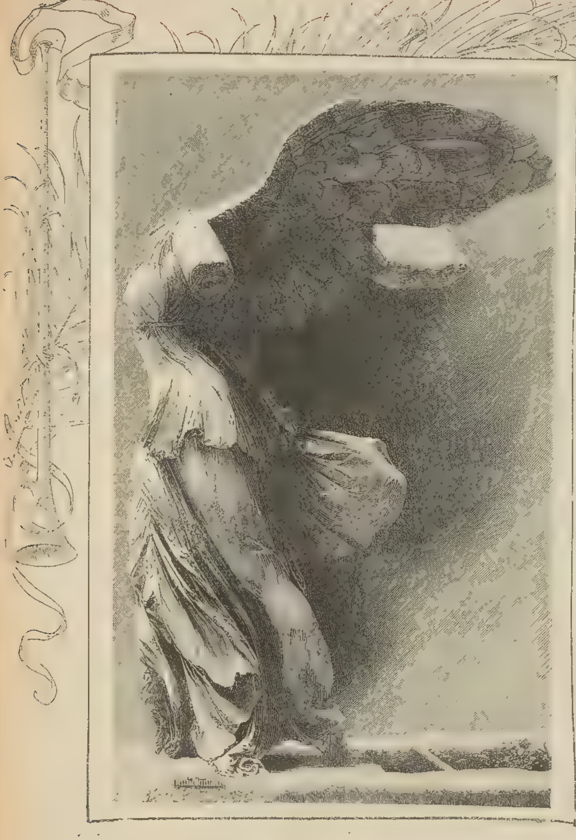
Obras inéditas de ilustres humanistas recién publicadas sobre las monarquías modernas de Europa y las ideas helénicas de Alejandro Magno. – Curtio y Simón. – El Rey sabio. – Fuentes de sus ciencias varias. – Su obra legislativa. – Necesidad de la unidad monárquica y de la unidad legislativa en el estado anárquico de las sociedades feudales por el siglo décimotercio. – Caracteres y oficios opuestos de Alfonso X. – La unidad del Estado comenzada por Alfonso X y concluída por los Reyes Católicos. – La unidad del mundo por Alejandro Magno. – Reflexiones. – Conclusión.

Dos trabajos inéditos merecen estos días el honor de la publicidad: uno, hecho por Julio Simón y no publicado en su vida, relativo á lo que podríamos llamar geología de los Estados europeos, ó sea formación de las monarquías modernas; otro, hecho por el alemán Curtio y no publicado en su vida, relativo á las ideas helénicas de Alejandro Magno. Como ambos escritores han muerto recientemente y á su muerte obtenido elogios cual no los tuvieran jamás en vida, creo merecedores los temas tratados por uno y otro, verdaderamente inmortales, de consideración y estudio en estas revistas, consagradas así al movimiento de las ideas como al movimiento de los hechos. Paréceme un poco somero en el magnífico estudio de las monarquías europeas la parte por mi llorado amigo consagrada en su trabajo á la monarquía castellana, verdadero núcleo de la monarquía española, cuyo fundador teórico fuera D. Alfonso el Sabio y cuyos fundadores reales fueran los Reyes Católicos. Las escuelas árabes compitieron en España con las escuelas monásticas; y todo el saber de unas y otras se condensó y personificó en personalidad tan alta como D. Alfonso el Sabio, filósofo del Estado uno á la moderna, brotado del seno de las monarquías históricas. A las escuelas árabes tomóles el sabio monarca la ciencia suya en Astronomía, en Matemáticas, en Ciencias naturales, como á las escuelas conventuales, sobre todo á las escuelas franciscanas, aquella especie de nuevo cristianismo universal progresivo, manifestado en una revelación perpetua, que muchos consideran aún hoy verdadera herejía, y que significaba entonces una renovación profundísima y universal. Aunque mucho al mejoramiento humano cooperaran las obras literarias y científicas del rey, donde se halla su trascendental sistema político, en cuyos senos palpitaba una revolución social, es en su obra legislativa. El castillo roquero se bambolea cada vez que D. Alfonso el Sabio pone su pluma sobre aquellos pergaminos para formular un axioma jurídico y escribir una disposición legislativa. En el *Espéculo* hay un borrador ya de la Enciclopedia, que comienza con su padre D. Fernando III y acaba con su biznieto D. Alfonso XI. Como arma de guerra, nada cual fijar las hazañas y albedríos de los nobles, para que á la barbarie y á la tiranía de una legislación oral suceda la fijeza de una legislación escrita, nunca tan despótica, por malas que sean sus leyes, como las arbitrariedades personalísimas consagradas por hereditarias costumbres serviles. Y después de haber hecho esto en guerra con los elementos feudales, nada tan propio para servir al progreso como juntar el Derecho canónico, donde predomina, por su culto al Pontificado, la unidad religiosa, con el Derecho romano, donde predomina, por su culto al imperio, la unidad política, y formar con ellos una base inconmovible para la unidad del Estado y para la monarquía moderna. Muchos seudo-críticos ponen las *Partidas*, el *Fuero Real*, todos los libros legislativos de aquel rey en una tabla de anatómica disección á la moderna, y pretenden juzgar el código de Alfonso X como podrían juzgar el código de Napoleón I. No pongo en duda la razón de todas estas observaciones, justísimas y oportunas, tratándose de ideas abstractas y científicas, pero inaplicables á la realidad y á la vida; mas no, tratándose de códigos, apreciables únicamente por el criterio histórico, que compara el tiempo de su aparición propia con los tiempos, ya pasados, ya presentes, ya por venir, para mejor así apreciar las reformas que llevara de suyo á un estado social imperfecto y con el bien hecho á unas generaciones que les deben su adelanto, si acertó, y si erró, su desgracia: única piedra donde se prueban los verdaderos progresos. Imagínaos un siglo como el siglo en que brotan las *Partidas* y el *Fuero Real*, Biblia y Evangelio de la idea monárquica, imagináoslo: el rey disponiendo del territorio nacional como de un predio, y fraccionándolo entre sus hijos, que se reparten los súbditos como pudieran repartirse las cabezas de ganado; los príncipes de todas categorías y sexos, los infantes é infantas de todas clases, erigidos en reyes hasta el extremo de formar una casta monárquica, muy opresora del pueblo y muy enemiga del trono; los términos del derecho hereditario no bien definidos y fijados para la corona, y de su indeterminación é indefinición surgiendo conmociones asoladoras en todas partes; no bien acabado tampoco el feudalismo teocrático, á cuya influencia surgen monasterios levantados sobre los terruños con esclavos y hierros, junto á obispos, soberanos, atenidos en el ejercicio de su autoridad á costumbres antiguas, las cuales autorizaban los cuatro malos usos: la nobleza en sus castillos, ansiosa por ganarse tierras feudales, con sus ejércitos propios, reunidos á la enseña de sus pendones nobiliarios y alimentados por el rancho de sus castellanas calderas, y siempre guerreando por el mero placer de guerrear, aunque sus guerras hayan de traer una desolación infernal; no despedido el clero de tornar á ver sus concilios, ni hecho el patricio á convivir con el burgués en las cortes, adonde los pechos piden los pecheros, airadísimos contra los exentos de pechar; tan tibios el sentimiento de patria y de religión, que un hijo de Fernando el Santo se pasa desde la senaduría romana de sus Papas y la corte católica de sus hermanos al moro, al sultán de Marruecos, quien tiene la corona de Castilla en su tesoro, como prenda hipotecaria de préstamo hecho para que un monarca cristiano se revuelva contra su propio hijo sublevado; las behetrías, libres de buscar un señor desde un mar á otro mar, tan desmandadas y anárquicas que á toda perturbación se le llama behetría; junto á despotismos abrumadores, el derecho de rebelión puesto en las leyes; junto á los sayones del rey, los verdugos del noble, persiguiéndose unos á otros como fieras, matándose á mansalva, entre nubes de incendios, talas de campos, aniquilamientos de pueblos; todo ello por no imponer autoridad superior la realeza una con su poder á todas las clases, y por no establecer legislación común sobre aquellas cartas y aquellas costumbres, cuya terrible aplicación sumaba la más grande anarquía con el más cruel absolutismo.

La idea de unidad monárquica era, pues, una idea salvadora en aquel tiempo. Alfonso X la formuló en sus obras filosóficas y la organizó en sus trabajos legislativos. Pero como teniendo mucho de filósofo y mucho de legislador, tenía poco de político, supo formularla, pero no supo cumplirla. Lo pasado es horizonte propio al historiador; lo porvenir al poeta; lo presente al político. Reunidos en una sola personalidad estos tres oficios, tienen que combatirse todos ellos á una entre sí mismos y que anularse alguno. Amén de sabio, de poeta, de naturalista, de historiador, Alfonso era, ya lo hemos dicho, también filósofo. La ciencia y el arte, por quienes fué tan glorioso, anuláronle toda capacidad en política y gobierno, por quienes fué tan desgraciado. Grave peligro colocar al frente de un Estado, hecho para dirigir lo presente, un filósofo, quien, acostumbrado á mirar la eternidad inmóvil y á concebir ideas abstractas, que prescinden de toda limitación, apenas tienen ojos para ver lo corriente. Un filósofo dando ideal absoluto á una generación atrasada, se parece á loca nodriza que diese al recién nacido, no su teta, la carne con que se nutre un adulto, matando así de hambre al que debía nutrir de vida por el empeño en darle un alimento incompatible con sus quijaditas sin dientes y su estomaguillo sin fuerzas. Alfonso procedió como un poeta y no como un político. Por idea tan romántica como ceñirse la corona del Imperio alemán, más honoraria que real, se trajo innumerables dificultades á Castilla, y por descuido como haber puesto un modo de derecho hereditario en las *Partidas* y otro modo de derecho hereditario en el *Fuero Real*, se atrajo la rebelión de su hijo D. Sancho, y sembró entre los herederos de éste y los célebres infantes de La Cerda un conflicto perdurable para todas aquellas generaciones desgraciadas. Pero si en la política estuvo tan desacertado, en la siembra de ideas progresivas estuvo acertadísimo. Su hijo don Sancho combatió con la nobleza; combatió con la nobleza luego Doña María de Molina, su nuera; combatió con la nobleza su nieto D. Fernando el Emplazado; combatió con la nobleza su biznieto Alfonso XI, aplicando todos los unitarios principios suyos para destruir el fraccionamiento, así en las autoridades como en las jurisdicciones, y depurando las *Partidas* de modo que llegaron á constituir un código practicable y práctico en el ordenamiento de Alcalá. Y así fué surgiendo poco á poco el concepto de la unidad del Estado, y acabándose, como el antiguo feudalismo teocrático, el nuevo feudalismo militar, porque la Monarquía no pudo unificarse, contra clero y aristocracia, sin buscar su fuerza en el pueblo, y el pueblo no pudo prestar esta fuerza sino á cambio del don que más priva en los pueblos, del don de la igualdad. Mas para que abajo penetrara y permaneciera el Estado popular en las Cortes, y arriba llegase á establecerse la unidad monárquica en mengua del feudalismo, ¡cuántos crímenes hubo que cometer! Una revolución formulada en el siglo décimotercio por D. Alfonso el Sabio no triunfó hasta el siglo décimosexto con los Reyes Católicos. Tal fuera el desarrollo de la idea monárquica en España, y por él se ve cómo imperan en él completamente las fases del espíritu europeo.

Grande salto á Grecia desde Castilla. La despedida de Alejandro en su primer expedición á Oriente no parece de un héroe, más bien parece despedida de un chicuelo. General tan excelso, joven tan fuerte, lloraba como la noche primera en que lo destetaron. Poco ejército llevaba, convencido íntimamente de que Grecia debía vencer á los imperios asiáticos, no por la fuerza, por la inteligencia; no por el número de sus soldados, por el número de sus ideas. Acompañáronle hasta la primer jornada, como un coro de recuerdos, todos los veteranos, y como un coro de esperanzas, todos los mancebos. Entre sus lugartenientes, unos habían pasado de la madurez y entrado en la triste ancianidad de su vida, mientras otros no estaban, como él mismo, todavía en su adolescencia. Pero ¡cuántos idos en compañía suya con obscuros nombres, como los Tolomeos, por ejemplo, adquiriéronlo tan imperecedero, que todavía los mentamos hoy en la política y en la ciencia nuestras! Veinte días tardó en ir de sus dominios macedónicos á la Propóntide. Aquella vía triunfal de tantos irruptores semejábase por tal ocasión á un vivo poema, porque los aires, impregnados indudablemente de recuerdos sacratísimos, debían resonar con las líricas voces de los héroes inmolados en los conflictos eternos entre la tierra del privilegio y la tierra del derecho. Alejandro, tan poeta como héroe y tan héroe como político, no cesaba un punto en evocar los mártires de Maratón, de Salamina, de Platea, de Micala, de Tempe, alentándose con su recuerdo; y á cada paso hablaba de los esfuerzos hechos por los soldados lacedemonios bajo Agesilao y por los diez mil héroes de Xenofonte. Como por una fiesta continua pasó el rey por las orillas del Bósforo. Así llegó al punto de los Dardanelos, que separan Europa dē Asia. ¡Cuántas emociones debían en su corazón levantarse! ¡Cuántos recuerdos en su memoria! Enamorado por entonces de la fama, no había tenido más amores que con esta maga ceñida de venenosos laureles. Mas por muy ajeno al amor y á sus goces, aquel solitario en medio de la muchedumbre, aquel cenobita en medio de las tentaciones, muy sensual, contaba sólo veinte años, y á tal edad bien debía ver las historias de amor guardadas en las conchas de aquellas arenas, en las algas de aquellas aguas, en las flores de aquellas orillas. El vuelo de la hermosa Heles debía brillar con sus aleteos de luz en los aires, y el cadáver de la mártir Hero, abrazada con su Leandro, debía flotar sobre las ondas de aquellos mares á los ojos del joven poeta. Y á estos recuerdos uníanse otros no menos vivaces y sacros, los recuerdos de aquellos dioses transformados al pasar del continente asiático al continente europeo, y los recuerdos de aquellas irrupciones, cuya venganza y desquite había tomado sobre sus jóvenes hombros. Xerxes echó allí su puente de barcas para pasar del Viejo al Nuevo Mundo: que tal debía llamarse, nueva, por aquel entonces, Europa, frente al hierático y secular territorio del Asia. Un millón de hombres traía Xerxes, y cincuenta mil apenas llevaba en el juego de su desquite Alejandro. Pero el millón de Xerxes representaba la casta, y los cincuenta mil de Alejandro representaban la Grecia. Esa fuerza de Xerxes no pudo vencer la idea de Grecia en su irrupción; la idea de Grecia en su desquite vencerá la fuerza de los herederos de Xerxes. Estas dos obras magníficas del maestro francés Simón y del maestro alemán Curtio demuestran cómo el mundo y sus sociedades, obra de la divina unidad, marchan á diario y de continuo hacia la humana unidad.

12 de septiembre de 1896.



LA VICTORIA DE SAMOTRACIA

(?) de septiembre de 1863

Célebre estatua griega existente en el Museo del Louvre, atribuída ¿á Scopas?

Varias son las representaciones que de esta deidad, ejecutadas por los artistas de Grecia y Roma, han llegado hasta nosotros, si bien casi todas mutiladas. Las *Victorias* (estatuas) más famosas son la erigida por los atenienses y que carecía de alas; la existente en el Museo de Brescia (ésta con alas) y de la cual existe una magnífica reproducción en bronce en el Museo del Louvre, y la de Samotracia, amén de otras varias estatuitas, como la encontrada en Pompeya.

Según la Mitología, así griega como romana, la *Victoria* era una divinidad alegórica y sus padres fueron el Valor y la Fuerza, aun cuando Hesiodo dice ó *cree* que fueron Styx y Palas. Aparece la *Victoria* en la guerra de los dioses y los gigantes, marchando al lado de Júpiter y cubriéndole con sus alas. Júpiter le otorga un puesto en el Olimpo.

Recientemente ha podido comprobarse el relato mítico de los que, como el citado Hesiodo, ponen la aparición de la hija del Valor y de la Fuerza al lado del padre de los dioses, en la guerra con los Titanes. Los descubrimientos realizados por Hunman y Shiellman en la Acrópolis de Pérgamo certifican en un todo los relatos de los historiadores griegos. Me refiero á ese inmenso bajo relieve conocido por *la Gigantomaquia* y que hoy es una de las más preciadas joyas del Museo Real de Berlín, el llamado *Viejo*. Allí, en aquellos enormes fragmentos que la pericia de los arqueólogos alemanes va restaurando poco á poco, vese la *Victoria* á la derecha de Júpiter y de Minerva con las alas extendidas, así como el brazo derecho en cuya mano sostiene una rama de palma.

Realmente, por el plegado de las ropas y el movimiento total de la figura creyérase que desde la *Victoria* de la Acrópolis de Atenas hasta la romana de Brescia y la pequeña de bronce de Pompeya, no sólo habían sido modeladas bajo una misma dirección, sino que también fueron «sentidas» por un mismo artista.

La *Victoria* fué una de las deidades que mayor número de templos y de altares contó, así en Grecia como en Roma. Se la adoraba en Atenas, se la adoraba en Roma, en Pompeya y en cien ciudades más. Por cierto que en tiempos de Pompeyo se desencadenó una gran tormenta sobre la ciudad de Rómulo, y una centella, penetrando en el templo de la *Victoria*, le rompió las alas. Pasado el momento de estupor del pueblo, comenzó la multitud á recorrer calles y plazas dando grandes alaridos, pues tomaba como signo de una gran desgracia lo acaecido; mas Pompeyo, subiendo á las gradas del templo, exclama: «Romanos, los dioses han cortado las alas á la *Victoria* para que ésta no pueda abandonarnos jamás.» En el pedestal de la diosa se grabó la siguiente inscripción: «Roma, reina del mundo, tu gloria no se eclipsará jamás, pues que la *Victoria* está sin alas y no puede huir.»

Sin que un rayo fuese á quebrar las alas de la *Victoria* de la Acrópolis de Atenas, los griegos entendieron que la deidad de la gloria debía carecer de aquellos aditamentos, pensando, como más tarde los romanos, que así no les abandonaría. A unos y á otros los abandonó en efecto, á pesar de la precaución dicha; pero, en fin, mientras la Fortuna no les volvió la espalda, erigieron templos á la diosa y ésta lució sus alas en otras ciudades donde tenían más respeto á las divinidades. Y una de esas ciudades fué Samos de Tracia ó Samotracia, isla del mar Egeo, muy cercana á las costas de la Tracia.

Fué el santuario de Samotracia uno de los más famosos de la Grecia de la antigüedad. La iniciación en los misterios de los Cabiros solamente se alcanzaba después de terribles pruebas, que las más de las veces terminaban con la vida del neófito. La tradición cuenta que Jasón, el que fué en busca del vellocino de oro, en la célebre expedición de los argonautas, en compañía, como es sabido, de Hércules y Orfeo, á su regreso de la arriesgada empresa desembarcó en Samos de Tracia, y los tres expedicionarios se hicieron iniciar en los dichos misterios, los cuales era fama que servían para preservarse contra los peligros que se corrían en el mar. Debo hacer la observación de que tales peligros no eran las tempestades, ni los escollos, ni las corrientes, ni ninguno de esos que son los temibles en nuestros días, sino los monstruos y divinidades marinas, que acechaban la ocasión de atraer á los navegantes hacia aquellos puntos donde necesariamente debían naufragar.

*
* *

La estatua de la *Victoria* que conmemora esta *efeméride* fué elevada por los hijos de Samos para eternizar el triunfo en una sangrienta batalla ganada al primero de los Tolomeos, al fundador de la monarquía griega de Egipto. Sabido es que Tolomeo I, que había obtenido una parte de los Estados de Alejandro, los correspondientes al Egipto árabe y libio, y algunas partes de la Siria, dotado como estaba de grandes talentos, así militares como políticos, trató desde luego de hacerse independiente sacudiendo el yugo del hijo natural de Filipo y de crear una nueva monarquía. Efectivamente, logrado ya su primer objeto al derrotar las tropas de su soberano en batalla reñidísima, se dedica á llevar á cabo la realización de su gran ideal. Entra, pues, en el Asia Menor, se apodera de la que más tarde había de ser la provincia romana llamada Cirenaica, de Jerusalén, de la Fenicia. Muerto Antipator, padre de su mujer, se propuso llevar la guerra á Europa y extender sus Estados. En el año 310 antes de J. C., dirige sus armas contra Grecia y allí prueba las amarguras de la derrota. Una de estas últimas fué la que le hicieron sufrir los habitantes de Samotracia, derrotándole de modo tan completo que hubo de apelar á la fuga, no pudiendo embarcar muchos de sus heridos. La batalla había sido en parte terrestre, pues lograra poner en tierra una porción de su ejército; mas los defensores de la ciudad de un lado y los guerreros samotracenses que montaban ligeras naves por otro, causaron tal estrago en las huestes de Tolomeo, que éste, sin haber llegado á saltar á tierra, dióse á la huída, regresando á Egipto sin la mitad de su gente.

Demetrio Policreto hizo labrar un monumento en fino mármol de Paros para eternizar esta gran victoria. Como se advierte, la época en que dicha obra de arte se realizó es la mejor (aunque los arqueólogos é historiógrafos y críticos de arte la hayan señalado como decadente) del arte heleno. Atribuyeron algunos la estatua al cincel de Scopas, pero este célebre arquitecto y escultor había muerto, según se cree, hacía unos cuarenta ó cuarenta y cinco años antes de haber acontecido la derrota del padre de Tolomeo Filadelfo. Mas si no puede ser, por lo que vengo diciendo, obra de Scopas, la *Victoria* de Samotracia es una de las más prodigiosas de la escuela que en Paros fundara el citado artista, y por lo tanto atesora el espíritu y el gusto del estilo del gran maestro. Pues bien sabido es que los artistas griegos y romanos (y los mismos artistas del Renacimiento) hacían que sus más aventajados discípulos trabajasen en las mismas esculturas y pinturas que ellos modelaban ó diseñaban; de ahí que la estatuaria griega tenga una homogeneidad tan grande, que solamente los más expertos en materias arqueológicas y los más versados en el estudio de las escuelas del arte helénico pueden apreciar para la clasificación de los estilos de las obras ejecutadas en una misma época.

*
* *

Muchas veces he pensado en las razones que los inteligentes dan para apreciar como decadente arte que produjo obras tan maravillosas como la Gigantomaquia, como el grupo de Laocoonte, como esta *Victoria* en que me ocupo, y realmente tan sólo mirando la producción artística desde un punto de vista estético, casi imposible de apreciar por lo absoluto de él, puede decirse que, en efecto, por el realismo, no solamente de la forma sino también del movimiento, que se aparta de aquel reposo majestuoso de la estatuaria de los días de Fidias, se advierte la decadencia; pero ¡qué decadencia esa que produce estatuas como la de Samotracia! Allí está, en la escalera Daru del Museo del Louvre, colocada sobre la proa de una de aquellas naves que tanto se semejaban á los *trirremes* de los romanos. Aquella estatua de colosal tamaño, sin cabeza y sin brazos, casi sin alas, aparece llena de vida, de movimiento. Bajo los flotantes pliegues de la túnica, pliegues sutiles, de una finura inverosímil, que solamente el tacto le asegura al espectador que no son de finísimo lino, sino de durísimo mármol, laten las arterias, corre la sangre. Allí está aquella mujer hermosísima, arrogante y severa á la par, de redondas formas, apenas posando las plantas de los pies sobre el extremo de la proa de la marmórea nave, causando tal ilusión en nuestros sentidos y en nuestro espíritu, que si por sus realísimas femeninas curvas nos lleva á pensar en la belleza puramente material, por su movimiento, por

la disposición de las líneas, por lo admirable del plegado de los paños, que parece que el viento ciñe al soberano desnudo, se le cree próxima á volar, á elevarse merced á sus poderosas alas.

Descubrió esta obra maestra del arte heleno el por entonces cónsul de Francia en Andrinópolis monsieur Champoisseau, encargado de una misión arqueológica por el ministerio de Instrucción pública. Seis años más tarde vuelve M. Champoisseau á Samos y encuentra el pedestal de la diosa. El lugar que ocupaba este monumento era al pie del célebre santuario de los *misterios*, hermosísimo templo del orden dórico, del cual tan sólo se conservan fragmentos, lo suficientemente grandes para que se haya podido hacer una traza aproximada de su disposición y un proyecto de restauración, digno de la fama del arquitecto francés que acompañó á M. Champoisseau en su segundo viaje.

R. Balsa de la Vega

LOS REGALOS DEL NOVIO

I

– ¡Portero! ¿Vive aquí el señor marqués de Casa Farándula?

– ¡Sí, señor! ¡Pero calle, Periquín! ¿Tú por estos barrios?

– ¡Demonche, Sr. Lucas! ¿Quién le iba á conocer á *ustez* con esas patillas y esa *bimba* con escarapela? ¡Si *paece ustez* un fantoche del pim pam pum!

– Pues *mía* que tú con tanto botón *dorao* estás guapo.

– Que *quie ustez*, Sr. Lucas. Los papeles andan de *ca* día más peor. *Pa* vender un veinticinco de *Liberales ú Heraldos* anda uno *too* el día y *toa* la noche, y *aluego* se queda *ustez* sin despachar la *metá*, y se pierde un capital. Y luego Ignacia, la *cuñá*, siempre gruñendo y diciendo que si uno es un *golfo ú* deja de serlo. En fin, que hace quince días los mandé á ella y á mi hermano á tomar el viento y me fuí á una agencia que *tie* un cojo en la calle de la Berengena *pa* colocar sirvientes, y ahí me *tie ustez* en casa de un señor solo, tan ricamente como si fuese un obispo. ¿Y *ustez* se ha *dejao* también por lo visto el Orden público?

– Sí, hombre; concluí mi empeño hace medio año y no quiero continuar, porque la *verdaz*, un hombre de *diznidaz* está siempre comprometido con la falta de respeto que hay á la *autoridaz*. Un día un borracho te da una *patá* y otro día un señorito te dice una cochinada, y vas y los llevas á la prevención ó le arrimas una *manguzá*, y aún te suelta el *delegao* una chillería que te arde el pelo. Me salió esta *preporcibn*, y á vivir; ya ves, casa, chistera y diez reales diarios *pa* la Gregoria y yo...

– *Na*, Sr. Lucas. Andar y ver, tropezar y no caer.

– Eso, Periquín. ¿Y se *pue* saber qué es lo que te trae por casa del señor marqués?

– Pues entregar esta caja á la señorita doña Clotilde de parte de mi amo.

– ¿Y quién es tu amo?

– *Too* un caballero, Sr. Lucas, más bueno que el pan; joven, guapo y la mar de decente; como que me da cinco duros mensuales, me viste, y como es soltero y estamos solos, *toos* los días traen de la fonda una comida de *buten pa* los dos. ¡Lástima que un señorito tan *simpántico* esté siempre tan triste! Le debe pasar algo *mu* gordo, porque á lo mejor se encierra en su despacho y le oigo pasear y dar voces así como si le doliera algo.

– ¡Demonio! ¿Y cómo se llama tu amo?

– Pues D. Alfonso Moreno.

– ¡Por *vía* del.. Si hubieras *comenzao* por ahí. Le conozco como si le hubiera *criao* á mis pechos. Ya lo creo, pobre D. Alfonso, pues no es mala la *charraná* que le han hecho.

– Algún *voceras* que no tendrá cara ni *pa* media *bofetá*.

– ¡Ca, una señorita y de las más guapas que hay en *Madriz!* La misma para la que traes esa caja.

– ¡La marquesita!

– Eso es.

– Ande *ustez*, Sr. Lucas, y suelte el mirlo, que ya tengo ganas de saber *toos* esos misterios.

– Te lo diré porque eres una *conocencia* antigua.

– Ya lo creo, pues no ha *llevao ustez* pocas veces á mi hermano á la casa de socorro *pa* que le quitasen la *pítima*.

– Oye, pues, pero con reserva, ¿eh?

– Pierda *ustez cuidao*, Sr. Lucas, y hágase cuenta de que no habla con *naide*.

– Pues bien: D. Alfonso es gaditano y ha sido marino; pero por no sé qué disgustos con el gobierno, dejó la carrera, como he hecho yo.

– Algo he oído de eso.

– Vaya, como que aquí en la portería se sabe *too* lo de este mundo y lo del otro. Como iba diciendo, después que tomó tierra se vino á *Madriz* y conoció á la señorita Clotilde. Los dos se entendieron y la cosa marchaba al pelo, aunque á los marqueses no les chocaban mucho los amoríos, porque has de saber que D. Alfonso no tiene más que un pasar, y mis señores, aunque aparentan mucho, están más *tronaos* que una rata, llenos de trampas, y si llegan á perder un pleito que tienen, cosa muy fácil, se quedan por puertas.

– ¡Hombre, pues nadie lo diría! *¡Miste* que demonche!

– ¡Je, je! Periquín, eres un inocente. En este *Madriz* hay muchos petardos; como éste, pongo por caso. Bueno, pues hará cosa de un mes se presentó aquí un señorón *ú* lo que sea, más feo que el hambre, grueso, bajete, con ojos de besugo y *too picao* de viruelas.

– *Paecería* una caricatura de Mecachis.

– Justo; pero, *camará*, con *ca* brillante como un garbanzo y rumboso como el emperador de la China. A mí el primer día que le abrí la portezuela del coche me largó un duro, y por ese estilo...

– ¿Y quién es ese avestruz?

– Un peruano que le llaman D. Pánfilo Martínez y que, según me ha dicho un negro que le sirve de lacayo, en otros tiempos fué pirata, pero hoy en día á cada hora que da el reloj le cae al bolsillo una onza de renta.

– ¡Qué bárbaro!

– Pues bárbaro y *too* se le antojó la marquesita, se entendió con los señores, y ¡cataplún!, enviaron á tu amo á paseo, y *na*, chico, que se casan el mes que viene y no paran de venir regalos y trapos y trajes y cajones que envía el novio, y esta casa es una Babel y los señores revientan de gozo.

– ¿Y la señorita?

– Psch. Algunos ratos, según me ha dicho la doncella, *paece* que se acuerda de tu amo y llora una *mijita*, pero...

– ¡Lástima de *puñalá!*

– Calla, gatera, tú que entiendes de eso. Créeme á mí que he sido *autoridaz* pública. Los señoritos arreglan esas cosas de diferente modo que nosotros los *probes*. Allá ellos.

– *Pue* que tenga *ustez* razón, Sr. Lucas. Ahora comprendo por qué estamos arreglando el equipaje *pa* irnos mañana á correr mundo.

– ¡Ah! ¿Conque os vais?

– Sí, Sr. Lucas. Ayer me dijo el señorito si quería irme con él al extranjero, y yo le dije digo: Aunque sea á la luna voy yo con *ustez*.

– Bien, chico. El que á buen árbol se arrima... Ahora mira, sube á dar el *recao* por la escalera interior, piso principal, y aguárdate, que te darán propina.

– Si *quie ustez* que nos tomemos un chico cuando salga.

– Gracias, Periquín, no puedo dejar el puesto, pero se agradece... ¡Ah! Oye, que no le digas á nadie lo que te he *contao*.

– Descuide *ustez*, Sr. Lucas, si yo soy tan *callao* como *ustez*...

II

Media hora más tarde del diálogo que antecede, la marquesita de Casa Farándula, elegantemente vestida con un traje negro que hacía resaltar la blancura de su hermosísimo rostro, bajaba del coche de unas amigas con las que había ido á paseo, y después de despojarse del sombrero en su tocador, penetró en un lujoso salón convertido en depósito del fastuoso *trousseau* llegado la víspera de París, de varios trajes obsequio de su futuro esposo, y de infinidad de regalos del opulento peruano y de los deudos y amigos de la linajuda casa, entre los cuales, según le advirtió la doncella favorita, encontraría dos nuevos objetos recibidos durante su ausencia.

Clotilde se deslizó presurosa entre aquel cúmulo de sedas, rasos, encajes y blondas tirados sobre los muebles ó saliendo de las entreabiertas cajas de mil formas y dimensiones, recorrió rápidamente con la vista los mil objetos artísticos, joyas y chucherías esparcidas sobre las mesas y los muebleci llos que decoraban la estancia, hasta que por fin tropezó con dos envoltorios que parecían ser los recién venidos. La hermosa joven abrió presurosa uno de ellos, el más pequeño, que por su forma indicaba ser el estuche de alguna alhaja, y que con efecto contenía un riquísimo collar de esmeraldas de un tamaño sorprendente, las que al recibir la luz que se filtraba á través de delicada cortina de encaje, brillaron irradiando destellos de un verde purísimo. Una exclamación de asombro y de gozo de la marquesita indicó que el obsequio merecía por completo el agrado de aquella á quien iba destinado. Aunque una carta acompañaba al estuche, Clotilde no la abrió hasta haber ensayado ante el espejo el efecto que el collar causaría rodeando su alabastrina garganta. Luego depositó la alhaja sobre una mesita que sustentaba ya otros regalos, y abrió la epístola, en la que con letra garrapatosa y detestable ortografía le decía su futuro esposo Pánfilo Martínez: «Por culpa del joyero va este regalo un poco retrasado, pero únalo usted á los demás que le envié anteayer y se acabó. Esas esmeraldas tienen el mérito de ser de las minas de Muso, en las que estuvo trabajando tres años como peón, cuando emigró á América, su novio que la adora *Pánfilo*.»

– ¡Qué cursi y vulgarote es mi futuro!, murmuró Clotilde.

Y tirando la misiva abrió el otro paquete, que era el aportado por Periquín de parte de su señor. Separada la envoltura apareció una caja maqueada y dentro un artístico abanico japonés de marfil primorosamente calado, junto al cual se veía una tarjeta. Al leer el nombre de Alfonso Moreno impreso en la cartulina, súbita palidez reemplazó al vivo carmín que embellecía las mejillas de Clotilde, que se apresuró á leer algunos renglones escritos al dorso de la tarjeta. En ellos decía el amante desdeñado: «En Yockoania compré este abanico para regalárselo á mi esposa. Como no la tendré jamás, aprovecho la ocasión para dedicárselo á usted antes de salir de España para siempre.»

Clotilde quedóse inmóvil con una mano apoyada en el respaldo de un sillón, mientras con la otra se oprimía el pecho como presa de indefinible angustia.

– ¡Pobre Alfonso, murmuró, cuán feliz hubiera sido con él, mientras que con el otro!.. Si tuviera valor y resolución para decirle que no le amo, aún tal vez...

Y sus ojos, vagando distraídos sin dirección fija, se detuvieron en el collar de esmeraldas que fulguraba con vivísimos destellos. Instintivamente volvió á coger la alhaja, y rodeando de nuevo con ella su garganta, añadió mirándose en el espejo:

– La verdad es que me sienta á las mil maravillas. Pánfilo será todo lo grotesco que se quiera, pero regalos de novio como los suyos se ven pocos... Si papá no estuviera tan ahogado.., si Alfonso fuera más rico...

III

Quince días después un periódico de gran circulación de la corte relataba detalladamente la exposición del *trousseau* y de los regalos exhibidos en los salones de los marqueses de Casa Farándula con motivo de la boda de su lindísima hija Clotilde con el espléndido capitalista D. Pánfilo Martínez, agotando todo el repertorio de las hipérboles reporteriles y concluyendo con estas palabras:

«Un amor puro, desinteresado, sin sombra alguna que empañe su idealismo, unirá en breve con dulces lazos á estos dos corazones nacidos para comprenderse sobre la tierra y á los que mirarán con envidia los espíritus celestiales. La boda será un verdadero acontecimiento, y el *lunch* que seguirá á la ceremonia religiosa llamará seguramente la atención de los invitados, entre los cuales tenemos el honor de contarnos.»

. . . .

Periquín, aficionado por razón de su antiguo oficio á leer «los papeles,» como el decía, compró algunos días más tarde el periódico aludido en un kiosco de la plaza de San Marcos de Venecia, ciudad en que se encontraba de paso con su amo, y después de deletrear el artículo y enterarse á conciencia, exclamó con toda la indignación de que es capaz un pilluelo madrileño:

– *¡Anda la osa!* Pues menudo disgusto tomaría D. Alfonso si leyera la noticia. Si yo fuera *quel*, mal fin tenga, si no iba y le pegaba fuego á la casa el día del casorio *pa* que ardieran el Pánfilo y la Pánfila y los regalos y *too*. Pero... á callar, porque como dijo el Sr. Lucas, nosotros los *probes* no entendemos de estas finuras..

A. Danvila Jaldero

LOS SOLDADOS DE LA INDEPENDENCIA

LOS PASTORES

El alzamiento nacional de 1808 tuvo, entre otros, dos caracteres distintivos, que le dieron excepcional importancia, á saber: la espontaneidad y la unanimidad.

Allí no hubo conjura ni conspiración de ninguna especie.

La nación entera se sintió herida por la más inicua de las agresiones, y se levantó en masa para rechazar la invasión y lavar la afrenta.



LOS REGALOS DEL NOVIO, dibujo de Narciso Méndez Bringa

(Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero.



LA GUERRA DE CUBA. – Una avanzada española (de fotografía de D. A. Ferrer)

Después de haber llamado á nuestros guerrilleros bandidos y canallas, negándoles el trato de militares en campaña, persiguiéndoles en muchas ocasiones como á bestias feroces, los mismos franceses tuvieron que hacer justicia á sus cualidades, se vieron obligados varias veces á pactar con ellos, de potencia á potencia, y hasta Napoleón escribió en el *Diario de Santa Elena:*

«La malhadada guerra de España fué una verdadera plaga para mí y la primera causa de las desgracias de Francia...

»Aquella guerra fatal me perdió, dividiendo mis fuerzas, aumentando las dificultades y perjudicando mi honra, y con todo, yo no podía dejar la Península á disposición de los ingleses y de las intrigas de los Borbones...

»Los españoles se sintieron ofendidos y se levantaron en masa, *como un solo hombre de honor.*»

LA GUERRA DE CUBA. – Acueducto de Santiago de Cuba. La represa (de fotografía de D. A. Ferrer)

* * *

Clérigos y seglares, militares y paisanos, alcaldes de monterilla y labradores, comerciantes y proletarios, ricos y mendigos, todos empuñaron las armas y se convirtieron en soldados de la patria.

Los pastores no quisieron ser menos que sus conciudadanos, y fueron muchos los que respondieron al llamamiento que se les hizo en un curioso documento que el general Gómez Arteche inserta en su renombrado libro *Guerra de la Independencia.*

Dice así esta proclama:

«Amigos: no hay que andar con dime que te diré, ni traque barraque: á Francia, á Francia todos; pero primero nos presentaremos á los señores generales de los soldados, que son los amos, y les diremos: Usías: como somos tan bolonios que no sabemos cuándo es la hora de hacer la arremetida, podemos gastar el zurrón antes y con antes; es preciso que Usías nos den un oficial que sea ducho, que nos lleve adonde apriete la dificultad, diciéndonos: *ahora, muchachos,* pedrada que te crió, y tente perro, que no han de quedar para llevar el cuento á Francia.

»Pastores, no hay que dexallo, que semos los mejores soldados para la guerra con los gabachos. Los señores generales bien nos conocen y saben que á los pastores nada les espanta, y que estamos hechos á los trabajos, porque el sol, la escarcha, la nieve y los andaluvios caen sobre nosotros, dormimos al sereno, la cama siempre está hecha, jamás nos desnudamos, el uniforme siempre el mesmo, nuestras armas son la fábrica de nuestras ovejas, porque de su lana hacemos las hondas, y nuestra munición se halla en todas partes, y que para llevarla no es menester carros, porque zurrón vacío, zurrón lleno: bien saben los señores que también sabemos andar por los viricuetos, y que hacemos la agachadiza, y en un santiamén nos echamos á cuestas y en otro santiamén fuimos á otra parte; y que jamás de los jamases necesitamos de camino rial, porque sabemos los atajos, y por la noche sabemos hacer más rizia que una nube de verano. Pues y qué, ¿no saben que en ocasiones meneamos el garrote como el mejor espadachín? Pues no hay que venirnos con bayonetas, porque de cada trancazo echaremos al infierno cuantos franceses se pongan delante, con todas sus manifaturas y herramientas.»

* * *

A tan estrambótica alocución, cuyo autor no se sabe quién sea, respondieron varios dispuestos á dar buena cuenta de sus personas.

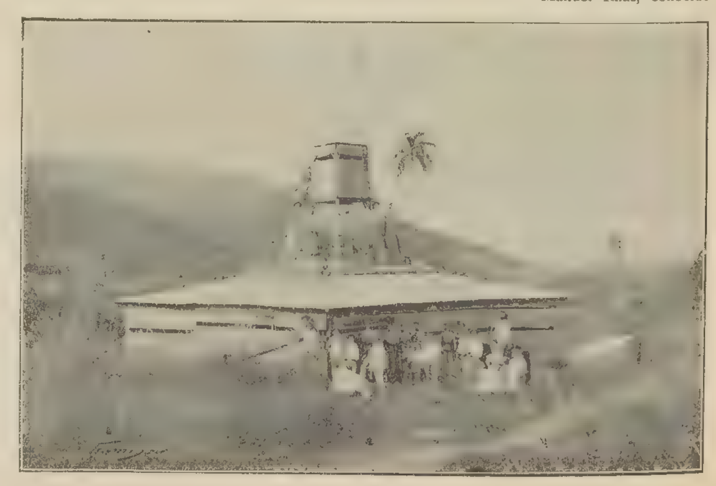
El Sr. Rodríguez Solís, en su libro *Los guerrilleros de* 1808 habla de un D. Andrés Ortiz de Zárate, apellidado el *Pastor,* por haberlo sido en sus mocedades, el cual cuando la invasión de Andalucía se refugió en la Serranía de Ronda, al frente de algunos patriotas armados, y allí se dió tan buena maña para guerrear con los invasores, que no sólo tenía en constante zozobra á las guarniciones francesas, sino que llegó á hacer difícil y peligrosa toda operación de los imperiales, cuando no la emprendían columnas muy fuertes y que estuviesen compuestas de infantería, caballería y artillería.

Zárate, Peinado, Barranco, Valdenebro, el alcalde de Otivar, hombre tan forzado que de un solo tajo abría en canal al que se le ponía delante, como pudieron atestiguarlo los dragones enemigos que en varias ocasiones tuvieron la desgracia de luchar con él cuerpo á cuerpo, y otros cabecillas de menos nombradía que pelearon en aquellos montuosos terrenos, hicieron que los generales obligados á operar en ellos, llamasen á la serranía *la calle de la Amargura.*

* * *

No fué Ortiz de Zárate ni el único ni el más notable de los pastores que tomaron parte en aquella guerra.

Muchos de ellos dieron su vida por la patria, y entre otros, merecen especial mención Juan Fernando Echevarría, José Manuel Imaz, conocido



LA GUERRA DE CUBA. – Fuerte que defiende el acueducto de Santiago de Cuba, el primero que se construyó en aquella provincia al comenzar la guerra actual (de fotografía de D. A. Ferrer)

por el apodo de *Berriola*, y Agustín Larrañaga, alias *Unceta*.

Era Echevarría nacido en Balmaseda, y aunque parecía natural que al salir á campaña lo hiciese en las inmediaciones de su pueblo, donde el terreno debía de serle más conocido y familiar el lenguaje, acaso por haber pastoreado en la provincia de Burgos, ó por otros motivos que desconocemos, es lo cierto que se levantó en armas en la provincia de Burgos, donde en poco tiempo logró verse al frente de una partida de sesenta hombres, con los cuales guerreó mucho tiempo en Castilla. Claro es que tan escasa fuerza no podía arrojarse á grandes empresas, pero se dió tan buena maña para hostilizar pequeñas columnas, interceptar correos y atacar convoyes, cuando las escoltas no eran demasiado numerosas, que en algún combate llegó á hacer á los invasores hasta veinticuatro prisioneros.

Concedióle la junta central el empleo de capitán, en recompensa de sus servicios, y habiendo pasado á operar en las Provincias Vascongadas, no pudo eludir la persecución de varias columnas francesas que al fin le apresaron y le hicieron morir en infamante horca, calificándole de ladrón, asesino y violador de mujeres.

* * *

Las mismas calificaciones aplicaron á los apodados *Berriola* y *Unceta*, á quienes también lograron coger, cuando comenzaban á pelear al frente de pequeños grupos de pastores, guipuzcoanos como ellos.

Apenas lograron estos dos guerrilleros hacer otra cosa notable más que sufrir la pena de muerte, para acreditar su patriotismo. Dar la vida por defender la independencia española era entonces cosa tan corriente, que ni José Manuel Imaz ni Agustín Larrañaga llamarían la atención, si en su captura no hubiesen ocurrido circunstancias excepcionales, consignadas en la *Gaceta de Madrid*. Uno y otro fueron víctimas de la traición, de que por fortuna hubo tan pocos ejemplos en los seis años de la sangrienta epopeya. Cuatro miserables no temieron deshonrar sus nombres ni el noble suelo de Guipúzcoa, en que habían nacido, para concertarse y tender una celada, en que cayeron con el intervalo de pocos días, primero Imaz y después Larrañaga, entregándolos al enemigo. La *Gaceta* consignó este hecho vergonzoso diciendo: «¡Ojalá que los habitantes de las otras provincias de España, donde se han levantado las mismas cuadrillas de asesinos y ladrones, imitasen, para exterminarlas, la conducta de los guipuzcoanos! Bien pronto se verían libres de esta plaga.»



LA GUERRA DE CUBA. – El teniente coronel Sr. Perol, que mandaba la columna que en la acción de Gabriel dió muerte al cabecilla Juan Bruno Zayas.

Pero entre todos sus compañeros el que verdaderamente ha pasado á la historia con el sobrenombre de *el Pastor* es D. Gaspar de Jáuregui.

Guipuzcoano honrado á carta cabal, valiente sobre toda ponderación, astuto y dotado de verdadero talento militar, aunque de poquísima ó ninguna instrucción, Jáuregui, que había pasado sus mocedades apacentando ganados, fué de los primeros en alzarse contra los franceses. Empezó acaudillando un grupo de siete ú ocho compañeros; su partida engrosó rápidamente, y al frente de ella se arrojó el muchacho á las empresas más temerarias, casi siempre coronadas por el éxito. Conociendo por instinto que los pelotones de paisanos armados, si carecen de organización y disciplina, no pueden hacer gran cosa en la guerra, organizó á los suyos militarmente, y con el auxilio de oficiales y sargentos que las juntas facilitaban á todo el que creían capaz de utilizarlos, llegó á formar batallones y escuadrones que llevaba incesantemente al combate y muchas veces á la victoria. Herido en varias ocasiones, si dejaba accidentalmente el mando, no tardaba en ponerse al frente de los suyos más que lo que tardaba en curarse. Destinado á operar fuera de las Provincias Vascongadas, asistió con su brigada á muchas batallas campales, en que siempre mereció por su buen comportamiento el aplauso de los generales ingleses y españoles, á cuyas órdenes combatía.

Tan humanitario como valeroso, jamás se ensañó con los vencidos. Modesto, afable, sencillo, aunque de maneras rudas, como convenía á su origen, supo captarse por sus cualidades la estimación de todos, haciéndose respetar de sus subordinados por la firme energía que desplegaba cuando era conveniente ó necesario.

Terminada la guerra, el rey le concedió el empleo de brigadier de los ejércitos nacionales, y bien se puede decir que ningún militar ha lucido en la bocamanga entorchados mejor ganados que los del pastor D. Gaspar de Jáuregui.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO



VIAJE DEL TSAR NICOLÁS II. - LLEGADA DEL TSAR Á VIENA. - PASO DE NICOLÁS II Y EL EMPERADOR DE AUSTRIA POR LA PRATERSTERN

(Dibujo tomado de una fotografía)



EL MODELO DISTRAÍDO, cuadro de Luciano Simón. (Salón del Campo de Marte de París.)



RENDICIÓN DE CHAMYL, cuadro de F. Roubaud.

Premiado y adquirido para el Museo Municipal. (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)



Fuerte Jarayó á la entrada del camino del Coluc, Santiago de Cuba (de fotografía de D. A. Ferrer)

NUESTROS GRABADOS

La guerra de Cuba. – Por desgracia sigue siendo asunto de actualidad cuanto á la guerra de Cuba se refiere, y consecuentes en nuestro propósito mientras revista este caracter la lucha que en aquella hermosa cuanto desgraciada isla sostenemos, continuaremos dando en La Ilustración Artística las notas gráficas que más puedan interesar á nuestros lectores. En el presente número publicamos el retrato del valiente coronel Sr. Perol, cuyo nombre aparece de continuo en los partes oficiales como el de uno de los jefes que con más actividad, suerte y bravura persiguen á los insurrectos. Entre los muchos hechos de armas en que ha tomado parte principalísima merece citarse el combate que su columna sostuvo el día 29 de julio último en Gabriel, provincia de la Habana, con la partida de Juan Bruno Zayas, combate en el cual murió este importante cabecilla. Los demás grabados que publicamos, que son la represa del acueducto de Santiago de Cuba, el fuerte que defiende el acueducto, una avanzada española, el fuerte de Jarayó y el heliógrafo militar del poblado de San Luis, no necesitan explicación alguna, por lo que sólo hemos de decir que son reproducciones de fotografías que nos ha remitido D. A. Ferrer, de Santiago de Cuba, á quien damos las más expresivas gracias por su amable envío.

El príncipe Lobanoff. – Pocas horas después de la salida de Viena y en el mismo tren que conducía á los soberanos rusos á Kiew falleció repentinamente el príncipe Lobanoff, ministro de Negocios Extranjeros del tsar y su consejero de más confianza en los asuntos internacionales. El príncipe Alejo Lobanoff Rostovski, que contaba al morir setenta y un años, había entrado desde muy joven en el servicio del Estado, en el departamento de Negocios Extranjeros: desde 1847 á 1850 desempeñó el cargo de secretario del conde de Nesselrode, y después de la guerra de Crimea fué ministro plenipotenciario en Constantinopla hasta 1863, fecha en que ocupó un alto pues-



El príncipe Lobanoff, Ministro de Negocios Extranjeros de Rusia, recientemente fallecido

to en el ministerio del Interior. En 1878 sucedió al conde de Ignatieff en la embajada cerca de la Puerta Otomana, tomando parte principalísima en las negociaciones que terminaron con el tratado de Berlín. En los tres años siguientes fué embajador en Londres, pasando de allí á la embajada rusa en Austria, donde permaneció trece años prestando á Rusia los más importantes servicios y de donde fué llamado en marzo de 1895 por el actual tsar para sustituir á Giers en la cartera de Negocios Extranjeros. A él se debe en gran parte la aproximación de Rusia á Francia para contrarrestar el poder de la *triplice* y la poderosa influencia que hoy ejerce Rusia sobre Turquía y sobre China. Aparte de sus relevantes méritos políticos, Lobanoff habíase conquistado envidiable renombre con sus importantes trabajos históricos: había colaborado en las principales revistas científicas de su país y era miembro de honor de la Academia Imperial de Ciencias.

Beatriz, cuadro de H. Lauenstein. – El nombre de la joven florentina cuya belleza cautivó al inmortal autor de *La Divina Comedia*, es universalmente conocido: en su belleza, en su gracia, en su dulzura halló el Dante inspiración para sus más delicadas composiciones, y de ella hizo la figura principal de aquel maravilloso poema. Mucho se ha discutido acerca de quién pudo ser la que el poeta nunca nombró más que por el nombre imaginado de Beatriz; suponen algunos que fué la hija de un Falco Portinari; niegan otros esta suposición, y tales dudas podrían dar lugar á sospechas de que Beatriz nunca existió, si por otra parte no se supiese por testimonios irrebatibles que existió realmente, que á la edad de ocho años encendió viva pasión en el pecho de Dante, que á la sazón contaba nueve, y que murió á los veinticuatro, dejando sumido al poeta en el más profundo desconsuelo. Muchos son los retratos, imaginados por supuesto, que de Beatriz se han hecho; los artistas de más nombradía han tomado aquella figura como símbolo de castas y hermosas doncellas enamoradas, y acudiendo á su fantasía han dado forma humana al modelo que concibiera su imaginación. El pintor alemán Lauenstein, al retratar, por decirlo así, á Beatriz traduce perfectamente la idea que de ella todos tenemos formada, y nos hace admirar en su obra una ejecución perfecta y un gusto exquisito, así en la disposición de la figura como en el fondo decorativo sobre el cual ésta se destaca, resultando su pintura un cuadro lleno de poesía digno de la que cautivó el corazón del altísimo poeta.

Llegada del tsar Nicolás II á Viena. – El viaje del soberano ruso á las principales cortes de Europa es indudablemente uno de los acontecimientos más importantes del año actual: la diplomacia europea tiene fijos sus ojos en esta excursión, y atenta á los pasos más insignificantes y á las más nimias manifestaciones del tsar, procura sacarle, como vulgarmente se dice, la punta á todo ello para deducir las probables contingencias del porvenir. La Ilustración Artística, que para nada tiene que ocuparse de este viaje en su aspecto de político-internacional, reproducirá en sus páginas los episodios más pintorescos del mismo, comenzando hoy por publicar la llegada del tsar á Viena, primera de las capitales que se propone visitar Nicolás II. Los tsares llegaron á la capital de Austria á las once de la mañana del día 29 de agosto último, siendo recibidos en la estación por el emperador Francisco José y la emperatriz Isabel, por todos los archiduques y archiduquesas de la familia imperial, los ministros y altos dignatarios del Estado y todo el personal de la embajada rusa. Los dos emperadores, que vestían uniforme ruso el de Austria y austriaco el de Rusia, diéronse las manos y besaron las de las emperatrices, las cuales á su vez se besaron también. Después de una corta conversación entre los dos soberanos y el príncipe Lobanoff, subieron aquéllos en un magnífico landó y en otro no menos lujoso la tsarina y la emperatriz, dirigiéndose al palacio imperial por las principales calles de la ciudad, que cubrían las tropas de la guarnición de Viena. En el palacio, el conde Goluchowski, ministro de Negocios Extranjeros de Austria, presentó al tsar algunos embajadores acreditados en aquella corte, y por la tarde Nicolás II y su esposa visitaron la embajada rusa Por la noche celebróse un gran banquete en el palacio imperial, y después los soberanos asistieron á una función de gala que se daba en la Opera. Al día siguiente el tsar se dirigió á Laintz, en las inmediaciones de Schonbrunn, para cazar algunos ciervos en los vedados imperiales, mientras la emperatriz visitaba el Museo Imperial de Bellas Artes, yendo luego á reunirse con su esposo. Al otro día, último de su estancia en Viena, celebróse la gran revista militar. Los emperadores de Rusia pueden estar completamente satisfechos de su estancia en la capital austriaca, pues además de los festejos con que les ha obsequiado la corte, han sido acogidos con grandes muestras de simpatía y con aclamaciones de entusiasmo por toda la población.

El modelo distraido, cuadro de Luciano Simón. – El pobre pintor está á punto de perder la paciencia; la criatura á quien aquél retrata ya la ha perdido del todo: en vano su madre, en su deseo de ver terminado el lienzo en donde ha de reproducirse la hermosa carita de la niña, procura entretenerla para que se esté quieta y pueda el artista continuar su obra hasta dejarla completamente terminada; todos sus esfuerzos son inútiles, y no es difícil prever que la sesión terminará pronto de un modo borrascoso. Tal es la escena que nos ofrece el distinguido pintor francés Luciano Simón, el cual ha sabido dar á sus figuras un sello tal de verdad que no es preciso fijarse mucho en el lienzo para comprender el aburrimiento del artista, viendo que pierde el tiempo tontamente; el fastidio de la chiquilla, que preferiría ir á jugar con sus muñecas á tenerse que estar allí inmóvil y callada, y la paciencia de la mamá, que apela á todos sus recursos y astucias para engañarla y hacer que fije siquiera unos minutos la atención.

Rendición de Chamyl, cuadro de Francisco Roubaud (premiado en la Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896). – Pocos lienzos cual el de Roubaud han causado en el público que visitaba los salones de la Exposición de Bellas Artes, cerrada en julio último, tan agradable impresión, y á pocos se han tributado tan unánimes alabanzas. Y preciso es consignar que han sido justos y merecidos los favorables juicios emitidos por la generalidad de visitantes. Difícil había de ser sustraerse al deseo de fijar la mirada en aquella dilatada llanura, en aquellas masas de infantes y jinetes, en aquel admirable fondo constituído por la cordillera caucásica, tan magistralmente pintado, sin que los trazos ni el color revelen la menor duda ó den á conocer arrepentimiento ó vacilación. Las figuras, el país, los caballos y el celaje tienen impreso el sello de la realidad, cual si fuera todo trasunto fiel del natural.

Rendición de Chamyl, que evoca el recuerdo de un episodio de la guerra del Cáucaso, es una gallarda manifestación de la pintura militar moderna; es una obra magistral que honra en extremo á su autor y á la corporación municipal de Barcelona, por haberla adquirido para figurar en el Museo de Bellas Artes.

Redención, grupo en yeso de Eusebio Arnau (premiado en la Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896). – Harto difícil había de ser la simbólica representación que se propuso ejecutar el discreto escultor Sr. Arnau; mas á pesar de ello, ha podido producir una obra recomendable, que sin reunir los méritos que distinguen á algunas de las que hemos dado á conocer á nuestros lectores, es digna del buen nombre del artista. El Niño-Dios que presenta el Angel y el repugnante dragón que se humilla son bellísimas alegorías que el escultor ha modelado con singular cariño, venciendo no pocas dificultades y escollos. La obra del Sr. Arnau ha sido premiada y adquirida para formar parte de la sección de escultura del Museo Municipal de Bellas Artes de nuestra ciudad.

MISCELÁNEA

Teatros. – *París.* – En el teatro de la República se ha estrenado con buen éxito un melodrama en seis actos de Fernando Meynet y de la señorita María Geffroy, titulado *Madame Gateau*, de argumento muy interesante y con abundancia de situaciones bien combinadas. En el Olympia se ha reproducido la zarzuela *La Gran Vía*, con más éxito, si cabe que cuando se estrenó en la temporada anterior.



Heliógrafo militar en el poblado de San Luis, Santiago de Cuba (de fotografía de D. A. Ferrer)

Barcelona. – En el teatro de Novedades se han cantado las óperas de Meyerbeer *Hugonotes* y *Africana*, habiendo logrado en su ejecución muchos aplausos las señoras De Macchi y Bianchini y los señores Perelló, Mestres, Simonetti y Visconti.

Necrología. – Han fallecido:

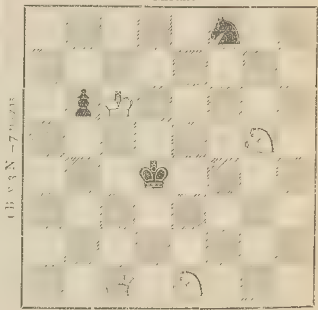
Guillermo Dwight Whitney, filólogo norteamericano, reputado como una autoridad en materia de sánscrito y de filología comparada.

Rodolfo Huber, notable retratista y pintor de animales austriaco, conocido por sus preciosas escenas de caza.

AJEDREZ

Problema núm. 37, por José Tolosa y Carreras

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

Solución al problema número 36, por J. Beltrán

Blancas.	Negras
1. D 2 C D	1. R 4 D (*)
2. C 5 A D	2. R 4 R ú otra.
3. P 4 A D ó D mate.	

(*) Si 1. R 4 C D; 2. C 5 A D jaque, y 3. D mate.



Qué, ¿no te dice ya nada esto, amigo Dionisio?

UN APÓSTOL

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Después se mezclaron á esto las leyendas; atribuyéronse á Goalen curas sorprendentes y buenos resultados obtenidos allí donde los esfuerzos de los médicos fueron inútiles. Entonces dejó de ser el paria de los primeros días y fué Tonton Nedelek, ó más comúnmente, el *hechicero*.

Transcurridos los años, llegó á ser á su vez como un hijo del país, pero considerado siempre por aquellos que no le conocían como el *hombre del cabo de a Cabra*, el *hombre de la landa*, según decían las mujeres en los primeros tiempos.

Aquel calificativo bastaba para que en toda la península, cuando alguien le citaba en cualquiera conversación, se supiese inmediatamente á quién debía aplicarse.

Por lo demás, nadie conocía como él aquella punta de tierra; la landa, las costas, los escollos y las menores rocas, todo le era familiar. Sabía su posición como los pescadores más prácticos, como los más inteligentes campesinos en varias leguas á la redonda, y más de uno se había acostumbrado insensiblemente á ir á consultarle, no tan sólo con motivo de una enfermedad ó de una herida, sino por cuestión del tiempo que haría, de la pesca que se podía esperar; y bien se tratase del mar ó de la tierra, tenía contestación y remedio para todo.

Bien fuera por una especie de filosofía, ó porque á fuerza de tratar gente hubiera podido penetrarse de su ignorancia, había adquirido cierto humor alegre, cierta ironía; y algunas veces asomaba á su boca una sonrisa amarga muy particular, algo escéptica, que se revelaba simplemente por una rápida contracción de los labios y un fruncimiento de las arrugas alrededor de los ojos, las cuales se reunían de pronto bajo una presión invisible, como las varillas de un abanico.

Esa especie de omnisciencia que le había valido los primeros agradecimientos, las primeras palabras amistosas y las primeras alegrías de su dura y triste exis-

tencia, fué precisamente la que le ocasionó sus primeros disgustos, sus más agudos dolores.

No solamente le persiguieron varias veces los médicos y la justicia, haciéndole difícil la vida, sino que también la Iglesia intervino en el asunto.

El cura de Crozon fulminó contra Goalen una verdadera excomunión, prohibiéndole la entrada en la iglesia, así como en el presbiterio; y esto se generalizó, llegando á ser como una orden á todas las iglesias, á todas las capillas, lo cual acabó por encerrarle en una especie de círculo mágico, del que no podía salir ya, del que le estaba prohibido evadirse.

Si no hubiese sido más que por él, tal vez lo hubiera soportado sin protestar, sin sublevarse; pero debía proteger á una hija, su único consuelo, una hija á quien había educado en su religión, en la creencia cristiana de sus abuelos; y á causa de ello mostróse, como en son de muda protesta, más dulce, más obsequioso aún de lo que le hubiera permitido su primitiva rudeza.

En aquel hombre sencillo, sin embargo, no había ninguna complicación malsana, ninguna brujería; en él se manifestaba el alma entera de la naturaleza, torrente irresistible, con su inmensa fuerza de proyección, su incesante hervor de savia y su lenta y poderosa marcha hacia adelante.

De él emanaba continuamente una bondad inmensa, incesante, que se extendía á su alrededor sobre los seres y sobre las cosas, como una corriente de ternura, de compasión y de caridad. Representaba todos los afectos y los amores para todos, no estando sometido á las estrechas trabas ni á las preocupaciones de ninguna ley, de ningún dogma.

En presencia de los pequeños, de los humildes y de los que sufrían, una emoción profunda laceraba su corazón é impulsábale hacia ellos acosado por la necesidad de consolar, de aliviar, de curar, poniendo á su disposición los recursos de un arte poco complicado, de una ciencia intuitiva, que debía, tanto á los secretos transmitidos por sus antepasados, cuanto á facultades desarrolladas poco á poco libremente en el continuo contacto con la naturaleza.

Sentada en un escabel junto á Genoveva, que le refería todas aquellas particularidades ignoradas de la vida de su padre, la tía Rosalía miraba á Nedelek ir y venir por la habitación, y con su recto sentido, su clara razón y su perspicacia de mujer anciana que ha visto mucho y retenido mucho, dábase cuenta de lo que había á la vez en pro y en contra de él.

Seguramente aquel hombre producía cierta inquietud porque no se parecía á los demás, porque tenía, sobre todo, esa peligrosa afición, esa preferencia á la soledad que le inducía á rehuir las reuniones con sus vecinos, su conversación y su frecuente trato.

Bien condujera algún rebaño al pasto, ó ya estuviese completamente solo, sin ningún animal ni ser viviente á la vista, como no fuese algunas veces una bandada de cuervos que revoloteaban en torno suyo, extraño y anormal compañerismo difícil de explicar, encontrábasele siempre por las landas meditabundo, cabizbajo, soñador, con la mirada fija á lo lejos en el mar, ó como perdida en el misterio de las briznas de hierba, de las piedras, cual si descubriese cosas que nadie más veía, cosas con las cuales se hallara en perpetua comunión.

La decana se encogió de hombros, diciéndose que no se necesitaba tanto para hacer charlar á la gente y ofuscar las imaginaciones, y hasta murmuró en voz tan baja que su compañera no pudo oirla:

—¡Vivir en compañía de los cuervos!.. ¡No me parece cosa muy propia de cristianos!..

Y es que ella no podía comprender lo que se le hubiera debido explicar; es decir, que en una esfera superior, con una instrucción suficientemente desarrollada, con el roce de los libros y de las enseñanzas, Nedelek Goalen hubiera sido seguramente filósofo, sabio ó poeta, porque en él se hallaba el germen de todo esto.

En su centro de ignorancia y de pobreza, sin ser sabio más que respecto á los fenómenos de la naturaleza, lentamente observados y comprendidos poco á poco de una manera insensible, Goalen estaba fatalmente destinado á no ser nunca más que esa alma de infinita bondad, singular y tierna, con una mezcla de supersticiones originarias, curiosa por conocer los efectos de las plantas y los sufrimientos humanos.

Convertido forzosamente en curandero, componedor de brazos y piernas y mágico al mismo tiempo, por esa injusticia, por esa ingrata atrofia de las imaginaciones que insultan lo que no pueden explicarse ó comprender, Goalen fué el hechicero.

Conocedor de los secretos para curar y hechicero eran calificativos inseparables uno de otro para aquellos cerebros limitados y rudimentarios.

La ciencia desde el momento en que no la había adquirido por las vías conocidas y oficiales, sino que procedía de él mismo, era de origen impuro, tan peligrosa para el alma como buena para el cuerpo; y por eso no se extrañó en el país ver á Nedelek Goalen combatido por la Iglesia, rechazado por los representantes de la religión, por los sacerdotes; pero esto mismo, á los ojos de muchos, le daba mayor autoridad, el irresistible atractivo de cosa prohibida.

No dejaba por eso de ser siempre el benéfico hechicero, el hábil curandero, á quien se apelaba con preferencia al médico, y algunas veces al rector, en ciertos casos, porque á los solícitos cuidados, á las plantas que alivian, agregaba las buenas palabras, los sabios consejos, las advertencias prudentes, y sabía, con alguna malicia ó quizás con verdadera convicción, mezclar en sus conversaciones las leyendas y las historias de los tiempos antiguos, á los que profesaba el mayor respeto y una marcada pasión.

Así fué como desde el cabo de la Cabra, donde había comenzado á curar á los míseros habitantes de los pobres caseríos escalonados entre Kerloc'h y Morgat, hasta el Semáforo, su reputación se propagó, invadiendo la landa, llenando poco á poco toda aquella salvaje península de Crozon con la fama de su nombre, para ir á chocar ruidosamente, como tumultuosa marea de equinoccio, contra los muros de la iglesia de Crozon y el granito de la iglesia de Camaret.

Luz refulgente, pero desconocida y discreta, puesto que no brillaba más que en el cabo de la Cabra, en el fondo de una arcilla tosca y común, para ir á extinguirse en las piedras santas, parecía que hubiese adquirido un fulgor más temible, y desde la persecución de la Iglesia iluminaba como el resplandor de un incendio, con una llama engrandecida y amenazadora que inquietaba y que se hubiera querido sofocar.

Tal como era, aquella luz, en su esfera de ignorancia, de credulidad y de miseria, atraía al mismo tiempo, poco más ó menos igualmente, las bendiciones y las cóleras, las amenazas y las oraciones.

Cuando al cabo de una hora larga de descanso la tía Rosalía se despidió de Goalen para regresar á Camaret, seguramente había entre ella y él un lazo más, la inteligencia tácita de dos seres bondadosos, nacidos para comprenderse, para apreciarse y prestarse apoyo.

Y muy pensativa, murmuró, recordando la vida de Nedelek Goalen:

—¡Ah! ¡Si el señor rector pudiese verle como yo le he visto, conocerle como yo le conozco ahora, sería una bendición para el país!..

SEGUNDA PARTE

I

—Qué, ¿no te dice ya nada eso, amigo Dionisio?

En la cortadura extrema del acantilado que separa la Punta de Pois del gran Dahouet y el Tas de Pois más próximo á la costa, Hervé Morvan se incorpora con el cuerpo doblado aún á causa del largo rato que ha estado al acecho de la zorra, el insolente animal que algún tiempo hace devora todas las noches las gallinas del guardián del semáforo, y con la carabina apoyada en el brazo izquierdo, muestra con la mano derecha á su compañero de caza, Dionisio Le Marrec, el espacio ilimitado que se extiende ante ellos.

El otro se estremece, sacude el entorpecimiento que entumece sus miembros, y levantando el cañón de su arma, mira, sorprendido de pronto en medio de su meditación.

Su mirada, apartándose como con sentimiento del límpido recorte que forma el cabo de la Cabra, perfilado á su izquierda, se fija delante de él, á lo lejos.

El viento viene del Norte, y las nubes corren como pesadas masas, semejantes á fardos de estopa gris y de algodón blanco que se arrollan y proyectan mil formas extrañas y caprichosas. Azul, pero de un azul que toma un tinte de pizarra con miles de facetas sobre la superficie de sus olas, el mar se extiende desde el boquete de Brest, desde la bahía de Douarnenez, desde todas partes, hacia el Oeste, hacia lo infinito.

Como es por la mañana y hay marea propicia y la brisa sopla bien sobre aquella inmensidad movible, dilatada como por un suspiro inmenso que viene á morir á lo largo de la costa brava, produciendo una especie de estertor, pero estertor de placer salvaje, de una voluptuosidad incesante y misteriosa, las barcas de pesca se siguen unas á otras, con sus velas parduscas y triangulares henchidas por el viento, envueltas en la espuma que deja detrás de cada una de ellas dos estelas brillantes, dos surcos que parecen de azogue. Enfrente, en el horizonte, se ve la bien marcada línea que corta el cielo y oculta el misterio de los países lejanos.

Dionisio, vuelto en sí por la pregunta de su compañero, contempla aquella animación del mar, aquel movimiento de las olas, la marcha de las barcas, buscando las emociones que en otro tiempo experimentó, los llamamientos irresistibles á que acostumbraba á responder, obedeciéndolos siempre sin eludirlos jamás.

Todas las pequeñas barcas enfilan en línea recta aquel misterio, como si quisieran conocerle, ir á buscarle. Rivalizan en celeridad, reuniéndose, adelantándose unas á otras; pero muy pronto no son más que un punto en la inmensidad del Atlántico, una pequeña punta de lona que se eleva como una señal desesperada, y creeríase que van á sumergirse para siempre, para no reaparecer nunca: tanto se alejan y se eclipsan, hundiéndose en aquel insondable Océano.

Poco á poco el marino se reanima é imagínase que él también va con aquellas barcas

Pero ninguna pasa de cierto punto, como si renunciase á penetrar el enigma, demasiado lejano, demasiado oculto, imposible, y Dionisio renuncia también á ello secretamente en el fondo de su corazón.

Mueve la cabeza, se agita, y con una furtiva y rápida mirada, casi involuntaria, abarca la bien conocida silueta de la landa, allá abajo, entre Crozon y el cabo de la Cabra.

Hervé ha seguido su mirada, y bajando la cabeza, murmura con un tono de alegría reprimida:

—¡Eso no te dice nada, bien lo veo!.. ¿Es qué?..

También él ha mirado furtivamente hacia la izquierda en la misma dirección, en ademán de aprobar, como si comprendiera por qué su amigo parece tener ahora tan poca prisa por volver al mar, y por qué sus ojos están fijos invariablemente en aquella misma estrecha punta de tierra desolada que prolonga su triángulo salvaje entre la ensenada de Dinan y la bahía de Douarnenez.

En efecto, jamás Dionisio Le Marrec había experimentado, al hallarse en Camaret, en medio de los suyos, en contacto diario con su tío y con sus amigos, el placer que sentía desde el día de la bruma, aquel día casi lúgubre en que la *Cruz del Sud* le condujo de nuevo á su pueblo.

Cuando regresaba de sus viajes anteriores, á los pocos días de reposo volvía á sentirse dominado por la devoradora nostalgia de las largas excursiones aventureras, y al cabo de una semana comenzaba á contemplar con ojos de envidia los grandes buques que salían de Brest, franqueando el paso para lanzarse en la inmensidad del Atlántico hacia las regiones invisibles; y entonces, ninguna súplica, ningún motivo bastaron jamás para retenerle.

Esta vez, por el contrario, no manifestaba ninguna prisa por volver á marcharse, ninguna sed de nuevos viajes de altura, de aquellos de los cuales no se sabe nunca si se regresará; y en cambio mostraba cierta satisfacción perezosa en someterse tranquilamente á la vida plácida y monótona que le proporcionaba días parecidos todos unos á otros, noches de calma, sin ninguna de las angustias, de los peligros, de los trastornos de su agitada existencia de otro tiempo.

Si hubiese sido hombre de espíritu analítico, dotado de suficiente perspicacia para poder observar desde el principio aquella transformación y preocuparse de ella, sin duda habría tratado de explicarse aquel estado tan particular y sobre todo tan anormal de su alma, y de discernir las secretas causas del mismo; pero de inteligencia más bien indolente y contemplativa, vivía sin darse cuenta exacta del cambio, y sin la menor inquietud por sí mismo, como si siempre hubiese vivido así.

Dos años no habían producido grandes trastornos en aquel pequeño puerto de Camaret, y exceptuando dos ó tres ausentes, encontraba á todos aquellos á quienes había conocido, á todos los que él amaba.

Su existencia se compartía entre la casa rectoral, donde le prodigaban su afecto y solícitos cuidados el tío, la vieja Mariana y el vicario Santiago Louarn, cuya delicada salud excitaba su simpatía de hombre robusto, y los paseos por el muelle ó la pesca, con sus buenos compañeros los pescadores Sylvestrik Kervarec, Corentino Garrec, el patrón Bazannec, el pescadero Balanec y Kergall, el marinero aduanero, los mejores de aquella ruda y valerosa población de Camaret.

Pero su favorito, aquel que entre todos había vuelto á ver con más gusto, era su fiel compañero de juego de otro tiempo, su amigo de la infancia, su *marinero*, de la misma edad que él poco más ó menos, Hervé Morván, que hacía solamente un año había vuelto del servicio, condecorado con una medalla del Tonkín y de Madagascar, y que ahora era contramaestre en una de las fábricas de Camaret.

Era un cazador apasionado, con el cual recorría

en otro tiempo, antes de sus largos viajes, las landas y las espesuras, en persecución de las liebres, de los conejos y de las perdices; y las playas y los pantanos, entre otros el estanque de Keloc'h, para poner se al acecho de las becadas, de los ánades silvestres y de otros animales acuáticos. Morvan y él eran en su infancia una buena pareja de alegres pilluelos, siempre vagabundos y siempre reunidos en partidas y en paseos.

En sus arribadas anteriores, ninguno de sus amigos podía retenerle; pero desde su último regreso á Camaret estrechó al parecer la más cariñosa amistad con el alegre compañero, encontrado de improviso, y á quien no había visto tanto tiempo hacía.

Todo el mundo les vió juntos siempre que el trabajo dejaba algún tiempo libre al contramaestre. Tan pronto se paseaban por el muelle, ó alrededor de la capilla y del fortín de Vauban, como emprendían largas excursiones, armados de sus carabinas, bajo el pretexto de cazar aves marinas y zorras, y sucesivamente, desde la punta de Toulinguet á la de Pois, desde la de Tavelle á la de Dinan y el cabo de la Cabra, se hubiera podido señalar su presencia en todos los sitios de la península.

En los primeros tiempos, Hervé Morvan había creído muy naturalmente, como todos sus compañeros, que Dionisio Le Marrec era verdaderamente apasionado por la caza, por los continuos cambios, en su horror á la ociosidad forzosa del género de vida que debía observar en casa de su tío; pero muy pronto pudo reconocer que aquel compañero de caza no era un cazador muy ardiente, y que se cansaba de perseguir á los animales apenas había traspasado ciertos límites, ó cuando la dirección de su paseo no les conducía á las inmediaciones de la bahía de Douarnenez.

Después despertaron su curiosidad las incesantes preguntas de su amigo acerca del Hechicero. ¿Por qué le interesaba tanto aquel pastor, conocer su manera de vivir, los lugares que frecuentaba con preferencia y todo cuanto de cerca ó de lejos pudiera referirse á él?

Hasta aquel día, muy dócilmente y en cuanto le era posible, pues no conocía á Goalen, había contestado más ó menos bien á todas las preguntas, sin tratar de saber por qué se le hacían; pero poseído cada vez más del ardiente deseo de averiguar toda la verdad, á causa de cierto secreto que él mismo conservaba en el fondo de su corazón y que le hacía perder cada vez más el reposo, siempre se había prometido desquitarse á la primera oportunidad de su demasiado prolongada discreción, é interrogar á su vez á Le Marrec sobre el asunto que le preocupaba á él mismo.

Después de observar algunos momentos más á su compañero, el contramaestre, dejando su carabina en una anfractuosidad, cerca del cañón del semáforo, acercóse á Dionisio, le cogió las manos, como para privarle de toda posibilidad de escapar, y díjole bruscamente:

– ¿Quieres que te explique por qué el mar no te dice ya nada?..

Le Marrec hizo un movimiento involuntario para huir, para desasirse de las manos de su amigo; sus ojos, por lo regular de tan franca expresión, se velaron ligeramente; hizo un esfuerzo visible para sonreir, y balbuceó sin convicción:

– ¡Si eso puede complacerte!.. ¡Vamos, di, ya veremos!..

Morvan prosiguió, mirándole como si quisiera penetrar hasta el fondo de su alma.

– ¡Pues porque cuando uno es hombre honrado, joven, leal y pundonoroso como tú, no se pueden tener dos novias á la vez!..

– ¡Dos novias yo!.. ¿Cómo cuentas?..

Pero el otro, resuelto á llegar hasta el fin, continuó:

– ¡Y tú no quieres ya á tu primera novia, la verdadera, aquella que en otro tiempo triunfaba sobre todas..

Dionisio desasió sus manos con ademán grave, como para impedir que su amigo dijese las palabras que iba á pronunciar, y repuso en tono de broma:

– ¡Conque yo tenía una novia!.. ¡Ah, ah! Apenas lo sospechaba, y tú...

– ¡Sí, sí, no te burles, que no tienes muchas ganas de ello! Hasta este día, hasta tu regreso, tu novia, la que amabas hasta el punto de abandonarlo todo para correr hacia ella, sin que nada te pudiese retener cuando te había hecho una seña, ó murmurado á tu oído su canción, era el mar!..

Y extendiendo el brazo, Morvan señaló el Atlántico, cual si quisiera apelar á su testimonio, cogerle y presentarle ante los ojos de Dionisio como una prueba viviente é irrefutable.

Y como Dionisio frunciese las cejas, Morvan añadió:

– ¡Oh! No vayas á decir que no... Mira, hace poco, aún te presentaba su aspecto más seductor para volver á cogerte, para arrancarte de la otra, que le roba su amante; pero no ha sido la más fuerte... ¡oh, no! Has mirado largo tiempo, he visto tus ojos brillar sobre ella, y bien puede haber creído un instante que sus atractivos, que su voz cariñosa seducían tu corazón. ¡A mí me pareció oirla mugir de alegría, allá, debajo de nosotros; pero no, no, todo ha concluído!.. Y la otra, la otra...

Morvan vacilaba; había inclinado bruscamente la cabeza, en la indecisión de las palabras que debía pronunciar, y con la garganta oprimida por una emoción terrible, no podía ni osaba concluir.

– ¿Y la otra?, murmuró tan sólo Dionisio, mirando á su compañero y sin concluir él tampoco.

Morvan volvía la cabeza, y sus ojos vacilantes eran ahora los que vagaban, sin conseguir fijarse en el rostro de aquel á quien interrogaba. Los latidos de su corazón eran sordos y prolongados.

Pero al fin, con voz alterada, llena de angustia, ahogada casi por la más horrible ansiedad, repuso:

– ¡Ah, si yo no me engañase, si hubiera adivinado!.. Pero... ¡ah!.. ¡Mira, yo te quiero mucho, Le Marrec, tú eres seguramente mi mejor amigo, mi verdadero camarada de corazón, mi marinero entre todos los demás, y el haber vuelto á verte me ha causado inmensa alegría!.. ¡Sin embargo, era más feliz antes de tu regreso!.. Y es porque sufro desde que estás aquí, porque todos los días te veo con .. ¡Ah! Tú no puedes saber...

Los sollozos ahogaban su voz á medida que hablaba. Y hubo de interrumpirse sofocado, trastornado por el dolor, con el rostro descompuesto, é incapaz de seguir hablando.

Instintivamente conmovido, Le Marrec le escuchaba con asombro, sin comprender, y dió un paso hacia adelante con los brazos extendidos hacia él, dispuesto á preguntar, á decir algo; pero Hervé le detuvo con la mano en ademán suplicante.

– ¡No, por piedad, aún no, no digas nada!.. ¡Tal vez fuera mejor para mí no saber!.. ¡Ah! ¡Cuánto sufro..., la amo más que á todo, más que á mi vida!.. ¡Y si la fatalidad quisiese!.. ¡Oh! ¡Tú, mi amigo, mi hermano... ¡No, no, eso sería la muerte!..

Profundamente emocionado también, Dionisio esperaba ansioso, creyendo adivinar lo que Morvan quería decir, pero sin saber cómo arreglarse para que cesara aquella incertidumbre, y hallándose por primera vez ante aquella realidad, ante aquel hecho que aún no había osado confesarse: su amor.

No había tomado todavía ninguna determinación, cuando Morvan, temblorosa la voz y señalando sucesivamente Camaret, cuyos tejados se divisaban más allá de Lagatjar, y el lejano cabo de la Cabra, preguntó:

– ¿Tu corazón está aquí, ó allá abajo?

Una oleada de sangre coloreó el rostro del marino; pero sin que necesitara contestar, con un movimiento impulsivo é irresistible, sus ojos, su semblante, todo su ser, se volvieron hacia el Sud, en dirección á Douarnenez, á Crozon, á la punta escarpada.

Hervé, loco de alegría, transfigurado por la esperanza, y como si resucitase, exclamó con apasionado acento:

– ¿Conque es Faik?.. ¿Faik Goalen?

Y repitió, con cierta sorpresa en la entonación:

– ¿Faik?.. ¡La hija del Hechicero!.. ¿Es posible?.. Ni osaba creerlo, ni podía comprenderlo, ciego, deslumbrado por la felicidad, por aquella dicha de que había desesperado un instante.

Fué necesario que Dionisio exclamase en alta voz con expresión de alegría, incapaz de negar y de callarse en lo sucesivo:

– ¡Es Faik!..

Entonces, acercándose á su amigo, como si temiese que le oyeran hasta las mismas aves marinas que revoloteaban á centenares alrededor del Tas des Pois, y cuyos agudos gritos producían sobre sus cabezas un rumor salvaje y continuo, Hervé Morvan refirió cómo hacía un año, desde que volvió del servicio, que se había enamorado de la hija de Balanec.

Sin que entre ellos hubiese mediado compromiso alguno, sin que se hicieran jamás ninguna promesa, él había creído comprender por ciertos indicios que la joven adivinaba su amor y que tenía derecho á esperar.

Por eso cuando vió llegar á Le Marrec y observó sus asiduidades en casa del pescadero, así como la buena acogida que se le hacía, pensó que tal vez su amigo, admirado de la belleza de Reina, sentía inclinación también hacia ella y que se proponía tomarla por esposa, con la inmensa ventaja sobre todos los demás pretendientes de haber sido su compañero de infancia.

Sin duda había podido reconocer hasta qué punto Dionisio se mostraba curioso por saber todo lo que se refiriese al Hechicero, cuánto le preocupaba la existencia del hombre del cabo de la Cabra, y de qué manera tan singular le seducía aquel país mísero y salvaje del que por lo regular todos se alejaban. Esto, unido á la circunstancia de haber salvado la vida á la joven, le infundió desde luego las primeras sospechas relativamente á Genoveva Goalen; pero mientras que no lo oyese decir á su mismo camarada, no podía persuadirse de que Dionisio amase verdaderamente á la hija del Hechicero; tan inadmisible y casi monstruoso le parecía esto.

Su propia pasión por Reina Balanec le cegaba de tal modo, que difícilmente admitía que se pudiese verla y tratarla sin enamorarse de ella, y sobre todo después de haberla visto y comparado con otras, preferir á otra joven, por linda y seductora que fuese.

Por eso, una vez tranquilizado respecto á sí propio, una vez persuadido, sus primeras palabras fueron para compadecer á su amigo.

– ¡La hija del Hechicero!.. Pero, pobre Dionisio, ¿qué dirá tu tío cuando lo sepa?..

Le Marrec se encogió lentamente de hombros, murmurando:

– No sabe nada, ni él ni nadie.

Y añadió sonriendo:

– Poco hace que ni aun yo mismo sabía... ¡Es tan extraño lo que me sucede, tan inesperado!.. Desde que he regresado parece que siempre me flotan brumas en la cabeza y en el corazón; estoy triste y alegre á un tiempo sin saber por qué. ¡Ah! Si alguna vez me hubiesen dicho...

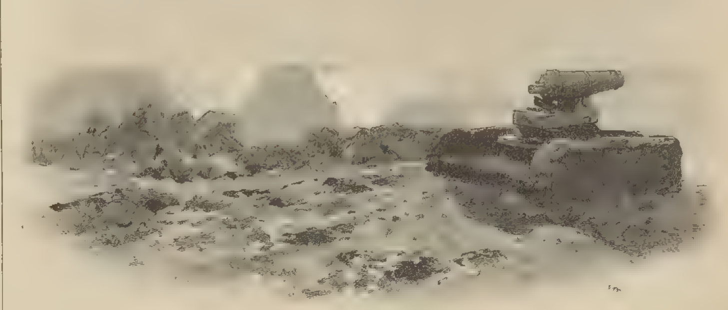
Morvan insistió:

– Tú amas, he aquí todo, y amas á esa joven de allá abajo; esto es lo grave, y tu tío...

– ¿Qué quieres que diga?.. ¿Qué puede importarle que yo ame á ésta ó á otra?

– ¡Oh, diablo, de todos modos me parece muy malo tu negocio! Será duro de pelar, pues el rector no quiere ni poco ni mucho al Hechicero, que para él es poco menos que el diablo...

(Continuará)



El cañón del Semáforo

LOS DOMADORES

Y LOS AMAESTRADORES DE FIERAS

En Londres, en un rincón de un barrio extraviado y pobre, un comerciante de animales mostrábame su colección, pésimamente instalada, como las de casi todos los comerciantes del mismo género que existen en Inglaterra.



Fig. 1. – Tigre en equilibrio sobre una bola

En el patio de aquella casa, algunos osos pardos se pudrían encerrados en cajas de embalaje húmedas y tan poco sólidas que yo hubiera vacilado en encerrar en ellas un bulldog, y en viejas buhardillas amontonábanse los osos y las panteras, á las que se veía al través de pequeñas ventanas enrejadas. Las puertas de aquellos tabucos estaban simplemente forradas con algunas planchas.



Fig. 2. – El domador metiendo la cabeza en la boca del león

– ¿Tiene usted miedo?, preguntóme el comerciante, sir X, disponiéndose á abrir un cerrojo.

– ¿Hay algún peligro?, interrogué yo á mi vez.

– Ninguno; sígame usted paso á paso, que voy á enseñarle una hermosa pantera.

Penetramos en un cuarto, bajo de techo y de suelo sucio, en el que se veían algunos huesos roídos y varias manchas rojizas, muy propios para producir cierta inquietud.

Pero sir X tuvo una salida que me hizo sonreir.

– Va usted á ver, me dijo, una domadura por el sistema del paraguas.

En efecto, llevaba en la mano su paraguas, como todo inglés previsor, y con el mango del mismo amenazó á la fiera, que nos cedió el paso: así pasamos de un extremo á otro de la pieza marcando el paso y persiguiendo á la pantera, más cobarde que un gato pacífico. Mas apenas se hubo cerrado la puerta detrás de nosotros, el animal se arrojó sobre ella clavando sus garras en la madera y sacudiéndola con inusitada violencia.

Sir X, el domador del paraguas, no es un personaje tan extraordinario como pudiera creerse, y la prueba de ello la tenemos en cierta representación dada en la colección Lebrún, instalada en Sedán, el día 29 de octubre de 1894, durante la cual un caballero penetró solo en la jaula de los leones y los hizo trabajar como un domador de profesión. Este hecho no debe ser considerado como milagroso ni mucho menos: en efecto, en cuanto se abre la jaula de la fiera, ésta se refugia en el extremo opuesto; si el que ha penetrado allí no se mueve, el animal permanece inmóvil manteniéndose á la defensiva; si avanza en ademán amenazador, procura huir y entonces hay que dejarle paso á un lado, porque de lo contrario, enloquecido, se arrojaría sobre el intruso. De este modo se le persigue más ó menos de prisa y luego basta colocar un obstáculo en su camino para que inmediatamente lo salve. Los domadores, por consiguiente, no necesitan hacer un largo aprendizaje.

Todo su arte consiste en dramatizar la persecución y en fingir que dominan la voluntad del animal obligándole, si es preciso, á vacilar antes de saltar una valla, por ejemplo, dejando después que la salte libremente, y sobre todo prodigando los latigazos ruidosos. Todo el mundo habrá podido observar que los animales se muestran más audaces cuando se encuentran al abrigo de alguna agresión: el que pretenda coger á un gato refugiado debajo de una cama recibirá de seguro algún arañazo que el animal no se habría atrevido á darle en sitio descubierto. Pues bien: los domadores se aprovechan de este instinto para producir antes de su ingreso en la jaula el gran efecto que consiste en dejarse ver por la fiera delante de la reja cerrada sobre la cual infaliblemente se precipita entonces el animal.

Ocioso nos parece decir que lo de las *miradas magnéticas* y lo de los *pases* á los leones sólo sirve para impresionar al público y nunca á los animales; en cuanto á las mutilaciones se usan muy poco y los métodos que consisten en embrutecer á las fieras rara vez se emplean porque son perjudiciales á la salud de estos costosos personajes. Los domadores sienten el mayor desdén hacia la ferocidad, un tanto exagerada por la leyenda, de los leones, tigres y panteras; así es que les dejan las garras y los dientes y no los adormecen.



Fig. 3. – El león de pie al lado del domador

¿Quiere esto decir que las persecuciones de las fieras dentro de las jaulas no ofrecen ningún peligro? En modo alguno, aunque lo contrario sostenga mi comerciante de Londres, á quien hoy, estando como estoy más penetrado de la cuestión, no prestaría el crédito que entonces presté á sus seguridades. El peligro, además de las caídas, que siempre son muy de temer, puede provenir de un segundo de debilidad que paralice al domador, lo cual sucede desgraciadamente algunas veces: las fieras comprenden en seguida que los movimientos del hombre son inseguros y que éste no les acosa á tiempo, y desvaneciéndose en estos cerebros de brutos el terror, habla en ellos el instinto, y el fin trágico es casi inevitable. Por supuesto que esto sucede cuando se trata de fieras capturadas en estado salvaje, pues las que han nacido en jaula son mucho menos temibles. Algunos escritores han sostenido todo lo contrario, pero téngase en cuenta que los que han tenido interés en que tal paradoja se propalara son los mismos domadores, porque es una respuesta anticipada á las chanzonetas que el público no dejaría de dirigir á leones reconocidamente domésticos. Si algunos leones ú otros animales fieros criados en jaula han causado accidentes desgraciados, débese esto á que se abusó de su bondad y á que se les mortificó algo más de lo conveniente. Lo cierto y positivo es que la educación amansa extraordinariamente á los animales, y así lo demuestra un ejemplo de la antigüedad, el de los pacíficos leones que habían nacido y vivían en Cartago simbolizando el sol.

A falta de estas fieras de salón, que son muy solicitadas y se pagan con prima, los domadores escogen, por regla general, un ejemplar gastado por la edad ó por las enfermedades, y merced á él pueden añadir á los ejercicios de la valla, del aro y de los fuegos artificiales, algunos números sensacionales, como el de introducir la cabeza en unas fauces de león provistas de descomunales colmillos. Cierto que hay ejemplos, bastante raros, de domadores que han llegado á amansar á animales jóvenes, sanos, capturados en estado salvaje y muy fieros al principio; pero este es el sistema más peligroso, más difícil y más ingrato, razón por la cual repito que se emplea muy raras veces. En este concepto merecen ser vistos los leones del domador francés M. Juliano, muy conocido en las ferias de los alrededores de París y en los teatros de *atracciones* parisienses: su hermoso león hace verdaderos prodigios por complacer á su amo, lo cual se debe á que éste sabe hacerse querer por sus fieras. Según me han contado, debutó en el oficio cuidando á una leona herida, la cual, una vez curada, se encariñó extraordinariamente con él. De todos modos, tiene, en mi concepto, el talento de doblegar la voluntad de sus feroces discípulos, según puede juzgarse por los grabados que ilustran el presente artículo (figuras 2 á 5).

El amaestramiento de las fieras es una innovación relativamente reciente.

Para hacer que las fieras grandes ejecuten ejercicios complicados es preciso obrar directamente sobre ellas, tratarlas como á perros colocándolas en una multitud de posiciones fatigosas con insistencia verdaderamente implacable. Ahora bien: los más pacífi-



Fig. 4. – El domador acostado sobre una pata del león y con la otra pata de éste sobre el pecho

cos huéspedes de las colecciones no se prestarían ciertamente á estas familiaridades y de aquí que el domador tenga que apelar á la astucia, haciendo como los dentistas cuando han de arrancar una muela; es decir, narcotizando á la fiera y poniéndole durante su sueño al cuello un collar de fuerza provisto de una fuerte cadena, en el hocico una serreta en forma de bozal y en las patas sólidas maniotas; en una palabra, imposibilitándola para causar el menor daño, de suerte que cuando el animal se despertará se encontrará vencido. Entonces el domador le inculcará pacientemente y por coerción los ejercicios que pretenda hacerle ejecutar y le hará, á fuerza de repetirlos, que se acostumbre á lo que constituye el soñado trabajo. Más adelante, cuando haya adquirido los *tics* necesarios, podrán quitársele el collar, la serreta y las maniotas, pues el animal dejará de ser peligroso y se someterá con obediencia pasiva á los mandatos del domador.

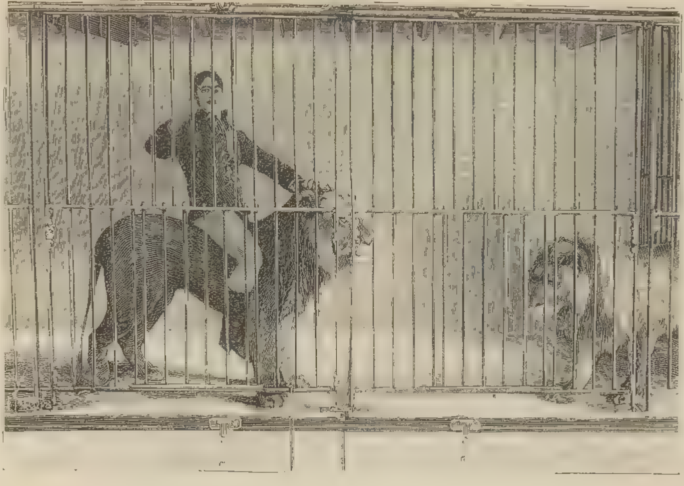


Fig. 5. – El domador á caballo sobre su león

Tal es el secreto de los adiestradores de animales fieros, secreto que hasta ahora era poco conocido. Por este procedimiento se ha enseñado á los leones y á los tigres el volteo ecuestre, á saltar desde el cojín de la silla de un caballo por encima de un puente, á montar en velocípedos especialmente fabricados para ellos, á mantenerse en equilibrio sobre una esfera, á hacer rodar ésta á lo largo de un riel, etc, etc. Este último ejercicio fué ejecutado en el circo que el alemán Hagenbeck tenía en la exposición de Chicago y de él damos una reproducción (fig. 1) tomada de una fotografía instantánea.

He aquí otros dos ingeniosos procedimientos empleados por los domadores: para que los animales les laman la cabeza se impregnan los cabellos con jugo de carne, y para que suelten el gatillo de una pistola atan al extremo del cordel que ha de tirar del mismo un pedazo de carne cruda que la fiera agarra.

Digamos, para terminar, algo de los carnívoros de segunda fila. Las hienas y los lobos se amansan muy fácilmente y obedecen casi como perros. Pero los animales de quienes se obtienen trabajos más interesantes son los osos pardos: á éstos se les pasa á menudo á través del tabique nasal un anillo, y la menor sacudida á la cadena que va unida á éste les hace mansos y obedientes. Sin embargo, algunos domadores como Permané, uno de los mejores que conozco, no emplean este procedimiento antiguo, sino que usan el collar de fuerza y castigan al animal á puñetazos. El oso aprende admirablemente los ejercicios que se le enseñan, pero necesita tantas recompensas como golpes: el mejor premio es un panal de miel. Como plantígrado, el oso anda con gran facilidad sobre sus dos patas traseras, baila empuñando un bastón, monta sobre un cilindro, lucha perfectamente y ejecuta otra porción de trabajos.

Hemos indicado los principales ejercicios de los animales fieros; los domadores y sobre todo los adiestradores han introducido en ellos, de algunos años á esta parte, variedades á las cuales no estábamos acostumbrados, á pesar de lo cual han sido objeto de severas críticas: en efecto, no falta quien encuentre absurdo hacer montar á un león en un triciclo ó sobre el cojín de la silla de un caballo; pero yo entiendo que no hay que tomar tan por lo serio lo de la realeza y majestad de aquel animal.

Los ejercicios que hemos dado á conocer, ejecutados por animales fieros, demuestran que es posible obtener de éstos todo lo que se quiera.

PEDRO HACHET-SOUPLET

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

DIOS Y PATRIA, por *Victoriano Paradís Pérez*. – Bajo este título ha reunido recientemente el Sr. Paradís Pérez, presbítero de La-guardia (Pontevedra) los artículos publicados por él en el periódico de Túy *La Integridad*, desde marzo de 1893 hasta octubre de 1895. Los títulos del libro y del periódico indican claramente la índole de los trabajos incluídos en el tomo que nos ocupa y destinados á defender los ideales del partido integrista y á combatir las doctrinas contrarias al pensamiento en que éste se inspira. El Sr. Paradís demuestra en ellos no comunes dotes de polemista y un ardor entusiasta, digno del elogio que merecen cuantos de buena fe combaten por el triunfo de una idea. Va el libro precedido de un prólogo, del cual se desprende que su autor ha padecido persecución por sus escritos, y la resignación con que la acepta dice mucho en favor de su espíritu cristiano. *Dios y Patria*, impreso en Valladolid (imprenta de José Manuel de la Cuesta), se vende á 1,50 pesetas en rústica, 1,75 en cartoné y 2 pesetas en tela.

***

LA ESPAÑA MODERNA. – Los últimos números de esta importante revista contienen, entre otros importantes trabajos, los siguientes: *Los salones de la condesa de Montijo*, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*, por un Soldado Viejo; *Recuerdos*, por José Echegaray; *Recuerdos evocados: Bécquer*, por Miguel S. Oliver; *Memorias de un solterón*, novela por Emilia Pardo Bazán; *Sobre la poesía de los romances de los españoles*, por Fernando Wolf con notas de M. Menéndez Pelayo; *La nueva sociología*, por Adolfo A. Builla; *Nueva biografía del abate Marchena*, por M. Menéndez Pelayo; *La evolución de los partidos políticos en España*, por Rafael Salillas; *La regeneración del teatro español*, por Miguel de Unamuno; *El progreso científico en Méjico*, por Rafael Delorme Salto; *La prensa internacional*. – *Después de la victoria del socialismo*, por Eugenio Richter; *Los señores de Hermida*, novela por Juan Ochoa; *Un insigne pintor de historia, D. José de Méndez*, por el marqués de Valmar; *La prensa internacional*. – *Ramito de myosotis*, por Cátulo Mendes; *La perla de Toledo*, por Próspero Merimée; *Marruecos*, por Felipe Rizzo y Almela. Contienen además crónicas políticas, por Emilio Castelar; crónicas literarias, por E. Gómez Baquero; notas bibliográficas, por A. Posada, P. Dorado, J. A. de Velasco, A. Sela y Leopoldo Palacios Marini, y en cada número se inserta al final una lista de obras nuevas publicadas desde el reparto del número anterior. Suscríbese á esta notable revista en Madrid, Cuesta de Santo Domingo, 16.



REDENCIÓN, grupo en yeso de E. Arnau, premiado y adquirido para el Museo Municipal (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

BARCELONA Á LA VISTA. – El conocido editor de esta ciudad D. Antonio López ha publicado con este título un álbum que contiene 16 fotografías inéditas y muy bien reproducidas que representan los principales sitios y monumentos de Barcelona. He aquí el sumario de las mismas: vista panorámica de Barcelona, en la ciudad nueva (vista de la calle de Balmes), Las Salesas, nueva necrópolis, umbráculo del Parque, Frontón Barcelonés, el puerto, coro de la Catedral, escalera del púlpito de la Catedral, cascada del Parque, claustros de San Pablo, calle de Aragón, lago del Parque, vista tomada desde el puente de la sección marítima, plaza de Palacio y los leones del Parque. Dado lo escogido de las fotografías, sacadas por D. Fernando Rus, la bondad de su reproducción, hecha por D. Pedro Bonet, y la baratura de su precio, 30 céntimos en Barcelona y 35 en provincias, comprendemos el éxito que ha tenido este álbum, cuya primera edición se agotó á los pocos días de ponerse á la venta.

***

PANORAMA NACIONAL. – Se ha puesto á la venta el cuaderno 5.º de esta importante publicación que con éxito creciente edita en esta ciudad D. Hermenegildo Miralles. Contiene las vistas siguientes: la Catedral de Palma de Mallorca, la Lonja de Palma de Mallorca, la vista exterior de la Capilla Real de Granada, la Puerta Judiciaria en la Alhambra de Granada, la Puerta del Obispo de la Catedral de Palencia, la Torre del Clavero de Salamanca, comida á bordo de un barco de guerra, vista panorámica de Zaragoza, preparativos de abordaje en un buque de guerra, el Tajo de Ronda, el patio del Palacio del Duque del Infantado en Guadalajara, la montaña de Montserrat vista desde San Jerónimo, el Mirador de Lindaraja en la Alhambra de Granada, el Castillo de Bellver en Palma de Mallorca y la vista de Palma de Mallorca. Cada fotografía, admirablemente reproducida, lleva al pie la correspondiente descripción. Este cuaderno, como los anteriores, véndese al precio de 70 céntimos de peseta.

***

EXPOSICIÓN COLOMBINA DE CHICAGO, por *Rafael Puig y Valls*. – Hemos recibido del Fomento del Trabajo Nacional el tomo que contiene la luminosa memoria redactada por el que fué su representante en la Exposición Universal de Chicago, Sr. Puig y Valls, y que ha sido impreso á expensas de aquella sociedad por acuerdo de su Junta Directiva. Como ya nos ocupamos de esta obra á raíz de su publicación, nos limitamos hoy á felicitar nuevamente á su autor y al Fomento, agradeciendo á éste su envío.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XV — Barcelona 28 de septiembre de 1896 — Núm. 770



COSTUMBRES GRANADINAS.—Los aljibes, dibujo original de Isidoro Marín

SUMARIO



Marte, estatua de José Alcoverro

Tan fácil en concebir como presto en modelar, ha alcanzado el distinguido escultor D. José Alcoverro merecidas recompensas en exposiciones y concursos. Ferviente devoto del clasisismo, no por eso deja de cultivar el género moderno, en el que ha producido obras tan recomendables como la titulada *¡Al Pardo!*, premiada en una de las Exposiciones Nacionales.

La estatua de *Marte*, que damos á conocer á nuestros lectores, hállase dentro del círculo de sus inclinaciones, y aunque modelada con sujeción á las reglas del clasisismo, no produce el cansancio que distingue á las producciones de los seudoclásicos, frías y con ausencia completa de cuanto indica el potente esfuerzo personal del artista.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LEJOS DEL MUNDO

El que padezca ataques de misantropía y no quiera ver gente – entendiendo por *gente* la que conocemos y tratamos, – que se venga á Toledo en esta época del año, y se encontrará como en una Trapa, enriquecida con inagotables magnificencias artísticas. ¡Qué solos quedan los muertos!, diremos recordando á Bécquer. Y muertos son, en realidad, esos edificios calados, bordados y cubiertos de labores; muertos que guardan á otros muertos no menos gloriosos; civilizaciones que acaban en tumbas, como acabó la egipcia, sin duda para demostrarnos por un ejemplo convincente que todo se resuelve en el morir.

Toledo era, hasta hace poco, terror de los viajeros por sus malos hospedajes. Las posadas de Toledo reunían las peores condiciones de estrechez, de incomodidad, de poca policía y hasta de escasez en la comida, que pueden imaginarse. Hoy el capricho de un magnate, el marqués de Castrillo, ha dotado á Toledo de un *hotel* excelente. Verdad que esta excelencia se paga por las setenas. Para Toledo sería más conveniente un hospedaje aceptable y aseado, en condiciones no tan alarmantes para el bolsillo. Tal vez así la gente se acordaría á menudo de que Toledo es á la vez un museo y un relicario, y visitaría con cualquier pretexto la ciudad de los romanos, de los godos, de los árabes, de los reyes, de los emperadores, de los cardenales – de cuanto Dios crió, porque Toledo, como Roma, ha visto florecer y extinguirse cuatro civilizaciones diferentes y hasta antitéticas.

Hoy sólo permanecen las paredes mejor ó peor conservadas. Los actuales moradores de la corte imperial se diría que han vuelto á los tiempos obscuros de Egica y de Recesvinto. Cuando cruzáis las solitarias calles, empedradas de puntiagudos guijarros, una ventana se entreabre, una cabeza curiosa se asoma y se retira hoscamente. A la puerta de las casas, en el inextricable barrio de la Antequeruela, las mujeres, sentadas en silletas bajas, se peinan al sol, y ejecutan en las cabezas de sus hijos la misma operación que, según el romance, ejecutaba Florinda amorosamente en la espesa cabellera del rey que había de perder á España. Una lechigada de chiquillos – no he visto nunca tantos juntos – os sigue y os acosa, os examina con salvaje curiosidad, comenta vuestro traje y vuestra manera de andar, y acaba por pediros, en monótona canturia, un *canquisú* (ignoro qué especie de bicho será, pero me figuro que es el *petit sou* de los mendigos franceses). Y da pena ver á criaturas tan frescas, tan rollizas, tan capaces de inteligencia y de educación, abandonadas así jugando á pordiosear, y demostrando un grado de incultura que asimila las calles de Toledo á las de Tetuán y Tánger. Acordábame yo, mientras me perseguía la bandada de los chiquillos toledanos, de otros niños nacidos en ciudad artística – los de Florencia. – Aquellos muchachos florentinos, dispuestos á servir de *cicerones*, nada piden, pero saben al dedillo lo que puede interesar al viajero. Su frase de admiración es discreta y oportuna; su indicación, útil y provechosa; su acento, al proferir una exclamación admirativa, al nombrar á Dante ó á Donatello, revela un criterio de arte, si no ilustrado, por lo menos justo. En Toledo no habrá granuja que no esté dispuesto á cargar con vuestro saco por dos reales, pero ninguno sabe responder á la pregunta de un extranjero. Se enredan en los pies como animalejos, y sólo sirven de estorbo.

Si exceptuamos la chiquillería, las mujeres que se espulgan al sol ó riegan macetas, y los carreteros y arrieros, en Toledo no se ve más concurso, pues el alegre enjambre de cadetes se circunscribe á la calle del Comercio, y si alguno encontráis por otras calles es seguro que le hallaréis cosido á una reja, pelando la pava. Esta soledad de Toledo tiene su poesía, no hay que negarlo. También suele verse, subiendo las agrias pendientes que del Tajo conducen á la ciudad, una figura que la civilización moderna va haciendo desaparecer en todas partes: la de la moza de cántaro. En Toledo escasea el agua, y la bajada al río es una ocupación cotidiana lo mismo que en tiempos de la *ilustre fregona.*

Grandes apuros pasé, por más señas, queriendo traducir estas dos palabras á unos viajeros franceses con quienes hice conocimiento en el *Hotel de Castilla.* Yo traducía las palabras; pero ¿cómo se les hace comprender la idea? Los franceses, gente en general ilustrada y amable, vienen siempre á España con el propósito de *conocerla* y hasta de *respirarla* y *absorberla* en un santiamén. Se figuran que es una cigarrera ó una maja de fáciles costumbres, que de buenas á primeras abre la puerta á todos. Quieren permanecer en España una semanita, y retirarse pronto á su París – porque el francés no es viajero por naturaleza, – pudiendo decir enfáticamente: «¡Oh, L'Espagne!» Preguntan algo; piensan adivinar mucho; asisten á una corrida de toros; compran dos docenas de fotografías... y ya tienen *su España*, la de su imaginación, en el repertorio. Después escriben – los que escriben – cosas muy raras y muy estrambóticas. Temo que mis amenísimos franceses de Toledo no han de desmentir esta regla. El uno de ellos, novelista y cronista, nos va á retratar Dios sabe cómo (aunque no sin gracia y arte). No acierto á pintar el gran empeño que tenía de ver bailar el fandango. Traté de quitárselo de la cabeza, asegurándole lo que es verdad: que el fandango ya no se baila; que yo soy española y no he visto fandanguear en toda mi vida. Ni por esas: el francés no renunciaba á su *fandango.* Juraba y perjuraba que en San Sebastián había presenciado un *fandango* en toda regla. «Sería un *aurrescu*,» le objetaba yo. «Bueno, es lo mismo,» respondió muy satisfecho, á lo cual nada tuve que replicar.

Debo añadir que estos franceses venían penetrados de respeto y de entusiasmo por el arte español. Su emoción ante la catedral y San Juan de los Reyes fué muy verdadera. Lo que pienso que *no entendieron* (es imposible servirse de otra frase) fué el Greco y su pintura. Estoy convencida de que el Greco se parece á las aceitunas: las primeras veces no gusta, y después no hay manjar más sabroso. Para mí el Greco tiene una condición especial: me vuelve indiferente al mérito de otros pintores sanos, normales y equilibrados. Los que visitan la sacristía de la catedral de Toledo no suelen tener ojos sino para el fresco de Lucas Jordán que cubre la bóveda, y que pasa por obra maestra de su fecundo autor. A mí sólo me atraen los Grecos, sobre todo el *Espolio*, perla inestimable, del más fino y puro oriente. Aquellas cabezas pálidas, de una fuerza de expresión dolorosa, rebosando espíritu, me hacen detestar las rollizas figuras de Jordán, vulgares y bien diseñadas, antipáticas de puro correctas. Una de las cosas que me parecen menos auténticas es la supuesta locura del Greco, demostrada por sus cuadros. Melancólico debió de serlo siempre, eso sí, y basta ver su retrato para cerciorarse de que la tristeza, una especie de terror siniestro y misterioso, envolvía el alma de este excelso artista, cuyos ojos miran de un modo tan particular. La aristocracia del Greco consiste en este sello de melancolía incurable, altanero y sin embargo humilde, con mística humildad. Lo que más me gusta del Greco son sus ángeles. Como los de Goya en los techos de San Antonio de la Florida, los ángeles del Greco son mujeres, pero ¡qué mujeres tan ideales, tan extrañas, tan semejantes á lirios! Sus formas gráciles y ondulosas, castas á fuerza de delicadeza, parecen aún más soñadas por la prolongación de las alas finas y palpitantes. Los ángeles de otros pintores, aun los de Murillo, y lo digo con valor, no son, al lado de los del Greco, sino materia, cuerpos humanos muy bien pintados, niños bonitos agrupados hábilmente, pero que se disponen á echar á correr si ven un juguete ó un cucurucho de dulces. Los ángeles del Greco son criaturas sobrehumanas. Este pintor único heredó el sentimiento vehemente de los primitivos y se anticipó al castizo realismo de Velázquez. La flor de la pintura española es el Greco, aunque Velázquez sea su tronco robusto.

Aun cuando no existe relación positiva entre el genio del Greco y algunas leyendas toledanas de las más poéticas, yo me complazco en imaginar lo que serían estas leyendas interpretadas por aquel artista tan original, tan enemigo del convencionalismo religioso. Siento que el Greco no nos dejase una *Santa Casilda.* ¿Habéis olvidado ya quién fué Santa Casilda? Nada menos que la hija del rey moro de Toledo Alimenón, tantas veces ensalzado en los romances; porque en efecto reunía el infiel la caballerosidad á la tolerancia, y la cortesía á la más exquisita cultura. Sin embargo, como la época en que reinó Alimenón no era nuestra blanda época actual, los cautivos cristianos de Toledo se pudrían en unas mazmorras fétidas y tenebrosas, sin más sustento que un negro pan y un cántaro de agua descompuesta y tibia. Casilda no pudo resistir tal espectáculo, y por secretas escaleras y pasadizos se acostumbró á bajar á las cárceles llevando refrescos y viandas á los presos. Ellos le hablaban de sus creencias, de su Dios crucificado, de *Lela Marien*, la dulce madre de todos los hombres, y Casilda escuchaba juntando las manos, abismados sus grandes ojos negros en un extático transporte. Un día, al bajar á los calabozos con la falda atestada de comida para los cautivos, Casilda se encontró á su padre, el poderoso Alimenón, que alarmado por sospechas y delaciones, la preguntaba severamente qué llevaba en el regazo. Casilda sonrió. «Son flores,» dijo abriendo la mano y extendiendo la tela recamada de plata. Una fragancia exquisita se derramó por el ambiente, y Alimenón vió con sus mismos ojos una cosecha de rosas, blancas como la aurora, rojas como los labios de la doncella, sonrosadas como sus mejillas, todas frescas, recién cortadas, salpicadas del aljófar del rocío que bañaba los jardines del palacio real y de las vegas de Toledo.

Alimenón no era un padre feroz, como el de la gloriosa Santa Bárbara. No persiguió á su hija; la dejó que siguiese cogiendo aquellas rosas divinas de caridad y de entusiasmo. Hasta permitió que algún tiempo después, molestada por grave enfermedad, flujos de sangre, buscase la curación en un viaje á tierra de cristianos, bañándose en un lago bendito cuyas aguas tenían la virtud de sanar el cuerpo y el alma. Casilda regresó á Toledo curada y bautizada, y resuelta á acabar sus días en la penitencia y el retiro. Por una celdilla en sitio agreste, dejó Casilda, la infanta mora, su camarín alicatado y bordado de versículos del Corán, su baño de alabastro donde las esclavas negras derramaban esencias de Alejandría, sus trajes de gasa salpicados de perlas, la música de las guzlas y el brioso y guerrero eco de los añafiles, que animaban á batallar contra el cristiano á los gallardos jinetes africanos de la guardia de Alimenón. La conquista del alma de Casilda fué anuncio profético de la de Toledo. Muerto Alimenón, Alfonso VI, *el de la mano horadada*, entró victorioso por la elegante puerta del arco de herradura, llamada «Antigua de Bisagra,» y al pie de la cual me gustaría ver crecer algunos rosales, en memoria de Santa Casilda.

Emilia Pardo Bazán



SANTA TERESA EN ÉXTASIS

24 de septiembre de 1646

Célebre bajo relieve en mármol, obra de Bernini, existente en la iglesia de Santa María de la Victoria en Roma

Juan Lorenzo Bernini, el *caballero Bernin*, como le llamaban en Francia, es una figura artística de tal relieve, que seguramente no habrá nadie que ignore su nombre. Fué uno de los grandes genios que florecieron en Italia, cuando ya parecía haberse iniciado la decadencia artística en la tierra de donde surgieran los más grandes que contó el Arte de la Edad Moderna. Bernini era escultor, pintor y arquitecto. A los ocho ó diez años de edad fué llevado á la presencia del papa Paulo V por el cardenal Barberini, y allí, delante de Su Santidad, dice Passavant, dibujó en media hora una figura de San Pablo, haciendo exclamar al Pontífice: «Cuidad de los estudios de este niño, pues yo creo que será otro Miguel Angel.»

A los veintiséis años de edad y por encargo de su protector Barberini, entonces ya Urbano VIII, traza y construye el enorme baldaquino de la iglesia de San Pedro de Roma; baldaquino de bronce dorado y que mide muy cerca de veintinueve metros de altura. Seguidamente esculpe cuatro colosales estatuas, también para la basílica dicha, y otras varias obras; y como se grietase parte de la gran obra de Miguel Angel, por causa de los sepulcros que Bernini construyera en San Pedro, en las cuatro columnas que sostienen la cúpula, sus enemigos le acusaron de inepto. A tal acusación contestó levantando el celebérrimo palacio Barberini, obra bellísima, de orden dórico y que posee la más elegante y famosa de las escaleras monumentales que se conocen. Muerto su protector, sus enemigos lograron que Inocencio X le retirase su confianza, haciendo demoler uno de los «campaniles» que había proyectado y medio terminado en la fachada de San Pedro. El carácter enérgico de Bernini supo imponerse á la desgracia; traza los diseños de la famosa capilla *Cornari* y esculpe el famoso bajo relieve que hoy conmemoro en esta *efemêride*, así como el sepulcro de Urbano VIII, que por entonces hubieron de considerarlo las gentes como rival del del papa Médicis, obra de Miguel Angel.

Titúlase, como dejo dicho, el famoso bajo relieve del cual me ocupo *Santa Teresa en êxtasis;* pero por la composición del grupo, lo que Bernini quiso representar fué la *Transverberación*. Debióse inspirar el genial artista en el relato que la mística doctora de Ávila hace de ese transporte, durante el cual parecíale ver á un serafín, armado con una flecha de oro, atravesándole las entrañas y haciéndole sentir, al propio tiempo que un gran dolor, un placer sin igual.

Bernini representó ese momento sobrenatural de la vida de la Santa Teresa del modo siguiente: Un ángel, armado con una flecha – símbolo del amor, – aparece en actitud de ir á atravesar el corazón á la extática; á ésta, medio arrodillada y echados hacia atrás el cuerpo y la cabeza, con un movimiento de laxitud grande, vésela sostenida por nubes; otros dos ángeles cercan á la Santa, y en sus actitudes y en sus rostros se mira una sonrisa de inmensa é íntima satisfacción por la prueba de amor que el Divino Esposo concede á su elegida.

Como puede observarse, Bernini se sujetó bastante fielmente al relato que hizo la santa de Ávila. «Jamás – dice Hipólito Taine en su libro *Viaje por Italia* (Roma, Nápoles, etc.) – se ha hecho un idilio tan seductor y tan tierno.» El célebre filósofo y crítico de arte miraba esta obra, haciendo abstracción completa del ideal cristiano; en cambio, otros críticos la han censurado y la censuran como verdadero desacierto de un genio que no supo encontrar el más pequeño rasgo, la más pequeña nota de idealismo, para apartar en lo posible del sentimiento de voluptuosidad que inspira la actitud de la santa á cuantos contemplan esta obra de arte.

Es indudable que Bernini no sentía, que jamás sintiera el arte místico; no marchaban entonces ya las corrientes estéticas de ningún país, excepción hecha de España, por aquel camino; y digo que con excepción de España, por no meterme ahora en disquisiciones críticas y aceptando el general criterio que respecto del particular aún está en predicamento, á pesar de lo probado en contrario por Menéndez y Pelayo en su famosa obra *Historia de las ideas estéticas*. Y teniendo en cuenta que el artista, aun cuando sea un genio, como indudablemente fué Bernini, no puede sustraerse al ambiente que le rodea, y que la obra de arte no es una producción aislada, sino la resultante de las aspiraciones, sentimientos é ideales del tiempo en que se realiza, ideales, aspiraciones y sentimientos que exterioriza el artista por medio de la forma, no puede censurarse tan duramente como lo hace, entre varios, Quatremere de Quincy, el bajo relieve *Santa Teresa en éxtasis*.

Santa Teresa misma, ó por mejor decir, uno de los escritores místicos cuyos libros rebosan más realismo, por no decir naturalismo, es la excelsa autora de *Las Moradas*. Los relatos de sus éxtasis están hechos, algunos de ellos, con una fuerza pasional tan grande, que es menester en quien los lea una compenetración espiritual inmensa, del tiempo y de la persona, para poder medir la ética de aquella metafísica de un sublime amor divino, si no quiere caer de bruces en el materialismo más grosero. La santa relata sus ardientes deseos de amor, valiéndose de frases y conceptos que para expresar ese sentimiento se vale el humano desde que el mundo es mundo; y no solamente describe en estilo de un realismo no superado sus ansias, sino también las sensaciones. Otro místico coetáneo de Santa Teresa y grande amigo de ésta, San Juan de la Cruz, tipo psicológica y físicamente distinto por completo del de aquélla, idealista hasta el delirio, concluye la célebre poesía que comienza: «Pastores, los que fuerdes – allá por las majadas al Otero» – en la que pinta á la esposa en busca del esposo – diciendo que «subirán á las escondidas cavernas de los montes á gustar el mosto de las granadas y que después *(tú, vida mía) me darás aquello que me diste el otro día;*» esto es, la dicha del éxtasis, de la visión sobrenatural, del anticipado goce de la vista de Jesucristo.

¿Cómo, pues, teniendo esto en cuenta, había de poder sobreponerse Bernini á medio ambiente esté-



Retrato de COROT en 1853

tico tan realista, sin caer en lo exótico entonces, como eran para aquellos tiempos los artistas del siglo XIV, los *quatrocentiste*?

De voluptuosa acusan la figura de Santa Teresa de la inmortal obra de Bernini: veamos un medio, una fórmula para expresar dentro de la verdad aquel desfallecimiento de amoroso placer de que la propia Santa nos habla: hasta el presente no se ha encontrado más fórmula para la expresión de la verdad que la verdad misma. ¡Oh! Digan lo que quieran los críticos de hace veinticinco ó treinta años, el gran artista, que no fué el padre del barroquismo italiano, ni mucho menos, pues tal paternidad bien puede achacarse á los discípulos de Miguel Angel, y aun á este genio sin igual también, esculpió una obra maestra. Pues el motivo era altamente pasional, pasional debía ser su representación plástica.

Mas á pesar de lo dicho, la cabeza de la doctora de Ávila, sentida y adivinada por Bernini, puede considerarse como un prodigio, no tan sólo del arte escultórico, sino de expresión espiritual. Seguramente cuantos artistas lean esta *efeméride* habrán copiado, como yo lo hice en mi aprendizaje del dibujo, la reproducción en yeso de la *mascarilla de Santa Teresa;* y como yo también, habrán podido apreciar detenidamente cómo se revelan en aquellas facciones de líneas de exquisita corrección el espasmo amoroso, la laxitud de uno de esos momentos en los cuales la voluntad se anula, y al propio tiempo la firmeza ascética de aquel rostro enérgico y severo.

***

Como obra del cincel, *Santa Teresa en éxtasis* es una maravilla. Todas las excepcionales condiciones que Bernini poseía como escultor, allí están reveladas. Las carnes se miran tratadas con una blandura encantadora; la *factura* es prodigiosa, las telas son de seda y de estopa gruesa y de lino; cada detalle está tratado especialmente; no es el golpe del cincel el mismo para una cosa que para otra.

No, no desconocía el célebre napolitano la escultura clásica, como supone Quatremere de Quincy; no la desconocía, porque sería tanto como suponerle ciego en medio de las bellezas que de la antigüedad atesoraba ya Roma entonces y que habían ido arrancando del olvido y desenterrando larga serie de Papas, ni á un arquitecto que «no alteró jamás las formas arquitectónicas» puede suponérsele conocedor de éstas y desconocedor de las de la escultura, y siendo como era Bernini pintor, escultor y arquitecto. Al barroquismo le sucede – hoy ya no, pero le ha sucedido – lo que al diablo; que todas cuantas maldades ejecutaron y ejecutan los humanos se achacan á éste; así, cuantas atrocidades, cuantos dislates, cuantos ataques al sentido común y por ende al sentido estético cometió la *turbamulta* de ignorados artistas ó de mediocres seguidores del camino trazado por genios como Bernini, se achacan al barroquismo. Agréguese á esto que el buen gusto, no ya en los últimos años del pasado siglo, sino en los medios de éste, aparecía tan restringido, tan escolástico, que fué necesaria la aparición de personalidades como la de Taine, para que el arte pudiese ser apreciado en todas sus manifestaciones sin prejuicios de ningún género.

R. BALSA DE LA VEGA

COROT

De un notable artículo que en una revista francesa ha publicado hace poco Arsenio Alexandre á propósito del centenario del nacimiento del gran pintor Corot, que ha de celebrarse en breve, extractamos los siguientes datos biográficos y críticos que servirán de explicación á los grabados que publicamos en esta y en la siguiente página, reproducciones de las principales obras del eminente artista, gloria del arte francés.

Corot nació en 1796, y su padre, aunque quiso hacerle comerciante, hubo al fin de ceder á las aficiones artísticas de su hijo, el cual comenzó á dedicarse seriamente al arte á la edad de veinticuatro años. En 1822 trabó amistad con Michalon y á poco entró en el estudio de Berlín, aprendiendo con ambos, de una parte un dibujo serio y de otra un arte convencional. Esta mezcla de algo bueno con algo malo hubiera podido ser funesta para Corot, si éste en 1855 no se hubiese decidido á trasladarse á Italia: una vez allí abandonó por completo el género histórico; la sencillez de aquel país amoldábase admirablemente á la sencillez de sus inclinaciones. En Italia tuvo Corot la visión definitiva de la armonía que presidió en toda su obra, y desde entonces hasta 1840 todos sus esfuerzos tendieron expresar esta armonía en toda su pureza y amplitud.

En 1827 envió al Salón la *Campiña de Roma* y la *Vista de Narni;* en 1830 hizo una excursión por Francia; en 1834 volvió á Italia recorriendo principalmente la Toscana y Venecia, y en 1836 visitó de nuevo su patria y Suiza. En los años siguientes y á una edad en que para muchos se inicia el ocaso, produjo su pincel algunas de sus más importantes obras; así en 1841 expuso su *Demócrito entre los abderitanos*, en 1844 su *Incendio de Sodoma*, en 1847 el *Pastor jugando con su cabra*, y finalmente en 1851 su admirable *Danza de las ninfas*, cuadro en el cual preséntase Corot en la plenitud de su talento.

En 1846 fué nombrado caballero de la Legión de Honor: por aquella época, los verdaderos inteligentes teníanle ya en alta estima; pero sus cuadros no se vendían y su familia no hacía el menor caso de un talento en el cual, en primer lugar, no creía, y que, por otra parte, no se traducía en especies. Los artistas, á su vez, atacaban aquel género de pintura, y la masa del público hacía ruda guerra á aquella escuela que no comprendía y que resultaba sobradamente delicada para su paladar estragado: Corot permanecía insensible á todas estas censuras, y sin preocuparse de ellas proseguía el camino que desde un principio se trazara: en cierta ocasión en que le explicaban las teorías de Courbet, que entonces comenzaba á darse á conocer, después de haber escuchado atentamente las ideas del pintor revolucionario, exclamó con su aire bonachón: «Todo esto está muy bien, pero no me impedirá ir á buscar una ninfa en el bosque de Ville d'Avray.» Esta frase sintetiza su credo artístico.

Después de varias excursiones por el Norte de Francia, Bretaña, Normandía é Inglaterra, visitó en 1854 Holanda, terminando con este la serie de sus viajes de cierta importancia para dedicarse desde entonces á su arte en su apacible residencia.

Corot pintaba de memoria, por decirlo así, hasta cuando pintaba en medio de la naturaleza. A propósito de esto decía Delacroix: «Corot ahonda en un asunto; las ideas acuden á su mente y él las amplía y aumenta trabajando; este es el buen procedimiento.» Un hecho aclara de una manera graciosa lo que este análisis pudiera tener de abstracto: cierto día Corot estaba instalado en su caballete en Ville-d'Avray, cuando acertó á pasar uno de sus vecinos, el cual examinó el lienzo, miró á su alrededor, volvió á contemplar el cuadro, y no pudiendo contenerse exclamó al fin: «Dispénseme, Sr. Corot, pero no veo el sitio que está usted copiando.» A lo cual respondió dulcemente el pintor: «Es que lo que en este momento estoy haciendo no es de aquí.» El tal vecino no era artista; pero muchos artistas, reputados como tales, indudablemente hubieran experimentado la misma extrañeza que él experimentó.

La razón de esto está en que todas las operaciones que implica la palabra *interpretación* son absolutamente desconocidas, son letra muerta para la mayoría de los artistas: Corot era sujetivo y ellos son objetivos. Los términos de este enunciado pecan de abstractos, pero el mecanismo del proceso es sumamente claro. Primer grado: notas, documentos exactos fielmente tomados del natural, es decir, detalles que se consignan en el álbum de apuntes, dibujos sueltos, como por ejemplo hojas de árbol minuciosamente ejecutadas. Segundo grado: estudios del natural, pero hechos ya con el sentimiento que interpreta, prepara la creación verdadera y anuncia la transformación. Tercero y último grado: el trabajo en el taller con auxilio de esos documentos, trabajo personal y poético en la acepción más perfecta de estas palabras, es decir, trabajo creador.

Como hemos dicho, algunos críticos fueron severos para Corot; pero no faltaron otros, aunque en escaso número, que, á riesgo de pasar entonces por locos, le admiraron, y hubo también aficionados que, desafiando las burlas de sus parientes y amigos, adquirieron varios de aquellos lienzos, y hasta especuladores que los compraron á todo evento, por aquello de que quizás algún día valdrían más, como se compra un campo por donde algún día tal vez pase un ferrocarril.

Los censores de aquel gran pintor decían por todo fundamento de sus críticas que sus cuadros no estaban acabados; ahora en cambio cuando se coloca uno de sus lienzos al lado de alguna de esas pinturas que se llaman acabadas, ó sea puerilmente detalladas y laminadas, ésta aparece completamente falsa, y en cambio aquel *esbozo*, como se le llamaba, es un trozo de la naturaleza en toda su opulencia y en toda la diafanidad de su atmósfera. Esto no supieron verlo



PAISAJE DE BRETAÑA, cuadro de Corot



DANZA EN EL BOSQUE, cuadro de Corot

los inteligentes del tiempo de Corot; hoy lo ve todo el mundo; y como sus cuadros son caros, no hay nadie que actualmente no se crea obligado á admirarlos.

En 1874, cuando los jurados del Salón decretaron que no se le debía otorgar la medalla de honor, sus amigos y admiradores le concedieron una, organizando con este motivo una fiesta solemne. El gran maestro, ya muy enfermo, apoyado en el brazo de un amigo, dió una vuelta por aquella sala en donde se habían congregado tantas eminencias, y cuando algunos de los concurrentes le preguntaron por el estado de su salud, contestó con una sonrisa muy significativa: «Esta noche me encuentro mejor.»

Al año siguiente murió. Poco antes de su muerte había enviado 10.000 francos á la viuda de Millet y regalado á Daumier su casita de Valmondois. Gustábale practicar el bien en todas sus formas, y si distribuía numerosas limosnas y prestaba socorros también prodigaba beneficios aún más inapreciables: los que padecían sufrimientos morales recobraban á su lado la calma, cautivados por su dulzura y por la esperanza que con sus persuasivas palabras y consejos sabía infundir continuamente en sus corazones. – X.

LA LANCHA DEL ESTANQUE (Ville-d'Avray), cuadro de Corot

EL CRISTO DE SAN SEBASTIAN

Este Santo Cristo, que comparte la devoción de los madrileños con las Vírgenes de Atocha y de la Paloma y con San Isidro y San Bruno, es seguramente una efigie notable, no precisamente por su mérito escultórico, que no pasa de mediano; pero sí por los hechos en que ha intervenido, á veces milagrosamente y á veces, quizá, por descuido de los que cuidan de su culto y de su imagen. Se venera en una espaciosa capilla de la parroquia de San Sebastián. Esta parroquia es también de las que tienen más saliente en Madrid, por lo bien situada y rica y por la ostentación de sus cultos. Es la predilecta de artistas, actores y músicos, y á ella están anexas varias anécdotas, entre las cuales tuvo singular resonancia á principios del siglo la profanación del cementerio que entonces había en el atrio que da á la calle de las Huertas; profanación llevada á cabo por el coronel D. José Cadalso, que desenterró á una muerta amada, inspirándose en este desmán para escribir después sus famosas *Noches lúgubres*.

Nada de lo que voy diciendo es nuevo para los madrileños, pero lo consigno por si me lee alguien que no lo sea.

El Cristo de San Sebastián ha sufrido varias caídas: no parece sino que los encargados de manejar su efigie desean prolongar en esta la pasión que el Divino Redentor sufrió en la vida de la carne. Hace años, el Santo Cristo era uno de los *pasos* que sacaban en procesión en la del Viernes Santo. Era patrón del cuerpo de guardias de la Real Persona, ó seanse guardias de Corps, y esta milicia palatina paseaba en andas la santa imagen por las calles de la capital el susodicho día de Viernes Santo. Pues bien: en una ocasión, los dependientes de la iglesia dejaron caer al Cristo al descenderle del altar, y otro año, los guardias de Corps dejáronle también caer de las andas en que le conducían en procesión, por lo cual el populacho de Madrid se indignó mucho entonces contra *los mequetrefes*, que más parecían damiselas que militares.

Otro suceso, acaecido poco más ó menos en la misma época, dió asimismo motivo para que se hablara mucho del Cristo de San Sebastián: hallábase en Madrid el Príncipe Maximiliano de Sajonia, padre de la segunda esposa del rey D. Fernando VII, y aquel buen señor hízose popular por sus excentricidades, algunas de las que tenían su razón de ser. Corría el año de 1823, excepcional en Madrid por el frío, y sin embargo, el príncipe extranjero andaba á cuerpo por todas partes, con el sombrero en la mano, y especialmente por las afueras, como si se ahogara dentro de la población. Habíase hecho arreglar una habitación decente en una pieza de una casilla de la ribera del río, y allí tomaba chocolate todas las tardes, por supuesto con las ventanas abiertas. El terrible clima invernal de la corte de España parecía *sofocante* á aquel buen señor del Norte. Un día entró á rezar (porque era muy cristiano) en la capilla del Cristo de San Sebastián, y al salir de la iglesia notó que le habían cortado uno de los faldones de la casaca, en la que llevaba una caja de oro de guardar tabaco rapé. Sintiólo mucho por ser regalo del emperador de Rusia. Se puso en juego la escasa policía de aquel tiempo, pero la caja no parecía. ¡Cuál sería, pues, su asombro al encontrársela una noche en la mesa de su aposento en el Palacio Real! Pidió explicaciones, pero nadie pudo dárselas referentes á aquella restitución. Díjose por entonces que había sido un milagro del Cristo; pero no es de suponer que el Divino Señor descendiera á esta pequeñez; por lo cual es lo más probable, como también se dijo entonces, que fuera una broma del rey D. Fernando, que era muy *guasón*.

El milagro auténtico, innegable, de la santa efigie de la parroquia de San Sebastián es el que voy á referir.

El comandante de reemplazo D. Justo Marín, que ascendió á coronel en la época de la revolución de septiembre y que ha muerto siete años ha, era una bellísima persona, pero tenía el tremendo vicio del juego. Amaba entrañablemente á su mujer y á sus tres hijos, y en todo era tan razonable y justo como su nombre. El juego le trastornaba la cabeza, haciéndole olvidar lo divino y lo humano. Pasábanse en su casa mil apuros, y no obstante, una parte y no pequeña del escaso peculio que podía proporcionarse naufragaba en el tapete verde. En una ocasión hallábase la familia muy apurada, si bien con alientos de esperanza, porque la señora de Marín era por mitad propietaria de una casa en Burgos, y su hermano, que residía en esta ciudad, andaba haciendo gestiones para vender la finca. Cada carta que traía el correo aportaba una esperanza ó un desengaño á la familia de Marín. Había compradores de la casa, pero poco razonables: por fin uno ofreció un precio aceptable, y entrambos hermanos propietarios decidieron vendérsela.

Inútil es decir los cálculos y proyectos que se hacían en la familia de Marín para cuando recibieran el producto de la venta. Se pagaría al magnánimo casero que había sufrido que se le debieran cuatro meses; se proveerían de ropas interiores y exterior, pues todos hallábanse punto menos que desnudos; se compraría una máquina Singer para que en épocas de estrechez cundiera más la labor de costura, etc., etc. Marín, en su fuero interno, abrigaba además otro proyecto: pro-



LA CARRETA, cuadro de Corot

poníase ser juicioso en lo sucesivo; pero destinar cien duros, sólo cien duros, para hacer *una metida* en el juego. El producto de la venta de la casa ascendía á diez mil pesetas, y con la mitad de esta cantidad, que correspondía á la señora de Marín, bien podía atenderse á todas aquellas cosas.

Llegó de Burgos la letra de giro de las cinco mil pesetas. Con la emoción, hizo daño el desayuno á la familia del comandante; pero éste pronto se repuso. Vistióse al desgaire, se embozó en la capa y salió á cobrar la letra á una casa-banca de la calle de Alcalá. Cobróla y..., ¡vean ustedes lo que son las añagazas de la suerte! La dicha casa de giro está dos puertas más arriba que la *partida* de B..., adonde solía concurrir Marín, así fué que éste tuvo que pasar por la puerta casi forzosamente. Paróse junto á ella, y hubo en su ánimo una breve lucha Su familia estaría esperándole con ansia, mas casi al propio tiempo

Entróse en la iglesia de San Sebastián, que estaba próxima; se dirigió á la capilla del Cristo y se postró ante la santa imagen.

El temprano anochecer de una tarde de invierno y la opaca luz de una sola lampara encendida llenaban de penumbra el sagrado recinto.

Estaban restaurando la iglesia, y oíanse golpes de albañiles, especialmente detrás de la pared en donde está colocada la efigie del Cristo.

Pero el comandante Marín no se fijó ni en la obscuridad ni en los golpes. Postrado, como se ha dicho, á los pies de la santa imagen, con lágrimas en los ojos y con voz entrecortada por sollozos, comenzó á proferir una oración conmovedora, por más que no esté incluída entre las del ritual. Habló al Divino Señor de sus angustias, de su arrepentimiento y propósitos de enmienda; trazó un cuadro desgarrador de sus miserias de familia, y terminó diciendo: «¡Señor,

Los que oían por primera vez este singular relato del comandante Marín solían preguntarle:

–¿Y el bolsillo del Cristo?

–¿Qué sé yo? – contestaba. – Probablemente se quedaría con él algún acólito ó albañil de los que debieron acudir á la doble caída de la efigie y de la mía: hasta algunos días después, yo no me dí cuenta de mi persona...

Aun cuando Marín juraba y perjuraba que el milagro fué verdad, yo creo que no le hubo. A aquel encarnizado jugador le sucedió lo que á todos los poseídos de pasiones excitadas: *vió visiones*.

Es más: aun cuando los sucesos no son remotos, pues aún existen supervivientes de aquella época, tampoco creo en las repetidas caídas del Santo Cristo de San Sebastián.

F. MORENO GODINO



LA BOTADURA DEL «CRISTÓBAL COLÓN» EN GÉNOVA. – EL CRUCERO DESLIZÁNDOSE POR EL VARADERO DE SESTRI PONENTE (de fotografía instantánea)

le parecía oir el ruido metálico de las *puestas* de la partida de arriba. «¡Bah! – pensó. – ¿No me había propuesto destinar quinientas pesetas á probar fortuna? ¿Pues qué más da antes que después?»

Subió, jugó, tuvo alzas y bajas en el juego, se le fué el santo al cielo, y todo su dinero, las cinco mil pesetas que acababa de cobrar, pasaron á la *banca* del que estaba tallando.

Salió á la calle... ¡Figúrense ustedes cómo saldría!; como salen al anillo los toros de Concha Sierra, violento y furioso, y como no hubo nadie que le parase los pies, comenzó á andar al acaso precipitadamente, hablando solo é increpándose á sí propio con los más terribles improperios:

«¡Bestia, pillo, ladrón, monstruo!»

La retahila clásica de los que cegados por sus pasiones cometen algún exceso; lo cual no obsta para que cometan otros en lo sucesivo.

De repente se le ocurrió una idea luminosa y sencilla para quien, como él, era excelente cristiano (magüer sus ideas avanzadas en política) y estaba poseído de tan grande excitación.

no por mí, que soy un malvado, sino por mi santa mujer y mis inocentes hijos, te ruego humildemente que los salves, restituyéndome la cantidad que acabo de perder! ¡Hazlo, Señor, en memoria de tu pasión, en obsequio á tu piadosísima madre, y desde hoy en adelante consagraré mi vida á besar tus sacratísimos pies!. »

Entonces el Cristo.., pero dejo hablar á Marín, que varias veces nos ha repetido á sus íntimos el maravilloso suceso, por lo cual yo le califiqué antes de milagro innegable. «Entonces el Cristo desprendió el brazo derecho, que tenía clavado á la cruz... No me cabe duda de esto; pues aunque sí muy conmovido, yo no estaba en aquel momento ni loco ni borracho. Vi claramente, con entera percepción, el brazo que se separaba de la cruz, y la mano de la divina efigie que sostenía un bolsillo verde de los llamados de alforja, con anillas doradas... Vi que el brazo se doblaba, inclinándose hacia mí; pero no pude ver más, porque sentí un violento golpe, no sólo en la cabeza, sino que también en todo el cuerpo, y caí sin sentido al suelo.»

LA BOTADURA DEL CRISTÓBAL COLÓN

EN GÉNOVA

La botadura del crucero *Cristóbal Colón*, adquirido por nuestro gobierno en los arsenales que en Génova tiene la casa G. Ansaldo y compañía, ha revestido carácter de gran solemnidad y ha sido un acto de grandísima importancia, no por lo que es en sí, que al fin y al cabo no es un suceso excepcional la adquisición de un buque de guerra, sino porque parece como que este hecho haya de ser el comienzo de una nueva era para nuestra marina de guerra, la primera piedra para la obra de la regeneración de nuestro poderío naval.

Otra circunstancia ha contribuído á dar excepcionales proporciones á este acontecimiento, la invitación que la prensa genovesa ha dirigido á la española para asistir á la botadura y las demostraciones de cariño y simpatía que el pueblo italiano ha prodigado á nuestros periodistas, los cuales se han visto en todas partes agasajados y atendidos con fraternal solicitud y regia esplendidez y aclamados con entusias-



LA BOTADURA DEL «CRISTÓBAL COLÓN». – EL CRUCERO EN EL MOMENTO DE ENTRAR EN EL MAR (de fotografía)

mo dondequiera que se han presentado. En ellos saludaba Italia á la nación hermana, á la nación noble y altiva que, reproduciendo las más gloriosas páginas de su gloriosísima historia, redobla sus energías en la proporción en que crecen sus desdichas, muéstrase más serena cuanto mayores peligros la amenazan, y fiada en su derecho cuando de la lucha por su honor se trata, ni se arredra ante las dificultades más graves, ni repara en los sacrificios más cruentos.

Pero dejemos á un lado estas consideraciones y ocupémonos del acto de la botadura del crucero que en tres de sus diversas fases reproducen los grabados que en esta y en la anterior página publicamos y que se verificó en la mañana del día 16 de los corrientes.

Desde las primeras horas de aquel día notábase en las calles de Génova animación extraordinaria; la población casi en masa dirigíase á la cercana villa de Sestri Ponente, en donde están los astilleros de la casa Ansaldo y adonde poco antes de las diez llegó el tren especial que conducía á la comitiva oficial, que fué recibida á los acordes de la marcha real española y del himno de Riego. Las tribunas, llenas de gente, ofrecían un aspecto brillante; en la oficial tomaron asiento el embajador de España, señor conde de Benomar, de gran uniforme y acompañado de su señora que en nombre de S. M. la Reina Regente debía apadrinar el acto de la botadura; el secretario de la embajada Sr. Ossorio; el arzobispo de Génova; el almirante Candiani, en representación del gobierno de Italia; el almirante Buttler, en representación del ministro de Marina de España; el cuerpo consular; los ayuntamientos de Génova, de Sestri Ponente y de Sampierdarena; la Audiencia en pleno; el claustro universitario, y representaciones de la aristocracia, del comercio y de la industria de Génova.

Delante del varadero estaban anclados los buques de guerra italianos *María Pía*, *Garibaldi*, *Duilio* y *Euridice*, mandados por el ministro de Marina de Italia, almirante Brin.

A las diez empezó la misa, que celebró el arzobispo de Génova en una capilla dispuesta junto á la proa del *Cristóbal Colón*, y terminado el santo sacrificio comenzaron los preparativos para la botadura bajo la dirección del Sr. Ciglioni, ingeniero de los arsenales, quien con una bandera que en la mano llevaba iba indicando el orden con que habían de caer los puntales que sostenían el buque. La señora condesa de Benomar tiró de un cordón de seda y arrojó contra el casco del crucero una botella de champagne, y acto seguido los obreros rompieron á hachazos las amarras de retención, empezando el barco, en el que ondeaban las banderas española, italiana y genovesa y la particular de la casa Ansaldo, á deslizarse por las gradas del varadero y penetrando majestuosamente en el mar.

El entusiasmo que en aquel momento se produjo fué indescriptible, y mientras las músicas dejaban oir los majestuosos acordes de las marchas reales italiana y española, millares de voces atronaban los aires con incesantes vivas á Italia y á España. Fué un espectáculo imponente digno de la significación del acto que se acababa de verificar.

El *Cristóbal Colón* fué inmediatamente remolcado á Génova, acompañado por multitud de embarcaciones empavesadas, mientras los invitados en número de más de mil se dirigían á Sampierdarena, en donde fueron obsequiados por la casa Ansaldo con un magnífico banquete á cuyo final pronunciáronse entusiastas brindis por la prosperidad de Italia y de España, por los reyes de ambos Estados y por la unión y concordia de los dos pueblos.

Tal fué, descrita á grandes rasgos, aquella memorable fiesta á la cual habían precedido y siguieron otras muchas, si no tan solemnes no menos agradables, con que en Génova, en Florencia y en Roma han sido obsequiados nuestros periodistas.

El *Cristóbal Colón* tiene 100 metros de eslora, 18'20 de manga y 7'10 de inmersión media: su coraza de acero pesará unas 3.000 toneladas. Estará protegido por un puente protector que correrá de popa á proa, compuesto de diez láminas cuyo espesor total variará entre 22 y 37 milímetros y defenderá especialmente las partes vitales del buque, los depósitos de agua dulce, de vino, de carbón y de cadenas para la maniobra. Sobre este puente habrá la cubierta y el puente de correderas. Completará la protección del buque una cintura acorazada externa de un espesor máximo de 15 centímetros.

Las máquinas del *Cristóbal Colón* serán dobles, de triple expansión y verticales, estarán colocadas en departamentos separados y cada una moverá una de las hélices. Los condensadores serán de metal Delta y los tubos refrigerantes horizontales y de latón. El vapor se condensará en el exterior de los tubos y la superficie de cada condensador será de cerca de 680 metros cuadrados. Las dos bombas de achique tendrán una potencia capaz de arrojar 1.000 toneladas de agua por hora y serán del tipo centrífugo y movidas por motores aislados con una velocidad rotativa de 100 vueltas por minuto.

El peso total de las máquinas, calderas, piezas de recambio y demás accesorios no pasará de 1.000 toneladas, comprendiendo el peso del agua. La propulsión se verificará por dos hélices de metal Delta de 4'876 metros de diámetro. Las cenizas de los hogares de las calderas serán aspiradas por tubos de cristal que las arrojarán al agua.

Las carboneras principales estarán á derecha é izquierda de las calderas y las de repuesto podrán contener 400 toneladas de carbón.

El crucero llevará tres lanchas de vapor insumergibles, cuatro canoas, un yate y un lanchón y todas estas embarcaciones se izarán á bordo por fuerza de vapor.

Los dos destiladores de que irá provisto el buque podrán producir 50.000 litros de agua en 24 horas. Las despensas contendrán víveres para tres meses.

La iluminación del barco será eléctrica, y para ver á distancia estará aquél dotado de cinco proyectores de gran potencia.

El armamento del *Cristóbal Colón* consistirá probablemente en dos cañones de 225 milímetros de calibre, de 80 toneladas de peso, que serán emplazados en las dos torres acorazadas; seis cañones de 120 milímetros y 5'800 toneladas, puestos sobre cubierta, á tres por banda; diez cañones de 152 milímetros y 12 toneladas, situados en batería en el reducto central, cinco á babor y cinco á estribor; dos cañones de 75 milímetros para apoyar á la infantería de marina en los desembarcos, diez cañones de tiro rápido de 57 milímetros y 1.043 kilogramos de peso, diez de 35 milímetros y 158 kilogramos y algunas ametralladoras Maxim.

Toda la artillería será de gran alcance y vasto campo de tiro.

El nuevo crucero español reunirá, como se ve, todos los modernos adelantos que hoy se consideran indispensables en los barcos de guerra: su construcción perfecta, la rapidez con que ha sido construído (la quilla del *Cristóbol Colón* fué puesta en 1895) y el éxito por todo extremo satisfactorio del acto de la botadura, son las mejores pruebas de los poderosos elementos y de la pericia del personal con que cuenta la casa Ansaldo, de cuyos talleres y arsenales nos ocuparemos especialmente en el próximo número, pues por su importancia bien merecen que de ellos se ocupe LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. – X.



LA BOTADURA DEL «CRISTÓBAL COLÓN» EN GÉNOVA. – EL CRUCERO EN EL MAR (de fotografía)



COSTUMBRES ZARAGOZANAS. - **El cabrero,** dibujo original de Joaquín Pallarés Allustante



SEVILLA.—Un rincón de Triana á orillas del Guadalquivir, dibujo original de Manuel García Rodríguez

NUESTROS GRABADOS

Costumbres granadinas. Los aljibes, dibujo original de Isidoro Marín. – No en balde fué Granada cabeza de un reino y dió nombre á un extenso territorio, último baluarte de la muslímica raza en nuestra nación, puesto que aún, al cabo de cuatro siglos, obsérvase por doquier la poderosa influencia que en las costumbres, en el carácter y en todo ejerció el pueblo invasor. Quien recorra las calles de la ciudad, quien observe los animados cuadros que sus habitantes ofrecen, no ha de costarle esfuerzo retrotraerse á épocas que pasaron y adivinar las bellezas y encantos que debió atesorar dentro de sus muros la que fué guardadora del trono de los monarcas nazaritas.

Nuestro buen amigo, el discreto pintor granadino Isidoro Marín, que parece tiene empeño en dar á conocer las bellezas de su ciudad nativa, nos facilita hoy una nueva muestra de su habilidad y buen gusto, por medio del bonito dibujo que reproducimos, trasunto fiel de un cuadro animadísimo, por él observado y esencialmente característico de Granada.

Costumbres zaragozanas. El cabrero, dibujo original de Joaquín Pallarés Allustante. – Cada provincia, cada región de nuestra península ofrece tipos y caracteres distintivos y rasgos especiales que marcan diferencias y contrastes que señalan otros tantos motivos ó causas para la observación y el estudio. La diversidad de razas que en nuestra patria han dominado y las nacionalidades en que antes se dividía pueden ser causas determinantes de tales diferencias. De ahí el vasto campo que ofrece España á los artistas, y que algunos de ellos se dediquen á reproducir, cual lo hace el distinguido profesor de la Escuela de Bellas Artes de Zaragoza Sr. Pallarés, los tipos más característicos de la capital zaragozana que, cual el *Cabrero*, tienen ese algo de varonil y robusto que tanto distingue á los habitantes de la inmortal ciudad aragonesa.

Sevilla. Un rincón de Triana á orillas del Guadalquivir, dibujo original de Manuel García Rodríguez. – El precioso dibujo del Sr. García Rodríguez, cuya copia figura en este número, representa una parte del famoso barrio de Triana de la hermosa capital de Andalucía. En esta obra, como en todas las que el distinguido paisajista sevillano dedica á su ciudad querida, demuéstranse sus relevantes dotes, á cuya posesión débese el sello especial de distinción y verdad que descuella en sus producciones. A pesar de la limitación de los medios empleados, puede admirarse la limpidez y transparencia de las aguas del Guadalquivir, el jugo y lozanía de la vegetación y la exactitud de una acertada perspectiva.

Biombo de madera piro-esculpida, obra de la baronesa Esperanza de Tiesenhausen (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896). – El precioso biombo ejecutado por la Sra. Baronesa Esperanza de Tiesenhausen es una gallarda muestra de la importancia que el arte puede prestar á la industria, cuando ésta acude á la primera en demanda de elementos que embellezcan sus producciones. La distinguida artista rusa ha decorado el pequeño lienzo que reproduce nuestro grabado por medio de un nuevo procedimiento, cual es el de grabar sobre cada una de sus hojas, con el auxilio de la punta de platino candente, un motivo alegórico, llevando á cabo su propósito con rara habilidad y excelente gusto, cualidades propias de quien, como la baronesa de Tiesenhausen, posee aptitudes y entusiasmo por el arte. Su nombre figura ya entre el de las pintoras europeas, habiéndose distinguido en la pintura al pastel, en cuyo procedimiento ha logrado señalados triunfos. El biombo ha sido premiado y adquirido por el ayuntamiento con destino á los Museos Municipales.



Biombo de madera grabado con la punta de platino candente, obra de la baronesa Esperanza de Tiesenhausen (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896).

Pintura decorativa de Ramón y Julio Borrell. – Esta pintura forma juego con la que de los mismos autores publicamos en el número 737 de La Ilustración Artística. Dignos discípulos de su padre, que con razón es considerado como uno de nuestros mejores maestros, han sabido de tal suerte aprovechar sus enseñanzas, que á una edad en que otros apenas entran con paso inseguro en la senda del arte, caminan por ella con la seguridad que presta una sólida educación artística avalorada por no comunes talentos. Ramón y Julio Borrell en estas pinturas decorativas, cuyas dificultades conocen cuantos por afición ó por estudios especiales al arte se dedican, han demostrado cualidades artísticas que, vigorizadas por la experiencia, producirán á no dudarlo los mejores frutos.



La Guerra de Cuba. – Insurrectos presentados á indulto, dibujo tomado de una fotografía

La guerra de Cuba.–Insurrectos presentados á indulto. – Como nota curiosa publicamos este dibujo tomado de una fotografía: representa uno de los muchos episodios que á diario se están repitiendo en la isla de Cuba, en donde son frecuentísimas las presentaciones de los insurrectos que, desengañados unos y otros aprovechando cualquier circunstancia favorable para abandonar las partidas á que por la fuerza fueron agregados, se acogen á los beneficios que las autoridades conceden á los que solicitan el indulto.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Berlín. – Con destino á los reales museos de Berlín ha sido adquirido por 86.000 pesetas un magnífico monetario, compuesto principalmente de monedas franconias de la Edad media.

– La Asociación de Artistas berlineses verá pronto realizados sus deseos de tener un palacio propio: á este efecto ha comprado en una de las principales calles de la capital y por la cantidad de 850.000 marcos (1.062.500 pesetas) un magnífico edificio, para cuya transformación á los fines que la Asociación persigue, habrán de gastarse 200 ó 300 mil marcos más. Para cubrir dichos gastos posee la Asociación un capital de 400.000 marcos y cuenta además con importantes donativos: hasta ahora por este último concepto ha recibido de veintiún aficionados á las bellas artes 103.000 marcos que los asociados amortizarán entregando obras suyas en pago.

Breslau. – El propietario del *Schlesischen Zeitung* (Diario de Silesia) ha regalado á la municipalidad de Breslau 500.000 marcos con la condición de que con esta suma se compre el edificio que hoy ocupa la Administración provincial y lo convierta en Museo de industrias artísticas, en el cual se instalarán también una cátedra de dibujo aplicado á la industria y las ricas colecciones del Museo de Antigüedades silesianas que hoy se encuentran en los sótanos del Museo de Artes Plásticas.

Teatros. – Para las representaciones de *El anillo de los Niebelungos* que se han verificado durante este verano en Bayreuth, se han despachado solamente en Inglaterra billetes por valor de 140.000 marcos (173.000 pesetas).

– En Bruselas se ha fundado un teatro que se llamará Teatro de Arte, y en el cual se representarán las principales obras de la escuela modernista, entre ellas las de Ibsen, Bjornson, Heyse y otros.

París. – En el teatro de la Porte-Saint-Martín, en donde actúa el célebre Coquelín mayor, se ha estrenado con muy buen éxito el interesante drama en cinco actos y seis cuadros *Jacques Callot*, de Enrique Caín y Eugenio y Eduardo Adenis.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en el Príncipe Alfonso *La Tienta*, zarzuela en un acto de Jackson Veyan, que aunque ofrece poca novedad está bien escrita y contiene muchos chistes; la música del maestro Nieto es muy bonita y las tres decoraciones pintadas por Muriel son muy notables: en el teatro Moderno la opereta italiana *I Granatieri*, música del maestro Valente; y en Romea *El oso y el madroño*, revista de Navarro Gonzalvo con música de los señores Calleja y Moreno Ballesteros.

Barcelona. – La compañía Novelli ha comenzado sus representaciones en el Eldorado, habiendo conseguido el eminente actor tantos triunfos cuantas obras, de los más diversos géneros, ha puesto en escena.

Necrología. – Han fallecido:

Nicolás Rudinger, profesor de Anatomía de la Universidad de Munich, inventor de un procedimiento para conservar los cadáveres humanos, muy útil á los fines de la enseñanza de la anatomía y de las operaciones quirúrgicas.

Ernesto Alberto Becker, pintor de género, paisajes y animales alemán.

Juan Kautsky, pintor escenógrafo, decorativo y de panoramas húngaro, á quien se deben grandes transformaciones realizadas en los teatros de Viena.

Francisco Kops, retratista y pintor de género, de Dresde.

Carlos Voss, escultor alemán muy conocido por sus esculturas inspiradas en el arte antiguo.

Víctor Lagye, notable pintor belga, profesor del Instituto superior de Bellas Artes de Amberes.

Teodoro Margo, célebre zoólogo húngaro, profesor de la facultad de Medicina de Budapest, miembro de la Academia de Ciencias de Hungría.

Luis Palmieri, director del Observatorio del Vesubio, ex profesor de Física terrestre en las universidades de Nápoles y director del Observatorio físico de aquella ciudad.

AJEDREZ

Problema número 38, por Valentín Marín

NEGRAS

10 B. y 7 N. = 17 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 37, por J. Tolosa

Blancas.	Negras.
1. D 2 A D	1. R 6 R (*)
2. C 2 C R jaque	2. R 5 D.
3. C 3 A R mate.	

(*) Si 1. R 4 R; 2. D 2 A R, y 3. C 3 D mate, – y si 1. C negro juega, 2. C de c R á 3 A R jaque, y 3. D 2 D mate.



¿No te alegraste de ver otra vez al sobrino del señor rector?

UN APÓSTOL

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

– Estoy acostumbrado á las tempestades, ya lo sabes, replicó Dionisio con indiferencia; una más ó menos no es cosa que pueda inspirarme temor, y cuando se ha vuelto de donde yo he estado..., ¡bah, todo se puede arrostrar!..

– Hay tempestades y tempestades, replicó Hervé con tono seguro; pero á decir verdad, ponerse enfrente del padre Pedro Kerbiriou es peor aún que ir á las Piedras Negras con mar revuelto.

Dionisio apoyó la mano sobre el hombro de su amigo.

– Escucha, díjole, en mi penúltimo viaje, tú no estabas aquí, fué cuando me embarqué en aquel buque de tres palos que debía conducirme al Congo...

– Sí, tenía por nombre la *Dorada*... ¿eh? Me hablaron algo de eso.

– Pues bien: á la salida, hallábase el buque en tan mal estado y era tan viejo, que la gente decía: «¡Jamás llegará hasta allí ese barco!» Yo iba á bordo como segundo.

– ¡Diablo!, exclamó Hervé, si mal no recuerdo, no era ya poco vieja la *Dorada* en mi tiempo, y hasta asegurábase que estaba medio podrida... Bueno, ¿y qué pasó?

– Marché, á pesar de todo, desde Camaret á Marsella y desde allí al Congo.

– ¿Y después?

– Con el mar como balsa de aceite, muy adentro y sin tocar en objeto alguno, mi *Dorada* hizo agua y se hundió, dándonos apenas tiempo para saltar á una chalupa, amontonar apresuradamente algunos víveres y bajar una barrica de agua, hecho lo cual se cortó el cable para alejarnos cuanto antes y no ser arrastrados por el remolino. ¡Siempre mi suerte! Pero para colmo de desdichas, la ruptura del cable ocasionó tal sacudida, que el tapón del tonel de agua, mal

encajado en la precipitación del momento, se soltó, y perdióse toda el agua. No nos hallábamos aún á trescientos metros, cuando el buque desaparece, y hétenos en plena mar sin una gota de agua y provistos tan sólo de algunas viandas. Esto duró tres días y tres noches, amigo mío, durante los cuales el capitán y yo estuvimos siempre con las manos en los bolsillos, apoyadas en las culatas de nuestras pistolas, para mantener en orden á los marineros, enloquecidos por la falta de agua. Después de tanta miseria llegamos á un puerto inglés, donde no nos permitieron desembarcar, bajo el pretexto de que no se sabía si procedíamos de un buque sano. En fin, después de mucho hablar y de no pocas explicaciones, se convino en que pasásemos á bordo de un barco para conducirnos á Francia. Y á los quince días asistía á una boda en Camaret, vestido de levita y sombrero de copa, como si volviese de una excursión de recreo por Brest ó sus alrededores...

– Tal como te conozco, eres muy capaz de ello.

Acosado por los recuerdos de aquella vida aventurera, Dionisio continuó:

– ¡Pues oye más! En el mismo año naufragaba de nuevo, esta vez en las costas de Inglaterra, y de toda la tripulación, el grumete y yo fuimos los únicos que nos salvamos á nado. ¡Era un diablillo el tal grumete, un buen muchacho, y le debo la vida!.. Sí, nadamos por espacio de tres horas... ¡y qué largas me parecieron! En cierto instante, rendido ya, cegado por la espuma y perdida la esperanza, quise dejarme ir á fondo para concluir de una vez; pero el valeroso grumetillo me reanimó, infundiéndome valor... ¡Al fin pudimos ganar las rocas; los ingleses nos recogieron y cuidaron, dándonos hasta su propia ropa!..

– Me refirieron, dijo Morvan, que aún llevabas en Camaret tu ropa inglesa, y que ibas como perdido en ella por lo ancha que te estaba.

– Ya ves que te digo la verdad.

– ¿Y bien?..

– Y bien, querido Morvan, cuando se ha pasado por todo eso y se sale bien de todo; cuando no se ha espantado uno como no me he espantado yo, porque, bien mirado, la cosa es muy sencilla y no en balde se ha de ser marino; cuando tantas veces se arriesgó un poco la piel en todas partes, no ha de faltar corazón para arrostrar las tempestades de tierra, mucho menos peligrosas que las del mar, y se triunfará de ellas, no lo dudes, como se triunfó de las otras, á fe de bretón...

Al decir esto, los ojos de Dionisio tenían una expresión audaz y resuelta. Morvan, aunque sonriendo, hizo un ademán de duda.

– De todos modos, dijo, ese Hechicero no es lo mismo... ¡Son tantos los que piensan mal de él!.. ¡Sera preciso ver!..

– ¡Todo está visto!, repuso Le Marrec. Yo estoy seguro de que el Hechicero es un hombre excelente, y espero probarlo. ¡Oh! ¡Ya verás cómo me escuchan!. Sin duda se tienen acerca de él ideas viejas; yo también tengo mis ideas, pero de distinta especie, pues no valdría la pena viajar si no se hubiesen de adquirir otras nuevas sobre las cosas y los hombres... Yo he oído cuentos de todos los colores, de esos que refieren á la gente en todos los países, y los de aquí no me dan miedo...

Poco á poco, la palabra firme y elocuente de Dionisio impresionaba á Morvan, le persuadía é infundíale al mismo tiempo cierta admiración por su amigo.

Aquel día, después de haber acechado inútilmente á la zorra, que permaneció en su madriguera en el Gran Dahonet y olfateó de lejos á los cazadores, los dos regresaron á Camaret, muy contentos de que ya no hubiese entre ellos secreto alguno.

Morvan, más fiel ahora que antes á su compañero, estaba tanto más resuelto á prestarle auxilio en la medida de sus medios, cuanto que de esto dependía su propia felicidad, y porque, si Dionisio se casaba con Genoveva Goalen, nadie le disputaría ya á él la mano de Reina Balanec.

II

Por la noche, en el curato, ni el abate Kerbiriou ni la misma Mannaik pudieron obtener de Le Marrec en contestación á sus preguntas más que algunos raros monosílabos, palabras como arrancadas una á una y que el joven parecía lanzar á la casualidad para no permanecer completamente mudo.

La cena, ruidosa de costumbre y animada por su exuberante alegría, fué aquella noche lánguida, sin conversación ni discusiones, tan distinta de las precedentes, que el cura se dijo pensativo:

– Algo tiene el muchacho. ¿Qué ha podido hacer hoy para estar tan cambiado?

Y la anciana sirvienta, muy admirada, exclamó sin miramiento, en medio de la cena, con los puños en las caderas:

– ¡Seguramente, hijo mío, que habrás perdido la lengua corriendo demasiado por la landa!.. ¡Esto debía suceder, convengo en ello, pero no es natural!..

Dionisio la dejó preguntar, interrogar, con el pensamiento fijo en la misma idea, como en una nueva revelación de todo punto inesperada, que se traducía en este pensamiento:

«¡Estoy enamorado de Faik Goalen!.. ¡La amo con todo mi corazón!..»

Hasta entonces Le Marrec nunca había sondeado bien su corazón. Su vida aventurera en el extranjero, lejos del país natal; sus escalas en los puertos más turbulentos del nuevo y del antiguo continente; sus rápidos desembarcos en uno ú otro punto, según los viajes, le habían acostumbrado á amoldarse con gran facilidad á todas las costumbres, á contentarse con satisfacciones superficiales y apresuradas en que el corazón no tomaba la menor parte; mas en medio de los suyos, en Camaret, volvía á ser el joven honrado y leal de otro tiempo, recobrando su rectitud, su elevación de sentimientos y el honor íntegro y severo del país.

Su conversación con Hervé Morvan le había perturbado profundamente.

Desde su regreso había vivido sin darse cuenta de nada, comprendiendo bien que, á pesar suyo é independientemente de toda voluntad, cierto instinto le impelía hacia los habitantes del cabo de la Cabra; que el recuerdo de aquella joven, salvada por él de un modo tan singular, no cesaba de perseguirle, y que á todas horas tenía su imagen presente; pero nunca había tratado de explicarse por qué, tal vez por no serle posible explicárselo.

Pero he aquí que aquella confesión decisiva, que aún no había hecho á nadie, ni se había hecho tampoco á sí propio, Morván acababa de hacerla surgir de lo más profundo de su corazón, de lo más íntimo de su ser, como un grito que era la explosión visible de su amor, cuando aquel nombre adorado voló de sus labios, por decirlo así, sin que él lo supiera ni lo pudiese retener.

«¡Faik... Faik Goalen!..»

Experimentaba una extraña dulzura al pronunciarle de nuevo, continuamente, al sentir deslizarse por sus labios las sílabas como un licor delicioso; y la embriaguez le embargaba cada vez más, llegando hasta el cerebro, cautivándole poco á poco, entregándole á la que inopinadamente había llegado á serlo todo para él.

Entretanto, ya no veía nada, no oía nada de lo que se hacía ó decía á su alrededor.

Mientras soñaba así, su tío le observaba algunos instantes; su reflexión le hacía fruncir el entrecejo; después seguía comiendo tranquilamente, sonreía con dulzura, y murmuraba:

– ¡Hum, hum; hoy tiene todo el aspecto de hombre enamorado!.. ¿Vendrá por fin el amor?.. ¡Más de un mes hace ya que ha regresado, y había motivo para desesperar al verle siempre el mismo, siempre con igual calma!..

Pero después reflexionaba con expresión más grave:

– ¡Sin embargo, cambiar así tan súbitamente!.

Y concluía tranquilizándose:

– ¡Bah, pensaba, la habrá encontrado; han tenido una explicación cariñosa, como ha podido suceder veinte veces, y he aquí explicado el cambio!

El sacerdote se frotó lentamente las manos, y miró de reojo al joven, que inclinaba cada vez más la cabeza sobre su plato.

– ¿Podrías decirme en qué reflexionas ó en qué piensas en este momento, muchacho?, preguntó.

El cura se decidía á interrogar á su sobrino de una vez, resueltamente, con una expresión jovial en sus gruesos labios, para inducirle á que hiciera la confesión deseada.

Sobresaltado Dionisio, balbuceó lentamente:

– ¡Pues..., pues..., en nada, tío mío!.. ¡En nuestra caza frustrada..., en... en esa pícara zorra!.. ¡En una porción de cosas sin importancia!..

– ¡Ya, ya!.. Y por eso tienes la fisonomía tan grave, en absoluto desacuerdo con tus costumbres... ¡No me harás creer eso!

Dionisio protestaba, defendiéndose:

– Aseguro á usted...

Pedro Kerbiriou insistió:

– ¡Tú piensas en alguien, ah, yo lo sé!..

– Cuando le afirmo á usted...

– Y ese alguien.., ¡vamos!.. ¿Quieres que te diga quién es?

El rostro de Pedro Kerbiriou no tenía la menor expresión de enojo; por el contrario, más bien parecía que en sus facciones dilatadas se iniciaba una sonrisa.

Le Marrec quedó tan estupefacto, tan agradablemente sorprendido, hallando en aquella interpelación repentina como una analogía con la de Morvan, que estuvo á punto de confesar, de exclamar en alta voz, como lo había hecho antes en la Punta de Pois:

«¡Faik Goalen!»

El cura no le dejó tiempo para ello, y tomando un tono más reposado, casi misterioso, añadió:

– Es muy linda esa Reina Balanec, ¿eh? Confiesa que eres de mi parecer.

Sonrojándose mucho y palideciendo sucesivamente, por efecto del terror que sentía al pensar que había estado á punto de descubrir su secreto, Dionisio sonrió penosamente, murmurando:

– ¡Diantre, la verdad que se la considera como la más linda joven de Camaret!

Kerbiriou dejó caer el puño sobre la mesa, con tal vigor que todos los platos bailaron, chocando los vasos entre sí.

– Es muy cierto, la más linda, la mejor, la más honrada y la más... ¡Ah, que busquen otra como ella en todo el país, en toda la península, incluso Chateaulin y hasta Brest, aunque se registre distrito por distrito!.. ¡Es una mujer hacendosa y de gobierno como no hay otra!.. Ella es la que dirige toda la casa de su padre, la que educa á sus hermanos y hermanas, la que atiende á todo, sustituyendo á su difunta madre... Balanec me decía ayer mismo: «¡Es una santita, señor rector!» Y sobre esto la belleza, que no está demás. ¡Ah, ya la verás en la procesión de la Cruz de la Misión, que se está preparando, y que se celebrará muy pronto aquí; entonces podrás admirarla en medio de todas las demás, llevando el estandarte de la Virgen!.. Indudablemente es la reina de sus compañeras, confirmando así el significado de su nombre, y por cierto que ninguno fué tan merecido, ni se llevó más justa y noblemente!..

– En cuanto á eso es muy verdad, replicó el sobrino, que había tenido tiempo de reponerse un poco de la acometida que acababa de sufrir.

– ¡Cuando pienso que en otro tiempo estabais siempre juntos!, exclamó el sacerdote enternecido. ¡No era posible separaros uno de otro sin que hubiese lágrimas y protestas; y á escucharos á los dos, nunca os hubierais separado!.. ¡Tu amiguita de la infancia!.. ¡Decir que es tu compañera esa hermosa joven que todos admiran hoy, y que será tan buena esposa!..

Pedro Kerbiriou se interrumpió, bien fuese porque la emoción le cortase realmente la palabra, ó porque no quisiera llevar las cosas más lejos, con la esperanza de que el joven cedería de por sí á esta semi-invitación á las confidencias, á la declaración que él esperaba.

Pero Dionisio, sin dejar de sonreir, aprobando con el ademán y la cabeza todo cuanto oía, continuaba en la misma reserva, manteniéndose en cierto modo á la defensiva.

Jamás se había visto tan inquieto, tan apurado como en aquel instante, en presencia de las observaciones, harto transparentes, que su tío acababa de hacerle. La luz proyectada por su declaración á Hervé Morvan, se extendía, ganaba terreno é iluminaba con mucha claridad todo cuanto no había visto ó querido ver hasta entonces.

Parecíale que sus ojos, cerrados obstinadamente desde su regreso, acababan de abrirse ahora de una manera brusca, y que veía y comprendía todo cuanto pasaba, todo lo que el primer día había pasado á su alrededor.

Cierto que no se había pronunciado ninguna palabra irrevocable, que no se le había hecho ninguna proposición directa, que no mediaba ningún compromiso de honor; pero su conversación con Hervé Morvan, seguida tan de cerca de las afectuosas insinuaciones de Pedro Kerbiriou, había tenido la fuerza suficiente para disipar de pronto toda aquella bruma que le cegaba. Comprendía al fin que Balanec, tan amable con él, le rodeaba en un círculo cada vez más estrecho, y adivinaba á qué tendían ciertas frases de su tío, ciertas palabras pronunciadas en la conversación diaria, á las cuales no había dado hasta entonces importancia alguna.

Esto fué el relámpago en la noche de su corazón.

Se quería obligarle á casarse con Reina Balanec, y no lo había visto ni notado, en la ceguedad de su pasión no declarada por Genoveva Goalen, en la dulce pereza de su fácil existencia.

Pero he ahí que, más perspicaz ahora, veía más lejos, comprendiendo una complicidad latente de todo el país para impelerle á este resultado, para producir poco más ó menos este desenlace. Toda la simpatía que le rodeaba en Camaret, por la que á todos complacía su sociedad, conducíale insensiblemente á ese casamiento con Reina Balanec, la joven más linda del país, así como él era el héroe, el hijo mimado y preferido.

En efecto, inspiraba un interés particular que emanaba de él, como una luz que atrajera la curiosidad, las miradas de los hombres, y las de las mujeres, que expresaban el encanto y la admiración.

Había sufrido cosas que ni aun aquellos pescadores conocieron nunca en la miseria de su dura vida cotidiana, y había visto otras que muchos de ellos no vieran jamás. Los tres días de hambre y de sed que él pasó en el mar después del naufragio de la *Dorada*, en su viaje al Congo, fueron más terribles que las rudas angustias de los pescadores cuando sufrían golpes de viento del Norte ó del Sud, ó arrastraban sus redes en la mar gruesa y fatigosa del invierno, ó en las aguas revueltas de Ouessant, de Molenes ó del Raz.

Dionisio llevaba en sí el misterio impresionable de sufrimientos desconocidos, que eran una nota nueva en el padecimiento físico de los seres humanos de aquellas costas dolorosas.

Y de todo eso no se enorgullecía ni vanagloriaba, mostrándose igualmente sencillo y afectuoso con todos aquellos hombres humildes, sus amigos y hermanos. Si les decía que había hecho esto ó sufrido aquello, sabía muy bien, y no dejaba nunca de reconocerlo oportunamente, que todos, bajo las mismas circunstancias, habrían hecho ó sufrido de igual manera. Por eso ninguno protestaba, sabiendo bien que tenía razón, que no había en él falsa modestia, y agradecíanle de todo corazón que fuese así, que fuese como todos eran en Camaret.

Allá, en el punto extremo de la Armórica, jamás se hacen inútiles y burlescas declamaciones contra la muerte, que todos ven de cerca á cada hora de su vida, que todos esperan diariamente como una cosa habitual, natural, forzosa, y este es el fatalismo resignado y casi plácido de aquellas existencias que se deslizan entre el pequeño cementerio de la costa y la gran tumba movible que las mece desde su infancia. Todos están acostumbrados á la idea de la muerte y no la temen nunca.

Durante algún tiempo el cura siguió contemplando á su sobrino, con los ojos casi húmedos por la emoción que experimentaba, sumido en el sueño de felicidad que le sonreía, que acariciaba hacía tanto tiempo, y que á su juicio estaba en vísperas de realizarse.

Cuando el joven se acercó para estrecharle la mano antes de volver á su aposento, la conservó algunos instantes entre las suyas, moviendo la cabeza con expresión satisfecha, y después le dejó marchar, diciendo:

– ¡Buenas noches, muchacho; si me crees, esta noche tendrás agradables sueños!..

Le Marrec se alejó sin contestar, con una sonrisa enigmática en los labios y el corazón y los ojos fijos en una visión que no era la que su tío había evocado y deseaba.

III

Pero después, lo que poco á poco germinó en el corazón de Dionisio Le Marrec, elevándose luego como las espigas agitadas y vivientes, como la ondulación aterciopelada de un campo de trigo, fué el creciente deseo de ver á Genoveva Goalen, de hablarla, de decirle á ella lo que se decía á sí propio con un afán cada vez más vivo.

Hasta entonces, no habiendo declarado nada, no habiendo comprendido del todo lo que le sucedía, lo que pasaba en los limbos de su corazón, pudo contentarse con cosas vagas, aspiraciones indeterminadas, paseos indecisos y preguntas triviales acerca de Goalen y su hija; mas ahora, nada de todo esto podía bastarle ya ni satisfacerle: amaba y lo comprendía así.

Pero á partir de aquel momento, perdió la tranquilidad; cierto que él la amaba con todo su corazón, con toda su alma, hasta el punto de dar por ella su vida sin vacilar; mas ¿participaría ella de este amor? Hacía un mes que, durante sus excursiones, apenas había podido verla dos ó tres veces desde lejos, entreverla al pasar, y aunque sus miradas se hubiesen cruzado, y por más que él creyera adivinar en la joven cierta turbación, una emoción verdadera, no podía adivinar su naturaleza y dudaba, temeroso de no ser amado.

Aquello fué una nueva fase de su existencia, fase ignorada hasta entonces, muy diferente de la que la había precedido; una perpetua ansiedad le perturbaba é impelíale á las resoluciones más extremadas y contradictorias, tan pronto concebidas como desechadas. Una vez quería precipitar las cosas, ir directamente á buscar á Genoveva á casa de su padre; y otras decíase que sería más prudente, más acertado, seguir guardando silencio, no atropellar las cosas, por temor de perderlo todo por un torpe apresuramiento.

Comenzaba á comprender que sería peligroso, para él y para sus proyectos, chocar demasiado directamente con su tío, muy bueno, pero también muy autoritario, y ofender á Balanec, contrariando los designios que este último tenía respecto á él. Seguramente sería más hábil, á ser posible, conducirlos poco á poco, por la fuerza de las cosas, á pensar como él y aprobar su inclinación.

Pero ideas tan nuevas, en tan completo desacuerdo con su antiguo modo de pensar, no le acosaban sin producir en él transformaciones visibles para aquellos que estaban siempre cerca de él, sobre todo para Pedro Kerbiriou y para Mariana, la vieja sirvienta, cuya única preocupación era el sobrino del cura.

Mariana fué la primera en inquietarse, y trató de explicarse con su amo, preguntándole algunos días después:

– ¿No le parece á usted, señor rector, que nuestro Dionisio cambia mucho, sobre todo desde aquella noche en que fué preciso sacarle las palabras de la boca, como si dijéramos?

– ¿Lo crees tú así, Mannaik?

Y exagerando su asombro, el sacerdote añadió:

– ¡No es posible! A mí me parece siempre el mismo... Un poco menos hablador, y nada más, lo cual bien mirado nada tiene de particular!

– ¡Ah!.. ¡Buen Jesús, entonces será que usted no quiere ver, señor rector!..

Y uniendo las manos en ademán compasivo y moviendo la cabeza, continuó:

– Sin embargo, no es posible engañarse. Ya no come, él, que antes devoraba; ya no habla apenas, él, que charlaba más que un sacamuelas..., cuando se le dice algo parece que no está atento, y no responde según lo que se le pregunta. Todo esto sin contar que por la noche, cuando debería dormir como un lirón, después de excursiones como las que él hace, se revuelve en su cama á cada momento y habla en alta voz. ¡Yo le oigo desde mi cuarto!

El cura hizo un ademán de aprobación, moviendo suavemente la cabeza.

– ¡Perfectamente!.. ¡Muy bien!, exclamó.

– ¡Cómo!.., replicó Mannaik indignada. ¡Creeríase que esto le complace á usted!

Su amo la miró, sonriendo con expresión enigmática.

– ¡Tal vez sí, mi buena Mannaik! . ¡La Providencia tiene sus vías, que nosotros no conocemos, y sus intenciones, que no debemos tratar de penetrar!..

Sus ojos expresaban una dulce malicia, que comunicaba á todo su semblante un aire bonachón y feliz, mientras se entregaba á sus ensueños en presencia de la estupefacta anciana.

– ¡Esto va bien, esto va bien!.. ¡El primer paso es el que más cuesta!.. ¡Ya sabía yo que acabaría por ver claro en su corazón!.. Sin duda ha sido necesario que se acostumbrase á esta idea, que la cosa le preocupara poco á poco... ¡Ah, ah, buen mozo, esta vez creo que no pensarás ya tanto en tus viajes, que no soñarás más en ausentarte durante meses..., años!.. ¡Algo te retendrá aquí!..

Y el buen cura se reía á carcajadas, escandalizando cada vez más á Mannaik, indignada por lo que ella creía falta de corazón en su amo, pues balbuceó en voz baja:

– ¡Oh, señor rector, usted tan bueno y tan caritativo por lo regular!.. ¡Su propio sobrino!.. ¡Quién lo hubiera creído nunca!.. ¿Y si cayese enfermo?..

El rector, sin ocuparse ya más de Mannaik y absorto en su idea, seguía diciendo para sí:

– Ahora, esto no puede durar ya mucho tiempo, y será preciso que confiese; un poco más de paciencia, y el casamiento se arreglará. ¡Que la vea solamente en toda su belleza, admirada de todos y triunfante, como lo será en la procesión de nuestra Cruz de la Misión, y estoy seguro de que ya no vacilará, y de que habrá elegido muy pronto entre su afición al mar y ella!.. ¡Entonces activaremos mucho las cosas, y tal vez se habrán concluído los viajes de largo curso!.. ¡Pronto será tiempo de hablar seriamente á Balanec!

Y el sacerdote soñaba así precisamente en el momento mismo en que Le Marrec, cada vez más devorado por su fiebre de amor, aventurábase por la parte del cabo de la Cabra, vagando al azar á través de la landa, y prometiéndose no volver á Camaret sin haber visto á Faik Goalen, sin haberle declarado su amor.

IV

Aunque le pareciese que Dionisio Le Marrec no se mostraba tan asiduo ni tan afanoso respecto á su hija como él hubiera deseado, Juan María Balanec seguía acariciando, no obstante, el sueño de unión que alimentaba, el proyecto de porvenir que había formado.

Si la actitud del sobrino de Pedro Kerbiriou no era precisamente la que él hubiera deseado, debía reconocer, sin embargo, que el joven no perdía ninguna ocasión de encontrarse con su amiguita de la infancia, que estaba en la mejor inteligencia con ella y que siempre parecía complacerse muchísimo en su sociedad. De este compañerismo al amor no podía haber mucha distancia.

En cuanto á su hija, pensaba que tenía las mismas ideas que él, pues había manifestado bien visiblemente su emoción y su alborozo el día del regreso de Le Marrec, y hasta entonces, ninguno de los mozos de Camaret, al menos que él supiera, había atraído sus miradas.

Cuando buscaba en sus recuerdos un rival posible á su predilecto, un partido aceptable para su hija, tan sólo encontraba un hombre digno de llamar su atención un momento, á causa de ciertas ideas que pudo formar sobre él, y este hombre era el contramaestre Hervé Morvan.

(Continuará)



– ¡Faik, mi Faik! – exclamó

ZANZÍBAR

En el número 768 de La Ilustración Artística y con ocasión de publicar el retrato del difunto sultán de Zanzíbar dimos una ligera noticia de los sucesos que á raíz de la muerte de éste se produjeron, de la tentativa de usurpación de Said Kaid y del bombardeo con que los buques de guerra ingleses anclados en aquellas aguas pusieron fin á aquel estado de cosas que no era del gusto de los representantes y agentes británicos en aquella isla.

El grabado que adjunto reproducimos, representa la serie de edificios que más sufrieron á consecuencia del bombardeo y que son, ó mejor dicho, fueron, pues alguno quedó arrasado, el palacio del sultán, el harén, el palacio del gobierno, la torre-vigía y la aduana.



Zanzíbar. – Vista panorámica del palacio del sultán, del harén, del palacio del gobierno, de la torre-vigía y de la aduana

EL VIAJE DEL TSAR NICOLÁS II

LLEGADA Á BRESLAU

Después de haber visitado la corte de Austria y antes de dirigirse á la de Dinamarca, el tsar de Rusia ha permanecido unos días al lado del emperador de Alemania en la ciudad de Breslau. Nicolás II llegó á la capital de Silesia en la mañana del día 5 de este mes, siendo recibido por Guillermo II y su esposa, á quienes acompañaban varios príncipes de la casa real de Prusia el príncipe de Hohenlohe, canciller del Imperio, varios ministros y dignatarios de la corte. El emperador vestía el uniforme ruso y el tsar el prusiano del regimiento de húsares de su nombre. Después de cambiarse cordiales saludos entre los emperadores y las emperatrices y de haberse presentado los soberanos mutuamente las personas de su séquito, dirigióse la comitiva al nuevo Palacio Provincial *(Landeshaus)*, siendo escoltados los coches que conducían á Nicolás II y á Guillermo II y á sus esposas por escuadrones de húsares del regimiento de Nicolás y de dragones de la guardia del de Alexandra, llamados expresamente con tal objeto á Breslau.

Las calles de la ciudad por donde debían pasar los soberanos estaban magníficamente engalanadas, cubriendo la carrera el regimiento de granaderos de la guardia del emperador Alejandro. A la salida de la estación habíase levantado un hermoso arco de triunfo, en cuyas caras se veían, en una las iniciales del emperador y de la emperatriz de Rusia y la doble águila de aquel imperio, y en la otra las de los emperadores alemanes con el águila de Prusia.

Llegados los imperiales huéspedes al Palacio Provincial que debía servirles de alojamiento, para lo cual había sido previamente amueblado y alhajado con los mejores muebles y las más preciosas obras artísticas de las residencias imperiales de Berlín, Potsdam y Kassel, fuéronles presentados el presidente de la Dieta provincial, el del Comité de la provincia y el gobernador. Poco después verificóse una parada, en la que tomaron parte el sexto cuerpo de ejército mandado por el príncipe heredero de Meiningen y las asociaciones militares de Silesia en número de 15.000 hombres con 58 banderas, terminada la cual celebróse el banquete de gala y un gran



Viaje del tsar Nicolás II. – Llegada á Breslau. – El tsar y el emperador Guillermo dirigiéndose á la «Landeshaus» (Palacio Provincial)

concierto por las bandas de los regimientos que componen el citado cuerpo de ejército.

Al día siguiente continuaron los festejos, y el día 7 marcharon los dos emperadores á Gorlitz, en donde tuvo lugar la gran revista de tropas que, tratándose de una nación como Alemania, no hay que decir que fué un acontecimiento importantísimo. Por la tarde del mismo día, Nicolás II y su esposa marcharon por Berlín á Kiel, desde donde se dirigieron á Copenhague.

El Palacio Provincial, en donde se ha alojado Nicolás II, se contruyó en virtud de un acuerdo de la Dieta de 1893, que votó para ello la cantidad de un millón y medio de marcos (1.875.000 pesetas). El edificio, que consta de cuatro pisos y cuyos planos fueron trazados por el inspector Blumner, ofrece en su fachada principal una hermosa muestra del más elegante estilo Renacimiento con algunos puntos de barroco: esta fachada es de piedra arenisca amarilla; las del patio y del jardín son de ladrillo rojo. Forma el palacio tres cuerpos, el central y dos laterales salientes: en el centro de aquél una amplia escalinata conduce á la puerta de ingreso, cuyo entablamento, primorosamente ornamentado, está sostenido por dos estatuas colosales de Atlantes, de una ejecución vigorosa y realista, obra del célebre escultor Behrend. El frontón sobre el cual descansa la gran cúpula apóyase sobre seis esbeltas columnas, y ostenta á sus lados volutas y otros ornamentos, y en su centro la figura ideal de Silesia, modelada por Seger.

El portal da acceso á un vestíbulo cuyas paredes son, en su parte baja, de mármol del Tirol, y sobre el cual extiéndese una vasta cúpula que lleva en su centro el águila silesia, de un tamaño de dos metros y medio, de punta á punta de ala. Del vestíbulo arranca una escalinata de mármol por la que se sube al gran salón central, de trece metros de altura y ricamente decorado, que es el que sirvió de habitación á los emperadores rusos.

Los pisos superiores del palacio fueron ocupados por las personas de su séquito y la servidumbre á ellos destinada.



MONS. TCHAMTCHIAN, nuevo patriarca armenio en Constantinopla

***

MONSEÑOR TCHAMTCHIAN

NUEVO PATRIARCA ARMENIO EN CONSTANTINOPLA

Con motivo de la suspensión en sus funciones y del destierro, decretado por el gobierno turco, del patriarca armenio en Constantinopla, ha sido preciso nombrar un sustituto para la administración de los asuntos de la iglesia armenia en aquella capital, habiendo recaído la elección en Mons. Bartolomé Tchamtchian, aunque no ha sido hecha por la asamblea de armenios, sino con la intervención de un consejo mixto, cuyos individuos han sido nombrados por el sultán. Ya en la última elección de patriarca, Mons. Tchamtchian había obtenido bastantes votos, pero le venció monseñor Askekian. Nacido en Constantinopla, siempre ha cultivado la amistad de los turcos, entre los cuales goza de gran favor, siendo hombre de gran tacto á la vez que bastante cortesano. Comenzó su carrera siendo pastor de la iglesia del Arcángel, situada en el barrio judío; fué nombrado después obispo de Brusa, cargo que desempeñó treinta años, y hace cuatro que había regresado á la capital. Sus émulos le acusan de ser hombre ambicioso y sobrado solícito en merecer en todos sus actos la aprobación de sus poderosos patronos. Es hombre de figura y porte imponentes, de elevada estatura y corpulento: el sultán le ha dado una muestra de su aprecio concediéndole el distintivo de primera clase de la orden del Medjidié.



Pintura decorativa de Ramón y Julio Borrell

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XV — Barcelona 5 de octubre de 1896 — Núm. 771



¡YA VIENEN!, dibujo de Oscar Wilson

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Matrimonios regios. – El duque de Orleans y el príncipe de Nápoles. – La novia de este último. – Importancia del matrimonio para la cuestión de Africa. – Problemas orientales. – Creta y Armenia. – Matanzas en Constantinopla. – Indignación universal en Europa. – Las cuestiones irlandesas en el Parlamento británico. – Retrocesos de los conservadores y esperanzas de los radicales. – Conclusión.

Dos príncipes ahora se casan: el duque de Orleans con archiduquesa de Austria, y el príncipe de Nápoles con infanta montenegrina. Como los Orleanes sólo podrían volver al trono por errores democráticos ó republicanos, y estos errores, aunque muy copiosos, no llegan al tanto de restaurar una monarquía, dejemos al Orleans que se case con quien le plazca, diciendo de su matrimonio aquello mismo que decía un chusco, al escapar de teatro donde una comedia realista se representaba: «No me interesan las vidas ajenas.» Pero del matrimonio de un heredero positivo á corona tan espléndida como la corona de Italia en este período, hay mucho que hablar. Italianísimo, como llamaban los reaccionarios á cuantos amábamos la independencia y unidad de Italia, mis ideas republicanas me han vedado acercarme á una familia real, por cuyo glorioso jefe Víctor Manuel he tenido un religioso culto, y cuyas victorias he considerado siempre como victorias de la causa del progreso, abrazada por mí desde la niñez y por mí servida también hasta la muerte. Pero no es necesario acercarse mucho á la dinastía italiana para saber que su joven unigénito, de complexión moral muy sana, de inteligencia y sensibilidad muy vivas, de cuidada educación, al recibir del cielo tantos dones, el principal una corona, para cuyo aquistamiento no hiciera ningún trabajo ni presentara ningún título, no ha recibido con tales dones ni una buena salud ni un cuerpo bien formado y apuesto. Las enfermedades que le atribuían y la deformidad visible que revelaba retraíanle un poco de la gente y le aconsejaban remitir á lo más tarde posible un matrimonio, forzoso é indispensable á quien debe continuar una gloriosa dinastía. Mas, aparte de todo esto, las difíciles relaciones de su corona real con la tiara pontificia suscitábanle obstáculos diarios á la realización de un conveniente matrimonio. Católico, no podía enlazarse con una dinastía luterana, sin exponerse á la cólera de Italia, eterno centro del catolicismo, á que llamamos con una redundancia romano, así para manifestar su origen antiguo como su indisputable universalidad. Pero, amén de católico, enlazado, en el mero hecho de aspirar al trono italiano por herencia, con la secta gibelina, hoy coronada en Humberto, las princesas católicas de todas partes le creen y le llaman el hijo de los excomulgados. Y aunque tal excomunión carezca de los efectos medioevales, y á ningún Papa se le ocurra poner el reino italiano en formal entredicho, ni á los reyes imperantes negarles comunión ó misa, ni echar el cuerpo sacratísimo de Víctor Manuel á los perros, sino retenerlo dentro de magnífico sepulcro en la iglesia de todos los santos, donde suele maldecirlo algún sacristán de amén, las creencias están bastante crecidas en las cortes imperiales y regias pertenecientes al catolicismo, para que una princesa católica se preste á condenarse por una corona, como se ha prestado piadosa infanta de Parma, Borbón y muy Borbón, á entregar al diablo el alma de su hijo por una corona en Bulgaria. Todo se volvían obstáculos al matrimonio del príncipe heredero, cuando llega un cuarto de hora y tropieza felizmente, sin buscarla de propósito y adrede, con su media naranja. Esta media naranja es una infanta de Montenegro, diminuto principado á quien ha engrandecido un poco el tratado de Berlín dándole Dulciño, y un mucho el difunto Alejandro III llamando á su príncipe ó monarca el mejor amigo de los czares. Griega de religión la futura reina de Italia, tiene pocos esfuerzos que hacer para cambiar el dogma de Bizancio por el dogma de Roma, cuando, aun después del cisma, los dos dogmas han estado juntos alguna vez en común símbolo; y metido el trono italiano en gravísimas dificultades con un rey negro, sobre quien ejercen los czares una poderosa influencia, encontrará el heredero de tal trono, su titular futuro, entre las joyas del ajuar de su novia, una intervención moral poderosa en favor de los cautivos hechos por los triunfos del Nego que Italia desea y necesita redimir. Por todo esto, por el amor y por la política, por el bien particular y por el bien público de príncipe como el de Nápoles, ha sido ya pedida la mano de su novia; se ha notificado el casamiento por la cancillería italiana en estos días á las cancillerías europeas; el emperador de Alemania, que no podía dar princesas de su sangre al futuro monarca por protestantes, y el emperador de Austria, en el mismo caso con las suyas por católicas, se han holgado á una con el buen suceso, mientras la czarina y el czar han enviado á los novios su bendición, como si hubiera dos pontífices ó dos dioses sobre el trono de Rusia.

Mas volvámonos hacia Constantinopla, donde se halla el nudo gordiano de la política europea. Y al volver sobre Constantinopla, noticiemos que ha muerto el canciller moscovita de súbito, acompañando á los soberanos rusos, dentro del vagón donde iban éstos camino desde las visitas al emperador austriaco hacia las visitas al emperador alemán. Enfermo hace tiempo de la vejiga, una dolorosa operación, como la talla, lo había reanimado, y diríase que se hallaba rejuvenecido, cuando aneurisma traidor le paraliza el corazón y lo mata con la celeridad del rayo. Tres cancilleres no más ha contado Rusia desde los tratados internacionales de Viena, el año quince, hasta nuestros días. Los dos primeros mucho han podido, como buenos rusos, pero mucho han hecho, constreñidos por las circunstancias, contrario al imperial Estado. El canciller difunto no ha tenido que firmar la paz vergonzosa de París como el canciller adscrito á Nicolás I; no ha tenido que detenerse y refrenarse ante las imposiciones del Congreso de Berlín, como se detuvo y se refrenó el canciller de Alejandro II; ha ido de triunfo en triunfo, desde las orillas del Petchili hasta las orillas del Bósforo y desde las orillas del Bósforo hasta las orillas del Sena. Convenido tenía el arreglo de la cuestión cretense, hasta con Inglaterra, después de haberse negado al bloqueo ésta, propuesto por él, cuando le asalta la muerte, implacable y traidora, en plena felicidad, ante los jóvenes monarcas, pagadísimos de oir sus sabios consejos y cosechar sus diplomáticos triunfos.

Mas la cuestión de Oriente se arregla por un lado y se desarregla por otro. Concluye bien de un modo por Creta y se agrava de otro modo por Constantinopla. Creíase lo de Armenia medio arreglado, y las discordias entre armenios y turcos casi en suspenso; mas resuena de súbito noticia terrible, anunciándonos cómo los armenios han entrado á saco en una banca bizantina y los turcos de Bizancio han perpetrado una matanza, dejando atrás el furor y la crueldad de los circasianos y de los kurdos. Vencida la sublevación, el temor á crueles y más que probables represalias hizo que los armenios se negaran á deponer sus instrumentos de guerra, sino después de hallarse con toda seguridad bajo un pabellón europeo y en un barco neutral. Con efecto, los llevaron las dotaciones marinas á un buque inglés surto en el Bósforo y les dieron suelta. Pero los turcos, muy ganosos de aprovechar la coyuntura menor, ofrecida por el movimiento de los hechos, para darse al saqueo y á la matanza, congénitos con su feroz natural, so pretexto de que debiera ser colgada y no despedida la gente armenia insurrecta, se han dado la satisfacción de que pagaran justos por pecadores y han emprendido un degüello como los perpetrados en los tiempos prehistóricos, apenas comprensibles, y entre huestes que no se daban entre sí cuartel, prefiriendo á cautivos, muertos, y satisfechos únicamente cuando se dilataba sobre el exterminio de todos los vencidos sin excepción alguna su carnicera victoria. Los partes últimos hacen subir á seis mil el número de muertos. Podrán enterrarlos; podrán ocultar sus despojos á la vista y desvanecer del aire los ecos de sus estertores y los miasmas de su sangre; pero no podrán hacer los turcos que deje de gritar la conciencia humana contra un emperador y un imperio cuyos esbirros y satélites renuevan en el seno de nuestra Europa las matanzas de Asia.

Pasemos á las cuestiones británicas. Reina en Inglaterra un espíritu de transacción política, incomprensible á los repúblicos del continente. Vinieron los conservadores, en hombros de los comicios levantados, contra la política de Gladstone y sus amigos en el problema irlandés. Cualquier otro país, á un triunfo así, hubiese abrazado, no ya una política de negaciones y resistencias, una política de combates y represalias. Entienden los políticos ingleses de otro modo que nosotros la difícil ciencia del gobierno. Estudian cuanto hay de práctico en las proposiciones contrarias á sus proposiciones, y lo aplican de modo mesurado y restricto, con lo cual sirven las dos fuerzas mecánicas del mundo social, sirven á la estabilidad y al progreso. En el fondo de las reformas gladstonianas había un elemento muy aprovechable, aunque muy peligroso, por tocar á lo más vivo del tuétano inglés, al interés material; el elemento que servía los metamorfoseos de la propiedad, necesarios allí, donde aún queda subsistente hoy el régimen feudal. Gladstone se proponía en una gran medida la transformación de los colonos que tienen aquellas tierras por contratos de arriendo en propietarios absolutos y directos; el gobierno actual, en menos medida y tomando mayores precauciones, ha transigido con las ideas gladstonianas y presentado, no todas ellas, una gran parte, al Parlamento, como paso hacia mayores progresos. Cual sucede siempre á la deliberación de una innovadora ley, mientras los partidarios de las innovaciones créenla deficiente, los partidarios de las resistencias créenlas excesivas. Por leyes reformadoras de valía escasa las rechazaron los irlandeses en sus discursos, aunque las facilitaran á una con sus votos, cogiendo una mínima concesión de los conservadores, como del lobo un pelo; mas los lores han mostrado su importancia combatiéndolas y condenándolas como si fueran las mismas propuestas por el partido liberal.

Todo se lo prometía y aguardaba la escuela conservadora británica del afortunado Balfour, jefe de los diputados conservadores. Noble por su cuna, rico por su posición, liberal cuanto puede serlo un tory, publicista de mucho seso, filósofo y creyente al mismo tiempo, sin pasión y por ende sin acritud; un verdadero discutidor parlamentario, con respeto rígido á la tradición y con diplomática flexibilidad para la democracia, pasaba el célebre Balfour por destinado á continuar la dinastía de los estadistas conservadores, que arrancando de Pitt y concluyendo con Disraelli, ha constituído una gloria de Inglaterra y dado envidia por sus heredadas y permanentes virtudes públicas á todos los políticos de Europa. ¿Y cómo ahora se ha cumplido todo esto? Muy mal, muy mal. El celebrado Balfour queda muy lejos del cumplimiento de tamañas promesas, en una parte burladas por sus ideas personales y en otra parte por el modo de realizarlas. Primeramente no ha mostrado capacidad alguna en la dirección de los debates parlamentarios y en el agrupamiento de los factores políticos. Su glacial indiferencia, su desdén de hidalgo, confinante con menosprecio de los demás, su tardanza en asistir á los debates, su descuido en la vigilancia de los oradores y en la preparación de los votantes, dieron por triste resultado dispersiones de fuerzas y deficiencias de discursos que han costado carísimas al gobierno. Y con esta especie de indolencia nobiliaria, muy ajena de la savia democrática tomada por los conservadores, hase juntado con dogmatismo reaccionario, como el expuesto al público en su ley sobre colegios, la cual tiró á procurar sean escuelas anglicanas las escuelas neutrales á toda confesión, en buen hora establecidas por el partido liberal. Ya es muy extraña la dogmatización teológica de un ministro inglés, acostumbrado al criterio de la observación y de la experiencia; pero es mucho más extraña en quien pertenece á un gobierno, el cual no se puede llamar á boca llena conservador como se llamaban los antiguos torys, el cual se llama unionista para significar por medio de tal apellido su reciente unión estrecha con los más radicales entre las personas que dirigen y gobiernan la democracia británica. Y es tan fundada la segunda observación mía, que hase notado mucho cómo el gran ministro demócrata Chamberlain sistemáticamente se abstuviera de acudir á las sesiones donde se discutía la ley de Instrucción pública, por motivo de vedarle, así la conciencia como la historia suyas, aceptarla de grado, aunque tales declaraciones y procederes quebrantasen el ministerio y mostrasen su falta de unidad. Con un poco de reserva que Rosbery tenga, juntándola en su habilidad á sabias transacciones respecto del problema irlandés, los unionistas concluirán por desgajarse de los reaccionarios é irse de nuevo á su antiguo ejército: día feliz en que la situación presente habrá caído y los conservadores vuelto á lo que son en Inglaterra de suyo, á una respetable minoría. Y de todo esto deberá responder el poco acierto manifestado por Balfour en la dirección y gobierno del factor esencial á la política inglesa, del factor parlamentario. Pero concluyamos esta larga revista diciendo como el almanaque: Dios sobre todo.

Esparraguera, 30 de septiembre de 1896.



LA GIGANTOMAQUIA

(?) *de octubre de* 1861

Gran bajo relieve en mármol de Paros, descubierto en Pérgamo por el ingeniero alemán Humann

El célebre grupo de *Laocoonte*, ejecutado por tres escultores de la escuela de Rodas y apuntado por los historiadores y los críticos entre las maravillosas producciones del arte griego *de la decadencia*, vino siendo, hasta que se descubrió el colosal bajo relieve llamado la *Gigantomaquia*, la obra típica, sin rival, para demostrar, con arreglo á las teorías académicas, cómo descendiera el arte en Grecia desde las alturas de la serenidad majestuosa, hierática, de las concepciones de los Fidias y Praxiteles, inspiradas en el sagrado concepto de la divinidad, hasta la representación plástica de las angustias físicas y morales del hombre.

Fué el citado grupo, como queda dicho, considerado durante largo tiempo producción de un arte que, falto ya del nervio del alma – que diría mi ilustre amiga Emilia Pardo Bazán, – la fe, completamente exhausto de toda inspiración en los eternos principios de la religión, de la patria, de la familia, busca en la vida vulgar del humano motivos para sus representaciones en la plástica, baja hasta el naturalismo y el estudio nimio del *tipo*, abandonando el arquetipo.

Tal era el juicio que merecía el arte que produjo el famoso grupo de *Laocoonte* y sus hijos, ejecutado en la época de los césares, pocos años antes de J. C., á pesar de la suposición en contrario de Winckelmann, que destruyó después Lessing en un trabajo de agudísima crítica. No se conformaba el autor de *La historia del Arte en la antigüedad* con que obra tan bella como el citado grupo perteneciese al arte *decadente* de Grecia, y lo adjudicaba al de aquellos días en que los Scopas, Stheins, Epígonas, etc., esculpían el *Discóbolo*, las *Niobides*, las *Matronas llorando;* aventuróse, pues, á darlo como coetáneo de Alejandro Magno. Era preciso á la crítica académica, al sostenimiento de las teorías estéticas que defendía, que no figurase fuera del ciclo clásico del gran arte heleno la obra de los artistas de Rodas, Agesandro, Polidoro y Athenodoro. Mas á concluir de echar por tierra tan arbitrario concepto del arte y la división que desde el dicho Winckelmann hasta hace pocos años ha sustentado el tradicional quietismo de los académicos, vinieron los descubrimientos realizados por Humann en Pérgamo. Precisamente porque la *Gigantomaquia* es anterior á la conquista de Grecia por los romanos; precisamente porque no pertenece al llamado *arte decadente*, que la crítica meticulosa de los académicos coloca en la «transición del arte heleno al romano» (¡qué disparate!); precisamente porque viene la aparición de ese colosal bajo relieve á demostrar con su reaparición después de tantos siglos, que el arte griego no fué exclusivamente hierático; precisamente por eso, repito, cuanto de hoy más se pretenda dogmatizar respecto de artes, aun ateniéndose muchas veces á los hechos y cosas que la historia nos muestra y enseña, es tiempo perdido, ó cuando más, particular opinión.

Ciertamente que el motivo que inspiró á los artistas que esculpieran el gran altar de Pérgamo pertenece á uno de los pensamientos simbólicos más profundos que pudieron encerrar las teogonías asiáticas, de las cuales derivaran parte de las del mundo heleno y romano; mas á pesar de esto, por lo que se refiere al concepto é ideales artístico y estético, aquel inmenso bajo relieve de la acrópolis de la ciudad de Atalo nos ofrece el medio de confirmar lo gratuito y arbitrario de las doctrinas académicas.

* * *

La historia del descubrimiento de la *Gigantomaquia* está contada en muy pocas palabras, y es la siguiente: el sabio ingeniero alemán Carlos Humann, alentado por los descubrimientos que varios compatriotas suyos venían haciendo, como por ejemplo, el de un *Mercurio* de Praxiteles, realizado en Mycenas, Mercurio indicado por Pausanias en sus *Descripciones*, pensó en la opulenta Pérgamo, donde los Atalos, reyes de aquella antigua colonia helena, habían puesto á empeño conservar las tradiciones artísticas de la metrópoli.

Dirigióse, pues, Humann al Asia Menor en el mes de octubre del año de 1861, y después de algunos trabajos de exploración, que dieron por resultado encontrar el lugar donde estaban sumidas las edificaciones de la acrópolis, descubrió el ingeniero el punto preciso, merced á algunas ruinas decoradas con hermosa escultura que el vandalismo de los habitantes reducía á fragmentos.

Humann, después de sostener varias luchas con autoridades y gentes del país, organizó una expedición con medios bastantes para dar comienzo á las excavaciones en toda regla. Aun entonces hubo de tropezar con grandes dificultades que le seguían oponiendo en el país, y se vió en la precisión de recurrir al gran visir. En estas negociaciones pasaron algunos años, hasta que ayudado afortunadamente por el gobierno germánico descubrió por fin en 1871 una parte del gran relieve.

Fué una de las primeras láminas de mármol encontradas la que representa á Minerva cogiendo por los cabellos á un gigante. Mas antes de pasar á describir esta obra colosal del arte griego, debo decir lo que representa.

Representa la lucha de los dioses con los gigantes, es decir, la lucha del hombre con la divinidad, ó como apunta muy bien el señor marqués de Valmar, «es en grande la leyenda de Prometeo:» el eterno combate de la inteligencia humana con el misterio. Acabo de decir que representa la lucha del hombre con la divinidad, y realmente no es exacto; los dioses griegos (por más que el pensamiento de ese simbolismo pertenezca á las teogonías índicas) representan á la luz de la crítica histórica y filosófica el antropomorfismo, mientras los gigantes el telurismo; en resumen, la inteligencia á brazo partido con las tinieblas. Tal es lo que expresa ese relieve que corría á lo largo del pedestal del altar de Pérgamo, y que medía más de cien metros de largo por cuarenta de ancho y cerca de tres de alto con el arranque de la cornisa.

Repito, pues, que uno de los trozos primeramente descubiertos fué el citado de Minerva abatiendo á un gigante, y en ese trozo, como verán mis lectores, hay un detalle de gran importancia. Minerva (le falta la mitad de la cabeza que corresponde á la cara) sujeta por los cabellos á un gigante que, con la rodilla derecha en tierra y la pierna izquierda estirada en una tensión de fuerza violentísima, pugna por defenderse de la diosa, tratando de paralizarle el movimiento de la mano con que le tiene cogido. Una serpiente se le enrosca al brazo izquierdo, que también tiene tendido como la pierna del mismo lado, y haciendo un lazo con el anillado cuerpo en la otra pierna, paraliza á su vez los movimientos del combatiente. Este gigante, hermoso atleta de robustas y admirables formas, recuerda de un modo pasmoso la actitud desesperada de Laocoonte. A los pies de Minerva se ve la figura de una mujer que representa la Tierra y que en actitud de súplica intercede por sus hijos. Sostenida en sus alas, una Victoria (cuyo movimiento es bastante parecido al de la de Samotracia) corona á la diosa de la inteligencia.

Ahora bien: Emilio Michel en su obra *Las esculturas de Olimpia y de Pérgamo*, dice á propósito del gigante en cuestión: «La figura principal del célebre grupo de Laocoonte, esto es, la figura del padre, reproduce con gran fidelidad la de uno de los combatientes de los mármoles de Pérgamo. El plagio es evidente, y debía serlo más antes de la restauración del brazo derecho de Laocoonte, hecha por Giovanni Montorsoli. Faltaba el brazo, y el artista moderno, ignorando la actitud que debía tener en la obra original, lo puso levantado, sujetando á una de las serpientes. En la estatua de Pérgamo, la disposición del brazo, doblado hacia la cabeza como á impulso de lo recio del dolor, es más expresiva y más adecuada al movimiento general de la figura.»

Ocho años más tarde del descubrimiento de los primeros fragmentos se descubrió la figura central de la inmensa composición escultórica. Andaba Humann preocupado con esto, cuando una mañana, la del día 21 de julio de 1879, fueron á avisarle los obreros que se habían descubierto cuatro láminas de mármol. Acude el ilustre arqueólogo é ingeniero acompañado de su señora y de un sabio amigo, y se encuentra con que una de las figuras era la del padre de los dioses. «Una obra maestra sin igual – dice el mismo Humann – volvía al mundo. Profundamente conmovidos, rodeábamos el peregrino hallazgo; yo caí postrado ante el Júpiter, derramando copiosas lágrimas.»

* * *

Todavía están llegando cajas á Berlín, en cuyo Museo se han depositado estas maravillas, conteniendo grandes fragmentos del relieve de Pérgamo. Yo, hace muy poco tiempo, pude admirar, colocados en la gran rotonda del citado Museo, varios de los mayores trozos de esa prodigiosa obra, y allí el Júpiter y la Minerva que en este artículo describo. Después he contemplado en grandes salones y tendidos en el suelo los millares de fragmentos que han ido apareciendo en las excavaciones y que varios sabios, con una inteligencia nunca bastante alabada, van acoplando para intentar la restauración total.

Pensó el gobierno alemán en construir un Museo especial donde guardar ese tesoro; mas otra idea vino á abrirse camino, la de erigir un templo exactamente igual al de Pérgamo y volver á decorarlo con las mismas esculturas que el de la corte de los Atalos.

R. Balsa de la Vega

LOS SEÑORES DE PIPIRIPÍ

ó UN DRAMA EN UN CAJÓN

I

No conocíamos á todos nuestros vecinos. Sabíamos que en el piso principal vivían los Sres. de Basols, familia de un rico banquero, hombre respetable, grave y suntuoso. Oíamos por las ventanas el ruido de sus carruajes y muchas noches también la música de sus fiestas. En el segundo vivía un abogado, el Sr. Fontana, delgado y parlanchín, hallábamos al subir y bajar por la escalera los litigantes y los amanuenses cargados de papelotes; en el tercero un apacible matrimonio, viejo y sin hijos; en el cuarto nosotros. ¿Quiénes eran los Sres. de Pipiripí?

Lo ignorábamos, y sin embargo aseguramos con lealtad que á pesar de cumplir estrictamente con la antigua y sabia conseja castellana que aconseja en esta forma: «Cierra tu puerta y alaba á tu vecino;» es decir, no te metas en averiguación de vidas ajenas, y á pesar de no haber visto nunca á los Sres. de Pipiripí, de ningún vecino sabíamos más noticias, ni teníamos más continuado y completo conocimiento. Eran por otra parte los vecinos que vivían más cerca de nosotros.

¡Los Sres. de Pipiripí! De ellos nos hablaba siempre Carolina, mi hija; muchacha que tenía un alma superior, llena de muy delicada sensibilidad y de muy penetrante inteligencia. Hablaba poco, una vez cumplida la obligación de sus estudios desaparecía, se marchaba al cuarto más retirado de la casa; luego veíamos á la niña á las horas de comer muy animada, con sus grandes ojos brillando de alegría ó apagados por extrañas tristezas. Cuando se le preguntaba la causa de su contento ó de su pesar contestaba hablándonos de los tales Sres. de Pipiripí. ¡Qué gozo el suyo ó qué grave melancolía, según era la noticia dada respecto de la vida de los referidos vecinos!

– El Sr. de Pipiripí se ha hecho una bonita librería..., tiene mucho que estudiar... ¡Ah pobre señor!, habrá que comprar una hermosa lámpara para su despacho, pues piensa pasar muchas noches en vela trabajando. La señora de Pipiripí... irá muy poco al teatro este año. Claro, tiene tres niños..., y no es cosa de que los deje solos en poder de los criados, mientras ella se divierte.

Nos parecieron muy dignos de aprecio los tales señores; el amor al trabajo y el amor á los hijos son sentimientos que testifican poderosamente la honradez de las personas

– ¿Qué ocurre, Carola?, preguntábamos otras veces á la niña.

– Una desgracia... Al bajar del carruaje uno de los niños de los Sres. Pipiripí, Toñito, un atolondrado, un loquillo, se cayó por haberse desprendido de la mano de la niñera y se ha roto un brazo... ¡Ved qué disgusto!



Inquietud maternal, escultura de Guillermo Charlier
(Premiada en la Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

Como es natural, sentimos mucho aquel contratiempo de nuestros vecinos y no dejamos de manifestar nuestro sentimiento á la querida niña y aun de rogarla que en nuestro nombre expresase á nuestros vecinos los simpáticos Sres. de Pipiripí nuestro pesar.

En los momentos de pruebas terribles... nos debemos unos á otros los humanos, más aún los cristianos y más si cabe los vecinos.

No habré de decir que yo, Fabián Gomar, que amo á mi hija, seguía con vivos afanes todo el curso de pensamiento y de afectos que como florecillas que van apareciendo en un tallo joven, me demostraban el creciente desarrollo de la adorada niña; demasiado comprenderá el lector que así como lo digo debía de suceder.

Por otra parte los hijos de los Sres. de Pipiripí..., y por Dios que siento hacer esta confidencia que puede herir la vidriosa delicadeza y el pundonor de una respetable familia de muñecos, caían sobre mí; cierto que yo no me daba por entendido..., pero los muebles del salón, el gabinete elegante de la señora, la cocina y sus cachivaches y hasta dos... ¡dos carruajes!.. habían salido de mi bolsillo pequeño y por la linda mano de mi niña fueron á parar al beneficio, pompa y gloria de los Sres. de Pipiripí.

Mas yo hacíame siempre de huevos... Además me consta que los respetables Sres. de Pipiripí no sabían entonces ni han sabido después de dónde procedían sus riquezas.

Carolina se formaba. Crecía, crecía su espíritu.. Allí en un cajoncito se reflejaba, por supuesta vida, una acción constante del pensamiento, un amor lleno de fecundos resultados... Los muñecos de porcelana tenían alma é historia, y tal y como muchas personas llenas de potente vitalidad carecen de elementos para subsistir y de ocasión y motivo para amar.., los muñecos aquellos, más que inconscientes inertes, cosas con figura y apariencia..., se hallaban en un medio de vida, de cuidados, de fortuna, de inteligencia y de pasión. Animábalos aparentemente la destrísima diligencia de Carolina; ella en ellos reproducía fielmente por todo delicadísimo detalle, por todos variados matices, el mundo, el recuerdo, la esperanza...,



Condenación del Dux Marino Faliero, acuarela de José Villegas (premiada en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1896)

fiesta y duelo, lágrimas y risas... ¡La existencia humana! Aquello era un ensayo completo de la vida..., pero para gozo nuestro de una vida normalísima y honrada. Nos satisfacía la historia de los tales señores de Pipiripí... ¡Vivían según el alma de nuestra inocentísima hija! Era una moral dulce, segura, optimista; apenas si por diferencias de educación entre amos y criados, tres tenían los muñequitos, tres muñequitos más toscos; apenas si por la travesura de los niños, muñequillos de cincuenta céntimos; apenas decimos si por lo apuntado, alguna que otra vez se alteraba la tranquila existencia de nuestros vecinos. No, no ha visto Carolina otro mundo que el pequeño y reducido espacio de la casa en que vivimos.

¡Somos felices! Amará luego la niña, nos decíamos, amará esto que hoy ama... ¡Los servicios y trabajos caseros; la laboriosidad del marido, la sencillez y bondad de la esposa, los hijos; la dicha ideal, el nido, la familia! Esto la hará feliz en lo futuro.

II

¿Qué te ocurre, Carola?, dijimos un día á la niña, que al propio tiempo que se recogía con gracia y suave ademán los rizos de la frente, nos miraba entristecida:

– Un gran disgusto, nos dijo.

– ¿Cuál?

– ¡Ah!.. ¡No puedo decirlo!

– ¡Caramba!.. ¿Es tan grande? ¿Qué les pasa á los Sres. de Pipiripí?.. ¿Pérdidas de dinero?.., las repararemos..

– No... Otras cosas más graves, contestó la niña.

– ¿Más aún? ¿Está enfermo algún niño?

– No, son otros disgustos... *que no pueden decirse*, replicó Carola con aire reservado, misteriosa mirada y no disimulada tristeza.

– ¿Secretos?

– Sí, secretos...

Y así durante muchos días se mantuvo reservada; así continuó triste..., y á la verdad, como la niña jugando, jugando había llegado á dar por ilusión verdadero amor y atención sería á sus ficciones de la casa de muñecas..., llegamos nosotros, su madre y yo, á preocuparnos un poco con el asunto...

El disgusto de los tales Sres. de Pipiripí... continuaba y era secreto.

¡Cáspita! ¿Qué sería ello? Pronto lo supimos.

Un día, ¡funesto día!, se nos ocurrió ir al cuartito y hallamos á la niña llorando...; en sus manos tenía el muñeco, el mismo Sr. de Pipiripí... con la cabeza rota...; habíase caído de lo alto del cajón al patio... Pero aquel suceso fué luego interpretado, según el ensueño que por juego mantenía Carola, de modo bien distinto..., era lo necesario justificar el accidente según sus fantasías.

Necesitaba dar la niña á su pena mayor fundamento.. y nos dijo. .

– Ya lo ves..., está roto... *Se ha suicidado*... Ya sabía yo en qué habían de venir á parar todas las cosas.., nos dijo Carolina con fingida sonrisa, pero con lágrimas y pena verdaderas.

– ¿Suicidado? .

– Sí, la niña del segundo tiene una preciosa muñeca, una casquivana de esas vestidas con muchos colorines..., y el pícaro del Sr. Pipiripí... la escribió hace días una carta llamándola bonita, y la señora de Pipiripí ha encontrado la carta y ha reñido á su esposo, y éste en un momento de locura se ha matado. ., dejando á la familia sumida en la mayor desesperación...

– Niña, ¿qué es esto? ¿De dónde sacas esos disparates?, exclamamos aterrados. ¿Qué quieres decir?.. ¿Qué boberías son esas?..

– Papá, papá... No te enfades... ¿Qué he hecho de malo?.. Si es jugando... Tú me comprarás otro muñeco... ¿Por qué te enfadas?..

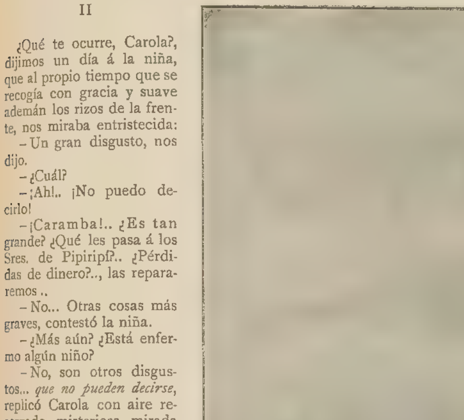
Abracé á mi hija... La recomendé que volviera á su antiguo juego..., la hice la oferta de comprarle otro nuevo Sr. de Pipiripí..., pidiéndole que hiciera como que nada de lo dicho había sucedido, pero luego le pregunté:

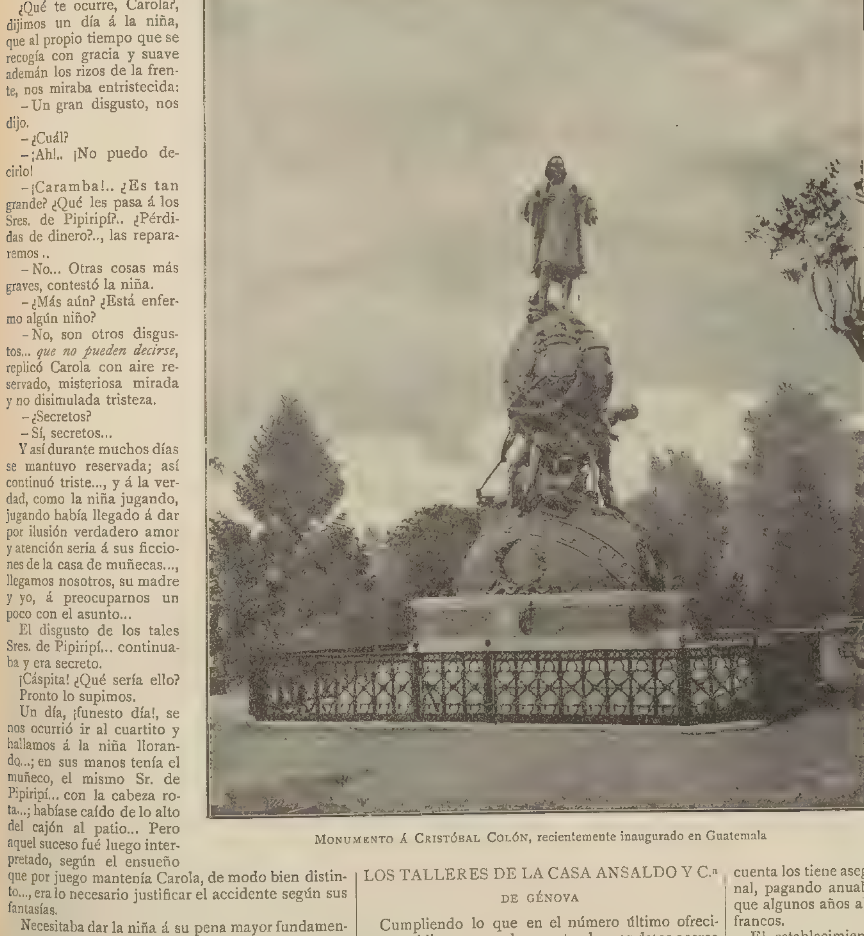
– ¿Y cómo se te ha ocurrido pensar esos desatinos?..

– Es cosa que leí el otro día... en el folletín de un periódico.

– ¡Ah, periódicos..., que algunos penetráis como viento malsano, como soplo infecto del mundo exterior..., no ya tan sólo en el hogar, sino hasta en el rinconcito delicioso del cajón de las muñecas..., dando por impertinente anticipo... el relampagueo de las tragedias de la vida!

JOSÉ ZAHONERO





MONUMENTO Á CRISTÓBAL COLÓN, recientemente inaugurado en Guatemala

LOS TALLERES DE LA CASA ANSALDO Y C.ª DE GÉNOVA

Cumpliendo lo que en el número último ofrecimos, publicamos en el presente algunos datos acerca de los establecimientos que en Génova y sus alrededores tiene la importante casa Ansaldo, constructora del crucero *Cristóbal Colón*.

Fué fundada dicha casa en 1846 por la sociedad Taylor y Prandi, á la que sucedió en 1853 otra constituída con el nombre de Juan Ansaldo y C.ª De esta última fecha arrancan los comienzos del grandísimo desarrollo que en pocos años había de ponerla en condiciones de poder competir con los primeros establecimientos de Europa. Contribuyeron no poco á este resultado la protección decidida del conde de Cavour, deseoso de dar nueva vida á la industria italiana, y el apoyo constante del senador Carlos Bombrini, director del Banco Nacional y padre de los actuales propietarios y gerentes de la casa.

La muerte del conde de Cavour y los períodos de guerra y de crisis industrial ocasionaron pérdidas considerables á aquella sociedad, hasta el punto de que al morir en 1882 el Sr. Bombrini calculábanse en 600.000 francos lo que anualmente perdía la casa Ansaldo.

Muerto su padre, los hermanos Juan y Carlos Marcelo Bombrini consagráronse en absoluto al establecimiento que de aquél heredaron, habiendo conseguido á fuerza de sacrificios y trabajos constantes ponerlo á la altura en que hoy se encuentra.

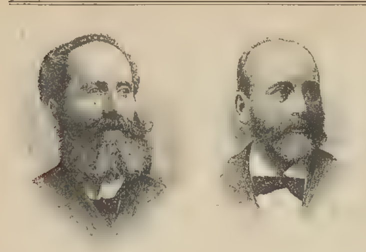
No hemos de estudiar detalladamente la marcha progresiva de los hoy famosos talleres: nuestro objeto se reduce á dar algunas noticias acerca de lo que en la actualidad son y significan; pero antes de pasar á ocuparnos de ellos, séanos permitido copiar las propias palabras de los Sres. Bombrini, que sintetizan sus propósitos y las fuerzas con que contaban al ponerse al frente de tan magna empresa.

«Queremos que Italia conquiste su independencia industrial del mismo modo que conquistó su independencia política, y para conseguirlo no nos detendremos ante ningún obstáculo, sacrificio ni oposición desmoralizadora. En medio de las pocas satisfacciones que nuestra vida nos procura, la principal es la de saber que proporcionamos el pan á más de tres mil familias de obreros, y esta satisfacción es más intensa cuando leemos en sus semblantes que nos lo agradecen.»

En la actualidad cuenta la casa Ansaldo y C.ª con los siguientes establecimientos: el mecánico de Sampierdarena con talleres de construcciones mecánicas, de máquinas para buques y de locomotoras; el metalúrgico de metales finos de Cornigliano-Ligure; el astillero naval de Sestri Ponente; talleres para el armamento y blindaje de buques de guerra en el puerto de Génova, y talleres para reparaciones navales con el material flotante para transportes y montaje, también en el puerto de Génova.

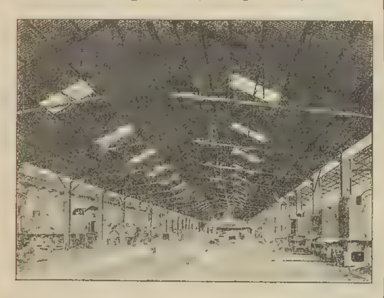
Estos establecimientos ocupan un area de 51.665 metros cuadrados cubiertos y 140.515 descubiertos; cuentan con 1.590 caballos de fuerza que mueven 1.090 máquinas y dan trabajo á 9.500 obreros. Cada uno de ellos tiene una organización por decirlo así autónoma desde el punto de vista técnico, y la disciplina que allí impera está dispuesta con tanta elevación de miras que la mayor cordialidad reina entre los propietarios, los ingenieros y los trabajadores. Para estos últimos ha creado la sociedad un fondo de beneficencia, al que contribuye con cantidades importantes, además de lo cual por su cuenta los tiene asegurados á todos en la Caja Nacional, pagando anualmente por este concepto primas que algunos años alcanzan á la cifra total de 80.000 francos.

El establecimiento mecánico de Sampierdarena fué considerablemente ampliado en 1883, habiendo gastado entonces en él los Sres. Bombrini más de siete millones de francos: ocupa una superficie de 80.000 metros cuadrados, de los cuales hay edificados la mitad próximamente. Los talleres de las quince secciones en que está dividido son espaciosos, aireados, tienen mucha luz y para los trabajos de noche cuentan con alumbrado de gas y eléctrico. Cuando el trabajo abunda pueden hallar ocupación en las 800 máquinas de este establecimiento 4.000 obreros. Los hornos para la fundición del bronce pueden dar moles de una sola pieza hasta de 20 y más toneladas, como la armadura del timón que uno de nuestros grabados reproduce. El taller de calderas tiene 120 metros de largo por 40 de ancho y está dividido en tres naves, de las cuales la central, destinada á la



Los hermanos Juan y Carlos Marcelo Bombrini, propietarios y gerentes de los talleres de Ansaldo y C.ª, de Génova

construcción de las mayores calderas para buques, tiene 19'30 metros de alto y cuenta con dos grúas de 40 toneladas cada una, aparejables para manejar y transportar rápida y fácilmente las calderas más pesadas y voluminosas. El taller de torneado, que reproducimos, se alza sobre un rectángulo de 170 metros de largo por 16'5 de ancho y su aspecto interior es verdaderamente imponente por la multitud de colosales máquinas que en él hay montadas y por los complicados movimientos de todas ellas: las más notables son los grandes tornos para tornear piezas de 8 metros de diámetro, el torno gigante para tornear piezas de 20 metros de longitud, el torno gigantesco con plataforma horizontal, el torno para utensilios rotativos y otras muchas no menos grandiosas é importantes. Al lado de este taller de torneado en grande hay el de torneado en pequeño, de 110 metros de largo por 16 de ancho, con 320 máquinas. Junto á estos edificios está el taller de montaje, en el cual se han llegado á montar á la vez las máquinas gemelas para los acorazados *Carlos Alberto* de 13.000 caballos, *General Garibaldi* de 13.000 y *Almirante di Saint Bon* de 13.500, sin contar otras varias de menores dimensiones. El taller de locomotoras, que ocupa un rectángulo de 144 × 45 metros, está dota-



Talleres de la casa Ansaldo y C.ª, de Génova.
Taller de montaje de locomotoras en el establecimiento de Sampierdarena.

do de multitud de máquinas y puede proveer á la construcción de 200 locomotoras al año.

Dignos de tan magníficos talleres son los almacenes y depósitos que en gran número forman el complemento de los mismos, el laboratorio químico para el ensayo de los metales, las salas de trazados, de modelos y de dibujantes, y el archivo, de un valor inapreciable.

En el establecimiento de Sampierdarena pueden construirse anualmente, además de las 200 locomotoras antes indicadas, máquinas por 100.000 caballos de fuerza, 2.000 toneladas de calderas y 1.000 de forja en grandes piezas. En estos últimos años ha construído, entre otras, para la marina de guerra 16 calderas, una de ellas la del acorazado *Sicilia*, que reproducimos, con un total de 141.400 caballos de fuerza; 18 para la marina mercante, con un total de 27.520, y 284 locomotoras para los ferrocarriles italianos.

Y si no ha habido mayor producción culpa ha sido, no de falta de medios de la casa, que los tiene sobrados para producir mucho más, sino por la crisis industrial por que ha atravesado Italia.

Los astilleros de Sestri Ponente, cuya vista exterior publicamos, extiéndense sobre la playa en un espacio de 550 metros y ocupan una superficie de 50.000 metros cuadrados, pudiendo construirse en ellos los buques, así de guerra como mercantes, de mayores dimensiones que se conocen. La regularidad de la pendiente de la playa y su profundidad hacen que estos astilleros sean muy á propósito para la botadura de las más grandes embarcaciones. Para que nuestros lectores se formen idea de la importancia del establecimiento de Sestri Ponente bastará decir que en los diez años que lleva de funcionar ha construído seis buques de guerra con un desplazamiento total de 18.340 toneladas, y para la marina mercante nueve vapores con 20.560 toneladas (aparte de otros de menor importancia) y siete barcos de vela con 19.150 toneladas, sin contar las muchas embarcaciones para el servicio de la casa.

El establecimiento metalúrgico de Cornigliano Ligure, que pertenecía á la Sociedad Italiana Delta y que en 1894 fué agregado á la casa Ansaldo, ocupa una superficie de 9.483 metros cuadrados y dispone además de un terreno anexo de 50.517: en él están los talleres de modelado, la fundición, los laminadores, el taller mecánico, el laboratorio químico y de pruebas mecánicas y, en una palabra, todas las de-



Talleres de la casa Ansaldo y C.ª, de Génova. – Vista del astillero naval de Sestri Ponente

pendencias necesarias para la fabricación y laborado de metales finos. La producción corriente de este establecimiento abraza todo lo que es fusión de objetos en bronce, delta ó metales afines, tales como hélices, tubos de hélice, condensadores, cuerpos de bomba, válvulas, campanas, candelabros, etc., etc.

El taller para reparación de buques en el puerto de Génova no es más que una sucursal de los talleres de Sampierdarena y de los astilleros de Sestri Ponente.

El establecimiento para el armamento y blindaje de buques de guerra en el puerto de Génova es el complemento indispensable del de Sestri Ponente, y gracias á los elementos poderosos de que dispone puede en seis meses acorazar y armar un crucero como el *Cristóbal Colón*, lo que difícilmente consiguen los más importantes astilleros de Europa.

La dirección técnica de la casa la tuvo su fundador, el ingeniero Ansaldo, hasta 1858 en que le sucedió el Sr. Orlando; á éste le sustituyó en 1866 Wehrli, á quien reemplazó en 1883 el Sr. Omati. En la actualidad los astilleros de Sestri Ponente están dirigidos por el comendador B. Bigliati. Otro de los directores encargado de la parte administrativa es el señor Perrone, persona dotada de gran ilustración y de verdadero genio mercantil.

La sucinta reseña que acabamos de hacer demuestra cuánta es la importancia de la casa Ansaldo, una de las más justamente reputadas de Europa y que ha merecido de las primeras autoridades de la marina italiana los elogios más incondicionales y los plácemes más entusiastas.

A los hermanos Bombrini corresponde la principal gloria de este resultado: ellos fueron los que á fuerza de sacrificios lograron vencer la indiferencia del gobierno y de las compañías y trocar la incredulidad de todos en la fe más absoluta en el renacimiento de la gran industria nacional italiana.

La voluntad triunfó de las mayores dificultades; su patriotismo acalló todas las oposiciones; su perseverancia ha convencido á los más rehacios.

Italia, por cuyo progreso tanto han hecho, pronuncia sus nombres con respeto y gratitud: esta es la mayor recompensa que siempre han ambicionado para sus esfuerzos.--A.

LA MORERA TRADICIONAL

CUENTO AZUL

Cerca de la villa y corte de Madrid hay un pueblecito encantador, cuyo nombre callo por modestia, tranquilo, poético; sentado al pie de un frondoso valle con sus tejados de bermellón y sus casitas blancas como la nieve, su iglesia que tiene por patrona á Santa María; sus huertas, especie de jardines silvestres; sus corrales de pavos y gallinas, y todas las demás cosas más ó menos parecidas que se encuentran en cualquier pueblo.

A este pueblo, lugar ó aldea, como gustéis, fuí á pasar el verano último, deseando abandonar á Madrid, á la sociedad, á los amigos, y buscando la paz, la tranquilidad, el retiro de la vida del campo.

Yo vivía en un cuartito cuya puerta y ventana daban á un jardincito, pequeño sí, pero no muy bien cuidado; en un rincón de este jardín y rodeada de una especie de empalizada de hojas y retamas, había una vieja y corpulenta morera, cuyo tronco formando una curva salía fuera de la tapia que rodeaba el jardín. Mi mayor placer, ó mejor dicho, mi único placer, era trepar á lo más alto de esta morera, buscar una posición lo más cómoda posible y pasar allí las horas del calor leyendo, mecido por el viento cuando las ramas se movían y guarecido del sol por las anchas hojas de la morera. ¡Qué placer! Desde allí veía todo el pueblo; la iglesia, la casa del alcalde, la del cura, la plaza de la *Constitución*, el camino del pueblo, las eras, todo: aquel árbol era, puedo decir, la torre del vigía de la aldea, y había mozo que apostaba si tenía más altura que la torre de la iglesia.

Desde el primer día noté que la mitad de las moras eran blancas y la otra mitad rojas; extrañándome verlas siempre de estos dos *colores*, pregunté un día á la dueña de la casa y me dijo que no podía



Talleres de la casa Ansaldo y C.ª, de Génova.
Armadura del timón del acorazado italiano *Lepanto*, de 13.880 kilogramos de peso

darme razón de ello, pero que aquella morera era *histórica y tradicional*... – Histórica y tradicional, repetí yo, no entiendo *señá* Lina (que así se llamaba la buena mujer), explíquese usted más claro. ¿Qué tiene que ver lo tradicional y lo histórico con esas moras?

– Sí tal, mucho que tiene que ver.. En fin, me respondió, si usted quiere saber esa *historia tradicional* pregúntele á la abuela Remigia, que vive orilla de la iglesia, y ella le enterará á usted con todos sus detalles..., como que la sabe muy bien.. ¡Vaya!

Aunque no me gustan las moras, me entretenía una mañana en arrancar algunas y probarlas, cuando oí de pronto la voz de un campesino que me gritaba:

– ¡Eh, eh! ¡No arranque usted moras de esas!

Volví la cabeza y vi á un hombre que estaba al otro lado de la tapia.

– ¿Son de usted?, le pregunté.

– No, señor, pero esas moras no se comen; son históricas y tradicionales.

Había ya olvidado lo que me dijera la *señá* Lina y aquel campesino despertó mi curiosidad. Cerré el libro que estaba leyendo en mis alturas, bajé del árbol y fuí á casa de la abuela Remigia para que me relatara la historia de aquella morera.

Encontré á la buena anciana cociendo algunas castañas para su comida, y después de hacerme esperar hasta que estuvieron listas, me obligó á que participase de su frugal pitanza, mojándola, por cierto, con un vinillo que no era del todo malo. Cuando terminó de comer, mientras yo fumaba, me dijo:

– Hace años, muchos años, vivían en este pueblo Juan de Dios y Feliciana.

Juan de Dios amaba á Feliciana; poseía una casita con un corral de gallinas, una huerta pequeña, un campo que cultivar y un par de mulas de labor. Tenía buen corazón y era de genio sencillo y dulce.

Feliciana no poseía nada, absolutamente nada más que su cuerpo esbelto y gracioso, su cara burlona fresca, colorada y risueña; sus manos algo estropeadas por las labores del campo contrastaban con sus diminutos pies aprisionados en dos zuecos blancos como la nieve. Era huérfana y vivía con un tío suyo que había sido allá en sus tiempos alcalde del pueblo. Juan de Dios estaba enamorado de Feliciana; á fuerza de suspiros, de ruegos y protestas, ayudado por su guitarra, que tocaba con soltura y cierta expresión, logró al fin que Feliciana ablandase su corazón y correspondiese á su amor prometiéndole ser su mujer.

Fué el día más feliz de la vida de Juan de Dios.

El tío de Feliciana dió su consentimiento con gran alegría, pues el chico era buen partido para su sobrina. Fijóse el día de la boda y todo el pueblo se disponía á tomar parte en la fiesta.

Feliciana vivía precisamente en la misma casita que yo ocupaba, y siempre que los dos novios se citaban, el sitio para hablarse era al pie de la morera en cuestión, después del trabajo y algo entrada ya la noche. Feliciana sentada al pie del arbol, recostada en el tronco; Juan de Dios acostado á los pies de su novia: así pasaban un par de horas concertando sus futuros planes, jurándose amor eterno, á su modo y en lenguaje sencillo. Estas citas tenían lugar todas las noches, menos los sábados, porque Juan de Dios y Feliciana eran supersticiosos y creían en brujas y aparecidos, en duendes y en fantasmas, y se decía por el pueblo que los sábados por la noche el que se acercaba á aquella morera perdía la vida.

La boda quedó concertada para el 14 de mayo, domingo por cierto.

Llegó el sábado, víspera del anhelado día, y Juan de Dios se levantó con el alba, impaciente por ver á su *Felicia*, como él la llamaba; esperó algún tiempo, pues era demasiado temprano aún, paseó por el pueblo hablando con sus amigos de su *Felicia*; fué á casa de ésta y le dijo el tío que estaba en misa. Se dirigió á la iglesia, mas no estaba allí. Esperó á que terminase la misa, preguntó por ella al señor cura, al sacristán, á todos ¡Cosa extraña!, ninguno había visto á *Felicia*. Tornó á su casa, preguntó á su tío, que le respondió:

– No ha vuelto aún.

– Luego la veré, se dijo Juan de Dios.

Y pensando en ella, acordóse que su novia tenía predilección por ciertas flores que crecían á dos leguas del pueblo en un sitio llamado la «Encina grande.»

– Iré allí en un vuelo, y la traeré un ramo.



TALLERES DE LA CASA ANSALDO Y C.ª, DE GÉNOVA. Taller de torneado en el establecimiento de Sampierdarena.

Cuando volvió al pueblo, cerraba ya la noche; cerca de la iglesia se encontró á un primo suyo y le preguntó por *Felicia*.

– ¡Anda, anda, le contestó, como no te ha visto hoy cree que te has muerto!

Juan de Dios apretó el paso, y fué á casa de Feliciana, pero su tío le dijo que ya era tarde y que Feliciana estaba acostada.

– Espera hasta mañana; ten paciencia, que ya mañana será tu mujer...

TALLERES DE LA CASA ANSALDO Y C.ª, DE GÉNOVA. – Máquinas gemelas de 19.500 caballos construídas para el acorazado italiano *Sicilia*.

Juan de Dios algo *amoscado* se fué á su casa y se acostó también.

Campanada tras campanada, sonaron á su tiempo las nueve, las diez, las once... Todas las contó Juan de Dios que no podía dormirse y daba vueltas y más vueltas en su cama.

– ¡Diablo, diablo!, se decía, si no fuera sábado iría.., pero...

De pronto saltó de la cama, se vistió y...

– Soy un majadero, dijo; con esta compañía no hay nada que temer.

La «compañía» era la guitarra que estaba colgada en la pared.

– Con esto, añadió, se ahuyentan los duendes, fantasmas y hasta los diablos.

Terminó de vestirse, descolgó la guitarra, la templó y salió en dirección á la casa de su *Felicia*; dió la vuelta á las tapias, y trepando con agilidad subió hasta la morera, acomodándose lo mejor que pudo en una rama. Desde allí veía la ventana del cuarto en que dormía su *Felicia*.

Después de algunos *rasgueos* y preludios se puso á cantar á media voz una de las canciones que más agradaban á su novia.

Terminó la canción y esperó en silencio un momento para ver si se abría la ventana; pero ésta permanecía cerrada.

Repitió la canción en voz un poco más alta, pero la ventana no se abría.

– ¡Qué sueño tan pesado!, se dijo Juan de Dios.

Y empezó otras coplas distintas. Alzó la voz, apretaba las cuerdas, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones á riesgo de despertar á todo el pueblo, pero en vano.

La ventana siempre cerrada.

– ¡Diablo, diablo!, exclamó el pobre Juan de Dios, ¡qué sueño tan pesado!

Iba á comenzar una nueva seguidilla, cuando le interrumpió un sonido prolongado y vibrante: era el reloj de la iglesia que daba la una.

– La una... ¡sábado!, murmuró angustiosamente Juan de Dios aterrado, ¡Dios mío!, ¡Dios mío!..

No pudo decir más. La guitarra saltó en mil pedazos, las cuerdas le hirieron el rostro, el tronco de la morera se estremecía con un temblor singular, un ruido infernal, diabólico, zumbaba en sus oídos atronándole...

Entonces..., entonces la ventana de su Felicia se abrió.

Juan de Dios miraba con los ojos dilatados, fijos, sin darse cuenta... La sangre se heló en sus venas, tan grande era su terror.

Vió á su amada vestida de blanco, adornada con sus flores predilectas, cogidas por Juan de Dios aquel día, y que sin embargo Juan de Dios no le había dado; vió á Felicia poner sus pies en el borde de la ventana; la vió adelantar en el espacio dirigiéndose hacia la morera, andando con paso firme y seguro como si caminase por el verde musgo del campo. A medida que avanzaba, las formas de su cuerpo se transformaban.

Juan de Dios la veía en toda su hermosura; á pesar de la obscuridad de la noche, distinguía perfectamente sus ojos, sus labios, el color de sus mejillas, los pendientes de sus orejas, la expresión de su mirada intensa y fija permanentemente en él.

Pero bien pronto y según iba aproximándose á Juan de Dios, la vió transformarse y cambiar como en los espectros. Conservando la belleza del contorno, sus formas se transparentaban de tal modo que á través de su cuerpo Juan de Dios distinguía la ventana del cuarto, la pared de la casa Cuando sólo distaba dos pasos de Juan de Dios, la transformación fué rápida y completa. Ya no era su *Felicia*, era un espectro informe, horrible, que alargando sus brazos á Juan de Dios, le decía con voz que no era humana:

– Ven, marido mío, es tarde...

Por último la *sombra blanca* llegó á las ramas de la morera; su túnica rozó la cara de Juan de Dios, y abriendo los brazos parecía querer envolver en el blanco sudario á su amante...

Juan de Dios no pudo resistir más; perdió el sentido y cayó al suelo desplomado, inerte, hiriéndose en las sienes.

Estaba muerto.

A la mañana siguiente Feliciana, cansada de esperar á su novio, en gran inquietud fué buscando á Juan de Dios por todo el pueblo; cuando volvía, jadeante y sin esperanza de ningún género, tropezó con el cuerpo ensangrentado y yerto de su desdichado esposo.

Feliciana lloró tanto, tanto, vertió tantas lágrimas al pie de la morera, besando loca y frenética las hojas, las ramas, como si quisiera acariciar así el recuerdo de su amado, llamando entre sollozos y suspiros á su Juan de Dios...

Y sucedió que las moras en flor que había en el árbol se lavaron en las lágrimas de *Felicia*.

Las moras verdes se tiñeron en la sangre de Juan de Dios.

Desde entonces aquel árbol da la mitad de las moras blancas y la otra mitad rojas.

Si vais al pueblo, os contarán la historia; rogad á la Virgen María por Felicia y Juan de Dios.

En cuanto á mí, *relata refero*.

MANUEL JOSÉ QUINTANA



EXPLOSIÓN DE ODIO, COPIA DEL CELEBRADO C



Eduardo Portielje, grabado por Brend'amor





JAPON. – Catástrofe producida por la invasión del mar (de fotografías)

Cadáveres arrojados por el mar á la playa de Kamaishi — Estado de la playa en una extensión de 150 metros después de la catástrofe

NUESTROS GRABADOS

Catástrofe en el Japón. – La catástrofe ocurrida el 16 de junio último en las provincias japonesas de Iwate-Miagi-Aomari no tiene precedentes próximos en la historia. Las tres terribles olas que en un breve intervalo se sucedieron destruyeron en 10 minutos todo cuanto encontraron á su paso en una extensión de playa de 160 millas. Uno de los pocos sobrevivientes de aquella hecatombe la describió al corresponsal del *Nichi Nichi* en los siguientes términos: «Eran aproximadamente las ocho de la noche y me hallaba cenando con mi familia, cuando de pronto oí un rumor sordo y como subterráneo que por segundos hacíase más distinto hasta parecer el ruido de una descarga de fusilería. Corrí á la puerta, y como mi casa está situada en una colina pude ver una enorme muralla de agua de más de 20 pies de alto que avanzaba tierra adentro hasta una distancia de un cuarto de milla de la playa. El derrumbamiento instantáneo de millares de viviendas y los desesperados gritos de todo el pueblo llenáronme de espanto, y pronto me convencí de que había ocurrido una catástrofe inmensa, cuya gravedad, sin embargo, no pude reconocer hasta que despuntó el día.»

A esa primera ola sucedieron otras dos más violentas que arrasaron poblados y plantaciones, convirtiendo aquellas tierras en montones de ruinas y de cadáveres. El número de víctimas de la espantosa inundación fué de 35.000; el valor de las pérdidas materiales es enorme, pues precisamente aquella región era la más rica desde el punto de vista de la agricultura.

El canal de las Puertas de Hierro (Bajo Danubio). – El día 27 de septiembre último, el emperador de Austria, acompañado de los reyes de Servia y de Rumanía, inauguró solemnemente la más importante de las obras de rectificación emprendidas en 1890 en el Bajo Danubio, el canal de las Puertas de Hierro cuyo plano publicamos. Los trabajos que para la realización de esta obra han debido ejecutarse bien merecen el calificativo de ciclópeos: baste decir que para trasladar las rocas que por medio de gigantescas explosiones se han arrancado del lecho del río se han necesitado 14.000 trenes de 40 vagones cada uno. Como ejemplo de las voladuras verificadas, citaremos únicamente la del promontorio de Greben, cuyas dimensiones eran 150 metros de largo por otros tantos de ancho y 80 de alto, para la cual se emplearon cargas de 10 y 12.000 kilogramos de dinamita.

El canal se ha abierto en el banco de Prigrada, colosal masa de rocas que obstruye el Danubio, en las llamadas Puertas de Hierro, y tiene 2.480 metros de largo, 80 de ancho y tres de profundidad por debajo del nivel del estiaje. Para abrirlo fué preciso ante todo construir paralelamente á la orilla derecha dos diques enormes, cerrados en sus extremos, que han permitido trabajar en seco durante cinco años. Con la abertura de este canal se ha hecho navegable para los barcos fluviales la sección de las cataratas del río; sin embargo, como las embarcaciones de cierto calado procedentes del mar Negro sólo podrían llegar hasta Orsova, se hace preciso proseguir los trabajos de regularización durante dos años todavía. Los principales obstáculos están vencidos, pero quedan aún por terminar multitud de obras suplementarias, entre ellas el canal que ha de atravesar las cataratas de Kozla, Dojke, Izlas, grande y pequeña Tachtalia y Greben y que tendrá una longitud de 3.500 metros: actualmente se aplican á su construcción todos los elementos que han servido para las obras ya terminadas, creyéndose que quedará concluído por todo el año que viene.

¡Ya vienen!, dibujo de Oscar Wilson. – Si es cierto que quien espera desespera, no lo es menos que esa desesperación se trueca en la más intensa alegría cuando se ve llegar á la persona esperada. Bien expresan este sentimiento de placer las dos lindas jóvenes que tan admirablemente ha dibujado el notable artista inglés Oscar Wilson: la llegada de sus novios ó tal vez de sus maridos es por ellas acogida con la más cariñosa sonrisa, demostración evidente de que la presencia de aquéllos las compensa sobradamente de la impaciencia que hayan podido sentir mientras los esperaron.

Inquietud maternal, escultura de Guillermo Charlier (premiada en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1896). – No existe misión más grande que la que la naturaleza impone á la mujer en su carácter de madre, símbolo y síntesis del amor en sus más inefables manifestaciones, sacerdocio sublime, ya que sin su preciosa providencia, sin los cuidados que de niños nos prodiga, no existiríamos. Llévanos en su seno, danos la vida á costa de muchos dolores, nos alimenta con el vivificante licor de sus pechos, nos arrulla con sus besos y con la luz que de sus ojos nos infiltra en el corazón nos descubre la de los cielos.

Tan augusta representación tiene la obra del eminente artista belga Guillermo Charlier, magistralmente modelada y hondamente sentida, verdaderamente magistral y digna, como lo ha sido, de figurar en un Museo, para que pueda servir de provechosa enseñanza. Justa ha sido la recompensa otorgada por el Jurado de la Exposición y acertado el acuerdo del ayuntamiento de adquirir la obra para el Museo de Bellas Artes.

Condenación del Dux Marino Faliero, acuarela de José Villegas (premiada en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1896). – Con tanto vigor cual si estuviera pintada al óleo, ha representado el eximio artista sevillano D. José Villegas, en una acuarela de gran tamaño, la dramática escena de la condenación del infortunado Dux Marino Faliero, precisamente en el momento en que más interés podía ofrecer, cual es aquel en que el Consejo de los Cuarenta descubre la conspiración tramada por el sucesor del Dandolo contra el patriciado veneciano, y le condena inexorable á ser decapitado.



Plano del canal de las Puertas de Hierro (bajo Danubio) recientemente inaugurado

Unicamente á un artista de superior inteligencia y de excepcionales aptitudes podía ser dable acometer la empresa de desarrollar un asunto de tan subido interés. Si ha logrado realizar su propósito pregónalo la misma obra, en la que á igual altura hállanse la ejecución y el concepto, tan dramáticamente sentido como vigorosamente pintado.

La Ilustración Artística felicita al afortunado artista por su nuevo triunfo y dedica al maestro el testimonio de la consideración que le merece por sus indiscutibles méritos.

Monumento á Cristóbal Colón en Guatemala. – El día 30 de junio último se inauguró en Guatemala este monumento erigido al inmortal descubridor de América. Al acto inaugural, que fué apadrinado por doña Alegría de Reyna Barrios, esposa del actual presidente de la República, distinguida dama que por sus bondades y sus virtudes goza de generales simpatías entre la sociedad guatemalteca, asistieron los ministros, el gobierno, el cuerpo diplomático y consular y el ayuntamiento de Guatemala.

El basamento sobre el cual descansa la media esfera que representa el viejo mundo es de mármoles de colores: sobre el primer cuerpo, que es de bronce, descansan tres figuras atléticas, la Ciencia, la Constancia y el Valor. La primera tiene á sus pies rotas las columnas de Hércules con la cinta del *Non plus ultra* caída y agarrada por la Tradición, representada por un buho, y alza en su mano derecha una rama de laurel y con la izquierda empuña el extremo de una palanca, símbolo de la fuerza, que sostiene el nuevo mundo descubierto. En el otro extremo de la palanca apoya su brazo derecho la Constancia que en su mano izquierda lleva un ánfora, de la que cae una gota de agua y en la cual hay la inscripción *Guta cavat lapidem*. Completa el grupo la figura del Valor, que sobre una débil barquilla casi sumergida en las olas y empuñando el timón desafía la tempestad. Sobre los hombros de estas tres figuras descansa el mundo completado por Colón con el escudo de los Reyes Católicos cortando la faja ecuatorial, en la que se lee: *Plus ultra, 12 de octubre de* 1492. Encima de esta esfera álzase majestuosa la estatua de Cristóbal Colón con la mano derecha en el pecho y la izquierda señalando el mundo que tiene á sus pies. El quetzal, símbolo de Guatemala, bate sus alas sobre la tierra americana, rindiendo tributo al ilustre navegante.

El monumento es obra del escultor D. Tomás Mur, quien merece toda suerte de elogios por haber sabido dar forma bellísima á un pensamiento verdaderamente inspirado: así en su conjunto como en sus detalles revela el talento de un artista que concibe honda y grandiosamente y ejecuta con irreprochable corrección.

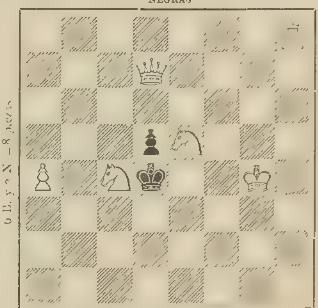
Noticias de Cuba, cuadro de Juan Bauzá (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896). – Plástica manifestación del sentimiento que embarga á todos los españoles, es el precioso cuadro de género del distinguido pintor palmesano D. Juan Bauzá, algunas de cuyas producciones nos ha cabido la satisfacción de dar á conocer á nuestros lectores. Un grupo de aldeanos escuchando atentos la lectura de las noticias de la guerra, que bondadosamente les da á conocer el párroco, es el asunto del lienzo que reproducimos, y si bien representa simplemente uno de tantos cuadros como pueden observarse en todas las provincias de nuestra patria, este á que nos referimos está tan admirablemente estudiado, que es fiel trasunto del natural.

El lienzo del Sr. Bauzá, que reproducimos con el título *Noticias de Cuba*, es una bella creación del arte moderno español y una nueva muestra de los méritos y aptitudes que atesora tan modesto como excelente artista.

AJEDREZ

Problema número 39, por Pedro Riera

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 38, por V. Marín

Blancas	Negras
1. T 6 A D	1. Cualquiera.
2. A ó C mate.	



Dionisio posó sus labios sobre la frente de su compañera

UN APÓSTOL

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Mas por el pronto, pensando solamente en el nuevo yerno que él deseaba, rechazaba lejos de sí esta vaga idea, apenas bosquejada, aunque diciéndose con entera convicción:

«¡Seguramente no es mal mozo, y capaz de hacer á una mujer feliz; pero tenemos algo mejor!..»

Y sonreía, acariciando con su ruda mano la espesa barba, mientras iba y venía á lo largo del muelle, poseído de las visiones interiores que llenaban su cerebro, esperando de día en día la declaración de Le Marrec y admirándose á veces de que éste todavía no la hubiese hecho.

Pasó bastante tiempo después de la llegada de la *Cruz del Sud* antes de que Balanec se decidiese á interrogar por primera vez á su hija; y al fin lo hizo como hombre á quien agradan las situaciones despejadas, poco acostumbrado á que se discuta su autoridad de jefe de familia.

Una tarde que estaba sola acercóse á la ventana, junto á la cual, sentada ante una mesita, trabajaba en el vestido que debía llevar para la ceremonia de la Cruz de la Misión, muy próxima ya, y con las manos á la espalda en su posición favorita, preguntó á su hija después de examinarla algún tiempo:

– ¿No te alegraste de ver otra vez al sobrino del señor rector?

Un ligero rubor coloreó las mejillas y la frente de la joven, por la emoción que le produjo esta imprevista pregunta, y murmuró:

– Sí, padre.

– ¡Buen muchacho, famoso entre todos, lo repito!. ¡No podría expresar bien cuánto le aprecio!..

Y meciendo un poco el cuerpo, con expresión de malicia en los ojos, é inclinándose hacia la joven hasta casi tocarla con la cabeza, añadió:

– ¡He ahí un hombre que sería un buen marido!

Reina hizo un movimiento como para contestar; sus dedos temblorosos tuvieron la aguja suspendida un instante, y hubiera querido responder con una evasiva, pronunciar estas palabras, que por instinto llegaban á sus labios:

–¡Casarme yo!

Cierto que había pensado en ello algunas veces; pero vagamente, sin atreverse á precisar nada, sin fijar su pensamiento de una manera definitiva y cierta, pareciéndole el casamiento demasiado lejano todavía.

Balanec, sin darle tiempo, persistió en su idea, entusiasmándose insensiblemente á medida que hablaba.

–A decir verdad, de todos los mozos de aquí es el que yo elegiría, el que más me place y con el cual estaría seguro de entenderme. Todo lo tiene en su favor, fuerza, salud, inteligencia, lo cual no es poca cosa, y hasta podríamos decir que es un buen mozo, un marinero como los antiguos. ¡Vaya que sí!..

Y animándose cada vez más, elogiando los méritos de Dionisio y enumerando con cierto ingenuo egoísmo todas las ventajas que resultarían de una asociación con él, añadió:

–Ahora bien: para asociarme con él sería preciso que algo le retuviera aquí y le atrajese á su hogar. Para esto, nada mejor sería que un buen matrimonio, nada más seguro que una hermosa joven, cuya imagen se lleva en el fondo del corazón cuando uno se va, y sujeta de tal manera, que no hay ancla de fondo que resista mejor ni agarre más y por más tiempo..., para siempre...

Con la frente inclinada sobre su labor, como completamente absorta en su trabajo, Reina sonreía, con el seno dilatado, sintiendo latir sus sienes y más conmovida que nunca lo había estado.

Balanec continuaba:

–En cuanto á bienes de fortuna, no los tiene, pues nunca le hará rico lo que le dejó su difunta madre, esa pobre tiendecilla del puerto, mísero despacho no muy acreditado, á pesar de su comercio de sardinas; pero yo soy rico para dos, aunque no lo sea uno nunca demasiado cuando se tienen hijos; y por otra parte, te amo mucho, hijita, y quiero tu felicidad.

Se había inclinado más sobre Reina al decir esto, y acariciábala con los ojos, sometiéndola más á la influencia de sus palabras.

–Tú le llevarías el dinero y tus cualidades de mujer casera, y él te traería su trabajo, su conocimiento del mar, su hermosa fogosidad de joven que nada teme y que sabe sobreponerse á todo. ¡Bastante lo ha probado ese rudo mozo!.. ¡Llegaría á ser mi hijo, como tú eres mi hija!

El entusiasmo le embargaba por completo.

–¡Oh!, continuó, ¡yo le confiaría mis barcos sin temor, pues con él no habría nunca motivo de inquietud! Cierto que ha naufragado con frecuencia; pero seguramente no por culpa suya, sino á causa de dársele en vez de barcos buenos los malos barcos y viejos como esa *Dorada*, ó bien por la impericia de capitanes inexpertos, que no querían escuchar los consejos de su segundo. ¡Desde que fué capitán, ningún accidente ocurrió!.. Siempre se ha salido de todo, aun de aquellos pasos difíciles que á otros costaron la vida. ¡Es un hombre nacido para las luchas! ¡Es para mí el yerno soñado, y todas las jóvenes de Camaret te envidiarán!..

En los labios de Reina deslizábase una sonrisa, que se acentuaba cada vez más bajo la tierna y persuasiva caricia de las palabras de su padre; pero no contestaba sí ni no, pues jamás había pensado seriamente en casarse.

En el fondo de su corazón persistía una imagen confusa, la de Hervé Morvan, la primera que se había insinuado un momento en ella; mas parecíale, hacía algún tiempo, que la rodeaban nubes de bruma, hasta envolverla del todo en algunos momentos, y una extraña turbación se apoderaba de ella.

Cuando volvió á ver á Dionisio Le Marrec, cuando encontró en él al amiguito de su primera infancia, al asiduo compañero de sus juegos, produjose en ella un fenómeno singular. Aquel interés que á todos inspiraba el osado marino, aquel afecto que merecía, aquella curiosidad despertada por sus actos y sus aventuras, experimentábalos ella también, y no ignoraba que uniéndose con él tendría la aprobación de todo el país, así como la aquiescencia del rector, que era como la bendición directa de Dios, la protección del cielo.

En este estado de ánimo, las palabras de su padre acabaron de conmoverla profundamente, haciéndola vacilar; ya no sabía qué deseaba ni qué sentía, y ni siquiera osaba interrogarse en aquel trastorno de su alma.

Y ahora, sin saber cómo explicarse el hecho, parecíale que Hervé Morvan estaba lejos, perdido en las brumas del horizonte, y que Dionisio Le Marrec se hallaba allí, más próximo, ante sus ojos y muy cerca de su corazón.

Balanec, comprendiendo por la turbación de Reina que sus frases habían producido efecto, se alejó lentamente, frotándose las manos y diciendo para sí con entera convicción:

–¡Esta vez ya está arreglado el asunto!

Y enterneciéndose, añadió:

–¡Qué buena hija es mi Reina! ¡Bien merece la felicidad!.

V

Al declinar una tarde del mes de mayo, después de haber hecho durante todo el día un calor excepcionalmente anormal, impropio de la estación, y mientras amenazaba una tormenta que invadía poco á poco el cielo, Dionisio Le Marrec encontró por primera vez á Faik Goalen sola.

Había salido de Camaret por la mañana, bajo pretexto de ir á cazar aves marinas en la playa de Dinan con su camarada Hervé; pero al cabo de pocas horas no pudo contenerse más y se separó de él para lanzarse solo al azar en la gran meseta que termina en el cabo de la Cabra.

Desde que declaró su secreto á su amigo, no se cuidaba ya de ocultarle la pasión que le devoraba cada día más, robándole completamente el reposo y la calma; y aquel día, sobre todo, llegado al apogeo de su fiebre amorosa, había jurado no volver á Camaret antes de encontrar á Genoveva, para declararle su amor, aunque para esto fuese necesario ir á buscarla en la cabaña del Hechicero, en los brazos de su padre.

Por lo pronto había vagado largo tiempo é inútilmente, como perdido en la inmensidad de la landa, huyendo de los poblados, con la cabeza enardecida, agobiado por el calor, esperando siempre ver á la joven, deseoso unas veces de verla, y temiendo en otros instantes encontrarla de improviso y no recibir de ella la contestación que esperaba.

¿Era amado como él amaba? Ahora que el desenlace estaba próximo, parecíale que de Genoveva iban á proceder las dificultades, que ella era la que no le querría; y al hacer semejante hipótesis, el sudor inundaba su rostro.

Después, recordando la última mirada que cruzó con ella cuando la decana la conducía á casa de su padre y en el momento de franquear él mismo el umbral del presbiterio, volvía á creer y á esperar. ¿Por qué no le sucedería á Genoveva lo que á él, que desde el día en que la vió no había tenido ya pensamientos ni suspiros más que para ella? Seguramente, no tan sólo por agradecimiento y para darle gracias le había dirigido aquel ardiente rayo de sus ojos, cuya llama había penetrado hasta el fondo de su corazón para no salir jamás, para entregarse á ella en cuerpo y alma.

Pero Faik no debió cautivarle sin rendirse ella misma, y lo que ahora necesitaba era la certidumbre, la embriaguez de ser amado como él amaba.

Hasta entonces habíase contentado con ir á Crozon, á Morgat, vagar por los alrededores de la bahía de Dinan y aun adelantarse hasta el castillo de Dinan; pero ahora, más atrevido, penetraba en aquella landa en cuya extremidad habitaba Nedelek Goalen; aquella landa donde más de uno, incluso los más intrépidos é indiferentes, no habría osado penetrar después de cerrar la noche; aquella landa que se consideraba en cierto modo como dominio especial del Hechicero.

Aunque era de día aún cuando se aventuró más allá de los límites que para muchos constituían el círculo mágico con que se rodeaba al Hechicero, experimentó una vaga é indefinible sensación, producida sin duda por aquel inmenso cielo de color de plomo, que parecía descender amenazador sobre el país, preñado de nubes lívidas y negras, impelidas lentamente por el viento y que se revolvían sobre sí mismas como para concentrar sus fuerzas.

Pero sus viajes le habían hecho ver tantas supersticiones en los demás, que ya no le quedaba á él ninguna, pues había llegado á olvidar en parte las de su infancia. Su malestar provenía seguramente de otra cosa; no era el temor al Hechicero lo que le acosaba, era más bien esa especie de turbación imposible de rechazar, que no se domina fácilmente y que hace vacilar así el alma como el cuerpo en los instantes decisivos de la vida.

Comprendía que á partir de aquel momento estaba echada su suerte, y que cuando regresara á Camaret sería el más feliz ó el más desesperado de los hombres.

Con esa prontitud en la decisión que se adquiere por la costumbre de vivir en el mar, en donde la vida está expuesta á continuos é imprevistos peligros y la muerte siempre á la vista, Dionisio había tomado ya una resolución: si Genoveva le rechazaba, si no le amaba, se embarcaría inmediatamente para América y no volvería jamás á Bretaña. En su locura amorosa sacrificaba sin vacilar á su tío, á sus amigos, á su país, olvidando todos sus afectos de familia y todos sus cariños de la infancia: ahora no existía para él más que Faik.

A medida que avanzaba, dejando atrás los lugares habitados, como si se dirigiese hacia los últimos límites de la tierra, las primeras sombras comenzaban á invadir la landa, tendiendo sobre todos los objetos un ligero velo que se prendía á las plantas y á las hierbas, y que tenue primero, se trasparentaba después, dulcificando los rudos contornos, revistiendo de un aspecto aterciopelado las agujas de pórfido que surgían acá y allá entre los musgos y que detenían el pie que las pisaba.

Por encima de su cabeza pasó con sordo estrépito una bandada de cuervos marinos que volvían de la Cormorandiere, el escollo del boquete de Brest, ó de Landevennec, del río de Landerneau, y regresaban al Tas-de-Pois, su albergue durante la noche: extendiéndose en el espacio, formaban como una nube de cruces negras, con su largo cuello tendido, su cuerpo estrecho y sus cortas alas.

Interesado un momento, Dionisio examinó aquellas aves, observando que se acercaban á la tierra más que de costumbre, porque no osaban aventurarse aquella tarde en las altas capas de aire, y murmuró:

–¡Hum, señal de mal tiempo!..

Y después imperturbable, sin que le arredrasen las señales de tormenta prosiguió su marcha.

Separóse de los últimos pueblos y acercóse á las costas, impaciente por ver seres humanos en aquella soledad, cuya extensión aumentaba y exageraba la proximidad de la noche; y de repente, al franquear el último repliegue del terreno y la última eminencia, entre la punta de Dinan y el cabo de la Cabra, profirió un grito de sorpresa y de placer á la vez: había visto surgir del suelo una silueta que aparecía con brusca rapidez.

–¡Faik, mi Faik!, exclamó:

Ella era en efecto. Antes de que sus ojos estuvieran de ello seguros, su corazón había adivinado que estaba allí, y todo su ser se había estremecido.

Dionisio hubo de detenerse un segundo, comprimiendo con ambas manos su pecho, donde había refluído toda la sangre de sus arterias; no podía hablar ni proseguir su marcha, y contemplaba á Faik loco de alegría; pero ella no le había visto aún.

Completamente sola, en el borde más extremo del acantilado, miraba Genoveva por la parte del Atlántico, inmóvil, con el cabello desprendido de la toca, flotante alrededor de ella sobre los hombros cual blonda aureola de luz, y parecía alguna figura sobrenatural de la landa, una de esas hadas que la creencia hace vagar por aquellos desiertos lugares.

Al verla, Dionisio evocó muchos recuerdos de la infancia, trayendo á su memoria los cuentos olvidados, las leyendas de otro tiempo, sabidas, oídas y aceptadas como verdaderas.

Y de nuevo murmuró, para librarse del estremecimiento producido por las supersticiones, cuyas obscuras alas rozaban su frente:

–¡Es Faik!..

Pero al mismo tiempo recordó que era la hija del Hechicero, y no le desagradaba amarla, por lo mismo que no era una joven como todas, y porque sobre ella pesaba una especie de misterio, algo desconocido que la envolvía.

Dionisio no amaba tan sólo con su corazón de hombre, sino también con su alma de bretón, enamorada de todo lo que es misterio, enigma, sobrenatural; la amaba como á la bruma de aquella región; y Faik era para él la Bretaña, la melancolía exquisita del país en que se ha nacido.

Acercándose á ella de improviso, mientras que la joven, insensible á lo que pasaba á su alrededor, parecía buscar allá bajo, á lo lejos, en lo infinito del Océano, algo que solamente sus ojos luminosos podían ver, rodeó sus hombros con las manos extendidas.

Sonriendo sin temor, como si se hallase poseída aún de la embriaguez del sueño continuado, volvió la joven la cabeza hacia Dionisio.

–¡Soy yo, soy yo!, balbuceó Le Marrec, fija la mirada en las claras y profundas pupilas de Faik.

Y como la joven continuase mirándole exclamó:

–¡Faik, desde el momento en que se me apareció usted en alta mar, surgiendo de entre la bruma como una flor nacida de ella, he comprendido que le pertenecía para toda la vida, que siempre sería de usted!..

Y Faik murmuró sencillamente, como si encontra-

se junto á sí la visión que había perseguido largo tiempo por el mar:

–¡Dionisio!.. ¡Dionisio Le Marrec!..

Este nombre tomó en sus labios de tal modo la dulzura de una caricia y tal acento de confesión, que el joven estrechó delirante á Faik contra su pecho, y prosiguió embriagado:

–¡Oh! ¡Usted ha sido el alma misma de mi patria, el alma dulce y maravillosa de mi país, que salía á mi encuentro á través de la bruma antes de que yo pudiese distinguir una sola roca de nuestras costas, una sola escarpadura de los acantilados, y al punto la amé, sí, la amé!

Y como bajo la influencia de un encanto, repitió de nuevo:

–¡Usted me parecía la flor de las brumas de nuestra querida Bretaña!

Faik inclinó la cabeza murmurando:

–¡Oh Dionisio, Dionisio!.. ¿Es verdad eso?.. ¿Es posible?

–¡La he amado á usted, repuso Dionisio con acento más cariñoso aún, y la amo más que todo cuanto hay en el mundo, más que á los seres que me eran más queridos, más que á todos los míos, más que á mí mismo, pues mi vida no depende más que de usted, Faik, de usted sola, que en adelante hará de mí todo cuanto quiera!..

Dionisio no había sido nunca muy elocuente, tal vez por no haber tenido ocasión para ello en su agitada existencia, en la que nunca estaba seguro del mañana; en su vida aventurera de ave de paso, con las alas siempre semidesplegadas para emprender otra vez su vuelo aunque se posase en tierra: más frecuentes eran en él los actos que las palabras, los hechos más bien que las frases.

Pero entonces bruscamente brotaba de sus labios una elocuencia ignorada, haciendo salir de la nueva fuente de su corazón las tiernas expresiones, las palabras refinadas, una florescencia espléndida de primavera, que era el eterno himno del amor.

Como sumida en un éxtasis, Genoveva Goalen callaba, sin osar interrumpirle, inclinando la cabeza bajo aquella dulce lluvia de ternura de que hasta entonces no tuvo jamás idea, y sintiendo con delicia cómo circulaba la sangre más ardiente en sus arterias, como si de improviso la hubiese animado una nueva vida.

De todos los sufrimientos pasados, la soledad con su padre, las palabras ofensivas de la gente, ansiosa de comprenderla en la misma reprobación que pesaba sobre el Hechicero, sin querer recordar á veces todo el bien dispensado por ella y por él, y las amenazas lanzadas á su paso, nada quedaba ya en aquel momento, y por primera vez comprendió bien lo que podía ser esa cosa desconocida, cuyo nombre no había tenido nunca significación para ella, la felicidad.

En una especie de inconsciencia que cedía á una fuerza contra la cual ni siquiera trataba de resistir, se dejó llevar dulcemente por el brazo vigoroso que rodeaba su cintura, sosteniendo y guiando su marcha.

Avanzaban á lo largo de la costa brava, cortada á pico, completamente solos, sin pensar más que en ellos, olvidando todo lo que no fuera ellos, atentos únicamente á las palabras pronunciadas por sus labios, que el aire se llevaba, resonando como música embriagadora á su alrededor.

Genoveva, á su vez, perdida ya la primera timidez, hablaba, recordando el triste día de su encuentro; y esto era una acción de gracias dirigida al que la había salvado.

–¡Sí, yo no esperaba más que la muerte!.. ¡Oh! ¡Crea usted que la sentía sobre mí, debajo de mí, á mi alrededor, subiendo por todas partes para cogerme y arrebatarme!.. Toda aquella bruma me parecía ya el inmenso sudario que se arrollaba, multiplicando sus pliegues, estrechando su tejido fúnebre sobre mi cuerpo para que no pudiera defenderme ni escapar. ¿Qué podía hacer yo sola en aquella barca sin dirección, sin puntos de refugio en la noche y en el mar? ¡Pero de repente veo cerca de mí una enorme mole sombría, que avanza con gran ruido de aguas removidas y de velas azotadas por el viento!.. Entonces pensé que era llegado mi fin, y creí oir el vuelo espantoso de la muerte sobre mi cabeza!.. Pronuncié al punto una oración suprema, elevando toda mi alma á Dios... ¡Mas no; lo que llegaba era la salvación, mi pobre barca había sido vista, me subían á bordo, aturdida aún, medio muerta de terror, y en el momento de abrir de nuevo los ojos, los de usted fueron los primeros que vi, y su mirada penetró en los míos!..

De la joven emanaba una poesía salvaje y cándida á la vez, perfume de la landa, natural y melancólica expresión de su alma armoricana, análoga á la de los antiguos bardos, á la de los soñadores y poéticos habitantes de las costas bretonas.

Faik calló, no atreviéndose á continuar; su corazón latía apresurado, levantando su delgado corsé de tela basta, y el rubor coloreaba sus mejillas, mientras Dionisio, sondeando con sus penetrantes miradas el profundo Océano, las aguas transparentes de las más claras pupilas de Genoveva, repetía:

–¡Yo la amo, Faik, yo la amo, y la quiero por esposa!.. ¿Me quiere usted á mí por marido?

La joven hizo un débil esfuerzo para desasirse.

–¡Yo..., yo, exclamó, la hija del Hechicero..., su esposa!..

Le Marrec pensó al punto en rebelarse contra todos los obstáculos, é iba á decir: «¡Aunque fuera verdaderamente hija de un hechicero, de un réprobo!» Pero las palabras no salieron de sus labios; experimentó el terror del blasfemo, el temor supersticioso de atraer la desgracia sobre sus amores, y exclamó:

–Usted será la esposa de Dionisio Le Marrec, y nadie se atreverá á decir nada más.

Y añadió después con más pasión:

–Si usted me ama, ¿qué importa?.. Yo la amo á usted, y esto es todo cuanto necesito saber.

No podía cansarse de contemplarla, de admirarla y habíala invitado á sentarse en un fragmento de roca al borde del acantilado para verla mejor, para saciar sus miradas en su extraña y seductora belleza.

Con su cabello rubio brillante y sus ojos claros y luminosos, Genoveva no parecía una hija de la tierra, de aquella landa lúgubre, sino más bien una hija del Océano, y esto es lo que seducía particularmente á aquel hijo del mar, á aquel marino de ojos como el mar azules, con la barba y el cabello de color castaño rojizo.

Detrás de ellos extendíase la inmensidad desierta y ya obscurecida de la meseta pedregosa, sembrada de toscos musgos, y delante el Océano; el viento pasaba barriendo el perfume delicado de las flores silvestres, espíritu invisible de la landa, y al mismo tiempo elevábase más fuerte y penetrante el olor acre de las olas profundas que rodaban desde el horizonte hasta las negras rocas, circuídas de movible espuma, de que estaba erizada la base de los acantilados, presentando su acumulación el aspecto más salvaje.

Dionisio y Faik lo han olvidado todo para no pensar más que en sí. Sus labios, que no osan unirse en el beso supremo y definitivo, pronuncian palabras graves, palabras de porvenir, palabras de compromiso eterno, palpitantes de vida febril y de amor.

El sol acaba de ocultarse detrás de espesas nubes acumuladas por el Oeste; en el horizonte el mar presenta un color negro azulado de pizarra; el faro de las Piedras Negras y los escollos que le rodean se destacan sombríos y amenazadores bajo un cielo amarillento; sobre ellos se ve como una faja de color verde obscuro, y después rayas brillantes, líneas rectas y rojizas, cortadas por manchas negras como la tinta: es un cielo y un verdadero mar de náufragos.

Más allá del Tas-de-Pois destácanse como islotes gigantescos la Punta de Penhir, el Guest y el faro de San Matías, con las ruinas de la antigua abadía entre nubes bajas, fuliginosas y después rojizas, de un tono trágico, cual si ocultasen la emboscada, el crimen...

¡Detrás de aquellas nubes, ya perdidas en una semiobscuridad, se ven Beniguet, la isla plana y arenosa; Molenes, donde arden continuamente los montones de fucos; Ouessant, el Fromveur, el Gran Espanto, el abismo sin fondo, la tempestad, la muerte!..

El viento, que sopla cada vez con más fuerza, precipita al inmenso Océano sobre las rocas negras, las rocas de duro pórfido, cortadas en aristas, y contra ellas van á estrellarse las enormes olas sin tregua ni reposo con un mugido terrible, especie de estertor tremendo. La espuma blanquea el mar en toda la extensión que la vista alcanza, nieve de sudario, nieve de sepulcro, y desde la base del cabo de la Cabra, de aquel abismo de cien metros, se eleva un rumor cada vez más formidable, el rumor de lo infinito.

Aquel Atlántico, sobre el cual se extenderá muy pronto la noche, que se apodera ya de él, cubriéndole con su tenebroso velo, es á cada instante más perturbador y misterioso en su siniestra grandiosidad, que aterra y encanta á la vez, porque es la fuerza y el enigma.

Sordo fragor resonó de pronto sobre los dos jóvenes. Dionisio levantó la cabeza, vió que la tempestad llegaba de lleno sobre ellos, y miró á su alrededor; no había allí ningún refugio, ni un solo hueco entre las rocas; por todas partes las tinieblas.

Y como gruesas gotas de agua azotasen su rostro, incorporóse á medias y murmuró:

–¡La tempestad!..

Mirando de nuevo en torno suyo, trató de explorar la landa; y al mismo tiempo, bajo la influencia de aquel mar sombrío blanqueado por la espuma, de aquel cielo amenazador, de aquella soledad impresionable, un pensamiento más rápido que toda voluntad cruzó á pesar suyo por su cerebro, de improviso y como consecuencia implacable del país donde se hallaba:

–¡El Hechicero!.. ¡La hija del Hechicero!..

Involuntariamente, el recuerdo de Goalen penetraba en él contra su voluntad, evocado por aquella gran convulsión de la naturaleza.

Necesitó fijar su mirada en la joven para protestar, avergonzado de sí mismo.

–¡Estoy loco!, exclamó.

Genoveva, casi arrodillada, con las manos unidas, murmuraba una oración, sometida ella también á la conmoción de la tempestad; y á oídos de Le Marrec llegaron éstas palabras:

–¡Santa Virgen, protegednos!..

Dionisio se acercó á la joven, y cogiendo sus manos le dijo:

–¡Faik, amada Faik! ¿No hay por aquí ningún refugio, ningún abrigo?

La lluvia caía ya furiosa sobre ellos, empapando sus ropas, mientras que el trueno retumbaba con más fuerza, á la vez que los relámpagos, iluminando por instantes los objetos, hacían que la obscuridad pareciese más densa.

Los dos huían en línea recta, volviendo la espalda al Océano, cortando á la casualidad á través de la landa, sin poder encontrar el camino que va desde Morgat al Semáfaro; ya no se orientaban, ignorando si Rostudel estaba enfrente ó á la derecha, y no veían ningún ser humano ni casa alguna.

A pesar de su costumbre de vivir continuamente al aire libre, expuesta á todas las intemperies, Genoveva estaba aturdida, impresionada, como fuera de sí; un estremecimiento recorría todo su cuerpo y aumentaba en intensidad poco á poco, á medida que la borrasca adquiría más fuerza y que del mar, del horizonte infinito, llegaba un rumor más furioso y tremebundo.

–¡Dios mío, Dios mío, exclamó Genoveva involuntariamente, tengo miedo!..

Y por un movimiento instintivo se precipitó sobre el pecho y entre los robustos brazos del joven, que regocijado por aquel impulso, por aquel llamamiento á su fuerza y su protección, la estrechó más aún, murmurando en voz baja con dulce acento:

–¡No tema usted nada, Faik; yo sabré protegerla y defenderla hoy, como la protegeré y defenderé siempre en esta vida!..

Y allí, bajo el fragor prolongado del trueno, á la luz azulada de los relámpagos, mientras que de la landa y del mar llegaban mil rumores temibles, y en tanto que el viento soplaba tempestuoso, barriendo más apresurado las ráfagas de lluvia, y que las tinieblas profundas conquistaban definitivamente la tierra y el Océano, Dionisio posó sus labios sobre la frente de su compañera, temblorosa, refugiada en él, murmurando:

–¡Faik, yo la amo!.. ¡Faik, yo te amo!.. ¡Sea este beso la prenda de nuestros desposorios ante Dios!..

Genoveva, temblando y desfallecida de alegría, halló, sin embargo, fuerza para decir, mostrando una débil claridad que acababa de ver, un poco á la derecha, y que brillaba como un fuego fatuo en medio de la landa:

–¡Mi padre... allí!.

Dionisio miró en la dirección que se le indicaba.

Bajo la luz deslumbradora de un extenso relámpago, que iluminó de improviso las opacas sombras, poniendo de relieve las menores asperezas del suelo, divisó á corta distancia el dolmen y la casita baja, aislada, del Hechicero.

–¿Es su casa?.. ¿Es la casa de usted?

Al preguntar esto, la voz de Dionisio parecía como cortada por la sorpresa y la emoción; pero después se afirmó.

–¿Vives ahí, Faik mía?

–Sí, contestó la joven con voz ahogada.

Al parecer se habían agotado sus fuerzas; Dionisio la cogió enérgicamente por la cintura, y llevándola con paso rápido, le dijo:

–Allí es donde hemos de ir, Faik.

–¡A casa de mi padre!.. ¿Lo quiere usted?

El joven sonrió, lleno de confianza.

–Quiero pedirle yo mismo la mano de su hija, repuso; quiero que este día sea para mí, para nosotros, el día de la felicidad, el día en que se habrá realizado al fin mi más ardiente deseo. ¡El cielo mismo es el que nos guía y nos conduce!.. ¡Vamos!..

La tormenta que les rodeaba, aquellas sombrías tinieblas, los peligros de toda especie que tal vez pesaban sobre él en aquel instante, todo esto, en vez de aterrar á Dionisio, excitaba y estimulaba más su audacia.

(Continuará)



El Dr. Nansen tal como fué fotografiado por Mr. Jackson inmediatamente después de haberse encontrado en las regiones polares (de fotografía remitida en el *Windward* á Mr. Alfredo Harmsworth)



El teniente Johansen á su llegada al campamento de Elmwood (Cabo Flora) (de fotografía remitida en el *Windward* á Mr. Alfredo Harmsworth)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL REGRESO DEL DR. NANSEN

Mientras en el Spitzberg el explorador sueco Andrée espera en vano un viento favorable para lanzarse en globo á la conquista del Polo Norte, el noruego Nansen, que tres años hace llegó á las regiones árticas, acaba de regresar á su patria, que le ha dispensado un recibimiento triunfal.

Friedjof Nansen llegó en su exploración hasta los 86° 14' de latitud Norte, resultado admirable si se tiene en cuenta que el que más había avanzado antes de él, es decir, el teniente Lockwood (en 1883), no pasó de los 83°24'. Pero la verdadera gloria del intrépido noruego consiste en haber obtenido este éxito científicamente, por la aplicación rigurosa de una teoría tan atrevida como nueva.

La teoría de Nansen, fundada en la ruta de la infortunada *Jeannette* y hoy confirmada, era la siguiente: existe en aquellos bancos de hielo una verdadera corriente que se dirige hacia el Norte; por consiguiente, un barco encerrado entre esos hielos en un punto en donde dicha corriente los mueva, debe moverse lenta é irresistiblemente con ellos, y si es suficientemente sólido y está construído bastante racionalmente para resistir la presión de la masa que lo aprisiona, necesariamente se dirigirá con ésta hacia el Polo.

En 26 de octubre de 1892 fué botado al agua el buque *Fram* que debía conducir á la expedición del Dr. Nansen y que, construído con el producto de una subvención del gobierno y de una suscripción nacional, se consideró como modelo de construcciones navales: era un barco anfibio que podía navegar por debajo de las olas. Al año siguiente, el día 21 de julio, la expedición Nansen salía del puerto de Vardo, y el 2 de agosto el *Fram* desaparecía en el mar Glacial, sin que durante tres años se recibiera noticia de él. Según el itinerario que se había trazado el doctor Nansen, el *Fram* navegó á lo largo de la costa siberiana hasta las islas de Nueva Siberia, y por el Norte de éstas, en los 78° 51', entró en el banco de hielo el día 22 de septiembre de 1893, siguiendo desde luego la ruta prevista por los exploradores: éstos, en la noche de Navidad de 1894, se encontraban en los 83°; hacía quince meses que avanzaban lentamente hacia el Polo. El *Fram*, sometido á terribles presiones y muchas veces abandonado por sus tripulantes, tan inminente parecía el peligro de verlo destrozado, mostrábase cada vez más sólido y resistía victoriosamente.



Llegada del Dr. Nansen á Trondhjem (Noruega)

El 14 de mayo de 1895, llegada la expedición á los 83° 59', parecióle á Nansen que el barco no avanzaba y que había llegado al punto más septentrional de su ruta, y con uno de sus compañeros, el teniente Johansen, dejó el buque para continuar en trineo su camino hacia el Norte. El día 7 de abril habían llegado á los 86°14', es decir, 420 kilómetros de distancia del Polo. Ir más lejos era una verdadera locura, en las condiciones en que habían emprendido aquella excursión; así es que Nansen se resignó á retroceder, dirigiéndose hacia la tierra de Francisco José.

El regreso de aquellos dos hombres á través de las inmensas soledades árticas fué un combate incesante y heroico contra dificultades y peligros de toda especie, viéndose obligados hasta á dar muerte uno tras otro á sus perros para con ellos alimentar á los demás. Du-

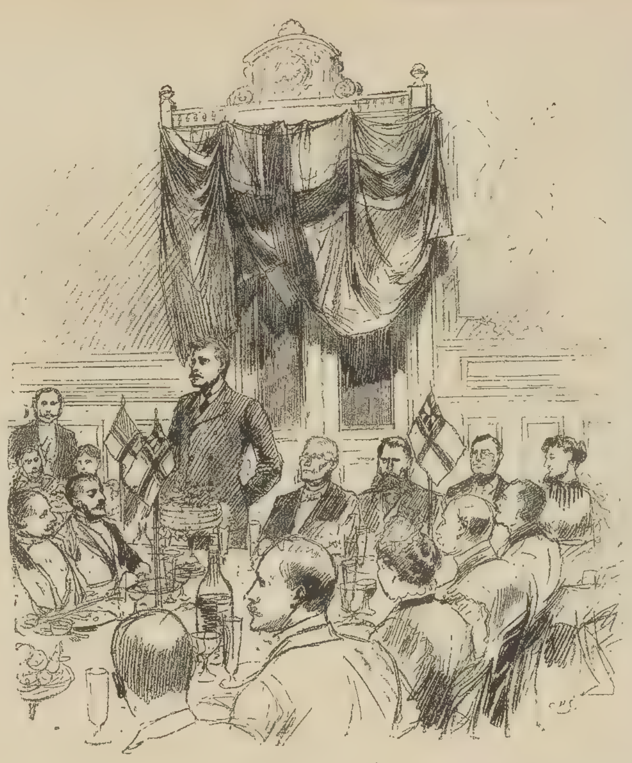
rante toda aquella marcha y durante la invernada de 1895 á 1896 no pudieron Nansen y su compañero alimentarse más que con carne de foca y de oso blanco. En la primavera del presente año emprendieron de nuevo su camino de regreso al Sur, sin disponer, para atravesar el mar libre, más que de piraguas de lona. Por fortuna el día 13 de junio encontraron en el cabo Flora á la expedición inglesa de Jackson, que había instalado allí un campamento, y el 7 de agosto Nansen y su compañero se embarcaron en el *Windward* que había llegado á aquellas tierras para proveer de víveres á los expedicionarios ingleses y que el día 13 dejó al explorador sueco en Vardo.

Finalmente el día 20 de agosto, para completar un éxito sin precedentes en los anales de las expediciones árticas, el *Fram*, con toda su tripulación, llegó á Skjervo, pequeño puerto del distrito de Finmark (Noruega): los hielos, después de haberlo llevado hasta los 85° 57′ lo habían restituído al punto de partida, y el día 13 de agosto había el buque podido desprenderse de aquella masa de hielo en que estuvo preso durante treinta y cinco meses y que, según las previsiones de Nansen, habíale conducido hasta los parajes más próximos al Polo. – X.

***

UNA NUEVA BARCA PARA EL EJÉRCITO

Durante las últimas maniobras militares verificadas en Francia se han hecho con éxito completo experimentos, no de un invento propiamente dicho, sino de la aplicación de una ingeniosa idea del capitán de húsares M. Lefebvre des Nonettes.



REGRESO DEL DR. NANSEN Á EUROPA
Banquete que le fué ofrecido en el Hotel Britania de Trondhjem, Noruega (croquis de Mr. Forestier)

Sabido es que los cuerpos de caballería y de infantería van siempre seguidos de carros ó de furgones destinados al transporte de víveres, municiones, bagajes, etc.: hasta ahora á nadie se le había ocurrido utilizar los toldos de estos vestíbulos para una cosa á la cual, sin embargo, parecen naturalmente apropiados. En efecto, estos toldos, que tienen generalmente la forma de una tapa de baúl, sirven para proteger contra la lluvia el interior del carro ó furgón, y para ello la tela con que están confeccionados es impermeable; de suerte que separándolos del vehículo y volviéndolos de abajo arriba constituyen, casi sin necesidad de modificación alguna, verdaderas embarcaciones pequeñas.

Las pruebas se realizaron el día 15 de septiembre último en presencia de varios generales y oficiales de estado mayor, y el resultado fué concluyente: consistieron en pasar por medio de estas barcas improvisadas el río Loir por un sitio en donde la corriente tenía treinta metros de anchura y cuatro de profundidad. En un momento algunos soldados desmontaron el toldo de un furgón que quedó convertido en una barca de lona con las costuras embreadas y el fondo afirmado por medio de tablas. En un minuto la embarcación fué puesta en el agua, y empleando como espadillas las palas del regimiento, atravesó el río: tendióse entonces una cuerda de orilla á orilla y con facilidad maravillosa se efectuaron el embarque, el transporte y el desembarco. Cada barca de éstas pudo conducir siete jinetes con armas, bagajes y monturas de los caballos, ó bien ocho soldados de infantería con sus correspondientes armamentos y mochilas.

La idea es por demás sencilla, y lo único que sorprende al verla aplicada ahora es que nadie pensara antes en utilizar ese medio de transporte tan barato y tan poco complicado. – X.



Noticias de Cuba, cuadro de Juan Bauzá (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

Imp. de Montaner y Simón



AÑO XV — BARCELONA 12 DE OCTUBRE DE 1896 — NÚM. 772

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Llamamos la atención de nuestros suscriptores sobre la advertencia que publicamos en la siguiente página, referente al reparto del tomo de la Biblioteca Universal

OBRAS NOTABLES DEL ARTE CONTEMPORÁNEO

LOS EMIGRANTES,

cuadro de J. A. Muenier (Salón del Campo de Marte de París. 1896)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los suscriptores de la **Biblioteca Universal** el tomo cuarto y último de **América. Historia de su colonización, dominación é independencia.** Con él queda completada tan importante obra, que ha merecido los más entusiastas elogios de los críticos, así españoles como americanos.

Para aquellos de nuestros suscriptores que por serlo con posterioridad al reparto de los otros tomos no posean los tres primeros y deseen adquirirlos, se los ofrecemos al precio excepcional para ellos de **cinco pesetas** cada uno.

Los que no acepten esta combinación y no quieran el tomo que repartimos podrán escoger en vez de éste una de las obras siguientes:

Los ecos de las montañas, por D. José Zorrilla, con preciosas láminas de Gustavo Doré, reproducción reducida de las que adornan la edición monumental.

En familia, interesante novela de Héctor Malot, premiada por la Academia Francesa, profusamente ilustrada.

La leyenda de los Tenorios, por D. José Zorrilla, con hermosos dibujos de José L. Pellicer.

La guerra franco-alemana (1870-71) por el mariscal conde de Moltke, con profusión de grabados.

La última sonrisa, novela de Luis M. de Larra, ilustrada por Alfredo Perea.

Suplicamos á nuestros suscriptores que por conducto de nuestros corresponsales y repartidores nos avisen por cuál de estas dos combinaciones optan, y en caso de querer en vez del cuarto tomo de **América. Historia de su colonización, dominación é independencia** alguna de las otras obras citadas, nos manifiesten cuál de éstas desean.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LAS VENDIMIAS

Parecerá sorprendente, pero el verano no es la mejor estación gallega. En los meses de julio y agosto llueve, hace viento, no pocas veces frío, y el paisaje tiene un verdor menos limpio y grato á la vista que en septiembre y octubre. Llegado el equinoccio, si alguna vez San Francisco trae enredadas en su temible *cordonazo* las tormentas, truenos, relámpagos y rachas de huracán, también suele ofrecer á Galicia una veintena de días tibios, pacíficos, esplendorosos, de una sequedad y suavidad de ambiente, de una magnificencia azul, que sorprende y encanta como un regalo de Dios.

Al mismo tiempo que

«el aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,»

revístese la naturaleza de galas nuevas también. Siempre han tropezado los pintores del campo gallego con el inconveniente de que la tonalidad uniformemente verde de los prados y las arboledas convierte un lienzo de paisaje – á poco que se les vaya el pincel – en ensalada de lechuga y berros. No por otra causa artistas tan eminentes como Pradilla y Beruete han preferido retratar tipos y costumbres ó copiar riberas y playas, á empaparse en el verdor continuo, monótono, de los bosques y los valles. *Verde Erin* han llamado poéticamente á Galicia, y si no es *Erin* (aunque la enlacen con *Erin* parentescos de raza bien notorios), á *verde* por lo menos puede asegurarse que no la gana ninguna tierra del mundo. No obstante, si los pintores aprovechasen la tonalidad del otoño, podrían sorprender matices cálidos y ricos, sobre todo en los países de vino, donde la parra adquiere tan bellas tintas purpurinas y doradas.

Al acercarse el momento de la vendimia, conviene advertir que nos quedamos en familia, casi solos, los veraneantes de por acá. Azoradas levantaron el vuelo las aves de paso, no ciertamente porque las haya dispersado el primer soplo otoñal, aquí tan benigno, sino porque las llamaban á sus nidos y á sus cobijaderos diversísimos intereses, múltiples razones, de economía, de conveniencia, de necesidad ó de gusto y recreo, pues también sucede volar desde Galicia á París ó á Baden. Mas como quiera que por desgracia aquí las aves de paso forman una bandada bien reducida, y el verdadero veraneo lo constituyen los propietarios que vienen á disfrutar de sus quintas y posesiones, apenas se nota la diferencia, y en ciertas comarcas, donde se celebra la vendimia, nunca como ahora reinó el bullicio, estallaron los cohetes y menudearon romerías y bailes.

Aunque no suelen figurar los *crus* gallegos en ninguna lista de fonda ó banquete, lo cierto es que Galicia produce clases de vino agradabilísimas para mesa y para servir con el pescado, las ostras y los mariscos, en vez de los famosos y caros *Sauternes* y *Chably*. Ligero, refrescante, acidulado, sano como pocos, el vino gallego ni fatiga el estómago ni daña al cerebro. Hay clases muy diversas, desde el exquisito Ribero de Avia, ensalzado por la pluma de Miguel de Cervantes, y el meloso *tostado*, hasta la *piquette* ó *chacolí* de mis Mariñas, que sólo á título de refresco se puede recomendar. Hácese este vinagre de uvas agraces, bravas ó *feras*, como aquí dicen, y es axiomático entre los que conocen tal casta de uva, que si alguien coloca un gajo de ellas en el rabo de un perro, el animalito echa á correr y no para en todo un día.

Me apresuro á añadir que esta calidad del vino *mariñán* se debe, no tanto al clima, á la falta de sol que madure el racimo, como al mal cultivo y defectuosa elaboración. Cuando aquí alguien se toma el trabajo de cuidar las viñas, escoger la uva y realizar debidamente las faenas del lagareo y del envase, obtiene un vino claro, color de topacio, amable al paladar, y en todo semejante á las clases inferiores (que en España bebemos por superiores) del celebrado Rhin.

De cualquier modo, en este país no hay vendimia propiamente dicha. La vendimia, con su incomparable animación, sus cantares, sus risas, su embriaguez, su regocijo eternamente pagano, pertenece á los dos Riberos, el Ribero Avia y el Ribero Miño; á esa tierra semi-italiana, de laderas escarpadísimas, donde, plantada en forma de anfiteatro, recoge la cepa, según la frase de Dante, *il calor del sol, che si fa vino – giunto al umor che dalla vite cola.*

Por despeñaderos en que el menor traspié puede llevar al descuidado á estrellarse sobre las lajas que rugiendo combate el río, ascienden sin miedo los *carretones*, llevando á las espaldas el inmenso cestón ó *culeiro*, cuyos bordes rebosa el racimo, de granos negros y bruñidos como cuentas de ónice, aunque los empañe ese imperceptible vaho pegajoso que indica la madurez y calidad de la uva. Mientras los de los canastos trepan monte arriba, allá en lo hondo de la cañada resuena el canto de los vendimiadores y vendimiadoras. Es una melodía viva, interrogadora, diálogo en que el hombre requiebra y la mujer se defiende con las armas de la burla y el desdén. Mientras caen los racimos en los cestos, desgránanse igualmente las coplas risueñas y provocativas y los *aïlalás* picarescamente retadores.

Hay una parte de la faena de la vendimia que no quisiera describir, porque conozco damas que con presenciarla una vez han renunciado para toda su vida á catar el vino. No en balde se toma el racimo por símbolo de la humillación que ensalza. Para subirse á la cabeza, tiene que prestarse á que lo estrujen los pies; ¡y qué pies, Dios santo! Endurecidos por la fatiga; jamás entregados á la ciencia y á los finos instrumentos del pedícuro; con un dedo de polvo y barro sobre cada dedo de carne, van aquellos pies zahareños y montunos á lavarse, por primera vez en el año, con el fresco zumo que suelta la uva al reventar...

Demasiado sabemos, señores químicos, que la fermentación es uno de los milagros de la naturaleza, la cual da al hombre el admirable ejemplo de eliminar lo sucio y lo impuro, y transformarse sin conservar más que los elementos confortativos, nutritivos y generosos; sí, lo sabemos, y que de tantas porquerías sale una cosa excelente y neta por demás; y con todo eso, como la fermentación se verifica allá en las obscuras entrañas del tonel, y la faena de los *pisones* se hace ante nuestros ojos, y les vemos surgir todos morados con las heces, habiéndose bañado en el zumo que luego hemos de guardar, estimar y beber..., los sentidos son más fuertes que el raciocinio, y no extrañamos la determinación de las que se consagran al agua, al agua casta, humilde y preciosa...

No insistamos más en este punto negro de las vendimias. Pensemos sólo en lo que las hace tan animadas, tan distintas de las otras fiestas del campo. Mientras duran, ningún cosechero pone coto ni á la golosina de las mozas que pican el racimo, ni á la sed de los gañanes. Uva y vino á discreción, engendran una alegría de vivir que se revela en los cantos, en las bromas, en las danzas. Por las noches, en vez de entregarse rendidos al sueño, se congregan los trabajadores ante la puerta de la bodega ó en el patio de la solariega casa, y la pandereta repica y las conchas resuenan, y las *postizas* se entrechocan, preludiando la *ribeirana*. Los maliciosos insinúan que durante las vendimias y al retorno de la labor, todavía se rinden más sacrificios á Eros que á Baco, y es más frecuente encontrar las palomas del carro de Citerea que los tigres de la carroza del gran Dionisos. Problemas mitológicos que no me encargo de resolver.

El señorío de estos países vitícolas, tan sociable como se suele mostrar durante el verano, en tiempo de vendimia se dispersa, y cada cual atiende á su viña, á sus cubas, á sus lagares, á preparar la cosecha para que el vino no desmienta sus condiciones, y el arriero comprador, al extenderlo sobre la blanca manga de su camisa, no tuerza el gesto encontrando en el color pálido ó sospechoso del *caldo* la prueba de su inferioridad. Galicia no tiene que temer, como Castilla, Aragón y Navarra, ahogarse en su propio vino. El que aquí se produce consúmese parte en la comarca, parte en la exportación á América, donde lo pagan bien, y á algún punto de España – Madrid especialmente. – Es este vino uno de los más puros y sin mezcla que pueden encontrarse; salvo el azufre que para evitar el oídium recibió la uva, y la pez de la corambre, los dos catadores del cuento de Sancho no encontrarían en él sabor extraño alguno: merece el dictado de moro, y los cosecheros de las márgenes del Avia prefieren que se les tache de atrasados en los procedimientos, á que se insinúe siquiera que bastardean la que puede llegar á ser sangre de Cristo, con cualquier indecencia francesa, como el perfume de raíz de lirio que comunica al Burdeos su ponderado *bouquet*.

No sé si la pasión por los frutos de la tierra me lleva á ensalzar más de lo debido el vino *ribeirano*, lo que sí afirmo, y nadie lo desmentirá, es que la vendimia debe revestir especial poesía y atractivo pintoresco en una comarca que tendrá similares, pero no superiores en belleza, ni en España ni en el mundo.

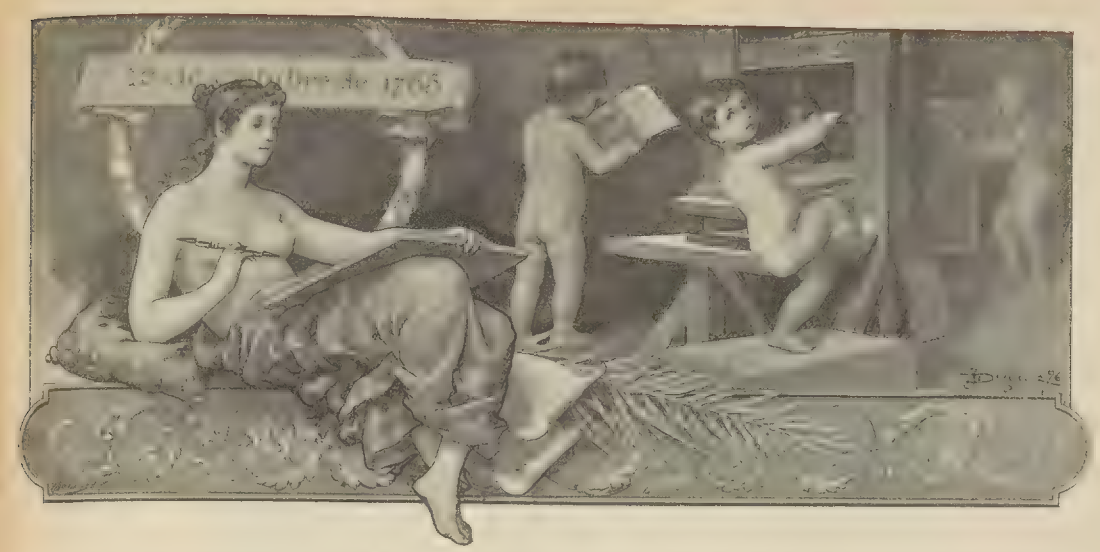
Siguiendo el curso del Avia, río coronado más que de espadañas y lirios, de pámpanos y lozanas hojas de vid, se admira una serie de vistas paradisíacas; y en el condado de Salvatierra, país de viñedo también, el Miño ve madurar á diestro y siniestro el néctar galaico y el lusitano. Sin duda el clima influye menos de lo que suele creerse en la calidad de la uva, pues los pocos grados de diferencia que existen entre las regiones más frías de Galicia y las márgenes del Duero, no impiden que aquí recojamos el vino menos alcohólico que existirá en el mundo, y los portugueses el más rico en alcohol, el terrible y delicioso *Oporto*, complemento de las sobremesas británicas, enemigo del hígado, al cual ataca sañudamente, y digno heredero de aquellos vinos densos y obscuros, como el falerno y el másico, que los cónsules romanos conservaban en ánforas puntiagudas.

Otros vinos celebrados en Galicia son el de las márgenes del Ulla, y el de los escarpes del Sil. Podrán estos vinos valer poco ó mucho, como el de Ribadavia, á pesar de los encomios de Cervantes, testigo de mayor excepción, aunque ninguno de sus encarnizados comentadores y biógrafos ha averiguado que fuese devoto de Baco en grado sumo; pero la región donde se producen es sin discusión pintoresca y extremada. ¿Y qué más se le ha de pedir á un vino? No puede presumir de otro tanto el de Jerez, que se da en una tierra seca, árida y calcinada por el sol, donde la vendimia no puede ser labor alegre, á pesar del carácter animado de los hijos del país.

Después de la vendimia y las operaciones del lagareo y el envase, viene otra labor graciosa y delicada, de la cual suelen encargarse las mujeres, y muchas veces las señoras, por no fiar á nadie tal cuidado. Es la cuelga del racimo, no sólo del que ha de servir para postre en la mesa, sino del que, secándose poco á poco y reconcentrando en la capsulita de cada globo de uva la esencia y fragancia del zumo, como en rico pomo de ágata, ha de ponerse en condiciones de suministrar el *tostado*, único vino dulce que posee Galicia, y que se asemeja mucho al *Pedro Jiménez*. El *tostado* no se vende: se guarda en la bodega del cosechero; algunas veces se entierra, para desenterrarlo el día de la boda de un hijo ó del bautizo de un nieto; y entonces suele aparecer convertido en una pella de azúcar.

Dentro de breves días, el mosto nuevo hervirá en las fustallas, y para dar pretexto á las primeras libaciones, vendrá la friolera castaña vestida de cuero, acurrucada en el ollón ó saltando gozosa entre la brasa, nuncio del invierno, que nos empuja hacia la ciudad.

EMILIA PARDO BAZÁN



EL PRIMER PERIÓDICO ILUSTRADO

10 de octubre de 1785

No creo que pueda discutirse la importancia de esta *efeméride*. Es el periódico el vehículo más grande que el pensamieto tiene en la actualidad, para la difusión y vulgarización de las ideas. Mientras la cultura humana no alcanzó la variedad infinita de manifestaciones con que hoy se muestra, los medios de vulgarizar y expresar las ideas fueron adecuados al dinamismo intelectual. Por eso, desde el *papyrus* en que las doctrinas, así religiosas como científicas, etc., se escribían para no salir á la luz pública jamás, hasta las tablillas cubiertas de cera en que se daba cuenta en tiempos de los romanos de los sucesos de más bulto; desde los libros ilustrados por los pacientes miniaturistas de la Edad media, hasta las hojas manuscritas que circulaban al finalizar esa época y cuyo contenido, como por ejemplo, las coplas de Mingo Revulgo, aprendía de memoria la gente; desde los primeros libelos (entiéndase esta palabra en el sentido primordial) impresos en Holanda y Alemania hacia los años de 1450 á 1470, hasta las *Gazzette* venecianas (*Zeitung* alemanas); desde el primer periódico político fundado en comienzos del pasado siglo, hasta el diario que en la actualidad tira cientos de miles de ejemplares, el pensamiento tuvo los medios precisos de expansión.

Mas no era bastante para la vida intelectual de este siglo la hoja impresa, donde toda cuestión política, social y religiosa se estudiara, aquilatara y discutiera; el pensamiento humano, la humana cultura, con sus ansias siempre crecientes de mayores adelantos, para marchar más rápidamente á la finalidad con que el hombre sueña, esto es, el perfeccionamiento de la humanidad, buscó en la representación gráfica por medio del grabado en metal, por medio de la litografía, por medio del grabado en madera, por medio del fotograbado, en fin, por los medios que la química y la física han descubierto en estos últimos tiempos, auxiliar poderoso de la palabra escrita. Especialmente en cuanto atañe á las bellas artes, á las ciencias arqueológicas, á la mecánica, á las industrias artísticas, á la obra exclusivamente literaria, á las ciencias naturales, la *ilustración* vino á completar la tarea del sabio, del industrial, del literato, poniendo ante los ojos del vulgo, juntamente con las ideas la forma, unidos el objeto y su descripción. Pero donde la *ilustración* cumple su altísimo cometido es en los periódicos y *revistas* que tratan del arte y de las ciencias é industrias que le son auxiliares ó anexas. No se hubiera refinado tanto la cultura artística, ni adelantado las mismas ciencias históricas lo que hasta el día han adelantado, sin el auxiliar del lápiz del dibujante ó el objetivo de la máquina fotográfica. Por minuciosas y eruditas que sean las descripciones que, por ejemplo, los Champolion, los Botta, los Mariette, los Humann nos hagan, así de los templos egipcios ó asirios como de la escultura de estos pueblos, como de las maravillas del altar de Pérgamo, si la fotografía ó el dibujo no viniesen en auxilio de las descripciones de esos sabios orientalistas y egiptólogos, tengo por cierto que la gran masa de los lectores de tales escritos no hubieran podido formar cabal juicio del valor estético ó arqueológico de esas obras de arte, de esos monumentos que atestiguan la cultura de pueblos que han sido hace miles de años.

De mí sé decir que cuando por vez primera vi reproducida gran parte de la obra de los pintores místicos de Italia de los siglos XIII y XIV, hube de reformar en gran parte el concepto que del senso estético y del rumbo de ese senso en la patria de los Mantegna, Orcagna, Giotto, Lippi, Fra Angélico, me habían hecho formar críticos é historiadores. Entonces, examinando las reproducciones fotográficas, pude anudar cabos sueltos en la marcha de la pintura, que no había podido anudar leyendo á Muntz y al mismo Taine. Y es que ya prescindiendo del juicio crítico, el escritor que describe una obra de arte, necesariamente deja en el tintero detalles, impresiones, si se quiere nimias, pero que son eslabones que enlazan ideas y sentimientos; y en fin, que por clara y minuciosa que sea la descripción de una obra de las artes de la pintura, de la escultura ó de la arquitectura, jamás la palabra logrará que el oyente ó el lector puedan reproducirla en su imaginación ni aproximadamente. Así pues, la labor del historiógrafo de arte, del crítico, del arqueólogo debe ir acompañada del objeto que estudia; su misión es la de discurrir á propósito del cuadro ó de la estatua, no la de describir; la de ilustrarnos, emitiendo ideas propias y haciendo historia.

* * *

El grabado en madera sustituyó á la ilustración á mano inmediatamente que el prodigioso invento de Gutenberg comenzó á funcionar. Desde los últimos años del siglo XV los libros aparecen historiados ó ilustrados con grabados en madera representando motivos religiosos, históricos, de costumbres y alegorías, y con retratos (especialmente en Alemania y Holanda) y decorativa de heráldica, flores y frutas. Durero, Wolgmulh, Holbein, Botticelli, Miguel Angel, Rafael, en fin, los más grandes artistas concurren al florecimiento de la *ilustración* por medio del grabado en madera; después en metal, dibujando todo género de asuntos. El libro ocupaba el lugar que siglos más tarde debía ocupar el periódico, y al libro dedicaron sus talentos pintores y escultores. No queda limitado el campo de acción al libro de ciencia, al religioso ó al histórico. La cultura avanzaba rápidamente y el pensamiento comenzaba á concebir ideas nuevas y á mirar hacia otros puntos; mas todavía era suficiente el libro para la expansión de esas ideas. Así pues, á fines del siglo XV aparece la *Crónica de Nuremberg* ilustrada profusamente con representaciones de batallas, de retratos de gentes de entonces, de costumbres. En el siglo siguiente, entre numerosas obras científicas y artísticas, editóse un libro que trataba de viajes en Turquía, ilustrado con gran número de episodios, de tipos y costumbres del país. Seguidamente se ilustran las *Metamorfosis* de Ovidio y el desvergonzado y satírico libro de Maquiavelo *La Mandrágora*. En el siglo XVIII las pastorales de Longo merecen el honor de ser ilustradas por Felipe de Orleans, y en la misma época en Inglaterra, en Francia y en Holanda las costumbres las reproducen el lápiz y el buril.

Ya estamos llegando á la fecha en que comenzó á publicarse allende los Pirineos, en París, el primer periódico ilustrado. El día 10 de octubre de 1785 apareció en aquella capital... *Le Magasin des modes nouvelles françaises et anglaises* con figurines coloridos y dibujados por un artista de bastante fama, Defraine. Sigue á este periódico *El Correo moral y político*, que ve la luz pública en Berna en los primeros días del año de 1798, y veinticinco años después, en Madrid, otro periódico ilustrado viene á aumentar el número de las publicaciones periodísticas *con figuras*, como decían por entonces.

* * *

Cierto que el primer periódico ilustrado que hubo en España, y al cual me refiero especialmente en esta *efeméride*, no fué, ni mucho menos, una maravilla artística, ni siquiera tipográfica. No trataba de las Bellas Artes ni de las ciencias; en sus páginas no se reprodujo cuadro, estatua, monumento, paisaje, ni motivo alguno que tuviese conexión con las obras del pincel ó del cincel. Por el siguiente *documento* que encontré en ocasión de registrar algunos armarios con papeles en la casa de mis antepasados en Galicia, podrán saber los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA cuál era el carácter del citado periódico. Dice así el documento á que me refiero: «Excelentísima señora doña Concepción Cos, condesa de Medina, vizcondesa de Peña Parda. – Muy excelentísima señora: Por indicación de la Excma. señora condesa de Montijo, que me distingue con su amistad, me dirijo á usted para suplicarle su valiosa ayuda en la empresa que voy á fundar; por su parte la señora condesa de Montijo, como la señora duquesa de Híjar y las más altas damas de la corte me prestan su apoyo, para el mismo fin, que es el de publicar un periódico que dé noticia de las *modas* de París. Creo de tanta necesidad para el buen gusto una publicación de esta índole, que más que á mis deseos, sirvo al de las señoras elegantes españolas, que para vestir bien necesitan de las costureras y modistas de Francia. Se llamará *El Periódico de las damas*, y traerá patrones y figurines, hechos en París *sobre* la última moda, y lo recibirán las señoras todas las semanas con los dichos figurines sueltos y los dichos patrones cortados de modo que sirvan para todos. Ruégole, Excma. señora, me diga si cuento con su adhesión, etc., etc. – *León Amarita*.»

Efectivamente, como decía el director Sr. Amarita en el copiado documento, escrito el día 30 de septiembre de 1822, *El Periódico de las damas* apareció por vez primera el día 14 de noviembre de dicho año, pero no con la regularidad semanal ofrecida, sino dejando intervalos más ó menos largos, algunos de más de veinte días.

Solamente pude alcanzar á ver unas cuantas páginas de uno de los números; dichas páginas, que estaban atestadas de versos traducidos del francés, no tenían fecha alguna.

Los figurines, que eran de señora y caballero, pertenecían al periódico parisiense *L'Observateur des Modes*, como dice (pues tampoco de éste pude lograr ver ninguno) D. Eugenio Hartzenbusch en sus *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños*.

En el año de 1835, el día 5 de enero vió la luz pública (que yo sepa) el primer periódico de artes ilustrado de España. Fundáronlo en Madrid un notable escritor y un no menos notable pintor, D. Eugenio Ochoa y D. Federico de Madrazo. Titulóse dicho periódico *El Artista* y no vivió más de quince meses. Seguramente que pocas personas desconocerán el periódico á que aludo, pues á pesar de su corta vida, así por el texto como por las magníficas ilustraciones que contenía, llamó poderosamente la atención. Sucedió á esta revista periódica otra de la misma índole, órgano de la célebre sociedad *El Liceo*, y que llevó ese título. En el mismo año de 1837 vino al estadio de la prensa la revista ilustrada *No me olvides*. El día 3 de abril de 1836, catorce meses antes de estos dos últimos, comenzó su publicación el famoso *Semanario pintoresco español*, que vivió veintiún años. Al presente son incontables los periódicos ilustrados mensuales, quincenales, semanales y diarios que se publican en España.

R. Balsa de la Vega

REPÚBLICA DE COSTA RICA

Cumpliendo lo que ofrecimos en nuestro número de primero de año, de completar la colección de retratos y biografías en el mismo publicada á medida que fuéramos recibiendo los datos de los Estados que en él no fueron incluídos, damos hoy los referentes á la República de Costa Rica.

Esta república unitaria de la América central, está situada entre la de Nicaragua al Norte, el mar de las Antillas al Este, la República de Colombia al Sudeste, y el Océano Pacífico al Sud y Sudoeste. Ocupa una extensión de 59.570 kilómetros cuadrados y tiene cerca de 250.000 habitantes. Divídese en cantones y distritos para su régimen interior y en grupos de distritos denominados provincias y comarcas para los efectos administrativos, judiciales y fiscales. Sus provincias son cinco: San José, Cartago, Heredia, Alajuela y Guanacaste: las comarcas son dos: Punta Arenas y el Limón. La capital es San José con unos 20.000 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DE COSTA RICA

Juan Mora. – Nació en San José en 12 de julio de 1784 y fué el primer presidente de la República de Costa Rica, elegido el 8 de septiembre de 1824. A su administración se debieron las instituciones fundamentales del país, entre ellas la Constitución promulgada el 26 de enero de 1825. En 1.º de marzo de 1829 fué reelegido para el mismo cargo y cesó en él el 2 de marzo de 1833. Durante los ocho años de su mando tuvo el arte y la rara facilidad de gobernar á su patria en paz, salvándola de las borrascas de la revolución. Al terminar su segundo período, el congreso dispuso que se colocara su retrato en el salón de sesiones como premio á sus virtudes y servicios.

Rafael Gallegos. – Designado para sustituir al anterior en 9 de marzo de 1833, renunció la presidencia el 4 de igual mes de 1835, siendo reemplazado interinamente por D. Juan José Lara. En 1.º de mayo de 1845 sustituyó provisionalmente al presidente D. Francisco Oreamuno, pero una sublevación militar estallada en junio siguiente le derribó del poder.

Braulio Carrillo. – Este notable estadista ocupó un lugar distinguido entre las celebridades de su patria, habiendo desplegado grandes cualidades como gobernante, pero haciéndose al fin malquisto por su ambición y tendencias absolutistas. Nació en Cartago en 1800 y siguió la carrera del foro. Desempeñó sucesivamente los más importantes cargos y en 5 de marzo de 1835 fué elegido presidente de la República. Durante su mando, y con motivo de haber abolido el diezmo, estalló en Cartago, Alajuela y Heredia una importante revolución, que sofocó con energía. Cesó en 1.º de marzo de 1837 por haber declarado la Asamblea terminado su período administrativo, siendo sustituído interinamente por D. Joaquín Mora en 1.º de agosto del mismo año. El 27 de mayo de 1838 volvió á ocupar el poder, que convirtió en dictadura, y trabajó con ahinco por la disociación de la federación centro-americana y por hacer de Costa Rica un Estado completamente libre é independiente de todo lazo político. En 8 de marzo de 1841 promulgó la *Ley de garantías*, en la que se declaró Jefe perpetuo é inviolable de la República costaricense; pero su rigidez y su conducta autoritaria le hicieron odioso, y habiendo invadido el país el general Morazán, le derribó del poder en abril de 1842. Por efecto de una venganza personal pereció asesinado en San Miguel en 1845.

Manuel Aguilar. – Fué elegido presidente en 17 de agosto de 1837 al terminar Carrillo su primer período, y apenas en posesión del poder tuvo que sofocar una sublevación militar encaminada á reponer á su antecesor. Otro motín, ocurrido en 27 de mayo de 1828, consiguió derrocarle y sustituirle por Carrillo.

Francisco Morazán. – En el n.º 731 de este periódico se han dado suficientes datos acerca de este general y hombre político que tanto trabajó por restablecer la disuelta federación centro americana. Al derribar á Carrillo en 1842 apoderóse del poder, y el 15 de julio la Asamblea de Costa Rica lo nombró por unanimidad Jefe provisional del Estado. Una revolución estallada en San José lo derrocó y pereció fusilado en 15 de septiembre del mismo año.

José María Alfaro. – Designado en 23 de septiembre de 1842 para Jefe provisional del Estado, durante su mando se promulgó la Constitución de 9 de abril de 1844. Cesó en 21 de noviembre de este año. Un motín militar lo elevó nuevamente á la presidencia en 7 de junio de 1846, desempeñándola hasta mayo del año siguiente. Durante este segundo período promulgóse el 10 de febrero de 1847 la tercera Constitución de Costa Rica.

Francisco María Oreamuno. – Nació en Cartago y siguió la carrera de leyes, distinguiéndose como hombre de gran talento y cultura. Diputado en 1843 á la Asamblea Constituyente, fué nombrado poco después vicejefe del Estado, y al cesar Alfaro por primera vez en la presidencia, la obtuvo Oreamuno, aunque con disgusto y repugnancia, por gran mayoría de sufragios. El exagerado sentimiento regionalista que dominaba en su patria, y que hacía enemigos entre sí á los departamentos, dado que ninguno veía con agrado las disposiciones que beneficiaban á otro, le disgustó del mando, y en abril de 1845 hizo renuncia de éste y se trasladó á Cartago. Dióse entonces el raro caso de que se formara proceso á Oreamuno por insistir en su renuncia no admitida por las Cámaras; pero al fin consiguió que se la aceptasen.

José María Castro. – Elegido constitucionalmente en 7 de mayo de 1847 con el título de presidente, denominación con la que se sustituyó la de jefe supremo ó primer jefe, dominó poco después una insurrección promovida en la inquieta Alajuela, por lo que el Congreso le otorgó el nombramiento de general. El 31 de agosto del año siguiente, á petición unánime de las municipalidades, Costa Rica sustituyó el nombre que llevaba de Estado por el de República, definiendo así su situación política y su soberanía. La administración de Castro fué agitada por asonadas y motines, y cansado éste de tener que reprimirlos, presentó en 16 de noviembre de 1849 su renuncia al Congreso, el cual se la admitió, no sin declararle Benemérito de la Patria y fundador de la República de Costa Rica. Durante su mando se promulgó la sexta Constitución, por la cual se fijaba en seis años la duración del cargo de presidente y se establecía que el poder legislativo residiera en una sola Cámara. Castro ocupó de nuevo el poder en 1866, pero á los dos años fué derribado por los generales Salazar y Blanco.

Juan Rafael Mora. – Era vicepresidente durante la administración del anterior, y por su renuncia se encargó del poder ejecutivo en 26 de noviembre de 1849, siendo confirmado por elección popular para desempeñarlo hasta 8 de mayo de 1853. Reelegido en esta fecha, ocupó con gran brillantez su elevado puesto hasta 1859. Durante su administración se ajustó un concordato con Roma, se fomentaron en alto grado los intereses materiales de la República y se rechazó bizarramente la invasión del filibustero Walker.

José María Montealegre. – Elegido con arreglo á la nueva Constitución promulgada en 27 de diciembre de 1859, gobernó hasta 1863.

Jesús Jiménez. – Fué nombrado presidente en mayo de 1863 y ejerció tres años el cargo. Ocupó nuevamente la presidencia en 1868 y la desempeñó hasta 1870.

Bruno Carranza. – Fué elegido en 1870, pero una revolución dirigida por el general Guardia, le derribó del poder en abril del mismo año.

Tomás Guardia. – Habiendo abrazado la carrera de las armas, batióse denodadamente en 1855 contra los invasores filibusteros, obteniendo el grado de capitán; distinguióse también en otras campañas, y en abril de 1869 era coronel y comandante general de la provincia de Alajuela. Los acontecimientos políticos le obligaron á presentar su dimisión, y disgustado con un gobierno que no atendía á labrar la felicidad de la patria, encabezó una revolución que le hizo dueño del poder. Reunida la Convención nacional, eligió á Guardia en 1872 presidente con arreglo á la nueva Constitución de Costa Rica promulgada en 22 de diciembre del año anterior. La marcha próspera que imprimió dicho general á todos los ramos de la administración le hicieron sumamente popular, por lo cual mereció ser reelegido en 1878, conservando su elevado puesto hasta el término de su período ó sea hasta abril de 1882.

Aniceto Esquivel. – Al terminar el general Guardia su primer período presidencial en 1876, fué elegido en su lugar, pero una insurrección le desposeyó en el mismo año.

Vicente Herrera. – Sustituyó provisionalmente al anterior en 1876 y gobernó hasta 1878 en que fué reelegido el general Guardia.

Próspero Fernández. – Después de combatir con arrojo contra los filibusteros mandados por Walker, ascendió grado por grado al de general de división, y en agosto de 1882 tomó posesión de la presidencia, para la que fué elegido casi por unanimidad. Al terminar su período en 1886 dejó fama de excelente gobernante y de hombre recto y probo en todas sus medidas.

Bernardo Soto. – General de división, fué nombrado presidente en 1886, y durante su mando se aliaron las repúblicas de Costa Rica, Nicaragua y el Salvador contra el general Barrios, presidente de Guatemala, quien pretendía restablecer por la fuerza de las armas la federación centro-americana y que fué vencido y muerto en la contienda.

José Joaquín Rodríguez. – Abogado de nombradía, ocupó los más importantes cargos de la República, y en 1.º de diciembre de 1889 fué elegido presidente por gran mayoría de votos. Gobernó desde 1890 á 1894 con sumo acierto, reformando la instrucción primaria, fomentando la inmigración y manejando los fondos públicos con toda integridad.

Rafael Iglesias. – Tribuno elocuente y hombre de gran iniciativa, ha merecido, á pesar de su juventud, pues sólo cuenta 35 años, ocupar puestos muy principales en su patria, entre ellos el ministerio de Guerra y Marina durante la anterior administración. Fué elegido presidente en 1894, y hoy desempeña con acierto y aplauso el alto cargo á que le ha elevado el voto de sus conciudadanos.

EL ÚLTIMO BAILE

Me encontraba en el baile al cual asistía por compromiso, por no dejar mal á los amigos que habían contado conmigo.

Nos separamos al llegar al salón, y en tanto que ellos corrían de un lado para otro buscando pareja de su gusto, tomé yo asiento en una butaca, resuelto á contemplar el cuadro que se me ofrecía en aquel abigarrado conjunto de figuras que alegres y bulliciosas iban desfilando ante mis ojos como en un cosmorama.

Es triste cosa, que pocos comprenderán, esto de ir á un baile á sabiendas de que voy á aburrirme. Sin embargo, siempre me pasó lo mismo; y aún no he podido comprender ese tan decantado placer que experimentan los idólatras de Terpsícore, dando saltitos y piruetas que siempre encontré ridículos. Y menos mal si los pollos de hoy se contentan con esto y no abusan de las bebidas, convirtiendo el baile en inmensa sala tabernaria...

Cuando asisto á algún baile, sólo he conseguido que acudan á mi mente tristes recuerdos de mejores días, que me llenan el ánimo de pena y melancolía. Engolfado con tales ideas, arrellanado en la butaca con los brazos cruzados y la vista perdida en el espacio, me veo solo en medio de tanta gente, al parecer alegre, y mientras llegan á mi oído, envueltas en el rumor de tanta animada conversación, las notas que la orquesta derrama sobre aquella turba agitada y revoltosa, casi sin proponérmelo, viene á mi memoria el recuerdo de una mujer, recuerdo que ha sido mi tormento y el acicate de mis deseos en infinitas ocasiones. Aún hoy, cuando de ella me acuerdo, siento el calofrío que enerva, y algo así como el eco de un suspiro parece resonar en mis oídos, tan dulce y suavemente como en otro tiempo resonó la melancólica voz de aquella encantadora criatura.

La conocí en un baile. Cuando de un lado para otro paseaba yo la pesada carga de mi aburrimiento, alegre y expansiva acercóse á mí, diciendo con cariñoso acento: «¡Cómo te aburres..., tonto!» Efectivamente no me divertía; mas con sus miradas y sonrisas de ángel tentador, conseguí distraerme un poco, logrando por último, aunque sólo por aquella noche, que me reconciliara con el baile... ¡Quién sabe si su recuerdo es la causa de que estas parejas que ahora danzan vertiginosamente me parezcan figuras irrisorias, entes ridículos!..

Paseé con ella; poco á poco fuí fijándome en aquella mujer á la cual me fué imposible ver el rostro, aunque presumí sería bellísimo y radiante de felicidad: momento hubo en que me creí el ser más dichoso de cuantos bailaban en aquel salón...



República de Costa Rica.—Jefes del Estado

(de fotografías remitidas por D. Antonio Font, nuestro corresponsal en San José de Costa Rica

¿Qué traje vestía?.. Seguramente el traje aquel no está clasificado ni tiene nombre conocido: era un conjunto de telas, gasas, sedas y plumas que en rica y caprichosa amalgama fueron colocadas con gusto exquisito para adornar tan primoroso cuerpo... Con el crujiente raso enlazábanse cintas y gasas bordadas de figuras y en las cuales surgían las flores de brillantes colores; lindo zapato de seda aprisionaba el diminuto pie, dejando adivinar el camino de encantos desconocidos, y sobre los sedosos bucles de sus rubios cabellos espléndida diadema de brillantes producía chispazos de oro y colores.

Cubría la mitad de su rostro negro antifaz, bajo el cual se destacaba el claro azul de sus pupilas, como espléndida aurora que surge de las sombras de la noche, y descubiertos eran los rojos labios y el cutis terso y nacarado, convidando á ensueños voluptuosos... Yo no sabía quién pudiera ser aquella mujer... Que me conocía era indudable, y seguramente con alguna intimidad, por cuanto sabía las condiciones de mi carácter y otros mil pequeños detalles de mi vida íntima...

En su charla amorosa decía, reconviniéndome cariñosamente: «Pero, hombre, ¿á qué has venido al baile?.. ¿A filosofar?..»

Y en tanto yo me reía de sus ocurrencias, celebrando aquella locuacidad que me entretenía tan agradablemente, sin saber por qué, oprimía con vehemencia el brazo que me tenía abandonado; sentíame dichoso junto á mi bella desconocida, y con fruición de enamorado pretendía recoger la mirada de aquellos dulces ojos y aspiraba con avaricia el perfumado aliento de su rosada boca...

«¡Ea!, continuó diciéndome con coquetería encantadora. De sobra sabes que á estos sitios es ridículo venir y no divertirse. ¿Quieres ser mi caballero esta noche?..»

La orquesta preludiaba un hermoso vals de *Strauss*, y á los pocos momentos una pareja más giraba vertiginosamente, perdiéndose en las vueltas de aquel *maremágnum* inconcebible...

Después, cuando consiguió su propósito, cuando su infantil alegría logró disipar en parte mi *spleen* de aquella noche, aquella mujer de incógnito rostro me dió una prueba de la bondad y hermosura de su alma.

Su historia, referida en cuatro palabras, púsome al corriente de su vida, y comprendí entonces que tan divina criatura remataba sus sonrisas con lágrimas, y que sus alegrías tenían también nublados de tristezas...



LAS LAVANDERAS, cuadro de Gustavo Bacarisas
(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

Era una de tantas criaturas arrojadas en medio del arroyo por la miseria ó la falta de cariño. Sin padres, sin parientes, creció, y sin un amor desinteresado que la guiase con solicitud por los escabrosos senderos de la vida, puso su esperanza, su felicidad y cuantas dulces emociones pudiera abrigar en su corazón, en un hombre. Quiso con toda su alma, con ese cariño único verdad, con ese cariño de los pocos años en que todo lo vemos del azul más puro, sin manchas que empañen el cielo de la felicidad soñada; pero ¡ay!, que las flores se marchitan y las ilusiones mueren...

Así pues, sucedió, como casi siempre sucede en estos casos, que el hombre aquel, indigno de cariño tan grande, convirtió su pasión en juguete, burlándose de las caricias de la pobre y confiada niña. En fin, me decía después de contados mil minuciosos detalles, «mi historia es la historia eterna... La que oís todos los días...»

Y volvíamos á bailar con locura..., y enlazados amorosamente, mientras oprimía con deleite su airoso talle y aspiraba el perfume de sus cabellos, decíale yo cuantas dulces palabras puede decir un hombre enamorado...

El recuerdo de aquella noche me mortifica, me llena de desasosiego... Quisiera encontrar á aquella mujer, verla, hablarla, caer á sus pies para decirle que la amo y sentirme nuevamente entre sus brazos... Pero... ¿dónde hallarla?.. Varios meses han transcurrido, casi dos años, y desde aquella noche no la he vuelto á ver, á pesar de haberla buscado por todos sitios con interés de enamorado.. ¡Oh! Si se encontrara en este baile, aquí, tan cerca de mi mano, capaz sería de disputársela á todos los seres de la tierra. . . . . .

. . . .

Salía del baile. Triste, aburrido, caminaba sin rumbo fijo. La casualidad me llevó á una calle en la que vi un grupo de curiosos...

«¡Escenas de Carnaval!,» pensé...

Era la hora incierta en que la noche recoge sus sombras y huye velozmente apagando estrellas y encendiendo el mundo... Me acerqué al grupo, y á la débil claridad de la naciente mañana pude ver el cuerpo de un hombre vestido de *pierrot*, tendido sobre la acera, sobre un charco de sangre... Desvié la vista con horror y repugnancia de aquel triste cuadro, y lleno de espanto contemplé el cuerpo de mi hermosa desconocida, con el mismo traje aquel que tanto admiré, con el mismo antifaz negro, medio arrancado del rostro, y mirando al cielo con sus grandes ojos azules abiertos, muy abiertos, como queriendo salirse de sus órbitas, y con los hermosos dientes apretados... ¡Estaba muerta!.. Sus ropas en desorden, su bello rostro descompuesto y pálido, sus ojos en los que aparecía impreso el sello del dolor, sus rubios y sedosos cabellos tintos en el charco de sangre en que yacía; todo aquel triste conjunto que acusaba un espantoso drama produjo en mí un efecto tan penoso que, después de contemplar largo rato aquel bello semblante ya falto de animación y de vida, me alejé de aquellos lugares con el alma traspasada de dolor y sin pretender enterarme de las causas que pudieron motivar aquella desgracia... ¡Qué triste debió de ser el último baile de aquella desgraciada criatura! . . . .

Hoy, ya transcurridos varios años, no sé aún qué motivó aquel doble crimen; pero asisto á todos los bailes, sin perder ninguno y sin que nadie me haya visto bailar una sola vez...

No voy á divertirme, no voy á gozar del espectáculo, no voy en busca de ilusiones; voy á recordar con más verdad la imagen de una pobre muerta entre aquella infernal algarabía de los vivos.

V. DE DÍEZ-VICARIO

EXPEDICIÓN ANGLO-EGIPCIA

CONTRA DONGOLA

La expedición mandada por el general Sir Herberto Kitchener, sirdar ó general en jefe del ejército del Jetife, compuesto de tropas egipcias y sudanesas instruídas y mandadas por oficiales ingleses y aumentado con un batallón del regimiento de Staffordshire y con algunos otros destacamentos de soldados ingleses, ha conseguido el inmediato objetivo de sus operaciones en la actual campaña.

El día 19 de septiembre el general Kitchener, que desde Kubudeh se dirigió á la tercera catarata del Nilo con cuatro brigadas de infantería, caballería y artillería de campaña protegidas por tres cañoneros, se encontró con que el fuerte enemigo de Kerma había sido abandonado; pero en cambio, considerables fuerzas derviches con un vapor y seis buques de vela ocupaban en la opuesta orilla Hafir, y se disponían, al parecer, á retirarse hacia el Noroeste. El general inglés resolvió atacarlas inmediatamente y ordenó que les hicieran fuego los cañoneros y la artillería desde el punto en que el río es bastante estrecho para que los proyectiles alcanzaran al enemigo, mientras la infantería estaba á la expectativa en la orilla oriental.

El emir Wad el Bishara, que mandaba las tropas derviches, colocó dos cañones, uno en el Sakieh y otro en un espeso grupo de palmeras, y cerca de ellos una doble línea de rifles, junto á los cuales situó una batería de cinco cañones. El mayor Kitchener, para batir estas posiciones, puso cuatro baterías de cañones Maxim en una isla situada enfrente de aquéllas y ordenó que los cañoneros *Metammeh*, *Abu-Klea* y *Tamai*, apoyados por la artillería de montaña, maniobrasen en el río. Distribuídas las fuerzas de este modo, empeñóse un rudo combate: las baterías enemigas hicieron un fuego terrible, pero los certeros disparos de los anglo-egipcios obligáronle á emprender la fuga después de haber sufrido grandes pérdidas, habiendo resultado gravemente herido el emir Wad el Bishara. A la mañana siguiente, el ejército del general Kitchener pasó el Nilo y los cañoneros practicaron un reconocimiento delante de Dongola: los egipcios se apoderaron de gran cantidad de víveres y municiones y de todas las embarcaciones de los derviches. El teniente Beatty con el cañonero *Abu-Klea* destruyó los fuertes y las baterías de Dongola, en la cual penetraron los vencedores expedicionarios.

Los dos grabados que en la siguiente página publicamos reproducen dos interesantes episodios de esta última parte de la campaña. – X.

NUESTROS GRABADOS

Los emigrantes, cuadro de J. A. Muenier. – La suerte está echada; la miseria ha vencido y aquellos dos infelices abandonan la tierra que no puede darles el necesario sustento. Han vendido lo poco que tenían: el anciano ha guardado en un saco lo que para sus apremiantes necesidades se han reservado; la joven ha guardado en un pequeño lío la poca ropa que le queda, y ambos parten en busca de una nueva patria. ¿Dónde van? ¿Qué esperan? Ni ellos mismos lo saben: dejan la miseria segura por la miseria más que probable, pero esta pequeña diferencia entre la seguridad del presente y la probabilidad del porvenir basta á infundirles un rayo de esperanza. El autor de este cuadro cultiva todos los géneros pictóricos, y el lienzo *Los emigrantes*, que tanto llamó la atención



EXPEDICION ANGLO-EGIPCIA CONTRA DONGOLA. - Paso de un cañonero por la catarata Jurash, del Nilo (de croquis del natural)



EXPEDICION CONTRA DONGOLA. - Una brigada de trabajadores ejecutando una «fantasía» ó danza improvisada en honor de la llegada de los cañoneros (de croquis del natural)



LA SIESTA EN EL BOSQUE, cuadro de J. Lawton Wingate R. S. A. (Exposición del Instituto de Glasgow, 18?6)



CON EL SUDOR DE SU ROSTRO, cuadro de Alejandro Milesi

en el último Salón del Campo de Marte, de París, resume en afortunada síntesis las diversas aptitudes del artista, ya que es á la vez paisaje, estudio de retrato y obra de género anecdótica.

* * *

El célebre tenor francés G. Duprez. – El eminente artista que ha muerto recientemente á la edad de noventa años era hijo de un comerciante parisiense: después de haber estudiado en la escuela de canto de Choron, presentóse por vez primera al público en el Teatro Francés cantando *Athalia*. Emprendió luego con poca fortuna un viaje á Italia, regresando muy pronto á París y aceptando una modesta contrata en el Odeón, en donde debutó en el papel de conde Almaviva en *El Barbero de Sevilla*. Cerrado aquel teatro, pasó á la Opera Cómica; pero el mezquino sueldo que percibía y el escaso éxito que lograba le descorazonaron y movieron á marcharse á Turín: allí consiguió un verdadero triunfo. Después cantó en Génova, en Milán, en Bérgamo y en Florencia, siendo en todas partes aclamado con entusiasmo. París quiso entonces oirle, y los directores de la Opera le contrataron, haciéndole debutar en el papel de Arnoldo de *Guillermo Tell*. Cantó luego *Guido y Ginevra*, *La Reina de Chipre*, *Roberto el Diablo*, *Los Hugonotes*, *La Hebrea* y otras óperas que acabaron de hacer su nombre para siempre glorioso en los anales del arte musical.

Duprez no se contentó con ser un gran artista, sino que quiso además tener algunos alumnos que después han sido verdaderos maestros. También escribió algunas obras líricas que fueron algo censuradas por la crítica.

De cinco años á esta parte, el gran tenor que se había retirado de la escena hacía 49 años, vivía retirado en Passy.

* * *

Las lavanderas, cuadro de Gustavo Bacarisas (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896). – Un grupo de lavanderas romanas secando la ropa en improvisado tendedero, ha bastado al joven pintor catalán D. Gustavo Bacarisas para producir una obra bellísima, italiana por el asunto, pero española por el colorido, siendo muy digno de notar que el artista haya logrado sustraerse á los peligros que para los españoles ofrece la paleta romana, en la que dominan siempre los tonos terrosos.

Todo en el lienzo á que nos referimos revela las aptitudes del Sr. Bacarisas, en quien residen, sin duda alguna, cualidades no comunes para cultivar con provecho la pintura. Por eso y sin que pretendamos oficiar como profetas, no titubeamos en afirmar que lo porvenir reservale días de gloria, si, como esperamos, continúa rindiendo al arte el tributo de inteligencia y el resultado de su laboriosidad y esfuerzo.

* * *

Granada, estatua de José Alcoverro. – Digna pareja de la estatua de *Marte*, que recientemente hemos publicado, es la que alegóricamente representa á Granada, cuya copia figura en este número. En ella ha logrado el Sr. Alcoverro armonizar los dos caracteres, las dos fases que en su historia ofrece la ciudad que fué capital del reino muslímico y bello florón de la monarquía castellana. La hermosa figura participa del misterioso encanto de la mujer árabe y de la bella severidad de la matrona española. Bien ha estudiado el distinguido escultor el concepto que debía expresar la obra. De ahí que le felicitemos, deseando nos ofrezca nuevas ocasiones para aplaudirle.



GRANADA, estatua de José Alcoverro

* * *

La siesta en el bosque, cuadro de J. Lawton Wingate. – ¡Pobres niños! Rendidos de fatiga, no han tenido alientos para llegar al fin de su jornada, y en medio del bosque, sobre la hierba, se han dormido muy juntos, muy abrazados, cual si temiesen que alguien aumentase sus desdichas privándoles de la mutua compañía, único placer de su pobre existencia. El ángel que por los niños vela les sugerirá sueños dulcísimos que, al despertar, se les figurarán avisos del cielo, promesas de alegrías futuras: estas promesas, cayendo en el terreno abonado de sus pocos años, harán brotar en su mente un sin fin de ilusiones, la mayor riqueza de los pobres, que les darán alientos para soportar las penalidades del hoy en espera del bienestar del mañana. El insigne pintor inglés Lawton Wingate se ha inspirado en este bellísimo asunto para el hermoso cuadro que reproducimos, composición hondamente sentida y pintada con gran sobriedad de efectos para que la atención se concentre en el admirable grupo de los dos durmientes.



El célebre tenor francés G. DUPREZ, recientemente fallecido

* * *

Con el sudor de su rostro, cuadro de Alejandro Milesi. – Alejandro Milesi es uno de los pintores que mejor contribuyen á que en la historia del arte se perpetúe la escuela veneciana, de historia y tradiciones tan brillantes: hasta hace poco, su especialidad eran los asuntos delicados, las tonalidades suaves; pero en la última Exposición de Venecia dióse á conocer bajo un nuevo aspecto con el cuadro que publicamos, de tendencias realistas y vigorosas entonaciones, cuadro en el que indirectamente se plantea el problema social, mostrando á nuestros ojos un hogar obrero en donde todos trabajan para ganar el pan con el sudor de su rostro. Tanto el lugar en que la escena se derarrolla cuanto las figuras que en ella intervienen están perfectamente estudiados del natural: el artista para pintar este lienzo permaneció largas horas en moradas malsanas, en barrios donde la miseria y las enfermedades reinan, contrayendo á consecuencia de ello una fiebre tifoidea que puso en grave peligro su vida. La admiración que la obra ha producido y los aplausos y elogios que le ha conquistado, son digna recompensa de los trabajos y peligros á que se expuso para realizarla.

* * *

Los redactores del periódico diario de la Habana «El Comercio.» – El diario habanero «El Comercio» es uno de los periódicos de la isla de Cuba que con más entusiasmo y convencimiento defienden el credo del partido constitucional. Organizada su redacción con elementos inteligentes y avezados á las tareas del periodismo, sus notables editoriales producto de las hábiles plumas de Lecuona y López Seña, los de crítica artística, literaria y política debidos á nuestra distinguida amiga y antigua colaboradora Eva Canel, á Pedro Giralt, verdadero obrero de la inteligencia, á Martín Lamy, á Ramón Garí y á Carlos Carrió, el digno representante en la isla de la Liga de Productores de Cataluña, las sesudas revistas mercantiles de Daniel Martínez y la información completa y detallada de Federico Rosainz, un manojo de nervios en forma de *reporter*, han hecho de este periódico uno de los más importantes de la Habana y de los que verdaderamente honran á la prensa de la capital de las Antillas.

La fotografía que reproducimos nos ha sido remitida por los Sres. Otero y Colominas de la Habana, á quienes agradecemos de todas veras el envío.



Bellas Artes. – PARÍS. – Próximamente se erigirá en París un monumento al fundador de la química moderna, el ilustre sabio Lavoisier, que fué guillotinado en 1794: la ejecución de la obra ha sido encomendada al celebrado escultor Barrias.

– El escultor Falguiere ha terminado el modelo del monumento que se ha de erigir en Pau á la memoria del cardenal Lavigerie: el prelado está representado de pie plantando la cruz en tierra de Argel; los relieves del zócalo reproducen algunos de los más notables episodios de la vida del virtuoso y sabio sacerdote.

BERLÍN. – En la última Exposición de Bellas Artes de Berlín se han vendido obras por valor de 600.000 marcos (750.000 pesetas), cifra que no se había alcanzado en ninguna de las exposiciones anteriores.

Teatros. – En el teatro Lírico de Milán se ha estrenado la ópera póstuma del malogrado compositor francés Benjamín Godard *La Vivandiere*: el éxito obtenido por esta obra en aquella capital italiana no ha pasado de regular.

París. – En el teatro de la República se ha estrenado con buen éxito un interesante melodrama en cinco actos y siete cuadros de A. Fontanes, titulado *Nina la Blonde*.

Londres. – Se han estrenado con muy buen éxito: en Drury Lane *La duquesa de Coolgardie*, drama de gran espectáculo original de John Coleman y John Chute; en el teatro de la Princesa *Two Little Vagabons*, arreglo del interesante drama de Decourcelle hace poco estrenado en París *Les deux Gosses*, hecho por G. R. Sims y Arturo Shirley; y en el Lyceum, la hermosa obra de Shakespeare *Cymbeline*, puesta en escena por el eminente actor Mr. Irving y bajo la dirección del célebre pintor Alma Tadema, circunstancia esta última que hace ocioso decir con qué propiedad y lujo ha sido puesta en escena aquella producción del inmortal dramaturgo inglés.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en Apolo *Los golfos*, zarzuela en un acto del Sr. Sánchez Pastor con preciosa música del maestro Chapí, que ha proporcionado un nuevo triunfo á los afortunados autores de *El tambor de granaderos*, y en Romea *S. M. la tiple*, apropósito en un acto, letra de los Sres. Limendoux y Rojas, música del maestro Brull.

Barcelona. – Continúa mereciendo los aplausos del público en el Eldorado el eminente Novelli, quien ha estrenado uno de estos días un drama expresamente escrito para él por D. José de Echegaray, titulado *Amore selvaggio*, que sólo pudo salvarse gracias á la maestría con que el gran actor interpretó el papel de protagonista. En el de Novedades se ha cantado con gran éxito la preciosa ópera de Boito *Mefistófele*, en cuyo desempeño sobresalieron la tiple señorita D'Arneiro, el tenor Sr. Morales y el bajo Sr. Pereiló; la orquesta y los coros, dirigidos respectivamente por los Sres. Cavagliani y Petri, estuvieron admirablemente y la *mise en scene* nada dejó que desear, contribuyendo todo á la obtención de un éxito extraordinario.

Necrología. – Han fallecido:

Héctor Cercone, notable pintor italiano.

Sir John Erichsen, famoso cirujano inglés, presidente durante mucho tiempo de la Real Sociedad de Cirujanos y médico de la reina Victoria.

Luis Gerardo, barón de Geen-Finspang, ex presidente del Consejo de Ministros de Suecia, autor de la Constitución vigente en la actualidad en aquel Estado.

Enrique Petersen, director de la sección histórica del Museo de Antigüedades del Norte, de Copenhague.

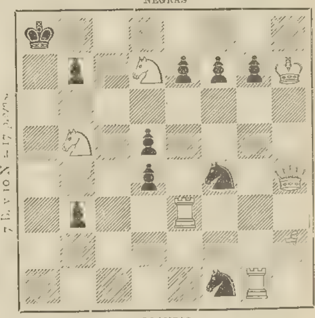
Mr. Freed Barnard, notable dibujante inglés, muy elogiado por sus excelentes producciones.

Sir Jorge Humphry, eminente profesor de cirugía de la universidad de Cambridge.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 40, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 39, POR P. RIERA

Blancas.	Negras.
1. D 5 A R	1. R 4 A D (*)
2. C 6 A D	2. R toma C.
3. D 2 A D ó 8 A D mate.	

(*) Si 1. P toma C; 2. C toma P jaque, R toma C; 3. D 5 C D mate; – 1. R 6 A D; 2. D 3 D jaque, y 3. D 3 T D mate.



– Preferís los consejos del Hechicero á los de vuestro rector

UN APÓSTOL

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

En cualquiera otra ocasión, con un tiempo hermoso y brillando el sol, seguramente habría vacilado, retrocedido ante aquella entrevista inesperada con el padre de Genoveva; mas en medio de aquel desorden de los elementos, sentíase poseído de una fuerza y una temeridad de héroe.

Muy admirado al observar que aquellos trastornos, bruma ó tempestad, coincidían singularmente con sus encuentros con la hija del Hechicero, su alma de bretón, sin embargo, lejos de atemorizarse, hallaba por el contrario un atractivo, el acre sabor de los peligros á que estaba acostumbrado y que tantas veces arrostró.

Al mismo tiempo creía ver una indicación misteriosa de su destino: todo esto era en su concepto la voluntad de una fuerza á la cual debía ceder, abandonarse sin resistencia.

Después de una marcha difícil, tropezando á cada paso, durante la cual debieron detenerse varias veces y esperar la luz de otro relámpago para proseguir su camino sin extraviarse, llegaron por fin al muro de piedras desnudas que flanqueaba la landa, sembrada de aliagas, á cuyo extremo se veía la casa de Nedelek Goalen.

Llegados allí, la joven fué quien vaciló, balbuceando:

– Mi padre ignora...

Y miró á su alrededor como avergonzada, afligida por primera vez al pensar en su humilde condición, en la profesión de su padre y en el mal renombre que tenía el lugar donde habitaba. En el fondo de su corazón, sobrecogida de un padecimiento moral que jamás había conocido, ocasionado por aquella

revelación del amor, hubiera deseado que todo aquello cambiara súbitamente.

Pero impaciente, y ansioso de poner á su compañera al abrigo del diluvio que sobre ellos caía con creciente violencia, Dionisio Le Marrec escaló el muro, ayudó á Genoveva á franquearle, y cruzando rápidamente entre las aliagas espinosas se encaminó directamente á la casa y empujó la puerta, cerrada tan sólo con el pestillo.

Al oir el ruido, sin volverse siquiera, Goalen, sentado en aquel momento delante del hogar, en el cual hervía en una cacerola un líquido que al parecer vigilaba atentamente, se limitó á preguntar:

—¿Eres tú, Faik? ¡Qué hora de volver; es muy tarde!

Inmóvil en el umbral, Le Marrec examinaba con cierta curiosidad el interior de la cabaña, esperando ver objetos extraños, utensilios singulares, y muy sorprendido de no encontrar más que las cosas propias de toda habitación bretona. Solamente el anciano, cuya silueta se recortaba sobre el fondo rojo y movible de la chimenea, iluminada por un fuego vacilante de hierbas secas, presentaba un aspecto particular de mucho atractivo.

Le Marrec, que no le había visto nunca, trataba de adivinar cómo serían sus facciones, cuando Goalen, extrañando no recibir contestación, se volvió, y al ver una persona extraña, levantóse vivamente, volviendo la espalda al hogar.

—¿Quién es usted y qué quiere?, preguntó.

Sus ojos escudriñaban el rostro del joven, iluminado de lleno por la llama, mientras que el suyo estaba ahora completamente en la sombra, pudiéndose adivinar tan sólo el brillo de sus ojos.

Genoveva se adelantó entonces, colocóse delante de su compañero, y cogiéndole de la mano, dijo, á manera de presentación:

—¡Dionisio Le Marrec, padre mío!..

Durante algunos segundos, el anciano examinó al recién venido, reflexionando al parecer profundamente, como si buscara en su memoria, dirigiendo sus miradas á Faik y á Dionisio cual si se hubiese efectuado en su mente una lenta asociación de ideas. Después contestó con tono tranquilo:

—¡Le Marrec!.. Me parece que he conocido en otro tiempo... ¡Sí, sí, no me engaño!..

Y luego exclamó con voz sorda:

—¡El sobrino del cura de Camaret, del padre Kerbiriou!.. ¡Hum..., no me equivoco!..

Dionisio inclinó la cabeza algo inquieto.

Y Goalen murmuró, retrocediendo:

—¡El enemigo!...

VI

Tal vez no había experimentado nunca Nedelek Goalen tantos padecimientos morales ni tenido tantas preocupaciones como desde el día en que la decana de Camaret le llevó á su hija, que un momento llegó á creer muerta.

Y era que, en efecto, él, que de ordinario vivía tan pacíficamente con Genoveva, procurando que su existencia fuese todo lo feliz posible, no reconocía ya á la niña que había educado, á la niña con quien pasó tantos malos años antes de alcanzar el período más tranquilo, casi satisfactorio, á que había llegado á fuerza de trabajo y de cuidados.

Genoveva, por lo regular tan alegre, tan indiferente y que parecía un ave puesta en libertad en la inmensa landa, en los confines de la tierra, sin temer las tempestades que tan á menudo mugen á lo largo de la costa, estaba ahora siempre meditabunda, melancólica, silenciosa.

Su padre, acostumbrado á leer en sus puros ojos sus menores deseos, sus más secretos pensamientos, no veía ya en ellos más que obscuras nubes, como si la bruma del día maldito en que estuvo á punto de perecer hubiera enturbiado para siempre el agua límpida de sus pupilas.

Ahora, en vez de vagar por el campo, de cantar continuamente, de ir y venir, ligera de alma y de corazón, como hija libre de la landa, cual alegre gaviota de las playas, habíase transformado, como si la agobiase un peso misterioso que llevara en sí á todas partes y que entorpecía todo su ser.

Ella, que, fuera de su padre, no tenía adoración más que para sus animales, las vacas y los carneros que Goalen cuidaba; ella, que no conocía otro placer sino el de visitar las numerosas grutas á lo largo de la costa, desde Morgat hasta el cabo de la Cabra y el castillo de Dinan; ella, á quien tanto complacían las largas excursiones por mar, la última de las cuales pudo serle funesta, lo abandonaba ahora todo para andar lánguidamente por la landa ó á orillas de los acantilados.

Allí quedaba como sumida en contemplaciones cuyo objeto nadie conocía y cuya razón nadie adivinaba, pasando sus días en desvariar tristemente, sin que ninguna canción saliera de sus labios, que en en otro tiempo las murmuraban de continuo.

¿En qué podría pensar ella casi todo el día? ¿Cuál era la causa de los insomnios de sus noches?

En un principio, Nedelek, creyendo que aún estaría impresionada por el terrible peligro que acababa de correr, no dió mucha importancia al hecho, y se contentaba con esta reflexión:

«¡Así será más prudente en lo futuro!.. A veces estas lecciones sirven de experiencia.»

Mas cuando observó que aquel estado anormal se prolongaba, que su hija no era ya la misma y que no se daba cuenta al parecer de lo que hacía ó decía, de tal modo la preocupaban sus pensamientos, trató de interrogarla, de conocer las causas de aquella repentina transformación.

Todo fué inútil; no quiso decir nada, ó nada tenía que decir, y á pesar de su conocimiento de los seres humanos, adquirido á fuerza de tratarlos y observarlos, Goalen no pudo averiguar nada de ella.

Nedelek, á quien llamaban «el Hechicero,» él, que tenía fama de conocerlo todo, de saberlo y adivinarlo todo, hasta el punto de aterrorizar á los crédulos, inquietando á la Iglesia, y que había llegado á creerse casi divino, pudo reconocer esta vez su impotencia. Todo su escaso y limitado saber de curandero de campo se estrelló contra el misterio de aquella alma de joven, aquella alma que tan bien creía comprender y que procedía de la suya propia.

Pero lo que más le espantó fué el cambio físico que poco á poco se efectuaba en ella. Su rostro blanquísimo, siempre dorado por el sol y las fuertes brisas salubres de las orillas del Océano, palidecía visiblemente; la piel tomaba un tinte opaco, uniforme y ceniciento, y la fiebre aumentaba el brillo de sus ojos. En todos sus movimientos y ademanes, en el aspecto de fatiga de algunas de sus actitudes, adivinábase la inquietante dejadez de un cuerpo ó de un espíritu enfermo, cierto aire de fiera acosada que ha caído en un lazo del cual no puede desprenderse.

¿Amenazaría á su hija una verdadera enfermedad? ¿Era este el castigo del cielo, con que no cesaban de amenazarle los sacerdotes? ¿Serían verdaderamente cosa prohibida por el cielo, y que indisponían á Dios contra él, su humilde ciencia y la facultad que tenía de curar en ciertos casos en que los mismos médicos habían fracasado?

Hubo un momento en que su espíritu sencillo de aldeano sufrió por esta idea, y hasta se aterró; pero el convencimiento del bien que hacía, de las miserias aliviadas, de los dolores calmados, de sus buenas intenciones, de su vida constante de abnegación y de trabajo, le alentó, le sostuvo en aquel cobarde y pasajero desfallecimiento.

Era preciso buscar en otra parte; conocía demasiado bien la inocencia de sus actos, al parecer tan condenables á los ojos de personas poco ilustradas, de inteligencias estrechas ó prevenidas, para fijarse mucho tiempo en semejante idea.

Al ver que nada podía sacar de Genoveva, y que todas sus preguntas, por hábiles que fuesen, de nada servían ante la obstinación de su mutismo, procedió á una lenta y minuciosa investigación de sus menores actos, de sus maneras de ser, y no le costó mucho descubrir que era preciso buscar sobre todo lo que había podido suceder desde la última aventura de su hija en el mar: todo su mal databa de aquella fecha.

Muy diestramente, con ayuda de los medios que poseía y gracias á sus numerosas relaciones en el país, comenzó á recoger algunos detalles que ignoraba, y supo que no eran simplemente unos pescadores de Camaret los que habían recogido á su hija, como ésta le dijo sin más explicación, sino un gran barco que llegaba de América, llamado la *Cruz del Sud*.

Sin duda los tripulantes que montaban el buque eran en su mayor parte de Camaret; mas entre el relato de Genoveva y lo que había pasado realmente había una diferencia que, por ligera que fuese, debía despertar la inquietud de su padre. ¿Por qué aquel olvido, probablemente voluntario? ¿Por qué guardó silencio sobre el particular?

Después, pensando que iba á cumplir veintidós años, que era ya una mujer, alta y hermosa, muy digna de ser amada, murmuró pensativo:

«¡Seguramente ha fijado su atención en alguno, y ama!.»

Y esta idea le preocupó bruscamente, agregándose á ella una angustiosa inquietud.

«¿A quién podría amar?»

Allá, en Camaret, en aquel rincón del país á que no pertenecía, que no fué nunca el de ninguno de los suyos y donde no se podía menos de menospreciar á la hija del hombre del cabo de la Cabra, todo amor debía ser para ella un peligro, la mayor de las desgracias que pudieran acaecerle.

Para asegurarse y sondearla al mismo tiempo, le habló varias veces de Camaret y de la gente del puerto, tratando de hacer girar la conversación más particularmente sobre los pescadores y marinos jóvenes.

Cada vez que pronunciaba el nombre del pequeño puerto, cada vez que sus preguntas versaban sobre los habitantes de Camaret, bien porque elogiase á la tía Rosalía, ó porque se le escapara como por casualidad el nombre de uno de aquellos á quienes había podido prodigar sus cuidados, observaba que Faik se estremecía ó que un brillo súbito animaba sus pupilas tan apagadas.

Seguramente no se había equivocado; el mal estaba allí; allá abajo era necesario buscar é informarse para descubrir el secreto de su hija, para curarla tal vez si esto era posible y si aún había tiempo.

Sin embargo, como Faik seguía viviendo á su lado y se separaba de él menos que nunca, sin dejarle ni aun para emprender sus habituales excursiones á Morgat, donde antes iba á visitar á los amigos de su padre; como reducía sus paseos, no pasando de las escarpaduras que terminan el cabo de la Cabra, y atendido que no se aventuraba ni siquiera hasta el castillo de Dinan ó el pueblo de Kerloc'h, tranquilizóse y aplazó de día en día practicar las investigaciones que había proyectado por la parte de Camaret.

La cosa no era urgente, y si todo se arreglaba sin que él hubiera de intervenir en ello, sería mucho mejor.

Aquel día, habiendo observado la tempestad que avanzaba por el Oeste y teniendo que preparar algunas infusiones de hierbas, volvió á su casa más pronto que de costumbre, creyendo encontrar ya allí á Genoveva, que desde su aventura y á fin de no inquietarle, jamás esperaba á que anocheciese del todo para regresar á la casita.

Cuando el trueno retumbó y cayeron las primeras gotas de agua, resonando sobre el rastrojo seco del tejado y aplastándose contra los vidrios, fué á observar la landa y el mar, y después, más tranquilizado, pensó:

«Es posible que se haya guarecido en alguna parte por temor á la borrasca..., en el Semáforo sin duda.»

Lejos estaba de experimentar la menor inquietud, cuando en lo más fuerte de la tempestad abrióse la puerta y Dionisio Le Marrec entró sosteniendo á Genoveva casi desfallecida, y llevando así la deseada solución del problema en el momento en que menos la esperaba.

Entonces fué cuando se produjo la explosión, cuando profirió un grito de cólera y de dolor, exclamando:

—¡El enemigo!..

Y esto se aplicaba, según su pensamiento en aquel instante, al sobrino del cura de Camaret tan bien como al mismo padre Kerbiriou.

Las sílabas rencorosas rodaban aún en sus labios, cuando Genoveva, levantando animosamente la cabeza, interrumpió á Nedelek para dar la explicación, diciendo:

—¡El salvador de tu hija!.. ¡El comandante de esa *Cruz del Sud* que me recogió perdida en alta mar!..

Y antes de que tuviese tiempo de contestar, añadió:

—¡Sin él, mi padre se hallaría á estas horas solo en el mundo!..

—¡Oh, oh!.. ¿Qué me dices, Faik?..

Con lento ademán, Goalen se había llevado ambas manos á la frente y á los ojos, cual si hubiera acabado de caer el espeso velo que los cubría.

Y sin saber muy bien lo que decía, balbuceó con acento muy diferente:

—¡El salvador de Faik..., de mi Faik!..

Y señalando á Dionisio un asiento junto al hogar, añadió:

—¡Aquí está usted en su casa..., hijo mío!

Las ideas que se cruzaron en el cerebro del anciano fueron tan confusas é incoherentes durante un momento, que por el trastorno que producían en su inteligencia, parecían ser precursoras de algún súbito acceso de locura.

Y golpeándose la cabeza con los puños, aplicando á lo que pasaba en su interior el nombre famoso de una turbulenta y ruidosa gruta del cabo de la Cabra, balbuceó:

—*¡Quéo charivari!*

Sí, bien era éste, en efecto, el característico apelativo que en aquel momento se podía dar á su cráneo, en el cual soplaban todos los vientos, y mugía una tempestad más espantosa, más terrible que la que bramaba fuera en aquel mismo momento.

Tan sólo había podido decir, inclinándose, sin tratar de hacer reflexiones, sin poder coordinar mejor sus palabras, bajo la presión de un instintivo agrade-

cimiento, esta frase de ternura emanada de lo más íntimo de su ser:

–¡Está usted en su casa, hijo mío!..

¡Hijo mío! He aquí lo que le había ocurrido antes que cualquiera otra cosa. ¡Hijo mío, aquel que había salvado á su hija!

Ninguna inspiración le llegaba del cielo, ninguna idea para resolver lo que debía decir, lo que debía hacer ante un peligro tan inminente. ¡El sobrino del cura de Camaret! ¡Conque éste era el hombre á quien la pobre niña amaba, aquel que la había librado de la muerte, y al que en cambio dió su corazón!..

Ante esta revelación aterradora, Goalen quedó como aniquilado, sin fuerzas, cual si le agobiara su implacable destino. Seguramente aquel amor era la desgracia para su hija, para la niña que adoraba; pero ¿qué hacer? ¿Cómo distraerla de aquel amor?

Deseaba gritar á su hija delante del joven:

«¡Desgraciada, ese es un amor sin esperanza!.. ¡Dionisio Le Marrec no será jamás tu esposo; su tío es uno de mis más declarados é implacables enemigos!..»

Pero se callaba, no atreviéndose á lanzar esta terrible frase, y el tormento de sus reflexiones le dejó abatido, sin palabra, volviéndose á sentar en el escabel del que se había levantado, mientras que Dionisio y Genoveva, sentados uno junto á otro delante del fuego, se ocupaban en secar sus ropas, empapadas del agua de la tempestad.

Al parecer habían olvidado que, detrás de ellos, mudo y sombrío, Goalen los miraba, y sus ojos, en los que se reflejaba la llama del hogar, dirigíanse miradas llenas de tan dulce embriaguez, que hubieran querido que aquellos instantes, demasiado breves, fuesen eternos.

Al contemplarlos, tan olvidadizos de todo y hasta de él mismo, Nedelek Goalen volvió á esperar de nuevo y á idear combinaciones.

No todos los sacerdotes le detestaban como el de Crozon y el de Camaret; en diversas ocasiones había encontrado al padre Santiago Louarn, el vicario, quien le manifestó siempre alguna simpatía, hasta el punto de que Goalen se atreviera á darle varios consejos para su salud, consejos que fueron bien acogidos, mostrándose aquél lleno de compasión é indulgencia para el Hechicero. ¡Ah! Si el rector quisiera ser como el padre Louarn, podrían lograr su felicidad aquellos dos jóvenes, pues seguramente Dionisio Le Marrec amaba á Faik como por ella era amado.

Bastábale haberlos visto así reunidos á los dos algunos instantes en su presencia para asegurarse de la reciprocidad de aquel amor, y en medio del pesar que le producía este descubrimiento flotaba esta frágil esperanza:

–¡También él ama á mi querida niña!

Hasta llegaba á inspirarle una ternura infinita aquel hombre que, osando arrostrar así todas las preocupaciones, no temía amar á una réproba, á la hija del hombre de la landa, del Hechicero, y esto hasta el punto de ir á su casa, á la siniestra casita solitaria, en una noche tempestuosa, en medio de las tinieblas, cuando tantos otros vacilaban en ir allí en pleno día y entrar en aquella misteriosa vivienda á la luz del sol.

Otras esperanzas de auxilio concebía en su cerebro, vivificado por el razonamiento, cuando reflexionaba que tenía una amiga en el curato, la criada de Pedro Kerbiriou, á quien él cuidó y curó en otro tiempo.

Y murmuró pensativo:

–¡Mannaïk estaría por nosotros!.. ¡Ah, si ella quisiese ayudarnos!.. ¡Si esto pudiera ser!

Mientras aquella oleada confusa de reflexiones batía como incesante y ruidosa resaca las paredes doloridas del cráneo de Goalen, Dionisio y Genoveva, deliciosamente adormecidos delante de la llama vivificadora del hogar, permanecían inmóviles, esperando ansiosos á que el anciano les dirigiese la primera palabra.

Dos ó tres veces, aguijoneado por la inquietud é impaciente por acabar pronto, Le Marrec se había vuelto hacia Goalen como para provocar sus preguntas; mas al verle tan sombrío, con la mirada tan vaga que parecía haber partido para países soñados, muy lejos de allí, dominó su viveza y los impulsos de su corazón, sobrecogido súbitamente de terror al pensar que podrían salir de pronto de aquella boca palabras desconsoladoras, como de una nube sale la tempestad, para aniquilarle allí mismo.

Semejante situación hubiera podido prolongarse indefinidamente; pero secas ya sus ropas, y aligerado el espíritu, los jóvenes, cansados de aquella opresión demasiado prolongada, comenzaban á cruzar en voz baja algunas breves frases, en cuya entonación revelábase una profunda ternura reprimida.

Se comprendían como si se hubieran conocido siempre.

Entre Goalen y su hija, á pesar de sus puntos de semejanza, había una diferencia notable, y era que aquél estaba aferrado á las primitivas ideas, á las rancias costumbres, á los antiguos afectos á la tierra del país, á las piedras misteriosas, á la Armórica de otro tiempo; mientras que Faik se inclinaba voluntariamente á las ideas de progreso, á ideas más amplias y sensibles, más humanas, á nuevas visiones, que encontraba en aquel instante bajo la influencia de las ardientes palabras del joven marino.

Del mismo modo, el sobrino del cura no tenía nada de la terquedad de su tío, veía la vida con ojos más indulgentes, y sobre todo no participaba de la severa estrechez de miras del sacerdote respecto á las preocupaciones del país y á la personalidad del Hechicero.

Allí estaban los dos jóvenes, dominados por pensamientos más dulces, bajo la influencia del amor, en lucha contra aquellos dos representantes del rudo é intransigente pasado, el sacerdote y el Hechicero; pero se amaban, se lo repetían, encerrándose cada vez más estrechamente en su pasión como en un nido donde se hallaban al abrigo de todo; y Genoveva se dejaba coger por aquel gallardo mancebo, valeroso, audaz, verdadero marino, que á pesar de su vida aventurera en los mares, había conservado en sí el alma poética de la landa.

Una frase directa de Nedelek Goalen fué la que les arrancó de aquel principio de éxtasis, frase que demostraba que todo lo sabía, que lo comprendía todo sin que se le hubiese dicho nada, cuando al interpelar al joven exclamó, poseído de sorpresa y melancolía:

–¿Con que es verdad que usted ama á Faik Goalen, la hija de Nedelek Goalen; usted, Dionisio Le Marrek; usted, el sobrino del padre Pedro Kerbiriou?..

Dionisio se incorporó vivamente, y cogiendo entre sus manos los dedos temblorosos de Genoveva, que permanecía en la misma actitud y como anonadada en su sitio bajo el temor de aquella explicación, contestó sin rebozo:

–¡Sí, yo, Dionisio Le Marrec, amo á Genoveva Goalen, y he venido aquí, á la casa de su padre, para pedir á usted su mano!..

Reflexionando al parecer en cosas profundamente sepultadas en su interior, Goalen repuso con lentitud:

–¿Sabe usted por lo menos lo que su tío piensa de mí?..

–¡Nada sé, ni necesito saber, de cuanto haya podido pasar durante mi ausencia ni de lo que exista hoy entre usted y él!

Una fugitiva sonrisa entreabrió los labios del anciano, que moviendo la cabeza, preocupada por tristes pensamientos, replicó:

–¿Cree usted que el señor rector autorizará semejante enlace?

Dionisio se cruzó de brazos como para acentuar más sus palabras, y con su acento varonil, con intrépida convicción, replicó:

–¡Le diré que amo á Genoveva Goalen, y que jamás me casaré con otra mujer!.. Me ama como si fuera su hijo, nunca me rehusó cosa alguna, y no me negaría esta felicidad.

Goalen suspiró.

–Ha vivido usted largo tiempo y casi constantemente lejos de aquí, repuso, é ignora muchas cosas...

–Pediré á mi tío su bendición para Genoveva y para mí.



Goalen, sentado en aquel m.mento delante del hogar...

El anciano movió la cabeza con expresión de amargura, y después de reflexionar breves momentos, dijo:

–Se la rehusará.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL NUEVO BUQUE «ERNESTO BAZIN»

Los inventos y los inventores. – El buque rodador. – Los mil y un descubrimientos de M. Bazin. – Historia del juego de ajedrez. – Los galeones de Vigo.

No hace muchos días he podido contemplar el rostro de un hombre feliz; me refiero á M. Ernesto Bazin, que acaba de crear un buque de nueva forma, un buque rodador en el que tiene cifradas grandes esperanzas. Cuando este barco dejó los astilleros de Saint-Denis para descender al Sena, cuando estallaron los aplausos de la multitud, cuando M. Bazin vió su querido buque, el hijo de sus ensueños, flotar gallardamente llevando á popa los colores nacionales, creo que una lágrima se deslizó entre sus párpados y que, como M. Prudhomme, murmuró: «Este barco es el día más hermoso de mi vida.»



El nuevo buque construído por ERNESTO BAZIN navegando por el Sena

¡Pobres inventores! M. Bazin ha esperado largo tiempo, pero al fin ha visto recompensados sus esfuerzos. No todos tienen esta suerte: más de uno conozco yo que se consume en una lucha obscura y estéril y que acabará muriendo desconocido. Los que en este caso se encuentran se vuelven locos ó padecen del delirio de las persecuciones, que es una forma atenuada de la locura.

Los inventores, grandes y pequeños, tienen algunos rasgos comunes que constituyen su *estado anímico* y que pueden describirse fácilmente. En primer lugar, el inventor es exclusivo y apasionado; para él nada existe fuera del objeto de sus investigaciones, el cual, por efecto de un espejismo natural en el espíritu humano, adquiere proporciones colosales, puesto que es el problema que ha de resolverse, la piedra filosofal, el fruto que se ha llevado durante largo tiempo en el seno y que se echa al mundo. La alegría que experimenta el inventor encierra, por consiguiente, un sentimiento de orgullo: ha encontrado lo que nadie había aún descubierto; ha arrancado á la ciencia uno de sus secretos; ha realizado una verdadera obra de genio, se ha colocado á la misma altura que los Newton, los Galileo, los Pasteur, y su nombre será inscrito en el libro de oro de la humanidad.

Su invento es fecundo en resultados prácticos, y siendo así, ¿no es justo que se aproveche de ellos? ¡Pues qué! Singer habrá ganado setenta y cinco millones con su máquina de coser, el coronel Green veinte millones con su tubo para la perforación de pozos, el americano Schultz quinientos mil con su guarda-puntas de lápiz, ¡y él sería tan tonto que no siguiera estos ejemplos y dejara á los demás los beneficios de sus trabajos! ¡Ca, de ningún modo! Ya que vivimos en un siglo positivista, seamos positivistas como nuestro siglo. El inventor quiere oro, mucho oro, llega á imaginarse de buena fe que todas las minas de Golconda apenas bastan á pagarle su invento, y desdeñando las combinaciones particulares acude á los gobiernos, dice que tiene un secreto de Estado que comunicar y se irrita de las resistencias que se le oponen y de la indiferencia con que se le recibe. Recientes están todavía los furores de M. Turpin, que es el que mejor realiza el tipo del inventor.

Y sin embargo, ¿si alguien llegaba á descubrir este precioso secreto? ¿Si alguien se lo robaba?.. Ante esta idea nuestro hombre se estremece, se agita, la inquietud le devora y desconfía del universo entero. Encierra sus planos bajo tres llaves, y si por casualidad se le hacen ofrecimientos para adquirirlos, muestra repugnancia en enseñarlos; quiere negociar el asunto simplemente bajo palabra, y no comprende que aquellos con quienes trata desistan de su intento al enterarse de sus exorbitantes pretensiones. Este desistimiento confirma sus sospechas: no hay duda, el comprador era un espía enviado por sus enemigos.

Porque es de advertir que el desdichado ve enemigos por todas partes: esta es la última fase, y la más cruel, de su enfermedad. Supone que la sociedad, celosa de su talento, se empeña en perderle: por doquiera sospecha emboscadas, traiciones, lazos infames; se desata en discursos llenos de acritud clamando contra la persecución y la injusticia de que es objeto, y como, en el caso de que su nombre sea algo conocido, fácilmente encuentra periódicos que ponen su publicidad á servicio suyo, el escándalo que su asunto produce acaba de embriagarle y se cree llamado á ser un héroe. Unos le apoyan, otros le injurian; la batalla está empeñada, y en la embriaguez del combate, el inventor, completamente desorientado, pierde la noción de la realidad.

M. Alfredo Picard, comisario general de la próxima Exposición Universal de París, bosquejábame un día en los términos que acabo de exponer la psicología de los inventores, á quienes conoce perfectamente, porque más que nadie ha tenido que soportar sus impertinencias y es el que más expuesto está á sus incesantes persecuciones. Apenas sale de su domicilio para dirigirse á su oficina, multitud de formas vagas que andaban por la calle empiezan á seguir sus pasos: son personas famélicas, de luenga cabellera y barba inculta.

– Señor comisario general, ¿ha examinado usted mi proyecto?

El comisario general aprieta el paso.

– Señor comisario general, no olvide usted ¡por Dios! mi puente eléctrico y mi tranvía aéreo.

Quieren deslumbrar al mundo; su cerebro ha concebido combinaciones gigantescas... M. Picard acoge bondadosamente á todos estos alienados tranquilos.

– Vaya usted á verme á la oficina, avenida de La Bourdonnais, les dice con suma amabilidad.

Allí se amontonan desde hace dos años expedientes sobre expedientes que no cesan de afluir á aquel centro y que continuarán afluyendo hasta 1900. Y M. Picard seguirá su camino después de haber hecho derramar muchas lágrimas y de haber atraído sobre sí odios feroces.

M. Ernesto Bazin, hay que hacerle esta justicia, no pertenece á esta clase de inventores terribles: es más bien un inventor alegre; cuantos le conocen alaban su buen humor y su ingenio comunicativo. Tiene en la actualidad setenta años y desde su juventud admiró á sus contemporáneos por la abundancia de sus descubrimientos. Emilio Girardin vanagloriábase de tener una idea cada día; M. Bazin realizaba diariamente por lo menos dos inventos. A él se deben: un anemómetro para regular la velocidad de los aerostatos, un filtro para las fábricas de azúcar, un cajón de mina que asegura la regularidad del trabajo de extracción, una perforadora circular y tubular que sirvió para la perforación del Mont-Cenis, un lochómetro para medir la rapidez de las navegaciones, un aparato de alumbrado eléctrico instalado en las canteras de pizarra de Angers, una boya para extraer los barcos sepultados en el fondo del mar, un monitor con cañón submarino, un telar para hilar el cáñamo y el áloe, etc., etc. Esta enumeración es incompleta y podría alargarla indefinidamente. M. Bazin, cuya actividad cerebral se ha ejercitado en todas direcciones y á veces en las más inesperadas, ha tenido siempre muy buenos amigos en la prensa: Edmundo About le manifestaba grandes simpatías y se las demostró apoyándole con todo su crédito y toda la autoridad de su periódico. Cuando M. Bazin entraba en la sala de redacción, todos le acogían afectuosamente:

– Y bien, monsieur Bazin, ¿qué nos trae usted de nuevo?, ¿quizás un medio para descender al centro de la tierra?, ¿un procedimiento para llegar hasta la luna? ¡Por Dios, monsieur Bazin, explíquese usted!

Y M. Bazin comenzaba á hablar y muy pronto cesaban las risas: aquel buen señor tenía el don de la persuasión y sabía hacer verosímiles las combinaciones más quiméricas. Poco antes de la guerra francoprusiana, proyectó extraer del fondo del mar los restos de los galeones de Vigo, y consiguió agrupar á su alrededor á varios capitalistas que se asociaron á su empresa: la opinión llegó á conmoverse y las acciones



El buque *Ernesto Bazin* en el astillero donde fué construído



El buque *Ernesto Bazin* en el momento de la botadura

fueron suscritas. M. Bazin, que es un hombre prudente y honrado, obstinábase en decir:

–¡Cuidado, que nada garantizo, pues no estoy seguro del resultado!

–Tenemos confianza en usted, contestábale la gente.

Para realizar aquel plan hizo confeccionar escafandras y equipó una flotilla y casi me atreveré á asegurar que descendió al fondo del mar: por lo menos dirigió á los buzos, los cuales extrajeron, entre otras curiosidades, algunos millares de monedas medio roídas y un juego de ajedrez de marfil. Las monedas no tenían gran valor; el juego, en cambio, era muy interesante: M. Bazin lo tuvo á disposición de los accionistas que pudieron admirarlo en su casa; casi fué este el único dividendo que obtuvieron de los galeones de Vigo.

Esperamos que el buque rodador dará mejores resultados. Debo hacer constar, sin embargo, que las opiniones andan divididas. Mientras el extraño barco se movía en el acto de la botadura, oí á dos espectadores que disputaban sobre las condiciones de aquella extraña embarcación.

–Apuesto, decía uno, que si lo coge una ola lo vuelca, porque no tiene centro de gravedad: la carga está colocada demasiado por encima de la línea de flotación.

–¡Calle usted, por Dios!, nuestros cálculos son infalibles. El almirante X opina como nosotros.

–Sí, pero en cambio, el almirante Z opina lo contrario... Emplazo á usted para la próxima tempestad.

–Corriente.

M. Bazin, que había escuchado este diálogo, acercóse á los dos interlocutores y con expresión grave pronunció estas palabras:

–Señores, esto que ven ustedes no es nada... El porvenir les tiene reservadas mayores sorpresas.

Y por la solemnidad con que dijo aquello comprendí que el eterno inventor Bazin no ha acabado todavía de inventar.

ADOLFO BRISSON



La muchedumbre contemplando la botadura del buque *Ernesto Bazin*

Completando el anterior artículo, daremos algunos datos acerca del nuevo buque rodador.

Este barco, de tipo completamente distinto de los hasta ahora construídos, compónese esencialmente de una plataforma rectangular de 38'50 metros de largo por 12'18 de ancho sobre la cual están instaladas las calderas, las máquinas y los camarotes y que va montada sobre tres pares de flotadores de forma lenticular. Cada flotador tiene 31'40 metros de circunferencia y un espesor máximo de 3'6 y está formado interiormente por barras de acero que sostienen las paredes y les sirven de punto de apoyo contra el embate de las olas. Una helice movida por una máquina de 550 caballos y colocada en el canal que dejan libre los flotadores dará el movimiento de impulsión: además cada par de flotadores tendrá un movimiento de rotación producido por una máquina de 50 caballos.

El movimiento de rotación ha sido calculado de manera que el camino recorrido á consecuencia de la propulsión por un punto de la circunferencia media sumergida sea igual al desarrollo de esta circunferencia media. De este modo espera M. Bazin realizar una rotación perfecta de los flotadores sobre la masa líquida, y sustituir los roces de deslizamiento debidos á la resistencia del agua por roces de rotación; y como estos roces son mucho más débiles que aquéllos, se obtendrán velocidades considerables con máquinas de potencia relativamente escasa. Partiendo de esta base y aplicando cálculos rigurosamente matemáticos se obtiene como resultado que la velocidad de este buque, construído como ensayo, será de 18 nudos por hora, y forzando la máquina, de 20. El inventor afirma que es posible conseguir una velocidad mucho mayor, ó sea de cerca de 60 kilómetros por hora con flotadores de 22 metros de diámetro, es decir, tales como los concibe para una travesía transatlántica.

M. Bazin estima que un buque ordinario del mismo diámetro transversal máximo y de la misma fuerza nominal que un barco rodador, andará la mitad menos de prisa y consumirá un 80 por 100 más de carbón que éste, y calcula que los transatlánticos de su modelo de 3.000 toneladas podrán andar á razón de 32 nudos por hora con una máquina de 10.000 caballos y llevar 600 toneladas de mercancías, al paso que los actuales vapores de la compañía Cunard, que recorren 22 nudos con máquinas de más de 30.000 caballos, apenas transportan más que los equipajes de los pasajeros, porque necesitan todas las bodegas para llevar la inmensa cantidad de carbón que aquellas máquinas exigen.

En cuanto á las condiciones de estabilidad, parece que el nuevo buque las reune por completo.

Si las pruebas que con el modelo construído se harán próximamente en el canal de la Mancha dan el buen resultado que su inventor espera, es muy probable que se construyan en seguida otros buques de este sistema con ocho ó diez flotadores para viajes transatlánticos. – X.



REDACTORES DEL PERIÓDICO DIARIO DE LA HABANA «EL COMERCIO» (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

Daniel Martínez. – Martín Lamy. – Carlos Carrió. – Pedro Giralt. – Ramón Garí. – Federico Rosainz
Eva Canel. – Ernesto Lecuona. – López Seña.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año XV — Barcelona 19 de octubre de 1896 — Núm. 773

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la Biblioteca Universal el cuarto y último tomo de «América. Historia de su colonización, dominación é independencia.»

Llamamos la atención de nuestros suscriptores sobre la advertencia que publicamos en el número último.

¡ARRUINADO!

cuadro de Hans Volkmer, grabado por Bong

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Los viajes del czar. – Carácter diplomático de los viajes hechos á Germania y Austria. – Carácter familiar de los viajes hechos á Dinamarca é Inglaterra. – Debilidad política de los reinos escandinavos y daneses. – La bicicleta imperial y los esbirros moscovitas. – Paso á Inglaterra. – La gran duquesa del Hesse, madre de la czarina. – Su pobreza y su filosofía. – Conversión de la emperatriz al rito griego. – Escocia y su poesía. – Viaje triunfal en Francia. – Conclusión.

I

Las visitas del czar á Germania y Austria solamente han presentado un carácter diplomático, de cortesía y de paz; las visitas al rey de Dinamarca y á la reina de Inglaterra solamente han presentado un carácter de familia particularísimo. En las primeras han predominado los tonos diplomáticos; en las segundas han predominado los tonos domésticos. Al Estado se dirigían las unas y á su completa seguridad; se dirigían las otras al hogar y á sus santas expansiones. En Viena y en Berlín Nicolás buscó amigos que le ayudasen á mantener el orden y el equilibrio europeos; en Copenhague y en Balmoral abuelos que le trajesen á la memoria el recuerdo de su padre muerto, y que le inspirasen los afectos santos del hogar, cuyo arrimo necesitan hasta los pechos imperiales y á cuya sombra se sustentan hasta los tronos altísimos, pues la verdadera piedra donde arde la llama del sentimiento, necesario á la familia, llama que no sólo calienta la comida, sino que calienta el corazón también, esa piedra sacra es como la losa del sepulcro y del panteón de los antepasados: que la vida se alimenta y nutre de la muerte. Bien poco puede servir al czar su abuelo el rey de Dinamarca para la política, mas le sirve mucho para el sentimiento. Muy quietas las naciones boreales ó escandinavas, lo mismo la danesa que la puramente normanda, en su orden interior y civil, no gozan de igual tranquilidad en su orden político, pues mientras el rey danés, alemán de abolengo, apenas puede acordarse y concordarse con su Parlamento, por muchos años airadísimo contra él, apenas puede por su parte hoy el rey sueco, de origen francés, llevar seguro el carro de su Estado, á que van uncidos por fuerza dos gobiernos, tan dispuestos y propensos á descompadrar, como el gobierno de Stokolmo y el gobierno de Cristianía, patricio y proteccionista el uno, mientras el otro demócrata, progresivo, partidario del derecho humano y del cambio libre. Así nada puede hacerse con Suecia y con Dinamarca, dos cantidades valiosas en su intrínseca esencia, pero de aplicación imposible á la suma de tantos y tantos factores enormes como los que representan moles y fuerzas en el complicado mecanismo de la política europea. Alejandro III iba con todos los suyos á las selvas boreales de Dinamarca los estíos en busca de afectos íntimos, como va los estíos Guillermo II embarcado á las costas de Noruega iluminadas por una luz perpetua, en busca de sublimes emociones; y ha renovado el czar la costumbre del padre cual devoto hijo, como ha renovado su política internacional, especialmente con Francia.

II

El ejercicio que más priva entre los hábitos del joven Nicolás, es el ejercicio en bicicleta, y los bosques daneses le han dado espacio á la práctica y goce de semejante afición. Habíase alejado sobre su máquina del palacio y creía estar solo, pues la soledad gusta mucho á cuantos han de ocupar al público por fuerza, cuando ve una sombra que le sigue, un hombre que corre tras él desalado, compitiendo casi con la bicicleta, y se detiene para primero reñir y echar de su vista luego al importuno corredor, que parecía cumplir compromisos y ganar apuestas. Mas ¿cuál no sería su asombro cuando resultó la persona importuna é imprudente nada menos que un esbirro de la policía rusa, encargado por Petersburgo de no perder al czar y á su familia en todas partes y en todo momento de vista, porque la segur del nihilismo se dilata invisible sobre la corona rusa, como la guadaña del espectro de la muerte se dilata invisible sobre la cabeza de todos los vivientes?

III

Después de ver á su familia en Dinamarca los czares se han ido á ver su familia en Inglaterra. Nicolás es sobrino carnal de la heredera del trono inglés, la hermosa y virtuosísima Gales, hijo de una hermana de ésta; su mujer es nieta de la reina, hija de aquella princesa célebre del Hesse, cuyos escritos, publicados tras su muerte, han sido pasto de innumerables comentarios, pues vivía en la mayor pobreza y se daba, para combatir las penas connaturales al atraso y al apuro, sin reservas, entre las nieblas alemanas, al temerario ejercicio de las especulaciones metafísicas. Por cierto que, durante un largo período, Alicia se prendó del sistema profesado por la extrema izquierda hegeliana, sistema verdaderamente ateo, y tuvo por maestro preferido al célebre Strauss, lanzado hasta de las cátedras del cantón de Zurich, por negar en cuatro magistrales tomos, de una erudición germánica, su divinidad á nuestro Señor Jesucristo y su veracidad á nuestros santos Evangelios. Mas parece que la hija no ha heredado estas veleidades metafísicas de la madre; se ha reducido á leer su Evangelio luterano y á seguir sus oficios piadosos en las iglesias protestantes. Yo no creo en los casamientos regios é imperiales de inclinación, como no creo en la fe religiosa de quienes dejan una corona eterna en el cielo por corona fugacísima en el mundo. Pero los periódicos dicen que la czarina hizo excepción á esta ley, costándole mucho cambiar de religión para cambiar de estado, y que sólo el amor la movió á salir de una Iglesia tan severa como la Iglesia protestante, para entrar en una Iglesia tan asiática como la Iglesia griega.

IV

Dicen que la reina Victoria pesó con toda la pesadumbre de tan grande autoridad como la suya, sobre la cuitada nieta, y la impelió á cambiar de religión para que pudiera ceñirse así la pontifical corona eslava. Pasa la majestad británica en religión por puseísta, es decir, por anglicana extrema, sectaria de cánones y dogmas y disciplinas muy al gusto de la Iglesia católica, pues le toman á ésta las capas pluviales, los cirios encendidos, el oloroso incienso, considerándose apartados los puseístas del Papa y del poder pontificio, más por un afecto de amor nacional, que por ninguna otra contradicción patente con el credo antiguo y ortodoxo. Pues digamos, en honor de las mujeres católicas, puras y rancias, cuán menos fáciles aparecen á las abjuraciones y á las apostasías que sus congéneres del gremio luterano y del gremio bizantino, sin duda porque tiene autoridad superior y organización más fuerte que las Iglesias heterodoxas ó cismáticas la Iglesia romana, verdadera Iglesia universal. Solamente ha derogado esta ley cierta infanta parmesana, prima de Carlos VII, perteneciente á la dinastía borbónica, ítalo-hispana, quien ha dejado bautizar por la bizantina inmersión al primogénito Boris, engendrado en su matrimonio con el príncipe Fernando de Bulgaria. Pero la emperatriz de Rusia es luterana conversa, por reinar, al credo bizantino; y las herederas de Grecia é Italia son, la una protestante conversa, por reinar, al rito heleno, y la otra, esclavona, convertida, por reinar, al credo romano. Pero la intervención de Victoria en boda como la feliz de los jóvenes czares, merecía la visita de familia que le han hecho éstos y las pruebas de cariño que le han dado. Así para mostrar este carácter no hubo fiesta oficial y palaciega ninguna. Los emperadores, encantados por los escoceses paisajes, hanse reducido al goce puro de aquellas perspectivas célebres y al homenaje improvisado de aquellos robustos montañeses.

V

Natural era que los hechizara Escocia. Sus mares batidos por una tempestad continua; sus praderas sembradas del heno, donde les llega por los corvejones á los bueyes tan fresca olorosa hierba; la red idílica con que guardan los rebaños y cultivan las sedosas lanas; aquellos ríos que desde las alturas se precipitan al valle y al llano entre grandísimos helechos casi arborescentes; los clarísimos lagos azules quietos al pie de las montañas verdes y fantaseados por la osiánica poesía, oculta en sus ondulaciones; la mezcla de los níveos ventisqueros en las cumbres mezclados con las tenues gasas, préstanse á contemplaciones estéticas, muy semejantes, por los éxtasis y los arrobamientos que promueven, á las contemplaciones religiosas. Luego Escocia se distingue por sus caracteres poéticos. Nunca pueden olvidarse, nunca, si alguna vez se han leído, las escenas de amor presentadas por el inmortal Goethe, cuando Carlota y Werther recitan al son del piano la epopeya osiánica, en que murmuran las selvas, resuellan las olas, braman los torrentes, gritan los aguilones, mugen los bueyes, arrullan las tórtolas, roncan las tempestades, vibran los pinos, cantan las gaviotas con las cornejas, y se oye el acorde misterioso de los sonidos concertados en el órgano que suena por sublime modo dentro de la Catedral del infinito Universo. La poesía gaélica de Osián; los siniestros vuelos de las brujas del regicida Macbeth, inmortalizados por la tragedia y por la ópera; la triste leyenda de María Estuardo que surge de las almenas castellanas entre los riscos realzados por vellones de nieblas; los relatos del grande novelador Walter Scott poniendo por cada camino y sobre cada ruina una tradición en relieve, que recuerdan y repiten todos cuantos poseen memoria y corazón; la música de Lucía donde se juntan el amor y la muerte como el castillo nupcial alumbrado por gozas luminarias y el cementerio luctuoso asombrado por los piramidales cipreses y los llorosos sauces; hasta el vestido escocés tan celebrado y los highlands parecidos en lo ligeros á gamos selváticos y en lo combatientes á monteses jabalíes; tal número de prestigios prestan indecibles encantos para un paseo en Escocia, emprendido, sobre todo, por jóvenes tan felices como los czares, en luna de miel retardada por lutos y por duelos, cuando amanecen dichas exaltadas por las vibraciones de los nervios y el fantaseo de la imaginación. Así las cabalgatas se han sucedido á las cabalgatas y las monterías á las monterías, por montañas y cercados, donde no se dejó entrar á los profanos, y entre matorrales y bosques, donde los faisanes y los ciervos ofrecen á gente guerrera, con los esparcimientos casi bélicos de caza, la soledad muy gustosa para los reyes, en alturas mucho más sólidas y mucho más gratas que sus menguados y combatidos tronos. Las fiestas al czar en Balmoral son fiestas exclusivas de familia.

VI

Pero si la parte del viaje consagrado por los czares á Dinamarca é Inglaterra se ha distinguido por lo íntima y familiar, la parte del viaje consagrada por los czares después á Francia se ha distinguido por lo aparatosa y por lo teatral. Jamás aquellos devotos indios, enajenados de sí hasta poner sus cabezas bajo las ruedas de las sacras carrozas, adoraron sus ídolos cual han los franceses adorado al czar. Desde las escuadras combatidas por un terrible oleaje y unas tormentosas mareas en los arsenales de Cherburgo, hasta los soldados terrestres movidos como por una fuerza mecánica sobre los campos de Chalons; así el santuario de la realeza histórica, Versalles y sus jardines, como el santuario de la revolución universal, el Palacio de la Ciudad; lo mismo la sala del Instituto, donde se cultiva el Verbo humano, reflejo del Verbo divino, que la sala de provisiones, donde se aglomeran pertrechos y ranchos para la guerra exterminadora; el futuro templo de la industria y del trabajo, que cerrará la epopeya de nuestro siglo creador, y la vieja Basílica en cuyos senos tantas generaciones católicas se han enterrado y tantos revoloteos de recuerdos se sienten por todas partes al eco del órgano y al aroma del incienso; los barrios aristocráticos de los antiguos inútiles blasones, como los barrios populares poblados por trabajadores fortísimos é incansables han presenciado arrebatos de férvido entusiasmo tales, y clamores tan intensos de loas y de vítores, que parecía la ciudad presa de una gran demencia, cuando la demencia estaba dirigida por un raciocinio bien exacto, connatural á una razón colectiva bien fría: el raciocinio de que la visita del czar, no sólo afirma la existencia en Europa de nación como Francia, tan gloriosa, consagra con irrevocable consagración ante la Europa de los reyes también, la República, el gobierno de los pueblos.

Madrid, 10 de octubre de 1896.



LAS PINTURAS DE SAN ANTONIO

DE LA FLORIDA EN MADRID

(5) *de octubre de* 1789

Celebérrimas pinturas murales existentes en la iglesia de San Antonio de la Florida de Madrid y ejecutadas por Goya

Ni Viardot, ni Paul Lefort, ni Ceferino Araujo en su reciente y concienzudo estudio crítico biográfico de la personalidad y de la obra del eximio pintor aragonés, ni en el libro de Cruzada Villaamil *Los tapices de Goya*, he logrado averiguar con certeza la fecha exacta en que el autor de *Los Caprichos* dió por terminada la decoración de la pequeña iglesia de *San Antonio de la Florida*. Sé únicamente que aquella labor, prodigio de realismo, de color, de vida, la ejecutó Goya en poco más de cuatro meses y que á fines de octubre de 1798 la tenía en punto de conclusión.

Confieso sinceramente, antes de pasar á decir algo acerca de lo que valen, significan y representan estas pinturas murales, desde el punto de vista de la historia, de la verdad plástica y del sujeto, que aun cuando pueda salirme al paso cualquiera de las escasas personalidades que, como el citado D. Ceferino Araujo, tienen en nuestra patria positivo valor como críticos y eruditos en estas materias, para probarme que no he sabido buscar la fecha en que Goya terminó esta labor en que me voy á ocupar, no me importa gran cosa para el efecto de traer á la memoria de mis lectores una de las inmortales producciones del genial hijo de Fuendetodos; pues días arriba, días abajo, la cosa en verdad no merece la pena de una discusión. Y declarado esto, paso á ocuparme de las citadas pinturas.

* * *

No era Goya temperamento á propósito para que sus pinturas religiosas produjesen entonces ni produzcan (en ningún tiempo) en el ánimo emoción alguna en ese sentido. Cierto que, excepción hecha de Morales, Juan de Juanes y algún otro pintor, los españoles no sintieron ni han sentido tal género. Niego rotundamente que Murillo, que Zurbarán, que los Carducho y tantos más que pintaron santos, ascetas y mártires, puedan considerarse como pintores religiosos, pues de mí sé decir que entre una pintura del de Fiesole, del Giotto ó del Mantegna y cualquiera de las producidas por los citados pintores españoles, me quedo con las de los primeros, en cuanto — entiéndase bien — se refiere al concepto del idealismo místico en su más pura expresión plástica ó gráfica; que por lo demás, claro está que he de preferir nuestros realistas, mejor dicho, naturalistas del pincel. Y así como los frailes de Zurbarán y los mártires de Ribera y los santos de Cano son hombres de carne y hueso, coetáneos de los artistas que los pintaron, y en cada cabeza, en cada rostro de esos frailes y ascetas se mira un mundo de ideas y de sentimientos, enérgicos, violentos, dramáticos, no la humildad, no la abstracción de lo terrenal, no la placidez de un espíritu que nada quiere del mundo, que nada tiene aquí abajo que le haga amar la tierra, sino por el contrario, el batallador senso de nuestra raza, el pasional sentir de nuestro pueblo, así también Goya, pintor realista hasta el mayor grado, que existe en una época en la cual populacho y nobleza viven la vida de los sentidos, y los más altos, los más ideales conceptos tenían que concretarse en forma tangible para ser comprendidos, ó de lo contrario, entrar en el reino de lo sobrenatural y de lo absurdo para ser acatado, echa mano de las gentes que le rodean y con ellos da forma á las figuras de sus creaciones religiosas.

Reparemos, á propósito de lo que vengo diciendo respecto del realismo de las pinturas murales de San Antonio de la Florida, cómo el misticismo no parece por ninguna parte. Allí está, pintada en la cúpula y de mano maestra, sublimemente pintada, la escena del milagro que el santo de Padua realiza, resucitando á un muerto. Al lado casi del santo y del muerto y de aquel grupo de gentes que presencian el milagro, se ven, asomadas á una barandilla, varias hermosas mujeres que parecen mirar hacia otra parte y unos chicos que juegan gateando por el barandal citado. Ceferino Araujo discurre así en su libro *Goya*, hablando de esta pintura, y suponiendo con certero juicio cómo Goya pudo haberse impresionado en la realidad para desarrollar el asunto. «Supongamos que un día se puso en el paseo (se refiere al de la *Florida*, entonces muy en moda), un pobre, medio desnudo, á pedir limosna, y que el hambre le ocasionó una congoja; pasa un fraile y se acerca á socorrerle; alguna señora y mujeres caritativas se aproximan compadecidas del lance, al paso que otras personas, ó indiferentes ó no advertidas del suceso, se asoman á una barandilla para ver lo que pasa por otra parte, ó á los muchachos que juegan y se encaraman en ella. Así está desenvuelto el asunto.»

Pasemos de este cuadro realista á lo que pudiéramos llamar la parte alegórica ó imaginativa del resto de la decoración de la iglesia. Oigamos otra vez al citado Sr. Araujo, á mi entender el escritor que con más acierto ha sabido estudiar á Goya, aun cuando no sea yo de su modo de sentir respecto de otros puntos relacionados con el carácter y la intención de la obra en general del pintor aragonés. Dice así el Sr. Araujo, refiriéndose á los ángeles y niños que vuelan sosteniendo grandes cortinajes: «Pero aquellos no son los niños (*puttini* que dicen los italianos, digo yo), ni los ángeles que han pintado todos los pintores que han querido pintar celestes mensajeros; los de Goya *son ángelas* con moños y faldas de gasa, con fajas de vistosos colores ceñidas bajo el bien formado seno, que aun castamente velado delata su morbidez.»

¿Van viendo mis lectores cómo el sentimiento religioso no parece por ninguna parte?

* * *

Cuál es el motivo de estas pinturas murales lo acabo de decir. Por lo que se refiere á la vida y milagros de San Antonio, apenas si hay más páginas que la pintada en la media naranja; todo lo demás son, con perdón de cuantos aseguran lo contrario, tipos y ambiente de entonces: paseaban los primeros por las calles de la corte en los felices días de Carlos IV y de Godoy y respirábase el segundo en salones y merenderos. Afírmase que entre las figuras de las *ángelas*, como dice Araujo, y de los que visten calzón, hay retratos de damas de la corte, conocidas por su belleza, y de galanes. Niégalo el citado escritor, pero yo no me atrevería á tanto, especialmente si se estudian con algún detenimiento varios retratos pintados por Goya y algunos cuadros de los de la Almoneda de Osuna y de los ejecutados para modelos de tapices. Una observación hace Ceferino Araujo en pro de la negativa, que á primera vista convence: esta observación es la de que están pintadas en escorzo las figuras, y de tal modo no puede apreciarse «la fisonomía ordinaria de las personas.» El argumento no es más que aparente, y sobre todo para los que conocen el tecnicismo de la pintura. Recuerdo haber visto en París, en la cúpula del Panteón, los retratos de Luis XVIII y de la duquesa de Angulema, *en escorzo* y á triple altura de la que tiene la media naranja de la iglesia de la Florida, y á pesar de todo esto, el parecido es exacto, comparando dichos retratos con los que existen en el Louvre.

Sea lo que quiera, la verdad es que aquellas hermosas mujeres tienen vida. No rezan, ni parecen preocuparse mayormente del papel que el artista les asignó; y si hay alguna figura en actitud de orar, no rebasa en su expresión de los límites de lo real; es una hermosa que reza; no hay esa compunción espiritual de un temperamento místico. Pero en cambio de esto, yo me creo transportado á los tiempos de Goya y se me figura que van á dirigirme la palabra aquellas morenas que allá arriba, asomadas al barandal de la cúpula, miran al espectador. Goya encontró en su paleta tintas de una finura inimitable para dar vida al mundo de gentes que en bóvedas, media naranja, lunetos, arcos, etc., estereotipó, tomándolo del que le rodeaba. Si alguna vez necesitare describir tipos y costumbres de los últimos días del siglo pasado, á San Antonio de la Florida iré á conversar con esas gentes, de las cuales puede decirse lo que de la famosa estatua de Miguel Angel la *Noche* dijo

un poeta que vivía. Estas majas y estos majos, y el fraile y todos, en fin, viven. Un poco de voluntad y un conocimiento regular de la época, y tengo por cierto, que lo que no me cuentan la historia y las obras dramáticas y relatos de entonces, me lo cuentan esas bellezas femeninas, que muestran con pulcra coquetería el torneado pie y el delgado tobillo y la ebúrnea garganta y los picarescos ojos medio velados por la sombra que les presta la mantilla.

Jamás de ninguna obra de pintor colorista se pudo decir con mayor verdad que de esta de Goya, que todo es en ella luz, color, armonía, vida palpitante, *sabor local.* Porque, especialmente en estas pinturas murales, se realiza el fenómeno de poderse determinar de un modo preciso la naturaleza y el lugar de donde proceden aquellas figuras. No pueden ser de ninguna parte más que de Madrid, y del Madrid de esos benditos tiempos de la *Tirana* y la *Morena*, y de Escoiquiz.

El procedimiento empleado por Goya fué el de la pintura al temple.

R. Balsa de la Vega

REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Continuando la colección de retratos y biografías de los jefes de Estado durante el presente siglo que publicamos en el número de primero de año y que entonces ofrecimos completar á medida que fuésemos recibiendo los datos necesarios, damos hoy los referentes á la República Oriental del Uruguay.

Esta república unitaria de la América del Sur confina por el Norte y al Este con el Brasil, por el Este y por el Sur con el Océano Atlántico y con el río de la Plata y por el Oeste con la República Argentina. Ocupa una superficie de 186.920 kilómetros cuadrados y tiene una población de 822.892 habitantes. Divídese en 19 departamentos, que son: Rocha, Maldonado, Canelones, Montevideo, San José, Colonia, Soriano, Río Negro, Paysandú, Salto, Artigas, Rivera, Cerro Largo, Durazno, Florida, Minas, Tacuarembó, Treinta y Tres y Flores. La capital es Montevideo con 175.000 habitantes.

JEFES DEL ESTADO DEL URUGUAY

Manuel Calleros. – Fué elegido presidente del primer gobierno provisorio en 14 de junio de 1825, y durante su presidencia ganáronse las batallas del Rincón y Sarandí y se convocó la Asamblea que le sucedió y que proclamó la independencia del Estado en 25 de agosto del mismo año 1825. D. Manuel Calleros formó parte de esta Asamblea como representante del distrito de la Florida.

Juan Antonio Lavalleja. – Fué primer presidente provisorio, por delegación de la Asamblea, de 1825 á 1826; dictador en 1827, una vez disuelta la Asamblea y derrocado el segundo gobernador provisorio, D. Joaquín Suárez, en 1828 y en 1830. En 25 de septiembre de 1853 compartió con Rivera y Flores el gobierno llamado triunvirato, pero desempeñó su cargo un mes apenas, pues murió repentinamente en 22 de octubre del mismo año. Su condición de hombre más de guerra que de gobierno hace disculpables ciertos errores que cometió. En la historia se le conoce con el título de Jefe de los Treinta y Tres, por haberse puesto al frente de los treinta y tres patriotas que realizaron la independencia.

Joaquín Suárez. – En junio de 1826, habiendo dispuesto la Asamblea que Lavalleja se pusiera al frente del ejército, Suárez quedó como jefe del gobierno provisional de que formaba parte. En 1827 y 1828 desempeñó también el cargo de gobernador provisorio. Pero la época más gloriosa de su vida fué la de 1841 á 1851 en que presidió el gobierno de la defensa, de la cual fué el alma. La defensa de Montevideo durante el sitio de ocho años que puso á la ciudad el ejército de Rosas, tirano de la Argentina, le valió el título de Nueva Troya. D. Joaquín Suárez, nombrado por la Asamblea gran ciudadano, murió en 26 de diciembre de 1868: en 1884 la Asamblea acordó erigir á su memoria un monumento que ha sido inaugurado hace poco en la capital uruguaya.

Luis Eduardo Pérez. – Ejerció la jefatura del gobierno en 1828 por delegación de Lavalleja, y constituída la independencia de la nación fué presidente del Senado y como tal desempeñó la presidencia de la República durante los períodos de 1831 á 1833 y de 1840 á 1841, en las ausencias del general Rivera. La Asamblea le decretó en vida un premio por sus relevantes servicios. Falleció en 30 de agosto de 1841.

José Rondeau. – La convención de 1828 le eligió gobernador provisorio y capitán general, habiéndole como tal correspondido instalar el gobierno en Montevideo en 1.º de marzo de 1829. Renunció al mando en abril de 1830. Oriundo de la Argentina, empezó á servir en el regimiento de Buenos Aires, luego pasó al cuerpo de Blandegues y hallóse en 1806 en Montevideo cuando la defensa contra los ingleses, que lo llevaron prisionero á Inglaterra. Sirvió después en el ejército español, y vuelto al río de la Plata se adhirió en 1811 á la revolución y tomó parte en el sitio de Montevideo de 1811 á 1814. En 1841, siendo ya benemérito de la patria, fué ascendido á brigadier general. Murió en 18 de noviembre de 1844.

Fructuoso Rivera. – Fué elegido en 1830 primer presidente constitucional, y en 1838, derrocado Oribe, por una revolución que él encabezó, asumió el mando como gobernador provisorio y después fué reelegido presidente para el tercer período constitucional. Derrotó en Cagancha al ejército invasor de Rosas; pero en la segunda invasión argentina no fué tan afortunado, viéndose obligado el gobierno á deportarlo. Murió en 15 de enero de 1854 cuando, levantado su destierro, regresaba del Brasil á Montevideo. Como Lavalleja, fué más hombre de guerra que de gobierno, y como uno de los Treinta y Tres, á los cuales se unió en 1825, su figura es de las que más sobresalen en la historia de la independencia.

Manuel Oribe. – Por influencia de su antecesor fué nombrado presidente en 1.º de marzo de 1834, pero á los dos años el mismo que en su favor había influído encabezó una revolución contra él y lo derribó. Oribe pasó en 1838 á la Argentina, en donde Rosas le dió el mando del ejército que invadió el Uruguay y al frente del cual sitió á Montevideo desde 1843 á 1851. D. Manuel Oribe unióse en 1812 al ejército de Artigas, el iniciador de la guerra de la independencia uruguaya, y formó parte de los Treinta y Tres. Murió en 1857.

Carlos Anaya. – Desempeñó interinamente la presidencia en 1834 y 1837, acompañó á Oribe á la Argentina y con él estuvo durante el sitio de Montevideo. Fué compañero de Artigas y uno de los que que firmaron la declaración de independencia. Murió en 1862.

Gabriel A. Pereira. – Ocupó interinamente la presidencia en 1833, 1838, 1839 y 1840 durante las ausencias del general Rivera, y en 1856 fué elegido presidente constitucional. Actuó en un período muy difícil, administró bien y honradamente y hubo de sofocar varios conatos de revolución. Había sido uno de los firmantes del acta de la independencia y murió en 1872.

Juan Francisco Giró. – Fué elegido presidente constitucional en 1.º de marzo de 1852, con gran contento del país, y en julio de 1853 sofocó en Montevideo un motín militar: en septiembre del mismo año dejó el mando, siendo sustituído por el triunvirato de Lavalleja, Rivera y Flores. Murió en 1860.

Bernardo P. Berro. – En 1852 fué presidente provisorio durante algunos meses, y en 1860 presidente constitucional, continuando la reorganización administrativa y política iniciada por Pereira. Murió trágicamente en 1868, el mismo día en que fué asesinado Flores.

Venancio Flores. – A poco de constituirse el triunvirato quedó el general Flores como único gobernante por muerte de sus compañeros. En 1854 fué elegido presidente por dos años para completar el período de Giró, y al año siguiente derribado por una revolución que elevó á Pereira á la presidencia. Al cabo de algún tiempo entró á servir en el ejército argentino, y en 1863 invadió el Uruguay iniciando la revolución que triunfó en 1865, siendo proclamado jefe del Estado. Tomó parte, con el Brasil y la Argentina, en la guerra contra el Paraguay. Renunció al poder en 1868, siendo asesinado aquel mismo año. Había sido uno de los Treinta y Tres.

César Díaz. – Desempeñó el gobierno interinamente por delegación de Flores desde 24 de noviembre de 1853 á 12 de enero de 1854. Desterrado en 1856 por Pereira, púsose al frente de la revolución organizada contra éste, siendo vencido y fusilado en 1857. Había sido uno de los más valientes defensores de Montevideo durante el memorable sitio de los nueve años.

Alejandro Chucarro. – Como presidente del Senado desempeñó la presidencia de la República de septiembre á octubre de 1854, por ausencia de Flores, y de mayo á julio de 1869 durante el gobierno de Batlle. Había formado parte del ejército de Artigas y de la Asamblea Constituyente y murió en 1884.

Manuel B. Bustamante. – Hízose cargo de la presidencia de la República, como presidente del Senado, en 1855 cuando Flores fué derribado. Durante su corto gobierno, que terminó en 14 de febrero de 1856, prodújose una revolución sangrienta.

Luis Lamas. – Fué gobernador provisorio desde 28 de agosto á 11 de septiembre durante la revolución que estalló contra Bustamante.

José María Pla. – Como presidente del Senado sucedió en la presidencia interina de la República á Bustamante, hasta 1.º de mayo de 1856 en que entregó el mando al presidente constitucional D. Gabriel A. Pereira.

Atanasio Aguirre. – Las circunstancias por que atravesaba el país al terminar el mandato constitucional de Berro impidieron que se efectuara la elección de presidente, por lo que el que lo era del Senado, D. Atanasio Aguirre, asumió en 1.º de marzo de 1864 el mando supremo del Estado.

Tomás Villalba. – Sucedió, también como presidente del Senado, á Aguirre en la presidencia interina de la República en 15 de febrero de 1865. Reanudó con los revolucionarios de Flores los tratos iniciados por su antecesor, y á los cinco días de encargarse del poder entrególes la ciudad, quedando dueño entonces del poder el general Flores.

Francisco Vidal. – Fué presidente interino del Estado de junio de 1865 á octubre de 1866 por delegación del general Flores, entonces al frente del ejército oriental en la guerra contra el Paraguay; en 1870 por ausencia del presidente constitucional don Lorenzo Batlle, y desde 15 de marzo de 1880 hasta febrero de 1882 por renuncia del presidente Latorre. En 1.º de marzo de 1886 fué elegido presidente constitucional, cargo que renunció en 24 de mayo del mismo año: durante su corto gobierno ocurrió la revolución de Quebracho que fué vencida en 31 de marzo. Murió Vidal en 1889.

Pedro Varela. – Desempeñó la presidencia interina desde 15 de febrero de 1868, en que renunció Flores el gobierno constitucional, hasta 1.º de marzo, en que fué elegido el general Batlle. En 15 de enero de 1875, derrocado el doctor Ellauri por un motín militar, los sublevados entregaron el poder á Varela, que fué derrotado también por un motín en 10 de marzo de 1876.

Lorenzo Batlle. – Fué elegido presidente constitucional en 1.º de marzo de 1868, habiéndole tocado un período muy difícil, de guerras y de amenazas de motines. Murió en 1887.

Tomás Gomonsoro. – Era presidente del Senado cuando en 15 de febrero de 1872 dejó el poder don Lorenzo Batlle, y se encargó por consiguiente de la presidencia interina, que desempeñó hasta 1.º de marzo de 1873. Gomonsoro firmó la paz de abril con los revolucionarios, y su administración se cita en el Uruguay como modelo. Fué candidato á la presidencia en 1873 y 1894, y en este último año la Asamblea le votó una pensión vitalicia en premio de sus grandes servicios.

José E. Ellauri. – Fué elegido presidente contra sus deseos en 1873 como candidato de conciliación, y gobernó honrada y rectamente siguiendo la política de su antecesor. En 15 de enero de 1875 un motín militar le obligó á dejar el poder: desde entonces permaneció alejado de la política hasta que en 1894 volvió á ser candidato á la presidencia de la República y llegó á ser elegido; pero en vista de la división que existía en la Asamblea y del estado de la opinión, se negó á aceptar el cargo. Murió en diciembre de 1894.

Lorenzo Latorre. – Era coronel cuando estalló en 1875 el motín que derribó á Ellauri y que sin duda por él fué organizado. En 10 de marzo de 1876 dió un golpe de Estado á consecuencia del cual cayó el gobernador Varela, quedando Latorre dueño de la situación. En 1879 fué elegido presidente constitucional, después de una tentativa que algunos hicieron para declararlo dictador perpetuo: impulsó la instrucción pública, mejoró la administración de justicia y contribuyó poderosamente á que se realizaran gran parte de la codificación y otras obras administrativas muy importantes. Renunció al poder en 1880, y desde entonces vive lejos del país, desterrado por una ley de la Asamblea.

Máximo Santos. – Nombrado ministro de la Guerra cuando renunció á la presidencia el general Latorre, pronto se hizo dueño de la situación, imponiéndose al presidente interino, doctor Varela: al dimitir éste fué elegido presidente constitucional en 1.º de marzo de 1882, gobernando desastrosamente hasta 1886. A su influencia debióse la elección del doctor Vidal, y al dimitir éste á los pocos días de elegido encargóse Santos del poder, como presidente que era del Senado, renunciando á él en 14 de noviembre del mismo año. Desterrado por la Asamblea, murió en Buenos Aires en 1889.

Máximo Tajes. – Al renunciar Santos al poder ejecutivo, el general Tajes, que había sido ministro de la Guerra durante la presidencia de aquél y que por su conducta al vencer la revolución del Quebra-



República Oriental del Uruguay.-Jefes del Estado

cho se había captado las simpatías del país, fué elevado á la presidencia en 18 de noviembre de 1886. El gobierno de Tajes fué muy beneficioso para el Uruguay: durante el mismo se celebró en Montevideo el primer congreso de derecho internacional y se fundaron numerosas instituciones de crédito. En 1894 fué uno de los candidatos á la presidencia.

Julio Herrera y Obes. – Después de haberse distinguido desde joven como escritor y de haber figurado brillantemente en la legislatura de 1873, fué desterrado con otros hombres de la oposición en 1875 por el gobierno de Varela. Vuelto más adelante á su país, hizo ruda oposición á los gobiernos de Latorre y Santos, y durante la presidencia de Tajes fué ministro de Gobierno. En 1.° de marzo se le eligió presidente constitucional, cargo que desempeñó hasta 1894: durante su gobierno sufrió el país grandes desastres financieros, que no pueden achacarse en modo alguno á su administración.

Juan Idiarte y Borda. – Diputado desde 1878 fué uno de los pocos miembros de la Cámara que se resistieron á las imposiciones de Santos y que renunciaron el cargo en 1885. En 1891 fué elegido senador y en 1894 elevado a la presidencia de la República que actualmente desempeña. – X.

PARTES

FACULTATIVOS

La fiesta nacional no se borra de nuestras costumbres.

No se acaba la raza de toros bravos, ni la de toreros, bravos ó no.

Al contrario, el número de ganaderías aumenta, y el número de toreros también.

– Ser toro ó ser torero: *That is the question*, según un aficionado á la fiesta.

Las corridas de toros han provocado, entiéndase bien, la literatura taurina.

Una de las secciones más interesantes de la tauroliteratura es la de los partes que dan al público los médicos encargados de la enfermería, cuando sobreviene alguna desgracia en la lidia.

Claro es que los partes no son inteligibles para el común de los aficionados á toros.

Los médicos ¿son ó no son facultativos?

Pues los partes han de ser facultativos.

Pero al pasar á la prensa técnica, también facultativa, aumenta la dificultad para la inteligencia de los partes.

– Ya usted ve, decía con gravedad un matador de novillos cándidos é inocentes, yo soy facultativo, me parece, y no entiendo esos partes.

Naturalmente, un hombre facultativo, de su propio natural, no ha de hablar y escribir como un ignorante.

Pero aunque todo se quede entre facultativos, los que torean no entienden á los que curan á los heridos.

Y luego salen á la vindicta pública unos partes que «parten los corazones tiernos.»

«Durante la lidia del tercer toro, ingresó en esta enfermería Joaquín Rodríguez *(Pichichi)*. Examinado detenidamente, «se le encontró» una cornada de afuera adentro en la parte inferior, interior, anterior del fémur tangible, de abajo arriba y viceversa; otra cornada en la región escápulo humeral vegetal, de poco más de siete centímetros y cinco décimas, escasos, con entrada violenta inciso punzante; otra en el dorso con entrada penetrante y sin salida, por lo cual se cree que el cuerno ha quedado dentro; la cuarta herida en el epigastro, de veinte centímetros de radio, con destrozo de siete á ocho paquetes y magullamiento de los tejidos sublunares.



Estatua de bronce de San Pedro, del siglo V, que se guarda en la iglesia de San Pedro de Roma

»Pronóstico grave.

»No puede continuar la lidia.»

Aquí se lee involuntariamente:

«Se suplica el coche.»

Cuando se practica la autopsia de algún infeliz no torero, suicida también como la mayoría de aquéllos, pero no de corto, ó de una víctima de algún asesino, también dan juego los partes facultativos por sí mismos y por los arreglos á la prensa de nuestros días.

«El mencionado sujeto tenía en el parietal derecho una herida como de bala de revólver.

»El proyectil había penetrado rectamente y saliendo por el lado opuesto, por la trompa *del* Eustaquio – como si se tratara de un Eustaquio, profesor de trompa ó de *trompis*. –

»Se cree que la bala no esté dentro del cráneo.

»La cabeza se halló separada del cuerpo, á dos metros de distancia respectivamente.

»El cadáver tenía en la mano derecha una navaja ensangrentada...»

Y añade el periódico por su cuenta:

«¿Se trata de un asesinato misterioso?»

Ahora todos los asesinatos son misteriosos.

«¿Se trata de un suicidio, como induce á creer la navaja encontrada en la mano del muerto?

»¿Aquella cabeza será la auténtica?

»¿No habrá habido sustitución?

»¿Qué móviles habrán podido impulsar á ese desgraciado á cortarse el cuello y arrojar la cabeza, como quien arroja la punta de un cigarro?

»¿Habrá sido, tal vez, asesinado á *mano armada*?

»Esperemos á que se aclare el misterio, ya que los esfuerzos de la ciencia no han podido devolver la vida á ese infeliz, padre de familia quizá, y ¿quién sabe si honrado y al par extranjero, como se sospecha en la comarca?»

Otro parte muy usual y también facultativo:

«Ayer quedó zanjada, honrosamente, la cuestión pendiente entre el antiguo subteniente *Mochila* y el periodista reciente señor Rodajas.»

«Ayer, examinando unos sables el apreciable escritor Rodajas, tuvo la mala suerte de que se le disparase uno, cortándole una oreja, que cayó exánime.

»Deseamos su pronto restablecimiento.»

¿De la oreja?

E. de Palacio

EL PERMISO...

DE ULTRATUMBA

, Antoñito apenas si contaba 18 años, pero ya se tenía por un hombre hecho y derecho. ¿Cómo no, si á los 12 años era un bachiller, no sólo académicamente hablando, sino también hablando él solo, y á los 19 sería doctor en ambos Derechos?

Los padres de Antoñito, por una de esas preocupaciones harto generales por desgracia en todos los países, habían cifrado todo su empeño en que el chico acabase cuanto antes sus estudios. El pequeño, por su parte, basando su conducta, no en el porvenir, sino en un presente de orgullosa vanidad, apretaba de lo lindo en el estudio, y ya estaba á punto de acabarlos cuando Antonio observó que faltaba algo á su carrera triunfal.

Muchos camaradas suyos no podían alardear, como él, de no tener ni un *Suspenso* en la carrera; pero en cambio era de ver cómo referían sus victorias, sus conquistas y sus aventuras de amor.

De igual manera que al muchacho le vanagloriaba en extremo que le alabasen su último *Notable*, hubiérale gustado que sus amigos le envidiasen haber sido el afortunado protagonista de alguna historia amorosa.

Este fué el móvil oculto que decidió al muchacho á lanzarse á los amoríos de modistas y costureras; y como su actividad era una sola, dedicada ahora á nuevos planes, menguó en aplicación lo que hubo de crecer en picardigüelas.

Cursaba Antoñito el último año de la carrera, cuando perdió á su padre: desgracia inmensa que Antonio no pudo lamentar en toda su terrible trascendencia.

Acabó sus estudios el chicuelo, y creyéndose una persona de viso, tanto más de viso cuanto que le emplearon con un buen sueldo, en virtud de la influencia de su madre y de los méritos de que oficialmente certificaba el flamante título, Antonio se dió á rendir corazones y á flechar mujeres.

Una de aquéllas, hija de una familia bien modes-

ta, más lista ó prevenida que otras muchas, tuvo la habilidad de que Antonio no dejara sus relaciones con ella á los cinco ó seis días de haberla conocido, según había hecho con las demás. La muchacha no consintió jamás á su novio el menor desliz, y Antonio, deseoso ya de vencer las frialdades de la bella, que á él se le figuraba más bonita que las anteriores novias, siguió meses y meses aquellos amores.

Como el tiempo corre con más rapidez de lo que parece, llegó el momento en que la familia de la muchacha, y ésta antes que aquélla, abordaron la espinosa cuestión del matrimonio, que vino á quedar reducida á un dilema: ó la boda, ó el fin de las relaciones.

Pero el caso es que Antonio estaba á punto de triunfar en la aventura; unos días más y su victoria satisfaría, no sus malos deseos, sino su amor propio, su desmedido orgullo.

Antonio expresó sus deseos de acceder á la boda; pero antes tenía que escribir á su padre, á quien desde un principio había hecho creer á la familia de su novia que se hallaba en París.

El mozo redobló en estos días sus asedios y la novia mostróse más cariñosa y amable que nunca.

Antonio, que tenía muy bien combinado su proyecto, haría ver cómo su papá, opuesto en absoluto á aquel matrimonio, destinaba su hijo á una primogénita de una noble familia. El chico iría cerca de su padre á convencerle, y... no volvería á saber más de él su antigua prometida.

* * *

Hasta aquí lo exacto, pues en el final de la historia discrepan algún tanto los que la relatan.

Escojo de las narraciones que he oído la siguiente:



GUERRA DE CUBA. - FARO «RONCALI» EN EL CABO SAN ANTONIO, en el extremo Oeste de la provincia de Pinar del Río

Una mañana el cartero de casa de Antonio se presentó en el domicilio de éste, que había sido ocultado por el chico á su novia, llevándole una carta. El sello de franqueo era extranjero; la epístola estaba fechada en París; el contenido era una autorización para que pudiera contraer matrimonio Antoñito, y la firma era ¡de su padre!

La sangre helándose en las venas del picaruelo mozo, infundióle tal terror, que estuvo á punto de caer desvanecido. Y no cabía duda, aquella era la letra de su padre, de aquel santo varón que tanto se había sacrificado por el chico y que hacía dos años subió al cielo...

Un mes después Antonio se unía en matrimonio con su novia y destinaba á misas por el eterno descanso de su padre la mitad del sueldo.

* * *

Añádese que el matrimonio es feliz y que esto se debió á que el difunto no ha dejado de protegerle allá desde el cielo, desde que envió á su hijo el permiso.

Pero yo opino que muy bien pudo ocurrir lo de la carta .. y escribirla la familia de la novia.

P. GÓMEZ CANDELA

NUESTROS GRABADOS

Guerra de Cuba — Faro Roncali en el cabo de San Antonio. — Guerrilla en marcha en la provincia de Pinar del Río. — La atención grandísima que en la guerra de Cuba tiene puesta toda España, concéntrase actualmente en la provincia de Pinar del Río: allí se encuentra Maceo con numerosas fuerzas insurrectas y sobre ella acumula el general Weyler poderosos medios de combate, convencido de que la derrota del cabecilla mulato ha de ser un golpe mortal para la insurrección. Las últimas noticias de la isla recibidas relatan algunos gloriosos triunfos de nuestros heroicos soldados, lo



GUERRA DE CUBA. - GUERRILLA EN MARCHA EN LA PROVINCIA DE PINAR DEL RÍO

(dibujo tomado de una fotografía)



FELIPA WELSER SUPLICANDO AL EMPERADOR FERNANDO I QUE LA RECONO



…OMO ESPOSA DE SU HIJO EL ARCHIDUQUE FERNANDO, cuadro de LIEZEN-MAYER

cual indica que pronto se emprenderán en grande escala las operaciones, para las cuales ha venido preparándose durante la época de las lluvias el general en jefe y á las que se destinan buena parte de los considerables refuerzos que desde la península se han enviado á Cuba últimamente. Por esto decimos que en aquella provincia está concentrado actualmente el principal interés de la guerra y por esto creemos oportuno publicar los grabados que van en la página 711. Uno de ellos reproduce el faro Roncali, situado en el cabo de San Antonio, en el extremo occidental de aquella provincia: dicho faro consiste en una torre blanca de techo negro, de 32'5 metros de alto y con el nombre *Roncali* escrito en ella: en esta torre y á una altura de 35'5 metros sobre el nivel del mar se enciende una luz blanca que de medio en medio minuto da un destello y cuyo alcance es de 20 millas. El otro grabado, tomado de una fotografía, representa una de las varias guerrillas que tantos servicios prestan en la campaña, pues moviéndose con gran rapidez y con el sigilo que permite el escaso número de hombres de que se compone, cogen continuamente desprevenido al enemigo y le causan bajas que á fuerza de repetidas llegan en poco tiempo á ser considerables.

* * *

D. José Arrache. – En otra ocasión, cuando en el número 752 publicamos los retratos de D. Juan Martínez del Cerro y D. Quintín Gutiérrez, nos ocupamos de las pruebas de patriotismo que está dando la colonia española en México, con motivo de las tristes circunstancias por que atraviesa la madre patria. Uno de los individuos más distinguidos de la misma y de los que más han hecho en pro de España es sin duda D. José Arrache, que tiene por ley y por religión la honradez, el trabajo y el amor á la tierra en que ha nacido. Es oriundo de Errazu (Navarra), y en los treinta años que lleva de residencia en México ha demostrado un gran espíritu progresivo y vastos conocimientos mercantiles. Ha tomado parte principalísima en todos los trabajos que la junta patriótica ha promovido para recaudar fondos con que adquirir un buque de guerra para España. Patriota entusiasta y defensor constante del honor español, ha puesto siempre su fortuna al servicio de sus nobles sentimientos: en todas las calamidades que sobre nuestro país han pesado ha sido uno de los primeros en aprontar y reunir socorros para sus compatriotas, y la Beneficencia Española en la capital mexicana ha tenido uno de sus



D. JOSÉ ARRACHE, uno de los individuos de la colonia española en México que más se han distinguido en los trabajos para fomentar las suscripciones patrióticas en favor de España.

más decididos sostenedores en el Sr. Arrache, que ha consagrado sus cuidados más solícitos y cantidades cuantiosas al mantenimiento de aquella casa de salud. Su carácter franco y enérgico, su amabilidad, su fino trato y la bondad de su corazón le han conquistado las más calurosas simpatías, no sólo entre sus paisanos, sino que también entre la sociedad mexicana, que le cuenta entre sus miembros predilectos.

El retrato que de D. José Arrache publicamos está tomado de una fotografía que nos ha remitido D. Claudio Scapachini, á quien damos por ello las gracias más expresivas.

* * *

¡Arruinado!, cuadro de Hans Volkmer. – Mientras la esposa, bien ajena á lo que al regresar á su casa le esperaba, divertíase en el baile ó en el teatro, el marido encerrado en su despacho repasaba por centésima vez aquellos libros cuyas cifras revelaban su fatal ruina y descorrían ante sus ojos el velo tras el cual se ofrecía un porvenir de miseria, de tristeza y de desengaños. Había querido forzar la suerte arrojándose á especulaciones arriesgadas, para proporcionarse los medios con que sostener la posición que en el mundo ocupaba, y la fortuna se le había mostrado adversa; había soñado con eclipsar á sus iguales y ponerse á la altura de los más poderosos, y la desgracia le había puesto al nivel de los más humildes; había considerado poco el bienestar que le consentía su más que mediano patrimonio, y ahora recordaba con envidia aquellas dichas que antes le parecieron insignificantes. Honores, distinciones, amistades, todo acabó para él; quiso subir muy alto y la caída ha de ser desastrosa. La escena escogida por el celebrado pintor alemán Hans Volkmer para sintetizar esta situación, no puede ser más dramática: la esposa, de vuelta á su hogar, entra en el despacho de su marido y se entera de la triste cuanto inesperada nueva; tal vez presiente otra desgracia mayor, la de que el esposo no quiera sobrevivir á su ruina y busque en el suicidio el medio de sustraerse á las penalidades que no han de tardar en presentarse. Por esto, arrodillada junto á él, le implora, le suplica, le hace quizás comprender que no está en las riquezas la felicidad, y de sus labios, cansados de las frivolidades que la sociedad en que vive impone, brotan palabras de consuelo, frases de esperanza, conceptos cariñosos y esos gritos del alma con que la mujer amante sabe en las ocasiones más difíciles fascinar al hombre. El cuadro que reproducimos, vigoroso, sentido y sobrio, es de los que producen impresión muy honda, porque en él se traza una página interesante de la moderna vida social y se exterioriza uno de los más hermosos impulsos del corazón humano.

* * *

El compositor Carlos Gómez. – El celebrado compositor recientemente fallecido en Pará, nació en 1839 en Campinas (Brasil) y á la edad de veintidós años estrenó en el teatro Lírico Fluminense de Río Janeiro una ópera titulada *La notte nel castello*. El emperador D. Pedro, que tan apasionado era por las letras y las bellas artes y que ya dispensaba su protección al joven músico, decidióse, en vista del éxito de aquella ópera, á enviarlo á Italia para que en la patria de la melodía prosiguiera sus estudios y completara sus conocimientos musicales. En 1866 el nombre de Carlos Gómez hízose célebre en Milán con motivo del estreno de una revista, cuya música había escrito el compositor brasileño y cuyas principales piezas fueron muy pronto populares. Pero el maestro anhelaba triunfos mayores: recomendado por el poeta Alcardi á la condesa Clara Maffei, ésta, á su vez, lo recomendó á los directores de la Scala de Milán. Allí se estrenó con muy buen éxito en 1870 su *Guarany*, cuyo libreto, tomado de una novela popular brasileña, escribió Scalvini, y que fué interpretada por la Sass, Villani, Storti, Maurel y Coloni. *Il Guarany* se cantó después en otros muchos teatros de Italia y del extranjero. Posteriormente escribió otras óperas, *La Fosca*, *Salvator Rosa*, *María Tudor* y *Lo Schiavo*, con éxito vario. También escribió el himno conmemorativo del primer centenario de la independencia americana y últimamente estaba trabajando en una ópera que ha dejado bastante adelantada. Hace dos años regresó á su patria, en donde murió el día 16 de septiembre último, víctima de un cáncer.



El notable compositor CARLOS GÓMEZ, muerto en Pará (Brasil) el 16 de septiembre último

* * *

Estatua de bronce de San Pedro, del siglo V, que se conserva en la iglesia de San Pedro de Roma. – La estatua de San Pedro que veneran todos los católicos que á Roma acuden, es notable, no tanto por su belleza artística cuanto por la devoción de que es objeto. Nuestro grabado la reproduce con un trozo del trono de mármol en que descansa y con el magnífico fondo de mosaico sobre el cual se destaca. Esta estatua, que algunos han supuesto erróneamente ser la de Júpiter Capitolino (error que se demuestra con sólo ver que la mano derecha que bendice y la izquierda que sostiene las llaves, atributo del Apóstol, están fundidas con el resto del cuerpo), fué colocada en la basílica en el año 445 por orden del Papa San León, y es tan venerada desde entonces que los besos de los fieles han pulimentado y desgastado el pie derecho de la misma, según puede verse en el grabado.

* * *

Felipa Welser suplicando al emperador Fernando I que la reconozca como esposa de su hijo el archiduque Fernando, cuadro de Liezen-Mayer. – La familia de los Welser era una de las más ilustres familias patricias de Augsburgo y tan inmensamente rica que uno de sus individuos, Bartolomé, consejero del emperador Carlos I de España, pudo hacer á su soberano un préstamo de 12 toneladas de oro, equivalentes á 1.200.000 escudos. Con la venia del monarca aprestó Bartolomé en España en 1528 tres buques que, bajo el mando de Ambrosio Dalfinger, se posesionaron de Caracas. Carlos I cedió al de Welser aquella tierra por él conquistada en prenda del préstamo que le había hecho, pero á los 26 años renunció aquél á la posesión de la misma. Felipa, sobrina de Bartolomé, que se distinguía por su esmerada educación y por su sorprendente belleza, fué amada por el archiduque Fernando, hijo del que fué emperador Fernando I, con el cual casóse secretamente en 1557. Enterado de ello el padre del archiduque, arrojó á éste de su lado y no se reconcilió con él hasta que en 1661 le hubo prometido mantener secreto su matrimonio y renunciar á su herencia en nombre suyo y de sus hijos. Felipa, después de haber tratado aunque inútilmente ablandar el corazón de su suegro, soportó resignadamente aquella situación y vivió con su marido en Ambras y en Innsbruck, falleciendo en la primera de estas dos ciudades en 24 de abril de 1580. El interesante lienzo de Liezen-Mayer nos presenta á la infortunada mujer suplicando al emperador que la reconozca como esposa del archiduque; en su actitud se adivina que no solicita esta gracia por ella, sino por sus hijos; pero Fernando I es inflexible y una vez más la razón de Estado se impone á todo impulso de generosidad y de justicia. Las figuras de este cuadro están admirablemente dispuestas y en cada una de ellas ha sabido el pintor expresar los diversos sentimientos que las animan.

* * *

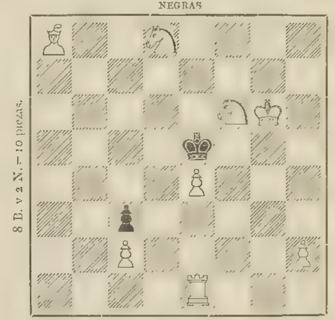
Teatros – *Madrid*. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *He dicho á la casa del diputado*, juguete lírico en un acto, letra de los Sres. Limendoux y Rojas y música del maestro Lleó; y en Eslava *La marcha de Cádiz*, graciosísima zarzuela en un acto de los Sres. Lucio y Alvarez con bonita música de Estellés y Valverde hijo. En el teatro de la Comedia ha comenzado la temporada de invierno la compañía del Sr. Mario, el cual, siguiendo su laudable costumbre de rendir tributo al teatro clásico el día de la inauguración, estrenóse este año con la preciosa comedia de Moratín *El sí de las niñas*.

Barcelona. – En el Eldorado se ha verificado el beneficio del eminente Novelli, quien, como siempre, arrebató al público interpretando el drama de Turgueneff *Il pane altrui* y el monólogo *Semplicità*. En Novedades continúa funcionando con grande y merecido éxito la compañía de ópera de que nos hemos ocupado en otros números, y en el teatro de la Granvía sigue cosechando aplausos la compañía de opereta y ópera italiana de Giovannini.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 41, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 40, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D 6 A R	1. Cualquiera.
2. T, D ó C mate.	

UN APÓSTOL

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Las contradicciones parecían exaltar más al joven, que replicó, alta la frente y con expresión de seguridad:

– ¡Me la dará, créalo usted!.. Que vaya Faik tan sólo á la ceremonia de la Cruz de la Misión que ha de celebrarse pronto... Le repito que tenga confianza en mí; conozco á mi tío mejor que nadie, mejor tal vez de lo que se conoce á sí propio; su corazón rebosa de bondad, y sé que está dispuesto á concederme cuanto le pida. ¡No hay sacrificio que yo no haga para lograr mi propósito!..

Dionisio pensaba, sonriendo, que Pedro Kerbiriou no podría resistir á la promesa de no abandonar jamás Camaret, de permanecer junto á él si era necesario y de renunciar á sus largos viajes.

Nedelek guardó silencio algunos segundos, pareciendo que se preguntaba si debía aceptar aquella proposición, que consideraba infinitamente peligrosa para su hija, dadas sus relaciones con el clero del país, y después objetó con cierta timidez:

– ¿Y si eso no tuviese el resultado que usted parece esperar?

Ante aquella persistencia en oponerle obstáculos, los únicos que él no hubiera esperado, Dionisio Le Marrec tuvo un momento de indecisión; pero predominó la confianza en la bondad de su tío, y ratificó sus palabras, diciendo:

– ¡Genoveva será mi esposa; lo juro aquí mismo!..

Y extendió la mano como si tomase por testigos, no tan sólo á los que le oían, sino á todo cuanto le rodeaba: aquella casa, lugar de misterio y de temor para los supersticiosos; aquella landa desierta, sumida en opacas tinieblas, y la naturaleza entera.

– ¡Vamos, hijo mío, pues entonces tenga usted buen ánimo para su empresa, aunque á mí no me inspira mucha confianza!.. Faik es una santa joven, por más que se diga y que se haga, y asistirá á la ceremonia de la Cruz como todas las de su edad y de su religión, terminó Goalen con acento solemne, levantando poco á poco la cabeza, como si hubiese sacudido enérgicamente un peso secreto que le obliba á estar encorvado á pesar suyo.

– ¡Gracias, tontón Nedelek!, dijo Dionisio.

El joven puso su mano en la del pastor, tosca y ruda, y éste la detuvo un momento, diciendo:

– ¡Es usted un valeroso y digno joven; el cielo debe recompensarle!..

Dionisio se despidió de Genoveva con estas palabras:

– Faik, la cito á usted en Camaret, para la fiesta de la Cruz de la Misión.

– ¡No faltaré, contestó la joven, con los ojos brillantes de confianza ante la noble serenidad de Dionisio.

Goalen, después de haberse asegurado de que ya no llovía, dijo á Le Marrec:

– Le acompaño á usted un poco, porque podría perderse en la landa en esta noche tan obscura.

No se separaron hasta haber pasado del molino, cerca de la capilla de San Ernot, á la altura de la casa comunal, aislada á la derecha de la carretera, y allí las manos de Dionisio y de Goalen se estrecharon por última vez, como si prestaran un juramento misterioso

El joven llegó á Camaret loco de alegría, no sin haber tenido la precaución de cenar antes en Morgat.

Era ya muy entrada la noche cuando se presentó en su casa; pero en el curato tenía libertad completa, y no se inquietaban nunca de sus ausencias. Lo único que interesó á Mariana, que velaba todavía, aunque era cerca de media noche, fué saber si Dionisio había encontrado un refugio para guarecerse de la tempestad.

– ¡Soberbio nido encontré, mi buena Mannaik!.., contestó el joven. ¡Un nido donde no van mucho los de aquí!...

La anciana le miró sorprendida, sin comprenderle, aunque algo inquieta al observar las pupilas demasiado brillantes del joven.

Dionisio guiñó maliciosamente un ojo, y con voz misteriosa dijo al oído de Mariana:

– ¡Me he refugiado en la casa del Hechicero!..

Maquinalmente, la anciana hizo ademán de persignarse por lo imprevisto de aquel nombre, mas acabó por sonreirse con expresión de confianza y dijo:

– ¡Es un buen hombre, hijo mío, puedes creerme!..

– ¡Sí, sí, y por eso dentro de poco veréis novedades!, exclamó, sin poder disimular su alegría.

La anciana se estremeció, poseída nuevamente de inquietud, reflexionó algunos instantes, y mirando al joven que se alejaba balbuceó:

– ¡Jesús María, mi pobre Dionisio no parece pensar en el rector!.. Con tal que... Y bien mirado, es muy linda esa pequeña Faik á quien Dionisio salvó de la muerte en el mar!.. ¡Seguramente, no habrá elegido Le Marrec aquel refugio por amor á Goalen!.. ¿Y qué hacía él allí?.. ¿Será que..., será que?... ¡Ah!.. ¿Qué sucederá aquí?..

Y Mariana, sin concluir la frase, se dirigió murmurando á su habitación.

VII

Algunos días después de aquel supremo y decisivo encuentro de Genoveva Goalen y de Dionisio Le Marrec, y llegado el domingo que precedía á la ceremonia de la Cruz de la Misión, ocurrió en Camaret un hecho de todo punto inusitado, un hecho que de improviso desató las lenguas de todas las comadres durante largas horas.

La aproximación de aquella fiesta religiosa, de la cual no se dejaba de hablar, y que se preparaba hacía meses, había promovido en todo el país un gran entusiasmo fervoroso, extendiéndose esta agitación, no sólo hasta los pueblos más lejanos de Camaret, sino también á los que no dependían de aquel curato. Todos pensaban que debían contribuir á la ostentación de la ceremonia en la medida de sus medios, y que á ninguno le era dado desentenderse, por poco que le interesara la dignidad, el renombre y el honor del pequeño puerto bretón.

En todas las parroquias el clero se aprovechó de estas buenas disposiciones para enardecer más aún aquel impulso de piedad, sosteniendo el celo de los fieles.

El padre Pedro Kerbiriou subió al púlpito, terminada la misa, para dirigir algunas palabras sobre este punto á sus feligreses.



Algunas astutas comadres comenzaban á olfatear un misterio en el proceder del sobrino de Pedro Kerbiriou

Y éstos, sin más que ver su fisonomía, el fruncimiento particular de sus espesas cejas y la llama penetrante de su mirada, adivinaron que trataba de comunicarles alguna cosa de importancia.

– ¡Oh, oh!, murmuró Balanec al oído de su vecino, el señor rector tiene su aspecto de los grandes días, como aquella vez, que todos recuerdan aquí, en que pronunció su famoso sermón sobre la observancia del domingo.

– ¡Sí, repuso el otro, cuando nos refirió que en tiempo de la gran Revolución, la municipalidad de Camaret, menos tolerante que la Iglesia, hacía observar el descanso del Decadi, que correspondía á nuestro domingo, en honor del Ser Supremo, nada menos que á cañonazos! ¡A fe mía que lo recuerdo muy bien! Según parece, había un cañón cargado en el fuerte Vauban á la entrada del puerto, dispuesto á echar á pique á toda barca que hubiera salido para pescar aquel día...

– Y hasta nos leyó en el púlpito, añadió Balanec, el papel que había encontrado en los archivos, referente al asunto, papel firmado con los nombres de los camaretenses de otro tiempo que eran parientes muy cercanos de los de hoy día, y no queriendo leer las firmas para no perjudicar á nadie, ofreció mostrar el documento á las personas interesadas y á los incrédulos, si querían ir á su casa... ¡A mí me parece que el rector tiene la cara de aquel domingo!

Después de anunciar la fecha en que se erigiría con gran pompa en el cementerio la Cruz de la Misión, que debía sustituir á la antigua, el padre Kerbiriou comenzó á censurar á los de Camaret con su

energía acostumbrada, su libertad en el decir y su familiaridad paternal.

Les acusó de mostrar poco ardimiento respecto á la religión, de su culpable indiferencia, la cual era causa de que muchos de ellos, desde su primera comunión ó desde su matrimonio, hubieran dejado de practicar sus deberes religiosos y no se acercasen ya al tribunal de la penitencia. Les conjuró á no incurrir más en semejante falta de religión, falta muy censurable, y les exhortó á todos á que se confesaran y comulgaran, en honor del día glorioso que brillaría pronto para su país. Esto sería para ellos, añadió, la inesperada ocasión de volver al gremio de la Iglesia, del que no hubieran debido salir nunca, de aquella Iglesia que no deseaba más que acogerlos con su indulgencia habitual.

En el arrebato de la palabra, y no hallando ya suficientes censuras que dirigir á su auditorio, lanzó éste inesperado apóstrofe:

– ¡Ya no venís al confesonario, donde estáis seguros de encontrar todos los auxilios, todas las gracias, y no vaciláis, apenas os aqueja un dolor, en ir allá abajo, á la casa del hombre del cabo de la Cabra, á riesgo de perder vuestra alma! ¡Preferís los consejos del Hechicero á los de vuestro rector!

En la iglesia reinó durante algunos minutos un silencio de estupor.

Y después, cuando el cura terminó al fin, diciendo que contaba con los buenos sentimientos de todos y con su recto juicio, prodújose un rumor confuso y creciente de palabras murmuradas en voz baja.

Algunas mujeres, inclinadas unas hacia otras, comunicábanse sus impresiones con cierto asombro é inquietud.

– ¿Qué tiene hoy el señor rector para mostrarse tan severo?

– ¿Qué puede haberle hecho el Hechicero para que nos hable así en el púlpito?..

Y otras graves frases que demostraban la inquietud que aquella insinuación acababa de producir en muchos ánimos.

En cuanto á Pedro Kerbiriou, no dejaba de conocer bien la naturaleza de la emoción especial que tan bruscamente había producido. Al tomar al Hechicero por asunto del fin de su sermón, no quiso referirse á ningún caso particular, ni tuvo más objeto que fijar en todos los recuerdos de una manera más positiva la grave censura que no cesaba de dirigir á la raza bretona, esa raza cuyas debilidades conocía tanto mejor cuanto que pertenecía á ella.

Lo que le sublevaba, en efecto, era la superstición de algunos de sus feligreses, que nada podía desarraigar, y que asistiendo poco á la misa, fuera de los ancianos y de los campesinos ó habitantes de los caseríos del interior, se obstinaban en creencias infantiles, en prácticas casi idólatras, haciendo menos caso al parecer de Dios ó de su religión que de algunas antiguas leyendas, arraigadas en lo más profundo de su duro cerebro armoricano.

Cuando pensaba en esto, reconociendo su impotencia para combatir aquellos restos de falsos dioses, en sus venas hervía una cólera de inquisidor, tan violenta, que necesitaba desahogarse para encontrar algún alivio.

Entonces la tomaba contra el Hechicero, como si aquel hombre humilde hubiera sido personalmente la causa, como si fuese la razón en vez de ser en realidad el objeto, como si hubiese estimulado abiertamente, favorecido y propagado la superstición, batiendo en brecha en cierto modo á la misma Iglesia.

Sin embargo, apenas conocía á Goalen; solamente le había visto, y nunca le dirigió la palabra.

Dos ó tres veces le había encontrado, bien á la cabecera del lecho de un enfermo, ó ya á la puerta de la casa de un moribundo á quien iba á prestar, como sacerdote, los últimos auxilios, cumpliendo con su santo ministerio, y cada vez había experimentado una sensación extraña, como si se hubiese hallado de repente en presencia material del Enemigo, del Espíritu del mal, personificado en aquel pastor seco y huesoso, con su ligera sonrisa, imperceptible para los incautos, siempre disimulada en los pliegues del semblante, en el ángulo del ojo y de la boca.

Y en cada una de aquellas ocasiones un vivo rubor había enrojecido sus mejillas, oleada de sangre que le subía rápidamente del corazón, y había sentido la acre y mordaz necesidad de anatematizar al que consideraba como un peligro público. Siempre entró en la vivienda del que le había llamado, con intención de decir al enfermo y hasta al mismo moribundo:

– ¡O él, ó yo; elija usted!

La frase estaba á punto de salir de su boca, como si hubiera dado á escoger entre el cielo ó el infierno; pero en seguida había prevalecido el impulso de su corazón bondadoso.

Una sed de lucha, de combate, lanzaba al apóstol á la defensa, á la conquista del alma que suponía atacada, vacilante, cogida ya tal vez, y que importaba salvar.

En aquellas raras circunstancias, Goalen se había esquivado, sin tratar nunca de hacer frente al sacerdote, y hasta atenuando delante de él aquella sonrisita irónica que era como una crítica tímida, una protesta ligera, humilde y sumisa ante el inútil ademán belicoso y amenazador del cura.

Parecía excusarse de su presencia, de su audacia, como si le causara una especie de vergüenza por el bien que acababa de hacer, el alivio que había podido dispensar, probando con su mutismo y su actitud que se lo habían pedido, sin que él se impusiera.

Entonces el sacerdote refunfuñaba interiormente, sin conseguir encontrar en aquel hombre el espíritu de orgullo que, según lo que le habían enseñado, debía caracterizar al Hechicero y servir de estigma al servidor del Enemigo.

Pero esto había servido para probar hasta qué punto prefería la gente ir á consultar al Hechicero para toda especie de cosas; de modo que aquél llegaba á hacer así una seria competencia á la Iglesia, como la hacía á la medicina, siendo el curandero de los males y al mismo tiempo también una especie de consolador de las almas, por sus leyendas, por sus relatos de los antiguos tiempos, por toda una filosofía sencilla, tomada en la continua y constante contemplación de la Naturaleza.

Goalen era, pues, un competidor fuerte y peligroso, y debía tratarle como enemigo, agobiándole sin compasión siempre que hallara ocasión de hacerlo; y he aquí por qué no tuvo ningún escrúpulo ni sintió la menor vacilación cuando le fué preciso señalar con un rasgo significativo, fácil de ser por todos comprendido, el sermón pronunciado para excitar la piedad en favor de la ostentación que debía darse á la próxima ceremonia de la Cruz de la Misión.

Lo que él no había podido adivinar, lo que él no podía prever, era la extraña coincidencia que le inducía á elegir como antagonista al Hechicero en el momento mismo en que la lucha entre él y Nedelek Goalen iba á tomar un carácter muy diferente, pasando del orden general al orden particular, del interés común al interés personal.

Y esto cuando Dionisio Le Marrec, su sobrino, se declaraba contra él y aliábase con su adversario, pidiendo á este réprobo, á esta especie de excomulgado, para quien se cerraban todas las iglesias de la península, que le aceptase como yerno, dándole á Genoveva por esposa.

Si algunos quedaron contristados é inquietos por el inesperado ataque del rector contra aquel que en diversas circunstancias les había prestado servicios que no querían olvidar, otros, por el contrario, se mostraron satisfechos.

Al salir de la iglesia, Balanec, deteniéndose bajo el mismo pórtico, entre los dos árboles que sombreaban la verja que da á la plaza, dijo en alta voz:

– ¡Nuestro rector ha hecho hoy obra de santo varón!..

En el fondo de su alma, Balanec conservaba un vago rencor contra la hija del Hechicero, que había sabido atraer sobre sí las miradas, las atenciones y la solicitud de Dionisio Le Marrec, pues vió en ello un ataque á sus derechos, á los de su hija, y quedábale cierta desconfianza contra todo cuanto pudiera venir por aquella parte, como si hubiese sospechado la verdad.

En efecto, ya comenzaba á parecerle que Dionisio tardaba mucho en declararse, que no iba ya á su casa con tanta frecuencia como durante las primeras semanas; y sin saber que la hija del Hechicero fuese la causa de esto, no le disgustaba que se vituperase á Goalen públicamente y que la Iglesia le rechazara. Sin duda alguna después de aquel violento apóstrofe del padre Kerbiriou, si su sobrino había conservado algún recuerdo compasivo de aquella á quien salvara, jamás osaría hablar de ello, ni menos intentaría volver á verla.

Tales eran las secretas razones que aquel domingo tenían á Balanec alborozado, comunicándole el aspecto alegre y satisfecho que ostentaba ante sus compatriotas.

Sentía tal necesidad de expansión, tal deseo de hacer partícipes á todos de lo que él experimentaba, que la emprendía con todo el mundo, mostrándose sarcástico cuando se dirigía á un secreto partidario del curandero. Este último sentimiento le indujo á dirigir á la criada del cura una frase agresiva.

– ¿Qué tal, Mannaik?. Parece que el señor rector ha dicho en pleno púlpito lo que hace al caso sobre el amigo de usted, el Hechicero...

La anciana hizo una mueca y repuso:

– Siempre son palabras sabias las que salen de boca del señor cura, tontón Juan María, y usted no me hará decir lo contrario por todo el oro del mundo; mas creo que no le incumbe á usted aprobar ó desaprobar. Sin duda tiene sus razones, dictadas por el Señor, de quien es representante para nosotros.

– ¡Diantre!, replicó Balanec con tono de burla y frotándose las manos alegremente, tal vez haya algunos que no dicen nada y que no están con él en este momento... Usted solía defenderle mucho, y paréceme que ahora no sabe qué decir. ¡Declararse en su favor es pecar contra la Iglesia, pues ya ha oído lo que ha dicho nuestro rector!..

Mariana le miró algunos instantes, con un extraño brillo oculto en sus pupilas, medio cubiertas por los pliegues de los párpados, y después contestó de pronto con acento casi amenazador:

– Yo no me mezclo en lo que no me importa. Si tontón Nedelek cree que debe hacer algo, bien se defenderá solo, no tenga usted cuidado..., pero hace usted muy mal en hablar así á cada momento contra él, que nunca le hizo nada.

Y con voz más sorda añadió lentamente:

– ¡Eso pudiera traerle á usted desgracia, lo cual no extrañaría á nadie!..

Balanec retrocedió un paso, encogiendo sus robustos y pesados hombros.

– No le temo, exclamó, ni á él ni á nadie; cuando se ha seguido siempre el camino recto, cuando se han llenado constantemente los deberes de hombre honrado y de buen cristiano, cuando se vive en el temor de Dios y de la Iglesia, un maligno hechicero como el hombre del cabo de la Cabra no puede atemorizar á nadie... ¡Ya se guardaría bien!..

Mannaik comprendió perfectamente la especie de temor supersticioso que se disimulaba mal bajo aquella brusca amenaza de Balanec, y repuso:

– Tampoco es hombre para hacerle á usted daño alguno, ni á usted ni á nadie, porque no sabe practicar más que el bien.

Estas palabras devolvieron su tranquilidad burlona á Balanec, el cual se encogió de hombros, refunfuñando:

– ¡Yo no le pido bien ni mal!.. ¡Que se quede donde está, que es buen sitio para él, en compañía de sus malas Piedras!.

– ¡Vamos, vamos, tontón Juan María, replicó Mannaik, no se haga usted más malo de lo que es!.. Un hombre honrado como usted debería mostrarse más tolerante.

Y con cierto aire de misterio añadió:

– ¿Puede uno saber nunca lo que le espera en este mundo?..

Balanec la observaba furtivamente, con ambas manos sepultadas en los bolsillos, preguntándose al parecer qué quería decir con sus frases enigmáticas; pero renunciando á adivinarlo, alejóse de la anciana y se contentó con mascullar entre dientes, poseído de cólera:

– ¡Vaya usted con Dios, charlatana!

Mannaik, sin embargo, le observaba pensativa.

Su cabeza, moviéndose varias veces, parecía indicar que en ella seguían su curso las reflexiones, como si hubiera sabido á qué atenerse sobre ciertas cosas que el pescadero ignoraba, y que ella había descubierto ó adivinado recientemente.

Al entrar en el curato, la primera persona que encontró fué Dionisio Le Marrec, que acababa de saber lo ocurrido en la iglesia y la interrogó sobre el particular.

– ¿Es verdad, Mannaik, preguntó, que mi tío ha proscrito de la parroquia á Nedelek Goalen?

La anciana no pudo reprimir un suspiro, y sus ojos se velaron de tristeza.

– El señor rector, contestó, tiene sus razones, y habla siempre por el bien de la Iglesia.

– ¡Pobre Faik!, murmuró Dionisio á media voz con expresión sombría.

Pero alzando luego la cabeza, con los puños apretados y como rebelándose, exclamó:

– ¡Vamos, ya lo veremos!.. ¡Aunque todos..., absolutamente todos, se declaren contra ellos, yo estaré por Faik!..

– ¡Decididamente la ama; no me había engañado!, dijo Mariana, que había oído estas palabras. ¡Pobres jóvenes!

Y como Dionisio se alejase desesperado, con lágrimas en los ojos, la anciana persistió en su resolución de apoyarle y defenderle, conservando un poco de rencor al pescadero, que se había mostrado tan duro.

– ¡Yo los amaré, exclamó, y así aprenderá ese Balanec!..

VIII

La ceremonia de la Cruz de la Misión debía celebrarse pocos días después del domingo en que Pedro

Kerbiriou dirigió á sus feligreses aquel sermón solemne, y estos días fueron para Dionisio Le Marrec un suplicio lento y cruel de todos los instantes, pues los pasó en un estado febril excepcional y extraordinario.

En distintas ocasiones le habían hecho comprender algunos de sus amigos que su tío profesaba cierta antipatía al hombre cuya hija había salvado; pero como el asunto no debía al parecer interesarle nunca muy de cerca, nadie había insistido al observar su aparente indiferencia, y él mismo no trató de saber más, creyendo en alguna mala inteligencia, ó tal vez en una insignificante disputa ocurrida hacía algún tiempo. Las palabras pronunciadas por el cura en el púlpito le desengañaron duramente, demostrándole que se trataba, no de la antipatía nacida de una cuestión de orden social, sino de un verdadero odio, casi de un sacrilegio.

Entonces, por primera vez comenzó á reflexionar larga y seriamente en todo cuanto había pasado desde su regreso, en todo lo que le había sucedido, y más que nunca comprendió la absoluta necesidad de no descubrirse, de conservar todas sus fuerzas, de acumular todos los argumentos para obtener el triunfo y vencer la serie de obstáculos que se oponían entre él y Genoveva Goalen.

Desde su regreso á Camaret, sin darse cuenta de ello, sin haber contribuído en nada, hallábase colocado entre los recuerdos de la infancia, que largo tiempo habían sido para él muy respetables, tal vez los más queridos, las amistades del país, los buenos compañeros y su brusco amor á la hija del Hechicero, á quien antes no conocía.

Jamás la había encontrado, en efecto, en ninguna de sus anteriores permanencias en tierra de Francia, y le había bastado, no obstante, verla una vez para enamorarse para siempre, condenarse y matarse si no la obtenía, si no llegaba á ser su esposa, á lo cual se había comprometido formalmente.

Después echó de ver que iba á descontentar, á resentir á personas queridas para él, á las que más amaba, debiendo luchar contra su tío el cura, y contra Juan María Balanec, aquel antiguo amigo de su familia. Adivinaba que debía combatir también, hasta cierto punto, la tentación de casarse con la hija del pescadero, aquella Reina Balanec, cuyas seducciones no habían pasado inadvertidas para él, á la que todos ensalzaban como la más hermosa joven de Camaret, y que, según su parecer, estaría dispuesta á tomarle por esposo. Sin embargo, en esto último le fortalecía la confidencia de su amigo Hervé Morvan, á quien no haría traición jamás.

Todas estas reflexiones, por secretas que las guardase, no escaparon, sin embargo, á todo el mundo, pues demasiados ojos acechaban en el país, demasiados oídos escuchaban y demasiadas curiosidades se mantenían despiertas para que los actos y ademanes de Dionisio Le Marrec no fuesen conocidos en sus menores detalles.

En Camaret, además de Hervé Morvan, que sabía á qué atenerse respecto de los amores de su amigo y que los favorecía con toda su voluntad, Mariana había sabido adivinar el secreto del joven, y ya algunas astutas comadres, siempre al acecho de lo que podría sobrevenir de nuevo en la calma de su monotona existencia, comenzaban á olfatear un misterio en el proceder del sobrino de Pedro Kerbiriou desde su llegada al país.

Más de una de las jóvenes de Camaret hubiera deseado mucho verse solicitada por el joven; pero como se conocían ya de antemano los deseos, poco ocultos, de Balanec, como se sospechaba en Reina cierta ternura para su antiguo amigo de la infancia y como todos estaban de acuerdo en reconocer que esto era muy justo, ninguna había osado hacer competencia á la hija del pescadero.

Mucha inquietud se produjo cuando por vagos rumores, llegados no se sabía de dónde y transmitidos por bocas que no se conocían ó no se querían descubrir, comenzó á circular la especie de que muy pronto se verían cosas sorprendentes en aquel asunto, y que no se debía anticipar nada prematuramente.

Algunas de aquellas conversaciones llegaron á oídos de la señora Dorso, la decana, y Luisa Pennegués fué la que, poseída de indignación, le dió á conocer la noticia que circulaba.

– ¿Querrá usted creer, tía Rosalía, exclamó, que ahora se pretende en todas partes que el sobrino del señor rector no piensa más que en aquella pequeña á quien salvó, ya sabe usted, la hija del Hechicero?.. ¡Cómo si esto fuera creíble!..

Al oir esta revelación, la dueña del Hotel de la Marina, dominado el primer movimiento de sorpresa, movió lentamente y largo tiempo la cabeza, cual si la noticia no la admirase tanto como se complacía en aparentar.

Y se limitó á murmurar á media voz, sin descubrirse:

– ¡Ah, ah, quién lo diría!

Pero la otra insinuó con más instancia, deduciendo las consecuencias.

– ¿Pues y nuestra Reina, qué pensará de todo eso cuando lo sepa y vayan á decírselo?

La decana hizo una ligera mueca con los labios.

– ¡Oh!, exclamó, no le faltarán seguramente enamorados, y según creo, jamás ha dicho que amaba á Dionisio Le Marrec... En tal caso ya comprenderá usted, mi buena Luisa...

No concluyó la frase, acordándose de pronto de Hervé Morvan, á quien apreciaba mucho por su laboriosidad y su buena conducta, y cuyas asiduidades para con la hija de Balanec le eran bien conocidas.

– Ciertamente, continuó la viuda Pennegués, sus viajes á tantos extraños países han comunicado á Le Marrec un gusto muy extravagante, pues en Camaret, ninguno más que él vacilaría entre la Reina de Balanec, tan hermosa joven y tan buen partido, y aquella otra de allá abajo, que no la iguala bajo ningún concepto. Pero sin duda Dionisio no ve ya las cosas como los de por aquí las vemos.

Más razonable, y reflexionando mejor, la decana replicó:

– Pero Luisa mía, ¿qué encuentra usted de extraordinario en todo eso, admitiendo que la historia de usted sea verdadera, puesto que hasta ahora todas son habladurías?

– ¡Sí mi historia es verdadera, Dios mío!.. ¡Pues si todo el mundo lo dice!..

La viuda no hubiera vacilado en hacer una afirmación rotunda en el calor de su charla, por más que no recordase á punto fijo quién le había dicho aquello de que se hacía eco.

La decana aparentó ceder.

– Bien mirado, dijo es muy posible; pero vea usted cómo en todo eso no hay nada de extraño, según le dije antes. ¡Aquí se trata del amor, más fuerte que todo!

– ¡Por Reina lo comprendería!, insistió Luisa Pennegués.

La otra se impacientó, en su sed de justicia é imparcialidad.

– ¡Vamos á ver!, exclamó. Genoveva es una muchacha honrada, ¿no es verdad?.. Y porque su padre sea el Hechicero, nadie puede impedir que la amen... Por otra parte, respecto al hombre del cabo de la Cabra, yo no pienso como muchos de aquí, pues he ido á verle y he hablado con él en su casa el día en que conduje allí á Faik. Es un padre como todos los padres, mejor que otros muchos; y en cuanto á su hija, es muy linda, de carácter dulce y laboriosa; y lo mismo que nuestra Reina, podrá ser una esposa honrada. ¿Por qué no quiere usted que ella encuentre á quien agradar?

La conversación quedó aquí; Luisa no encontró más objeciones que oponer, pero no volvió á su casa convencida, pues persistía en sus ideas.

Así fué como, mientras que Dionisio Le Marrec veía con alguna ansiedad acercarse la hora en que su secreto se descubriría públicamente para todos, este mismo secreto comenzaba á revelarse ya, pasando de boca en boca, abultado, enconado con todos los comentarios malévolos; y se podía prever el instante en que las partes interesadas le conocerían bajo su peor aspecto, si él mismo no se apresuraba á descubrirle.

IX

– ¡Magnífico tiempo hoy, verdadero tiempo de fiesta el que se presenta esta mañana!

Balanec, en su paseo matinal por el muelle, al dirigirse al astillero del Styvel, donde se acababa de dar la última mano á los preparativos de la ceremonia de la Cruz de la Misión, que debía efectuarse por la tarde, era quien dirigía este jovial apóstrofe á Dionisio Le Marrec, muy engolfado en conversación con su compañero Hervé Morvan.

Los dos se vuelven, saludan al pescadero, que prosigue su marcha balanceándose, y miran lentamente á su alrededor, cercados de pronto por una atmósfera cuya influencia sienten más que nadie, por haber estado largo tiempo privados de ella.

En efecto, el gris domina por doquier, el gris, el verdadero color del alma bretona, del país bretón.

El tiempo, el cielo, el mar y el paisaje tienen un tinte gris; todo está sembrado de esa fina é impalpable ceniza opaca y melancólica que se presta al misterio, evoca el sueño, estimula las visiones y comunica á todos los objetos un carácter particular de interesante tristeza.

Por todas partes se ven los tintes grises, que invaden el espacio, el Océano y las tierras, dándoles ese tono, la gran poesía del país armoricano, de las puntas brumosas donde flota lo infinito, donde se comprende mejor lo sobrehumano, donde se siente más el poder de la Naturaleza.

La costa brava de la península de Roscanvel está suavizada por una neblina de color azulado, tenue y ligera como una gasa, de aspecto encantador. El mar parece una inmensa placa de estaño, que presenta acá y allá visos verdes y amarillentos, y no se ve ni una ola, ni un remanso de espuma en los picos amenazadores de las rocas bajas, ni una arruga en la inmensidad plana del agua, que parece reposar en un sueño de gigante.

– ¡Día de fiesta, día de fiesta!.. ¡Hay que verlo todavía!.. Lo será si la cosa va bien, murmura en voz baja Dionisio Le Marrec.

Pero su compañero le reanima con un fuerte y afectuoso apretón de manos, contestando valerosamente:

– No te atormentes; yo tengo confianza.

– Gracias, Hervé, tú eres mi amigo, y por lo tanto, puedes tener confianza en mí. Hallándose en el astillero Balanec, su hija debe estar sola, y podré hablarla; lo mejor es que ella también esté de antemano al corriente de lo que ha de suceder. Es una buena muchacha, un corazón de oro, y con ella podrá uno explicarse siempre como compañero mejor que con su padre, muy buen hombre en verdad; pero demasiado imbuído en sus ideas y tenaz en sus proyectos

Y dichas estas palabras, que debían poner término al diálogo que acababa de mediar, Dionisio, tranquilizado, aunque latiéndole algo más de prisa el corazón, á pesar de la firmeza de su resolución, se dirigió hacia la casa de Balanec, situada cerca de la Iglesia.

Cuando entró, la joven, vestida ya é inmóvil delante del espejo, acababa de arreglar su toca.

Parecía absorta en tan profundas reflexiones, que la entrada del joven no la distrajo de ellas, y así es que durante algunos momentos Dionisio pudo contemplarla á su sabor y admirarla en su traje de procesión.

Con su esbelto talle, mejor ceñido que nunca en el corpiño bien ajustado de su vestido nuevo de seda de suave color, con su chal de crespón de la China, cubriendo los redondos hombros y dejando el cuello libre por medio de tres ó cuatro pliegues recogidos por un alfiler, y con su gracioso delantal de tela tornasolada, Reina pareció á Dionisio más linda, más seductora de lo que nunca le había parecido.

Mientras examinaba su hermosa cabeza y sus finas facciones, realzadas por la blancura de los bordados de la toca, puesta con cierta coquetería sobre el cabello castaño claro, casi rubio, sintió como si un torrente de luz penetrase en sus ojos.

Admirado y seducido, estuvo á punto de exclamar:

– ¡Qué hermosa está usted, Reina!

Parecíale no haberla visto nunca así.

Sin embargo, bastantes ocasiones había tenido para contemplarla; pero jamás había visto en ella sino una compañera, una amiga, casi una hermana. Era preciso que de pronto, en el momento en que iba á decirle que amaba á otra, se presentase al fin á él en su radiante belleza de mujer, de una mujer que le habría bastado pedir para obtenerla por compañera de su vida.

Este pensamiento fué tan rápido y tan intenso en él, que durante un momento quedó como sobrecogido, preguntándose con inquietud qué pasaba en su corazón en aquel instante decisivo.

Necesitó hacer un esfuerzo para sustraerse á la influencia de aquella repentina seducción, para poner de nuevo entre Reina y él mismo el pálido y enigmático rostro de Faik, los ojos profundos y el cabello de oro de aquella á quien amaba.

Dominando su turbación, pero tan vacilante que debió apoyar la mano en la pared, adelantóse algunos pasos y dijo, oprimida la garganta y latiéndole las sienes con inusitada violencia:

– Reina, quisiera hablar con usted.

La joven se volvió sobrecogida, dejando escapar un ligero grito, pues creía estar sola.

– ¡Ah!.. ¿Qué hay? ¿Qué me quieren?

Pero después, una sonrisa iluminó su semblante, comunicándole una exquisita expresión de alegría, de placer, de confianza.

– ¡Ah!, ¿es usted, Dionisio?, exclamó

Y pasó suavemente la mano sobre sus ojos, como para desviar las visiones que acababa de tener.

Desde por la mañana no había dejado de reflexionar ni un momento, cada vez más turbada é indecisa sobre los sentimientos de su corazón, combatido siempre entre los recuerdos queridos que conservaba, entre el cariño que por igual profesaba á Dionisio Le Marrec y á Hervé Morvan.

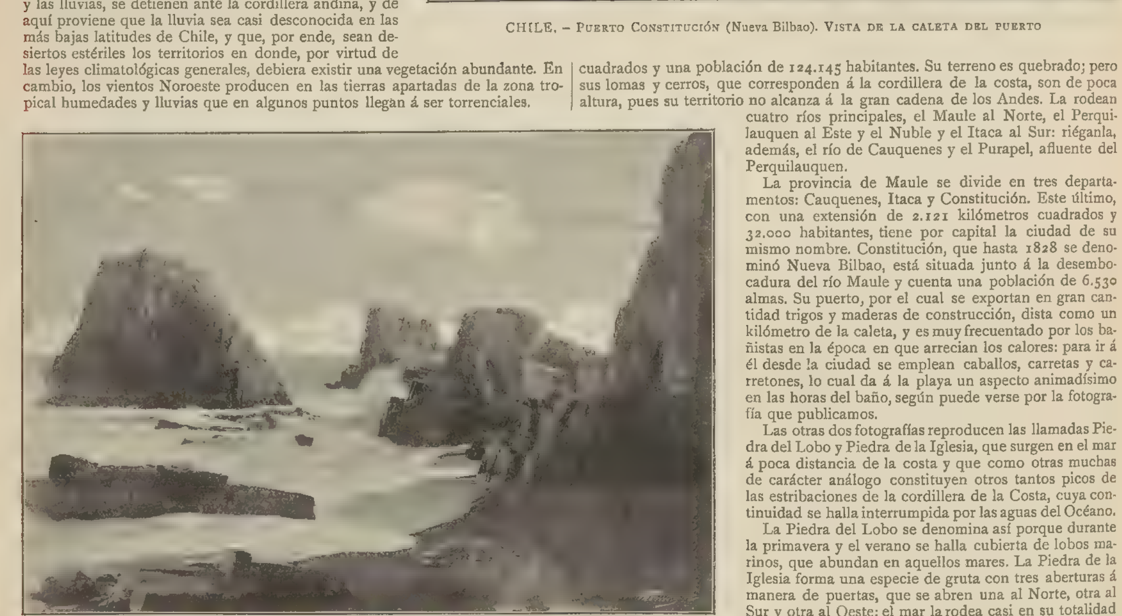
(Continuará)

CHILE. – Puerto Constitución

Tiene el territorio de Chile una extensión de 4.900 kilómetros casi en línea recta, y toca por el Norte á las regiones tropicales, mientras por el Sur alcanza latitudes cuya temperatura se aproxima á la de los países cercanos á la zona circumpolar. Su suelo comienza por desiertos áridos, secos y estériles para todo cultivo y al parecer inhabitables; mas á medida que se prolonga hacia el Sur, á medida que la humedad aumenta, aumentan también la vegetación y la vida animal, que luego vuelven á decrecer al acercarse á las regiones más frías.

Este fenómeno climatológico, que ha influído poderosamente en la distribución y en el desarrollo de la población chilena, es debido á la estructura orográfica de aquel suelo, por el que corren paralelamente de Norte á Sur dos cordilleras: una, la de los Andes, de montañas ásperas, abruptas, volcánicas, algunas de cuyas cimas se pierden en la región de las nieves eternas; otra, la cordillera de la Costa, formada por cerros bajos, por macizos dispersos y desordenados, frecuentemente unidos con los contrafuertes que de la de los Andes se desprenden. Por entre estas dos cadenas extiéndese un valle, angosto por el Norte, dilatado en el centro y que hacia el Sur ensánchase ó se estrecha según los accidentes de las montañas que lo aprisionan.

Debido á esta configuración, los vientos del Este, los que en los países tropicales llevan consigo la humedad y las lluvias, se detienen ante la cordillera andina, y de aquí proviene que la lluvia sea casi desconocida en las más bajas latitudes de Chile, y que, por ende, sean desiertos estériles los territorios en donde, por virtud de las leyes climatológicas generales, debiera existir una vegetación abundante. En cambio, los vientos Noroeste producen en las tierras apartadas de la zona tropical humedades y lluvias que en algunos puntos llegan á ser torrenciales.



CHILE. – Puerto Constitución. Vista de la Piedra del Lobo

La hidrografía fluvial de Chile está sometida á la acción de estos fenómenos climatológicos; así es que en la región septentrional son punto menos que desconocidos los ríos y los arroyos, los cuales comienzan á aparecer más hacia el centro, y se hacen más frecuentes y caudalosos en las latitudes bajas, hasta descender al mar en forma de ventisqueros majestuosos en las inmediaciones del estrecho de Magallanes. La vegetación sigue en esta progresión misma: nula en el extremo Norte, y reducida luego á las orillas de los riachuelos, preséntase exuberante en el centro del territorio y se ostenta en selvas de verdadera riqueza tropical en el extremo Sur. Allí, empero, comienza á faltar el calor, y el cultivo de las plantas más útiles y necesarias se hace difícil y poco productivo.

Chile es rico en minerales; su suelo encierra casi todos los metales conocidos; y los metales explotados, por su orden de importancia, son el cobre, la plata, el plomo y el oro, el primero de los cuales coloca á aquel país á la cabeza de todos los demás que lo explotan, puesto que Chile suministra más de la mitad del que consume el mundo entero.

La población chilena compónese de dos elementos, el indígena primitivo, que se divide en fueguino, araucano y chango, y el conquistador, de origen europeo, que forma la gran mayoría.

La superficie total del territorio de Chile es de 753.216 kilómetros cuadrados, y su población se eleva á tres millones y medio de habitantes.

La república chilena está dividida en veintitrés provincias y setenta y cinco departamentos, gobernados respectivamente por intendentes y gobernadores.

La provincia de Maule, á la que pertenece Constitución, de donde son las vistas que en esta página reproducimos, tiene una superficie de 7.591 kilómetros



CHILE. – Puerto Constitución (Nueva Bilbao). Vista de la caleta del puerto

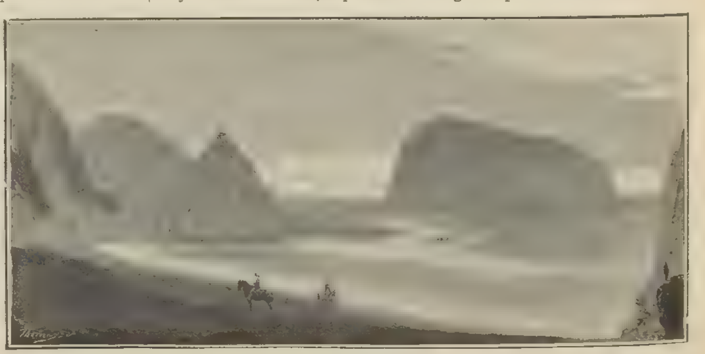
cuadrados y una población de 124.145 habitantes. Su terreno es quebrado; pero sus lomas y cerros, que corresponden á la cordillera de la costa, son de poca altura, pues su territorio no alcanza á la gran cadena de los Andes. La rodean cuatro ríos principales, el Maule al Norte, el Perquilauquen al Este y el Nuble y el Itaca al Sur: riéganla, además, el río de Cauquenes y el Purapel, afluente del Perquilauquen.

La provincia de Maule se divide en tres departamentos: Cauquenes, Itaca y Constitución. Este último, con una extensión de 2.121 kilómetros cuadrados y 32.000 habitantes, tiene por capital la ciudad de su mismo nombre. Constitución, que hasta 1828 se denominó Nueva Bilbao, está situada junto á la desembocadura del río Maule y cuenta una población de 6.530 almas. Su puerto, por el cual se exportan en gran cantidad trigos y maderas de construcción, dista como un kilómetro de la caleta, y es muy frecuentado por los bañistas en la época en que arrecian los calores: para ir á él desde la ciudad se emplean caballos, carretas y carretones, lo cual da á la playa un aspecto animadísimo en las horas del baño, según puede verse por la fotografía que publicamos.

Las otras dos fotografías reproducen las llamadas Piedra del Lobo y Piedra de la Iglesia, que surgen en el mar á poca distancia de la costa y que como otras muchas de carácter análogo constituyen otros tantos picos de las estribaciones de la cordillera de la Costa, cuya continuidad se halla interrumpida por las aguas del Océano.

La Piedra del Lobo se denomina así porque durante la primavera y el verano se halla cubierta de lobos marinos, que abundan en aquellos mares. La Piedra de la Iglesia forma una especie de gruta con tres aberturas á manera de puertas, que se abren una al Norte, otra al Sur y otra al Oeste: el mar la rodea casi en su totalidad por lo que se hace muy difícil su acceso. En su interior está cubierta de agua y su bóveda tendrá unos 10 ó 12 metros de altura. Estas dos piedras son, por su estructura, dos curiosidades geológicas, y á título de tales las reproducimos.

Las tres fotografías que publicamos nos han sido remitidas desde Talca por D. Juan Manuel Poblet, á quien damos las gracias por su atención. – X.



CHILE. – Puerto Constitución. Vista de la Piedra de la Iglesia
(de fotografías remitidas por D. Juan Manuel Poblet)



CONSTANTINOPLA.—Exposición en la Gran Maestranza de Artillería de las máquinas explosivas encontradas en los domicilios de los agitadores armenios. (De fotografía)

EXPOSICIÓN

DE LAS MÁQUINAS EXPLOSIVAS DE LOS ARMENIOS EN CONSTANTINOPLA

A consecuencia de los disturbios ocurridos en Constantinopla, la policía turca practicó varios registros domiciliarios en las casas de los armenios sospechosos, y ha reunido en una sala de la Gran Maestranza de Artillería todas las máquinas de destrucción encontradas en las viviendas de los agitadores, tales como bombas, revólvers, fusiles, cuchillos y otras clases de armas.

Esta exposición curiosa ha sido muy visitada.

Entre las armas, materias explosivas y demás objetos expuestos figuran los que se encontraron en el Banco Imperial Otomano, que son unos 11 kilogramos y medio de dinamita, 48 bombas con cápsulas, 25 cartuchos de dinamita, 5 paquetes de cápsulas, 100 cartuchos de revólver, una caja de cápsulas para bombas, un saco vacío, cuatro metros de mecha de dinamita, 10 cajas de cápsulas de revólver y una caja larga de fósforos.

De la misma procedencia son otras 7 bombas entregadas por el referido Banco. Las demás armas y materias explosibles provienen de Psamatia, Vlanga, Scutari, Pera y Hasskeny: en la escuela armenia de Psamatia se descubrió una bomba rectangular con 16 cápsulas y otras dos de forma esférica con 20 ó 30 cápsulas cada una.

En las casas y jardines de cuatro armenios situadas en un mismo barrio de la población últimamente citada, se han encontrado 15 bombas y 2 revólvers. La policía de la misma localidad envió á la capital 36 bombas esféricas sin cápsulas, un paquete de cápsulas de dinamita y 6 cajitas de cápsulas ordinarias.

Si hubiésemos de seguir mencionando todo lo que la policía turca descubrió en estos registros, la lista sería interminable. El grabado que publicamos encima de estas líneas nos releva de entrar en mayores detalles, pues da perfecta idea del número é importancia de máquinas de destrucción encontradas en poder de los armenios.

La mayor parte de las bombas son de fabricación tosca, pero algunas están perfectamente confeccionadas. Las hay de distintos tamaños, viéndose en aquella exposición cinco que tienen un diámetro de 26 centímetros cada una, pero la mayoría son granadas de mano, cuyo diámetro varía entre 5 y 10 centímetros.—X.



LOS PERIODISTAS ESPAÑOLES EN ITALIA.

Grupo de periodistas españoles y florentinos en Florencia (de fotografía de G. Brogi)

LOS PERIODISTAS ESPAÑOLES EN ITALIA

Ya lo dijimos en el número 770 de La Ilustración Artística, al ocuparnos de la botadura del *Cristóbal Colón:* los periodistas españoles que estuvieron en Italia á presenciar aquel acto fueron en todas partes solícitamente obsequiados y aclamados con entusiasmo. En Génova, en Florencia, en Roma, sus colegas italianos, las corporaciones oficiales, el pueblo en masa, se desvivieron por demostrarles con cuánto placer recibían su visita. Banquetes, recepciones, funciones de gala en los teatros, excursiones artísticas, de todo hubo para los representantes de nuestra prensa, que apenas pudieron hallar un momento de descanso en los días que allá estuvieron y cuya presencia era siempre acogida con esos vivas á España que tan dulcemente suenan en los oídos de los españoles que fuera de ella se encuentran. El grabado que publicamos reproduce el grupo de nuestros paisanos y de los periodistas florentinos y está tomado de una fotografía de G. Brogi.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 26 de octubre de 1896 — Núm. 774

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESTUDIO, de José Llovera

ADVERTENCIA

Con el número 773 hemos repartido á los suscriptores de la **Biblioteca Universal** el tomo cuarto y último de **América. Historia de su colonización, dominación é independencia.** Con él queda completada tan importante obra, que ha merecido los más entusiastas elogios de los críticos, así españoles como americanos.

Para aquellos de nuestros suscriptores que por serlo con posterioridad al reparto de los otros tomos no posean los tres primeros y deseen adquirirlos, se los ofrecemos al precio excepcional para ellos de **cinco pesetas** cada uno.

Los que no acepten esta combinación y no quieran el tomo que repartimos podrán escoger en vez de éste una de las obras siguientes:

Los ecos de las montañas, por D. José Zorrilla, con preciosas láminas de Gustavo Doré, reproducción reducida de las que adornan la edición monumental.

En familia, interesante novela de Héctor Malot, premiada por la Academia Francesa, profusamente ilustrada.

La leyenda de los Tenorios, por D. José Zorrilla, con hermosos dibujos de José L. Pellicer

La guerra franco-alemana (1870-71) por el mariscal conde de Moltke, con profusión de grabados

La última sonrisa, novela de Luis M. de Larra, ilustrada por Alfredo Perea.

Suplicamos á nuestros suscriptores que por conducto de nuestros corresponsales y repartidores nos avisen por cuál de estas dos combinaciones optan, y en caso de querer en vez del cuarto tomo de **América. Historia de su colonización, dominación é independencia** alguna de las otras obras citadas, nos manifiesten cuál de éstas desean.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CUENTOS DE ANTAÑO

Pasar ocho ó diez días en Toledo, sin más propósito ni ocupación que empaparse de su ambiente y recorrer sus callejuelas intrincadas y sus costanillas y *rodanderos;* vagar por entre maravillas artísticas en completa soledad, excitar la fantasía, salir momentáneamente de la realidad vulgar y no contar alguna mohosa leyenda... no cabe en lo posible. Diréis tal vez que las leyendas no encajan bien en el marco de la vida *contemporánea*. Es un error. Nuestra vida está hecha, como decía el gran poeta, de la tela de nuestros sueños: no vivimos sólo en el sentido fisiológico, ni aun en el intelectual: también se vive por la imaginación, y de esa vida nace muchas veces el arte. No hay artista contemporáneo, no hay siquiera aficionado á la belleza artística, que no viva, por ejemplo, una semana en el siglo XIII, cuatro días en el XVI, quince en la época romana, un mes en Grecia..., todo ello según los gustos, las predilecciones estéticas, las lecturas y la sensibilidad de cada cual. Nuestra fantasía moderna es una planta que toma jugo del pasado; y este fenómeno ya no es de hoy, ni se deriva, como algunos creen, del romanticismo: en el período clásico sucedía lo propio: hoy se evoca la Edad media, entonces se evocaban las edades paganas, el Olimpo y los Campos Elíseos, pero siempre el *ayer.* Vivamos, pues, por una hora entre los visigodos, y recordemos en qué misteriosas y maravillosas circunstancias vino al mundo el infante D. Pelayo, duque de Cantabria, iniciador de la reconquista y fundador de la nacionalidad española. El verdadero sabor de esta leyenda lo apreciaríais bien si la escuchaseis á orillas del Tajo, en un lugar donde el río ensancha su cauce y se apresura con viva corriente, entre espesos cañaverales, salvias floridas y silvestres heliotropos, para sosegarse cuando besa el pie de la esbelta torre semi-árabe conocida por *el baño de la Cava*, como si ante el recuerdo más ó menos apócrifo de nuestra perdición, el sacro río sintiese melancolía y se deslizase tímido y callado. Allí, al pie de una noria moruna, cuyos cangilones suben llenos de agua fresquísima – mientras el labrador de la vega acomoda pimientos y berenjenas en una cesta de mimbre para llevarlos al mercado al amanecer, – es donde debe leerse la interesante historia de los amores y desventuras de doña Luz, nieta de Chindasvinto, y del duque D. Favila, aquel á quien ahogó un oso, cazando en los breñales asturicenses.

Ha de saberse, pues, que el rey Egica, antepenúltimo en la serie de los monarcas godos, había subido al trono casándose con la hija de Ervigio, destronador de Wamba. Egica era sobrino del desposeído rey, y Ervigio, al darle la mano de su hija Egilona, le hizo jurar que ampararía á toda su raza, y que jamás trataría de vengar el destronamiento de Wamba y el veneno que le había propinado para volverle chocho y lelo. A pesar del juramento, Egica no olvidaba el agravio de su tío, y el crimen de Ervigio al envenenarle y desposeerle: en términos que, muerto Ervigio ya, su yerno apeló á un Concilio para que de su juramento le desligase, y apenas desligado, apresuróse á repudiar á la reina Egilona y perseguir de muerte á toda la estirpe de Ervigio, con dura mano y saña, dicen los historiadores, que, por otra parte, no afean en esto el proceder de Egica.

Cuando pienso en la conducta del rey, comprometiéndose á proteger la sangre de Ervigio y haciendo lo contrario, hasta el extremo de repudiar á la pobre Egilona, que de nada tenía la culpa, y que ya le había dado un hijo varón, no puedo menos de creer que el busilis de los actos del godo fué que Egilona «no halló gracia en sus ojos,» según la frase bíblica. Si á Egica le gustase por los gustares la señora Egilona, á buen seguro que así se acuerda de las demasías que su padre cometió con Wamba, como de las nubes de antaño. Forzosamente Egilona padecía erisipela en la cara, ó tenía cansado el aliento, ó las piernas torcidas; aunque también pudo ocurrir que siendo la leyenda que voy á narrar verdadera y auténtica, y enamorándose Egica rabiosamente de la sin par doña Luz, le desagradase Egilona á pesar de ser un dechado de gracias y perfecciones; que si el amor es ciego, el enamorado sólo tiene ojos para lo que le cautiva y embelesa.

Era doña Luz, según se ha dicho, nieta del rey Chindasvinto y hermana de D. Rodrigo, andando los tiempos vencido en el Guadalete; y como por ser tal su calidad vivía en palacio, al lado de Egica y Egilona, encontró fácil ocasión el godo de prendarse de su candor y beldad. Pero la doncella tenía ya hecha elección, y correspondía al amor de su tío carnal el duque D. Favila, que por verla y requerirla se vino desde Cantabria á la corte de Toledo. Opuso, pues, doña Luz á las pretensiones del rey un pecho de diamante, y en cambio abrió á D. Favila las puertas del corazón, y una noche, las de su aposento, con el honesto fin de prometerse por su esposa, delante de una imagen de la Virgen. En aquel tiempo semejantes promesas poseían una fuerza y un valor de que hoy carecen, y revestían cierto carácter de legalidad, especialmente cuando no había otro recurso; así es que comprometidos ante Dios doña Luz y el duque de Cantabria, viéronse otras muchas veces, á hurto de todos, en aquel mismo lugar, y la dama se encontró encinta «por permisión divina,» añade algún cronista viejo.

Ya entonces el desdeñado Egica andaba receloso y barba sobre el hombro, sospechando que doña Luz ocultaba otro amor; mas por mucho que atisbó, no sorprendió las nocturnas visitas de D. Favila, de lo cual se deduce que doña Luz estaba bien servida de medianeros, ó que Egica no nació para polizonte. Fué preciso que (como dice el doctor Lozano) empezasen las dueñas y el rey á mirar á doña Luz más á las basquiñas que á la cara, para que el cotarro se descubriese. La avergonzada y medrosa doña Luz, sintiendo que se acercaba la hora, ordenó á sus confidentes que hiciesen construir en secreto un arca embreada donde no entrasen aire ni claridad, y cuando hubo llegado el trance y venido al mundo un hermoso infante, le bautizó con agua, le llamó Pelayo, le puso al cuello ciertas señas, cédulas y medallas, y á media noche las fieles criadas echaron el arca al Tajo, donde era más recia la corriente.

Dirás, lector, que si en el arca no entraba aire, el niño se asfixiaría. Lo mismo se me ocurrió á mí, y sospecho que deben andar en este punto poco verídicos el moro Rasis y otros cronistas, y que doña Luz sin duda mandó hacer en la tapa del arca algún agujero por donde el chiquitín respirase. Ello es que el arca, que encerraba la salvación de España, el futuro vencedor de Covadonga, descendió llevada por las ondas, envuelta en un grande y dorado resplandor, lo cual consoló á las criadas mucho, y á la desconsolada madre cuando se lo refirieron. Y también debió de holgarse el Tajo, no teniendo ya que envidiar al Nilo su Moisés. Deslizóse el arca suavemente río abajo, y cerca de la villa de Alcántara la vió un caballero que se divertía en cazar, y que era por señas tío de doña Luz; casualidad feliz, como lo fué que, habiendo recogido el buen caballero el arca y sacado al niño, que estaba á punto de muerte, pudiese inmediatamente descubrir á una señora recién parida, que se ofreció á amamantarle. Y ya tenemos al tierno don Pelayo sano y seguro.

Rabioso entretanto de celos el rey Egica, como había observado el embarazo de doña Luz, y notando que ya el talle de ésta recobrara su primrtiva esbeltez juncal, se dió como Herodes á hacer pesquisa de los niños bastardos nacidos en Toledo y sus contornos desde tres meses hacía, con propósito de hacer una hecatombe general, á fin de que el de doña Luz no escapase. Pero acaeció que, siendo indudablemente aquellos tiempos punto menos corrompidos que los actuales y Toledo harto más poblada que en el día, Egica se encontró una lista de treinta y cinco mil y pico de rapaces, nacidos fuera de la Iglesia en tal plazo; y como no era fácil degollarlos á todos, fué preciso no degollar á ninguno.

Frustrado este ardid, Egica, á quien no se le quitaba la mala intención, discurrió otro arbitrio para vengarse, y fué buscar un caballero felón y malandrín, que delante de toda la corte retase de incontinencia y liviandad á doña Luz, pidiendo para ella ejemplar castigo, por haber cometido el pecado en el palacio real. La afligida y abochornada señora pidió que la concediesen espacio para hallar un campeón de su honra; publicóse la liza según las costumbres de aquel siglo, y D. Favila, que se hallaba en sus estados de Cantabria, tuvo tiempo de venir y aceptar el reto del difamador de la dama, arrojándole la gabardina, que equivalía al guante; al otro día, en público palenque, lidiaron primero con lanza y á caballo, con espada y á pie después, hasta que Favila, sujetando al traidor boca á tierra, le cortó la cabeza á cercén, y lanzó el sangriento trofeo á los pies de su secreta esposa.

Ya se colige que Egica quedó hecho una sierpe, y no dejó de incitar á otro mal hidalgo para que insistiese en la acusación á doña Luz; por lo cual hubo nuevo palenque, nueva victoria de D. Favila, y otra cabeza más que mordió el polvo con lívidos labios á las plantas de la injuriada princesa. Y aquí de la confusión de Egica, de la alegría de doña Luz y del asombro de la corte, que aplaudió la cortesía de Favila, no menos que su coraje y denuedo.

Las noticias del palenque llevaron á la corte á aquel caballero, tío de doña Luz, que había recogido el niño del arca. Una sospecha cruzó por su mente, y para apurarla interrogó á la camarera de doña Luz. La camarera, leal hasta el crimen, al recelar que aquel señor podía conocer el secreto de su ama, le llevó á una ventana que daba al río, con ánimo de despeñarle; pero arrepentida de su mal propósito, acabó por confesarle íntegra la verdad de los ocultos amores y del nacimiento del infantico Pelayo. Y el buen viejo, deseoso de arreglar este enmarañado asunto, reunió á los parientes y deudos de doña Luz, y les propuso que para restaurar completamente su honra la casasen con el vencedor del palenque, D. Favila, que tan bien había sabido defenderla y volver por ella. De malísima gana tuvo el rey que otorgar el permiso, pero no sin buscar reservadamente una especie de jayán terrible y feroz, que desafiase á Favila, á ver si en el tercer lance lograba, con matarle, impedir la boda. Tanta maldad no podía consentirla la Providencia, que protegía visiblemente á D. Pelayo y á sus padres. Y cuando estaban ya los dos campeones lanza en ristre y preparándose á la embestida, aparecióse en la arena un santo ermitaño, á cuyo aspecto venerable, luengas barbas, inspirado rostro y fulgurantes ojos bajaron las armas los dos enemigos, y el atravesado de Egica se echó á temblar. Motivo había para el temblor, porque el ermitaño, allí delante de todo el mundo, le cantó al rey las verdades, y se enteraron la corte y el pueblo toledano de que sólo el mal deseo y el torpe amor de Egica eran móviles de la acusación á doña Luz y los desafíos y muertes consiguientes. A la reprensión del hombre de Dios se ablandó el corazón del culpable rey; arrepintióse, cesó el desafío, se celebraron las bodas, apareció don Pelayo en brazos de su ama, y quedaron todos contentísimos. Esta es la leyenda del salvador de España, del nuevo Moisés, y sentiré que los asturianos la combatan, que de fijo la combatirán, por no perder la honra de haber dado cuna á Pelayo en las montañas donde nació nuestra independencia.

Los finos amantes doña Luz y D. Favila se quisieron entrañablemente hasta el fin. ¿En qué se funda esta afirmación siempre atrevida? En un capitel del claustro de la colegiata de Santillana, testimonio bien auténtico. Allí se ve á D. Favila despidiéndose de su esposa para salir á la caza del oso que tan cara le costó, y á doña Luz suplicante, acongojada, herida por cruel presentimiento, tendiendo los brazos para detener en ellos al intrépido cazador, á quien aguarda la muerte en los de la fiera.

Emilia Pardo Bazán



LAS PRIMITIVAS PINTURAS
DE LA CAPILLA SIXTINA

24 de octubre de 1481

Pinturas al fresco, ejecutadas por Sandro Botticelli, Lucas Signorelli, Ghirlandajo, Perugino y Roselli

De las pinturas que hacen famosa esta capilla, habré de ocuparme en otras dos *efemérides* más, porque no son los estrechos límites de un solo artículo suficientes para dar cabal idea de la obra portentosa del genio de Miguel Angel. Hoy pretendo conmemorar las primitivas pinturas de la Sixtina, aún conservadas y respetadas por el gran florentino, y que, á pesar de la superioridad incontestable de las ejecutadas por éste, admiran los inteligentes, y que á mi entender son base (sobre todo las de Botticelli) de la flamante reacción mística que se observa en la pintura de estos últimos años del siglo actual

La capilla Sixtina está en el palacio Vaticano, residencia de los Papas. Fué el fundador de ella Sixto IV, quien la mandó construir en 1480, según unos, según otros en 1478, con objeto de celebrar las ceremonias de la Semana Santa. En esta capilla, de una sola nave, se reunen los días jueves y viernes de la citada semana los llamados *chantres* del Papa y los tenores *artificiales*, como dice un escritor francés aludiendo á la condición fisiológica de tales tenores.

Ninguna emoción estética existe superior á la que produce la asistencia á los oficios divinos en esos días.

Arriba, en la bóveda, en los lunetos, en el altar mayor, la colosal creación de Miguel Angel; en los muros laterales, en grandes recuadros ó entrepaños, las pinturas de Botticelli, de Ghirlandajo, del Perugino, de Signorelli y de Roselli; en las gradas, ocupando hasta la verja, el Sacro Colegio con sus brillantes vestiduras, la corte pontificia, la guardia palatina con sus uniformes vistosísimos y sinnúmero de clérigos de todas categorías; allá arriba, al fondo, los *tenores*, conjunto de voces sin igual, voces de una pureza sin parecido, ni masculinas ni femeninas, de una frescura, de un timbre que solamente puede compararse con el rebotar del hilillo de un manantial de agua clarísima y fina en un arroyo que tenga guijas por lecho.

De Sandro (contracción de Alejandro) Botticelli, se sabe que el papa Sixto IV le nombró director de las obras pictóricas de la Sixtina. De su mano existen los tres frescos que en los entablamentos ó grandes recuadros de los muros laterales de la citada capilla le tocó en suerte pintar. Los motivos escogidos por Botticelli son *Cristo tentado por el demonio, Moisés y las hijas de Jethro* y el *Sacrificio de los hijos de Aarón.*

Brilla en estos tres frescos la dulzura, la delicadeza, femenina indudablemente, que á pesar de su maestro, Fra Filippo Lippi, uno de los precursores del realismo, que debía mostrarse tan pujante en pleno Renacimiento, llegaba hasta él, de otro fraile, el de Fiessole.

Especialmente los tipos de las hijas de Jethro son de un arcaísmo cristiano tan grande, que pudieran pasar muy bien por obras de mano del beato Angélico, si no tuviesen cierta corrección, mejor dicho, cierta proporción de totalidad que no se advierte en las del santo artista, y un colorido exquisito. Las cabezas, sobre todo, son de una admirable dulzura de contorno y de sentimiento; y á pesar de que así en las figuras del fresco que representa el *Sacrificio de los hijos de Aarón*, como en las de éste de *Moisés*, se aprecian incorrecciones de bulto y falta de sentido de la belleza real; á pesar de que las agrupaciones recuerdan las superposiciones infantiles que para «componer» realizaban los *quatrocentiste*, la elegancia y distinción de los movimientos de esas figuras, sus actitudes y el carácter inimitable de sus fisonomías hacen olvidar los otros defectos que acabamos de mencionar.

Para mí, que no soy un grande amigo del *feminismo* en pintura, Botticelli, como Fra Angélico, como Orcagna y algún otro, merecen especialísima mención, pues que á falta de virilidad de estilo, de sentimiento de la vida real, han sabido expresar de un modo exquisito el sentimiento cristiano en sus más ideales aspiraciones. Cierto que se observa, y singularmente en las pinturas de Botticelli, una honda melancolía, pero quizás por eso mismo llega más directamente al alma lo que el artista expresa. Bien se deja ver esto que aquí expongo en aquella famosa visita á la capilla Sixtina que en compañía del joven diplomático hace Pedro Forment, el héroe de la novela *Roma* de Zola. El amor del compañero del abate á las pinturas de Botticelli, su adoración por aquella figura de mujer, de jovencilla—una de las *hijas de Jethro*,—confirma esa fuerza de místico idealismo, de *feminismo*, que tiene la obra toda del famoso pintor.

Los mejores frescos que en la capilla Sixtina existen de mano de Sandro Botticelli son (para mí) los citados de *Moisés* y de las *Hijas de Jethro.*

* * *

Más correcto en el dibujo, más amplio en la composición, el Perugino pintó ocho frescos según unos biógrafos, seis según otros; de esos frescos solamente se conserva, y retocado varias veces, el que representa á *Cristo entregando á San Pedro las llaves de la Iglesia;* los restantes desaparecieron para dejar plaza libre á la gran pintura de Miguel Angel el *Juicio Final.*

Los asuntos representados por Perugino en los muros laterales de la Sixtina y en el del altar mayor eran la *Ascensión de la Virgen*, la *Natividad*, el *Nacimiento de Moisés*, el *Bautismo de Jesucristo* y el citado de la entrega de las llaves á San Pedro. Los tres primeros ocupaban el muro central y fueron borrados por el gran pintor, escultor y arquitecto de Julio II y de León X, para pintar la asombrosa epopeya del día del Juicio.

El *Perugino* (Pedro Vannucci), maestro de Rafael, introdujo en sus grandes composiciones citadas el elemento arquitectónico, rico y elegante y siempre clásico.

En estas pinturas de la capilla Sixtina, que pertenecían á la primera manera ó estilo del maestro de la Umbría, echábase de ver, según Vassari y Amoreti, sus grandes conocimientos del dibujo y la exquisita distinción y majestad con que sabía colocar las figuras.

Mas yo creo, recordando los cuadros que guarda nuestro Museo y los que en mayor número y más importantes el de Dresde, además de los que he visto en la Escuela de Bellas Artes de Florencia, pertenecientes á la primera manera de Vannucci, que la sequedad en el colorido y un cierto ascetismo un tanto rudo debían campear en los citados frescos, mostrándose el pintor como una personalidad artística totalmente distinta de aquella con que se muestra más tarde y casi repentinamente, merced al influjo del genio de su amado discípulo el de Urbino, quien á su vez

aparece influído por la elegancia y gusto exquisito del maestro de Perusa.

* * *

El *Viaje de Moisés á Egipto con su mujer* y la *Muerte de Moisés* son los otros dos frescos que de mano de Luca da Cortona, comúnmente conocido por *Signorelli*, existen en el muro de la derecha de la capilla de Sixto IV. Como al Perugino y al Ghirlandajo, hubo de llamarle el Papa, por indicación de Botticelli, para que trabajase en la decorativa de la Sixtina. En los dos frescos citados vese en primer término el gran conocimiento que de la anatomía poseía Signorelli. Figuras hay en esas pinturas que traen á la memoria la manera de sentir el natural de Miguel Angel, en cuanto á la traza de los desnudos, y que contrastan de un modo enérgico con las delicadezas femeninas de las de Sandro Botticelli, que están vis-à-vis de las pintadas por Signorelli. Miguel Angel, según el decir de algunos de sus biógrafos, «hizo que Luca da Cortona le ayudase á pintar varias figuras en su célebre fresco el *Juicio Final*, pues era uno de los pintores que con más grandeza y corrección dibujaban anatómicamente.»

Como muestra de las condiciones de paleta de Signorelli no pueden tomarse los frescos citados. La sequedad desabrida de las carnes, la poca armonía que en las manchas de color de la indumentaria y de los accesorios se advierte y que á primera vista parecen desentonar, la escasa ó ninguna transparencia de las notas, son de por sí motivos más que suficientes para relegar, en lo tocante al color, á segundo término los frescos citados de Signorelli, á pesar de que el viejo Ghirlandajo no brilló tampoco por sus condiciones de colorista, como aún puede observarse en el fresco de este último la *Vocación de San Pedro y de San Andrés*.

* * *

Dos fueron las composiciones decorativas que Domingo Currado (Ghirlandajo) ejecutó en los muros de la Sixtina: el citado de la Vocación de los apóstoles, y otro que representaba la *Resurrección de Cristo* y que el tiempo destruyó. Pero si por el color no sobresale el fresco que se conserva del Ghirlandajo, en cambio es el único quizá en el cual se advierte ambiente. Puede decirse que en esa pintura están los jalones de la perspectiva aérea. Respecto de dibujo y composición, la obra de Currado no rebasa los límites de lo mediano, aun cuando otra cosa pretendan varios críticos en muy recientes estudios.

* * *

Tales son las principales pinturas de las primitivas que decoraron y decoran la célebre capilla Sixtina. El papa Sixto encargó en el día 24 de octubre de 1481 á Botticelli de la decoración citada, nombrándole director de las obras y aceptando la colaboración de los artistas en este artículo nombrados. No pudo ver el sucesor de Paulo II terminadas las pinturas, pues el Perugino, que realizó gran número de frescos, á pesar de su asombrosa facilidad para ejecutar, hubo de invertir más de dos años en su labor. Por su parte Botticelli, despacioso en grado sumo, también invirtió más de veinte meses. Sixto IV murió dos años y medio después de haberse concluído la construcción y decoración de la famosa capilla, que no fué famosa hasta que el genio del Buonarotti pobló la bóveda y el *plafond* central de seres cuya grandeza simbólica es solamente comparable á lo infinito.

R. Balsa de la Vega

EL BUEN BURGOMAESTRE

CUENTO

I

Flandrín, famoso burgomaestre de Namur, recibió un día la visita de un rico mercader llamado Sibaldi, avecindado desde hacía poco tiempo en aquella ciudad.

Puede decirse que Sibaldi, hombre ya de edad madura, había tomado Namur por retiro, pues sólo cuando veía ganancia pingüe con fatiga escasa era cuando se decidía á abandonar por brevísimo plazo su cómoda morada próxima al río, rodeada de un gran jardín, al pie de la ciudadela.

Venía á ser el muro del jardín algo así como una prolongación de la fortaleza, á la que quizás había pertenecido, y á muchos les parecía extraño que el rico mercader hubiera ido á encerrarse en aquel sitio solitario, tan apartado de la población.

Pero para los que sabían que Sibaldi era celoso y tenía mujer joven y guapa, estaba explicado el misterio.

Eran aquellos los tiempos en que los guerreros se cubrían aún con férrea y pesada armadura, que no podrían resistir muchos guerreros de nuestra época y que no siempre paraba los golpes del enemigo.

Mas oigamos cómo habló el mercader Sibaldi al burgomaestre Flandrín:

– Tengo que ausentarme de Namur veinticuatro horas, y como en mi casa hay bastantes riquezas, quisiera que vuestra merced me permitiese colocar junto al muro de mi jardín, detrás de la casa, por donde el acceso es más fácil, una armadura que de noche ahuyente á los ladrones, haciéndoles el efecto de un centinela.

– Vamos á ver, murmuró el burgomaestre, clavando en él su mirada, lo que tratas de guardar por el miedo, ¿no es una joya más preciada para ti que todos tus tesoros?

Sibaldi vaciló, vió que el burgomaestre había adivinado lo que él creía su secreto, y dijo con turbación visible:

– Es verdad, vuestra merced lo ha comprendido todo.

– Está bien, exclamó Flandrín; mas para que tu mujer se halle á cubierto de cualquiera audaz aventura, no necesitas poner ese espantajo. Yo haré esconderse en tu jardín á Besnard, mi agente de más confianza, y ¡pobre del que se atreva á entrar allí! Puedes ausentarte tranquilo.

Sibaldi se inquietó, en vez de tranquilizarse.

– No, no, balbuceó tímidamente; si vuestra merced no se opone, prefiero colocar la armadura.

– ¿No tienes confianza en mi agente Besnard?

– Sí, pero...

– Pero ¿qué?

– Al fin y al cabo, es hombre...

El burgomaestre se sonrió, añadiendo:

– Entonces lo arreglaremos de otra manera; hablaré esta tarde al gobernador del castillo y le enteraré del caso para que el centinela más próximo á tu propiedad la vigile y eche el alto á todo el que se acerque á ella.

Tampoco esta solución fué del agrado de Sibaldi.

– ¡Oh!, murmuró con evidente contrariedad, yo ruego á vuestra merced que no entere de mi ausencia al gobernador del castillo; al fin y al cabo es hombre..., y no es viejo todavía...

El burgomaestre, en un movimiento involuntario, mordióse ligeramente el labio inferior, y levantándose del sillón en que estaba sentado, puso término á la visita con estas palabras:

– Bueno, te autorizo á que coloques en tu jardín la armadura. Aquí tienes pluma y papel; pídemelo por escrito, haciendo en él constar la fecha exacta de tu ausencia de Namur.

Sibaldi escribió en el acto su petición, y cuando el mercader salió del despacho del burgomaestre y éste se quedó á solas, se le hubiera podido oir á Flandrín que exclamaba:

– ¡Ah, imbécil! ¿Conque el gobernador del castillo debe ignorar tu ausencia, *porque no es viejo todavía*, y yo soy ya tan viejo que no importa que yo la sepa? ¡Pues entre la edad del gobernador y la mía, la diferencia no es tanta! Él tiene cerca de 60 años y yo tengo 62. ¡Ay de ti, infeliz mercader, si yo no fuera un buen burgomaestre!

II

La noche es plácida y serena. La luz de la luna que baña las aguas del río ilumina el jardín de Sibaldi y se refleja con argentinos destellos sobre una brillantísima armadura, dentro de la cual diríase que estaba de guardia un arrogante soldado.

La esposa del rico mercader sale al jardín á disfrutar de las delicias de aquella encantada noche, cuando de pronto ve al férreo centinela y lanza un grito de susto.

Dispónese á retroceder y á entrar de nuevo en casa; pero una voz suave y melosa la detiene.

– No, no te vayas, no tengas ningún miedo, murmura por lo bajo el centinela, yo soy tu maridito que te adora y que vela por ti. No me he ausentado de Namur. Todo esto es una estratagema para ver si cae en el lazo algún seductor infame que intente robarme tu amor. ¡Ya ves si te quiero! Acércate y nos daremos un abrazo muy fuerte. ¡Ven, ven, mujercita mía!..

– ¡Ah! ¿Conque eres tú?, respondió ella. ¿Y por qué á mí no me has dicho nada? ¿Desconfiabas de mí?.. ¡Merecías que no te abrazase!

– Nunca he desconfiado de ti; si no te he dicho nada ha sido por no asustarte, amor mío. ¡Ven á darme un abrazo, que yo te adoro!

Y la esposa de Sibaldi marchó hacia la armadura... Y la armadura marchó hacia la esposa de Sibaldi...

Cuando ésta cayó en brazos del soldado misterioso apareció el mercader tras de un arbusto, gritando:

– ¡Traición!.. ¡Infamia!.. ¿Qué haces, mujer mía? ¡Yo soy tu esposo!

La pobre mujer de Sibaldi desmayóse en brazos del guerrero, y éste descubrió su rostro, que el mercader reconoció al punto.

Quien estaba dentro de la armadura era el burgomaestre.

– Yo soy Flandrín, exclamó irritado y con imperiosa voz; he querido asegurarme por mí mismo de los peligros que corría tu fiel esposa. Tu has cometido un grave desacato contra mi autoridad; me has engañado, haciéndome creer que estarías esta noche ausente de Namur; ¡aquí lo tengo escrito de tu puño y letra! Tu engaño merece un mes de prisión... Pero no soy vengativo. Según este papel que tú has escrito y firmado, Sibaldi está ausente de Namur por veinticuatro horas... Si te empeñas en sostener que eres Sibaldi, el desacato á mi autoridad está probado, y ese mes de prisión no hay quien te lo quite... Quiero, por tanto, creer que no eres más que un vulgar impostor, y con veinticuatro horas de cárcel estará todo concluído... ¡A ver, prendedlo en seguida!, exclamó Flandrín, dando un grito á sus agentes, que entraron rápidos por encima del muro.

Y sosteniendo vigorosamente la preciosa carga que tenía en sus brazos, dijo, al fin, compadecido por los ruegos del mercader:

– ¡A la cárcel por veinticuatro horas este impostor que para entrar aquí se ha apropiado el nombre de Sibaldi! ¡Sibaldi no está en Namur! ¡Sibaldi no volverá hasta mañana!.. ¡Puedes quedarme agradecido al verte mañana libre!, murmuró Flandrín, dirigiéndose al mercader cuando los agentes se lo llevaban preso.

Y añadió aún, con bondadoso tono:

– ¡Y todo esto, no lo olvides, porque soy un buen burgomaestre!

Ernesto García Ladevese

TIPOS ARGENTINOS

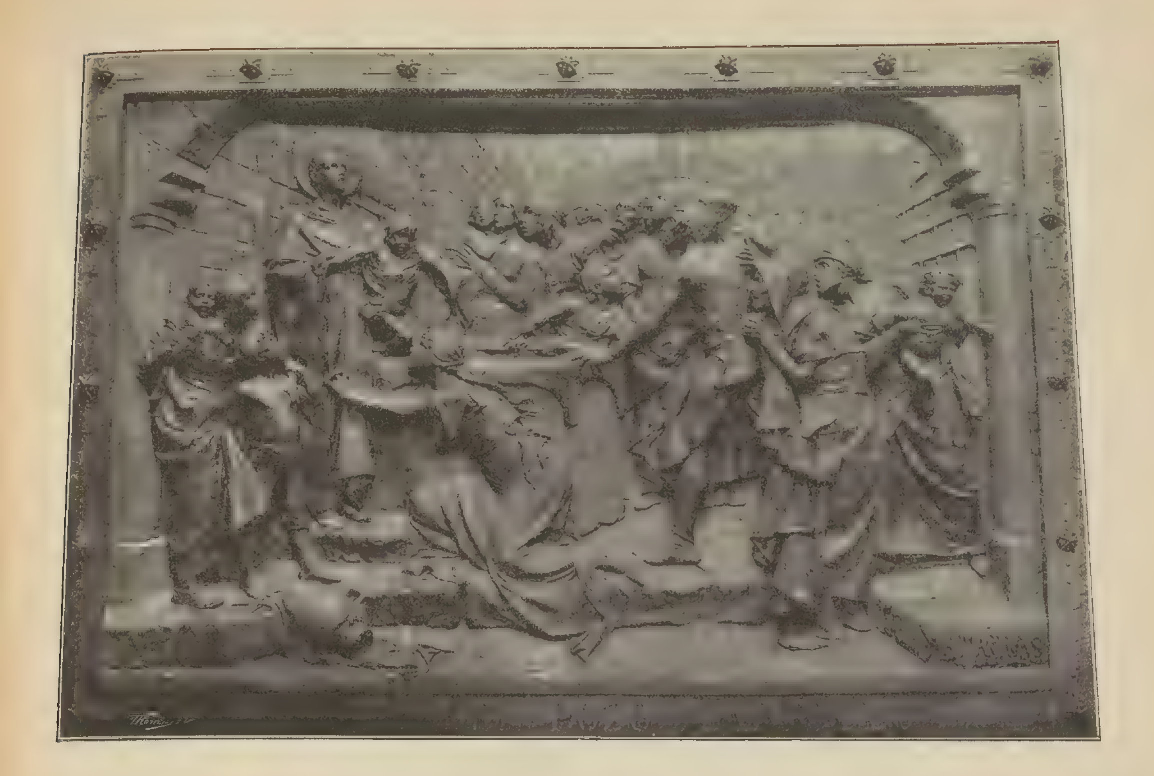
EL PAYADOR

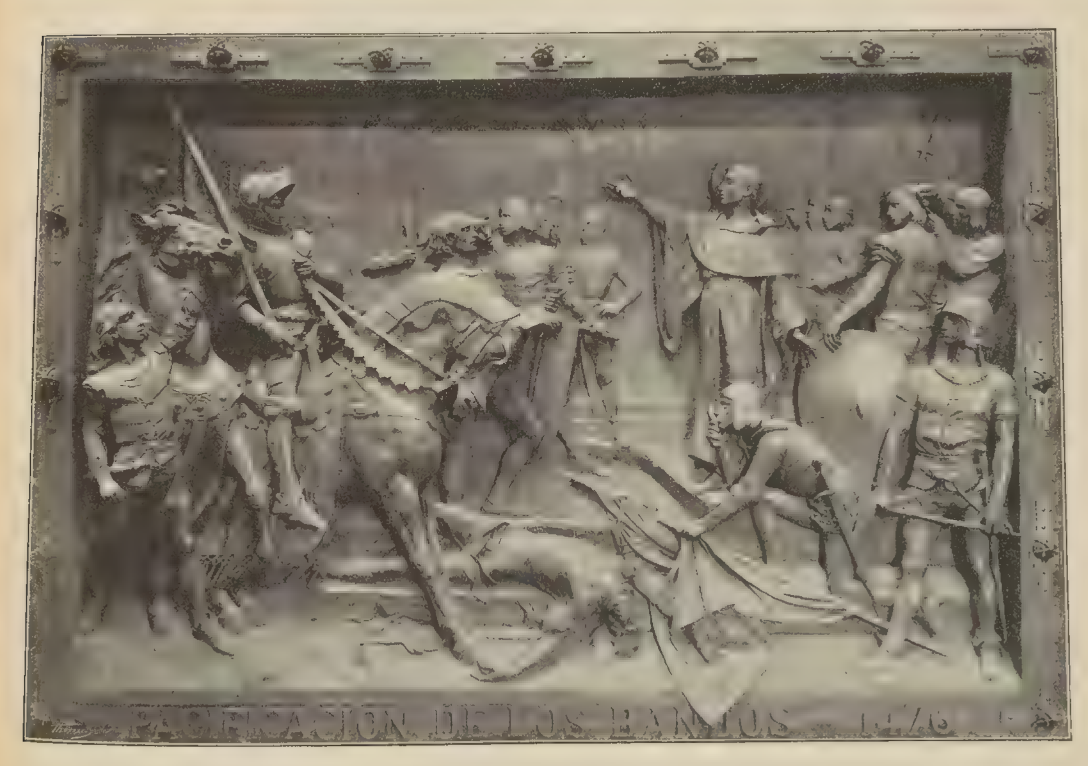
Fué el trovador de la pampa. En aquellos tiempos de escasísima población en que la Argentina vivía, puede decirse, la vida de los pueblos pastores, fué el bardo errante y vagabundo que iba con su guitarra de *rancho* (1) en *rancho* y de *pulpería* (2) en *pulpería*, glosando los acontecimientos más notables, recordando los altos hechos de los hombres ilustres, llevando á todas partes las palpitaciones del alma nacional. Hijo del pueblo y entre el pueblo criado, se identificaba con el *paisano*, con el hombre del pueblo, y en forma poética y con entonación melopeica, monótona y solemne como la misma pampa, le cantaba sus cuitas y sus alegrías, sus esperanzas y sus anhelos, ya improvisando en el acto, ya recurriendo á los cantares de su variado repertorio. Ora solazaba los corazones con las ternuras de los *tristes* y de los *cielitos*, sentidísimos cantos populares; ora distraía la mente con la relación de los sucesos diarios; ya ponía los espíritus en tensión vigorosa y duradera con los recuerdos de las épicas luchas por la independencia de la patria y por la constitución de la nacionalidad, ó con el relato de las legendarias hazañas de los gauchos malos, bandidos feroces sublimados en la imaginación del paisano y tenidos como prototipos de la hidalguía y del valor, porque representaban el espíritu de rebelión, la protesta armada contra las instituciones que mantenían y siguen aún manteniendo bajo ominosa tiranía al infeliz paisano argentino, el eterno paria, la víctima eterna de todos los abusos y de todas las injusticias, así en la época antigua del coloniaje, como en la moderna de nación libre.

El *payador* era en una pieza filósofo y poeta, músico y cantante Nada como la vida del campo, en la Argentina, para favorecer el desarrollo de tales facultades. La vida al aire libre en aquella inmensa llanura de la pampa ó entre las abruptas cuchillas de los Andes, en lucha siempre con los elementos y en la contemplación eterna de los fenómenos naturales; las eternas horas pasadas á caballo, bajo los rayos abrasadores del sol ó sufriendo el frío cierzo de las heladas noches, cuidando de las majadas ó de las tropillas, á solas con la conciencia; la perezosa y contemplativa costumbre del *mate*, saboreado bajo los

(1) Casa construída con barro generalmente y techada de paja.

(2) Especie de taberna campestre, donde se reunen los campesinos.





EL MILAGRO DEL POZO AMARILLO.— LA PACIFICACIÓN DE LOS BANDOS DE SALAMANCA,

bajos relieves que deben ser colocados en la fachada de la iglesia dedicada al Santo, que se ha erigido en Salamanca, obra de Aniceto Marinas, fundidos en bronce por los Sres. Masriera y Campins, de Barcelona

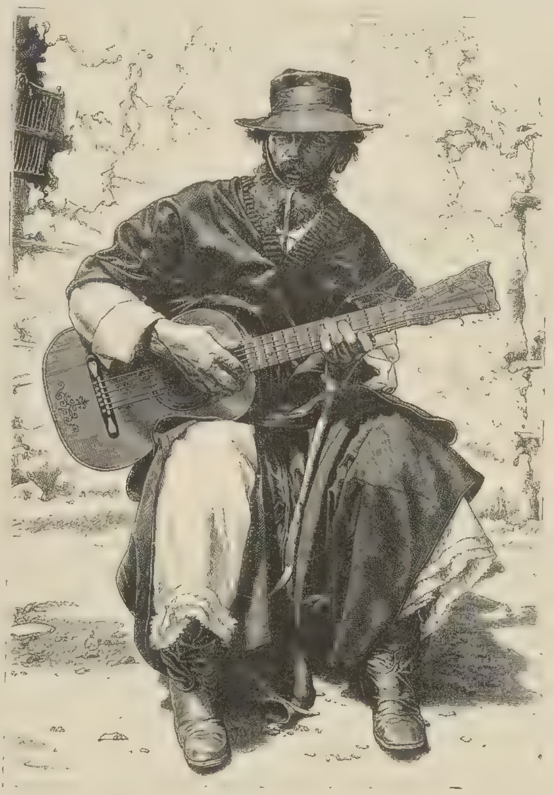
sauces que dan sombra al rancho, con la mirada en el infinito y el pensamiento en los accidentes del día; las horas de jolgorio, cuando caen, allá en las noches estrelladas, á los acordes de la guitarra, el instrumento nacional; el gusto por lo brillante y lo aparatoso, en todo revelado, desde los aperos de plata del caballo á la actitud majestuosa del paisano, y el vivo afán por las justas, de cualquier género que ellas sean, placenteras ó amargas, del entendimiento ó del cuerpo; la rumbosidad con que se vacia la bolsa y el poco apego á la vida, que se rinde y se quita en un momento y por fútiles motivos; y sobre esto la inconsciencia con que se vive y el íntimo convencimiento de que el esfuerzo personal no ha de modificar en un ápice el curso y desarrollo de los sucesos; la despreocupación por la cosa pública, que interesa sólo á los mandones, y la resignación estoica en que la canalla sea siempre víctima; el rudo batallar por la existencia y la disparidad entre las penurias y las tristezas de la vida real y la grandiosidad del medio en que la vida se desarrolla...; todo, todo conspira á dar un intenso carácter artístico al alma del paisano, todo contribuye al desarrollo y expansión de las facultades imaginativas, avaloradas y contrastadas por intuiciones y reglas prácticas de filosofía de tendencia fatalista. De aquí la espontánea y fácil producción del *payador*, bardo campestre, sin más instrucción que la del común de los paisanos, paisano él mismo, que á la viveza de imaginación y al colorido y expresión de la frase, cualidades propias de los hispano-americanos, reunía tan sorprendente facilidad de improvisación que al compás de su guitarra podía cantar en el acto cuanto se le pidiera y como se le pidiera, sin que le costase esfuerzo ninguno y diciendo las cosas con tal precisión y galanura que habría de sorprender extraordinariamente á quien no conociera el modo de ser intelectual de los sudamericanos.

Poeta de la pampa, era su escenario la pampa misma, cantando rarísimas veces en las ciudades. ¡Cómo arrastraba en pos de sí á la gente! Y es que su obra era profundamente humana, pues cantaba lo que llevaba en su alma, que era lo mismo que llevaban todos en la suya, aprendido en el rudo batallar de la existencia, y á todos interesaba y por todos era comprendido; además de que el argentino va donde suena una guitarra con la misma avidez con que van las moscas á la miel. Así es que de muchas leguas á la redonda caía la gente al *pago* donde había asentado su vuelo el poeta, sobre todo si éste gozaba ya de fama. Era de ver, al caer de la tarde, cómo de los cuatro puntos cardinales se llegaban al lugar de la fiesta sinnúmero de paisanos, montados en sus *parejeros*, vistiendo sus mejores *pilchitas* (1), las caras alegres por el gozo anticipado que les daba la esperanza de pasar una agradabilísima velada.

Y llegaba la noche y con ella la ansiada dicha. Al aire libre, bajo el hermoso estrellado cielo, se celebraba la fiesta, agrupados todos y sentados alrededor del músico, frente al rancho, bajo los sauces ó los paraísos, callados todos, suspensos, con el alma en el oído, en tanto que el *payador* empezaba á rasguear la guitarra, y á poco, interrumpiendo el silencio de la callada noche, con voz delgadita y de falsete, no vibrante y sonora, empezaba sus cantares, libres ó de pie forzado, alegres ó tristes, amorosos ó patrióticos, pero siempre fáciles, espontáneos y sentenciosos, durando la sesión horas y más horas, á veces hasta que alboreaba, porque ni el *payador* se hacía el remiso, ni se cansaban de oirle sus oyentes, y alternando frecuentemente los cantos con pasteles y tortas fritas, con el coperío y el mate, de rigor en todas las fiestas criollas.

Miel sobre hojuelas si se reunían, como con frecuencia sucedía, dos payadores y cantaban de contrapunto. Como gallos de pelea aprestábanse á la lucha, y requería cada uno sus mejores cantares y su profunda y marrullera gramática parda para aplastar al contrincante, retrucándose el uno al otro sin achicarse, con la misma facilidad en la expresión, con igual malicia en la intención, prolongándose la lucha, si eran más ó menos de igual fuerza, largas horas, viéndose obligados á veces á suspenderla, ya muy tarde, para continuarla en la noche siguiente. Vuelta á empezar en otro punto la lucha, si en ésta quedaron iguales los campeones; si alguno sufría una seria derrota, se retiraba avergonzado y corrido. Y tan á pecho tomaban esos torneos y tal cuidaban su fama los payadores, que se cuenta de algunos que sintieron tan dolorosamente la derrota, que se quitaron la vida para no sobrevivir á la deshonra.

* * *



TIPOS ARGENTINOS. – EL PAYADOR
(Véase el artículo del Sr. Pi y Suñer)

Hoy ha cambiado todo esto. No recorre ya las pampas el trovador, acaso veréis aún vagar por las orillas de los pueblos algún cantor criollo recorriendo las pulperías, pero no es ya el *payador* de antes, sino un tipo degenerado, el *milonguero*, que lleva á todas partes sus vicios y su haraganería, pendenciero y borracho, dicharachero siempre, pero sin inspiración, sin aquella elevación de alma característica de los antiguos payadores.

Se va el payador clásico, mejor dicho, ha desaparecido ya, ante la acción niveladora de la civilización, que uniforma usos y costumbres, tipos y caracteres de unos y otros pueblos. Se ha transformado el *payador*, ha modificado su manera de ser. No recorre ya la pampa. ¿Para qué, si allí encontraría en gran número extranjeros dedicados á los trabajos de la agricultura, que no le entenderían ni gozarían con sus cantos? De gaucho errante se ha convertido en artista vestido á la moderna que recorre los pueblos, cantando en los circos, en los clubs, en los teatros; el cantor romántico, caballeresco podríamos decir, ha cedido el puesto al artista que sabe cuánto vale y se hace pagar bien su arte.

En la actualidad son pocos los buenos payadores, distinguiéndose entre todos el moreno Gabino Ezeiza, joven, flacucho, pequeño de cuerpo si bien grande de alma, inteligente, de improvisación facilísima y muy galano en la expresión de sus conceptos. Aunque, en honor de la verdad, sólo es así Gabino acompañándose con la guitarra, como si en ella residiera su *virtuosidad*. En 1893 hubo, en un pueblo de la provincia de Buenos Aires, una manifestación política en honor del malogrado elocuentísimo orador doctor Aristóbulo del Valle, bajado recientemente á la tumba; en la estación del ferrocarril, en tanto que llegaba el tren que debía conducir á Buenos Aires al ilustre huésped, llegó al colmo el entusiasmo de los manifestantes, caldeando los ánimos discursos y vivas, música y cohetes. Allí estaba Ezeiza, gritando como los otros, y como todos entusiasmado; se le pidió que hablara, le alzaron algunos en hombros, y aquel hombre que en un circo improvisaba fácilmente sobre cualquier asunto, quedó allí cortado y corrido y dijo apenas una docena de palabras y aun de la manera más torpe posible. Le faltaba la guitarra, de manera que de Ezeiza y acaso de todos los payadores puede decirse lo contrario de la frase criolla, «que otra cosa es *sin* guitarra.»

¿Desaparecerá el tipo del *payador*? No es fácil, á lo menos durante mucho tiempo. Ha resistido el cambio experimentado en las costumbres argentinas, la transformación realizada en la sociabilidad argentina. La misma metamorfosis que ha sufrido le ha dado nuevas aptitudes para la vida; si hubiera tenido que sucumbir, no se hubiera transformado, sino que, como el *gaucho*, hubiera ya dejado de ser.

No hay argentino que no se apasione por los payadores, como no hay ninguno que no lleve en su alma condiciones suficientes para convertirse en el músico y poeta. ¿Cómo ha de morir, así, esta manifestación del arte criollo? Está la existencia del *payador* ligada con la esencia misma de las cosas; tiene su razón de ser en aquella grandiosa naturaleza y en el modo de ser peculiar de aquel pueblo, valiente y generoso, altivo y sufrido, siempre pronto al sacrificio y dispuesto siempre á olvidar entre los sones de la guitarra y al compás de sus cantos populares todos sus sinsabores, todas sus miserias, sus desdichas todas.

FRANCISCO PI Y SUÑER

(1) Ropas.

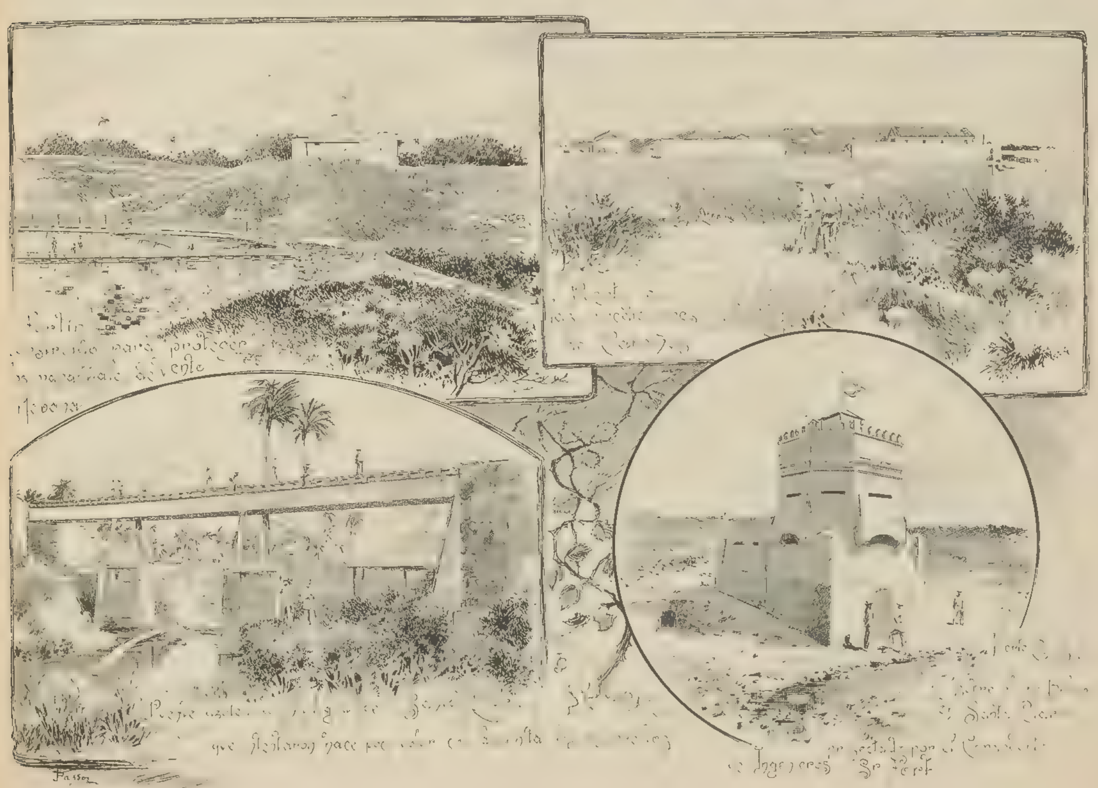
NUESTROS GRABADOS

Guerra de Cuba. – Si cariñosas y entusiastas son las despedidas que en los puertos españoles se tributan á las tropas que para Cuba se embarcan, con no menos entusiasmo y cariño son recibidos nuestros soldados en la capital de la isla. Las autoridades, las corporaciones oficiales y particulares y el pueblo organizan magníficas recepciones para los que allí desembarcan, y todos á porfía se disputan el honor de agasajar y obsequiar á los nobles hijos que la madre patria les envía para restablecer en la hermosa Antilla el estado de derecho en mala hora turbado, y que recorren las calles de la Habana bajo arcos de triunfo y entre las aclamaciones de los que ven en ellos la garantía de una próxima paz. Poco tiempo pueden disfrutar los expedicionarios de tales obsequios y agasajos; apenas descansados de las fatigas del viaje, las fuerzas recién llegadas parten de la capital para dirigirse, unas á guarnecer fuertes y poblaciones, otras á defender obras de capital importancia para las ciudades ó para las comunicaciones, otras á formar columnas volantes que sin tregua ni descanso persiguen á las partidas insurrectas, y todas á luchar con heroísmo por el honor de España. En la página 727 publicamos, agrupadas en dos dibujos, varias vistas, unas que reproducen el bellísimo arco construído por el Centro Gallego en la calle de Dragones, esquina al Prado, y las columnas y tribuna instaladas por el Ayuntamiento de la Habana, y otras que representan distintos sitios del teatro de operaciones, tales como el fortín que protege los manantiales de Vento que surten de agua á la capital; el puente azotea, de gran importancia estratégica, que se alza á una legua de Santa Clara y que los insurrectos intentaron volar hace poco, y dos fuertes, construído el primero en las inmediaciones de Cabañas (Pinar del Río) y el segundo sobre el río Bélico en Santa Clara. En el primero de estos dibujos está el retrato de don Anastasio Saaverio y Barbales, Alcalde constitucional de la Habana y Presidente de la comisión encargada de recibir las tropas: es persona de grandes merecimientos y que goza de generales simpatías entre sus administrados.

* * *

Estudio, de José Llovera. – Constituye esta obra una nueva prueba del grado de perfección que en el arte que cultiva ha alcanzado nuestro querido amigo y estimado colaborador. Llovera comenzó á agradar al público muy pronto: desde sus primeros pasos en su profesión artística oyó el aplauso que tanto halaga, y vió muy solicitadas sus graciosas composiciones





GUERRA DE CUBA. - Festejos en honor de las tropas recientemente desembarcadas en la Habana. - Vistas del teatro de la guerra



HÉROES MODERNOS, dibujo original de Vicente Cutanda



CAZADOR DE RED, dibujo original de Isidoro Marín

por los aficionados. Así continuó durante algún tiempo sin que en sus dibujos y acuarelas se notasen más que débiles progresos y sin que en sus oídos sonaran esas aclamaciones de admiración que tanto se diferencian de la mera aprobación corriente. A un temperamento de artista como Llovera no podía satisfacerle este éxito, constante sí, pero que apenas se salía de los límites de lo ordinario: quiso ir más allá, mucho más allá, y de repente, sin solución de continuidad entre su antigua manera y su nuevo estilo, sorprendió hace poco á los parisienses con una exposición de obras en las que casi no se reconocía al Llovera de antes, y que revelaban la mano del verdadero maestro, iniciando una nueva etapa en la carrera de su autor. Sus composiciones, sin haber perdido nada de su gracia, habían aumentado notablemente en solidez, su dibujo había adquirido una corrección completa y un vigor extraordinario. Por esto París, ese centro artístico en donde es tan difícil improvisar una reputación, aclamó á nuestro paisano y saludóle como á uno de nuestros mejores artistas. Hoy Llovera, alentado por ese éxito, prosigue trabajando sin descanso dentro del camino emprendido, en el cual le esperan, á no dudarlo, nuevos y brillantes triunfos. El estudio que en este número publicamos es una demostración más de lo que decimos y puede figurar dignamente al lado de los hermosos dibujos del mismo autor que últimamente hemos reproducido en La Ilustración Artística.

El dibujante Jorge du Maurier. – El notable dibujante inglés que ha muerto hace pocos días en Londres había nacido en Francia en 6 de mayo de 1834: su padre era un modesto propietario de Anjou y su madre inglesa. En 1836 la familia de Maurier se trasladó á Bélgica y en 1839 establecióse en Inglaterra. Al año siguiente regresó á Francia, viviendo en Boulogne primero, y luego en París, en donde el joven Jorge asistió á los cursos de la Sorbona; mas no habiendo conseguido ver aprobados sus estudios en aquel establecimiento docente, trasladóse á Inglaterra y estudió química en el colegio de la Universidad. Muerto su padre en 1856, volvió du



El célebre dibujante Jorge du Maurier, recientemente fallecido en Londres

Maurier á París al lado de su madre, pasando allí la época de su vida que tan admirablemente ha dibujado en su *Trilby*. Después de permanecer una temporada en Amberes fijó definitivamente su residencia en Londres, en donde comenzó á darse á conocer como dibujante en el periódico *Once a Week*. En 1860 entró en la redacción del *Punch*, y desde entonces su carrera artística fué una no interrumpida serie de triunfos. Du Maurier puede ser calificado de uno de los mejores caricaturistas ingleses contemporáneos.

El milagro del pozo amarillo. – La pacificación de los bandos de Salamanca, bajos relieves de Aniceto Marinas, fundidos en bronce por los Sres. Masriera y Campins, de Barcelona. – Cuentan los biógrafos de San Juan de Sahagún que habiendo caído en un pozo denominado *amarillo* un niño de corta edad, en el momento en que aquél pasaba por sus inmediaciones, bendijo las aguas, que fueron creciendo hasta dejar en el brocal á la infeliz criatura, que asida de la correa que le alargó el santo, pasó sana y salva á los brazos de su desconsolada madre.

Asimismo refieren que gracias á las exhortaciones de San Juan de Sahagún, depusieron sus odios y rencores los célebres bandos de los Monroyes y los Manzanos, causa de sangrientos disturbios durante el azaroso reinado de D. Enrique IV de Castilla.

En estos episodios se inspiran los relieves que reproducimos.

Ambas producciones han merecido lisonjeros juicios, y á ellos unimos nuestro aplauso, porque á él tiene derecho el Sr. Marinas. Los dos relieves realizan cumplidamente el concepto que debía desarrollar el artista, siendo uno y otro un conjunto de acabados estudios y un dechado de expresión, pues no cabe representar con mayor sello de verdad las que se retratan en el rostro de cada una de las figuras que rodean al patrón de Salamanca, ni la crítica más severa puede exigir mayor acierto en la agrupación y en la representación de tipos, plegados é indumentaria.

Los dos grandes relieves han sido fundidos en bronce en los talleres de los Sres. Masriera y Campins, de Barcelona, para ser colocados en la fachada de la iglesia dedicada al Santo, que se ha erigido en Salamanca, gracias á la iniciativa de su ilustradísimo prelado Padre Cámara.

El reverendo Eduardo White Benson, arzobispo de Cantorbery. – La muerte del reverendo Benson, acaecida recientemente, es considerada en Inglaterra como una gran pérdida para la iglesia anglicana y para la nación: se comprende que así sea porque el arzobispo de Cantorbery es el primado de aquella iglesia y primer par del Reino, y él es



El reverendo Eduardo White Benson, arzobispo de Cantorbery, primado de la iglesia de Inglaterra, fallecido en Hawarden el día 11 de octubre de 1896

quien corona al soberano y confiere los grados en Derecho, Medicina y Teología. El arzobispo que acaba de fallecer, el reverendo Eduardo White Benson, nació en 1829 en Birmingham, é hizo sus estudios en la Escuela del rey Eduardo de aquella ciudad, dirigida entonces por el Dr. Prince Lee, que fué después primer obispo de Mánchester, teniendo por compañeros al Dr. Lighfoot, el difunto obispo de Durham, y al Dr. Westcott, que actualmente ocupa esa sede. De allí pasó al colegio de la Trinidad de Cambridge, en donde se graduó, siendo nombrado en 1852 profesor asistente de la universidad de Rugby y en 1859 profesor numerario del colegio Wéllington, cargo que desempeñó hasta 1873. En aquel año, por indicación del difunto obispo Wordsworth obtuvo el nombramiento de residenciario de Lincoln y canciller de la catedral. En 1876 se le ofreció y aceptó el obispado de Truro nuevamente creado, que desempeñó hasta 1882, en que habiendo muerto el arzobispo de Cantorbery, el reverendo Tait, fué designado para sucederle en la archidiócesis, por consejo de Mr. Gladstone. El reverendo Benson murió repentinamente en la iglesia del castillo Hawarden, residencia de Gladstone, el día 11 del presente mes: su cadáver ha sido trasladado á la catedral de Cantorbery y sus funerales han revestido la pompa y la solemnidad correspondientes á personalidad tan elevada y que tan respetada era en Inglaterra por su ciencia y por su virtud.

Héroes modernos, dibujo original de Vicente Cutanda. – Dramático en alto grado es el asunto escogido por el Sr. Cutanda en el notable dibujo que figura en estas páginas. Dos campesinos que movidos por humanitario impulso no titubean un momento para separar de la vía, con harta exposición de su vida, el peñasco que sobre ella se ha desprendido, al comprender el inminente peligro que ofrece al tren, que en su rápida marcha se aproxima, sin que por efecto de la curva que ha de recorrer, pueda el maquinista percatarse del obstáculo inesperado que amenaza su vida y la seguridad de los pasajeros que conduce.

Bien ha sabido representar tan difícil situación el artista, pues aparte de la fidelidad que revela el lugar de la escena, expresa con gran verdad el esfuerzo de los dos héroes, las ansias que experimentan para realizar su salvadora empresa, resultando el conjunto una producción hondamente sentida, que honra al Sr. Cutanda, á quien tan justamente se considera y aplaude por figurar en el grupo de los artistas que contribuyen al renacimiento del arte patrio.

Cazador de red, dibujo original de Isidoro Marín. – Otro tipo popular de la hermosa ciudad de los cármenes que el Darro y el Genil fertilizan, nos ofrece el discreto pintor Isidoro Marín en el bonito dibujo que reproducimos. Parece como que nuestro amigo se ha impuesto la tarea de poner al servicio de su ciudad natal el resultado de su habilidad y aptitudes, dando á conocer sus bellezas, los primores que encierra, sus tipos y sus cuadros de costumbres. Si acertamos, preciso es confesar que el artista granadino realiza cumplidamente su noble deseo, pues no cabe forma más simpática y agradable que la por él adoptada para poner de relieve los encantos de su tierra, en la que todo brilla y sonríe, animado por torrentes de luz, que acentúan tonalidades y determinan efectos que ni siquiera pueden concebirse en otras regiones.

Madame Recamier, retrato de David. – Fué madame Recamier célebre por su talento y por su belleza; hizo su aparición en el mundo parisiense con gran esplendor en plena reacción termidoriana, y desde la época del Directorio y del Consulado vióse rodeada de multitud de adoradores. Bonaparte distinguióla en la fiesta triunfal de 10 de diciembre de 1797, y pretendieron sus favores Luciano Bonaparte, Adriano y Mateo de Montmorency y el general Bernadotte. Su palacio de París y su castillo de Clichy eran una especie de campo neutral en donde se juntaban los hombres de todos los partidos reunidos en una misma adoración á la ilustre dama. Desterrada por el emperador á causa de sus relaciones con Mme. Stael, trasladó su pequeña corte á Chalons-sur-Marne y de allí á Lyón, pasando después á residir en Italia, desde donde regresó á París después de la caída del Imperio. Sus salones nuevamente abiertos fueron otra vez centro de reunión de todas las notabilidades políticas y literarias, ejerciendo en este último período de su vida gran influencia sobre Chateaubriand. Mme. Recamier murió en 11 de mayo de 1849, á la edad de setenta y dos años. Muchos son los retratos que de la misma se han hecho: uno de los más notables es el que de ella hizo el célebre artista David, que vivió desde 1748 á 1825, y á quien se considera como regenerador del arte en Francia y como el primer pintor francés de su época. Este bellísimo retrato que reproducimos y cuyo elogio no hemos de hacer, tratándose de un artista cuya fama ha sancionado la posteridad, se conserva en el Museo del Louvre, de París, que lo adquirió por una cantidad relativamente pequeña en la venta póstuma de las obras de David.

MISCELANEA

Bellas Artes. – Delfos. – El director de la Escuela Francesa de Atenas ha dirigido á la Academia de Inscripciones de París dos fotografías de una preciosa estatua de bronce recientemente encontrada en las excavaciones de Delfos. Tiene aquélla una altura de 1,80 metros y se conserva intacta, á excepción de un antebrazo que se ha desprendido, no presentando ni una oxidación, ni una deformación, ni un defecto. La figura está de pie, viste un largo quitón que le cubre hasta los tobillos, parecido al que llevaban los conductores de carros, y sostiene en su diestra las riendas de dos caballos: está sólidamente apoyada sobre los dos pies, y en su actitud se ve que no es el luchador que inclinado hacia adelante excita á los caballos en el momento de la lucha y del esfuerzo supremo, sino el vencedor que goza majestuosamente de su triunfo. La cabeza es de una belleza extraordinaria por su expresión y por sus proporciones admirables. Se supone que esta estatua es anterior al año 460 antes de J. C. y que es obra de una escuela peloponense.

Teatros. – En el teatro Alemán de Berlín se ha estrenado con gran éxito un ciclo compuesto de tres dramas en un acto, original de H. Sudermann y titulado *Morituri*. Los héroes dispuestos á morir en cada uno de los tres dramas ofrecen caracteres muy distintos: el más noble de ellos, un valiente rey godo llamado Teja, va á la muerte después de haber hallado la felicidad más pura en el amor de su esposa; en la segunda parte se describen los trágicos amores de un joven teniente, Federico, que sorprendido por el esposo de su amada es insultado y arrojado á latigazos de la casa del ofendido, y no pudiendo resistir la afrenta se suicida. El tercer acto, que se titula *El eterno masculino*, es de género satírico, está escrito en armoniosos versos y viene á ser una polémica sobre el duelo.

Necrología. – Han fallecido:

Luis Sala, decano de los pintores escenógrafos del teatro de la Scala de Milán y uno de los artistas que más han contribuido á dirigir por nuevos derroteros la escenografía moderna.

Cayetano Ferri, notable pintor italiano.

Martín Stohr, escultor alemán, gran amigo y maestro del rey de Rumanía, el cual ejecutó bajo su dirección todas las magníficas esculturas en madera, que son la admiración de cuantos visitan el palacio real de Bucharest y el castillo de Sinaia.

Hermán Ziebland, pintor de género muniquense.

Manuel Benner, pintor francés.

El cardenal Ruggiero, cardenal-diácono de Santa María de Cosmedin y secretario de los Breves.

Mauricio Schiff, profesor de Fisiología de la Universidad de Ginebra, cátedra que anteriormente había desempeñado en Florencia y en Bonn, uno de los primeros biólogos contemporáneos, muy conocido por sus estudios sobre las funciones del estómago y del bazo, y sobre todo por sus investigaciones sobre los centros y filamentos nerviosos.

AJEDREZ

Problema núm. 42, por José Tolosa y Carreras

NEGRAS

6 B. y 8 N. = 14 piezas

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 41, por V. Marín

Blancas	Negras.
1. C7CD	1. R3R (*)
2. P5R	2. R2R
3. P6R	3. RcAR.
4. P7R mate.	

(*) Si 1. R5AR; 2. P5R, R6A; 3. C5AD jaque, y 4. C mate, – y si 1. R5D; 2. C4CR, R5AD; 3. TcCD, R5D; 4. T4CD mate.



A la cabeza, sola en el centro, como el inmutable y ostensible símbolo de las poblaciones del extremo Oeste, elévase la cruz ..

UN APÓSTOL

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

En aquel día solemne en que las almas debían elevarse particularmente hacia Dios, había experimentado de nuevo escrúpulos al reconocer lo que pasaba en su interior, pareciéndole que era culpable por olvidar demasiado los años de la infancia, las alegrías de su amistad de otro tiempo con Dionisio y por no tener en cuenta las esperanzas que pudo dejar concebir á Hervé. ¿No había estimulado las tentativas de este último respecto á ella, mostrándose con él más coqueta de lo que era debido? ¿Y no merecería que la censurasen si, después de aquellos tácitos estímulos á Morvan, se casaba con el sobrino del rector?

En el momento en que Le Marrec venía á sorprenderla así, recordaba todo cuanto había ocurrido desde aquel regreso de la *Cruz del Sud*, todas las luchas íntimas que ella no confió jamás á nadie y que tan á menudo se produjeron en su alma, perturbando sus días y entristeciendo sus noches.

Desde aquella época, todo parecía conjurarse á su alrededor para que se casara con Dionisio. En sus conversaciones, su padre se lo había dado á entender siempre, elogiando de continuo los méritos y las cualidades del joven, sin ocultarle que aquella unión colmaría sus más ardientes deseos. Cada vez que había encontrado al padre Kerbiriou, éste le había demostrado un afecto más paternal que de costumbre; no había pedido nada para su sobrino, ni dicho cosa alguna en su favor, conduciéndose con prudencia y reserva; pero todo, en sus ademanes y en sus palabras, parecía probar que ya la trataba tiernamente como sobrina.

Cuando Reina se interrogaba ansiosa, deseando

complacer á la vez á su padre y al rector, parecíale que Dionisio Le Marrec le agradaba, y que era ciertamente hombre de su gusto; mas en vano trataba de ver en él un esposo.

No se le representaba sino como un hermano, siempre como el compañero de juego de su infancia, como un amigo tan sólo, y el reconocer esto la trastornaba, pues no sentía por él ese irresistible y tierno cariño, ese impulso del corazón que la impelía antes hacia Hervé Morvan.

¡Oh!, para éste era muy distinto; éste la agradaba de otra manera.

Ella, que algunas veces no podía representarse sin cierta dificultad, por un esfuerzo de la memoria, las facciones de Dionisio, á quien conocía, sin embargo, desde la primera infancia, y á quien veía casi diariamente desde su regreso, no tenía que hacer más que cerrar los párpados, de largas pestañas, para ver inmediatamente á Hervé.

Y le veía tal como le vió por primera vez el día de su definitivo regreso á Camaret, después de terminar su tiempo de servicio, vistiendo aún el traje de marinero, con su galón de oro de segundo contramaestre en cada manga, y en el pecho sus dos medallas, una sujeta con la cinta amarilla de rayas verdes, y la otra con la cinta azul listada de verde, lo cual atestiguaba bien claramente sus gloriosas campañas y sus hojas de servicio: Tonkín y Madagascar.

Reina no había olvidado nunca esto; habíase conmovido; la imagen de Morvan se grabó en su corazón, y comprendió que todas sus simpatías eran para él.

Pero hete aquí que la llegada de Le Marrec lo había trastornado todo en ella, y ya no supo lo que pasaba en su interior, bajo la influencia continua de las insinuaciones de su padre, de las amabilidades del rector y de las habladurías de sus compañeras.

Habíale parecido que poco á poco se elevaba un muro de bruma entre ella y Morvan, y que en su memoria ya no distinguía las facciones de éste tan claramente como en otro tiempo. ¿Pero le habría amado en realidad? ¿Habría ocupado Dionisio su lugar definitivamente en su corazón?

Muchas veces habíase interrogado sin poder contestarse nada definitivo. El respeto que le inspiraba su padre, cuya voluntad no se hubiera atrevido nunca á combatir, pues se hallaba sometida á ella ciegamente, impedíale elegir definitivamente entre Daniel y Hervé sin oir su consejo, y tampoco osaba interrogarle, temerosa de una contestación que tal vez la desconsolaría.

Por otra parte, siendo muy piadosa, el cura lo representaba todo para ella, y llegando á ser su sobrina, parecíale que entraría en la casa de Dios, que se hallaría más cerca del cielo y que su salvación estaría más asegurada.

Entonces, cuando la asaltaban estas ideas, parecíale, á pesar de los secretos y ahogados latidos de su corazón, á pesar de una vaga é instintiva angustia, que la felicidad y el deber estaban allí.

Mientras acababa de vestirse para ir á la ceremonia de la Cruz de la Misión habíanla acosado, pues, nuevas dudas y vacilaciones más vivamente aún que antes.

Una doble observación que había hecho contribuyó á que su inquietud aumentase. En aquellos últimos días, apenas iba alguna vez Dionisio Le Marrec á casa de su padre, y casi no se le veía nunca. Aunque no tuviese el menor conocimiento de los rumores que comenzaban á circular en el país, y de los que Luisa Pennegués se hacía de la mejor gana el eco complaciente, el hecho, no obstante, la había extrañado. Y esto tanto más, cuanto que le pareció que por aquel mismo tiempo Hervé Morvan, que desde el regreso de la *Cruz del Sud* había desaparecido casi para ella, huyendo su presencia y evitando las ocasiones de encontrarla, se hallaba ahora diariamente á su paso, y sus ojos, en vez de apartarse, la buscaban con el mismo mudo ardimiento y la misma ternura de otras veces.

¿Qué ocurría, pues, y cuál era la causa de aquellos ligeros incidentes, sin ninguna importancia al parecer, y tal vez muy significativos?

A este punto de sus reflexiones llegaba cuando la voz de Dionisio la distrajo de sus pensamientos.

Reina se dirigió á él como al socorro buscado, á la solución esperada, ávida de hablar, de saber, de depositar en otro corazón lo que la mortificaba.

Ahora que estaba allí, frente á ella; ahora que sus ojos sondeaban los de la joven, y que le bastaba extender los brazos para cogerla, para estrecharla contra su pecho, Dionisio experimentó una emoción más profunda, más temible aún que la que sintiera en el momento de entrar en la casa, al ver á Reina con su traje de fiesta.

¿Cuáles eran los pensamientos que se agitaban bajo su linda frente, tan pura y tan blanca? ¿Qué ocultaban las profundidades del lago límpido de aquellos grandes ojos fijos en él con tanto candor, con tanta benevolencia y tal vez con tanta ternura?

No osaba hablar; sentíase perturbado, transtornado hasta el fondo del alma y del corazón, de tal modo que hasta sintió deseos de huir sin hablar palabra, sin hacer la confesión que le abrasaba los labios.

Reina le miró asombrada, inquieta por aquel prolongado silencio, así como por la visible turbación que se manifestaba en su movible fisonomía; adelantóse un paso y le ofreció la mano, diciendo:

–¡Dionisio!

El joven retrocedió por un repentino movimiento de terror, pronunciando palabras repetidas, confusas, que los labios parecían arrancar á duras penas de la garganta.

–¡No..., no!.. ¡Esto no puede ser!.. ¡No!..

El rubor coloreó vivamente las mejillas y la frente de Reina, que se acercó más, atraída á pesar suyo, impaciente por comprender y averiguar.

–¿Qué ocurre, pues?, exclamó.

¿Y si laceraba el corazón de la joven con su brutal revelación? ¿Y si le amaba?

Esta idea cruzó por el pensamiento de Dionisio, rápida como el rayo; pero la combatió y rechazó repitiéndose:

–¡No, no, no me ama!

Y en voz alta, con las manos casi unidas y en un delirio de súplica, exclamó:

–¡Dígame usted, Reina, dígame usted que no me ama, que jamás!..

La joven dejó escapar un grito como de un ave herida.

–¡No amar á usted, Dionisio, mi compañero, mi amiguito de la infancia!.. ¿Qué me dice usted?..

Le Marrec había palidecido al oir las primeras palabras; pero el final de la frase resonó en sus oídos con una dulzura que poco á poco le tranquilizaba.

Y llevado de un impulso hacia ella, cogióle las manos, y la interrogó, con acento que aún delataba su ansiedad:

–¿Me ama usted como á un hermano, no es verdad, Reina mía?

Con mucha calma y la sonrisa en los labios, sin ardientes rubores en las mejillas, ni rayos en los ojos, Reina contestó:

–¡Cómo al más amado, al más querido de los hermanos!..

Ligero el corazón y palpitante el pecho, Dionisio prosiguió:

–¡Ah! Es que usted no sabe, no podía saber... ¡Se había pensado en usted para..., para mí!.. Sí, algunos amigos, buenos y bondadosos amigos, su padre de usted, mi tío... Pero vamos á ver, ¿se puede casar á un hermano con su hermana?.. ¡Esto ha sido para ellos un sueño, un verdadero sueño, como usted ve!..

La alegría rebosaba en Dionisio al ver á la joven tan tranquila ante aquella revelación, que en cierto modo había venido por sí sola á los labios de ambos, en el mismo instante, desde el fondo del corazón, sin que hubiesen tenido necesidad de entenderse de antemano ni de interrogarse.

No, entre ellos no había amor; se profesaban un afecto más tranquilo, menos tumultuoso, ese afecto de dos seres acostumbrados en otro tiempo á vivir juntos, como si fueran de la misma familia, y no hubiera soplado nunca sobre ellos el viento abrasador de la pasión.

Ahora, hecha ya la confesión, hablaban sin turbarse, en plena confianza, como si siempre se hubieran hecho así sus confidencias fraternalmente, y Reina fué la que, más atrevida, preguntó la primera:

–¿Ama usted, pues, á alguien, Dionisio?

Su curiosidad de mujer se había despertado, avivada por aquel pensamiento de amor, y comprendiendo que adivinaba la verdad, sonreía con dulce malicia.

–Sí, añadió, aquella que usted salvó, la de allá abajo... ¿No es verdad?

Y con el dedo señalaba más allá de las alturas en dirección al Sud. Le Marrec, algo turbado, confesó:

–¡Sí, dijo, á Genoveva Goalen es á quien amo!..

Pero á su vez, recordando la promesa hecha á su amigo, más urgente ahora que su corazón se había aligerado confesando, estrechó ambas manos de Reina entre las suyas y le dijo:

–También yo conozco el secreto de usted, pues ya sé que tiene uno, como yo tenía el mío.

La joven quiso desasirse para ocultar el rubor que coloreó su rostro de un vivo carmín que se extendió hasta su garganta.

Pero Dionisio insistió, y sus ojos, animados de una expresión algo burlona, trataron de escudriñar hasta el fondo de los de Reina, á quien inútilmente trataba de hacer volver la cabeza y cuya turbación equivalía á una confesión.

–Si pronunciara su nombre yo también..., dijo Dionisio.

Reina, defendiéndose mal, balbuceó:

–¡Cállese usted, cállese usted!

Pero ya Le Marrec murmuraba en voz baja, muy contento:

–¡Hervé Morvan!.. ¡Hervé, mi amigo, mi compañero, que la ama á usted, que la adora, Reina, como yo amo y adoro á Faik!

La joven movía la cabeza, rehusando aún confesar, sobrecogida de pudor en el momento de descubrir su corazón; pero Dionisio prosiguió:

–¿Le hará usted el más desgraciado de los hombres?.. ¿Debo ir á decirle que nunca, que jamás le amará usted y que debe renunciar á su mano?..

En aquel instante resonó una ruidosa carcajada detrás de los dos jóvenes, y oyóse una voz que exageraba un acento de fingida cólera.

–¡Ah, ah, esta vez os he cogido, eh? ¡Mira los enamorados!..

Reina y Dionisio separáronse por un brusco movimiento, tan aturdidos, tan desconcertados, que la hilaridad de Balanec, que acababa de entrar sin ser oído, redobló más ruidosamente.

–¡Ah, ah, ah!.. ¡Ahora sí que no podéis decir lo contrario!..

Dionisio se dirigió hacia él, queriendo hablar; mientras que Reina, muy turbada, no se atrevía á mirarle; mas el pescadero, tapándose los oídos, gritó aceleradamente:

–¡No, no, no!.. ¡Nada de excusas..., yo no digo nada, nada, nada!.. ¡Y despachemos, porque Reina llegaría tarde!.. ¡Adiós, muchacho..., ve á despachar tus asuntos pronto!.. ¡No te oigo!..

Y Balanec empujó bruscamente á Dionisio por los hombros, haciéndole salir de la casa sin permitirle hablar.

Le Marrec había desaparecido ya, y Balanec se reía aún, mirando á su hija con ternura, mientras murmuraba:

–¡Hermosa pareja será, bien podemos decirlo!... ¡Ah, ah, ah..., pobres muchachos, cómo los he asustado!..

X

El cielo presenta un color gris, como el plumón ligero, como las plumas de las gaviotas, plumas blandas y suaves, que comunican un aspecto sedoso al vientre y á la parte inferior de las alas de esas aves de tempestad; y bajo aquel cielo gris, con largas listas plateadas acá y allá, que dan á la celeste bóveda que sobre Camaret se extiende la apariencia de un inmenso toldo argentado y brillante, la procesión sale de Styvel.

Avanza ondulando, y ocupa toda la anchura del muelle: los tiempos han desaparecido, los siglos retrocedieron, todo cuanto existe huyó en la noche de las edades, todo lo que es moderno se desvaneció ante la invasión del pasado; ya no hay incredulidades ni dudas; una sola idea, común á todos, une á los fieles.

Bajo un impulso irresistible, que parece comunicado por el cielo, bajo uno de esos grandes entusiasmos por la fe que en otro tiempo lanzaba las multitudes á las Cruzadas, todo un pueblo de la Edad media se ha puesto en marcha, salmodiando los cánticos, cantando la gloria del Señor, entre el murmullo grandioso del mar, que bate de lleno las fachadas de las antiguas casas de Camaret, cubiertas de telas, de paños, ornadas de colgaduras, de cuadros circuidos de guirnaldas de flores y empavesadas con banderas que flotan al impulso de la cruda brisa del Océano.

Inmóviles en sus amarras, las barcas se alínean unas junto á otras, después de izar en la extremidad de su mástil el pabellón nacional; y con su pico vuelto uniformemente hacia el muelle, bajo la dirección del viento Oeste, parece que ellas también toman parte en el movimiento general, tributando así un piadoso homenaje á la gran manifestación devota que se desarrolla ante ellas.

A la cabeza, sola en el centro, como el inmutable y ostensible símbolo de las poblaciones del extremo Oeste, elévase la Cruz, llevada por un viejo pescador, que con su gorro de lana en la mano muestra á todos, de lejos, la figura dorada de Cristo clavado en las ramas de plata del árbol del suplicio, el árbol de su gloria eterna. Avanza con lento paso; á su lado va el que debe relevarle, y los dos entonan el cántico con voz temblorosa.

Por cada lado se prolonga la fila de los devotos: en primer término, guiados por un sacerdote con sobrepelliz blanca, van los niños, los más pequeños, que apenas andan y cuyos pies tropiezan; las niñas, de voces agudas, y los muchachos, de acentos chillones.

Detrás van las jóvenes, ostentando unas ya el sombrero y el traje de las ciudades, y conservando las otras la humilde y graciosa toca de Camaret, con su bordado recogido sobre la frente y el cabello, y que presenta detrás de la nuca dos alitas como de mariposa en una forma de casco que se adapta á la cabeza.

Entre ellas se ve el primer estandarte; lo lleva Reina Balanec, sosteniendo dos de sus compañeras los cordones de seda y plata; sobre el tafetán blanco, un bordado en relieve representa la Virgen, y hace brillar un manto de oro forrado de seda azul, con las letras entrelazadas que forman el monograma del *Ave María*.

Detrás del estandarte de las mujeres, de color sonrosado pálido y blanco, la estatua de la Virgen; el cura Pedro Kerbiriou, acompañado del vicario Santiago Louarn, entre los doce monaguillos, con alba blanca, túnica encarnada, capucha roja sobre los hombros y bonete del mismo color en la cabeza, preceden al enorme pavés, revestido de tela de color escarlata, sobre el cual veinte hombres llevan la pesada Cruz de la Misión, pintada de nuevo, con su Cristo, cuyo blanco cuerpo brilla bajo la tela dorada que le ciñe los costados.

Siguen después, vistiendo su uniforme, dos hijos del país, grumetes del *Austerlitz*, con banderas blancas sembradas de estrellas de oro, y detrás de ellos se agolpa la multitud, con todos los curas, todos los vicarios de los alrededores, una población compacta y recogida, guiada por los ancianos de la comarca, Le Fur, Juan María Balanec, Tremor, Lagadec; y después la decana, su hija María Angela, Luisa Pennegués, la viuda Perinaig, la vendedora de sardinas, y en fin, todo Camaret, aumentado con la gente de los pueblos y de los caseríos de la península de Crozon. Es un coro de amor que se eleva unido y solemne hacia el cielo, una explosión de piedad que reune todos los corazones en una misma acción de gracias, de agradecimiento y de esperanza.

El rector dirigía en torno suyo miradas de hombre feliz y satisfecho; una sonrisa dilataba su rostro, inflamado por su ardor religioso, y con la mirada parecía dar gracias á sus feligreses por aquel celo, al que no estaba muy acostumbrado. Mientras entonaba con su voz más retumbante los versículos del cántico, vigilando al mismo tiempo la marcha de la procesión, que varios sacerdotes, con alba ó sobrepelliz, dirigían de concierto con él, á fin de que todo se hiciera en buen orden para la mayor gloria del Señor, reconocía con no poca satisfacción á los que se hallaban más cerca, y aplaudíase al ver que su última amonestación había tenido tan buen resultado respecto á cierto número de personas indiferentes á la religión. Sin embargo, hasta entonces había experimentado una verdadera é inquieta sorpresa al no ver en las primeras filas, en el sitio que debía ocupar, á su sobrino, Dionisio Le Marrec; mas al fin acaba por tranquilizarse, persuadiéndose de que el joven se ha separado, sin duda para contemplar más á su gusto el rostro encantador de Reina Balanec, que producía sensación, y á la cual divisaba allá abajo, casi á la cabeza del cortejo, bajo la seda flotante del estandarte de María.

Algunas personas, entre aquellas que no podían abandonar sus casas, habíanse consolado ocupándose en adornar las fachadas, para aumentar el brillo de la fiesta, y hallábanse á sus puertas, con el sombrero ó el gorro en la mano, saludando las piadosas insignias que desfilaban ante ellos. El padre Kerbiriou buscaba entre aquellas personas, pensando que tal vez su sobrino había preferido imitarlas, para ver mejor el conjunto de la ceremonia; mas no le divisó en ninguna parte.

Después de haber seguido el muelle y vuelto á la calle principal, que desemboca frente al fortín de Vauban, el cortejo atravesó el burgo, detúvose algunos momentos delante de la iglesia, y ascendió luego por el camino de Crozon para detenerse después enfrente del cementerio.

Muy pronto, en medio de los rezos, de los cánticos y de las bendiciones, la cruz fué colocada solemnemente en el centro del campo santo; y dominando las tumbas, casi cubiertas por las hierbas y las flores, losas de mármol ó de granito, humildes túmulos de tierra amontonada, se destacó limpia y consoladora sobre el color pizarroso del mar, sobre la estrecha lengua de tierra y de guijarros de donde surgen la capilla de Nuestra Señora de Roc Amadour y el fortín de Vauban.

Al salir del cementerio, cuando la multitud se oprimía aún á su rededor, el padre Pedro Kerbiriou se preparaba á regresar al curato, sin poder ocultar la exuberancia de su alborozo, y dirigiendo á cada cual de los que encontraba á su paso alguna palabra de agradecimiento ó una alegre frase, divisó de pronto á su sobrino.

Dionisio Le Marrec, muy pálido, con su sombrero en la mano y saliendo de entre un grupo, se adelantaba hacia él.

El rector, con su benévola sonrisa y en la embriaguez de su corazón satisfecho, exclamó:

– ¡Hete aquí ya, hijo mío! No te había visto desde el principio de la ceremonia, y me preguntaba...

Dionisio le interrumpió:

– Tío mío... Señor rector, yo...

Y volviéndose sin concluir, dejó ver una joven que estaba detrás de él.

El sacerdote frunció el ceño, murmurando:

– ¿Quién es?.. ¿Qué significa?.. ¿Me dirás?..

Mas apenas hubo reconocido á Genoveva Goalen, exclamó con un tono muy diferente, cargado de súbita cólera:

– ¡Cómo!.. ¡No es esa la hija de..., de aquel hombre?.. ¿Cómo se atreve á presentarse aquí, en este día bendito, en medio de esa santa gente?

Buscaba palabras, expresiones para agobiar á la joven.

Dionisio, deteniéndole con el ademán, más pálido aún y alta la frente, se adelantó un paso, estrechando la mano de su compañera con la suya.

– También es, tío mío, repuso, una santa y piadosa joven, y por eso ha venido á la ceremonia de la Cruz de la Misión, como todas aquellas que tienen fe y confianza en la Iglesia..., como todos los que debían cumplir hoy, ante Dios..., con un deber..., un deber sagrado...

Su voz temblorosa no le permitió concluir, dominado como estaba por una emoción profunda y terrible que no podía vencer.

Alrededor de ellos habíase detenido la multitud, que se apiñaba ansiosa sin comprender aún lo que ocurría; pero los cuchicheos de boca en boca, repitiéndose el nombre de la joven, propalaban la noticia.

– ¡Faik Goalen!..

– ¡La hija del Hechicero!..

– ¡La del hombre de la landa!..

– ¿Conque es verdad?.. ¡Genoveva Goalen!..

– ¿Qué la trae entre nosotros á esta hora?

La tía Rosalía, una de las primeras á quienes se avisó, pero que estaba demasiado lejos para poder reunirse con los jóvenes y defenderlos, murmuraba con las manos unidas y el corazón transido de dolor:

– ¡Dios mío, no eran estos el día ni la hora á propósito!.. ¿Por qué no habrá venido á pedirme parecer, como debía hacerlo con su decana?.. ¡Ah! ¿Y qué sucederá ahora con todo eso?.. Demasiada prisa ha tenido ese Dionisio Le Marrec, y paréceme que en vez de arreglar sus asuntos los desarregla!.. ¡Si se pudiera esperar!.. ¡Que el Señor esté con ellos, y nos proteja á todos!..

Sorprendido un momento, el padre Kerbiriou había mirado á los dos, y un furor sagrado brillaba en el fondo de sus ojos sombríos; pero después, desahogando toda su cólera contra su sobrino, exclamó:

– ¡Desgraciado, cómo es posible que te hayas erigido en defensor y compañero de esa!..

Y levantó la mano derecha como para maldecir, y tan agitado estaba que las palabras temblaban en sus labios.

Dionisio, sin temor alguno, detuvo aquel brazo amenazador, presentando valerosamente el pecho á la maldición, y con los ojos brillantes de dolor y de energía, protestó:

– ¡Yo soy, dijo, quien la aconsejó venir; yo soy quien la condujo aquí, para hacer con ella esta peregrinación, para que la bendición de Dios caiga al mismo tiempo sobre nuestras frentes, para que nada nos separe ya más!..

– ¡No sabe lo que dice!.., interrumpió el rector, paseando la vista á su alrededor con expresión desesperada.

Compadecido el vicario, dijo en voz baja con tono de súplica:

– ¡No sea usted demasiado severo, pues no se la puede hacer responsable!.. ¡Tal vez haya un alma que salvar!.. ¡Es cristiana!.. ¡El sobrino de usted, su propio sobrino lo afirma!.. Nosotros lo sabemos también, y el Dios de misericordia...

Pero el cura gritó:

– ¡Ella cristiana!.. ¿No la ve usted, pues?.. ¡Sus ojos, su cabello!.. ¡Es Velleda, yo se lo digo á usted!

Su entonación era cada vez más ronca y atronadora, como si en aquellas últimas palabras hubiera querido encerrar la energía de un anatema, agobiando á la joven bajo los pies del paganismo resucitado.

Toda una oleada de recuerdos clásicos, de reminiscencias de sus estudios de Historia del seminario, una obsesión de la heroína de Chateaubriand, era lo que le inspiraba aquella comparación pagana, siempre que veía á Faik, desde que la divisó un día en la costa brava de Dinan, con el cabello flotante y entreteniéndose en coronarse de verdura y de flores.

Ya en aquella época, al reconocer á la hija de Goalen, había murmurado, poseído de cólera:

– ¿No se diría que es una hija de las islas, como las de otros tiempos?.. ¡Nada bueno se puede sacar de ella!.

Desde entonces se obstinó en no verla de otro modo, en no admitir nada de sus cualidades, del bien que de ella se decía, porque en ella presagiaba un peligro persistente y alarmante, tanto más temible cuanto que era vago, indeterminado.

En adelante no era para él más que la druida coronada de verbena, la idólatra que era preciso rechazar, devolviéndola á su religión maldita, á las brujerías de su padre, á la frecuentación sospechosa de las landas del cabo de la Cabra, á la vecindad misteriosa de las grandes Piedras grises, envueltas en las brumas donde flotan figuras indecisas. El sacerdote hubiera asegurado casi que, así como las nueve druidas de la isla de Sein, conocía el porvenir y levantaba ó apaciguaba las tempestades.

Sin embargo, todos sabían, y hubiera sido fácil asegurarse de ello, que Genoveva estaba bautizada y había hecho su primera comunión. Si creía en la virtud de ciertas plantas, en los bálsamos que su padre le había enseñado á componer con las hierbas de la landa, también creía en los santos, y era particularmente devota de la Santa Virgen, de Santa Ana, protectora de los marinos, como todas las bretonas de su edad, como las más puras armoricanas.

Buena, compasiva para todos los que sufren, siempre dispuesta á ayudar á su padre en sus obras de caridad, sabía referir historias y cantar las antiguas canciones del pasado, que embotan el dolor y encantan á las almas de Bretaña, comunicándoles la intensa melancolía de los brezos, de las landas y de las rocas batidas por las tempestades.

Lo que la distinguía de las otras era que, acostumbrada á una vida salvaje y libre, siempre había vagado por aquellas soledades sin más compañía que la de los carneros y vacas que su padre apacentaba; que conocía todas las anfractuosidades de la costa, todos los misterios de sus grutas, desde Morgat al castillo de Dinan, y que se la había encontrado sola, ya en el mar, ya en el fondo de las cavernas misteriosas que perforan el cabo de la Cabra, ó bien cerca de las enigmáticas Piedras antiguas de la landa.

A pesar de todo, Genoveva tenía una poderosa é irresistible seducción, sin que ella lo supiese, sin que ella lo quisiera, como la embriaguez que produce un perfume ó una flor, y esta seducción era la que había cautivado á Dionisio Le Marrec para toda la vida.

Pero este mismo encanto no podía influir en Pedro Kerbiriou, que fanatizado como en presencia de una herejía viviente, se escudaba con su carácter sagrado, elevando entre ella y él la Cruz, como la hubiera levantado entre el Maldito y la Iglesia, para la defensa de sus feligreses, para la conservación y salvación de sus almas en peligro.

He aquí por qué inmediatamente, y como única defensa, había lanzado aquel nombre de Velleda, más significativo, más terrible en su boca que cualquier otro, por la idea que encerraba, por el peso agobiador que hacía caer sobre la joven; y he aquí por qué, no hallando nada más fuerte, más característico y propio del exorcismo, repetía:

– ¡Velleda, yo se lo digo á usted, señor vicario!.. ¿No ve usted, pues, que es Velleda?..

Santiago Louarn, sorprendido y desconcertado, no había osado insistir ante la vehemencia de su superior, y se limitó á murmurar con voz doliente:

– ¡Pobre niña!..

Con las manos unidas rezaba por la joven interiormente, renunciando á defenderla más.

Ante aquella resistencia de su tío, ante aquella violencia del sacerdote y el ultraje público inferido á la que amaba, Dionisio Le Marrec olvidó todos sus proyectos de dulzura y paciencia, y elevando la voz para que le oyeran desde lejos, repuso, muy pálido y dominándose con dificultad:

– ¡Señor rector, he querido decir á usted hoy, á presencia de todos, que Genoveva Goalen y yo, Dionisio Le Marrec, quedamos desposados desde este día ante Dios y ante los hombres, y rogarle al mismo tiempo que tenga á bien bendecir nuestra unión. He deseado cumplir con un acto de respeto y de cariño, eligiendo este día para que fuera más solemne. ¡Bendíganos usted, padre mío!..

Y Dionisio inclinó la cabeza respetuosamente.

Ante esta inesperada y brusca actitud, el sacerdote, palideciendo al pronto y después con el rostro tan enrojecido, que se temió que cayera atacado de un accidente, balbuceó, aterrado, como si no comprendiera:

– ¡Yo..., yo..., que yo.. bendiga!.. ¡Ah.., lo que es eso'.. Yo no..

(Continuará)

PROYECTO DE UN GRAN GLOBO TERRÁQUEO

(Véase el grabado de la página 735)

Mr. T. Ruddiman Johnston, individuo de la Sociedad Real de Geografía y otros cuerpos científicos de Inglaterra, ha hecho los planos necesarios para levantar en Londres un gran globo terrestre, cuya escala será en la proporción 5 × 500.000, ó sea de un cienmilmilésimo del tamaño de la Tierra. Es decir, que el globo tendrá un diámetro de 84 pies, que indicará la superficie de la Tierra en una escala de unas ocho millas por pulgada. En dicho globo aparecerán todos los principales datos geográficos, como el nombre de toda población que tenga 5 000 habitantes, y tal vez menos. Las ciudades mayores aparecerán en la verdadera proporción. La superficie del globo tendría 22.000 pies cuadrados, si se le extendiese en una faja de un pie de alto, que mediría más de cuatro millas de largo. Como á menos de hacerlo pronto se perdería todo el interés que inspira obra semejante, Mr. Johnston tiene los planos que le permitirían construirlo en menos de dos años. Las correcciones podrían hacerse fácilmente. El globo tendría á su alrededor una galería en espiral, á cuya parte superior se llegaría por medio de ascensores. Girando el globo delante de dicha espiral desde sus puntos se le verá por completo. Para mostrar con claridad los ríos, los lagos y las montañas se usarán colores que imiten los naturales. Representándose las distintas zonas de modo que el color de la tórrida, por ejemplo, imite las condiciones de ésta. La extensión que se dé á los datos de la geografía física se decidirá por una junta de personas versadas en la enseñanza de esa ciencia. Habrá bastante lugar para indicar las corrientes de los mares, los vientos, la temperatura, su profundidad, la naturaleza de sus fondos, la presión atmosférica, la variación de la aguja náutica; pero debe tenerse presente que aunque la tierra puede representar la distribución geográfica de las plantas y de los animales, el globo no tiene por objeto sustituir las demás obras y mapas geográficos, sino despertar el deseo de estudiarlas; pues del globo sólo obtendrá el público datos generales y no una instrucción científica de la geografía. En él constará todo cuanto pueda interesar al público en cuestiones geográficas, pero sin amontonar los datos, como pasa en algunos atlas y mapas, pues esto alejaría en vez de atraer la atención pública. Todos los países aparecerán en sus verdaderas proporciones, dando los colores que se usen para representarlos una verdadera idea de las condiciones de la superficie terrestre.

Mr. Johnston tiene seis secciones preparadas. Incluyen el Egipto, Inglaterra, Francia, etc., que se hallan expuestas en su propio establecimiento de la ciudad de Londres. No cabe duda alguna que un globo como el proyectado despertará mucho en Inglaterra el interés que debe inspirar á sus masas la gran extensión de sus colonias.

***

Bicicleta torre Eiffel.

BICICLETA TORRE EIFFEL

Desde que el velocipedismo se ha generalizado, llegando á ser uno de los deportes que más partidarios tienen, la especulación y el afán de novedad se han apoderado de él, creando las combinaciones más originales, basadas todas ellas en los juegos de ruedas que constituyen la ligera máquina en sus variadas formas.

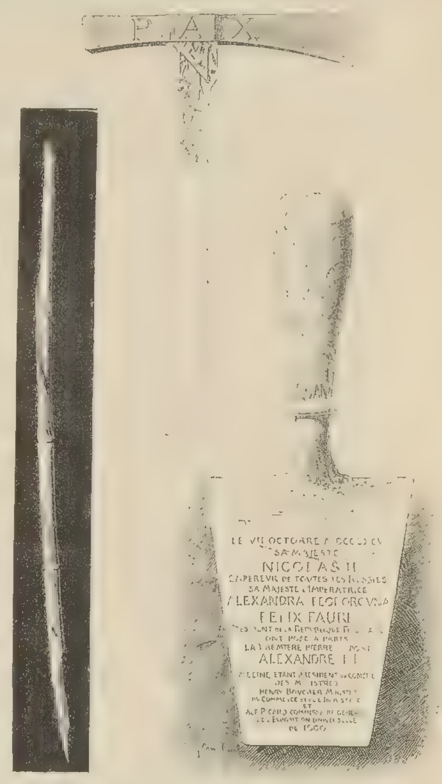
La bicicleta torre Eiffel que nuestro grabado reproduce, es indudablemente lo más extraordinario que hasta ahora se ha hecho en materia velocipédica: ocioso nos parece describirlo, porque basta mirar la reproducción para hacerse cargo de tan extraña máquina; únicamente diremos que el armatoste sobre el cual se sienta el velocipedista aéreo, por decirlo así, tiene tres metros de altura.

No se necesita ser muy inteligente en la materia para comprender que este original aparato tiene bien poca utilidad práctica, si es que no resulta completamente inútil, y sólo puede servir como muestra de un *tour de force* en el arte de mantener el equilibrio y como espectáculo propio de un circo. De aquí que no sea aventurado asegurar que la nueva bicicleta torre Eiffel no tendrá éxito alguno en el mundo ciclista. Y no perderá nada con ello el higiénico deporte, pues todo lo que sea desviarlo de su camino, todo lo que signifique exageraciones injustificadas le quita su verdadero carácter de ejercicio saludable para convertirlo en esfuerzo inútil y á veces perjudicial.

COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA

DEL PUENTE ALEJANDRO III POR EL TSAR NICOLÁS II

Entre las solemnidades celebradas en París durante la estancia de Nicolás II, ha figurado la colocación de la primera piedra del puente que se construirá sobre el Sena y que habrá de inaugurarse cuando la Exposición Universal de 1900. El soberano ruso, como muestra de agradecimiento por el decreto que dispuso que dicho puente llevara el



Martillo, paleta y pluma utilizados por el tsar Nicolás II en el acto de la colocación de la primera piedra del puente Alejandro III que se ha de construir sobre el Sena, en París

nombre de su padre, defirió á los deseos del gobierno francés tomando parte activa en aquel acto. Para la ceremonia sirvióse de los útiles tradicionales, una paleta y un martillo, que conservará como recuerdo y que han sido ejecutados por un hábil joyero parisiense, M. Felize.

La paleta, que es toda de oro, pesa 750 gramos; la llana mide 12 centímetros y medio de largo por 16 de ancho en sus partes superior é inferior respectivamente y lleva una inscripción con la fecha del acto y los nombres de los personajes que á él cooperaron. El mango afecta la forma de una urna en la que hay cincelado el buque de la ciudad de París con su divisa *Fluctuat nec mergitur.*



Cofrecillo donde se depositó el acta de la ceremonia de la colocación de la primera piedra del puente Alejandro III

El martillo es de acero y tiene incrustadas en oro las palabras *Pax* y *Robur;* en su mango de marfil, de 31 centímetros de largo, hay á un lado las iniciales R F y á otro el monograma N, enlazadas con ramas de roble y de olivo. Para el presidente de la República se ha fabricado uno igual, pero con la inicial F, en vez de la N.

Es también curiosa la pluma con que M. Faure firmó el acta de la ceremonia: es de oro y figura una caña de 27 centímetros de largo, destacando sobre ella las fechas de 1896 y 1900 y una hormiga, símbolo del trabajo. El cofrecillo que contiene el acta, y que fué encerrado y sellado en una cavidad de la piedra inaugural, es muy sencillo, pero de muy buen gusto. Es de nogal forrado de acero, con aplicaciones del mismo metal, en una de las cuales se lee: *Puente de Alejandro III, 7 de octubre de* 1896. Los grabados que publicamos son reproducción exacta de estos objetos. – X.



PROYECTO DE UN GRAN GLOBO TERRÁQUEO IDEADO POR MR. RUDDIMAN JOHNSTON, individuo de la Sociedad Real de Geografía de Londres



MADAME RECAMIER, cuadro de David que se guarda en el Louvre

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año XV — Barcelona 2 de noviembre de 1896 — Núm. 775

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS MAESTRAS DE LA PINTURA



EL SACRIFICIO DE ABRAHAM,

cuadro de David Teniers, existente en la Galería Imperial de Viena

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

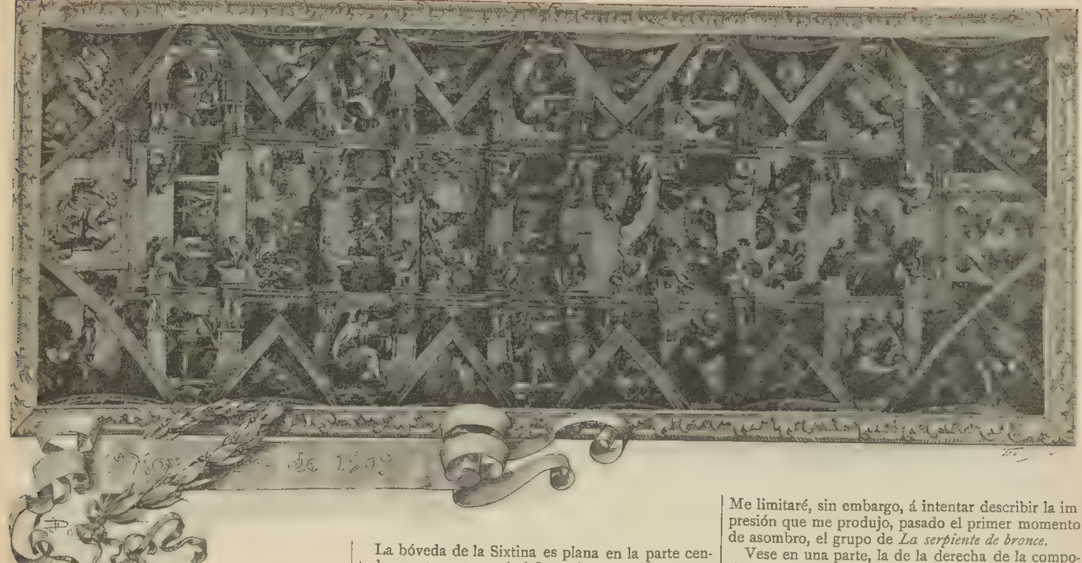
Obras literarias. – El *Don Carlos* de Schiller en París y el *Barbero de Sevilla* en Madrid. – Goethe y Schiller. – El Poeta de la libertad. – Schiller diputado en la Convención francesa sin haberlo sabido nunca. – Inverosimilitudes históricas del *Don Carlos*. – La crítica en el siglo pasado. – Filosofía de la Historia. – Falsedad absoluta de la leyenda sobre que *Don Carlos* se basa. – El gran poeta Quintana. – El cómico Beaumarchais. – Simbolismo revolucionario del *Barbero*. – *La boda de Fígaro*. – Estragos hechos por esta comedia en las monarquías absolutas. – Reflexiones. – Conclusión.

Dos obras teatrales se han puesto en escena, ó por lo menos, dos títulos de obras teatrales se han puesto en carteles, que recuerdan grandes acontecimientos históricos y que señalan fases varias del espíritu moderno. Una de estas obras es *Don Carlos*, de Schiller; otra es *El Barbero de Sevilla*. La primera representó una revolución política en Alemania; el título de la segunda, después de haber atizado un día la revolución francesa, representó, por obra del inmortal Rossini, una revolución en la música. No puede negarse que la grandeza intelectual de Goethe aventaja en muchos codos y excede á la grandeza intelectual de Schiller; mas tampoco puede negarse que Schiller por su parte aventaja en genio amable y atractivo al coloso. Mientras éste ama la verdad por ser verdad, el arte por ser arte, y no ama el bien por ser bien, frío é impasible como los preciosos materiales de que compuso Fidias el Júpiter Olímpico; Schiller cree no valer cosa el mero resplandor de las ideas abstractas, sino después de haber desde las abstracciones altísimas del cielo suyo bajado á la realidad y difundido un calor, cuyos efluvios vivifiquen afectos y sentimientos, sobre los cuales puedan levantarse instituciones, erigidas como barricadas contra los opresores y como refugios y seguros de los oprimidos. Empeñado yo desde mi niñez en hercúleo combate por la libertad, sigo siempre con una especie de culto religioso á cuantos han difundido ideas liberales y las han encarnado en la viva realidad. Y nadie aventajó en este apostolado al inmortal Schiller. Las tendencias manifestadas en sus Historias, así de los Países Bajos como de las Guerras religiosas; su filosofía, tan republicana en todas sus aplicaciones, como la filosofía Bautista; el amor manifestado en sus obras líricas, lo mismo al pensamiento, que á la conciencia, que á la voluntad libres, le han hecho entre los alemanes, como cualidades y obras parecidas entre los españoles á nuestro Quintana, el poeta inmortal de la libertad. Y por tal manera consiguió este merecido renombre, que habiéndose reanimado mucho en la prensa europea el recuerdo de Schiller por motivo de la representación en París del *Don Carlos*, anda, de columna en columna, bien curiosa y notable anécdota referente á la vida del poeta. Corrían las primeras sesiones de Asamblea tan famosa, por titánica y ciclópea, desmedida en lo bueno, en lo malo aún más desmedida, como la Convención. A pesar de haberse perpetuado las odiosas matanzas del mes de septiembre de noventa y dos, la Convención todavía no pasaba por su período terrible, noventa y tres; todavía no pasaba por el período en que devorara cuantos creía que la hostigaron, y concluyera, cuando no tuvo nadie á quien devorar, por devorarse á sí misma. Los franceses de aquel Cenáculo convidaban con su libertad á todos los pueblos; reconocían la comunión sagrada de todos los derechos, y trazaban un plan de confederación europea en que pudieran entrar todos los hombres libres, desasidos y separados para siempre de sus déspotas. Así resolvió la Convención designar como convencionales honorarios cuantos grandes pensadores y poetas por aquella sazón prosperaban y defendían en Europa la santa causa del humano derecho. Y no podía olvidarse de Schiller. Nombráronle, pues, convencional. Ora fuese ignorancia, ora fuese desidia, el secretario encargado de notificar tal nombramiento á Schiller equivocó las letras del glorioso apellido y no hubo quien lo reconociese. La carta de nombramiento anduvo de mano en mano y nunca llegó á manos de aquel á quien se dirigía. Hoy la expone bajo cristal, en amplio escaparate, un museo histórico alemán entre sus más curiosos recuerdos y entre sus más preciadas joyas.

El *Don Carlos* de Schiller pugna por completo con la Historia y sus verdades objetivas. Basado en una leyenda muy acreditada y en una tradición muy difundida en el último siglo, responde al estado mental aquel, á un estado de guerra entre las ciencias nuevas y las instituciones antiguas. Condenaban los pensadores liberales de la época el Pontificado católico en todos sus tiempos con la Monarquía tradicional en todas sus fases. No les podía caber en la cabeza una idea tan clara y sencilla como que lo existente y duradero por siglos de siglos ha tenido su razón para existir y durar, como la otra idea, no menos evidente y sencilla, de que, comparada una institución, para nosotros hoy regresiva, con las instituciones más reaccionarias aún, á quienes sucediera, comparada la Monarquía absoluta, por ejemplo, con el feudalismo militar, según todo aparece de relativo y circunstancial en el tiempo, puede ser relativa y circunstancialmente un progreso, una forma del adelanto universal, un término de la serie, progresiva un momento, como decían los hegelianos, de la idea. No comprendían esto nuestros gloriosos abuelos. Se trataba de Felipe II y su Monarquía: era necesario condenarlo sin oirlo. Y para condenarlo sin oirlo era necesario imputarle que había hecho matar por celos á su hijo, creyéndole apasionado de la madrastra Isabel, quien le fuera destinada en antiguos consejos diplomáticos, y que á su vez, despegada del esposo y enamoradísima del gallardo príncipe, bebía los vientos por éste, mozo apuesto, joven amante, inspirado poeta, por tal manera imbuído del espíritu progresivo, que se hiciera luterano sin reservas y apoyara la nueva religión sin miedo y sin escrúpulo ante la Inquisición y el despotismo. Esto es lo contrario de aquello que afirma la Historia, bien informada, é instruída en irrevocables testimonios para la emisión de sus juicios. D. Carlos no era un guapo mozo; era todo lo contrario, raquítico, menudo, contrahecho, feo, gafo. Nosotros todos lo conocemos por visitarlo á la continua en el Museo de Madrid. Allí lo tiene clavado Pantoja con su pincel de retratista exactísimo y profundo. Sus calzas de punto blancas, su ropilla de tisú áureo, su capeta de terciopelo festonada con cebellina, su gorra negra con pluma del mismo color prendida por un relumbrante cintillo, visten apenas, con toda su riqueza y esplendor, á un muchacho feo, el cual da muestras en su persona de que no podía lograrse. E igual su mente á su figura. Primogénito de Felipe, que casó muy joven, por imposición de su padre, con una infanta portuguesa, dió toda su vida más muestras y señales Carlos de inquietud que de talento. Al irse su abuelo, el emperador, hacia Yuste desde Inspruch, detúvose unos días para preparar el paso por las cordilleras de nuestra Extremadura en Valladolid, capital de Castilla la Vieja, donde residía en aquella sazón el infante, y notó ya que no tenía su nieto el juicio cabal. Estudiante luego en Alcalá, donde le acompañaban dos hombres tan ilustres como sus inmortales tíos, Juan de Austria y Alejandro Farnesio, rodó por una escalera del colegio, la cual existe todavía, y se deprimió la cabeza con depresión tan terrible al golpe tremendo, que temieron se quedara imbécil. Así no podía enamorarse de un engendro semejante la hermosísima Isabel Valois, y mucho menos cuando le había tocado en matrimonio uno de los más apuestos galanes del mundo: que por tal pasaba Felipe cuando se casó con su tercera esposa la francesa, recién vuelto de reinar sobre Inglaterra, que no le gustaba, y de enviudar en el matrimonio con María Tudor, que le repugnó siempre. Para convencerse de cuán gallardo era, necesitamos verlo, no en los retratos, no, de una vejez entristecida por las contrariedades, y achacosa por una continua enfermedad crónica; en los retratos de su juventud hechos por Ticiano y que parecen vivos. Pero la leyenda se mantuvo hasta el extremo de que nuestro gran poeta Quintana, gran historiador también, como gran enciclopedista, la reprodujo en versos inmortales, y así no es maravilla lo tomara por asunto de un drama trágico el inspirado Schiller.

Si el *Don Carlos*, de Austria, representado en París, evoca el nombre de Schiller; el *Barbero de Sevilla*, representado en Madrid, evoca el nombre de Beaumarchais: dos nombres unidos por lazos diversos á la revolución y á la libertad. Personaje de las aptitudes y de las facultades múltiples del célebre Beaumarchais; metido en intrincadas conjuraciones é intrigas á la continua; yendo disparado como una flecha de aventura en aventura; con duelos y lances de honor constantes; entre revolucionarios y cómicos; ya con dramáticas compañías, ya con cortesanas; un momento en los palacios de Versalles y otro momento en los calabozos de la Bastilla; persiguiendo magistrados y salvando actrices; empresario en una guerra, como la guerra de América, donde hubiera tantos héroes; político y periodista, en cuanto aquellos tiempos del absolutismo, tiempos de la juventud suya, se lo permitían; su vida semejábase á un drama perpetuo; y dentro de su cabeza llevaba el estro y dentro de su corazón el sentimiento cómicos, aumentados por una intensa y natural ironía de tanta pérfida intención como copiosa gracia. En España no se representa con la frecuencia que en Francia el *Barbero de Sevilla* comedia. Se canta la ópera, y gusta hoy á las generaciones jóvenes, compañeras de mi vejez, como á nosotros nos gustaba en las alegres juventudes. Y tras la ópera, que obedece al arte sólo, como tras la comedia, que obedece sólo á la política, percíbense desde luego los tufillos á planes de un verdadero simbolismo revolucionario. Rosina es la Nación, sobre cuya persona quiere dominar á perpetuidad el mostrenco de D. Bartolo, personificación del secular monarca, quien, llevando las pesadas llaves de su hogar en el cinto, deja que le abran sus enemigos las puertas, y teniendo una previa censura muy rigorosa, que lleguen á manos de su sobrina todas las cartas. D. Basilio, un organista, es el clero de aquella época, natural auxiliar de la Monarquía; pero tan incierto en sus propensiones y tan pervertido en sus costumbres, que se decide por los enemigos del rey, en cuanto éstos le atraen á su bando y causa con el señuelo y el cebo de cualquier donativo. El barbero es el pueblo, y Almaviva el patriciado, quienes, puestos de acuerdo y atrayéndose por engaños y cohechos á D. Basilio, destruyen la tutela de D. Bartolo, el rey absoluto, y acaban por emancipar y hacer feliz á la nación, es decir, á la hermosa Rosina. Han pasado más de cien años sobre la ópera y sobre la comedia; pero mientras el *Barbero* de Rossini conserva su frescura, el *Barbero* de Beaumarchais perdió su oportunidad. Ya no hay tutores del pueblo con llaves de la Bastilla en el cinto y previa censura sobre las cartas; no hay nobleza como familia privilegiada y aparte con facultades á que no podían ascender sus conciudadanos; el clero perdió su influjo anormal parecido á la omnipotencia; pero en los tiempos de Beaumarchais, todo, aunque cuarteado, estaba de pie, fortaleza enorme, trono del privilegio y ergástula de nosotros, los siervos, únicos idóneos para estimar ahora cuánto contribuyeron aquellas fábulas del fecundo cómico francés, al destronamiento de los opresores y al triunfo de los oprimidos. La comedia esencialmente revolucionaria del gran cómico es su *Matrimonio de Fígaro*, que yo he visto cien veces representado en París, y nunca lo he visto representado en España. No revestía éste los caracteres alegóricos del *Barbero de Sevilla*, mas en cambio presagiaba las arengas tribunicias del Congreso Constituyente y de la Convención Nacional. En aquellos monólogos fluidos, en aquellos coloquios chispeantes, en sus escenas, menos movidas que las del teatro de capa y espada nuestro, y no menos interesantes; á cada paso iban saltando alusiones terribles contra los viejos poderes históricos y apotegmas conducentes al triunfo de nuevo derecho y á la organización de otra sociedad. La corte y los cortesanos; las camarillas instaladas en los respectivos cuartos donde habitaban el plantel de princesas y príncipes componentes de la dinastía; los ganapanes apegados como pulpos y ostros á la corona; el clero venal y corrompido; los abates galantísimos, de juego, de borrachera, de holgorio siempre; las grandes familias, rivales de la real, poseedoras de todas las riquezas y sin haberse tomado para este aquistamiento ningún trabajo más que el trabajo de nacer; los restos de la Inquisición, reunidos en imbécil censura, desempeñada por censoras idiotas; las rentas públicas dispendiadas entre bailadoras y cómicas; los danzantes nombrados ministros para ofrecer estas martingalas increíbles á los mangoneadores todopoderosos; los oficios reales abandonados como los bienes realengos; todas las lacras y todas las protervias de aquella sociedad enferma salieron á la colada en el *Matrimonio de Fígaro*, las cuales protervias y lacras, promoviendo la risa primero, por presentarse bajo su aspecto ridículo, acabaron por promover después la indignación del pueblo, indignación á cuyos latidos empiezan las revoluciones sin medida y los combates sin tregua. Pero hablando de las comedias antiguas, traídas al público certamen por la inevitable asociación de ideas que producen los nombres, no hablo de la comedia contemporánea. Otra vez será.

Madrid, 26 de octubre de 1896.



LAS PINTURAS DE LA BÓVEDA

DE LA CAPILLA SIXTINA

1.º de noviembre de 1509

Dos son las pinturas murales con que Miguel Angel decoró la capilla Sixtina. Digo que son dos, porque considero *una las* de la bóveda, y otra la del testero, y además porque la primera la ejecutó el gran artista obligado por el papa Julio II, y la segunda, ó sea el *Juicio Final*, por encargo de Clemente VII, mediando entre una y otra obra bastantes años.

Cuéntase, bajo la fe de Vassari y de Condivi, que á la enemiga que el célebre arquitecto Bramante tenía á Miguel Angel, se debe esa obra portentosa, única en los anales de la Historia del Arte. Fábula ó no, es lo cierto que ha pasado y pasa como hecho indudable que el arquitecto de San Pedro, celoso del genio del Buonarotti y del prestigio que había alcanzado como escultor y arquitecto, sugirió al impetuoso y versátil Julio II la idea de que Miguel Angel cubriese de pinturas la bóveda de la Sixtina, creyendo así que el gran artista sufriría un fracaso proporcionado á su audacia, si se atrevía á realizar lo que le proponían. Como el papa objetase á su arquitecto que el florentino no era pintor, Bramante le recordó que en sus mocedades aprendiera Miguel Angel la pintura con el Ghirlandajo. De buena fe creyó el consejero áulico de Julio II que era inminente la decepción de su rival, teniendo que luchar con la brillantez y y la maestría de los Botticelli, Ghirlandajo, Perugino y demás célebres pintores, de quienes, como he dicho en reciente *efeméride*, contenían los muros de la capilla de Sixto IV grandes composiciones murales.

Declinó en un principio Miguel Angel el encargo. Repugnábale verse obligado á borrar algunas de las obras de sus predecesores, entre los cuales se encontraba, como vengo diciendo, el Ghirlandajo; por otra parte, el procedimiento de la pintura al fresco no lo dominaba lo suficiente para salir airoso del empeño; mas el papa, voluntarioso, ó quizás respondiendo á íntimo convencimiento ó inspiración, ordenó al artista que diese principio á la obra. Miguel Angel dibujó varios cartones y los hizo pintar á famosos fresquistas; como no respondiesen éstos á sus deseos, borró lo pintado ya, y puso manos á la obra. Por cierto que en reciente estudio hecho por un escritor francés respecto de las primitivas pinturas de la Sixtina, he leído que Miguel Angel borrara la mitad ó poco menos de los frescos del Perugino, de Ghirlandajo y de Signorelli; no es exacto, ó por lo menos no hay base sería para tal afirmación; los frescos que borró el gran artista fueron los del Perugino, existentes en el testero, y algún otro lateral; la bóveda aparecía en gran parte desnuda de toda decorativa. Creo que hay confusión en esto, como la hay en los relatos de Vassari, quien equivoca las fechas en que Miguel Angel terminó sus colosales trabajos.

La bóveda de la Sixtina es plana en la parte central: en esta parte trazó el florentino varios de los pasajes más grandiosos del *Génesis;* en la parte curva, ó sea en los arranques de la bóveda, pintó Sibilas y Profetas; en los lunetos la genealogía de la Virgen y asuntos relativos á la misión de Cristo en la tierra. Enciérrase toda esta composición en otra de perspec tivas arquitectónicas, donde se ven medallones simulando relieves de escultura.

***

Con la impetuosidad – dice un notable escritor italiano – con que Miguel Angel tenía por costumbre ponerse á trabajar en todas sus obras, y especialmente cuando éstas ofrecían mayores dificultades, dió comienzo, sin ayuda de nadie, el día 10 mayo de 1508, á la colosal pintura de la bóveda. El gran artista tuvo que comenzar por hacer el andamiaje, pues el construído por el Bramante le imposibilitaba moverse con libertad; terminada la construcción de los andamios, se encerró en la capilla y prohibió terminantemente la entrada á todo el mundo. Ni él mismo, dice Vassari, se volvió á dejar ver en público; el único mortal que varias veces en el día penetraba en el recinto de la Sixtina era el papa. Entregado por completo á sus pensamientos, absorto con el modo de desarrollarlos, no quiso el artista que nadie le interrumpiese, para lo que él mismo se molía los colores y los preparaba.

Cerca de veinte meses vivió Miguel Angel *emparedado*, trabajando día y noche. Para iluminarse, fabricó un casco de cartón que tenía por cimera un aparato donde colocaba una antorcha: puesta esta máquina en la cabeza, seguía trabajando, siempre con el mismo ardor con que comenzara. De esta guisa – sigue diciendo el escritor aludido más arriba, – subido en lo alto del andamio, moviéndose entre las sombras, parecía un nuevo Cíclope.

Más de cien figuras se cuentan en las composiciones que cubren la parte plana de la bóveda, sobre los muros, en los lunetos, sobre las arcadas, etc. Allí está el Padre Eterno creando la tierra, separando los mundos, creando la primera pareja humana; allí está sintetizado en un solo fresco y con una sola composición la tragedia del Diluvio; allí están, entre las ventanas, en aquellos espacios triangulares, los Profetas y las Sibilas; allí están los grupos de la crucifixión de Amón, la serpiente de bronce, y Jonás saliendo del vientre de la ballena; allí están, en fin, representadas otras escenas del Antiguo Testamento, y todas estas representaciones formando un total simbólico, que, según decía Diderot, le había costado treinta años de visitas á la capilla Sixtina lograr comprenderlo... y no enteramente.

La descripción de esa colosal obra no puede ni intentarse siquiera. Nadie, que yo sepa, ha logrado hasta el presente dar una idea aproximada de ese mundo de pensamientos, de ideas, de sentimientos, que encarnan aquellos colosos de humana forma, colocados en actitudes de una elegancia sin rival, de un atrevimiento inaudito, de una realidad asombrosa. Para describir lo que el artista sin segundo pintó en lo alto de la Sixtina es menester la pluma de Dante.

Me limitaré, sin embargo, á intentar describir la im presión que me produjo, pasado el primer momento de asombro, el grupo de *La serpiente de bronce.*

Vese en una parte, la de la derecha de la composición, una multitud que se agita y se empuja, compuesta de hombres, mujeres y niños, mirando, como alucinados y atraídos por misteriosa fuerza y extendiendo en actitud de súplica las manos, á la terrible serpiente. Entre las figuras del primer término, se advierte la de una madre que conduce á su hija, que enferma, con los brazos caídos, la cabeza inclinada, revela un sufrimiento grande; la madre pide al monstruo la vida de su hija; y es tan hermosa, tan patética la actitud de la suplicante, que bastara el acierto de la expresión de esta figura para inmortalizar á un artista. La otra parte de la composición es todavía más dramática, ¡que digo más dramática!, sublimemente terrible. La serpiente aparece desarrollando sus poderosos anillos, irguiendo la cabeza y arrojándose sobre una multitud de malditos, á quienes paraliza el temor; y entretanto, el monstruo envuelve con su escamoso cuerpo hombres, niños y mujeres. Nada más horrible que la angustia, el desesperado esfuerzo que aquellas gentes demuestran y hacen para escapar del lazo mortal. Unos tratan de escurrirse de entre los apretados anillos de la serpiente; otros, sujetos por las piernas, se defienden con los brazos y con violento esfuerzo procuran aflojar el horrible nudo; alguno recuerda á Laocoonte por la actitud y el gesto, y por último alguno de aquellos infortunados pretende herir con los dientes el acerado y escamoso cuerpo del monstruo.

Yo no recuerdo cuadro alguno que me haya causado impresión tan grande.

Es menester largo tiempo para estudiar, no ya el pensamiento que inspiró á Miguel Angel esta parte de la decorativa de la Sixtina, sino los contrastes que ofrecen en su expresión y forma tantas escenas y figuras. Allí está la de Jeremías. La inmovilidad se advierte en el profeta. Las manos, una apoyada sobre libros, otra sobre las rodillas; la testa inclinada; los ojos, que parecen no mirar; la expresión angustiada del semblante, traen á la memoria las lamentaciones del profeta que predice el desastroso fin de Jerusalén. Pero pasemos por delante de Ezequiel, de Joel y detengámonos ante la Sibila de Eritrea; las sombras de la noche la envuelven; la antorcha que cerca de la Sibila se ve, parece próxima á extinguirse; la lira que pulsaba la pitonisa no suena, la tiene abandonada su dueña. Enfrente de ésta se destaca la sibila de Cumas; al lado, la de Delfos. Entre las dos surge una cabeza, sublime por la expresión y llena de arrugas; una cabeza de vidente, inspirada. Es la cabeza de Isaías, del profeta de la esperanza. Eleva los brazos y parece que quiere abarcar con ellos la Humanidad.

Julio II estaba maravillado; su impaciencia por que el pueblo de Roma admirase la obra de su artista favorito no tenía límites. Acercábase la fiesta de Todos los Santos y quería celebrar la misa en la capilla; así se lo hizo entender á Miguel Angel, y éste le contestó que aún faltaban varios detalles. – Mira cómo te arreglas – repuso el impetuoso Vicario de Cristo, – porque yo lo quiero. Miguel Angel continuó trabajando, y llegó la víspera de la festividad sin que se hubiese tocado á un solo madero del andamiaje. Julio, irritado, amenaza al artista con mandar que lo

arrojen desde lo alto del castillejo; mas el testarudo florentino siguió pintando durante la noche del 30 de octubre al 1.° de noviembre. A la mañana siguiente el papa se vió precisado á esperar á que los obreros deshiciesen el andamio; pero aún no habían concluído de caer en tierra los últimos pies derechos, cuando Julio II, mandando abrir las puertas, penetró en el templo á la cabeza de la multitud que lo invadió y que poseída del estupor de la admiración no se dió cuenta de que ya el papa estaba celebrando el santo sacrificio de la Misa, como había prometido á Miguel Angel.

La decepción de los enemigos del artista fué inmensa. Bramante corrió al Vaticano y trató de convencer á Julio II para que prosiguiese Rafael de Urbino la decoración de la capilla; pero tropezó con la inflexibilidad del de la Rovere, que no quiso que otro pintor tocase á los muros de la Sixtina.

R. BALSA DE LA VEGA

DESPUÉS DEL BAILE

I

—¿Conque dices que el señor conde tenía esta mañana encima de la mesa de su despacho dos billetes para el baile que esta noche da en el Real la Sociedad de Escritores y Artistas, y que uno de ellos era de señora? ¿Y cómo sabes que había uno de señora?

—Porque conozco mucho ese papel desde que estuve de doncella con la prima de V. E., que no perdía ningún baile, y se me ocurrió leerlos. Y como la señora condesa me tiene tan encargado que le refiera todo cuanto pueda averiguar acerca de la vida y milagros del señor conde, y nunca encuentro nada sospechoso que contar á V. E., creí que...

—Sí, sí, has hecho perfectamente. Toma y silencio absoluto.

Y la hermosa dama, abriendo un elegante mueblecillo antiguo, sacó un billete de diez duros y se lo entregó á Clara, su confidente y doncella favorita, que después de rehusar por fórmula, cedió ante un ademán imperioso de su señora, guardándoselo en un bolsillo.

—Conque según parece, dijo la condesa de Dalia Real hablando consigo misma, mi señor marido anda de trapicheos como si yo no existiera en el mundo. ¡Y esto al año de haberse casado conmigo! Y con el descaro más inaudito se va esta noche de bailoteo con su dama de... las camelias, para que todo Madrid lo sepa y lo comente, y corra yo el más espantoso de los ridículos, el de la mujer engañada y tonta. Pero no ha contado usted con la huéspeda, señor D. Fernando, y es que su esposa de usted no está dispuesta á tolerar semejante estado de cosas. Esta noche me las va usted á pagar todas juntas, porque le voy á pillar *in fraganti*, y se va á armar el escándalo hache. Clara, trae el traje blanco, el que llevé al baile de la embajada italiana, y luego, sin que nadie de la casa se entere ni pueda sospechar lo más mínimo, tomas un simón y corriendo vas á casa Serra, compras un antifaz y en seguida á escape vuelves á vestirme. Son las once y no hay tiempo que perder... ¡Ah!, oye; que espere el cochero junto á la puertecilla del jardín. Dale un par de duros de fianza y al salir le dices al portero que puede cerrar, pues no recibo á nadie absolutamente y que se retire toda la servidumbre.

—Está bien, señora condesa; pero... ¿va V. E. á ir sola?...

—Tienes razón, podrían sospechar... Bueno, tú me acompañarás. Con una falda cualquiera y un mantón de Manila de los míos estás arreglada. De todos modos estarás bien, porque suceda lo que suceda vas á ser un personaje sordo, mudo y ciego...

II

Una hora después, Herminia, la hermosísima condesita de Dalia Real y su doncella penetraban en el amplio salón del regio coliseo, espléndidamente iluminado y rebosando vida, alegría y animación en todos sus ámbitos, desde el paraíso al escenario, donde numerosa orquesta incitaba con los armoniosos compases de un vals de Strauss á entregarse á los placeres del baile. Pero como ya es tradicional en el teatro de la plaza de Oriente, donde nadie baila hasta las altas horas de la madrugada, la inmensa multitud de hombres vestidos de frac y de mujeres disfrazadas con más ó menos gusto se dedicaban á la broma ó al discreteo, oyéndose por doquier en la sala y en los palcos un rumor formidable de voces y carcajadas que llegaban en algunos momentos á apagar los sonidos de la orquesta.

Al encontrarse Herminia en medio de aquella baraúnda, aturdida por el ruido, empujada por máscaras bulliciosas que corrían riendo y hablando con penetrante vocecilla de falsete, y oyendo el chaparrón de galanterías que motivaban su arrogante apostura, la elegancia de su traje y el aire de distinción aristocrática, imposible de ocultar, tuvo un momento de vacilación y estuvo á punto de emprender la retirada; pero los celos y la cólera vencieron los últimos escrúpulos, y cogiéndose del brazo de Clara le dijo:

—Nosotras á buscar al señor conde. Abre bien los ojos.

Pero por más que las dos miraron á todos lados, por más vueltas que dieron al salón y registraron el *foyer*, cruzaron los pasillos, subieron á los pisos altos y entraron en el restaurant, ni rastro hallaron del marido infiel. Encontraron, sí, muchas caras conocidas entre el elemento masculino, oyeron bastantes inconveniencias, y más de una vez estuvo la condesa á punto de descargar su enguantada manecita sobre el rostro de algún atrevido; mas el temor de ser reconocida la detuvo, y por último, sofocada por el antifaz, nerviosa y desconcertada, dejóse caer sobre una butaca de las colocadas cerca de la orquesta, no sabiendo qué partido tomar. En el mismo momento, Clara, inclinándose hacia Herminia, le dijo:

—Señora, mire V. E. quién está allí junto á aquella puerta.

—No sé.

—Fermín, el ayuda de cámara del conde.

—Es verdad y está hecho un caballero al parecer. ¡Ah, qué oportunamente se presenta ese gaznápiro! Él va á servirme de señuelo para encontrar á su amo, porque estoy segura de que ha venido en combinación con él. Ven conmigo.

Las dos máscaras se encaminaron hacia donde estaba el doméstico paseando con grotesca afectación. Detuviéronse á pocos pasos de él, y entonces la condesa le hizo una seña con el abanico. El ayuda de cámara, que hacía largo rato que se aburría en medio de aquella muchedumbre sin que nadie le dirigiera la palabra, y temeroso ya de habérsele ocurrido el propósito de ir al baile, vestido con un traje de su señor, bromita que podía costarle cara, vió el cielo abierto al notar que una dama se fijaba en él, y acudió solícito al llamamiento.

—¿Qué haces por aquí tan solitario?, le preguntó la condesa disimulando la voz. Y tus amigos ¿no han venido aún?

—No sé, contestó Fermín con aire de importancia. Vendrán después á cenar. Pero tú, mascarita, ¿me conoces?

—No recuerdo bien tu nombre, pero me parece haberte visto entre los invitados al último *garden party* de los condes de Dalia Real.

—Ya lo creo, á la fuerza tengo que estar allí.

—¡Cómo á la fuerza!

—Ya he metido la pata, pensó el buen hombre. Quiero decir, añadió, que como soy muy amigo del señor, digo, del conde, voy por fuerza á sus fiestas.

—¡Ah, sí!, ya sé, tú eres el marqués del Cepillo.

—Justamente. (Diantre, se dijo Fermín para sus adentros. Conquista segura, y luego dicen que aunque la mona se vista de seda...)

—Yo pensé que Dalia Real vendría contigo.

—Ca, bueno está ese para venir al baile. Tiene otra cosa que le llama más la atención.

—Vamos, se quedará en casa con su mujercita.

—¡Ja, ja, con su mujercita! Si tiene un lío fenomenal.

—Algo he leído de un enredo con una... una...

—Modista, concluyó el badulaque. Eso es, si lo sabemos todos los de la aristocracia, así como sabemos también que tiene una niña de año y medio que la crían en la calle de Alcalá, junto á la plaza de Toros. A mí me manda alguna vez por allí...

—¿A ti? ¿A qué?

—A pasear: quiero decir que el médico me envía allí á tomar el aire.

Herminia, furiosa, apenas podía continuar la farsa, pero comprendió que no debía dejar á aquel tonto sin saber cuanto deseaba, y haciendo un esfuerzo, continuó embromándole, en tanto que Clara se reía disimuladamente debajo del antifaz. Fermín entonces ofreció el brazo á la condesa, y como ésta no aceptara, se empeñó en obsequiarla con un ramo de flores que les brindó una florista, y que la dama tuvo que tomar á la fuerza para cortar sospechas y acabar de sonsacar al doméstico infiel. Por él supo que Fernando la engañaba traidoramente con una aventurera llamada Magdalena, acerca de la cual dió Fermín toda clase de datos, como si realmente estuviera enterado de cuanto refería, con ese placer que los criados tienen en difamar á sus señores.

Por fin el ayuda de cámara se empeñó en llevar al restaurant á las dos máscaras, costándole no poco trabajo á la condesa escaparse con el pretexto de rehacer su *toilette* en el tocador y con la promesa formal de volver á reunirse con él dentro de breves minutos, que aprovechó para salir del teatro, tomar un coche y dirigirse á su palacio, revolviendo en su cabeza los medios de tomar cumplida venganza de la traición de su esposo.

III

Clara se había retirado por orden de la condesa, entregando á ésta el ramo de Fermín, que Herminia arrojó al suelo juntamente con el antifaz, sentándose luego en un mueble colocado en el centro del lujoso salón que separaba las habitaciones de los esposos, dispuesta á aguardar la llegada de Fernando para provocarle á una escena violenta, precursora de otras más graves determinaciones.

Poco tiempo permaneció Herminia entregada al batallar de sus violentas pasiones, excitadas por la indisculpable conducta de su marido, notando en breve su llegada por los resplandores de la luz eléctrica que iluminó el gabinete del delincuente.

—¡Fernando!, exclamó en voz alta la condesa. Estoy aquí, haz el favor de venir.

Respondiendo al llamamiento, un buen mozo, joven y elegante, penetró en la estancia, diciendo con asombro:

—¡Tú levantada á estas horas y con ese traje! ¿De dónde vienes?

—Del baile del Real.

—¿Del baile? ¡Chica, qué sorpresa! ¿Y cómo se te ha ocurrido ir allá sin decirme nada? Yo te hubiera acompañado.

—No he querido deshacerte la combinación.

—¿Qué combinación? No te entiendo.

—No te hagas el tonto. Sé que ayer tenías dos billetes para el baile, uno de ellos de señora, y he querido saber quién era mi suplente.

—¡Herminia, por Dios, no disparates! Si esos billetes eran para tu prima Adela, que sabiendo que soy de la sociedad me los pidió; por cierto delante de tu tío el general, en cuya casa he estado jugando al tresillo hasta ahora mismo.

—¿De veras?, contestó la condesa confusa y gozosa al propio tiempo.

—Certísimo, te doy mi palabra de honor y es fácil de probar...

—No, no te creo, interrumpió la joven acordándose de las revelaciones de Fermín. El hombre que engaña traidoramente á su mujer y sostiene relaciones indisculpables con una suripanta llamada Magdalena, y oculta el fruto de sus amores en la calle de Alcalá, en una casita próxima á la plaza de Toros, no puede ser creído, ni esperar de su mujer más que una separación absoluta, completa; mañana marcharé á París á reunirme con mamá para no volver á verte más.

Contra lo que esperaba Herminia, Fernando no contestó una sola palabra para sincerarse, quedándose inmóvil, pensativo y como reflexionando en lo que acababa de oir. La condesa quedóse también mirándole frente á frente, como esperando alguna salida violenta de su esposo; pero con gran sorpresa suya el conde hizo un gesto como de resignación, alzó los hombros, y luego, metiendo la mano en el bolsillo interior de la levita, sacó una carta y entregándosela á su mujer le dijo:

—Veo que algún canalla mal intencionado se ha dado al placer de procurar un rompimiento entre nosotros. Lee esta carta recibida ayer de Cienfuegos de mi hermano Carlos, y verás como todo un coronel se ocupa después de un combate en la manigua en darme instrucciones sobre los cuidados que deben darse á su hija.

La condesa se puso de pie, cogió la carta y acercándose á un candelabro la leyó rápidamente, coloreándose su rostro hasta entonces terriblemente pálido.

—Conque es decir que Carlos...

—Sí, Herminia, sí, tiene una hija sin madre, porque nació al darla á luz después de casarse *in articulo mortis* con mi hermano.

—¿Y por qué no me ha dicho nada antes de marchar á la guerra?

—No lo creyó conveniente, y yo, la única persona á quien reveló su secreto, no estaba autorizado para faltar á la palabra de caballero que me exigió. Por lo demás, y aun cuando la abuela, esa Magdalena que has nombrado y que es una vieja setentona y medio ciega, cuida cuanto puede á la niña con los recursos que yo le envío, presumo que no volverá á verla su padre, porque la pobrecilla está muy delicadita y falta del cuidado maternal, se va extinguiendo más aprisa de lo que esperaba Carlos.

—No, eso no sucederá, exclamó la condesa en un arranque de sentimiento y abrazándose á su marido;



LOS EMPERADORES DE RUSIA EN PARÍS. - REPRESENTACIÓN DE GALA EN EL TEATRO DE LA COMEDIA FRANCESA



LOS SPORTS ARISTOCRÁTICOS EN EL BOSQUE DE BOLONIA
TIRO DE PICHÓN EN EL CÍRCULO DE PATINADORES

porque tú no te opondrás á que mañana la traigan á casa y le salvemos la vida con mucho cariño, ocupando el lugar de los hijos que Dios nos ha negado.

Dos grandes lagrimones corrieron por las mejillas de Fernando, que estrechó á Herminia cariñosamente sobre su pecho diciendo:

– Mañana pondré un cablegrama á Carlos diciéndole que tú...

– No, interrumpió riendo la condesa; dile que ha habido baile en el Real, y que *después del baile* su hija ha encontrado una verdadera madre. . . . . .

IV

Y aún pasó más «después del baile,» y fué que Fermín perdió su colocación en casa de los condes, siendo despedido por sus señores por aquello de «el último mono es siempre el que se ahoga.»

A. DANVILA JALDERO

CRÓNICA PARISIENSE

«SPORTS» ARISTOCRÁTICOS

Estos emigran de París cuando vacan las escuelas y vuelven cuando se van las golondrinas.

La vida de castillo para los nobles de vieja estirpe, el veraneo en las playas del Norte para la nobleza de nuevo cuño, los viajes circulares á través de la Francia, Suiza y Bélgica para la burguesía adinerada, las partidas cinegéticas para nuestros hombres de mundo, los kursaals para nuestras elegantes semimundanas, todo son motivos para que, al aproximarse la canícula, los parisienses abandonen su querida metrópoli en poder de los extranjeros.

En cambio, cuando llega el otoño, nobles y plebeyos, ricos y pobres vuelven á sus penates con delirante alegría. Y esa alegría se traduce en actividades febriles en las casas y en las calles, en teatros y en casinos, en picaderos y en velódromos, en los tableros de sastres y modistas, en el hipódromo de Longchamp y en todos los centros aristocráticos del Bosque de Bolonia.

El otoño siempre tiene clemencias y sonrisas para los parisienses. Es rival triunfante de la primavera. Durante los meses de octubre y noviembre, respiramos aquí suaves brisas al mismo tiempo que nos bañamos en la voluptuosa luz de un sol espléndido.

Abril y mayo son caprichosos é impertinentes, y sacan de quicio á esta población de neurosos con sus bruscas alternativas de frío y calor, de chubascos y rachas de sol picante.

En otoño es cuando la temperatura se muestra clemente y uniforme, cuando es duradera la serenidad del cielo, cuando la naturaleza convida á las expansiones al aire libre, á los *sports* que tanta preponderancia han adquirido en la vida contemporánea.

El *sport* aristocrático empieza á las siete de la mañana con el paseo á caballo por el Bosque de Bolonia.

Y ¡qué delicioso está el inmenso parque á esas horas! Las alamedas, envueltas en ligera bruma, tienen un aspecto vaporoso que encanta. Al recorrerlas, la imaginación se engolfa en quiméricas ilusiones. Los jinetes se nos antojan personajes de leyenda, y se nos figura que del extenso lago de donde suben esos tenues vapores en transparentes espirales, va á surgir alguna cohorte de Valkyrias. Los árboles, con el oro de sus hojas que empiezan á secarse, forman para esa magia una decoración hermosa.

Y la cabalgata de elegantes caballeros y gentiles amazonas dura hasta que por otro efecto mágico la decoración cambia por completo; hasta que penumbras y neblinas, brumas y vapores desaparecen á los rayos del sol, de ese sol septentrional brillante y benigno, que tan suavemente dora las galas de la naturaleza.

En el Bosque de Bolonia tienen sus principales centros los aficionados á los *sports* aristocráticos. El tiro de pichón junto al *skating-ring*, el juego ecuestre de bolos junto al club de patinadores, el velódromo cerca del Racing-Club, el juego de pelota cerca del hipódromo, las sociedades atléticas en todo el apogeo que debe á la moda antojadiza, empeñada en hacer revivir los juegos olímpicos de la antigüedad.

Pero esta vez la moda obedece á un sentimiento natural y lógico, á una especie de instinto de conservación, á la urgente necesidad de rejuvenecerse y fortificarse que experimentan las razas debilitadas por las múltiples corrupciones de una desordenada civilización.

Mas como síntoma de desquiciamiento y desorden social, ese afán de ejercicio corporal que se manifiesta en las clases aristocráticas coincide con el empeño de las clases obreras en reducir sus horas de trabajo, por más que la influencia de éste en el desarrollo y salud del cuerpo sea neutralizada con harta frecuencia por los estragos del alcohol.

Después de haber publicado, en esta misma revista, una crónica sobre la educación física de la juventud, recibí una curiosa carta cuya parte substancial puede compendiarse en estos términos:

«Defensor de todas las libertades humanas, me tomo la de someteros, con motivo de la gran fiesta de las reivindicaciones populares, algunas reflexiones sobre el valor intrínseco de la famosa teoría de los «tres ochos,» desde el punto de vista de la educación física de la humanidad.

»Cuando pedimos al Estado que fije legalmente en ocho horas el máximum de jornada exigible al género humano, nuestra razón se halla enteramente conforme con la ley física de la creación. Algunos sabios afirman que la tierra emplea demasiado tiempo en girar sobre su eje, y atribuyen esta lentitud á su pereza inveterada. Otros, por el contrario, sostienen que se precipita demasiado en ese movimiento de rotación, explicando así los terremotos y demás catástrofes geológicas. Yo no soy partidario de ninguna de estas dos teorías. Yo creo, y sostendré mi opinión en toda circunstancia, que la revolución de la tierra en torno de su eje dura exactamente 24 horas, porque este número es múltiple de 8, y porque este hecho físico es una indicación natural de la más lógica de las divisiones de nuestra vida cotidiana: ¡Ocho horas de labor, ocho de descanso y ocho de holganza!

»Vamos á ver: ¿tiene algo de exorbitante el reclamar ocho horas de libertad para comer, beber, fumar, jugar al tute, leer los periódicos socialistas y atender, sobre todo, á la educación física?

»Vengo observando, hace tiempo, el movimiento atlético que se ha iniciado en Europa, y me entusiasman en grado sumo las doctrinas viriles que preconiza una gran parte de la prensa.

»Las ideas por vos emitidas en la *Crónica* de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA son mis ideas. Reconozco la necesidad en que se halla nuestra naturaleza de que sometamos nuestro cuerpo á un ejercicio regular y metódico. De ahí el derecho de reclamar de los poderes públicos las ocho horas de holganza que niegan á los trabajadores.



LOS SPORTS ARISTOCRÁTICOS EN EL BOSQUE DE BOLONIA. – EL POLO EN «LA BAGATELLE»

»En el proyecto falansteriano que he concebido, he aquí cómo debieran emplearse esas ocho horas: dos para leer los diarios y libros ortodoxos; cuatro para las tres comidas, jugar y beber, y dos para entregarse al atletismo según los gustos y cualidades físicas de cada cual.»

En el fondo de esta carta humorística y burlona, hay una filosofía que se presta á serios comentarios. Pero ni ésta es ocasión para hacerlos, ni queremos meternos en honduras en esta crónica meramente descriptiva de usos y costumbres parisienses.

La educación física, adoptada por todos los sistemas de enseñanza, acaba de recibir la sanción de la Iglesia y del Estado en la capital francesa.

El célebre padre Didon, en uno de esos discursos en que sabe elevar el espíritu á las más altas esferas del pensamiento y á los problemas más trascendentales de la filosofía humana, expuso, no hace muchos meses, un magnífico programa de educación práctica y de educación moral, definiendo la manera de formar á esa juventud ávida, pero insegura, del porvenir, que tanto abunda en las escuelas, y de buscar la orientación que ha de seguir en la vida.

La ciencia antigua dijo: hay que formar hombres. La política moderna dice: hay que convertir á los jóvenes en ciudadanos. El sabio dominico contesta: hay que convertirlos en hombres de acción. Y para él, la principal fuerza, la cualidad superior del hombre de acción es la iniciativa individual.

Para desarrollar esa virtud, lo mejor es inculcar el deseo, la resolución de utilizar la vida, de salir del montón anónimo de los seres vanos y egoístas que se pudren en la ociosidad ó en los placeres que deshonran.

Por su parte, el ministro francés de Instrucción pública ha explicado en una circular á las comisiones de instrucción primaria la necesidad de transformar á la juventud en hombres de razón y de conciencia por medio de la educación moral, y en hombres de libertad, de iniciativa y de acción por medio de la educación física.

A estos principios parece obedecer nuestra elegante sociedad, al entregarse con entusiasmo á todos los *sports* que fortifican y enaltecen, desarrollando la libre iniciativa y la conciencia del valor personal.

Así comprendido, el *sport* conduce en derechura á ese ideal humano que consiste en el triunfo de la voluntad. Lo que hay que evitar es que conduzca también á las doctrinas estoicas de las sociedades antiguas, entre cuya nobleza la posteridad ha descubierto tantas exageraciones y errores.

El *Manual* de Epitelio es un manual de *sport;* los *Pensamientos* de Marco Aurelio son los pensamientos de un *sportman.* La lucha moral es independiente, en cierto modo, de la lucha física, pero hay que estar dotado de cualidades excepcionales para ejercer alguna influencia sobre la voluntad sin contar con los elementos físicos que la sostienen, mientras que á cualquiera le es dado fortificarla por medio de estos elementos.

LOS SPORTS ARISTOCRÁTICOS EN EL BOSQUE DE BOLONIA — DIRIGIÉNDOSE AL SKATING RING

No ha mucho celebróse en Austria un congreso de higiene, en el cual se discutieron los medios de combatir los estragos que la neurosis produce en el organismo de muchos jóvenes escolares. De la discusión resultó que los recientes progresos de ese mal se deben á dos causas extremas: al exceso de trabajo y á la inacción física.

Los programas cada vez más complejos de los exámenes exigen de los alumnos de institutos y liceos un trabajo intelectual demasiado considerable. Los jóvenes estudiantes abruman su cerebro á costa de los demás órganos; su vida es toda intelectual y nada física; rómpese el justo equilibrio de las funciones corporales, los nervios predominan y el organismo se empobrece.

Afortunadamente, al lado del mal está el remedio. Éste consiste en practicar los ejercicios físicos más variados.

Hay que procurar obtener el desarrollo simultáneo de los músculos y del cerebro, del cuerpo y del espíritu. A esa edad, en que el niño que se forma necesita actividad y movimiento, es perjudicial obligarlo á un reposo excesivamente prolongado, á una tensión de espíritu demasiado fuerte.

Los *sports* higiénicos triunfan, pues, en toda la línea; en la teoría y en la práctica, en la escuela y en la sociedad. Pero en la inmensa mayoría de esos ejercicios, las clases aristocráticas tienen aún el *record*, como dicen ahora en su jerga exótica los aficionados al ciclismo, ese *sport* que ha recorrido ya, como el amor del Tenorio, toda la escala social, hasta entrar de lleno en las costumbres de todos los pueblos civilizados de la tierra.

JUAN B. ENSEÑAT

NUESTROS GRABADOS

El sacrificio de Abraham, cuadro de David Teniers. — David Teniers, llamado el joven, nació en Amberes en 1610: recibió las primeras lecciones de su padre, pero luego se formó su talento bajo la influencia de Rubens y de Brouwer. En 1633 fué admitido en la Asociación de San Lucas, y en 1650 fué llamado como pintor de la corte á Bruselas, en donde falleció en 1690. Teniers es el más fecundo de los pintores ruralistas flamencos: sus cuadros se distinguen por el buen humor que respiran, por su rica y bien meditada composición, por su colorido fresco y alegre, por la vida que en todos ellos se admira. Mas no limitó su actividad á pintar escenas campestres y cuadros de costumbres de labriegos, interiores de tabernas y kermesses; también cultivó la pintura religiosa, género en el cual consiguió éxitos no menores á los que obtuvo con sus lienzos ruralistas. Dígalo si no el hermoso lienzo que se conserva en la Galería Imperial de Viena, el *Sacrificio de Abraham*, que en la primera página de este número reproducimos, obra en la que se admira el genio de un gran maestro, que lo mismo sabía tratar los asuntos profanos que los místicos, aun cuando hayan sido aquéllos los que mayor fama han dado á su autor. Teniers ha dejado más de mil obras que se conservan en los principales museos del mundo como inapreciables joyas, cuya belleza no ha podido aminorar ni el transcurso del tiempo ni el cambio de gustos, impuesto no pocas veces por las veleidades de la moda.

* * *

El león vencido por el Amor, escultura de Edwin Weissenfels. — La fuerza vencida por el amor ó por la belleza, que en el fondo viene á ser lo mismo, ha inspirado notables composiciones á nuestros artistas en todos los tiempos. Nosotros mismos tenemos aquí, en Cataluña, un escultor genial que ha tomado de aquella idea asunto para una de sus más hermosas composiciones. El artista alemán en su



El león vencido por el Amor, escultura de Edwin Weissenfels



TRISTE AMANECER, cuadro de Mlle. Alicia María Teresa Eckermans



DESPUÉS DEL BAILE, dibujo de Narciso Méndez Bringa

(Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero)

grupo escultórico la ha interpretado también admirablemente: el león aparece completamente dominado, vencido por el alado dios que con aire de triunfo tiene cogida á la fiera por las melenas y blande en su derecha mano la flecha, á cuyo golpe los más altos se humillan y se encienden los corazones más insensibles.

***

Excmo. Sr D. Manuel Pavía y Lacy, marqués de Novaliches. – Nació D. Manuel Pavía en Granada el 6 de julio de 1814, y terminados sus primeros estudios en el colegio de Jesuítas de Valencia entró en el colegio militar de Segovia, en donde hizo rápidos progresos en las ciencias exactas y en el arte militar. Cuando en 1833 inicióse el movimiento carlista, salió de Madrid con el cuarto regimiento de la Guardia, del que era alférez, y en los siete años que duró aquella lucha conquistó por méritos de guerra todos los grados hasta el de mariscal de campo: contaba entonces veintiséis años. Más tarde, como ayudante del capitán general de Cataluña barón de Meer, tuvo nueva ocasión de demostrar sus excepcionales dotes militares en las operaciones contra el castillo de Figueras, último baluarte de la revolución que por entonces había estallado. En 1847 fué nombrado ministro de la Guerra en el gabinete presidido por el duque de Sotomayor; pero dimitió muy pronto la cartera por no haber sido admitidas ciertas reformas que proponía, volviendo entonces á la capitanía general de Castilla la Nueva, que ya desempeñaba antes de entrar en el ministerio. Iniciado aquel mismo año en Cataluña un movimiento carlista, fué nombrado capitán general del Principado; pero disgustado el gobierno por ciertas manifestaciones que hiciera contra la nueva ley de Aranceles, por creer que comprometía la industria catalana, y por la severidad que empleó contra los levantados en armas, le relevó del mando y lo desterró á Canarias. Subido al poder el general Narváez, confióle nuevamente el mando de Cataluña, que desempeñó hasta septiembre de 1848. En 1852 dióselc el nombramiento de capitán general del Real sitio de Aranjuez, y fué sucesivamente director de Infantería, comandante general de la Granja y capitán general de Filipinas, en donde sofocó en 1854 una grave insurrección separatista. Durante la guerra de Africa desempeñó el cargo de general en jefe del tercer cuerpo de ejército con residencia en la península, mostrando diligencia suma en la instalación de hospitales, depósitos de transeuntes y convalecientes, etc. En 1866, cuando lo del cuartel de San Gil, fué uno de los primeros que ofrecieron su espada al gobierno y acompañó al ministro de la Guerra en lo más duro del combate. Al estallar la revolución de septiembre de 1868 encargóse, á instancias de la reina doña Isabel II, del mando del ejército que había de batir á los revolucionarios: su lealtad á la soberana y su valor heroico quedaron bien demostrados en la famosa batalla de Alcolea, en la que fué gravísimamente herido. Habiéndose negado á prestar juramento á D. Amadeo, fué dado de baja en el ejército, y proclamado D. Alfonso XII fué repuesto en sus grados. Durante estos últimos años había vivido completamente apartado de la política.

D. Manuel Pavía era mariscal de campo desde 1840, teniente general desde 1844 y capitán general desde 1868. Era senador vitalicio y grande de España. Estaba en posesión del Toisón de Oro y de multitud de condecoraciones nacionales y extranjeras, del marquesado de Novaliches y del condado de Santa Isabel. Con él ha muerto una de las figuras más ilustres de nuestro ejército, modelo de fidelidad al juramento prestado, de caballerosidad y de valor: ha vivido respetado y admirado por sus propios adversarios, y su nombre será siempre pronunciado con veneración por cuantos estiman la consecuencia como una de las más altas virtudes públicas.

***

M. Challemel Lacour. – El eminente filósofo, literato y político que acaba de fallecer en París, nació en Avranches



M. CHALLEMEL LACOUR, ex presidente del Senado francés, fallecido el día 26 de octubre de 1896

(departamento de la Mancha) en 1827; estudió en la Escuela Normal de París y fué catedrático de Filosofía en Limoges hasta 2 de diciembre de 1851, en que por haber protestado contra el golpe de Estado de Napoleón vióse desposeído de su cátedra y á poco encarcelado y proscrito de su patria. Recorrió entonces Bélgica y Alemania y fijó su residencia en Zurich, en cuyo *Polytechnicum* enseñó durante algunos cursos literatura francesa. Vuelto á Francia cuando la amnistía de 1859, consagróse á la prensa y fué director de la *Revue Politique*. Después del 4 de septiembre de 1870 desempeñó la prefectura de Lyón, cargo que dimitió en febrero del año siguiente, colaborando desde entonces activamente en la *République Française*. Fué elegido diputado en 1872 y senador en 1876, y nombrado embajador en Berna en 1879 y en Londres en 1880. Julio Ferry confióle en 1883 la cartera de Negocios extranjeros; mas disgustado de la marcha del gobierno, presentó en el mismo año la dimisión. Reelegido senador en 1885 fué elevado á la vicepresidencia de la Alta Cámara en 1889 y 1893, y en 1894 y 1895 á la presidencia, que por motivos de salud hubo de abandonar á principios de la legislatura última. M. Challemel Lacour militó siempre en el partido oportunista, siendo uno de los más elocuentes oradores del mismo. Era miembro de la Academia Francesa y ha dejado muchas y muy notables obras sobre literatura, filosofía y economía política.



EXCMO. SR. D. MANUEL PAVÍA Y LACY, marqués de Novaliches, capitán general del ejército español, fallecido en Madrid el día 22 de octubre de 1896

***

Los emperadores de Rusia en París. – Al segundo día de su estancia en París asistieron los soberanos rusos á la función de gala que en su honor se dió en el teatro de la Comedia Francesa, en donde se representaron *Un caprice*, varios trozos del *Cid*, de Corneille, y el tercer acto de *Les femmes savantes*, de Moliere. La aparición de los augustos personajes fué saludada con grandes aplausos y entusiastas aclamaciones, mientras la orquesta tocaba la *Marsellesa*. El grabado que publicamos en la página 741 representa el palco imperial, en el cual se ven en primer término al tsar y la tsarina, al presidente de la República M. Faure y su esposa.

***

Triste amanecer, cuadro de Alicia María Teresa Eckermans. – Pertenece este cuadro al género de los que sugestionan á cuantos lo contemplan: mirando aquel grupo nos parece sentir el cansancio de la noche pasada en vela y el frío de una madrugada de otoño, y adivinamos la presencia cerca de aquellas figuras del cadáver del hijo, del esposo y del padre, del que no han querido apartarse los que tanto le amaron en vida. Todo en el lienzo contribuye á producirnos impresión hondísima: el dolor y la fatiga que se revelan en los semblantes y en las actitudes de tres de los personajes, contrastando con la tranquilidad de la inocente niña, la tenue claridad del alba que invade la estancia con luz suavísima, los pálidos destellos de los cirios y las imágenes del Crucificado y de la Virgen, ante las cuales ha elevado aquella familia sus oraciones por el alma del difunto amado. La artista belga Alicia María Teresa Eckermans puede estar satisfecha de esta obra admirable por más de un concepto y que habla tanto á los ojos como al corazón.

***

La trilla, cuadro de Mariano Oliver Aznar. – A la galantería del discreto pintor Sr. Oliver Aznar, debemos la ocasión de poder dar á conocer á nuestros lectores el bonito cuadro ruralista, cuya reproducción figura en este número. *La trilla* ha de estimarse como un estudio de las faenas agrícolas de la región aragonesa, y como tal, trasunto del natural. Los tipos de los labriegos recogiendo los haces de trigo, así como la campiña y hasta el celaje, recuerdan la hermosa provincia española, patria de héroes y cuna de libertades. Todo en el lienzo está bien entendido, debiendo considerarse esta producción como una gallarda muestra de las aptitudes artísticas del pintor zaragozano, á quien excitamos para que prosiga por tan segura senda, en la confianza de que al fin de la jornada podrá alcanzar gloria y provecho.

MISCELANEA

Bellas Artes. – PARÍS. – Está para llegar á París el escultor americano Daniel Frank: el objeto de su viaje es examinar el sitio en donde se ha de levantar una estatua en bronce de Wáshington, que le ha sido encargada por la Asociación norteamericana de la estatua de Wáshington, compuesta exclusivamente de señoras, para regalarla á la capital de Francia.

BERLÍN. – El emperador Guillermo II ha ejecutado dos nuevos dibujos: uno de ellos representa al arcángel San Miguel, como patrono y defensor de la paz; el otro, que ha de ser distribuído entre los sobrevivientes de la tripulación de barcos de guerra que han muerto al servicio de la marina alemana, ofrece la figura de Germania tendiendo un crespón negro sobre un barco que penetra en un puerto: en el margen superior del dibujo hay una cruz y en el inferior un medallón con la figura del Crucificado.

ROMA. – Con destino al palacio de la embajada austriaca en Roma, el emperador de Austria ha encargado al pintor Hermán Bell, de Dresde, cuatro pinturas colosales. Una de ellas, de 62 metros cuadrados, representa el despertar de la primavera y otra el combate de las Walkirias con los gigantes.

AUGSBURGO. – En una capilla de las inmediaciones de Augsburgo, convertida en granja, el pintor muniquense Knopfler ha encontrado un cuadro que representa á la Virgen y al Niño, de tamaño natural, y que lleva la inscripción «Hans Holbein, *C. A. (Civis Augustæ Vindelicorum)* 1545.» La bondad del lienzo no deja lugar á duda acerca de la autenticidad de la firma del gran artista alemán.

ISLA DE WIGHT. – Los admiradores del poeta laureado lord Tennyson han erigido á éste en la costa meridional de la isla de Wight (Inglaterra) un monumento que, en forma de obelisco, se levanta cerca de la casa que habitó aquel vate eminente.

Teatros. – *Madrid.* – El Real ha comenzado su temporada de invierno con el estreno de la ópera de Wagner *El buque fantasma*, que ha sido acogido por el público madrileño con cierta frialdad y en cuyo desempeño se ha distinguido de un modo notabilísimo nuestro paisano el barítono Sr. Blanchart. Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *Gente conocida*, comedia en cuatro actos de D. Jacinto Benavente, muy bien escrita y en la cual demuestra su autor agudo ingenio y fino espíritu de observación; en Lara *Curro López*, juguete en un acto del señor Jackson Veyán, y *Tocino del cielo*, graciosísima pieza en un acto de los Sres. Sandoval y Mario (hijo); y en Martín *Trastos viejos*, bonita pieza en un acto de los Sres. Perrín y Palacios. El arreglo hecho por D. José Echegaray de la comedia de Calderón *La hija del aire*, estrenado en el Español, ha tenido escaso éxito.

Barcelona. – Han terminado sus representaciones en el Eldorado la compañía Novelli y en Novedades la de ópera italiana: la primera puso últimamente en escena el *Faust* de Goethe, que valió grandes aplausos al Sr. Novelli y á la señora Giannini; la segunda cantó *Gioconda*, en cuyo desempeño fueron muy aplaudidas las señoras De Machi y Mas y los señores Aragó y Bieletti. En el Eldorado ha empezado á funcionar con buen éxito la compañía de opereta italiana que dirige el señor Milzi; y en Novedades está actuando una de declamación castellana dirigida por el Sr. Cepillo.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 43, POR PEDRO RIERA

NEGRAS

5 B. y 3 N. = 8 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 42, POR J. TOLOSA

Blancas.	Negras.
1. C5CR	1. R5D (*)
2. C toma PAR jaque	2. R6AD.
3. CcD mate.	

(*) Si 1. R3D; 2. D toma PCR, y 3. D ó C mate; – 1. R5AR, 2. C7AR, y 3. D6C mate. La amenaza es 2. D toma PCR jaque, y 3. D6AR ó C4R mate.



¡Vete, vete!... *¡Vade retro!...*

UN APÓSTOL

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Todos los presentes enmudecieron de estupor, y la sorpresa anudaba sus gargantas de tal modo que no podían pronunciar una sola palabra, en expectativa de lo que iba á suceder.

Entre la multitud, algunos, sobrecogidos de temor, elevaban al cielo ojos que buscaban en él una manifestación palpable de la cólera divina, el resplandor de un rayo que debía caer sobre aquellos que así provocaban al parecer á la Iglesia.

El rector se reponía, golpeándose el pecho con ambas manos.

–¡Y es á mí, murmuró, á quien se atreve á pedir!..

Después, mirando á su sobrino frente á frente, y acercándose á él casi hasta tocarle, añadió:

–¿Tú quisieras?..

Una súplica suprema, que se elevaba desde el fondo del corazón, una compasión íntima, le detuvieron en el límite mismo de la explosión de cólera que, ahogada en su garganta, se resolvió en lamento de dolor.

–¡Veamos, Dionisio, exclamó, mi pequeño Dionisio..., hijo mío..., tú á quien tanto amo, y que eres de mi sangre, por tu pobre santa madre!.. ¿Has reflexionado en lo que querías? ¿Has pensado en la que allí reposa?

Y con la mano señalaba el cementerio de donde acababa de salir. Le Marrec, que había recobrado toda su sangre fría, en el pleno conocimiento de lo que deseaba, de lo que hacía y de lo que decía, repitió:

–¡Amo á Genoveva Goalen y la quiero por esposa!.. ¡Nada pueden decir contra ella!. ¡Sobre la tumba de mi madre juro que será mi mujer la que mi corazón y mi pensamiento han elegido!

Todas las densas brumas que en otro tiempo habían obscurecido la mente del sacerdote, todos los vagos presentimientos que le acosaban cuando esperaba el regreso de su sobrino, temiendo para él los innumerables é incesantes peligros del mar, invadieron otra vez el cerebro de Pedro Kerbiriou.

Motivo había tenido para temblar y temer por Dionisio Le Marrec; mas ahora reconocía que no era á los peligros del mar á los que debía hacer frente, sino á un peligro de la tierra, un peligro humano, más terrible que todos aquellos que había podido correr, el peligro del amor, el peligro de la mujer, y este peligro, que se presentaba repentinamente, era aquella niña, aquella joven, aquella Faik Goalen, hija del Hechicero, del hombre temible del cabo de la Cabra.

El sacerdote paseó su mirada á su alrededor en busca de un apoyo, de un mediador entre él y su sobrino.

Pero los más próximos eran el vicario Santiago Louarn, cuya indulgencia de sacerdote nacido y educado en las ciudades le era bien conocida, y que no comprendía nada del fanatismo de la gente del campo, y la decana, que había manifestado marcadamente su compasión por Genoveva el día en que la condujo á casa de su padre.

Para el sacerdote era motivo de enojo é inquietud reconocer que la decana de Camaret, su acostumbrada auxiliar en todas las obras de piedad, cuando se trataba de la defensa de la religión, tomaba más bien partido contra él en aquella circunstancia, pues así tenía menos fuerza para agobiar á la culpable.

¡Oh, aquel hombre del cabo de la Cabra!.. Después de haberle cogido á sus fieles, se apoderaba de su sobrino, llegando á ser así á sus ojos un peligro más grave que el mar, más poderoso que las lejanas Américas.

Pedro Kerbiriou quiso apelar á un ruego desesperado; cogió á su sobrino del brazo, y mostrándole al mismo tiempo á Reina Balanec, risueña á pocos pasos de ellos, bajo la protección de la bandera blanca y azul de la Virgen, preguntóle:

–¿Puedes tú, teniendo ahí á Reina, la mejor y la más linda joven de Camaret, puedes tú preferir una... muchacha que no vale nada..., una?..

Dionisio contestó con tono firme:

–¡Tan poco piensa en mí Reina Balanec en ese punto, como yo en ella; somos casi hermano y hermana, y no podríamos ser esposos!..

Poco faltó para que el cura profiriese un grito de sorpresa; de tal modo le asombró esta contestación.

–¡Es imposible!, exclamó. ¿Estás seguro?.. ¡Ah! Pero su mismo padre me dijo, no obstante...

–Usted mismo puede preguntárselo, si es que lo duda, objetó Le Marrec; yo le aseguro que su corazón no es mío en cuanto al amor se refiere, y que me quiere como á un hermano.

Balanec había oído estas últimas palabras y protestó, tratando de abrirse paso entre la multitud.

–¿Qué dice?, exclamó. ¡Jamás!.. ¡Esta misma mañana los vi á los dos solos, tan alegres y tan completamente de acuerdo!.. ¡Yo creo que Dionisio ha perdido la razón!..

Esto devolvió el valor á Pedro Kerbiriou, que quiso persistir.

–¡Yo te conjuro, dijo; escúchame, escucha á tu tío, á tu director; escucha al hermano de tu madre, como la habrías escuchado á ella misma si viviese! . ¡Tú eres la sagrada herencia que me ha dejado, y tu felicidad es lo que yo quiero! ¡Aquí tienes la tranquilidad, el reposo, el honor!.. Allá abajo... (su dedo señalaba la dirección del cabo de la Cabra). ¡Allá abajo, continuó, está la miseria, la desgracia!.. ¡Tú no tienes nada, ni ella tampoco!.. ¿Qué haréis?

–Trabajaré, contestó Dionisio; me gano la vida muy bien y ella no necesita dote.

–¡Pero es la hija del pecado!, replicó el sacerdote.

–¡Es una santa y digna joven, que yo aprecio y amo!, repuso el joven con entereza.

Pedro Kerbiriou, ciego de cólera, levantó el brazo, exclamando:

–¡Te ha embrujado, pobre muchacho!.. ¡Ah, tú no conoces la astucia del demonio!..

En su desesperación, en su odio á todo cuanto tenía relación con el Hechicero, el sacerdote llegaba á las imprecaciones de la Iglesia de la Edad media contra la mujer, admitiendo la suprema emboscada de Satán, la tentación por la hembra.

La tía Rosalía hubiera querido intervenir; pero ante la cólera del rector no se atrevía, y lamentábase en voz baja, murmurando:

–¡Dios mío, no quieren comprender nada!.. ¡No hay más brujería que el amor!.. ¿No puede ver nadie eso?.. ¡Pobres muchachos, se aman y nada más!

Ante el círculo de sus feligreses atemorizados, Pedro Kerbiriou había extendido ambos brazos en forma de exorcismo, y volviéndose hacia Genoveva Goalen, anonadada, gritábale:

–¡Vete, vete!.. *¡Vade retro!..*

La pobre niña retrocedió aterrada, balbuceando:

–¡Gracia..., perdón!.. ¡Yo soy buena cristiana á pesar de todo!.. ¡Oh, Dios mío..., tened compasión de mí! .

El sacerdote prosiguió su camino sin volver la cabeza.

Dionisio Le Marrec recibió en sus brazos á la joven casi desmayada, y estrechándola contra su pecho, protestó, rojo de cólera, vibrante de furor, con esta ardiente declaración:

–¡Yo te amo, yo te amo, Faik mía!

TERCERA PARTE

I

En una calurosa tarde del mes de junio, varios pescadores que acababan de tender sus redes sobre los guijarros y sobre la pendiente cubierta de césped que se hallan entre el fortín de Vauban y la capilla de Nuestra Señora de Roc-Amadour, habían formado un grupo, y mirando á su alrededor maquinalmente, hablaban de varios asuntos: eran Sylvestrik Kervarec, Tremor, Corentin Garrec, Lagadec y algunos amigos.

Incitado á las confidencias por Kervarec, Kergall el aduanero, de centinela en aquel instante en la pequeña garita situada cerca de la caleta de las grandes mareas, decía con expresión melancólica, encogiendo un poco su cabeza cubierta de cabello gris y encerrada en el característico collar formado por la barba:

–La campana ha señalado hoy la hora en que cumplo mis veinticinco años de servicio y en que me corresponde el retiro. Esto quiere decir que la licencia de que ahora disfruto en la Aduana, probablemente no la terminaré.. ¡La acabaré en la tumba!..

–¡Oh diablo!, interrumpió Garrec. ¿Qué nos cuentas, Kergall? ¡Habiendo viejos como Le Fur, que casi podrían ser tus padres y que no piensan en el retiro!.. Supongo que te chanceas.

–¡Todavía eres más fuerte que una roca!, añadió Tremor. ¡Hasta diría que puedes durar tanto como el Tas de Pois!..

Kergall, guiñando sus ojos de tristeza como para acentuar más su contestación, repuso:

–¿Y olvidáis acaso, muchachos, vosotros?.. En 1870, en aquel año en que pasé tanta miseria, sin tener casi alimento, sufriendo frío y fatiga, me cogieron unos dolores que aún conservo, á fe mía..., la ciática en ambas piernas.. ¡Todo es resultado de aquel paso famoso, y no es lo más á propósito para que los huesos envejezcan!

–¡Es muy verdad que te has batido contra los prusianos!, repuso el otro. ¡Ah! Si yo hubiese estado allí, me parece que con estos puños habría estropeado á más de cuatro; pero yo era un muchacho en aquella época.

Y Sylvestrik, ensanchando más aún sus fornidos hombros, mostraba sus manos, verdaderas mazas capaces de matar un hombre á cada golpe.

El aduanero sonrió, frotándose maquinalmente la barba.

–¡Ah!, exclamó, también éramos fuertes nosotros, los zuavos de cuello azul, como nos llamaban los alemanes cuando de nosotros hablaban. ¡Y qué terror les infundíamos los marinos, ah, ah!.. ¡Verdad es que nunca les dábamos cuartel en nuestro ejército del Norte, al mando del bravo general Faidherbe; y siempre sabían lo que les esperaba cuando caíamos sobre ellos á la bayoneta ó con nuestras pequeñas hachas!.. ¡Pero diantre, ellos eran demasiados!.. Recuerdo que cierto día, en una de nuestras batallas de por allí, como en todas las que sostuvimos, á decir verdad, San Quintín, Ams, Corbie y otras; en fin, en aquella de que os hablo, veintiún mil hombres nos encontramos contra setenta y seis mil prusianos, y en el primer momento, doscientos uhlanos se precipitaron para darnos una carga á unos cuantos que habíamos formado el cuadro á fin de proteger los cañones. Del primer choque resultaron seis de los nuestros fuera de combate; á mí me cortaron de un sablazo la culata del fusil; pero ¡no maté pocos caballos!, hice fuego tanto como pude, y yo no me cansaba fácilmente en aquella época. ¡Oh, no!.. ¡Pero os repito que eran demasiados!.. ¡Mas á fe mía que salimos del paso á pesar de todo! ¡Y ya era tiempo, pues no tenía más que un zapato y el otro pie desnudo; en el ardor del combate, tan recia era la refriega, ni siquiera lo eché de ver, y sin embargo, hacía un frío terrible, bastante para que un hombre se helase de pie!..

Los ojos de Kergall, un poco apagados por lo regular, brillaban en aquel momento vivamente, como encendidos por el calor de los recuerdos de batalla.

No pensaba ya entonces en aquella visión de la tumba que le perseguía algunas veces, comunicando á sus ojos una expresión resignada, y haciendo palidecer su piel curtida y amarillenta como el pergamino.

–En fin, dijo Kergall para terminar, no dejábamos de pasar algunos ratos agradables haciendo así de soldados, pues por lo menos era una variación que nos distraía del mar.

Todos tomaban parte en aquella conversación de animados recuerdos.

–Yo no sé muy bien, dijo Lagadec, lo que puede ser esa existencia del marino en tierra, de que tú nos hablas; pero no hay vida más tranquila que la del marino en el mar cuando lleva buenos oficiales. Por mi parte, nunca fuí tan feliz como el día en que me separé de la familia para ser marino.

Lagadec hizo una pausa y añadió:

–Pero después... ¡oh diablo!, por un día en que se cogen rosas vienen años en que no se encuentran más que espinas...

–Eso depende de los oficiales, dijo Kervarec.

–Los buenos, repuso Tremor, no tienen que hacer más que una señal para que se les sirva con gusto; los malos no lograrían que nadie se moviese ni para levantar un paraguas.

Kergall sonrió con un ademán de aprobación.

–Verdad es que á los quince días, dijo, el marinero puede juzgar de sus oficiales, distinguiendo á los buenos de los malos. ¡Ah diablo!, no se necesita más para eso, y podemos decir que nada es más exacto que esos juicios de los marineros, que se forman por una infinidad de pequeñeces, como los ademanes, la voz, la fisonomía y la manera de conducirse los oficiales con nosotros. Casi siempre he observado que el oficial bueno para los marineros, era inteligente y valeroso; mientras que los otros pecaban de torpes, no se distinguían nunca, ni tenían porvenir.

Otro grupo, acercándose á los que hablaban, hizo tomar parte en la conversación á Hervé Morvan, que iba con Marhadour y Balanec, y que habiendo oído desde lejos algunas palabras, quiso enterarse.

–¿Habláis de guerra, preguntó, de los oficiales y del servicio? ¿Qué decís?

–Se trata de recuerdos, como los que tú tendrás un día, Morvan, cuando hables á los demás del Tonkín y de Madagascar, de las batallas en que has tomado parte por la patria, contestó Kergall.

–Es muy cierto, repuso Hervé.

Y señalando el fortín añadió:

–Mira, cuando volví del servicio, terminado mi tiempo, solamente ver ese remedo de fortaleza me conmovió el corazón, porque era cosa de la patria y me hacía pensar en los fuertes de allá, con su bandera y sus cañones, que es todo cuanto se tiene para pensar en nuestra nación, para defenderla contra aquellos que la atacan.

Marhadour hizo una mueca con los labios y dijo, mirando el fortín:

–Sin embargo, para lo que eso sirve aquí, tal vez fuera mejor derribarlo antes de que se derrumbe por sí solo sobre nosotros. Esto piensan los ingenieros. ¡Diablo, con las manganillas de ahora, no resistiría ni cinco minutos ese fragmento de fuerte, que no es más que un juguete!..

–¡Muy posible me parece!, exclamó Balanec, mostrando una expresión muy grave; pero mientras haya en Camaret hombres de corazón, hombres que amen su país, la Francia, como lo dice tan bien el señor rector, querrán que se conserve nuestro fortín, recuerdo de gloria y de triunfo. Se ha sostenido valerosamente en otros tiempos, según lo que me han dicho, y sin Vauban, sin su fuerte, tal vez Camaret no existiría á estas horas, y hasta Brest, por grande y fuerte que sea, habría caído en poder de los ingleses.

–¡Bah, replicó Marhadour, ya es antigua esa historia!

–No tanto para que podamos haberla olvidado completamente por aquí, repuso Balanec. Me parece que de 1694 data aquel famoso desembarco de los ingleses en la plaza de Trez Rouz. ¡Ah, nuestro pequeño país puede estar orgulloso, porque por este hecho figurará siempre en la Historia!

–¿Se sabe siquiera lo que sucedió? Los unos cuentan esto, los otros aquello, y no es posible sacar nada en limpio, ni averiguar cosa alguna con exactitud, porque es demasiado antiguo para nosotros, y ninguno de nuestros ancianos tuvo parte en el hecho. ¿No es verdad?.. Lo único que hay de seguro es lo del tesoro encontrado en la playa por tontón Alan, el viejo Alan Coz de Kerloc'h.

Hervé Morvan había escuchado hasta entonces sin tomar parte en la discusión; mas viendo á Balanec algo confuso, sin saber qué contestar, gritó desde su sitio:

–¿Y si os refiriese yo detenidamente todo lo que pasó?

Estas palabras produjeron un murmullo de aprobación; el grupo de pescadores se estrechó, súbitamente interesado, y Marhadour repuso:

– Bien mirado, lo que yo digo está por saber; se sospecha que ha sucedido algo; pero ¿qué es ello?

Balanec se regocijaba, y miró á Morvan con ojos de sorpresa, llenos de agradecimiento por aquel inesperado socorro, diciendo:

– ¡He ahí al menos un hombre!.. Se le puede interrogar sobre lo que se quiera, pues todo lo sabe. ¡Venga esa historia, muchacho!

Por pura modestia, Hervé Morvan se apresuró á decir:

– ¡Oh! No es todo el mérito mío, pues me leyeron la cosa en un libro que explicaba el combate en sus menores detalles, y hasta me enseñaron una carta geográfica indicando el lugar que ocupaban los buques y las baterías. Pero como se trataba de cosas de guerra y del país, lo he grabado tan bien en mi memoria, que lo conservo presente... ¡Oh, á fe mía que no se escapó de mala!, y como decía Balanec, sin ese Vauban, que era un picarillo, y sin su fortín..., pues bien, no estaríais ahí, todos los que me escucháis, ni yo tampoco os contaría ahora lo sucedido...

Todos soltaron la carcajada como para estimularle, prestando atento oído.

Después de reflexionar algunos instantes para recordar bien los hechos, Hervé dió principio á su relato.

– Sabed que eran ingleses y holandeses, por mitad, los que se proponían caer sobre nosotros, atendido que en aquella época el rey Luis XIV estaba en guerra á la vez con Holanda y con Inglaterra. Por entonces, el 17 de junio de 1694, cerca de doscientos años hace, los vigilantes de la costa avistaron entre cuatro y cinco de la tarde de treinta á treinta y cinco buques de guerra, reforzados con ochenta barcos de toda especie, cargados de hombres y municiones. Trataban de anclar entre Bertheaume y Camaret, situándose de modo que sus bombas alcanzaran por igual á las dos poblaciones.

– ¡Qué tramposos!, refunfuñó Kervarec, cruzando los brazos con ademán de resistencia y energía. ¡Ah! Si hubiera sido en nuestro tiempo, el Toulinguet los hubiera recibido bien, dándoles además una lección.

– ¡Déjele usted hablar si quiere saber lo que ocurrió!, dijo Balanec un poco airado.

El contramaestre prosiguió imperturbable:

– Pasaron allí toda la noche muy tranquilamente, como si no se tratase de nada; pero al día siguiente, después de celebrarse consejo de guerra al amanecer, á bordo del buque del almirante Berkley, el *Britania*, Carmarthen, comandante del *Monk*, encargado de dirigir el ataque, se dispuso á bombardear el fortín de Vauban y otras dos baterías situadas al Oeste de la bahía, en la Punta del Gran Gouin, que se llamaba entonces Punta del Convento. Su propósito era entretenernos de este modo mientras las tropas de desembarco, á las órdenes del teniente general Talmash, hombre duro de cocer, según parece, se dirigieran á la playa de Trez Rouz, la ensenada de Tremet, como se llamaba en aquel tiempo, y emprendieran allí el ataque en regla.

– ¡Oh, diablo!, famosa idea fué aquella, y perfectamente combinada, murmuró Kergall, que seguía atentamente la descripción de la maniobra, como veterano acostumbrado á las operaciones de guerra.

Morvan continuó:

– Sí, pero ellos no habían contado con nuestra bruma de Bretaña, contra la cual tanto se grita; y aquella vez nos prestó un gran servicio, bien podéis creerlo.. Había, pues, aquella mañana una niebla tan densa, que no era posible ver nada; y como, naturalmente, no era cosa de que la campana de Nuestra Señora de la Roca tocase para aquellos herejes á fin de indicarles el paso, debieron esperar hasta las once de la mañana el instante en que una ráfaga de brisa barriese la bruma, permitiéndoles ver por dónde navegaban, para dar principio á su condenada operación... Naturalmente, en tierra no se perdía el tiempo, como ya comprenderéis, y esto fué muy bueno para nosotros, porque una parte de las milicias y un cuerpo de caballería, al mando del Sr. de Cervon, á quien se había enviado á llamar apresuradamente á Chateaulin, no llegaron hasta las nueve y media de la mañana. Así, pues, á no mediar aquella bruma, es muy posible que hubieran llegado tarde.

– Estaban preparados, dijo con satisfacción Corentin Garrec, apoyando lo dicho por Morvan; no había que hacer más que pegar de firme...

– Y no se dejó de hacerlo así, interrumpió Hervé sonriendo. ¡Oh, sí, no se descuidaron! Apenas el *Monk*, el propio buque del comandante, hubo doblado la punta del Gran Gouin, uno de los fuertes de la costa le hizo un fuego terrible y destructor; mientras que tres baterías, cuya existencia ignoraba el enemigo, lanzaban un torrente de metralla sobre los demás buques á medida que iban ocupando su respectiva posición. ¡Mala suerte tuvo el *Monk!* Al querer situar en su puesto de combate á uno de los buques, el *Richmond*, que se había separado de los demás, recibió una bala que le atravesó la popa y dos de sus puentes, saliendo á la altura de su línea de flotación, cerca de una de las portas, después de haber matado tres marineros, dos de los cuales se hallaban junto al comandante.

– ¡Bien merecía su plus de vino el artillero que hizo la puntería!, exclamó Kervarec entusiasmado.

– Es que Vauban lo había previsto muy bien todo, prosiguió Morvan, y aun se ha pretendido que por indiscreciones ó por espías, esto no se sabe á punto fijo, estaba al corriente de todo cuanto tramaban los ingleses, siéndole así posible atender á todo desde Versailles sin la menor molestia. De este modo, ¿quién fué sorprendido?.. ¡El inglés, que pensaba cogernos descuidados, y que cayó en pleno avispero!.. Sin embargo, como son gente de ataque, y se agarran más aún que los perros dogos cuando han comenzado á morder, una vez anclados, sus cañones contestaron vigorosamente, devolviendo golpe por golpe, y las fuerzas intentaron el desembarco.

Señalando sucesivamente á su alrededor los diferentes puntos de la costa entre la punta del Gran Gouin y la de los Capuchinos, Hervé indicaba el lugar de las baterías instaladas por Vauban y la posición de los buques enemigos.

– Fuera del fortín, continuó, había montadas dos piezas; á la izquierda de Trez Rouz, por el lado de la punta Tremet, otra; tres más á lo largo de la costa brava, entre Trez Rouz y Camaret, y por último, otras dos más allá de la punta, de modo que dominasen la entrada de la rada.

– ¡Todo un círculo de fuego!, exclamó Kergall con expresión de regocijo.

– Sí, continuó Morvan, y en el círculo, como temerarios que son, preciso es confesarlo, tres buques bombardeando la batería del Gran Gouin y la de Camaret; dos atacando el fortín, situados allí donde se hallan las cajas que sirven de obra muerta para la rada, frente á la punta de Tremet, y otros dos protegidos por la costa brava, á fin de facilitar el desembarco, apagando los fuegos de las baterías de Trez Rouz y de Camaret. Pero se les había recibido tan duramente, que á bordo del buque almirante, que se mantenía en observación entre el Gran Gouin y Bertheaume con el grueso de la escuadra, el consejo de guerra, considerando que se había frustrado el golpe, acordó emprender la retirada, renunciando á un desembarco que podía ser peligroso. El teniente general Talmash...

– ¿Aquel tan duro de cocer?, observó Marhadour.

– Sí; Talmash, más tenaz que los otros, estaba persuadido de que aquella resistencia no duraría, de que no sabíamos nada del ataque premeditado, y que por lo tanto no le opondrían resistencia sino algunos campesinos armados de cualquier modo, incapaces de hacer frente á sus soldados.

Kervarec se enojó al oir esto.

– ¡Poco nos conocía aquel imbécil!, exclamó.

– ¡Oigamos, oigamos, murmuró Balanec, á bretón de Francia, bretón de Inglaterra!

– Talmash apresuró, pues, el desembarco, que se efectuó hacia el mediodía en un centenar de chalupas bajo el fuego de las baterías y de las ocho compañías francas de la marina, así como también de las milicias á las órdenes del marqués de Langeron. Fácil es comprender cuánta gente perdería el inglés antes de llegar á esa ensenada de Tremet, que era su objetivo, ó de Trez Rouz, como decimos ahora; y desde aquel momento debió arrepentirse de su temeridad. Sin embargo, consiguió desembarcar algunas tropas, las cuales se formaban en orden de batalla en el momento en que, saliendo de una trinchera á la cabeza de un centenar de hombres, los capitanes de las compañías francas de la marina, Benoise y La Cousse, cayeron sobre el enemigo como un rayo, le mataron alguna gente y rechazáronle hacia sus chalupas, de las cuales tan sólo siete se hallaban bastante cerca de la orilla para que pudiese alcanzarlas.

(Continuará)



Siempre había vagado por aquellas soledades, sin otra compañía que la de los carneros. (Véase la página 733)

UN TELESCOPIO GIGANTESCO

Este telescopio, que pudieron admirar cuantos visitaron la Exposición Industrial últimamente celebrada en Berlín, es, por decirlo así, una obra del porvenir, no sólo porque es lo único que subsiste y subsistirá, como observatorio, de aquella exposición, sino porque encierra un problema cuya solución definitiva no se ha conseguido todavía.

En los círculos científicos de Alemania se empeñaron reñidas discusiones acerca de la teoría y de la posibilidad de fabricar este aparato que debe su nombre de gigantesco tanto á la extraordinaria longitud del tubo cuanto á las dimensiones de sus lentes, mayores que todas las hasta ahora conocidas. Nunca se habían fabricado lentes de tal tamaño ni se había intentado siquiera obtener cristales ópticos de tal magnitud, debido esto al cálculo de la proporción entre el tamaño y espesor de las lentes y su fuerza luminosa, pues es un hecho que una lenta óptica es tanto menos luminosa cuanto mayores son sus dimensiones, habiendo sucedido que con telescopios pequeños se han hecho á menudo observaciones más delicadas y más exactas que con grandes refractores de los cuales se prometían los mejores resultados.

Así fué que cuando el autor del telescopio gigantesco, el astrónomo F. S. Archenhold, presentó su proyecto, halló tenaz oposición en una parte de los hombres de ciencia, quienes decían que la técnica actual no había llegado al grado de progreso necesario para producir lentes de las dimensiones deseadas, y añadían que aun cuando la industria y los ópticos lograran construirlas sería dudoso que la fuerza luminosa de las mismas fuese bastante grande para permitir hacer con ellas observaciones precisas y fecundas.

Pero precisamente en materia de óptica se ha demostrado, en el transcurso de los tiempos, que la teoría no siempre tiene razón: la óptica práctica nos ha sorprendido muchas veces con éxitos que nunca la teoría había expresado. Así es que por muchos que sean los triunfos conseguidos por las matemáticas en el terreno de la óptica, puede muy bien decirse que, hasta el presente, en estas materias la experimentación vale por lo menos tanto como el estudio.

Sin embargo, no cabe afirmar que el telescopio gigantesco sea simplemente un producto de la experimentación práctica, puesto que ha sido minuciosa y exactamente calculado, ya que sin cálculos es imposible fabricar una lente óptica. De suerte que lo que aquí se nos presenta es una teoría enfrente de otra teoría; el hecho práctico tiene su expresión en la fabricación de la lente misma que, como antes hemos dicho, se consideraba inverosímil. Lo que se tenía por casi imposible de ejecutar, ó sea la fundición inmaculada de lentes tan grandes y la pulimentación de las mismas, se ha conseguido por completo. Las distintas partes que componen el aparato ofrecen un conjunto que merece contarse entre las más imponentes producciones de la mecánica moderna. El tubo tiene 21 metros de longitud y pesa 80 quintales: el objetivo tiene 110 centímetros ó sean 44 pulgadas de diámetro, el mayor hasta ahora fabricado. El objetivo de mayores dimensiones que se conocía en Alemania, ó sea el del telescopio del Observatorio de Estrassburgo, sólo mide 48 centímetros y medio; el del gran telescopio de Pulkowa no mide más que 30 pulgadas y el fractor colosal del Observatorio de California 38. En punto á grandes objetivos habíase llevado siempre la palma entre todos los del mundo el del Observatorio Yerkes de Chicago que por su ejecución era considerado como el *Non plus ultra* y cuyo diámetro es de 40 pulgadas; pero el telescopio gigantesco de Berlín ha batido el *record*, como ahora se dice, aventajando al últimamente citado en cuatro pulgadas.

Ya se comprenderá que la instalación y el montaje de este instrumento ofrecieron grandes dificultades, de modo que habrá de transcurrir aún algún tiempo antes de que se pueda ver resuelta definitivamente la cuestión del mayor ó menor valor del colosal objetivo, cuestión que no puede resolverse con observaciones hechas á la ligera, sino después de largo y detenido examen. Habrán de transcurrir, por consiguiente, varios meses antes de que se pueda demostrar cuál de las dos teorías es verdad, si la antigua del estancamiento ó la moderna del progreso tempestuoso. Si esta última triunfa habremos entrado en una nueva era de la óptica, que quizás nos tiene preparadas mayores sorpresas para el porvenir.

Por de pronto algunas sorpresas ha proporcionado ya el telescopio gigantesco. En efecto, en la noche del 15 de septiembre se hicieron con él algunas pruebas observando la luna, cuya imagen se percibió con extraordinaria é intensa claridad sin que la empañara ni un asomo de faja de color. El señor Archenhold contempló una cordillera recta que se conoce con el nombre de *Ferrocarril*, y que, iluminada por la luz de aquella noche, reviste, en unión de otra colina semicircular, una forma que varios astrónomos denominan la *Espada*. Las pocas personas que presenciaron aquellos experimentos quedaron asombradas de la pulcritud y claridad de la imagen, en la que se destacaban perfectamente, no sólo los cráteres y cordilleras, sino que también los canales de la superficie lunar. La imagen de la luna permaneció inmóvil en el campo de la visión, lo cual demuestra que el movimiento del tubo para seguir el de aquel astro se efectuó sin la más leve sacudida.

De lo que puede esperarse de este telescopio es buena prueba el hecho reciente de que con él se reconocieron como estrellas fijas algunas que todavía no figuran en ningún catálogo astronómico con el carácter de tales. – X.

Telescopio gigantesco que figuró en la Exposición Industrial recientemente celebrada en Berlín

Dr. D. Severo F. Alonso,
actual presidente de la República de Bolivia

EL DOCTOR SEVERO F. ALONSO

Disputábanse el triunfo en las elecciones últimas de Bolivia dos partidos, el liberal y el conservador. Candidato del primero era el coronel José Manuel Pando y del segundo el Dr. Severo F. Alonso.

Ambos candidatos gozaban de prestigio, como que habían prestado á su patria eminentes servicios, y á su vez los corifeos y directores de las elecciones eran hombres de mérito personal y buenos ciudadanos; así Alonso como Pando honran á la patria boliviana, no sólo por las virtudes que los adornan y de que han dado mil muestras, sino también por el buen sentido que ha revelado el pueblo al escogerlos y por la libertad de sufragio que se le otorgó en la lucha eleccionaria, de la cual ha salido triunfante el doctor Alonso, quien ha debido encargarse de la presidencia el 6 de agosto último.

Según la prensa boliviana, el Dr. Fernández Alonso, abogado y estadista, orador y escritor, es hombre además de virtudes privadas y de honorabilísimos antecedentes. Su elección es un triunfo nacional, porque mantendrá á los hombres en el camino de la dignidad y de la paz, y se acostumbrará el pueblo á las prácticas legales y pacíficas.

Del Dr. Alonso se refieren servicios en altos puestos y en circunstancias tan solemnes, que con ellos se llenarían páginas bastantes para dar brillo y autoridad á la historia contemporánea: él fué quien resolvió los problemas internacionales que Bolivia debatía con sus vecinas del Sur.

El matiz característico de la política de Alonso es la fusión; pero entendemos que esta palabra no significa en su boca amalgama de ideas é intereses personales, sino alianza de propósitos con un fin patriótico, cual es la extinción de los rencores para la armonía social y conservación de la paz.

Bolivia se hallaba en uno de esos períodos de regeneración política que no deben desperdiciarse, porque rara vez se presentan. Aprovechados, influyen hasta en el más remoto porvenir; vistos con indiferencia, huyen de la escena exacerbando los males existentes, y no vuelven á presentarse sino cuando ha desaparecido la generación que los procreó. Sin duda comprendió esta verdad para efectuar sus elecciones de acuerdo con las aspiraciones populares.

Bolivia se ha ostentado á la altura de sus deberes cívicos en este trance, y sus hijos podrán enorgullecerse de haber cumplido con dignidad y entusiasmo la más augusta misión que conceden las instituciones de la República á los ciudadanos.

Las elecciones han sido dignas de un pueblo aleccionado en la experiencia y firme en el propósito de alcanzar la perfección democrática, bajo el escudo de la ley y por los medios pacíficos de la civilización.

Los Sres. Dr. Severo F. Alonso y coronel José Manuel Pando han contribuído con su nombre y virtudes públicas á mantener vivo el fuego de la opinión, y han servido de ideal á generosas aspiraciones de su patria. Bien por ellos. Desde luego puede asegurarse que ningún boliviano abriga la duda de que el candidato elegido cuente con el apoyo del otro, ni de que el partido perdidoso deje de gozar de todos los derechos políticos y sociales que le corresponden. – L.

EL SUEÑO

LO QUE SE DEBE DORMIR



La trilla, cuadro de Mariano Oliver Aznar

Mr. Turnship es un médico que se ha dedicado á muchos estudios y hondas observaciones sobre esta cuestión. Unas y otras le han demostrado la extraordinaria influencia que ejerce el sueño en el organismo humano, influencia que se traduce en los que duermen sus nueve horas por noche, por un equilibrio físico é intelectual perfectamente manifiesto: en los que duermen pocas horas, por un desgaste de su energía vital que conduce inevitablemente á grandes perturbaciones.

«El hombre – dice – que al llegar á los 40 años conserva la costumbre de consagrar cuando menos un tercio de su jornada al sueño, reune grandes probabilidades de longevidad, y de longevidad vigorosa y sana. No hay ningún reconstituyente que valga lo que vale un sueño prolongado, para reparar el desgaste y restablecer el desequilibrio que en el sistema sanguíneo y en el sistema nervioso producen necesariamente los cuidados y las luchas cotidianas de la existencia.»

Y añade luego el doctor inglés: «El dormir poco podrá ser una prueba de actividad; pero de una actividad mal entendida y que á la vuelta de algunos años puede conducir al individuo á un estado precario, cuya principal manifestación es la falta de sueño. Si antes no dormía porque no quería, ahora no duerme porque no puede; y de esa impotencia se originan lamentables trastornos en todo el organismo, siendo de estos los más frecuentes y los más caracterizados la neurostenia, la anemia cerebral y muchas veces la locura.»

Además, dice el doctor Turnship, en la inmensa mayoría de los casos, el que duerme poco es porque no puede dormir más, porque el sueño se ahuyenta de sus párpados y el cerebro inquieto le desecha; pero esto no es más que una señal, y señal muy característica, de debilidad física, de desequilibrio orgánico, que se nota en las personas ancianas y muy gastadas, á quienes veréis descabezar un sueño ligero, breve, en una silla – signo de debilidad, – pero que á las tres ó cuatro horas de acostarse despiertan y dan vueltas y más vueltas en la cama, sin poder dormirse de nuevo.

Para los que se dedican á trabajos mentales, el sueño prolongado, de ocho á nueve horas, es tanto ó más indispensable que para los que se ocupan en trabajos manuales ó en tareas que exigen simplemente esfuerzos físicos. No hay ningún descanso, ninguna distracción que pueda proporcionar al cerebro cansado elementos reconstituyentes, digámoslo así, que encontrará en el sueño. Aquello de que el dormir mucho embota las potencias intelectuales, como han dado muchos en decir, es una preocupación: por el contrario, el dormir largo y tendido es para el cerebro el único elemento que permite reparar el desgaste sufrido, recuperar el vigor de la imaginación. De lo cual no se infiere, añade el doctor Turnship, que se haya de adquirir la costumbre de dormir mucho más tiempo de lo que el cuerpo humanamente pide, como hacen ciertas personas que duermen durante catorce ó quince horas. Este es un exceso altamente perjudicial, que conduce á la larga á un entorpecimiento de las funciones cerebrales que nadie es ya capaz de sacudir.

Mr. Turnship no oculta la antipatía que le merece la siesta, que sólo conceptúa admisible en los países extremadamente cálidos y cuando la pesadez irresistible de una atmósfera bochornosa obliga al habitante á tomar un par de horas de sueño. En tales comarcas, la siesta es altamente útil, higiénica y hasta necesaria para el bienestar físico; pero allí donde el clima no tiene esas exigencias, la siesta puede considerarse sólo como una mala costumbre, como un vicio, al que es mejor sustraerse, ya que introduce una verdadera perturbación en las funciones ordinarias del organismo y redunda casi siempre en daño del sueño nocturno, que es el mejor, el «único legítimo,» el que proporciona apacible descanso y restaura las fuerzas perdidas durante la jornada.

GUILLERMO MORRIS

La muerte de Guillermo Morris, poeta, artista y sociólogo, ha arrebatado á la literatura inglesa una de sus más grandes figuras. Morris fué en primer término poeta cuyos ideales volaban hacia un mundo en donde no hubiera ni la desigualdad de la tiranía comercial, contra la que Tennyson fué el primero en protestar en su *Maud*, ni la crueldad que engendra la inhumanidad del hombre para el hombre. El célebre crítico Ruskin ejerció una influencia decisiva en la vida de Morris, según este mismo afirma: lo que Ruskin predicó en abstracto, Morris se esforzó en realizarlo con gran espíritu práctico, ora diseñando carteles y muebles, ora dando á la estampa multitud de joyas literarias. Publicó muchos volúmenes de poesías y novelas en prosa; tradujo poemas griegos y latinos y sagas de Islandia; escribió innumerables monografías, cuentos y otros trabajos análogos; cultivó el arte decorativo, realizando en este sentido una verdadera revolución en Inglaterra, y finalmente montó una imprenta, de la cual han salido gran número de libros que pueden tomarse como modelo en el arte de imprimir.

Nació Morris en Walthamstow (condado de Essex) en 24 de marzo de 1834, y después de haber cursado con gran lucimiento sus estudios en Oxford, dedicóse á la pintura sin lograr en ella más que medianos éxitos. En 1858 publicó su primer libro, *The defence of Guenevere, and other poems*, y en 1863 fundó un establecimiento en el cual se aplicaba el más elevado arte á los objetos domésticos y cuyos productos causaron, como hemos dicho, una revolución en el gusto inglés. Más adelante dió al público los poemas *The life and death of Jason* (1867) y *Earthly paradiese* (1868), que fueron acogidos con entusiasta aplauso, y el poema dramático *Love is Enough* (1872), que no obtuvo menos éxito que aquéllos. Este es, por decirlo así, el primer período de la carrera literaria de Morris; en el segundo, hasta 1878, nótase en él la influencia de la literatura del Norte, cuyas sagas estudió profundamente. El tercero, hasta 1890, se caracteriza por la publicación de folletos, trabajos sueltos, artículos periodísticos que se insertaron principalmente en el diario socialista *Commonweal:* de este período datan también sus *Chants for Socialists*, *The Tables Turned, or Nupkins Awakened*, *The Pilgrims of Hope*, *A Dream of John Ball*, *News from Nowhere*, la traducción de la *Odisea*. En el último período cultivó especialmente la novela basada en asuntos de la antigüedad goda y romana, tales como *A Tale of the House of Wolfings*, *The Roots of the Mountains*, *The Glittering Plain*, publicando también varios poemas y algunas traducciones de narraciones francesas de la Edad media. Morris deja, además, dos obras, *The decorative arts. Their relation to modern life* y *Hopes and fears for arts*, en las cuales consigna sus opiniones sobre el arte decorativo. – X.



Guillermo Morris, célebre poeta y artista inglés recientemente fallecido

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

Panorama Nacional. – Los cuadernos 6 y 7 de esta importante publicación que edita D. Hermenegildo Miralles contienen las vistas siguientes: puerta de Cuarte de Valencia, puerta del Palau en la catedral de Valencia, Armería de D. José Estruch de Barcelona, vista interior de la plaza de toros de Valencia, interior de la iglesia del monasterio de Montserrat, prelados asistentes á la consagración del monasterio de Ripoll, portada del hospital de San Juan en Burgos, fuente del patio de los Leones en la Alhambra, cascada la «cola del caballo» en el monasterio de Piedra, retablo del altar mayor de la capilla real de Granada, vista exterior del monasterio de Ripoll, patio de la casa de Pilatos en Sevilla, vista exterior de la catedral de Palencia, baldeo á bordo, el Gorch blau en la isla de Mallorca, claustro de la catedral de Vich, escalera de la puerta alta de la catedral de Burgos, vista general de Burgos, la calle Ancha de Cádiz, la torre nueva de Zaragoza, nave central de la catedral de Palencia, fachada de la catedral de Granada, puente de entrada á la colonia Sedó (Esparraguera), vista de la colonia Sedó, patio de las Escuelas menores de Salamanca, arco de Santa María en Burgos, fachada del palacio del duque del Infantado (Guadalajara), sepulcros de los Reyes en la capilla Real de Granada, fachada de la Universidad de Salamanca, el campo de la Bota de Barcelona, camino de la cueva de la Virgen en Montserrat. Además, con el cuaderno 6 se ha regalado á los suscriptores un detallado mapa de las islas Filipinas, grupo de Luzón, regalo de verdadera oportunidad, dada la lucha que actualmente sostenemos en aquel archipiélago. Cada cuaderno se vende á 70 céntimos.

***

La condesa Lagarde, por *Eugenio Sue*. – Esta interesante novela del célebre escritor francés Eugenio Sue, cuyo elogio no hemos de hacer porque la mejor alabanza está en el nombre del autor, forma el tomo 46 de la Biblioteca Diamante que con tanta aceptación publica en esta ciudad el conocido editor D. Antonio López, y se vende al precio de dos reales cada ejemplar.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 9 de noviembre de 1896 — Núm. 776

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡POR LA PATRIA!,

dibujo de Enrique Estevan, reproducido por Thomas

SUMARIO



El teniente general D. Camilo Polavieja, (de fotografía de la Sra. viuda de Debas, Madrid)

El nombramiento del general Polavieja para el importante cargo de segundo cabo de la capitanía general de Filipinas ha sido acogido por el país con unánime aplauso. Pocos militares tienen una hoja de servicios tan brillante como la de este ilustre caudillo: con decir que entró en el ejército como voluntario en 1858 y que en 1879 ostentaba en su bocamanga los entorchados de teniente general, habiendo ganado casi todos sus ascensos desde sargento segundo por méritos de guerra, queda hecha su mejor biografía. El general Polavieja ha hecho las campañas de Africa, de Cuba y de los carlistas; ha desempeñado mandos importantes, como la capitanía general de Andalucía y la de Cuba; ha sido comandante del sexto cuerpo de ejército y jefe del cuarto militar de S. M.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

(Á LA RUSA)

París se ha portado como quien es en la recepción de su augusto huésped. Ese pueblo gasta, cuando se le pone entre ceja y ceja, mucha sal y no poco arte. Nunca se le frustra nada; ni los festejos ni las revoluciones. La misma maña se da á obsequiar monarcas que á descabezarlos. Así tiende guirnaldas de finos farolillos de colores, como enciende los sediciosos *lampions* ó cuelga de la *lanterne* á los aristócratas, dándoles una música, por cierto bien distinta del himno al zar. París tiene nervios de mujer, y por eso, de la noche á la mañana (¿qué es un siglo sino un día de las naciones?) se transforma y pasa de rugiente calcetera de la guillotina á *ingenue* vestida de blanco que, deslizándose por el Sena á bordo de engalanada embarcación, presenta un ramillete de flores raras al que sus abuelos llamarían *tirano del Norte*...

El joven y simpático tirano – los tiranos podría decir, porque Nicolás de Rusia se trajo á su *tirana* y hasta á una *lobeznilla* encantadora de pocos meses, – habrá llevado recuerdos muy gratos de la ciudad regicida, vuelta para él en mansa paloma monárquica y leal. Los soberanos rusos dieron una prueba de valor entregándose á la muchedumbre, y la muchedumbre correspondió á la confianza de la imperial pareja suprimiendo toda broma pesada, bombas explosivas y otros excesos. Nada turbó la alegría; ningún desesperado quiso inmortalizarse al estilo de Eróstrato, cometiendo una barbaridad muy gorda; y hoy la superficie de París, alborotada por el paso del huésped, empieza á serenarse, como un lago suizo después de la tormenta.

Sin embargo, no creáis que París al apagar las luces y cerrar las ventanas, como se hace en un palacio suntuoso después de un sarao, se olvida del héroe de la fiesta, ni borra la impresión de la honra recibida. Vamos á tener este año una invasión del gusto ruso en todo y por todo. Apicio, cuando su cocinero le acertaba con el paladar, le enviaba de regalo un plato de oro; nosotros, si un torero se porta bien, le damos la oreja; París, á sus amigos los pone de moda, los hace dueños del tocador y árbitros de la elegancia. Tiene que defender el cetro del buen gusto, porque Inglaterra se lo está arrebatando: Inglaterra, en la actualidad, es más *vlan* que Francia: empezó por cortar mejor la ropa de hombre, siguió por vestir deliciosamente á los mocosos ó *babies*, apoderóse luego de las *girls* ó muchachas semi-casaderas, y ya ha puesto su silla en todas partes, en el traje, en el nobiliario, en la decoración de las habitaciones, en el modo de servir las mesas y hasta en los juegos. Sólo le queda á Francia un dominio propio: la indumentaria femenina, en la edad de agradar. Mientras la mujer, sin saberlo ó á sabiendas, aspira á arañar y turbar los corazones, se viste á la francesa, y trae de París ó siquiera de Francia los moños y los pingos. La moda parisiense lleva más malicia que la de Londres; tiene intención, coquetería, y por decirlo así, *literatura*. Este año, y sabe Dios si el que viene, las corrientes literarias de la moda serán eslavas; el terreno está preparado, porque desde 1881 los bárbaros vienen apoderándose insensiblemente de París.

El pueblo ruso atesora elementos pintorescos capaces de refrescar la imaginación exhausta ya de los modistos, que no saben á qué santo encomendarse para discurrir algo inédito. En esto se parecen la arquitectura y la moda actuales: no tienen carácter propio: necesitan echar mano de otras épocas, repetir modelos de antaño. ¿Le encargan al arquitecto una iglesia? Reproduce un templo bizantino del XII ó una flecha ojival del XV. ¿Se trata de un palacio? Allá va el estilo del XVI. ¿Una plaza de toros? El mudéjar. ¿Una fuente monumental? Recurre á alguna de las *acquas* romanas, y tan campante. – Lo propio el modisto. Buscando la novedad consulta lo más viejo: las estampas arcaicas, los cuadros de los pintores primitivos, los figurines de la modista de María Antonieta. No se quebrará los cascos, no: ahí están Ana de Austria y madama de Pompadour para sacarles de apuros. Así una mujer contemporánea parece á veces que se ha desprendido de un lienzo de Rubens, de una tabla de Mieris ó Terburg ó de una acuarela de Lancret. El arte infesta los talleres de modas; á bien que el taller de modas suele meterse en el de los artistas; retratos y esculturas conozco que son figurines.

El estilo ruso entró en las costumbres francesas, y después en las europeas, llevado de la mano por la literatura. Hay que reconocer en Francia esta excelente condición: que es hospitalaria y que no se desdeña de aprender nunca: su espíritu, abierto y claro, allí está como un espejo para reflejar la belleza, sin preguntarle si es morena ó blonda, tropical ó boreal. La literatura rusa parecía lo más apuesto á la estética francesa: así y todo, ha encontrado abiertos los brazos, francos los corazones y esa comprensión y esa tolerancia que tanto dicen en favor de la cultura de un pueblo. Si bien se mira, *comprender* es función natural de la gente culta. La *incomprensión* da la medida exacta del atraso y la barbarie. Ved el efecto que produce en una aldea el oir pronunciar una lengua extranjera: la risa estúpida, el grosero asombro de los patanes ante aquellos sonidos á que no están habituados. Notad, en los que viajan sin poseer nociones de tolerancia internacional, el enojo y el despecho que les causa que las cosas no sean ni se llamen allí como son y las llamamos aquí. Una señora conocida mía, que había varado en París, no pudo avenirse nunca á que en la lista de la lavandera francesa los calzoncillos se llamasen *caleçons*. «Paso que las enaguas sean *jupons*, aunque me suena bastante mal; paso que á las chambras les digan *camisoles*, y no negará usted que es muy raro; pero á los calzoncillos *caleçons!* No transijo con eso.» En medio de la risa que me causaba la extravagante manía de la excelente señora, no pude menos de pensar que como ella discurren millares de personas al parecer sensatas. Nuestros vecinos, en este particular, están muy adiestrados. No haya miedo de que se sorprendan ó extrañen de ningún habla ni de ninguna costumbre forastera. Al contrario, saben acogerlas con simpatía. No improvisan recibimientos como el del zar, sino que los preparan largo tiempo, por medio de una asimilación gradual y complaciente: como los romanos (que jamás llegaron á mayor altura en el simbolismo), tienen abierto el Panteón, donde acogen los ritos, las creencias, las supersticiones de los demás pueblos. Países hay muy hospitalarios para el cuerpo, donde siempre es mal acogida el alma. Los franceses saben dar hospitalidad al alma de las naciones.

Hace años ya que se familiarizaron los parisienses con el alma rusa. La literatura terció en esta unión; los libros fueron los galeotos; pero había raíces muy viejas de aspiraciones á alianzas: era inolvidable la entrevista de Tilsitt, sueño efímero, que tuvo por despertar el incendio de Moscou, la formidable retirada por entre los hielos de las estepas, y la caída del imperio napoleónico, á la cual también por acá ayudamos. En aquel entonces Napoleón deseaba la alianza rusa para hacer polvo á Inglaterra: hoy la quiere Francia para erguirse retadora ante Alemania. A principios del siglo – ¡increíble parece que no hayan transcurrido más que ochenta y tantos años desde estos fantásticos sucesos!, – Alejandro y Napoleón no se contentaban con menos que repartirse el mundo. La república de 1896 no pide tanto... Que pueda recobrar á la aldeanita del lazo de terciopelo negro sobre las trenzas doradas, y se dará por satisfecha,.., al menos durante algunos meses.

Entretanto vestirán á la rusa las señoras, y las pieles se impondrán. Y aparte de todos los recuerdos históricos y de todas las combinaciones políticas, ¿no son muy lindas las pieles? En primer lugar, tienen un abolengo bien ilustre: con pieles se vistió por primera vez el género humano. Supongo que no estarían curtidas, porque no se conocían aún los procedimientos de la tenería, y las ropas de Adán y Eva debían de oler mal á pocos días de desolladas. Hoy, que se curte tan divinamente (desde que Nerunco enseñó este útil arte á los moradores de la industriosa Sidón), no podemos comprender abrigo más dulce que el de piel, que desarrolla una atmósfera tan suave alrededor del cuerpo. Hasta las regiones hiperbóreas se adelantan los atrevidos cazadores persiguiendo á los animales que tienen la desgracia de deber á la naturaleza una hermosa vestidura. No proceden de Rusia, sin embargo, algunas de las pieles que hoy se estiman y usan más: la elegante chinchilla, esa preciosa rata tan bien vestida de gris plateado, se caza en Bolivia y en el Perú; en cambio la reina de las martas, la fina marta cebellina tan ensalzada por Cervantes, sólo la encontraríais en la península de Kamschatka, y anda tan retraída, que cada día es más cara su rica piel color de avellana, halagadora y eléctrica al tacto como una cabellera bien peinada y copiosa de mujer rubia. Hacia Rusia hay que buscar también al zorro azul, á la bonita liebre polar, al castor arquitecto y al armiño, el del heráldico pelaje, aquél todo poesía, de quien hemos hecho el emblema de la pureza, aunque sólo es blanco é inmaculado en invierno, y su extraña metamorfosis de verano podría dar que pensar, haciendo de él más bien el símbolo de la hipocresía, revestida ante el público de apariencias candorosas.

No hay adorno más magnífico y señorial que las pieles. Lástima que anden tan baratas las imitaciones del *petit gris* y hasta de la marta; lástima que el conejo, y el gato, llamado festivamente *nutria de buhardilla*, quieran remedar los delicados aforros de nutria verdadera y de legítimo castor. Una piel ordinaria es como un encaje mecánico: más valdría prescindir de ese falso y triste lujo. Las pieles malas hasta no abrigan. Mas no hemos de suponer que, en Rusia misma, las pieles ricas no son un lujo. Si tal creyéramos, nos pondríamos al nivel de aquel inglés chusco y cándido, que entendía que en España el *sherry* era la bebida usual de las clases jornaleras. No: en Rusia el zorro azul, la marta cebellina y el armiño andan por las nubes, y los pobres *mujisk* ó labriegos se honran con la *tulupa*, que es buenamente pellejo de borrego, curtido como Dios les da á entender, y por consecuencia, apestoso.

Es increíble lo que el contacto de Francia con Rusia ha influído en el consumo de la peletería. En mi niñez recuerdo que llamaba la atención una señora con pieles. (Con pellejo sano no las había ni ahora ni entonces, porque la murmuración es más antigua que las modas rusas.) La que se permitía el derroche de poseer una *palatina*, especie de rotonda corta, muy desgraciada por cierto, la sacaba sólo los días de repique gordo y la custodiaba bajo fanal. Hoy las chaquetas de nutria de mil y dos mil pesetas de coste no llaman la atención; y á la salida de los bailes quizás veis entreabrirse sobre un escote desnudo de burguesa el largo capote forrado de imperial armiño...

Este invierno, más que nunca, estarán en favor las pieles, y también las gorras moscovitas, los boas, los samovares, los trajes rígidos, como los que llevan los *iconas* ó imágenes bizantinas, las diademas altas, y ¿quién sabe si la gallarda *troika*? Me sorprendería que alguna de esas Frinés parisienses, que tienen imaginación, no saliese al Bosque en *troika*, muy envuelta en tiras de zorro azul, con los tres caballos blancos, el de en medio trotando y los de los lados galopando, con campanillas de plata, y el cochero vestido de terciopelo, luciendo la roja camisa y las altas botas, la barba color de lino, la tez blanca y rosada, los ojos fríamente azules – de los cocheros eslavos, – y por fondo de la decoración los árboles salpicados de nieve, y el lago inmóvil, preso en cárcel de cristal, convidando al raudo patinaje.

Emilia Pardo Bazán



EL TRIUNFO DE SANTA GENOVEVA

5 de noviembre de 1824

Célebre pintura mural ejecutada por el barón Gros, en la cúpula del Panteón de París

Juan Antonio Gros, barón de Gros, discípulo el más famoso de los del célebre David, tuvo gran influencia en una generación de pintores españoles, la segunda del siglo actual. Pues así como al taller del pintor republicano fueron los Madrazo (D. José), Aparicio y otros, al de Gros acudieron entre otros Espalter, de quien recibí lecciones allá por los años de 1877 y 78, como profesor que era de la cátedra de *antiguo y ropajes* en la Escuela Central de Pintura, Escultura y Grabado.

Recuerdo esto aquí, porque la figura artística del barón de Gros fué una de las primeras del arte francés del período de la república y del imperio napoleónico que conocí *espiritualmente*, gracias á la apología diaria que de él me hacía mi venerable maestro Espalter durante nuestros matinales paseos por el Retiro, á las máximas que del autor de *La peste de Jaffa* me enseñaba, y muy especialmente á los grabados y dibujos que del gran pintor francés guardaba como oro en paño. Por esta razón la pintura mural que hoy conmemoro, obra portentosa, considerada como una de las capitales de la escuela francesa, sin embargo de su clasicismo un tanto frío, la conozco y la admiro como es efectivamente de las más grandes que surgieron de entre aquel revuelto período de la historia de Francia, que comienza en la primera República y termina en el reinado de Luis XVIII.

***

Tres modificaciones de gran importancia hubo de sufrir el primer boceto de la vasta composición, presentado por Gros al emperador Napoleón I, que fué quien le encargara la obra. Debía representar el artista, con figuras de cuatro metros, *una gloria de ángeles* transportando al cielo la casa de Santa Genoveva; debajo de este gran grupo aparecían en otros tres los reyes Clovis y Clotilde, que fundaran la primitiva iglesia dedicada á la patrona de París; San Luis y Carlomagno, y Napoleón y su mujer, quienes consagraban á la santa la nueva fábrica.

Gros, después de la aprobación del boceto, se puso á la obra; pero los acontecimientos políticos, derribando lo entonces existente para poner en el trono á Luis XVIII, vinieron á suspender primero la obra y más tarde á modificarla, como reza la carta siguiente, dirigida por el ministerio del Interior al artista: «En el cuarto lugar de la composición, después de Clovis, Carlomagno y San Luis, deberá colocarse á S. M. el rey Luis XVIII, acompañado de su augusta sobrina la duquesa de Angulema y en actitud de poner el reino bajo la protección de Santa Genoveva. Con este último motivo quedará perfectamente terminado el ciclo de las grandes épocas religiosas, indicando él mismo el comienzo de una nueva era de gran prosperidad.» En esta misma carta le ofrecían á Gros 50.000 francos en lugar de 36.000 en que había justipreciado la pintura. Seis meses más tarde volvió el artista á recibir otra orden en la cual se le decía que trazase la composición con arreglo al primer boceto. Pasados los *cien días* Gros fué invitado de nuevo á poner en el cuarto lugar de la serie histórica de los reyes á Luis XVIII, y así quedó definitivamente. Se expuso la pintura á la admiración pública el día de la fiesta de Carlos X, el 4 de noviembre de 1824, diez años después de haber comenzado Gros su labor.

***

Ocupa el *Triunfo de Santa Genoveva* la parte superior de la cúpula. Aparece la santa sentada en nubes y como descendiendo sobre los reyes. La atmósfera luminosa que rodea á la patrona de París recuerda algo los cielos de Murillo. Alza la virgen pastora hacia el cielo los ojos y la mano derecha, y con la izquierda señala el grupo de Luis XVIII; la actitud de intercesión está admirablemente sorprendida. Viste una túnica y le cubre las rodillas un largo manto plegado con gran estudio para que se indique el desnudo; en la cabeza tiene un velo de gasa; sostiene en las rodillas un libro abierto, y á sus pies se ve un cordero y sobre una piedra una copa que contiene unos ramos; rodean á la santa ángeles que desparraman flores.

Aparece el terrible Clovis á la derecha de Santa Genoveva ocupando con su esposa Clotilde una de las partes bajas de la cúpula. Viste de blanco el rey; el color de la vestidura significa la pureza obtenida con el agua bautismal; la reina á quien debe Clovis su conversión le muestra un libro, el de los Evangelios; el converso pone sobre los sagrados textos una mano. El grupo de Carlomagno está inmediato al de Clovis (hago esta reseña marchando de derecha á izquierda). Es este grupo el mayor de los cuatro en que Gros dividió la serie cronológica de las monarquías en Francia. Aparece el emperador ocupando el centro de la composición del citado grupo. A mi parecer el artista estuvo mucho más afortunado en la evocación de esta figura que en las de Clovis y San Luis, si hemos de aceptar el tipo que la historia y la leyenda trazaron del gran fundador de la monarquía carlovingia. Así pues, el conquistador y civilizador de los sajones y de la Teutonia y decidido defensor del cristianismo; el fundador de la celebérrima escuela de Santa Genoveva, de aquella universidad de la cual siglos andados había de surgir la figura de Abelardo, lo trazó Gros, arrogante, en pie, sosteniendo en la mano derecha el azulado globo que remata con la cruz, vistiendo un amplio manto real sobre el que descansan los luengos bucles de la barba y el cabello blancos. Como en el grupo de Clovis, también aparece la piadosa consorte del emperador, Hermegunda, arrodillada y con las manos en actitud orante. Rodean á estas dos figuras las de varios ángeles, y un adolescente sostiene una cartela donde están inscritas las principales instituciones, así de orden religioso, como intelectual, político, de que fué fundador Carlomagno. Los sajones sumisos vense en otro grupo más abajo del de los monarcas, y un ángel les muestra una cruz; equilibrando la composición se advierte á la izquierda un trofeo formado con armas de los pueblos bárbaros sometidos.

El santo rey cruzado y su mujer aparecen ambos de rodillas y en actitud suplicante. Los esposos dirigen sus miradas á la patrona de París; San Luis extiende los brazos hacia una mesa cubierta con un paño rojo, sobre la cual se mira la corona de espinas traída por él de Jerusalén. Unos ángeles sostienen estandartes blancos en los cuales brillan las flores de lis y una cruz roja. Armas sarracenas forman un trofeo.

La última parte de la cúpula la ocupa el grupo de Luis XVIII. También dirige el rey la mirada á la santa mientras extiende la mano izquierda hacia el cetro flordelisado que se ve sobre un cojín de terciopelo; pero más, bastante más que la figura del monarca me gusta, por el movimiento y la expresión, la de la duquesa de Angulema, sobre la cual se apoya su regio tío, y que ella parece ayudar en su camino. El contraste de aquel anciano con la esbelta y sentida figura de la duquesa es delicadísimo y de un valor estético innegable. Ante los ojos de la de Angulema se desarrolla la visión celestial y *profética* de Dios, en cuya gloria y á su lado están Luis XVI, María Antonieta, sus hijos y no recuerdo si la princesa Isabel. Olvidaba un detalle importante de la composición de este grupo: un ángel rasga el velo que oculta al infante sucesor del trono.

***

No he de emitir juicio respecto de obra tan conocida; hasta la saciedad lo han hecho plumas expertísimas; pero no dejaré de mencionar aquí la impresión que me causó esta colosal pintura la primera vez que visité el Panteón.

Confieso sinceramente que entonces – hace de esto bastantes años – sentí enfriárseme el entusiasmo que me infundieran los elogios que de tal pintura me había hecho mi venerable maestro Espalter. Acostumbrado á las brillanteces y atrevimientos en la disposición de grupos y figuras de Lucas Jordán, de Tiepolo, de nuestro Goya, únicos pintores decoradores que conocía, encontré



El acorazado «Princesa de Asturias» en el caño de la Carraca (San Fernando - Cádiz) después de su caída al agua en 17 de octubre último

(De fotografía del Sr. Cepillo, de San Fernando)

gris la totalidad, y en medio de ese gris desentonando algunas notas como la del manto de Carlomagno, el trapo de terciopelo verde sobre el cual aparece el cetro de Luis XVIII, y varios otros detalles, como la veste del mancebo que tiene la cartela de las inscripciones. Pero en las sucesivas visitas, sin rectificar por completo la impresión primera, pude admirar la corrección de dibujo, el dominio enorme que de la forma tenía Gros, la elegancia de algunas figuras, así de las desnudas como de las vestidas, y el acierto en los contrastes de los tipos y de las composiciones de los grupos.

Y aparte de otros aciertos de paleta, he de mentar que lo considero muy grande el de la figura de Santa Genoveva, el de los ángeles de los estandartes y del grupo de Luis XVIII.

***

Gros aparece en esta pintura con todo el esplendor de su talento. Sin olvidar las máximas de David se muestra menos frío que aquél, así en el movimiento de las figuras y en la expresión de los afectos, como en el manejo de la paleta. Realmente puede considerársele cuasi romántico en este sentido; mas faltábale ese algo, y por eso se quitó la vida arrojándose al Sena.

R. Balsa de la Vega

UN NUEVO EXPLOSIVO

Sería cosa bastante difícil seguir paso á paso y describiéndolos uno por uno los descubrimientos de substancias dotadas de la facultad de detonar con violencia por el choque, la percusión ó el contacto de otras asimismo explosivas, realizados desde que fué obtenida la nitroglicerina, ó mejor aún, desde que, fabricando dinamitas, se han encontrado medios de regular sus efectos y facilitar su transporte sin riesgo alguno. Casi á diario vese el anuncio de algún explosivo, cuyas excelencias y ventajas sobre los conocidos pregonan los inventores, con gran lujo de detalles, cuando relatan ensayos de su fuerza, y establecen, de la manera más ingeniosa que pueden, toda una serie de comparaciones prácticas entre el poder de lo nuevo y el atribuído á lo de antiguo conocido y probado: así han aparecido poco á poco, en el término de algunos años, la *melinita* y la *panclastita*, la *roburita* y la *nitramita*, para no citar sino las materias explosivas á las cuales ha dado la fama mayor renombre, pudiendo, con buenas razones, incluir en el número de los explosivos las llamadas pólvoras sin humo, grandes reformadoras del arte de la guerra y del mecanismo de las armas portátiles. Puede asegurarse que la fabricación de los cuerpos detonantes diferentes de la pólvora ordinaria y de las mezclas gaseosas explosivas, obedece á los mismos principios y se funda en iguales reacciones químicas, y para afirmarlo de este modo es preciso tener en cuenta que todo explosivo es verdadero almacén de fuerza, en él acumulada al formarse con grandísima absorción de calor; además representa un equilibrio molecular sumamente inestable, y al romperse, á causa del menor accidente propio para turbarlo, pónese de manifiesto de una vez la energía acumulada, si hay resistencias que á ello se opongan, y de ahí vienen el aumento verdaderamente enorme de la temperatura, el desarrollo de presiones manifestadas en todos sentidos y cuantos fenómenos mecánicos y químicos acompañan á la detonación, la cual es, en definitiva, un movimiento especial, propagado en forma de onda, según se propagan el sonido, el calor, la luz y la electricidad: admitiendo esto, confirmado en multitud de experimentos y medidas, resulta explicada la facilidad relativa de obtener compuestos explosivos, siempre que se dispongan medios de realizar combinaciones bastante complicadas, inestables, y que para constituirse necesiten absorber, en forma de calor, grandes cantidades de energía: conocido el principio, cada explosivo no será sino caso particular de su aplicación, uno de tantos fenómenos en los cuales la complicación de la molécula asegura la poca estabilidad del cuerpo formado, y el hecho de la descomposición rápida, no dando sino otros cuerpos en estado gaseoso y á elevada temperatura, proyectados con enorme fuerza, es consecuencia precisa y necesaria del mismo régimen de las detonaciones y del trabajo invertido en formar el cuerpo detonante, la mayor parte de las veces modificando otros muy ricos en carbono.

Hállase constituída la casi totalidad de las materias explosivas de mayor uso y aplicación por combinaciones nitradas, y redúcese su fabricación á introducir en la molécula de una substancia orgánica, binaria, como en el caso de la bencina y algunos otros hidrocarburos, ó ternaria, que es lo más frecuente, á ejemplo de la celulosa, el núcleo ó residuo formado uniéndose el nitrógeno y el oxígeno para constituir el protóxido y el bióxido de nitrógeno: así se consiguen la nitroglicerina, la nitrobencina y la *piroxilina* ó celulosa nítrica, base y obligada materia constitutiva de las pólvoras modernas, caracterizadas por dar gases incoloros al inflamarse y detonar. Trátase, por consiguiente, al fabricar un explosivo, de juntar dos elementos; uno de ellos, el carbono, eminentemente combustible, y otro, el comburente por excelencia, ó sea el oxígeno, á su vez retenido en una combinación tan inestable como las resultantes de sus uniones con el nitrógeno, formando los términos inferiores de la escala de oxidación de tal elemento; pero este oxígeno ha de hallarse en tales proporciones á fin de cumplir cuanto exige la teoría, que sea suficiente para quemar completamente el carbono, y el desiderátum, en punto á ello, sería que la materia detonante, al descomponerse resolviéndose en gases, hiciéralo sólo produciendo libres anhidrido carbónico y nitrógeno, ambos incoloros, sin traza de vapor de agua, ni de compuestos nitrosos y sin dejar tampoco el menor residuo sólido, constituído por mezcla variable de diversas substancias minerales. Abundando mucho la celulosa en el reino vegetal y siendo producto de la gran industria el ácido nítrico, pueden tenerse siempre á mano los elementos principales de todo cuerpo explosivo: el carbono de la materia orgánica no se altera, en cuanto á su modo de estar en la molécula ternaria; mas ésta pierde hidrógeno, cuyo elemento reduce al ácido nítrico, apoderándose de parte de su oxígeno para formar agua y rebajándolo á óxido nítrico, cuyo cuerpo toma el lugar dejado libre por el hidrógeno: este cambio molecular, efectuado con grandísima absorción de calor, genera un equilibrio químico sumamente inestable; y así cuando la nueva substancia, que es, en definitiva, un nitro-derivado, producto de sustitución regular, hállase sometida á determinadas influencias, bastando, en ocasiones, leve choque ó suave frotamiento, se descompone con increíble rapidez, y en un instante, al deshacerse aquel equilibrio mantenido por acciones poco enérgicas y lazos nada apretados, desarróllase toda aquella energía acumulada, con manifestaciones de sonido, presión, calor y luz; de modo que lo fundamental, tratándose de las materias explosivas, reside en dar cumplimiento á toda la serie de transformaciones en cuya virtud, partiendo de cuerpos binarios y ternarios, ricos de carbono, se alcanza á conseguir introducir en su molécula precisamente el cuerpo calificado de más inerte, cuando se considera libre y por completo desligado de toda combinación con cualquiera elemento.

Rompiendo la especie de tradición formada respecto de la manera de preparar las materias explosivas, no se ha acudido, en el caso del *ozobenceno*, al tan socorrido medio de nitrar substancias orgánicas binarias ó ternarias, siempre ricas en carbono, ni siquiera, conforme á lo acontecido en muchos casos, se han mezclado nitro-derivados y nitratos de base gaseosa ó muy volátil, con objeto de conseguir materias detonantes de gran potencia; y sin embargo, la del nuevo explosivo es sobre toda ponderación enérgica. Inaugurando la era de mejores procedimientos y señalando á la ciencia y á la industria distintos derroteros de los hasta aquí seguidos; ensanchando los límites del conocimiento respecto del particular y proporcionando mayores medios para satisfacer ciertas necesidades prácticas, referentes á aquellos cuerpos dotados de cualidades detonantes, manifestadas al descomponerse con rapidez suma, trátase de cambiar los elementos destinados á producir, mediante conocidas reacciones químicas, los cuerpos explosivos y variar las condiciones de su formación, de tal suerte que si para los efectos mecánicos de su descomposición resulta identidad con otros derivados nitrados dotados de la misma propiedad de detonar, por causa de choques, presiones ó influencias varias y en cada caso determinables, cambia de modo radical la manera de generarse, aunque intervienen, de necesidad, substancias que son verdaderos almacenes de fuerza, constituídos por trabajos que significan absorción de energía, medibles en unidades térmicas. Si partiendo del concepto actual de cuerpo explosivo, tomado en su sentido de mayor generalidad, se piensa que la detonación es provocada, en definitiva, por la ruptura de un equilibrio químico poco estable, al momento aparece bien claro el fundamento del nuevo sistema y se entiende en seguida que ni las mezclas gaseosas, ni los derivados nitrados ó las mezclas capaces de producirlos, son los únicos y solos medios de obtener materias detonantes, aunque en todos los casos el producto de sus descomposiciones sea el mismo, tratándose particularmente de efectos mecánicos de ruptura, los cuales son aquellos más y mejor utilizables en la práctica. Toda reacción química capaz de dar cumplimiento, en el mecanismo de los cambios en ella acaecidos, á las condiciones asignadas para que su resultado sea una substancia ó un sistema de cuerpos dotados de la cualidad detonante, es



MAC KINLEY, candidato republicano

Tipos de electores republicanos

En las galerías

GUILLERMO J. BRYAN, candidato democrático

Las elecciones presidenciales en los Estados Unidos, dibujos de Dante Paolocci

pues aprovechable, y lo será, todavía con mayor razón, si las substancias destinadas á generar el explosivo son, por sí mismas, productos de fenómenos especiales y significan absorción de energía en ellas acumulada y pronta á manifestarse, provocada, en último término, por alguna de estas acciones que llamamos de desprendimiento. Así se comprende cómo reaccionando, en las circunstancias más abajo apuntadas, la bencina y el ozono producen el novísimo explosivo, dotado de propiedades muy singulares, y que, atendiendo á sus elementos generadores, ha sido llamado *ozobenceno*.

Estatua del ilustre patricio coruñés D. Daniel Carvallo,
que corona el monumento erigido á su memoria en la Coruña, obra de Agustín Querol

Fácil es conseguir la combinación del ozono, que es oxígeno condensado, sumamente activo y dotado de grandes energías químicas, con la benzina, carburo fundamental y el primero de la serie aromática, cuyas propiedades se explican, en cierto respecto, teniendo presente que se forma y genera condensando en uno, á la temperatura del rojo, tres volúmenes de otro hidrocarburo más sencillo, el acetileno. Tenemos, pues, dos cuerpos constituídos mediante absorción de calor, ó en sentido más general, de energía, productos de condensación, en último análisis, y capaces de unirse directamente, conforme lo han demostrado, en sus ensayos y experimentos, los químicos Renard y Houzeau: su modo de proceder es bien sencillo, y redúcese, cuando se opera en pequeño, á poner en un tubo un poco de bencina, bastando unos cuantos centímetros cúbicos para ver toda la serie de fenómenos inherentes á la formación del *ozobenzeno*, y hacer luego pasar á través del líquido y borboteando en él una corriente, no muy rápida, de ozono puro, siendo condiciones indispensables para el buen éxito de las operaciones que el gas hállese absolutamente seco y que la temperatura sea siempre inferior á la correspondiente á diez grados centesimales, mientras las operaciones duren. Primero el líquido, incoloro y transparente, pierde su limpidez á medida que pasa ozono, y pronto adquiere aspecto opalescente: como las acciones entre los cuerpos puestos en contacto son bastante lentas, necesítanse como diez ó doce horas de reacción para que el tubo se encuentre cubierto, en su parte interior, por una masa amorfa, translúcida y de aspecto gelatinoso, cuyo momento llegado, marca el término de la absorción de ozono por la bencina, y sólo queda ya desalojar el exceso de hidrocarburo, valiéndose de una corriente de aire bastante rápida á fin de acelerar su evaporación, durante la cual se convierte la masa transparente en un cuerpo blanco y opaco, que es el *ozobenceno*, requiriéndose, como en el caso del ozono, emplear el aire lo más seco posible; porque, conforme veremos luego, el agua altera profundamente al nuevo explosivo y con facilidad suma lo descompone. Tiene de notable la reacción apuntada entre la bencina y el ozono el llevarse á cabo sin desprendimiento de gas alguno, porque ni siquiera trazas de producirse anhídrido carbónico se observa en ella, á lo menos en proporciones sensibles; hecho que sirve para demostrar como no se trata de un producto de sustitución regular, sino, acaso mejor, de reacciones exclusivamente aditivas, á lo que parece; pues los trabajos realizados hasta el presente, más se dirigieron y encaminaron á determinar las propiedades explosivas del nuevo cuerpo oxigenado, que á averiguar el mecanismo de su formación realizada en las condiciones dichas, partiendo, en resumen, de un cuerpo simple, como es el ozono, y de una combinación binaria tan sencilla como la bencina, compuesta, conforme es bien sabido, de carbono é hidrógeno.

Cuando se ha expulsado el exceso de hidrocarburo valiéndose de aire en corriente y completamente seco, resulta ser el *ozobenceno* cuerpo sólido constituyendo una masa amorfa, sin trazas siquiera de estructura cristalina y de color blanco bastante puro; exige, para conservarse intacto, una atmósfera privada por completo de toda humedad, pues trátase de una substancia en alto grado alterable y descomponible por la menor traza de agua líquida ó en vapor; si la temperatura del nuevo explosivo se eleva de repente hasta la correspondiente á cincuenta grados centesimales, la detonación es inmediata, rapidísima y muy violenta; pero si el calor es manejado con ciertas precauciones y extremada lentitud, puede llegarse á mayores temperaturas, conservándose intacto el *ozobenceno*, sin dar la menor señal de descomposiciones de ningún género. Es, sin embargo, cuerpo de dificilísimo manejo, el cual no puede hacerse sin apelar á extraordinarias precauciones: trátase de un equilibrio químico sobre toda ponderación inestable y capaz de ser destruído mediante acciones mecánicas pequeñísimas, y así detona con el frotamiento más ligero y la explosión es violentísima, bastante á romper cuantos obstáculos se opongan á la salida de los gases de ella resultantes, removiendo y echando lejos enormes masas, en cuya propiedad reside el fundamento de las aplicaciones de un explosivo, cuya utilidad salta á la vista, si se logra hacer más fácil y menos peligroso su manejo: dícese, respecto de la facilidad suma con la cual se provoca la explosión del cuerpo objeto del presente artículo, que basta muchas veces destapar sólo un tubo que lo contenga para que detone con fuerza enorme, descomponiéndose en tiempo inapreciable, tan rápida y violenta es la ruptura del equilibrio químico constituído cuando se unen y combinan, con extraordinaria lentitud, el ozono y la bencina, dos substancias representantes de energías acumuladas como de reserva en moléculas producidas al condensarse un cuerpo, por medio de la electricidad en el primer caso y valiéndose del calor en el segundo. Otros medios de hacer detonar el *ozobenceno* se han ensayado, habiéndose visto cómo algunos cuerpos, dotados de funciones químicas diversas, provocan enseguida la explosión, la cual efectúase por medio del contacto con ácido sulfúrico concentrado, amoníaco ó potasa, en frío y sin apelar á ningún género de intermediarios; en cuanto á la naturaleza de los productos resultantes, siempre en estado gaseoso, porque en ningún caso deja nada sólido ó poco volátil, nada se sabe todavía, ni se han estudiado lo suficiente; mas se colige, dados los elementos que reaccionan, que principalmente han de constituirlos anhídrido carbónico y agua, esta última en vapor, si no disociada, en el caso de elevarse la temperatura hasta el punto de romper los lazos que mantienen unidos el oxígeno y el hidrógeno, para constituirla y formarla.

Las acciones más curiosas y las mejor estudiadas respecto del *ozobenceno* son las del agua, cuyo líquido ya se dijo que es apto para descomponer el nuevo explosivo; pero, cosa bien singular, así como las descomposiciones debidas á otros cuerpos son rapidísimas, violentas y concomitante de ellas el fenómeno de la detonación, las motivadas por el agua cuando la cantidad de ésta es considerable revisten grandísima lentitud, originando una serie de reacciones bastante singulares, en las cuales se determinan la formación de ácido acético y ácido fórmico, desprendiéndose al propio tiempo anhídrido carbónico y quedando por residuo de tan honda metamorfosis, un cuerpo siruposo y espeso, cuya composición no está determinada á la hora presente y del cual sólo se sabe ahora que presenta bien marcada reacción ácida. Si la cantidad de agua que actúa sobre el nuevo cuerpo explosivo fuese insuficiente, obra entonces como obran el ácido sulfúrico, la potasa ó el amoníaco y llega á detonar con grandísima fuerza, hecho que puede utilizarse, por ejemplo, para provocar la explosión en barrenos empleando el *ozobenceno*, lo cual evita las mechas, pistones y fulminantes de uso corriente y en ocasiones causa de accidentes sensibles. Aparte de las propiedades mencionadas, la combinación del ozono con la bencina sólo tiene por disolvente, entre los hasta ahora ensayados, el ácido acético cristalizable y en el mayor grado de concentración, sabiéndose además como es insoluble por completo en el alcohol y el éter sulfúrico, anhidros, en los éteres del petróleo, en el sulfuro de carbono y en el cloroformo, ó sea en todos los disolventes neutros ordinarios. Debe advertirse como la bencina empleada para fabricar el nuevo explosivo debe proceder del benzoato de calcio; con el hidrocarburo cristalizable del comercio es imposible conseguirlo; en este caso fórmase una masa obscura gomosa, que no tiene propiedades explosivas, generándose, además, los ácidos acético y fórmico y ha de citarse un hecho bien curioso de esta reacción: si pasadas algunas horas de tratamiento de la bencina comercial, detiénese la corriente de ozono, y recogida la masa obscura formada, se lava con sosa cáustica y se destila y rectifica luego, obtiénese un producto perfectamente adecuado para ser convertido en *ozobenceno* detonante. Tales y tan curiosas son las propiedades de un cuerpo explosivo no formado nitrando substancias orgánicas ricas en carbono, llamado, en lo porvenir, quizá á sustituir con ventaja á los explosivos de uso más frecuente, cuando vayan aminorándose los peligros de su manejo y sean mejor conocidas sus propiedades.

José Rodríguez Mourelo

CRÓNICA PARISIENSE

LA MISERIA

Los desheredados de la fortuna tiemblan de espanto antes de temblar de frío, al ver caer las hojas muertas, acortarse los días y aproximarse el invierno con su cortejo de rigores y miserias. Ya empezamos á ver manos callosas, que faltas de trabajo imploran la caridad en la sombra de las puertas, y á oir murmurar, á nuestro paso por las callejas obscuras, lamentables historias de horrores y desdichas. Ya aumenta el número de



La miseria en París. – La sopa de las «mairies»

los pobres de blusa y de levita que llaman á la puerta de la Hospitalidad Nocturna en demanda de un asilo.

El pasado invierno excedió de ochenta mil el número de recogidos en los tres refugios de esta benéfica institución; inmenso ejército de miserables sin pan y sin hogar, expuestos á todas las tentaciones del hambre y de la desesperación. ¡Cuántos suicidios, cuántos crímenes evitados por esas noches de asilo y de socorro!

La Hospitalidad Nocturna no se limita á ofrecer pan y lecho á sus pobres clientes; también les distribuye ropa interior y de abrigo, y proporciona trabajo á los que lo desean. Mas no siempre hay empleo para todos en las administraciones y en las industrias, y las huelgas involuntarias traen entonces tristísimas consecuencias.

Observador por carácter y por exigencias profesionales, he querido ver de cerca las miserias de París, hasta confundirme á veces con los que viven condenados á ellas.

Una noche fría y lluviosa de invierno presentéme cerca de las ocho á la puerta de un refugio, administrado por un capitán de ejército. Ni mi gabán, en buen estado, ni mi sombrero de copa fueron motivo de extrañeza. Siempre se ven levitas mezcladas con blusas y harapos en estos asilos, que en un solo año han dado albergue á tres mil empleados de comercio, ciento ochenta mil artistas, entre cómicos, cantantes y acróbatas, un centenar de profesores, ocho literatos, diez periodistas, veintidós arquitectos y doscientos ocho pasantes de notario.

Los hombres no hacían cola, como á la puerta de los restaurants y de las alcaldías donde se distribuye sopa mañana y tarde; entraban á medida que llegaban; unos sin detenerse, otros después de vacilar un momento, casi todos resignados y mudos.

La casa tiene el aspecto de una granja. Tres cuerpos de edificio rodean un pequeño patio. A la izquierda se encuentra en primer término la habitación del administrador. De pie, en el dintel de la puerta, vestido de levita, con la cinta roja de la Legión de Honor en el ojal, el kepis de galones de oro metido hasta las cejas y sus largos bigotes grises retorcidos, el capitán mira entrar á los hombres, á quienes un vigilante, apostado á la entrada, indica el sitio en que se hallan los lavabos.

Estos consisten en baldes verdes, como los que emplean los marinos para lavar la cubierta de los buques. La hornilla de la coladuría calienta un depósito de agua. El vigilante da á cada refugiado un balde de agua tibia; le hace meter las manos en otro balde lleno de jabón líquido y le obliga á lavarse la cara, los brazos y los pies.

– Los que dejen bichos ó porquería en las sábanas, se quedarán sin cama la noche próxima – dice el capitán en voz alta para que todos le oigan.

Durante la *toilette* de los que me han precedido, leo en un cuadro una lista de empleos vacantes, copiada diariamente de los periódicos oficiales de avisos. La lista no es muy larga, y los hombres la miran con marcada indiferencia; lo cual me hace sospechar que allí abundan los vagos incorregibles, refractarios á todo trabajo. Pero hay también muchos desalentados, que después de llamar inútilmente á todas las casas anunciadoras de empleos, han perdido la fe en las promesas de estos anuncios.

Terminado el lavatorio, el vigilante nos envía á una gran sala que da al patio y en donde hay bancos de madera, un armario lleno de libros, una gran mesa para escribir y un estrado con un pupitre y un registro encima.

Los hombres se dejan caer en los bancos. Algunos saludan con una inclinación de cabeza al ver entrar al capitán.

Éste sube al estrado y dice:

«Amigos míos, vamos á daros pan; pero antes es preciso que cada cual declare su nombre y su profesión.»

Los hombres desfilan, uno tras otro, delante del administrador.

Llega mi turno, me acerco, y el capitán me pregunta en voz baja, lo mismo que á los demás:

– ¿Cómo se llama usted?

– Hipólito Durán, contesto con una turbación que mi interlocutor atribuye sin duda á encogimiento de primerizo.

– ¿Qué profesión?

– Empleado de comercio.

– ¿Su último domicilio?

– El Havre.

– Es la primera vez que viene usted aquí, ¿no es cierto?

– He llegado á París esta mañana en busca de una colocación, y he perdido ó me han robado la cartera al bajar del tren. No sabía dónde pasar la noche; un agente de orden público me ha indicado este asilo.



La miseria en París. – Detrás del franco

Enseño al capitán una de las tarjetas azules que la Institución distribuye á los guardias, para que las entreguen á las personas faltas de domicilio que se dirijan á ellos en busca de albergue.

– ¿Lleva usted cédula?

– Con mi cartera lo he perdido todo.

– En este caso, no puede usted pasar aquí más que una noche. Si quiere usted escribir á su familia, en aquella mesa tiene usted pluma y papel. La Institución se encarga del franqueo de las cartas. Aquí tiene usted su numero.

Esto diciendo, me entregó una planchuela en que se leía: *Sala San Juan, número* 46.

Procédese luego á la distribución de media libra de pan y agua. Algunos hombres empiezan á conversar. El capitán se levanta é impone silencio. Los habladores se callan.

– Vamos á ver, dice luego el administrador: ¿quién va á leer un rato?

Un hombre que charlaba antes en voz alta, hace ademán de levantarse.

– Sí, usted, le dice el capitán; veremos si es tan bueno para la lectura como para la conversación.

Todo el mundo se ríe.

– Al que quiera leer para sí, se le dará un libro, añade el capitán.

Nadie reclama, y el hombre designado empieza á leer un libro de economía social, mientras el auditorio come la ración de pan, escuchando con marcada incredulidad los milagros del ahorro.

A las nueve se toca á oración.

– Amigos míos, dice el capitán; los que no quieran orar con nosotros, pueden retirarse á los dormitorios; pero ruego á los que se queden, que respeten la fe de los demás, permaneciendo de pie durante la oración.

Todo el mundo se levanta, sin que nadie se retire. Después de decir en voz alta el Padre nuestro y el Ave María, el capitán lee el Reglamento:

«Artículo primero. – La Hospitalidad Nocturna ofrece abrigo gratuito y temporal por la noche á las personas sin asilo, cualquiera que sea su edad, su nacionalidad ó su religión, y alivia en lo posible sus necesidades más urgentes, con la condición de que observen las disposiciones prescritas en el presente reglamento, principalmente las que afectan á la moralidad, al orden y á la higiene.

»Artículo sexto. – Las personas admitidas no pueden dormir en el establecimiento más de tres noches seguidas, sin una autorización especial de uno de los individuos del consejo.

»Artículo trece. – Al llegar, cada asilado ha de someterse á las medidas de limpieza puestas en práctica en el establecimiento.

»Antes de partir, cada uno deberá arreglar su cama, barrer su puesto y lavarse.

»El que deje la cama sucia, será privado de ella.»

Toda la noche se quema azufre en un cuarto de desinfección para las ropas *contaminadas*. La casa presta largas y gruesas camisas de dormir.

En el momento en que el capitán se retira, se le acerca un hombre á pedirle otro pedazo de pan.

– ¿No ha comido usted nada hoy?

– Nada, mi capitán.

El hambriento recibe otra ración y todos nos retiramos á los dormitorios, situados en el primer piso. Parecen salas de cuartel, alumbradas por mecheros de gas.

Siento entonces vivos deseos de ir á confesar la verdad al capitán para que me deje salir á la calle; pero la curiosidad puede en mí más que la repugnancia. Me acuesto vestido y me pongo á observar. Mi vecino de la derecha es un hombre de unos treinta años, haraposo, pero robusto, de barba hirsuta. Procuro trabar conversación con él y me contesta con monosílabos. No sé si su mutismo es efecto de recelo ó de tristeza.

Mi vecino de la izquierda tiene la lengua más expedita. Es cómico de la legua que ha buscado contrata



La miseria en París. – Un suicidio en el Sena



A RINA DE GALLOS



en todos los teatros de París y sus suburbios, sin resultado. Es tan hablador, que el vigilante se ve obligado á venir á imponerle silencio.

Dan las diez. Las conversaciones cesan poco á poco. Todo el mundo sucumbe á la fatiga y se duerme. Tal vez soy yo el único que vela en el dormitorio.

Al contemplar las hileras de camas, sobre las cuales una débil luz alumbra siniestramente aquellos rostros desencajados por el sufrimiento y la miseria, siento algo parecido al miedo. Se apodera de mí una pesadilla que no desaparece hasta que el sol disipa las tinieblas. Nunca me ha parecido tan hermosa la luz del día como aquella mañana.

En otra ocasión visité un asilo de mujeres y de niños, y el espectáculo que se ofreció á mi vista fué más triste que el presenciado en la Hospitalidad Nocturna. Se halla instalado en un barrio extremo de París, en lo alto de la calle Saint-Jacques.

Llego, acompañado de un consejero municipal, á la caída de la tarde. Visitamos los dormitorios que las mujeres van á ocupar dentro de un par de horas. Nos recibe el director, otro militar retirado, de aire marcial y respetable figura. Su esposa es la que interroga y atiende al centenar de mujeres que acuden allí todas las noches en demanda de asilo, y á primera vista distingue á las que por sus condiciones excepcionalmente interesantes requieren especiales cuidados.

El reglamento de la Sociedad no permite dar asilo á una misma persona más de tres ó cinco noches consecutivas, según los casos; pero hay en el establecimiento diez y ocho camas costeadas por varias señoras caritativas y para cuya ocupación no hay límite. Regularmente se destinan á jóvenes encintas, expulsadas de casas de sus amos ó del seno de su familia en el último mes del embarazo.

Atravesamos un jardín, donde cosían en torno de una mesa ocho ó diez de esas infelices, y penetramos en un pabellón destinado á las sospechosas, admitidas por una sola noche, á dormir en catres sin sábanas.

—Aquí pasó una noche la madre de un célebre abogado—refiere la directora;—iba tan sucia, que tuvimos que limpiarla con lejía y piedra tosca. También se presentó no ha mucho tiempo, ocultando su nombre, una joven que resultó ser la hija de un general, que había huído de su casa después de una acalorada discusión con su padre.

Nos enseñan luego un cuartito que ha sido teatro de numerosas escenas patéticas. La última mujer que lo había ocupado era una señora distinguida y elegante que llamó á la puerta á las diez de la noche, después de haber estado á punto de suicidarse. Huérfana, estaba casada, hacía solamente medio año, con un hombre que después de haberse emborrachado, acababa de maltratarla en presencia de varios amigos suyos.

—Llevo dinero—dijo á la directora;—pero no he querido ir á dormir á la fonda, porque tengo en mucha estima mi reputación. Mañana mi pobre marido habrá recobrado la razón; le mandaré aviso y quiero que me encuentre aquí.

Al día siguiente acudió el hombre arrepentido, y pidió de rodillas, en presencia de los directores del establecimiento, un perdón que no tardó en otorgarle su cara esposa.

Visitamos los dormitorios, donde hay unas sesenta cunas y doble número de camas, con las sábanas muy blancas y muy limpias. Al despertar, las asiladas encuentran alguna ropa de abrigo para sí y para sus tiernos hijos al pie de la cama, y se les sirve sopa y leche al levantarse.

Ya es de noche. Atravesamos las salas de limpieza y desinfección, provistas de hornillas y bañeras, y entramos en el despacho del director para asistir á la llegada de las mujeres.

Preséntanse unas tras otra. Su nombre, profesión, edad, último domicilio y documentación quedan anotados en el registro de entrada.

Por el traje y por el tipo, el director adivina casi siempre su calidad y procedencia antes de que hablen, y cuatro palabras le bastan para comprender la serie de desdichas, el drama de dolor y de miseria que conduce á cada una de aquellas infelices á la puerta del asilo.

Después de asistir á la distribución de pan y sopa, oímos la lectura de los principales artículos del Reglamento y una plática con que la directora infunde ánimo, resignación y esperanza en su desdichado auditorio.

Salimos á la calle, y en todas partes nos parece ver individuos destinados á quedarse aquella noche sin cena y sin albergue.

El infeliz que desde la remota estación viene corriendo detrás de un coche cargado de maletas, con la esperanza de que el viajero le dará á ganar un franco por subir el equipaje á su habitación, caerá tal vez extenuado de fatiga y de hambre antes de que el coche llegue á su destino.

La modistilla que sin trabajo ni recursos, se ve acechada á cada paso por la deshonra, prostituirá su cuerpo si sucumbe su alma, ó se echará al Sena si por horror á la prostitución se refugia en brazos de la muerte.

Sólo la caridad puede salvarlos, y la caridad salva en París á muchos miserables cuyos gritos de gratitud deben subir hasta los cielos.

JUAN B. ENSEÑAT

NUESTROS GRABADOS

¡Por la patria!, dibujo de Enrique Estevan. — Murió peleando contra los insurrectos cubanos y su nombre se cubrió de gloria: la patria le cuenta en el número de los héroes que por ella han dado su vida, y su memoria servirá de ejemplo á los que al servicio de la patria ponen su espada. He aquí lo único que puede mitigar el dolor de la infeliz que le vió partir sereno, tranquilo, dispuesto á cualquier sacrificio que el cumplimiento del deber le exigiera, y que no tiene ni siquiera el consuelo de poder llorar sobre la tumba del esposo amado. Al contemplar el hermoso dibujo de Estevan, esa nota del más vivo sentimiento inspirada en las tristes circunstancias por que España está atravesando, contrístase el ánimo pensando en los horrores de la lucha que sostenemos. ¡Cuántas vidas segadas en flor! ¡Cuántas familias sumidas en llanto! ¡Cuántos seres desamparados! Maldigamos la guerra que tantas lágrimas nos cuesta y rindamos verdadero culto al recuerdo de los que en ella murieron defendiendo á su patria.

***

El acorazado «Princesa de Asturias.» — Para el día 8 de octubre último estaba fijada la botadura de este acorazado: las autoridades y numeroso público acudieron á presenciarla; dada la señal, empezó á moverse el casco, pero á los pocos momentos se detuvo, siendo inútiles todos los esfuerzos que se hicieron para que continuara avanzando. Repitióse la tentativa al día siguiente y el buque adelantó otros diez y siete metros y medio, pero de nuevo se paró, quedando la tercera parte de él en el agua y el resto en la grada. En esta posición violenta permaneció ocho días, cuando en la mañana del 17, mientras se estudiaban los medios de asegurar el éxito de un nuevo intento y se hacían los preparativos que para ello se creían necesarios, el *Princesa de Asturias*, movido por una marea más fuerte de lo que se esperaba, deslizóse por sí solo y cayó con fuerza en el mar. El nuevo acorazado es un hermoso barco de casco de acero, de 106 metros de eslora, 18'55 de manga y 8'50 de puntal y desplaza 7.000 toneladas.

***

El eminente astrónomo francés Francisco F. Tisserand. — A la edad de cincuenta y dos años ha fallecido en París el día 20 de octubre último M. Tisserand, director del Observatorio de aquella capital y miembro del Instituto. Nació en Puits (Cote-d'Or) y á los diez y ocho años entró en la Escuela normal: á los veintitrés era doctor en ciencias. Dirigió el Observatorio de Tolosa, fué profesor de astronomía en la facultad de Ciencias de París y en 1892 sucedió al almirante Mouchez en la dirección del Observatorio parisiense. Los hechos más salientes de la carrera de este sabio, tan ilustre como modesto, son dos viajes al Japón y á Santo Domingo para observar el paso de Venus por el sol en 1874 y 1882, y sobre todo la terminación en 1880 de las *Tablas de la luna* de Delaunay.



El célebre astrónomo francés FRANCISCO F. TISSERAND, recientemente fallecido en París

Entre los trabajos más notables que la ciencia le debe merecen citarse sus Memorias sobre las estrellas fugaces y sobre la interpolación y un importante *Tratado de mecánica celeste*.

***

Las elecciones presidenciales en los Estados Unidos. — Pocas elecciones para la presidencia de la gran república americana han despertado en España el interés que la que ha comenzado ya con la elección previa de compromisarios. La influencia que el resultado de la misma pueda ejercer en la marcha de la guerra de Cuba justifica esta expectación. Dos candidatos se disputan el poder, Mac Kinley y Bryan, apoyados respectivamente por los partidos republicano y democrático; pero á juzgar por la filiación de los compromisarios elegidos el día 3 del corriente, la lucha parece ya decidida á favor del primero, por más que tratándose de los Estados Unidos cabe aún esperar algunas sorpresas. La lámina que publicamos permite formarse idea de la animación que en tales elecciones reina y de algunos tipos que con motivo de éstas surgen del montón anónimo.

***

Estatua de D. Daniel Carvallo, obra de Agustín Querol. — Fué D. Daniel Carvallo un coruñés amantísimo de su patria, por cuya prosperidad y engrandecimiento trabajó cuanto pudo. La Coruña, agradecida á los beneficios que de él recibió en vida, ha honrado su memoria erigiéndole un monumento, cuya inauguración hízose recientemente con gran solemnidad. La estatua del ilustre patricio ha sido modelada por Agustín Querol, el escultor laureado que tantas hermosas obras ha producido y de cuyos méritos nada hemos de decir hoy porque bien conocidos son de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que tantas veces ha honrado sus páginas publicando las más notables de ellas. El elegante pedestal que sustenta la estatua es del reputado arquitecto señor Mariño.

***

Riña de gallos en Oriente, cuadro de F. Eisenhut. — La hermosa escena de costumbres orientales que en este número reproducimos es una nueva prueba de las excepcionales dotes que para asuntos de Oriente posee el notable pintor alemán F. Eisenhut, algunos de cuyos lienzos de este género hemos publicado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Hay en este cuadro cuantos elementos pueden interesar al aficionado, luz, movimiento, vida, estudio acabado de los tipos y vigorosa expresión en cada una de las figuras que en la composición entran.

***

Estudio, escultura de Francisco Viciano. — Obra del malogrado escultor valenciano Francisco Viciano Martí es el notable estudio que reproducimos en estas páginas, modelado en Roma, precisamente en el último período de su residencia en la Ciudad Eterna y cuando llevaba ya el artista el germen de la enfermedad que acabó con su existencia.

En esta producción, como en la hermosa estatua de Séneca que dimos á conocer á nuestros lectores á raíz de su fallecimiento, descúbrense las cualidades que su autor atesoraba, su potente concepción y su admirable genialidad.



ESTUDIO, escultura de Francisco Viciano

¡Triste destino el que cupo á Viciano! ¡Joven, en la plenitud de sus facultades, henchido de esperanzas, cortóse de pronto su existencia, cuando tan ópimos frutos prometía!

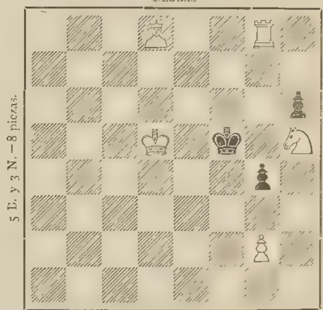
MISCELÁNEA

Bellas Artes. — NUEVA YORK. — Según parece, la estatua colosal de la *Libertad iluminando al mundo*, obra de Bartholdi, que Francia regaló á los Estados Unidos y que se alza á la entrada del puerto de Nueva York, está sumamente deteriorada. Expuesta á la intemperie, la acción de los vientos y de la humedad ha hecho que el bronce se cubriera de una espesa capa de orín que la desfigura por completo. Además los grandes clavos que sostenían el cráneo de la estatua han sido arrancados por la fuerza de los huracanes y la frente de aquélla presenta por lo mismo cuatro profundos agujeros.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 44, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



5 L. y 3 N. — 8 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 43, POR P. RIBERA

Blancas.	Negras.
1. C 5 D	1. Cualquiera.
2. T, A ó C mate	

UN APÓSTOL

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Balanec se frotaba las manos, exclamando:

–¡Eh, eh, los bretones!

Morvan, entusiasmado con su historia, proseguía el relato.

–Desgraciadamente para ellos, esperábales otra desventura, un nuevo percance. Las aguas comenzaban á bajar, y las embarcaciones, demasiado cargadas, encallaron. En el mismo instante hacíanse las debidas señales para avisar á la reserva de lo que ocurría; el conde de Cervon, mariscal de campo; la Vaisse, brigadier de infantería, y du Plessis, brigadier del regimiento de caballería de este nombre, acudieron al punto con un escuadrón; y atacando al enemigo en la playa, hicieron una espantosa carnicería en aquella gente aglomerada en las chalupas sin poder defenderse. Forzoso fué que el enemigo se rindiese, pidiendo cuartel; mientras que las barcas que no habían desembarcado aún sus tropas se alejaban á toda prisa, bajo la débil protección del fuego de sus buques, inferior al de nuestras baterías, que no cesaba un momento.

–He aquí por qué, dijo Balanec por vía de explicación, nuestros campesinos y pescadores llamaron á ese punto de la costa, á esas rocas agudas que veis junto á Trez Rouz, *¡Muerte á los ingleses!* ¡Allí estaban las baterías!..

–*¡Maro ar Saozon!*, murmuró Tremor, haciendo la señal de la cruz. Las tumbas de aquellos herejes se hallan allá arriba, diseminadas por los campos, tanto que en ciertas épocas se ven sus sombras vagando por la playa.

–Si es su tesoro lo que buscan, murmuró Marhadour, todos sabemos aquí que no le encontrarán, y que está bien seguro en Kerloc'h en casa de Alan Coz. ¿No es verdad, Kervarec?

–¡Vamos, vamos!, deja al viejo Kerloc'h tranquilo para que sepamos el fin de la historia, que según creo no ha concluído aún. Con frecuencia me hablaron de un barco echado á pique y de la capilla destruída por una bala, como puede verse todavía.

Sylvestrik mostraba el campanario decapitado.

Morvan continuó:

–Por lo que hace al campanario, eso se pretende; pero el libro que me leyeron no dice nada sobre el asunto. Tan sólo refiere que el *Teesep*, navío holandés de treinta cañones, que se había acercado á Correjou sin conocer los fondos, tocó en nuestras rocas y llegó á tener en la cala hasta doce pies de agua, lo cual es una bonita cantidad... No tan sólo perdió su tripulación, excepto ocho hombres, sino que también media compañía inglesa embarcada á bordo, de la cual no escaparon más que un teniente, un tambor y un soldado.

–Yo creí que se trataba de un barco menor echado á pique por una bala, dijo Balanec; no puede ser el mismo.

–Tiene usted razón, repuso Morvan, ahora lo recuerdo; era una lancha cargada de soldados, que una bomba lanzada desde el Gran Gouin sepultó en las aguas, entre aquella punta y la de los Capuchinos. Yo creo que otro barco sufrió la misma suerte. Por lo demás, asegúrase que el mismo *Monk*, desaparejado, sin vergas ni velas, salió del paso á duras penas, tanto que fué necesario remolcarle; los otros buques, llenos de averías, no se reunieron sin dificultad con la escuadra.

–¡Una verdadera matanza! De este modo, la rada de Camaret hubiera sido, como si dijéramos, la tumba de los ingleses, dijo Lagadec, un poco impresionado.

–Se contaron ochocientos hombres de las tropas de desembarco muertos ó heridos; cuatrocientos sucumbieron en los buques, y se hicieron trescientos sesenta y seis prisioneros, entre ellos diez y seis oficiales. Por nuestra parte no hubo más que cuarenta y cinco heridos, tres de ellos oficiales, incluso el ingeniero Traverse, á quien una bala arrancó el brazo. El hecho tuvo tanta resonancia en aquella época, que se acuñó una medalla para celebrarle.

–Ya ves, Marhadour, dijo Balanec entusiasmado, que es preciso conservar nuestro fortín y enorgullecernos de él.

–¡Todo se le debe!, apoyó Kervarec.

–En resumen, terminó Morvan, el teniente general Talmash, que en su furor quería renovar el ataque al día siguiente, bombardeando Camaret para forzar la entrada del puerto, debió retirarse ante el parecer contrario del consejo de guerra. La flota, zarandeada por los vientos del Sudsudeste, se alejó en tal desorden, que no pudo entrar en Portsmouth hasta fin de mes, y allí murió Talmash á consecuencia de sus heridas, desesperado y diciendo que había sido víctima de una traición.



Era un acorazado de último modelo

–¡Pensar que nuestro pequeño Camaret alcanzó aquella gloria!, observó Balanec á manera de conclusión.

Y el contramaestre terminó diciendo:

–Jamás han tratado de volver á rozarse con nosotros.

Kervarec soltó una carcajada que dilató su pecho.

–¡Ah, exclamó, lo mismo ellos que otros, pueden probarlo para ver, ahora que tenemos más cañones á lo largo de la costa que guijarros en estos parajes del mar, lo cual no es poco decir, sin contar nuestros torpederos y acorazados! ¡Oh, quisiera ver eso para reirme un poco! ¡Ah, ah, ah!.. ¡Mirad, si no, todos vosotros hacia allí un poco, pues ahora llega á punto, como si dijéramos, ese otro!

Por entre la fina y diáfana neblina azulada que parecía suavizar los declives de la costa del León, pasaba en aquel momento una aparición monstruosa.

Un humo negro ascendía por los aires, formando como una enorme cabellera ondulante; el mar se llenaba de espuma, como si las aguas hirviesen, y una larga mole, surgiendo sobre las aguas de una manera singular, pasaba rápidamente, sobrepuesta de mástiles cortos semejantes á torres de hierro, redondeada en el dorso, en forma de animal antediluviano, plesiosauro, ictiosauro ú otro, y penetraba en el boquete de Brest.

Era un acorazado del último modelo, una de esas máquinas inverosímiles de fuego y hierro que flotan ahora en los mares como islotes movibles, con todo el aspecto repugnante de los animales cubiertos de conchas ó escamas, semejantes á fantásticas siluetas de fortalezas feudales, y que sustituyen á esos graciosos barcos de vela que parecen inmensas aves volando ligeramente sobre la superficie del Océano.

Balanec miraba á Morvan con más interés que antes, y poseído de la emoción patriótica y de una nueva simpatía, decíase interiormente:

«¡A la verdad que ese Hervé Morvan es un valiente mozo!»

Profundamente impresionado por aquella ciencia, aquel imprevisto saber que el joven acababa de manifestar, sentíase más atraído hacia él, más deseoso de dispensarle consideraciones á que no estaba acostumbrado.

Hacía ya algún tiempo que se le acercaba en todas las ocasiones, recordando al parecer mejor todas aquellas cosas que la llegada de Dionisio Le Marrec le había hecho olvidar demasiado; es decir, que Hervé Morvan era un buen marinero; que sus medallas sentaban perfectamente en su traje de fiesta; que era un rudo trabajador, y que prometía ir muy lejos con su oficio de contramaestre en una de las mejores fábricas del país.

En resumen, siendo tan buen mozo y tan valeroso marino como Le Marrec, tenía sobre éste la ventaja de ofrecer la seguridad de su continua permanencia en Camaret, y de no abandonarle durante dos ó tres años, sin que se supiese nunca si regresaría de sus largos viajes.

Y rascándose la cabeza, indeciso, murmuraba:

«Yo creo que mi Reina podría ser feliz con él. ¡Si fuera Morvan el hombre que ella ama en el secreto de su corazón!»

Y suspiraba, muy impresionado por la alegre y tranquila perspectiva que se desarrollaba ante sus ojos, muy diferente de la que un momento evocó respecto á Le Marrec.

Y era que, desde el escándalo ocurrido en la procesión de la Cruz y lo que siguió después, Balanec había visto todos sus proyectos y esperanzas tan súbitamente trastornados, que durante algún tiempo no supo qué partido tomar.

Avergonzado de haber incurrido en tal error, de haber dado semejante paso en falso, lanzando á su hija, por decirlo así, á los brazos de Dionisio, mantúvose después en la mayor reserva, sin poner ya los pies en el curato, y evitando encontrarse cara á cara con el padre Kerbiriou.

Este último, por lo demás, estaba sumido en tal desconsuelo, que no podía fijarse en aquella abstención de Balanec.

La noche misma de la famosa ceremonia, después de conducir, sin ocultación, á Genoveva Goalen á casa de su padre, Dionisio Le Marrec se sintió enfermo súbitamente al entrar en el presbiterio; y en cuanto se había podido saber, el mal se agravaba de día en día.

Hacia la misma época, Balanec se encontraba más á menudo con Morvan, bien porque éste acechase las

ocasiones de hallarse á su paso, ó ya porque la casualidad se obstinase en ponerlos uno frente á otro; y sin que el pescadero lo echase de ver, poco á poco el joven ocupó todos sus pensamientos.

Y tanto era así, que ahora Balanec hacía votos para que Dionisio Le Marrec hubiera tenido realmente razón al asegurar que Reina y él se amaban tan sólo como hermanos, como compañeros, y para que su hija no hubiera contraído compromiso alguno con aquel que osó rechazarla públicamente en cierto modo, por su conducta con la hija del Hechicero.

«Es posible, se dijo Balanec, que Reina no ame á Dionisio, puesto que él lo declaró así, sin que ella protestase; lo cierto es que su humor no ha cambiado, y que si está un poco más triste es quizás tan sólo á causa de esa enfermedad de Le Marrec... ¡Pero á saber si estará dispuesta á amar á Hervé Morvan!..»

Y el temor de otra inconveniencia, de un desengaño, acaso más cruel que el primero, le había cerrado hasta entonces la boca.

Hubiera querido interrogar á Morvan hábilmente, hacerle hablar, sin que él lo sospechase, del asunto que tanto le interesaba; pero no se atrevía, recordando, no obstante, con cierta esperanza, que en otro tiempo, antes de la llegada de la *Cruz del Sud*, parecía atraído por los hermosos ojos de Reina. Tal vez el incidente de la Cruz de la Misión, habría reavivado su afición á la joven.

En aquel instante le acosaban otra vez todos sus pensamientos; y con doble intención dijo:

– No es probable que en Camaret se vuelvan á ver semejantes cosas; ahora no sucede ya nada.

– Sí, replicó Kervarec, fuera de alguno que otro naufragio en los temporales de invierno, tenemos bastante calma.

Marhadour, aficionado á la discusión, refunfuñaba:

– ¡No se necesita el naufragio para que siempre muera algún hombre! Ya visteis al pobre Le Bellec, que cayó muerto de repente en medio del cementerio al día siguiente de haberse puesto la cruz. Podríamos decir que eso fué un acontecimiento...

Balanec, satisfecho de ver que la conversación giraba sobre aquel asunto, añadió:

– También se recordará aquella Cruz de la Misión. ¡Qué cosas sucedieron aquel día!

Todos se miraron un poco sorprendidos de que Balanec abordase aquel asunto, pues no se olvidaba que su hija tuvo algo que ver en él.

El pescadero aparentó no haber observado nada, y volviéndose hacia Morvan, añadió:

– Dicen que Dionisio Le Marrec no se ha restablecido aún.

– ¡Oh, diablo!, contestó el contramaestre con un acento de tristeza que revelaba su dolor, pobre amigo mío, me han dicho que está muy malo. Ha tenido un ataque de esas malignas fiebres del Senegal, que le han abordado ahora traidoramente á consecuencia de la grave contrariedad que sufrió...

– ¡Fiebres..., fiebres!.., exclamó Lagadec á media voz. Yo creo que su peor enfermedad es esa Faik del cabo de la Cabra.

Morvan protestó:

– Faik es una buena joven, franca y fiel, que le ama como él á ella. ¡Ah! El que ama es capaz de todo, hasta de morirse de pesar si no obtiene la mujer que desea...

No terminó, comprendiendo que sobre él se fijaban los ojos investigadores de Balanec, el cual murmuraba:

– ¡Cómo la defiende!.. ¡Cómo ha dicho eso!.. ¿Será que?..

Bajo la insistencia de sus miradas, Morvan se ruborizó ligeramente, sin atreverse á continuar; pero sosteniendo con sus claras pupilas las miradas que parecían interrogarle; mientras que una ligera inclinación de su cabeza parecía confesar:

«Sí, ama á Faik Goalen como yo amo á Reina Balanec.»

Tremor vino en ayuda de Lagadec, diciendo en alta voz:

– Todo eso no es más que algún sortilegio del hombre del cabo de la Cabra, pues tan poco natural es que un buen mozo, fuerte y robusto como Dionisio Le Marrec, quiera por esposa á la hija de un hechicero, como ver morir sin causa ni razón á un hombre de tan buena salud como ese Le Bellec, que debía enterrarnos á todos y que ha perecido sin que nadie sepa cómo...

– ¡Oh, oh! Esas palabras son muy graves, Tremor, replicó Kervarec. Le Bellec ha muerto porque era llegada su última hora, y á esto se reduce todo

– ¿Crees tú eso, Sylvestrik?, preguntó Lagadec. Tú debes recordar el hecho. Allí había tan sólo dos hombres que retiraban los paños fijos aún en la cruz, al día siguiente de la ceremonia. Conan, echado sobre el brazo de la cruz, departía con Le Bellec, que estaba tranquilamente sentado sobre una tumba, y que, inquieto de pronto por un falso movimiento de su compañero, le dice: «¡Cuidado con caer, pues quedarías muerto en el sitio!» Y como Conan le tranquilizase, Le Bellec añadió: «¡Bien mirado, si uno de nosotros muriese en este momento, iría derecho al Paraíso!» Apenas acababa de pronunciar estas palabras, vaciló, se apoyó en la tumba, y balbuceando «¿Qué es lo que tengo?», cayó muerto. ¿Te parece que eso está en el orden de las cosas naturales? Pues yo no. ¡Jesús, Dios mío..., repito que eso es resultado de un sortilegio!..

Estimulado, Tremor volvió á la carga:

– Yo creo, repuso, que hay quien tiene polvo en los oídos, y en los ojos también, pues no quiere comprender lo que las palabras, lo que los *signos* significan... El Hechicero es la causa de todo eso, y si se quiere que Dionisio Le Marrec cure, no es á los médicos á quien debe acudirse, como se hace inútilmente quince días ha, sin conseguir otra cosa que empeorar el estado del enfermo, según se asegura...

– ¡Es verdad, dijo Morvan con expresión sombría; esta mañana se hallaba peor que nunca, y cuantos le rodean están desesperados!..

– ¡Que se llame á Nedelek Goalen y está salvado!, exclamó Tremor con expresión triunfante.

En aquel momento oyóse detrás de todos una voz sorda y concentrada que añadió:

– Marhadour, ¿tienes tu calesín desocupado?

Todos se volvieron sorprendidos, pues no habían oído venir á nadie, y Balanec, estupefacto, exclamó:

– ¡El señor rector!

La puertecita de la capilla se había abierto, y en el marco de la ojiva destacábase la sombría silueta del cura de Camaret.

Sin hacer aprecio de los demás, el sacerdote añadió:

– Acércate un poco; deseo hablarte.

Y de manera que solamente pudiera oirle Marhadour, y con cierta confusión por lo que iba á decir, prosiguió:

– Vas á conducirme ahora mismo al cabo de la Cabra.

– ¿Eh?.. ¿Yo..., usted..., que yo?..

Marhadour, desconcertado, no sabía que hablaba; mas Pedro Kerbiriou añadió, con voz ahogada:

– A casa de Nedelek Goalen.

– ¡El.. el Hechicero, señor rector..., usted no piensa!..

Pero el cura dijo con tono resuelto:

– ¡A la casa del Hechicero!

II

Afligido del más profundo y angustioso dolor había visto el padre Kerbiriou á su sobrino alejarse con Genoveva llorosa el día de la ceremonia de la Cruz de la Misión, después del imprevisto escándalo que había promovido.

Había vuelto al presbiterio con el alma y el corazón trastornados, con tal desorden en sus pensamientos, que hubo de prosternarse al pie de un crucifijo para invocar al Señor y suplicarle que le devolviese la calma y la tranquilidad, á fin de poder juzgar serena y friamente lo que había pasado.

– Cuando Mariana le vió volver en semejante estado, ella, que generalmente se declaraba en favor del joven, con su indulgencia casi maternal, no pudo menos de censurar interiormente á Dionisio, murmurando de mal humor.

– ¡Torpe!.. ¡El medio de que se ha valido era el único para echarlo á perder todo!

– ¿Creerás tú, Mannaik, exclamó el sacerdote, que ha osado marcharse con ella?

La voz de Pedro Kerbiriou cuando dió esta noticia á su anciana sirvienta revelaba un verdadero dolor, un profundo pesar, como si el joven le hubiese abandonado para siempre.

Mariana, más serena, repuso con tono conciliador:

– Sin duda ha obrado así por compasión, pues no podía abandonar ni dejar á la joven desamparada; bien vi yo que la pobre estaba muy débil... La caridad cristiana le imponía ese deber...

– ¡Ah, es una cruz bien pesada é imprevista!.. ¡Yo que le amaba tanto, yo que formaba para él los proyectos más brillantes!.. ¡Mal me lo recompensa!

Si se hubiese atrevido á ello, Mariana habría contestado lo que sus labios retenían con dificultad, la frase que todo lo explica:

– ¡La ama!

Mas prefirió esperar, contando con que todo aquello acabaría por arreglarse, ahora que el mal estaba hecho, y que la cosa era ya pública.

Dionisio Le Marrec entró en el presbiterio á una hora bastante avanzada de la noche, y Mariana le salió al encuentro para tratar de inducirle á que fuera á ver inmediatamente á su tío; pero hallábase en tal estado de exaltación, que la anciana tuvo miedo, limitándose á preguntarle si quería algo, si había cenado.

– ¡No quiero nada!, contestó Dionisio. ¡Que me dejen en paz!..

Mariana se atrevió á decir:

– ¿Eres tú, hijo mío, quien me habla así?

– ¡Basta, basta!, replicó Le Marrec furioso, acercándose los puños á la cara enrojecida, como si fuese presa de un acceso de verdadero delirio. ¡Que no me atormenten más, pues harto estoy sufriendo ya!

Mariana se alejó angustiada, haciendo la doble señal de la cruz en el pecho y en el rostro, y murmurando:

– Después de todo, es muy posible que le perjudique tratar á esa gente del cabo de la Cabra, puesto que vuelve tan cambiado. ¡Pobre mozo!..

Pero después, como sobrecogida de temor, añadió:

– ¡Dice que sufre!.. ¡Jesús, protegedle!..

Toda la noche escuchó atenta, en medio de ese profundo y angustioso silencio de las tinieblas, en el que los más leves rumores tienen ecos formidables, en el que la nube confusa de los fantasmas acosa el cerebro y los ojos; y varias veces parecióle oir vagos quejidos, llamamientos confusos, toda una serie de cosas alarmantes.

Mariana se levantó al amanecer, aguijoneada por la inquietud, luchando entre el deseo de saber cómo había pasado la noche Dionisio y el temor de ser mal recibida, rechazada por aquel á quien amaba cual hubiera querido á un niño.

Sin embargo, como la hora avanzaba, acercándose el momento en que el sacerdote preguntaría si había regresado su sobrino, atrevióse á llamar al cuarto de éste: dió dos ó tres golpes sin recibir contestación, y entonces decidióse al fin á entrar, abriendo suavemente la puerta.

Con los ojos cerrados, la respiración fatigosa entre sus dientes oprimidos, y el rostro purpúreo, Dionisio Le Marrec parecía dormir profundamente; pero muy pronto salieron de sus labios palabras confusas y precipitadas; mientras que sus brazos se agitaban y movía la cabeza continuamente de un lado á otro sobre la almohada.

Asustada é inquieta, Mannaik exclamó:

– ¡Dionisio, Dionisio mío, soy yo, tu vieja Mariana, ya sabes!

Pero de los labios de Le Marrec no salían más que palabras y más palabras sin conexión, exclamaciones entrecortadas, quejas y suspiros que dilataban su pecho con el movimiento continuo de una ola.

Mannaik le tocó la mano.

– ¡Dios mío, exclamó, diríase que tiene fuego en las venas!.. ¡Esto es la fiebre que le devora!

Y quiso hablarle de nuevo; pero no veía ni oía nada.

Levantando los brazos, y con ademán desesperado, la anciana se precipitó como una loca á través del presbiterio gritando:

– ¡Señor rector, señor rector .., Dionisio no me conoce ya!..

Este fué un nuevo golpe, una nueva forma de sufrimiento para el padre Kerbiriou.

Habiendo acudido al oir los primeros gritos de Mannaik, fué á sentarse á la cabecera del lecho de su sobrino, y dispúsose á cuidarle, haciendo uso de los conocimientos rudimentarios que en medicina podía tener, y diciéndose, tanto para tranquilizarse cuanto para desechar de su cerebro perturbado la idea de que pudiera ser otra la causa de la enfermedad:

– ¡Seguramente son las fiebres, que le han atacado de nuevo!

No se atrevía á fijar su pensamiento en una correlación posible entre la violenta escena de la víspera y aquel mal sobrevenido tan bruscamente; mas á pesar suyo lo temía, y trataba de hacerse ilusiones, creyendo recordar que varias veces su sobrino le había hablado de fiebres adquiridas durante sus viajes, fiebres que, sin embargo, no le acometieron nunca mientras estuvo en Francia.

– Creo que fué en el Senegal donde el pobre muchacho sufrió el primer ataque, dijo á Mariana. ¿No es verdad?

– Puede ser que sí, contestó la anciana maquinalmente. Yo no lo recuerdo bien.

Tampoco ella creía en un mal relacionado con los viajes, y pensaba:

«¡Es un dolor lo que le ha puesto así!.. Seguramente es su Faik la que le abrasa la sangre de este modo.»

Apenas llegó el médico, á quien se había enviado á buscar á Crozon, las primeras palabras del cura fueron para explicar que la causa de la enfermedad serían aquellas fiebres contraídas por el joven.

– Ya sabe usted, doctor, dijo, que ha viajado mu-

cho por una infinidad de países malsanos, como el Senegal, Guyana y la Cochinchina, donde siempre se recoge algo malo.

– Sí, ciertamente, repuso el médico, que examinaba al enfermo; puede haber algo de eso; pero también hay otra cosa, pues en el cerebro está toda la violencia del mal. ¿No ha sufrido el sobrino de usted alguna profunda emoción ó un fuerte dolor moral ó un gran pesar?

Pedro Kerbiriou, turbado un momento, examinó á su interlocutor.

¿Sabía éste ya lo ocurrido en la ceremonia de la víspera, ó sería su pregunta puramente profesional y basada tan sólo en el diagnóstico del mal reconocido por él?

El sacerdote oprimió los labios con expresión de descontento y repuso:

– ¡Diantre, no lo sé de cierto!.. Yo creía que la violencia de esas fiebres bastaba para explicar...

– El estado general y la frecuencia del pulso, sí, á primera vista; mas reconozco una exaltación, un delirio que me hacen temer accidentes cerebrales, no motivados por un simple acceso de fiebre palúdica...

El cura se decidió al fin.

– ¡Pues bien, sí!, dijo; ayer sufrió una dolorosa contrariedad; mas yo no pensaba...

El doctor levantó discretamente la mano.

– ¡Bueno, bueno!, repuso. Crea usted que si me permito interrogarle así es en interés del enfermo, para combatir más seguramente la enfermedad.

No queriendo insistir más, prescribió los remedios que habían de aplicarse, dejando una receta muy detallada, y prometió volver todos los días.

Una vez solo, Pedro Kerbiriou, agobiado por el dolor, dejó caer la cabeza entre sus manos, tratando de ver claro en lo más profundo de su alma.

¿Habría hecho mal en resistirse á la extraordinaria petición de su sobrino? ¿Debía verle enfermo, en peligro tal vez, porque él, ministro de Dios, había mirado por los intereses de la Iglesia, por la defensa de esa religión de que era uno de los representantes en la tierra, contra aquellos á quienes consideraba como sus más peligrosos y terribles enemigos?

Sin embargo, creía no haber obrado más que en bien de todos, y he aquí que el mal, recayendo en su sobrino, y alcanzándole á él en el ser más querido, parecía darle un ruidoso mentís, censurando la conducta que había observado.

Elevaba ardientes súplicas á Dios, pidiéndole que le iluminase en caso tan nuevo, rogándole que no le dejara entre aquellos dos dolores, el sufrimiento de su sobrino y el peligro á que estaba expuesta la Iglesia. Pero abandonó estas primeras luchas íntimas consigo mismo para cuidar con la mayor solicitud al joven, aturdiéndose al ocuparse tan sólo del enfermo, alejando de su mente todo pensamiento que no fuera el de su curación, el de salvar su vida, secundado por la abnegación de la anciana Mannaik.

Muy pronto, gracias á los primeros remedios, tuvo la satisfacción de ver que el delirio desaparecía poco á poco, sustituyéndole un sueño menos agitado y más tranquilizador.

Ya volvía á renacer en él la esperanza, y formaba nuevos proyectos, combinando toda una historia que induciría á Dionisio á marchar de nuevo, á salir de Camaret para emprender un viaje largo, durante el cual se curaría de su pasión.

El cura se frotaba suavemente las manos, contando con aquella tenaz pasión por el mar que tan á menudo le había arrancado su sobrino cada vez que esperaba retenerle, y se decía:

– ¡Mejor quiero saber que está allá abajo, en América, en las Indias y hasta en la China, que no en aquel cabo de la Cabra!

Desgraciadamente la mejoría no fué duradera; las crisis se sucedieron más violentas, burlando la ciencia del médico, que á pesar de su buena voluntad y de su celo no llegaba á dominar completa y definitivamente el mal, y hallábase cada vez en presencia de nuevos accidentes, de fenómenos que le desconcertaban más y más.

Cierto día se mostró tan descontento, tan sorprendido de lo que se producía en el estado del enfermo, que Pedro Kerbiriou estaba verdaderamente inquieto.

Después de vacilar un poco, el doctor contestó:

– Yo quisiera consultar con un colega.

Este era un síntoma tan temible, que el sacerdote, á pesar de su energía, quedó un momento sofocado por el dolor, balbuceando:

– ¡Dios mío, tan grave está!..

Todas las esperanzas se desvanecían, y con ellas caían por tierra los hermosos proyectos secretamente formados. Ahora no se trataba de saber lo que Dionisio Le Marrec haría después de su restablecimiento; era preciso disputar su existencia á la muerte.

Y contestó al médico:

– Venga usted con el compañero que usted elija; creo que bien podrán salvarle entre los dos.

Transcurrieron algunos días, durante los cuales se produjo por segunda vez una mejoría muy sensible; mas el rector no se tranquilizó demasiado pronto, y esforzóse por desechar de su mente toda preocupación que no fuera la de curar á su sobrino, única cosa en que pensaba.

Se intentó una medicación diferente y muy enérgica, que dió los mejores resultados; de nuevo había desaparecido casi el delirio, y los accesos de fiebre, menos frecuentes, disminuían en intensidad. El sacerdote daba ya gracias al cielo, cuando una recaída más violenta que las anteriores anuló en pocos instantes los efectos de la mejoría obtenida tan penosamente.

Hasta entonces las palabras pronunciadas por Le Marrec en su delirio eran tan confusas é incoherentes, que no se hacía posible encontrar sentido, ni adivinar siquiera lo que podían decir; pero en la mañana de la recaída no sucedió así; la idea se fijaba, persistía con tenacidad, y un nombre, siempre el mismo, salía ardiente y desesperado de su garganta abrasada, de su boca reseca.

– ¡Faik!.. ¡Faik Goalen!.. ¡Faik!..

Precisamente en aquel momento Mariana estaba junto al lecho con el cura, y la criada miró á éste.

Pero el rector, apartando la vista de Mannaik, como si hubiese querido escapar de un remordimiento, volvióse y se pasó la mano temblorosa por la frente y por los ojos como si se esforzara para apartar la visión.

– ¡Faik, Faik!, gemía el enfermo.

Mariana, con las manos unidas, balbuceaba una oración.

– ¡Virgen Santa, exclamó, salvadle!..

– ¡Siempre..., siempre ella!, murmuró el sacerdote. ¡Ah, desgraciado joven!..

Un sentimiento compasivo ablandaba su corazón, antes tan rebelde; se enternecía, y estaba dispuesto á ciertas concesiones. Varias veces había hecho un movimiento hacia la anciana Mannaik, adivinando lo que ella pensaba, reflexionando que en el corazón de aquella mujer había más verdadera misericordia y más ternura que en el suyo.

Ahora palpitaba una frase en sus labios, frase de transigencia y de caridad, que llegaría á ser tal vez un medio salvador; iba á dejarla escapar, y á decir á su compañera: «¡Háblale de ella, de... de aquella cuyo recuerdo le persigue así!.. ¡Sin duda esto le aliviará!..»

Mannaik lo impidió con estas inesperadas palabras:

– ¡Tres semanas hace ya que esta enfermedad dura, señor rector! ¿Le parece á usted natural?

El cura inclinó la cabeza, no sabía adónde la buena mujer quería ir á parar, distraído del pensamiento que tenía y un poco desconcertado por aquella pregunta enigmática, que le parecía ocultar algún peligro; mas por decir algo contestó:

– Los médicos me han prevenido que esto sería largo.

Mariana se encogió de hombros irrespetuosamente, con tanta energía que su cofia se desarregló.

– ¡Los médicos, los médicos!. ¿Quiera usted que le hable con franqueza? ¡Pues bien: le diré que no entienden nada de la enfermedad de Dionisio!..

El rector los defendió, protestando:

– Sin embargo, dijo, no es posible mayor celo ni mayor competencia que...

Mannaik le interrumpió.

– Aunque fueran médicos de Brest, de París, ó de donde usted quiera, y los más famosos, persistiría en lo que pienso, que ninguno de ellos es capaz de curarle.

Y Mariana se cruzó de brazos, inclinada la frente, y tan tenaz en su silencio, que excitó la curiosidad de su amo, el cual, después de haber esperado algún tiempo sin que la anciana despegase los labios, preguntó:

– ¿Entonces, Mannaik, tu idea es que?..

Esperaba pensativo y algo inquieto, conociendo el carácter extraño de la anciana.

Mannaik levantó poco á poco la cabeza, miró fijamente al rector, esforzándose para conservar su calma, y dijo en voz baja:

– Cuando los médicos del país no consiguen curar, se va á otra parte...

Mudo de sorpresa, el rector se levantó á medias; pero dominándose luego, siguió interrogando con los labios temblorosos.

– ¿Qué quieres decir?

– ¡Tenemos el Hechicero!..

Había pronunciado estas palabras muy de prisa, como si le urgiera verse libre de una confidencia difícil.

Esta vez, Pedro Kerbiriou, sin poder dominarse, púsose en pie por la violencia de su cólera y se indignó.

– ¡El..., él..., el maldito!..

La anciana bretona insistió, con los dientes apretados, mascando las palabras como para demostrar que no cedería.

– ¡Solamente él, exclamó, puede salvarle ahora! A mí me salvó en otro tiempo, cuando todos los médicos me declaraban perdida, buena tan sólo para que me enterraran:..

El sacerdote, mirando á Mannaik con más curiosidad que cólera, unió lentamente las manos, y lleno de admiración le interrogó:

– ¿Conque le conoces, Mannaik? Esta es la primera vez que sé...

– No eran cosas que podía decir á usted, balbuceó Mariana. ¡Valiente sermón me habría usted echado! ¿No es verdad? Mas ahora, habiendo peligro, es preciso apelar al barco de salvamento.

El rector prosiguió, interesado á pesar suyo y con el alma ávida de esperanza.

– ¿Conque él te cuidó?

– ¡Me curó y me salvó, cuando todas las medicinas no habían dado resultado alguno, y él salvará á Dionisio si usted quiere, yo se lo aseguro!..

Violentas oleadas de sangre, expelidas del corazón, llegaban hasta el rostro del sacerdote, tiñéndole de púrpura; Pedro Kerbiriou parecía luchar contra los pensamientos que le asaltaban.

Al fin consiguió dominarse, como si tomara una brusca resolución; y casi suplicante, mostrando el lecho en que Dionisio yacía tendido, devorado por la fiebre, preguntó:

– ¿Consentirías tú en ir á buscar á ese hombre, á ese Nedelek Goalen, para que viniera á curar á mi hijo?

Mariana se incorporó vivamente con expresión de alegría.

– ¡Ahora mismo, si usted lo desea; y ya verá lo que sabe hacer el de allá abajo!

Mas el cura, recordando lo que había sucedido en la ceremonia de la Cruz de la Misión, preguntó:

– ¿Querrá él?..

Mannaik frunció ligeramente las cejas.

– ¡Oh, diantre!, exclamó, la verdad es que no se mostró usted muy caritativo con su hija, señor rector. ¡En fin, es tan buen hombre!..

Mientras Mannaik, envuelta en un mantón, iba á buscar un vehículo para que la condujese á la casa del Hechicero, Pedro Kerbiriou, abismado ante una imagen de la Virgen, murmuraba con acento suplicante:

– ¡Haz que venga, madre de Jesucristo!..

III

De pie sobre la roca más extrema de la punta de Pois, vuelto de espaldas al Atlántico, cuyos mugidos llenaban las cavernas submarinas, las anfractuosidades de Dahouet, y cuya espuma hervía espesa sobre el agua de color verde negruzco encerrada entre aquellas cortaduras gigantescas, el padre Pedro Kerbiriou, con los brazos cruzados sobre el pecho, flotante la sotana á impulsos del viento que soplaba sin cesar del Oeste, contemplaba allá abajo aquel punto de la costa hacia el cual parecía querer arrojarle el huracán.

Perfilándose con implacable limpieza sobre la línea sombría que termina en las puntas del Van y del Raz, destacábase monstruosa la enorme escarpadura del cabo de la Cabra.

¡Allí era donde debía ir, él, respetable sacerdote; él, cura de Camaret!

Una crispación le hacía apretar los puños, clavando las uñas en las palmas de las manos, y sus pupilas brillaban, lanzando su doble rayo sobre la cima de aquella línea, de la cual se distinguían claramente las salientes y las aristas y en la que el semáforo parecía un diminuto punto blanco.

Toda la terrible escena de la víspera se representaba en su mente, asaltándole las dudas, las vacilaciones, los remordimientos, y escuchaba distraídamente, á ochenta metros bajo sus pies, el incansable mugido de las olas sobre la base pedregosa de la península, aquella península de pórfido que hay entre las gigantescas rocas de granito de las costas del León y del Raz.

Como si él hubiera formado parte de la enorme punta, parecíale ser de ese pórfido, de ese pedernal más duro que todo, cortante como el acero, resistente, impenetrable; cuyos fragmentos disgrega al fin el Atlántico, pero que no puede corroer ni desgastar. Tampoco él quería ceder, dejarse penetrar, y resistía desesperadamente.

(Continuará)



Granada. – El barrio de la Alcazaba Cadima, dibujo de José Larrocha

EL COMPÁS DE SANTA ISABEL

En el barrio del Albaicín, á pocos metros de la antigua parroquia de San Miguel el Bajo, hállase el monasterio de Santa Isabel, antiguo palacio de Dar la Horra ó *Casa de la Honesta*, que fué en los últimos tiempos de la Granada árabe residencia real, y desde la conquista de la ciudad, albergue de una ilustre comunidad de franciscanos.

El convento de Santa Isabel la Real es el más antiguo de Granada. Su fundación se debe á la magnánima reina que completó la reconquista: habrá pocas edificaciones religiosas más interesantes, pues en ella se reunen los rasgos característicos de varias civilizaciones y se observa mejor que en ningún otro lo que constituye una especialidad atractiva de los monumentos cristianos granadinos, que levantados sobre solares árabes, tienen escrita en sus muros una historia completa del arte español.

Se erigió esta antigua y nobilísima fundación, cuyas rentas concedió Isabel la Católica por cédula expedida en Medina del Campo setenta y dos días antes de su muerte, en lo que era por entonces, á raíz de la conquista, lo mejor de Granada, y sigue siéndolo hoy por la pureza de los aires y las deliciosas perspectivas que desde las alturas del Albaicín se descubren. La casa, dedicada á la contemplación y al rezo, se erigió por la Reina Católica en el mismo palacio de otra reina, en el suntuoso alcázar de Aixa la altiva, palacio donde se decidió más de una vez, en los últimos tiempos de los Nazar, el destino de Granada cuando tres reyes se disputaban su solio.

Los diversos aspectos artísticos del convento de Santa Isabel la Real se revelan principalmente en el amplio pórtico jardín que se extiende delante de la fachada del edificio y que se conoce en Granada con el nombre de *Compás de Santa Isabel*, paraje delicioso, mil veces reproducido por los artistas, donde se respira un ambiente de paz y de calma, que predispone al espíritu más escéptico á las dulces emociones del misticismo.

El *Compás* ofrece dulce recreación á los sentidos; el patio es un hermoso y casi selvático jardín en cuyo suelo crecen hierbas olorosas que forman en la primavera á modo de un prado blando y florido; álamos corpulentos elévanse hasta tocar con sus copas altísimas el minarete de la esbelta torrecilla árabe, en cuyos ajimeces voltean las campanas del convento, á cuyos agudos sones contesta el vocerío alegre de los ruiseñores que fabrican sus nidos en los árboles.

La severa portada, de traza gótica pura y sencilla, trae á la memoria recuerdos de otra edad, mientras que á ratos escúchase lejano y perdido el acompasado cantar de las monjas que elevan á Dios sus plegarias; canto de melancólica poesía que resuena, como el eco de otra vida, en los viejos tapiales del atrio, á cuyo amparo crecen las madreselvas y se extienden, formando fresco tapiz, los rosales de distintos colores. Es aquél sitio de meditar y de soñar; aduérmese allí el pensamiento, mecido por el rumor de la arboleda y el canto de las aves, únicos ruidos que turban el silencio de aquel lugar que cubre con su manto de purísimo azul el cielo más hermoso del mundo.

***

La comunidad que tiene albergue en aquel hermoso retiro, cuenta en su historia los nombres de santas siervas del Señor. La fundadora fué Sor Luisa de la Cruz, llamada en el siglo doña Teresa de Torres, dama de noble alcurnia á quien la trágica muerte de su esposo, quinto condestable de Castilla, asesinado en la catedral de Jaén, hizo abandonar el mundo por el claustro.

Sor Isabel González, profesa también de este convento, dícese que tuvo espíritu de profecía.

Sor Beatriz de Belmonte descendía de los reyes de Navarra. Sor María de Bobadilla y Sor Isabel Lucas murieron en olor de santidad, y Sor Ana de Villalobos, desenterrada 19 años después de su muerte, hállase su cuerpo sin señal alguna de descomposición. Esta sierva de Dios entró monja en condiciones muy singulares, pues determinó dejar el mundo



Portada de la iglesia de Santa Isabel la Real, dibujo de José Larrocha

el mismo día en que iban á celebrarse sus desposorios con un noble caballero. Ataviada ya para las bodas, vió en el espejo donde se miraba su propia imagen; pero muerta, colocada en un ataúd sobre un féretro, rodeada de blandones, y esta visión la impresionó tanto que determinó en ella una vocación irresistible á la vida religiosa.

***

Varios milagros se refieren ocurridos en este convento, de los cuales, dejando aparte las muchas maravillas obradas, según tradición de la casa, con infinidad de religiosas por la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que se venera en el altar mayor de la iglesia, referiré dos, á título de curiosidad, de que el P. Lachica hace mérito en su *Gacetilla*, primer periódico que se publicó en Granada.

«El año 1611, estando varias religiosas en la cocina, oyeron tremendo fragor, semejante al estampido de un cañonazo, que les hizo huir asustadas. Se llamó á los albañiles para que descubriesen el lugar donde se sintió el ruido, y hallaron una hermosa cruz



Torre árabe del convento de Santa Isabel la Real, dibujo de José Larrocha

de madera, que desde entonces es objeto de especialísima devoción.

»Esta misma cruz obró otro prodigio. Una mora, sirviente del convento, tenía tal horror al símbolo de la redención, que bastaba hacer su señal con la mano para verla huir dando rugidos de furor. Un día que las religiosas llevaban procesionalmente la cruz tan milagrosamente hallada, instáronle para que fuese á verla, y en el mismo acto la mora se convirtió, confesando á Jesucristo y pidiendo ser bautizada con el nombre de María de la Cruz, como así se hizo.»

El convento de Santa Isabel la Real es, pues, uno de los más ilustres de España, por su antigüedad y porque siempre se han formado sus comunidades con las más nobles damas del reino y especialmente de Andalucía.

Desde el punto de vista artístico pocos habrá más interesantes, pues en el hermoso edificio del Albaicín puede estudiarse como en ningún otro este originalísimo arte religioso granadino, que sobre los cimientos de las mezquitas y de los palacios árabes eleva hermosos templos, en los que se funde el arte maravilloso de los vencidos con las gallardías del Renacimiento y la espiritual y delicadísima arquitectura ojival.

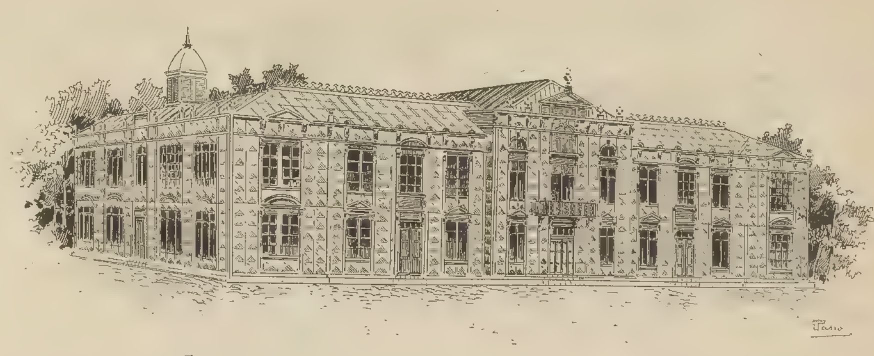
Francisco Seco de Lucena

EDIFICIO METÁLICO

PARA LAS ESCUELAS GRADUADAS,

en San José de Costa Rica

El edificio metálico que reproducimos en esta página fué encargado á Bélgica, siendo presidente de la República el Sr. Rodríguez, secretario de Instrucción el Dr. D. Pánfilo Valverde, é inspector de Escuelas D. Miguel Obregón, hoy inspector general de Enseñanza. El edificio que, como verán nuestros lectores, ofrece muy buen golpe de vista, está situado al Norte del Parque de Morazán y tiene capacidad para mil alumnos: en él se proyecta establecer las escuelas graduadas, aunque la prensa y el público de la capital costarricense hacen á ello alguna oposición porque está algo apartado del centro de la ciudad, lo cual obligará á los niños que viven en ciertos barrios excéntricos á hacer una jornada muy penosa, especialmente en la época de lluvias, por la mucha distancia que habrán de recorrer.



EDIFICIO METÁLICO PARA LAS ESCUELAS GRADUADAS, EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA

MONUMENTO A PASTEUR

En la ciudad de Alais se ha inaugurado recientemente el monumento que en esta página reproducimos.

La estatua de bronce de Pasteur álzase sobre un elevado pedestal de mármol blanco. El ilustre sabio acoge con un gesto de protección á una pobre hilandera que arrodillada á sus pies implora la ayuda de su genio, y en su mano izquierda tiene un brezo, en el cual hay varios capullos: en éstos procura estudiar Pasteur la misteriosa enfermedad que un día amenazó arruinar la industria del país.

Este monumento, obra de Tony Noel, es de una sobriedad bellísima: en él está inscrita la famosa frase «Si la ciencia no tiene patria, el sabio ha de tenerla.»

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

¡Prosa vil!, por *José Jackson Veyan*. – La Biblioteca Selecta que con tanto éxito edita en Valencia D. Pascual Aguilar, ha publicado últimamente el tomo 78 de la misma, que contiene multitud de artículos del conocido escritor señor Jackson Veyan. Escritos con la facilidad y gracia que caracterizan á su autor, tienen casi todos ellos oculto, bajo una forma ligera y chispeante, un fondo serio: el Sr. Jackson Veyan no usa la palmeta del dómine, pero esgrime admirablemente las armas de la sátira, y con ellas tira más de una estocada á fondo y sacude algunos varapalos contra ciertos vicios y preocupaciones de nuestra actual sociedad. *¡Prosa vil!* es, en suma, un libro de lectura sumamente agradable, y como todos los que forman parte de la Biblioteca Selecta, se vende á dos reales.

* * *

Barcelona á la vista. – Se han puesto á la venta los cuadernos 2 y 3 de esta interesante publicación que edita D. Antonio López. Contienen: la Universidad, puerta del Parque, sala de espectáculos del Liceo, paseo de Colón, puerta principal de Santa María del Mar, escalera principal del teatro del Liceo, Diputación Provincial, sala de espectáculos del teatro Lírico, Museo Martorell, mercado de la Concepción, gruta del Parque, plaza del Rey, capitanía del Puerto, estación del ferrocarril del Norte, plaza de la Paz, el elefante del Parque, arcos de los Encantes, Rambla de Cataluña, salón de lectura de la Biblioteca Universitaria, torres de la plaza Nueva, monumento á Prim, arco de Triunfo, palacio de Bellas Artes y Salón de San Juan, Frontón Condal, patio y escalera de casa Dalmases, claustro de la Catedral, casa Güell, plaza de Toros, calle de la Piedad, escalera principal de la Universidad, cementerio antiguo y los tigres del Parque. Cada cuaderno se vende al precio de 30 céntimos en Barcelona y 35 en provincias.



Monumento erigido en Alais á la memoria de Pasteur

* * *

Historia del Arte. Escultura. Pintura, por *Francisco de P. Valladar*. – El inteligente editor de esta ciudad D. Antonio J. Bastinos ha publicado el segundo tomo de esta obra que completa la historia de las bellas artes, y en el cual se describen, comentan y analizan las épocas que en la historia del arte se han sucedido, expresando los escultores y pintores más famosos, el enlace entre las varias escuelas, las influencias que los tiempos y los hombres han ejercido en ellas. Reducida esta obra á lo precisamente necesario, no hay en ella largas disquisiciones, pero tampoco falta nada para que aquélla resulte completa. El Sr. Valladar ha demostrado en todo el libro un criterio recto y elevado, apoyando siempre sus juicios en notables, curiosos y fidedignos documentos. La obra que nos ocupa forma un tomo de 700 páginas con 333 grabados, reproducción de las esculturas y pinturas más notables de todos los estilos y nacionalidades, especialmente de la época contemporánea y de autores españoles y franceses. Véndese el libro á 8 pesetas en rústica y 10 encuadernado en percalina con planchas alegóricas en oro y alto relieve.

* * *

Almanaque Sud-americano para 1897. – Editado por D. R. Espasa y de propiedad del *Siglo Ilustrado*, de Buenos Aires, se ha publicado este almanaque, vigésimo primero de la serie que con tanto éxito viene dando al público el citado editor. Contiene notables artículos, inspiradas poesías y graciosos chascarrillos de los principales escritores españoles y americanos que en número de 72 han colaborado este año en la publicación, y bonitos dibujos de Cabrinetty, Caraffa, Cilla, Eriz, Fradera, Mestres (Apeles), Nicolau Cotanda, Pellicer (José Luis), Picolo, Prieto y Valdés, Ross y Vázquez.

* * *

Novelitas y cuentos por *Rafael Altamira*. – Forma este tomo el 47.º de la Colección Diamante, que con tanto éxito publica el editor de esta ciudad D. Antonio López, y contiene siete bellísimos trabajos del reputado escritor Sr. Altamira, tan interesantes por su asunto como bien escritos. Véndese el libro á dos reales.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 16 de noviembre de 1896 — Núm. 777



Monumento á Dante Alighieri en Trento, obra de C. Zocchi

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Disertaciones en Europa sobre la Rusia y los rusos. – Nuestra piedrecita en estas disertaciones. – Distribución de los pueblos en Europa. – El Imperio moscovita. – Su inmortal escritor Tolstoi. – Progresos del socialismo en Rusia. – Situación exterior. – Las ideas de raza. – Conclusión.

No importa que se haya ido el czar. Queda el recuerdo de su visita como un resplandor en los aires, y cada día se diserta más en Europa sobre Rusia y rusos. Llevemos á estas disertaciones nuestra piedrecita. Varias familias de pueblos ocupan hoy el continente europeo. Al extremo Norte habitan los escandinavos, de los cuales provienen razas como las razas normandas, que tanta influencia tuvieran en el desarrollo de la civilización durante la Edad Media. Al Oriente habitan los eslavos, que el orgullo occidental llamó esclavones, grandes esclavos, siervos ó servios, y que ahora hacen estremecer al Occidente de terror con sus confederaciones en germen y sus alianzas en proyecto, cada vez más amenazadoras á la paz y á la estabilidad de nuestros Estados. Se asientan en la parte meridional del Oriente europeo los griegos, cada día más alejados de su pristino esplendor; pero más queridos del mundo y más gloriosos ante la Historia por el recuerdo y el culto universal á sus progenitores, y con ellos allí se asientan los turcos, los herederos del imperio griego, que habiéndolo conquistado por la cimitarra, y no habiéndolo sostenido en la libertad, se preparan á legarlo á pueblos más jóvenes y más libres. La raza germánica y una parte considerable de la raza latina, con los anglo-sajones en su espaciosa isla, ocupan el centro de Europa. Y las dos grandes penínsulas que con Grecia cooperaran más á la cultura humana, las dos penínsulas de Italia y España, al Mediodía de Europa aquélla, al Occidente ésta, contienen razas en las cuales, á pesar de los varios elementos que les han aportado los siglos, predominan el carácter y el espíritu latinos. En tan grandes aglomeraciones de razas hay pueblos intermedios que tienen una índole particular y propia, como por ejemplo los magyares, instalados entre los eslavos del Norte y los eslavos del Sur, y los celtas, instalados junto á los sajones en la isla de Irlanda y en la familia de los ingleses, sin contar los rumanos, pertenecientes á los eslavos por su geografía, y á los latinos por su origen.

Lo primero que provoca en las cuestiones políticas nuestra atención es el imperio ruso, desde la guerra de Crimea consagrado á un trabajo de organización interior, y desde la guerra franco-prusiana consagrado á un trabajo de preponderancia extranjera. Si examináis este gran pueblo, encontraréis un hervidero de pensamientos, de aspiraciones, de ensueños, mostrando la actividad febril de razas jóvenes, dotadas de una virtud predominante, dotadas de inquebrantable esperanza. El sentido común, á primera vista, sólo descubre allí un czar en el trono, y un pueblo en el polvo; pero el estudio profundo descubre el Génesis de un nuevo espíritu. Las dificultades que opone su idioma intrincado al estudio de su naciente genio, quitan á los nombres de los escritores rusos por lo general su merecida fama; y sin embargo, no hay literatura más apropiada á nuestro siglo, porque no hay literatura que tenga tan profunda trascendencia social. Ahora mismo lucen las letras rusas el glorioso resplandor de un escritor inmortal, el gran Tolstoi. Su principal título á la memoria y al reconocimiento de la posteridad es su tragedia de *Iván el Terrible*, en la cual se ven pintados de mano maestra todos los errores y todos los desórdenes del despotismo. Pues en su novela grandiosa *La paz y la guerra* veréis descrita la aristocracia rusa del pasado siglo, compuesta y aderezada á la manera germánica por Catalina II, desconociendo su propia lengua y hablando siempre en francés; los intrigantes, que llegan de cortesanos, muy capaces en los salones, á generales, muy incapaces en las batallas; los diplomáticos de porte elegantísimo y de inteligencia nula; los oficiales de fuerzas hercúleas, de carácter abierto, de vida tempestuosa; los príncipes riquísimos que se cansan del mundo antes de haberlo conocido, y que se divierten arrojando á profundo río un esbirro atado con un oso; los jóvenes indiferentes que se pasean, como entre las ramas de un jardín, entre los incendios de Moscou; las horribles batallas y los innumerables ejércitos de los años 12, 13 y 14; el célebre conde Rostopchine, que defiende la capital sagrada de la antigua Rusia contra Napoleón, y que anuncia á sus habitantes cómo andan las tropas invasoras y cómo andan sus propias enfermedades á la vista; el general Koutouzot, que duerme la víspera de Austerlitz porque todo está perdido, y se cruza de brazos en la retirada del Berecina porque todo está ganado, imagen fidelísima del fatalismo; los varios encontrados tipos de esta sociedad rusa, por cuyas eminencias se descubre una aristocracia tan gastada como el resto de las aristocracias europeas, pero en cuyos abismos crece un pueblo no parecido á ningún otro pueblo de Europa.

Así no extrañaréis los progresos que el socialismo cuenta diariamente en la vieja sociedad rusa. Mientras esas escuelas, que quieren con una fórmula más ó menos lata resolver las contradicciones sociales, pierden todo crédito en el Occidente, sublevado y encendido antes por ellas, ganan en el Oriente y sobre todo en Rusia una autoridad peligrosísima. Yo conocí y traté á Herzen poco antes de su muerte, muy decidido á persistir en su propaganda comunista, y muy orgulloso de pertenecer á una raza como la eslava, que, según él, debía resolver las antinomias entre los derechos del individuo y los derechos del Estado en una síntesis perfecta. Yo oí en uno de los últimos Congresos de la democracia al perseverante Bakounine proponernos como ideal de toda política, como remedio á nuestros males, como puerto de refugio, como cielo de esperanza, el municipio eslavo con sus instituciones patriarcales y su negación radical de toda propiedad. Pero nunca creí que estos ensueños, desvanecidos en cuanto se examinan á la razón y se prueban en la experiencia, pudieran penetrar tan profundamente como han penetrado en la sociedad rusa. Pensadores varios desde sus diversos Patmos del destierro los formulan; innumerables libros y folletos los propagan; sociedades que toman nombres diversos, como el de apóstoles de la verdad y el de proletarios espirituales, los organizan; inmenso contrabando más hábil que todos los esbirros, más fuerte que todos los ejércitos, rompiendo la extensa malla aduanera, los difunde; una poesía hasta la visión y el iluminismo por la censura misma los poetiza; las mujeres, tiernas como el idilio, efusivas como el amor, enamoradas de su emancipación los acreditan; y una juventud enloquecida por el fuego de la vida y por la comunión de las ideas jura defenderlos, si es preciso, en cien combates y realizarlos aun á costa de los mayores sacrificios.

La interior situación de Rusia se complica con la situación exterior, que, según el sentir común, tiene sobre sí dos amenazas de guerra, emanada una de sus conquistas en Asia, emanada otra de sus ambiciones en Europa. Lentamente, como quien desvía de sí la general atención, el imperio moscovita se ha extendido en el centro de Asia con una extensión considerable. La prensa inglesa, alarmada de estas conquistas, ha tocado frecuentemente á rebato, inquietando, es verdad, con profundas inquietudes á los flemáticos ciudadanos de Inglaterra, pero sin moverlos á una constante y decisiva acción. Bien es verdad que los rusos se apresuran á calmarlos y á decirles con memorias geográficas y mapas militares en las manos cómo una completa ignorancia del Asia central explica tantas vanas é infundadas aprensiones. Las líneas militares que guarnecen las fronteras de Siberia se han encaminado y dilatado en todas direcciones, forzadas por desafíos continuos, y heridas de asaltos inesperados, en una marcha indispensable á su seguridad. Estas razones de natural defensa, impuestas á todos los seres con el rudimentario instinto de conservación por la misma naturaleza, han dilatado hasta el Turquestán los dominios de Rusia. Ciento veintitrés años devoró toda suerte de ultrajes, de desafíos, de atentados, de asaltos, hasta que degollados por bárbaros crímenes sus representantes y diezmadas por ataques continuos sus huestes, se decidió á una expedición en 1840 por medio de arenales inacabables y de infinitos desiertos de hielo, donde se perdió tristemente un ejército devorado por la insaciable voracidad de las impías estepas.

Pero la cuestión territorial no es la más importante entre las cuestiones anglo-rusas. Mientras las posesiones asiáticas de Inglaterra están á larga distancia de la metrópoli y del gobierno, las posesiones asiáticas de Rusia son como dilataciones naturales del imperio; mientras la dominación inglesa tiene un carácter puramente mercantil, impropio para cautivar las imaginaciones orientales, tan dadas á lo maravilloso, la dominación rusa tiene un carácter militar é imperial muy en armonía con el genio de Asia; mientras Inglaterra profesa una religión severa, austerísima, fundada en la independencia del criterio individual, poco idónea para mover los pueblos mismos del Mediodía de Europa, Rusia profesa una religión completamente oriental, con ritos poéticos y espejismos maravillosos y tradiciones asiáticas, la única quizá que puede cautivar y traer al seno del cristianismo pueblos nacidos sobre la tierra de los misterios y bajo el cielo de los milagros. Así es que los temores de Inglaterra en Asia ante los progresos del imperio ruso me parecen fundadísimos temores. Apenas se fijan los ojos en los lejanos horizontes del Asia, brota espontáneamente de suyo la cuestión capital hoy de Europa, la cuestión de Oriente. Y al plantear la cuestión de Oriente reaparece con todo su vigor un problema pavoroso, el problema de la unidad de esa raza eslava, más preñado aún de guerras y de catástrofes que la unidad de esa raza alemana, cuyo trabajo interior ha dado ocasión á tantos y tan desastrosos combates.

Esta Rusia, tan grande, tiene con el sentimiento municipal de las tribus jóvenes el sentimiento nacional de los pueblos maduros, y con el sentimiento nacional de los pueblos maduros otro que comienza ahora á brotar en los corazones, y que se dilatará y se afirmará en lo porvenir, el sentimiento de raza. El eslavismo surge con poder y se afirma con robustez. Combatido duramente este principio por aquellos que en él veían una confirmación de la ortodoxia tradicional y un apoyo del régimen autocrático, se acredita desde el punto en que críticos ilustres lo han unido inseparablemente á la emancipación tanto nacional como política de los pueblos y de las razas orientales. En casa de la princesa Troubertkoi encontré una noche al célebre orador de Praga, Riegel, uno de los principales mantenedores en Oriente de esos principios eslavistas que hoy se apoderan de algunos espíritus eminentísimos y mañana descenderán, por la misteriosa filtración de las ideas, desde las ciencias á la realidad, hasta penetrar en el fondo mismo de las sociedades á que han sido consagrados. Y Riegel demostró con gran número de datos y con verdadera claridad de expresión cómo el eslavismo ha nacido en los pueblos perseguidos, en los pueblos opresos, en los pueblos eslavos necesitados de vigorosos apoyos para su emancipación, y que no podrían encontrarlos sino en el seno de Rusia. Según él, no ha sido la gente moscovita la promovedora del eslavismo, han sido los diversos pueblos eslavos, que no pueden soportar el yugo de sus dominadores, ya sean austriacos, alemanes, húngaros ó turcos. En tales pueblos opresos han nacido los ilustres filólogos que han mostrado cómo la lengua litúrgica de la Iglesia rusa es respecto á los idiomas eslavos modernos lo mismo que el latín eclesiástico respecto á las modernas lenguas neo-latinas. De esos pueblos opresos provienen los historiadores que han evocado los perdidos tiempos de la unidad de su raza. En esos pueblos opresos cantan los poetas que piden al águila moscovita abra sus alas y dirija su vuelo al Mediodía, al Occidente, á esas orillas del Danubio sembradas de eslavos como en otro tiempo las orillas del Eufrates; á esos nevavos Alpes donde se oyen sonar tantas cadenas, cuando el Creador los elevó para templos de la libertad y del derecho; á esos bosques obscuros y profundos de los Balkanes, donde la media luna brilla como un astro siniestro; á todas esas gemmonías, que para convertirse en fortalezas de la universal emancipación sólo aguardan el grito agudo de guerra que debe levantarse en las regiones del Norte. La verdad es que si buscamos las ideas más precisas y más exactas sobre el eslavismo, las encontramos en Bohemia y en sus escritores eminentes. Allí se ve reconocido el fondo y carácter fundamental de las diversas familias eslavas; criticado el imperio, medio germánico y medio mongol, en Rusia, que se ha sobrepuesto á la originalidad histórica y á la independencia interior de su nación; acusados los alemanes y los magyares de opresores y de tiranos; reconvenida acerbamente la infeliz Polonia por sublevarse contra los intereses de su propia raza; señalados los límites de la confederación de estos pueblos jóvenes, cuyas almas tienen la misma fuente y origen allá en lo pasado, y tendrán una misma patria, sin perjuicio de la correspondiente autonomía en sus diversas nacionalidades, allá por lo venidero.

Madrid, 7 de noviembre de 1896.



EL MILAGRO DE SAN MARCOS

19 *de noviembre de* 1548

Celebérrimo cuadro pintado por Jacobo Robusti, llamado el *Tintoretto*, existente en la Academia de Bellas Artes de Venecia.

Fué el *Tintoretto* uno de los grandes maestros de la famosa escuela pictórica veneciana. Casi todos los museos de Europa cuentan obras de este insigne artista y el nuestro del Prado guarda preciadísimas telas de tan gran pintor.

Sabido es que el sobrenombre de *Tintoretto* con que él mismo firmaba sus trabajos, lo debía á que su padre ejercía la industria de tintorero, *tintore*. Fué discípulo de Ticiano, y se cuenta como cosa cierta que el célebre maestro, alarmado por las excepcionales condiciones del *Tintoretto*, lo despidió de su estudio en un momento de celos; mas duró poco tiempo en Ticiano la influencia de aquella mala pasión, y volvió no solamente á darle enseñanza sino á presentarlo como una de las más grandes y sólidas esperanzas del arte. El célebre maestro no se equivocó.

***

Una de las primeras obras, dice un biógrafo de *Tintoretto*, que atrajeron sobre él la admiración pública al cabo de más de diez años de una lucha cruel con la falta de recursos, fué el cuadro que conmemoro en esta *efeméride* y que pasa, con justicia, por ser de las más hermosas producciones pictóricas de la escuela veneciana de los días de Ticiano, de los Palmas, del Pordenone y de tantos otros eximios artistas nacidos en la «señoría.» Encargó ésta el citado cuadro con destino á la famosa *Escuela de San Marcos*, una de las seis de distintas enseñanzas que contaba la república, en el mes de noviembre y el día 19, según Musatti, de 1548, cuando ya el *Tintoretto* contaba treinta y seis años, y ejecutó su encargo en muy breves meses, pues una de las condiciones del célebre pintor era la de realizar con la misma rapidez que concebía.

Representa este cuadro á San Marcos, el patrono de la república, librando á un esclavo del martirio de la decapitación. Mide la tela cuatro metros quince centímetros por cinco cuarenta y cinco, y las figuras son de tamaño natural. La escena está dispuesta del modo siguiente: en la parte superior del cuadro se ve á San Marcos, que parece descender del cielo, violentamente; tiene la cabeza más baja que los pies, y aparece en actitud de detener al verdugo; la víctima hállase tendida en el suelo y desnuda; el sayón en elegante escorzo vuélvese hacia los jueces, á quienes muestra mellada el hacha con que intentaba herir al esclavo. Con los jueces, que muestran el asombro en el gesto y en la actitud, vese á los espectadores, que con movimientos acertadísimos de una naturalidad pasmosa, de una variedad grande, parecen comentar el inaudito acontecimiento. Como todos los artistas de entonces, el *Tintoretto* viste las figuras á la usanza de la época. Por fondo se ve un edificio donde hay otras tres figuras iluminadas por el sol.

De este prodigioso cuadro, dice Viardot: «Es una vasta escena, al aire libre, donde hay una multitud de personas agrupadas sin confusión y en completa concordancia con el motivo. La unidad de esta composición, á pesar del gran movimiento que en ella existe, es perfecta. En mitad de las gentes estupefactas que agrupa la vista del prodigio y que son testigos del milagro, se ve al esclavo tendido en tierra, desnudo, con las ligaduras que ellas mismas se rompen, y el santo Evangelista que, *extendido* en los aires, como si ángeles invisibles lo sostuviesen, ofrece, así como la figura de la víctima, atrevimientos de color, de luz y de escorzos verdaderamente audaces y de un acierto felicísimo. La figura del segundo se destaca en claro, sobre el fondo de los trajes de la multitud, de colores obscuros; la del santo por obscuro sobre una nota de luz verdaderamente cegadora. Aquella escena es prodigiosa. Todos viven y se agitan. Se ve á la multitud moverse á impulsos de la estupefacción que el suceso le causa; y viendo tanta vida, tanta agitación, se comprende la verdad de aquella especie de proverbio, admitido por los artistas italianos, que dice: «en las obras del *Tintoretto* es donde se debe estudiar el movimiento.»

Viardot termina el estudio de este cuadro prodigioso con las siguientes frases: «La magistral libertad del pincel, el sabio fuego de las luces, la armonía y fineza de los tonos, el inaudito vigor del clarobscuro, toda la magia en fin del colorido, llevada á su más alta expresión, hacen de este lienzo una encantadora *éblouissante* prodigiosa, obra que no debe llamarse el *Milagro de San Marcos*, sino el *Milagro del Tintoretto*.»

***

Nada dicen biógrafos é historiadores del efecto causado por esta obra maestra cuando se expuso á la pública contemplación, pero sí consta que el *Milagro de San Marcos* fué para el *Tintoretto* la llave de la abundancia de los honores y de la gloria que la fortuna puso en sus manos. En la Escuela de San Marcos estuvo el cuadro hasta el año de 1798, en que el gobierno napoleónico, después de la supresión de las corporaciones eclesiásticas, ordenó que con las numerosas obras de arte recogidas en iglesias y conventos se hiciese un trabajo de selección con el fin de formar las galerías de Brera en la capital del reino y la de Venecia. A esta última se llevó cuanto de más luminoso, que es la nota característica de la pintura veneciana, se había recogido, y entre las obras catalogadas lo fué el cuadro del *Tintoretto*, juntamente con otras veintinueve de su mano, entre las cuales se cuentan los famosos de la *Cena en casa del Levita* y el *Hijo pródigo*.

En la actualidad el *Milagro de San Marcos* ocupa uno de los testeros de la sala 2.ª de la Academia de Bellas Artes de Venecia, llamada la sala *dell'Assunta*, por ocupar el frente de la entrada el famoso lienzo de Ticiano la *Asunción*. Y á mi juicio, la obra del discípulo se sostiene á tanta altura como la del maestro. Si la luz es esplendorosa en el cuadro de Ticiano, en el del *Tintoretto* es de una verdad que asombra; si en el de *L'Assunta* hay vida y prodigioso manejo del pincel (aun cuando hayan de deplorarse los estragos que inhábiles restauraciones produjeron en esta obra maestra), en el *Milagro de San Marcos* el movimiento es inimitable y el brío de la ejecución pasmoso. Algo hay, sin embargo, en el lienzo de Ticiano Veccellio que subyuga el ánimo, que lo suspende y lo sume en sueño de una idealidad grande y al propio tiempo causa emoción cuasi sensual. Por lo menos á mí, *L'Assunta* me produce esas dos emociones, que pareciendo antinómicas, tengo como cierto que son efectos de una causa misma; precisamente porque en esa obra de arte se realiza lo que Delbeuf considera irrealizable, la impo-

sibilidad de reducir lo psíquico á lo físico. Indudablemente espíritu y materia, idealidad y realidad hállanse fundidas de un modo admirable en la figura de la Virgen de este lienzo de Ticiano. Aquella hermosísima Mujer con la faz arrobada, con los ojos alzados al cielo, adonde la conduce luminosísima nube, cual debió ser la que ocultó á Cristo en su ascensión y á la que increpa el insigne fraile, el autor de la *Perfecta casada*, en su famosa *oda*, vive, alienta, causa el efecto mismo de la realidad, pero de una realidad llena de vida pasional

Quizás haya influído en mi ánimo para *sentir* de este modo la figura de *L'Assunta*, la leyenda que á ella anda anexa. Dícese que la cabeza de la Virgen es el retrato de una hermosísima veneciana, hija del desdichado Palma el *Viejo*. La hermosa María, que así se llamaba, pasó del hogar paterno á los brazos del Giorgione; prendóse á su vez Ticiano de la descarriada joven, y en este nuevo amor vió transcurrir algunos meses. Ticiano la tomaba como modelo para sus vírgenes, y en el auge de sus amores fué cuando el maestro pintó *L'Assunta*. Por eso tiene aquellos ojos grandes, negros, llenos de luz, rodeados de anchas ojeras; aquella boca roja y húmeda de labios ligeramente sensuales; aquel óvalo purísimo, aquella tez pálida; por eso también junto con tanta realidad pasional hay tanta fuerza de idealismo. No cabe expresión tan intensa de sentimiento místico, de aspiración á gozar del ensueño, de exaltación ideal que la que Ticiano puso en aquel rostro que revela un temperamento sanguíneo-nervioso vehementísimo.

***

No sé cómo del cuadro del *Tintoretto* vine á ocuparme en el de su maestro. Es que á mí me subyuga la obra de arte cuando, además de la forma, hay en ella una idea, un sentimiento, una pasión que yo comprenda, que esté en mí, que sea de mi temperamento. Por eso no acierto á sentir el sujeto del *Milagro de San Marcos*, rindiéndome como me rindo á la emoción de realidad que aquel color, que aquella luz, que aquellas expresiones, que aquella maravillosa interpretación de la vida colectiva me produce. Recuerdo este lienzo y lo recordaré siempre, como Taine lo recuerda, como un prodigio realizado por un coloso del pincel y un observador de la verdad sin segundo. No es esto decir que el *Tintoretto* no haya pintado hermosos cuadros que produzcan hoy honda emoción á estas generaciones que no comprenden lo sobrenatural; por el contrario, el célebre artista supo cual pocos pintar la vida pasional, la vida terrenal, al hombre con sus pasiones.

Un sentimiento tengo: no haber visto el retrato que *Tintoretto* hizo de su hija muerta; una joven hermosa de la que se conservan bellísimas pinturas de su mano.

R. BALSA DE LA VEGA

UN SEXAGENARIO DE TREINTA AÑOS

– Ríanse ustedes cuanto quieran reirse – decía á sus contertulios del casino un caballero sexagenario, á juzgar por las apariencias; – pero soy más joven que todos ustedes. Como que hace muy pocos días que he cumplido treinta años.

– Esa no cuela, amigo D. Juan – decía uno

– Bien que se quite usted algunos años; eso todos lo hacemos – añadía otro – cuando pasamos de los cincuenta; pero esa tolerancia tiene sus límites; dos años, tres, cuatro..., vaya hasta media docena, puede quitárselos cualquiera. Nadie cree al que se los quita, eso es otra cosa; pero todos podemos, sin ruborizarnos, hacer como que le creemos; mas ¿á quién se le ocurre quitarse medio siglo de un golpe?

– No – agregaba un tercero, – es que D. Juan se plantó en treinta cuando murió Fernando VII, y no hay quien lo saque de aquel año.

– Si no es que, desde hace veinte, comenzó á contar hacia atrás. Si es así, ya sabemos que esos treinta años equivalen á setenta.

– ¿Han concluído ustedes? – preguntó con mucha calma el anciano, luego que sus consocios dieron tregua á los comentarios y suspendieron sus bromas.

– Pues ahora entro yo. Voy á explicar á ustedes lo que les parece inexplicable. Cuando me hayan oído, si para oirme tienen calma ó no les falta paciencia, verán cómo, sin ser un vejete presumido, puedo afirmar que cumplí anteayer los treinta años.

Hace ya muchos – continuó diciendo D. Juan, cuando advirtió que todos estaban dispuestos á escucharle, – hace ya muchos que yo era joven y hasta buen mozo.

Y limito á esto el elogio de mis prendas personales para que no me juzguen presumido, achaque muy común en los viejos al recordar sus años juveniles y sus aventuras de mozos.

Que yo era muy enamorado, ustedes se lo figuran, porque ¿quién no lo es ó no lo ha sido?

Sin que yo alardeara entonces de Tenorio, es la verdad que no fuí del todo desgraciado en mis amoríos.

«Las costumbres licenciosas,
las romanas caprichosas,
yo gallardo y calavera,
¿quién á cuenta redujera
mis empresas amorosas?»

Eso dice el personaje de nuestro gran Zorrilla. Sin decir tanto, y partiendo de que no fuí nunca ni calavera ni gallardo, puedo decir de mí algo parecido.

Cierto día llegó á mis manos un billete muy misterioso y muy perfumado. La letra del sobre parecía de mujer elegante; pero era para mí completamente desconocida.

Rompí con impaciencia el sobre, desdoblé la carta y leí en ella estas enigmáticas palabras, que se conservan grabadas indeleblemente en mi memoria: *Esta noche en el Real. – Platea núm.* 6. – *Capuchón negro; cinta rosa. – No faltes.*

– ¡Caracoles! – gritaron á una voz los oyentes.

– Eso dije yo – continuó D. Juan, – eso ó cualquier otra cosa parecida.

La carta era evidentemente una cita; de seguro cita amorosa. Pero ¿quién me la daba? También podía ser un bromazo de cualquier amigo *gracioso;* pero como estamos siempre más dispuestos á creer lo que nos halaga que lo que nos molesta, admití y hasta dí por hecho que se trataba de una conquista, y muy puesto de tiros largos y muy acicalado y aun – ¿por qué no he de confesarlo? – bastante satisfecho de mi persona, me fuí al baile, llevando á prevención, por si era necesario, el misterioso billetito.

Llegué demasiado temprano; se conoce que la impaciencia y la curiosidad me habían hecho adelantarme. En el salón había poca gente; los palcos estaban casi vacíos.

Lo que me aburrí en aquel baile no es para dicho. Tentado estuve más de cien veces de enviar á todos los diablos al bromista de la carta, pues empecé á convencerme de que había sido todo una broma pesada y de muy mal gusto; pero otras tantas la curiosidad y un resto de esperanza me retenían.

Poco á poco la concurrencia había aumentado considerablemente; el ruido era ensordecedor; el calor sofocante. En todos los palcos había gente alegre y máscaras revoltosas; en todos... menos en el platea, *número seis*, que seguía desocupado.

Por milésima vez me paraba yo á escudriñar con ansiedad las interioridades de aquel palco platea, cuando sentí que una mano caía pesadamente sobre mi hombro y una voz hombruna que me decía:

– ¡Mucho tarda!

Volví la cabeza muy sorprendido y encontré á mi lado un hombre disfrazado de *Mefistófeles*.

Adviertan ustedes que, en aquellos tiempos, aún estaba admitido que se disfrazasen los hombres.

– ¿Qué dices, máscara? – le pregunté mal humorado.

– Digo que tarda mucho, amigo Juan.

– ¿Quién?

– Pues... ella, ¿quién ha de ser?, *ella*, la que te ha hecho venir. Porque tú, no vayas á negar esto á un antiguo camarada, tú has venido al baile por ella.

Y en seguida comenzó á contarme hechos de mi vida hasta convencerme de que, en efecto, me conocía de mucho tiempo. Oíale yo con cierta complacencia, porque hablaba con mucha gracia y revelaba gran agudeza de ingenio, cuando de pronto interrumpió sus discursos, y señalándome hacia el palco, dijo con voz que se me antojó algo temblorosa: *Ahí la tienes.*

Miré hacia donde *Mefistófeles* señalaba y paré deslumbrado.

En el palco se hallaba sola, completamente sola, con la cara descubierta y con el capuchón negro y el lazo rosa anunciados en el billete, la mujer más hermosa que había yo visto en mi vida.

No se escapó á mi interlocutor la impresión que la vista de aquella mujer me producía.

– ¿Qué – me preguntó, – es hermosa?

– Hermosísima – le contesté con vehemencia.

– Pues, hombre – replicó el diablo siempre con la voz temblona, – ya podías haberlo reparado antes.

– ¿Antes? – dije con toda ingenuidad. – ¿Cuándo? Hasta ahora no la he visto.

– Acércate más – replicó, – puede que estés equivocado.

No para rectificar, pues de no conocerla estaba yo seguro, sino para contemplar tanta hermosura, y al mismo tiempo, lo confieso, para ver si aquel portento de belleza se dignaba dirigirme una sola mirada, me acerqué mucho, mucho, cuanto me fué posible, al palco. De cerca la del capuchón me parecía aún más hermosa que de lejos. Ella no me miró; ni siquiera por casualidad dirigió sus ojos hacia donde yo estaba. Algo le dije, ya no recuerdo qué; de seguro alguna majadería; no sé si me oyó; sé que permaneció tan indiferente como si no me hubiese oído.

Entonces, despechado, volví hacia donde *Mefistófeles* me esperaba y le dije:

– ¡Ea!, ya estamos aquí de más. Esa mujer es muy hermosa; sí, señor; pero ni la he visto en mi vida, ni ella me conoce; ni tiene ganas de conversación, por lo menos conmigo.

– Pues mira – dijo él, – lo celebro de veras y tú debes celebrarlo también, porque... (y al decir esto bajó mucho la voz y aproximó á mi oído sus labios) porque *hoy has nacido.*

Pronunció aquellas palabras con entonación tal, que sentí escalofrío. Quise preguntarle lo que aquello significaba; pero él llevando el índice á su boca, en ademán de recomendarme el silencio, se alejó rápidamente de mi lado.

. . . .

Pocos días después supe que aquel *Mefistófeles* era el marido de la mujer hermosísima, y supe también que él mismo, sospechando infidelidades de su esposa, solía escribir billetes como el que había yo recibido para confirmar ó desvanecer sus sospechas.

No pasó mucho tiempo sin que los periódicos de Madrid publicasen, con el epígrafe absurdo de *Triple crimen*, la noticia de que aquel marido había dado muerte á su mujer, al amante de ésta y después se había suicidado.

Parece, pues, que en efecto, la noche del baile *había yo nacido*, y como desde entonces acá sólo han transcurrido treinta años, esa edad tengo; aunque mi partida de bautismo diga otra cosa.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

SEVILLA

SUS PRINCIPALES MONUMENTOS

La hermosa capital andaluza que á orillas del Guadalquivir se levanta ofrece sin iguales atractivos al poeta, al artista, al simple curioso. Su incomparable cielo, su clima suavísimo, la afabilidad y la gracia de sus habitantes, sus costumbres pintorescas, sus soberbios monumentos, todo contribuye á hacer de Sevilla una de las ciudades españolas de más agradable estancia, más dignas de estudio, más admirada de propios y extraños.

Halla el poeta en sus tradiciones y en sus típicos usos motivos abundantes para inspiradas composiciones; el pintor encuentra en aquel ambiente lleno de luz caudal inagotable de notas de color, y el turista se recrea contemplando aquellos deliciosos patios con sus fuentes y sus flores y sus pájaros, embriagándose con el penetrante aroma de los jazmines y azahares de sus jardines, admirando las esplendideces de aquellas procesiones de Semana Santa de universal renombre, asistiendo á los festejos de su famosa feria ó presenciando algunas de aquellas fiestas populares en donde al compás de las notas de la guitarra, tristes unas veces, alegres y retozonas otras, y entre sorbo y sorbo de manzanilla entona el *cantaor* sentimentales guajiras ó agita su cuerpo la *bailaora* gentil en las elegantes contorsiones del bolero ó de las sevillanas.

Nadie resiste á los encantos que Sevilla encierra, mejor dicho, con que pródiga brinda á cuantos la visitan. Preguntad á los extranjeros que de lejanos países á ella acuden; preguntad también á los españoles de otras provincias que han tenido ocasión de apreciar lo que vale, y todos á una os dirán que pocas sentencias vulgares contienen tanta verdad como el dicho popular que afirma que

Quien no ha visto Sevilla
no ha visto maravilla.

Sí, maravillas sin cuento y de todo género allí os sorprenden: maravillas de la naturaleza, maravillas del arte, maravillas del carácter de sus habitantes, que han descrito y reproducido las plumas más ilustres y los más renombrados pinceles.

No es nuestro objeto en las presentes líneas añadir una descripción más á tantas como se han hecho de la sin par ciudad; muévenos únicamente al trazarlas la necesidad de decir algo acerca de los monumentos que reproduce la lámina de la siguiente página. A ellos, pues, hemos de circunscribirnos señalando únicamente sus particularidades más notables, ya que para otra cosa no tenemos espacio, dada la índole de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Digno de mención en primer término es el Alcá-



CATEDRAL.—PUERTA DE SAN MIGUEL

ALCAZAR.—PATIO DE LAS DONCELLAS

CATEDRAL.—PUERTA DEL PERDÓN

TORRE DEL ORO

ALCAZAR.—FACHADA PRINCIPAL

ALCÁZAR.—SALÓN DE EMBAJADORES

ALCAZAR.—ARCOS DEL SALÓN DE EMBAJADORES

CATEDRAL.—LA GIRALDA

AYUNTAMIENTO.—FACHADA MONUMENTAL

PALACIO DE SAN TELMO.—FACHADA

PRINCIPALES MONUMENTOS DE SEVILLA

(De otografías remitidas por nuestro corresponsal en aquella ciudad, reproducidas por Angerer, de Viena)

zar, residencia de gobernadores y reyes árabes, que restauró ó mejor dicho reedificó D. Pedro I de Castilla, y que fué objeto, en tiempo de los sucesores de éste, de restauraciones realizadas en gran parte por artistas y alarifes mudéjares y no siempre hechas con el debido acierto. Nada en su exterior revela la deslumbradora belleza que en su interior atesora; pero una vez pasado el patio de la Montería, sorprende desde luego al visitante la fachada principal que al fondo del patio Grande se alza y que constituye una labor admirable, así por sus bellas proporciones como por la riqueza de su ornamentación, en la que entran esbeltas columnas de preciosos mármoles, ajimeces de calados almocárabes, estalactitas de arrocabe y arcos con primorosas lacerías. La sorpresa y la admiración suben de punto cuando se penetra en el suntuoso patio de las Doncellas, en donde la tradición supone que el califa recibía el tributo ilusorio que algún historiador admite como feudo dado por Mauregato á Abderramán, y cuando se recorren los Dormitorios de los Reyes moros, el Salón del techo de Felipe II, y sobre todo el magnífico Salón de Embajadores, cuyas ajaracas y almocárabes, pinturas y dorados, alfarjes y cenefas, columnas y capiteles, taraceas y calados estucos son de tanta belleza, que con razón se ha dicho de aquella estancia que es la más espléndida y hermosa de cuantas encierran los palacios de arquitectura oriental que posee en España la corona.

De la fortaleza del Alcázar formaba parte la Torre del Oro, así llamada por los dorados reflejos que despedía un revestimiento de azulejos que tuvo en el segundo cuerpo. Su planta es un dodecágono y consta de tres cuerpos, terminados los dos primeros por antepechos de almenas cuadrangulares y el último por linterna y cupulina de fábrica muy posterior.

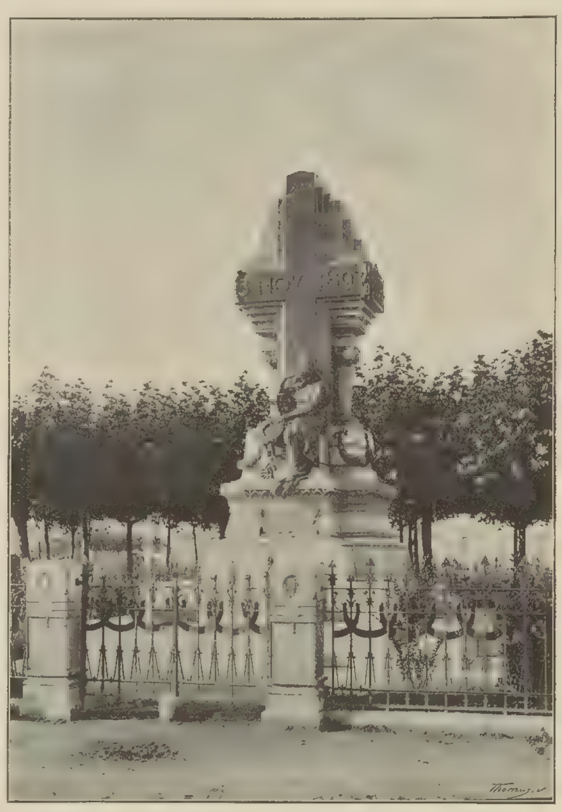
La casa del Ayuntamiento es notable, entre otras cosas, por su fachada monumental, cuyos ornatos, compuestos de peregrinas fantasías platerescas, son considerados como los ejemplares más bellos que en este género en España existen.

El palacio de San Telmo, propiedad de los duques de Montpensier desde el año 1849, fué antiguamente colegio-seminario de la universidad de Mareantes: sus magníficos jardines tienen fama universal y constituyen uno de los sitios más bellos y más amenos de Sevilla.

La catedral sevillana es justamente reputada como la primera de España y responde al deseo de aquel cabildo que en 1401, y en vista de la insuficiencia de la antigua fábrica, acordó erigir una *tal y tan buena que no hubiera otra igual:* su fachada principal con las tres notabilísimas portadas; su capilla Mayor con el magnífico retablo ojival de colosales dimensiones y sus rejas de estilo del Renacimiento; su coro con la sillería de primorosísima labor; su capilla Real cuya construcción exigiera el emperador Carlos V; su capilla de San Antonio con el prodigioso cuadro de Murillo; su sacristía de los Cálices, en donde se admiran el portentoso crucifijo del Montañés y varios lienzos de los más afamados maestros españoles; su Sala Capitular, y sobre todo sus grandiosas dimensiones, hacen de aquel templo una de las más asombrosas maravillas de la arquitectura religiosa española. Varios hundimientos en época reciente acaecidos han destruído algunas partes del magnífico edificio y obligado á hacer en él difíciles y costosas reparaciones no terminadas todavía.

La Giralda, hoy torre de la catedral, es uno de los monumentos más hermosos y más curiosos que se conservan en España de la dominación sarracena. Construída en 1184 y terminada en 1196, fué el alminar de la mezquita que se levantaba en el lugar que hoy la catedral ocupa. Su planta es cuadrada, mide de ancho 13'60 metros y cada uno de sus frentes se halla revestido en línea vertical por cuatro zonas, que dejan tres espacios adornados con bellos paños de ladrillo formando ataurigues, y de las cuales la central está interrumpida por cinco grandes huecos, ajimeces los tres más altos y sencillas ojivas, túmidas ó arcos ultrasemicirculares los demás. La parte de torre comprendida entre el cuerpo que sirve de campanario y el remate no corresponde al mismo estilo musulmán que el resto de la construcción.

Otras muchas bellezas monumentales ostenta Sevilla, tales como la Universidad, la Audiencia, la Casa de Contratación, la casa de Pilatos, los templos de Santa Ana, Santa Catalina, San Esteban, San Juan Bautista, San Lorenzo y Santa María de las Nieves, los conventos de la Trinidad, de San Clemente el Real y de Santa Inés y el palacio arzobispal, dignos todos ellos de descripción detallada; pero ya hemos dicho cuál era nuestro propósito al escribir estas líneas, que hemos cumplido dentro de los estrechos límites que LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA impone á los trabajos de este género. – X.



SANTANDER. – Monumento erigido en conmemoración de la catástrofe ocurrida en 3 de noviembre de 1893, por la voladura del vapor «Cabo Machichaco»

LOS SOLDADOS DE LA INDEPENDENCIA

LOS CURAS

Es inútil negar que nuestra guerra de la Independencia tuvo ante todo un carácter religioso.

Las cosas son lo que son y no lo que se quiere que sean; y aunque algunos hayan querido suponer que el alzamiento de 1808 tuvo tendencias liberales, fundándose en lo que hicieron las Cortes de Cádiz y en que Mina, Chapalangarra, Porlier y otros de los caudillos que se distinguieron en la guerra se decidieron, andando el tiempo, por la causa de la libertad, es lo cierto que Castaños, Palafox, Alvarez, Cuesta, Fournas y la mayor parte de los guerrilleros eran absolutistas netos y su grito de guerra fué el de Religión, Patria y Rey, que luego ha servido para ensangrentar nuestros campos en las malditas discordias civiles.

Las ideas liberales no habían penetrado aún en las masas populares, sobre todo en los campesinos, que fueron los que suministraron el mayor contingente á las guerrillas; la acusación que se dirigía á los franceses para enardecer contra ellos los ánimos del pueblo, era la de herejes y francmasones, y por eso no es extraño que los curas tomaran tanta parte en la lucha, predicándola como una cruzada y capitaneando partidas que causaron terribles estragos en los invasores.

No somos de los que se entusiasman con el espectáculo de un sacerdote que deja el crucifijo para empuñar el sable del soldado ó el trabuco del guerrillero; sabemos que los ministros del altar, cuando olvidan su misión de paz y toman parte activa en la guerra, suelen darle un carácter de ferocidad que rara vez toma cuando sólo pelean verdaderos militares; pero nos encontramos con un hecho, y no podemos menos de consignarlo al hablar de la guerra de la Independencia española.

El hecho es que los curas tomaron principalísima parte en la contienda, dándole con su intervención un aspecto originalísimo y digno, á nuestro juicio, de que se le consagre un artículo, en el cual, ya que no todos, porque esto sería imposible, figuren por lo menos los nombres de muchos de los que empuñaron las armas, peleando por España.

Prescindiremos del famoso cura Merino, porque en las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA le hemos dedicado un artículo, y pasaremos á ocuparnos de otros, menos notables, pero no menos funestos para los franceses.

Desde luego hay que consignar el nombre del P. Rico, que tanta parte tomó en el alzamiento de Valencia, figurando en la junta de defensa, contribuyendo poderosamente con su talento y actividad á la organización del ejército que hizo frente á las tropas mandadas por Suchet, asistiendo á los combates de las Cabrillas y prestando el inmenso servicio de oponerse con terrible energía á los desmanes de un populacho desenfrenado, que exaltado por predicaciones imprudentes y criminales, deshonró los principios del movimiento, entregándose á la violencia, á la matanza y al saqueo.

Cuando los patriotas de Andújar, la Carolina, Santa Cruz de Mudela, y Manzanares y otros puntos se alzaron en armas para rechazar la invasión de Andalucía, apareció en Despeñaperros el presbítero don Ramón Argota al frente de trescientos escopeteros, y desde aquel momento hasta la terminación de la guerra operó en Sierra Morena, hostilizando sin cesar á todas las fuerzas enemigas, grandes ó chicas, que por allí pasaron.

El cura de San Pablo, D. Santiago Sas, al frente de un grupo de sus feligreses, contribuyó á las heroicas defensas de Zaragoza, peleando denodadamente contra los sitiadores y haciendo retroceder más de una vez á las columnas de asalto, lanzadas contra las posiciones que defendía.

En el Ampurdán un fraile, de cuyo nombre no tenemos noticia, porque hasta en documentos oficiales se le llama solamente el *Capuchino*, sin duda por pertenecer á esta orden, se encierra con veinticuatro hombres en el campanario de la iglesia de Fluviá y hace retroceder á seiscientos franceses que divididos en dos columnas atacan el pueblo.

Hablando de capuchinos es imposible dar al olvido el nombre de Fray Julián Delica, que en la provincia de Zamora organizó un cuerpo de caballería, con el cual derrotó muchas veces á los imperiales, haciendo caer en una emboscada astutamente dispuesta al general Franceschi, á quien cogió prisionero.

En Galicia fué donde más se dejó sentir la influencia del clero en el alzamiento nacional.

Los vecinos del Barco de Valdeorras, al ver pasar un convoy compuesto de gran número de carros y acémilas, cargados de objetos robados, se sublevan á la voz de su abad, atacan á los ciento ocho dragones que lo escoltaban, matan á ochenta y nueve, hacen prisioneros á los diez y nueve restantes y rescatan el fruto de aquellas rapiñas.

Después de este golpe, subléváse todo el valle, eligiendo por general á D. José Quiroga, abad de Casoyo, el cual emprende una serie de correrías que se extienden hasta el Bierzo, haciéndose temible en todas partes.

D. Juan Rosendo Arias, abad de Valladares, y don Mariano Troncoso, que lo era de Couto, excitan á

sus convecinos á tomar las armas y levantar fuertes partidas.

D. Nicolás Albericia, párroco de Coujo, no descansaba en la patriótica tarea de reclutar gente y organizar guerrillas. Las ocho parroquias que componían su feligresía se alzaron en armas, y las fuerzas de todas ellas fueron acaudilladas por sus respectivos párrocos.

No hacían aquellos clérigos más que imitar la conducta del obispo de Orense, que siguiendo el ejemplo de su colega, el de Santander, se sublevó contra el rey intruso, predicando la guerra santa, después de haberse negado á concurrir á las Cortes de Bayona, donde fué sancionada la ruina de España.

No tenemos espacio para referir las hazañas que casi todos estos clérigos realizaron, una vez lanzados á la lucha; pero sería imperdonable olvido dejar de consignar que el abad de Valladares, D. Juan Rosendo Arias, llegó á tomar la ofensiva, poniendo sitio á Vigo é intimando la rendición al general Chalot. Rechazó la intimación el francés, que esperaba refuerzos de la parte de Pontevedra; pero luego que el general Morillo consiguió la victoria del Puente de San Payo, vióse obligado á capitular, cuando ya los españoles habían penetrado en el recinto, merced á un vigoroso asalto.

En Extremadura el presbítero D. Miguel de Quero organizó una fuerza de seiscientos infantes y cien caballos, con la cual derrotó al general Hugo, padre del inmortal poeta, en el puente del Tietar, mereciendo que D. Gregorio de la Cuesta, poco aficionado á los guerrilleros, lo agregase al ejército de su mando.

En Zamora el cura de Astudillo se apoderó de un convoy compuesto de ciento diez y ocho carros de municiones y pertrechos de guerra, pasando á cuchillo á toda la fuerza que lo escoltaba, en venganza del tratamiento que los franceses habían dado poco antes á Fray Julián Delica, á quien lograron apresar.



FILIPINAS. – Una goleta anclada junto á uno de los atracadores de Ilo-Ilo (de fotografía de D. Félix Laureano)

Del monasterio de monjes bernardos de Herrera de Río Pisuerga (Palencia) salió también á combatir por la patria Fray Jacobo Alvarez, que no tardó en hacerse temible, lo mismo que los curas D. Juan Tapia y D. Vicente Cenzano, que guerrearon en aquella comarca.

D. José Alfaro, racionero de la catedral de Calahorra, recibió, cuando menos lo esperaba, un real decreto nombrándole canónigo de la misma. Hombre ya de edad avanzada, no había pensado en salir á campaña, aunque era ardiente patriota; pero considerando aquel ascenso, que no había pedido, como una intriga de sus enemigos para deshonrarle, quiso lavar la mancha que había caído sobre su nombre; presentóse á la Junta, pidió autorización para levantar á su costa y mando una guerrilla, y salió á campaña al frente de la que denominó *Partida de Cruzada.*

La lista sería interminable, pero creemos que bastan los nombres consignados para demostrar la parte principalísima que tomó el clero en el alzamiento nacional de 1808.

No es posible, sin embargo, terminar este artículo sin consagrar un recuerdo al mártir de Cataluña, al nunca bien ponderado P. Gallifa.

Barcelona gemía en poder de los franceses desde antes de comenzar la guerra; pero los barceloneses no dejaban de conspirar ni un solo momento, formando planes, casi siempre descabellados, pero siempre generosos, para sublevarse contra los extranjeros y arrojarlos de la ciudad condal á viva fuerza.

La presencia de guerrillas numerosas y audaces, que hormigueaban en los alrededores de la población y que en relaciones con los patriotas hubieran entrado á la primera señal para ayudarles, parecía convidar á los autores de tan nobles proyectos.

Una de aquellas conjuraciones estuvo á punto de traducirse en hechos. Los conspiradores habían logrado introducir en la capital gran número de armas, y todo estaba dispuesto para el alzamiento que debía iniciarse al toque de rebato, que sonaría en todas las iglesias. La policía descubrió la trama. Duhesme, que mandaba en la plaza, ordenó gran número de prisiones, y entre otros fueron conducidos á la ciudadela los paisanos Massana y Aulet, el presbítero D. Joaquín Pou, el P. Gallifa y D. José Navarro, sargento que había sido del regimiento de Soria.

Ninguno quiso manchar sus labios con la mentira, negando sus propósitos. El P. Gallifa dijo con heroica sencillez:

«Los actos de que se me acusa, únicamente me han sido inspirados por mi amor á la Religión, á mi Rey el Sr. D. Fernando VII y á la Patria.»

Los cinco fueron condenados á muerte, los dos



FILIPINAS. – LA OCTAVA COMPAÑÍA DEL BATALLÓN DE VOLUNTARIOS DE MANILA (de fotografía de D. Adolfo Aenlle, de Manila)



LA JUSTICIA, estatua de Alajos Strobl



CONTRASTE, cuadro de José Villegas

sacerdotes en garrote y los otros tres en horca, y todos murieron con admirable entereza.

El P. Gallifa, después de recibir la Sagrada Eucaristía, salió del calabozo y marchó al patíbulo entonando el *Te Deum laudamus.*

Los cadáveres de los cinco patriotas permanecieron todo un día en la explanada de la Ciudadela, expuestos al público.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO

NUESTROS GRABADOS

Monumento á Dante Alighieri en Trento, obra de C. Zocchi. – Por suscripción popular iniciada hace diez años, erigióse en Trento el monumento que en la primera página publicamos y que ha sido recientemente inaugurado. La estatua del inmortal poeta levántase majestuosa sobre elevado pedestal, en el que se ven reproducidas algunas de las escenas de su grandioso poema, admirablemente tratadas por el escultor Zocchi. Este nació en Florencia en 1851, educóse en el taller de su primo, el insigne escultor Emilio Zocchi, y á los diez y seis años obtuvo la pensión instituída por el gran duque, y poco después la pensión de Roma. En un concurso celebrado en Venecia venció á sesenta y cinco concurrentes con su boceto *Los mártires cristianos sorprendidos en las catacumbas,* y desde entonces su vida artística ha sido una serie continuada de triunfos dignamente coronados por el que acaba de conseguir con el monumento á Dante.

El general D. Enrique Zappino. – El nombramiento de este general para el cargo de segundo cabo de Filipinas ha sido muy bien acogido por la opinión pública. Su notoria pericia militar y el conocimiento que tiene de la manera como hay que hacer la guerra en aquel archipiélago, en donde ha permanecido largas temporadas, son garantía de cuán provechoso para la causa de la patria puede ser su nombramiento. El general Zappino, que con el general Polavieja se embarcó el día 7, deja gratos recuerdos en Barcelona como segundo jefe que ha sido de este cuerpo de ejército.



El general D. ENRIQUE ZAPPINO, recientemente nombrado segundo cabo de Filipinas (de fotografía de A. y E. Fernández, Napoleón)

Santander. – Monumento erigido en conmemoración de la catástrofe del «Cabo Machicaco.» – Tres años se han cumplido recientemente de la terrible catástrofe que constituyó uno de los días de mayor luto que en los anales de la hermosa capital castellana y de España entera se registran. Para perpetuar el recuerdo de tamaña desgracia, los santanderinos han erigido el monumento que ha sido inaugurado el día 3 de los corrientes y que reproduce nuestro grabado en la página 774. Sencillo y severo, cual corresponde á obras del carácter de ésta, es además notable por la elegancia de sus líneas, por la esbeltez de sus proporciones y por la expresión de la figura que sintetiza admirablemente los raudales de lágrimas que se derramaron, la tristeza de los recuerdos que aquella fecha trae á la memoria.

Filipinas. Una goleta. – La octava compañía del batallón de voluntarios de Manila. – Nuestra patria se ve sometida á tremendas pruebas: cuando hacíamos esfuerzos, por todo el mundo admirados, para sofocar la insurrección cubana, estalla en Filipinas nueva rebelión largamente madurada, uno de cuyos primeros actos había de ser la matanza de todos los peninsulares en aquellas islas residentes. Por fortuna fracasó providencialmente aquel plan, y salvado el primer peligro, los que por él se habían visto amenazados apercibiéronse á la defensa, organizando los leales á España batallones de voluntarios, que prestando el servicio de guarnición en la capital y poblados importantes permiten que sean destinadas á operaciones activas las fuerzas del ejército que tenemos en aquel archipiélago. Nuestro grabado de la página 775 reproduce la octava compañía del batallón de voluntarios de la capital filipina, constituído por peninsulares de todas las clases sociales, que en pocos días se formó, armó y uniformó.

El otro grabado que en la misma página publicamos es una *goleta,* embarcación genuinamente filipina: las goletas son barcas de madera de esbelta presencia y rápido andar, que se emplean en la navegación de cabotaje, para el transporte de azúcar, maderas y otras mercancías, y que hacen la travesía de Ilo-Ilo á Negros, Samar, Bohol y Camarines. Mandan estas embarcaciones patrones ó arráez que ignoran lo que son la carta geográfica y la *aguja,* pero que saben guiarse perfectamente por las estrellas, siendo rarísimos los tropiezos que sufren en sus viajes: las tripulaciones están formadas por indígenas, marineros á toda prueba. Antes de los buques de vapor, los propietarios de estas barcas hacían en pocos años fortunas colosales; actualmente se hallan en un período de decadencia, pudiéndose prever como próxima su desaparición.

Las fotografías de donde están tomados los grabados son la primera del fotógrafo de Manila Sr. Aenlle y la segunda de D. Félix Laureano: á uno y otro damos las gracias por habérnoslas facilitado.

La justicia, estatua de Alajos Strobl. – Esta hermosa estatua, que se alza en el vestíbulo del nuevo palacio de Justicia de Budapest, es obra del artista húngaro Alajos Strobl, y tiene dos metros y medio de alto: la figura es de mármol de Carrara, el sillón en que está sentada de mármol amarillo y la obra en conjunto tiene toda la majestad propia de la idea que personifica. El profesor Strobl nació en 1856 en la alta Hungría y estudió en Viena con el profesor Zumbusch: entre sus muchas notables creaciones merecen citarse varios monumentos, las estatuas de Listz y Erkel para el teatro de la Opera de Budapest, y varios bustos de la familia imperial austriaca y de muchos importantes personajes austriacos y húngaros. Actualmente está trabajando en un monumento dedicado al primer rey de Hungría, en un sarcófago del archiduque Ladislao y en una fuente monumental para el parque del conde Nicolás Esterhazy.

Contraste, cuadro de José Villegas. – Lo mucho que acerca de este ilustre compatriota residente en la ciudad eterna hemos dicho en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos releva de ocuparnos de tan justamente celebrado artista. Nuestros lectores han podido admirar en nuestras páginas la diversidad de géneros en que Villegas se muestra consumado maestro, cuadros históricos, de costumbres españolas é italianas, paisajes. El que hoy reproducimos es de índole distinta de la mayoría de los que estamos acostumbrados á admirar: entra de lleno en ese género moderno que quiere en cada obra una idea trascendental. *Contraste* encierra un pensamiento profundo perfectamente concebido y magistralmente ejecutado; el grupo que forma el elemento principal del lienzo sintetiza lo que se llama el problema social. Pero á diferencia de otros pintores, Villegas, lejos de mostrarnos una escena violenta, nos presenta en la figura de la madre pobre la virtud por excelencia, la resignación que ayudada de la constancia y de la justicia acabará por triunfar de las resistencias que en vano tratarán de vencer otros procedimientos. De la parte técnica del cuadro nada diremos: es de Villegas, y esto hace su mejor elogio.

El primer teniente Sr. Torres. – En medio de las tristezas que producen las guerras que en Cuba y Filipinas estamos sosteniendo, conforta el ánimo el espectáculo que están dando muchos hijos de aquellas colonias que se han puesto resueltamente al lado de la madre patria y se baten heroicamente contra los que pretenden representar la causa de la independencia de aquellos territorios. El Sr. Torres, natural del archipiélago filipino, cuyo retrato publicamos en esta página, honra al ejército español á que pertenece. Su comportamiento en el combate de Talisay fué el de un verdadero héroe: las fuerzas leales se componían de sesenta hombres; los insurrectos eran más de seiscientos. El teniente Torres, que con solos seis soldados y un cabo formaba la vanguardia de la pequeña columna, batióse bizarramente, y cuando murió atravesado por un balazo el capitán Blanco, jefe de la fuerza, hízose cargo del mando, y con una serenidad admirable, sin perder un muerto, ni un herido, ni un fusil, se sostuvo hasta que la llegada de refuerzos puso en precipitada fuga á los numerosos enemigos.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – LONDRES. – El Instituto de Pintores al óleo está celebrando actualmente una exposición de pinturas: el número de obras es relativamente pequeño, pues se reduce á 460, pero en cambio la severidad del jurado de admisión ha hecho que el certamen ganara en calidad todo lo que en cantidad ha perdido con relación á los años anteriores, en alguno de los cuales llegaron á figurar en la exposición más de 800. Entre los más notables lienzos expuestos merecen citarse dos paisajes de T. Hope Mc Lahlan, uno de los pintores ingleses que mejor sienten la naturaleza; tres paisajes de Peppercorn, una vista del lago de Lucerna de Roberto Christie, un cuadro alegórico de Fantin Latour inspirado en el *Oberón* de Weber, que, al decir de un notable crítico inglés, es la prueba más elocuente de que la copia de la realidad no es un elemento absolutamente indispensable en pintura y de que la expresión de un sentimiento poético es una cualidad más estimable que la reproducción exacta del natural; *Trabajadores irlandeses en la bahía de Dublín,* hermoso estudio de costumbres marítimas de Edwin Hayes, uno de los mejores dibujantes de Inglaterra y el que mejor domina los asuntos del mar; unos preciosos gatitos de Enriqueta Ronner; un estudio de luz de Mavrogordato, los paisajes de Anderson Hague, los cuadros de género de Bundy, Watson Nicol y Lomax; un paisaje de Wimperis; varios cuadros de figura de Linton, Blair Leighton y Breakspear; un cuadro fantástico, *El observatorio de Circe,* de Nettleship, y otros.

BERLÍN. – De la estadística formada por el comité de la última Exposición Internacional de Bellas Artes celebrada en Berlín resulta que se han vendido 33 obras de españoles, por las cuales se han percibido 124.187 pesetas. Este resultado, así como las dos grandes medallas de oro y la de segunda clase que se otorgaron á la sección española, demuestran el alto aprecio en que en Alemania se tiene á nuestros artistas y debe animar á éstos á cultivar aquel importante mercado.

COPENHAGUE. – El escultor Otón Sending está modelando actualmente una estatua de Björnstjerne Björnson que junto con otra de Ibsen ha de colocarse delante del nuevo teatro Nacional. Las dos estatuas son donativo del conocido aficionado á bellas artes noruego el cónsul Heiberg.

PARÍS. – La Academia de Ciencias de París ha encargado al famoso escultor Barrias la ejecución del monumento que aquella corporación proyecta erigir á la memoria del fundador de la química moderna Antonio Lavoisier: la suscripción abierta con este objeto ha producido hasta ahora cerca de 50.000 francos.



El primer teniente SR. TORRES, que tanto se distinguió en el combate librado el día 28 de septiembre último en Talisay (Filipinas). (De fotografía de D. Félix Laureano).

BRESLAU. – El decano del municipio de Breslau II. de Horn ha donado á la ciudad la suma de 500.000 marcos (625.000 pesetas) para fundar un Museo de Industrias Artísticas cuya base serán las ricas colecciones del Museo de Antigüedades silesianas.

Necrología. – Han fallecido:

Rodolfo Gleichauf, pintor de historia alemán, conocido especialmente por sus pinturas monumentales.

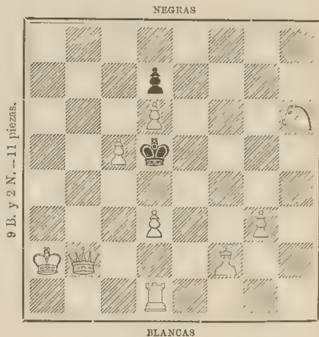
Engelberto Pfeiffer, notable escultor alemán, presidente de la Asociación Artística de Hamburgo.

Adolfo Augusto Trecul, célebre botánico francés, miembro del Instituto de Francia.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 45, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 44, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. A 6 C D	1. P 6 C R
2. A 2 A R	2. P toma A.
3. P 4 C R mate.	



Se pasó la mano temblorosa por la frente... (pág. 765)

UN APÓSTOL

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Había experimentado una sensación como la que pudiera haberle producido un rayo, cuando en la tarde del día anterior vió á Mariana volver sola del cabo de la Cabra; y sus preguntas se siguieron impetuosamente.

– Y bien... ¿qué te ha dicho? ¿No me le traes? ¿Por qué?..

Mannaik había contestado con expresión muy sombría:

– Le he suplicado en vano; rehusa...

El cura hizo un movimiento de desesperación, levantando los brazos y con lágrimas en los ojos.

– ¿No tiene, pues, piedad?, exclamó. Y hay quien se permite defenderle y quien habla de sus bondades... Tú misma pretendías...

Mannaik comenzó á decir lentamente:

– No consentirá en venir á menos que. .

No se atrevía á concluir, acosada de una vacilación suprema.

– ¡Todo cuanto quiera; debías habérselo dicho así; se le pagará mejor que á los médicos, exclamó con ansiedad el sacerdote, aunque todo lo que tengo se debiera...

Mariana movió la cabeza, exclamando:

– ¡Oh, no es eso! . No se refiere al dinero.

– ¿Qué quiere, pues?, preguntó el cura sorprendido.

– ¡Que vaya usted mismo á buscarle!

– ¡Yo..., ir yo!.. ¡Está loco, completamente loco!.. ¡Y tú misma, Mannaik, estás loca también por haber

creído un momento, por haberle dejado esperar!.. Era preciso..

El rector no encontraba ya palabras, ni ideas, yendo y viniendo por la habitación con ademanes violentos, exclamaciones entrecortadas, tan fuera de sí, tan trastornado, que no sabía ya lo que decía, no comprendiendo tampoco cómo aquel hombre había podido ni siquiera manifestar semejante exigencia sin caer al punto aniquilado por un rayo del cielo.

– ¿Conque no irá usted?, preguntó Mannaik.

– ¡Jamás, jamás!.. Que yo, sacerdote; que yo, representante de Dios en la tierra, vaya á casa de ese.., ese.. ¡Jamás!..

Parecíale que la suposición tan sólo de un paso tan extraordinario era casi un sacrilegio; de tal modo le dominaba el espíritu primitivo del aldeano bretón, el alma sencilla, el alma entera y cándida, poseída á pesar de todo de las ideas legadas por los abuelos, transmitidas por los antepasados.

El seminario le había desbastado, pero sin despojarle del todo de esa flor del alma armoricana que le inspiraba el horror á los fantasmas de la landa y á las supersticiones que él combatía, esforzándose en oponerles los milagros, Lourdes contra los *Korriganes*, el manantial de Santa Ana la Palud contra el *menhir* ó el dolmen, y los santos y santas contra las hadas y los duendes.

Así, pues, para él, antiguo campesino, que había rechazado la leyenda para aceptar el milagro, Nedelek Goalen no era más que el hechicero infame, el representante del diablo; y él, representante de Dios, no podía ir á la casa de aquel hombre, á su morada maldita.

No atreviéndose á insistir, Mariana se contentó con preguntar, señalando á Dionisio, siempre en el mismo estado comatoso de la víspera y á quien aparentemente nada podía hacer volver á la vida:

– ¿Le prefiere usted muerto más bien que curado por Goalen?.

A pesar suyo, antes de hacer ninguna otra reflexión, en el ardimiento de su odio contra el inmundo enemigo del género humano, los labios del sacerdote se habían dilatado para contestar, para pronunciar la temible y definitiva frase: «¡Le prefiero muerto!..»

Mas en el instante supremo no se atrevió; desfallecido el corazón, la humanidad se rebelaba en el fondo de él contra el fanatismo del sacerdote, y exclamó:

– ¡Déjame, déjame!.. ¡Yo encontraré algún medio, algún socorro!.. ¡Dios le salvará!

Y mostraba el crucifijo colocado á la cabecera del lecho.

La anciana Mannaik se alejó llorosa, murmurando como última queja:

– ¡Pobre hijo mío! ¡Está perdido!

Después de una noche de desvelo, que había pasado combatiendo poco á poco la enfermedad, y esforzándose en no pensar, en abismarse en aquella lucha material, más empeñada, más tenaz que nunca, Pedro Kerbiriou se marchó por la mañana, después de haber dicho misa, para vagar á la casualidad por la parte del mar, dejando á Dionisio al cuidado de Mariana.

Parecíale que allí, frente al Océano, en aquella soledad completa, rodeado de la obra de Dios, podría pensar más á sus anchas, invocar más libremente al Soberano Señor y conseguir que por alguna repentina y misteriosa revelación le dictase su conducta.

Muy á menudo, cuando había debido adoptar alguna grave resolución, ó le había sido necesario vencer alguna dificultad de conciencia, había hecho lo mismo, penetrado de la intensa religiosidad que se desprendía del mar, de su contemplación asidua, de su frecuentación prolongada, del espectáculo de su fuerza, de su misterio.

Siguiendo la costa con lento paso, habíase dirigido primeramente hacia la escarpada cima de la punta del Gran Gouin, y avanzaba poco á poco á través de los brezos, los dorados junquillos y las pálidas siemprevivas silvestres, sintiendo elevarse á su alrededor, más suave y penetrante á cada uno de sus pasos, el dulce y delicado aroma de las flores de la landa.

Pero en vano trató de concentrar su mente en el pensamiento que le ocupaba, pues á cada instante le distraía la ola franjeada de espuma; el rumor de las aguas sobre una playa ó en las cavernas ocultas, y el ronco mugido del viento, cuyas ráfagas barrían las florecillas y las hierbas

A pesar suyo miraba y escuchaba, teniendo á la vista aquel incesante movimiento del Océano, de una variedad perpetua, muy imperioso y autoritario. Después de aquella fatiga reciente, después de aquella serie de terribles emociones, disfrutaba de un descanso delicioso, completo, sin preocupación, sin sueño, como mecido en la inmensa cuna de la naturaleza; mientras que los rumores de la alta mar, semejantes á voces de sirenas, le murmuraban mil frases seductoras que le retenían y le encantaban.

Esto le produjo una sensación tan extraña, tan nueva para él, que olvidando todo cuanto acababa de suceder, se abandonó á ella, recreándose en aquella contemplación infinita, poseído en aquel instante del alma melancólica y soñadora de sus antecesores.

La playa de Pennat se extendía más allá, pareciendo que con su arena fina y tibia le llamaba; cedió al deseo, franqueó las dunas, sembradas de campanillas y de cardos azules, y sin darse cuenta del hecho, porque la marea bajaba aquel día mucho, encontróse de pronto ante las maravillas sin rival de las grutas de Toulinguet.

Siempre entregado en cuerpo y alma á sus ocupaciones, rara vez había llegado hasta allí Pedro Kerbiriou, y ni aun recordaba haber visitado nunca aquella curiosidad del país; de modo que experimentó una momentánea impresión, como en presencia de un espectáculo desconocido.

Bajo la influencia del estado de ánimo en que se hallaba, parecióle que penetraba en un santuario sagrado, donde Dios, aquel Dios á quien tan ardientemente invocaba desde la víspera, se le aparecería bruscamente para llevarle la revelación pedida.

En aquella serie de grandiosos adornos naturales, la más admirable que se pueda encontrar á lo largo de las costas de Bretaña, á través de aquellas grutas que se comunicaban entre sí, unidas por enormes pilares, los cuales proyectaban sobre su cabeza como arcos de catedral, arcos gigantescos jaspeados de rojo, amarillo y violeta, y de los cuales caían sin cesar eternas gotas de agua, el sacerdote avanzaba poseído de respeto, bajo la impresión de que veía la bóveda de una iglesia, el mosaico resplandeciente de algún templo majestuoso.

Desde el fondo de la primera gruta, la más considerable, con su profundidad de cincuenta metros y su elevación de treinta á cuarenta, contemplaba bajo el cintro rebajado de una abertura más pequeña la extensión del mar, una vela roja ó parduzca que pasaba, la línea de horizonte del Océano, acá y allá una charca semejante á un pequeño lago interior, alguna vasta bañera de roca amatista, en la cual nadaban pequeños cangrejos y pececillos, y donde se veían las extrañas anémonas de mar, purpúreas, violáceas ó blancas, las grandes flores silvestres y pintorescas que se balancean al impulso de la ola, ese eterno mecedor de las cosas animadas é inanimadas.

Todo aquello era obra del Todopoderoso, y el sacerdote se turbó al encontrarse así, en el momento que menos lo esperaba y por las vías más imprevistas, en más estrecha comunión que nunca con el Ser Supremo; y una acción de gracias y de agradecimiento, elevándose de su alma, acrecentó su admiración.

Súbitamente fructificaba lo que había fermentado sordamente en él desde que se estableció en el país.

Los años de seminario, la ruda y continua disciplina del clero, la enseñanza de los dogmas, de los pesados y tenebrosos misterios, donde se oculta toda una filosofía elevada y poética, habían condensado alrededor de su cráneo como un círculo de piedra y de brumas, encerrando poco á poco el cerebro en un obscuro recinto perfumado de incienso, donde no debía penetrar ya nada de la naturaleza, donde solamente debía brillar la luz pura, abstracta é inmutable de la Religión, de la Fe.

Pero una vez en libertad de respirar el aire libre, el ambiente salino de los espacios y del Atlántico, aquel cráneo se había desprendido del círculo fúnebre con que se complacieron en rodearle, como preservativo inviolable contra las influencias exteriores.

Al fin se habían producido hendeduras en la dura é implacable barrera elevada por la enseñanza de los hombres, por la severidad de los maestros, absortos en la única idea de Dios; y he aquí que, asaltado fogosamente aquel día por todas partes, y á causa también de la disposición especial en que se encontraba, la Naturaleza conquistadora penetraba victoriosamente en aquel cerebro, recobrando el hombre que en otra época, en su infancia, le había pertenecido. Al cabo del largo tiempo pasado en el sacerdocio, le ablandaba de nuevo, haciéndole accesible á las ternuras, á las emociones humanas.

Inconsciente, como si hubiese estado sumido en un sueño, Pedro Kerbiriou proseguía su marcha, hundiendo con delicia sus pies en aquella arena, que cedía suavemente á cada uno de sus pasos, y mirando á su alrededor con una curiosidad insaciable.

Así fué como, sin experimentar el menor cansancio, sin saber dónde iba, costeó en toda su longitud la playa de Pennat, continuó ascendiendo por la otra pendiente escarpada del acantilado, que conduce al pueblo de Kerbonn, y después, atraído siempre por los encantos del Atlántico, se aventuró más lejos, siguiendo todos los contornos de la costa hacia la punta de Pois.

Al mismo tiempo acababa de producirse y desarrollarse en él un fenómeno particular.

La visión prolongada del Océano, el espectáculo vigorizador de las olas, el penetrante mugido de las ráfagas de viento que llegaban de alta mar, el tibio perfume de la landa, y la suave dulzura de las arenas, contribuyendo á la acción secreta ya realizada en él por la asidua sociedad de los seres cándidos y sencillos que constituían su rebaño espiritual, habían acabado por batir en brecha todo cuanto tenía de estrecho y de fanático en su aplicación demasiado estricta de la Religión.

Ahora, por una reacción inesperada era ya más accesible á concepciones más elevadas, más humanas.

Ya no le inspiraba tanta repugnancia, tan santo horror, aquella gente de allá abajo, aquel á quien le habían enseñado á considerar como enemigo; el mismo amor de los humanos, la misma sonrisa con que ambas miraban las cosas, parecían reunir secretamente aquellas dos personalidades al parecer tan distintas y contrarias, el sacerdote y el hechicero. En aquel momento, por la omnipotencia de su fuerza misteriosa, de su invisible acción, la naturaleza los hacía seres semejantes, iguales ante ella.

Olvidábase de sí mismo, sobrecogido de una piedad que no había sentido nunca, revolviendo en su mente cosas que jamás viera bajo un aspecto tan pacífico y consolador, y sus labios murmuraron:

– ¿Por qué no?

Un choque le detuvo bruscamente; su pie acababa de tropezar contra un fragmento de roca.

Alzó los ojos, y vió ante sí la sima, en cuyo fondo se agitaban aguas violentas, profundas, terribles; por instinto se agarró á las peñas acumuladas á su alrededor, y tuvo la vaga sensación de que había estado á punto de caer en el abismo.

Después, volviéndose hacia el Sud, distinguió allá abajo, ante sus ojos, un promontorio que se destacaba como un centinela avanzado hacia el Atlántico.

¡El cabo de la Cabra!

El encanto acababa de romperse; el sacerdote se agarraba con más fuerza en el borde extremo de aquella sima, la gran seducción de la naturaleza, en el instante en que su corazón y su pensamiento iban á quedar sepultados, así como su cuerpo estuvo antes á punto de hundirse en el precipicio.

Entonces se pasó la mano por la frente, como para desechar del todo la obsesión, y de su boca, entreabierta por un secreto espanto, salieron estas palabras:

– ¡El abismo!.. ¡La herejía!..

Y de nuevo sus párpados se levantaron pesadamente, como si le hubiera costado algún trabajo alejarse de la visión de misericordia que le acosaba desde las grutas de Toulinguet; mientras sus miradas se fijaban tan pronto en las aguas espumosas que mugían en el Tas-de Pois, como en la punta de tierra que ocultaba la bahía de Douarnenez, aquella costa de miseria y desolación.

Sus manos se unieron instintivamente, cual si quisiera entregarse á la oración; en tanto que elevando su pensamiento á Dios, murmuraba suplicante:

– ¡Inspiradme, Señor!

Pero por más que suplicase, redoblando sus invocaciones á la Divinidad, ninguna señal del cielo, ningun indicio exterior venía á indicarle la conducta que debía observar.

Y cuanto más se fijaban sus miradas de dolor y de inquietud en la forma lejana de aquella landa salvaje, donde Nedelek Goalen habitaba, más sentía renacer en él, casi feroces, los odios sacerdotales que la Iglesia le había infiltrado en las venas, y que en otro tiempo llenaban su corazón.

Suave y desapiadadamente, bajo el brusco soplo del fanatismo, la obra efectuada antes por la naturaleza se desmoronaba y desaparecía para no dejar allí, en aquella punta de pórfido, frente al Hechicero, más que la figura y el alma del sacerdote.

Al cabo de algunos instantes de suprema indecisión, Pedro Kerbiriou exhaló un profundo suspiro y decidióse á tomar de nuevo el camino de Camaret.

¿Qué diría Mariana? ¿Cómo anunciarle que entre su conciencia de sacerdote y su deber de hombre no vacilaba ya, y que sacrificaba á su sobrino á sus convicciones de cristiano?

– ¡Dios sabe, sin embargo, cuánto le amo!, exclamó. ¡Si el Señor quisiese tomar mi vida á cambio de la suya, yo se la daría contento!..

Cuanto más se acercaba á Camaret, más vacilaba en volver al presbiterio. Pasó de la iglesia, y después tomó el camino que conduce á Crozon y al Fret, con la vaga intención de ir á orar sobre la tumba de su hermana y pedirle perdón de lo que hacía.

Llegado ante la verja del cementerio, retrocedió,

temblando ante el pensamiento de ir á decir á la muerta:

–¡Tu hijo, el hijo que me confiaste, va á morir, y yo no lo haré todo para salvarle, puesto que rehuyo la única cosa que aún podría intentar!

Y trató de hacer reflexiones, objetando:

–¡Era cristiana, y aprobará mi conducta!

De nuevo echó á andar al acaso mientras sus labios balbuceaban:

–¡Que la santa Virgen me aconseje!.. ¡Señora de la Roca, protectora de los desgraciados en peligro, á ti me encomiendo!.

Las dudas le asaltaban de nuevo.

Era tal su perturbación, que ya no sabía ni siquiera dónde se hallaba; pero una bifurcación del camino le detuvo.

Sus ojos se fijaron en la cruz de tosca piedra que imperiosamente los atraía y que se elevaba un poco más allá del cementerio, en la ramificación del estrecho camino que se desvía de la arteria principal para conducir al pueblo de Kerhoz.

Aquella cruz, conocida con el nombre de cruz del Lobo, con motivo de cierta leyenda olvidada, flanqueaba en otro tiempo el lado izquierdo del camino y pertenecía al común de Camaret; pero trasladada ahora á la derecha, depende de Crozon.

–¡La cruz!, gritó el sacerdote.

Esta cruz, antigua piedra druídica, es como el sello característico de aquella curiosa tierra de Bretaña, donde se ven menhirs sobrepuestos del símbolo sagrado y dólmenes con el emblema católico. Diestramente, y siempre que pudo, la Religión se apoderó así de la leyenda, y en vez de destruir el monumento idólatra de los druidas, le transformó, imponiéndole su cruz.

Aquel recuerdo iluminó el espíritu de Pedro Kerbiriou, y exclamó de pronto:

–¡He aquí la indicación!

Pensaba en aquellas cruces plantadas por los primeros misioneros de Bretaña sobre las Piedras malditas

¿Por qué no procedería él del mismo modo? Seguramente, para él era un deber piadoso acudir al llamamiento del Hechicero, hacer penetrar así la cruz en la morada sospechosa, en pleno país pagano, y transformar la casa idólatra en santuario de la cristiandad. Jamás tendría mejor opotunidad de llevar á cabo aquella misión de apóstol de que se había encargado en el país. Salvando á su sobrino, su acto serviría al mismo tiempo á la causa de la Religión y á la gloria de Dios.

Y con la cabeza alta y la mirada segura exclamó:

–¡Iré á la casa del Hechicero!

Pocos instantes después dirigíase á la capilla de Nuestra Señora de Roc Amadour para dar gracias á la Virgen por la inspiración que le había enviado, y pedía á Marhadour que le condujese al cabo de la Cabra.

IV

El padre Pedro Kerbiriou era hombre de aquellos que una vez adoptada su resolución se encierran en ella como en un círculo de hierro, como en un artículo de fe, y suceda lo que quiera, van hasta el fin.

Fortalecido por la oración que acababa de elevar en la pequeña capilla, y bien convencido de que la inspiración tan inopinadamente transmitida por la vista de la cruz del Lobo llegaba directa del cielo, dictándole la conducta que debía observar, subió al carricoche de Marhadour sin ninguna de las vacilaciones que antes hacían latir con tanta violencia su corazón.

Al principio su conductor, poco acostumbrado á estar mucho tiempo silencioso, había tratado de trabar conversación con el sacerdote, aguijoneado por la ardiente curiosidad de averiguar á qué iba el rector de Camaret á casa del sospechoso personaje de la landa; mas le contuvo en el acto, al pronunciar las primeras palabras, una mirada tan severa, un mutismo tan grave, que comprendió muy pronto que más le valdría no mezclarse en aquel asunto y guardar sus preguntas para mejor ocasión.

Absorbiéndose en sus reflexiones y contestando apenas distraídamente con una ligera inclinación de cabeza á los saludos que le dirigían aquellos de sus feligreses á quienes encontraba en el camino, el sacerdote no pensaba más que en el paso que iba á dar, en el carácter sagrado de la misión que desempeñaba.

Hasta que ocurrió aquel incidente de la cruz de la Misión, no se había ocupado nunca particularmente del hombre á cuya casa iba; mas en el momento de abordarle por vez primera, de entrar en relaciones con él y de hablarle, las ideas se acumulaban tumultuosas en su interior, llevando á su cerebro, con la brusca confusión de un torrente, todo cuanto había aprendido, todo lo que la Iglesia le había enseñado en este punto especial, y asombrábale que se produjera el terrible caos en su espíritu.

Cuando hubo pasado de Crozon, y después de Morgat, comenzando á subir por el camino que conducía al cabo de la Cabra, fué cuando sus ideas se concentraron haciéndose más opacas.

A medida que avanzaba, una desconfianza propiamente eclesiástica, una verdadera desconfianza de sacerdote de la Edad media penetraba de nuevo en su corazón al pensar en aquel solitario, acostumbrado á los parajes sospechosos, á la landa, á la soledad de la costa brava, á vivir en la inmediación de aquellas piedras perturbadoras, de los menhirs, de los dólmenes, de los monolitos, contaminados de idolatría y que ningún símbolo religioso había relevado aún de su decadencia.

En su opinión, al obstinado descendiente de los druidas era á quien iba á combatir por el bien de la Iglesia. A fin de fortalecerse en su misión, trataba de recordar los nombres de los grandes santos bretones que habían convertido poco á poco el país, é imaginábase que lo mismo que ellos, estaba en camino para destruir la última guarida del paganismo armoricano.

Por eso le acosó también el recuerdo enojoso de los actos de aquellos antepasados de la religión gala, echados poco á poco de todas las provincias, y refugiados por último en Bretaña.

La elevada meseta, donde el vehículo penetraba ahora, debía ser seguramente una de aquellas que les servían para su señal de resurrección durante la famosa ceremonia de la noche del 1.° de noviembre.

Pedro Kerbiriou creía asistir á la misteriosa fiesta: por doquiera se habían apagado los fuegos; todo estaba sumido en la obscuridad de la noche; todo parecía la muerte; mas un resplandor fulguraba de improviso en el cabo de la Cabra, el sitio más alto del país, y al punto se encendían otra vez los fuegos en todas las casas, reinando entonces la alegría, el bullicio, la vida, el renacimiento de los seres y de las cosas.

¡Allí también, como en la punta del Raz, se debieron oir, alrededor de aquellas cortaduras, entre los mugidos de la tempestad, los lamentos de las almas que pasaban, y que los pescadores de las costas conducían, temblando, á la isla de Sen, para que comparecieran ante el tribunal supremo de Senham, juez de los muertos!

Y los conocidos versos del poeta latino Claudiano le perseguían con sus sílabas siniestras, evocadoras de espectros:

¡Los habitantes de esta orilla oyen las sombras que llegan y gimen, y ven pasar el pálido fantasma de los muertos!

Después le perseguía otro recuerdo, el de aquella palabra fatídica de Merlín el Encantador, retenida en un rincón de su memoria:

«¡El polvo de los Antiguos renacerá!.»

Y el Hechicero le parecía un resto de ese polvo idólatra, que trataba de renacer.

¿Qué era, en efecto, sino un hechicero aquel pastor acostumbrado á leer el tiempo en la naturaleza, en el brillo de los astros, en los estremecimientos de la landa y en los colores del mar?

No tenía más ciencia que la prolongada observación de las cosas, ni más remedios que el uso continuo de las plantas, de las hierbas cogidas con cierta inteligencia en los campos; pero todo esto se hallaba en desacuerdo con las instituciones de la Iglesia.

El sacerdote exclamó en voz alta:

–¡Cura sin tener derecho para ello!

Y más bajo, con una violencia envidiosa:

–¡Se atreve á infundir esperanzas, á comunicar alegrías misteriosas sin tener derecho para hacerlo!.. ¡Sustituye al médico, al sacerdote, á todo!..

Esto hacía volver su pensamiento á toda aquella fantasmagoría de los fuegos fatuos, de los conjuros, de las lavanderas nocturnas, visiones sospechosas, emanaciones de abajo, que son el duende de otro tiempo, el espíritu familiar de las ruinas de la Edad media, pero obscurecido por el transcurso de los siglos, por el ambiente particular de Bretaña, y no alegre, como se le representaba, sino triste y lúgubre, cual conviene á ese país de naufragios, donde reina el pensamiento de la muerte.

¡Aquellos debían ser sus consejeros, sus colaboradores, sus cómplices!

El sacerdote, á pesar de su fe cristiana, á pesar de las protestas de su razón contra aquellas locas ideas, movió los hombros, como si hubiese soplado bruscamente sobre él un viento de hielo; y sus ojos vagaron por aquel país de miseria y desolación, pareciéndole que el terreno era propicio para las evocaciones peligrosas, un asilo maldito, el refugio del conventículo.

Y en aquel instante sentía contra el Hechicero, más reconcentrado que nunca, ese odio de la Iglesia de otro tiempo, la Iglesia que predicaba la resignación, que hablaba de la vida como de una vida de pruebas, de un valle de lágrimas, y combatía á los curanderos de los males físicos.

Recordaba con cierta turbación que en la Edad media, la Iglesia consideraba á la naturaleza como sospechosa, como impura, y hubiera querido afirmar altamente esta repulsión, este antiguo temor del cristianismo ante la naturaleza, trastornado aún por el secreto atractivo que había experimentado la víspera á la orilla del mar, y que se ocultaba en el fondo de su alma bretona.

¿No se había llamado á Satanás, no sólo príncipe del mundo, príncipe de las tinieblas, rey de los muertos, sino también príncipe de la naturaleza?

Y al recordarlo, le inquietó la idea de haber sufrido tal vez, como su divino maestro en la Montaña, el ataque del inmundo Enemigo.

El vehículo de Marhadour llegaba á la cúspide del camino, y el conductor dijo entonces, señalando la izquierda:

–Si hubiéramos tomado por el antiguo camino, señor rector, habríamos costeado lo que llaman las alineaciones de Kercolleoc'h, piedras del tiempo antiguo que, según asegura la gente del país, se encontraban por toda la landa...

El sacerdote hizo un movimiento instintivo, como si quisiera retroceder; frunció más las cejas, y entrando en otro orden de ideas, se limitó á exclamar:

–¡Las Piedras!

En esta palabra, así articulada, encerrábase toda su reprobación de sacerdote contra la cosa maldita, contra aquellos restos de la religión bárbara y reprobada. Alrededor de aquellos vestigios de los druidas bailaban las hadas enanas y los *Kowrig-Gwans*, durante la noche, á la luz de la luna ó bajo el fino velo de la niebla; y asegurábase también que en la noche de Navidad aquellas Piedras se desviaban de su sitio, paseábanse é iban á bañarse en las fuentes como seres animados. Hasta se citaba el caso de algunas que, trasladadas á otro punto á fuerza de caballos, volvieron al día siguiente al sitio que antes ocupaban.

Pedro Kerbiriou sabía que los Concilios debieron ocuparse del asunto; tal era la importancia que tenían en la imaginación de los Bretones, los cuales conservaban el culto supersticioso por algún tenaz y continuo atavismo, y no ignoraba que acordaron prohibir que se fuera á orar ante aquellas Piedras ó á encender fuegos.

–¡Las Piedras..., los druidas..., el Hechicero!.., repitió con una especie de exaltación.

Una atmósfera enemiga le rodeaba, pesando sobre él, él que era el Evangelio, el dogma católico, el cristianismo; mientras que aquel Hechicero, aquel descendiente de los druidas, representaba las leyendas, los invisibles de la landa y del mar, el paganismo.

Poco á poco estimulóse con la idea de no comprometerse á nada con aquel á quien iba á visitar, de tratarle como enemigo, olvidando sus primeras ideas caritativas, olvidando la enfermedad de su sobrino, y fanatizado por los espejismos de aquella tierra desolada. De vez en cuando Marhadour, castigando á su caballo, mientras silbaba vagamente algún canto nacional, dirigía furtivas miradas al sacerdote y murmuraba:

–¡Nuestro rector habla solo ahora!.. ¿Con quién puede habérselas?..

Aunque prestaba atento oído, no conseguía comprender los finales de frases, las exclamaciones que salían de la boca atormentada del cura, y refunfuñando añadía:

–¡Sin duda está hablando consigo mismo en latín!..

En cuanto á él, Marhadour, había conducido tan á menudo algún turista á pasear por el cabo de la Cabra, que aquellos míseros parajes no ejercían ninguna perniciosa influencia en su carácter naturalmente alegre, y tan sólo le hacían renegar á veces de la mala conservación del camino y de los enormes guijarros diseminados en las rodadas.

A pesar de todas las historias, verdaderas ó falsas, referidas acerca del Hechicero, él no veía en Nedelek Goalen sino un curandero más malicioso que los médicos, á quien hubiera pedido consejo sin vacilar, en caso necesario, considerando, en su cándida y sencilla filosofía, que al que cura es á quien debe uno dirigirse, y no á ningún otro.

Pedro Kerbiriou, por el contrario, gracias á su cultura y á su instrucción más refinada, experimentaba una serie de sensaciones que le perturbaban singularmente, poniendo su alma á la más dura prueba, inquietando sus creencias por el aspecto amenazador de los fantasmas que creía ver surgir á cada paso de aquel suelo maldito.

(Continuará)

BELLEZAS PERUANAS

Las fotografías que en esta página publicamos son la mejor demostración de la belleza de las mujeres del Perú; mas como pudiera creerse que se trata de excepciones cuidadosamente escogidas y no de una regla general, veamos lo que acerca de las peruanas, de su rostro, de su figura, de su carácter, dice uno de los viajeros que mejor han estudiado aquel pueblo, el escritor alemán E. W. Middendorf:

«El encanto de los rostros de las peruanas es de índole especial y consiste más que en la regularidad de facciones en la finura del corte de las mismas, especialmente de la nariz y de la boca. Los ojos son, por lo general, negros, grandes y rasgados; unas pestañas arqueadas hacia arriba aumentan á menudo su brillo y expresión. El color de su rostro es en muchas tan blanco como el de las europeas del Norte, pero en la mayoría tiene la piel un tinte amarillento ó un matiz aún más obscuro como la de las napolitanas. La palidez que en casi todas se observa es efecto sin duda del clima, de la falta de luz, no signo de debilidad ó de naturaleza enfermiza.

»El cuerpo de las peruanas es elegante, y sus movimientos graciosos y sueltos. Su encantadora manera de andar es consecuencia de la pequeñez de su pie. Raras veces se ven estaturas altas en las capitales: la generalidad de las mujeres son pequeñas. Visten con elegancia suma y llevan con la misma gracia los trajes más preciosos que las prendas más sencillas. Suelen vestir á la moda de París, pero sólo por la noche, pues por la mañana para ir á la iglesia ó de tiendas conservan un resto del antiguo traje nacional, el manto, especie de pañolón negro de unos dos metros en cuadro con el que se cubren la cabeza y el cuerpo. Los mantos pueden ser de muy diversas clases, de lana fina ó gruesa para el invierno, y en verano, para las personas acomodadas, de una tela china de seda transparente, llamada vapor ó crespón de la China: esta tela especial, de espeso tejido, que parece gruesa y sin embargo es sumamente ligera, es lisa ó con bordados de seda negra en los ángulos. Las jóvenes suelen llevar pegado al manto y en el trozo que corresponde á la frente un velo de encaje negro que les llega hasta la boca. El manto favorece mucho á las muchachas, y es sobre todo sumamente cómodo, pues puede ponerse sobre el más sencillo traje de casa y permite á las señoras salir á la calle sin peinar.

»Las peruanas hablan con extraordinaria rapidez, pero articulan las palabras muy claramente: esta manera de hablar sería poco menos que imposible en un idioma muy rico en consonantes, como el alemán, y aun en los hombres hace un efecto desagradable: en las mujeres, en cambio, resulta gracioso y grato al oído. Antiguamente se las censuraba porque hablaban demasiado alto y porque se reían demasiado fuerte; pero hoy no se encuentra en ellas este defecto, pues todas hablan en tono natural.



»En la actualidad no se observa en las peruanas la viveza en las réplicas que en otro tiempo les dió tanta fama y que era consecuencia de la costumbre, entonces admitida entre las damas de la mejor sociedad, de salir á la calle con el rostro tapado y conversar de esta suerte con cualquiera. Con la protección del velo soltábanse las lenguas femeniles, libres de las trabas que la prudencia ponía en ellas en la vida ordinaria, y entablaban con los hombres chispeantes diálogos, que eran acogidos con grandes carcajadas por el público que se agrupaba alrededor de las parejas.

»Las peruanas son excelentes madres de familia, pero por lo general tienen el defecto de mimar demasiado á sus hijos, de mostrarse demasiado complacientes con ellos. No saben negarse á sus deseos, por lo cual la educación resulta viciosa; siendo un hecho verdaderamente digno de admiración y que dice mucho en pro de las cualidades morales de aquel pueblo, el que tanta complacencia y tanto mimo no produzcan, como en realidad no producen, malos resultados en la juventud.

»Se ha dicho que las peruanas son inconstantes, coquetas y caprichosas; pero en esto hay mucha exageración: las muchachas del Perú son lo que podríamos llamar niñas mal criadas, en el mejor sentido de esta frase, pero muy buenas en el fondo, dotadas de excelente corazón y de clara inteligencia y se amoldan perfectamente á las necesidades de la vida. Otros de los defectos que en ellas se censuran son su afición al lujo y su prodigalidad, consecuencia de las costumbres que la gran riqueza de aquel país creó en otro tiempo. Hoy la riqueza ha disminuído considerablemente, pero aquellos defectos subsisten.»

Dos líneas no más por nuestra cuenta para terminar.

¿Cabe calificar de defectos los que el autor alemán señala en las peruanas, cuando él mismo nos ha dicho antes que éstas saben amoldarse á todas las necesidades de la vida?

En nuestro concepto, no merecen tal calificativo; pero aunque lo fuesen, no por esto desvirtuarían gran cosa los méritos y las cualidades físicas y morales que á las peruanas adornan.

De todos modos, las hijas del Perú pueden estar contentas del juicio que al Sr. Middendorf han merecido, concepto que cabe calificar de imparcial por tratarse de quien ni por afinidades de raza, ni por otras razones que en los publicistas de origen latino podrían concurrir, debió considerarse obligado á decir más de lo que sentía. – X.



Bellezas peruanas (de fotografías de Curret, de Lima)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

PANORAMA NACIONAL. – Se han publicado los cuadernos 8 y 9 de esta notable publicación, que edita D. Hermenegildo Miralles. Contiene el primero 16 vistas fotográficas y el segundo 14 y un gran panorama de Mallorca, todas muy bien escogidas y ejecutadas, y se venden á 70 céntimos cada uno.

TOS, SUS CAUSAS Y TRATAMIENTO (al alcance de todos), por *D. Agustín Bassols y Prim.* – Estudio concienzudamente hecho de este fenómeno, síntoma de tantas enfermedades, de sus causas y formas diversas, seguido de algunas oportunas advertencias para evitar la tos.

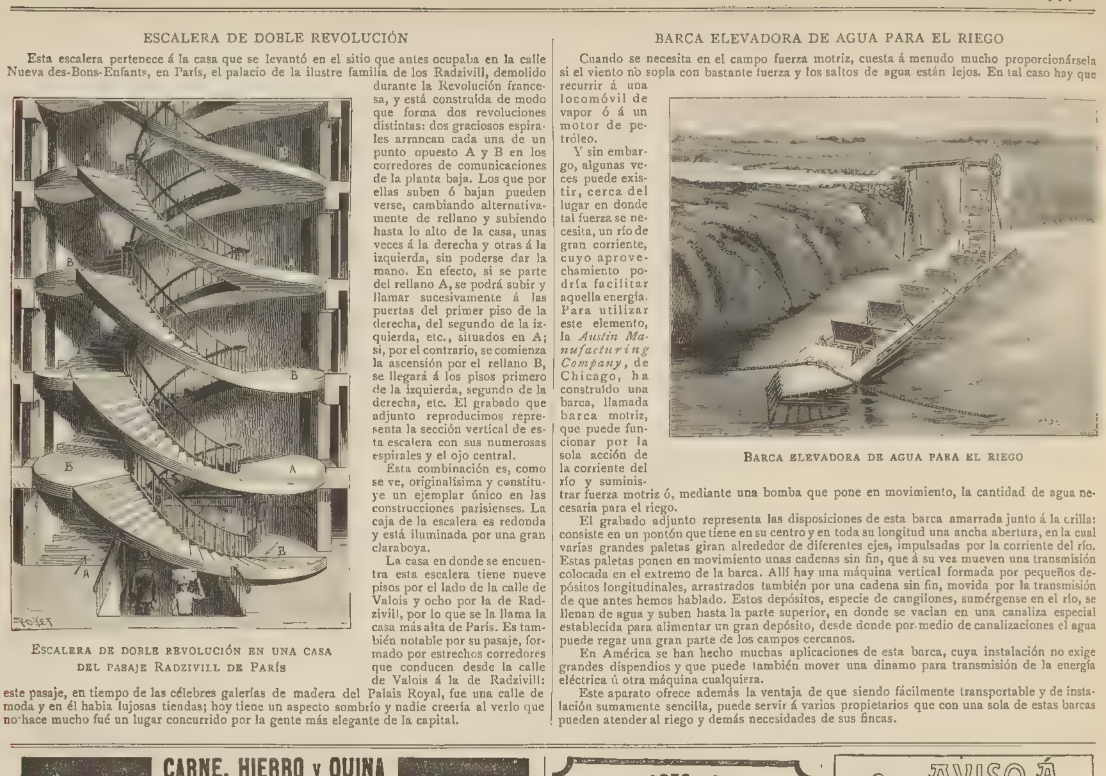
MONASTERIO DE SANTAS CREUS, por *D. Juan B. Pons Traval.* – Interesante memoria sobre este importantísimo monumento de la provincia de Tarragona, leída en la excursión verificada á dicho monasterio por la Asociación de Arquitectos de Cataluña, en 29 de mayo de 1892, y publicada recientemente por acuerdo de ésta. Es un trabajo muy notable, no sólo por los datos valiosos que contiene, sino que también por las consideraciones atinadas y los juicios profundos que acompañan á la parte descriptiva. El texto va ilustrado con profusión de bellísimos grabados que reproducen el monasterio en su conjunto y en los principales detalles.

EL EJÉRCITO ESPAÑOL. – El conocido impresor y editor de esta ciudad D. Luis Tasso ha empezado á publicar un álbum dedicado al ejército. El primer cuaderno contiene 16 autotipias tiradas en excelente papel, que reproducen escenas de la vida de cuartel y de campaña de las distintas armas, y dispuestas de tal modo que una vez terminada la publicación podrán encuadernarse separadamente las correspondientes á cada arma. *El ejército español* es de verdadera actualidad, y por esta razón, por sus condiciones materiales y por su baratura, no dudamos de que tendrá éxito completo. Véndese en la librería de Arturo Simón (Rambla de Canaletas, 5) y en las principales librerías á 80 céntimos.

SALIRSE DE SUS CASILLAS Y ¡QUÉ FIEL ES GUNDEMARO!, por *P. Gómez Candela* y *J. López Costa.* – Sainete en un acto y en verso, recientemente estrenado con extraordinario éxito en el teatro Maravillas, de Madrid, y con igual éxito representado en varios teatros de provincias.

ESCALERA DE DOBLE REVOLUCIÓN

Esta escalera pertenece á la casa que se levantó en el sitio que antes ocupaba en la calle Nueva des-Bons-Enfants, en París, el palacio de la ilustre familia de los Radzivill, demolido durante la Revolución francesa, y está construída de modo que forma dos revoluciones distintas: dos graciosos espirales arrancan cada una de un punto opuesto A y B en los corredores de comunicaciones de la planta baja. Los que por ellas suben ó bajan pueden verse, cambiando alternativamente de rellano y subiendo hasta lo alto de la casa, unas veces á la derecha y otras á la izquierda, sin poderse dar la mano. En efecto, si se parte del rellano A, se podrá subir y llamar sucesivamente á las puertas del primer piso de la derecha, del segundo de la izquierda, etc., situados en A; si, por el contrario, se comienza la ascensión por el rellano B, se llegará á los pisos primero de la izquierda, segundo de la derecha, etc. El grabado que adjunto reproducimos representa la sección vertical de esta escalera con sus numerosas espirales y el ojo central.



Escalera de doble revolución en una casa del pasaje Radzivill de París

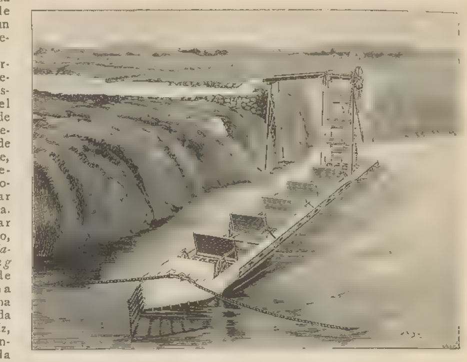
Esta combinación es, como se ve, originalísima y constituye un ejemplar único en las construcciones parisienses. La caja de la escalera es redonda y está iluminada por una gran claraboya.

La casa en donde se encuentra esta escalera tiene nueve pisos por el lado de la calle de Valois y ocho por la de Radzivill, por lo que se la llama la casa más alta de París. Es también notable por su pasaje, formado por estrechos corredores que conducen desde la calle de Valois á la de Radzivill: este pasaje, en tiempo de las célebres galerías de madera del Palais Royal, fue una calle de moda y en él habia lujosas tiendas; hoy tiene un aspecto sombrío y nadie creería al verlo que no hace mucho fué un lugar concurrido por la gente más elegante de la capital.

BARCA ELEVADORA DE AGUA PARA EL RIEGO

Cuando se necesita en el campo fuerza motriz, cuesta á menudo mucho proporcionársela si el viento no sopla con bastante fuerza y los saltos de agua están lejos. En tal caso hay que recurrir á una locomóvil de vapor ó á un motor de petróleo.

Y sin embargo, algunas veces puede existir, cerca del lugar en donde tal fuerza se necesita, un río de gran corriente, cuyo aprovechamiento podría facilitar aquella energía. Para utilizar este elemento, la *Austin Manufacturing Company*, de Chicago, ha construído una barca, llamada barca motriz, que puede funcionar por la sola acción de la corriente del río y suministrar fuerza motriz ó, mediante una bomba que pone en movimiento, la cantidad de agua necesaria para el riego.



Barca elevadora de agua para el riego

El grabado adjunto representa las disposiciones de esta barca amarrada junto á la orilla: consiste en un pontón que tiene en su centro y en toda su longitud una ancha abertura, en la cual varias grandes paletas giran alrededor de diferentes ejes, impulsadas por la corriente del río. Estas paletas ponen en movimiento unas cadenas sin fin, que á su vez mueven una transmisión colocada en el extremo de la barca. Allí hay una máquina vertical formada por pequeños depósitos longitudinales, arrastrados también por una cadena sin fin, movida por la transmisión de que antes hemos hablado. Estos depósitos, especie de cangilones, sumérgense en el río, se llenan de agua y suben hasta la parte superior, en donde se vacian en una canaliza especial establecida para alimentar un gran depósito, desde donde por medio de canalizaciones el agua puede regar una gran parte de los campos cercanos.

En América se han hecho muchas aplicaciones de esta barca, cuya instalación no exige grandes dispendios y que puede también mover una dinamo para transmisión de la energía eléctrica ú otra máquina cualquiera.

Este aparato ofrece además la ventaja de que siendo fácilmente transportable y de instalación sumamente sencilla, puede servir á varios propietarios que con una sola de estas barcas pueden atender al riego y demás necesidades de sus fincas.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 23 de noviembre de 1896 — Núm. 778

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ISLAS FILIPINAS

Un tipo de mestiza con el elegante y vistoso traje del país

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de poner en conocimiento de nuestros suscriptores que en uno de los próximos números de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se repartirá el prospecto correspondiente al año entrante, por el cual podrán enterarse de las importantes obras que preparamos para continuar la serie de las que forman la **Biblioteca universal**, con tanto aplauso recibidas hasta el presente.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DÍAS NUBLADOS

Por una vez, los hechos sociales tienen lógica: no siempre hemos de ser el pueblo de los viceversas. – Digo esto fundándome en que los teatros de Madrid sufren una crisis penosa, y á excepción del Español, único que resiste á la mala racha, se encuentran en peligro de cerrar sus puertas bien pronto. Claro que este es un caso de los más sencillos y naturales: á tantas calamidades como pesan sobre España; á tantos duelos, lágrimas y lutos, corresponde exactamente el descenso del bolsillo y del humor y el absenteísmo del público. Sólo que aquí, en esta bendita tierra siempre original, no valen correspondencias. El día en que deberíamos ser Heráclitos, con un pañuelo del tamaño de una toalla, somos el Demócrito que se descalza de risa; el día en que no tenemos un ochavo le rompemos la crisma á una onza; el día en que nos embargan convidamos al alguacil; el día en que hacemos bancarrota organizamos una corrida monstruo, y el día en que nos entierran resucitamos tocando las castañuelas y zapateando seguidillas gitanas. Ni pizca me hubiese maravillado si este año, este año precisamente, los empresarios se redondeasen y las confiterías se excediesen á sí mismas en la próxima Navidad.

¿Es un bien ó es un mal este desahogo y este *qué se me da á mí* de nuestra raza? ¿Somos héroes ó somos figurones de piedra berroqueña? ¿Tenemos el alma de un Marco Aurelio ó almas de cántaro? El problema es curioso desde el punto de vista de la psicología etnológica – (dos palabras muy feas y que parecen pedantescas; me lo parecen á mí, que acabo de trazarlas). – Quiero decir, en castellano claro como el agua, que me gustaría averiguar por qué razón se diferencian tanto las gentes sin más que nacer del lado allá ó del lado acá de una cordillera. Ahí están esos franceses, que después de veintiséis años no se han consolado de las desventuras de la guerra. Se diría que no piensan en otra cosa: al menos hablan de ello tan á menudo, que es de creer que lo tienen siempre presente. Ha nacido una generación nueva, la de entonces es casi vieja, y sin embargo el escozor no se les quita; la hora de la prescripción no llega. Nosotros, aunque en el primer momento nos tragamos el mundo, difícilmente cultivamos con paciencia un sentimiento nacional. Quizás, lo repito, sea éste un don feliz, que debamos agradecer á la naturaleza.

A pesar de nuestra flema, este año hemos llegado á impresionarnos con lo que nos sucede. El caso no es para menos. Dos guerras coloniales nos devoran. Nos cuestan sangre; pero sangre y valor nadie negará que aquí abundan, y por falta de esa *primera materia* animosa, de ese protoplasma heroico, no ha de plegarse jamás nuestra bandera. Por desgracia no basta la sangre. El dinero es el nervio de estas guerras sostenidas á tal distancia, contra tales enemigos, y sobre todo contra tales climas. El dinero no es inagotable, ni es ¡ay! lo que más nos ha sobrado nunca... No nos sobraba cuando venían los galeones de Méjico cargados de barras de plata; ¿qué será hoy, cuando por el contrario es nuestra pobre plata la que se va á derretir bajo el sol de Cuba y entre las ondas del archipiélago filipino?

En esto del dinero ven todos la clave de los acontecimientos futuros. Aliento, lo hay para más aún de lo que traemos entre manos. Lástima que el aliento, la resolución, la constancia, el desprecio de la muerte – las grandes virtudes españolas – no puedan acuñarse y correr por moneda. Siempre la hidalguía tropieza en ese miserable obstáculo del dinero. ¡Impura realidad! Los soldados gastan, gastan muchísimo, aun cuando los cuitados de ellos no pasan vida regalada, ni cosa que se le parezca. ¿De dónde van á salir las misas de los fusiles, las misas de tanta gente como allá enviamos? En este esfuerzo supremo ¿quién nos ayuda? ¿Qué Wéllington, qué tropas auxiliares nos prometen socorro? ¿Son ilimitados nuestros recursos? ¿Resistiremos? ¡Tristísimo problema! No habría nadie capaz de vencernos, si se lidiase sólo con el alma... y aun con el cuerpo. El Aquiles español tiene el punto vulnerable en la faltriquera...

No son sólo los teatros los que se resienten de esta situación tan angustiosa. Los salones permanecen cerrados: no se baila. Y el baile – que parece cosa tan frívola – es un elocuente síntoma social y hasta político. Según se siente, así se danza. En las saturnales revolucionarias se bailaba la grosera y cínica carmañola; en las voluptuosas fiestas del Directorio empezó á aparecer el vals sugestivo y febril. Cuando la juventud, á quien impulsa al movimiento el hervor de su sangre y la integridad de sus fuerzas, no baila, es que un marasmo profundo ó una inquietud devoradora dominan á la sociedad. La acción de abrir un piano, de preludiar un rigodón, de organizarlo, ha llegado ya á tener cierto carácter inconveniente. Nadie prohibe los bailes, y sin embargo los bailes disminuyen; la melancolía y la austeridad del Palacio Real, con sus puertas cerradas desde antes de media noche, se infiltra, se comunica á las mansiones aristocráticas; sin querer, por el contagio de las amarguras y las zozobras que todo el mundo sufre, imita la burguesía este proceder de las altas clases; y el raudo cotillón es un proscrito, que espera la llegada del carnaval para presentarse tímidamente, con sus bandejas de baratijas, los abanicos japoneses, los moños de cinta con cascabeles dorados, los espejillos y las sombrillas de colorines... ¡Ay del cotillón! ¡Qué cara tan mustia tiene el cotillón interminable y clásico, la *sangría suelta* de baile, favorable á los enamorados; qué alicaído está, qué mudo su vibrante ritmo, qué lacias sus flores, qué silenciosas las sonajas de sus panderetas!

Fué ayer cuando una tarde veraniega, límpida, más bien fresca, de esas tardes de terciopelo que tiene el estío en Galicia, se reunió bastante gente joven debajo de los árboles de mi Granja, y bailaron en el amplio hemiciclo, que sombrean acacias enormes. Pues bien: uno de aquellos muchachos, casi niños, ya pagó su tributo á la muerte, bajo el firmamento turquí de la Habana, mortífero para el peninsular. Increíble nos parece, á los que recordamos al jovencillo, imberbe y rubio, que haya sido la guerra la que segó su vida cuando alboreaba; pero ¿quién no tendrá hoy en su familia, entre sus amigos, de estos dolores, de estas impresiones que son como una ducha glacial, algo que corta el aliento? ¿Cómo sería posible que el cotillón no se escondiese tras las cortinas de seda, avergonzado, encogido, temeroso de moverse, no vayan á tilintear con imprudencia los dorados cascabeles y á repicar las sonajas argentinas, gozosas como una plática de amor á los veinte años?

Y en cuanto á los teatros, no creo que pueda salvarlos de la crisis ni la Paz y Caridad... Me han asegurado que uno de los más importantes ya habría dado fin á la temporada, á no tener fija la esperanza en el drama de Dicenta, que todavía no ha principiado, cuando esto escribo, ni á ensayarse. La fortuna y la popularidad de *Juan José* engolosinan al empresario. ¡Si saliese otro drama tan aplaudido, tan comentado, tan bien acogido, tan prohibido! ¡Si le naciese á *Juan José* un hermanito chico que se le pareciese mucho en la buena sombra! Porque, debemos reconocerlo, *Juan José* tuvo sombra; la tuvo hasta en causar espanto á mucha gente, que tal vez se asustó más de lo que el caso requería. En un periódico tradicionalista leí no ha mucho esta frase á lo Veuillot: «Satanás y Dicenta pueden regocijarse; han conseguido su objeto...» ¡Satanás y Dicenta! Yo no digo que *Juan José* sea un tratado de moral ni un cuadro edificante, ni una escuela de paciencia y resignación; es un drama de amor, y de amor nada petrarquista; pasa entre obreros, y por lo tanto no huelen á opoponax los personajes. De eso á convertirlo en manifiesto socialista... Bien se ve que en materia de literatura socialista no estamos aquí hechos á bragas, y nos hace llagas cualquier cosa. Si conociésemos bien, por ejemplo, las poesías revolucionarias de Burns, la de Nekrassof, la dolorosa *Canción de la camisa* de Tomás Hood... La literatura desesperada viene del Norte; Dicenta, realmente, ni aun en *Juan José* es un desesperado; sus obreros tienen rasgos de buen humor, cierta conformidad estoica en medio de la miseria; el fondo es sombrío, pero por la estrecha ventana de la buhardilla entra un rayo de sol, que es la pasión; porque, culpable y todo, cuando el alma conserva energía para querer tanto, bien puede regenerarse; y *Juan José*, para regenerarse, ¿qué necesitaría? Haber tropezado con una mujer que le quisiese de veras y con un maestro de obras menos pillo.

Mientras no se estrena la nueva obra del consocio de Satanás, los teatros languidecen; y no sé por qué se ha levantado tal cruzada contra los sombreros de las señoras, precisamente hoy que la gente deserta de las butacas. Se declama á propósito de los sombreros, se reniega y maldice de ellos; pero nadie da en el *quid*, nadie comprende que las señoras no tienen la culpa. Las señoras están enseñadas á huir como del fuego de la menor originalidad, novedad ó excentricidad en la manera de conducirse. Lo único que no puede hacer una señora, so pena de gravísima reprobación y de exponerse á serios disgustos, es inventar costumbres. El tacto consiste en seguir las ya establecidas, paso á paso, con mesurado continente; ahí está el toque de lo adamado y señoril. ¿Qué dirían los mismos que incitan á las señoras á presentarse en las butacas sin sombrero, de la primer amazona que acometiese la fazaña? ¿Cómo juzgarían su conducta? De seguro que muy severamente, ó lo que es peor aún, con ironía y chunga. «Ha querido distinguirse y llamar la atención; no la guía la caridad, ni el respeto al derecho ajeno, al derecho del espectador que ha comprado su localidad y exige con razón ver el espectáculo; no; lo que busca la muy caridelantera es que la miren, que se fijen en ella, que la lleven y traigan.. » Eso dirían nuestros dulces y galantes señores de la primera ó de las diez primeras que les complaciesen quitándose el sombrero. No les arriendo la ganancia á las pobrecillas, como no se la arriendo jamás al que toma una iniciativa, por útil que sea, contraria al uso.

Los directores de los teatros sí que podrían resolver la cuestión, vedando el sombrero en las butacas. Sólo que los directores, por estos tiempos que corren, no están para perder ni un espectador. ¡Que vayan las señoras, calcularán ellos, así ostenten en la cabeza la nao Santa María!

Si las desgracias de la nación repercuten tan hondamente en la vida de las capitales, al fin más disipada, envuelta en el tráfago de asuntos y distracciones, pensad ¡qué será en el campo, donde las ideas son tan limitadas y tan escasos los temas de conversación! En las veladas junto al fuego donde se cuece el pobre caldo de berzas, alimento del campesino; en el atrio de la iglesia, á la salida de misa mayor, mientras se vocea y puja la gallina de las benditas ánimas del Purgatorio, creed que se habla de la guerra, de esa guerra lejana y misteriosa, tan mala de entender, tan enigmática para el aldeano. No pueden darse cuenta del por qué andamos á trastazos con los negros. Lo único que saben estos *mujiks*, estos hombrecillos del terruño, resignados, maliciosos á ratos, muy fatalistas, es que les llevan allá á sus hijos «á morir como moscas,» dicen ellos en su lenguaje pintoresco y gráfico. Lo único que saben es que las contribuciones arrecian; que los consumos, ese impuesto ya tan despiadado, tiene ahora una sazón diabólica con el aditamento de la sal; que se habla de una quinta de diez y ocho á cuarenta años, y que si esa leva formidable llega á ser un hecho, sólo quedarán para labrar la tierra las mujeres... «¡Y todo por los negros!,» añaden ellos con expresión de asombro. «¡Nada, por los negros! ¿Qué les hemos hecho á los negros?,» preguntan. Sería tan penoso desengañarlos, decirles que los negros no hubiesen danzado este horrible danzón del machete y de la tea, á no ser por los blancos, nuestros hermanos, sangre nuestra, mal que les pese, porque de los mansos indios de Cuba no queda ni la memoria.

A mi juicio, creen los aldeanos que Cuba es una inmensa isla llena toda de negros. Como aquí se pasan años sin ver á un negro y hay ancianos de setenta que no los han visto en su vida, suponen que el negro será un bicho, un feroz espantajo, una especie de monstruo con garras, piel de oso y ojos de lumbre. Así es que la idea de ir á batirse con esos endriagos, entre pantanos, malezas erizadas de agudas espinas, calor sofocante y lluvias sin término, les estremece. Que llegue, sin embargo, el momento, y los veréis ir resignados al cuartel, al buque, á la manigua. «Si está de Dios – dicen moviendo la cabeza, – también aquí podemos morir. Allá iremos todos, cuando Dios quiera...» Y hablando así, recogen la azada y prosiguen la labor.

EMILIA PARDO BAZÁN



EL DISCÓBOLO DEL PALACIO MASSIMO

(?) *noviembre de* 1784

Conocidísima y célebre estatua existente en el palacio Massimo en Roma



Por desgracia, sucede con esta obra del arte de la Roma pagana, lo que con una gran parte de las más hermosas producciones de los tiempos gentílicos de la ciudad del Tíber y de Grecia, descubiertas antes del siglo actual; ya por indicaciones desperdigadas en estudios históricos ó arqueológicos, bien por monografías (aun las más recientes), tan sólo puede conjeturarse el año en que las dichas obras fueron ó producidas ó descubiertas. De mí sé decir que aun registrando libros tan completos como el titulado *Musseo degli Stuy*, antes *Borbónico*, de Nápoles, y trabajos como el interesantísimo de Melani acerca de las más famosas obras de las escuelas italianas, no he logrado encontrar más que alguna indicación de la época, del año, y como propina, de cuando en cuando, del mes en que, como dejo dicho, esas obras fueron conocidas.

No dudo que mi poca erudición se ponga de relieve; pero confesando sinceramente esto que aquí confieso, ha de valerme también como atenuante la declaración de que, con buena voluntad he acudido á todas cuantas fuentes de verdadera historia de mí conocidas podrían ilustrarme. Y sirva de ejemplo esta estatua del *discóbolo lanzando el disco* que hoy conmemoro, de la cual sólo he podido llegar á saber que fué descubierta en el año de 1784, en la villa Negroni, existente entonces en el Esquilino, y que no conocieron (la estatua) la mayor parte de los arqueólogos y artistas de Europa hasta que, meses después del descubrimiento y con un estudio acerca de ella, la reprodujo Guattani.

***

Esta estatua, que representa á un *discóbolo lanzando el disco*, ha sido y es la más reproducida por los procedimientos gráficos; pues todos sabemos que existen bastantes estatuas antiguas representando la misma figura, aun cuando en actitudes distintas. Esta en que me ocupo hállase dispuesta del modo siguiente: El cuerpo del *discóbolo* aparece echado hacia adelante pesando sobre la pierna derecha, que es la que adelanta; la mano izquierda descansa sobre la rodilla de dicha pierna; la mano derecha, con que sostiene el disco que va á lanzar, está más alta que la cabeza de la figura, y parece, por la flexión del brazo, que es el último movimiento de adelante atrás con que los *discóbolos* daban impulso á la rodaja.

Nadie ignora el modo que tenían los jugadores de *disco* para lanzar éste. Cogían la rodaja, que era de madera muy poco fibrosa y muy consistente, empuñándola con la mano derecha y afianzándola contra una parte del antebrazo. Así sujeto el *disco*, se inclinaban mucho á tierra, plantando con fuerza los pies y formando ángulo con las rodillas. En tal disposición, el torso desnudo del jugador formaba un arco elegantísimo. Ya dispuestos para lanzar el *disco*, balanceaban el brazo derecho de adelante atrás, con violencia, para dar mayor impulso á la rodaja, que partía silbando; en seguida el *discóbolo* retiraba de la rodilla derecha la mano izquierda con que se había servido como de balancín para no perder el equilibrio, y de un salto se ponía en pie con la misma fuerza que la cuerda de un arco al volver á su tensión natural después de despedida la flecha.

Este era el modo ó posición, mejor dicho, adoptada generalmente por los *discóbolos;* pero como «cada maestrillo tiene su librillo,» que dice el adagio vulgar, no todos los jugadores de *disco* tomaban por entero la postura dicha, y de ahí que se adviertan variantes de alguna consideración en las estatuas antiguas que, representando *discóbolos*, han llegado hasta nosotros. Buena prueba de lo que digo es la figura del llamado *Discóbolo del Vaticano*, que se diferencia de ésta del palacio Massimo en la disposición de las piernas y en la de la mano y brazo izquierdos, así como la del *Britisch Museum*, que vuelve la cabeza hacia la derecha; pero las estatuas de *discóbolos* que rompen, ó por lo menos parece como que rectifican el descrito modo de lanzar el *disco*, son las dos de bronce que posee el Museo de Nápoles y que se encontraron en Portici el año de 1754; ambas estatuas aparecen con los brazos extendidos, echado el cuerpo adelante y con los ojos fijos, como si estuvieren atentos á la marcha de *discos* que hubieran acabado de arrojar. Cierto que varios arqueólogos creen ver en estas dos figuras las de dos luchadores preparándose á lanzarse el uno sobre el otro.

***

El *discóbolo lanzando el disco* del palacio Massimo parece ser una reproducción hecha por un escultor griego, acaso de la escuela de Rodas ó de Egina (aun cuando los artistas de la primera eran superiores á los de la segunda), del celebrado bronce de Myron que describe Quintiliano, y que algunos eruditos suponen que debía ser el retrato de Jacinto, *discóbolo tan bello como Apolo* y que perdió la vida trágicamente en su juego favorito. Otra estatua de *discóbolo en reposo*, tallada en mármol pentélico, existente en el Museo del Louvre, y que representa en efecto á un jugador de *disco* en actitud como de pensar, quieren los eruditos que sea copia de otra de bronce también y asimismo muy celebrada en la antigüedad, obra del escultor Naucides. Esta estatua, es decir, la de mármol, fué descubierta en la *vía Appia*, á unas tres leguas de Roma y durante el papado de Pío IV. Del Museo Vaticano pasó al del Louvre, en tiempos de Napoleón I, y hubo de ser restaurada (por cierto hábilmente), pues entre los desperfectos que tenía, uno de ellos era la falta del brazo derecho. Como la de Myron, ésta de Naucides fué muy reproducida en la antigüedad, y buena parte de esas reproducciones han llegado hasta nosotros.

***

El *discóbolo* era un atleta que antes de llegar á poder tomar parte en los concursos públicos de este género debía pasar por una larga educación gimnástica, comenzando por la carrera, con el objeto de procurarse el mayor desarrollo muscular posible en las piernas y en la caja del pecho; pues entre las varias condiciones precisas para el juego del *disco*, dos de éstas eran resistencia de jarretes y capacidad extraordinaria torácica para contener el aire preciso que requerían los fuertes movimientos de rotación que para lanzar la rodaja debía efectuar el *discóbolo*. Muchas veces, y á pesar de la fuerza casi inverosímil de riñones del jugador y de la firmeza de sus piernas, al lanzar el *disco*, aquél perdía el equilibrio é iba á chocar violentamente con la tierra ó con los muros del lugar donde se celebraban los juegos. He aquí cómo Emeric David, tomándolo de Filostrato, describe el momento supremo en que Jacinto lanza el *disco*: «El muslo derecho, muy inclinado, soporta el peso del cuerpo. Inclina hacia adelante el torso y la cabeza. La pierna izquierda sin tocar la tierra y siguiendo el movimiento del brazo derecho. Volvía la cara hacia la derecha. El cuerpo, por la acción de los riñones y de los jarretes, indicaba el momento en que debía dar el salto, al lanzar la rodaja, Apolo estaría en la misma actitud. Jacinto era tan hermoso como Apolo. Sus talones eran finísimos, sus ligeras piernas anunciaban su rapidez en la carrera. Los contornos de sus muslos eran el encanto de la vista, á pesar de la nobleza del resto de sus miembros. En su amplísimo pecho se encerraba una cantidad considerable de aire, y en fin – sigue escribiendo Emeric David, siempre tomando de Filostrato la descripción, – se adivinaba á través de tanta belleza la perfección de su contextura ósea.»

La primera estatua de *discóbolo* de que se tiene noticia es la existente en la Gliptoteca de Atenas. Pertenece, según afirma el sabio historiógrafo de estas materias D. Pedro Madrazo, al período arcaico de la escultura helena; y como todas, es la representación iconográfica de un jugador, pues nadie ignora que tal era el premio que los griegos otorgaban á los vencedores. Por esta razón es tan grande el número de estatuas de *discóbolos* que se guardan en Museos y galerías, pues todos los años se celebraban esos concursos de *disco*, que era uno de los juegos olímpicos.

Y antes de terminar esta *efeméride* debo hacer constar que he visto reproducida en algunas publicaciones artísticas la estatua del *discóbolo* del Museo Vaticano, que se admira en la sala *della Viga*, como mejor copia de la de bronce de Myron, cuando en realidad es la del palacio Massimo. Distínguense la del Vaticano de esta otra en que descansa la pierna izquierda de la figura en el tronco de un árbol, y de este detalle no hace mención Quintiliano, al menos en las citas y traducciones que he leído.

R. BALSA DE LA VEGA

DE LA MUERTE Á LA VIDA

Decían en Alfaro: «¡Qué fino y adamadito es Braulio: parece mentira que sea hijo de un hombre tan bastote como el alguacil del ayuntamiento y de una mujer tan ruda como la señora Petra la planchadora!» Con efecto, Braulio desde niño fué delicado, endeble de salud, y no sirvió para nada. Pero tenía una figura agradable, y muchas mujeres preciadas de bonitas no hubieran podido compararse á Braulio en los rasgos delicados y correctos de su simpática fisonomía. Tenía magníficos cabellos castaños, ojos grandes y luminosos y una boca fresca y sonriente que hubiera podido envidiar una muchacha de quince años.

Pero esta belleza afeminada, casi fea en el hombre y que es signo casi siempre de falta de vigor físico, si no va acompañada de fuerza intelectual, no sirve para nada, y mucho menos en poblaciones como Alfaro.

Braulio quedóse huérfano de padre y dos años después también de madre, á los diez y siete años de edad. Sus padres habían sido muy descuidados respecto á él y no habían pensado siquiera en el porvenir de desamparo que le esperaba.

– Mira, le dijo un tío segundo suyo, al verle ocioso y miserable en Alfaro, lo que debes hacer es irte á Madrid: allí hay muchos oficios en que se hace poco ó nada, y quizá puedas ganarte la vida: yo te llevaré cuando vaya á arreglar las cuentas del vino.

En efecto, Braulio vino á Madrid con su tío; éste, por una desgracia de familia, tuvo que volver apresuradamente á Alfaro, dejando en la corte á su sobrino, alojado en la posada del Peine, con una quincena de hospedaje pagada y cuatro duros en el bolsillo. Ya sabemos que Braulio no servía para nada, y además estaba en Madrid como palomino atontado. Transcurrió la quincena, acabósele el dinero al pobre joven, echáronle de la posada y comenzó á pasar fatigas y trabajos. No hay cosa tan desconsoladora como la pobreza extrema en una población populosa y rica. En medio del gentío resalta más el aislamiento del que se ve abandonado, y la miseria se hace más punzante teniendo ocasión de compararla con los esplendores de la abundancia.

Braulio, aunque tímido é inútil, espoleado por la necesidad buscó medio de hallar colocación. En muchos oficios no es trabajoso el aprendizaje, pero como produce tan poco, no da para subsistir: sólo en pro-

fesiones ya rudas se gana la manutención. Nuestro atontado joven fué criado de taberna, y luego repartidor de pan en una tahona; pero ni servía para limpiar el mostrador ni llevar el cesto, y de ambas partes tuvieron que despedirle.

– No es posible que te ganes la vida en ningún oficio, le dijo el tahonero; te aconsejo que te metas á monaguillo, si es que puedes con los candeleros, ó que te tires por el viaducto.

El pobre joven, después de estas tentativas infructuosas de colocación, perdió ya toda iniciativa y cayó rápidamente en el hoyo de la miseria. Estaba casi desnudo, dormía, cuando se lo permitían los caprichosos agentes de autoridad, en los portales de la plaza Mayor, en el asiento de la verja del Botánico ó en el banco circular de la plaza de San Martín. Pudo ir tirando porque acudía todas las tardes al rancho que se reparte en el cuartel de la Escolta Real. Durante el verano se resignó á estas privaciones; pero cuando empezaron á soplar las ráfagas de octubre y luego los fríos vientos de noviembre, el frío le hizo dolorosa la existencia.

Una tarde recordó sin saber por qué el consejo de que se tirase por el viaducto, que le había dado el amo de la tahona de que fué despedido, y no sabiendo qué hacer, fué al fatal puente para enterarse de su topografía.

Cuatro días después arreció el frío, y una espesa niebla se extendió sobre Madrid. El pobre Braulio se encorvaba de frío, sufría dolorosamente de los pies pisando la humedad, y desesperado se decidió á buscar la tranquilidad en el viaducto. Estaba éste envuelto en la niebla; Braulio no vió vigilante alguno y quiso aprovechar la ocasión; pero cuando llegó al centro del puente *para tirarse de veras* por el lado izquierdo, notó en el opuesto un bulto que paseaba con agitación, deteniéndose á veces. Quedóse Braulio inmóvil, esperando á que pasara aquel importuno, pero vió que el bulto, atravesando el viaducto, se le aproximó, encaróse con él, y una voz femenina y gutural le dijo con aspereza:

– ¿Me está usted acechando á mí? ¿Es que me toma usted por una *perdía?*

Braulio, lelo de sorpresa, no contestó.

La mujer, pues en efecto lo era, prosiguió diciendo:

– Pues mire usted, siga usted su camino, por que me está estorbando.

– Pero si yo no voy á ninguna parte, dijo Braulio tímidamente; yo .. venía...

– ¿Vendría usted por *casualidá* á tirarse por el viaducto? ¡Sería chusco!; porque yo traigo ese fin, y por eso usted me está estorbando.

Braulio estaba cada vez más atontado é impuesto por el tono resuelto de aquella mujer que manoteaba y de cuyos dedos salían chispas de luz como si llevase sortijas y que continuó diciendo:

– *Sacabó*, ya están ahí esos tíos; ¡una noche *perdía!*

Los *tíos* eran dos vigilantes del viaducto, cuya silueta se diseñaba entre la niebla.

– Venga usted si quiere, repuso la mujer, porque á mí me *paece* que usted traía las mismas intenciones que yo, y excusaremos pláticas con esos sayones.

Braulio, inconscientemente, siguió á la desconocida, salieron ambos del viaducto por el lado de la calle Mayor, y la mujer, curiosa como todas, condujo al joven junto á la puerta de un café que hay al fin de la calle. A la luz del café examinó á Braulio, separó los mechones de pelo que saliendo por debajo de una mugrienta gorra caían sobre su frente, fijóse en él y gritó:

– ¡Braulio, hijo mío, hijo de mis entrañas!

Y comenzó á sollozar, besando al joven con efusión.

Braulio, viéndose besado y llamado por su nombre por una mujer á quien no conocía, estaba estupefacto.

La mujer, que seguía sollozando, suspendió sus caricias, y dijo:

– ¡Pero Señor, yo estoy loca, si no puede ser, si yo misma le amortajé y le metí en la caja!

Braulio estaba cada vez más atónito.

De repente, la desconocida enjugó sus lágrimas y preguntó en tono seco y breve:

– ¿Ibas á tirarte por el viaducto, muchacho?

– Sí.

– ¿Y te llamas Braulio?

– Sí, señora.

– ¿Cuántos años tienes?

– Diez y siete.

– ¡Jesús Dios mío de mi alma, si *paece* mentira, los mismos que tendría mi hijo si viviera!

Y volvió á sollozar, se serenó después y preguntó á Braulio:

– ¿Y por qué ibas á tirarte? ¿Qué te pasa?

– Que tengo hambre y frío.

– ¿Y por eso te *tirabas?* Esas son cosas que pueden remediarse, pero no que se mueran los que se mueren.

Volvió á llorar, tornó á tranquilizarse, tomó al joven de la mano y diciéndole «ven» se metió con él en una taberna próxima.

Entráronse en la segunda pieza, se sentaron á una mesa, la mujer llamó palmoteando y acudió la cocinera.

– ¿Hay chuletas?

– Y muy ricas.

– ¿Te gustan las chuletas, muchacho?

– ¡Pues ya lo creo!

– Pues traiga usted media docena de chuletas, aceitunas, unas rajas de salchichón si le hay, y una botella de vino, si *pue* ser de Valdepeñas.

Había de todo lo que pidió la rumbosa desconocida y todo lo trajeron. Ella dió la fuente de las chuletas á Braulio, le sirvió un vaso de vino, y empezó á picotear sin gana en las aceitunas y en el salchichón. Conforme se iba reponiendo del frío y del hambre el antes desventurado muchacho, sintió un calorcito agradable que serpeaba por todo su cuerpo, comenzó á mirar á su compañera de mesa, primero de soslayo y luego de frente y hasta se atrevió á preguntarla cómo se llamaba.

– Pues Nemesia, contestó ella, *pa* servir á Dios y á ti.

¡Y válganos Dios y qué buena moza era la señora Nemesia! Jamona, eso sí, pues rayaría quizá en los cuarenta años; pero ¡qué jamona tan rica!, ¡qué pelo negro peinado en ondas, qué tez tan blanca y fresca, qué ojillos tan parlanchines y qué facciones tan simpáticas y agradables!; y luego, ¡eche usted rumbo!, ¡qué pañuelo de doble seda á la cabeza, qué cruz de oro al cuello, qué mantón, no de los de dos caras á tres duros, sino de legítima cachemira, qué profusión de anillos en las manos limpias como los chorros del oro! Braulio, animado por la cena y el vinillo, la miraba embebecido, no pudiendo comprender que mujer tan guapa y tan bien vestida hubiera pensado en tirarse por el viaducto. Ella también miraba al joven, á veces con emoción y lágrimas en los ojos y á veces riéndose de la voracidad de su compañero: aquella mujer, aunque metida en carnes, debía ser un manojo de nervios.

Y aquí, para que el lector se oriente, encaja como de molde la semblanza de la señora Nemesia.

Pertenecía á una dinastía de carniceros: sus antepasados todos habían tenido carnicería (no *carnecería*), ella se había casado con un carnicero, y como este oficio produce tanto, resultaba que la señora Nemesia siempre había nadado en la abundancia. Tuvo un hijo de su matrimonio: un chiquitín guapo y delicado y tan finito de facciones que su madre solía llamarle Príncipe de Asturias. Rico el matrimonio é hijo único, el niño fué creciendo entre el mimo de sus padres, que no pensaron en dedicarle á nada, dedicándose ellos á satisfacerle todos los caprichos; por lo cual aconteciólele lo que á muchos hijos de Madrid, que guapos, viciosos é inactivos, dan en el escollo de las mujeres, y se estrellan en él. Esto sucedió á Braulito, murió á los diez y seis años de edad, dejando á sus padres inconsolables, especialmente á la madre, cuya pena rayó en desesperación. De viejo y además de dolorido murió el Sr. Lorenzo, y por lo tanto la señora Nemesia *no podía consolarse* de esta doble desgracia, aunque quedó rica con dos carnicerías y otras tantas casas en Madrid.

Fué muy solicitada, pues como ya sabemos era una real moza, pero ella se encastilló en su mal humorado retraimiento. Traspasó las dos tiendas y vivió sola con sus recuerdos en su casa propia de la plaza de San Andrés. Era fina de corazón, y el tiempo no alcanzó á consolarla. Aunque de genio alegre, apoderóse de ella el tedio de la vida, y tanto labró en ella que la condujo al viaducto con fatales intenciones.

– Vaya, muchacho, ¿has *acabao* ya, ó tienes más apetito?

– Estoy reventando, señora Nemesia.

– Pues entonces la cuenta y la puerta. Toma y paga, porque yo no quiero que ninguno que ande conmigo haga mal papel.

La señora Nemesia dió á Braulio un bolsillo de seda verde de los llamados de alforja, que á juzgar por los bultos tenía en ambos lados dinero, y el joven *restaurado* con la suculenta cena y copiosas libaciones, llamó palmoteando estrepitosamente y pagó el gasto á la fámula que les había servido, dándole una buena propina.

La señora Nemesia observaba risueñamente el aspecto resuelto que de pronto había adquirido Braulio y la vivacidad que se asomaba á sus ojos, velados antes por la tristeza.

Salieron ambos de la taberna, que está casi frontera al viaducto, y la señora Nemesia, señalando á la embocadura de aquel puente de los suicidas, dijo:

– ¡Pues ea, muchacho!, ya nada tenemos que hacer sino volver al viaducto *pa* ver si los sayones están *descuidaos*.

– ¿Y qué nos importa á nosotros los sayones?, preguntó Braulio

– ¡Pues digo!, ¿no ibas tú á tirarte por el viaducto?

– Sí.

– ¿No iba yo á tirarme también?

– Creo que sí, según usted ha dicho.

– ¿Pues entonces?..

– Mire usted, señora Nemesia, replicó Braulio, yo no sé si usted habla de veras ó si quiere *quedarse* conmigo... Bien comido y bebido y al lado de una mujer tan guapa como usted, lo que es yo esta noche no me tiro por el viaducto, ¡que se tire el Nuncio!..

Créanlo ustedes, no hay en Madrid matrimonio más dichoso que el de Braulio y Nemesia. Él es bueno, docilote, agradecido y siente por su cónyuge la atracción que las jamonas producen en los pollos: ella ¡válgame Dios! ha encontrado hijo y marido en una pieza y está rebosando en satisfacción. La señora Nemesia es muy aficionada á toros, muy inteligente y ha pegado la afición á su joven marido. Da gusto verles en las tardes de corridas, en carretela por esa calle de Alcalá: él con sombrero cordobés, pañuelo de seda al cuello, cuyas caídas pasan por un sortijón de oro, gran cadena de reloj y cazadora que seguramente no es de almacén. Dada su figura, sentaríale mejor el frac ó smokin; pero en fin, parece un señorito vestido de chulo. ¿Y ella? A ella no hay que tildarla: va *al pelo*, exhalando majeza y *sastifación* por todos los poros. La primera vez que Braulio vió trabajar á Guerrita, dijo á su mujer:

– Oye Nemesia, ese sí que es un torero.

– *Pa* vosotros los babosos; pero no *pa* mí, que he visto torear al Sr. Cayetano.

Y fíjense ustedes en los designios de la Providencia ó en los inescrutables tejidos de la suerte: Braulio y Nemesia encontráronse desesperados y decididos á arrojarse por el viaducto; y ahora también se arrojan... el uno en brazos del otro.

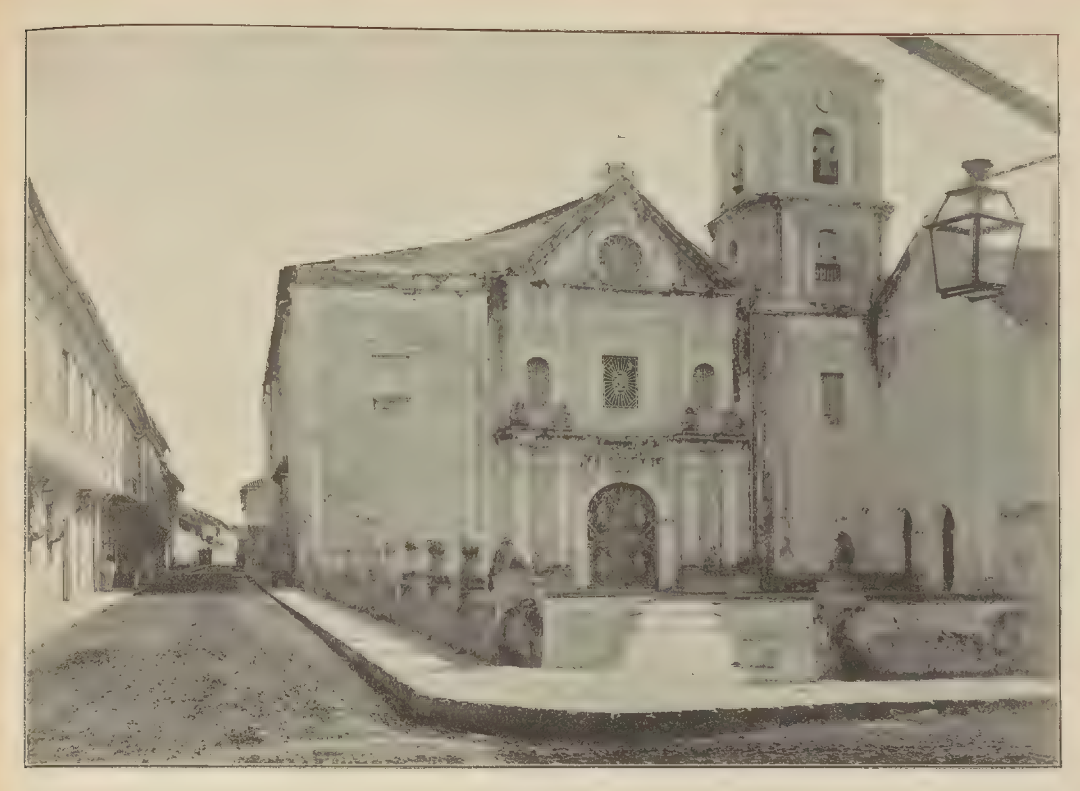
Luis M.ª Palacio

VISTAS Y TIPOS DE FILIPINAS

Fija hoy la atención de España en ese remoto archipiélago, ofrece interés de actualidad cuanto á sus tipos, usos y costumbres se refiera. Por eso hemos creído oportuno incluir en nuestro periódico algunos grabados que representan esos tipos y escenas de esas costumbres, persuadidos de que nuestros suscriptores los verán con agrado, debiendo añadir que están tomados de fotografías proporcionadas por D. Félix Laureano.

Descripción de los grabados que se publican en el presente número

La mestiza. – Dase este nombre en Filipinas á la hija de español ó europeo y de india. Mezcla por tanto de dos razas, la oriental y la occidental, ofrece caracteres especiales y dignos de estudio por su modo de ser. Sin reunir precisamente todas las condiciones de ideal belleza, atrae, fascina, cautiva, y aun los mismos que en un principio la consideran escasa de atractivos, acaban por ceder al influjo de su donaire, de su gracia, de su voluptuosa indolencia y de su ingénita coquetería. Tierna, bondadosa, espléndida hasta la prodigalidad, revélanse en su corazón esos afectos engendrados por la ardorosa sangre que por sus venas circula, esas pasiones extremas que sólo se advierten en los países ecuatoriales, y si da abrigo en su pecho á los sentimientos más magnánimos, también es suspicaz, altiva, recelosa y vengativa en ocasiones, pues su orgullo no puede sufrir las ofensas hechas á su amor propio, ni su altivez soportar ninguna humillación: en una palabra, está dotada de todo lo bueno y lo malo de las razas á que debe su origen. Su mismo traje contribuye á realzar sus gracias naturales: viste saya ó falda suelta de seda de preciosos dibujos y ondulante cola; camisa de jusi, sinamay ó piña, primorosamente bordada y con largas y anchas mangas; pañuelo finísimo prendido al pecho, dejando ver la escotadura de su torneado cuello, en torno del cual lleva, según su posición, un collar de brillantes, de perlas ó simplemente de esas olorosas flores del país llamadas *sampaguitas;* peinado alto, peineta en forma de diadema engarzada de piedras preciosas, y suelta mantilla bordada, prendida al peinado con una aguja de valor. Por las condiciones físicas y morales que en ellas se reunen, son frecuentes los matrimonios entre españoles y mestizas.



ISLAS FILIPINAS. – Iglesia de San Agustín en Manila, cuya construcción se debió al hermano del inmortal Herrera, que dirigió la de San Lorenzo del Escorial



ISLAS FILIPINAS. – Vista del río Bugasong, del que es fama que arrastra en sus arenas granos de oro

IGLESIA DE SAN AGUSTÍN EN MANILA. – Es un edificio, si desnudo de galas arquitectónicas en su exterior, precioso en su interior. Lo que más lo recomienda es su gran solidez, merced á la cual ha resistido incólume por espacio de más de tres siglos los formidables terremotos ocurridos en la isla y en especial el de 1868, que al derrumbar la catedral de Manila, la iglesia de Santo Domingo, el palacio de la Capitanía general y otros edificios, no consiguió deteriorar en lo más mínimo dicha iglesia.

La edificación de este gran templo fué dirigida por el hermano del famoso Juan de Herrera, que á su vez dirigió la del maravilloso monasterio del Escorial. Asegúrase que los primeros frailes misioneros establecidos en las islas fueron los agustinos y el primer templo sólidamente edificado el de que nos ocupamos, perteneciente á su orden. En comunicación con la iglesia está el convento, que por su grandiosidad es uno de los principales de Filipinas.

VISTA DEL RÍO BUGASONG EN ANTIQUE, ISLA DE PANAY. – Este río, como todos los del archipiélago, presenta un vistoso panorama, y sus contornos constituyen un delicioso jardín. El follaje del *can-yuan* (bambú) se entrelaza con las hojas de corpulentas *mangales*, éstas con las frondes del *lubi* ó cocotero, y todas con las del *mabolo*, formando una inmensa red de verdura. La ribera del río está alfombrada de mullido césped, y en nuestro grabado se ven tres *dalagas* lavándose los pies, mientras tres *taos*, uno de ellos de la raza *aeta*, preparan la comida. El Bugasong arrastra en sus arenas granos de oro, y en él se cogen algunos peces de delicado gusto: lleva en ocasiones gran caudal de agua y en día de *tiangui* ó mercado los habitantes de los pueblos limítrofes bajan por él en balsas y *barotos* ó piraguas. A la orilla de este río está el pueblo que le da nombre, habitado por unas 11.000 almas.

CUADRILLEROS FILIPINOS. – Forman los cuadrilleros la guardia rural del archipiélago, esto es, son los vigilantes ó guardias populares que mantienen el orden en las poblaciones y están encargados de la persecución de los criminales, con la obligación de prestar auxilio en caso necesario á la guardia civil. Dependen de la jurisdicción del gobernadorcillo del pueblo, á quien competen sus nombramientos. Además de su cometido especial, tienen también el de dar guardia en las cárceles de los Tribunales ó casas comunales y de desempeñar el oficio de correos y portadores de pliegos oficiales al gobierno de la provincia y de un tribunal á otro. La fuerza se compone de un capitán, un sargento, cuatro cabos y cincuenta ó sesenta individuos: el jefe de la cuadrilla viste chaqueta blanca cerrada, pantalón negro, lleva espada al cinto y en la bocamanga y brazos las insignias de su categoría; los individuos van uniformados con una chaqueta-camisa de rayadillo llamada *saguín-saguín*, pantalones de lo mismo y sombreros de *burí* ó caña forrados de tela blanca, y están armados con fusiles y *talibung* al cinto.

El grabado que incluímos representa á la cuadrilla en el campo de instrucción, en el que los nuevamente ingresados en la cuadrilla reciben la de marcha y evoluciones.

Este cuerpo de no muy antigua creación ha dado muy buenos resultados para la represión del bandolerismo, y sus individuos se muestran siempre sumisos al jefe, observan escrupulosamente la disciplina y cumplen con exactitud las disposiciones de sus reglamentos, lo que prueba que el indio filipino, bien mandado es dócil y obediente, no faltándole el valor, que raya á veces en temerario.

Todas las noches á las nueve se dirigen con una farola de papel de varios colores y con tambor batiendo marcha, y en correcta formación, desde la casa del tribunal á la del gobernadorcillo para que el jefe de la cuadrilla reciba de éste las órdenes que crea necesario comunicarle.

Los cuadrilleros están exentos de *buhís* ó tributación y de *polos* ó servicios personales.

PAISAJE FILIPINO. – El grabado que incluímos es una muestra de la lozanísima vegetación del archipiélago filipino. Vese aquí en un espacio de terreno relativamente limitado, grupos de esbeltos cocoteros cuyas airosas frondes se agitan ondulantes cual enormes abanicos; gallardos platanares que con sus anchas é inclinadas hojas prestan fresca sombra á flores y arbustos; altísimas bongas y gigantescos *anahaos* ó palmeras de gran elevación, y entre todo ello, como escondidas, preciosas casitas de bogío ó de nipa. En estos amenos sitios, al abrigo de los cocoteros, tienen lugar por las tardes los graciosos bailes de fandango al son de una tosca guitarra, y en cuyos intermedios circulan de mano en mano los jarros de *tubá*, bebida extraída del cocotero.



MONUMENTO AL GENERAL FAIDHERBE, recientemente inaugurado en Lila

UNA BODA. – La boda en Filipinas es un acontecimiento que se celebra con toda la pompa y aparato posibles, y más que la ceremonia nupcial en sí, son curiosos y originales sus preliminares, cuando de himeneos entre campesinos ó aldeanos se trata. Una vez comprometidos y puestos de acuerdo los jóvenes amantes, se procede á la ceremonia del *cagún* (pedir la mano), la cual consiste en celebrar un gran banquete costeado por los padres del novio, durante el cual la *manúgcagun* ó casamentera hace en versos improvisados la petición oficial. Los padres de la novia, por intermedio del casamentero, exponen también en verso las condiciones mediante las cuales otorgarán la mano de su hija, una de las cuales suele ser la obligación de servir en su casa por espacio de un año ó año y medio, condición que puede ser redimida á metálico para abreviar el plazo de la boda. Esta prestación de servicio se llama *pangagad*, y cuando termina se efectúa la ceremonia del otorgamiento de la mano de la novia, que para mayor solemnidad se celebra en día festivo. En ella toman también obligada parte los casamenteros, y el novio, vestido con sus mejores ropas y acompañado de sus padres y parientes y de la *manúgcagun*, se presenta á la puerta de la casa de sus futuros suegros, donde la casamentera da tres golpes, suplicando en tono dulce y persuasivo que se la franquee el paso, pues va acompañada de un mozo de las mejores condiciones que aspira á enlazarse con la hija de la casa. El casamentero responde desde adentro rechazando las pretensiones; pero por fin se ablanda, y la comitiva entra en el patio, donde se repite la petición, la negativa y por último la segunda concesión. Ya dentro de la sala, se procede á la presentación oficial del prometido, mientras la novia, por el bien parecer, permanece relegada en su cuarto, acompañada de sus amigas. La casamentera vuelve á hacer los mejores elogios de su patrocinado, y el casamentero obliga al novio á pasar por las horcas caudinas de la curiosidad general, haciendo que dé vueltas alrededor de la sala para que todos contemplen su apostura y gentileza. Terminados estos preliminares, viene la estipulación de los contratos y se fija el día de la boda. El novio, acompañado de su madre, penetra entonces en la habitación de la novia y le ofrece el anillo nupcial: una opípara comida da fin á la ceremonia.

El día prefijado se celebra el casamiento, y al salir de la iglesia, los recién desposados, acompañados de la madrina, suben á una elegante calesa ó lujosa carretela, tras la cual va una numerosa banda de música y multitud de convidados, pues es de saber que en tal día todos los habitantes de la aldea comen en casa de los novios. La madre del esposo espera á la desposada en el umbral de la puerta, la abraza con efusión y la introduce en la casa, donde la novia entrega á la casamentera por lo menos una onza de oro por el feliz resultado del desempeño de su cometido. Luego se efectúa por ambas madres á la nuera é hija la entrega de las llaves, símbolo de autoridad en el hogar doméstico, y terminan las ceremonias de la boda con una gran comilona en que los padres de los novios y los padrinos suelen hacer gastos superiores á sus medios, pues la mesa está puesta todo el día y los manjares y bebidas se suceden sin interrupción.

CAMINO DEL CEMENTERIO EN TANSA (ILO-ILO). – Este es otro de los paisajes que dan idea de la fertilidad y lozanía de la vegetación filipina. Lo constituye una extensa planicie de cocoteros que formando una espesura, dan grata sombra al camino que por entre ellos pasa. Por sus contornos se destacan bonitas casas de caña y nipa, poéticamente situadas entre aquellos árboles que les suelen servir de *harigues* ó sustentáculos. De estos cocoteros, esparcidos por la barriada de Tansa, se extrae la *tubá*, licor que se expende en el mercado de Ilo-Ilo y en algunos otros puntos de la isla de Panay, á que dicha ciudad y provincia corresponden.

CATEDRAL DE JARO. – Esta población de la isla de Panay dista cuatro kilómetros de Ilo-Ilo, de la cual está separada por una ría que se atraviesa por un puente de hierro. Está situada en terreno llano, junto al caudaloso río Salug, que se pasa por un puente de piedra. La población asciende á 22.000 habitantes y en 1865 fué creada ciudad y sede episcopal desmembrada de Cebú, siendo su primer obispo el sabio dominico Fr. Mariano Cuartero, quien mandó construir la catedral con los fondos de la antigua parroquia y los donativos de los fieles. El templo es de tres naves y su estilo imitación del gótico: el campanario está separado del resto del edificio por haberse agrietado antes de la conclusión de las obras el frontispicio de la catedral á causa de un terremoto. En Jaro hay además un hermoso palacio episcopal y un espacioso seminario. Ciudad industrial, es hoy famosa por sus tejidos de *sinamai*, *jusi*, piña, pañuelos de seda y bordados de difícil imitación. La torre Eiffel que descuella enfrente de la catedral está construída con *can-yuan*, y fué levantada con motivo de la fiesta de la Candelaria, patrona de la ciudad. – X.

EL NUEVO PRESIDENTE

DE LOS ESTADOS UNIDOS

La carrera del hombre que ha salido de relativa obscuridad para ser exaltado al más elevado puesto de su país, constituye una historia en la que van mezcladas la ambición y el azar: es una demostración de la teoría de que la actual es la época de los especialistas. Quiso convertirse en apóstol de una idea; la defendió y propagó con inalterable fe, y esta fe ha hecho famoso y conocido su nombre, no sólo en su país, sino en el mundo entero.

Oriundo de una familia irlandesa dotada de la entereza y religiosidad de sus conciudadanos y dedicada á la industria del hierro, Mac-Kinley concibió la idea de trabajar con ahinco por la protección de la industria nacional, y durante su juventud dedicóse á la lectura de todas las obras de economía política: su filosofía no tardó en enseñarle que el camino para la Casa Blanca pasa antes por la Aduana.

Joven aún, se hizo el más conspicuo defensor de la tarifa protectora en el Congreso; hizo toda clase de esfuerzos por la protección, y el azar contribuyó al resto.

Hasta su ingreso en el Congreso, unos doce años atrás, era poco conocido fuera de su Estado natal, y aun en los trabajos en que tomó parte en la asamblea se le consideraba como una medianía, excepto cuando llegó á discutirse en él su tema predilecto. Entonces la fortuna le cobijó bajo sus alas, y ya no le abandonó. La combinación de afortunados éxitos, la concatenación de circunstancias y condiciones favorables que han acompañado desde hace seis años á Mac-Kinley hasta elevarlo á su actual eminente puésto, constituyen uno de los más curiosos capítulos de la historia de los políticos americanos.



LA SEÑORA DE MAC-KINLEY,
esposa del nuevo presidente de los Estados Unidos del Norte de América

El Mayor Mac-Kinley es hombre de entereza y de fe. Desde los días en que se le acriminaba por la derrota de los republicanos hasta los momentos actuales, jamás le ha abandonado la fe en sí mismo, en la protección y en su vindicación futura. Es muy posible que su fe sea más instintiva que lógica. Tal vez ha cerrado sus oídos á los clamores y censuras que otros muchos han atendido, quizá ha estado en más íntimo contacto con el pueblo, y ha tocado de cerca esos vaivenes de la suerte de los defensores de una idea que hace y deshace fortunas, enaltece ó hunde aspiraciones y tentativas y cierra toda puerta al hombre laborioso, mientras á otros se las abre. Cualquiera que fuese la causa del transitorio eclipse de su fama y su fortuna, es lo cierto que mientras los acontecimientos preparaban de un modo invisible, por decirlo así, su exaltación como ídolo de las masas, Mac-Kinley continuaba sereno, inconmovible, comunicando sus ideas proteccionistas á sus secuaces.

Guillermo Mac-Kinley nació en 1844 en la aldea de Niles, Estado del Ohio. Apenas terminada su educación y cuando contaba escasamente diez y siete años de edad alistóse como voluntario en el ejército, y tomó parte en la guerra de Secesión, siendo nombrado á los tres años de servicio ayudante de campo del general Shéridan. Tenía el empleo de Mayor ó comandante cuando en 1867 abandonó la carrera militar, y se estableció en Canton, Ohio, donde se hizo abogado y abrió bufete. En 1876 fué elegido diputado y reelegido varias veces, y en 1889 el voto popular le confirió el cargo de gobernador del Ohio, cargo que ocupó de nuevo dos años después.

Uno de los grabados que damos en este número representa al Mayor Mac-Kinley en su gabinete. Las líneas de su rostro son enérgicas. Es de estatura regular, de airosos y sueltos movimientos, y disfruta de salud robusta. En Canton, una de las pequeñas poblaciones más bonitas de su país, donde todo el mundo le conoce y donde á nadie ha ocultado por cierto sus buenas cualidades ó sus defectos, se le ha considerado siempre como hombre que sigue impertérrito el camino que se ha trazado, por medios suaves y benignos siempre que le es posible, pero también valiéndose en caso necesario de toda su energía y aspereza. Que Mac-Kinley es amable y fino, que en su trato social se muestra atento y galante, lo sabe todo el que le conoce; mas tras esta finura exterior oculta un carácter frío y calculador, una voluntad de hierro y un propósito decidido de llegar al fin sin reparar en los medios.

Su esposa hace mucho tiempo que está enferma; pero su escasa salud no le impide tomar parte con interés en cuanto concierne á su marido. Llevan veinticinco años de matrimonio y ahora habitan en la misma casa en que pasaron su luna de miel. Tuvieron dos hijos, pero ambos murieron hace años desgraciadamente. La Sra. Mac-Kinley ha sido siempre una excelente compañera, y el cuidadoso afecto que dedica á su esposo y las atenciones que le consagra son especialmente notorias desde que el Mayor ha hecho que se fijaran en él las miradas del público. En su juventud esta señora era de singular belleza, y tanto que se la consideraba como la mujer más hermosa de su país.

Mac-Kinley, además de acérrimo defensor del proteccionismo en cuestiones industriales, se ha constituído en decidido campeón del patrón ó tipo del oro en la cuestión monetaria, que tiene dividida á la nación en dos partidos opuestos y ambos apasionados, y como el que aboga por la adopción del patrón susodicho ha resultado ser el más numeroso, la victoria de Mac-Kinley en la lucha presidencial contra su contrincante M. Bryan, defensor del patrón de la plata, no ha podido ser más importante y reñida, siendo preciso retrotraerse á la época de las elecciones de Lincoln para encontrar mayor apasionamiento. En Europa se ha seguido con interés esta lucha, y tal vez más en España, por



EL NUEVO PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS EN SU ESTUDIO



LA CASA DE MR. MAC-KINLEY EN CANTON (OHIO)



ISLAS FILIPINAS. – Cuadrilleros ó guardias rurales del país



ISLAS FILIPINAS. – Paisaje por el que se puede formar idea de la bellísima y exuberante vegetación de aquellas islas



ISLAS FILIPINAS. – Una boda de aldeanos. – Los novios y la casamentera en calesa, seguidos de una banda de música



ISLAS FILIPINAS. – Camino del cementerio en Tansa, provincia de Ilo-Ilo, isla de Panay

cuanto á ningún otro estadista *yankee* se le puede comparar en americanismo. Su famoso bill, principalmente encaminado contra Cuba y el Canadá, es lo más eficaz que en pro de la doctrina de Monroe se ha hecho en los últimos años. – X.



J. Poynter, nuevo presidente de la Real Academia de Londres. – Hace ya algún tiempo que el arte pictórico viene sufriendo sensibles pérdidas en Inglaterra en la persona de sus más conspicuos representantes. A la muerte de Leighton siguió la de Millais, y á la de éste la de Du Marier, todos ellos maestros en sus respectivos géneros. Pocos meses llevaba Sir J. Millais al frente de la Real Academia, cuando por su prematuro fallecimiento ha sido elevado al más alto y apetecido puesto en el dominio del arte uno de sus antiguos amigos.

M. E. J. Poynter es el nuevo presidente de la ilustre corporación. Nacido en París en 1836, obtuvo sus primeros éxitos á la edad de 30 años con su hermoso cuadro *Israel en Egipto*, cuadro lleno de vida y de preciosos detalles, que aún hoy se considera como la obra maestra de Poynter y que demuestra su afición á la arqueología. Su lienzo titulado *Catapulta*, que representa un asunto del mismo género, le valió el título de asociado de la Academia, y en 1876 llegó á ser socio de número. Veinte años han transcurrido desde entonces y M. Poynter ha



J. Poynter,
nuevo presidente de la Real Academia de Londres

logrado ocupar el más elevado puesto en esta Asociación. Su influencia en el arte ha sido varia. Su habilidad como decorador se revela en el Grill-Room del Museo de South Kensington, así como en las ilustraciones de la gran Biblia pintoresca de Dalziel hermanos; dibujó la decoración de la cúpula de San Pablo; ha sido elegido dos veces profesor en la University-College de Londres; ha desempeñado el cargo de director artístico de la Escuela nacional de South Kensington así como el de director de la Galería nacional, y por fin ha trazado los dibujos decorativos de algunas medallas inglesas. Por todos estos cargos y trabajos M. Poynter era el indicado para sustituir á Sir J. Millais en la presidencia de la Academia. Su cuadro más importante, de fecha algo reciente, es quizás *La entrevista de Salomón con la reina de Saba*, el cual, pintado hace cinco años, marca una gran etapa en el arte histórico religioso de Inglaterra. A pesar de su talento, M. Poynter no se ha librado de las acres censuras de algunos puritanos, especialmente por su *Diadamene*, cuadro pintado en 1885 y por el que representa una Venus junto al baño. Hay que confesar, sin embargo, que algunos de los últimos lienzos de este notable artista carecen del vigor que caracterizó á los primeros.

* * *

La estatua del general Faidherbe. – La concepción del monumento que los Sres. Mercié, estatuario, y Pujol, arquitecto, acaban de construir en una plaza de la ciudad de Lila, se aparta de la rutina tradicional, por cuanto está basado en la unidad de materia: todo es en él de bronce, estatua y pedestal. En esta ocasión puede decirse con verdad que la obra ha salido completa del cerebro del artista, el cual la ha modelado con sus propias manos de la base á la cima. Esta circunstancia ha tenido por resultado imprimir al conjunto un carácter de homogeneidad y original que es raro obtener del maridaje de la piedra con el metal.

El monumento es colosal; su elevación excede de once metros. La figura y el pedestal tienen cada uno $4^{m},50$ de altura, y descansan en un basamento de granito rojo de los Vosgos de más de un metro. El primer problema que había que resolver en la disposición de semejante masa era huir de la pesadez, y M. Mercié lo ha logrado; su composición es de una majestad llena de gracia y esbeltez. El pedestal de bronce, ligeramente cóncavo en una de sus dos caras laterales y abombado en la anterior y posterior, surge entre un grupo de banderas que yacen en el basamento, y termina en un coronamiento de molduras ricamente decoradas; en las dos caras laterales hay bajos relieves que representan episodios de las dos jornadas más gloriosas de la campaña del Norte: Pont Noyelles y Bapaume.

Delante del pedestal están agrupadas dos grandes figuras alegóricas, una de las cuales, de pie, armada de coraza y llevando en la cabeza una corona mural, representa la ciudad de Lila y está dictando á la otra, sentada y personificando la Historia, las proezas del héroe. Detrás, otra figura, rodeada de los atributos de la industria, de las artes y de la agricultura, en representación de la región del Norte, eleva un ramo de laurel hacia el jinete.

Faidherbe está representado con uniforme de gala de general, saludando con la espada, cabalgando en su legendario corcel árabe, cuyas largas crines ondean al viento. La figura del general es de perfecta semejanza, tanto como tipo cuanto como actitud; el caballo tiene una estampa soberbia.

Este monumento, que puede considerarse como uno de los más soberbios de Francia, ha sido erigido por iniciativa del ayuntamiento que había en Lila en 1889.

* * *

Ricardo Gutiérrez, distinguido poeta argentino. – Ricardo Gutiérrez, el poeta quizás de más vuelo con que contaba la República Argentina, falleció el día 23 de septiembre á la edad de 60 años.

Durante largo tiempo hizo las delicias no sólo de la juventud argentina sino de cuantos aman la belleza, y aún hoy se recuerdan y recitan, se oyen y se aplauden con entusiasmo sus composiciones, y es que en ellas vació el sabio médico de los niños su corazón puro y noble repleto de ternura y cariño.

Sus poemas más notables son *La fibra salvaje* y *Lázaro*, y sus poesías líricas mejor sentidas *El misionero*, *La oración*, *Lágrima*, *El poeta y el soldado* y *La hermana de la Caridad.*

El Dr. Gutiérrez había colgado su lira hacía ya muchos años para dedicarse por completo á la medicina. Fundó y dirigió hasta su muerte el Hospital de niños, de suerte que su fallecimiento ha sido llorado por el arte y la inocencia.

En su tumba podría con razón escribirse. «Fué un gran poeta, un excelente médico, un hombre honrado.»

Nuestros suscriptores podrán leer en el tomo de *Antología americana* que publicaremos en el año próximo formando parte de la Biblioteca Universai, alguna de las composiciones de este notable poeta.

Miscelánea

Bellas Artes.–París. – En el Museo del Louvre se ha inaugurado una sala con reproducciones en yeso de los objetos encontrados en las excavaciones que bajo la dirección de los franceses se llevan á cabo en Deltos: estos objetos datan del período comprendido entre el tiempo de los eginetas y los comienzos de la época clásica, y entre ellos sobresalen especialmente por su mérito artístico é interés arqueológico los fragmentos de las metopas del tesoro de los atenienses, el friso del de los knidios y la esfinge alada de los naxios.

Milán. – El director de la Real Pinacoteca de Milán, comendador José Bertini, ha descubierto entre los cuadros del palacio arzobispal de aquella ciudad un hermoso lienzo del Correggio: tiene éste un metro ocho centímetros de largo por ochenta y cuatro centímetros de alto; representa la *Adoración de los Reyes Magos* y contiene más de veinte figuras. Junto á las ruinas de un templo se ve un establo: sobre una escalinata está sentada la Virgen, que presenta el Divino Niño al primer rey: éste, prosternado en tierra, lleva un magnífico manto amarillo; la Virgen viste una túnica rosa y un manto azul celeste. Sobre este grupo hay una gloria de ángeles. Cerca de la primera columna está San José, anciano de bondadoso aspecto, de espaciosa frente y blancos cabellos. El segundo rey avanza en actitud de veneración: su traje consiste en una túnica blanca y un manto encarnado; lleva en la mano un vaso de oro primorosamente labrado. El tercer rey está de pie y en ademán de tomar de manos de su paje el vaso que quiere ofrecer á Jesús: su hermoso manto morado armoniza admirablemente con el vestido verde del paje. En el fondo, al término de la escalinata, se ve una multitud de hombres, vestidos á la turca unos, á la italiana otros. Completa el cuadro un paisaje ampliamente ejecutado y lleno de luz. Esta obra del Correggio debió ser pintada en 1513 y 1514.

* * *

Teatros. – En el teatro Real de la Comedia, de Berlín, se ha puesto en escena con gran éxito una traducción hecha por el primer actor de aquel coliseo Adalberto Matkowsky de la preciosa comedia de nuestro clásico D. Francisco de Rojas *García del Castañar.*

– En el teatro de los Filodramáticos, de Milán, se ha estrenado con aplauso una ópera titulada *Después del Ave María*, del joven compositor A. Donizetti, nieto del célebre músico del mismo apellido.

– En el teatro del Príncipe de Gales, de Londres, se está representando con mucho éxito una versión inglesa de la famosa comedia de Moreto *El desdén con el desdén*, que con el título de *Doña Diana* hizo el Dr. Westland Marton hace treinta años y que se estrenó entonces en el teatro de la Princesa de la propia capital.

París. – Se han estrenado recientemente con buen éxito: en el Odeón *Le capitaine Fracasse*, comedia heroica en cinco actos y siete cuadros de gran espectáculo, escrita por E. Bergerat y cuyo argumento está tomado de la interesante novela del mismo título, original de Teófilo Gautier, y una adaptación de la tragedia de Esquilo, *Los persas*, hecha por Fernando Herold; en la Porte Saint Martín *Les Bienfaiteurs*, bonita comedia en cuatro actos de M. Brieux, que es una sátira contra la filantropía tal como suele practicarse en las clases altas de la sociedad; en el Gymnase *Villa Gaby*, gracioso vaudeville en tres actos de León Gandillot; en la Gaité *La poupée*, bonita opereta en cuatro actos y cinco cuadros de Mauricio Ordonneau con música de Audrán, que ha sido puesta en escena con lujo extraordinario; en Folies Dramatiques *Rivoli*, ópera cómica de gran espectáculo en tres actos, letra de Pablo Burani con bellísima música de Andrés Wormser; en el Vaudeville *Le Partage*, comedia en tres actos de Alberto Guinon, de argumento poco nuevo, pero admirablemente expuesto, desarrollado con gran sobriedad de efectos y muy bien escrita; en Varietés *Le Carillon*, opereta en tres actos de Blum y Ferrier con música muy bonita de Serpette, puesta en escena con gran lujo de decoraciones y trajes, y en Cluny *Le papá de Francine*, opereta en tres actos de Cottens y Gavault con bonita música de Varney.

Madrid. – Se ha estrenado con buen éxito en el teatro Lara una comedia en dos actos, arreglada del italiano por los señores Flores García y Abati, titulada *Los niños*. En el Real se han cantado, entre otras óperas, *El barbero de Sevilla* y *Hámlet:* la primera ha sido puesta en escena con gran propiedad, habiendo pintado para ella hermosas decoraciones el señor Bussato y dibujado preciosos figurines artistas tan reputados como Mariano Benlliure, Saint Aubin y Lhardy; en su ejecución consiguieron muchos aplausos Luisa Tetrazzini, Baldelli y Butti. En *Hámlet* ha obtenido grandes ovaciones nuestro paisano el célebre barítono Sr. Blanchart.



Ricardo Gutiérrez,
distinguido poeta argentino, recientemente fallecido

Barcelona. – La Sociedad Catalana de Conciertos ha dado en el Lírico tres conciertos bajo la inteligente dirección de M. Crickboom, que han obtenido un éxito completo. En ellos se han ejecutado las más notables piezas del repertorio clásico antiguo y moderno, algunas de ellas interpretadas por el célebre violinista M. Isaye, que ha sido muy aplaudido. El maestro Nicolau ha comenzado con muy buenos auspicios una serie de conciertos matinales que se propone dar en el teatro de Novedades todos los días festivos: además de una numerosa y excelente orquesta toma parte en ellos el tan justamente aplaudido Orfeó Catalá. Las piezas que en ellos se ejecutan son de las más notables del repertorio clásico antiguo y moderno y su interpretación nada deja que desear, justificando una vez más la fama del maestro y la reputación de los profesores por él dirigidos. En el Eldorado sigue cosechando muchos aplausos la compañía de opereta italiana que dirige el Sr. Milzi y de la cual forman parte las primeras tiples señoritas Perretti, que se han conquistado por completo las simpatías del público barcelonés. En Novedades está haciendo buena y provechosa campaña la compañía dirigida por el excelente actor Sr. Cepillo. Cuando se reparta este número habrá inaugurado el Liceo su temporada que, á juzgar por lo que se anuncia, dejará satisfechos á los aficionados: para la función inaugural se anuncia *Otelo*, de Verdi, por la Tetrazzini, Cardinali y Blanchart.

AJEDREZ

Problema número 46, por J. Tolosa y Carreras

NEGRAS

4 B. y 5 N. = 9 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 45, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. P 4 D	1. R juega.
2. D ó P mate.	

UN APÓSTOL

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Casi experimentó un alivio cuando, un poco más allá del molino, el conductor, concentrando de pronto su mirada en un punto, anunció:

– ¡He ahí la casa de tonton Nedelek!

Empinándose un poco, el sacerdote preguntó:

– ¿Es allá abajo, á la izquierda, aquel tejado de rastrojo?

– Aplanado sobre la landa, sí, señor rector.

Y con cierta sorna, descargando sobre su montura un vigoroso latigazo, que produjo como un crujido seco en la sonoridad ambiente de aquella tierra porfídica, añadió:

– Y seguramente que el viejo zorro está en su guarida, pues se ve salir humo por la chimenea.

Por momentos se veía, en efecto, una fina espiral azulada, que saliendo de la chimenea y azotada por el viento, formaba como una bruma, envuelta en la cual desaparecía por un instante la pobre casucha.

Un interés más vivo sacudía ahora el entorpecimiento que antes había embotado á Pedro Kerbiriou. Ya no se trataba de vagas visiones, de apariciones quiméricas concebidas por el cerebro; iba á encontrarse frente al hombre mismo, aquel á quien consideraba como un competidor tan peligroso, como un peligro tal, que había creído de su deber de sacerdote exorcizarle públicamente.

Sin embargo, érale preciso humillarse á él para pedirle que fuese á curar á su sobrino, á salvarle con ayuda de aquellos mismos remedios que en el fondo de su alma de representante de la Iglesia consideraba poco ortodoxos y casi contaminados de brujería.

Pero del mismo modo que le había sucedido siempre ante el peligro, del mismo modo como había podido hacer de ello á menudo la dura prueba mientras estuvo en la guerra, recobró al punto su sangre fría y concentró todas sus fuerzas á fin de luchar con ventaja si se empeñaba algún combate.

Cuando el vehículo se detuvo en el camino, apenas esperó á que parase del todo para apearse, diciendo á Marhadour:

– Espérame aquí: no tardaré en volver.

Y después de franquear el muro bajo, atravesó la landa sin mirar una vez siquiera el dolmen, preocupado por lo que se proponía hacer, y empujando con el puño la puerta baja, gritó con su tono autoritario:

– Tú me has llamado á tu casa, Nedelek Goalen; aquí estoy.

Tal era la obscuridad en el interior de la casita, que por más que el cura tuviese buenos ojos y tratara de sondear con curiosidad aquella densa penumbra, no pudo al principio distinguir nada. Durante algunos segundos permaneció indeciso, sin avanzar, destacándose en el umbral de la puerta su alta y negra silueta, pero al fin murmuró:

– Marhadour se ha engañado; no hay nadie.

Sin embargo, comenzó á oirse un ruido incierto en el fondo de la segunda habitación, que se comunicaba con la de entrada y en la que se veía moverse lentamente una forma humana que se acercó al visitante. El sacerdote vió ante sí, casi tocándole, surgir de aquellas tinieblas de la cabaña un ser á quien reconoció al punto.

Era Nedelek Goalen.

El rostro de aquel hombre con sus finos pliegues y circuído de largos cabellos que caían en bucles sobre los hombros, formando como un marco, tenía tal expresión de sufrimiento, y tan triste era la de los ojos, claros y penetrantes, cuya mirada parecía sondar hasta el alma, que el cura de Camaret, indeciso, creyendo haberse engañado por alguna semejanza extraordinaria, hizo un ademán de vacilación, diciendo:

– A Nedelek Goalen es á quien yo quiero ver.

El anciano, entreabriendo con un esfuerzo sus labios resecos, balbuceó:

– Soy yo, señor rector.

Y apartándose un poco para dejar el paso libre, añadió:

– Tómese usted la molestia de entrar: el local no es rico; pero Jesucristo amaba la pobreza; yo sé que usted no huye de ella tampoco, y le conozco lo bastante para admirar en usted á uno de sus más fieles, de sus más dignos representantes en la tierra.

El sacerdote llegaba con el alma enardecida por el celo y la cólera, por todas las reminiscencias de la antigüedad y de la Edad media, que durante el camino habían alimentado su fanatismo, dispuesto á expresarse en voz alta y dura, á tratar á aquel infeliz como pensaba que la Iglesia debía tratar á un réprobo; pero experimentó una emoción tan distinta de aquella para que estaba preparado, que no supo qué contestar.



A pesar suyo miraba y escuchaba, teniendo á la vista aquel incesante movimiento del Océano (pág. 7[illegible])

Y se dejó conducir por Goalen, maquinalmente, con el pensamiento turbado y el corazón inquieto.

Sin embargo, quiso sobreponerse á lo que él consideraba como una debilidad, y con voz áspera preguntó:

– ¿Por qué has rehusado venir á ver á mi sobrino, Dionisio Le Marrec, que está muy enfermo?

Los dos se hallaban en aquel momento en la penumbra: sin esta circunstancia, el rector hubiera podido ver en el semblante de su interlocutor, á pesar de su angustia, esa ligera sonrisa resignada que era como el sello habitual, el rasgo característico de Nedelek Goalen, mientras que éste contestaba:

– Solamente usted, señor rector, tiene el poder suficiente, así como nuestro Divino Maestro, para absolver al condenado, y de consiguiente, de boca de usted debía recibir semejante orden para obedecerla. Usted me ha prohibido la entrada en la Iglesia y en el presbiterio; he sufrido mucho por esta prohibición, que no creo merecida, pero usted había hablado, y no tenía más remedio que inclinarme... ¡Hable usted, y será usted nuevamente obedecido!

El cura hizo un ademán indeciso con la mano; pero el argumento era tan justo que, buscando en vano una respuesta, murmuró al fin:

– ¡Está bien!

Su temperamento vigoroso hubiera necesitado chocar con una violencia, con una contradicción; aquella dulzura resignada, un poco quejumbrosa, que no ocultaba ninguna ironía, tocó en el fondo de su corazón esa fibra tierna que los seres afligidos por el dolor hacían vibrar siempre en él.

No podía ser un impío, ni un poseído del demonio, por hechicero que fuese, aquel hombre que hablaba de Jesucristo en semejantes términos, ni tampoco un enemigo de Dios, sino todo lo contrario; sólo que al parecer le veía á través de sus obras, á través de sus plantas curativas, á través de sus fenómenos del cielo, del mar, de la tierra, que son señales en que algunos pueden leer.

Por una completa y brusca reacción de sus pensamientos, Pedro Kerbiriou pensaba en aquel instante que todo el éxito de Nedelek Goalen provenía tal vez de que la Iglesia, austera y rígida y temerosa de las herejías, muestra un Dios demasiado apartado de estas cosas, un Dios abstracto, que difícilmente pueden comprender las almas cándidas de los pescadores y de los humildes.

Interrogándose ansiosamente, se preguntó si no habría comprendido mal á aquel desheredado, si no había hecho mal en tratarle como hechicero, como enemigo, cuando tal vez hubiera podido tener en él un auxiliar precioso para la mayor gloria de Dios.

Y de nuevo la comparación con los menhirs santificados se impuso á su espíritu, indicándole lo que debía hacer, de qué manera debía llenar su cometido de apóstol, y cómo en vez de rechazar á aquel desgraciado de su seno, según lo había hecho siempre hasta entonces, la Iglesia tendría más verdadero interés, y demostraría más grandeza también, atrayéndole á sí é imprimiendo en él su sagrado sello.

Sin embargo, le parecía duro ceder así inmediatamente, mostrarse débil ante aquel que le había resistido y que osó indicarle su deber.

– Puesto que en otro tiempo, repuso con altanería y marcada dureza, cuidaste á Mariana, según parece, la conocías lo bastante para saber que venía de mi parte.

– El servidor no puede deshacer lo que el amo ha hecho, replicó Goalen con tono de respetuosa tenacidad.

Y como si hubiera temido enojar al sacerdote, añadió al punto:

– ¡Tenía empeño en que usted viniese á santificar mi pobre morada con su presencia!

Y con tono suplicante dijo después:

– También yo necesito la misericordia de usted y su socorro para... alguna persona á quien su cólera ha herido.

Y con la mano señalaba la habitación contigua.

Pedro Kerbiriou, poseído de desconfianza, hizo un vago movimiento como para retroceder y marcharse; mas el anciano, con lágrimas en los ojos, unió sus manos huesosas con ademán suplicante, y dijo:

– ¡La misión de usted es bendecir; yo le pido tan sólo que bendiga á mi pobre hija, que tambien está enferma del corazón y del alma, si no del cuerpo, y que sin embargo, no ha pecado!

Después de una breve lucha consigo mismo, el sacerdote se dirigió resueltamente hacia el fondo de la casita, murmurando:

– ¡Tienes razón, Nedelek Goalen, esa niña no es culpable!.

Cuando salió, pocos minutos después, para volver al coche, el Hechicero, inclinándose á fin de coger el borde de la sotana del cura, le acercó vivamente á sus labios, antes de que éste pudiera impedirlo, y exclamó con los ojos brillantes:

– ¡Salvaré á Dionisio Le Marrec, yo se lo juro á usted!

V

No tan sólo al día siguiente de la visita del padre Kerbiriou á Goalen, sino en los que se sucedieron también, y con toda regularidad, se vió al Hechicero llegar de su lejana vivienda del cabo de la Cabra, unas veces á pie y otras aprovechando algún vehículo de los que recorren el trayecto entre Crozon y Camaret, y llamar á la puerta del presbiterio.

No tardó en propagarse por todo el pequeño puerto la noticia de aquella extraordinaria visita del rector al hombre á quien había anatematizado desde el púlpito, y durante algun tiempo no hubo acontecimiento más importante, ni que más preocupara á la gente de Camaret.

En la tarde de aquel mismo día, apenas llegado, Marhadour fué el primero en dar la noticia en el hotel de la Marina, adonde fué á echar un trago, tanto para reponerse de su largo viaje, cuanto para anunciar el hecho antes que nadie.

Además de la patrona, su hija y las criadas, precisamente se hallaban allí, delante del mostrador, algunos pescadores que hablaban antes de retirarse á dormir de los últimos resultados obtenidos en la pesca.

Entre ellos Balanec, sentado junto á una mesita, hablaba ruidosamente en compañía de Hervé Morvan, que después de su historia de la defensa de Camaret, referida aquella mañana, y también por haberle apoyado tan enérgicamente contra los detractores del fortín, había llegado á ser á los ojos del pescadero el hombre más capaz de todo el pueblo.

Desde el umbral de la puerta, Marhadour, risueño el rostro y rebosando cierta satisfacción misteriosa, les gritó:

– ¡Valiente viaje acabo de hacer ahora!

Todos se volvieron sorprendidos, y Balanec exclamó:

– ¡Siempre está contento ese Marhadour! ¿Qué nueva farsa querrá contarnos hoy?

Pero el recién venido repuso con gravedad:

– Cuentos como éste, no os he referido muchos.

– ¡Calla, pues es verdad!, exclamó Morvan. Esta mañana te separaste de nosotros muy bruscamente sin decir por qué.

– Sí, diantre, fué para conducir al señor rector, que tenía que hacer... ¿Dónde diréis? ¡Veamos si alguno lo adivina!..

– ¡Quién sabe!, contestó Lagadec, frunciendo las cejas.

Marhadour, ahuecando la voz, contestó:

– ¡Al cabo de la Cabra!

– ¿Qué se proponía hacer allí?, preguntó Garrec.

– ¡Pues ver á tontón Nedelek!, contestó Marhadour.

– ¿Y le ha visto?, preguntó Tremor con expresión de asombro.

– Como yo os veo á todos vosotros; y ha entrado en su casa con la cabeza alta. ¡Vamos, es un valiente nuestro rector!

– ¿Y sabes tú lo que le quería?, preguntó Balanec.

– ¡Oh! En cuanto á eso, el señor rector es demasiado discreto para hablarme de sus asuntos; pero cuando el Hechicero le acompañó hasta la puerta, encorvado ante él, como arrepentido de su vida pasada sin duda, le oí hablar de Dionisio Le Marrec. ¡Seguramente ha prometido curarle!

La decana, rebosando alegría en sus ojos grises, exclamó:

– ¡Así me gusta..., ah, sí!.. ¡Bien decía yo que el señor rector tenía sentimientos demasiado nobles y era además muy caritativo para no entenderse un día ú otro con Nedelek!

– Lo cierto es, refunfuñó Hervé Tremor, que ese hechicero debe tener no poca influencia para haber obligado á un santo varón como el señor cura á ir á su casa de perdición.

Kervarec, apurando su vaso, que acababa de chocar con el de Tremor, protestó diciendo:

– Seguramente que nadie le ha obligado, y que si ha ido, fué por su propia voluntad. Bien mirado, tu hechicero es un hombre como cualquier otro, por más que digas, y si el señor cura se ha presentado en su casa, lo habrá hecho para bien...

Y soltando la carcajada, añadió:

– Todavía crees tú, según veo, en los sortilegios y en los que dicen la buenaventura. ¡Ja, ja, ja!.. Mucho tiempo hace ya que se olvidaron tales cosas.

Pero Tremor, con los ojos medio cerrados y fruncidas las cejas, repuso con voz sorda:

– ¡Los jóvenes de hoy no creen ya en nada!.. ¡Siempre quieren saber más que sus mayores!.. ¡Ya veremos, ya veremos!..

Y se alejó por la obscuridad del muelle con la idea de que Nedelek Goalen continuaba su obra, atrayéndose uno tras otro, primeramente al sobrino y después al tío.

– Ya veréis, gritó, á manera de despedida, cómo curará á Dionisio Le Marrec, porque sabe mejor que los médicos cuál es la enfermedad del sobrino del doctor, puesto que es la que él le ha dado.

En efecto, bien fuera porque Nedelek Goalen poseyese una ciencia segura, como sucede á veces á esos curanderos del campo, á quienes la experiencia, el olfato, una especie de intuición incontestable, permiten curar á enfermos á quienes los remedios ordinarios no pudieron aliviar, ó ya porque Dionisio Le Marrek reconociera vagamente al anciano á través de las brumas de la fiebre, y viese en esto un feliz augurio, recobrando alguna esperanza respecto á Genoveva, el caso es que se produjo una saludable reacción en su estado.

Desde la segunda visita de Goalen, los accesos febriles disminuyeron en intensidad y el delirio cesó por completo.

Mariana, rebosando de alegría, hizo la primera observación, exclamando:

– ¡Ni aun al principio de la enfermedad, después de la primera consulta de los médicos, le hemos visto nunca tan bien!

El sacerdote se resistía aún, objetando:

– ¡Esperemos; todavía no hemos llegado al fin!.. ¡Demasiado cruelmente nos hemos engañado ya!

Aunque esta mejoría le produjera un verdadero alivio, experimentaba una especie de descontento al ver que se manifestaba tan rápidamente después de las primeras visitas y de los primeros cuidados del hombre del cabo de la Cabra.

En Pedro Kerbiriou se reconcentraba un mal humor creciente, que le inducía á negar lo que estaba viendo, á no admitir que aquello fuese obra del Hechicero, y repetía:

– ¡Si todo fuese debido á algunas malignas infusiones de hierbas..., la cosa sería demasiado fácil!..

Y olfateando con desconfianza los paquetes que Goalen traía, observaba:

– ¡Plantas de la landa; no es otra cosa!..

Y experimentaba cierto enojo contra los médicos, sus recetas más sabias y sus remedios, indicados con palabras latinas y que no habían podido producir el poderoso efecto obtenido por aquellos simples

Si no hubiese tenido una fe tan ardiente é inquebrantable, si no hubiera recibido una instrucción y educación que le impedían dar crédito alguno á las supersticiones corrientes del país, y si, como bretón de nacimiento y de raza, se hubiese dejado dominar por la atmósfera de aquella comarca, seguramente habría visto en aquellos primeros y rápidos indicios de restablecimiento la manifestación de un fenómeno fuera del orden de las cosas naturales.

Y murmuraba descontento, recordando la importancia que las hierbas tenían en el culto idólatra:

– ¡Las hierbas; siempre como los druidas!.. ¡Ah! esas hierbas, plantas de Satanás tal vez!..

Estas comparaciones le preocupaban obstinadamente, como si hubiera querido fortalecer con ellas su repulsión vacilante al curandero y tener contra él armas temibles.

Cada vez que Goalen iba á visitar á su sobrino, empeñábase en permanecer junto á la cabecera del enfermo, observando con recelosa curiosidad los menores ademanes del buen hombre y estudiándole con sus ojos penetrantes, que hubieran querido sondar su corazón y su cerebro para buscar el secreto de sus pensamientos. Parecía esperar algo que no llegaba, y que le hubiera entregado al Hechicero, presentándole en abierta rebelión con la ortodoxia.

Pero bien fuera que á Nedelek le repugnase emplear con Le Marrek, y delante de su tío, las prácticas de vulgar charlatanismo de que tal vez hacía uso con los salvajes de su landa, armoricanos ignorantes, faltos de inteligencia, ó ya que en realidad se contentara siempre con la simple aplicación de sus remedios en compresas é infusiones, no dió lugar á la menor protesta del sacerdote.

Tan sólo una vez, al hacerle éste cierta observación, contestó con su ligera sonrisa en los labios:

– Yo soy casi un pastor, como usted, señor rector; pastor de los humildes, pastor de los animales, como usted lo es de las almas.

Al verle siempre de igual humor, con el mismo rostro de expresión dulce y resignada, á pesar de las duras frases que á veces dejaba escapar el sacerdote en su apasionada violencia al predicar alguna alta verdad de su Iglesia, Pedro Kerbiriou comenzó á sentirse singularmente atraído por el hombre á quien antes había tratado con tanta rudeza, y en su interior comenzó á revolver con más actividad la idea de que le había desconocido hasta entonces.

Sin embargo, siguió resistiéndose á este impulso, defendiéndose de él como de un peligro misterioso lleno de cosas desconocidas y evocando todos sus recuerdos de seminario para enumerar las mil astucias del demonio.

La sencillez misma de aquel hombre, su triste quietud, parecíanle un enigma, y hubiera querido profundizarlas, encontrar algo distinto de lo que realmente encontraba; pero toda su sagacidad de sacerdote, todas sus astucias de hombre civilizado, todos los hábiles lazos que tendió al humilde pastor se estrellaron contra la misma inquebrantable tranquilidad y la misma confianza en Dios.

Al mismo tiempo, la curación de Dionisio Le Marrec entraba en su fase activa; y recobradas todas sus facultades, despertaba á la vida con un profundo sentimiento de beatitud, á una vida nueva y más vigorosa.

Cuando su tío le vió así, tuvo por un instante la idea de impedir todo reconocimiento y en particular toda conversación entre Dionisio y Goalen. Desde que mejoraba, el joven no había pronunciado ni una sola vez el nombre de Genoveva delante del sacerdote; mas éste comprendía bien que tal pensamiento ocupaba del todo á su sobrino, y que el menor choque haría salir de sus labios el temido nombre.

Hubiera querido esperar aún, aplazar siempre toda explicación sobre este punto.

No se atrevió á ello, por temor de mostrarse ingrato con aquel á quien tanto debía.

Cierta mañana, al despertar, Dionisio reconoció á Nedelek Goalen, que estaba junto á su lecho, y que había salido de su casa durante la noche, á pesar de las amenazas del tiempo, á fin de estar en Camaret á primera hora.

Sus primeras palabras habían sido para decir, con expresión inquieta y de descontento:

– Los fuegos de San Mateo y de las Piedras Negras estaban anoche bajos sobre el agua, lo cual es mal indicio.., y me pareció que los de Sen se lanzaban hacia las nubes, lo que indicaría cambio de tiempo ó tempestad...

Después se había acercado al lecho del enfermo, con el rostro iluminado de lleno por la luz.

En un principio, creyendo perseguir, aunque ya despierto, una forma de sueño, Dionisio se sobresaltó, y sus párpados volvieron á cerrarse como para retener una visión sugestiva de los más dulces pensamientos; pero una voz murmuraba á su oído con tono sereno:

– ¡Vamos, ya está usted mejor ahora, Sr. Le Marrec!

No eran los rudos acentos de Pedro Kerbiriou, ni la afectuosa entonación de Mariana; y Dionisio, abriendo otra vez los ojos para mirar á su alrededor, balbuceó:

– ¡Tontón Nedelek!.. ¿Usted aquí?... Y..., y..

El enfermo hizo un brusco ademán hacia Goalen, como extasiado de pronto, dispuesto á hablar, á interrogar.

– ¡Está salvado, curado de veras!, exclamó Manaik. ¡Jesús, Señor, habéis hecho un milagro!

Al volverse hacia ella, Le Merrec vió á su tío, y

fijó en él tal mirada de agradecimiento, tan llena de afectuosa ternura, que el pobre hombre, olvidando en aquel instante todo lo que había sufrido, todo cuanto había soportado, todas las crueles luchas de su alma, de su conciencia y de su fe, se arrojó sobre el lecho para estrechar á Dionisio contra su corazón, exclamando:

– ¡Dionisio..., hijo mío!

Y casi al punto, mostrando al anciado Goalen inmóvil, añadió:

– ¡He ahí á tu verdadero salvador!

Durante un segundo, ocurrióle á Dionisio pedir una explicación, preguntar cómo el excomulgado, cómo el Hechicero del cabo de la Cabra se hallaba allí, en el corazón mismo del presbiterio, y cómo el cura le trataba con tantas consideraciones, proclamándole en alta voz salvador de su sobrino.

Pero esto era demasiado fatigoso para su cerebro, libre apenas del torbellino alucinador de la fiebre, y se limitó á decir con expresión extasiada:

– ¿Conque es usted quien me ha curado?

El anciano pastor hizo un movimiento de cabeza, y un rayo de alegría brilló en sus ojos.

– ¡Había usted salvado á mi Faik', exclamó después.

Aunque estas palabras hubieron sido articuladas en voz baja, el sacerdote las cogió al vuelo, ó más bien las adivinó, y á pesar de toda su fuerza de voluntad, de todo su dominio sobre sí mismo, una contracción brutal frunció terriblemente sus cejas, encendiendo súbito fuego en sus pupilas.

Estuvo á punto de manifestar en alta voz su padecimiento moral, bajo la dura torsión que le oprimía el corazón, y exclamar con acento de cólera:

– ¡Ella, todavía ella!.. ¡Ah! Razón tenía ya al no querer...

Pero Dionisio no había hecho caso al parecer de la respuesta de Goalen, y solamente sonreía tranquilo, fijando en todos la misma mirada serena y feliz. ¿Se habría producido en él tal vez un cambio bajo la influencia prolongada y disolvente de aquella grave enfermedad?

El sacerdote concibió de pronto esta esperanza, y su rostro sombrío se iluminó vaga y fugitivamente. Parecióle que era una lucha decisiva la que se libraba al pie de aquella cama, transformada un momento en lecho fúnebre, y recordó el episodio fatídico de la paloma blanca y del cuervo negro disputándose un alma, episodio tan común en los antiguos cuentos del país, que en otro tiempo le habían referido en su infancia.

Todos los detalles acudían á su memoria con precisión, como si hubieran podido aplicarse al caso particular de su sobrino.

Recordaba aquel ataúd del difunto que se coloca sobre la pared del cementerio; después llegan de los puntos opuestos del horizonte un cuervo negro y una paloma blanca, que comienzan á darle aletazos; la paloma hace todo lo posible para que el ataúd caiga en el cementerio, y el cuervo se esfuerza para precipitarle por el lado opuesto. Si la paloma vence, el alma está salvada, y si el cuervo triunfa, el infierno se apodera de otra alma.

Los dos versos típicos de la muy antigua canción zumbaban en sus oídos, cruzando sus inolvidables sílabas célticas, grabadas en su memoria.

Mar trec'h l mal-bran war as goulm-wenn,
Zai Mari ha te d'ann ifern!

Y los repitió casi en alta voz, traduciéndolos como para penetrarse más:

Si el cuervo triunfa sobre la paloma blanca,
¡María y tú iréis al infierno!

En una especie de alucinación despierta, Nedelek se le aparecía bajo una forma alarmante de ave de rapiña, con su nariz semejante á un pico, su rostro flaco, los brazos recogidos bajo la hopalanda que cubría sus hombros y el cuello estirado hacia el enfermo.

No le extrañaba que fuese la siniestra ave del cuento aquel pastor, compañero de los cuervos negros de la landa, que tan salvajes con todo el mundo, no huían de él, y que tal vez hablaban con el hechicero de cosas muy antiguas que sabían, como centenarios y contemporáneos de las Piedras.

La bruma de fantasmagoría que rodeaba al sacerdote, desnaturalizando para él los seres y los objetos, se desvaneció poco á poco, desapareciendo al fin, dejándole la rectitud de su juicio, la claridad en las ideas; y sonreía de su extraña ilusión, cuando Goalen, levantándose para despedirse, dijo:

– ¡Ya no volveré, señor rector, pues el enfermo no necesitará ya de mis cuidados!

Dionisio abrió la boca para hacer una pregunta, y despues volvió á cerrarla sin decir nada; indudablemente había querido hablar de Genoveva, y no se atrevió á ello. Mariana, que estaba junto á él, lo adivinó, y comprendiendo el peligro que habría si le dejaba hablar, murmuró rápidamente en voz baja:

– ¡No digas nada, hijo mío, y ten confianza! ¡Todo se arreglará!

Dionisio dejó caer la cabeza hacia atrás, con el rostro radiante, repitiéndose interiormente el nombre adorado:

– ¡Faik, mi querida y adorada Faik!..

Ocupado con Nedelek Goalen, Pedro Kerbiriou no había visto ni oído nada, y en aquel instante decía al Hechicero:

– De desear es que el cambio de tiempo que usted nos anuncia no venga demasiado pronto, pues todas las barcas están fuera, en la pesca, y no se encontraría hoy un solo hombre en Camaret.

Goalen movió la cabeza.

– ¡Para la pesca que han de coger en sus redes, tal vez hubiera sido mejor para ellos quedarse en tierra!.. ¡Demasiado lo anunciaban los faros por el aspecto de sus fuegos!.. Hay una mala tempestad en el aire...

Acababa de abrir la puerta, y prestando atento oído, añadió:

– ¡Vea usted! ¿Qué decía yo? Escuche usted, señor rector.

Una detonación sorda, debilitada por un viento contrario ó ahogada por la distancia, rodaba lentamente hacia ellos.

– Diríase que eso viene de Pen hat, observó Mariana.

Casi en el mismo instante percibióse otro fragor, más claro aún, y pocos momentos después, un sonido ronco y prolongado, semejante á un alarido de desesperación, llevó su lúgubre queja en dirección al muelle.

– ¡Es la bocina de alarma!, exclamó el sacerdote con expresión inquieta. ¡Alguna desgracia ocurre en el mar!

Y cogiendo rápidamente su sombrero, colgado en el recibimiento, añadió:

– ¡Mannaik, cuida bien á mi sobrino!.. ¡Ya voy, ya voy!.. ¡Ah, pobre gente!..

Detrás del rector, y siguiéndole de cerca, á pesar de sus rápidos pasos, Goalen se encaminó hacia el puerto.

VI

Después de un período muy tormentoso, durante el cual no se pudo pescar casi nada, habíase producido una calma persistente, y como se anunciara un paso considerable de sardinas desde la víspera por las aguas de Tas de Pois, todos los hombres de Camaret, jóvenes y viejos, débiles y fuertes, incluso los prudentes, que consultaban diez veces el barómetro y el color del cielo antes de izar la vela y pasar del faro, habían marchado por la noche con la alegre esperanza de llenar sus redes sin gastar apenas cebo.

La huelga había sido tan prolongada esta vez, que los más juiciosos y prudentes, poseídos de enojo, llegaron á ser temerarios; así es que jamás el puerto había quedado tan desprovisto de hombres como aquel día á las primeras horas, cuando una aurora lívida y un considerable grupo de nubecillas negras, lanzadas á guisa de batidores y pasando tan bajas que casi rozaban los brezos del Gran Gouin y las siemprevivas salvajes que rodean el semáforo de Pen hat, hicieron augurar á las mujeres madrugadoras, cuyos zuecos comenzaban á resonar sobre las baldosas del muelle, que un mal golpe de viento amenazaba al país.

Algunas mujeres de pescadores, observando la barra de espuma que rodaba en la base del Gran Gouin y las encrespadas olas que erizaban toda la extensión comprendida entre Camaret y la costa del León, agitábanse ya é iban y venían por delante de las casas, sobrecogidas de inquietud por sus parientes y amigos, que en áquella hora se hallaban todos en el mar.

La Perinaig, la vendedora de huevas de abadejo, siempre una de las primeras que estaban en pie, despertó las angustias de las demás por una frase de cólera que dejó escapar después de haber examinado el cielo y el Océano.

– ¡Otra vez la miseria para nuestros hombres, de seguro!, refunfuñó.

– ¡Cómo si no tuviéramos ya suficiente!, replicó la viuda Pennegués, que estaba abriendo su tiendecilla, situada en el centro del muelle.

¡La miseria! Para aquella gente ruda y sencilla, tan endurecida en las privaciones, esta palabra sola lo encierra todo, lo explica todo y responde á todo, por el sentimiento de la gran lucha continua contra los elementos, del intenso padecer físico y del excesivo trabajo de su perpetua existencia de peligros y combates.

¡La miseria! ¡Estar siempre en lucha con el mar, soportar todos sus caprichos, sus calmas y sus furores; aleja el pescado, y después vuelve á traerle como un cebo, para llevárselo en seguida; desgarra las redes, sepulta las barcas y ahoga á los hombres. ¡Es la miseria!

La palabra corrió de boca en boca; propagóse; resonó lamentable de una extremidad á otra del muelle, y deslizóse por las callejuelas.

¡La miseria!

Otras mujeres se detenían alrededor de Luisa Pennegués y de la Perinaig, para decir cada cual una palabra, una frase, y todas tenían oprimido el corazón y la misma mirada de angustia.

– Mejor hubiera sido, decían, esperar más, porque el tiempo no era muy bueno la noche pasada.

En efecto, algunos ruidos sordos sintomáticos, semejantes á ronquidos, había soplado por las chimeneas; mientras que algunos golpes y crujidos de las ventanas hubieran podido dar que pensar, indicando que se preparaba algo malo en el gran misterio del Atlántico; mas á las raras objeciones prudentemente hechas por algunas mujeres temerosas, los hombres habían contestado:

– ¡Pero no podemos consentir que las sardinas pasen así á nuestras barbas, delante de nosotros, para ver cómo las cogen á redes llenas los de Douarnenez!..

Esto había bastado para ahogar las quejas ó las observaciones.

Ahora se arrepentían, sobrecogidas de espanto, interrogándose unas á otras con una mirada que no se fijaba, por temor de ver la expresión de terror pintada en aquella con la cual se cruzaba, y no se atrevían á pronunciar las palabras terribles que para ellas son evocadoras de la desgracia.

Apenas alguna osaba decir:

– Un poco pesado está el mar para la pesca.

Ninguna articulaba su secreto pensamiento devorador:

– ¡El naufragio!..

Para todas era una creencia que formular en alta voz semejante suposición bastaría para provocar la temida catástrofe.

El cielo se nublaba rápidamente; el día parecía extinguirse antes de nacer, y las mujeres permanecían allí, casi inmóviles, petrificadas, en la expectativa de alguna cosa irremediable, que debía suceder fatalmente, cuando la mujer del guardián del semáfaro de Pois, que había bajado á Camaret para hacer provisiones, anunció risueña, con la alegría de quien da una buena noticia tranquilizadora:

– ¡Todos están al abrigo en la ensenada del Veryhac'h, todos seguros!.. ¡El golpe de viento no es para ellos!

Esto fué un alivio tan brusco é instantáneo, que las conversaciones, un momento suspendidas, ahogadas, volvieron á seguir su curso libremente.

Mas apenas comenzaban las mujeres á tranquilizarse, cuando por la parte del Oeste resonó un cañonazo, que hizo volver todas las cabezas en dirección de las alturas de Pen hat.

Una de las criadas del hotel de la Marina, que en aquel momento se hallaba por casualidad en la cresta del pequeño acantilado de Reg ar Gall, que domina el puerto, había dirigido su mirada hacia el semáforo, y profiriendo de pronto un grito, anunció con acento de angustia:

– ¡Jesús!. ¡La bandera negra!..

Casi en el mismo instante retumbó otro cañonazo, apoyando y terminando la maniobra de alarma.

Entre las que se hallaban allí no había ninguna que no comprendiese la siniestra significación de aquellas señales, y se produjo un coro de súbitas lamentaciones, que se sucedieron sin transición á la precedente alegría.

– ¡Jesús, ya llegó la desgracia!, exclamó Luisa Pennegués, más pronta que sus compañeras á pronunciar palabras de dolor, en su vida de amarguras, y siempre inclinada á las profundas tristezas.

– ¡Ah! Mal negocio.., la bandera de los náufragos!, refunfuñó la Perinaig.

A fin de calmar la inquietud, la mujer del vigilante del semáforo hizo una observación:

– Es posible, dijo, que haya habido una desgracia; mas no para los de Camaret, según creo, puesto que todos se hallan seguros y anclados en Veryhac'h; yo los he visto.

Luisa Pennegués insistía.

– ¡Y Corentín Garrec, que está en el mar con los tripulantes!.. ¿Cómo lo haremos?

(Continuará)

REPÚBLICA DE GUATEMALA

SUS GOBERNANTES Y SUS ADELANTOS MATERIALES

El gobierno guatemalteco se compone del presidente de la República y de seis secretarios de Estado que desempeñan las carteras de Gobernación, Guerra, Hacienda y Crédito público, Relaciones exteriores, Fomento é Instrucción pública.

En esta página damos los retratos de todos estos personajes políticos, á cuyo frente figura el general de división D. José M.ª Reyna Barrios, en su calidad de jefe supremo de la nación.

Nació el general Reyna Barrios en San Marcos en 1854, y habiendo abrazado casi adolescente la carrera militar, no tardó en distinguirse por su valor y especiales aptitudes. Diez y siete años tenía cuando asistió á las batallas de Retalhuleu y del Coxón, en las que se portó brillantemente; agregado luego como sargento al Estado Mayor, tomó parte en la de Tierra Blanca, y el 30 de junio entró en la capital con la columna libertadora. Sublevadas en 1873 las provincias de Oriente contra el gobierno legítimo, concurrió á su pacificación, ganando entonces el grado de capitán; distinguióse notablemente en las guerras de 1876 y 1885, esta última sostenida contra Nicaragua, Costa Rica y el Salvador con motivo de la malograda tentativa hecha por el general Barrios, á la sazón presidente de Guatemala, para lograr por la fuerza la federación de las cinco repúblicas centroamericanas; y en Amapala asistió á la proclamación del gobierno del Dr. Soto. Jefe político y comandante de armas de Santa Rosa en 1878, mandó posteriormente hasta 1881 el batallón n.º 2 de línea de Guatemala; después fué primer jefe del cuerpo de artillería de la República, que reorganizó por completo con gran inteligencia. Ganoso de adquirir los conocimientos que proporcionan los viajes, recorrió Alemania, Francia, España y Norte América, y habla y escribe correctamente los idiomas español, francés, é inglés y traduce el alemán. Elegido constitucionalmente por la gran mayoría de sus conciudadanos para la presidencia de la República, en 15 de marzo de 1892 tomó posesión de este alto puesto, que desempeña á satisfacción del país, procurando fomentar el desarrollo de su riqueza y sus adelantos materiales.

El ministro de la Gobernación actual es el licenciado D. Manuel Estrada Cabrera, que nació en 1857; siguió la carrera del foro; á los veinte años eligióle el general Barrios para secretario particular, y antes de obtener la cartera á que su inteligencia y dotes administrativas le hacían acreedor, desempeñó el cargo de juez en varios distritos, y los de decano de la facultad de Occidente, diputado á la Cámara popular y alcalde primero de Quezaltenango.



VIADUCTO DE LA BARRANQUILLA EN EL FERROCARRIL DEL NORTE DE GUATEMALA

Es ministro de la Guerra el coronel y licenciado D. Próspero Morales, nacido en 1856, y el cual, durante la administración del general Barrios, fué profesor de enseñanza secundaria, luego subsecretario de la Guerra, magistrado de la Corte de Justicia y diputado en varias legislaturas.



EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE GUATEMALA Y SUS MINISTROS

Don José María González, nacido en 1846, es hoy ministro de Hacienda y Crédito público, y antes de desempeñar su cargo actual, dió pruebas de su suficiencia en asuntos financieros como director general de Licores, director general de Cuentas, y secretario de Estado en el despacho de Fomento. En 1892 fué vicepresidente de la Cámara popular.

Como ministro de Relaciones exteriores figura D. Jorge Muñoz, que hoy cuenta cuarenta y dos años. Estudió la carrera de jurisprudencia y se recibió de abogado en 1876, ejerciendo bastantes años su profesión. En 1893 desempeñó el consulado general de Guatemala en Costa Rica, luego fué fiscal del gobierno y el 7 de septiembre de 1894 le designó el general Reyna Barrios para encargarse de la cartera de Relaciones exteriores.

Ministro de Fomento es el licenciado D. Manuel Morales Tovar, nacido en 1856; es coronel de ejército, ha viajado por los Estados Unidos y Europa, y á su regreso fué nombrado ministro el 1.º de abril de 1895.

Por último, el licenciado D. Manuel Cabral, que nació en 1847, entró á formar parte del gabinete en 15 de marzo de 1892, habiendo sido varias veces diputado y servido diferentes judicaturas y otros empleos de importancia, como los de director de los Institutos nacionales de San Marcos y Guatemala, subsecretario de Instrucción pública y fiscal de una Sala de la Corte de Apelaciones.

Los anteriores gobernantes vienen haciendo patrióticos esfuerzos por dotar al país que están encargados de administrar de importantes mejoras, mereciendo citarse en primer término el ferrocarril del Norte, Puerto Barrios é Iztapa, las obras de ensanche y embellecimiento de la capital, el cuartel de artillería, el Instituto de indígenas, la Casa presidencial y del registro de la propiedad, etc.



NUEVO CUARTEL DE ARTILLERÍA EN GUATEMALA

Además han presentado á la aprobación de la Cámara las leyes agraria, militar, de divorcio, de extranjería, de inmigración, de arreglo de las deudas, de la Exposición centroamericana y otras que demuestran la laboriosidad de los gobernantes y la fecunda iniciativa del presidente.

***

Entre los edificios que acabamos de citar figura el nuevo cuartel de artillería, representado en uno de nuestros grabados. Púsose la primera piedra el 24 de diciembre de 1894 y deberá quedar terminado á fines de 1897. Su construcción, en la que se ha procurado imitar el estilo de las fortalezas de la Edad media, es sólida, de piedra y ladrillo, habiendo sido confiada la dirección técnica al ingeniero D. Mauricio Frary y la administrativa al coronel de artillería don Luis García León. Hase reunido en él todas las condiciones y aun comodidades que la experiencia ha reconocido como necesarias en esta clase de edificios, y entre otros departamentos contiene cuatro cuadras de dos pisos para mil hombres perfectamente alojados con su oficialidad, gran almacén, asimismo de dos pisos, para treinta baterías con todos sus enseres, caballerizas para doscientos caballos, oficinas, pabellones, etc., etc.

Otra de las construcciones que Guatemala debe á sus actuales gobernantes es el magnífico puente-viaducto sobre el río Barranquilla, del cual damos también una vista, obra la más hermosa de su clase en toda la América central y que contribuye eficazmente al embellecimiento de los bulevares de la capital. – X.



ISLAS FILIPINAS. – VISTA DE LA CATEDRAL DE JARO Y DE LA TORRE EIFFEL, CONSTRUÍDA CON «CAN-YUAN» (BAMBÚ)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 30 de noviembre de 1896 — Núm. 779



EL CRISTIANISMO, estatua de José Reynés

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Elección del presidente de los Estados Unidos. – Decadencia del influjo político y moral de éstos sobre nuestra Europa. – Causas de esta decadencia. – Mis muertos. – Challemel-Lacour. – Inquina de los partidos extremos contra este pensador. – Sus méritos. – La cuestión de los escándalos bismarckistas. – Declaraciones de Lord Salisbury, así respecto de Venezuela como respecto de Constantinopla. – Conclusión.

I

El asunto de los asuntos, la elección presidencial en los Estados Unidos. Grande doctrina se recogiera en ellos largo tiempo. Y saludable á la verdad esta influencia de los Estados Unidos fué bajo el aspecto liberal y democrático en este nuestro viejo continente; pero faltaríamos á las verdades objetivas que revela el tiempo y á la conciencia de publicistas que nos asiste siempre, si no dijéramos cuánto y cómo esta influencia se halla de quebrantada y de perdida por culpa de los Estados Unidos; culpa no imputable, como suele suceder con muchas culpas colectivas, á ningún factor, á ningún elemento, á ningún principio que no se halle dentro de ellos mismos. En primer lugar, desde que pasara tal República desde las anexiones más ó menos voluntarias, pero siempre pacíficas, á las depredaciones violentas, arremetiendo con vecinos débiles y acaparando territorios fuera del alcance de su poder é influjo, le predijeron todos cuantos conocen la moral en el mundo que pasaría por trances muy amargos á plazo bien breve y sufriría dentro el azote de las plagas y calamidades que había esgrimido fuera. Cuando sus huestes conquistaban una parte de Méjico, y filibusteros pertrechados en sus playas, como si el Nuevo Mundo, á que arribaran los puritanos, se hubiera trocado en nido de piratas, los cuales se abatían sobre todo el centro de la América española y sobre todo el mar de las Antillas y de los Caribes, en husmeo y atisbo de sus codiciadas presas, como si tuvieran alas de águila rapaz y voracidades de tiburón hambriento, decíanles todos los pensadores modernos cuán pronto tales merodeadores se volverían á una contra los mismos que les azuzaban al pirateo y á la conquista. Consecuencia de todo esto fué trance como aquel horrible de la expedición del *Virginius*, en que habilitaron los enemigos de la patria nuestra barcos que se decían americanos é izaban el pabellón de las estrellas luminosas, para combatir y atacar una República hermana, como la República española, en el momento de abolir ésta la esclavitud en sus dominios y prepararlos á un régimen muy superior al régimen de los Estados Unidos, porque nosotros no sentimos el injusto amor que sienten los anglo-sajones al privilegio y no quitamos en respeto y consideración social á los esclavos redimidos y á los negros libres aquello que les concedemos en derecho civil y político. Hoy, á todas horas, contra los códigos de la moral humana, contra los preceptos de la Religión divina, contra los principios del derecho internacional y los tratados existentes entre nosotros, los buques filibusteros se deslizan de los puertos americanos por los mares del trabajo creador y del comercio universal, alimentando una rebelión parricida, una guerra civil espantosa, que ya estaría terminada, sin esos terribles cooperadores, sin esos criminales auxilios, indirectamente consentidos por las débiles autoridades americanas, cuando no bajo cuerda y en la sombra fomentados con maquiavelismo impropio de quienes llaman á su política la política de Cristo y pretenden aplicar á la sociedad y á la vida los preceptos del Evangelio. Y aun ha pasado más, aun ha pasado que Cámaras conocidas por su propensión al arbitraje y por sus tendencias favorables á la paz universal, se han permitido intervenir, contra el principio democrático de no intervención, en nuestros asuntos interiores, y han insultado nuestro nombre con nuestra bandera, el nombre y la bandera del pueblo que, después de Dios, ha hecho América, exponiéndonos, ciegos y crueles, á una guerra, la cual podría comenzar en un choque tremendo entre dos Estados y podría concluir en un choque tremendo entre dos continentes. Todos estos deservicios á la humanidad y al progreso hay que poner en la cuenta de los Estados Unidos, y por todos estos deservicios, el ideal otros días bendecido, como encarnado en América, va extinguiéndose cada día más en el horizonte de las esperanzas democráticas, y la constante aclamación antigua tornándose aborrecimientos y quejas.

II

Como habrán mis lectores visto, en estos recuerdos, por una piadosa costumbre ya larga, pago el tributo de mi cariñosa conmemoración á mis muertos, mostrándoles hasta más allá del sepulcro mi amistad indecible. Se ha muerto Challemel-Lacour, y al morirse, deja vacío del espléndido luminar de sus ideas una gran parte de nuestro hemisferio intelectual. Cuando supe la noticia, que malhería mi corazón afligido por penas anteriores, telegrafié al ilustre presidente del Senado francés mi dolor por tal desgracia, expresando en cuánto estimaba yo el mérito de una inteligencia tan grande, así en la filosofía como en la política. Los diarios comunistas y los diarios monárquicos, que no han podido perdonar aún al muerto sus servicios á la República templada y al orden público, tacharon de hipérboles castellanas mis sinceros juicios respecto de un sabio y de un orador tan grande. Si hubieran observado estos mis críticos la marcha del pensamiento moderno con la constancia y atención que les presto yo, estimarían en su justo valor el cómo y el cuánto de lo que Challemel ha servido la ciencia y ha honrado la tribuna. Perteneciendo á la familia de sabios que puso en contacto la inteligencia del mundo latino con la inteligencia del mundo germánico, ha dejado en la cultura contemporánea una estela inextinguible. Lo mismo su libro respecto de la filosofía liberal sustentada por un individualista del temple de Guillermo Humboldt, hermano del inmortal Alejandro, que su libro respecto de la filosofía pesimista del célebre sabio Schopenaüer, merecen el estudio y admiración de las gentes latinas, pues les revelaran lados y fases del pensamiento humano inaccesibles á muchos otros pueblos, por carecer de reveladores tan luminosos. Estos ilustres franceses, que han pugnado por llevar luz meridional á los senos de la ciencia germánica, tan obscura, merecieron bien de la humanidad y revelaron á los mismos germanos muchas indescifrables cifras de los jeroglíficos trazados en las aulas por los intrincados pensadores de allende el Rhin. Boehemer, ilustre catedrático de lenguas y literaturas neolatinas en Estrasburgo, solía decirme que cuando intentaba estudiar bien los libros de Kant optaba por la traducción francesa de Julio Barni, mucho más clara y comprensible para él, alemán, que los textos alemanes del profundo y maravilloso *Ensayo sobre la Razón Pura*. Pues Hegel tuvo igual fortuna con los libros franceses del filósofo italo-franco, mi admirado amigo el doctor Vera. Hablo de los méritos científicos del muerto, porque sus méritos oratorios no se contestan ya, ni se olvidan por nadie que ame la gloriosa prensa y la gloriosísima tribuna de Francia.

III

Después del asunto de la presidencia en los Estados Unidos, quedan dos grandes asuntos que tratar, á los cuales no puedo conceder el tiempo y el espacio correspondientes con su desmedida importancia. Me refiero al escándalo movido por Bismarck, y al discurso pronunciado por Salisbury. El viejo canciller no quiere conformarse con su desgracia. Le parece tan extraño haber caído desde su altísimo cancillerato á una modesta quinta de las selvas alemanas, como le pareció á Napoleón caer desde su glorioso trono en un abrasado islote de la zona tórrida. Y no quiere que le olviden como esos ganosos de fama, siquier sea infame, á quienes les importa poco si los vejan y los insultan sin piedad con tal que sin descanso los nombren. Habiendo despedido al Austria de la confederación germánica; dado á Italia su Venecia y á Hungría su libertad; hecho indirectamente que las tropas italianas depusieran al Papa-Rey, proclamando la capitalidad increíble de Roma; desmembrado de Francia Estrasburgo y Metz; partido el sol de los conflictos anglo-rusos en el tratado de Berlín; salvado en vísperas de su muerte á Turquía; convertido el electorado de Brandeburgo en imperio alemán, magna cosa que nunca intentaran, ni por el gran Elector, no le parece bien ahora verse reducido á vegetar con su perro, entre sus liebres, por un triste campo de centeno, como cualquier hidalgo de gotera, mientras el convenio franco-ruso, más ó menos explícito, no sólo destruye su magna obra la triple alianza, cambia por completo el eje de la política europea Un hecho no está concluído cuando se acaba de realizar, como dice la célebre regicida de Shakespeare al ver frío el cuerpo de aquel viejo que tenía tanta sangre. La grave falta política de haber arrancado las dos provincias, parte integrante del territorio francés y sumandos imprescindibles de la francesa nacionalidad, al suelo y al imperio que rechazaban por patriotas y por republicanas, habría de traer, entre muchas calamidades y plagas más, la hegemonía de Rusia en Europa. Cuantos preveían lo porvenir vieron al partido alemán de la guerra triunfante y al jefe alemán de la política derrotado el día que las dos plazas fronterizas y sus territorios circundantes fueron disgregados del suelo nacional y agregados al suelo extranjero. La Moscovia y su czar, á quienes sólo puede impeler hacia el Asia una verdadera confederación ó pacto diplomático entre los restantes pueblos de Europa, escandinavos, alemanes, sajones, helenos y latinos, imposibilitados por las ambiciones y las conquistas de Prusia, levantó el trono de su influencia en el centro de nuestro continente.

IV

Y Bismarck no advirtió que nunca los gobiernos, aun los absolutos, en Europa, se vieron por necesidades supremas como ahora obligados á seguir la opinión y el sentimiento de los pueblos, opinión y sentimiento más hostiles á Germania en Rusia que en la misma Francia El pueblo francés ha sido un aliado perpetuo de Prusia en las guerras religiosas, en la guerra de los Treinta años que determinó el predominio de los Brandeburgos sobre los Hapsburgos, en las primeras guerras de Federico el Grande, y le costó mucho trabajo separarse de Prusia, como demuestra el horror á las alianzas con Austria que tan caro costó á la pobre Antonieta y su esposo, y el empeño con que buscaban los jefes y doctores del pueblo francés, Brisot, Roland, ¡Dumouriez, al estallar el conflicto con las monarquías, el apoyo de Prusia, por creer imposible su inteligencia con el jefe de la coalición monárquica, su inteligencia con el emperador de Austria. Hoy el pueblo francés aparece como enemigo implacable de Prusia, pero enemigo circunstancial, por Alsacia y Lorena, cuya situación puede cambiar el día menos pensado, mientras el pueblo ruso es un enemigo eterno. Los Romanoffs estarán por su alma y por su sangre, por esa herencia de humores y de ideas á que llamamos atavismo, con Alemania, de donde casi todos los czares sacaron las madres de sus hijos; pero el pueblo está en contra, y cuando jura odio eterno á los occidentales, jamás suele referirse, ni á italianos, ni á franceses, ni á españoles; refiérese á los alemanes, por quienes se ha juzgado tristemente oprimido en su corte y en su administración. Así daba tanto precio á su alianza Bismarck, y la favoreció con su neutralidad benévola en la guerra de Oriente, y pasó por que arrancara Besarabia del territorio de un feudatario suyo como el alemán monarca rumano, y convino en que se organizara Bulgaria del modo que á Rusia conviniera, y estuvo de mala gana en las anexiones, así de Bosnia y Herzegovina al Austria, como de Chipre á Inglaterra, y mantuvo allende lo posible la célebre amistad entre los emperadores; y al ver que por el tratado de Berlín y por el halago de Francia podría ponérsele Rusia enfrente, urdió ese tratado secreto, sugerido por una gran previsión de su colosal talento, aunque fuese una gran maniobra en daño de sus propios amigos; tratado secreto que acaba de revelar su garrulidad y su impaciencia, para echar sobre los intermediarios, sobre los demiurgos, sobre las segundas partes, los cancilleres que le han sucedido á él y los emperadores que han sucedido al férreo Guillermo, un desaguisado para su patria, como la inteligencia entre Rusia y Francia, del cual desaguisado es único responsable, porque también es único autor. No puede ya dilatarse más esta crónica; pero imposible cerrarla sin decir que ha sonado como nota de paz el discurso de Sabisbury, pues las dos gravísimas dificultades con que tropezaba Inglaterra, la cuestión de Venezuela en el Nuevo Mundo y en el Viejo la cuestión de Oriente, se resolverán por un arbitraje intercontinental aquélla, mientras la segunda por un convenio europeo. Deseemos que no se perturbe con más conflictos la paz del mundo y no se mengüe por guerras y reacciones la libertad del hombre.

Madrid, 23 de noviembre de 1896.



EL MATRIMONIO SEGÚN LA MODA

Noviembre de 1745

Obra maestra en seis cuadros, del célebre pintor y grabador inglés William Hogart

Ocupa Hogart en el mundo del arte uno de los primeros puestos. Pocos serán, de entre los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, los que no conozcan algunas de las producciones del genial inglés, del amigo del insigne trágico Garrick. Hogart, ¿quién lo ignora?, fué el moralista más terrible, más cruel é implacable de la corrompida sociedad inglesa de los días de Jorge I y de su sucesor. Desde la nobleza hasta el clero, desde el cortesano hasta el burgués, todas las clases sociales ofrecieron al célebre artista motivos mil para sus sátiras, muchas de las cuales tienen hoy la misma fuerza moral que entonces por existir los mismos vicios.

* * *

Escrita ya otra *efeméride* para el día de hoy, no he dudado un instante en romperla para escribir esta. He procurado que todas las manifestaciones de la pintura, de la escultura y del dibujo tuviesen representación en esta serie de monografías artísticas, escogiendo aquellas obras que la historia y la crítica han confirmado de obras singulares. Como una de estas conmemoro hoy la que, por el voto unánime de los inteligentes, se considera la producción maestra de Hogart. Y ciertamente que hubiera sido para mí causa de gran sentimiento que por un olvido hubiese dejado de apuntar el nombre del genial artista inglés.

Discípulo Hogart de Thornill, pintor del rey, alcanzó, después de ruda lucha con la miseria, que le imposibilitaba de atender por entero á las enseñanzas de su maestro, un dominio grande del dibujo. En su niñez, Hogart había sido colocado por su padre de aprendiz en el taller de uno de los más famosos joyeros de Londres; mas el muchacho, dejándose llevar por su decidida afición al dibujo, á que le impulsaba también la índole de los trabajos que debía ejecutar, decidióse á copiar del natural directamente y á grabar en dulce. Abandonó el taller del orfebre y se dedicó á grabar en cobre portadas de libros, escudos para la nobleza, anuncios, etc A los treinta y un años de edad comenzó á grabar sus *sátiros* y sus primeras composiciones de esta índole, y por entonces fué cuando entró en el taller del pintor Thornill.

En vano – dice un notable escritor español – intentó el maestro torcer la decidida inclinación de Hogart á los asuntos cómicos; el mismo Thornill – sigue diciendo el escritor aludido – estuvo á pique alguna vez de ser arrastrado hacia ellos. «Encargado Hogart en cierta ocasión por su maestro de pintar unos sátiros para *Headley Parc*, los trazó con tal gracia é imprimió á sus rostros tal carácter, que el maestro tuvo que avivar los tonos de la obra entera, que palideció ante los toques vigorosos del discípulo (1).»

En 1745 y después de haber publicado entre otras composiciones *La vida de la cortesana, La vida del libertino, La cofradía de durmientes, Los cómicos errantes*, sátiras terribles las tres primeras, burlesca creación la última, dibujó en seis cuadros su obra maes tra *El matrimonio según la moda*. Hogart trazó las composiciones en las planchas é hizo grabarlas en París, reservándose el grabado de las cabezas. Artista psicólogo, estético grande (autor de un libro de este género, en el que exponía teorías hoy en boga), jamás consintió que buril extraño interpretase las distintas expresiones de los rostros de las figuras de sus dibujos, pues á menudo él mismo, al grabar, corregía lo que hiciera con el lápiz. Puso á la venta el primer cuadro de la colección de *El matrimonio según la moda* en el mes de noviembre del citado año de 1745. He aquí ahora el asunto desarrollado por Hogart en esos seis cuadros:

Un noble decide casar á su hijo con la hija de un rico comerciante. La boda del muchacho es la única tabla de salvación que el noble encuentra para esquivar la ruina que le amenaza. Pero el descendiente de ilustres familias es tan pobre de espíritu como de naturaleza, y en garitos y lupanares malgasta la fortuna de su mujer y con la que su suegro había comprado para su hija una corona. La esposa, olvidada y desdeñada por aquel hombre de distinta condición social, trata de consolarse, y cae en los brazos de un amante, olvidando sus deberes de madre. El *noble* esposo se acuerda un día de que lo es, y sorprendiendo á los amantes trata de tomar venganza, con tan mala suerte, que él es quien muere á manos del seductor. Este drama termina de un modo verdaderamente espantoso. El amante muere en un patíbulo y la viuda se suicida por medio del veneno.

Pero yo no sé si son más terribles las escenas de los tres últimos cuadros, ó los detalles, hijos de un talento poderosísimo de observación, con que Hogart complementa su pensamiento. Hago gracia á mis lectores de los detalles del primero y del segundo cuadros en los que se desarrolla la escena del casamiento y se exhibe el hogar matrimonial. La casa del noble está llena de muebles y objetos que atestiguan la rancia y elevadísima alcurnia del novio, quien aparece en escena lleno de parches y vendajes; la del burgués es una muestra acabada del mal gusto del ricacho. Vengamos al último cuadro. El escenario es la habitación burguesa; mas sin los muebles de un barroco horrible, pero costosos; las porcelanas, los cuadros, el reloj de *gato*, etc., que se veían al comienzo de la historia. Tendida en un sillón se mira á la suicida y á las gentes que la rodean, apoderándose de cuanto de algún valor encuentran, sin respetar á la muerta, á quien su mismo padre le quita las sortijas que tiene puestas. En medio – en medio no, sino junto á su madre – sostenido por una vieja, vese al hijo de aquel matrimonio monstruoso, niño raquítico, con las piernas torcidas, que en vano tratan de enderezar varios aparatos, con el cuello lleno de cicatrices de escrófulas, con cabeza de hidrocefálico, extendiendo las secas manecitas hacia su madre. Tal es el cuadro final de *El matrimonio según la moda*.

Tardó Hogart seis años en pintar esta historia tremenda. Los cuadros originales, que no son ciertamente modelos de color, aun cuando haya en ellos notas tan acertadas como la de la indumentaria de la joven, en el cuadro tercero *Visit to the Quack doctor*, existen en la *National Gallery*, juntamente con el retrato de Hogart y el de su hermana.

* * *

Sigue en mérito artístico, y en valor moral sobre todo, al *Matrimonio según la moda*, otra colección de seis cuadros que también hizo grabar Hogart, y que es tan conocida de las gentes del arte como ésta de que me he ocupado; titúlase *Harlot's Progress (La carrera de la prostituta)*. Un detalle interesantísimo se advierte en esta obra. Reconócense, según afirma Chesneau, en varios de los personajes que en esta historieta figuran, gentes contemporáneas. Uno es el retrato del coronel Chartres; otro el del cura Parson, y de nobles como Fort, etc., y el de una *celestina* célebre en Londres, llamada la *Needham*. El mayor de los cuadros de costumbres, pues consta de ocho escenas, que Hogart pintó y que obtuvo verdadero éxito, es el que representa *La carrera del libertino*. Divídese, como digo, en ocho partes la obra, y titúlanse la *herencia*, el *despertar del libertino*, la *orgía*, el *matrimonio*, el *arresto*, la *prisión* y el *hospital de locos*.

Realmente es digno de observación el fenómeno que se observa estudiando la obra toda del genial artista inglés y los favores que sus contemporáneos le otorgan, á pesar de verse flagelados tan despiadadamente por el lápiz del pintor moralista. Hogart llegó á ser pintor del rey y rico. Pues bien: oigamos á un historiador: «El inglés del siglo XVIII era grosero y brutal en las clases bajas, libertino y corrompido en las altas. Existían *clubs* en donde figuraban los más ilustres personajes de la nobleza inglesa, cuyas reuniones eran verdaderamente execrables por su inmoralidad.» El relato de algunas de las escenas que en esas reuniones se desarrollaban, no son ni siquiera para leídas por hombres solamente. Todo respeto humano y divino quedaba hollado; ni las páginas del famoso *Œil de bœuf* de la *regencia* de Francia alcanzan el grado de inmoralidad que la lectura de las crónicas de los buenos tiempos de los Jorges I y II de Inglaterra. Así pues, no existe exageración alguna en las obras de Hogart. Además de que este pintor no reprodujo un tipo ni una escena que no hubiese visto. Cuéntase – y yo lo reproduzco ahora para testimoniar lo que vengo afirmando – que paseando un día Hogart en compañía de un amigo por las inmediaciones de una casa de mal vivir, vieron regañar á dos muchachas en estado de embriaguez, y cómo una de ellas, llenándose de ginebra la boca, se la arrojaba á los ojos de la otra. Hogart hizo un rápido apunte de la escena, y la reprodujo en su famoso cuadro *Conversación de media noche;* cuadro donde presentó, dice Chesneau, el horrible espectáculo de los vicios de Londres.

R. BALSA DE LA VEGA

(1) *Apuntes para la Historia de la caricatura*, página 56. – Jacinto Octavio Picón.

JOSÉ LLOVERA

Sintió irresistible vocación por la pintura desde sus mocedades; pero obediente á los consejos de su padre, cursó en Barcelona primero y en Madrid después la carrera de Farmacia, sin descuidar por ello sus aficiones y antes bien buscando en los lápices y pinceles entretenimiento que le distrajera de las arideces de los análisis y preparaciones químicas. En la corte, como antes en la capital de Cataluña, fué atento y minucioso observador de los tipos y de las escenas populares, sorprendió con rara habilidad los rasgos físicos y morales de la gente del pueblo, y empapóse en la atmósfera que en los barrios bajos se respira. La admiración que desde luego sintió por Goya y el estudio profundo que de las obras del gran maestro aragonés hizo, completado por la lectura de las de D. Ramón de la Cruz y de otros escritores de costumbres de principios de este siglo, permitiéronle hacer con aquella época lo que con la actual hacía, y así muy pronto surgieron de su paleta al lado del chulo de corta chaquetilla y pantalón ajustado, de la chula de pañuelo sobre la frente y terciado mantón, del gomoso con todas las ridiculeces de la moda moderna y de la señorita vestida según el último figurín de París, el manolo de traje corto y redecilla, la maja de mantilla blanca, el petimetre de luengo casacón y la damisela de saya cubierta de madroños, por debajo de la cual asoma breve pie calzado con zapatito de raso.

Este género fué el que con predilección cultivó desde entonces, pudiendo decirse que pocos pintores en él le han aventajado: pudieron otros aparecer en sus dibujos más correctos, más cuidados en sus composiciones; pero en la expresión de la gracia picaresca, que parece ser la característica de aquellos tiempos; en dar vida á sus personajes y movimiento á las escenas; en suma, en aquello que constituye la verdadera alma del arte, si el arte consiste en algo más que en la pureza de líneas, Llovera estuvo muy por encima de muchos que se han conquistado gran renombre en esta clase de pintura.



EL PINTOR LLOVERA EN SU TALLER. – El cuadro en que se apoya el artista es el célebre lienzo «El paso de una procesión en Sevilla»



LOS CAPRICHOS DE GOYA, dibujo de José Llovera

Llovera tenía como pocos fisonomía propia: sus cuadros con los de ningún otro artista pueden confundirse; todas sus mujeres, y mujeres eran lo que principalmente pintaba, resultan airosas, esbeltas, elegantes, bonitas, y en todas se advierten actitudes admirablemente observadas, posturas graciosas y esa flexible movilidad que ha distinguido siempre á las españolas. Una de sus más notables cualidades era la habilidad con que sabía agrupar las figuras en sus cuadros; por muchas que fuesen, por complicada que concibiese la composición, todo en ésta era claro, los personajes tenían todos el valor que les correspondía, los términos aparecían perfectamente definidos y el conjunto traducía con exactitud la escena pintoresca que se proponía representar. A este resultado contribuía poderosamente el estudio del natural que no abandonó un momento durante su carrera artística: comenzó dibujando del natural tipos callejeros y ha acabado dibujando difíciles composiciones, cuyo conjunto del natural está tomado y cuyos detalles están fielmente reproducidos del modelo.

Poseía Llovera en alto grado el don de asimilación: identificábase como pocos con el medio ambiente en que vivía, y retenía en su mente para luego reproducirlas con su pincel las notas de color y de expresión típicas de los países que recorría y de las escenas que en ellas observaba. Así pudo pintar y dibujar cuadros de costumbres de Castilla y Andalucía con todo el colorido local, tan difícilmente asequible para los que no han nacido ni se han criado en aquellas comarcas.

Fué admirador entusiasta de su paisano el ilustre Fortuny, cuyas huellas siguió en cuanto á la brillantez del colorido y á la precisión de la factura, sin perder por esto su originalidad.

Llovera, sin desdeñar los estudios académicos, prefirió siempre las enseñanzas de la naturaleza; su instinto artístico y su espíritu de observación arrancaron de esta gran maestra los preceptos del verdadero arte, sorprendieron sus insuperables bellezas y descubrieron sus más profundos secretos.

Recordaremos, á este propósito, una anécdota. Expúsose hace algunos años en uno de los salones artísticos de esta ciudad un cuadro, que se consideró como un prodigio de perspectiva: Llovera, poco conocedor de las reglas que recetan, por decirlo así, las Academias para conseguir tal efecto, quiso intentar algo para lograrlo. Al poco tiempo, exponía á su vez un cuadro que fué la admiración de los inteligentes, precisamente por sus cualidades de perspectiva superiores á todo encomio. Y á cuantos le preguntaban cómo había obtenido tal resultado, contestábales sencillamente: «Copiando lo que me ha enseñado la naturaleza.»

Llovera es sin disputa uno de los pintores españoles más conocidos en el extranjero: los aficionados de Francia, Alemania é Inglaterra especialmente adquirían á buen precio sus obras y los editores disputábanse la reproducción de sus cuadros y dibujos. Sus recientes triunfos en París, de los cuales hablamos en uno de los últimos números de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, fueron, por decirlo así, el coronamiento de sus éxitos. Su precioso cuadro *El paso de la procesión en Sevilla*, que se ve en el centro de la lámina que publicamos en la página 804 del presente número, sus acuarelas, sus sanguíneas y sus dibujos merecieron los más calurosos elogios de la crítica; los principales periódicos de aquella capital dedicaron al pintor entusiastas artículos y los *amateurs* compraron á precios elevadísimos sus producciones.

De algunos años á esta parte Llovera residía en su patria, la ciudad de Reus, completamente consagrado á su familia y sus pinceles: allí tenía su taller, que reproduce la lámina antes citada.

Llovera era de carácter dulce, bondadoso, modesto; sus ademanes vivos denotaban un temperamento nervioso y su conversación rápida resultaba amenísima, esmaltada con rasgos de ingenio y de gracia chispeante.

De Llovera cabe decir, como de muy pocos, que su muerte deja un verdadero vacío en el arte español: el sitio propio que en éste ocupaba, difícilmente podrá llenarse; otros querrán imitarle, cultivarán los mismos géneros, serán tal vez más perfectos desde el punto de vista técnico; pero ¡cuán pocos llegarán á esa espontaneidad que fué la nota característica del gran pintor reusense y que, con todos los defectos que pudiera tener, hizo de él un artista en toda la extensión de la palabra!

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que desde su origen tuvo en Llovera uno de sus más cariñosos amigos y de sus más asiduos colaboradores, asóciase de todo corazón al duelo que en el mundo del arte ha producido su fallecimiento, envía á su familia su pésame, y dedica en estas páginas un modesto y sentido recuerdo á su memoria. – X.

EL MANJAR DE LOS DIOSES

Es el amor un galán
que ni hambre ni hartura quiere,
pues le mata el mucho pan
y con poco pan se muere.

CAMPOAMOR

I

Tendida en la cama de la casa de socorro estaba la víctima; una joven hermosa, que en aquel momento, vista á la luz de una lámpara eléctrica, semejaba de cera por la gran palidez que cubría su rostro; una hora antes sonrosada y riente, como es sonrosada y riente una aurora de mayo.

A la cabecera de la cama veíase un grupo de hombres vestidos de negro: gente del juzgado y médicos de la benéfica casa, que cuchicheaban entre sí acerca de las disposiciones que la justicia y la ciencia debían adoptar para castigar el delito y salvar á la víctima.

Habló el juez á uno de sus acompañantes, el cual, después de una leve inclinación de cabeza, como dándose por enterado, salió de la sala y volvió al poco rato seguido de un joven alto, seco, vestido de americana negra y pantalón á cuadros, manchado de motitas de sangre: tenía el hombre la cara pálida y un perceptible temblor agitaba sus músculos.

El médico habló á la víctima varias palabras en voz baja, mientras que el juez obligaba al recién llegado á colocarse cerca de la cabecera de la cama:

– ¿Reconoce usted á la señora?.., preguntó señalándole á la mujer que permanecía con los ojos cerrados.

El aludido hizo un signo afirmativo con la cabeza: la víctima abrió perezosamente los ojos y miró en derredor suyo hasta cruzar su mirada con la del que originaba la pregunta judicial: «¿Reconoce usted á la señora?..»

II

En la mirada del hombre brilló como un fuego fatuo la luz del alma terriblemente conmovida en un momento de suprema angustia... Miró á su víctima con piadosa conmiseración... Remordíale la enormidad cometida, arrepentíase, á los ojos iba á llegar el llanto purificador, temblábanle las piernas como si quisieran doblársele para pedir clemencia... Pero todo fué momentáneo impulso del corazón que rompía las trabas con que era sujeto por el orgullo, el amor propio fustigado, los celos... El ángel bueno que en todo ser humano vive, fué derrotado por el mefistofélico señor de nuestras pasiones.

Al mirar á la mujer vivió en la mente del desdichado una historia pasional; al principio, plácida como un idilio; después, inquieta como mar agitado; á lo último, borrascosa, terrible, desenfrenada: vió á Julia – su víctima, – no como allí se veía, moribunda, sino tal cual la conoció él, en una tarde de septiembre, á la salida del obrador de modista en donde trabajaba. En sus oídos resonaba aún el diálogo que entabló con ella, vivo, chispeante, mordaz, con la sal ática con que entre gente madrileña se sazonan estos preludios amorosos.

El diálogo trajo una declaración hecha con toda la incoherencia con que siempre habla el alma. Julia le escuchó con anhelo, bajos los ojos y palpitante el pecho. La sinceridad de «él» arrancó de los labios de «ella» un «sí» tan cadencioso que el hombre no pudo por menos de suspirar, coger entre las suyas una mano de la joven y murmurar: «¡Gracias!»

Ambos eran novicios en la religión de amor, religión peligrosa, en la cual la mayoría de sus prosélitos acaban por ser «ateos.»

Con insultante alegría pasearon los jóvenes su venturoso idilio, y la gente, al verlos pasar así tan juntos, tan mimosos y rientes, clavaba una mirada de envidia en aquel amor que parecía un mentís dado al abrumador pesimismo de que en el mundo la dicha es sólo una palabra.

¡Qué hermosas son esas horas de sublime tontería en que un hombre y una mujer sueñan despiertos y candorosamente se juran inacabable felicidad!.. ¡Como si el cielo fuese siempre azul! ¡Como si el perfume de las flores fuera eterno! ¡Como si la ley del contraste no sujetase á la humanidad! Espejismos de los diez y seis años, ¿por qué nunca habéis de trocaros en realidades?..

– Mira, Julia mía, decíale Enrique, ¡quisiera ser un genio para poder acabar en un día todos mis estudios!

– No seas impaciente, ya los acabarás, suspiraba Julia.

– Y en cuanto tenga el título en el bolsillo, continuaba el joven con entusiasmo, serás tú mi mujercita y todo el mundo tendrá envidia de nuestro cariño, de nuestra felicidad, que de día en día será más grande, porque tú no sabes lo que mi alma te quiere y lo que sufre mi espíritu por no poder contrarrestar estas dificultades que me impiden llamarte «¡mía!» Al realizar mi sueño dorado, me volveré loco de contento y creeré morirme de gozo al estrecharte entre mis brazos.

Decíale esto, no con la frialdad con que aquí aparece copiado; que en las frases escritas no vive ni la ardorosa pasión ni el entusiasmo con que vibra el humano acento en casos parecidos.

. . . .

En uno de los versículos del *Alcorán* se afirma que el hombre lleva su suerte colgada al cuello; y aunque cristiano soy y para cristianos escribo, hay que convenir en que esta afirmación es exacta, por lo mismo que nosotros somos siempre los fautores de cuanto pueda ocurrirnos: la cadena de que pende ese medallón pesa sobre nosotros tanto cuantos más sean los eslabones pasionales que la formen.

Enrique, con la suya, llegó á sentir cansancio, á ahitarse de aquel amor que tardaba en «humanizarse.» Más claro: el espíritu había subido tan alto, que sentía vértigo y amenazaba caer de aquella gran altura y enterrarse en el lodo, que es adonde van á parar muchas de nuestras idealidades.

Una mirada, una frase, un gesto, un movimiento cualquiera que se os escape, basta para que la mujer – por ese raro don de que la naturaleza la dota – lea cuanto siente vuestro corazón.

Julia llegó á leer lo que pasaba en el de Enrique, y experimentó tristeza al considerar que el hastío iba á matar el afecto que le unía á su ídolo: la mujer – más espiritual siempre que el hombre – sufrió una decepción horrorosa al sorprender la ruina de aquel cariño que abandonaba el cielo para buscar la tierra.

Aún vivía en su amor el alma de «ella,» en tanto que en la de él era un muerto hipócrita, al cual se forzaba porque apareciese vivo.

¡Lo sublime soñado trocábase en grosero materialismo! El amor era sólo un deseo, una curiosidad, una fiebre latente: sólo cuestión de líneas que dibujaban un cuerpo hermoso de mujer: nada más.

Tuvo Julia el frío precursor que hiela y mata á la sensitiva pasional que vive al dulce calor del alma.

Al divorciarse las almas desaparece el amor, y como consecuencia lógica la armonía se rompe y el espíritu queda indeciso, amargado, suspicaz, revolucionario: se llama imbécil al amor, estúpido al amante, sandeces á las promesas: créese cada uno de los novios pájaro encerrado en odiosa jaula, y se desea salir de ella, volar, olvidarse del cautiverio y... caer otra vez en nueva jaula acaso más ruin y miserable.

Esto acaeció con Julia y Enrique: se separaron odiándose. Para él, la mujer era un enemigo: para ella, el hombre era un ingrato: los dos se juraron á sí propios no entregar jamás su corazón á nadie.

. . . .

Reíos enhorabuena de la firmeza de estos juramentos. Julia no tardó mucho tiempo en aceptar el cariño de otro hombre, al cual quiso porque... le pareció más guapo y mejor mozo que Enrique: ahora ella era la que abandonaba lo espiritual; no la preocupaba: le satisfacía sólo la arrogante figura de su nuevo adorador.

Esta sería su más sabrosa venganza.

Que «él» (Enrique) la viese en compañía de aquel hombre y sintiera morirse de rabia y de despecho.

Y he aquí cómo el amor propio es nuestro peor consejero: Enrique, al ver á su ex novia con otro, sintióse ultrajado en su dignidad: la horrible punzada de los celos clavósele sañudamente y – ¡misterios indescifrables del corazón! – revivió en él el amor hacia Julia.

Copió con esto al mendigo que sacia su hambre y arroja el último mendrugo de pan, y luego al ver que otro lo recoge, siente un apetito feroz y maldice su imprudencia.

Empezó á celar y seguir como amante despechado ó marido que se cree víctima de un ultraje á aquella mujer á la cual ya no le unía más que el recuerdo de lo pasado: la asedió, intentó reconciliarse, empleó amenazas é insultos; después, ruegos y súplicas; más tarde, mendigó como un pordiosero, hollando su dignidad de hombre.

A cada negativa crecía más la loca pasión, á cada palabra áspera de Julia sentíase menos dueño de su voluntad, más subyugado, más esclavo.

Veíase abyecto, caído, y no obstante, continuaba con la tenacidad de un maníaco en la insuperable conquista de aquella mujer que más le despreciaba cuanto más humillado le veía.

Enloquecido en su idea, Enrique juró tomar una espantosa venganza.

. . . .

Julia, al leer la carta, se sonrió por orgullo de no querer aparecer amedrentada, porque, sin ella darse cuenta, sentía gran azoramiento. La mano temblorosa que había trazado aquellas líneas realizaría su propó-

sito La fantasía le hizo verse amenazada, caída en tierra, rodeada de una muchedumbre heterogénea que se apretujaba por verla á ella allí en el suelo, herida, agonizante... El terror invadía su espíritu... ¡Morir así, tan joven, llena de amor, porque ahora adoraba á su último novio con ansia ilimitada! ¡No! ¡Eso no podía ser!.. ¡Enrique no la mataría!.. ¡Bien lo sabía ella!.. Era incapaz de cometer un asesinato. La amenazaba por inspirarle terror: quería vencerla por este medio en vista de que por ningún otro la vencía... Pero se equivocaba: jamás se rendiría... ¡Le odiaba á muerte!.. Su último novio..., ese sí, ¡era toda su alma!..

. . . .

A las ocho de la noche, cuando las aceras de la coronada villa se ven invadidas por las modistas y demás muchachas de oficio, Enrique se encontraba al acecho en la esquina más próxima al obrador de Julia.

Vió salir á ésta y dirigirse hacia donde él se encontraba. Tuvo intención de huir, pero el enemigo malo le instó á ir al encuentro de aquella mujer que le atraía irremisiblemente.

Julia, al verle, lanzó una exclamación de angustia y tembló de espanto.

– ¿Has leído mi carta?, preguntó él sin más preámbulo.

– ¡No! ¡La he roto!, respondió ella con energía.

– No importa. Te diré yo lo que por escrito te decía.

– ¡Tengo prisa! ¡Adiós!

Julia intentó desviarse de la acera; pero Enrique, cerrándole el paso, le dijo con sonrisa que hacía daño:

– ¡Pronto se te acabarán las prisas!..

– Pero, ¿qué quieres de mí?..

– Saber una cosa.

– ¿Cuál?..

– Si puedo esperar de ti que volvamos á ser novios como antes...

– ¡No!, exclamó con viril entereza la mujer. ¡Nunca!



ISLAS FILIPINAS. – Tipos de mujeres indígenas

– ¡Piensa bien lo que dices!..

– Lo tengo ya bien pensado.

– ¿Es esa tu última palabra?

– ¡Sí! ¡Te digo que sí!..

– ¿No hay para mí esperanza alguna?

Hizo esta pregunta humilde como reo que quiere congraciarse con su juez.

– ¡No!.. Ya te lo he dicho: á ti te aborrezco, ¡te odio!..

– ¿Y al otro?.., balbuceó Enrique, que temblaba como un azogado.

– ¿Al otro?..

Hizo una pausa la mujer, luego con frase ardiente protestó:

– ¡Le quiero más que á las niñas de mis ojos!..

Entre los jóvenes no mediaron más palabras... Sólo un ¡ay! de muerte que lanzó Julia cayendo desplomada sobre las losas de la acera, á poco tintas en sangre.

Enrique, con el arma homicida en la diestra, quedóse como extático mirando á su víctima con asombro estúpido, sin darse cuenta de lo que sentía, hasta que se vió rodeado de mucha gente que hablaba y gesticulaba señalándole como asesino... Le maniataron y le condujeron adonde ahora se encontraba: en la casa de socorro, delante de Julia.

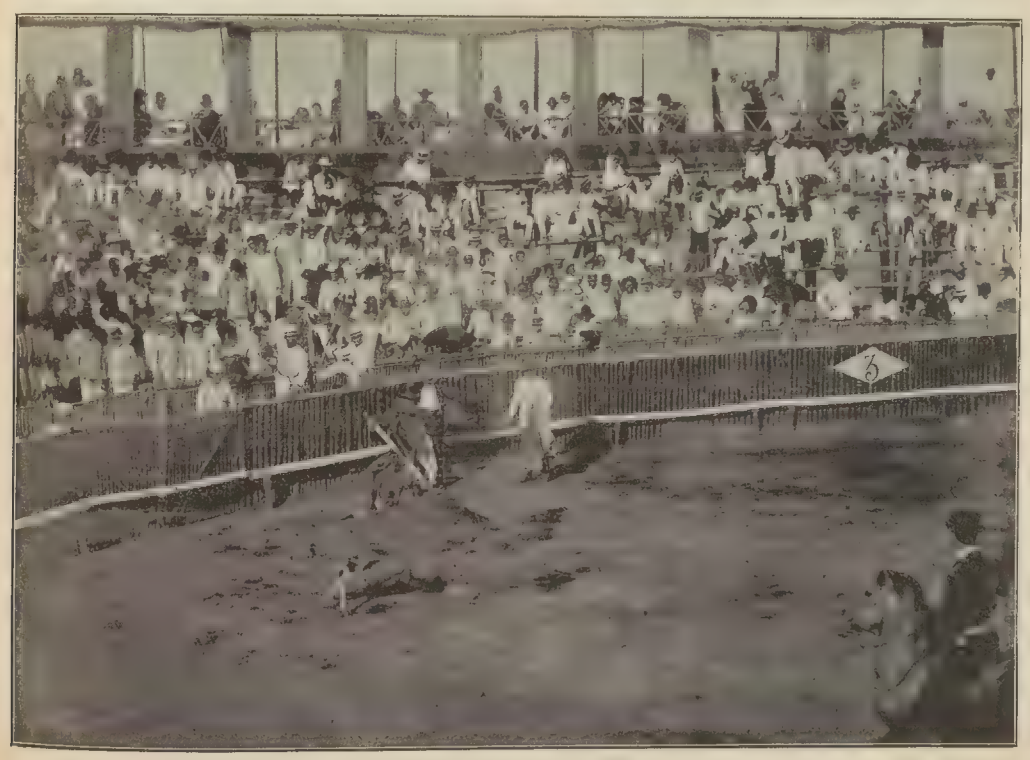
III

El último chispazo de la mirada que se cruzó entre el homicida y su víctima era de indómita fiereza por parte de él: de odio inextinguible por parte de ella.

Alzó Julia torpemente el brazo, y señalando á Enrique, dijo al juez con voz apenas perceptible: «¡Ese es mi asesino!..»

Siguió una pausa... Allá, en la calle, sonaba el toque de la campanilla que anunciaba al Viático... Al oirla, Julia abrió desmesuradamente los ojos, trazó su rostro una mueca de desesperación y entornó los párpados... Los cerró para pensar sólo en Aquel que perdona al que á Él se confía...

Alejandro Larrubiera.



ISLAS FILIPINAS. – Plaza de toros en Ilo-Ilo, construída con bambú (de fotografía de D. Félix Laureano)



EN LA RIBERA, cuadro de Francisco Miralles



EN LA PLAYA, cuadro de Francisco Miralles

NUESTROS GRABADOS

El Cristianismo, estatua de José Reynés. – La salvadora idea que tan hondamente conmovió al mundo antiguo, ha servido al distinguido escultor catalán D. José Reynés para producir una de sus más bellas obras, representando al *Cristianismo* por medio de una hermosa matrona que sostiene en alto la sagrada enseña del Crucificado, y sujeta la palma de los mártires, símbolo de la fe y de la abnegación que sintetiza la doctrina.

Acreditada tiene su valía el Sr. Reynés en los públicos concursos, en donde han merecido altas recompensas algunas de sus producciones; pero justo es consignar que no cede ante ellas la hermosa estatua que reproducimos, digna obra de tan celebrado artista, tan bien concebida como magistralmente ejecutada.

D. Antonio Peña y Goñi. – Nació el Sr. Peña y Goñi en San Sebastián el día 2 de octubre de 1846, y muy joven todavía establecióse en la corte para dedicarse al cultivo de las letras, publicando en *El Imparcial* sus primeros trabajos de crítica y literatura musical, que muy pronto llamaron la atención de los inteligentes. En 1873 el gobierno quiso nombrarle para una de las plazas de la sección de Música que se creó en la Academia de San Fernando, pero él se excusó de aceptar el nombramiento, alegando que se consideraba muy joven para merecerla; á pesar de esto, al cabo de algunos años le fué conferido el cargo. En unión del ilustre crítico Sr. Revilla fundó el periódico *La Crítica*, y más adelante colaboró como crítico musical en *El Globo, El Tiempo, La Europa, La Ilustración Española y Americana, La Correspondencia Musical, La Epoca* y otros varios periódicos madrileños importantes, reuniendo en 1878 algunos de sus artículos en un libro titulado *Impresiones musicales*, y publicando después varios notables opúsculos y su obra capital *La ópera española y la música dramática en España en el siglo XIX*, que es una historia crítica completa de nuestro teatro lírico, abundante en



D. Antonio Peña y Goñi, notable escritor y crítico musical, fallecido en Madrid en 13 de noviembre de 1896 (de fotografía de la viuda de Amayra, y Fernández, Madrid)

datos interesantísimos, presentados con buen método, sana crítica y ameno estilo. Distinguióse también como escritor taurino y aficionado al juego de pelota publicando, amén de multitud de artículos sueltos sobre ambos asuntos, varios libros, tales como *Lagartijo y Frascuelo y su tiempo*, *¡Cuernos!*, *Cajón de sastre*, *De buen humor* y *Guerrita* y *La pelota y los pelotaris*. Actualmente publicaba amenísimas crónicas en *El Liberal* y en *La Epoca*. Peña y Goñi fué un gran propagandista de la música de Wagner y de la ópera española, y además escribió algunas composiciones que han sido muy aplaudidas en grandes conciertos. Su patria, San Sebastián, le debe buena parte del esplendor que como residencia veraniega actualmente disfruta.

Era catedrático de Historia crítica de la Música en la Escuela Nacional de Madrid, individuo de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, del Liceo de Barcelona, de la Sociedad de Conciertos de Madrid, de la Unión de Santa Cecilia de Roma y comendador de la orden de Isabel la Católica.

El bandido italiano Tiburzi. – Todavía existen en Italia bandidos que continúan las tradiciones del *brigante*, del tipo que personificó el tan famoso *Fra Diavolo:* son pocos en número, pero sí los suficientes para mantener la alarma en muchas comarcas y para marear á los *carabinieri* (guardias civiles) que los persiguen sin descanso. Uno de esos pocos era el famoso Tiburzi, á quien recientemente han dado muerte los carabineros, bandolero de la escuela clásica, por decirlo así, y que por espacio de veinticuatro años había conseguido burlar todas las persecuciones.

Tiburzi nació en Cellere en 1833: condenado á trabajos forzados á perpetuidad en 1872, logró fugarse, á los dos años, de las salinas de Corneto Tarquinia, en donde extinguía su condena, y se refugió en los montes de Viterbo, provincia de Roma, cuyos escondites más secretos conocía; hizo de ellos su cuartel general y desde los mismos desafiaba á la justicia, que llegó á formular contra él 171 autos de prisión y prometió 10.000 liras al que lo entregase á la fuerza pública. No fué, sin embargo, esta recompensa ofrecida cebo suficiente para los campesinos, los cuales no sólo no le hacían traición al bandido, sino que, por el contrario, le ayudaban suministrándole víveres y avisándole la proximidad de los carabineros. Los propietarios hacían más, le pagaban con qué proporcionarse lo necesario y aun lo superfluo, á cambio de lo cual Tiburzi los dejaba en paz y los defendía contra otros bandoleros. Gracias á todo esto, Tiburzi se daba vida de gran señor y hacía frecuentes excursiones á Roma y hasta viajes al extranjero, y aun se alababa de haber asistido á un proceso en el tribunal de los Asises, y de haber bebido en compañía de los guardias de seguridad.

La muerte de este bandido se efectuó del modo siguiente: á las tres de la madrugada del 24 de octubre último los carabineros de Marsiliana y Capalbio, mandados por el comandante del puesto Demetrio Giudici, rondaban por el distrito de Porane, y allí, en una casa rodeada de bosque, sorprendieron á Tiburzi y á Fioravanti, otro bandolero que entonces logró escapar, pero que fué muerto también á los pocos días. Apenas los dos bandidos se vieron sorprendidos, apercibiéronse á la defensa, armados de excelentes fusiles, de revólvers y de puñales: los carabineros asaltaron la casa matando á Tiburzi.



El bandido italiano Tiburzi, recientemente muerto por los carabineros (de fotografía)

Este era de arrogante figura, de una robustez extraordinaria, barba blanca y corta, cabeza grande y manos muy pequeñas y finísimas: tenía una antigua cicatriz en las rodillas, que algunas veces le impedía andar: cuando esto sucedía, llevábalo en hombros, como á un niño, su *colega* Fioravanti.

Tiburzi se consideraba como una especie de señor feudal de la abrupta región de Viterbo, en donde había sentado sus reales: miraba aquel territorio como feudo suyo, y desde él daba órdenes, imponía tributos y preparaba los planes para sus venganzas; los atroces delitos por él cometidos y que le habían hecho tan respetado y temido no eran, en su concepto, asesinatos sino ejecuciones capitales, actos de justicia contra espías y traidores que habían intentado atravesarse en su camino.

Islas Filipinas. Tipos de mujeres indígenas. – Corrida de toros en la plaza de Ilo-Ilo. – Los tipos de mujeres indígenas que reproducimos en el primer grabado de la página 807 pertenecen á la raza autóctona de Filipinas y van vestidas á la usanza del país, esto es, con faldas, *patadiongs*, que plegadas con donaire y elegancia se ajustan y ciñen al seno sin correa ni cinturón, y con sus *bayils*, cuerpos de mangas perdidas y escotados. El *patadiong* es siempre de tela pintarrajeada de muchos colores, de un metro y medio de anchura, arrollada graciosamente y ligada por uno de sus pliegues á la cintura; el *bayil* es hoy algo más largo que antiguamente y tiene un corte algo semejante al de la camisa, lo cual hace que se haya dicho de las indias que visten camisa con las faldillas por fuera.

El aumento de población peninsular en las Islas Filipinas ha fomentado la afición á las corridas de toros, que allí se denominan *juegos de toros;* pero estas corridas no pasan de ser parodias de las que se dan en la península, pues ni el ganado tiene condiciones, ni fuerza ni libras para la lidia, ni hay toreros de profesión, sino simplemente aficionados, que por lo general son sargentos, cabos y algunos empleados del comercio, peninsulares, que únicamente se exponen á un revolcón sin consecuencias, dado el escaso empuje de las reses. Antes de 1880 en las fiestas mayores de algunos pueblos se corrían vacas; pero después de aquella fecha se construyó en Manila la primera plaza de toros del archipiélago, que es de madera y puede ser considerada como una buena plaza. A raíz de las inundaciones de Consuegra se levantó en Ilo-Ilo la que reproduce nuestro grabado de la página 807: es de caña, pero sólida, y se inauguró con una corrida á beneficio de los desgraciados habitantes de aquel pueblo inundado.

En la ribera. En la playa, cuadros de Francisco Miralles. – Dos bellísimas notas nos ofrece el infatigable pintor D. Francisco Miralles, simpáticas y agradables cual todas las que brotan de su brillante paleta, en la que se amasa siempre una gama de delicadísimos matices, que al dar forma á sus creaciones produce ese encanto que constituye su mayor atractivo. Sin apartarse de la verdad, señálanse también las producciones de Miralles por su distinción. Jamás incurre en la vulgaridad ni en la grosería, aumentando por tal medio la cultura que posee y la delicadeza de sentimientos que atesora en su alma de verdadero artista.

Monumento erigido en Roma á los hermanos Cairoli. – En 1867, cuando la expedición de Garibaldi contra Roma, fracasada por no haberse realizado en la ciudad el movimiento revolucionario en toda la extensión é importancia que esperaba el atrevido caudillo, no lejos de las murallas detrás de los jardines del Pincio cayeron muertos los dos hermanos Enrique y Juan Cairoli, hijos de una ilustre y nobilísima dama italiana, hermanos del que fué más tarde ministro de la corona. El nombre de Cairoli es y ha sido en Italia sinónimo de patriotismo, de sacrificio por la independencia de la patria; ningún monumento más merecido, pues, para perpetuar y enaltecer la memoria de una familia, cuyos individuos dieron vida y fortuna para tan levantado propósito.

Contiene en uno de los lados del pedestal las siguientes palabras dirigidas por Enrique Cairoli á sus soldados: «Espero no faltar ni un momento á mi deber de jefe; pero si así fuese, cualquiera de vosotros está autorizado para emplear sus armas en contra de mí, para castigarme: por mi parte, así procederé contra aquel que faltase al suyo.» Fué este monumento uno de los primeros que se erigieron, después de realizada la Unidad Italiana, para conmemorar los hechos gloriosos de aquellas interminables luchas sostenidas por el sentimiento nacional, y fué encomendada su ejecución al eminente escultor y artista romano Rosa.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Florencia. – El célebre pintor inglés Alma Tadema ha comunicado á la Galería de los Uffici que próximamente remitirá su auto-retrato destinado á la colección de auto-retratos de pintores ilustres que en aquel museo se conserva.

Teatros. – La policía de Berlín ha prohibido las representaciones de un drama socialista de Max Kretzer, *El reclamo*, y de la comedia francesa *Amour partagé*, de Mauricio Donnay, que debían ponerse en escena en el teatro Alemán y en el municipal de Federico Guillermo de aquella ciudad.

– En el teatro de la Comedia, de Francfort, se ha representado con gran éxito una traducción alemana del magnífico drama de Calderón *El alcalde de Zalamea*.

– En el teatro Dagmar, de Copenhague se ha representado con gran aplauso el drama socialista de Gerardo Hauptmann *Los tejedores*.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito en la Comedia *Varios sobrinos y un tío*, graciosa pieza en un acto de D. José Francos Rodríguez, y en Martín *La tonta de capirote*, bonita zarzuela en un acto del Sr. Jackson Veyan, con música de los Sres. Valverde (hijo) y Estellés. En Novedades se ha verificado la *reprise* de *El más sagrado deber*, drama en tres actos de don Leopoldo Cano, no representado en la corte hacía veinte años, que ha proporcionado grandes aplausos al autor y una ovación al Sr. Vico.

Barcelona. – En el Liceo se han cantado las óperas *Otelo*, de Verdi, y *Manón Lescaut*, de Puccini, habiendo conseguido sendos triunfos en la primera la Sra. Tetrazzini y los Sres. Cardinali y Blanchart y en la segunda la misma señora Tetrazzini y el tenor Giraud: en ambas ha sido muy aplaudido el maestro Campanini. En el Tívoli actúa una compañía de ópera española que ha cantado con aplauso *La Dolores*, de Bretón, y *La dama de las camelias (La traviata)*. El segundo concierto matinal dirigido por el maestro Nicolau ha obtenido en el teatro de Novedades tan gran éxito como el primero, por el acierto que preside en la elección de piezas y por la maestría con que las ejecuta la excelente orquesta, bajo la batuta de aquel notable maestro.

Necrología. – Han fallecido:

Alejo Bogoljuboff, célebre pintor ruso, autor de notables cuadros de batallas navales y de otros episodios históricos marítimos, como la llegada de la escuadra á Tolón en 1893 y la revista de la escuadra del almirante Avelán por el presidente Carnot. Ultimamente el tsar, en su reciente viaje á Francia, le había encargado un lienzo en que reprodujera la entrada del yate imperial y de la flota en Cherburgo.

Guillermo Strekfuss, notable retratista y paisajista alemán, profesor de Perspectiva en la Real Escuela superior de Artes plásticas de Berlín, autor de varios importantes tratados de perspectiva.

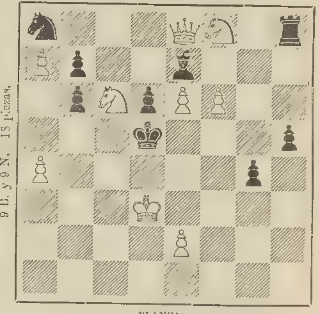
Jan Verhas, pintor belga, especialista en los retratos de niños y señoritas.

Monseñor Hulst, jefe del partido católico en la cámara francesa.

AJEDREZ

Problema número 47, por José Paluzíe

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 46, por J. Tolosa

Blancas	Negras.
1. C 6 T D	1. R toma C (*)
2. D 4 R	2. R ó P toma C ú otra.
3. D mate.	

(*) Si 1. R 4 D; 2. C 4 C D jaque, R 5 A; 3. C 6 D mate, – y si 1. P toma C; 2. D 4 D jaque, R toma C; 3. D mate. La amenaza es 2. D 3 C D mate.



Aquel recuerdo iluminó el espíritu del sacerdote, y exclamó de pronto: «¡He aquí la indicación!» (página 781)

UN APÓSTOL

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

La señal seguía flotando en el mástil del semáforo, y el tumulto de las voces iba en aumento, de tal modo que ya no se podían distinguir claramente más que estas palabras, que dominaban todas las frases:

– ¡Barco que se pierde!

En efecto, señalábase una barca que estaba en peligro por el lado de Toulinguet, cerca del Guest, la enorme roca semejante á una fortaleza que se eleva frente á la playa de Pen hat, llamada indiferentemente el Toulinguet ó el León, á causa de su forma.

El comisario de Marina, avisado ya, había dado orden para botar al agua el barco de salvamento.

Del grupo de mujeres partió un grito:

– ¡No hay ya hombres!..

La puerta del hotel de la Marina acababa de abrirse, y vióse á la tía Rosalía avanzar, interrogando á su alrededor. Apenas enterada, exclamó:

– ¿Quién hay aquí que se atreva á desesperar porque no hay ahora hombres en el puerto?

Una expresión de energía brillaba en sus ojos, y con voz varonil y ademán autoritario exclamó:

– ¡Las madres, las mujeres, las hermanas y las hijas de nuestros marinos están ahí para reemplazarlos, para acudir á lo más urgente, que es sacar el bote!.. ¡Vamos, hijas mías, nosotras botaremos al agua el barco de salvamento!..

Ruidosas aclamaciones acogieron la generosa alocución de la decana de Camaret, que poniéndose á la cabeza de las mujeres se dirigió hacia la casita del Styvel, donde se guardaba la embarcación; mientras que una vigorosa pescadera, separándose del grupo, marchó delante, haciendo resonar la trompa de alarma, cuyos roncos y poderosos mugidos se propagaron á través del país.

Entretanto se abrió la puerta de la casita, y el pesado furgón comenzó á moverse, pero tirado por las mujeres, uncidas á las cuerdas unas y empujando las ruedas otras, con tal valor, con entusiasmo tan comunicativo y tan noble emulación, que cuando los

primeros hombres de los pueblos vecinos, Kermeur, Kerhoz y Lagatjar llegaron á la carrera, la embarcación flotaba ya, botada al agua con el único concurso de aquellas hembras valerosas.

La decana, que á pesar de su avanzada edad había tenido empeño en ser la primera en hablar para dar el ejemplo, pudo decir orgullosamente á las mujeres:

–¡A vosotras os toca ahora, hijas mías!

En aquel instante fué cuando, saliendo del muelle, después de atravesar el Notic y el Styvel, el padre Kerbiriou, seguido siempre de Nedelek Goalen, cuyo vigor era extraordinario á pesar de su avanzada edad, llegó hasta el grupo de mujeres y de los primeros hombres reunidos alrededor de la embarcación.

Los que se hallaban allí, llegados casualmente de todas partes, habían sido todos, en otro tiempo, más ó menos marinos y pescadores; y en caso de necesidad podían manejar aún el remo y servir de nadadores, bastante vigorosos para hacer maniobrar el barco de salvamento; pero ninguno era capaz de dirigirle.

Si Balanec, Morvan y hasta Marhadour hubiesen estado allí, eran los patrones indicados; mas por desgracia, este último se hallaba en Crozon para un asunto de compra de animales, y los otros dos estaban en Brest, donde el pescadero agenciaba nuevos viveros para sus langostas y cangrejos.

Hubo un momento de indecisión cuando los diez hombres reconocidos como los más aptos, más robustos y jóvenes se hubieron instalado en los bancos de la embarcación después de ponerse el cinturón de corcho, cogiendo cada cual un remo.

–Hijos míos, dijo el padre Kerbiriou, voy con vosotros, pues quiero tomar mi parte en el peligro; pero necesitáis un patrón, porque no sé gobernar. ¿Quién de vosotros puede encargarse de ello y de dar las órdenes necesarias?

Los hombres se miraron perplejos, moviendo la cabeza, después de haberse consultado un instante con los ojos. Seguramente ninguno de ellos osaba tomar sobre sí semejante responsabilidad.

De en medio de la multitud, agrupada en tierra sobre los guijarros, salió una voz preguntando:

–¿Me queréis á mí?

El rector se volvió, y al reconocer al que acababa de hablar, preguntó estupefacto:

–¡Tú, Nedelek Goalen!.. ¿Conoces la maniobra?.. ¡Tú no has servido!..

–Sí, señor rector, contestó Goalen con tranquila sonrisa; en mi juventud fuí marino, nada torpe por cierto, y me parece no haber olvidado mucho el oficio.

Algunas voces murmuraron con acento de temor:

–¡El Hechicero!..

Una vacilación hacía mover las cabezas; algunas mujeres cuchicheaban, comunicándose sus opiniones, y los hombres que estaban en la embarcación miraban con expresión de espanto, aunque sin abandonar su sitio.

El sacerdote, paseando una rápida mirada á su alrededor, vió lo que ocurría; comprendió que la presencia del hombre del cabo de la Cabra en aquel instante crítico perturbaba los ánimos, y que la superstición, más fuerte que la abnegación y la conciencia del deber, comunicaba á los corazones su vago y cobarde espanto.

El momento era terrible, y urgía ir en auxilio del desgraciado barco que estaba en grave peligro en el Toulinguet. Con la decisión segura y rápida que le distinguía en los momentos difíciles, el rector consideró todas las espantosas consecuencias de aquella incertidumbre de las almas temerosas; y sobreponiéndose á las últimas repulsiones que aún podían subsistir en el fondo de su corazón, sondeó con sus negras pupilas los ojos claros de Goalen; mientras que, dominando con su voz poderosa los rumores que corrían de grupo en grupo, gritó:

–Nedelek Goalen, ¿aseguras tú que puedes conducirnos? ¿Te comprometes á ello por la salvación de tu alma?

–¡Por mi salvación eterna!, contestó el Hechicero. Cuando dejé el servicio era segundo contramaestre, y mi comandante me elegía siempre para las misiones peligrosas. Si me quieren...

El sacerdote no le dejó concluir.

–¡Vamos, embárcate, exclamó, ponte ahí, y por hoy serás el patrón de este barco! ¡Todos nosotros, y yo el primero, prometemos obedecerte en cuanto mandes!..

Lentamente, y sin manifestar la menor emoción, el anciano, después de ponerse el traje de salvamento y el corcho, como los demás, fué á sentarse en el sitio designado.

Una expresión de entusiasmo iluminó sus gastadas facciones, rejuveneciéndolas; mientras que, después de coger el timón con mano robusta aún, é incorporándose á medias, hacía la señal de la cruz. Todos le imitaron, dominados al punto y recobrando confianza en aquel que durante un momento les infundió temor.

El rector, bendiciendo con la diestra extendida, exclamó:

–¡El Señor nos tenga en su santa guarda!

La entonación de Goalen fué más ruda cuando, con una energía desconocida, dió la primera orden.

–¡Desamarrad!

Impelido por uno de los tripulantes, provisto de su remo, el cual apoyaba en los guijarros de la orilla, el barco se alejó algunos metros, y balanceóse, tomando su equilibrio.

A lo largo de la escollera las mujeres se oprimían ansiosas, diversamente agitadas ante aquella escena, que iluminada por un cielo lívido, tomaba un carácter extraordinario de solemnidad, aumentada por la idea del drama que en aquel momento se producía en el Toulinguet. La decana, cuyo corazón latía apresuradamente, exclamó con los ojos llenos de lágrimas:

–¡Nuestro rector es en realidad un santo, es el hombre de Dios!

Mejor que nadie comprendía lo que debió pasar en el alma del sacerdote durante aquellos pocos minutos, y la buena mujer sentía redoblarse en ella la admiración profunda que siempre le había inspirado.

Pero la voz de Nedelek, cada vez más robusta, gritaba:

–¡Adelante, adelante!..

Y aunque el barco estuviese ya lejos, las órdenes se oían aún, sucediéndose con precisión.

–¡Asocad, muchachos!, gritaba.

Y después, demostrando que en el anciano renacía del todo el antiguo marino, y que una sangre más viva corría por sus venas, á medida que se familiarizaba de nuevo con el mar, dió la siguiente orden que aún se pudo oir:

–¡Asocad los blancos, asocad los verdes!..

Los remos blancos y verdes se elevaron y volvieron á caer, batiendo las líquidas ondas con tal cadencia y tan sostenido vigor, que muy poco tiempo después de haberse botado al agua, el barco doblaba el faro de Camaret, y con sus dos pequeñas velas cuadradas, izadas en los mástiles, que se habían plantado apresuradamente, dirigíase con segura marcha hacia la punta del Gran Gouin.

Las mujeres, que habían quedado solas, prorrumpieron en un grito unánime de entusiasmo:

–¡Ni el mismo tontón Corentín con sus tripulantes marcharía mejor!

La decana, guiñando un poco sus ojos grises, de expresión reflexiva, murmuró:

–¿Hacía yo mal en defender al Hechicero cuando todos le atacaban?

VII

Cuando el barco de salvamento volvió, conduciendo los siete hombres y el grumete de una barca pescadora de Douarnenez, que arrastrada por la corriente y sorprendida por el golpe de viento se había perdido en los escollos entre el Guest y el Gran Leac'h, la emoción de las mujeres de Camaret subió de punto, y hubo una emulación entusiasta, tal como no se había visto acaso jamás en el pequeño puerto, ni aun tratándose de los salvamentos más difíciles y peligrosos.

Tan ruidosa alegría acogió á los tripulantes, que hubo un momento en que se vieron entorpecidos, y en que á pesar de la profunda satisfacción que embargaba su alma, el sacerdote debió protestar, procurando disimular la sonrisa feliz que crispaba sus labios.

–¡Vamos, vamos, exclamó, calma..., paz.., paz!..

Para disimular servíase un poco de la aspereza que le inducía á reprender severamente en su iglesia á las devotas cuya asiduidad era exagerada, aquellas á quienes decía:

–¡Mejor fuera que cuidarais de vuestra casa, ocupándoos de los hijos y del marido, en vez de pasar todos vuestros días aquí rezando á Dios! ¡Al fin acabaréis por aburrirle!..

Las encontraba de nuevo allí con su obsequiosidad acostumbrada, más ansiosas unas que otras detrás de él; pero no pudo mostrarse largo tiempo adusto, pues con ellas iban otras cuyo gran corazón é inagotable caridad conocía demasiado bien, y que aquel día le felicitaban con palabras salidas del alma.

Sin embargo, no quiso aceptar para sí solo semejante manifestación, dirigida tal vez tanto á su carácter sagrado, al traje que vestía, cuanto al hombre mismo.

Apoyando la mano en el hombro de Nedelek Goalen, que una vez terminada su misión se mantenía modestamente detrás de los otros, y señalándole á la población agrupada en el muelle, dijo:

–¡He ahí á quien debéis felicitar..., él es quien ha salvado á los náufragos; sin él, sin su valor y destreza, jamás habríamos podido franquear el paso de Toulinguet y llegar hasta la barca que se perdía!..

Nedelek hizo un movimiento como para excusarse, y repuso con modestia.

–Mi cometido era bien fácil...

Pero los tripulantes protestaron ruidosamente, exclamando:

–¡A no ser por él, estábamos perdidos!..

El sacerdote añadió:

–¡Nos ha guiado como el más experto marino de nuestros países; conoce las rocas, los fondos, las corrientes; lo sabe todo!

En los ánimos se producía una reacción en favor de aquel hombre, más bien temido que verdaderamente amado, y á quien no se apelaba sino cuando no quedaba otro recurso. Las mujeres sobre todo, exceptuando la decana y algunas otras, le habían demostrado siempre una desconfianza particular, tan viva como eran su curiosidad y su secreta atracción hacia aquel hombre que encerraba para ellas el gran atractivo irresistible, lo sobrenatural, el misterio.

En aquel instante, protegido, felicitado por el mismo sacerdote, venía á ser para ellas un ser superior.

En aquella ocasión, al hacer aquel elogio público de Goalen, Pedro Kerbiriou no sentía la necesidad de combatir y rechazar sus precedentes é injustas repulsiones contra el hombre del cabo de la Cabra; hacíale tan sólo justicia, con la claridad de pensamiento y el vigoroso espíritu que constituían el fondo de su carácter.

Mientras Goalen le inspiró desconfianza y hasta odio, había experimentado estos sentimientos sin ninguna restricción, como ardiente y convencido defensor de una causa santa, como campeón de la Iglesia, dispuesto á combatir el error y á rechazar al demonio; estudiando de cerca al Hechicero, poco á poco y cada día más, penetrando en aquella alma, que él creyó sombría y poseída del enemigo del género humano, había podido convencerse de que en aquel ser humilde no existía nada de lo que él creyera.

Entonces, viéndole tan afecto y solícito para su sobrino durante todo el tiempo en que le dispensó sus cuidados, con una conciencia y un celo que no se desmintieron un instante, observando que en la hora del peligro se apresuraba tanto como él á tomar su parte, á revindicar la estéril gloria, y reconociendo cada vez más que nada autorizaba para ver en él un idólatra, un hombre sin religión, experimentó una turbación profunda, una especie de remordimiento, por la dureza y la injusticia con que siempre le había tratado.

Había concluído por observar, por decirse que aquel Hechicero, aquel pobre pastor, tenía algo de los compañeros de Jesús, de los toscos pescadores del lago de Tiberíades, que bajo su ruda corteza llevaban el alma, la palabra de la Verdad.

Parecía estar en desacuerdo con la Iglesia, tal como él la veía en su calidad de sacerdote, tal como se enseñaba entonces; pero en realidad estaba con la Iglesia sencilla de las primeras edades, con la doctrina de los humildes de los primeros tiempos.

En aquel día, en aquella hora, después de haberse encontrado, por decirlo así á pesar suyo, á causa de la disposición fatal é inesperada de los acontecimientos, bajo un impulso misterioso que tal vez procedía de Dios, por la abnegación y la bondad, acababan de reconocerse como semejantes, de la misma carne, de la misma sangre, del mismo corazón, ellos, que á primera vista parecían tan diferentes, tan opuestos entre sí: ¡el sacerdote y el hechicero!

La tía Rosalía, por su parte, no había vacilado, y hacía largo tiempo que en el fondo de su pensamiento se ocultaban dos palabras, las cuales articuló á media voz al ver á aquellos dos hombres en el muelle de Camaret, en pie uno junto á otro, teniendo el sacerdote su mano apoyada en el hombro del Hechicero:

–¡Dos hermanos!

Por su declaración pública, el rector daba, en efecto, á todos un admirable ejemplo.

Interrogándose formalmente, escudriñando sin debilidad y sin cólera su propio corazón, el sacerdote había comprendido que aquel hechicero vivía solamente para el bien de los demás, que de él emanaba una bondad idéntica á la suya, y que si por una engañosa apariencia parecía estar alejado de la Iglesia, de la Religión, tales como les entendía un severo catolicismo, era en realidad más cristiano que muchos cristianos, por el incesante espíritu de caridad, por el infatigable amor al prójimo de que daba pruebas.

Había consagrado su vida entera á los pobres, á

los pacientes; y lo que había aprendido sin maestro, por intuición tal vez, sin duda por voluntad de Dios, á fuerza de observación en la constante comunión de la naturaleza, en la vida contemplativa de las cosas, de las plantas, de los fenómenes celestes y terrestres, utilizábalo tan sólo para aliviar, para curar, siempre para practicar el bien.

Una vez más acababa de reconocerlo el cura de Camaret, admirando la valentía sencilla, el valor sereno y resuelto con que Goalen había arriesgado su vida por los demás á pesar de su edad, á pesar de su profesión.

Y he aquí por qué sin vacilaciones, sin una falsa vergüenza, el sacerdote no titubeó ni un segundo en inclinarse ante el Hechicero, declarándole hermano en caridad y hermano en Dios.

Todas sus preocupaciones se desvanecían ante aquella alma sencilla y cándida, que para tantos desgraciados era el alivio, el reposo y la esperanza. Vió que la Iglesia no daba por sí sola estas cualidades desinteresadas, y que á fuerza de bondad, un hombre sencillo, aunque no educado en el gremio de aquélla, podía ser tan santo, tan caritativo como el sacerdote, el hombre de Dios.

Y muy pensativo, preocupado por estas reflexiones, llegó al presbiterio, donde encontró á Mariana poseída de ansiedad porque había tenido noticia de su marcha en el barco de salvamento, sin que la dieran á conocer después el resultado.

–¡Señor, Dios! ¿Dónde ha estado usted así, señor rector?, exclamó al verle entrar.

–¡Cumpliendo con mi deber!, contestó el sacerdote.

Y deseoso de saber cómo seguía Dionisio, preguntó:

–¿Cómo está mi sobrino?

Mariana comenzó á reirse, aunque sus ojos estuviesen todavía llenos de lágrimas de inquietud.

–¡Un milagro, un verdadero milagro!, exclamó. ¡Dionisio se ha levantado, está alegre y se muere de hambre!.. ¡Es una resurrección!.. ¡Va usted á verle sentado en su sofá'..

Pedro Kerbiriou hizo un movimiento de cabeza, murmurando:

–¡Las vías divinas son impenetrables!..

Y volviéndose hacia la anciana Mannaik, preguntó:

–¿Podría Dionisio soportar una alegría..., una alegría muy grande?

Mariana, sobrecogida de un temblor, y no atreviéndose á comprender, preguntó:

–¿Es una verdadera dicha la que usted quiere proporcionarle..., la que él espera?

El cura se sonrió con expresión resignada.

–¡Ah!.. ¡Conque la espera!, exclamó. ¿Es decir, que tú conoces sus secretos?..

–¡Cáspita!. Tengo algo de madre para él, y ya comprenderá usted...

Pedro Kerbiriou se dirigió rápidamente hacia la puerta, abriola, vió á su sobrino de pie, apoyado en el sofá, algo vacilante aún, y abriendo los brazos exclamó:

–¡Vamos, ven aquí, junto á mi corazón, pobre muchacho!.. ¡Ya no me opongo á nada!.. ¡Mas vale bendecir que maldecir!.. ¡Tu Hechicero es un buen hombre, como los que á mí me agradan, y además un santo!..

Le Marrec vaciló, loco de felicidad, y cayendo sobre el pecho del sacerdote, balbuceó:

–¿Es de veras?.. ¡Oh, tío mío!.. ¡Mi buen tío!

Y como extasiado, murmuró en voz baja:

–¡Faik mi esposa!.. ¿Será cierto?..

VIII

La mañana de agosto que amaneció aquel año para la fiesta de la Asunción fué tan particularmente hermosa, que el corazón de todos se dilataba, rebosando alegría y bienestar. La decana, de pie en el umbral de la puerta del hotel de la Marina y á punto de ponerse en camino para ir á la iglesia, dirigía su primer saludo matinal á Luisa Pennegués, que también iba á la misa de las seis, dicha por excepción en la capilla de Nuestra Señora de la Roca en medio de las Aguas, diciéndole:

–¡Me parece que estoy rejuvenecida de veinte años!

Y muy satisfecha de esta observación, añadió:

–Seguramente á la Cruz de la Misión debemos todas las felicidades que nos esperan, y á causa de ella podremos festejar este año más dignamente á la Santa Virgen.

Por todas partes les rodeaba la bruma, una bruma de verano, calurosa, ligera, transparente, blanquizca y opalina, que ocultaba en parte la costa del León, haciéndola parecer muy lejana hacia el horizonte, como tierra misteriosa que suavizaba las duras aristas y las salientes salvajes de la península de Roscanvel, cubriendo con su gasa los perfiles del fortín de Vauban y de la capilla gótica, en la angosta lengua de tierra, más estrechada entonces por la alta marea.

Aquella bruma comunicaba á todo una suavidad



–Tú me has llamado á tu casa, Nedelek Goalen; aquí estoy (pág. 795)

de país extraño, de país algo fantástico, que se divisa entre las ondulaciones inciertas del tul y como el gracioso rostro de una mujer visto detrás de su velo.

El viento, que soplaba del Norte, no era nada frío, porque antes de llegar á Camaret había debido atravesar aquella suave bruma templada por el sol; el mar, maravillosamente sereno, con su color azul de cobalto muy pálido, blanquizco en algunos sitios, no tenía resaca á lo largo de las costas, y extendíase llano, ondulante y suave, sometido á la caprichosa y superficial caricia de aquella bruma.

En el fondo, detrás de aquel semi misterio, la campana comenzó á tocar lentamente, llamando á los fieles matinales, y aquel tañido llegado del mar desde un punto desconocido, tenía algo de enigmático y de imponente; hubiérase dicho que era una campana fantástica, la campana submarina de una ciudad sepultada en el abismo, que tocaba á una misa imaginaria.

–Aún tenemos tiempo, observó la viuda; ese es el primer toque.

Y acosada por la necesidad de charlar, con su devocionario entre las manos unidas y agitando la cabeza bajo el capuchón negro de su manto de luto, dijo:

–Nunca habíamos visto tantos acontecimientos en nuestro Camaret. ¿No es verdad, tía Rosalía?

La decana, animado el rostro por la alegría que rebosaba en ella, contestó:

–¡Sí, seguramente; muchos acontecimientos, pero nadie se quejará, puesto que son para contentar á todos y para bien del país, de nuestro pequeño y querido país!

Su tono revelaba orgullo y satisfacción por la momentánea dicha del rincón de tierra que ella habitaba, y al que tenía tanto apego como á su propia carne, á sus músculos y á su cuerpo, á todo lo que constituye el ser humano.

–Pues yo, repuso su interlocutora, jamás hubiera esperado nada de eso... A pesar de las habladurías de unos y otros, á pesar de cuanto había visto, me cuesta creer en esos dos casamientos... ¡Y celebrados en el mismo día!.. ¡Esto sí que es bueno!.. ¡No se había conocido semejante cosa entre nosotros largo tiempo hace!.. ¡Cuando se piensa en esas dos bodas!..

En cuanto á Hervé Morvan con nuestra Reina, creo que se había dicho algo, y casi se hubiera podido prever, pues yo recuerdo muy bien que á su vuelta del servicio andaba siempre detrás de la hija de Balanec, y que á ésta no le disgustaba mucho al parecer verse solicitada por él, un buen marino, un verdadero partido por lo guapo mozo, si no lo es por el dinero.

–Ya sabes, hija mía, que entre nosotros, contestó la patrona del hotel de la Marina, recalcando, la riqueza no significa nada; no se casan aquí por dinero, sino por gusto.

–Pero lo que me extraña, prosiguió la otra, es ese casamiento de Dionisio Le Marrec con la Faik Goalen; jamás hubiera querido creerlo por más que lo hubiesen dicho, y aunque ahora es un hecho desde hace ocho días, no puedo familiarizarme con la idea... ¡La hija del Hechicero, Jesús!.. ¿Quién había de pensarlo?

La decana sonrió con aire protector.

–Yo lo habría predicho, repuso, desde el primer día, el día del desembarco de Dionisio, aquí mismo, delante de nosotros, con aquel tiempo de bruma, pero una bruma más intensa que la de hoy. ¡Desde aquel instante vi que las cosas se preparaban bien para eso!

–¡Oh!, replicó la viuda, ya se sabe que siempre ha tenido usted en el fondo del corazón un poco de cariño para ese cabo de la Cabra.

–¿Y por qué no?, exclamó la tía Rosalía.

Había levantado la cabeza, y con voz más alta y muy erguida, añadió:

–Yo soy quien recogió á la Faik desde el primer día, sin conocerla más que de vista, porque vi bien que se desconfiaba de ella en Camaret; y yo soy quien la condujo á casa de su padre. ¿No hice bien? ¿No me da la razón lo que ha pasado hoy?.. ¡Faik es hija de Dios, lo mismo que otra cualquiera, lo mismo que todas nosotras, lo mismo que Reina Balanec!.. ¡En el altar, donde las dos se hallaban en la misma línea, á la faz del Señor, la hija del pobre pastor del cabo de la Cabra, del mísero Hechicero, era tan buena figura junto á su esposo como nuestra Reina, hija del hombre más importante y más rico de Camaret!.. Con la misma buena voluntad las ha unido el señor rector, y tan ardientemente ha pedido para una como para otra las bendiciones del cielo.

Para defender á la hija de Nedelek Goalen, la señora Dorso se mostraba en aquel momento tal como se la conocía en todas partes, tal como á ella le agradaba ser, ardiente en la lucha, altiva y respetada como decana de Camaret, bretona testaruda, rebosando caridad y abnegación y con su grande y robusta fe cristiana.

Aquella misma fe sincera la inducía á ir con preferencia á las misas matinales, porque en ellas ninguna exterioridad distrae el pensamiento de Dios, y se cree estar más cerca de él, sobre todo en la capilla de Roc Amadour, á la cual tenía una devoción particular. Así aprobaba, tanto por su conducta cuanto por sus palabras, al padre Kerbiriou, quien no quería que se fuera siempre á curiosear á la iglesia bajo el pretexto de la religión, descuidando la casa y la familia.

Por su espíritu independiente y su carácter autoritario era algo despótica; pero siempre practicando el bien y esforzándose para no hacer otra cosa. Por lo demás, nunca admitía el mal en la gente de Camaret, y á tal extremo llevaba esta virtud, que siempre decía de aquellos que no se conducían bien ó que ocasionaban algún escándalo:

–¡Ese no es de aquí!..

–La verdad es, continuó la viuda, que á estas horas el Hechicero y nuestro rector están ya reconciliados, y hasta se asegura que se verá hoy en Camaret con motivo de la fiesta á ese tontón Nedelek. ¡En cuanto á esto, apenas lo creo, porque no está en lo posible!

–¡Otras muchas cosas se verán!.., repuso dulcemente la decana con su tranquila expresión de misterio; pero has de saber que nunca se debe juzgar á las personas sin oirlas, hija mía.

La decana se interrumpió para señalar la capilla.

–¡Ah! La segunda campanada, exclamó; ya es hora de marchar.

Mientras la campana tocaba ligeramente á intervalos cada vez más cortos, como para hacer apresurar el paso á los que se retardaban, y en tanto que las dos mujeres caminaban una junto á otra, las dos con sus mantos negros, la viuda Pennegués seguía recordando todo lo que acababa de suceder en su país, de ordinario tan tranquilo, y tan agitado por los acontecimientos hacía algunos meses.

Alrededor de ellas la bruma se desvanecía rápida-

mente, y ya no quedaban señales de ella cuando las dos mujeres llegaron á la prolongada escollera natural que se desvía del Styvel para cerrar el pequeño puerto.

Sentíase ya la gran calma del calor en su plenitud, y veíase como un polvo de oro y de fuego que se agitaba en el aire, formando una especie de tejido movible de llamas palpitantes é invisibles entre el cielo, la tierra y el mar.

La tía Rosalía repitió entusiasmada, penetrando en la dulce sombra de la pequeña capilla:

– ¡Verdadero día de bendiciones; la paz y la unión en nuestro querido Camaret! ¡Mi sueño realizado!

IX

En efecto, fué un día maravilloso, en el que la naturaleza entera parecía estar de fiesta, no sólo para celebrar la gran ceremonia religiosa de la estación, sino también para consagrar definitivamente la obra comenzada con tanto valor por la tía Rosalía, proseguida por Dionisio Le Marrec y terminada por el padre Pedro Kerbiriou.

Esta obra era la vuelta pública á la Iglesia, la aceptación oficial en el gremio cristiano, la rehabilitación del Hechicero, de aquel hombre inicuamente desterrado de los lugares santos, excomulgado desde el púlpito, y para quien los presbiterios, las iglesias y las capillas de toda la península de Crozon habían estado tan largo tiempo y tan inexorablemente cerradas

Esta vez el círculo mágico en cuyo centro se le había encerrado y del que ni siquiera trataba de escapar, por resignación, por cansancio de la lucha ó por filosofía, quedaba roto para siempre, y había salido de él bajo la égida inviolable de la cruz.

A eso de las dos, cuando la procesión salió de la iglesia para dirigirse á la capilla de Nuestra Señora de Roc-Amadour por la calle que conduce desde el burgo al Notic, á fin de desfilar á lo largo del muelle y llegar al Styvel, el sol lanzaba sobre el país tal lluvia de llamas, que Camaret parecía elevarse en la gloria de una apoteosis, entre la transparencia del mar y la infinita profundidad azulada del cielo.

Todas las cabezas se descubrieron, todas las frentes se inclinaron, brillando más los ojos, con mayor curiosidad, en el momento en que la cruz, conducida entre dos filas de niños, desembocó en el muelle frente al fortín de Vauban, fulgurando en plena luz.

Un nombre corría de boca en boca:

– ¡El Hechicero, el Hechicero!

Muchos que no le conocían estaban ávidos de verle, y hasta los que habían tenido algo que tratar con él, experimentaban el deseo de verle otra vez, asombrados de su presencia en aquella fiesta cristiana; él, el hombre de la landa, el hombre del cabo de la Cabra, el Hechicero.

Impasible, con la faz serena, tranquila su conciencia por una vida de honradez y de bondad, mirando hacia adelante con sus ojos claros, como si contemplara una visión de beatitud; alta la frente bajo las guedejas de su largo cabello gris, y vistiendo siempre su traje acostumbrado, que contrastaba con el de sus vecinos, Nedelek Goalen avanzaba el primero detrás del cura de Camaret, entre Hervé Morvan y Dionisio Le Marrec, á la cabeza del compacto grupo que formaba al fin del cortejo el grueso de la procesión.

Para verle mejor, la gente dejaba de mirar las banderas que las jóvenes llevaban en primer término y la doble fila de los fieles que entonaban los cánticos.

Las reflexiones se cruzaban de un curioso á otro:

– Bien mirado, ese hechicero tiene el aspecto de un buen hombre.

– Canta con tanta fe como el señor rector.

– Siempre he tenido buena idea de él, dijo Bozanec, que miraba el desfile desde el umbral de su puerta.

– Tiene las ideas de los antiguos del tiempo pasado, del mismo modo que aún conserva su traje, contestó Le Fur, y por cierto que eran hombres de tan buenas costumbres como buen consejo...

Una ruidosa exclamación de Luisa Pennegués hizo volver todas las cabezas.

– ¡Faik y Reina juntas!.. ¡Señor, Dios, es posible!.. ¡En la iglesia, el día del casamiento, pase, pues debía ser así; pero en este sitio..., vamos!.

Hacia el centro de la procesión, delante del cura, elevábase la imagen de la Santa Virgen, conducida por cuatro mujeres casadas, vistiendo sus mejores trajes: las dos primeras de blanco, unidas en el mismo fervor, radiante el rostro de la misma alegría y la mirada llena de igual felicidad, eran Reina Balanec y Genoveva Goalen, que hacía algunos días solamente se llamaban Reina Morvan y Genoveva Le Marrec.

Desde el sitio donde se hallaban, á uno y otro lado de Nedelek Goalen, con Balanec, Corentin, Garrec y otros, los dos amigos, Dionisio y Hervé, podían admirar á sus jóvenes esposas, con su blanco traje de casadas, y cubrirlas con igual mirada de profundo amor.

Pero el triunfador, como el día de la ceremonia de la Cruz de la Misión, era el padre Kerbiriou, que entonaba el himno con una sonoridad de triunfo, celebrando á la buena Virgen de la Roca:

«Virgen de Roc-Amadour, dirige y protege en la tormenta la frágil barca del pescador, y condúcela á la orilla á través de las furiosas olas.»

Para él era la victoria completa: el país definitivamente conquistado por el cristianismo, y su misión evangélica terminada.

Aunque haciendo justicia á la abnegación, al valor, á las buenas intenciones y á todas las virtudes que había podido descubrir y reconocer en Nedelek Goalen, no podía olvidar, en efecto, que para todos era el Hechicero, que para los supersticiosos, como Lagadec y Tremor, era el compañero de los cuervos centenarios, el amigo constante de las Piedras de la landa.

Y sentía una verdadera gloria de apóstol por tenerle allí, en la procesión, delante de todos, y oirle cantar con él:

«Santa Virgen, augusta patrona, Virgen de Roc-Amadour, madre tan tierna y tan dulce, para ti nuestros cantos y nuestro amor.»

De vez en cuando dirigía también una mirada satisfecha á la esposa de Dionisio Le Marrec, ahora su sobrina, su Velleda de otro tiempo, la hija del Hechicero, encorvada bajo la pequeña estatua de la Madre de Dios.

¡En esto veía también el símbolo brillante pintado en la Iglesia, personificado en la imagen, la Virgen poniendo el pie sobre la cabeza de la serpiente, el triunfo de María sobre el demonio!

Así fué como en aquel día de gran solemnidad religiosa se hallaban reunidas las dos antinomias más grandes del alma bretona, la Religión católica y la Leyenda idólatra, con aquellos dos representantes, el Cura y el Hechicero.

Enemigos, se perjudicaban mutuamente y se hacían daño, pues en los peligros del mar, en los sufrimientos de la vida, el pescador armoricano, aunque invocando voluntariamente á Dios, á la Virgen y á los santos, conservaba cierta simpatía temerosa á los invisibles de la landa, al que á sus ojos los representaba, al Hechicero, tan poderoso por sus hierbas como por sus palabras, y que algunas veces inspiraba á las gentes de aquel país más confianza que el sacerdote ó el médico.

Amigos, debían sostenerse y ayudarse en su humanitaria y santa misión.

En el fondo no estaban tan separados, pues la base de su poder sobre los humildes de la melancólica tierra de Bretaña era la misma, era esa flor de las brumas que se llama el *misterio*.

TRADUCCIÓN DE ENRIQUE DE VERNEUIL

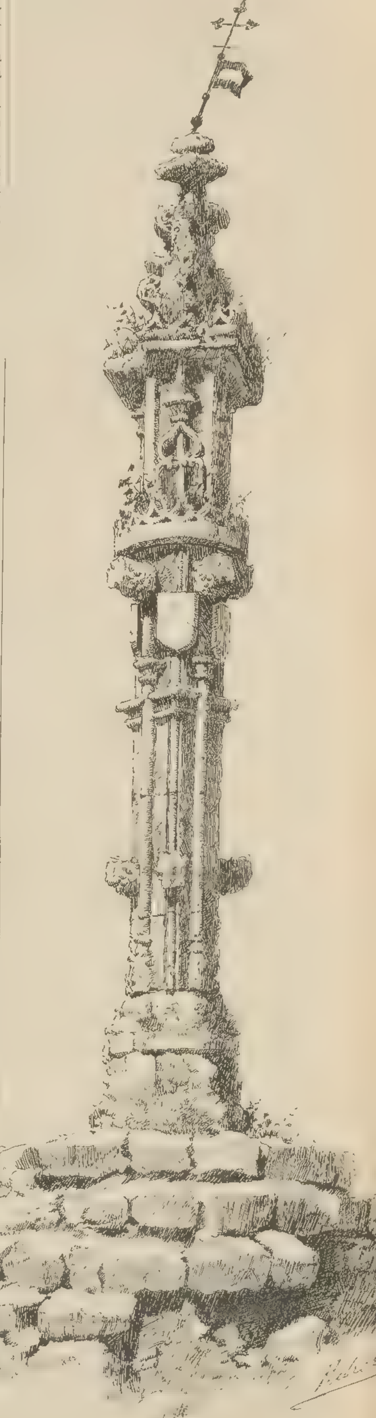
ROLLO Ó PICOTA

DE PEÑARANDA DE DUERO

Cual síntesis ó compendio de las aspiraciones del pueblo español en los pasados siglos, erigíase á la entrada de todos los pueblos, villas y ciudades el rollo ó picota, que al afectar en su estructura la del símbolo de nuestra sacrosanta religión, significaba el doble concepto que se perseguía, uniendo estrechamente la creencia con la nacionalidad. Sin esta doble compenetración de ideales, no se concibe la reconquista ni se comprende la unificación.

Próximo á la hermosa Colegiata de Peñaranda de Duero, embellecida en su exterior con los artísticos despojos de la antigua Clunia, levántase el rollo que reproducimos en este número, gallarda muestra del estilo ojival, y uno de los monumentos de esta índole que más interés despiertan, tal es su belleza y la disposición de los elementos que en él se armonizan.

Como apunte de su cartera y recuerdo de una de sus recientes excursiones artísticas por Castilla la Vieja, nos ha remitido el distinguido dibujante D. Mariano Pedrero un dibujo de tan notable picota, al que no hemos titubeado en dar cabida en estas páginas, creyendo al hacerlo que han de agradecérnoslo nuestros lectores. – Ll.



ROLLO Ó PICOTA DE PEÑARANDA DE DUERO, dibujo á la pluma de Mariano Pedrero

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.- Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia).



Monumento erigido en Roma á los hermanos Cairoli

La Ilustración Artística

Año XV — Barcelona 7 de diciembre de 1896 — Núm. 780

USOS Y COSTUMBRES DE LAS ISLAS FILIPINAS



Lucha típica en las islas Bisayas (de fotografía de D. Félix Laureano)



Principalía ó cuerpo consultivo local para asuntos administrativos
(De fotografía de D. Félix Laureano)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos el prospecto para la serie de la «Biblioteca Universal» correspondiente al año 1897. Llamamos muy especialmente la atención de nuestros suscriptores y corresponsales y del público en general sobre las importantes obras que en él anunciamos y muy particularmente sobre el que no vacilamos en titular «El libro de oro,» ó sea la reproducción en facsímile de la edición de «Don Quijote de la Mancha» impresa en 1608, reconocida como la única que fué revisada por su inmortal autor, obra que por sí sola representa un valor muy superior al coste de la suscripción por un año á la «Biblioteca.»

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

VIL METAL

Aquella ingeniosa teoría según la cual en España no había más numerario que un solo duro, que iba pasando de mano en mano hasta volver á las primeras que lo entregaron á la circulación, ha quedado plenamente desmentida al cubrirse con exceso, con sobras, el empréstito nacional para la continuación de la guerra. Se ha demostrado que en España hay muchos duros, y que estos duros, lejos de circular tímidamente y como el que se oculta para salvar la vida, se han arrojado á la plaza con la arrogancia bizarra y generosa de los *Conquistadores* del famoso soneto de Heredia, que no eran otros sino nuestros abuelos, yendo á conquistar lo que hoy derrochan los nietos por conservar la parte ideal de la conquista. «Como bandada de gerifaltes que sale del sangriento nido, cansados de soportar su altiva miseria, dejan á Palos de Moguer los aventureros, embriagados por un sueño brutal y heroico. Van á conquistar el metal fabuloso que madura en las lejanas minas de Cipango, y los vientos alisios impelían sus entenas hacia el misterioso límite del mundo occidental.» ¡Ah, y qué caro nos cuesta el sueño heroico de aquellos aventureros altivos!

Fué en efecto la codicia uno de los móviles á que se debió la expedición inmortal de Palos de Moguer, y no cabe duda que el metal fabuloso de Cipango entró por mucho en la decisión de los que acompañaron al genovés vagabundo y creyente, que también esperaba encontrar, al fin del viaje, un inexaurible tesoro con que libertar el Santo Sepulcro de Jerusalén, renovando las empresas de la Cruzada. Mas el pecado de los épicos aventureros lo hemos expiado bien. «Los padres comieron el agraz, y á los hijos se les alargaron los dientes.» ¡Cuántas personas de las que acaban de ofrecer en el altar de la guerra millones, ni siquiera sospecharán que su oferta es el reato de la noble y envidiada culpa que cometió nuestra raza al ver por primera vez, en un firmamento desconocido, ascender nuevas estrellas que surgían del fondo del Océano!

América nos dió, es cierto, su plata y su oro. Hemos derretido los amuletos, las elegantes placas repujadas con que se adornaba Moctezuma; hemos arrancado de la morena garganta de la virgen azteca el collar de escarabajos, y de su cabellera el largo punzón; hemos cargado de barras de plata los ventrudos galeones, y hemos trasladado á España las riquezas del continente nuevo... Y nunca hemos sido más pobres, nunca hemos luchado con tal miseria, como en ese tiempo en que al parecer teníamos la despensa atestada. Llegó un día en que la despensa nos faltó, y lo poco que nos quedaba de nuestro imperio colonial empezó á costarnos dinero. La isla de Cuba, desde hace muchos años, oigo decir que nos empeña. Lejos de mí el pretender, como diz que pretendía Chateaubriand, conocer las cuestiones de hacienda al dedillo: repito lo que he oído y nada más. Aun sin guerra me han asegurado que Cuba nos dejaba un déficit. Con la guerra, estamos enterrando allí millonadas. Ya sé que al defender á Cuba defendemos nuestra honra, procedemos como procede una nación que se tiene en algo. No censuro ni puedo censurar á los que han entendido así el honor nacional. Sólo quiero hacer ver como hemos rescatado el pecado de codicia de aquellos invencibles gerifaltes. Pues qué, ¿los Argonautas de la Hélade, al salir con sus cuarenta y tres bajeles, de los cuales el principal había sido dirigido nada menos que por la diosa Minerva en persona – (me extraña que la marina no reclame el patronato de esta diosa que tan bien sabía construir bajeles), – los Argonautas, digo, al poner la proa á Colcos, al tripular esa nave donde iban el divino Orfeo para animarles con sus cantos y el divino Esculapio para curar sus enfermedades; donde navegaban Hércules y Teseo, Castor y Polux, sangre de Júpiter, – qué buscaban, qué pretendían, qué reclamaban, á qué se dirigían acompañados de la poesía y de la ciencia y de los dioses y de los héroes? A conquistar el *vellocino de oro*, que era para ellos lo que para los aventureros de Palos de Moguer el metal fabuloso de Cipango. Y no lograron riquezas; sólo Jasón encontró una esposa terrible en la célebre maga y encantatriz Medea, hija del rey de Colcos. Mas ellos no salían en busca de mujeres: oro querían, y de todo el que encontrasen, á buen seguro que dejasen á vida un solo grano, á pesar de los cantos de Orfeo. No hay que asustarse porque nuestros abuelos hiciesen lo mismo.

España ha visto con agradable sorpresa que aún tiene oro, ó cosa equivalente: y la floresta de millones que repentinamente ha brotado del suelo, como esos jardines encantados, primaverales, que en la Edad media aparecían en mitad de diciembre al conjuro de un Alberto Magno ó de un Fausto, causó asombro y alegría, porque el dinero es más difícil de encontrar que la sangre. Han surgido las millonadas donde menos se contaba con ellas, al impulso de ese sentimiento tan profundo, tan vasto, tan natural, tan hermoso, que se llama patriotismo, y que nos tiene acostumbrados á los milagros, porque su oficio es hacerlos. Cierto que la aparición de los millones, cuando hay quien los posee, no es un milagro en el sentido teológico; no se opone á las leyes naturales, ni las deroga; y sin embargo, de milagro califica la voz general estas sorpresas de los advenimientos, cuando superan á la esperanza y burlan la previsión de los pesimistas...

El empréstito nacional ha sido el premio gordo que le ha caído á la patria en la lotería de este triste y largo año de 1896. Largo le llamo porque también llaman largos á los días sin pan, y el año que nos brindó la nueva guerra no puede preciarse de no haber sido de una desesperante é insufrible lentitud. «¿Hoy es todavía ayer, madre?,» preguntaba el pobrecillo del delfín preso en la Torre del Temple, al ver que cada mañana les traía á los cautivos las mismas penas. España podía hacer igual pregunta al leer en caracteres negros sobre la página blanca del almanaque: 1.° de enero de 1897...

La verdad es que formamos parte de una nación extraña, imprevista, de las que guardan sorpresas al que mejor la conozca. Parécese España, en su psicología, á esas mujeres del pueblo, todas corazón, que tienen unos prontos que asombran y unos arrebatos que son un poema cada uno de ellos. Para mí, lo más increíble es que tanto dinero saliese á luz cambiándose por papel. El papel, en títulos de la Deuda, no suele parecerles, á los que no entienden de valores públicos, más que un papel... mojado ó de estraza. ¡Cambiar buenas pesetas contantes y sonantes por tres renglones! ¡Qué de intrépida confianza, qué de energía supone tal acción!

Verdad es que en la vanguardia precedían á los modestos capitalitos, á las alcancías rotas para este caso especial, las enormes señoriales arcas repletas, como los cuarenta millones de reales de la condesa de Bornos, y los ocho de los duques de Alba; las cajas pletóricas, como las de los Torrelagunas, los Ortuetas y los Villamejor, y las carteras bien guarnecidas de otros capitalistas, aristócratas, políticos, propietarios..., sin hablar de la huchilla de las infantas, una huchilla llena de caras de su hermano y padre, galería de retratos de familia... Y esto anima á los modestos compradores de una ó dos accioncitas. Cuando tanta gente de pro se embarca, es que no peligra la nave. Las economías estarán seguras, y si no lo están, al menos tendremos el gusto de que Maceo y los del *Katipunán* no se salgan con la suya...

¿Quién osará todavía decir pestes del dinero? La lluvia de millones que descargó sobre el Banco de España, esos fantásticos y deslumbradores trenes ahitos de acuñado metal, que entraron por la vasta puerta, es lo que nos permite levantar la cabeza y sostener nuestro pabellón firme, erguido, pese á quien pese, allí donde nos atacan, no con las armas, ¡ojalá!, sino con la insidia de una eterna sublevación que no muere porque no da la cara, pero que nos sangra diariamente en las cuatro venas, y de cada una nos extrae un millón de realitos. «El dinero es una fuerza social, una palanca,» escribía Emilio Zola hace muchos años; «merced á él seremos respetados y dignos.» Referíanse estas palabras á la literatura; constituían el tema de un artículo en que el novelista francés comparaba la suerte de un literato de antaño y otro de hogaño, el primero reducido á morirse de hambre si no acertaba á prendarse de su ingenio algún rey ó gran señor y á otorgarle una pensioncilla, el segundo bien renumerado por los editores y el público, sereno é independiente merced á su trabajo y á sus méritos. Como el individuo, así el Estado. Un Estado libre y fuerte necesita dinero, dinero y dinero...

Visto que España es generosa, no le falta más que procurar ser rica. Nadie se hace rico por recetas. A conocerse recetas de enriquecer, cada quisque se las guardaría para sí. Mas puesto que todo suceso magno pide que se deduzca de él la moraleja que necesariamente encierra, la del empréstito nacional debe ser que España procure ser rica. Si hay que trabajar, trabajen; si privarse, prívense; si ayunar, ayunen al traspaso, con lentejas y acelgas ó con pan seco y duro; todo menos que venga otro empréstito y no quede la patria tan airosamente como quedó en el primer ensayo de la fuerza de su bolsillo.

Es en efecto la primera vez que por medios indirectos, por suscripción voluntaria, no por impuestos extraordinarios y recargos á la tributación, contribuye España para ayudar á resolver un conflicto. Semejantes medios representan un poderoso estímulo á la conciencia nacional. Y no está de más el estimularla. Tales vientos de disolución corren desde mediados del siglo, que no es únicamente entre criollos y tagalos donde ha encontrado calor de seno la víbora del separatismo. ¿Quién ha olvidado las recientes manifestaciones, singulares y tristísimas, de los *bizkaitarras*? Si se pregunta á la honrada, á la viril gente bilbaína, ríe desdeñosamente y achaca á extravagancia y á demencia el grito sacrílego que pedía para la patria muerte y deshonra.. Y en efecto, este grito, en otras circunstancias, bien podría ser contestado alzando los hombros. Son los momentos actuales los que prestan gravedad á cualquier síntoma de esa clase. Necesitamos más que nunca adherirnos, estrecharnos, sentirnos unidos para creernos fuertes.

Preveo que nuestras dos guerras separatistas, y quizás la de Filipinas mejor que la de Cuba, han de dar ocasión á los partidarios de la escuela de Lombroso para escribir páginas interesantes y apuntar curiosas observaciones. Lombroso, de quien hace cuatro años se hablaba mucho aquí y á quien ya nadie cita ni recuerda, no merece

ni cet excès d'honneur, ni cette indignité.

En sus libros, semigeniales, hay mezcladas con broza de inexactitudes y de noticias mal interpretadas y no muy bien depuradas, páginas que sugieren ideas y que empalman felizmente con los hechos. Entre éstas recuerdo ahora, porque se enlaza con la historia de nuestras tribulaciones, cierto capítulo de *El crimen político*, que lleva por epígrafe: *Criminales políticos por contagio epidémico.* ¡Qué bien retratados están los rebeldes cubanos y filipinos en esas «multitudes excitables, ansiosas de novedad, de imaginación ardorosa, ricas de fe y de ignorancia,» que «por sugestión y por una especie de borrachera moral, fanatizadas por el ejemplo de los cabecillas, por los gritos y el contacto, pierden la conciencia individual, y se arrojan á actos que uno solo no hubiese tenido jamás ni la audacia ni siquiera la idea de realizar!» Sighele, citado por el mismo Lombroso, cree que en tales momentos reaparece el salvaje bajo el hombre civilizado; pero en el mayor número de nuestros insurrectos, ¿cómo ha de reaparecer, si jamás desapareció? Esos caviteños que tienen á una señora blanca desnuda, que la pegan todos los días como se pega á las bestias..., es decir, como no se pega á las bestias cuando la civilización ha dulcificado algo los instintos de ferocidad; que la obligan á barrer el suelo con la boca y que la empujan á espolazos; esos conjurados que proyectan el envenenamiento colectivo, en un día fijo, de todos los blancos y de cuantos á los blancos tengan adhesión; esos que se tatuan la piel para afiliarse á una causa política, ¿creería Lombroso que se han dejado la civilización como se deja un abrigo en la antesala? No lo dudemos, de la vasta superficie de la tierra – reducida si se compara á la del mar – sólo una centésima parte estará empezando á ser civilizada..., ¡y sabe Dios!

Emilia Pardo Bazán



ELENA FOURMENT. – EL JARDÍN DEL AMOR

6 de diciembre de 1630

Célebre retrato y célebre cuadro pintados por Rubens, existentes, el primero en el Hoff Museum de Viena, y el segundo en el del Prado.

Casó Pedro Pablo Rubens en segundas nupcias y cuando contaba cincuenta y tres años con una hermosa jovencilla de diez y seis, el día 6 de diciembre de 1630. De esta segunda esposa hizo Rubens su modelo favorito, y hoy podemos contemplar el rostro lleno de vida y las opulentas formas de Elena Fourment en más de cien cuadros, así religiosos como mitológicos y alegóricos, además del gran número de retratos que se guardan en los principales Museos de Europa y colecciones particulares. Sobre todos estos retratos descuella el que posee el Hoff Museum de Viena, ejecutado por Rubens, á los seis ó siete años de haber contraído el segundo matrimonio, según se desprende de la lectura de Michiels y de otros no menos distinguidos biógrafos del célebre artista.

El retrato del que hablo en este artículo ha sido reproducido hasta la saciedad por los más célebres grabadores alemanes y holandeses, y últimamente por la fotografía. Mas con ser tan conocida esta obra maestra, no es posible tener un claro concepto de ella no habiendo visto el original. Que bien sabido es de cuantos han estudiado á fondo el tecnicismo de la pintura, cuán débil idea de las producciones de los pintores coloristas proporciona, no ya la reproducción gráfica del grabado á buril, sino la de la misma fotografía; y si esas producciones son retratos, es mucho más difícil llegar al perfecto conocimiento de sus bellezas.

Recuerdo perfectamente la impresión que me produjo la primera vez que lo vi el retrato que de Elena Fourment guarda el citado Museo de Viena. Recuerdo sí que el primer momento me lo ganó la admiración.

Yo no tengo idea de haber visto ningún desnudo de Rubens, maestro inconmensurable en este género, que pueda parangonarse con éste. Porque (á los lectores de La Ilustración Artística que lo ignoren me dirijo) Rubens retrató á su mujer completamente desnuda y de frente; tan sólo cubre las espaldas de la retratada una piel de un ligero tono azul y cuyos extremos sujeta por la cintura con la mano izquierda.

La actitud de la figura es de sorpresa. Elena Fourment vuelve ligeramente el rostro hacia la derecha y los ojos miran hacia este lado. Con el brazo y mano derechas sostiene ambos senos, bastante voluminosos; con la mano izquierda y como dejo dicho más arriba, sujeta dos puntas de la piel que la cubre. Por tocado tiene un ligerísimo velo blanco, sujetándole en parte los cabellos. El fondo del cuadro es muy obscuro y de tonalidad caliente así como la de la piel.

En verdad que la segunda esposa de Rubens tenía un rostro bellísimo y de una expresión tan infantil como picaresca. El óvalo de aquella cara es perfecto, no enérgico, como el de las bellezas clásicas, ni espiritual, como el de las vírgenes pintadas por los Giotto y Fra Angélico, sino de línea blanda y carnosa, como la de los niños, y ligeramente sensual. Los ojos grandes, garzos, llenos de luz; los cabellos rizados; la boca fresca, más que fresca fresquísima, pues se ven los rojos labios húmedos; la nariz fina y correcta; y esta cabeza tan bella asienta sobre un cuello blanco y redondo, que parece un trozo del fuste de una columna, hecha de mármol de Paros. Pero el resto del cuerpo de Elena Fourment no puede admirarse desde el punto de vista de la corrección de las formas, pues ofrece el tipo de belleza pesado de la mujer flamenca; tan sólo las manos y los brazos deben exceptuarse; aquéllas son de una finura exquisita, y éstos, dentro del tipo pesado de la figura en general, de línea y proporciones casi clásicas. Y conforme se va examinando este retrato de alto abajo, las imperfecciones del desnudo van siendo mayores; porque desde las rodillas Elena Fourment no era ni medianamente formada; las rótulas las tenía prominentes y los pies largos en demasía y deformados los dedos. Reparando en esto, dice un escritor contemporáneo: «Realmente llama la atención que el enamorado Rubens haya *descrito* con tanta exactitud, con tanta verdad el «prosaísmo» de aquellas piernas y de aquellos pies.» Cierto que es singular este acto de sincero respeto al natural en un hombre tan poco respetuoso, en ocasiones, con la verdad, como era Rubens; pero á mi juicio, el gran maestro pensó, y pensó bien, que ante la belleza de su esposa y la morbidez de sus formas, y especialmente ante el maravilloso color de aquellas carnes, que supo copiar de un modo verdaderamente genial, quedaba obscurecido todo defecto de su ídolo. Y si pensó esto, repito que pensó bien el eximio maestro. Ante aquel rostro lleno de vida y de juventud, que no vela la sombra de un algo íntimo, triste, dramático acaso, como se adivina en el insuperable rostro de Mona Lisa, pintado por Vinci; ante aquella superabundancia de carne blanca, de un blanco suavísimamente tornasolado como el nácar de más fino oriente, y bajo cuya epidermis se presiente la corriente sanguínea y el latido arterial; ante el prodigioso alarde de factura con que aparece pintada la imagen de Elena, no cabe otro sentimiento que el de la admiración.

Y antes de recordar aquí la obra maestra de Rubens *Jardín de amor*, voy á relatar un sucedido que á un distinguido joven catalán y á mí nos aconteció en Viena, contemplando este retrato famoso. Vestido de franela blanca, con el quitasol abierto (!) hallábase el dibujante inglés Smicht (tan buen dibujante como pintor detestable) examinando atentamente en una de las salas del Museo una tabla del siglo XV, obra de uno de los infinitos *Van* de tercera fila, de la escuela gótica, cuando acertó á entrar en la sala citada una señora gruesa, como de cuarenta años, empuñando con fuerza un cabás y mirando á derecha é izquierda con unos colosales *impertinentes*. Tan pronto como vió á Smicht, dando una gran voz se dirige á él y en correctísimo francés, parisiense puro, le interrogó:

– ¿Dónde se mete usted, hombre? Hace media hora que busco á usted por todos lados.

Y sin aguardar respuesta, echa á andar hacia la pequeña sala donde está el retrato de Elena Fourment.

Después de hacer grandes elogios de esta obra prodigiosa, Smicht dice:

– Ciertamente, madama, que este realismo solamente pertenece á Velázquez.

Madama quítase los *impertinentes*, y mirando á Smicht exclama:

– *¡Velasqués! ¡Velasqués!* Pero ¡Dios mío!, si ese hombre no pintó nunca más que los *ahuecadorres* de aquellas *maitresses de Prêtes*...

Mi compañero y yo no pudimos contenernos y soltamos una carcajada.

Madama y Smicht se volvieron hacia nosotros, y *madama* nos preguntó, mirándonos con gran desprecio:

– ¿Sois españoles?

– Sí, señora, contestó uno de nosotros.

– ¡Ah, ya!, exclamó: ¡Españoles! ¡Es natural! Y nos volvió la espalda.

Pero mi amigo Cort (ahora recuerdo su apellido) se adelanta y le dice:

– Y la señora ¿es francesa?

– ¡Ya lo creo!, dice con desdén.

– ¡Ah, ya! Por eso dice tonterías.

Yo creí que el *exabrupto* de mi compatriota nos iba á proporcionar un disgusto; y sin volver á mirar el retrato de Elena Fourment, causa inocente del altercado, empujé á Cort hacia una sala inmediata, mientras *madama* le llamaba *sot* á grandes voces.

* * *

También nuestro riquísimo Museo nacional de Pintura del Prado cuenta un retrato de la segunda mujer de Rubens. Pintó el gran maestro á su segunda esposa, en el celebrado lienzo el *Jardín del amor*, en el momento de abrazarla (no asustarse) un apuesto caballero, que es Rubens mismo. Casi todas las figuras que en este cuadro, lleno de luz y de color y ejecutado con un sentimiento de voluptuosidad sin igual, existen, son retratos de queridos amigos de Rubens.

Van Dyck, el discípulo favorito, aparece sentado á los pies de una hermosa joven, también sentada y como las otras damas descotada exageradamente. El apuesto pintor de Carlos I de Inglaterra habla al oído de su linda pareja, que le escucha sonriente; Snyders aparece en pie detrás de otra dama, que vuelve la cabeza para mirarle; de Vos forma grupo con otra, y una bella rubia acaricia á un rollizo y lindo amor que juega sobre sus rodillas. Las incitantes y hermosas mujeres de este soberbio cuadro son las esposas de los citados célebres artistas, discípulos, como Van Dyck, del gran maestro flamenco.

El fondo de este cuadro lo forma un jardín lleno de flores, y en el fondo se alza un pórtico. Entre los grupos hay dos fuentes; en una de éstas se ven las *Tres Gracias*, en la otra una estatua de Juno que oprime sus pechos, de los cuales saltan dos chorros de agua. En la parte superior de la pintura se ven varios amorcillos que vuelan en direcciones distintas, arrojando flores sobre las enamoradas parejas.

Rubens aparece en la izquierda de la composición (derecha del espectador) en pie, y como acabo de decir, abrazando á su esposa. Ésta, por el traje y en parte por el movimiento, recuerda muchos otros famosos retratos suyos que de mano de su egregio marido existen en el castillo de Blenheim (Holanda) y en el museo de Dresde. En todos esos retratos viste Elena Fourment un traje negro de seda, que hace resaltar de un modo prodigioso la blancura rosada de sus carnes. La diferencia que existe en la indumentaria de este retrato del *Jardín del amor* está en el descote. Los abundantes senos de la hermosa rubia flamenca pugnan por concluir de salirse de la cárcel de seda que los aprisiona. Y es esa parte de la figura la que con mayor maestría está, no solamente colorida, sino ejecutada; la misma realidad no causara seguramente más grande ilusión.

De esta obra maestra hicieron Rubens y algunos de sus discípulos diversas reproducciones, introduciendo en casi todas ellas variantes de bastante consideración.

No recuerdo que haya ninguna copia de este cuadro pintada por entero por el insigne artista.

R. Balsa de la Vega



ISLAS FILIPINAS. - PUENTE DE ESPAÑA EN MANILA (de otografía de D. Félix Laureano)



ISLAS FILIPINAS. - CALLE REAL EN LA CIUDAD DE ILO-ILO, ISLA DE PANAY (de fotografía de D. Félix Laureano)



ISLAS FILIPINAS. – Paseo del Jardín Botánico en Manila (de fotografía de D. Félix Laureano)



ISLAS FILIPINAS. – Puente de caña en la ciudad de Ilo-Ilo, Isla de Panay (de fotografía de D. Félix Laureano)

TIPOS, COSTUMBRES Y VISTAS

DE FILIPINAS

El interés que con motivo de la actual insurrección siguen inspirando aquellas islas del *Gran Archipiélago Asiático* y que lejos de decrecer aumenta de día en día, nos mueve á consagrar preferentemente nuestra atención á cuanto á ellas se refiere, y justifica la publicación de los numerosos grabados que sobre este asunto contiene el presente número. Creemos, por esta razón, que nuestros lectores han de ver con agrado las reproducciones de las interesantes fotografías que debemos á la amabilidad del conocido fotógrafo de esta ciudad D. Félix Laureano, á quien damos por ello las gracias más expresivas.

No disponemos de espacio suficiente para hacer de todas una descripción detallada, por lo que sólo consignaremos los más importantes datos referentes á cada una, deteniéndonos especialmente en aquellas que por ser más típicas merezcan más completas explicaciones.

Son las *principalías* corporaciones que intervienen en la elección y propuestas para gobernadorcillos y en la designación de personas para el cargo de cabeza de *barangay* y de cuadrilleros, y por costumbre tradicional vienen á ser una especie de cuerpos consultivos locales, á los que las autoridades piden á menudo informes sobre asuntos administrativos.

La *lucha* que reproduce el primer grabado de la primera página es típica y eminentemente bisaya, y se verifica en los meses de enero á abril, en los que las gentes, después de las rudas tareas del campo, buscan descanso en las diversiones, llegando á su apogeo en la Semana Santa. Los pueblos de la costa prefieren para este ejercicio la playa, quizás para que la arena evite daños á los luchadores; los del interior escogen la plaza por ser el centro de la población y punto de reunión de sus habitantes. En este juego hay lances que si por un lado divierten, por otro aterran á los poco acostumbrados á presenciarlos. Los luchadores ó *manugdumug* necesitan para adiestrarse hacer estudios especiales, pues no basta para salir vencedor ser un coloso y superar las fuerzas del contrario, sino que se necesitan cualidades que sólo con aquéllas se adquieren, y de las cuales la principal es la astucia para engañar al adversario, tenerle á raya en sus ataques y aprovecharse de sus distracciones.

Los luchadores se colocan en el centro de un corro y empiezan por el *primer lance* (el que representa nuestro grabado), en que miden mutuamente sus fuerzas para luego cada cual valerse de las astucias que considere más convenientes; en un abrir y cerrar de ojos cambian de posición, se retuercen, se enroscan, se confunden, vuelven á separarse y de nuevo se acometen con más furia. El público, atento á los lances del juego, no pierde detalle y permanece tan silencioso que sólo se oye la respiración jadeante de los *manugdumug*. Aprovechando un descuido, uno de éstos derriba á su contrario, con lo cual queda proclamado vencedor, y lleno de orgullo recibe los parabienes de sus amigos y allegados y escucha las felicitaciones de sus admiradores. Para ser vencedor es preciso tender en tierra como si fuera un cadáver á su contrincante, el cual entonces huye avergonzado entre los silbidos y las rechiflas de los espectadores. En estas luchas se cruzan considerables apuestas, y hay hombres acaudalados que van de pueblo en pueblo con sus *manugdumug* explotando la destreza de éstos y lucrándose con sus victorias, ni más ni menos que los dueños de gallos de pelea ó de caballos de carrera.

El *puente de España* en Manila es una obra monumental que cruza el impetuoso río Pasig, sirviendo de enlace entre la ciudad amurallada y sus arrabales: reconstruído después del terremoto de 1863, tiene 16 metros de anchura, pero resulta insuficiente para el tráfico que por él se hace.

La *calle real de Ilo-Ilo* es la principal de la ciudad y llama poderosamente la atención del que por vez primera la contempla por su mucho tránsito, por sus tiendas y por ser el paseo de la gente distinguida.

El *paseo del Jardín Botánico en Manila* está situado en las afueras de la capital; es bastante grande y contiene los principales ejemplares de la flora filipina, sirviendo por esta circunstancia de punto de estudio al par que de sitio de recreo: tiene además una hermosa cascada y á su entrada se levanta la estatua del ilustre patricio D. Sebastián Vidal y Soler.

El *puente de caña de Ilo Ilo* pone en comunicación esa ciudad con la de Jaro y fué construído por una empresa particular: el material único empleado en el mismo es el *cauayán*, especie de bambú cuya resistencia, á primera vista increíble, se demuestra en este puente, que es el de más tránsito en toda la provincia.

Del *tipo de costurera indígena* que publicamos en la página 823 nada diremos porque ya nos ocupamos de las mujeres indígenas en el número anterior.

En la *calle de la Escolta*, una de las más frecuentadas de Manila, está establecido el comercio peninsular con sus magníficas tiendas: viene á ser en la capital filipina lo que la calle de Fernando en Barcelona ó la Carrera de San Jerónimo de Madrid, y está separada del resto de la ciudad por el río Pasig, que corre paralelo á ella por la parte de atrás. En ella está situado el edificio de la Administración de Correos.

La *iglesia de Santa Cruz* está situada en el arrabal de su nombre, llamado vulgarmente el arrabal de los artistas, por residir en él los numerosos indígenas que se dedican á la escultura: fué fundada por la Compañía de Jesús, pero actualmente está regida por la orden de Agustinos Descalzos, y en ella se venera una milagrosa imagen de la Virgen del Pilar.

El *puerto de Manila* es importantísimo y muy seguro y está situado en la desembocadura del río Pasig: por él se hace gran comercio que da vida á numerosas casas navieras, poseedoras de verdaderas flotas.

De la *vista panorámica de Manila* no podemos ocuparnos, pues aun cuando fuéramos muy concisos en su descripción necesitaríamos un espacio de que no disponemos.

La *calle Real de Manila* es una de las más hermosas y rectas de la ciudad: en ella está el Hospital de San Juan de Dios, que puede competir con los mejores del mundo y que es además escuela de Medicina, y al final de la misma está la iglesia de San Agustín, en donde se venera la Virgen de la Correa, cuya cofradía está formada por la más distinguida sociedad manileña.

La *iglesia de Santo Domingo de Manila*, fundada por los PP. Dominicos, ha sido reconstruída recientemente y goza de gran renombre por su estilo arquitectónico y por su riqueza: en ella se venera la milagrosa Virgen del Rosario, llamada la Virgen rica por las joyas que posee, y se celebra la fiesta conmemorativa de la batalla de Lepanto.

La *calle de Carriedo*, que une los arrabales de Santa Cruz y Queipo, debe su nombre al ilustre general de aquel apellido, que de su peculio propio dotó á Manila y á sus arrabales de agua potable extraída del río Santulan (Mariquina).

La lámina que publicamos en la página 824 contiene varias vistas de la provincia de Ilo-Ilo (isla de Panay) que someramente vamos á describir.

La *iglesia de Otón*, en el pueblo de este nombre, el primero que fundaron los conquistadores que arribaron á Panay, hace sólo tres años que está abierta al público: es un edificio todo de piedra, de aspecto severo con una hermosa cúpula y esbeltas torres.

La *calle del Santo Niño de Ilo-Ilo* afluye á la calle Real y debe su principal importancia al teatro que hay en ella, propiedad del Sr. San Agustín.

El *palacio del Gobierno* está admirablemente situado y es de construcción tan sencilla como elegante: en la parte alta hay las habitaciones del gobernador y en la baja las oficinas. Rodea el edificio un hermoso jardín.

El *puerto de Ilo-Ilo*, el más seguro de todas las Islas Filipinas, es de los más importantes de aquel archipiélago, superando algunos años su movimiento al del puerto de Manila. En sus muelles álzanse grandiosos edificios y almacenes.

La *calle de Iznard* es, aparte de su importancia por su tránsito como prolongación de la calzada de Jaro, una de las más pintorescas de Ilo-Ilo: sus casas son de tabla y nipa ó de tabla y de hierro galvanizado, y en los bajos de las mismas hay muchos establecimientos y tiendas de chinos.

La *calle del Progreso* es la de la alta banca, de la aristocracia del dinero, y la hermosean grandiosos y elegantes edificios, muchos de los cuales tienen el aspecto de palacios: termina en el muelle y es indudablemente la mejor de Ilo-Ilo.

La pesca constituye una de las ocupaciones favoritas de los indígenas, pues el pescado es el principal alimento de aquellos pueblos. Las numerosas islas surcadas por ríos y las poblaciones de la costa en particular, puede decirse que viven exclusivamente de esta industria, pues los productos de la misma no sólo les sirven de alimento, sino que además les rinden pingües ganancias, ya que llevados á los mercados de las villas cercanas se cotizan á buenos precios, especialmente durante la cuaresma, que en aquellas islas se observa con gran rigor. En sus aguas se encuentran peces exquisitos, como el *dalag*, el *lapu lapu*, el *tanguingui* y el *apahap*, exclusivos de aquellas regiones. La pesca se verifica por varios sistemas, por medio del anzuelo, de las redes y de los llamados *salambas baklad* ó corrales de pesca. – X.

LOS ADICTOS Á JOSÉ

(Episodios de 1808)

I

El posadero sería hasta todo lo ladrón que ustedes quieran. Capaz sería de hacer vomitar el último mejicano á la bolsa de mejor apretados cordones, y de dar por sabrosísimo conejo el más tísico de los gatos que discurrían por sus desvanes. Pero eso no quita para que fuera un buen patriota.

La prueba de ello es el humor, más negro que el hollín de la chimenea de su cocina, que tenía aquella tarde, en que sin embargo se le presentaba el negocio más redondo que había realizado en su larga y no del todo honrada vida de posadero.

Aquellas bandadas de afrancesados que la noticia de la señalada victoria conseguida por los defensores de la buena causa en los campos de Bailén había hecho salir de Madrid en la más desordenada y vergonzosa fuga, tranquilizados por la nueva de que Napoleón en persona al frente de poderosos y aguerridos ejércitos había entrado ya en España, dispuesto á afirmar en el trono á su hermano José, acudían como enjambre á colmena á lamer la mano del intruso monarca, que de seguro repartiría entre ellos los altos cargos, los pingües empleos y los codiciados títulos que se confiscaban á los adictos al legítimo trono de Fernando VII.

La proximidad del pueblo á la corte hacía que á aquél refluyera toda aquella emperejilada canalla que en calesas, bombés, tartanas y coches de camino vomitaban todos los caminos y veredas, delatando con su prisa el afán que les espoleaba de tomar para sí el mejor bocado de la presa que les ofrecía la majestad botellesca y que parecían olfatear en el aire un poco vivo que soplaba de la parte de la sierra.

Y claro, como el mesón, bueno ó malo, era etapa obligada y único sitio en que podían reparar sus fuerzas los viajeros, á él acudían como moscas á la miel, sin reparar en doblón de más ó de menos, y dejando que el mesonero, que no era manco para ciertas cosas, sacara todo el partido que pudiera de la situación.

Sin embargo, como hemos indicado ya, éste no sólo torcía el gesto y contestaba con desabrimiento á los huéspedes, sino que cuando la moza de la posada anunciaba la llegada, ora de una encopetada damisela muy puesta de quirotecas y apestando á vinagrillo de los siete ladrones, ya á un almibarado currutaco afectando en las maneras y en el vestir las modas francesas, ó bien de un estirado vejete de los de espadín y casaca, sin recatarse para nada gruñía en voz lo bastante alta para ser oído por todos: «¡Valientes pajarracos!»

Y eso sí, ya que otra cosa no le fuese dado hacer, se complacía en sentar á la misma mesa á las más remilgadas lechuguinas y á los más descontentadizos petimetres codo con codo con trajinantes y arrieros que juntaban el tufo á cuadra que de sí despedían, al no mejor oliente aroma del encebollado salmonejo que trasegaban á sus estómagos.

II

La que menos podía sufrir aquello era doña Crucita, como con meliflua confianza llamaba el emperejilado *abate* que hacía con ella los oficios de *chevalier servent* á una viudita que, aunque frisara ya en los veintiocho años, afectaba los dengues y monerías de una chiquilla de quince, y que, como ninguna, extremaba su desprecio hacia nuestras rancias costumbres para encarecer y encomiar las novedades transpirenaicas.

Con su vestido de alepín de la reina, color de clavo pasado, con su *dulleta* á la *marechala* y su sombrerillo de paja á la *bergère*, más parecía figurilla salida de las fábricas de porcelana de la Moncloa ó el Retiro, que no persona de carne y hueso.

Y en su eterna charla era todavía más frívola é inconsistente – como diríamos ahora, – que en su aspecto. Llenándose la boca de hacer mérito, viniera ó no á cuento, de su parentesco con Cabarrús, y hablando lo menos posible de su difunto marido, antiguo consejero de Indias, muerto á los pocos meses de su matrimonio, legándola una no despreciable fortuna, decía que iba á la corte á pretender algo que nunca expresaba con entera claridad lo que fuese, y entretanto aburría á todo el mundo con sus exigencias, no habiendo nada que no encontrara intolerable, y queriendo hallar en las incomodidades del mesón las holguras y delicados regalos de un palacio.

III

En la tosca mesa cubierta de nada limpios manteles en que todo lo que la damisela había encontrado aceptable eran unas sopas de ajo y unos huevos duros, tenía á su derecha al oficioso *abate* y á su izquierda una especie de palurdo, de rostro curtido por la intemperie, vestido de coleto y calzones de paño pardo y metida hasta las orejas – á pesar de no estar el tiempo frío ni mucho menos – una montera de piel de cordero con el pelo, ya bastante raído, hacia la parte de adentro, por donde asomaban, mal tapados por un pañuelo de hierbas, revueltos y cerdosos mechones de una ni muy cuidada ni bien tundida cabellera.

Que el hombre debía ser sufrido de suyo, lo decía el que sin despegar los labios para decir palabra, seguía trasegando su guisote de salsa verde y espesa, sin curarse de las inconveniencias de doña Crucita, que cada vez, por ejemplo, que el hombre se limpiaba la boca con el anvés de la mano después de una de sus frecuentes libaciones, se volvía al *abate* para decir en voz alta:

«No puedo aguantar estas ordinarieces. Bien puede agradecernos S. M. imperial y real los sacrificios que nos cuesta seguir en este país, sólo para afirmar en las sienes de su augusto hermano José la corona de un pueblo que no merece el interés que se toma por su suerte el moderno Alejandro, el invicto césar de este siglo.»

Aunque el palurdo se limitaba á levantar de cuando en cuando la cabeza, el *abate* no las tenía todas consigo y ya no podía resistir la tentación de advertir á la dama, cuando de pronto la voz estentórea del posadero puso en conmoción á toda la concurrencia, gritando con alegría: «¡Los guerrilleros!»

Y como si desde fuera se encargara de dar asenso á sus palabras, una docena de tiros de fusil, diseminados acá y allá, vinieron á confirmar la noticia.



ISLAS FILIPINAS. – TIPO DE COSTURERA INDÍGENA (de fotografía de D. Félix Laureano)

IV

Un momento después, de toda aquella banda de currutacos, damiselas y almibarados vejetes no quedaba ni rastro en la posada.

Es decir, sí quedaba. Doña Crucita, abandonada de todos, hasta de su *chavalier servent*, el correctísimo *abate*, al volver en sí del síncope que embargó sus sentidos cuando recibió la espantosa nueva de la llegada de los guerrilleros, no encontró siquiera vehículo que la sacara á puerto de salvación.

Sólo aquel palurdo tan zafio y de tan burdos modales, sin curarse mucho de la entrada de los guerrilleros en el mesón, ofreciendo un vaso de agua y vino á la desmayada dama, le decía con ruda cortesía:

– No tema la señora. Son amigos, y éstos se romperán el bautismo con los franceses; pero respetan á las damas, aunque éstas estén tocadas de la manía de creer que ha de haber aquí en España otro rey que D. Fernando VII, que Dios guarde.

Y no sólo la sacó de la posada con toda felicidad, sino que terciándola como Dios le dió á entender en uno de los mulos de su recua, la acompañó, prodigándole toda clase de cuidados, hasta las mismas puertas de Madrid.

Allí, negándose á aceptar la recompensa pecuniaria que le ofrecía doña Crucita, se despidió con urbanidad, limitándose á decir:

– Lo único que quiero es que no olvide su señoría, que los que odiamos con toda nuestra alma á ese rey tuerto y beodo con que quiere Bonaparte suplantar al único que reconoce y reconocerá este pueblo, olemos un poco á cuadra y á ajo arriero, pero tenemos el corazón más entero y más sano que esos que venden á la patria por el último hueso que les echan á roer los invasores.

ANGEL R. CHAVES



ISLAS FILIPINAS. – CALLE DE LA ESCOLTA EN LA CIUDAD DE MANILA



ISLAS FILIPINAS. – Vistas de la ciudad de Ilo-Ilo, Isla de Panay (de fotografías de D. Félix Laureano)



ISLAS FILIPINAS. -- VISTAS DE LA CIUDAD DE MANILA (de fotografías de D. Félix Laureano)



El general D. Vicente Riva Palacio. – En la mañana del día 22 de noviembre último falleció el ilustre general D. Vicente Riva Palacio, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México en España. Había nacido en México en 1832, fué regidor de su ciudad natal, varias veces diputado y como militar luchó valerosamente contra las tropas de Maximiliano, llegando á ser general en jefe del ejército del Centro. Por el voto público fué dos veces ministro de la Corte Suprema de Justicia, y obligado por las circunstancias á presidirla, contribuyó poderosamente á robustecer el prestigio de tan alto cuerpo. Gobernó varios estados, muchos de los cuales le otorgaron el título de ciudadano; presidió el Congreso, desempeñó la cartera de Fomento y Obras Públicas, y en todos estos cargos demostró un talento, una honradez y una actividad propios sólo de los grandes gobernantes. Hace bastantes años fué nombrado para el elevado puesto diplomático en el que le ha sorprendido la muerte.

El general Riva Palacio era inspirado poeta y cultísimo literato; entre sus principales obras merecen citarse en primer término: *Calvario y Tabor*, novela histórica en que recogió sus recuerdos de la guerra del Centro; *Monja y casada, virgen y mártir*, novela histórica también, cuyo argumento está sacado de los Archivos de la Inquisición de México; *Orígenes de la raza mexicana*, *Historia de la dominación española en México*, *Mis versos*, tomo de poesías en que alientan la inspiración y la energía de los buenos poetas castellanos, y *Cuentos del general*, libro en que ha reunido sus cuentos, tan conocidos y celebrados, que se han insertado, en su mayor parte, en los principales periódicos españoles y americanos.

Hallábase tan á gusto en España el Sr. Riva Palacio, que, según sus propias palabras, consideraba el nombramiento de ministro plenipotenciario en nuestra corte como la más grata recompensa de los servicios prestados á su país, y añadía que sería para él muy sensible tener que abandonar nuestra región, donde deseaba acabar sus días porque era para él su segunda patria. Sus deseos se han visto cumplidos y su entierro fué demostración elocuente de que España correspondía sinceramente al cariño que por ella sentía el distinguido diplomático.

Muchos y muy buenos recuerdos deja en España y especialmente en Madrid por el afecto que demostró siempre á nuestro



EXCMO. SR. D. VICENTE RIVA PALACIO,
Nació en México en 15 de octubre de 1832; falleció en Madrid el 22 de noviembre último
(de fotografía de la viuda de Egdardo Debas)

país, respondiendo á sus propios sentimientos y á los de la nación que representaba, por la bondad de su corazón y la franqueza de su trato, que unidas á lo agradable de su comunicación, á la viveza de su ingenio, á la solidez de su cultura y á la amenidad de su conversación le conquistaron en la corte generales simpatías. El Sr. Riva Palacio no era considerado en Madrid como un extranjero ilustre, digno de singular aprecio por sus relevantes cualidades, sino como un verdadero y querido compatriota; estimándolo así, el Círculo de Bellas Artes le nombró hace algunos años su presidente.

Monseñor Eznik Abahouni. – Siguen en Turquía las matanzas y persecuciones de cristianos á ciencia y paciencia de las naciones europeas que se precian de cultas y civilizadas, y que por reparos diplomáticos y por rivalidades y recelos recíprocos no ponen remedio y término al espectáculo repugnante que ofrece el Imperio Otomano. Recientemente ha sido sentenciado á muerte por el Tribunal Extraordinario de Constantinopla el obispo de Haskeui por el *enorme* delito de tener en su casa un revólver cargado que le fué encontrado por la policía. Monseñor Eznik Abahouni cuenta en la actualidad cincuenta años: después de haber salido del colegio armenio de Shahnazar, de Constantinopla, se dedicó á la enseñanza; pero pronto recibió las órdenes sagradas. Pocos años después fué nombrado obispo de Arabikir, en donde hízose muy popular; mas el gobierno otomano empezó á desconfiar de él y al fin lo desterró á Jerusalén. En 1895 acogióse á la amnistía y regresó á Constantinopla.

El general de brigada Sr. Gelabert. – El día 23 de noviembre último falleció en Valencia de Alcántara el bizarro general de brigada Sr. Gelabert, cuyo retrato publicamos. No contaba todavía cincuenta años, entró en el ejército en 1862 y sirvió con distinción en las guerras civiles, ganando fama de entendido y valeroso. A las órdenes del general Suárez Valdés estuvo operando últimamente en Cuba, en la provincia de Pinar del Río, tomando parte en multitud de combates, en todos los cuales se distinguió por su valor á toda prueba. Una herida recibida en aquellas operaciones le obligó á regresar á la península para cuidar de su restablecimiento, que sólo esperaba para volver á campaña, á batirse por la integridad y la honra de la patria. La muerte no le ha permitido realizar sus propósitos, viniendo á cortar implacable una existencia que tanta gloria había conquistado y á la cual estaba reservado un brillante porvenir.



MONSEÑOR EZNIK ABAHOUNI,
obispo armenio de Haskeui, condenado á muerte por el Tribunal extraordinario de Constantinopla

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – LEIPZIG. – En las salas de la Academia de Bellas Artes de Leipzig se han expuesto recientemente los proyectos de carteles anuncios enviados al concurso abierto por la casa Giesecke y Devrient. Estos carteles han de servir para anunciar una fábrica de bicicletas y otra de máquinas de coser. De los 300 proyectos enviados han obtenido, en los destinados al anuncio de las bicicletas: el primer premio (1.250 pesetas), el de Ricardo Riemerschmidt, de Munich; el segundo (625 pesetas), el de Uladimiro Zugansky, de Praga, y el tercero (350 pesetas), José Berchtold, de Munich. En el de la fábrica de máquinas de coser no se otorgó el primer premio, que se dividió en tres nuevos premios terceros; el segundo ha sido adjudicado á Walter Puttner, de Munich, y los cuatro terceros á Federico Burger, de Munich; á Federico Becker y á Otón Seeck, de Berlín, y á W. Blamire Yonng, de Saint Abban (Inglaterra).

BARCELONA. – En el Salón Parés se ha celebrado una notabilísima exposición de carteles ilustrados, originales de autores extranjeros, especialmente franceses, belgas, ingleses, alemanes, austriacos y húngaros. Todos ellos son hermosos ejemplos de esta nueva manifestación artística que tanta boga ha alcanzado en nuestros días, y en todos se admira la nota característica de tales obras, la exageración unida á un lápiz vigoroso, el convencionalismo junto á rasgos y efectos sacados de la verdad real con fidelidad asombrosa, el neo-japonismo y el pre-rafaelismo. Dichos carteles son anuncios de artículos y espectáculos los más variados; de aquí el aspecto diverso que ofrecen y lo agradable y entretenido que resulta su contemplación. Entre los autores de los carteles más notables citaremos los de Cheret, Lefevbre, Grasset, Lantrec, Puvis de Chavannes, Forain, Dudley Hardy, Beardsley, Hilland Ellis, Price, Hassall, Robertson, Fischer, Bauer y Greiffenhagen. También figuran en la exposición portadas de revistas ilustradas, algunos grabados y preciosas litografías de Renouard, Villette, Besnard y Puvis de Chavannes.

MUNICH. – Los secesionistas muniquenses han inaugurado una gran exposición de carteles anunciadores, á la que han concurrido los más notables artistas de Francia, Alemania, Bélgica, Inglaterra y Estados Unidos, entre ellos Puvis de Chavannes, Detaille, Cheret, Steinlen, Grasset, Bradley, Bind, Hazenplug, Gibson, Gould, Read, Yongh, Greiffenhagen, Walter Crane, Hynais y otros maestros no menos reputados.

FLORENCIA. – El hospital de Santa María Nuova, cuya colección de pinturas comprende magníficas obras de Orcagno, Verrochio, Ghirlandajo, Fra Filippo Lippi, Fra Bartolommeo y otros maestros no menos ilustres, acaba de vender al Museo del Louvre por 900.000 francos el famoso cuadro de Hugo van der Goes *La Adoración de los Pastores*, que antes había ofrecido por 275.000 liras al Gobierno italiano, el cual no quiso adquirirlo. Según parece, la administración del hospital se propone vender algunas otras obras.

Necrología. – Han fallecido:
Roberto Barwald, famoso escultor alemán.
Hugo Gylden, notable astrónomo sueco, director del Observatorio y profesor de Astronomía de Estocolmo, uno de los más famosos astrónomos de la actualidad, autor de un nuevo método para calcular las perturbaciones absolutas de los planetas y cometas.
Mistriss Lakey, pintora norteamericana.
Máximo Boucheron, escritor francés, autor de varios libretos de operetas, entre ellos el de *Miss Helyett*.
D. O. Obreen, director del Museo Real de Amsterdam.

Teatros. – *Madrid.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Español *Tierra baja*, interesante drama en tres actos de don Angel Guimerá, traducido por D. José de Echegaray, cuyo primer acto es un modelo de exposición y en cuya ejecución se distinguieron la Sra. Guerrero, el Sr. García Ortega y muy especialmente el Sr. Díaz de Mendoza, que hizo una verdadera creación de su difícil papel; en la Comedia *El señor feudal*, hermoso drama en tres actos de D. Joaquín Dicenta, que ha valido un nuevo triunfo á su autor, y en la Zarzuela *El padrino del Nene ó todo por el arte*, graciosísimo sainete en un acto y tres cuadros de Julián Romea, con preciosa música de los maestros Caballero y Hermoso, que ha sido el mayor éxito de la actual temporada teatral madrileña. En la Comedia se ha reproducido con gran aplauso el drama de D. Eugenio Sellés *El nudo gordiano*.



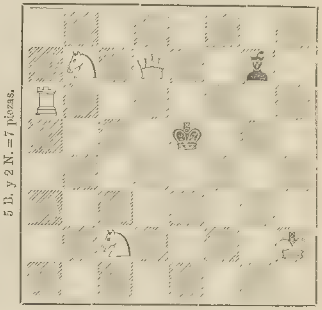
EXCMO. SR. D. GABRIEL GELABERT Y VALLECILLO,
Falleció en Valencia de Alcántara en 23 de noviembre último
(fotografía de Otero y Colominas, de la Habana)

Barcelona. – Se ha cantado en el Liceo la ópera de Verdi *Falstaff*, que ha valido un nuevo triunfo al barítono Sr. Blanchart, con quien han compartido los aplausos las señoras Tetrazzini y Petri. En el Eldorado ha comenzado á funcionar una notable compañía de zarzuela del llamado género chico, bajo la dirección del Sr. Pinedo, y de la cual forman parte tiples tan aplaudidas como Luisa Campos, Concepción Cubas y Encarnación Cervantes.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 48, POR PEDRO RIERA

NEGRAS



5 B. y 2 N. = 7 piezas.

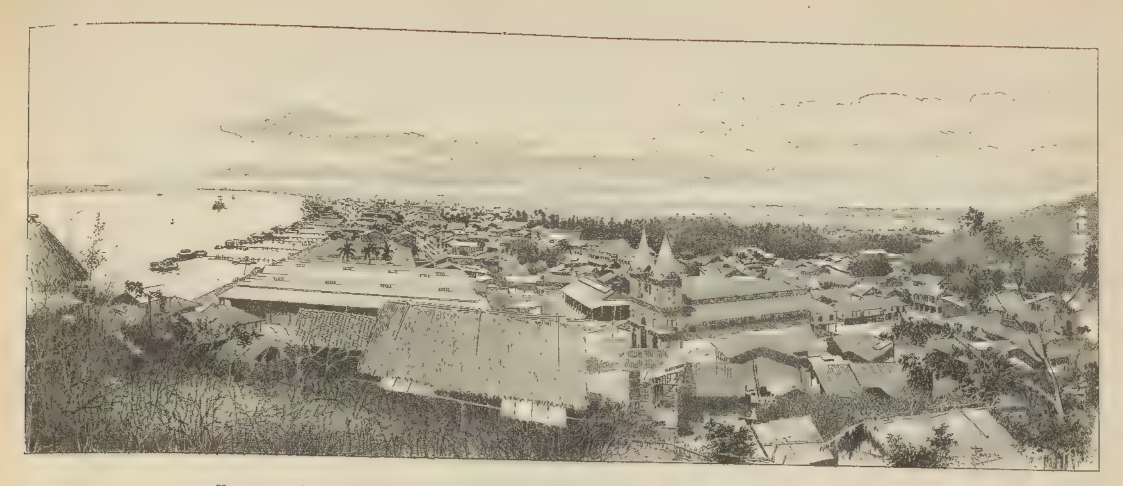
BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

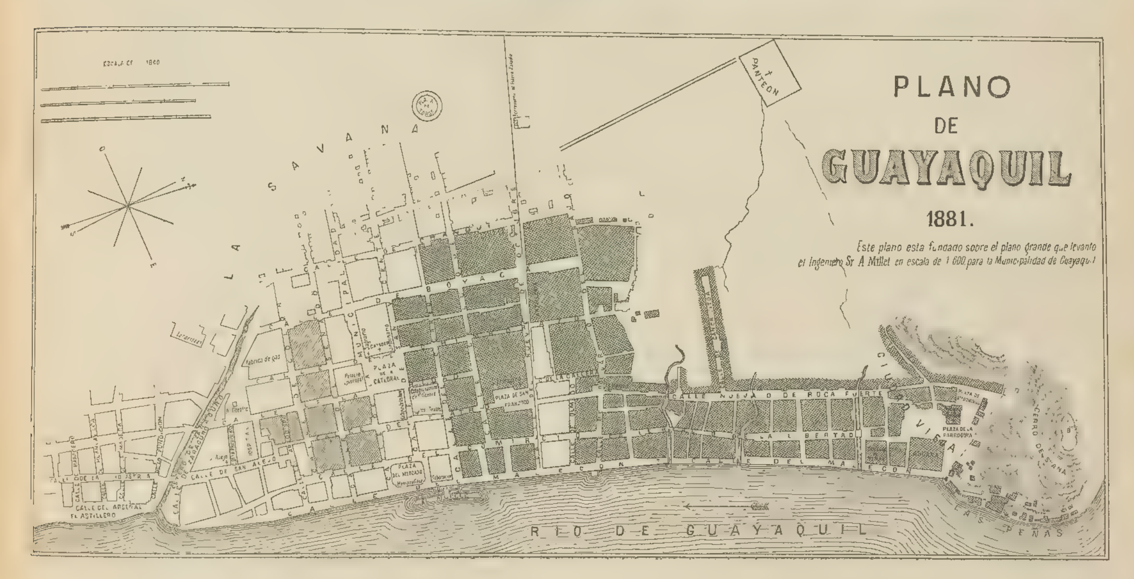
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 47, POR J. PALUZÍE

Blancas.	Negras.
1. C 7 D	1. T toma D (*)
2. C 4 D	2. Cualquiera.
3. P 4 R mate.	

(*) Si 1. R toma C; 2. C 8 A R jaque, y 3. D mate; – si 1. P toma C; 2. P 4 R jaque, y 3. D mate; – si 1. R toma P; 2. C 4 D jaque y 3. P mate, – y si 1. A toma P; 2. C 4 C D mate. La amenaza es 2. C 4 D y 3. P 4 R mate.



Vista panorámica de Guayaquil antes del incendio, dibujo tomado de fotografía de D. C. Endara, de Panamá



PLANO DE GUAYAQUIL. – Las manzanas marcadas [▩] son las destruídas por el incendio de 5 de octubre último; las marcadas [▨] son las destruídas por el incendio ocurrido en febrero de este año; las marcadas [□] son las que han quedado en pie



Vista de las ruinas de Guayaquil después del incendio, de fotografía de D. C. Endara, de Panamá

EL INCENDIO DE GUAYAQUIL

La ciudad de Guayaquil, la perla del Pacífico, como en América se la llama, la que por orden de Francisco Pizarro fundara en 1537 Francisco de Orellana, la que sirvió de punto de apoyo al general Sucre en sus campañas sobre Quito, la que presenció la famosa entrevista de Bolívar y San Martín en 1822, la que por su comercio ha llegado á ser una de las más ricas de la América del Sur, ha sido en gran parte recientemente destruída por un incendio, cuyos horrorosos estragos se comprenden teniendo en cuenta que la mayoría de los edificios son de madera, material empleado con preferencia para evitar los efectos de los terremotos allí tan frecuentes.

Comenzó el incendio á las once de la noche del 5 de octubre último en unos almacenes situados en la calle de Aguirre y se propagó con una rapidez extraordinaria favorecido por un fuerte viento, comunicándose por las arcadas de las casas que en todas las calles defienden á los transeuntes contra los rayos del sol y consumiendo en tiempo relativamente breve manzanas enteras de edificios. Los edificios del Estado, la catedral y otros templos, los teatros, los bancos, la aduana, el correo, la agencia del cable, hoteles, todo fué pasto de las llamas, que no cesaron en su obra destructora hasta que nada encontraron ya que devorar por haber llegado al río por un lado, y por otro al cerro de Santa Ana.

Durante el incendio, que duró dos días, Guayaquil ofrecía un cuadro de confusión espantosa: las mujeres corrían desoladas en todas direcciones llevando en brazos á sus pequeñuelos, y los hombres retiraban de sus casas todo cuanto podían y lo transportaban á cierta distancia para llevarlo más lejos cuando el incendio proseguía su obra devastadora, hasta que rendidos y descorazonados acababan los más por abandonar sus ajuares que el fuego no tardaba en reducir á cenizas. Así los artistas de la compañía de zarzuela que actuaba en aquella capital y que, alojados en el hotel Cardinal, habían pagado á peso de oro el transporte de sus equipajes á la plaza de San Francisco, hubieron de ver cómo ardía todo cuanto poseían sin poder evitarlo.

La plaza de Rocafuerte ó de San Francisco fué transformada por orden de la policía en un vasto almacén en donde los habitantes depositaban lo que habían logrado poner á salvo; pero á las ocho de la mañana del día 6, cuando la plaza estaba completamente llena de objetos de todas clases, la torre de San Francisco, que se había incendiado también, derrumbóse con estrépito y en un momento ardió todo lo que en ella se había ido acumulando.

Aprovechando aquella confusión indescriptible varios malvados se dedicaron á la infame tarea de saquear casas y almacenes y á robar á las personas que encontraban á su paso. Y para colmo de horrores durante todo el día 6 oyéronse incesantes detonaciones causadas por la explosión de los proyectiles que contenía el arsenal.

Cuando después de treinta y dos horas extinguióse el incendio en la mañana del día 7, más de la mitad de Guayaquil estaba convertida en un campo de escombros humeantes, inundados de agua, que cubrían no pocos cadáveres.

Mil quinientas casas habían sido destruídas; los 25.000 habitantes que las ocupaban, de los 40.000 que contaba la ciudad, habían emigrado ó refugiádose en las iglesias y en las casas que habían quedado en pie. Cinco mil de ellos acampaban en los alrededores de la capital.

Como si tantos desastres no fueran bastantes, desencadenóse en la noche del 6 un horrible huracán que causó nueve víctimas más, y dispersó ó destruyó los objetos que se creían en lugar seguro en las afueras, activando al mismo tiempo el incendio.

Los pasajeros de los vapores *Loa* y *Puno* que estaban anclados en el río Guayaquil, delante de la ciudad, dijeron á su llegada al Callao que el calor que aquel inmenso brasero despedía era irresistible y que el resplandor del incendio se veía desde alta mar.

Las últimas noticias de allí recibidas en Europa no precisan todavía el número de víctimas, que debieron ser muchas á juzgar por el número de personas que faltaban y cuya suerte se ignoraba. Sábese, sí, que han desaparecido familias enteras y se refiere que por las calles erraban multitud de niños huérfanos. Refiérese también, entre otros episodios horribles, que cinco monjas que saltaban á una barca para huir por el río fueron alcanzadas por el fuego y perecieron abrasadas en presencia de los numerosos habitantes refugiados en otras embarcaciones.

Extinguido el incendio, comenzó la población á sentir los horrores del hambre y aun se llegó á temer que el pueblo, impulsado por esta necesidad, entrase á saco en los barrios que las llamas habían respetado Además el furor popular estaba altamente excitado contra los incendiarios políticos, á los cuales atribúyese la catástrofe: uno de éstos, sorprendido en el momento de salir de una casa que empezaba á arder sin que el incendio general hubiese llegado á las inmediaciones de la misma, fué fusilado en el acto.

Las pérdidas materiales producidas por el incendio se calculan en 125 millones de francos, de los cuales una cuarta parte estaban asegurados.

Para remediar en lo posible tanto desastre, el gobierno ecuatoriano y el ayuntamiento de Guayaquil dispusieron inmediatamente que se socorriera á las innumerables familias que han quedado sin hogar, sin trabajo y sin pan, y dictaron acertadas medidas suspendiendo por cuarenta días los términos judiciales y el cumplimiento de los compromisos comerciales, facilitando el pago de las cantidades por liquidación de pedimentos de la Aduana del puerto de Guayaquil y preparando varias obras públicas para dar ocupación á los millares de personas que han visto desaparecer sus medios de subsistencia.

Las repúblicas americanas organizaron inmediatamente juntas de socorro para acudir en auxilio de los guayaquileños, habiéndose en poco tiempo recaudado en todas ellas considerables sumas y gran cantidad de víveres y provisiones de toda clase. El Perú ha sido el primero en acudir en ayuda de sus hermanos, pues á los cuatro días de la catástrofe llegaba á Guayaquil el crucero *Lima*, portador de importantes donativos. Todo hace, pues, esperar que la caridad oficial y la particular de América entera hará menos sensibles los efectos de la catástrofe de que ha sido víctima la capital ecuatoriana.

Los grabados que publicamos en las páginas 827 y 829 permitirán formarse idea de lo que era Guayaquil antes del incendio, con sus hermosos edificios, paseos y monumentos, y de las horrorosas proporciones del siniestro. Esto último puede apreciarse exactamente en el plano: las manzanas que aparecen con trazos cuadriculados son las que destruyeron las llamas en los días 5 á 7 de octubre; las de trazos oblicuos fueron destruídas por otro incendio acaecido en febrero de este año.

Las fotografías de donde están tomados los grabados nos han sido remitidas por el Sr. Endara, propietario de la Fotografía Astística de Panamá, á quien damos las más expresivas gracias por su envío. – X.

UNA CASITA EN EL CAMPO

«Vente conmigo y haremos
una casita en el campo
y en ella nos meteremos.»
(Copla popular.)

«Los recién casados, á quienes deseamos una luna de miel eterna, salieron ayer para una casa de campo en...»

¿Una sola luna? ¿Por qué no dos ó más?

¿Y de «miel eterna?» Es un exceso de miel, porque la miel eterna estaría petrificada.

Pero así, con esta sintaxis y con esta sindéresis, lo publicaba un periódico.

Juanito y Rosita, ó sea los recién casados, salieron de Madrid en cuanto recibieron la bendición del sacerdote y se vieron registrados por lo civil.

Al campo, en busca de la felicidad solitaria; libres de testigos y de curiosos impertinentes en aquel retiro, no pensarían más que en quererse.

Una casita alegre, aunque para los cónyuges todo era alegre, rodeada de jardín y de huerta y con cuantas comodidades pudieran apetecer: ¿que más?, solos, aislados del pueblo...

Un tanto descuidados de policía estaban la casa y el jardín, porque los dueños no habían visitado aquella finca en unos cuantos años.

Allí había pasado algunas temporadas Juanito, en su infancia.

Así se lo decía á su esposa, en cuanto llegaron y recorriendo casa y alrededores.

– Entonces no pensaba en ti, añadió con espontánea necedad.

– ¡Ingrato!, exclamó ella, que también era tonta del todo, como su cónyuge.

– Verdad es que no te conocía, rectificó el marido con natural simpleza.

– Es verdad, confirmó Rosita.

Pero si los dueños de la finca no se acordaban del pueblo en cuyo término estaba enclavada, las gentes del pueblo no olvidaban á D. Frutos, que había sido un ángel para la comarca, y al morir aquel bienhechor, transmitieron á Juanito las simpatías.

Así decía él:

– Si yo quisiera salir diputado vitalicio, ó director de un ramo ó cualquier cosa, de seguro que me sacaban en el pueblo.

En cuanto se extendió la noticia de la llegada del matrimonio, se organizó una serenata, para manifestar al hijo del Sr. D. Frutos y á su *parienta* el cariño y la gratitud de aquel vecindario inculto y sano.

El alcalde había oído hablar de orfeones y formado uno en la localidad. Pero á voces solas unas veces, segun él, y otras con guitarras y bandurrias.

Aun cuando el médico le advirtió que aquello no era orfeón, el alcalde no hizo caso del médico, y en fuerza de ensayos, consiguió que cantaran «de viva voz» el alguacil, el sacristán y otros cuatro ó cinco mozos algunas piezas escogidas de *El dúo de la Africana*, *El Tambor de granaderos*, *Cádiz* y otras, arregladas para orfeón ó para moscardón, mejor dicho.

Comiendo estaban solitos y tranquilos los jóvenes recién casados, cuando de repente y sin previo aviso – por más que el aviso siempre ha de ser previo ó no es aviso – se oyó la primera voz.

Y en seguida todo el orfeón rompió el fuego.

Juanito y Rosita saltaron de las sillas, espantados por el vocerío artístico.

– ¡Ay, Juan!, tartamudeaba la joven, abrazando al mismo tiempo á su esposo, estamos perdidos.

– Serénate, Rosita, replicó Juanito, sin poder dominar sus nervios, que no será lo que parece.

La entrada de un criado en el comedor, anunciando la visita del alcalde «colindante,» segun él, y de otras varias personas, tranquilizó á los esposos.

– Venimos, habló el alcalde, en cuanto saludó á los jóvenes, á felicitarles por su feliz alumbramiento.

– ¿Eh?

– ¿Qué dice este hombre?, interrogó la esposa á su consorte.

– Una brutalidad, hija, respondió Juanito en voz baja, como Rosita le había preguntado.

– Su padre de usted fué un hombre, y desearemos que usted no desmerezca, sin agraviar á la señora.

– Sí, señor, añadió otro de los que representaban al pueblo, y que creemos que así será, porque viene de buena cepa y esta señorita igualmente vendrá de otra cepa buena.

Juanito atajó el discurso, agradeciendo la muestra de afecto, y luego invitó á los recién llegados para desocupar la despensa y unas botellas.

Los del *morfeón* del alcalde también bebieron y siguió el «cante» hasta cerca de la mañana.

¡Qué noche de expansión para todos, exceptuando á Juanito y á Rosita!

Pero todo concluye y también concluyó la fiesta.

Una noche y las de Junio son cortas.

Cuando los esposos se vieron libres, respiraron.

– ¡Rosita de mi alma!

– ¡Juanito de mi vida!

Y se abrazaron con efusión.

¡Pero cuántos mosquitos!

Aquello era una sucursal de Dahomey, donde, según parece, es indispensable dormir envuelto en manta, hasta la cabeza inclusive, para librarse de una muerte cierta.

– ¡Anda!, y si fuera eso solamente, respondió el criado, cuando Juanito se quejó de la abundancia de mosquitos, enhorabuena; pero hay plaga de ratas y de lagartijas y de tarántulas y de salamanquesas y de alacranes.

– ¡Pues hemos hecho un viaje bonito!

– Yo no vivo ni siquiera un día más aquí, Juan; llévame con mamá.

– ¿Qué dices, Rosita?

– ¡Morir aquí malamente!

– ¿Morir tú, sol mío? Antes... la muerte..., digo, antes mi muerte.

– No, tampoco, Juanito: ¡verme viuda! ¡Ah! Una viuda tan joven es un bochorno.

– ¿Para el difunto?

– No, para la viuda.

Al siguiente día, el alcalde, la mujer del alcalde, dos hijos del alcalde, zagalones ellos y groseros y desvergonzados, visitaron á los recién casados.

¡Qué franqueza!, ¡qué bromas!

Desde entonces nunca faltaba algún pariente del alcalde en la casita de los infelices cónyuges.

– Me quedo á comer, si no incomodo, decía uno.

– Mañana vendré de madrugada para acompañar á ustedes todo el día, decía otro.

– *Me he emperezado* y me quedo aquí á dormir, en cualquiera parte; por mí no incomodarse.

Y los criados repetían las invitaciones verbales, por su cuenta, para que aburrieran á los señoritos.

– Así regresarán á Madrid ó se irán á otra parte y volveremos á quedar libres y dueños de la casa.

Y como deseaban sucedió.

Juanito y Rosita desaparecieron, pocos días después, sin despedirse siquiera de sus «favorecedores.»

Y no han vuelto á su casita en el campo, ni acompañados por la guardia civil.

Eduardo de Palacio



ECUADOR.—VISTAS DE LOS PRINCIPALES SITIOS, EDIFICIOS Y MONUMENTOS DE LA CIUDAD DE GUAYAQUIL (de fotografías de D. C. Endara, de Panamá)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA INDUSTRIA AURÍFERA EN EL TRANSVAAL

El Transvaal es una región favorecida desde el punto de vista de la producción del oro, siendo de todos sus distritos el más abundante en este mineral el



Fig. 1. – Instalaciones exteriores. A la izquierda la batería y á la derecha el apeo del pozo inclinado (Mina de Gelderhuis Estate)

de Witwatersrand, cuyo centro es Johannesburgo y que en 1895 llegó á producir 70.000 kilogramos ó sean 207 millones de francos, cantidad hasta entonces no extraída en ningún punto de la tierra en igual período de tiempo.

Los yacimientos del Witwatersrand ofrecen, al parecer (pues todavía se discute una hipótesis teórica acerca de su origen), una forma distinta de las que hasta ahora presentaban los de otros puntos, á saber, la de depósitos de precipitación química auríferos, gracias á lo cual se comprende la extraordinaria producción de aquel distrito á pesar de la escasa proporción del mineral, que es de unos 20 gramos por tonelada.

Las capas auríferas no son, como se ve, muy ricas; tampoco son muy espesas: la figura 3 reproduce á la mitad del tamaño natural el espesor completo de una de las más ricas, la South Reef, en un punto en donde es explotada muy fructuosamente. Esto no quiere decir que el espesor sea siempre tan exiguo, ya que puede llegar á tener dos y tres metros en la capa principal: el espesor medio suele ser de un metro.

Para empezar la explotación se instalan en el sitio elegido una máquina de vapor y una bomba, y se abre en la capa del mineral un pozo inclinado (fig. 1), en el cual, y á distancia de unos 80 metros, se practican galerías de nivel horizontales que luego se ponen en comunicación unas con otras. Este conjunto de túneles tiene por objeto reconocer el yacimiento para saber cuáles son los puntos más ricos y sobre todo para disponer de una serie numerosa de puntos de ataque. Para desprender el mineral se parte generalmente de una galería de nivel, poniendo al trabajo dos obreros, uno de espaldas al otro, y cuando éstos han perforado la roca lo suficiente, se colocan otros dos algo más abajo y así sucesivamente hasta llegar á la galería inferior. De este modo una cantera de explotación presenta siempre la forma de un gran triángulo situado en el plano de la capa y con el vértice hacia abajo, en cuyos lados trabajan á veces hasta cincuenta ó sesenta mineros á la vez (fig. 4).

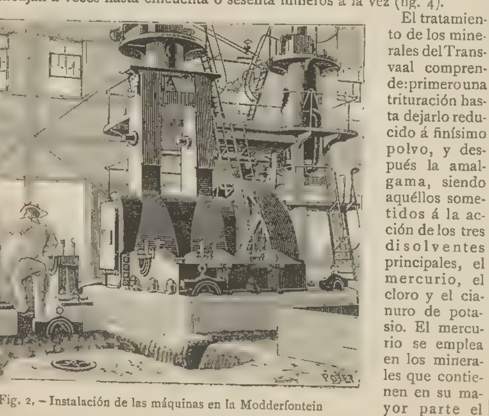


Fig. 2. – Instalación de las máquinas en la Modderfontein

El tratamiento de los minerales del Transvaal comprende: primero una trituración hasta dejarlo reducido á finísimo polvo, y después la amalgama, siendo aquéllos sometidos á la acción de los tres disolventes principales, el mercurio, el cloro y el cianuro de potasio. El mercurio se emplea en los minerales que contienen en su mayor parte el oro en estado libre; el cloro para los que tienen el oro asociado con la pirita de hierro no alterada, y el cianuro de potasio, usado desde 1891 con preferencia á todos los demás por sus maravillosos resultados, hasta el punto de que en muchos casos se le aplica al mineral triturado sin emplear previamente el mercurio.

En el Transvaal la trituración y la amalgama se verifican en un mismo edificio que se denomina molino, provisto de grandes máquinas. La figura 2 reproduce una parte del cuarto de máquinas de la Modderfontein, una de las instalaciones más recientes y más perfeccionadas de aquella región minera: en ella se ve detrás de la máquina motriz de la batería la gran máquina de comprimir el aire que sirve para dar movimiento en las profundidades de la mina á las perforadoras por medio de las cuales se abren los túneles y galerías. El mineral llega al molino cargado en vagonetas y des-



Fig. 3. – Sección de una capa aurífera (South Reef): mitad del tamaño natural

ciende hasta los morteros, en donde es pulverizado por los batanes, al pie de los cuales están las placas de amalgamación: las partículas de oro al pasar por el mercurio son retenidas por éste, y una vez al día se recoge la amalgama formada.

Así preparado el mineral, es conducido á un canal aéreo de madera que lo lleva á las cubas de cianuración, cuya disposición puede verse en la figura 5, que reproduce las de la compañía New-Comet (East-Rand). En las cubas superiores se comienza la colada al cianuro, que se continúa en las inferiores. Terminada la disolución por el cianuro, los productos que se obtienen son de tres clases: el licor de cianuro de oro, los re-

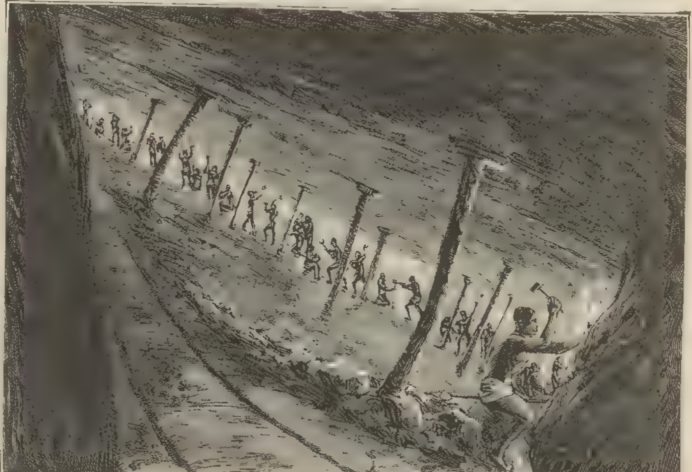


Fig. 4. – Interior de una mina de oro

siduos arenosos pobres de metal y los limos ligeros no tratados por el cianuro, porque su densidad impide la filtración y que se acumulan para el porvenir. Los residuos y los limos, arrastrados por una corriente de agua, van á acumularse en el fondo del valle en grandes depósitos artificiales.

La precipitación del oro se hace por medio del cinc ó por la electricidad. La reducción por el cinc se verifica en pequeñas cajas llamadas extractores, de los cuales se saca cada quince días ó cada mes el precipitado de oro, que entonces se mezcla con el nitrato de potasa: después de esta operación se funden los lingotes con bicarbonato sódico, bórax y sílice.

La reducción por medio de la electricidad, menos empleada hasta ahora, se hace tomando como electrodos negativos delgadas planchas de plomo y como polos positivos planchas de hierro. El hierro se disuelve al estado de ferrocianuro de potasio y el oro se precipita sobre el plomo.

El precio del tratamiento de una tonelada de arenas resulta á seis francos por el procedimiento del cinc y á

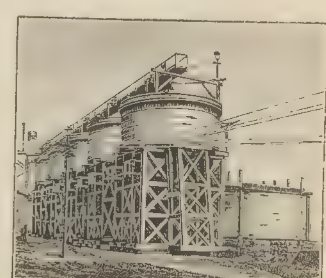


Fig. 5. – Cubas de cianuración en la New-Comet

cuatro francos diez céntimos por el procedimiento eléctrico. El precio total de extracción y tratamiento de una tonelada de mineral es por término medio de 32'70 francos.

La proporción del oro extraído es de unos 18'35 gramos de oro fino por tonelada, de los cuales se pierden unos 3'31: la proporción entre el extraído y el aprovechado resulta ser por consiguiente de diez por ocho; pero si el tratamiento de los limos recientemente ensayado da buenos resultados, como se espera, se podrá obtener todavía un 7 ú 8 por 100 más, es decir, extraer de 88 á 93 por 100 de oro.

Este tratamiento de los limos comprende en principio una clasificación muy rigurosa de los limos ligeros, una parte de los cuales, compuesta de arenas de cuarzo muy finas, se presta todavía á la filtración del cianuro, y un tratamiento aislado de los limos propiamente dichos en las cubas provistas de aparatos especiales que tienen por objeto mantenerlos constantemente en movimiento y suspensión. La primera operación ha comenzado á hacerse en la mina llamada Robinson en enero de este año, y ha tenido buen éxito. – L.



COSTUMBRES ROMANAS. – LAS FIESTAS DEL MES DE OCTUBRE, cuadro de S. Macchiati

Cuando con el mes de octubre terminan los rigores del verano, la población de Roma celebra, de tiempo inmemorial, la llegada de esta segunda primavera con fiestas y regocijos en las que el vino y la música desempeñan el principal papel. El notable artista romano Macchiati ha trazado en diversos cuadros, uno de los cuales es el que antecede á estas líneas, algunos episodios de estos festejos que alguien ha bautizado con el nombre de «modernas bacanales.»

COCHE-TRICICLO

Por las calles de Berlín ha empezado á circular este nuevo vehículo inventado por el Sr. Hoffmann, que constituye una ingeniosa y muy útil combinación de coche y triciclo: el grabado que adjunto publicamos da una idea perfecta de él y hace por consiguiente innecesaria toda descripción. Diremos únicamente que la velocidad del coche-triciclo es doble de la de un carruaje ordinario. Para medir la distancia recorrida, lleva el vehículo un contador muy ingenioso.



Coche-triciclo inventado por el Sr. Hoffmann, de Berlín (de fotografía)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

Comedias de Bretón, traducción alemana, por *Juan Fastenrath.* – Un nuevo servicio acaba de prestar á las letras españolas el distinguido publicista alemán y estimado colaborador nuestro Sr. Fastenrath. Consecuente con su laudable empeño de dar á conocer á sus compatriotas las más notables producciones de la literatura española, acaba de publicar, pulcramente vertidas á su idioma, cuatro de las mejores comedias de Bretón, *Muérete y verás, Una de tantas, Ella es él* y *El hombre pacífico.* Hay que advertir que una de las comedias ha sido traducida por expreso encargo del Gran Duque Carlos de Sajonia Weimar, circunstancia que demuestra la estima en que se tienen en Alemania las obras clásicas de nuestro teatro, por aquellos que, como el Gran Duque, se distinguen por su vasta ilustración y cultura.

El nuevo libro de Fastenrath está destinado á conmemorar la fecha del próximo centenario del nacimiento de Bretón, que tuvo lugar el 19 de diciembre de 1796.

* * *

La gente nueva, por *Antonio Sánchez Pérez.* – Comedia en tres actos de argumento muy interesante, de acción perfectamente desarrollada y admirablemente escrita en ese estilo fácil y castizo que caracteriza á cuanto produce nuestro querido amigo y distinguido colaborador. *La gente nueva* se estrenó con buen éxito en el teatro de la Comedia, de Madrid, durante la última temporada y se ha representado con gran aplauso en Barcelona y en otras capitales. Véndese en las principales librerías.

Minucias lexicográficas. – Varias veces nos hemos ocupado en esta sección de los notables trabajos lexicográficos del reputado escritor español residente en la Argentina Sr. Monner Sans. El tomo que nos ocupa contiene interesantes artículos sobre las palabras *Tata, Tambo, Chiripá* y *Poncho,* algunas notas lexicográficas con oportunas observaciones sobre palabras que figuran en el Diccionario de la Academia, y un notable trabajo sobre lexicografía gauchesca. En todos ellos demuestra el Sr. Monner sus grandes conocimientos sobre nuestro idioma y un verdadero talento crítico que censura sin acrimonia y aconseja sin pedantería. El libro ha sido editado en Buenos Aires, por Félix Lajouane (79, Perú, 85).

Artes Hispaniæ. – Con este título ha comenzado á publicarse en Madrid, bajo la dirección de D. Edmundo Greiner, una revista ilustrada de la producción nacional española, lujosamente editada: el primer número está dedicado exclusivamente á dar á conocer la casa Pedro Domecq, de Jerez de la Frontera, que tanta importancia tiene como cosechera, extractora de vinos, almacenista y destiladora, detallando sus inmensas bodegas y demás grandiosos edificios destinados á aquella industria. El texto está escrito en francés, inglés y español, y la parte de ilustración comprende numerosas vistas en fototipia.

Panorama Nacional. – Se ha publicado en los últimos días de la semana anterior el cuaderno diez de este *Panorama,* editado por D. Hermenegildo Miralles: el interés y éxito de esta publicación aumentan á cada cuaderno nuevo: contiene catorce preciosas vistas de varios monumentos notables de Palma, Teruel, Granada, Filipinas, Sevilla, Sagunto, Barcelona, Ronda, Valencia y Madrid, y una vista panorámica de San Sebastián. Véndese, como cada uno de los demás cuadernos, á 70 céntimos de peseta.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XV — Barcelona 14 de diciembre de 1896 — Núm. 781

El Cartero.—Correo de la guerra

dibujo de Méndez Bringa

SUMARIO

ADVERTENCIAS

Hemos terminado la impresión y estamos procediendo á la encuadernación del tomo de la **Biblioteca Universal** que, como final de la presente serie, pensamos repartir á nuestros suscriptores con el último número de La Ilustración Artística de este año. Dicho tomo consiste en una colección de novelas cortas, titulada

PARA ELLAS,

original de la distinguida escritora doña Adela Sánchez Cantos de Escobar. Como su título indica, el libro está dedicado especialmente al bello sexo, y no dudamos de que ha de complacer por completo á nuestras lectoras, las cuales hallarán lectura amena y sana en aquellas narraciones, inspiradas en el más recto criterio moral, y dictadas por los más puros y elevados sentimientos. De argumento interesante todas ellas, y escritas en hermoso estilo, constituyen un conjunto de episodios eminentemente dramáticos, tomados de la realidad y avalorados por un profundo espíritu psicológico, que hace de ellos hechos vividos, observados con tanta fidelidad en su aspecto externo como profundidad en su fondo

El tomo *Para ellas* va ilustrado por el reputado dibujante Sr. Cabrinety.

Llamamos la atención de nuestros suscriptores, corresponsales y del público en general sobre el prospecto para el año 1897 que repartimos con el número anterior de La Ilustración Artística. Las obras que en él anunciamos son la mejor demostración de la firmeza de nuestros propósitos en hacer de nuestra publicación, por su variedad, interés y economía, la primera en su género: el creciente favor que constantemente nos dispensa el público es el mejor estímulo para que no cejemos en nuestros esfuerzos por mantener á la **Biblioteca Universal** á la altura en que hemos conseguido colocarla. Entre las obras que se repartirán en el próximo año merece especial mención el que titulamos

LIBRO DE ORO,

ó sea la reproducción en facsímile de la edición de la obra del inmortal Cervantes

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

impresa en 1608, reconocida como la única que fué revisada por su autor, por lo que se la considera como el solo original autorizado de tan renombrada obra, habiendo sido por tal concepto adoptada por la Academia Española para su edición especial. Esta obra constituirá, por consiguiente, una verdadera joya bibliográfica, y representa por sí sola un valor muy superior al coste de la suscripción por un año á la **Biblioteca Universal**.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Nuestras fiestas de Navidad y los recuerdos de Tierra Santa. – Nazareth, patria de María Santísima. – Belén, patria de Jesús. – El censo de Augusto y la crítica moderna. – Venida de los Reyes. – Conclusión.

Ha mucho tiempo me propongo cumplir un voto que tengo hecho á Dios y una promesa que me tengo á mí mismo dada: recorrer toda la Palestina y sus anejos, Galilea con Samaria, desde la cuenca de Nazareth, donde nacieron María y José, hasta las cumbres del Tabor, donde Cristo revistió su naturaleza humana de una divina transfiguración á los ojos de sus apóstoles, y ascendió para siempre á la gloria; y después de haber peregrinado por todos estos espacios, recoger y expresar, así las ideas que han sugerido á mi entendimiento, como las emociones que han despertado en mi corazón. ¡Por cuál modo se relaciona la vida vulgar y diaria de cada cristiano con la geografía y la historia de Tierra Santa! El 8 de septiembre universal regocijo de fiesta recorre toda España, porque María nació en la villa de Nazareth; el 25 de marzo debemos oir por obligación misa y no podemos trabajar los fieles de la Iglesia Católica, porque al anuncio del Angel, encarnó María el Verbo Divino en sus purísimas entrañas; y así, la Nochebuena con sus villancicos, la Navidad con sus Nacimientos, los Reyes con sus regalos ofrecidos en balcones y ventanas á la infancia, la degollación de los Inocentes con su tradición, la fuga, en que los árboles y las aves toman tanta parte, de María y José al Egipto; y no pasaremos de aquí por limitar nuestros recuerdos á las fiestas religiosas del corriente diciembre. Imposible saber bien la correlación entre una tierra donde han pasado hechos trascendentales á todos los siglos y grandiosas escenas históricas interesantes á todos los hombres, sin haber tales sitios contemplado, y contemplado largo tiempo. Ninguna geografía puede instruiros en la distribución de las colinas romanas como vuestra propia retina, en la cual queda impreso como un capítulo de historia, cuando veis desde las cumbres del Janículo, que abre las puertas del Año y del Pomerio, el monte Vaticano á vuestra izquierda, que vió los primeros mártires, y el monte Aventino á vuestra derecha, que soportó los últimos tribunos. ¡Quién me diese ver antes de morir el Carmelo, donde se refugiaban los profetas y crecían los tamarindos y los cedros de la Biblia; el valle donde resonó el sermón de la Montaña; los espejos del lago de Tiberiades, en que tantas ideas divinas se han reflejado; Ebrón la histórica, que viera el paso de la visitación entre María y Santa Isabel á la vera del sepulcro en que yace Abraham, adorado por los musulmanes como lugar de reposo eterno para un su profeta, y sobre todo los paisajes y sitios referentes á las festividades de estos días: Nazareth, Belén, Egipto. Evoquémoslos.

Detengámonos ante los valles y pueblecillos donde nació María, y detengámonos con recogimiento y religiosidad. Nazareth lo merece todo. Aquella Babilonia de Semíramis con sus jardines colgantes y sus palacios guardados por colosos de pórfido; aquella Memphis de cien puertas donde Isis tendría quizá templos de mil columnas; aquella incomparable Alejandría de Cleopatra, que iba despidiendo, como enjambres de zumbadoras abejas, ideas divinas, jamás produjeron ser alguno para el bien de la humanidad tan indispensable como esta Virgen Madre María, tierna, modesta, humilde, sencilla, destinada en los designios providenciales á renovar la vida moral, y renovando la vida moral, á rehacer el género humano y redimir de la esclavitud al mundo. Los viajeros como Stapfer, que han recorrido Palestina con espacio y con verdadera ciencia, refiérennos cómo Nazareth se conserva hoy tal cual estaba en tiempo de Jesús. Las ciudades, objeto de codicia para el conquistador, sufren enormes invasiones y se alteran bajo la inundación terrible de los tiempos en cambios incesantes y continuos. Pero estas aldehuelas, perdidas como humildes nidos en los abandonados recodos de un valle, al pie de colinas nunca holladas por guerreras plantas, entre ignorados espacios, acaban por salvarse y por conservar su fisonomía, preservadas, merced á la virtud misma de su modestia, cual Pompeya y Herculano, bajo las lavas del Vesubio, merced á su preservación del aire y del sol. Nada encontraréis ya en Jerusalén de lo que había, ni en tiempo de los profetas, ni en tiempo de Jesús. Alejandro, las ufanadas dinastías seleucidas, Pompeyo, Vespasiano, Tito, el árabe unas veces, el mogol otras veces, el mismo cruzado, hanle traído más catástrofes que los terremotos removedores del suelo. Pero Nazareth, apenas poblada por cuatro mil habitantes en el siglo primero; desconocida por completo de Josepho, que no la menciona en sus historias; olvidada por el Talmud mismo, tan prolijo y municioso; á veinticinco leguas de Jerusalén, á nueve horas de Capharnaun, yacía feliz en su ignorancia y en su obscuridad. Por eso puede verse todavía el camino que las plantas de Jesús hollaran; el sitio donde tuvo su taller de carpintero; la colina desde cuya cumbre oró mil veces, y la fuente en que María tomaba el agua para su hogar á diario en el ánfora, volviéndola cargada y erguida sobre su armoniosa cabeza. También Renán visitó hace años, en compañía de su hermana, este privilegiado sitio, y lo describe como Stapfer. El aire le pareció vivísimo, el clima salubre. La población ofrece de suyo, con sus casas semejantes á viejos aljibes, un aspecto modestísimo, cual suelen todas las pequeñas poblaciones de Oriente. La desolación de Palestina no alcanza, no, á este sitio de habitantes felicísimos y de huertos verdes. La fuente aquella reunió en tiempo de María todas las muchachas de la población, que iban allí á escanciar el agua. Antonino Mártir, citado por el mismo Renán, refiérenos que los tipos de sus mujeres, todas ellas medio sirias, tenían una belleza tal, que de común acuerdo las gentes piadosas en el siglo VI la imputaban al nacimiento y presencia en aquel sitio de María, quien legó, como vínculo hereditario, gracia y belleza de consuno á sus amadas convecinas hasta la consumación de los siglos. Dice también el gran escritor francés que desde la hoya donde Nazareth está, el cielo es muy estrecho; mas así que subís á cualquiera de las vecinas alturas y miráis por todas partes, entrevéis los valles del Jordán; las altas llanuras de la Perea esmaltadas por las reverberaciones de un cielo candente; las tierras de Siquem realzadas por las sacras figuras patriarcales; á un lado aquel Tabor, comparable á blando hermosísimo seno y que muchas veces parece rotonda esférica de lapislázuli; á otro lado el Carmelo, despidiendo incienso de poesía y reverberando el sol en su cono abrupto que toma tintes de ópalo, esmeralda, zafiro y rubí, según las refracciones de los rayos solares en sus aristas; y allá, tras las cordilleras de Safed, el golfo de Raifa, cuyas aguas, confundidas á la simple vista con el aire, presentan una línea imperceptible azul, tan celeste como todas las que dibuja y colora el Mediterráneo en sus espléndidos horizontes, dignos por cierto de aquellas almas que volaban al impulso de sus brisas y se sumergían en los resplandores de su éter.

Pasemos al sitio de la Navidad, á Belén. ¿Cómo, residiendo José y María en la villa de Nazareth, Jesús nació en Belén? Los apóstoles y evangelistas dan dos explicaciones: primera, una expatriación de los santos esposos, huyendo á los vejámenes del censo universal, ordenado por Augusto cuando su exaltación al Imperio; segunda, un verdadero mandato divino para que naciera en sitio enlazado con David, como Belén, un descendiente de David como Jesús. Inútil decir que para los escritores piadosos el censo prevenido por Augusto no debe ser puesto por ningún erudito en duda. Y sin embargo, no ya en duda suelen ponerlo á una los escritores racionalistas, lo niegan en absoluto y añaden que no lo hallan en documento ninguno auténtico, cuando tan registradas y reconocidas fueran las relaciones de análogas ordenanzas, extrañando muchos que los escritores romanos de autoridad probada eliden un edicto emanado de Augusto, ellos tan habituados á inscribir en sus anales otros actos del emperador más ordinarios y sencillos. Mucho les maravilla también que para tener su hijo fuesen á Belén, sitio muy distante, y por caminos en aquella sazón muy peligrosos. Revuélvese Strauss contra la narración evangélica, y asegura que ha sido exclusivamente dictada por el empeño antiguo de unir y enlazar con la casa del viejo rey David la casa del Redentor Jesucristo. Y como quiera que las profecías anunciasen previamente á Belén como cuna del mesianismo, convinieron Mateo y Lucas en dar al Mesías la villa de Belén por lugar propio de su nacimiento. A todo esto los racionalistas añaden que nunca sus contemporáneos llamaron á Jesús belenita: llamáronle, por lo contrario, siempre nazareno. Y dicho esto, consideremos que no se puede penetrar con tal estrecha crítica, como la propia de Strauss y Renán, en estas religiosas expansiones de la humanidad. Los mismos que niegan y combaten la tradición cristiana encuéntranle muy numerosos antecedentes en las tradiciones índicas. También allí una joven pare al salvador Krichna, y queda virgen; también allí los pastores, avisados por celestiales voces, corren á buscar esta encarnación misteriosísima de su dios y la encuentran á media noche; también allí aparece como animal simbólico el buey; también allí las estrellas brillan en este acto con luz más fúlgida y cantan los espíritus y los genios celestiales en coro, difundiendo por la creación y por el espíritu un inextinguible regocijo. Dejemos al género humano encerrar en cuantos símbolos y tradiciones le plazca estas divinas verdades religiosas, y convengamos en que han redimido á la humanidad, después de haberla impulsado por los misteriosos caminos del progreso.

El mayor entre todos los profetas hebreos, el incomparable Isaías, anunciara también los milagros mesiánicos y apariciones de luminosas estrellas, convocando los reyes de las más apartadas regiones para que conduzcan á los lugares del rey David, á los jardines del rey Salomón, oro é incienso de Sava, camellos de Madián, dromedarios de Elfa, marfiles de la negra Etiopia, mirra de Arabia, presentes y tributos de cien pueblos. Y lo mismo anuncia David en el salmo cuarenta y cinco, cuando dice cómo se ha hermoseado el prometido á causa de verter Dios la gracia en sus labios y amar él la justicia y aborrecer la maldad, por lo cual ungiéronle con óleo de gozo; y mirra, y áloe, y casia exhalaron sus vestidos; y recibió el oro de Ofir, los brocados de Tiro, las perlas de Tarsis, el incienso de Arabia. Tras todo esto no hay sino reconocer que una tradición, por siglos de siglos difundida, trajo los reyes de Oriente, guiados por una mística estrella de muy esplendorosa luz, hasta el nacimiento de Belén. Esta secular tradición señala Tarsis, Arabia y Etiopia como los respectivos dominios de todos estos reyes magos. Etiopia era, en aquellos tiempos, como un misterio impenetrable, y Arabia como un perpetuo incensario. Desde aquella tierra negra, poblada con hermosos y viejos templos, llenos todos ellos de santuarios tallados en marfil y ébano, venían miriadas de ideas; mientras venían desde Arabia todas las esencias, quemadas en los altares hiératicos y difundidas en los aires verdaderamente sagrados. Por consecuencia, la fe, generada por tantos y tantos profetas superiores, difundida en tantas y tantas edades creadoras, alma de cien pueblos, animó todas estas figuras, vistas en Belén, dándoles una realidad tan viva, que no puede sino reconocerlas y acatarlas de todas veras la historia. Esta duradera tradición fué poco á poco en el tiempo y en el espacio completándose. Los Evangelios no habían dado nombre alguno á los reyes; pero la tradición católica los fué de labio en labio bautizando hasta denominarlos con las palabras admitidas ya por las creencias vulgares. Desde la décima centuria se llaman Baltasar, que significa rey del alba y aurora; Melchor, que significa rey de la plena luz; Gaspar, que significa diadema de la obscura Etiopia. Podrá la fiesta de los Reyes haberse fijado en el 6 de enero más tarde ó más pronto; podrán los críticos tachar de inverosímiles y aun absurdas ciertas especies piadosas respecto de tales potentados litúrgicos; pero viven y reinan todavía hoy entre nosotros. La noche del 23 de junio, la noche del 23 de diciembre, las vísperas de San Juan y de Cristo, se completan con la víspera de Reyes. Todos los niños aguardan algún presente de los viejos y seculares monarcas; todos los ven pasar en sueños con sus turbantes áureos y blancos, la capa de armiño y púrpura en los hombros, los cálices de oro en las manos, caballeros sobre sus hacaneas relucientes, precedidos por las estrellas del cielo, dejando á sus espaldas como un surco de aromas y esencias en los espacios infinitos. Allá, por nuestras tierras, cuando nuestras almas de niños se abrían, flores de arbusto, á todas las abejas y á todas las mariposas; cuando creíamos y esperábamos, las campanas anchísimas de nuestras chimeneas campestres llovíannos peladillas y anises, los blanqueaban las negras piedras del hogar como con dulce nevasco de azúcares. Y no podíamos contentarnos á esta satisfacción inmensa del anochecer; necesitábamos otra satisfacción al día siguiente de madrugada. ¿Cuál emoción volverán á sentir nuestros corazones comparable con la traída por los Reyes en la noche, y encontrada en las ventanas de nuestro cuarto al despertarnos? Yo recuerdo una vez que me dejaron los Reyes alba canastilla, toda llena de anises y ornada con multicolores lazos, canastilla en cuyo tope temblaban florículas compuestas por hilos argénteos y pajaritos pintados por sederías de vistosos tornasoles y matices. Ninguna flor del campo hame desde aquel entonces absorbido en arrobamiento, y ningún ave del cielo transpuéstome, ni con sus alas ni con sus gorjeos, como estas flores y estas aves de trapo, significando la religión de mis predecesores, la Iglesia del hogar, la vida del corazón; porque venían de las manos de mi madre y crecieron á su amor y se iluminaron á sus ojos. He aquí la gran realidad viviente de todas estas religiosas tradiciones. Guirnaldas de ideas abrazan á los que fueron y á los que ahora son, á los que ahora son y á los que serán mañana. Tal es, tal, su indudable virtud.

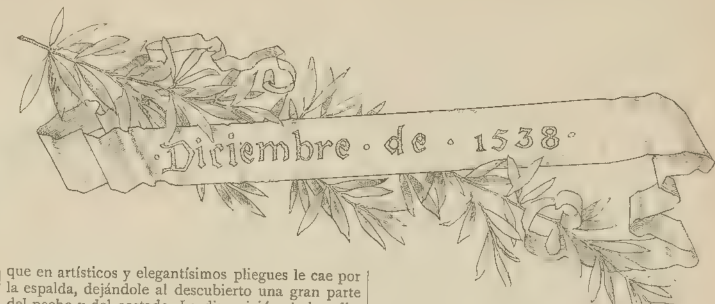
Madrid, 9 de diciembre de 1896.



MARCO AURELIO

(?) *diciembre de* 1538

Celebérrima estatua ecuestre del emperador romano Marco Aurelio Antonino, que se supone esculpida por un artista de la escuela de Rodas.



No conmemora este artículo la fecha en que fué esculpida la famosa efigie ecuestre del célebre emperador, sino la de su traslación al Capitolio, donde aún hoy se admira; traslación realizada por Miguel Angel, ferviente admirador de aquella hermosísima obra icónica del arte ya decadente de la Roma pagana.

Realizóse el traslado bajo los auspicios del papa Paulo III. Sixto V hizo restaurar también la famosa columna de Marco Aurelio, labor que llevó á ejecución el arquitecto Fontana.

Nada nos dice de quien tomo estos datos cronológicos acerca del día en que la efigie del emperador quedó emplazada en el lugar que en la actualidad ocupa desde hace ya trescientos cincuenta y ocho años; solamente indica que en el mes último de 1538 puso Miguel Angel por obra el deseo del papa.

La estatua de Marco Aurelio estuvo á punto de desaparecer, quizá para siempre, el año de 545, cuatro siglos poco más de su erección. Totila, rey de los ostrogodos, toma por asalto á Roma después de haber reducido á su obediencia á Asís, Spoleto y Perusa. Por rara y providencial fortuna, el rey bárbaro supo apreciar el valor artístico de muchas de las grandezas de la ciudad de los césares, y enamorado de la estatua de Marco Aurelio mandó que la trasladasen (se supone que para emplazarla en algún punto de su pequeño reino, comprendido entre el Pó y los Alpes). Mas no pudo llevar á efecto su propósito, pues batido por Belisario cerca de Urbino, donde pereció, la famosa estatua quedóse detenida en el camino de Ostia. Allí estuvo durante largos años, hasta que fué reintegrada á Roma y colocada en el foso Boarium. A fines del siglo XII, el papa Clemente III ordenó que trasladasen la imagen del emperador á la plaza de Letrán, de donde Paulo III hizo trasladarla á su vez al Capitolio, lugar en donde, como dejo dicho, se admira en la actualidad.

Esta hermosísima estatua es quizá la más hermosa de las ecuestres que registran los anales del arte. Es de bronce dorado y de gran tamaño. El adoptivo de Antonino aparece montando un gran caballo que recuerda grandemente el tipo de los caballos parthos, aun cuando sus líneas son más fuertes y sus proporciones mayores. Extiende el emperador filósofo la mano derecha en actitud de paz; la mano izquierda toca en la rodilla, y parece por su movimiento como si hubiese tenido en ella, ó bien las riendas de la cabalgadura, ó bien el pequeño bastón ó cetro de mando de los emperadores Vuelve la cabeza hacia la derecha, y en su rostro se advierte una placidez y tranquilidad grandes, así como una majestad verdaderamente real. Viste la clásica túnica y sobre ésta el manto prendido en el hombro izquierdo, manto que en artísticos y elegantísimos pliegues le cae por la espalda, dejándole al descubierto una gran parte del pecho y del costado. La disposición de los pliegues que el manto forma al descansar en la grupa del caballo, revelan un gusto exquisito por parte del anónimo escultor de esta prodigiosa obra. Marco Aurelio aparece con la barba y el pelo rizados y calzando sandalias, cuyas anchas cintas se anudan bastante más arriba de los tobillos. El movimiento del caballo es el del paso; levanta el remo delantero derecho, y así éste como los demás son un prodigio de robustez y ejecución.

Créese por unos que dicha estatua fué erigida á Marco Aurelio después de haber terminado su expedición guerrera á Germania; según otros, la estatua la debió el emperador á sus leyes respecto de la usura y al agradecimiento del Senado por haberle devuelto una parte de su antigua autoridad y esplendor. Por la actitud de la figura de Marco Aurelio y por su indumentaria, pudiera creerse lo primero; mas si tenemos en cuenta el carácter del adoptivo de Antonino y cuantas representaciones icónicas del autor de *Los pensamientos* se conservan, puede dudarse de la afirmación de los que ven en la citada estatua ecuestre un movimiento de gratitud de los senadores romanos.

No sé si habrán llegado las investigaciones de los historiadores y de los arqueólogos á descubrir el nombre del artista que modeló esta obra tan admirada de Miguel Angel; por mi parte declaro que no sé ni siquiera si pertenece á la escuela egineta.

***

Realmente la estatua de Marco Aurelio responde admirablemente al concepto que, por los relatos históricos, nos hemos formado de aquel emperador. Nadie ignora la característica del temperamento y educación del protegido de Antonino. Era ésta la de un espíritu altamente moral, á pesar de las sombras que aparecen arrojadas sobre su vida, achacándole la muerte de su hermano. Mas tales sombras no han llegado á tener consistencia suficiente para poder anatematizar la memoria del césar filósofo y á ratos artista, pues es sabido que amaba con pasión la pintura.

He aquí ahora someramente diseñada la biografía de Marco Aurelio.

Fué de los estoicos, pues de su último maestro Diogenetos recibió las lecciones de la filosofía dicha. El carácter de Marco Aurelio era tan franco, al decir de algunos historiadores, que el emperador Adriano le llamaba *Verissimus*, aludiendo á su nombre y á su franqueza.

El primer acto público que realizó Marco Aurelio inmediatamente de vestir la toga viril (la vistió á los quince años) fué legar á favor de su hermana Annia Cornificia su herencia paterna. Desde ése momento se redujo á un método de vida estrechísimo, rodeada de toda clase de privaciones, contrastando esta conducta de un modo extraordinario con la de la juventud romana y con la de su propio hermano, entregado á la molicie de la viciosa sociedad de aquellos días, en que la decadencia de la prepotente Roma avanzaba á ojos vistas.

Elevado al solio, en compañía de su hermano adoptivo Lucio Aurelio Verus, comenzó su gobierno bajo bien pobres y tristes auspicios. El hambre, la peste, las inundaciones y por último las guerras en distintas partes del vasto imperio, tales fueron las graves preocupaciones á que hubo de dedicar los esfuerzos de su inteligencia, pues Lucio seguía en el solio la misma conducta que entre los patricios, antes de ocupar el alto puesto.

Para arrancar á su hermano á la molicie, así como á los principales patricios que le rodeaban, Marco Aurelio le envió á combatir en Oriente, acompañado de numerosa falange de jóvenes, á los parthos, que amenazaban con invadir la Siria. Fué en vano la buena voluntad de Aurelio: el emperador su hermano y su lucida hueste se detuvieron en Antioquía, donde la molicie oriental con todas sus concupiscencias estaba á igual altura, si no á mayor, que en la misma Roma. Las bailarinas ó bayaderas, las cortesanas, famosas en la tierra de María Egipcíaca, detuvieron, rodeando con sus brazos á aquellos guerreros sin ardores bélicos, aquellos *guerreros por fuerza*. Por su parte, Marco Aurelio atendía á mejorar la situación del pueblo romano, al que la peste y especialmente el hambre habían puesto en extremo aflictivo. Rebajó el precio de los préstamos y persiguió la usura, llaga, mejor dicho, cáncer terrible que corroía la riqueza.

Comenzaba una campaña de moralidad contra los questores y exactores de tributos que esquilmaban las provincias; favorecía, por medio de delegados imperiales, las relaciones del comercio con los demás pueblos. Delegado hubo que llegó á China. Por entonces las galeras romanas atravesaron el mar Rojo, entraron en la India y extendieron las relaciones del comercio á pueblos no visitados hasta aquellos días. Estableció graneros públicos.

Mas con todo esto, Marco Aurelio no consiguió reformar en lo más mínimo las costumbres de Roma, refrenando la inmoralidad creciente, inmoralidad que al cabo había de ahogar al imperio.

Obligado el emperador á marchar á Germania á combatir á los marcomanos y á los quados, sostiene en su ejército el rigor de la más severa disciplina. Sabido es que hubo de detenerse en aquella guerra más de un año. Repentinamente murió Verus, que le acompañaba. Achacaron la muerte del hermano adoptivo á un envenenamiento, según unos realizado por Aurelio, según otros por la esposa del mismo Verus.

No fué la menor de las amarguras que el emperador hubo de apurar la de las fábulas inventadas á su costa, á propósito de la fidelidad de su mujer, ni tampoco los grandes disturbios domésticos que le ocasionó su hijo, bien conocido por su desastroso y cruel reinado.

Sobrio, reposado, justiciero, participaba en la guerra de las mismas molestias que el último de sus legionarios.

En Roma escuchaba sin inmutarse las rechiflas de los poetas satíricos y de los mismos filósofos, que se reían de su estoicismo. Por la noche, así en su tienda de campaña como en su palacio, escribía su famoso libro *Pensamientos*, que al cabo de tantos siglos anda traducido á todas las lenguas.

***

Créese, como digo al principio de esta *efeméride*, que así como la *columna de Marco Aurelio* ó *columna Antonina* fué elevada después de las victorias del emperador en Germania, la estatua ecuestre se la erigió el Senado como acto de gratitud por haber devuelto á ese cuerpo parte de sus atribuciones, obligando á acatar, como lo hacía él mismo, las disposiciones que dictaba.

Una de sus máximas era la siguiente: «La razón de muchos vale más que la de uno solo.» Y por lo que se refiere á sus ideas respecto del orgullo humano, decía en otro de sus pensamientos: «Alejandro y su mozo de mulas, muertos, son de la misma condición; vuelven al principio generador, y se dispersan en átomos igualmente.»

Tal es, á grandes rasgos, el retrato moral de Marco Aurelio.

R. BALSA DE LA VEGA

LA JUSTICIA DEL PUEBLO

La ciudad de Mosinee se disponía aquella noche á festejar el triunfo de los Dumblebats, que habían derrotado por completo á los Ripupagins, sus tradicionales enemigos, en la reciente elección presidencial de la república norteamericana. Gentes de todo el condado habían acudido á la capital: las tabernas y demás establecimientos públicos rebosaban de concurrentes que se entregaban á frecuentes libaciones y escuchaban los exaltados discursos de algunos oradores improvisados, mientras esperaban que se organizase la procesión que á la luz de las antorchas debía verificarse en celebración de la victoria de su candidato.

Una apiñada multitud llenaba por completo la plaza Mayor, punto de reunión de los manifestantes, quienes sólo aguardaban la llegada de la banda y de los cien guardias mandados por el capitán Willey para formar la comitiva.

Las notas cada vez más distintas de la música que se aproximaba acabaron de excitar á aquella agitada muchedumbre, y apenas desembocó la charanga en la plaza, mil aclamaciones de entusiasmo saludaron su llegada y la del capitán que al frente de sus hombres la seguía.

Frank Willey, por su arrogante figura, por su valor en cien ocasiones acreditado y más aún por su carácter bondadoso, franco y sencillote, era el ídolo de sus conciudadanos: todos sentían hacia él esa mezcla de cariño apasionado y de temeroso respeto que las naturalezas privilegiadas despiertan entre las impresionables masas á poco que con ellas alternen y sepan á tiempo asociarse á sus alegrías y compartir sus tristezas.

Disponíase el capitán á revisar la guardia que había de marchar á la cabeza de los manifestantes, cuando un hombre de mala catadura, abriéndose paso entre la multitud, avanzó hacia él revólver en mano, gritando desaforadamente:

–¡Ya es hora de que te encontrase después de tanto tiempo! ¡Toma, toma, condenado! ¡Maldito seas!

Y acompañando la acción á la palabra, disparó dos tiros sobre el capitán, que cayó al suelo bañado en sangre.

Sorprendidos los que más de cerca habían presenciado la rápida cuanto brutal agresión, permanecieron inmóviles unos instantes, que aprovechó el agresor para escurrirse entre la muchedumbre; mas no tardaron aquéllos en reponerse, y al darse perfecta cuenta de lo ocurrido, acudieron unos á levantar al herido, mientras otros, gritando «¡Al asesino! ¡Ha matado al capitán!,» lanzáronse en pos del criminal, que pronto cayó en sus manos.

La noticia circuló rápidamente: el agresor, sujetado por cuatro vigorosos brazos y rodeado de la enfurecida multitud que se estrujaba para verle de cerca, forcejeaba en vano por escapar de aquel círculo de carne humana que le oprimía y del cual salían ya algunos gritos amenazadores.

De pronto resonó un grito que repitieron millares de labios: «¡El capitán ha muerto!,» y como respuesta á esta exclamación dolorosa mil bocas vociferaron: «¡A lynchar al asesino, á lyncharle!,» cosa que hubieran puesto en práctica en seguida los más exaltados, si Dan Clark, el alcaide de la cárcel, y el mayor de la ciudad, que difícilmente y sólo á fuerza de puños habían podido llegar hasta el grupo en cuyo centro se agitaba el criminal, no hubiesen acudido oportunamente para hacerse cargo del preso, á quien no sin grandes esfuerzos pudieron arrancar de manos del populacho y conducir á la cárcel, empujados por éste, y acompañados de verdaderos rugidos de rabia y de despecho.

La cárcel de Mosinee era un edificio dividido en dos partes separadas por una gruesa pared y destinadas una á prisión y otra á vivienda del alcaide. Éste, cuando hubo encerrado al preso en su correspondiente celda, fué á reunirse con su mujer para suplicarle que se retirara á sus habitaciones, temeroso de lo que pudiera ocurrir, dado el estado de excitación en que dejara al populacho.

No eran infundados sus temores: al poco rato oyóse el murmullo que desde lejos anuncia la presencia de una gran multitud que se aproxima; los rumores, sordos al principio, fueron haciéndose cada vez más distintos, y al fin se oyó un ruidoso clamoreo.

– Ya están aquí, exclamó la esposa del alcaide; sin duda vienen á buscar al preso.

– Pues á fe mía que no he de franquearles la puerta.

El ruido de fuera era atronador, y en medio de la gritería espontánea oíanse las voces de los que pedían la entrega del asesino.

Dan Clark, á quien su esposa no quiso dejar solo, á pesar de sus ruegos, en aquel trance verdaderamente peligroso, cogió su revólver, examinólo atentamente y abriendo la ventana que daba á la calle, mostróse á la multitud que no cesaba de vociferar.

– ¿Qué queréis?, gritó, dirigiéndose á los que estaban más próximos.

– Queremos el asesino, abra usted la puerta de la cárcel.

– Es inútil que tal me pidáis, porque no he de abrirla.

– Pues la derribaremos.

– ¡Probadlo; pero tened entendido que haré fuego sobre el primero que lo intente! La ley de Lynch se ha de abolir en este condado y á ese hombre que está bajo la salvaguardia de la ley se le juzgará como la justicia exige y como se hace en las naciones civilizadas.

– ¡Cerradle la boca de una vez! ¡Acabemos también con él!, vociferaron varios.

– ¡Retírese usted, no sea temerario!, aconsejaban otros.

La multitud era en aquellos instantes imponente, pero Clark conservaba su sangre fría.

De repente diez ó doce hombres se precipitaron sobre la puerta.

– ¡Atrás, gritó Dan Clark, ó por Dios vivo que os abraso!

Y al ver que los sitiadores no cejaban y redoblaban sus esfuerzos, disparó sobre uno de ellos que cayó exánime, mientras los otros lograban derribar la puerta de la cárcel, por donde se precipitó la multitud. En vano intentó Dan Clark cerrarles el paso: la muchedumbre se lanzó sobre él, y á duras penas pudo ser salvado por algunos buenos amigos que formaban parte del grupo de los asaltantes. Éstos se extendieron por los corredores en donde se abrían las celdas, desde cuyas ventanas los presos, pálidos y temblorosos, habían observado la dramática escena; una vez allí, sin embargo, quedáronse sin saber qué hacer, ignorando cuál de los reclusos era el asesino.

– Vamos, Sr. Clark, dijo uno de ellos, indíquenos usted al culpable para que no sacrifiquemos á un inocente.

– Antes consentiré que me hagáis pedazos, respondió el alcaide.

– ¡Este es el asesino!, gritó uno.

– ¡Oh, no!, exclamó con terror el que había sido señalado; es el de la celda inmediata.

– Me parece que concluiremos por ahorcarlos á todos, exclamó uno de los más furiosos.

– La celda del individuo que buscáis, gritó otro de los presos, es la que está á la izquierda de la mía.

La multitud derribó la puerta del calabozo y se llevó poco menos que arrastrando al asesino del capitán Willey.

Dan Clark, impotente para oponer más resistencia, presenció entonces un espectáculo verdaderamente salvaje, que le hizo estremecerse de pies á cabeza. Millares de personas se empinaban sobre los pies para ver mejor y aguzaban los oídos para no perder el último grito de agonía y las desesperadas súplicas del hombre que iba á sufrir el castigo de su crimen sin formación de causa.

El asesino permanecía silencioso mientras algunos desalmados hacían los preparativos para su bárbara ejecución.

– Sujetad la cuerda, gritó una voz que siempre había dominado á las demás, y arriba con él.

Un momento después, el cuerpo del criminal se balanceaba en el aire, saludado por los gritos de la muchedumbre.

En vano intentó Dan Clark cerrarles el paso



LA ANUNCIACIÓN A LOS PASTORES, cuadro de J. Bastien Lepage, grabado de Baude

El alcaide, que observaba aquella escena con reconcentrado furor, dejó escapar de pronto un grito de espanto al ver que la cuerda se rompía y el cuerpo del ahorcado caía en aquel mar de cabezas humanas.

– Traed otra cuerda, aulló el que parecía dirigir el movimiento.

Al oir aquella orden, muchos de los espectadores hicieron ademán de retirarse; pero alguien proporcionó el objeto pedido y la cuerda llegó de mano en mano hasta las del ejecutor.

El asesino, que había vuelto en sí, pedía merced con angustioso acento.

– ¡No hay perdón!, vociferaban sus verdugos. ¡Arriba!

– ¡Deteneos, no ahorquéis á este hombre dos veces! ¡Apiadaos de él, como se ha apiadado el cielo permitiendo que se salvara la primera vez!

Nadie le escuchó. Entonces Clark disparó los seis tiros de su revólver contra los hombres que se habían encaramado á los árboles para no perder el menor detalle del lynchamiento: no se desperdició un solo proyectil, pues instantáneamente cayeron de lo alto de las ramas seis cuerpos mortalmente heridos.

Todas las cabezas se volvieron, un rugido de ira salió de todos los labios, y en la muchedumbre se produjo un movimiento como para volver hacia la cárcel y tomar venganza de aquella inesperada agresión: Pero el temor de que Dan Clark, que había cargado nuevamente el arma y esperaba á pie firme la acometida, causara nuevos estragos, dispuesto como estaba á vender cara su vida, contuvo á la multitud, en la cual, por otra parte, pudo más que el deseo de vengarse, la curiosidad por presenciar la ejecución y el miedo de que mientras atacara al alcaide se consumara ésta, cuyos preparativos no se interrumpieron á pesar del nuevo incidente.

Los amigos que junto á Dan Clark estaban le impidieron hacer nuevamente fuego contra aquella muchedumbre, y contrariando su voluntad lo condujeron al interior de la casa.

Cuando Dan Clark salió de la cárcel eran ya las doce de la noche: la ciudad estaba tranquila, y de aquella escena de salvajismo que algunas horas antes había presenciado, no quedaban más señales que la hierba pisoteada, las ramas rotas de los árboles y el cuerpo del ahorcado, pendiente del olmo más alto y balanceándose á impulsos del viento.

A los pocos días el que fué alcaide de la cárcel de Mosinee abandonaba aquel condado.

– Vamos lejos de aquí, decía á su esposa cuando se disponían á salir de la ciudad; no quiero presenciar actos de salvajismo indignos de una nación civilizada ni convertirme en cómplice siendo representante del pueblo bárbaro que los consiente. – R.

EXPLORADORES

Una errata de una sola letra puede cambiar de todo en todo la significación de esta palabra.

Una t colocada en lugar de la r, convierte á los exploradores en «esplotadores.»

No necesitaría decir que no me refiero, al hablar de los exploradores, á los soldados que prestan este servicio en campaña, sino á esos viajeros espontáneos, de la clase de paisano, émulos de Stanley y de Julio Verne.

Actúan durante los meses de verano.

La primera condición para explorador ó para descubridor de un país, y de un paisaje, es la de no haber viajado anteriormente, por falta de medios materiales.

En el paroxismo de la felicidad, llegan á Santander, por ejemplo, y le descubren; á San Sebastián y le describen para conocimiento del público y uso de las escuelas de instrucción primaria, ó primaveral, según un literato «de buena cepa,» amigo mío, casi, casi.

Ya se sabe, en cuanto reunen dinero, sea como sea, para ida y vuelta, salen en seguida á descubrir tierras.

Los periódicos publican frecuentemente, en verano en particular, correspondencias de los exploradores de la casa ó aficionados al *sport* de la correspondencia.

Por ellas se entera el país «ignorante é inamovible,» de la existencia del corresponsal, del número de habitantes que cuenta *Bilbado*, por ejemplo; de



Monumento al pintor Watteau, recientemente inaugurado en el Jardín del Luxemburgo de París, obra del escultor M. Gauquié y del arquitecto M. Guillaume

que hay un pueblo nombrado Portugalete, y otro titulado Irún, y de que en Burgos hay una catedral gótica – «según se cree.»

Así lo consigna, prudentemente, el corresponsal-artista.

Las costumbres, los vestidos, todo lo describen, y gracias á ellos sabemos alguna cosita, aunque sea poco, los que no viajamos á plazo fijo

«Eso de los ojos de Guadiana – escribía un explorador, – es una tradición de esta comarca y nada más; porque ni hay tales ojos, ni tal Guadiana, sino un río al que nombran así.»

En seguida relataba la tradición de Guadiana, que había sido, en opinión del explorador, una muchacha hermosa, con ojos negros y habladores, robada por un moro infiel.

Y añadía otros disparates.

Otro escribía de París, al segundo día después de su llegada, por primera vez, á la capital francesa:

«El Sena es un río que pasa rápido por París.»

No decía adónde iba el Sena precipitadamente, ni si dejaba río sustituto para uso de los parisienses.

«El *boulevard* es una especie de calle – continuaba, – los *boulevardiers* somos lo principal de París, que vagamos sin fin ni objetivo.

»Ayer hubo carreras de caballos en el Bosque de Boulogne, que es como el Prado y Recoletos juntos, y *tal vez* más. Las carreras fueron en francés, por supuesto, pero yo lo entendí todo.

»Por lo demás, esto es un pueblo bonachón: aquí se murmura de la gente y se muerde lo mismo que en cualquier villorrio de España.

»¿Que un individuo es *cursi?*, le ponen de ropa de Pascua; ¿que una señora es amable, sin abusar?, sospechas miserables, calumnias soeces, burlas groseras ..

»Por mí no hay novedad: vivo tratándome con la *crema*, con el *handicapo*, con el *turff:* me llevan de una á otra parte, como á un mono, salva sea la comparación.

»En cuanto supieron mi nombre..., al pronto no me reconocían; pero luego se hicieron íntimos: se ríen mucho de mí; digo, con mis cosas.»

Varios cronistas se declaran guías del viajero en el punto donde residen.

«Aquí están las de... y la viuda de..., cada día más hermosa – entre paréntesis, – la de... con sus preciosas hijas..., y en hombres los señores... – también hermosos algunos y con hechiceros hijos.

»Se pasa la vida en un soplo.

»No hay tiempo para nada útil.

»Una vez escribo á ustedes en el baño: un criado tiene el tintero y un paraguas para que no me moleste el sol; otro pone la espalda con una bayeta verde y una cartera, para servirme de pupitre; y un tercero me da, de cuando en cuando, una copa de cognac Martel para que conserve la inspiración mientras escribo.

»Y ya están esperándome unos chicos locales, entre ellos un francés, para llevarme á pescar sardinas con Maüsser, á cinco mil metros sobre cero.

»La temperatura agradabilísima.

»Y la gente encantadora: no me dejan pagar en parte alguna.

»Verdad es que también en Madrid, economizo el pagar cuanto puedo.»

Y así van aprendiendo «las masas» que la capital de la provincia de Barcelona, por ejemplo, es Barcelona; que los vizcaínos hablan en vascuence; que Cuenca no es aún puerto de mar, y que Orense es Andalucía.

La facilidad de comunicaciones ilustra á los pueblos comunicados.

Una persona que viaja, aunque sea en cortos trayectos, se civiliza indudablemente y se instruye, al par que se deleita.

Y presta beneficios incalculables á las ciencias geográfica é histórica y á su país en general.

Que le quiten la gloria conquistada, supongamos, al que haya descubierto este año á Bagneres de Luchon.

Eduardo de Palacio

CRÓNICAS PARISIENSES

EL BARRIO LATINO

Las grandes vías abiertas entre el Sena, el Luxemburgo y la Sorbona han transformado completamente el barrio de las Escuelas en menos de tres lustros. De aquel viejo barrio de la Universidad, donde tantas inteligencias medioevales vivieron en ardiente lucha, ya sólo quedan algunos vestigios. Y no queda tampoco mucho más del barrio Latino, cantado por los poetas y minuciosamente descrito por los novelistas.

La afición á la simetría, la imposición de la línea recta, la moda de los bulevares interminables, han dominado aquí como en la otra margen del Sena, cortando por lo sano, sin consideración de ninguna especie. Por razones de salubridad y de comunicación más ó menos imperiosas, se ha derribado casi enteramente un barrio que numerosos recuerdos hacían digno quizá de mayor respeto. Bulevares nuevos, plantados de árboles jóvenes, se prolongan hasta el infinito entre hileras monótonas de casas blancas, todas parecidas y como trazadas por la misma mano, entre tiendas de novedades, cafés de un lujo vulgar y restaurants de estructura y emanaciones idénticas, donde antes había un laberinto de callejuelas tortuosas, variadas, pintorescas, llenas de curiosidades artísticas y de recuerdos históricos.

A pesar de esta radical transformación, el barrio ha conservado, por sus habitantes al menos, un poco de su antiguo carácter. Sigue siendo, naturalmente, el país de las escuelas, de las grandes librerías de lance, de los editores y de las bibliotecas.

Los estudiantes se sienten allí en su casa. Ya no llevan el sombrero Rubens ni la chaqueta de terciopelo; pero bajo el sombrero de copa y la levita cru-

zada animan hoy como siempre los cafés y los jardines con su ruidosa alegría. La biblioteca de Santa Genoveva tiene como antes sus jóvenes lectores, encorvados, de generación en generación, sobre los mismos libros. La Closerie des Lilas, hoy Bullier,



LOS JARDINES DEL LUXEMBURGO. – LA COMIDA DE LOS GORRIONES
(Dibujo de Salvador Azpiazu)

sigue atrayendo á los aficionados al cancán: jóvenes pintores, poetas incipientes, estudiantes de Medicina y de Derecho.

El bulevard Saint-Michel, por contracción *Boulmiche*, es el paseo por excelencia del barrio. Pero no es lo más curioso de esta parte de París. Para ver lo que por allí ha respetado la piqueta demoledora, hay que internarse en los pocos callejones que quedan. Si, dejando el muelle á nuestras espaldas, subimos por el *Boulmiche* y torcemos á la izquierda por la calle de Saint-Séverin, veremos algunas casas antiguas, de pintoresca forma, y la hermosa iglesia del siglo XIII, consagrada á este santo. Su portal gótico es el de la antigua iglesia de Saint-Pierre-aux Bœufs. En el interior admiraremos sus bóvedas, sus vidrieras, el altar mayor y las pinturas murales, todo de extraordinario mérito.

Atravesando la calle Saint-Jacques, encontraremos en la de Saint-Julien-le-Pauvre la iglesia de este nombre, antigua capilla del Hotel-Dieu y curioso monumento del siglo XII.

Un poco más arriba hallamos el Palacio de las Thermas y el Hotel de Cluny, en el ángulo de los bulevares Saint-Germain y Saint-Michel, encerrados en un jardín lleno de poesía. Poco queda del palacio construído por Constancia Clora y habitado por Julián el Apóstata y los reyes merovingios: un gran muro, cubierto de hiedra, hermosos fragmentos de bóveda, algunas piedras esculpidas y vestigios de subterráneos. Pero ¡qué vida conservan en su vetustez, y qué de recuerdos evocan estas venerables ruinas! Acercaos á esos viejos muros, aislaos del mundo exterior, de ese bulevard vecino donde zumba el tumulto confuso é indiferente de la muchedumbre, y oiréis la voz de las piedras, esa elocuencia del silencio que penetra más que la palabra humana.

El jardín en que se han reunido bajos relieves, inscripciones, fragmentos de estatuas y otros restos venerables descubiertos en excavaciones hechas en París, es el sitio predilecto de los amantes de la vieja arquitectura francesa.

El Hotel de Cluny, edificado en la segunda mitad del siglo XV, es un monumento en que el arte, influído por la invasión del Renacimiento, despoja en parte la misticidad gótica y se ensaya en la gracia y la riqueza; momento único, que no ha vuelto á presentarse jamás.

Este gracioso palacio fué mandado construir por Juan de Borbón, para recibir en él á los abates de Cluny, de paso en la capital. Sus líneas arquitectónicas y su ornamentación escultural ofrecen toda la elegancia y toda la riqueza que puede presentar una obra acabada de aquella época de transición artística.

El Palacio de las Thermas y el Hotel de Cluny, transformados en museo, albergan hoy ricas colecciones de objetos de arte de toda especie; obras maestras que sirven de modelo á los artistas modernos, y venerables restos que evocan los ideales de generaciones pasadas

Ni siquiera de corrida podemos enumerar en esta crónica los principales tesoros de ese admirable conjunto de preciosidades artísticas de la antigüedad, de la Edad media y del Renacimiento.

El Museo de las Thermas es una colección galoromana de altares, lápidas, urnas, estatuas y fragmentos de la vieja arquitectura francesa.

Subiendo por la calle de la Sorbona encontramos en la esquina de la calle de las Escuelas la nueva Universidad, inmensa y pesada construcción de piedra, recientemente inaugurada. Un poco más á la izquierda se alza el Colegio de Francia, fundado por Francisco I en 1529 y ensanchado en estos últimos tiempos.

Subiendo por la calle Saint-Jacques llegaremos hasta el Panteón, que cae ya fuera del radio que nos hemos propuesto describir; pasemos por delante de la Biblioteca de Santa Genoveva, donde entraremos otro día, y por delante del Liceo Luis el Grande, donde ya no estamos por desgracia en edad de *entrar*, y visitemos de paso la iglesia de la Sorbona, donde merecen verse las pinturas de Champaigne y el sepulcro del cardenal de Richelieu. Atravesemos luego la plaza hacia el bulevard Saint-Michel, frente al Liceo San Luis, y subiendo hasta la calle de Médicis nos encontraremos delante de los jardines del Luxemburgo.

Bajemos después hasta la calle de Vaugirard y hallaremos la fachada posterior del Odeón, ese segundo teatro Francés, cuya decadencia preocupa en el actual momento á escritores y artistas y á cierto público de París. Sus arcadas abrigan un comercio de libros de grande importancia, que atrae con frecuencia á nuestras celebridades de la literatura y de la ciencia.

En la calle de Vaugirard y en frente de la de Tournon alza su fachada principal el hermoso palacio que María de Médicis encargó al hábil arquitecto Jacobo Debrosse, cuyo plan general se ha conservado á través de las modificaciones que el Luxemburgo ha debido sufrir en virtud de las vicisitudes de su destino. Es un monumento de aspecto grandioso y verdaderamente original.

Los jardines fueron trazados por el arquitecto del edificio. Sus espaciosos parterres, sus umbrosas terrazas, sus cuadros de flores, sus plazoletas, donde convergen alamedas frondosas, sus estatuas, sus estanques, sus invernaderos, todo lo que el arte y la naturaleza ha reunido en ellos, forma un conjunto de un encanto indescriptible. A pesar de haber sido modificado algunas veces, ha conservado sus grandes perspectivas, y sobre todo la poesía que envuelve el recuerdo de aquellos tiempos casi mitológicos en que reinas y grandes señoras se deleitaban discreteando bajo estas frescas espesuras con los dioses y las ninfas.

Hoy pululan por el césped, mezclados con los gorriones, niños y niñas que juegan como coros de ángeles en torno de las viejas estatuas.

Durante la primavera y el estío, todo el barrio se da cita en los jardines del Luxemburgo. Los mármoles parecen animarse y los parterres se esmaltan de flores. El estanque se llena de una escuadra de barcos diminutos, y las regatas en miniatura hacen las delicias de un enjambre de *bebés*, entre los cuales se halla quizá algún futuro almirante.

Cerca de la reja construída á lo largo de la calle de Médicis, se levanta la fuente que algunos atribuyen á Rubens. Es una hermosa obra arquitectónica, que se armoniza perfectamente con el estilo general de los jardines. Delante de la fuente se extiende un pequeño estanque rodeado de artísticos jarros y soberbias plantas, enlazados por guirnaldas de hiedra. Es éste uno de los sitios más pintorescos del parque; el que más frecuentan los aficionados á ese arte clásico del siglo XVII, armonioso, lleno de vigor y de nobleza.

Henos aquí entre los dioses, en plena mitología, con una decoración que podría servir para las tragedias de Voltaire. Y para que todos los Olimpos tuviesen aquí su representación, en las terrazas que rodean los parterres del centro, al lado de Baco, de Minerva y de Diana se han plantado las estatuas de las francesas ilustres Ana de Bretaña, María Stuardo, Clemencia Isaura, Velleda. Renunciamos por ahora á enumerar las esculturas que adornan estos jardines.

Visitadlos un día de concierto, si queréis ver reunida en ellos toda la sociedad del barrio, desde el grave profesor hasta el colegial desenvuelto, desde la austera madre de familia, acompañada de sus hijas casaderas, hasta la *cocotilla* enredada con la juventud y á veces con los estudios universitarios.

Visitadlos á la caída de la tarde, cuando la muchedumbre haya desaparecido, cuando ya no os puedan distraer los colorines de *toilettes* y uniformes, cuando ya no os pueda aturdir el jolgorio de los niños y de los pájaros, y entonces, esas claras fuentes, esas guirnaldas de hiedra, esas hermosas estatuas, esas frescas espesuras, evocarán en vuestra imaginación todo un pasado esplendoroso de poesía, de arte y de magnificencia.

Entregaos enteramente á vuestras meditaciones, sin cuidar del tiempo que transcurra; ya se cuidará de llamaros á la vida real la ronda del jardín, que tambor batiente anuncia la hora de cerrar las puertas.

JUAN B. ENSEÑAT



TIPOS DEL «QUARTIER LATIN», dibujo de Salvador Azpiazu



LOS JARDINES DEL LUXEMBURGO.
LA RETRETA
(Dibujo de Salvador Azpiazu)





NAVIDAD, cuadro de Fernando Brutt

NUESTROS GRABADOS

El cartero. Correo de la guerra, dibujo de N. Méndez Bringa. – El interés que despierta siempre este modesto funcionario público, que nos trae las esperadas noticias del ser querido ausente, sube extraordinariamente de punto en circunstancias como las que actualmente atravesamos, cuando tantos cientos de millares de personas tienen al hijo, al esposo, al hermano, al novio en apartadas tierras luchando de continuo contra enemigos arteros en mortíferos climas. Pesada es la tarea de los carteros en estas ocasiones en que los correos de la guerra traen correspondencia extraordinariamente numerosa, pero de fijo que les compensa de sus fatigas la idea de que cada carta que reparten calma la ansiedad de una familia. Nuestro querido colaborador Sr. Méndez Bringa ha retratado en el precioso dibujo que publicamos en la primera página, con la maestría que le caracteriza, el tipo del cartero en uno de esos días, que ya no pueden llamarse excepcionales por la frecuencia con que arriban á la península los correos de las Antillas y por el mucho tiempo que desgraciadamente dura tan lamentable estado de cosas.

***

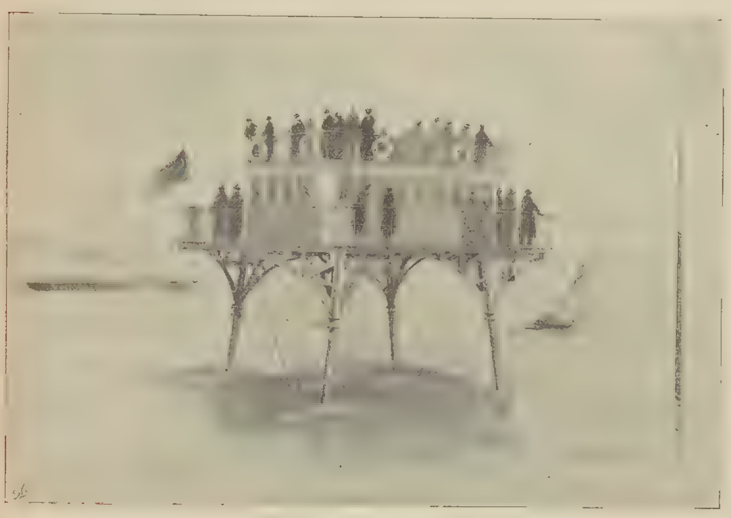
La Anunciación á los pastores, cuadro de Bastién Lepage. – El notable pintor francés Bastién Lepage ha interpretado admirablemente la escena de las Sagradas Escrituras en que se describe la aparición del ángel á los pastores, anunciándoles la feliz nueva del nacimiento del Hijo de Dios. Las tres figuras que en el cuadro se ven son otros tantos modelos de acertada expresión: el celeste enviado, en cuya actitud y en cuyo rostro se refleja la serenidad propia de su ultraterrenal naturaleza, y los dos pastores que asombrados por la presencia del ángel escuchan de sus labios la noticia del maravilloso suceso, demuestran una vez más el genio de aquel celebrado artista que tantos lauros lleva alcanzados en su brillante carrera.

***

Doña Elvira de Borbón. – Como nota de actualidad publicamos el retrato de la hija de don Carlos de Borbón, de la cual tanto se ocupó la prensa no hace muchos días con motivo de su fuga con el pintor italiano Folchi. Doña Elvira cuenta en la actualidad veinticinco años.

***

Ferrocarril eléctrico entre Brighton y Rottingdean. – Las poblaciones de Brighton y Rottingdean, estaciones de baños muy concurridas, situadas ambas en el extremo meridional de Inglaterra, en el mar de la Mancha, y distantes entre sí seis kilómetros, se comunican desde hace pocos días por medio de un ferrocarril de un sistema completamente nuevo. En el fondo del mar y sobre las rocas están asentados cuatro rieles que forman dos vías de dos pies y ocho pulgadas y media de ancho, separadas por una distancia de 18 pies. El vagón, que puede contener 150 pasajeros, y del cual da perfecta idea el grabado que sigue á estas líneas, está sostenido por cuatro montantes de acero que lo mantienen á una altura de 24 pies sobre los rieles. Cada uno de estos montantes descansa sobre un pie con cuatro ruedas que se deslizan por los dos rieles de cada vía. La corriente eléctrica es conducida al vagón por medio de un poste que se mueve al par de aquél, es decir, por el sistema empleado en los tranvías eléctricos de conducción aérea. La maquinaria consiste en dos motores eléctricos de 30 caballos de fuerza cada uno, colocados vertical é inmediatamente sobre dos de los montantes, uno á cada lado del vagón, y comunican el movimiento al motor dentado que hace girar las ruedas de los pies del aparato. De suerte que el vagón camina por el mar, recorriendo así la distancia entre las dos ciudades antes mencionadas.



Nuevo ferrocarril eléctrico en el mar de la Mancha entre Brighton y Rottingdean (Inglaterra)

Monumento á Watteau recientemente inaugurado en París, obra de Gauquié y de Guillaume. – Este monumento, levantado por suscripción pública, estaba en un principio destinado á la ciudad de Nogent-sur-Marne, en la que Watteau pasó, como es sabido, los últimos meses de su existencia; pero en vista de que aquella municipalidad se negaba á contribuir por más de 500 francos á la construcción de una obra que había de costar 35.000, los promovedores de la suscripción prefirieron glorificar al ilustre artista en la capital de Francia. El monumento, cuya descripción no hemos de hacer porque la reproducción que publicamos en la página 838 da una idea completa del mismo, es de un aspecto en extremo elegante y simboliza perfectamente el estilo que caracteriza á las obras del famoso pintor de tipos y fiestas galantes.



D.ª ELVIRA, hija de D. CARLOS DE BORBÓN

***

Navidad, cuadro de Fernando Brütt. – Hacer una obra maestra sobre un asunto que los más grandes maestros han tratado, es tarea que sólo puede realizar un artista de aptitudes excepcionales. Tiénelas indudablemente el pintor alemán Brütt, desde el momento en que su *Navidad* resiste la comparación con los innumerables Nacimientos que el arte clásico nos ha legado, y en que sin olvidar el carácter poético de la escena pintada, ha sabido armonizarlo con las tendencias realistas de nuestros tiempos. El examen detenido de las bellezas de este lienzo exigiría un espacio de que no disponemos; de aquí que hayamos de limitarnos á consignar la impresión honda que en nuestro ánimo produce cada una de aquellas figuras tan hermosamente sentidas como hábilmente agrupadas: todas nos parecen bellísimas; pero sin querer, nuestros ojos se fijan con preferencia en el Divino Niño, que al despertar de su primer sueño, posa su inteligente mirada en la Santísima Madre que en actitud de adoración le contempla.

***

Entre artistas, cuadro de Mme. Federica Vallet. – La bonita escena que representa el cuadro que reproducimos en la página 845 ha sido interpretada por la notable artista francesa con tanta delicadeza, que hubo de llamar justamente la atención en el último Salón de los Campos Elíseos de París. En una habitación elegantemente dispuesta y rodeadas de hermosas plantas, dos lindas jóvenes interpretan una melodía nueva. Esta composición, á pesar de su sencillez, es una prueba de las raras cualidades que adornan á su autora, de quien tantos y tan bonitos lienzos ha admirado el público parisiense.

MISCELANEA

Bellas Artes. – NÁPOLES. – El regalo que las damas de Nápoles han hecho á la que hoy es princesa heredera de Italia, Elena de Montenegro, no puede ser más delicado ni más artístico: consiste en dos cuadros pintados por el célebre artista napolitano Francisco Pablo Michetti, que representan dos paisajes de las montañas montenegrinas, tomados del natural, para lo cual el pintor se trasladó al Montenegro, escogiendo él mismo los dos sitios que le parecieron más típicos y pintorescos.

AMSTERDAM. – Se proyecta en Amsterdam la fundación de un Museo Rembrandt en el cual se reunirán todos los cuadros de este célebre pintor que son propiedad de la ciudad y que hasta ahora figuraban en el Museo Rijks. El edificio destinado al nuevo museo tendrá la forma de un palacio patricial del tiempo de Rembrandt y su disposición interior permitirá apreciar en toda su inmensa importancia las obras del insigne maestro, que se colocarán en las distintas salas por orden cronológico.

PORDENONE. – En la iglesia de Santa María degli Angeli de Pordenone (Italia) se ha descubierto un crucifijo tallado en madera que, según el director de las Galerías venecianas, el profesor Cantalamessa, es obra de Miguel Angel.

PARÍS. – Para la estatua de Ofelia que ha de figurar en el monumento que se erigirá en París á la memoria del ilustre compositor Thomas, el escultor encargado de la ejecución de la obra ha escogido como modelo el retrato de la célebre cantante Cristina Nilson, que es la que más á la perfección ha interpretado el personaje de la infortunada prometida de Hámlet en la ópera de este título escrita por el maestro francés.

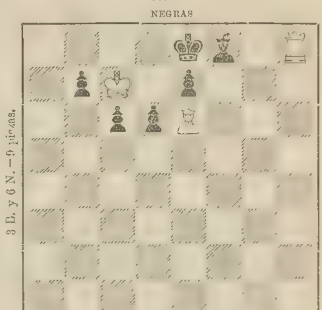
– Durante la permanencia de Nicolás II en París han estado en aquella ciudad los dos notables pintores rusos Hambeck y Stovailoff, individuos de la Academia de Bellas Artes de San Petersburgo, comisionados por su soberano para tomar los apuntes y sacar las fotografías necesarias para luego poder pintar una serie de cuadros históricos basados en las fiestas celebradas en la capital francesa con motivo de la estancia de los tsares. Estos cuadros están destinados á la colección artística privada que el emperador de Rusia tiene en su palacio de Peterhoff y en la cual figuran notables lienzos, reproducciones de los principales episodios de la vida de Nicolás II. Algunas de estas pinturas lo representan en la adolescencia, cuando por vez primera tomó parte en las solemnes ceremonias rituales de la iglesia griega, investido con las insignias de príncipe heredero; otra de grandes dimensiones reproduce la escena del atentado que contra él, en aquel entonces tsarevitch, intentó un fanático japonés durante su viaje al Japón.

Teatros. – Hace poco se dió en el teatro Real de la Opera de Berlín la 200.ª representación de la ópera de Mascagni *Cavallería rusticana*.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 49, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



3 B. y 6 N. – 9 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 48, POR P. RIERA

Blancas.	Negras.
1. C 6 D	1. Cualquiera.
2. D ó T mate.	



EL BUEN MUÉRDAGO

(Cuento de Navidad)

Había soplado largo tiempo un recio vendaval, de suerte que al amanecer, los caminos de los bosques estaban llenos de ramas secas, y á trechos, también de briznas de muérdago arrancadas á esas abultadas bolas de verdor que aparecen en otoño en la copa de los árboles sin hojas, semejantes á nidos de urraca.

Dos mujeres estaban en el bosque; vieja la una, tan vieja, que la piel resquebrajada de su rostro y de sus manos parecía tan áspera como una corteza; la otra, joven y bella, tan bella, que en aquella estación nada podía dar una idea de semejante belleza, puesto que en la hierba marchita no había ya ni azucenas, cuya blancura pudiera compararse á la de su tez, ni pervincas del color de sus ojos.

La vieja hacía un haz de ramaje para calentar su cabaña y guisar su comida.

La joven, por vía de distracción, recogía y ataba con una cinta el muérdago que había en el suelo.

Sucedió, pues, que la una entreteniéndose y la otra trabajando se encontraron en medio de la encrucijada de las Ermitas, junto á la gran piedra de arenisca y en medio de la cual se ve hoy, en el sitio de una cruz caída, un hoyo lleno siempre de agua donde los pájaros van á beber.

– ¡Vaya un muérdago hermoso!, dijo la vieja. ¿Qué va usted á hacer con tanto?

La joven vaciló en contestar; porque la vieja de la leña, con sus harapos y su mirada maligna, le había parecido al pronto una bruja. Pero aquellos harapos estaban tan limpios y á aquella malicia iba visiblemente unida tanta bondad, que cobrando confianza contestó:

– Diré á usted lo que es. Yo soy Guillermina, la hija de maese Guillermo, que tiene su granja allá abajo, pasado el puente que conduce al pueblo, en el sitio en que el camino hace un recodo...

– Sí, ya sé; casa rica y bendita; todos los pobres la conocen, pues hace mucho tiempo que allí se les socorre.

– Pues bien, oiga usted, buena anciana, y puesto que se presenta la ocasión, no me niegue usted un consejo... Hay un joven á quien quiero y que me ha dado palabra de matrimonio. Él me quiere también, pero veo que no tiene prisa por casarse. Por eso esta mañana al ver tanto hermoso muérdago abandonado en la hierba y en el musgo, se me ha ocurrido hacer con él un manojo, y colgarlo de nuestra puerta la noche de Navidad sin decírselo á nadie. Como mi novio debe ser de la fiesta y acompañarme á la misa del Gallo, pasaremos los dos por debajo del muérdago, y ya sabe usted que cuando se pasa por debajo de él, el amor se duplica y el casamiento de los novios se verifica dentro del año siguiente.

– Sí, ya lo sé, ya lo sé, decía la vieja; pero aún no estamos en Navidad, y todavía faltan más de dos meses.

– No le hace; tendré hecha mi provisión. El muérdago se conserva muchos años, y de aquí á dos meses no se marchitará.

La vieja se echó á reir.

– Sí, ese muérdago es muy hermoso, muy florido y poblado, la hoja gruesa, roja como el oro... Sólo que me parece algo joven. Sus semillas están todavía verdes... No hay que arrancar el muérdago demasiado pronto, ni coger el que el viento rompe... Para que sea bueno y dé suerte á los enamorados, debe haber pasado el invierno, soportado fríos y hielos y estar tan agarrado al árbol que al arrancarlo siga detrás la corteza... Los jóvenes no lo creen, y han de saber que hay muérdago de muérdago, como amor de amor.

Guillermina se marchó; pero la anciana seguía repitiendo, mientras se echaba á cuestas su haz de ramaje:

– El muérdago es muy hermoso; pero no importa, hay muérdago de muérdago.

Al año siguiente, la anciana leñadora y Guillermina se volvieron á encontrar en el mismo sitio, junto á la cruz caída de la encrucijada de las Ermitas, pero no en otoño, como la otra vez, sino la misma víspera de Navidad.

La hierba helada crujía bajo los pies, de los árboles pendían carámbanos de hielo, y á orillas de los caminos, en los sitios donde no daba el sol, había grandes montones de nieve.

La vieja no había recogido ramaje seco aquel día, sin duda á causa de la nieve. Con su segur en la mano llevaba, no sin trabajo, un gran haz de muérdago fresco. Conoció en seguida á Guillermina y echó de ver que estaba llorando.

– ¡Vamos, hija mía, no llore más, enjugue usted esas lágrimas! Sería lástima abrasar con ellas esos hermosos ojos.

– ¡Ay, mi buena anciana! Voy á contar á usted mi pena, aunque me sirva de poco este desahogo. Recordará usted quizás que el año pasado colgué el muérdago de nuestra puerta para que al pasar por debajo de él con mi novio, su amor aumentara y se decidiera á casarse consigo. Al pronto, todo pareció salir bien. Apenas puso el pie en el umbral, vió el muérdago y me abrazó; luego, cuando oímos la misa del Gallo y antes de sentarnos á la mesa, llamó á mi padre aparte y le pidió mi mano.

– ¿Y qué más?

– Iban á correrse las amonestaciones y estaban ya avisados los músicos para la boda. ¡Pero era demasiada suerte! Una noche desbordóse el río anegando los sembrados y las praderas, arrasando casi en totalidad nuestra granja y dejándonos arruinados y desesperados.

– ¿Y entonces?..

– Entonces, prosiguió Guillermina, enjugándose el copioso llanto con el delantal, entonces al verme pobre, mi novio no volvió, y aunque le hemos buscado por todas partes, ninguna noticia hemos tenido de él.

– Ya se lo dije á usted, niña. No hay que fiarse del muérdago reciente. ¡Y además los hombres son tan traidores!.. ¿De suerte que sigue usted amándole?

– No, no.

– ¿No, y está usted llorando?

– Lloro por mi afrenta, pero no se ama á quien no nos ama.

– En ese caso, dijo la vieja riendo, desconfiemos, Guillermina. Yo conozco cierta personita...

– ¿Cierta persona?

– Sí, aunque soy muy vieja, todavía tengo buena vista. Pues conozco cierta personita que hace ya mucho tiempo que la ama á usted, aunque jamás se ha dignado usted fijar la atención en ella, y que sigue amándola sin importarle que la riada se haya llevado su dote. El hijo del vecino – ¿por qué se pone usted colorada? – ¿no debe asistir esta noche á la fiesta de Nochebuena en casa de usted? Pues bien: para conocer si ese corazoncito le dice á usted algo en su favor, procure usted que sea él el galán que la acompañe cuando vayan á la misa del Gallo.

– En ese caso, replicó Guillermina, por si el corazón me dijera algo, quizás haría usted bien en venderme una ramita ó dos de ese muérdago.



– Tómelas usted; son rubias como el oro, con granos á modo de rosario más claros y más blancos que perlas finas; hermoso muérdago bien limpio, bien franco, que no engaña; porque ha pasado el invierno, ha soportado fríos y heladas, y no ha caído al primer viento fuerte... Guárdese usted su dinero, Guillermina; hoy no vendo mi muérdago; pertenece al hijo del vecino, que me lo ha pedido desde ayer.

Y en tono de broma, la buena vieja murmuraba, mientras separaba dos ramitas escogidas:

– Ya se lo dije á usted, Guillermina: hay muérdago de muérdago, como hay amor de amor.

P. ARÉNE

EL CORONEL GONZÁLEZ Y DÍAZ

NARRACIÓN PERUANA

Peruanos y chilenos se batían con denuedo, registrándose en los ejércitos de ambos, hechos heroicos dignos de ser cantados por los más célebres poetas épicos. Podía decirse perfectamente que después de una gran batalla no había vencedores ni vencidos. Todos habían luchado con tal valor, que era muy frecuente que los que se llamaban vencedores tuvieran muchas más pérdidas que los otros.

El Perú hizo un esfuerzo grande. Chile reclutó mucha gente para la guerra. Los *rotos* (1) dejaron el campo, la guitarra y la novia y se fueron sólo con su caballo á la guerra. Ya no se oían en el Pacífico los acordes de la donosa *cueca* (2) ni la bailaban en ningún rancho, ni florecía la agricultura, ni se daba paz á la mano que esgrimía sólo el arma homicida.

Los idilios de amor en aquellos interesantes pueblos tuvieron triste fin en su mayor parte. La guerra fué muy encarnizada. Los esfuerzos que para sostenerla hicieron ambos países, extraordinarios, insuperables para ellos.

Los pueblos americanos luchan con empuje titánico. Mezcla su sangre de la española y de la india, se baten con admirable brío. Corazones grandes los suyos, no es extraño que se desarrollen en aquellos países dramas originados por la explosión de todos los sentimientos humanos; la amistad, el amor, la misantropía, la familia, la patria... Y de uno de ellos se trata en esta narración.

Se destacaba en el ejército peruano, así como en el chileno había otros también muy notables, la figura del coronel González y Díaz. Era un perfecto tipo criollo y un militar perfecto. En cuantas acciones había entrado en fuego se había distinguido.

Era un bizarro militar y un patriota entusiasta. Las balas lo habían respetado siempre, á pesar de encontrársele en los sitios de más peligro, cumpliendo como un soldado y sobresaliendo por su conocimiento táctico como un jefe.

Su origen fué humilde. Se había criado en el campo, había trabajado primero como un peón, más adelante como un capataz y luego como un colono.

En el ejército hizo bien pronto una carrera brillante, ganándose los ascensos con rapidez, especialmente en la guerra que su país sostuvo con Chile.

Había hecho grandes estudios, y conocía la ciencia militar como si toda la vida hubiese pasado estudiándola con afán.

Sería prolijo enumerar los hechos de armas, los episodios é incidentes varios y múltiples que se sucedieron en aquel tiempo.

. . . .

Diez años antes, un rico peruano ansioso de saber el paradero de un hijo suyo, que desapareció de su lado, de muy corta edad, se fué á Chile y empezó á recorrer el país, inquiriendo por todas partes, aunque sin resultado. Nadie le daba razón de aquel ser querido, el único que al morir le dejó su esposa, á quien amaba entrañablemente. En una noche tempestuosa en que el peruano atravesaba los Andes, acompañado de un fiel servidor y un guía, sorprendiéronle unos bandidos, que al ver la resistencia de aquellos tres hombres, aprestados para la lucha y decididos á vender caras sus vidas, se dispusieron á matarles agrupándose todos para lanzarse sobre ellos después de algunas descargas que habían herido sólo al guía. En aquel preciso momento se presentaron algunos soldados capitaneados por un bizarro oficial. Empezó el combate, y bien pronto los foragidos, acorralados, pedían clemencia á los soldados, que tenían la consigna de no dejar vivo á ningún bandolero de los que pululaban aquellos días por la espléndida cordillera que separa el Perú de Chile.

Aprovechando un instante en que los viajeros se quedaron al descubierto y un poco distantes de aquella fuerza militar, que se replegó para hacer un movimiento envolvente, dos de los más osados se adelantaron hacia aquellos valientes, que no porque les llegara el socorro dejaran de hacer con sus armas nutrido fuego, y cuando iban á acuchillar al peruano que se hallaba delante y era el primero en resistirse, dos tiros atravesaron á los bandidos, que rodaron como pelotas por aquel suelo cubierto de nieve, al mismo tiempo que el oficial, que era quien había hecho los disparos con su revólver, corriendo hacia ellos, al ver su movimiento de avance, le decía al viajero que se uniera á los suyos, quienes recogieron, muy mal heridos, al criado y al guía de aquel caballero. Casi todos los bandoleros perecieron allí, después de una lucha desesperada y á manos de los valientes soldados chilenos. El peruano estrechó fuertemente entre sus brazos al oficial, quien experimentó una sensación muy extraña jamás sentida por él.

– Lo que ha hecho usted conmigo esta noche – le dijo el peruano al jefe de los soldados – no lo olvidaré nunca. Le debo á usted la vida y cuando más la necesitaba, cuando la había empezado á consagrar á mi hijo, en cuya busca vengo á Chile

– He cumplido con mi deber únicamente – replicó el oficial. – Y ¿por qué no confesárselo á usted?.. Usted además me atraía, me inspiraba un gran interés. ¡Lo vi tan decidido, tan valiente!.. ¡Me pareció tan simpática su figura! No hubiera defendido con más empeño y más cariño á mi padre, cuyo nombre hasta ignoro, si se hubiera encontrado en el mismo caso que usted. ¡Qué diablos, me he emocionado de tal modo, que temo que se fijen en mí los que me acompañan y sorprendan la lágrima que pugna por asomárseme á los ojos!

– La mía brotó ya – dijo el peruano al mismo tiempo que se la secaba con el pañuelo.

– Hay que concluir esta escena en seguida – repuso el oficial. – Se halla muy próximo de aquí otro destacamento, que os podrá dejar ya en sitio completamente seguro. Conduciremos allí también á los heridos. Una vez realizado esto, tengo que volver otra vez por aquí, pasar adelante y seguir el itinerario que tengo marcado.

Y dicho y hecho.

El oficial hizo entrega de los heridos al jefe del referido destacamento y le recomendó mucho al caballero peruano, que se había portado como un valiente y que inútilmente quiso saber su nombre, para guardar el de la persona á quien le debía la vida y agradecérselo eternamente.

El oficial se alejó precipitadamente, pretextando de nuevo que sólo había cumplido con su deber, é inútilmente también quiso decirle el suyo el peruano, porque ya había desaparecido de allí, corriendo hacia los suyos, que abandonaron inmediatamente á paso veloz aquellos lugares.

El viajero le preguntó entonces al jefe el nombre de aquel oficial, pero tampoco éste lo sabía.

. . . .

El peruano, por más que inquirió en Chile el paradero de su hijo, no pudo saberlo. Y con la tristeza en el corazón, el dolor en el alma y el recuerdo de aquella noche de los bandidos y del simpático rostro del oficial que le había librado de una muerte cierta, regresó á su país. Poco tiempo después estalló la guerra con Chile, y se contó desde luego, confiando como en una esperanza legítima, con él y con las fuerzas que operaban bajo su mando. Hizo bien la patria en juzgarlo así, porque el coronel González y Díaz se portó como un bizarro soldado en cuantas acciones tuvo con el ejército de Chile, que se batía también con arrojo.

Herido en un combate se curó pronto, no tardando en volver, aún convaleciente, á luchar como un héroe, hasta el punto de que fuese considerado por su valor, no sólo por los suyos, sino hasta de los mismos enemigos, que como buenos americanos simpatizaban con todo el que mostrase su arrojo.

El coronel González y Díaz llegó á ser un jefe temible, y memorable su nombre, que era conocido en ambos ejércitos.

Recrudecíase la guerra, y los peruanos, á pesar del esfuerzo que hacían y lo bien que luchaban, iban perdiendo terreno. Los chilenos avanzaban más cada día, amenazando á la mismísima capital del Perú.

Los descendientes de los incas pelearon con extraordinario denuedo; pero eso ya no bastaba. La avalancha se venía encima sin que pudiera oponérsele nada. Las tropas chilenas se iban apoderando de todo y ganando terreno y acercándose al término de su meta con la ocupación de la hermosa ciudad de Lima, la ciudad de tanta mujer hermosa, cuyos negros y grandes y ardientes ojos empañaban las lágrimas que vertían por algún ser querido, muerto en aquella contienda horrible.

Los peruanos se batían ya con la fiebre, con el delirio de la mayor desesperación En un combate en que pudieron contener el empuje de las tropas chilenas, que en el ardor de la pelea se confundieron con aquéllos luchando cuerpo á cuerpo, un oficial chileno que capitaneaba la avanzada y que se había distinguido siempre por su arrojo asombroso, se vió de pronto rodeado por un grupo enemigo, dispuesto á no dejarle salir con vida del lugar en donde se había hecho fuerte, después de haber matado á unos cuantos él solo.

«No hay cuartel para ti – le decían con ronco acento los peruanos, – conque ya puedes defenderte, aunque será inútil »

El oficial chileno, al ver que en aquel momento se aproximaba el jefe de aquella fuerza, que venía dando órdenes y arengando á su gente, dijo: «No tengo ya más que un tiro en mi revólver, pero sabré aprovecharlo antes que me matéis, disparándolo contra el jefe que os está mandando en esta jornada.»

Y al decir esto y disponerse á ponerlo por obra, cuando iban todos á hacer fuego también contra él, se quedó inmóvil y arrojó el arma al suelo, al mismo tiempo que el coronel González y Díaz, con voz estentórea que dominó á todos, gritaba:

«¡No disparéis contra ese hombre!» Y añadió luego: «Necesito entregarlo con vida al general Borda.»

El oficial chileno era el mismo que había salvado la vida al peruano que en una noche tempestuosa atravesaba los Andes y había sido atacado por unos bandidos, y el peruano no era otro que el jefe que acababa de decir á su fuerza aquellas palabras que detuvieron los tiros de los soldados.

. . . .

La primera decisión, con carácter de irrevocable, que se tomó, fué la de fusilar cuanto antes al prisionero. Se había hecho muy de noche. La acción no había terminado aún, y el coronel González y Díaz dijo que era primero terminar el combate y después descansar, y que bien asegurado, como lo estaba el prisionero, era mejor esperar á que amaneciese para pasarlo por las armas, y por último que él sería el guardián del chileno apresado y que en su propia tienda de campaña lo metería aquella noche, y de allí no saldría sino para ser fusilado. Terminó por fin el combate. El enemigo se alejó para rehacerse. Los peruanos, rendidos por la fatiga, se fueron á descansar á sus posiciones. El coronel González y Díaz esperó á que todos durmieran, y le dijo á su prisionero:

– Yo tengo con usted una deuda sagrada y he de saldarla, porque es mi deber, y sobre todo porque quiero. Me salvó usted la vida y yo voy á hacer con usted lo mismo. Aprovechando el silencio y la obscuridad de la noche y el pesado sueño de mis soldados, va usted á escaparse inmediatamente. He dispuesto que no haya por aquí centinelas, y hasta de mi asistente me he desembarazado para que nadie pueda verle.

– Imposible, señor, dijo con lágrimas de agradecimiento y de afecto en los ojos el bizarro oficial chileno, al mismo tiempo que caía en brazos del coronel González y Díaz, cuyos ojos se humedecieron también.

– Si yo salvo mi vida fugándome, la de usted peligra, y quiero á usted tanto como habría querido á mi padre, cuyo retrato guarda este medallón, que llevo siempre en el pecho, y que deposito como un recuerdo en usted para que lo conserve cuando yo al apuntar el día ya no exista.

El coronel González y Díaz lanzó al verlo una mirada ternísima sobre el oficial chileno, y besándole en la frente, repuso con voz ahogada por una extraordinaria emoción:

– ¡Hijo mío de mi alma! Ese retrato es el mío cuando apenas tenía tu edad.

Padre é hijo volvieron á abrazarse de nuevo, y dijo el primero:

– El general que manda estas fuerzas me ha ofrecido darme la recompensa que yo quiera en premio á los servicios que al ejército y á él les he prestado. Le hablaré á solas. Le diré la verdad, y nada temas por mí; pero nada podría intentarse estando tú aquí, ni el general sería lo bastante á contener á los soldados, que sólo desean tu muerte. Vete; te lo suplico con las lágrimas en los ojos, y por último, si es preciso, te lo mando. Cuando se haya terminado la guerra volveremos á unirnos y ya para siempre. Yo pediré en seguida mi retiro, y necesito para poder vivir que tú vivas. Matarías á tu padre si permitieras que te viera morir. No me repliques; si no te vas antes de que disparen contra ti los encargados de fusilarte, me mataré yo delante de ti; y no hay un solo instante que perder, porque va á amanecer muy pronto.

– ¡Padre del corazón!, dijo el oficial besándole en la mano.

– Huye inmediatamente, le dijo aquél, al mismo tiempo que en la mirada leyó el oficial chileno cuanto acababa de decirle el coronel González y Díaz, y sin más dilación bajo el dominio de aquellos ojos partió de allí, mientras que su padre no apartó la vista de él hasta verle cerca del campamento enemigo, que se hallaba á muy corta distancia
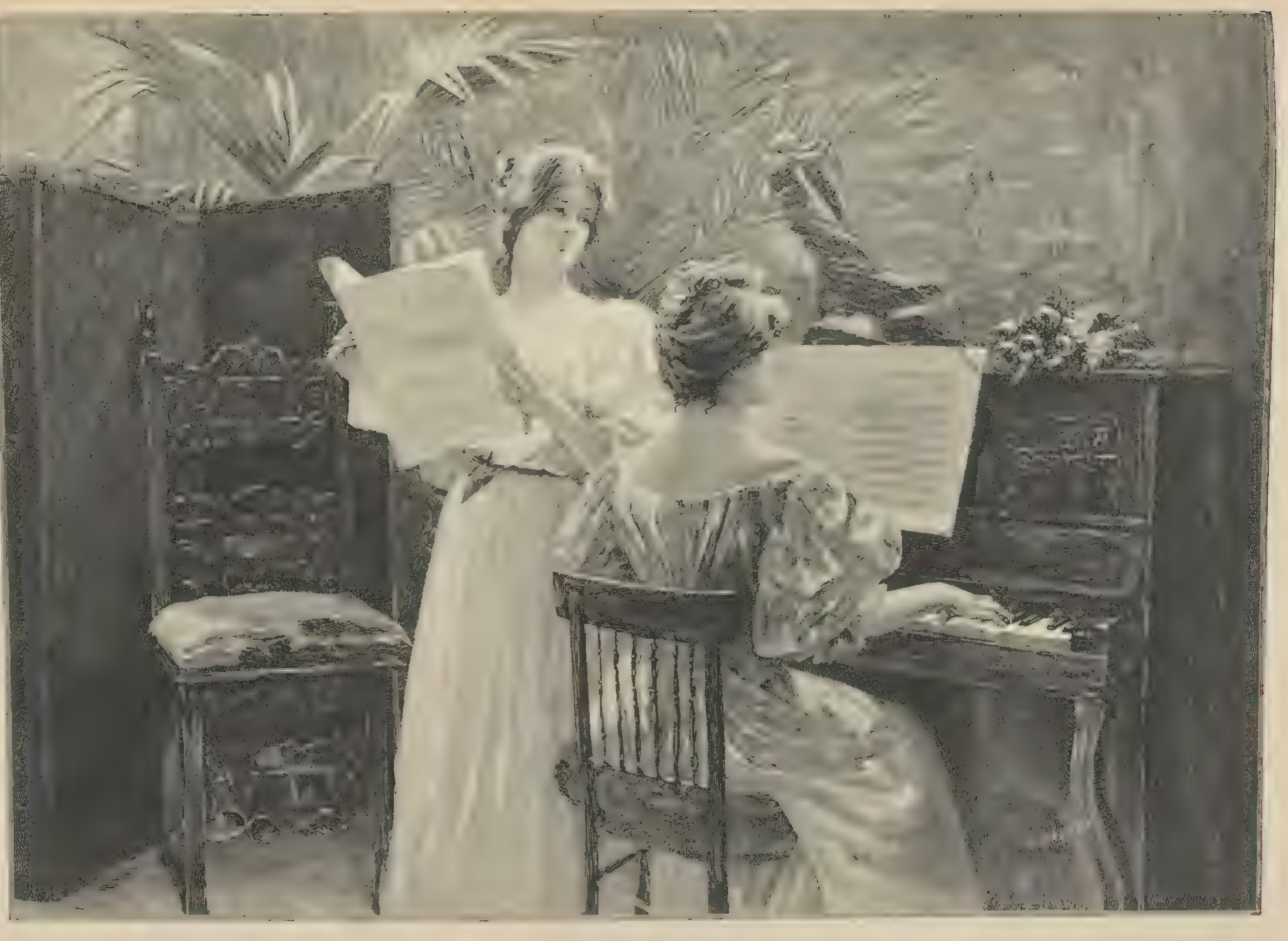
. . . .

Al día siguiente, un jefe del ejército peruano á quien se le iba á fusilar por haber permitido que se escapara un prisionero, de cuya custodia se había encargado personalmente, se mató de un certero tiro de revólver al ser preso y notificarle que se le iba á someter de orden del general de la división, su mortal enemigo y á quien él también detestaba, á un consejo de guerra verbal.

Era un heroico militar y un padre heroico el coronel González y Díaz.

P. Sañudo Autrán

(1) Gente de rompe y rasga.
(2) El baile popular del Pacífico.



ENTRE ARTISTAS, cuadro de Mme. F. Vallet, grabado de Baude

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA ALTURA DE LAS NUBES DETERMINADA FOTOGRÁFICAMENTE

La mediación de la altura de las nubes y de sus movimientos por medio de la fotografía es un problema nuevo y de gran interés para la meteorología, cuya importancia han reconocido la conferencia internacional de Munich (1891) y la reunión celebrada posteriormente en Upsal, habiéndose adoptado un plan internacional para determinarla.

Para realizar este plan en Francia, M. Teisserenc de Bort, de la Oficina central meteorológica, ha montado una instalación en la gran meseta de la Beauce, á 29 kilómetros al Suroeste de París, y comenzó sus observaciones á fines de junio de este año.

Los instrumentos empleados para la fotografía de las nubes son los teodolitos construídos en París por M. Echassoux, uno de los cuales reproduce la figura 2: es un teodolito ordinario que en vez de un ocular tiene un aparato fotográfico.

Ya se comprenderá que la perfección de los objetivos desempeña un papel importante en la limpieza y fidelidad de las imágenes y por ende en la facilidad de dirigir el instrumento al objeto que se ha de fotografiar, operación de la cual depende el cálculo numérico de las posiciones. Los objetivos adoptados por M. Teisserenc son los de Roussel, de París, y á fin de obtener imágenes más perfectas, sólo se utiliza la parte central de dichos objetivos.

Fig. 1. – Comparador con micrómetro de Brunner. – A B Ocular y objetivo de un microscopio fijado en un carretoncillo que se puede mover dando vueltas á un largo tornillo DE. – E Tambor dividido que forma la cabeza del tornillo y que marca el cambio de sitio.

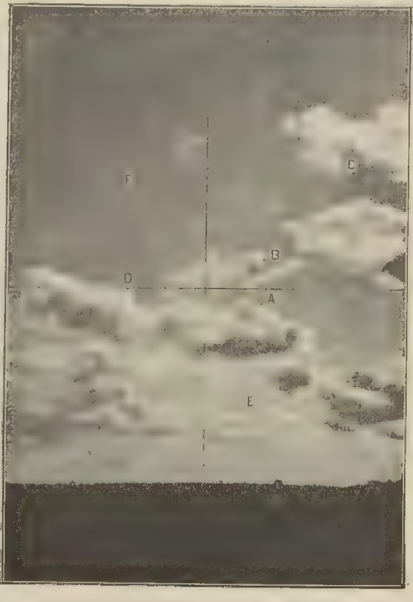
Mas á pesar de todas estas precauciones, no se tiene todavía la seguridad completa de la fidelidad de las imágenes: para lograr ésta, es preciso que la superficie sensible impresionada sea rigurosamente perpendicular al eje óptico del instrumento y además ha de ser enteramente plana.

Los dos ejes que se ven en las fotografías de la figura 3 dan por su intersección la dirección exacta del eje óptico del sistema: lograda ésta, es indispensable determinar en los clisés la posición absoluta de las diversas partes de la nube cuya altura se quiere obtener; por ejemplo, en las citadas fotografías los puntos A, B, C, D, E, F.

Escogidos estos puntos, uno de los métodos más rapidos para apuntar con precisión el instrumento, consiste en emplear una regla dividida sobre cristal, al través de la cual se mira el clisé: la cara de la división debe descansar directamente sobre la gelatina para evitar todo efecto de paralaje y toda refracción desigual al través del cristal de la regla.

Fig. 2.-Teodolito fotográfico.-A Objetivo del anteojo. B Cámara fotográfica.-C Eje horizontal sobre el cual gira el anteojo.-D Pie vertical alrededor del cual gira todo el aparato y que va á parar al círculo graduado horizontal sobre un trípode con tres tornillos de nivelación.

Para las mediciones de gran precisión, M. Teisserenc posee un gran comparador con micrómetro de Brunner que permite, sin mover el clisé con relación á la carretilla móvil, medir una longitud de 10 centímetros: el micrómetro da $^{1}/_{500}$ de milímetro (fig. 1).



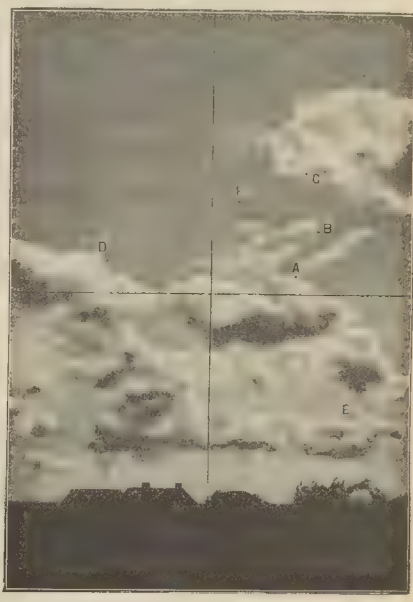


Fig. 3. – Pruebas fotográficas de nubes, tomadas simultáneamente desde dos estaciones. En el punto B algunos *alto-cumulus;* las otras nubes son *cumulus*

Después de haber fotografiado simultáneamente desde dos estaciones las mismas nubes, bastará calcular su posición exacta por medio de una sencilla triangulación; para ello es de suma importancia encontrar en los clisés puntos rigurosamente correspondientes. A fin de evitar en lo posible los efectos de la perspectiva, se tendrá cuidado de escoger como puntos de mira accidentes muy marcados en la superficie de la nube: en el caso de tener que fotografiar estrías nublosas, se escoge un punto especial de la estría de modo que sea siempre fácil de reconocer. Para dar mayor precisión á las medidas de posición de los puntos escogidos, es conveniente marcar en cada clisé los puntos idénticos con un punto hecho con una aguja: de esta manera, haciendo varios puntos, se obtiene la identificación con más exactitud de la que resultaría de una sola operación.

Aunque hasta ahora no ha habido tiempo para reducir por el cálculo todas las observaciones, los resultados obtenidos demuestran que en la mayoría de los casos, la precisión de las medidas ha superado á todas las previsiones. Las velocidades y alturas de las nubes son de esta suerte conocidas en varias determinaciones con más exactitud que la velocidad del viento medida por los mejores anemómetros. Desde que se hace sensible, la velocidad horizontal de la nube se conoce á menos de $^{1}/_{2}$, de su valor; si la nube se deforma poco, su altura es fácilmente determinada, por consiguiente, á menos de $^{1}/_{100}$ de su valor. En los cirrus se consigue una concordancia sorprendente entre las alturas calculadas en cada estación, con diferencias, á menudo, de menos de $^{1}/_{25}$, de la altura total.

Estos resultados demuestran que la meteorología posee un nuevo medio de investigación exacto en el estudio de las nubes por la fotografía.

Este medio ha sido puesto en práctica en diferentes naciones, gracias á los perseverantes esfuerzos de M. Hildebrandsson, uno de los autores del *Atlas de las nubes,* que se publicó en 1890 y que fué adoptado como punto de partida por la citada conferencia internacional de Munich, y autor de la instrucción general que se insertó en las publicaciones del Observatorio meteorológico de Upsal, relativa á las observaciones á que se refiere este artículo. – M.

PIGMEOS INDIOS ORIUNDOS DE BIRMANIA

En el Castan 's Panopticum de Berlín se exhiben actualmente los dos pigmeos indios que el siguiente grabado reproduce: Fatma y Smaum, que así se llaman, son hermanos y oriundos de Birmania; la primera tiene 16 años, mide 65 centímetros y pesa cuatro kilogramos; el segundo cuenta 14 años, su estatura es de 60 centímetros y su peso de tres kilogramos y 750 gramos, y una y otro están normalmente desarrollados, así en lo físico como en lo moral, por lo que han llamado la atención de los sabios, entre ellos del eminente Virchow, por indicación de quien fueron presentados los dos hermanos á la Sociedad Antropológica berlinesa. – X.



Los dos pigmeos indios que se exhiben en el Panopticum de Berlín

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Abel. Alborada, poemas por *Francisco Antich é Izaguirre*. – El distinguido escritor Sr. Antich é Izaguirre ha publicado en un tomito esos dos poemas tan sentidos en el fondo como bellísimos en la forma, que acreditan una vez más las dotes de poeta de verdad de su autor. Véndese el libro en Madrid en las librerías de Fe y de Romo y Füsel.

Almanaque Kneip para 1897. – El editor de esta ciudad Sr. Gili ha puesto á la venta el cuarto almanaque Kneip correspondiente á 1897. Contiene bonitos trabajos literarios y artículos científicos, todos sobre el sistema curativo del famoso cura de Vorishofen, y varios grabados. Véndese á una peseta en las principales librerías y en casa del editor, Cortes, 223.

Barcelona á la vista. – Se ha publicado el cuaderno 4.° de esta interesante publicación que edita en esta ciudad el señor López: contiene diez y seis bonitas vistas de los principales edificios y sitios de esta capital, y se vende como los anteriores al precio de 30 céntimos de peseta.

Revista de Cataluña. – Ha comenzado á publicarse en esta ciudad, y con el título indicado, una importante revista dedicada á las letras, artes y ciencias catalanas; tiene un carácter regionalista, pero no del regionalismo político, sino del que arranca del punto de vista de la especulación científica. Los dos primeros números que hemos recibido contienen muy notables trabajos. Suscríbese en la Rambla de las Flores, 8.

Panorama Nacional. – Ha salido á luz el cuaderno 11 de esta importante publicación: contiene 14 interesantes vistas de monumentos de Barcelona, Burgos, Valencia, Palma de Mallorca, León, Nuria, Santas Creus, Granada, Valladolid, Benaoján, Córdoba y San Pedro de Galligans y una hermosa vista panorámica (1.ª mitad) de Barcelona. Véndese á 70 céntimos.

Revista Argentina. – Hemos recibido el núm. 4 de esta revista decenal que se publica en Buenos Aires y que está dedicada á asuntos de literatura, de ciencias y de educación.

El ejército español. – El 2.° cuaderno de esta importante publicación, que edita en Barcelona D. Luis Tasso, contiene 16 bonitas autotipias con interesantes episodios de la vida militar. Véndese á 80 céntimos de peseta.

La unión del magisterio. – Revista pedagógica quincenal, órgano de la Sociedad Pedagógico-Mutualista, que se publica en Monterrey (México).

La Ilustración Guatemalteca. – Revista ilustrada quincenal que se publica en Guatemala. El núm. 7 que hemos recibido contiene interesantes artículos y bonitas ilustraciones.

La avicultura práctica. – Boletín mensual ilustrado, dirigido por D. Salvador Castelló y Carreras, órgano oficial de la Real Escuela de Avicultura de Arenys de Mar. Periódico propagador de la Gallinicultura é industrias auxiliares como elementos de riqueza rural: publicación muy interesante para cuantos á una y otras se dedican.

Almanach de la Esquella de la Torratxa. – El éxito constante de este almanaque es su mejor elogio: el de este año contiene, como todos los anteriores, artículos, poesías, cuentos, chascarrillos, etc., y dibujos de actualidad y artísticos de los primeros escritores y dibujantes de nuestra tierra. Por su amenidad y por su variedad merece ser recomendado á los que quieran pasar algunos buenos ratos. Editado por D. A. López (Rambla del Centro, 20, Barcelona), véndese á peseta.



Un nuevo deporte. – En el campo de Tempelhofer de Berlín se juega actualmente al llamado *Faustball*, diversión nueva de la que pueden formarse idea nuestros lectores por el anterior grabado. Para el juego se forman dos partidos: el primero echa al aire á fuerza de violentos puñetazos (de aquí el nombre del juego, de *Faust* puño) la pelota, que mide 1,50 metros de diámetro, y á fuerza de puñetazos la va lanzando una y otra vez hasta que por un golpe mal dado aquélla cae al suelo: cada golpe acertado vale un tanto. Cuando la pelota cae el otro bando empieza la misma operación, venciendo aquel que más tantos hace. Algunas veces un bando logra mantener la pelota en el aire hasta media hora.

Imp. de Montaner y Simón



AÑO XV — BARCELONA 21 DE DICIEMBRE DE 1896 — NÚM. 782

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA NOCHEBUENA DEL SOLTERO

dibujo de Vicente Cutanda



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CUENTO DE NAVIDAD

Voy á contaros un cuento de la gran Noche, que me refirió un viejo peregrino, cansado ya de recorrer todos los caminos y senderos de este mundo y deseoso únicamente de recostar la cabeza en una piedra y morir en paz. Si el cuento es algo sombrío, atribuídlo á la fatiga y á las muchas desventuras del que me narró esta especie de sueño.

La noche de Navidad de uno de estos últimos años, habéis de saber que nuestro Señor Jesucristo en persona quiso bajar á la tierra y recorrerla, porque, como nadie ignora si ha leído el texto santo, las delicias de Jesús son morar entre los hijos de los hombres.

Dejó, pues, su trono y su asiento á la diestra del Padre, y ocultando la majestad y la belleza de su aspecto bajo forma que no deslumbrase á los ojos mortales, y que á veces ni aun fuese visible para ellos, descendió al mundo, deseoso de encontrar piedad, amor y fraternal regocijo. La naturaleza parecía asociarse á la solemnidad del día: en el firmamento, claro como una bóveda de cristal, brillaban los astros de oro y de esmeralda pálida, titilando como una mirada cariñosa: ni corría un soplo de aire, ni una partícula de humedad condensada en figura de nubecilla empañaba la magnificencia de la hora nocturna. En el polo donde primero se apoya el pie sagrado de Jesús, enciéndese súbitamente, como para festejarle, una espléndida aurora boreal: reflejos abrasadores, purpúreos y anaranjados colorean la nieve y arrancan de los enormes témpanos centelleo diamantino. Mas ¿qué le importa á Jesús la magia del espectáculo? Lo que él busca es luz de aurora en los corazones; le atraen los fenómenos del alma, no los juegos de un meteoro en las rocas insensibles y en las heladas estepas. Y pasa adelante.

El primer lugar donde encuentra hombres, es una llanura árida, el fondo de un valle que altas montañas limitan y coronan. Hombres, sí, cubren el suelo de la llanura, apretados como la mies cuando la acuesta la guadaña del segador; pero tiesos, inmóviles, yertos, crispados en posiciones violentas; y en sus rostros lívidos vueltos hacia el cielo resplandeciente de dulce claridad estelar, en sus ojos abiertos y sin mirada, una expresión de rabia ó de espanto persistía aún, á despecho de la muerte... Porque eran cadáveres los que cubrían la llanura, y la llanura era un campo de batalla. Jesús, pensativo, los contempla breves instantes. En los pechos abiertos, las heridas bermejas parecen bocas; en las frentes destrozadas, los negros coágulos de sangre parecen mariposas fúnebres de esa horrible especie llamada *Atropos*, que lleva sobre el corselete la figura de un cráneo. Algunos de los hombres que yacen en la llanura respiran todavía, porque, prestando oído, se percibe su ronco estertor agónico. Una mujer anciana, deshecha en llanto, amparando con la mano una trémula lucecilla, cruza inclinándose para ver los rostros: busca tal vez á su hijo entre los muertos. Un caballo sin jinete pasa, olfateando la carnicería y huyendo enloquecido... Y Jesús sigue, se aleja.

Entra en una ciudad populosa. Por las calles circula gente alborozada, gozando la deliciosa templanza de una noche tan apacible que parece primaveral. Voces vinosas entonan cantos desafinados; las guitarras acompañan con su rasgueo procaz coplas equívocas; las panderetas repican insensatamente, y discordes sonidos de rabeles, zambombas, chicharras, carracas de metal, se enzarzan en el aire como brujas volando al sábado. La multitud, desparramándose por las calles, se arremolina ante los cafés atestados, sofocantes de calor; á veces un grupo se cuela por la puerta de alguna hedionda tabernucha, de donde salen pateos, algazara, blasfemias y vaho de aguardiente.

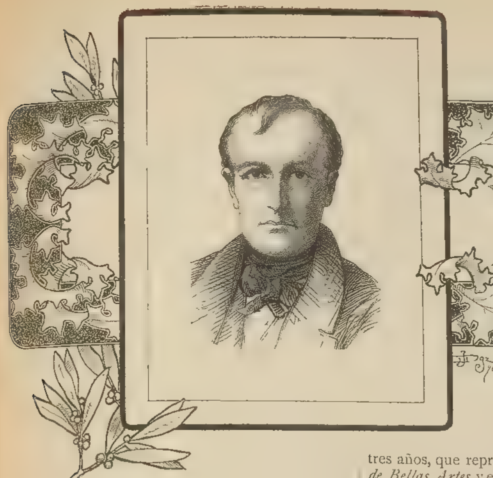
Ante una de estas innobles guaridas se para el Nazareno. Ve allá en el fondo un grupo alrededor de una mesa: dos hombres y una mujer. Ella da cuerda á entrambos; los provoca, los enreda; ellos beben copa tras copa, y disputan. El uno arroja un vaso á la cara del otro: el vaso se hace pedazos, el hombre se incorpora chorreando heces de vino mezcladas con sangre. Los demás bebedores intervienen, amonestan al sano, aplacan al herido, le enjugan la faz, bromean, obligan á los adversarios á reconciliarse, les incitan á que se abracen riendo; el sano tiende los brazos, con cordialidad y sin recelo alguno; el herido desliza en el bolsillo la mano abierta; corta el aire el relámpago de una navaja, y cae un hombre con el pulmón partido.

Jesús se desvía, sigue andando, y ve un portal grandioso, iluminado, sostenido en columnas de rojo mármol con chapiteles de bronce. Sube la escalera, que reviste densa alfombra y decoran nobles tapices de batallas y cacerías, y penetra en una antecámara donde hacen la guardia criados de calzón corto y armaduras ecuestres auténticas. La antecámara da acceso á un saloncito sin muebles, alumbrado por cientos de globos eléctricos, y en el fondo del saloncito, bajo celajes de tul fino batidos como espuma, aparece un encantador Belén, un Nacimiento para niños millonarios, obra de arte más que de ingenua devoción. Al través de los campos y los montes imitados con musgo y piedra pómez, salpicados de palmeritas enanas y de gentiles y diminutos cedros, se deslizan murmurando riachuelos naturales, que sin duda algún ingenioso mecanismo hidráulico hace correr. De los montes de piedra pómez, en cuyas cimas reluciente polvo blanco remeda la nieve, desciende el torrente Cedrón y sobre el césped natural de los jardines se lanzan y se pulverizan en el aire enhiestos surtidores. Un lago en miniatura refleja en su cristalino seno las torres de Jerusalén, el circuito de sus murallas, las cúpulas del templo y los apretados olivos del huerto de Getsemaní, que trepan por la ladera. Los mil pintorescos detalles de los Nacimientos no faltan en éste, sólo que las figuras, perfectamente modeladas, son muñecos primorosos, y desde el grupo de pastores que se arrodilla como en éxtasis, hasta los Reyes Magos que caballeros en sus dromedarios asoman por una garganta salvaje, cada figurilla revela la mano de hábil escultor. El prodigio es la gruta; hecha de cristales de roca menudísimos y cristalizaciones de amatista, se irisa con múltiples cambiantes al herirla la luz del foco eléctrico en forma de estrella, que, suspendido de un hilo de perlas, oscila á gran altura. Y en la gruta deslumbradora, entre un asno y un buey de plata cincelada, la Virgen, de oro, vela al Niño, de oro y esmalte también, con la cabecita de madreperla. Para ostentar dignamente aquel grupo, joya de la orfebrería florentina del Renacimiento, tal vez de Benvenuto Cellini, aquellas efigies en que la riqueza de la materia compite con lo inestimable de la ejecución se ha armado, sin género de duda, el Belén suntuoso, y han corrido los torrentes y las cascaditas bajo las palmeras y los olivos. Lo extraño era que no hubiese nadie, nadie absolutamente, en el salón, nadie para admirar tal maravilla, nadie para acompañar al niño Jesús de oro y piedras, á fin que no se helase en su gruta de cristalizaciones, entre los reflejos violáceos de la amatista y los destellos multicolores de la diáfana roca... Y sin embargo, el palacio no debía de estar desierto, sino al contrario, lleno de gente: se notaba en la atmósfera esa vibración, esos efluvios tibios que sólo produce el aliento de muchos hombres y mujeres reunidos para una fiesta. Del fondo de una galería llegaba á veces prolongado murmullo, las rotas cadencias de una música alada y sensual, el gorjeo de las risas. Jesús adelantó y se encontró en la galería, bello jardín de invierno, decorado por gigantescas plantas y árboles de remotos climas, gomeros y lantanas de enormes hojas, cicas y pandanos de complicada estructura semejantes á pagodas y obeliscos de porcelana verde. Esparcidas por el jardín se veían las mesas donde cenaban alegres grupos, mujeres engalanadas, acribilladas de pedrería, hombres que ostentaban sobre la solapa de grana de su frac gardenias ya mustias por el calor. La orquesta de cuerda, oculta en un kiosco árabe que revestían floridas enredaderas, acompañaba suavemente el rumor de las conversaciones y de las carcajadas melodiosas, el ticlitear de las transparentes copas que el Champagne orlaba de espuma, y el levísimo choque de los platos, que la destreza de los criados amortiguaba lo posible. Era una lujosa cena de Navidad. Jesús retrocedió, volvió al salon del Nacimiento, donde se vió otra vez en el establo, niño y solo. El roce de unos pasos sobre el pavimento de incrustaciones de madera se dejó oir, y una mujer, una jovencilla, de ojos azules, de blanco traje apenas escotado, penetró en el saloncito, fué derecha al Belén, y envió una tierna sonrisa al Niño, que contempló largamente. Después, como el que tiene que ocultar una escapatoria, volvió precipitadamente á la galería, donde tal vez la echasen de menos. Era la hija del dueño de la casa. El Niño de oro ya no sentía tanto frío, y Jesús, extendiendo la mano, bendijo á la doncellita, la única que se acordaba del misterio...

Salió del palacio sin volver atrás la vista, y alejóse del pueblo, de la gran ciudad corrompida y fangosa, como se había alejado del siniestro y sangriento campo de batalla. Un cambio repentino en la atmósfera presagiaba temporal: nubarrones densos y obscuros como plomo corrían por el cielo: ráfagas de cierzo glacial azotaban los árboles, y se oía el mugir pavoroso del mar rompiéndose contra los escollos. Jesús se encontró en una aldea de pescadores, mísera aldehuela, suspendida como nido de gaviota en una escotadura de la costa salvaje. A pesar de la hora, bastante avanzada para gente que suele economizar luz, nadie duerme en la aldea: ábrense de golpe las puertas de las cabañas, y hombres y mujeres, provistos de faroles encendidos y de largas pértigas, de bicheros, de cestos y de sacos, se dirigen en tropel hacia la playa, despreciando el viento que les azota el rostro y la lluvia que empieza á caer traída por las rachas furiosas del huracán. Imponente aspecto el del Océano: olas gigantescas, con cresta de espuma, se alzan descubriendo abismos, y el sulfuroso zigzag de un relámpago alumbra en el fondo de la sima á una embarcación que corre sin rumbo. Los ribereños alzan las luces, las hacen brillar, y el barco, que en ellas cree distinguir la salvación, el puerto amigo, maniobra hacia la costa, y, precipitándose, va á chocar contra el bajío, donde se clava despedazado. Los náufragos, que á la luz de otro relámpago se habían visto sobre el puente, en actitudes de terror y desesperación, se arrojan al agua asidos á tablas, cogidos á cuerdas, montados sobre barriles; y luchando con las monstruosas olas que los sacuden y los zapatean contra el peñascal, nadan desesperadamente para alcanzar la playa, en que brillan y corren las luces, en que ven agitarse seres humanos. Y entonces se verifica algo espantoso: los que en la playa esperan á los náufragos, al verlos llegar moribundos, con las pértigas, con los bicheros, con remos, con palos, con cuchillos, los rechazan hacia el agua otra vez; pero antes les despojan de la cintura de cuero en que salvaban oro y papeles, de la cartera que se ataron bajo el sobaco al comprender el peligro, de la ropa, de cuanto poseen; y por si las olas tardasen en hacer su oficio, aturden á los infelices de un golpe en la cabeza, y así los arrojan al piélago, inertes ya. Y danzando de júbilo, ó gruñendo como canes por el reparto del botín, esperan la madrugada al pie de los escollos, para recoger los despojos del buque que el mar escupirá bien pronto, aprovecharse de la feliz albana, y celebrar después con grosero y copioso banquete el día de la Natividad del Señor...

El Redentor ha huído de la playa: sus ojos están nublados, su alma triste hasta la muerte, como lo estaba cuando sudó sangre en Getsemaní. Y su corazón, abrasado de caridad como nunca, insaciable en amar á los hombres, siente las espinas de la corona que se le clavan, agudas é invisibles. ¡Para esta raza había nacido en el establo y había muerto en la cruz! Entrando en una de las cabañas que los pescadores dejaron desiertas al salir á su horrible pesca de náufragos, divisa, en un rincón, cerca del fuego, un niño arrodillado. Al verse tan solo, el rapaz ha tenido miedo, y se ha acercado al hogar buscando abrigo, y reza buscando amparo y protección. Jesús le coge en brazos, le besa, le acuesta, le pone la mano en los ojos y le deja tranquilamente dormido, soñando con los ángeles. Y al ascender otra vez al cielo, se lleva Jesús en el hueco de la mano cuatro perlas: las lágrimas de una madre que buscaba á su hijo en el campo de batalla; el abrazo de un hombre que pide le sea perdonado un agravio; la sonrisa de una doncella, y la oración de un inocente.

Emilia Pardo Bazán



21 de Diciembre de 1837

EL HEMICICLO

DE LA ESCUELA DE BELLAS ARTES DE PARÍS

21 de diciembre de 1837

Hipólito Delaroche, Pablo, como llamaban familiarmente al célebre artista, de cuya mano es la pintura decorativa en cuya descripción voy á ocuparme, fué uno de los pintores franceses contemporáneos que más *sentidos* han sido en los círculos artísticos de España, aun cuando no haya tenido secuaces en nuestra tierra, como los tienen al cabo de cuarenta años los Millet y Courbet.

No fué Delaroche «pintor de paleta.» Todas sus obras, y aun esta misma de la Escuela de Bellas Artes, carecen de las condiciones que necesita una pintura para cautivar el ánimo con la armonía de los colores y el dominio ó interpretación de la luz. Uno de los varios críticos que con más imparcialidad juzgaron á Delaroche (Planche se ensañó con el artista de un modo harto injusto) fué Edmond About, y dijo, refiriéndose á este particular de la paleta: «Desde el punto de vista de la pintura propiamente dicha, Delaroche no es más que un artista de segundo orden... No encontraréis jamás en sus obras color verdad, ni línea franca, ni plano en su sitio.» Mas con todo esto y á pesar de todo esto, Hipólito ó Pablo Delaroche ocupa un puesto de los más altos en la historia del arte francés contemporáneo. Para mí, es el primero de los pintores originales, cultos, de fibra realmente dramática y que supo resucitar escenas históricas de otros días, que cuenta Francia en este siglo. Quien traza cuadro tan dramático, tan «sugestivo,» tan real, hasta en el menor de los detalles, como el de *La muerte del duque de Guisa*, no puede considerársele sino como un talento de primer orden. Y sin embargo, ese cuadro, que ha sido reproducido hasta la saciedad por cuantos medios de reproducción existían entonces y existen ahora; ese cuadro en el que cada personaje es un estudio psicológico interesantísimo, en el que la disposición de la escena, rompiendo los llamados moldes académicos, causa el efecto de la realidad misma; ese cuadro, repito, solamente obtuvo, cuando su autor lo expuso en el Salón de 1835, más que un éxito mediano; igual suerte corrieron los titulados *Los hijos de Eduardo*, *Carlos I de Inglaterra insultado por la soldadesca de Cronwell* y otros de este género. La crítica y el juicio público suelen equivocarse de cuando en cuando.

Delaroche, dice un escritor su coetáneo, ha sabido marchar por camino distinto del que generalmente siguen los artistas todos, aun los de más talento. Bastaría con esto para la gloria de Delaroche, si el célebre pintor no hubiese demostrado además ser un dibujante realista excelente, y un retratista admirable, y un pensador de grandes vuelos y de exquisita delicadeza. ¿Quién no conoce el cuadro *Cristo en Gethsemaní* ó como vulgarmente se titula *La oración en el huerto?* Creo que no ha habido ni existe en la actualidad periódico ilustrado que no haya reproducido ese lienzo de Delaroche, así como varios de los que, inspirados en la tragedia del Gólgota, trazó el célebre pintor en los últimos años de su vida. Y si al cabo de medio siglo (Delaroche murió en 1856 á los cincuenta y nueve años) todavía se reproducen tales obras, ¿es lógico creer en las diatribas de Planche y en los juicios de algunos críticos? A la vista tengo en este instante dos magníficos grabados en acero, hechos en París hace tres años, que reproducen el *Hemiciclo de la Escuela de Bellas Artes* y el famoso cuadrito *La comunión de María Stuard.* ¡Todavía la obra de Delaroche, enorme por el número, hace gemir las prensas!

***

Durante el año de 1837 trazó el célebre artista la pintura decorativa que me ocupa en este artículo. Diez y ocho años después un incendio casi la destruyó. La restauración la verificaron los discípulos de Delaroche, bajo la inmediata vigilancia del maestro. A juzgar por las descripciones que de la obra se hicieron antes del siniestro, ésta ganó bastante en varias partes, por lo tocante al color; respecto de la línea, hubieron de ajustarse los restauradores á los cartones de Delaroche.

La sala que decora esta pintura es la sala de actos de la Escuela y su forma es semicircular. Ocupa la obra de Delaroche todo el muro, hasta el arranque de la bóveda; mide quince metros de largo por cinco de elevación, y ofrece el aspecto de un friso colosal.

Por la disposición de los grupos y la forma en que se hallan dispuestas y colocadas aquellas setenta y pico de figuras, esta gran obra maestra pudiera titularse *Apoteosis del Arte.* Tiene por fondo un pórtico clásico, cuya perspectiva es semicircular y al que simula subirse por una gradería de mármol. Ocupan el centro de la composición un pintor, un escultor y un arquitecto, Apeles, Fidias é Ictinio; están sentados, tienen desnudo el torso y ciñen sus sienes coronas de laurel. Sabido es que Fidias é Ictinio fueron el arquitecto y el escultor del Partenón. Un poco más abajo y de perfil aparecen á derecha é izquierda de los tres grandes dioses del arte griego cuatro figuras alegóricas que simbolizan el arte griego, el romano, el gótico y el del Renacimiento. Más abajo de este grupo se ve á una espléndida joven á la que apenas cubre parte de sus hermosas formas un paño, inclinada hacia la tierra, en actitud de arrojar al público las coronas que recoge. Esta figura, la más bella de color de la composición, representa la Gloria.

A la izquierda de este grupo central, grupo que bien puede considerarse como de dioses, pues se miran en actitudes de olímpica majestad los tres ya citados genios de la Grecia de los días de Pericles, están los grandes escultores y pintores *coloristas;* á la derecha los arquitectos y pintores dibujantes; dentro de estos dos grupos se advierten tres más, resultando así que en realidad son seis las masas de composición que forman la total de esta pintura decorativa.

No figuran en esta asamblea de genios del arte más que dos pintores españoles, Velázquez y Murillo; ni un escultor, ni un arquitecto. Berruguete, Herrera, Alonso Cano, fueron pospuestos al arquitecto Luzarche, al medianísimo pintor Antonio de Messina y á otros artistas de talla parecida. ¡Qué hemos de hacerle! Después de todo, la culpa es nuestra.

***

Delaroche supo determinar en cada grupo é individualmente en cada figura la característica de la rama del arte que cultivaron aquellos genios, y dentro de esa rama, la tendencia y modo de sentirla de cada uno. Así pues, en los grupos de los arquitectos y pintores dibujantes se advierte reposo, poco movimiento en las líneas y severidad en las posturas; en cambio, en el grupo de los pintores coloristas hay más luz, actitudes más movidas. Para el gran genio del Renacimiento, para Miguel Angel, escultor, arquitecto y pintor, supo encontrar Delaroche un lugar separado de la composición general; de modo que sin aparecer como nota suelta, sin embargo, no aparece tampoco formando parte de ninguno de los grupos. Allí está el hombre sin pareja, en un rincón, solo, meditando. Quizás se haya inspirado Delaroche en la estatua que el inmortal florentino trazara de Cosme de Médicis, y que conoce todo el mundo por *el pensieroso;* pues en la actitud de Miguel Angel se recuerda, siquiera sea vagamente, la del príncipe, y al mirar allí al pintor de la Sixtina, solo, sin que parezca distraerle de su meditación lo que en derredor suyo sucede, y á distancia de sus colegas Vinci y Rafael (éste que escucha respetuosamente al viejo autor de *La Cena* y de *Mona Lisa),* llégase á pensar si Delaroche recordaría la famosa anécdota que se refiere del de Urbino y de Miguel Angel, y que es la siguiente:

Bajaba cierto día el gran florentino las escaleras del Vaticano, al mismo tiempo que las subía Rafael, acompañado de muchos de sus discípulos y admiradores. El platónico amante de Victoria Colonna, dirigiéndose á su joven colega le dice con desdén: «Tú, siempre rodeado de amigos, como las cortesanas.» Rafael se detiene, y devolviendo á Miguel Angel el desprecio de la mirada con otra más desdeñosa todavía, le contesta: «Y tú, siempre solo, como el verdugo.»

Recuerdo aquí esta anécdota, porque da una idea clara y precisa del carácter de aquel hombre inmortal, y al propio tiempo del talento y tino con que Delaroche le caracterizó y determinó en esta famosa pintura de que vengo hablando.

***

Charles Blanc dedicó un estudio á la obra de Delaroche, y dice, refiriéndose á ese particular del acierto con que el artista supo caracterizar el tipo de cada uno de los inmortales que figuran en el *Hemiciclo:* «Cada uno de los artistas admitidos en este Elíseo, conserva en efecto su propia fisonomía, quiero decir, el de su talento y el de su persona. El mismo papel y el mismo lugar que han desempeñado y ocupado en la historia, lo siguen ocupando y desempeñando en esta composición. Los príncipes del arte hállanse rodeados de sus discípulos, que les hacen y les forman una corte nobilísima, inteligente y pulcra; los originales están aparte y se les reconoce á la primer ojeada por sus actitudes concentradas y su aire taciturno.»

***

Un detalle y un recuerdo. Delaroche estaba casado con una mujer hermosísima, á quien profesaba un amor sin límites; el artista quiso inmortalizar á su ídolo y lo retrató en la figura, una de las más sentidas, que simboliza el *arte gótico.* Pocos años después murió la bellísima modelo, la enamorada esposa; el golpe fué tan rudo para Delaroche, que su carácter afable y expansivo se trocó en melancólico hasta el extremo de rehuir todo trato, excepción hecha del de sus discípulos.

En vano los muchos y buenos amigos del célebre pintor hicieron esfuerzos supremos, recurriendo á cuantas artes creían seguras para devolver, siquiera fuese en parte, la tranquilidad á aquel corazón lastimado tan hondamente; Hipólito Delaroche murió dos ó tres años más tarde, á consecuencia de un aneurisma.

R. Balsa de la Vega

NOCHEBUENA

–¡Quieto, Noble! *Mar* fin tengan los *chiquiyos* de las latas y las panderas Bien podían ir á tocar el tambor á la vera de su *mamaíta* y no andar á la una de la noche *jaciendo er buey. Ca ve* que *pazan eso arrapiezo* se espanta *er ganao pa* media hora. Y *er* Noble, que *tie má* sangre que *er cabayo* de Santiago... ¡Jeromo, eh, Jeromo! *Na*, no contesta; como si se hubiera *cato* en *er Guadarquiví*... Anda tú, *Colasiyo*, y dale un achuchón *ar* cochero de la *embajá á ve* si se *jaze* un poco *pa alante;* que si no, *lo animale* estos van á *jazerle* un *desavío* en su berlina.

–Pero, Sr. Martín, si está más dormido que una marmota.

–Déjalo *pue*, nos haremos un poco *pa* atrás... *¡Aixa*, Capitán! Noble, ¡atrás, perro!..

–Bueno, bueno, Sr. Martín. Ya está bien. Ahora me vuelvo al zaguán, que está más *abrigao* que la calle.

–Vaya una Nochebuena de *buten* que estamos disfrutando, ¿eh, *chiquiyo?* No dirás que no estamos *divertíos* .. ¡Por *vía der* diablo!.. *¡Mar* fin tenga *Madrí* y *er condenao ofisio!* ¿Qué te *paece* la juerga que se hubiera *armao* en la cochera con *lo boqueronciyo* y la *manzaniya* que tenía mi parienta *prevenío pa er* caso?

–Y la bota de Cariñena que me ha enviado mi tía Indalecia...

–*Caya*, hombre, y no *miente esa* cosas que me voy á *echá* á *yorar...*

–Suerte que llevamos estos felpudos de piel; que si no, nos quedábamos más fríos que los reyes de la plaza de Oriente.

–Yo en *er* cuerpo no tengo frío, pero *lo pinreles* están ya *convertíos* en sorbete.

–Ya falta menos, Sr. Martín, que ahora mismo ha bajado uno de arriba y dice que se ha acabado la misa y van á servir la *cuchipanda.*

–*Pue entonse* ya *estamo* bien. Con una hora *ú do pa atiforrarse* de *too* lo que *Dió* ha *criao* comestible y bebible; otro par de horitas de *palique* con *la jembra barbianas* que habrá *po* arriba, y si no se tercia su *mijita* de baile, al *amanecé* ya estás en la cochera. No sé *pa* qué nos han hecho *vení* tan *trempano:* pero en fin, peor *fuea* no verlo. Dame *La Correspondencia* y *leeremo argo.*

Y mientras, el lacayo corre á la portería, donde ha dejado el periódico pedido por el cochero, éste *se arranca* por lo flamenco, entonando á media voz la conocida guajira que comienza afirmando que

El hombre pobre es basura
sin ninguna estimación,
primera mancha y borrón
que *puea* tener criatura.

. . . .

En tanto arriba en los fastuosos salones del palacio ducal, decorados con todos los refinamientos del lujo moderno; entre flores, tapices, espejos, porcelanas, estatuas y cuadros de inestimable precio, iluminado todo por los brillantes destellos de la luz eléctrica, y en una atmósfera deliciosa, producida por la tubería de agua caliente que circula oculta entre la riquísima alfombra y el elegante mobiliario, una distinguida concurrencia, la *creme* de la *hige life* madrileña, congregada por los próceres dueños de tanta riqueza, abandona la soberbia capilla bizantina, donde se ha celebrado el santo sacrificio de la misa, y semejante á alegre bandada de pájaros se esparce por los salones, haciendo resonar los ecos del palacio con los estrepitosos sones de los panderos y las zambombas, que momentos antes sirvieran para acompañar rústicos villancicos entonados á coro por apuestos pastores vestidos de frac y corbata blanca, y garridas zagalas con trajes de seda de vivos colores, cuyos escotes y cortas mangas permiten admirar morbideces que ciertamente no lucieron jamás las púdicas doncellas betlemitas. Pero ¡quién se fija en tales anacronismos! La Misa del Gallo ha terminado y la hora del *lunch* suena, con harto contentamiento de la grey pastoril.

Algunos espíritus prácticos, veteranos de la vida cortesana, sepáranse de la bulliciosa columna apenas traspasan los umbrales de la capilla, y se dirigen á la *serre*, donde bajo las plantas tropicales las mesas del *buffet* les brindan con suculentos manjares, con lo cual y el auxilio de unos cuantos vinos nacionales y extranjeros cenan en toda regla, por aquello de que nada quita lo cortés á lo valiente, y en la vida social no todas las noches son buenas ni mucho menos.

Empero la gran mayoría, compuesta por el elemento joven ó que de tal tiene las pretensiones y otros muchos individuos de ambos sexos ya machuchos, pero que no se resignan á serlo, continúa el animado desfile á través de las amplias estancias, con ruidosa algazara, en la que se confunden los sones de las panderetas con el ruido de las carcajadas y de las voces juveniles, hasta que al penetrar en el gran salón de honor se encuentran detenidos por un destacamento, que vistiendo la rica librea ducal y llevando á guisa de armas enormes bandejas de plata repletas de sorbetes, le intiman la rendición.

A la cabeza de la servidumbre marcha Bautista, el viejo mayordomo encanecido al servicio de los duques, cuya actitud regula la de los demás domésticos, que obedecen sus órdenes acudiendo presurosos adonde les indica con un movimiento de cabeza.

Bautista, como cualquier simple mortal, tiene sus preferencias y se dirige hacia una vieja condesa en cuya tierra solariega vió la luz allá en la verde Galicia; pero no cuenta con la huéspeda, ó sea con Teodorito, joven *pschut* agregado á la embajada de Berlín, y su compinche *Pipo*, conocido por este mote en cuantos sitios se recibe, se baila, *se hace* música y sobre todo *se toma* algo. Entre ambos detienen al funcionario de calzón corto y medias rojas, y dan á la bandeja rudo asalto, repartiendo helados entre las muchachas que les acompañan.

–Enriqueta, éste para usted, dice Teodorito, rojo y blanco como su traje Luisón, ilustre panderetóloga; café blanco como el que usted toma en Viena. A mí también me gusta mucho y no me contentaré con uno solo.

Bautista trata de proseguir su marcha; pero á la Secretaría de la Legación de Persia se le ocurre pedir fresa helada, y *Pipo*, que anda mareado por los hermosos ojos de la diplomática, coge por el brazo al mayordomo y le obliga á girar hacia la apuesta dama, que contempla indecisa la bandeja, diciendo:

–Calle usted, mejor que fresa quisiera avellana.

–No la hay, encantadora Mimi.

–Y este otro, ¿qué es?

–Flor de naranja, contesta Bautista. Si la señora desea avellana haré que se la sirvan.

–¡Psch!, dice *Pipo*. No hay gran variedad en los helados. Lo de siempre. Bien podía el repostero haber inventado algo nuevo, algo *chic* como los sorbetes de bambú y de te azul que nos dieron en la embajada japonesa.

–¡Oh, aquellos eran deliciosos! *Very good*, contesta la dama.

«¡Gorrones! – piensa en tanto Bautista para sus adentros. – Doce clase de helados que llevo en la bandeja, y aún hace ascos este títere. Valientes tontos están los señores con obsequiar á estos gansos. Sorbetes de cebada es lo único que os daría yo. Suerte que en estos fandangos siempre se *ahorra* uno algunos duros, que si no...»

Y luego, alzando la voz, añade el viejo mayordomo con la expresión hipócritamente humilde que distingue á la clase:

–Dígame la señora lo que desea y se le traerá al punto, y si el señor quisiera tener la bondad de pasar á la *serre*, estoy seguro de que encontraría allí algo que le complacería.

–¡Ah, está el *buffet* en la *serre!* Mimi, déjese usted de helados y vamos en busca de algo más sólido. Los duques tienen un *champagne* delicioso, marca especial fabricada expresamente para ellos por la casa Roederer, que da una alegría extraordinaria, y yo quiero que esta noche esté usted muy alegre, porque he de decir á usted muchas cosas á ver si la Nochebuena es para mí buenísima, archisuperior.

–Ya volvemos á las andadas, *caro amico.* Cuidadito, que tengo la pandereta en la mano y al menor desliz...

–*Honni soit qui mal y pense.* Usted siempre tan espiritual y tan bella. Acepte usted mi brazo y marchemos hacia la *serre. Allons enfants de la patrie...*

Libre ya Bautista, echa una ojeada á la bandeja, apreciando rápidamente los destrozos causados por el enemigo; pero antes de poder dar un paso, la cabeza de la columna, formada por un grupo encantador de muchachas vestidas con trajes blancos que agitan ruidosamente las panderetas, rodea al mayordomo, y en un momento, entre bromas, risas y carcajadas, desaparecen los helados y Bautista emprende la retirada en busca de otra bandeja, esperando tener esta vez menos impedimentos y llegar hasta el rincón donde la vieja condesa mata el tiempo refiriendo á otras dos señoras mayores los detalles del casamiento de Fernando VII con doña María Cristina.

Entretanto, por todos los ámbitos de la casa la animación y el bullicio han llegado á su apogeo, y jóvenes y viejos charlan y ríen, y sus conversaciones, unidas al chocar de las sonajas y el zumbido de las zambombas, forman un rumor que apenas deja entenderse á los que posesionados de los divanes descansan un momento, preparándose á seguir hasta la madrugada *conmemorando* el Nacimiento del Mesías.

Por esta causa D. Robustiano Armón, el viejo general de brigada de la escala de reserva, tiene que levantar mucho la voz para que su colega el coronel de inválidos D. Marcial Bayoneta pueda comprender el sublime plan estratégico que ha discurrido para acabar de una vez con la guerra de Cuba y evitar su reproducción.

–Sí, querido compañero, vocea el general, la cosa es más sencilla que sorberse un huevo, y no hace falta discurrir mucho para entenderla. Lo que hay es que altísimos respetos me sellan los labios; que si no..., ¡mil millones de diablos!, ya se habría terminado todo.

–¿Y cuál es el plan de usted, mi general?

–Hombre, necesitaría un mapa para explicárselo á usted, y aquí no creo que le haya.

–Bueno, pero puede usted darme una idea.

–No es fácil; pero en fin, oiga usted. Por supuesto, que con la mayor reserva, ¿eh?..

–Pierda usted cuidado.

–Pues bien: lo primero que debe hacer cualquiera que tenga la más leve idea de arte militar, es concluir con el enemigo.

–Certísimo; pero ¿quién le pone el cascabel al gato?

–Cualquiera, hombre, cualquiera. Ocupada ya militarmente Cuba, se manda retirar á los leales á las poblaciones de la costa, y luego por medio de la dinamita, la panclastita y la melenita combinada se vuela todo el interior de la isla, que á consecuencia de la explosión quedará lisa y llana como la palma de la mano, y entonces con cuatro regimientos de caballería se da una batida, y al mambís que haya quedado con vida, si queda alguno, se le manda á Fernando Po. En cuanto á las reformas...

–¡Alto, alto!, grita desaforadamente D. Marcial Bayoneta, ¡alto ahí!

–¿Qué le sucede á usted, mi coronel?

–No es á usted, es á ese badulaque de criado que pasa con la bandeja llena por delante de nosotros como alma que lleva el diablo.

Los primeros acordes de la orquesta, que preludia un vals de Strauss, impiden oir el resto del diálogo, y pocos instantes después las parejas giran vertiginosamente, envueltas en una atmósfera cálida y saturada de perfumes que invita al placer y á la alegría.

. . . .

En la calle sopla con fuerza el cierzo del Guadarrama; los caballos piafan impacientes, exhalando espeso vapor de sus cuerpos, á pesar de las mantas que los cubren; el Sr. Martín y sus colegas dormitan en los pescantes; los lacayos forman animados corrillos en el zaguán, y á lo lejos se escucha el griterío ensordecedor de un grupo de gente de rompe y rasga que capitaneado por Eufrasia la *Primorosa*, alegre ribeteadora de la calle de la Comadre, se encamina hacia la taberna de Gumersindo el *Pintao*, donde á los destemplados sones de una murga, acompañados de la algarabía de panderos, acordeones, guitarras y hasta de alguna que otra lata de petróleo, baila la *creme* del barrio de la Inclusa, tan alegre y satisfecha por lo menos como las ilustres damas y encopetados gomosos que animan los salones del linajudo aristócrata.

A. DANVILA JALDERO

EL COCHE NUEVO

Nadie pudo saber á ciencia cierta la edad que tenía doña Purificación Pérez. Ella afirmaba tener cuarenta y ocho años; pero si alguno de ustedes la hubiese conocido, hubiera asegurado, sin temor á equivocarse, que tenía unos cuantos más.

Y esto no quiere decir que doña Pura – como la llamaban sus amigos para acortar el nombre, – esto no quiere decir que estuviese aviejada, nada de eso: su cabello era negro aún; en su rostro sólo aparecían unas cuantas indiscretas arrugas; sus ojos todavía conservaban cristalino brillo, y de sus rosadas encías sólo unos cuantos dientes habían desertado.

Doña Pura era soltera. Contábase de ella que tuvo amores allá en sus mocedades con cierto jovencito que luego se casó con otra. Contábase también que doña Pura recibió con esto tal golpe, que estuvo dudando si entrar ó no entrar en un convento; y que si no lo hizo fué por no abandonar á sus ancianos padres, y de paso porque parece ser que tenía algún apego á las cosas del mundo. Contábase, por último, que doña Pura quedó huérfana poco tiempo después, y que siendo dueña de una fortuna más que regular para pasar la vida descansadamente, dejó su antigua casa de la calle del Ave María y compró un hotelito en el barrio de Salamanca, adonde se fué á vivir en unión de una vieja sirvienta de sus padres, que la tenía algún cariño y que casi la había visto nacer. Y aquí es donde nosotros la hemos conocido.



MADRID. – LA NOCHEBUENA EN LAS CALLES,
dibujo de Méndez Bringa. (Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero)

Era el hotel de doña Pura una verdadera monada. Pequeño, como para ser habitado por dos personas nada más; pero tan cuadradito, tan elegante y rodeado de un jardín tan remono, en donde había tal variedad de plantas, que según supe luego por la vecindad, aquel hotel era la envidia de cuantas niñas casaderas por allí habitaban.

Doña Pura, al verse separada de sus padres, pensó ciertamente en contraer matrimonio; pero debió recordarle la vieja criada cierta promesa que hizo de permanecer soltera toda la vida, cuando fué engañada por aquel joven, é indudablemente doña Pura desechó tal pensamiento.

La vida de la solterona no podía ser más modesta. Gastaba lo indispensable para la vida, y puede decirse que no salía del hotel más que para visitar iglesias y oratorios.

Doña Pura buscaba en la religión consuelo para sus males. Era buena, sin echárselas de santa. Era caritativa, sin vanagloriarse de ello. Era religiosa, sin ser hipócrita. En suma, era todo lo que el hombre tiene que ser para salvarse.

Sin embargo, y esto dicho sea con toda clase de reservas, alguien afirmaba haberla oído lamentarse algunas veces de no poseer una inmensa fortuna para poder brillar en el gran mundo.

Yo, á fuer de cronista honrado, ni lo afirmo, ni lo niego. Solamente diré que todo esto lo oí de referencias, y que en los muchos años que conocí á doña Pura solamente observé en ella un capricho, un deseo muy grande que la preocupaba á menudo. No podía pasar una sola vez por la hermosa cochera que el hotel tenía en su planta baja sin decir: «Dios mío, ¿por qué no he de tener yo coche?» Pero sus rentas no eran suficientes para ello, y la cochera hubo de permanecer vacía...

Cierta tarde recibió doña Pura una carta. En ella se le notificaba que, habiendo fallecido en el extranjero un pariente suyo muy lejano, y á falta de testamento y de otros parientes más próximos, la ley la declaraba heredera de todos aquellos bienes que poseía el difunto.

Realmente esta fortuna *no era cosa del otro jueves*, como vulgarmente se dice; pero sí era lo suficiente para satisfacer aquel capricho de doña Pura, ¡y en qué ocasión!, cuando las piernas empezaban á negarse á sostenerla. Era completamente feliz; Dios había escuchado sus súplicas; ya no faltaba más que dar orden de que hicieran el coche, y esta orden se dió y el coche fué hecho.

***

Yo no sé si usted, lector querido, sabrá – y por si no lo sabe me permito decírselo – que es costumbre muy antigua que se conserva en las capitales de provincia y aun en las grandes ciudades, que todo coche sea estrenado por Dios, para lo cual es preciso aguardar á que vaya el Santísimo á casa de algún enfermo.

Una vez dicho esto, creo que no le ha de extrañar que siendo doña Pura una mujer religiosa y temerosa de Dios, se guardara muy mucho de usar su carruaje sin que antes hubiese ido en él Su Divina Majestad.

Por esta razón tenía la buena de doña Pura el coche muy enfundadito y muy guardado en el mejor sitio de la cochera, y por esta razón no es de extrañar que dicha señora se contentase con mirar y remirar su carruaje y ponderar á la vieja sirvienta la comodidad de aquella elegante berlina.

Pero es el caso que en aquellos días no enfermaba

nadie de gravedad por aquellos barrios, y doña Pura empezaba á impacientarse al ver su coche siempre limpio, siempre nuevo, siempre enfundado.

Si doña Pura no hubiese sido tan buena como era, seguramente que hubiera deseado la muerte á alguien para poder usar su coche; pero ella no: ella se conformaba con decir: «Paciencia, Dios lo quiere así;» y pasaban los días y las semanas y los meses, y nada, la salud en aquel barrio era inmejorable.

***

Cierto día doña Pura no pudo levantarse de la cama. Las piernas se le habían hinchado atrozmente, sentía dolores agudísimos en todo el cuerpo y respiraba con mucha dificultad.

– No es nada, decía con gran resignación. Esto no es nada. Unos dolorcillos; pero mañana estaré buena. No llames al doctor, no hace falta. Mañana, mañana...

Y llegaba mañana, y la enferma continuaba lo mismo.

Pero un día empeoró. La temperatura de su cuerpo era elevadísima, sus ojos miraban vagamente, su rostro se había desfigurado; y la vieja sirvienta se decidió, y sin hacer caso de las entrecortadas palabras que su ama le dirigía para decirle que aquello no era nada, ella llamó al médico y le enteró de lo que pasaba.

– Esto se acaba, dijo el doctor rudamente á la criada, luego que hubo reconocido á la enferma. Esta señora se muere. La ciencia no puede hacer nada. El cuerpo ya no tiene remedio; es necesario salvar el alma, y eso... no es de mi cuenta.

Y dicho y hecho, cogió el sombrero y se fué.

Aterrada quedó la vieja con esta respuesta, y luego que hubo pasado la primera impresión, dió las órdenes oportunas para que fuesen á buscar los auxilios de la religión, y hecho esto, entró en la alcoba.

El estado de la enferma era desesperado.

Aquello se acababa, como había dicho el médico. Doña Pura había caído en una especie de sopor, y no se daba cuenta de lo que á su alrededor pasaba.

¿Llegaría el Santísimo á tiempo?

***

Sí, sí llegaba. El pecho de la enferma aún latía, y sus labios movíanse pronunciando una oración. Rezaba instintivamente, pero rezaba...

Oyóse en la calle un triste campanilleo, y el amarillento resplandor de unas luces entró por la ventana de la alcoba.

La enferma entreabrió los ojos, como si volviese á la vida, y haciendo un supremo esfuerzo, preguntó:

– ¿Qué es eso? ¿Es el Señor?

– Sí, el Señor es, contestó la sirvienta.

– ¿Quién es el enfermo?, preguntó de nuevo doña Pura.

La anciana no pudo contestar.

– Por supuesto que el coche..., siguió preguntando.

– Yo misma le mandé á la parroquia, contestó la interrogada.

Y doña Pura, incorporándose con mucho trabajo, alzó los ojos al cielo y exclamó fervorosamente:

– ¡Gracias, gracias, Dios mío; por fin se ha estrenado el coche!..

PEDRO SABAU

VOX POPULI

Hay autores que aseguran que no hay tiples ni tenores, ni aun partiquinos con voz indefinida.

Los que tal opinan no saben que hay tesoros escondidos; artistas latentes, como hay maestros «lateros.»

Andaba por Italia un famoso maestro compositor de ópera buscando voces para educarlas y formar compañía que cantase sus obras.

En paseo, en la calle, en todas partes, en oyendo una voz bien timbrada, fuese de tiple, de mezzo soprano, de tenor, de barítono ó de bajo, detenía al propietario ó propietaria y con interés le suplicaba:

– Si tuviese usted la amabilidad de cantar alguna cosita... He oído su voz, accidentalmente, y es de ángel.

Esto cuando hablaba con alguna señorita ó con individuo que usara voz de tenor pasional.

Si el interpelado poseía voz de bajo, le decía el maestro investigador de facultades artísticas:

– Esa voz es un torrente impetuoso y arrollador.

– Si los conservatorios de música se dedicaran á la busca y captura de jóvenes con voz y figura para la ópera, otro sería el porvenir del arte y de las clases musicales en el mundo. Hay diamantes en bruto, riquezas inmensas menospreciadas.

No hay que añadir que el procedimiento para descubrir artistas le ocasionó varias molestias y aun disgustos serios.

Cuando se divulgó la manía del maestro, le seguían los chiquillos, voceando y aullando como perros que olfatean un cadáver.

Otro maestro, mi amigo, cree que en pocos días se podría formar, no uno, sino varios cuadros de ópera italiana y de ópera francesa y de ópera española y de ópera internacional.

Aún no se han enterado los muchachos, y por esto, sin duda, no le persiguen como al otro.

Pero todo llegará.

– Observe usted, me decía, qué despilfarro de facultades en los vendedores ambulantes: ese conjunto de frases musicales que se encuentra en los pregones de los vendedores, es una sinfonía maravillosa. ¡Qué pastoral de Beethoven ni qué habas verdes!

Cada región, cada nacionalidad cuenta con los suyos.

Hay pregón que es una romanza.

Frases musicales con un color y una fuerza de sentimientos y una inspiración... ó dos...

Constituyen la base de la música de mañana y de pasado mañana.

Yo conocía por pregones de vendedores *Las alegres comadres de Windsor*, el *Lohengrin Los maestros cantaores*, *Caballería é infantería rusticanas*, *El anillo de los Niebelungos* y el *El de hierro:* no varían más que las «letras.»

En las voces de algunos vendedores se encuentra alguna de tenor puro, extensa, que da el doble do de pecho – como si dijéramos, el doble salto mortal

Voces de tiple solitaria y de bajo con raíces profundas.

En Andalucía es un derroche de voz el de los vendedores, en general, que entristece.

¡Y qué escuela de canto espontánea la de varios vendedores! ¡Qué estilo tan elegante!

¿Y en Aragón?

¿Y en Cataluña?

¿Y en Valencia?

Andaba en Málaga un vendedor de quincalla, hace algunos años, que tenía que abrir abono para cantar en varias calles.

¡Qué voz de Gayarre (Q. E. P. D.) barato!

– Llevo pastillas finas de jabón de olor: lendreras, batidores vendo baratos – este era el libreto.

Y concluía con una fermata deliciosa.

En Sevilla hubo un farolero que, cuando anunciaba su mercancía, obligaba á las muchachas á dejar sus quehaceres para asomarse en ventanas ó balcones y rejas, y oir al cantaor mercantil.

En oyendo aquella voz dulcísima pregonar los faroles, no podían contener sus ímpetus artísticos las vecinas.

Hay vendedor que recuerda escenas dramático líricas cuando ofrece al pueblo sus géneros.

En Madrid se oye á una vendedora de tapetes de hule, que inspira ideas fúnebres.

Un torero de estos reinos decía:

– En oyendo vocear á esa mujer en día de corrida, me estremezco, si bien involuntariamente; porque anuncia el hule con tono tan lastimero, que atemoriza.

Los vendedores de langosta viva, en las calles de Madrid, merecen especial mención.

– ¡Langosta viva, langosta!

Esta letra nada tiene de particular, ni la música.

Pero los vendedores de langosta ambulantes son artistas consumados.

¡Qué acción! ¡Qué majestad en los movimientos propios y en los que imprimen á la langosta que ofrecen para la venta al transeunte!

Como que la ilusión es completa; parece que disfrutan la más cabal salud.

– Mire usted, viva enteramente, repite el «expositor.»

Y el sujeto que ve aquellos movimientos compra aquel cadáver galvanizado; es decir, compra una riña conyugal ocasionada por el marisco putrefacto.



SANTA GERTRUDIS, grupo en bronce de Rodolfo Siemering, erigido en un puente de Berlín

Pero hay otro artista que por su voz, por su aspecto y por su profesión inspira diversidad de opiniones y de afectos, incluso el de la admiración.

El trapero público, marchando silencioso con un mundo encima de prendas y objetos caseros.

De cuando en cuando, la voz de bajo espirituoso que poseen todos los miembros de la corporación pregona:

– ¡Traperooo!

Basta con esto, que es un poema, para que le entiendan grandes y chicos.

– ¡El traperooo!

– ¡Cielos! Ahí está ese, murmura algún niño.

¡Qué voz para cantar *Hernani*, *Roberto*, *El Profeta* y otras obras!

Pero vayan ustedes con delicadezas artísticas á un trapero. ¡A él, que conoce las miserias humanas!

EDUARDO DE PALACIO

NUESTROS GRABADOS

La Nochebuena del soltero, dibujo de Vicente Cutanda.—Renegó del matrimonio y no dejó de burlarse de tantos cuantos amigos suyos cargaron con esta para él pesada cruz, con esta voluntaria condena á cadena perpetua, como él la llamaba; divirtióse cuanto pudo, voló de flor en flor sin posarse en ninguna y no tuvieron las niñas casaderas enemigo más encarnizado, ni el santo sacramento adversario más tenaz que ese prototipo del hombre libre, del soltero empedernido. Mas pasaron aquellos alegres días de su juventud: sus compañeros fueron abandonándole poco á poco para entrar en el gremio, á pesar de sus advertencias y de sus sermones; los años comenzaron á dejar sentir sobre él su peso, y las diversiones y placeres en que antes se embriagaba no le produjeron ya más que hastío. Vedle ahora *celebrando* en aristocrático club la Nochebuena. ¡Cuánta tristeza, cuánto fastidio revelan su semblante y su actitud! Solo con sus pensamientos, ni siquiera tiene un recuerdo para las otras Nochebuenas que pasara en alegres orgías, y si lo tiene es para abominar de ellas. En cambio, surge en su mente la visión de lo que hubiera podido ser para él aquella noche si á su tiempo hubiese buscado digna compañera y se hubiese creado un hogar y una familia. Tarde llega el arrepentimiento, y bien puede afirmarse que no será aquella la última Nochebuena en que llorará un presente triste, natural consecuencia de un pasado sobrado alegre, y envidiará á los que un día fueron objeto de sus burlas y hoy se vengan de él atormentándole con el espectáculo de su felicidad.

Cutanda, el renombrado artista cuya firma tantas veces ha honrado nuestras páginas, ha interpretado por modo admirable la situación que nos ha sugerido las anteriores consideraciones, y su dibujo, que figura en la primera página de este número, es la mejor apología que puede hacerse de la vida de familia, de los goces que proporciona á los que en ella entran para consagrarse á ella por entero.

***

Santa Gertrudis, grupo en bronce de Rodolfo Siemering.—En uno de los principales puentes de Berlín se ha colocado recientemente este hermoso grupo escultórico que representa á Santa Gertrudis, patrona de los viandantes, dando de beber á un caminante sediento. La figura de la santa es majestuosa y su rostro respira bondad y ternura; la del viajero es de una naturalidad encantadora, y el conjunto es de un realismo artístico admirable, pues armonízanse en él la verdad y la poesía que toda obra de arte requiere. El escultor Siemering goza en Alemania de reputación tan grande como merecida, y á él se deben, entre otras obras, los importantes monumentos de la Victoria, de Grafe y de Lutero, que se han erigido en Leipzig, en Berlín y en Eisleben respectivamente.

***

D Federico Errazúriz, presidente de la República de Chile.—Del periódico *El Ferrocarril*, que se publica en Santiago de Chile, tomamos los siguientes datos biográficos relativos al Sr. Errazúriz, recientemente elegido para ocupar la presidencia de la República Chilena durante el período de 1896 á 1901.

D. Federico Erraz..riz y Echaurren es hijo de D. Federico Errazúriz, que fué presidente de la República durante el período de 1871 á 1876, uno de los grandes hombres y de los eminentes estadistas que ha tenido Chile. Nació en Santiago el 16 de noviembre de 1850 y entró en la vida política en 1876, fecha en que fué elegido diputado, habiendo sido desde entonces, y sólo con un pequeño intervalo, reelegido siempre



D. FEDERICO ERRAZÚRIZ, recientemente elegido presidente de la República de Chile para el período de 1896 á 1901 (de fotografía)



ISLAS FILIPINAS. – UNA CALLE DE LA CIUDAD DE CAVITE

(De fotografía de D. Félix Laureano)



MADRID. – LA NOCHEBUENA EN LOS SALONES. DI



...o de Méndez Bringa. (Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero)

por el mismo distrito hasta 1889 en que lo eligieron senador, cargo que últimamente desempeñaba. El Sr. Errazúriz mantúvose en política en situación más de observador que de actor, hasta que en tiempo del presidente Balmaceda fué nombrado ministro de Guerra y Marina. Durante la presidencia de don Jorge Mont, que acaba de cesar en ella por haber terminado su período legal, desempeñó el ministerio de Justicia. El nuevo presidente de Chile es de carácter afable y bondadoso, servicial y exacto cumplidor de sus palabras y de sus promesas.



El teniente coronel D. FRANCISCO CIRUJEDA, jefe de la columna que libró el combate de Punta Brava, en el que murió el cabecilla Antonio Maceo

El teniente coronel D. Francisco Cirujeda. – La explosión de entusiasmo que produjo en toda España el resultado del combate de Punta Brava demuestra la importancia y trascendencia de aquella acción, y esta importancia, á su vez, legitima las felicitaciones que de todas partes se han dirigido al entonces comandante Cirujeda y las distinciones y honores que tanto á él como á su familia residente en Madrid se han dispensado. No hemos de dar detalles de aquella batalla en que murió con otros muchos de los suyos el cabecilla Antonio Maceo; ya los ha dado la prensa de todo el mundo admirando el heroísmo de los cuatrocientos setenta y nueve hombres que formaban la columna y que á pecho descubierto lucharon contra más de tres mil insurrectos perfectamente parapetados y les hicieron sufrir la más tremenda derrota. Este hecho por sí solo, aun prescindiendo de la trascendencia que tuvo por la muerte del famoso cabecilla, merece todos los elogios que se han dedicado á aquel puñado de héroes y á su ilustre jefe y abona todo cuanto en honor y en recompensa de los mismos se haga.

D. Francisco Cirujeda nació en Mogente (Valencia) en 10 de julio de 1852; huérfano desde muy niño, fué recogido por su tío D. José Cirujeda, en aquella sazón establecido en Játiva, y allí estudió el bachillerato. Cursó más tarde la carrera de Farmacia en Valencia, terminándola en Madrid. En 1873, la llamada quinta de Castelar llevóle al ejército, siendo incorporado primero á un regimiento montado de artillería y después á una brigada sanitaria. En 1875, á petición del general Martínez Campos, pasó á Cataluña, entrando en seguida en operaciones contra los carlistas y distinguiéndose tanto en toda aquella difícil campaña, que fué nombrado alférez de Milicias y después de infantería. Destinado al ejército del Norte,



El capitán de artillería D. SEVERO GÓMEZ NUÑEZ (de fotografía de J. A. Suárez y Compañía, de la Habana)

tomó parte en las principales acciones y fué de los primeros que entraron en Bilbao. Nombrado teniente en 1876, marchó á Cuba el mismo año con el grado de capitán y entró en operaciones el 3 de enero de 1877 al frente de la guerrilla de su batallón: en el combate de Sabanto de Osaba fué gravemente herido, siéndole entonces conferido el grado de capitán. Una vez restablecido y después de haber prestado en la Habana servicios especiales, regresó á la península y fué nombrado profesor del Colegio de Huérfanos de Guadalajara. En febrero de 1882 pasó á Filipinas en donde permaneció dos años, transcurridos los cuales volvió á España, desempeñando varios cargos, entre ellos el de profesor de la Academia de alumnos de infantería. En los siguientes años, hasta el 1888, perteneció nuevamente al ejército de Filipinas y fué ascendido á comandante en 1894: en 1895 se le destinó al batallón de cazadores de Arapiles, y habiendo tocado en suerte á éste pasar á Cuba, el Sr. Cirujeda pidió y obtuvo el ser destinado á la isla. Llegado allí, pasó á Pinar del Río y al frente de una columna compuesta de fuerzas de San Quintín y de guerrilleros de Punta Brava y de Peral prestó servicio en la trocha. Ultimamente, desde el día 1.º de diciembre hasta el 7 en que ocurrió el hecho de Punta Brava, aquella columna no cesó un punto de pelear, haciendo marchas penosísimas con el agua hasta las rodillas, sin dormir apenas y casi sin comer.

El Sr. Cirujeda ha sido ascendido á teniente coronel por la propuesta que tenía pendiente con motivo de otro hecho de armas; por la acción de Punta Brava se le concederá el ascenso á coronel, y con arreglo al reglamento para la concesión de la cruz laureada de San Fernando, le será también concedida, según se asegura, esta ambicionada condecoración. S. M. la Reina le ha felicitado calurosamente y se ha encargado de costear la carrera militar á su hijo mayor; sus compañeros del Centro del Ejército y de la Armada le regalarán un magnífico bastón de mando, y multitud de sociedades y corporaciones se disponen á enviarle magníficas espadas de honor.

Todo esto merece el Sr. Cirujeda por haber con su heroico comportamiento atajado el paso al cabecilla Maceo cuando éste, después de haber cruzado la trocha, se apercibía de fijo á llevar á cima alguna atrevida empresa que hubiera podido ser de tristes consecuencias para nuestra patria.

También merecen ser y serán seguramente recompensados todos los que á sus órdenes lucharon con temerario arrojo en aquel memorable combate.

La guerra de Cuba. D. Severo Gómez Núñez. D. Ruperto Salamero y Yepes. – El capitán de artillería D. Severo Gómez Núñez es director del *Diario del Ejército* y autor de varias notables obras, entre ellas una sobre el bandolerismo en Cuba y otra de geografía cubana. Se ha distinguido siempre por sus profundos estudios sobre el arma á que pertenece y ha desempeñado varias é importantes comisiones para asuntos de la misma en los Estados Unidos y por cuenta del Estado. Es, en suma, uno de los más ilustrados oficiales de artillería que en Cuba se encuentran actualmente, y honra del brillante cuerpo en que con entusiasmo sirve.

El coronel D. Ruperto Salamero y Yepes está en la actualidad encargado del mando en jefe de la media brigada de Ca-



El coronel D. RUPERTO SALAMERO Y YEPES (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

yajabo. Se ha distinguido mucho en toda la campaña, habiendo visto premiados sus servicios con la cruz de tercera clase del Mérito Militar pensionada, y estando, además, propuesto para nueva recompensa por méritos de guerra.

Las fotografías de donde hemos reproducido estos retratos nos han sido remitidas, la del primero por los Sres. J. A. Suárez y Compañía, y la del segundo por los Sres. Otero y Colominas, ambos de la Habana.

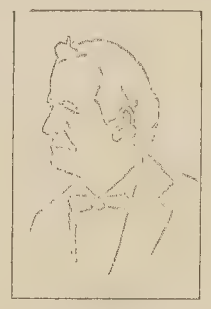
Islas Filipinas. Una calle de Cavite. – La ciudad de Cavite es capital de la provincia del mismo nombre, uno de los principales centros de la actual insurrección filipina, plaza fuerte, arsenal y apostadero de la marina de guerra y residencia de la primera autoridad ó comandante general de Marina. Es una ciudad sumamente alegre y de carácter muy europeo. Entre sus principales edificios sobresalen la Casa Real, varias iglesias, los conventos de Dominicos y Agustinos descalzos, el Hospital de San Juan de Dios, la ciudadela, el arsenal y la fábrica de tabacos. La población, como todas las del archipiélago, ofrece un aspecto pintoresco, del que puede dar idea la vista que reproducimos tomada de una fotografía de D. Félix Laureano.

Un maestro de minué, dibujo del Sr. Gili y Roig. – Este dibujante, que se ha distinguido en la ilustración de varios libros, nos ofrece en el dibujo que hoy publicamos gallarda muestra de sus dotes para el cultivo del arte serio: la figura del maestro de minué tiene todo el sabor de la época y está trazada con un vigor y seguridad dignos del mayor encomio.

La oración de Nochebuena, cuadro de Alfonso Marx. – Tiene este cuadro todos los elementos que han de reunir las pinturas religiosas; admirablemente sentido y ejecutado dentro de ese realismo que hoy se impone aun en las obras de carácter místico y que el pintor Marx ha sabido combinar acertadamente con la ideal figura del ángel, despierta en nosotros la dulce emoción que el autor se ha propuesto producir y traduce perfectamente los versos de Víctor Hugo, en los cuales está inspirado: «Cuando ora, un ángel está de pie á su lado acariciando con las plumas de su ala sus cabellos.»

El sueño de Jesús, cuadro de Carlos León Godeby. – El asunto será todo lo gastado que se quiera, pero resulta siempre simpático: el grupo de la Virgen María y del Niño Jesús, esas dos figuras eminentemente poéticas en su carácter humano y de sublime grandeza en su condición divina, atraerán en todos los tiempos al artista que sienta hondo y le inspirarán obras que, como la de Godeby, premiada con mención honorífica en el último Salón de los Campos Elíseos de París, causarán impresión gratísima en cuantos los contemplen.

Dibujo del retrato de Mr. Bryan transmitido telegráficamente. – No hace mucho el *New York Journal* publicó algunos dibujos que le habían sido comunicados por medio de los alambres telegráficos, merced á un nuevo invento de Edison quien en unión de Patrick Kenny ha conseguido, después de varios meses de trabajo, construir dos máquinas que permiten transmitir á grandes distancias y por medio del telégrafo los dibujos con la misma rapidez y exactitud con que hace tiempo se transmiten las palabras. En las pruebas hasta ahora verificadas se ha demostrado que con el aparato Edison los dibujos resultan exactísimos siendo la distancia de 500 millas, y bastante exactos si aquélla es de 1000 millas. Las máquinas de ensayo están calculadas para la medida de 5 × 3 pulgadas inglesas, pero el inventor cree poder reducir el aparato á dimensiones tan pequeñas que pueda ser llevado en el bolsillo y aplicado á cualquiera instalación telegráfica.



Dibujo del retrato de MR. BRYAN, transmitido telegráficamente por medio del aparato inventado por Edison y Kenny

La transmisión de dibujos por el telégrafo se verifica automáticamente del siguiente modo: el dibujante traza sobre un papel suave y con rasgos firmes el dibujo marcando los perfiles con líneas cortadas, y la hoja así dibujada se arrolla en un pequeño cilindro que está situado en el extremo de la máquina en la estación expedidora. Basta entonces oprimir un botón y empieza la transmisión automática por la corriente eléctrica. El cilindro al cual está arrollado el dibujo original gira lentamente y una aguja de metal va recorriendo todo el papel: cada vez que esta aguja toca una de las líneas profundamente marcadas del dibujo, se hunde en ella y en el mismo momento en la estación receptora una aguja análoga oprime el papel preparado con una disolución muy sensible, que está arrollado á su vez á otro cilindro rotatorio de la máquina en aquella estación instalada.

Para comprender la rapidez con que la operación se efectúa, bastará decir que el dibujo que reproducimos fué transmitido en cuatro minutos.

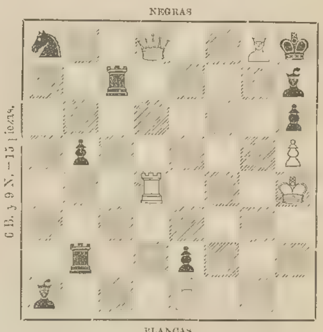
Al perfeccionamiento definitivo del aparato ha contribuído tanto como Edison su compañero Patrick Kenny, el cual, sin embargo, no pretende ser inventor de aquél, sino simplemente perfeccionador del modelo de Cassella, quien pensaba obtener la transmisión por medio del péndulo. Esto no obstante, la patente del invento está á nombre de Edison: éste proyecta ponerlo á la venta á principios del año próximo, pero antes quiere probar la eficacia del instrumento á la distancia que separa á Nueva York de San Francisco.

Este instrumento, que á no dudarlo será todavía perfeccionado, está llamado á prestar grandes servicios á los diarios cuya rápida información noticiera podrá tener el mayor atractivo de ir acompañada de la igualmente rápida información gráfica que reproducirá con exactitud retratos y vistas complementarias de aquélla.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 50, POR J. TOLOSA Y CARRERAS

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 49, POR V. MARÍN

Blancas	Negras
1. T5TR	1. A2CR (*)
2. T5TD	2. Cualquiera.
3. T8TD mate.	

(*) Si las negras juegan de otra manera, la solución es: 2. T5AR, y 3. A mate.

EL PARAGUAS

¡A cualquier hora iba el coronel á consentir que su hija, aquel capullo de mujer hermosa, fuese entregada á Pepito! ¡Pepito! ¡Vaya un nombre para ser el esposo de María Bárbara Cienfuegos y Pun!

Antes que tal consentir el coronel Cienfuegos se hubiera dejado fusilar. ¡Mil bombas! ¡Pues no faltaba otra cosa! Casarla á ella, ¡á ella!, con un mequetrefe sin músculos, sin talla, miope por añadidura, afeminado y raquítico; con un tipejo que ni siquiera aguantaba diez horas á caballo, que no podía soportar sin fatiga la marcha menos forzada y que, ¡quién sabe!, hasta puede que llevara algodones en las levitas como las mujeres; con *uno* que, sustrayéndose al más ineludible de los deberes, tuvo la avilantez de redimirse del servicio militar, ¡por el dinero! para mayor infamia.

Tal era, sobre poco más ó menos, el modo de pensar del bizarro coronel.

La muchacha, en cambio, no sólo continuaba sus relaciones con Pepe, abogado que no ejercía esta profesión por dedicarse á la más cómoda de propietario, sino que quería á Pepito.

Por esta razón, y la que aún era más poderosa, por el genio y el modo de ser de su padre, Mariíta vivía en un continuo sobresalto. Sus relaciones con Pepe, ya había dicho el coronel que eran una operación muy arriesgada, y ¡ay del enemigo, si el militar caía sobre él, porque copaba en un momento la columna... vertebral del candidato á yerno!

El muchacho intentó en cierta ocasión parlamentar con el Sr. Cienfuegos; pero éste no accedió, obligando al joven á salir de su casa á tambor batiente.

María y Pepe necesitaron buscar un aliado para proteger sus amoríos, y la madre de aquélla fué la que alguna vez apagó los fuegos de su esposo. En la casa hubo algunos disgustillos; pero los chicos continuaron amándose en silencio, muy en silencio para que no lo oyese el coronel.

***

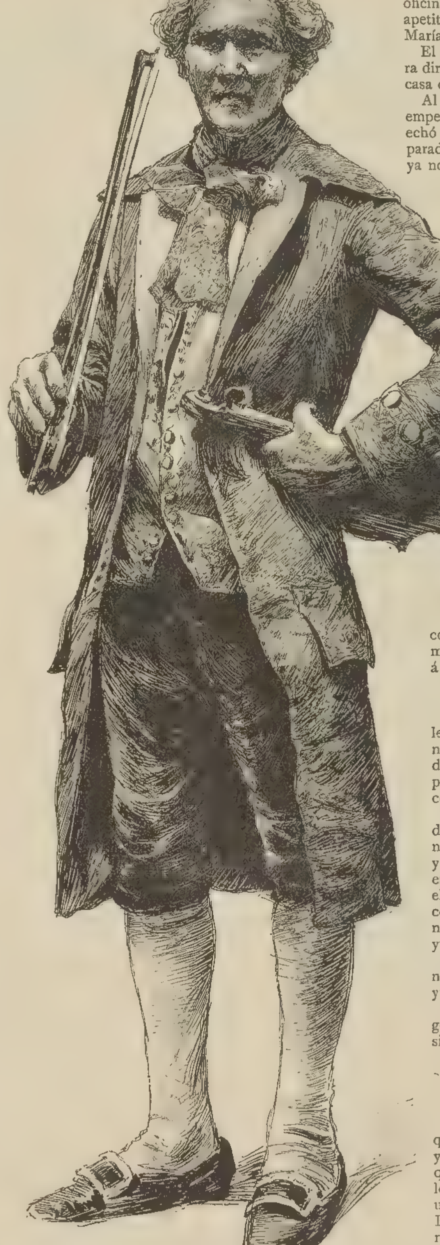
María, por su parte, empleó todas sus zalameras habilidades para distraer á los subalternos de su padre.

La situación no era para menos, porque aquello ya no era casa, era una plaza fuerte. El coronel había formado á ordenanzas, asistentes, doncellas y hasta á la cocinera, y aunque no les había leído los artículos del Código militar, les había dado las más severas órdenes. Sólo que los dependientes del coronel, aun dada su organización militar – dada por Cienfuegos, – se permitían rendirse alguna que otra vez á discreción ante una sonrisa de la niña mimada de la casa y faltaban á la consigna recibida.

Por orden del señorito, comandante en jefe de aquella mansión, se pusieron candados en algunas ventanas, se cerraron cuidadosamente bastantes fallebas y se prohibió en absoluto dejar que circulase correspondencia alguna entre María y su novio. *Item más*, se suprimió algo el visiteo, se dejó de ir al teatro y de dar reuniones de confianza, y en suma, se proclamó con todas sus consecuencias la ley marcial.

Sin embargo, á pesar del estado de guerra, la plaza, sitiada y todo, recibía noticias del exterior. Pepe no rebasó jamás las líneas enemigas, ni mucho menos entró en fuego con quien llevaba un ciento de ellos sólo en su apellido; pero esquivando todo encuentro, estuvo al corriente de cuanto pasaba, tratando ya de aliarse con su padre, digno competidor por cierto, en cuanto al carácter, del bizarro ascendiente de su María.

Ésta, más cariñosa que nunca y sometida en la apariencia á los paternos mandatos, empleó la sugestión de que están dotadas todas las muchachas para con sus padres. El coronel no cedía, y ella, harto sabedora de aquello, procuró no hablarle más del asunto.



UN MAESTRO DE MINUÉ, dibujo á la pluma de Baldomero Gili y Roig

***

Cierta mañana el coronel, exacto cumplidor de todas sus ordenanzas, salió como de costumbre de su casa á las once. Al llegar á la calle, una interjección muy habitual en él se escapó de sus labios.

Estaba lloviendo, ¡voto á un escuadrón de húsares!, y era necesario volver á subir á su habitación, al maldito piso segundo en que vivía. No, mil veces; se hizo la ilusión de que llevaba puesto el uniforme y el impermeable de reglamento, y á trueque de estropearse la flamante levita se marchó á la capitanía general.

Alquilar un carruaje era ridículo para quien como él se había calado hasta los huesos en el Norte y en Filipinas; llevar el paraguas era aún más indigno.

«¿Habráse visto chisme más inútil que el estúpido del paraguas?,» vociferaba el coronel en el patio de la capitanía, ante un corro de compañeros suyos.

Cuando á eso de las cuatro salió Cienfuegos de la oficina, ya no llovía. Fué á su casa, comió con mejor apetito y peor humor que nunca, y no observó que María estaba tristona y preocupada.

El militar no salió hasta las nueve de la noche, para dirigirse á jugar su habitual partida de *bezigue* en casa del general Fernández.

Al poner el pie en la acera, observó el coronel que empezaba á llover con fuerza; no se arredró por esto y echó á andar de prisa, sin alquilar el coche que estaba parado á la puerta de su casa. Al llegar á la esquina, ya no llovía, diluviaba. Cienfuegos vaciló, é hizo una retirada en toda regla; volvió á su casa por el paraguas, «¡el chisme más inútil y estúpido que había conocido!,» no por él, sino por evitar que tuviera que andar á golpes con algún transeunte que se le riese en sus bigotes, al ver los pelos de la chistera despeinados y lacios.

De dos en dos y echando venablos por la boca subía el coronel la escalera, cuando vió en uno de los descansillos á un sujeto que le volvió la espalda. Siguió *ascendiendo* el coronel, y á los pocos pasos encontróse de manos á boca con su hija, la propia María Bárbara, que con un saquito de viaje se disponía á volar del nido de sus padres.

El coronel cogió el paraguas, y... estuvo á punto de romperlo sobre las costillas de su hija. Hubo casi, casi, consejo sumarísimo de guerra, pero María tuvo por *defensor* á su madre.

***

El coronel Cienfuegos, el hombre á quien nada le ha asustado en el mundo, excepto el que su honor ó el de su familia ande en lenguas, no ha olvidado todavía el servicio inmenso que le prestó su paraguas, que resultó á la postre el más fiel de sus centinelas.

María y Pepe son ya felices; porque al fin el padre de aquélla se convenció de que era peor imponerse tiránicamente con grave riesgo de su nombre, y que nada podía tanto como la constancia y las estratagemas de un enemigo tan traicionero como el amor. Sólo que él, el coronel, se equivocó en dos cosas, á pesar de su gran táctica: pensó que Pepito no convenía á su hija y resultaron ambos dos cónyuges dichosos.

Y llamó inútil y estúpido al paraguas, y sin él la niña mimada le hubiera dado un escándalo mayúsculo, que se evitó sin que nadie se enterase.

¡Que le vayan al que ahora es general Cienfuegos á hablar mal del paraguas, y verán cómo les da, si puede, con uno de ellos en la cabeza!

P. GÓMEZ CANDELA

CEREBRO ARTIFICIAL

Villiers de L'Isle-Adam tuvo la ocurrencia de que se podía hacer una mujer eléctrica, construída y animada por hábil mecánico. Un sabio americano, que pertenece evidentemente á la corporación de los enajenados, presenta por medio de la prensa una proposición tentadora á los ciudadanos de los Estados Unidos. Este personaje, llamado Huntley, recuerda que la ciencia ha llegado á preparar conservas de carne en las cuales no entraba para nada la carne, vino sin uvas, frutas y legumbres artificiales, azúcar con las substancias más extrañas, y ha llegado á imitar el perfume de las flores. Ya eso es algo; pero todavía muy poca cosa comparado con lo que hace M. Huntley.

Este señor ofrece componer, con elementos y combinaciones químicas, un cerebro humano perfecto y capaz de funcionar. Exige que un americano de buena voluntad se deje quitar la masa de su cerebro natural, para llenar después el cráneo con el producto de la fabricación Huntley, garantizando que el paciente pensará, vivirá y obrará lo mismo que antes. Las personas que quisieren probar el experimento pueden pedir informes suplementarios.

JUANÍN

Juan José Antonio se llamaba, era inclusero y se escapó del hospicio cuando aún no había cumplido doce años. Nunca conoció á su madre ni tuvo capricho por saber el nombre del padre que le engendró; sabía, por lo que sus compañeros de infortunio le habían dicho, que una madrugada de diciembre fué encontrado en el torno de la Inclusa, envuelto en unos pañales muy limpios: alrededor de la cintura tenía una fajita de seda y entre los pliegues de ésta un papelito doblado, en el cual una mano de mujer había escrito: «*Quiero que este niño se llame Juan José.*» Aquella rica faja, que podía indicar un origen aristocrático, constituyó la única vanidad de Juanín.

Tardó mucho en aprender á leer mal, y en cuanto á escribir, se quedó en palotes, pues aunque tenía inteligencia despierta, osadía y voluntad, era más perezoso que un musulmán y más soñador que un morfinómano.

Desde muy chiquitín manifestó aficiones de hombre acostumbrado á los regalos de la buena vida: en invierno, durante las horas de recreo, ó por las tardes, cuando el frío apretaba mucho, procuraba sustraerse á la vigilancia de los inspectores ó á la pegajosa y molesta amistad de sus compañeros, para esconderse en la portería. Allí, departiendo amistosamente con el portero, un viejecillo anquilosado que había nacido poco después de la batalla de Bailén y que le quería mucho, se pasaba el tiempo con la gorrilla tan echada sobre la cara, que la visera le descansaba sobre la nariz, las manos metidas en los bolsillos del recio pantalón de paño, y los pies, calzados con fuertes botas de cuero blanco, casi dentro del brasero, como si fuese un viejo reumático que necesitase del fuego para espantar los achaques y vivir: algunas veces sacaba un cigarrillo y se ponía á fumar, y la gravedad con que parecía adormecerse en el humo que echaba por las narices, prestaba nuevo realce á aquella interesante figura de hombrecillo recortado.

Entonces tenía diez años: era bajito, pero recio de complexión; caminaba avanzando siempre más la pierna izquierda que la derecha, lo cual imprimía á su continente un sello singular de aplomo; tenía la frente alta, la nariz gruesa, la boca grande, el rostro expresivo y la cabeza muy levantada, como de persona acostumbrada á mandar. Un antropólogo hubiera creído descubrir en él á uno de esos seres viciosos, pero enteros, fruto de un amor ardiente.

A los doce años se inició en Juanín el deseo de ver mundo; la portería, los vastos salones, el jardín y los obscuros pasadizos del hospicio le aburrían; quería salir de allí, ver otro cielo, otras caras, otras escenas, y lo quiso con aquella voluntad resuelta que ya chispeaba en sus enérgicos ojos de hombre formado.

Juanín no sabía que el mundo es redondo, ni que tras las montañas que limitan el horizonte visible hay otras montañas y llanuras y mares sin fin: su mundo se reducía á Madrid, á sus calles, á los alrededores por donde le habían llevado de paseo y en formación algunos domingos; aquel mundo le atraía con extraños magnetismos, le llamaba con voces misteriosas, le seducía con endemoniados espejismos, y Madrid fué para él lo que antes el brasero en las tardes de invierno, una necesidad. Y como en un cuerpecito tan pequeño como el suyo la voluntad que manda y la inteligencia que concibe deben de estar muy juntas, el *hecho* siguió inmediatamente al *dicho*, y una noche se escapó del hospicio y echó á andar por la calle Fuencarral en dirección á la Puerta del Sol, suavemente empujado por el viento que le azotaba la espalda.

Desde entonces esa fuerza bienhechora que protege á los pajarillos del campo fué la que veló por la vida de Juanín.

Comía lo que encontraba, y allí donde la noche le sorprendía allí se echaba á dormir con el sosiego de un justo, esperando un nuevo amanecer. La necesidad le enseñó á ser ingenioso y á aprovecharse de las migas que tiran los que están comiendo. Se acercaba á los puntos de coches, y los cocheros, á quienes interesaba con su desparpajo, le daban pan, tabaco y hasta café; cuando tenía ganas de trabajar vendía periódicos ó aleluyas ó recogía colillas, y en cuanto ganaba tres ó cuatro reales volvía á su existencia vagabunda, recorriendo calles sin objeto fijo, deleitándose con el ruidito que en los bolsillos de su pantalón producían las monedas de cobre recién ganadas.



La oración de Nochebuena, cuadro de Alfonso Marx (Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

A pesar de sus catorce años, sus pensamientos no se dilataban más allá de aquel mundo que le era familiar: creía que el cielo descansaba sobre la tierra, y lo tenía comparado á esas alambreras que se ponen sobre los platos de dulces para preservarlos de los ataques de las moscas; las estrellas eran moscones luminosos que revoloteaban fuera de aquella enorme alambrera cuyo color variaba según el tiempo y la hora, y que no podían entrar. Tal era el sistema astronómico inventado por Juanín.

Aquí abajo, en el Madrid encerrado bajo la gran alambrera azul de los hermosos días de junio, sólo le preocupaban el escaso dinerillo que le proporcionaba el pan con chorizo, la copa de vino y el tabaco diarios, y el amor de *la Ojitos*, una rapaza que vendía periódicos y recogía colillas como él. La conoció una noche de verano en la puerta de un teatro; ella estaba con dos ó tres granujillas desarrapados; era regordeta, con ojos de niña precoz. Juanín se le acercó.

–¿Cómo te llamas?, dijo:

–*La Ojitos.*

–Eres muy guapa; ¿me quieres por novio?.. Yo me llamo Juan José.

Ella le miró un instante de pies á cabeza y se echó á reir; entonces Juanín le enlazó un brazo por la cintura y *la Ojitos* se dejó llevar. Ninguno de los dos creía que los recién nacidos viniesen de París, y aquella noche, pasada en las inmediaciones del Jardín Botánico al aire libre, bajo un cielo cuajado de moscones luminosos, fué su primera noche de novios.

Juanín quedó encantado; al fin tenía una persona que le amase, y las caricias de *la Ojitos* mitigaron su sed de cariño; en ella encontró blanduras de madre, halagos de amante y confianzas de amigo. En las noches crudas del invierno Juanín no consentía que ella trabajase.

«¡Venderé yo solo, contra! – decía; – en menos de una hora me atrevo á sacar el jornal; tú tienes la voz muy bonita y no quiero que te la estropees.»

Y con tal de que ella le durmiese después canturreando malagueñas al oído, Juanín trabajaba con el ahinco de un hombre juicioso cargado de familia.

Así vivía Juanín cuando cumplió los quince años: insensiblemente supo que más allá de Madrid hay

otras ciudades semejantes á la que él conocía, que todas están enclavadas en un pedazo de tierra que se llama España, y que lo mismo los andaluces que los gallegos, los vizcaínos que los catalanes, son españoles: los que vivían fuera de ese pedazo de tierra eran extranjeros; y así empezó á germinar en su cerebro la idea de *patria*.

Al fin se convenció de que podía ser madrileño y español al mismo tiempo, pero siguió amando á Madrid sobre todas las cosas. Abandonado por sus padres á los pocos días de nacido, sin haber oído hablar de ese Dios con aspecto de anciano cariñoso que protege la inocencia de los niños buenos, creció entregado á su albedrío, sin más ley que sus antojos. Madrid, aquel padre que nunca echaba los cordones á la bolsa de sus bondades, constituía su familia y su cuna, y por eso le quiso con arrebatos de hijo apasionado y de creyente fervoroso. España era la madre de todos los españoles, pero Madrid era el cerebro, el alma, el corazón de aquella madre. ¡Ay del que tocase á Madrid; ay del que derramase la sangre de aquella madre España, tan pródiga en mercedes!

Un día supo Juanín que en Cuba, una tierra situada tras los mares, un ejército salvaje compuesto de negros y de foragidos había declarado la guerra á España.

Aquella noticia le llenó de espanto; después, cuando empezó á leer los partes publicados en los periódicos, la indignación sustituyó al miedo: *los papeles* referían escenas espantosas; incendios, asesinatos, emboscadas, violaciones, crímenes de todo género. Algunos detalles eran tan repugnantes que á Juanín le ahogaba la cólera, y tenía que reponerse un poco para seguir leyendo; *la Ojitos*, sentada delante de él, le oía sin pestañear, con la boca entreabierta; y luego se ponían á hacer los más sabrosos comentarios, porque su ignorancia supina daba á sus conversaciones una encantadora novedad.

– Sobre Cuba descansa el cielo, decía Juanín, y claro es que si los insurrectos tienen la idea de ponerse á gatear alambrera arriba pueden colocarse encima de Madrid, y *aluego* con dejarse caer á plomo, pues, ya ves, los teníamos en casa.

Lo referido por los periódicos, la salida de tropas, el interés del público que esperaba ansioso la llegada de los telegramas para conocer el resultado de los combates anunciados, aquel ardor bélico que conmovía á todas las clases de la sociedad madrileña, inflamó el pecho de Juanín. Él también quería defender á España matando insurrectos; lo creía un compromiso de honor, un deber de hijo agradecido. ¿Qué era necesario hacer para ello?.. ¿Ponerse el traje de rayadillo y aprender á llevar el paso y á manejar el fusil?.. Pues eso se conseguía teniendo, como él tenía, buenos brazos y mucho corazón.

– No llores, *Ojitos*, decía Juan José la mañana en que se alistó de voluntario; es cierto que muchos se quedan por allá, pero ¡qué contra!.., otros vuelven y hay que pensar en ser de los últimos. Ya verás, he de venir con *la mar* de entorchados y de cruces, y muy rico. ¡Contra!.., quiero darte buena vida y verte vestida de señora..., y muy pronto lo veremos logrado.



El sueño de Jesús, cuadro de Carlos León Godeby. (Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

Se despidieron en la estación del Norte; al darse el último abrazo, *la Ojitos* se echó á llorar.

– Que escribas, Juanín, dijo.

A Juan José también se le saltaron las lágrimas.

– Así lo haré, pitusa, y haz que te lean los periódicos, porque ya sabes que si voy á Cuba es *pa* que los papeles se ocupen de mí. ¡Contra, adiós!.., que las mujeres sois capaces de ablandar á los cantos de la calle.

Se oyó un silbido y la máquina arrastró los coches tras sí; el grito de ¡viva España!, frenético, atronador, resonó por todas partes; los expedicionarios, asomados á las ventanillas, agitaban sus pañuelos.

¡Hale!.., allí iban todos y entre ellos Juanín, alistado como corneta en uno de los batallones del regimiento cazadores de Llerena.

No tardó Juanín en recibir su bautismo de sangre.

Llevaban nueve horas de marcha bajo los rayos de un sol de fuego. Delante de la columna, compuesta de unos trescientos hombres, iba el coronel á caballo y á su lado Juanín. De pronto, los soldados que marchaban á la vanguardia retrocedieron, sonaron algunos tiros y la gente se detuvo. A un lado del camino y entre un vasto palmar apareció el enemigo. Entre los bravos de Llerena, bisoños que aún no estaban acostumbrados al olor de la pólvora, circuló una corriente de ansiedad; algunos pensaron en Dios, los que tenían madre se acordaron de ella; la muerte les salía al paso y el momento era solemne.

Juanín clavó en los insurrectos una mirada de niño curioso; casi todos eran negros; pero aparte del color y de la repugnante fealdad de algunos, vió con sorpresa que eran hombres como los demás. Pero ¡contra!.., ¡cuántos, cuantísimos eran, si pasaban de mil!. Y echó de menos su navaja y la honda que *la Ojitos* le regaló para reñir con los granujillas de Chamberí; aquellas armas le inspiraban más confianza que su Maüsser.

La caballería insurrecta se arrojó con tal ímpetu sobre la columna, que ésta no tuvo tiempo de formar el cuadro; al principio hubo algunas descargas de fusilería, después estrecháronse las distancias y empezó una lucha desesperada, cuerpo á cuerpo; el combate de uno contra diez, del valor temerario contra la fuerza irresistible del número. Todos eran muchachos reclutados en el último sorteo, pero se batían con ese ardor indomable que el sol de España infunde en la sangre de sus hijos.

– ¡Viva España, viva Llerena!, gritaban los nuestros.

– ¡Arriba con ellos, respondía el enemigo, que son pocos!

Juanín se batía como un leoncillo en una cuneta del camino: un fogonazo le había ennegrecido la cara, un rival á quien acababa de tender á sus pies le desgarró la camisa; estaba lleno de polvo, salpicado de sangre, con el pecho descubierto, como desafiando las balas enemigas; era la suya una figura épica que crecía conforme arreciaba el furor de la pelea.

El coronel, que había perdido el caballo y que luchaba en otro grupo, creyó que la derrota era inevitable y quiso ordenar la retirada.

– ¡Toca retirada, Juanín, gritó; anda, hijo mío!

Juan José le oyó y volvió la inteligente cabeza: entonces recordó que la corneta, la única voz capaz de dominar el fragor del combate, iba con él, y se la llevó convulsivamente á los labios, mandando cargar á la bayoneta.

– ¡No, Juan, no, que nos pierdes!, gritaba el coronel creyendo que su subordinado no le había comprendido; pero éste seguía impávido, lanzando al aire el terrible toque.

La orden fué inmediatamente obedecida y los de Llerena cargaron desesperadamente, poniendo en aquel supremo esfuerzo su última esperanza. Al fren-

te de todos, con la bayoneta en una mano y tocando siempre, marchaba Juan José, el pobre inclusero, dando vivas á España, resuelto á morir por la gloria de una patria que no conocía, por una sociedad que no le dió apellido ninguno.

El atrevimiento del joven corneta decidió el éxito de la acción, el enemigo huyó á la desbandada; pero Juanín no pudo gozar de la victoria, pues al volverse para recibir el abrazo de su coronel que le llamaba, cayó muerto, herido de un balazo en la frente.

. . . .

Cuando el telégrafo llevó á la península la noticia del heroico comportamiento del corneta, *la Ojitos* recibió en el alma el tiro que horas antes recibió su amado en la frente. Ya se lo había dicho él: «Si voy á Cuba es *pa* que los papeles se ocupen de mí;» y aunque el dolor la ahogaba, quiso contribuir á la gloria del pobre muerto vendiendo el periódico que con más extensión publicaba la triste noticia.

–*¡El Heraldo* de ahora!, gritaba *la Ojitos* con la voz empañada por las lágrimas; *¡El Heraldo*, con la muerte del bravo corneta de cazadores de Llerena Juan José Antonio!..

Y cuando pronunciaba este nombre, para ella tan querido, sus ojos resplandecían como los de una iluminada.

¡Pobre Juanín!.. Aquel pregón, triste, monótono, paseado por las enlodadas calles de Madrid, era su oración fúnebre.

Eduardo Zamacois

SECCIÓN CIENTÍFICA

ÓMNIBUS DE VAPOR SIN RIELES

Tantos progresos ha hecho el automovilismo de algunos años á esta parte, que bien puede predecirse que dentro de corto plazo la tracción animal de los vehículos para las necesidades industriales y los transportes en común será sustituída por la tracción mecánica. Ya en muchas líneas de tranvías los caballos han sido sustituídos por el vapor, por el aire comprimido, por la electricidad, etc., después de haber ensayado el empleo de agentes químicos que no han dado hasta el día resultados tan satisfactorios como aquellos otros elementos.

Desde que en julio de 1894, por la inteligente iniciativa del *Petit Journal*, se inauguraron los concursos de automóviles, los vehículos ligeros movidos por motores de petróleo han progresado de una manera considerable: el desarrollo de los mismos ha sido tan rápido y tan grande, que este sistema de locomoción no será solamente cosa de lujo, sino que no tardará en aplicarse á los coches de alquiler ordinarios. La administración pública tiene ya preparada su reglamentación, y varias compañías los van á poner en circulación dentro de poco.

La aplicación de la tracción mecánica á los pesados vehículos que circulan por las carreteras sin necesidad de rieles no ofrece ya dificultad alguna. De los numerosos ensayos hasta el presente realizados resulta, al parecer, que el vapor ocupa el primer puesto como fuerza motriz, aventajando en este concepto al petróleo.

En efecto, entre los varios sistemas de ómnibus hasta ahora construídos, han dado resultados bastante satisfactorios los sistemas Scotte, Le Blant, Bollée, de Dion, Bouton, etc., todos los cuales emplean generadores y motores de vapor. Con los motores de petróleo apenas si se ha llegado á mover breaks de más de diez asientos.



Fig. 2. – Omnibus de vapor sin rieles

Para llegar á obtener soluciones prácticas en el problema de la locomoción mecánica por carreteras, han tenido que vencer grandes dificultades. Sus célebres antecesores han sido en Francia Cugnot con su carro de vapor, construído en 1769; en América Oliverio Evans, en 1786; y en Inglaterra Trevithick y Vivian, en 1801: estos últimos, en realidad, no hicieron más que aplicar y desarrollar las ideas de Oliverio Evans, que preconizaba el empleo de la máquina de vapor de alta presión.

Como sucede con todos los inventos, han sido precisos multitud de tanteos y ensayos antes de conseguir el grado de perfección á que se ha llegado en nuestros días. Como sería tarea larga enumerarlos todos, nos limitaremos á dar á conocer el tren Scotte, del que se han hecho recientemente pruebas en el departamento del Meuse.


Fig. 1. – Primer tren de vapor Scotte que funcionó desde Pont-l'Abbé á Chef de-Pont

Su inventor, M. Scotte, es un gran fabricante de sombreros de Epernay: dotado de un espíritu práctico y de notable inventiva, construyó hace unos diez años, para su uso personal, un carruaje de cuatro asientos movido por el vapor, que funcionaba desde hacía tiempo en aquella población, cuando se organizó el concurso del *Petit Journal*. En seguida pensó M. Scotte tomar parte en éste, y en efecto, la tomó sin hacer ningún preparativo; pero por desgracia para él un ligero accidente ocurrido en su caldera (la ruptura de un tapón metálico que no pudo ser sustituído porque M. Scotte se había olvidado de llevarse algunos de repuesto), le imposibilitó de continuar la marcha, á pesar de lo cual se otorgó un premio de estímulo á ese concurrente poco afortunado.

Después de haber hecho varias pruebas con su carruaje como tractor, M. Scotte modificó su modelo primitivo y construyó uno de mayores dimensiones, que sirviera de locomotora, por decirlo así, y al cual se enganchaba un coche para viajeros.

Por último, perfeccionando de nuevo su sistema de carruaje de vapor, M. Scotte ha realizado un gran número de experimentos prácticos en el departamento del Meuse, después de haber procedido á una serie de ensayos preliminares en las afueras de París (fig. 1): uno de éstos se hizo entre París y Saint-Cloud, habiendo recorrido el tren en una hora la distancia que separa el puente de Mirabeau y la plazoleta de Montretout pasando por la cuesta de Saint Cloud, cuya pendiente es de 77 milímetros por metro.

El tren Scotte para viajeros se compone de un coche motor de vapor con catorce asientos sin contar los dos maquinistas, y de un coche que puede contener veinticuatro personas. El conjunto resulta ligero y elegante. El motor y el generador de vapor se hallan en la parte de delante y están separados del compartimiento de viajeros por un tabique de cristales. La máquina es vertical con dos cilindros, con cambio de marcha y de velocidad y una potencia de 16 caballos (fig. 2).

El coche de vapor lleva un freno rápido, movido por un pedal, y un freno de torno, accionado por un volante.

El tren Scotte puede doblar una curva en un círculo de 3'50 metros de radio.

La sociedad Scotte construye también un tren para mercancías, compuesto de un tractor y de un carro remolcado, que pueden arrastrar de cinco á seis toneladas con una velocidad media de seis á siete kilómetros por hora.

G. L. Pesce

***

DESCENSOR AUTOMÁTICO

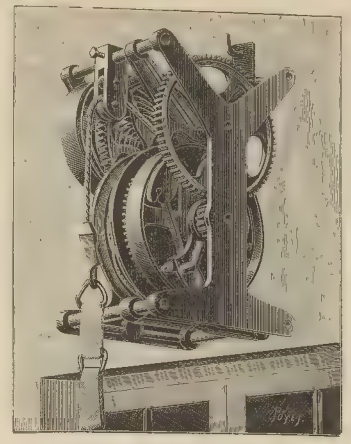
Los aparatos de salvamento para el uso de casas y de fábricas son numerosos: entre ellos merece ser mencionado el descensor automático que fabrica la *Sociedad lionesa de mecánica y electricidad*.

Este aparato, que reproduce el primer grabado de la página siguiente, se compone de unos bastidores de hierro fundido que forman cuadro. En el centro de los mismos hay un sistema de tambor y de engranajes que funcionan por la acción de la carga que haya de bajarse. El tambor lleva arrollado un cable de alambre de acero, cuya longitud permite el descenso desde un sexto piso y que tiene en su extremo un cinturón de mallas metálicas con un garfio.

El aparato está sólidamente fijado en la pared exterior del edificio. La persona que haya de descender se pone el cinturón, y bajo la influencia de su peso el cable se desarrolla, arrastrando el tambor, que pone en movimiento un regulador de fuerza centrífuga, el cual permite que la carga baje con una velocidad determinada.

El descensor automático puede soportar un peso de 400 kilogramos, de suerte que por él pueden bajar dos, tres ó cuatro personas á la vez.

Al mismo tiempo que se verifica el descenso, un muelle en espiral, parecido á los de reloj, se va enrollando por medio de un piñón y de una rueda dentada: este dispositivo tiene por objeto hacer que cuando la cuerda ha llegado al término del viaje, suba de nuevo automáticamente para que puedan verificarse nuevos salvamentos. Para cada uno de éstos no se necesitan más de treinta segundos, de modo que en poco tiempo pueden efectuarse muchos.



Descensor automático para salvamento en casos de incendios. – Vista de la cabria y de los engranajes y de la cuerda arrollada al tambor que sostiene el garfio de suspensión.

Este aparato permite también descender pequeñas arcas de caudales y objetos diversos; ocupa poco espacio, es de muy sencillo manejo y de reducido precio, cualidades todas que le hacen recomendable.

El segundo grabado de esta página representa el aparato en funciones: un hombre, provisto del cinturón de suspensión, se agarra á la cuerda con una mano y con el otro brazo sostiene á una mujer á quien ha salvado del incendio. En cuanto llegue al suelo y se despoje del cinturón, la cuerda volverá á subir, permitiendo realizar un nuevo salvamento.

Como se ve, este aparato está destinado á prestar grandes servicios, y mucho ganarían las poblaciones si las autoridades exigiesen, entre otras medidas preventivas contra los incendios, que se instalasen descensores automáticos de éstos ú otros análogos en los pisos altos de los teatros, en los grandes almacenes, y en todos los demás edificios en donde se determinan especialmente medidas de protección.

También sería muy conveniente que en las ciudades los propietarios instalasen en sus casas estos aparatos, con los cuales se evitarían muchas desgracias. – X.

(De *La Nature*)



El descensor automático en función durante un incendio.



PATRIOTAS ESPAÑOLES EN MÉXICO

D. Valentín Elcoro. – D. José González Misa – D. Manuel Romano Gavito. – D. Wenceslao Quintana

En varias ocasiones nos hemos ocupado de la colonia española en México ensalzando su ardiente patriotismo. A ella pertenecen también los señores cuyos retratos anteceden.

Don Valentín Elcoro es natural de Vizcaya; establecido en México desde muy joven, su talento mercantil, laboriosidad y honradez le han permitido crearse una posición desahogada y le han conquistado general estimación. Desde los comienzos de la guerra de Cuba ha sido uno de los primeros en tomar parte en las suscripciones abiertas en aquella capital y en la actualidad es de los que más trabajan para el fomento de la marina de guerra española.

La historia del Sr. González Misa es la de todos los que llevados de su noble ambición y de su amor al trabajo, se han labrado una fortuna en el Nuevo Mundo. Patriota entusiasta, dondequiera que se hace algo en favor de España, allí está su nombre, figurando actualmente en la Junta Patriótica para el fomento de nuestra marina de guerra

D. Manuel Romano Gavito, presidente de la Comisión económica de la Junta Patriótica, es natural de Poo (Asturias), y marchóse á la República Mexicana en 1850, dedicándose allí á los asuntos mercantiles, en los que alcanzó tanta fama como provecho. Goza en aquella capital de grandes simpatías, y sus patrióticos desprendimientos le colocan entre los españoles ilustres en aquella república establecidos.

D. Wenceslao Quintana, hijo de Arcentales (Vizcaya), reside en México desde hace veintiún años: dedicado al comercio y á la industria, ha visto recompensados su talento, su laboriosidad y su honradez con la posición envidiable que hoy ocupa. Los cargos que desempeña de Tesorero de la Junta española de Covadonga, de la Casa de Salud y de la Junta directiva del Casino Español y de Secretario de la Comisión económica de la Junta patriótica demuestran elocuentemente su acendrado amor á España.

Las fotografías que publicamos nos han sido remitidas por D. Claudio Scapachini, á quien reiteramos nuestro agradecimiento por sus constantes atenciones.



Año XV — Barcelona 28 de diciembre de 1896 — Núm. 783

ADVERTENCIAS

Con el presente número de La Ilustración Artística repartimos á nuestros suscriptores el quinto y último tomo de la serie de la **Biblioteca Universal** correspondiente a 1896. Es una colección de novelas cortas titulada *Para ellas*, originales de la distinguida escritora Doña Adela Sánchez Cantos de Escobar, que no dudamos han de ser del agrado de nuestras lectoras especialmente, pues al bello sexo está dedicado el libro, como su título indica. El interés dramático que en todas las narraciones domina, el fondo de la más pura moral que todas ellas entrañan y la elegancia y casticidad de estilo que á todas distingue hacen de *Para ellas* una obra bajo todos conceptos recomendable.

Para ellas lleva bonitas ilustraciones del Sr. Cabrinety.

– El próximo número de La Ilustración Artística, inaugural de la serie de 1897, será verdaderamente extraordinario, pues constará de 32 páginas. Su texto lo constituye la preciosa novela de Cervantes *Rinconete y Cortadillo*, cuya bondad literaria no hemos de encarecer, puesto que unánimemente ha sido reconocida como la mejor de las novelas ejemplares del inmortal autor del *Quijote*. Avaloran este texto hermosas orlas en colores, del celebrado dibujante D. Alejandro de Riquer, quien ha sabido en ellas interpretar por modo admirable las principales escenas de la intencionada narración cervantesca.

Constantes en nuestros propósitos de inaugurar cada serie de La Ilustración con un número que llame poderosamente la atención de nuestros suscriptores, no hemos vacilado ante los sacrificios que supone el que nos ocupa, en la seguridad de que los veremos recompensados con el aplauso del público.

– Con el segundo número del próximo año de 1897 comenzaremos á publicar en la sección de novela ilustrada la preciosa novela *La ondina de Bretaña*, cuya propiedad hemos adquirido, original del célebre novelista francés Pedro Mael y traducida para La Ilustración Artística por el distinguido literato D. Ernesto García Ladevese. Por su acción interesante, por la delicadeza de sentimiento que respira y por la belleza de forma, *La ondina de Bretaña* será indudablemente una de las novelas que más agradarán de cuantas hasta ahora hemos publicado.

Las ilustraciones de la misma han sido dibujadas expresamente para nuestro periódico por el notable artista D. Vicente Cutanda, cuyo nombre es la mejor garantía de la bondad de la obra por él realizada para La Ilustración Artística, y cuya firma es bien conocida de nuestros lectores.

EN UN PALCO DE LA ÓPERA

fotografía de Richards y Compañía, Ballarat

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Los Persas del inmortal Esquilo en la segunda escena de Francia. – El genio griego y la protagonista persa. – El gran duque de Weymar ante las tragedias de Lessing. – *El Nathan* de este grande poeta y pensador. – Ideas que lo inspiran. – Argumento de la obra. – Educación del género humano. – Reflexiones. – Conclusión.

La capital del mundo literario, París, está de júbilo. Allí, solamente allí, evoca la condensación del espíritu europeo aquellas obras inmortales, que son como la honra eterna del género humano y la prenda segura de su inmortalidad. El año último evocó Sardou en las tablas nuestro *Quijote*, á quien todos los siglos y todos los pueblos rinden parias. Años anteriores había un erudito hecho representar, como si estuviera en Grecia, la célebre *Lysistrata*, comedia de Aristófanes, tan oportuna hoy, cuando reclaman las mujeres un lugar idéntico al de los hombres en las Cámaras y en el gobierno. Los acentos del *Edipo* de Sófocles han resonado, al aire libre y al diurno resplandor, en el clásico teatro provenzal de Orange, salvado al diluvio de los bárbaros y al corrosivo de la descomposición y de la muerte. No ha querido ser menos el Odeón parisiense, segunda escena de Francia, y resucita el grande y olvidadísimo *Don Carlos* del inspirado Schiller. Pero entre todas estas representaciones, verdaderamente ninguna iguala para mí en trascendencia é importancia á *Los Persas* del creador Esquilo, representados hace pocas noches ahora en la segunda escena de Francia también. El más elevado entre todos los trágicos helenos, el que más veces ha recibido la insuflación de lo sublime y de lo grandioso en sus versos, el más próximo á Homero, que abre la poesía griega, y más alejado de Eurípides, que casi la cierra, es á la verdad Esquilo, tan digno de la epopeya como del teatro. Y por este carácter épico, por este aire litúrgico, por esta sublimidad religiosa, las tragedias suyas dominan, no á virtud y por obra del interés dramático, á virtud y por obra del pensamiento intrínseco. Si pudiéramos hablar así, diríamos que *Los Persas* parecen un auto sacramental nuestro, en que porfían el secular despotismo asiático y la naciente libertad europea.

La descripción del retroceso de los persas al Asia está en Esquilo por modo bien escrupuloso, á diferencia de las descripciones geográficas que pululan en el Prometeo, sacadas todas generalmente de la fantasía del poeta. La heroína de su tragedia, mujer de Darío y madre de Xerxes, siquier sea una reina del Asia, interpreta con maravillosa oportunidad el sentir de Grecia. Cuando el mensajero, que refiere la rota de los persas, ha concluído su relato, vuélvese airada en una imprecación magnífica, llena de quejas dolorosas, contra los adivinos y las adivinaciones del Oriente. Sin embargo, no le queda más recurso que guardar sus viejos ritos, porque los imperios han de atenerse á las creencias seculares hasta para su muerte, como se atienen al sudario y al ataúd los cadáveres. Las mujeres de Susa y Ecbatana desgarran sus velos con sus débiles manos y golpean los lechos donde antes recibieran las caricias de sus esposos queridos. Soldados invencibles, marinos que parecían tener alas en sus espaldas, la flor del Asia, unos han muerto en las olas hirvientes y otros han huído por los hielos tracios, contando en su dolor la victoria de Jonia. Entre lamentos tales, el republicano griego entona un himno que parece la voz de Mirabeau en la tribuna y el acento de Víctor Hugo y de Quintana contra los viejos poderes monárquicos. Levantándose aquel heleno sobre los egoísmos de su raza y sobre los límites de su patria, en alas de una filosofía más bien adivinada por su presentimiento é intuición que conocida por su ciencia, comparte los frutos de la victoria, ganada por sus héroes y por sus mártires, con el mismo vencido, y le dice cómo los pueblos de la tierra del Asia no volverán desde aquel entonces á obedecer á los déspotas, ni á pagarles tributos, arrancados por la conquista, ni á prosternarse de hinojos confundiendo con la tierra el rostro ante la majestad soberana, porque los reyes han perecido y la lengua de los hombres no lleva ya mordaza, y el yugo de la fuerza se ha roto, y el pueblo, desencadenado y con sus hierros á los pies, exhala ya libre la voz del pensamiento.

¡Cuál diferencia entre la gran República francesa y las diminutas monarquías alemanas! Mientras en Francia representan las obras de un poeta, que viviera muchos siglos antes de la venida del Salvador, en Alemania prohiben la representación de dramas que han enaltecido los últimos días de la centuria pasada y los primeros días de la centuria corriente, dramas escritos por grandes genios alemanes. El príncipe de Sajonia Weymar no ha dejado representar el *Nathan* de Lessing. ¿Quién era Lessing? ¿Qué clase de obra era el *Nathan?* Vamos á verlo. El pensamiento que Federico II realiza en lo político, sostiénelo con esfuerzo gigante Lessing en las letras. Tolerancia universal, espíritu humano alzándose puro sobre las discordias de los hombres, revelación eterna de Dios por medio de las religiones, derecho de cada conciencia, de cada ser, á comunicarse libre é íntimamente con su ideal religioso, que en cualquiera de sus formas contendrá siempre lo infinito. Para llevar sus ideas al seno de las muchedumbres, para iluminar las conciencias y persuadir los ánimos eligió Lessing la esfera intermedia entre lo real y lo ideal, eligió la esfera del arte, y en el arte aquella manifestación que más puede aproximarse á la vida y más participa de sus emociones y de sus accidentes, la manifestación del teatro. Inspirándose, como el gran dramático inglés, en los luminosos cuentos y relatos de la literatura italiana, de donde se han sacado asuntos dramáticos, á la manera que se sacan y desbastan hermosos mármoles de las riquísimas canteras de Italia, Lessing tomó la base de su drama, verdadera apología de la tolerancia, en los célebres cuentos del *Decamerón* de Boccacio. Es el tiempo de las Cruzadas; los judíos, los cristianos, los musulmanes en torno de Jerusalén, la ciudad santa, en donde todos han bebido la idea de la unidad de Dios y de donde todos se han separado por rivalidades de raza, más que por motivos de dogma y de creencia. Y sin embargo, aquella comunicación estrecha entre las razas, siquiera sea una comunicación por la guerra, por ese elemento destructor y antihumano, enseña una verdad que difícilmente puede ocultarse á la razón natural, y es la verdad clara, pero escondida, sobre todo á los ojos de la superstición y del fanatismo; la verdad de que todos aquellos enemigos, todos aquellos guerreros que se odian entre sí, que se persiguen, que se matan, sienten afectos y necesidades comunes; viven de comunes dolores y esperanzas; débiles todos y todos fuertes en las mismas condiciones; hambrientos todos del ideal y todos necesitados de la naturaleza, de su luz, de su aire; sujetos á la muerte; forzados á juntar en la madre tierra los huesos y los átomos que en vida han separado los enemigos dogmas, las religiones enemigas, para despertar tal vez en otra vida y encontrarse allí, que un solo Dios ilumina y vivifica y calienta con su luz increada, lo mismo que los mundos y los soles, todas las almas y todas las conciencias.

El patriarca de Jerusalén es la imagen del santón intolerante, materialista, avaro, sensual, cargado de preseas y de diamantes, vestido de brocados y de bordados, más atento á que teman y veneren y reverencien y sostengan y adoren los fieles su persona que su Dios. Saladino es el sultán que se ha levantado sobre la intolerancia de su religión á un culto más íntimo y profundo de la humanidad y de sus derechos. El joven templario, nacido en los feudales castillos de Alemania, hijo de sangre real, que ha buscado bajo las palmas de Jerusalén el sepulcro de su Dios, representa el término medio entre la intolerancia del patriarcado y el espíritu efusivo y humano de Saladino. Así es hijo, sin saberlo, de un príncipe árabe, hermano del sultán, y de una rica hembra germánica perteneciente á noble familia. El protagonista del drama es el judío, precavido y prudente, llamado Nathan. Los furores religiosos, el fanatismo intolerante, los cristianos en los ardores de sus guerras le han consumido su hogar, le han quemado vivos á sus hijos. Al pronto le posee horror implacable al cristianismo; pero más tarde conoce que sobre estas pasiones debe levantarse la pura inteligencia, la tolerancia pura, y recibe en su hogar, como hija propia, una hija de sus verdugos, la bella y graciosísima Raquel, educada por su protector en sentimientos más humanos que los egoístas sentimientos de secta. A este judío quiere Saladino, en sus apuros, sacarle algún dinero, proponiéndole una cuestión espinosa, á saber: cuál prefiere de las tres religiones monoteístas. El judío le refiere este cuento: «Un señor recibió hermoso anillo, al cual iban unidas todas las ventajas de la fortuna y de la vida, é instituyó que aquel de sus hijos que se encontrara en posesión del anillo, fuese el único de sus herederos, con facultad de transmitirlo á sus sucesores. Era ya tradicional en la familia que el mejor entre los hijos de aquellos mayorazgos recibiera el anillo en herencia. Pero en la sucesión de los tiempos encontróse uno de aquellos señores con que sus tres hijos eran igualmente buenos, igualmente dignos, igualmente honrados, y mandó labrar dos anillos idénticos al anillo prestigioso y se los dió á sus hijos. Y muerto el padre, resultó que cada uno de ellos creía tener el verdadero anillo y pedía la herencia única. Y entablaron un pleito, y llevados al tribunal todos los tres anillos, resultaron tan idénticos entre sí, que el pleito no pudo fallarse.» Y así como no se ha fallado el pleito entre los tres anillos, tampoco se ha fallado el pleito entre las tres religiones. Saladino, que creía que al judío no le quedaba evasiva, porque, declarándose á favor del judaísmo ó el cristianismo, tenía que darle todos sus tesoros por blasfemo, y declarándose á favor del mahometismo, tenía que darle todos sus tesoros por converso, quedóse maravillado ante aquella prudentísima estratagema. Y tales consideraciones le persuadieron más y más á la tolerancia, y luego resultó que la hija del judío, Raquel, y el templario eran sobrinos del sultán, hijos de un su hermano, y que cautivado por la belleza de nobilísima cristiana, había oído antes la voz de sus pasiones que la voz de sus dogmas, en demostración evidente de cómo la naturaleza inmortal junta los seres divididos y separados por las discordias de los hombres y sus diversas religiones.

No se contentó Lessing, á la verdad, con defender la tolerancia en el teatro, la elevó á dogma en su teoría sobre la educación del género humano. Para el gran pensador la gloria de la humanidad no está, no, en la quieta posesión de la verdad; está en los combates, en las penas que la verdad ha costado. Lessing aceptaba la lucha por la verdad para fortalecer su espíritu, como el atleta antiguo aceptaba la gimnasia para fortalecer su cuerpo, y en estos ejercicios del pensamiento encontró la idea que todas las religiones son grados diversos, fragmentos diseminados, matices vanos de una misma religión, que ha educado progresivamente al género humano. El ideal religioso no se halla encerrado en un solo libro, sino en todos los libros que han sostenido, que han consolado á la humanidad en las tristes asperezas de su ruta hacia la realización del ideal. Así como el trabajo del Oriente no ha podido perderse, ni perderse el trabajo de Grecia y sus filósofos, el trabajo de Roma y sus jurisconsultos, así el trabajo de las diversas Iglesias servirá para esclarecer, para iluminar la conciencia humana. Desde los picos del Himalaya, á los cuales alzan sus brazos suplicantes los padres de los primeros dioses; desde las cumbres del Sinaí, donde aún relampaguea, truena y fulmina el Jehová de Moisés; desde el sombrío Calvario, donde corre la humilde sangre del Hijo del Hombre; desde el Hibla, que ha visto la cuna de los dioses griegos y que ha escuchado los diálogos del divino Platón; desde el coliseo romano, en cuyas cimas brillaban los genios protectores de Roma y en cuyo centro hoy abre sus brazos la cruz que parece alimentarse de las cenizas de los mártires como los árboles de la savia de los campos; desde las cúpulas de San Pedro de Roma ó de San Pablo de Londres; desde las torres de la iglesia de Worms, que oyeron la protesta del monje Lutero, hasta las torres de la catedral de Colonia, que todavía abrigan la fe católica, no se descubren los límites últimos ni las últimas señales de la revelación; no se ven ni en lo pasado los confines de los recuerdos religiosos, ni en lo porvenir los extremos de las religiosas esperanzas; porque así como el libro de los Vedas ha podido ser el libro de la naturaleza, y el libro de los Persas el libro de la luz, y el libro del Antiguo Testamento el libro del Dios Padre, y el libro del Nuevo Testamento el libro del Dios Hijo, y el libro de la Teología el libro del Espíritu Santo, y como el pensamiento humano jamás podrá contar las estrellas ni medir lo infinito, jamás podrá tampoco saber cuántos libros religiosos, reveladores, luminosísimos, vendrán mañana en progresión ascendente á continuar la obra que los otros comenzaron; á embellecer, á santificar el humano espíritu para el cual guardan los cielos en sus profundidades una revelación eterna é incesante.

Madrid, 19 de diciembre de 1896.



25 de Diciembre de 1537.

EL JUICIO FINAL

25 de diciembre de 1541

Fresco pintado por Miguel Angel en el testero de la Capilla Sixtina

Sesenta y un años de edad contaba Miguel Angel cuando volvió á coger los pinceles para trazar esa página asombrosa por el pensamiento y colosal por el tamaño. Más de cinco lustros transcurrieron entre la ejecución de las pinturas de la bóveda de la capilla Sixtina y la del muro del altar mayor. Cuando el gran artista dió por terminado este último trabajo contaba sesenta y ocho años. Cierto que se había visto obligado á interrumpir la pintura para dedicarse á terminar el célebre mausoleo de Julio II.

***

La composición de esta gran página, altamente filosófica, profundamente humana, soberanamente revolucionaria, tan revolucionaria, que obligó al Aretino á calificar de irrespetuoso con el dogma de la Fe católica á Miguel Angel, la dividió el artista en cuatro zonas. Por el efecto del arranque de una de las aristas de la bóveda, que secciona en dos la parte alta del muro, aparece dividida la zona superior.

Desarróllanse tres de las cuatro escenas que forman la totalidad de la gran pintura sobre un cielo á trozos ardiente, dramáticamente sombrío en otros; la restante, sobre la tierra. En la zona superior se ven, formando agrupaciones diversas y en actitudes con escorzos de un atrevimiento sin igual, ángeles, que son colosos por el vigor de sus trazos, quienes sostienen los distintos atributos de la Pasión de Cristo. Rodeada de santos, patriarcas, profetas y mártires, se eleva la figura de Jesús; ya diré más adelante en qué forma y con qué expresión representó el gran artista florentino al Salvador del mundo. En actitud suplicante y en segundo término aparece la Virgen. Los mártires se muestran con los instrumentos de sus respectivos martirios. San Lorenzo, con su parrilla, está sentado á los pies de Cristo; San Bartolomé tiene en una mano su propia piel y en la otra el cuchillo con que lo desollaron; San Andrés, Santa Catalina y así á multitud de mártires se les reconoce por las cruentas máquinas con que, según el Martirologio cuenta, fueron muertos esos confesores de la Fe de Cristo. Las mujeres están situadas, en su mayor parte, á la derecha del Redentor.

En la tercera zona y en la izquierda de la composición colocó el artista los justos, á quienes transportan al cielo los bienaventurados; en la derecha puso los réprobos, los cuales parecen descender violentamente á las profundidades del Averno, arrastrados por demonios que simbolizan los siete pecados capitales. Dividen estos dos grupos ángeles de terrible aspecto por su fiereza, quienes hacen sonar grandes trompetas. Por último, en la cuarta zona se ve en una parte á los muertos, saliendo de sus tumbas, y á varios que levantan los brazos al cielo; en el centro se mira entre sombrías rocas ancha cueva, dentro de la que hay varios demonios espiando á sus víctimas; cerca de esta caverna, flotando sobre las negras aguas del Leteo, destaca la barca de Caronte, repleta de réprobos á quienes golpea un diablo, que es el que los conduce.

Tal es, á grandes rasgos descrita, la última pintura mural de Miguel Angel.

***

El simbolismo que en las pinturas de la bóveda ven filósofos y pensadores de todas las escuelas, muéstrase también en esta del *Juicio Final*. La figura del Redentor del mundo, que ocupa el centro de la parte alta del muro, precisamente el espacio triangular que forman las dos aristas de arranque de la bóveda que penetran en la pared, no es la figura triunfante, llena de gloria, con que la iconología dogmática nos representa á Cristo, saliendo del seno de la muerte ó distribuyendo su justicia en el día terrible; por el contrario, parece recordar el Dios del Sinaí, hablando á Moisés con la voz del trueno; nos recuerda el Dios vengador y justiciero, que arrasa las ciudades que duermen en el fondo del mar Muerto; el Dios airado que obliga á David á humillarse entre los humildes y á implorar perdón para él y para su pueblo, diciendo: *¡Ten piedad de mí según tu grandísima misericordia!* Rodeada de nubes de tempestad, la figura desnuda de Cristo pintada por Miguel Angel surge terrible, inexorable, con un gesto de tan grande enojo, de tanta cólera, que parece poner espanto en su misma Madre, quien detrás de Él, le mira con terror, mientras con la actitud de sus brazos extendidos, le ruega el perdón para la Humanidad pecadora.

A pesar de que la humedad y el humo de cirios é incienso han ido alterando los colores y obscureciendo y casi borrando por algunas partes esta pintura, sin embargo, puede apreciarse, deteniéndose en el examen, no tan sólo la traza total de las figuras, sino también la expresión de las cabezas. La de Cristo sólo es comparable por la fuerza, por la intensidad de energía moral que revela, por la majestad imponente de su gesto, á las de los ángeles que tocan las apocalípticas trompetas. Con los cabellos erizados, con las cejas contraídas de un modo terrible, con los ojos casi fuera de las órbitas, las cabezas de estos ángeles, que parecen gigantes de la teogonía helena, por la férrea traza de sus cuerpos, causan terror á quien los mira: *Fanno* — dice Vassari — *arricciari i capelli á chi gli guarda, per la terribilitá che essi mostrano nel viso.* No menos horrible es el cuadro de la barca de Caronte; y no creo que pueda considerarse cosa fuera de razón suponer que Miguel Angel se inspiró en aquel terceto de Dante (*Divina Comedia. Infierno*, c. XXI), que dice:

> *Caron demonio con occhi di bragia*
> *loro accennando. Tutte le raccoglie*
> *batte col remo cualunque s'adagia,*

pues sabido es que el gran artista ilustró la obra inmortal del de Alighieri.

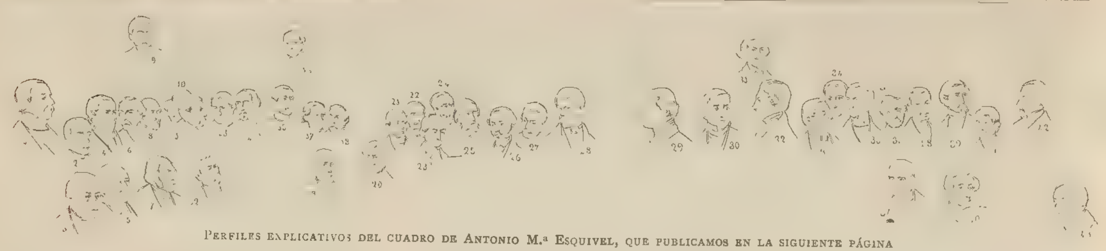
A los pecadores que van á bordo de la barca que los conduce al otro lado del Leteo, donde se mira la entrada del lugar en el que Dante leyó aquella espantosa frase *lasciate ogni speranza, voi ch'intrate*, se les reconoce en sus actitudes y fisonomías el pecado que los sume para siempre en las tinieblas del infierno. En un rincón, á la derecha del grupo de la citada barca, se ve un condenado, un viejo, en quien, bajo la fe de Vassari, debe reconocerse al que fué en vida maestro de ceremonias de Paulo III, messer Biagio de Cesena, aquel que censuró la obra de Miguel Angel, diciendo que era vergonzoso ver aquellas desnudeces en un lugar sagrado.

***

Al comenzar esta *efeméride* digo que el simbolismo se advierte en esta pintura, como en las de la bóveda: David Levi (1) dice en su obra *Miguel Angel. El hombre. El artista. El ciudadano:* «Cristo, de formas de coloso, se destaca en medio de la gran composición. Parece tocar el cielo con la cabeza; la tierra no es para sus pies más que un punto de apoyo. Sus cabellos flotan á merced del viento; su frente es majestuosamente severa. Una de las manos la levanta para maldecir, la otra rechaza con horror algo que se ofrece á su mirada. Detrás de Cristo aparece la Virgen. Recuerda bien poco á la Virgen consagrada, á la reina de los cielos. ¡Ah! ¡Cómo difiere de las *Madonas*, llenas de serena ingenuidad, de los Giotto, de los Fra Angelico, de las bellezas pintadas por Rafael! No es el *sol vestido*, no ciñe su frente la aureola divina; no es, como dice el canto lírico de un poeta francés moderno: *Forte comme l'armée en plaine deployée;* por el contrario, aparece abatida por hondo pesar y como arrebujada en su manto. Esconde su rostro detrás de su Hijo; solamente aparece la mujer...

»Después de Cristo, otro personaje se destaca y se ofrece claramente, en primer término, al espectador. Es San Pedro. Avanza y se presenta ante el Divino Maestro para ser juzgado. Estos dos personajes son una revelación terrible que domina el gran poema,

(1) Edición francesa.



PERFILES EXPLICATIVOS DEL CUADRO DE ANTONIO M.ª ESQUIVEL, QUE PUBLICAMOS EN LA SIGUIENTE PÁGINA

1. D. Antonio Ferrer del Río. – 2. D. Juan Engenio Hartzenbusch. – 3. D. Juan Nicasio Gallego. – 4. D. Tomás Rodríguez Rubí. – 5. D. Antonio Gil y Zárate. – 6. D. Isidoro Gil y Baus. 7. D. Manuel Breton de los Herreros. – 8. D. Antonio Flores. – 9. D. Cayetano Rosell – 10. D. Francisco González Elipe. – 11. D. Patricio de la Escosura. – 12. D. Antonio Ros de Olano. – 13. D. Joaquín Francisco Pacheco. – 14. D. Mariano Roca de Togores. – 15. D. Juan de la Pezuela. – 16. D. Angel de Saavedra, duque de Rivas – 17. D. Gabino Tejado. – 18. D. José Amador de los Ríos. – 19. D. Javier de Burgos – 20. D. Francisco Martínez de la Rosa. – 21. D. Luis Valladares. – 22. D. Carlos Doncel. – 23. D. José Zorrilla. – 24. D. José Guell y Renté. – 25. D. José Fernández de la Vega. – 26. D. Ventura de la Vega. 27. D. Luis de Olano. – 28. D. Antonio M.ª Esquivel. – 29. D. Julián Romea. – 30. Don Manuel José Quintana. – 31. D. José de Espronceda. – 32. D. José M.ª Díaz. – 33. D. Ramón de Campoamor. – 34. D. Manuel Cañete. – 35. D. Pedro de Madrazo – 36. D. Aureliano Fernández Guerra. – 37. D. Ramón de Mesonero Romanos. – 38. D. Cándido Nocedal. – 39. D. Gregorio Romero Larrañaga. – 40. Duque de Frías. – 41. D. Eusebio Asquerino. – 42. D. Manuel Juan Diana. – 43. D. Agustín Durán.

explicando el pensamiento del artista. El Cristo, irritado, va á fulminar la sentencia. Cerca de Él está su Vicario, turbado el rostro, tímido y confuso, lleno de humildad, presentándole las sagradas llaves; Cristo las rechaza con horror. Rodea á estas figuras una multitud de personas de tipos y aspectos diversos, una reunión tumultuosa que se agita, que clama, que ruega, que blasfema... Para esclarecer más su pensamiento, Miguel Angel pintó, al lado derecho de las figuras que parecen representar santos y mártires, escenas terribles, obscenas, salvajes. A éstas suceden otras de piedad, de terror, de cólera. Pero el visitante encuentra la clave de todo esto al mirar el grupo terrible, pintado bajo el de los mártires y sus verdugos. A los pies de San Pedro unos demonios sujetan á un réprobo, y volviéndole la cabeza hacia abajo lo arrojan sobre un montón de cuerpos y carne palpitante. Vense caer las llaves que allá arriba Pedro presentaba á Cristo; la sentencia está pronunciada y ejecutada.»

***

Si grande había sido la impresión que causaran en todo el mundo las pinturas de la bóveda, la emoción que produjo la del *Juicio Final* fué inmensa. El terror hizo estremecer á la multitud que el día 25 de diciembre de 1541 pudo contemplar por vez primera la última obra pictórica del gran gibelino. Las censuras llovieron sobre el artista; mas con todo, no alcanzaron á modificar en un ápice el pensamiento allí desarrollado. El Aretino, desterrado ó escapado á Venecia por causa de un soneto famoso entonces (hoy resulta de un cinismo sin igual), en que se mofaba de las indulgencias, dirigió una carta insultante á Miguel Angel. Decíale entre otras cosas: «¿Es posible que cegado por esa superioridad (vuestra) casi divina á vuestros propios ojos, y despreciando el común de los hombres; es posible, repito, que hayáis cometido tales irreverencias en el más magnífico de los templos levantados á Dios, en el más grande de los oratorios del mundo entero, en el lugar donde los grandes cardenales, los reverendos prelados y el Vicario de Cristo van á confesar sus creencias? No quiero hablaros de ese personaje extraño (Biagio de Cesena), indecente, que sujetan los demonios y que las mismas mujeres perdidas se taparan los ojos para no verlo»

***

«Decidle al Papa que no se cuide de las desnudeces de esas figuras, que otras son las vergüenzas que debe cuidar de cubrir» – contesta el gran florentino, cuando le fueron á decir de parte del representante de Cristo en la tierra, que velase ciertas desnudeces de las figuras del *Juicio Final*.

Daniel de Volterra se encargó de la pudibunda obra. El pueblo le puso de sobrenombre el *braghettone*.

R. BALSA DE LA VEGA

LA DICHA DEL SABIO

Silesio era uno de los afamados de Grecia, y aún mayor fama tenía por su mujer, privilegiada en hermosura. Tuvo de esta beldad un hijo, á quien por su belleza, y para encarecer la de su madre, pusiéronle como alias «el hijo de Venus,» y también pudieron llamarle «el hijo de Aquiles,» porque era tan fuerte como hermoso, y llegó á ser muy diestro.

Si al padre le decían que su retoño aventajaba á los otros chicuelos en la carrera, en fuerza de brazos ó en acierto de tino, y algo más tarde, como arquero de nota, montando potros y aun dirigiendo carros, poníase como loco de contento, aunque por ello se disgustara su mujer, no muy conforme con que de tanta libertad disfrutara su hijo; mas como Silesio era algo duro de carácter y le agradaba el chico con la vida que hacía, guardábase la esposa de indicar sus deseos, que acaso produjeran disgusto.

No parecía imbécil el muchacho, ó á lo menos le ayudaba la suerte, pues siempre la tuvo de su parte; y cuando llegó á mozo hizo buena fortuna y muy aprisa, y vinieron á ser ricos sus padres, no muy sobrados hasta entonces. El modo de adquirir esta riqueza no fué, á decir verdad, muy correcto, porque, fuera de las recompensas que como vencedor en los juegos obtenía y que en muy poco le ayudaron, cuanto de plata y oro enriqueció la casa fué debido á dádivas de mujeres. No había cortesana en Atenas que no se encantara con aquella hermosura, ni viuda joven ni mozuela sensible que no le solicitara por marido; y con promesas á unas de que acabaría por ser suyo, y recompensando el afecto de las otras, entrábasele por las puertas lo más de la fortuna de sus amadas, sin que nunca cumpliese sus palabras de casamiento.

Reíase el padre con las locuras de su hijo, y censurábaselas muy en serio la madre, que hubiera preferido su pobreza antigua á aquel indigno modo de enriquecer; mas como el mozo no se preocupaba de consejos, ni entendía la justicia de las reprimendas, hubo de discurrir su madre que hizo muy mal con callar hasta entonces lo que para aquel hijo codiciaba, y á riesgo del disgusto que con Silesio presentía, quiso al fin convencerle.

– Oye, le dijo. ¿Cuándo piensas tú que nuestro hijo se eduque?

Silesio no se disgustó, contra lo que su mujer esperaba, sino que respondió con sosiego:

– No he tenido gran prisa para que el chico aprenda, temeroso de que se le desarrollara el entendimiento con perjuicio de la salud. Temía además darle con la instrucción la desgracia, porque tú sabes cuánto yo sufro, y estoy por atribuirlo á que pienso, acaso muy mal; pero, sin duda, demasiado. No me importa por esto haber retardado su educación, y porque tampoco se han perdido los días: la cuarta parte de los que emplea en el estudio la inteligencia débil, para quedar indocta como antes, basta al entendimiento robusto para aprovecharse de la ciencia. Justo es que nuestro mozo se instruya, y me parece ya llegada la hora, porque no se supone nada bueno de quien no sabe siquiera leer; pero quiero yo conocer antes si es cierta aquella máxima que dice: «Alma sana en cuerpo sano,» y cuando me convenza de que está bien dispuesto el espíritu, buscaré profesores que la inteligencia de ese mozo cultiven.

Porfió todavía la esposa para que no se perdiera más el tiempo con pruebas inútiles, toda vez que su chico demostraba excelente aptitud; pero como no es fácil llegar á sabio sin hacerse además testarudo, Silesio era extremado en ambas cosas, y no cedió en esto como en lo otro, porque, según decía, la elección de estudios ha de ser consecuencia de las condiciones del que aprende.

Tomada, pues, esta resolución, esperó á que su hijo volviera de sus trapisondas, y cuando le vió entrar en la casa, llamóle aparte, y encerrado con él en lo que el sabio llamaba el infierno y era su despacho expuso al mozo la necesidad de aquella conferencia, que su madre quería y él igualmente, para que contuviese un poco su vida vagabunda y se dedicara algo á los estudios.

Dió la respuesta el joven con un encogimiento de sus hombros, como si quisiera decir: «Por mí no queda.»

Parecióle muy bien al padre hallarle así sumiso; y presintiendo que de comienzos tales vendrían aún mejores fines, le habló de la manera siguiente:

«Pretendo conocer tu entendimiento para no incurrir en error al indicarte lo que te ha de ser útil.

»Dime: ¿no te preocupó nunca este grave misterio de la vida? Viene el humano á ella sin saber de dónde ni á qué, y sale de aquí con la misma ignorancia, sin conocer adónde va; impúlsale el instinto á apoderarse de aquello que apetece; y tírale á otra parte la conciencia, como si dentro de él hubiese alguien más recto ¿Qué sensación es esta que mortifica con dulzura nuestro organismo, es gusto doloroso del alma y llamamos amor? ¿Cómo salieron del caos tantos mundos y cómo se hizo el mismo caos? ¿Qué quiere decir *siempre*? ¿Qué significa *nunca*? ¿Pudo haber nada antes que algo, y alguna cosa carecer de principio? El que mira á la tierra ha de pensar en un poder extraño que aglomeró sus componentes. Resístese la imaginación por esta y otras causas á creer, como la religión griega nos dice, que el mundo en que vivimos sea una diosa, á la vez que conjunto de más diosas y dioses, que son mares, son ríos, bosques, praderas, llanos ó montañas y aun vicios y virtudes. La razón no concede tampoco, aunque le obliguen á ello las doctrinas de nuestros padres, que allá en los cielos se repita otro tanto, y sean diosas y dioses los astros que nos rigen, y un dios el cielo mismo. Pero ¿qué son de no ser eso?

»Presumo que, si no me juzgas demente, no traducirás esto que digo como propósito de que me des ahora una explicación clara á lo que nadie, hasta hoy, ha podido explicar; pero como cuanto existe en el cielo y la tierra, llámese substancia ó espíritu, es misterioso en su existencia y en su origen, y la naturaleza del hombre le induce siempre á investigar el porqué del efecto, todos pensamos en lo que nadie entiende, y tú, sin duda, habrás pensado alguna vez en lo que despierte más tu admiración. Dime, pues, bueno ó malo, lo que respecto de estas cosas hubieres discurrido.»

– Difícil es que yo pueda hacer eso, dijo, turbado, el mozo. Nunca pensé en nada de lo que dices; pero, pues tú lo quieres, pensaré en ello desde ahora.

Y como Silesio no entendiera que enigmas tales pudieran pasar inadvertidos, con mucho asombro por lo que su hijo le decía, le preguntó de nuevo:

– ¿Será verdad lo que me cuentas? ¿No te ha impresionado jamás lo que ves, lo que sientes? Cuando ningún objeto se fijará en los ojos, ni sensación alguna experimentará nuestro ser sin un motivo de difícil explicación, ¿pasa ello para tí como efecto sencillo de causa que al parecer no te importa? Cuéstame gran trabajo creerlo, y aun estoy por afirmar que me engañas.

Volvió á turbarse el mozo, y confesó otra vez que nunca se había ocupado de aquello que ahora oía; pero sometiéndose de nuevo á pensar en todo, si su padre se lo ordenaba, añadió, para mayor sorpresa, que nada de cuanto le había preguntado le parecía muy difícil.

– ¡Tendría que ver, exclamó el sabio, que tú en seguida dieses fin y remate á lo que superiores entendimientos no pudieron siquiera comenzar! Pero si tan sencillo lo hallas, da la respuesta de algo de lo que he dicho.

– Indica el tema, dijo entonces el mozo.

Recordó el padre sus preguntas, y eligió de ellas la que á la constitución de tierra y cielo se refería; y con sólo meditar un segundo, habló el mozuelo de esta extraña manera:

«La tierra es, á mi juicio, un llano inmenso, que flota en el aire como el pez en el agua. Tiene por cobertera la bóveda celeste, y ella es causa del día y de

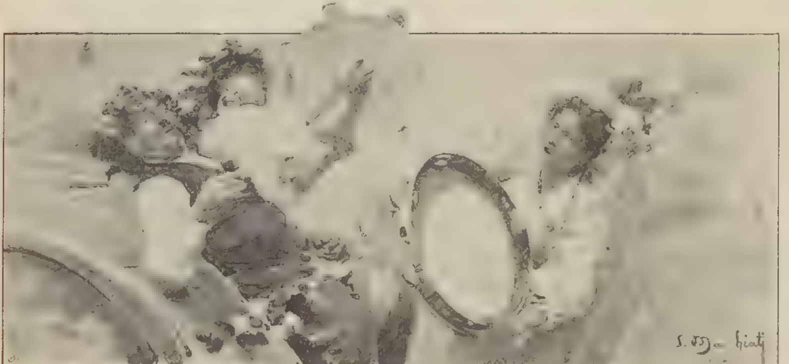


UNA REUNIÓN DE LITERATOS EN EL «LICEO» DE MADRID, cuadro de Antonio M.ª Esquivel, existente en el Museo Nacional

(Véanse los perfiles explicativos de la página anterior)

la noche: los fuertes vientos de la mañana, penetrando por las rendijas que siempre quedan en la línea de unión, elevan un tanto la cubierta, y de este modo nos inunda la luz. A la tarde, desciende la tapa por su propio peso y nos cubre del todo por la noche, dejándonos á obscuras.

»Menos duda me ofrece la explicación de lo que pueden ser la luna y las estrellas; porque con el auxilio de muy buenas razones es fácil concebir que á no ser por esos puntos luminosos nos faltaría la respiración, una vez cobijados. Ellos son agujeros que la cobertera tiene para que no carezcamos por la noche del aire que nos es preciso y de un poco de luz.»



COSTUMBRES ROMANAS. – LAS FIESTAS DEL MES DE OCTUBRE, cuadro de S. Macchiati

Así acabó su discurso el joven, y quedó el viejo como si se le escapase el sentido. No acertaba á entender, sino tomándolo como burla, aquello que el buen mozo le decía; no había manera tampoco de echarlo á broma, indicación de falta de respeto en hijo tan sumiso; y como la satisfacción del acierto dejó en su rostro el sello de la vanidad, hubo de convencerse por fin el padre de que los disparates que escuchó eran razones para quien los decía; y abandonando de un buen salto el asiento en que casi sin sentido se hallaba, dió suelta á tantas y tan extrañas exclamaciones y con voces tan grandes, que acudieron, no sólo su mujer y las otras de la vecindad, sino cuantos en la calle le oían; y al ver que daba brincos y muchas carcajadas, abrazando á su esposa y aún más á las ajenas, tuviéronle por loco, y esperaron á que la explicación de aquella desdicha se les diese, no comprendiéndola ni siquiera el causante, á quien tan fácil había sido entender de lo más oculto.

Cesó Silesio en su violento ejercicio cuando éste concluyó con sus fuerzas; y como ya el cansancio no le permitió más cabriolas, ocupóse entonces de la gente que le veía, y reuniéndola á su alrededor, dijo con cuanta voz aún le quedaba:

«¡Soy el hombre más dichoso del mundo! ¡Mi hijo es una bestia, y por tanto será feliz!»

LUIS CALVO REVILLA

EL SERMÓN DE LAS ESPIGADORAS

– Pues señor, voy á contaros, dijo el cura, un cuento, mejor dicho, una historia, una verdadera historia y de personajes que no viven muy lejos de aquí.

– ¿Son vecinos, señor cura?, dijo el zagalillo Tomás.

– Vecinos..., pero no los conocéis..., aunque los estáis viendo diariamente.

– ¡Mire usted que no conocerlos siendo del pueblo!

– Viven en el pueblo y alrededor del pueblo, en las casas habitan por miles. No os canséis en querer adivinarlo; se trata de unas espigadoras que trabajan con vosotros, para ellas, no para vosotros..., las hormigas.

El anciano era venerable y de rostro afabilísimo y dulce. Sonreía mirando á los pelones, á los muchachos labriegos que formando corrillo alrededor de él en la era le escuchaban, casi con la misma gravedad y humildad con que solían escucharle en la iglesia cuando examinaba y explicaba de doctrina, si bien oían con mayor delicia los cuentos que los sermones.

¡Estrecha perspectiva de los sentidos y aun de las inteligencias humanas! Reducida la percepción y comprensión de las cosas á un punto medio desde el cual es imposible abarcar la extensión sublime del universo, así en lo infinitamente grande, como en lo infinitamente pequeño, el hombre no entiende que los astros pueden ser mundos habitados y que los insectos seres con alma.

Sheldon y Frœbel pusieron ante los niños lecciones de grandiosa y sencilla revelación de las verdades naturales, y el señor cura aquella tarde, sintiendo la inspiración divina de José de Calasanz, el santo que se glorificó combatiendo por la instrucción, hablaba á los muchachos, así á los dos ó tres zagalones pobres, obrerillos de la siega y de la trilla, como á los ricachones, á los tres ó cuatro chicuelos hijos de los propietarios mejor acomodados del pueblo.

Iba á revelar á niños de los campos castellanos las verdades de ciencia y naturaleza que Huber enseñó á los campesinos montañeses de Suiza.

– ¿Vosotros no os habéis fijado en ver cómo las hormigas cogen el grano? Sube por el tallo y elige una vaina verde, pero bien cargada, y prende las tenazas, que son sus dientes, al rabillo ó pedículo con que está unida la espiga al tallo, y apoyándose en las patitas ó extremidades inferiores, tira fuertemente, y unas veces la dobla y corta, otras la quebranta de modo que luego le es fácil entresacar grano á grano, con cada uno de los cuales se carga para llevarlo al hormiguero. Siempre casi es ayudada por otras compañeras de trabajo. Por esto vemos subir y bajar muchas hormigas por un tallo. Muchas veces sólo recogen granos sueltos ó granos de espigas que han caído al suelo. Pero esto, en fin, mal ó bien todos lo habéis visto; mas ¿no os llamado la atención que no broten ó germinen los granos que las hormiguitas meten en sus hormigueros? Un sabio llamado Moggridge pensó que las hormigas tapaban con una goma, así como saliva suya, el agujerito por el cual penetra la humedad en el grano y le hace germinar..., mas he aquí lo que pasa y hoy ya se sabe. La germinación modifica ó muda las semillas, y hace que el almidón que éstas contienen se convierta en una agüilla azucarada, tan espesa y dulce como un almíbar: con esto el granillo se hincha, rómpese la corteza dura y el grano se agranda y reblandece... Pues bien: las hormigas entonces devoran las partes blandas... Es decir, el grano antes de germinar es demasiado duro, nosotros lo hacemos polvillo ó harina en los molinos y lo cocemos en el horno; las hormigas esperan que vaya á germinar y lo devoran. ¿Estáis?

Aquí llegaba el anciano sacerdote, cuando se oyó un estruendoso vocerío..., gritos de disputa; púsose en pie el cura y miró hacia la aldehuela.

La meseta en que el sacerdote y los niños se hallaban era la era comunal, la era que servía para la trilla á los labradores pobres; desde allí se ofrecía un mágico paisaje; azules y moradas las lejanas montañas, eslabones de la sierra, terminaban el cuadro; la llanura parecía un manto en el cual los cuadros de trigales amarillos, los prados verdes, los arroyos cristalinos eran como la recamadura de oro, esmeraldas y plata..., el lugarcillo se veía lleno de luz esplendorosa, y por encima del cerro que le servía de peana, dibujábase muy airoso con su torre campanario y sus casitas agrupadas como polluelos bajo las maternales alas...

En un pradezuelo, no lejos del caserón que había poco antes de la entrada del lugar, se hallaban los aldeanos que habían encendido y mantenían ruidosa la disputa.

– ¿Qué ocurre allá?, preguntó el cura.

– Son los de Pintobajo, que quieren ya el débito, dijo Tomasillo, el más avispado de los chicos.

– ¡El débito, hijos míos! También hay hormigas que roban el grano recogido por las espigadoras..., pero al fin las hormiguitas son unos animalillos; pero que el hombre se artificie, amañe, adiestre y habilite para robar el trabajo de un hermano... es apenador. El débito... ¡Cuánto daño ha hecho en el lugar ese infame débito! Martín el Rubio huyó de aquí después de haber visto cómo le embargaban su casa y sus tierras; sin simientes hemos estado algunos años por haber dado hasta el último grano para pagar el débito... ¿Sabéis vosotros lo que es el tal débito? Pues



COSTUMBRES ROMANAS. – LAS FIESTAS DEL MES DE OCTUBRE, cuadro de S. Macchiati

ó una cosa que en otro tiempo tuvo fundamento, ó una cosa que hoy y siempre ha resultado una patraña... Dicen que el señor dueño que poseía y gobernaba estas tierras ofreció para el servicio del rey un número de hombres... El pueblo nuestro, Valleespinar, no quería privar de trabajadores sus campos, y los vecinos del pueblecillo Pintobajo ofrecieron dar los hombres que á nuestro lugarcillo correspondían, y los daría á cambio de unas cuantas fanegas al año. Puede que sólo dos ó tres veces dió Pintobajo hombres; mas todos los años... viene desde hace siglos pagando – ¡y esto no es justo! – nuestro pueblo el tributo, más los réditos crecientes por los años en que el pago se ha atrasado..

– Vamos á romper la cabeza á los de Pintobajo.

– ¡Por Marica la estofada... que á palos los hemos de echar!..

– ¿Trujiste honda?..

– Truje. . y de cordelillo.

Los chiquillos se alzaron belicosos.

- Bueno, exclamó el cura muy animoso y como con aire de pelea. Vamos allá, pero seguidme, seré vuestro capitán... En marcha, y nadie haga cosa alguna hasta el momento en que yo lo ordenare.

Y así el cura y los chicuelos llegaron al pradezuelo de las disputas, donde ya los mozos por una parte y las mujeres por otra iban á armar la pelea.

Una voz, una voz poderosa se alzó allí... y todos callaron y miraron llenos de sorpresa al cura de Valleespinar, que como si en aquellos momentos se hubiera hallado en el púlpito comenzó á decir:

– ¿No os acordáis los de Pintobajo cuando cayó el pedrisco que yo fuí á ver á Su Ilma. el Sr. obispo y al gobernador, y éste al gobierno, y se os dieron socorros?.. ¿Os olvidáis cuando la recia viruela que todos, hasta las mozas más blancas y hermosas, fueron conmigo á asistiros?.. Tenéis mala memoria. Hay unos animalillos negros y pequeños que en la boca tienen dos hoces y pelean por robarse los graneros, pelean ferozmente; son las hormigas, préndense dos y las dos perecen... Pero vosotros sois racionales y sois cristianos..., no habéis de pelear por el trigo... Convengamos en que el trigo ni es vuestro ni nuestro, es de los pobres..., y desde hoy haced con ese trigo un depósito común para los necesitados de uno y otro lugar, y hasta para los pobres errabundos. Ved, decía con dulce efusión el anciano, ¡que Dios da de comer á los pajaritos del aire y viste el lirio de los valles! Abrazaos... y sea la paz con todos.

¡Qué gozo haber visto esta escena al bueno del cura hablando con llaneza, valentía y sencillez y aboliendo el oneroso tributo ó débito tradicional!.. Sin duda había hablado inspirado por San Francisco, ante el *Prega á Deu* ó mantis religiosa, ó ante las hormigas ó las abejas..., ante las páginas sublimes del cielo y de los campos, hojas del inmenso libro de Dios.

He aquí, contados tal como ocurrieron, el suceso y sermón que en mi lugar es llamado «Sermón de las espigadoras.»

Toda una revolución de carácter social cumplida apaciblemente en un lugarejo.

JOSÉ ZAHONERO

NUESTROS GRABADOS

En un palco de la ópera, fotografía de Richard y Comp.ª – En distintas ocasiones hemos publicado en nuestras páginas reproducciones de fotografías que son verdaderas obras de arte: la que hoy aparece en la primera página de este número es una joya en su género, y á no decir el epígrafe que de una fotografía se trata, tomaríala cualquiera por reproducción de un cuadro de afamado artista. Está tan bien sorprendido el grupo de las tres jóvenes que desde el palco escuchan la ópera, hay tanta naturalidad, tan poca *pose* en cada una de las figuras, que sólo quien siente hondamente el arte puede producir una obra como esta.



RUINAS DEL MONASTERIO DE SAN PEDRO DE CAMPRODÓN, dibujo de Celestino Devesa

Una reunión de literatos en el Liceo de Madrid, cuadro de Antonio M.ª Esquivel. – El celebrado autor de este cuadro nació en Sevilla en 8 de marzo de 1806 y murió en Madrid en 9 de abril de 1857. Huérfano de padre desde muy niño y sin más patrimonio que el cariño de su madre, entró en la Escuela de Dibujo de su ciudad natal, en la que hizo grandes progresos bajo la dirección de Francisco Gutiérrez, y protegido por D. Francisco Oviedo, que le llevó á su casa y se encargó de completar su educación. El servicio de las armas hizo que Esquivel abandonara por una temporada el arte, asistiendo entonces al sitio de Cádiz y defensa del Trocadero. En 1832, residiendo ya en Madrid, se presentó al concurso general de premios de la Real Academia de San Fernando, logrando el nombramiento de académico de mérito de dicha corporación. Tras una época de escaseces y privaciones, fué mejorando la fortuna del pintor, cuyos cuadros de escenas andaluzas fueron muy solicitados y cuya fama de buen retratista abrióle las puertas de las principales casas de la corte. A consecuencia de un padecimiento herpético perdió la vista, y esta desgracia sumióle en tal desesperación, que en Sevilla, adonde se había trasladado, por dos veces intentó suicidarse arrojándose al Guadalquivir: afortunadamente curó de aquella enfermedad, dedicándose desde entonces hasta su muerte á su arte con éxito siempre creciente. Entre sus principales cuadros merecen citarse *La caída de Luzbel, Despedida de Agar é Ismael por Abraham, David triunfante, Adán y Eva, La Virgen de Belén. El sacrificio de Isaac, Jesucristo crucificado, La Magdalena penitente, Los apóstoles, La Transfiguración, Don Sancho el Bravo persiguiendo al príncipe Don Juan, Muerte de doña Blanca de Borbón*, y los retratos de doña Isabel II, de doña María Cristina, de la infanta doña María Luisa Fernanda y de casi todas las notabilidades políticas y literarias de su época. El cuadro que de él reproducimos en la página 869 figura en el Museo del Prado y es uno de los que más justa fama han valido á su autor: conócesele con el título de cuadro de *Los poetas* y representa el estudio de Esquivel, en el que aparecen reunidas para oir al poeta Zorrilla las personalidades más salientes del mundo literario español, que no enumeramos porque sus nombres están en los perfiles explicativos de la página 868 y de cuyos merecimientos nada decimos porque la fama los ha inmortalizado á todos.

Costumbres romanas. Las fiestas de octubre, cuadros de S. Macchiati. – Los dos cuadros que en el presente número publicamos son el complemento del que reprodujimos en el número 780, y todos juntos representan diversos episodios de las tradicionales fiestas con que el pueblo romano celebra la entrada del otoño. Cuando los frescos días de octubre suceden á los rigurosos calores estivales, la población de Roma llena las hosterías que pueblan las afueras de la ciudad, y hombres y mujeres, jóvenes y viejos, todos vestidos con sus mejores galas, ellas con flores en la cabeza y grandes pendientes de oro en las orejas, y ellos con flores también en el sombrero ó en el ojal, y unos y otros armados de panderetas y bandurrias, se entregan á las mayores expansiones de alegría. Algo han perdido esas fiestas de la importancia que antes tuvieran, pero todavía conservan en parte su carácter, y aunque modernizadas, como todo lo que la tradición nos ha transmitido, aún permiten formarse idea de lo que en otro tiempo debieron ser las *Ottobrate*, continuadoras de las antiguas bacanales.

Ruinas del monasterio de San Pedro de Camprodón, dibujo de Celestino Devesa. – Gracias al interés y entusiasmo que inspiran al ilustrado obispo de Gerona los monumentos que recuerdan días de gloria para la iglesia y de grandeza para el arte patrio, podrá salvarse de la total ruina el notable monasterio de San Pedro, gala en otro tiempo de la pintoresca villa de Camprodón. El proyecto, concebido en buen hora por el prelado, ha sido acogido por cuantos se interesan también por la conservación de nuestros monumentos, abrigando, por lo tanto, la fundada esperanza de que en breve será un hecho la restauración de aquel histórico monasterio, como lo ha sido el de Ripoll, gracias al esfuerzo del obispo de Gerona.

A título de recuerdo nos ha remitido nuestro buen amigo el discreto escultor olotense Celestino Devesa el apunte que reproducimos, que nos da á conocer el estado actual del monasterio, ó sea antes de dar comienzo á su necesaria restauración.

Un bautizo en una iglesia de España á principios de este siglo, cuadro de Juan Pablo Salinas. – El género á que pertenece este cuadro ha sido de los más explotados por nuestros pintores: desde que Fortuny lo inició, por decirlo así, en su famosa *Vicaría*, los mejores artistas españoles han tratado asuntos análogos, seducidos por la belleza y variedad de efectos que en ellos pueden obtenerse. Llovera, Gallegos, Salinas y tantos otros han pintado más de una vez esos interiores de iglesias con sus columnas ennegrecidas por el tiempo, sus verjas de hierro forjado ó de labrada madera, sus altares poblados de santos y sus relucientes lámparas colgando de las altas y elegantes bóvedas, y animando aquel escenario una multitud de damiselas y petimetres ó de majas y toreros con los pintorescos trajes de principios de este siglo, que asisten á una boda ó á un bautizo ó á alguna otra ceremonia religiosa análoga; y á pesar de esas repeticiones, el tema resulta siempre simpático, y como, por otra parte, es inagotable, los cuadros que en él se inspiran ofrecen siempre algún aspecto nuevo que aumenta su interés artístico. Salinas, que for-



UN BAUTIZO EN UNA IGLESIA DE ESPAÑA Á PRI



CIPIOS DE ESTE SIGLO (Cuadro de Juan Pablo Salinas)

ma parte de la brillante colonia que en Roma mantiene á tanta altura el arte español, demuestra elocuentemente en el lienzo que reproducimos la verdad de nuestro aserto, puesto que ha sabido sacar gran partido, merced á sus excepcionales talentos pictóricos, de un asunto que otros han tratado, poniendo en él toques originales que imprimen á su obra el sello de su personalidad.

Alfredo Nobel. – El día 10 de este mes falleció en San Remo el ingeniero y químico sueco Alfredo Nobel, famoso por haber inventado la dinamita y una pólvora sin humo en la que entra como principal elemento la nitroglicerina. Aunque nacido en Suiza, vivió poco tiempo en su patria, pues desde su juventud residió en las principales capitales de Rusia, hasta que en unión de su hermano se dedicó á la explotación de los manantiales de petróleo que hay cerca del mar Caspio. Más adelante establecióse en París, en donde fundó una fábrica de dinamita. Pasaba los inviernos en San Remo y los veranos en Suiza, y en todas partes se dedicaba á sus trabajos de laboratorio, que tenían por principal objeto la combinación de substancias para producir materias explosivas. El nombre de Nobel sonó por vez primera en el mundo científico en 1862 cuando introdujo en la técnica la nitroglicerina. Una casualidad hízole descubrir poco después la dinamita, que ha reportado á la humanidad tales beneficios que bien pueden perdonarse en gracia á ellos las catástrofes por ella producidas cuando la han manejado manos criminales. Algunos han llamado á Nobel «el padre del terror,» y sin embargo fué un hombre de carácter dulce, modesto, enemigo acérrimo de los que prostituyen su invento y uno de los miembros más entusiastas de la Liga de la Paz, y no concebía que se emplearan para fines destructores de la humanidad los explosivos por él inventados que tienen tantas otras aplicaciones útiles.

Santa Engracia. Santa Teresa de Jesús, esculturas de Carlos Palao. – Declarado monumento nacional la hermosa fachada plateresca de la histórica y derruída iglesia de Santa Engracia de Zaragoza, impúsose su total restauración, abriéndose público concurso para la ejecución de la estatua de la mártir, cuyo premio alcanzó el escultor zaragozano Carlos Palao, quien al modelar la obra ha tenido muy en cuenta la altura en que debía colocarse y el concepto que debía



SANTA ENGRACIA,
estatua para la fachada de la iglesia del mismo nombre en Zaragoza, obra de Carlos Palao

representar la santa, primera víctima de la persecución de Daciano.

De análogo mérito es la estatua de Santa Teresa, la insigne doctora abulense, cuya ejecución logró también el Sr. Palao en público concurso, debiendo servir de coronamiento al monumento que se proyecta erigir en la plaza de San Pedro de Avila, dedicado á glorificar las grandezas de aquella ciudad.

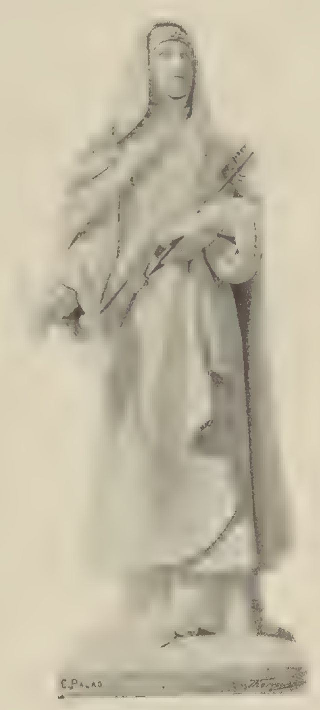
Plácemes merece el joven escultor zaragozano por las dos obras que ha producido, confiando que á seguir por tal camino ha de procurarnos ocasión para prodigarle nuestro aplauso.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – BERLÍN. – La gran Exposición Internacional de Bellas Artes recientemente celebrada en la capital alemana ha dejado un déficit de 200.000 pesetas, cantidad en la cual están comprendidas las considerables sumas invertidas en gastos extraordinarios de construcción.

– Se está celebrando actualmente en Berlín una exposición de carteles anunciadores artísticos en la que figuran notabilísimas obras pertenecientes al Museo de Industrias Artísticas de aquella ciudad: en ella se ven numerosas composiciones de los más celebrados especialistas alemanes, franceses, ingleses, americanos y belgas. Uno de los grupos más interesantes de la exposición lo constituyen los trabajos de los alumnos de las escuelas que aquel museo sostiene, muchos de los cuales revelan en sus autores grandes disposiciones para esa especialidad hoy tan en boga.

MUNICH. – En la última exposición internacional de los secesionistas muniquenses se han vendido obras por valor de 200.00 pesetas; en la del Palacio de Cristal, por 312.500.



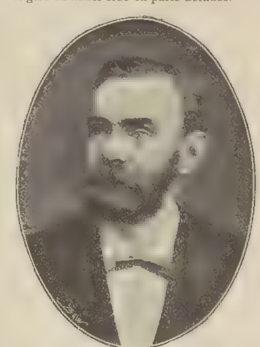
SANTA TERESA DE JESÚS,
estatua para el monumento que ha de erigirse en Avila, obra de Carlos Palao

BRUSELAS. – Se ha inaugurado recientemente en el Museo Nuevo de Bruselas la exposición internacional de acuarelistas que todos los años se celebra en aquella ciudad: comprende 209 obras de artistas belgas, holandeses, franceses, italianos y alemanes. Entre las de los pintores belgas sobresalen las de Jacobo Smits, Khnopff, Meunier y Claus.

LONDRES. – En la Galería Japonesa se está celebrando una interesante exposición de artes orientales, en la cual sobresalen los cuadros de los artistas japoneses Watanabe Seitei y Suzuki Kwason, que figuran indudablemente á la cabeza del movimiento pictórico de su patria. Watanabe Seitei es natural de Tokío y discípulo de Kikuchi Yosai; en 1888 recibió el honroso encargo de pintar varios techos para el nuevo palacio imperial de Tokío, habiendo obtenido varios honores y medallas en distintas exposiciones de su país y del extranjero. Suzuki Kwason nació en Shitaya en 1860: á los trece años dió tales muestras de talento, que entró en el taller de Kikuchi Yosai, haciendo bajo la dirección de éste tales progresos que al cabo de un año fué destinado á las oficinas de dibujo establecidas para la exposición de Filadelfia, y al siguiente, es decir, á la edad de quince años, entró en el negociado de Industria del departamento de Agricultura y Comercio. Poco después vino á Europa para completar sus estudios, pero en seguida fué nuevamente llamado al Japón para encargarse del departamento de Bellas Artes de la Kaisha de Tokío. En 1877 expuso por primera vez sus obras en aquella capital, y desde entonces ha logrado honrosas distinciones en su patria y en el extranjero.

– La exposición de invierno que se celebrará próximamente en el Burlington House (Londres) será dedicada exclusivamente á las obras del difunto lord Leighton, distinción que no se concedió á artistas tan ilustres como Reynolds, Gainsborough, Turner, Landseer y otros no menos famosos.

TARENTO. – En unas excavaciones que se realizaban hace poco en Tarento para rebajar el nivel de una de las calles de la ciudad se han encontrado dos platos, un cáliz y varios otros objetos de plata, todos ellos bellísimos, que proceden de la antiquísima y poderosa colonia griega que en época remota existió en la que es hoy ciudad italiana. Estos varios objetos presentan vestigios de haber sido en parte dorados.



ALFREDO NOBEL, inventor de la dinamita, fallecido en San Remo en 10 del actual

Teatros. – En el teatro de Helsingfors, (Finlandia), se ha estrenado con gran éxito la primera ópera finlandesa, *Tornissa olija impi* (La virgen de la torre), obra del compositor finlandés Juan Sibelius.

París. – Se han estrenado con éxito: en la Comedia Francesa *L'evasion*, interesante comedia en tres actos de Brieux; en la Renaissance *Lorenzaccio*, drama en cinco actos, adaptación hecha por Armando d'Artois de la novela del mismo título de Alfredo de Muset, con algunos intermedios musicales de Puget; en los Bufos Parisienses *Monsieur Lohengrin*, graciosa opereta en tres actos de Fabricio Carré con bonita música de Audrán; y en Menus Plaisirs *Ramponette*, opereta en tres actos de Leneka y Richard con música de Baille y Selim.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en Eslava *El Padre Benito*, juguete cómico lírico en un acto de los señores Sánchez Pastor y Paso con música de Valverde (hijo), y *La rapaza*, zarzuela en un acto de Federico Jaques, con preciosa música del Sr. Zurrón; en el Español *Las olivas*, graciosísimo cuento en un acto y dos cuadros de D. Pablo Parellada (Melitón González); en Apolo *Las bravías*, bonito sainete en un acto de los Sres. López Silva y Fernández Shaw, con música de Chapí; en Romea *La gente del pueblo*, sainete en un acto, muy chistoso, de los Sres. Casero y Larrubiera, con música del maestro Brull, y en Lara *El último drama*, comedia en dos actos de D. Miguel Echegaray. En el teatro Real, en la función á beneficio de la Asociación de la Prensa, se ha representado con éxito extraordinario la popular zarzuela de los Sres. Echegaray y Caballero *El dúo de la Africana*, en cuyo desempeño tomaron parte los principales artistas, los coros y la orquesta del regio coliseo: en su ejecución sobresalieron la señora Bordalba y los Sres. Garulli y Baldelli, que alcanzaron entusiastas aplausos, así como los coros y la orquesta, dirigidos respectivamente por los Sres. Goula, hijo y padre.

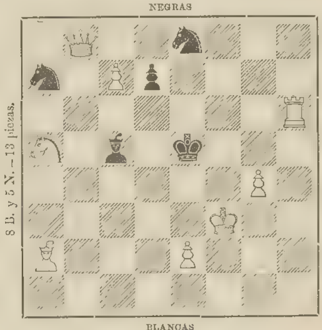
Necrología. – Han fallecido:

Alejandro Bruckner célebre historiador ruso, profesor de historia que fué en las Escuelas de Derecho de San Petersburgo y de Odessa y en la Universidad de Dorpat.

D. Manuel Becerra, ex ministro de Ultramar, uno de los prohombres del partido liberal español, demócrata convencido y consecuente, que había prestado grandes servicios á la causa de la democracia y de la libertad.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 51, POR JOSÉ PALUZÍE

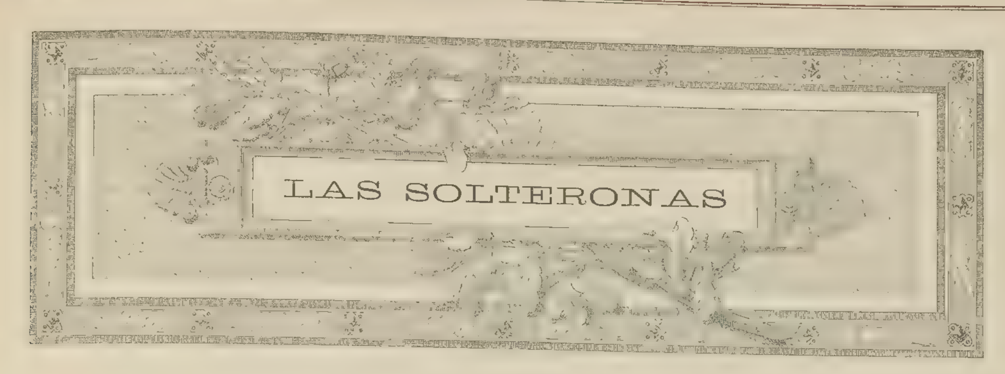


Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 50, POR J. TOLOSA

[illegible]	[illegible]
1. T 7 D	1. T toma T (*)
2. A 5 D jaque desc.	2. T toma D ú otra.
3. A 3 A D ó D mate.	

(*) Si 1. T 5 C D jaque; 2. A 4 A D jaque y 3. D mate; – si 1. T 5 A D jaque; 2. A toma T jaque y 3. D mate, – y si 1. A toma A; 2. D 6 A R mate. La amenaza es 2. A toma A mate.



Hace ya muchos años conocí tres solteronas, á quienes se llamaba en la pequeña ciudad donde vivían «las tres señoritas de Grignón.» Aunque se diferenciaban bastante por la edad, no parecía sino que hubiesen hecho en un mismo día su entrada en el mundo, silenciosamente y en tiempos muy lejanos. Tal conformidad se notaba en sus costumbres, y tan necesaria era aparentemente cada una de ellas para



Las señoritas Grignon

las otras dos, que sin duda debían abandonar esta vida el mismo día y á la misma hora, después de haber puesto en orden su casita, limpiado los muebles y cepillado la ropa, según costumbre.

Recuerdo que me querían mucho, aunque las hacía enfadar con frecuencia cuando entraba en su casa, brincando, como gato que merodea, por la ventana del piso bajo; y me complazco sobre todo en recordar también, con un sentimiento mezclado aún de compasión y de afectuosa burla, que la señorita Nineta, la menos favorecida de las tres hermanas, nerviosa, tímida y meticulosa por demás, era aquella á quien más me agradaba atormentar. Bastaba deslizarme detrás de ella de puntillas, cosa muy fácil porque siempre estaba distraída y era un poco sorda, y llamarla bruscamente en voz muy alta, para sacarla de sus casillas. Volvía la cabeza, profiriendo un grito, y levantaba los brazos sobrecogida de terror, lo cual le comunicaba un aspecto tan ridículo que me hacía reir mucho. Pero la señorita Nineta no sabía incomodarse de veras; en su resignada mansedumbre, hubiera sido imposible verla levantar la cabeza suavemente y decir: «¡Estos niños!..» sin sonreir, como yo lo hago ahora al evocar esa sombra y ese recuerdo. La señorita Luisa, la más vieja, me amenazaba entonces, aunque sin gran severidad, con las tenazas; y la señorita Clara, la menor, trataba de reprenderme formalmente. Yo pedía hipócritamente perdón, y me lo concedían siempre sin dificultad, y hechas las paces sentábame junto á ellas en un taburete delante del fuego, y entonces alguna de las hermanas, devanando su madeja, refería cuentos muy cándidos que me deleitaban, pues las tres tenían un alma ingenua é infantil que las asemejaba á los niños.

Vivían de su trabajo, bordando y haciendo calceta todo el día; pero disfrutaban además de una escasa pensión que les pasaba orgullosamente un hermano suyo que había hecho fortuna. Esta pensión era un pedazo de pan necesario, y duramente comprado por humillaciones periódicas, como los trimestres de aquélla. Cuando las tres hermanas estaban solas y seguras de que nadie podía oirlas hablaban de él, atrevíanse á confiarse su pensamiento, y entonces censuraban su orgullo, diciendo que quisieran amarle, pero que esto era muy difícil; que no fué nunca bueno para ellas, como ellas lo hubiesen sido si Dios las hubiera dejado ricas y á él pobre; pero que los cuatro eran hijos de la misma madre. Delante de personas extrañas, por el contrario, hablaban con respetuoso orgullo de aquel hermano. Iba á verlas cuatro veces al año, y ellas se ingeniaban para tratarlé bien; presidía en su mesa y se dejaba servir como un nabab, examinándolo y censurándolo todo; la comida, que había costado muy cara, y los trajes, que eran demasiado humildes, ó más ricos de lo necesario. Después, llegada la hora de marchar, y como hombre bondadoso que pronto olvida, se dignaba humanizarse y decir algunas palabras agradables al subir á su landó, tirado por dos caballos y conducido por un cochero en quien parecía reflejarse toda la grandeza de su amo. Y las tres hermanas, de pie á la puerta de su casa, miraban con un suspiro, sin hiel, aquel carruaje, que después de franquear con lentitud el declive de la calle se alejaba rápidamente por el camino.

Las señoritas de Grignón vivían humildes y retiradas: oían misa todas las mañanas; ocupábanse de su cocina; y así para comer como para dormir encerrábanse siempre, dando dos vueltas á la llave. En la sala, con suelo de ladrillos, donde se instalaban para trabajar durante largas horas, podían ver, á través de la cortina, los campesinos que venían á la ciudad, los coches y los jinetes; y si pasaba alguna comadre, atraíanla hábilmente para interrogarla con disimulo, valiéndose de astucias de diplomático, pues eran muy aficionadas á las noticias. Las recibían por diversos conductos, sin dar ellas ninguna en cambio, discreción bien conocida de todos, que les valía confidencias muy propias para halagar su vanidad. Su carácter distintivo era una timidez miedosa y una prudencia que rayaba en proverbial. En otro tiempo habían tomado parte neciamente en la chismografía de la localidad; mas advertido de ello su hermano, les manifestó claramente que á la primera reincidencia suprimiría sin contemplaciones su pensión, escaso manantial donde bebían la gota de agua necesaria para su existencia Y la lección había sido tan dura que, muy atemorizadas, cerraron para siempre sus bocas y su puerta.

Clara era la que dirigía, la dueña reconocida de la casa; encargábase de las compras, escribía las cuatro ó cinco cartas que se necesitaban cada año, y emitía su fallo en las raras cuestiones de familia. Nineta aprobaba y consentía en todo, y Luisa aconsejaba. Esta última, flaca, con muchas arrugas y el cabello gris, recordaba vagamente el aspecto de una rata vieja y barbuda. Nineta tenía las facciones achatadas y un rostro bastante parecido al mascarón de una fuente.

Nunca he sabido si esas pobres mujeres pensaban en algo cuando trabajaban, ni tampoco si cualquiera de ellas podía tener alguna idea propia, que no fuese de las otras dos. Su vida era como un humilde reloj de tres cuadrantes con un solo péndulo, cuyas agujas, marcando la misma hora, giraban en un círculo igual, sin detenerse ni chocar bajo el vidrio opaco. En el cerebro de aquellas mujeres no había más que ideas rancias y pobres, como los muebles de su casa, propios, sin embargo, para su destino y suavizados por un largo uso; los pensamientos se filtraban poco á poco, y cuando las oía hablar entre sí, mientras tiraban de la aguja, parecíame ver caer de sus palabras una nube de cenizas grises, cuya monotonía era un soporífero.

Ahora bien: aunque pareciese vieja, casi tanto como sus dos hermanas, la señorita Clara había sido joven en otro tiempo, y ¡oh milagro!, había amado, esperado y sufrido.

En tiempos lejanos llegó á G... un recaudador del registro, que no ha dejado recuerdo alguno muy preciso en el pensamiento de los que le conocieron; llamábase José Borus, y no permaneció largo tiempo en la pequeña ciudad.

Borus no era grande ni pequeño, ni guapo ni feo, ni nada; su rostro, su estatura y su aspecto parecían comunes á todo el mundo; y en cuanto á la parte moral, así como á la física, no tenía ningún carácter particular, cualidad, defecto, manía ó vicio que permitiese juzgar, ó inspirara una simpatía ó una amistad Era hombre de temperamento tranquilo, de buen humor, de inteligencia ordinaria, ni obtusa ni del todo clara, y de una honradez sistemática. Seguía pacíficamente su carrera, ni mejor ni peor que otros muchos, y avanzaba siempre con igual lentitud por el camino de la vida.

Borus conoció á la señorita Clara, que entonces, según parece, no era fea; contaba veinticinco años, tenía cierta frescura, y su aspecto no dejaba de ser apetitoso. ¿Cómo aquel cumplido funcionario, cuyas opiniones eran razonables, que juzgaba siempre con calma y que se conducía con sabia prudencia, cometió la inconcebible locura de enamorarse de una joven sin dote? Nada se puede contestar á esto, sino que lo inverosímil es posible á veces. Ni en toda la ciudad, ni en tres leguas á la redonda, había en aquel momento otra *señorita* casadera, y Borus, tan pobre como ella, pues no contaba con más recursos que su empleo, estaba cansado de vivir solo, de comer solo y de dormir solo. Por estas razones quiso tomar esposa, pues era un severo moralista, á quien una saludable timidez había preservado de las pasiones. Pidió la mano de Clara, y le fué concedida con la mejor voluntad. Con tanta sorpresa como emoción y tanto miedo como alegría, la pobre joven rompió á llorar, y le amó muy pronto con toda su alma.

* * *

Cuando yo era niño y cuando mi tía Emilia se paseaba por el jardín en las tardes de verano preguntábale yo algunas veces:

– Dime, tía, ¿cuál es esa ave que canta tan bien allá abajo, al otro lado del vivero, en el cañaveral que está cerca del muro?

Mi tía escuchaba, movía la cabeza y contestábame sonriendo:

– Debe ser el ruiseñor, pues recuerdo que cuando yo era joven hacía ya su nido todos los años allí mismo. Esta noche, si tenemos buen tiempo, cantará debajo de nuestras ventanas; pero tú no le oyes todavía, porque duermes, y yo no le oigo ya porque soy vieja.

¿Dónde está el hombre ó cuál es la humilde criatura que no ha oído al ruiseñor? ¿Quién de nosotros podría volverse hacia su juventud sin encontrar una de esas horas en que nuestros pensamientos cantaban como las avecillas sus amores, en que nuestros pies tocaban apenas la tierra, en que nuestro espíritu se embriagaba, y en que alrededor de nosotros había como un ligero aroma de ojiacanto que perfumaba nuestra existencia? ¡Qué hermosa es nuestra vida melancólica bajo esas falaces flores de mayo! ¡Oh joven esperanza, hada poderosa, la felicidad, el amor, la gloria, todo parece fácil, todo es seguro! Los más hermosos sueños de las divinas Musas se iluminan en radiantes espejismos; rostros de noble expresión nos sonríen; la más pobre inteligencia se aclara,

y el corazón late, rebosando ternura ante todas las alegrías de la vida.

Esto es lo más positivo de la felicidad, y aquel que ha conocido una de esas horas puede morir, porque ha vivido. Clara amaba, estaba loca de contento; el ruiseñor había ido á posarse en el humilde jardín de su vida, y desde la mañana hasta la noche la pobre joven le escuchaba perdida de amor. No vivía más que para oirle, y contaba sus horas por sus sueños. Clara se entregaba sin reserva á esta imprevista felicidad, y en ella cifraba su existencia.



Las tres hermanas de pie á la puerta de su casa miraban aquel carruaje

Nineta tenía más de treinta años y Luisa cerca de cuarenta cuando se convino el matrimonio de Clara. Hacía largo tiempo que vivían solas en aquella casa, su herencia y su universo, y las tres eran la única familia.

Muerto su padre, y hallándose lejos el hermano, la señorita Luisa debió ser á los veinte años la madre atemorizada y tímida de sus dos huérfanas, y no se sabía cuál de las tres amaba á las otras dos con más profundo afecto; pero si había alguna más mimada que las demás, seguramente era Clara, educada por las dos mayores. Sin embargo, no se regocijaron de la buena suerte de su hermana menor.

Se necesitaría el arte de Lamb, su tierna ironía y su estudio microscópico de los movimientos reflejos del alma para hallar y tocar con el dedo el punto exacto donde el egoísmo comienza y el afecto puro acaba. Las hermanas habían tenido en su soledad sus horas de meditación taciturna, y hubo momentos de tedio en que huían una de otra, porque les asaltaban esas ideas que se guardan en lo más recóndito del alma. El porvenir estaba cerrado para ellas, y el pasado era un vacío; mas el corazón de las dos hermanas mayores se mecía á veces en tímidos ensueños, dilatábase por una vaga languidez, se abandonaba á tristes ternezas, y una esperanza imposible agitaba sus cándidas almas.

***

Cuando Borus hubo salido de la casa, después de la entrevista decisiva, Clara corrió á la ventana que daba á la calle y descorrió las cortinas á fin de seguirle más tiempo con la vista. Aturdida por su felicidad preguntábase si todo aquello era posible, y si realmente se trataba de ella.

Borus había entrado como pretendiente y se retiraba novio. Clara oía su voz como en un sueño y admiraba como si estuviese allí, aunque apenas osó mirarle, su rostro de expresión grave y cariñosa y los menores detalles del traje que vestía en aquella ocasión solemne. Había recibido de él un beso, el beso del desposorio, el primero.., y cuando volvió á encontrarse con sus hermanas, radiante y bañados los ojos en lágrimas, saltó al cuello de Luisa, que se dejó abrazar fríamente. Muy asombrada se volvió hacia Nineta, pero ésta no se hallaba allí; había huído al jardín, refugio acostumbrado de sus penas, y allí lloraba amargamente, mientras que para descargar su conciencia hacía votos tristes, aunque sinceros, por la felicidad de su hermana infiel. ¡Celosas!. Se las hubiera afligido diciéndolas que, en efecto, una envidia inconsciente se agitaba en sus pobres corazones; pero se hacían justicia obscuramente, y en el fondo parecíales natural que Borus cuando iba á verlas no tuviese delicadas atenciones y palabras dulces sino para la hermana menor. Sí, esto era natural, pero cruel, porque cuando no somos dichosos parece que la felicidad de los demás nos roba la dicha propia, y las dos hermanas se decían que ellas no tendrían igual suerte y que Clara era muy feliz. Y mientras que esta última se refugiaba en su cuarto, loca de alegría y ligera como una alondra, Luisa puso la mesa silenciosamente y Nineta volvió á entrar en la casa. Al cruzarse sus miradas las dos se comprendieron y abrazáronse en silencio.

Cuando se calmó su primera alegría, Clara pudo notar que so lamente ella la saboreaba. Al pronto se afligió, pero indignóse después y lo dió á conocer; entonces comenzó á reinar la desconfianza en el hogar doméstico, con los secretos que se comunican en voz baja, con las palabras de doble sentido y las reflexiones agridulces.

La Rochefoucauld fué quien resolvió la gran cuestión de saber si amamos á nuestros más queridos parientes por lo que ellos son ó por nosotros mismos. – Tan sólo un padre, y sobre todo una madre, y tal vez algunos raros amantes, que exponen su vida por una abnegación heroica, pueden ser capaces de hacer, sonriendo, el sagriento sacrificio de su corazón. – Las dos hermanas lo hubieran hecho si hubiese sido necesario, y hasta parecíales en ciertos instantes que consumaban sin decir nada aquel sacrificio ilusorio; mas experimentaban un amargo pesar que se reflejaba en su rostro. Clara iba á separarse de ellas. ¿Qué harían sin esta ingrata, casi indispensable para su existencia? ¿Cómo continuar sus costumbres trastornadas por semejante abandono? ¿Y cómo vivir en aquella casa que ahora se convertiría en un desierto por la ausencia de Clara?

La amistad de las dos hermanas comenzó á ser más íntima. Ocupábanse en el arreglo de la casa, y se hacían interminables confidencias en voz baja; mientras Clara, resentida de esta exclusión, afectaba tomar su partido con una ligereza indiferente, que también á ellas les tocaba en lo vivo. Borus visitaba á su prometida todos los días; ocupaba su asiento en la salita donde pasaban su vida las tres hermanas, y allí conversaban tranquilamente. Borus carecía de elocuencia; para Clara era un hombre humilde, de carácter dulce, de mediana inteligencia y de pobre imaginación; pero poco importaba esto, porque no hay dos maneras de amar. Permanecían solos, con las puertas abiertas; Clara escuchaba á su novio; contestábale con tímidas sonrisas, y ruborizábase vivamente cuando Luisa ó Nineta entraban para volver á salir al punto observando así con disimulo, pues Luisa pensaba que se debía vigilar á los enamorados, y que era su deber de madre no perderlos nunca de vista.

Cierto día dijo á Nineta:

– He aquí á nuestra hermana casada; bien podemos decir que lo está ya, puesto que nos abandonará de aquí á un mes.

– No hubiera esperado eso de ella, contestó Nineta ingenuamente.

– ¿Qué necesidad tenía de casarse, amándola tanto nosotras? ¡Estábamos tan tranquilas! Y ha dado el *sí* al punto, sin reflexionar cinco minutos, sin consultarnos... En fin...

Nineta era un eco fiel, y repitió como su hermana:

– ¡En fin!..

– ¡Conque vamos á quedarnos solas!, se dijeron con lágrimas en los ojos ¡Pues bien, que sea feliz!

– ¡Escucha, añadió Luisa abrazando á su hermana, prométeme que tú no seguirás el ejemplo; prométeme no casarte!

Nineta lo prometió llorando; bien podía hacerlo con la seguridad de cumplir, y las dos continuaron sus quejas.

– ¡Su señor Borus!, exclamó Luisa. Con la mano en el corazón, dime: ¿qué te parece ese hombre, Nineta?

– Yo... no sé... Parece ser un joven muy cumplido.

– Nada tengo que decir contra él, repuso Luisa con tono desdeñoso, y convengo en que tiene buenos modales; pero el exterior es bien poca cosa, pobre Nineta. El interior es lo que se debe conocer, y sobre esto, ni tú ni yo sabemos nada. Es una felicidad no ser casada... ¡Hay tantos matrimonios que dan miedo! En otro tiempo, no digo, porque los hombres eran más prudentes y juiciosos; pero los jóvenes de hoy día, todos engañan.

– Todos engañan, repitió el eco.

– Y cuando dije á Clara que reflexionase y esperara, ¡con qué tono me contestó!.. ¡No puede una decirle nada, porque se pone como un gallo!

– ¡Clara, dijo Luisa con amargura, deseo que no tengas que sufrir! ¡He aquí nuestra recompensa, Nineta! ¡Educarla como lo hemos hecho, y sacrificarse por una ingrata, que se da ahora tono de señora!

– ¡Oh!, exclamó Nineta con acento de enojo, aún no es señora.

***

Nineta no imaginaba seguramente hasta qué punto tenía razón en dudar de lo que dudaba. Una tarde del mes de mayo, Borus estaba sentado con su novia delante de la ventana de la calle Hablaban del porvenir, de la vida que harían; y por centésima vez, Borus decía quién era, dando á conocer sus recursos y esperanzas. Referíase á sus buenas notas y á su ascenso seguro, así como también á los ahorros que había podido hacer, y á un tío suyo, solterón, ya anciano, á quien acababa de anunciar su casamiento.



Borus visitaba á su prometida todos los días

Era probable que este tío le hiciera el regalo de boda, y seguramente le dejaría *alguna cosa.*

El cartero pasaba por delante de la casa, y al ver á Borus entrególe un pliego cerrado cuyo sobre estaba escrito con una letra desconocida. Borus le abrió con indiferencia; pero la expresión de su rostro cambió de improviso, y Clara le miró con tierna inquie-

tud. Entonces pudo observar que su novio palidecía, sin duda por efecto de alguna poderosa emoción; sus ojos apagados brillaban singularmente, y la hoja de papel se agitaba entre sus manos temblorosas.

–¿Es alguna desgracia?, preguntó Clara.

–¡No, no, no!, contestó Borus con una rudeza inconsciente. ¡Un vaso de agua, por amor de Dios! ¡Me ahogo!.. ¡Una desgracia..., todo lo contrario!.. ¡Ha..., ha muerto!

–¿Quién, señor?

–¡Mi tío! Y yo creo... dicen... que tal vez seré yo su heredero.

–¡De veras!, repuso Clara. ¡Pobre hombre, ha pensado en usted antes de morir! Le rezaré muchas oraciones. ¿Y le ha dejado alguna cosa?

–¡Todo!, vociferó Borus.

Y salió de la habitación como un loco, olvidando su sombrero.

La noticia se confirmó; Borus heredaba. El tío, ya en su ataúd, y debidamente rociado de agua bendita, acababa de trocar por la propiedad indiscutida é inalienable de seis pies en cuadro de tierra negra, circuidos de una verja de hierro, su vasto y rico patrimonio, los trigos, las cepas, el castillo secular y los extensos bosques de que era dueño absoluto algunas horas antes.

En sus sueños más fantásticos, jamás Borus, el sobrino favorecido, á quien se esperaba para el entierro, pudo entrever semejante gloria. Esta gran fortuna, felicidad prohibida á su ambición, acababa de caer sobre él tan súbita é imprevistamente, que poco faltó para que le anonadase; pero se repuso muy pronto. Aquel tío, á quien no había visto más de veinte veces en su vida; aquel solitario taciturno, á quien creyera maniático y egoísta, que no le había dado nunca más que algunos consejos juiciosos y bendiciones, aquel hombre venerado, aquel bienhechor, había elegido á Borus por legatario, prefiriéndole á otros veinte parientes que mimaban á su anciano tío con importuna solicitud: el tío, hombre de talento, pensó sin duda que las atenciones de sus sobrinos olían un poco á muerto.

La noticia estalló como una bomba. Por la mañana, tan sólo dos ó tres personas tenían conocimiento de ella; por la noche, toda la ciudad y hasta los chiquillos de la escuela sabían que el señor recaudador era ... millonario. Los perros que vagaban por las calles, husmeando el aire y con la cola derecha, debían repetirse la cosa en su lenguaje cuando se encontraban. Las señoritas de Grignón recibieron más de cincuenta visitas de sus amigas, que abrazaron á Clara con efusiones que de ella dependía creer ó no sinceras, y hasta sus mismas hermanas, mirándola con mejores ojos porque iba á ser gran señora, comenzaron á lisonjearla. Cuando se hallaron las dos solas, Luisa dijo á Nineta:

–Sin duda es una dicha para nosotras; lo es muy grande para ella, y yo me regocijo de todo corazón; pero ¿has oído cómo hablaba? Ya no se da tono de *señora*, sino de princesa.

***

Sin embargo, Borus no escribía. Clara no había recibido más que cuatro letras, mezcladas con muchas cifras, en las que anunciaba oficialmente la gloriosa herencia. Hacía ya quince días que esperaba una carta más tierna y más larga, una verdadera carta del novio separado de la mujer que ama. Pensaba en ella desde la mañana hasta la noche, y su corazón latía apresuradamente á la llegada de los correos. Aunque tuviese poca imaginación, repetíase de antemano, en su melancólica espera, el contenido y las frases mismas de la epístola, dictando hasta las menores palabras, y ruborizábase de sus propios pensamientos.

La carta no llegaba; durante algunos días esperó con paciencia, y después se produjeron el asombro, la tristeza, la inquietud y los mil tormentos del que aguarda. Clara comenzó á estar nerviosa y á irritarse. Una noche, cuando se levantaban de la mesa, Luisa le dijo:

–¡Pobre hermana mía, hete aquí ya bien rica!

Esta reflexión la hizo temblar.

Entonces sintió un desaliento tal, que le pareció haberlo perdido todo, y deseó verlo todo concluído, caer enferma y morir. ¡Borus era tan rico y ella tan



La expresión de su rostro cambió de improviso

pobre! De todos modos, ¡qué desgraciada joven, tan mediana, tan indigna de él, ni siquiera hermosa, y que estaría ajada mañana! ¡Qué compañera para aquel hombre superior! Clara medía, temblando, la altura que separaba al uno del otro, y extrañábase de la loca alegría que le causara la herencia. ¡Ay! ¿Por qué no seguía siendo pobre como era? Pero al decirse esto se arrepentió, suspirando, de un pensamiento tan egoísta; recordó la nobleza de corazón de Borus y la inusitada generosidad que demostró al amarla; acusóse de calumniarle por sus temores, y se indignó contra sí propia.

Al fin le escribió, y su carta, aunque un poco hábil, era casi elocuente por la ternura y la inquietud que revelaba.

La contestación tardó en llegar diez días, durante los cuales Clara no vivió; en su silencioso desconsuelo no tenía ya fuerza para irritarse, no comía, no dormía y comenzaba á enflaquecer. Las más sombrías quimeras de la angustia, el accidente, la enfermedad, la muerte, todo lo posible y lo imposible, con esperanzas fugaces mal combatidas, acosaban su imaginación enferma, produciendo lúgubres pesadillas. Pero lo que más la atormentaba era la reflexión de Luisa que no podía desterrar de su pensamiento de que Borus era ahora demasiado rico para ella, porque esta idea le hizo ver el fantasma de un abandono ridículo y desesperante. Parecíale que la luz se retiraba de ella lentamente, y día por día, hora por hora, hundíase en un abismo de implacable tedio.

Por fin, cierto día en que, cansada ya de sufrir, estaba más tranquila á fuerza de cansancio y desfallecimiento, en una tarde de verano cuyo esplendor meridional se velaba tan sólo para ella de languidez y de tristeza, el golpe del aldabón en la puerta le hizo estremecer. Nineta se presentó al punto y entrególe silenciosamente una carta, que Clara cogió, lanzando un grito de alegría, aunque después la miró con terror. ¡Era de él! Nineta salió; Clara rasgó el sobre, y apenas hubo leído las primeras palabras, quedó como petrificada, como una estatua.

Borus escribía, exponiendo en breves líneas, en las cuales se revelaba una noble tristeza, que se veía obligado á recobrar su libertad, devolviendo á Clara la suya, y que hacía por su felicidad todos los votos de un amigo desolado. Para sincerarse alegaba la formal y sagrada última voluntad de su tío.

Sin acabar de leer, Clara profirió un grito desgarrador, giró sobre sí misma y cayó al suelo como muerta.

***

Entretanto el Sr. Borus, erigido ya en castellano, recorría sus tierras, ordenaba la corta de árboles, oía los informes del guardabosque, examinaba los coches y bebía los vinos rancios del difunto. Tal vez pensaba con vagos remordimientos en la mujer abandonada; tal vez veía en algunos momentos ojos llenos de lágrimas que se fijaban en él con expresión de ternura desesperada, obligándole á bajar la vista y á pensar en realidades más agradables; y acaso creía de buena fe, vanidad aparte, que Clara se consolaría pronto. Hay traiciones que es difícil anunciar á viva voz, y asesinatos imposibles de cometer cuando la víctima está delante, pero que son poca cosa anunciadas y cometidos por el correo. Borus pertenecía á esa especie de hombres que son sensibles sobre todo al daño que se les hace, y que se persuaden con toda inocencia de que la mayor parte de los pesares que los demás sufren, sobre todo los de amor, son exagerados ó quiméricos, indignos de personas razonables é imposibles de tomar por lo serio.

***

Al oir el grito de la infeliz Clara, sus dos hermanas acudieron presurosas y halláronla desmayada, rígida y fría como una muerta. No queriendo que los vecinos presenciaran el espectáculo de aquella desesperación, de aquella ruina, cogiéronla, una por los hombros y la otra por las piernas, y la condujeron como les fué posible al aposento de Nineta, situado en el piso bajo, donde se la echó en la cama. Después de haber tratado inútilmente de reanimarla, después de llamarla llorando y con las más tiernas palabras, Nineta salió corriendo y volvió á poco con el médico, que al pronto movió la cabeza, sin querer contestar nada concreto. Cuando Clara volvió en sí, tenía la cabeza ardiente y pesada y los ojos brillantes por efecto de la fiebre, y comenzaba á manifestarse en ella el delirio.

Entonces Nineta y Luisa la cuidaron con admirable abnegación. Una madre cariñosa no se hubiera mostrado más inquieta, solícita y paciente, inclinándose á cada momento sobre su hija enferma, que aquellas dos pobres mujeres á la cabecera del lecho de su hermana moribunda. Porque la verdad es que Clara estuvo á las puertas de la muerte: después de algunos accesos de furioso delirio, sobrecogióla un sueño pesado, del que no despertaba sino á intervalos, para abrir desmesuradamente los ojos y volver á cerrarlos al punto. En estos casos la enferma veía siempre junto á sí dos caras muy feas bañadas en lágrimas, enflaquecidas, y que revelaban el cansancio, pues las hermanas estaban siempre allí y se relevaban para velar. Al verlas hubiérase dicho que eran dos sombras animadas aún por el terror, la piedad y la angustia.

Al fin Clara se despertó del todo. ¿Dónde estaba y qué ocurría? ¿Por qué Nineta y Luisa lloraban al

mirarla, con las manos juntas, como si se hubiesen librado al fin por milagro de algún peligro desconocido? Clara no lo sabía, ni le era dado comprender, porque estaba débil, muy débil, tanto que le parecía que la vida se le escapaba por momentos. Mas en medio de su languidez y de su fatiga, Clara disfrutaba de un bienestar extraño, y este pensamiento no la atemorizaba. Volvió á cerrar sus párpados, hizo un esfuerzo para recordar, y cuando al fin lo consiguió, no se reprodujo su dolor; no sufría de cuerpo ni de alma, pero hallábase como agobiada, bajo una especie de resignación que no carecía de dulzura. Cuando abrió de nuevo los ojos, vió distintamente esta vez á sus dos fieles compañeras que le sonreían á través de sus lágrimas, y también ella sonrió tristemente. Muy pronto pudo abrir sus brazos, y en ellos reunió á las dos hermanas, que silenciosamente sollozaban. Después volvió á dormirse sin soltar la mano de Luisa; entonces Nineta salió de puntillas, con infinitas precauciones; mientras que la otra, sin retirar su mano, sentóse en el sofá donde velaba hacía dos meses día y noche.

Cuando Clara se levantó por primera vez, cuando ayudada de sus amigas pudo bajar la escalera, vacilante, con las piernas temblorosas, y se volvió á ver sentada en la sala donde había caído desvanecida, experimentó una profunda impresión. Parecíale haber vivido más de veinte años en dos meses, y que su desposorio, la traición y la desesperación de que estuvo á punto de ser víctima, eran acontecimientos de otra época, casi relegados al olvido. También pensó que su juventud había muerto, y que era cosa ya olvidada. Después pidió un espejo, y al mirarse con sorpresa, pero sin pesar, parecióle que ya era vieja; estaba flaca, su cabello se caía y en su frente veíanse precoces arugas. ¡Solterona! Esta palabra se formuló de pronto en su imaginación como la sentencia que el destino le imponía, y deseó ser más vieja aún y convertirse por una metamorfosis mágica en una octogenaria adormecida, de pobres pero agradables pensamientos.

Luisa y Nineta la sostenían, y Clara quiso ir á sentarse junto al fuego. Era un domingo de otoño, nublado y lluvioso, y tocaban á vísperas en la iglesia de la pequeña ciudad; la campana llamaba á los fieles con su poderoso tañido, cuyas solemnes vibraciones se prolongaban á lo lejos desde lo alto de la torre. El pensamiento de Clara se elevó al cielo, oró y mostróse resignada. El día tocaba á su fin; la calle estaba triste y silenciosa. La enferma sufría poco: así como la luz de la habitación, así como la juventud de su cuerpo, el pesar se retiraba de su alma sin dejar más que un tranquilo tedio. Sus esperanzas, muertas para siempre, y sus dolorosos recuerdos, se cubrían lentamente de cenizas; su monótona existencia debía asemejarse en lo futuro á la salita de paredes desnudas, de ladrillos fríos y de estrechas ventanas, donde yo jugaba junto á Clara treinta años después.

Las tres solteronas no tuvieron desde entonces más que un interés y un alma; su existencia fué siempre semejante, siempre resignada, sin placeres, pero también sin grandes tristezas. La Providencia soberana, que equilibra los bienes y los males, dispensa á los más pobres seres un tranquilo contento. Por lo demás, poco importa que así sea á los que saben ver la exigüidad de la inteligencia y la humildad de la vida. En el alma, la vida humana cabe toda entera, con su atractivo profundo y grave, con las flores invisibles de ternura y de abnegación que constituyen su belleza y dignidad.

Las tres hermanas, las tres solteronas, se amaron hasta el último día, y la muerte fué clemente para ellas. No abandonaron juntas este mundo; pero siguiéronse tan de cerca, que la primera que se fué pareció llamar á las otras dos.

Carlos de Bordeu



Cayó al suelo como muerta

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA EXPLOTACIÓN DE LOS TRANVÍAS ELÉCTRICOS EN LOS ESTADOS UNIDOS

Aplicaciones diversas

Los tranvías desempeñan un papel capital en la vida americana, y como consecuencia de la importancia que allí han alcanzado se les aplica á una porción



Fig. 1. – Tranvía quitanieves en América

de usos desconocidos en muchas naciones de Europa.

La primera aplicación de los tranvías, fuera del transporte de viajeros, ha sido á la limpieza de las calles, habiéndose establecido vagones barredores, quitanieves y de riego que circu'an por los rieles utilizando la misma fuerza motriz que aquéllos.

Los coches barredores y quitanieves están formados, como representa la figura 1, por un *truck* muy sólido, en el cual van montados cepillos rotativos y escobas inclinadas: la caja del vehículo es corta; el maquinista va en la plataforma de delante y los empleados encargados de maniobrar las palancas que levantan ó bajan los cepillos y los conmutadores que regulan la velocidad de éstos van en el interior de la casilla, desde la cual ven perfectamente el estado de las calles. Los cepillos rotativos tienen un diámetro de 95 centímetros y se mueven con entera independencia de la velocidad que lleva el coche, pues se gobiernan con motores especiales. De este modo si la resistencia á la tracción es demasiado grande á consecuencia de la acumulación de nieves, los cepillos pueden seguir girando con toda su rapidez. La transmisión del movimiento entre el árbol de los motores y el de los cepillos se verifica por medio de cadenas.

Para separar las nieves, sobre todo en las poblaciones en donde éstas caen en gran cantidad, se emplean aparatos especiales: en Minneapolis, por ejemplo, se ha colocado en la parte delantera de los vagones una especie de excavador, formado por una serie de arcaduces, como los de una draga, que ocupan todo el ancho del vagón. La nieve recogida por cada uno de ellos es elevada hasta la altura del techo del coche y desde allí arrojada á los lados, en donde un sólido contraviento la echa á bastante distancia de los rieles. Esta potente máquina recibe la fuerza de seis motores de veinte caballos y el coche es empujado por dos motores. La corriente se toma en la línea ordinaria por medio de dos *trolleys* colocados uno después de otro (figura 2).

Uno de los métodos más comúnmente y con mejor éxito empleados, cuando se utiliza al principio de las nevadas, consiste en colocar en la parte delantera de cada vehículo algunos rascadores formados con planchas de madera inclinadas con relación al eje de la vía y que separan la nieve á los lados de los rieles: como todos los coches llevan este aparato, el suelo se limpia constantemente y la nieve no puede acumularse en él. De esta manera se consigue mantener las calles en buen estado, aun durante los más fuertes nevascos, sucediendo muchas veces que el tranvía avanza por entre dos verdaderas murallas de nieve.

También están muy generalizados en América los tranvías de riego, que se componen de un coche en cuyo interior hay un depósito destinado al agua: este depósito comunica con los tubos de hierro situados en la delantera y á los lados del vehículo: varias compuertas maniobradas por pedales permiten suspender el paso del agua por uno ó por todos los tubos de riego. Como las calles de los Estados Unidos son en su mayoría muy anchas y el tráfico de carros que por ellas se hace es á menudo muy escaso, se ha tratado de regarlas de una sola vez en toda su anchura, y á este efecto se ha dispuesto en el vehículo un tubo lateral de la necesaria longitud, como representa la figura 3: el coche pasa á gran velocidad y la calle queda regada en un momento. Este sistema es muy cómodo, pero peligroso para los transeuntes, que se exponen á ser derribados por el tubo de riego, y por esta razón últimamente se han colocado en los coches de riego pequeñas bombas rotativas eléctricas que dan presión al agua, pudiendo de esta suerte regarse en un espacio de doce ó quince metros á cada lado, es decir, que de una sola vez puede regarse una calle de veinticinco á veintiocho metros.

Estas disposiciones permiten á las compañías de tranvías mantener sus vías en buen estado con el mínimo de tiempo y de mano de obra, ó sea con el mínimo de gastos; de aquí que cada día se generalice más el uso de los aparatos que acabamos de describir.

Ocupémonos ahora de las aplicaciones realizadas por las compañías para el bienestar y la comodidad del público, citando en primer término los vagones-ambulancias que se emplean principalmente en San Luis para el transporte de heridos. Pero no para aquí la solicitud de las compañías, sino que éstas atienden también á los cadáveres, habiendo establecido además un servicio de tranvías funerarios que conducen á aquéllos al campo santo. Esta aplicación se ha hecho por vez primera en San Francisco en 1893, y desde entonces las han introducido en sus líneas otras muchas compañías americanas. El tranvía funerario de San Francisco recorre en cincuenta minutos la distancia de 16 kilómetros que separa la ciudad del cementerio, ó sea con una velocidad de 20 kilómetros por hora. El vagón, pintado de negro, tiene 10 metros de largo y está dividido en dos compartimientos, uno para el cadáver y para los que han de llevar las gasas y el otro para la familia: el vehículo está adornado con severo lujo.

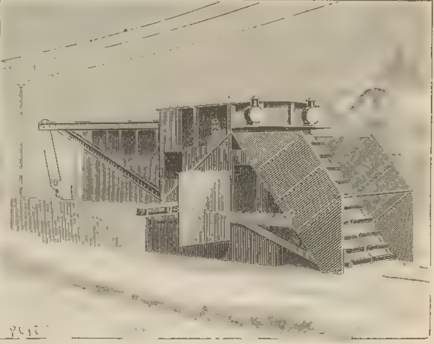


Fig. 2. – Quitanieves con excavador empleado en América

Para fomentar las partidas de campo las compañías de tranvías de algunas ciudades han adquirido grandes extensiones de terreno que han transformado en parques, llenos de atractivos de todas clases. A ellos acude numeroso público, y de aquí ha nacido la costumbre de alquilar un grupo de personas un tranvía especial. La afición de los americanos á estas giras es extraordinaria: últimamente los caballeros de Pythias organizaron en Chicago una de esas excursiones para la que se necesitaron cuarenta y cuatro vagones que en un mismo día transportaron veinticinco mil personas. Los vagones que para las partidas de campo se emplean están brillantemente iluminados y adornados con banderas, y como los gastos


Fig. 3. – Tranvía para regar las calles


Fig. 4. – Interior de un tranvía eléctrico para partidas de campo

se reparten entre muchos resulta el alquiler de aquéllos muy barato. Las compañías que reportan grandes beneficios de esta costumbre han construído coches especiales muy lujosos. La figura 4 representa el aspecto de uno de estos vehículos que presta servicio en Chicago: tiene 5'60 metros de longitud interior y 2'75 de anchura: las plataformas son muy anchas. El decorado es verde y oro; los sillones, en número de 16, son de junco con almohadones de felpa; el techo es de arce con adornos en relieve, y la iluminación consiste en cincuenta y siete lámparas eléctricas convenientemente distribuídas en el interior y cinco en cada plataforma. El suelo está alfombrado y las puertas y ventanas están adornadas con cortinajes de felpa. La marcha es tan suave que apenas notan los pasajeros el ruido y las trepidaciones.

Nos ha parecido interesante dar los anteriores detalles acerca de los usos poco conocidos de los tranvías eléctricos, porque tienen gran importancia para las compañías, puesto que disminuyen los gastos, aumentan los ingresos y sobre todo redundan en beneficio del público, del cual aquéllas viven.

G. PELLISSIER

(De *La Nature*)





Fotografías dobles obtenidas en una sola placa por el fotógrafo C. TIETZ, de Berlín

FOTOGRAFÍAS DOBLES

Las nuevas fotografías dobles que recientemente han salido de los talleres de C. Tietz, de Berlín, constituyen una verdadera curiosidad y son un producto altamente interesante del arte fotográfico.

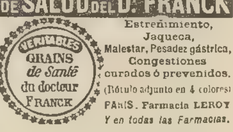
Estas fotografías divertidas, de las que adjuntas reproducimos dos de las más interesantes, representan siempre en un solo grupo á una misma persona en dos posiciones distintas ó en una misma posición repetida dos veces, sea con el mismo, sea con diferente traje. De esta manera, y según de qué clase sea la impresión, pueden obtenerse cuadros de género que sorprenden al que los mira al ver la identidad de las figuras que en ellos entran.

Así, por ejemplo, vemos en las que en esta página publicamos a un joven vestido de levita empujando la bicicleta que monta él mismo en traje de ciclista, y á un caballero llevando del brazo á cada lado á la misma señorita. Las combinaciones que por este estilo pueden hacerse son, como se comprenderá, infinitas, tanto más, cuanto que no sólo puede repetirse la imagen de una persona, sino que pueden multiplicarse los grupos haciendo de dos personas cuatro, de tres cinco ó seis y así sucesivamente. La reproducción de una misma persona en diversos trajes es de lo que más ilusión produce, y permite introducir siempre nuevas variaciones.

El procedimiento para obtener estas fotografías dobles es un secreto del fotógrafo berlinés y únicamente se sabe acerca de él que es un artificio de la cámara obscura merced al cual se pueden fijar dos ó más impresiones en una sola placa, que es lo que en realidad constituye la novedad de aquél, pues si bien hace tiempo que se conocían las fotografías dobles, hasta ahora éstas se obtenían mediante la combinación de impresiones sueltas de grupos distintos, al paso que por el sistema Tietz se producen directamente cuadros por decirlo así originales.

Las fotografías dobles, como sorpresa humorística, son de gran efecto: para las personas inteligentes en la materia podrán no ser más que un recreo, pero desconcertarán de seguro al profano por el carácter hasta cierto punto maravilloso que revisten.





IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

ÍNDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN EL TOMO XV DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ÍNDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XV DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA



